

LA FUENTE

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

4

12

204779



6

~~3470~~

12

204779



















~~E-1~~  
~~1453~~

6  
3470

869

HISTORIA GENERAL  
DE ESPAÑA

---





HISTORIA GENERAL

# DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR

DON MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA DESDE DICHA ÉPOCA HASTA NUESTROS DIAS POR

DON JUAN VALERA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO IV



BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE CASANOVA, NÚMERO 8

1879



*Biblioteca Nacional de España*

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

R:1085656





REYES DE ESPAÑA



D. FELIPE 5.<sup>o</sup>

Imp. P.<sup>a</sup> 5.<sup>a</sup> Juan V. Barcelona

H. 1763









# PARTE TERCERA

DOMINACION DE LA CASA DE BORBON

## LIBRO SEXTO

REINADO DE FELIPE V

(CONTINUACION)

### CAPITULO X

La princesa de los Ursinos.—Alberoni

DE 1714 A 1718

Muerte de la reina de Inglaterra.—Advenimiento de Jorge I.—Muerte de la reina de España.—Sentimiento público.—Afección del rey.—Confianza y protección que sigue dispensando á la princesa de los Ursinos.—Mudanzas en el gobierno por influjo de la princesa.—Entorpece la conclusion de los tratados y por qué.—Tratado de paz entre España y Holanda.—Disidencias con Roma: Macanaz.—Resuelve Felipe pasar á segundas nupcias.—Parte que en ello tuvieron la de los Ursinos y Alberoni.—Venida de la nueva reina Isabel Farnesio.—Brusca y violenta despedida de la princesa de los Ursinos.—Cómo pasó el resto de su vida.—Nuevas influencias en la corte.—El cardenal Giudice.—Variación en el gobierno.—Tratado de paz entre España y Portugal.—Muerte de Luis XIV.—Advenimiento de Luis XV.—Regencia del duque de Orleans.—Conducta de Felipe V con motivo de este suceso.—Carácter de Isabel Farnesio de Parma.—Historia y retrato de su confidente Alberoni.—Su autoridad y manejo en los negocios públicos.—Aspira á la púrpura de cardenal.—Su artificiosa conducta con el pontífice para alcanzarlo.—Obtiene el capelo.—Entretiene mañosamente á todas las potencias.—Envía una expedición contra Cerdeña, y se apoderan los españoles de aquella isla.—Hace nuevos armamentos en España.—Resentimiento del pontífice contra Alberoni, y sus consecuencias.—Recelos y temores de las grandes potencias por los preparativos de España.—Ministros de Inglaterra y Francia en Madrid.—Astuta política del cardenal.—Alianza entre Inglaterra, Francia y el Imperio.—Armada inglesa contra España.—Firme resolución de Alberoni.—Sorprende y asombra á toda Europa haciendo salir del puerto de Barcelona una poderosa escuadra española con grande ejército.

Habíase señalado el año 1714 por algunas defunciones de personas reales, que no podían menos de influir en las relaciones y negocios á la sazón pendientes entre los Estados de Europa. Tales fueron, en España la de la reina María Luisa de Saboya (14 de febrero); en Francia la del duque de Berry, nieto de Luis XIV y hermano del rey Felipe de España (4 de mayo); y en Inglaterra la de la reina Ana (20 de julio), que llevó al trono de la Gran Bretaña, con arreglo á los tratados de Utrecht, á Jorge I, de la casa de Hannover, quedando así de todo punto desvanecidas las esperanzas del rey Jacobo, en otro tiempo con tanto interés y empeño protegido por Luis XIV, y subiendo al poder en aquel reino el partido wigh, que era el que con mas calor se habia pronunciado por aquella dinastía.

Pero lo que causó honda pena y verdadera amargura al rey y á la nación española, y fué causa de las novedades que iremos viendo, fué la muerte de la reina, cuya salud y débil constitucion habian estado minando tiempo hacia los viajes, los trabajos y los desabrimientos. El pueblo que la amaba y respetaba por sus virtudes la lloró sinceramente. El rey, que

la habia amado siempre con delirio, y que perdía con ella, no solo una esposa fiel, cariñosa y tierna, sino el mas hábil de sus consejeros, se mostró inconsolable, y no teniendo valor para vivir bajo el mismo techo en que habia morado con tan dulce compañera, se pasó á habitar las casas del duque de Medinaceli en la calle del Prado (1). No acabó con la muerte de la reina la influencia de la princesa de los Ursinos; antes bien fué la única persona que en aquellos momentos de afección quiso el rey tener cerca de sí; y como el palacio de Medinaceli fuese bastante estrecho para acomodar en él la servidumbre, diósele á la princesa habitacion en el contiguo convento de capuchinos, trasladando interinamente los religiosos á otro convento, y abriendo en el edificio una puerta y galería de comunicacion con la vivienda del monarca para que pudiera la princesa pasar á ella mas fácilmente y sin publicidad. Conservaba tambien en palacio el carácter de aya del príncipe y de los infantes.

De esta proporcion y comodidad supo aprovecharse la de los Ursinos con su acostumbrada habilidad y talento para ejercer un influjo poderoso en el ánimo de su soberano. Desde luego le hizo retirar los poderes de que tres días antes habia investido al cardenal Giudice, que acababa de ser elevado al cargo de inquisidor general, y confiar el despacho de los negocios á Orri, el hombre de mayor confianza de la princesa. Por inspiracion de los dos accedió el rey á hacer mudanzas en el sistema y en el personal de la administracion del Estado. Embarazábales la grande autoridad del presidente de Castilla don Francisco Ronquillo, y su gobierno se dividió entre cinco presidentes, uno para cada sala del Consejo, y se pusieron todos bajo una planta semejante á la que tenían los parlamentos y consejos en Francia (2).

(1) Todos los escritores de aquel tiempo ensalzan á coro la bondad, la amabilidad, el talento y las virtudes de esta jóven y malograda reina. «De las heroicas acciones de esta gran reina, dice uno de ellos, se puede hacer un voluminoso libro... El amor que mostró á los vasallos no tiene ponderacion; de suerte que á los ministros en quienes confiaba mas el rey solia decir, que jamás le propusieran que diera un dinero sin necesidad, porque todo salia de los pobres pueblos, que habian dado hasta las camisas para los gastos de la guerra, y que saliendo todo de ellos pensase solo en su alivio, y no en cargarlos con contribuciones... etc.» Y por este orden elogian todos sus muchas y buenas prendas.—Oracion fúnebre en las exequias que le hizo el convento de la Encarnacion por fray Agustín Castejon, en 29 de mayo de 1714.

(2) El infatigable y fecundo Macanaz dejó escritas muchas y muy curiosas é interesantes noticias acerca de la nueva planta que dió Orri á los consejos y tribunales, en un tomo en folio manuscrito de mas de seiscientas páginas, con el título de: «*Miscelánea de materias políticas, gubernativas, jurídicas y contenciosas de la monarquía de España*»; contiene las reformas que ejecutó, y otras que intentó M. Orri en todos los Consejos; y de todo el gobierno de la monarquía en todas materias.»—En la pág. 87 pone el catálogo nominal de los consejeros de Castilla, y su

Acaso no fué extraña á la separacion de Ronquillo la oposicion que habia hecho á la nueva ley de sucesion. Quitóse la secretaría de Estado y Justicia al marqués de Mejorada, y se dió á don Manuel Vadillo. Dejose solamente á Grimaldo los negocios de Guerra é Indias. Llevaban los de Hacienda entre Orri y Bergueick, bien que el primero era el alma y el árbitro de todo, sentido de lo cual el segundo no tardó en hacer su dimision y regresar á Flandes, de donde habia venido. Gozaba de mucho favor con los nuevos gobernantes don Melchor de Macanaz, juez de confiscaciones que habia sido en Aragon y Valencia, el que habia establecido los nuevos tribunales en aquellos reinos, y al cual hicieron fiscal del Consejo de Castilla. Y todos estos obraban de acuerdo con el P. Robinet, confesor del rey.

En esta ocasion planteó Orri muchas de las reformas en el plan de administracion interior que en su primer ministerio no habia podido hacer sino dejar iniciadas. Dividió las provincias, sujetó las rentas de aduanas y contribuciones á un sistema ordenado y sencillo, corrigió en gran parte las vejaciones y los abusos de la turba de asentistas, y tomó otras medidas de hacienda, que si no tan dignas de alabanza como suponen sus parciales, tampoco merecen los exagerados vituperios de sus enemigos; y de todos modos su sistema rentístico fué el principio de una nueva era para la hacienda de España, que habia estado casi siempre en el mayor desorden (1).

La influencia y valimiento de la princesa de los Ursinos estuvo siendo causa de dilaciones y entorpecimientos para los tratados particulares de paz entre España y las potencias aliadas, pues hasta entonces solo se habia celebrado el de España con Inglaterra. El motivo era un asunto puramente personal. Francia é Inglaterra habian accedido en los tratados de Utrecht á que se reservase á la princesa en los Países Bajos el ducado de Limburgo con título de soberanía, y ofrecido su intervencion para obtener el consentimiento de Holanda y del Imperio. Pero los holandeses y el emperador se negaban á la cesion de un señorío tan importante á favor de una persona tan adicta á Francia y España. En vista de esta oposicion, que no carecia de fundamento, fuese entibiando el ardor con que al principio lo habia tomado Inglaterra, y el monarca francés tampoco quiso sacrificar á un negocio de interés secundario y de pura complacencia el restablecimiento de la paz general. Ofendida la princesa de la falta de cumplimiento por parte de aquellas dos potencias de un compromiso solemnemente consignado, y de un proceder que desvanecia su sueño de oro, ponía cuantos obstáculos estaban en su mano á la conclusion de la paz con Holanda, obstáculos fuertes en razon á que los reyes de España en su amor á la de los Ursinos miraban como hecho á ellos mismos el desaire que se hacia á la princesa. Pero incomodó á su vez esta oposicion á Luis XIV, en términos que amenazó con no enviar las tropas y bajeles que se le pedia para sujetar á los catalanes hasta tanto que se firmara la paz con Holanda.

Por último á consecuencia de altercados que estallaron entre la princesa y el embajador francés marqués de Brancas, y de las quejas que este dió contra aquella señora á su soberano, anunció Luis XIV su resolucion de no enviar tropas á Cataluña y de firmar una paz separada con Holanda y el Im-

division en las cinco salas de Consejo pleno, de Gobierno, de Justicia, de Provincia y Criminal. Inserta despues otra relacion nominal de los alcaldes de casa y corte; otra de las secretarías y sus oficiales, con los sueldos de cada uno; da noticia de las materias en que entendia cada Consejo y cada sala, horas de cada tribunal, etc., así como de los dictámenes que él dió á las consultas del rey acerca de su organizacion, y de las diferencias entre su sistema y el de Orri, que prevaleció, con otros muchos pormenores, en que á nosotros no nos es posible entrar.—Pertenece este importante volumen á los descendientes de Macanaz, á que en otra nota nos hemos referido.—Gaceta de Madrid de 14 de noviembre de 1713.

(1) Don Melchor de Macanaz nunca estuvo conforme con las medidas rentísticas de Orri, y aunque era consultado en todo por el rey, y el mismo Orri le pedia parecer con frecuencia, no convenian en el modo de ver las cosas, y Macanaz se queja en muchos lugares de sus obras y de sus apuntes de la confusion que dice haber introducido el ministro francés, así en la hacienda como en la justicia.—Miscelánea de materias políticas, gubernativas, etc. MS. Memorias para la Historia del Gobierno de España, dos tomos tambien manuscritos, passim.

perio, dejando á España que se defendiera sola contra sus enemigos, porque no habia de exponer su reino á nuevas desgracias por complacer y agradar á la princesa. Esta firmeza del anciano monarca francés hizo bajar de tono á la de los Ursinos; disculpóse por medio de la Maintenon con el ofendido soberano, y procuró acallar su resentimiento; restablecióse la buena armonía entre ambas cortes; Felipe envió plenos poderes á sus plenipotenciarios de Utrecht para que concluyesen la paz con Holanda, y el tratado especial de paz entre Felipe V y los Estados generales, despues de tan dilatada suspension, se concluyó el 26 de junio (1714), basado sobre las condiciones ya antes estipuladas entre Inglaterra, Francia y la República holandesa (2). Vencida esta dificultad, envió Luis XIV al duque de Berwick con el ejército francés á Cataluña, que aceleró la sumision de Barcelona y de todo el Principado, segun en el capítulo anterior dejamos referido.

Serías y muy grandes desavenencias agitaban á este tiempo los gobiernos y las cortes de España, de Roma y de Paris, con motivo de un célebre documento que para responder á una consulta del rey habia presentado el nuevo fiscal del consejo de Castilla don Melchor Macanaz sobre negocios eclesiásticos, inmunidades del clero, regalías de la corona, y abusos de la curia y sus remedios. Mas como quiera que los ruidosos sucesos á que dió ocasion el pedimento fiscal, y las funestas discordias que produjo entre el pontífice, los reyes Católico y Cristianísimo, el consejo de Castilla, el tribunal del Santo Oficio, el inquisidor general y los muchos personajes que en ellas intervinieron, tuvieron su origen de anteriores disidencias entre la Santa Sede y el monarca español, que ocuparon una buena parte del reinado de Felipe V, nos reservamos tratar separadamente este asunto para no interrumpir con este importante episodio la historia de los sucesos políticos que tenemos comenzada.

Aunque el rey don Felipe habia sentido con verdadero y profundo dolor la pérdida de su buena esposa María Luisa, su edad, que era entonces de treinta años, su naturaleza, su aficion á la vida conyugal, la conveniencia del Estado, y su conciencia misma, todo le hizo pensar en contraer nuevo matrimonio. Al tratarse de la eleccion de princesa, proponíale Luis XIV una de Portugal ó de Baviera, ó bien una hija del príncipe de Condé. Pero no era ninguna de las propuestas por el monarca francés la destinada en esta ocasion á ser reina de España.

El abad Alberoni, de quien tendremos que hablar largamente en adelante, y que se hallaba á la sazón en Madrid encargado de los negocios del duque de Parma, departiendo con la princesa de los Ursinos sobre las familias de Europa en que pudiera buscar esposa Felipe, le indicó con la habilidad de un astuto italiano las buenas prendas de la princesa Isabel de Farnesio, hija del último duque difunto de Parma. Comprendió al momento la de los Ursinos las ventajas de un enlace que podria dar al rey derechos sobre los ducados de Parma y Toscana, y recobrar un día España su ascendiente en Italia; y calculando tambien que siendo ella la que le propusiera afirmaria su poder con el rey y tendria propicia á la nueva reina, decidióse en secreto por la indirecta proposicion de Alberoni, é indicóselo despues con destreza á Felipe, que por su parte acogió gustoso el pensamiento, porque no habia en Parma ningun príncipe de quien pudiera esperarse sucesion. El consentimiento de aquella corte y la dispensa del papa tenia seguridad la princesa de obtenerlos por la mediacion de Alberoni, y así fué. La dificultad estaba en conseguir la aprobacion de Luis XIV, y aun esto fué lo que manejó la princesa por medio de su sobrino el conde de Chalais á quien al efecto envió á Paris, con tan buena maña, que aunque sorprendido y nada gustoso el monarca francés, al saber lo adelantado que estaba ya el negocio, y al ver la urgencia con que se pedia el

(2) Felipe V le firmó en el Pardo á 27 de julio, y los diputados holandeses le suscribieron el 6 de agosto en la Haya.—Constaba de cuarenta artículos. Mucha parte de ellos se referian á la fijacion de derechos mútuos de comercio para los súbditos de ambos países. No se hizo mencion del señorío de Limburgo para la princesa de los Ursinos.—Coleccion de Tratados de Paz.—Beland, part. IV, cap. 6.



consentimiento, respondió aunque de mal talante: «Está bien, que se case, ya que se empeña en ello (1).»

Luego que el conde de Chalais volvió á Madrid portador del consentimiento de Luis XIV, hizo Felipe que pasara el cardenal Aquaviva, que se hallaba en Roma, á pedir en toda forma la mano de la princesa á los duques de Parma. Y como estos no pusiesen dificultad, procedióse á toda prisa á hacer los preparativos necesarios para realizar cuanto antes las bodas. A este tiempo llegó á tener la de los Ursinos noticias del carácter de la futura reina que le desagradaron mucho, y por las cuales calculaba ver frustrados sus planes de dominación. Quiso entonces entorpecer aquel enlace, pero era tarde ya, y lo que hizo fué declarar su intencion. El casamiento se celebró por poderes en Parma (16 de setiembre, 1714), y la princesa se esforzó para disimular su pesar. La nueva reina emprendió su viaje para España, con lucido cortejo, que despidió al llegar á la frontera, trayendo solo consigo á la marquesa de Piombino. En San Juan de Pié-de-Puerto, donde se detuvo dos días (pues la mitad de su viaje le hizo por tierra, pasando por Francia), habló con su tía la reina viuda de Carlos II de España; y en Pamplona halló al de Alberoni, que fué creado conde en remuneración de sus servicios. Una y otra entrevista fueron funestas para la princesa de los Ursinos, porque uno y otro personaje trabajaron por prevenir contra ella á la nueva soberana, y pronto se vieron sus efectos.

El rey había salido á esperarla en Guadalajara con los príncipes y con una brillante comitiva. La princesa de los Ursinos se adelantó á recibirla en Jadraque. La reina la acogió con fingida afabilidad: despues de las felicitaciones de etiqueta, hubo de tener la de los Ursinos la mala tentación de hacer alguna reflexión á la reina sobre lo avanzado de la hora en día tan frío (era el 24 de diciembre, 1714), y la impaciencia con que la aguardaba su esposo, y alguna observación sobre la forma de su prendido. Tomólo Isabel por atrevimiento y desacato, y encolerizada llamó en alta voz al jefe de la guardia y le dijo: «Sacad de aquí á esta loca que se atreve á insultarme.» Y dióle orden para que inmediatamente la pusiera en un coche, y la trasportara fuera del reino, sin que bastaran á templar su ira las prudentes reflexiones que le hizo el jefe de la guardia Amézaga. Y sin dar tiempo á la princesa para mudarse un traje ni tomarle, concediéndole solo para su compañía una doncella y dos oficiales de guardias, en un día horriblemente frío, y con el suelo cubierto de nieve, emprendió su marcha aquella señora, sin pronunciar una palabra, llena su imaginación y combatida su alma de encontrados afectos, luchando y alternando entre el asombro, la ira, la conformidad y la desesperación, y pareciéndole imposible que el rey, tan pronto como se enterara de tan violento y rudo tratamiento, dejara de proveer á la reparación de semejante ultraje. Pero seguía haciendo jornadas, y no veía llegar ningún correo. Sin cama, sin provisiones, sin ropa con que abrigarse contra la crudeza de la estación, aquella mujer altiva y poco há tan poderosa, llena de goce y comodidades y circundada de aduladores, sufrió todas las privaciones del viaje, rebotando de ira, pero sin emitir una sola queja, con grande admiración de los dos oficiales, que acostumbrados á

tratarla con tanta consideración y respeto como á la reina misma, iban poseídos de asombro.

A los tres días la alcanzaron sus dos sobrinos el conde de Chalais y el príncipe de Lenti, con una carta del rey, harto fría y desdeñosa, en que le daba permiso para detenerse donde gustase, ofreciéndole que se le pagarían con exactitud sus pensiones. Por los mismos mensajeros supo que el rey la noche de su salida la había pasado jugando á los naipes, que de cuando en cuando preguntaba si había llegado algún correo despachado por la princesa, pero que despues no se había vuelto á oír hablar de la princesa de los Ursinos. Esta relación le hizo ya perder toda esperanza, pero ni una lágrima asomó á sus ojos, ni una queja salió de sus labios, ni dió señal alguna de flaqueza. Al fin llegó á San Juan de Luz, donde quedó en libertad. Allí pidió permiso para ver á la reina viuda de España Mariana de Neuburg, pero no le fué concedido. Al cabo de algún tiempo se le dió permiso para que fuese á París, donde se aposentó en casa de su hermano el duque de Noirmoutier (2). La súbita y extraña caída de este célebre personaje, alma de la política española en los trece primeros años del reinado de Felipe, y objeto, al parecer, del mas entrañable amor de ambos soberanos, es otro de los mas elocuentes ejemplos que nos ha ido suministrando la historia del término y fin que suele tener el favor de los monarcas para con sus mas allegados é íntimos servidores.

Felipe é Isabel ratificaron su matrimonio en Guadalajara, y el 27 de diciembre (1714) hicieron su entrada en Madrid, pasando á habitar el palacio del Buen Retiro, y recibiendo los la población con las demostraciones y fiestas que en tales solemnidades se acostumbra.

La venida de la reina produjo grandes novedades en el gobierno del Estado. Viva de espíritu, de comprensión fácil, aficionada á intervenir en la política, y hábil para hacerse amar del rey, pronto tomó sobre Felipe el mismo ascendiente que había tenido su primera esposa. Circundaron al monarca otras influencias, las mas contrarias á las que recientemente

(2) La suerte de la princesa no fué muy afortunada en lo sucesivo. Cuando Felipe V se reconcilió con el duque de Orleans, como veremos por la historia, parece que culpó á la de los Ursinos de sus pasados desacuerdos, lo cual le costó ser desterrada de la corte de Versalles, que á esto equivalía la prohibición de presentarse ante las personas de la familia de Orleans. Sin embargo, no salió de Francia hasta despues de la muerte de Luis XIV. Pasó entonces á Holanda, de cuyo gobierno fué mal recibida. Anduvo despues errante por algunas cortes de Europa, y por último halló un asilo en Roma, donde el pretendiente Jacobo Stuart la buscó para tomar de ella lecciones de política, y estuvo haciendo los honores de la casa del príncipe hasta sus últimos momentos. Esta ilustre proscriba murió el 5 de diciembre de 1722 á la edad de mas de ochenta años.—Lacretelle, Biografía de la princesa de los Ursinos.—Duclos, *Mémoires sur les regnes de Louis XIV et de Louis XV*.

«Ha habido empeño, dice un moderno historiador, en conocer las intrigas que produjeron su desgracia, y explicar el motivo singular de su caída. La opinión mas probable parece ser que se mostró ofendido Luis XIV al ver los obstáculos que ella creó para la terminación de la paz y de su negociación para el enlace de Felipe. El orgullo de la marquesa de Maintenon se resintió al ver la ostentación é ingratitud de una mujer que durante su elevación olvidaba lo que le debió en otros tiempos. El mismo Felipe se ofendía al ver sus tentativas para ocupar un puesto en su tálamo y su trono, y estaba cansado de la tutela en que vivía hacia tiempo. Por último la joven soberana no podía olvidar que la princesa de los Ursinos había querido romper su enlace, y es muy natural que deseara verse libre de la tutela de una mujer cuya destreza conocía, y cuya vigilancia temía.» El mismo autor cree que no se debió su caída á influjo é intriga de Alberoni, y habla de una carta del rey en virtud de la cual obró la reina de aquella manera. William Coxe; España bajo el reinado de la casa de Borbon, cap. 22.

«Ninguna acción en este siglo, dice otro escritor de aquel tiempo, causó mayor admiración. Cómo esto lo llevase el rey, es oscuro; hay quien diga que estaba en ello de acuerdo; no conviene entrar en esta cuestión, por no manosear mucho las sacras cortinas que ocultan á la Majestad; dejaremos misterioso este hecho y en la duda, si fué con noticia del rey, y si la reina traía hecha la ira y tomó el pretexto, ó si fué movida de las palabras de la princesa... Nuestro dictámen es que se formó el rayo en San Juan de Pié-de-Puerto...»—San Felipe, *Comentarios*, tom. II.—Consérvese un opúsculo manuscrito, titulado: *Conducta de la princesa de los Ursinos en el gobierno del rey Cristianísimo en presencia de Mad. Maintenon*; traducido del francés: archivo de la Real Academia de la Historia.

(1) San Felipe, *Comentarios*, tomo II.—San Simon, *Memorias*, t. V.—Duclos, *Memorias secretas*, tom. I.—Vida de Alberoni, La Haya, 1722.

No ha faltado quien diga que la de los Ursinos consoló al rey en su aflicción con mas interés que el de la compasión, el de la amistad y del agradecimiento, y que el cariño que le mostraba el monarca infundió ó alimentó en ella la aspiración, ó por lo menos la idea de la posibilidad de sentarse en el trono. Esta especie, nacida acaso de los atractivos personales que aun conservaba la princesa, á pesar de su edad ya avanzada, de su gracia, de su viveza y de su talento, y de la especial confianza con que el rey la distinguió, no creemos tuviera mas fundamento que las aseveraciones sospechosas de Alberoni, y algún dicho que se ha atribuido al mismo monarca. Uno de los historiadores que han indicado esta especie, añade luego: «Pero este proyecto, si existió, ha debido forzosamente quedar cubierto con un velo impenetrable... Y entregando estas observaciones al juicio de las personas que gustan de penetrar los secretos de la vida privada, es por lo menos fuera de toda duda que la princesa tenía interés, como era natural, en contribuir á la elección de una soberana que le fuese tan propicia como la última.»



le habían rodeado. El italiano Alberoni era la persona de mas confianza de la nueva reina, y por su consejo é influjo volvió á ejercer el cargo de inquisidor general el cardenal Giudice, y además se le dió luego el ministerio de Estado y de Negocios extranjeros. Este prelado comenzó vengándose de un modo terrible de la princesa de los Ursinos y de todos los amigos de la antigua camarera, haciendo al rey expedir un decreto, en que mandaba á todos los consejos y tribunales le expusiesen todos los males y perjuicios causados á la Religión y al Estado por el último gobierno (10 de febrero, 1715), lo cual iba dirigido contra determinados personajes que se habían mostrado desafectos á la Inquisición. El ministro Orri fué obligado á salir de España, dándole el breve plazo de cuatro horas para dejar la corte, quedando anuladas todas sus reformas administrativas. Macanaz tuvo tambien que retirarse á Francia, y se estableció en Pau. Al marqués de Grimaldo, que habia conservado siempre el afecto del rey, le fueron devueltos los empleos que antes habia desempeñado. Don Luis Duriel, enemigo pronunciado de Macanaz, volvió á la corte, reintegrado á su plaza y honores. Se suprimieron las presidencias últimamente creadas en el Consejo de Castilla, restableciéndose la antigua planta de este tribunal superior. El Padre Robinet, confesor del rey, amigo de los ministros caidos, pidió igualmente licencia para retirarse á Francia, y para reemplazarle se hizo venir de Roma al Padre Guillermo Daubenton, jesuita, maestro que habia sido de Felipe en su infancia. Quedóse de ministro extraordinario de Francia el duque de Saint Agnant, que habia venido á cumplimentar al rey por su nuevo matrimonio.

Todo en fin sufrió una gran mudanza, y muchos españoles se alegraron de la caída de una administracion que miraban como extranjera, sin considerar que extranjeros eran tambien los que constituian el alma del nuevo gobierno (1).

Con fortuna marcharon al principio las cosas para los nuevos gobernantes. Llevóse á feliz término en Utrecht el tratado particular entre España y Portugal (6 de febrero, 1715), que Felipe V ratificó en Madrid el 2 de marzo, y don Juan V de Portugal en Lisboa el 9 del mismo mes, y se publicó el 24 de abril con alegría y satisfaccion de ambos pueblos, ansiosos ya de ver restablecida su amistad y buena correspondencia. Cedíase por él al rey Católico el territorio y colonia del Sacramento en el rio de la Plata, obligándose aquel á dar un equivalente á satisfaccion de S. M. Fidelísima. Restituíanse tambien las plazas de Alburquerque y la Puebla en Extremadura, y se estipulaba el pago de lo que se debia desde 1696 á la Compañía portuguesa por el Asiento de negros. Quedaba restablecido el comercio entre los súbditos de ambas majestades, como estaba antes de la guerra (2).

Verificóse tambien á poco de esto, con auxilio de la Francia, la sumision de las islas de Mallorca é Ibiza, capitulando el marqués de Rubí que mantenía la rebelion (15 de junio, 1715), á condicion de salir la guarnicion libre, y de respetarse las vidas y haciendas de los naturales. Con lo cual quedó enteramente restablecida la paz en toda la península y sus islas adyacentes. Los tratados de Utrecht habian puesto tambien á Felipe V en paz con todas las potencias de la grande alianza, á excepcion del Imperio, bien que tampoco se puede decir que estuviese en guerra con el emperador, porque no se movian las armas. Mirábanse, sí, con desconfianza mutua, en especial por lo que tocaba á Italia; pues ni Felipe olvidaba sus derechos á Nápoles y Milan, ni Carlos podía sufrir que el duque de Saboya fuese rey de Sicilia. Los sicilianos por su parte estaban disgustados de su nuevo rey; sometieron siempre de mala gana á su dominio, y no dejaban de suspirar por el de España: todo

lo cual mantenía receloso y hostil al emperador, y aumentaba su inquietud el matrimonio de Felipe con Isabel de Farnesio, por el temor no infundado de que reclamara un dia derechos á los ducados de Parma y de Toscana.

En tal estado un acontecimiento, que no por estar previsto dejó de hacer gran sensacion en toda Europa, por la influencia que habia de ejercer en todas las naciones, vino á variar muy particularmente la situacion de España, á saber, la muerte del anciano Luis XIV (1.º de setiembre, 1715); «príncipe, dice con entusiasmo un escritor español de su tiempo, el mas glorioso que han conocido los siglos; ni su memoria y su fama es inferior á la de los pasados héroes, ni nació príncipe alguno con tantas circunstancias y calidades para serlo; la religion, las letras y las armas florecian en el mas alto grado en su tiempo; ninguno de sus antecesores coronó de mayores laureles el sepulcro, ni elevó á mayor honra ni respeto la nacion; y despues de haber trabajado tanto para prosperar su reino, le dejó en riesgo de perderse, porque dejó por heredero á un niño de cinco años, su biznieto, último hijo del duque de Borgoña, á quien se aclamó rey con nombre de Luis XV (3).» Alzóse inmediatamente con la regencia el duque de Orleans, como primer príncipe de la sangre; obtuvo al instante la confirmacion del parlamento, y destruyendo todas las trabas que se habia querido poner á su autoridad, comenzó á ejercerla mas como rey absoluto que como regente.

Tentaciones tuvo Felipe V de reclamar para sí la regencia por derecho de primogenitura, á pesar de su renuncia á la corona de Francia, recordando los ejemplos de Enrique V de Inglaterra, y de Balduino, conde de Flandes, y aun consultó con sus consejeros íntimos sobre este negocio. Pero contúvose, y despues de bien meditado abandonó una idea que tanto le halagaba, ya por lo bien sentada que veia la autoridad del duque de Orleans, ya por el convencimiento de que los príncipes de la pasada liga no habian de consentir que una misma mano rigiese ambos reinos, viendo en la regencia una especie de revocacion no muy indirecta de su renuncia á la corona de Francia. Pero Alberoni, queriendo vender este servicio al de Orleans, publicó la intencion de Felipe, que ya el embajador Saint-Agnant habia penetrado, y fué el principio de la enemistad del regente contra Alberoni, que trajo á España los males que veremos luego.

De contado tuvo este personaje una influencia poco honrosa en el convenio mercantil que por este tiempo se hizo entre España é Inglaterra. No estaban satisfechos los ingleses del tratado de paz y comercio estipulados en Utrecht, mientras no se hiciesen las aclaraciones que allí quedaron pendientes, y conveniales además comprometer á Felipe en un concierto que envolviera una especie de reconocimiento de su nuevo rey Jorge I. Valieron al efecto de Alberoni, que fácil al sordido interés con que le brindaron (4), influyó en que se celebrase, bajo el nombre de *artículos explicativos*, un nuevo tratado de comercio declaratorio de los de Utrecht (14 de diciembre, 1715), excesivamente ventajoso á los de aquella nacion; pues si bien por la cláusula primera se sujetaba á los ingleses á pagar en los puertos de los dominios españoles los derechos de entrada y salida como en tiempos de Carlos II, por la tercera se les permitia proveerse de sal, libre de todo pago, en las islas de las Tortugas, de que no habia año que no se sacaran cargados treinta navíos, además del gran contrabando que por este tratado se les facilitaba hacer en Buenos Aires (5).

(3) El marqués de San Felipe, Comentarios, tom. II.

(1) «Copia de cuatro decretos reales, expedidos por S. M. al Consejo de Castilla. El uno en razon del nuevo reglamento dél y sus ministros. Otro en que se manda no haya consejo los dias de fiesta de corte. Otro del nuevo reglamento de la sala de Alcaldes de corte y sus ministros. Y otro restituyendo á Madrid, su corregidor y tenientes la jurisdiccion ordinaria civil y criminal.» Impreso en seis fojas en folio.

(2) El tratado se componia de veinticinco artículos. La Inglaterra salia garante de su cumplimiento. Firmóle en Utrecht como plenipotenciario del rey de España el duque de Osuna.—Coleccion de Tratados de Paz.—Belando, part. IV, e. 10.

(4) «Valieron, dice Fr. Nicolás de Jesus Belando, de Julio Alberoni, dándole cien mil libras esterlinas para que lo facilitara, y obtuviera el consentimiento del rey Católico. Liberalmente Alberoni trocó la confianza por el interés, de suerte que no cerró los oídos á la propuesta, no apartó los ojos del dinero, ni retiró la mano por no recibirlo, y así de piés y cabeza se metió en el empeño; y como forastero en el reino de España, no sabiendo intrínsecamente lo que los ingleses pedian, les franqueó su deseo; y si tal vez llegó á saberlo, mas fuerza tuvo el dinero que le dieron que no la equidad y la justicia, en aquello que alargaba de la corona.» Historia civil, part. IV, cap. 13.

(5) «Con lo cual los ingleses, dice Belando, sacaban mas de trescientos por ciento de aquello que por una vez dieron á Alberoni.» Ubi sup.



Como desde este tiempo la reina y Alberoni fueron los que, apoderados del corazón y de la voluntad de Felipe, manejaron todos los negocios de la monarquía, necesitamos decir algunas palabras del carácter de cada uno de estos dos personajes.

Isabel Farnesio, criada en una habitación del palacio de Parma bajo la inspección de una madre dura y austera, no era sin embargo una mujer de un carácter sencillo, sin talento y sin ambición, como Alberoni se la había pintado á la princesa de los Ursinos; al contrario, era viva, intrépida, astuta, versada en idiomas, aficionada á la historia, á la política y á las bellas artes; imperiosa, altiva, y ambiciosa de mando, había aprendido á saber dominarse, de tal modo que podría citársela como modelo de disimulo y de circunspección. Firme y constante en sus propósitos, no había obstáculos ni contradicciones que la hicieran cejar hasta realizar sus designios. Flexible por cálculo á los gustos y caprichos de la persona á quien le convenia complacer, lo era con Felipe hasta un punto prodigioso, no contradiciéndole nunca para dominarle mejor, acompañándole siempre á la caza, su distracción favorita, no separándose nunca de su lado, sin mostrarse jamás cansada de su compañía, con ser Felipe de un carácter melancólico y poco expansivo, y haciéndose esclava de la persona para ser reina mas absoluta. Por estos medios consiguió Isabel Farnesio de Parma reemplazar muy pronto en el poder á María Luisa de Saboya, y dominar á Felipe V hasta la última hora de su reinado. Su mas íntimo confidente y consejero era Alberoni.

Julio Alberoni, hijo de un jardinero de Fiorenzuola, en el ducado de Parma, nació el 30 de marzo de 1664. Su educación primera correspondió á la humilde condicion de su cuna. En los primeros años ayudaba á su padre en las faenas de su oficio. A los doce entró á ejercer las funciones de monaguillo ó sacristan en una de las parroquias de Plasencia. Un clérigo, viendo su despejo y disposicion, le enseñó á leer; despues estudió en un colegio de religiosos regulares de San Pablo llamados *Barbaritas*, donde ya descubrió su extraordinaria capacidad, y en poco tiempo adquirió grandes conocimientos en las letras sagradas y profanas. Su talento, sus modales, su viveza y flexibilidad, le fueron granjeando protectores.

Elevado á la silla arzobispal de Plasencia el conde de Barni, que fué uno de ellos, le nombró su mayordomo, para cuyo cargo Alberoni no servia. Entonces el prelado le ordenó de sacerdote, dándole un beneficio en la catedral, y mas adelante le agració con una canonjía. Habiendo acompañado al sobrino de su protector, conde de Barni, á Roma, aprendió allí, entre otras cosas, el francés, á que debió en gran parte su fortuna. Entró ya en relaciones con personas distinguidas, especialmente con el conde Alejandro Roncovieri, encargado por el duque de Parma para conferenciar con el de Vendome, generalísimo entonces de las tropas francesas en Italia. La circunstancia de saber Alberoni francés, la cual influyó mucho en que Roncovieri le llevara consigo y le presentara á Vendome, unido á su amena conversacion, á su carácter insinuante y á su humor festivo, le proporcionó irse ganando las simpatías, el afecto y la confianza del príncipe francés, y aun de todos sus oficiales. Vendome le llamaba ya *mi querido abate*: en vista de lo cual, Roncovieri, á quien no gustaban los modales toscos del general, aconsejó al duque de Parma su soberano que trasmitiese á Alberoni el cargo de agente que él tenia: hizolo así el duque, y además dió á Alberoni una canonjía en Parma con una decente pension.

Cobróle Vendome tanto cariño, que cuando salió de Italia se empeñó en llevarse consigo á su querido abate, y le presentó ya como un hombre de genio á Luis XIV, que le recibió con mucha amabilidad y consideracion. Destinado Vendome á Flandes, fué tambien allí Alberoni, y era su compañero y su secretario íntimo. Terminada aquella campaña, el monarca francés, que vió ya en el clérigo italiano un hombre de superior capacidad y de gran consejo, le dispensó todo su favor y le agració con una pension de mil seiscientas libras tornesas. Nombrado Vendome generalísimo de las tropas de España, no quiso venirse sin su querido abate, cuyo talento y habilidad le eran necesarios para entenderse con la princesa de los Ursinos; y en verdad no podia haber elegido para ello un

agente mas á propósito; así fué que no tardó en captarse con su destreza y sus modales conciliadores el afecto de aquella princesa, confidente íntima de los reyes, y alma entonces de la política española. Hizose tambien amigo de Macanaz, y á todos los puso en relaciones estrechas de amistad con su protectora, sin olvidarse al mismo tiempo de sus intereses personales, pues por medio de Vendome consiguió que el rey don Felipe le asignara una pension de cuatro mil pesos sobre las rentas del arzobispado de Toledo (1).

Tuvo Alberoni el dolor de ver morir en sus brazos á Vendome; y la falta de su protector, que se creyó diera al traste con todos sus ambiciosos proyectos, vino á ser causa de su mas rápida elevacion y fortuna. Porque habiéndose presentado en Versalles á dar cuenta á Luis XIV del estado de España y de los planes y medidas que convenia adoptar, volvió á Madrid muy recomendado por el rey Cristianísimo. Supo granjearse la confianza del rey, de la reina y de la princesa de los Ursinos; y con su favor y sus manejos logró ser nombrado agente del duque de Parma en la corte española. Este cargo ejercia á la muerte de la reina María Luisa de Saboya, y ese mismo le dió ocasion para insinuar á la de los Ursinos la conveniencia del enlace del rey con Isabel Farnesio de Parma. La gran parte que tuvo en la realizacion de este matrimonio, y la circunstancia de ser compatriota de la princesa y agente del duque de Parma, le abrieron la puerta al favor de la nueva reina, con cuya llegada empezó el verdadero poder de Alberoni. Porque la caída de la princesa de los Ursinos le libertó de una rival temible, y el aislamiento en que la nueva esposa de Felipe se encontró en Madrid, despedida toda su servidumbre italiana, convirtió naturalmente á Alberoni en el consejero áulico de Isabel (2).

Tuvo ya una gran parte en el cambio de gobierno y en las medidas de que atrás hemos hecho mencion, aunque sin otro carácter todavia que el de consejero privado de la reina, y el de ministro de Parma, que era lo que le daba cierto título para asistir á los consejos de gabinete. Pero no podia satisfacer el oscuro papel de consejero íntimo á un hombre de las aspiraciones, del fecundo talento, de la vasta comprension,

(1) A propósito, dice Macanaz en sus Memorias manuscritas, que al pedir el duque esta pension á Felipe le dijo que ponía sus propios méritos á la consideracion de S. M., pues no teniéndolos Alberoni, queria él darle los suyos, á fin de que le concediese esta gracia, y con efecto se la acordó por este extraño medio. Memorias, cap. 180.

(2) Poggiali, Memorias históricas de Plasencia.—Juan Rosset, Vida de Alberoni.—Testamento político de Alberoni, atribuido á Mambert de Gouset.—San Felipe, Comentarios.—Macanaz, Memorias.

El principal biógrafo de este personaje, despues de elogiar su talento, su habilidad, y otras prendas intelectuales en que todos están acordes, describe así su carácter y conducta: «Mantiene el puesto á que la fortuna le ha elevado con la gravedad de un grande de España, peroazonada con aquella astucia tan natural á los italianos, que templá todo lo que la fiereza de un grande tiene de insoportable y ofensivo. En las funciones de su ministerio sostiene todas las prerogativas con una altivez que no le atrae el afecto de los grandes, pero que no nace tanto de él como de su dignidad. Laborioso hasta el exceso... se le ha visto muchas veces trabajar diez y ocho horas seguidas... y de esta grande aplicacion y de su natural inclinacion procede ese alejamiento de toda diversion, de cualquier género que sea. Tan afable con los pequeños como orgulloso con los grandes, siempre está seguro de ganar su afecto cuando le sea necesario. Disimulado como conviene á un buen político, rara vez dice lo que piensa, y casi nunca hace lo que dice... Italiano, y por consiguiente sensible al cruel placer de la venganza, no sabe lo que es perdonar cuando se le ha ofendido, y si la ficcion le obliga á diferir la venganza, es para tomarla con mas seguridad y de un modo mas fuerte... etc.»—Prólogo á la vida de Alberoni.

Macanaz, amigo un tiempo, y despues enemigo de Alberoni, le retrata con las siguientes compendiosas palabras: «Este abad es vivo, de buen ingenio, ardidoso, adulator, envidioso, avaro, furvo, y en fin, un italiano que todo es menos lo que parece.»

El escritor de su vida hace el siguiente curioso retrato de su físico: «Es de pequeña estatura, mas grueso que delgado; no tiene nada de bello en su fisonomía, porque su rostro es demasiado ancho y su cabeza muy grande. Pero los ojos, ventanas del alma, descubren á la primera mirada toda la grandeza y elevacion de la suya, por su brillo, al cual acompaña no sé qué dulzura mezclada de majestad, y sabe dar á su voz cierta insinuante inflexion, que hace su conversacion siempre agradable y seductora.»



de las elevadas concepciones y de la grande ambición de Alberoni. Y conociendo el corazón, los deseos y las pasiones de ambos soberanos, la situación de la monarquía y sus vastos recursos, la energía del carácter español sabiendo excitarla, las buenas disposiciones del rey á adoptar los planes y reformas que pudieran remediar los males del reino, y á levantar la nación á la altura de que en los últimos tiempos había descendido; comprendiendo en fin los elementos de que aun podía disponer, se propuso elevarse á sí mismo á la grandeza de un Richelieu, y volver á la nación española el engrandecimiento que había tenido en tiempo de Felipe II. «Si consiente V. M., le decía al rey, en conservar su reino en paz por cinco años, tomo á mi cargo hacer de España la mas poderosa monarquía de Europa.»

Abrióle el camino para sus miras el nacimiento de un nuevo infante de España, que la reina Isabel dió á luz (20 de enero de 1716), y á quien se puso por nombre Carlos, siendo padrinos, Alberoni á nombre del duque de Parma, y la condesa de Altamira, camarera de la reina, á nombre de la viuda de Carlos II que se hallaba en Bayona.

El nacimiento de este infante, con los derechos eventuales de su madre á los ducados de Parma y de Toscana, dió nuevos celos al emperador, que trabajó cuanto pudo, aunque sin éxito, por vencer la repugnancia del príncipe Antonio de Parma al matrimonio, para evitar que en ningún caso pudiera la reina Isabel heredar aquel Estado; así como avivó las anticipadas miras de la reina respecto á la futura colocación de su hijo, para cuyos planes pareció que ningún ministro sería mas á propósito que Alberoni, y fué la causa de darle cada vez mas autoridad é intervención en los negocios. No se limitaban á esto los proyectos de Alberoni, sino que se extendían á restablecer el dominio del rey Católico en los Estados de Italia, ó usurpados por el emperador, ó cedidos por los tratados de Utrecht. Favorecía para esto la opresión en que el Austria tenía á Nápoles y Milan, y el descontento de los naturales. Véase por otra parte el emperador obligado á detener los progresos del turco, que tomaba á los venecianos la Morea y amenazaba su mismo imperio; pero no se atrevía á sacar sus tropas de Italia para emplearlas en la guerra contra Turquía, por temor de que entre tanto se arrojaran los españoles sobre Italia, y le arrebataran aquellos sus antiguos dominios: ni se atrevió tampoco á ofrecer á los venecianos el socorro que le pedían, mientras ellos no hiciesen una liga ofensiva y defensiva con el Imperio para defender los Estados de Italia en caso de ser atacados. Por último, á instancias del emperador reclamó el Santo Padre el auxilio de las potencias cristianas para que concurriesen á libertar la isla de Corfú, sitiada y apretada por los ejércitos y por las naves del Sultán (julio, 1716). Alberoni, á quien convenia tener congraciado al pontífice, con el designio que luego veremos, hizo que la corte de España enviara en ayuda de Venecia sus galeras mandadas por don Baltasar de Guevara, con mas seis navios de guerra al mando del marqués Estéban de Mari. Levantó el sitio la armada turca (agosto, 1716), salvóse Corfú, y el papa quedó muy agradecido á Alberoni.

Estorbábale ya á este la autoridad que en la corte de Roma y en la de España tenía el cardenal Giudice, inquisidor general y ayo del príncipe heredero. La empresa de derribar este personaje, recién repuesto en la gracia del rey y que á la sazón negociaba con el pontífice, hubiera parecido árdua, ya que no imposible, á un hombre de menos resolución y de menos habilidad y recursos que Alberoni. Pero el astuto abate logró persuadir á la reina de que el cardenal encargado de la educación del príncipe le estaba imbuyendo sentimientos de desafección á la esposa de su padre, y aun de poco amor al mismo rey. Bastó esto para que le fuera quitado á Giudice el cargo de ayo, so pretexto de ser una ocupación que le embarazaba para cumplir con las obligaciones de inquisidor general, y se nombró ayo del príncipe al duque de Pópoli. Sentido de esta medida el cardenal, hizo renuncia del empleo de inquisidor, que le fué admitida por el rey y por el pontífice, y fué nombrado en su lugar don José Molines, decano de la Rota, que había tenido á su cargo en Roma los negocios de España desde la salida del duque de Uceda. Retiróse Giudice

de España, y dejó á Alberoni dueño del poder que él no había sabido conservar.

Faltaba á Alberoni revestirse de la púrpura cardenalicia, objeto preferente de su ambición, y esto fué lo que se propuso, siguiendo su sistema de halagar al pontífice. Ofrecíanle buena ocasión para ello las negociaciones pendientes, y de las cuales se hizo él cargo, para arreglar las antiguas controversias entre España y Roma, que tenían cerrado el comercio entre ambas cortes, así como los tribunales de la dataría y nunciatura, y para reanudar las interrumpidas relaciones y ajustar un concordato. Admirables fueron las sutiles maniobras y la fina sagacidad con que supo conducir Alberoni este negocio y de que daremos cuenta en otro lugar al tratar de esta cuestión ruidosa. Mas como quiera que el pontífice difiriese la investidura del capelo, y Alberoni por su parte suspendiera el arreglo de las disidencias con Roma hasta que aquel viniese, este negocio fué causa de que ocurrieran entre tanto nuevas y mas graves complicaciones.

El emperador, victorioso del turco, se creyó bastante fuerte para romper el tratado de neutralidad de Italia, y metió sus tropas en territorio de Génova, exigiendo contribuciones á su discreción y albedrío. El marqués de San Felipe, ministro de España en Génova, insinuó al gobierno de la república que su rey le socorrería con las armas, si quería resistir á las del emperador y sacudir su servidumbre. Al mismo tiempo vigilaba el emperador de un modo ofensivo á los duques de Parma y de Toscana; trataba con el de Saboya para que le cediese la Sicilia, dándole un equivalente en dinero y algun territorio en Milan; y mientras de este modo iba tejiendo lazos á la Italia, celebraba con Inglaterra un tratado de alianza ofensiva y defensiva, con una cláusula que contenía la garantía de las adquisiciones que cada una de las dos potencias pudiera hacer en lo sucesivo. Recibieron con asombro y con indignación Felipe V y Alberoni la noticia de este tratado, cuando precisamente los halagaba la esperanza de contar con Inglaterra para llevar á efecto sus planes sobre Italia. Felipe lo miró como una afrenta y un engaño, y reconvino duramente á Alberoni por su ligereza y su confianza en el tratado último que había hecho con Inglaterra. Pero nunca estuvo Alberoni ni mas disimulado ni mas sagaz que en la conducta que después de esta transacción diplomática observó con los ingleses, fingiéndose su amigo, y despertando alternativamente sus esperanzas y sus temores, suspendiendo la ejecución del último tratado de comercio hasta neutralizar los efectos del que ellos habían hecho con el emperador. Pocas veces se ha visto emplear un disimulo mas profundo y una destreza mejor combinada, al extremo que el mismo ministro inglés se mostró vivamente interesado en que se diese la púrpura romana á Alberoni, mirándolo como el término de todas las dificultades, como el principio del restablecimiento de las buenas relaciones entre España é Inglaterra (1).

Por otra parte los armamentos del turco y los movimientos de sus escuadras inspiraban nuevos y muy graves temores al pontífice, que recelaba volviese á emprender el sitio de Corfú y temblaba por la suerte de Italia; por lo que, á instancias de S. S. se prevenían y armaban fuerzas en España, al parecer para enviarlas contra el turco y en socorro de los venecianos. Pero ni los socorros eran enviados á Venecia, ni eran invadidos los Estados de Italia que poseía ó que oprimía el emperador, que eran los dos objetos á que podían atribuirse los armamentos españoles, ni entendía nadie los fines políticos de Alberoni, que era quien lo manejaba todo, y con quien todos los embajadores se entendían, sin tener carácter de ministro, ni otro título que la confianza y la influencia que el rey y la reina le dispensaban; lo cual le servía maravillosamente para desentenderse y descartarse con los embajadores de todo aquello que no le convenia conceder, escudándose con las dificultades y la oposición que fingía hallar en los ministros.

(1) Este es uno de los asuntos que trata extensamente William Coxe, en los capítulos 21 y 25 de la *España bajo el reinado de la casa de Borbon*. Allí puede verse en sus pormenores, sacados de la correspondencia diplomática, hasta qué punto fué diestro Alberoni para entretener á los ingleses y desvirtuar los efectos de su convenio con el Austria.



Nadie explicaba la conducta de este confidente de los reyes de España. En vano Francia, Inglaterra y Holanda unidas ofrecían á Felipe V su mediación para un arreglo entre España y el Imperio, sobre la base de la reversion de Parma y Toscana á los hijos de la reina Isabel: la proposición era rechazada por Felipe y Alberoni. Seguían los preparativos militares en España con la mayor actividad, y sin embargo no iban los socorros á Roma y Venecia contra el turco, y por otra parte se mostraba Alberoni decididamente opuesto á invadir la Italia y á hacer la guerra al Austria, contra los deseos del mismo rey don Felipe. Nadie pues podía calcular para qué eran tantos aprestos de guerra.

Sucedió en esto que al venir á España nuestro ministro en Roma don José Molines, nombrado inquisidor general, á su paso por el Milanesado fué preso por el gobernador austriaco, encerrado en la ciudadela de Milan, y enviados sus papeles á Viena, no obstante llevar pasaporte del pontífice y seguro verbal del embajador de Austria (mayo, 1717). Comunicó el marqués de San Felipe al rey este atentado representándole como una nueva y escandalosa infracción de la neutralidad de Italia, que exigía una declaración de guerra al emperador. Inflamó en efecto el ánimo del rey la noticia de semejante ultraje, y resentido como estaba ya con el de Austria no pensó sino en vengar tamaña injuria. Mas como encontrase siempre á Alberoni tenazmente opuesto á la guerra de Italia, pidió dictámen al duque de Pópoli, el cual, penetrando el deseo y la voluntad del rey, como buen cortesano expresó por escrito su opinión favorable á la guerra. Contradijola y la impugnó enérgicamente Alberoni, exponiendo que no tenía España fuerzas para apoderarse de Nápoles ni Milan, ni estaba en el caso de descontentar á Francia y á las potencias marítimas que habían ofrecido su mediación, y que por otra parte el rey no podía faltar á la palabra dada al pontífice de socorrer á los venecianos (1). Esto último decíalo Alberoni para que llegara á oídos del papa por medio del negociador de la púrpura Aldrovandi, y tener así entretenido y esperanzado al pontífice. Por lo demás, si el sagaz abate resistía ó no á los proyectos de la guerra de Italia tanto como aparentaba exteriormente y por escrito, ó si él mismo la premeditaba y preparaba, y concitaba á ella secretamente al rey, punto es de que algunos dudan todavía á vista de ciertos datos contradictorios que sobre ello han quedado, bien que los que tenemos por mas auténticos nos inducen á creer no haber sido él el instigador de la guerra, y que al contrario trabajó con afán por evitar el rompimiento (2).

Al fin vino el capelo y se arreglaron las antiguas controversias entre España y Roma por medio de una convención, reducida á muy pocos artículos, pero en que quedaban sacrificadas las regalías de la corona de España, concediéndose al pontífice lo que quería (junio, 1717), y abriéndose de nuevo el comercio entre ambas cortes, corriendo todo como antes.

Tan pronto como Alberoni se vió investido de la codiciada púrpura, comenzó á obrar con toda libertad y desembarazo, y con una actividad prodigiosa apresuró los preparativos de guerra, enviando á Barcelona al intendente general de marina don José Patiño, amigo y confidente suyo, para que tuviese prontas las naves y las tropas que en aquel punto se reunían. Nadie sabía el objeto de la expedición que parecía prepararse, ni Alberoni le revelaba á nadie, y si algo dejaba traslucir era

que se dirigía contra el turco, cuya especie no era ya creída. Con mucha política y con muy buenas palabras procuraba desvanecer los recelos y sospechas de ingleses y franceses, lisonjeando á unos y á otros; y cuando toda Europa se hallaba inquieta, Inglaterra temiendo una invasión del pretendiente de aquel reino, Austria temblando por Nápoles, el duque de Saboya por Sicilia, Génova por sus mismas costas, el Santo Padre soñando en un golpe decisivo contra los infieles, y España misma disgustada y zozobrosa, vióse partir de Barcelona la armada, compuesta de doce buques de guerra y ciento de transporte, al mando del marqués Estéban Mari, y de nueve mil hombres mandados por el marqués de Lede.

Solo entonces declaró Alberoni que aquellas fuerzas iban destinadas contra el emperador, mas sin revelar el punto á que las dirigía. Ya se había dado la armada á la vela cuando publicó el marqués de Grimaldo un manifiesto para todos los ministros de las cortes extranjeras, expresando las provocaciones y agravios recibidos del emperador que habían movido al rey Católico á continuar la guerra contra él. El emperador se quejó fuertemente al papa, y pretendía que quitara el capelo á Alberoni y derogara las bulas de concesión del subsidio al rey de España. El papa se indignó contra Alberoni, de quien decía que le había engañado y burlado á la faz de Europa, mas no hallaba manera de deshacer lo hecho, ni le quedó otro recurso que escribir muy resentido al rey don Felipe, en un breve que se publicó por todas las naciones, pero al menos por entonces no llegó oficialmente á manos del rey Católico, acaso por industria de Alberoni (3).

La expedición se enderezó contra Cerdeña (4), que gobernaba á nombre del emperador el marqués de Rubí, el mismo que había tenido á Mallorca por el austriaco. Los vientos impidieron que la escuadra llegase á tiempo de poder rendir á Cagliari sin resistencia: tuvo el gobernador para prevenirse y reforzar la guarnición, y tardóse algo mas de lo que se creía en conquistarla. Entre tanto el marqués de San Felipe, escribiendo cartas por todo el reino, iba trayendo á la obediencia del rey todo el país abierto, incluso las ciudades, á excepción de las plazas fuertes y cerradas. Eran estas principalmente Cagliari, Castel Aragonese y Algheri. Pero todas se fueron rindiendo, no sin trabajo ni fatiga del ejército español, que además de las operaciones de los sitios sufrió las penalidades de largas marchas, expuesto á los maléficos influjos del aire insalubre de aquella isla en medio de los calores del otoño. Sin embargo, á principios de noviembre (1717) se hallaba ya sometida toda la isla; el marqués de Lede, despues de dejar tres mil hombres de guarnición y por gobernador á don José Armendariz, dió la vuelta con el resto del ejército á Barcelona, y el marqués de San Felipe se restituyó tambien á su ministerio en Génova. Celebróse en Madrid con gran júbilo la

(3) Poseemos copia de esta carta, y Macanaz la inserta tambien á la página 519 de sus Misceláneas manuscritas, dirigida por Clemente XI á Felipe V, fecha 8 de agosto de 1717, la cual empezaba así: «Muy querido hijo en J. C., salud y bendición apostólica. No dudando de ningún modo de la seguridad que (mas de una vez) nos tenia dada V. M. de que los navíos de guerra, que con tanta instancia teníamos pedidos á V. M. y los hizo equipar, estaban destinados para socorrer poderosamente la armada cristiana contra los turcos, persuadidos á esto por contribuir á la gloria de V. M. dimos al punto parte de ello en consistorio á los hermanos cardenales de la Santa Iglesia Romana, como tambien de lo que despues se nos participó de parte de V. M. de que estos navíos se habían puesto á la vela para ir á levantar y sostener la causa comun, como nos lo tenia V. M. prometido, cuanto lo deseábamos con ardor por el aviso de que la demás armada (aunque había defendido vigorosamente la causa del nombre cristiano) aguardaba con impaciencia la union de los referidos navíos, por hallarse muy fatigada de los sangrientos últimos combates dados en el Archipiélago: V. M. mediante lo expresado, puede juzgar el dolor que nos han causado las voces esparcidas despues, de que los navíos de V. M. no habían tomado la derrota que nos ha señalado, sino otra directamente contraria á sus promesas. De suerte que la religion cristiana no puede esperar socorro alguno, sino al contrario temer consecuencias muy peligrosas... etc.»

(4) Alberoni solo había dado conocimiento anticipado de ella al marqués de San Felipe, que como natural de aquella isla podía ayudarle mucho en su recuperación, y le envió para su gobierno copia de la instrucción que llevaba el marqués de Lede.—San Felipe, Comentarios, tomo II.

(1) «¿Qué dirían los holandeses si vieran semejante agresión (decía el astuto abate al duque de Pópoli), precisamente cuando parecen dispuestos á unirse á España y reconciliar al rey con el emperador? ¿Qué diría Francia, que ofrece decidir á las potencias marítimas á asegurar al príncipe Carlos los Estados de Parma, Plasencia y Toscana? ¿Qué diría tambien Inglaterra, que conoce y apoya este arreglo? ¿Y qué pensamiento tan horroroso, señor duque, el de poner á sabiendas á dos soberanos jóvenes y candorosos en tan terrible conflicto! Seamos francos: sería dar ocasión á toda Europa para que dijera que varios *locos italianos* por amor á su país han incitado al rey á consumir la total desolación y ruina de España.»—Carta de Alberoni al duque de Pópoli, en la Vida de Alberoni escrita en italiano.

(2) Correspondencia del ministro inglés Doddington.—Historia del cardenal Alberoni en italiano.—Vida de Alberoni, ed. de la Haya.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belandó, Hist. civil, part. IV.



recuperación de un estado que había sido de España tanto tiempo, y este principio se tuvo por feliz presagio de las hostilidades emprendidas contra el emperador (1).

Así, aunque el cardenal no hubiera sido el autor de esta expedición, ni la conquista de Cerdeña fuese por sí sola de grandes consecuencias, despertó por una parte al emperador, que no dejó de reclamar el apoyo de las tres potencias aliadas, por otra alentó á Alberoni á seguir el próspero viento de la fortuna preparándose para mayores empresas. Estos preparativos los hizo con una actividad que asombró á todo el mundo, y en tan grande escala, que nadie concebía cómo de una nación poco antes exhausta y agotada, y tan trabajada recientemente de guerras interiores y exteriores, podían salir recursos tan gigantescos. Porque de todo se hacía provision en abundancia; armas, municiones, artillería, tropas, vestuarios, naves, víveres, caballos, todo se levantaba, acopiaba y organizaba con tal presteza, que á propios y extraños causaba maravilla. Hasta los miqueletes de las montañas de Cataluña y Aragón, pocos años antes tan enemigos del rey don Felipe, supo atraer con su política Alberoni, y formar con ellos cuerpos disciplinados: hasta de los contrabandistas de Sierra Morena hizo y organizó dos regimientos. Ni en los tiempos de Fernando el Católico, de Carlos V y de Felipe II se aprestó una expedición tan bien abastecida de todo lo necesario y en tan breve tiempo, siendo lo mas admirable que para tan inmensos gastos no impusiera al reino nuevas contribuciones; y es que, como dice un autor contemporáneo, nada apasionado del cardenal, quiso Alberoni hacer ver al mundo á dónde llegaban las fuerzas y recursos de la monarquía española cuando era bien administrado su erario (2).

Y es que también, además del impulso que supo dar á todos los resortes de la máquina del Estado, y de las severas reformas económicas que hizo en todos los ramos y en todos los establecimientos públicos, sin exceptuar la real casa, despertó de tal modo el patriotismo de los españoles, que todo el mundo acudía presuroso á socorrer al gobierno con donativos voluntarios; y tampoco dejó de percibir las contribuciones eclesiásticas, no obstante haber revocado el papa las bulas en que había otorgado el subsidio. Porque el papa, vivamente resentido del proceder del rey y de Alberoni, é instigado y apretado por los alemanes, se condujo de modo que volvió á romperse la recién restablecida armonía entre España y la Santa Sede, á prohibirse otra vez el comercio entre ambas cortes y á cerrarse la nunciatura (3).

Recelosa Francia é Inglaterra del grande armamento que se hacía en España, trabajaron á fin de evitar la guerra, y al efecto enviaron á Madrid, la una al coronel Stanhope, la otra al marqués de Nancre, con proposiciones para un arreglo con el emperador, que consistía en reconocer los derechos de la reina á los ducados de Parma y Toscana, consintiendo el rey en cambio en la cesión de Sicilia. Mas contra la esperanza general la proposición de los dos ministros fué recibida por Alberoni con altivo desprecio. Lo de Parma y Toscana era en concepto del cardenal poca cosa para satisfacer á su soberano; echábase en cara que al firmar la paz no habían cuidado de establecer el equilibrio europeo, y negábase á consentir en ningún género de transacción, mientras al emperador se le conservara tanto poder, y no se le imposibilitara de turbar la neutralidad de Italia. Y solo á fuerza de instancias y empeños pareció consentir Alberoni en los preliminares propuestos por los ministros inglés y francés, y en enviar un plenipotenciario español á Inglaterra (4).

Mas como el gobierno de la Gran Bretaña se convenciese de que las palabras de Alberoni no tenían otro objeto que

ganar tiempo y entretener á los aliados, dejó de contemporizar y resolvió obligar á Felipe á dar su consentimiento, decidido en otro caso á tratar con el emperador para emprender la guerra de España. El ministro francés se conducía con otra política. Al tiempo que Nancre trataba con mucha consideración á Alberoni, Saint-Agnan fomentaba el partido de los descontentos, obrando uno y otro con arreglo á instrucciones del regente. Pero Alberoni, á cuya perspicaz penetración no se ocultaba esta doblez del regente de Francia, le correspondía excitando contra él las sospechas de la grandeza española y los celos del embajador británico.

Al fin la Inglaterra, fingiéndose cansada de tantas dilaciones, y so pretexto de que la ocupación de Cerdeña era una violación de la neutralidad de Italia que ella estaba encargada de garantizar, y de que la cesión de Sicilia había sido uno de los principales artículos de los tratados de Utrecht, se decidió abiertamente á equipar una escuadra que cruzase el Mediterráneo y protegiera las costas de Italia, suponiendo que tan considerable armamento impondría á la corte española y detendría sus planes. Esta medida produjo una nota acre y virulenta de nuestro embajador Monteleón, inquietó vivamente á Felipe, y exasperó á Alberoni, el cual escribía, entre otras cosas no menos fuertes: «Cada día anuncian los diarios que vuestro ministerio no es ya inglés, sino alemán; que se ha vendido bajamente á la corte de Viena; que por medio de intrigas, tan comunes en ese país, se trata de armar un lazo á esta nación.» Y amenazaba con que su soberano no cumpliría el tratado de comercio hecho últimamente tan en ventaja de Inglaterra hasta conocer el verdadero objeto de aquellos preparativos y ver el desenlace de aquel drama (abril, 1718).

Tocó entonces otro resorte Alberoni: con el fin de indisponer al emperador con el rey de Sicilia, Víctor Amadeo, y poner á este en el caso de entregar por sí mismo aquel reino á España, ofreció cederle los derechos del monarca al Milanesado, y para que pudiera apoderarse de él, España le daría quince mil hombres y un millón de reales de á ocho para los gastos de la guerra, atacando entre tanto el reino de Nápoles para distraer las fuerzas del Imperio. Y de intento dejó Alberoni traspirar estas proposiciones para hacer al saboyano sospechoso al emperador y á los gobiernos de Francia é Inglaterra. Pero Víctor Amadeo, que penetró las intenciones del cardenal, porque no le faltaba perspicacia, que esquivaba meterse en una empresa de muy difícil éxito, dado que las palabras de Alberoni le fuesen cumplidas, porque sabía además la alianza que se estaba tratando entre Inglaterra, Francia y el Imperio, contestó al ministro español proponiéndole condiciones inaceptables, y que revelaron al cardenal la desconfianza que en él tenía y su poca disposición á entrar en su plan, al cual por lo mismo renunció también Alberoni (5).

Mas no renunció á buscar en todas partes enemigos y suscitar embarazos á las potencias aliadas. Ofreció auxilios de dinero al rey de Suecia, si hacía una guerra que distrajera las armas de la casa de Austria: trató al mismo fin con el agente del rey de Polonia en Venecia: siguió correspondencia con Rugottki, soberano desterrado de Transilvania: fomentó en Francia las facciones de los descontentos con el duque de Orleans: atizaba las discordias intestinas de Inglaterra, y avivaba los celos comerciales de los holandeses, á quienes procuraba seducir con la esperanza de que conseguirían los mismos privilegios que se habían concedido á la Gran Bretaña. Y no obstante el poco efecto de algunas de estas gestiones, y lo infructuoso de otras; y á pesar de los artículos convenidos entre las potencias de la triple alianza contrarios á los proyectos del monarca español y de su ministro; y sin embargo de los preparativos de la armada inglesa, y de tener el emperador en Alemania ochenta mil hombres, á la sazón desocupados y dispuestos á caer sobre Italia, Alberoni, con un valor que parecía incomprensible, no quiso desistir de su empeño, y fiando su grande empresa, parte á la habilidad y

(1) Belando, Historia civil, part. III, capítulos 35 á 39.—San Felipe, Comentarios, tomo II.—Macanaz en varios lugares de sus Memorias manuscritas para la Historia del gobierno de España.—Gacetas de Madrid de 1717.

(2) El marqués de San Felipe, Comentarios, tom. II.

(3) Belando, Historia civil, part. IV, capítulos 20 y 21.—San Felipe, Comentarios, tomo III.—Macanaz, Relación histórica de los sucesos acaecidos entre las cortes de España y Roma, MS.—Diremos mas adelante cómo fué este nuevo rompimiento con la Santa Sede.

(4) Cartas de Stanhope y Doddington al lord Stanhope.

(5) Carta de don Miguel Fernandez Duran al marqués de Villamayor, embajador en Turin: en Belando, part. IV, cap. 24.—San Felipe, Comentarios, tomo II.



parte á la fortuna, mandó salir de Barcelona la armada que dispuesta tenia (18 de junio, 1718), compuesta de veintidos navios de línea, tres mercantes armados en guerra, cuatro galeras, dos balandras, un galeote, y trescientos cuarenta barcos de transporte: iban en ella treinta mil hombres, al mando del marqués de Lede, de ellos cuatro regimientos de dragones, y ocho batallones de guardias españolas y walongas, «gente esforzada, que cada soldado podia ser un oficial,» dice un escritor de aquel tiempo. «Nunca se ha visto, añade el mismo, armada mas bien abastecida: no faltaba la menudencia mas despreciable, y ya escarmentados de lo que en Cerdeña habia sucedido, traian ciento cincuenta y cinco mil faginas, y quinientos mil piquetes para trincheras: se pusieron viveres para todo este armamento para cuatro meses.»

«Las grandes potencias de Europa, dice un historiador extranjero, vieron con asombro que España, como el leon, emblema de sus armas, despertaba tras de un siglo de letargo, desplegando un vigor y una firmeza dignos de los mas brillantes tiempos de la monarquía, haciendo temer que se renovase una guerra á que apenas acababa de poner término el tratado de Utrecht (1).»

En otro capitulo daremos cuenta del resultado de esta célebre expedicion.

## CAPITULO XI

Expedicion naval á Sicilia.—La cuádruple alianza.  
—Caída de Alberoni

DE 1718 Á 1720

Progresos de la expedicion.—Fáciles conquistas de los españoles en Sicilia.—Aparécese la escuadra inglesa.—Acomete y derrota la española.—Alianza entre Francia, Austria é Inglaterra.—Proposicion que hacen á España.—Recházala bruscamente Alberoni.—Quejas y reconvencciones de España á Inglaterra por el suceso de las escuadras.—Represalias.—Declaran la guerra á los ingleses.—Intrigas de Alberoni contra Inglaterra.—Conjuracion contra el regente de Francia.—Cómo se descubrió.—Medidas del regente.—Prisiones.—Manifiesto de Felipe V.—Francia declara tambien la guerra á España.—Campana de Sicilia.—Combate de Melazzo.—Los imperiales.—El duque de Saboya.—Cuádruple alianza.—España sola contra las cuatro potencias.—Desastre de la armada destinada por Alberoni contra Escocia.—Pasa un ejército francés el Pirineo.—Sale Felipe V á campaña.—Apodéranse los franceses de Fuenterrabía y San Sebastian.—Frustradas esperanzas de Felipe.—Vuelve apesadumbrado á Madrid.—Invasion de franceses por Cataluña.—Toman á Urgel.—Sitio de Rosas.—Contratiempos de los españoles en Sicilia.—Admirable valor de nuestras tropas.—Armada inglesa en Galicia.—Los holandeses se adhieren á la cuádruple alianza.—Decae Alberoni de la gracia del rey.—Esfuerzos que hace por sostenerse.—Conjúranse todas las potencias para derribarle.—Pónenlo como condicion para la paz.—Decreto de Felipe expulsando á Alberoni de España.—Salida del cardenal.—Ocupanse sus papeles.—Breve reseña de la vida de Alberoni desde su salida de España.

Todo lo perteneciente á la expedicion que en el anterior capitulo dejamos dada á la vela, habia corrido á cargo de don José Patiño, intendente general de mar y tierra, hombre de la mayor confianza de Alberoni, y á quien este habia conferido plena autoridad, así para los aprestos y organizacion de la armada, como para sus operaciones, tanto que los jefes de la expedicion llevaban instrucciones de obedecerle en cuantas órdenes les diera en nombre del rey. Habíaseles tambien prevenido que los pliegos que llevaban no los abriesen sino en dias y lugares determinados: con todo este misterio se conducia aquella empresa.

Abrióse el primer pliego en Cerdeña, en la bahía de Cagliari (Cali), donde se les unió el teniente general Armendariz con las tropas que allí tenia, y junto todo el armamento siguió su rumbo á Sicilia, hasta dar fondo en el cabo de S. Lento (1.º de julio, 1718), donde desembarcaron las tropas. Abrióse allí el otro pliego, y se declaró al marqués de Lede capitán general de aquel ejército y virey de Sicilia. A los dos dias marchó la expedicion sobre Palermo: el conde Maffei que la gobernaba se retiró á Siracusa, dejando guarnicion en el

castillo. Gran parte de la nobleza siciliana acudió á presentarse al marqués de Lede, y los diputados de la ciudad salieron á ofrecerla al rey Católico, pidiendo solo que les fueran conservados sus privilegios. Los españoles entraron en la ciudad, y batido el castillo se rindió á los pocos dias á discrecion (13 de julio, 1718). Destacáronse fuerzas sobre varias plazas y ciudades de la isla. Tomóse Castellamare: al bloquear á Trápani vinieron las milicias del país á unirse con los españoles, matando ellas mismas á los piamonteses: la ciudad de Catana hizo prisionera la guarnicion piamontesa y aclamó al rey don Felipe: en Mesina el pueblo mismo la hizo retirar á la ciudadela: Términi y su castillo se rindieron á discrecion (4 de agosto); y Siracusa, desamparada por Maffei, fué ocupada por don José Vallejo y el marqués de Villa-Alegre. Las galeras sicilianas se refugiaron á Malta, donde acudió don Baltasar de Guevara á pedir las al Gran Maestre, el cual se negó á entregarlas diciendo que aquel era un territorio neutral, y él no era juez de las diferencias de los príncipes.

Con esta rapidez y con tan felices auspicios marchaba la conquista de Sicilia, cuando se presentó en aquellas costas la escuadra inglesa, mandada por el almirante Jorge Byng, y compuesta de veinte navios de guerra, el que menos de cincuenta cañones. Y como estaba ya acordada por las potencias la trasmision de Sicilia al emperador, el almirante inglés protegió el paso de tres mil alemanes á reforzar la ciudadela de Mesina. Con esto los españoles se retiraron hácia el Mediodía. Propúsoles Byng una suspension de armas, y como no fuese aceptada, se hizo á la vela, y encontráronse ambas escuadras (11 de agosto) en las aguas de Siracusa. Aun no se presentaban los ingleses abiertamente como enemigos, porque habiéndose quejado el marqués de Lede á un oficial enviado del almirante de que hubiese escoltado tropas alemanas, respondió que aquel no era acto de hostilidad, sino de proteccion á quien se amparaba del pabellon británico. Acaso cierta credulidad de los españoles en este dicho fué causa de que el jefe de nuestra escuadra don Antonio Gastañeta esperara á la capa á la de los ingleses, superior en fuerzas, y en la pericia y práctica de sus marinos; y aunque lo mas acertado habria sido que se retirara á sus puertos hecho el desembarco, sin duda no se atrevió á hacerlo, por no estarle mandado ni por Alberoni, ni por Patiño. Ello es que mezcladas ya ambas escuadras, vió Gastañeta que no era tiempo ya de evitar el combate, y comenzó este faltando la brisa á los españoles, y favoreciendo el viento á los ingleses, y en ocasion que el marqués de Mari con algunos buques se hallaba separado del cuerpo principal de nuestra armada. Y así fué que desordenados y separados nuestros navios, fueron casi todos embestidos aisladamente por fuerzas superiores, y unos tras otros se vieron obligados á rendirse, aunque no sin pelear con admirable denuedo. Toda la escuadra española á excepcion de cuatro navios y seis fragatas que lograron escapar, fué destruida ó apresada, cayendo prisionero el general en jefe despues de mortalmente herido. La misma suerte tuvo la flota del marqués de Mari, arrojada á la ribera de Aosta (11 y 12 de agosto, 1718).

«Esta es la derrota de la armada española (dice desapasionadamente un escritor de nuestra nacion despues de describir la pelea), voluntariamente padecida en el golfo de Aroich, canal de Malta, donde sufrió un combate sin línea ni disposicion militar, atacando los ingleses á las naves españolas á su arbitrio, porque estaban divididas. No fué batalla, sino un desarreglado combate, que redundaba en mayor desdoro de la conducta de los españoles, aunque mostraron imponderable valor, mas que los ingleses, que nunca quisieron abordar por mas que lo procuraron los españoles. El comandante inglés dió libertad á los oficiales prisioneros, y envió uno de los suyos al marqués de Lede, excusando aquella accion como cosa accidental, y no movida de ellos, sino de los españoles que tiraron el primer cañonazo; cierto es que la escuadra de Mari disparó los primeros, cuando vió que se le echaron encima para abordarle (2).»

(1) William Coxe, España bajo el reinado de la casa de Borbon, capitulo 28.

(2) El marqués de San Felipe, Comentarios, tomo II, A. 1718.—Belando. Historia civil, part. III, caps. 39 á 44.—Correspondencia del al-



En tanto que esto pasaba en Sicilia, se habian comunicado á Madrid las condiciones del tratado entre Austria, Francia é Inglaterra. Eran las principales la cesion de Sicilia al emperador, la reversion de Parma y Toscana al príncipe Carlos, hijo de Felipe V y de Isabel de Farnesio, la adjudicacion de la Cerdeña á Víctor Amadeo como compensacion de la pérdida de Sicilia, consintiendo el emperador en dejar el título que seguia dándose de rey de España, y señalando el plazo de tres meses para que Felipe y Víctor Amadeo se adhiriesen al tratado. Contestó Alberoni con despecho, que S. M. estaba decidido á luchar sin tregua, hasta arriesgarse á ser expulsado de España, antes que consentir en tan degradantes proposiciones; y prorumpió en acres invectivas contra las potencias aliadas, y especialmente contra el duque de Orleans, de quien dijo que iba á dar al mundo el espectáculo escandaloso de armar la Francia contra el rey de España su pariente, aliándose para ello con los que habian sido siempre mortales enemigos de la Francia misma.

Esto mismo dijo al coronel Stanhope; y aun añaden algunos que hizo mucho mas, y fué, que enseñándole el ministro inglés la lista de los buques que componian la escuadra británica para que la comparase con los de la española, y presentándola con cierta presuntuosa arrogancia, encolerizose Alberoni, y tomando el papel le rasgó y pisó á presencia del enviado. Y la carta que el almirante Byng despachó desde la altura de Alicante, participando que S. M. británica le enviaba á mantener la neutralidad de Italia, con orden de rechazar á todo el que atacara las posesiones del emperador por aquella parte, la devolvió el cardenal al ministro inglés con una nota marginal en que decia secamente: «S. M. Católica me manda deciros que el caballero Byng puede ejecutar las órdenes que ha recibido del rey su amo. Del Escorial, á 15 de julio.—Alberoni.»

Poco menos duró estuvo el cardenal con el conde de Stanhope, que vino luego á Madrid á proponer á Felipe la adhesion al tratado que llamaba de *la cuádruple alianza*, suponiendo, equivocadamente ó de malicia, la conformidad de la república holandesa, que rehuia unirse á las otras tres potencias por sus razones particulares, esforzadas por las gestiones del ministro español. El cardenal, picado de la conducta de Inglaterra, alentado con los progresos que iban haciendo nuestras armas en Sicilia, y mas animado con la remesa de doce millones de pesos que acababan de traer los galeones de Indias, insistió en llevar adelante la guerra, y rompiendo las conferencias con Stanhope, le dió su última resolución formulada en ocho capítulos, reducidos en sustancia á decir: que solo podia el monarca español admitir las proposiciones de paz, quedando por España Sicilia y Cerdeña, satisfaciendo el emperador al duque de Saboya con un equivalente, reconociendo que los Estados de Parma y Toscana no eran feudos del imperio, y retirándose á sus puertos la armada inglesa. Esto dió lugar á nuevas contestaciones y recriminaciones mutuas, que hicieron perder toda esperanza de reconciliación. Por otra parte Alberoni se esforzaba por presentar á Víctor Amadeo la ocupacion de Sicilia, no como acto de agresion, sino como una precaucion tomada para evitar que le fuese arrebatada á su legítimo dueño por las mismas potencias que le habian garantizado su posesion en el tratado de Utrecht, asegurando que solo la tendria en depósito hasta que pudiese volvérsela sin riesgo. Este ardid no alucinó ya al saboyano, que considerándose burlado por las fingidas protestas de amistad de Alberoni prorumpia en amargas quejas contra él, y se dirigia á Francia é Inglaterra haciéndolas responsables del cumplimiento del tratado de Utrecht. De esta manera se culpaban y acusaban unos á otros de doblez y de perfidia, en cartas, notas y manifestos que se cruzaban; siendo lo peor que á nuestro juicio todos se increpaban con justicia y con razon, pues los sucesos y los datos que tenemos á la vista nos inducen á creer que ninguna de las potencias obraba de buena fe y con sinceridad.

mirante Byng con Stanhope.—Estado político, vol. XVI.—Macanaz, Memorias para la Historia del gobierno de España, tom. I, págs. 132 á 135.—Botta, Istoria d'Italia.

Subieron de punto las quejas y reconvencciones del gobierno español al de la Gran Bretaña desde el momento que se supo el ataque de la escuadra inglesa á la española y la derrota de esta en las aguas de Siracusa. El marqués de Monteleon, nuestro embajador en Londres, dirigió al secretario de Estado de aquella nacion un papel lleno de severísimos cargos, calificando duramente la conducta del almirante Byng que habia obrado como enemigo cuando llevaba el carácter de medianero, acusando de ingrata con España la nacion inglesa, y manifestando no poder seguir ejerciendo su cargo de embajador hasta recibir instrucciones de su corte. Difiriósele tres semanas la respuesta, en tanto que llegaba la relacion oficial del almirante: la contestacion no fué satisfactoria, y en su virtud escribió Alberoni al embajador en nombre y por mandato del rey, diciéndole entre otras cosas: «La mayor parte de Europa está con impaciencia por saber cómo el ministro británico podrá justificarse con el mundo despues de una violencia tan precipitada..... S. M. no puede jamás persuadirse que una violencia tan injusta y tan generalmente desaprobada haya sido fomentada por la nacion británica, habiendo sido siempre amiga de sus aliados, agradecida á la España y á los beneficios que ha recibido de S. M. C..... Todos estos motivos, y aquel que S. M. tiene (con gran disgusto) de ver cómo se corresponde á sus gracias, la reflexion de su honor agraviado con una impensada ofensa y hostilidad, y la consideracion de que despues de este último suceso la representacion del carácter y ministerio de V. E. será superfluo en esta corte, en donde V. E. será mal respetado, han obligado al rey Católico á ordenarme diga á V. E. que al recibo de esta se parta luego de Inglaterra, habiéndolo así resuelto. Dios guarde, etc. (1).»

Monteleon en virtud de esta orden pasó á la Haya, donde en union con el marqués de Berretti Landi hizo ver á los Estados generales, mostrándoles copias de las cartas, las razones de la conducta del rey Católico. Felipe mandó salir de los dominios de España los cónsules ingleses, y tomar represalia de todos los efectos de aquella nacion, haciendo armar corsarios; y como lo mismo ejecutasen el rey de Inglaterra, el emperador y el de Sicilia, llenáronse los mares de piratas, con gran daño del comercio de todos los países. Con este motivo escribió Alberoni de orden del rey otra carta á Monteleon que comenzaba: «Aunque la mala fe del ministerio británico se haya dado bastantemente á conocer por la injusta é improvisada hostilidad que el caballero Byng ha cometido contra la escuadra de S. M., no obstante como M. Craigs, secretario de Estado, por la carta que escribió á V. E. parece querer persuadir al público lo contrario, es indispensable el repetir á V. E. que este suceso era ya premeditado, y que el almirante Byng ha disimulado su intencion para mejor abusar de la confianza de nuestros generales en Sicilia, bajo la palabra que se les habia dado de que no se cometeria hostilidad alguna.» Y en uno de los párrafos decia: «No se niega aquí que puede ser haya sido arrestado el cónsul inglés, ó mandado hacer alguna otra represalia; pero ciertamente estas cosas no habrán precedido al combate naval. Y del modo que el ministerio de Londres habla, no solamente quiere disponer de los reinos y provincias ajenas, pero pretende tambien que se sufra y disimule la osadía de sus insultos y la violencia de su proceder... (2).»

Del lenguaje empleado de palabra y por escrito entre los ministros de ambas naciones no se podia esperar ya otra cosa que un rompimiento abierto entre Inglaterra y España, y así fué. El rey Jorge I, despues de conseguir que las dos cámaras aprobaran su conducta en el negocio del almirante Byng, y que le ofrecieran los recursos necesarios, procedió á la declaracion solemne de guerra, en un Manifiesto que publicó (27 de diciembre, 1718), culpando, como era natural, al rey de España

(1) Despacho de 26 de setiembre, 1718.—Respuesta del ministro inglés Craigs al marqués de Monteleon.—Belandó, part. IV, caps. 26 y 27.

(2) Despacho de 10 de octubre, 1718.—Es extraño que el historiador William Coxe, que conoció tanta correspondencia diplomática y es tan dado á enriquecer con ella su historia, no haya hecho uso de estos documentos.



de la infracción de la neutralidad de Italia que las potencias se habían comprometido á mantener, de haber llevado la guerra á Sicilia, desoido todas las proposiciones de paz que se le habían hecho, de haber ultrajado á sus ministros y alentado los proyectos del pretendiente al trono de Inglaterra (1).

Tan cierto era esto último, como que Alberoni había enviado agentes á las cortes de Suecia y Rusia para ver de reconciliar á los dos soberanos Carlos XII y el czar Pedro I, que ambos tenían resentimientos con Inglaterra y querían restablecer en el trono de aquella nación á Jacobo III, ofreciendo para ello la ayuda de España. Y tan adelante fué esta negociación, que además de haber casado una hija del czar con un hijo del pretendiente de Inglaterra, llegó á convenirse que entre ambas potencias aprestarian una armada de ciento cincuenta navíos de línea con treinta mil hombres mandados por el mismo Carlos XII de Suecia, la cual desembarcaría en Escocia, donde iría también la primera expedición que aprontaría la España: y que para dividir las fuerzas del emperador, entraría el czar Pedro en Alemania con ciento cincuenta mil hombres, y España en su expedición llevaría al rey Jacobo á Inglaterra, no saliendo de allí hasta dejarle sentado en el trono. Que después las fuerzas de los aliados pasarían á las costas de Bretaña en Francia para apoyar al rey Católico en su proyecto de derribar al duque de Orleans, y dar el gobierno de aquel reino á una persona que afianzara la corona en la cabeza de Luis XV, desvaneciendo los temores que todos tenían de perderle. Pero Alberoni, que tan reservado era en sus planes, tuvo la flaqueza de revelar la clave de estos al baron de Waclet, y este descubrió todo á los enemigos de España (2).

Si de este modo intrigaba Alberoni contra Inglaterra, no se menudeaba menos para derribar de la regencia de Francia al duque de Orleans; para lo cual no dejaba de brindarle el estado interior de aquel reino, y el gran número de descontentos del gobierno del regente que en él había, entre ellos personas de tanto valer y tan elevada esfera como el mariscal de Villars, el de Uxelles, el duque y la duquesa del Maine, contándose también no escaso partido en favor de la regencia del monarca español. El mismo conde de San Simon, tan amigo del de Orleans, asegura que llegó á decirle: «Si el rey de España entrase desarmado en Francia, y confiándose nada mas que á la nación, y pidiese la regencia para sí, confieso que á pesar del sincero afecto que os profeso me apartaría de vos con lágrimas en los ojos, y le reconocería por legítimo regente. Y si yo que tanto os amo desde que existo pienso así, ¿qué podeis esperar de los demás (3)?»

(1) «Hallándonos empeñados con diversos tratados (comenzaba el Manifiesto) á mantener la neutralidad de Italia, y á defender á nuestro buen hermano el emperador de Alemania en la posesión de los reinos, provincias y derechos que gozaba en Europa, y deseando ardentísimamente establecer la paz y la tranquilidad de la cristiandad sobre los fundamentos mas justos y duraderos que nos fuesen posibles, hemos á este fin comunicado de cuando en cuando nuestros pensamientos y nuestras intenciones pacíficas al rey de España por medio de sus ministros, y tenemos concebida la esperanza que habían de tener su aprobación.

»Y como el dicho rey de España tenía invadida con hostilidad y de una manera injusta la isla y reino de Sicilia, la hemos hecho proponer amigables representaciones sobre este punto; mas hallándonos obligados á mantener y esforzar nuestras instancias con un armamento naval, enviamos en el verano pasado nuestra flota al Mediterráneo con una llana y sincera intención de no servirnos de su presencia en aquel mar, sino para sostener la negociación de paz, á fin de reconciliar las partes que estaban en guerra, y prevenir con aquel medio las calamidades que deberían seguirse.»

Continúa exponiendo, en el sentido que le convenia, los demás pasos dados con el rey don Felipe brindándole con la paz, la negativa de este, las secas y desabridas respuestas dadas á sus embajadores, la confiscación de los navíos ingleses decretada por el monarca español, atribuyéndole la violación de los tratados de Utrecht y de Baden, etc., y concluye: «Por estos motivos, poniendo nuestra mayor confianza en la ayuda de Dios Todopoderoso que conoce las intenciones buenas y pacíficas que siempre hemos tenido, hemos juzgado á propósito declararle la guerra al dicho rey de España, y efectivamente la declaramos con las presentes... etc. —Dada en nuestra corte de San James á los 27 de diciembre de 1718, en el año quinto de nuestro reinado.»

(2) Belando, Historia civil, part. IV, cap. 34.

(3) San Simon, Memorias, vol. VII.

Sea de esta aserción lo que quiera, el de Orleans con su desarreglada conducta había ido perdiendo todo el favor y todo el respeto que en los principios de su gobierno le habían granjeado su buen talento y sus maneras agradables, y culpábanle ya hasta de los males y desórdenes que no consistían en él. La duquesa del Maine entabló correspondencia con la reina de España por medio de nuestro embajador en París Cellamare. Seguía también el famoso jesuita Tournemine con el padre Daubenton, confesor de Felipe, que era de su misma orden. Se halagó á los oficiales franceses ofreciéndoles ascensos para que se alistaran en las filas españolas, especialmente en Bretaña, donde había muchos descontentos. Y tanto creció la conspiración, que se meditaba ya apoderarse de la persona del regente, y convocar los estados generales para sancionar el nuevo gobierno, siendo el cardenal de Polignac uno de los que mas en esto trabajaban.

Pero las imprudencias de Cellamare fueron causa de que se recelara y de que llegara á denunciarse al regente una tan bien urdida conspiración (4). Fió la conducción á España de unos pliegos importantes al jóven don Vicente Portocarrero, sobrino del cardenal, creyendo que llamaría menos la atención que un correo ordinario. Mas sucedió que el día que había de partir el jóven en unión con su amigo Monteleon, hijo del embajador, uno de los secretarios de Cellamare tenía cita en la casa de una célebre mujer de París, llamada la Tillon, famosa zurcidora de voluntades y muy conocida del ministro Dubois: y como llegase tarde y se disculpase con haber estado despachando los pliegos que debían traer los dos jóvenes, apresuróse la Tillon á dar cuenta de ello á Dubois, el cual destacó inmediatamente emisarios que se apoderaran de los viajeros. Fueron estos sorprendidos en Poitiers, cogidos y sellados los papeles, y conducidos á París (6 de diciembre, 1718), se los sometió á un consejo, y se publicó un relato de la conspiración en carta circular á todos los ministros extranjeros (5). Portocarrero fué arrestado, y mandado después salir del reino.

Había, en efecto, mediado larga correspondencia secreta entre los reyes y ministros de España y Francia. Felipe escribió algunas cartas á Luis XV, su sobrino (setiembre, 1718), advirtiéndole la poca consideración del regente en ligarse con los enemigos de la corona de España. Habíase dirigido á los parlamentos, excitándolos á que convocaran los estados generales como único remedio para impedir los males de la política del regente. Envió además un mensaje á los tres estados de Francia, quejándose amargamente del ilimitado poder del duque de Orleans, y de la injusticia de la cuádruple alianza; y los estados le contestaron con un escrito que comenzaba: «Señor.—Todos los órdenes del reino de Francia vienen á ponerse á los pies de V. M. para implorar su socorro en el estado á que los reduce el presente gobierno. V. M. no ignora sus desdichas, pero no las conoce en toda su extensión. El respeto que profesan á la autoridad real.... no les permite idear otro medio para salir de ellas, sino por el de los socorros que de derecho esperan de la bondad de V. M.»—Y entre otros párrafos se leían los siguientes: «¿Qué podeis, señor, temer ni del pueblo ni de la nobleza, cuando V. M. venga á poner en seguridad sus fortunas? El ejército de V. M. ya todo está pronto en Francia, y V. M. puede estar seguro de llegar á ser tan poderoso como Luis XIV. V. M. tendrá el consuelo de ver que le aceptan con unánimes aclamaciones por administrador y por regente... ó de ver restablecer con honra el testamento del difunto rey, augusto abuelo de V. M. Por este medio verá V. M. renovarse aquella unión tan necesaria á las dos coronas, etc. (6).»

Descubierta que fué la conspiración, el duque de Orleans,

(4) Atribúyese á este ministro falta de circunspección y de tacto en la elección de personas para la ejecución de los proyectos, y cierto aire misterioso que mas excitaba que desvanecía la curiosidad y la sospecha. Parece que en sus expediciones nocturnas se servía del carruaje del marqués de Pompadour, haciendo de cocheró el conde de Laval.

(5) San Simon, Memorias, tom. VII.—San Felipe, Comentarios, tomo II.—Memorias de Staal ó Anécdotas de la regencia.

(6) El Padre Belando conoció todos estos documentos, y los inserta íntegros en la parte IV de su Historia civil, caps. 29 á 32.



además de despedir al embajador Cellamare, hizo prender al duque y duquesa del Maine, al de Villeroy, ayo del rey Luis XV, al cardenal de Polignac, y á otros varios personajes que en ella habían estado. Felipe V hizo á su vez salir de España al embajador francés Saint-Agnan. Todos eran síntomas y anuncios de próximo rompimiento, y sobre los preparativos de guerra que se observaban en Francia, hizo Felipe una declaración ó manifiesto (25 de diciembre, 1718), que parecía mas bien un llamamiento á los oficiales y soldados franceses, puesto que ofrecía, cuando se presentaran en sus fronteras, recibirlos con los brazos abiertos como buenos amigos y aliados. «Daré (decía) á los oficiales empleos proporcionados á su graduación; incorporaré los soldados con mis tropas, y me alegraré de emplear (si fuese necesario) mis rentas en su favor, á fin de que todos juntos, españoles y franceses, peleen unidos contra los enemigos comunes de las dos naciones (1).» Estos papeles no podían detener ya el curso natural de las cosas. El consejo de regencia de Francia condenó el manifiesto del rey de España por sedicioso; y por fin el 9 de enero de 1719, se declaró solemnemente la guerra á España, con una larga exposición de los motivos del rompimiento, de las causas que habían producido la cuádruple alianza, y de los cargos que, no á la persona del rey, sino al gobierno español se hacían: porque en estos papeles tratabáanse ambos monarcas con toda consideración y respeto; las acusaciones duras se lanzaban de la una parte contra el duque regente, de la otra contra el cardenal Alberoni. A esta declaración de guerra contestó todavía Felipe con una extensa explicación de los motivos que había tenido para oponerse al tratado de alianza entre el rey de Inglaterra y el duque de Orleans (20 de febrero, 1719), que era una reseña histórica de todo lo acontecido desde la guerra de sucesión, y un resumen de todas las quejas antes en varias ocasiones y en varias formas emitidas. Mas ya no era tiempo de ejercitar la pluma, sino de empuñar las armas.

Antes de entrar en los movimientos y operaciones de esta guerra, necesitamos decir lo que habían hecho las tropas españolas que dejamos en Sicilia.

Las circunstancias habían variado mucho, y no podían los españoles proseguir la conquista con la rapidez y facilidad con que la habían comenzado; porque sobre la pérdida de nuestra escuadra, y el estorbo que les hacía la escuadra inglesa, llegaban y desembarcaban continuamente refuerzos de tropas alemanas protegidas por los ingleses, sin que á los nuestros les pudiera ir mas socorro que el que podía llevarles tal cual nave ligera que lograba arribar entre mil peligros. A pesar de todo, el ejército español sostuvo la lucha con una firmeza admirable. La ciudadela de Mesina sufrió terribles ataques durante todo el mes de setiembre (1718); hubo combates sangrientos entre españoles, piemonteses, ingleses y austriacos, en medio de los cuales los españoles iban siempre avanzando y tomando fuertes, hasta que al fin rindieron la ciudadela (30 de setiembre), bajo la condición de salir libre la guarnición, que se componía de tres mil quinientos hombres.

Dueño ya de Mesina el marqués de Lede, partió con varios regimientos á Melazzo, donde había llegado un cuerpo de ocho mil alemanes al mando del general Carafa. En la lengua de tierra que hace el promontorio de Melazzo hubo una recia y formal batalla (15 de octubre, 1718) entre austriacos y españoles, en que, después de muchos choques sangrientos, murieron de los nuestros mas de mil soldados, de los alemanes mas de tres mil, lo cual dió gran crédito á las armas españolas en Sicilia, y fué grandemente celebrado en Madrid. Mas como después se reforzaban los imperiales hasta el número de diez y seis mil peones y dos mil jinetes, y aquella guerra nos estuviere consumiendo inmensas sumas, sin medio de reponer las bajas que allí teníamos, ordenó Alberoni al de Lede que cuidara mucho de conservar aquellas tropas, y no exponerlas sino en caso preciso á una acción general. Así que, tanto por aquella parte como por la de Trápani y Siracusa, se redujo nuestro ejército al sistema del bloqueo y cir-

cunvalación de estas dos plazas, y á permanecer encerrados en las otras (2).

Influyó también en esta determinación que Víctor Amadeo, visto el cambio ocurrido en la política de Europa, se adhirió por fin á la cuádruple alianza, conviniendo en ceder al emperador el reino de Sicilia, y conformándose con recibir como equivalente el de Cerdeña, del cual fué reconocido en Viena como rey (5 de noviembre, 1718). Con cuyo motivo dió orden á los gobernadores de las plazas ocupadas todavía por sus tropas para que recibiesen guarniciones austriacas; y el emperador, libre entonces de la guerra de Turquía, pudo enviar á Sicilia cuantos refuerzos le eran menester.

En tal estado sobrevino la declaración de guerra de la Francia, y España se encontró teniendo que luchar sola contra tres naciones tan poderosas como Inglaterra, Francia y el Imperio, además del duque de Saboya, y sin esperanza de divertir por el Norte al enemigo, á causa de haber fallecido el rey Carlos XII de Suecia, con cuya cooperación contra el austriaco y el inglés había contado. A pesar de esto no desfalleció el ánimo altivo y emprendedor de Alberoni. El duque regente de Francia había nombrado general en jefe del ejército que debía invadir la España al duque de Berwick, por haberse negado á tomar el mando el mariscal de Villars á quien se le ofreció antes. Aceptó Berwick, aunque de mala gana y obligado á ello, ya por haber hecho antes la guerra en España en defensa del rey don Felipe contra ingleses y austriacos, ya por el carácter de grande de España que tenía como duque de Liria, ya por tener á su hijo primogénito casado con la hermana del duque de Veraguas. El plan del regente era atacar á Fuenterrabía, lo cual le abría el camino de Vizcaya, sobre cuyos puertos tenía él designios ulteriores, y no quiso que le ayudaran á esto los ingleses, dejándoles que atacaran á España por otro lado.

Discurrió Alberoni que la mejor manera de contener á los ingleses sería llevarles la guerra á su propia casa. Vínole bien para ello la invitación que de Roma se le hizo para que trajese á España al rey Jacobo. Vino en efecto el proscrito príncipe inglés, mientras de Milan participaban á las cortes de Londres, de Viena y de París que tenían allí preso al pretendiente, el cual se hallaba ya en Madrid recibiendo las mayores demostraciones de afecto y amistad de Felipe V y su gobierno: que el preso de Milan era uno que de industria había sido enviado allí con ciertas engañosas apariencias y cierto disfraz que le hacía sospechoso de ser el destronado Stuardo (febrero, 1719). Llamó Jacobo á hizo venir de Francia al duque de Ormond que se hallaba refugiado en aquel reino, y cuya desaparición alarmó á los aliados, principalmente al rey Jorge de Inglaterra, que pregonó y puso á talla la cabeza del duque, ofreciendo diez mil libras esterlinas al que le entregara vivo ó muerto. No se contentó Alberoni con dar celos á la Gran Bretaña. Su plan era enviar una expedición naval á Escocia, donde Jacobo tenía muchos partidarios. Al efecto dispuso que una flota que él había preparado en Cádiz pasase á la Coruña (10 de marzo, 1719), á unirse con las demás naves que en los puertos de Galicia tenía dispuestas, y allá partió también el duque de Ormond desde Bilbao.

Esta flota había de ir mandada por el entendido y práctico don Baltasar de Guevara; destinábanse á esta empresa cinco mil soldados, muchos de ellos irlandeses y escoceses del partido jacobita, que llevaban armamento para treinta mil hombres. Con razón resistía Guevara la salida, por los riesgos que podía correr la flota en aquella estación y en aquellos mares: obedeció sin embargo, pero la fatalidad justificó pronto la previsión y los temores del ilustre marino. Una borrasca que se levantó en el cabo de Finisterre, y que duró diez días, deshizo la flota en términos, que divididas las naves, cuatro entraron en Lisboa, ocho volvieron á Cádiz, las demás á Vigo y á otros puertos de Galicia, fracasaron algunos navíos, y de los barcos de transporte pocos pudieron servir. Solo una parte

(1) Dado en el Pardo, á 25 de diciembre.—Belando, part. IV, capítulo 32.

(2) Belando, Historia civil, part. II, caps. 44 á 50.—San Felipe, Comentarios, tomo II.—Relación de los progresos de las armas españolas en el reino de Sicilia delante de Melazzo: impresa en seis fojas, con un catálogo nominal de los muertos, heridos y prisioneros.



de la escuadra, con mil hombres, los mas de ellos católicos irlandeses, y tres mil fusiles para armar paisanos, llegó á desembarcar en Escocia (abril, 1719); escasísima fuerza para encender allí la guerra civil, y menos para sostenerse contra un monarca poderoso y prevenido. Así fué que solo se les agregaron dos mil paisanos, con los cuales se apoderaron de un castillo, aguardando los demás para levantarse la llegada de mayores fuerzas. Pero estas no podían llegar; y marchando luego tropas inglesas á sofocar aquella rebelion, protegido además el rey Jorge por los aliados, y hasta por los holandeses, que tambien se movieron en esta ocasion, pronto dieron cuenta, así de los expedicionarios como de los paisanos rebeldes; y si bien muchos lograron salvarse con los cabos principales, otros quedaron prisioneros, y fueron llevados en triunfo á Londres. Tal fué el desgraciado éxito de esta malhadada expedicion, dispuesta por Alberoni á costa de los caudales de España (1).

Todavía con las naves que se salvaron en Galicia salió el duque de Ormond de los puertos de Vigo y Pontevedra con intento de sublevar la Bretaña francesa, donde se contaban muchos descontentos del gobierno del duque de Orleans, y no habia faltado quien se ofreciera á ser jefe de la sedicion. Mas ó no hubo valor para rebelarse, ó faltaron cabos que la alentaran, y como la mayor parte de la nobleza se mantuviera fiel al regente, quedó tambien frustrado el objeto y desvanecidas las esperanzas que se habian fundado en esta expedicion (2).

Contribuyó á este resultado la circunstancia de que don Blas de Loyá, encargado de salir de los puertos de Santander y Laredo con dos navíos cargados de armas y patentes para los bretones que habian de sublevarse, correspondió á la fama de cobarde que ya para con sus tropas tenia, y no se atrevió á moverse, disculpando su miedo con el mal temporal. De este modo se le iban frustrando al cardenal Alberoni todos sus intentos, sin que bastaran, es verdad, estas desgracias á enfriarle ni á entibiar su ardor.

Abrieron los franceses la campaña, pasando el marqués de Tilly con veinte mil hombres el Bidasoa por cerca de Vera (21 de abril, 1719): tomaron luego el castillo de Behovia, la ermita de San Marcial, Castelfolit y el fuerte de Santa Isabel, y apoderáronse del puerto de Pasajes, quemando los navíos y almacenes de aquel rico astillero. A los pocos dias, y cuando llegó el duque de Berwick, ya se hallaban sobre la plaza de Fuenterrabía. Con esta noticia determinó el rey don Felipe salir personalmente á campaña para ponerse á la cabeza de sus tropas, como tenia de costumbre, no sin hacer antes una solemne declaracion (27 de abril), de que hizo circular profusion de copias, y en que despues de protestar de su entrañable afecto al rey de Francia su sobrino, y de que su objeto era solo libertar aquel reino de la opresion en que le tenia el regente, manifestaba la esperanza que tenia, ó aparentaba tener, de que se le habian de unir las tropas francesas (3). El duque de Orleans respondió á este documento con otro, á nombre del rey, en que á su vez afirmaba que sus tropas no venian á hacer la guerra al rey de España, sino á librar esta nacion del yugo de un ministro extranjero, á quien debia imputarse la resistencia de su soberano, las conspiraciones contra la Francia, y los escritos injuriosos á la majestad del rey Cristianísimo.

Mientras estos papeles se cruzaban, Felipe salió de Aranjuez, con la reina, el príncipe de Asturias y el cardenal, y todos pasaron á Navarra, donde se formó con dificultad un ejército de quince mil hombres, cuyo mando se dió al príncipe Pio. Escasas fuerzas eran estas para librar á Fuenterrabía,

donde habia llegado otro cuerpo de tropas francesas del Rosellon. Intentáballo no obstante Felipe, pero opusieron á ello Alberoni y el príncipe Pio, como empresa arriesgada y difícil, y muy especialmente el cardenal, que no queria le fuera atribuido el mal éxito de ella (4). Empeñóse, sin embargo, el rey en seguir avanzando, confiado en que su presencia produciria desercion en los franceses: mas cuando estaba ya á dos millas de Fuenterrabía, supo que la plaza se habia rendido (18 de junio, 1719) despues de una regular defensa.

Un cuerpo de franceses, que se embarcó en tres fragatas inglesas, atacó y tomó á Santoña, y quemó unos navíos españoles y los materiales de otros que estaban en construccion. El mariscal de Berwick, rendida Fuenterrabía, mandó combatir la plaza de San Sebastian, que tambien se entregó con menos resistencia de la que habian esperado los franceses (agosto, 1719): con lo cual terminó la campaña por aquella parte. Las Provincias Vascongadas acordaron prestar obediencia al gobierno francés, á condicion de que se les conservaran sus libertades y fueros; proposicion que no pareció bien al de Berwick, el cual respondió que aquella guerra no se habia emprendido con miras de engrandecimiento, sino solo para obligar al monarca español á hacer la paz (5).

Cosa extraña pareció que despues de estos triunfos en Guipúzcoa se moviera Berwick con su ejército hácia el Rosellon, con propósito de hacer otra entrada en España por Cataluña, acaso porque este país le recordaba sus victorias de cuando estuvo al servicio del rey Católico. Felipe se retiró disgustado á la corte (setiembre, 1719), y mandó que el ejército siguiera desde Pamplona el movimiento del enemigo. Hizose, en efecto, la invasion por aquella otra parte del Pirineo; apoderáronse los franceses de Urgel (octubre), y pusieron sitio á Rosas, pero una furiosa borrasca destrozó veintinueve naves de las que habian de servir para aquel sitio (27 de noviembre, 1719); con lo que, despues de haber estado diez dias á la vista de la plaza, se retiró otra vez el ejército francés al Rosellon, en tan miserable estado, por efecto de la intemperie y de las enfermedades, que todo lo iba dejando por los caminos, como si volviera de una larga y penosa jornada (6), pero confiando el de Berwick en que ya Alberoni quedaria desengañado de la vanidad de sus grandes proyectos.

Habia tambien marchado entre tanto con poca prosperidad para los españoles la guerra de Sicilia. Con la orden que se dió al marqués de Lede de que procurara no comprometer las tropas que tenia en aquel reino, y con noticia de que otro cuerpo de doce mil alemanes estaba para llegar en refuerzo de la guarnicion de Melazzo, tuvo por prudente abandonar aquellas trincheras (28 de mayo, 1719), y retirarse silenciosamente; pero atacado por dos partes, se vió precisado á hacer una larga marcha hasta Francavilla. Al fin en los campos de esta ciudad tuvo que sostener una reñida batalla campal, la segunda que se daba en Sicilia, con el grueso del ejército alemán, mandado por cuatro de sus mejores generales, el conde de Merci, el de Walis, el baron de Zumiungen y el de Skenendorff (20 de junio, 1719). El combate duró todo el día, con alternativas y vicisitudes varias; peleóse de ambos lados bra-

(4) «A mí se me achaca, le decia, cuanto de malo ocurre, y el revés que resultaria de una tentativa de esta naturaleza justificaria todavia mas lo que se dice vulgarmente, que mis proyectos extravagantes no pueden acabar de otro modo, y que nada bueno se puede esperar siguiendo los consejos de un lunático.»—Vida de Alberoni.

(5) Belando, parte IV, caps. 35 y 36.—San Felipe, Comentarios, t. II.—Memorias de Berwick.

(6) «Se miraba toda la tropa tan destruida, dice el P. Belando, que con la desercion, enfermedades, falta de víveres y forrajes, no habia batallon ni escuadron que no le faltara mas de la mitad de la gente. Muchos de los soldados hubieron de llevar los caballos de la rienda, porque ya no les quedaba sino la piel y los huesos; y algunos oficiales llegaron á Montalvan á pié, confesando que apenas se hallaba quien llevase las banderas. De manera que el ejército se vió en un extremo tan lastimoso, que si la caballería española le sigue, Berwick y toda su gente hubieran quedado prisioneros.»

Belando escribió esta parte de su historia con los datos que le suministraron las cartas y notas originales de Macanaz, que á la sazón se hallaba en la frontera de Francia, y seguia correspondencia con el rey, de la cual hemos tenido copia en nuestras manos.

(1) San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, part. IV, cap. 34.—Marlés, Continuacion de la Historia de Inglaterra, de John Lingard, capítulo 34.

(2) El desgraciado Jacobo III pasó á Santiago de Galicia á visitar el sepulcro del Santo Apóstol. Despues de regresar de allí, determinó salir de España, y embarcándose en los Alfaques tomó tierra en Liorna, volviéndose desde allí á Roma, de donde habia salido.

(3) «Espero (decia) que las tropas francesas, todas, á mi ejemplo, se unirán á las mías, y que las unas y las otras, animadas del mismo espíritu... etc.»—Declaracion del Católico monarca don Felipe V.



vamente, mas todavía por parte de los españoles, que al fin eran inferiores en número, y obligaron á los imperiales á abandonar el campo; la pérdida fué tambien mayor de parte de estos, que no bajaria de cinco mil hombres, herido el conde de Merci, y muertos el general Rool y el príncipe de Hols-teín: murió de los nuestros el teniente general Caracholi y algunos brigadieres, y salió herido, entre otros oficiales de distincion, el teniente general caballero Ledé, hermano del marqués generalísimo: mas aunque fué menor nuestra pérdida, la batalla de Francavilla no dejó de ser, como con muchas otras acontece, celebrada como triunfo por unos y otros combatientes, y pintada como favorable á una y otra nacion en las respectivas gacetas y papeles alemanes y españoles (1):

A todos admiraba el valor con que los españoles sostenian aquella guerra á tal distancia y sin medios de recibir socorros ni de reemplazar las bajas que sufrían; pues si bien los naturales del país, siempre desafectos á los austriacos, y mas irritados con ellos desde que vieron la tiranía con que trataban á los habitantes de la villa de Lipari de que se apoderaron, los hostilizaban rudamente y asesinaban cuantos soldados alemanes podían (2), en cambio el emperador embocaba en Sicilia, bajo la proteccion de la armada inglesa, cuantas fuerzas le eran menester para oprimir el ya poco numeroso ejército español, menguado además con los destacamentos y guarniciones de las plazas que tenían que conservar. Dejando ya los alemanes las cercanías de Francavilla, pasaron á poner sitio á Mesina, llegando el 20 de julio (1719) á la vista de la plaza despues de una penosa marcha por estrechos y escabrosos caminos. No se descuidó el marqués de Ledé en acudir á su socorro, ni estuvo floja la guarnicion en la defensa. Pero faltos de municiones y víveres los que ocupaban los fuertes avanzados, fuéronse los alemanes apoderando de ellos, aunque no sin sangrientos combates, hasta rendir la ciudad, que se entregó al conde de Merci (8 de agosto), bajo el ofrecimiento, que cumplió, de conceder á los ciudadanos cuanto querían.

Continuó la guarnicion de la ciudadela, que mandaba el bizarro don Lúcas Spínola, resistiéndose heroicamente; y entre el fuego de las baterías, y el estruendo y el humo de las minas que reventaban, parecia, valiéndonos de la frase de un escritor de aquella época, que habian formado los de Mesina otro Mongibelo, pues de día y de noche imitaba aquel encendido Etna que no muy lejos tenían. Meses enteros duró aquella resistencia obstinada: intentó el marqués de Ledé atacar á los sitiadores, pero hubo de suspenderlo con noticia de que estaba para desembarcar, como lo hizo (20 de octubre, 1719), otro refuerzo de cerca de diez mil austriacos. Con esto dispuso el conde de Merci dar un asalto general, que él dirigió personalmente, y aunque fué rechazado con no poco destrozo de sus tropas, comprendió Spínola que no era ya posible llevar mas adelante la defensa, y resolvió la rendicion (28 de octubre), con condiciones tan honrosas como era la de salir la guarnicion libremente con sus armas y equipajes, banderas desplegadas y tambor batiente, y de ser embarcada para reunirse con el cuerpo del ejército español. Al día siguiente quedaron los alemanes dueños absolutos de Mesina y de su ciudadela.

Despues de descansar unos días pasaron á Trápani con objeto de hacer levantar el bloqueo que le tenían puesto los españoles. Acampados estaban todavía fuera de la plaza cuando llegó el magistrado de Marsala á ofrecerles la obediencia en nombre de esta ciudad (30 de noviembre, 1719); primera poblacion de Sicilia que voluntariamente se sometió á los austriacos. A poco tiempo ejecutó lo mismo la ciudad de Mazara. Al compás del enemigo se movió tambien el marqués de Ledé con el ejército español, y puso su campo en Castelvetro, Siaca y otros lugares, donde se defendió el resto del

invierno; y aunque no dejaron de menudear los combates parciales, pasóse sin notable acontecimiento lo que quedaba de aquel año y hasta apuntar la primavera del siguiente, en que el general español propuso mas de una vez suspension de armas, si bien quedaba siempre sin efecto por algunas condiciones inadmisibles que exigían los alemanes (3).

De todos lados venían nuevas de sucesos desfavorables. En tanto que por allá se perdía Mesina, en Inglaterra se había estado preparando secretamente una expedicion, á la cual se daba el nombre de expedicion secreta, por el sigilo que se guardaba sobre su objeto y destino, aunque se suponía ser contra España. En efecto, á poco tiempo se vió aparecer sobre la bahía de Vigo una escuadra de ocho navíos de línea, con algunos brulotes y bombardas, unos cuarenta barcos de transporte, y cuatro mil hombres de desembarco (10 de octubre de 1719). La ciudad les fué entregada á los ingleses sin resistencia; la ciudadela á los pocos días de ataque (21 de octubre): los ingleses quemaron allí los almacenes y pertrechos de las naves destinadas á la expedicion de Escocia, y que aquella borrasca de que hablamos obligó á volver á los puertos de Galicia. Alarmóse con esto y se puso en gran cuidado la corte, pero por fortuna no era el ánimo de los expedicionarios internarse; contentáronse con saquear los lugares abiertos de la marina, y se volvieron á embarcar, dando á conocer que habian llevado solamente el propósito de vengar la intentona de los españoles en Escocia.

Para que no faltara contrariedad que no experimentase España en este tiempo, la república de Holanda que se había estado manteniendo neutral, rehusando adherirse á la alianza de las tres grandes potencias, merced á las eficaces gestiones de nuestro embajador, marqués de Beretti Landi, y al estímulo de las ventajas comerciales con España y sus colonias que su conducta le valía, dejóse al fin vencer por las instancias y halagos con que acertaron á contentarla y reducirla las cortes de aquellas naciones; y como viese por otra parte los descabros, contratiempos y adversidades que España estaba experimentando, abandonó su neutralidad, y suscribió al tratado de alianza de otras potencias, que solo entonces llegó á poderse llamar con propiedad *de la cuádruple alianza*; quedando de este modo España, en las circunstancias mas críticas, completamente aislada y sola contra cuatro poderosas naciones de Europa (4).

Tantos malos sucesos habian hecho ya pensar muy seriamente al monarca español en los compromisos tan graves y en los apuros tan terribles en que le había puesto la política de Alberoni, y ya hacia algunas semanas que notaba el cardenal cierta mudanza en el rostro de Felipe y ciertas señales que le significaban el desagrado en que había caído. La reina, en quien buscaba apoyo, se mostraba tambien cansada de sostener á quien había colocado al rey en situaciones y empeños de que no podia salir airoso. Como medio para sostenerse, manifestaba al rey la parte que le convenia de los despachos que se recibían de los ministros en las cortes extranjerías, para lo cual les previno que se los enviaran á él directamente, y no á los secretarios del despacho universal, como en todo Estado y en todo gobierno se practica; y era cosa bien anómala y extraña que los ministros y embajadores hubieran de entenderse oficialmente con quien no tenía carácter de primer ministro, ni otra representacion legal que la que le daba la privanza del monarca y su tácito consentimiento. Y como sospechase que el P. Daubenton, confesor del rey, era uno de los que le informaban del mal estado de la monarquía y de la necesidad de ponerle remedio, discurrió traer á España otro jesuita, muy conocido de la reina, el P. Castro, que se hallaba en Italia hacia muchos años, é introducirle en la gracia de Felipe y derribar de este modo y sacar de España á Daubenton.

Pero todos estos esfuerzos eran ya tardíos. Felipe deseaba la paz, y las potencias aliadas habian significado por medio de sus representantes, y de otros agentes que en las negociacio-

(1) Belando, Historia civil, part. II, caps. 46 y 47.—San Felipe, Comentarios, tomo II.—Lutzen, Historia de Alemania.—Ojeada sobre los destinos de los Estados italianos, lib. XII, c. 3.—Gaceta de Madrid de 25 de julio, 1719.—Carta del marqués de Ledé al conde de Montemar, en el campo de Francavilla, tomo de Varios, pág. 94.

(2) Fué esto de tal conformidad, dice un historiador de aquel tiempo, que los hombres mas rústicos y la gente del campo mas inexperta meneaban las armas con tanta destreza como el arado.

(3) Belando, part. II, caps. 49 al 53.—San Felipe, Comentarios, t. II.

(4) Contentó el gobierno inglés á la Holanda haciendo que el emperador diera cumplimiento al tratado de la Barrera, estipulado en 1715 entre el Imperio y las Provincias Unidas.



nes intervinieron (1), que no podría hacerse la paz tan deseada de todos, sin la condicion de que fuera antes alejado de los consejos del rey, y aun echado de España Alberoni, á cuyo influjo ó manejos atribuian el haberse encendido de nuevo la guerra, y cuyo talento y travesura temian todavía. Y como ya estaba bastante predispuesto el ánimo de Felipe, resolvió deshacerse del cardenal, de la manera como suelen dar estos golpes los reyes. La mañana del 5 de diciembre (1719) salió para el Pardo en compañía de la reina, habiendo dejado por la noche firmado un decreto, que encargó al secretario del despacho don Miguel Fernandez Durán, marqués de Tolosa, notificara á Alberoni, escrito de su puño y letra, que decia:

«DECRETO. — Estando continuamente inclinado á procurar á mis súbditos los beneficios de una paz general, trabajando hasta este punto para llegar á los tratados honrosos y convenientes que pueden ser duraderos, y queriendo con esta mira quitar todos los obstáculos que puedan ocasionar la menor tardanza á una obra de la cual depende tanto el bien público, como asimismo por otras justas razones, he juzgado á propósito el alejar al cardenal Alberoni de los negocios de que tenia el manejo, y al mismo tiempo darle, como lo hago, mi real orden para que se retire de Madrid en el término de ocho dias, y del reino en el de tres semanas, con prohibicion de que no se emplee mas en cosa alguna del gobierno, ni de comparecer en la corte, ni en otro lugar donde yo, la reina, ó cualquier príncipe de mi real casa se pudiese hallar.»

Golpe fué este que hirió como un rayo al purpurado personaje. Pidió que se le permitiera ver una vez al rey ó á la reina, y le fué negado. Concediósele solamente escribir una carta, que no produjo efecto alguno. Ordenósele hacer entrega de todos los papeles que tenia, pero la hizo solo de los mas inútiles é insustanciales, reservando los que podian convenirle para sus ulteriores fines, y los que encerraban secretos de Estado. En cumplimiento pues del real decreto salió Alberoni de Madrid (12 de diciembre, 1719) con decorosa escolta de soldados, dirigiéndose á Génova por Aragon, Cataluña y Francia. En Lérida le alcanzó un oficial, que de orden del rey le pidió las llaves de sus cofres para buscar unos papeles que no se encontraban; él las entregó é hizo pedazos delante del oficial una letra de cambio de veinticinco mil doblones que llevaba consigo. Hecho el escrutinio de los papeles, no se hallaron los mas esenciales que se andaban buscando. Los catalanes no olvidaban que durante su ministerio habia sido sometida Barcelona, y antes de llegar á Girona fué acometido por una partida de miqueletes, que le mataron un criado y dos soldados; salvóse él, merced á la buena escolta que llevaba, y á un disfraz con que pudo entrar en Girona á pie. Entró en Francia y cruzó el Languedoc y la Provenza con pasaporte del duque regente, y se embarcó en Antibes para Génova (2).

La caída de Alberoni es otro de los innumerables ejemplos del término que suelen tener las privanzas con los príncipes. De ella se regocijaron unos, celebrando como uno de los dias mas felices aquel en que le vieron salir de España; lamentá-

ronla otros muchos, pregonando que con él habian perdido el monarca y la monarquía uno de los mejores ministros que se habian conocido. «Y no se le puede negar la gloria, dice un escritor, que en verdad no era apasionado suyo, de que los tres enemigos irreconciliables de España, el emperador, el duque de Orleans y la Inglaterra se conjuraron para sacar de España á este hombre.» Diversos y muy encontrados juicios se han formado sobre este célebre personaje; nosotros emitiremos tambien el nuestro cuando juzguemos á los hombres importantes de este reinado. Por ahora anticiparemos solamente que un contemporáneo suyo, y de los que le trataron con mas severidad, no pudo menos de decir de él estas palabras:

«Arrancada de las manos del pontífice la apetecida púrpura, soltó las riendas á sus ideas, encaminadas todas á adquirirse gloria; *bien es verdad que no ganó poca* en su tiempo la nacion española, ni poco crédito las armas del rey (3).» Y otro de sus mayores adversarios y que no le ha tratado con indulgencia, escribió tambien:

«La España caminaba á su ruina, porque, aunque la tiranizó Alberoni, al fin la puso en paraje de dar la ley á la Europa (4).»

(3) El marqués de San Felipe, Comentarios, tom. II, pág. 200.

(4) Macanaz, Memorias para la historia del gobierno de España, MS. tomo I, pág. 160.

Siguiendo el sistema que nos hemos propuesto respecto á los personajes extranjeros que han ejercido grande influjo en el gobierno y en los destinos de España, y despues han salido del reino para no volver mas á él, daremos una breve noticia de su azarosa vida desde que salió desterrado de nuestra península.

Embarcado, como dijimos, en el pequeño puerto de Antibes en una fragata que le envió la república de Génova, tomó tierra en un pueblo de aquella señoría llamado Sestri á Levante. Allí se encontró ya con una carta del duque de Parma prohibiéndole la entrada en sus Estados, y con otra del cardenal Paulucci, secretario de Estado del papa Clemente XI, que no le permitia dudar del enojo que contra él abrigaba el pontífice, con cuyo motivo suspendió su viaje, quedándose en Sestri, y receloso de todos puso en seguridad sus papeles y todo lo de mas precio que tenia. Los reyes de España le culpaban de todos los desastres de la guerra, y con un encono que contrastaba con el extremado cariño de antes, recomendaron á los ministros de las potencias aliadas excitaran al pontífice á que le despojara de la púrpura y le hiciera encerrar para siempre en una fortaleza. El papa por medio del cardenal Imperiali pidió á la república de Génova su arresto, diciendo que su prision importaba muchísimo á la Iglesia, á la Santa Sede, al Sacro Colegio, á la religion católica, y á toda la república cristiana, á cuyo efecto presentaba contra él diez capítulos de acusacion, á saber:—que habia engañado al papa, obligándole con malas artes á darle el capelo:—que habia atacado la autoridad de la Santa Sede de un modo inaudito:—que habia apartado la corte de España de la obediencia á la Santa Sede:—que habia turbado el reposo público de Europa:—que era el autor de una guerra impia:—que habia sido fautor del turco:—usurpador de bienes eclesiásticos:—violador de los breves pontificios:—enemigo implacable de Roma: y por último, que habia abusado inicuamente de la firma del rey de España.

El senado de la república, que antes de ver los capítulos habia determinado que Alberoni permaneciese arrestado en su casa de Sestri, vistos despues los cargos, y no considerándolos bastante probados para violar la hospitalidad y el derecho de gentes, puso en libertad al cardenal, bien que no permitiéndole permanecer en sus Estados, y escribiendo al pontífice una respetuosa carta, en que explicaba los motivos de esta resolucion. El marqués de San Felipe, embajador de España en Génova, y autor de los Comentarios que tantas veces hemos citado en nuestra Historia, trabajó cuanto pudo, aunque inútilmente, para que no se le restituyese la libertad, y Génova con esta generosa conducta se indispuso con Roma, con España y con las potencias aliadas.

Alberoni, durante su permanencia en Sestri, escribió varias cartas en justificacion de los cargos que se le hacian; en ellas negaba haber sido el autor de la guerra, y probábalo con su carta escrita al duque de Pópoli, de que hemos hecho mérito en la Historia, y apelaba al testimonio del nuncio Aldobrandi y del mismo rey don Felipe, que decia haber sido el motor de la guerra, contra el dictámen, y aun con manifiesta desaprobacion del cardenal. Por este orden iba contestando á los demás capítulos. A estas cartas que el secretario Paulucci presentó á S. S., respondió el pontífice, copiando párrafos de otras del rey Felipe y de su confesor Dautenton, enviadas indudablemente por estos, de que resultaba que la expulsion del nuncio de España y la salida de los españoles de Roma habian sido mandadas sin orden ni noticia del rey; y con respecto á la guerra, habia una de Alberoni al marqués Beretti Landi, en que despues de ex-

(1) Era uno de estos el marqués Anibal Scotti, que habia sido enviado á Madrid con este objeto por el duque de Parma, el cual lo hizo instigado y ganado por el lord Peterborough. El Scotti pasó á Paris, so pretexto de seguir de allí á Bruselas para conferenciar con nuestro embajador en Holanda. Pero detenido en aquella ciudad con achaque de los pasaportes, el duque de Orleans, á quien los soberanos aliados habian encomendado la ejecucion del plan contra Alberoni, acordó con Scotti lo que habia de informar á los reyes de España para llevar adelante la negociacion. El marqués volvió á Madrid, y habló largamente y secretamente con los reyes, informándoles de los deseos y de las proposiciones de los soberanos de Austria, Francia é Inglaterra.

Algunos escritores de memorias secretas añaden que esta conferencia la logró Scotti por mediacion de una azafata de la reina llamada Laura Piscattori, que habia sido su nodriza, y aun bautizada en la misma parroquia de Alberoni, la cual era enemiga del cardenal y solia leer á la reina las coplas satíricas y mordaces que se escribian ya contra el privado. —San Felipe, Comentarios, tom. II.—Beland, Historia civil, part. IV, capítulo 37.—Correspondencia de Stanhope con Dubois: Papeles de Hardwick.—San Simon, Memorias.—Duclos, Memorias secretas de los reinados de Luis XIV y Luis XV.

(2) Historia del cardenal Alberoni.—Duclos, Memorias secretas.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Beland, part. IV, cap. 37.



## CAPITULO XII

## El congreso de Cambray.—Abdicacion de Felipe V

DE 1720 Á 1724

Da Felipe su adhesión al tratado de la cuádruple alianza.—Artículos concernientes á España y al Imperio.—Evacuación de Sicilia y de Cerdeña por las tropas españolas.—Pasa el ejército español á Africa.—Combates y triunfos contra los moros.—Esquiva la corte de Viena el cumplimiento del tratado de la cuádruple alianza.—Unión de España con Inglaterra y Francia.—Reclamaciones y tratos sobre la restitución de Gibraltar á la corona de Castilla.—Enlaces recíprocos entre príncipes y princesas de España y Francia.—El congreso de Cambray.—Plenipotenciarios.—Dificultades por parte del emperador.—Cuestión de la sucesión española á los ducados de Parma y Toscana.—Vida retirada y estado melancólico de Felipe V.—Intrigas del duque de Orleans en la corte de Madrid.—Muerte súbita del padre Daubenton, confesor del rey don Felipe.—Muerte repentina del duque de Orleans.—El duque de Borbon, primer ministro de Luis XV.—Instrucciones apremiantes á los plenipotenciarios franceses en Cambray.—Despacha el emperador las Cartas eventuales sobre los ducados de Parma y Toscana.—No satisfacen al rey don Felipe.—Transacción de las potencias.—Ruidosa y sorprendente abdicación de Felipe V en su hijo Luis.—Causas á que se atribuyó, y juicios que acerca de esta resolución se formaron.—Retíranse Felipe y la reina al palacio de la Granja.—Proclamación de Luis I.

Parecía que con la salida de Alberoni de España quedaba removido el único, ó por lo menos el principal obstáculo para la realización de la paz. Pero todavía anduvo reacto el rey don Felipe para venir al acomodamiento que le proponían; lo bastante para que pudiera decir con alguna razón el destier-

citarle á que concluyera cuanto antes las negociaciones para que empezara la guerra sin dilación, decía estas notables palabras: *porque ella nos ha de satisfacer de los agravios recibidos de la corte de Roma, que procede repitiéndolos cada día con la mayor desenvoltura*, etc. No parecía fácil que pudiera Alberoni desenvolverse y sincerarse de estos y otros semejantes cargos; respondió no obstante, que todas las pruebas que Su Santidad aducía como incontestables no hacían mella en su ánimo tranquilo con su conciencia, aunque no pareciese así á los ojos de las gentes, y que estaba escribiendo para confundir á sus enemigos, y hacer ver al mundo que las cosas que mas ciertas parecen son las mas falsas. Escribió en efecto otras *Cartas á Paulucci*, sus *Alegaciones*, y su *Apología*, que publicó mas adelante.

Pero estos escritos le atrajeron mas ruda persecución. La corte de Madrid ordenó al inquisidor general que le formase proceso por comisión del pontífice. El duque de Parma, en unión con España, exigía que fuese degradado. Alberoni, no contemplándose seguro, abandonó la mansión de Sestri, embarcóse para Spezia, y desde allí se ocultó á los ojos del mundo, sin que pudiera nadie saber su paradero. De esta fuga pidieron satisfacción el Santo Padre y el rey de España á los genoveses, no obstante que, como declara el mismo embajador de Génova, San Felipe, «acerca de los crímenes que se le imputaban no nos consta del fundamento que la acusación tenía, ó si todo era calumnias;» y mas adelante: «cuyas culpas abultaba el vulgo de los españoles mas de la verdad, por el odio que á su persona tenía.» Supuso despues que se habia refugiado en Lugano, ciudad de Suiza, que algunos confunden con Lugnano, pequeña aldea de Italia, donde permaneció en tanto que sus perseguidores hacían diligencias para apoderarse de su persona.

La muerte del papa Clemente XI (1721) produjo un cambio completamente favorable en la vida del ilustre proscrito. El colegio de cardenales, en que siempre habia tenido amigos y protectores, le convocó al conclave que habia de celebrarse para la elección del pontífice. Entonces dejó Alberoni su retiro: mas como supiese ó sospechase que las cortes de Parma y de España le buscaban todavía para prenderle, hizo el viaje por caminos extraviados y llegó á la capital del orbe católico donde el pueblo se agolpó, ávido de curiosidad por conocer á tan célebre personaje, en términos que la muchedumbre le embarazaba el tránsito por todas las calles que tenia que atravesar. Tomó Alberoni parte en el conclave, y el nuevo papa Inocencio XIII, le permitió vivir retirado en Roma. Pero por halagar á las cortes de Francia y España nombró una comisión de cardenales para que viesan y fallasen su causa, con cuyo motivo escribió otro papel titulado: *Carta de un hidalgo romano á un amigo suyo*, que alcanzó mucha boga, y al que por lo mismo el partido español se vió precisado á replicar. Condenado por la comisión á tres años de retiro en un convento, el papa conmutó los tres en uno. Habiendo muerto su encarnizado perseguidor el duque de Orleans, Inocencio XIII le absolvió de todo, y le confirió con toda ceremonia el capelo. Benedicto XIII que sucedió á aquel papa, y á cuya elevación habia contribuido Alberoni, le consagró obispo de Málaga, y le dió la pensión de que gozan los cardenales, y el cardenal Polignac,

rado cardenal que no era él ni el autor ni el solo sostenedor de la guerra, sino que en ella se hallaba empeñado y acalorado el rey. En la primera contestación de Felipe á los Estados generales de las Provincias Unidas (4 de enero, 1720), en que le invitaban á adherirse á la cuádruple alianza, no se mostró mas conciliador ni menos exigente que el ministro caído: puesto que pretendía, entre otras cosas, quedarse con Cerdeña, no ceder la Sicilia al emperador sino con el derecho de reversion á España, como la tenía el duque de Saboya, y que le fueran restituidas Gibraltar y Menorca, sobre lo cual habian mediado ya tantos tratos y promesas de los ingleses. Era evidente que no habian de admitir las potencias tales condiciones; y no fué poco que enviaran á Madrid ministros especiales para ver de reducir y convencer á Felipe antes que espirara el plazo de tres meses que para su resolución le habian dado. Y fué menester además de esto que se emplearan para acabar de vencerle las persuasiones y las instancias del confesor Daubenton, del marqués Scotti y de la reina misma.

Al fin, dió Felipe su accesión al tratado de la cuádruple alianza en un documento solemne (26 de enero, 1720), en el cual todavía manifestaba que sacrificaba á la paz de Europa sus propios intereses, y la posesión y derechos que cedía en ella (1). Envió este instrumento á su embajador en Holanda el marqués de Beretti Landi, con la plenipotencia para que le firmase con los ministros de los aliados, como así se verificó (17 de febrero, 1720). Los artículos concernientes á las cortes de Viena y de Madrid, en que consistían todas las dificultades, eran ocho, á saber:—la renuncia del rey Católico al reino de Cerdeña:—ratificación de la renuncia por parte de Felipe á la corona de Francia, y por parte del emperador á sus pretensiones á la monarquía de España y de las Indias:—que el emperador Carlos reconociera á Felipe de Borbon y á sus sucesores por reyes legítimos de España:—que Felipe renunciara por sí y por sus descendientes á toda pretensión sobre los Países Bajos, y estados que el emperador poseía en Italia, incluso el reino de Sicilia:—que faltando el sucesor varon de los ducados de Parma y Toscana, entrarían á suceder los hijos de la reina de España:—que el derecho de reversion del reino de Sicilia, que Felipe se reservó en el tratado de 1713 respecto al duque de Saboya, se trasferiria al reino de Cerdeña:—que Carlos y Felipe se comprometían á mantener lo convenido en este tratado:—que todo se cumpliría dentro de dos meses, y que ambos designarian lugar y

enemigo del difunto duque regente de Francia, consiguió que su gobierno le señalara otra pensión de diez y siete mil libras tornesas.

No faltó mucho para que por empeño de Polignac y del mariscal Tessé se le viera nombrado embajador de España en Roma, é indemnizado con los honorarios de catorce mil escudos de la pensión que habia tenido sobre la mitra de Málaga, si no lo hubiera estorbado la interposición de Inglaterra, que se mostró celosa de la consideración que iba recobrando su antiguo enemigo. Pero de tal modo se habia ido reponiendo en la opinión de los españoles, que cuando el príncipe Carlos tomó posesión de los ducados de Parma y Plasencia, no tuvo reparo en permitir á Alberoni que residiese en su ciudad natal, donde fundó y dotó un seminario. Mas adelante el papa Benedicto XIV le nombró vicelegado suyo en la Romagna. Allí dió una prueba de que la edad no habia acabado de extinguir su inclinación á la intriga, intentando poner bajo la dependencia de la Santa Sede la pequeña república de San Marino; proyecto diminuto como aquella república, y que se miró como una especie de parodia que tuvo la flaqueza de hacer en sus últimos años de los grandes planes con que admiró á Europa cuando gobernaba la España.

Este hombre extraordinario acabó sus dias en Roma (26 de junio, 1752), á los ochenta y ocho años de edad, con la reputación de un ministro mas intrigante que político, con fama de ser tan ambicioso como Richelieu, tan astuto como Mazarino, pero mas imprevisor y menos profundo que el uno y el otro. Despues de su muerte se publicó el *Testamento político de Alberoni*, de quien nadie, sin embargo, le cree autor, y se ha atribuido con mas verosimilitud á Mauberto de Gouvert.—Vida de Alberoni, por Rousset.—Historia de Alberoni, impresa en la Haya.—Memorias de San Simon.—Idem de Polignac.—G. Moore, Disertación sobre Alberoni.—San Felipe, Comentarios.

(1) «Deseando ahora contribuir por mi parte (eran sus palabras) á los deseos de las referidas Majestades los serenísimos reyes de Francia é Inglaterra, y dar á la Europa el beneficio de la paz, á costa de mis propios intereses, y de la posesión y derechos que he de ceder en ella, he resuelto aceptar el referido tratado etc.»—Tomo de Varios de la Real Academia de la Historia, Est. 13, grada 3.



sujetos para establecer definitivamente la paz. En su virtud hizo Felipe la correspondiente solemne renuncia en el Escorial á 22 de junio de aquel mismo año.

Mientras se hacian estos arreglos diplomáticos, las armas no habian estado ociosas. En medio de las nieves y los hielos y de todas las injurias de un invierno crudo, y en tanto que el príncipe Pio perseguía y sujetaba á mas de dos mil catalanes que se rebelaron á la entrada de los franceses en el Principado, el marqués de Castel-Rodrigo, encargado de lanzar á los franceses de Urgel, de la Conca de Tremp y de otros puntos que ocupaban en Cataluña mandados por el marqués de Bonás, emprendiendo sus operaciones con una actividad y un arrojo admirables, los fué atacando, venciendo y arrojando sucesivamente de Urgel, de Castelleiutat, de la Conca de Tremp y de todos los lugares que habian ocupado, hasta internarlos en Francia, y quedar nuestras tropas dominando, no solo la Cerdeña española sino tambien la francesa, y allí permanecieron hasta que se arreglaron las diferencias entre los monarcas (1).

La adhesion de Felipe al tratado de la cuádruple alianza produjo tambien, como era de suponer, la cesacion de hostilidades en Sicilia. El marqués de Lede recibió poder de su soberano para acordar la evacuacion de ambos reinos, Sicilia y Cerdeña. En su virtud púsose de acuerdo con los generales inglés y alemán, Byng y Merci, y entre los tres estipularon el tratado y la forma de la evacuacion de Sicilia (6 de mayo de 1720); concluido el cual, hicieron otro semejante para el de Cerdeña (8 de mayo). Este último fué á los pocos meses (agosto) entregado por los españoles al príncipe Octaviano de Médicis, que sin dilacion hizo lo mismo en manos del conde de Saint Remy, comisario general del duque de Saboya, á quien los sardos reconocieron por soberano (2).

Evacuadas la Sicilia y la Cerdeña por las tropas españolas, y no queriendo el genio animoso de Felipe dejar de tentar alguna otra empresa, alarmáronse otra vez las potencias limítrofes, Francia, Portugal, y aun Inglaterra, al observar los armamentos navales que se hacian en Cádiz, Málaga, y otros puntos de la costa de Andalucía, impulsados por el activo é inteligente don José Patiño, y al ver concurrir á aquellos puertos fuerzas respetables de infantería, caballería y artillería, cuyo mando se confió al mismo marqués de Lede, jefe de la expedicion á Sicilia. Mostráronse otra vez recelosas las potencias, y no cesaban de inquirir sobre el destino y objeto de estos nuevos aprestos militares de España, y no se tranquilizaron, ni se vieron libres de inquietud y zozobra hasta que declaró Felipe que aquel armamento se dirigía á vengar los insultos de los moros de Africa, enemigos de España y de la religion católica, que desde el tiempo de Carlos II, ayudados y protegidos por ingenieros y artilleros europeos que las naciones rivales de España les habian suministrado, tenian constantemente asediada la plaza de Ceuta, y molestada con frecuentes y casi continuos ataques.

Partió, en efecto, esta expedicion de Cádiz (últimos de octubre, 1720), mandadas las velas por don Carlos Grillo, las tropas, que ascendian á diez y seis mil hombres, por el marqués de Lede, y el 14 de noviembre habian acabado ya de desembarcar, hallándose al dia siguiente en disposicion de atacar las obras de los moros en combinacion con los de la plaza. El 15, dada la señal de combate, fueron acometidas y forzadas las trincheras de los infieles por cuatro columnas de á seis batallones cada una; pero retirados aquellos hasta el campo, en que tenian sobre veinte mil hombres, entre ellos dos mil negros de la guardia del rey de Marruecos, famosos por su bravura y por su resistencia en la pelea, fué menester á los nuestros sostener contra los africanos una formal batalla, que duró cuatro horas, al cabo de las cuales fueron obligados los negros á huir en derrota, los unos á Tetuan, los otros á Tánger. De los cuatro estandartes que en esta accion se les cogieron, tres presentó en persona el rey don Felipe á

la Virgen de Atocha, y uno envió al pontífice con una muy reverente y expresiva carta, como tributo propio de un rey católico al jefe de la Iglesia. Fortificáronse los españoles en aquel campo; y así, aunque mas adelante, en dos distintas ocasiones (9 y 12 de diciembre, 1720) volvieron los moros reforzados con gran chusma de gente, que se supone no bajaban un dia de treinta y seis mil hombres, y que en el otro llegarían á sesenta mil, en ambas ocasiones fueron escarmentados sin que lograran forzar el campamento cristiano. Estos triunfos llenaron de júbilo al rey y á la nacion española, pero excitaron los celos del gobierno de la Gran Bretaña, que sospechaba pudieran traer algun peligro á su plaza de Gibraltar: y como no conviniese entonces á Felipe atraerse el enojo ni el desvío del monarca inglés, dió orden al de Lede para que se retirara de Africa, dejando bien fortificada y guarnecida á Ceuta (3).

Por lo que hace al tratado de la cuádruple alianza, que parece deberia terminar la reconciliacion imperfectamente comenzada en el de Utrecht, Felipe habia cumplido, de bueno ó de mal grado, con las cláusulas á que en él se comprometió: Sicilia y Cerdeña fueron evacuadas y entregadas, y diéronse poderes al conde de Santisteban y al marqués Beretti Landi para que representara á España en Cambray, punto que se designó para celebrar el nuevo congreso. No así el emperador, que apenas tomó posesion de Sicilia trató de suscitar embarazos y dificultades en lo relativo á la trasmision de Parma y Toscana á los hijos de Isabel de Farnesio, prevaleándose del disgusto con que el gran duque de Toscana veía que su estado hubiera de pasar á un príncipe español. Así, ni enviaba sus plenipotenciarios á Cambray, ni menos despatchaba las letras eventuales para la sucesion de aquellos ducados á favor de los hijos de la reina de España. Francia, Inglaterra, Saboya y Portugal enviaron los suyos. Comprendióse tambien la intencion de la corte de Viena en procurar dilatorias á las decisiones del congreso, ganando tiempo para entenderse entre tanto con el gobierno de Florencia á fin de impedir la reversion de los ducados. En vista de esta conducta el regente de Francia dilataba tambien la entrega de Fuenterrabia y San Sebastian. El rey de Inglaterra, que veía los perjuicios que irrogaba al comercio de su reino la estudiada dilacion del gobierno austriaco, y comprendiendo las ventajas que un tratado especial con España podria traerle, envió á Madrid con este objeto al conde de Stanhope.

El regente de Francia, calculando tambien sacar partido de una alianza entre España, Francia é Inglaterra, y so pretexto de estrechar de este modo al emperador al cumplimiento de los tratados, hizo proponer, por medio del Padre Dautenton, confesor del rey Felipe, y comunicándolo en secreto al marqués de Grimaldo, el matrimonio de sus dos hijas, Luisa y Felipa, con el príncipe de Asturias la una y con el infante don Carlos la otra, y además el enlace del rey de Francia Luis XV con la infanta de España María Ana Victoria, aunque faltaban á esta todavía algunos meses para cumplir cuatro años; proyecto que no pareció mal al rey Católico como medio seguro para afianzar la union entre las dos coronas.

Las favorables disposiciones de una y otra parte hicieron que no tardara en llevarse á feliz término el tratado especial de paz entre España é Inglaterra (13 de junio, 1721), renovando los tratados anteriores, y estipulando además la restitucion mutua de lo que se habia quitado y confiscado con motivo de la guerra de 1718; condicion en que salieron aventajados los ingleses, en razon á que los españoles devolvieron ajustándose al inventario que hicieron al tiempo de tomar aquellos bienes, y los ingleses no solo no habian hecho inventario, sino que quemaron los almacenes y dejaron pudrir los navíos que el almirante Byng tomó á los españoles (4).

En el mismo dia se concluyó y firmó en Madrid otro trata-

(1) Belando, Historia civil, part. IV, caps. 37 y 38.

(2) Belando, part. II, c. 53 y último.—El primer tratado constaba de veintiocho artículos, y el segundo de veinticuatro. El marqués de San Felipe expresa el contenido de cada uno.

(3) San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, Hist. civil, part. IV, capítulos 42 á 45.

(4) Belando, Hist. civil, part. IV, c. 45.—El tratado contenia seis artículos: el último prescribia que todo habia de tener cumplimiento en el término de seis meses.



do de alianza entre España, Francia é Inglaterra, por el cual se obligaban las tres potencias á ir de concierto contra el que contraviniese á los tratados de Utrecht, de Baden y de Londres, ó al que habia de hacerse en Cambray, siendo su principal objeto acabar con las desavenencias entre las cortes de Viena y de Madrid, y afianzar la quietud general (1). Pero quedó sin arreglar en este tratado un punto esencialísimo, el de la restitucion de Gibraltar á la corona de España por el rey de Inglaterra: punto tanto mas interesante, cuanto que, además del empeño que en ello tenia Felipe V, ya en las negociaciones que en 1718 mediaron entre ambos reinos habia Jorge I de Inglaterra autorizado al regente de Francia á ofrecer á Felipe la restitucion de Gibraltar con tal que aceptase las condiciones del convenio. Posteriormente despues de la guerra que sobrevino, y como aliciente para venir á una nueva paz, ofreció lo mismo el conde de Stanhope. Felipe reclamaba la recompensa prometida, y el duque de Orleans sostenia con calor ante la corte de Inglaterra la necesidad de su cumplimiento. Stanhope sostuvo tambien la obligacion de cumplir lo ofrecido; pero sus nuevos colegas en el ministerio de la Gran Bretaña expusieron, que habiendo el parlamento incorporado á la nacion aquella plaza, no podia el rey disponer de ella sin su consentimiento, y que no era posible proponérselo sin ofrecer al menos por ella un equivalente. Produjo en efecto en el parlamento británico una indignacion general el solo rumor de que el rey habia contraido un compromiso sério para ceder á Gibraltar.

Con este motivo tuvo el gabinete inglés que suspender la proposicion, al menos hasta ver si Felipe consentia en dar la Florida ó la parte española de Santo Domingo en equivalencia de Gibraltar; mas como Felipe insistiese en que la cesion hubiese de ser absoluta como lo habia sido la promesa, el monarca inglés le escribió una carta asegurándole que estaba pronto á complacerle ofreciendo aprovechar la primera ocasion para terminar este asunto de acuerdo con el parlamento. Dió Felipe fe á esta palabra, y procedió á firmar la paz. Pero Gibraltar no era devuelta, lo cual dió margen á una larga y viva correspondencia entre ambas cortes. El monarca español se mantenía inflexible en exigir la restitucion, mucho mas despues de haber anunciado públicamente á los españoles que contaba con la entrega de aquella plaza. Mas ni su insistencia alcanzaba á lograr del rey Jorge el cumplimiento de lo que tantas veces habia ofrecido, ni Stanhope con sus eficaces gestiones conseguia que Felipe cediera un punto ni aflojara en la tenacidad con que sostenia su primera resolucion, y ni al rey ni al pueblo español habia medio de persuadirles á dar en equivalente lo que la Inglaterra proponia. En estas disputas Gibraltar no era restituida. «Es tanta la fe de Inglaterra, decia rebotando en justo enojo un escritor español de aquel tiempo, que hasta ahora no ha cumplido la promesa hecha con todas las formalidades correspondientes (2).»

Firmado que fué el tratado, el regente de Francia activó su particular negociacion de los matrimonios, destinada á restablecer la turbada amistad de las dos casas borbónicas. El primer efecto de este ajuste fué la evacuacion de las plazas de San Sebastian y Fuenterrabía por los franceses (22 de agosto, 1721). Habíase tratado el asunto de los enlaces entre el marqués de Grimaldo y el de Maulevir, mas cuando ya estuvieron convenidos, vino á Madrid, como embajador extraordinario de Luis XV, á cumplimentar en su nombre á la nueva reina el duque de San Simon (3), y de aquí fué enviado á Paris en el mismo concepto y con encargo de felicitar á la que iba á ser princesa de Asturias, el duque de Osuna. Hecho todo esto, concluyóse el tratado matrimonial entre el primogénito de Felipe V Luis, príncipe de Asturias, y Luisa Isabel, princesa de Montpensier, hija del regente de Francia,

duque de Orleans, y el del rey Cristianísimo Luis XV con la infanta María Ana, hija de Felipe V y de Isabel de Farnesio (25 de noviembre, 1724). Con estos enlaces se trocó en amistad aquella antipatía que habia habido entre el monarca español y el regente de Francia, causa de tan graves disidencias entre ambas naciones.

Acordadas las disposiciones y ceremonias que habian de observarse para la entrega reciproca de las princesas, los reyes y el príncipe de Asturias partieron de Madrid camino de Burgos, y detuviéronse en el castillo de la Ventosilla á las inmediaciones de Lerma, donde habian de recibir á la princesa de Asturias; y la infanta María Ana, despidiéndose tiernamente de sus padres, prosiguió acompañada del marqués de Santa Cruz hasta la raya de ambos reinos, donde habia de hacerse la ceremonia de la entrega en la isla de los Faisanes, ya célebre en la crónica de los matrimonios entre los reyes y princesas de España. Llegado que hubieron ambas comitivas, verificóse el trueque convenido (9 de enero, 1722), de que se levantó acta formal, y separáronse ambas princesas, internándose la una en el reino de Francia, la otra en el de España. Recibida en la Ventosilla la que venia á ser esposa del príncipe español, solemnizóse en Lerma el matrimonio dando la bendicion nupcial el cardenal Borja, patriarca de las Indias (20 de enero), y concluida esta solemnidad volvió toda la corte á Madrid, donde se celebró su entrada (26 de enero, 1722) con las fiestas y regocijos que en tales casos se acostumbran.

Tratóse luego del otro matrimonio que antes indicamos del infante D. Carlos, hijo primogénito de Isabel de Farnesio, con Felipa Isabel, cuarta hija del duque de Orleans. La corta edad de los contrayentes, pues solo contaba entonces el príncipe siete años, y ocho la princesa, hizo que solo pudiera estipularse de futuro, y aunque la princesa vino despues á España, no tuvo efecto el casamiento por circunstancias que ocurrieron despues, y que veremos mas adelante (4). Pero bastaron los primeros enlaces para que el mundo, atendidos los pocos años de la que iba á ser reina de Francia, atribuyera al regente pensamientos y esperanzas de heredar aquella corona. A los españoles tampoco les satisfacía el matrimonio del príncipe de Asturias, ya por ser demasiado jóven y delicado de complexion, motivo por el cual le tuvo el rey algun tiempo separado de su mujer, ya porque la madre de la princesa, Francisca María de Borbon, era hija ilegítima de Luis XV, y aunque legitimada en 1681, continuaba mirándose en España con cierta prevencion su origen bastardo. De seguro no se hubieran realizado estas bodas, que se hicieron además sin consulta de las cortes ni aun del Consejo de Estado, á no ser por el gran ascendiente que habia cobrado sobre el rey su confesor el jesuita Daubenton, que fué con quien se entendió para todo en este negocio el duque de Orleans.

Estas nuevas alianzas y enlaces dieron mucho que pensar al emperador, y con temor de una nueva guerra envió al fin sus plenipotenciarios al congreso de Cambray (enero, 1722), y se prevenia para ella haciendo armamentos y reforzando las plazas en Nápoles y Sicilia. Uno de los asuntos que ofrecían mas dificultades en el congreso era la declaracion del derecho de los infantes de España á la sucesion de los ducados de Parma, Plasencia y Toscana, que el emperador esquivaba hacer, faltando al tratado de la cuádruple alianza, por lo mucho que temia que volvieran á poner el pié en Italia los españoles. Y así tenia siempre aquellos Estados llenos de emisarios y de intrigantes, ya para mantener viva la mala disposicion del gran duque de Toscana hácia la sucesion española, ya para provocar, si podian, una rebelion del pueblo contra ella, ya para excitarle á protestar en el congreso contra el artículo quinto de la cuádruple alianza en lo relativo á la sucesion de Toscana como perjudicial al Estado. Tambien el papa hizo presentar una protesta en el congreso contra todo lo que se hiciese en perjuicio del derecho que la Santa Sede tenia de dar la investidura de aquellos ducados, como feudo de la Iglesia (15 de setiembre, 1722). Con estas y otras

(1) Constaba de siete artículos, y habia de ratificarse en el plazo de seis semanas.

(2) Belando, Hist. civil, part. IV, c. 46.—San Felipe, Comentarios, tomo II.—Carta de Jorge I á Felipe V.—Papeles de Walpole.—Cartas de Stanhope á sir Lucas Schaub.—Papeles de Hardwick.—Memorias de sir Roberto Walpole, c. 34.

(3) El autor de las Memorias que hemos citado tantas veces.

(4) Belando, part. IV, cap. 47.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Gacetas de Madrid de diciembre de 1721, y enero de 1722.



disputas nada se determinaba en aquella asamblea sobre un punto en que estaba fija la general expectacion, y malgastábase el tiempo en celebridades, convites y fiestas inútiles. Dilatábalo el emperador de propósito; las cortes de Inglaterra y de Francia no le hostigaban, y el rey de España andaba mas flojo de lo que en tales circunstancias le convenia.

Bien que no estaba á este tiempo Felipe para aplicarse á los negocios. Melancólico su espíritu y flaca su cabeza, retirado por lo comun en el palacio llamado de la Granja que hizo construir junto á Balsain, dando ocasion á que fuera de España se dijese que no estaba cabal su juicio; casi extinguido el consejo de Estado, del cual hacia ya muchos años que no se servia; acompañado solamente de la reina, pues hasta sus hijos solian quedarse en Madrid cuando él iba á Balsain, á Aranjuez ó al Escorial, haciendo cundir con tanto amor á la soledad y al retiro la opinion del desconcierto de su cabeza, todo el peso de los negocios cargaba sobre el padre Daubenton y el secretario Grimaldo, que no bastaban para regir una monarquía tan vasta y para dar vado á tantos y tan graves asuntos pendientes, teniendo el mismo Grimaldo que llamar á veces á otros secretarios en su ayuda. Y la reina, cuya actividad y energía hubiera podido en muchas cosas sacar de aquella especie de adormecimiento al rey, no se atrevia á mezclarse mucho en asuntos de gobierno por temor al odio que manifestaba el pueblo al gobierno italiano.

No ignoraba todo esto el duque de Orleans, y con deseo de ejercer mayor y mas directa influencia en España instigaba mañosamente al rey por medio de su enviado Mr. de Chavigny á que descargase el peso del gobierno en el príncipe de Asturias, casado con la hija del regente, en cuyo caso el cardenal Dubois, ministro favorito del de Orleans, se convidaba y ofrecia á venir de embajador á España. No tenia Felipe gran repugnancia á desprenderse del gobierno, y mas cuando veia que los Consejos se quejaban, aunque respetuosamente, de la dilacion y entorpecimiento que sufría el despacho de los negocios. Pero resistió la reina, la cual, para frustrar los designios del de Orleans, hizo que se volviera á París Chavigny, y que quedara Moulurier, menos adherido á las miras del regente. Aunque á este tiempo llegó á su mayor edad Luis XV (15 de febrero, 1723), y en su virtud fué consagrado y tomó en apariencia las riendas del gobierno, en realidad continuó rigiendo el reino el duque de Orleans, y aun logró poner al cardenal Dubois de primer ministro del rey Luis.

A fin de acreditarse el cardenal ministro con algun hecho que tuviera que agradecerle la Francia y la España, tomó con calor y dió impulso en el congreso de Cambray á la pesada negociacion sobre las letras eventuales de la sucesion española á los ducados de Parma y Toscana. Enviolas al fin el emperador á favor del infante don Carlos, pero tan diminutas, que ni se extendia claramente la sucesion á los demás hijos de Isabel de Farnesio, ni dispensaba al príncipe de la obligacion de ir á Viena á recibir la investidura al tiempo de heredar. Con esto no contentó el emperador á nadie. El marqués de Corsini protestó á nombre del gran duque de Toscana: el rey de España envió las cartas al presidente de Castilla marqués de Mirabel para que las consultase con los Consejos, y reprobadas por estos, declaró el rey que no las admitia en aquella forma y que retiraria sus plenipotenciarios de Cambray. Los cortes de Londres y de París, que veian infringido el capitulo quinto del tratado de la cuádruple alianza, hicieron fuertes instancias al emperador para que las reformase, pero Carlos respondió que estaba resuelto á no quitar ni añadir cláusula alguna sin el asentimiento de la Dieta de Ratisbona, con lo cual tiraba á ganar tiempo, y entre tanto fortificaba las plazas de Italia, y aparentaba hacer armamentos por mar y tierra, para hacer creer á las potencias que no le intimidaban sus amenazas.

Ni la muerte súbita de Daubenton (1), confesor del rey

Felipe (7 de agosto, 1723), ni la del cardenal Dubois, ministro de Luis XV, variaron la política del de Orleans. Interesado en la pronta conclusion de los negocios pendientes en Cambray, trabajó con el marqués de Grimaldo, y lo mismo hizo el ministro del rey Jorge de Inglaterra, para que Felipe se tranquilizara respecto á la restitucion de Gibraltar con las ofertas y seguridades que sobre ello le daba el monarca inglés, á fin de que no quedara otro negocio que arreglar en el congreso para allanar la paz que el de las investiduras de Italia. Hubo temores de que se renovara la guerra con motivo del fallecimiento del gran duque de Toscana Cosme III (31 de octubre de 1723), y á ella parecia prepararse los austriacos; pero hubo gran prudencia por parte de los florentinos y de los españoles, y como quiera que con él no se extinguía aun la línea de los sucesores directos al ducado, las cosas continuaron en la misma indecision, aunque descontentos todos con el nuevo duque Juan Gaston, por su carácter despegado y austero, y su vida desarreglada é insociable (2).

ver descubierto lo que creia un secreto, llamó un dia al confesor y le dijo: *¿No estais contento de haber vendido lo que ha pasado por vuestra mano, sino que venis á vender á Dios por venderme á mí? Retiraos, y no volvais mas á mi presencia.* Que el rey volvió la espalda, y el padre Daubenton cayó en tierra sin sentido; y así lo retiraron y llevaron al Noviciado de los padres jesuitas de Madrid, donde tenia su habitacion, y allí murió de este accidente.—Historia civil, part. IV, c. 50.

Macanaz encabeza el segundo tomo de sus *Memorias para la Historia del gobierno de España* (manuscritas) de la siguiente notable manera: «Contiene (dice) el mal gobierno del P. Daubenton, jesuita francés, confesor del rey, que todo lo mandó por direccion de un enemigo tal como el duque de Orleans, y con la ambicion de lograr el capelo, sin el cual murió.» Este escritor no perdona ocasion de atribuir al de Orleans y á Daubenton el designio de perder á España, y á cada paso les achaca, ya el proyecto de venderla á los ingleses, ya otros planes semejantes. Acaso la parte que tuvo el confesor jesuita en la prolongacion de la causa que se formó á aquel insigne magistrado influyó en la excesiva prevencion con que miraba todo lo relativo á aquellos dos personajes.

Hé aquí cómo se explica en la pág. 273 del tomo II de sus *Memorias*: «Entonces cargó el P. Daubenton con el gobierno (dice despues de contar la caída de Alberoni), y hizo aceptar al rey la diabólica cuádruple alianza, ó el tratado de Londres; que atropelladamente se evacuasen los reinos de Sicilia y Cerdeña, y se enviasen al emperador las renuncias destos reinos, del de Nápoles, y de los Estados de Milan y Flandes; con tal torpeza, ceguedad ó malicia, que ni siquiera quiso esperar que se le entregase la plaza de Gibraltar, ni las investiduras eventuales de Toscana y Parma; y así el de Orleans logró burlarse de todo; y por que no podía asegurar en Inglaterra á Jorge I, sin el apoyo de la España, hizo otros dos tratados el año 1721 con la Francia y la Inglaterra, los que sirvieron á asegurar aquel usurpador en la corona; y de que él estuvo seguro, ni él ni el de Orleans cumplieron cosa alguna de lo ofrecido en ellos, ni en el de la cuádruple alianza; y abrieron el Congreso de Cambray para entretener al rey con engaño; y hizo los matrimonios de las dos hijas de Orleans, que el segundo no se consumó por no tener edad el infante; y en fin, él fué el enemigo de los que la difunta reina habia estimado; él fué la mano de que el duque de Orleans se sirvió para arruinar la España, entretener la confusion en el gobierno, tener al rey esclavo y desautorizado, y por que la corte romana le diese el capelo la acabó de hacer dueña de las rentas y beneficios de las iglesias de España; puso gran cuidado en emplear á los traidores, ó hombres tales que no supiesen mas que obedecer lo que el rey les ordenase. Para el gobierno espiritual y temporal del reino tuvo por sus consultores otros tres jesuitas, que fueron los padres Bermudez, Ramos y Marimon; para lo de Roma llamó al P. Niel, jesuita francés, que estaba en Roma y conocia aquella corte; para Guerra, Hacienda, Marina y Comercio tomó á don José Patiño, que habia sido muchos años jesuita, y al marqués de Castelar su hermano que el rey no podía ver, porque conocia sus maldades: él puso un arzobispo de Toledo y un inquisidor general que Júdice habia elevado, porque solo eran capaces á obedecerle, y á entretener al rey con artificio. Y á este tenor elegia los demás sujetos, de que ya habrá dado cuenta al Señor, á quien pido le perdone el mal que á mí me hizo.»

(2) En la relacion de los sucesos de estos años seguimos con preferencia al marqués de San Felipe, que se muestra bien informado, y tenia motivos para ello, de la marcha de todas estas negociaciones entre España y las demás potencias, así como de lo que sucedia y se trataba en el Congreso de Cambray; y aun á la muerte del gran duque de Toscana, él, que se hallaba de ministro de España en Génova, tenia orden para pasar á Florencia, y á ello le invitaba tambien el duque de Parma: pero avisado por el P. Ascanio, ministro del rey Católico en la corte de Toscana, para que no fuese, porque así convenia, suspendió la ida, puesto que se trataba de no hacer nada que pudiera dar ocasion á alterar el estado de las cosas.—Comentarios, años 21, 22 y 23.

(1) Cuenta el P. Fr. Nicolás de Jesus Belando la causa que produjo la muerte de Daubenton de la siguiente manera. Dice que el confesor habia escrito al duque de Orleans comunicándole el pensamiento del rey, que él solo sabia, de renunciar la corona en su hijo: que esta carta se la envió original el regente de Francia á Felipe, y que este, indignado de



Otro inesperado suceso hizo temer también gran perturbación en los negocios pendientes, á saber: la muerte repentina del duque de Orleans (2 de diciembre, 1723), en breves instantes acaecida, á presencia solo de un familiar suyo, que al verle caer de la silla en que estaba sentado fué por un vaso de agua, y cuando volvió le halló ya difunto (1). Tan repentinamente acabó la vida y la ambición del que en la corta edad y endeble naturaleza del rey Luis XV había fundado sus esperanzas y sus planes de sucederle en el trono (2). El rey Luis mandó que se le recogiesen todos sus papeles, y por consejo de su maestro el abad Fleury, después cardenal, quedó encargado del gobierno como primer ministro Luis Enrique, duque de Borbon.

El nuevo gobierno de Francia, deseoso de poner ya término al asunto de la investidura de los príncipes españoles pendiente en el congreso de Cambray, dió instrucciones á sus plenipotenciarios para que significaran á los del Imperio que de no entregar luego las letras eventuales se despedirían de la asamblea y se volverían á París. Participáronlo los alemanes á su soberano, el cual en vista de tan apremiante insinuación despachó con el mismo correo las tan esquivadas letras (9 de diciembre, 1723). Pero notóse en ellas, que si bien se reconocía el derecho de suceder á los ducados de Parma, Placencia y Toscana el príncipe Carlos y sus legítimos descendientes, y á falta de estos los demás hijos de la reina de España, insinuábase todavía en sus cláusulas que habían de quedar sujetos al imperio, y traslucíase en sus términos un espíritu poco conforme al artículo quinto del tratado de la cuádruple alianza (3). Y viendo las potencias que podría un día suscitarse una nueva guerra, quisieron remediarlo buscando un término medio con que contentar ambas partes, dando al emperador la superioridad, y á los hijos de la reina de España la sucesión á los ducados; especie de transacción que hicieron sobre los derechos de Isabel de Farnesio y sus hijos á fin de evitar nuevos disturbios, y como ansiosos de cortar tan largo pleito.

Aun no estaba terminado este famoso litigio, cuando sorprendió al mundo una novedad por nadie esperada, ni aun imaginada, aunque el autor de ella la hubiera tenido pensada algunos años hacia, á saber, la formal y solemne abdicación que Felipe V de España hizo de todos sus reinos y señoríos en su hijo primogénito Luis Fernando (10 de enero, 1724), para vivir en el retiro y en la soledad y apartamiento del mundo. Así lo expresaba en el decreto de la renuncia.—«Habiendo considerado (decía) de cuatro años á esta parte con alguna particular reflexión y madurez las miserias de esta vida, por las enfermedades, guerras y turbulencias que Dios ha sido servido enviarme en los veintitres años de mi reinado, y considerando también que mi hijo primogénito don Luis, príncipe jurado de España, se halla también en edad suficiente, ya casado, y con capacidad, juicio y prendas suficientes para regir y gobernar con asiento y justicia esta monarquía; he deliberado apartarme absolutamente del gobierno y manejo de ella, renunciándola con todos sus Estados, reinos y

señoríos en el referido príncipe don Luis, mi hijo primogénito, y retirarme con la reina, en quien he hallado un pronto ánimo y voluntad á acompañarme gustosa á este palacio y retiro de San Ildefonso, para servir á Dios; y desembarazado de estos cuidados, pensar en la muerte y solicitar mi salud. Lo participo al Consejo, para que en su vista avise en donde convenga, y llegue á noticia de todos. En San Ildefonso, á 10 de enero de 1724.»

En el mismo día se extendió el instrumento ó escritura de cesión de la corona en su hijo don Luis, llamando por su orden al infante don Fernando su hermano, y á los demás hermanos del segundo matrimonio existentes ó que pudieran nacer, reservando solamente para sí y para la reina el sitio y palacio de San Ildefonso que acababa de construir en Balsain, y para su mantenimiento seiscientos mil ducados, y lo que necesitase para concluir los deliciosos jardines que comenzados tenía, quedándose para su asistencia con el marqués de Grimaldo, y con el francés Valoux como único mayordomo y caballerizo, y destinando al servicio de la reina dos damas, cuatro camaristas y dos señoras de honor. Para el caso de menor edad del que le sucediese nombró una junta ó consejo de regencia, compuesto del presidente de Castilla, de los de Hacienda, Guerra, Órdenes é Indias, del arzobispo de Toledo, del inquisidor general, y del consejero de Estado mas antiguo. Firmado este documento, pasó el marqués de Grimaldo al Escorial (14 de enero), donde se hallaba el príncipe de Asturias, y leída ante toda la corte la escritura de cesión, y aceptada por el príncipe, se publicó al día siguiente (15 de enero de 1724) con toda solemnidad (4).

Había llevado también el de Grimaldo una carta escrita del propio puño de Felipe á su hijo, á imitación de las que Carlos V y Luis XI de Francia escribieron en análogos casos á sus hijos Felipe II y Carlos VIII, dándoles consejos cristianos, pero tan piadosa y mística, que, como dice un escritor de aquellos días, «el mas penitente anacoreta no la podría escribir mas expresiva y ajustada á los preceptos evangélicos; tanto que los críticos desearon se entretetiesen en ella documentos políticos entre los morales (5).»

No faltó quien propusiera la convocación de cortes para dar con su consentimiento la debida legalidad y validez al acto de la renuncia, y era en efecto lo que correspondía para resolución tan grave, conforme á las antiguas leyes de Castilla. Pero temió acaso Felipe que una asamblea tan numerosa pudiera negarle su asentimiento, ó que una vez reunida quisiera recobrar el poder que en otro tiempo había tenido. En su defecto se expidieron circulares para obtener la aprobación de las ciudades de voto en cortes, y se tomó por consentimiento la aquiescencia de los grandes y prelados que en la corte residían. La nación lo toleró, como había tolerado antes el testamento de Carlos II y la variación de dinastía sin contar con el reino unido en cortes. Mas no dejaba de ser extraño en Felipe, que aun había creído necesaria su intervención para el reconocimiento y jura de sus hijos, y para alterar la ley de sucesión á la corona.

Fué tal la sorpresa y el asombro que causó en todas partes una abdicación tan inesperada, de parte de un monarca de treinta y nueve años, con el consentimiento de una reina que solo contaba treinta y uno, que se resignaba á dejar los goceos

Nótase en lo que toca á este período un gran vacío en William Coxe. Algo mas se halla en la Historia de la casa de Austria, en las de Francia y en las Memorias secretas de los reinados de Luis XIV y Luis XV.

(1) Suponen otros que le esperaba una señora de calidad en su cuarto cuando volvió del Consejo, y que comenzando esta señora á hablar, el duque cayó en el suelo; que la señora gritó llamando la familia, la cual, hallándole sin sentido, acudió en busca de médicos, que intentaron sangrarle, pero era ya tarde. El P. Belando indica haber ocasionado en parte este suceso una carta que recibió del padre Niel, jesuita francés, confesor de la princesa de Asturias, y compañero de Daubenton, avisándole la muerte de este, y lo que había ocurrido con el rey.

«Creían los superficiales, dice el marqués de San Felipe, que con esta muerte había perdido el rey Católico mucho, faltando quien promoviese sus intereses; pero los mas entendidos creían que había perdido el emperador un amigo, á quien contemplaba con secreto tratado de que le ayudase en su casa á la sucesión de Francia para excluir la casa de España.»

(2) Hay quien afirma que estaba ya prevenido de corona y de vestiduras reales para cuando le proclamaran rey, y que no era esto una cosa tan oculta que no se trasluciese en París.

(3) Belando inserta el texto latino de las cartas.

(4) Aquel mismo día se hizo merced del Toison de Oro al marqués de Grimaldo, al de Valoux, al marqués Anibal Scotti, al de Santisteban, al de Santa Cruz, al duque de Medinaceli, y á otros varios personajes; con justicia á algunos, sin justicia y por puro favor á otros.—San Felipe, Comentarios, tomo II.—Macanaz, Memorias para la Historia del gobierno de España, MS., tomo II, p. 307.

(5) San Felipe, Comentarios.—En efecto, de ello son una prueba los párrafos siguientes de la carta: «Evitad en cuanto fuese posible las ofensas de Dios en vuestros reinos, y emplead todo vuestro poder en que sea servido, honrado y respetado en todo lo que estuviere sujeto á vuestro dominio. Tened siempre gran devoción á la Santísima Virgen, y poneos bajo de su protección, como también vuestros reinos, pues por ningún medio podéis conseguir mejor lo que para vos y para ellos necesitareis. Sed siempre, como lo debeis ser, obediente á la Santa Sede, y al papa como vicario de Jesucristo. Amparad y mantened siempre el tribunal de la Inquisición, que puede llamarse el baluarte de la fe, y al cual se debe su conservación en toda pureza en los estados de España... etc.»



del trono por el silencio del retiro, que la extrañeza misma de un acontecimiento tan extraordinario dió ocasion á que se formaran mil cálculos y conjeturas sobre los móviles y los fines de una resolucíon que á muchos parecia incomprensible. Supúsose pues que lo hacia con la mira de habilitarse para heredar el trono de Francia despues de la muerte de Luis XV, que se calculaba no tardaria en suceder atendida su débil salud; que este pensamiento se le avivó con la muerte del duque de Orleans, único rival peligroso con que tropezaba para ceñir aquella corona, y que contaba para ello con la cooperacíon del duque de Borbon, enemigo de la casa de Orleans. Fundábanse para este juicio en la predileccíon que siempre habia mostrado Felipe hácia su país natal, y en que no era verosímil que una reina de la ambicíon de Isabel de Farnesio se resignara á descender del solio para ocultarse en las soledades de una montaña sino con la esperanza de subir á otro, saliendo de un país en que no era amada. Hubo tambien quien atribuyera á Felipe remordimientos sobre la legalidad y justicia del testamento de Carlos II, y no ha faltado quien le supusiera convencido de que su renuncia á la corona de Francia adolecia de un vicio radical de nulidad.

En cambio discurren otros, en nuestro entender con menos apasionamiento y mejor sentido, que no era probable que un hombre de maduro juicio dejara lo que con seguridad poseia por la incierta esperanza de suceder á un niño de catorce años, con la declarada oposicíon de tantas potencias que le harian la guerra inmediatamente, y despues de tan explícitas, repetidas y solemnes renunciaciones como habia hecho. Que dentro de la misma Francia habia de hallar fuerte contradiccion, especialmente por parte de los príncipes de la sangre. Que un rey á quien censuraban por su aversíon á los negocios públicos no era probable aspirara á emplear toda la aplicacíon y todos los esfuerzos que exigia el gobierno de una nueva monarquía. Y lo que á juicio de estos hubo de cierto fué, que las contradicciones, disgustos y trabajos que le ocasionaron tantas y tan continuadas guerras, y las graves enfermedades que años atrás habia padecido, engendraron en Felipe un fondo de melancolía, que le hacia mirar con tedio el falso brillo del poder y de las grandezas mundanas, y desear la quietud y el descanso; y que cierta mezcla de supersticíon y de desengaño, de indolencia y de egoísmo, le indujo á buscar en el reposo de la soledad y en los consuelos de la religion la tranquilidad que apetecia y que no podia encontrar en las agitadas regiones del poder; lo cual está de acuerdo con los sentimientos y las razones que él mismo expuso en la carta á su hijo (1).

Si, como dicen los primeros, hubiera abrigado la idea de que el testamento de Carlos II que le elevó al trono de España era injusto é ilegal, mal medio escogia para descargar su conciencia dejando este mismo trono á su hijo, que habia de ocuparle en virtud del propio testamento. Y si la renuncia á la corona de Francia adolecia de un vicio esencial de nulidad, y en ello fundaba sus aspiraciones á reclamar su antiguo derecho, mas elementos tendria para vencer la oposicíon de las demás potencias estando en posesíon de un trono, que aislado del mundo y escondido entre rocas (2).

(1) «Habiéndose servido la Majestad Divina, le decia, por su infinita misericordia, hijo mío muy amado, de hacerme conocer de algunos dias acá la nada del mundo y la vanidad de sus grandezas, y darme al mismo tiempo un deseo ardiente de los bienes eternos que deben sin comparacíon alguna ser preferidos á todos los de la tierra, los cuales no nos los dió Su Majestad sino para este único fin, me ha parecido que no podia corresponder mejor á los favores de un Padre tan bueno que me llama para que le sirva, y me ha dado en toda mi vida tantas señales de una visible proteccíon, con que me ha librado, así de las enfermedades con que ha sido servido de visitarme, como de las ocurrencias dificultosas de mi reinado, en el cual me ha protegido, y conservado la corona contra tantas potencias unidas que la pretendian arrancar, sino sacrificándole y poniendo á sus piés esta misma corona... etc.»

(2) Entre los escritos que se publicaron sobre la nulidad de la renuncia de Felipe V á la corona de Francia, merece notarse el tratado que escribió en latin el Dr. don Juan Bautista Palermo, titulado: *Tractatus de successione Regni Galliae ad tenorem legis Salicae. De nullitate renunciacionis Srmi. Regis Philippi V.*—Está dividido en siete capítulos: los seis primeros forman la historia de la ley Sállica, y el sexto contiene en once párrafos todas las razones en que el autor funda la nulidad de la renun-

Sin perjuicio, pues, de juzgar á su tiempo su conducta ulterior, en la parte que con esta resolucíon pudiera estar en mas ó menos desacuerdo, parécenos que es excusado buscar los motivos de esta determinacíon en otra parte que en la profunda melancolía, en cierta debilidad de cerebro, y no poca flojedad y desapego al trabajo que le habian producido sus enfermedades, unido esto al cansancio consiguiente á las incesantes contrariedades y fatigas de veintitres años de reinado, de todo lo cual pudo muy bien, atendido el corazon y la naturaleza humana, arrepentirse y recobrase despues (3).

Aceptada la abdicacíon por el príncipe de Asturias, por mas que muchos consejeros y letrados dudaran de la validez de la renuncia, como hecha sin acuerdo del reino, nadie se opuso á ella; y contentos al parecer grandeza y pueblo con tener un rey español á quien amaban, por sus buenas prendas y por su aficíon y apego á los usos y costumbres del país, saludaron con aclamaciones de júbilo su advenimiento al trono; y habiéndose dispuesto la proclamacíon solemne para el 9 de febrero (1724), verificóse esta en Madrid con todo el ceremonial, y toda la pompa y aparato que se habia usado en la de Carlos II, llevando el pendon real el conde de Altamira, el cual, á la voz del rey de armas mas antiguo: *¡Silencio! ¡Oíd! ¡tremoló el estandarte de Castilla, diciendo: ¡Castilla, Castilla, Castilla por el rey nuestro Señor don Luis Primero!* A que contestó la regocijada muchedumbre con entusiastas y multiplicados vivas.

cia de Felipe V.—Es un manuscrito en folio de 553 páginas, y se halla en la Biblioteca Nacional, señalado S. 29.

(3) El historiador inglés William Coxe es uno de los que suponen en la abdicacíon de Felipe el interesado designio de habilitarse para heredar el trono de Francia. Mas no advierte este ilustrado escritor, que al afirmar esto se descuida en decir él mismo: «La causa principal era sin disputa aquella mezcla singular de supersticíon y egoísmo, de indolencia y ambicíon, que formaba el carácter de Felipe.» Y mas abajo: «En la quietud que siguió á la caída de aquel ministro (Alberoni) se desarrolló la enfermedad hipocondríaca del monarca, llevando consigo la idea añeja de la abdicacíon.»—Coxe, España bajo el reinado de la casa de Borbon, cap. 33.

Aduce despues, como comprobante de su juicio, que Felipe mantenía desde San Ildefonso relaciones con el duque de Borbon y con el partido español de Francia, y que tuvo ya preparado su viaje á aquel reino so pretexto de restablecer su salud, pero con el verdadero fin de alentar á sus partidarios. Cita para esto del viaje las Memorias de San Simon, el amigo de las anécdotas curiosas: nosotros no hallamos noticia de él en ningun documento ni historiador español. Y en cuanto á mantener relaciones con el duque de Borbon y el partido español de Francia, veremos despues lo que sobre ello hubo de cierto, y la conducta de los dos reyes de España, padre é hijo, en este asunto.

Macanaz explica del modo siguiente los motivos de la abdicacíon: «El rey se mantenía en el empeño de renunciar la corona, lo que procedia de su gran conocimiento, pues veía el daño y no tenia arbitrio para el remedio: reconocia que el confesor, y por él el de Orleans, y la reina por ellos, por el duque de Parma y los italianos le engañaban; veía que estos tenían todo el gobierno de la monarquía en manos de sus criaturas; echaba menos que no se le diese cuenta mas que de algunas cosas, y que aun en ellas se le oponian siempre que se apartaba de lo que ellos querian; sobrábale conocimiento, y faltábale resolucíon, de aquí venia el ser su escrípulo mayor cada dia, y el deseo de dejar la corona; y de que hablaba de esto le tenían por loco; y así vive quince años en un continuo martirio.» Memorias para el gobierno de España, MS. tom. II, pág. 276 v.

Y el marqués de San Felipe, replicando á los que atribuían la renuncia al propósito de habilitarse para suceder á la corona de Francia, dice: «Ni conocian bien el genio del rey los que esto discurrían, porque ni su delicada escrupulosa conciencia era capaz de faltar á lo prometido, ni su aversíon á los negocios, ni la falta de sus fuerzas para grande aplicacíon le podían estimular á los inmensos trabajos de regir una para él nueva monarquía de franceses, dividida precisamente en facciones en caso de faltar el actual dominante; pues aunque los parlamentos y los mas ancianos padres de la patria estuviesen por la ley Sállica que favorecia al rey Felipe, los príncipes de la sangre y sus adheridos estarían por el inmediato al trono entre ellos, que era el duque de Orleans, mozo y soltero, por lo cual los que le seguían miraban mas vecina la posibilidad del solio que si le ocupase el rey Felipe, que á mas del príncipe de Asturias tenía otros tres varones, sin los que podían tener dos individuos conciadamente fecundos. Estas razones, que convencían á los mas reflexivos, avivaron el ingenio para discurrir otras que hubiesen dado impulso á tan grande hecho... pero los hombres pios y de dócil corazon lo atribuían á sólida virtud y temor de errar en el gobierno.»—Comentarios, tomo II, página 899.



Quedó, pues, Luis I de Borbon instalado en el trono de Castilla, que la Providencia en sus altos juicios quiso que ocupara por un plazo imperceptible en el inmenso espacio de los tiempos.

### CAPÍTULO XIII

#### Disidencias entre España y Roma

DE 1709 Á 1720

Causa y principio de las desavenencias.—Reconoce el pontífice al archiduque Carlos de Austria como rey de España.—Protesta de los embajadores españoles.—Extrañamiento del nuncio.—Se cierra el tribunal de la nunciatura.—Se prohíbe todo comercio con Roma.—Circular á las iglesias y prelados.—Relacion impresa de orden del rey.—Oposición de algunos obispos.—Son reconvenidos y amonestados.—Breve del papa condenando las medidas del rey.—Enérgica y vigorosa respuesta del rey don Felipe á Su Santidad.—Instrucciones al auditor de España en Roma.—Cuestion de las dispensas matrimoniales.—Dictamen del Consejo de Castilla.—Firmeza del rey en este asunto.—Procedimientos en Roma contra los agentes de España.—Indignación y decreto terrible del rey.—Fuerte consulta del Consejo de Estado sobre los agravios recibidos de Roma.—Desapruebase un ajuste hecho por el auditor Molines.—Invoca el pontífice la mediación de Luis XIV de Francia.—Conferencias en París para el arreglo de las discordias entre España y Roma.—Amenazante actitud de la corte romana.—Consulta del rey al Consejo de Castilla.—Célebre respuesta del fiscal don Melchor de Macanaz.—Condena el inquisidor general cardenal Giudice desde París el pedimento fiscal.—Manda el rey que se recoja el edicto del inquisidor y llama al cardenal á Madrid.—Falla el Consejo de Castilla contra el inquisidor, y se le prohíbe la entrada en España.—Nuevo giro que toma este asunto por influencia de Alberoni.—Vuelve Giudice á Madrid y retírase Macanaz á Francia.—Proyectos y maniobras de Alberoni.—Edicto del inquisidor contra Macanaz, y conducta de este.—Alberoni se deshace del cardenal Giudice, y le obliga á salir de España.—Negocia Alberoni el ajuste con Roma á trueque de alcanzar el capelo.—Concordia entre España y la Santa Sede.—Quejase el papa por haber sido engañado por Alberoni, y le niega las bulas del arzobispado de Sevilla.—Nuevo rompimiento entre las cortes de España y Roma.—Revoca el pontífice las gracias apostólicas.—Conducta de los obispos españoles en el asunto de la suspension de la bula de la Cruzada.—Témpanse los resentimientos.—Devuelve Roma las gracias.—Se admite al nuncio, y se restablece el tribunal de la nunciatura en Madrid.

La necesidad de dar cierta conveniente ilacion á los sucesos que caracterizaron mas la marcha y la fisonomía política de esta primera mitad del reinado de Felipe V, no interrumpiéndola con la narracion de otros, que aunque no menos importantes ni de menos trascendencia, eran de muy diferente índole, y exigian á su vez ser presentados á nuestros lectores con aquella trabazon y enlace que requiere y constituye la claridad histórica, nos movió á hacer solamente ligeras indicaciones de ellos en sus respectivos lugares, anunciando, como el lector podrá recordar, que los trataríamos separadamente, segun que por su naturaleza lo merecian. Ocasión es esta de cumplir lo que entonces prometimos, ya que hemos terminado la primera de las partes ó periodos en que este largo reinado naturalmente se divide.

Referimonos al presente á una de las cuestiones mas graves y mas ruidosas, y que con mas interés y por mas largo tiempo ocuparon al primer monarca español de la casa de Borbon y á sus ministros y consejeros, á saber, las lamentables desavenencias y discordias que sobrevinieron entre el rey de España y el Sumo Pontífice, entre el gobierno español y la corte romana.

Nacieron estas funestas disensiones del hecho de haber reconocido el papa Clemente XI como rey de España al archiduque Carlos de Austria (1704), obligado á ello por los alemanes, despues de haber sido aquel pontífice uno de los que concurrieron y cooperaron á que la corona de Castilla recayera en Felipe de Borbon, y de haberle reconocido y tratado como rey legítimo de España por espacio de muchos años (1). Apresuráronse á protestar contra este acto los ministros de Francia y España en Roma, y á comunicarlo á sus

(1) Recuérdese lo que sobre esto dijimos ya, aunque sucintamente, en el capítulo 7.º de este libro.

respectivos soberanos, con testimonio que de ello exigieron (2). En su virtud formó el rey una junta de consejeros teólogos y letrados para que le aconsejase lo que en tal caso debería hacer (3). La junta opinó que la injusticia y ofensas hechas al rey por el papa no podian ser mayores, y que llegado el caso de la justa defensa y de manifestar el resentimiento, haciendo salir de España al nuncio de Su Santidad, cerrando la nunciatura, prohibiendo todo comercio con Roma y dando un manifiesto á los prelados, iglesias, religiones y universidades para que supiesen lo que á tales medidas habia dado lugar (4).

En su consecuencia, de acuerdo con la misma junta, ordenó se hiciese saber al nuncio con cuánto dolor se veia obligado á hacerle salir de sus reinos y dominios, y cuán sensible era á un reverente hijo de la Iglesia semejante determinación á que le forzaba la conducta de Su Santidad; que se le dio copia de la protesta hecha por el duque de Uceda; que se condujera hasta internarle en Francia en coches de las reales caballerizas, como se hizo en tiempo de Felipe II con el que se mandó salir de estos reinos; que se le permitiera llevar consigo doce ó quince guardias de corps con un oficial para mayor seguridad, y que le asistiera un mayordomo de la real casa, muy advertido para que evitara que en los pueblos de tránsito pudiera verter de palabra ó por escrito especies de naturaleza de producir conmocion en los ánimos. Diósele para dejar la corte el breve plazo de cuarenta y ocho horas, y verificóse la salida del nuncio (7 de abril, 1709), segun el modo lo habia ordenado (5).

(2) La protesta que presentó el embajador español duque de Uceda por medio del auditor don José Molines concluia:

«Declarando en nombre del rey su señor, que para la defensa de su corona y monarquía, y manifestar la nulidad, injusticia, perjuicios y agravios de los dichos actos, se valdrá de todos los medios lícitos, aunque por esto deja de protestar delante de Dios y de todo el mundo, que si pre continuará con sus reinos y vasallos en la obediencia de vuestra Santidad y sus legítimos sucesores en la silla de San Pedro, y en la de la Santa Sede Apostólica, é Iglesia Católica Romana en todo lo que sea dentro de los límites de la santa fe y religion cristiana... Y así nuevamente protesta y declara en el mejor modo que puede y debe, y por el derecho divino, natural, y el de las gentes es permitido á un rey legítimo ofrecerlo injustamente; y en nombre del rey su señor, da comision y plenipotencia á don José Molines para que haga la presentacion y notificacion de estos actos protestatorios, estipulando auténtico instrumento por público notario, y pide testimonio de ello, á fin de que en todos tiempos conste haber protestado la nulidad é injusticia de todos los referidos actos en forma expresada, y queden tambien preservados los incontrastables derechos y la notoria justicia que asiste al rey su señor.—El duque de Uceda, conde de Montalvan.»

(3) Compusieron la junta don Francisco Ronquillo, presidente de Castilla, el conde de Frigiliana, el duque de Medinaceli, el de Veragua, el marqués de Bedmar, consejeros de Estado; don García Pérez Aracón, don Pascual de Villacampa y don Francisco Portell, del de Castilla; don Alonso Pérez Araciel, del de Indias; el P. Robinet, jesuita y confesor; Fr. Francisco Blanco y Fr. Alonso Pimentel, dominicos; Fr. Vicente Miramir, de la Compañía de Jesus; y secretario de ella lo fué don Lorenzo Vivanco.

(4) Consulta de la Junta en 25 de febrero de 1709. Está rubricada por los trece individuos que la componian.

(5) El papel que se entregó al nuncio al tiempo de notificarle esta resolución escrito en un lenguaje extremadamente fuerte, y á las veces duro. El ajuste á que se ha rendido Su Santidad con los tudescos (decia), trasdado de la misma boca de Su Santidad á los oidos de los embajadores y ministros de las dos coronas, siendo tan indecente á Su Santidad y á la Santa Sede, al rey como rendido y reverente hijo de la Iglesia y tan lejos de su gloria le ha sido y es de sumo dolor.—Por los artículos contenidos en él á favor del archiduque es injurioso, ofensivo, é intolerable la persona y dignidad del rey, y á toda su monarquía.—La nulidad é injusticia que incluyen es tan notoria, que le sobra para calificarla por el conocimiento mismo de Su Santidad, las expresiones que repetidamente ha hecho de considerarla (sin otro nombre), hácia la conciencia y la conciencia la razon.—Estos actos ejecutados con libertad y premeditacion, de príncipe á otro, son ofensa tan grande, que el disimularlo fuera lo mismo que renunciar á la obligacion que les impuso Dios con la corona de atender al decoro y preeminencias de ella, propulsando la injuria, y solicitando la satisfaccion que sin hacerse reo con él, é indigno para con el mundo, no pudiera omitirse.—Si se consideran actos involuntarios... etc., etc.—MS. de la Real Academia de la Historia, Papeles de jesuitas.—Macanaz, Relacion histórica de los sucesos acaecidos entre las cortes de Roma y España: cap. 5, MS.



Cerróse el tribunal de la nunciatura, se mandó archivar todos sus papeles, y se dió orden para que salieran tambien de España el auditor, abreviador, fiscal, y demás ministros extranjeros de aquel tribunal, no vasallos de España. Se prohibió todo comercio y comunicacion con Roma, excepto en aquello que pertenecía á la jurisdiccion puramente espiritual y eclesiástica, y sobre todo quedó rigorosamente prohibida cualquier extraccion de dinero para la corte romana (1), con orden á los comandantes, gobernadores y cabos de las fronteras que vigilasen para que no introdujera en el reino persona alguna, bula, breve, carta ú otro instrumento de Roma, sin que se recogiese y remitiese á S. M.

Se pasó una circular á todos los prelados, cabildos, iglesias y comunidades de toda España, mandándoles que hiciesen rogativas públicas por la libertad del pontífice, al cual se suponía subyugado, oprimido y violentado por los austriacos. Acompañaba á esta circular una Relacion que el rey hizo imprimir (junio, 1709) de la causa, principios y progresos de las desavenencias con el papa, y una noticia de las medidas que con este motivo se habia visto precisado á tomar (2); previéndoles, que atendida la imposibilidad en que ya se hallaban de recurrir á la corte romana, gobernasen en adelante sus iglesias segun prescriben los sagrados cánones para los casos de guerra, peste y otros en que no se puede recurrir á la Santa Sede; de todo lo cual se dió tambien conocimiento á todos los Consejos y tribunales. En todas partes se obedecieron y ejecutaron las órdenes del rey, y solo se opusieron á ellas cuatro prelados, á saber, el arzobispo de Toledo cardenal Portocarrero, el obispo de Murcia don Luis Belluga, el arzobispo de Sevilla don Fr. Manuel Arias, y el de Granada don Martin de Ascargorta, este notoriamente desafecto al rey, y mal satisfechos los otros de que no les hubiera dejado el gobierno de España, como deseaban, y alguno de ellos se hallaba solicitando de Roma el capelo (3).

El cardenal Portocarrero, antiguo gobernador de España, hombre sin duda de buena intencion y de sanos propósitos, pero no de muchas letras, ni de largos alcances, fué inducido á reunir en su casa una junta de diez teólogos, á fin de que examinaran si el papel impreso de orden del rey y la prohibicion de todo comercio con Roma eran ajustados á razon y justicia, y si estaba obligado á obedecer. De ellos los seis fueron de sentir que no solamente era todo justo, sino que si el rey se hallara con fuerzas suficientes no debería contentarse con lo hecho, sino entrar con armas en los Estados de la Iglesia hasta poner guarnicion en Roma y en el castillo de Sant Angelo; «pues la injuria hecha á su persona y monarquía en el reconocimiento hecho por el papa á favor del archiduque no pedia menor satisfaccion.» Los otros cuatro opinaron que aunque los sucesos de la Relacion fuesen ciertos, se debian de ocultar en vez de publicarlos, porque con ello padecia la reputacion del papa: que no debió haberse despedido al nuncio ni prohibirse el comercio con Roma, porque esto era declarar al rey enemigo de la Iglesia, y dar lugar á que hubiese un cisma en España; todo lo cual se debería representar

al rey con la mayor claridad. Adhirióse Portocarrero á este último dictámen, y en este sentido hizo á S. M. una extensa representacion, que puso en manos del secretario del despacho universal. El monarca la pasó en consulta á la junta anterior que ya entendia en las controversias con Roma; esta junta reprobó unánimemente la conducta de Portocarrero, é informó al rey que los cuatro teólogos por cuyo dictámen se habia guiado el cardenal eran, sobre desafectos á su persona, los mas ignorantes y menos autorizados, á diferencia de los seis primeros, que eran hombres instruidos y buenos vasallos (julio, 1709).

Opinó además la junta que deberían recogerse á mano real todos los ejemplares de la representacion, incluso el borrador de ella, y que llamado el cardenal á la presencia del rey se le reconviniese por su conducta, y se le apercibiese para que no volviera á tener juntas ni escribir papeles de aquel género, no pasando á demostraciones mas severas por respeto y consideracion á los servicios que en otro tiempo habia hecho al Estado; todo lo cual se cumplió por parte del rey, como lo proponia la junta, y el cardenal oyó sumiso la reprension y obedeció al apercibimiento. No así el obispo Belluga, que publicó y dirigió á todas las iglesias y prelados un papel subversivo, por el cual mereció ser duramente reconvenido y severamente amonestado; y aun despues seguia correspondencia con el expulsado nuncio, que se hallaba en Avignon, y desde allí continuaba haciendo oficios de nuncio, é inquietando las conciencias de los españoles.

Alentado el pontífice con el apoyo que estos cuatro prelados le prestaban, expidió un breve, que envió á todos los prelados seculares y regulares, y á todas las iglesias de España, condenando el escrito impreso de orden del rey, exhortándolos á que se opusieran á las resoluciones del gobierno sobre la materia, y á negarle toda clase de recursos. Y al tiempo que otorgaba las bulas á cuantos eran presentados por el archiduque para los obispados y prebendas, las negaba á cuantos le eran presentados por el rey don Felipe. Además de esto entregó por su mano al auditor don José Molines en Roma una carta ó breve dirigido al rey, en que quejándose de haber vulnerado la jurisdiccion eclesiástica y menospreciado la autoridad pontificia, le exhortaba á que para remediar un escándalo, «jamás oído, decia, en los pasados siglos en la religiosísima nacion española,» revocase las disposiciones dadas y volviese á llamar al nuncio, en cuyo caso le tenderia sus paternales y amorosos brazos, y aprobaria incontinenti las presentaciones hechas para las iglesias vacantes (22 de febrero, 1710). A cada párrafo de este breve puso el doctor Molines una nota impugnando los cargos que en cada uno se hacian al rey, tales como las siguientes. «1.ª En las partes de España no está vulnerada la jurisdiccion eclesiástica, ni despreciada la potestad pontificia por los actos ejecutados por el rey, ni de su orden; porque lo obrado es en materias meramente temporales, y sin perjuicio de la jurisdiccion eclesiástica, ni de la Sede Apostólica en las cosas espirituales. —2.ª El dolor y sentimiento deben ser contra aquellos que ofenden á la Iglesia ó á la Santa Sede, y á la dignidad pontificia, usurpando los bienes y feudos de la Iglesia, y deteniéndolos con escándalo y desprecio, cargando con tributos á los vasallos de la Iglesia (aludia en todo esto á los alemanes); y sin embargo, contra estos no hay dolor ni sentimiento, sino gozo y amor, y deseo de todas felicidades con bendiccion apostólica, como parece del breve dirigido por el mes de octubre del año pasado al archiduque de Austria con título de rey católico de las Españas, despues de hecho el reconocimiento á su favor, de cuyo breve se remite la inclusa copia. —3.ª No hay escándalo en España por causa de lo obrado por el rey, porque todo lo que ha hecho es lícito, como ejecutado en defensa de su real corona y dignidad .... etc.»

Hallábase el rey don Felipe en campaña en las partes de Cataluña, entre Ibars y Barbenys, combatiendo á los catalanes sublevados, cuando recibió el breve y los papeles de Roma, y afectáronle tanto, y dióles tanta importancia, que allí mismo, en medio de las operaciones de la guerra, quiso contestar á todo, y lo hizo con la entereza y energía, y en lenguaje tan vehemente como vamos á ver. Primeramente

(1) «Manda el rey nuestro Señor, decia el edicto, que desde luego se prohiba á todos los vasallos y residentes en sus reinos y señoríos el comercio con la corte romana en todo lo temporal, ya sea entre parientes y mercantes, ó cualesquiera otras personas que comprehendan comunicaciones familiares; con declaracion que no queda prohibido el comercio y comunicacion con la referida corte en todo lo perteneciente á la jurisdiccion espiritual y eclesiástica. «Y que con ningun pretexto, aunque sea sobre dependencias eclesiásticas, persona alguna de cualquier calidad ó condicion que sea, remita dinero á Roma en especie ó en letras, aunque sea por mano de españoles, so las penas en que incurren los extranjeros extractores de oro y plata en estos reinos, etc.»

(2) Macanaz inserta una copia literal de esta Relacion, al final del tomo X de sus Memorias manuscritas, y otra en el cap. 7 de su Relacion histórica de los sucesos, etc.

(3) En este caso se hallaba el arzobispo de Sevilla. El de Granada era tan conocido por desafecto al rey, que como propusiera siempre á los sujetos de su misma opinion para las prebendas y beneficios de sus diócesis, nunca habian sido aprobadas sus propuestas. El de Murcia se hallaba resentido del rey porque no se le habia hecho inquisidor general, y publicó y circuló un papel sedicioso, por el cual mereció ser severamente reprendido por el presidente del Consejo de Castilla.



escribió una larga respuesta á Su Santidad; despues la redujo á mas breves términos; pero envió una y otra al auditor Molines (18 de junio, 1710), ambas rubricadas de su mano y refrendadas por su primer ministro, encargándole pusiera desde luego la una en manos del pontífice, y autorizándole para que del contenido de la otra, hiciera el uso que su prudencia le aconsejara, hasta entregársela íntegra, si fuese necesario. Es tan notable este documento, que no podría darse bastante idea de él, ni formarse el juicio conveniente de la gravedad de esta cuestion sin conocerle en todas sus partes.

«Muy Santísimo Padre (decía).—Recibo el Breve de Vuestra Santidad de 22 de febrero, con aquel profundo y religioso respeto que corresponde á la filial observancia que profeso á la Santa Sede y á la sagrada persona de V. Beatitud, siendo igual á aquella la admiracion con que observo en su contenido el silencio con que V. S. se da por desentendido de mis injurias, cargando toda la consideracion en sus asertas ofensas para constituirse acreedor y pedirme satisfacciones como á reo, debiéndomelas dar á mí V. B. como agraviado.

»Si yo, no obstante los incontestables derechos con que Vuestra Santidad ocupa el trono de San Pedro, y con que ha sido recibido de la universal Iglesia y adorado por mí como su legítimo pastor, reconociese despues por verdadero papa, al mismo tiempo que á V. B., á quien intentase usurparle su excelsa dignidad, y arrancarle de sus sagradas sienes la tiara, sin mas autos que la autoridad de este hecho me declararían Vuestra Santidad y el mundo por enemigo capital de su santísima persona y de la Iglesia que Dios le encomendó, por fautor de un cisma, y por autor de los perjuicios, de los escándalos y ruinas de la cristiandad. Y siendo esta y no otra la conducta que V. B. ha tenido y observa con mi real persona, y con la monarquía de España á que me llamaron la Divina Misericordia, los derechos de mi sangre, las leyes de la sucesion, los votos de la nobleza y de los pueblos, y el testamento del rey mi tío, arreglado al oráculo de la Santa Sede y á los dictámenes de sus reales Consejos y ministros, en cuya consecuencia fui reconocido por V. S. y recibido en todos mis reinos como legítimo monarca, prestándome todos los homenajes y juramentos de fidelidad (que son los estrechos lazos con que las leyes del cielo y de la tierra hacen el nudo indisoluble), dejo á la perspicacísima comprension de Vuestra Beatitud el que se aplique á sí el juicio y la sentencia que en aquel caso darian contra mí V. S. mismo y el general consentimiento de las gentes.

»En cuya justa ponderacion solo haré presente á V. B. lo autorizados que quedan de esta vez el perjurio, la infidelidad y rebeldía; pues sobre el fomento que les presta y la aprobacion que les infunde el nuevo reconocimiento pontificio, experimentan hoy las bendiciones y gracias apostólicas que tan francamente dispensa V. S. á los que se las han solicitado con sus crímenes, al tiempo que se les niega y son maltratados los que se las desmerecen solo por observantes de la fe jurada á su monarca; siendo tan circunstanciada la pública injuria que V. B. ha hecho, no solo á mi corona y monarquía, sino tambien á todos los legítimos soberanos, cuya causa se vulnera en la mia como penetrada con ella, ni mi conciencia ni mi honor me permitirían la bajeza de un feo, delincuente y torpe disimulo, por ser en mí tan estrecha la obligacion de sostener los derechos de mi cetro como en V. B. la de mantener la sacrosanta tiara.

»Pero al mismo paso, haciéndome cargo de mi filial devocion, y de mi reverendísima observancia con esa Santa Sede, incapaces una y otra de disminuirse ó alterarse, si bien pude alargar mis resoluciones dentro de lo lícito á lo que solo por el motivo de la mayor gloria de Dios y edificacion de su casa extendieron las suyas en otros reinos los monarcas que por su heroico celo y piedad se hicieron paso á los altares, y á lo que en España practicaron en causas de menos agravio mis gloriosos predecesores y abuelos Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, quise usar de la bondad de ceñir mis providencias á la esfera de una pura defensiva, en los precisos términos que prescriben por indispensables el derecho de las gentes, el consentimiento del género humano y las costumbres de todas las naciones.

»Y siendo cierto que mis órdenes, sobre justificadas por las leyes natural y divina, sin contradiccion alguna en las canónicas, fueron arregladas á los preceptos de la mayor moderacion... debo confesar á V. B. la suma extrañeza con que en el Breve de S. B. las veo desacreditadas con la nota de «nuevo ejemplo jamás visto ni oido en estos reinos,» convirtiendo así en censura el elogio debido á la templanza de mi ánimo; pues cotejadas mis providencias con las de mis ínclitos predecesores en casos de menos ofension... me he contenido, queriendo antes dar nuevos ejemplos de cristiana y heroica tolerancia que los correspondientes al tamaño de la ofensa, en medio de persuadirlos altamente las sentidas inflamadas voces de mi soberanía violada, de mi razon ofendida, y de mi justicia atropellada.

»Cuando de mi moderacion y tolerancia, sin ejemplar quizás en otro soberano en caso de igual ofensa, pudiera prometerme que en vista de una y otra se dispondría el pontificio ánimo de V. B. á darme la debida satisfaccion que prescriben las leyes de la justicia, y de que no vive exenta la mas preeminente dignidad, experimento nuevo agravio en la severísima prohibicion con que V. B. proscribía las cartas y Relacion que de mi real orden se dirigieron á los prelados de mis reinos para cerciorarlos de la injuria hecha á mi persona y monarquía... Si la potestad de las llaves concedida por Cristo á San Pedro se extendiese en V. S. como sucesor suyo al arbitrio de quitar y poner reyes, al de alterar los derechos de las monarquías, al de atropellar á los soberanos, al de cerrarles las bocas para que no articulen ni una voz de queja en sus insultos, y al de atarles las manos para que no hagan demostracion de su justicia cuando la vulneracion de ella procediese de V. B., seria sin duda la esclavitud de los príncipes cristianos mas dura que la que oprimió á los vasallos de los antiguos monarcas persas. Pero siendo la expresada conducta tan repugnante á las máximas de Cristo, tan opuesta al espíritu de la Iglesia, y tan contraria á todos los derechos, natural, de las gentes, divino, civil y canónico, dejo al juicio de Europa la ponderacion de las leyes violadas en mi injuria, al de los reyes la reflexion que este atentado enseña á su escarmiento, y al de V. B. el que seriamente medite si este violento proceder con un monarca servirá de cebo para reducir á los príncipes protestantes á las saludables redes de San Pedro, ó de material con que el Norte apoye su obstinacion, y maquine sus invectivas y sus sátiras.

»El acto solo de no admitir la presentacion (de los obispos) ejecutada con legitima accion, cuando se hace en persona digna, es censurado por las leyes y por el universal consentimiento de los sabios... y en este hecho se ve que V. B. ha relegado de sí para conmigo, no solo la virtud de la equidad tan propia de un padre y tan merecida de mi filial respeto y observancia, sino tambien la de la justicia, que debe Vuestra Santidad mantener y administrar como vicario y lugarteniente del justo juez Cristo á los hombres mas ínfimos del mundo, cuanto mas á quien goza de la soberana preeminencia de monarca... Y el negar hoy los pastores á las iglesias vacantes es un acto, en que además del agravio que V. B. me hace á mí como á patron, le recibe Cristo en su institucion violada, y en su voluntad contravenida; le padecen los fieles, abandonados, destruidos, y privados de los padres, de los maestros, y de los pastores que por precepto del mismo Señor debe Vuestra Beatitud sustituirles; y la obligacion de V. S. queda no poco oscurecida, porque una vez reservada á la Santa Sede la provision de las sedes episcopales, esta no lo es voluntaria á V. B. ni dependiente de su arbitrio, por ser aquella tan indispensable como los derechos natural y divino que la inducen.

»Reconociendo V. S. los deplorables é inevitables males que por falta de los pastores se padecen y experimentan cada dia en las diócesis vacantes, así en lo que respecta á la disciplina como en lo que mira á las conciencias, se esfuerza V. B. en persuadirme que deberán imputarse á mis edictos, siendo Vuestra Santidad el único autor á quien será preciso atribuirlos; porque aquellos, sobre justificados, ni tienen conexion con la negativa de las bulas, ni necesitaron de V. B., ni le dieron derecho para la repulsa, ni V. B. aun cuando mis



órdenes fuesen criminales podría adquirirle, ni tenerle en virtud de ellas para vindicarse en la sujeta materia tan en perjuicio de las almas, y contraviniendo á la ley del Evangelio. Y yo, para descargo de la obligacion que me incumbe por rey y por patron, paso á decir á V. B. con igual sinceridad y reverencia, que en cumplimiento de la mia proseguiré, como hasta aquí, haciendo las presentaciones que me tocan segun fueren vacando las iglesias, y ejecutado este acto, que es el de mi pertenencia, si V. B. no las proveyese de prelados (que me será de sumo dolor por lo que me debo compadecer de las ruinas espirituales de los rebaños del Señor), reconociendo que he satisfecho á mi oficio, y que V. B. olvida el de vicario, á quien por tres veces encargó San Pedro el cuidado y pasto de sus ovejas y corderos, se las encomendaré al príncipe de los pastores Cristo, á quien V. B. dará cuenta de su vilicacion, quedando á la mia la disposicion de los frutos de las vacantes, en que ni V. S. puede dudar el que por ningun derecho es justificable el de percibir el esquilmo de las ovejas en quien no solo no las apacienta, sino que las abandona, y expresa y positivamente se resiste á conceder los pastores que las guien y alimenten, ni yo dejo de tener presente, así las providencias de los cánones, como las que mi circunspectísimo abuelo y predecesor Felipe II practicó en la provocacion de Paulo IV.

»Como V. B. se duele tan altamente de la salida del nuncio, exagerando que fué tratado en ella como enemigo de la patria, no me he querido dispensar de decir á V. S. que la expulsion de los embajadores de los príncipes, de quienes han recibido alguna ofensa intolerable los Estados, es tan conforme al derecho de las gentes como practicada de todas las naciones, sin que en esta regla general sean privilegiados ó exentos los legados ó nuncios apostólicos. Y si bien para la comprobacion de esta verdad suministran oportunos y frecuentes ejemplares los reinos extranjeros, sin reducir á ellos ni lo ejecutado por don Fernando el Católico con el legado Centurion, está bien presente en esta corte, para que pueda ignorarse en esa, el que dió Felipe II cuando por el solo motivo de hallarse mal satisfecho del nuncio le mandó salir de España, con circunstancias de mas celeridad y menos decoro que las que de orden mia, y sin ejemplar en la decencia, en el agasajo y en la autoridad se observaron con el de V. B.

»Pero aun cuando el ministro de V. S. hubiese sido tratado como enemigo público, dentro de los términos que permite la salvedad del derecho de las gentes, no debiera V. B. quejarse de mí, sino de sí; pues con la capital ofensa hecha á mi corona y monarquía me puso V. S. en la precision de mirar á su nuncio cómo á embajador de un príncipe agresor de los reales derechos de mi Estado....

»Es así que con la salida del nuncio y de los demás ministros cesó su tribunal; mas cuando de la clausura de este resultasen algunos inconvenientes... se deberán imputar, no á mí, sino á V. B. que me ha puesto en la necesidad de usar de mi derecho.... Y aunque es verdad que no pocos reinos y repúblicas cristianas se han conservado y conservan sin tribunal de la nunciatura, y que España se mantuvo sin él desde Recaredo hasta su pérdida, y en su restauracion desde don Pelayo hasta Carlos V, como tambien es notorio que los procedimientos de su juzgado desde su creacion en estos reinos le han hecho mas digno de suprimirlo que de continuarlo... no obstante, para que V. S. experimente cuánto distingo, en medio de mis agravios, entre la persona de V. B. de quien proceden, y su tiara impecable y sacrosanta, y lo que venero su pontificia potestad, me allanaré al restablecimiento del tribunal apostólico, con la circunstancia de que V. S. haya de delegar las facultades acostumbradas á uno de los prelados españoles que fuesen de mi real satisfaccion, y yo le proponga, y lo mismo de todos los demás subalternos que dependan y formen este tribunal, y unos y otros administren la justicia y la gracia á las partes tan graciosamente como Cristo mandó á sus ministros la dispensasen cuando les concedió la facultad de ejercitar una y otra.

»Esta fué la práctica de los mas florecientes siglos de la Iglesia.... esta fué asimismo la que hizo mi referido bisabuelo al papa Urbano con el motivo de los gravísimos daños que de la manutencion de un tribunal tan autorizado y compuesto

de ministros extranjeros debian recelarse en el Estado; y este es hoy el medio único para precaver aquellos.... Si V. B., siendo como es proposicion tan justificada, y lo que es mas, canonizada en los hechos de San Gregorio el Grande, la aceptase, se ocurriria por esta via á los males que V. S. considera en la suspension de este tribunal; y si por el contrario la repeliese V. B., quedará descargada mi conciencia, y á cuenta de la de V. S. el responder de los daños temporales, y de los espirituales perjuicios que produjere la clausura de aquel, pues serán efectos de la espontánea conducta de V. B., y totalmente involuntarios en la mia.

»Y en fin, concluyo expresando á V. B. dos cosas con ingenuidad cristiana, y real y santa libertad. La una, que cuando las dulcísimas palabras de V. B. me persuaden su cordial ternura, su caridad apostólica, y su paternal amor, me lo disuaden las obras que experimento tan contrarias; de suerte que puedo decir con verdad oportuna, que las voces son de Jacob y las manos de Esaú: y como la regla que nos da el Evangelio para discernir el fondo de los corazones es la de calificarlos como los árboles por sus frutos, no se debe extrañar que experimentándolos tan acerbos en las operaciones de V. S., no le franquee á sus amorosas insinuaciones toda la buena fe de mis oídos.

»Y la otra, que emanando de V. B. toda la raíz de los que se exageran escándalos, la cual consiste en la fatal injuria hecha á los reales derechos de mi persona, de mi corona y estados.... está solo en la mano de V. S. el removerlos con la satisfaccion á que V. B. es el mas obligado de todos los mortales, respecto de que, cuando su excelsa dignidad le hace superior de todos los demás, son tanto mas circunstanciadas sus ofensas. Yo espero de la justificacion de V. B. y de las altas obligaciones de su empleo, que siendo tan del oficio de buen pastor el fatigarse por la oveja perdida, creará V. B. muy propio del suyo el buscar y satisfacer á la agraviada. Y por lo que á mí toca, le aseguro á V. S. no solo mi inalterable respeto y filial veneracion á su Santa Sede, sino tambien mis sinceros y constantes deseos de complacer á V. B. en cuanto no se opusiere ó perjudicare á los derechos de mis reinos, ni á mi conciencia y real decoro.

»Dios nuestro Señor guarde etc., á 18 de junio de 1710 (1).»

Además de esta carta envió el rey al Dr. Molines ciertas instrucciones para que contestara al papel que el pontífice le habia entregado por propia mano, en las cuales usaba de expresiones y frases sumamente fuertes. Pero el papa continuó reconociendo al archiduque, admitiendo embajador suyo, y enviando nuncio á Barcelona; el rey don Felipe siguió prohibiendo el comercio con la corte romana, y presentando obispos para las iglesias, aunque el papa no expidiese las bulas.

Vino á complicar estas disidencias la cuestion de las dispensas matrimoniales. Eran muchas las que se habian pedido á Roma y se hallaban pendientes; muchas tambien las concedidas por Su Santidad, pero que no podian venir, porque se les negaba el pase á causa de la interdiccion del comercio con la Santa Sede. Los perjuicios que experimentaban las familias eran graves, grandes los escándalos, frecuentes los incestos, paralizados los matrimonios aun despues de saberse estar otorgada la dispensa, comprometida la honra y la suerte de muchas mujeres, inquietas y alarmadas las conciencias. Dió esto ocasion al presidente y fiscal del Consejo de Castilla, don Francisco Ronquillo y don Luis Curiel, que con algunos otros consejeros habian cedido ya mucho de su primera tirantez en la cuestion con Roma, á elevar al rey una consulta (2 de junio, 1711), exponiéndole la conveniencia de permitir el paso á las dispensas matrimoniales despachadas, ya por ser las mas de ellas concedidas á gente pobre, y por lo mismo poco el dinero que en este concepto salia de España, y ya fundados en haber quedado libre el comercio con Roma en lo tocante á la jurisdiccion suprema eclesiástica y espiritual, á que suponian pertenecer el negocio de las dispensas.

(1) Despacho del rey para don José Molines. Está refrendado por el marqués de Mejorada y de la Breña.—Relacion de lo ocurrido en las desavenencias con la corte de Roma.—Macanaz inserta tambien copia de esta carta en el capítulo 162 de sus Memorias manuscritas.



El rey, conociendo la tendencia de esta consulta, mandó que se guardase sin responder á ella por entonces. Despues, con motivo de preguntar el gobernador eclesiástico de Plasencia (16 de octubre, 1711), qué habia de hacer con mas de ciento cincuenta dispensas matrimoniales detenidas en aquella diócesis, de que se seguian escándalos y pecados, la junta de las pependencias con Roma opinó en su mayoría que debería darse el pase á las dispensas, siendo de notar que los teólogos que habia en la junta fueran los que opinaron de un modo contrario (22 de noviembre).

En vista de todo, mandó S. M. al marqués de Mejorada, su primer ministro, que oyendo á teólogos, canonistas y políticos de toda instruccion y confianza, le comunicase sus dictámenes para tomar resolucion. Consultó el de Mejorada con doctores teólogos de primera reputacion de las universidades de Alcalá, Salamanca y Valladolid, cuyo dictámen fué, que ni debia ni podia S. M. conceder el pase á las dispensas matrimoniales, sino en el caso que el papa las mandara expedir libremente y sin interés alguno, y que debia cerrarse la puerta á la libertad que daban tales dispensas, observándose rigurosamente sobre ellas lo dispuesto por el Santo Concilio de Trento, pues la facilidad, decian, con que se conceden estas dispensaciones es la que hace que los parientes en sus relaciones no se contengan en los términos de la honestidad, y rompan las vallas del pundonor, dando rienda á la pasion sin el horror que debiera inspirar este pecado (diciembre, 1711). El rey, que deseaba encontrar apoyo á sus resoluciones, manifestó al Consejo y á la junta su desagrado por sus anteriores dictámenes, mandó al marqués de Mejorada que guardara sus consultas sin respuesta, adhirióse á la última, ratificó la interdiccion del comercio con Roma, y siguió negando el pase á las dispensas (1).

Mientras esto pasaba dentro del reino, en Roma se acordaba aprehender á los llamados expedicionarios régios de España, se impedía al auditor Molines el ejercicio de todos sus empleos, se le prohibía la entrada en el palacio pontificio, y aun se le suspendieron las licencias de celebrar. Enterado de esto el rey, lo pasó todo en consulta al Consejo de Estado (13 de octubre, 1711), con un decreto terrible, en que se veía la indignacion de que estaba poseído (2); y á propuesta del mismo Consejo se pasó tambien á la junta que entendia en las discordias con Roma. Todos informaron contra el proceder de la corte romana, pero el Consejo de Estado añadió, que si las armas del rey se hallasen en Italia, era llegado el caso de pedir con ellas satisfaccion de tantos agravios como habia recibido; mas no siendo así, se tomaran por acá las providencias mas rigurosas que se pudiera. Y en efecto, se apretó fuertemente en lo de la prohibicion del comercio y del envío de dinero á Roma, y se mandó salir de aquella corte todos los españoles, que eran muchos, y que no volvian á ella. Y formó otra junta reservada, la cual llegó á proponer al rey recursos tan extremos como era el de que, si el pontífice se obstinaba en no expedir las bulas á los presentados para las mitras vacantes, se eligieran, aprobaran y consagrasen los obispos en España, como en lo antiguo se hacia; que todos los beneficios de la Iglesia española se declarasen del patronato real; que todos los pleitos se terminasen aquí; y aconsejaba además otras medidas mucho mas violentas, que nos abstenemos de especificar, y que mostraban el grado de irritacion en que esta cuestion lamentable habia puesto los ánimos de aquellos mismos que por su estado y condicion deberían ser mas templados.

Cuando de esto se trataba, llegó un expreso de Roma enviado por el auditor Molines, portador de un ajuste ó conve-

nio que aquel habia celebrado con el auditor del papa monseñor Corradini, con que todos quedaron acá sorprendidos. En efecto, con motivo de haber indicado el papa que estaba resuelto á fulminar censuras contra todos los ministros españoles, incluso el presidente de Castilla, por haber tomado el rey los frutos de las iglesias vacantes y negado el cumplimiento á los despachos de la Dataría, y que el único medio de evitarlo era tratar un ajuste que podria hacerse en secreto, aquel magistrado, hasta entonces tan entero, ó por temor ó por otra causa, condescendió á hacer el ajuste, que se llegó á formalizar y se redujo á once artículos. Era el 1.º, que Su Santidad condonaria al rey los frutos y rentas de los espolios y vacantes que habia percibido, con tal que se obligase por escritura á restituirlos á la Santa Sede, la cual se los dejaria dando cien ducados por lo pasado. Conveníase en otros artículos en que volveria á ser recibido decorosamente el nuncio en España, que se abriria el tribunal de la nunciatura, y todo correria como antes, haciendo el papa una declaracion reservada de que el reconocimiento hecho á favor del archiduque habia sido violento, y que en él jamás habia querido perjudicar al rey, ni al reino, ni á las leyes de sucesion de España, que todas eran favorables á Felipe de Borbon. Y en otros se estipulaba que volveria á abrirse el comercio con Roma, que se daria el pase á todas las bulas despachadas, y que en cambio Su Santidad concederia al rey el diezmo de todo el estado eclesiástico por tres años, juntamente con las gracias de cruzada, millones, subsidio y escudo en la forma acostumbrada (3).

Este convenio, que fué acá recibido con extrañeza y con enojo, y en el cual puso la junta notas á cada artículo, impugnándole con razones, contradiciéndole y desechándole, le fué devuelto á Molines, acompañado con dos cartas escritas por el marqués de Mejorada á nombre del rey (19 de enero, 1712), ostensible la una y reservada la otra. En ambas, despues de manifestarle la grande extrañeza y disgusto con que el rey le habia visto entrometerse motu proprio y propasarse á hacer semejantes tratados en la deplorable situacion en que se hallaba, y de reconvenirle por el atrevimiento de haberle propuesto tales ajustes, le decia: «Seria cosa infeliz por cierto, y notable ejemplo de bajeza para la posteridad, que quien en el lance está favorecido de la razon y la ha manejado con templanza en el ajuste, se hubiese de infamar calificándose de agresor y desmesurado, y esto por artificio de los ofensores y por desmayos de los negociantes.» Y concluía ordenándole, que sin dejar de acreditar su deseo de ver terminadas tales disidencias se abstuviese de concluir nada sin dar cuenta al rey de cuanto ocurriese, por si lo hallase conveniente ó tolerable (4). Afectó mucho á Molines el contenido de estas cartas: el papa se dió por ofendido, pero reconociendo el ánimo firme en que el rey estaba, entre otros medios que discurria para venir á un ajuste, fué uno el de valerse del cardenal Giudice, que habia sido nombrado inquisidor general en España por muerte del arzobispo de Zaragoza Ibañez de la Riva.

Observábase que el nuevo inquisidor, como individuo de la junta magna que entendia en las diferencias con Roma, se oponia siempre á todo lo que fuera favorable al rey, y que rehusaba fundar sus dictámenes, como hacian todos, so pretexto de que no se acostumbraba en las congregaciones que en Roma se tenian. Informado de esto el rey, le separó de la junta como á persona sospechosa, mandándole entregar todos los papeles, y participándole á la corte romana. Viendo el pontífice cómo se frustraban todos sus arbitrios, y que por otra parte en los tratados de Utrecht se reconocia á Felipe de

(1) Relacion histórica de las desavenencias con la corte de Roma, parte I, c. 18, donde se hallan copiados de sus originales los papeles y documentos que mediaron en este negocio.

(2) «Continuando la corte romana (decia) sus violencias é injustos procedimientos, ofensivos á mi persona y real autoridad, los ha acreditado últimamente con la mas imprudente y ciega pasion que jamás se debió esperar, en el acto practicado con el auditor don José Molines, suspendiéndole de decir misa... etc.» Y convocaba Consejo pleno para que le consultara luego lo que le pareciese sobre tan grave materia.

(3) Macanaz da noticia del contenido de cada artículo, en el cap. 187 de sus Memorias, y en la obra destinada á la relacion de estos sucesos.

(4) En una y en otra, así en la ostensible como en la reservada, se usaba del lenguaje vigoroso, resuelto y firme que hemos notado en toda esta correspondencia. «El rey, decia en la reservada, está bien asegurado en su conciencia, que no ha dado paso, y espera en la divina gracia que no le dará, que sobre estos asuntos le constituyan criminal, ni en la precision lastimosa de temer los rayos eclesiásticos fulminados en justicia, y arrojados sin ella sabe bien que como armas de fuego se arriesga á padecer sus estragos quien las maneja sin la prudencia debida.»



Borbon como rey de España (1713), conoció la necesidad de emplear otros medios para arreglar tan antigua discordia, y apeló á la intervencion del rey Cristianísimo, á cuyo efecto envió á París á monseñor Aldrobandi. No se negó Luis XIV á todo lo que pudiera conducir á restablecer la concordia; comunicóselo á su nieto, y Felipe tampoco tuvo reparo en nombrar sujeto que conferenciara con Aldrobandi, mereciendo esta confianza don José Rodrigo Villalpando, que fué luego marqués de la Compuesta. Intervenia en las conferencias y tratos entre los dos enviados de Roma y España el primer ministro de Francia marqués de Torcy.

Controvertiéronse y se acordaron sucesivamente muchos puntos entre aquellos plenipotenciarios, de los cuales cada uno iba dando cuenta á su respectiva corte. Entre las muchas cuestiones y materias que debatieron y en que convinieron los ministros de las dos coronas se cuentan la jurisdiccion que habia de ejercer el nuncio, y la que habia de quedar al rey, á los obispos y á los tribunales reales de España en sus causas, pleitos y dispensas; si se habia de prohibir la adquisicion de bienes á las iglesias y comunidades, ó si estos bienes solamente habian de quedar sujetos al pago de las cargas, gabelas y contribuciones reales; cómo y por quién habian de ser juzgados los eclesiásticos delincuentes; que solo en ciertos casos gravísimos y estrechos, y cuando la potestad real no alcanzara á reprimir los delitos, pudiera la Iglesia usar de las censuras; cómo habian de concurrir los eclesiásticos á los gastos de las guerras; cómo se habia de distribuir en lo sucesivo el producto de los espolios y vacantes; el arreglo del grave asunto de las coadjutorías, y el mas grave todavía de las dispensas matrimoniales, cuyo abuso se empeñaba el rey don Felipe en corregir, y queria que solo se dieran *inter magnos principes et ob publicam causam*, como dispone el Concilio de Trento (1).

Objeto fueron estos y otros puntos, por espacio de cerca de dos años, de largos debates entre los negociadores, de acuerdos entre ellos, de consultas á sus respectivas cortes, de respuestas del pontífice y del rey de España, de extensos escritos y contestaciones de una parte y otra; siendo de notar que aunque los acuerdos de los dos ministros eran en su mayor parte favorables á los derechos del monarca español, todavía Felipe no se daba por satisfecho, y ponia siempre reparos, y pretendia sacar mas ventajas. Mas todo quedó igualmente indeciso, á causa de otras mas graves complicaciones y de otros mas célebres acontecimientos que esta misma famosa cuestion habia entre tanto producido dentro de la misma España.

Noticioso el rey de que el papa, ó por sí, ó por instigacion de los alemanes, amenazaba de valerse contra España de los medios fuertes que en otro tiempo habian empleado contra Alemania Gregorio VII, y contra Francia Bonifacio VIII é Inocencio XI, quiso prevenirse á la defensa de las regalías de su corona, ordenando al Consejo de Castilla (12 de diciembre de 1713), que respondiera á los puntos que ya en 8 de julio de 1712 le habia remitido en consulta sobre remedio á los abusos de la nunciatura, de la dataría, y otros por parte de la corte romana. El Consejo lo pasó con todos los antecedentes al fiscal general, que lo era á la sazón don Melchor de Macanaz. Este célebre magistrado presentó á los cuatro dias al Consejo (19 de diciembre, 1713) la famosa respuesta ó pedimento fiscal *de los cincuenta y cinco párrafos*, así llamado porque en ellos respondió á todos los puntos que se sometieron á su exámen sobre abusos de la dataría, provisiones de beneficios, pensiones, coadjutorías, dispensas matrimoniales, espolios y vacantes, nunciatura, derechos de los tribunales eclesiásticos, juicios posesorios y otros asuntos que abrazaba la consulta (2).

(1) Puede verse esta materia mas extensamente tratada en la obra que sobre estas ruidosas cuestiones escribió Macanaz, y en la Historia Civil de Belando, part. IV, cap. 1.<sup>o</sup>

(2) Empezaba este célebre documento: «El fiscal general dice, que por decreto de V. A. de 12 del corriente, fué servido acordar viese los puntos que S. M. remitió al Consejo en 8 de julio del año pasado, tocante á los excesos de dataría, y demás daños que esta monarquía experimenta por los abusos introducidos en ella por los ministros de la corte romana,

Lograron los consejeros adictos á la corte romana que se difiriese la resolucion sobre tan importante escrito, alegando que necesitaban copias para que pudiera cada uno meditar su dictámen y su voto. Hizose así, y cuando se creia que le estaban examinando, avisó desde Roma don José Molines (22 de febrero, 1713) que por allí corria ya este papel, cuyo contenido alarmó tanto á la corte romana, que desde luego se celebraron varias congregaciones para ver la manera mas disimulada de recogerle: y por último se adoptó el camino de enviar un breve al cardenal Giudice, para que como inquisidor general le condenara y prohibiera, juntamente con otras obras, para que no pareciera que era este solo el propósito del breve (3). Pero el mismo inquisidor, á pesar del apoyo y la proteccion que le aseguraban las cortes de Roma y Viena, no se atrevió á prohibirle en España, y no lo hizo sino al cabo de algun tiempo en París (30 de julio, 1714), donde fué con una comision del rey don Felipe, de que en otro lugar hicimos mérito. Enviado el edicto á Madrid, y firmado por cuatro inquisidores, se mandó publicar en las iglesias al tiempo de la misa mayor (15 de agosto, 1714), esparciendo la voz de que el papel del fiscal Macanaz contenia treinta y dos proposiciones condenadas, además de otras diez ofensivas de la piedad de los españoles.

Sorprendió á todos esta novedad, incluso el rey, que se hallaba en el Pardo; mas para obrar con la debida prudencia consultó lo que deberia hacer con cuatro doctores teólogos, tres de ellos consultores del Santo Oficio (4), los cuales unánimemente le respondieron que estaba S. M. obligado en conciencia y justicia á mandar suspender la publicacion del edicto donde no se hubiese hecho, y que los inquisidores diesen cuenta de los motivos que habian tenido para proceder así, sin la vénia ni aun conocimiento de S. M., y que debia obligar al cardenal á revocarle, y á dar las satisfacciones correspondientes; aunque la mas segura, decian, seria la de privarle del empleo, y extrañarle del reino. Habiéndose conformado S. M. en todo con este dictámen, mandó suspender la publicacion del edicto, y despachó un correo á París ordenando á Giudice que se presentase inmediatamente en Madrid, y avisando de todo á Luis XIV; y además expidió un decreto en términos sumamente enérgicos y fuertes (24 de agosto), para que el Consejo de Castilla, en el acto, y sin excusa, y sin levantar mano, le dijese su sentir sobre la materia (5).

á fin de que en vista de ellos V. A. informe á S. M. los remedios que se podrán aplicar, respecto de que cuantos hasta aquí se han intentado han sido inútiles.»

Despues en 2 de enero de 1714 presentó una adiccion de treinta y cinco proposiciones relativa á diferentes informes reservados que se habian pedido.

De uno y otro circularon copias en Francia y en España.—Biblioteca de la Real Academia de la Historia, C. 97 y C. 130.—Imprimiéronse ambos documentos en Madrid en 1841.

(3) Con las obras de Guillermo y Juan Barclayo, y el libro de monseñor Talon.

(4) Fueron el P. Robinet, su confesor, y el Dr. Ramirez, jesuitas, y los maestros Atienza y Pimentel, dominicos.

(5) Al supremo Consejo de Castilla.—Real decreto.—En el día 15 del corriente se publicó en algunas de las principales parroquias de esta villa un edicto, firmado del cardenal Giudice, su fecha en Marli en 30 de julio próximo pasado, con el cual manda recoger un libro de Mr. Talon, y otros que defienden las regalías de la corona de Francia, y un manuscrito del fiscal general con cincuenta y cinco párrafos, en el cual respondiéndolo á todos los puntos que yo mandé examinar á ese Consejo juntó los hechos de las cortes, las leyes fundamentales del reino, los hechos de los señores reyes mis antecesores, y todo lo que mira á poner remedio á los abusos que contra las leyes dichas, actas de las cortes y bien universal de mis reinos y vasallos han introducido la dataría y los tribunales de la corte romana, con otros abusos y desórdenes que se experimentan, especialmente desde el principio de la guerra, y piden particular atencion; y me ha causado notable extrañeza que se haya vulgarizado un papel que con tanto cuidado se entregó solo á los ministros de ese Consejo, y que siendo sobre las materias dichas, sin pedir en él el fiscal general mas que el Consejo las examine y me informe, no habiéndolo hasta ahora hecho, se ve ya mandado recoger por el citado edicto, y sin que el Consejo de Inquisicion lo haya examinado, si bien ha pasado á firmarle sin darme noticia de ello, como ni tampoco el cardenal me la ha dado, siendo así que ni unos ni otros ignoran mi derecho; y que aun los breves del papa, en que con iguales cláusulas á las del edicto mandó recoger las obras de don



Al segundo día de esto puso ya el secretario Vivanco en manos del ministro Vadillo, y este en las del rey todos los votos del Consejo. Los mas convenian en que el papel condenado por el edicto no podia ser sacado del presentado en el Consejo, porque no concordaban en las fechas, pero que de todos modos el cardenal habia cometido un atentado no visto ni oído, en haber condenado los libros y papeles que tocan á las regalías de la corona, y mas sin haberlo consultado con Su Majestad ni esperado su resolución. Siete de ellos añadian que deberia privarse al cardenal del empleo de inquisidor general y extrañarle de los reinos; y solo hubo cuatro votos favorables al inquisidor. Mas como el rey notara que si bien el voto general del Consejo condenaba el atentado y defendia su real prerogativa, guardaba silencio sobre el verdadero escrito del fiscal, mandó por otro decreto que luego y sin dilacion dieran todos su dictámen sobre cada uno de sus puntos. Nadie pudo excusarse de ello: pero como los puntos eran tantos, y tantos tambien y tan largos los dictámenes sobre cada materia de las que abrazaba el pedimento fiscal, formaba un proceso voluminoso, que era menester ordenar y redactar, cuya comision y encargo se dió al sustituto fiscal don Jerónimo Muñoz.

En tanto que esto sucedia, el cardenal Giudice, cumpliendo con el mandato del rey, salia de Paris, sin despedirse de Luis XIV, que no quiso verle, porque era tal su enojo que temia que su presencia le irritara en términos de faltar á las consideraciones debidas á un ministro del rey su nieto. Cuando llegó á Bayona, se encontró con orden expresa de Felipe prohibiéndole la entrada en España, si no revocaba antes el edicto. El cardenal escribió sumisamente al rey suplicándole le concediera la gracia de venir á ponerse á sus piés y darle satisfaccion, y para mejor alcanzarla le enviaba la dimision de su empleo de inquisidor general. El rey sin embargo le mandó que se fuera á su arzobispado de Monreal en Sicilia (7 de diciembre, 1714), y nombró inquisidor general á don Felipe Gil de Taboada.

Pero comenzaba ya á sentirse en la corte de España y en el ánimo del rey la nueva influencia de Julio Alberoni y de la reina Isabel Farnesio, y á uno y á otra apeló Giudice, y fueron causa de dar muy diferente giro á este negocio. Alberoni, á quien interesaba ponerse bien con Roma para sus ulteriores proyectos, logró por intervencion de la nueva reina, aunque con bastante repugnancia del rey, sacar el real permiso para que Giudice volviera á Madrid, lo cual se le

comunicó por posta que expresamente le fué despachado (febrero, 1715). Conociendo Macanaz la mudanza de los aires de palacio, y que todo esto iba contra él, pidió al rey licencia para retirarse á Francia so pretexto de necesitar de las aguas de Bagnères para su salud, y la obtuvo. Marchó Macanaz, y vino Giudice á Madrid, habiéndose encontrado en el camino, pero sin hablarse ni saludarse. Una vez restituido el cardenal Giudice á Madrid, y ausente Macanaz, contra el cual y contra el padre Robinet, confesor del rey, su amigo, difundian sus enemigos la voz de que intentaban introducir la herejía en España, consiguió Alberoni la reposicion de Giudice en el cargo de inquisidor general (18 de marzo, 1715).

Dueño Alberoni del favor de los reyes (porque con tener el de la reina tenia tambien el del rey, que esta era una de las debilidades de Felipe), fijó su pensamiento en halagar la corte romana con el propósito de impetrar el capelo, empleó todo el influjo que habia ido ganando en el gobierno y en la régia cámara para persuadir al rey de la conveniencia de arreglar las antiguas discordias con la Santa Sede, y á este fin se valió de todo género de astucias y artificios. Hizo venir de Paris á monseñor Aldrobandi y á don José Rodrigo Villalpando (agosto, 1715) para concluir aquí las diferencias que estaban encargados de componer. Quien mas contrariaba á Alberoni y á Giudice en sus planes y en sus intrigas era don Melchor de Macanaz, que desde la ciudad de Pau en Francia, caído y emigrado, pero conservando el aprecio del rey, con las cartas que escribia á Aldrobandi y al marqués de Grimaldo, cartas que veia el mismo Felipe, y en que él mismo enmendaba alguna cláusula, daba no poco que hacer á los dos personajes italianos. Fuerza les era á estos ver de acabar con tan terrible enemigo, y para ello el cardenal inquisidor apeló al arbitrio de llamar por edicto público á Macanaz (29 de junio, 1716), para que dentro de noventa dias se presentara en el Consejo de Inquisicion á estar á derecho en la causa de herejía, apostasia y fuga de que se le acusó, y dióse auto de confiscacion de sus bienes, y se pretendió cortar toda correspondencia y comunicacion con la corte. Macanaz escribió, con permiso del rey, pidiendo que se le tuviera por excusado y oyera por procurador; apeló de su causa al rey, y puso en manos del papa su profesion de fe, de que Su Santidad quedó satisfecho: pero Alberoni hizo de modo que la causa no saliera del tribunal (1).

Conociendo no obstante Alberoni el poco afecto del rey á Giudice, y conviniéndole quedar dueño absoluto en el campo de las influencias palaciegas, comenzó por retraerse de su amistad y trato, y prosiguió por indisponerle con los reyes, culpándole de todo y representándole como un maquiavelista, y lo consiguió de modo que siendo á la sazón el cardenal ayo del príncipe se le relevó de tan honroso cargo (15 de julio, 1716), por sospechas de que le imbuía máximas y doctrinas perniciosas, y poco despues (25 de julio) se le previno que no entrara en palacio, y de tal modo cayó de la real gracia, que se vió obligado á salir del reino, y se volvió á Roma, donde puso el sello á las fundadas sospechas que de su infidelidad se tenian, declarándose abiertamente del partido austriaco; con lo cual hizo buenos los informes de Alberoni, y debió justificar la razon de los procedimientos de Macanaz (2).

Francisco Salgado, don Juan de Solorzano y otros autores que han escrito de mis regalías, ni se publica, ni usa de ellos, ni de otros algunos que directa ó indirectamente ofenden mis regalías, y el bien público de mis vasallos, porque todo esto es reservado á mi potestad real. Y porque si á esto se diese lugar, no habria ministro que defendiese la causa pública de mis reinos y vasallos, ni el interés de mi autoridad y regalías, ni tribunal alguno que de ellas tratase, y sobre hallarse tan desgraciadas como se ven, vendrian á perderse del todo, y á quedar estos reinos feudatarios, y á la discrecion de la dataría y de los demás tribunales de Roma y sus dependientes, contra lo prevenido y dispuesto en las leyes fundamentales de estos mis reinos. Y siendo propio de la obligacion del Consejo reparar este daño, contener á los que por medios tan violentos atropellan el todo, y remediar un escándalo tan grande y no visto como el que ha ocasionado esta novedad, echo menos que ni hasta ahora haya dado providencia, ni aun puesto en mi noticia cosa alguna de ello. Y porque no conviene dejar consentido un ejemplar de tan malas consecuencias, ordeno al Consejo pleno, que luego y sin la menor dilacion se junte, y sin salir de la sala vea, examine y resuelva lo que en este caso se debe ejecutar, y que visto y examinado, cada uno dé su voto sin salir de la tabla del Consejo; y cerrados todos y cada uno separadamente, los pase luego á mis manos con el del abogado general y sustitutos fiscales. Y en caso que algun ministro deje de asistir por enfermedad conocida, no estando incapaz de poder votar, se le ha de pasar noticia del decreto, y que dé su voto, de modo que ninguno se excuse, pues la materia pide toda la atencion, y por tal no ha de salir ni levantarse el Consejo sin dejarla vista, votada y cerrados los votos; y que desde la misma tabla al punto venga á este sitio el secretario en jefe con todos ellos, sin que por ser día festivo deje de hacerse, como lo ordeno. Tendráse entendido así para su cumplimiento. En el Pardo á 24 de agosto de 1714.

Además habia una nota que decia: «Y manda S. M. que esto se ejecute domingo 26 del mismo mes, citando para la hora regular del Consejo, que es la de las siete de la mañana.»

(1) Este fué el principio de las persecuciones y padecimientos del célebre y sabio jurisconsulto Macanaz, el mas infatigable defensor de las regalías de la corona, y el que abrió la senda á las doctrinas y á los hombres llamados despues *regalistas*, que tanta celebridad alcanzaron en España, en la segunda mitad del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Fecunda en vicisitudes y en acontecimientos importantes la larga vida de este ilustre personaje, que tanta parte tuvo en la política de los tres primeros reinados de la casa de Borbon, su biografía suministraria argumento y materia para volúmenes enteros; pero no nos corresponde á nosotros hacerla, ni es propio de una historia. Algunos han escrito su vida aunque sucintamente: es personaje que merecia ser mas conocido: sus hechos están derramados por las muchas obras que su fecunda pluma nos dejó escritas, y de las cuales la mayor parte permanecen inéditas, y sus persecuciones constan principalmente en la titulada: «Agravios que me hicieron, y procedimientos de que usaron mis enemigos para perseguirme y arruinarme:» dos volúmenes manuscritos.

(2) Entonces fué cuando se nombró inquisidor general en lugar del



Solo ya Alberoni en la privanza de los reyes, fué cuando emprendió con su fina sagacidad aquella serie de sutiles maniobras que habian de conducir al logro de su principal propósito, y de que hicimos indicacion en el capítulo X. A los reyes les ponderaba la conveniencia de ganar y tener propicia la corte de Roma para recobrar los Estados de Italia, á lo cual, decia, habria de cooperar gustoso el Santo Padre, teniéndole contento, á trueque de verse libre de la opresion de los austriacos. Confiaba en atraer al pontífice ofreciéndole que se arreglarían á su gusto las diferencias entre la corte de España, sin que el rey Católico pidiera satisfaccion por lo pasado, y sin hacer cuenta de las representaciones de las iglesias y de las cortes españolas (1).

A monseñor Aldrobandi, que se hallaba en Madrid sin poder desplegar el carácter de nuncio, le prometió que, concluido este negocio, se le reconoceria como tal, y aun se le investiria de mas amplias facultades que los nuncios anteriores. Dos condiciones proponia Alberoni como necesarias al buen éxito de esta negociacion; la una era el secreto, y que no hubiera de escribirse nada, sino tratarlo todo á viva voz con el pontífice, para lo cual convendria que Aldrobandi fuese á Roma; la otra, que este negociador hubiera de traer el capelo para Alberoni; y en ambas convinieron sin dificultad ambos monarcas, y el mismo Aldrobandi.

Con estas instrucciones partió Aldrobandi de Madrid, y llegó á Roma con no poca sorpresa y extrañeza de aquella corte; pero aunque enojó al pontífice la manera inusitada de aquella negociacion, hubo de disimular en obsequio á las ventajas que presumió habria de sacar de ella. Tuvo, pues, Aldrobandi varias conferencias con Su Santidad; mas si bien el pontífice mostró disposicion á aceptar las proposiciones de España, y agració al enviado con la mitra arzobispal de Neocesarea, fué despachado este para Madrid (26 de enero, 1717), sin traer todavía el capelo para Alberoni. Esta noticia hirió al privado del rey tan vivamente, que en el momento despachó dos correos, uno á Aldrobandi, previniéndole que no entrara en los dominios españoles, en tanto que no trajera la púrpura, en cuya virtud tuvo aquel que detenerse en Perpiñán; otro al cardenal Aquaviva, ministro de España en Roma, encargándole dijese á Su Santidad que Aldrobandi no entraria en España, por no traer las cosas despachadas en los términos que llevaba entendidos cuando salió de Madrid. Los oficios é instancias de Aquaviva con el pontífice produjeron la respuesta de que todo se haria como Aldrobandi lo habia propuesto, y que á la vuelta del correo portador del convenio ó concordato de la Santa Sede con España quedaria Alberoni complacido. A pesar de esta respuesta, todavía no se permitió á Aldrobandi la entrada en Madrid, hasta obtener la confirmacion de lo que Su Santidad ofrecia.

Continuó Alberoni desplegando los recursos de su sagaz política, hasta que al fin se hizo la convencion ó ajuste entre las cortes de España y Roma, reducido á tres artículos, que comprendian en sustancia los puntos siguientes: 1.º Que se despacharian al rey don Felipe en la forma de costumbre los breves de Cruzada, Subsidio, Excusado y Millones, con las demás gracias: 2.º que se otorgaria el diezmo de todas las rentas eclesiásticas de España é Indias: 3.º que se restablecerian los tribunales de la dataria y nunciatura, y volveria á abrirse el comercio entre España y Roma, corriendo todo como antes (2).

A consecuencia de este tratado, y cumpliendo Clemente XI lo prometido, en consistorio de 12 de junio (1717) proclamó

cardenal Giudice el auditor don José Molines, y sucedió todo lo demás que dejamos referido en el cap. 10.

(1) Las cortes del año 13 habian dado al rey el célebre Memorial de don Juan Chumacero en tiempo de Felipe IV, y pedídale que se hiciera el ajuste con Roma en los términos que en aquel famoso documento se proponia.

(2) «Este fué el ajuste, dice el historiador Belando, este el convenio que costó tanta fatiga; este el tratado que se concluyó con tantas ventajas á la corte de Roma... este fué el compendio de las tramoyas de Alberoni; este el sacrificio de los derechos y de las regalías de la corona; y este el abreviado centro en donde se unieron las líneas de sus máximas que le negociaron el capelo.»—Hist. civil, part. IV, cap. 15.

cardenal de la Iglesia romana á Julio Alberoni. En posta marchó Aldrobandi á buscar el tan apetecido y codiciado capelo, y como esto le habilitaba para entrar en la corte, entrególe en el Real sitio del Pardo (8 de agosto, 1717), donde á la sazón los reyes se hallaban. Al día siguiente se abrió la nunciatura, que habia estado cerrada mas de ocho años hacia (3).

El trabajo que costó á Alberoni purpurar, lo expresó él mismo algun tiempo mas adelante con estas notables palabras: *¡Qué tanta fatiga, cuánto pensiere, é cuánto azardo non mi costó!* (4).

Abierta la nunciatura, y restablecido el comercio entre las dos cortes, parecia haber cesado las antiguas disidencias entre España y Roma. Mas no tardó en desatar otra vez el interés las relaciones que el interés habia flojamente anudado. Cuando el papa vió que los socorros de España, tan repetidamente ofrecidos por Alberoni para emplearlos contra la armada turca, en cuya inteligencia le elevó á la dignidad cardenalicia, se habian empleado en la conquista de Cerdeña, consideróse burlado por el nuevo cardenal, quejose amargamente al rey de España, en los términos que en otro lugar hemos visto, é instigado además por los alemanes, y meditando cómo vengar tal engaño y ofensa, deparósele medio de hacerlo con no expedir á Alberoni las bulas para el arzobispado de Sevilla que el rey don Felipe le confirió, no obstante haberle expedido antes las del obispado de Málaga, para el que primeramente habia sido presentado.

Ofendió esta conducta del pontífice al monarca español, que considerando lastimados los derechos y regalías de la corona, ordenó al ministro de España cerca de la Santa Sede hiciese la correspondiente protesta, y diese á entender á Su Santidad que de no expedir las bulas consideraria rotas de nuevo las relaciones entre ambas cortes, y procederia á cerrar otra vez la nunciatura (febrero, 1718). Y en efecto, así sucedió. Las bulas no se expidieron, la nunciatura se cerró, prohibiéndose otra vez el comercio entre ambos Estados, el cardenal Aquaviva por orden del rey mandó salir de Roma todos los españoles, cuya cifra elevan algunos á cuatro mil, y el nuncio Aldrobandi salió tambien de España (5).

A su vez el pontífice, siempre hostigado de los austriacos, retiró al rey Católico las gracias anteriormente concedidas en los dominios de España é Indias, entre ellas las del excusado y subsidio, y supúsose haber retirado tambien las del indulto y cruzada.

Aunque la revocacion de la Bula de la Santa Cruzada no se hizo con las competentes formalidades, ni se supo que se hubiera comunicado de otro modo que por una simple carta del secretario de Estado de Roma al arzobispo de Toledo (27 de diciembre, 1718), fué sin embargo lo bastante para turbar é inquietar las conciencias de muchas personas timoratas. Pero el mismo arzobispo de Toledo don Francisco Valero y Losa procuró tranquilizarlas y disipar sus escrúpulos, mandando publicar en todas las iglesias de Madrid y de su arzobispado un edicto (26 de febrero, 1719), en que usando de sus facultades apostólicas daba licencia para comer lacteínios, y declaraba que sus feligreses podrian ser absueltos de todos los casos reservados, de que él podia absolver. El ejemplo del primado fué seguido por otros obispos, entre ellos el de Orihuela, religioso franciscano, y varon de muchas letras, que sostuvo serias y vigorosas polémicas con el de Murcia y Cartagena su vecino, aquel don Luis Belluga que desde el principio de las cuestiones con Roma se habia mostrado tan adverso al rey, y que continuando en aquel mismo espíritu instaba ahora al de Orihuela á que no dejara correr en su

(3) Como supiese Alberoni que en el Consistorio el cardenal Giudice se habia opuesto á su proclamacion y produciéndose desatentadamente y de un modo injurioso contra él, logró que el rey mandase abatir las armas españolas de la casa de Giudice, con cuyo motivo pasaron algunos sinsabores entre los dos cardenales. Giudice se vengó poniendo en su casa las armas de Austria, y pasándose al partido imperial.

(4) Vida de Alberoni, en italiano.

(5) Belando, Historia civil, part. IV, capítulos 20 y 21.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Macanaz, Relacion histórica de los sucesos acaecidos entre las cortes de España y Roma, MS.—Vida de Alberoni.



obispado la bula de la Cruzada, diciendo que el papa la había suspendido. Las contestaciones entre estos dos prelados se hicieron ruidosas y célebres, el uno defendiendo con ardor las regalías de la corona y los derechos episcopales (1), el otro abogando furiosamente para las reservas pontificias (2).

Por estas alternativas y vicisitudes iba pasando la famosa discordia entre las cortes de Roma y España, que tuvo principio en 1709, y por consecuencia contaba ya once años de duración. Pero las cosas se fueron serenando, templándose los resentimientos, y disipándose las nubes de las disidencias entre ambas cortes, dañosas á la una y nada provechosas á la otra. Luego que cayó Alberoni, y cuando ya estaba fuera de España, el papa despachó un breve (20 de setiembre, 1720), devolviendo todas las gracias antes concedidas al rey Felipe V y á sus vasallos. Admitióse entonces como nuncio á monseñor Aldrobandino, obispo de Rodas, el cual, habiendo pasado al Escorial y tenido una audiencia con los reyes, volvió á abrir en Madrid el tribunal de la nunciatura (noviembre, 1720), con que se puso por entonces término á las discordias, turbaciones y disgustos de tantos años (3).

## CAPITULO XIV

### Breve reinado de Luis I

1724

Cualidades del joven rey.—Su consejo de gabinete.—Sigue gobernando el rey don Felipe desde su retiro.—Misión importante del mariscal Tessé.—Respuesta que le dieron ambas cortes.—Tratos sobre anular el matrimonio de Luis XV con la infanta de España.—Cartas de Luis I á favor de su hermano el infante don Carlos.—Trátase de enviarle á Italia.—Cómo lo toman las potencias mediadoras.—Conferencias en el congreso de Cambray.—Diversas pretensiones: dificultades: irresolución.—Partidos en España en favor de uno y otro rey.—Ligerezas y extravíos de la joven reina.—La manda recluir el rey su esposo.—Su arrepentimiento y libertad.—Travesuras pueriles del mismo monarca.—Muerte prematura del rey Luis.—Duda Felipe si volverá á ocupar el trono.—Consultas al Consejo de Castilla y á una junta de teólogos.—Diferentes dictámenes.—Resuelve Felipe V ceñir segunda vez la corona que había renunciado.

Jóven de diez y siete años el rey Luis cuando por la abdicación de su padre fué ensalzado al trono de Castilla; nacido ya en suelo español, y afecto á las costumbres, usos y traje de España, que él mismo vestía; dotado de cierta gracia y donaire en sus modales y en su porte; afectuoso y franco en

(1) Decíale entre otras cosas el de Orihuela, que cuidara del rebaño propio, y no se introdujera á darle reglas para gobernar el suyo, pues las gracias cada obispo las aprueba tácita ó expresamente en su obispado: que sabía lo que á favor del rey dicen las bulas de Alejandro II, Gregorio VII y Urbano II: que la autoridad del papa no era ni podía ser para perturbar las conciencias de los fieles, y que no sucedería mientras los obispos hiciesen su deber; que su ilustrísima no debía inquietarlos con ideas quiméricas, por intereses personales y humanas pasiones, tan opuestas al Evangelio; y otras expresiones no menos fuertes y duras que estas.—El P. Belando en la part. IV de su Historia civil, cap. 21, da noticias mas circunstanciadas de los escritos que mediaron entre uno y otro prelado.

(2) Este fué de nuevo reconvenido por el rey, pero al fin alcanzó de Roma el capelo que hacia tiempo andaba solicitando.

(3) Al decir del autor de la obra titulada *Agravios que me hicieron*, etc., luego que cayó Alberoni se descubrió la infidelidad con que había procedido en los asuntos de Roma, engañando simultáneamente al pontífice y al rey, dictando medidas á nombre del monarca español y comunicándolas á Roma, sin orden ni conocimiento de aquel, y obligando al papa á tomar providencias que le repugnaban, é indisponiéndolos é irritándolos entre sí de esta manera, mientras en todas estas negociaciones, acuerdos y rompimientos hacia creer al papa que no se proponía otra cosa que el interés de la Santa Sede, y al rey de España que no miraba mas que á los derechos de su corona y á la conveniencia de sus reinos: cuyo proceder desleal y falso dice resultar mas ó menos probado por los papeles que le fueron ocupados al extrañarle de España, y por cartas que obraban en poder del cardenal Aquaviva y de algunos ministros de la corte romana. Para sincerarse de estos cargos escribió despues Alberoni desde Sestri aquellas cartas á los cardenales Paulucci y Astali y al mismo pontífice, de que en otro lugar hicimos mérito, y que se dieron á la estampa. Menester es convenir en que si eran fundados los cargos, la defensa fué ingeniosa y hábil.

su trato, sin faltar á la gravedad que tan bien sienta en un príncipe; no escaso de capacidad para el estudio de las ciencias, y muy aficionado á las bellas artes, había sido proclamado con gusto por los españoles, y aun saludado con el epíteto de *bien amado*. Habíale formado su padre un consejo de gabinete, compuesto del marqués de Miraval, del de Ledesma, del de Aytona, presidente del consejo de Guerra, del de Valero, que lo era de Indias, del de Santisteban, que lo era de las Órdenes y ministro plenipotenciario en Cambray, del inquisidor general Camargo, obispo de Pamplona, del arzobispo de Toledo don Diego de Astorga, y de don Manuel Francisco Guerra, presidente que fué de Castilla, y por secretario del despacho universal á don Juan Bautista Orendain, en reemplazo del marqués de Grimaldo, á quien, como dijimos en otro lugar, conservó el rey don Felipe á su lado en San Ildefonso. Ausentes algunos de estos individuos, conocidos los demás por su carácter contemplativo, y hechuras todos de los reyes dimisionarios, desde luego se calculó y comprendió que aunque la corte estaba en Madrid, el gobierno permanecía en la Granja, y que el rey don Felipe se había despojado de la corona, pero no había soltado el cetro (4).

En efecto, no se ocultaba á nadie que ni el rey ni los individuos del nuevo gabinete hacían otra cosa que obrar con arreglo á las órdenes é instrucciones que recibían de Balsain, siendo el órgano por donde aquellas se transmitían, y el lazo que unía á las dos cortes el marqués de Grimaldo, que continuaba ejerciendo sin título y sin firma el cargo de primer ministro, siendo Orendain como un mero ejecutor oficial de aquellas instrucciones, y como hechura que había sido de Grimaldo, y que de paje suyo había ido subiendo á oficial de la secretaría, y de allí al alto puesto que ocupaba. El mismo Grimaldo no ocultaba ni disimulaba su poder, pues cuando el mariscal Tessé pasó, como ahora veremos, á San Ildefonso, le dijo con cierta jactancia: «El rey Felipe no ha muerto, ni yo tampoco (5).»

Había en efecto venido por este tiempo, enviado por el primer ministro de Francia, duque de Borbon, en calidad de embajador extraordinario, el mariscal de Tessé; acompañóle en su viaje el marqués de Monteleon, y llegó á San Ildefonso á muy poco de haber hecho su abdicación el rey don Felipe. Sobre la venida y misión de Tessé en circunstancias tales se hacían muchos cálculos y conjeturas. Pero los mas avisados comprendieron que el principal, si no el único encargo que traía, era el de proponer al rey dimisionario que en caso de morir sin sucesión Luis XV de Francia, su sobrino, acontecimiento que se suponía próximo, atendida la débil complejión y los padecimientos físicos de aquel monarca, se declarara Felipe heredero del trono francés, no obstante las renunciaciones que la violencia de los enemigos le había arrancado. Era esta proposición muy propia de quien quería prevenir que la sucesión de la corona no pasase á la casa de Orleans, rival antigua de la de Borbon. Al decir de los que pasaban entonces por mas iniciados en estos misterios, el rey don Felipe contestó al de Tessé que agradecía mucho los buenos deseos

(4) El presidente de Hacienda marqués de Campo-Florido hizo dimisión, y en su lugar fué nombrado don Juan Blasco Orozco, presidente de la sala de alcaldes: se nombró superintendente de Hacienda á don Fernando Verdes Montenegro, y tesorero general á don Nicolás Hinojosa.

(5) Retrataba muy al vivo esta situación el siguiente soneto de aquel tiempo:

Ahí os quedan las llaves, dice el Rey,  
y al nuevo Rey el pobre reino dan,  
desnudo de mercedes como Adán,  
porque las dió Grimaldo su virey:

Mudóse de baraja, y no de rey,  
todos los cuerdos en aquello están,  
pues otro y otro pobre sacristán  
son los pastores de tan alta grey.

Uno en la corte, y otro en Balsain,  
es querer aumentar la confusión  
viendo á Grimaldo ser Orendain;

En discurrir se pierde la razón,  
pero en fin, yo discurro que este fin  
mas parece emboscada que cesión.









REYES DE ESPAÑA



D. LUIS 1.º

Imp. P. S. Juan VII. Barcelona

M. G. G. G. G.





é intenciones del duque de Borbon, encargándole le diese las gracias en su nombre, y le manifestase la satisfaccion con que veia que el rey su sobrino hubiese puesto el gobierno en manos de quien con tanto amor procuraba conservarle el trono y la vida; pero por lo que hacia á la sucesion, contento como se hallaba con su retiro, que apreciaba mas que todas las coronas del mundo, y habiéndole Dios concedido el poderse descargar del peso de la de España, no pensaba ya en otra que en la de la gloria eterna; concluyendo con decirle que sobre este asunto podria ver al rey su hijo, y tratar y entenderse con él.

Sorprendió no poco al mariscal embajador esta respuesta, y aunque el remitirle al rey Luis equivalia á conducirlo á una segunda negativa, toda vez que el hijo ni habia de dejar de consultarlo con el padre, ni habia de separarse un átomo de sus inspiraciones y de su voluntad, no dejó el de Tessé de proponérselo. La respuesta del jóven monarca, si bien envuelta en frases cariñosas y dada con afabilidad, fué la que era de esperarse, á saber: que el pensar en la sucesion española al trono de Francia seria dar nuevo motivo de inquietud á las potencias enemigas de las dos familias; y que por otra parte el rey su primo era aun mas jóven que él, que podria vivir mas que él, y aun daria tal sucesion que asegurara en ella la corona. El jóven soberano pareció haber hablado en profecía. Y con respecto á los infantes sus hermanos, que eran todavía muy niños, los mantendria y defenderia hasta que Dios dispusiera lo que fuese mas en su honor y gloria.

Oidas estas respuestas, apeló el de Tessé á otro recurso, y tocó otro resorte, que fué el de exponer al rey don Felipe, que en tal caso, y á fin de evitar el que recayese la sucesion de la corona de Francia en la casa de Orleans, se verian precisados á deshacer el matrimonio concertado del monarca francés con la infanta de España, pues teniendo esta solamente á la sazón seis años, y no debiendo dilatarse tanto el matrimonio del rey Luis, sino acelerar todo lo posible el medio de que pudiera tener sucesion directa, era necesario casarle desde luego. Para lo cual proponia al rey don Felipe que casara la infanta con el príncipe primogénito de Portugal, cuya edad era mas acomodada á la suya; y quedando así libre el monarca francés, se uniria á la infanta Maria Magdalena, hermana del príncipe portugués, que se hallaban en edad casi igual. No fué mas favorable la respuesta de Felipe á esta proposicion que á la primera. «El duque (vino á decirle) hará siempre lo mejor, y lo que mas convenga al rey mi sobrino, y cuidará de mi hija, y así no tengo en esto mas que hacer.» Tampoco con Luis I adelantaba mucho el negociador francés, lo primero, por su subordinacion á la voluntad de su padre, lo segundo, porque el gobernador del Consejo marqués de Miraval era naturalmente desafecto á los franceses, y sobre todo porque se habia ido acabando la sumision de los españoles á las influencias de la Francia (1).

Otro negocio del mayor interés ocupaba en este tiempo las dos cortes en Madrid y San Ildefonso. Las letras eventuales del emperador á favor de los hijos de Isabel Farnesio de España para la sucesion á los ducados de Parma, Toscana y Plasencia habian llegado. A pesar de no satisfacer los términos del diploma al rey Luis I su hermano, las instancias de los príncipes aliados y mediadores, la promesa de que cualquier escrúpulo que tuviese seria desvanecido en el congreso de Cambray, y la reflexion de los peligros á que podia exponerle la sucesion de los infantes en caso de faltar el gran duque de Toscana, movieron al jóven duque á expedir sus cartas patentes á favor del infante don Carlos su hermano (18 de febrero, 1724) si bien cuidando de poner la cláusula de que entendia las condiciones expresadas en el diploma, «al tenor del tratado de la cuádruple alianza (2).»

(1) Belando, Historia civil, part. IV, c. 57.—Macanaz, Memorias para la Historia del gobierno de España, MS. tom. II, p. 337.—El marqués de San Felipe no habla mas que de la segunda proposicion de Tessé, y omite lo relativo á la primera: Comentarios, tom. II.

(2) *Promittimus nomine Sacre Catholice Majestatis omnes et singulas in predicto diplomate expressas condiciones juxta tenorem prefati Quadruplici Foderis erga, etc.*—Belando inserta el texto latino de estas cartas en el cap. 57, part. IV de su Historia.

Tratóse luego de enviar á Italia al infante don Carlos con el título de *Gran Príncipe*. Oponianse á ello todos los ministros, y lo repugnaban las cortes de Lóndres y de Paris, y mucho mas el emperador y el gran duque de Toscana, y mas especialmente todavía este, que sobre aborrecer al infante español habia ordenado se diese el título de Gran Princesa á su hermana la viuda Palatina. Pero prevaleció el empeño de la reina madre Isabel Farnesio, instigada y alentada por el marqués de Monteleon, que queria ir á Italia con el carácter de ministro plenipotenciario ó embajador extraordinario, encargado tambien de arreglar este negocio en las cortes de Francia é Inglaterra. Algo templaron los monarcas de estas naciones su primera negativa, accediendo á que se tratara en el congreso de Cambray de dar la última mano al artículo del tratado de Lóndres sobre la sucesion á la Toscana. El emperador no pudo negar tampoco su consentimiento á esto, y mas constituyéndose en mediadores los reyes Cristianísimo y Británico.

En su virtud se abrieron nuevas conferencias en Cambray sobre aquella tan antigua y tan debatida negociacion, acordándose que cada plenipotenciario presentara por escrito las pretensiones de sus soberanos, como en los congresos anteriores se habia hecho. Ejecutáronlo los primeros los plenipotenciarios españoles (2 de abril, 1724), formulándolas en quince artículos, y reservándose la facultad de añadir otros si lo creian conveniente. Presentaron despues las suyas los alemanes (28 de abril), reducidas á catorce capítulos, reservándose tambien el mismo derecho. Siguiéron los de Cerdeña, y los del duque de Parma (14 de mayo). Negaban los imperiales al de Parma el derecho de hacer proposiciones en el congreso; defendianlas y las prohibaban los españoles; como legítimas las admitian los de las potencias mediadoras, consultaban al emperador sus representantes, y en estas cuestiones se malograba el tiempo sin resolver nada. Cuanto mas que no era fácil concertar las encontradas pretensiones del emperador y del monarca español sobre Italia, objeto preferente de las aspiraciones de ambos soberanos; y aunque ninguno de los dos se oponia á que se cumpliera el tratado de Lóndres, que era en lo que insistian las potencias garantes, la dificultad estaba en la inteligencia que se debería dar á ciertos capítulos; y así eran muchos los puntos en que discordaban, y ninguno en realidad se resolvía, consumiéndose el tiempo en disputas estériles (3).

Mientras esto pasaba en Cambray, formábanse dos partidos dentro del palacio y del gobierno mismo de España, siguiendo ciegamente algunos ministros y palaciegos las aspiraciones de Felipe y obedeciendo las órdenes que emanaban del palacio de San Ildefonso, y trabajando ya otros, que iban siendo los mas, por emancipar al jóven monarca de la tutela de su padre; ya porque naturalmente los hombres esperan mas calor del sol que nace que del que se oculta, ya porque se ofendia su amor propio de ser meros instrumentos de unos reyes sin corona y de un ministro sin título, ya por captarse el favor del pueblo, á quien agradaba tanto tener un rey español como habia disgustado siempre el gobierno y la influencia de la princesa de Parma. Para debilitar el poder de Orendain, y con él el de Grimaldo, convinieron en que los ministros se repartirian entre sí los negocios extranjeros, encargándose cada uno de un ramo, y dando despues cuenta y parecer al Consejo, como se habia practicado alguna vez en los últimos reinados de la casa de Austria. Pero la reina madre y Grimaldo paralizaron diestramente este golpe, consiguiendo que el rey Luis autorizara á Orendain para recoger los informes de cada ministro y presentarlos al rey en el despacho ordinario, y de esta manera volvia Orendain á ser el conducto de comunicacion entre las dos cortes y el órgano de la voluntad de los reyes de la Granja. Otro expediente á que despues apelaron los que intentaban librarse de aquel influjo, volvióse todavía mas contra ellos. So color del desórden y apuro de la hacienda, que era verdad, y de la falta que habian hecho

(3) Belando, Hist. civil, part. IV, caps. 58 á 61.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando expresa el contenido de cada artículo de las pretensiones presentadas por las diferentes potencias.



sentir en el tesoro las gruesas sumas que se apropió Felipe al tiempo de la abdicación para las obras del palacio y jardines de San Ildefonso, que era también verdad y ellos sabían exagerarla, lograron del rey que redujera las dotaciones de los infantes sus hermanos á una cantidad mezquina, y le propusieron que disminuyera también la de su padre. Lo primero, que estuvo ya decretado, lo anuló el rey tan pronto como Felipe le reconvino por ello, y lo segundo no solo se negó á sancionarlo, sino que dió cuenta á su padre como de una proposición que á los dos ofendía é injuriaba (1). Sin embargo, no hubiera podido ya sostenerse mucho tiempo aquel gobierno de dos reyes, y aquella situación de *rey y no rey*, como el mariscal Tessé la llamaba, y habría acabado por mandar uno

de los dos solo, á haberse prolongado algo más la vida del joven Luis.

No faltaron á este príncipe disgustos graves de otro género en su breve reinado. Dióselos la reina Isabel su esposa, que educada en la licenciosa corte de París al lado de un padre que en su tiempo había escandalizado á España con sus costumbres, y de unas hermanas que no eran modelo de recato, desde su llegada á Madrid comenzó á conducirse con cierta ligereza que desdecía de su posición, y con modales nada arreglados á las severas prescripciones de la etiqueta española, ni menos á las morigeradas costumbres, y á la gravedad y circunspección de que Felipe y sus dos mujeres habían dado ejemplo. Creyóse que siendo tan niña, podría el rey, ayudado

CASTILLA



LUIS I

de los consejos de su padre, corregir fácilmente aquellas vivezas, cuya trascendencia y mal efecto acaso ella no conocía, y que tal vez no pasarían de inadvertencias pueriles. Tales como fuesen, fomentábanlas algunas camaristas, poco dóciles á las órdenes de la camarera mayor condesa de Altamira, señora de gran circunspección, que se vió precisada á informar secretamente de lo que pasaba á los dos soberanos. Probó el rey ver si con algunos desvíos y otras demostraciones de disgusto fijaba la atención de su distraída esposa y la traía á buen camino, mas como se convenciese de que ni esto, ni consejos, ni reconvenciones bastaban á moderar sus vivezas, se consideró en la necesidad de tomar otras medidas y determinó recluirla ó arrestarla, á cuyo efecto pasó la carta siguiente á la camarera: «Viendo (decía) que la conducta poco comedida de la reina es muy perjudicial á su salud y daña á su augusto carácter, he tratado de vencerla con amistosas reconvenciones. Deseoso de verla corregida, he suplicado á mi virtuoso padre que la reprendiese con la mayor severidad, pero no advirtiendo cambio alguno en su conducta, he decidido, usando de mi poder, que no duerma esta noche en el palacio de Madrid. En su virtud os mando, del mismo modo que á las personas elegidas para este caso, que cuideis de prepararlo todo, á fin de que se halle bien hospedada en el lugar designado, y que no corra ningún peligro su preciosa salud (4 de julio, 1724).»

En su consecuencia, al regresar aquella tarde del Prado, vió

(1) Correspondencia de Stanhope con lord Carteret.—Memorias de Tessé.

detenido su carruaje, é intimóle el mayordomo mayor la orden que tenía de llevarla al alcázar. Como preguntase quién había dado semejante orden, *El Rey lo manda*, contestó el

MALLORCA



LUIS I

mayordomo.—*Al Buen Retiro*, gritó enfurecida. Pero el encargado de la ejecución llevó á efecto la orden de su soberano, y la reina fué llevada á una cámara del alcázar, donde se la dejó con guardia, y acompañada de varias personas de su servidumbre. Allí la visitó el mariscal de Tessé, á quien confesó que eran ciertas muchas de las ligerezas que le atribuían, pero protestando que de nada podía acusársela con razón que tocara á su honra, y mostrándose arrepentida de su conducta pasada, y dispuesta á pedir perdón á su marido. Dióse con esto por satisfecho el joven esposo, y después de despedir catorce camaristas y damas de las que habían fomentado ó hecho capa á sus imprudencias, á los seis días de aquella especie de encarcelamiento, creyéndola bastante castigada, la permitió volver al Buen Retiro. El mismo salió á recibirla hasta el que llamaban *Puente Verde*, y abrazándola y hacién-



dola entrar en su propio carruaje, la llevó consigo, y la hizo algunos regalos en demostración de haber recobrado su afecto (1).

A nadie se ocultó este disgustoso accidente, puesto que la medida de la reclusión la comunicó el mismo Luis á los Consejos, á los ministros extranjeros en España, y á los representantes de España en otras cortes. Llegó á tratarse secretamente algo de divorcio, lo cual no habria sido difícil, si era cierto que Luis á pesar de los muchos meses que llevaba de matrimonio no le habia consumado, y sobre ello contaban anécdotas curiosas (2). La idea parecia no desagradar á Tessé y al duque de Borbon, porque veían una nueva manera de mortificar á la casa de Orleans, y acaso calculaban que podria facilitar el otro proyecto de deshacer ó anular el matrimonio del monarca francés con la infanta de España.

Tampoco estuvo exenta de censura la conducta del rey. Sobre desatender los negocios por entregarse inmoderadamente al recreo de la caza, buscaba otras distracciones que desdecían todavía mas de las leyes del decoro y de la gravedad de un soberano, cual era la de salir del palacio á altas horas de la noche, acompañado de una ó dos personas de su confianza, ó por satisfacer la curiosidad pueril de recorrer las calles y de ver lo que es permitido á cualquier persona que no se eduque con el recogimiento necesario á los príncipes, ó por el placer todavía mas pueril de entrar á robar la fruta de los jardines de palacio, y otras semejantes travesuras (3). Pero dócil á las reconvenciones de su padre, que le reprendía estos extravíos, habia ido renunciando á aquellas distracciones infantiles. De todos modos la conducta y la mutua desafección de los consortes habria podido tener consecuencias desagradables, á no haber sobrevenido tan pronto la muerte de Luis.

Unas viruelas malignas que acometieron al joven monarca, y que los médicos no acertaron á curar, le llevaron á los doce días al sepulcro (31 de agosto, 1724), habiendo muerto con una resignación admirable en persona de sus años, y con sentimiento y pena general de los españoles, que, como hemos dicho, le amaban por su gentil aspecto, por su afabilidad, por su carácter liberal y complaciente, y por sus costumbres españolas (4). El día antes de morir hizo testamento ante el presidente de Castilla, el inquisidor general y el arzobispo de Toledo, volviendo á su padre la corona que en él habia renunciado, testamento en que se quiso notar algunos vicios de forma, y habérsele hecho firmar cuando ya no tenia del todo entero y cabal su entendimiento. Fuera de esto, el último acto notable de gobierno del rey Luis habia sido una real cédula expedida en favor de la nobleza valenciana, confirmando, no obstante la abolición de los fueros, la que venia de tiempo inmemorial, y dividiéndola en sus cuatro clases, de *generosos, caballeros, nobles y ciudadanos* (5).

En situación sobremanera delicada y zozobrosa colocaba á Felipe la prematura muerte de su hijo. El infante don Fer-

nando su segundogénito era todavía menor de edad, pues solo contaba once años: la situación del reino era también crítica; estaba abierto el congreso de Cambray y pendiente el negocio de la paz general; urgía que fuera ocupado inmediatamente el trono; el testamento de Luis llamaba á él á su padre; así parecia aconsejarlo también la necesidad y la conveniencia pública; pero mediaba una abdicación solemne, y además un voto espontáneo de no volver á ceñir la corona, y Felipe lo repugnaba también, al decir de los escritores contemporáneos españoles mejor informados: entre los personajes del palacio y del gobierno habia opuestos deseos y pareceres: la reina, Grimaldo, Tessé y el nuncio de S. S. le instaban á que empuñara de nuevo el cetro: trabajaban en contrario sentido Miraval y Orendain; y el confesor Bermudez tan pronto decia al rey que pecaría mortalmente en no tomar la corona, como manifestaba temor de haber errado en su dictamen, segun las inspiraciones que recibia de Miraval. Felipe, que desde el día siguiente al fallecimiento de su hijo se habia apresurado á trasladarse á Madrid, deseoso de obrar con tranquilidad y segura conciencia en materia tan delicada y grave, quiso consultarlo con el Consejo Real de Castilla, y además con una junta de seis teólogos doctos y muy caracterizados, los cuales se reunieron á deliberar en el convento de San Francisco en la celda de Fr. José García, electo obispo de Málaga y presidente de la junta (6).

La respuesta del Consejo fué, que en observancia de las leyes el rey don Felipe debia volver á ocupar el trono de las Españas, y que la sucesión del infante don Fernando no podia tener lugar sin nueva renuncia, desnudándose S. M. de la corona para trasferirla al infante, lo cual no podia suceder si antes no tomaba otra vez posesión de ella (4 de octubre, 1724). La junta de teólogos opinó que el voto hecho por el rey de no volver á ceñir la corona no le obligaba, por recaer en materia ilícita, segun la teología y la razón natural lo enseña, y que en conciencia estaba obligado á tomar el gobierno y regencia de la monarquía, valiéndose de las personas mas competentes para el mas acertado despacho de los negocios (7). Habia, como se ve, disidencia entre ambos dictámenes, opinando el Consejo por la obligación de que volviera á ocupar el trono, la junta de teólogos por que tomara solamente la regencia. En vista de esto, y de algunas dudas que la consulta del Consejo le ofrecia, por conducto del marqués de Grimaldo volvió á consultarle (5 de setiembre), encargándole respondiera clara y categóricamente sobre los tres puntos siguientes: 1.º Si el rey no podrá ser administrador y regente de la monarquía sin ser rey propietario y tener el dominio de la corona: 2.º Si se perjudica al infante don Fernando en no declararle desde luego rey y jurarle solo de príncipe: 3.º Si gobernando el rey con el título de gobernador, sin el de monarca, podrá excluir á los tutores ya nombrados, y elegir otros en su lugar. A estos tres puntos respondió al día siguiente el Consejo (6 de setiembre), confirmando en los términos mas explícitos su anterior dictamen, de que no debia, y no podia administrar el reino de otro modo que con el título de rey; que al infante don Fernando no se le perjudicaba, antes bien se le favorecia en declararle inmediato sucesor por quien correspondia, librándole de tutores y gobernadores; y que siendo S. M. solo regente, no podria excluir á los tutores ya nombrados y elegir otros; porque si la renuncia existia, no podria ser ni rey, ni gobernador, ni regente, puesto que todos los derechos los habia trasmitido al

(1) Comunicaciones de Stanhope al lord Carteret y al duque de Newcastle.—San Felipe, Comentarios, t. II, A. 1724.—Memorias de Tessé, tomo II.

(2) Duclos, Memorias secretas de la Regencia, tom. II.

(3) San Felipe, Comentarios, tomo II.—Correspondencia de Stanhope.

(4) Un escritor contemporáneo no tuvo reparo en indicar que habia muerto de veneno, que le dió uno de los médicos. Ignoramos el fundamento de esta aserción, que en ningún otro autor hemos visto: hé aquí sus palabras: «Es cierto que tuvo viruelas, pero de que ya estaba libre de todo riesgo, dicen que el médico Servi, parmesano, de acuerdo con la Laura, ama de leche de la reina, del marqués Scotti, enviado de Parma, y de don Domingo Guerra, confesor de la reina, dió al joven rey cierta bebida, de la cual le resultó la calentura, y la muerte en tres días, y que, de que se embalsamó, los cirujanos conocieron que el veneno que se le habia dado era tan violento que no pudieron coser el cuerpo, y el principal dellos que hizo la operación estuvo muy enfermo y á pique de perder ambas manos con que tocó á las partes en que el veneno habia obrado. Así lo han repetido muchas veces el Dr. don Juan Plantanca, canónigo de la Santa Iglesia de Palermo, y don José Caracholi, presbítero también de Palermo, que eran teólogos del rey don Felipe V, con quien S. M. consultaba, así las materias de conciencia, como las de Estado y gobierno...» —Macanaz, Memorias para la Historia del gobierno de España, manuscritas, tom. II, p. 342.

(5) Real provision de 14 de agosto, 1724.

(6) No en el convento de jesuitas, como dice William Coxe.—«En el convento de mi Seráfico Padre San Francisco», dice el P. Belando en su Historia, part. IV, c. 62.

(7) Las palabras textuales de la Junta de teólogos eran: «Que no obstante el voto que S. M. hizo de renunciar la corona y el gobierno para no volver á resumirle, tiene obligación grave, debajo de pecado mortal, á tomar el gobierno ó regencia del reino, no habiendo considerado la Junta que en V. M. hay igual obligación á tomar la corona, porque discurre gravísimos inconvenientes en que V. M. no entre en el gobierno ó regencia, lo que no discurre en no volver á la corona.—Asimismo y por la misma razón, que sin embargo del voto tiene V. M. obligación de tomar el gobierno, juzga la Junta que también V. M. tiene obligación de valerse de aquellos medios que sean mas eficaces para el breve y fácil expediente de los negocios, etc.»



infante. Y sobre las razones en que el Consejo apoyaba su dictámen, añadía: «Y últimamente, señor, en todos los puntos que conducen al importantísimo fin de que V. M. reine, nunca pudiera haber dificultades que no las superase la suprema ley, que *intima el que prevalezca la salud pública de los reinos* (1).»

En vista de este dictámen (aunque disintieran de él Miraval, Torre hermosa y algunos otros consejeros que se adhirieron al parecer de los teólogos), y de las instancias que también le hacia el nuncio de S. S. para que volviera á tomar la corona, respondiendo de la aprobacion del pontífice, y de la justicia ante los ojos de Dios de la retractacion de una renuncia como la suya, tomó Felipe su resolucíon de empuñar otra vez el cetro, y al siguiente día se publicó el real decreto siguiente: «Quedo enterado de cuanto el Consejo me representa en esta consulta, y en la antecedente de 4 de setiembre, que vuelvo con ella; y aunque Yo estaba en mi firme ánimo de no apartarme del retiro que habia elegido por ningun motivo que hubiese, haciéndome cargo de las eficaces instancias para que vuelva á tomar y encargarme del gobierno de esta monarquía, como rey natural y propietario de ella, insistiendo en que tengo rigurosa obligacion de justicia y de conciencia á ello: He resuelto, por lo que aprecio y estimo el dictámen del Consejo, y por el constante celo y amor que manifiestan los ministros que le componen, sacrificarme al bien comun de esta monarquía, por el mayor bien de sus vasallos, y por la obligacion que absolutamente reconoce el Consejo tengo para ello, volviendo al gobierno como tal rey natural y propietario de ella, y reservándome (si Dios me diese vida) dejar el gobierno de estos reinos al príncipe mi hijo, cuando tenga la edad y capacidad suficiente, y no haya graves inconvenientes que lo embaracen; y me conformo en que se convoquen córtés para jurar por príncipe al infante don Fernando (2).»

Quedó pues Felipe V instalado segunda vez en el trono de Castilla, con el consentimiento tácito de la nacion, con satisfaccíon de muchos, y con particular júbilo de la reina, que era la que mas ambicionaba recobrar la corona y la que menos habia podido resignarse á la soledad y al retiro de San Ildefonso (3).

## CAPÍTULO XV

### SEGUNDO REINADO DE FELIPE V

#### Paz entre España y el Imperio

DE 1724 Á 1726

Mudanzas en el personal del gobierno.—Córtes de Madrid.—Jura del príncipe don Fernando.—Impaciencia de la reina por la colocacion de su hijo Carlos.—Pónese en relaciones directas con el emperador.—Intervencion del baron de Riperdá.—Noticias y antecedentes de este personaje.—Es enviado á Viena.—Entra en negociaciones con el emperador.—Disgusto de la corte de Francia.—Deshácese los matrimonios de Luis XV con la infanta de España, y del infante don Carlos con la princesa de Francia.—Vuelven ambas princesas á sus respectivos reinos.—Temores de guerra entre Francia y España.—Ajusta Riperdá un tratado de paz entre España y el Imperio.—Otros tratados.—Condiciones desventajosas para España.—Quejas y reclamaciones de Holanda, de Inglaterra y de Francia.—Armamentos en Inglaterra.—Jactancias imprudentes de Riperdá.—Vuelve á Madrid.—Su recibimiento.—Es investido de la autoridad de primer ministro.

El primer efecto de esta segunda elevacion de Felipe V al trono de Castilla sintieronle algunos consejeros y ministros,

(1) El texto literal de esta consulta se encuentra también en Belando, Historia civil, part. IV, c. 63.

(2) Belando, Historia civil, part. IV, cap. 64.—Macanaz, Memorias para la Historia del gobierno de España, manuscritas, tom. II, p. 346.—San Felipe, Comentarios, tomo II.—MM. SS. de la Biblioteca nacional.

(3) En cuanto á la joven viuda del rey Luis, mucho habia recuperado el afecto público por el esmero y asiduidad con que asistió á su esposo en la enfermedad, de que al fin se contagiò ella también, aunque libró con mas fortuna. Permaneció algun tiempo en España disfrutando la pensión de las reinas viudas, hasta que por las causas que luego veremos, se volvió á Francia, con permiso del rey don Felipe. Allí vivió en el palacio de Luxemburgo de la viudedad que le pagaba el tesoro español; pero

especialmente los que habian mostrado oposicion, ó abierta ó disimulada, á que recobrase el rey la corona. Hallábase en este caso el marqués de Miraval, que inmediatamente fué relevado de la presidencia del Consejo Real, si bien se le nombró consejero de Estado con doce mil ducados de sueldo, y dióse aquella presidencia al obispo de Sigüenza don Juan de Herrera, recién venido de Roma, hombre probo, templado, y extraño á las intrigas de la corte. Obligóse á Verdes Montenegro á renunciar la superintendencia y secretaria del despacho de Hacienda, llevósele preso á Ciudad Real, y se ocuparon sus papeles, á causa de haber dado mala aplicacion á algunos caudales que su antecesor el marqués de Campo Florido dejó destinados á mas preferentes atenciones. Volvióse á este la presidencia de Hacienda, y dióse la secretaria del ramo á Orendain, con facultad para sustituir en ausencias y enfermedades al marqués de Grimaldo, que anciano ya, cansado y achacoso, pensaba en retirarse: acusábase además el embajador Tessé de parcial de las potencias marítimas y de recibir regalos de Inglaterra: el mismo Orendain, olvidándose de que le debia todo lo que era, trataba de suplantarle, y todo contribuyó á que el rey comenzara á mostrarse ya mas tibio y menos afectuoso con Grimaldo. Otra de las víctimas de aquellas intrigas y de este cambio fué el marqués de Lede, á quien Felipe recibió, cuando fué á besarle la mano, con una aspereza que le turbó, y que acaso le costó la vida.

Fué uno de los primeros actos oficiales del rey don Felipe convocar las córtés del reino para el 25 de noviembre (1724), con el fin de que reconocieran y juraran al príncipe don Fernando como inmediato sucesor y heredero del trono, y también, «para tratar, entender, practicar, conferir, otorgar y concluir por córtés los otros negocios, si se les propusieren y parecieren convenientes resolver, etc. (4).» Las córtés se reunieron el día designado, con la particularidad de haber sido, como nota un escritor de aquel tiempo, la vez primera que se vió concurrir todos los reinos, ciudades y villas de voto en córtés, inclusa la ciudad de Cervera á quien el rey acababa de concedérselo (5). La jura se hizo en la iglesia del monasterio de San Jerónimo de Madrid con todas las formalidades de costumbre. Los procuradores se esperaban para tratar en seguida de otros negocios, con arreglo á los términos de la convocacion, pero el rey les manifestó que no pensaba por entonces en ello (4 de diciembre), y en su virtud se restituyeron todos á sus casas (6).

Volvió luego Felipe su atencion á los negocios extranjeros, y muy especialmente al de la sucesion del infante don Carlos en los ducados de Parma y de Toscana. La reina Isabel Farnesio, su madre, no podia sufrir la dilacion con que este asunto se trataba en el congreso de Cambray, mas ocupado en fiestas, banquetes y estériles reuniones, que en orillar dificultades: quejábale del poco interés que en su favor mostraban las potencias aliadas, las cuales, no obstante las gestiones de Monteleon en Paris, no favorecian la admision de don Carlos en Italia con auxilio de las armas: el emperador ganaba en estas dilatorias, y la imaginacion viva de Isabel Farnesio desconfiaba de Francia, recelaba de Inglaterra, y

su desarreglo, que dió lugar á escenas escandalosas, y sus disipaciones de que se quejó su mayordomo mayor, hicieron que la corte de Madrid le suspendiera el pago de su pensión. Entonces se retiró á vivir al convento de las Carmelitas, «ocupando, dice un escritor, las habitaciones mismas en que vivió la duquesa de Berry, al pasar de sus amores desenfrenados á los actos de penitencia y arrepentimiento: allí permaneció el resto de sus días, viviendo con el auxilio que le enviaba de tiempo en tiempo la corte de Madrid, y expiando con los rigores de la clausura la mala conducta de su vida pasada. Murió hidrópica en 1742.» Adelantamos estas noticias, aunque todavía se nos ofrecerán ocasiones de hablar de ella.

(4) Real cédula convocatoria de 12 de setiembre, 1724, en Madrid.

(5) Real cédula de 28 de setiembre de 1724, en San Ildefonso.—Las ciudades que asistieron fueron las siguientes: Burgos, Toledo, Leon, Zaragoza, Granada, Valencia, Palma de Mallorca, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen y Barcelona, que tenían lugar señalado: Cuenca, Tortosa, Guadalajara, Madrid, Jaca, Tarragona, Salamanca, Palencia, Soria, Fraga, Extremadura, Peñíscola, Avila, Zamora, Cervera, Valladolid, Lérida, Borja, Calatayud, Girona, Galicia, Tarazona, Segovia y Toro, que se sentaban á la suerte.

(6) Belando, Historia civil, part. V, c. 65.



temia que se malograra su proyecto favorito de la colocacion de su hijo. En este estado, ó de propio impulso, ó instigada por el baron de Riperdá, volvió los ojos al mismo emperador, en la esperanza de que entendiéndose directamente con él, no obstante ser la causa de toda la oposicion, habia de sacar mas partido que de la ilusoria proteccion de las potencias mediadoras. Tambien el emperador deseaba verse libre de la molesta mediacion de Francia y de las potencias marítimas, y como supiese por medio del papa el pensamiento y disposicion de los monarcas españoles, no tuvo tampoco reparo en entrar en relaciones con ellos. Necesitábase personas á propósito para anudarlas, y á esto fué á lo que se ofreció y lo que ejecutó el baron de Riperdá, personaje de tan singular y extraordinaria historia como vamos á ver, y de quien por lo mismo necesitamos dar algunas breves noticias, ahora que aparece en escena para una negociacion importante, como lo hicimos á su vez y en su tiempo con Alberoni.

Juan Guillermo, baron de Riperdá, holandés, hijo de una familia ilustre de Groninga, oriunda de España, criado en la religion católica y educado en sus primeros años en el colegio de padres jesuitas de Colonia, habiase dedicado algun tiempo á la profesion militar, y al terminarse la guerra de sucesion era coronel. Pareciéndole que el catolicismo podria ser un inconveniente para ocupar ciertos puestos en una nacion protestante, abandonó la religion de sus padres y abrazó el protestantismo. Fué diputado por su provincia en los Estados generales de la república, y en el congreso de Utrecht llamó la atencion por sus conocimientos en materias de comercio, fabricacion y economia política, á cuyo estudio, así como al de los idiomas modernos, se habia dedicado mucho, y dábale mas representacion en el país su enlace con una rica holandesa.

Hombre ambicioso, inquieto, de talento no escaso, de imaginacion viva, de carácter flexible, y de instruccion no comun, cuando los Estados generales, concluida la paz de Utrecht, determinaron enviar un ministro á España, él solicitó y logró ser elegido para este cargo, y en su consecuencia vino á Madrid (julio, 1715), donde á los pocos meses recibió el carácter de embajador extraordinario. Ameno en la conversacion, afable en el trato, astuto, disimulado y político, captóse luego la consideracion de los reyes de España, la confianza del cardenal Giudice, y cierta estimacion de Alberoni, á cuya elevacion cooperó. Pero desleal á todos, al tiempo que como ministro holandés negociaba el tratado de comercio entre España y la república, recibia una pension anual del emperador de Austria, y considerables presentes y regalos de Inglaterra, siendo agente y espía de tres cortes á un tiempo, y atribuyénle algunos haber sido el negociador de aquel funesto tratado mercantil con Inglaterra, cuya firma habia valido á Alberoni tantos miles de doblones, pero cuyas estafas y cuyos indignos espionajes y pérfidos papeles no se descubrieron por aquel tiempo, antes pasaba Riperdá por hombre que hacia importantes servicios.

Gustábase la España, prometiase irse elevando en ella á los puestos mas encumbrados, y determinó naturalizarse en un país que parecia en aquel tiempo la tierra de promision de los aventureros extranjeros. Así, cuando regresó á Holanda (1718), por haberle llamado los Estados generales, tan pronto como dió cuenta de su embajada y arregló sus negocios, volvióse á Madrid con los mismos pensamientos y aspiraciones. Aquí era un inconveniente para sus planes, como en su país era un mérito, la cualidad de protestante; pero esto no era un grande obstáculo para Riperdá; reduciase á mudar otra vez de religion, como antes lo habia hecho, y esto fué lo que ejecutó, volviéndose de nuevo al catolicismo, no sin vender al rey la fineza de que lo hacia movido por el edificante ejemplo de sus virtudes, que habian producido en él una impresion profunda, é inspirándole el deseo de poder consagrarse al servicio de un monarca tan piadoso. No fué infructuoso el ardid, ni le salió fallido su cálculo, puesto que inmediatamente le nombró el rey superintendente de las fábricas de Guadalajara, por los conocimientos que habia mostrado tener en materias fabriles, dándole además un terreno y un palacio, para que cultivara el uno y habitara el

otro (1). Proporcionóse recomendaciones del duque de Parma para la reina, y la prosperidad de la fabricacion que dirigia, y la confianza que iba ganando con los reyes, excitaron los celos de Alberoni, que sin motivo ostensible le quitó la superintendencia. Léjos de mostrarse resentido con el cardenal, disimuló, y continuó guardándole las mas finas atenciones, y cuando cayó aquel célebre italiano, no solo recobró su anterior empleo, sino que se le hizo superintendente general de todas las fábricas de España, con lo cual y con sus planes económicos y mercantiles, cobró mas y mas influjo en palacio, y hubiera tal vez encumbrádose al ministerio, si Grimaldo y Daubenton, celosos ya de su gran capacidad y sus manejos, no hubieran representado al rey la inconveniencia de confiar la direccion del Estado á un hombre que con tal facilidad variaba de creencias y cambiaba de religion. La muerte de Daubenton le libró de un poderoso enemigo; y en cuanto á Grimaldo, afeando sus relaciones con Inglaterra, y denunciando minuciosamente sus errores de gobierno, quizá le habria derribado á no haber sobrevenido la abdicacion de Felipe.

Su intimidad con Isabel de Farnesio le facilitó conocer los deseos de la reina, de reconciliarse con el emperador para hacer la paz y terminar definitivamente la cuestion relativa á su hijo el príncipe Carlos, y sus relaciones secretas con el emperador le dieron facilidad para poner en comunicacion á los soberanos de Austria y de España. Propuso pues á los reyes que si le permitian ir á Alemania, so pretexto de pasar á Holanda á proveerse de operarios entendidos y prácticos para la fábrica de Guadalajara, él negociaria la paz con el emperador por medio del príncipe Eugenio, su antiguo amigo, dejando burladas á las potencias mediadoras. Ofreció practicar esta diligencia sin llevar despacho alguno oficial, y con el carácter y disfraz de un simple comerciante; mas para asegurarse á la vuelta el puesto elevado de primer ministro presentó al rey un pomposo proyecto para mejorar y desarrollar el comercio de América, crear una marina poderosa, aumentar los ingresos del tesoro en todos los ramos, y corregir los errores ó las dilapidaciones de los anteriores ministros (2). Tales proyectos y tales ofertas halagaron á los monarcas españoles, la mision fué aceptada, y Riperdá salió secretamente de Madrid, hizo su viaje con rapidez (noviembre, 1724), alojóse en un arrabal de Viena, donde se mantenía de incógnito, y solo salia de noche á conferenciar con los condes de Sincendorf y Staremburg, y con el príncipe Eugenio, y logrando pasar algunos meses sin que nadie sino las personas con quienes se entendia trasluciese su negociacion.

Cuando ya esta iba adelantando á fuerza de derramar oro, de que se murmuró haber tocado una parte al mismo emperador, pidió y obtuvo los despachos de ministro plenipotenciario, y entonces procedió á tratar descubiertamente y de oficio con los ministros imperiales. Proyectábase entre otras cosas el enlace del infante don Carlos de España con la princesa archiduquesa de Austria, mas cuando creia Riperdá que este asunto no podia menos de tener un éxito feliz, tropezó con la oposicion de la emperatriz y de la archiduquesa misma, que tenia cierta inclinacion al duque de Lorena, y el emperador en un caso preferia darla al príncipe de Asturias. Pero otra mayor dificultad nació entonces para la corte de España de la negociacion que se seguia en Viena.

Los embajadores de Inglaterra y Holanda comunicaron á sus respectivas cortes, y estas lo transmitieron al duque de Borbon, primer ministro de Luis XV de Francia, lo que en la capital del imperio se estaba tratando, y el mariscal de Tessé le participaba tambien desde Madrid lo que sabia. Y como

(1) Púsose esta fábrica de paños para irse emancipando de la vergonzosa tutela del comercio inglés, pues hasta entonces las ricas lanas españolas eran llevadas todas á Inglaterra, y elaboradas allí, las traian otra vez los ingleses á España, y las vendian al precio que querian: aniquilaban nuestro comercio y se llevaban nuestros caudales.

(2) Noticia de Riperdá, por los Abates sicilianos.—Noticia relativa á los medios empleados por Riperdá para conseguir el favor de Sus Majestades Católicas.—Papeles de Walpole, MS.—Noticia relativa á la elevacion y proyectos de Riperdá.—Historia de Riperdá, dedicada al cardenal de Molina.



esto coincidiese con la circunstancia de haberse visto en gran peligro de muerte el débil y enfermizo rey Luis XV, el duque de Borbon que á toda costa queria evitar que la corona de Francia viniera á recaer en la casa de Orleans, y que con este propósito habia ya intentado deshacer el matrimonio de aquel rey con la niña María Ana Victoria, infanta de España, para casarle con otra que pudiera darle luego sucesion (1), aprovechó esta ocasion para apresurarse á casar al rey Luis con la princesa de Polonia, María Carlota de Leczinski. Y si bien, á pesar de los manejos de Riperdá en Viena, no queria entrar en guerra con España, y para demostrarlo mandó licenciar los diez y nueve batallones de miqueletes catalanes que el de Orleans habia formado, dió no obstante disposiciones para enviar á España la infanta prometida del rey; siendo notable que eso lo ignoraran los embajadores españoles Laules y Monteleon, que estaban en Paris, creyendo que se iban á celebrar los desposorios tan pronto como la infanta cumpliera los siete años, para lo cual suponian que se estaban tomando las galas. Pero no faltaban en Francia personas que informaran de la verdad al rey don Felipe, de que las galas eran para la princesa Carlota (2).

Gran disgusto causó todo esto al monarca español, el cual en justo resentimiento y debida correspondencia anuló el concertado matrimonio del infante don Carlos con la cuarta hija del duque de Orleans, y determinó enviar á Francia esta princesa, juntamente con su hermana la reina viuda de Luis I. Y como la corte de Paris tuviera por su parte preparado tambien el envío á España de la infanta Ana Victoria, dispúsose todo por parte de ambos monarcas de modo que unas y otras princesas se juntaron en San Juan de Pié de Puerto (17 de mayo, 1725), y allí se hizo la extradicion mutua, ante las personas para ello por uno y otro autorizadas, siendo notable y raro caso en la historia esta recíproca entrada de princesas desairadas, despues de haber estado mucho tiempo en una nacion en la confianza de contratos matrimoniales solemnes. Los reyes de España salieron á recibir á su hija hasta Guadalajara, y diéronle el título de reina de Mallorca, para que conservara en cierto modo el honor de la majestad que ya habia tenido. Creyóse que este suceso produciria un rompimiento entre ambas naciones, y todos los sintomas lo persuadian así, puesto que se suspendió el comercio con Francia y se mandó salir de aquel reino á todos los españoles, se fortificaron San Sebastian y Fuenterrabia, y se ordenó que pasaran á Cataluña todas las tropas de Andalucía. Tambien la Francia trajo sus tropas al Rosellon y las acercó á las fronteras del Principado. Pero el papa Benito XIII hizo la buena obra de disipar este nublado, median-do entre ambas potencias y haciendo que una y otra se aquietaran, por medio de sus nuncios en Paris y en Madrid, de modo que el comercio volvió á abrirse, aunque todavia duraron algun tiempo las prevenciones (3).

(1) Recuérdese lo que sobre este punto dejamos referido en otro capítulo.

(2) «Teniendo, dice Belando, individual noticia de todo, por un canal muy seguro.» Historia civil, part. IV, c. 66.

Este «canal muy seguro» era indudablemente don Melchor de Macanaz, que en este tiempo habia pasado á Paris, y á quien ordenaron los reyes que no perdiese de vista á la infanta, segun él mismo nos informa en sus Memorias manuscritas, tom. II, p. 351.—Es notable que estando Macanaz desterrado, siguiera el rey confiándole comisiones de tanta confianza; y aun á muy poco de esto le envió al congreso de Cambray, que halló ya disuelto á causa de la paz que Riperdá, «el loco de Riperdá», como él dice, habia hecho con el emperador, y que daremos á conocer muy en breve.

(3) Belando, Historia civil, part. V, cap. 66.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Cuéntanse varias anécdotas con motivo de este suceso. El rey don Felipe se negó por dos veces á recibir las cartas de Luis XV y del duque de Borbon disculpando el envío de la infanta; y dicen que la reina, cuando se presentó á anunciar aquella nueva el abate Livry (porque Tessé habia sido llamado á Paris), pisoteó un retrato de Luis XV que llevaba en la pulsera, diciendo: «Los Borbones son una raza de diablos.» Mas recordando en el momento que su marido era tambien Borbon, añadió: «Excepto V. M.»

Refiérese tambien, que habiendo la reina arrancado de Felipe un decreto mandando salir de España todos los franceses sin distincion, el rey discurrió un ingenioso medio para calmar la irritacion de su esposa, que

En este intermedio, Riperdá que habia tenido orden de proseguir la negociacion entablada en Viena hasta concluirla, la llevó á su término, ajustándose un tratado de paz entre el emperador y el rey de España, cuyos principales artículos eran en sustancia los siguientes:—que la base de la paz seria el tratado de Lóndres, juntamente con los de Baden y Utrecht, cediendo el rey de España la Sicilia al emperador, como en 1713, con todos sus derechos y pretensiones:—que el emperador renunciaba todos los que hubiera creído tener á la monarquía de España, y reconocia á Felipe V de Borbon como rey legítimo de España y de las Indias, así como Felipe reconocia á Carlos VI de Austria por emperador de Alemania, y renunciaba á su favor los Países Bajos y los Estados que poseia en Italia, comprendido el Finale:—que el emperador se adheria á lo estipulado en Utrecht sobre los Estados de Toscana, Parma y Plasencia, pudiendo tomar el infante don Carlos posesion de ellos en virtud de las letras eventuales, pero sin que el rey Católico ni ninguno de sus sucesores pudiesen poseer aquellos Estados, ni ser tutores de sus poseedores:—que el rey de España transferia al reino de Cerdeña el derecho de reversion que se habia reservado en el de Sicilia:—que para evitar toda discordia, Carlos VI y Felipe V conservarían todos sus títulos, pero sus sucesores solo tendrían los títulos de lo que poseyeran:—que el emperador ofrecia ayudar y defender la línea de España, como lo haria por la pragmática-sancion con todos sus herederos y Estados de la casa de Austria:—que el de España pagaria las deudas contraídas en Milan y las Sicilias, como el emperador habia pagado las contraídas en Cataluña:—que el palacio de la Haya quedaria por el emperador, y el de Roma por el rey Católico, dando la mitad de su valor:—que se insertaran en el tratado las renunciaciones mutuas de los príncipes de Francia y España que sirvieron de base al de Utrecht (30 de abril, 1725).

A este tratado siguieron otros tres; uno llamado de *Alianza defensiva* entre ambos soberanos, por el cual se comprometían, para el caso de ser invadidos los dominios de uno ú otro, el rey de España á ayudar á S. M. I. con quince navíos de línea por mar y con veinte mil hombres por tierra, el emperador á auxiliar al rey Católico con treinta mil hombres, los veinte de infantería y los diez de caballería: el emperador prometia interesarse con el rey de Inglaterra para que restituyera á España Gibraltar y Menorca, y en cambio los navíos imperiales tendrían entrada franca en los puertos españoles como los ingleses y franceses. Pero este tratado no se publicó hasta 1727. Otro de comercio (1.º de mayo, 1725), ordenando en 47 artículos la manera de ejercer el comercio mutuo los súbditos de ambos soberanos. Y otro llamado de *Paz* (7 de junio, 1725), en el cual se obligaba el monarca español, no solo á no ejercer la tutela de sus hijos en Toscana, sino á no retener cosa alguna en Italia (4).

De esta manera quedó establecida la paz entre España y el Imperio, despues de mas de veinticuatro años de casi continuada guerra. Hizo un solo hombre en pocos meses lo que el congreso de Cambray no habia podido hacer en cuatro años, y se disolvió aquella asamblea sin resolver nada. Valióle á Riperdá el título de duque y grande de España, y don Juan Bautista Orendain, único ministro que habia intervenido en la negociacion, fué creado marqués de la Paz. La reina Isabel de Farnesio quedó satisfecha de su obra, y en Madrid se celebró con júbilo la noticia del tratado.

fué el de mandar á los de su servidumbre que prepararan baules y cofres como para emprender un largo viaje, y que como esto llamara la atencion de la reina y preguntara la causa de aquellos preparativos, le contestó el rey: «No se ha dado un decreto para que todos los franceses salgan de España? Pues bien, como yo soy tambien francés, tengo que irme con los demás.» Sonrióse, dicen, la reina, y la chanza produjo la revocacion de la orden.

Añaden igualmente que quejándose amargamente la reina con el embajador inglés Stanhope del ultraje que el duque de Borbon le hacia, dijo: «Ese infame tuerto ha insultado á mi hija, porque el rey no ha querido hacer grande de España al marido de su manceba.»—Memorias de San Simón y de Montgon, y Comunicaciones de Stanhope y de Keene.

(4) Coleccion de Tratados de Paz.—Belando, Hist. civil, part. IV, capítulos 67 á 70.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Memorias políticas y militares, Apéndices 1 á 4.



Acaso el deseo vehemente de la paz no dejó ver lo que en ella habia de desventajoso para España, y mas para los reyes mismos; pues por el artículo 6.º del tratado de Viena se concedia mucho menos que por el 5.º del tratado de la Cuádruple Alianza, objeto de las disputas; puesto que por aquel la sucesion de los hijos de Isabel Farnesio á los ducados de Italia aparecia deberse mas á consentimiento del emperador que á derecho legitimo y propio; y por otra parte la cláusula de no poder los reyes Católicos ni heredar aquellos Estados ni siquiera ser tutores de sus hijos, era, sobre contraria á los derechos de la naturaleza, dejar expuestos aquellos principes á la peligrosa vecindad del imperio, sin que en caso de necesidad pudieran protegerlos sus mismos padres ó hermanos. No era menos injusta y dolorosa la condicion impuesta á España en el otro tratado siguiente de paz, de no poder adquirir ni poseer nada en Italia. Y aun podian advertirse otras restricciones que no habia en el tratado de Londres.

Sin duda el monarca español no quiso reparar en estas condiciones, con la esperanza y bajo la promesa de que el infante don Carlos habia de casar con la archiduquesa, hija mayor del emperador; y como este no tenia hijos varones, habia de resultar que el infante traeria á sí con el matrimonio los derechos de la casa de Austria y de los reinos de Hungría y de Bohemia. Esta era la adición que esperaba habia de hacerse al tratado, segun en el artículo 16.º se indicaba, y esto lo que por cartas aseguraron, el emperador al rey Felipe, y la emperatriz á la reina Isabel Farnesio. Tales habian sido tambien las promesas de Riperdá. Veremos luego cómo quedaron desvanecidas.

Pero si los tratados de Viena no debieron contentar ni satisfacer á España, causaron profundo desagrado á las potencias signatarias de la Cuádruple Alianza, por el desaire que se habia hecho á todas, y por lo que afectaba á los intereses de cada una. Descontentaron al rey de Cerdeña, que quedaba reducido á un Estado que le servia de carga, y no podia ya extenderse por el de Milan, que era su ambicion. Disgustaron á las repúblicas y principes italianos, que quedaban expuestos á la opresion del Austria. Desagradaron al turco, porque desembarazado el emperador de otros cuidados, se hacia mas temible á su antiguo enemigo. Inglaterra y Francia disimularon algo mas. Holanda fué la primera que manifestó su resentimiento por medio de su embajador en Madrid (25 de noviembre, 1725), y fué preciso enviar á la Haya al marqués de San Felipe nuestro ministro en Génova, con instrucciones para los Estados generales, á fin de que hiciera ver los buenos deseos del rey don Felipe, y les asegurara que estaba dispuesto á intervenir con el emperador para que compusiera las diferencias sobre la Compañía de Ostende y el comercio de las Indias orientales, que era la parte del tratado de comercio que habia irritado á aquella república.

Alarmaban y ofendian á Inglaterra las jactancias imprudentes de Riperdá, que blasonaba de que aquella nacion se veria obligada á restituir á España Gibraltar y Menorca, lo cual dió motivo á serias explicaciones entre el embajador inglés Stanhope y los ministros de Felipe, y á algunas vivas y arrogantes contestaciones de parte de la reina. Dióse aviso al gobierno inglés de que entre las estipulaciones secretas de Viena era una la de restablecer al rey Jacobo en el trono de la Gran Bretaña, y el lenguaje ligero y poco comedido de Riperdá no era para disipar aquel recelo. Mas disimulado y mas político el emperador, á la memoria que el embajador inglés le presentó exponiendo las justas quejas de los perjuicios que se irrogaban á su nacion por el tratado de comercio, le respondia, que nada deseaba tanto como mantener la amistad con Inglaterra, y que gustosamente concertaria con España los medios de darle satisfaccion, y de no perjudicar sus privilegios mercantiles, no teniendo inconveniente en enviar un ministro á Hannover, donde el monarca inglés se hallaba, para tratar con él sobre este asunto. Pero como el lenguaje del go-

bierno español era tan diferente, y las baladronadas de Riperdá tan amenazadoras (1), no podian las buenas palabras del emperador satisfacer ni tranquilizar á la Gran Bretaña. Hizo, pues, el rey Jorge de Inglaterra armar dos escuadras; una con destino al Mediterráneo, otra á las Indias occidentales (1726). Con noticia de estos armamentos no se omitió tampoco diligencia por parte de España para guardar nuestras costas, y fabricábanse con actividad navios en nuestros astilleros. Hacíanse tambien preparativos por parte de Austria, y Riperdá halagaba al rey Felipe con la idea de que unidas España y el Imperio podrian dictar leyes á Europa. Creció la confianza de estas dos cortes por la circunstancia de haber logrado atraerse la de Rusia, con que se aumentaba su predominio en los Estados del Imperio germánico. Pero en cambio el comun peligro estrechó mas los vínculos que unian ya á Francia é Inglaterra, que tambien atrajeron á sí otros pequeños Estados que se contemplaban amenazados por aquellas dos potencias, y por último consiguieron la adhesion de Prusia, de que resultó la alianza de Hannover entre Inglaterra, Francia y Prusia, que habia de servir de contrapeso á la de Viena. Así se dividió otra vez la Europa á consecuencia de los célebres tratados de Viena de 1725 (2).

Entre tanto el negociador de ellos salió de la corte de Austria, dejando encargado de los negocios á su hijo mayor Luis, jóven de diez y nueve años, y vino á la ligera á Madrid picado del deseo de gozar de los honores de sus triunfos diplomáticos, y de las recompensas que por fruto de ellos le aguardaban. Vano y jactancioso de suyo, á su paso por Barcelona hizo alarde entre los catalanes de sus confianzas con el emperador, del poderoso ejército que este tenia dispuesto para entrar en campaña, de la facilidad de doblar en muy poco tiempo la cifra de sus soldados, prontos todos para ayudar al rey de España á la recuperacion de Gibraltar y al restablecimiento de Jacobo III en el trono de Inglaterra, y les habló de su gran influjo, y de que no habria reconciliacion mientras él le conservara. Con esto prosiguió su viaje á Madrid, y se presentó á los reyes (11 de diciembre, 1726) sin guardar fórmula alguna de etiqueta, y en el traje mismo de camino, con la confianza de quien acababa de hacer un gran servicio al reino, y como quien tenia derecho á que se agradeciera su presentacion en cualquiera forma. No se engañó el famoso aventurero en sus esperanzas: los reyes le recibieron con especial benevolencia y agasajo, mostrándosele sumamente agradecidos por los tratados de Viena, y muy poco despues le fué conferida la secretaría de Estado, en la parte relativa á los negocios extranjeros que servia el marqués de Grimaldo. Diósele habitacion para él y para su mujer en el palacio real, con entrada en el cuarto del rey á cualquier hora que quisiese, y se mandó á todos los demás secretarios y á los Consejos que le comunicaran y franquearan los papeles que les pidiera, y en una palabra, tuvo toda la autoridad de un primer ministro, que era lo que habia ambicionado hacia mucho tiempo (3).

(1) *Si la Francia sostiene al rey Jorge (solia decir), sabemos cómo colocar al Pretendiente sobre aquel trono.* Y hablando de Gibraltar: *No ignoramos que esta fortaleza es inconquistable, pero tenemos tomadas medidas para obligar á Inglaterra á devolvérsela.* Y como se le hiciese notar que convendria ocultar tales designios, respondia: *Se lo que digo, y lo digo para que se pueda divulgar.*—Vida de Riperdá.—Memorias políticas y militares, Continuacion de los Comentarios de San Felipe.

(2) Relacion de las negociaciones celebradas entre Inglaterra y España desde el tratado de Viena hasta diciembre de 1727.—Memorias de Walpole.—Cartas de Stanhope á lord Townshend.—Rousset, t. II.—Belando, Hist. civil, part. IV, c. 70.—Vida de Riperdá.—Campo-Raso, Memorias políticas y militares para servir de continuacion á los Comentarios del marqués de San Felipe, discurso preliminar.

(3) En traje de correo dice Campo-Raso que se presentó á los reyes sin hacer caso del marqués de Grimaldo que salia cuando él entraba. La conferencia, añade, fué dilatada, y se dieron en ella grandes elogios al autor del tratado de Viena.



## CAPÍTULO XVI

## Gobierno y caída de Riperdá

1726

Pomposos proyectos de reformas.—Dificultades de ejecución.—Compromisos con el embajador austriaco.—Disgusto público.—Jactanciosos dichos del ministro.—Apuro en que le ponen los embajadores inglés y holandés.—Imprudencia y ligereza notable de Riperdá.—Descúbrenle el tratado secreto con el Imperio.—Graves consecuencias de esta indiscreción.—Locos proyectos que concibe.—Cómo se prepara su caída.—Busca un asilo en la embajada inglesa.—Prision ruidosa de Riperdá.—Restablecimiento del anterior gobierno.—Juicio de aquel personaje.

Creeríamos hacer un bien á la humanidad, si pudiéramos transmitir á otros la desconfianza que, fundados en la experiencia y en la historia, hemos tenido siempre de los hombres jactanciosos y pródigos de promesas, dados á alucinar con pomposos y brillantes proyectos, que acaso en la embriaguez de su presunción llegan de buena fe á representarse fáciles, siendo ellos mismos los primeros ilusos y engañados; y esto así en los negocios comunes de la vida como en los que afectan los altos intereses de los Estados. La ligereza suele ser compañera inseparable de la arrogancia: comunmente viene pronto el desengaño, que es tan cruel como ha sido la confianza repentina y ciega: y como nada mortifica mas al hombre que una gran burla hecha á su buena fe y á su credulidad, resulta que la caída de los grandes embaucadores lleva siempre consigo tanta odiosidad como fué el amor, y tanto desprecio como fué el aplauso.

Ejemplo señalado de esto fué el famoso baron, despues duque de Riperdá. Tan luego como este célebre aventurero, á quien la España llegó á mirar como un hermoso planeta de benéfico influjo aparecido como por encanto en su horizonte político, se vió elevado al poder que tanto habia ambicionado, quiso persuadir á los reyes y al pueblo de que iba á reformar de una manera maravillosa todos los ramos de la administración pública, corrigiendo todos los vicios de los anteriores sistemas, y sacando la nacion del abatimiento en que la habian puesto la ignorancia y la torpeza de los ministros sus antecesores y la envidia de las potencias con que antes habia estado aliada, y á ponerla en situacion de dar, como en otro tiempo, leyes á Europa. Mas no tardó el presuntuoso holandés (que en verdad no tenia ni el genio ni la capacidad de Alberoni, á quien en muchos de sus planes se propuso imitar) en ver las dificultades insuperables con que tropezaban sus proyectos; y que apurado el tesoro con las continuas guerras, agobiado el pueblo de tributos, atrasada en sus pagas la misma servidumbre del rey, y falto de vestuario y de armamento el ejército, que era entonces numeroso, no solo no habia para atender á los gastos corrientes, por mas reformas que quisiera improvisar, sino, lo que él mas sentia, ni para pagar las sumas que allá en Viena habia prometido á los príncipes del Imperio, y que le eran con urgencia reclamadas.

Por eso temia él tanto la venida del embajador imperial conde de Koningseg, notándosele con extrañeza inquieto y como receloso cada vez que de ello se hablaba, cuando parecia que la venida del representante del Imperio deberia consolidar el valimiento del negociador de la paz, y de quien habia unido ambas cortes. Pero se vió que no le faltaba razon para temerla. Llegaron el conde y la condesa de Koningseg, los cuales fueron recibidos con una alegría y con una solemnidad no acostumbradas con otros embajadores (enero 1726). Mas la venida del austriaco fué causa de que se fueran descubriendo en una y otra corte las farsas á que habia debido Riperdá su encumbramiento y su poderoso influjo. De las explicaciones del ministro imperial deduciase estar muy lejos el emperador de apresurarse á realizar el ofrecido matrimonio del infante don Carlos con la archiduquesa, que Riperdá habia pintado como cosa segura, y que habia sido una de las bases de la negociacion, y continuaba siendo el pensamiento y el afán de la reina de España.

Tampoco los preparativos militares de Austria eran ni tan inmediatos ni tan grandes como Riperdá los habia represen-

tado. Y mientras por este lado se iban revelando su ligereza y sus imprudentes facilidades, veíase en el conflicto de no poder satisfacer las sumas allá ofrecidas al Imperio, y por cuyo pago el embajador le hostigaba. Para sacar algun dinero con que salir de este apuro y compromiso, el arrogante arbitrista apelaba á los recursos vulgares de suprimir empleos, quitar ó disminuir pensiones, pedir cuentas de los caudales que hubieran podido ser mal adquiridos, arrendar todas las rentas generales, tomar los fondos del depósito de beneficencia, y aumentar el valor de la moneda: con lo que sacó muy escasamente para ir entreteniendo al embajador, á costa del público disgusto, incluso el de los reyes, y de arruinar sin provecho á muchos particulares. Gracias que consiguió con trabajo y á fuerza de amontonar disculpas que el embajador le concediera algun respiro hasta la llegada de los galeones de Indias. Pero de todos modos se iba corriendo el velo que ocultaba las farándulas del jactancioso ministro.

A pesar de todo, conociendo lo que le importaba conservar el favor de los reyes, y en especial de la reina, de quien no podia esperar perdon si llegaba á convencerse de que habia abusado de su confianza, dedicóse á inspirársela haciéndose ciego ejecutor de sus órdenes, y debió lograrlo en el hecho de habersele confiado el departamento de Marina; con que teniendo ya el de Negocios extranjeros, el de la Guerra y el de Hacienda, era un verdadero ministro universal, resumiendo en sí el poder y las facultades de casi todos los ministros, á los cuales se fué despojando de sus respectivas atribuciones para acumularlas en él. Infatuado con el humo del favor, mostraba el mas alto desprecio á los que le censuraban ó se le oponian, y solia usar de la siguiente frase, tan arrogante como absurda y pueril: «Nada me importa contando con seis amigos que no me pueden faltar; Dios, la Virgen, el emperador, la emperatriz, el rey y la reina de España.» Y de su audacia é inconsideracion recibió una prueba el P. Bermudez, confesor del rey, cuando le dijo delante de varias personas: *Vos limitaos á dar la absolucion á vuestro penitente cuando se confiese, y no os metais en otra cosa* (1).

Mas tan repentino poder, unido á tanta arrogancia y á tanta imprudencia, y cimentado en la farsa, en el enredo y en el embrollo, no podia menos de ser efímero y fugaz; el fuego fatuo tenia que apagarse, la caída del falso coloso tenia que corresponder á su elevacion. Ya los canónigos de Palermo, Plantanca y Caracholi, á quienes el rey don Felipe solia consultar en asuntos graves y de conciencia, habian escrito un largo papel demostrando lo que eran los tratados de Viena y descubriendo lo que era su autor, con que despertaron la desconfianza del celoso monarca. El mismo Riperdá comenzó pronto á envolverse en las redes de sus propias imprudencias y ligerezas. Ya hemos visto los apuros en que le ponía el embajador austriaco conde de Koningseg, y los renuncios en que le iba cogiendo. Los de Inglaterra y Holanda, Stanhope y Wandermeer, que no cesaban de reclamar contra el establecimiento de la Compañía de Ostende y contra otras cláusulas del tratado de comercio de Viena perjudiciales á los intereses de sus Estados, observaron luego la contradicción que existia entre las respuestas de Riperdá y la satisfaccion y las seguridades que en Holanda habian ofrecido los ministros del emperador y del rey de España, amenazaban con tomar de acuerdo sus medidas para recobrar los derechos mercantiles garantidos por los anteriores tratados, y dirigian enérgicas representaciones por escrito. Sabiendo Riperdá que el rey no queria agriar aquellas potencias, por temor de que se adhirieran otras provincias y Estados á la liga de Hannover, y viendo por otra parte cómo crecia el crédito é influjo del ministro alemán al paso que disminuía el suyo, varió enteramente de lenguaje para con aquellos embajadores, y á sus baladronadas de antes sustituyó los mas halagüeños ofrecimientos de que el rey y el emperador estaban dispuestos á reformar el tratado de Viena y arreglarle á los anteriores, en lo concerniente al comercio de Inglaterra y Holanda.

(1) Noticia de Riperdá, por los Abates sicilianos.—Campo-Raso. Continuacion de los Comentarios de San Felipe.—Macanaz, Memorias manuscritas para la Historia del gobierno de España, tomo II, p. 405.



Procurando hablar separadamente con cada uno de aquellos representantes, dióse á sembrar la cizaña de los celos entre ambas potencias, lisonjeando á cada cual con la buena disposicion del rey á favorecer sus particulares intereses si se apartaba de la otra, y diciendo á cada uno que podia revelar misterios que le convencerian de ello. De parecidos medios se valia para ver de indisponerlos con la Francia, y separarlos de su parcialidad. Mas como aquellos embajadores conocian ya demasiado las artes y manejos, y la inconstancia y veleidad del ministro español, y sabian sus embarazos y apuros, confiábanse y se comunicaban mutuamente lo que á cada uno en particular decia, y obrando de concierto y con mas habilidad que el que pretendia ser su engañador, ingeniáronse para irle arrancando todo lo que habia de secreto en los empeños de las cortes de Viena y de Madrid. El ligerísimo Riperdá, creyendo hacer para ellos un mérito de la confianza, tuvo la imprudencia de revelarles que en efecto habia entre ellas un tratado secreto de alianza, en que se hallaban estos tres artículos: 1.º Un empeño por parte de España para sostener la Compañía de Ostende; 2.º Otro por la del emperador para procurar la restitucion de Gibraltar, con su mediacion si fuese posible, y sino con la fuerza; 3.º El socorro mutuo de tropas con que debian auxiliarse en caso de guerra.... Y que este tratado se habia concluido poco despues del primero, pero para no divulgarse hasta que fuese necesario.

Fácil es de comprender la impresion que produciria una revelacion tan importante como imprudente, y que los embajadores se apresuraron á participar á sus gobiernos, si bien en Madrid guardaron el secreto y disimularon. Supo el emperador, y supolo con la indignacion que era natural, el compromiso en que la incalificable indiscrecion de Riperdá le habia puesto; porque el señor de San Saphorin y el duque de Richelieu, embajadores de Inglaterra y de Francia en Viena, le pidieron explicaciones precisas sobre los artículos del tratado secreto; y aunque el emperador intentó persuadirles que aquello no podia ser sino un ardid diplomático del ministro español, no pudo evitar que las cosas se agriaran de tal modo en las cortes de Viena y Lóndres que amenazara un rompimiento. Tambien Riperdá quiso despues tergiversar su declaracion, pero apurado por las preguntas y las réplicas de los embajadores, acabó de poner el sello á sus indiscretas precipitaciones, respondiendo con pueril desenfado: «Es verdad, me he explicado como decís, y puesto que quereis que os repita lo mismo, lo que os he dicho es realmente verdadero.» Contestacion tan impensada, y tan ajena al carácter de un primer ministro en negocio tan grave y delicado, exasperó á los reyes de España, indignó al emperador, irritó al público, y le malquistó con todos.

Y sin embargo, aun no deponia su presuntuosa arrogancia, ni desistia de sus locos proyectos. Al tiempo que contemplaba exteriormente á los embajadores inglés y holandés, traia secretos tratos con el duque de Warthon en favor del pretendiente de Inglaterra, y aun concibió el pensamiento de una expedicion contra las islas Británicas, á cuya empresa parecia destinar varios navíos españoles que habia en Cádiz, y reunió en las costas de Galicia y Vizcaya un cuerpo de cerca de doce mil hombres. Nada se ocultaba al lord Stanhope, hombre activo, y que disponia de un numeroso espionaje, al cual remuneraba largamente, y le daba minuciosa y exacta cuenta de lo que pasaba en todas partes, hasta dentro de los conventos. Cuando Stanhope pidió explicaciones á Riperdá de lo que se tramaba contra Inglaterra, el famoso proyectista lo negó todo, protestando y jurando que si el duque de Warthon osaba hacerse agente del pretendiente, le haria salir de Madrid en veinticuatro horas (1).

Tantas contradicciones, tanta inconsecuencia, la facilidad con que se descubrian sus locos designios y se frustraban sus desvariados planes, las prevenciones que las potencias ofendidas tomaban para estrecharse mas y defenderse, el disgusto del emperador, que ya no guardaba consideracion ni mira-

miento con el desatentado ministro, todo anunciaba que no podia estar léjos la desaparicion de aquel funesto meteoro político. Su prestigio en el pueblo se habia desvanecido, los ministros caidos conspiraban contra él, los consultores del rey le habian dicho ya lo que era, y Felipe deseaba ya desprenderse de un loco de aquel género y así se lo manifestaba á la reina (2). Solamente Isabel tardaba en decidirse á renunciar á las magnificas esperanzas con que habia halagado su ambicion el célebre proyectista, y luchó algun tiempo, acaso solo por la vanidad de no confesarse burlada, entre su conviccion y su orgullo. Hacia Riperdá esfuerzos inútiles para sostenerse, y para ocultar al público su estado vacilante. Trató de alejar de la corte á los dos hermanos marqués de Castelar y don José Patiño, nombrados ministros de España en Venecia y en los Países Bajos, pero ellos hicieron valer los pretextos que alegaban para demorar su viaje, y en union con los otros ministros separados cuando se elevó á Riperdá, y en especial con el embajador del Imperio conde de Koningseg, y apoyados en cartas del mismo emperador, cooperaron á precipitar la caida del ya generalmente odiado aventurero.

Con esto acabó el rey de resolverse á despedir á su ministro, si bien lo hizo con un exceso de consideracion que nadie esperaba ya, relevándole primero de la presidencia de Hacienda, so pretexto de aliviarle de una parte de la pesada carga que sobre sus hombros tenia. O porque creyera lastimado su amor propio, ó porque comprendiera la suerte que le esperaba, hizo renuncia de los demás cargos y pidió permiso para retirarse. Al pronto no le fué admitida, pero á los pocos dias (14 de mayo, 1726), al salir de la cámara del rey, con quien acababa de despachar, hallóse con un real decreto que le entregó el marqués de la Paz, en que se le hacia saber habia sido admitida su dimision, señalándole una pension de tres mil doblones en consideracion á sus antiguos servicios. La mañana siguiente dejó su vivienda de palacio, y se trasladó á su casa con su esposa y familia, pero no durmió en ella. Grande debia ser el miedo de aquel hombre poco antes tan arrogante, cuando despues de haber buscado un asilo en casa del enviado de Portugal, que no quiso admitirle, y en la del de Holanda, que tampoco le recibió, pasó acompañado de este á la embajada de Inglaterra, donde al fin fué acogido.

Es muy notable lo que en este punto ocurrió con este refugiado. La mañana siguiente pasó lord Stanhope á dar cuenta al rey de haber hospedado aquella noche en su casa á Riperdá, y á recibir sus órdenes. Contestóle el monarca aplaudiendo su conducta, pero exigiéndole que no permitiera al duque salir de su casa, pues aunque tenia pedido pasaporte para retirarse á Holanda, no se le daria hasta que entregara ciertos papeles de interés, cuya lista mandaria hacer y enviaria al otro dia á buscarlos. Con esto, al regresar á su casa el embajador inglés, manifestó al duque que podia permanecer en ella tranquilo, pero en la inteligencia que habia salido garante con el rey de que no se fugaria. Mas á poco tiempo se vió con sorpresa rodeada de centinelas y soldados la casa del embajador por orden del rey, no por desconfianza que tuviese, sino *para prevenir las locuras de Riperdá*, como decia el marqués de la Paz en su carta á Stanhope. Tratábase pues ya de apoderarse á todo trance de la persona del refugiado; pero era el caso que el rey habia aprobado la conducta del embajador, y violar el asilo parecia contrario á aquella manifestacion del rey y al derecho de gentes. En esta perplejidad se consultó al Consejo de Castilla si se podria ó no sacar á Riperdá sin violar este derecho. Aunque hasta entonces no se le imputaba otro delito que el de haberse retraido á casa de un ministro extranjero, el Consejo le declaró reo de lesa-majestad, y que como tal podia el rey extraerle por fuerza: «pues si el privilegio de asilo, decia, concedido á las casas de los embajadores solo á favor de los reos de delitos comunes, se extendiera á los depositarios de la hacienda, de la fuerza ó de los secretos de un Estado, redundaria en perjuicio de todas las potencias del orbe, pues se verian obligadas á consentir en las cortes á los mismos que maquinaran su perdicion.»

(1) Memorias de sir Roberto Walpole, tom. II.—Comunicaciones de Stanhope al duque de Newcastle.—Noticia de Riperdá, por los Abates sicilianos.—Memorias de Montgon, t. I.—Memorias políticas y militares de Campo-Raso, A. 1727.

(2) Con razon le llamaba siempre Macanaz en sus cartas y apuntes *el loco de Riperdá*.



Y en tanto que esta consulta se resolvía, había mas de trescientos hombres apostados en todas las callejuelas, esquinas y casas contiguas, los cuales reconocían á todo el que iba á la del embajador, y dentro del mismo portal había un oficial que ejecutaba lo mismo, sin exceptuar el coche de la duquesa, su esposa, que fué registrado varias veces. Luego que el rey se vió autorizado por el dictámen del Consejo de Castilla, dió orden al alcalde de corte don Luis de Cuellar y al mariscal de campo don Francisco Valanza para que con un destacamento de sesenta hombres pasasen á casa del embajador. En su virtud la mañana del 25 de mayo, al abrirse las puertas de la casa, entróse esta fuerza, y haciendo despertar al ministro británico le fué entregada una carta del marqués de la Paz, en que le decía, haber resuelto S. M. hacer prender al duque para ser conducido al alcázar de Segovia, á fin de poder ordenar judicialmente lo que correspondiera, relevándole de la obligacion que se había impuesto de responder de su persona; que á los oficiales encargados de ejecutar la prision les había recomendado usasen de toda atencion y urbanidad con el duque, pero que en caso de resistencia entrarían con gente armada y se apoderarían de él y de sus papeles. Sorprendido se quedó Stanhope con semejante carta y con tal aparato, del que no se le había con anticipacion avisado ni prevenido, y quejóse amargamente de la ofensa que en ello se hacia á su carácter, pidiendo que se suspendiese la ejecucion hasta responder al marqués de la Paz. Pero viendo que las órdenes se cumplían no obstante sus reclamaciones, protestó contra aquella violacion de sus derechos. Riperdá fué en fin arrestado, tomados sus papeles, y conducido él á una torre del alcázar de Segovia con un solo criado, sin permitir que le visitara nadie, ni aun su misma esposa (1).

Hizo este suceso gran ruido, no solo en España sino en toda Europa; pues por una parte Stanhope dió cuenta de todo lo ocurrido á su soberano, y se salió de Madrid mientras recibía sus órdenes, lo cual dió ocasion á varias contestaciones entre las cortes de Londres y de Madrid, que al fin no produjeron resultado: por otra el gobierno español, interesado en justificar su proceder, hizo publicar una relacion de todo lo sucedido, que comunicó á todos los ministros extranjeros, y la envió por extraordinario á las cortes de Viena, Londres y la Haya.

A la caída de Riperdá siguió la reposicion de los ministros que por él habían sido exonerados. El marqués de Grimaldo volvió á su plaza de secretario de Estado en lo tocante á los negocios extranjeros, á excepcion de los de Viena, que se encomendaron al marqués de la Paz. El de Castelar fué restablecido en el ministerio de la Guerra, y en el de Hacienda don Francisco de Arriaza. Solo don Antonio Sopena no fué repuesto en el de Marina é Indias, el cual se dió á don José Patiño, que comenzó entonces su carrera ministerial.

Después de todo aquel estrépito, no se justificó á Riperdá el delito de lesa-majestad que el Consejo le había imputado. Lo que se vió, y esto se comprendía sin necesidad de proceso, fué que era un hombre de una imaginacion volcánica y extravagante, tan ligero en prometer como incapaz de cumplir, tan jactancioso como irreflexivo, dado á inventar falsedades y á deslumbrar con baladronadas, que debió su elevacion y el brillante papel que desempeñó algun tiempo á un tejido de embustes que no se concibe cómo pudieron fascinar á cortes

(1) Campbel, Vida de Riperdá, con rectificaciones y notas puestas por un español.—Noticia de Riperdá, por los Abates sicilianos.—Memorias de Montgon.—Correspondencia de Stanhope.—Memorias políticas y militares de Campo-Raso, ad ann.—Belando, Hist. civil, p. IV, c. 70.—Memorias de Walpole.

En una carta escrita en aquellos mismos dias que inserta Macanaz en el t. II de sus Memorias para la Historia del gobierno de España (p. 409), se lee entre otras cosas: «Hay mas de trescientos hombres de guardias de á pié, apostados en todas las callejuelas y casas de los costados... Se dice que le pillarán, y que el embajador ha despachado un expreso á este fin á su soberano para si lo ha de entregar, y dicen no tiene las armas sobre su puerta. Lo cierto es que creo, segun dicen, que todas las rentas deste año están ya cobradas por Riperdá, y que si el rey quiere solos ocho cuartos, los habrá de pedir prestados, y dicen no quiere entregar no sé qué papeles, y que á la hora esta habrá revelado muchas cosas á estos embajadores, etc.»

tan graves como las de Austria y España, y que no supo sostener por sus inconsecuencias y veleidades, y que por sus ligerezas é indiscreciones no hubiera podido fiarse un negocio comun, cuanto mas el gobierno de un Estado. Y sin embargo, en sus planes económicos y en sus reglamentos comerciales había ideas provechosas, que supo sin duda utilizar su sucesor Patiño. Es lo cierto que este hombre extravagante y singular, con sus tratados de Viena produjo un cambio en las relaciones de todas las potencias de Europa, y su obra fué el principio de que arrancaron nuevos sucesos y revoluciones que duraron muchos años y dieron resultados de suma gravedad. Por eso nos hemos detenido algo en la descripcion de su carácter, y en las circunstancias de su elevacion y de su caída (2).

## CAPÍTULO XVII

### Segundo sitio de Gibraltar.—Acta del Pardo

DE 1726 A 1728

Consecuencias de los tratados de Viena.—Nuevas alianzas.—Escuadras inglesas en las Indias y en las costas de España.—Serias contestaciones entre las cortes de Londres y Madrid.—Novedades en el gobierno español.—Caída del marqués de Grimaldo.—Separacion del confesor del rey.—Plan de separar á Francia de Inglaterra.—El cardenal Fleury.—El abad de Montgon.—Proyectos de España sobre Gibraltar.—Ruidosa presa de un navío inglés en las Indias.—Sitio de Gibraltar.—Quejas de los generales.—Terquedad del conde de las Torres.—Sentimientos de las potencias en favor de la paz.—Interés en la conservacion del equilibrio europeo.—Negociaciones para evitar la guerra general.—Preliminares para la paz.—Firmanse en Viena y en Paris.—Dificultades por parte de España.—Conferencias diplomáticas.—Son admitidos los preliminares.—Muerte de Jorge I de Inglaterra, y coronacion de Jorge II.—Repugnancia del gobierno español á ratificar los preliminares.—Nuevas negociaciones.—Firmase la ratificacion.—Acta del Pardo.—Levántase el bloqueo de Gibraltar.

Parece cosa extraña, y sin embargo sucedió así, que después de haber llevado el duque de Riperdá el merecido castigo de sus ligerezas y de sus locuras, y que siendo los tratados

(2) Este célebre aventurero continuó después su carrera de extrañísimas aventuras, tan originales, que como se dice en la portada de su historia impresa, «sus verdaderos hechos por ser tan raros y extravagantes parecen una de las mas exquisitas y graciosas novelas.»

Daremos una brevísima noticia de ellos, como acostumbremos á hacer con los personajes que han hecho un principal papel en España. Riperdá logró fugarse á los quince meses de la prision de Segovia por arte de un jóven que le había cobrado afecto, y consiguió refugiarse en Portugal; de allí pasó á Inglaterra, donde estuvo hasta 1730. Arrojado de allí, trasladóse á la Haya, donde abjuró segunda vez del catolicismo, para entrar tambien segunda vez en la iglesia protestante. Quiso luego pasar á Rusia, y no le fué permitido. Ningun Estado de Europa le queria dar albergue. A fines de 1731 se fué á Marruecos, donde encontró muy buena acogida, y adquirió tal influencia que fué quien determinó al emperador á poner sitio á Ceuta, plaza perteneciente á España. Este negociador de religiones abrazó el islamismo tomando el nombre de Osman, y mereció ser nombrado general del ejército mahometano destinado á hacer la guerra á España. En vista de esta conducta el monarca español revocó la merced de grande de España que le había hecho. El nuevo musulman derrotó un cuerpo de españoles de la ciudad de Ceuta que había hecho una salida, mas luego los españoles le derrotaron á su vez, y le obligaron á huir y levantar el sitio. Durante algun tiempo vivió tranquilo en Marruecos, manifestando un gran celo en su nueva religion. Pero su imaginacion viva, fogosa y ligera, no se satisfacía con el papel de simple musulman, y discurrió hacerse jefe de una nueva secta que él inventó, y cuyo plan era una especie de fusion entre el cristianismo, el judaismo y el mahometismo. Dícese que ya Osman había hecho entrar en su proyecto al emperador, ó á la sultana madre, cuando otra de sus muchas aventuras se lo desgració de repente, y tuvo que abandonar á Marruecos (1734). Fuése luego á Túnez, donde estaba en 1736, revolviendo nuevos proyectos, entre los cuales dícese era uno el de ayudar á otro aventurero como él en el plan de proclamarse rey de Córcega, en lo cual dispuso grandes sumas de dinero que había adquirido por poco legítimos medios. Por último en 1737 murió oscuro y despreciado en Tetuan, en ocasion, dicen, que había escrito al cardenal Cienfuegos en Roma, que estaba resuelto á pasar á aquella capital, reconocido de todos sus yerros, á besar los pies al Padre Santo, y á cumplir la promesa que había hecho de visitar la iglesia de San Pedro y la Casa Santa de Loreto.



de Viena, obra de aquel ministro, la causa de volverse enemigas de España las potencias que por tantos años habían sido sus aliadas, auxiliares y amigas, quedara después de la caída de Riperdá prevaleciendo en la corte de Madrid la influencia y la política alemana. Que el embajador imperial adquiriera cada día mayor ascendiente é influjo: que se impusieran á los pueblos nuevos sacrificios y se negociara un empréstito de millones de duros, para enviar á Viena el dinero que no cesaba de pedir, y de que nunca se mostraba satisfecha la codicia del Austria: que se recelara de los ministros que conservaban algunas afecciones á Francia ó á Inglaterra, y que se les cercenara la autoridad para robustecer la del que se había mostrado mas adicto al Imperio.

Y es mas de notar todavía, que en el reinado del primer Borbon, de este príncipe, cuyo advenimiento al trono de España había costado cerca de veinticinco años de continua oposicion y de casi continua guerra por parte del Imperio, se vieran al Imperio y la España unidos con estrechos lazos de amistad, y con tal empeño que uno y otro monarca estuvieran resueltos á arrostrar las consecuencias del enojo de todas las demás potencias que pudieran adherirse á la liga de Hannover, y á consentir, antes que romper la union, en que la Europa se dividiera otra vez en dos grandes bandos con peligro de producir una conflagracion general. ¡Tanto podia en la reina Isabel Farnesio su pensamiento predilecto de la colocacion de sus hijos, y tanto la habían deslumbrado las magníficas esperanzas que de la corte de Viena la habían hecho concebir!

Aunque todas las potencias afectaban querer conservar la paz, todas procuraban fortalecerse con nuevas alianzas para el caso de un rompimiento, y en todas partes no se hablaba sino de negociaciones entabladas á este fin. La república de Holanda se resolvió á adherirse al tratado de Hannover, no obstante los esfuerzos que para impedirlo hizo con no poca habilidad el marqués de San Felipe, aunque él no vió la adhesion, por haberle sorprendido la muerte antes que aquella se realizara. Agitábanse tambien las potencias del Norte segun que convenia á sus respectivos intereses. Convínole á Dinamarca ponerse del lado de los confederados de Hannover, y en cambio el emperador de Austria logró que la emperatriz Catalina de Rusia viniera á reforzar la union de las cortes de Madrid y de Viena. Hicieron lo mismo el rey de Polonia y algunos príncipes alemanes. Y mientras la Francia se prevenia aumentando su ejército en veinticinco mil hombres, y ordenando se levantara hasta sesenta mil de milicias, el rey Jorge de Inglaterra, so pretexto de sospechar que unos navios rusos que habían arribado á Cádiz, y que parece no traian mas objeto que el de quitar á los ingleses las ganancias que hacian con el comercio entre ambos países, viniesen en son de guerra, ó por lo menos de amenaza contra su reino, apresuróse á equipar y armar sus escuadras, de las cuales envió una á las Indias, otra al Báltico, y otra á cruzar las costas de España (julio, 1726). Con cuyo motivo ya no se pensó en hacer mas embarcos en Galicia, y se mandó retirar las tropas. Noticioso Felipe del arribo del almirante Jennings con su escuadra á la vista de Santander y de la costa de Vizcaya, aunque sin demostrar enemistad, hizo que el marqués de la Paz inquiriese del embajador inglés la intencion con que su soberano había enviado, no solo aquella flota, sino la que había ido á las Indias occidentales, y que insistiese en obtener una respuesta categórica y clara. Stanhope contestó que lo ignoraba, pero que lo preguntaria por despacho expreso á Lóndres.

La respuesta de aquella corte fué, que se admiraba de que el monarca español tuviera por cosa extraña la aparicion de naves de una nacion amiga, mucho mas cuando el almirante había declarado á los gobernadores españoles que no venia con intencion hostil, sino como amigo y con instrucciones pacíficas. Que por otra parte, aquellos preparativos navales eran una cosa muy natural, vista la actitud que habían tomado algunas potencias, los armamentos hechos en varios puertos de España y los movimientos de tropas hacia la costa, las esperanzas de que públicamente hacian alarde los emisarios del pretendiente, algunos de ellos muy favorecidos

en Madrid (1), el buen recibimiento que se había hecho en Cádiz y Santander á los navios rusos, y por último el convenio secreto entre las cortes de Madrid y Viena, en uno de cuyos artículos se obligaban á hacer restituir á España la plaza de Gibraltar, que el rey británico, decia, poseia con legítimo derecho; en vista de lo cual sus mismos vasallos se quejarían con razon si vieran que no adoptaba las medidas propias para su defensa y para seguridad de sus reinos. Y concluía pidiendo satisfaccion sobre el modo con que se había extraído el duque de Riperdá de la casa del embajador.

A esta carta respondió el ministro Orendain, marqués de la Paz (30 de setiembre, 1726), contestando á todos los cargos, ó sean motivos de sospecha que por parte de Inglaterra se alegaban, incluyendo además copia de las noticias que acababan de recibirse de las Indias occidentales sobre la conducta sospechosa y alarmante que estaba observando la escuadra inglesa mandada por el almirante Hossier al frente de Porto-Bello, y que había precisado á internar los caudales que se iban á embarcar para España, siendo así que el comercio de aquellas Indias estaba expresamente prohibido á todas las naciones. Difusamente replicó á esta nota el embajador británico (25 de noviembre), repitiendo y esforzando los cargos anteriormente hechos al gobierno de Madrid y quejándose de sus ajustes con la corte de Viena. En vista de este escrito, el rey don Felipe encargó á su embajador en Lóndres, marqués de Pozo Bueno, diese nueva satisfaccion á la corte de la Gran Bretaña, como lo ejecutó aquel ministro en nota aun mas extensa que pasó al secretario de Estado duque de Newcastle (21 de diciembre, 1726), para que informara de ella á su soberano (2).

Leyendo desapasionadamente esta correspondencia, fuerza es confesar, que ni las quejas de los ingleses eran todas justas, ni carecian algunas de fundamento, y que si el gobierno español hacia fundados cargos al de Inglaterra y contestaba victoriosamente á muchos de los que le hacia aquella nacion, ingeniábase en vano para dar á algunos solucion satisfactoria y bastante á desvanecer los recelos que de los tratados entre España y el Imperio abrigaba. No eran sólidos los cargos que se hacian á la corte española sobre la venida ú objeto de los navios moscovitas. Sobre la extraccion de Riperdá se contestaba con el ejemplo de lo que en Lóndres se había hecho en otra ocasion con el ministro de Suecia conde de Guillelberg. Podia negarse el proyecto que se atribuia de restablecer en el trono de Inglaterra al rey Jacobo III. Cabian promesas de admitir proposiciones para modificar ó reformar lo relativo á la Compañía de Ostende. Llamar solamente *defensiva* á la alianza de España y Austria, como queria persuadirlo el ministro español, y no *ofensiva* y *defensiva*, como la calificaban la corte y el embajador de Lóndres, mirábalo como un estudiado juego de palabras esta potencia. En el convenio de cooperar el emperador á la restitucion de Gibraltar, podia con razon alegar la España que esto era una promesa solemne hecha por el rey de la Gran Bretaña y el cumplimiento del artículo de un tratado. Pero el argumento que aquellos sacaban de la revelacion hecha por el duque de Riperdá de la alianza secreta estipulada entre las cortes de Viena y de Madrid, con los tres célebres artículos descubiertos al caballero Stanhope, no podia deshacerle la disculpa de que aquella declaracion había sido una falsa confianza del ministro, ó como si dijéramos un engaño, y una falta de veracidad propia de su carácter.

Tampoco á su vez podian satisfacer á la corte de Madrid las respuestas de la de Lóndres á las explicaciones que aquella pedia. Pudiera hasta cierto punto cohonestarse lo de los armamentos; disculparse, aunque no satisfactoriamente, el motivo del arribo de su escuadra á las costas españolas, pues mucho había que oponer á lo de la necesidad del agua que alegaban: pero la conducta del almirante Hossier en los puertos de la India aparecia injustificable, como probada con

(1) Aludia á los obsequios hechos á los duques de Ormond y de Wharton.

(2) El contexto de estas largas notas diplomáticas puede verse en Belando, Hist. civil, part. IV, cap. 71 á 76.



auténticos testimonios, y no era admisible su evasiva de que nada se sabía en Inglaterra, cuando constaba que á mediados de setiembre había llegado á Londres una embarcación ligera despachada por el almirante mismo. Así no es extraño que una y otra nación se empeñaran en no dar respuestas categóricas y satisfactorias terminantes, y que anduvieran buscando efugios, porque la verdad era que ninguna de las dos cortes obraba ni hablaba con sinceridad, que ambas se preparaban para un rompimiento, y que en medio de tantas protestas como por una y otra parte se hacían de desear el mantenimiento de la paz y de las buenas relaciones entre sí, no había ningún hombre político que no viera amenazar y estar próximas las hostilidades.

Como todo el que se mostrara algo adicto á Inglaterra era ya mirado de mal ojo, y el marqués de Grimaldo era notado de esto, trabajó eficazmente por su separación el embajador imperial conde de Königseg, que se había hecho el hombre de mas influjo y valimiento en la corte. Ayudaron á este propósito las disidencias entre Grimaldo y Orendain, justamente sentido aquel antiguo ministro de que este, que había sido protegido y subalterno suyo, se hubiera alzado con casi toda la autoridad que él antes tenía. Cayó, pues, el fiel Grimaldo (30 de setiembre, 1726), al cabo de veinte años de ministerio, con orden de que saliera al punto de Madrid, aunque señalándole dos mil doblones de pensión. Confiáronse todos los negocios extranjeros al marqués de la Paz, único que había intervenido en la alianza con el Imperio. A la separación de Grimaldo siguió la de Arriaza del ministerio de Hacienda, por haberse mostrado contrario al envío de las enormes sumas que se remitían á Viena. Dióse la presidencia de Hacienda á don José Patiño, que tenía ya el ministerio de Marina é Indias, y cuyo poder crecía cada día.

Ya no veía el embajador alemán cerca del rey de España otra persona que contrariara sus miras y pudiera neutralizar en parte su influjo, sino al P. Bermúdez, confesor del rey, y muy de su confianza. La reina misma, que le aborrecía, no había podido conseguir su separación. Un suceso inesperado vino á satisfacer el deseo de la reina y del embajador austriaco. El padre Bermúdez, que se había puesto en correspondencia con el obispo de Frejus, después cardenal Fleury, ministro de Luis XV de Francia, entró un día en el cuarto del rey á enseñarle unas cartas que acababa de recibir del ministro francés. En el acto de estarlas leyendo asomó la reina á la cámara, y como si sintiera interrumpirlos en sus negocios hizo ademán de retirarse. «Podeis entrar, le dijo el rey; el P. Bermúdez me hablaba de estas cartas del cardenal Fleury.» Y alargóselas á la reina para que las leyese. El confesor se retiró turbado. Con decir que en las cartas se aconsejaba á Felipe que moderara la confianza que tenía en su esposa, y que se contrariaba en ellas su sistema favorito, déjase comprender la indignación que se apoderaría de aquella irritable princesa. Aquella misma tarde recibió orden el confesor de retirarse á su colegio imperial de la Compañía, y se nombró en su lugar al P. Clarke, jesuita también, rector de los escoceses de Madrid, confesor que era del mismo conde de Königseg, y conocido por su adhesión á la familia y á la causa de los Estuardos (1).

Una de las cosas por que trabajaba con mas afán y mas ahínco la corte de Madrid era por desunir y separar la Francia de la Inglaterra. Ni Felipe ni Isabel perdonaban al duque de Borbon el desaire de la devolución de la infanta su hija, habiendo declarado que no le admitirían disculpa alguna mientras no le vieran venir á Madrid á pedirles perdón de hinojos. La opinión pública de Francia se pronunciaba contra el duque ministro por la repugnante inmoralidad que distinguía su gobierno; los parciales de España fomentaban las discordias interiores del reino vecino; el abad Fleury, obispo de Frejus, preceptor de Luis XV, había tomado un grande ascendiente, y las disputas entre el duque y el obispo produjeron al fin la exoneración del de Borbon, y la subida de

Fleury al ministerio, que aceptó con valor y resolución á pesar de sus setenta y tres años. Este cambio fué recibido con grande alegría por los monarcas españoles, que esperaban de él la reunión de ambas coronas. Sin embargo, el ministro prelado declaró al embajador inglés en Paris, Walpole, que estaba resuelto á respetar los compromisos de los aliados de Hannover, y la mediación del emperador que Felipe quiso indiscretamente poner en juego fué rechazada por Fleury como inoportuna, insidiosa y contraria á la fe de los tratados con Inglaterra. Y ya hemos visto el efecto que produjo la correspondencia que con el nuevo ministro de Francia entabló el confesor Bermúdez. No dió mas lisonjeros resultados la intervención de los nuncios de Su Santidad en las cortes de Viena, de Paris y de Madrid, que trabajaban con empeño por una reconciliación por encargo del papa, que como padre común de los fieles, viendo agriarse las cosas cada día, procuraba evitar una guerra cruel y sangrienta en que temía ver envuelta toda Europa.

Convencido ya Felipe V de que eran inútiles sus gestiones por separar á Francia de Inglaterra, y cada vez mas receloso de las intenciones hostiles de esta potencia, tomó sus medidas para prevenirse á todo evento, mandó vigilar todas las costas, envió ingenieros para reparar y fortificar las plazas, se aumentó la guarnición de Cádiz, y se formó un campo militar en la isla de Leon. Estrechó mas los nudos de la alianza con la corte imperial; envió nuevo embajador á Viena, y activó las remesas de dinero á aquella corte para tenerla mas propicia. Todos los que habían seguido la causa de Austria en la guerra de sucesión volvieron á la posesión de sus bienes confiscados, y les fueron reconocidos sus empleos, títulos y dignidades dados por el emperador, como si les hubiesen sido otorgados por el rey de España. Alentaba á Felipe la adhesión que la emperatriz de Rusia había hecho al tratado, y la esperanza con que el emperador contaba de separar enteramente á Prusia de la liga de Hannover.

Al fin se decidió Felipe á salir de aquella situación problemática con Inglaterra, y resolvió acometer la empresa de la recuperación de Gibraltar, fiado en que no le faltaría el auxilio del emperador, animado á ello por el embajador Königseg, y sin que al ministro inglés Stanhope le sirvieran las reflexiones que para retraerle de este propósito hizo al marqués de la Paz en diferentes conferencias que con él tuvo; hasta que viendo que no lograba disuadirle de aquella idea, y que los preparativos no se suspendían, lo comunicó al almirante Hopson que cruzaba las costas de España, para que se acercara á Gibraltar y proveyera á su defensa. Varios generales, instruidos con la experiencia de lo pasado, representaron al rey las dificultades y peligros de aquella empresa, y entre ellos el marqués de Villadarias, como el mas escarmentado de la funesta tentativa de otro tiempo. Pero el conde de las Torres, virey de Navarra, á quien se llamó á la corte, y hombre de acreditado valor, pero no de tanta prudencia, lo representó como cosa asequible y fácil, y en su virtud fué nombrado general del ejército que se destinaba á la reconquista de Gibraltar.

En los momentos en que tan grave negocio parecía ocupar toda la atención de la corte, las noticias que se tuvieron de la peligrosa enfermedad que por entonces acometió á Luis XV de Francia vinieron á renovar en Felipe V y en la reina la idea de la sucesión á aquella corona en el caso de morir aquel monarca. Preocupados con esta idea, acordaron enviar á Francia un agente íntimo con instrucciones confidenciales. Este agente era el abate Montgon, oriundo de Francia, que cuando Felipe V con motivo de su abdicación se retiró á la Granja de San Ildefonso, quiso acompañarle en el retiro, estimulado, decía, del solo deseo de ser testigo de las altas virtudes de S. M. y de imitarlas y fortalecerse en ellas con su ejemplo, sin ambicionar ni rentas ni dignidades. Obtúvolo, hasta con permiso del duque de Borbon, que á su venida á Madrid le encargó que trabajase por la reconciliación de ambas monarquías. Cuando Felipe volvió á recobrar el cetro, este eclesiástico alcanzó la anuencia de su corte para entrar al servicio de España, y como había acertado á hacerse agradable al rey, fué á quien escogió Felipe para confiarle aquella

(1) Campo-Raso, Memorias políticas y militares, Continuación de San Felipe.—Cartas de Stanhope al ministro Walpole.—Memorias de Montgon, tomo II.



mision delicada. Al efecto, de acuerdo con la reina, le dió sus instrucciones por escrito (24 de diciembre, 1726), harto minuciosas, para que arreglara en un todo su conducta á ellas (1). Fuéronle tambien entregados unos apuntes escritos de mano de la reina, propios para dar á su mision un pretexto plausible, y con arreglo á los cuales habia de hablar al cardenal de Fleury. En ellos expresaba: «Que las voces que corrian en Francia de que los monarcas españoles no querian oir proposicion alguna encaminada á su reconciliacion con el rey su sobrino, carecian de fundamento, antes estaban prontos á renovar la buena inteligencia que entre ellos habia mediado hasta el regreso de la infanta.» A lo cual seguia una excitacion al rey Luis para que prefiriera la alianza con el Imperio y la España á la de las potencias protestantes. Cuidóse tambien de dar al viaje de Montgon visos de un desaire á instancias del ministro imperial.

Muy léjos estuvo el abate, dice un historiador extranjero, de conducirse con la reserva y circunspeccion que tan delicada comision exigia y que le habia sido tan recomendada. Al contrario, hizolo todo al revés de lo que se le prevenia en las instrucciones. Desde la primera conferencia que tuvo con

(1) *Instrucciones para el abad de Montgon.*

Después de un pequeño preámbulo, ponderando la confianza que le inspiraba su fidelidad, le decia el rey:

1. Os mando paseis incontinenti á Francia, en donde procurando conocer aquellos que me son afectos, los que lo son á la casa de Orleans, igualmente que los indiferentes, me deis parte de todo, haciendo lo posible para aumentar el número de los primeros, sin explicaros demasiado: porque muchos, con el pretexto de decir que me son afectos, podrian descubrir el misterio, y servirse de él para oponerse en llegando la ocasion, y aun perjudicar el estado presente de mis negocios...

2. No comunicareis cosa alguna de vuestra comision, ni al cardenal de Fleury, ni al conde de Morville (ministro de la Guerra), al primero, por sus compromisos con la casa de Orleans, y tambien porque de algun tiempo á esta parte tengo motivo para desconfiar de él. Tratareis con él como particular, pero no le hablareis de negocios, á menos de recibir órdenes mías terminantes... Por lo que hace al conde de Morville, sé que está totalmente en la dependencia de los ingleses: por lo mismo debeis tratarle con cautela, y sacar de él las noticias que pudieris, y comunicármelas.

3. Procurareis manejarlos de modo que no deis la menor sospecha á los ministros del emperador; tratar con ellos como con los demás, y no darles á conocer ni á sospechar que llevais encargo particular mio, ni ahora ni nunca sin expresa orden mia.

4. Daréisme parte hasta de las menores bagatelas, procurando para esto introducirlos cuanto sea posible, pero sin afectacion.

5. Vuestro tren en París ha de ser el de un simple particular, evitando daros aquel aire de que suelen revestirse los ministros, porque serán muchos los que os observarán.

6. No hablareis nunca de reconciliacion, atendido el estado en que están ahora las cosas.

7. Procurareis en el mejor modo posible ganar al duque de Borbon, asegurándole que si quiere empeñarse en mi causa, que es la justa, olvidaré lo pasado, y podrá esperar en mí todo género de atencion y amistad hacia su persona. Esto exige todo vuestro cuidado y sagacidad, por lo que importa el secreto impenetrable sobre esta materia.

8. Conviene no ignoreis que el marqués de Pompadour es y ha sido siempre amigo... (aquí seguia instruyéndole de cómo habia de hablar á este y á otros).

9. Os doy una carta credencial de mi mano para el parlamento, á fin de que la presenteis luego que fallezca el rey mi sobrino, en la cual ordeno que en cuanto suceda el fallecimiento se me proclame rey de Francia.

10. Me informareis en llegando á París si debo escribir algunas cartas sobre esto á los diferentes órdenes del Estado, así eclesiásticos como seculares...

11. Si es necesario nombrar un consejo de gabinete, ó cualquier otro, ó un regente durante mi ausencia, me avisareis, designando las personas que tuviereis por mas á propósito para ello: así como tambien si la reina, sobreviviendo al rey, necesita custodios que cuiden de su preñado y de lo que pudiere acaecer.

12. Luego que veais al rey mi sobrino acometido de algun síntoma peligroso, me despachareis un correo, y si llegase á morir, otro con esta noticia...

13 y 14. En estos dos artículos le advertia cómo habia de seguir la correspondencia, y le prevenia que la guardara, así como esta instruccion, de modo que nadie la pudiera jamás encontrar.—Madrid 24 de diciembre de 1726.—Firmado.—*Felipe*.—Memorias de don José Campo-Raso, tomo I, A. 1726.—William Coxe, reinado de la casa de Borbon, cap. 38.

Fleury penetró este sagaz ministro todo el plan de su secreta mision, y llegó hasta ver las órdenes que se le habian confiado. Habló de reconciliacion precisamente á Morville, el defensor acérrimo de los intereses y de la alianza de Inglaterra. Agasajáronle mucho, porque así les convenia para saber por él todos los planes de Felipe, y cuando le pareció á Fleury se desprendió diestramente de él. Regresó pues Montgon á España trayendo á los reyes noticias lisonjeras de la fidelidad de sus parciales en Francia, y del espíritu de la nacion francesa, en general favorable á Felipe, lo cual era verdad, y halagó grandemente á ambos soberanos; y con esto y con declarar mucho contra el cardenal de Fleury, creyeron deber recompensar sus misteriosos servicios, sin advertir ni sospechar que habia dejado allá la clave de los misterios (2).

A este tiempo habian comenzado las hostilidades de España contra Inglaterra, y por orden del rey habia sido apresado en Veracruz el navío de la compañía del Sur *Príncipe Federico*, que llevaba un riquísimo cargamento de mercancías, como en represalia del bloqueo que la escuadra inglesa tenia puesto á Porto-Bello. El ejército destinado á la conquista de Gibraltar se hallaba reunido en Andalucía en número de veinticinco mil hombres. En esta situacion el rey Jorge de Inglaterra convocó las cámaras, y expuso en ellas el estado de la nacion, los designios de las cortes de Madrid y Viena, y la necesidad de concurrir unánimemente á la defensa del reino (28 de enero, 1727). No faltaron, especialmente en la cámara de los lores, discursos de miembros muy autorizados contra la conducta del gobierno, como no faltaban en el pueblo escritos de oposicion á la marcha del ministerio. Uno de los lores concluyó el suyo diciendo: *Si en la guerra que veremos emprender somos superiores, ¿qué vamos á ganar? nada. Y si somos vencidos, ¿qué aventuramos? todo*. Verdad es que estos discursos no quedaron sin contestacion, y que el gobierno alcanzó gran mayoría, si bien diez y ocho individuos firmaron una protesta contra la votacion hecha á favor de la corte. Otorgó, pues, el parlamento, abundantes subsidios de hombres y dinero al rey. La nacion en general, y especialmente la ciudad de Londres, hicieron espontáneamente sacrificios extraordinarios, y el rey dió un banquete á la municipalidad en que se gastaron mil quinientas libras esterlinas (3). Enviáronse á Gibraltar naves con regimientos y abundancia de vituallas, y se tomaron medidas para defender las costas de una invasion. Se despidió bruscamente al embajador del Imperio conde de Palus. Holanda, Suecia y Dinamarca ratificaron su adhesion al tratado de Hannover; se formó un ejército francés en la frontera de Alemania, y la muerte de Catalina I de Rusia privó al Imperio y á España de un apoyo poderoso en el Norte de Europa. Mas no obstante, el emperador tomó medidas para la seguridad de los Países Bajos, y destinó dos ejércitos, uno al Rhin y otro á Italia, mandados, el primero por el príncipe Eugenio, el segundo por el conde Guido de Staremberg, figurando en las listas de las tropas imperiales hasta doscientos mil hombres entre infantería, caballería y demás armas. Prusia andaba todavía vacilante, si bien algunos príncipes alemanes ofrecieron sus contingentes al Imperio.

Entre tanto las tropas españolas en número de veintinueve batallones, que compendrian unos doce mil hombres, se aproximaron á la plaza de Gibraltar y acamparon á su vista (30 de enero, 1727). Comenzaron luego las operaciones de sitio, y el 22 de febrero se abrió la primera brecha, con cuyo motivo mediaron algunas contestaciones entre el gobernador Clayton y el general español conde de las Torres. Los navíos ingleses se pusieron fuera del tiro de las baterías españolas: cuatro naves francesas que estaban en la bahía se retiraron. Un cuerpo de dos mil españoles llegó á situarse bajo el cañon de la plaza, mas no pudo sostenerse á causa del fuego de la flota

(2) Comunicaciones y memorias de Walpole.—Sin embargo el continuador español del marqués de San Felipe dice todo lo contrario, como veremos luego.

(3) «La alegría de los convidados, añade un escritor de aquel tiempo, celebrando esta fiesta, fué tan completa que se agotaron mil y doscientas botellas de vino, y se tiraron al aire hasta cincuenta docenas de vasos.» —En las historias de Inglaterra se dan curiosos pormenores acerca de las discusiones y de los acuerdos de las cámaras.



inglesa que se acercó á la playa de Levante. Las baterías de una y otra parte continuaron los días siguientes disparando con igual empeño y ardor, hasta que el 5 de marzo las españolas lograron apagar los fuegos de siete piezas que los enemigos tenían en el fuerte de la reina Ana. Con la noticia que llegó á Madrid de estos sucesos el caballero Stanhope pidió sus pasaportes, y el marqués de la Paz se los expidió (11 de marzo), partiendo en consecuencia aquel embajador con toda su familia por Bayona y París.

Proseguía con empeño el sitio de Gibraltar, á pesar de las lluvias y los vientos, que solían deshacer algunas obras. Entre las diferentes baterías de los españoles las había de veinte piezas. Grande era también el fuego que se hacía de la plaza, y tan frecuente que esto mismo fué causa de que se les inutilizaran á los enemigos porción de cañones por no lavarlos. Las noticias que á este tiempo se recibían de la escuadra inglesa de las Indias tampoco eran favorables á aquella nación. Las enfermedades iban menguando considerablemente la tripulación: la *espuma*, especie de carcinoma que abunda en aquellos mares, destruía de tal manera las embarcaciones, que el almirante avisó que no podía permanecer en aquellas aguas, y que necesitaba volver á Inglaterra para carenar los leños. Al fin la flota se retiró á la Jamaica, y para mayor infortunio suyo murió el almirante Hossier, cabiendo la misma suerte á dos comandantes que le sucedieron. Con esto la armada española tomó la vuelta de España, y aunque la dispersó una borrasca terrible arribaron á Cádiz los generales don Antonio Castañeta y don Antonio Serrano con dos navíos de sesenta cañones cada uno, en que venía la mitad del tesoro que había estado allá detenido. A los pocos días entró también en el puerto de la Coruña el otro jefe de escuadra don Rodrigo de Torres con cinco navíos de guerra y tres mercantes, trayendo la otra mitad del tesoro. El cargamento todo de esta flotilla se valuaba en diez y ocho millones, quince en oro y plata y tres en mercaderías. Celebró el rey don Felipe este feliz suceso con una fiesta religiosa en el templo de Atocha, en que se cantó el *Te-Deum*. Recompensó á Castañeta, haciéndole merced de una pension de dos mil quinientos ducados anuales, y á Serrano promoviendo á teniente general de marina. En la corte de Londres causó gran pesadumbre, y el pueblo se llenó de confusión y de recelos (1). Recibióse también á este tiempo otra buena nueva, la de haber levantado definitivamente los moros el sitio de Ceuta, después de veinticuatro años de hostilidades contra aquella plaza (2).

En medio de la alegría de estas prosperidades veíase que el sitio de Gibraltar, lejos de dar un pronto resultado, como el conde de las Torres tantas veces había prometido, estaba ocasionando padecimientos y bajas en el ejército por temporales y enfermedades, y presentaba síntomas de ser tan desgraciado y tan inútil como el de 1705, especialmente después de haber logrado penetrar en la plaza fuertes socorros de Inglaterra. Quejábanse ya los generales al ministro de la Guerra, marqués de Castelar, del estado infeliz en que se hallaban las tropas, y de la obcecación del conde de las Torres en persistir en una empresa que no había de dar otro fruto que sacrificios inútiles, como entonces los jefes se habían quejado de la temeridad del marqués de Villadarias. Pero ahora el de las Torres, como entonces el de Villadarias, no cesaba de dar al rey lisonjeras seguridades de un pronto triunfo y de un feliz éxito. Entre otros quiméricos proyectos que concibió aquel general fué uno el de minar el famoso peñón para hacerle saltar y que sepultara la población bajo sus ruinas, «último recurso, dice un escritor español de aquel tiempo, de la imaginación guerrera del conde de las Torres, y que no sirvió sino para renovarnos la memoria de la Caverna de Montesinos.» Así es que los ingleses, conocedores de lo absurdo de semejante designio, dejaban trabajar en la mina sin inquietarse por ello.

La guerra comenzada entre Inglaterra y España con el sitio

de Gibraltar amenazaba extenderse á toda Europa, y envolver á todas las potencias, comprometidas unas por la alianza de Viena, otras por la de Hannover. En el Norte, en el Centro y en el Mediodía se habían hecho aprestos bélicos imponentes; y sin embargo, en el fondo los príncipes y Estados que no tenían un interés directo en las pretensiones del emperador y del rey de España temían una guerra que podía producir una general devastación y deseaban la paz. Ya hemos indicado con cuánto interés habían trabajado para evitar la guerra los legados de Su Santidad en las cortes de Viena, de París y de Madrid. Lo que importaba á la Holanda era la abolición de la Compañía de Ostende por perjudicial á su comercio, pero ni ella ni otras potencias favorecían con mucho gusto una guerra contra la casa de Austria que pudiera destruir el equilibrio europeo, y entre los hombres de Estado de la misma Inglaterra predominaba este pensamiento del equilibrio de Europa; tanto que al diplomático Horacio Walpole por su apego á esta idea le daban el apodo de *el Doctor Equilibrio* (3). Al fin el rey de Francia, ó mas bien su primer ministro el cardenal Fleury, que deseaba mantenerse en el puesto que ocupaba, se decidió á ofrecer su mediación al emperador, y el duque de Richelieu, embajador de Francia en Viena, hizo las primeras indicaciones, que fueron acogidas aun mejor de lo que se esperaba; y es que Carlos VI veía ya con disgusto los compromisos en que le envolvía el empeño en sostener la Compañía de Ostende, y la ninguna esperanza de vencer en este punto la inflexibilidad de las potencias marítimas. Una vez iniciadas las conferencias, tratóse ya el punto con los embajadores de las demás naciones, y después de presentarse varios proyectos, y después de las impugnaciones, de los debates y de las modificaciones que son casi indispensables en tales casos, conviniéronse al fin ciertos artículos preliminares que el emperador aceptó (21 de mayo, 1727), y que llevados á París fueron firmados á los pocos días (31 de mayo), acordándose celebrar para el tratado definitivo un congreso, para el cual se señaló primeramente la ciudad de Aquisgran, después la de Cambray, y por último la de Soissons.

Estos preliminares, que firmaron el barón de Fonseca, el conde Morville, Horacio Walpole y Guillermo Borrel, ministros de Austria, Francia, Inglaterra y Holanda, contenían por principales bases, que cesarian inmediatamente las hostilidades, que se suspendería por siete años la Compañía de Ostende, y que el Congreso de la paz se reuniría en el término de cuatro meses (4). Hubo alguna dificultad en la corte de Madrid, donde sorprendió la noticia de este suceso. Celebráronse algunas reuniones de embajadores y ministros, pero al fin el rey, que se hallaba en aquellos días enfermo, cedió en obsequio de la paz, y dió su aprobación á los preliminares (19 de junio), pasando inmediatamente las órdenes oportunas á Gibraltar para que se suspendiesen las hostilidades, como así se ejecutó por medio de un convenio entre el gobernador de la plaza y el conde de las Torres. De esta manera concluyó el segundo sitio de Gibraltar, tan ruidoso y casi tan funesto como el primero, pues al cabo de cerca de cinco meses la tropa padeció en extremo, la artillería quedó inservible, y el conde de las Torres no dió mas ventajoso resultado de su imprudente empresa que el que había dado en otro tiempo el marqués de Villadarias (5).

No alcanzó el rey Jorge I de Inglaterra á disfrutar del resultado de esta negociación, por la cual recibía muchos plácemes, pues habiendo partido, luego de firmados los preliminares, á sus Estados de Alemania, sorprendióle la muerte en Osnabruck (22 de junio, 1727), en la misma morada, dicen, en que había nacido en 1660. A los cuatro días de su fallecimiento fué proclamado en Londres rey de la Gran Bretaña su hijo con el nombre de Jorge II.

La circunstancia de haber dado felizmente á luz la reina de España otro infante (25 de julio, 1727), á quien se puso

(1) Belando, Hist. civil, part. IV, caps. 78 y 79.—Memorias de Campo-Raso, tom. I.

(2) Motivó esta resolución la muerte del rey de Mequinez Muley Ismael, y las disensiones suscitadas entre los muchos hijos que dejó.

(3) Historia de Inglaterra: Reinado de Jorge I.

(4) Eran doce artículos: Belando en la parte IV de su Historia civil inserta el texto latino.

(5) Belando, Historia civil, part. IV, caps. 81 á 83.—Campo-Raso, Memorias militares y políticas, ad ann.



por nombre Luis, pareció buena ocasion al rey de Francia, cuya salud se iba mejorando y robusteciendo visiblemente contra todos los cálculos, para dirigir una carta de parabien al rey de España su tío. Recibió y leyó Felipe con particular complacencia esta carta, y declaró públicamente quedar hecha la reconciliacion. En su virtud, y no siendo ya necesaria la presencia del abad de Montgon en Paris, fué otra vez llamado á España, donde vino al cabo de algun tiempo, quedando muy satisfechos los reyes, dice un escritor español contemporáneo, de la habilidad con que supo manejarse en la delicada comision que le habian confiado, y tan agradecidos que le hubieran, añade, elevado al ministerio á no haberse opuesto á ello decididamente sus émulo y enemigos en España, y en union con ellos el cardenal de Fleury, que conocia y temia su sagacidad y talento (1).

Faltaba solo vencer los reparos y dificultades que ponía el monarca español para la ratificacion de los preliminares, que hasta entonces no habia hecho sino aceptar, y era lo que retardaba la conclusion de la paz que ya todos apetecian. A este fin vinieron á Madrid los embajadores de Inglaterra y de Francia, Keene y Rotembourg, que con los de Holanda y el Imperio, Wander-Meer y Koningseg, celebraron varias conferencias con el marqués de la Paz. Mostrábase fuerte la corte de España, y la principal repugnancia del rey don Felipe consistía en restituir las presas hechas por la flotilla española de las Indias, y principalmente en la del famoso navío inglés *Príncipe Federico* cogido en Veracruz, al menos mientras los ingleses no evacuaran la isla de la Providencia, y no demolieran las fortalezas construidas en la costa de la Florida, y todo lo existente en las partes del Nuevo Mundo, donde ni Inglaterra ni otra nacion alguna podia introducirse. Sin embargo, estas dificultades se hubieran zanjado mas pronto sin las condescendencias del embajador de Francia, que parecia haberse propuesto contemporizar con todos y entretener la negociacion, dando motivo á sospechar que tenia un interés personal en prolongar su embajada; pero apretado por los de las demás potencias, y por el mismo cardenal Fleury á quien se dirigian las quejas y reclamaciones, convínose en que el conde de Rotembourg escribiría un papel al marqués de la Paz que contendría la manera de llegar al término de este negocio, y que el ministro español le respondería en otro expresando la voluntad de su soberano. Así se verificó: y el marqués de la Paz, en nota de 3 de diciembre (1727), ofreció en nombre del rey Católico: 1.º retirar sin dilacion y enviar á cuarteles las tropas de Gibraltar, quedando las cosas conforme al tratado de Utrecht; 2.º dar orden para que se entregara á la compañía del Sur el navío *Príncipe Federico*, y dejar á los ingleses el libre comercio de las Indias, con arreglo al tratado del Asiento, y á los artículos 2.º y 3.º de los preliminares; 3.º hacer entregar inmediatamente á los interesados los efectos de la flotilla, como en tiempo de plena paz.

(1) Este juicio del autor de las Memorias políticas y militares para servir de continuacion á los Comentarios del marqués de San Felipe, acerca del desempeño y conducta del abad de Montgon en la comision que llevó á Francia, está, como el lector habrá observado, en abierta contradiccion con lo que de él nos ha dicho antes el historiador inglés del reinado de los Borbones en España, que nos le ha representado ligero, crédulo, indiscreto y torpe en el desempeño de su cometido. ¿Cuál de ellos le habrá juzgado con mas acierto y verdad? El inglés Coxe se conoce haber fundado su juicio sobre las Memorias de Walpole, embajador de su nacion en Paris, cuya influencia y cuyos planes precisamente iba encargado de combatir el abate francés, y por lo mismo no es maravilla tratara sin indulgencia á quien llevaba el plan de separar la Francia de la amistad de Inglaterra, y de reconciliar al monarca francés con el español, como al fin se consiguió. El español Campo-Raso no tenía estos motivos de prevencion contra el negociador eclesiástico, y por otra parte acredita estar muy á fondo informado de la marcha de todos los negocios y accidentes políticos de su tiempo.

Lo cierto fué que el abad de Montgon tuvo muchos enemigos en Francia y en España, los cuales lograron entibiar la estimacion en que el rey le tenía, hasta que consiguieron alejarle de Madrid. Entonces se fué á Portugal, con motivo de las relaciones que tenía con el infante don Manuel. Allí estuvo dos ó tres meses, hasta que sus émulo le obligaron también á retirarse de aquel reino. Volvióse á Francia su patria, donde no le fué mas propicia la fortuna, pues molestado y perseguido por el cardenal de Fleury, se vió al fin obligado á refugiarse en Roma.

Todavía no satisfizo esta respuesta á los embajadores de Inglaterra y de Holanda, y muy especialmente al primero, por alguna diferencia que habia entre una cláusula de las proposiciones del marqués de la Paz y las presentadas á nombre de S. M. B. Con tal motivo envió Keene un correo extraordinario á Londres; Wander-Meer significó que haría lo mismo á los Estados generales. Hubo, pues, nuevas quejas de unas á otras potencias, y nuevas pláticas entre los embajadores que residían en Madrid. Inglaterra aumentaba sus armamentos navales; despachóse á las Indias al contralmirante Hopson, y el almirante Wager cruzaba la costa de España. Jorge II de Inglaterra interesaba á Luis XV á que hiciera que el monarca español pusiera el *ultimatum* á los preliminares. Felipe V continuaba enfermo é hipocondriaco, y la reina era la que lo hacía y despachaba todo con el marqués de la Paz. A ellos se dirigió el embajador francés conde de Rotembourg, y en vista de sus reflexiones, y temiendo la reina y el marqués de la Paz las consecuencias de entorpecer por mas tiempo la conclusion de un negocio en que tantas potencias estaban interesadas, condescendieron en que se hiciera una nueva convencion, y se firmó en el Pardo (6 de marzo, 1728) el acta de la ratificacion definitiva de los preliminares (2), que suscribieron los ministros de España, Austria, Francia, Inglaterra y Holanda, quedando todo lo demás para arreglarse en el futuro congreso. Las tropas se retiraron de Gibraltar: aquietáronse las naciones, y esperábase todo de lo que se estipulara solemnemente en la asamblea de Soissons (3).

## CAPITULO XVIII

### Tratado de Sevilla.—El infante don Carlos en Italia

DE 1728 Á 1732

Congreso de Soissons.—Plenipotenciarios que asistieron.—Pretensiones de España desatendidas.—Proposicion del cardenal Fleury.—Languidez y esterilidad de las sesiones y conferencias.—Disuélvese sin resolver definitivamente ninguna cuestion.—Intenta Felipe V hacer segunda abdicacion de la corona.—Cómo se frustró su designio.—Melancolía y enfermedad del rey.—Influjo y poder de la reina.—Dobles matrimonios de príncipes y princesas de España y Portugal.—Viaje de los reyes á Extremadura y Andalucía.—Planes y proyectos de la reina: nuevas negociaciones.—Célebre tratado de Sevilla entre Inglaterra, Francia y España.—Artículo concerniente al envío de tropas españolas á Italia.—Quejas del emperador.—Armamentos navales en Barcelona.—Inacion de las potencias signatarias del tratado de Sevilla.—Esfuerzos de la reina Isabel.—El cardenal Fleury.—Ultimatum al emperador.—Respuestas y notas.—Impaciencia de los monarcas españoles.—Ocupacion de Italia por ochenta mil imperiales.—Situacion alarmante de Europa.—Mediacion del rey de Inglaterra.—La acepta la reina Isabel.—Tratado de Viena entre el emperador y el rey de la Gran Bretaña.—Declaracion de los reyes de España é Inglaterra.—Se concierta la ida de tropas españolas y del infante don Carlos á Parma.—Convenio con el gran duque de Toscana.—Expedicion de la escuadra anglo-española.—Viaje de don Carlos á Toscana y Parma.—Toma posesion de aquellos ducados.—Protesta del pontífice.

Por consecuencia de lo estipulado en los preliminares de la paz firmada por los representantes de las cinco potencias, se

(2) El acta del Pardo contenía los siguientes artículos:

1.º Se levantará inmediatamente el bloqueo de Gibraltar: las tropas volverán á sus cuarteles: se retirará la artillería: se demolerán las trincheras y demás obras de sitio: volverá todo por ambas partes al estado prescrito por el tratado de Utrecht.

2.º Se enviarán sin dilacion órdenes claras y terminantes para entregar el navío *Príncipe Federico* y su carga á los agentes de la Compañía del Sur, que le enviarán á Europa cuando lo juzguen oportuno: los ingleses seguirán disfrutando el libre comercio de las Indias occidentales conforme al tratado del Asiento, confirmado por los artículos 2.º y 3.º de los preliminares.

3.º Se restituirá inmediatamente á los interesados los efectos de la flota, y asimismo los de los galeones, cuando hayan regresado á Europa, como en tiempo libre y de paz, conforme al artículo 5.º de los preliminares.

4.º S. M. C. se obliga, del mismo modo que lo ha hecho S. M. B., á observar cuanto se arregle y establezca (por lo concerniente á las presas hechas de la una á la otra corona, así como respecto al navío *Príncipe Federico*) en el futuro congreso.—Siguen las firmas, que se pusieron en los dias 4, 5 y 6 de marzo.

(3) Belando, Hist. civil, part. IV, caps. 81 á 84.—Campo-Raso, Me-



abrió el 14 de junio (1728) el congreso de Soissons con asistencia de los embajadores de aquellos mismos Estados, los de Suecia, Dinamarca, Polonia, Lorena, el Palatinado, y hasta del czar Pedro II de Rusia, que había sucedido á Catalina I. Concurrieron como plenipotenciarios de España el duque de Bournonville, embajador que había sido en Viena, el marqués de Santa Cruz de Marcenado don Alvaro de Navia Osorio, y don Joaquín de Barrenechea, mayordomo de semana de la reina. También asistió, acaso como consultor, don Melchor de Macanaz (1). Esperábase que este congreso pondría término á las disputas que traían hacia tantos años agitada la Europa. Mas estas esperanzas se fueron pronto desvaneciendo, según veremos, al modo que había acontecido con las que se fundaron en el congreso de Cambray.

Vióse por una parte al emperador observar para con España una conducta diferente de la que esta nación debía prometerse de la alianza de Viena. Interesado otra vez en suscitar obstáculos á la sucesión del infante don Carlos á los ducados de Parma, Plasencia y Toscana, había conseguido que el duque Antonio Farnesio de Parma se decidiera á casarse, como lo ejecutó tomando por esposa á la princesa de Módena. Había igualmente intrigado con el gran duque de Toscana, al propio efecto de dilatar ó entorpecer la cuestión del príncipe español, lo cual obligó á la corte de Madrid á enviar á aquellos Estados al marqués de Monteleón, que estaba de embajador en Venecia, para que observara los pasos y manejos de la corte imperial. Véase pues cuán lejos estaba el austriaco, á pesar de su reciente amistad con España, de cumplir uno de los principales artículos del tratado de la cuádruple alianza, y una de las mas esenciales condiciones de la paz de Viena.

Por otra parte desde las primeras sesiones del congreso de Soissons comenzó á notar cuán poco dispuestos iban los ministros de Inglaterra á atender á las reclamaciones que hicieron los de España sobre resarcimiento de daños hechos á los galeones españoles por la escuadra inglesa de Indias, y sobre la restitución de Gibraltar, conforme al ofrecimiento de su soberano. Y aunque los demás plenipotenciarios parecían reconocer la justicia de la reclamación, y los de Francia mostraban interés en reanudar su amistad con España, el cardenal Fleury, que la tenía íntima y muy antigua con Walpole, propuso, acaso por no disgustarle, que mas adelante se vería el medio de arreglar esta cuestión, con lo que logró ir la difiriendo indefinidamente. No se adelantaba mas en lo respectivo á la Compañía de Ostende, y en los demás artículos de los preliminares, cuya solución se había aplazado para este congreso. Reducíase todo á cambiarse notas y memorias, sin llegar nunca á una decisión, y pasábase el tiempo en meras formalidades, como había sucedido en el de Cambray, y puede decirse que el único monumento que existe de aquella famosa asamblea es un bello reglamento de policía que hizo. El cardenal de Fleury, alma y como el oráculo de ella, embarazado para responder á tantas cuestiones y dificultades, resolvió volverse á París, desde donde se entendía con los demás plenipotenciarios, que iban y venían; mas como de estas conferencias no resultase sino nueva oscuridad y confusión, otros ministros se retiraron también á sus respectivas cortes sin haberse ocupado formalmente en otra cosa que en disponer banquetes y alquilar casas de campo. En su virtud, y no queriendo el cardenal renunciar á su papel de mediador, y no

memorias políticas y militares, A. 1726, 1727.—Cartas de Rotembourgh á Chauvelin.—De Keene á Newcastle.—Papeles de Walpole.—William Coxe en los capítulos 38 y 39 de su *España bajo los Borbones*, copia, como de costumbre, varias cartas de los embajadores, en que se dan noticias minuciosas de las entrevistas y conversaciones que tuvieron con la reina, con el de la Paz, y ellos entre sí. Son curiosas, por la parte característica de estos personajes que ayudan á conocer.

(1) De esta circunstancia, que ningún historiador menciona, nos informa el mismo Macanaz en otro tomo de *Memorias manuscritas* (400 páginas en folio), titulado *Memorias políticas, históricas y gubernativas de España y Francia*, diferentes de todas las demás *Memorias* hasta ahora citadas, diciendo: «Esto se había de hacer sin que el marqués de Santa Cruz de Marcenado, don Joaquín de Barrenechea y yo, que éramos los españoles que allí nos hallábamos, pudiésemos entender lo que trataban» —Y mas adelante: «Y como la corte se volvió á Versalles, y yo me vine á París, me enviaron los puntos sobre los cuales trabajaban.» Pág. 222 v.

hallando medio de llegar á concluir un tratado de paz general, propuso que todas las potencias guardaran una tregua de catorce años, quedando en la situación pacífica en que las habían puesto los preliminares.

Oponíase á esto la España, pretendiendo que se variasen algunos artículos, sustituyendo en su lugar uno, en que se le permitiera guarnecer inmediatamente con tropas españolas los Estados de Parma y Toscana, con arreglo al tratado secreto de Madrid de 1721 con Francia é Inglaterra. Resistían esto los ministros imperiales, no reconociendo tal artículo secreto, que decían ignorar su mismo soberano, mucho mas cuando ya el emperador, de acuerdo con el duque de Bournonville, había tomado, decían, las medidas conducentes á asegurar al infante don Carlos aquellos Estados de Italia, y que era además contrario al artículo 5.º de la cuádruple alianza. Otros puntos estaban suscitando iguales ó parecidas disputas y dificultades. Y viendo la corte de España aquellas dilaciones, y que todo se reducía á sucederse continuamente unos á otros proyectos, y que el duque de Bournonville, á invitación del cardenal Fleury, estaba siempre prometiendo satisfacer á SS. MM. CC., diéronle estos reyes orden para que viniese él mismo á explicar y desenredar personalmente aquellos misterios, puesto que en aquellos tratos se había cuidado de no dar participación á los demás plenipotenciarios españoles.

Extraña asamblea fué esta por cierto. Mientras unos ministros permanecían en Soissons, otros conferenciaban con el anciano cardenal Fleury en París ó en Compiègne, y algunos se habían retirado á sus cortes. De los de España, Bournonville vino á Madrid, como hemos dicho, llamado por los reyes; Santa Cruz y Barrenechea proseguían en Soissons, y desde allí consultaban todos los puntos con Macanaz, que se volvió también á París (2). De esta manera permaneció el congreso, ni bien abierto ni bien cerrado, hasta mayo de 1729; por último se trasladaron todos los plenipotenciarios á París, donde subsistieron hasta setiembre de 1730, pero sin que de tales reuniones ni de tal aparato resultara nada decisivo (3).

Una de las causas que contribuyeron á hacer lánguidas, y por último infructuosas las conferencias de este congreso, por lo menos en lo relativo á España, fué la novedad que entre tanto ocurrió en el palacio de Madrid. El rey don Felipe, enfermo y melancólico, disgustado del poder, atormentado de escrúpulos, ó porque creyera no poder llenar cumplidamente los deberes de la dignidad real, ó conservando su afición á la vida retirada que una vez había experimentado, meditaba cómo hacer una segunda abdicación y recogerse en su querida granja de San Ildefonso, sin que lo supiera la reina para que no le contrariara la resolución. Hasta pensó en salirse ocultamente de palacio para poderlo ejecutar, mas como la reina apenas se separara nunca de su lado, tuvo que aprovechar una ocasión en que esta princesa se había retirado á descansar en su aposento, para escribir de su puño un decreto renunciando otra vez la corona, y mandando al Consejo de Castilla que reconociera al príncipe don Fernando y le hiciera proclamar en Madrid como rey de España. Cuando volvió la reina al cuarto de su esposo, creyendo Felipe que ya el decreto

(2) Macanaz, en sus *Memorias manuscritas*, nos informa de todos los puntos que se trataban y eran los siguientes:

1.º Obligaciones contraídas por Inglaterra y Francia respecto á la restitución de Gibraltar é infracciones de aquellas potencias acerca de lo estipulado.

2.º Que de no cumplir Inglaterra estas obligaciones, quedaba España relevada de las concesiones hechas á aquella nación para su comercio en Indias.

3.º Infracciones y abusos de los ingleses en su comercio y asiento de negros.

4.º Terrenos que los ingleses habían usurpado en las Indias españolas.

5.º Que las promesas de los soberanos hechas por cartas y aun de palabra, obligaban como las de los tratados formales.

6.º Perjuicio que á toda Europa causaba el asiento de negros.

En las referidas *Memorias* pueden verse los trabajos que ya tenía hechos Macanaz sobre alguno de estos puntos. Págs. 223 á 248.

(3) Belando, *Historia civil*, part. IV, c. 83.—Campo-Raso, *Memorias políticas*, ad ann.—*Memorias* de Walpole.—*Historias* de Alemania, de Francia, de Inglaterra, etc.



estaría entregado al presidente del Consejo, descubrióle lo que acababa de ejecutar, añadiendo que esperaba lo tomaría á bien, porque así lo quería la Providencia para su mayor gloria. Sorprendida la reina, pero comprendiendo lo que importaba aprovechar el tiempo para impedir, si se podía, los efectos de tan extraña determinación, despachó inmediatamente al marqués de la Roche á casa del arzobispo de Valencia, presidente de Castilla, á recoger el documento, si por acaso no hubiera todavía circulado. Por fortuna el arzobispo había sido bastante previsor para diferir la presentación del decreto al Consejo, y el marqués de la Roche llegó todavía en los momentos que el tribunal iba á reunirse para la ceremonia de la proclamación. El papel fué recogido, la reina le inutilizó, y no se habló mas del asunto sino para combatir los escrúpulos del rey y precaver que volviera á caer en tal tentación, y para desterrar de la corte al portador del documento, demasiado activo en ejecutar órdenes tan contrarias al bien público.

El rey sin embargo continuó haciendo una vida retraída y aislada, dominado de la melancolía, y sin comunicarse mas que con la reina, y en los casos necesarios con los ministros y los médicos. Con este motivo la reina era la que manejaba los asuntos del gobierno, y con quien se entendían los ministros y embajadores, daba audiencias, y era el único conducto de comunicación con el rey, de cuya estampilla usaba ella misma para la autorización de los instrumentos. Al influjo, pues, que por estas circunstancias ejercía la reina Isabel debe atribuirse el giro que tomó la política española en el congreso de Soissons. Solamente salió Felipe de aquel aislamiento y de aquel indiferentismo, cuando supo que su sobrino el rey Luis XV de Francia se hallaba atacado de las viruelas (octubre, 1728), por cuya causa se interrumpió la comunicación entre ambas cortes, y como no se recibían noticias de Francia, dábale ya por muerto aquel soberano. Renováronse entonces los pensamientos de sucesión á aquella corona, y mediaron entre el rey y la reina pláticas acaloradas sobre lo que convendría hacer luego que se supiera el fallecimiento. Pero esta vez, como tantas otras, frustró el restablecimiento de Luis XV todos los planes de los que aspiraban á sucederle (1).

Luego que los monarcas españoles perdieron la esperanza, alimentada por el barón de Riperdá, de casar dos de sus hijos con dos archiduquesas de Austria, oyeron con gusto las proposiciones de don Juan V de Portugal para efectuar un doble enlace, del príncipe de Asturias don Fernando con la infanta portuguesa María Bárbara de Braganza, y del príncipe del Brasil con la infanta española María Ana Victoria, la que estuvo para casarse con Luis XV y había sido devuelta de Francia. Interesaba á la corte de Madrid separar de las potencias marítimas un aliado tan importante como el rey de Portugal, y los matrimonios quedaron concertados. Pero iba mas de un año que se andaba difiriendo la ejecución con varios pretextos, y principalmente con las enfermedades del rey don Felipe, y hay quien dice también si por voces que corrieron de proyectos de casar la infanta de España con el czar Pedro II de Rusia, fundadas en los obsequios y distinciones que aquel emperador estaba dispensando al embajador de España en la corte de Moscow, duque de Liria. Todo esto se desvaneció al saber que los matrimonios portugueses se iban ya á realizar sin dilación, como que se señaló el 7 de enero (1729) para la entrega mutua de los príncipes y princesas en la raya de ambos reinos. Aquel invierno fué crudísimo, y sin embargo no se suspendió el proyecto, como todo el mundo recelaba, antes bien no se omitió nada de cuanto podía hacer pomposa y magnífica la ceremonia nupcial. Había de hacerse á orillas del Caya, en cuyo río se mandó construir un puente que había de servir de límite á ambos reinos, y en medio una casita para las entregas.

Faltó poco para que una cuestión insignificante, como era

la de complacer á los monarcas portugueses en diferir la ceremonia dos días á causa de no tener concluidos sus preparativos, produjera una grave desavenencia entre los soberanos de uno y otro reino. Al fin se arregló aquella pequeña discordia, y partiendo toda la familia real de España de Badajoz, donde estaban esperando con los embajadores y una brillante comitiva, los monarcas, príncipes y magnates de Portugal de Yelves, entraron á un tiempo en la sala del puente de Caya (19 de enero, 1729), donde se celebraron los dobles desposorios con general satisfacción y alegría, tanto como fué mutuo y grande el pesar de la separación de los príncipes desposados cuando llegó el caso de despedirse de sus padres, y no menos el dolor que estos mostraron al desprenderse de sus hijos: la escena enterneció á todos (2).

De Extremadura prosiguieron los monarcas españoles á Andalucía, cuyo viaje tenían proyectado, con el objeto ostensible de presenciar la llegada de la flota de Indias, que consistía en diez y seis navios, y conducía el tesoro, cuyo valor ascendía, como ya hemos dicho en otra parte, á muchos millones de pesos; mas no faltó quien atribuyera el viaje á cálculo de la reina para distraer á Felipe de sus designios de abdicación. Pasaron algun tiempo entre Cádiz y la Isla de Leon, donde vieron botar al agua el navío *Hércules* de setenta cañones, el primero que se construyó en el nuevo astillero de Puntales, obra honrosa de don José Patiño; y queriendo hallarse en Sevilla para las fiestas de la Pascua de Resurrección, encamináronse á aquella ciudad, en que habían de fijar por algun tiempo su residencia, y llegaron el 10 de abril.

Las negociaciones políticas, momentáneamente suspensas durante el viaje de los reyes, volvieron á anudarse luego que llegaron á Andalucía. La Europa entera no podía permanecer ya mas tiempo en un estado que ni era de guerra, ni de tregua, ni de paz, y por lo mismo que participaba de todo era un estado indefinible, y no podía prolongarse mucho tiempo sin graves peligros para todos, porque ya era casi imposible también discernir los amigos de los enemigos. La corte de Francia no podía permanecer mas en aquella incertidumbre. Impacientaban á la de Inglaterra los perjuicios que estaba experimentando su comercio. La firmeza de la reina de España en exigir como condicion indispensable para la paz la introducción de las tropas españolas en los Estados de Italia destinados á su hijo, condicion que había que obtener del emperador, era el grande obstáculo que había que vencer. La corte de Londres, y su embajador Keene, después de meditarlo mucho, y teniendo ante todo presente las ventajas mercantiles de su nación, se allanaban á las ideas de la reina por mas que el plan fuese contrario á los intereses del emperador. En su virtud el marqués de la Paz hizo entender en nombre de la reina al conde de Königsegg, que toda vez que el emperador se negaba á consentir la introducción de las tropas españolas en Italia, SS. MM. CC. se consideraban relevadas de mantener los empeños contraídos con el César en los tratados de Viena. ¡Singular suerte la de aquellos famosos tratados! La ambición y la venganza los hicieron, y la ambición y la venganza los deshacían.

Hallábanse los reyes en el Puerto de Santa María, pasando la estación calurosa del estío, después de haber solemnizado con su real presencia en Sevilla la magnífica fiesta religiosa que se hizo para la traslación del cuerpo del santo rey don Fernando de la Capilla Real á la Mayor de la catedral (14 de mayo, 1729) con gran contento y edificación de los sevillanos, cuando recibieron la noticia de haber dado á luz la reina de Francia un príncipe, acontecimiento que llenó de júbilo aquel reino, que dirimía la cuestión de sucesión á aquella corona,

(2) El embajador inglés Keene que asistió á la ceremonia escribía al día siguiente: «Me coloqué ayer de modo que ví perfectamente la entrevista de las dos familias, y observé que la figura de la princesa (habla de la de Portugal), aunque cubierta de oro y brillantes, no agradó al príncipe, que la miraba como si creyese que le habían engañado. Su enorme boca, sus labios gruesos, sus abultados carrillos y sus ojos pequeños, no formaban para él, á lo que pareció, un conjunto agradable: lo único que tiene de bueno es la estatura y el aire noble.»—Carta de Keene al caballero La Taye.—Belandó, Historia civil, part. IV, c. 85.—Campo-Raso, Memorias, A. 1729.

(1) El caballero Keene, embajador de Inglaterra en Madrid, escribía á su corte todo lo que acerca de estas conferencias le comunicaba una persona de palacio, con toda la detención y toda la fruición de los embajadores ingleses, siempre que podían participar algo relativo á estos planes de los Borbones españoles sobre la sucesión de Francia.



que desvanecía todos los proyectos y todos los planes formados sobre el cálculo de la corta vida de Luis XV, que disipaba grandes ambiciones de una parte y grandes recelos de otra, y facilitaba los tratos pendientes entre España y Francia sobre una base mas sólida de tranquilidad para ambas monarquías.

Para activar y concluir el convenio que se negociaba entre las tres potencias, envió Jorge II de Inglaterra á Sevilla al caballero Stanhope, embajador que habia sido mucho tiempo en España y que por su buen porte gozaba de general estimación en el país. Llegó este enviado á Sevilla (25 de octubre de 1729) en ocasión que los reyes habian regresado ya á esta ciudad, y trabajó con tanto ardor en allanar los obstáculos que retardaban el cumplimiento de los deseos de la reina, que á los pocos dias quedó firmado el *Tratado de paz, union, amistad y defensa mutua entre las coronas de la Gran Bretaña, Francia y España* (9 de noviembre, 1729), en que despues de mutuas protestas de amistad y apoyo recíproco, de anularse las concesiones hechas por España al emperador en los tratados de Viena, de restablecerse sobre el antiguo pié el comercio de los ingleses en las Indias, y de estipularse que nombrarían comisarios para arreglar todo lo relativo á la restitucion de presas y reparacion de pérdidas y daños, etc., se establecía expresamente que desde luego pasarían seis mil hombres de tropas españolas á guarnecer las plazas de los ducados de Parma, Plasencia y Toscana, que servirían para asegurar la inmediata sucesión á favor del infante don Carlos, y para resistir á cualquiera empresa ú oposición que pudiera suscitarse en perjuicio de lo estipulado sobre la mencionada sucesión. Al arreglo de este asunto se consagraron cinco de los catorce artículos del convenio, lo cual demuestra el interés y el empeño que en él tenia la reina de España, y la condescendencia de los representantes de las demás naciones. Firmáronle los de Inglaterra, Francia y España, y no hallándose el de Holanda á la sazón presente, le suscribió á los pocos dias (1).

Epoca era esta tan fecunda en tratados como estéril en los frutos que de ellos deberian esperarse. Grandes se los prometia en su favor la corte española, lisonjeándose de que sus nuevos aliados concurrirían gustosos á su ejecución, como agradecidos á las ventajas que de él reportaban. Suponia que el emperador, ofendido del tratado de Sevilla, se opondría á la introducción de tropas españolas en Parma, y de aquí nacería una nueva guerra; guerra, en que contando España con el auxilio de Francia y de las potencias marítimas, no podría menos de salir gananciosa, y acaso aprovechar la ocasión para despojar al Imperio de los Estados que poseía en Italia. Pero vióse por un lado que el cardenal Fleury, á quien el emperador se quejó, como si tuviera la principal culpa y responsabilidad de la alianza de Sevilla, le contestó dándole las mayores seguridades de que no se alteraría la paz. Por otro lado en Inglaterra fué muy criticado aquel convenio, y aunque fué aprobado por mayoría en las cámaras, hicieron graves cargos al gobierno, y veinticuatro lores protestaron contra el tratado, fundados en que envolvía una manifiesta violación del de la Cuádruple Alianza, y que tendía á encender otra nueva guerra, onerosa á la nación británica. Por otra parte el embajador imperial Königsegg afectaba una indiferencia por el tratado, una estudiada impasibilidad que mortificaba y desesperaba á la reina. Y por último, aunque todos los ministros negociadores del ajuste de Sevilla fueron recompensados por sus respectivos soberanos en premio de su obra (2), aquellos mismos principes continuaban temiéndose y desconfiando mutuamente; la alianza no era mas que otra alianza

escrita; la amistad se consignó en el papel, pero no se grabó en los corazones.

Pronto se vió que el emperador no se habia asustado, como se creía. Al contrario, contento con la seguridad de ser socorrido y apoyado por la emperatriz de Rusia Ana Iwanowna, que habia sucedido á Pedro II, se adelantó á llenar de tropas los ducados de Milan y de Mantua, y los reinos de Nápoles y Sicilia, se confederó con el rey de Cerdeña, procuró interesar en su causa todo el cuerpo germánico, mandó retirar su embajador de Madrid, y se mostró resuelto á empeñarse, si era preciso, en una nueva guerra contra las potencias aliadas en Sevilla, antes de consentir en la ejecución de los artículos allí acordados referentes á los ducados de Parma y Toscana. Aquellas potencias no mostraron gran calor en llevar á cabo el acuerdo de Sevilla, por mas que en España se preparó una expedición naval que habia de partir de Barcelona, de la cual se nombró generalísimo á don Lucas Spínola, ordenándole que pasase antes á París á conferenciar con el cardenal Fleury (abril, 1730). Esperanzas muy lisonjeras dieron en París al general español. Designábase públicamente los regimientos destinados á pasar á Italia, y se decían los nombres de los generales que habian de mandarlos. Hablábase de los armamentos navales que se estaban haciendo en Londres; Spínola daba estas halagüeñas noticias á los reyes, que se habian trasladado á Granada á pasar la primavera, y tenían el proyecto de hacer el viaje á Barcelona á presenciar la partida de la armada, porque ya se figuraban estar viendo el Mediterráneo cubierto de bajeles ingleses, franceses, españoles y holandeses. Mas no tardó el Spínola en comprender que se trataba solo de entretenerle; decíanle que todo estaba aparejado y dispuesto para marchar; pero la marcha se difería con diversos pretextos: iban y venían despachos y respuestas, pero ni las tropas ni los navíos se movían. El enviado español se penetró de que al mismo tiempo que estaba siendo objeto de agasajos, distinciones y banquetes, lo estaba siendo de un solemne engaño.

Al fin concluyeron con querer persuadirle de que no era imposible que la corte de Viena, en vista de la actitud de los aliados, consintiera en la introducción de las tropas españolas en Toscana, á cuyo fin le presentaron una declaración que se habia de hacer á nombre de todos al emperador, con el pomposo título de *Ultimatum*, y que la corte de España debería quedar satisfecha de este paso, que daban movidos del celo de sus intereses. Resistió Spínola y disputó cuanto pudo, pero convencido ya de que eran infructuosas sus razones é inútiles las controversias, resolvióse á dar cuenta á Sus Majestades Católicas (mayo, 1730). Imponderable fué la indignación que semejante noticia produjo en los reyes de España; su primera impresión fué prorumpir en denuestos contra los aliados, y muy principalmente contra el cardenal de Fleury; arrepentíanse de haber enviado á Francia á Spínola, ya no se trató mas del viaje á Cataluña, y faltó poco para que rompieran enteramente los compromisos de la negociación de Sevilla. Muy de otro modo se recibió en Viena el *Ultimatum*, como que comprendió fácilmente el emperador que era un ardid diplomático de las potencias aliadas para eludir la ejecución de los empeños contraídos con los monarcas españoles, y obrando con mucha sagacidad, circunspección y sigilo; adormeciendo con elogios y confianzas al cardenal francés; halagando á Jorge II de Inglaterra con hacer depender de sus buenos oficios el éxito de este negocio; procurando ganar tiempo con respuestas, conferencias y observaciones sobre el *Ultimatum*, logró entretener desde junio hasta setiembre (1730), época que ya los aliados encontraban poco á propósito para trasportar tropas á Italia.

Impacientes los monarcas españoles, llamaron á don Lucas Spínola, á quien no pudieron detener ya en París las instancias de Fleury, y vino á Sevilla, donde habia regresado la corte desde el 23 de agosto. Agradecieronle los reyes su celo, pero no dejaron de imputarle el haber andado crédulo ó incauto. Ya no se contó con él para la expedición, y volvióse á Zaragoza á desempeñar la capitania general de Aragón que antes se le habia conferido. La reina no podia sufrir que se dilatara la expedición hasta el año siguiente, porque los con-

(1) Firmáronle por Inglaterra William Stanhope y Benjamin Keene, por Francia el marqués de Brancas, por España el marqués de la Paz y don José Patiño.—Colección de Tratados de Paz.—Belando, Historia civil, part. IV, c. 82.—Enuéntrese una copia literal de él en las Memorias políticas de Campo-Raso, Apénd. núm. VI.

(2) Al marqués de la Paz se le dió una encomienda de tres mil pesos, y una pensión de doce mil reales al año: á don José Patiño se le nombró consejero de Estado: lord Stanhope fué hecho par de la Gran Bretaña con el título de baron de Hassington, y Brancas obtuvo la grandeza de España.



siderables armamentos hechos en Barcelona, Málaga y Alicante estaban concluidos, municionadas las tropas, provistas de víveres, tiendas, pontones y demás útiles de campaña, en lo cual habían trabajado activamente los dos hermanos Castelar y Patiño, y el embarco podría ejecutarse á la primera orden de la corte. Por eso repetía sin interrupcion sus instancias á los aliados de Sevilla, quejándose de su inaccion y apatía; pero estos se disculpaban ya con lo avanzado de la estacion, y hacian además presente el peligro de la empresa, atendido el formidable ejército que el emperador había llevado ya á Italia. No carecia esta reflexion de fundamento, porque en efecto había el austriaco embocado en Italia hasta ochenta mil hombres, y tenia fortificadas y guarnecidas todas las plazas principales, lo cual era en verdad muy atendible para unas potencias que mas repugnaban que apetecian la guerra, y á las cuales por otra parte estaba halagando el emperador.

Tenaces sin embargo los reyes Católicos en llevar este asunto al término que se habían propuesto, determinaron enviar á Paris como embajador extraordinario al marqués de Castelar, encomendando entre tanto aquel ministerio á su hermano don José Patiño, que con esto y con los demás cargos que desempeñaba quedaba como de primer ministro, reducido ya el marqués de la Paz por sus achaques y otras circunstancias á una sombra del poder que antes había ejercido. Muy prevenido iba el de Castelar para tratar con el cardenal Fleury, y llevaba instrucciones para trabajar cuanto pudiera por separarle del ministerio. Pero no era fácil sorprender al astuto purpurado. Desde las primeras conferencias (octubre, 1730) se mostró muy dispuesto á apoyar al rey Católico en todos sus propósitos y á ayudar eficazmente al de Castelar en todos sus pasos y gestiones para con las potencias marítimas. Creyó el ministro español comprometer al cardenal y poner á prueba la fe de sus palabras con una Memoria que escribió y le presentó sobre la obligacion de las potencias á cumplir los empeños del tratado de Sevilla, que hacia un año estaban eludiendo. No manifestó el sagaz cardenal displicencia alguna por el contenido de la Memoria, antes bien se prestó á prohibirla y á apoyar las quejas que en ella se emitian; y con respecto al emperador, hizo que se solicitara públicamente su consentimiento á que se cumpliera lo pactado en Sevilla. Con esto el ministro español se daba por muy satisfecho, sin advertir que estaba siendo tan burlado como lo había sido Spínola. Pues mientras el cardenal entretenia de este modo al ministro y á la corte de España, las potencias marítimas renovaban secretamente su antigua correspondencia con el emperador, y el César hacia lo mismo, pero sin mostrar ardor ni interés, y excediendo á todos en cautela.

Así se pasó todo este año, sin que ni los preliminares de Paris, ni el congreso de Soissons, ni el tratado de Sevilla, ni las embajadas especiales que se enviaban mutuamente las naciones, produjeran otro resultado que una complicacion de secretas negociaciones entre todas las cortes, que mas bien parecia servir para perpetuar la desconfianza que para disipar los recelos, y que traian inquieta y alarmada toda Europa, siendo el cardenal Fleury el que principalmente sostenia este estado, consultado por todos, inspirando á todos cierto grado de confianza, pero no dando seguridad á ninguno. En este juego político, el Imperio iba ganando y la España perdiendo. Entre otras cosas minoró la influencia española la estrecha alianza del emperador de Alemania con la emperatriz Juana de Rusia, sucesora de Pedro II: tanto que tuvo el duque de Liria que retirarse de Moscow, siendo ya por lo menos inútil su estancia en aquella corte, por mas que al despedirse (11 de noviembre, 1730) le agasajara la emperatriz con una rica sortija de brillantes, y le encargara asegurarse á su soberano del placer que tendria en seguir cultivando su buena amistad. El de Liria fué destinado á Viena (diciembre, 1730), para que estuviera á la vista y diera cuenta de ciertas negociaciones ya entabladas entre las potencias marítimas y el Imperio (1).

(1) Acerca de las faces que iba tomando este negocio nos hemos servido principalmente de las Memorias políticas y militares de don José

Este ruidoso negocio tomó nueva faz á la entrada del año siguiente (1731). Creyóse oportuno que el rey de Inglaterra interpusiera su mediacion con la reina de España á fin de que insistiera en que él se encargara de vencer la repugnancia del emperador en admitir las tropas españolas en los ducados italianos sin dar participacion en estos trabajos, ni aun conocimiento de ellos al cardenal Fleury. Una y otra proposicion parecieron bien á la reina Isabel Farnesio, atendidas las circunstancias poco favorables en que se veia. Una vez de acuerdo en esto las tres cortes de Viena, Londres y Sevilla, manejáronlo tan diestra y reservadamente los respectivos embajadores en union con el marqués de Castelar que estaba en Paris, que el cardenal, confiado en que sin su intervencion nada podia llegar á concluirse, no sospechaba, con ser tan sagaz, lo que se estaba tramando. Sucedió en esto la muerte del duque de Parma Antonio Farnesio (20 de enero, 1731), é inmediatamente hizo el emperador entrar en Parma dos mil quinientos soldados alemanes, que en el acto se apoderaron de la ciudad y castillo: y casi simultáneamente guarneció tambien á Plasencia, bien que declarando que aquellas tropas iban á tomar posesion de los ducados para el infante don Carlos de España. Y aunque el papa los reclamó para sí, alegando ser feudos de la Iglesia, contra lo declarado en el tratado de la Cuádruple Alianza, el emperador con invencible firmeza envió á decir á S. S., que le rogaba no se mezclase en tales negocios, y negóse á admitir un breve pontificio que sobre ello le quiso presentar el nuncio Grimaldi (2).

La ocupacion de los ducados por las tropas imperiales obligó á la reina de España á emplear todos los medios posibles para hacer eficaz la mediacion de Inglaterra que tanto en otro tiempo hubiera repugnado. Ajustóse en efecto y se firmó en Viena (16 de marzo, 1731) un tratado entre Sus Majestades Imperial y Británica, en que comprendieron tambien á Holanda como parte contratante; cuyos principales artículos, por lo que hace á nuestro propósito, eran la ratificacion de la sucesion de la casa de Austria segun la pragmática del emperador Carlos VI (3), lo estipulado últimamente sobre la cuestion de Parma y Toscana á favor del infante don Carlos, y que dentro de dos meses guarnecerian aquellos Estados seis mil españoles (4). Ningun conocimiento tuvo el cardenal Fleury de este tratado hasta que estuvo concluido, de modo que el sagaz diplomático que hasta entonces había sido como el oráculo de las potencias, que las había entretenido á todas y sin cuya cooperacion se lisonjaba de que nada podia terminarse, se vió ahora sorprendido y burlado; sin embargo disimuló y manifestó, que toda vez que su intencion había sido siempre la misma, si los aliados estaban contentos, él lo quedaba tambien. Con todo, la voz pública le atribuyó hechos y escritos que no estaban en consonancia con esta conformidad.

Comunicado este convenio á los reyes de España que aun permanecian en Sevilla, no pudieron dejar de alegrarse, así como de agradecer al rey de Inglaterra el importante servicio que les había hecho, venciendo obstáculos que habían llegado á parecer insuperables. Allanados aquellos, era ya fácil dar una conclusion feliz á esta interesante y trabajosa negociacion. Para llegar á ella hizose una declaracion mutua entre Felipe V de España y Jorge II de Inglaterra, que firmaron en Sevilla sus respectivos ministros (6 de junio, 1730),

del Campo-Raso para servir de continuacion á los Comentarios del marqués de San Felipe, que es donde hemos hallado mas copia de noticias. —Belando dice menos en su Historia civil, y casi nada William Coxe, lo cual no deja de ser extraño, siendo tan dado este escritor á insertar documentos de correspondencia diplomática.

(2) Las palabras del emperador fueron un poco duras; y el breve volvió intacto á Roma.—Memorias políticas y militares, tomo III. Continuacion de los Comentarios.

(3) En ella se daba derecho hereditario á la hija primogénita á falta de varones.

(4) Belando, Historia civil, part. IV, c. 89.—Memorias políticas y militares, ad ann.—Bott. Storia d'Italia.—Memoria de Villars.—Idem de Montgon.—Papeles de Walpole.—Dumont, Coleccion de Tratados.—Robinson, Relacion de las negociaciones desde el congreso de Soissons hasta la conclusion del tratado de Sevilla.



por la que se obligaba S. M. Británica á introducir dentro de cinco meses, ó antes si ser pudiese, en los Estados de Parma y Toscana los seis mil hombres de tropas españolas, y poner en posesion de ellos al infante don Carlos. Conviene conocer la letra de este instrumento.

«Habiendo el rey de la Gran Bretaña hecho comunicar á Su Majestad Católica el tratado que concluyó últimamente con el emperador, y declarado que habia dado en este las mas evidentes pruebas de la sinceridad de sus intenciones en cuanto á poner en práctica el tratado de Sevilla, así en lo que mira á la efectiva introduccion de los seis mil hombres de tropas españolas (en conformidad de la disposicion de dicho tratado) en las plazas fuertes de Parma y de Toscana, como en lo que concierne á la pronta posesion del señor infante don Carlos, al tenor del artículo 5.º de la Cuádruple Alianza, sin que ni por parte del Sermo. infante ni por la de S. M. Católica sea necesario disputar, debatir ó allanar alguna dificultad, sea la que fuere, que pueda ocurrir por cualquier pretexto que pudiese haber.

»S. M. Católica declara, que con condicion de que todo cuanto se ha dicho arriba se ponga prontamente en ejecucion, quedará enteramente satisfecho; y que no obstante la declaracion que hizo en Paris el dia 28 del pasado mes de enero su embajador extraordinario marqués de Castelar, los artículos del susodicho tratado de Sevilla que directa y recíprocamente pertenecen á las dos coronas subsistirán en toda su fuerza y extension. Y los dos reyes ya mencionados prometen igualmente que harán cumplir con puntualidad las condiciones especificadas en los dichos artículos, á las cuales se empeñan y obligan por el presente instrumento. Bien entendido, que en el término de cinco meses que han de contarse desde el dia de la data de este instrumento, ó mas presto si ser pudiese, S. M. Británica hará introducir efectivamente los seis mil hombres de tropas españolas en los Estados de Parma y de Toscana, y poner al infante don Carlos en la posesion actual de los Estados de Parma y Plasencia, en conformidad del artículo 5.º de la Cuádruple Alianza y de las investiduras eventuales. Y S. M. Católica entiende y declara, que luego que se efectúe la dicha introduccion y posesion de los Estados de Parma y Plasencia, es su voluntad (sin que sea necesario otra alguna declaracion ó instrumento) que los artículos ya mencionados del tratado de Sevilla subsistan, como tambien el goce de todos los privilegios, concesiones y exenciones que en favor de la Gran Bretaña se estipularon, y están contenidos literalmente en los dichos artículos, y en los tratados anteriores entre las dos coronas, confirmados en el tratado de Sevilla, para que recíprocamente se observen y puntualmente se practiquen. En fe de lo cual nosotros los infrascriptos ministros de SS. MM. Católica y Británica firmamos esta declaracion y la sellamos con el sello de nuestras armas. Sevilla, 6 de junio de 1731.—*El marqués de la Paz.*—*Don Joseph Patiño.*—*B. Keene* (1).»

Esta declaracion, unida al convenio hecho entre las cortes de Lóndres y Viena, abria fácil paso á la reconciliacion definitiva entre el emperador y el rey de España, que de hecho existia ya; y para hacerla legal y solemne trabajaron de acuerdo el embajador inglés Robinson y el español duque de Liria, á quien se habia investido ya de este carácter. Estipulóse pues otro tratado entre los soberanos de Austria, Inglaterra y España (22 de julio, 1731), en siete artículos, que se reducian á confirmar las tres potencias juntas lo ya pactado separadamente entre ellas relativamente á la introduccion de tropas españolas y posesion de don Carlos de los ducados de Parma y Toscana (2).

Faltando ya al gran duque de Toscana (el que mas habia resistido siempre la sucesion española) la esperanza que hasta ahora habia tenido en la proteccion y apoyo del emperador, y viendo cuánto habian mudado las cosas de semblante, creyóse en la necesidad de reconocer el último tratado de Viena, y de condescender en el ajuste particular que le pro-

ponia el rey Católico, á fin de sacar el mejor partido posible para él y para su hermana la princesa Palatina. Encargóse esta negociacion al P. Salvador Ascanio, ministro de España en Florencia. Este religioso acertó á concluir una especie de pacto de familia entre el rey de España y el gran duque, comprensivo de trece artículos, de los cuales eran los principales: el reconocimiento por parte del gran duque y su hermana por sucesor suyo, á falta de sucesion varonil, del infante don Carlos, hijo de la reina Isabel Farnesio de España: el mantenimiento del gran duque, mientras viviese, en su mismo poder y soberanía, tratando el rey Católico á sus ministros del mismo modo que antes: que la electriz Palatina gozaria, todo el tiempo que sobreviviese á su hermano, el título de gran duquesa de Toscana; y que en este caso, todo el tiempo que estuviese ausente el infante don Carlos, la electriz tendria el gobierno con título de regente á nombre del mismo infante (25 de julio, 1731). Nombróse tutores del príncipe don Carlos, que todavía era menor de edad (no pudiendo tener la tutela su padre, con arreglo á un artículo de la Cuádruple Alianza), al mismo gran duque de Toscana y á la duquesa viuda de Parma, abuela de don Carlos (3).

Resueltas, tan á gusto de la reina Isabel, las cuestiones que habian retardado el cumplimiento del mas vivo de sus deseos, el de ver establecido á su hijo en los ducados de Italia, activáronse las disposiciones para el envío de las tropas. Los ingleses aprestaron una escuadra de diez y seis velas al mando del caballero Wager, la cual habia de unirse á la española, compuesta de veinticinco navíos de guerra, siete galeras y gran número de barcos de transporte, guiados los navíos por el marqués don Estéban Mari, las galeras por don Miguel Regio. La escuadra habia de llevar á bordo cerca de siete mil quinientos hombres de todas armas, á cargo del conde de Charny. Procedióse á nombrar los que habian de componer la casa y servidumbre del príncipe. Hízose su caballerizo mayor al príncipe de Corsini, sobrino del papa; nombramiento que fué tan agradable al pontífice su tío, que resolvió reconocer al infante por legitimo duque de Parma y Toscana, retirando la protesta que el cardenal Oddy habia hecho en su nombre reclamando la reversion del feudo de aquellos ducados á la Santa Sede. Nombróse al conde de San Estéban del Puerto ayo del infante y plenipotenciario de S. M. Católica en Italia; sumiller de Corps al duque de Tursis, y proveyéronse los demás cargos y empleos. Dióle el rey su padre una compañía de cien guardias de Corps mandada por el capitán Lelio Caraffa. Felipe V comprometió con habilidad y finura la generosidad del emperador escribiéndole una carta en que le decia, que enviaba su hijo á Italia, abandonándole á su cuidado, y poniéndole bajo el amparo y la custodia imperial.

Hízose pues la escuadra á la vela en el puerto de Barcelona (17 de octubre, 1731), y á los diez dias de navegacion se

(3) Ocurrió á este tiempo un curiosísimo incidente, de cuya noticia no debemos privar á nuestros lectores.

Cuando murió el duque Antonio Farnesio de Parma, era pública voz, y pasaba por cierto, que la viuda su esposa habia quedado en cinta. Si era verdad, y la duquesa Enriqueta daba á luz un varon, variaba mucho la cuestion de sucesion al ducado, por cuya razon el consejo de regencia pretendia que no se hiciera novedad en nada, hasta ver si la sucesion era ó no masculina. No faltaba, sin embargo, quien sospechara no ser cierto el estado en que se suponía á aquella señora, y aun lo negaban algunos médicos. Para desvanecer estas dudas se acordó llevar de diferentes países hasta cinco mujeres peritas, ó sea comadres, para que reconocieran á Su Alteza. Ejecutóse el reconocimiento el 29 de mayo (1731) con muchas formalidades, á presencia de los médicos de cámara y esperando en la ante-cámara el general del Imperio conde de Stampa y los ministros españoles. Las cinco mujeres declararon bajo de juramento que la duquesa estaba en cinta y muy próxima al parto, de lo cual se dió conocimiento á los ministros extranjeros, se levantó acta por ante notario y se remitió á las cortes interesadas. En la de Sevilla no se quiso dar crédito á esta especie, tomándola por invencion de los enemigos de España para perjudicar al infante don Carlos. En la de Viena tampoco se hizo atencion, y prosiguieron las negociaciones como si nada hubiera ocurrido. El tiempo justificó el juicio de la corte de España, el preñado desapareció, y el 13 de setiembre se anunció así solemnemente en el palacio ducal á los ministros extranjeros.—*Memorias políticas y militares, A. 1731.*

(1) Apéndice á las Memorias políticas, núm. VII.—Beland, Historia civil, part. IV, cap. 90.

(2) Memorias políticas, Apéndices, núm. VIII.



halló delante de Liorna. Los tres generales saltaron á tierra, y puestos de acuerdo con los ministros de España, de Inglaterra y de Toscana que los aguardaban ya, concertaron el modo de distribuir las tropas españolas por las plazas de los ducados. Inmediatamente despues pasó el general conde de Charny á Plasencia, donde prestó á nombre de todas las tropas el juramento de fidelidad al gran duque Juan Gaston, y como heredero inmediato al infante don Carlos de España, hecho lo cual comenzaron á desembarcar y acuartelarse las tropas. Entre tanto la duquesa viuda de Parma tomaba posesion de aquel ducado á nombre de su nieto, y se empezó pronto á acuñar moneda con el busto de Carlos. Las tropas imperiales se retiraron á Alemania, y las naves inglesas tomaron otra vez rumbo á los puertos británicos.

El infante, despues de despedirse tiernamente en Sevilla de sus padres y hermanos (20 de octubre, 1731), emprendió su viaje á Italia con numerosa servidumbre, siendo en todas partes recibido con demostraciones de júbilo, en que se señalaron Valencia y Barcelona. En su tránsito por Francia los gobernadores de las provincias le agasajaban y acataban, acompañándole hasta los términos de su respectiva jurisdiccion. Embarcóse en Antibes, y despues de sufrir una borrasca arribó felizmente á Liorna (27 de diciembre, 1731), donde entró al anochecer por entre arcos de triunfo y alumbrado por el resplandor de infinitas hachas, pasando despues á la catedral, en que el arzobispo de Pisa entonó un *Te-Deum* en accion de gracias por su feliz arribo despues de la pasada tormenta. Detúvose en aquella ciudad algun tiempo, á causa de haberle acometido unas viruelas, aunque benignas; y hasta bien avanzado el año siguiente no hizo su entrada en Florencia, y despues en Parma, donde las demostraciones de afecto que recibió excedieron á todo lo que podia esperarse. Solo la corte romana, despues que el pontífice parecia haberse aquietado reconociendo á Carlos como legitimo duque, renovó su protesta al dia siguiente de haber tomado posesion en nombre del infante la duquesa su abuela, con una declaracion que monseñor Oddy presentó al tribunal eclesiástico, pretendiendo que todo lo que el dia antes se habia ejecutado en el palacio ducal era ilegítimo, abusivo y nulo, siempre alegando que debian ser devueltos los ducados por título de reversion á la Santa Sede, cuya protesta no dejó de hacer alguna impresion en el pueblo, pero que no sirvió mas que para mantenerla en pié, y poderse referir á ella ó reproducirla siempre que se ofreciese ocasion para ello (1).

Así terminó sin efusion de sangre, y por lo mismo con admiracion de todos los hombres políticos, la complicada y antigua cuestion de la sucesion de los hijos de Isabel Farnesio de España á los ducados de Parma, Toscana y Florencia, objeto de los afanes de aquella reina que logró por fin ver satisfecho su anhelo, pero que estuvo muchas veces para comprometer en serios disturbios á todas las naciones y producir sangrientas guerras en Europa. No hay duda que en este sentido hizo un gran servicio el rey Jorge de Inglaterra.

(1) Belando, Hist. civil, part. IV, caps. 89 á 97.—Memorias políticas y militares, ad ann.—Robinson, Relacion de las negociaciones, etc.—Correspondencia de Keene y de Walpole.—En el apéndice á las Memorias políticas de Campo-Raso, núm. IX, se halla un estado de los navíos, galeras y tropas que salieron de Barcelona para Italia el 17 de octubre de 1731, con los nombres de los navíos, cañones que montaba cada uno, y el número de soldados de cada arma y de cada cuerpo.

## CAPITULO XIX

### Reconquista de Oran.—Don Carlos rey de Nápoles y de Sicilia

DE 1732 Á 1737

Grandes y misteriosos armamentos en los puertos y costas de España.—Expectacion y alarma pública.—Sale de Alicante una poderosa armada.—Manifiesto del rey declarando el objeto de la expedicion.—Gloriosa reconquista de Oran.—El conde de Montemar vuelve á Sevilla.—Combates en Africa para mantener las plazas de Oran y Ceuta.—Otros proyectos de la corte de España.—Quejas y reclamaciones del Imperio y de la corte de Roma sobre la conducta de Carlos en Parma y Toscana.—Oficios de Inglaterra para evitar un rompimiento.—Muerte del rey de Polonia.—Ruidosa cuestion de sucesion á aquel trono.—Anuncios de nuevos y grandes disturbios en toda Europa.—Regresa la corte de Sevilla á Madrid.—Alianza de Francia, España y Cerdeña contra Alemania y Rusia.—Neutralidad de Inglaterra y Holanda.—Ejército ruso en Varsovia.—Eleccion de dos reyes.—Ejércitos franceses, sardos y españoles, en el Rhin, en Lombardía y en Toscana.—Expedicion española á Nápoles.—El conde de Montemar.—Generalísimo el infante don Carlos.—Entrada de Carlos en Nápoles.—Es proclamado rey.—Gloriosa accion de Bitonto.—Rendicion de Gaeta.—Recuperacion de Sicilia.—El duque de Montemar.—Carlos de España rey de Nápoles y de Sicilia.—Guerra sangrienta en Lombardía y en el Rhin.—Disgusto y conducta de las potencias marítimas.—Tratos de paz entre Francia y el Imperio.—Ajuste de preliminares en Viena: artículos.—Suspension de hostilidades.—Resistencia y reparos de la corte de España.—Sentimiento de los toscanos.—Accede por último Felipe V al tratado de Viena.—Distribucion de reinos.—Contestaciones entre Carlos y el pontífice sobre el feudo de Nápoles y Sicilia.—Regreso de Montemar á España.

Aquietada con esto al parecer la Europa, sosegado el movimiento diplomático, y en tanto que en Sevilla parecia no pensarse en otra cosa que en arreglar la ejecucion de lo acordado con Inglaterra en el último convenio, por medio de comisarios tratadores que al efecto fueron por una y otra corte expresamente nombrados (bien que varios puntos hubieron de quedar sin resolucion y en suspenso por falta de conformidad entre ambas partes), observaron ó supieron las potencias con no poca sorpresa y recelo los grandes armamentos marítimos y militares que en los puertos y costas de España se estaban haciendo, especialmente en Cádiz, Alicante y Barcelona, y que á la flota que volvió de Italia y se mantenía armada, se le mandó proveer de todo lo necesario para un viaje de cuatro meses. Todos discurrían, indagaban todos y nadie acertaba á saber ni penetrar el objeto de tales aprestos, y dónde se dirigiria la empresa que sin duda se meditaba. Asustóse Génova al ver acercarse con cierto aparato á sus puertos seis navíos de guerra españoles, los cuales sin embargo no iban sino á recoger dos millones de pesos que la corte de España tenia en el barrio de San Jorge, y habian de servir para la expedicion, fuera de una cuarta parte que se envió al infante don Carlos. Alarmóse el emperador, y fué menester para tranquilizarle despachar un expreso al duque de Liria para que le asegurase que no se enderezaba la expedicion contra ninguna de las potencias aliadas.

Siguieron los preparativos, con tanta actividad y en tan grande escala, que al apuntar la primavera (abril, 1732) llegaron á reunirse en la playa de Alicante mas de seiscientas velas, cosa que causó general asombro, pues como dice un escritor de aquel tiempo, «nunca se vió el mar Mediterráneo cubierto de tanta variedad de banderas juntas.» La artillería que llevaban á bordo, además de las naves, constaba de ciento diez cañones y sesenta morteros. Juntóse para esta empresa un ejército de veintisiete mil hombres, con algunas compañías de voluntarios y gran número de aventureros, entre los cuales habia oficiales de mucha distincion, y mas de treinta títulos de Castilla. Dióse el mando de la armada al teniente general don Francisco Cornejo, el del ejército al conde de Montemar don José Carrillo de Albornoz. Se recordaban las grandes empresas navales del tiempo de Carlos V, que ninguna excedió á esta, ni en el número de vasos, ni en la magnificencia y abundancia con que iba provista (2). Ignorábase

(2) Hé aquí algunos curiosos pormenores que un escritor contemporáneo nos suministra acerca de esta grande armada. Componíase de



todavía su destino; traslucíanle pocos, para los mas permanecía misteriosamente encubierto.

Cuando todo estuvo dispuesto, y pronta la escuadra á darse á la vela, dió el rey un manifiesto (6 de junio, 1732) y envióle al Consejo de Castilla para que se publicara en Madrid, declarando que la expedición se dirigía á recobrar la plaza de Oran en la costa de Africa, que recordará el lector se habia perdido en 1708, por culpa de aquel conde de Santa Cruz que desde Cartagena se pasó al archiduque de Austria con las galeras y el dinero que se le habia dado para su socorro. El 15 de junio de 1732 sonó el cañon de leva en la playa de Alicante; todas las embarcaciones levaron anclas, y el dia siguiente comenzó á navegar la escuadra en perfecto orden y ofreciendo á la vista un magnífico y vistoso espectáculo. El 25 estaba ya á la vista de Oran, pero el temporal obligó á diferir por cuatro dias mas el desembarco, que se hizo en el paraje llamado las Aguadas, á legua y medio del castillo de Mazalquivir. Ya estaba la mayor parte del ejército en tierra, cuando se dejaron ver algunas partidas de moros, que la artillería de los barcos logró ahuyentar, y nuestras tropas persiguieron tierra adentro, dando lugar á que acabara de desembarcar toda la gente. Quisieron luego hacerse fuertes en un cerro junto á la única fuente de agua dulce que habia por aquellos parajes. Pero destacando contra ellos el general español diez y seis compañías de granaderos á las órdenes del marqués de la Mina, estos bizarros soldados sin haber tenido tiempo de descansar los fueron intrépidamente desalojando de cerro en cerro, mientras otro cuerpo de granaderos ocupaba la montaña llamada del Santo que domina el castillo de Mazalquivir. Atemorizados con esto noventa musulmanes que guarnecian el castillo le entregaron por capitulacion, pasando ellos á Mostagan. Este suceso fué para los cristianos un anuncio del éxito feliz de su principal empresa.

En efecto, la mañana siguiente, un criado del cónsul francés en Oran se presentó en el campamento español anunciando que la noche anterior las tropas infieles de la plaza, con el bey á su frente, habian abandonado la ciudad y los fuertes, retirándose con lo mas precioso de sus alhajas. El conde de Montemar envió un destacamento con objeto de que se informara de la verdad del hecho, mientras él disponia la tropa para seguirle, si era exacta la noticia. Éralo, en efecto, y el mismo cónsul salió á recibir al ejército español, que entró sin dificultad en la plaza, la cual halló desierta, así como el palacio del bey (1); pero los almacenes estaban llenos de víveres y municiones, y entre la plaza y los castillos se encontraron ciento treinta y ocho piezas de artillería, de ellas ochenta y siete de bronce, con siete morteros. Purificáronse los templos y se cantó el *Te-Deum* en celebridad de haber vuelto á tremolar en aquella ciudad las banderas cristianas (5 de julio, 1732). De esta manera y con esta facilidad volvió al dominio del monarca español aquella importante plaza africana, que desde la conquista del inmortal Cisneros habia pertenecido á la

12 navíos de guerra españoles, el que menos de 50 cañones; 2 bombardas; 7 galeras de España, mandadas por don Miguel Regio; 2 galeotas de Ibiza; 4 bergantines guarda-costas de Valencia; 109 naves de transporte; 50 fragatas; 97 saetías; 48 pinques; 20 balandras; 4 urcas; 161 tartanas; 2 polacras; 8 paquebotes; 2 gabarras; 26 galeotas, y otras 57 embarcaciones desocupadas. Se componia el ejército de 40 batallones y 24 escuadrones.

Embarcáronse 12,400 quintales de pólvora; 16,420 bombas; 56,000 granadas de mano; 80,693 balas de cañon; 1,522 quintales de balas de fusil; 8,000 cajones de cartuchos; 33,000 tacos para la artillería; 12,000 fusiles de repuesto; 200 cureñas de todos calibres; 20 carros cubiertos; 240 alventrenes; 60 carromatos baleros; 60 galeras; 40,000 faginas de á 12 pies; 20,000 de á 9 pies; 14,000 salchichones; 80,345 sacos para tierra; 20,500 instrumentos para gastadores, como son palas, picos y espuelas; 780 caballos de frisa; 150 acémilas; 422 barracas de madera; 81 hornos de campaña; 140 mulas para la artillería; 157 machos de avasto y de tiro; 36,000 fanegas de cebada; 220,000 arrobas de paja; 14,000 herraduras para caballos; 250,000 quintales de plomo; 400 vacas; 1,576 carneros; 4,000 gallinas; 1,000 camas de hospital; 2,000,000 de raciones de armada; 7,000 botas de vino; 190,000 arrobas de leña...—Belandó, Hist. civil, parte IV, c. 99.

(1) Este bey, llamado Hacen y tambien Mustafá, es el que los españoles nombraban *Bigotillos*, por los grandes bigotes que tenia. Era el mismo que se habia apoderado de Oran en 1708.

corona de Castilla por espacio de dos siglos cumplidos. El marqués de la Mina fué quien trajo á Sevilla la noticia de tan próspero suceso, y el rey mandó que en todas las iglesias de España se celebrara una fiesta religiosa en accion de gracias por el éxito feliz de la expedición.

Opinamos hoy, como entonces opinaron muchos políticos, que fué un error lamentable el no haber aprovechado ocasion tan propicia para recuperar á Argel, porque todas las circunstancias eran favorables, y medios sobaban para ello; é indicábalo la misma confusion y aturdimiento en que se puso la ciudad, segun lo avisaban los cónsules europeos, y las disposiciones que ya tomaban para retirarse los mas opulentos mercaderes. Si Carlos V en su desgraciada expedición de 1541 se hubiera hallado en tan favorable coyuntura, de cierto no habria continuado Argel en poder de los moros africanos. Ahora aquella formidable escuadra se restituyó á España (1.º de agosto, 1732), contentándose los generales con dejar diez batallones de guarnicion en Oran al mando del marqués de Santa Cruz, sin intentar otra conquista. Dase la razon de que no prevenian otra cosa las instrucciones de la corte, mas no debió parecer suficiente causa á los escritores de aquel tiempo, cuando ellos mismos añaden: «Sin duda no debió convenir por entonces, pues así Dios lo dispuso (2).» El conde de Montemar á su regreso á Sevilla (15 de agosto) recibió de manos del rey el insigne collar del Toison de oro en premio del gran servicio que acababa de hacer á su patria, é igual merced fué otorgada á don José Patiño, promovedor de la empresa.

Arrepentido el bey Hacen de la cobardía con que habia abandonado á Oran en un momento de aturdimiento y turbacion, hizo despues mil tentativas para recuperarla, y no cesó en los meses siguientes de molestar la guarnicion sin dejarla sosegar. Los españoles hacian sus salidas, y ahuyentaban las turbas de moros, mas no sin correr peligros, y en una de ellas pereció el duque de San Blas. A últimos de agosto atacó Hacen el castillo de San Andrés con doce mil hombres: esta vez fué rechazado con pérdida de mas de dos mil. Unido luego á los argelinos, intentó mas adelante la sorpresa de otro fuerte (11 de octubre), aunque sin fruto; mas como quiera que estas acometidas no cesaran de repetirse, creciendo cada dia el número y la audacia de los moros, hubo necesidad de enviar de España un refuerzo de seis navíos de guerra con cinco mil hombres. Llegaron estos en ocasion que un ejército formidable de moros tenia casi por todos lados cercada la plaza. El gobernador, celebrado consejo de guerra, y queriendo castigar el orgullo de los sarracenos, dispuso la salida de ocho mil hombres de la guarnicion. Empeñóse pues una terrible batalla, en que al principio los españoles hicieron á los mahometanos abandonar sus trincheras y posicion, y los persiguieron por espacio de legua y media haciendo en ellos gran matanza. Pero rehechos los moros al abrigo de una pequeña colina, y arremetiendo con ímpetu á los españoles, de tal modo los desordenaron que hubieran tal vez acabado con todos ellos, á no haber acudido oportunamente con el resto de la guarnicion el gobernador marqués de Santa Cruz, que rehizo á los nuestros y cambió de aspecto y de resultado la pelea, aunque con la desgracia de que pereciera el marqués con algunos bravos coroneles en lo mas recio de la accion y de que quedara cautivo el marqués de Valdecañas (noviembre, 1732). En esto acabaron de desembarcar las tropas, y dejando las mochilas y marchando á la ligera al lugar del combate, hicieron tres descargas seguidas tan á tiempo y tan certeras, que detuvieron el ímpetu de los moros y los ahuyentaron, dando lugar á los cristianos á retirarse ordenadamente, ocupando las trincheras que aquellos habian construido. Todavía á los dos dias se presentaron otra vez arrogantes delante de Oran, pero escarmentados de nuevo, y herido, á lo que se

(2) Frase textual de Belandó y de Campo-Raso.—Hist. civil, p. IV, capítulo 101.—Memorias políticas, ad ann.—William Coxe apenas hace una ligerísima indicacion de un armamento tan considerable, de una tan notable expedición y de un suceso tan importante como la reconquista de Oran. En el texto le dedica una sola línea, y solamente habla de ella en un apéndice.



dijo, el mismo bey Hacen con dos de sus mas allegados parientes, retiráronse detrás de sus montañas, y cesaron por entonces sus tentativas. Nombróse al marqués de Villadarias gobernador de la plaza de Oran en reemplazo del de Santa Cruz.

Sucedió tambien á este tiempo la intentona del rey de Marruecos para arrancar la plaza de Ceuta del dominio del monarca español, movido á esta empresa por instigaciones del famoso baron de Riperdá, que despues de haberse fugado del alcázar de Segovia, y de haber andado prófugo y errante por las naciones de Europa sin hallar en ninguna de ellas acogida ni asilo, y rechazado por todas, habia emigrado á Marruecos, y renegado de la fe cristiana y héchose musulman, segun en otra parte dejamos indicado. Allí apuntamos tambien los combates á que habia dado ocasion el sitio de Ceuta por los moros marroquíes, los refuerzos que habian ido de España, y cómo en una salida vigorosa que hicieron los cristianos destruyeron el ejército infiel, y cogieron su artillería y sus banderas, y el aventurero Riperdá logró huir con no poco trabajo y peligro á Tetuan (1). Los de Marruecos, habiendo sabido la victoria de los españoles delante de Oran, desistieron tambien de sus tentativas sobre Ceuta, y se retiraron á bastante distancia de aquella plaza (2).

Era comun opinion entre los políticos que aquel alarde de fuerza que la España acababa de hacer no tenia por solo objeto la conquista de una plaza africana, sino que era una disimulada preparacion, ó para emplear aquellos armamentos en Nápoles y Sicilia, ó para el caso en que el emperador pusiera algun obstáculo á la posesion de don Carlos de los ducados de Parma y Toscana. Y en efecto, la manera [como se dió posesion de aquellos Estados al príncipe español abrió la puerta á discordias y disturbios que se creian ya terminados. De contado, la corte de Roma que esperaba iria el infante á recibir la investidura pontificia del ducado de Parma como feudo de la Santa Sede, y que al efecto le habia enviado pasaportes y tenia preparado ya el ceremonial para ello, vió con sentimiento y con sorpresa que el infante de España, sin cuidarse de tales pasaportes, se fué derecho á Florencia, y el emperador vió con igual sorpresa y sentimiento que el senado florentino, sin cuidarse de la investidura imperial, recibió á Carlos como á heredero presunto del gran duque, y le reconoció y juró por sí gran duque de Toscana (24 de junio, 1732). Por mas que el infante enviara luego á la corte imperial al conde Salviati como plenipotenciario á solicitar del emperador la dispensa de edad y el relevo de la tutela para tomar por sí la administracion de estos Estados, el consejo áulico encontró incompetente semejante demanda, y ofendido de tal proceder el emperador, con acuerdo del consejo escribió al senado de Florencia mandándole anular todo lo actuado el 24 de junio, y á la duquesa viuda de Parma que se abstuviera de darle posesion de aquel ducado sin la investidura imperial. A pesar de esto y con arreglo á las instrucciones que recibió de la corte española, el infante pasó á Parma, y tomó posesion sin esperar el diploma del Imperio (12 de octubre), despues de lo cual volvióse á Plasencia, y ejecutó lo mismo (22 de octubre) con las acostumbradas formalidades.

Como una infraccion de los estatutos y decretos imperiales, y como un ultraje hecho á su dignidad tomó el emperador aquellos actos de posesion; y como interiormente se ale-

graba de hallar pretextos para embarazar el establecimiento de un príncipe Borbon en Italia, quejose á la Inglaterra de aquella violacion de sus derechos feudales por parte de España, y sin perjuicio de esto mandó reclutar tropas y hacer grandes armamentos y preparativos militares, como quien se prevenia otra vez para un rompimiento. Sobre esta actitud bélica le hicieron varias representaciones los ministros de España é Inglaterra, duque de Liria y Robinson, y este último especialmente interpuso á nombre de su soberano sus buenos oficios para conseguir la dispensa de edad y la investidura á favor del infante de España. El medio que proponia era que el infante pidiese al emperador el título de gran duque de Toscana; el soberano del Imperio no lo repugnaba, con tal que se sujetase la requisicion á cierto formulario, en que constara la cualidad de vasallo de la majestad cesárea que don Carlos habia de tener. Mas en tanto que en Viena se trabajaba en este sentido, presentó el conde de Montijo, embajador de España en Londres, al rey Jorge II una Memoria quejándose en nombre de la corte española de la ofensa hecha al gran duque por el modo con que pretendia el emperador obligar al senado de Florencia á obedecer los rescriptos imperiales, y sobre otros procedimientos de aquel soberano, reclamando la garantía de S. M. Británica.

Ocupábase el rey de la Gran Bretaña con incansable paciencia, en vista de las dificultades que de nuevo se presentaban, en buscar como buen mediador, una solucion que evitara el rompimiento que parecia amenazar entre la España y el Imperio, cuando la muerte de Augusto II rey de Polonia y elector de Sajonia (1.º de febrero, 1733) vino á aumentar los cuidados del monarca inglés, para ver de sosegar las turbulencias que este acaecimiento comenzó á suscitar al instante en Europa. El rey de Francia estaba interesado en restablecer en aquel trono á Estanislao su suegro: el emperador de Alemania no podia consentir en tener por vecino un príncipe tan estrechamente unido con el monarca francés: la misma Polonia se dividió pronto en bandos que hacian presagiar funestas consecuencias para aquella república: las potencias inmediatas á Polonia se agitaban: Austria, Rusia y Prusia concluyeron un tratado secreto para excluir de aquel trono á Estanislao, movida cada una por su particular interés, y todas hacian marchar numerosos cuerpos de tropas hácia aquella desgraciada nacion, que en vano protestaba contra tales procedimientos y reclamaba el derecho de elegir sus reyes. Aunque nadie dudaba del interés de la Francia por Estanislao, quiso el rey Cristianísimo, ó por lo menos aparentó querer respetar la libertad de Polonia, y en un manifesto que hizo comunicar á varias cortes, protestó contra la violencia que se intentaba hacer á los polacos, no pudiendo menos de mirarlo como un atentado y como un designio de turbar la tranquilidad de Europa. A este manifesto respondió la corte de Viena con un contra-manifiesto, volviendo en términos arrogantes al rey de Francia los cargos de violencia que á ella le hacia, suponiéndole interesado en proteger un candidato para el trono de Polonia, y declarando que su soberano no tenia que dar cuenta á nadie de la marcha de sus tropas á la Silesia. Con esto ya no vaciló el marqués de Monti, ministro de Francia, en trabajar abiertamente por el rey Estanislao, en union con una parte de aquella república, y preparó una escuadra en que hizo embarcar al marqués de Thiange figurando que era el mismo príncipe, y haciéndole dar los honores correspondientes á aquel personaje.

Al compás que se iban agriando las relaciones entre las cortes de Viena y de Versalles, estrechábase la union entre las de Versalles y de Sevilla. Continuaba esta recibiendo noticias satisfactorias de Africa. Porque si bien los moros, pasado el invierno y reforzados con algunos socorros que les envió el sultan de Constantinopla, volvieron á inquietar en número considerable la plaza de Oran y sus castillos, y hubo necesidad de enviar refuerzos de naves y de tropas, y de dar muy serios combates, el marqués de Villadarias, mas afortunado en las playas africanas que en Cádiz y en Cataluña, supo escarmentarlos y mantener con honra en Oran el pabellon español.

Con la agitacion y el movimiento que habia empezado á producir en Europa la cuestion de Polonia, la corte de Espa-

(1) Al dar cuenta de esta batalla don José del Campo-Raso, y de que entre los papeles cogidos al bajá Aly-Den se halló una carta de un mercader inglés que reclamaba se le pagasen las municiones suministradas á los moros por sus corresponsales de Inglaterra, exclama con patriótico celo: «¿Quién puede mirar sin horror una conducta tan reprensible? ¿Cómo, que sin atender á la alianza que por el tratado de Sevilla concedia tan grandes ventajas á los súbditos de la Gran Bretaña, prestasen estas fuerzas contra un monarca que acababa de hacerles tantas mercedes? ¿Cuál es el gobierno en el mundo que no reprimiria semejante abuso?»

(2) El P. Fr. Nicolás de Jesus Belando dedica á la narracion de estos sucesos de Oran y Ceuta los capítulos 102 á 107 de la parte IV de su Historia civil de España, con los cuales pone fin á su obra. Sentimos que nos falte la guia de este historiador, que en medio de sus defectos de crítica, escribió con gran copia de datos y con gran conocimiento de los hechos de este reinado, siendo por lo mismo generalmente exacto en sus narraciones.



ña, que llevaba mas de un año de residencia en Sevilla (si bien haciendo sus excursiones al Puerto de Santa María, Cádiz, Granada y Cazalla), determinó regresar á Madrid, donde habian quedado los consejos y tribunales, para estar mas á la mano del despacho de los negocios, que con fundamento se suponía habian de ser muchos y muy graves. Y el rey don Felipe que hacia muchos meses vivía en el alcázar de Sevilla tan retraído y aislado y en tanta abstracción y apartamiento de los negocios públicos como hubiera podido vivir en su amado retiro de San Ildefonso, confiado el gobierno á la reina y á Patiño, pareció salir con aquellas novedades de un profundo letargo, y volvió á encargarse del gobierno y á enterarse menudamente de todos los asuntos pendientes, pasando de improviso de la indolencia y la apatía á una actividad extremada; cuyo cambio atribuyeron los ministros extranjeros al influjo eficaz de la reina, porque así convenia á sus miras, y parecia manejar como por un resorte mágico el corazón y aun las facultades intelectuales de su marido. Partió pues, la corte de Sevilla (16 de mayo, 1733), y trasladóse en junio al Real Sitio de Aranjuez (1).

Llegaban ya con frecuencia correos de Alemania, de Francia y de Inglaterra. El monarca inglés, el que mas trabajaba por el mantenimiento de la tranquilidad europea, no alcanzaba á dirimir las disidencias producidas por los opuestos intereses que habia despertado la muerte del rey de Polonia. Y hasta la reina de España, ciega de amor maternal, tuvo tentaciones de pretender aquella corona para su hijo don Carlos, pensamiento loco, de que acertó á disuadirla el ministro Patiño (2). Este hábil ministro la distrajo de aquel temerario proyecto, presentándole otro, que como mas asequible, habia de halagar mas todavía su amor de madre, á saber, el de aprovechar la distracción de la corte y de las armas imperiales en la cuestión de Polonia, para emprender la recuperación de los reinos de Nápoles y Sicilia, estableciendo en ellos al infante don Carlos, á cuyo fin se unirían las fuerzas de España con las de Francia, puesto que esta potencia lo solicitaba con ardor, lo cual convendría emprender luego que la Francia rompiera las hostilidades con el Imperio, y abandonara el emperador la Italia para atender con sus ejércitos al Rhin. No fué menester mas que el anuncio de un plan tan lisonjero á las inclinaciones y á los deseos de la reina, para que desde entonces no se pensara mas que en los medios de ponerle en ejecución. Entendiéronse al efecto con el conde de Rotemburgh, embajador de Francia en Madrid, y con el marqués de Castelar, hermano de Patiño, que lo era de España en París. Como el plan era igualmente favorable á los intereses políticos de ambas potencias, no fué difícil concertar una alianza, en que se hizo entrar tambien al rey de Cerdeña (3), estableciendo por bases: que España invadiría los reinos de Nápoles y Sicilia; que efectuada su conquista, uniría sus fuerzas á las de Francia y Cerdeña para lanzar de Italia á los alemanes, mientras los franceses llamarían su atención en el Rhin; que el rey de Francia no pretendía conservar para sí parte alguna de las conquistas que se hiciesen, sino que Nápoles y Sicilia quedarían incorporados por siempre á España, y el ducado de Milan á Cerdeña (4).

(1) Campo-Raso, Memorias políticas y militares, Continuación de los Comentarios de San Felipe, tomo IV.—Correspondencia del embajador inglés Keene.—Gacetas de Madrid de 1733.

(2) Al decir de un bien informado escritor, llegó Isabel á enviar poderes y amplias instrucciones al efecto al P. Araceli, religioso teatino.

(3) Carlos Manuel, que habia subido al trono en 1730 por abdicación de su padre Víctor Amadeo. Este monarca se arrepintió luego de su abdicación, y pretendió, en unión con la condesa de San Sebastian, su esposa, recuperar la corona á costa de inquietar el reino; el hijo hizo todo lo posible por disuadirle de su propósito, pero inútilmente. Por último, al ver su tenacidad, y no habiendo otro medio de evitar una guerra civil, todos los consejeros y magnates del reino convinieron en la necesidad de apoderarse de su persona y encerrarle en una prisión. Con mucho dolor ejecutó Carlos Manuel este acuerdo del reino, pero era indispensable cumplirle. Víctor Amadeo murió en Ripoli, y la condesa su esposa fué después de la muerte de su marido trasladada á un convento.

(4) «Este, dice un escritor, fué el último acto político del marqués de Castelar.» Y en efecto, á poco tiempo de este ajuste murió en París (19 de octubre, 1733).

Informó el conde de Montijo al rey Jorge de Inglaterra de esta estipulación, que era como el preludio de una declaración de guerra. Pero las potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, poco ó nada interesadas en la elección del rey de Polonia, condujéronse con una moderación que no estorbó los planes de las potencias de la triple alianza; y Holanda, á trueque de que en la guerra no se molestara á los Países Bajos austriacos, llegó á convenir en un tratado de neutralidad con Francia (24 de noviembre, 1733).

Entre tanto ardía la Polonia en discordias y partidos para la elección de rey: invadía un ejército ruso, so pretexto de proteger la libertad de las votaciones: la Dieta de Varsovia y cada uno de los electores declaraban traidores á la patria á los que habian llamado á ella tropas extranjeras, y mandaban confiscar sus bienes y arrasar sus casas (4 de diciembre): el embajador de Francia presentaba á nombre del rey su amo una declaración prometiendo á la república mantener el pleno goce de su libertad en la elección de su rey; y que si la noble nación polaca convenia en elegir á Estanislao, se comprometía el rey Cristianísimo á defenderla contra todas las potencias, y á pagar puntualmente durante dos años sus contribuciones: los del partido francés apresuraron la elección, y el 12 de setiembre fué proclamado rey de Polonia y gran duque de Lituania Estanislao Leszczynski; pero retirados los del partido contrario, en número de tres mil caballos, publicaron un manifiesto contra esta elección (5): y mas adelante (5 de octubre), protegidos por los rusos, en un campo cerrado, eligieron y proclamaron rey á Augusto III. Nació de aquí todo género de desgracias para la infortunada Polonia. Entraron tropas rusas y sajonas á sostener á Augusto. Retiróse Estanislao á Dantzick, cuya plaza puso en buen estado de defensa, y se levantaron regimientos que talaban é incendiaban el país. Así acabó para la infeliz Polonia el año 1733.

Comenzó entonces la guerra europea. Francia envió un ejército al Rhin á las órdenes del duque de Berwick. Otro ejército francés de cuarenta mil hombres, al mando del mariscal de Villars, marchó á los Alpes, á unirse al del rey de Cerdeña, que constaba de diez y ocho á veinte mil hombres: el rey Carlos Manuel se puso á su cabeza, y España daba para esto un subsidio de cien mil doblones. El ejército franco-sardo hizo en Italia en el corto espacio de dos meses admirables conquistas, raras en la historia, y que las musas italianas y francesas celebraron y cantaron á porfía. España apresuró su expedición con arreglo al tratado de alianza firmado en el Escorial á 25 de octubre (1733). Nombróse capitán general de ella al conde de Montemar, conquistador de Orán. A mediados de noviembre el conde de Clavijo se hacia á la vela desde Barcelona para Liorna con diez y seis navíos de línea y varias fragatas. El de Montemar se embarcó en Antibes con veinticinco escuadrones de caballería. La reunión se habia de hacer en Siena, ciudad de Toscana. Felipe V nombró generalísimo de la expedición al infante don Carlos, el cual, como hubiese entrado en los diez y ocho años de su edad, se declaró fuera de tutela, ordenó que en lo sucesivo los duques de Parma y Plasencia serían tenidos por mayores de edad á los catorce años (diciembre, 1733), y se dió la regencia del Estado durante la ausencia del infante á la duquesa viuda Dorothea. De este modo sacudió don Carlos las trabas de las leyes imperiales y de los estatutos del cuerpo germánico.

A vista de estos grandes sucesos no dejó de entrar en inquietud el rey de Inglaterra, hallándose sumamente embara-

(5) Hacia tres días que Estanislao se hallaba oculto en Varsovia en casa del embajador de Francia. Había ido por tierra, acompañado del caballero Daudelot, disfrazados ambos de mercaderes. Para darle seguridad en su aventurero viaje, el rey Cristianísimo su yerno hizo publicar que el rey Estanislao iba á Polonia en la escuadra de Brest, y para sostener el engaño se dispuso embarcar en ella al comendador de Thiange, que era muy parecido á aquel príncipe y de su misma edad, y pusieronle los mismos vestidos é insignias que aquel usaba, y se le hacían dar á bordo los mismos honores que si fuese el rey Estanislao, sin que supiese nadie el secreto sino el marqués de Lucerne y el caballero Luines. Y en tanto que se ejecutaba esta farsa, el verdadero Estanislao hacia con seguridad su viaje á Varsovia.



zados entre el emperador que le pedia su cooperacion en virtud de los tratados, y el de Francia que le instaba por la neutralidad. Holanda habia tomado ya este partido: tuvo pues por prudente Inglaterra disimular, y limitarse á armar y aumentar sus escuadras para estar prevenida á lo que ocurrir pudiese, en lo cual no dejó de hacer un servicio al emperador, porque recelosa la Francia de sus armamentos no se atrevió á enviar socorros á Polonia, y no influyó esto poco en que se rindiera Dantzick, y triunfara la causa de Augusto III. La Dieta de Ratisbona hizo que el cuerpo germánico tomara como suya la causa del Imperio, y un ejército de cincuenta mil hombres al mando del antiguo general Mercy se encaminó á Mantua. Por el contrario, el pontífice, como que habia reconocido á Estanislao por rey de Polonia, dió su consentimiento á las tropas españolas para que transitaran por los Estados de la Iglesia.

Con este consentimiento, y cuando la guerra ardía ya entre franceses, saboyanos y alemanes, partió de Toscana el infante duque don Carlos (24 de febrero, 1735) á la conquista de Nápoles. Roma proporcionaba á nuestras tropas toda clase de comodidades y de auxilios, sabido lo cual en la corte de Viena, escribió el emperador una carta de quejas á Clemente XII, en la cual le decia, entre otras cosas, que establecido un rey español en Nápoles, pronto se verian reducidos él y sus sucesores á ser como sus primeros capellanes, y les causarian los mismos sinsabores que los reyes de Anjou y los de Aragon (1). Esperábase en Roma á don Carlos, mas habiendo ocurrido dificultades para el ceremonial con que se le habia de recibir, detúvose aguardando otro refuerzo de tropas en Monte-Rotondo, donde publicó una proclama á los napolitanos (11 de marzo, 1734), manifestando que iba á librarlos del tiránico yugo del Austria, y ofreciendo conservarles todos sus privilegios, leyes y costumbres, así civiles como criminales y eclesiásticas (2). Hecho esto, pasaron los españoles al día siguiente

(1) Consérvase esta carta original en el archivo del castillo de Sant Angelo.

(2) «Don Carlos por la gracia de Dios infante de España, duque de Parma, Plasencia, Castro, etc. Gran príncipe hereditario de Toscana, y generalísimo del ejército de S. M. Católica en Italia.—El rey mi augusto padre en carta de 27 de febrero próximo pasado me comunica lo siguiente: «Mi muy amado hijo: Vuestros intereses inseparables de la dignidad de mi corona me han determinado á enviar tropas á Lombardía para seguir de concierto con los ejércitos de mis aliados la empresa á que están destinados. Con la ocasion de la presente guerra han penetrado mis oídos los clamores de los pueblos de Nápoles y de Sicilia, violentados, oprimidos y tiranizados por el gobierno alemán, y me han traído á la memoria las demostraciones de alegría y las unánimes aclamaciones con que en otro tiempo me recibieron en Nápoles, y admitieron mis armas en Sicilia. Excitado por tanto de una compasion tan natural, he preferido á cualquier otra empresa la de librar de males tan insoportables á estos pueblos oprimidos, con tanta mas razon, cuanto considero que seducidos de engañosas insinuaciones, ó de quiméricas esperanzas, ó del temor de amenazas violentas, se han visto forzados á disimular su natural inclinacion, sujetándose á una obediencia contraria á su fidelidad. Persuadido de esto, he mirado siempre como actos forzados é involuntarios lo que han hecho, y todo lo he olvidado: en cuya atencion he resuelto enviaros en calidad de generalísimo de mis ejércitos para recobrar estos reinos, sin embargo del riesgo que puede correr vuestra preciosa salud en tan largo viaje, á fin de que por vos mismo podais confirmar en mi nombre la amnistía y perdon general que mi paternal corazon ofrece á todos, de cualquier estado y condicion que sean, y dar á todos al mismo tiempo las mas solemnes pruebas de seguridad. Confirmareis y ampliareis sus privilegios, y los aligerareis además de toda especie de imposiciones, y en particular de aquellas inventadas por la insaciable codicia del gobierno alemán. Todo esto á fin de que el mundo quede convencido de que mi justo y único designio es el de restablecer el antiguo esplendor de estos dos famosos reinos; y para que el contenido de esta sea notorio á todos, os mando que lo hagais público y manifesto del modo que tengais por mas conveniente; y Dios conserve vuestra vida, mi amado hijo, dilatados años.—Yo EL REY.—Don José Patiño.»

»En virtud del poder que S. M. ha tenido á bien conferirme, y á fin de que los dichos súbditos de Nápoles y de Sicilia tan amados de mi padre, y á quienes siempre ha tenido S. M. tan presentes, sepan cuál es su intencion y propósito, declaro y aseguro á cada uno en su real nombre, que les concedo un perdon general y particular de cualquier especie de delito, motivo ó demostracion, etc., sin restriccion alguna, quedando todo sepultado para siempre en el olvido, y confirmo todos sus privilegios, leyes

te (15 de marzo) el Tiber por las inmediaciones de Roma, y en tanto que la escuadra del conde de Clavijo se apoderaba de las islas de Ischia y Procida, don Carlos con su ejército penetraba en el reino de Nápoles por San German. Escasa resistencia era la que podia oponer el general austriaco Traun con cuatro mil quinientos hombres á un ejército de cuarenta mil, que á esta cifra ascendia ya, con los refuerzos que habian ido llegando, el de los españoles. Cuanto mas que no pudiendo el virey Visconti reprimir ni contener el alborozo del pueblo napolitano al divisar la escuadra española, recogiendo cuanto pudo del palacio y de las arcas públicas, tuvo por prudente retirarse con los principales ministros á la provincia de Bari.

No habiendo llegado al general austriaco los veinte mil hombres de socorro que esperaba de Alemania, abandonó sus posiciones, retirándose entre Gaeta y Capua, con lo que el infante español avanzó sin obstáculo hasta Aversa (12 de abril, 1734), donde llegaron diputados de Nápoles á ofrecerle las llaves de aquella ciudad y á rendirle homenaje á nombre de todos los ciudadanos. En su virtud entró el conde de Montemar en Nápoles (13 de abril) con una parte del ejército, é inmediatamente hizo sitiar los castillos que aun sostenian los austriacos. El conde de Charny los fué rindiendo uno tras otro con diferencia de dias, y sojuzgados todos, y nombrado virey de Nápoles, hizo el infante don Carlos de España su entrada en aquella capital (10 de mayo, 1734), en medio del regocijo y de las aclamaciones del pueblo; formó su ministerio, y tomó las riendas del gobierno á nombre de Felipe V rey de Nápoles (3).

A los pocos dias, y cuando todavía el pueblo napolitano, de suyo dado á novedades, y siempre mas afecto á los españoles que á los austriacos, cuya dominacion no dejó nunca de serles odiosa, celebraba con regocijo la entrada del príncipe español, llegó el acta de cesion de Felipe V (22 de abril de 1734), por la cual transmitia al infante don Carlos su segundo hijo todos los derechos que España pudiera tener al reino de las Dos Sicilias. Creció con esto el júbilo de los napolitanos, que llenos de gozo se felicitaban de tener un rey propio, despues de cerca de doscientos treinta años que estaba reducido á ser una provincia, mandada por vireyes, que, como dice un escritor italiano de aquel tiempo, «se mudaban á menudo, y amaban mas sus propios intereses que los de una nacion cuya lengua apenas entendian, y que era forastera para ellos.» Veintisiete años hacia que Nápoles habia dejado de pertenecer á España.

Entre tanto habia reunido el virey Visconti en Bari siete mil alemanes, y esperábase que se les unieran otros seis mil croatas. Fortificáronse aquellos en Bitonto. Resuelto á acometerlos se encaminó el conde de Montemar con quince batallones; sin aprovecharse de su situacion los enemigos se dejaron atacar, é hicieronlo aquel día con tan admirable ardor los españoles, que nada pudo resistir á su ímpetu: la victoria fué tan completa (25 de mayo), que no hubo enemigo que pudiera escapar de la prision ó de la muerte, incluso los dos generales Pignatelli y Radotzki, que quedaron prisioneros, apoderándose tambien los vencedores de todas sus banderas, caballos, vituallas y municiones. El virey Visconti tuvo la fortuna de poder salvarse, retirándose á Pescara, donde no se contempló bastante seguro, y se refugió á Ancona (1.º de junio). Este memorable triunfo valió al conde de Montemar la grandeza

y costumbres, tanto civiles como criminales y eclesiásticas, sin que sea lícito establecer ningun nuevo tribunal: declaro tambien por justa y laudable la práctica de conferir los beneficios y las pensiones á los naturales, y así se conservará como hasta el presente. Se levantarán todos los impuestos establecidos por el tiránico gobierno de los alemanes, advirtiéndole que todas estas gracias se conceden por un efecto del benigno y piadoso corazon de S. M.; y para que sea notorio todo cuanto se promete he mandado que el presente real decreto se selle con mi real sello, etc.—Dado en Monte-Rotondo el día 14 de marzo de 1734.—CARLOS.—José Joaquín de Monte-alegre.»

(3) Ojeada sobre los destinos de los Estados italianos; Botta, Storia d'Italia.—Muratori, De las cosas de Italia.—Beccatini, Vida de Carlos III.—Campo-Raso, Memorias políticas y militares.—Historia de la Casa de Austria.—Gacetas de Madrid de 1734.



de España con el título de duque, y lo que era mas de apreciar para él, la gloria y reputacion de gran capitán que ganó con victoria tan completa y decisiva. Y tan definitiva fué, que todas las demás plazas del reido guarnecidas por alemanes se fueron sucesivamente rindiendo. La de Gaeta fué asediada y tomada por el mismo Carlos. El general austriaco Traun, testigo de las conquistas y de los progresos de los españoles, se habia refugiado en Capua, pero habiéndose rendido esta ciudad por capitulacion (22 de octubre, 1734), y quedado él mismo prisionero, fué transportado con toda su gente á Manfredonia, donde se embarcó para Trieste. La rendicion de Capua puso el sello á la conquista de Nápoles, y aseguró á don Carlos la posesion de aquel reino (1).

Tan pronto como se conceptuó asegurada la recuperacion de Nápoles, pensóse en la de Sicilia, la cual ofrecia todas las probabilidades de que no habia de ser ni costosa ni larga, porque los mismos naturales, nunca resignados con la dominacion austriaca, habian enviado diputados á don Carlos instándole á que aprovechase la ocasion de recobrar la isla y libertarla del yugo aleman. Habíase recibido de España millon y medio de pesos: y con esto, y con no ser ya necesarias tantas tropas en Nápoles, pues solo restaba entonces acabar de someter á Capua que estaba bloqueada, partió de aquel puerto la expedicion (21 de agosto, 1734), compuesta de cinco navíos de guerra, cinco galeras, dos balandras y trescientas tartanas, con diez y ocho mil infantes y dos mil caballos, al mando del duque de Montemar. El 25 tomó este general tierra en Solanto, donde fué á presentársele el senado de Palermo, y le prestó homenaje de fidelidad y le acompañó en su entrada en la capital de la isla (1.º de setiembre). Tan favorable se mostró el espíritu de los sicilianos á los españoles, que no se necesitó mas tiempo para apoderarse del reino que el que seria necesario para recorrerle. A fines de noviembre solo quedaban á los imperiales la ciudadela de Messina y las plazas de Trápani y Siracusa, situadas á los extremos de la isla. Calculó el de Montemar que sin necesidad de sitio, y con solo tenerlas bloqueadas, no tardarian en rendirse, y así sucedió: de modo que en muy corto espacio de tiempo no quedó en toda la Sicilia ni un solo aleman. Y no contemplándose ya necesaria la presencia de Montemar en ella, en virtud de órdenes que recibió de España se restituyó á Nápoles, donde habian de acordarse las medidas y disposiciones para que pasase con veinticinco mil hombres á Lombardia á unirse con el ejército sardo-francés y ayudarle á sostener allí la campaña.

En tanto que con esta facilidad recobraban los españoles para el rey Católico sus antiguos dominios de las Dos Sicilias, ardía una guerra viva y sangrienta en Lombardia, en el Rhin y en Polonia, sostenida por ejércitos poderosos, polacos y rusos, imperiales, franceses y sardos, mandados estos últimos por el rey de Cerdeña en persona, los otros por los mejores y mas veteranos generales de cada Estado; guerra en cuyos pormenores no nos pertenece entrar (2). Fueron en ella famosos los dos sitios de Philisburg y de Dantzick, y las dos sangrientas batallas de Parma y de Guastalla. En estas perecieron multitud de bravos generales y de muy ilustres guerreros, así alemanes como saboyardos y franceses; entre ellos el esclarecido duque de Berwick, que tan señalados servicios habia

hecho en España en las guerras de sucesion, el vencedor de la batalla de Villaviciosa, que afirmó la corona de Castilla en las sienes de Felipe V: pero en aquellas batallas la pérdida habia sido casi igual, y no decidieron nada, como que las celebraron á un tiempo en Viena, en Turin, en París y en Madrid. El sitio y toma de Philisburg por los franceses causó una sensacion general de admiracion en toda Europa, y paralizó las operaciones, mirándose los enemigos con tal respeto que ni unos ni otros se atrevian á llegar á las manos. El de Dantzick dió por resultado el perder segunda vez la corona de Polonia el rey Estanislao, suegro y protegido del rey de Francia, y hacerla pasar á las sienes del Elector de Sajonia, pariente y protegido del emperador, reduciéndose con este motivo á su obediencia la mayor parte de los grandes de Polonia, y reconociéndole por rey legitimo con el nombre de Augusto III.

Veian ya con disgusto las potencias marítimas los progresos y desastres de esta guerra, temian sus consecuencias, recelaban del demasiado engrandecimiento de la casa de Borbon, deseaban mantener el equilibrio europeo, y satisfacer por una parte al emperador que se quejaba de que permitieran arrebatarle los Estados de Italia que en otro tiempo le habian ayudado á adquirir, y por otra parte reparar el honor de la Francia ofendido en la persona del rey Estanislao. Por eso Jorge II de Inglaterra habia indicado ya á las potencias beligerantes la necesidad de la paz, de que se ofrecia á ser mediador, lo cual motivó secretas y frecuentes conferencias en Madrid, Paris y Turin. Pero España proseguia su marcha, y Felipe V ordenó á su hijo Carlos que pasara inmediatamente á Sicilia á hacerse reconocer y jurar de sus nuevos vasallos, como así se verificó (enero, 1735). Y rendidas que fueron las tres únicas plazas que faltaban, pasó á Palermo, donde se coronó con toda pompa y magnificencia (3 de julio, 1735). El duque de Montemar, que habia ido con sus veinticinco mil españoles á invernar á Toscana, uniése en la primavera con los aliados para acabar de arrojar de Italia á los imperiales. El ejército de los aliados en esta campaña no bajaria de ciento treinta mil hombres; mucho menor era el de los imperiales, y aunque le mandaba un general tan entendido, activo y diestro como Koningseg, no le fué posible resistir á fuerzas tan numerosas, ni mantenerse en Lombardia, y tuvo que pasar el Adige y retirarse á los confines del Tirol, quedando así desembarazados los aliados para poner sitio á Mantua y la Mirandola. El bloqueo de Mantua (julio, 1734) costaba á España inmensos dispendios, y Montemar se quejaba de la lentitud de los aliados en apretar el sitio. Suscitáronse discordias entre los generales de las tres naciones, y veíase claramente que no entraba en las miras del rey de Cerdeña que aquella gran plaza, que se consideraba como la llave de Italia, perteneciera al monarca español, ya demasiado poderoso. Francia presentaba tambien obstáculos, porque su plan era ya obligar á España á entrar en los tratos de paz; y así, aunque se hablaba mucho del ataque de Mantua, no llegaba nunca el caso de realizarle.

Las dos potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, sin dejar de instar á los principes beligerantes á que aceptaran su mediacion para la paz, se prepararon con grandes armamentos á hacer respetar su proposicion, y aun tomaron una actitud y un lenguaje amenazador, para el caso de no admitirla, tal como de atacar unidas los establecimientos españoles y franceses de las dos Indias, lo cual no dejó de imponer y amedrentar al circunspecto y prudente cardenal Fleury. Y como este anciano ministro prefiriera dejar una memoria honrosa de su ministerio con alguna nueva adquisicion para la Francia á exponer la nacion á nuevos riesgos por mar con dos potencias poderosas, pensó en las ventajas que podria sacar de la paz, á cuyo efecto entabló negociaciones secretas y privadas con la corte de Viena, haciendo su agente íntimo La Baume lo que en otro tiempo habia hecho el baron de Riperdá. El resultado de estos tratos, en que no tuvo participacion otra potencia alguna, fué el ajuste de unos preliminares (3 de octubre, 1735), en que se acordaron los puntos siguientes: 1.º El rey Estanislao renunciaria al trono de Polonia, conservando el título de rey; poseeria durante su vida el ducado de

(1) Memorias políticas y militares, tomo IV.—Beccatini, Vida de don Carlos, lib. I.—Ojeada sobre los destinos de los Estados italianos.

(2) Los sucesos de aquellas ruidosas guerras pueden verse en las historias de Italia, de Alemania y de la Casa de Austria, en las Gacetas de aquellos años y en muchas Memorias y relaciones particulares que se publicaron de los principales sitios y batallas. De entre los escritores españoles parécenos que ninguno las trata con mas extension y con mas orden que don José del Campo-Raso en sus Memorias políticas y militares para servir de continuacion á los Comentarios del marqués de San Felipe.

Sin embargo, respecto á la campaña de los españoles en Italia, da tambien muy curiosas y circunstanciadas noticias un manuscrito contemporáneo que se conserva y cuyo título es: «Marcha que hizo el ejército de Su Majestad Católica, y funciones en que se ha hallado en las provincias de Italia bajo el mando y orden de S. A. R. don Carlos de Borbon, generalísimo en los reinos de Nápoles, y prudencia del Excmo. señor duque de Montemar, en los años de 1733 hasta principios del de 1737.»



Lorena, el cual á su muerte se incorporaría definitivamente á la corona de Francia: 2.º Para indemnizar á los futuros duques de Lorena se les daría como compensacion la Toscana despues de la muerte del gran duque Juan Gaston, y para seguridad de esta sucesion evacuarían las plazas de Toscana los españoles, y entrarían á guarnecerlas seis mil imperiales: 3.º El emperador renunciaria los reinos de Nápoles y Sicilia á favor del infante español don Carlos, renunciando este á su vez sus pretensiones á Toscana, Parma y Plasencia: 4.º Los ducados de Parma y Plasencia se cederían al emperador para reunirlos con el de Milan con la obligacion de no pretender jamás del papa la desmembracion de Castro y Roucillon: 5.º Se dejarían al rey de Cerdeña los dos distritos del Tesino, y los feudos de la Longha y el de Novarés y Tortones (1).

Cuando el duque de Noailles, general de las tropas francesas en Lombardía, anunció al de Montemar el convenio hecho entre su soberano y el César, y que no podía auxiliarle contra los alemanes, por mas que el general español se mostró sereno y firme, negándose á admitir la tregua que le proponía mientras no recibiese órdenes terminantes del rey su amo, harto conoció que la escena habia cambiado enteramente, y que no era posible sostenerse solo en aquel país contra todas las fuerzas del Imperio. Resolvióse, pues, á repasar el Pó, y se retiró á Bolonia, donde todavía le alcanzó un destacamento de húsares alemanes, y se vió forzado á acelerar su marcha á Toscana.

Excusado es decir con cuánto dolor y cuánta indignacion recibiría la reina Isabel Farnesio de España la noticia de un convenio que la humillaba hasta obligarla á hacer el mayor de todos los sacrificios, el de la cesion de la herencia paterna, precisamente cuando se lisonjeaba con la idea de colocar en aquellos Estados á su segundo hijo Felipe, una vez establecido Carlos en Nápoles y Sicilia (2). Tambien el rey vió con harto pesar la falta de confianza de Luis XV su sobrino, en haber efectuado el convenio sin participacion de la España; y el ministro Patiño no podía dejar de resentirse del papel desairado que en este negocio hacia. Repugnaban por tanto acceder á los preliminares de Viena, y pusieron todo género de reparos y dificultades al curso de la negociacion. Dirigiéronse á las potencias marítimas y á Francia como á las responsables de un tratado que tanto lastimaba el orgullo español y el amor propio de los reyes. Y aunque pudieron convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, porque Inglaterra insistia en la evacuacion de Toscana, y Francia rehusaba intervenir como mediadora en un negocio que ella misma habia de propósito arreglado, todavía tuvieron intenciones y estuvieron á punto de romper otra vez las hostilidades, aunque se quedaran solos.

No eran solamente los monarcas españoles los que sentían las reparticiones de aquel ajuste, que como observa un historiador italiano, traía á la memoria la medalla de Trajano con el lema: *Regna assignata*. Sentíanlo no menos que ellos los naturales de Parma, Plasencia y Toscana, que con tanto gusto habian recibido al príncipe Carlos, y generalmente eran tan afectos á los españoles como aborrecían á los alemanes, ya por la mayor analogía y conformidad de sus costumbres y aun de su idioma con las de aquellos, ya por el temor que les inspiraba el duro gobierno de los austriacos, ya porque bajo el dominio del duque de Lorena esperaban ver reducidos sus Estados á una provincia del Imperio, sin leyes, tribunales ni magistrados propios. Era, pues, general el dolor de perder al príncipe Carlos, muy querido de los parmesanos, no obstante el poco tiempo que habia vivido entre ellos.

Pero su suerte estaba decidida. Abandonado Felipe V por los aliados, especialmente por la Francia; amenazadas las costas de sus dominios por una escuadra inglesa, tuvo al fin que acceder, aunque con pesar y repugnancia, á los preliminares de Viena (18 de mayo, 1736). En su virtud el emperador Carlos VI de Alemania, envió el acta de cesion de los reinos

de Nápoles y Sicilia en favor de Carlos de Borbon, y á su vez Felipe V y su hijo Carlos expidieron la del ducado de Parma y Plasencia en favor del César, y la del gran ducado de Toscana en beneficio de la casa de Lorena, cuyos instrumentos se canjearon en Pontremoli en la Luginiana Florentina (diciembre, 1736). A consecuencia de este arreglo el ilustre vencedor de Bitonto abandonó el país en que habia recogido tantos laureles, y regresó á Madrid por Génova; y al paso que las tropas españolas evacuaban las plazas de Toscana iban ocupándolas los austriacos. A pesar de esto, todavía el infante don Carlos continuó por muchos años reclamando sus derechos á los bienes alodiales de la casa de Médicis y haciendo protestas en Viena y en Florencia.

Para obtener el reconocimiento del papa como rey legítimo de las Dos Sicilias mandó al ministro de España en Roma que presentara en su nombre al Santo Padre la hacanea y el tributo de siete mil escudos que los soberanos de Sicilia acostumbraban á pagarle todos los años el día de San Pedro en testimonio del feudo y de la investidura pontificia. Pero al mismo tiempo hizo presentar el emperador de Austria el propio tributo. Este negocio de las dos presentaciones no dejaba de poner en harto grave compromiso al papa Clemente XII, el cual para evadirle nombró una junta de ocho cardenales que le aconsejara lo que debería hacer. La junta opinó que mientras don Carlos no estuviese universalmente reconocido, debería S. S. seguir admitiendo el tributo del César. Protestó altamente el embajador de España contra este proceder de Roma, y mucho se temió ya que los reyes de España y de Nápoles tomaran de aquí ocasion para abolir la ceremonia de la hacanea, ó lo que era igual, para declarar el reino de las Dos Sicilias totalmente independiente de la Santa Sede. Sin embargo redujose á seguir las protestas por una parte, y la decision de la corte romana por otra (3).

## CAPÍTULO XX

### Guerra marítima entre Inglaterra y España

DE 1736 A 1741

Nuevas disidencias entre España y Roma.—Sus causas.—Salida de embajadores y de nuncios de ambas cortes.—Término de estas discordias.—Muerte del ministro español Patiño.—Sus excelentes prendas.—Grandes beneficios que debió España á su administracion.—Cómo y entre quiénes se distribuyeron sus ministerios.—Muerte del gran duque de Toscana y sucesion del de Lorena.—Cuestiones mercantiles entre Inglaterra y España.—Espíritu de ambos gobiernos y de ambos pueblos.—El de las Cámaras de Inglaterra.—Negociaciones.—Convencion del Pardo.—Ofenden á Felipe V las peticiones del parlamento británico.—Mutuas exigencias rechazadas por ambas cortes.—Declaracion de guerra.—Escuadra inglesa en Gibraltar.—Presas que hacen los armadores españoles.—Lleva la Gran Bretaña la guerra á las posesiones españolas del Nuevo Mundo.—Grande escuadra del almirante Vernon.—Esperanzas de los ingleses.—Previsiones de los españoles.—El comodoro Anson.—Atacan los ingleses á Cartagena de Indias.—Retíranse derrotados.—Frústranse otras empresas contra la América española.—Ataca Vernon la isla de Cuba, y se retira en deplorable estado.—Tristeza, descontento é indignacion en Inglaterra.—Pérdidas que sufrió en esta guerra la Gran Bretaña.

Habian ocurrido en este tiempo sucesos desagradables, que produjeron nuevas desavenencias y escisiones entre las cortes de España y Roma. El ejército español de Nápoles y Toscana habia sufrido bajas considerables por las enfermedades, las deserciones y la guerra; para cubrirlas fueron enviados varios oficiales á establecer banderas en algunas ciudades de los Estados pontificios con objeto de reclutar y alistar gente: pero hacían los enganches, no admitiendo á los que voluntariamente se presentaran, sino con amenazas y con violencias, y cometiendo todo género de desmanes, vejaciones

(1) Historia de la Casa de Austria.—Rousset, Colec. de actas y documentos oficiales.—Beccatini, Vida de Carlos III, lib. I.

(2) El embajador inglés Keene en carta al duque de Newcastle (21 de noviembre, 1735) da algunos pormenores del modo como manifestó su disgusto la reina.

(3) Beccatini, Vida de Carlos III, lib. I.—Es lástima que no se hayan encontrado los cuadernos que sin duda escribió el autor de las Memorias políticas y militares correspondientes á los años 36 al 41 de este reinado, por mas diligencias que para ello se han practicado, segun nota del editor. Hácese muy sensible este vacío en unas Memorias tan luminosas como las del Continuator del marqués de San Felipe.



y desafueros. Cundió la voz rápidamente, indignáronse y se alborotaron las poblaciones, y dióse la gente del país á insultar y asesinar soldados y oficiales. La ciudad de Veletri tomó las armas para proveer á su propia defensa, y se propuso impedir la entrada á las tropas españolas y napolitanas que se acuartelaban en sus contornos; mas como la ciudad no estuviese fortificada, acometiéronla las tropas y la entraron fácilmente, ahorcaron mas de cuarenta personas, y obligaron á los moradores á pagar cuarenta mil escudos para librarse de un saqueo general. Cosas semejantes pasaron tambien en Ostia y en Palestrina.

De estos desórdenes é inquietudes se quiso culpar y pedir satisfaccion al gobierno romano, sin considerar la ocasion que á ello habian dado las tropelías de desatentados militares. Los cardenales Aquaviva y Belluga, protectores de España y Nápoles, se retiraron de los Estados de la Iglesia, sin que pudiesen detenerlos los ministros pontificios, y mandaron salir tambien de Roma á todos los españoles y napolitanos hasta la tercera generacion; cosa inaudita, y que por lo exagerada pareció no poder tomarse por lo serio. Sin embargo, tan por lo serio lo tomaron los reyes de España y Nápoles, padre é hijo, que el nuncio de S. S. en Nápoles tuvo orden para no presentarse mas en aquella corte, en Madrid se mandó cerrar el tribunal de la nunciatura, y se prohibió la entrada en España al nombrado nuncio Valentino Gonzaga, que estaba ya en camino, y tuvo que detenerse en Bayona. Nunca Felipe V habia pecado de blando en sus disidencias con la corte romana, mas no dejaba de ser extraña ahora tanta severidad con el papa Clemente XII que habia llevado su complacencia al monarca español hasta el punto de hacer cardenal y arzobispo de Toledo á su hijo el infante don Luis Antonio, niño de ocho años, con injustificable violacion de los cánones y universal asombro y escándalo. Intimidó al pontífice la actitud de los dos monarcas, nombró una junta de cardenales para arreglar aquellas diferencias, y dió poderes á Spinelli, arzobispo de Nápoles, para que tratase el ajuste, porque en Roma hubo tal temor que se reforzaron las guardias y se cerraron cinco puertas de la ciudad. Por último, se hizo que algunos ciudadanos de Veletri, que los españoles habian llevado presos, pidieran perdon é imploraran la clemencia de los dos monarcas, ante los cardenales Aquaviva y Belluga y los ministros napolitanos. Parécenos que se prevalecieron en esta ocasion ambos reyes de la debilidad de Roma para hacerla pasar por esta injusta humillacion (1).

Tal era la disposicion respectiva de estas cortes, que el mas pequeño incidente bastaba á producir un conflicto, como sucedió á poco tiempo, que por haber chocado una falúa napolitana con una chalupa de las galeras pontificias, incidente que no debia mirarse sino como una pendencia comun entre gente de mar, se consideró como un atentado cometido de propósito, y encendió en ira á los reyes don Felipe y don Carlos. Al fin se calmaron los espíritus, se dió al hecho el valor que merecia, la armonía se fué restableciendo, volvióse á abrir la nunciatura de España, y se permitió al nuncio que ejerciera sus funciones.

Novedades interiores ocupaban á este tiempo la atencion del monarca español. Su primer ministro don José Patiño, el hombre que hacia mas de diez años estaba siendo el alma de la política española, y el director de todos los negocios de dentro y fuera del reino (2), el que no sin razon fué llamado el Colbert español, porque sin duda fué el mas hábil de los ministros de Felipe, habia fallecido (3 de noviembre, 1736). El rey, que durante su enfermedad le dió las mayores y mas expresivas muestras de interés y de cariño, le hizo tambien merced de la grandeza de España en un decreto sumamente honroso (3). Y luego le costeó el entierro, y mandó decir diez mil misas por su alma: porque este ministro desinteresado y

probo, que habia desempeñado mucho tiempo los cuatro ministerios de Estado, Hacienda, Guerra y Marina, que descendia de una de las familias nobles de España, y que habia manejado tantos y tan pingües caudales para las gigantescas empresas que se realizaron en su tiempo, dió el ejemplo, no muy comun, de vivir muy modestamente y de morir pobre. Inmenso era el vacío que la falta de este ministro dejaba en la administracion pública española. Porque con razon era tenido Patiño dentro y fuera de España por un hombre de extraordinaria capacidad y de inmensos conocimientos en todos los ramos, y de una facilidad admirable para el despacho de los negocios. El único además dotado de las cualidades necesarias para manejar á un rey tan hipocondríaco y receloso como Felipe V, y mas en aquellos años, y una reina tan interesada y tan vehemente como Isabel Farnesio; el único tambien que hubiera podido medir su capacidad política en circunstancias tan difíciles con ministros tan hábiles como los de Alemania, Francia é Inglaterra, Koningseg, Fleury y Walpole.

Mucho, y en muy grande escala, debió la nacion española á la administracion de Patiño. Sin dinero, sin marina, cercado de enemigos por todas partes cuando subió al ministerio, vióse en pocos años con admiracion del mundo cruzar los mares numerosas escuadras españolas de todo abastecidas, y ejércitos respetables vestidos y pagados, hacer conquistas en Africa y en Italia, allí de plazas importantes, aquí de florecientes reinos. La pujanza marítima de España volvió como á resucitar (4): fijó su atencion en excluir á los extranjeros del comercio lucrativo que hacian en las colonias de América; creó el colegio naval, de donde á poco tiempo salieron los célebres é ilustres marinos don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, honra de España, y cuyos nombres son tan respetados en todas las naciones por sus preciosos descubrimientos y exquisitos trabajos; y finalmente las expediciones marítimas de su tiempo fueron tan lucidas y brillantes como las del siglo de la mayor grandeza española. Como hombre de gobierno, supo eludir aquella dependencia de los consejos y aquellas discusiones é informes interminables que hicieron proverbial la lentitud española. Como administrador económico, dió vida al comercio, hacia venir con regularidad y frecuencia las flotas de Indias, y alivió á los pueblos de los tributos extraordinarios que se acostumbraba á exigirles para las guerras y negocios del Estado. Y últimamente, como decia un escritor en aquellos mismos dias, «la casa real está pagada; las expediciones marítimas se hicieron y se pagaron; las rentas de la corona están corrientes y redimidas del concurso de asentistas y arrendadores, que se hicieron poderosos disfrutándolas por anticipaciones hechas á buena cuenta: en fin, se ha visto que estando la España cadavérica, con guerras, con dobles enemigos, sin nervio el erario, sin fuerzas la marina, sin defensa las plazas, los pueblos consumidos, y todo aniquilado, un solo hombre, un sabio ministro, un don José Patiño supo, si es permitido decirlo así, resucitarla, y volverla á un estado floreciente, feliz y respetable á toda Europa (5).»

Las secretarías del despacho que Patiño habia desempeñado solo, se distribuyeron á su muerte entre don Sebastian de la Cuadra, el conde de Torrenueva, don Francisco Varas, y el duque de Montemar, que se encargó del ministerio de la Guerra luego que volvió de Italia, y era la persona mas nota-

(4) «Desde que he vuelto á este país, escribia el embajador inglés Keene, he notado con gran disgusto los adelantos que hace Patiño en su plan de fomento para la marina española, y de ello he hablado en casi todos los oficios que he tenido la honra de escribir... Tiene el tesoro á su disposicion, y todo el dinero que no va á Italia para realizar los planes de la reina lo invierte en la construccion de buques.... etc.»—Keene al duque de Newcastle.

(5) Fragmentos históricos de la vida de Patiño, en el Semanario erudito de Valladares, t. XXVIII.—Murió de edad de setenta años, y poco antes de su muerte envió al rey todos sus papeles, con un informe acerca de la situacion de los negocios, hecho con la firmeza y brillantez que si se hallara en su cabal salud.—En los papeles de Walpole, y en la correspondencia de Keene y Newcastle se hace justicia á las excelentes prendas del ministro español, á pesar de no ser amigos suyos aquellos personajes.

(1) Muratori, Anales de Italia.—Beccatini, Vida de Carlos III, l. II.

(2) El marqués de la Paz, don Juan Bautista Orendain, habia muerto en 1733.

(3) «Atendiendo, decia, á los singulares méritos, relevantes y dilatados servicios de don José Patiño, he venido, etc. En San Ildefonso á 15 de octubre.»



ble y mas capaz del nuevo gabinete; porque el jefe, que lo era don Sebastian de la Cuadra, paje que habia sido del marqués de Grimaldo al mismo tiempo que Orendain, era hombre honrado, pero de escasa capacidad, irresoluto y tímido, y enteramente sometido á la voluntad de sus soberanos, que por nada se atreveria á contrariar. No podia por lo tanto llenar de modo alguno el vacío que dejaba su antecesor (1).

Continuaban las potencias trabajando por vencer la repugnancia de los monarcas españoles á ajustar un tratado definitivo con arreglo á los preliminares de Viena; pero aunque se pensó en enviar tropas á Nápoles por si el emperador intentaba, como se temia, hacer un desembarco en aquel reino, no hubo acto de hostilidad manifiesta, tal vez solo por temor á la actitud de las potencias mediadoras. Y en tanto que el nuevo rey de Nápoles y Sicilia ganaba con su afabilidad y sus virtudes, y con las reformas que iba introduciendo en el reino, los corazones de sus súbditos, que le miraban como á un padre, comparando su suave gobierno con la opresion en que los habian tenido los austriacos, aconteció la muerte del gran duque de Toscana Juan Gaston (julio, 1737). Tomaron de esto las potencias ocasion oportuna para dar cumplimiento á lo convenido en los preliminares de Viena, dando posesion de la Toscana al duque Francisco de Lorena, que acababa de casar con la archiduquesa, hija primogénita del emperador, y haciendo á Francia la cesion absoluta del ducado de Lorena, adquisicion por que tanto tiempo habian trabajado los reyes de Francia y su objeto principal en el tratado. Para realizar esto pasó un ejército á Italia, y los españoles tuvieron que evacuar las plazas que ocupaban en los ducados.

Ya habia comenzado á suscitarse por este tiempo otra disputa de diversa índole entre Inglaterra y España, que aunque naciente entonces, se comprendia que habia de traer en lo futuro consecuencias trascendentales. Producianla los celos, no ya nuevos, de ambas naciones sobre el comercio de América, el natural afán de España por ensanchar y fomentar el comercio nacional y sus manufacturas, con exclusion de los extranjeros, y las quejas de los ingleses sobre las vejaciones y obstáculos que decian experimentar sus súbditos en el ejercicio de su comercio con arreglo á los tratados, y especialmente del del Asiento, y demás privilegios de la compañía del Sur. Felipe V que deseaba la paz con Inglaterra, como la deseaban tambien el ministro Walpole y el embajador Keene, procuraba satisfacer aquellas quejas y dar seguridad de que se respetarian los derechos estipulados; pero ni el duque de Newcastle ni el parlamento cesaban de repetir sus instancias acerca de las violencias que decian sufrir de los españoles, con lo cual irritaban aquella nacion y estimulaban el espíritu codicioso de los comerciantes. El enviado de España en Londres Geraldini, en lugar de aplacar los ánimos, los agrió mas, declarando públicamente que su monarca no desistiria nunca ni renunciaria al derecho de visita de los bajeles ingleses en los mares de la India. Así fué que la Cámara de los comunes dió un bill en que se anunciaba un rompimiento próximo entre las dos naciones, y el ministro Walpole que intentó oponerse y se esforzaba por evitar la guerra, se vió abandonado de muchos de sus amigos: tan acalorados estaban los ánimos, que se negó el pueblo inglés á admitir la mediacion que ofrecia el cardenal Fleury para arreglar estas diferencias; y al fin se recapitularon las quejas, y se mandó dar cuenta de ellas á la corte de España.

Asunto fué este de largas contestaciones entre los gobiernos de ambos Estados, y el de Francia no dejó de continuar con actividad sus esfuerzos en favor de la paz, no obstante que los primeros habian sido desatendidos, interesando á los Estados generales de Holanda en este negocio (1738); de modo que cuando el ministro de Inglaterra en la Haya solicitó de los Estados que obrasen de acuerdo con la corte de Londres, excusáronse con pretexto de temer que los invadiese la Francia que tenian tan vecina. Las dos naciones mas interesadas en esta cuestion se preparaban y apercebían para

el caso de guerra haciendo armamentos; pues un arreglo que al cabo de muchas dificultades se ajustó en Londres, por el cual se concedian á Inglaterra 140,000 libras esterlinas como en compensacion de los perjuicios sufridos por su comercio, no fué admitido por el gobierno español, declarando que Geraldini se habia excedido de sus instrucciones y traspasado sus poderes. En las mismas Cámaras inglesas no habia el mayor acuerdo sobre el derecho de visita, y lo que en la de los lores se aprobaba por un solo voto de mayoría, se desechaba en la de los comunes por una mayoría muy escasa, consecuencia tambien de estar los dos ministros mas influyentes, el uno por la paz, el otro por la guerra.

El ministro pacífico aprovechó una ocasion favorable para volver á proponer una negociacion, y como el embajador Keene era de su mismo sistema, hizo en Madrid todo esfuerzo para calmar el ofendido orgullo del gobierno español, y despues de muchos debates se hizo un acuerdo que se firmó en el Pardo (14 de enero, 1739), con el título de Convencion. Los artículos principales de esta célebre acta eran: que en el término de seis semanas se reunirían en Madrid los plenipotenciarios de ambas coronas, y en el de dos meses arreglarían todos los puntos concernientes al derecho de comercio y navegacion de América y Europa, á los límites de la Florida y la Carolina, y á otros comprendidos en los tratados: que España pagaria á Inglaterra noventa mil libras esterlinas (nueve millones de reales) para liquidar los créditos de los súbditos ingleses contra el gobierno español despues de deducidas las sumas reclamadas por España: que se restituiria á los comerciantes británicos los bajeles tomados contra derecho y razon por los cruceros españoles: que estas compensaciones reciprocas se entendian sin perjuicio de las cuentas y desavenencias entre España y la Compañía del Asiento, que serian objeto de un contrato especial. Mas si bien el mismo Walpole logró que aprobaran esta convencion ambas cámaras, solo obtuvo en una y en otra una pequeña mayoría, las minorías en su mayor parte se retiraron abandonando el parlamento, despues de haber hecho peticiones exageradas y excitando las pasiones populares. Ofendido el monarca español de la actitud y de las proposiciones insultantes de la oposicion del parlamento británico, declaró que tampoco estaba dispuesto á ejecutar la convencion mientras la Compañía del Asiento no pagara sesenta y ocho mil libras esterlinas que correspondian á España por los beneficios de sus operaciones, y que si esta suma no se pagaba le daria derecho á revocar aquel contrato; que esta condicion serviria de base á las negociaciones proyectadas, y sin ella seria inútil gastar mas tiempo en conferencias. Desde el momento que esta resolucion fué conocida en Londres, el gobierno inglés ya no pensó sino en prepararse activamente á la guerra; el embajador británico en Madrid tuvo orden de insistir en la abolicion del derecho de visita, y que si no recibia en el acto contestacion satisfactoria, dejase inmediatamente la España, y el rey de Inglaterra permitiria á sus súbditos el uso del derecho de represalias. Y una escuadra inglesa á las órdenes del almirante Haddock salió para Gibraltar, como para apoyar la proposicion que habia de hacerse en Madrid.

Veíase ya bien claro que el rompimiento era inevitable. El ministro español Cuadra, que acababa de ser creado marqués de Villarias, declaró á Keene que no haria concesion alguna mientras permaneciese en Gibraltar la escuadra inglesa, lo cual consideraba como un insulto y una deshonra para España. El rey don Felipe en la audiencia que le concedió declaró lo mismo; añadiendo que estaba decidido á anular el Asiento y á apropiarse los efectos de la Compañía como indemnizacion de la suma reclamada. Además dió desde luego orden para que se apresaran todos los navíos ingleses que se encontraran en sus puertos. Y á esta especie de declaracion de guerra siguió un manifiesto del rey, en que hacia un paralelo de su conducta con la del rey Jorge en las negociaciones seguidas antes y despues de la Convencion del Pardo. En este escrito apoyaba su determinacion en las violencias, tropelías y barbaries que decia haber cometido hacia años los capitanes de los buques mercantes ingleses con las tripulaciones de los guarda-costas españoles que cogian.

(1) Los chuscos solian decir que Patiño le habia dejado el encargo de que hiciese llorar su muerte.



Es notable que en una y otra nación se apelaba, para excitar el resentimiento popular, á relaciones exageradas, que entre los hombres sensatos pasaban por cuentos é invenciones, de crueldades ejercidas, de un lado por los cruceros españoles, del otro por los contrabandistas ingleses. El parlamento de Inglaterra se había rebajado hasta el punto de admitir á la barra al capitán de un buque contrabandista llamado Jenkins, y de escuchar el relato que hizo de cómo había sido apresado por un guarda-costas español, y que entre otros tormentos que le había hecho sufrir, fué uno el de cortar una oreja, diciéndole: «anda, y ve á enseñarla al rey tu amo.» Y á su vez el monarca español en su manifiesto, entre otros hechos, citaba el de un capitán inglés que habiendo cogido á dos españoles de categoría, y no pudiendo lograr la suma que por su rescate exigía, cortó á uno de ellos las orejas y la nariz, y con un puñal al pecho le quiso obligar á tragárselas. Estas ridículas fábulas de las cortaduras de orejas, de que se burlaban las gentes sensatas, servían grandemente para concitar las pasiones del vulgo de uno y otro pueblo (1).

De todos modos, sabida en Londres la contestación de Felipe, ya el ministro Walpole no pudo resistir al torrente del clamor público, y el rey Jorge hizo aparejar una escuadra numerosa, dió cartas de represalias contra España, mandó embargar todos los buques mercantes que estaban para darse á la vela, envió refuerzos á la flota del Mediterráneo, levantó nuevas tropas, y nombró á Vernon almirante de la armada destinada contra las Antillas españolas. Publicóse en fin una formal declaración de guerra (23 de octubre, 1739). Londres la celebró con entusiasmo, se echaron al vuelo las campanas de todas las iglesias, una inmensa muchedumbre acompañaba los heraldos, y por todas partes se oían frenéticas aclamaciones. Parecía que de esta guerra pendía la salvación de la Gran Bretaña, y los especuladores se regocijaban con la expectativa de los tesoros que iban á traer de las minas del Perú y del Potosí.

Mas también hacia muchos años que los españoles no habían entrado tan gustosos y tan unánimes en una guerra como en esta ocasión. Monarcas, ministros, pueblo, todos de conformidad la consideraron como una lucha nacional, en que se interesaban á un tiempo la justicia, los intereses y el honor del rey y del Estado. El rey, vistas las buenas disposiciones de sus súbditos, dedicóse á buscar recursos para la guerra: se suspendieron las pensiones, se disminuyeron los intereses de la deuda, se suprimieron los dobles sueldos, se rebajaron los de los militares y marinos, se hicieron grandes reformas económicas en la casa real, se acordó aplicar al erario los fondos depositados en los monasterios por particulares, señalándoles un módico interés, cuyas sumas se calculaba que producirían cien millones de reales al año. Dió la feliz casualidad de que arribara oportunamente la flota de América con pingües caudales, acertando á burlar la vigilancia de las naves inglesas que intentaban darle caza. Con esto, y en tanto que los franceses amenazaban un desembarco en las costas de Inglaterra, obligando á esta nación á tener una flota considerable en observación de sus movimientos, multitud de armadores españoles salieron en corso de todos los puertos de España, y cruzando atrevidamente los mares, en poco tiempo apresaron crecido número de barcos mercantes ingleses. Asegúrase que á los tres meses de publicadas las represalias ya habían entrado en el puerto de San Sebastián diez y ocho presas inglesas y que antes de un año una lista que se remitió de Madrid y se publicó en Holanda hacia ascender el valor de las presas hechas á 234,000 libras esterlinas (mas de 23.000.000 de reales).

Creció con esto la animadversión y se encendió el deseo de venganza del pueblo inglés. Dirigíanse principalmente los planes de Inglaterra contra las posesiones del Nuevo Mundo. La escuadra de Vernon atacó y tomó á Portobelo (22 de noviembre, 1739), cuya noticia se celebró con gran júbilo en Inglaterra anunciándola con todas las trompetas de la fama.

(1) Anales de Europa para 1739.—Historias de Inglaterra.—Memorias de Walpole.

Pero no merecía ciertamente tan universal regocijo, porque lejos de corresponder el fruto á los gastos de tan poderoso armamento, todo lo que cogió Vernon en aquella plaza fueron tres pequeños barcos y tres mil duros en dinero: todo lo demás había sido retirado de la población. Tampoco abatió á los españoles aquella pérdida: al contrario, resonó por todas partes un grito de venganza contra los ingleses; mandóse por un real decreto salir de España á todos los súbditos de Inglaterra; imponíase por otro pena de la vida á todos los que importasen mercaderías de aquella nación, ó vendieran á los ingleses frutos de España ó de sus colonias.

Las potencias de Europa permanecieron espectadoras neutrales de una lucha que sin causar á España el daño que podía temerse estaba consumiendo las fuerzas de Inglaterra. Tratóse de formar en la península española tres campos, uno delante de Gibraltar bajo la dirección del duque de Montemar, otro en Cataluña amenazando á Mahón, á las órdenes del conde de Mari, y el tercero en Galicia á las del duque de Ormond para intentar un desembarco en Irlanda (1740). Alarmados los ingleses con estos planes, formaron ellos el de enviar una flota con el designio de quemar nuestros navíos surtos en el puerto del Ferrol. Encomendóse esta empresa al caballero Juan Norris, habiendo de acompañarle como voluntario el duque de Cumberland. Pero los vientos contrarios y otros accidentes imposibilitaron la expedición y frustraron las esperanzas que habían concebido de esta jornada. Pudo con esto salir desembarazadamente para América una escuadra mandada por Pizarro, que se decía descendiente del gran conquistador del Perú.

También los ingleses, habiéndoles fallado su empresa contra Galicia, enviaron dos meses después una formidable escuadra de veintinueve navíos de línea y otras tantas fragatas con nueve mil hombres de desembarco á las Indias Occidentales, objeto preferente de su codicia y de su anhelo. Esta escuadra había de incorporarse á la de Vernon. Y casi al mismo tiempo el comodoro Anson salió con otra escuadrilla para cruzar las costas del Perú y Chile. Mucho tiempo hacia que no se había visto partir de los puertos de la Gran Bretaña una armada tan numerosa y tan bien provista: lleno de las mas lisonjeras esperanzas quedaba el reino: pensábase incomunicar á España con el Nuevo Mundo, y reducirla á términos mas pacíficos y humildes privándola de los tesoros de América. Pero aquella nación, que tanto solía criticar la lentitud española, anduvo tan lenta en sus preparativos que dejó pasar la buena estación, y había dado tiempo á los españoles para fortificar las plazas y prepararse á la defensa. La escuadra llegó á la costa de Nueva España, al tiempo que las lluvias equinocciales, que duran meses enteros, hacían, si no impracticables, sumamente difíciles las operaciones militares. Emprendiéronse estas contra Cartagena, depósito general de todo el comercio de América con la metrópoli: pero la plaza estaba protegida por muchos fuertes, y defendíala el bravo don Sebastian de Eslaba, virey de Nueva Granada, que supo comunicar su ardor á toda la guarnición. Tales eran los medios de defensa, que como dice un historiador inglés, «hubiera podido resistir con ellos á un ejército de cuarenta mil hombres (2).» Atacaron los ingleses con arrojo, y lograron apoderarse de algunos fuertes avanzados á bastante distancia de la plaza, y alentados con esto y desembarcando nuevas tropas, pusieron sus baterías contra el fuerte de San Lorenzo que dominaba la ciudad, y con cuya pronta rendición ya se lisonjaban.

Tanto envanecieron al almirante Vernon aquellos pequeños triunfos, que despachó pliegos á Inglaterra anunciando que pronto sería dueño de la plaza. Esta noticia se celebró con extraordinario júbilo en Londres; parecióles ya á los ingleses que estaban cerca de acabar con el imperio español en América; en su entusiasmo acuñaron una medalla, que representaba por un lado á Cartagena, por el otro el busto de Vernon, con inscripciones alegóricas al ilustre vengador del honor nacional. Pronto se disiparon tan halagüeñas esperanzas. Vernon intentó un asalto al fuerte de San Lázaro, al cual destinó

(2) Coxe, España bajo el reinado de los Borbones, cap. 44.



mil doscientos hombres escogidos; pero casi todos fueron víctimas de su mal dirigido arrojo; una salida de los españoles del castillo acabó con los pocos que quedaban. Este revés aumentó el desacuerdo que ya había entre Vernon y el general de las tropas Wentworth: las continuadas lluvias habían desarrollado una epidemia mortífera, y en muy poco tiempo las tropas inglesas se hallaban reducidas á la mitad. Fuéles preciso abandonar la empresa, destruyeron las fortificaciones que habían tomado, y se retiraron á la Jamaica. Cuando la nueva de este desastre llegó á Londres, causó tanta tristeza y tanta indignación como había sido el transporte de alegría á que anticipadamente se había entregado el pueblo. Todo era entonces acusaciones contra el ministerio que había aconsejado la guerra, como lo habían sido antes contra el ministerio que estuvo por la paz.

El comodoro Anson, que con muchas dificultades y trabajos había logrado doblar el cabo de Hornos, la isla de Juan Fernandez y la costa de Chile, cuyos habitantes puso en consternación, pudo apoderarse de la ciudad de Payta, que por espacio de tres días entregó al saqueo y á las llamas. Después, tomando rumbo hácia Panamá, en busca de aquellos ricos bajeles que conducían á España los tesoros de las Indias, tras infinitas fatigas y penalidades que sufrió en su larga navegación, consiguió al fin dar caza al galeón español *Nuestra Señora de Covadonga*, le atacó con brio, y le apresó con toda su riqueza, que se valuó en trescientas trece mil libras esterlinas, la mas rica, dice un escritor inglés, de cuantas presas han entrado en los puertos británicos, pero también la única pérdida importante que sufrió entonces España. Otras tentativas de los ingleses en las costas del Nuevo Mundo no dieron resultado alguno lisonjero para aquella nación, bien lo causaran las discordias entre sus jefes y la intemperie del clima, bien las oportunas precauciones de los españoles y las medidas acertadas del gobierno.

Buscando el almirante Vernon alguna manera de reparar el desastre y el descrédito sufridos delante de Cartagena, con el resto de sus naves y de sus extenuadas tropas, y con un cuerpo de mil negros que sacó de la Jamaica, concibió el pensamiento de apoderarse de la isla de Cuba, y con este designio se dirigió á la Antilla española. Mas no tardó en convenirse, después de algunas tentativas inútiles, de que no alcanzaban sus fuerzas para ello. Celebróse consejo de guerra, y Vernon, con harta pena suya, tuvo que someterse á la decisión de los oficiales de retirarse con la pérdida de mil ochocientos hombres que había sufrido: con lo cual pudieron darse por destruidos aquel ejército y aquella escuadra que cuando salió de los puertos británicos dejó al pueblo inglés gozándose en la esperanza de arrancar á los españoles la dominación de América. Al regresar Vernon á Inglaterra no llevaba sino unas pocas naves y algunas tropas desfallecidas. Aumentó con esto el descontento público, y en todas partes se emitían sin rebozo quejas contra el gobierno.

Tal fué el resultado de estas guerras marítimas entre Inglaterra y España. Un escritor contemporáneo de aquella nación (1) hizo un cálculo de que resultaba haberse sacrificado por lo menos veinte mil hombres en aquellas desgraciadas empresas, y otro escritor (2) supone haber sido capturados por los españoles, en todo el tiempo que aquella duró, hasta cuatrocientos siete bajeles ingleses (3).

(1) Tindal, vol. XX.

(2) Marlés, continuación de la Historia de Inglaterra de Lingard, capítulo 56.

(3) Desormeaux, tom. V.—Tindal, vol. XX.—Noticias secretas de América.—Memorias de Walpole.—Rousset y Postlethwayte. Diccionario comercial. América española. Compañía del mar del Sur.—Campbell, Vidas de los Almirantes.

## CAPÍTULO XXI

Ejércitos de los tres Borbones en Italia.—Los hermanos Carlos y Felipe

DE 1738 Á 1745

Matrimonio de Carlos de Nápoles.—Recibe la investidura del papa.—Matrimonio del infante don Felipe.—Muerte del emperador Carlos IV de Alemania.—Cuestion de sucesión.—Pretendientes á la corona imperial.—Derechos que alegaba España.—Alianzas de potencias.—Guerras de sucesión al Imperio.—María Teresa.—Designios y planes de los monarcas españoles.—Expedición española á Italia.—El duque de Montemar.—El ministro Campillo.—Va otra escuadra española á Italia.—Causas de malograrse la empresa.—Guerra de Austria.—Viaje del infante de España don Felipe.—Causas de su detención en Francia.—El cardenal Fleury.—Triste situación del ejército de Montemar.—En Bolognia, en Benden, en Rimini, en Foligno.—Escuadra inglesa en Nápoles.—El rey Carlos es forzado á guardar neutralidad.—Retirada de las tropas napolitanas.—Separación y destierro de los generales Montemar y Castelar.—El conde de Gages.—Batalla de Campo-Santo.—Alianza de Austria, Inglaterra y Cerdeña contra Francia y España.—Alianza de Fontainebleau entre España y Francia.—Muerte de Fleury.—Actitud resuelta del gobierno francés.—Expedición marítima contra Inglaterra.—Se malogra.—Gran combate naval entre la escuadra inglesa, la francesa y española reunidas.—Rompe el rey de Nápoles la neutralidad.—Los ejércitos de los tres Borbones pelean en el mediodía y en el norte de Italia.—Los dos príncipes españoles, Carlos y Felipe, cada uno al frente de un ejército.—Apuro de Carlos en Veletri.—Vuelve triunfante á Nápoles.—Cruza Felipe los Alpes y penetra en el Piamonte.—Conflicto en que pone al rey de Cerdeña.—Sitio de Coni.—Vuelve á franquear los Alpes cubiertos de nieve, y se retira al Delfinado.

Ni el negocio tan grave de la guerra con la Gran Bretaña, ni los interiores de su propio reino, de que habremos de dar cuenta en otro lugar, habían bastado á apartar de Italia la vista de Felipe V y menos la de la reina Isabel, que con el pensamiento siempre fijo en aquellas regiones, después de haber logrado en ellas un vasto reino para el primero de sus hijos, no desistía ni descansaba hasta ver si hacia señor de algunos de aquellos Estados á don Felipe, su hijo segundo.

Fué uno de sus primeros cuidados la elección de esposa para el rey de Nápoles. Pensóse primero en una archiduquesa de Austria, con objeto de evitar por este medio ulteriores disturbios con el emperador; mas como este hubiera casado á su primogénita y heredera María Teresa con el duque Francisco de Lorena, ya gran duque de Toscana, no quería dar á su hermana un rival á la monarquía. Pensóse luego en la princesa María Amalia de Sajonia, hija del Elector Augusto III, rey ya de Polonia y sobrino del emperador. Encargóse la negociación de este enlace al conde de Fuenclara, embajador de España en Viena, el cual desempeñó su comisión cumplida y felizmente. Concertadas las bodas con satisfacción de los interesados y celebradas por poder en Dresde (9 de mayo, 1738), la nueva reina de Nápoles se puso en camino y tuvo el placer de verse objeto de agasajos y festejos en todas las ciudades de los Estados italianos por donde pasó, siendo el pontífice uno de los que se distinguieron, enviando doce cardenales á cumplimentarla. Esperábala con lucida comitiva el rey Carlos á la frontera de su reino, y reunidos los dos esposos hicieron su entrada pública y solemne en la capital (3 de julio, 1738), siendo recibidos por aquellos habitantes, con una alegría tan extremada como natural, al ver que tenían en su seno reyes propios, después de tan largo tiempo como habían estado sometidos al gobierno de vireyes, ya españoles, ya alemanes.

Otra satisfacción había gozado el rey Carlos por aquellos mismos días. El pontífice, no obstante las disidencias que entre los dos habían mediado, á instancias de Felipe de España resolvió darle la investidura del reino, que firmaron todos los cardenales, y recibió en su nombre el cardenal Aquaviva; bien que no faltó en ella la condición acostumbrada de que ningún rey de Nápoles pudiera ser emperador (12 de marzo, 1738). Hízose entonces con gran ceremonia la presentación de la hacanea, que había sido objeto de tantas disputas, y el papa dió orden al nuncio, monseñor Simonetti, que se hallaba retirado en Nola, para que volviese á Nápoles y ejerciese las funciones de su cargo. El príncipe español tomó el nombre de



Cárlos VII, como el sétimo de los de su nombre que habían ocupado el trono de las Dos Sicilias (1).

Pero al mismo tiempo Felipe V hacia reforzar las plazas de Porto-Ercole, Orbitello y otras de la costa de Italia; cosa que no dejó de poner en recelo al emperador y á otros soberanos, suponiendo en la reina de España, en cuyas manos sabían estaban los resortes del gobierno de la monarquía, proyectos ulteriores sobre los ducados de Parma, Plasencia y Toscana, para su hijo Felipe. Negociábase ya entonces el matrimonio de este príncipe con Luisa Isabel, primogénita de Luis XV de Francia; matrimonio que se llevó á efecto al año siguiente, celebrándose los desposorios en París (26 de agosto, 1739); la princesa fué traída á España de allí á dos meses (2).

Aunque Felipe V, instado por las potencias, y muy principalmente por el rey su sobrino, con quien acababa de concertar este nuevo lazo de union, se adhirió por fin en julio de este año (1739) al tratado de Viena, que parecía remover ya todo género de disputa y hostilidad con el emperador, la reina no abandonaba su antiguo propósito. Y como la salud de Felipe volviera á debilitarse, y su melancolía le inspirara de nuevo el deseo de apartarse de los negocios y de abdicar la corona en el príncipe de Asturias, hacia la reina todo género de esfuerzos para distraerle de este pensamiento, por temor de que subiendo Fernando al trono no pudiera intervenir en los negocios ni realizar sus planes. Algo los contrarió la muerte del papa Clemente XII (6 de febrero, 1740), con cuyo apoyo contaba; y Próspero Lambertini, que le sucedió con el nombre de Benito XIV, no era hombre dado á meterse en negocios mundanos, y de él no se prometía que quisiera entrar en sus designios. Sin embargo, aquella reina ambiciosa y diestra procuraba ganar por mil medios á los ministros de las naciones de quienes calculaba podían prestarle mas apoyo, bien que con tal disimulo que no solian penetrar su intencion los políticos mas hábiles; y acaso en el enlace de su hijo con la princesa de Francia llevó ya la de empeñar á aquel soberano á que la ayudara en su empresa.

Cuando Isabel Farnesio revolvía en su ánimo este pensamiento que tanto la preocupaba, aconteció la muerte del emperador Cárlos VI (20 de octubre, 1740); extinguiéndose con él la línea varonil de la casa de Austria, que habia estado mas de trescientos años dando emperadores á Alemania. Este acontecimiento que se suponía habia de causar una conmocion general y grandes alteraciones en Europa, ofreció á la reina de España una lisonjera perspectiva para la realizacion del proyecto que tanto halagaba su ambicion. De contado desaparecia el mayor obstáculo que para ello habia encontrado siempre; y mucho esperaba tambien de la confusion que empezaron luego á producir las pretensiones de los muchos príncipes que aspiraban á ocupar el trono imperial vacante. Que aunque casi todas las potencias se habian comprometido por tratados solemnes á respetar la pragmática-sancion en que Cárlos VI habia arreglado la sucesion de su corona, y en su virtud era indisputable el derecho de su hija mayor María Teresa, reina de Hungría y gran duquesa de Toscana, los príncipes que se creían con derecho á aquel trono mostráronse desde luego poco dispuestos á respetar el compromiso escrito y sí á aprovecharse del mal estado en que Cárlos á su muerte habia dejado el imperio, exhausto el tesoro, y con un ejército corto y enflaquecido á causa de sus desgraciadas campañas con el turco, que le habian obligado á suscribir á una paz desventajosa.

Entre los pretendientes á la corona imperial se contaban el Elector de Baviera, único que no habia firmado la pragmática-sancion, el Palatino, el rey de Polonia, el de Prusia, el de Francia y el de España. Derivaba Felipe V sus derechos á los Estados de Austria de los convenios de familia celebrados entre el emperador Cárlos V y su hermano Fernando, segun los cuales la posesion de aquellos Estados era revertible á la raza primogénita en el caso de extincion de la línea masculina, y en este sentido mandó al conde de Montijo, embajador

á la sazón en Viena, hacer una protesta que se presentó tambien á la Dieta germánica. Pretendia además tener derechos á los reinos de Hungría y de Bohemia, como descendiente de varias princesas austriacas que se habian casado con reyes de España (3). El rey de Polonia, elector de Sajonia, sobrino del emperador difunto y suegro del rey de Nápoles, era el que podia haber disputado sus derechos mejor que otro alguno, pero conocia que habia de tener contra sí todas las potencias de Europa, interesadas en impedir la reunion de tantos y tan poderosos Estados en un solo príncipe: así, mas adelante se decidió por ser aliado en vez de enemigo de María Teresa. Igual conviccion tenia Felipe V de España, que por otra parte se hallaba todavia en guerra contra los ingleses; pero conveníale presentar sus pretensiones para distraer y ocupar á los demás príncipes, y con el propósito de aprovecharse de aquella confusion para ver de hacer un reino en Italia á su hijo Felipe. Y lo que hizo fué apoyar secretamente, de acuerdo con Francia, la pretension del de Baviera, en tanto que provocaba un rompimiento que debilitara y distrajera el poder del Austria. No tardaron en verse cumplidos sus deseos.

Anticipóse á todos en sustituir el empleo de las armas al de las protestas, memorias y manifestos que hasta entonces se habian cruzado, el rey de Prusia ocupando con veinte mil hombres la Silesia. Obligó esta invasion á María Teresa de Austria á retirar una gran parte de sus tropas del Milanésado. Buena ocasion para los reyes de España que tenían puestas sus miras sobre Milan; pero ocultando mañosamente estos designios, acertaron á comprometer con halagüeñas promesas al mismo rey de Cerdeña Cárlos Manuel, á que entrara en una confederacion con Francia, España, Prusia y el Elector de Baviera contra María Teresa de Austria (18 de mayo, 1741). El plan que los monarcas españoles adoptaron para llevar la guerra á Italia, habia sido trazado por el duque de Montemar, que habia de ser tambien el encargado de su ejecucion; y venia bien para este objeto la fortificacion de algunas plazas de la costa italiana que hacia años se habia dispuesto hiciese el rey de Nápoles. Preparóse, pues, un ejército y una escuadra española que habia de pasar á Italia, sin desatender por otra parte á lo de América que se defendia contra los ingleses. El duque de Montemar salió de Madrid para Barcelona (9 de octubre, 1741), de donde habia de partir la expedicion. Pero allí recibió orden del rey para que ejecutara un nuevo plan de campaña que le enviaba, enteramente opuesto al que él habia propuesto y habia sido aprobado. Aunque comprendió el ilustre general que el nuevo plan era de todo punto inconveniente, que de seguirle se iba á desgraciar la empresa y á perder él su propia reputacion, y que el rey habia sido sorprendido y engañado por alguno de sus émulos, fuéle, sin embargo, preciso obedecer. El plan era, en efecto, del ministro don José del Campillo, que acababa de reemplazar al marqués de Villarias, y habia sido encargado de los departamentos de Marina, Hacienda y Guerra. Este ministro, envidioso sin duda de las glorias del de Montemar, no dió cuenta al rey de tres representaciones que le dirigió haciéndole ver los inconvenientes del nuevo plan, así como la falta completa en que se veía de dinero y de provisiones para su tropa. Nada fué oído, y se le repitieron órdenes expresas para que acelerara la partida.

Partió pues la escuadra de Barcelona (4 de noviembre, 1741), con diez y nueve batallones y muy poca caballería, y al día siguiente emprendió Montemar su viaje por tierra; el 11 de diciembre llegó á Orbitello, punto designado por el ministro para la reunion de los ejércitos de España y Nápoles, y donde ya encontró algunas embarcaciones, que merced á la proteccion de una flota francesa que habia partido de Tolon con este fin, no fueron apresadas por la escuadra inglesa de Haddock, que habia ido dándoles caza, dispersas las otras por los vientos y detenidas en las costas de Francia y Génova. La escasa caballería que iba habia padecido mucho en la embarcacion, y su jefe, don Jaime de Silva, tuvo que buscar dinero

(1) Beccatini, Vida de Cárlos III, libro II.

(2) Los padres de Felipe salieron á recibirla á Alcalá y entró en Madrid el 27 de octubre. Tenia entonces la princesa solos doce años.

(3) Felipe V hacia descender su derecho de la reina doña Mariana de Austria, hija de Maximiliano II, cuarta mujer de Felipe II, y madre de Felipe III.



sobre su palabra para mantenerla. La infantería, alojada en cuarteles húmedos y estrechos, contrajo muchas enfermedades, siendo lo peor que no había medio de prestarles los necesarios socorros, y que esto producía desánimo y deserción en las tropas. De modo que se malograron los principios de una campaña que hubiera podido dar felices resultados á haberse seguido el plan de Montemar; de todo lo cual se culpaba al ministro Campillo, á quien se suponía la siniestra intención de desacreditar aquel general ilustre, y hacerle caer de la gracia del rey, sin mirar los daños que con su envidiosa conducta podía causar á su patria (1).

Todos los elementos con que se había contado para esta empresa se habían presentado favorables, y todo concurrió después á malograrla. Libre el paso para las tropas españolas por la república de Génova, á las napolitanas por el territorio pontificio, pudo en poco tiempo llevarse un ejército poderoso al corazón de Italia. El rey de Cerdeña no era entonces hostil; Francia prometía la neutralidad de Toscana; un ejército francés á las órdenes del infante don Felipe debía pasar á Italia; los austriacos, acometidos en el Norte por prusianos y franceses, apenas tenían en Milan la gente necesaria para las guarniciones. Con actividad y buena dirección hubiera podido el de Montemar apoderarse brevemente del Milanesado. Pero todo fué lentitud y desconcierto. Para moverse Montemar de Orbitello tuvo que escribir al cardenal Aquaviva que con toda diligencia le buscara algún dinero con que poderse poner en marcha, y con mucho trabajo pudo el cardenal proporcionarle diez y ocho mil pesos que le remitió. Las tropas que se embarcaron en el segundo convoy que partió de Barcelona (13 de enero, 1742) en diez y ocho navíos al mando de don José Navarro, no iban mejor abastecidas que las primeras; apenas llevaban lo absolutamente indispensable para su manutención; además una borrasca esparció las naves, las obligó á abrigarse en las islas de Hieres, y después á dar fondo en el puerto de la Spezzia. Allí tuvieron que detenerse las tropas cerca de un mes por falta de provisiones, sin poderse juntar con las de Montemar y las de Nápoles que se habían trasladado á Pésaro, y sin poder concurrir don Jaime de Silva con su caballería, aun no bien restablecida en Génova de sus padecimientos. Estas dilaciones dieron lugar á que el rey de Cerdeña se apercibiera de los proyectos de la corte de España sobre el Milanesado, y á que aprovechándose de la mediación de Inglaterra hiciera un arreglo con María Teresa de Austria para evitar el establecimiento de los españoles en Lombardía, único modo de preservar sus Estados. Aquel astuto monarca sorprendió á las cortes de Madrid y París, á las cuales había estado entreteniéndolas, cuando publicó su alianza con la de Austria y sus pretensiones al Milanesado, y puso en movimiento sus tropas para impedir que avanzaran las españolas.

Por el contrario, los negocios de Austria, al principio tan desfavorables á la emperatriz María Teresa, habían tomado un rumbo próspero. Aquella princesa, que, perdida la Silesia, la Bohemia, toda el Austria superior y parte de la Moravia, y apurada por los prusianos, bávaros y franceses, se había visto precisada á abandonar la capital del imperio y á retirarse á Presbourg, se entregó á la confianza de sus húngaros, les presentó su hijo el archiduque vestido al uso del país, imploró su auxilio, los interesó, movió sus corazones, y aquel pueblo hidalgo se levantó en masa, incluso las mujeres, en defensa de su reina; formáronse como por encanto numerosos cuerpos de ejército, y en medio de la estación mas cruda se arrojaron intrépidos sobre los franceses, los arrojaron del Austria superior, los encerraron en la plaza de Lintz, los rindieron en ella, la emperatriz pudo restituirse á Viena, y tras ella mas de cuarenta mil almas que por miedo se habían salido, y quedó desembarazada para enviar á Italia un cuerpo considerable de tropas, que ocupó una parte del territorio de Módena antes de la llegada de los españoles.

Noticiosa la corte de Madrid de estos sucesos, apresuró el viaje del infante don Felipe á Italia, que estaba premeditado, habiendo ofrecido la Francia veinte mil hombres de sus tropas que se habían de reunir al infante español para hacer frente á los austro-sardos en Lombardía. Nombráronse los jefes de la casa del príncipe, y diósele por ministro al marqués de la Ensenada: acompañábale un cuerpo de ciento cincuenta guardias de corps. Pero el cardenal de Fleury, que siempre había mostrado poco interés por las cosas de España, atendió mas á reforzar el ejército de Bohemia, mandando pasar allá el que estaba en Westfalia para contener en sus victorias á los húngaros y austriacos. Y cuando el infante español llegó al puerto de Antibes, no solo no se le juntaron las tropas prometidas, sino que ni permitió el cardenal que las escuadras española y francesa que estaban en Tolon favorecieran el transporte del infante á Italia, como hubieran podido hacerlo unidas, contrarestando la armada inglesa que estaba á la vista de aquel puerto. Así se malogró la ocasión de ejecutar el intento y fin que la corte de España se había propuesto con la precipitada marcha del infante don Felipe.

Aunque el marqués de Castelar, que mandaba las tropas españolas del segundo convoy, había logrado incorporarse con las de Montemar en Pésaro, donde estaban también las de Nápoles, capitaneadas por Castropignano, había sido tal y tan escandalosa la deserción, que el ejército aliado se hallaba reducido á la cuarta parte. Sin embargo, apurado Montemar por las órdenes apremiantes del ministro Campillo, y animado con la esperanza que este le daba de que pronto llegaría con una fuerte división el infante don Felipe, movió su campo y llegó hasta las puertas de Bolonia, donde á pesar de su vigilancia y la de los demás jefes se le desertaron mas de tres mil hombres, sin que pudiera saberse su paradero, porque los boloñeses, enemigos de la casa de Borbon, los ocultaban y encubrían (mayo, 1742). Nunca se había visto deserción igual en las tropas españolas; no había disciplina en las napolitanas: contagiábanse y se viciaban mutuamente unos á otros, y todo era robos, saqueos y desórdenes. El rey de Cerdeña, ya aliado de Austria, y el general alemán Traun, cada uno con poderoso ejército, se venían encima de los españoles; y para que todo fuese fatal y adverso, el duque de Módena, que por un tratado con el rey de España debía asistir á Montemar con siete mil hombres y franquear una de las plazas fuertes de sus Estados para almacenes á elección del general español, poco á poco fué eludiendo el compromiso, resolviendo por último retirarse á Venecia. Era pues imposible en tal situación atacar con éxito á los enemigos, y aun muy difícil estar á la defensiva. Y con todo eso, no cesaba el ministro Campillo de apretar con órdenes para que se diese la batalla, acusando al de Montemar de lento y tímido para precipitarle. Con tal motivo celebró el duque un consejo de oficiales generales, los cuales casi por unanimidad acordaron enviar al rey una representación enérgica, exponiendo las gravísimas razones que tenían para no obedecer las órdenes del ministro (2).

En virtud de este acuerdo levantaron ambos ejércitos con la mayor precaución el campo, y se encaminaron á Bendeno, no sin ser muy molestados en su marcha. Allí se fortificaron, y permanecieron por espacio de un mes, con la vana expectativa de que el infante don Felipe con el general Glimes se abriera paso por Génova, y acometiera las plazas de Lombardía, y distrajera por allí al enemigo. Pero las naves inglesas que bloqueaban á Tolon y vigilaban la costa no permitían el paso á ningún buque español ni francés; sin que el cardenal de Fleury se diera por sentido, ni se viera una sola disposición suya para enfrenar la osadía de la escuadra británica, después de haber dicho en son de amenaza hacia pocos meses que miraría la presencia de los navíos ingleses en aquellos mares como un rompimiento. Aquella política ambigua, irresoluta, incierta, del purpurado ministro francés, pero nunca favora-

(1) Los escritores españoles de aquel tiempo están conformes en atribuir estos designios á Campillo; y el autor de las Memorias políticas, cuyos interesantes anales de este año y el siguiente hubo la fortuna de encontrar, prorrumpe con este motivo en fuertes y muy sentidas exclamaciones.

(2) Esta notable representación, que se hizo en el campo de Fuerte Urbano el 9 de junio de 1742, la firmaron los oficiales generales de ambos ejércitos español y napolitano. La inserta íntegra, con los nombres de todos los firmantes, don José de Campo-Raso en sus Memorias políticas.



ble á los intereses de España, causó un daño inmenso á nuestra nacion y á la empresa en que se habia empeñado (1); no quedó al infante otro arbitrio que abandonar la costa de Génova, é internarse por el Delfinado para pasar á Saboya, lo que no pudo verificar hasta el mes de setiembre.

¿Qué habia de hacer con esto el de Montemar? Sin este socorro, continuando la desercion de sus tropas, sabiendo los progresos de las armas húngaras y austriacas en Alemania, las derrotas de los franceses en Bohemia, el tratado de paz del rey de Prusia con María Teresa, á que se adhirió tambien el de Polonia, que otro ejército imperial se aprestaba á invadir las Dos Sicilias, y que el rey de Cerdeña y el alemán Traun, despues de apoderados de Módena, se dirigian á pasar el Tánaro con intento de tomar á Rímíni y cortarle la retirada, anticipóse á levantar el campo de Bendenó, y marchando los ejércitos enemigos en líneas paralelas logró el de Montemar llegar primero á Rímíni (julio, 1742), donde se mantuvo algunos dias esperando á los enemigos en órden de batalla. Mas como allí recibiese noticias fidedignas del peligro que corria el reino mismo de Nápoles, consideró como de la mayor necesidad y como su mas urgente obligacion cubrir aquel reino, á cuyo fin determinó situarse en Foligno, donde llegó el 22 de agosto. En efecto, la escuadra inglesa se habia presentado repentinamente delante de Nápoles; un capitán saltó á tierra, é intimó al monarca napolitano que se declarara neutral en aquella lucha, ó de lo contrario bombardearia la ciudad (20 de agosto, 1742); y como los ministros de Nápoles intentaran entrar en negociaciones, sacando el capitán inglés su reloj y poniéndole sobre la mesa, *necesito*, les dijo, *la respuesta dentro de una hora*. A tan ruda intimacion, y con el fin de salvar la capital de la destruccion que la amenazaba, el rey Carlos, cediendo á la violencia, se comprometió por escrito á guardar la neutralidad mas estricta. En su virtud, se despachó inmediatamente órden al marqués de Castropiñano para que se retirara con las tropas napolitanas, dejando solo á Montemar con los españoles; golpe fatal para el general español, por mas que muchos soldados napolitanos se negaran á seguir al suyo prefiriendo continuar en nuestro ejército (2).

Cuando Montemar, despues de este contratiempo, se disponia á salir de Foligno obedeciendo á órdenes recibidas de Madrid, llególe otro expreso (9 de setiembre, 1742), en que se le mandaba volver á España so pretexto de achaques y falta de salud de que él no se habia quejado, y que le acompañara el marqués de Castelar, entregando el mando del ejército á don Juan de Gages, teniente general mas antiguo. El ministro Campillo habia al fin logrado sacrificar aquel general benemérito, objeto constante de sus envidias. Obedeció el ilustre caudillo, y juntos ambos generales emprendieron la vuelta á España, y despues de haberse detenido en Génova aguardando inútilmente contestacion del ministro á instrucciones que le pidieron, y no sin correr grandes peligros de caer prisioneros de los enemigos que estaban á su acecho, arribaron por fin á Barcelona. Esperábase allí otra órden del ministro, en que les mandaba retirarse, al de Montemar á su Encomienda, al de Castelar á Zaragoza, y que no salieran de estos dos puntos sin real permiso. Ambos obedecieron sumisos el mandato. Al fin el de Castelar, á quien no se podia hacer otro cargo que su estrecha amistad con el duque, obtuvo despues permiso para venir á la corte: al presentarse á Campillo, le dijo este: «Y bien, por no haberme creído V. E. se encuentra á pié.—Nunca esperé menos de V. E.» le contestó el marqués. El de Montemar se ocupó en su destierro en escribir la justificacion de su conducta, y en demostrar los desaciertos y las intenciones de su adversario, y lo consiguió cumplidamente,

y volvió á la gracia del rey, pero esto no fué hasta despues de la muerte de su émulo que sucedió á poco tiempo (3).

El cambio de jefes no influyó al pronto de una manera sensible en la guerra de Italia. El de Gages se limitó á hacer un movimiento sobre Módena, mas luego se retiró á cuarteles de invierno; hicieron lo mismo los austriacos, y los sardos se volvieron á su propio país. La reina de España no podia sufrir tan larga paralización en sus tropas; y casi á los principios del año siguiente pasó las mas apremiantes órdenes al de Gages para que sin demora atacara al enemigo ó dejara el mando. En su cumplimiento movióse el general español (3 de febrero, 1743), y pasó el Tánaro sin dificultad, situándose en Campo-Santo. No tardó en venir á buscarle el general austriaco Traun resuelto á dar la batalla, que aceptó el español, empuñándose un recio y furioso combate (8 de febrero, 1743), que duró hasta muy entrada la noche. Aunque los españoles se proclamaron victoriosos, porque durmieron sobre el campo, y cogieron bastantes estandartes y cañones á los enemigos, su pérdida habia sido grande, y á la mañana siguiente tuvieron por muy prudente retirarse de prisa á Bolonia, sin atreverse á aventurar nueva batalla, y dando con esto motivo á Traun para blasonar de haber quedado vencedor. Y como luego llegasen socorros á Traun (marzo, 1743), suspendió el de Gages todo movimiento que pudiera comprometerle, manteniéndose el resto del año en los Estados de Bolonia, Ferrara y Marca de Ancona, perdiendo mucha gente entre deserciones y enfermedades, hasta quedar reducido su ejército á solos cinco ó seis mil hombres. Y por último, acosado por el general Lobkowitz, que habia reemplazado á Traun en el mando de las tropas austriacas, por haber sido este llamado á Viena y encargándose de la guerra de Bohemia contra los aliados, se vió forzado el de Gages á refugiarse en el reino de Nápoles.

La corte de Francia, que siguiendo la política contemplativa y ambigua del cardenal Fleury, habia dejado pasar todo el año anterior en una apatía y en una inaccion injustificable, sin mover de la Provenza y el Delfinado las tropas que habia de mandar el infante don Felipe, conoció al fin á fuerza de desengaños que era menester forzar el paso de los Alpes y combatir al rey de Cerdeña (4), que habia estado entreteniendo al gabinete de Versalles aparentando prestar oídos á sus proposiciones, mientras, haciendo un doble papel, andaba en tratos con María Teresa de Austria, valiéndose de los celos y de las necesidades de ambas naciones para lograr sus fines á expensas de ambas. El cardenal de Fleury, que ya hubiera debido de convencerse de que habia quien le ganara á jugar mañosamente los resortes de la política contemporizadora, se sorprendió otra vez cuando supo la alianza ofensiva celebrada en Worms entre Austria, Inglaterra y Cerdeña (2 de setiembre, 1743), en que la reina de Hungría, además de ciertas concesiones que hacia á Carlos Manuel, se comprometia á poner á sus órdenes treinta mil hombres en Italia, y la Inglaterra á tener una fuerte escuadra en el Mediterráneo, sin contar con un cuantioso subsidio anual, y otro para el rescate de Finale.

Hizo esto salir á Francia de su adormecimiento, penetróse de la necesidad de estrechar mas sus vínculos las dos familias de Borbon, y á la triple alianza de Worms opuso el tratado de Fontainebleau, que se intituló «Alianza perpetua ofensiva y defensiva entre Francia y España.» Despues de garantizarse ambas naciones todas sus posesiones y sus derechos presentes y futuros, el rey Cristianísimo se comprometia á sostener á Carlos en las Dos Sicilias, á ayudar á Nápoles y España, á conquistar el Milanesado para el infante don Felipe con los ducados de Parma y Plasencia, á condicion de que estos dos últimos los disfrutaria la reina Isabel Farnesio como patrimo-

(1) Gravísimos cargos hacen los escritores españoles de aquel tiempo al cardenal de Fleury por su política sospechosa, si no del todo adversa á España desde el principio de esta guerra, y á él le atribuyen casi en igual proporcion que al ministro español Campillo, con quien indician estaba en inteligencia, la mayor parte de los males que se experimentaron.

(2) Beccatini, Vida de Carlos III, libro II.—Campo-Raso, Memorias políticas y militares.—Buonamici, Comentarios de la guerra de Italia.—Historia de Inglaterra, reinado de Jorge II.—Historia del reino de Nápoles.—Casa de Austria, Reinado de María Teresa.—Muratori, Anales de Italia.

(3) Aquí concluyen las Memorias de don José del Campo-Raso, que escribió para que sirvieran de continuacion á los Comentarios del marqués de San Felipe, y en que se encuentran tan apreciables noticias de los sucesos de este último tercio del reinado de Felipe V.

(4) El infante don Felipe, con su ejército reforzado, y llevando por general al marqués de la Mina que reemplazó á Glines, penetró en Saboya; pero no era á propósito la estacion, y aquel movimiento no pudo pasar de un amago de campaña. El rey de Cerdeña habia vuelto al Piamonte, y entró en Turin en enero de 1743.



nio suyo durante su vida; á emprender las hostilidades contra el rey de Cerdeña; á declarar la guerra á la Gran Bretaña, auxiliar á los españoles á la recuperacion de Menorca, y no dejar las armas hasta que les fuese restituida la plaza de Gibraltar.

Entre tanto el infante don Felipe habia intentado abrirse paso á Lombardía con veinte mil hombres por el valle de Castel-Delfino; pero además de haber tenido que luchar con los obstáculos naturales que el país ofrecia y con el rigor y la intemperie de la estacion, encontró al rey de Cerdeña muy apercebido, con su ejército alrededor de Saluzzo. Por tanto, despues de haber llegado á Pont (octubre, 1743), retrocedió al Delfinado, temiendo verse interceptado por las nieves.

La muerte del cardenal Fleury (1), y su reemplazo por el cardenal de Tencin, hombre de genio emprendedor y atrevido, de todo punto opuesto al pacífico y débil de su antecesor, contribuyó mucho á alentar á la Francia en la actitud resuelta que acababa de tomar. Dos grandes proyectos formó para quebrantar el poder de Inglaterra, el uno mover una guerra interior en aquel reino, el otro destruir su escuadra del Mediterráneo, atacándola las fuerzas navales combinadas de España y Francia. Ofrecian ocasion para lo primero las discordias políticas de los ingleses y el partido de los descontentos y enemigos de la dinastía reinante. Contando con estos, dispuso la Francia enviar al pretendiente Carlos Estuardo, hijo del antiguo pretendiente, llamado el caballero de San Jorge. Un ejército de quince mil hombres, mandado por el conde de Sajonia, habia de acompañarle, protegiendo su travesía una escuadra de veinte navíos de línea que cruzaria el canal de la Mancha. El pretendiente Carlos pasó de Roma á Paris disfrazado de correo de gabinete español, y tuvo una entrevista con aquel rey. Hubo con este motivo serias contestaciones entre el embajador británico y el gobierno francés. La escuadra salió, sin embargo, de los pueblos de Rochefort y de Brest. Pero la aparicion imprevista del almirante inglés Norris con fuerzas superiores frustró la empresa, obligando á los navíos franceses á volver á sus apostaderos, cuando ya el pretendiente se hallaba á la vista de la tierra prometida, y sufriendo los barcos de transporte á causa de los vientos averías fatales. El rey Jorge no perdonó medio para poner en seguridad su trono (marzo, 1744).

El segundo proyecto habia sido formado de acuerdo con la reina de España, que ofendida vivamente en su orgullo de que la escuadra inglesa que bloqueaba á Tolon hubiera estado tanto tiempo estorbando de conducir tropas á Italia, lo miraba como una vergüenza y un oprobio para ella y para la nacion, habiendo en aquel puerto hasta veinticuatro velas entre francesas y españolas. Mandaba las primeras el almirante Court, las segundas don José Navarro. Componian la inglesa veintinueve navíos de línea y diez fragatas al mando del almirante Mathews y del vice-almirante Lestock, que estaban en desacuerdo por rivalidades y enconos que entre sí tenían. Moviése, pues, la escuadra aliada, acercóse á la enemiga y se empeñó un vivísimo combate, que se sostuvo con admirable ardor por ingleses, franceses y españoles por espacio de tres dias. Viéronse actos de heroismo de una y otra parte.

Manióbró el almirante francés con gran inteligencia y maestría. El inglés, que habia sido solo á luchar, pues no pudo conseguir que tomara parte en la pelea su vice-almirante, abrumado de fatiga, viendo sus navíos averiados, y desesperanzado de poder obtener socorro alguno de Lestock, dió la señal de retirada y arrió velas para la isla de Menorca. Luego que llegó á Mahon hizo arrestar á Lestock y le envió prisionero á Inglaterra; este á su vez acusó al almirante Mathews como criminal por su conducta en un combate que los ingle-

ses miraron como un verdadero desastre (2). Celebróse con festejos públicos en Francia y en España, y como una victoria completa: dióse al almirante Navarro el título pomposo de marqués de la Victoria; y en tanto que la armada inglesa se reponia de sus averías, los españoles pudieron enviar sin estorbo socorros de todas clases á sus ejércitos de Italia (3).

Al tiempo que de esta manera se combatia en los mares, los tres soberanos de la casa de Borbon sostenian por tierra una lucha animada y viva en el mediodía y en el norte de Italia contra el imperio austriaco y sus aliados. Vimos ya cómo el general español conde de Gages, acosado por el austriaco Lobkowitz, se habia visto en la necesidad de refugiarse al territorio napolitano para salvar su menguado ejército. Grande embarazo era este para Carlos de Nápoles, que violentado por los ingleses se habia comprometido á guardar una estricta neutralidad. Pero con acuerdo de un gran consejo que celebró, y so color de hacer que se respetara esa misma neutralidad, y de prevenir el peligro que amenazaba á sus dominios con la inmediacion de los austriacos, ordenó que un cuerpo de tropas napolitanas avanzara hácia los Estados de la Iglesia. Despues, teniendo por cierto que las armas de María Teresa de Austria iban á invadir su mismo reino, consideróse en el caso de romper aquella neutralidad forzada que contra los sentimientos de la naturaleza se le habia impuesto, y anunciándolo así á su pueblo con muy sentidas palabras, manifestó su resolucion de salir á ponerse á la cabeza de sus tropas con el fin de salvar su reino y auxiliar los ejércitos de su padre y de su primo, llevando para mayor seguridad la real familia á Gaeta, y dejando encomendado á una regencia el gobierno de las Dos Sicilias. Hecho esto, y despidiéndose tiernamente de su esposa y de su hija y del pueblo napolitano, marchó con diez y siete mil hombres camino del Abruzzo (25 de marzo, 1744). Desde Chieti determinó pasar á cubrir los pasos de San Germano y Monte Casino, siguiendo los movimientos de Lobkowitz, que tenia veintisiete mil hombres. Esta operacion y la incorporacion que luego se hizo de los ejércitos de Nápoles y España, movieron al general austriaco á cambiar sus planes, y tomando el camino que conduce por Roma á Velletri, y cruzando rápidamente la península, llegó á las inmediaciones de Roma (mayo, 1744), donde fué recibido como en triunfo, por el terror que inspiró á los débiles romanos, que hicieron hasta rogativas públicas como en las grandes calamidades, y expidieron órdenes para que se diesen á sus huéspedes alojamientos y cuanto necesitasen (4). Carlos de Nápoles habia marchado tambien hácia Velletri, y tomó posicion en una eminencia de aquella ciudad, distante solo seis leguas de Roma, en los críticos momentos en que se descubria ya avanzando á ella el ejército austriaco.

Acampados ambos ejércitos en dos eminencias opuestas, separadas por un estrecho valle, pero dueño de la ciudad el de Nápoles y España, estuvieron algun tiempo observándose y respetándose. El general austriaco destacó algunas tropas por

(2) Fué cosa singular lo que pasó con los jefes de las armadas que concurrieron á este famoso combate, y prueba lo que suele ser en todas partes la justicia humana. Habiéndose acusado mutuamente Mathews y Lestock como culpables de la derrota, uno y otro fueron enviados á un tribunal. El almirante Mathews, que habia trabajado solo contra las flotas aliadas, y portádose con intrepidez y arrojo, fué declarado inhábil para el servicio; y Lestock, que no habia tomado parte en la lucha, manteniéndose siempre fuera de tiro del cañon enemigo, fué absuelto sin que le parara perjuicio en su honra, porque se habia encerrado, se decia, en los deberes de la disciplina militar.

Tampoco prevaleció la justicia distributiva en el modo como fueron tratados los jefes de la escuadra aliada. Todo el premio le recibió el almirante español; y el francés, que con sus hábiles maniobras habia salvado á su colega, fué, por instigacion de los oficiales españoles y por empeño del mismo rey, separado momentáneamente del servicio por el gobierno francés. Medida que despertó ciertas antipatías entre los marineros de una y otra nacion, y fué causa de que no pudieran volver á unirse las fuerzas marítimas de los dos reinos hasta el fin de la guerra.

(3) Historia de Inglaterra, Reinado de Jorge II.—Historia de Francia, Reinado de Luis XV.—Gacetas de Madrid, marzo de 1744.

(4) «Habian desaparecido ya, exclama aquí un escritor italiano, los tiempos en que los papas defendian y dilataban sus Estados con las armas en la mano, como habia hecho Julio II.»—Beccatini, lib. II.

(1) Murió este célebre ministro á la edad de 90 años. Tercer cardenal que habia gobernado la Francia, aunque no carecia de talento, no acertó á llenar un fin político como sus antecesores Richelieu y Mazarino: amigo de la paz, sin acertar á conservarla, dejó por legado á su nacion una guerra funesta en que habia entrado con repugnancia, y que no supo mantener con ardor despues de envuelto en ella. La España, que no le debió sino entorpecimientos y obstáculos, si no se alegró de su muerte, por lo menos no tuvo motivos para sentirla.



el país vecino, las cuales se apoderaron sin dificultad de alguna ciudad abierta, y derramaron manifiestos en que ya claramente se excitaba á los napolitanos á que volvieran á someterse al dominio de Austria, ofreciéndoles grandes privilegios y alivios de tributos; manifiestos á que la ciudad de Nápoles contestó enviando á su rey un donativo voluntario de trescientos mil escudos, y asegurándole que confiase en la lealtad de la capital. En tal estado quiso el general alemán dar un golpe de mano, en que se proponía nada menos que sorprender durmiendo al rey Carlos y al duque de Módena (que ya habia vuelto á abrazar el partido de los Borbones, y era uno de los jefes de este ejército). Y en efecto, la noche del 11 de agosto (1744), como una hora antes de amanecer, seis mil alemanes penetraron por diferentes puntos en Velletri, matando los centinelas y degollando los pocos soldados que á aquella hora se encontraban. Muy poco faltó para que lograsen su intento de sorprender al rey y al duque que dormían en el palacio Ginneti, y hubieranlo conseguido á no avisarles el embajador francés de Nápoles que allí estaba y despertó al ruido; apenas Carlos y el de Módena tuvieron tiempo para vestirse de prisa y ponerse en salvo pasando por medio de los arcabuces enemigos. Por fortuna los invasores se entretuvieron en el saqueo, y dando con esto lugar á que se repusieran del primer aturdimiento algunos regimientos de los aliados, lanzaron de la ciudad á los agresores sembrando de cadáveres las calles (1). Lobkowitz fué con nueve mil hombres á atacar las trincheras que estaban sobre el monte de los Capuchinos, pero rechazado por el vivísimo fuego que le hicieron los españoles, tuvo que retirarse abandonando los puestos ocupados (2).

Si bien la pérdida de los hispano-apolitanos en esta sorpresa fué grande, y no se puede negar el mérito del general austriaco en el modo de prepararla y dirigirla, también sufrió el gran quebranto en su gente, y se persuadió de que no era posible penetrar en los Estados del rey de Nápoles. Ambos ejércitos permanecieron todavía mas de dos meses en la misma situación, sin hacer mas que hostilizarse con escaramuzas y con algunos tiros de artillería. Por último el alemán levantó su campo (1.º de noviembre, 1744), marchando hacia Roma, y pasó el Tiber dirigiéndose á Viterbo, no sin experimentar la rápida disminución de su ejército, que padeció indeciblemente con las mortíferas exhalaciones de las lagunas Pontinas. En pos de él marchó el rey de Nápoles, que á su paso por Roma entró á hacer una visita al Sumo Pontífice, de quien fué privada y públicamente muy agasajado. Continuó el ejército aliado siempre en persecución y casi á la vista del de Austria, pero sin poder alcanzarle. Sin embargo el español conde de Gages tomó por asalto á Nocera. El rey Carlos pasó á Gaeta á buscar la reina su esposa y la princesa su hija, y con ellas y la infanta María Josefa, que nació en Gaeta el 10 de julio (3), se volvió inmediatamente á Nápoles, renovándose á su entrada (diciembre), las demostraciones de afecto de sus súbditos. De esta manera los ejércitos enemigos vinieron á encontrarse al fin del año casi en la misma situación que habian tenido al terminar el anterior (4).

En tanto que esto pasaba por el mediodía de Italia, el infante don Felipe á la cabeza de un ejército de sesenta mil hombres, la mayor parte franceses, con el príncipe de Conti, penetraba por las gargantas de Tenda dirigiéndose á las llanuras del Piamonte, tomaba á Niza y los puestos atrinchados de Montalvano y Villafranca, y hacia retirar las tropas sardas que defendían las montañas y desfiladeros. Mas no pudiendo sostenerse en un país tan estéril, dividióse el ejér-

cito en varias columnas para penetrar en los profundos valles que cortan la cumbre mas elevada de los Alpes, teniendo que luchar con todos los obstáculos de la naturaleza, con rocas, torrentes, tormentas y precipicios. Una division franco-española ocupó á Oneglia (6 de junio, 1744), y bajando despues de Col de l'Agnello y otras alturas á los valles del Piamonte, se apoderaron de algunas fortalezas cerca de Monte Cavallo y de Castel Delfino (julio, 1744). El rey de Cerdeña se retiró á Saluzzo por temor de que le cortara alguna columna. Los franco-hispanos, despues de rendir á Demont (17 de agosto), pusieron sitio á Coni (Cuneo), única plaza que los impedía ya bajar á las llanuras del Piamonte. Pero tenia una fuerte guarnición mandada por un general veterano y hábil; los habitantes tomaron también las armas; de los montes circunvecinos bajaban los naturales á interceptar los pasos al ejército, y cuatro mil austriacos y croatas llegaron en auxilio del rey de Cerdeña. A pesar de todo fué Carlos Manuel rechazado, teniendo que retirarse de noche, despues de un mortífero combate; abrióse trinchera en la plaza (13 de setiembre), mas como el cerco no era completo, logró el rey con mucho trabajo introducir un refuerzo considerable de tropas sardas, con provisiones de guerra y boca, lo cual hizo prolongar y dificultó las operaciones del sitio. Y como escaseaban los víveres para los sitiadores, y la estación avanzaba amenazando cerrar las nieves el paso de los Alpes, y tenían delante el ejército sardo, determinó el infante levantar el asedio (22 de octubre, 1744). Retrocedió el ejército á Demont, voló sus fortificaciones, y subiendo otra vez los Alpes por entre nieve y hielos, bajó lentamente á los valles del Delfinado (diciembre), donde llegó extenuado del cansancio y de las privaciones (5).

Tal fué el resultado, si resultado puede llamarse, de las campañas simultáneas de 1744 en una y otra region de Italia.

## CAPITULO XXII

### Célebres campañas de Italia.—Muerte de Felipe V

DE 1745 Á 1746

Nuevo plan de campaña.—Situación de las potencias de Europa.—Adhesión de Génova al partido de los Borbones.—Reunión de tropas españolas y francesas en Génova.—Atrevida y penosa marcha del conde de Gages para incorporarse al infante don Felipe.—El francés Maillebois.—El alemán Schulenburg.—Impetuosa entrada de españoles en el Monferrato.—Avanzan á Alejandría.—Conquistas del ejército franco-hispano-genovés.—Posesión de Parma á nombre de Isabel Farnesio.—Derrota del rey de Cerdeña.—El infante don Felipe en Milan.—Tratos y negociaciones entre Francia y Cerdeña.—Doble y falsa conducta de Carlos Manuel.—Firmanse los preliminares para la paz.—Rechaza España el tratado.—Rompe el rey de Cerdeña su compromiso.—Cambio de situación en las potencias del Norte.—Gran refuerzo de austriacos en Italia.—Nueva campaña.—Ventajas de los austro-sardos.—Abandona don Felipe á Milan.—Van perdiendo los españoles sus anteriores conquistas.—Gran batalla de Trebia.—Son derrotados los españoles y franceses.—La corte de Versalles templa el enojo de la de Madrid.—Modifican los reyes de España sus pretensiones.—Muerte de Felipe V.

Al tratar un historiador extranjero del asunto que constituye la materia de este capítulo, comienza de esta manera: «Apenas se hallará en la historia de las guerras una campaña comparable á la de Italia en 1745, ya sea en cuanto al atrevimiento de los planes militares, ya en cuanto á la rapidez con que se ejecutaron. La experiencia de los años anteriores habia enseñado á las cortes de Versalles y Madrid que todos los esfuerzos que se hiciesen para conducir un ejército al través de los Alpes serian perdidos, en tanto que no pudiesen, ó contar con un apoyo duradero en las posesiones de los Estados italianos, ó reunir una escuadra bastante poderosa para tener seguras las comunicaciones marítimas. También se habian convencido de la ineficacia de los ataques particulares y aislados contra los ejércitos reunidos de Austria y Cerdeña, porque era evidente que el enemigo podia cuando quisiera reunir todas sus fuerzas en un punto determinado; y que siendo dueño de los desfiladeros que comunican de Alemania

(1) Sucedió en todo casi lo mismo que en la célebre sorpresa de Cremona ejecutada en 1702 por el príncipe Eugenio, cuyo suceso se propuso imitar Lobkowitz.

(2) «El fuego de los españoles, dice el italiano Beccatini, fué tan vivo y bien dirigido, que cuantos avanzaban rodaban muertos hasta el fondo del valle.»—Vida de Carlos III, lib. II.

(3) Es la misma que vivió despues en Madrid con el rey Carlos IV, su hermano.

(4) Beccatini, Vida de Carlos III, lib. II.—Buonamici, Comentarios de la guerra de Italia. Historiador de la casa de Austria.—Muratori, Anales de Italia.—Bourgoing, Cuadro de la España moderna.

(5) Muratori, Anales.—Buonamici, Comentarios.—Ojeada sobre los destinos de los Estados italianos.—Historia de Francia, Luis XV.



á Italia, podría fácilmente hacer que llegasen socorros al teatro de la guerra. El plan de esta campaña fué pues concebido con mas audacia, y ofrecia probabilidades de resultados mas importantes, si salia bien, que todos los de los años anteriores (1).»

Conformes nosotros con este juicio del historiador inglés, debemos añadir, que este plan era tanto mas necesario cuanto que la muerte del Elector de Baviera (20 de enero, 1745), que tres años antes habia sido nombrado emperador de Alemania en Francfort, mejoró notablemente la posicion de la reina Maria Teresa de Hungría respecto á la cuestion imperial; el rey de Polonia le envió el considerable auxilio de cuarenta mil hombres; Inglaterra aumentó sus escuadras, y dió cuantiosas sumas para los gastos de la guerra; podia hacer con ventaja la del Norte, y atender con desahogo á la de Italia. En cambio los Borbones se habian reforzado con la adhesion de la república de Génova, ofendida de que en el tratado de Worms se hubiera hecho al rey de Cerdeña la cesion de Finale; y Génova era posicion central, y un excelente punto para todas las operaciones militares de los aliados de la familia Borbon. Así pues, el plan era reunir en las cercanías de Génova los dos ejércitos que habian hecho las campañas de la Italia meridional y septentrional, y unidos á los diez mil auxiliares que daria la república (2) penetrar en el Milanésado, dividiendo los austriacos de los sardos, y cuando dominaran desde los Apeninos hasta las montañas del Tirol caer sobre las divisiones aisladas de los enemigos.

Para poder realizar este plan, fué llamado el conde de Gages, á fin de que viniera á incorporarse con el infante don Felipe y su ejército de Provenza. Aquel activo general, que habia obligado al austriaco Lobkowitz á evacuar á Rímini, que cruzando la falda de los Apeninos habia ido siguiendo y ahuyentando los alemanes hasta las inmediaciones de Módena (marzo y abril, 1745), y que se preparaba á desalojarlos de allí para invadir el Milanésado, obediendo la orden que recibió púsose en marcha para Génova, franqueando otra vez los Apeninos por el paso del monte de San Pellegrino, trepando por elevadas montañas y por escarpadas cumbres cubiertas de nieve que nadie habia pisado, venciendo mil dificultades, sufriendo aquellas terribles borrascas tan comunes en los Alpes, siempre animosos él y sus soldados, aunque veian muchos caballos perecer yertos de frio. En el estado de Luca encontró algunos víveres, de que su tropa tenia buena necesidad. Pero el paso del torrente de Magra, engrosado con las lluvias y las nieves derretidas, le presentaba nuevos obstáculos que á otro hubieran parecido insuperables. El primer puente que echó le arrolló la fuerza y rapidez de la corriente; pero echó el segundo y pasó el ejército, no sin que la retaguardia fuera atacada por tropas austriacas irregulares que cruzaban los montes vecinos. Al fin, despues de muchos trabajos, sufridos con heroica firmeza, llegó con su fatigado ejército á Génova (mayo, 1745), sin saber que entraba en una república aliada, é ignorando el plan para que habia sido llamado. Acompañóle el duque Francisco de Módena en aquella penosa marcha.

Entre tanto el ejército español que mandaba el infante don Felipe se habia reforzado en Provenza, y habíanse enviado grandes provisiones de guerra á Niza, donde habian de reunirse las tropas francesas mandadas por Maillebois, que habia sustituido al príncipe de Conti. Gages y el duque de Módena se situaron en el paso famoso de la Rocchetta. El ejército combinado, contando con los diez mil genoveses, ascendia á mas de setenta mil hombres. Por todos lados se formaban tormentas contra el rey de Cerdeña Carlos Manuel. Lobkowitz habia sido llamado á Viena, y el conde de Schulenburg, que le reemplazó en el mando de las tropas austriacas, ocupó á Novi

y el valle de Luemmo para oponerse á la entrada del de Gages y el de Módena. Carlos Manuel se situó en los Apeninos para defender el Monferrato amenazado por el infante español y por el francés Maillebois. Mas nada bastó á contener el ímpetu y á detener el torrente de las fuerzas aliadas. A principios de julio (1745) el conde de Gages y el duque de Módena rechazaban á los austriacos sobre Rivalta, los lanzaban de Voltaggio, y ocupaban á Novi; en tanto que don Felipe y Maillebois se arrojaban con rapidez sobre el Monferrato, echaban á Carlos Manuel con sus sardos del otro lado de la Bormida, se apoderaban de Acqui y avanzaban á Alejandría, punto de reunion señalado para ambos ejércitos.

Schulenburg con sus alemanes y gran parte de los saboyanos que se le reunieron, se fortificó en un campo defendido por Alejandría, el Pó y el Tánaro. Entonces el ejército combinado franco-hispano-genovés descende y se derrama por Vogliero, Serravalle, Tortona, Plasencia y Parma (agosto y setiembre, 1745), y se apodera de todas aquellas ciudades, y el marqués de Castelar toma posesion en nombre de la reina Isabel de España del gobierno de aquellos antiguos Estados de la casa de Farnesio (3). Dueño de todo aquel país, pasa el de Gages el Pó con tres mil granaderos, y el general austriaco destaca cuatro mil hombres para cubrir á Milan; pero los granaderos españoles revuelven de improviso sobre Pavía y toman la plaza la noche del 21 al 22 de setiembre. Levantan con esto su campo los austro-sardos y se separan: Schulenburg va del otro lado del Pó: Carlos Manuel se queda cerca de Basignana: las tropas de los Borbones vadean el Tánaro en tres columnas con el agua á la boca, sorprenden y atacan al rey de Cerdeña al amanecer del 23 (setiembre, 1745), arrojan su caballería, derrotan su ala izquierda, y cuando Schulenburg acude al ruido del cañon encuentra ya al ejército de los Borbones dueño de las orillas del Pó, y gracias que el rey de Cerdeña se ha salvado con algunos pocos jinetes. Sin embargo logró el alemán haciendo un rodeo incorporarse al ejército vencido, y librarle de una destruccion completa. Mas ya los españoles y franceses pudieron emprender el sitio de Alejandría, que concluyó por abandonársela el gobernador sardo (12 de octubre), y á los pocos dias otro cuerpo se apoderaba de Valenza (30 de octubre). En menos de otro mes se hicieron dueños de Casale y de Asti, de cuyas plazas tomó posesion Maillebois en nombre del rey de Francia, y el de Cerdeña se retiraba á Trino y Vercelli.

De repente el infante don Felipe con el duque de Módena, y contra el dictámen del general francés, toma la direccion de Milan. Los milaneses, con la idea de ver trasformado su país en ducado independiente, le envian las llaves de la ciudad, y entran Felipe y el duque en Milan pacíficamente (20 de diciembre, 1745), y en medio de las aclamaciones del pueblo. Lodi, Como y otras ciudades se apresuran á prestar homenaje al príncipe español. El conde de Gages, colocado á la márgen izquierda del Tesino, contenia á los austriacos que ocupaban la orilla opuesta. Solo quedaban por conquistar Mantua, y las ciudadelas de Milan, Asti y Alejandría que estaban bloqueadas.

En este estado, y cuando ya Isabel Farnesio se lisonjeaba con ver la corona de Lombardia en las sienes de su segundo hijo, y mientras Felipe se divertia en Milan entre músicas y fiestas, mediaron negociaciones y tratos que hicieron mudar enteramente la faz de los negocios. Francia habia hecho todo género de tentativas para separar los intereses del rey de Cerdeña de los de Maria Teresa de Austria; y Carlos Manuel, al principio inaccesible á todas las proposiciones y ofertas, ofendido despues del comportamiento de los austriacos, mostróse dispuesto á admitirlas, y ya estaban convenidos los preliminares entre los ministros de ambos monarcas, cuando la noticia de la paz de Dresde concluida entre Maria Teresa y los reyes de Prusia y Polonia (25 de diciembre, 1745), vino á hacerle mudar de pensamiento. La emperatriz habia quedado desembarazada para enviar á Italia un cuerpo de treinta mil

(1) William Coxe, España bajo el reinado de los Borbones, Felipe V, capítulo 46.

(2) Sin embargo, el tratado de alianza de Génova con Francia, España y Nápoles no se formalizó hasta el 1.º de mayo (1745) en Aranjuez. La república se comprometia á suministrar un cuerpo de diez mil hombres, y las demás potencias á garantizarle sus estados, comprendido el marquesado de Finale.—Coleccion de tratados de alianza y de paz.

(3) Serravalle y el marquesado de Oneglia se dejaron á los genoveses.—Historias de Italia.—Buonamici, Comentarios sobre estas célebres campañas.—Beccatini, Carlos III, lib. II.



hombres que bajaba ya de los Alpes Trentinos hacia el Pó. Esto desconcertó á la corte de Versalles, y la puso en el caso de proponer al rey de Cerdeña un proyecto mucho mas ventajoso que antes. Las condiciones de este proyecto eran: que se daria al infante don Felipe los ducados de Parma y Plasencia, el Cremonés con Pizzighetone y la parte del Mantuano entre el Pó y el Oglio; al rey de Cerdeña todo el Milanesado con sus dependencias sobre la derecha del Pó hasta el Scrivia; á la república de Génova Serravalle y Oneglia; al duque de Módena se le devolverian sus Estados con la parte del Mantuano situada á la margen derecha del Pó, y con el derecho de sucesion al ducado de Guastalla; la Toscana pasaria á Carlos de Lorena, puesto que su hermano Francisco ocupaba el trono imperial; Francia no pedia para sí sino un pequeño territorio sobre los Alpes; además se formaria una liga italiana para hacer frente á la confederacion germánica.

Cárlos Manuel aparentó consentir en este arreglo, y de tal manera fingió contemporizar con Francia, no obstante que interiormente estaba resuelto á no separarse de la alianza de Austria, que llegaron á firmarse los preliminares (17 de febrero, 1746); todo con objeto por parte del astuto rey de Cerdeña de dar lugar á que llegaran á Italia las tropas alemanas; esperando además que la negativa que suponía por parte de España le sacaria del compromiso de observar los preliminares, y todo sucedió á medida de su pensamiento. Los monarcas españoles se resintieron vivamente contra la corte de Francia que así abandonaba á su hijo en la ocasion mas crítica, cuando un ejército de ochenta mil hombres estaba cerca de enseñorear toda la Italia, cuando el rey de Cerdeña estaba separado de los austriacos y en peligro de perder las pocas fortalezas que aun poseia; miraron el tratado de Turin como una infraccion injustificable del de Fontainebleau; acusaron al ministro francés de dar perniciosos consejos al rey su sobrino (1); y enviaron á Versalles al duque de Huescar como embajador extraordinario, para que en union con el marqués de Campo-Florido procurara deshacer la negociacion. Esta negativa de la corte de España á la aceptacion de los preliminares, junto con la llegada á Italia de los refuerzos austriacos que obligaron á los españoles á fijar su atencion en la defensa de Parma, Plasencia y Guastalla, dió á Cárlos de Cerdeña el pretexto que apetecia de dar por nulo el tratado, y declaró al general francés Maillebois que el armisticio quedaba roto.

Mudóse, pues, de repente la escena en el teatro de la guerra. Abrió Cárlos Manuel la campaña el 5 de marzo (1746) atacando á Asti, que se le rindió al tercer dia, quedando prisioneros cinco oficiales generales, trescientos sesenta oficiales y cinco mil soldados. Maillebois que iba en su socorro recibió en el camino la noticia de su rendicion. Los españoles llamaron sus tropas hacia el Parmesano, sacaron los napolitanos y los genoveses de Alejandría, y entonces los franceses abandonaron tambien esta ciudad, cuando tenian reducida á la mayor extremidad la ciudadela (10 de marzo). El infante don Felipe y el duque de Módena, amenazados por una division austriaca, huyeron de Milan una mañana antes de romper el dia (18 de marzo), y apenas habian salido cuando la ocupó un regimiento de húsares alemanes. Diseminadas las fuerzas españolas y empleadas en guarnecer diferentes plazas, las de Luzara y Guastalla fueron arrojadas por un cuerpo considerable de austriacos. El marqués de Castelar que ocupaba á Parma con ocho mil hombres no pudo ser socorrido por el conde de Gages, que se limitó á llamar la atencion del enemigo hacia el Taro; pero le proporcionó salir á través de los puestos de bloqueo despues de haber sufrido penosas privaciones, y cuando llegó á la montaña de Pontremoli habia perdido casi la mitad de su gente. Parma fué ocupada por el enemigo (abril, 1746), y los españoles que habian quedado en la ciudadela fueron hechos prisioneros. A los pocos dias el rey de Cerdeña tomaba á Valencia por capitulacion (2 de mayo). El de Gages levantó su campo del Taro, y fué empu-

jado por los austriacos hasta el Nura. Lo único que consoló de tantos reveses á los españoles fué una sorpresa que el general Pignatelli hizo á un cuerpo de cinco mil austriacos en Codogno, derrotándole completamente. Pero los imperiales, mandados ya entonces por Lichtenstein como general en jefe, cañonearon y destruyeron el seminario de San Lázaro, en que los españoles se habian fortificado, y desde aquel punto bombardearon la ciudad de Plasencia. Los fuertes de Rivalta y Montechiario cayeron en poder de los de Austria (4 de junio de 1746).

Al fin el general francés Maillebois, que habia ido retirándose sucesivamente de todas las plazas, y se habia situado en el alto del Monferrato para hacer frente lo mejor posible al rey de Cerdeña, cediendo á las instancias que desde Plasencia le hacia el infante don Felipe, dejó aquellas posiciones y marchó aceleradamente á su socorro, incorporándose con los españoles orillas del Trebia (15 de junio, 1746). Tan luego como se verificó la reunion, acordaron Felipe y Maillebois dar una batalla general; y la noche misma del 15 al 16 cruzaron el Trebia en tres columnas, pero encontraron prevenidos los generales austriacos, y en medio de las tinieblas de la noche se empeñó un vivo combate, que duró hasta la caida de la tarde del otro dia. La oscuridad produjo falta de concierto y combinacion en los movimientos de los españoles y franceses, y los austriacos supieron aprovechar hábilmente aquella falta. A pesar de todo se disputó con mucho ardor la victoria, pero habiendo salido mal á los franco-españoles el ataque del centro, declaróse el triunfo por las armas de María Teresa de Austria. Sobre cinco mil hombres, entre españoles y franceses, quedaron en el campo; dos mil fueron hechos prisioneros, con varias piezas de artillería, banderas y otros efectos de guerra. Españoles y franceses fueron rechazados á la derecha del Pó y arrojados á Plasencia; y como tenian cortadas las comunicaciones con Génova, les fué preciso mantenerse allí, sacando contribuciones y enviando á forrajear á la orilla izquierda. A mediados de julio llegó á las márgenes del Trebia el rey Cárlos Manuel con el grueso del ejército sardo, é incorporado con el austriaco que mandaba Lichtenstein, tuvieron consejo para deliberar sobre las operaciones ulteriores que deberian de emprender contra españoles y franceses. Pero en este estado las novedades que ahora diremos suspendieron los ánimos y las operaciones de los que mantenian esta célebre lucha (2).

En tanto que la campaña de Italia, al principio tan próspera, se estaba mostrando tan adversa á don Felipe y los franceses, la corte de Versalles, así por esta razon como por haber visto frustrado su proyecto de separar al rey de Cerdeña de su alianza con Austria, envió otra vez á Madrid al duque de Noailles con dos objetos, el de calmar el resentimiento de los reyes con su sobrino Luis XV, y el de persuadirles á que no insistieran en pedir el Milanesado para su hijo don Felipe. Noailles, á pesar de haber encontrado á los reyes quejosos de que se les ocultase otra negociacion que el gabinete francés traía con Holanda, tuvo habilidad y suerte para ir templando su enojo, y aun logró convencerlos de la imposibilidad en que Francia se hallaba de enviar mas socorros á Italia, así como de que era indispensable circunscribir las operaciones de la guerra á un país que se pudiera conservar. Por último consiguió tambien que desistieran de sus pretensiones á Milan y Mantua; y á condicion de que estos dos ducados no fueran nunca del rey de Cerdeña, se conformaban ya con los de Plasencia y Parma y alguna otra compensacion para su hijo. Y en una nota que el rey entregó al embajador, despues de consignar su derecho á la Lombardía, manifestaba la esperanza de que el rey su sobrino no dejaria de proporcionar á Felipe un equivalente á los Estados de Mantua y Milan, que le habia asegurado por el tratado de Fontainebleau. Sobre todo, su honra y el cariño que tenia á la reina le obligaron, decia, á no renunciar de modo alguno al artículo

(1) Añádese que la reina dijo al obispo de Reims, embajador francés en Madrid: «Nos amenaza Francia como si fuéramos niños, y nos enseña las disciplinas con que quiere azotarnos si no cedemos á sus exigencias.» Memorias de Noailles.

(2) Muratori, Anales de Italia.—Buonamici, Comentarios sobre estas campañas.—Beccatini, Cárlos III, lib. II.—Memorias de Noailles.—Ojeada sobre la suerte de los Estados italianos.—Historia de la casa de Austria.—Gacetas de Madrid, 1745 y 1746.



en que se establecía que la reina Isabel tendría durante su vida el goce del ducado de Parma. Para asegurar al infante en la posesión de los ducados que habían de aplicársele, proponía que las dos coronas de España y Francia contribuirían con un subsidio anual por partes iguales. Y por último encomendaba al rey Luis XV su sobrino y ponía en sus manos la suerte de su esposa y la de los dos hijos de esta, Carlos y Felipe, que era el depósito más tierno que podía confiarle (1).

Parecía este documento, mas bien que una nota diplomática, una disposición testamentaria, ó por lo menos una especie de anuncio ó presentimiento de lo que le iba pronto á suceder. En efecto, la salud de Felipe, además de la habitual melancolía que dominaba su espíritu, se había ido quebrantando con tantas inquietudes, y aunque hacia algún tiempo que no había padecido ataques de aquellos que hicieran temer un inmediato peligro para su existencia, no pudo resistir á uno de apoplejía que le llevó arrebatadamente al sepulcro (9 de julio, 1746), acabando sus días en el palacio del Buen Retiro y en los brazos de su esposa, á los cuarenta y siete años de reinado y á los sesenta y tres de su edad (2).

La noticia de este importantísimo acontecimiento suspendió los ánimos de todos, esperando el nuevo giro que necesariamente habían de tomar los negocios que habían producido aquella guerra.

## CAPÍTULO XXIII

### Gobierno y administracion.—Movimiento intelectual

Carácter de Felipe V.—Sus virtudes y defectos.—Medidas de gobierno interior.—Aumento, reforma y organizacion que dió al ejército.—Brillante estado en que puso la fuerza naval.—Impulso que recibió la marina mercante.—Comercio colonial.—Sevilla; Cádiz; Compañía de Guipúzcoa.—Industria naval.—Leyes suntuarias.—Fabricacion: manufacturas españolas.—Sistema proteccionista.—Aduanas.—Agricultura.—Privilegios á los labradores.—Contribuciones.—Arbitrios extraordinarios.—Correccion de abusos en la administracion.—Provincias Vascongadas: aduanas y tabacos.—Rentas públicas: gastos é ingresos anuales.—Aumento del gasto de la casa real.—Pasión del rey á la magnificencia.—Construccion del palacio y jardines de San Ildefonso.—Palacio Real de Madrid.—Real Seminario de nobles.—Proteccion á las ciencias y á las letras.—Creacion de academias y escuelas.—Real Academia Española.—Universidad de Cervera.—Biblioteca Real de Madrid.—Real Academia de la Historia.—Idem de Medicina y Cirugía.—Afición á las reuniones literarias.—El Diario de los Literatos.—Sabios y eruditos españoles.—Feijóo.—Macanaz.—Médicos: Martin Martinez.—Fr. Antonio Rodriguez.—Historiadores: Ferreras; Miñana; Belando; San Felipe.—Mayans y Ciscar.—El dean Martí.—Poesía.—Luzan: su Poética.—Aurora de la regeneracion intelectual.

Tantos y tan grandes y tan continuados acontecimientos políticos y militares; tantas guerras interiores y exteriores;

(1) Memorias de Noailles, tom. VI.

(2) Tuvo Felipe V los hijos siguientes en sus dos matrimonios. De María Luisa de Saboya:

1. Luis; que nació en 1707, subió al trono por abdicacion de su padre en 1724 y murió en el mismo año.

2. Felipe; que nació en 2 de julio de 1709, y murió el 8 del mismo mes.

3. Felipe Pedro Gabriel; nació el 7 de julio de 1712, y murió el 26 de diciembre de 1719.

4. Fernando, príncipe de Asturias; nació en 23 de setiembre de 1713, y heredaba la corona en 1746.

De Isabel Farnesio de Parma:

6. Carlos, que nació en 20 de enero de 1716, primeramente gran duque de Toscana, Parma y Plasencia, y á la sazón rey de Nápoles y de Sicilia.

7. Francisco; que nació el 21 de marzo de 1717, y murió el 21 de abril siguiente.

8. Felipe; que nació el 15 de mayo de 1720. Es el que dejamos ahora sosteniendo la campaña de Italia.

9. Luis Antonio; nacido en 1723, y creado arzobispo de Toledo y cardenal en 1735.

5. María Ana Victoria; que nació en 1715, desposada primeramente con Luis XV de Francia, y casada despues en 1729 con el príncipe del Brasil, que fué rey de Portugal.

10. María Teresa Antonia; nacida en 1728, casada en 1745 con Luis, delfín de Francia, murió este mismo año de 1746.

tantas negociaciones diplomáticas; tantas y tan diversas confederaciones y alianzas entre las potencias de Europa; tantos y tan diferentes tratados de paz y amistad, tan frecuentemente hechos y tan á menudo quebrantados; tantas empresas terrestres y tantas expediciones marítimas; tantas agregaciones y segregaciones de Estados y territorios; tantas conquistas y tantas pérdidas; tantas batallas campales y navales; tantos sitios de plazas; tantos enlaces de príncipes, proyectados unos, deshechos otros, y otros consumados; tan complicado juego de combinaciones y de intrigas de gabinetes; tantas renunciaciones y traspasos de coronas, de principados y de reinos; tal sustitucion de dinastías; tales mudanzas en las leyes de sucesion de las monarquías y de los imperios; y por último la parte tan principal que tuvo España en los grandes intereses de todas las potencias europeas que en este tiempo se agitaron y pusieron en litigio, nos han obligado á dedicar á estos importantes asuntos casi toda la narracion histórica de este largo reinado. Su cohesion y encadenamiento apenas nos han dejado algún claro, que hemos procurado aprovechar, para indicar tal cual medida de administracion y gobierno interior de las que se dictaron en este importante periodo.

Al proponernos ahora dar cuenta de algunas de estas disposiciones, lo haremos solamente de aquellas que basten para dar á conocer el espíritu y la marcha del gobierno de este príncipe, sin perjuicio de explanarlas en otro lugar, cuando hayamos de examinar y apreciar la situacion de la monarquía en los primeros reinados de la casa de Borbon, segun nuestra costumbre y sistema.

Dotado Felipe V de un alma elevada y noble, aunque no de todo el talento que hubiera sido de desear en un príncipe en las difíciles circunstancias y miserable estado en que se encontraba la monarquía; dócil á los consejos de los hombres ilustrados, pero débil en obedecer á influencias, si muchas veces saludables, muchas tambien perniciosas; modelo de amor conyugal, pero sucesivamente esclavo de sus dos mujeres, no parecidas en genio, ni en discrecion, ni en inclinaciones; rodeado generalmente de ministros hábiles, que buscaba siempre con el mejor deseo, á veces no con el acierto mejor; ejemplo de integridad y de amor á la justicia, en cuya aplicacion ojalá hubiera seguido siempre el impulso de sus propios sentimientos; pronto á ejecutar todo proyecto grande que tendiera á engrandecer ó mejorar sus Estados, pero deferente en demasía á los que se los inspiraban por intereses personales; merecedor del dictado de Animoso con que le designa la historia, cuando obraba libre de afecciones que le enervaran el ánimo, pero indolente y apático cuando le dominaba la hipocondría; morigerado en sus costumbres, y tomando por base la moralidad para la dispensacion de las gracias, cargos y mercedes, pero engañándose á veces en el concepto que merecian las personas; apreciador y remunerador del mérito, y amigo de buscarle donde existia, aunque no siempre fuera acertado su juicio; humano y piadoso hasta con los rebeldes y traidores; enemigo de verter sangre en los patibulos, pero sin dejar de castigar con prisiones ó con penas políticas á los individuos y á los pueblos que le hubieran sido desleales; amigo y protector de las letras, sin que él fuese ni erudito, ni sabio; religioso y devoto hasta tocar en la supersticion, pero firme y entero, y hasta duro con los pontífices y sus delegados en las cuestiones de autoridad, de derechos y de prerogativas; extremadamente amante de su pueblo, con el cual llegó á identificarse, contra lo que pudo esperarse y creerse de su origen, de su educacion, y de las inspiraciones é influencias que recibia; francés que se hizo casi todo español, pero español en quien revivian á veces las reminiscencias de la Francia; príncipe que tuvo el indisputable mérito de

11. María Antonia Fernanda; que nació en 1729.

El rey, que tenia hecho su testamento desde 1726, y en él ordenaba que se le enterrara en la iglesia de su querido sitio de San Ildefonso, dejó á la reina viuda una pensión de 70,000 duros anuales, y la tutoría de sus hijos é hijas menores. Esta señora se retiró de los negocios públicos y se fué á habitar á la Granja al lado de las cenizas de su difunto esposo.



preferir á todo su España y sus españoles, á riesgo de quedarse sin ninguna corona y sin ningun vasallo, pero á quien en ocasiones estuvo cerca de hacer flaquear el antiguo amor patrio; Felipe V, con esta mezcla de virtudes y de defectos (que vicios no pueden llamarse), si no reunió todas las dotes que hubieran sido de desear en un monarca destinado á sacar la España de la postracion en que yacia, tuvo las buenas prendas de un hombre honrado, y las cualidades necesarias en un príncipe para sacar de su abatimiento la monarquía, y empujarla por la via de la regeneracion y de la prosperidad (1).

Un monarca de estas condiciones no podía dejar de ocupar el tiempo que le permitieran las atenciones de las infinitas guerras en que se vió envuelto, en adoptar y plantear las medidas de administracion y de gobierno interior que él mismo alcanzara ó que sus ministros le propusieran. Como su primera necesidad fué el pelear, tuvo que ser tambien su primer cuidado el aumento, organizacion y asistencia del ejército, que encontró menguado, indisciplinado, hambriento y desnudo. Merced á sus incesantes desvelos, y á una serie de acertadas disposiciones, aquel pobre y mal llamado ejército que habia quedado á la muerte de Carlos II, llegó en este reinado á ser mas numeroso y aun mas brillante que los de los siglos de mayor grandeza y de las épocas de mas gloria. Verdad es que el amor que supo inspirar á sus pueblos hizo que le suministraran sin repugnancia, y aun con gusto, recursos y soldados, que de otra manera no habria podido convertir aquellos escasos veinte mil hombres que se contaban en los dominios españoles á la muerte del último monarca austriaco, en los ciento veinte batallones y mas de cien escuadrones, con una dotacion de trescientas cuarenta piezas de artillería, de que disponia al terminar la guerra de sucesion, con general admiracion y asombro.

Debiósele á él la creacion de los guardias de Corps, la de los regimientos de guardias españolas y walonas (1704), la de la compañía de alabarderos (1707), la organizacion del cuerpo de ingenieros militares (1711), la de las compañías de zapadores mineros, la de las milicias provinciales (1734), institucion que permitia mantener á poca costa un número considerable de soldados robustos y dispuestos para los casos de guerra, sin molestarlos ni impedirles dedicarse á sus faenas en tiempo de paz, y contar con brazos preparados para empuñar las armas sin robar á los campos y á los talleres sino el tiempo puramente preciso. Estableciéronse escuelas de instruccion para el arma de artillería y fundiciones de cañones en varias ciudades. Los soldados que por edad ó por heridas se inutilizaban para el servicio, los cuales se designaban con el título de inválidos, encontraban en las provincias un asilo, y disfrutaban de una paga, aunque corta, suficiente para asegurar su subsistencia. La organizacion del ejército, el manejo y el tamaño y medida de las armas, las categorías, el orden y la nomenclatura de los empleos y grados de la milicia, se tomaron del método y sistema que se habia adoptado en Francia, y se ha seguido con algunas modificaciones, que la experiencia y los adelantos de la ciencia han aconsejado como útiles, hasta los tiempos modernos. Apreciador Felipe del valor militar, de que mas de una vez dió personal ejemplo; nunca perezoso para ponerse al frente de sus tropas y compartir con ellas los trabajos y privaciones de las campañas; no escaso en remunerar servicios, y justo distribuidor de los ascensos, que generalmente no concedia sino á los oficiales de mérito reconocido, restableció la perdida disciplina militar, y

(1) Los discursos de Viera y Clavijo, y de Conde y Oquendo, titulados uno y otro *Elogio de Felipe V*, premiados por la Real Academia Española en el certámen de 1779, merecieron sin duda los premios respectivos con que aquella docta corporacion laureó á sus autores, como modelo de elocuencia y de puro y castizo lenguaje. Pero adolecen á nuestro juicio de lo que caracteriza comunmente las composiciones de este género, que llevan por título y tema *el elogio*, y en que por lo mismo suelen los autores ensalzar desmedidamente las virtudes de los personajes cuyo panegírico son llamados á hacer, y omitir enteramente sus defectos, ó solo indicar muy someramente los mas ligeros. Nosotros hemos anticipado este brevísimo juicio, que aun habremos de ampliar, sobre el estudio de todos los hechos de su largo reinado.

no se veian ya aquellas sublevaciones, aquellas rebeliones tan frecuentes de soldados que empañaban las glorias de nuestros ejércitos en los tiempos de la dominacion austriaca. Y con esto, y con haber traído á España acreditados generales é instruidos oficiales franceses de los buenos tiempos de Luis XIV, logró que se formaran tambien aquellos hábiles generales españoles, que pelearon con honra, y muchas veces con ventaja con los guerreros de mas reputacion de Europa, y supieron llevar á cabo empresas difíciles y hacer conquistas brillantes, renovando las antiguas glorias militares de España (2).

Teniendo desde el principio por enemigas potencias marítimas de la pujanza y del poder de Inglaterra y Holanda, bien fué menester que Felipe y su gobierno se aplicaran con todo celo y conato al restablecimiento de la marina española, reducida casi á una completa nulidad en el último reinado de la dinastía austriaca. Y de haberlo hecho así daba honroso testimonio la escuadra de mas de veinte navíos de guerra, y mas de trescientos buques de trasporte que se vió salir de los puertos de España á los diez años de hecha la paz de Utrecht. La expedicion marítima á Oran en los postreros años de Felipe dejó asombrada á Europa por la formidable armada con que se ejecutó, y la guerra de Italia con los austriacos y sardos no impidió al monarca español atender á la lucha naval con la Gran Bretaña y abatir mas de una vez el orgullo de la soberbia Albion en los mares de ambos mundos. De modo que al ver el poder marítimo de España en este tiempo, nadie hubiera podido creer que Felipe V á su advenimiento al trono solo habia encontrado unas pocas galeras en estado casi inservible.

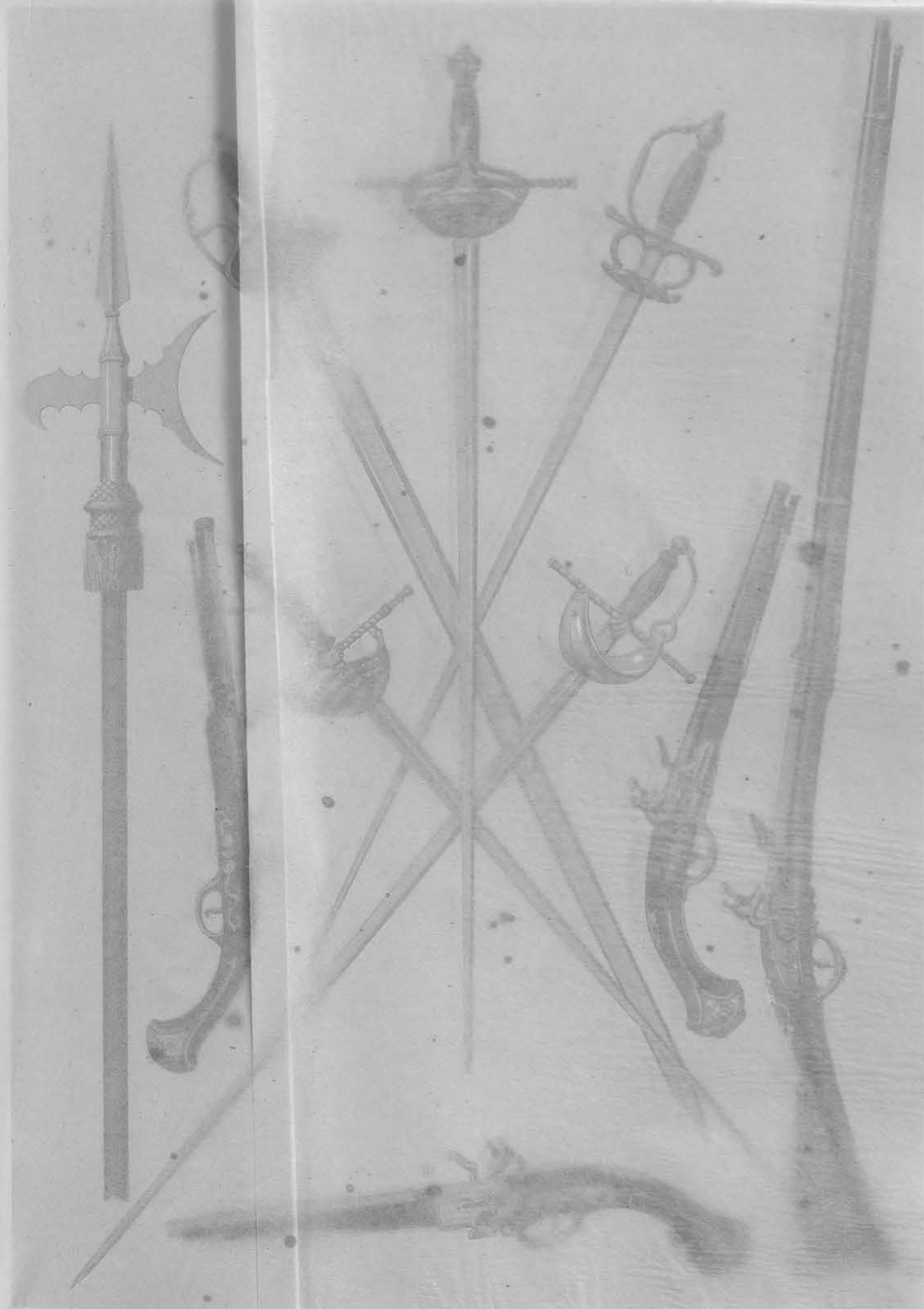
Tan admirable resultado y tan notable progreso no hubieran podido obtenerse sin una oportuna y eficaz aplicacion de los medios que á él habian de conducir, porque la marina de un país no puede improvisarse, como la necesidad hace muchas veces improvisar soldados. Eran menester fábricas y talleres de construccion, astilleros, escuelas de pilotaje, colegios en que se diera la conveniente instruccion para la formacion de buenos oficiales de marina. Trabajóse en todo esto con actividad asombrosa; se dieron oportunas medidas para los cortes de maderas de construccion, y para las manufacturas de cables; no se levantaba mano en la construccion de buques, el astillero que se formó en Cádiz bajo la direccion del entendido don José Patiño fué uno de los mas hermosos de Europa, y del colegio de guardias marinas creado en 1727, dotado de buenos profesores de matemáticas, de física y de las demás ciencias auxiliares de la náutica, salieron aquellos célebres marinos españoles que antes de terminarse este reinado gozaban ya de una brillante reputacion (3).

La marina mercante recibió el impulso y siguió la proporcion que casi siempre acostumbra en relacion con la decadencia ó prosperidad de la de guerra; y si el comercio exterior, especialmente el de la metrópoli con las colonias de América, que era el principal, no alcanzó el desarrollo que hubiera sido de apetecer, no fué porque Felipe y sus ministros no cuidaran de fomentarle y protegerle, sino que se debió á causas ajenas á su buena intencion y propósitos. Fuéronlo entre ellas muy esenciales, de una parte las ideas erróneas que entonces se tenian todavía en materias mercantiles y principios generales de comercio, que en este tiempo comenzaban ya á rectificar algunos hombres ilustrados; de otra parte las continuas guerras marítimas y terrestres, unas y otras perjudicialísimas para el comercio colonial, las unas haciendo inseguro y peligroso el tráfico nacional y lícito, y dando lugar al contrabando extranjero, las otras obligando al rey á aceptar y suscribir á tratados de comercio con potencias extrañas, sacrificando los intereses comerciales del reino á la necesidad urgente de una paz ó á la conveniencia política de una alianza. La providencia que se tomó durante la guerra de sucesion de pro-

(2) San Felipe, Comentarios.—Beland, Historia civil.—Memorias históricas; MS.—Historia de la milicia española.—Memorial del cuerpo de ingenieros.—Revistas militares.

(3) Historia de la Marina Real española.—Ulloa, Restablecimiento de las manufacturas y del comercio de España.—Ustariz, Teórica y práctica del comercio.





M. Pajadas. lit.

1 y 3-Espadas

7a9-Pistolas y escopeta que pertenecieron á Felipe V-10-Pistola revólver.  
Las armas de los n.ºs 2 y 4 se conservan en el Museo de Artillería; las demás en la Armería real de Madrid.



preferir á todo su España y sus españoles, á riesgo de quedarse sin ninguna corona y sin ningún vasallo, pero á quien en ocasiones estuvo cerca de hacer flaquear el antiguo amor patrio; Felipe V, con esta mezcla de virtudes y de defectos (que vicios no pueden llamarse), si no reunió todas las dotes que hubieran sido de desear en un monarca destinado á sacar la España de la postración en que yacía, tuvo las buenas prendas de un hombre honrado, y las cualidades necesarias en un príncipe para sacar de un abatimiento la monarquía, y empujarla por la vía de la regeneración y de la prosperidad (1).

Un monarca de estas condiciones no podía dejar de ocupar el tiempo que le permitieran las atenciones de las infinitas guerras en que se vió envuelto, en adoptar y plantear las medidas de administración y de gobierno interior que él mismo alcanzara ó que sus ministros le propusieran. Como su primera necesidad fué el pelear, tuvo que ser también su primer cuidado el aumento, organización y asistencia del ejército, que encontró menguado, indisciplinado, hambriento y desnudo. Merced á sus incésantes desvelos, y á una serie de acertadas disposiciones, aquel pobre y mal llamado ejército que había quedado á la muerte de Carlos II, llegó en este reinado á ser mas numeroso y aun mas brillante que los de los siglos de mayor grandeza y de las épocas de mas gloria. Verdad es que el amor que supo inspirar á sus pueblos hizo que le suministraran sin repugnancia, y aun con gusto, recursos y soldados, que de otra manera no hubiera podido convertir aquellos escasos restos del ejército que se conservaban en los dominios españoles, en un ejército que, al comenzar el reinado austriaco, en los ciento veinte batallones y mas de cien escuadrones, con una dotación de trescientas ochenta piezas de artillería, de que disponía al terminar la guerra de sucesión, con general admiración y asombro.

Debido á él la creación de los guardias de Corps, la de los regimientos de guardias españolas y valonas (1704); la de la compañía de mabarderos (1707), la organización del cuerpo de ingenieros militares (1711), la de las compañías de zapadores mineros, la de las milicias provinciales (1764), institución que permitía mantener á poca costa un número considerable de soldados robustos y dispuestos para los casos de guerra, sin molestarlos ni impedirles dedicarse á sus faenas en tiempo de paz, y contar con brazos preparados para empuñar las armas sin robar á los campos y á los talleres sino el tiempo puramente preciso. Estableciéronse escuelas de instrucción para el arma de artillería y fundiciones de cañones en varias ciudades. Los soldados que por edad ó por heridas se inutilizaban para el servicio, los cuales se designaban con el título de invalidos, encontraban en las provincias un asilo, y disfrutaban de una paga, aunque corta, suficiente para asegurar su subsistencia. La organización del ejército, el manejo y custodia de las armas, las categorías, el orden y la jerarquía de los empleos y grados de la milicia, se tomaron del sistema que se había adoptado en Francia, y se le agregaron algunas modificaciones, que la experiencia y los ejemplos de los franceses habían aconsejado como útiles, hasta los tiempos de Carlos III. El valor militar, de que mas de una vez dió personal ejemplo; nunca perezoso para ponerse al frente de sus tropas y compartir con ellas los trabajos y privaciones de las campañas; no escaso en remunerar servicios, y justo distribuidor de los ascensos, que generalmente no concedía sino á los oficiales de mérito reconocido, restableció la perdida disciplina militar, y

no se veían ya aquellas sublevaciones, aquellas rebeliones tan frecuentes de soldados que empañaban las glorias de nuestros ejércitos en los tiempos de la dominación austriaca. Y con esto, y con haber traído á España acreditados generales é instruidos oficiales franceses de los buenos tiempos de Luis XIV, logró que se formaran también algunos hábiles generales españoles, que pelearon con honra, y muchas veces con ventaja con los guerreros de mas reputación de Europa, y supieron llevar á cabo empresas difíciles y hacer conquistas brillantes, renovando las antiguas glorias militares de España (2).

Teniendo desde el principio por enemigas potencias marítimas de la pujanza y del poder de Inglaterra y Holanda, bien fué menester que Felipe y su gobierno se aplicaran con todo celo y conato al restablecimiento de la marina española, reducida casi á una completa nulidad en el último reinado de la dinastía austriaca. Y de haberlo hecho así daba honroso testimonio la escuadra de mas de veinte navios de guerra, y mas de trescientos buques de transporte que se vió salir de los puertos de España á los diez años de hecha la paz de Utrecht. La expedición marítima á Orán en los postreros años de Felipe dejó asombrada á Europa por la formidable armada con que se ejecutó, y la guerra de Italia con los austriacos y sardos no impidió al monarca español atender á la lucha naval con la Gran Bretaña y abatir mas de una vez el orgullo de la soberbia Albion en los mares de ambos mundos. De modo que al ver el poder marítimo de España en este tiempo, nadie hubiera podido creer que Felipe V á su advenimiento al trono solo había encontrado unas pocas galeras en estado casi inservible.

Tan admirable resultado y tan notable progreso no hubieran podido obtenerse sin una oportuna y eficaz aplicación de los medios que á él habían de conducir, porque la marina de un país no puede improvisarse, como la necesidad hace muchas veces improvisar soldados. Para fomentar fábricas y talleres de construcción, de estilleros, de escuela de pilotaje, colegios en que se diera la conveniente educación para la formación de buenos oficiales de marina, se puso en todo esto con actividad asombrosa, se dio á las distintas medidas para los cortes de maderas de construcción, y para las manufacturas de cables; no se levantaba obstáculo en la construcción de buques, el astillero que se formó en Cádiz bajo la dirección del entendido don José Patiño fué uno de los mas hermosos de Europa, y del colegio de guerra de marinas creado en 1727, dotado de buenos profesores de matemáticas, de física y de las demás ciencias auxiliares de la náutica, salieron aquellos célebres marinos españoles que al comenzar este reinado gozaban ya de una brillante reputación (3).

La marina mercante recibió el impulso y siguió la proporción que casi siempre se observa en relación con la decadencia ó prosperidad de la guerra; y si el comercio exterior, especialmente el de la metrópoli con las colonias de América, que era el principal, avanzó el desarrollo que hubiera sido de apetecer, nó fué porque Felipe y sus ministros no cuidaran de fomentarle y protegerlo, sino que se debió á causas ajenas á su buena intención y propósitos. Fueronlo entre ellas muy esenciales, de una parte las ideas erróneas que entonces se tenían todavía en materias mercantiles y principios generales de comercio, que en este tiempo comenzaban ya á rectificar algunos hombres ilustrados; de otra parte las continuas guerras marítimas y terrestres, unas y otras perjudicialísimas para el comercio colonial, las unas haciendo inseguro y peligroso el tráfico nacional y lícito, y dando lugar al contrabando extranjero, las otras obligando al rey á aceptar y suscribir á tratados de comercio con potencias extranjeras, sacrificando los intereses comerciales del reino á la necesidad urgente de una paz ó á la conveniencia política de una alianza. La providencia que se tomó durante la guerra de sucesión de pro-

(1) Los discursos de Viera y Clavijo, y de Conde y Oquendo, titulado uno y otro *Elogio de Felipe V*, premiados por la Real Academia Española en el certamen de 1779, merecieron sin duda los premios respectivos, pero que aquella docta corporación lauro á sus autores, como motivo de elocuencia y de puro y castizo lenguaje. Pero adolecen á nuestro juicio de una característica comúnmente de las composiciones de este género, que hacen por título y tema *el elogio*, y en que por lo mismo sus autores se esfuerzan desmedidamente las virtudes de los personajes que se celebran, y omiten enteramente sus defectos, para hacer muy honrosamente lo mas ligero. Nosotros hemos analizado este mismo juicio, que nos habremos de atajar, sobre el estado de todos los hechos de su largo reinado.

(2) San Felipe, Comentarios.—Belando, Historia civil.—Memorias históricas, MS.—Historia de la milicia española.—Memorial del cuerpo de ingenieros.—Revistas militares.

(3) Historia de la Marina Real española.—Ulloa, Restablecimiento de las manufacturas y del comercio de España.—Ustariz, Teoría y práctica del comercio.





# ARMAS DEL SIGLO XVIII.

1 y 3 - Espadas de ceñir ó de golilla - 2 - Sable de caballería - 4 - Alabarda - 5 y 6 - Otras espadas de la época.

7 à 9 - Pistolas y escopeta que pertenecieron á Felipe V - 10 - Pistola revólver.

Las armas de los n.ºs 2 y 4 se conservan en el Museo de Artillería; las demás en la Armería real de Madrid.







hibir la exportacion de los productos del país á los otros con quienes se estaba en lucha produjo inmensos perjuicios, y nacian del mismo sistema que otras iguales medidas tomadas en análogas circunstancias en los reinados anteriores. El privilegio del Asiento concedido á los ingleses por uno de los artículos del tratado de Utrecht fué una de aquellas necesidades políticas; y el ajuste con Alberoni sobre los artículos explicativos, fuese obra del soborno ó del error, de cualquier modo no dejó de ser una fatalidad, por mas artificios que el gobierno español, y mas que nadie aquel mismo ministro, discurrió y empleó despues para hacer ilusorias las concesiones hechas en aquel malhadado convenio.

El sistema de abastos de América por medio de las flotas y galeones del Estado se vió que era perjudicial é insuficiente, por mas que se dictaran disposiciones y se dieran decretos muy patrióticos para favorecer la exportacion, fijando las épocas de salidas y retornos de los galeones, y regularizando las comunicaciones comerciales entre la metrópoli y sus colonias, y por mas que el gobierno procurara alentar á los fabricantes y mercaderes españoles á que remitiesen á América los frutos y artefactos nacionales. Los galeones iban siempre expuestos á ser bloqueados ó apresados, ó por lo menos molestados por las flotas enemigas que estaban continuamente en acecho de ellos. El establecimiento de los buques registros, que salian tambien en épocas fijas, remedió solamente en parte aquel mal. Los mercados de América no podian estar suficientemente abastecidos por estos medios: dábase lugar al monopolio, y la falta de surtido disculpa en cierto modo el ilícito comercio, que llegó á hacerse con bastante publicidad. En este sentido la guerra de los ingleses hizo daños infinitos al comercio español.

Concentrado antes el de América en la sola ciudad de Sevilla, pasó este singular privilegio á la de Cádiz (1720), á cuyo favor se hizo pronto esta última ciudad una de las plazas mercantiles mas ricas y mas florecientes de Europa. Siguiendo el sistema fatal de privilegios, se concedió el exclusivo de comerciar con Caracas á una compañía que se creó en Guipúzcoa, y á cuyos accionistas se otorgó carta de nobleza para alentarlos, imponiendo á la compañía la obligacion de servir á la marina real con un número de buques cada año. Esta compañía prosperó mas que otra que se formó en Cádiz durante el ministerio de Patiño para el comercio de la India oriental, la cual no pudo sostenerse, no obstante habersele concedido la monstruosa facultad de mantener tropas á sus expensas y de tener la soberanía en los países en que se estableciera. La grande influencia que sobre el comercio español tenia que ejercer la famosa Compañía de Ostende, y las gravísimas cuestiones de que fué objeto en muchos solemnes tratados entre España y otras potencias de Europa, lo han podido ver ya nuestros lectores en el texto de nuestra historia (1).

Procuróse tambien en este reinado sacar la industria del abatimiento y nulidad á que habia venido en los anteriores por un conjunto de causas que hemos tenido ya ocasion de notar, y que habia venido haciéndose cada dia mas sensible, principalmente desde la expulsion de los moriscos. La poca que habia estaba en manos de industriales extranjeros, que eran los que habian reemplazado á aquellos antiguos pobladores de España. Á libertarla de esta dependencia, á crear una industria nacional, y á darle impulso y proteccion se encaminaron diferentes pragmáticas, órdenes y decretos, dictados por el celo mas plausible. No se prohibia á los extranjeros venir á establecer fábricas ó á trabajar en los talleres. Al contrario, se los llamaba y atraía concediéndoles franquicias y exenciones, dándoles vivienda por cuenta del Estado, y dispensándoles todo género de proteccion. El rey mismo hizo venir á sus expensas muchos operarios de otros países. Habia interés en que establecieran, ejercieran y enseñaran aquí sus métodos de fabricacion. Lo que se prohibia era la importacion de objetos manufacturados en el extranjero, con los cua-

les no podian sostener la competencia los del país. Y para promover el desarrollo de la fabricacion nacional, llegó á imponerse por real decreto á todos los funcionarios públicos altos y bajos de todas las clases, incluso los militares, la obligacion de no vestir sino de telas y paños de las fabricas del reino bajo graves penas (2).

Á estas medidas protectoras acompañó y siguió la publicacion de leyes suntuarias, que tenian por objeto moderar y reprimir el lujo en todas las clases del Estado, prohibiendo el uso de ciertos adornos costosos, en trajes, muebles, carruajes, libreas, etc., tales como los brocados, encajes, telas y bordados de oro y plata, perlas y piedras finas, aunque fuesen falsas, y otros aderezos, prescribiendo las reglas á que habian de sujetarse en el vestir y en otros gastos y necesidades de la vida todas las clases y corporaciones, desde la mas alta nobleza hasta los mas humildes menestrales y artesanos. La mas célebre pragmática sobre esta materia fué la que se publicó en Madrid á 15 de noviembre de 1723 con la mayor solemnidad, y se mandó repetir el año siguiente (3). El rey y la real familia fueron los primeros á dar ejemplo de sujetarse á lo prescrito en esta pragmática. «De modo, dice un historiador contemporáneo, que causaba edificacion á quien miraba al rey Católico, al serenísimo príncipe de Asturias y á los reales infantes vestidos de un honesto paño de color de canela, lo cual en todo tiempo será cosa digna de la mayor alabanza y útil para los españoles, sin admitir las inventivas y las diferentes vanidades que cada dia discurren los extranjeros para sacar el dinero de España. En estos últimos dias en que

(2) «Teniendo noticia, decia el decreto de 10 de diciembre de 1720, de que las fábricas de seda y demás géneros de Valencia, Granada, Toledo y Zaragoza, y las de paños finos, medianos y comunes de Segovia, Guadalupe, Valdemoro, Tejil, Bejar y otros puntos, se hallan en estado de poder abastecer al reino; persuadido de que conviene á la prosperidad de mi pueblo el proteger las manufacturas, he tenido á bien mandar que todos mis vasallos, sin excepcion ninguna, cualquiera que sea su estado y condicion, no usen en lo sucesivo mas que paños y sederías fabricadas en España. Á los que en el dia tengan ropas, ó muebles de fábricas extranjeras, se les conceden seis meses, contados desde la fecha de este decreto, para venderlos, pasados los cuales, incurrirán en las penas determinadas por las leyes.»—Ulloa, Restablecimiento de las manufacturas y del comercio de España.—Campomanes, Apéndice á la educacion popular.—Zavala, Representacion al señor don Felipe V dirigida al mas seguro aumento del Real erario.

(3) La pragmática es muy extensa, pero pueden dar idea de su espíritu algunos breves párrafos, que copiamos. «Mando y ordeno, decia el primer artículo, que ninguna persona, hombre ni mujer, de cualquier grado y calidad que sea, pueda vestir, ni traer en ningun género de vestido, brocado, tela de oro, ni de plata, ni seda que tenga fondo ni mezcla de oro ni plata, ni bordado, ni puntas, ni pasamanos, ni galon, ni cordon, ni pespuntos, ni bonetes, ni cintas de oro ni de plata tirada, ni ningun otro género de cosa en que haya oro, plata, ni otro género de guarnicion de ella, cuero ó vidrio, talcos, perlas, aljófar, ni otras piedras finas ni falsas, aunque sea con el motivo de bodas.... II. En cuanto á la milicia, mando que los militares sean comprendidos en la misma prohibicion por lo que toca á vestidos, á excepcion de los de ordenanza y uniformes... III. Y asimismo prohibo traer ningun género de puntas, ni encajes blancos, de seda ni de hilo, ni de humo, ni de los que llaman Ginebra, ni usarlos en vestidos, jubones de mujer, casacas, basquiñas, ni en guantes, toquillas y cintas de sombreros y ligas, ni en otros trajes, como no sean fabricados en estos reinos, pues todos estos los permito sin limitacion, con tal de que se traigan y usen por mujeres y hombres con moderacion, y con prevencion y apercibimiento de que si hubiere y se reconociere abuso en la práctica, los prohibiré absolutamente en adelante... V. Y en cuanto á vestidos de hombres y mujeres, permito se puedan traer de terciopelos lisos y labrados, negros y de colores terciopelados, damascos, rasos, tafetanes lisos y labrados, y todos los demás géneros de seda, como sean de fábrica de estos reinos de España y de sus dominios ó de las provincias amigas con quien se tiene comercio... VI. Mando, que la prohibicion de estos trajes se entienda tambien con los comediantes, hombres y mujeres, músicos y demás personas que asisten en las comedias para cantar y tocar: y solo les permito vestidos lisos de seda negros y de colores, como sean de fábricas de estos reinos, ó de los de sus dominios y provincias amigas... VII. Permito que las libreas que se dieren á los pajes puedan ser, casaca, chupa y calzones de lanas finas, seda, llanas, fabricadas en estos mis reinos ó en sus dominios... IX. Mando, que las libreas de los lacayos, lacayuelos, laquéos ó volantes, cocheros y mozos de sillas, no se puedan traer de ningun género que no sea de paños, y fabricados precisamente en estos reinos... etc. etc.»

(1) Campillo, Nuevo sistema de administracion para las colonias de América.—Ustariz, Teórica y práctica del comercio.—Canga Argüelles, Diccionario de Hacienda, artículos Comercio, Relaciones comerciales, etc.



escribo esto se negociaron en Madrid para Paris casi cien mil pesos en letras de cambio, por el coste de las vanidades de los hombres y por los adornos femeniles, que en aquella corte y en otras de la Europa se fabrican y despues se traen á estos reinos (1).»

Merced á estas y otras semejantes medidas, tales como la ciencia económica de aquel tiempo las alcanzaba, se establecieron y desarrollaron en España multitud de fábricas y manufacturas de sedas, lienzo, paños, tapices, cristales y otros artefactos, siendo ya tantas y de tanta importancia que se hizo necesaria la creacion del cargo de un director ó un superintendente general de las fábricas nacionales, empleo que tuvo el famoso holandés Riperdá, y que le sirvió de escalon para elevarse á los altos puestos á que despues se vió encumbrado. Las principales por su extension y organizacion y las que prosperaron mas fueron la de paños de Guadalajara, la de tapices, situada á las puertas de Madrid, y la de cristales que se estableció en San Ildefonso. Y todas ellas hubieran florecido mas á no haber continuado ciertos errores de administracion, y acaso no tanto la ignorancia de los buenos principios económicos (que españoles habia ya que los iban conociendo), como ciertas preocupaciones populares, nocivas al desarrollo de la industria fabril, pero que no es posible desarraigar de repente en una nacion. Comprendíase ya la inconveniencia y el perjuicio de la alcabala y millones, y pedían los escritores de aquel tiempo su supresion, ó la sustitucion por un servicio real y personal. Clamábase tambien por la reduccion de derechos para los artefactos y mercancías que salian de los puertos de España, y por el aumento para los que se importaban del extranjero. Se tomó la justa y oportuna providencia de suprimir las aduanas interiores (31 de agosto, 1717), pero se cometió el inconcebible error de dejarlas en Andalucía, que era el paso natural de todas las mercaderías que se expedian para las Indias occidentales (2).

De este modo, y con esta mezcla de medidas protectoras y de errores económicos, pero con un celo digno de todo elogio por parte del rey y de muchos de sus ministros, si la industria fabril y manufacturera no recobró en el reinado de Felipe V todo el esplendor y toda la prosperidad de otros tiempos, recibió todo el impulso que la ciencia permitia, y que consentian las atenciones y necesidades del Estado, en una época de tantas guerras y de tanta agitacion política.

Al decir de un insigne economista español, la guerra de sucesion favoreció al desarrollo de la agricultura. «Aquella guerra, dice, aunque por otra parte funesta, no solo retuvo en casa los fondos y los brazos que antes perecian fueran de ella, sino que atrajo algunos de las provincias extrañas, y los puso en actividad dentro de las nuestras (3).» No negaremos nosotros que aquella guerra produjera la retencion de algunos brazos y de algunos capitales dentro del reino; pero aquellos brazos no eran brazos cultivadores, sino brazos que peleaban, que empuñaban la espada y el fusil, no la azada ni la esteva del arado, y brazos y capitales continuaron saliendo de España para apartadas naciones en todo el reinado de Felipe V. Lo que á nuestro juicio favoreció algo mas la agricultura fueron algunas disposiciones emanadas del gobierno, tal como la del real decreto de 10 de enero de 1724, que entre otras cosas prescribia: «Que se renueven todos los privilegios de los labradores, y estén patentes en parte pública y en los lugares, para que no los ignoren, y puedan defenderse con ellos de las violencias que pudieren intentarse por los recaudadores de las rentas reales, los cuales no hayan de poder obligarlos á pagar las contribuciones con los frutos sino segun las leyes y órdenes. Y si justificaren haberlos tomado á menor precio, se obligue al delincuente á la satisfaccion; sobre lo cual hago

muy especial encargo al Consejo de Hacienda, esperando que con el mayor cuidado haga que á los labradores se guarden con exactitud todos los privilegios que las leyes les conceden (4).»

Lo que además de esto favoreció á la clase agrícola mas que la guerra de sucesion, con respeto sea dicho de aquel ilustre economista, fué la medida importante de sujetar al pago de contribuciones los bienes que la Iglesia y las corporaciones eclesiásticas adquiriesen, del mismo modo que las fincas de los legos; fueron las órdenes para precaver los daños y agravios que se inferian á los pueblos, ya en los encabezamientos, ya por los arrendadores y recaudadores de las rentas reales; fué la supresion de algunos impuestos, tales como los servicios de milicias y moneda forera, y la remision de atrasos por otros, como el servicio ordinario, el de millones y el de reales casamientos. Y si no se alivió á los pueblos de otras cargas, fué porque, como decia el rey en el real decreto: «Aunque quisiera dar á todos mis pueblos y vasallos otros mayores alivios, no lo permite el estado presente del Real Patrimonio, ni las precisas cargas de la monarquía; pero me prometo que, aliviadas ó minoradas estas en alguna parte, se pueda en adelante concederles otros mayores alivios, como lo deseo, y les comunico ahora el correspondiente á las gracias referidas, habiéndoles concedido poco há la liberacion de valimiento de los efectos de sisas de Madrid, que son todas las que presentemente he podido comunicarles, á proporcion de la posibilidad presente, en la cantidad y calidad que he juzgado conveniente.»

Eran en efecto muchas las necesidades, ó las cargas de la monarquía, como decia el rey, lo cual no solo le impidió relevar de otros impuestos, sino que le obligó á apelar á multitud de contribuciones y de arbitrios (y esto nos conduce ya á decir algo de la administracion de Hacienda en general), algunos justos, otros bastante duros y odiosos: pudiéndose contar entre aquellos la supresion de los sueldos dobles, la de los supernumerarios para los empleos, y la de los que vivian voluntariamente fuera de España; y entre estos la capitacion, la venta de empleos, el veinticinco por ciento de los caudales que se esperaban de Indias, y otros semejantes. Un hacendista español de nuestro siglo redujo á un cuadro el catálogo de las medidas rentísticas de todo género que se tomaron en el reinado de Felipe V, el cual constituye un buen dato para juzgar del sistema administrativo de aquel tiempo (5).

Pero no hay duda de que se corrigieron bastantes abusos

(4) Hállase la letra de este decreto en Belando, Hist. civil, part. IV, capítulo 52.

(5) Hé aquí el resumen que hace don José Canga Argüelles en su Diccionario de Hacienda, tom. I, art. Arbitrios extraordinarios del siglo XVIII, Felipe V.

1. Se devolvieron á la corona muchas alhajas vendidas ó regaladas á particulares por los reyes anteriores.
2. Se suspendió el pago de las mercedes.
3. Idem de las libranzas.
4. Idem de las ayudas de costa.
5. Idem de los réditos de los juros.
6. Idem de los empréstitos.
7. Se repartió en las provincias, á prorrata, el coste del ejército, compuesto de 17,000 infantes, y 4,000 caballos.
8. Se impuso una contribucion territorial, á saber: un real sobre fanega de tierra labrantía, dos sobre la de huerta, olivar, viña y arboleda, y cinco por ciento sobre los alquileres de las casas, dehesas, pastos y ganados.
9. Otra de dos, cinco y diez por ciento sobre los sueldos de los ministros.
10. Idem de una anata de la renta de todas las fincas, rentas y derechos enajenados de la corona.
11. Se aumentó el precio del papel sellado.
12. Se aplicó al erario la mitad del importe líquido de los réditos de los juros.
13. Se estableció una capitacion de diez, cuarenta y cien reales por vecino.
14. Se vendieron empleos en España.
15. Se negociaron los caudales con los capitalistas, estipulando el reintegro por los valores sucesivos de las rentas públicas.
16. Se clasificaron las deudas, so pretexto de quitar el daño emergente y lucro cesante que se halló en ellas.

(1) Belando, Hist. civil, part. IV, cap. 49.

(2) Ulloa, Restablecimiento de las manufacturas y del comercio de España.—Campillo, Nuevo sistema de administracion para las colonias de América.—Ustariz, Teórica y práctica del comercio.—Campomanes, Apéndice á la educacion popular.—Zavala, Representacion al señor don Felipe V, dirigida al mas seguro aumento del real erario.—Canga Argüelles, Diccionario, art. Aduanas.—Vida de Riperdá.

(3) Jovellanos, Informe sobre la Ley Agraria, núm. 15.



SILLA DE  
Existente en las Reales  
(La corona se añadió en uno de los reinados siguientes.)









Montaner y Simon Edit.

M. Pujadas Lit.

SILLA DE MANOS DE FELIPE V.  
Existente en las Reales Caballerizas.

(La corona se añadió en uno de los reinados siguientes.)







en la administracion, y que se hicieron reformas saludables. La de arrendar las rentas provinciales á una sola compañía ó á una sola persona en cada provincia, fué ya un correctivo provechoso contra aquel enjambre de cien mil recaudadores, plaga fatal que pesaba sobre los pueblos producida por los arrendamientos parciales. Mas adelante se aplicó la misma medida á las rentas generales, con no poca ventaja de los pueblos y del gobierno: por último llegaron á administrarse por cuenta del Estado seis de las veintidos provincias de Castilla, cuyo ensayo sirvió para extender mas tarde el mismo sistema de administracion á todo el reino. Estancáronse algunas rentas, y entre ellas fué la principal la del tabaco. Púsose este artículo en administracion hasta en las Provincias Vascongadas, y como los vizcainos lo resistiesen, negándose á reconocer y obedecer el real despacho en que se nombraba administrador, alegando ser contra el fuero del señorío, hubo con este motivo una ruidosa competencia, en que el Consejo de Castilla sostuvo con enérgica firmeza los derechos reales, hasta tal punto que los comisionados de Vizcaya se vieron obligados á presentarse al rey suplicándole les perdonase lo pasado y se diese por servido con poner al administrador en posesion de su empleo, y pidiéndole por gracia que tomase el Estado por su coste el tabaco que tenían almacenado, ó les permitiese exportarlo por mar á Francia y otras partes. Guipúzcoa cumplió la orden sin reclamacion. En Alava hubo algunos que protestaron, é hicieron una tentativa semejante á la de los vizcainos, pero mandados comparecer en el Consejo, se les habló con la misma resolucion, y concluyeron por acatar y ejecutar la orden del gobierno (1).

Cuando se arregló el plan de aduanas, suprimiendo las interiores y estableciéndolas en las costas y fronteras, tambien alcanzó esta reforma á las provincias Vascongadas, pasando sus aduanas á ocupar los puntos marítimos que la convenien-

cia general les señalaba. Mas como los vascongados tuviesen entonces muchos hombres en el poder y muchos altos funcionarios, lograron por su favor y mediacion que volvieran las aduanas (1727) á los confines de Aragon y de Castilla como estaban antes, por medio de un *capitulado* que celebraron con el rey (2).

No hubo tampoco energia en el gobierno para variar la naturaleza de los impuestos generales, y sobre haber dejado subsistir muchos de los mas onerosos, y que se reconocian como evidentemente perjudiciales á la agricultura, industria y comercio, ni aun se modificaron, como hubiera podido hacerse, las absurdas leyes fiscales, y continuaron las legiones de empleados, administradores, inspectores y guardas que exigia la cobranza de algunas contribuciones, como las rentas provinciales, con sus infinitas formalidades de libros, guias, registros, visitas y espionaje. Corregir todos los abusos no era empresa fácil, ni aun hubiera sido posible. De las reformas que intentó el ministro Orri hemos hablado ya en nuestra historia, y tambien de las causas de la oposicion que experimentó aquel hábil rentista francés, que en medio de la confusion que se le atribuyó haber causado en la hacienda, es lo cierto que hizo abrir mucho los ojos de los españoles en materia de administracion.

Impuestos y gastos públicos, todo aumentó relativamente al advenimiento de la nueva dinastía. De Carlos II á Felipe V subieron los unos y los otros, en algunos años, dos terceras partes, en otros mas ó menos segun las circunstancias (3). Los gastos de la casa real crecieron desde once hasta treinta y cinco millones de reales. Verdad es que una de las causas de este aumento fué la numerosa familia de Felipe V; pero tambien es verdad que otra de las causas fué su pasion á la magnificencia. Porque aquel monarca tan modesto en el vestir, que dió el buen ejemplo de empezar por sí y por su familia á observar su famosa pragmática sobre trajes, no mostró la misma abnegacion en cuanto á renunciar á otros gastos de ostentacion y de esplendidez; y eso que una de las juntas creadas para arbitrar recursos le propuso (1736) que reformara los gastos de la real casa, mandando á los jefes de palacio que hicieran las oportunas rebajas, «en la inteligencia, añadia, que si no se establece la regla en estas clases capitales, *empezando por las casas de V. M.*, difícilmente se podrá conseguir (4).»

Esta pasion á la magnificencia, mezclada con cierta melancólica aficion al retiro religioso y al silencio de la soledad, fué sin duda lo que le inspiró el pensamiento de edificar otro Versalles en el declive de un escarpado monte cerca de los bosques de Balsain, donde acostumbraba á cazar, y donde habia una ermita con la advocacion de San Ildefonso á poca distancia de una granja de los padres jeronimianos del Parral de Segovia, que les compró para levantar un palacio y una colegiata, y adornar de bellísimos jardines aquella mansion, que habia de serlo á la vez de retiro y de deleite. De aquí el principio del palacio, templo y sitio real de San Ildefonso (1721), con sus magníficos y deliciosos jardines, con sus soberbios grupos, estatuas, fuentes, estanques, surtidores y juegos de aguas, que aventajan á las tan celebradas de Versalles, que son hoy todavia la admiracion de propios y extraños, pero en que consumió aquel monarca caudales inmensos, y en que sacrificó á un capricho de su real fantasía muchos centenares de millones, que hubieran podido servir para alivio de las cargas públicas, ó para las necesidades de las guerras,

17. Se arreglaron los aranceles de las aduanas, con el objeto de hacer llegar sus valores anuales á ocho millones de reales.

18. Se mejoró la renta del tabaco, poniéndola en administracion, lo cual se calculó que daria una ganancia de un peso en libra, y un total de seis millones de reales.

19. Se arregló el comercio de América; prometiéndose sacar de él una utilidad de seis millones de pesos cada año.

20. Se exigió un veinticinco por ciento sobre todos los caudales que se esperaban de Indias.

21. Se pidieron á los reinos de Indias dos millones de pesos por via de subsidio.

22. Se aplicó al erario el derecho de la armada de barlovento.

23. Idem el uno por ciento de las flotas y galeones. Ambos recursos se apreciaron en 18.100.000 escudos.

24. Se rebajaron los réditos de los juros, del cinco al tres por ciento.

25. Se activó el cobro de 3.137,823 reales que debian al erario los contribuyentes.

26. Se admitió á los dueños de las casas de Madrid á redimir la carga de aposento.

27. Se prohibió conceder nuevas pensiones.

28. Idem pagar créditos atrasados.

29. Idem hacer pagos por otras manos que las del tesoro general, suprimiendo las consignaciones sobre las rentas.

30. Idem las futuras de empleos.

31. Idem el goce de sueldos dobles.

32. El goce de sueldos á los españoles residentes en el extranjero.

33. El pago de las deudas de la corona anteriores al año de 1736.

34. Se mandaron reformar los gastos públicos.

35. Idem suprimir los dobles sueldos.

36. Idem idem los empleos supernumerarios.

37. Se enajenaron los tercios diezmos de Valencia.

38. Idem los baldíos.

39. Idem la renta de poblacion de Granada.

40. Idem el caudal que resultó sobrante de la renta de juros.

41. Se aplicó á la tesorería el fondo destinado á amortizar los juros.

42. Se declaró á la tesorería general libre de la obligacion de pagar las cartas de pago dadas á los asentistas y acreedores sobre las rentas.

43. Préstamos del comercio de Madrid.

44. Idem de los arrendadores de las rentas públicas.

(1) Refiere Macanaz este suceso y autoriza su relacion con documentos originales en sus Memorias para la historia del gobierno de España, manuscritas, tomo I, páginas 61 á 67, y da curiosos pormenores sobre este negocio, en que él intervino como fiscal del Consejo de Castilla, y en que dice informó con el libro de los Fueros de Vizcaya á la vista.

(2) Canga Argüelles, Diccionario de Hacienda, tom. II, Art. Provincias Vascongadas.—Las aduanas interiores se quitaron, segun Macanaz, en tiempo de Alberoni.

(3) En el reinado de Carlos II importaron los gastos del Estado próximamente sobre. . . . . 193.000.000 de rs.  
En el de Felipe V, en el año 1701 . . . . . 247.000.000  
en el de 1737, próximamente. . . . . 336.000.000  
Los ingresos produjeron en 1701. . . . . 142.000.000  
en 1737. . . . . 211.000.000

Canga Argüelles, Diccionario, tom. I, Art. Gastos públicos de España.

(4) El gasto anual de la casa real en tiempo de Carlos II ascendia á . . . . . 11.390.000 rs.  
En el de Felipe V subió á . . . . . 35.605.000



ó para fomento de las manufacturas, ó para abrir canales ó vías de comunicacion, de que habia buena necesidad (1).

No se dejó llevar tanto de su amor á la magnificencia en la construccion del real palacio de Madrid, hoy morada de nuestros reyes, edificado en el mismo sitio que ocupaba el antiguo alcázar, devorado hacia pocos años por un incendio. Quería, sí, hacer una mansion régia que aventajara á las de todos los soberanos de Europa; pero habiéndole presentado el abate Juvarra, célebre arquitecto italiano, un modelo de madera, que representaba la traza del proyectado palacio, con sus 1,700 piés de longitud en cada uno de sus cuatro ángulos, sus veintitres patios, sus treinta y cuatro entradas con todos los accesorios y toda la decoracion correspondiente á la grandiosidad del conjunto, ó porque el área del sitio elegido no lo permitiese, ó porque le asustara el coste de tan vasto y suntuoso edificio, prefirió hacer uno acomodado al diseño que encargó á Juan Bautista Saqueti, discípulo de aquel; y adoptado que fué, se dió principio á la construccion del que hoy existe, colocándose con toda solemnidad la primera piedra el 7 de abril de 1738, introduciendo en el hueco de ella el marqués de Villena en nombre del rey una caja de plomo con monedas de oro, plata y cobre de las fábricas de Madrid, Sevilla, Segovia, Méjico y el Perú (2).

Debióse tambien á Felipe V la creacion del Real Seminario de Nobles de Madrid, con el objeto, como su nombre lo indica, de formar para la patria hombres instruidos de la clase de la nobleza (1727). Dábase en él, además de la instruccion religiosa, la de idiomas, filosofía, todo lo que entonces podia enseñarse de bellas letras, y de estudios de adorno y de recreo, como dibujo, baile, equitacion y esgrima. Salieron de este establecimiento hombres notables y distinguidos, que se hicieron célebres mas tarde, principalmente en los fastos del ejército y de la marina.

Condúcenos ya esto naturalmente á hacer algunas breves observaciones sobre lo que debieron al primer príncipe de Borbon las ciencias y las letras españolas, tan decaídas en los últimos reinados de la casa de Austria.

Educado Felipe en la corte fastuosa y literaria de Luis XIV, así como habia adquirido inclinacion á erigir obras suntuosas y magníficas, tomó tambien de su abuelo y trajo á España cierta aficion á proteger y fomentar las ciencias y las letras, tan honradas en la corte de Versalles, siendo la creacion de academias y escuelas una de las cosas que dieron mas lustre á su reinado, y que mas contribuyeron á restaurar bajo nuevas formas la cultura y el movimiento intelectual en España, y á sacarle del marasmo en que habia ido cayendo. Apenas la guerra de sucesion le permitió desembarazarse un poco de las atenciones y faenas militares, y no bien concluida aquella, acogió con gusto y dió su aprobacion al proyecto que le presentó el marqués de Villena de fundar una academia que tuviera por objeto fijar y purificar la lengua castellana, desnaturalizada por la ignorancia y el mal gusto, limpiar el idioma de las palabras, frases y locuciones incorrectas, extrañas, ó que hubieran caído en desuso. Aquel esclarecido magnate, virey que habia sido de Nápoles, hombre versadísimo en letras, y que en sus viajes por Europa habia adquirido amistosas relaciones con los principales sabios extranjeros, obtuvo del rey primeramente una aprobacion verbal (1713), y algun tiempo mas adelante la real cédula de creacion de la Real Academia Española (3 de octubre, 1714), de que tuvo la gloria de ser el primer director don Juan Manuel Fernandez Pacheco, marqués de Villena, en cuya casa se celebraron las primeras juntas. Esta ilustre corporacion, que despues fué dotada con algunas rentas, publicó en 1726 el primer tomo de su gran Diccionario, y en 1739 habia dado ya á la estampa los cinco restantes, que en las ediciones sucesivas se redujeron á un solo volumen, suprimiendo las autoridades de los clásicos en que habia fundado todos los artículos del prime-

ro. Y continuando sus trabajos con laudable celo, en 1742 dió á luz su tratado de Ortografía, escrito con recomendable esmero (3).

Sosegadas las turbulencias de Cataluña, quiso el rey establecer en el Principado una universidad que pudiera competir con las mejores de Europa, refundiendo en ella las cinco universidades que habia en las provincias catalanas, y haciendo un centro de enseñanza y de instruccion. El punto para esto elegido fué la ciudad de Cervera, donde ya en 1714 se habian trasladado de Barcelona las enseñanzas de teología, cánones, jurisprudencia y filosofía, dejando solamente en aquella capital la medicina y cirugía, y la gramática y retórica. Las dificultades que ofrecia una poblacion entonces de tan corto vecindario como Cervera para hacerla el punto de residencia de tantos profesores como habian de necesitarse y de tantos alumnos como habian de concurrir, los crecidísimos gastos que exigia la construccion de un gran edificio de nueva planta, y las pingües rentas que habian de ser precisas para el sostenimiento de una escuela tan universal, nada detuvo á Felipe V, que resuelto á premiar la fidelidad con que en la reciente lucha se habia distinguido aquella poblacion, determinó que allí, y allí solamente, y no en dos lugares de Cataluña como le proponian, habia de erigirse la universidad, mandó formar la planta, se procuró dotarla de las necesarias rentas, se buscaron fondos para la construccion del edificio, y el 11 de mayo de 1717, hallándose el rey en Segovia, expidió el real decreto de fundacion de la célebre universidad de Cervera, debiendo comenzar las enseñanzas el 18 del próximo setiembre (4).

Dispuesto Felipe á promover y fomentar todo lo que pudiera contribuir á la ilustracion pública y á difundir el estudio de las letras, habia creado ya en Madrid con el título de *Real Librería* (1711) el establecimiento bibliográfico que es hoy la *Biblioteca Nacional*, reuniendo al efecto en un local los libros que él habia traído de Francia, y los que constituian la biblioteca de la reina madre y existian en el real alcázar, sufragando él mismo los gastos, y poniendo el nuevo establecimiento bajo la direccion de su confesor el P. Robinet. La biblioteca se abrió al público en marzo de 1712, y por real orden de 1716 le concedió el privilegio de un ejemplar de cada obra que se imprimiera en el reino.

En una de las piezas de esta biblioteca acostumbraban á reunirse varios literatos, aficionados principalmente á los estudios históricos. Privadamente organizados, celebraban allí sus reuniones literarias, hasta que aprovechando la feliz disposicion de Felipe V á proteger las letras, solicitaron la creacion de una academia histórica. La pretension tuvo tan favorable éxito como era de esperar, pues en 18 de abril de 1738 expidió el rey en Aranjuez tres decretos, creando por el uno la Real Academia de la Historia, con aprobacion de sus estatutos, concediendo por el otro á sus individuos el fuero de criados de la Real Casa con todos sus privilegios, y disponiendo por el tercero que la Academia continuara celebrando sus sesiones en la Biblioteca Real. Fué el primer director de la Academia don Agustin de Montiano y Luyando, secretario de S. M. y de la real cámara de Justicia. El instituto de esta corporacion fué y es ilustrar la historia nacional, aclarando la verdad de los sucesos, purgándola de las fábulas que en ella introdujeran la ignorancia ó la mala fe, y reunir, ordenar y publicar los documentos y materiales que puedan contribuir á esclarecerla. Esta reemplazó á los antiguos cronistas de España é Indias, y por real decreto de 1743 se le aplicaron por via de dotacion los sueldos que aquellos disfrutaban. Los trabajos y tareas propias de su instituto á que desde luego se consagró le dieron pronto un lugar honorífico entre los mas distinguidos cuerpos literarios de Europa, lugar que ha sabido conservar siempre con gloria de la nacion.

(1) La descripcion del Real sitio de San Ildefonso puede verse en la Historia de Belando, que le vió construir, y en los varios opúsculos que se han escrito ex-profeso para hacer su descripcion y su historia.

(2) Las Historias de Madrid.—Madrid artístico y monumental, etc.—El primer modelo se conserva todavía en el Museo del Buen Retiro.

(3) Historia de la Real Academia Española; donde se dan noticias circunstanciadas de su creacion, organizacion, desarrollo y trabajos sucesivos.

(4) En la real cédula que va impresa al frente de los estatutos se expresa todo lo que se dispuso en orden á cátedras, profesores, gobierno, privilegios, rentas, etc.



De origen parecido, esto es, de las reuniones particulares que algunos profesores de medicina celebraron entre sí para tratar de materias y puntos propios de aquella ciencia, nació la Academia de Medicina y Cirugía, debiéndose al espíritu protector de Felipe V la conversión que hizo de lo que era y se llamaba *Tertulia Literaria Médica*, en Real Academia (1734), dándole la competente organización, y designando en los estatutos los objetos y tareas á que la nueva corporación científica se había de dedicar. Del mismo modo y con el mismo anhelo dispuso Felipe su régia protección á otros cuerpos literarios ya existentes, tales como la Academia de Barcelona, la Sociedad de Medicina y Ciencias de Sevilla, y algunas otras, aunque no de tan ilustre nombre.

El espíritu de asociación entre los hombres de letras comenzaba, como vemos, á dar saludables frutos bajo el amparo del nieto de Luis XIV. Entonces fué también cuando se hizo la publicación del *Diario de los Literatos* (1737), obra del género crítico, y principio de las publicaciones colectivas, que aunque duró poco tiempo, porque la ignorancia se conjuró contra la crítica, fué una prueba más de la protección que el gobierno dispensaba á las letras, puesto que los gastos de impresión fueron costeados por el tesoro público.

Aunque el catálogo de los hombres sabios de este reinado no sea tan numeroso como el de otros siglos, ni podía serlo cuando solo empezaba á alumbrar la claridad por entre las negras sombras en que habían envuelto al anterior la ignorancia, la preocupación, el fanatismo y el mal gusto, fueron aquellos tan eminentes, que aparecen como luminosos planetas que derramaron luz en su tiempo y la dejaron difundir para las edades posteriores. El beneditino Feijóo fué el astro de la crítica que comenzó á disipar la densa niebla de los errores y de las preocupaciones vulgares, del pedantesco escolasticismo, y de las tradiciones absurdas, que como un torrente habían inundado el campo de las ideas, y ahogado y oscurecido la verdad. «La memoria de este varón ilustre, dice con razón otro escritor español, será eterna entre nosotros, en tanto que la nación sea ilustrada, y el tiempo en que ha vivido será siempre notable en los fastos de nuestra literatura (1).» «La revolución que efectuó el P. Feijóo en los entendimientos de los españoles, dice un erudito extranjero, solo puede compararse á la que el genio poderoso de Descartes acababa de hacer en otras naciones de Europa por su sistema de la duda filosófica (2).» «Lustre de su patria y el sabio de todos los siglos,» le llamó otro extranjero (3). ¿Qué podemos añadir nosotros á estos juicios en alabanza del ilustre autor del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*?

Hombre de vastísimo ingenio, de infatigable laboriosidad y de fecundísima pluma, don Melchor de Macanaz, que produjo tantas obras que nadie ha podido todavía apurar y ordenar el catálogo de las que salieron de su pluma, y de las cuales hay algunas impresas, muchas más manuscritas y no pocas dispersas, de quien dijo el cardenal Fleury, con no ser apasionado suyo: «¡Dichoso el rey que tiene tales ministros!» de esos pocos hombres de quienes suele decirse que se adelantan al siglo en que viven, hizo él solo más de lo que hubieran podido hacer juntos muchos hombres doctos en favor de las ideas reformadoras. No decimos más por ahora de este ilustrado personaje, porque como siguió figurando en los reinados posteriores, y en ellos y para ellos escribió algunas de sus obras, ha de ofrecérsenos ocasión de hablar de él en otra revista más general que pasemos á la situación de España.

Los estudios médicos encontraron también en Martín Martínez un instruido y celoso reformador, bien que la ignorancia y la injusticia se desencadenaron contra él, y fué, como dijo Feijóo, una de las víctimas sacrificadas por ellas, muriendo de resultas de los disgustos que le ocasionaron en lo mejor de su edad (1734). Este famoso profesor, médico de cámara que fué de Felipe V, conocedor de las lenguas sabias, y muy versado en los escritos de los árabes, griegos y romanos, dejó escritas varias obras luminosas, especialmente de anatomía,

siendo entre ellas también notable la titulada: *Medicina esceptica*, contra los errores de la enseñanza de esta facultad en las universidades.—Otro reformador tuvo la medicina en un hombre salido del claustro, y que así escribió sobre puntos de teología moral y de derecho civil y canónico, como resolvió cuestiones médico-quirúrgicas con grande erudición. La *Palestra crítica médica* tuvo por objeto destronar lo que llamaba la falsa medicina. El P. Antonio José Rodríguez, que este era su nombre, religioso de la orden de San Bernardo, era defensor del sistema de observación en medicina (4).

Desplegóse también grandemente en este tiempo la afición á los estudios históricos, y hubo muchos ingenios que hicieron apreciables servicios al país en este importante ramo de la literatura. El eclesiástico Ferreras, á quien el rey Felipe V hizo su bibliotecario, escribió su *Historia*, ó sea *Sinopsis histórica de España*, mejorando la cronología y corrigiendo muchos errores de los historiadores antiguos; obra que alcanzó cierta boga en el extranjero, que se publicó en París traducida al francés, que ocasionó disgustos al autor y le costó escribir una defensa, y de cuyo mérito y estilo hemos emitido ya nuestro juicio en otra parte.—El trinitario Miñana continuaba la *Historia general* del P. Mariana desde don Fernando el Católico, en que este la concluyó, hasta la muerte de Felipe II y principio del reinado de Felipe III, y daba á luz la *Historia de la entrada de las armas austriacas y sus auxiliares en el reino de Valencia*.—El franciscano descalzo Fr. Nicolás de Jesus Belando publicó con el nombre algo impropio de *Historia civil de España* la relación de los sucesos interiores y exteriores del reinado de Felipe V hasta el año 1732.—Seglares laboriosos y eruditos, pertenecientes á la nobleza, consagraban también sus vigilias, ya desde los altos puestos del Estado, ya en el retiro de sus cómodas viviendas, á enriquecer con obras y tratados históricos la literatura de su patria. El marqués de San Felipe escribió con el modesto título de «Comentarios de la Guerra de España» las apreciables *Memorias militares, políticas, eclesiásticas y civiles de los veinticinco primeros años del reinado de Felipe V*, que continuó por algunos más, después de su muerte, don José del Campo-Raso. Y todavía alcanzó este reinado el ilustre marqués de Mondejar, autor de los *Discursos históricos*, de las *Advertencias á la Historia de Mariana*, de la *Noticia y Juicio de los más principales escritores de la Historia de España*, de las *Memorias históricas de Alfonso el Noble y de Alfonso el Sabio*, y de otros muchos opúsculos, discursos y disertaciones históricas.

Fué una de las lumbreras más brillantes de este reinado, y aun de los siguientes (y por lo mismo diremos ahora poco de él, como lo hemos hecho con Feijóo y con Macanaz), el sabio don Gregorio Mayans y Siscar, á quien Heineccio llamó *Vir celeberrimus, laudatissimus, elegantissimus*, á quien Voltaire dió el título de *Famoso*, y el autor del *Nuevo Viaje á España* nombró el *Nestor de la literatura española*. Sus muchas obras sobre asuntos y materias de jurisprudencia, de historia, de crítica, de antigüedades, de gramática, de retórica y de filosofía, ya en latín, ya en castellano, le colocan en el número de los escritores más fecundos de todos tiempos, y en el de los más eruditos de su siglo.

Otros ingenios cultivaban la amena literatura, componían comedias, poemas festivos, odas y elegías, y hacían colecciones de manuscritos, de medallas y otros efectos de antigüedades, como el dean de Alicante don Manuel Martí, grande amigo de Mayans y de Miñana, y de muchos sabios extranjeros. Hizo una descripción del anfiteatro de Itálica, otra del teatro de Sagunto, el poema de la Gigantomaquia, y dejó una colección de elegías sobre asuntos bien extraños, como los metales, las piedras preciosas, los cuadrúpedos, los pájaros, las serpientes, etc.

El gusto poético, tan estragado en el siglo anterior, tuvo también un restaurador en un hombre que aunque no era él mismo gran poeta, estaba dotado de un fino y recto criterio, y tenía instrucción y talento para poder ser buen maestro de otros. Tal era don Ignacio de Luzán, que educado en Italia,

(1) Campomanes, Vida del P. Feijóo.

(2) William Coxe, Reinado de Felipe V, Apéndice.

(3) M. Laborde, en su Elogio.

(4) Discurso preliminar á las Obras de Feijóo, y sus Cartas.



versado en los idiomas latino, griego, italiano, francés y alemán, doctor en derecho y en teología en la universidad de Catana, individuo de la Real Academia de Palermo bajo el nombre de Egidio Menalipo, cuando volvió á Zaragoza, su patria, compuso su *Poética* (1737), que entre las varias obras que escribió fué la que le dió mas celebridad, como que estaba destinada á restablecer el imperio del buen gusto, tan corrompido por los malos discípulos de Góngora y de Gracian, y á ser el fundamento de una nueva escuela. Que aunque al principio fué recibida por algunos con frialdad, por otros impugnada, porque los ánimos estaban poco preparados para aquella innovacion, al fin triunfó, como en otro tiempo Boscan, y sobre sus preceptos se formaron Montiano, Moratin, Cadalso, y otros buenos poetas de los reinados siguientes. Los enemigos de la reforma llamaban *afrancesados* á los que seguian las reglas y la escuela de Luzan, como en otro tiempo llamaron *italianos* á los sectarios del gusto y de

las formas introducidas por Boscan. Porque así como este se habia formado sobre los modelos de la poesía italiana, aquel citaba como modelos á Corneille, Crouzaz, Rapin, Lamy, madama Dacier y otros clásicos franceses. La *Poética* de Luzan era un llamamiento á los principios de Aristóteles; la escuela italiana, importada á España en el siglo XVI, siglo de poesía, habia regularizado el vuelo de la imaginacion; la escuela francesa, importada en el siglo XVIII, siglo mas pensador que poético, alumbraba y esclarecía la razon: cada cual se acomodaba á las costumbres de su época (1).

Baste por ahora la ligera reseña que acabamos de hacer de la situacion política, económica, industrial é intelectual de España en el reinado del primer Borbon, para mostrar que en todos los ramos que constituyen el estado social de un pueblo se veía asomar la aurora de la regeneracion española, que habia de continuar difundiendo su luz por los reinados subsiguientes.

## LIBRO SÉTIMO

### REINADO DE FERNANDO VI

#### CAPITULO PRIMERO

##### La paz de Aquisgran

DE 1746 A 1749

Carácter y primeros actos del nuevo monarca.—Su generosidad con la reina viuda.—Estado en que encontró la guerra de Italia.—Encomienda su direccion al marqués de la Mina.—Retíranse los españoles á Génova y á Provenza.—Síguelos el ejército francés, y abandona tambien la Italia.—Entran en Génova los austriacos.—Pasa el ejército austro-sardo á Provenza.—Insurreccion de los genoveses.—Arrojan á los austriacos.—Toman de nuevo la ofensiva los ejércitos de los Borbones.—Entran otra vez en Italia.—Negociaciones diplomáticas para la paz.—Tratos secretos entre España é Inglaterra.—Situacion de Francia y de Holanda.—Proposiciones del gabinete francés.—Plenipotenciarios y conferencias en Breda.—Trasládanse á Aquisgran.—Ajústanse los preliminares.—Armisticio.—Tratado definitivo de paz.—Cédense al infante don Felipe de España los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla.—Reflexiones sobre este tratado.—Convenio particular entre España é Inglaterra.—Vuelven á España las tropas de Italia.

De edad de treinta y cuatro años cuando subió al trono de Castilla Fernando VI, único hijo varon que habia quedado del primer matrimonio de Felipe V, conocido ya por su carácter juicioso, moderado y amante de la justicia, esperábase de él un reinado feliz. De compasivo y liberal se acreditó desde el principio indultando á los desertores y contrabandistas, y dando libertad á muchos que gemian en prisiones. Con la reina madre se portó con una generosidad tanto mas loable cuanto se tenia por menos merecida: pues cuando todo el mundo esperaba que el nuevo soberano habria de humillar á la viuda de su padre en castigo del desden, dado que no fuese verdadera enemistad, con que ella le habia mirado y tratado siempre, dedicada toda á engrandecer sus propios hijos, causó admiracion verle confirmar los donativos que su padre habia hecho á la reina Isabel, permitirle que conservara el palacio de San Ildefonso, y aun consentirla que residiese en la corte. Mostróse Fernando igualmente generoso con sus hermanos, atento á conservar ó promover sus intereses. Respetó en el gobierno, contra lo que acostumbra los que ciñen corona, los ministros de su padre: conservó al marqués de Villarias en la secretaria de Estado, y confió los demás ramos de la administracion al de la Ensenada, que habia sucedido á Campillo desde su muerte en 1743. Señaló dos dias á la semana, á ejemplo de los antiguos monarcas españoles, para dar audiencia pública á sus súbditos, en que pudieran exponerle sus quejas y agravios con objeto de ponerles remedio.

En cuanto á la política exterior, era evidente que habia de

sufrir mudanza, dejando de dirigirla la reina Isabel Farnesio, y teniendo las riendas del Estado un príncipe mas inclinado á la paz, á quien no movian los mismos intereses que á la segunda esposa de su padre, y que observaba además el disgusto con que veían los españoles los sacrificios inmensos que por satisfacer la ambicion de la reina madre se les imponía. Sin embargo, aun escribió á su primo Luis XV manifestándose dispuesto á respetar los empeños que su padre habia contraído y apoyar en consecuencia de ellos la causa de su hermano. Pero las negociaciones privadas que el gabinete de Versalles habia entablado con otras potencias respecto á la guerra de Italia le pusieron en el caso, sin faltar á la conciencia y á la fe de los tratados, de ser menos escrupuloso en la observancia del pacto de Fontainebleau. Además la guerra de Italia tenia reducidos á muy mala situacion á españoles y franceses: apoderados los austro-sardos de Plasencia, y vencedores en San Giovanni y Rottofreddo, habíanse aquellos retirado á Voghera, muy reducidos y mermados ya ambos ejércitos, y sin poder estar sino á la defensiva, y esto no sin gran esfuerzo y trabajo (2). Llegó á este tiempo á Voghera el marqués de la Mina, nombrado por Fernando VI general en jefe del ejército de Italia. Era el de la Mina *un verdadero español por su odio á los franceses*, como le llamaba el ministro de Luis XV marqués de Argenson (3). Aunque el nuevo general iba á las

(1) Historia general de la literatura.—Obras de Mayans.—Idem de Feijóo.—Discurso y biografías.—Tiknor, Historia de la literatura española.—Puibusque, Historia comparada de la literatura española y francesa.

(2) Habian perdido en Rottofreddo sobre seis mil hombres, y con la desercion que esta derrota produjo, se calcula que no pasarian de veinte mil los que llegaron á Voghera. Los historiadores franceses suponen que la sufrieron solo los españoles y los napolitanos, porque Maillebois con sus franceses ejecutó á aquel tiempo, por medio de marchas y contramarchas, un movimiento sobre San Giovanni que le valió en Italia mucha reputacion militar.

(3) Memorias de Argenson, publicadas en 1825.—El marqués de la Mina, que habia hecho ya la guerra de sucesion, que se halló en las expediciones de Sicilia y de Oran (1732), que habia mandado el ejército de Toscana (1735), que habia sido embajador en París, y arreglado el matrimonio del infante don Felipe con Luisa Isabel de Francia, que despues fué general en jefe del ejército de Saboya á las órdenes de Felipe en reemplazo del conde de Glimes (1743), era un general de mucha reputacion por su capacidad y sus servicios. Cuéntase de él que en una batalla arengó á sus tropas con esta lacónica y expresiva frase: *Amigos míos, sois españoles, y los franceses os están mirando*. Dejó escritas unas Memorias sobre las guerras de Italia.

El conde de Gages, á quien ahora fué á reemplazar, fué tambien uno de los españoles mas distinguidos en el arte de la guerra. La campaña



REYES DE ESPAÑA



D. FERNANDO 6.<sup>to</sup>



versado en los idiomas latino, griego, italiano, francés y alemán, doctor en derecho y en teología en la universidad de Catania, individuo de la Real Academia de Palermo bajo el nombre de Felice Menalipo, cuando volvió a Zaragoza, su patria, como poeta Poética (1737), que entre las varias obras que escribió en la que le dio mas celebridad, como que estaba destinada a establecer el imperio del buen gusto, tan corrompido por los malos discípulos de Góngora y de Gracian, y á ser el fundamento de una nueva escuela. Que aunque al principio fué recibida por algunos con frialdad, por otros impugnada, porque los poetas estaban poco preparados para aquella innovacion, al fin triunfó, como en otro tiempo Boscán, y sobre sus adeptos se formaron Montiano, Moratin, Cadalso, y otros buenos poetas de los reinados siguientes. Los enemigos de la reforma llamaban afrancesados á los que seguían las reglas y la escuela de Luzan, como en otro tiempo llamaban italianos á los sectarios del gusto y de

las formas introducidas por Boscán. Porque así como este se había formado sobre los modelos de la poesía italiana, aquel citaba como modelos á Corneille, Crouzaz, Rapin, Lamy, madama Dacier y otros clásicos franceses. La Poética de Luzan era un llamamiento á los principios de Aristóteles; la escuela italiana, importada á España en el siglo XVI, siglo de poesía, había regularizado el vuelo de la imaginacion; la escuela francesa, importada en el siglo XVIII, siglo mas pensador que poético, alumbraba y esclarecía la razon: cada cual se acomodaba á las costumbres de su época (1).

Baste por ahora la ligera reseña que acabamos de hacer de la situacion política, económica, industrial é intelectual de España en el reinado del primer herbon, para mostrar que en todos los ramos que constituyen el estado social de un pueblo se veía asomar la aurora de la regeneracion española, que había de continuar difundiendo su luz por los reinados subsiguientes.

## LIBRO SETIMO

### REINADO DE FERNANDO VI

#### CAPITULO PRIMERO

##### EL PRIMER AÑO.

Carácter de Fernando VI. — El primer año de su reinado. — La reina Isabel Farnesio. — El tratado de Madrid. — Retirarse los españoles á Génova y á Palermo. — El ejército francés, y abandona tambien Italia. — Entran en tiénova los austriacos. — Pasa el ejército austriaco á Provenza. — Insurreccion de los genoveses. — Arrojan á los austriacos. — Toman de nuevo la ofensiva los ejércitos de los Borbones. — Entran otra vez en Italia. — Negociaciones diplomáticas para la paz. — Tratado secreto entre España é Inglaterra. — Situacion de Francia y de Holanda. — Propositiones del gabinete francés. — Plenipotenciarios y conferencias en Breda. — Trasládanse á Aquisgran. — Ajustanse las preliminares. — Armisticio. — Tratado definitivo de paz. — Cédense al infante don Felipe de España los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla. — Emisarios sobre este tratado. — Convenio particular entre España é Inglaterra. — Vuelven á España las tropas de Italia.

De edad de trece años y cuatro meses cuando subió al trono de Castilla Fernando VI, su padre habia muerto, y habia quedado del primer matrimonio de Felipe V, casado ya por su carácter juicioso, moderado y amante de la justicia, esperaba de él un reinado de moderacion y liberalidad, se acreditó desde el principio mandando á los desertores y contrabandistas, y dando libertad á muchos que gemian en prisiones. Con la reina madre se portó con una generosidad tanto mas loable cuanto que ella por menos merecida: pues cuando todo el mundo esperaba que el nuevo soberano habria de humillar á la viuda de su padre en castigo del desden, dado que no fuese verdadera enemistad, con que ella le habia mirado y tratado siempre dedicada toda á engrandecer sus propios hijos, causó admiracion verle confirmar los donativos que su padre habia hecho á la reina Isabel, permitirle que conservara el palacio de San Ildefonso, y aun consentirle que residiese en la corte. Mostróse Fernando igualmente generoso con sus hermanos, atento á conservar ó promover sus intereses. Respetó en el gobierno, contra lo que acostumbraban los que cifran corona, los ministros de su padre, y en particular al marqués de Villarias en la secretaría de Estado y al conde de Aranda en la administracion de la Ensenada, y en la guerra mandó á Campiña desde su muerte en 1743. Su primer acto fué la setmana, á ejemplo de los antiguos monarcas, de dar audiencia pública á sus subditos, en que se le presentaron sus quejas y agravios con objeto de ponerles remedio.

En cuanto á la política exterior, era necesario que se viese

una mudanza, dejando de dirigirla la reina Isabel Farnesio, y pasando las riendas del Estado un principe mas inclinado á la paz. Aunque no movian los mismos intereses que á la segunda esposa de su padre, y que observaba además el disgusto que le causaban los sacrificios inmensos que por mantener la guerra de la corona de Nápoles se le imponía. Sin embargo, aun cuando á su primo Luis XV manifestándose dispuesto á respetar los empeños que su padre habia contraído y á apoyar en consecuencia de ellos la causa de su hermano. Pero las negociaciones privadas que el gabinete de Versalles habia entablado con otras potencias respecto á la guerra de Italia le pusieron en el caso, sin faltar á la conciencia y á la fe de los tratados, de ser menos escrupuloso en la observancia del pacto de Fontainebleau. Además la guerra de Italia tenia reducidos á muy mala situacion á españoles y franceses: apoderados los austro-sardos de Plasencia, y vencedores en San Giovanni y Rottorffredo, habianse aquellos retirado á Voghera, muy cercados, y merendados ya ambos ejércitos, y sin poder estar uno á la defensiva, y esto no sin gran esfuerzo y trabajo (2). El primer año de su reinado el marqués de la Mina, nombrado por Fernando VI general en jefe del ejército de Italia, era un verdadero español por su odio á los franceses. El ministro de Luis XV marqués de Aranda, que aunque el nuevo general iba á la

(1) Historia general de la literatura. — Obras de Mayans. — Idem de Feijóo. — Dictionnaire biographique. — Tietzer, Historia de la literatura española. — Paillet, Historia comparada de la literatura española y francesa.

(2) Habian perdido en Rottorffredo entre seis mil hombres, y con la desercion que esta derrota produjo, se calcula que no pasarían de veinte mil los que quedaron á Voghera. Los historiadores franceses suponen que la sufrieron solo los españoles y los napolitanos, porque Maillebois con sus franceses ejecutó á igual tiempo, por medio de marchas y contramarchas, un movimiento sobre San Giovanni que le valió en Italia una gran reputacion militar.

(3) Memorias de Argenson, publicadas en 1825. — El marqués de la Mina, que habia hecho ya la guerra de sucesion, que se halló en las expediciones de Sicilia y de Orán (1732), que habia mandado el ejército de Toscana (1735), que habia sido embajador en París, y arrojado el infante don Felipe con Luisa Isabel de Francia, que habia sido general en jefe del ejército de Nápoles á las órdenes de Felipe V, y del conde de Orléans (1742), que habia ganado la guerra de Nápoles por su capacidad y sus servicios, y con motivo de él que se le dio el título de conde de Aranda, y las francesas se retiraron. Dejó en Italia una gran reputacion militar.

(4) El marqués de Aranda, á quien ahora se le atribuye, fue tambien uno de los grandes distinguidos de la guerra de España. La campaña



REYES DE ESPAÑA.



D. FERNANDO 6°



Imp. J. B. San Juan, 171, Barcelona.

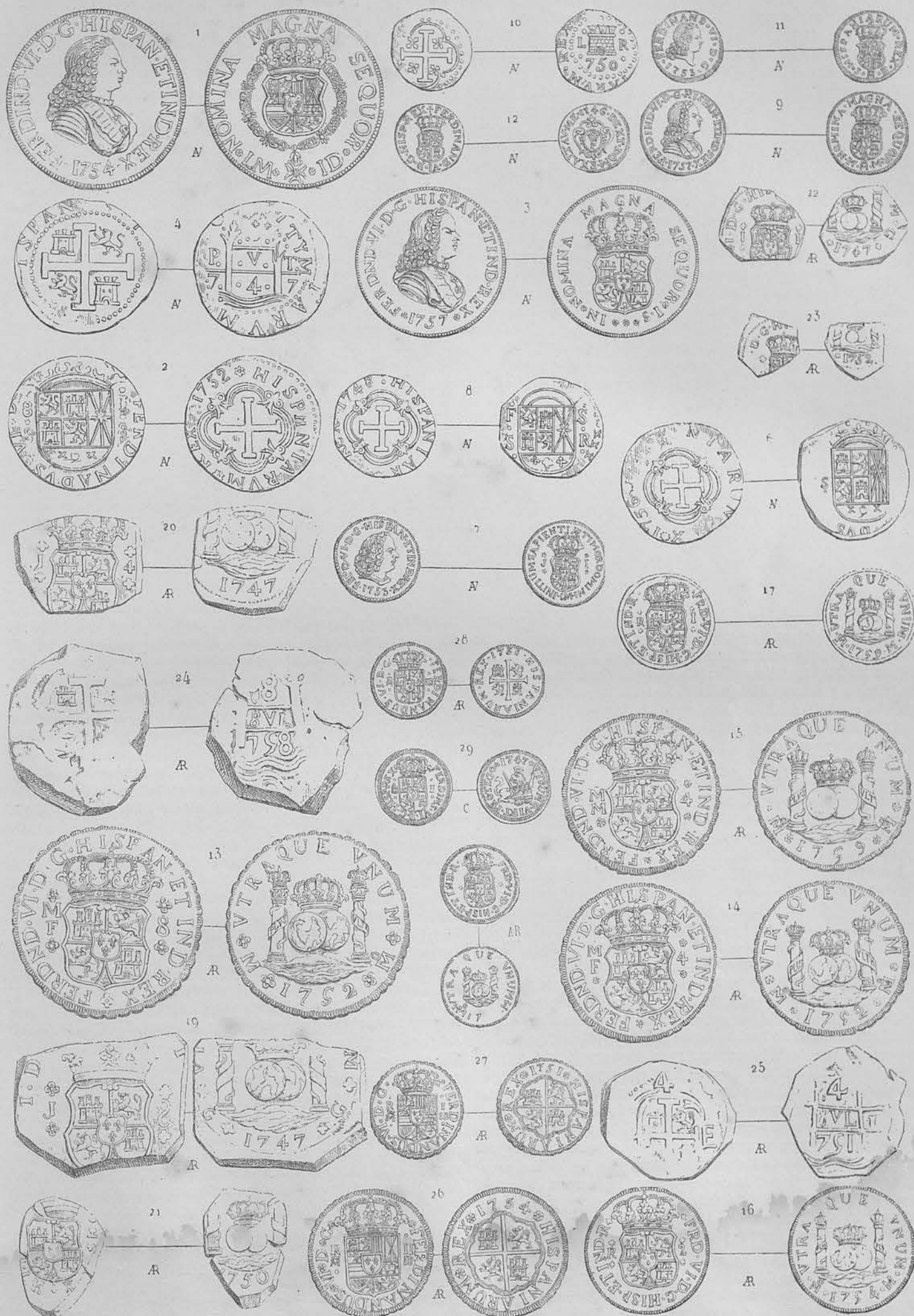
Manson & Co.







## CASTILLA



FERNANDO VI

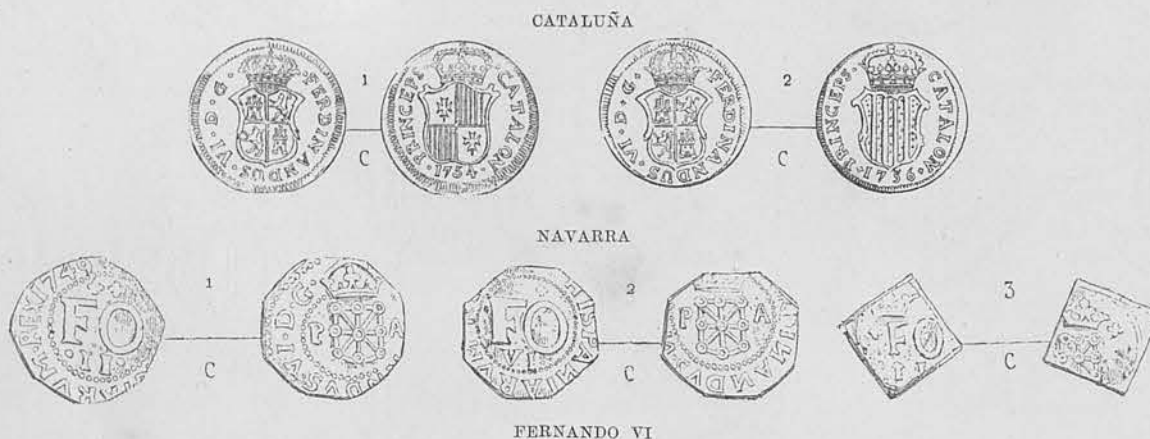


órdenes del infante don Felipe y llevaba para él una carta muy afectuosa del rey, sus instrucciones particulares eran de no concederle influjo alguno en la dirección del ejército. Desde luego intimó á Gages y á Castelar su separación del mando, y les ordenó que volvieran á España.

Tan pronto como el nuevo general en jefe tomó el mando del ejército, con una autoridad decisiva dispuso la retirada á Génova y abandonar la Italia. El infante don Felipe y el duque de Módena se resignaron á ejecutar su disposición, como si aquel no le tuviera bajo sus órdenes. El francés Maillebois, no pudiendo sostenerse solo contra los sardos y los austriacos, se vió precisado á seguir el ejemplo y los pasos del general español. Los imperiales que los perseguían los obligaron á precipitar más la retirada: el paso de Bocchetta fué forzado, y si bien las arengas de Maillebois pudieron sostener algunos días á los genoveses, pronto quedaron estos abandonados, metiéndose el general francés en la Provenza, como lo había

hecho antes el marqués de la Mina. Génova no pudo resistir á los austro-sardos, protegidos por la escuadra inglesa: algunos patricios enviados á tratar de capitulación fueron recibidos con enojo y desprecio por el general alemán Botta Adorno, que había reemplazado á Lichtenstein: tuvieron los genoveses que someterse á las condiciones del vencedor, y las condiciones fueron duras. La ciudad de Génova sería entregada: todas las tropas prisioneras de guerra: los arsenales y almacenes puestos á disposición de los austriacos: el dux con diez senadores irían en el término de un mes á Viena á pedir á María Teresa perdón de los agravios hechos por la república á Su Majestad imperial: la ciudad pagaría en el acto una multa de cincuenta mil genovinos, sin perjuicio de las contribuciones que ulteriormente se exigieran (1). El general austriaco tomó posesión de Génova (setiembre, 1746), mientras el rey de Cerdeña tomaba á Finale y sujetaba á Saboya.

Orgullosa María Teresa de Austria con este triunfo, quería



emprender la conquista de Nápoles, pero los celos del gobierno inglés la hicieron renunciar á este proyecto y sustituirle con el de una invasión combinada en la Provenza. El rey Carlos Manuel accedió á ello: á fines de noviembre un ejército de treinta y cinco mil hombres, la tercera parte sardos, se hallaba reunido en Niza: una escuadra inglesa había de protegerle: todo se puso pronto en movimiento: las tropas atravesaron el Var con corta resistencia: el puerto de Antibes fué bloqueado: se tomó á Frejus (15 de diciembre, 1746): las islas de San Honorato y Santa Margarita fueron ocupadas: todo anunciaba una marcha victoriosa y una conquista fácil, cuando una insurrección que estalló en Génova vino á detener impensadamente los progresos y los planes de los confederados contra los Borbones.

Las exacciones violentas, las vejaciones de todo género que estaban cometiendo los comandantes austriacos, las insolencias diarias de los soldados, los insultos de cada momento, habían provocado la indignación de los genoveses. Hacíanlos trabajar como si fuesen acémilas en el transporte de artillería que sacaban para la expedición de Provenza. Con estas y otras humillaciones despertó y revivió la independencia y el valor de los antiguos ligures. Un día (5 de diciembre, 1746) que los obligaban á sacar arrastrando un mortero, un oficial austriaco levantó el bastón como para sacudir á los que en esta operación trabajaban: un mancebo arrojó una piedra sobre el oficial, imitaronle otros, se alborotaron todos, y el populacho comenzó á gritar por todas partes: ¡A las armas! ¡Viva María! ¡Mueran los austriacos! Crecían por momentos los grupos, arrojáronse sobre las armerías, surtiéronse de toda especie de armas, se apoderaron de algunas puertas, tomaron el convento de los jesuitas, barrearon las calles, acorralaron la guarnición, tocó á somaten la campana de San Lorenzo, resonaron las de todas las parroquias, juntáronse hasta treinta mil hombres de la ciudad y del campo armados de fusiles, sables, chuzos, puñales, piedras y escoplos, cogie-

ron algunos cañones, y empeñaron un vivísimo fuego con las tropas hasta desalojarlas de la ciudad. Habían quedado en Génova y sus inmediaciones sobre diez mil austriacos: el general Botta Adorno, que se hallaba en San Pietro d'Arena, mandó reunir todos los destacamentos dispersos; ya era tarde: el pueblo genovés salió furioso en persecución de los austriacos, y aquel general inepto y soberbio tuvo que apresurarse á franquear el paso de la Bocchetta después de haber dejado cuatro mil prisioneros en poder de los genoveses. La vergüenza le obligó á retirarse, pidió permiso para dejar el mando y le fué concedido. Esta insurrección de Génova hizo grande eco y gran sensación en toda Europa. Aquel pueblo que no supo resistir á los austriacos cuando estaban lejos, los arrojó cuando estaban apoderados y eran señores de la ciudad y del país. Tales son los ímpetus de un pueblo irritado (2).

Frustró completamente, como indicamos, esta revolución los planes de los enemigos de los Borbones en Provenza. Faltaron los víveres, municiones y artillería con que contaban. Mantuviéronse no obstante sufriendo mil privaciones todo el mes de enero (1747); muchos se pasaron á las filas francesas; hasta que por último españoles y franceses tomaron la ofensiva, y reforzados estos con tropas de los Países Bajos, obligaron á los austro-sardos á repasar el Var (febrero, 1747). Los reyes de Francia y España cuidaron de enviar pronto socorros á Génova, porque María Teresa de Austria, irritada por aquel contratiempo, mandó al general Schulemburg que fuese á someter á toda costa la soberbia y rebelde república. El 10 de abril un ejército austriaco se puso en movimiento por la Bocchetta, é intimó la sumisión á la capital de la señoría: rechazóla con altivez los genoveses, diciendo que esperaban conservar la libertad y la independencia en que habían nacido, y los austriacos no consiguieron sino hacer un leve daño á la ciudad. El 30 de abril llegó á Génova el duque de Buffers

de Italia de 1745 había sido admirable. Su mayor elogio le hizo Federico de Prusia, diciendo que sentía no haber hecho al menos una campaña á las órdenes de este general. A su vuelta á España fué muy honrado por Fernando VI. Murió de virey de Navarra en 1753 á la edad de 73 años.

(1) Botta, Storia d'Italia, L. 44.—Ojeada sobre los destinos de los Estados italianos.—Beccatini, Vida de Carlos III, lib. II.—Muratori, Anales.

(2) Circunstancias muy curiosas de esta sublevación, que á nosotros no nos toca referir, pueden leerse en la Storia d'Italia de Botta, y en la Continuación y notas del traductor Dochez.



encargado del mando del ejército francés. Otra división francesa mandada por Bellisle franqueaba el Var, se apoderaba de Niza, tomaba á Montealbano y Villafranca (junio, 1747), y avanzaba hasta el castillo de Vintimiglia, que se le rindió el 2 de julio. Otro cuerpo mas considerable de españoles y franceses, conducido por el infante don Felipe y por el duque de Módena, pasaba igualmente el Var, y avanzaba hasta Oneglia. En todas partes encontraban los austriacos gran resistencia: el mariscal francés Bellisle y el español marqués de la Mina amenazaban el valle de Demont, y podían ser fácilmente socorridos por el infante don Felipe; lo cual obligó á Carlos Manuel de Saboya á separar sus tropas de las imperiales, y al alemán Schulemburg á levantar el sitio de Génova; los ingleses reembarcaron también la artillería que habían llevado, y el sitio quedó enteramente alzado la noche del 5 al 6 de julio (1747).

A poco tiempo los ejércitos de los Borbones tomaban otra vez la ofensiva en el Piamonte, aunque sin gran resultado por haber perdido la vida el hermano del mariscal Bellisle en el paso llamado Colle de l'Assietta, con mas de doce mil soldados de los cuarenta batallones que llevaba. En el mes de setiembre un cuerpo franco-español bajó de la costa de Génova al Val di Taro. El rey de Cerdeña recobró la plaza de Vintimiglia, pero le fué pronto arrebatada otra vez por las fuerzas reunidas de Bellisle, del marqués de la Mina, del infante don Felipe y del duque de Módena. Sin operacion notable pasaron el invierno de 1747 á 1748, los austriacos bien establecidos en Lombardía, recibiendo refuerzos de Alemania; los ejércitos de los Borbones en el Placentino, reforzando plazas y poniendo destacamentos en muchos puntos de la Luisigiana y de Massa-Carrara. Al apuntar la primavera de 1748 un cuerpo austriaco avanzó hácia Varese, pero la falta de medios de transporte impidió el paso de los Alpes al grande ejército imperial (1).

En este tiempo no habia estado ociosa la diplomacia para venir á una negociacion pacífica, que si otras potencias la deseaban para reponerse de las fatigas, de los gastos y de las calamidades de una guerra tan larga y asoladora, mas que ninguna la apetecia la corte de España, así por la conveniencia del país como por el carácter y las tendencias del nuevo soberano. Por eso fué la primera á hacer proposiciones secretas á la Gran Bretaña, como en agradecimiento de su intervencion para apartar de la emperatriz de Austria el pensamiento de invadir á Nápoles. Sirvió en esto de mediadora la corte de Portugal, con cuya real familia estaba tan íntimamente enlazado Fernando VI por su esposa Bárbara de Braganza, tan inclinada á la paz y á vivir sin contiendas como el rey su marido. La correspondencia secreta entre ambas cortes y el viaje del ministro inglés Keene dieron por resultado el que la mediacion fuera admitida. No se escaparon sin embargo estos tratos ni al gabinete francés ni á la reina viuda de España. Aquel, para que España no se separara de la confederacion, le ofrecia ayudar á conquistar la Toscana para el infante don Felipe; esta, temerosa de que la paz perjudicara á sus dos hijos, discurría medios de dificultar y entorpecer las negociaciones: y sin duda por eso la mandó el rey que escogiera para su residencia fuera de la corte una de las cuatro ciudades que le designaba; pero acudió Carlos de Nápoles á impedir esta ruptura de armonía en la familia, y Fernando prometió respetar los antiguos empeños de su padre y atender á los intereses de sus hermanos. Mas para mejor llevar adelante su pensamiento tuvo por conveniente nombrar á don José de Carvajal decano del Consejo de Estado, cuyo empleo le elevaba á la direccion de los negocios, quedando Villarias como suspenso en cierta manera de su destino sin ser separado (2).

Las comunicaciones secretas entre las cortes de Londres y Madrid habian ido conduciendo poco á poco á una transaccion. El parlamento británico anuló el acta que prohibia el

comercio con España como consecuencia de la declaracion de guerra. Ya el gobierno inglés accedió á reconocer el derecho de visita, y á otras reclamaciones de España relativas á América, y á consentir en que el infante don Felipe poseyera el ducado de Guastalla juntamente con Parma y Plasencia. La Francia necesitaba también de paz: aunque sus ejércitos habían conseguido brillantes victorias en los Países Bajos contra las fuerzas aliadas de Austria y de Inglaterra, su marina habia sufrido mucho: las flotas inglesas le habían causado grandes descalabros en el cabo de Finisterre, cerca de Belle-Isle y en otros lugares: los gastos de la guerra habían hecho crecer enormemente la deuda pública; y por otro lado temia la separacion de España. Hizo pues la corte de Francia proposiciones de paz inmediatamente despues del famoso triunfo de Lanfeld, en que estuvo el general inglés duque de Cumberland á punto de caer prisionero. Por fortuna las condiciones que Francia proponia estaban basadas sobre principios semejantes á los que formaban la base del convenio entre Inglaterra y España. Interesábale también á Holanda, porque la lucha sostenida en aquel país la tenia tan quebrantada que una segunda campaña que le fuese funesta podia borrarla del número de las potencias de Europa. No rechazaban, pues, las naciones las proposiciones que unas á otras se hacian, y en su virtud acordaron enviar plenipotenciarios á Breda, donde se tuvieron las primeras conferencias para la paz. El representante del monarca español en Breda fué don Melchor de Macanaz, que por cierto estuvo á punto de conseguir de los ingleses la tan cuestionada restitucion de Gibraltar (3).

Trasladáronse despues las conferencias á Aquisgran (Aix-la-Chapelle), donde el 30 de abril (1748) se ajustaron los preliminares entre Francia, Inglaterra y Holanda. El tratado definitivo tardó algun tiempo en poderse estipular, á causa de la resistencia de María Teresa de Austria á aceptar los capítulos relativos á Italia. Pero merced á la enérgica intervencion de Inglaterra, dieron la emperatriz reina de Hungría y Carlos Manuel de Cerdeña su asentimiento á los preliminares. Merced á esta accesion, y despues de haberse publicado un armisticio entre las potencias beligerantes, se concluyó al fin el tratado definitivo de paz (18 de octubre, 1748) entre Francia y las potencias marítimas, y á los pocos dias la firmaron el rey de España y la emperatriz. Los principales capítulos de la paz de Aquisgran fueron: la restitucion mutua de las conquistas hechas desde el principio de la guerra: la cesion de Parma, Plasencia y Guastalla al infante don Felipe, con cláusula de reversion al Austria si moria sin hijos varones, ó heredaba el reino de España ó el de Nápoles: ratificacion de la elevacion del gran duque de Toscana, Francisco, al imperio: la de la sucesion indivisible de los Estados de la casa de Austria, excepto lo que se habia cedido al rey de Prusia, al de Cerdeña, y al infante de España: la de la agregacion á Francia de los ducados de Lorena y de Var (4).

«Jamás, dice un historiador extranjero, se vió un tratado de paz que menos mudanzas hiciera en la situacion de las potencias beligerantes anteriores á las hostilidades, despues de una guerra porfiada que extendió sus estragos sobre la mitad de Europa.....» «Pregúntase ahora, añade, por qué la Inglaterra, la España, la Holanda, la Francia, la Italia, el Imperio, se han hecho una guerra tan tenaz. España no perdía nada, Inglaterra no ganó nada, Francia no ganó nada, Prusia y Cerdeña conservaron lo que habían obtenido de la reina de Hungría. Es verdad que al infante don Felipe se dió Parma y Plasencia, pero Francia volvió los Países Bajos á la emperatriz, y la Saboya al rey de Cerdeña. Inglaterra volvió la isla del cabo Breton, y Francia le cedió la Acadia. ¡Merecia esto la pena de verter tanta sangre, y de aumentar la deuda pública con tantos millones (5)!»

(3) Manifiesto y cotejo de la conducta que tuvo la Majestad de Felipe V con la del rey Británico, y las razones que al presente Congreso van fulminadas en el tiempo de sus sucesores. Papel escrito en 1748.

(4) Koch, Historia de los tratados.—Historias de Italia, de Francia, de Inglaterra y de la casa de Austria.

(5) Marlés, Continuacion de la Historia de Inglaterra de John Lingard.

(1) Muratori, Anales de Italia.—Botta, Storia.—Dochez, Ojeada sobre los Estados italianos.—Beccatini, Carlos III.

(2) Beccatini, Vida de don Carlos.—Correspondencia del inglés Keene desde Lisboa.



Un congreso había de reunirse en Niza para arreglar las reclamaciones que pudieran hacerse sobre el tratado. Pero no hubo sino una protesta del rey de Nápoles sobre la cláusula de reversion impuesta á su hermano en lo relativo á los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, la cual consideraba como contraria á sus derechos. Tratóse también de la indemnización que se había de dar al duque de Módena. Los puntos que se controvertían entre Inglaterra y España se habían dejado para un tratado particular entre estas dos naciones, que se concluyó en efecto al año siguiente (1749) entre el ministro Carvajal y el embajador Keene, y firmaron ambos soberanos. Por este convenio el rey de España se obligaba á pagar á la Compañía del Sur cien mil libras por vía de indemnización, así de la no ejecución del tratado del Asiento por espacio de cuatro años, como de los daños y perjuicios causados á la Compañía por la imposibilidad de enviar en este intervalo de tiempo sus bajeles á América: confirmábanse los anteriores tratados en lo concerniente á la navegación y el comercio de los ingleses en los puertos españoles: los súbditos británicos pagarían los mismos derechos que los españoles, continuarían gozando del mismo privilegio de abastecerse de sal en la isla de la Tortuga (octubre, 1749). Nada se estipuló relativamente al derecho de visita de los navíos ingleses en los mares españoles: mas como los de aquella nación reportaban tantos beneficios de su comercio con España, no se quejaron mucho de la omisión de este capítulo; tanto mas, cuanto que en la práctica el derecho de visita se ejercía ya muy flojamente y no con el rigor ni la escrupulosidad de otros tiempos (1).

Con la paz de Aquisgran reposó la Europa de las fatigas de tantos años de destructora lucha. Fernando VI de España, pacífico de suyo, fué sin duda el soberano que mas se alegró de ella: la reina doña Bárbara, cuya política era también la conservación de la paz, no la celebró menos; y la reina viuda Isabel Farnesio pudo quedar satisfecha de ver que una guerra movida por su causa había dado por resultado la colocación de su segundo hijo, objeto y fin de todos sus afanes. La mayor parte de las tropas que había en Italia volvieron á España, y solo quedaron algunas como para dar posesión al infante don Felipe de los Estados que se le adjudicaron.

## CAPITULO II

### Los reyes y sus ministros—El músico Farinelli

DE 1749 Á 1753

Cualidades de Fernando VI.—Carácter é inclinaciones de la reina.—Discreto sistema de neutralidad adoptado por los dos.—El ministro Carvajal.—Su sencillez, integridad y rectitud.—Su política.—Su amor á la independencia española.—El ministro Ensenada.—Sus antecedentes y servicios.—Su talento.—Su pasión á la magnificencia y al lujo.—Opuestos caracteres y encontrada política de los dos ministros.—El confesor Rábago.—Su influencia con el rey.—El músico Farinelli.—Triunfos artísticos de este célebre cantor.—Cómo y por qué fué traído al palacio de los reyes de España.—Causas de su grande influencia con los soberanos.—Solicitan su favor hasta los embajadores y príncipes.—Modestia, honradez y justificación de Farinelli.—Desunion y rivalidad entre Inglaterra y Francia.—Resentimiento de Fernando con Luis XV.—El embajador francés Duras.—Sus ligerezas ó indiscreciones.—Paralelo entre el francés Duras y el inglés Keene.—Trabajos políticos de Carvajal y Ensenada en opuesto sentido.—Tratado de Aranjuez.—Alianza entre España, Austria, Toscana y Cerdeña.—Solicita Inglaterra su adhesión, y no se la admite.—Sistema y palabras notables del ministro Carvajal.—Disgustos de Fernando con sus dos hermanos Carlos y Felipe.—Alianza comercial de Nápoles con Inglaterra.—Política sagaz del gabinete de San James con el de Madrid con motivo de aquel tratado.—Entusiasmo de Carvajal, y agradecimiento de los reyes.—Empeño de Francia en que sea separado el ministro español en Londres, don Ricardo Wal.—No lo consigue.—Es llamado Wal á Madrid, y vuelve á Londres mas honrado.

Reposa al fin España, y tras largos años, tras siglos enteros de guerras y de agitaciones disfruta del beneficio inapreciable

(1) Historia de los Tratados.—Papeles de Walpole.—Correspondencia de Keene.—Marlés, Continuación de Lingard, capítulo 65.

de la paz, á la sombra de un monarca que conoce cuánto daña el espíritu de conquista á los intereses nacionales, y cuánto perjudica el tráfico de las guerras á la prosperidad y felicidad interior de un reino. Y este reposo de que empieza á gozar la monarquía se trasmite al ánimo del historiador, que fatigado de referir tantos combates (por mucho que haya querido aligerar con la pluma los pesados sucesos que lentamente se decidían con las armas), anhelaba ya también dar á su espíritu, no el descanso de la inacción, que no es posible á quien se impone esta tarea, pero siquiera aquel alivio que proporciona la variación en la índole y naturaleza del trabajo, pudiendo dedicar su exámen histórico á lo que le consagraban los soberanos y los gobernantes en este reinado, á lo que constituye la verdadera vida social de un pueblo, á los adelantos y mejoras materiales, morales é intelectuales de una nación.

Entre las cualidades de Fernando VI descollaba este amor á la paz. Atribúyesele haber adoptado una máxima que parece era como proverbial en España en aquel tiempo, á saber: *Con todos guerra, y paz con Inglaterra*. Y el embajador inglés afirma haberlo oído de sus labios en una audiencia que con él tuvo (2). Así le convendría expresarse entonces con el ministro británico, pero la verdadera máxima de este rey era: «Paz con todos y guerra con nadie.» El heredero de Felipe V había heredado también de su padre el humor hipocondríaco. Y es notable que bajo el alegre cielo de España tres soberanos, el último de la casa de Austria y los dos primeros de la de Borbon, padeciesen de hipocondría. A esta afección debe sin duda atribuirse que Fernando prorumpiera á veces en arranques de cólera y en arrebatos de impaciencia, siendo de suyo templado y de un natural benigno. Poco afecto á fatigar su atención con la meditación profunda de los negocios, y sin poseer una instrucción sobresaliente, tuvo no obstante el buen tacto, cualidad la mas útil en los reyes, de rodearse de ministros de talento y de saber. Era tan cumplidor de su palabra, que se decía que su mayor falta era no faltar jamás á ella. Como español, nacido ya en España, aunque conservaba afecto á los Borbones franceses, huía de caer bajo su dependencia, y solía decir, que *nunca consentiría ser en el trono de España virey del rey de Francia*. Amante de la justicia como su padre, económico y sobrio para sí, era liberal con sus vasallos, y largo en socorrer sus necesidades. Al modo de su padre, no acertaba á hacer ni á resolver nada sin el consejo de la reina, y Bárbara de Braganza tuvo con Fernando VI tanta influencia, intervencion y manejo en los negocios del Estado, como Luisa de Saboya é Isabel Farnesio con Felipe V.

Su esposa Bárbara de Braganza, hija del rey don Juan V de Portugal, de dos años menos que Fernando, no dotada de hermosura, pero sí de donaire, de viveza y de capacidad, era merecedora de la confianza del rey, y había sabido captarse su cariño por su afectuosidad y su dulzura. Propensa como él á la melancolía, y amiga de la soledad, el temor de morir de repente, temor fundado en su constitución física, la hizo asustadiza; y el de perder á su marido y sufrir las privaciones de reina viuda, la hizo un tanto codiciosa y avara, cualidad con que deslustró otras buenas prendas que tenía, y con la cual se hizo menos bienquista que hubiera podido serlo de los españoles. Menos resuelta y mas tímida que Isabel Farnesio, aunque ejercía tanto ascendiente con Fernando como aquella con Felipe, le utilizó mucho menos, por temor de disgustarle y de hacerle acaso perder el no mucho apego que ya tenía á la corona. Amante de la paz como su marido (y es ciertamente notable tal conformidad de caracteres entre estos régios consortes), careciendo de hijos que les estimularan la ambición para asegurar su futura suerte, todo su anhelo era vivir sin guerras ni perturbaciones. De aquí el sistema de neutralidad, adoptado de comun acuerdo, y que constituye la base del sistema político y la fisonomía especial de este reinado; sistema seguido con perseverancia y con habilidad, como

(2) Carta de Keene al duque de Bedford, 8 de diciembre, 1750.—«Entonces oí, dice, lo que no me hubiera atrevido á pensar que saliese de los labios de un príncipe de Borbon, el proverbio español: «Con todos guerra, etc.»»



veremos, así con las cortes extranjeras como con los ministros propios (1).

La habilidad de los reyes estuvo en servirse con mucha discrecion, para mantener el fiel de esta balanza, de los opuestos caracteres é inclinaciones de los dos ministros Carvajal y Ensenada; que así eran diametralmente encontrados los genios y las miras políticas de estos dos personajes, como era completa la conformidad de genios y de política de los dos soberanos.

Don José de Carvajal y Lancaster, descendiente de la ilustre familia de los Lancaster de Inglaterra, é hijo menor del duque de Linares, antiguo en la carrera diplomática, llamado al Consejo de Estado para cortar las disensiones de familia en la cuestion de Italia, y que ya como ministro habia ajustado con Keene el tratado de comercio entre España é Inglaterra (1749), era hombre de recto y profundo juicio, aunque cubierto bajo un exterior y unos modales poco distinguidos y aun algun tanto desaliñados. Su integridad le habia inspirado cierta ruda independencia, que llevaba al extremo de no hacer los cumplimientos de costumbre á sus mismos soberanos, huyendo de que se atribuyeran á lisonja ó adulacion. Mas como esta especie de brusca dignidad iba asociada de una recta intencion y de una veracidad á toda prueba, y de su instruccion y su habilidad para el manejo de los mas graves negocios no podia dudarse, el rey, que amaba estas cualidades y las preferia á otras de mas brillo, le dispensaba particular estimacion y aprecio, y lo mismo le acontecia con la reina. La política de Carvajal era tambien muy del agrado de los soberanos; nada que pudiera comprometer el honor y la independencia de España, nada que obligara á perder la ventajosa posicion que le daria su estricta neutralidad. «Hé aquí sus principios, decia Benjamin Keene al duque de Bedford (2): que la union estrecha de Francia con cualquier otro país, pero sobre todo con Inglaterra y España, debía ser funesta á una y otra. Tiene muy triste idea de los ministros de Francia, que acusa de obrar con mala fe, y muchas veces me ha repetido que en tanto que esté en el ministerio, los franceses no se mezclarán de modo alguno en los negocios que tocan únicamente á Inglaterra y España. En una palabra, no puedo hacerle tan inglés como quisiera, pero me atrevo á asegurar que nunca será francés.»

En efecto, Carvajal por su carácter y por sus recuerdos de familia propendia á la amistad con Inglaterra, pero nunca de modo que pudiera peligrar la independencia española, y trocarse la emancipacion de Francia, que procuraba por todos los medios, en dependencia de la Gran Bretaña; y por llevar adelante este pensamiento, y que no se desvirtuara en manos de otro, seguía desempeñando el ministerio, mas que por amor al cargo, pues, como él decia, le lisonjeaba mas tener fama de hombre de bien que reputacion de gran ministro.

Opuesto en un todo á Carvajal era el marqués de la Ensenada. Don Cenón de Somodevilla, nacido en una pequeña villa de Rioja (Hervias), de padres mas honrados que ilustres, aventajado en letras, y principalmente en las matemáticas, de que habia sido profesor, acreditado despues de inteligente en los ramos de comercio y de marina en que sucesivamente desempeñó con reputacion varios empleos y cargos de importancia, comisario de hacienda en la expedicion destinada á la reconquista de Oran, é intendente militar del ejército del infante don Carlos que fué á la conquista de Nápoles y Sicilia, estimado y protegido de Patiño por sus conocimientos, premiado por el infante don Carlos con el título de marqués de la Ensenada (3), secretario del almirantazgo, é intendente de Marina, encargado de los negocios de Hacienda por indisposicion del ministro Campillo, secretario del infante don Felipe en su expedicion á Italia, habia sido llamado de allí por

la reputacion de su saber y capacidad para encomendarle las secretarías de Hacienda, Marina y Guerra por muerte del ministro Campillo (1743). Como ministro de Felipe V habia protegido y fomentado los establecimientos de industria y de comercio, y hecho reformas útiles en el Estado, y hasta en el palacio de los reyes. Á la muerte de Felipe decayó algo su favor, mas luego recobró su antiguo valimiento, ya mostrándose deferente á las miras y á los gustos de la reina y lisonjeando sus caprichos, ya por sus modales agradables, su indisputable instruccion y talento, y su aptitud, expedicion y facilidad para el despacho de los negocios.

Al revés de Carvajal, Ensenada era dado á la profusion y á la magnificencia, y al esmero y lujo en el vestir. Calcúlase que los adornos que llevaba en sus vestidos en algunos dias de gala valian la enorme suma de 500,000 duros (4). Esta aficion y los suntuosos regalos que tuvo que hacer para conservar su influjo le hicieron codicioso de dinero, no obstante la fama que tenia de desinteresado. Cuéntase que manifestándole un dia el rey familiarmente su sorpresa por el extremado lujo de su traje, le respondió: *Señor, por la librea del criado se ha de conocer la grandeza del amo*. Formaban perfecto contraste la sencillez ya excesiva de Carvajal y el esmero ya extravagante de Somodevilla, como le formaban sus caracteres.

Igualmente encontrada era la política de los dos ministros. Ensenada era tan afecto á Francia como desafecto era Carvajal, y toda la aficion que en este se traslucia á la amistad de Inglaterra, era en aquel prevencion desfavorable hácia la alianza, los intereses y el influjo de la corte británica. Entre estos polos opuestos giraba la política de equilibrio de los monarcas españoles, como veremos.

No podemos menos de dar á conocer otros personajes que en este reinado ejercian grande influencia en el ánimo de los reyes y en la marcha política de su gobierno. Era uno de ellos el padre Rábago, jesuita, confesor del rey, á cuyo cargo habia sido elevado por influjo de Carvajal, y el cual tenia proporcion de hablar á solas con el rey cada dia. A imitacion de Robinet, de Daubenton y de otros confesores de su hábito, le gustó mezclarse en los negocios públicos; y aunque de por sí alcanzaba poco en política, tenia compañeros muy versados en ella que le inspiraran, y de los cuales formó una especie de consejo privado. Con esto y con el respeto que el devoto Fernando tenia á los sacerdotes, y mas á aquellos á quienes fijaba la direccion de su conciencia, llegó el padre Rábago á adquirir un verdadero influjo y á hacer un partido independiente de los de Carvajal y Ensenada, y tanto que á veces se publicaban algunas reales disposiciones de gobierno interior sin conocimiento de los dos ministros, y refrendadas por un secretario que estaba completamente á las órdenes del confesor y de su amigo y hechura el presidente de Castilla. Los ministros extranjeros conocian el valimiento del P. Rábago, y le solicitaban tanto como el de los secretarios del despacho.

Otro personaje, de bien diversa profesion y carrera, gozaba de gran favor y figuraba como hombre de gran valer en la corte de Fernando VI. Era un músico italiano, que habia adquirido gran celebridad en los principales teatros de Europa por la dulzura de su voz y por su excelente método de canto. «Hallábanse en su voz dice Burney, todas las circunstancias reunidas, la fuerza, la dulzura y la extension, y su método era al mismo tiempo gracioso, y de una admirable rapidez. Era superior á cuantos cantores se habian conocido antes: embelesaba, dominaba á cuantos le oian, sabios é ignorantes, amigos y enemigos (5).» Tal era el napolitano Carlos Broschi, conocido por *Farinelli*, que despues de haber hecho las delicias de los teatros de Italia pasó al de Londres, donde excitó el mismo entusiasmo, eclipsando á Cafarelli, que hasta entonces no habia conocido rival. De allí pasó á la corte de Versalles, de donde vino á la de Madrid llamado por la reina Isabel Farnesio, para probar si con el auxilio de la música lograba cu-

(1) Memorias de Richelieu, embajador que fué de Francia.—Correspondencia de Keene, embajador de Inglaterra.

(2) En carta de 28 de junio de 1749.

(3) Se le dió el título de la Ensenada para significar que era el restaurador de la marina española. Y no puede pasar de una interpretacion pueril la que da un escritor extranjero, diciendo que le tomó por una afectada humildad, queriendo encontrar en el nombre *Ensenada* el juego de sílabas *En sí nada*.

(4) Decia Clarke en su viaje á España, que no habia grande que le igualara en lujo y en ostentacion.

(5) Burney, Historia de la Música.



rar mejor que con el de la medicina la afección melancólica de su marido Felipe V. En efecto, se dispuso un concierto en palacio, que oyó el rey desde su cama: las melodiosas árias de Farinelli conmovieron y reanimaron á Felipe, que enamorado de la habilidad del cantante le ofreció concederle cuanto le pidiese: Farinelli se limitó á pedirle que se animara, que dejara el lecho y asistiera á los Consejos: el monarca le complació. Farinelli le cantaba y repetía todas las noches las árias que mas le agradaban, el rey sentía alivio en su salud, y señaló al músico una pensión anual de tres mil doblones, á mas de otros regalos que la reina le hacía.

Con tanto deleite como los reyes, oían siempre al célebre cantor los príncipes de Asturias don Fernando y doña Bárbara; así que, cuando estos príncipes por muerte de su padre subieron al trono honraron á Farinelli con el hábito de la orden de Calatrava, que él aceptó solamente porque no se ofendiesen sus augustos protectores; que era el cantante un hombre sinceramente modesto y desinteresado, y de no ambicionar ni riquezas ni honores dió muchas y nunca desmentidas pruebas. Distinguíale y le favorecía muy especialmente la reina, conociendo lo útil que era el talento y la habilidad artística de Farinelli para distraer al rey su esposo, que, como hemos dicho, había heredado la afección hipocondríaca de su padre. Con este fin dispuso edificar un elegante teatro en el Buen Retiro, de que nombró director á Farinelli, y al cual hizo venir los mas hábiles cantantes de Italia, y lo mejor de que se tenía noticia en música, en coreografía y en maquinaria; con que las representaciones del teatro italiano del Buen Retiro rivalizaron, y aun excedieron á las mas célebres funciones escénicas de Europa.

Y como no se limitó á esto solo el favor del soberano, y señaladamente el de la reina, sino que se sabía que á Farinelli no se le negaba gracia que pidiera, era general el convencimiento de su influjo y valer en la corte, rodeábanle y le asediaban los pretendientes de todas clases, le halagaban los ministros extranjeros, y le buscaban hasta los príncipes coronados. Pero en honra del célebre artista debemos decir, que si bien esto mismo le puso en la necesidad de ser muchas veces el conducto de comunicaciones diplomáticas, de tomar alguna intervencion en la política, y de ser dispensador de mercedes, ni se dejó nunca fascinar por el humo de tantos homenajes y distinciones, ni perdió nunca su natural modestia, ni dejó de tratar á los superiores con respeto, con afabilidad á todos, ni faltó á los sentimientos de una alma elevada y noble, ni en los negocios públicos tomó mas parte que aquella á que se veía forzado, y menos de modo que pudiera desagradar á su régia protectora, ni solicitó gracia ó merced que no fuera para premiar el verdadero mérito, ni hizo jamás de su influjo una especulación interesada, ni se observaba que le guiaran otros móviles que la honradez mas pura, y no hubo verdad en la acusacion que algunos le hicieron de aceptar regalos de los embajadores, que lo rechazaba su probidad, y no lo hacía necesario su fortuna propia. Carácter honroso, que nos complacemos en dibujar, por lo mismo que no es comun en los que tan locamente se ven halagados resistir á las tentaciones del interés, ó por lo menos á la vanidad de la lisonja (1).

Tales eran las influencias que dominaban en la corte y en el palacio del melancólico Fernando VI, siendo de notar, como observa ya un escritor extranjero, que ellas se contrabanalaban de tal modo, que estando muchas veces desacordes la reina, Carvajal, Ensenada, el confesor y Farinelli, no hubo época, desde el advenimiento de la casa de Borbon, en que los intereses y la independencia de España estuviesen mejor y con mas constancia defendidos, como lo vamos á ver.

Á muy poco de celebrada la paz de Aquisgran y con motivo del mismo tratado suscitáronse cuestiones entre Francia é Inglaterra, haciendo ambas cortes esfuerzos para atraerse la de España. Al mismo tiempo el monarca español se hallaba resentido de su primo Luis XV por no haber aceptado para esposa del delfín á María Antonia su hermana. Y como

la corte de Versalles viese que el influjo inglés iba ganando terreno en Madrid, determinó, por consejo del duque de Noailles, enviar un embajador de habilidad y de alto nacimiento, que pudiera subsanar las faltas cometidas por sus antecesores, el uno altanero y poco respetuoso, el otro falto de actividad y de destreza (2). Fué, pues, nombrado el duque Duras, pariente del mismo Noailles, quien anunció la eleccion del ministro de España en Paris en términos no acostumbrados, diciendo que confesaba no faltar á España motivos fundados de queja por la conducta de la Francia, y que uno de ellos era el último tratado de Aquisgran; que reconocía que los embajadores franceses en Madrid se habían mezclado mas de lo que debían en nuestros negocios interiores, y algunos se habían lucrado mucho haciendo negocios privados, y que por lo mismo, para restablecer la buena amistad entre ambas cortes, se había encomendado este cargo á un hombre de las cualidades y condiciones de Duras. Y á este, despues de informarle de la rivalidad entre Carvajal y Ensenada, del influjo del confesor, y del valimiento de Farinelli, le dió consejos como los siguientes: «Limitaos los primeros meses á escuchar y estudiar el carácter de la corte y de la nacion, y sobre todo el de los ministros.... No despleguéis toda vuestra gracia y elegancia natural, porque seria una táctica censura de los modales nacionales; sed muy circunspecto, sobre todo al principio de vuestra mision, y no olvidéis nunca que un ministro receloso está espiando vuestras acciones (3).»

Traía Duras carta autógrafa de Luis XV, haciendo elogios de su persona y recomendándole mucho á la estimacion y confianza del monarca español; y á poco de haber venido á Madrid (noviembre, 1750), le fué enviada una nota diplomática, dirigida á excitar los recelos y las sospechas del gobierno español hácia los planes y designios que se suponían á la Gran Bretaña sobre las colonias españolas de América, que representaba seriamente amenazadas por aquella nacion, como asimismo hácia el empeño de esta en desunir á los dos soberanos de la casa de Borbon, despues de haber sostenido una guerra para impedir á Felipe V sentarse en el trono de España. Pero no era Duras el hombre político que necesitaba la Francia para conducir con discrecion y con tino la negociacion de que venia encargado: el pueblo de Paris le había juzgado mejor que su pariente y protector el de Noailles; había cegado á este el afecto de familia. Sin carecer Duras de talento, en lugar de conducirse con aquella parsimonia y circunspeccion que le había sido tan recomendada, obró con toda la ligereza propia de su carácter; y antes de haber tenido tiempo para observar y estudiar el de los reyes y ministros españoles, segun le estaba encargado, ya se anticipó á anunciar que el influjo de Francia comenzaba á prevalecer en la corte española, al paso que decaía el de Inglaterra, que el rey se le mostraba visiblemente propicio, que Ensenada era su íntimo amigo, que Farinelli y el confesor se guiaban por sus consejos, y que Carvajal iba cediendo á la fuerza de sus observaciones.

Resaltaba al lado de esta ligereza y de estas facilidades la conducta fria, reservada y circunspecta del embajador inglés Keene, hábil diplomático, antiguo ministro de España, conocedor de los móviles y resortes que convenia emplear, sencillo y modesto en su trato y en su porte, versado en la lengua del país, hecho ya á sus costumbres, y casi identificado con ellas. Los trabajos de estos dos diplomáticos tenían que dar el fruto correspondiente á la diferencia de sus caracteres, de sus circunstancias y de su manejo.

Por su parte los dos ministros españoles, Ensenada y Carvajal, hombres de talento ambos, pero rivales y opuestos, como hemos dicho, en genio y política, interesado cada cual en emplear su valimiento para estrechar la amistad de España con la nacion á que propendía, valíase cada uno de los recursos propios de su carácter y de su sistema. Ensenada, ostentoso y espléndido, de genio brillante y fecundo, procuraba

(1) Vida de Farinelli.—Burney y Martini, Historia de la Música.—Correspondencia de Keene.

(2) El obispo de Rennes, y el caballero Vaulgrenaut.

(3) Memorias de Noailles, tom. VI.—Aludia en esto último al embajador inglés Keene.



captarse el favor de la reina halagando sus gustos y agasajándola con finezas magníficas; resorte que empleaba también, en otra escala, con personas de todas clases y estados. Eficaz y activo, mantenía vivas relaciones, ya personales ya epistolares, no dándose vagar ni descanso en ellas, con la reina viuda de España, con las cortes de Nápoles y Cerdeña, con la de Portugal, con el duque de Richelieu y la marquesa de Pompadour, el favorito y la dama de Luis XV. Pero disimulado y hábil, hacía creer á Farinelli que toda aquella correspondencia y todos aquellos tratos no eran sino artificios para entretener á la corte de Francia, cuyos intereses aparentaba proteger; y al mismo Keene llegó á decirle en una conferencia: «Si alguna vez me veis preferir la bandera francesa al pabellon español, hacedme arrestar y ahorcar como al mayor malvado de la tierra (1).» Y los verdaderos artificios eran estos que ponía en juego para disimular su adhesión á Francia, y su interés en abatir la prosperidad comercial y el poder marítimo de Inglaterra.

Carvajal, por el contrario, encerrado en su severa rectitud é integridad, y en su sistema de mantenimiento de una independiente neutralidad por parte de España, amigo de Keene, pero sin que su amistad personal ni sus simpatías hacía Inglaterra le hicieran faltar á sus principios, rechazaba con ingenuidad y con firmeza todos los esfuerzos que tendían á apartarle de esta conducta, y no solo no intentaba engañar á Francia, lo cual hubiera repugnado su carácter, sino que ni siquiera aparentaba contemporizar con ella, y desaprobaba sin disimulo sus proposiciones.

Una de las primeras causas de desvío entre las cortes de Madrid y de París, pero también uno de los medios para emanciparse España de la tutela de Francia, fué un tratado de convenio entre España, Austria y Cerdeña para asegurar la neutralidad de Italia. Con la corte de Turín se avino luego la de Madrid, y estrechó su unión el enlace que se concertó y efectuó (12 de abril, 1750) entre la infanta María Antonia, hermana de Fernando, y el príncipe de Saboya Víctor Amadeo, heredero del trono de Cerdeña. En cuanto al Austria, el embajador conde de Esterhazy se valió para su negociación del mismo Farinelli, á quien la emperatriz María Teresa había encargado que le obsequiase. Entendiéronse pues por medio de Farinelli, conduciéndose el célebre artista en este negocio con suma delicadeza y caballerosidad, y por su conducto contestó la reina de España á una carta de la emperatriz. En tablada así la negociación, siguiéronla Carvajal y Esterhazy (1751), aprovechando esta ocasión la corte de Londres por medio de su embajador Keene para adelantar en sus proyectos. Hacía esfuerzos Ensenada para entorpecerla, y sobre todo el de Francia y la corte de Versalles no cesaban de reclamar contra tal alianza, dirigiendo cartas muy persuasivas á los monarcas españoles, apelando á veces á su conciencia, y llamando su atención hacia el escándalo que decían causaría á todo el mundo una separación entre parientes tan cercanos, y siendo notorios los sacrificios que Francia había hecho para afirmar en el trono de España la dinastía borbónica, y todo esto para aliarse con los que mas ruda y constantemente la habían combatido.

Pero á despecho de la oposición de Ensenada y de las vivas reclamaciones de la corte de Versalles, se ajustó y firmó en Aranjuez (14 de junio, 1752) una alianza defensiva entre el rey de España, la emperatriz reina María Teresa, como poseedora del Milanesado, y el emperador Francisco, como gran duque de Toscana, á la cual se podrían adherir el rey de Cerdeña, el de Nápoles, y el príncipe de Parma. Comprometíanse las potencias contratantes á mantener la tranquilidad y la neutralidad de Italia, suministrando para ello en caso necesario el rey de España y la emperatriz cada uno cinco mil hombres, los de Nápoles y Cerdeña cuatro mil cada uno, los duques de Parma y Toscana cada uno quinientos. Adhirióse el de Cerdeña al tratado: no así el de Nápoles, que considerando lastimados los derechos de sus hijos, así como los que él alegaba tener á los bienes alodiales de la familia de los Médicis, protestó contra él, como había protestado antes en el

mismo sentido contra el de Aquisgran. Entonces fué cuando para sostenerlos envió á la corte de Versalles al marqués de Caraccioli, y cuando Luis XV, no queriendo por sus miras particulares disgustar ni á la corte de Madrid ni á la de Viena, dispuso para obviar las dificultades un plan de transacción, según el cual todas las pretensiones y controversias se allanarían por medio de dos enlaces matrimoniales, uno del segundo hijo de la emperatriz reina con la hija segunda del rey Carlos, á quien se daría la soberanía de Toscana; otro de una hija de la misma emperatriz con el príncipe á quien se destinara la corona de Nápoles (2).

La Inglaterra, que vió la facilidad con que había sido llevada á cabo esta negociación, creyó encontrar una ocasión oportuna para empujar á España y arrastrarla á una enemistad manifiesta contra Francia. Pero túvola para conocer que el gobierno español, prudente y circunspecto, no por haber sacudido la dependencia de Francia huía menos de someterse á la de Inglaterra, ni de otra nación alguna; que contento con hacer ver á los franceses la diferencia que existía entre este reinado y el anterior, continuaba resuelto á mantener su independencia y su neutralidad; no ofendiendo á ninguna potencia para no dar motivo á ser ella ofendida; y en una palabra, como decía el mismo embajador británico, «se miraba como una dama á quien todos procuran agradar únicamente por las ventajas de su favor.» «Y así, continuaba Keene en uno de sus despachos, es menester ahora tener paciencia, y cultivar la amistad de esta corte, cuidándola mucho, no ofendiéndola, y aprovechándose de todas las circunstancias favorables para dirigirla otra vez con destreza y precaución al grande fin que se ha propuesto alcanzar.»

Intentó no obstante el ministro inglés en cumplimiento de las instrucciones de su corte, que se admitiera la adhesión de su soberano al tratado y alianza de Aranjuez, ponderando la conveniencia de su amistad, y recordando los antiguos servicios de Inglaterra á España, y entre ellos el restablecimiento de Carlos en el trono de Nápoles. Pero el sesudo Carvajal le contestaba: «El rey mi señor cree que basta para conservar la tranquilidad de Italia la alianza de tres potencias directamente interesadas en ello, y que la agregación de otra sería debilitar la superioridad que las dos tendrían sobre la tercera que quisiese faltar á sus compromisos.... Y últimamente le decía, ¿podeis esperar que admitamos sin necesidad á otros príncipes en el tratado, después del cuidado que hemos puesto en apartarlos? Sería quitar la careta en mala ocasión; y creedme, el único medio de servir bien á esta corte es tratarla con benevolencia, y guardar la mejor armonía con ella en nuestras relaciones exteriores; pero todavía no es tiempo de obrar.» Por último, convencida Inglaterra de que no le era posible hacer faltar al gobierno español á la severidad de sus principios, tuvo por conveniente retirar su petición por entonces.

Otra de las causas que contribuyeron por este tiempo á desunir mas las cortes de Madrid y de Versalles, y á dar cierta preponderancia á la de Londres, fué la conducta de los dos hermanos de Fernando VI, Carlos rey de Nápoles, y Felipe duque de Parma, que ambos se adhirieron á la política y buscaron la amistad y protección de Luis XV. Felipe, que casó con una hija de este monarca, llevó con ella á su pequeña corte la profusión de la de Versalles, y con su lujo y prodigalidad agotaron su exíguo tesoro, y contrajeron deudas y compromisos que los obligaron muchas veces á importunar á Fernando de España, á quien en verdad no correspondieron como agradecidos. Este proceder produjo un rompimiento entre los hermanos, y gracias á los esfuerzos de Duras y á la mediación del marqués de Grimaldi, se efectuó una reconciliación, bien que ni muy sincera ni muy duradera, porque la profusión de Felipe y de su esposa los puso en la necesidad de repetir sus peticiones y con ellas se renovaron las quejas y los disgustos.

(2) Historia de los Tratados.—Muratori, Anales de Italia.—Beccatini, Historia de Carlos III.—Casa de Austria.—Gacetas de Madrid de 1752.—«El éxito hizo ver, añade Beccatini, que el plan fué acertado, y á él debe la Italia después de muchos siglos de guerras continuas la felicidad de hallarse mas de cuarenta años há en la paz mas profunda.»

(1) Keene al conde de Holderness: en julio de 1751.



En cuanto á Carlos de Nápoles, ya hemos indicado el paso que dió de enviar á la corte de Versalles al marqués de Caraccioli para formar un tratado de alianza con Francia en oposicion al de Aranjuez. Carlos no perdía de vista que su hermano Fernando carecía de sucesion, y que su salud y la de la reina le ofrecían esperanzas y probabilidades de no tardar en sucederle en el trono de España. Para atraerse la amistad de Inglaterra, que no habia entrado en la alianza de Aranjuez, le hizo ventajosas proposiciones de comercio en su reino de Nápoles, con promesa de mantenerle los mismos para cuando ocupara el trono español. El gobierno británico aceptó con placer tan lisonjero ofrecimiento y determinó en consecuencia enviar á Nápoles como ministro á sir Jaime Gray. Pero la política corte de Londres quiso ganar á la de España teniendo con ella la consideracion de no hacerlo sin obtener antes su aprobacion y consentimiento, á fin de no ofenderla. Este rasgo de calculada deferencia le salió tan felizmente, que halagado con él y prendado de tan fino y cortés comportamiento el ministro Carvajal no encontraba expresiones con que demostrar su satisfaccion y su agradecimiento al duque de Newcastle; y el embajador Keene recibió las mas señaladas muestras de aprecio del rey y de la reina, quienes le encargaron diese las mas expresivas gracias al rey su amo por su noble y atento modo de proceder (1). De este modo Inglaterra sacaba partido de Nápoles, congraciando á España, no obstante la indisposicion de ambas cortes entre sí.

Tambien desazonó á los monarcas españoles el empeño del gabinete francés en que separaran de la embajada de Londres á don Ricardo Wal, que era amigo de Keene, para reemplazarle con Grimaldi, que lo era de Ensenada, y por consecuencia inclinado á la amistad y á la alianza francesa. Era don Ricardo Wal un católico irlandés, que desde muy joven habia entrado, como otros muchos aventureros, al servicio de España. Su genio intrépido, su actividad é inteligencia lo hicieron conocer ventajosamente como soldado de mar y tierra. En el primer concepto se distinguió en el desgraciado combate naval de Sicilia contra el almirante Byng; en el segundo se hizo digno de la proteccion del duque de Montemar en cuyo ejército se encontraba cuando fué á la conquista de Nápoles (2). Su capacidad le captó sucesivamente el aprecio del ministro Patiño, del embajador inglés y del marqués de la Ensenada. Sirvió como coronel en la campaña del infante don Felipe contra el rey de Cerdeña. Cuando se trató de la paz, fué por su talento, y su conocimiento del idioma inglés, nombrado agente secreto de España en Aquisgran. Igual ó semejante cargo desempeñó despues en Holanda y en Inglaterra: y por último, hecho general y ministro acreditado en Londres, contribuyó mucho á las buenas relaciones é inteligencia entre los gobiernos español y británico de acuerdo con Walpole y con Keene.

Llamado Wal á Madrid, no solo supo desvanecer todas las intrigas de la Francia respecto á su persona, sino que presentado sucesivamente al ministro Carvajal y á los reyes, les demostró de la manera mas persuasiva el afecto del monarca británico á Sus Majestades Católicas, y su vivo interés en mantener la mejor amistad y armonía entre las dos naciones (octubre, 1752); de lo cual se dieron los reyes por tan satisfechos, que no solamente le confirmaron su nombramiento, sino que le hicieron teniente general, y le honraron con nuevas distinciones, diciendole que querian manifestar á Europa, y sobre todo á la corte en que estaba empleado, hasta qué punto apreciaban su persona y estaban agradecidos á su conduc-

ta y servicios (3). De tal modo se iban frustrando los designios y esfuerzos de la corte de Versalles para indisponer á España con Inglaterra: y el marqués de la Ensenada, que sin duda con la mejor fe y persuadido de que era la mas conveniente política apoyaba la política francesa, perdió la facultad de nombrar ministros para las naciones extranjeras.

### CAPÍTULO III

#### El Concordato

1753

Antiguas disputas entre las cortes de España y Roma.—Concordia Fachenetti.—Disidencias en tiempo de Felipe V.—Bula *Apostolici Ministerii*.—Concordato de 1737.—Cuestion del Régio Patronato.—Nuevas controversias.—Concordato de 1753.—Objeto y principales artículos de esta transaccion.—Ventajas que de él resultaron al reino.—Observaciones de un docto jurisconsulto español.

Uno de los tratados mas beneficiosos y de que reportó mas ventajas la monarquía española fué sin disputa el Concordato celebrado en 1753 entre el rey Fernando VI y el papa Benito XIV.

De antiguo venian, como nuestros lectores habrán visto, las disputas entre los católicos monarcas españoles y la corte de Roma sobre puntos y materias de jurisdiccion, así como las quejas de nuestros reyes y de sus mas sabios ministros sobre abusos y agravios cometidos por la Dataría y otros tribunales y agentes de la curia romana. Aunque en el siglo anterior el convenio ajustado entre la Santa Sede y el gobierno de España, conocido con el nombre de *Concordia Fachenetti* (4), habia remediado muchos de los abusos denunciados en el célebre Memorial que á nombre de Felipe IV presentaron al papa Urbano VIII sus ministros y embajadores don Juan Chumacero, del Consejo de Castilla, y don Domingo Pimentel, obispo de Córdoba, las discordias y desavenencias entre las cortes de España y Roma se renovaron mas vivamente en los primeros años del reinado de Felipe V, ya con motivo de haber reconocido el papa Clemente XI al archiduque Carlos de Austria como rey de España, ya con ocasion de la consulta hecha por el rey al Consejo de Castilla sobre abusos y excesos de la curia romana, y respondida por el fiscal Macanaz en el famoso pedimento de los *Cincuenta y cinco párrafos*. La historia de las diversas fases que tomaron y de las varias vicisitudes que corrieron aquellas largas y ruidosas desavenencias, la dejamos referida en otro lugar de nuestra obra, al cual remitimos á nuestros lectores (5).

Terminadas aquellas disidencias, y restablecida la buena armonía entre las cortes romana y española, expidió el papa Inocencio XIII á instancia de Felipe V y por consejo del cardenal Belluga y Moncada (13 de mayo, 1723) la bula *Apostolici Ministerii*, que tenia por objeto restablecer varios cánones importantes de disciplina decretados en el concilio de Trento, que sin haber dejado de ser obligatorios en España, no estaban aun en observancia como debieran; los cuales se referian principalmente á las condiciones de los que habian de ser ordenados *in sacris*, servicio de las iglesias y catedrales, obligaciones de los párrocos, supresion de beneficios y capellanías sin renta, clausura de monjas, deberes de los regulares, y procedimientos de los ordinarios, del tribunal de la nunciatura, y de los jueces conservadores en las causas civiles y criminales de su competencia (6). A los pocos años de esto suscitáronse cuestiones acerca de los derechos y ejercicio de la

(1) Despacho de sir B. Keene al duque de Newcastle; 30 de agosto, 1752.

(2) Cuéntase de él, que habiendo tenido que presentarse al duque de Montemar, cuando todavía este no le conocia, le preguntó quién era. *Soy*, le respondió Wal, *la persona mas importante del ejército despues de V. E.* Y como le pidiese alguna explicacion sobre esto, le contestó: *Porque vos sois la cabeza de la serpiente, y yo la cola.* Que aquella osadía y aquella originalidad llamaron la atencion del general en jefe, quien desde entonces le protegió, y le fué ascendiendo en su carrera.—Dice William Coxe que esta anécdota se supo por una persona á quien lo refirió el mismo Wal.

(3) De todo esto nos informan los despachos del embajador Keene, en uno de los cuales decia al ministro Walpole: «Tengo derecho á creer que estoy bien enterado de lo que ocurrió, puesto que la reina misma se sirvió decírmelo, cuando tuve el honor de acompañarla ayer por la tarde en los jardines de Aranjuez.»

(4) Diósele este nombre por haber sido ajustada entre el nuncio César Fachenetti, obispo de Damietta, y el gobierno español. Constaba de treinta y cinco capítulos.

(5) En el cap. VIII, lib. VI. Reinado de Felipe V.

(6) Historia de la Iglesia española.—Bulario de Benedicto XIV. Madrid, 1791.—Coleccion de los Concordatos y demás Convenios, etc.



regalía del Patronato de los monarcas españoles sobre todas las iglesias de sus dominios, y sobre varios puntos de disciplina eclesiástica. De orden y bajo la dirección del marqués de Mejorada y de la Braña, secretario del Real Patronato, escribió el erudito don Santiago Riol, oficial tercero de la secretaría, una representación al rey Felipe V encaminada á probar con documentos que el Real Patronato eclesiástico «es la piedra mas preciosa que adorna é ilustra la corona de los reyes de Castilla.» Están comprendidos, decia en el párrafo primero, debajo de esta soberana regalía, todos los derechos del mismo Patronato, los cuales son muchos en número, y distintos en calidad y circunstancias. Unos tuvieron su origen en la superioridad de la corona, de que son inseparables: otros adquiridos por fundacion, dotacion, conquista, cesion de los pueblos y otros títulos; y los demás por concesion de la Santa Sede en virtud de bulas é indultos apostólicos, como gracia expresa, ó por confirmacion en el derecho adquirido (1).

Renovadas, pues, las disputas entre España y Roma, no solo sobre los derechos del régio patronato, sino sobre otros muchos tocante á la disciplina y gobierno de la Iglesia española, despues de muchas y largas negociaciones, llegó á ajustarse y á firmarse en Roma (26 de setiembre, 1737) otra concordia entre el papa Clemente XII y el rey Felipe V por medio de sus respectivos plenipotenciarios los cardenales Firrao y Aquaviva. En esta convencion, que constaba de treinta y seis artículos, despues de restablecerse plenamente el comercio entre España y Roma, y de estipularse la ejecucion cumplida de las bulas apostólicas y matrimoniales, se procedia al arreglo de otros muchos puntos concernientes al número de asilos, á las reglas para la admision al sacerdocio, á indultos y gracias apostólicas, á la sujecion de los bienes de manos muertas á los mismos tributos que pagaban los legos, al uso de censuras eclesiásticas, á jurisdiccion de los obispos, á provision de curatos, á réditos de las prebendas y beneficios, á concesion de dimisorias, etc. Pero lo que hace mas al caso es, que por el artículo 23 de esta convencion se aplazaba y dejaba en suspenso la cuestion del Patronato Real, habiéndose de disputar personas que mas adelante la resolviesen, oidas y pesadas las razones que asistían á ambas partes (2).

Esta convencion, aunque ratificada por el Santo Padre y por el rey don Felipe, no satisfizo al gobierno español, por ser muchos artículos contrarios á los concilios, leyes y costumbres de esta monarquía, y no faltaron sabios jurisconsultos que demostraran su nulidad. Y sin duda convencido de estas razones el Real Consejo de Castilla no dió á este Concordato (3) otro curso que pasarle al exámen de los fiscales, sin enviarle á las chancillerías, audiencias y otros tribunales y jueces ordinarios del reino con provisiones circulares, como lo habria hecho á no haber previsto los gravísimos inconvenientes de poner en ejecucion una Concordia que lastimaba las antiguas leyes y costumbres de esta nacion. Y bastaba el solo artículo 23 para comprender lo que su texto, estudiadamente enigmático, perjudicaba á los derechos de la corte de España; puesto que, como observó desde luego un docto jurisconsulto español (4), «se queria sujetar á un compromiso un derecho

(1) Representacion de don Santiago Agustin Riol sobre el Patronato Real: en el Semanario erudito de Valladares, tom. VI.

(2) Decia este notable artículo: «Para terminar amigablemente la controversia de los Patronatos de la misma manera que se han terminado las otras, como S. S. desea, despues que se haya puesto en ejecucion el presente ajustamiento se disputarán personas por S. S. y por S. M. para examinar las razones que asisten á ambas partes: y entre tanto se suspenderá en España pasar adelante en este asunto, y los beneficios vacantes ó que vacaren se deberán proveer por S. S., ó en seis meses por los respectivos ordinarios, sin impedir la posesion á los provistos.»

(3) Aunque suelen algunos dar indistintamente los nombres Concordia, Convencion ó Concordato á los pactos celebrados entre los príncipes temporales y la Silla apostólica, hablando con propiedad *Concordia* es el nombre genérico que expresa cualquier convenio que se hace entre el pontífice y otro monarca sobre los asuntos eclesiásticos de una nacion; y *Concordato*, el que supone actos solemnes de transaccion que sobre los mismos asuntos se celebran entre ambas potencias. La *Convencion* no es mas que el consentimiento recíproco de ambas partes en hacer ó ejecutar una cosa.

(4) El sabio y erudito don Gregorio Mayans y Siscar, en su Representacion al rey Fernando VI.

indubitable del rey Católico, como lo es el de su Patronato Real en los casos ciertos y notorios de fundacion, edificacion, dotacion ó conquista; cosa que ningun monarca debe hacer, sino en caso de obligarle alguna fuerza superior á que no pueda resistir.»

Desde el ajuste de este Concordato trascurrieron mas de quince años en acaloradas controversias y continuas negociaciones entre España y la Santa Sede, sin poder venir á un arreglo sobre el importante punto del régio patronato que en aquella habia quedado pendiente; hasta que, por último, deseando el ilustrado pontífice Benedicto XIV y el rey de España Fernando VI establecer entre ambas cortes una amistosa y cordial inteligencia, auxiliando grandemente al monarca español en este buen propósito el marqués de la Ensenada, se celebró y firmó en Roma el Concordato de 1753 (11 de enero), suscribiéndole como plenipotenciarios de ambos soberanos el cardenal Valenti, camarlengo, y el auditor de la Rota romana don Manuel Ventura Figueroa, en quien tuvo el marqués de la Ensenada un celoso y distinguido cooperador.

En este célebre convenio, despues de ponderar el pontífice su vivo deseo de llegar á un amistoso acomodamiento entre ambas cortes sobre el punto de que se trataba, se explicó de esta manera en el preámbulo: «No habiendo habido controversias sobre la pertenencia á los reyes Católicos de las Españas del Real Patronato, ó sea nómina á los arzobispados, obispados, monasterios y beneficios consistoriales, es á saber, escritos y tasados en los libros de Cámara, cuando vacan en los reinos de las Españas, hallándose apoyado su derecho en bulas y privilegios apostólicos, y en otros títulos alegados por ellos; y no habiendo habido tampoco controversia sobre las nóminas de los reyes Católicos á los arzobispados, obispados y beneficios que vacan en los reinos de Granada y de las Indias, ni tampoco sobre la nómina de algunos otros beneficios; se declara debe quedar la Real Corona en su pacífica posesion de nombrar en el caso de las vacantes, como lo ha estado hasta aquí: y se conviene en que los nominados á los arzobispados, obispados, monasterios y beneficios consistoriales, deban tambien en lo futuro continuar la expedicion de sus respectivas bulas en Roma, en el mismo modo y forma practicada hasta aquí, sin innovacion alguna.»

Y continúa diciendo, que habiendo sido graves las controversias sobre la nómina á los beneficios residenciales y simples que se hallan en los reinos de las Españas, y habiendo pretendido los reyes Católicos el derecho de la nómina en virtud del Patronato universal, y no habiendo dejado de exponer la Santa Sede las razones que creia militaban por la libertad de los mismos beneficios y su colacion en los meses apostólicos y casos de reservas, y así respectivamente por la de los ordinarios en sus meses; «despues de larga disputa se ha abrazado finalmente de comun consentimiento el temperamento siguiente.» Y el temperamento que se tomó fué: reservar á la provision de Su Santidad únicamente cincuenta y dos beneficios eclesiásticos de las iglesias de España, que se expresaban nominalmente, y á los prelados las que vacasen en los cuatro meses llamados ordinarios, á saber, marzo, junio, setiembre y diciembre, quedando la Corona en posesion de su Patronato universal, reconocido definitivamente con la mayor latitud posible, y en su virtud en el derecho de nombrar y presentar indistintamente en todas las iglesias metropolitanas, catedrales, colegiadas y diócesis de los reinos de las Españas, canonicatos, porciones, prebendas, abadías, prioratos, encomiendas, parroquias, personatos, patrimoniales, oficios y beneficios eclesiásticos, seculares y regulares, *cum cura et sine cura*, de cualquiera naturaleza que sean, que al presente existen y que en adelante se fundaren, etc.

Aunque estos fueron los principales artículos de que constaba el Concordato, estipuláronse además otros puntos tambien de mucha importancia: que las prebendas de oficio continuaran proveyéndose por oposicion y concurso abierto: que de la misma manera habrian de proveerse las parroquias y beneficios curados, aun cuando vacaran en los meses y casos de reservas: que quedaba ileso á los patronos eclesiásticos el derecho de presentar á los beneficios de sus patronatos en los cuatro meses ordinarios: que todos los presentados por Su



Majestad Católica y sus sucesores á los beneficios deban recibir indistintamente las instituciones y colaciones canónicas de sus respectivos ordinarios, sin expedición alguna de bulas apostólicas, exceptuada la confirmación de las elecciones ya expresadas: que por la cesión y subrogación de los derechos de nómina, presentación y patronato no se entienda conferida al rey Católico jurisdicción alguna eclesiástica sobre las iglesias comprendidas en los expresados derechos, ni sobre las personas que presentare, debiendo, así estas como las presentadas para los cincuenta y dos beneficios reservados á S. S., quedar sujetas á sus respectivos ordinarios, salva siempre la suprema autoridad que el pontífice romano tiene sobre todas las iglesias y personas eclesiásticas, y salvas también las reales prerrogativas que competen á la Corona en consecuencia de la real protección y patronato: que S. M. se obligaba á hacer consignar en Roma por una sola vez, en indemnización de las utilidades que por este Concordato dejarían de percibir la dataría y cancellaría apostólica, un capital de 310,000 escudos romanos, que producirían anualmente, á razón de tres por ciento, 9,300 escudos de la misma moneda. A lo contenido en los ocho capítulos se añadió la abolición del indulto cardenalicio, la renuncia por parte de Roma á imponer pensiones á los espolios de los obispos, á la exacción de cédulas *bancarias*, y á los frutos de las iglesias vacantes, aplicándolos á los usos pios que prescriben los sagrados cánones; y concediendo al rey el nombramiento de los ecónomos, que debían ser eclesiásticos (1).

Ratificado el Concordato por el rey Fernando VI en 31 de enero, y por S. S. en 20 de febrero (1753), expidió el pontífice una constitución apostólica (9 de junio), confirmatoria del tratado; y mas adelante (10 de setiembre) dirigió un breve al monarca español, aclarándole y explicándole.

Sin embargo de los beneficios obtenidos por este Concordato, criticáronle muchos todavía por no haberse comprendido en él muchas de las reformas que nuestra corte venía solicitando hacia muchos años en asuntos eclesiásticos, especialmente de las contenidas en el memorial de Chumacero y Pimentel; sin considerar que en esta transacción se procuró conseguir el objeto especial y determinado de asegurar el derecho del patronato régio, y los agentes del gobierno español que en él intervinieron tuvieron por prudente y por político no mezclar en el ajuste otros puntos espinosos y difíciles de resolver, cuyas disputas hubieran podido entorpecer la solución del asunto principal: cuanto mas que aquellos podían ser objeto de ulteriores negociaciones, para las cuales no era obstáculo la estipulación de esta concordia, antes podía contribuir á su mas fácil y favorable resolución. Tampoco satisfizo á la curia romana, ni al nuncio de S. S. en Madrid, arzobispo de Nacianzo, y la conducta de este prelado en su disgusto fué tan poco acertada y discreta, que se reclamó contra ella á Roma, y el Santo Padre se vió precisado á desaprobare públicamente el proceder de su nuncio, que fué á lo que se dirigió el breve de 10 de setiembre, que forma como una parte del Concordato, bien que la Cámara de Castilla consideró innecesarias aquellas explicaciones, habiéndose excedido evidentemente el nuncio.

Uno de los mas sabios jurisconsultos y profundos canonistas españoles de aquel tiempo dirigió al rey una representación con el título de *Observaciones sobre el Concordato*, en que despues de expresar «que las ventajas que de él resultaban á la monarquía española eran tantas y tan extraordinarias, que si antes alguno las hubiera expresado se hubiera creído ciertamente que dejaba lisonjearse de su fantasía con ideas vanísimas,» procede á hacer sobre él extensas y luminosísimas observaciones, hasta el número de treinta y siete, en que prueba con inmensa copia de razones, sacadas de textos canónicos de los concilios, de bulas apostólicas, de documentos históricos y de pruebas jurídicas la antigüedad y legitimidad del patronato universal de los reyes de España

(1) El texto del Concordato se encuentra en muchos lugares, entre ellos en el tomo XXV del *Semanario erudito* de Valladares, y en la *Colectación de los Concordatos y demás Convenios*, etc., publicada modernamente por un catedrático de jurisprudencia en Madrid, 1848.

sobre todas las iglesias de sus dominios, y si bien la controversia era también antigua, ni debió existir nunca, ni en cuantas ocasiones se habia suscitado habian dejado los reyes de usar de su legítimo derecho (2).

## CAPITULO IV

### Carvajal y Ensenada

DE 1753 A 1755

Síntomas y anuncios de rompimiento entre Francia é Inglaterra.—Sus causas.—Procuran ambas cortes atraer la de España á su partido.—Proposición de un pacto de familia entre los Borbones.—Recházale muy políticamente el ministro Carvajal.—Instancias del embajador inglés.—Resístelas Carvajal.—Integridad y pureza de este ministro.—Su muerte.—Partidos inglés y francés en Madrid.—Sistema de neutralidad de los reyes.—El marqués de la Ensenada: el duque de Huescar: el conde de Valparaíso.—Notable abnegación y desinterés de algunos de estos personajes.—El ministro Wal.—Cómo se preparó la caída de Ensenada.—El tratado de las colonias con Portugal.—Protesta del rey de Nápoles por instigación de Ensenada.—Negocia Ensenada secretamente una alianza indisoluble entre los Borbones.—Plan de ataque de los enemigos de aquel ministro.—Logran su caída.—Prisión y destierro de Ensenada.—Ensiñanse contra él sus adversarios.—Le amparan la reina y Farinelli.—Sátiras y papeles contra el ministro caído.—Cargos que le hacían.—Reseña de los actos de su ministerio.—Proyectos y medidas útiles de administración.—Lo que fomentó las ciencias, la industria y las artes.—Obras y establecimientos literarios.—Protección á la agricultura.—Caminos.—Canales.—Restauración, aumento y prosperidad de la marina española.—Sistema político de Ensenada.—Capacidad, talento y actividad de este ministro, confesada por sus mismos adversarios.

Las rivalidades entre Francia é Inglaterra, mas ó menos abiertas ó por algun tiempo disimuladas, comenzaron á mostrarse á las claras y á tomar cuerpo por disputas y altercados sobre los límites de la Acadia ó Nueva Escocia en la América septentrional, país cedido por Francia á Inglaterra en los tratados de Utrecht y de Aquisgran, pero cuya demarcación no se habia hecho, ó con deliberado propósito, ó por salir de las dificultades del momento. Esta falta dió ocasión á pretensiones encontradas, quejas y discordias, pugnando unos por ensanchar y extender los términos, otros por reducirlos y estrecharlos. De usurpación de una parte del territorio francés acusaban los de esta nación á los ingleses, y estas disputas llegaron á producir algunos choques sangrientos. Habia al propio tiempo reclamaciones mutuas de ambas naciones sobre varias islas de las posesiones americanas, y la tenacidad de dos pueblos rivales, ambos activos é intrépidos, hacia improbable toda avenencia, y uno y otro se preparaban á una lucha que parecia inevitable procurando robustecerse con alianzas de otras naciones.

Fué precisamente la corte de España la que ambos gabinetes con mas empeño intentaron traer á su partido. Quería el de Francia convertir en amistad nacional el afecto y las relaciones de familia: eludía el ministro Carvajal los proyectos de alianza y de comercio que le proponía el gobierno de Luis XV, y cuando llegó el caso de presentar formalmente el embajador francés las bases de un convenio entre los dos monarcas de la casa de Borbon para la mutua conservación y defensa de sus respectivas posesiones en América y Europa, exigiendo una contestación en un brevísimo plazo, el ministro español, que veia envuelto en aquel convenio un verdadero *Pacto de familia*, respondió muy políticamente, que sobre no ver por el momento la necesidad de una alianza que podría provocar los peligrosos celos de otras naciones, podía estar segu-

(2) El eruditísimo escrito del señor Mayans y Ciscar á que aquí nos referimos, llena todo el tomo XXV del *Semanario erudito* de Valladares, y es un verdadero tratado histórico-canónico-legal sobre la materia, lleno de ciencia y de doctrina.

No deja de ser extraño que William Coxe, que tan extensamente y con tan apreciable copia de documentos trata la parte concerniente á la política general de este reinado, no haya hecho siquiera mención de este tan importante y célebre tratado entre las cortes de España y Roma, siendo uno de los sucesos que mas resaltaron en los anales del breve reinado de Fernando VI.



ro Su Majestad Cristianísima de que el rey Católico su primo no le abandonaría si viera peligrar sus Estados, como el monarca español lo estaba de que el soberano francés tampoco le desampararía en igual caso, sin mas tratados que los vínculos de la sangre que los unían. Y como en la respuesta concluyese anunciando que el rey su amo se proponía vivir en paz con todos, dedicado á promover el bienestar interior de su reino, irritado el embajador francés: «Ofenderá, le dijo, al rey mi amo vuestra parcialidad;» á lo que contestó friamente el ministro español: «Mi deber es servir á Su Majestad Católica, no al rey de Francia (1).»

Continuaron no obstante las notas y las instancias del gabinete de Versalles, y entre otros atractivos con que se procuró halagar y tentar á los ministros españoles fué uno el de significar que el rey Cristianísimo se proponía enviar tres grandes placas ó cruces de la Orden del Espíritu Santo, las cuales se destinaban, una para Ensenada, otra para Carvajal, y otra se suponía que para el duque de Medinaceli, grande amigo de Ensenada. Carvajal resistió á esta tentación con su severa dignidad, manifestando á la reina que esperaba le dispensaría de aceptar aquella distinción, como no había aceptado la de la orden de San Genaro con que había querido honrarle el rey de Nápoles, estando muy satisfecho con la del Toison de Oro, que era la mayor honra que había podido recibir de su propio soberano.

Instábale por otro lado el embajador inglés Keene, para que intimara la amistad y union con la Gran Bretaña, pintándola como la única medida capaz de colocar á España en posición de no temer las amenazas de los franceses y ocupar el puesto que le correspondía entre las naciones de Europa. Y estas gestiones, hechas con toda la habilidad de un antiguo diplomático, ponían á Carvajal en mayor apuro, por lo mismo que el ministro inglés era su íntimo amigo, y que él sentía cierta inclinación á la amistad de Inglaterra y de Austria. Pero él se desentendía no menos diestramente, alegando por una parte que despues de haber rechazado tan abiertamente las proposiciones de Francia se veía precisado á no poder admitir por algun tiempo las de Inglaterra, y pretextando por otra su escaso poder é influjo, máxime teniendo al frente á Ensenada tan adicto á los franceses.

Ocurrió en esto la muerte inesperada de Carvajal (8 de abril, 1754), «ministro, decía el embajador inglés al anunciarlo á su nación, el mas digno y mas íntegro que jamás ha existido:» «el mundo, decía luego, no producirá jamás un hombre mas sincero, mas honrado, ni que abrigue sentimientos mas nobles (2).» Los reyes demostraron con lágrimas el dolor que sentían por su pérdida (3).

La muerte de Carvajal alarmó al partido inglés, tanto como alentó á los adictos á la alianza francesa, y mucho mas con la voz que corrió de que se encargaría Ensenada interinamente del ministerio vacante, ó de que le obtendría para su secretario Ordeñana. Pero el rey dió muy diferente giro al asunto, consultándolo con el duque de Huescar, despues duque de Alba, primer gentil-hombre de su cámara, y con el conde de Valparaíso, caballero de la reina. Había sido el de Huescar embajador en París, pero lejos de haber cobrado afición á los franceses en el ejercicio de aquel cargo, había tomado y conservaba una conocida aversión y antipatía á la Francia. No les era mas aficionado el de Valparaíso; y así anduvieron ambos perfectamente acordes en aconsejar á los reyes que no se desviarán del sistema hasta entonces seguido, como el mas seguro y el mas honroso, en representarles el grande inconveniente de dar el ministerio vacante, aunque fuese interinamente, á Ensenada ó á alguna de sus hechuras, que sería el de una inmediata dependencia de Francia; idea que hacia estremecer á los soberanos, cuyo constante sistema era tener siempre en el gabinete hombres que simbolizaran los partidos opuestos para mantener entre ellos la balanza.

(1) Despacho de Keene al conde de Holdernes, febrero 1754.

(2) Keene á sir Tomás Robinson, y al duque de Newcastle.

(3) Carvajal había escrito en 1748 un *Testamento político*, que era el nombre que se daba entonces á las memorias, observaciones, y aun tratados sobre política, gobierno ó administración, cuyo escrito se publicó en 1818 en el periódico titulado *Frutos literarios*.

Ordenaron pues á Valparaíso que se encargara del ministerio de Estado; y en esta ocasión se vieron rasgos de abnegación y de desinterés, que sentimos una verdadera complacencia en consignar, y de que no suelen dar frecuente ejemplo los hombres políticos. Valparaíso se echó á los pies de sus monarcas suplicándoles le dispensaran de admitir un puesto que consideraba muy difícil para él, y con tanta firmeza resistió á las instancias de SS. MM., que no pudiendo estos vencerle le rogaron que les indicara la persona que le pareciese á propósito para aquel cargo. Designó entonces el conde al embajador de Inglaterra don Ricardo Wal, como el mas apto por su capacidad, sus conocimientos y sus prendas diplomáticas. La proposición fué aceptada, y Wal fué llamado precipitadamente á Madrid, encargándose interinamente y hasta su llegada del ministerio de Estado el duque de Huescar, accediendo á las vivas instancias del rey, y protestando que hacia aquel sacrificio por no dejar de obedecerle.

Hízose todo esto sin conocimiento de Ensenada, y por consecuencia sin darle tiempo para que se valiera del favor de Farinelli, ni del confesor Rábago, ni de nadie de los que tenían influjo con la reina. Cuando se supo esta novedad, cayó en manifiesto desaliento el partido francés, mientras el duque de Huescar aprovechó aquellos momentos para reformar el personal del Consejo de Indias, en que Ensenada había dado entrada y colocación á los partidarios de Francia. El duque de Alburquerque fué llamado á la presidencia del Consejo: tambien este magnate se arrodilló ante el rey pidiéndole con el mayor encarecimiento le relevara de admitir aquel empleo, y costóle á S. M. trabajar cerca de una hora para reducirle á que le aceptase. «Necesitamos tambien, añadió entonces el rey, un buen ministro de Hacienda: ¿dónde le encontraremos?» Valparaíso significó al de Huescar que se abstuviese de proponerle á él para el ministerio, como tenía pensado: Huescar tampoco le quería para sí, y se limitó á contestar al rey, que tenía muchos vasallos leales y capaces para su desempeño, pero que siendo una elección de tanta importancia necesitaba reflexionarse con detención. Acostumbrada como está nuestra pluma á estampar tantos actos de impaciente ambición de los hombres, goza extraordinariamente nuestro ánimo de emplearla en consignar estos rasgos de patriótico desprendimiento y desinterés de los consejeros y ministros de Fernando VI.

Aquella especie de vacilación alentó á Ensenada y á los de su partido, que aprovechándose hábilmente de aquella perplejidad, y poniendo en acción el favor de que Farinelli gozaba con la reina, y el aprecio y consideración en que esta señora había tenido siempre á Ensenada, tuvieron momentos de sobreponerse al partido opuesto, y de hacer sospechoso á los reyes el excesivo ascendiente que iban dejando tomar al de Huescar. En esta lucha de influencias, la reina, que hubiera querido conciliar y hacer compatible la existencia simultánea de estas opuestas capacidades en el gobierno para mejor mantener el fiel de la balanza, sufría mucho, y mas de una vez hicieron asomar el llanto á sus ojos los sinsabores que estas rivalidades le producían. Tal vez habria prevalecido la política y el partido de Ensenada sin la llegada de don Ricardo Wal, que con su viveza y actividad, su talento, y su persuasiva y maravillosa elocuencia, ayudado de Huescar, de Valparaíso y de Keene, hizo inclinar la balanza en favor del partido anti-francés. Notóse luego el abatimiento de Ensenada, de su servidor Ordeñana, y del confesor Rábago, y algunas palabras del rey indicaban ya estar amenazados de caída el ministro y el confesor.

Entre los motivos que dieron ocasión á su caída y la precipitaron fué uno el siguiente. Los ingleses, siempre atentos á sacar ventajas del comercio de América, habían persuadido al rey de Portugal á que so pretexto de quitar motivos de discordia y perpetuar la union y amistad de ambas coronas, propusiera al monarca español cederle la colonia del Sacramento á la embocadura del rio de la Plata, á trueque de otras siete colonias españolas situadas á la orilla septentrional del mismo rio, y de la provincia de Tuy en Galicia, confinante con Portugal, exagerando las ventajas que de este cambio resultarían á España. Fernando consultó la pro-



puesta con el gobernador de Montevideo, el cual informó á gusto del rey de Portugal y de la reina de España su hermana, según instrucciones que el mismo Carvajal había cuidado de enviarle al efecto. Pero el gobernador de Buenos Aires hizo ver que el cambio propuesto era un trato engañoso y contrario á los intereses y al decoro de la monarquía española. Por otra parte los jesuitas de Paraguay se congregaron y convinieron en representar al rey de España la desigualdad y la inconveniencia de semejante cambio, que sobre privar á S. M. de treinta mil súbditos equivalía á introducir los portugueses en la América meridional, además del perjuicio de la desmembración de una provincia considerable de Galicia. La exposición había de ser entregada al rey por el procurador general de la Compañía en Madrid.

En tanto que los comisionados é ingenieros españoles, portugueses é ingleses se reunían en los confines del Brasil para hacer la demarcación de los lindes y términos de las posesiones que iban á cambiarse, alborotáronse los habitantes de las siete colonias españolas negándose á estar bajo la dependencia y el dominio portugués, y juntándose armados en número de quince mil en la colonia central de San Nicolás, y resueltos á resistir la nueva dominación, obligaron á los comisarios ingleses y portugueses á retirarse. En Madrid, aunque el procurador general de los jesuitas del Paraguay entregó al rey la representación de los consultores de la provincia, el ministro Carvajal y el Consejo por él influido desvanecieron toda la impresión que pudo hacer en el ánimo del rey el papel de los padres de la Compañía, y concluyóse el ajuste proyectado.

Habíase tratado este asunto sin intervención ni conocimiento del ministro Ensenada. Aunque le sorprendió la noticia de lo actuado, ocultó su resentimiento, disimuló, y otorgó su adhesión al convenio, pero dió conocimiento de todo al rey de Nápoles, como presunto heredero de la corona de Castilla, por medio de su secretario de embajada, mostrándole el detrimento y perjuicio que del concertado cambio de colonias se seguiría al reino de España. A consecuencia de este aviso el rey Carlos de Nápoles dirigió á su hermano Fernando una protesta formal y solemne contra el tratado de las colonias como dañoso y perjudicial á la monarquía. Gran sensación causó esta novedad al rey, á la reina y á los del Consejo. El tratado entre España y Portugal se suspendió; se sospechó y aun supuso que el marqués de la Ensenada era quien había revelado el secreto al rey de Nápoles, y el que había alentado la rebelión de los jesuitas del Paraguay, y se leyeron las cartas interceptadas, que se decían escritas por su confesor el padre Rábago, jesuita, dirigidas á los padres de la Compañía para animarlos á la resistencia (1). Los ingleses que veían venir á tierra las esperanzas y los planes fundados en el tratado de las colonias, prevalecieron del disgusto que á los reyes produjo la conducta de Ensenada para intentar su caída, y consiguieron que la reina los autorizara para empezar sus ataques cuando quisiesen (2).

(1) Esta rebelión de los colonos del Paraguay que se atribuyó á instigaciones de los jesuitas que dirigían aquellas reducciones, fué uno de los cargos que se les hicieron después para motivar y justificar la expulsión de aquellos religiosos de Portugal y de España. Que los jesuitas ejercían sobre aquellos neófitos una influencia eficaz y poderosa, es incuestionable.—También lo es que aquellos desgraciados, obligados á abandonar su patria y sus hogares y las tumbas en que reposaban sus abuelos, se mostraron muy dispuestos á perder la vida antes que desamparar el suelo natal, y que poco esfuerzo de los misioneros podía ser suficiente á producir la sublevación. Pero los partidarios de los jesuitas rechazan este cargo que se les hizo, suponiendo que instigaron á aquellos indios á proclamarse independientes; y por el contrario lamentan de que faltara valor en aquella ocasión á los jesuitas para oponerse resueltamente á la violencia y la arbitrariedad de las dos cortes, y los acusan de excesiva condescendencia en ayudar á ejecutar sus órdenes. Sus enemigos avanzaron á decir que tuvieron el plan de reunir todas aquellas provincias bajo el cetro de uno de los hermanos coadjutores, á quien habían de dar el título de Nicolás I.—Historia de la Compañía de Jesús.

(2) Manuscrito contemporáneo titulado: Otra relación de noticias y causa de la caída del marqués de la Ensenada, en un tomo de Varios.—Recopilación de noticias desde el año 1754 hasta abril de 1759, tanto en orden á los sucesos del Paraguay, cuanto á la persecución de los padres de la Compañía de Jesús en Portugal, MS.

Puesto ya en este camino el marqués, y resuelto á contrariar el poder y el influjo británico, sin comunicar sus pensamientos á los ministros sus colegas, ni al rey mismo, valiéndose solo confidencialmente del embajador de España en París, negoció secretamente un proyecto de alianza indisoluble entre las dos ramas de la familia de Borbon; se procuró un informe de varios gobernadores de las colonias de América, en que se daban quejas, y se exponían los agravios recibidos de los ingleses en aquellas posesiones; hizo adelantos considerables de dinero á la Compañía francesa de Indias á fin de fomentar las hostilidades de Francia contra Inglaterra en el Nuevo Mundo, y por último concertó con la corte de Versalles un proyecto de ataque general contra los establecimientos ingleses en el golfo de Méjico (3). Ni estos planes, ni las instrucciones ya dadas al virrey de Méjico para preparar una expedición á Campeche, se pudieron escapar á la activa vigilancia del embajador Keene, que avisó de todo á su gobierno para que sirviera de base á una queja formal contra la corte de España, y deparó oportuna ocasión al ministro británico para que en unión con el duque de Huescar y don Ricardo Wal apresuraran el estallido de la mina que ya tenían bien preparada contra Ensenada y el confesor, y bastante bien dispuestos á la reina y al rey.

El plan de ataque fué hábilmente combinado y puesto en ejecución. Las órdenes hostiles enviadas á América por el ministro, y la presentación de papeles y documentos comprobantes sirvieron de acta de acusación contra Ensenada, de tal manera combinado todo por Keene que no le dejaba subterfugios con que poder eludir los cargos que le hacían; á los cuales añadió el embajador de la Gran Bretaña todos los datos que tenía, así escritos como confidenciales, que pudieron corroborar la acusación. Deseaba el rey, y manifestaba mucha curiosidad por saber los descargos que para su justificación daría Ensenada, y ambos monarcas quedaron sorprendidos de ver que todo lo que presentó para sincerar su conducta y sus medidas fueron unos informes sobre agravios recibidos de los ingleses, que sin duda distaban de ser bastante graves para autorizar el rompimiento entre dos naciones amigas, y mucho menos para la misteriosa y secreta expedición de aquellas órdenes y providencias de manifiesta hostilidad. Preguntó el rey á Wal su opinión, y entonces el nuevo ministro, apoyado por el de Huescar, aprovechó la ocasión para dar el último golpe á Ensenada hasta hacer al rey tomar una resolución. Veamos cuál fué esta.

Había estado el ministro en su despacho hasta las once y media de la noche del sábado 20 de julio (1754), esperando que le llamara el rey. A aquella hora se retiró á su casa, cenó, y se acostó tranquilo. A poco de haberse dormido turbó su sueño y su reposo la voz de un exento de guardias, que acompañado de un oficial le intimó la orden que llevaba del rey para arrestarle, previniéndole que se preparara á marchar, para lo cual le esperaba un coche á la puerta de su casa, rodeada ya de una compañía de guardias españolas. «Vamos á obedecer al rey,» dijo con cierta aparente serenidad el caído ministro. Antes de amanecer el marqués de la Ensenada marchaba en compañía del exento camino de Granada, punto designado para su destierro. A aquella misma hora era arrestado en su casa don Agustín Pablo de Ordeñana, su secretario, y conducido por un teniente de guardias á Valladolid. Tres días después salió confinado á Burgos el abate don Facundo Mogrovejo, íntimo confidente de ambos, secretario de embajada que había sido del rey de Nápoles, al cual recogieron los papeles y tomaron declaraciones. El martes inmediato (23 de julio, 1754) se anunció en la *Gaceta* el destierro de Ensenada y la exoneración de sus cargos, así como el confinamiento de Ordeñana (4). Los diversos empleos del ministro caído se repartieron

(3) Según se deduce de la correspondencia de Keene, dice William Coxe, hacia mucho tiempo que Ensenada abrigaba este designio. Una carta de 30 de junio de 1753 al conde de Holderness contiene la relación de su plan y la expulsión de los ingleses de la costa de Mosquitos que debía ejecutarse por don Pedro Flores de Silva: la muerte de este, acaecida en el mes de febrero inmediato, suspendió la ejecución del proyecto.—Nota 272, al cap. 54.

(4) Relación de la prisión del marqués de la Ensenada, MS. Tomo de



entre varias personas. La secretaría de Marina é Indias se dió á don Julian de Arriaga, que era presidente é intendente de Marina; la de la Guerra á don Sebastian de Esloba; la de Hacienda al conde de Valparaíso, que al fin aceptó este empleo que en otra ocasion habia rehusado. A la mayor parte de los amigos del marqués los jubilaron y pidieron estrecha cuenta de su conducta.

Empeñados los enemigos de Ensenada en completar su ruina, sacaron de entre sus papeles la correspondencia secreta con las cortes de Nápoles y de Versalles, y con la reina viuda que continuaba en San Ildefonso, y por las revelaciones de los secretos de Estado que de ella resultaban pretendian se le sometiera al juicio y fallo de un tribunal. Y como á esto se opusiera la reina, por temor de que produjera una sentencia y condenacion grave, le acusaron de impureza, concusion y malversacion, pidiendo por lo menos la confiscacion de sus bienes. Fundábase esta acusacion en su extraordinario lujo, en las inmensas riquezas que se le suponian, y en los cuantiosos regalos que se decia haber recibido de las cortes, y hecho él á su vez á la reina y á los embajadores. En su consecuencia se mandó inventariar y tasar sus bienes, cuya apreciacion subió á una suma muy enorme (1). Tampoco este inventario se concluyó, porque su amigo Farinelli intercedió con la reina con tanto interés y eficacia en favor suyo, que se dió una orden mandando suspenderle. La reina misma cooperó tambien secretamente con sus amigos á inclinar al rey á que le señalase, como lo hizo, una pension de doce mil escudos, para que pudiera mantener la dignidad del Toison de Oro. Pero el decreto en que se hacia esta merced no era ciertamente honroso para Ensenada, puesto que se le concedia como una limosna, y sin hacer una sola indicacion de sus antiguos servicios (2).

El pueblo, siempre amigo de novedades, y enemigo de los que hacen gala y ostentacion de una opulencia que, con fundamento ó sin él, se persuaden que ha podido ser adquirida á su costa, celebró la ruidosa caida de Ensenada y de sus hechuras, y circularon por la corte multitud de papeles, de sátiras y poesías contra todos los caidos (3). En un escrito de la época que tenemos á la vista se hacen á Ensenada hasta

Varios de la biblioteca de la Real Academia de la Historia.—De la prision y destierro acaecido al marqués de la Ensenada, etc. M. de otro tomo de Varios.—Gacetas de Madrid, julio, 1754.—Despacho de Keene á sir Tomás Robinson, 31 de julio, 1754.

(1) «Razon de las alhajas, bienes, ropas y demás enseres que se inventariaron propios del marqués de la Ensenada.

|                                                                                                   |                |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------|
| Valor de oro y peso de mano, cien mil pesos. . . . .                                              | 100,000 pesos. |
| Valor del peso de la plata. . . . .                                                               | 292,000        |
| El espadín de plata, guarnecido. . . . .                                                          | 7,000          |
| Alhajas. . . . .                                                                                  | 92,000         |
| El collar de la Orden. . . . .                                                                    | 18,000         |
| Valor de la china. . . . .                                                                        | 2,000,000      |
| Id. de las pinturas. . . . .                                                                      | 100,000        |
| Id. de los pernils de Galicia y Francia. . . . .                                                  | 14,000         |
| Una crecidísima porcion de pescados en escabeche, aceite y garbanzos, cuyo valor es imponderable. |                |
| Un adorno preciosísimo, cuyo valor es difícil de calcular.                                        |                |
| Cuarenta relojes de todas clases.                                                                 |                |
| Quinientas arrobas de chocolate.                                                                  |                |
| Cuarenta y ocho vestidos á cual mas ricos.                                                        |                |
| Ciento cincuenta pares de calzoncillos.                                                           |                |
| Mil ciento setenta pares de medias de seda.                                                       |                |
| Seiscientos tercios de tabaco muy rico.                                                           |                |
| Ciento ochenta pares de calzones.                                                                 |                |

MS.—Tomo de Varios. Convenimos con William Coxe en considerar este cálculo exagerado, y en creerle hecho por algun enemigo del caido magnate.—Duró el destierro de Ensenada hasta el advenimiento de Carlos III.

(2) «Por mero acto de mi clemencia (decia el decreto) he venido en conceder al marqués de la Ensenada, para la manutencion y debida decencia del Toison de Oro que le tengo concedido, y por via de limosna, doce mil escudos de vellon al año, dejando en su fuerza y vigor mi antecedente Real Decreto exonerándole de todos sus honores y empleos. Buen Retiro, 27 de setiembre de 1754.—Yo el Rey.»

(3) Consérvanse, y hemos visto bastantes de estas composiciones en verso, todas de escaso mérito, entre ellas una fingida confesion del mar-

veintidos cargos ó capítulos de acusacion, formulados en otros tantos números, ó por cosas malas que hizo á juicio del autor, ó por lo que no hizo debiéndolo de hacer. Muy pocos de aquellos son fundados, y se reducen á tal cual abuso en la provision de empleos, á su lujo y prodigalidad, al boato de su porte, de su casa y de su mesa, á los magníficos y costosos agasajos que hacia para ganar á los reyes, príncipes y embajadores, en una palabra, á aquella gran fortuna que no sin razon daba en ojos en un hombre que nada habia heredado de su casa y familia. Pero en los mas de los cargos se ve la enemiga del escritor, y se descubre su crasa ignorancia de los principios de administracion.

Hácele, por ejemplo, un cargo de haber dado lugar á que salieran de España muchos millones, autorizando la extraccion del dinero, cuando lo que hizo fué anular los absurdos decretos que prohibian, hasta con pena de la vida y confiscacion, la exportacion de los metales preciosos; y considerando el dinero como mercancía y estableciendo un derecho de extraccion le convirtió en una renta del Estado (4). De que á cambio del dinero que salia venian á España géneros extranjeros, como si pudiera desarrollarse de otro modo el comercio mutuo de las naciones. De haber hecho al rey comerciante, comprando con sus fondos las lanas que se exportaban para el consumo de Inglaterra y Holanda, y otras mercancías que se enviaban para el surtido de las colonias de América; especie de monopolio que no nos atrevemos á aplaudir, pero que tuvo acaso un objeto de interés nacional, y cuya utilidad fué por lo menos problemática. De haber intentado el sistema de la *única contribucion*, ó del solo impuesto sobre toda especie de renta ó posesion, al modo de lo que se practicaba ya en Cataluña, á cuyo fin creó una junta en la corte para que hiciese la estadística de la riqueza; y si no realizó este gran pensamiento, por lo menos simplificó la cobranza de los impuestos, administró, siguiendo el sistema de Campillo, las rentas provinciales, aboliendo los fatales arriendos, y tuvo la buena idea de librar á Castilla de la contribucion de millones y rentas provinciales que tanto dañaban á la agricultura.

Pero lo que da mas triste idea de la grosera ignorancia del escritor á que nos referimos es la manera extravagante y ridículamente pueril con que hace á Ensenada un cargo de lo que constituye una de las principales glorias de este grande hombre de Estado. Hablamos del mérito que á los ojos de todo el mundo ilustrado ganó este célebre ministro, no solo trayendo á España los hombres sabios de otras naciones para que difundieran la ciencia y el saber en la nuestra, sino enviando á las cortes extranjeras multitud de jóvenes pensionados para que aprendieran las ciencias, las artes y la industria que florecian en otros países y las naturalizaran despues en España. Así vinieron á nuestro suelo los ingenieros navales Briaut, Tournell y Sothuell; así el entendido arquitecto hidráulico y militar Lemaure; así el docto académico Luis Godin; así el sabio orientalista Casiri; así los naturalistas Bowles y Quer: al propio tiempo que los españoles Carmona, Cruzado, Lopez, Cruz y otros de los que eran enviados con pension á hacer estudios en las cortes y en las academias de otros reinos, regresaban enriquecidos con los conocimientos que allá adquirian, y merced á este sistema combinado de comercio intelectual se establecieron ó fomentaron en España las escuelas de náutica, de agricultura, de física, de botánica, de pintura, de grabado, de matemáticas, de cirugía, y de otros diferentes ramos del saber.

Esto es lo que el malhadado escritor de que hablamos quiso ridiculizar en Ensenada en los términos siguientes, que no pueden dejar de arrancar una sonrisa de compasion por su lamentable ignorancia: «Envió, dice, muchas gentes ociosas á

qués estando preso, y otra intitulada: *Memorial de los pobres á S. M. que comienza:*

Muy poderoso señor,  
que depusiste á Ensenada,  
si es de la misma emboscada,  
siga el padre confesor.»

(4) El derecho que se impuso fué de tres y medio por ciento á la plata de España, y de seis á la de América.



cortes extranjeras y remotos países con crecidos sueldos y gratificaciones para que se divirtiesen, y nos trajesen de vuelta los vicios que nos faltan. Así lo hicieron, y así sucedió, porque se pasearon muy bien, consumieron mucha parte del real erario, y uno vino con la grande novedad del Código Prusiano para la brevedad de los pleitos, el otro con el nuevo ejercicio de la tropa, algunos de estos con la noticia de hospicios, y de loterías, con sus reglas de conservacion para establecer en España; otros con el método de fábricas y manufacturas; otros con investigar medallas y otros monumentos de la antigüedad; otros para perfeccionarse en la cirugía pasaron á Paris; algunos otros reconocieron las cortes para la química, conocimientos de yerbas medicinales, y específicos; y los ingenios, para acabar de volverse locos con las construcciones de navíos, muelles de puertos, nuevas fortificaciones, canales para el riego y otras obras inútiles (1). Y tambien fué destinado otro á corromper la generosidad de nuestros vinos en vinagre para imitar el de Champaña, paseándose por el reino y embargando sus bodegas; de manera que si danza de monos á viajeros no ha sido, ó delirio del juicio humano, no sé qué sea; la lástima fué que no viviese Cervantes para mejorar su libro y aventuras del Don Quijote, porque asunto mas propio no podia encontrarle su grande ingenio.» Dejamos al buen juicio del lector discreto si podrian aplicarse al mismo desdichado censor estas sus últimas palabras.

Protector Ensenada de las letras y de los hombres ilustres, franqueaba á don Miguel Casiri todos los auxilios que necesitara para el exámen y la formacion del índice de los códigos arábigos de la biblioteca del Escorial. Hacia imprimir á costa del erario las Observaciones astronómicas de don Jorge Juan y la Relacion del Viaje de este célebre marino, y bajo su direccion fundaba en Cádiz el Observatorio astronómico de marina. Los eruditos Perez Bayer, el agustiniano Florez, el jesuita Burriel, el marqués de Valdeflores, recorrian por comision suya la España recogiendo y copiando inscripciones, medallas, diplomas y otros documentos históricos esparcidos en varios archivos. Los sabios Feijóo, Campomanes, y otros doctos españoles hallaban en él proteccion y amparo. Este ministro propuso y representó al rey la conveniencia de que se formase un *Código Fernandino*, que simplificando las leyes abrazara solo las vigentes, y aclarara las complicadas y dudosas. No menos fomentador de las artes que de las ciencias, se instituyó y organizó en su ministerio la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando.

Conocedor de las verdaderas fuentes de la riqueza y de la prosperidad pública, hizo extraordinarios esfuerzos para reanimar la agricultura nacional abatida durante una serie de infelices reinados, y para abrir canales de riego y facilitar los medios de comunicacion y de trasporte. Con tan laudables objetos abolió los derechos con que estaba gravada la conduccion é introduccion de granos de unas á otras provincias, proyectó el canal de Castilla la Vieja, que debia poner un dia esta provincia interior en comunicacion con el mar, y abrió por entre las sierras de Guadarrama el gran camino que une las dos Castillas.

Pero lo que mereció sobre todo á este ministro una atencion privilegiada, y á lo que consagró con preferencia su celo fué al fomento de la marina española, de la cual fué el restaurador, y casi pudiera decirse el creador. Ya siendo intendente se habia debido á él la cédula de formacion de las matrículas de mar, la ordenanza general de arsenales, el reglamento de sueldos y gratificaciones, y otras instituciones para el régimen de los cuerpos de la armada. No solo se aprovechó Ensenada de los arsenales existentes ya, sino que construyó, ó ensanchó, ó enriqueció otros. A la ereccion del de Cartagena habia sido enviado el célebre don Antonio de Ulloa, y bajo la direccion del entendido jefe de escuadra don Cosme Alvarez se comenzaron las obras del astillero del Ferrol que se hizo uno de los mejores establecimientos navales del mundo. Levantó, pues, Ensenada el poder marítimo de España hasta un grado

que nadie creia entonces verosímil, ni aun posible. Aunque la idea que preocupaba á este ministro y que formaba la base de su política era que nada habia que temerse de Francia, y que por aquella parte estaba la España segura, sin embargo, creyó necesario y propuso aumentar el ejército de tierra; y para la defensa de la frontera hizo construir el famoso castillo de San Fernando de Figueras, uno de los mas fuertes baluartes de Cataluña y que llegó á ser una obra maestra de arquitectura militar; pero á no dudar su mayor afán y conato le puso en que España rivalizara en poder marítimo con Inglaterra, que era la nacion de quien él estaba receloso siempre. Así blasonaba de que no le faltaria nunca una escuadra de veinte navíos cerca del cabo de San Vicente, otra á la vista de Cádiz, y otra en el Mediterráneo, y de poseer España tantos buques de setenta y cuatro cañones como Inglaterra (2).

Tal habia sido el ministro que acababa de desterrar Fernando VI, y que habia desempeñado á un tiempo las secretarías del despacho de Guerra, Marina, Indias, Hacienda y Estado. Aunque esto solo bastaria para dar la pauta de su gran capacidad, concluiremos este capítulo con el juicio que acerca del talento é instruccion del célebre don Cenón de Somodevilla hace un historiador inglés, nada apasionado suyo, y con lo que despues de su caida decia de él el mismo monarca: «Su penetracion, sus vastos conocimientos, su exactitud y actividad en la direccion de los negocios no tienen límites, y rara vez habrán sido excedidos por nadie. El mismo Fernando, hablando de él, se burlaba de algunos de sus sucesores, á quienes causaba indisposiciones el trabajo, diciéndoles que habia despedido á un ministro que habia cumplido con todos sus deberes sin haberse quejado jamás de un dolor de cabeza (3).»

(2) En la *Representacion* que este ministro hizo al rey en 1751 proponiendo medios para el adelantamiento de la monarquía y buen gobierno de ella, se ve desenvuelto su pensamiento relativamente á las fuerzas de tierra y de mar que se proponia tuviera España. «Proponer (decia) que Vuestra Majestad tenga iguales fuerzas de tierra que la Francia, y de mar que la Inglaterra, seria delirio; porque ni la poblacion de España lo permite, ni el erario puede suplir tan formidables gastos: pero proponer que no se aumente el ejército, y que no se haga una decente marina, seria querer que la España continuase subordinada á Francia por tierra, y á Inglaterra por mar.—Consta el ejército de V. M. de 133 batallones (sin 8 de marina), y 68 escuadrones, que expresa la relacion número 3, y por la número 4, la distribucion en guarniciones, en plazas y costas que se hace de ella, de que resulta que solo vienen á quedar para campaña 59 batallones y 43 escuadrones.—La Francia, como se ve en la relacion número 5, tiene 367 batallones, y 235 escuadrones, de que se infiere que en el tiempo de paz se halla con 244 batallones, y 167 escuadrones mas que V. M., y abundancia de gente inclinada á la milicia para levantar prontamente cantidad considerable de tropas, pues á principios del año 1748 llegaba su ejército á 435,000 infantes y 56,000 caballos.

«La armada naval de V. M. solo tiene presentemente los 18 navíos y 15 embarcaciones menores que menciona la relacion número 6, y la Inglaterra los 100 navíos y 188 embarcaciones de la número 7.

«Yo estoy en el firme concepto de que no se podrá hacer valer V. M. de la Francia, si no tiene 100 batallones y 100 escuadrones libres para poner en campaña, ni de Inglaterra, si no hay la armada de 60 navíos de línea y 65 fragatas y embarcaciones menores que expresa la relacion número 8.»

Continúa exponiendo al rey las ventajas del aumento que proyectaba de las fuerzas marítimas y terrestres, atendida la respectiva posicion de las tres naciones, y señalando los medios de realizar estos planes.

Esta *Representacion*, que se publicó en el tomo XII del *Semanario erudito*, comprende tambien el estado de la hacienda, y el sistema de administracion que seguia y se proponia seguir Ensenada, y abraza otros varios puntos importantes de gobierno, que en este capítulo y en esta nota no hacemos sino indicar. Cuando hagamos la reseña crítica de los dos primeros reinados de la casa de Borbon juzgaremos con alguna mas latitud el gobierno y administracion del marqués de la Ensenada, así en la parte económica y militar, como en la política y literaria, y en los demás conceptos, de que en este capítulo no hacemos sino ligeras indicaciones que pueden servir como de llamadas.

(3) Despachos de sir Benjamin Keene á sir Tomás Robinson.—La-borde, Sucinta relacion de la desgracia del marqués de la Ensenada. MS.—William Coxe, Reinado de Fernando VI, c. 54.—Historia de la Marina española.—Las historias de las artes y de la literatura española.

(1) Inverosímil parece que hubiera quien se expresara así por lo serio.



# CAPÍTULO V

## Ofrecimientos de Francia á Inglaterra.—Neutralidad española

DE 1755 Á 1758

Estado de la corte despues de la caida de Ensenada.—Prudente política de los reyes.—Carácter y conducta de cada ministro.—Empeño y esfuerzos de franceses é ingleses para atraer á su partido la corte de España.—Gestiones del embajador francés Duras.—Artificios de la duquesa, esposa del embajador.—Digna respuesta de la reina.—Proposición por parte de Francia de un pacto de familia.—Enojo del rey.—Retirada del embajador.—Aliento que toma el ministro inglés.—Caida del confesor Rábago.—Rompimiento entre Francia é Inglaterra.—Confederación de varias potencias de Europa en favor de una ú otra de aquellas dos naciones.—Conquistación los franceses á Menorca.—Indignación en Inglaterra.—Cambio de ministerio.—Pitt.—Ofrecen los franceses la plaza de Menorca á España á condicion de ser ayudados en la guerra contra los ingleses.—Entereza é inflexibilidad de los monarcas españoles.—Conflicto en que los ponen los sucesos.—Firmeza de Fernando en su sistema de neutralidad.—Ofrecimiento de Gibraltar hecho por Inglaterra á España.—Otros halagos de los ingleses.—Condiciones que exigen.—Célebre nota del ministro Pitt al embajador Keene sobre este asunto.—Infructuosos esfuerzos del embajador británico.—Disposición de los reyes de España á no faltar á su sistema.—Enérgicas contestaciones del ministro Wal.—Enfermedad y muerte del embajador Keene.—Reemplázale Bristol.—Renuncia de Wal no admitida.

Aunque la caida de Ensenada llenó de esperanza y de orgullo al partido británico, tanto como abatió y desconcertó al francés, no varió la política de la corte tanto como los ingleses esperaron y como los franceses temieron. No sin intencion y propósito habian sido conservados en puestos mas ó menos importantes varios amigos, hechuras y parciales del magnate desterrado. El ministro Wal, y su amigo el duque de Huescar, ó de Alba, observaban con extrañeza la oposicion que sus proyectos encontraban en los reyes, y no sorprendia menos á la Gran Bretaña ver que no eran admitidas sus proposiciones. Y era que entraba en la política de los soberanos españoles ni dejar tomar demasiado ascendiente á aquellos dos personajes, ni dejarse arrastrar por Inglaterra en los compromisos de sus querellas con Francia. Habian salvado un escollo, y huian de caer en el opuesto.

Disgustaban al duque de Alba los obstáculos con que tenia que luchar, y parte por orgullo, parte por indolencia, so pretexto de falta de salud se alejaba frecuentemente de Madrid abandonando los negocios políticos. Wal, aunque contrario á los proyectos de la Francia, y adicto á Inglaterra por sus amistades y relaciones y por cierta inclinacion ó amor de patria, como irlandés que era, no se atrevia, ni á contrariar el sistema de neutralidad adoptado por sus soberanos, ni á chocar con la preocupacion nacional contra los extranjerios, apareciendo demasiado parcial hácia su patria antigua. Y don Julian de Arriaga, encargado de la secretaría de Indias, si bien con cierta dependencia de Wal, que le tenia reducido á ser como su oficial mayor, ni olvidaba que habia debido á Ensenada toda su carrera, ni respondió á sus recientes protectores del modo que ellos se habian prometido, ni ejercia tan escaso influjo como el que ellos ya querian, viendo que no hacia nada para calmar las quejas de los agravios que se emitian contra Inglaterra. El ministro de Hacienda Valparaíso, no el mas á propósito para el despacho y direccion de los negocios de aquel ramo, tenia que fiarse de los oficiales de la secretaría, en su mayor parte hechuras de Ensenada. Caballerizo de la reina, y hombre de dilatada familia, no obraba con la independencia de Alba y de Wal. El de la Guerra, don Sebastian de Eslaba, capitán general de ejército, dignidad la mas alta de la milicia, hombre íntegro á toda prueba, enérgico y vivo á pesar de su avanzada edad, se mostró completamente adherido á las miras y á los deseos de su soberano, y aunque antes se le habia tenido por afecto á los ingleses, viósele propender despues tan manifestamente á favor de la Francia, que el ministro británico Keene usó para calificar su conducta la donosa expresion de que *revivia en él el alma de Ensenada*. Por otra parte, no solo los gobernadores de las principales plazas

fuertes y de comercio de España eran los mismos que Ensenada habia colocado, como lo eran los empleados en los tribunales y en las oficinas generales de la administracion, sino que por influjo de la reina fueron repuestos en sus destinos algunos de los que habian caido envueltos en la desgracia de Ensenada, entre ellos uno nombrado Gordillo, contador de palacio, que reemplazó á Ordeñana en la plaza de oficial mayor del ministerio de la Guerra, y era uno de los que mas se nombraban en los papeles y sátiras populares que por aquel tiempo corrieron (1755).

Era tanto mas sensible á los ingleses ver desvanecidas, ó fluctuantes por lo menos, las esperanzas de triunfo que habian fundado en la caida de Ensenada, cuanto mas de cerca amenazaba un rompimiento formal entre las dos naciones rivales, y de que eran como el anuncio los parciales choques que habian tenido en las Indias Orientales, á orillas del Ohio, y en las fronteras de Nueva Escocia. Y aunque ambas aparentaban querer con negociaciones evitar la guerra, era lo cierto que habian salido ya dos escuadras para los mares de América, de los puertos de Francia la una, de las costas de Inglaterra la otra. Así ambas cortes redoblaron sus esfuerzos para hacer inclinar la de España en favor suyo y arrastrarla á tomar parte en sus desavenencias.

Sin tregua ni descanso trabajaba el embajador francés Duras; de ministro en ministro andaba, afanoso por ganar alguno, y no encontrando sino respuestas evasivas en todos, apeló al favor y á la mediacion de Farinelli, quien para eludir los importunos agasajos del ministro francés, tuvo que decirle que él no era diplomático, sino músico. Parecióle á la corte de Versalles que la duquesa, esposa del embajador, seria mas á propósito para insinuarse con la reina misma, y que sabria sacar mejor partido, recordando tal vez los buenos oficios que en tiempo de Carlos II habia hecho á la corte de Francia la duquesa de Harcourt. Pero no fué tan afortunada la de Duras en su comision. Puso en manos de la reina una carta confidencial y en extremo afectuosa de Luis XV, invitándola á que se correspondieran y entendieran los dos secreta y directamente, y á que le contestara en francés, á fin de que el rey Cristianísimo no tuviera necesidad de participar á sus ministros la respuesta. La reina doña Bárbara, comprendiendo el peligro en que pudiera envolverla el misterio, tomó la carta y la entregó al rey su esposo en presencia de los ministros. Indignó á Fernando la artificiosa conducta de la corte de Versalles y el impolítico paso de la mediadora, y encargó la contestacion al ministro de Estado Wal, la cual habia de ser en español, y habia de ser presentada á su primo, no por conducto de la duquesa de Duras, sino del embajador de España en Paris, «que para eso, añadió muy discretamente el rey, tengo mis ministros en las cortes extranjerias.» La respuesta que le dió iba concebida en términos generales, y tales como correspondian á las buenas relaciones de amistad y de familia que mediaban entre ambos soberanos. Y como en otra conferencia la embajadora de Francia se atreviera á quejarse á la reina de la parcialidad que decia notar en Wal, y á indicarle el gusto con que su soberano se entenderia con otro ministro que fuese menos inclinado á los intereses de Inglaterra, comprendiendo la reina el objeto de la indicacion, le respondió con cierto suave desenfado: «El rey mi esposo nombra los ministros á su gusto, y yo no podria entrometerme en esto: cuanto mas que nosotras las mujeres no entendemos de estos asuntos, propios de los soberanos y sus ministros, y no nos toca sino esperar lo que ellos dispongan y hagan (1).»

Volvió por su parte el embajador, apretado ya por los sucesos, á emprender oficialmente sus gestiones, presentando á nombre de su soberano una nota, en que despues de dar muchas quejas sobre agravios inferidos por los ingleses, y de hablar duramente de sus injustas agresiones y de lo que llamaba sus infamias, excitaba en el rey los afectos de la sangre, le recordaba los sacrificios de Francia para colocar á su padre en el trono español, y le proponia un pacto de familia. Leyó además un papel separado, en que despues de significarle que

(1) Cartas de Keene á Robinson, octubre, 1755, en William Coxe, Reinado de Fernando VI, c. 55.



sus ministros le ocultaban lo que pasaba en América, y aun en España, concluía aconsejándole que por su interés y por el de su pueblo consultara y oyera á otros hombres que tenia alejados del poder. Como un desacato y una falta de reverencia á su dignidad recibió Fernando este paso del embajador; necesitó apelar á la prudencia para no dejarse arrebatar de la ira, le dió de pronto una respuesta desdenosa, llamó luego al duque de Alba y á Wal, y les manifestó que se estaba en el caso de despedir al embajador francés. Templaron no obstante aquellos su enojo con prudentes reflexiones, y lograron reducirle á que diese una respuesta moderada y digna. En ella exponía la situación de España con relación á las demás potencias, y sin dejar de mostrar sus vivos deseos de vivir en amistad con Francia, no olvidando nunca los lazos de parentesco que le unían á aquella real familia, declaraba estar decidido á consagrarse á hacer el bien de sus súbditos y á procurarles los beneficios de la paz de que habían carecido tanto tiempo, sin mezclarse ni tomar parte alguna en las contiendas de otras naciones, mientras no le obligara á ello una necesidad muy justificada.

Todavía no desistió la corte de Versalles. No pudiendo hacer á España auxiliar suya, intentó hacerla mediadora de sus querellas con la Gran Bretaña, relativas á las colonias de América. Esta proposición, al parecer modesta y sencilla, llevaba envuelto el propósito de excitar durante la negociación los celos mercantiles entre España é Inglaterra. Pero este designio se estrelló también en la inquebrantable resolución de Fernando VI, que huyendo hasta de la posibilidad de comprometerse por uno de los dos partidos ó de las dos naciones rivales, esquivó el honroso papel de mediador, diciendo que no podía serlo quien tenia también disidencias propias que zanjar con la Gran Bretaña, las cuales procuraba arreglar directa y amistosamente, y aconsejaba al monarca francés que procurara hacer lo mismo á su ejemplo en bien de la tranquilidad general. Y por último, deseoso de descansar de las mortificantes instancias del embajador francés, que cada día le acosaba con un nuevo artificio, pidió á la corte de Francia su separación, y como esta no pudiera negársela, tuvo que retirarse de Madrid el embajador duque de Duras (octubre, 1755).

Esta entereza del rey, y el resultado de esta lucha diplomática con Francia reanimó al partido inglés, y muy principalmente al embajador Keene, que no menos activo y más sagaz que el de Francia, aprovechó aquella ocasión para renovar mañosamente sus antiguos ataques contra el jesuita Rábago, confesor del rey, que milagrosamente había sobrevivido á la caída de Ensenada. Agregó á los papeles que ya tenía otros que le había ido suministrando la corte de Portugal, concernientes á su conducta en el asunto relativo al tratado con aquel reino, y al proceder de los jesuitas del Paraguay en el ruidoso negocio del cambio de las siete colonias españolas por la del Sacramento, y examinados los documentos por el rey, ordenó la separación del confesor (enero, 1756). En ella no dejó de tener parte el ministro de Portugal Carvalho, y Keene se prometía que á la caída del confesor seguiría la de otras hechuras de Ensenada, que conservaban aun sus empleos.

Así las cosas, llegó el caso de estallar seriamente el rompimiento entre Inglaterra y Francia, primeramente en los mares del Nuevo Mundo, después en el continente europeo. Dejemos á cada una de estas dos naciones culparse recíprocamente de haber sido la agresora y de haber dado principio á una lucha que ambas deseaban, y que hacía mucho tiempo se tenía por inevitable. Rota la paz, cada uno procuró robustecerse con la alianza y auxilio de otras potencias, y cada potencia fué tomando posición y colocándose al lado de aquella á que la inclinaba su interés, ó á cuyo arrimo esperaba vengar mejor el resentimiento que contra la otra tuviera. Sorprendió á Inglaterra verse abandonada en esta ocasión, por una causa semejante, de la emperatriz de Austria, y celebrarse una alianza entre las cortes de Viena y de Versalles. En cambio se confederaron Inglaterra y Prusia por medio de un convenio que se firmó en Londres (enero, 1756). Púsose Rusia de parte de Francia y Austria, anulando la emperatriz un tratado de

subsídios que antes había hecho con Inglaterra. Suecia abrazó también la causa de Francia. Holanda y Dinamarca se mantuvieron neutrales. Cuando en Londres se declaró y publicó la guerra (18 de mayo, 1756), no se hizo sino llenar una formalidad, porque la guerra existía hacia ya tiempo en América y en Europa. No de los sucesos de esta gran lucha, sino del papel que representó en ella nuestra nación es de lo que nos corresponde dar cuenta.

Interesado el gabinete de Versalles en comprometer en ella á España, proyectó dar un golpe que al paso que quebrantara el poder de Inglaterra en Europa, le sirviera para decidir á España en favor suyo por el agradecimiento. Sabía muy bien el gobierno de Luis XV de cuánta estima y de cuánto precio sería para el rey de España y para los españoles la recuperación de alguna de las dos importantísimas plazas que los ingleses tenían en nuestros dominios, Gibraltar y Menorca. Ya los ingleses con este recelo habían enviado al almirante Byng al Mediterráneo con una flota para que vigilara por su seguridad. Pero habíanse anticipado los franceses á dar el golpe que tenían premeditado, con esa viva actividad que los ha distinguido siempre en las guerras. Una escuadra de doce navíos de línea que conducía doce mil hombres al mando del mariscal de Richelieu partió del puerto de Tolon y se lanzó rápidamente sobre Menorca, desembarcando sin oposición, y obligando al gobernador y guarnición inglesa á encerrarse en el fuerte de San Felipe que domina la plaza. El almirante inglés Byng, que acudía con su flota al socorro de la apurada guarnición, fué detenido por otra flota francesa que le salió al encuentro, y le obligó á retroceder á Gibraltar (20 de mayo de 1756). La guarnición de Menorca, después de haberse defendido con arrojo, se vió precisada á rendirse y entregar la fortaleza (28 de junio). Así pasó á poder de los franceses la plaza de Menorca, que se miraba como rival de Gibraltar, y se tenía por tan inexpugnable como ella. Como una calamidad nacional se consideró en Inglaterra este suceso: estalló una indignación general, y ya exagerada, contra el desgraciado Byng, desencadenándose contra él la ira popular, y para satisfacer el clamor de venganza que se levantó en el pueblo, se le llamó, se le encarceló en Greenwich, y se le sometió al juicio de un tribunal (1). También recayó la indignación de los ánimos sobre la incapacidad é indolencia de los ministros, y aquel suceso produjo la caída del ministerio Newcastle y la elevación de Pitt, si bien á poco tiempo fué necesaria una modificación en que quedaron juntos estos dos ministros, aunque Pitt fué el que resumió en su persona el favor del rey y la confianza del pueblo.

Sobre haber alentado estos primeros reveses de Inglaterra al partido francés en Madrid, tan contrariado desde que faltó del ministerio Ensenada, no hubo halago con que no tentara á los monarcas españoles la corte y el gobierno de Luis XV. Una de las proposiciones que les hicieron, y esto de acuerdo con la corte de Viena su aliada, fué la de colocar al príncipe de Parma don Felipe en el trono de Polonia, que se suponía muy en proximidad de quedar vacante por la débil y quebrantada salud de Augusto, Elector de Sajonia, que le ocupaba. Este pensamiento fué acogido con avidez y sostenido con empeño por la reina viuda de España, madre de Felipe y madrestra de Fernando. Pero Fernando y Bárbara que no participaban del interés de Isabel Farnesio por el engrandecimiento de los hijos del segundo matrimonio de Felipe V, no quisieron sacrificar á él la paz de España como en el anterior reinado, ni dar ocasión á que se encendiera una nueva guerra por un asunto de familia.

Más tentadora fué para ellos la proposición que luego les hizo la Francia de cederles la recién conquistada plaza de

(1) Duró su proceso hasta el año siguiente: bien preveía él la catástrofe que le aguardaba por término de su larga y honrosa carrera, cuando decía á sus amigos: «No os fatigéis en defenderme, porque mi proceso no es el examen de mi conducta, es un negocio de política y de cálculo.» En efecto, el suplicio á que fué condenado Byng fué generalmente considerado como un sacrificio que los ministros hicieron á la opinión pública que los acusaba á ellos mismos de negligencia, y cuya acusación quisieron encubrir con un acto de horrible injusticia.—Continuación de la Historia de Inglaterra de John Lingard, c. 69.



Menorca, y de ayudarlos á la reconquista de la de Gibraltar, con tal que se adhirieran á la alianza contra Inglaterra. Tenia esta propuesta, sobre su propio aliciente, la circunstancia de ser apoyada con todo el influjo de la reina de Hungría, emperatriz de Austria; la cual escribió una carta particular á la reina, manifestándole su deseo de ver íntimamente unidas las dos grandes monarquías de la casa de Borbon. Y para inclinar á Fernando á que se adhiriera al tratado de Versalles, se habia hecho escribir un preámbulo que contenia la resolucíon de las dos potencias contratantes de no comprometer á ninguna de las otras en las disputas particulares entre Inglaterra y Francia, con cuya cláusula parecia deberian desvanecerse los escrúpulos de Fernando. Mucho temió el embajador inglés que de resultados de un ofrecimiento tan halagüeño y con tan poderoso influjo apoyado viniera á tierra el sistema de neutralidad de Fernando y de la reina, hasta entonces con tanta firmeza sostenido; mucho mas cuando veia inclinados á la aceptacion de aquel ofrecimiento á personajes como el nuevo confesor del rey, y como el marqués de la Mina, capitan general de Cataluña. Solo fiaba en la influencia del duque de Alba, y en que no lo consentiria un ministerio en que estaba el caballero Wal.

De no dejarse fascinar ni seducir fácilmente dieron en esta ocasion buena prueba los monarcas españoles. Cuando el ministro Wal hacia lectura del preámbulo del tratado de Versalles, al llegar á las palabras: *No queriendo S. M. Cristianísima comprometer á ningun príncipe en su querella particular con Inglaterra*, le interrumpió Fernando diciendo: *Excepto á mí*. Y la reina doña Bárbara contestó á la carta confidencial de la emperatriz Maria Teresa en términos muy estudiados y que no podian traerle ningun compromiso, y respecto al párrafo en que le hablaba de la conveniencia de la union de los dos Borbones, decíale la reina en muy políticas frases, que no le parecia asunto propio de una correspondencia amistosa entre dos mujeres (1). Pero desconfiaba el ministro británico de Farinelli, muy afecto siempre á la emperatriz de Austria, muy de la confianza de la reina de España, y que desde la caida de su amigo Ensenada conservaba cierto resentimiento con Alba y Wal, y los hubiera visto con gusto reemplazados. Mantuviéronse no obstante, así la reina como el rey, inflexibles en su sistema, resistiendo hasta á las peticiones de socorros particulares que la corte de Viena les hacia; y cuando la emperatriz reclamó, ya no como socorro, sino como pago, una cantidad de diez mil doblones que España debia á aquella corte, contestó Fernando que el envío de una suma cualquiera, por pequeña que fuese, podia interpretarse en aquellas circunstancias como subsidio. Así iban los soberanos de España eludiendo mañosamente todos los ardides que se empleaban para empeñarlos en favor de una ó de otra de las potencias rivales y comprometerlos en la guerra.

En extremo difícil era el sostenimiento de este equilibrio, tanto mas, cuanto que diariamente estaban ocurriendo choques y conflictos producidos por las presas que mutuamente se hacian los corsarios de una y otra nacion, en los cuales tenian muchas veces que intervenir los gobernadores y empleados subalternos de España, que no era fácil se condujeran siempre con la imparcialidad y la prudencia que los reyes observaban y que hubieran deseado en todos; lo cual producia quejas y reclamaciones, que comprometian á las autoridades superiores, al mismo gobierno y á la nacion entera. Refiérese entre otros casos el siguiente. Un corsario inglés, el *Anti-francés*, apresó un buque de Francia, el *Duque de Pentievre*, que venia de las Indias occidentales. El vice-almirantazgo de Gibraltar la declaró buena presa en vista de los documentos que le fueron presentados. A su vez los agentes franceses trabajaron por acreditar que la presa era ilegítima y atentatoria á la neutralidad de la costa española en que se habia hecho la captura, y lograron que el ministro Eslaba diera orden para que inmediatamente fuese devuelto el *Duque de Pentievre*: y como el capitan inglés se resistiera á obedecer esta orden, se usó de la fuerza, y dos navíos espa-

ñoles le obligaron á rendirse. Pedian los ingleses satisfaccion de este ultraje; el rey Fernando se indignó contra Eslaba, mucho mas no siendo él á quien como ministro de la Guerra tocaba entender en aquel asunto; mandó suspender todo paso ulterior, y diciendo que no queria mas Ensenadas, declaró que era menester separar á Eslaba. Pero faltó resolucíon para llevar á efecto esta medida, y se fué dejando á este ministro continuar en su puesto; porque don Ricardo Wal, que era quien hubiera podido y á quien correspondia ejecutarla, se habia hecho tímido, huyendo por una parte de la acusacion que se le hacia de afecto á los ingleses, y temiendo por otra arrostrar la impopularidad de la separacion de un general anciano, que conservaba cierto prestigio por sus antiguos servicios, y tenia muchos partidarios en las oficinas.

Wal era pundonoroso, y bastaba que los franceses le acusaran de estar vendido á Inglaterra para que él hiciera estudio en no darles ni armas ni pretexto que pudiera justificar, ni en apariencia, aquella calificacion. Además que el proceder de los marinos ingleses, especialmente de los corsarios, no los hacia acreedores á que un ministro justo, siquiera fuese adicto á su nacion, se interesara por su causa. Al contrario, las quejas que se tenian de sus nuevas vejaciones no solo entibiaron la antigua amistad entre Wal y Keene, sino que hicieron renacer las disputas sobre el contrabando de América y sobre la extension de los establecimientos ingleses en el golfo de Honduras y en la costa de los Mosquitos (1757).

Con motivo de estas nuevas discordias, y sobre todo temerosa la Gran Bretaña de que los ofrecimientos del gabinete francés al español hicieran por último á este inclinarse del lado de Francia, resolvió el nuevo ministerio Pitt tentar el último esfuerzo para comprometer en su causa á la corte española, valiéndose de los mismos medios que los franceses, y haciéndole proposiciones mas ventajosas que las de aquella nacion, y á cuyo cebo se lisonjaba de que difícilmente podria resistir. Consistian aquellas en ofrecer á España la restitucion de Gibraltar y la evacuacion de los establecimientos ingleses en el golfo de Méjico, con tal que España se uniera á Inglaterra contra Francia, y la ayudara á la recuperacion de Menorca. El despacho en que el ministro Pitt encomendaba esta negociacion al embajador inglés en España sir Benjamin Keene es un notabilísimo documento diplomático. En él se ve la importancia grande que el ministerio inglés daba á este negocio, en cuyo buen éxito parecia cifrar la salvacion de Inglaterra en la desventajosa y apurada situacion en que se hallaba, y la delicadeza suma con que conocia deber ser conducida la negociacion, para no ofender la dignidad y el orgullo de la corte española.

Despues de hacerle una pintura melancólica de la situacion de aquel reino, y de describirle el espectáculo penoso que ofrecia ver los Estados que formaban la antigua herencia de Su Majestad Británica presa de la Francia, el estado lamentable del ejército de observacion, «que ya no existe para nosotros el imperio, que se han entregado los puertos de los Países Bajos, que el tratado holandés de portazgos no existe ya, que hemos perdido el Mediterráneo y Menorca, y que la misma América nos ofrece bien escasa seguridad;» y despues de manifestarle que el remedio de aquella crisis angustiosa le esperaban solo de poder interesar en su favor á España, le decia: «Tiene el rey tal confianza en vuestra capacidad y en vuestro gran conocimiento de la corte de Madrid, que seria inútil enviaros órdenes particulares é instrucciones relativas al modo de proponer esta idea, ó de presentarla bajo un aspecto tan ventajoso, que halague las pasiones de la corte y embargue los ánimos todos. Se espera no obstante que el orgullo español y los sentimientos personales del duque de Alba se hallarán esta vez en armonía con el interés principal de España, que no podria envanecerse de conservar el sistema de un egoísmo estrecho y mezquino, y de guardar una neutralidad expuesta y sin gloria..... El caballero Wal no podrá dejar de conocer que conviene al interés de un ministro abrazar con ardor las opiniones nacionales y caballerosas de la nacion que sirve.....

»Tambien debo comunicaros, segun las órdenes de Su Majestad, otra idea importante, íntimamente enlazada con la

(1) Despachos reservados de Keene á Fox, 1756.



medida que se trata y emana de ella naturalmente; la cual es de tal naturaleza que debe halagar los deseos é intereses del derecho presunto, y será para vos, al menos así lo espero, un manantial de que podreis sacar ventajas para vuestra negociacion..... El objeto favorito del rey de Nápoles en haber negado su adhesión al tratado de Aranjuez no puede ser otro que el de asegurar á su hijo segundo la sucesión eventual del reino de que disfruta S. M. Siciliana en este momento, en caso de que llegase á sentarse en el trono de España. Mira el rey como asunto del mayor interés que V. E. trate de penetrar la opinión del rey y de la real familia, así como de la nación española, relativamente á este punto, que se halla en el orden de las cosas posibles. Me manda S. M. que os encargue en esto la mayor prudencia y una nimia circunspección al tocar esta cuerda sensible. Procurareis, pues, darle ideas exactas sobre un asunto que para nosotros es ahora de la mayor oscuridad, y en el que sin duda debe tropezarse con tantos intereses personales, tantas pasiones domésticas entre las frentes coronadas y príncipes de la familia de España.....

»Antes de terminar este oficio, muy largo ya, debo encargáros, conforme á las órdenes particulares de S. M., que empleéis el mayor sigilo y mucha circunspección en las proposiciones que hareis del proyecto condicional relativo á Gibraltar; no sea que se interprete mas tarde como una promesa de restituir esta plaza á S. M. C., aun cuando España no aceptase la condición que exigimos para esta alianza. En el curso de toda esta negociacion relativa á Gibraltar tendreis particular cuidado de pesar y medir cada expresion en el sentido mas terminante y menos abstracto, de modo que sea imposible cualquiera interpretacion capciosa y sofística, que diese á esta proposicion de cambio el carácter de renovacion de una soñada promesa de ceder aquella plaza. A fin de hablar de un modo todavía mas claro y mas positivo en asunto de tan alta importancia, debo advertir expresamente, aunque esto no me parezca necesario, que el rey no puede, ni siquiera en el caso propuesto, abrigar el pensamiento de entregar Gibraltar al rey de España, hasta tanto que esa corte por medio de la union de sus armas con las de S. M. haya realmente reconquistado y restituido á la corte de Inglaterra la isla de Menorca con todos sus puertos y fortalezas..... (1).»

Recibió el embajador esta comunicacion con disgusto, porque mas conocedor que el ministro del espíritu y disposicion de los reyes y de la corte de España, comprendia que la comision, sobre muy delicada, habria de ser ineficaz; y que si bien el ofrecimiento tenia á primera vista algo de seductor y atractivo, la condición era sobrado dura para ser admitida por una corte que habia resistido á proposiciones menos onerosas de Francia. Aceptó no obstante el cometido que le confiaba su soberano, y dió principio á su desempeño hablando al ministro Wal con todas las precauciones y con toda la timidez de quien recelaba que la sola insinuacion de la propuesta excitara el enojo del ministro y le costara un bochorno y un desaire. Así fué que en la primera conferencia, á pesar de la maña y habilidad con que Keene le hizo la primera indicacion, no pudo menos de oír acaloradas reconvenciones del ministro de España. «¿Cómo es posible, le decia, oír vuestras proposiciones, cuando la bandera española está siendo cada día ultrajada por los corsarios ingleses, sin que uno solo haya sido castigado por vuestro gobierno de dos años á esta parte? ¿Cómo puede haber amistad con una nacion, que si tiene buenas leyes, ó no sabe ó no quiere castigar á los que las infringen? ¿Ni cómo España ha de fiarse de un gobierno como el británico que está consintiendo las usurpaciones que los súbditos de su nacion hacen en América?»

Con la calma de un verdadero inglés aguantó Keene este primer desahogo del resentido ministro, que aun en la segunda entrevista, como el embajador le indicase que la falta de castigo de unos pocos criminales no debia ser obstáculo para la realizacion de los grandes proyectos que convinieran á las dos naciones, le respondió con el mismo calor: «Ni uno solo de esos tunantes ha sido castigado en dos años: ¿cómo podria

defenderme yo ante un país y ante unos monarcas tan celosos de sus fueros y de su independencia, cuando ya me tachan de afecto á los ingleses?» Y dióle despues á entender que España sabria hacerse justicia á sí misma, si quien debia hacerlo no se cuidaba de ello, y añadió: «España tiene catorce navios de guerra en aquellos mares, y cuando quiera podrá tener seis mas.» Y en cuanto al ofrecimiento de restitucion condicional de Gibraltar, contestó evasivamente excusándose con que, extranjero como era en España, no podria contar para ello con ninguno de sus colegas, «cuyos sentimientos, le dijo, que son los mismos de la nacion, los inclinan á no comprometerse en una guerra con Francia por vuestros intereses.»

No quedó mas airoso el ministro inglés en el otro punto de su comision relativa al proyecto de prestar apoyo al rey de Nápoles, á fin de asegurar á su hijo segundo la posesion de las Dos Sicilias en el caso de llegar á sentarse en el trono de España. Como inútil consideraba sir Benjamin Keene toda explicacion que se intentara sobre este asunto. «Suponiendo, le decia á Pitt, que se entablase la negociacion, no veria el rey de España con gusto, á lo que entiendo, que la Inglaterra ni cualquier otra nacion se mezclara en las disputas con su hermano el rey de Nápoles; porque aquí se mira este negocio como cosa de familia, en que nadie tiene derecho de intervenir..... La opinion de la nacion española en general es que aquellos Estados deben de volver á la corona de España, por haber sido conquistados con sus armas y tesoros, y que ni el rey difunto ni la reina tuvieron facultades para separarlos de la monarquía.»

Por último, terminaba Keene su larguísima contestacion al ministro (6 de setiembre, 1757), no dándole esperanza alguna de buen éxito en ninguno de los extremos que abrazaba la delicada comision que le habia encomendado, atendida la disposicion del ministro Wal y la inflexibilidad de los reyes; lamentábase de haber tropezado con obstáculos insuperables, que atribuia á su mala estrella ó á su corta capacidad, y concluia rogándole intercediese con su soberano para que le permitiera retirarse á causa del lastimoso estado de su salud (2).

Era en efecto tan lamentable el estado de la salud de este embajador, que en carta confidencial que á los pocos dias escribió al ministro británico (26 de setiembre, 1757), le decia: «Añadiré, con no menos verdad que resignacion, que si no recibo sin pérdida de un minuto licencia de S. M. para dejar este puesto y salir de aquí, tengo fundados temores de que llegue demasiado tarde.» Y se cumplió su triste pronóstico. Cuando le fué enviado el permiso para que pudiese regresar á Inglaterra á respirar los aires de su país natal, Keene habia dejado ya de existir. Su larga comunicacion sobre el ofrecimiento de Gibraltar fué el último despacho que escribió este célebre y hábil diplomático. Su muerte, dice un historiador de su nacion, dejó un gran vacío en la diplomacia de Inglaterra; si bien el sucesor que se nombró, conde de Bristol, era tambien un personaje de reputacion y de reconocida capacidad, aunque le faltaba aquel conocimiento del carácter español que habia adquirido Keene con la experiencia y el trato de muchos años.

Tambien por este tiempo se habia resentido la salud del ministro Wal, y obligádole á presentar su renuncia, lo cual hizo en un extenso escrito. Verdad era que su salud se habia quebrantado, pero éralo tambien que tenia parte en aquella resolucion el disgusto que le producian los gravísimos negocios que tenia á su cargo. La reina y el rey no juzgaron prudente admitirle la dimision en aquellas circunstancias; al contrario, una y otro le comprometieron de la manera mas lisonjera y honorífica á que permaneciese algun tiempo mas en su puesto. No era ya mucho el que podian prolongarse los dias de la misma reina, á juzgar por los padecimientos que la aquejaban, y por desgracia tampoco Fernando estaba destinado á dar á España muchos años de paz y prosperidad; pero á la narracion de este deplorable suceso habremos de consagrar otro capítulo.

(1) Dice Coxe que se ocupó Pitt con mucha atencion durante tres dias en redactar este despacho.

(2) Despacho muy reservado de sir Benjamin Keene al ministro Pitt. —William Coxe le inserta íntegro en el cap. 57 de su historia.



## CAPÍTULO VI

Muerte de la reina doña Bárbara.—Muerte de Fernando VI.—Su gobierno y administracion

DE 1758 A 1759

Presentimiento de la reina doña María Bárbara.—Su enfermedad: su fallecimiento.—Profundo dolor del rey.—Retírase á Villaviciosa.—Enferma de melancolía.—Circunstancias notables de su enfermedad.—Su muerte.—Carácter y virtudes de Fernando VI.—Cómo socorria la miseria pública.—Medidas económicas.—Los pósitos, y su administracion.—Moralidad de los empleados públicos.—Estado de la hacienda y de las rentas reales.—Giro de letras.—Caudales de Indias.—Arbitrios.—Pago de deudas atrasadas.—Fábricas y manufacturas.—Ejército y marina.—Proyecto de la única contribucion directa.—Memoria de Ensenada sobre todos estos puntos.—Sobranque que dejó Fernando VI en las arcas públicas.—Cédulas y pragmáticas reales sobre varias materias de moral y costumbres sociales.—Movimiento intelectual en este reinado.—Academia de Nobles Artes.—Otras academias.—Viajes científicos.—Comisiones para el reconocimiento de los archivos del reino.—Fruto y resultados de esta medida.—Curiosa correspondencia del P. Burriel.—Proyecto sobre archivos judiciales.—Otras comisiones literarias.—Desarrollo de la cultura intelectual.—Agradable memoria que dejó á los españoles este monarca.

La paz y el bienestar que España disfrutaba tras largos reinados de agitaciones y de guerras, merced al sistema de neutralidad con tanta perseverancia seguido por Fernando VI y su esposa, duró por desgracia menos de lo que el reino necesitaba para acabar de reponerse de sus pasados quebrantos; porque tambien fué mas corta de lo que habria sido de desear la vida de estos pacíficos y benéficos monarcas.

Pareció haberlo presagiado de sí misma la reina. Cuando las religiosas destinadas á habitar el real monasterio de las Salesas de Madrid pasaron á ocupar aquel suntuoso edificio, cuya ereccion habia sido debida á la piedad de la reina doña Bárbara de Braganza, al terminarse la solemne ceremonia de la instalacion de la comunidad y de la consagracion de aquel magnífico templo (25 de setiembre, 1757), la régia fundadora se despidió de las ilustres religiosas diciendo: *Ya no nos veremos mas en este mundo*. Y así se realizó. Su enfermedad habitual se fué agravando cada dia, y acabó de desarrollarse de un modo terrible en Aranjuez, donde se trasladó la corte. Pero aun se prolongó su padecimiento por bastantes meses, en cuyo tiempo tuvo aquella señora lugar para dar ejemplo de paciencia y de resignacion cristiana: que además de otras dolencias, llenóse aquel cuerpo, tan hecho á la comodidad, al aseo y al regalo, de multitud de tumores, que le producian dolores acerbos (1). Luchando con esta terrible penalidad, pero mostrando siempre una admirable y piadosa conformidad con la voluntad divina, arrastró aquella buena reina su penosa existencia hasta el 27 de agosto (1758), en que Dios se sirvió sacarla de aquel martirio para llevarla á mejor vida.

(1) El dean Ortiz, en su Compendio cronológico de la Historia de España, lib. XXIV, cap. 3.º dice que la enfermedad de esta reina consistió en una especie de enjambre de inmundos insectos que de su cuerpo brotaban, y se le consumian al mismo tiempo, «con tal abundancia que no la pudieron redimir los recursos de la medicina, de la majestad y de la limpieza.»—Esta noticia, no sabemos si tomada por Ortiz de algun otro autor, ha sido tan generalmente admitida, que apenas se cita en España un caso de esta terrible enfermedad que no se recuerde al momento el de la reina doña Bárbara.

Y sin embargo estamos persuadidos de que no padeció semejante enfermedad aquella señora. Nos fundamos para esto en un circunstanciado informe ó noticia desde el principio de su enfermedad hasta su fallecimiento, acompañada de reflexiones, dada por un médico de cámara, que se halla entre los manuscritos de la biblioteca del duque de Osuna, y ha sido impreso en el tomo XVII de la Coleccion de Documentos inéditos.

Tenemos además á la vista una exposicion manuscrita de otro facultativo que pretendia curar á la reina por un nuevo sistema, su fecha 8 de agosto de 1758, con cuyo motivo hace tambien una descripcion de la enfermedad, en todo conforme con la del médico antes citado; pero ni uno ni otro hacen la menor mención de la plaga de asquerosos insectos de que se dice comunmente con Ortiz haber sido víctima aquella señora.—Hállase este último documento en un grueso volumen de la Coleccion de Macanaz, perteneciente á la Real Academia de la Historia, Est. 26, grada 5.ª D. 114.

Su cadáver fué trasladado la noche siguiente al monasterio de las Salesas Reales, donde se habia hecho labrar su sepulcro (2).

El rey, agobiado de pena, partió aquel mismo dia á encerrarse en el palacio de Villaviciosa de Odon, llevando consigo á su hermano el infante don Luis, y algunas personas de su servicio, á quienes tenia en particular estimacion. Allí retirado, notósele á los pocos dias irse dejando dominar de la melancolía á que por su naturaleza era propenso, y á que contribuyó poderosamente la profunda afliccion que le causó la pérdida de su amada esposa, pérdida á que no hallaba consuelo y con que no podia resignarse. El disgusto que le atormentaba le hizo abandonar distracciones y negocios, quedando estos completamente paralizados, porque ya se negaba á ver hasta á las personas de su mayor confianza y cariño, y ni Arriaga, ni Eslaba, ni Wal, ni el mismo infante don Luis lograban poder entrar en su aposento, donde reinaba un silencio sombrío (3). Pronto comenzó á hacer extravagancias, que se atribuian á genialidad suya, pero que eran verdaderos síntomas característicos de la enfermedad. Empeñóse en no dejarse cortar el cabello ni afeitarse la barba. Dejó su lecho habitual, y se acostaba en una pobre y humilde cama, como embutida en una angostísima alcoba. Al principio dormia bien, pero despertaba siempre sobresaltado. Figurábasele unas veces que se sentia ahogar, otras que le iba á dar un accidente, y otras que le destrozaban su cuerpo por dentro. Aprendió que la comida le exasperaba, y comenzando por abstenerse de toda cosa sólida, y reducirse á un solo caldo muy de tarde en tarde, concluyó por dejar pasar treinta y seis ó cuarenta horas de uno á otro líquido. Paseábase por su cuarto en bata y camisa por espacio de diez ó doce horas sin darse descanso; ejercicio admirable en el estado de extenuacion en que necesariamente iba cayendo, y al que se atribuyó el que le bajara á una pierna cierta hinchazon con dolor y rubicundez, que le obligó á dejar los paseos. Las ideas tristes y melancólicas que le mortificaban las repetia innumerables veces, exigiendo siempre que se respondiese á ellas, pero sin que ninguna respuesta ni explicacion le pudiera persuadir ni satisfacer; y como esto se repetia uniformemente por horas enteras, aumentábase su impaciencia, y mortificaba cuanto puede suponerse á los pocos que le asistían.

A veces dejaba los temores que acompañaban á estas ideas, y en su lugar prorumpia en arrebatos vehementes, enfureciéndose hasta el punto de ejecutar los actos mas impropios de su bondadoso carácter. Sobre la aversion que á las gentes en general tenia, no podia tolerar que nadie durmiera, comiera ó descansara, y no se acordaba de las cosas que le gustaban cuando estaba sano sino para irritarse mas. Su cuerpo llegó á ponerse tan flaco y extenuado, que se le podian contar las costillas y las vértebras, y la mayor parte de su sustancia estaba ya consumida. Por estos síntomas se comprende harto fácilmente que su enfermedad era un afecto melancólico maniaco. Tenia los ojos y párpados encendidos; la cara como deshecha y rubicunda; dábanle á veces temblores y estremecimientos de los brazos y de todo el cuerpo: los accesos solian guardar períodos determinados. Por último le acometió una verdadera alferencia. Lo admirable es que en un estado tan lastimoso se prolongara su vida cerca de un año, hasta el 10 de agosto (1759), en que Dios fué servido libertarle de situacion tan penosa, llamándole á sí, y sobreviviendo de esta suerte á la reina su amada esposa un año menos diez y siete dias (4). Reinó este pacífico monarca trece años, y murió á los

(2) Al decir de un historiador extranjero, hubo proyectos, durante su enfermedad, así en la corte de Versalles como en las de Viena y Turin, de reemplazarla con otra princesa en la vacante que se esperaba del trono y del tálamo regio, pero todos se estrellaron en el profundo cariño del rey á su esposa.

(3) Carta del embajador conde de Bristol al ministro Pitt, 25 de setiembre, 1758.

(4) Hemos tomado los pormenores de la enfermedad de Fernando VI de un extenso discurso que sobre ella escribió su médico de cámara, don Andrés Piquer, que existe entre los manuscritos de la biblioteca de Osuna, y se publicó tambien en el tomo XVIII de la Coleccion de Documentos inéditos, del cual ocupa desde la página 156 á la 226.



cuarenta y seis de su edad. A los dos días fué trasladado su cuerpo al monasterio de las Salesas Reales, donde reposaban ya las cenizas de su esposa, como fundadores que habían sido ambos de aquel monasterio y comunidad (1).

«Yace aquí (dice la inscripcion del magnífico sepulcro de exquisitos mármoles que hizo despues construir Carlos III) el rey de las Españas Fernando VI óptimo príncipe, que murió sin hijos, pero con una numerosa prole de virtudes patrias.» Y así fué la verdad, que la muerte de este príncipe fué de todos sentida, por la justicia, moderacion y clemencia con que había gobernado, y por lo generoso y liberal que había sido en socorrer las necesidades de sus súbditos. Hablando un escritor extranjero de haber acusado algunos á este buen rey de indolente y posponer el honor nacional á su comodidad, añade: «pero la posteridad, mas justiciera, porque es mas imparcial, y no escucha la voz de las pasiones, hace justicia á este soberano, alabando la sabiduría de sus medidas, y dándole el merecido título de Fernando el Prudente. Su pacífico reinado presenta el período mas largo de paz de que había gozado España desde Felipe II; en tanto que las naciones vecinas eran víctimas de los horrores de la guerra, su pueblo hacia notables adelantos en la agricultura, en la industria y en el comercio. Era, como monarca, filósofo; y como esposo, hombre lleno de ternura; y de este modo conseguia, con una administracion paternal, una gloria mil veces preferible á los sangrientos triunfos que causan la desgracia de los pueblos, y con sus virtudes conquistó el amor de sus súbditos, que le adoraban como á padre, como á bienhechor, y como á restaurador de la patria.»

De bienhechor de sus pueblos se acreditó Fernando VI en muchas ocasiones; y no sin razon escribia un embajador extranjero á su corte alabando y aplaudiendo el celo y la liberalidad de este monarca en socorrer las provincias de Andalucía, cuando por efecto de una larga y continuada sequía se encontraban sus habitantes sin trigo para sembrar ni para comer, y sin dinero para comprarle, tentados á emigrar de aquel reino y á refugiarse á Castilla en busca de subsistencias. El rey, conolido del estado miserable de aquellas provincias, envió al corregidor de Madrid, con una cantidad de diez millones de reales para que los distribuyera entre aquellos desgraciados pueblos, y además le entregó un crédito por suma mucho mas crecida, consignado en las tesorerías de provincia, para que la aplicara al mismo objeto si necesario fuese. Para precaver en lo sucesivo tan lamentable caso expidió en 1751 el siguiente real decreto sobre Pósitos, que merece ser conocido: «La escasez que en las cosechas se ha padecido con alguna frecuencia de años á esta parte, ha dado á conocer repetidamente el incesante cuidado que conviene aplicar en que las ciudades, villas y lugares que disfrutan el útil establecimiento de tener pósitos, atiendan á su conservacion dando en tiempo oportuno las acertadas providencias que deben; pues de la omision con que en lo general se ha solido tratar este grave asunto resulta el considerable perjuicio de que en el día de la necesidad no se encuentre en este recurso el pronto socorro que tiene por fin esta experiencia; y el deseo de que mis vasallos consigan el correspondiente alivio en todos tiempos, y principalmente en los de carestía, pide que se pongan en práctica los medios que parecen proporcionados para asegurar en lo sucesivo los convenientes efectos referidos; y así he resuelto nombrar por superintendente general de todos los pósitos del reino al marqués de Campo de Villar, secretario de Estado y del despacho universal de Gracia y Justicia, que por él corra privadamente y se dirija todo lo que es peculiar de este manejo, etc.... Tendráse entendido en el Consejo. En Buen Retiro á 16 de marzo de 1751.—Al obispo gobernador del Consejo (2).»

(1) Un escritor contemporáneo describe así el físico de Fernando VI. «Era, dice, pequeño de estatura, y su rostro, sin ser bello, era expresivo y agradable: sus ojos azules, y toda su fisonomía de Borbon: pacífico y sosegado por carácter, tenia en cuanto á sus modales y apostura mas semejanza con la gracia y viveza de los franceses que con la gravedad y parsimonia de los españoles.»

(2) Tomos de papeles varios de la Real Academia de la Historia, volumen XXXI, pág. 688.

Y en efecto, el nuevo superintendente general de pósitos marqués de Campo Villar dictó una serie de medidas y providencias útiles y acertadas para el buen gobierno y administracion de esta clase de depósitos tan beneficiosos á los labradores cuando están bien organizados; á que se siguió en 1753 una larga y bien meditada instruccion del rey, refrendada por el mismo Villar, á las justicias é interventores de los reales pósitos, alhóndigas, alfolíes, montes de piedad, arcas de misericordia y otros establecimientos análogos, para la mejor administracion, distribucion, reintegro y conservacion, así de los erigidos y existentes, como de los que en adelante se creasen y erigiesen (3).

Económico este monarca, y amante de la moralidad y de la regularidad en la administracion, atinado en la eleccion de los sujetos que manejaban la hacienda, las rentas reales, en otro tiempo tan menguadas ó empeñadas, tuvieron en su reinado un aumento visible. De mas de cinco millones de escudos fué el que tuvieron en 1750, segun la Memoria del marqués de la Ensenada, sobre las de 1742, que había sido el mayor de todos los años anteriores. Debióse esto en parte á haberlas arrancado de las manos de arrendadores tiranos y usureros, y administrádas de su cuenta el Estado, no obstante haberse hecho en un año solo mas bajas y condonaciones á los pueblos que en muchos de los antecedentes. Contra esta administracion por cuenta de la real Hacienda clamaban unos por interés y otros por ignorancia (4). Mas, como le decia al rey aquel hábil ministro, «es lo cierto que V. M. ha bajado y baja todos los días los precios de los encabezamientos que hicieron con los pueblos los arrendadores; y que siempre que se les proponga volver á tomar las rentas con la ley de no alterar las equitativas reglas de la presente administracion, no creo que las admitan ni aun minorando una tercera parte de lo que pagaban por ellas últimamente (5).»

Aunque contaba aquel ministro con que el valor de las rentas provinciales disminuiría en los años sucesivos, esperaba que se compensaria con el aumento de las aduanas y lanas, que en su mayor parte las pagaban los extranjeros, con la del tabaco, que está fundada sobre el vicio, y se podia extender á reinos extraños, y con la de la sal, por su mayor consumo. Sobre este principio suponía que de cierto el erario real de España medianamente cuidado tendria de entrada anual cerca de veintisiete millones de escudos, no incluyendo las ganancias del giro de letras, para acudir á todas las obligaciones ordinarias de la monarquía (6).

Este giro de letras establecido por Ensenada daba un rendimiento anual de quinientos á seiscientos mil escudos de vellon. Era una especie de banco de giro sobre fondos impuestos en varias capitales: arbitrio, como decia él, que descubrió la casualidad á impulsos de la economía, y que consideraba sumamente útil, «pues la paga, decia, únicamente el extranjero.... y no corre riesgo alguno el fondo, aunque sobreviniese un repentino rompimiento, porque está bajo la proteccion y á la vista de los ministros de V. M. en las cortes....»

Los caudales que venian de Indias, y que antes se regulaban de tres á cuatro millones de escudos anuales, subieron en tiempo de Ensenada á seis, y estaba firmemente persuadido aquel ministro de que podia hacérselos llegar á doce. Pero de tal manera se cubrian ya las atenciones ordinarias con los recursos interiores del reino, que proponia al rey, ó que aque-

(3) Hállanse todas estas disposiciones, impresas, en el mismo volumen, desde la página 689 á la 713.

Ya en 1749 el corregidor de Ubeda y Baeza don Antonio Carrillo de Mendoza había dirigido al rey un extenso papel con el título de: *Dispersador político y económico para la re-creacion de los pósitos, su nuevo establecimiento, y medios de impedir la carestía de granos en el continente de España, con varias utilidades del Real erario y universal consuelo de sus habitantes, etc.*—MS. Coleccion de Macanaz, tomo D. 114, pág. 853.

El edificio del Pósito de Madrid se había erigido ya en 1745.

(4) Hemos visto varias representaciones hechas al rey en este sentido, que se conservan manuscritas en los tomos de Varios, antes citados.

(5) Memoria del marqués de la Ensenada, proponiendo medios para el adelantamiento de la monarquía.

(6) Segun Canga Argüelles, en su Diccionario de Hacienda, las rentas provinciales de Castilla produjeron en 1758, sesenta y ocho millones de reales, y la de aduanas cerca de treinta y cuatro millones.



llos fondos se tuviesen reservados para atender exclusivamente á las necesidades extraordinarias que ocurriesen, ó que no se trajeran, ya por los riesgos que corrian en el mar, y no poder asegurarse cuándo llegarían, ya porque podrían ser allá mas útiles, ó para reprimir las iniquidades internas, ó para sostener las guerras que naciones extrañas moviesen, ó para desempeñar las rentas de aquellos mismos reinos que las tenían empeñadas, como sucedía en el Perú, por haberse traído á la metrópoli, sin cálculo ni prudencia, todo lo que aquellas ricas minas producían (1).

Y en verdad fueron pocos los arbitrios, comparativamente con los de otros reinados, á que en este se recurrió (2); prueba del desahogo en que se encontraba el tesoro. De modo que con razon se admira, y es el testimonio mas honroso de la buena administracion económica de este reinado, que al morir este buen monarca dejara, no diremos nosotros repletas y apuntaladas las arcas públicas, como hiperbólicamente suele decirse, pero sí con el considerable sobrante de trescientos millones de reales, despues de cubiertas las atenciones del Estado: fenómeno que puede decirse se veía por primera vez en España, y resultado satisfactorio, que aun supuesta una buena administracion, solo pudo obtenerse á favor de su prudente política de neutralidad y de paz.

Achácasele haber suspendido los pagos de las deudas contraídas en tiempo de su padre; asunto sobre el cual el ministro Ensenada dejó al soberano que hiciera lo que le aconsejaran canonistas y teólogos. Pero léjos de ser exacto aquel cargo, mandó por decreto de 15 de julio de 1748 liquidar todos los atrasos pendientes hasta su advenimiento al trono, á fin de irlos pagando segun lo permitiera el estado de la hacienda, de la cual se destinaron por primera vez á este objeto sesenta millones de reales. Por otro de 2 de diciembre de 1749 se mandó separar anualmente al mismo fin un millon de reales; y por otro de 26 de octubre de 1756, comunicado al conde de Valparaíso, se amplió la suma consagrada al pago de créditos á dos millones seiscientos mil reales (3). Y por último, en dos cláusulas de su testamento otorgado en 18 de diciembre de 1758 se lee: «Aunque he procurado que se pagasen todas las deudas contraídas en el tiempo de mi reinado, y que no se hiciese perjuicio alguno de que yo pudiese ser responsable, mando, que si se descubriese alguna deuda mia ó perjuicio de tercero, se pague é indemnice incontinenti; sobre lo que hago el mas estrecho cargo á mis testamentarios. — Asimismo prevengo á mi muy amado hermano, que continúe el cuidado que he tenido en ir satisfaciendo las deudas de nuestro padre y señor, sin olvidar las de los reyes predecesores, segun lo permitiesen las urgencias de la corona (4).»

Tampoco desatendió este monarca la conservacion, mejora

(1) Memoria de Ensenada, en el tomo XII del Semanario erudito, y en el tomo XII de la Coleccion de Sempere.

(2) Arbitrios extraordinarios de que se valieron los ministros de Fernando VI:

1. Una contribucion de 10 por 100 sobre las rentas de los habitantes.
2. Otra de 50 por 100 sobre las sisas y los arbitrios de los pueblos.
3. Otra sobre todos los gremios de artes y oficios, en razon de los caudales que manejaban.
4. Préstamo de 500,000 pesos sobre la Compañía de Guipúzcoa.
5. Se aplicó al erario la tercera parte de las rentas, sueldos, emolumentos y oficios enajenados de la corona.
6. Idem la décima de sueldo de los ministros y criados de S. M.
7. Se pidió un donativo forzoso á los arrendadores de las rentas, en cantidad proporcionada á su riqueza.
8. Se mandó acuñar la plata y oro que los particulares llevarán á vender á las casas de moneda.
9. Se prohibió llevar mas de dos mulas en los coches.
10. Se enajenó la dehesa de la Serena.
11. Se estableció la negociacion del giro en la tesorería general.

Canga Argüelles, Diccionario de Hacienda, artículo *Arbitrios extraordinarios*.

(3) Coleccion de Cédulas Reales, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, tom. I.—Canga Argüelles, Diccionario, artículo *Créditos*.

(4) Testamentos de Reyes; el de Fernando VI.—Dictámen respondiendo á la consulta hecha sobre deudas antiguas de la Real Hacienda, por el P. M. Fr. Agustín Rubio, del orden de Predicadores, prior del convento de la Pasion.—Coleccion de Macanaz, D. 114, fol. 774.

y fomento de las fábricas y manufacturas del reino, á cuyo objeto hallamos consignadas cantidades considerables por reales cédulas expedidas en varios años de su reinado. Tenemos á la vista un curiosísimo estado, manuscrito, del número de telares de seda que había corrientes en todo el reino en 1751, segun las relaciones remitidas por los intendentes de las provincias; de que resulta que había en elaboracion y ejercicio en el reino catorce mil seiscientos diez telares, solo de tejidos de seda (5); y así respectiva y proporcionalmente de otras materias, aunque no hemos tenido la fortuna de encontrar datos tan circunstanciados, pero sí las noticias necesarias para poder asegurar que el movimiento industrial y fabril que se inició en el reinado anterior, léjos de decrecer, iba en aumento y progresion en este.

Sería menos de admirar esta situacion próspera de España, si el sistema constante de neutralidad y de paz á que sin duda se debió muy principalmente, hubiera sido una paz puramente pasiva: pero la neutralidad de Fernando VI y sus ministros fué una neutralidad armada, y los armamentos de mar y tierra que se hicieron y se mantenían en pié, con muy laudable prevision y cautela, consumían una buena parte del tesoro público. En otro lugar hemos indicado ya el aumento considerable que recibió y el pié respetable de fuerza en que se puso nuestra marina bajo la administracion de Ensenada. El ejército de tierra no era menos considerable, y se trató de hacerle mas imponente, para que España no se subordinase, ni á Francia por tierra, ni á Inglaterra por mar. «Consta el ejército de V. M. (decía Ensenada en su Memoria) de los ciento treinta y tres batallones (sin ocho de marina) y sesenta y ocho escuadrones que expresa la relacion núm. 3, etc.» Proponíale por lo mismo el aumento de la fuerza militar terrestre hasta que pudieran quedar cien batallones y cien escuadrones libres para poner en campaña. Para completar esta fuerza, y puesto que en las Castillas había casi el número de batallones de milicias correspondiente á su vecindario, proponía que se levantasen en ellas dos mas, diez de las mismas y fusileros de montaña en la corona de Aragon, nueve de españoles veteranos, y los veinte restantes de extranjerios católicos de todas las naciones. «No hallo inconveniente, proseguía, en que desde luego se hagan los batallones de milicias, pues en sus casas se están; y en Cataluña se alegrarán de que se formen los cuatro de fusileros de montaña, como lo ha representado su capitán general, y que serán útiles para todo.... La grande obra es levantar veinte batallones extranjerios, asegurando suficientes reclutas para mantener completos, así estos como los que existen, porque sin esta circunstancia seria gastar dinero en mantener oficiales (que sobran en España) sin soldados, que son los que se necesitan.»

De la misma manera discurría sobre la forma cómo se había de aumentar la marina hasta tener una armada de sesenta navíos de línea y sesenta y cinco fragatas y embarcaciones menores, que calculaba necesitar España para hacerse respetar y asegurar contra las potencias marítimas. De todo lo cual

(5) Estaban en la siguiente proporcion en cada provincia:

|                                              |       |
|----------------------------------------------|-------|
| En el reino de Valencia. . . . .             | 1,765 |
| En el de Aragon. . . . .                     | 845   |
| En el de Murcia. . . . .                     | 214   |
| En el de Granada. . . . .                    | 1,701 |
| En el de Sevilla. . . . .                    | 1,525 |
| En el de Córdoba. . . . .                    | 750   |
| En el de Toledo. . . . .                     | 3,951 |
| En el de Extremadura, en Zarza la Mayor. . . | 128   |
| En la villa de Requena. . . . .              | 557   |
| En la de Pastrana. . . . .                   | 6     |
| En Madrid. . . . .                           | 334   |

No se incluía en este tratado la Real Fábrica de Talavera.—Calculábase que se necesitaba para el surtido y entretenimiento de todos los telares del reino 1.622,932 libras de seda en cada un año, de las cuales producía la cosecha 1.280,000, á lo sumo, y faltaban 342,932.—Contábanse además otros 8,357 telares parados, sin que se exprese el motivo.

Noticia de los telares de seda de ancho y angosto, corrientes y parados, que hay en el reino, segun las remitidas por los intendentes de las provincias.—Tomo de manuscritos de la biblioteca de la Real Academia de la Historia, D. 114, pág. 796.



hacemos mérito aquí, aunque en otro lugar lo hayamos ya indicado, para demostrar que sin una administración económica y regularmente organizada hubiera sido imposible subvenir á tantas atenciones con regularidad y desahogo, ni menos dejar un cuantioso sobrante en arcas (1).

Sabido es el proyecto del marqués de la Ensenada de establecer una sola contribucion directa que reemplazara todas las rentas provinciales. Proponíase con esto aquel ministro acabar con los males que destruian la prosperidad de la agricultura y de la industria en las veintidos provincias de Castilla y de Leon, condenadas á sufrir las vejaciones de los tributos de la alcabala, cientos y millones. Obtuvo en efecto Ensenada en 10 de octubre de 1749 un real decreto aboliendo los impuestos sobre consumos, y estableciendo en su lugar una sola contribucion directa de 4 reales, 2 maravedís por 100 sobre las utilidades líquidas de la riqueza territorial, pecuaria, industrial y mercantil, y de 3 reales, 2 maravedís de los eclesiásticos. Pero antes de proceder á su ejecucion se mandó formar un catastro general, ó sea estadística personal y de riqueza, en cuya operacion se consumieron cuarenta millones de reales (2). Pero hubo que suspenderla por las muchas dificultades que ofreció en su ejecucion, por la resistencia de los contribuyentes, y por las muchas representaciones que contra ella se hicieron (3), y el pensamiento no pudo llevarse á cabo, como acontece con todo proyecto que necesita para su planteamiento operaciones previas, prolijas y difíciles.

No era Fernando VI dado á la magnificencia como su padre. Dolíanle los crecidos gastos que ocasionaba la obra del palacio real, y en su continuacion se prescribió se guardara la mas severa y minuciosa economía. Impreso está el informe que de su orden dió el arquitecto don José Arredondo sobre los gastos superfluos que se habian hecho solo en la labra de piedra de una y otra especie, y en que probaba que en solo este ramo se habian desperdiciado en pocos años mas de cuatro millones de reales. Seguía al informe un nuevo plan de construccion, en que sin faltar á las condiciones del primero se proponia con mucho menos gasto dar mas hermosura y comodidad al edificio (4).

Atentos el monarca y sus ministros, no solamente al fomento de los intereses materiales, sino tambien á corregir los vicios de la sociedad, y á poner coto y remedio á todo lo que condujera á desmoralizar las costumbres públicas, hallamos diferentes pragmáticas, cédulas, decretos é instrucciones, expedidas, ya para corregir la vagancia, mandando perseguir á los vagabundos, y destinarlos al ejército ó á los trabajos de los arsenales, ya prohibiendo bajo graves penas los duelos y desafíos, ya persiguiendo á los jugadores y tahures, ya obligando á las comunidades religiosas á la observancia de los primitivos estatutos, ya prescribiendo ciertas precauciones para la representacion de comedias, y ya sobre cualesquiera otros objetos de los que pudieran afectar al buen orden social y á la moral pública (5).

(1) Segun Canga Argüelles, el año 1758 los ingresos de la tesorería fueron 360.538.440 reales, de los cuales consumieron las casas reales 41.000.000.—Artículo *Memorias de Hacienda*.—Pero hay alguna contradiccion entre este último gasto y el que en otra parte supone haber hecho la casa real de España en aquel tiempo, pues en el artículo *Gastos de la casa real* dice haber importado el del primer año de Fernando VI 60.832.119, y en el último 35.485.828.

(2) Estos datos estadísticos se reunieron en 150 volúmenes, que en 1808 se guardaban en la biblioteca del departamento del fomento general: ignoramos dónde se hallan hoy.

(3) Representaron contra la medida varios intendentes. Hemos visto entre otros el escrito que dirigió al ministro de Hacienda el que tenía á su cargo la administracion del reino de Galicia, haciendo observaciones y reparos sobre las dificultades de llevarla á ejecucion, y probando que solo para hacer la estadística de las 3.616 parroquias ó feligresías de que constaba aquel reino, se necesitaban 14.624 libras, y emplear diez años por lo menos, trabajando árdua y eficazmente y no perdiendo un punto de tiempo.—Tomo de la Coleccion de manuscritos de Macanaz, señalado D. 114, al fol. 362.

(4) Tomo de Varios de la biblioteca de la Real Academia de la Historia, Est. 22, gr. 2.<sup>a</sup>, núm. 56, al fol. 668.

(5) Encuéntrase muchas de estas cédulas en otros tomos de Varios de la misma Coleccion, especialmente en los señalados con los números 37 y 39.

Continuando en este reinado el movimiento intelectual que habia comenzado á desarrollarse en el anterior, no se mostraron Fernando VI y sus ministros menos protectores de los ingenios y menos celosos en fomentar las letras y las artes que lo habian sido Felipe V y sus consejeros. La lengua y la historia patria tenían ya academias encargadas de depurarlas, ilustrarlas y difundirlas. Faltaba una corporacion que cuidara del adelanto y perfeccion de las nobles artes, y este fué el vacío que tuvo la gloria de llenar Fernando VI con la creacion de la Real Academia de Nobles Artes, que del nombre del rey se tituló de San Fernando. Esta Academia, lo mismo que la Española y la de la Historia, no nació de repente: los cuerpos literarios, como las ideas, preexisten siempre en mas ó menos estrecho círculo antes de recibir una forma determinada. Desde el tiempo de Felipe IV data ya el proyecto: habia sido propuesto tambien á Felipe V por el ministro Villarias y por el escultor de cámara Olivieri; este célebre artista habia abierto en su casa un estudio público y gratuito de dibujo, que fué como el cimiento de la institucion, y por último Fernando VI la erigió en Academia formal, dándole ó aprobando los estatutos por que habia de regirse (3 de mayo de 1757), dotándola con una suma de doce mil quinientos pesos, y estableciendo premios generales y pensiones para los que habian de ir al extranjero á recibir el complemento de la educacion en alguna de las tres nobles artes, pintura, arquitectura y escultura (6).

Muy pocos meses despues se creó tambien otra academia que se tituló de Sagrados Cánones é Historia Eclesiástica (13 de agosto, 1757), la cual despues de variar muchas veces de nombre y de estatutos, y de correr diversas vicisitudes, con menos fortuna que las otras, paró en disolverse, y en depositarse de orden del gobierno todos sus papeles y documentos en la de Jurisprudencia y Legislacion, de mas moderno origen.

Deseoso este mismo monarca de mejorar la enseñanza de la latinidad, creó la Academia Latina, de cuyo seno hubieran de salir todos los que se dedicaran á la enseñanza de aquel idioma. Los buenos resultados de esta institucion movieron mas adelante á Carlos III á ampliar las concesiones hechas por su antecesor, y á otorgarle otras gracias y privilegios, viniendo por último con el tiempo á recibir el nombre de Academia Greco-Latina, con otros estatutos y reglamentos, cuya noticia no es ya de este lugar.

Ni era solamente en Madrid donde se notaba esta aficion á las asociaciones literarias, que la régia munificencia y autoridad iba convirtiendo luego en academias formales. Desarrollábase este mismo espíritu en las poblaciones importantes de las provincias. Existia en Barcelona con la extraña denominacion, no sabemos si afectada ó si modesta, de *Academia de los Desconfiados*, una reunion de hombres estudiosos, que celebraba sus ejercicios, los cuales, interrumpidos durante la guerra de sucesion, volvieron á abrirse despues. En 1751 vino á la corte el marqués de Llió á solicitar la real proteccion y la aprobacion de los estatutos de la Academia, que consiguió fácilmente de Fernando por medio del ministro Carvajal. Desde entonces tomó el título de Real Academia de Buenas Letras de Barcelona (7).

Imitó Sevilla tan noble ejemplo. Allí comenzó el académico supernumerario de la Historia don Luis German y Ribon por promover en su casa una junta de amigos para conferenciar sobre varios puntos de literatura: el buen resultado de las primeras reuniones le inspiró el pensamiento de erigirla en Academia, y en efecto, en 1752 logró que el Consejo de Casti-

(6) Esta Academia existió primeramente en la Casa Panadería de la Plaza Mayor, hasta que en 1774 se trasladó á la calle de Alcalá, pasando á ocupar aquel local la Real Academia de la Historia, á quien se le concedió Carlos III «con todas sus servidumbres, comodidades y accesorios,» en los mismos términos que le obtuvo la de San Fernando, y donde desde entonces existe.

(7) Biblioteca Española de Sempere y Guarinos, tom. I.—*Memorias de la Real Academia de la Historia*, tom. I.

En 1757 publicó aquella Academia el primer tomo de sus *Memorias*, con la historia de su establecimiento, seguida de unas *Observaciones sobre los principales elementos de la Historia*, escritas por el marqués de Llió.



Illa aprobara su institucion y estatutos. Alentado con esto, aspiró á la mayor honra de obtener la proteccion inmediata del rey, que tambien alcanzó por medio de su nuevo individuo don Agustín de Montiano, por real decreto expedido en Aranjuez en 18 de junio de 1752 (1), á cuya gracia siguió la de conceder á la Academia una de las salas de su real Alcázar de Sevilla para celebrar en ella sus juntas. Grande y vasto fué el objeto á que esta Academia aspiró desde su principio; nada menos que el de formar una Enciclopedia universal de toda especie de buenas letras, porque el cultivo de una sola ciencia ó profesion, decia, no era el que podia proporcionar mayores adelantamientos, por varios motivos que se tuvieron presentes, prefiriendo cultivar una erudicion variada para que pudiera servir de estímulo y atractivo á todos los estudiosos de cualquier facultad.

Esta afición á las reuniones y conferencias literarias llegó á hacerse una especie de moda entre las gentes cultas y de buena sociedad, haciéndose extensiva hasta á las señoras. Con el título de *Academia del Buen Gusto* fundó la condesa de Lemus en la corte y en su misma casa el año 1749 una asociacion ó tertulia de gentes eruditas, y de los personajes mas distinguidos en la aristocracia y en las letras, entre los cuales se contaban Luzan, Montiano, Nasarre, Velazquez, y otros autores conocidos por sus obras ó producciones. Acaso, como dice Ticknor (2), era esto una imitacion de las reuniones ó *coteries* francesas que en tiempo de Luis XIII comenzaron á celebrarse en el palacio Rambouillet, y que tanta importancia adquirieron despues en la historia política y literaria de Francia. De este género era tambien la titulada *Academia poética del Trípode* que se tenia en casa del conde de Torrepalma en Granada, y en que sabemos fué admitido en 1743 don Luis José Velazquez con el nombre de Caballero doncel del Mar.

En consonancia estaban con este movimiento académico los viajes científicos, literarios y artísticos que de orden del rey y por cuenta del Estado se hacian, ya á las cortes y países extranjeros, ya dentro del reino mismo, por personas pensionadas, para que vinieran á difundir aquí el caudal de conocimientos que allá adquirieran, ó bien para buscar dentro de la misma nacion los tesoros de la ciencia derramados ó escondidos, ó por incuria abandonados. De aquellos viajes hemos hecho ya en otro lugar indicaciones, aunque ligeras. Entre estos es digno de mencionarse, como uno de los que hacen mas honor al reinado de Fernando VI, el que hizo de orden de este monarca el mismo don Luis José Velazquez, marqués de Valdeflores, poco há por nosotros citado (1752), para investigar y reconocer las antigüedades de España con arreglo á la instruccion que al efecto le dió el marqués de la Ensenada (3). Fruto de este viaje fué la coleccion de documentos para la historia de España desde los tiempos mas remotos hasta el año 1516. Habíase propuesto escribir una historia y hacer una coleccion general de los antiguos documentos históricos. El plan era vastísimo, pero teníase á Velazquez por hombre de bastante capacidad para desempeñarle (4).

(1) Merece ser conocida la letra de este real decreto. «Siendo tan consecuente, decia S. M., á mis deseos de fomentar y proteger cuanto pueda dar aumento al estudio y aplicacion á las letras entre mis súbditos, la buena acogida y aprobacion que han logrado en este Consejo los recursos de diferentes sujetos estudiosos de la ciudad de Sevilla unidos con el loable fin de establecer en aquella ciudad una Junta ó Academia para el ejercicio y adelantamiento de las Buenas Letras, despachándoles el permiso y aprobacion de estatutos, que para proceder al legítimo establecimiento de la Academia y continuar sus juntas se requeria; no puedo menos de manifestar en esta ocasion al Consejo mi gratitud, y lo mucho que en todos tiempos lisonjearán mi ánimo los cuidados y providencias que aplicare su celo á promover semejantes establecimientos, y el del mas seguro método para que en mis dominios florezcan cada vez mas las ciencias; en cuya conformidad, tomando ahora bajo mi real proteccion la referida y aprobada Academia de Buenas Letras de Sevilla, encargo al Consejo cuide de que sea atendido y mirado este cuerpo con la estimacion que le proporciona mi sombra y patrocinio.—Al obispo de Calahorra.»

(2) Historia de la Literatura Española, época tercera, cap. 3.º

(3) Hállase esta Instruccion en un tomo de Varios de la biblioteca de la Real Academia de la Historia. E. 185. Est. 27, grada 6.ª al fol. 93.

(4) Además de las muchas obras que dejó inéditas, y que enumera

Conducenos esto como por la mano á decir algunas palabras sobre otros viajes y comisiones literarias, en que ocuparon Fernando VI y sus ministros á una porcion de hombres eruditos y doctos, y cuyo pensamiento fué ciertamente uno de los que dieron mas gloria y mas lustre á este reinado. Hablamos de las comisiones que se dieron para reconocer y examinar los archivos del reino, así los reales como los de las catedrales, colegiatas, conventos, colegios y municipalidades, y recoger datos y copiar documentos, ya para escribir una historia de la Iglesia española, ya para otros fines y objetos tambien históricos de sumo interés é importancia. Así se registraron y reconocieron en el espacio de cuatro años (de 1750 á 1754) los archivos de Barcelona, Córdoba, Coria, Madrid, Cuenca, Murcia, Orihuela, Valencia, Sigüenza, Colegio de San Bartolomé de Salamanca, Oviedo, Molina, Zaragoza, Simancas, Toledo, Gerona, Urgel, Colegio de Bolonia y Paris (5). Corrieron estas comisiones á cargo del ministro de Estado don José de Carvajal y Lancaster, á cuyo ministerio se enviaron los documentos y papeles que se recogian, y con quien mantuvieron los comisionados una correspondencia tan activa como curiosa: pero mas especial y directamente se entendia Carvajal con el P. Andrés Burriel, de la Compañía de Jesus, destinado á Toledo en union con el doctor Bayer, profesor de la universidad de Salamanca, porque los trabajos de todos los comisionados pasaban al P. Burriel, que era el encargado de combinarlos y de dar cuenta al ministerio de lo que en ellos se iba adelantando (6).

No todos los comisionados trabajaron con la eficacia que deseaban el rey y el gobierno, ni todos correspondieron á sus deseos y esperanzas, como por desgracia acontece con frecuencia en el empleo de muchas personas, pero húbolos que dieron frutos muy apreciables de sus trabajos é hicieron importantes servicios á las letras, distinguiéndose entre otros por su inteligencia y laboriosidad don Andrés Pontero, encargado del archivo de Barcelona; don Asensio Morales, de los de Cuenca, Murcia, Plasencia y Badajoz; don Antonio Carrillo, del de Sigüenza, y muy señaladamente el P. Burriel del de Toledo (7). Tambien es verdad que si el gobierno premió

Sempere y Guarinos en su Biblioteca Española, imprimió y publicó las siguientes: Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas:—Orígenes de la Poesía Castellana:—Anales de la Nacion Española hasta la entrada de los romanos:—Conjeturas sobre las medallas de los reyes godos y suevos de España:—Noticia del viaje hecho de orden del rey, con algunos otros opúsculos.

(5) Personas que fueron enviadas á cada uno de estos puntos:

|                                |                                                  |
|--------------------------------|--------------------------------------------------|
| A Barcelona. . . . .           | D. Carlos y D. Andrés Pontero                    |
| A Córdoba. . . . .             | D. José Vazquez y Venegas y D. Marcos Domínguez. |
| A Coria. . . . .               | D. Andrés Santos.                                |
| A Madrid. . . . .              | D. Francisco de Milla.                           |
| A Cuenca. . . . .              | D. Asensio Morales.                              |
| A Murcia. . . . .              | Idem.                                            |
| A Orihuela. . . . .            |                                                  |
| A Valencia. . . . .            | D. Miguel Eugenio Muñoz.                         |
| A Sigüenza. . . . .            | El dean de aquella iglesia, D. Antonio Carrillo. |
| A San Bartolomé de Salamanca.  | Sus colegiales.                                  |
| A Oviedo. . . . .              | El canónigo D. Anastasio Torres.                 |
| A Molina. . . . .              | D. Nicolás Gil.                                  |
| A Zaragoza. . . . .            | D. Fernando Velasco y D. José Lu-yando.          |
| A Simancas. . . . .            | D. José Marcos y D. Bernardo García Acedo.       |
| A Toledo. . . . .              | El P. Burriel y el Dr. Bayer.                    |
| A Gerona. . . . .              | El P. Antonio Codorniu.                          |
| A Urgel. . . . .               | D. Andrés Simon Pontero.                         |
| Al Colegio de Bolonia. . . . . | Sus colegiales.                                  |
| A Paris. . . . .               | D. N. Terrari.                                   |

Coleccion de documentos inéditos, tomo XIII: sacado del archivo de manuscritos de la Academia de la Historia.

(6) «Instruccion que se ha de observar para el reconocimiento de los archivos reales y de las iglesias catedrales y colegiatas, conventos, etc. Madrid á 3 de setiembre de 1757.» Está firmada por don José de Carvajal y Lancaster.—Coleccion de documentos inéditos, tom. XIII.

(7) Razon del estado en que se hallan las comisiones de registrar los archivos que se han despachado de orden del rey, etc.—Ibidem.





decorosamente los esfuerzos y desvelos de algunos de estos laboriosos sabios, en general no anduvo largo en la remuneración de estos afanosos investigadores, y húbolos á los cuales, como decia el informe, «solo se les ha dado gracias y palabras de buena crianza.» El mismo P. Burriel, el jefe que podemos decir de esta mision literaria, el mas fecundo en resultados, y el que desenterró y proporcionó al gobierno una suma inmensa de útiles y preciosos códices y documentos ignorados y desconocidos, si bien mereció las mayores consideraciones del ministro Carvajal, no así desde que se encargó del ministerio de Estado don Ricardo Wal. Este ministro parecia abrigar cierta desconfianza y desfavorable prevencion hácia el docto jesuita, reclamó prematuramente y en son de recelo los papeles antes que pudiera tenerlos ordenados, y causó disgustos y desazones de que se quejaba y dolia amargamente en sus cartas al mismo ministro, al P. Rábago, y á su amigo Mayans y Ciscar, hasta que se vió precisado á abandonar con la mayor pena una comision de que tanto se prometia en beneficio de las letras, y de que tanto esperaba tambien el mundo literario (1).

La solicitud y celo del ministro Carvajal no se limitó solamente al reconocimiento, exámen y arreglo de los documentos y papeles de los archivos diplomáticos ó históricos, fuesen del Estado ó del rey, de comunidades ó corporaciones eclesiásticas y civiles, sino que quiso hacerla extensiva al exámen y organizacion de los archivos judiciales, á los de los consejos, chancillerías, audiencias y cualesquiera otros tribunales del reino. Pensamiento grandioso y de utilidad inmensa, que hemos visto reproducido en nuestros dias bajo una ú otra forma, pero que desgraciadamente aguarda todavía, como el de los archivos históricos, un genio hacedor que con una direccion eficaz y activa le saque de la esfera de proyecto (2). Son tan notables como honrosos para aquel ministro algunos párrafos de la exposicion que á este objeto elevó al rey. «Señor (decia): V. M. se ha servido mandar que corra por esta su primera secretaria de Estado y del despacho de mi cargo la direccion y gobierno de los archivos públicos y particulares del reino; y para corresponder á la confianza con que V. M. me ha distinguido en este particular, he creído de mi obliga-

cion hacerle presente lo que concibo mas oportuno para asegurar los altos fines de la utilidad y beneficio comun que Vuestra Majestad desea, y á cuyo logro quiere su paternal amor se enderecen estas providencias.

»Para proceder sin confusion, debo hacer presente á V. M. las diferentes calidades de archivos que hay en estos reinos. Unos son enteramente de V. M., otros de comunidades seculares, otros de comunidades eclesiásticas, ya seculares ya regulares, y otros de sujetos particulares. Entre los primeros se han de considerar los archivos de los consejos y audiencias de estos reinos, en los cuales paran y deben parar todos los pleitos litigados y fenecidos. En estos merece la primera atencion la justicia obtenida por los que litigaron....., y será muy propio de la piedad de V. M. y de su amor á la justicia, mandar y hacer que los procesos y pleitos..... que se hayan archivado..... se guarden con tal cuidado que asegure su conservacion sin los riesgos de la humedad, etc..... Pero aunque esto es lo principal, no se lograrán los importantes fines á que V. M. destina estos importantes cuidados, si no se añade otra providencia: esta es, *que haya de los tales procesos y pleitos unos índices muy puntuales* y dispuestos con tal claridad, que fácilmente pueda cada uno encontrar el proceso que busca, y aun saber si está en él la escritura ó instrumento que solicita y le importa para obtener y apoyar sus derechos. Porque ni sirve que el interesado tenga noticia de que la escritura que le favorece se presentó en un pleito, si este se ha consumido y perdido por la injuria del tiempo ó por la incuria de los archiveros, ni le aprovecha el que se mantenga bien tratado si por la confusion y desórden con que yace en el archivo no puede dar con él, y menos con las escrituras, que son el sosten y resguardo de su justicia.....»

Despues de exponerle las ventajas que de esta reforma reportaria la administracion y las que resultarian al público, añadia: «Esto comprende los archivos de todos los consejos y chancillerías y audiencias; pero hay particulares circunstancias en el del Consejo de Castilla. En él deben parar las instrucciones dadas para su gobierno y el de todos los tribunales de justicia del reino; varias resoluciones que en casos y ocurrencias particulares ha propuesto el mismo Consejo y aprobado los gloriosos predecesores de V. M., y en que estas se manifiesten puede interesar mucho la causa pública, reviviendo las acertadas resoluciones que yacen sepultadas entre el polvo y la polilla; y despertando con ellas el celo de los pasados ministros, el de los que actualmente le componen, y avivando la práctica de muchas cosas cuya ignorancia produce nuevas ocupaciones al mismo tribunal, y le precisa á gastar en nuevos discursos y consultas el tiempo que podia destinar á la ejecucion de lo resuelto con la mayor madurez y acierto en la ocurrencia de algun caso de las mismas circunstancias. Y esto mismo puede tener lugar en lo que mira al archivo de la sala de alcaldes.

»Tengo entendido que de los consejos y tribunales superiores se han pasado de tiempo en tiempo porciones considerables de papeles al Real Archivo de Simancas; pero si al entregarlos no se acompañaron índices puntuales de lo que se entregaba, como estoy asegurado, se han seguido dos daños: el primero, que ni en los tribunales hay noticia de lo que entregaron para pedir lo que necesiten, y el segundo, que hay la misma ignorancia en Simancas, por no haberse formado nuevos..... etc.»

Desgraciadamente la muerte sorprendió á este íntegro y celoso ministro antes de que pudiera ver realizados tan útiles pensamientos, ni la vida del rey se prolongó lo bastante para poder ejecutarlos por otros.

Algunos de los que habian estado ocupados en la primera de estas mencionadas comisiones fueron despues destinados para hacer viajes científicos á reinos extraños, como lo fué el sabio orientalista Perez Bayer á Italia, donde tuvo ocasion de trabar relaciones de amistad y buena correspondencia con los literatos mas acreditados de Turin, de Venecia, de Milan, de Bolonia y de Roma, de disfrutar de los códices mas preciosos de la biblioteca Vaticana, y de enriquecerse de conocimientos y aumentar el caudal de erudicion que ya de España llevaba, y con que pudo escribir su excelente Tratado de las Mone-

(1) «Un niño, le decia al ministro Wal á quien no solamente quitan de delante el plato de dulce en que se engolosinaba, sino le hacen arrojar el bocado que ya tenia en la boca porque no le haga mal, por rendido que sea no puede menos de desconsolarse.»

«Lo menos malo será, decia á don Gregorio Mayans, que otros luzcan con mis trabajos: ¡ojalá se publiquen y sirvan, sea como fuere! La lástima será que del todo se sepulsen y pierdan, y que todo hombre de razon se acobarde para siempre; porque si yo soy tratado de este modo habiendo sido detenido al marchar á mi California, habiendo sido pensionado sin pedirlo, habiendo trabajado en asuntos de toda ofension pública y privada, y habiendo finalmente sido de genio bienhechor á todos, y con nadie amargo, ¿qué deberá esperar otro cualquiera? Si el delito es ser jesuita, diria otras cosas.»

En el citado tomo XIII de la Coleccion de documentos, se halla una larga y muy curiosa correspondencia del P. Burriel con los ministros de Estado, especialmente con don José Carvajal, con el P. Rábago, y con otros personajes, y muy interesantes noticias relativas, no solo á su comision, sino á la general del reconocimiento de archivos desde su principio hasta su fin, así como una Memoria y Catálogo de los libros y papeles manuscritos que se hallaron en su aposento, y se llevaron á la Real Biblioteca.—Ocupa esta correspondencia desde la pág. 229 á la 365 del tomo.—Otras noticias referentes á este docto jesuita pueden verse en su Vida escrita por su hermano Antonio, é inserta en el tomo VIII de la misma Coleccion, y en el VI de la Biblioteca de Sempere y Guarinos.

(2) A muy poco de haber estampado estas frases en la primera edicion de esta obra, la reina doña Isabel II (q. D. g.) y su ilustrado gobierno, consagraron su atencion á la mejora y fomento no solo de los archivos sino tambien de las bibliotecas nacionales, y en su virtud por real decreto de julio de 1858 se creó un cuerpo facultativo de archiveros-bibliotecarios, sujeto á condiciones y reglas fijas de entrada y de ascensos, bajo la direccion de una junta compuesta de hombres de letras y de especiales conocimientos en estos ramos, titulada: *Junta superior directiva de los archivos y bibliotecas del reino*, la cual habia de entender y entiendo en todo lo relativo al arreglo, organizacion, fomento, mejora y multiplicacion de estos establecimientos bajo un sistema general y uniforme, y en la creacion de un Archivo nacional central. S. M. se dignó nombrar presidente de esta Junta al humilde autor de esta Historia, cuyo cargo sigue desempeñando en 1860, al tiempo que esta nota escribe.



das Hebreo-Samaritanas, é ilustrar con notas y observaciones propias el índice y coleccion que se le encargó hacer de los manuscritos castellanos, latinos y griegos de la Biblioteca del Escorial, mientras Casiri hacia el de los escritores árabes (1).

Con un príncipe como Fernando VI, y con unos ministros que así fomentaban las letras y protegían los ingenios, y á favor de una paz como la que España, merced á la política por aquellos seguida, disfrutaba, no es extraño que aquel movimiento intelectual, aquella afición á las investigaciones, y aquel amor á los estudios que en el reinado del primer Borbon habian comenzado á desarrollarse, continuaran multiplicándose y creciendo en este reinado, ya fructificando la semilla antes derramada, ya reproduciéndose sus frutos, y ya desarrollándose nuevos gérmenes de cultura al calor de una proteccion siempre digna de alabanza y aplauso en los monarcas y en los gobiernos. No es nuestro propósito hacer en el presente capítulo ni una nómina de los escritores que en el período que este libro abarca florecieron, ni un catálogo de las producciones con que enriquecieron nuestra literatura, ni un exámen de las materias y de los ramos del saber que prin-

cialmente se cultivaron. Objetos serán estos sobre que procuraremos dar á nuestros lectores aquellas que la índole de una historia general, y no especial de la civilizacion ni de las letras, permite, en la revista que procederemos luego á hacer de la situacion de España, y por consecuencia tambien de su estado intelectual en estos dos reinados.

Ni hemos hecho, ni nos habíamos propuesto hacer aquí sino apuntar ligeramente aquellas noticias indispensables para demostrar, que si en la política, en la administracion, en la economía, en el fomento de la marina y del ejército, en la legislacion, en las costumbres y en las artes, mostró Fernando VI en un reinado digno de mas duracion un celo que le hizo acreedor á las consideraciones y á las alabanzas de la posteridad, no le manifestó menos en la proteccion á las letras. Y que teniendo presente este recomendable conjunto de prendas y de acciones, no sin razon un escritor español, al terminar la relacion de su penosa enfermedad y fallecimiento en la estrecha alcoba del palacio de Villaviciosa, concluía con estas palabras que nosotros aceptamos: «Su memoria será siempre preciosa y agradable á los españoles.»

## ESPAÑA EN LOS REINADOS DE LOS DOS PRIMEROS BORBONES

### I

Gran mudanza ha sufrido la monarquía española en su condicion material, política, moral, económica y literaria en la primera mitad del siglo XVIII, durante los reinados de los dos primeros príncipes de la casa de Borbon. Casi siempre varia la condicion social de un pueblo al advenimiento de una nueva dinastía. ¿Fué en bien ó en mal de España esta sustitucion de una á otra familia reinante? ¿Cuál era la mision que parecia estar llamados á desempeñar los soberanos de la raza Borbónica al tomar posesion de esta herencia, pingüe y dilatada en otro tiempo, vasta todavía, aunque pobre á la sazón por lo desmedrada? Igual pregunta nos hicimos á nosotros mismos en otro lugar, al apreciar la situacion de España en el siglo XVI bajo los reinados de los primeros príncipes de la casa de Austria. Examinamos allí cómo habian llenado aquellos soberanos su mision. Igual tarea nos proponemos ahora, segun nuestro sistema.

Al considerar que cuando el nieto de Luis XIV de Francia vino á sentarse en el trono de Castilla, esta nacion, aunque desfallecida y extenuada por la ambicion desmedida de los príncipes austriacos del siglo XVI, por la indolencia, el fanatismo y la ineptitud de los del siglo XVII, aun conservaba á los principios del XVIII dominios considerables en Europa, importantes restos de su colosal grandeza pasada: y al tender la vista á mediados de ese mismo siglo por la carta europea, y ver que aquellas posesiones habian dejado de pertenecer á la corona de Castilla; que Flandes no existia ya para nosotros, que Nápoles, que Sicilia, que Milan, que Cerdeña, que Menorca habian pasado á otros poseedores; que en el continente mismo de la península ibérica el cañon inglés tronaba desde la formidable roca de Gibraltar amenazando los mares y las tierras españolas, diríase que los Borbones habian venido á consumir el desmoronamiento y á completar la ruina de esta monarquía gigante, cuyos brazos parecia querer abarcar el mundo en tiempo de los primeros monarcas austriacos.

Si de la extension material del reino pasamos á considerar su condicion política, si reflexionamos que despues de tan funestos golpes como dieron los soberanos de la casa de Austria á las libertades españolas, todavía una gran porcion de España mantenía con orgullo preciosos restos de sus antiguas ranquicias, que Aragon, que Valencia, que Cataluña aun

conservaban inapreciables reliquias del tesoro de sus fueros; y contemplamos luego que antes de mediar el reinado del primer Borbon en España aquellas libertades habian acabado ya de desaparecer; que los fueros, los privilegios, las constituciones, los buenos usos por que Aragon, Valencia y Cataluña se gobernaban y regían, habian sido ya segados por la niveladora segur de la autoridad absoluta de un rey, diríase tambien que la raza coronada de los hijos de San Luis parecia no haber venido á España sino á acabar de derruir el antiguo edificio de sus libertades, como á acabar de perder todas las posesiones exteriores agregadas por sus antecesores al patrimonio de la corona de Castilla.

Y sin embargo estos dos culminantes sucesos que señalaron el cambio de dinastía necesitan ser examinados por el historiador á la luz de una critica imparcial y desapasionada, para poder juzgar de la influencia perniciosa ó saludable que ejercieron en la vida social de España, y si fueron deliberadamente ocasionados, ó fueron consecuencias precisas é inevitables de otra política anterior, y si habian de convenir ó habian de dañar al porvenir de nuestro pueblo. Procedamos al exámen de estos dos puntos por el órden en que los hemos enunciado.

Mas de una vez en el curso de nuestra historia hemos emitido la idea, idea que constituye uno de nuestros principios históricos, de que no es la posesion de extensos dominios lo que hace el bienestar de un pueblo, ni lo que forma su verdadera grandeza. Hemos dicho que no nos fascina el brillo de las magnificas conquistas, ni el ostentoso aparato de las empresas gigantes, y que mas que á los grandes revolvedores del mundo apreciamos nosotros á los gobernadores prudentes de los Estados. ¿De qué nos sirvió tener un rey de España emperador de Alemania y señor de la mitad de Europa, si por el orgullo de pasear los estandartes españoles por aquella mitad de Europa y por el imperio alemán, gastaba España su vida propia, la sávia interior que habia de robustecerla, la sangre de sus hijos y la sustancia de su suelo que habia de alimentarla? ¿De qué sirvió que la España de Felipe II fuera un imperio que se derramaba por la haz del globo, que se conquistaran países remotos, y se ganaran glorias militares sin cuento? Aquel nombre, aquellas glorias, aquellas conquistas, dijimos ya entonces, costaron á España sacrificios que no habia de poder soportar, consumiéronse los tesoros del reino y los tesoros del Nuevo Mundo por el loco empeño de sujetar regiones apartadas, que sobre no poder conservarse habian de constituir un gravísimo censo para España en tanto que

1) Sempere, Biblioteca española, tomo II.



las poseyera; y aquel aparente engrandecimiento encerraba en su seno el virus de su decadencia, y preparó cerca de dos siglos de calamidades y de humillaciones. Vinieron estas humillaciones y aquellas calamidades. En los severos fallos de nuestro tribunal histórico, sin eximir á los sucesores de Carlos I y de Felipe II de la responsabilidad que les alcanza en la desastrosa situación á que vino en su tiempo esta monarquía, nos sentimos por otra parte inclinados á atenuar su culpa. Porque los consideramos como á los desgraciados herederos de una familia ilustre, que habiendo disipado su patrimonio sacrificándole al loco afán de ostentar las armas y blasones de su linaje en diversas pertenencias, ó improductivas ó ruinosas, deja á los que le suceden, en medio de una opulencia facticia, una pobreza real, aunque disfrazada, con la triste obligación de mantener el lustre y esplendor de la casa sin consumir su ruina.

No reclamamos mérito alguno para un juicio que ha podido hacerse por el conocimiento de hechos consumados. Pero creemos que sin este conocimiento habríamos augurado lo mismo, porque es la consecuencia lógica y natural de otro principio que hemos sentado y que nos sirve de guía para juzgar de lo conocido y de lo desconocido, del pasado y del porvenir de los imperios y de las naciones, á saber; que no en vano el dedo de Dios delineó ese compuesto sistemático de territorios, esas divisiones geográficas que parecen hechas y concertadas para que dentro de cada una de ellas pueda encontrar cada sociedad las condiciones necesarias para una existencia propia. Y hablando de nuestra España dijimos: «¿Quién no ve en ese cuartel occidental de Europa, encerrado por la naturaleza entre los Pirineos y los mares, un territorio que parece fabricado para que dentro de él viva una sociedad, una nación que corresponda á los grandes límites que geográficamente la separan del resto de otras grandes localidades europeas?»

Tenia, pues, que cumplirse esta ley providencial que la geografía nos está enseñando desde el principio del mundo, que tenemos siempre delante de los ojos, y en que sin embargo los hombres han tardado muchos siglos en reparar. De tiempo en tiempo, los pueblos traspasan sus naturales límites, salen fuera de sí mismos, invaden, conquistan, dominan, se derraman por otras regiones y por otras zonas. Así es necesario para el comercio de la vida social de la humanidad; así se transmiten recíproca y alternativamente las naciones, aunque á costa todavía de grandes calamidades, hasta que la civilización les inspire medios mas suaves de trasmisión, su religión ó su cultura, su vigor ó sus costumbres, sus adelantos ó sus instintos, sus descubrimientos ó sus tradiciones. Cumplida esta misión providencial, los pueblos así desbordados vuelven á reconcentrarse dentro de sus naturales términos, al modo que vuelven á su cauce los ríos después de haber en su desbordamiento arrasado unas tierras y fecundado otras.

La España del primer Felipe de Borbon no podía ser conquistadora como la España del primer Carlos de Austria. Cuadrábale á la España del siglo XVI ser invasora; correspondía ser conservadora á la España del siglo XVIII. Carlos de Austria encontró una nación robusta, vigorosa, llena de vida, que después de haber estado encerrada en sí misma por espacio de ocho siglos cumpliendo su misión de resistencia y de unidad, no teniendo ya dentro enemigos que combatir, necesitaba ejercitar fuera el espíritu bélico encarnado en sus entrañas; invadida antes por las razas del Oriente, del Norte y del Mediodía, sentía una necesidad de derramarse á su vez por el Oriente, por el Norte y por el Occidente: por la invasión había recibido las diversas civilizaciones de otros pueblos y conservado su religión; por la conquista aspiraba á llevar á otras regiones aquella religión que había conservado, y á recoger á su vez los adelantos de otros pueblos con quienes había estado casi incomunicada. Todas las circunstancias favorecieron á Carlos de Austria para dar impulso á esta tendencia de los españoles: su genio belicoso y emprendedor, sus pingües herencias en el centro de Europa, la situación de otras potencias, la reforma religiosa que nacía en el corazón de su imperio y se infiltraba en otras naciones, el desconoci-

miento de la conveniencia del equilibrio europeo, que él mismo puso á los soberanos en la necesidad de discurrir.

Felipe de Borbon por el contrario, encontró una nación enflaquecida, casi exánime, por lo mismo que había gastado su vitalidad en aquellas expediciones lejanas; las cuestiones religiosas habían cesado; España mantenía su fe, y se había hecho imposible imponer la creencia única á otros pueblos: el equilibrio europeo era ya un principio reconocido y aceptado; la monarquía universal de Carlos V y de Luis XIV había pasado á la clase de delirios humanos; antes de morir Carlos V había comenzado para España el movimiento de reconcentración en sí misma; Felipe II ya no heredó el imperio de Alemania, y cuando murió había dejado de ser señor directo de los Países Bajos; en los tres reinados siguientes cesan de pertenecer á España Portugal, el Franco-Condado y el Rosellon. Con Felipe V no hace sino continuar esta marcha de retroceso; á nadie podía sorprender la pérdida de Flandes, dado que mas que pérdida no fuese ganancia para España; y si después de desmembrados los dominios españoles de Italia logró todavía Felipe al fin de sus días ver establecidos en ellos como soberanos á dos de sus hijos, ya no fueron ni Estados ni príncipes sujetos á la corona de Castilla; eran Estados y príncipes independientes; y los hijos de Felipe V el Animoso de Castilla quedaron en Nápoles y en Parma, como quedó el hijo de Alfonso V el Magnánimo de Aragón, primer rey español de Nápoles, y como el derecho hereditario y la conveniencia aconsejaban que hubieran quedado aquellos dominios desde antes de mediado el siglo XV.

Si en este periodo de retrogradación dominadores extraños ponen el pie dentro de nuestra propia península, transitoriamente en el centro y en una gran parte de su territorio, de un modo al parecer permanente y estable en algunos de sus extremos, no hay en ello nada que deba maravillarnos; ley es casi constante de las grandes reacciones. Si todavía partes integrantes de la península ibérica continúan como destacadas de este recinto geográfico, cosa es que si puede apenarnos, no debe hacernos desesperanzar. Aun no se ha cumplido el destino de esta nación; si no puede ser condicion de su vida propia y especial ser dominadora de naciones, tampoco puede serlo de otras dominar dentro de las cordilleras y de los mares que ciñen su suelo. Tenemos fe, ya que no podamos tener evidencia de este principio histórico.

Fernando VI ni aun quiso recobrar á Mahon y á Gibraltar, por mas que franceses é ingleses le convidaban á su vez con cada una de estas posesiones. Monarca prudente y modesto, prefirió poseer menos con noble independencia y discreta seguridad, á dominar mas á riesgo de esta seguridad y de aquella independencia. Fuese carácter personal, ó cálculo político, ó todo juntamente, el segundo Borbon de España, con mucha menos capacidad que el segundo Felipe de Austria, obró en este punto como si hubiera tenido mas talento que él, como si hubiera conocido que el espíritu de conquista convertido en sed hidrópica de abarcar dominios, y que el espíritu religioso trocado en fanatismo intolerante y rudo, nos habían traído la pobreza, la despoblación y el aislamiento; comprendió que la primera necesidad de España era reparar sus gastadas fuerzas, y que mas convenia gobernar con buenas leyes que enredarse en guerras por mezclarse en extrañas rivalidades, levantar templos á las letras que recobrar plazas fuertes.

Los dos primeros soberanos de la casa de Austria ensancharon inmensamente los dominios españoles: fué una insigne locura, gloriosa para ellos y para España. Legaron á los tres últimos monarcas de su familia una herencia que no habían de poder conservar: la torpeza de los príncipes y de los gobiernos vino en ayuda de la consecuencia lógica é irresistible de aquella brillante extralimitación, y España retrocedió, y los términos se estrecharon, y se iba cumpliendo la ley geográfica que la Providencia impuso á los grupos sociales de la humanidad. Los dos primeros austriacos extenuaron á España por extenderla fuera: los dos primeros Borbones dieron principio á un sistema de regeneración interior. Lo primero da brillantes glorias que enorgullecen; lo segundo conduce mas al verdadero bienestar de los pueblos.



Es cierto que en esta regeneracion interior no mejoró la situacion politica de España, y hay quien haga un grave cargo á Felipe V por haber acabado de ahogar las libertades de Valencia, Aragon y Cataluña, aboliendo lo que les quedaba de sus fueros. Es nuestro segundo punto.—Que el joven nieto de Luis XIV trajese ideas de libertad popular á España no podia esperarlo nadie que conociera, y cosa era de todos conocida, el reino, la corte, la escuela y la familia en que habia sido educado. El nieto del que habia entronizado en Francia el mas puro absolutismo; del que habia hecho enmudecer al parlamento, avasallado la nobleza, tiranizado el clero, excluido la clase media de las distinciones honoríficas, hecho desaparecer el pueblo, y atreviéndose á proclamar como principio la célebre máxima: *El Estado soy yo*: el que se habia criado en aquella corte, donde un gobernador, enseñando al joven Luis XV la muchedumbre agrupada debajo de los balcones de su palacio, le decia: «Señor, *todo ese pueblo es vuestro*» el que desde la cuna estaba acostumbrado á ver un soberano que ni siquiera imaginaba que hubiera un vasallo cuya libertad, cuya propiedad y cuya vida dejaran de pertenecerle, no era posible que trajese á España ideas de libertad que no conocia, y de que ni siquiera habia podido oír hablar.

¿Las necesitaba para gobernar á los españoles de su tiempo? Si exceptuamos los escasos restos de las que en la corona de Aragon no habian sido poderosos á acabar de extinguir los despóticos soberanos de la casa de Austria, apenas en casi toda la nacion quedaba un débil recuerdo de las que en otros tiempos habia gozado: recuerdo que ni atormentaba, ni casi asaltaba ya nunca á las masas populares, y solo existia en el entendimiento y en la memoria de algunos hombres de talento y de instruccion histórica. El pueblo en general, al advenimiento de la nueva dinastía, se hallaba tan azeado á la servidumbre del poder ilimitado de los reyes y del poder formidable de la Inquisicion, que habia ya llegado á formarse un hábito de ciega sumision que sin duda le parecia el estado natural de los pueblos. Cuando algunos hombres ilustrados le proponian y aconsejaban que convocara las antiguas córtes con las facultades que antes tenian de deliberar en los negocios públicos, otros consejeros en mayor número se lo disuadian, representándolo como una innovacion peligrosa; y dado que Felipe hubiera tenido, que no tenia, opiniones favorables á la intervencion de aquellas asambleas en asuntos de la gobernacion y administracion del Estado, devolviendo á los españoles el ejercicio de sus derechos políticos habria obrado contra las ideas generales de sus consejeros y de sus súbditos. Y aun así estuvo muy lejos de ser Felipe V un déspota como Luis XIV; y era que el nieto tenia otros sentimientos de justicia, otras intenciones patrióticas, otro amor á su pueblo, otras virtudes privadas, otra moralidad que su abuelo. Y si Felipe de Anjou no reconoció como Guillermo de Holanda los privilegios del pueblo que le habia llamado, tampoco tomó de su abuelo el tiránico despotismo, y solo adoptó aquel absolutismo ilustrado, cuya ilustracion habia de servir de base á las futuras libertades políticas.

Hubiéramos querido que no arrebatara á una parte del pueblo español lo que sus antecesores no habian podido arancarle. Pero recordemos que fué en castigo de una rebelion armada, injustificable á sus ojos, é injusta también á los ojos de todo el resto de la nacion. ¿Habria Felipe V atentado á los fueros de Aragon y Cataluña, si estas provincias no se hubieran levantado para arrancar la corona de sus sienas y ceñir con ella las de otro monarca? Nos inclinamos á pensar que no, considerando el carácter y las prendas personales de Felipe, y lo evidente es que no se hallan indicios de que hubiera pensado en la pena hasta despues de consumado el delito. Verificada y vencida la rebelion, y supuesta la necesidad de un castigo, hubiera sido una notoria injusticia real dejar á los pueblos rebeldes en mejores condiciones políticas que los leales y fieles castellanos que tan heróicos sacrificios habian hecho por conservar el cetro, con cuyo auxilio sofocó las insurrecciones aragonesa y catalana. O era menester premiar la lealtad castellana, dotando á Castilla de instituciones políticas y civiles mas amplias y privilegiadas que las de Aragon, y esto ni lo alcanzaba entonces el rey, ni lo reclamaba á la

sazon el pueblo, ó de lo contrario, si el crimen político no habia de gozar de impunidad política, era necesario imponer privaciones de derechos políticos á los que políticamente habian delinquido. Y dado el merecimiento de una pena, no podia el soberano ofendido y vencedor imponerla con formas mas suaves y templadas que las que empleó Felipe V con los valencianos y aragoneses. «Siendo mi voluntad, decia, que *estos fueros y privilegios se reduzcan á las leyes de Castilla*, y al uso, práctica y forma de gobierno que se tiene y ha tenido en ella y en sus tribunales, *sin diferencia alguna en nada*.....» De manera que mas parecia Alfonso X uniformando la legislacion política y civil de su reino, que Felipe II aterrando con patibulos, arrasando casas y encendiendo hogueras para abolir fueros: Felipe V no ahorcó ningun Lanuza, ni quemó en estatua ningun ministro como Antonio Perez.

Los catalanes no se levantaron esta vez, como otras, en defensa y vindicacion de sus fueros hollados ó lastimados, porque Felipe V no habia atentado contra ellos como Felipe IV, ni las córtes de Barcelona de 1702 quedaron agraviadas del monarca como las de 1626, ni ahora como entonces tuvieron los catalanes un conde-duque que los escarneciera, ni un marqués de los Balbases que los atropellara. Por eso ni hemos podido justificar ni podemos considerar la rebelion del Principado del siglo XVIII, como la revolucion de Cataluña del siglo XVII. ¿Podian prometerse con razon y con justicia los proclamadores de Carlos III de Austria, los que por mas de trece años derramaron en su holocausto tanta sangre suya y tanta sangre castellana, y maravillaron al mundo con la heróica y sangrienta defensa de Barcelona, que vencidos y domeados por Felipe V de Borbon, para ellos nunca mas que simple duque de Anjou, habian de ser respetados sus fueros populares por el mismo á quien tan obstinadamente habian negado los fueros de monarca?

Que pugnarán por el mantenimiento de sus privilegios y libertades, que murieran asidos al asta de la bandera de sus constituciones, nada mas loable, nada mas digno de un pueblo valeroso y libre, nada mas honroso para los esforzados hijos de los Berengueres, de los Jaimes y de los Alfonsos. Que bramaran de ira al verse abandonados por los ingleses y por la soberana de Inglaterra, que habian estipulado solemnemente en Utrecht interceder por la conservacion de los fueros de los catalanes, propio era de pechos nobles, de gente guardadora de palabra, y justa la indignacion de quienes no sufrían que plenipotenciarios y testas coronadas faltaran á sus empeños y á su fe. Todo les asistia, menos el derecho á esperar que el monarca ofendido les pagara el agravio con mercedes. Aun como merced y favor y como asimilacion benefica al gobierno y las leyes de Castilla quiso disfrazar Felipe la mas sensible de las expiaciones que imponia al pueblo catalan. Quiso encubrir la pena con cierto velo de templanza, y la envolvió en un manto de hipocresía.

Si la unidad política, civil, y administrativa es una condicion de los grupos sociales que llamamos naciones y condicion mas necesaria en las monarquías, este elemento de los pueblos monárquicos recibió casi un total complemento en España al advenimiento de la dinastía borbónica. La unidad política era indispensable, y habia de venir necesariamente. El destino de España era ser la monarquía española, no la agregacion de los reinos de Castilla, de Aragon y de Navarra. La unidad bajo un cetro se habia realizado; hacíase esperar la unidad bajo la ley política. Sensible es que esta unidad no se verificara dotando de instituciones mas amplias, así á los pueblos que aun mantenian una parte de las que antes gozaron, como á los que habian tenido la desgracia de perderlas del todo. Las ideas del tiempo no consentian entonces este bien, y sucesos lamentables vinieron á apresurar la unidad nacional en opuesto sentido. Era el resultado inevitable de las opiniones y de las costumbres que dominaban todavia en la época. En todas partes, á excepcion de Inglaterra, se consolidaban las monarquías absolutas, y se consideraba como una providencia el poder real. Y sin embargo, cuando las trasformaciones sociales, resultado lógico de los progresos de la civilizacion, vengán á aconsejar el que se otorguen á los pueblos instituciones mas libres, será una ventaja encontrar ya establecida una



unidad política, para que todas reciban sin queja y como un beneficio comun las libertades que sean comunes á todos.

## II

La política de Felipe V en lo exterior, durante la guerra de sucesion, fué sencilla y una; despues hubo de variar segun las diversas fases y vicisitudes que presentaban las guerras, los tratados, las relaciones de las potencias europeas entre sí durante su largo reinado; y varió tambien segun las influencias de que se dejó dominar dentro de su propia cámara.

A nadie pudo sorprender la guerra de sucesion desde que se supo la aceptacion del testamento de Carlos II por Luis XIV. Ni este monarca podia enganar por mucho tiempo á las naciones que logró atraer en un principio, ni obró con el tacto y la cordura que eran de esperar de su grande experiencia para conservarlas ó adictas ó neutrales, y no tornarlas en enemigas y contrarias. ¡Cosa digna de reparo! En la lucha gigantesca de la sucesion española el anciano monarca francés, veterano en armas, práctico en las guerras, versado en las artes diplomáticas, cometió muchas imprudencias, que le acarrearón gravísimos compromisos, y se condujo en ocasiones como un jóven arrebatado, ó como un mancebo inexperto. El jóven monarca español, corto en años, no educado en campamentos, y nuevo en el arte de gobernar, condújose desde el principio hasta el fin de la guerra con la sensatez de un varon experto, con el valor de un hombre avezado á lides, y con el juicio de un príncipe maduro: no cometió ligerezas, y mas de una vez el nieto, tratado como un educando, dió lecciones de dignidad y de teson al abuelo, su mentor y pedagogo.

El monarca francés con sus cartas patentes solivió todas las potencias; con la invasion en los Países Bajos alarmó y se enajenó la Holanda; con la proteccion al caballero de San Jorge, que así llamaban al hijo de Jacobo II, irritó á Inglaterra, y sublevó contra Francia la nacionalidad del pueblo inglés; prestándose á los planes de los duques de Borgoña, de la Maintenon y de Chamillard, fué causa de la pérdida de Flandes, de los desastres de Nápoles, y faltó poco para que se perdiera España; y cuando aquellos errores le obligaron á entablar negociaciones de paz, se sometia á condiciones humillantes y vergonzosas, que se hubieran realizado á no rechazarlas Felipe de España con indignacion y entereza, volviendo por la honra de su reino, de la nacion francesa y del nombre de Borbon. Felipe, sin ninguna de aquellas imprudencias ó de aquellas debilidades, hizo siempre un papel noble; como político, no cuidó de penetrar en las combinaciones secretas de los gabinetes; limitóse é hizo bien, á defender su reino, y es menester convenir en que lo hizo con un valor heroico. Esforzado en los combates casi hasta la temeridad, modesto en el triunfo, resignado y magnánimo en los reveses, era entonces, dice un escritor ni español ni francés, un príncipe casi perfecto.

De indolente le acusan los mismos que le apellidan el Animoso. Distingan por lo menos de tiempos. Guarden el primer dictado para aplicársele en ocasiones despues de la guerra de sucesion. Mas no le nieguen el segundo durante aquella lucha. ¿Pudo dar mas pruebas de animoso que salir por siete veces de propia voluntad á pelear á la cabeza de su ejército, en Milan, en Portugal, en Castilla, en Extremadura, en Aragon y en Cataluña; que responder, cuando le preguntaban qué puesto debia ocupar el rey en las batallas: *El primero como en todas partes*; y que subir por la montaña de Monjuich, erizada de cañones enemigos, diciendo: *Donde suben los soldados á hacer el servicio, bien puede subir el rey?*

Menester es confesar tambien que si Felipe V desplegó en la guerra toda la energía de un jóven, á quien le iba en el triunfo la conservacion de un gran reino, Luis XIV mostró una actividad y un vigor que fueron para maravillar en sus muchos años. Aquel monarca, que habia revelado á la Francia el secreto de su fuerza, que le habia enseñado que podia pelear sola contra toda la Europa confederada, que habia sabido poner sobre las armas ochocientos mil soldados, y hacer cruzar por los mares ciento noventa y ocho navios franceses de setenta cañones, todavia en sus últimos años, cuando la Providencia habia enviado sobre la Francia la penuria mas espan-

tosa y horrible, en el calamitoso invierno de 1709, encontró cinco grandes ejércitos que enviar á Flandes, á Alemania, al Delfinado, al Rosellon y á Cataluña, y cinco generales que hicieran el prodigio de sostener el honor de las armas francesas, sin dinero, sin pagas, sin almacenes, sin vestido, sin pan, sin cebada, sin avena, sin forraje, sin mantenimiento para soldados y caballos, al frente de cinco mas numerosos ejércitos enemigos, de todo abastecidos con abundancia y holgura. Verdad es que desde dos tronos, casi á un tiempo, la ancianidad y la juventud enseñaban á los pueblos á hacer sacrificios con ejemplos personales de real desprendimiento. El viejo y ostentoso rey de Francia enviaba su vajilla á la casa de la moneda, y la jóven y modesta reina de España María Luisa de Saboya ofreció en caso semejante sus joyas y dinero á los españoles para levantar y mantener soldados y hacer frente al enemigo.

Pero tambien es verdad que jamás pueblo alguno correspondió á un real ejemplo con mas largueza, ni respondió al llamamiento de sus soberanos con mas generosidad que respondieron Francia y España á la voz de sus reyes en la guerra de los trece años. Al fin la Francia, aunque accidentalmente pobre, tenia restos que sacrificar de su reciente grandeza: España, pobre de mas de un siglo, tenia que crear los recursos de que habia de hacer sacrificio. Al fin la Francia era una gran familia que obedecia entera y compacta á un padre anciano y severo á quien habia hecho hábito de respetar: la España era una familia desacorde, de la cual una parte habia buscado un soberano mas de su gusto; la otra solamente seguia por amor la voz de un monarca jóven, venido de fuera y á quien acababan de conocer. Al fin la Francia se ofrecia en holocausto á un monarca que le habia dado medio siglo de glorias; la España se ofrecia en sacrificio á un príncipe en quien no registraba antecedentes, y en quien solo columbraba esperanzas. Por eso no hay palabras que basten á ensalzar los heroicos y espontáneos esfuerzos con que los pueblos de la corona de Castilla, saliendo como milagrosamente de su abatimiento, y sacudiendo el marasmo en que yacian, todas las clases á competencia ofrecieron sus haberes, buscaron recursos, improvisaron ejércitos, vistieron hombres, dieron caballos, aprontaron armas, construyeron naves, lucharon con ardor contra toda la Europa coligada, contra ejércitos extranjeros y nacionales apoderados ya de su suelo, siempre leales, siempre vigorosos, constantes siempre, fatigados nunca y nunca desalentados, hasta dejar firmemente asegurado el cetro español en las manos de Felipe V y sus sucesores. Felipe V fué el primero, pero no el único Borbon por quien han vertido abundantemente su sangre los españoles y dado al mundo testimonios de amor y de heroismo. Nunca los Borbones corresponderán con exceso á tanto heroismo y á tanto amor.

Felipe V, dicho sea con verdad y en merecida loa suya, no les fué ingrato. Pudiendo escoger entre las coronas de Francia y España, optó sin vacilar por la española; juró morir entre sus españoles, y lo cumplió; Luis XIV dijo al despedirle: *Ya no hay Pirineos*; y él dijo á poco de venir: *Habrà Pirineos*, y los hubo. Felipe se hizo español; no necesitó mas para hacerse grato á los españoles. ¿Extrañaremos que siendo francés, y necesitando del soberano y de la nacion francesa hasta para poder ser español, respetara y mantuviera por algun tiempo las influencias francesas, en los consejos, en el gabinete y en los campamentos? ¿Debe maravillarnos que aun en el retiro le tentaran y asaltaran reminiscencias de su patria, á las cuales sin embargo resistió, no obstante los halagos con que le brindaban? Felipe V solo obró como francés en la alteracion de la ley de sucesion á la corona de España; antojo tan injustificable como incomprensible en quien debia el trono español á la ley antigua.

Era muy diferente la situacion de Francia y la de España en este tiempo, como lo era la de sus soberanos. Francia con su anciano monarca vivia del impulso de los tiempos anteriores; España con su jóven soberano renacia de sus ruinas pasadas. Luis XIV era un gran planeta que despues de haber alumbrado al mundo despedia ya solamente aquella luz del crepúsculo que anuncia la proximidad al ocaso; Felipe V era un astro de menos disco y destinado á girar en órbita mas



estrecha, pero que asomaba entonces al Oriente. Luis XIV había visto ya desaparecer los grandes hombres que heredó de las anteriores revoluciones; y de los buenos generales que aun le quedaban, Villars, Buflers, Harcourt, Crequi, Berwick, Villeroy, Noailles, Vendôme, vió desgraciarse y perecer los mejores; Felipe V no heredó los hombres que le sirvieron, y los generales españoles, Aguilar, Valdecañas, Lede, Montemar, Gages, Castelar, Navarro, nacieron sin conocer antecedentes á quienes imitar. La una era una nacion que decaía con grandeza; la otra era una nacion que renacia con dignidad.

Comprendemos bien la conjuración de Europa contra Francia y España en la guerra de sucesión. Eran precisamente las dos potencias que habían aspirado al predominio universal, la una en el siglo XVI, la otra en el siglo XVII; y alarmada ya antes con Luis XIV, que parecía haberse erigido el Carlos V y el Felipe II de su tiempo, no podía mirar sin sobresalto ni consentir con tranquilidad la unión formidable de dos naciones que representaban la grandeza presente y la grandeza pasada.

No se comprende tanto la rebelión obstinada y tenaz de provincias españolas contra Felipe de Anjou y en favor de Carlos de Austria, en pugna también con la mayoría de la nación. Solo en parte y diminutamente puede explicarse por la influencia que en el espíritu de aquellos pueblos ejerciera la memoria y el hábito de dos siglos de enemistad con Francia, y de dos siglos de obediencia á príncipes de la casa de Austria. Por lo demás, ni Aragón podía conservar gratos recuerdos de Felipe II, ni Cataluña los podía tener agradables de Felipe IV, soberanos ambos de aquella familia. Lo que á nuestros ojos puede disculpar aquel levantamiento y aquella resistencia es la convicción que, de buena fe unos y por arte de intriga otros, llegaron á formar en los ánimos de aquellas gentes de que asistía mejor derecho á la corona de España al príncipe austriaco que al duque de Anjou. Y una vez persuadidas aquellas provincias de que sostenían una causa justa, la defendieron con todo el ardor, con toda la valentía, con toda la perseverancia que es de antiguo proverbial en aragoneses y catalanes. Fuerza es confesar que fueron unos heroicos rebeldes, especialmente estos últimos.

La paz de Utrecht, mas bien que un tratado de paz general, fué una colección de tratados particulares, ó mas bien de contratos mercantiles entre naciones, puesto que casi todo se estipuló y ajustó por tarifas, y los plenipotenciarios parecían representantes de grandes casas de comercio encargados de hacer transacciones para repartirse las ganancias del mercado del mundo. Hicieron distribuciones de territorios, pero no se hizo nada en favor de los pueblos; nada se consagró á sus derechos é instituciones; todo se sacrificó á la riqueza y al engrandecimiento material. En aquella nueva distribución de Europa, para conservar el equilibrio se agregaron posesiones á los Estados pequeños á fin de tener mas en respeto á los grandes entre sí. En el repartimiento salió la mas aventajada la Inglaterra, que quedó árbitra del continente, dueña del comercio marítimo, aseguró la sucesión de la línea protestante, estrechó los límites de la Francia, y logró la separación de las coronas de Francia y España. También era la que había dirigido la guerra y la paz. Francia hizo cesiones importantes, pero dejó sentada en el trono de España su familia real. España, quedando sin la Flandes, sin Sicilia, sin Nápoles y sin Cerdeña, fué borrada de la lista de las potencias de primer orden; pero se rejuveneció en lo interior, y conservó su rey y su nacionalidad, aunque amenazada por Inglaterra con las cadenas de Gibraltar y Mahón. Se engrandeció la Saboya para equilibrarla á sus vecinos. Holanda se aseguró con un recinto de fortalezas, pero decayó en poder, se encontró dependiente de Inglaterra por enlaces y alianzas de familia, y conoció lo que en la guerra y en la paz perdía en mezclarse en las cuestiones de las grandes potencias europeas. Y por último en los tratados de Utrecht, con ser tantos, quedó sin decidir la cuestión de sucesión entre Austria y España, objeto de treinta años de intrigas y de trece de guerra. El emperador todavía no quiso renunciar á la sucesión española, ni al estéril y vanidoso placer de seguir titulándose rey de España.

### III

Desde la paz de Utrecht es otra la política de Felipe V; ni tan digna, ni tan patriótica, ni tan noble. Cambia la escena totalmente, y se coloca España en situación bien diversa con otras naciones. La causa de esta mudanza no es una sola; son varias que se suceden tan rápidamente, que casi se alcanzan y se agolpan. La muerte de la reina María Luisa, la venida de Isabel Farnesio, la marcha de la princesa de los Ursinos, el fallecimiento de Luis XIV, la regencia del duque de Orleans, la muerte de Ana de Inglaterra, la privanza de Alberoni. Cada una de ellas habría bastado para dar otro giro á la política española; fortuna fué que ninguna viniera sino después de asegurada la corona en las sienes de Felipe.

La muerte prematura de la joven María Luisa de Saboya fué un verdadero infortunio para España, y una verdadera desgracia para el rey. España perdió una gran reina, los pueblos una madre solícita, el rey una buena esposa, una compañera dulce, una consejera prudente. Desde Isabel la Católica, la figura mas digna y mas interesante que encontramos en España es María Luisa de Saboya. No sabemos lo que habría llegado á ser en la tierra, si Dios no hubiera querido llevarla al cielo en edad tan temprana. Luis XIV la admiró muchas veces; algunos años antes habría tenido hasta envidia de su nieto. No lo extrañamos; aquella reina niña asombró á fuerza de discreción al viejo y desconfiado monarca. «No consejos, le decía Luis, sino elogios tengo que daros siempre.» Con razón lloró su falta Felipe como esposo y como rey.

Su temperamento y su moral le hacían necesaria una esposa; su carácter le hacía necesaria una reina. Fácil era el emplazo en el tálamo; muy difícil en el trono. Sin embargo, Isabel Farnesio de Parma no ejerció menos influencia ni tomó menos predominio en el ánimo del rey que María Luisa de Saboya. Fué sin duda una deplorable flaqueza de Felipe V haberse dejado dominar igualmente de la una que de la otra mujer, y haber seguido tan ciegamente la política interesada y personal de la una como los patrióticos y desinteresados consejos de la otra. Tanto, que no sin alguna razón suelen dividir los políticos el reinado de Felipe en dos periodos compartidos por los dos matrimonios. Pero esta flaqueza, funesta como fué, tuvo su parte de mérito y de virtud. Vamos á hacer una observación, que no hemos visto hecha por otro, y que nos cumple hacer como españoles. En tanto que los Borbones de Francia, Luis XIV y Luis XV, corrompían la corte con su ejemplo, y escandalizaban el reino con sus vicios, entregados á mancebas y queridas; en tanto que se veía á un Bossuet ocupado en reconciliar á Luis XIV con madama de Montespan, á la Maintenon casi asociada al trono de Luis el Grande, á este declarar por instigación de aquella dama hábiles para suceder en el trono francés á sus hijos adulterinos; en tanto que se veía la disipación y el libertinaje sentados con el duque de Orleans en el sillón de la regencia, y á Luis XV degradando el trono y la nación sometidos á sus liviandades y á los caprichos de la Pompadour y de la Dubarry, los primeros Borbones de España, Felipe V y Fernando VI, se guiaban por la influencia y la política, saludable ó funesta, de Luisa de Saboya, de Isabel Farnesio y de Bárbara de Braganza, todas esposas legítimas, ninguna favorita, que reyes y reinas eran modelo de fidelidad conyugal. Diferencia era esta que trascendía, como acontece siempre, á las costumbres públicas de cada corte y de cada reino. Allí corrían desenfrenadas, y acá se iban morigerando. Débiles unos y otros soberanos en cuanto á dejarse dominar de mujeres, por lo menos la de los Borbones de España era una debilidad decorosa.

La misma princesa de los Ursinos, única favorita y privada de aquel tiempo, estuvo muy lejos de ser una Montespan, ni una Maintenon, y mucho menos una Pompadour. Aun mas querida de la virtuosa María Luisa que del mismo Felipe V, y confidente de ambos, nadie, mientras vivió la reina, se atrevió á decir de esta confianza y de esta intimidad cosa que ofendiera ó lastimara, ni la moralidad, ni el decoro, ni la dignidad de la régia cámara. En la corta viudedad del rey, cuando Felipe pareció mas entregado á la influencia de la princesa, solo vagamente se indicó que pasó por su pensa-



miento la idea de elevarla hasta el tálamo y el trono régio; y esto, añaden, por temperamento y por conciencia. Pero ella misma se encargó de desvanecer este pensamiento, si existió, buscando una nueva esposa para el rey. No debió pues la de los Ursinos la elevada posición política que alcanzó a los encantos y a las flaquezas de mujer; debiósele a su gran talento, a su ilustración y a su habilidad y destreza. A la dulzura y al atractivo de su sexo unia las dotes de un gran ministro. Con tanta disposición para el gobierno de un Estado como Cristina de Suecia y como Isabel de Inglaterra, les llevó la ventaja de haberse labrado ella misma su posición. Extranjera, y enviada por un rey extranjero, obró casi siempre en interés de España y como si fuera española. Tal vez por consagrarse demasiado a los intereses de los reyes de Castilla y mantenerlos en una digna independencia, disgustó a Luis XIV que la había traído a su lado. Luis la hizo salir varias veces de España, y siempre la ilustre proscrita volvía mas favorecida y recomendada del mismo que la había desterrado. Tenía el arte de desbaratar todas las intrigas y conjuraciones que contra ella se formaban, y de persuadir lo que quería al soberano mas sagaz, mas político y mas suspicaz de su tiempo. Cuando fué a Versalles, no podía ser mayor el enojo que contra ella tenía Luis XIV. A muy poco tiempo Luis XIV era un apasionado ciego de la princesa de los Ursinos: no había para él criatura en el mundo de mas mérito, de mas virtud y de mejor consejo, y la volvió a enviar a España poco menos que con diploma de directora exclusiva de los reyes, y con recomendación de que fuese recibida y tratada casi con honores de reina. En sus muchas luchas con embajadores, ministros y príncipes, todos sucumbían ante la superior inteligencia y extraordinario genio de esta mujer singular.

Isabel Farnesio apenas puso el pie en territorio español, arrojó de España con grosera brusquedad a la princesa de los Ursinos, y Felipe V mostrándose indiferente y glacialmente impasible a aquel primer rasgo de rudo é incivil despotismo de su segunda mujer, pagó con injustificable ingratitud los largos servicios de su antigua confidente, y antes de conocer personalmente a su nueva consorte se confesaba apocadamente sometido a todos los caprichos de su orgullo. En efecto, desde aquel momento la influencia y la política de Isabel de Parma y del abate Alberoni, su compatriota, reemplazan en el corazón del rey y en la marcha del gobierno la influencia y la política de Luisa de Saboya y de la princesa de los Ursinos. Ni a la reina ni al abate faltaban ingenio, viveza, travesura, audacia, tesón y flexibilidad a un tiempo. Ambiciosos ambos, en sus proyectos no dejaba de haber atrevimiento y grandeza: pensamientos que parecían tan elevados que asombraba mirar a la cúspide, mas si se bajaban los ojos a su base hallábaselos cimentados sobre el interés personal ó de familia. Lo patriótico, lo nacional no se encontraba. Tras la misteriosa expedición a Cerdeña se ve el capelo de Alberoni; tras la asombrosa empresa de Sicilia se ve el patrimonio de los hijos de Isabel.

Alberoni pareció haberse propuesto ser el Richelieu de España, ya que no pudiera ser el Cisneros. Negarle gran capacidad sería una gran injusticia. Tampoco puede desconocerse que reanimó y regeneró la España, levantándola a un grado de esplendor y de grandeza en que nunca se había vuelto a ver desde los mejores tiempos de Felipe II. La muerte de Luis XIV había dejado a Felipe V en aptitud de seguir una política mas independiente y mas libre, y a Alberoni en franquía de dirigirla a su gusto. Este hombre, que había llevado en su cabeza el bonete de sacristán y tuvo habilidad para ceñir la corona de conde, la mitra de arzobispo y el birrete de cardenal, que engañaba reyes para ganar al papa, y engañaba al papa para ganar el capelo, parecía poseer el arte mágico de crear recursos, de improvisar ejércitos y de producir escuadras. Flotas formidables se veían brotar como por encanto de los puertos españoles y surcar los mares. La conquista de Cerdeña sorprendió a Europa; la de Sicilia la asombró y asustó. Todas las naciones europeas se conmueven y agitan a la voz del clérigo italiano, ministro sin título de Felipe V; porque el antiguo campanero de Plasencia aspira nada menos que a dar un rey de su gusto a Italia, otro a Polonia,

otro a Francia y otro a Inglaterra; revuelve el Norte, el Mediodía y el Occidente; intenta arrojar al gran Carlos XII de Suecia, y a Pedro el Grande de Rusia, contra Jorge I de Inglaterra; agita imperios y repúblicas; intriga con turcos y cristianos, con católicos y protestantes, y hace a España sostener sola una guerra contra cuatro grandes potencias como en los tiempos de Carlos V y de Felipe II.

¿Cuál fué el móvil de esta política turbulenta, cuál el resultado de este galvanismo en que ha hecho entrar a España el purpurado agitador? El móvil de tan gigantescas empresas, de tan eléctrico y general sacudimiento es la ambición personal de una mujer, halagada por un favorito a cuya imaginación viene estrecho un reino solo; es el afán de Isabel Farnesio por hacer en Italia un patrimonio para sus hijos. El resultado fué provocar una guerra de cuatro poderosas naciones contra España; el pabellón español tremoló con orgullo en Sicilia como en los tiempos de Alfonso el Magnánimo y de Fernando el Católico; pero nuestras naves fueron destruidas en las aguas de Siracusa; la expedición naval contra Escocia sufrió un desastre semejante al de la invencible armada de Felipe II; una flota inglesa se apoderaba de Vigo y quemaba su arsenal y almacenes; Francia, nuestra amiga pocos años antes, trocada en enemiga por Alberoni, nos arrebató por un lado a Fuenterabía, San Sebastian y Santoña, y por otro nos tomaba a Urgel y apretaba a Rosas. Quiso Alberoni galvanizar al rey como había galvanizado a la nación, y sacóle por última vez a campaña. Pero Felipe V supo la pérdida de Fuenterabía, y el Animoso de otros tiempos se volvió melancólico a Madrid, y enojado con Alberoni, que había engrandecido a España y perdía el reino. Y sin embargo, para resolverse a decretar su caída fué menester que la cuádruple alianza se lo exigiera como condición de la paz. La voz de cuatro grandes naciones dijo al mundo que la guerra ó la paz de Europa dependía de que un clérigo sin carácter de ministro saliera de España, ó continuara en el palacio de sus reyes. De esta manera la caída de Alberoni fué aun mas notable que su encumbramiento. Entonces el rey le despidió secamente, y la misma a quien había hecho reina se negó a darle una audiencia. Esto a nadie sorprendió: el último capítulo de la historia de los favoritos es casi siempre el mismo.

La salida de Alberoni produce otro cambio en la política española. Felipe se adhiere a la cuádruple alianza, y se hace amigo de Francia é Inglaterra; mas todo lo que pudo sacar de esta amistad y del congreso de Cambray, fué que Austria reconociera el derecho de sucesión de los hijos de Isabel Farnesio a los ducados de Parma y Plasencia, y tres desdichados contratos matrimoniales; el del infante don Carlos, hijo de Isabel, con una hija del de Orleans, fué el menos desgraciado, porque no se verificó; una hija de los monarcas españoles fué enviada a Francia a ser esposa de Luis XV para pasar despues por la ignominia de que se la devolvieran soltera a sus padres; y la princesa de Montpensier que vino a desposarse con Luis, príncipe de Asturias entonces, y rey de España luego, valiera mas que se hubiera quedado allá que no que viniera a ser con sus ligerezas el tormento de su joven esposo, y el escándalo y la murmuración de la corte española. El jesuita Daubenton, confesor de Felipe, negociador de estos desventurados matrimonios, no había sido mas feliz como consejero de alianzas políticas que como confeccionador de enlaces conyugales.

En poco tiempo desaparecen del mundo los principales personajes de la nación francesa que mas han influido en la política y en la suerte de España, Luis el Grande, el regente Orleans, el cardenal Dubois. Dos palabras sobre estos ilustres contemporáneos del primer Borbon español y de sus confidentes y consejeros.

Aquel Luis XIV que había dado tanta grandeza y tantas glorias a la Francia, aquel soberano que se había visto aplaudido de su pueblo hasta cuando se presentaba en el ejército entre su esposa y dos queridas, aquel dominador absoluto a quien la nación había perdonado su despotismo de rey y sus vicios de hombre en gracia de sus triunfos de conquistador y de los laureles con que había orlado las frentes de las ilustraciones literarias, acabó sus días aborrecido de aquel mismo pueblo



y abandonado de todos, hasta de la misma Maintenon, que se retiró á Saint-Cyr dejándole en el lecho del dolor entregado á manos mercenarias; en Roma le negaron las exequias, y el pueblo de París ultrajó su nombre y su tumba, é insultó su féretro, levantando tiendas en que bebía y se regocijaba como en una fiesta popular. Obró impresionado por los últimos infortunios del reino y por las últimas flaquezas del rey; y como Luis había concentrado en su persona todo el poder y toda la autoridad sin querer compartirla con nadie, el pueblo en su disgusto concentró y descargó todo su enojo contra él, porque no halló otro con quien compartirle y desahogarle. Luis quiso el gobierno de uno solo, y sufrió él solo toda la odiosidad de su gobierno. Lección grande para los príncipes absolutos. Quedó Felipe, duque de Orleans, rigiendo el reino y protegiendo la cuna del niño Luis XV rodeada de catafalcos. El parlamento protestó contra la inmoralidad del último monarca anulando su testamento y despojando del derecho de príncipes de la sangre á los bastardos legitimados. Providencia justa, pero con la cual enseñó á la nación á desobedecer la última voluntad de los reyes, y la preparó á otras desobediencias. El pueblo francés creyó hallar mas moralidad en la regencia, y vió que sobre la corrupcion antigua se respiraba el aire infestado de una corrupcion nueva, en medio de cuya atmósfera crecía raquíticamente el que habia de ser su rey. El duque de Orleans fué recibido con aplauso, y en efecto, debía á la naturaleza cualidades muy apreciables: pero se entregó descaradamente á la licencia, é hizo gala de vivir como un libertino. Así no es extraño que cuando Alberoni conspiró contra el regente para dar la regencia al rey de España, los Estados generales se ofrecieran á Felipe V y le aseguraran las simpatías del ejército, del pueblo y de la nobleza de Francia; y la conjuración española habria acabado por derribar al de Orleans á no haber sido descubierta por las imprudencias de Cellamare. A ejemplo del regente se introdujo en la sociedad francesa un desarreglo sistematizado, y la disolución se hizo de moda. Aquel príncipe licencioso que habia aspirado á suplantar á Felipe V en el trono de San Fernando y á Luis XV en el de San Luis, murió de repente en los brazos de una mujer, dejando á la Francia una deuda de cuatro mil millones, y á Voltaire y Montesquieu preparando con sus escritos un cambio en las ideas, en la religion y en las leyes.

Habia sido el de Orleans educado por el abate Dubois, que le habia enseñado á considerar la religion como una invención humana y la moral como una preocupacion del vulgo. Aquel mal eclesiástico, cómplice de sus desórdenes, y á quien hizo su primer ministro, hijo de padres poco menos humildes que los de Alberoni, fué tambien, como este, arzobispo y cardenal, y además príncipe del imperio. Aquel indigno sucesor del gran Fenelon llegó á acumular tantos empleos y pensiones, que le producian una renta de millon y medio de francos. Ya que hemos sido severos con el ministro de Felipe V por la manera como negoció la púrpura, justo es decir que el ministro de la regencia hizo gastar á la Francia muchos millones para obtener el capelo, y al decir de un erudito escritor, el papa que se le otorgó debió arrojarle del santuario. Dubois conspiró á su vez contra Alberoni. Aquel corrompido purpurado murió dejando una inmensa fortuna, que acumuló á expensas del Estado.

Al de Orleans sucedió en el primer ministerio del desgraciado Luis XV su mortal enemigo el duque de Borbon, de menos talento y de no mas puras costumbres que su antecesor. Favoritos y mujeres constituian su corte, y madama de Prie, que era la que mas le dominaba, dícese que se le habia entregado por motivos menos nobles todavía que el amor y que la ambición. Este ministro fué el que calculando sobre la probabilidad de la corta vida de su monarca Luis XV, y á fin de que no pasara la sucesión á la familia de Orleans que aborrecia, envió á Madrid al mariscal de Tessé á convidar á Felipe V con la corona de Francia que suponía pronto vacante, no obstante las renunciaciones solemnes. El embajador francés encontró á Felipe entregado al servicio de Dios y dedicado á la oración y al retiro en el templo de San Ildefonso, despues de haber renunciado la corona de España. ¡Qué contraste de costumbres!

#### IV

¡Cuán diversos juicios se han hecho sobre la abdicación de Felipe V y su retiro en las soledades de la Granja! Para unos fué un acto de refinada hipocresía, un cálculo político, un medio disimulado de habilitarse para otro trono mas poderoso que el que renunciaba. Para otros fué un rasgo sublime de abnegación y humildad cristiana, una vocación apostólica, un golpe de gracia eficaz que le movió á desprenderse de las grandezas de la tierra para pensar exclusivamente en ganar el cielo.

No nos maravillan versiones tan encontradas, porque sobre ser difícil penetrar los pensamientos y las intenciones de los hombres, la abdicación de Felipe V sorprendió á todos por las circunstancias de la época, del reino y de la persona, porque no se parecia ni á la de Alfonso IV de Leon, ni á la de Amadeo I de Saboya, ni á la de Cristina de Suecia, ni á la de Augusto de Polonia, ni á la del mismo Carlos V de Austria y I de España. Seguro estaba Felipe en el trono; hallábase en la mejor edad para manejar el cetro; con el amor del pueblo contaba. ¡Qué le pudo inducir á trocar voluntariamente el brillo del solio por el silencio de la soledad, el fausto de la corte por la modestia del retiro, los salones del palacio por el coro de San Ildefonso? ¿No eran causas bastante naturales, sin dar tortura al discurso para buscar otras, el cansancio de tantas contrariedades, la fatiga de un reinado siempre intranquilo, las enfermedades que habian trabajado su cuerpo, cierta tendencia al misticismo, y sobre todo la honda melancolía que de muchos años antes se habia ido apoderando de su ánimo? ¿Sería sincera la abdicación? Si alguna duda abrigáramos de su sinceridad, nos la desvanecería el verle mas adelante, despues de haber vuelto á tomar la corona, acometido de la misma tentación de abdicar y volverse á su predilecto retiro de Balsain, insistir una y otra vez en el propio pensamiento, escribirle con resolución de solemnizarle, intentar hasta la fuga clandestina de palacio para restituirse á su querida Granja, á su templo y á sus oraciones. Tanta insistencia posterior disipa toda sospecha de falta de sinceridad en su resolución primera.

Cosa es tambien que no puede fundadamente contradecirse, que brindado repetidamente y con empeño por el duque de Borbon y el embajador Tessé á que se declarara heredero del trono de Francia, entre otras dignas respuestas dió siempre la de que apreciaba mas la corona de la gloria en el cielo que todas las coronas de la tierra, dando gracias á Dios de que le hubiera permitido descargarse del peso de una que habia llevado.

Tambien nosotros confesamos que Felipe en el retiro ni estuvo apartado de los negocios del gobierno, ni dejó de intervenir en la política del Estado, antes bien la corte de Madrid no obraba sino por las inspiraciones de la de la Granja, ni los ministros de Luis I ejecutaban nada sin la consulta y sin la vénia de los solitarios de Balsain. Esta conducta de Felipe, junto con haber vuelto á empuñar el cetro tan pronto como murió su hijo á quien le habia transmitido, es sin duda lo que á muchos persuadió entonces y hace sospechar aun ahora, de que en la renuncia hubiese mas de designio político que de desprendimiento y abnegación; y los induce á buscar el móvil oculto, el *quid ignotum* de aquel acto extraordinario, sin encontrar explicación que á ellos mismos satisfaga. ¿A qué atormentarse en inventar arcanos, en crear enigmas, y en forjar misterios de lo que puede resolverse por la lógica sencilla de los afectos humanos? ¿Tan peregrino era este manejo que no tuviera ejemplar en los anales de los príncipes dimisionarios dentro de nuestra misma España? Como tipo de las pocas abdicaciones sinceras se ha citado siempre la del emperador Carlos V; y sin embargo, el solitario de Yuste no dejó de seguir una correspondencia viva sobre negocios públicos con el rey de España su hijo, con su hija la gobernadora del reino, con los príncipes y ministros de otras naciones, y de intervenir en las negociaciones diplomáticas, en las paces y en las guerras, y apenas se resolvía nada sin su consulta y beneplácito, y mandaba y decidía muchas veces como emperador y como rey. No hacia mas el



solitario de San Ildefonso. Si Felipe II hubiera muerto viviendo su padre, como Luis I, ¿quién sabe si el cenobita del monasterio de Yuste habría vuelto á ceñir la corona, como el anacoreta de la colegiata de la Granja?

No olvidemos tampoco que Felipe de Borbon no estuvo solo en la soledad. Acompañábale, ó por virtud ó por cálculo, la reina Isabel Farnesio, que dominaba su corazón y su voluntad, no desnuda como él de ambición, ni desapegada como él al mando, madre de hijos para quienes soñaba tronos, y que si una vez no había sido bastante fuerte para contrariar y detener un acceso de misantropía de su marido, no era mujer que renunciase á la idea ni desaprovechase ocasión de volver á ocupar el sόlo de donde por su voluntad no habría descendido. Deparóse esta ocasión, asíola Isabel, y Felipe no contradecía á la reina sino cuando le embargaba todos los afectos la melancolía.

Menos parecía concertarse aquel desprendimiento de las cosas y de las grandezas humanas, aquel amor al retiro, aquella austeridad religiosa, aquellas protestas de querer pensar solo en el cielo, con los dispendiosos gastos para hacerse una fastuosa vivienda, una mansion de recreo exornada con todo lo que la naturaleza, el arte y el mas refinado gusto pudieran ofrecer de mas halagüeño á los sentidos, siquiera se invirtiesen en ello enormes sumas. Buscábase al ermitaño entre rocas y grutas, y se encontraba al príncipe entre temples y flores. Parecía haber querido hacer otro Escorial, é hizo un Versalles. Pensó imitar la vida cenobítica de Felipe II, y demostró que había sido educado en la fastuosa corte de Luis XIV.

Tampoco podemos dejar de observar que ni para el acto de la abdicación ni para el de volver á tomar la corona pidiera el beneplácito, ni siquiera el parecer de las córtes del reino, ni aun las convocara para participarles resolución tan grave. Lo primero lo hizo de propia cuenta, para lo segundo consultó solamente con consejeros y teólogos. Extraña y censurable omisión en quien había reconocido la necesidad de congregarse el reino para hacer ante la asamblea de la nación la renuncia de la corona de Francia, y para variar la ley de sucesión á la corona de Castilla. El que había sido llamado á ser rey de España por el solo testamento de Carlos II volvió á serlo por el solo testamento de Luis I. La nación calló y consintió en uno y otro caso. Tales eran ya nuestras costumbres políticas.

## V

Pasa el brevísimo reinado de Luis I de Borbon, tan fugaz como el de Felipe I de Austria. La poca huella que aquellos dos príncipes dejaron se manifiesta bien en el hecho de entendernos truncando la cronología.

En este segundo reinado de Felipe V su política exterior, ó mejor dicho, la política de Isabel Farnesio es la política de una agenciosa madre de familias. Con tal que asegure una hijuela para sus hijos en Italia, eso le importa aliarse con los príncipes enemigos como enemistarse con los aliados. Nadie se imaginaba que abierto un congreso europeo y contando con potencias amigas y mediadoras, hubiera de negociar secreta y privadamente la paz con el emperador, el enemigo irreconciliable de España y de la dinastía hacia veinticinco años. Solo pudieron hacer esto una reina como Isabel de Parma, y un negociador como el que le deparó la suerte en el baron de Riperdá, aquel famoso holandés, que profesó todas las religiones sin creer en ninguna, fabricante de manufacturas y de enredos diplomáticos, confidente y espía de tres naciones á un tiempo, uno de los embaidores de mas ingenio y travesura, pero tambien el mas arrogante y jactancioso, y el mas imprudente, ligero y voluble que ha venido al mundo. Este insigne cabalista ajustó en Viena el tratado de paz entre España y el Imperio, con el cual tuvo el don de enojar á Francia, á Inglaterra, á Holanda, á Cerdeña, á las repúblicas italianas, á los príncipes del imperio germánico, al pontífice y al turco, pero que valió á Orendain el título de marqués de la Paz, y á él el de duque y grande de España.

¿Qué importaban á Isabel Farnesio las indiscretas, peligrosas y comprometidas condiciones de los tres tratados de Viena, si se estipulaba que su hijo don Carlos podía ir á tomar

posesion de los ducados de Parma y Plasencia, si la halagaban con la esperanza de casarle con la princesa archiduquesa de Austria, y si al decir de Riperdá iban España y Austria á ser otra vez señoras del mundo, aunque el mundo todo fuera contra ellas? ¿Qué le importaba que Francia ofendida hiciese á España el afrentoso desaire de devolverle la infanta que había ido á ser esposa de su rey? ¿Que Inglaterra, indignada de lo estipulado contra ella en los artículos secretos, aparejara escuadras contra España, y las enviara al Mediterráneo y á las Indias? ¿Que la república holandesa, resentida de la cláusula concerniente á la Compañía de Ostende, se alarmara y protestara contra los tratados? ¿Que Prusia entrara en celos, que se conjurara Europa, y que contra la alianza de Viena se formara la confederación de Hannover? ¿Qué paz era aquella que provocaba una guerra universal?

Y sin embargo el funesto negociador venia á Madrid, y era saludado con plácemes y recibido con hosannas como un salvador providencial de reyes y de reinos, y llevábanle á habitar dentro de la mansion régia, y hacíanle primer ministro, y le iban agregando ministerios, despojando á otros hasta hacerle ministro universal. Íbase descubriendo que el gran pacificador no era sino un tramoyista, que el hábil diplomático no era sino un fecundo fabricante de embustes, que el ingenioso concertador de alianzas políticas y de contratos matrimoniales no era sino un zurcidor de grandes enredos y un desconcertador de amistades y de enlaces. Con la venida del embajador imperial descubrióse que el ponderado reconciliador de las dos cortes había sido un engañador solemne de ambas, asegurando á la de Madrid lo que la de Viena no había prometido realizar, y ofreciendo á la de Austria lo que la de España no podía cumplir. Estrechado por los embajadores de las potencias lastimadas, envolvióse en una red de contradicciones, que mas parecían desconcertadas evasivas de un jóven atolondrado cogido en un delito que su aturdimiento no acierta á disculpar, que respuestas y explicaciones de un hombre serio, cuanto mas de un hombre de Estado. Las potencias ofendidas se admiraron de haber tenido que confederarse formalmente para deshacer la trama forjada por un desjuiciado: el emperador se asombró de haber variado su política de veinticinco años por arte de un embaucador, y Felipe V de España se avergonzó de haber puesto en manos de un loco la suerte de su reino. Y aunque Isabel Farnesio todavía en su interior se felicitaba de una locura que favorecía al porvenir de sus hijos, ya no pudo evitar la caída de aquel hombre extravagante, reclamada por el interés de toda Europa y por el decoro del trono español.

El fin que tuvo Riperdá correspondió á su género de vida. Refugiado en la embajada inglesa, sacado violentamente por el rey de aquel asilo, encerrado en el alcázar de Segovia, fugado dramáticamente de la prision, errante por Europa, repelido por todas las naciones sin encontrar un pueblo que quisiera albergarle, protestante en Holanda, católico en España, musulman en Africa y apóstol de una nueva secta musulmica, allá murió, no sabemos si católico, si protestante, si mahometano.

Lo peor fué, por extraño que parezca, que su política sobrevivió á su descrédito; que el gran fascinador salió de Europa detestado y escarnecido, pero dejó la Europa conmovida con sus últimos tratados y alianzas, y dividida en dos grandes bandos; que las potencias todas continuaron adhiriéndose, las unas á la alianza de Viena, las otras á la liga de Hannover, y preparándose á una lucha gigantesca; que en España siguió prevaleciendo la influencia y la amistad del Austria; que á ella sacrificó Isabel Farnesio los hombres, los tesoros, las naves y los ejércitos de España; que por ella consintió en envolverse en una guerra marítima con Inglaterra, costosísima y fatal á ambas naciones; que por ella se emprendió el segundo sitio de Gibraltar, tan malhadado y tan desastroso como el primero. ¿Cómo hemos de dejar de aplaudir el buen deseo de la recuperación de Gibraltar? Pero el verdadero patriotismo, la política acertada y prudente de los reyes y de los gobiernos no consiste en que sus intentos sean justos, y convenientes sus empresas, sino en el tiempo y la sazón de acometerlas, y en la posibilidad de llevarlas á buen término. Con



la indiscrecion de un hombre presuntuoso é inexperto obró en 1727 el conde de las Torres, aconsejando el sitio, y soñando facilidades, que á todos menos á él se representaban imposibles. Con obcecacion igual á la de 1705 procedió Felipe V en 1727, creyendo ahora al de las Torres como entonces al de Villadarias, mas que á los consejos y al parecer unánime de todos los demás generales. En el segundo como en el primer sitio de Gibraltar se ganó la gloria del valor y la constancia; se sacaron pérdidas lamentables y se recogieron los desengaños de la imprudencia.

El fuego de la guerra entre Inglaterra y España, cuya tea habia sido puesta por la atrevida mano de Riperdá, amenazaba extenderse al Centro, al Norte y al Mediodía de Europa. Estremeció á toda Europa esta idea; vióse el peligro de destruir el equilibrio europeo; un cardenal ministro, no inmoral como Dubois, ni belicoso como Alberoni, mas anciano que ambos, de mas talento que el uno, aunque acaso de menos capacidad que el otro, con otro género de ambicion que los dos, el cardenal Fleury, ministro de Luis XV, se ofreció á ser mediador entre Austria y las potencias marítimas, y tuvo la fortuna de concertar los soberanos y los embajadores de todas hasta suscribir unidos los preliminares de la paz. Las dificultades, los reparos vinieron solamente de España, de la nacion mas trabajada por las guerras. Grande esfuerzo fué necesario para arrancar la conformidad y el *ultimatum*, no al rey, que hipocondríaco y enfermo pensaba mas en la iglesia de la Granja que en Gibraltar y en las Indias, sino á la reina que lo dirigia todo, y al marqués de la Paz, su primer ministro, que por una singular contraposicion el único ministro que llevaba el título de la paz era el mas empeñado en la guerra. Orendain habia sido el único colaborador de Riperdá en la alianza de Viena: Orendain era el que dirigia la corte y la política española, segun la política iniciada por el funesto Riperdá. Se habia anatematizado al autor, y se tomaban por texto sus obras. Al fin, aunque con repugnancia, se firmó por los representantes de las cinco potencias el Acta del Pardo, que produjo el congreso europeo de Soissons.

Otro congreso como el de Cambray. Reclamaciones y disputas, poca avenencia, muchas formalidades y reglamentos, no pocos banquetes y fiestas, y ninguna resolución. El congreso de Soissons concluyó por dispersarse los plenipotenciarios, y por no saberse si la asamblea se celebraba en Soissons, en Paris, ó en ninguna parte. Las dos cuestiones capitales, causa tambien principal del desacuerdo, fueron dos cuestiones españolas: la reciproca indemnizacion entre Inglaterra y España de presas hechas en la guerra, la de los ducados de Parma y Toscana para el infante don Carlos, hijo de los monarcas españoles, el sueño dorado de Isabel Farnesio. Quería Isabel guarnecer inmediatamente aquellos dominios con tropas españolas; resistíalo el emperador. Bastaba esto para romper, ó por lo menos sobraba para enfriar la amistad entre las cortes de Madrid y Viena, y la obra de Riperdá amenazaba deshacerse sin que España hubiera recogido de ella otro fruto que una guerra con la Gran Bretaña, ni Europa otro provecho que haberse conmovido, y vivir en una situacion indefinible, ni bien de guerra, ni bien de paz, en un estado de alarmante incertidumbre.

De aquella nueva desavenencia entre España y el Imperio, de aquella insistencia de la reina española en enviar guarniciones de tropas de su reino á Parma, discurrió sacar partido el gobierno británico, habitualmente especulador, dando gusto á la reina á fin de sacar beneficios para el comercio inglés. ¿Qué importaba á la Gran Bretaña contrariar al emperador introduciendo guarniciones españolas en Italia, si de ello reportaba la nacion inglesa ventajas mercantiles? ¿Y qué importaba á la reina de España dejar otra vez la alianza de Austria por la de Inglaterra, si así lograba la mas pronta colocacion de su hijo don Carlos en Parma y Toscana? Cada cual iba en pos de su particular interés, y en él se basaban entonces los tratados; y en él se cimentó el de Sevilla entre Inglaterra y España; y á él se adhirió la Francia, porque el cardenal Fleury, pacífico de suyo, deseaba reanudar las amistades de las dos monarquías borbónicas, y que le dejaran vivir y ser ministro con tranquilidad. ¿Cuánto sufrió la impa-

ciente Isabel Farnesio al ver por mas de un año la inaccion y la apatía de sus nuevos aliados en ayudarla á la expedicion de los seis mil españoles á Italia, que habian de facilitar la posesion de aquellos ducados á su hijo! ¿Qué de zozobras no la atormentaron viendo el misterioso manejo de las cortes amigas, la inutilidad de sus reclamaciones, de sus embajadas, de sus gestiones apremiantes! Al fin, merced al interés que en ello tenia la Gran Bretaña y á su oportuna mediacion con el emperador, la solícita y agenciosa madre logra que su hijo tome posesion de la ansiada y disputada herencia de Parma y Toscana. Isabel Farnesio satisfizo su ambicion, y solo entonces pudo darse por terminada la cuestion y la lucha de treinta años por la sucesion española.

Por un momento la política de los reyes y del gobierno de España toma otra direccion y otro rumbo: se aparta de Europa y se endereza al Africa: las fuerzas navales que han quedado sin ocupacion en Italia se destinan á la recuperacion de Oran: empresa patriótica en que por lo menos deja de verse el egoismo personal y el interés de familia. Un éxito feliz corona esta expedicion. El pabellon español vuelve á ondear con orgullo en los torreones de Oran y en los adarves de Mazalquivir; se escarmienta al rey de Marruecos y al apóstata Riperdá, y se asegura la posesion de Ceuta. Es un brillante, aunque breve episodio del reinado del primer Borbon. ¡Ojalá se hubiera emprendido la reconquista de Argel! Mas de dos siglos hacia que el inmortal Cisneros con su ejemplo y con su voz habia dicho á los españoles, señalando á la costa africana: «Hé aquí un vasto teatro que se abre á vuestras glorias: fundada os dejo la base de un imperio inmenso: la religion, la geografia, la conveniencia os llaman á dominar y á civilizar á vuestros antiguos dominadores.» De tiempo en tiempo, desde aquel hombre extraordinario, apenas ha habido un soberano español, así de una como de otra dinastía, que no haya acometido como instintivamente alguna empresa sobre el litoral africano, pero siempre como una digresion pasajera, nunca con un gran designio ulterior y como el pensamiento de una política fija y permanente. Se han gastado constantemente las fuerzas en conquistas europeas á que nuestra posicion excéntrica no nos llamaba, y se ha desatendido la parte del mundo á que nos convidaban nuestra situacion, nuestra fe y nuestras tradiciones. La enseña de Cisneros no ha sido seguida; la política se ha invertido; se ha dado lugar á que una nacion vecina, sin los títulos, y sin la base y sin los elementos que la española, haya buscado y encontrado su engrandecimiento donde nosotros pudimos y debimos tener nuestra grandeza. ¿Se dará lugar todavía á que absorba esas escasas posesiones que aun conservamos como los hitos que señalan un futuro y posible imperio, y á que entre dos potencias avaras de dominacion nos cierren con dos llaves maestras las puertas del Mediterráneo?

Una cuestion de forma sobre la investidura de los ducados de Parma y Plasencia llama al instante de nuevo la atencion de España hácia aquellos dominios y da fundamento á recelar que se rompa otra vez la insegura reconciliacion entre España y el Imperio. Sobreviene casi al mismo tiempo la ruidosa cuestion de Polonia; la Europa entera se agita y conmueve otra vez hondamente, y el ruido de aquellas novedades y turbaciones produce un efecto eléctrico en Felipe V, á quien se ve sacudir de repente el letargo en que yacia adormecido, y recobrar de improviso los ímpetus belicosos de su juventud. Hay quien atribuye esta súbita trasformacion, no á la sensacion de aquel estruendo, sino á la influencia magnética de la reina, que tras el loco pensamiento de pretender la corona de Polonia para su hijo, se fijó en el de hacerle rey de Nápoles y Sicilia, contando para esto con el rey de Francia, y aprovechando la ocasion de estar distraidas en otra parte las fuerzas de las potencias europeas. El consejero de este proyecto ya no era un agitador extranjero como Alberoni, ni un aventurero sin fe como Riperdá; era un ministro español tan sesudo como Patiño.

En efecto, confedéranse Francia, España y Cerdeña: Francia, porque quiere dar rey á Polonia; España, porque quiere los reinos de Nápoles y Sicilia para don Carlos; Cerdeña, porque quiere el Milanesado para sí: este triple egoismo produce



la triple alianza ajustada en el Escorial. Las potencias marítimas permanecen esta vez en una neutralidad expectante. La guerra se enciende y arde viva y sangrienta entre polacos, rusos, austriacos, saboyanos, alemanes, franceses y sardos; y entre tanto el nuevo duque de Parma y de Toscana, el primogénito de Isabel Farnesio, el infante español don Carlos, emprende su expedición á Nápoles; él mismo va de generalísimo de las tropas; el pontífice le ampara y socorre á su paso, como si Roma quisiera dar á Felipe V de España una satisfacción pública del agravio que le hizo veinticinco años antes. Carlos entra en Nápoles en medio de populares aclamaciones; la victoria de Bitonto, obra del valor y de la inteligencia de Montemar, le asegura la posesión de todo el reino; y queda instalado y reconocido rey de las Dos Sicilias por el acta de cesión de su padre. Se renuevan al cabo de siglos los tiempos de los Alfonsos, los Fernandos y los Pedros de Aragón. Los derechos de ahora derivan de los de entonces. Ha triunfado la política perseverante de Isabel Farnesio.

¿Pero se da por satisfecha esta afanosa y diligente madre? No: ya que ha logrado un trono para su hijo primogénito, aspira á que su hijo segundo le suceda en los ducados de Parma y Toscana que aquel ha dejado vacantes. Pero el interés de las potencias europeas no se aviene con aquella hidropesía de amor materno. Las potencias marítimas, neutrales hasta ahora, temen ya el excesivo engrandecimiento de las naciones borbónicas, ven peligrar el equilibrio, aconsejan la paz, y la proponen haciendo armamentos y amenazando. Francia reflexiona ante aquella actitud; consulta sus intereses haciendo abstracción de los de España, y se ajusta silenciosamente con el emperador. El viejo cardenal Fleury, que cuatro años antes fué sorprendido y como abochornado con el tratado de Viena entre Austria, Inglaterra y España, hecho sin contar para nada con él, vengóse ahora en contratar él solo otro tratado con el Imperio, sin contar con nadie. Por este tratado (1735) Parma y Plasencia se cedían al emperador con Milán; Toscana al duque de Lorena. Gran sorpresa y pesadumbre para el ministro español Patiño, que se encuentra burlado por el anciano cardenal francés: gran sentimiento y pesar para Felipe V que observa la ninguna atención que le ha guardado su sobrino Luis XV: dolor é indignación grande para Isabel Farnesio, que ve humillado su orgullo de reina, herido su amor de madre, disipado su sueño de oro, repartida entre enemigos y extraños la herencia paterna que adjudicaba á su segundo hijo. España se encuentra sola; reclama, y es desoída; invoca amistades, y le responden con amenazas. El tratado se cumple, pero Isabel no se resigna; es ante todo madre de su hijo, y su hijo se ha de establecer en aquellos ducados, aunque para ello *fractus illabatur orbis*.

Otra guerra, verdaderamente nacional, vino á interponerse entre este nuevo proyecto de la reina y su ejecución, la guerra marítima entre Inglaterra y España. La Europa que en esta ocasión se cruzó de brazos, viendo y dejando que luchasen solas estas dos naciones, no dejó de considerar injusta la agresión por parte de la Gran Bretaña. Sin que nosotros neguemos que fuese un error económico de la época el aspirar á abastecer la España sola los mercados del Nuevo Mundo, y el alejar cuanto pudiera de los puertos de América los buques de otras naciones, por lo menos nacía del laudable y patriótico fin de fomentar el comercio nacional. En cambio tampoco puede desapasionadamente negarse la insaciable codicia mercantil del gabinete británico y de la nación inglesa. Quejas exageradas y relaciones absurdas de crueldades y demasías ejecutadas por ambas partes exaltaban los ánimos de uno y otro pueblo. Pedían los ingleses la guerra á voz en grito; los dos famosos ministros que no la querían, Walpole y Keene, perdieron su popularidad; Gover hacía oír cantos belicosos; el populacho hacía procesiones, se embriagaba y entonaba groseros himnos de guerra. Era excusado todo esfuerzo por la paz: el arreglo de Londres no podía satisfacer en Madrid; la convención del Pardo era rechazada en Londres. Todas las campanas de Londres tocaron á vuelo en celebridad de la declaración de guerra. En España no hubo tanta locura, pero en cambio se aceptó con una juiciosa y completa unanimidad.

Jamás un esfuerzo nacional se hizo con mas gusto por todos. Se tomó como un empeño de honra, de interés, de justicia y de dignidad nacional. Así fué el resultado. La nación británica, que se consideraba como el coloso de los mares, alcanzó pocos triunfos y muchos desastres. Cuando partió de Londres el almirante Vernon con su poderosa escuadra, dábale por seguro en Inglaterra que el Nuevo Mundo iba á dejar de pertenecer á España. Cuando regresó Vernon á Londres con unos pocos buques rotos y unos pocos soldados desfallecidos, se maldecía públicamente la guerra y sus autores. España experimentó los resultados del gran fomento y del extraordinario impulso que había dado á su marina el buen ministro Patiño. ¡Qué lástima que este excelente español no gozara del fruto de su obra! Los armadores españoles se hicieron temibles en los mares de ambos mundos. Y sin embargo en aquellas frustradas tentativas de Inglaterra sobre las posesiones españolas de Indias se encerraba el germen de grandes cambios ulteriores en aquellas inmensas y apartadísimas regiones del globo.

No tuvo paciencia Isabel Farnesio para aguardar á que el reino se desembarazara de esta guerra nacional, sin emprender otra de familia. La atención de España estaba embargada en defender un Nuevo Mundo; la de la reina la absorbían su hijo y un rincón de Italia. La muerte de Carlos VI de Austria deja vacante el trono imperial. Entre los muchos pretendientes á la corona del imperio se presenta Felipe V de Borbón como descendiente de la raza primogénita de Austria por la línea masculina; alega también derecho á los reinos de Hungría y de Bohemia por los enlaces de princesas austriacas con reyes españoles. Sobradamente comprendía Isabel que el pretendiente español á los tronos de Austria, de Bohemia y de Hungría era un pretendiente sin esperanzas, pero conveníale complicar mas y mas la guerra de sucesión que se veía venir, y que vino, adherirse á otros pretendientes vendiendo apoyos para negociar alianzas, distraer de Italia la atención y las fuerzas de María Teresa, y aprovechar la confusión general de Europa para adquirir Parma, Plasencia y el Milanesado para su hijo Felipe. Nuevos ejércitos y nuevas escuadras españolas en Italia. Alianza de los tres Borbones. Campaña desastrosa para los españoles, en que se indisciplina y se malogra un ejército, no por culpa de los generales, sino por envidia y rivalidad del ministro español Campillo, y por indiferencia y apatía del ministro francés Fleury. Apurada y comprometida situación para el intrépido y entendido Montemar.

El infante don Felipe es enviado á Italia con un ejército francés. Por el afán de ganar un pequeño Estado para Felipe pone Isabel Farnesio á su hijo Carlos en peligro inminente de perder su reino de Nápoles. Los ejércitos austro-sardos le aprietan; la escuadra británica le acosa; un capitán inglés le ultraja y humilla, le obliga á jurar una neutralidad bochornosa, y le hace retirar las tropas napolitanas. Carlos no olvidará nunca aquella humillación; guardada la tendrá en su pecho; cuando sea rey de España, traerá en su corazón esta llaga y este agravio que vengar; pero qué de calamidades habrá de costar á España el deseo, justo en su fondo, de satisfacer este agravio! Todo derivará de la indiscreta ambición de una madre. ¿A qué esta guerra de Italia, pendiente la lucha con Inglaterra? ¿Una guerra con la Gran Bretaña en los mares de Occidente: otra guerra con la mitad de Europa en Italia! Una escuadra franco-hispana combate y destroza en las aguas de Tolón la escuadra inglesa, y contra la triple alianza de Worms, entre Austria, Inglaterra y Cerdeña, responden los Borbones con la triple alianza de Fontainebleau entre Francia, Nápoles y España, principio de los pactos de familia; y Carlos de Nápoles rompe aquella mortificante neutralidad á que le han forzado, y sale de su reino á combatir al frente de sus napolitanos.

Los dos príncipes españoles, Carlos y Felipe, el uno con el conde de Gages, el otro con el príncipe de Conti, pelean valerosamente, el uno en el Mediodía, y el otro en el Norte de Italia. Laureles, aunque costosos, recogen los españoles en Campo-Santo: Carlos, vencedor en Velletri, asegura la posesión de un reino, cuya conquista le había valido algunos años an-



tes la victoria de Bitonto. Felipe se arrojaba sobre el Piamonte, salvaba montañas y desfiladeros, tomaba ciudades, mantenía en respeto al rey de Cerdeña y por entre nieves y hielos franqueaba otra vez intrépido los Alpes, y regresaba á los valles del Delfinado. Nuevos y mejor concertados planes para la campaña siguiente: nuevos esfuerzos de los Borbones: brillantes triunfos: célebres campañas: Parma y Plasencia vuelven á ser de Isabel Farnesio: su hijo don Felipe se hace dueño de Milan: regocijase la reina Isabel viendo ya en las sienes de su hijo la corona de Lombardía: hubiera muerto entonces satisfecha.

Pero la paz de Dresde cambia de improviso y por completo la situación del Norte de Europa, y deja á las potencias enemigas de los Borbones en aptitud de inundar la Italia. Tiembla y se desconcierta la corte de Versalles; se humilla á proponer un arreglo al rey de Cerdeña; se indisponen con España, y se deja burlar por Carlos Manuel, á quien ella había burlado en otra ocasión. Todo se transforma en el teatro de la guerra: Felipe se ve obligado á salir de Milan: triunfan en Trebia las armas de María Teresa de Austria; apurada situación de españoles y franceses. Ya Isabel Farnesio renuncia á lo de Milan, y se conformaría con Parma y Plasencia para su hijo. Sobreviene la muerte de Felipe V, y al cerrar sus ojos al eterno sueño envía á decir á Luis XV de Francia que le encomienda y pone en sus manos la suerte de su esposa, y la de sus dos hijos Carlos y Felipe.

## VI

Felipe V deja en herencia á su hijo Fernando VI la guerra de Italia en deplorable estado. Fernando no tenía en ella ni los compromisos del rey difunto, ni el interés de la reina viuda. Mandando retirar las tropas españolas de Italia á Provenza, las sacó de una situación comprometida. Los franceses, viéndose solos, se retiraron también. Grandes ventajas habrían podido sacar los austriacos de este suceso, á no haber sido ambiciosos, injustos, imprudentes y feroces. Pero el marqués Botta, tomando á Génova y tiranizándola insolentemente, hizo revivir el antiguo valor de los hijos de aquella ciudad libre, y provocó aquella revolución popular que costó tanta sangre á los soldados imperiales, que escarmentó y humilló al soberbio y desatentado general, que asustó á María Teresa de Austria, que asombró al mundo por su heroísmo, que hizo volver en sí á los ejércitos de los Borbones, y que españoles y franceses reunidos, volvieran á invadir la Italia, conquistaran ciudades, y tomaran de nuevo la ofensiva, poniendo otra vez en aprieto á Austria y Cerdeña.

Fernando VI ha cumplido los deberes de hijo y de hermano sosteniendo la guerra con honra; pero quiere cumplir los deberes de monarca devolviendo á su pueblo la paz de que tanto necesita. Negocia con Inglaterra por mediación de Portugal: entiéndense las cortes de Londres, Madrid y Lisboa: Francia teme la separación de España, necesita igualmente de reposo para matar la enormísima deuda que la agobia, y propone también la paz. Holanda la desea, porque luchar más es exponerse á ser borrada del catálogo de las potencias de Europa. El sentimiento es unánime, y de comun acuerdo se fijan los preliminares. Solo disienten María Teresa de Austria é Isabel Farnesio de España. Pero aquella cede ante la enérgica intervención de Inglaterra; esta ante la perspectiva halagüeña de la colocación de su hijo. Fírmase, en efecto, la paz de Aquisgran, en que se estipula la cesión de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla al infante don Felipe. Otra vez ha triunfado la política perseverante de Isabel Farnesio: ha extenuado la España con treinta y cuatro años de guerra, pero ha hecho dos patrimonios en Italia á sus dos hijos. Largas, sangrientas y porfiadas luchas ha costado á Europa aquel amor de madre. Las potencias reposan: no es poco, pero es lo único que cada una ha sacado de la paz, porque quedaban, poco más ó menos, como antes de la guerra.

Otra política se inaugura en España con Fernando VI. Es la política opuesta á la de su madrastra: la paz es su norte: se apresura á hacerla con la Gran Bretaña, la cual renuncia al Asiento, mediante una indemnización de cien mil libras esterlinas, y se renuevan los anteriores tratados de navegación y

de comercio. ¡Lástima grande, y omisión sensible, la de no haberse zanjado en aquella ocasión la cuestión impertinente y odiosa del derecho de visita!

Desde entonces sigue Fernando VI con inalterable perseverancia su sistema de pacífica neutralidad. Todos los historiadores han reparado en este principio, que formó la base de la política de este monarca; algunos han ensalzado su conveniencia; ninguno que sepamos ha hecho resaltar como merece la manera ingeniosa y hábil con que Fernando supo sostener el difícilísimo sistema de equilibrio que se propuso. Podría ser limitado el talento de Fernando VI, inferior al de su padre, como algunos suponen, pero al menos para esto habrán de concedernos que le tuvo especial. No bastaba ser pacífico por carácter, y ser neutral por inclinación: era menester serlo con maña y sostenerlo con dignidad; con dignidad de rey y con dignidad de la monarquía; con real entereza y con independencia nacional. Esto hizo Fernando.

Rodeado de ministros de gran capacidad y de opuestas ideas políticas, elegidos por él con tino y de propósito porque eran así, para lo cual si no se requiere gran talento, se necesita recto y buen sentido (la primera y más apreciable cualidad en príncipes y gobernantes), fué á nuestros ojos un gran mérito el de dejar á cada uno de estos ministros funcionar dentro de su órbita, equilibrar sus influencias, mantenerlos sin ruptura, saber buscar el nivel entre la atracción y la repulsión. Tal fué su conducta con Ensenada y Carvajal. Si la muerte le privaba de la asistencia y consejo de uno de estos ministros, reemplazaba la persona, pero conservaba el pensamiento. Wal venía á ser la continuación de Carvajal. Si alguno llevaba su gestión y su parcialidad más allá del círculo trazado á su influencia, en términos de peligrar el mantenimiento de la neutralidad, Fernando con digna severidad le separaba de su lado y de su corte. Esto hizo con Ensenada. Pero sustituyendo la persona, conservó sus hechuras en las secretarías, y buscó ministros que representaran su política y su pensamiento, modificado y corregido. Tales eran Valparaíso y Eslaba.

Solicitado Fernando, acosado continuamente por dos ministros extranjeros, representantes de dos naciones rivales, el uno activo, eficaz, agencioso, el otro mañoso, reservado y circunspecto; el uno para inclinarle á Francia, el otro para hacerle propender á Inglaterra, Fernando acariciaba igualmente á ambos diplomáticos sin dar motivo de queja á ninguno. Así se condujo años y años con los embajadores francés é inglés, Duras y Keene. Y cuando observó que el uno avanzaba más de lo conveniente, pidió y obtuvo su separación. Cayó Duras por la misma ó semejante causa que Ensenada; por querer comprometerle en el Pacto de familia. Severo en este punto con los ministros propios, no lo fué menos con los extraños. Hostigado sin cesar por ambas naciones, halagado y mimado las más veces, algunas apretado, y amenazado otras, desairó á ambas sin ofenderlas, y no se indispuso con ninguna: las dos le respetaron, y se mantuvo independiente de las dos. Esto no podía hacerse sin habilidad.

La alianza de Aranjuez entre España, Austria y Cerdeña, fué protestada por el rey de Nápoles, y excitó reclamaciones de parte del rey de Francia. Fernando la llevó á cabo, no obstante la protesta del hermano y las reclamaciones del primo. En esto mostró la firmeza de un soberano, para quien era todo la conveniencia de su reino, poco ó nada ante la conveniencia nacional los lazos y los afectos de familia. Inglaterra, por el contrario, solicita adherirse al tratado de Aranjuez: la adhesión de una potencia más, y potencia tan poderosa como la Gran Bretaña, parece que hubiera debido lisonjear é interesar á un soberano: y sin embargo, Fernando VI la rehúsa cortésmente; la respuesta del ministro Carvajal fué ingeniosa y urbana; la conducta del monarca español un rasgo de fina política.

A sostener dignamente esta difícil posición le ayudaba mucho la reina. Habilísimamente supo deshacer los artificiosos manejos de la duquesa de Duras; las respuestas de Bárbara de Braganza nos recuerdan las que solía dar en parecidos casos Luisa de Saboya. Tampoco de esta lucha diplomática habrían podido salir airoso con escaso ó mediano entendimiento.



Cuando llegó el caso de romper abierta y formalmente la guerra entre Francia y la Gran Bretaña; cuando Austria, Prusia, Rusia, Suecia, casi todas las potencias de Europa tomaron parte en la lucha; cuando la gran María Teresa de Austria escribía privada y cariñosamente á la reina de España para ver de inducirla con insinuantes frases á la union y amistad de las monarquías borbónicas; cuando se sucedieron los ofrecimientos tan halagüeños y tentadores como el del trono de Polonia para el infante don Felipe de España, como el de la devolucion de Menorca y el de la restitution de Gibraltar, entonces fué cuando pudo verse hasta dónde llegaba la inquebrantable firmeza de Fernando en su sistema de neutralidad, y si ganó y mereció con justicia el dictado de Prudente con que ha sido apellidado. Si Felipe V hubiera seguido este sistema, España habria adelantado medio siglo en su regeneracion. Acaso le habria adoptado, si en vez de una consorte como Isabel Farnesio hubiera tenido una esposa como Bárbara de Braganza.

No negaremos que Fernando VI tuvo la fortuna de ser aconsejado y auxiliado por ministros de gran valía; que lo fueron sin disputa Carvajal, Ensenada, Wal, Huescar, Arriaga, Eslaba y Valparaíso; distinguidos los unos por su juicio, su circunspeccion, su modestia y su pureza intachable; los otros por su gran talento, instruccion y capacidad; los otros por su acrisolada abnegacion y desinterés; los mas por su lealtad y su amor patrio. Pero tambien es verdad, y no deben olvidarlo los príncipes, que no faltan nunca buenos ministros á los buenos soberanos, y que el medio casi seguro de acertar á rodearse de ministros buenos es comenzar por ser buen monarca.

## VII

Hay una potencia en Europa, que por el doble carácter que tiene su soberano de jefe temporal del Estado y de jefe supremo espiritual de la Iglesia universal, exige de parte de las naciones católicas unas relaciones políticas que tienen que participar tambien de ese doble concepto, por las muchas disidencias y disputas que ocurrir suelen, en negocios importantes á la buena gobernacion de un Estado católico, que se rozan á un tiempo con las atribuciones y derechos, no fáciles de deslindar, de ambas potestades. Estas controversias han solido ser mas frecuentes entre las cortes de Roma y de España, de buena fe sin duda por ambas partes sostenidas, pero que no por eso han dejado de producir sensibles conflictos y lastimosas perturbaciones. Es por tanto muy de notar la política que observaron los dos primeros Borbones de España en sus relaciones con la corte pontificia, y la direccion y la fisonomía que le imprimieron.

Como príncipe grandemente enojado, como monarca vivamente ofendido se condujo Felipe V con el papa Clemente XI al saber que este pontífice, despues de haberle reconocido como legítimo rey de España, habia prestado reconocimiento como monarca español al archiduque Carlos de Austria. Lastimada vió Felipe de Borbon su dignidad, vulnerados sus derechos, ultrajada su nacion y vilipendiada su corona. Las protestas de los embajadores españoles en Roma, la expulsion del nuncio pontificio de Madrid, la prohibicion de todo comercio con la corte romana, las circulares á los prelados para que rigieran sus iglesias como en los casos de imposibilidad de recurrir á la Santa Sede, medidas fueron estas que creyó deber tomar el monarca español, no solo como príncipe agraviado, sino como patrono y protector de la Iglesia española, y que adoptó, no de su solo y propio motu, sino prévia consulta y consejo de una junta de teólogos y letrados. La respuesta del rey al breve pontificio, respetuosa y reverente cuando se referia á la autoridad espiritual del jefe de la Iglesia, enérgica, severa y dura cuando le hablaba de los agravios inferidos á los derechos y regalías de su corona, á las leyes y al decoro de su reino, firme, digna y vigorosa siempre, es un documento histórico importante, y un testimonio mas de la valentía con que los religiosísimos monarcas de esta nacion católica han hablado constantemente á los romanos pontífices en defensa de sus reales prerogativas cuando las han creído lastimadas ó amenazadas por la corte de Roma. Si los reyes

católicos Fernando é Isabel, si Carlos V, si Felipe II, si los Felipes IV y V en sus controversias con la corte pontificia se encerraron siempre en los términos de una justa entereza; de una energía respetuosa y digna; de una vigorosa y razonable firmeza; ó si por acaso á las veces los excedieron, es de lo que no juzgaremos en este momento; pero nadie nunca ha podido ni puede dejar de reconocer en aquellos monarcas el catolicismo mas acendrado, la fe mas ardiente y pura, la veneracion mas sincera en todo lo espiritual y eclesiástico á la Santa Sede, de que todos fueron respetuosos, algunos decididos y robustos campeones.

Resucitan con este motivo entre Felipe V y Clemente XI las cuestiones y disputas que cerca de un siglo antes mediaron entre Felipe IV y Urbano VIII sobre jurisdiccion eclesiástica y real, y se reproducen las quejas sobre usurpaciones de la curia romana, para cuya reclamacion y sostenimiento fueron enviados á Roma los doctos y respetables jurisconsultos Chumacero y Pimentel. Primera reclamacion formal del gobierno español á la Silla Apostólica á fin de provocar entre ambas cortes un arreglo, en que se pusiera coto á los agravios de que la nacion se quejaba por parte de la curia de Roma. La concordia Facheneti no remedió sino muy diminutamente algunos de los males y abusos que se denunciaban en el famoso Memorial. Las cuestiones principales quedaron en pié, y revivieron con ocasion de los agravios hechos á Felipe de Borbon por el papa Clemente XI. Los tiempos no habian corrido en balde; las ideas sobre la necesidad de sostener las regalías de la corona de España contra las invasiones de Roma habian cundido y progresado entre teólogos, canonistas y jurisconsultos, y Felipe V de Borbon en su discordia con la Santa Sede encontró ya en los consejos y en las juntas multitud de regalistas que sostuvieron con firmeza y con teson los derechos de su autoridad y jurisdiccion régia, y las medidas por él adoptadas.

Si algunos teólogos ó prelados españoles escribian ó representaban en contra de aquellas doctrinas, aconsejábanle recoger á mano real sus escritos y castigar á sus autores. Si el auditor Molines ajustaba en Roma un convenio en que no salieran tan íntegras como se apetecia las prerogativas de la corona, devolvíasele con enojo, y se le reprendia de desmayado negociador. Si el pontífice amenaza emplear contra él y contra su corte el arma terrible de las censuras, se previene á su propia defensa, consulta al Consejo de Castilla, y sale á luz el célebre pedimento fiscal *de los cincuenta y cinco párrafos* de don Melchor de Macanaz, reproduccion ampliada del Memorial de Chumacero y Pimentel, recordado tambien á Felipe V por las cortes del reino, como inspirado á Felipe IV por las cortes de Castilla.

Desde aquel momento Macanaz, docto jurisconsulto y magistrado integérrimo, aparece y se constituye en jefe y campeón de las doctrinas regalistas. Roma se alarma al ver de aquella manera defendidas la jurisdiccion y prerogativas del poder temporal. El inquisidor general condena el pedimento fiscal; pero los teólogos le apoyan, el Consejo le defiende, el monarca cobija á Macanaz bajo su real proteccion, revoca y manda arrancar el edicto inquisitorial, priva del empleo al inquisidor, y le cierra las puertas de su reino. La discordia se enardece, y los síntomas son de decidirse la cuestion en España en el sentido de los defensores de las regalías.

Pero la preponderancia que á este tiempo toma Alberoni en la corte española tuerce el giro de esta controversia, como hace variar de rumbo toda la política. A trueque de obtener la púrpura ajusta entre Clemente XI y Felipe V la mezquina convencion de 1717, en que quedan sin dirimir ni conciliar las antiguas controversias sobre jurisdiccion y atribuciones de ambas potestades. Así con todo, algo bueno hubiera hecho con restablecer la paz entre el monarca y el pontífice, si esta paz hubiera sido duradera y no se hubiera roto otra vez tan pronto por culpa del mismo Alberoni y por negocio personal suyo. El papa, pesaroso de haber hecho cardenal á quien habia engañado la tiara santa, nególe las bulas para el arzobispado de Sevilla; Alberoni, que habia hecho un ajuste con Roma para alcanzar el capelo, deshizo el ajuste en despique de no haber logrado la mitra. ¡Cuánto de interés personal,



cuánto de terrenal y humano, en lo que deseáramos no ver sino lo sublime, lo espiritual y lo divino!

Disidencias políticas vuelven á turbar otra vez á los pocos años la mal cimentada concordia entre Roma y España. Se controvierten y debaten puntos de jurisdiccion y disciplina no dirimidos antes, y cuyos derechos reclamaba Felipe V á instancias del Consejo, de los prelados y de las córtes del reino. Entáblanse nuevas negociaciones, que producen el Concordato de 1737 entre Felipe V y Clemente XII. Por él obtiene España concesiones importantes, pero que aun distaban mucho de las que pretendia. Felipe y su gobierno pretendian un reconocimiento expícito del régio patronato universal; Clemente deja en suspenso este importantísimo punto para arreglarle despues amigablemente. Tampoco este Concordato satisface al gobierno español, á quien ofenden aquellas restricciones y suspensiones; se publica por un simple decreto y sin solemnidad; el Concordato queda desautorizado; se renuevan las pretensiones, y se reproducen las controversias.

Trascurren años cruzándose de parte á parte notas, papeles y contestaciones, mas ó menos comedidas y templadas, mas ó menos acres y duras. España pugna por sostener las regalías de su soberano: el rey trabaja por defender la dignidad y los derechos de la Iglesia española: el papa y la corte romana por ensanchar su jurisdiccion y cercenar las prerogativas reales. En esta lucha, sostenida por España con mas perseverancia que por otra nacion alguna, muere Felipe V de Borbon. Fernando VI su hijo, príncipe pacífico y prudente, Benedicto XIV, pontífice ilustrado y dignísimo, ambos comprenden lo funesto de tales y tan prolongadas discordias, las fatales consecuencias de un nuevo rompimiento, y la necesidad de venir sin dilacion al término deseado de una avenencia. Ambas potestades se entienden bien, porque siempre se entienden bien la ilustracion y la prudencia. Merced á esta discreta prudencia, y á los sanos y puros deseos de ambas partes, al cabo de cuarenta y cuatro años de discordias y de ajustes, en que han intervenido cinco papas y dos monarcas españoles, se lleva á feliz y cumplido término el Concordato de 1753.

Las doctrinas y los defensores de las regalías y derechos de la corona de Castilla han alcanzado un gran triunfo, aunque no completo. Varios de los puntos controvertidos han quedado por arreglar. Pero se resolvieron otros muy importantes en favor de España, y principalmente el fundamento y base de todos ellos, el reconocimiento del régio patronato universal de las iglesias de todos los dominios españoles.

El Concordato de 1753 fué una de las transacciones políticas del siglo XVIII mas honrosa para España, y no se hubiera alcanzado sin la entereza y el teson de Felipe V, y sin la firmeza y la prudencia de Fernando VI.

### VIII

«El Santo Oficio, dijimos en nuestro Discurso preliminar refiriéndonos á esta época, continuaba fulminando sus sangrientos fallos con toda la actividad de los tiempos de su juventud. Algo no obstante se habia adelantado. Felipe V no honraba con su real presencia los autos de fe, ni los tomaba por recreo como Carlos II.»

Ratificamos ahora lo que dijimos entonces. Es bastante general la creencia de que la Inquisicion varió de sistema y mudó de carácter al advenimiento de los Borbones. No es exacta la idea, aunque tuvo su apariencia de fundamento, y necesita explicacion. Es cierto que Felipe V dió el buen ejemplo de no querer solemnizar con su presencia un auto general de fe que se habia preparado para agasajarle á su venida, y que aquellos terribles espectáculos cesan desde entonces de ser honrados con la asistencia de las personas reales. El desenlace que en los primeros años de su reinado tuvo el célebre proceso inquisitorial del P. Froilan Díaz, confesor de Carlos II, el destierro del inquisidor general Mendoza, la reposicion de los consejeros injusta y violentamente separados, y la absolucion del cándido é inocente Fr. Froilan, víctima arrancada á los furores de una reina vengativa y de un inquisidor fanático, hizo esperar que hubiese llegado la hora de desaparecer la omnipotente influencia de aquel tribunal adusto ante la su-

premacia de la jurisdiccion real, y algo en efecto se alteró el tono y colorido de aquella institucion poderosa.

Ya se comenzaba á susurrar que la Inquisicion, útil en España cuando estaba infestado el reino de moriscos y judíos, carecia de objeto y dejaba de ser necesaria habiendo desaparecido aquellas causas principales de su creacion. Las ideas nuevas ni nacen ni triunfan de repente; y esta idea habia venido difundándose paulatinamente desde el siglo anterior, y mas desde que la Junta Magna consultada por Carlos II dió aquel luminoso informe sobre los abusos y usurpaciones de poder por parte del Santo Oficio. Habia, pues, ya cierta predisposicion en la opinion de los hombres ilustrados del país, cuando la princesa de los Ursinos, en el tiempo que tuvo en sus manos el timon de la política española, concibió el proyecto de encomendar las causas de fe á la jurisdiccion natural de los ordinarios. Hay quien afirma que estuvo preparado ya el decreto cuando ocurrió la famosa cuestion del Pedimento de Macanaz. Pero la venida de Isabel Farnesio en aquella ocasion crítica, y con ella la influencia y entronizamiento del partido ultramontano, no solo frustró aquel atrevido designio, sino que fué principio de una reaccion en esta materia, como lo fué de un cambio general en todo el sistema político.

Desde la salida de la princesa de los Ursinos, ni una medida, ni una sola disposicion se encuentra que tienda á moderar el poder de aquella institucion terrible. Al contrario, el Santo Oficio comienza á funcionar con el rigor de los siglos anteriores. Macanaz es procesado por la Inquisicion, y aunque despues se evidencia que el procedimiento ha sido infundado é injusto, aquel hombre ilustre sufre mortificaciones sin cuento, y es mártir de la debilidad de un rey que no puede pasar sin sus consejos, pero que no tiene valor para detener el brazo de sus sacrificadores. En 1715 tiene Felipe la flaqueza de firmar un decreto confesando haber procedido por consejos siniestros de malos ministros, condenando implícitamente la defensa de sus regalías hecha por Macanaz. No le bastó á la Inquisicion perseguir y condenar las obras y los autores que participaran de las doctrinas y de las ideas del docto jurisconsulto; se prohibió hasta la Historia Civil de España del P. Fr. Nicolás de Jesus Belando, dedicada al mismo Felipe V, porque era apologista de Macanaz, aunque se daba por causa ostensible que contenia proposiciones temerarias, escandalosas, depresivas de la autoridad y jurisdiccion del Santo Oficio.

Pero lo que hizo notable en esta materia el reinado del primer Borbon fueron los numerosos autos de fe que en él se celebraron. Cuéntanse hasta setecientos ochenta y dos, y sobre catorce mil personas las que en ellos sufrieron sentencias y penas mas ó menos leves ó graves. Aunque con menos aparato escénico y con menos espectáculo que los anteriores, las penitencias y los castigos nada se suavizaron, y los pertinaces y relapsos continuaban siendo relajados y derretidos en el brasero, en persona ó en estatua. De la severidad de este último y horrible suplicio no se libertaba ni la decrepita viuda de noventa y cinco años, ni la doncella de quince, ni el simple guardador de ganado, ni la humilde lavandera; que no habia ni edad, ni sexo, ni estado, ni profesion, ni oficio, ni disposicion intelectual, que bastara á poner á cubierto de una acusacion de herejía, y de un sambenito y una sentencia de cárcel, de galera, de azotes, de confiscacion ó de hoguera (1).

(1) De intento hemos citado edades, oficios y profesiones determinadas, porque unas y otras constan literalmente y con los nombres propios de los penitenciados, con otros infinitos de la misma clase, en documentos auténticos y oficiales de la época, ya impresos, ya manuscritos, que hemos tenido proporcion de examinar. A la vista tenemos un volumen, impreso de oficio y con las licencias necesarias, en la imprenta de José Serrete, librero y portero de la Congregacion de San Pedro Mártir, de los señores y ministros familiares del Santo Oficio, que contiene las relaciones de los autos particulares de fe que se celebraron en el corto período de 1721 á 1727, con los nombres, sexo, naturaleza, oficio, delito y pena de los reos que salieron en cada uno. Los pueblos y las fechas en que se celebraron son los siguientes:

1 Madrid: 18 de mayo de 1721.

2 Granada: 30 de noviembre de 1721.



Solo en el reinado de Fernando VI comenzaron á aplacarse los rigores de la Inquisición. A pesar de la extensión del índice expurgatorio de 1747, en cuyo largo catálogo se incluían como prohibidas varias producciones del religioso y venerable Palafox, y se anatematizaban obras que corrían con la aprobación de la Santa Sede, las ideas habían ido sufriendo una modificación favorable á la expansión del pensamiento, y opuesta á la esclavitud del rigorismo inquisitorial. El gusto literario que renacía entonces á la sombra de la protección de los monarcas, la buena crítica que comenzaba á desarrollarse, el espíritu de las obras extranjeras que se daban á conocer, todo se rebelaba ya contra el encarcelamiento y la tortura en que se había tenido al pensamiento en los siglos anteriores. Los concordatos de 1737 y 1753 descubrieron que

- 3 Sevilla: 14 de diciembre de 1721.
- 4 Madrid: 22 de febrero de 1722.
- 5 Sevilla: 24 de febrero de 1722.
- 6 Toledo: 15 de marzo de 1722.
- 7 Córdoba: 12 de abril de 1722.
- 8 Murcia: 17 de mayo de 1722.
- 9 Cuenca: 29 de junio de 1722.
- 10 Mallorca: 31 de mayo de 1722.
- 11 Sevilla: 5 de julio de 1722.
- 12 Murcia: 18 de octubre de 1722.
- 13 Santiago: 21 de setiembre de 1722.
- 14 Cuenca: 22 de noviembre de 1722.
- 15 Sevilla: 30 de noviembre de 1722.
- 16 Llerena: 30 de noviembre de 1722.
- 17 Granada: 31 de enero de 1723. Hay un *poema heroico* á este auto dado á luz por el librero y portero del Santo Oficio, pero sin firma de autor.
- 18 Valencia: 24 de febrero de 1723.
- 19 Toledo: 24 de febrero de 1723.
- 20 Barcelona: 31 de enero de 1723.
- 21 Cuenca: 21 de febrero de 1723.
- 22 Coimbra: 14 de marzo de 1723.
- 23 Murcia: 13 de mayo de 1723.
- 24 Sevilla: 6 de junio de 1723.
- 25 Valladolid: 6 de junio de 1723.
- 26 Córdoba: 13 de junio de 1723.
- 27 Zaragoza: 16 de junio de 1723.
- 28 Granada: 20 de junio de 1723.
- 29 Llerena: 26 de julio de 1723.
- 30 Toledo: 28 de octubre de 1723.
- 31 Sevilla: 10 de agosto de 1723.
- 32 Lisboa: 10 de octubre de 1723.
- 33 Granada: 24 de octubre de 1723.
- 34 Valladolid: 19 de diciembre de 1723.
- 35 Madrid: 20 de febrero de 1724.
- 36 Valladolid: 12 de marzo de 1724.
- 37 Valencia: 2 de abril de 1724.
- 38 Sevilla: 11 de junio de 1724.
- 39 Granada: 25 de junio de 1724.
- 40 Córdoba: 2 de julio de 1724.
- 41 Mallorca: 2 de julio de 1724.
- 42 Cuenca: 23 de julio de 1724.
- 43 Murcia: 30 de noviembre de 1724.
- 44 Santiago: 9 de diciembre de 1724.
- 45 Sevilla: 21 de diciembre de 1724.
- 46 Cuenca: 14 de enero de 1725.
- 47 Llerena: 4 de febrero de 1725.
- 48 Cuenca: 4 de marzo de 1725.
- 49 Valladolid: 5 de marzo de 1725.
- 50 Toledo: 1 de julio de 1725.
- 51 Granada: 13 de mayo de 1725.
- 52 Valencia: 1 de julio de 1725.
- 53 Valladolid: 8 de julio de 1725.
- 54 Granada: 24 de agosto de 1725.
- 55 Llerena: 26 de agosto de 1725.
- 56 Barcelona: 9 de setiembre de 1725.
- 57 Murcia: 21 de octubre de 1725.
- 58 Sevilla: 30 de noviembre de 1725.
- 59 Granada: 16 de diciembre de 1725.
- 60 Valladolid: 31 de marzo de 1726.
- 61 Valladolid: 13 de marzo de 1727.
- 62 Murcia: 31 de marzo de 1727.
- 63 Córdoba: 12 de mayo de 1727.
- 64 Granada: 18 de agosto de 1727.
- 65 Barcelona: 1 de setiembre de 1727.
- 66 Valencia: 17 de setiembre de 1727.
- 67 Valladolid: 26 de enero de 1727.

había muchos puntos de doctrina controvertibles, y sobre los cuales cabía una discusión lícita y una libertad razonable de pensar, cuando años antes no se había podido ni escribir ni hablar de ellos sin sospecha de irreligión ó sin nota de impiedad. Ya se hablaba con desembarazo y como de cosa corriente, por ejemplo, de los recursos de fuerza en las causas seguidas por jueces eclesiásticos; ya los hombres regularmente ilustrados no se asustaban de las doctrinas de Macanaz, de Chumacero ó de Ramos del Manzano; y ya los inquisidores mismos se hicieron mas circunspectos en perseguir y procesar por ideas ú opiniones que en otro tiempo habían sido tenidas por sospechosas y semi-heréticas, y luego se encontraban como legítimas en las cláusulas de alguno de los concordatos.

Así, poquíssimas personas notables fueron ya procesadas por la Inquisición en el reinado de Fernando VI; cesaron los autos generales de fe, y los particulares apenas llegarían entre todos á treinta y cuatro en los trece años que reinó aquel monarca, y entre todos los que sufrieron castigo no pasaron de diez los relajados. Hasta otro carácter tomó la Inquisición, y sus ministros tomaron otro campo en que mostrar su celo. No existiendo ya protestantes ni moriscos, y hablándose apenas de judaizantes, dió al Santo Oficio materia nueva en que ejercitarse la Francmasonería, asociación misteriosa y rara recientemente introducida en España, que se hizo sospechosa á los buenos católicos, y contra la cual había expedido Clemente XII bula de excomunión, y Felipe V una ordenanza real. Varios miembros de logias fueron presos y condenados á galeras. También los ocuparon mucho las cuestiones de Jansenismo y Molinismo. Los jesuitas daban el dictado de Jansenistas á los que no admitían la opinión de Molina en el tratado de gracia y libre albedrío, y aun á los canonistas que daban la preferencia á los cánones y concilios de los ocho primeros siglos de la Iglesia sobre las bulas pontificias, y ellos á su vez aplicaban á los jesuitas el de Molinistas ó de Pelagianos, y uno y otro partido se acusaba recíprocamente de proposiciones erróneas, falsas, mal sonantes, ó con sabor de herejía.

El proceso mas notable de Inquisición que hubo en el reinado de Fernando VI fué el que se formó al sabio benedictino Fr. Benito Jerónimo Feijóo, delatado varias veces y á diferentes tribunales del Santo Oficio por las doctrinas vertidas en su *Teatro Crítico* y en sus *Cartas Eruditas*. El mas notable, decimos, así por la calidad de la persona y las materias de las delaciones, como por el desenlace satisfactorio para él y para la humanidad que aquellas tuvieron. En efecto, el eruditísimo escritor que tan valerosamente acometió la magna empresa de desterrar la multitud de preocupaciones en que el vulgo yacía sumido á consecuencia de tantos años de fanatismo y de rigor inquisitorial; el que tan docta, pero tan desembozada y atrevidamente escribió contra el exceso de días festivos en España, contra la hipócrita devoción, los falsos milagros y las profecías supuestas, había en otro tiempo, y no muy remoto, sufrido por cualquiera de sus muchas proposiciones todo el ceño y toda la severidad de las sentencias y de los castigos del formidable tribunal. Ahora el Consejo de Inquisición hizo justicia á la pureza del catolicismo de aquel esclarecido escritor, y le libró de las cárceles secretas. El mismo monarca de real orden impuso silencio á sus impugnadores, y mandó al Consejo no permitiera imprimir nada contra el hombre cuyos escritos le agradaban tanto.

El proceso del P. Feijóo es el verdadero término que deslinda el punto en que acaba la antigua omnipotencia del poder inquisitorial en España y el principio de la libertad del pensamiento, que comienza á entrar en ejercicio, aunque todavía trabajosamente y entre oscilaciones y luchas. Fernando VI deja en esto, como en muchas otras materias, señalado y allanado el camino á Carlos III.

## IX

Al compás que la ilustración se propagaba y que se iba dando mas expansión al pensamiento, iban siendo también mas abiertas y mas expansivas las costumbres públicas, en las cuales se refleja siempre la marcha de la civilización de



un pueblo. A proporción que el adusto tribunal de la Inquisición iba desarrugando su torvo ceño, el carácter español, de suyo abierto y hasta jovial, iba deponiendo también aquella cautelosa reserva, aquel sombrío retraimiento, aquella mística exterioridad parecida á la hipocresía, á que por tanto tiempo le habia forzado el temor de cometer tal acción, ó de soltar, por escrito ó de palabra, tal expresión ó idea que pudiera ser torcidamente interpretada de sospechosa y denunciada al Santo Oficio.

No es que las costumbres públicas de España en este período adquieran aquella soltura que se semeja á la licencia y produce el escándalo. Es que la sociedad española, sin dejar de ser religiosa como lo eran sus reyes, á cuyo ejemplo se modelan por lo comun las costumbres populares, iba depoiendo aquella especie de afectación exterior de santurronería que no suele corresponder á la verdadera religiosidad, y que unas veces es el homenaje forzado que se tributa á un misticismo impuesto por ley, otras veces es el manto con que un resto de vergüenza aconseja encubrir el desbordamiento de la inmoralidad, como lo que llegó á llamarse en Francia gazmoñería real en el licencioso reinado de Luis XIV.

En nada se refleja este espíritu, este carácter de cada época tanto como en los espectáculos que para la recreación honesta de los pueblos aconsejan la necesidad, la prudencia y la política permitir, fomentar ó prohibir, segun el estado de la ilustración y de las costumbres. Las representaciones escénicas suelen ser un barómetro casi seguro para conocer si una nación está sometida á la tétrica influencia de un gobierno severo y tenebroso, si predomina en la corte y en las regiones del poder la libertad de la relajación, ó si la ilustración y la moralidad de los príncipes y de los gobiernos consiente á los gobernados cierto ensanche en sus solaces y recreos dentro de los límites de lo decoroso y de lo lícito. A la vista tenemos tres notables documentos, sobre una misma materia, que nos revelan cuál ha sido el espíritu y la fisonomía impresa á las costumbres de nuestro pueblo en los tres últimos siglos.

A fines del siglo XVI elevó el arzobispo de Granada don Pedro de Castro una exposición al rey Felipe II, pidiéndole que prohibiera las comedias, por los graves males, decía, que de aquellas representaciones se seguían á estos reinos. S. M. la remitió en consulta á don García de Loaisa, y á los padres Fray Diego de Yepes y Fr. Gaspar de Córdoba. Estos religiosos evacuaron su informe probando con textos de los santos padres é intérpretes de la Sagrada Escritura, San Cipriano, San Clemente de Alejandría, Tertuliano, San Agustín, Salviaño, San Epifanio y otros, que las comedias eran una cosa abominable, y que debían desterrarse del reino. Segun ellos, en los teatros se representan al vivo los parricidios é incestos, para que no se olviden nunca estas maldades, y sirvan de ejemplo para imitarlas. «Allí se aprende, dicen, el adulterio, las trazas y marañas y cautelas con que han de engañar al marido, y cómo se han de aprovechar del tiempo y de los criados de la casa: y lo peor es que la matrona ó doncella que por ventura vino á la comedia honesta, movida de la suavidad de los conceptos y ternura de palabras vuelve deshonestata.... ¿Qué otra cosa enseñan los ademanos y meneos de los representantes sino torpezas? ¿Qué hará la juventud sino inflamarse en torpe concupiscencia, viendo que se representan semejantes cosas sin empacho....? Y así San Juan Crisóstomo, abominando de las comedias, llama en diferentes lugares á estas representaciones cátedra de pestilencia, obrador de lujuria, escuela de incontinencia, horno de Babilonia, fiesta é invención del demonio para destruir el género humano, fuente y manantial de todos los males.... Porque si en las iglesias, donde están los hombres con recogimiento y reverencia, muchas veces los saltea el ladrón de la concupiscencia y mal deseo, ¿cómo es posible que en la comedia, donde sin recato no se ve otra cosa sino mujeres ataviadas y descompuestas, y no se oyen sino palabras torpes, suavidad de voces é instrumentos músicos que ablandan y pervierten los corazones, se puedan escapar de tan domésticos y peligrosos enemigos?» Añaden luego, que habiendo preguntado á un lacedemonio qué pena se imponía á los adúlteros, respondió

que en Lacedemonia no habia adúlteros ni los podía haber, porque no iban mujeres á las comedias. Todo el informe, que es muy largo, está en el mismo espíritu y sentido. A consecuencia de esta consulta Felipe II por decreto de 2 de mayo de 1598, último de su reinado, prohibió, bien que con la cláusula de por ahora, que se representaran comedias, ni en teatros, ni en casas particulares, ni en otro lugar alguno.

Cerca de un siglo mas adelante, en 1672, en virtud de consulta hecha por el presidente del Consejo á la reina regente, madre de Carlos II, sobre el uso de las representaciones teatrales, la reina pasó la consulta, no ya á tres solos religiosos como Felipe II, sino al Consejo pleno, compuesto casi todo de seglares, aunque en él entraban todavía el confesor del rey, un fraile trinitario y un jesuita. En 1672 el Consejo usó ya de otro lenguaje muy diferente del de 1598. «La junta reconoce, decía, cuán justos son los motivos políticos de divertir con algunas fiestas ó entretenimientos al público, aliviándole por este medio prudente el peso de los ahogos y la melancolía de sus disgustos, y que á este fin en todas las repúblicas bien ordenadas se introdujeron fiestas, juegos y regocijos públicos, que siendo con templanza y decencia no los ha condenado nunca ni la censura mas estrecha y rigurosa. Reconoce también que el uso de las comedias, considerado especulativamente, contenido solo en los términos de una representación honesta, y abstraído de las circunstancias con que se practican en España, le tiene por lícito ó indiferente el sentir comun de los autores, así teólogos como juristas. Pero que excediéndose, ó en las palabras ó en el modo, por el tiempo, por el lugar ó por las personas, se hace ilícito, y toca á la obligación del buen gobierno su prohibición.»

Hasta aquí nada mas razonable y prudente que esta parte del informe. Examina luego el Consejo los abusos de que en aquella época adolecían las representaciones dramáticas en España, ya por las materias que solían constituir su argumento, ya por la profanidad y lujo de las galas con que dice se ataviaban los actores y actrices, y ya principalmente por la licencia con que indicia vivían los que se ejercitaban en aquella profesion. Pasa despues á hacer una breve reseña de las vicisitudes de estos espectáculos en España, y dice: «Comenzaron las comedias, ó en los últimos años de los Reyes Católicos, ó poco despues en tiempo del señor emperador Carlos V; tomaron entera forma en el del señor rey don Felipe II, y habiéndose empezado á reconocer en el uso de ellas los inconvenientes que hoy se experimentan, aquel gran juicio vestido de santas experiencias y desengaños en el año último de su reinado por decreto de 2 de mayo de 1598 las mandó prohibir en todos sus reinos. Alteróse esto con su muerte, que habiendo sucedido á 13 de setiembre del mismo año hizo lugar á que se oyese las instancias que se hicieron por parte de los comediantes, y de las personas que tenían por su cuenta el cuidado de los hospitales, pretextando con el socorro de estos la conveniencia de que se volviese á permitir el uso de las comedias, y en diciembre del mismo año se mandó así, primero con que no representasen las mujeres, y despues con que pudiesen representar solo las mujeres y hijas de los comediantes. Fuéronse experimentando despues de esta nueva permission los mismos perjuicios que habian obligado antes á prohibir las comedias, y en la junta de reformation que se formó el año de 21, habiendo empezado á reinar S. M. el rey N. S. (que santa gloria haya), se hicieron varias prevenciones para moderar abusos que se habian introducido, y no habiendo bastado se volvieron á prohibir absolutamente, y lo estuvieron algunos años hasta el tiempo que refiere á V. M. en su consulta el presidente del Consejo; y habiéndose permitido desde entonces, se volvieron á mandar cesar por decreto de V. M. de 22 de setiembre del año pasado de 65, hasta que el rey N. S. (Q. D. G.) estuviese en edad de ordenar lo que conviniese. En este estado, á instancia de la villa de Madrid, con los motivos de los socorros de los hospitales, divertimento del pueblo, y celebridad de las fiestas de Corpus, que son los mismos con que se ha defendido siempre el uso de las comedias, se han vuelto á introducir, y cada dia se acredita mas el inconveniente con que se permiten.»



Fundado en estas y otras semejantes consideraciones el Consejo, fué de parecer que convenia y se debia de prohibir el uso de las comedias absolutamente. Esto, que no nos maravillaria en la tétrica dominacion de Felipe II, nos parecia muy extraño en la época de la desarreglada corte de Carlos II y de la regencia de doña Mariana de Austria, de la privanza de Valenzuela y las intimidaciones del duende de palacio, en que el favorito de la reina y el árbitro de la nacion era un autor de comedias, y en que el pueblo gozaba gratis del espectáculo cuando se representaban las comedias del favorito, si no reflexionáramos que aquella disipada corte era la misma en que se celebró el tristemente famoso auto general de fe de 1680 en la plaza de Madrid; que aquella corte era la misma en que el rey fué esclavo y mártir de hechiceras, exorcistas é inquisidores: mezcla informe de supersticion y de libertinaje, de hipocresía y de escándalo, de encogimiento y de soltura. Al fin en tiempo de Felipe IV, ya que no hubo mas moralidad, hubo tambien menos fingimiento, y el rey, y la reina, y los ministros, no solo no prohibian al pueblo esta clase de distracciones y solaces, sino que ellos mismos representaban comedias, y lo que era peor, convertian el palacio en coliseo, y hacian gala de vivir como los del oficio.

En la juiciosa corte de Fernando VI es donde se ve ya huir prudentemente de ambos extremos. Con ser el rey tan propenso á la melancolía, no condena ni para sí ni para su pueblo unas recreaciones que pueden ser indiferentes, honestas y hasta útiles. Pero morigerado sin hipocresía, ni las acepta ni las permite sino procurando depurarlas de los abusos y de los vicios que las hacian nocivas. Ni las prohíbe como Felipe II, ni las adopta con todos sus escándalos como Felipe IV, ni las condena por un fingimiento de virtud como la madre de Carlos II. Ya no se oia llamar á las representaciones escénicas invencion de Satanás, cátedra de pestilencia, obrador de lujuria y horno de Babilonia: la ilustracion y el buen sentido se sublevaban ya contra tan absurdas calificaciones; Fernando VI, hombre de costumbres puras, no solo no hacia escrupulo de deleitarse con las dulces melodías del cantor Farinelli, y de honrar y distinguir públicamente al célebre artista, sino que no le tuvo tampoco en que se diesen en su propio palacio funciones líricas y coreográficas por compañías organizadas de artistas de uno y otro sexo, traídos de fuera, sin menoscabo del decoro áulico, y sin que la maledicencia ó la preocupacion encontraran motivo razonable de censura contra la decencia y la moral del palacio y de la corte.

Permitiendo estas diversiones al pueblo y franqueándole los teatros, lo hizo con las discretas precauciones que la ilustracion y la prudencia aconsejaban, procurando corregir y remediar los abusos de que adolecian entonces estos espectáculos, y que habian dado pretexto á la intolerancia para llamarlos escuela de inmoralidad, convirtiéndolos en recreacion honesta, y hasta provechosa. Las ordenanzas de Fernando VI, expedidas en 1753, con el título de *Precauciones que se deben tomar para la representacion de comedias, y debajo de cuya puntual observancia se permite que se ejecuten*, dan una cabal idea, así de la ilustracion y de la prudencia del rey, como de la índole, carácter y estado de estas fiestas en aquel tiempo, y de la marcha y progresos que iba haciendo la civilizacion en las costumbres públicas. Por la indicacion de algunos de sus artículos se verá la manera como se comenzó á regularizarlas.

1.º Que para evitar los desórdenes que facilita la oscuridad de la noche en concurso de ambos sexos, se empezarán las representaciones en los dos Corrales (los teatros del Príncipe y la Cruz que ya entonces existian) á las cuatro en punto de la tarde desde Pascua de Resurreccion hasta el día último de setiembre, y á las dos y media desde 1.º de octubre hasta Carnestolendas, sin que se pueda atrasar la hora señalada con ningun pretexto ni motivo, aunque para ello se interese persona de autoridad; cuidando los autores por su parte de no hacer inútil esta providencia con entremeses y sainetes molestos y dilatados, proporcionando el festejo y ciñéndole al término de tres horas cuando mas, que es el suficiente á la diversion, y á que se logre el fin de salir de día.

2.º Que la tropa que va á auxiliar al alcalde, repartida en

las puertas de los Corrales, no permita que los coches se detengan despues que se apeen sus dueños, y los haga salir de la calle para ponerse en carrera en los sitios acostumbrados, guardando el mismo orden al salir de la comedia y dejando el del alcalde en la callejuela mas próxima, como es estilo, para que le tenga pronto en cualquiera urgencia que se le ofreciere del real servicio.

4.º Que no deje entrar en los Corrales ni estar en ellos persona alguna embozada, con gorro, montera ni otro disfraz que le oculte el rostro, pues todos deberán tenerlos descubiertos para ser conocidos, y evitar los inconvenientes que se ocasionan de lo contrario.

7.º Que ningun hombre entre en la cazuela con pretexto alguno, ni hablen desde las gradas y patio con las mujeres que estuvieren en ella; y á la salida de la comedia no se permitan embozados en los tránsitos de los aposentos, repartiéndose en ellos ministros y soldados que lo embaracen, y los lances que de lo contrario se pueden originar.

8.º Que en los aposentos principales (hoy palcos), segundos, terceros, ni alojeros, no ha de haber celosías altas, y que la gente que los ocupe esté con la decencia que corresponde, sin capa los hombres, y sin que las mujeres se cubran los rostros con los mantos.

15.º Que respecto á no tener el vestuario del Corral de la Cruz cuarto ó sitio separado para vestirse y desnudarse las cómicas, ejecutándolo á la vista de los cómicos, lo que no sucede en el del Príncipe por haber en él la separacion correspondiente, se pondrá para lo sucesivo en el de la Cruz igual precaucion y decencia.

18.º Que no se pueda en adelante representar en alguno de los dos Corrales comedias, entremeses, bailes ó sainetes, sin que primero se presenten por los autores de las compañías al vicario eclesiástico de esta villa, ó persona que á este fin destinase el arzobispo gobernador de este obispado, obteniendo su permiso, que se ejecutará sin alguna excepcion, aunque antes de ahora se hubiesen representado al público sin este requisito, y estuviesen impresas con las licencias necesarias.

19.º Que en la ejecucion de las representaciones, y con particularidad en las de los entremeses, bailes y sainetes, pondrán el mayor cuidado los autores de que se guarde la modestia debida, encargando á los individuos de sus compañías en los ensayos el recato y compostura en las acciones, no permitiendo bailes ni tonadas indecentes y provocativas, y que puedan ocasionar el menor escándalo.

20.º Que igualmente serán responsables los autores á la nota que pudiere causar cualquiera cómica de su compañía, que saliere á las tablas con indecencia en su modo de vestir, sin permitir representen vestidas de hombre sino de medio cuerpo arriba....

¡Cuánta distancia entre el espíritu de estas ordenanzas y el que dictó las consultas y los decretos de Felipe y Carlos II! A los que juzgando por las restricciones que aun se ponian al ejercicio de estos espectáculos á mediados del siglo XVIII, á los que viéndolos todavía sometidos á una censura puramente teocrática, puedan pensar que se habia adelantado poco en esta materia, nos cumple hacerles observar que era España en aquella época una de las naciones en que se hacian mas esfuerzos por desterrar anteriores preocupaciones, y por regularizar estos honestos recreamientos. En Italia los eclesiásticos que predicaban la cuaresma los prohibian á los fieles: el P. Tornielli privó de la asistencia al teatro á los habitantes de Novara, y Ginebra no permitia que se estableciese teatro dentro de la ciudad.

Los que hemos alcanzado otros tiempos, estos tiempos en que los soberanos y los gobiernos de las naciones mas cultas protegen, fomentan, impulsan estas diversiones que antes se proscribian como una abominacion; en que se erigen magníficos y costosísimos coliseos con fondos de las arcas reales ó de las rentas del Estado, y se subvencionan y sostienen por el erario público; en que los monarcas someten á la deliberacion de las asambleas legislativas la organizacion y reglamentos teatrales como objeto de leyes de alto interés nacional; en que un actor ó una actriz que alcance alguna celebridad



acumula en breve tiempo la opulenta fortuna á que nunca logra arribar tras dilatada y penosa carrera ni el sabio que ilustra á la humanidad desde la cátedra de la enseñanza, ni el que encanece haciendo justicia á los hombres en la noble profesion de la magistratura, ni el mismo que por largos años gobierne con acierto la complicada máquina de un Estado, tenemos mas motivos que nuestros mayores para comparar tiempos con tiempos, y para admirar cómo con el trascurso de los siglos se modifican las ideas, y con ellas las costumbres sociales; cómo han llegado de modificacion en modificacion, á trocarse del todo, poniéndose en contradiccion las épocas. Ideas hay que una vez descubiertas por la antorcha de una critica ilustrada se puede asegurar que estarán perpetuamente en el catálogo de las verdades: ¿pero habrá igual seguridad de que respecto de otras no se incurra en extremos opuestos, igualmente distantes de la verdad y de la justicia? ¿Podemos estar ciertos de que la civilizacion va siempre bien encaminada y de que no se extravía nunca? De esto podrán juzgar mejor que nosotros los que despues que nosotros vengan á juzgar el presente y los anteriores siglos.

# X

En algunos capítulos de la narracion histórica de estos dos reinados, indicamos ya como uno de los mayores y mas apreciables beneficios que España recibió del advénimiento de la dinastía borbónica la restauracion literaria que comenzó á verificarse desde principios del siglo. En efecto, la España que despues de haber trasmitido su resplandor literario del siglo XVI á Francia y á otras naciones, habia ido quedando en una oscuridad lastimosa por las causas que en diferentes lugares hemos explicado, recibe á su vez en el siglo XVIII de aquella misma Francia la claridad que en otro tiempo ella le habia comunicado, con las modificaciones y las formas que el progreso intelectual siempre creciente imprime en cada época á la ilustracion literaria. Las mil lumbreras de gloria de que Luis XIV habia sembrado la Francia, los laureles con que la mano de aquel soberano habia coronado los ingenios, no fueron ejemplo perdido para los príncipes de su familia que vinieron á regir los destinos de la nacion española. Protectores decididos de las letras los primeros Borbones de España, comenzaron bajo su amparo las ciencias y las artes á sacudir el marasmo y á salir de la esclavitud en que habian estado sumidas en los últimos tiempos. Gloria será siempre de la primera mitad del siglo XVIII y de los soberanos que en ella reinaron la creacion de esos cuerpos literarios, que son al propio tiempo manantiales fecundos y depósitos perennes del saber; focos inagotables de luz, que están produciendo y alumbrando perpetuamente sin morir ni agotarse nunca á semejanza del sol.

Nacen, pues, en España bajo los dos primeros Borbones las Reales Academias de la Lengua, de la Historia y de las Nobles Artes. En Madrid, en Barcelona, en Cervera, en Sevilla, en Cádiz, en varios otros puntos de la Península, se levantan y organizan casi simultáneamente otras academias, universidades, escuelas y colegios, de medicina, de náutica, de buenas letras, de jurisprudencia, de ciencias eclesiásticas, de latinidad, de matemáticas, de casi todos los ramos de los conocimientos humanos; y casi todas nacen con una robustez que les augura larga y próspera vida. Mas de un siglo há que viven, y vivirán muchos mas, estas asociaciones de hombres doctos, que comunican su actividad á todas las inteligencias, y que sin embarazar los esfuerzos individuales enriquecen las letras con aquellas obras que solo pueden ser producto de la elaboracion lenta de los cuerpos colectivos, y del concurso y cooperacion de muchos ingenios y de muchas inteligencias reunidas. Pensóse ya entonces en establecer una academia general de Ciencias y Artes; pensamiento grandioso, que acogió gustosamente Fernando VI, y para el cual se dieron los primeros pasos, pero que no pudo tener realizacion, por falta de auxilios, y hasta de hombres, que era todavía muy naciente la restauracion literaria para que se hallaran ingenios eminentes en todos los ramos.

¿Cuán poco esfuerzo necesitan los príncipes para ganar el envidiable lauro de protectores de las letras y de la ilustra-

cion! Por lo comun preexisten y germinan las ideas civilizadoras en los entendimientos destinados en cada época á servir de guía á la humanidad, los espíritus suelen estar preparados, y solo necesitan para su desarrollo aquel impulso, aquel calor, aquella forma y aquella sancion que solamente puede imprimirles la autoridad del poder. Casi todas las academias que en el tiempo á que nos referimos se erigieron tuvieron su origen y su cuna en reuniones, tertulias, y conferencias que privada y espontáneamente celebraban los hombres eruditos para discutir y dilucidar las materias literarias objeto del respectivo estudio y particular aficion. La proteccion del príncipe venia despues, ó de propio impulso, ó á excitacion de aquellos beneméritos varones, á darles organizacion y regularidad, elevándolas á las clases de instituciones reales, convirtiéndolas en corporaciones del Estado, trasformándolas en órganos autorizados de verdades científicas ó de mérito artístico. ¡Gloria grande para los hombres ilustres que iniciaron la creacion de tan provechosos establecimientos, y loa no pequeña para los soberanos que con su proteccion y autoridad les dieron desarrollo, importancia suma, vida propia y perdurable!

No podemos dejar de hacer una observacion, que sin duda añadirá algunos quilates mas á la gloria de Felipe V. Los que de francés y de afecto á las cosas de Francia motejan á este príncipe, parece no haber reparado en un hecho honrosísimo, que á los ojos de todo español debe ser de un gran mérito. La primera corporacion literaria que se erigió y organizó bajo la real aprobacion y proteccion de Felipe V fué la Real Academia Española, cuyo objeto era cultivar, fijar, depurar la lengua castellana. La segunda corporacion científica que fundó y protegió con su régia munificencia fué la Real Academia de la Historia, cuyo instituto era perfeccionar la historia nacional. ¿Qué mayor y mas honroso testimonio podia dar el príncipe extranjero de que queria y se proponia hacerse español, que comenzar creando, protegiendo y fomentando institutos especiales destinados á cultivar, depurar y perfeccionar la lengua y la historia española? ¿Qué mas habria podido hacer un príncipe nacido y criado en nuestro suelo? Pero es lo notable que nadie lo hizo antes que él.

Tampoco debemos omitir el nombre de uno de los españoles que mas impulsaron al monarca á marchar por aquella gloriosísima senda; del ilustre y esclarecido prócer, que despues de haber servido á su patria en cinco vireinatos y desempeñado comisiones importantes en el extranjero, se propuso restaurar la literatura nacional, reunir á los mas ilustrados españoles, excitar su celo y su amor á las letras, buscar, como buscó y encontró, en las propicias disposiciones del soberano el fomento que necesitaban, y dar impulso y empuje á aquel movimiento intelectual que comenzó á principios del siglo. Este ilustre magnate, descendiente de otro magnate no menos ilustre de su mismo título, fué el marqués de Villena, duque de Escalona, don Juan Fernandez Pacheco, uno de los hombres que honrarán siempre los fastos literarios de España: el mismo que concibió el proyecto, y proyectos hay en cuya sola concepcion cabe gran gloria, de la creacion de una Academia universal de Ciencias y Artes.

Hizose extensiva esta aficion literaria á las damas de la primera nobleza, cuyos salones y tertulias eran una especie de academias amistosas y de confianza, al modo que en lo antiguo en las épocas mas florecientes para las letras habia sucedido en Atenas y en Roma, como aconteció en Córdoba en tiempo de la mayor ilustracion de los califas Omniadas, como en Madrid en la regeneracion literaria de los Reyes Católicos, y como estaba sucediendo en Versalles y Paris en el reinado de Luis XIV.

La índole y espíritu de esta restauracion literaria no se parece á la que se verificó en el siglo de oro de la literatura española. En el siglo XVI solo pudieron florecer y prosperar aquellos ramos del saber humano que no podian ser objeto ni de la recelosa suspicacia é intolerante severidad de adustos inquisidores, ni de la exquisita vigilancia de un soberano que no sufría la emision de una idea favorable á la despreocupacion. En el siglo XVIII el pensamiento se explaya con cierta libertad por el campo, en otro tiempo vedado, de la política,



discurre con cierto desembarazo sobre las atribuciones propias de las potestades espiritual y temporal, ejerce su censura sobre los sistemas y métodos de la enseñanza pública, emplea la crítica sobre las tradiciones mas arraigadas en el vulgo y que habian llegado á constituir una especie de credo popular, se ridiculizan las aberraciones y extravagancias de la oratoria del púlpito, se escribe contra la amortizacion eclesiástica y contra el excesivo número y la relajacion de las órdenes religiosas y monásticas; y los autores de estos escritos, si bien todavia arrugaban el ceño inquisitorial y sufrían delaciones y molestias, ahora obtenían absolucion, cuando en otro tiempo les habria sido imposible librarse del calabozo, del sambenito y de la hoguera.

Felipe II con la pragmática de Aranjuez de 1559 habia establecido una rigurosa aduana literaria, una barrera intelectual entre España y Europa, prohibiendo á todos sus súbditos salir á enseñar ni aprender en colegios ni universidades extranjeras, comunicando así intelectualmente á España con el resto del mundo. Felipe V y Fernando VI, á imitacion de Isabel la Católica, convidan, llaman, traen á España los mejores profesores extranjeros para que enseñen las ciencias y las artes en las escuelas españolas; envían á los mas ilustrados de sus súbditos á otras naciones, pensionan jóvenes aventajados, costean viajes á los ya doctos y eruditos para que recojan de las escuelas, academias, bibliotecas y museos de Roma, de Paris, de Amsterdam, de Londres, de Bolonia y de otros centros literarios de Europa, los conocimientos, los adelantos, los sistemas de enseñanza, los inventos, los libros, los manuscritos, los instrumentos, todos los medios de civilizacion y de instruccion, para que los planteen y difundan en nuestros colegios, universidades y academias. ¡Qué diferencia de tiempos y de política!

En las épocas de regeneracion, aunque sean muchos ingenios los que concurren á llevar la luz de la ciencia á los entendimientos, suele haber siempre algunos á quienes la Providencia parece escoger, dotándolos de mas universalidad de conocimientos, de un temple de alma y de una fuerza de espíritu inquebrantable y á prueba de contrariedades, de persecuciones y de infortunios, concediéndoles tambien una longevidad extraordinaria, para que sean las lumbreras perennes y constantes de todo un largo período, y como la personificación viva de la transicion de una á otra época. Tales fueron Macanaz y Feijóo, que ambos sobrevivieron á los dos primeros Borbones, y alcanzaron el reinado de Carlos III, siendo como los dos grandes ejes sobre que giró aquella revolucion literaria.

Dotados ambos de gran capacidad, de clarísimo ingenio, de admirable laboriosidad é incansable perseverancia, siguiendo distintos rumbos y senderos, y cultivando diferentes estudios; Macanaz dilucidando las mas árduas y elevadas cuestiones de derecho público, estableciendo máximas fundamentales para la buena gobernacion política y económica de los Estados, disertando, fallando ó proponiendo sobre materias de religion, de disciplina, de legislacion, de gobierno, de historia y de diplomacia; Feijóo combatiendo errores y preocupaciones vulgares, impugnando los falsos sistemas filosóficos, criticando el atraso y los abusos de la enseñanza y proponiendo sus remedios, despertando la aficion al estudio de las ciencias exactas, proclamando los fueros de la razon, atacando el excepticismo, desentrañando en fin las cuestiones de ciencias y artes de mas importancia y de mas útil é inmediata aplicacion al uso de la vida: el hombre de Estado y el fiscal del Consejo dirigiendo representaciones á los reyes, escribiendo los *Auxilios para gobernar bien una monarquía católica*, y publicando *Informes y Alegaciones* jurídicas; el monje benedictino dando á luz el *Teatro crítico universal* y los *Discursos varios* de todo género de materias; el hombre del siglo enriqueciendo la historia patria con exactísimas Memorias de los sucesos en que él mismo habia sido actor; el hombre del claustro desvaneciendo al pueblo las preocupaciones de un fanatismo inveterado: el uno proscrito en tierra extraña dirigiendo desde el destierro las negociaciones diplomáticas de Europa, sosteniendo con la pluma las regalías de la corona de España, derramando en volúmenes sin cuento su vasta erudi-

cion y su severa critica sobre las doctrinas, controversias y verdades de mas alto interés social, y sobre los daños y males que á España, á su Iglesia y á su rey habian causado los extranjeros; el otro desde la humilde celda de un monasterio de Oviedo ridiculizando con no menos sazónada critica las artes divinatorias, la creencia en brujas, duendes y zahories, declarando contra la prueba del tormento en los juicios, desterando la falsa idea de la senectud moral del mundo, predicando contra los excesos que se cometían en romerías y peregrinaciones: mutuos admiradores uno de otro, los dos fueron astros de inagotable luz que brillaron en distintos puntos del horizonte español, ambos sufrieron con espíritu fuerte los rudos ataques y las violentas impugnaciones que les dirigió la ignorancia, la preocupacion ó la envidia, pero ambos libraron el pensamiento de la esclavitud en que le tenia el fanatismo, y entre los dos hicieron en favor de la vida intelectual de España lo que parecia no podrian muchos hombres en mas de un siglo.

Al lado de estos dos esclarecidos ingenios ocupa tambien un lugar honroso y distinguido el erudito y laborioso valenciano don Gregorio Mayans y Ciscar, á cuyo mérito hicieron mas justicia los extranjeros que sus compatriotas y contemporáneos. Aunque su carrera habia sido la jurisprudencia, enriqueció la república literaria con multitud de obras, en latin y en castellano, de gramática, de retórica, de oratoria sagrada, de filosofía moral, de derecho, de historia y de critica literaria, y comentó, adicionó y publicó las de otros autores que le habian precedido. En el atraso lamentable en que se hallaban las letras al principio del siglo, los que se propusieron restaurar la dignidad intelectual del país y se sentían con cierta fecundidad de genio, se dejaron llevar de cierto afán de escribir de todo, como si quisieran resucitar á un tiempo todos los ramos del saber. Entre las muchas producciones del bibliotecario Mayans, merecen sin duda especial mencion sus *Orígenes de la Lengua Española*, obra que mereció larga critica de los escritores del *Diario de los Literatos*, y de la cual tuvo que defenderse el autor: su *Retórica*, que aunque pesada, y no muy acomodada al espíritu de la época, tiene la ventaja de ser un almacen de buenos ejemplos sacados con tino de los mejores escritores españoles: su *Exámen del Concordato de 1737*, y las *Observaciones ó Comentarios al de 1753*, en que discurre sobre los mas principales puntos del derecho canónico, en el espíritu regalista que era comun á los hombres mas ilustrados y doctos de aquel tiempo.

La ciencia del derecho recibió una grande ilustracion con la obra de don Pablo de Mora y Jaraba, titulada: *Teatro Crítico: Los errores del derecho civil, y abusos de los Jurisperitos, para utilidad pública*. Trata en ella, entre otras cosas, de lo mucho que sobraba entonces en el Derecho Civil y de lo muchísimo que faltaba en la Jurisprudencia española, del modo de remediar los males que exponía, y de la nueva forma que convenia dar á los estudios y á los códigos de nuestras leyes: obra que el docto Sempere y Guarinos califica de mas difícil y de mas mérito que la que el sabio Muratori habia publicado con el título de: *Dei difetti della Giurisprudenza*. Atribúyese tambien á Mora y Jaraba el célebre informe del Colegio de Abogados al Consejo, en que se prueba que el estado eclesiástico está sujeto á la suprema potestad del rey, no solo directa sino coactivamente, como los demás vasallos: y en que se proponía el establecimiento de censores régios en las universidades para no permitir que en los ejercicios públicos se defendieran proposiciones en que se atacaran las regalías de la corona.

No carecian tampoco de cultivadores otras ciencias cuyo atraso se sentía en España. Martin Martinez, citado ya por nosotros en otra parte, fué el primer reformador de los estudios de medicina, anatomía y física. El sabio médico Piquer, que en su juventud se atrevió ya á publicar su *Medicina vetus et nova*, en que combatía á los sistemáticos galenistas, dió á luz mas adelante la *Física moderna, racional y experimental*; el *Tratado de Calenturas segun la observacion y el mecanismo*, y las *Obras selectas de Hipócrates* ilustradas por él para uso de la juventud; juntamente con otras obras y discursos sobre medicina y filosofía, que si no llenaban el vacío



que en estas materias se sentía, no era poco en aquel tiempo el dejar ya el peripatismo. Y entre tanto desde el fondo de un claustro el monje cisterciense Fr. Antonio José Rodríguez, por una parte en sus *Paradojas físico-teológico-legales* atacaba á ejemplo de Feijóo las preocupaciones del vulgo en punto á hechicerías y otras maniobras diabólicas, por otra en su *Palestra crítico-médica* ilustraba al público disminuyendo el crédito de la medicina sistemática que dominaba entonces, y contribuyó mucho á preparar la revolución hácia el mas recto estudio de aquella facultad tan útil al género humano.

Inmenso servicio hicieron á la ciencia astronómica, á la geografía y á la náutica los célebres marinos españoles don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, publicando la *Relacion histórica de su viaje á la América Meridional*, hecho de orden del rey, para medir algunos grados del meridiano terrestre, y venir por él en conocimiento de la verdadera figura y magnitud de la tierra, con otras varias observaciones astronómicas y físicas. Ulloa acreditó en otras obras posteriores sus vastos conocimientos astronómicos y físicos, y del *Edámen marítimo* que publicó despues don Jorge Juan llegó á decir tiempos adelante el Instituto Real de Francia que era el tratado mas profundo y mas completo que se habia escrito sobre la materia. Hubo ya entonces quien concibió el pensamiento de escribir la *Historia de nuestra marina*, para la cual parece quiso sirviese como de introduccion el libro que dió á la estampa con el título de *Antigüedad marítima de la república de Cartago, con el periplo de su general Hannón*. El autor de esta obra y de aquel pensamiento era un jóven que asomaba entonces á la república de las letras y habia de ser despues uno de sus mas brillantes ornamentos; era don Pedro Rodríguez Campomanes.

Otro español viajaba entonces por Europa de orden del gobierno con objeto de adquirir conocimientos y noticias en las ciencias naturales, y con el propósito de establecer despues en España una academia consagrada á su estudio y propagacion. Este español, que trajo al recién creado Seminario de Nobles una rica coleccion de instrumentos y máquinas, y que promovió la formacion de un real jardin de plantas en la capital, cuya direccion se le confió, era el sabio naturalista don José Ortega, farmacéutico mayor de los reales ejércitos, y subdirector del Jardin Botánico de Madrid.

Este sistema de viajes científicos adoptado por los primeros monarcas de la dinastía borbónica en España, costeados por el gobierno y encomendados con tino á los hombres que habian dado ya pruebas de capacidad y de aplicacion, fué uno de los elementos mas eficaces de la regeneracion literaria, y produjo visibles adelantos en las ciencias y las artes. Perez Bayer, profesor de lenguas orientales en Salamanca, bibliotecario mayor del rey y preceptor de los infantes, despues de haber copiado y ordenado en Toledo las inscripciones y documentos hebraicos, pasa á Italia á visitar y estudiar las bibliotecas, traba relaciones de amistad con los mas eminentes profesores de aquellas universidades, recoge monedas rarísimas, adquiere preciosidades literarias, registra los códices de la Biblioteca Vaticana, y rico con todas aquellas adquisiciones escribe su tratado de *Nummis hebræo samaritanis*, que arranca los mayores elogios á los mas célebres anticuarios extranjeros; y hace despues un *Catálogo completo de los preciosos manuscritos, castellanos, latinos y griegos de la Biblioteca del Escorial*, al modo que Casiri habia hecho el de los Códices arábigos con el título de *Biblioteca arábigo-hispana Escorialensis*. De este modo un docto italiano traído á España y un docto español enviado á Italia daban á conocer la riqueza literaria que encerraban los preciosos manuscritos del riquísimo depósito del monasterio de San Lorenzo. ¡Qué diferencia de estos tiempos á aquellos en que los consejeros de Estado (mediado era el siglo XVII) aconsejaban al rey «que mandara quemar todos los libros arábigos del Escorial, sin reservar ninguno, y que se ejecutara sin ruido!»

Utilísima y digna de toda alabanza fué la idea de la Comision general para el exámen y reconocimiento de los archivos del reino, y para la investigacion, clasificacion y copia de los documentos mas importantes para la historia eclesiástica y civil de España; y habria sido mas provechosa la empresa si

todos los comisionados hubieran desplegado igual laboriosidad y celo, y si el gobierno hubiera correspondido con mas largueza y menos desden, y aun con menos ingratitud, á los que con recomendable afán y suma inteligencia descubrieron manuscritos preciosos, desenterraron é hicieron conocer códices raros é ignorados, y ordenaron ricas colecciones de documentos auténticos. En otra parte mencionamos ya los nombres de los literatos que fueron destinados á cada uno de los puntos de la Península, y dimos el lugar preferente que merecia al del P. Burriel, encargado de la direccion y combinacion de los trabajos de todos, y á cuya exquisita y asidua diligencia se debió, entre otros importantes descubrimientos, el de algunas actas inéditas de concilios españoles, la copia del Código Gótico en cuatro tomos en folio, que cotejó con todos los manuscritos que de él existian, la de la Coleccion de los antiguos cánones de la Iglesia española, probando que la de Isidoro Mercator no habia sido nunca recibida, ni aun fraguada en España, hasta la invencion de la imprenta, la de algunas Biblias rarísimas, y otra multitud de documentos originales en número de cerca de dos mil que reunió en pocos años aquel laboriosísimo investigador. ¡Lástima que su comision por causas desagradables hubiera cesado tan pronto, y lástima todavía mayor que no se hubiera realizado el gran pensamiento del ministro Carvajal de ordenar y organizar todos los archivos, así diplomáticos como judiciales del reino!

Un hombre de ilustre cuna y de la alta nobleza de España, que andaba mezclado en las empresas y viajes literarios con los religiosos de las órdenes monásticas, enriquecia la literatura española con la *Relacion de su viaje hecho de orden del rey, y con la Noticia de una historia general de España hasta 1516, extractada de los escritores y monumentos recogidos durante aquel viaje*; publicaba los *Anales de la nacion española desde el tiempo mas remoto hasta la entrada de los romanos*; daba á luz el *Ensayo sobre el alfabeto de las letras desconocidas que se encuentran en las mas antiguas medallas y monumentos de España*; acreditaba sus conocimientos en numismática con las *Conjeturas acerca de las medallas de los reyes godos y suevos*, y su fina y juiciosa crítica con los *Orígenes de la poesía castellana*. El fecundo autor de estas y otras producciones que la naturaleza de nuestro trabajo nos obliga á no enumerar aquí, era el erudito don Luis José Velazquez, marqués de Valdeflores, regidor perpetuo de Málaga, académico de la Historia de Madrid, y de la de Inscripciones y Bellas Letras de Paris.

No extrañamos que Velazquez no encontrara sino dos autores de su tiempo que poner en el catálogo de los buenos poetas castellanos, á saber, don Ignacio Luzan y don Agustín Montiano. Pues sin que pretendamos ahora juzgar del mérito respectivo entre Montiano y otros que entonces cultivaron la poesía, es lo cierto que á excepcion del aragonés Luzan que con su Poética fundó y creó una nueva escuela y remedió en parte el mal gusto y la decadencia de la poesía, «sujetándola á los preceptos que usaban las naciones cultas,» fueron bien efimeros y escasos en aquel período los adelantos de este ramo de la literatura, el mas floreciente de los siglos XVI y XVII. Algunos ingenios habian hecho esfuerzos y tentativas desgraciadas. El dean Martí, tan docto en otras materias, estuvo léjos de ser feliz en los asuntos y en la forma de sus producciones poéticas. No lo fué mas don Francisco Artigas en el *Epítome de la elocuencia española*, escrito en trece mil versos malos ó medianos. El conde de Salduña en su *Pelayo*, Moraleja en *El Entretenido*, Ortiz en las *Noches alegres*, don Pedro Silvestre en *La Proserpina*, don Miguel Reina en *La Elocuencia del Silencio*, Gerardo Lobo, Benegasi y Luxan en sus Colecciones, y otros que pudieran citarse, no sacaron las musas del abatimiento, ni mejoraron el depravado gusto que habia inficionado el Parnaso español, y que duró casi toda la mitad del siglo XVIII. Y solo en tal cual ocasion aparecia alguna composicion feliz, como la *Sátira contra los malos escritores*, que se publicó en el *Diario de los Literatos* con el seudónimo de Jorge Pitillas, ya fuese su verdadero autor don José Cobo de la Torre, como afirman unos, ya lo fuese don José Gerardo Herbás, como pretenden otros.

En cambio seguian progresando los estudios serios, for-



mando el carácter de esta restauración literaria mas las obras de investigación y de utilidad histórica que las de amenidad y recreo. El infatigable agustiniano Fr. Enrique Florez en su *Clave Historial*, abría, como decía él, la puerta á la historia eclesiástica y política, descifrando y fijando la cronología de los papas y emperadores, de los reyes de España, Italia y Francia, del origen de las monarquías y concilios. Recogía y publicaba, con dibujos y eruditas explicaciones, las *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*; y sin mencionar ahora otras muchas que despues de la muerte de Fernando VI siguieron saliendo de su docta y fecunda pluma, antes del fallecimiento de aquel monarca, había ya dado á luz quince volúmenes de su *España Sagrada*, preciosa colección y riquísimo arsenal de noticias, documentos, disertaciones críticas y opúsculos interesantes para ilustrar la historia eclesiástica de España, y aun su historia política y civil; vasto y costosísimo trabajo, destinado á no perecer nunca, y ser consultado siempre con provecho de los curiosos y aun por los sabios.

La crítica se cultivaba ya con éxito, y las polémicas entre los literatos producían utilísimos frutos para la depuración de las verdades científicas y morales. Contra el *Teatro Crítico* de Feijóo se habían publicado mas de cien impugnaciones en opúsculos, folletos y papeles sueltos, bien que sin fondo y sin juicio, llenos de improperios y de injurias, como producto de despechados autorzuelos, envidiosos de la gigantesca reputación que aquel sabio monje se había granjeado en la república literaria. Contra esta chusma de escritorzuelos, ó maldicientes ó fanáticos, escribió otro monje, discípulo de Feijóo y de su mismo hábito, la *Demostración crítica-apologética del Teatro Crítico-universal*, en dos tomos en cuarto. La defensa del P. Sarmiento, que este era el nombre del docto discípulo de Feijóo, fué digna de la obra y de la fama de tan gran maestro.

Tras la corrupción de la poesía había venido la corrupción de la oratoria sagrada. El gusto depravado del tiempo de la decadencia había contaminado lastimosamente á los ministros del Evangelio, y aunque no faltaron en España doctos predicadores que preservados del general contagio sostuvieron con honra la dignidad de la elocuencia del púlpito, es por desgracia indudable que un gusto extravagante y ridículo se había apoderado de la mayor parte de los que en aquel tiempo ejercían el alto ministerio de predicar desde la cátedra del Espíritu Santo la palabra divina, sembrando y derramando á granel en sus sermones frases ampulosas, alambicados conceptos, hipérboles y antítesis gongorinas, metáforas huecas, textos improcedentes, latines retumbantes y á veces semi-bárbaros, alusiones grotescas, mezcla informe de sentencias sagradas y profanas, palabras bajas, chocarreras, y hasta indecentes, y todo lo que mas reprueba y condena la dignidad y el decoro de la oratoria del púlpito. Contra esta plaga de malos predicadores se levantó, al modo que lo hizo Cervantes en otro tiempo contra la manía extravagante de los libros de caballerías, un genio crítico, hombre también de hábito y vida religiosa, y cuya pluma era conocida ya por su fina ironía en un libro que había publicado con el título de *Dia grande de Navarra*, describiendo en estilo jocoso las solemnes fiestas con que la ciudad de Pamplona había celebrado la proclamación de Fernando VI. Propúsose, pues, el P. José Francisco de Isla, que es el jesuita de quien hablamos, combatir con el arma del ridículo aquellos profanadores de la palabra divina, y escribió su *Historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas, alias Zotes*, que desde luego alcanzó gran boga dentro y fuera de España, y con la que recibieron un golpe mortal aquellos malos predicadores. Acaso en toda la obra no hay un concepto mas satírico que aquel epígrafe: *Deja Fray Gerundio los estudios y se mete á predicador*. Verdad es que él solo encierra un compendio de amargas censuras.

Natural era que la ignorancia se sublevara contra una publicación de que recibía tan duro y formidable ataque; se escribieron contra ella algunos papeles, á que contestó el autor, y se apeló al recurso común de la época, y delatarla á la Inquisición como injuriosa al estado eclesiástico con ribetes de herejía. Los calificadores opinaron por la prohibición, y en efecto se vedó la lectura del primer tomo, único que se publi-

có en vida de Fernando VI, pero vino á reducirse á una prohibición casi ilusoria, porque ya se había vendido la edición, y la popularidad que había alcanzado tenía mas fuerza en la opinión pública que el edicto del Santo Oficio. Esta era la lucha de entonces. La Inquisición condenaba; el triunfo legal y material era todavía suyo; el moral era ya de la razón y de la ilustración. Los dos ejemplos mas visibles de esta transición fueron el P. Feijóo y el P. Isla.

Otro de los medios que se emplearon para dar impulso á la restauración literaria en la época que examinamos fué la publicación de papeles periódicos. Cerca de un siglo hacia que en otras partes de Europa se daban á luz esos escritos que con el título de *Diarios* ú otros semejantes facilitan y propagan por el pueblo cierta clase de conocimientos, que pueden ser útiles siempre, y que lo son mas en épocas determinadas. Aunque en España se había hecho un mal ensayo con el *Duende crítico de Madrid*, atribuido á fray Manuel de San José, sin duda por el objeto nada laudable ni provechoso de aquella publicación, tuvo ya otra suerte, aunque no completa, el *Diario de los Literatos*, que se comenzó á publicar en 1737; porque sus ilustrados y juiciosos autores, Salafranca, Huerta y Ruiz, que se propusieron hacer una crítica razonada de los libros útiles extranjeros y españoles, y que gozaron ya de la protección del rey y del ministro de Hacienda, no pudieron sostener mucho tiempo su Diario, por los obstáculos que aun les oponía la ignorancia y la caterva de los malos escritores. Pero el ejemplo no fué perdido, el impulso estaba dado, y al año siguiente dió don Salvador Mañer traducido el *Mercurio histórico y político*, «en que contiene el estado presente de la Europa, lo que pasa en todas sus cortes, etc.,» que continuado despues por otro, concluyó por tomarlo el mismo monarca de su cuenta. Algunos años mas adelante (1752) se tradujeron y dieron á conocer las *Memorias de Trevoux* para la historia de las ciencias y bellas artes. Tres años despues comenzó don Juan Enrique Graef á publicar sus *Discursos mercuriales*, que eran unas memorias sobre agricultura, marina, comercio, y artes liberales y mecánicas. Y otros tres años despues don Mariano Francisco Nifo, autor de *Los engaños de Madrid, y trampas de sus moradores*, comenzó á publicar el *Diario curioso, erudito y comercial, político y económico*, en que trabajó cerca de año y medio, que pasó despues á otras manos, y que suspenso algun tiempo resucitó mas adelante con nueva forma, y con artículos de curiosidades, literatura, comercio, economía y noticias particulares. Tales fueron los principios del periodismo en España.

No hemos hecho ni nos pertenecía hacer otra cosa que apuntar las causas y los medios que dieron nacimiento é impulso á la regeneración literaria de España en la primera mitad del siglo décimotercero y reinados de los dos primeros Borbones, los diferentes ramos y materias científicas que se cultivaron, y los nombres de los que con su erudición, laboriosidad y constancia contribuyeron mas eficazmente á esta gloriosa restauración; nombres, que aunque no forman tan largo catálogo como hubiera sido de desear, no son ni tan pocos ni tan poco ilustres, aun en el reinado de Felipe V, menos abundante que el siguiente, que no nos dé derecho á impugnar lo que un moderno escritor extranjero, autor de una Historia de la Literatura española, consigna con poca razón en su obra, á saber, «que en el espacio de cerca de cuarenta y seis años que abraza aquel reinado, apenas aparece un escritor que merezca mencionarse, y muy pocos los que requieren un exámen y estudio esmerado (1).» Bastarian los nombres de Macanaz, Feijóo, Mayans y Florez para contradecir tan aventurado aserto. De todos modos los reinados de Felipe V y Fernando VI, así en las letras como en la política, así en la economía como en las artes, así en la marina como en la agricultura, en el comercio como en la administración, en la índole del espíritu religioso como en la tendencia de las costumbres públicas, fueron una feliz y provechosa preparación, y sentaron los cimientos y las bases, y desembarazaron y allanaron grandemente el camino para el mas ilustrado y mas próspero reinado de Carlos III.

(1) Tiknor, Historia de la Literatura española, tom. IV.











REYES DE ESPAÑA



D. CARLOS 3.º







## LIBRO OCTAVO

REINADO DE CARLOS III

### CAPITULO PRIMERO

Cárlos III en Madrid.—Córtes.—Primeras medidas de gobierno

DE 1759 Á 1761

Antes de venir á España establece el orden de sucesion en el trono de Nápoles.—Sentimiento general que su despedida produce en el pueblo napolitano.—Beneficios que le debía aquel reino.—Se embarca, y llega á Barcelona.—Fiestas y agasajos públicos.—Mercedes que dispensa á los catalanes.—Corresponde con beneficios al amor que le muestran los aragoneses.—Llega Cárlos á Madrid.—Alegría pública.—Tierna entrevista con la reina madre.—Eleccion de ministros, y provision de otros empleos.—Levanta el destierro á Ensenada.—Distinciones con que honra á Macanaz y á Feijóo.—Murmuraciones de los fanáticos.—Medidas en alivio de los pueblos.—Pago de deudas atrasadas.—Providencia sobre los bienes del clero.—Reforma de costumbres públicas.—Hace su entrada solemne en la corte.—Fiestas populares.—Córtes de 1760.—Nótanse algunas particularidades de estas córtes.—Se proclama la Inmaculada Concepcion patrona de España.—Jura solemne del rey y del príncipe don Cárlos.—Muerte de la reina María Amalia.—Virtudes y carácter de esta reina.—Amargura del rey.—Resolucion de no volver á casarse.—Prescribe cómo han de ser los lutos por las personas reales.—Medidas de seguridad pública.—Pragmática prohibiendo el uso de armas blancas y de fuego.—Providencias sobre ornato público.—Empedrado, limpieza y alumbrado de las calles de Madrid.—Organizacion del cuerpo de Inválidos.—Creacion de salvaguardias para la vigilancia pública.—Formacion de una milicia urbana.—Su reglamento, servicio y obligaciones.

Habiendo muerto sin sucesion Fernando VI (10 de agosto, 1759), recayó la corona de Castilla en su hermano paterno, el mayor de los hijos de Felipe V y de Isabel Farnesio, Cárlos rey de Nápoles y de Sicilia, el cual fué solemnemente proclamado en Madrid. Por su parte, tan pronto como tuvo noticia del fallecimiento de su hermano tomó el titulo de rey de España, y confirmó el nombramiento de su madre para la regencia del reino hasta su venida, volviendo así aquella reina á empuñar, aunque temporalmente, las riendas del gobierno que tantos años habia tenido en sus manos, bien que sin titulo de regente, y solo como esposa del rey.

Antes de venir Cárlos á España quiso dejar establecido y arreglado el orden de sucesion al trono de Nápoles, que no dejaba de ofrecer algun embarazo, habiéndose estipulado en la paz de Aquisgran que si Cárlos heredaba el trono español, pasaria su hermano Felipe al de las Dos Sicilias, volviendo entonces los ducados de Parma y Guastalla al Austria, y el de Plasencia se cederia al rey de Cerdeña. Cárlos habia protestado contra una cláusula que cerraba el camino del trono napolitano á uno de sus hijos. Por fortuna suya, empeñada á la sazón el Austria en la guerra con la Gran Bretaña y Prusia, imposibilitado el sardo para oponerse solo á cualquier arreglo que se intentase, y contando con el interés y el favor de la corte de Francia, logró Cárlos que Austria y Cerdeña se conformaran con recibir en indemnizacion de los estados aplicados á cada una en el tratado de Aquisgran un capital que retribuyera cada año la suma equivalente á las rentas libres de aquellos dominios, pactándose al propio tiempo el enlace del archiduque José con una princesa de Parma, y el del archiduque Leopoldo con la infanta María Luisa, hija segunda de Cárlos.

Resuelta y arreglada así esta cuestion, restábase otra, aunque de índole mas desagradable que difícil, á saber, á cuál de sus hijos dejaria sentado en el trono de Nápoles (1). Porque el

primogénito Felipe, que desde niño habia padecido fuertes ataques de epilepsia, se hallaba reducido á tal estado de imbecilidad y de incapacidad mental, que médicos y consejeros unánimemente opinaban que no ofrecia esperanza alguna de que pudiera recobrar nunca la razon ni menos habilitarse para el gobierno. Tuvo, pues, Cárlos, como amoroso padre, el dolor y la amargura de tener que reconocerlo y declararlo así; y en su consecuencia designó á su segundo hijo Cárlos como futuro sucesor al trono de España, y resolvió dejar el de Nápoles y Sicilia á su hijo tercero Fernando. Quiso solemnizar este acto con todo el aparato de la majestad, y subiendo al solio, circundado de todos los ministros y altos dignatarios del reino, y de los embajadores de las cortes extranjeras, despues de conferir á algunos personajes la grandeza y de investir á otros con los collares de la insigne orden del Toison de Oro y de la de San Genaro (6 de octubre, 1759), ceñidas sus reales sienes con la diadema española, mandó proclamar el acta de sucesion al reino de las Dos Sicilias, llamando en primer lugar á los hijos varones de Fernando, y en su defecto á las hembras, y por último, á falta de directa sucesion, á sus dos hermanos Felipe y Luis, de modo que nunca estuvieran ya reunidas las dos coronas española y napolitana, porque así convenia á la quietud de Italia y de toda Europa. Nombró un consejo de regencia para mientras durase la menor edad de Fernando, niño de ocho años entonces, á cuyo frente puso al marqués de Tanucci, su primer ministro y el hombre de su mayor confianza. Y despues de leida en alta voz el acta, y firmada de su mano (2), tomó una espada, y le dijo al nuevo rey: «Esta es la espada que Luis XIV de Francia regaló á Felipe V vuestro abuelo: de él la he recibido yo, y os hago entrega de ella. No la desenvaineis jamás sino en defensa de la religion y de vuestros súbditos.»

Concluida esta solemne ceremonia, el que dejaba de ser Cárlos VII de Nápoles y venia á ser Cárlos III de España, encaminóse con toda su real familia al puerto, donde hacia dias le esperaba para su embarque una escuadra de diez y seis navíos de linea y algunas fragatas, al mando del primer marqués de la Victoria don Juan José Navarro. Notable y sobremanaera satisfactoria fué para don Cárlos la despedida que le hizo el pueblo de Nápoles. «Todo el pueblo, dice el historiador italiano, grandes, pequeños, hombres, mujeres, niños, jóvenes y ancianos, de toda edad, condicion y sexo, estaban sobre la ribera para ser testigos oculares de la partida de su amado dueño, y pocos eran los que podian contener las lágrimas de dolor al ver que se les ausentaba, y de alegría al verle subli-

lipe, nacido en 1747; Cárlos Antonio, en 1748; Fernando, en 1751; Antonio Pascual, en 1755; Francisco Javier, en 1757; María Josefa en 1744, y María Luisa, en 1745.

(2) El abate Beccatini inserta íntegro este interesante documento que empieza: «Nos Cárlos por la gracia de Dios, etc.—Entre los graves cuidados que nos ha ocasionado la monarquía de España y de las Indias, despues de la muerte de mi muy amado hermano el rey Católico Fernando el VI, ha sido uno de los mas serios la imposibilidad conocida de mi primer hijo. El espíritu de los tratados de este siglo muestra que la Europa desea la separacion de la potencia española é italiana. Véome, pues, en la precision de proveer de legítimo sucesor á mis Estados italianos, para partir á España, y escoger entre los muchos hijos que Dios nos ha dado, y decidir cuál sea apto para el gobierno de los pueblos que van á recaer en él, separados de la España y de las Indias. Esta resolucion que quiero tomar desde luego para la tranquilidad de la Europa, y para no dar lugar á sospecha alguna de que medite reunir en mi persona la potencia española é italiana, exige que desde ahora tome mis medidas respecto á la Italia... etc.»—«Tengo en mi casa un cuadro que representa este solemne acto,» dice el conde de Fernan Nuñez, en su Compendio histórico de la Vida de Cárlos III.

(1) Tenia entonces don Cárlos seis hijos varones y dos hembras: Fe-



mado á mayor y mas poderoso solio: todos recordaban lo mucho que habia hecho por ellos, sus beneficios, los peligros acaecidos en la guerra, la marina restablecida, el comercio ampliado, las letras y las artes protegidas, los edificios ensalzados, y especialmente el famoso hospicio bajo el Cabo de China para recoger los mendigos, y la grandiosa ciudad de Caserta.... Los que recordaban cuál estaba el reino de Nápoles veinticinco años antes, mirado solo como la capital de una provincia lejana y despreciada en el fondo de Italia, sujeta á los caprichos de un gobernador inconstante, sin fuerzas, sin marina, sin crédito, se quedaban pasmados y extáticos al ver este reino creado, ó por mejor decir, resucitado de nuevo, y en el cual florecian las leyes, la ciencia, la poblacion, el comercio terrestre y marítimo, la disciplina militar, la bandera napolitana navegando en el Canal de la Mancha y en el de Constantinopla... Pórtici con su Museo lleno de curiosas antigüedades, sacadas de Pompeya y Herculano, sirviendo de admiración á todos los extranjeros... el palacio de Cabo del Monte con su soberbia galería y su rara coleccion de medallas, la policía y el buen gusto por todas partes, la capital hermosea y enriquecida con nuevas calles, fortificaciones y paseos amenos, la nacion napolitana, en fin, otra de la que habia sido á principios del siglo... (1).»

No es extraño que Nápoles viera partir con dolor, y que España aguardara con ansia á un príncipe que dejaba allá y traía aquí tan gloriosos recuerdos. Así la ciudad de Barcelona, donde desembarcó (17 de octubre, 1759) le recibió con unánimes aclamaciones, y el marqués de la Mina su virey, conocido ya de Carlos por sus honrosas campañas en Italia, fué el intérprete de los afectuosos sentimientos de los habitantes del Principado. Todo fueron fiestas y agasajos durante los dias de su permanencia en Barcelona, y Carlos correspondió á aquellas demostraciones con un rasgo de generosa política, condonando á los barceloneses los atrasos de la contribucion del catastro hasta fines de 1758, y devolviendo á los catalanes algunos de los privilegios que habian gozado antes de sus últimas rebeliones (2).

Iguales ó parecidos testimonios de cariño y veneracion recibió, é iguales beneficios dispensó en Zaragoza, donde se vió obligado á detenerse mas de un mes á causa del sarampion que atacó á uno de sus hijos, y de otras indisposiciones que padeció la familia real (3). Luego que recobraron la salud, y sin otro acontecimiento desagradable, continuó su marcha la régia comitiva, entre los halagüeños recuerdos de los festejos pasados y la agradable distraccion de los que de nuevo en los pueblos del tránsito recibian, hasta hacer su entrada en Madrid (9 de diciembre, 1759), en medio de una muchedumbre que con aclamaciones de júbilo saludaba á su nuevo soberano, sin que la detuviera para agolparse en su derredor la lluvia que en abundancia á la sazón caía (4). Tierna y afectuosa cuanto puede imaginarse fué la primera entrevista entre la reina madre y su hijo primogénito, imponderable la alegría de aquella al abrazar en una de las salas del palacio del Buen Retiro aquel hijo por cuya prosperidad habia hecho tantos sacrificios, por cuyo engrandecimiento habia agitado tantas veces la Europa, y á quien despues de veintiocho años de ausencia veía volver rodeado de numerosa prole á tomar posesion del trono español despues de haber ocupado sucesivamente otros dos que su solicitud maternal le habia procurado.

(1) Beccatini, Vida de Carlos III, lib. II.

(2) Cartas del rey y de la reina al ministro Tanucci de Nápoles.

(3) «Zaragoza festiva en los fieles aplausos del ingreso y mansion en ella del rey nuestro señor don Carlos III.»

(4) El mas reciente historiador de Carlos III, señor Ferrer del Rio, cuenta algunos pormenores y pequeñas circunstancias de este viaje, tales como la de que el vestido del rey era una casaca de color de plomo, y de paño de no muy buena calidad, el de la reina una bata de lana de color de hábito franciscano; la de unas palabras severas que dirigió al obispo de Lérida que se le presentó á hacerle un regalo de varias alhajas; la de haber pasado la familia real una mala noche en Alcalá, por no haber llegado á tiempo las camas de los infantes á causa del mal estado de los caminos, y otros semejantes, que á nosotros, autores de una Historia general, y no de la especial de un reinado, no nos es dado detenernos á referir.

Aunque las ideas de gobierno de Carlos eran harto conocidas, como monarca de tantos años experimentado en Nápoles, habia no obstante cierta impaciencia por ver qué rumbo daba á su política en España, si la reina madre recobraría su antigua influencia, ó quién la ejercería con el nuevo soberano; y agitaban á los políticos, como en casos tales acontece, temores y esperanzas. No hubo sin embargo esas novedades que deseaban unos y que recelaban otros; al contrario, dió pronto Carlos un testimonio de respeto á la memoria de su hermano, y una prueba de lo poco afecto que era á cambios y mudanzas personales, conservando los últimos ministros de Fernando VI, don Ricardo Wal, el marqués del Campo de Villar y don Julian de Arriaga, á quienes ya conocemos, á excepcion del de Hacienda conde de Valparaíso, á quien reemplazó con el marqués de Esquilache, siciliano, cuya integridad y cuya práctica habia experimentado en Nápoles. Aun en la real servidumbre hizo muy pocas alteraciones. Ayo de sus hijos nombró al duque de Béjar, para dar empleo de caballerizo de la reina y gentil-hombre de su cámara á don José Fernandez de Miranda, á quien engrandeció con el título de Losada, y persona á quien hacia treinta años dispensaba la mayor confianza y familiaridad. El nuevo ministro de Hacienda marqués de Esquilache no era una capacidad, ni un hombre de Estado; pero era incansable en el trabajo, y muy práctico en los negocios ministeriales. Generoso, y hasta pródigo en dar mercedes, pensiones y sueldos para ganar amigos, de faltar á la pureza no habia quien le tachara, ni quien abrigara siquiera sospecha; no así de la marquesa su mujer, de quien era fama que abría fácilmente las manos á dádivas y presentes, ya de pretendientes y ya de agradecidos.

Para reemplazar en el confesonario al P. Bolaños, su antiguo y anciano confesor (empleo que aunque no de tan grande influencia como en los reinados anteriores, no carecia de ella en el de Carlos III), tenia á Fr. Joaquin Eleta, franciscano descalzo ó gilito, que gozaba de cierta reputacion como teólogo y misionero, pero cortísimo en erudicion y falto de crítica, mas austero que docto, y mas desabrido de genio que lo que convenia á hombre de tan delicado ministerio, y que tenia que tratar de cerca en frecuente contacto con monarcas y gentes de corte.

Las primeras y mas notables providencias en lo personal, ya que en lo personal estamos, fueron las siguientes. A instancias de su madre Isabel Farnesio mandó salir en un breve término de España al célebre músico Farinelli, no porque el honrado artista hubiese dado motivos para esta determinacion, sino porque aquella señora no quiso perdonarle el no haberla acompañado al retiro de San Ildefonso (5). En cambio alzó el destierro al marqués de la Ensenada y á Antoñana su secretario, si bien aquel ministro no recobró, como esperaba, el valimiento que habia tenido en el último reinado. Sacó á don Melchor de Macanaz, ya casi nonagenario, del calabozo del castillo de la Coruña, dándole libertad para restituirse al seno de su familia: acto de justicia harto tardío, bien que no por culpa de Carlos III, que lo hizo tan pronto como pudo, pues aquel ilustre y desgraciado magistrado, agobiado de años y de infortunios, no pudo prolongar mas de medio año su azarosa vida, que terminó en Hellín, su patria. Hizo el nuevo monarca atentos obsequios y regalos literarios al P. Feijóo, y el sabio monje le dedicó á su vez el último volumen de sus *Cartas Eruditas*. A petición de Carlos fueron aprobadas por la Congregacion de Ritos algunas obras del venerable Palafox, que

(5) Este insigne músico, de quien tanto hablamos en el libro anterior, y que tan honroso papel desempeñó en los dos últimos reinados, cuando salió de España se retiró á Bolonia, donde construyó una hermosa casa de campo fuera de la puerta llamada de Zaragoza, y en la cual, dedicado al cultivo de su jardín y al ejercicio del arpa, recibía á los muchos extranjeros de distincion que iban á conocerle y visitarle. Allí estimuló al Padre Martini á escribir la *Historia de la Música*, ayudándole con su caudal á reunir la mas selecta coleccion de obras de música que se ha conocido. Generoso en su retiro, como lo habia sido en la corte de España, dispensó con mano liberal inmensos beneficios á los habitantes de aquella comarca, que lloraron su muerte, acaecida en 15 de julio de 1782, á los 78 años de su edad.—Fernán Núñez dice haber comido con él en su casa de campo en 1772.



habian sido puestas en el Indice Expurgatorio, y quemadas por mano de los jesuitas en la corte de España durante la enfermedad de Fernando VI, y el papa Clemente XIII recibió del rey una carta postulatoria interesándole á que activara el expediente de beatificación de aquel ilustre prelado.

Tantas y tan honrosas distinciones dispensadas á las obras y á los hombres que mas se habian señalado por su sabiduría y por sus ideas favorables á la libertad del pensamiento y á los derechos del poder civil, al propio tiempo que las mas perseguidas por la Inquisición, no dejaron de suscitar murmuraciones hácia el nuevo soberano, especialmente de parte de aquellos que bien hallados con las antiguas ideas, y negándose su entendimiento y rechazando su interés la admisión de otras, propendian á censurar como peligroso para la religión todo lo que se encaminara á corregir inveterados abusos ó á disipar añejos errores. Y así no dejaron de difundir especies y sembrar misteriosos pronósticos sobre daños que habian de causar á la fe religiosa un monarca y unos ministros que así empezaban favoreciendo aquellos hombres y aquellos libros.

Las providencias que tomó en materia de administracion, como evidentemente encaminadas al alivio de los pueblos, no pudieron dejar de ser bien recibidas. Tal fué la de relevar á los colonos de Andalucía, Murcia y Castilla del pago de las cantidades en grano y en dinero que el Tesoro les habia anticipado en los últimos años de esterilidad y de malas cosechas: y sobre todo la de perdonar á las veintiuna provincias de Castilla lo que debian por atrasos de alcabalas, cientos, millones, servicio ordinario y extraordinario, hasta fin de 1758, al modo que ya en Cataluña y Aragon lo habia hecho respecto á lo que adeudaban por el catastro (1). Concedió permiso para la introduccion de grandes cantidades de granos á fin de fomentar la agricultura, tan decaída en aquellas provincias por falta de sembrados, y facultó á los propietarios de casas de Madrid para que pudiesen redimir la carga de aposento, «regulando, sobre el importe de cada una, el capital á razon de cuatro por ciento (2).» Adoptó medidas para pagar las deudas de los reinados anteriores, y especialmente las contraídas en el de su padre, destinando á estas últimas diez millones anuales hasta su total extincion, y cincuenta de una vez para que fueran inmediatamente repartidos á los interesados en la corte y en las provincias (3).

Noticioso de que habia algun descuido en la observancia del artículo 8.º del Concordato de 1737, por el cual se declaraban los bienes adquiridos por el estado eclesiástico desde aquella fecha sujetos á las mismas cargas y gabelas que los de los legos, de cuya inobservancia se seguian gravámenes y perjuicios al comun de sus vasallos, expidió una real cédula para que se diese puntual y cumplida ejecucion á lo prescrito en el

citado artículo, acompañando una instruccion sobre la forma en que se habian de justificar las adquisiciones en manos muertas, cómo se habian de cargar los bienes, cómo habia de hacerse la cobranza, despacharse los apremios, etc. (4). Y como supiese tambien los abusos que se cometian en la inversion de los fondos de propios, y de los arbitrios que se imponian sobre los abastos, creó una contaduría general de Propios y Arbitrios, que puso bajo la direccion del Consejo de Castilla (5). De esta manera procuraba Carlos III, que desde el principio apareciera su reinado como beneficioso á los pueblos que habia venido á regir.

Amante del decoro en las costumbres públicas, y pronto á corregir lo que daba ocasion á la inmoralidad, á las pocas semanas de su llegada á Madrid mandó reproducir las disposiciones de su hermano relativamente á los teatros ó corrales, encaminadas á aquel objeto. «Manda la Sala (decia el bando que se publicó de orden del rey), que en los palcos ó balcones, alojeros y tertulias, no entre ni esté persona alguna que no lleve su traje propio, sombrero armado de tres picos, peluquin ó pelo propio, redingott ó capingott; pero de ningun modo con capa, gorro ni embozo, sin que para el cumplimiento de esta providencia se detengan los señores alcaldes y ministros en la mayor ó menor clase de los sujetos, ni en sus fueros de guerra, casas reales, ú otros de esta naturaleza, por mas privilegiados que sean.... Que en los citados balcones y alojeros no se permita poner celosías, ni que estén mujeres cubiertos los rostros con los mantos, etc. (6).»

Y como el abuso de los tapados y tapadas se hubiera hecho extensivo hasta á los paseos mas públicos y concurridos, en el propio dia hizo fijar otro bando que decia: «Manda el Rey nuestro señor, que para desterrar enteramente los perjuicios que se advierten de los embozos en los paseos públicos de esta corte y sus inmediaciones, donde por honrarles con su tránsito ó asistencia las personas reales se hace mas digno de reparo semejante abuso, y que este se ha extendido no solo á ir algunos de capa y gorro en sus propios coches, siendo traje impropio al carácter de sus personas y todo indecente para sitios de tan autorizado concurso, sino que se han propasado otros á ir embozados dentro de los mismos coches, dando en rostro á cuantos son testigos de este exceso, y otros van á pié, arrimándose de embozo á hablar con las personas que van en los coches, aun sin tener conocimiento con ellas, ó parándose á ver el paseo en este traje: Y para evitarle en lo sucesivo, ninguna persona, de cualquier estado, calidad, fuero ó distincion que sea, baje, ni esté en dichos paseos, á pié, á caballo ni en coche, en otro traje que el propio de su persona, carácter y empleo, segun como le usa y se debe usar en una corte de tanta moderacion, autoridad y policía; ó si fuese de capa, ha de llevar sombrero de tres picos, y peluquin, ó pelo propio, sin gorro, cofia, montera, sombrero chambergo, ni embozo alguno... etc.» Las penas que imponia á los contraventores eran fuertes; baste decir que era por primera vez la de cuatro años de presidio y cien ducados á los nobles, y cuatro años en los arsenales y cien ducados á los plebeyos, y que se duplicaban y triplicaban á los reincidentes.

Como aun no hubiera hecho su entrada pública en la corte, dispúsola para el 13 de julio (1760), dia grande y de júbilo para Madrid. La ceremonia se hizo con la mas suntuosa y lucida solemnidad. Brillante comitiva acompañó á los reyes, así desde el palacio del Buen Retiro al templo de Santa María, donde primero se dirigieron, como por todas las calles principales que despues pasaron por entre arcos de triunfo y otros ornamentos, á competencia preparados por todos los gremios, clases y corporaciones de la corte, que todos expresaban tambien con alegres vivas su amor al nuevo soberano. Hubo vistosas iluminaciones y fuegos de artificio: las dos compañías cómicas representaron en palacio *El triunfo mayor de Alcides*, y al dia siguiente, en la gran corrida de toros que se celebró, salieron á lidiar varios caballeros en plaza de la primera nobleza, llevando cada uno de ellos detrás multitud

(1) Real cédula de 13 de febrero de 1760.

(2) Edicto de 12 de agosto de 1760.

(3) Digna de elogio fué ciertamente esta medida. Pero no es exacto lo que dice el señor Ferrer del Río (Hist. de Carlos III, tomo I, pág. 262), y han dicho antes que él otros autores, á saber, que Fernando VI nada habia hecho para extinguir aquellas deudas. De no ser esto exacto certifica la siguiente real cédula de Fernando VI dada en San Lorenzo á 26 de octubre de 1756. «No satisfecho, dice, mi deseo del bien de mis vasallos con lo que desde mi ingreso á la corona se ha atendido al desempeño y pago de las deudas y créditos contra la Real Hacienda anteriores á mi reinado, sin embargo de lo que han podido impedir su práctica la difícil exaccion de las contribuciones de los pueblos en el mismo tiempo, las frecuentes remisiones y bajas concedidas á muchos, y el indispensable dispendio de crecidos caudales para soportar la indigencia cuasi general del reino por la precedente esterilidad y plagas experimentadas desde entonces: Y queriendo darles mayores pruebas de lo que me ocupa el cuidado y solicitud de su beneficio, por cuantos medios y arbitrios se presenten útiles: *He resuelto* que por la tesorería general se separen y pongan en el actual pagador de juros *doscientos y sesenta mil escudos de vellon en cada un año... para que se conviertan en socorro y pago de las deudas y créditos causados hasta el fallecimiento del rey mi señor y padre*, prefiriendo los mas piosos y recomendables, y tambien los pertenecientes al siglo presente, en que los empeños se hicieron mas forzosos por razon de la guerra y otras graves urgencias: Que para que la distribucion sea equitativa... etc. etc.» Prosigue estableciendo las reglas á que han de atenerse para la justa distribucion.—Tomó además con este mismo objeto otras disposiciones que dejamos citadas en el cap. 6.º, lib. III, part. III de nuestra Historia.

(4) Real cédula de 29 de junio de 1760.

(5) Cédula de 19 de agosto.

(6) Bando de 19 de enero de 1760.



de lacayos lujosamente vestidos con libreas de varios colores: numerosas comparsas, danzas de espadas y broqueles, y otros espectáculos y divertimientos, pusieron fin en los siguientes días á aquellos agasajos, que los poetas procuraron amenizar con loas y composiciones, en que por cierto se revela el mal gusto de aquel tiempo.

Para aquellos mismos días estaban convocadas las cortes generales del reino, con objeto de hacer la jura solemne, así del monarca como del príncipe de Asturias, Carlos Antonio. Tenemos á la vista el diario *manuscrito* de estas cortes, que aunque llamadas para aquel sencillo objeto, ofrecieron en su reunion particularidades muy dignas de ser notadas. Concurrieron á ellas los procuradores de treinta y seis ciudades y villas, incorporados ya los de Aragon, Cataluña y Valencia con los de Castilla, como diputados de un mismo y solo reino. En la sesion preparatoria, que celebraron en la casa del gobernador del Consejo, se hicieron multitud de reclamaciones y protestas sobre preferencia de lugar, comenzando los de Burgos por reclamar la que correspondia á su ciudad y á otras de Castilla que eran cabezas de reino, sobre la que se pretendia dar á las de Zaragoza, Valencia y Palma. Apoyaron esta pretension los castellanos: replicaron y sostuvieron su derecho los de Zaragoza: pidieron á su vez los de Cataluña el lugar preferente, que decian corresponderles sobre los de Valencia, y así se fueron multiplicando las protestas, á todas las cuales respondia la Junta que se ejecutase lo dispuesto por S. M., pero que se librase testimonio á cada uno de los reclamantes para que no les parase perjuicio en su derecho. Despues de esto se propuso que, respecto á hallarse el reino junto en cortes, cesasen la diputacion y comisarios llamados de millones, y se sorteasen otros nuevos entre los procuradores presentes. Acordóse así, y se ejecutó de la siguiente manera. En dos cajas grandes cuadradas de plata se insaculaban, en la una trece cédulas, correspondientes á otras tantas ciudades de Castilla cabezas de provincia; en la otra once con los nombres de las once ciudades de Aragon, Valencia y Cataluña que no son cabezas de reino. La primera cédula habia de sacarse de la caja de Castilla, en señal de la preferencia que este reino habia de tener siempre en todos los actos de cortes sobre los demás, en conformidad á lo resuelto por el rey. Despues las restantes de Castilla se unirían á las de los otros reinos en una misma caja, y bien revueltas se sacarían indistintamente y á la suerte una á una, como así se verificó (1).

Examinados despues, y aprobados los poderes, y reunidos otra vez el 15 (julio, 1760) todos los asistentes en casa del presidente del Consejo, anunciáseles que el 17 oirían de boca de S. M. la proposicion para que el reino recibiese por su única y especial patrona á la Purísima Concepcion, ya por la especial devocion que el rey tenia á este santo misterio, ya porque las cortes de 1621 habian hecho voto y juramento de profesar y defender la doctrina de la Inmaculada Concepcion de María. Y en efecto, congregados los procuradores la mañana del 17 en el palacio del Buen Retiro, S. M. sentado en el solio les leyó la proposicion, y las cortes del reino acordaron por unanimidad de votos suplicar al rey se dignase tomar por singular patrona y abogada de estos reinos y los de Indias, y demás á ellos anexos é incorporados, á la Virgen Santísima bajo el misterio de su Inmaculada Concepcion, «sin perjuicio del patronato que en ellos tiene el apóstol Santiago, al que no puede ofenderse.» Y que se dignara solicitar bula de S. S. en aprobacion y confirmacion de este, con el rezo y culto correspondiente, cuyo acuerdo habia de confirmarse, y darse de ello testimonio el 19, dia señalado para la jura. En aquel mismo dia se hizo por los procuradores la siguiente proposicion que nos da una cabal idea de lo que eran las cortes en aquella época: «Señor, le dijeron, el reino está pronto á hacer no solo el juramento y pleito-homenaje de fidelidad á V. M. y al prin-

cipe nuestro señor, sino que está pronto igualmente á obedecer cuanto V. M. le proponga para acreditar el amor y fidelidad con que desea el mayor obsequio de V. M.» A lo que el rey fué servido responder: «Así lo creo de tan buenos y fieles vasallos.»

Realizóse el dia siguiente (19 de julio, 1760) con toda pompa y solemnidad en la iglesia del monasterio de San Jerónimo al acto anunciado de la jura; S. M. fué el primero que juró con la mano puesta sobre el libro de los Santos Evangelios guardar y hacer guardar y respetar la integridad del territorio, y las leyes y costumbres del reino; siguió despues el juramento de fidelidad que prestaron los príncipes y princesas, prelados, grandes títulos de Castilla y procuradores de las ciudades (en el orden que aquí los ponemos), á Carlos III como rey de España, y á Carlos Antonio su hijo como príncipe de Asturias y heredero del trono. Disolvieronse estas cortes al tercer dia siguiente (22 de julio), y el 23 hubo besamanos general en el real palacio (2). En celebridad de este suceso se otorgaron muchas mercedes, se hicieron muchas promociones en el ejército y en la armada, y se dió un indulto general á los presos en todas las cárceles del reino.

Casi resonaban todavia los plácemes que estas solemnes fiestas habian arrancado al pueblo español, y aun duraba el gozo de la familia real, cuando un suceso infausto vino á turbar aquella alegría del pueblo y á llenar de amargura el corazón del monarca. La reina Maria Amalia de Sajonia, que por mas de veinte años estaba haciendo su felicidad conyugal, y que desde antes de su venida á España sufría quebrantos en su salud (3), adoleció gravemente á los dos meses de las juras reales, y de tal manera y con tal violencia se apoderó de ella la fiebre, que ni los recursos de la ciencia ni los mas exquisitos desvelos de los que de cerca la asistian, alcanzaron á salvar su preciosa vida, pasando á los pocos dias á la vida inmortal (27 de setiembre, 1760) en la florida edad de treinta y seis años, dejando á su esposo y á sus hijos sumidos en el dolor mas profundo. *Este es el primer disgusto que me ha dado en veintidos años de matrimonio*, dicen que exclamó Carlos III, al modo de Luis XIV cuando perdió á Maria Teresa de Austria. Y aunque la edad del rey no excedia tampoco de cuarenta y tres años, hizo desde luego propósito y resolucion de no contraer otro enlace, dando así un testimonio del eterno amor que se proponia conservar á la virtuosa y amable esposa que acababa de perder.

En efecto, «reina amable, amabilísima reina, y de un corazón extremadamente justo y bueno,» la llama un historiador italiano: «admirable madre de familia, prosigue, cuidadosa siempre, y siempre atenta á la educacion de sus hijos, viviendo como una simple particular (4).» «La crianza de sus hijos, dice un ilustre escritor español, dificultosamente podrá hallar semejanza, no digo entre soberanas, pero ni entre matronas particulares. Tenialos siempre junto á sí, dábales muy santas instrucciones, y si parecia conveniente, los castigaba con sus reales manos, dando en esto un importante ejemplo á las madres.....» «Tenia, dice tambien, para su retiro un pequeño gabinete á modo de celda, adornado con un Cristo y una calavera, en que á modo de religiosa se ejercitaba en las consideraciones y ejercicios cuyos frutos le servirán ahora de delicia (5).» Y algun defecto y algun arranque de genialidad de que otro escritor contemporáneo nos ha conservado noticia y

(2) Sentimos no poder informar á nuestros lectores de multitud de circunstancias y curiosos pormenores de estas cortes que se leen en el proceso que tenemos á la vista, minuciosamente relatados con todas las escrituras y documentos, todas las fórmulas del ceremonial, los nombres y colocacion de cada uno de los jurantes, etc., etc.; pero la pieza es voluminosa, y la naturaleza de nuestra obra no permite insertarla íntegra, ni á nuestro objeto cumple otra cosa que la sucinta noticia que de ella damos.

(3) Al decir de algunos no la gozó completa desde que en Nápoles dió una fuerte caída del caballo; al decir de otros la habian afectado sobremanera las desgracias de su familia, que despues de tantos estragos y horrores causados por austriacos y prusianos, aun no habia podido tomar posesion del electorado de Sajonia. Ambas causas pudieron contribuir á alterar y quebrantar su salud.

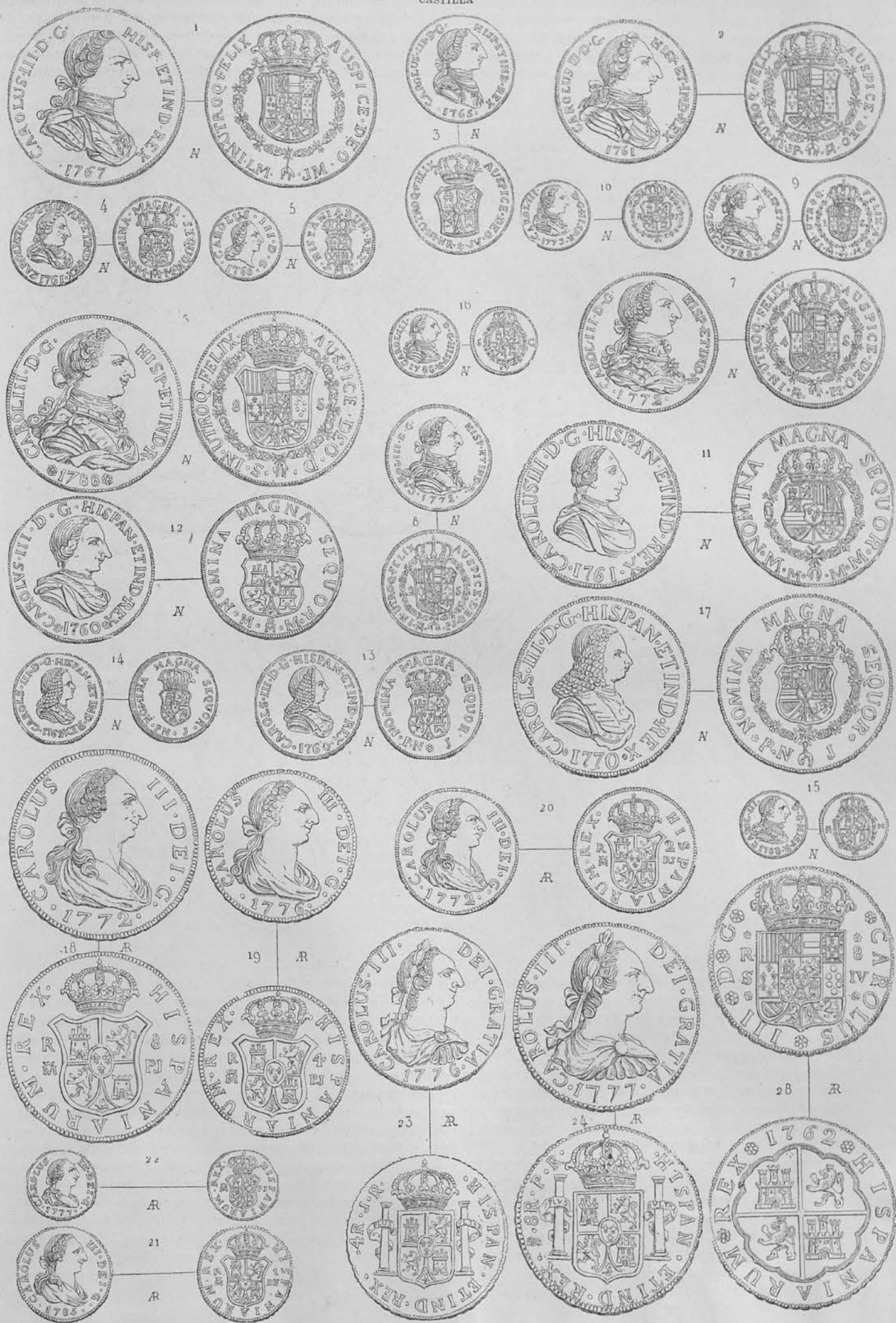
(4) Beccatini, Vida de Carlos III, lib. III.

(5) Florez, Reinas Católicas.

(1) En este sorteo tocó la preferencia del primer género á la ciudad de Palencia: en el que se hizo despues, juntas ya todas las cédulas, salieron por el orden siguiente: Salamanca: Toro: Tarragona: Avila: Calatayud: Gaca: Madrid: Fraga: Cuenca: Zamora: Girona: Valladolid: Segovia: Guadalajara: Peñíscola: Cervera: Extremadura: Galicia: (estas dos provincias no tenían ciudad determinada que las representara): Tarazona: Soria: Tortosa: Borja: Lérida —Diario de las cortes de 1760.



CASTILLA



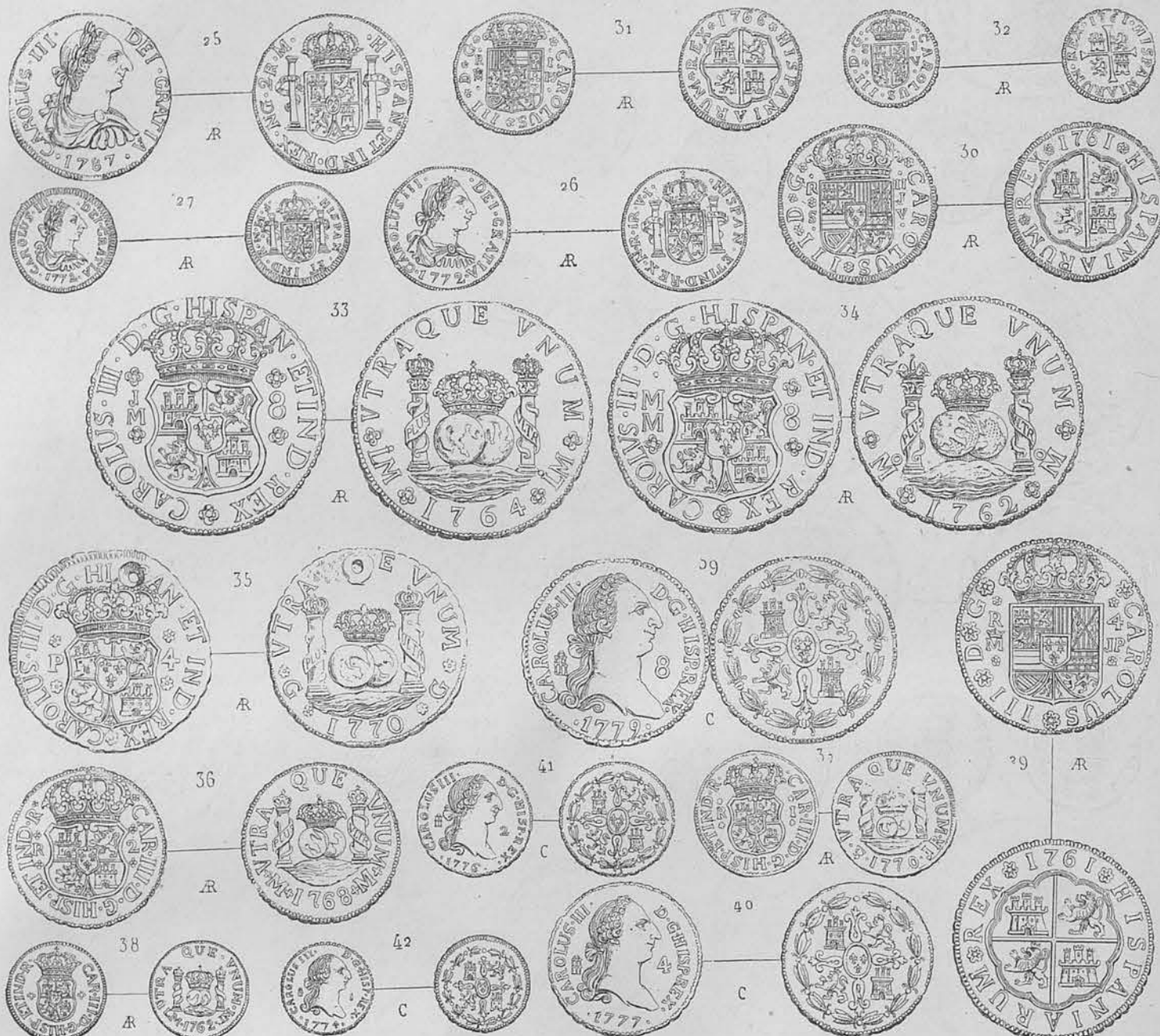
CÁRLOS III



de que cita algunas anécdotas (1), no eran tales que afectasen en nada al fondo de su amabilidad y de sus virtudes. Ciertamente que aquella augusta señora demostraba agradecerle poco las cosas y las costumbres de España, el aspecto de las poblaciones, las intrigas cortesanas, el trato de las damas de la prime-

ra nobleza, y otras cosas de que solía mostrarse poco satisfecha. Pero en cambio miraba con verdadero interés la suerte del reino, y dotada de talento claro, daba al rey consejos saludables para que le mantuviera en tranquilidad y para que no rompiera aquella provechosa neutralidad en que tan pru-

## CASTILLA



## CÁRLOS III

dentemente había sabido conservar su hermano. Falta hicieron después á Carlos, como luego habremos de ver, las oportunas amonestaciones de la reina Amalia; desgracia fué para él y para España que le faltara su buen consejo.

Aquí terminaríamos este capítulo. Mas como en los siguientes haya de ocuparnos uno de los actos de la política exterior de este monarca que tuvieron mas largas y mas graves consecuencias en su reinado, cúmplenos antes dar á conocer, por las medidas de gobierno interior que siguió tomando en estos primeros tiempos, el espíritu de que venia animado.

En consonancia con el que dictó las primeras providencias que hemos mencionado, y atendiendo con minuciosa solicitud á corregir todo lo que notara de contrario á la modestia, á las buenas costumbres, al decoro y al ornato público, la muerte misma de su esposa le dió ocasion para poner coto al abuso que se observaba en los lutos por las personas reales, mandando que los vestidos de los hombres fuesen de paño ó bayeta, con capas largas los que las usaran, y los de las mujeres

de bayeta en invierno y de lanilla en verano, prohibiendo que se diesen lutos á los cocheros y sirvientes por muerte de personas reales, «pues bastantemente, decia, se manifiesta el dolor y tristeza de tan universal pérdida con los lutos de los dueños; y así se cumplirá y observará con la puntualidad que corresponde, sin permitirse exceso alguno (2).»

No contento con lo que habia prescrito relativamente á los embozados, en teatros, calles y paseos, para evitar insultos, pendeencias y otros excesos, expidió una pragmática, revalidando todas las anteriormente dictadas sobre la materia, y prohibiendo con el mayor rigor y bajo graves penas el uso de las armas cortas de fuego, como pistolas, trabucos y carabinas, que no llegaran á la marca de cuatro palmos de cañon, y el de armas blancas, como puñales, guiferos, almaradas, navajas de muelle con golpe ó virola, daga sola, cuchillo de punta, chico ó grande, etc., bajo pena de seis años de presidio á los nobles, y seis de trabajo en las minas á los plebeyos: permitiendo solo á los hijosdalgo, así de Castilla como de la corona

(1) Fernán Nuñez, Compendio, part. II.

(2) Bando de 8 de octubre, 1760.



de Aragon, el uso de pistolas de arzon cuando fuesen á caballo, y mandando que ningun cochera, lacayo ni criado de librea pudiera llevar ceñida espada, sable, ni otra arma blanca, sin mas excepcion que los de la casa real (1). Providencia oportunísima, porque nada mas ocasionado á riñas, desafíos, heridas y asesinatos que aquella excesiva libertad, por el des-gobierno de anteriores reinados introducida, de andar los hombres armados como si fuese la guerra el estado social, favoreciendo grandemente la perpetracion de crímenes la depravada costumbre de los embozos, cuyo conjunto ofrecia el aspecto de una sociedad de gente aviesa y de mal vivir, aunque así no fuese.

El que siendo rey de las Dos Sicilias habia trasformado completamente la ciudad de Nápoles, embelleciéndola con mil obras de utilidad y de ornato, y convirtiéndola en una



poblacion magnífica, mansion digna de un rey, y capital digna de un gran pueblo, no podia sufrir el desaseado aspecto que la corte de su nuevo reino y de su país natal entonces ofrecia. A irle mejorando enderezó diferentes disposiciones, cuya indole misma nos revela el lamentable atraso en que el ramo de policia urbana se encontraba, no obstante algunas tentativas que recientemente en el reinado de su hermano se habian hecho en este sentido. Tuvo que comenzar Carlos III por mandar empedrar, limpiar y alumbrar las calles de Madrid, que de todo esto carecia la corte de España, é hizo con arreglo á los planos é instrucciones presentados por el célebre ingeniero siciliano Sabattini, á quien sus obras en Nápoles habian dado ya gran reputacion, y que en España fué sucesivamente oficial, coronel, brigadier, mariscal de campo é inspector general del real cuerpo de ingenieros; académico de mérito de la de San Lucas de Roma, individuo de la de los Arcades, y finalmente, uno de los profesores mas condecorados que se han conocido en Europa.

La instruccion de 14 de mayo (1761), dada en Aranjuez, prescribia á los dueños de las casas la obligacion de embaldosar los frentes y costados de ellas con baldosas de piedra berroqueña de tres piés en cuadro, sin exceptuar las comunidades religiosas, parroquias, iglesias y ermitas, que habian de costearlo de sus rentas, y sin eximir á las órdenes mendicantes, que lo habian de ejecutar con el producto de las limosnas que recogieran, ni mas ni menos que las obras de sus iglesias y conventos. Obligóse tambien á unos y á otros á poner en los aleros de los tejados de sus casas ó edificios canalones de hoja de lata con sus desagües correspondientes á lo ancho de cada calle; á hacer conductos, atarjeas, pozos y sumideros, así para las aguas limpias como para las inmundas, con arreglo á un diseño; y se tomaban otras disposiciones conducentes á la limpieza y aseo de las calles, plazas y mercados. El empedrado de las calles, no comprendida la parte contigua á las casas, se habia de hacer á costa del público, con baldosas de un pié en cuadro rayadas, rematando en punta por la parte inferior, en la forma que estaban las del patio, pórtico y entrada del real palacio, «para la comodidad, decia, de los coches y gentes de á pié.» Pero entre las diferentes prescripciones de esta ordenanza, hay una, que es la 13.ª, la cual nos descubre á dónde llegaba el desaseo de la corte de España en aquel tiempo, puesto que en ella se ordena que desde el principio del año entrante no se permita andar cerdos por las calles de Madrid, «sin embargo de cualquier privilegio que pretendan

tener los religiosos de San Antonio Abad, á los cuales se recompensará con que de cuenta del caudal de Causa pública se satisfará el gasto que ocasione la guarda que sea necesaria para sacarlos al campo (2).» A estas medidas siguió á poco tiempo la del alumbrado nocturno, mandando que todas las calles de la capital estuviesen alumbradas con faroles, desde el anochecer hasta las doce de la noche, en los meses desde 1.º de octubre hasta fin de marzo de cada año, «para obviar, decia, los escándalos, robos y otros insultos que facilita la oscuridad de la noche.» Y de esta obligacion que imponia á los vecinos, no eximia tampoco á las comunidades religiosas, ni á las iglesias y conventos (3).

Merece notarse la manera cómo supo utilizar, haciéndola servir para la conservacion de la tranquilidad pública y para la seguridad de los ciudadanos, una institucion que halló establecida por su padre, pero cuya organizacion encontró ya viciada. Hablamos de la institucion del cuerpo de Inválidos creada por Felipe V. Carlos III dió una nueva organizacion á estos veteranos inutilizados en el servicio de las armas. Dividió primeramente los cuatro cuerpos de los llamados *hábiles* que existian en Castilla, Galicia, Extremadura y Andalucía, en treinta compañías sueltas, repartidas en Madrid, Castilla, Galicia, Andalucía y Guipúzcoa, y haciendo de los *inhábiles* dos cuerpos de 800 á 1,000 hombres cada uno, los destinó á Sevilla y San Felipe. El de inválidos hábiles de Madrid, compuesto de mas de 1,500 plazas, estaba encargado de velar por la tranquilidad de la poblacion: de cada compañía se distribuian cada noche en ciertos puestos veinte ó treinta soldados de los mas ágiles, nombrados *salvaguardias*, que estaban de vigilantes hasta cierta hora de la noche, pasada la cual recorrian las calles de su respectivo distrito repartidos en patrullas, que se relevaban cada dos horas. A estos veteranos, perfectamente regimentados, les estaba encomendada la inspeccion de las casas públicas y de hospedaje, la entrada y salida diaria de los forasteros, el cuidado de espiar la gente ociosa, vagabunda ó sospechosa de mal vivir.

No contento con esto el celoso monarca, creó un cuerpo de *Milicia urbana* de 450 plazas, agregado al de Inválidos y sacado de los menestrales y artesanos honrados, admitiendo tambien en clase de *voluntarios distinguidos* á los hombres acomodados y de honrada vida que por amor al bien comun y á la quietud pública quisieran alistarse en esta milicia sin recibir prest ni vestuario. El objeto y ocupacion de los milicianos urbanos era patrullar de noche, mezclados con los inválidos, quedándose el dia libre para dedicarse á sus industrias y oficios. Encargábase patrullar en las primeras horas de la noche á aquellos artesanos que no tenian vela, como barberos, albañiles y otros de esta especie, y desde las diez en invierno y las once en verano eran relevados por los de los gremios, como eran sastres, zapateros, carpinteros y otros que tenian velada. Un reglamento bien combinado les prescribia sus obligaciones, y la manera cómo habian de entenderse con el comandante militar y con la sala de alcaldes en todo lo relativo á la persecucion y aprehension de malhechores, así como para el mantenimiento del orden en los espectáculos públicos (4).

De esta manera continuaremos viendo en los años siguientes á Carlos III dictando saludables medidas de gobierno, de orden, de cultura y de ornato público; pero nos limitamos en este capítulo á apuntar algunas de las mas principales que providenció en los dos primeros años de su reinado, suspendiendo aquí esta materia para dar lugar á la relacion de acontecimientos exteriores de gravedad suma en que por este tiempo se hallaba ya empeñado.

(2) La Instruccion está rubricada por el obispo de Cartagena, gobernador del Consejo, «Aprobada por S. M. y refrendada por el marqués de Esquilache.»

(3) Bando de 2 de octubre de 1761.

(4) Reglamento de 28 de mayo de 1761, dado en Aranjuez, y refrendado por don Ricardo Wal.

(1) Pragmática de 26 de abril, 1761.





## CAPITULO II

## El Pacto de familia.—Guerra con la Gran Bretaña

DE 1760 Á 1763

Estado de la guerra general.—Situación de cada potencia.—Congreso de Augsburgo.—Cuestión de Francia é Inglaterra.—Cómo empezó á mezclarse en ella el monarca español.—Antecedentes y causas de la política de Carlos III.—Los ministros Choiseul y Grimaldi.—El Pacto de familia.—Artículos y cláusulas del tratado.—Quejas y reclamaciones de Inglaterra.—Contestaciones entre Pitt, Bristol y Wal.—Retirada del embajador inglés.—Declárase la guerra.—Intentan Francia y España comprometer en su causa á Portugal.—Respuesta del monarca lusitano.—Invaden tropas españolas aquel reino.—Manifiesto de Carlos III de España.—Conquistas de los españoles.—Toman á Almeida.—Deja el mando del ejército el marqués de Sarriá, y le toma el conde de Aranda.—Retírase á cuarteles de invierno.—Lucha entre Inglaterra y las naciones borbónicas en América.—Ataque de los ingleses á la Habana.—Célebre sitio.—El almirante Pocock: el capitán general Prado: el comandante Velasco.—Medios de defensa.—Se apoderan los ingleses de la Cabaña.—El castillo del Morro.—Resistencia heroica de Velasco.—Estallido de una mina.—Asalto del fuerte.—Muerte gloriosa de Velasco.—Ondea el pendentón británico en el Morro.—Ataque á la plaza.—Intimación y capitulación.—Los ingleses dueños de la Habana.—Apodéranse también de Manila.—Toman los españoles la colonia del Sacramento.—Tratos de paz.—Deseos de Francia y España.—Disposición del ministro inglés Butte.—Preliminares.—Tratado de paz de París.—Condiciones á que se sujetó cada una de las potencias.

La guerra ardía por tierra y por mar, en Europa y en América, de una á otra extremidad del globo, con gran quebranto de las potencias en ella empeñadas, que eran muchas, pero siendo ingleses y franceses los que más desesperadamente se combatían en uno y otro hemisferio. Inglaterra, aunque agobiada con el peso de una deuda pública enorme, al fin había alcanzado triunfos y ganado territorios y dominios, especialmente en la India y en el Canadá, de donde había ido arrojando á los franceses; mientras que Francia había ido perdiendo sus colonias, veía arruinada su marina, agotado su tesoro y el pueblo aniquilado y sin fuerzas ya para soportar tantos descalabros y tantos sacrificios. Inglaterra y Prusia, aprovechando la posición ventajosa en que la fortuna las había colocado en 1759, brindaron con la paz á las potencias beligerantes: Francia y Austria la rechazaron, por lo mismo que las condiciones les habían de ser muy desventajosas en tanto que la suerte de las armas no mejorara su situación, y volvieron á pelear encarnizadamente, sin que la muerte repentina de Jorge II de Inglaterra (25 de octubre de 1760) y la elevación al trono de su nieto Jorge III dieran descanso á aquella gran lucha.

A principios de 1761, antes de abrirse la campaña, los gabinetes de Versalles y de Viena, que antes habían rechazado la proposición de la Gran Bretaña, juntamente con los de San Petersburgo, Stockholm y Varsovia convinieron en aceptar juntos y separados la negociación de la paz. Las declaraciones, firmadas en París (25 de marzo, 1761), fueron enviadas á Londres. Inglaterra y Prusia dieron su contra-declaración, y se acordó la reunión de un congreso de plenipotenciarios en Augsburgo. Convínose en él en que la cuestión de América se trataría separadamente entre Francia é Inglaterra, como querella exclusivamente suya: error grande de la Francia, consentir en separar su causa de la causa general, y error de que vinieron, como vamos á ver, grandes y largos males á España. Inglaterra, victoriosa en América, con un hombre del espíritu, de la elocuencia y de la fecundidad de Pitt á la cabeza del ministerio, y con un pueblo resuelto á no restituir una sola pulgada de sus conquistas, había de querer dar la ley á Francia, arrojada del Nuevo Mundo, agotadas sus fuerzas interiores, y con un primer ministro tan disipado y altanero como Choiseul. Así fué que después de haber consentido en la cesión del Canadá, del Senegal y de la Gorea, tuvo el gabinete de Versalles que sufrir la humillación de ver sus ofrecimientos rechazados desdeñosamente por la Gran Bretaña (mayo, 1761).

En tal situación nada hubiera podido ser más conveniente á la nación española que mantenerse en la neutralidad en que

discretamente había sabido conservarla Fernando VI, extraña á las contiendas entre aquellas dos naciones. Pero desgraciadamente Carlos III no creyó deber seguir aquella política y aquellos principios. Carlos no había olvidado nunca y tenía grabado constantemente en su pecho el ultraje que le hicieron los ingleses cuando le obligaron, siendo rey de Nápoles, de una manera irritante á jurar aquella neutralidad forzada en la guerra con su hermano (1). Háblale mortificado siempre ver aquella nación ejerciendo el comercio de contrabando en las Indias occidentales, apoderarse de territorios de España en la costa de Honduras, no permitir á los españoles pescar en el banco de Terranova, y poseer una de las plazas más fuertes en nuestra propia península. Carlos era por lo menos tan afecto, cuando no lo fuese más que su padre, á los Borbones de Francia. Veía además la marina francesa destruida, la inglesa enseñoreando los establecimientos franceses en las dos Indias, y temía que corrieran igual suerte las colonias españolas, objeto de la codicia británica. De estas disposiciones del monarca español procuró aprovecharse el gabinete francés con auxilio de sus agentes, y principalmente del embajador marqués de Ossun, para comprometerle en su causa, no dejando de pintar á los ingleses como enemigos capitales de todas las naciones que tuvieran posesiones marítimas, como tiranos del mar.

Mientras vivió la reina Amalia, aquellas tendencias y estas sugerencias estuvieron contenidas y como embotadas por la influencia y el sano consejo de aquella prudente y discreta señora: y las gestiones del embajador español en Londres, conde de Fuentes, sobre usurpaciones y agravios de los ingleses, y las respuestas, aunque dilatorias, del ministro Pitt, más camino llevaban de avenencia que de rompimiento. Pero con la muerte de aquella reina faltó quien le fuera á la mano á Carlos en su enojo con Inglaterra, quien neutralizara los esfuerzos del ministro francés Choiseul y del embajador Ossun para empujarle á marchar por el camino á que le impulsaba ya la pendiente de sus inclinaciones. Algo, aunque débilmente, procuraban todavía contenerle el marqués de Tanucci, su antiguo ministro de Nápoles, y Masón de Lima, su embajador en París, ambos partidarios de la neutralidad: mas este débil influjo se eclipsaba ante la gestión inmediata y constante del ministro francés, que á toda hora le representaba las desdichas de su nación, los peligros que corría España de experimentarlas iguales, y la gloria que ganaría la familia de Borbon en unirse para conjurarlos. Así fué que Carlos removió á su embajador en París, reemplazándole con el marqués de Grimaldi, ilustre genovés al servicio de España, y ministro español en la Haya en aquel tiempo. El nuevo embajador Grimaldi comenzó pronto á obrar en el sentido que más podía agradar á su soberano, y con una actividad que á Carlos lisonjeó mucho, ponderando que había hecho más en tres días que su antecesor en todo el tiempo (2).

Mucho fué en efecto proponer la unión marítima de ambas coronas para asegurarse mutuamente sus posesiones de América y la India, y apuntar la idea de que convendría también unirse para ventilar á un mismo tiempo sus respectivas reclamaciones con la Gran Bretaña, de modo que no se hiciera ajuste sin comprender las unas y las otras: idea que acogió Choiseul con avidez, como que equivalía á ligar la suerte de ambas naciones, que era precisamente su propósito. Y sobre aquella prenda fundó la minuta del tratado que envió á España, encaminado á hacer permanentes é indisolubles las obligaciones de parentesco y amistad de los dos soberanos, español y francés, sentando como base fundamental que ambos mirarian como enemigo común al que lo fuese del uno ó del otro; y que ninguna de las dos potencias podría tratar, ni menos concluir paces, ni aun escuchar proposiciones de acomodamiento sin consentimiento de ambas (3). Por más que este proyecto adoleciera de la patente injusticia de envolver en compromisos iguales á dos naciones que se encontraban en

(1) Recuérdese lo que sobre este suceso referimos en el cap. 21 del libro VI.

(2) Carta de Carlos III á Tanucci, de 24 de febrero, 1761.

(3) Despacho de 2 de junio, 1761.



situación tan diferente, siendo tan desahogada y ventajosa la de España como era la de Francia apurada y triste, y por más que el mismo Grimaldi después de su descuido hiciera sobre ello reflexiones oportunas, obsecóse Carlos hasta aceptar el proyecto con ligeras modificaciones, inclusa la cláusula de hacer extensiva al continente europeo la mutua defensa y seguridad de las posesiones ultramarinas, pues de poco servía que se exceptuaran los compromisos de Francia en sus guerras con los Estados de Alemania y del Norte, si se añadía: «salvo el caso en que fueran invadidas las fronteras francesas, ó se declarara en contra suya alguna potencia marítima,» casos ambos verosímiles y casi seguros.

Tratóse pues un convenio secreto entre don Ricardo Wal y el conde de Choiseul, que vino á ser como el precursor del Pacto definitivo de familia (1), y de ambos supo aprovecharse mañosamente Choiseul, antes que se formalizaran, para mezclar ya á España, aun á pesar del rey Carlos y del mismo Grimaldi, y presentar ligados los intereses y reclamaciones de ambas potencias en la negociación de paz que Francia tenía pendiente con la corte de Londres. Tres eran las peticiones que hacía á favor de España, á saber: la devolución de algunos buques españoles apresados como contrabandistas, el privilegio de la pesca en el banco de Terranova, y la demolición de los establecimientos ingleses en el golfo de Honduras; concluyendo con significar, que de no acceder á estas peticiones ó á alguna de ellas, en el caso de estallar la guerra con España el monarca francés se vería obligado á prestar socorros al español. Con razón sorprendió á la corte británica el inusitado giro que se daba á la negociación, pues era cosa nueva en los tratos diplomáticos hacer jugar los intereses de una nación con quien se estaba en paz como condición de un avenimiento con otra con quien se estaba en guerra. Así fué que el altivo Pitt, ofendido de este ardid diplomático de índole tan peregrina, no contento con pedir á su vez la cesión absoluta por parte de Francia del Canadá, del Senegal y la Gorea, la restitución de todas las conquistas francesas en las dos Indias y en Europa, la demolición de Dunkerque, y la evacuación inmediata de Ostende y de Newport, añadió que jamás el rey de la Gran Bretaña consentiría en que se mezclaran en la negociación pendiente con el francés sus desavenencias con España, y que miraría como un insulto á su dignidad toda insistencia y todo paso que en lo sucesivo en este sentido se diese.

A mayor abundamiento se autorizó al conde de Bristol, embajador inglés en Madrid, para que declarase á esta corte que su unión con Francia no conduciría en manera alguna al arreglo de sus diferencias; que solo en el punto relativo al derecho de pesca en Terranova era en lo que no cedería el monarca británico, en los demás podía haber fácil avenencia, entendiéndose siempre sin intervención de Francia. Recibió además lord Bristol encargo de pedir explicaciones claras y terminantes acerca de los preparativos marítimos que en los puertos españoles se hacían. A esto último contestó el ministro Wal verbalmente con razones dirigidas á desvanecer toda sospecha de intención por parte de España de faltar á la amistad y buenas relaciones que existían con Inglaterra. En cuanto á las tres reclamaciones, contestó que los españoles las miraban como de derecho incontestable, calificando de un modo fuerte la conducta de Inglaterra. Y respecto á la unión de España con Francia, declaraba que nadie podría impedir á dos monarcas de la familia de Borbon darse cuantos testimonios les pareciese de mutuo afecto y amistad. Y en efecto, diéronse inmediatamente uno que valía por muchos, firmándose en Versalles (25 de agosto, 1761) la convención secreta y el *Pacto de Familia*, de que se mostró satisfecho, como de un negocio felizmente terminado, Carlos III.

Las bases principales del Pacto de familia eran: que los dos soberanos se obligaban en adelante á considerar toda potencia que fuese enemiga de uno como si lo fuese de ambos:

—á defender recíprocamente sus Estados en todas las partes del mundo, terminada que fuese la guerra: —á socorrerse mutuamente con fuerzas de mar y tierra, no comprendiendo en este empeño las guerras que Francia tuviera que sostener á consecuencia del tratado de Westfalia y de sus alianzas con los príncipes y estados germánicos, á no ser en el caso de invasión del territorio francés, ó de que en aquellas guerras tomara parte activa alguna potencia marítima: —no se haría ni se admitiría proposición de tregua ni de paz de sus mutuos enemigos sin consentimiento anterior de ambas partes: —los intereses de ambas naciones serían considerados como si las dos potencias no fueran sino una sola: —los súbditos de ambas coronas disfrutarían tan iguales derechos y beneficios, que se tendrían como naturales de ambos países, y como si no hubiera ley de extranjería para ellos: —hacíase extensivo este pacto á los otros dos Borbones, el rey de Nápoles y el duque de Parma, y no se daba participación á ninguna otra potencia que no fuese de la familia borbónica (2).

Ya no era posible prometerse avenencia entre las cortes de París y Londres, por más que uno y otro gabinete se hicieran todavía proposiciones y se dieran respuestas aparentando querer entenderse. El gobierno español aun se mostraba pacífico, pero el rey se conoce que estaba resuelto á todo, cuando decía con cierta arrogancia á su antiguo ministro y confidente Tanucci: *Si Pitt quiere romper, que rompa*. Y era así, que Pitt quería romper; porque Pitt había traslucido la convención secreta entre los gabinetes de Madrid y Versalles, y viéndolo en ella un principio de hostilidad, con la resolución y viveza propias de su genio, propuso que se declarara la guerra á España para castigarla de haberse ingerido en los negocios de Inglaterra. Pareció esta resolución demasiado violenta á sus compañeros, y no fundada en pruebas bastante claras. Con esto Pitt, que estaba acostumbrado á ejercer una influencia marcada sobre sus colegas, ofendido de verse contrariado en una cuestión en que creía interesado el honor nacional, hizo dimisión del ministerio, diciendo que él no respondía de las consecuencias de una política que no dirigiera, y envió los sellos al rey, que los recibió con cierta frialdad (octubre 1761), y sin instarle á que volviera á tomarlos (3). La súbita retirada de Pitt permitió á España algún respiro y le dió tiempo para prepararse. Mas estos mismos preparativos, junto con el poco secreto que, de estudio ó por carácter, guardó el gobierno francés acerca del Pacto de familia, mostró muy pronto á los ministros ingleses la previsión de Pitt, y los sacó del error en que ellos estaban, de suerte que ellos mismos se vieron en la necesidad de seguir la política del ministro caído, que así volvió á engrandecerse en la opinión y á acreditarse de previsor y perspicaz.

El embajador inglés Bristol recibió orden terminante de su gobierno de averiguar lo que hubiera de positivo y cierto respecto al Pacto de familia. Las ásperas y desabridas respuestas del ministro español Wal al embajador británico no parecían de aquel mismo hombre en otras ocasiones tan comedidas. Severísimas inculpaciones hizo al gobierno de la Gran Bretaña; no negó que sería el primero en aconsejar á su soberano que llamara á su pueblo á las armas antes que ser víctima de la tiranía inglesa, y á este tenor le dió otras no menos ágrias contestaciones (4); añadiendo que su soberano no podía con-

(2) Colección de tratados de alianza.—Beccatini, Vida de Carlos III, libro III.—Despachos de Wal, Grimaldi, Choiseul, Pitt y Bussy.—Correspondencia entre Carlos III y el marqués de Tanucci.—El pacto constaba de veintiocho artículos.

(3) Este hábil y célebre ministro perdió en esta ocasión mucha parte de su popularidad, por haber recibido del rey en su caída una pensión de tres mil libras, y su mujer el título de baronesa de Chatham: tildósele pues de interesado, y por eso su salida del ministerio no hizo en el público el efecto que se temía: él sin embargo justificó ante el parlamento su conducta con mucha templanza, y no tardó, como veremos, en rehabilitarse en la opinión, viéndose sus compañeros obligados á seguir su sistema.

(4) «Vuestros triunfos os han envanecido, y queréis arruinar á Francia para atacar en seguida á España.»—«Vosotros teneis la culpa de que se haya vuelto desconfiada la nación española; habeis atacado y saqueado sus bajeles, habeis insultado nuestras costas y violado nuestra neu-

(1) De esta convención secreta da noticias Ferrer del Río, que no se encuentran en William Coxe, así como este historiador inglés las da importantes y curiosas de todo lo relativo á este negocio que se trató con el gobierno británico.



sentir que otro soberano, pariente y amigo suyo, recibiera la ley de un vencedor insolente. Por lo menos estas ó parecidas eran las contestaciones de Wal al decir de lord Bristol en sus despachos. Como este insistiese en obtener una respuesta categórica, remitióse Wal á una comunicacion que decia iba ya marchando para el embajador español en Lóndres conde de Fuentes. Pero todavía apuró, ciertamente sin necesidad, por una respuesta aun mas clara sobre la existencia del Pacto de familia, preguntando: «¿Es cierta la union de las cortes de Madrid y Paris contra la Gran Bretaña? La negativa de una contestacion categórica se considerará como una declaracion de guerra.»—«Y qué sucederá? le preguntó á su vez enérgicamente Wal: ¿teneis orden de retiraros?» «Sí,» le contestó el inglés. Entonces Wal le rogó que hiciera aquella misma reclamacion por escrito. Hizolo así el embajador: retiróse Wal, y á las cuarenta y ocho horas hizo poner en sus manos (10 de diciembre, 1761) una carta, cuyas últimas frases eran: «Puesto que el gobierno inglés hace en estos momentos inevitable la guerra, V. E. puede retirarse cuando guste y del modo que mas le convenga: esta es la única respuesta que S. M. me manda darle (1).» Y á la carta iba unida una esquila de despedida. Bristol pidió sus pasaportes y se retiró sin dilacion.

A los pocos dias (15 de diciembre) la *Gaceta de Madrid* publicaba un manifiesto, en que despues de hacerse cargos y acusaciones graves á Inglaterra por el desprecio con que un año y otro habia mirado y tratado las reclamaciones de España, y por el desden con que habia rechazado las proposiciones de paz de la corte de Paris, y de atribuirle el designio de apoderarse de las posesiones españolas como de las francesas en América y en la India, calificaba el paso de Bristol de atrevido y desdorado á la dignidad del monarca español; afirmaba que los españoles se alegraban de que la nacion inglesa hubiera provocado tan abierta y tenazmente á su soberano, en lo cual veia que la Providencia le deparaba la ocasion de ser el instrumento para abatir, en union con otras potencias, el orgullo de aquella soberbia nacion, y concluia mandando apresar y embargar todos los buques ingleses surtos en puertos españoles. Y para dar una muestra de su satisfaccion á los que á tal término habian conducido las cosas, hizo Cárlos merced de la grandeza de España al duque de Choiseul, y dió al conde de Fuentes la insignia del Toison de Oro. A muy poco tiempo el conde de Fuentes entregaba á lord Egnemont (25 de diciembre) la nota que arriba indicamos, sincerando al rey de España en lo de no contestar á la reclamacion relativa al tratado con Francia, culpando de estas desavenencias al insoportable orgullo y desmedida ambicion de Pitt, y diciendo entre otras cosas que España habia sido tratada de un modo insultante durante la negociacion. Y al propio tiempo en Paris se hacia alarde de publicar extractos del Pacto de familia, con notas en que se pintaba á Inglaterra como la nacion agresora.

A consecuencia de todo esto Inglaterra fué la primera que publicó una declaracion hostil (2 de enero 1762), fundada en la aprobacion dada por el monarca español á la nota presentada en junio anterior por el marqués de Bussy, y en su negativa á dar explicaciones satisfactorias sobre sus preparativos y aprestos maritimos y sobre sus compromisos con Francia. Cárlos III á su vez respondió á este manifiesto con una contradeciaracion (17 de enero, 1762), en que despues de manifestar su resentimiento por el proceder del gobierno inglés, «el cual, decia, no conoce otra ley que su engrandecimiento por tierra y su despotismo por mar,» expresaba que se habia visto en la necesidad de ordenar que se declarase la guerra de su parte al rey de Inglaterra, sus reinos, estados y señorios, y de mandar tomar las medidas conducentes al efecto (2).

tralidad, habeis desconocido nuestros derechos, etc.» William Coxe, capítulo 60.

(1) Despacho de Wal á Bristol, en el Buen Retiro, á 10 diciembre de 1761.

(2) Hé aquí el texto literal de este importante documento:

«Yo el Rey.—Aunque hubiese tomado por una declaracion de guerra la conducta inconsiderada de milord Bristol, embajador del rey británico en mi corte, cuando altivamente preguntó á don Ricardo Wal, mi

Sucedió, pues, al beneficioso y prudente sistema de neutralidad, el peligroso y fatal de la guerra. Y en tanto que se aprestaban las escuadras y se municionaban y abastecian las plazas fuertes, y no obstante que en el Pacto de Familia se daba por excluida del tratado toda potencia que no fuera de la casa de Borbon, no por eso dejaron los monarcas español y francés de tratar de comprometer en su causa al de Portugal, alegando el parentesco que por la reina le unia á España, y la conveniencia de cerrar sus puertos á los ingleses para contener el despotismo marítimo que sobre Portugal estaba ejerciendo Inglaterra, á cuyo fin le ofrecia Cárlos III, con aire de quien en ello le dispensaba favor y proteccion, que entrarian inmediatamente tropas españolas á ocupar sus puertos principales. Exigiase una respuesta en el perentorio término de cuatro dias. Dióla el ministro de Estado portugués, diciendo que lo mas á que podia acceder su soberano era guardar neutralidad, y aun podria hacer oficios de mediador; pero en cuanto á declararse contrario á una nacion con la cual le ligaban antiguas alianzas, y de quien no habia recibido agravio, seria ofender el decoro, la dignidad y la religion misma, y esto no lo haria nunca. Parecia que una respuesta tan prudente deberia haber aquietado el ánimo del rey Católico, pero léjos de eso, tomando por pretexto haber cañoneado una escuadra inglesa á otra francesa en las aguas de Portugal, y siempre so color de no dejar expuestos los puertos lusitanos á una invasion inglesa, resolvieron los Borbones que entraran tropas españolas en Portugal, con orden de que trataran á los portugueses como estos las trataran á ellas, y dejando al arbitrio del monarca lusitano recibirlas como aliadas ó como enemigas.

Pretender que el monarca y la corte de Portugal no miraran la entrada de las tropas extranjeras en su reino sin consentimiento suyo como una invasion violenta, fuera suponerlos desposeidos de todo sentimiento de honor nacional. Pero con este conocimiento obraban los Borbones: así fué que tomando pié de aquella actitud los representantes de España en Lisboa, manifestaron que no podian prolongar allí su permanencia y pidieron los pasaportes, que sin réplica les fueron dados. La circunstancia de haber sido detenido en Estremoz el embajador español don José Torrero hasta la llegada del portugués

ministro de Estado, cuál era el objeto de mis contratos con la Francia, y aunque un procedimiento tan provocativo hubiese agotado mi paciencia, sabiendo muy bien que el gobierno inglés no conoce otra ley que la de su engrandecimiento por tierra, y su despotismo por mar; no obstante he querido ver si esta amenaza se pondria en ejecucion, ó si la corte de Lóndres, reconociendo que estos medios eran ineficaces, procuraria emplear otros que conviniesen mas, y que pudiesen hacerme olvidar estos insultos; pero bien léjos de contenerse el orgullo inglés en los justos límites, me han informado de que el rey británico resolvió en su consejo declararme la guerra. Viéndome pues en la dura necesidad de seguir este ejemplo contra todo mi gusto, por ser tan funesto y contrario á la humanidad: he ordenado por un decreto de 13 del corriente, que se declare la guerra de mi parte al rey de Inglaterra, sus reinos, estados y súbditos; y en consecuencia, que se expidiesen por todas partes á todos mis dominios las órdenes oportunas para su defensa y para la de mis vasallos, como tambien para obrar ofensivamente contra el enemigo.

«A este efecto ordeno que mi Consejo de Guerra tome las medidas necesarias para que esta declaracion se publique con las formalidades acostumbradas, que por consiguiente se ejerza toda suerte de hostilidades permitidas contra los vasallos del rey de Inglaterra; que los que no son españoles naturalizados salgan de mis reinos, y no se permitan ni toleren sino aquellos que se ejercitan en las artes; que no haya comercio alguno con la Gran Bretaña, ni se tenga comunicacion alguna con ella, ni se admita en mis puertos bastimentos con mercancías, pescado salado y manufacturas inglesas; y por lo que toca á los que se hallan ya en mis dominios, deberán los mercaderes residentes en ellos manifestarlas en el término de quince dias al marqués de Esquilache, superintendente general de mis aduanas, para que todo sea registrado; y quiero que todo se observe exactamente, bajo la rigurosa pena prescrita por la ley contra los trasgresores.

«Tambien es mi voluntad que esta declaracion de guerra llegue cuanto mas pronto sea posible á noticia de todos mis súbditos y vasallos, para que puedan poner á cubierto de los insultos de los enemigos sus personas é intereses, y emplearse en ofenderlos y hacerles daño, armando navíos y haciendo el corso contra ellos, y en fin, con todos los otros medios autorizados por el derecho comun de la guerra.—En el Buen Retiro etc.—Don Miguel Muzquiz.»



(y donde los dos se encontraron y se volvieron la espalda), dió motivo á Carlos para mostrar mas enojó y para hacer despues un grave cargo á su pariente y vecino. Determinóse pues invadir, partiendo las tropas de Zamora, las dos provincias de Tras-os-Montes y Entre-Duero y Miño hasta llegar á Oporto. Consejo fué del ingeniero catalan Gaés, y por general del ejército expedicionario se nombró, aunque contra el dictámen del ministro de la Guerra, el marqués de Sarriá, ventajosamente acreditado en las campañas de Italia. Un bando del general en jefe advertia á los portugueses (30 de abril, 1762), que iban como tropas de una nacion aliada, no enemiga, que esperaban ser asistidas con víveres y otros auxilios, y que no maltratarian lugares ni personas, mientras ellas no fueran maltratadas de los portugueses.

Verificóse la invasion (5 de mayo, 1762), y como era de esperar, no obstante los ofrecimientos y promesas del bando, la plaza fronteriza de Miranda hizo fuego á nuestras tropas, bien que teniendo que rendirse á los pocos dias toda su guarnicion (9 de mayo) al teniente general don Carlos de la Riva Agüero. Con mas facilidad todavía, puesto que lo hizo saliendo diputados á ofrecerle las llaves, se entregó la ciudad de Braganza al marqués de Ceballos, y no opusieron mayor resistencia la de Chaves al conde de Orreilly, y el fuerte de Moncorvo al marqués de Casatremañes, obra todo ello de unas tres semanas. En los primeros dias de junio avanzó Orreilly hasta Villareal, donde dió descanso á sus tropas, admirado él como todos de la poca oposicion que hallaba en un país que conservaba antiguos odios á los castellanos, y recelando todos como él que algo se ocultara bajo aquella apariencia. Y así fué que no tardó en verse cortado en su marcha al querer atravesar un terreno fragoso, que halló obstruido con troncos y ramas de árboles, y parapetados en las alturas numerosos grupos de paisanos; de modo que hubo de retirarse con gran trabajo y no sin pérdida. Motivo fué este bastante para variar el plan de invasion, volviendo al que primitivamente se habia formado de atacar á Almeida para marchar despues sobre Lisboa, á cuyo fin retrocedieron las tropas de Zamora á Ciudad-Rodrigo.

A este tiempo se habian declarado ya la guerra las dos naciones. Portugal precedió en esto á España (18 de mayo, 1762), suponiendo intentos de destronar á su rey y usurpar su reino. Carlos III de España lo hizo el 15 de junio, en un Manifiesto, que aunque de alguna extension, es de tal importancia, que merece ser conocido. Decia así:

«Por cuanto ni las sólidas razones fundadas en justicia y conveniencia que he representado al Rey de Portugal de mancomun con el Rey Cristianísimo, ni las fraternales persuasiones con que las he acompañado, han podido apartarle de la ciega pasion á los ingleses, nuestros enemigos, en que vive, y tiene su gobierno por radicada costumbre, y errada influencia de sus lados: al contrario hemos sacado los dos, no solo un desengaño absoluto, sino un agravio manifiesto en la preferencia que ha dado á la amistad y alianza de la Inglaterra sobre la de España y Francia, y yo en mi particular el de haber detenido en la plaza de Estremóz con desaire de su carácter á mi embajador don José Torrero, dejándole partir de Lisboa, y llegar hasta allí fiado en los pasaportes que se le concedieron para salir de Portugal. Sin embargo de estos insultos, que son sobrados motivos para no guardar medidas con el rey de Portugal y sus vasallos, constante yo en la máxima de no hacer á los portugueses guerra ofensiva, sino en la parte que me forzasen á ella, y que mis tropas entrasen en sus dominios solo para librarlos del yugo de los ingleses, y dañar á estos mis enemigos declarados, he suspendido el dar mis órdenes al marqués de Sarriá, comandante general de las tropas destinadas á la entrada de Portugal, para tratar con el rigor de guerra á sus tropas y moradores, y el cortar la correspondencia y trato con ellos; pero habiendo llegado á mi mano impreso el decreto que expidió el rey de Portugal el dia diez y ocho de mayo próximo pasado, en que para suponer que el Rey Cristianísimo y yo tenemos concordado disponer y usurpar sus dominios, se tergiversan nuestros amistosos pasos y sanas intenciones, se manda por S. M. fidelísima á todos sus vasallos que nos tengan y traten como á enemigos declarados: que corten todo trato y correspondencia por mar y tierra con

nuestros dominios, con prohibicion de la entrada, y uso de sus producciones y géneros: que se confisquen los bienes de españoles y franceses, y que salgan de Portugal en el término de quince dias, que aunque corto ha sido tan mal observado de su parte, que antes de acabarse se han visto con horror llegar á España diferentes súbditos míos echados á empellones de los lugares portugueses, maltratados, y aun mutilados, y habiendo experimentado el referido marqués de Sarriá, que abusan los portugueses de la afabilidad con que se los trata, y exactitud con que se les paga cuanto suministran por bien á las tropas de su mando, hasta el extremo de haberse conjurado secretamente pueblos que habian prestado la obediencia para asesinar sus destacamentos avanzados, sirviéndose de astucias, que manifiestan los animan y dirigen oficiales disfrazados; ya sería desdoro mio y de mi corona llevar mas adelante la paciencia y el sufrimiento. Por tanto, en decreto de doce de este mes he resuelto, que de ahora en adelante hagan mis tropas la guerra en Portugal como en país enemigo: que se confisquen los bienes de los portugueses en todos mis dominios: que salgan de ellos los que hubiese en el término de quince dias despues de publicada esta mi determinacion: que no los traten mas de modo alguno mis vasallos: y que se prohiba en mis Estados la entrada, venta y uso de los frutos y géneros de las tierras y fábricas portuguesas: y en su consecuencia mando que se publique esta mi real resolucion en la corte, y en estos reinos con las formalidades que se estilan: que en su observancia se confisquen en todos mis dominios los bienes y efectos que pertenezcan á los portugueses: que salgan de mis reinos en el término de quince dias despues de publicada esta mi determinacion los portugueses que no se hallaren connaturalizados en ellos, pudiendo quedarse los que estuvieran entretenidos en oficios mecánicos: que no traten mas de modo alguno mis vasallos á los del rey de Portugal, ni comercien en los Estados de este soberano: prohibiendo en mis reinos la entrada y uso de los frutos, géneros, mercaderías y manufacturas que procedan de los Estados del rey de Portugal, de forma que la prohibicion de este comercio ha de ser y entenderse como quiero que sea y se entienda, absoluta y real, que ponga vicio é impedimento en las mismas cosas, frutos, géneros, mercaderías y manufacturas: que en ninguno de mis puertos se admitan, ni dé entrada á bajeles algunos que conduzcan estos efectos, ni se permitan introducir por tierra, de cualquier modo ó forma, respecto de que se han de tener en estos reinos por ilícitos y prohibidos, aunque vengan, se hallen ó aprehendan en bajeles, bagajes, lonjas, tiendas ó casas de mercaderes ó cualesquier particulares. . . . .

»Pero no siendo justo impedir el comercio de los frutos y géneros de Portugal, que estaban introducidos antes de la publicacion de esta cédula, con buena fe, y en tiempo hábil, ni tampoco dar lugar á las introducciones que con pretexto de su consumo podian seguirse: Es mi voluntad que todos los mercaderes que tuviesen en su poder géneros y frutos de los dominios y estados del rey de Portugal, los manifiesten y registren dentro de quince dias de la publicacion de esta cédula, que se les señala por término perentorio, ante los ministros y justicias que nombre para ello el marqués de Squilace, como superintendente general de mis rentas y del contrabando. . . . .

»Así para la execucion de esto, como para impedir el comercio ilícito con Portugal, expedirá luego el mismo marqués de Squilace en calidad de superintendente general de rentas y del contrabando las instrucciones y órdenes que tuviere por mas conveniente, y conocerá en primera instancia por sí y sus subdelegados de las materias judiciales que ocurran sobre este contrabando. . . . .

»Y ordeno que todo lo referido se observe, guarde y cumpla debajo de las graves penas prevenidas en las leyes, pragmáticas, y reales cédulas expedidas en iguales ocasiones, que han de comprender á todos mis vasallos y habitantes en mis reinos y señoríos, sin excepcion de persona alguna por privilegiada que sea, y que el contexto de esta mi cédula llegue á noticia de todos mis vasallos con la brevedad posible, así para que puedan preservar del insulto de portugueses sus intereses y



personas, como para que se dediquen á atacarlos y perseguirlos como á enemigos por mar y por tierra usando de los medios que autoriza el derecho de la guerra. Dada en Aranjuez á quince de junio de mil setecientos sesenta y dos.—YO EL REY.—Por mandado del Rey nuestro señor.—Don Miguel de Muzquiz.»

La corte de Lisboa conocia bien su inferioridad: medio siglo de paz tenia desacostumbrada la juventud portuguesa al servicio de las armas; no habia generales de reputacion, y su ejército no pasaria de veintidos mil hombres. Los españoles, primero con un plan inconveniente de invasion, despues con la tardanza consiguiente á la variacion y adopcion de otro, dieron lugar á los portugueses á pedir un cuerpo de tropas auxiliares á Inglaterra, y á que estas llegaran en número de ocho á diez mil al mando de lord Tirawley, á quien luego reemplazó el conde de la Lipa Buckeburg, guerrero formado en la escuela del rey de Prusia, y que se situaran en Abrantes. Verdad es que tambien vino á incorporarse al ejército español en Ciudad-Rodrigo una division francesa, mandada por el príncipe Beauvau. Era ya el mes de agosto cuando el ejército de los Borbones se presentó á atacar la plaza de Almeida, que además de bien fortificada la defendian cuatro mil hombres. La ocupacion de los fuertes exteriores permitió pronto estrechar el sitio; del 15 al 16 se comenzó á batir la plaza y á abrir trinchera, y por último bombas arrojadas con acierto á los cuatro ángulos de la ciudad la hicieron arder por otras tantas partes. Mermada la guarnicion y consternados los habitantes, con gritos y lamentos movieron al gobernador á proponer capitulacion, que le fué admitida (25 de agosto, 1762), siendo en su consecuencia entregada la plaza, saliendo libre el resto de la guarnicion, y quedando en poder de los españoles ochenta y tres cañones, nueve morteros, setecientos quintales de pólvora, y dos almacenes de provisiones de boca y guerra. La toma de Almeida abria el camino hasta la capital del reino; no sin razon se celebró en Madrid con fiestas públicas, y el rey hizo una promocion en todos los que en ella se habian distinguido (1).

Encontróse en esta empresa el conde de Aranda, que habia sido llamado de Polonia, y vino á reemplazar en el mando del ejército expedicionario de Portugal al marqués de Sarriá, que, faltar de salud, pidió su retiro, y le fué de buen grado concedido por el rey, remunerándole sus anteriores servicios con el Toison de Oro. Sobre hallarse el de Aranda en mejores condiciones de mando que su antecesor, puesto que le favorecia la edad, el genio, el hábito de las campañas, su mismo deseo de gloria, y cierto don para captarse la voluntad y el afecto de los soldados, el triunfo de Almeida habia alentado y vigorizado las tropas, el marqués de Esquilache habia ido á Portugal con solo el objeto de proveerlas de víveres para seis meses, y el rey tenia en su actividad y prudencia una confianza que el de Sarriá no habia podido nunca inspirarle. Fué, pues, avanzando el de Aranda, con propósito y deseo de empeñar á los enemigos en una accion general, aunque tuviera que ir á buscarlos á su campo de Abrantes, si á salir de él no se arriesgaban. No mostraban en verdad ansia de entrar en combate los anglo-lusitanos: á parciales reencuentros tuvieron que limitarse los jefes de las fuerzas borbónicas, Orreilly, Riela, La Torre y el mismo Aranda: en uno de ellos ahuyentó y dispersó este la gran guardia de ingleses y portugueses que se le habia presentado delante. Algunos descalabros sufrieron tambien los nuestros, y aunque no fué de gran significacion la sorpresa que un destacamento enemigo hizo al brigadier Alvarado en uno de los pasos del Tajo cerca de Villavelha, fué lo bastante para impulsar á Aranda á hacer un esfuerzo con el fin de poner su ejército del otro lado de aquel rio; lo cual consiguió, franqueándole á nado la caballería, trasportando la infantería, hasta el número de catorce batallones, parte en una barca, los mas en grandes planchas de corcho, especie de balsas, tiradas por cuerdas (octubre, 1762).

(1) Trajo la noticia á Madrid, ó raas bien al Real Sitio de San Ildefonso donde la corte se hallaba, el mismo Fernan Nuñez, autor del Compendio histórico de la vida de Carlos III, que servia en aquella guerra. Así lo dice en la Introduccion.

Sin duda habria proseguido hasta Abrantes, porque nunca habia estado mas en aptitud y proporeion de poderlo hacer, á no haber por una parte sobrevenido las lluvias de otoño, por otra ciertas noticias, no destituidas de fundamento, que circulaban ya, de estarse tratando de paz entre las potencias. Con que dejando guarnecidos los principales puntos conquistados, retiróse á cuarteles de invierno, sucesivamente á Valencia de Alcántara, Badajoz y Alburquerque (2).

Pero al tiempo que en Madrid se celebraban los triunfos de las armas españolas en Portugal, en otra parte se experimentaban desastres que no se compensaban con aquellas ventajas; desastres que la Francia compartia con nosotros en las posesiones del Nuevo Mundo, aparte de los que ella sufría en Europa (3). Las escuadras inglesas recorrian los mares y acababan de arrebatar á Francia sus colonias. El almirante Rodney, con una de diez y ocho ó veinte navios de línea, se apoderaba de la Martinica, de la isla de Granada, de Santa Lucía, San Vicente y Tabago. El almirante Pocock, con otra de veintinueve bajeles, se presentaba delante de la mas importante plaza de las Antillas españolas, la Habana.

Desde el ministerio Pitt se preveia, y no se le ocultaba á Carlos III, que la isla de Cuba iba á ser uno de los objetos preferentes de la codicia y de las operaciones hostiles de los ingleses. Por eso cuidó de enviar de gobernador al mariscal de campo don Juan de Prado, de dotar la Habana de una guarnicion de cuatro mil hombres de buenas tropas, de aumentar y perfeccionar sus fortificaciones, y de que una escuadra de doce navios y cuatro fragatas, al mando del marqués del Real Transporte (4), se estableciera allí para la conveniente proteccion y defensa del puerto. Prevínose al gobernador que en el caso de sospecha se constituyera en junta de guerra con el jefe de la escuadra, los generales de mar y tierra, y oficiales de superior graduacion que allí hubiese, añadiendo el ministro, que por los continuos socorros que se enviaban, podria comprender que no vivia el rey sin recelo, y que así procurara estar tan vigilante como en tiempo de guerra declarada (5). Y en verdad nada sobra para poner al abrigo de un ataque aquella rica plaza, principal establecimiento mercantil y militar de los españoles en aquellas partes del Nuevo Mundo, y por lo mismo el mas codiciado de los ingleses. Rotas que fueron las hostilidades entre ambas naciones, no habia nadie que no esperara y que no temiera un golpe de la marina inglesa sobre la Habana; el capitan general convocó su junta de guerra, segun se le tenia prevenido; pero tan de confiado pecaba, que con frecuencia solia decir: *No tendré yo la fortuna de*

(2) Fernan Nuñez y Beccatini en sus historias de Carlos III.—Gacetas de Madrid de 1761.—Correspondencia entre Carlos III y el ministro Tanucci de Nápoles.

(3) Francia, cuya situacion interior era harto calamitosa, á duras penas habia podido impedir que el príncipe Fernando encendiera la guerra del otro lado del Rhin. Una feliz casualidad vino á sostener á Federico de Prusia al borde del abismo, cuando parecia imposible que pudiese resistir á los esfuerzos de tantos enemigos, á saber, la muerte de la emperatriz de Rusia Isabel Petrowna, y la elevacion de Pedro III admirador entusiasta de Federico, que de este modo vino á tener por aliada una potencia que habia sido su mas terrible enemiga. Suecia siguió el ejemplo de Rusia, y celebró tambien su tratado particular de paz. Pero una revolucion inesperada ocurrió á muy poco tiempo en el imperio moscovita. Catalina, esposa de Pedro, amenazada de repudio, ganó al senado y la guardia imperial, hizo aprisionar á su esposo, le obligó á abdicar, y siete dias despues murió el czar envenenado. Catalina II fué proclamada: queriendo mantenerse neutral, dió á sus tropas orden de abandonar la Silesia. Francia no fué mas afortunada que Austria: de dos ejércitos que tenia en el Norte, el que mandaba el príncipe de Soubise fué batido por el del príncipe Fernando y obligado á replegarse sobre Francfort: el del príncipe de Condé habia logrado algunas ventajas, pero insuficientes á compensar las pérdidas del de Soubise. El ejército austriaco se veia tambien reducido al estado mas lastimoso. Cada nacion de Europa tenia sobrados motivos para desear la paz.

(4) Habíase dado este título, y el de vizconde de Buen Viaje á don Gutierrez de Hevia, por haber sido el que condujo en el navio *Fénix* á Carlos III y su real familia de Nápoles á Barcelona.—*Gracias que el rey concedió al marqués de la Victoria y á su familia*; biblioteca de la Academia de la Historia, Est. 27, gr. 6.<sup>a</sup>: un volumen en 4.º, folio 231.

(5) Pasáronsele sobre esto diferentes reales órdenes en los años de 1760 á 1762.



que los ingleses vengan. Y en sus comunicaciones al rey le daba el jactancioso general tales seguridades, que el mismo Carlos III llegó á persuadirse de que no había cuidado por que los ingleses acometieran aquella isla, pues si tal intentaban, de seguro saldrían escarmentados (1). Veremos cómo se condujo, cuando llegó la hora del peligro, el presuntuoso gobernador.

El 2 de junio (1762) el almirante Pocock con su escuadra de treinta navíos y cien buques de transporte, con catorce mil hombres de desembarco, cruzaba el canal de Bahama, sin que le imaginara tan próximo el capitán general de la isla de Cuba. La mañana del 6 se divisaron ya las velas enemigas á distancia de unas doce millas de la Habana, y todavía el arrogante don Juan de Prado se resistió á creer que fuese la armada británica, hasta que la claridad de la atmósfera y la aproximación de los bajeles no le permitieron dudar mas tiempo. Entonces toda la seguridad y toda la arrogancia se trocaron en aturdimiento y confusión. ¿Qué había de hacer? El que blasonaba de que no serían osados los ingleses á presentarse delante de la plaza, la tenía casi tan mal fortificada y desguarnecida como antes, no obstante los auxilios que para ello en año y medio se le habían prodigado. Contaba para su defensa con cuatro mil soldados de tropas regulares, unos ochocientos marinos, y hasta catorce mil hombres de las milicias del país: el espíritu de los habitantes rechazaba la dominación inglesa. A pesar de todo, los enemigos hicieron al día siguiente (7 de junio) su desembarco sin estorbo por la parte del Este, entre los ríos Nao y Cojimar, y en número de ocho mil hombres avanzaron en tres columnas, sin otra resistencia que la que quisieron oponerles los lanceros del campo, arrojándose atropelladamente á ellos al grito de *¡Viva la Virgen!* pero teniendo que retirarse desbaratados y en desorden. Como nada se había hecho en punto á defensa, y no era fácil remediar en un día la inacción y el descuido de un año, todo se resintió de precipitación y de mal acuerdo. Echáronse á pique navíos españoles para cerrar la boca del puerto con una cadena de maderos y cables: marineros y negros trabajaron con ardor para guarnecer con artillería de á doce el fuerte de la Cabaña, llevándola á brazo: mas luego la junta misma de guerra le mandó evacuar, dejando comprometidos á trescientos hombres que á él habían subido, y á los cuatro días, sin que á los ingleses les costara una gota de sangre, ni otro trabajo que la dificultad de superar un terreno agrio, pero en el que ni siquiera se habían hecho cortaduras, viéronse dueños de la Cabaña (11 de junio), que el mismo Prado reconocía ser la llave de la plaza. Una vez enseñoreada aquella posición, saltaron á tierra otros dos mil hombres: el castillejo nombrado la Chorrera les fué abandonado: cortaron las cañerías que surtían al vecindario de agua, y quedó la ciudad atendida á la que había, si bien en abundancia, en los aljibes.

Como la ciudad se conservaba en comunicación con el resto de la isla, no carecía de subsistencias, y mas con el oportuno acuerdo que se tomó de obligar á salir de ella las comunidades religiosas, las mujeres, niños, y toda la gente inhábil para el manejo de las armas. Tampoco cesaban de acudir socorros de milicias del campo, á mas de los que enviaban los gobernadores de Puerto-Príncipe, Trinidad, y otras ciudades de la isla, con quienes estaba en comunicación, y á quienes daba órdenes el capitán general Prado. Las familias acomodadas se desprendían de sus esclavos para que los empleara en la defensa de la ciudad, y ellos trabajaban con ardor y se lanzaban al combate como quienes en premio de alguna hazaña esperaban ganar la libertad. En cambio inutilizóse lastimosamente y de nada sirvió la escuadra española: su artillería fué destinada á los fuertes; á comandantes y gobernadores de ellos los que eran jefes y capitanes de navíos. Uno de ellos, don Luis Velasco, á quien se encomendó la defensa del Morro, contra cuya fortaleza asestaban los ingleses, así las baterías de tierra de la Cabaña, como las de sus mayores navíos, mantuvo grandemente el honor del pabellón español; con mortífero fuego acribillaba las naves inglesas que frente al castillo cruzaban:

de sus certeros tiros no se libraban los que subían á relevar la guarnición del fuerte enemigo; con impavidez imperturbable veía los destrozos que una lluvia de bombas arrojada por los contrarios hacia dentro de su fortaleza, y con algunas salidas mas impetuosas que afortunadas mostraba que sabía desafiar los peligros como aquel que no conocía el miedo.

Llegado era ya el mes de julio; asombrados tenía á los ingleses la imperturbable serenidad y heroica resistencia de Velasco: por tierra y por mar vomitaban bombas y balas rasas doscientas bocas de bronce sobre el Morro: no se veía sino una atmósfera de fuego; estrago no pequeño causaban los disparos de los españoles en los buques británicos, desguarneciendo algunos y diezmando su tripulación: también le sufrían los nuestros, abrumados por un diluvio de bombas y granadas reales. El 13 de julio proponía ya el intrépido Velasco como único medio de salvación una arremetida brusca y nocturna á las baterías enemigas mas inmediatas, mas sobre no haber hallado eco la proposición en el apático Prado, entorpeció su ejecución una contusión de bala que le tuvo unos días imposibilitado; y cuando llegó á verificarse (22 de julio), como que se hizo sin que fuese á la cabeza un jefe de valor y de autoridad, solo sirvió para acreditar el denuedo de los combatientes, y hacer víctimas de una y otra parte sin resultado. Cuando volvió á encargarse de la comandancia del castillo, entre otros contratiempos encontró que los ingleses habían abierto una profunda y ancha mina: nuestros ingenieros declararon que carecían de medios y de gente para contraminar, y la junta de guerra no se daba trazas de proveer de remedio á aquella situación apurada. Nunca abandonó á Velasco la serenidad, ni por un momento desfalleció su grande ánimo: pero habían caído ya sobre el castillo diez y seis mil bombas y granadas: llevaba treinta y ocho días de cerco; habían recibido los ingleses cuatro mil hombres de refuerzo de la América del Norte; amenazábale un ataque por mar y tierra; los golpes de los minadores resonaban en las paredes del fuerte, y por encima de tierra estaba tan próximo el enemigo, que apenas le separaban seis varas de la estacada.

En tal conflicto pidió al gobernador Prado (29 de julio) le ordenase por escrito lo que había de hacer; si había de evacuar la fortaleza, resistir el asalto, ó capitular. La junta, á quien el gobernador consultó, respondióle dejándolo á su discreción y prudencia, advirtiéndole solo que en el caso de capitular no ligara la suerte de toda la plaza á la del castillo del Morro. Orden terminante, y que resolviera á cuál de los tres extremos había de atenerse, era lo que Velasco quería, y así lo volvió á requerir, preparándose en tanto para morir en todo evento con honra y como cumplía á un hombre de su temple. No tardó en realizarse, para ejemplo de unos y para vergüenza y oprobio de otros. En la tarde del día siguiente (30 de julio) reventó con estruendo la mina, en ocasión que comían el rancho los defensores del castillo. No es maravilla que algunos, aturridos con el estrépito y el estrago, se descolgaran precipitadamente para salvarse; no así el imperturbable Velasco, que acudiendo impávido á la brecha, seguido de su segundo el marqués González, y de los oficiales y soldados mas animosos, voló á dar la última prueba de su patriotismo y de su denuedo. Sobre dos mil ingleses concurren al asalto. Tal era la respetuosa veneración en que aquellos tenían el valor y las virtudes del ilustre marino español, que llevaban orden expresa de sus jefes de conservar la vida á Velasco: á ellos mismos no les fué posible cumplirla: colocado el esclarecido guerrero á la delantera de todos, una de las balas que llovían, y que no podían llevar aquel discernimiento, le derribó mortalmente herido. Cayó también, muriendo con gloria, su digno émulo el marqués González: perecieron los oficiales mas valerosos; muchos soldados fueron acuchillados; cayeron prisioneros otros; no llegaron á trescientos los que se salvaron. Por encima de cadáveres pasaron los vencedores á plantar el pendón británico sobre el torreón del Morro. El general inglés conde de Albermale, ya que no pudo salvar á Velasco, hizo que con todo esmero fuese conducido á la plaza hasta dejarle en el lecho, donde falleció de resultas de su herida la mañana siguiente (2).

(1) Hay muchas comunicaciones en que se ve la desmedida confianza del don Juan de Prado.

(2) «El segundo comandante González, dice el historiador inglés Wi-



Todavía tenía muchos elementos de defensa la plaza: intactos y fuertes estaban otros castillos: no escaseaban los víveres: refuerzos de milicias entraban: entusiasmo había: á su costa levantaban compañías los hombres acaudalados; y en los primeros momentos se advertía resolución y energía en todos, incluso el mismo Prado, que otra vez aseguraba que ni faltaba precaución que tomar, ni confianza y decisión para disputar el terreno al enemigo palmo á palmo. Pero esta vez, como la pasada, sobró de jactancia al capitán general, lo que, llegado el caso, le faltó de brio; y los demás jefes estaban lejos de reunir las condiciones necesarias para suplir esta falta del superior (1). Dueños los ingleses del Morro, dirigieron sus baterías contra el castillo de la Punta, y se corrieron hacia Jesús del Monte, pronunciándose en retirada el coronel don Carlos Caro, que no supo defender aquel puesto con dos mil hombres que tenía. El 10 de agosto intimó ya el general inglés la rendición de la plaza al español Prado. Con apariencia al menos de entereza le volvió este la primera contestación. Mas como al día siguiente aparecieran colocadas al Este y Oeste del puerto nueve baterías inglesas con igual número de trincheras, y comenzase un horroroso fuego de cañon y un bombardeo sostenido contra la plaza, pareció faltarles tiempo á Prado y á la junta para enarbolar banderas de paz en diferentes puntos de la muralla y en los buques del puerto. No pensaban así ni las milicias ni el vecindario, tanto que temiendo que se sublevaran contra él mismo tuvo por oportuno desarmarlos. Alegaba el cobarde gobernador falta de pólvora y de gente, y ni de uno ni de otro se carecía; el deseo de la población, cuando era manifestamente contrario; el peligro de brechas accesibles, que no existían aun, y hasta el pobre pretexto de la proximidad de la estación de las tormentas (2).

Ajustóse, pues, y se llevó á efecto, una capitulación (13 de agosto, 1762), honrosa al decir de los escritores ingleses, vergonzosa en la opinión de los españoles. Estipulóse la entrega de la plaza y sus castillos, habiendo de salir la guarnición para ser conducida á España. No se haría novedad en el ejercicio de la religión ni en la forma del gobierno de la ciudad. A los jefes y oficiales superiores se les facilitarían los medios correspondientes á la dignidad de sus empleos para que pudieran embarcarse con sus criados, efectos y alhajas. Así, después de un asedio de dos meses y diez días, tomaron los ingleses posesión de la Habana, la joya de las Antillas y la llave de las Américas españolas, apoderándose al propio tiempo de un territorio de sesenta leguas al Oeste, de un tesoro de quince millones de duros, de una inmensa cantidad de municiones y de aprestos navales, y de nueve navíos de línea y de tres fragatas, resto de toda la armada española que había sido enviada á aquel puerto (3).

Causó en Madrid la noticia de este desastre tan honda tristeza como era de esperar, en tanto que en Londres costaba trabajo creerla por demasiado feliz. Cuando se adquirió certeza del hecho, el parlamento acordó un voto público y solemne de gracias al almirante Pocock.

No fué este solo el infortunio que sobrevino entonces á España. Porque á poco tiempo Manila, la capital de la isla de Luzon, tan importante en Oriente como la Habana en Occidente, caía también bajo el dominio británico. Acometióla el

general Droper, procedente de Madrás, con una fuerza de mil trescientos hombres: poco más de la cuarta parte contaba la ciudad para su defensa: el arzobispo don Manuel Antonio Rojo, que interinamente la gobernaba, mostró más energía y más denuedo de lo que era de esperar de un hombre de su estado. Pero emprendido con actividad el sitio por los ingleses, y tomadas por asalto las fortificaciones, no pudo el animoso prelado resistir más; y como viese que la población estaba siendo lastimosamente saqueada, desde la ciudadela pidió capitulación, ofreciendo pagar la suma de cuatro millones de duros á fin de que no fuese totalmente destruida (octubre de 1762). Perdióse, pues, la mejor de las Filipinas, como se había perdido la mejor de las Antillas.

En medio de tales desgracias, debieron servir de mucho consuelo al rey los testimonios de adhesión y de amor que recibía de sus vasallos. Tal fué, entre otros, el que la nobleza de la corona de Aragón le daba en una exposición que le dirigió, llena de patriotismo y de fuego. «Señor, le decía, la nobleza de vuestros reinos de la corona de Aragón suplica á V. M. confíe á su celo la defensa de sus costas. No nos parece demasiada presunción desafiar á toda la potencia inglesa, que con escritos públicos injuriosos y picantes tiene la osadía de ultrajar á los valerosos habitantes de la España..... Suplicamos á V. M. acepte la mitad de nuestras fuerzas para llevar la guerra al país de los enemigos, en lugar de esperarla en nuestras casas, bastándonos la otra mitad para alejarla de nuestras plazas, si tiene la temeridad de acercarse á ellas. Nos es indiferente el lugar que V. M. quiera señalarnos; lo mismo el clima á donde se digne aprovecharse de nuestros servicios; y por lo que hace al sueldo, absolutamente lo renunciaremos. Los que no aspiran á otra cosa que á lograr un derecho incontrastable á la dignidad de hombres ilustres, no buscan galardón ó recompensa, sino la ocasión para poder manifestar su valor y su amor á la patria, etc. (4).»

Pero la única compensación material que tuvo España en esta guerra marítima fué haber tomado á los portugueses la colonia del Sacramento, objeto, como antes hemos visto, de antiguas contiendas con el reino lusitano. Hizolo el capitán general de Buenos-Aires, don Pedro Ceballos, obligando al gobernador á rendirla, con cerca de dos mil quinientos soldados que la guarnecían, y ciento diez y ocho cañones (29 de octubre, 1762). Apresáronse allí veintiseis buques ingleses, con ricos cargamentos, valuado todo en cuatro millones de libras esterlinas. Con esto se enfrenó también la osadía de los aventureros ingleses y portugueses, que picados de la codicia habían concebido el audaz proyecto de atacar á Buenos Aires.

Tratándose estaba ya por fortuna de paz, como atrás dejamos indicado. Las dos potencias borbónicas la necesitaban y apetecían después de tan grandes descalabros, aunque mezclados con algunos pocos sucesos felices; y especialmente Francia, cuya sola alianza con Austria era mirada ya como una calamidad pública, y con su desarreglo interior, debido á las disipaciones y desórdenes de un rey y de una corte licenciosa, se veía sin comercio, sin tesoro y sin crédito. Afortunadamente para las dos naciones, el ministro ya más influyente del gabinete británico, lord Rutte, manifestaba hartamente con su política interior y exterior que era menos conforme á sus inclinaciones la guerra que la paz. Ya había hecho proposiciones á Austria y Prusia para que arreglasen sus desavenencias, y retirando el subsidio que la Gran Bretaña daba á Prusia significaba bien su deseo de que no se prolongara la lucha en Alemania. Cuando por las renunciaciones de Pitt y de Newcastle quedó sin rival en el Consejo, fuéles ya fácil entenderse á Francia é Inglaterra. A esto pasó á París el duque de Bedford, á Londres el de Nivernois (setiembre, 1762). Dejose á Austria y Prusia que acordaran particularmente entre sí sus diferencias; las dos cortes de la familia Borbon siguieron sus tratos con la de la Gran Bretaña, y hechas algunas transacciones llegaron á ponerse de acuerdo en los preliminares (3 de noviembre, 1762). Mucho debía desear ya la paz el mismo Carlos III, antes el más promovedor de la

William Coxe, murió en la brecha, y el valiente Velasco, después de luchar denodadamente contra fuerzas superiores, mientras pudo reunir algunos soldados á la sombra de la bandera española, recibió una herida mortal en medio de los vencedores, que admiraron su valor. España bajo el reinado de los Borbones, cap. 61.

(1) Hé aquí cómo los califica Ferrer del Río: «El marqués del Real Transporte, dice, por nada animoso, el ingeniero Ricaud por inepto, el marino Colina por menos autorizado, don Diego Tabares por tibio, y el conde de Superunda por viejo.»—Historia de Carlos III, lib. I, cap. 3.º

(2) La inexactitud de las causas alegadas por Prado se patentizó algo más adelante por un documento del ayuntamiento de la Habana, expedido de su orden por el secretario capitular.

(3) Reales órdenes comunicadas á don Juan de Prado y al marqués del Real Transporte, y las respuestas de estos.—Correspondencia entre el capitán general y los demás jefes militares de la isla.—Actas de la junta de guerra.—Cartas del almirante Pocock, y de lord Albermale.—Gacetas de aquel año.—Beccatini, lib. III.—Ferrer del Río describe las operaciones de este sitio con toda la prolijidad que permite una historia especial

(4) Beccatini inserta esta representación en el lib. III de su compendiosa historia, de donde la tomó también William Coxe.



guerra, siendo cierto que escribía al marqués de Grimaldi: *Mas quiero ceder de mi decoro, que ver padecer á mis pueblos, pues no seré menos honrado siendo padre tierno de mis hijos.*

Llegaron estos preliminares á ser tratado definitivo, que se firmó en París (10 de febrero, 1763). Por él cedía Francia á Inglaterra la Nueva Escocia, el Canadá, con el país al Este del Mississipi, y el cabo Breton, conservando solo el privilegio de la pesca en el banco de Terranova: en las Indias Occidentales cedía la Dominica, San Vicente y Tabago; en las costas de Africa el rio Senegal. Respecto á España, Inglaterra le devolvía la Habana y todo lo conquistado en la isla de Cuba, pero en cambio España cedía la Florida y los territorios al Este y Sudeste del Mississipi, abandonaba el derecho de la pesca en Terranova, y daba á los ingleses el de la corta del palo de tinte en Honduras. Como compensacion de la pérdida de la Florida logró España de Francia por arreglo particular lo que le quedaba de la Luisiana, que en verdad mas era para Carlos III una carga y un cuidado que una indemnizacion ó una recompensa. Manila se devolvió tambien á España, y la colonia del Sacramento á Portugal, cuyo reino habian de evacuar las tropas francesas y españolas (1).

Tal fué entonces el resultado, en verdad bien triste, de la guerra provocada por el Pacto de Familia. Inglaterra ganó en importancia aun mas que en conquistas. España recibió dos grandes escarmentos, y sucumbió á un gran sacrificio. Francia quedó humillada, sometándose á condiciones vergonzosas.

### CAPÍTULO III

#### Consecuencias de la guerra y de la paz.—La América española

DE 1763 Á 1764

Devolucion de la Habana á los españoles.—Retírase del ministerio don Ricardo Wal.—Ardid que empleó para que se le admitiera la renuncia.—Honores que le dispensó el rey.—Grimaldi ministro de Estado.—Su adhesion á Francia.—Quejas del embajador inglés.—Dificultades para la restitution de la colonia del Sacramento á los portugueses, y de Manila á los españoles.—Graves contestaciones sobre la cuestion de Honduras.—Cómo se arreglaron estas diferencias en las cortes de Londres y Madrid.—Enlaces de familia entre los Borbones y la casa de Austria.—Fiestas en Madrid.—Mercedes reales.—Fija el gobierno español su atencion en las posesiones ultramarinas.—Viejos y graves abusos que habia en las colonias de América.—Trátase de remediarlos.—Fortificacion de plazas.—Reformas administrativas.—Establecimiento de correos.—Nombramiento de un visitador general para la América española.—Prendas de don José Galvez, y facultades de que fué investido.—Su conducta en Nueva España.—Aumento en las rentas.—Nuevo sistema de impuestos.—Visita y reformas en el Perú.—Reversion del oficio de correo mayor de Indias á la corona.—Algunos alborotos en Méjico y el Perú.—Son sofocados.

Con arreglo á una de las mas esenciales cláusulas del tratado de París se dispuso que la Habana fuera restituida al monarca español, cuya entrega hicieron los ingleses (6 de julio de 1763) al conde de Riela, que habia sido nombrado capitán general de la isla de Cuba. Lo cual no fué obstáculo para que se siguiera la causa que se mandó formar ante un consejo de guerra á los jefes á cuyo descuido, inercia ó incapacidad se atribuía su rendicion, y á los cuales el tribunal juzgó de la manera que diremos despues.

Una novedad grande ocurrió á poco tiempo en el seno del gabinete español, que novedad grande era en aquellos tiempos la retirada de un primer ministro, y mas en los de Carlos III que tenia una aversion manifiesta á todo cambio de esta especie. Pero hacia tiempo que el ministro de Estado don Ricardo Wal suspiraba por dejar un puesto, para él ya penoso, aunque de otros tan apetecido y envidiado. Sobre no ser acaso enteramente conforme á sus principios la política de familia del nuevo reinado, acabó de resolverle un incidente de otro género en que él se conceptuó desairado; negocio que se referia á uno de los muchos puntos que en este reinado suscitaron contro-

versia entre el gobierno de España, la corte de Roma y el Consejo de Inquisicion, y de que habremos de dar cuenta en otro lugar. No dispuesto Carlos III á consentir en que se apartara de su lado ministro tan hábil como Wal, y comprendiendo este que ningun motivo político que alegara, y solamente una causa física era lo que podia mover al rey á admitirle su dimision, discurrió fingir que padecía de debilidad y mal humor en la vista; á cuyo fin dió en usar antiparras, en ponerse una pantalla verde á los ojos, y aun añaden que cuando habia de presentarse al rey se frotaba los párpados con una especie de pomada que le producía una ligera irritacion. ¡Parece paradoja en los tiempos que alcanzamos que en otros no muy remotos tuvieran necesidad los buenos ministros de emplear tales ardidés para que se les permitiera descender de su puesto! Movidó el monarca de una causa que aparecía tan justa, accedió á relevarle del ministerio, bien que mostrándole lo mucho que sentía verse privado de sus servicios, concediéndole una pingüe pension para que la disfrutara en el Soto de Roma, sitio y casa real en la vega de Granada, y encargándole que no dejara de visitarle por lo menos una vez cada año en Aranjuez (2).

Quedaban con la salida de Wal vacantes dos ministerios. El de la Guerra se dió á Esquilache, conservando el de Hacienda. Para el de Estado se llamó al marqués de Grimaldi, embajador de España en París, que como activo y principal negociador que habia sido del Pacto de Familia, dió ocasion á que fuera interpretado su nombramiento como una significacion de la preponderancia de la política francesa y de la influencia del ministro Choiseul. Y si bien es cierto que Carlos deseaba sinceramente que no se alterara la paz, tampoco pudo evitar que la venida de Grimaldi suscitara temores y recelos de que volviera aquella á turbarse. «De mas francés que el mismo embajador de Francia, calificaba á Grimaldi el ministro inglés Rochefort (3), y quejábale de que su predileccion á Francia crecía de dia en dia. Los recelos que infundía esta predileccion no carecian de fundamento. Por mas que al monarca español le conviniera dejar que su pueblo se repusiera á favor de la tranquilidad de los males causados por la guerra, Francia habia quedado demasiado humillada, y era el ministro Choiseul demasiado orgulloso para que dejara de discurrir, desde el instante mismo en que se firmó la paz, los medios de destruir ó burlar las estipulaciones del tratado, de meditar el modo de vengar un dia su resentimiento contra la potencia que así le habia dado la ley, de excitar ó fomentar disturbios do quiera que pudiese, y de valerse de sus influjos en el gabinete de Madrid para indisponerle de nuevo con la Gran Bretaña.

Así, aunque los artículos del tratado fueron recibiendo su ejecucion, ninguno dejó de suscitar turbulencias ó disputas graves. El capitán general de Buenos-Aires don Pedro Ceballos restituyó á los portugueses la colonia del Sacramento (27 de diciembre, 1763), y algunos meses mas adelante (24 de abril de 1764), el general inglés Droper devolvía al dominio español la capital de Filipinas. Mas ni una ni otra devolucion se hizo sin contestaciones de naturaleza de amagar nuevo rompimiento. Disputóse sobre los verdaderos y mal señalados límites de aquella colonia, y al tiempo que se dirigian varias representaciones al gobierno español, Ceballos mostraba repugnancia á restituir una parte del territorio, fundado en quejas relativas al comercio de contrabando en Buenos-Aires y en lo interior del Paraguay. Pensóse otra vez en renovar las hostilidades contra Portugal, y merced á las reclamaciones de Inglaterra producidas por su embajador conde de Rochefort, quedó sin efecto la reunion de tropas que ya se estaba haciendo en Galicia y Extremadura, porque el gobierno inglés declaró explícitamente estar resuelto á no tolerar la menor agresion contra aquel reino, y que el primer cañonazo que contra él se disparara seria considerado como *casus belli*.

(2) Allí vivió, querido de los habitantes de la comarca, no solo por los actos de caridad que con ellos ejercía, sino por sus costumbres, amable genio y dulces modales, hasta que murió en 1778.—Correspondencia entre Wal y Tanucci.—Fernán Nuñez, Compendio histórico, part. II.—Viaje de España en 1764 y 1765.

(3) Carta de lord Rochefort al conde de Halifax, en Coxe, cap. 62.

(1) Coleccion de tratados de Paz.—Beccatini, lib. III.—Historias de Inglaterra.—Muriel, Reflexiones relativas á la cesion de la Florida.



El rescate de Manila dió también lugar á largos altercados. El gobierno inglés reclamaba los cuatro millones de duros, dos en metálico y dos en letras giradas sobre el tesoro español, que el arzobispo gobernador de aquella plaza se había obligado á pagar al tiempo de la rendición por evitar el saqueo. Respondía á esto Grimaldi que el saqueo no pasaba de ser un abuso, y que el ofrecimiento de aquella cantidad había sido arrancado por la violencia. «Del mismo modo, decía en tono semi-burlesco, pudo el arzobispo haber estipulado á nombre del rey la entrega de la provincia de Granada ó la de Madrid. Eternamente pelearia mi amo antes que acceder á pagar un solo doblon por reclamacion tan bochornosa, y yo me dejaria hacer añicos antes que hacerle semejante proposicion.» En este punto no se mostró menos firme el marqués de Esquilache, ministro de Hacienda y de la Guerra. Sin dejar el gobierno británico de renovar en varias ocasiones esta reclamacion, no era cosa de considerar la negativa como motivo bastante grave para un rompimiento, y así se limitaba á hacerlas en términos mas moderados, pero siempre sin fruto; y estos desaires, si bien insuficientes para producir una ruptura, eran motivos de disgusto que se iban acumulando, y podian prepararla (1).

Cuanto mas que no faltaban por otra parte ocasiones de discordia. Prodújola no pequeña el artículo 7.º del tratado, que prescribía la demolición de las fortificaciones inglesas en la costa de Honduras, y lo que se siguió á esta medida. Insistían los colonos en hacer el contrabando en el interior de Méjico: los españoles apadrinaban á los negros destinados al corte de las maderas de tinte, que se fugaban de las colonias inglesas: diariamente había disputas y choques sobre violaciones de un territorio mal deslindado: los gobernadores de Yucatan y Bacalaar, con arreglo á órdenes que recibieron de Madrid, prohibieron todo comercio y comunicacion entre ingleses y españoles, sin un especial permiso de uno ó de otro soberano; por último, fueron los colonos ingleses, en número de mas de quinientos, expulsados de la costa y obligados á internarse á mas de veinte leguas de distancia del mar. Noticioso de estos vejámenes el gobierno británico, encargó á su embajador en Madrid, lord Rochefort, pidiese la debida satisfaccion del agravio, y la correspondiente indemnizacion de perjuicios á los colonos. Quiso Grimaldi, ó ganar tiempo ó eludir el compromiso, remitiendo la discusion y el arreglo de este punto al gabinete de Londres y al embajador español en aquella corte, príncipe de Masserano. El gobierno de la Gran Bretaña se mantenía inflexible y se negaba á toda transaccion, mientras el de España no le diera las tres satisfacciones siguientes: restablecimiento de los colonos ingleses en Honduras, castigo de los gobernadores que los habían expulsado, é indemnizacion de daños y pérdidas; encomendando nuevamente el negocio á lord Rochefort con energías y apremiantes instrucciones.

Muchas conferencias celebraron, y fuertes contestaciones tuvieron sobre este asunto el embajador inglés Rochefort y el ministro español Grimaldi (de setiembre á diciembre de 1764). Accedía ya el de Grimaldi á la reinstalacion de los colonos ingleses en el golfo de Honduras y en otros puntos del territorio español en aquella parte del mundo, á que nadie les molestara en la corta del palo de campeche, y á que sus buques pudieran cruzar aquellos mares con la seguridad mas completa. Condescendió también en escribir al gobernador de Yucatan, previniéndole que en lo sucesivo dejara tranquilos á los colonos; pero en cuanto á castigarle por su conducta anterior, en que no había hecho sino cumplir con las órdenes del ministerio de Indias, y en cuanto á la compensacion de los daños, dos cosas que exigían el gobierno y el ministro inglés, nególas resueltamente Grimaldi como contrarias al decoro nacional, y además como imposibles de ser recabadas del rey: *No sabeis, le decía, con qué monarca tengo que habérmelas: cuando toma una resolucion, sobre todo si está persuadido de que es*

*justa, no hay nada en el mundo que le haga variar.* Pero al propio tiempo le aseguraba que S. M. estaba firmemente resuelto á seguir en buena amistad con el monarca británico. Al ver tal inflexibilidad, avinose el de Rochefort á que se mandara la reinstalacion de los colonos, á que se los respetara en lo sucesivo, y á que en carta particular se hiciera una especie de apercibimiento á los gobernadores, dejando lo de la indemnizacion para agregarlo á la lista de otras reclamaciones pendientes, y manifestando que su soberano estaba decidido á no permitir á sus súbditos el abuso del comercio de contrabando: con que concluyó por entonces aquella cuestion menos funestamente de lo que se esperaba (2).

Por aquel tiempo denunció el mismo embajador inglés á su gobierno un plan, ciertamente abominable, dado que existiese, y que dijo haber descubierto, del cual culpaba principalmente al ministro francés Choiseul, suponiendo conocimiento y acaso participacion de él en el ministro Grimaldi, á saber, el de incendiar los astilleros y arsenales de Plymouth y Portsmouth, que seria el principio de nuevas hostilidades contra Inglaterra. Aunque el historiador inglés, al dar cuenta de este descubrimiento del embajador, no se atreve á acusar de complicidad á ninguno de los soberanos de las dos naciones borbónicas, y añade que la vigilancia y las precauciones del gobierno inglés hicieron fracasar tan horrible proyecto, ó no eran muy seguros los datos que sobre él tuvo el representante británico en Madrid, ó si hubo el convencimiento de tal designio, no comprendemos cómo, aunque no se realizara, no se quejó con mas energía y no reclamó con mas fuego el gabinete de la Gran Bretaña, cuando lo estaba haciendo sobre agravios de otra naturaleza, y de un carácter ni alevoso ni tan grave como este.

Aun antes de haberse firmado la paz, pero con mas desembarazo despues, dedicóse Carlos III á fortificar los lazos de amistad con la casa de Austria, unida ya también á Francia por vínculos de alianza y parentesco, bien que sin querer admitirla por eso como parte en el Pacto de Familia. Pues cuando lo propuso la corte de Viena, fué rechazado por ambos Borbones, y sobre ello decía Grimaldi: «Nada puede causarnos mas conflicto que el deseo de la corte de Viena de entrar á formar parte del Pacto de Familia: por muchas razones queremos estar bien con aquella corte, única que puede sostener á los hijos y al hermano de S. M. en Italia; pero el Pacto de Familia es negocio de corazon, y no de política: desde el punto que otras potencias extrañas á la familia fuesen admitidas, seria una combinacion política que podria alarmar á Europa, lo cual no queremos de modo alguno.» Así pues, no con este objeto, sino con el de proveer á la seguridad de los Estados de Italia, se trató de realizar los matrimonios antes concertados, y de que en otro lugar hicimos mérito, de la infanta María Luisa de España con el archiduque Pedro Leopoldo de Austria, hijo segundo de María Teresa; y el del príncipe de Asturias don Carlos con María Luisa, hija de su tío don Felipe duque de Parma, que por algunas dificultades que sobrevinieron se habían diferido. Vencidas aquellas por parte de la emperatriz, verificóse el primero de los matrimonios, cuyas alegrías turbó la repentina muerte del emperador Francisco (18 de agosto, 1765), si bien este suceso abrevió el cumplimiento de las condiciones del enlace, quedando su hijo primogénito José II de coregente del imperio, segun su madre había ofrecido, y dándose á Pedro Leopoldo posesion del gran ducado de Toscana. También la muerte de Felipe de Parma (17 de julio, 1765) fué causa de dilatarse algun tiempo el matrimonio de su hija María Luisa, destinada á ser esposa de Carlos, príncipe de Asturias, cuyas bodas al fin se celebraron el 4 de setiembre en San Ildefonso (3).

(2) En los despachos oficiales de lord Rochefort al conde de Halifax, que inserta William Coxe en el cap. 63 de su Historia, se dan curiosos pormenores sobre las entrevistas y conferencias diplomáticas á que dió lugar este negocio por espacio de muchos meses.

(3) Además se concertaron los enlaces del rey de Nápoles, y de Fernando, que era ya duque de Parma, con dos archiduquesas, y se propuso el del archiduque Francisco con la heredera de Módena. Mas adelante enlazaron dos príncipes franceses con dos hijas del rey de Cerdeña. «Estas alianzas, dice un historiador, revelan sobradamente el principio

(1) Dice un historiador inglés que los soldados llegaron con el tiempo á tomar aquel chasco por broma, y que en sus recuerdos de la toma de Manila solían decir que otra vez no se dejarían engañar por un general, cuyo *latin* les había quitado el *botin*, aludiendo al arzobispo, que había redactado en latin la capitulacion.



Unas y otras bodas al fin se solemnizaron en Madrid con regocijos públicos, á que asistieron los embajadores de las cortes extranjeras, y en que tomaron una parte muy principal y activa los magnates de la primera grandeza española. Vistas iluminaciones, fuegos artificiales, banquetes espléndidos, costosas y magníficas comparsas, corridas de toros en la Plaza Mayor, serenatas, bailes y funciones teatrales, para lo cual se hizo venir bailarinas y cantantes de Francia y de Italia, todo contribuyó á dar animación á aquellas fiestas, en que los nobles hacían ostentación de lujo y de prodigalidad, y el pueblo se entregaba de lleno á la alegría. De las mercedes reales participaron, como en tales casos acontecer suele, los que habían estado antes y estaban á la sazón al mas inmediato servicio del rey; percibieron gracias en esta distribución sus ministros los marqueses de Grimaldi y Esquilache; fué creado grande de España de primera clase, entre otros, el duque de Osuna, embajador de Francia: y como conservase todavía el rey la dignidad de gran maestro de la orden de San Genaro hasta que llegase á la mayor edad el rey de Nápoles su hijo, confirió también la cruz de aquella orden á algunos personajes españoles y extranjeros, como testimonio de su particular estimación (1). No estuvo tampoco sin ejercicio la mas preciosa

de las cortes de la familia Borbon, que consistía en consolidar el establecimiento de los príncipes españoles en Italia, formando así una masa bastante fuerte para resistir á las potencias marítimas y al resto de Europa.»

(1) En la Gaceta del martes 17 de diciembre de 1765 se insertó el catálogo nominal de los agraciados con tan fausto motivo, del cual resulta haber sido otorgadas las mercedes siguientes:

*Grandezas de primera clase*

Al marqués de Osuna, embajador de Francia.  
Al marqués de Mortara.  
Al conde de Motezuma.  
Al príncipe de Villafranca.

*Honores y tratamiento de grande*

Al marqués de Spacaforno.  
Al conde de la Roca.

*Toisones*

Al conde Branicky, gran general de Polonia.  
Al marqués de Grimaldi.

*Cordones de San Genaro*

Al cardenal de Solís.  
Al príncipe de Butera.  
Al duque de Bournonville.  
Al príncipe de Belmonte Pignatelli.  
Al príncipe de Campo Franco.  
Al conde de Fuencalá.  
Al marqués de Esquilache.  
Al duque de Granada.

*Consejero de Estado*

Al duque de Sotomayor.

*Honores de consejeros de Estado*

Al marqués de Gamoneda.

*Llaves de gentiles-hombres de cámara con ejercicio*

Se dieron catorce á los sujetos que se expresan en la relación.

*Llaves de gentiles-hombres con entrada*

Se repartieron siete á los sujetos allí expresados.

*Llaves honorarias*

Dos.

*Mayordomos de semana*

Fueron cuatro los nombrados.

*Títulos de Castilla*

Se dieron diez á los sujetos que allí constan.

Sigue la promoción de grados y empleos en el ejército, que constituye una larga lista; y la de encomiendas y pensiones, de que participaron otros diez.

No se encuentran en este catálogo ni el marqués de Campo de Villar, ni el de Tanucci, ni el príncipe de la Católica, embajador de Nápoles, ni

de las prerogativas reales, la indulgencia para con los desgraciados, que tan bien sienta en ocasiones de público regocijo. El consejo de guerra creado para juzgar á los culpables de la rendición y pérdida de la Habana, después de dos años de procedimientos, había dictado su sentencia condenando á varias penas á los jefes de aquella plaza según sus grados de culpabilidad, y á la de muerte al capitán general don Juan de Prado. El rey concedió indultos proporcionados á las condenas, y conmutó la de Prado en prisión perpetua, que sufrió en Vitigudino. Al propio tiempo honró la memoria de los heroicos defensores de la Habana, Velasco y el marqués González: al primogénito de este dió el título de conde del Asalto, con una pensión de cien doblones, á mas de los mil que gozaba la marquesa su madre: la Academia de Nobles Artes abrió certamen público, para levantar un monumento digno de aquellos dos ilustres guerreros, y los ingleses mismos, sus enemigos y vencedores, con laudable grandeza y generosidad, les erigían otro en la abadía de Westminster: envidiable honra para vencedores y vencidos (2).

Los últimos descalabros sufridos en las Indias, y las cuestiones que á cada paso, aun después de la paz, se suscitaban con Inglaterra, convencieron á Carlos III y á sus ministros de la necesidad de atender con esmero á las posesiones ultramarinas, ya demasiado seriamente una vez amenazadas, no solo para cuidar de su fortificación y defensa, y ponerlas á cubierto de nuevas invasiones, sino también para mejorar su administración, fomentar su riqueza y sacar de ellas mas aprovechamiento para la metrópoli. Los ingleses parecían no ver en esto sino planes concertados de las dos cortes de Borbon contra Inglaterra, y el historiador británico de la dinastía borbónica en España supone al ministro francés Choiseul autor é instigador del sistema emprendido por Carlos III. No negaremos la parte que á Choiseul le correspondiera en la resolución del monarca y de los ministros españoles; pero el mismo escritor confiesa que á Esquilache le tenían indignado los fraudes y las malversaciones de los corregidores de América. Por tanto era acá harto reconocida la necesidad de la reforma. Y tanto mas, cuanto que no eran solo los corregidores, eran los demás magistrados, eran la mayor parte de los funcionarios públicos, era el clero mismo, y eran mas especialmente los vireyes los que, aparte de honrosas excepciones, iban al Nuevo Mundo á enriquecerse y á llenar de oro sus arcas particulares, siquiera no pasase el mar una sola barra para el tesoro de la metrópoli. Que aunque estaban sujetos á residencia (que era el juicio que contra ellos se abría luego que concluían su gobierno), como decía el virey de Méjico duque de Linares á su sucesor el marqués de Valero: «Si el que viene á gobernar no se acuerda repetidas veces que la residencia mas rigurosa es la que se ha de tomar al virey en su juicio particular con la Majestad Divina, puede ser mas soberano que el gran turco, pues no discurrirá maldad que no haya quien se la facilite, ni practicará tiranía que no se le consienta (3).» Y la corte misma contribuía á estos abusos, dispensando muchas veces del juicio de residencia á los que merecían ser mas residenciados.

Hemos incluido el clero entre las clases que en aquellas regiones acumulaban riquezas sin producirlas. Y en efecto, el clero que en algun tiempo pudo ser el elemento mas provechoso para ilustrar y moralizar aquellas gentes, fué dejando deslumbrar del oro y arrastrar de la codicia en términos, que al decir de un juicioso historiador mejicano, á últimos del siglo XVIII, «la totalidad de las propiedades del clero tanto secular como regular en Nueva España, así en fincas como en

don Ricardo Wal, de quienes habla nominalmente Ferrer del Rio; acaso fueron comprendidos mas tarde en estas gracias.

(2) En el tomo 42 de Papeles Varios impresos de la Real Academia de la Historia se halla un extenso escrito titulado: «Defensa y satisfacción, que por la de su obligación y honor propio expone el marqués del Real Transporte, jefe de escuadra de la real armada, etc., á los cargos que se le han formado en la causa mandada instruir en virtud de real orden... sobre la conducta que tuvieron en la defensa, capitulación, pérdida y rendición de la plaza de la Habana y escuadra que se hallaba en el puerto, los jefes y oficiales, etc.»

(3) Instrucción manuscrita citada por don Lucas Alaman en su Historia de Méjico.



capitales impuestos á censo, no bajaba de la mitad del valor total de los bienes raíces del país. Habíanse multiplicado las casas monásticas de ambos sexos hasta un punto, que allí y acá se hicieron vivas representaciones á los reyes para que no permitiesen mas fundaciones, y limitasen sus haciendas, y les prohibiesen adquirir de nuevo, porque de otro modo en breve serian señores de todo (1).» Sus costumbres, objeto en algun tiempo de respeto y veneracion para los indios, habian llegado á un grado escandaloso de corrupcion, especialmente en los regulares encargados de la administracion de los curatos ó doctrinas, distinguiéndose solo los jesuitas y alguna otra orden religiosa por su celo apostólico y por la pureza de sus costumbres (2).

Por estas breves indicaciones sobre el estado y conducta de las clases mas autorizadas y que debieran ser ejemplo y servir de moderadoras á las demás, puede discurrirse cuál seria en general la situacion de aquellos vastos y ricos países en lo moral y en lo administrativo. Y no porque para su régimen hubieran dejado de dictarse buenas leyes en todos tiempos, que en los de Carlos II fueron reunidas en un código (18 de mayo, 1680), con el título de *Recopilacion de Leyes de los reinos de las Indias*; sino por los abusos á que habia ido dando lugar la poca ó ninguna observancia de los encargados de guardarlas y hacerlas guardar, por mas que el desorden se hubiera remediado algo en los primeros reinados de los principes de la casa de Borbon. Así no es extraño que en la parte económica aquellos pingües rendimientos que algun tiempo la metrópoli habia recibido de Indias, llegaran á verse reducidos casi á la nulidad. Datos si acaso no de todo punto exactos, pero si aproximados y con ligeras diferencias conformes entre sí, lo confirman cumplidamente. El autor del proyecto presentado á Carlos III trató de demostrar que todos los ingresos del Perú, Méjico, Chile y Tierra Firme no excedian de 4.000,000 de duros, de los cuales no entraban en las arcas públicas sino unos 840,000 pesos. Sobre 500,000 duros dice otro documento que rendia la América en tiempo del ministro Patiño. Al acabar la guerra de sucesion las rentas de Nueva España produjeron 3.068,410 pesos, segun un escritor de aquel reino. Un arzobispo virey de Méjico envió á España 1.000,000 poco antes de mediar el siglo XVIII, y al decir del marqués de la Ensenada en su Memoria á Fernando VI, el Perú seguia absorbiendo todas sus rentas. Casi todas las de América habian sido arrendadas en los reinados de los últimos monarcas austriacos, «síntoma cierto, dice un escritor, de la debilidad ó incapacidad de un gobierno.» Los de la casa de Borbon las fueron poniendo sucesivamente en administracion.

A darles todo el impulso y aumento posible enderezaron sus miras Carlos III y sus ministros, que al efecto comenzaron por celebrar reuniones y conferencias semanales. Determinóse desde luego (24 de agosto, 1764) establecer correos que con regularidad y frecuencia trajeran y llevaran las comunicaciones entre la metrópoli y sus colonias, permitiéndoles conducir á bordo pasajeros y artículos de comercio, lo cual al propio tiempo que facilitaba las comunicaciones y fomentaba la contratacion, producía á la corona una renta no despreciable. Encargado de plantearlos fué don José Antonio de Armona, y tambien de establecer ciertos nuevos tributos sobre aquellos artículos que menos pudieran repugnar á los naturales, cuidando de exigirlos de un modo que no los ofendiera y disgustara. Todo se ejecutó, y con aquellos productos se pudo atender á fortificar en regla la Habana, y al mantenimiento de las tropas, de las cuales habia ya en aquel mismo año en la plaza y sus contornos cinco mil infantes y dos mil caballos (3).

Pero lo que contribuyó mas eficazmente á la idea y al pro-

(1) Gil Gonzalez Dávila, Teatro de las Iglesias de América.—Humboldt, Ensayo político, tomo III.—Compendio de la historia de la real hacienda de Nueva España.—Alaman, Historia de Méjico.—Representacion del ayuntamiento de Méjico al rey Felipe IV.—Id. de los vecinos de Valladolid al virey Iturrigaray.

(2) Informe secreto de don Jorge Juan y don Antonio Ulloa dado á Fernando VI sobre su viaje al Perú.

(3) Correspondencia entre Carlos III y Tanucci.—*Noticias privadas de casa*, escritas por Armona; y cuyo MS. cita Ferrer del Río.

pósito del gobierno, fué la creacion y el envío de un visitador general con grandes facultades y atribuciones. El bueno ó mal éxito de semejantes comisiones depende de la buena ó mala eleccion de la persona. Buena habria sido la de don Francisco Carrasco, fiscal del Consejo de Hacienda, á quien propuso Esquilache, pero rehusó por falta de salud aquel magistrado. Tambien hizo lo posible por eludir el cargo don Francisco Anselmo de Armona, que parecia pronosticar la desgracia que le aguardaba; pues obligado por el ministro á aceptarle, con la amenaza de enviarlo á un castillo por inobediente, sucumbió en la navegacion. En su lugar fué nombrado don José de Galvez (4), alcalde de casa y corte, sujeto tambien de buenas prendas y muy para el caso, que despues fué ministro universal de Indias, y marqués de la Sonora. Para apoyar las medidas de que iba encargado y otras que tuviera que dictar, se embarcó un refuerzo de dos mil hombres, walones y suizos, para Veracruz, cuyo mando se dió á don Juan de Villalba, último capitán general de Andalucía, y militar acreditado de firme y enérgico. Llevaba Galvez instrucciones secretas para inquirir sobre la conducta del virey de Nueva España, marqués de Cruillas, acusado de no limpio en la inversion de caudales y manejo de intereses, para proceder contra él á lo que hubiere lugar. Además habia de inspeccionar el estado de las oficinas de hacienda, y el comportamiento de los empleados civiles; poner orden en la administracion, estanciar el tabaco, y hacer otras reformas que parecieran convenientes.

El primero y uno de los muchos buenos oficios que hizo Galvez tan pronto como llegó á Méjico fué cortar una disputa que habia estallado entre el virey y el nuevo comandante general Villalba sobre competencias de jurisdiccion y autoridad, en cuyas diferencias se habian mezclado algunos moradores. En cuanto al virey, cuyas acusaciones desgraciadamente no carecian de fundamento, ahorróse Galvez el compromiso de un procedimiento disgustoso, habiendo llegado orden del soberano exonerándole del vireinato. La rebaja que el nuevo comandante general hizo en el prest de la tropa, y su reorganizacion al estilo de la de España, no dejó de producir alguna desercion en los soldados, que internándose en el país encontraban acogida y proteccion en los habitantes descontentos, anuncio y como principio de otras novedades y alteraciones que habian de venir. Galvez obró con prudencia, no precipitando las reformas, y pidiendo nuevas instrucciones á instancias de los principales habitantes del vireinato, cuya conducta le valió obtener de los mas acaudalados un donativo gratuito de 2.000,000 de duros. Mucho favoreció tambien á los proyectos del visitador la llegada del nuevo virey, marqués de Croix, sucesor de Cruillas, hombre de alta inteligencia, y sobre todo íntegro y probo, y á quien con justicia bendecia por su pureza y desinterés aquel pueblo no acostumbrado á autoridades de tales virtudes.

Galvez emprendió las reformas, objeto de su comision, con tan buen éxito, que el primer año de su visita (1765) produjeron ya las rentas de Nueva España 6.141,981 pesos, y aun fueron acreciendo rápidamente en lo sucesivo (5). Y por último, acerca de las reformas que introdujo en la administracion se explica del modo que sigue el historiador mejicano de nuestro siglo: «El aspecto del país, dice, cambió enteramente, lo que fué en gran manera debido á las medidas que se tomaron á consecuencia de la visita que hizo desde 1765 á 1771 don José de Galvez, especialmente en el ramo de hacienda, que puede decirse haber sido el que la creó. Le hemos visto, como ministro universal de Indias, variando enteramente la administracion interior de las provincias por medio de la ordenanza de intendentes, y erigiendo el cuerpo de la minería bajo un plan grandioso y bien concebido: como visitador, le veremos creando nuevas rentas, estableciendo la administracion de cada uno de sus ramos y dando reglamentos á todos; de manera que no

(4) Don Andrés le llama equivocadamente William Coxe.

(5) «En 1781, dice Alaman en su Historia de Méjico, cuando todas las medidas tomadas por este (Galvez), en virtud de las amplias facultades que se le dieron, habian tenido ya su cumplido efecto, llegaron las rentas á 18.091,639 pesos, siendo al fin del siglo de veinte millones de pesos.»



se sabe qué sea mas digno de admiracion en este hombre extraordinario, si su actividad incansable, ó el tino y acierto de sus providencias, de las que él mismo da una completa idea en la instruccion que sobre todos los ramos de la visita dejó al virey don Antonio María Bucareli (1).»

Hiciéronse tambien en el Perú reformas de importancia, y de visitador fué enviado allá algo mas tarde don José Antonio de Areche. Creáronse allí cuerpos de milicia, y en Buenos-Aires se reforzó la guarnicion para defender y mantener el territorio de la colonia del Sacramento que no se habia devuelto á los portugueses, como porcion que tenian ellos usurpada. Se levantaron muchas de las trabas que tenia el comercio de América; se habilitaron varios puertos de España, en lugar de uno solo que antes tenia este privilegio, para despachar mercaderías á las diferentes colonias españolas del Nuevo Mundo, y se vió desarrollar el espíritu mercantil, y rendir productos los mercados de ciertas islas, inclusa la de Cuba, que carecian antes de movimiento y estaban como entorpecidos. La reversión á la corona del oficio de correo mayor de Indias, vinculado desde Carlos V en la familia Galindez de Carvajal, y que obtenia don Francisco de Carvajal y Vargas, conde de Castillejo, fué una de las reformas que redundaron mas en pro de la real hacienda. La cuantiosísima compensacion que se dió al de Castillejo por la cesion que de él hizo al Estado, demuestra el enorme lucro que de aquel oficio se sacaba, el abuso que sin duda habia llegado á hacerse de él, el gravámen que resultaba á la hacienda, y las ventajas que esta debia experimentar de que volviese á la corona (2).

Nada tenia de extraño que estas, como suele acontecer á todas las reformas de añejos abusos y costumbres, no agradasen á todos, sino que descontentaran á algunos. A ellas atribuye el historiador inglés del reinado de los Borbones en España una sublevacion de varios habitantes de la Puebla de los Angeles, ciudad situada en el camino real de Méjico á Veracruz, en la cual destruyeron los edificios destinados á aduanas, pero que al fin fué sofocada por los mismos vecinos mas pudientes, que costeaban la milicia del país, y se mantenian fieles á la autoridad real. Igual origen supone á otro disturbio algo mas grave de que fué teatro la ciudad de Quito, capital de la provincia del Ecuador, en que los sublevados, con conatos de independencia, expulsaron á los empleados reales, y pedian que en lo sucesivo no fueran españoles, sino naturales del país y nombrados por ellos mismos sus magistrados, con cuya condicion seguirian pagando las nuevas contribuciones. Los insurrectos se negaban á admitir el indulto con que se los brindó, porque no se reconocian criminales. Pero tambien se apaciguó esta sublevacion sin que tuviese graves consecuencias (3). Lo que de todos modos no nos parece enteramente exacto es lo que añade despues el mismo historiador, á saber, «que los españoles y los que conocian mejor el carácter de los americanos estaban acordes en desaprobacion el nuevo sistema de impuestos.» Pudieran no obstante mirarse aquellos sucesos como síntomas y anuncios de otros mas graves que adelante veremos ocurrir en la América española.

(1) Alaman, Historia de Méjico, part. I, cap. 3.º

(2) Se conservó al poseedor el título honorario de correo mayor de Indias; se le hizo merced de la grandeza de España; se le señalaron catorce mil pesos anuales, pagaderos sin descuento; se le facultó para vender sus bienes vinculados en Indias relevándole del pago de alcabala; se le dieron siete mil pesos fuertes para su traslacion y la de su familia á España, y se le otorgaron otras gracias de consideracion.

(3) William Coxe tomó estas noticias de las que trasmitió en 1766 lord Rochefort, embajador británico en Madrid, al secretario de Estado Couvray. Alaman en su Historia de Méjico no hace mencion de estos acontecimientos.

## CAPITULO IV

### Motin en Madrid

1766

Condicion y carácter de los dos ministros, Esquilache y Grimaldi.—Providencias y reformas administrativas debidas al de Esquilache.—La abolicion de la tasa de granos y semillas: importacion de trigos extranjeros.—Cómo fué recibida.—Fama de codicioso que tenia el ministro.—Cómo era mirado del clero.—Carestía en los víveres.—Célebre bando sobre las capas y sombreros.—Imprudencia en la ejecucion.—Disgusto público.—Principio del motin.—Sucesos del domingo de Ramos.—Es invadida por los amotinados la casa de Esquilache.—Carácter del alboroto el lunes.—Escenas sangrientas.—Gran consejo en palacio.—Anécdota curiosa del padre Cuenca.—El rey desde un balcon de palacio accede á las demandas de los sediciosos.—Alegria tumultuaria.—Rosario y procesion de palmas la noche del lunes.—Fuga nocturna del rey y de la real familia á Aranjuez.—Indignacion del pueblo.—Sucesos del martes.—El obispo Rojas.—Representacion al rey.—Conducta de los amotinados.—Respuesta del monarca.—Sosiégase el tumulto el miércoles santo.—Destierro de Esquilache.—Nuevos ministros.—El conde de Aranda presidente del Consejo.—Bando y contra-bando.—Nuevas excitaciones.—Castigos.—Destierro de Ensenada.

Un acontecimiento extraordinario y grave vino á poco tiempo á distraer la atencion del rey, de los ministros, de los hombres políticos, y de todo el pueblo de las apartadas regiones del Nuevo Mundo, y á fijarla y concentrarla dentro de la península española, en la capital misma del reino, donde aquel suceso se verificó. Hablamos del famoso motin de Madrid en marzo de 1766. Antes de hacer la relacion de este ruidoso acontecimiento, necesitamos dar cuenta de los antecedentes y de las causas que pudieron prepararle, porque, como en varias ocasiones hemos ya observado, ninguna conmocion ó sublevacion popular, por mas que en el acto de estallar sorprenda, deja de reconocer una causa anterior, de mas ó menos tiempo y con mas ó menos publicidad ó sigilo preparada.

Los dos ministros que en esta época ejercian mas influencia en el ánimo de Carlos III y en quienes este principe tenia mas confianza, eran don Leopoldo de Gregorio y don Jerónimo de Grimaldi, marqués de Esquilache el uno (4), marqués de Grimaldi el otro, ambos extranjeros, como italianos que eran ambos. Al primero le habia traído ya consigo de Nápoles, y desempeñaba á la sazón los ministerios de Hacienda y de Guerra: al segundo le envió al pronto de embajador á Paris, y le trajo despues á España para encomendarle el ministerio de Estado por renuncia de don Ricardo Wal. Eran los dos ministros desiguales en carácter y en inclinaciones, como lo eran en las dotes del entendimiento, y como lo eran tambien en cuna y en prosapia. Ilustre la de Grimaldi, cuanto la de Esquilache habia sido humilde, conservaba aquel aficion á la sociedad culta en que se habia criado, á las formas elegantes, y á cierta esplendidez y boato dentro y fuera de su casa, en tanto que este, con arreglo á los hábitos adquiridos en su primera edad, propendia á cierta economía mezquina y severa, gustábase discurrir arbitrios para sacar dinero (á cuya sombra no descuidaba su mujer de hacer su propia fortuna), carecia de modales finos y de sentimientos elevados. En mucho, aunque no en todo parecidos á los ministros de Fernando VI Ensenada y Carvajal, era Grimaldi tan adicto á la política y á los intereses de la Francia como lo habia sido Ensenada; poco menos opuesto á ellos que Carvajal era Esquilache aunque no se atrevia á manifestarlo. Sin faltar Grimaldi á los deberes de su empleo, porque tampoco Carlos III consentia cerca de sí ministros que no entendieran ni secretarios que no trabajaran, quedábale tiempo para las distracciones y recreos de buena sociedad á que era aficionado; era Esquilache, no mas inteligente, pero si mas dado al trabajo, y nada al pasatiempo, y como ministro de Hacienda, y de la Guerra despues, y de Gracia y Justicia interinamente algun tiempo, casi todas las reformas y medidas administrativas de estos primeros años del reinado del tercer Borbon habian sido tomadas ó por consejo, ó por lo menos con intervencion de Esquilache.

(4) *Squillace*, título italiano, que los españoles acomodaron despues á la pronunciacion y á la escritura castellana, diciendo Esquilache.



Como tal, le comprendía y alcanzaba mas que á otro alguno la alabanza ó la odiosidad que hubieran producido las muchas providencias que se habian tomado, así en los diferentes ramos de la administracion, como en lo perteneciente á policia, ornato y costumbres públicas. De algunas de ellas dimos noticias en nuestro primer capítulo. Continuaron con bastante actividad desde el período que aquel abarcaba, y de ellas las hubo que fueron gustosamente y con aplauso recibidas del pueblo, otras con disgusto y repugnancia, á las veces fundada, á las veces tambien infundada é injusta. Habíanse establecido, con sus correspondientes reglamentos, Montes Píos destinados al socorro de las viudas y huérfanos de militares (1761): creándose el Colegio de Artillería; dándose ordenanzas para el reemplazo del ejército; prescrito reglas y condiciones para la admision en España de bulas, breves y despachos pontificios, y para la prohibicion de libros y defensa que habia de permitirse á sus autores, y publicándose ordenanzas para la comunidad ó gremio de los mercaderes ó encuadernadores de libros (1762). Se habian expedido cédulas y provisiones sobre los propios y los arbitrios de los pueblos y sus abastos. Se habia creado, á imitacion de lo que ya existia en Roma y en otras cortes extranjeras, la renta de la *Lotería ó Beneficiata*, con objeto de que sus productos se aplicasen al sostenimiento de los hospitales, hospicios y otros establecimientos pios (1). Una pragmática, aboliendo la tasa de los granos y semillas, y dejando libre y desembarazado el comercio de estos artículos, con facultad de extraccion mientras no llegasen á cierto precio en los mercados, una real provision sobre el modo de hacer acopios y surtidos de estas especies en los pueblos en que fuese necesario (2), y la compra é introduccion de trigos de Sicilia, estableciendo almacenes de ellos en ciertas poblaciones, en ocasion en que habia subido el precio del pan por consecuencia de dos años de escasa cosecha, eran medidas que habian hecho gran sensacion en el pueblo, ya por la novedad, ya por la manera de ejecutarlas. La última especialmente habia causado gran disgusto por el modo violento con que se realizó.

Notábase cierto afán de reformas, no solo en política y en administracion, sino en lo concerniente á ornato y decoro público y á costumbres populares. Se construian en la capital los magníficos edificios de Correos, Aduana y San Francisco el Grande; se hermoseaban las afueras de la poblacion con paseos públicos; habíase hecho el de las Delicias y se proyectaba el del Prado de San Fermin. Dictábanse nuevas providencias para la limpieza y aseo de las calles, obligando á todos los vecinos sin excepcion á barrer y regar todos los dias las delanteras de sus casas, y se daban las oportunas órdenes y disposiciones para el conveniente desembarazo de calles, plazas y mercados de escombros y materias inmundas (3), viéndose un decidido empeño en adecentar la poblacion, que lo habia bien menester. Atentos el rey y sus ministros á corregir y mejorar las costumbres públicas, allí donde les era denunciado un abuso aplicaban inmediatamente el correctivo. Al modo que se providenció lo conveniente para reprimir los excesos que se cometian en las romerías y otras festividades religioso-populares, así se bajó la mano á remediar el escándalo de juntarse los vecinos en los dias festivos en algunas provincias á embriagarse á costa de las multas que los alcaldes acostumbraban á imponer en vino á los infractores de las ordenanzas municipales, de que naciaen cuestiones, riñas y disturbios, mandando que en lo sucesivo las multas no se

pagasen sino en metálico con aplicacion á los gastos indispensables del comun (4). Prohibióse igualmente bajo la pena de cuatro años de presidio y de 100 ducados con aplicacion á los pobres de las cárceles, la costumbre de dar lo que llamaban cencerradas á los viudos y viudas que pasaban á segundas nupcias; abuso que á muchos retraia de contraer matrimonio, y era frecuentemente ocasion de escándalos, alborotos y desgracias (5). Así en todo lo demás que fuera reformar abusos en los ramos de administracion, de policia y de costumbres.

De todas estas medidas sonaba como principal autor, y lo era en realidad, el marqués de Esquilache. De poco afecto á la influencia clerical, y menos á la de la curia romana le tildaban, mirándole de mal ojo, los parciales de la preponderancia eclesiástica, y le acusaban de innovador y regalista. No podian ser sus adictos los que por interés ó por apego á los antiguos hábitos eran enemigos de las reformas. Como á extranjero, y como aficionado á alterar los usos y costumbres populares españolas, no podia serle afecto el pueblo, de suyo enemigo de tales innovaciones. Con la acumulacion de rentas y empleos en su familia, hasta el punto de haber nombrado administrador de la aduana de Cádiz (pingüe destino entonces) á uno de sus hijos menor de edad, cuyo empleo desempeñaba por sustituto; con decirse de él que estaba en tratos para comprar una magnífica hacienda que la familia de Alba tenia en Sicilia; que enviaba á Italia los muchos millones que extraia del erario y de las flotas; que los empleos se vendian, y que en su misma casa se traficaba no muy clandestinamente con el tabaco, de cuya indecorosa granjería y lucro se suponía principal partícipe á la marquesa su esposa, al modo que en tiempo de Carlos II lo habia sido de un tráfico semejante la condesa de Oropesa, no faltando lengua bastante mordaz que vertiera especies por otro estilo ofensivas á la honra de aquella señora y de que no salia limpio el buen nombre del rey, y finalmente con culparle de la carestía de los artículos de primera necesidad y consumo, se comprenderá cuán malquisto estaria el de Esquilache en el pueblo español, y muy principalmente para con la poblacion de Madrid (6).

Así dispuestos los ánimos, dióle la tentacion al ministro extranjero de querer variar el traje nacional de los españoles, esto es, desterrar la capa larga y el sombrero redondo que de mucho tiempo usaba todo el mundo, y sustituirle con el que se llamaba entonces traje militar, que era la capa corta y el sombrero de tres picos, fundado en que aquel daba á la gente de España cierto aire de poco culta y cierto aspecto de sospechosa hasta en medio del dia. Carlos III que desde muy joven habia salido y vivido fuera de España y no conservaba apego á las costumbres nacionales, no dificultó en acceder al deseo del ministro, mucho mas cuando en el anterior reinado y en el principio del suyo se habia prohibido el uso de las capas, gorros y embozos en los teatros y en los paseos públicos. Autorizado Esquilache por el monarca, comenzó por privar el uso de la capa y sombrero gacho á los empleados en palacio y en las oficinas del Estado, haciéndolo luego extensivo á los dependientes de los Cinco Gremios mayores, conminándoles con la pérdida de los empleos y de incurrir en la real indignacion. Obedecieron aquellos á trueque de no perder sus destinos, y envalentonado con esto el ministro, creyóse bastante fuerte para imponer la misma ley á todo el pueblo, sin distincion de clases, y en bando que hizo publicar con gran solemnidad y ceremonia el 10 de marzo (1766) mandó bajo la pena de multa

(1) Decreto de 30 de diciembre de 1763. La primera extraccion se habia de hacer el 10 de diciembre inmediato.

(2) Pragmática de 11 de julio de 1765.—Real provision de 30 de agosto de id.—Sanchez, Coleccion de pragmáticas, cédulas reales, etc.—Real provision del Consejo, en que se prescriben las reglas tocantes á la policia interior de granos en el reino para su surtimiento.—Otra coleccion de cédulas desde 1728 hasta 1777.

(3) Bando de 6 de abril de 1764: en la Coleccion de cédulas reales de la Real Academia de la Historia, tom. I.—No es exacto que el edicto para el alumbrado de Madrid se diese el año 1765, como dice el señor Ferrer del Rio en dos lugares. Habíase ya mandado cuatro años antes, y regia esta disposicion desde 2 de octubre de 1761.—Coleccion de cédulas reales, tom. I, donde se encuentra el bando.

(4) Real orden de 9 de abril de 1765.—Dióse esta disposicion á consecuencia de denuncia que hizo el intendente de Leon; y el Consejo de Castilla á propuesta del fiscal, conde de Campomanes, hizo extensiva esta providencia á las provincias de Galicia, Asturias, Palencia, Burgos y corregimiento de las cuatro villas de la costa de Cantabria.

(5) Bando de 27 de setiembre de 1765.—Se dió para la corte, y le extendió despues el Consejo á otras provincias.

(6) Todos estos cargos, sin duda fundados algunos, por lo menos ligeros y aventurados otros, se hacian en una representacion anónima que se puso en manos del rey rogándole que pidiera informe de todo ello al Consejo de Castilla, pero la leyó Esquilache antes que el monarca y la ocultó.—*Discurso histórico de lo sucedido en el alboroto ocurrido en esta villa y corte de Madrid*: MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Est. 27, gr. 3.ª E. n.º 64.



y cárcel que todo el mundo dejase la capa larga y el sombrero redondo y gacho, y adoptase la capa corta y el sombrero de tres picos.

El disgusto que causó semejante providencia se manifestó muy pronto: aquella misma noche fueron arrancados todos los bandos de las esquinas, y en la mañana siguiente apareció un cartel alarmante y sedicioso, que irritó mas al ministro, en vez de hacerle reflexionar sobre el espíritu público y la disposición de los ánimos, y al otro día recorrían las calles los alcaldes de corte con sus alguaciles, aquellos reconviniendo por la desobediencia á los que encontraban con capa, estos, ó sacando multas á los infractores, ó metiéndolos en los portales, donde los hacían recortar las capas y apuntar los sombreros, que para esto algunos llevaban sastres consigo, dando lugar á lances desagradables, en que se cruzaron las espadas, como sucedió, entre otros casos, con un lacayo del marqués de Cogolludo. Con esto, y con observarse que los hombres del pueblo dieron en andar por las calles y pasar por delante de los cuarteles en cuadrillas de cuatro en cuatro embozados y en ademán provocativo, encomendóse al comandante de inválidos, mariscal de campo don Francisco Rubio, el cargo de hacer cumplir el bando auxiliado de su tropa, lo cual dió ocasion á nuevos choques y á nuevas burlas del pueblo. Es de advertir que el bando se habia dado no sin manifiesta repugnancia de los fiscales del Consejo, que en dos diferentes informes representaron lo peligroso y lo inconveniente de la medida, especialmente de hacerla extensiva á todas las clases del pueblo, como ocasionada á disturbios, como contraria al fomento y prosperidad de las fábricas nacionales de que se hacia el gran surtido de aquellas prendas, como injusta en los medios con que se habia de obligar á la ejecucion, como imprudente en muchos conceptos, y concluían proponiendo la manera discreta y templada cómo podría llegarse á corregir el abuso de los embozos; mas todas las juiciosas observaciones de aquellos dignos magistrados fueron desatendidas (1).

A eso de las cinco de la tarde del domingo de Ramos (23 de marzo, 1766) se observó que se paseaban por delante del cuartel de Inválidos de la plazuela de Anton Martin, dos hombres embozados, uno de ellos con sombrero blanco, como haciendo alarde de no dárseles nada ni por el bando ni por la tropa. A este último se llegó un soldado, y como le dijese: «Paisano, ¿por qué no observa V. lo mandado, y no apunta ese sombrero?» contestóle bruscamente: *Porque no me da la gana*. Trató el soldado de prenderle, él se retiró, terció la capa, tiró de la espada, la guardia acudió, los embozados dieron un silbido, á cuya señal se vió desembocar otros de las calles contiguas; el oficial mandó retirar sus soldados, y los embozados salieron en ala y como triunfantes por la calle de Atocha, gritando: ¡Viva el rey! ¡Viva España! ¡Muera Esquilache! y obligando á cuantos encontraban á desapuntar los sombreros y á seguirlos. Al llegar los grupos á la plaza Mayor, incorporóseles otra porcion de gente que en la misma actitud venia de la calle de Toledo y plazuela de la Cebada, y á creer una de las relaciones de este suceso, llegaron á juntarse allí al anochecer hasta cuatro mil, que se distribuyeron en cuadrillas, mandadas cada una por uno ó dos cabos.

De ser el motin, no casual, sino de atrás preparado, y en el

(1) Estos informes, de 28 de febrero y de 4 de marzo, se encuentran en otro volúmen manuscrito de la Real Academia de la Historia, titulado: *Causas del motin de Madrid*.—En ellos, despues de hablar del inconveniente ó ventaja del uso de cada prenda de vestir que en aquel tiempo se acostumbraba, se dice acerca de las capas: «Las capas largas son de nueva introduccion... y se miraron en la consulta del Consejo de 31 de agosto de 1745 como un verdadero disfraz; con que lo estimado en la real orden en esta parte es muy arreglado: verdad es que desde aquel año ha cundido la capa larga en todo el reino, y la reforma es muy difícil, y pide tiempo y medios: al contrario las capas cortas fueron el traje general de esta nacion con ropilla y espada, etc.»—Y luego proponían los fiscales: «Que en adelante las capas que se hicieren despues del bando sean cortas, de modo que les falte una cuarta ó poco menos para llegar al suelo. Que la pena sea solo de un peso por el sombrero redondo que se aprenda... Que las capas y sombreros que en adelante se hagan sean de paño y fábricas del reino precisamente, y lo mismo los redingotes... Que el embozo cubriendo el rostro se prohiba... Que no se hable de peluquin ni de gorro en el bando... etc.»

acto dirigido por oculta mano, se vieron pruebas aquella misma tarde. Muchos de los sublevados habian estado en las tabernas convidando á otros y pagando todo el gasto muy garbosamente. Redactado estaba desde el 12 de marzo un papel que se titulaba: *Constituciones y ordenanzas que se establecen para un nuevo cuerpo que en defensa de la patria ha erigido el amor español, etc.* Consta esta especie de ordenanza de quince artículos, y concluía: «Lo que hemos de pedir se establezca que sea la cabeza del marqués de Esquilache, y si hubiere cooperado, la del de Grimaldi. Y así lo juramos ejecutar; fecha en Madrid, á 12 de marzo de 1766 (2).» Ejemplares de ella dejó á los amotinados cerca de la plazuela del Angel un hombre que á la sazón cruzó á buen paso en una berlina. Al regresar de palacio el duque de Medinaceli, donde acababa de dejar al rey, que juntos habian vuelto de caza del Pardo, detuvo la muchedumbre á aquel magnate, caballero mayor que era, y sujeto bienquisto en el pueblo por su rumbosa esplendidez, y sacándole del coche y llevándole casi en hombros, hiciéronle volver á la régia morada para que recomendara al rey sus peticiones. A poco rato, cuajada la plaza de Palacio de gente, que ciega la habia invadido atropellándolo todo, salió el duque de Arcos, capitán de guardias de Corps, á decirles en nombre del rey que se aquietasen y retirasen, que todo se les concederia. Retiróse la muchedumbre, pero se fué á recorrer las calles en cuadrillas, rompiendo y derribando los faroles del alumbrado público, en odio á Esquilache, autor de aquella mejora, y reconociendo los coches que se encontraban y haciendo desapuntar los sombreros á los que iban dentro.

Un grupo de unos mil sediciosos se dirigió á la casa de aquel ministro, que vivia al extremo de la calle de las Infantas, en la casa todavía llamada hoy de las Siete Chimeneas. Forzada la puerta, con muerte de un mozo de mulas que con otros criados intentó resistir, invadió la chusma y se derramó por las habitaciones. No estaban por fortuna suya ni el marqués ni la marquesa. El ministro, que habia pasado el día con varios amigos en el Real Sitio de San Fernando, al regresar á Madrid tuvo noticia del movimiento, y torciendo por la ronda, se refugió en Palacio. La marquesa, que paseaba en las Delicias cuando estalló el tumulto, fué apresuradamente á su casa, recogió sus alhajas, y se acogió al colegio de las niñas de Leganés, donde educaba dos de sus hijas. Contentáronse, pues, los agresores con destruir muebles y quemarlos. Pasaron de allí á casa del de Grimaldi, en la próxima calle de San Miguel, donde se limitaron á romper las vidrieras. Gran parte de la noche duró el desórden, concluyendo con quemar en la plaza Mayor el retrato del marqués de Esquilache. Nada hicieron los guardias de Corps, ni las guardias españolas y walonas, únicas tropas que habia en Madrid.

Al día siguiente (24 de marzo), desde la mañana comenzó á presentar el motin un carácter mas imponente y mas sangriento. O alentados con la impunidad, ó movidos por rumores de proyectados castigos que se divulgaron, dirigiéronse temprano los tumultuados al Palacio Real; al querer penetrar por el arco de la Armería, la guardia les hizo fuego, bien que apuntando alto y solo para intimidar; resultaron no obstante algunas desgracias, y como se advirtiese que un soldado de los walones habia muerto una mujer y herido otra, el pueblo, que miraba ya con odio aquella tropa y deseaba vengar un ultraje que de ella habia recibido hacia poco tiempo (3), lanzóse frenético sobre el piquete, mató á pedradas al soldado, echóle una soga al cuello, y arrastró el cadáver hasta la Puerta del Sol, donde le paseó delante y á presencia de la guardia walona, que tenia

(2) Inserta estas ordenanzas el dean Ortiz en una *Relacion del tumulto* que dió por apéndice al tomo VIII y último de su Compendio de la Historia de España.

(3) Fué la noche de los fuegos artificiales que hubo en el Buen Retiro con motivo de las bodas de la infanta María Luisa. Aquella noche la guardia walona no encontró otro medio de contener y apartar la inmensa muchedumbre que allí atropelladamente se habia aglomerado que el dar sablazos y bayonetazos, de que resultaron muertas, heridas ó ahogadas mas de veinte personas, sin que semejante tropelia fuese castigada. Desde entonces el paisanaje no deseaba sino una ocasion de vengarse de los walones.



orden de no hacer fuego, y esclava de la disciplina, se mantuvo quieta á la voz de su jefe. No tuvo tanta paciencia el del piquete de la plaza Mayor, donde llevaron despues el cadáver, y donde tuvieron la indiscreta audacia de provocar á los soldados diciéndoles: *Ahí teneis á vuestro compañero*. Aquel oficial mandó hacer una descarga; cayeron al suelo algunos paisanos, mas léjos de acobardarse por eso la turba, armóse de piedras, de que tuvo fácil proporcion por estarse empedrando á la sazón la plaza, arremetió furiosa á la guardia, la dispersó, mató algunos soldados, cuyos cadáveres arrastró con horrible algazara por delante de algunos puestos militares, y uno de ellos llevó hasta fuera de la puerta de Toledo, con ánimo de encender una hoguera para quemarle.

Una consternacion pavorosa reinaba en la poblacion. En palacio se celebraba á presencia del rey un gran consejo para acordar lo que convendría hacer en tan criticas y graves circunstancias. El duque de Arcos, jefe de una de las compañías de guardias de Corps, el conde de Gazzola, italiano y comandante general de la artillería, y el conde de Priego, teniente general y coronel de guardias walonas, opinaron por que se hiciera uso de la fuerza y del rigor contra los tumultuados, acuchillándolos si era menester, ó ametrallándolos si era preciso, trayendo artillería, á fin de restablecer cuanto antes el orden. De contrario sentir fueron el marqués de Sarriá, benemérito y anciano general, el conde de Oñate, mayordomo mayor del rey, á quien S. M. quiso oír, aunque no era militar, y el de Revillagigedo, capitán general y presidente del consejo de guerra. Estos tres últimos opinaron por el sistema de clemencia y de perdon, y aconsejaron al rey que diera satisfaccion al pueblo, porque eran fundadas sus quejas y justas sus reclamaciones contra las demasías del marqués de Esquilache, y antipopular y ofensiva su providencia de las capas y sombreros; y aun el primero de estos personajes habló en este sentido con tanta energía, que puesto de hinojos á los pies del monarca, y casi con lágrimas en los ojos, le manifestó que antes se despojaría del baston y de todos sus honores y los dejaría á sus plantas, que consentir por su parte y con su voto en las medidas de rigor que se proponian. Optó el rey por el dictámen de los tres últimos, por ser el mas generoso y que mas se conformaba á sus sentimientos de clemencia, y mandó que se dejase entrar en la plazuela de Palacio á cuantos quisiesen (1).

Primeramente salieron los duques de Arcos y de Medinaceli, escoltados por guardias de Corps, á calmar la irritacion del pueblo ofreciendo á nombre de S. M. que les sería concedido cuanto pedian; mas como indicasen ser necesario cierto plazo para esta concesion, la voz de los nobles emisarios se vió ahogada por los gritos de la muchedumbre, que exigía hubiera de ser en el acto, ó habia de arder Troya aquella misma noche. Viendo la ineficacia de este medio, acudióse á otro mas ingenioso. Habia en el convento de San Gil una especie de misionero popular, que acostumbraba á predicar en las plazas, llamado el P. Cuenca (2). Este religioso se presentó á los amotinados con una corona de espinas en la cabeza, una soga al cuello y un crucifijo en la mano, y comenzó á exhortarlos:

(1) El autor del manuscrito titulado *Discurso histórico de lo acaecido en el alboroto, etc.* es el que da mas pormenores acerca de este consejo áulico, como que pone las palabras que dice haber pronunciado cada uno de los consejeros. También los da, por cierto terribles y repugnantes, sobre la manera feroz como el populacho asesinó á los soldados walones y lo que ejecutó con sus cadáveres.

Tenemos á la vista cuatro relaciones manuscritas contemporáneas y tres impresas de este célebre motin, mas ó menos circunstanciadas: en cada una de ellas se da noticias de algunos hechos que no se mencionan en las otras: ni esto, ni cierta falta de orden que en ellas se advierte, tiene nada de extraño, puesto que es siempre difícil dar cohesion á hechos tumultuarios que acontecen en diferentes puntos de una poblacion grande, desfigurados muchas veces ó exagerados por los mismos que los presencian ó que son actores ó pacientes en ellos. El lector comprenderá bien que nosotros tomamos de ellos los que aparecen mas confirmados y que pueden caracterizar mejor la índole y fisonomía de este tumulto popular.

(2) El P. Yecla le llama el señor Ferrer del Rio: en las relaciones manuscritas é impresas que tenemos á la vista se le nombra en todas el padre Cuenca.

mas viendo el giro que daba á su discurso: *Déjese de predicarnos, padre, le dijeron, que cristianos somos por la gracia de Dios, y lo que pedimos es cosa justa*. Entonces, variando de tono, les indicó que él mismo pasaria á hablar al rey toda vez que le dijeran lo que solicitaban. Uno, al parecer clérigo, se ofreció á redactar la peticion, y aprobándolo todos, y sacando papel y tintero, escribió y leyó las peticiones siguientes:

1.<sup>a</sup> Que se destierre de los dominios de España al marqués de Esquilache y su familia: 2.<sup>a</sup> Que no haya sino ministros españoles en el gobierno: 3.<sup>a</sup> Que se extinga la guardia walona: 4.<sup>a</sup> Que se bajen los comestibles: 5.<sup>a</sup> Que se suprima la junta de abastos: 6.<sup>a</sup> Que se retiren las tropas á sus respectivos cuarteles: 7.<sup>a</sup> Que se conserve el uso de la capa larga: 8.<sup>a</sup> Que Su Majestad se digne salir á la vista de todos para oír de su boca la palabra de cumplir y satisfacer las peticiones.

Oidas que estas fueron y celebradas con algazara, partió con el papel el P. Cuenca á palacio, esperando todos impacientes el resultado de su mision. A poco tiempo volvió el religioso con la noticia de que S. M. otorgaba cuanto pedian, á excepcion de presentarse al pueblo en el estado de agitacion en que se encontraban los ánimos. Salieron en efecto tres alcaldes de corte con escribanos y alguaciles, é hicieron fijar carteles en que de orden del rey se rebajaba dos cuartos en los artículos de pan, tocino, aceite y jabon (3). Tuvose la concesion por mezquina, se arrancaron los carteles á presencia de los mismos alcaldes, y la gente tumultuosa volvió de tropel á la plaza de Palacio, y con ella el P. Cuenca. Como el rey habia optado ya por el sistema de complacer al pueblo, dejóle que llenara la plaza hasta cuajarla, salió á un balcón, y colocado á su lado el P. Cuenca con el papel de las peticiones en la mano, haciendo á la apiñada muchedumbre seña para que callase, el religioso leía, y el monarca iba otorgando en voz alta cada peticion, siendo tal la alegría que esto produjo en el pueblo allí reunido, que todos y cada uno la expresaban con las demostraciones mas exageradas de alborozo que se puede discurrir; que tan extremada suele ser la plebe en sus alegrías como en sus furores. Los hombres sensatos lo hubieran visto también con gusto á no considerar en esta escena rebajada y humillada la Majestad (4).

Victoriosos los tumultuados, celebraron aquella noche su triunfo de una manera bien singular. Surtiéndose de las palmas de la procesion del Domingo, con que era costumbre adornar los balcones, fuéronse con ellas también personalmente al convento de Santo Tomás, de donde sacaron una imágen de la Virgen, y con estandartes y faroles, en forma de rosario, y cantando, ó mejor dicho, desentonando á coro, diéronse á recorrer las calles, desfilaron por delante de palacio, en ademan que podia interpretarse de agradecimiento como de alarde de triunfo, y concluida la extraña ceremonia se retiraron á sus casas, no imaginando al parecer nadie ni viendo motivo para temer que pudiera renovarse el motin con mas furia.

Pero en la mañana del siguiente dia (martes, 25 de marzo) el rumor de una novedad inesperada volvió á conmover y alterar el pueblo. El rumor se convirtió pronto en convencimiento de ser verdad la noticia, y llegó á su colmo la irritacion popular. En efecto, el rey, mal inspirado, ó mal aconsejado, con mucho sigilo, á las altas horas de la noche, habiase fugado de la régia mansion por una puerta falsa con toda la familia real, inclusa la reina madre, á cuya silla de manos hubo que cortar los brazos para poderla sacar por entre los estrechos callejones y con los duques de Medinaceli, Arcos y Losada, y los mayordomos mayores Montealegre y Bejar, no faltando con la prófuga comitiva el marqués de Esquilache. En tres coches que fuera los esperaban tomaron el camino de Aranjuez. Ni el pueblo en

(3) El pan valia á doce cuartos, la libra de tocino á veinte, el aceite y jabon á diez y ocho.

(4) El conde de Fernán Nuñez, autor del Compendio de la Vida de Carlos III y testigo de este tumulto, dice entre otras cosas: «Yo que no me aparté de allí en todo el dia salí con S. M., y solo habia entre él y yo el confesor mientras estuvo oyendo las proposiciones, que un caleseruelo con chupetin encarnado y sombrero blanco (que no se borra de mi imaginacion en toda mi vida) le estuvo haciendo desde abajo, como orador escogido por el pueblo, para la exposicion de todas sus proposiciones, etc.»



su sorpresa y en su disgusto pudo dejar de dar á esta fuga la interpretacion mas siniestra y la intencion mas hostil posible, ni los instigadores perdieron la ocasion de persuadirle que aquella ausencia de su soberano significaba y envolvía el propósito de hacer caer la real venganza de la manera mas dura sobre los alborotados. No se necesitaba mas para que la alegría de la noche anterior se trocara en indignacion furiosa, y la poblacion tomó un aspecto pavoroso y terrible. Su primer impulso fué marchar todos tumultuariamente á Aranjuez, ó á traer al rey á la capital, ó á pedirle satisfaccion del desaire, y aun comenzaron á ponerlo por obra: mas estando ya fuera, los directores de las turbas calcularon sobre los inconvenientes de aquel viaje, y acordaron que seria mejor acordonar la corte é impedir toda comunicacion con el Real Sitio, como así lo hicieron, obligando á retroceder á los mismos secretarios del Despacho, á personas de la servidumbre, y á retirar hasta las camas que llevaban para las personas reales, no sin apoderarse de paso de un almacen de pólvora que habia en el inmediato pueblo de Carabanchel.

Despues de esto, á propuesta de los corifeos del motin, se encaminaron á la casa del obispo don Diego de Rojas, gobernador del Consejo, que la tenia frente á las monjas de Santo Domingo, y á este encomendaron, ó mejor diremos, intimaron que fuera á llevar su demanda al rey. El prelado obedeció, tomó su coche, y salió acompañado de la muchedumbre. No anduvo mucho camino, porque al llegar al puente de Toledo ocurrió á los directores de aquella funcion la idea de que podría el obispo quedarse allá y no volver; y así les pareció mejor que regresase á su casa, que extendiera y firmara un memorial á nombre del pueblo, en que se recapitularan todas sus quejas y agravios, que le pusiera en manos del rey y volviera con la respuesta, y para mayor seguridad iria acompañándole alguno que pudiera dar testimonio de cómo ejecutaba su comision. A todo se plegó el mitrado prudente. Hizose el memorial, y le firmó el obispo, si es que no podemos sospechar que estuviera hecho de antemano, á juzgar por su extension y por sus conceptos, que ni uno ni otro podia ser obra de breves y agitados instantes. «No ignora, señor (comenzaba), *el Cuerpo de Alborotados matritenses* (así se nombraba), que han influido bastardos corazones al piadoso de V. M.... El mayor escollo de los reyes es que no puedan saber por los ojos, sino por los oídos.... Los príncipes, dice un politico, no saben mas de lo que quieren sus lados.... Entregó V. M. las riendas del gobierno con tanto despotismo al marqués de Esquilache.... que en seis años que las manejó dejó á V. M. sin dinero, sin tropas y sin armada, pues no cuenta V. M. en su real erario seiscientos mil reales, en toda su tropa veinticinco mil hombres y en toda su armada catorce navios: ha puesto á V. M. en el infeliz estado de obedecer, no de mandar.—Los honores se hallan vendidos en tan pública almoneda, que solo ha faltado la voz del pregonero; los espíritus están apagados á la vil tolerancia de la violencia; las compañías sin soldados, ni medios para tenerlos; y en fin, señor, ha puesto sin reputacion nuestras armas, sin crédito á los españoles, y á todos con desconfianzas. Los pueblos están aniquilados, y de tal suerte que no pueden convalecer sino á largo tiempo. Solo miró este ministro, señor, su conveniencia, enriqueciéndose con insaciable hidropesía, trascendiendo esta á toda su generacion, por los muchos millones que ha sacado de la España.... Supone, señor, de cierto *el Cuerpo de los Alborotados* que los defectos del marqués los ignora V. M., pues no hubiera amor capaz, en el justificado proceder de V. M., á que contuviese su real enojo y despojase á un infiel ministro empeñado en perder á V. M. y á todo el reino....»

Y despues de proseguir culpando á Esquilache, así de la carestía, como de todos los males de dentro y fuera de España, decia lo siguiente que por lo curioso no queremos dejar de transcribir: «No irritó menos, señor, la ira de los alborotados ver con cuánta deshonra de V. M. y de la nacion corria la siguiente décima:

Yo el gran Leopoldo el primero,  
Marqués de Esquilache augusto,  
Rijo la España á mi gusto,  
Y mando á Cárlos Tercero.

Hago en los dos lo que quiero,  
Nada consulto ni informo,  
Al que es bueno lo reformo,  
Y á los pueblos aniquilo,  
Y el buen Cárlos, mi pupilo,  
Dice á todo: *Me conformo*.

«¿Seria esta, señor, justa causa de irritarse los ánimos españoles? V. M. lo podrá juzgar.—En este concepto, señor, *los humildes vasallos del alboroto* hacemos á V. M. esta reverente representacion, para que no ignore los motivos que les asistieron, suplicándole rendidamente se digne regresar á su obligada corte, y mantenerles su real palabra de que salga el marqués de estos reinos, y que los suplicantes quedasen perdonados, pues todo ha sido efecto de fidelidad, amor y respeto. Oiga piadoso los ayes de su pueblo, sin escuchar á quien aconsejase otra cosa (1).»

Que entre algunas acusaciones justas que en la representacion se hacian al de Esquilache las habia injustas tambien, y que en general pecaban de exageradas, es para nosotros indudable. Mas cuando en tales lances se han encerrado los hombres en los términos de la templanza y de la estricta justicia? Por lo mismo lo aplaudió mas la muchedumbre cuando se hizo lectura pública del papel. Y en verdad que al observar que en ninguna de las relaciones se indicaba pusiese repugnancia ó manifestase obrar por violencia el obispo Rojas en lo que hacia, no extrañamos se haya sospechado que no veia el prelado de mal ojo, si no el motin, por lo menos su objeto. A llevar la representacion á Aranjuez, y presentársela al monarca y volver con respuesta, se brindó un hombre de la infima plebe, llamado Diego Abendaño, natural del Toboso (2). Aceptado fué con gusto por los sublevados el humilde representante de sus votos é intereses, y en su virtud partió en posta para Aranjuez, quedando todos pendientes del resultado de su mision y esperanzados en su audacia.

Aquella tarde y noche pasáronla los tumultuados, los unos regalándose alegremente y á su manera en tabernas y figones, los otros recorriendo las calles en grupos, y gritando «¡Viva España, y muera Esquilache!» ó recogiendo armas y municiones de los cuarteles, manteniéndose en completa inaccion la tropa, que acaso llevó al extremo la orden que tenia de no hacer armas contra el pueblo. La casualidad hizo que entraran aquel dia unos carros de fusiles para la guarnicion, y como los amotinados los encontraran en la calle de la Monterra, se apoderaron sin resistencia de ellos, y de esta manera llegaron á armarse de fusiles unos cinco mil hombres, habiendo además otros tantos que iban provistos de los instrumentos ofensivos de palo ó de hierro que habian podido haber á las manos. Notáronse dos cosas singulares en aquel dia: la primera, que los alborotados, dueños de la poblacion, y siendo casi toda gente grosera, y mucha necesitada y pobre, ni robaban ni maltrataban á nadie; la segunda, que si bien los que comian y bebían en las tiendas y despachos públicos, nada pagaban, no tardaban en presentarse otras personas á preguntar el importe del consumo hecho, el cual satisfacian, no solo sin regateo, sino con cierto rumbo y largueza. Unido esto á la circunstancia de haberse observado que á algunos de los que andaban en traje humilde solia vérselos la delicada camisa al desembozarse, y que otros que iban vestidos de carboneros descubrian la fina media de seda por el zapato y el botín, hizo sospechar, y no sin fundamento, que entre la gente rústica y

(1) Algunos citan tal cual trozo de otra exposicion que dirigieron los sublevados al rey la mañana siguiente por si se hubiera extraviado la primera. Tampoco está escrita de mala mano, pero nosotros hemos preferido dar á conocer la primera, que fué la que vió el rey. Insértanse ambas en el manuscrito titulado: «Discurso histórico de lo acaecido, etc.» La que nosotros hemos extractado se halla tambien en otro manuscrito titulado: «Causas del motin.»

(2) Así le nombra el escritor de estos sucesos que parece mejor informado. En las relaciones impresas se dice que fué un calesero llamado Bernardo. Tal vez el Bernardo fuera mal copiado de Abendaño, y lo de calesero se confunda con el que se convidó á ser portador del segundo papel, que fué Juan el Calesero, natural de Málaga. Circunstancias y diferencias menudas, que no alteran en nada lo esencial del suceso.



menestral se mezclaban, dirigiendo el movimiento, personas de otra educacion y de otra clase (1).

El mensajero de Aranjuez habia desempeñado con admirable audacia y buen éxito su comision. A eso de las diez de la mañana del miércoles 26 vió entrar por Madrid la muchedumbre que ansiosa le aguardaba: él continuó con cierta jactanciosa seriedad su camino por en medio de las turbas hasta la casa del obispo Rojas, quien se apresuró á convocar el Consejo, y acompañado de él y del portador del mensaje se encaminó á la Plaza Mayor y casa de la Panadería. Colocados todos en el gran balcon de este edificio, cuajada la plaza de gente, ante un escribano de cámara entregó Abendaño el pliego todavía cerrado al presidente del Consejo, y abriéndole este, le leyó al pueblo en alta voz: su contenido decia así:

«Ilustrísimo señor.—El rey ha oído la representacion de Vuestra Señoría Ilustrísima con su acostumbrada clemencia, y asegura bajo su real palabra que cumplirá y hará ejecutar todo cuanto ofreció ayer por su piedad y amor al pueblo de Madrid, y lo mismo hubiera acordado desde este sitio y cualquiera otra parte donde le hubieran llegado sus clamores; pero en correspondencia á la fidelidad y gratitud que á su soberana dignacion debe el mismo pueblo por los beneficios y gracias con que le ha distinguido, y el grande que acababa de dispensarle, espera S. M. la debida tranquilidad, quietud y sosiego, sin que por título ó pretexto alguno de quejas, gracias ni aclamaciones, se junten en turbas ni formen uniones; y mientras tanto no den pruebas permanentes de dicha tranquilidad no cabe el recurso que hacen ahora de que S. M. se presente.»

Oida fué con regocijo esta contestacion por la apiñada muchedumbre, que prorumpió de nuevo en vivas demostraciones de júbilo. Fijóse un bando análogo á ella en varios parajes de la poblacion. Retiráronse todos, conviniendo alegres en desistir de la empresa y devolver las armas á los cuarteles y tiendas de donde las habian sacado, como en efecto se verificó, quedando á las pocas horas la corte en completa calma, y circulando pacíficamente las gentes como si nada hubiera pasado. Pareció cosa providencial que todo terminara la vispera de Jueves Santo, para que este católico pueblo pudiera consagrarse, tranquilos los espíritus, á las religiosas ceremonias y solemnes misterios de aquellos santos dias (2).

Consecuencia inmediata del triunfo del pueblo fué el extrañamiento de España del marqués de Esquilache, que con toda su familia fué enviado á Cartagena con escolta para su seguridad, y de allí partió á Nápoles (13 de abril), para establecerse despues en Sicilia (3). En el ministerio de Hacienda le reemplazó don Miguel de Muzquiz, y poco despues en el de la Guerra el teniente general don Gregorio de Muniain; acertadissimos nombramientos, y bien recibidos ambos, porque al uno le abonaban mas de veintiseis años de experiencia y crédito en la carrera de Hacienda, al otro su antigua reputacion como oficial general, y la fama que tenia de ser «tan buen soldado en la campaña como político en el gabinete, y de manejar con tanto valor la espada como con destreza la pluma.» A estas dos variaciones en el personal del ministerio siguió otra no menos importante, cual fué la de relevar de la presidencia

del Consejo de Castilla al obispo de Cartagena don Diego de Rojas y Contreras (4), mandándole que fuese á regir personalmente su iglesia de Cartagena y Murcia, nombrando para aquel eminente puesto al conde de Aranda, grande de España, capitan general de los reales ejércitos, condecorado con el Toison de Oro, dándole además la capitanía general de Castilla la Nueva (12 de abril). Todos estos nombramientos fueron tan universalmente celebrados como el talento y las virtudes de aquellos personajes merecian.

Y sin embargo aun corrió por muchos dias el rumor de que se habia de alterar de nuevo la tranquilidad. «Madrid no está tranquilo,» se repetia de boca en boca. Y en efecto, conócese que no faltaba quien por bajo de cuerda instigaba á que se renovaran los disturbios: prueba de ello eran los pasquines, coplas y sátiras de mal género que aparecian, y que obligaron á publicar un bando (14 de abril) prohibiéndolas bajo graves penas (5). Contra esta disposicion pusieron los enemigos del sosiego público otra, que titularon *Contrabando*, y decia así: «A todos los habitantes de Madrid.—Nos sus tribunales por la gracia de su Plebe: En vista de lo respondido por el nuestro Fiscal en tribunal pleno, juntas las Cámaras del Avapiés, Barquillo, Maravillas y Rastro: Mandamos la inobservancia del Bando publicado el dia de ayer sobre prohibicion de papeles relativos á los motivos y resultas de nuestro pasado movimiento, por ser intempestivo, contrario á las leyes é indecoroso á nuestras personas y á la sagrada del soberano, como en su respuesta manifiesta el Fiscal y verá el público. Madrid, etc. —Está rubricado (6).»

Aunque tales excitaciones no bastaron á subvertir otra vez materialmente el orden público, fué necesario usar de gran rigor contra los que parecian dispuestos á renovar el motin. Díjose que habia proyectos de atentar á la vida del monarca, y por expresiones y amenazas de esta especie que vertió un caballero murciano, llamado don Juan Antonio Salazar, hizo-sele expiar su imprudencia ó su locura en un patíbulo, y se le cortó la lengua en la Plaza Mayor. Súpose tambien que el abate Gándara, muy querido del rey y á quien acompañaba mucho y trataba con cierta familiaridad, sugerido, decian, por los PP. de la Compañía de Jesus, seguia una correspondencia sospechosa en aquel mismo sentido, de cuyas resultas se le mandó prender, y se le llevó al castillo de Pamplona. Presúmese que varios otros fueran castigados secretamente en las cárceles, pues se iba echando de menos á algunos de los que mas se habian distinguido en el motin, sin que se pudiera averiguar su paradero.

Habíase ya susurrado bastante aquellos dias que una gran parte del dinero con que se sufragaron los gastos de los sediciosos procedia de mano y de persona no vulgar, y la sospecha pública de este hecho recaia sobre el marqués de la Ensenada, «ministro, dice un contemporáneo, con quien la rueda de la fortuna hizo toda suerte de habilidades,» y que no contento con haber sido sacado del destierro, y conservar su Toison de Oro y el sueldo y honores de consejero de Estado, figurando en alta posicion sin el cargo y las atenciones del gobierno, no disfrazaba bastante la ambicion que le tentaba de volver á obtener una secretaría, y acaso la esperaba en alguna de las dos que de resultas del motin habia de dejar vacantes el de Esquilache. Aunque cubierto todavía este asunto con cierto misterio que el tiempo no ha llegado á declarar, el rumor adquirió mas validez cuando se supo haber llegado orden del rey (18 de abril, 1766) desterrando al marqués de la Ensenada á la villa de Medina del Campo, donde mas adelante acabó sus dias (7).

(1) Fué tanto mas notable esta conducta inofensiva del pueblo, cuanto que habia dado suelta á las mujeres reclusas, las cuales andaban en bandadas ó grupos, armadas de banderas, palos y pistolas; pero por fortuna aquel dia se redujo todo á andar en alegre soltura, y á comer y beber á satisfaccion y en la confianza de que de cuenta de otros, que no conocian, corria el gasto.

(2) «Hablóse mucho de Abendaño, dice un escritor contemporáneo de estos sucesos: lo cierto es que habló al rey con mucho desembarazo. Su Majestad mandó darle una gratificacion en dinero, que rehusó, y dijo iba á sacrificar su vida en defensa de su rey y patria, sin interés, porque se expondría á las iras del pueblo; y pues habia tenido el honor de estar en su real presencia le suplicaba rendidamente le indultase dos años de presidio de que habia escapado, y le ocupase en su real servicio. Quedó perdonado por la real piedad, y despues fué despachado con plaza de guarda de á caballo del tabaco para Santiago de Galicia, dándole 50 dolones para el caballo y armas.»

(3) Desde allí no cesó de importunar al rey solicitando su rehabilitacion, y al cabo de seis años logró ser nombrado para la embajada de Venecia, que desempeñó hasta 15 de setiembre de 1785, en que murió.

(4) El pueblo le designaba, dice otro manuscrito contemporáneo, con el apodo de *Roñas y Contreras*.

(5) Encuéntrase este bando, dado por el Consejo pleno, en la Coleccion de cédulas reales desde 1726 á 1777, tom. I, fol. 152.

(6) Tomo de Varios de la Real Academia de la Historia, E. 87, MS. página 5.<sup>a</sup>

(7) Sin que haya una prueba concluyente, que conozcamos, de la culpabilidad de Ensenada en el alboroto, encuéntrase en las diferentes relaciones bastantes especies que inducen á creer que por lo menos no supo conducirse de un modo propio para desvanecer ó alejar las sospechas que sobre él recayeron.



Si bien pudo darse el motin de Madrid por terminado, puesto que la tranquilidad material no se alteró ya mas, estaban léjos de darse por sosegados los espíritus, ya por lo que estaba aconteciendo en las provincias, y de que daremos noticia en el próximo capítulo, ya por el retraimiento del rey en volver á Madrid, que tambien daba sobrada ocasion y motivo al mantenimiento de la inquietud, como habremos de ver.

## CAPÍTULO V

### Motines en provincias.—Prudencia del conde de Aranda

1766

Tumulto grave en Zaragoza.—Peticones del pueblo.—Conducta de las autoridades.—Excesos.—Noble comportamiento de algunos vecinos honrados.—Término de los desórdenes.—Castigos.—Indulto real.—Motin de Cuenca.—Debilidad del corregidor.—Rebaja en el precio de los comestibles.—Perturbacion en Palencia.—Satisfaccion á los tumultuados.—Actos sediciosos en Andalucía, Aragon y Navarra.—Síntomas de rebelion en Barcelona.—Firmeza y prudencia del capitan general.—Excelente porte de los jefes de gremios.—Se previene la sedicion.—Escenas tumultuarias en Guipúzcoa.—Movimientos de los rebeldes de Azcoitia.—Resistencia que encuentran en Vergara y San Sebastian.—Disuélvense las partidas de amotinados.—Carácter del conde de Aranda y su popularidad.—Sus providencias para afianzar el sosiego en Madrid.—Modificacion del régimen municipal en el reino.—Sistema de intervencion en los abastos públicos.—Auto acordado del Consejo.—Abolicion de las rebajas hechas y de los indultos concedidos en las provincias.—Permanencia del rey en Aranjuez.—Disgusto y murmuracion de la corte.—Medio excogitado por el de Aranda para reconciliar al rey con su pueblo.—Buenos efectos que produce.—Nuevas precauciones del de Aranda.—Inopinada traslacion del monarca á San Ildefonso.—Habilidad del presidente del Consejo para hacer cambiar el traje español.—Cómo lo consigue.—Regreso de Carlos III á la corte.—Aclamaciones populares.—Diversiones públicas.—Aniversario del motin contra Esquilache.—Tranquilidad general.

«De aquí de la corte, dice el autor de uno de los manuscritos citados, es donde se da á los pueblos el tono del vicio ó de la virtud, y es esta una regla general invariable en todos los imperios y metrópolis.» Así explica la rapidez con que el contagio del alboroto de Madrid cundió en diferentes ciudades y pueblos del reino. Si la máxima no es en todos los casos exacta, lo es casi siempre, y lo fué en esta ocasion, puesto que á ejemplo de la capital todo era en el mes de abril motines y desórdenes en las provincias.

Viéronse las primeras señales de sedicion en la ciudad de Zaragoza, apareciendo unos pasquines (1.º de abril, 1766), en que se amenazaba al intendente corregidor, marqués de Avilés, con quemar su casa y las de los usureros, si no rebajaba el precio del pan en el término de ocho dias. Tan pronto como tuvo noticia de ello el capitan general y presidente de la Audiencia, marqués de Castelar, reunió en su casa las autoridades, y en su virtud y por resultado de una larga sesion se manifestó al intendente que convendría mucho dar algun alivio al pueblo, á lo cual contestó que lo haría presente al ayuntamiento, porque él por sí solo no podia resolver sobre el particular. Continuaron los siguientes dias apareciendo pasquines, sin que se pudiera averiguar su procedencia, entre ellos uno, á manera de bando ó cartel, que decia así:

«Nos la caridad y celo público de esta ciudad, mandamos á cualesquiera personas aficionadas á sostener los derechos, prerrogativas y preeminencias que por el derecho civil y de gentes, público y privado, nos competen contra los crueles enemigos que atesoran los bienes de los pobres representados en Cristo: Que por cuanto, sin embargo de haber fijado tres carteles amonestando fraternalmente al intendente y sus conjuntas personas, y no habiéndose experimentado alivio alguno, antes bien prosiguen en sus depravados ánimos: Por tanto, otra vez mandamos á todas las dichas personas, que si desde la fecha del primer cartel hasta el dia 8 del presente mes, no se experimenta patentemente el bien público que tanto deseamos, estén prevenidos con lo necesario, y á la seña que se tiene comunicada concurren al puesto destinado para ejecutar las extorsiones y hostilidades que en todas cosas nos son permitidas: y para que conste y no se alegue ignorancia, lo mandamos fijar en los puestos acostumbrados, firmado de nuestra mano,

y refrendado de nuestro infrascrito secretario.—En Zaragoza á 4 de abril de 1766.—*Nos la caridad y celo público.*—Por su mandado.—*El juicio cristiano y político, secretario* (1).»

En vista de este y otros semejantes pasquines que los siguientes dias proseguian apareciendo, el capitan general dió orden al regimiento de caballería de España para que se aproximara á Zaragoza, y reunió otra vez en su casa el Real Acuerdo; con cuyo informe y los del intendente y ayuntamiento dispuso se publicara un bando, cuyas principales prescripciones eran: permitir que cada uno amasara y vendiera el pan libremente, sin perjuicio del abasto que por contrata estaba á cargo de los horneros, reservando á estos el derecho de indemnizacion de los daños que de esta medida pudieran seguirles; obligacion bajo la multa de dos mil ducados á todos los que tuvieran almacenes de trigo ó de aceite, y mas cantidad de estos artículos de la necesaria para su particular consumo, de participarlo inmediatamente á la secretaría de la Audiencia para las providencias y fines á que hubiere lugar (2). Con timbales y clarines, y con toda solemnidad y ceremonia se hizo publicar este bando por las calles al siguiente dia, que era domingo. Delante del palacio del capitan general, y en algunos otros puntos, acompañaba al pregon una muchedumbre, que veía en aquella disposicion el celo de las autoridades y el remedio de las necesidades del pueblo. Pero cerca de la plaza de la Magdalena, fuese por instigacion de los interesados en que hubiera motin, ó fuese arranque espontáneo de gente malévola de la plebe, una parte de ella arremetió á pedradas á los que acompañaban el bando, y dispersándolos á los gritos de ¡Viva el Rey! ¡Viva Castelar! ¡Muera el intendente! ¡Mueran los usureros! el alguacil mayor cayó herido, y el clarinero derribado de su caballo. Uno de los apedreadores tomó el caballo y el clarin, y tocando desapaciblemente guió la turba á casa del capitan general, que al ruido salió al balcon, no obstante hallarse indispuerto. Un jóven escolar le dirigió atrevidamente la palabra, pidiendo á nombre del pueblo la rebaja de otros artículos y su venta en los sitios y á los precios en que pudiera comprarlos la gente pobre. Oido el jóven orador popular, el capitan general arengó suavemente á la muchedumbre, ofreciendo remediar sus males á condicion de que se retiraran á sus casas y no turbaran el sosiego público. Con voces de ¡Viva el Rey! ¡Viva Castelar! fué recibida su exhortacion.

Por tanto, no era de esperar que de allí pasaran los amotinados, como lo hicieron, á casa del intendente á cometer las tropelías anunciadas en los pasquines de los dias anteriores. Cuando el capitan general, avisado de aquella novedad acudió á la casa acometida, ya las turbas habian atropellado la guardia, invadido las habitaciones, roto cristales y muebles, y puesto fuego en la calle á los carruajes, papeles y otros efectos que habian ido arrojando. El intendente y su familia se salvaron huyendo por los tejados, y solo un hijo suyo tuvo arrojo y valor para presentarse de frente á las furiosas turbas, gritando: *Matadme, pero no cometais otros delitos.* A lo cual le respondieron: *No queremos tu vida, que es de Dios; lo que queremos es lo nuestro.* Por suyo tenian todo lo que existía en la casa. Y sin embargo, la presencia del marqués de Castelar, que intrépido se metió por entre los amotinados, les impuso de tal modo, que no solo cesaron allí el incendio y el saqueo, sino que muchos le rendian las armas vitoreándole, y por delante de él y de la tropa que ya habia acudido se retiró el motin, al parecer en actitud pacífica, y por tanto sin que la tropa hiciera uso de las armas. Pero otra vez engañó al general la plebe, corriendo desde allí á saquear é incendiar las casas de dos hombres acaudalados, Goicochea y Domezain, sin duda de los que ellos llamaban usureros.

Tales desmanes y estragos movieron al arzobispo, al dean y

(1) Manuscrito, tomo de Varios de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, E. 87.—Relacion individual y verídica del suceso acontecido en la ciudad de Zaragoza, etc. Por don Tomás Sebastian de Latre, vista y aprobada por el Real Acuerdo de este reino. Impresa en Zaragoza el mismo año de 1766.

(2) El texto de este bando se halla tambien en los dos documentos arriba citados.



á otros respetables sacerdotes á buscar el medio de aplacar y contener las desenfrenadas turbas, y haciendo sacar el Señor Sacramentado de las parroquias de San Felipe y San Gil, y llevándole en procesion: *¡Hijos míos, les gritaba fervoroso el prelado, aquí viene á buscaros el Hijo de Dios vivo!* ¡Fenómeno singular, y sin embargo no del todo raro en aquellos tiempos en estas conmociones populares! Las turbas callaban, se descubrían las cabezas y se arrodillaban respetuosamente. Mas apenas pasaba la procesion, volvían á correr frenéticas, y se entregaban á los mismos excesos, como lo ejecutaron aquella misma tarde en las casas de otros ricos mercaderes, desahogando su furia en entregar á las llamas el menaje y cuanto habían á las manos, menos aquello que se les antojaba hacer suyo.

No sirvió que al día siguiente (7 de abril), por una parte el capitán general pusiera tasa al precio del trigo y rebaja á los comestibles, por medio de un bando, que solo se atrevió á publicar con escolta de granaderos un capitán de Lombardía, llamado don Juan Ortiz, hombre apreciado en el pueblo y nacido en él; que por otra salieran las comunidades religiosas rezando el Rosario ó cantando melancólicamente el *Miserere*. Los vivas al general y al capitán Ortiz se repitieron, pero también se reprodujeron con furia las escenas del día anterior. Solo al llegar á las casas de José Tubo y Vicente Junqueras se detuvieron ante un papel que se había fijado en ellas y decía: *Viva el P. Garcés, provincial de Dominicos. Estas casas que viven José Tubo y Vicente Junqueras pide por ellas y sus dueños libertad el P. Garcés, y se les ha concedido por el vulgo, respecto de no ser estos de los indiciados en granos, y sirven de empeño para sacar los pobres de Misericordia* (1). Sin dirección y sin guía, y sin otro plan que el de saciar su sed de destrucción y de pillaje, allá se iban con descorazonada indiferencia hacia donde el viento hacía girar una veleta que arrancada de una de las casas invadidas llevaban en la mano. En aquella dirección estaba el café del Carmen, y allá se entraron á aprovecharse de lo que pudieron y á romper lo que no podían aprovechar, como si el establecimiento fuera casa de usura ó tuviera culpa de la carestía.

Débiles ya á fuerza de prudentes é irresolutas las autoridades, no es fácil calcular hasta dónde habría llegado el estrago, favorecido ya por la sombra de la noche, á no haberse presentado á aquellas reunidas cuatro honrados y resueltos labradores, pidiendo que se les permitiera salir á ahuyentar las turbas. Otorgada les fué tan beneficiosa demanda; y en efecto, reuniendo aquellos hasta otros treinta labradores convecinos, y armados todos con armas antiguas, arremetieron á los tumultuados entretenidos en el saqueo y el incendio de las casas, y sorprendiéndolos los aventaron y diseminaron, hiriendo á muchos y matando á algunos, y los hicieron retirar despavoridos, de forma que aquellos buenos pacificadores tuvieron la satisfacción de poder anunciar antes de la media noche á las autoridades reunidas que ya la población se hallaba en calma. Alentóse con esto el capitán general, y distribuyendo en piquetes la tropa, ayudó á los labriegos á mantener en sosiego la ciudad, ó al menos á reprimir los grupos que todavía se formaban. Con esto y con un bando en que se prohibía la reunión de mas de cuatro personas, se logró domar el tumulto, y se procedió á los castigos.

Ejecutáronse estos con un rigor inesperado después de tanta blandura. En cosa de ocho días expiaron sus crímenes nueve de los mas culpables, apareciendo colgados de la horca ó del balcón principal de la cárcel, sobre negras bayetas y entre velas amarillas. De muy antiguo y en todos tiempos ha habido en aquella población heróica almas generosas y nobles; y en esta ocasión apresuráronse á implorar la real clemencia para que no se impusiera más la pena de muerte, no solo el arzobispo, que en esto obró como cumplía á un varón apostólico, sino uno de los que mas habían padecido en aquellos desór-

denes, y cuya casa había sido robada y quemada, á saber, don Francisco Antonio Domezain, rico propietario, y administrador de las bulas y del papel sellado. Este noble aragonés escribió al ministro de Gracia y Justicia, que lo era entonces don Manuel de Roda, intercediendo por sus propios perseguidores, anticipándose á perdonarlos por su parte, y ofreciendo indemnizar á la Hacienda á costa de lo que aun poseía, del desfaleo que habían sufrido los caudales de los ramos puestos á su cargo. Honda impresion hicieron en el monarca y en el ministro los nobles sentimientos de Domezain con elocuente sencillez expresados; así se lo manifestaron en una real orden (2), y acaso este paso influyó mas que otra consideración alguna en el indulto que luego se sirvió otorgar el soberano.

Aunque este fué el motin de mas consideración después del de Madrid, húbolos en varios otros pueblos y provincias, si acaso no tan graves como el de Zaragoza, pero iniciados con los mismos síntomas, movidos con igual pretexto, presentando la misma fisonomía, y que pudieron producir consecuencias aun mas lamentables. Tal fué, entre otros, el de Cuenca, anunciado con pasquines y carteles amenazadores pidiendo la rebaja del pan. En vano el corregidor y ayuntamiento, careciendo de fuerza armada que sostuviera la autoridad, accedieron á la petición rebajando dos cuartos en libra. La plebe hizo lo que acostumbra cuando arranca una concesión: reunióse tumultuariamente pidiendo á gritos mayor rebaja, y que esta se extendiera á los demás comestibles; acometió la casa del comisario del pósito; incendió los muebles, pudiendo con dificultad salvarse el comisario y su familia; pasó á la del corregidor, llevando delante al pregonero (6 de abril), y no paró hasta recabar de aquella autoridad la promesa de rebajar todos los artículos, y de separar á dos personas que la plebe aborrecía; que eran el síndico y un alguacil. Tal era la actitud de los alborotados, que tuvieron necesidad de reunirse antes que amaneciera el día siguiente el corregidor y varios concejales con el dean y algunos canónigos en la cámara episcopal, y acordar inmediatamente la publicación de dos bandos, mandando por el uno salir de la ciudad todos los pobres forasteros, nombrando por el otro para comisario del pósito y para síndico personero á los sujetos que la muchedumbre designaba y pedía. En cuanto á las rebajas prometidas por el corregidor, el obispo y cabildo salían por fiadores de su cumplimiento. El pueblo oyó con regocijo la lectura de estos bandos que se les hizo desde un balcón de la casa consistorial, y aquietóse como quien había alcanzado todo lo que pedía, y gracias que no discurrió sobre el desprestigio en que quedaba la autoridad, para entregarse á mayores excesos.

Parecidos desórdenes ocurrieron en aquel mismo mes en el centro de Castilla. Tumultuáronse en Palencia los del barrio de la Puebla, llamado vulgarmente de la Mantería, por componerse en su mayor parte de gente dedicada á esta clase de fabricación. Comenzaron estos por llevar de su propia autoridad á la cárcel á los vecinos mas acaudalados (23 de abril). Animados con este ejemplo los mozos del campo y observando la impunidad en que aquel exceso quedaba, congregáronse en cuadrillas, pidiendo, como en todas partes, rebajas en los comestibles. Este motin duró un día, dando por la noche los mismos amotinados libertad á los presos por la mañana, pero fué porque el corregidor, mas fácil y mas blando aun que el de Cuenca, les dió gusto en la demanda de rebaja, y ofreció hacer presentes al rey sus necesidades y todos los vejámenes de que se quejaban.—El mismo descontento, las mismas quejas, el mismo espíritu de rebelión se manifestaron en varias otras poblaciones de Castilla, de Andalucía, de Aragón y de Navarra, con síntomas mas ó menos pronunciados y mas ó menos graves y alarmantes, segun el arranque de cada pueblo, y segun los medios de represión de que podían disponer las autoridades, ó segun su respectiva energía. El espíritu de imitación, mas tal vez que otra causa, incitó á parodiar los desórdenes de la corte á poblaciones tan pequeñas como San

(1) Motin de Zaragoza, MS.—El padre Garcés, provincial de la orden de Santo Domingo, era un sujeto muy estimado en Zaragoza, y algunos amotinados le habían llevado á palacio, atribuyéndole en su consecuencia el bando del capitán general rebajando los comestibles y poniendo el trigo al precio de tasa.

(2) Real orden de 17 de abril, 1766.—Así la noticia de estos hechos, como la carta de Domezain, la real orden citada, y la de indulto, se hallan en la «Relación individual y verídica, etc.» impresa, y en el MS. antes mencionado de la Academia de la Historia, E. 87.



Ildefonso y como Navalcarnero, siendo aquella residencia temporal de los reyes, y estando esta tan inmediata á la capital.

A vista de esto no puede extrañarse que en países menos dóciles, como Cataluña, y en poblaciones grandes y mas propensas á la agitacion, como Barcelona, tomaran tan serio carácter los anuncios de desasosiego, que un capitan general tan veterano y tan práctico como el marqués de la Mina creyera necesario para sofocar los amagos de tumulto que comenzaban á advertirse, previo consejo y acuerdo de los jefes de las diferentes armas, imponer y aterrar á la ciudad, haciendo que una mañana (18 de abril) aparecieran todos los cañones de las fortalezas presentando sus bocas hácia la poblacion y los artilleros á su lado con mecha encendida y todo el aparato de guerra, y que además hiciera acercar todas las tropas diseminadas por los contornos, y las distribuyera oportunamente por si la sedicion estallaba. Verdad es que no se limitó á tomar estas precauciones militares, sino que conocedor del carácter catalan, hizo llamar á los principales de la nobleza barcelonesa y á los jefes ó prohombres de los gremios, y asegurando á unos y á otros que no era su ánimo ofender ni molestar á los buenos ciudadanos, sino escarmantar á los revoltosos, los exhortó á que le ayudaran á descubrir los agitadores y á mantener con todo el influjo de su prestigio la tranquilidad pública, y á que nombraran diputados con quienes pudiera entenderse en los sucesos que acaso sobrevinieran. Así se lo ofrecieron, y así lo ejecutaron. Los de los gremios publicaron un bando prometiendo un premio de mil duros al que denunciara los autores de los pasquines y de los planes de trastorno, con mas el indulto personal y la reserva del nombre si era cómplice en ellos. Fuese ó no resultado de estas medidas, es lo cierto que en la tarde del día 20, que habia sido el designado en los pasquines para estallar el tumulto, se presentaron al capitan general los diputados de los gremios á asegurarle que podian responder de la tranquilidad pública. El de la Mina les creyó sobre su palabra, mandó desmontar los cañones y retirarse la tropa, y en honor de la verdad el sosiego no se alteró, ni en aquel día ni despues (1).

Lo singular, y lo que difícilmente se comprende, es que cundiera el contagio á la noble y pacífica provincia de Guipúzcoa. Allí tomó el movimiento de la rebelion una nueva forma, puesto que no quedó concentrado en las poblaciones, sino que los tumultuados salieron al campo y pasaron la bandera de pueblo en pueblo. Los de la villa de Azcoitia, en número de dos mil, despues de haber obligado al corregidor á rebajar el trigo y los demás comestibles al precio que ellos se propusieron, tomando un estandarte y haciéndole llevar á un eclesiástico, derraméronse en partidas, aumentadas con los que de otros puntos se les allegaban, por los pueblos de Elgoibar y Eibar, amenazando á Vizcaya, y corriéndose á Vergara, enseñando por todas partes el bando del corregidor de Azcoitia, provocando á que pidieran la misma rebaja en los artículos de consumo, rompiendo las medidas de vino de menos cabida que las que ellos llevaban de modelos, y propagando en fin la insurreccion por cuantos medios podian discurrir. Por fortuna en Vizcaya no encontró eco la propaganda, porque en Bilbao se prohibió la extraccion del trigo, y los de Vergara se negaron resueltamente á cuanto pedian los amotinados (2).

Variaron pues estos de rumbo, y reconcentraron todas sus fuerzas en Hernani (22 de abril), con ánimo de acometer á San Sebastian, porque tambien en aquella ciudad andaba la gente levantisca, tambien el motin se habia anunciado por pasquines como en todas partes, aunque para evitarle habian las autoridades disminuido el precio de los comestibles, fué menester hacer prisiones, especialmente de mujeres, que se mostraron las mas osadas, y se tomaron serias precauciones

militares. Con esto, y con tener alumbrada la poblacion, y con rondar de día y de noche unos por la muralla y otros por las calles, y por último con salir tropa y vecinos contra los sublevados, ahuyentáronse estos, y como vieran que no encontraban calor en las capitales y mayores poblaciones, fuese disipando poco á poco la nube que por unos días tuvo en consternacion la provincia de Guipúzcoa.

En verdad, considerando el carácter, la época, la casi uniformidad de los motines de la capital y de las provincias, por mucho que se dé á los arranques de disgusto popular producido por la carestía, por mucha parte que en ellos tuviera el espíritu de imitacion, especie de contagio que en esta clase de sucesos se propaga y contamina fácilmente á los pueblos, no extrañamos que ya entonces supusieran muchas gentes, ó al menos sospecharan que fuera obra de un plan general, atizado y dirigido por oculta mano, y mano diestra y poderosa, que ya se comenzó á señalar, y sobre cuyas conjeturas discurrirémos tambien nosotros despues. De todos modos triunfantes las perturbaciones en muchas partes, que á esto equivalia calmarlas á fuerza de concesiones, sofocadas en algunas con no poco trabajo, y por lo comun mal reprimidas, el principio de autoridad habia quedado profundamente lastimado y herido, y para restablecer en el reino aquella regularidad y armonía que debe haber entre el poder y los súbditos, entre gobernantes y gobernados, y para ir corrigiendo aquella dislocacion producida por los disturbios, se necesitaba no poca habilidad y prudencia.

Afortunadamente reunia estas dos excelentes cualidades el conde de Aranda, á quien Carlos III habia tenido el buen tino de encomendar la presidencia del Consejo y el mando superior de las armas de Castilla la Nueva. El antiguo embajador de Polonia, general del ejército de Portugal, presidente del Consejo de Guerra para juzgar á los que habian dejado perder la Habana, y capitan general de Valencia, acabó de acreditar en la corte en su doble cargo que sabia ser tan prudente consejero como enérgico soldado. Hombre de carácter afable y llano, y por esto solo ya agradable al pueblo, hizosele mucho mas asistiendo algunas veces á los teatros y á los toros, y dejándose ver en las calles y en los paseos en coche sin cortinas, manera de andar desusada por los presidentes sus antecesores, ya en uso de un privilegio ó prerogativa del cargo, de que él mismo quiso desprenderse y pidió al rey le dispensara, ya por haber estado aquella dignidad mucho tiempo desempeñada por obispos y cardenales. Los madrileños agradecian aquella especie de llaneza que no estaban acostumbrados á ver, y la autoridad que logra captarse la benevolencia y el afecto del pueblo tiene una gran ventaja para dirigirle, y mas si reúne, como el de Aranda reunia, el nervio y el vigor que se requiere para reprimir con mano fuerte los desmanes en los casos necesarios.

Una de las primeras medidas que adoptó el nuevo presidente fué limpiar la capital de vagos, gariteros, mendigos, cuya robustez les permitia trabajar, y mujeres de mal vivir, polilla siempre de la sociedad, y gente en todas ocasiones la primera á engrosar los alborotos y á explotar los disturbios como quien en ellos no teme nunca perder, y espera siempre salir ganando. Ni aun á los eclesiásticos que carecian de empleo ó de comision que legitimara su estancia en la corte les permitió permanecer en ella, sin que les sirviera de pretexto el recurso de que algunos intentaron valerse de meterse á postuladores de limosnas para santos, ermitas, santuarios, comunidades ú hospitales (3). Para el mejor orden y gobierno de la poblacion la dividió en ocho cuarteles, cada uno de ellos subdividido en otros tantos barrios, regidos por alcaldes nombrados por los mismos vecinos, y encargados de la policia y de la seguridad y el orden de su respectiva demarcacion ó distrito (4). Con esto, y con los castigos que en el capitulo an-

(1) Motines de provincias, MS. de la Academia, tomo de Varios, E. 87. Parte oficial de los sucesos de Barcelona.

(2) «Relacion del modo con que dispó por medio de sus vecinos la villa de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa, la sedicion de los de Elgoibar y otros de su inmediacion.» Impresa de órden del Consejo en 1776. —MS. de la Real Academia de la Historia, E. 87.

(3) Autos acordados y bandos de 5 y 16 de mayo, 16 de setiembre y 21 de diciembre de 1766 —Sanchez, Coleccion de pragmáticas, cédulas, etc.—Coleccion de cédulas reales de 1726 á 1777: de la Real Academia de la Historia, tomo I.

(4) Fernan Nuñez, Compendio, cap. 2.º—Instruccion que deben observar los alcaldes de barrio, etc. Coleccion de reales cédulas y autos acordados.



terior dejamos mencionados, consiguió el de Aranda ir restañando las heridas causadas á la sociedad por los recientes desórdenes, con general satisfaccion, porque se decia de él, y lo confesaban los mismos comprometidos en la sedicion, que hacia justicia sin acepcion de personas.

Mas la principal dificultad no consistia en esto, sino en restablecer la regularidad en todo el reino, y devolver toda su fuerza y vigor al principio de autoridad tan lastimado y relajado en todas partes, ya por los forzados indultos que se habian concedido, ya por las concesiones de rebajas arrancadas á las autoridades por la necesidad ó la violencia. Era menester una providencia general, que, cualquiera que fuese, no carecia de inconvenientes, por la dificultad de mantener los compromisos adquiridos y de sostener la baratura de los precios decretada por el gobierno y las autoridades, sin que aparecieran triunfantes las rebeliones, y siendo por otra parte una baratura demasiado costosa al erario. Sobre este difícil punto se dividió el Consejo en tres distintos pareceres y votos. El rey, tomando de ellos lo que le pareció, resolvió que el indulto por rebeldía se limitara á Madrid, y declaró que los magistrados no estaban obligados á cumplir las concesiones de rebaja, como impuestas por la fuerza y hechas sin libre deliberacion. Quedaron, pues, por auto acordado del Consejo abolidas las rebajas y los indultos en las provincias (1). Pero al mismo tiempo se establecian reglas para la buena administracion de los abastos y para el posible alivio de los pueblos, de manera que cada vecindario pudiera surtir de los mas necesarios mantenimientos sin vejámenes, y á los precios mas arreglados y módicos que las circunstancias permitieran.

A este fin se hizo la célebre modificacion del régimen municipal, por la cual se crearon los *Diputados del Comun*, y el cargo de *Síndico personero*, elegidos por parroquias ó barrios, que habian de nombrarse anualmente con facultades para intervenir en los negocios de los abastos públicos, para promover juntas, y sin cuya asistencia no pudieran los ayuntamientos deliberar sobre estos asuntos. Cuatro habian de ser los diputados en las poblaciones que llegaran á dos mil vecinos, y dos en las de dos mil abajo. En aquellas en que hubiera procuradores síndicos perpetuos, ó en que este oficio estaba vinculado en ciertas familias, habia de elegirse otro *personero público ó del comun*, que habia de tener asiento al lado de aquel, y voz para proponer lo que fuese en beneficio y pro comun. Esta eleccion era indirecta por compromisarios, podia recaer indistintamente en nobles y plebeyos, y estaban excluidos los regidores y sus parientes hasta cuarto grado (2).

A todo esto el rey continuaba en Aranjuez con toda la familia real, y este alejamiento y este retraimiento del monarca despues de dos meses de terminado el motin mantenía en cierta inquietud y recelosa desconfianza al pueblo de Madrid, que no auguraba cosa buena de ausencia tan prolongada. La inquietud popular retraía de cada vez mas al soberano; y esta actitud de mutuo recelo, que no faltaban interesados en sostener, hacia mas difícil encontrar el medio de que el monarca pudiera volver á la corte sin menoscabo del decoro de la corona y del prestigio de la dignidad real, harto desvirtuado desde las concesiones hechas en el tumulto, así como era peligroso que intentara recobrarle anulando aquellas, y mostrándose fuerte faltando á su real palabra. A acordar la manera de salir de esta situacion y de reconciliar al rey y al pueblo pasó el conde de Aranda á Aranjuez. A su prudencia fué sin duda debido, así el plan que de allí trajo, como el éxito de su ejecucion.

Consistia este en hacer que las principales corporaciones dirigieran representaciones al rey suplicándole consolará á los

(1) «Y habiendo examinado (decia) esta materia con la reflexion que el caso pide, y teniendo presente lo expuesto sobre ella por los señores fiscales, y la necesidad de desengañar á la plebe, para que no caiga en excesos tan sediciosos fiada en indultos y perdones que nada le aprovechan; declararon por nulas é inválidas las bajas hechas, etc.»

(2) Auto acordado de 5 de mayo, 1766.—Instruccion que se debe observar en la eleccion de diputados y Personero del Comun, y en el uso y prerogativas de estos oficios, que se forma de orden del Consejo para la resolucion de las dudas ocurientes con presencia de las que hasta aquí se han decidido. Fecha 26 de junio.—Coleccion de cédulas reales.

madrileños regresando ya á la corte, y que revocara las concesiones hechas á los sediciosos en momentos de turbacion. Difícil parecia la empresa, pero todo supo vencerlo la maña y la habilidad del de Aranda, y en esto se vió bien el influjo de su popularidad. Nada tenia de extraño que á su insinuacion representara en aquel sentido, como lo hizo, el Cuerpo de la Nobleza, pero solo él podia haber logrado que corporaciones populares y de otra índole, tales como la de los Cinco Gremios mayores, la de los Gremios menores, y el Ayuntamiento mismo, escribieran y entregaran á Aranda exposiciones en que se acriminaba los excesos cometidos por la plebe, y en que se rogaba al rey su vuelta á la corte para consuelo y alegría de un pueblo que ansiaba la presencia del mas benéfico de los soberanos (3). Todas estas representaciones fueron pasadas en consulta al Consejo de Castilla, el cual conformándose con las alegaciones de sus fiscales calificó en su informe la reunion popular y tumultuaria de Madrid en los tres dias de marzo, de nula, ilícita, insólita, defectuosa, oscura, violenta, de pernicioso ejemplo, obstinada, ilegal é irreverente, deteniéndose en la explicacion y demostracion de cada una de estas calificaciones; y concluía por opinar que las corporaciones representantes estaban en su derecho pidiendo la revocacion de las gracias concedidas por el rey á los tumultuados, pero no así en pedir la derogacion del indulto, porque esto parécia ofender la clemencia real. Carlos se conformó en todo con la consulta del Consejo (4).

Era de esperar, y así sucedió, que la derogacion de las gracias concedidas durante el motin desazonara á la multitud que en él habia tomado parte, y así fué que aunque materialmente no se volvió á alterar la tranquilidad, continuaron los papeles subversivos, y advertíanse otros síntomas que obligaron al presidente del Consejo á tomar precauciones y dictar providencias para evitar nuevos trastornos. Por algunas de estas medidas, encaminadas á privar del fuero á los eclesiásticos que se mezclaban en tumultos y desórdenes populares, y á prohibir las imprentas que habia en lugares que gozaban de inmunidad, podíase ya vislumbrar hacia qué clase se enderezaban las sospechas de haber promovido el motin y de mantener la inquietud, y cuál era la que habia de sufrir el rigor de otras mas severas medidas, si llegaba el caso de tomarlas (5). Sin embargo no se movió nadie, y tanto, que habiendo los guardias walonas, antes expulsados por el odio y por la exigencia del pueblo, vuelto á Madrid (6 de julio) en virtud de la provision real, observóse que anduvieron sueltos y libres por la poblacion sin que nadie los ofendiera ni de obra ni de palabra, y como si se hubieran extinguido las anteriores antipatías.

Habia por lo tanto esperanzas de que estando sosegada la capital, vindicada la dignidad régia, el pueblo tan descontento de la larga ausencia del rey, y pasada ya la estacion de la jornada de Aranjuez, se trasladaria el soberano á la corte, como las corporaciones se lo habian suplicado, y como lo anhelaba ya todo el mundo. Por lo mismo se supo con tanto disgusto como sorpresa que repentinamente y sin tocar sino en las afueras de Madrid habia pasado Carlos del real sitio de Aranjuez al de San Ildefonso. Verdad es que se cohonestó este paso, que de otro modo se habria tomado como manifiesto desaire, con el fallecimiento de la reina madre Isabel Farnesio acaecido en la Granja (10 de julio, 1766), motivo que ostensiblemente aparecia justo, pero que en realidad no bastó á tranquilizar los ánimos, ni menos á disipar la sospecha de que no fuese el solo que habia influido en tan precipitado viaje (6).

(3) Representaciones de 28 de mayo, 1, 2, 3 y 6 de junio, 1766.

(4) Consulta del Consejo de Castilla, y real provision expedida en su consecuencia, junio, 1766.

(5) Real cédula de 18 de setiembre sobre que los eclesiásticos seculares y regulares se abstengan de declamaciones y murmuraciones contra el gobierno.

Además de las providencias que aquí indicamos, la prision del arcediano Gándara que mencionamos ya en el otro capítulo, la del padre Isidro Lopez, procurador de los jesuitas de la provincia de Castilla, la del abate don Lorenzo Hermoso, la del marqués de Valdeflores, y sus destierros, significaban ya bien hacia dónde soplab el aire de la sospecha y hacia dónde habria de correr el viento de la persecucion.

(6) Gacetas de Madrid de 19 y 26 de julio de 1766.



Así se iba difiriendo el momento apetecido por todos de ver restablecida la misma confianza que desde los sucesos de marzo había cesado de reinar entre el soberano y el pueblo. Entre tanto el conde de Aranda no cesaba de trabajar en su buena obra de alejar suave y prudentemente todo lo que podía prolongar el enojo del monarca, y de conseguir con la persuasiva y la blandura lo que no había sido posible recabar con el rigor y con la fuerza. Propúsose pues el de Aranda hacer variar el traje español, motivo ó pretexto principal del pasado motin contra Esquilache. Al efecto aconsejó y rogó á los altos funcionarios, á los grandes y á otras personas distinguidas, que dieran ejemplo adoptando la capa corta y el sombrero de tres picos, lo cual consiguió sin esfuerzo. Para ir despues popularizando el uso de aquella vestimenta persuadió á los representantes de los Cinco Gremios mayores á que le dieran tambien gusto en cosa que les costaba poco y con que podian agrandar mucho al rey. Cuando vió que tales personas y corporaciones le complacian sin gran repugnancia, calculó que podia extenderse ya sin grave riesgo la reforma, y convocando á su casa los representantes de los cincuenta y tres Gremios menores (16 de octubre, 1766), expúsoles, mas en tono de amigo que exhorta que con ceño de autoridad que preceptúa, el gusto con que veria que amonestaran á los de sus gremios respectivos, á que adoptaran el traje prescrito en el bando pendiente, con lo cual acabaria de desaparecer todo recuerdo de los pasados disturbios propio á mantener la disidencia entre el rey y el pueblo. Complacidos, y hasta encantados aquellos representantes de las clases populares de la manera favorable y digna como les habló tan elevado magistrado, ofreciéronle darle gusto, y lo cumplieron así, llamando en los dias festivos á sus representados, é induciéndolos á que aceptaran la reforma del traje, como en efecto lo fueron ejecutando tambien. De modo que el conde de Aranda con su hábil y prudente política logró por la persuasion ver realizado antes del año lo que mandado por el rey y su primer ministro solo había producido una conmocion que pudo conducir á un grave trastorno (1).

Mudaron pues completamente de aspecto, merced á su maña y prestigio, las cosas de la capital. En provincias el auto acordado por el cual se abolian las rebajas y revocaban los indultos tampoco encontró resistencia. De la parte que en este buen efecto correspondió al aura popular del conde de Aranda da testimonio la representacion con que á poco de su nombramiento para la presidencia de Castilla le felicitaron los labradores de Zaragoza, la poblacion en que había tomado formas mas imponentes el alboroto. A algunas otras ciudades fueron enviados comisarios régios. Ninguna volvió á tumultuarse, y la provincia de Guipúzcoa había recobrado su habitual reposo. Así fué que viendo Carlos III restablecida y al parecer asegurada la tranquilidad en todas partes, y cambiando el espíritu general del pueblo, no tuvo ya reparo, terminadas las dos jornadas de la Granja y el Escorial, en regresar á la corte, bien que entrado ya el invierno (1.º de diciembre). Ciertamente no tuvo motivos para arrepentirse de su resolucion, sino muchos para alegrarse y regocijarse al ver las demostraciones de júbilo con que la muchedumbre celebraba su ansiada presencia (2), al cabo de mas de ocho meses de alejamiento. Causóle además gran sensacion la novedad de encontrar los madrileños sin las capas largas y los sombreros gachos, y de ver que el antes tan repugnado sombrero de tres picos era el que ahora se echaba al aire para saludar y victorear á su soberano.

Si en todos tiempos suele adoptarse como máxima de conveniencia política tener entretenido al pueblo, en esta ocasion lo era sin duda, y por conocerlo así, solo habían estado un mes suspensas las corridas de toros por el luto de la muerte de Isabel Farnesio. Ahora se abrieron los teatros, en cuyos espectáculos sabemos que alternaban hacia ya tiempo con los cómicos españoles músicos italianos y bailarines y bailarinas

francesas. Hasta bailes de máscaras se dieron en los dos coliseos en la temporada de Carnaval (1767) con insólita concurrencia, sin que la circunstancia del disfraz que tanto puede prestarse al abuso y al exceso infundiera temor de que se turbara otra vez el sosiego público, y sin que las autoridades del Santo Oficio alcanzaran á impedir este género de diversion: doble prueba de lo que este tribunal iba decayendo, y de lo afianzado que se consideraba ya el orden. Ciertamente había contribuido tambien á ello la fortuna de haberse logrado una buena cosecha el año anterior, con que cesó en gran parte el pretexto de la carestía, que había servido á los agitadores para conmover y preparar las masas á los tumultos.

No faltaron sin embargo perturbadores que al cumplirse el aniversario del motin contra Esquilache tentaron alarmar y sublevar la plebe de Madrid, difundiendo la voz de que se estaba encarcelando algunos hombres solo por llevar patilla, y de que se iba á mandar cortar el pelo á las mujeres que lo llevaban en forma de rodete, y á hacerles quitar las agujas de la cabeza y las hebillas del calzado. Por absurdas é infundadas que sean voces de esta especie, nunca falta en el vulgo gente crédula que las acoja, y cierta alteracion se hizo sentir entre las mujeres de las plazuelas y mercados. A desmentir el famoso rumor que había cundido salieron los alcaldes de corte y barrio, y con esto y algunas patrullas de caballería que recorrieron las calles, fué bastante para que el murmullo se disipara, y desde entonces no se volvieron á observar síntomas que pudieran infundir temor de que se turbara de nuevo el sosiego público.

Tal fué el término que en lo material tuvieron el motin de Madrid y los alborotos de provincias en el año de 1766. Decimos en lo material, porque en cuanto á las consecuencias políticas, húbolas todavía, y muy graves, que se enlazan con importantes sucesos en cuya relacion vamos á entrar.

## CAPÍTULO VI

### Expulsion y extrañamiento de los jesuitas

1767

Misterioso sigilo y pavoroso aparato con que se ejecutó la expulsion en Madrid.—Circunstancias del suceso.—Los jesuitas de Madrid son trasportados á Getafe, y de allí á Cartagena.—Cómo se hizo simultáneamente la expulsion de todas las casas y colegios del reino.—Pliego cerrado á los alcaldes.—Real decreto de expulsion y extrañamiento.—Cajas de depósitos, y puntos de embarque.—Principal inculpacion que se hacia á los jesuitas.—Expediente de pesquisa.—Consejo extraordinario.—Célebre consulta de 29 de enero de 1767.—Resolucion del rey.—Comision del conde de Aranda.—Carta de Carlos III al papa sobre la expulsion de los jesuitas.—Notable respuesta del pontífice.—Célebre consulta del Consejo sobre el breve pontificio.—Contestacion del rey al papa y tenor de la consulta.—Son embarcados y trasportados los jesuitas á los Estados Pontificios.—Niégase Clemente XIII á admitirlos en sus Estados.—A instancia de Carlos III los reciben los genoveses en la isla de Córcega.—Consíentelos luego el papa en sus dominios.—Severidad que empleó el rey con los expulsos.—Severísimas penas contra los que volvieran á España.—Otras disposiciones sobre jesuitas.—Aplicacion y destino que se dió á los bienes de la Compañía.—Creacion de seminarios conciliares.—Casas de correccion para clérigos.—Idem de pension y enseñanza para niños y niñas.—Hospitales, hospicios é inclusas.—Reales cédulas sobre supresion de cátedras de la escuela jesuítica.

Notable fué el año que siguió al motin de Madrid, por el ruidoso suceso que expresa el epígrafe de este capítulo; la supresion repentina de la orden religiosa de la Compañía de Jesus en todos los dominios españoles, y la expulsion y extrañamiento simultáneo de todos sus individuos. Sobre este importante acontecimiento han sido emitidos muy diferentes y aun opuestos juicios, así por los escritores coetáneos del suceso, como por nuestros mismos contemporáneos. A su tiempo fijaremos el nuestro. Y para que nuestros lectores puedan hacerlo tambien con conocimiento de causa, y para la mayor claridad y el mejor orden histórico, vamos á referir en el presente capítulo, como simples narradores, las circunstancias del hecho, dejando para el siguiente la exposicion de los antecedentes que le prepararon, y de las causas á que se atribuyó tan trascendental como inesperada providencia.

(1) Añaden algunos que para hacer en cierto modo odioso al pueblo el traje antiguo se mandó que el verdugo y sus ayudantes usaran el sombrero chambergo y la capa larga.

(2) Gaceta de Madrid de 6 de diciembre de 1766.



En la noche del 31 de marzo al 1.º de abril de 1767, á mas de las doce de ella, cuando todo era silencio y sosiego en la capital de España, los alcaldes de corte, vestidos de toga, acompañados de los correspondientes ministros de justicia, y seguido cada uno de una fuerte escolta de tropa, se encaminaban por distintas calles á las seis casas que tenían en Madrid los PP. de la Compañía, á saber, el Colegio Imperial, el Noviciado, la Casa Profesa, el Seminario de Nobles, el de Escoceses y el de San Jorge. Llegado que hubieron á cada una de ellas, llamaron é intimaron al portero que avisase al rector que tenían que hablarle de orden del rey. Presentado el rector de cada casa al respectivo magistrado (porque esto acontecia simultáneamente en todos los colegios), mandóle que hiciese despertar y levantar la comunidad, y que se reunieran en la sala capitular todos los individuos (1). Entre tanto pusieron centinelas dobles á la puerta de la calle y á la del campanario, con orden expresa y rigurosa de no permitir comunicacion alguna por aquella, ni dejar subir por esta á tocar las campanas, y de arrestar al que lo intentase, fuese religioso ó seglar. Igual precaucion se tomó en todas las puertas de cada colegio que comunicaban á la calle. Un oficial de justicia acompañaba al portero que despertaba á los padres y hermanos, y el alcalde quedaba á la vista del rector. Reunidos todos los religiosos en el paraje designado, se les notificó el real decreto por el cual se disponia que todos los individuos de la orden religiosa denominada de la Compañía de Jesus, fuesen extrañados de los dominios de la corona. En su virtud se les previno que recogiese cada uno su libro de rezo, la ropa de su uso, el chocolate, tabaco y dinero que fuese de su pertenencia personal, expresando y declarando la cantidad ante el ministro de la comision, pero no los demás libros y papeles, los cuales habian de quedar inventariados y embargados, para cuya operacion se destinaron oficiales que iban cerrando las puertas y poniendo á la llave de cada una su número y su nombre.

Verificado todo esto, mandóseles salir á la calle, donde se hallaban ya prontos los carruajes que los habian de transportar. Sin detencion fueron colocados cuatro en cada coche y dos en cada calesa, y unos tras otros, y con solo la necesaria separacion, custodiados por escoltas de caballería, partieron camino de Getafe, donde de antemano se habian preparado alojamientos como para doscientas personas. Esperábalos allí ya un comisario, encargado de conducirlos hasta Cartagena, donde serian embarcados para los Estados Pontificios. Este comisionado, que lo fué don Juan Acedo Rico, con arreglo á las instrucciones que tenia, solo les permitió descansar un dia en Getafe. Al dia siguiente, divididos los religiosos en dos tandas iguales, cada una de las cuales nombró un superior para que se entendiera en todo con el director del viaje, salieron para Cartagena escoltados por dos partidas de caballería, precediendo medio dia la una á la otra, de forma que donde la una comia la otra pernoctaba, y así progresivamente, adelantándose siempre cuatro soldados y un cabo para preparar los alojamientos y subsistencias. La instruccion contenia otras semejantes prevenciones, entre las cuales no se olvidó lo que habia de hacerse con los que pudieran caer enfermos en el camino, y cómo habian de ser despues incorporados con seguridad á los otros (2). En Cartagena habia ya otro comisionado encargado de transportarlos por mar á su destino.

Al mismo tiempo que en Madrid, con la misma reserva y

(1) Solamente en el Noviciado se dispuso, con arreglo á instruccion, que los novicios permanecieran en su departamento, bien que con centinelas de vista, y vigilados por dos oficiales de justicia.

(2) La orden de los alcaldes de corte decia así: «Habiendo resuelto el rey, como V. entenderá por el real decreto adjunto, que salgan extrañados de los dominios de la corona los regulares de la Compañía, he destinado á V. para el colegio de (*el nombre del colegio*); en cuya consecuencia, y arreglándose á la instruccion impresa que acompaña, como á las advertencias particulares que se hacen respecto á las casas de Madrid, pasará V. esta noche á las doce á dar cumplimiento á la determinacion de Su Majestad.

»La tropa que ha de auxiliar á V. en su comision se hallará á las once y media en (*el punto respectivo*), á donde se dirigirá V. para hacer de ella el uso que convenga, y entenderse con el oficial que la mande.—Prevenigo á V. asista en toga, pues la seriedad del suceso así lo requiere, dándole cuenta sin dilacion, ofreciéndose alguna circunstancia especial. Dios

misterio, con las propias ó semejantes precauciones y formalidades, y con diferencia de un dia, se ejecutaba la expulsion de los jesuitas de todas las casas profesas que tenían en el reino (3). Para asegurar el buen éxito de este golpe de Estado, de cuya ejecucion, desde su principio hasta su complemento, se encargó el presidente del Consejo de Castilla, conde de Aranda, y para que no pudiera traslucirse el secreto con que se propusieron conducir este negocio, se pasó la siguiente comunicacion á todos los jueces ordinarios de los pueblos en que existian casas de jesuitas.

«Incluyo á Vd. el pliego adjunto, que no abrirá hasta el dia 2 de abril; y enterado entonces de su contenido, dará cumplimiento á las órdenes que comprende.

»Debo advertir á Vd. que á nadie ha de comunicar el recibo de esta, ni del pliego reservado para el dia determinado que llevo dicho: en inteligencia de que si ahora de pronto, ni despues de haberlo abierto á su debido tiempo, resultare haberse traslucido antes del dia señalado, por descuido ó facilidad de usted, que existiese en su poder semejante pliego con limitacion de término para su uso, será Vd. tratado como quien falta á la reserva de su oficio y es poco atento á los encargos del Rey, mediando su real servicio; pues previniéndose á Vd. con esta precision el secreto, prudencia y disimulo que corresponde, y faltando á tan debida obligacion, no será tolerable su infraccion.

»A vuelta de correo me responderá Vd. contestándome el recibo del pliego, citando la fecha de esta mi carta, y prometiéndome la observancia de lo expresado, por convenir así al real servicio. Dios, etc. Madrid 20 de marzo de 1767.—El conde de Aranda.—Señor don N.....»

Nada puede informarnos mejor del modo cómo se ejecutó la expulsion en todos los colegios del reino que el texto de la Instruccion que acompañaba al pliego reservado, á la cual se ajustaron estrictamente los jueces encargados de su cumplimiento. Conviene además que nuestros lectores conozcan este documento importantísimo, sobre el cual se han hecho, acaso por no conocerle bien, muchos y muy apasionados comentarios.

I. Abierta esta instruccion cerrada y secreta en la víspera del dia asignado para su cumplimiento, el ejecutor se enterará bien de ella con reflexion de sus capitulos; y disimuladamente

guarde á V. muchos años. Madrid 31 de marzo de 1767.—El conde de Aranda.—Al alcalde don N.»

Seguan las *Advertencias particulares en la práctica de Madrid, que tendrán presente los alcaldes de corte para su gobierno*; las cuales contenian las instrucciones de ejecucion de que sustancialmente dejamos hecho mérito.

La que se dió al comisionado de Getafe llevaba por título: *Nombramiento instructivo para el comisionado director del viaje de los jesuitas de la corte hasta Cartagena*. En ella, además de las prevenciones que hemos indicado, se hallaba la siguiente: «Si cayese enfermo algun religioso, segun fuese la indisposicion, le dejará V. compañero; pareciendo largo, no; siendo de uno ó dos dias, sí; y sea como fuere, impondrá V. de mi orden á la justicia donde quedase, que los asista con la mayor exactitud y conveniencia, aviéndolos despues con persona de su satisfaccion, que los acompañe hasta el alcance de los otros, llevando testimonio de aquella justicia, que especifique el motivo del atraso.»

«A cada oficial, sargento, cabo y soldado de la escolta se le dará doble paga diaria de la que gozan... etc.»

Al pié de la instruccion impresa se lee la siguiente *Nota*. La orden dada para el uso de las dos escoltas, reducida cada una á un oficial subalterno, un sargento y diez soldados montados, ha sido, de proteger á los religiosos conducidos de cualquier insulto; atender á la puntualidad de los carruajes, y obediencia á sus mozos; adelantar el cabo y cuatro hombres con los coadjutores de alojamiento y pasaporte para el exacto cumplimiento de las justicias, y auxiliar al director comisionado en lo que tuviese por conveniente.

»Posteriormente se ha mandado por S. E. que de los colegios del propio orden se transporten colchones, sábanas y mantas, con la ropa de mesa á los diferentes embarcaderos, para que todos los religiosos tengan en su navegacion las posibles comodidades.»

(3) La orden se habia dado para que se ejecutara la noche del 2 al 3 de abril, mas como luego se acordase anticipar en Madrid la ejecucion, se mandó anticiparla tambien en provincias, en unas partes en la misma noche, en otras en la del 1.º al 2, en otras en la del 2 al 3, calculadas las distancias, y de modo que no pudiera saberse en un punto lo que habia pasado en el otro.



echará mano de la tropa presente ó inmediata, ó en su defecto se reforzará de otros auxilios de su satisfaccion; procediendo con presencia de ánimo, frescura y precaucion, tomando desde antes del dia las avenidas del colegio ó colegios: para lo cual él mismo, por el dia antecedente, procurará enterarse en persona de su situacion interior y exterior; porque este conocimiento práctico le facilitará el modo de impedir que nadie entre y salga sin su conocimiento y noticia.

II. No revelará sus fines á persona alguna, hasta que por la mañana temprano, antes de abrirse las puertas del colegio á la hora regular, se anticipe con algun pretexto, distribuyendo las órdenes, para que su tropa ó auxilio tome por el lado de dentro las avenidas; porque no dará lugar á que se abran las puertas del templo, pues este debe quedar cerrado todo el dia y los siguientes, mientras los jesuitas se mantienen dentro del colegio.

III. La primera diligencia será que se junte la comunidad, sin exceptuar ni al hermano cocinero, requiriendo para ello antes al superior en nombre de S. M., haciéndose al toque de la campana interior privada, de que se valen para los actos de comunidad; y en esta forma, presenciándolo el escribano actuante con testigos seculares abonados, leerá el real decreto de extrañamiento y ocupacion de temporalidades, expresando en la diligencia los nombres y clases de todos los jesuitas concurrentes.

IV. Les impondrá que se mantengan en su sala capitular, y se actuará de cuáles sean moradores de la casa, ó transeuntes que hubiere, y colegios á que pertenezcan; tomando noticia de los nombres y destinos de los seculares de servidumbre que habiten dentro de ella, ó concurren solamente entre dia, para no dejar salir los unos, ni entrar los otros en el colegio sin gravísima causa.

V. Si hubiere algun jesuita fuera del colegio en otro pueblo, ó paraje no distante, requerirá al superior que lo envíe á llamar, para que se restituya instantáneamente, sin otra expresion; dando la carta abierta al ejecutor, quien la dirigirá por persona segura, que nada revele de las diligencias, sin pérdida de tiempo.

VI. Hecha la intimacion, procederá sucesivamente en compañía de los padres superior y procurador de la casa á la judicial ocupacion de archivos, papeles de toda especie, biblioteca comun, libros y escritorios de aposentos; distinguiendo los que pertenecen á cada jesuita, juntándolos en uno ó mas lugares, y entregándose de las llaves el juez de la comision.

VII. Consecutivamente proseguirá el secuestro con particular vigilancia; y habiendo pedido de antemano las llaves con precaucion, ocupará todos los caudales y demás efectos de importancia que allí haya, por cualquiera título de renta ó depósito.

VIII. Las alhajas de sacristía é iglesia bastará se encierren, para que se inventarién á su tiempo con asistencia del procurador de la casa, que no ha de ser incluido en la remesa general, é intervencion del provisor, vicario eclesiástico ó cura del pueblo en falta de juez eclesiástico, tratándose con el respeto y decencia que requieren, especialmente los vasos sagrados: de modo que no haya irreverencia, ni el menor acto irreligioso, firmando la diligencia el eclesiástico y procurador junto con el comisionado.

IX. Ha de tenerse particularísima atencion, para que no obstante la priesa y multitud de tantas instantáneas y eficaces diligencias judiciales, no falte en manera alguna la mas cómoda y puntual asistencia de los religiosos, aun mayor que la ordinaria, si fuese posible: como de que se recojan á descansar á sus regulares horas, reuniendo las camas en parajes convenientes, para que no estén muy dispersos.

X. En los noviciados (ó casas en que hubiere algun novicio por casualidad), se han de separar inmediatamente los que no hubiesen hecho todavía sus votos religiosos, para que desde el instante no comuniquen con los demás, trasladándolos á casa particular, donde con plena libertad y conocimiento de la perpetua expatriacion, que se impone á los individuos de su orden, puedan tomar el partido á que su inclinacion los indujese. A estos novicios se les debe asistir de cuenta de la Real Hacienda mientras se resolviesen, segun la explicacion

de cada uno, que ha de resultar por diligencia, firmada de su nombre y puño, para incorporarlo, si quiere seguir, ó ponerlo á su tiempo en libertad con sus vestidos de seglar al que tome este último partido, sin permitir el comisionado sugerencias para que abrace el uno ú el otro extremo, por quedar del todo al único y libre arbitrio del interesado; bien entendido, que no se les asignará pension vitalicia, por hallarse en tiempo de restituirse al siglo, ó trasladarse á otro orden religioso, con conocimiento de quedar expatriados para siempre.

XI. Dentro de veinticuatro horas, contadas desde la intimacion del extrañamiento ó cuanto mas antes, se han de encaminar en derechura desde cada colegio los jesuitas á los depósitos interinos, ó casas que irán señaladas, buscándose el carruaje necesario en el pueblo ó sus inmediaciones.

XII. Con esta atencion se destinan las casas-generales ó parajes de reunion siguientes:

|                                                   |                                                                    |
|---------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------|
| De Mallorca. . . . .                              | En Palma.                                                          |
| De Cataluña. . . . .                              | En Tarragona.                                                      |
| De Aragon. . . . .                                | En Teruel.                                                         |
| De Valencia. . . . .                              | En Segorbe.                                                        |
| De Navarra y Guipúzcoa. . . . .                   | En San Sebastian.                                                  |
| De Rioja y Vizcaya. . . . .                       | En Bilbao.                                                         |
| De Castilla la Vieja. . . . .                     | En Burgos.                                                         |
| De Asturias. . . . .                              | En Gijón.                                                          |
| De Galicia. . . . .                               | En la Coruña.                                                      |
| De Extremadura. . . . .                           | { En Fregenal á la raya de Andalucía.                              |
| De los reinos de Córdoba, Jaén y Sevilla. . . . . | { En Jerez de la Frontera.                                         |
| De Granada. . . . .                               | En Málaga.                                                         |
| De Castilla la Nueva. . . . .                     | En Cartagena.                                                      |
| De Canarias. . . . .                              | { En Santa Cruz de Tenerife, ó donde estime el comandante general. |

XIII. Su conduccion se pondrá al cargo de personas prudentes, y escolta de tropa ó paisanos, que los acompañe desde su salida hasta el arribo á su respectiva casa, pidiendo á las justicias de todos los tránsitos los auxilios que necesitaren, y dándolos estas sin demora; para lo que se hará uso de mi pasaporte.

XIV. Evitarán con sumo cuidado los encargados de la conduccion el menor insulto á los religiosos, y requerirán á las justicias para el castigo de los que en esto se excedieren; pues aunque extrañados, se han de considerar bajo la proteccion de S. M. obedeciendo ellos exactamente dentro de sus reales dominios ó bajeles.

XV. Se les entregará para el uso de sus personas toda su ropa y mudas usuales que acostumbren, sin disminucion; sus cajas, pañuelos, tabaco, chocolate y utensilios de esta naturaleza; los breviarios, diurnos y libros portátiles de oraciones para sus actos devotos.

XVI. Desde dichos depósitos, que no sean marítimos, se sigue la remision á su embarco, los cuales se fijan de esta manera:

XVII. De Segorbe y Teruel se dirigirán á Tarragona; y de esta ciudad podrán trasferirse los jesuitas de aquel depósito al puerto de Salou, luego que en él se hayan aprontado los bastimentos de su conduccion, por estar muy cercano.

XVIII. De Burgos se deberán trasladar los reunidos allí al puerto de Santander, en cuya ciudad hay colegio; y sus individuos se incluirán con los demás de Castilla.

XIX. De Frenegal se dirigirán los de Extremadura á Jerez de la Frontera, y serán conducidos, con los demás que de Andalucía se congregasen en el propio paraje, al Puerto de Santa María, luego que se halle pronto el embarco.

XX. Cada una de las casas interiores ha de quedar bajo de un especial comisionado, que particularmente deputaré, para atender á los religiosos hasta su salida del reino por mar, y mantenerlos entre tanto sin comunicacion externa por escrito, ó de palabra; la cual se entenderá privada desde el momento en que empiecen las primeras diligencias; y así se les intimará desde luego por el ejecutor respectivo de cada colegio,



pues la menor trasgresion en esta parte, que no es creible, se escarmentará ejemplarísimamente.

XXI. A los puertos respectivos destinados al embarcadero irán las embarcaciones suficientes con las órdenes ulteriores; y recogerá el comisionado particular recibos individuales de los patrones, con lista expresiva de todos los jesuitas embarcados; sus nombres, patrias y clases de primera, segunda profesion, ó cuarto voto; como de los legos que los acompañen igualmente.

XXII. Previénese que el procurador de cada colegio debe quedar por el término de dos meses en el respectivo pueblo, alojado en casa de otra religion; y en su defecto en secular de la confianza del ejecutor, para responder y aclarar exactamente, bajo de deposiciones formales, cuanto se le preguntare tocante á sus haciendas, papeles, ajuste de cuentas, caudales y régimen interior, lo cual evacuado se le aviará al embarcadero que se le señale, para que solo ó con otros sea conducido al destino de sus hermanos.

XXIII. Igual detencion se debe hacer de los *procuradores generales* de las provincias de *España é Indias* por el mismo término, y con el propio objeto y calidad de seguir á los demás.

XXIV. Puede haber viejos de edad muy crecida ó enfermos que no sea posible remover en el momento; y respecto á ellos, sin admitir fraude ni colusion, se esperará hasta tiempo mas benigno, ó á que su enfermedad se decida.

XXV. Tambien puede haber uno ú otro, que por orden particular mia se mande detener, para evacuar alguna diligencia ó declaracion judicial, y si la hubiere, se arreglará á ella el ejecutor; pero en virtud de ninguna otra, sea la que fuere, se suspenderá la salida de algun jesuita, por tenerme S. M. privativamente encargado de la ejecucion, é instruido de su real voluntad.

XXVI. Previénese por regla general que los procuradores ancianos, enfermos ó detenidos en la conformidad que va expresada en los artículos antecedentes, deberán trasladarse á conventos de orden, que no siga la escuela de la Compañía, y sean los mas cercanos: permaneciendo sin comunicacion externa á disposicion del gobierno, para los fines expresados; cuidando de ello el juez ejecutor muy particularmente, y recomendándolo al superior del respectivo convento, para que de su parte contribuya al mismo fin: á que sus religiosos no tengan tampoco trato con los jesuitas detenidos, y á que se asistan con toda la caridad religiosa, en el seguro de que por Su Majestad se abonarán las expensas de lo gastado en su permanencia.

XXVII. A los jesuitas franceses que están en colegios ó casas particulares, con cualquier destino que sea, se les conducirá en la forma misma que á los demás jesuitas; como á los que estén en palacio, seminarios, escuelas seculares ó militares, granjas ú otra ocupacion, sin la menor distincion.

XXVIII. En los pueblos que hubiese casas de seminarios de educacion se proveerá en el mismo instante á sustituir los directores y maestros jesuitas con eclesiásticos seculares que no sean de su doctrina, entre tanto que con mas conocimiento se providencie su régimen: y se procurará que por dichos sustitutos se continúen las escuelas de los seminaristas: y en cuanto á los maestros seglares, no se hará novedad con ellos en sus respectivas enseñanzas.

XXIX. Toda esta instruccion providencial se observará á la letra por los jueces ejecutores ó comisionados, á quienes quedará arbitrio para suplir, segun su prudencia, lo que se haya omitido, y pidan las circunstancias menores del dia; pero nada podrán alterar de lo sustancial, ni ensanchar su condescendencia, para frustrar en el mas mínimo ápice el espíritu de lo que se manda: que se reduce á la prudente y pronta expulsion de los jesuitas; resguardo de sus efectos; tranquila, decente y segura conduccion de sus personas á las casas y embarcaderos, tratándolos con alivio y caridad, é impidiéndoles toda comunicacion externa de escrito ó de palabra; sin distincion alguna de clase ni personas; puntualizando bien las diligencias, para que de su inspeccion resulte el acierto y celoso amor al real servicio con que se haya practicado; avisándome sucesivamente, segun se vaya adelantando. Que es lo

que debo prevenir conforme á las órdenes de S. M. con que me hallo, para que cada uno en su distrito y caso se arregle puntualmente á su tenor, sin contravenir á él en manera alguna.

Madrid 1.º de marzo de 1767.—El conde de Aranda (1).

Si bien la operacion se hizo á tan altas horas de la noche y con el sigilo que hemos indicado, en muchas poblaciones no pudo dejar de advertirse por el movimiento de tropas y por la concurrencia de los ejecutores y sus auxiliares que se tomaba alguna providencia seria con los religiosos de la Compañía; mas no pudo saberse cuál era hasta el dia siguiente, en que se publicó el real decreto de expulsion y extrañamiento, comunicado ya tambien reservadamente á los tribunales superiores de las provincias para que se hiciese saber á toda la nacion á un tiempo y en un dia determinado. La letra de la Pragmática-Sancion decia así:

«Don Carlos, por la gracia de Dios, rey de Castilla, etc.

«SABED: Que habiéndome conformado con el parecer de los de mi Consejo Real en el extraordinario, que se celebra con motivo de las resultas de las ocurrencias pasadas, en consulta de 29 de enero próximo; y de lo que sobre ella, conviniendo en el mismo dictámen, me han expuesto personas del mas elevado carácter y acreditada experiencia: estimulado de gravísimas causas, relativas á la obligacion en que me hallo cons-

(1) Lista de las casas, colegios y residencias de jesuitas que habia en España é islas adyacentes.

#### Provincia de Castilla

|                  |                   |                        |
|------------------|-------------------|------------------------|
| Arévalo          | Monforte de Lemus | Santiago de Galicia    |
| Avila            | Monterey          | San Sebastian          |
| Azcoitia         | Oñate             | Segovia                |
| Bilbao           | Orduña            | Soria                  |
| Burgos           | Orense            | Tudela                 |
| Coruña           | Oviedo            | Valladolid             |
| Leon             | Palencia          | Vergara                |
| Lequeitio        | Pamplona          | Vitoria                |
| Logroño          | Pontevedra        | Villafranca del Bierzo |
| Loyola           | Salamanca         | Villagarcía            |
| Medina del Campo | Santander         | Zamora                 |

#### Provincia de Toledo

|                   |                    |                      |
|-------------------|--------------------|----------------------|
| Albacete          | San Clemente       | Murcia               |
| Alcalá de Henares | Cuenca             | Navalcarnero         |
| Alcaraz           | Daimiel            | Ocaña                |
| Almagro           | Fuente del Maestre | Oropesa              |
| Almonacid         | Guadalajara        | Plasencia            |
| Badajoz           | Huete              | Segura de la Reina   |
| Belmonte          | Jesus del Monte    | Toledo               |
| Cáceres           | Llerena            | Villarejo de Fuentes |
| Caravaca          | Lorca              | Yébenes              |
| Cartagena         | Madrid             |                      |

#### Provincia de Andalucía

|           |                       |                       |
|-----------|-----------------------|-----------------------|
| Andújar   | Fregenal              | Motril                |
| Antequera | Granada               | Orotava en Tenerife   |
| Arcos     | Guadix                | Osuna                 |
| Baena     | Higuera la Real.      | Puerto de Santa María |
| Baeza     | Jaen                  | Sanlúcar de Barrameda |
| Cádiz     | Jerez de la Frontera  | Sevilla               |
| Canaria   | La Laguna de Tenerife | Trigueros             |
| Carmona   | Málaga                | Ubeda                 |
| Cazorla   | Marchena              | Utrera                |
| Córdoba   | Montilla              |                       |
| Ecija     | Moron                 |                       |

#### Provincia de Aragón

|               |                       |           |
|---------------|-----------------------|-----------|
| Alicante      | Ibiza                 | Tarazona  |
| Barcelona     | Lérida                | Tarragona |
| Calatayud     | Mallorca              | Teruel    |
| Gandia        | Menorca               | Tortosa   |
| Gerona        | Onteniente            | Urgel     |
| Graos         | Orihuela              | Valencia  |
| San Guillermo | Pollenza en Mallorca. | Vich      |
| Huesca        | Segorbe               | Zaragoza  |

Total: 117 pueblos, en que habia casas de jesuitas; con la circunstancia de contarse en algunos varios colegios, como Madrid, donde habia seis.



tituido de mantener en subordinacion, tranquilidad y justicia mis pueblos, y otras urgentes, justas y necesarias, que reservo en mi real ánimo: usando de la suprema autoridad económica, que el Todopoderoso ha depositado en mis manos para la proteccion de mis vasallos y respeto de mi corona: he venido en mandar extrañar de todos mis dominios de España, é Indias, é Islas Filipinas y demás adyacentes á los regulares de la Compañía, así sacerdotes como coadjutores ó legos que hayan hecho la primera profesion, y á los novicios que quisieren seguirles; y que se ocupen todas las temporalidades de la Compañía en mis dominios; y para su ejecucion uniforme en todos ellos, he dado plena y privativa comision y autoridad, por otro mi real decreto de 27 de febrero al conde de Aranda, presidente de mi Consejo, con facultad de proceder desde luego á tomar las providencias correspondientes.»

Por algunas expresiones de la Pragmática se revelaban ya perfectamente varias de las causas de tan sorprendente medida. Expresamente se deducia ser una de ellas, la que figuraba en primer término, además de otras «urgentes, justas y necesarias que reservaba en su real ánimo,» el resultado de un expediente de pesquisa formado con motivo de las ocurrencias pasadas, es decir, de los anteriores motines, y del dictámen del Consejo extraordinario que en él habia entendido. Cierta ó no la culpabilidad de los jesuitas en los pasados trastornos, desprendíase abiertamente de las palabras de la Pragmática que á ellos les eran atribuidos, y que el rey tomaba aquella medida «por la obligacion en que se hallaba constituido de mantener en subordinacion, tranquilidad y justicia sus pueblos.» Fuerza es pues conocer cómo fué conducido este gravísimo negocio hasta el acto de la expulsion.

Sospechándose que así el motin de Madrid como los de provincias habian sido dirigidos y aun movidos por manos ocultas, y no legas, mandó el rey que se procediera á la pesquisa secreta acerca del origen que hubieran podido tener, tanto los desórdenes como las sátiras y pasquines que por algun tiempo siguieron apareciendo (abril, 1766). Encomendó esta averiguacion al conde de Aranda, en union con otro consejero de Castilla, que lo fué don Miguel María de Nava, y el fiscal del mismo Consejo don Pedro Rodriguez Campomanes. A propuesta y consulta de este primer tribunal (8 de junio, 1766) se agregaron otros dos consejeros de Castilla, que lo fueron don Pedro Ric y Egea, y don Luis del Valle Salazar, y de todos juntos se formó una Sala especial ó *Consejo extraordinario*, que se reunia en casa del presidente, conde de Aranda. Desde las primeras consultas de este Consejo se advertia ya visiblemente que por resultado, mas ó menos lógico y genuino, de las averiguaciones y pesquisas, se sospechaba ó suponía instigadores de los movimientos á los eclesiásticos, y mas principalmente á una corporacion religiosa, que el fiscal Campomanes calificaba ya de «cuerpo peligroso, que intenta en todas partes sojuzgar al Trono, y que todo lo cree licito para alcanzar sus fines.» De aquí las reales cédulas, de que hicimos mencion en el anterior capítulo, prohibiendo á los eclesiásticos mezclarse en cosas y negocios de gobierno, ni menos predicar de modo que pudieran turbar los ánimos, y sujetándolos al fuero comun en delitos contra el orden público; de aquí aquellas prisiones de personas visibles y conocidas por adictas á la institucion de San Ignacio, y todo aquello que nos movió á indicar que ya se entreveía hacia dónde iba á soplar el viento de la persecucion. El mismo espíritu se advertia en otra real orden prohibiendo las imprentas clandestinas, y las que ciertas comunidades tenian establecidas dentro de sus claustros, y de cuyos moldes se recelaba salieran las sátiras y pasquines.

Habiendo pedido el de Aranda que se declarara hasta dónde se extendian las facultades de aquel Consejo extraordinario, respondióle el rey (1), que las tenía para la sustanciacion, conocimiento y determinacion de la causa de la pesquisa secreta, pudiendo proceder á cuanto estimara necesario al fin que Su Majestad se habia propuesto en ella. Aumentóse despues el Consejo con tres ministros mas, que fueron don Andrés de Masaver y Vera, don Bernardo Caballero, y el conde de Villa-

nueva, á quien por su ancianidad reemplazó luego don Pablo Colon de Larreategui. Y el 22 de octubre, por otro real decreto, mandó el rey que todos los ministros del Extraordinario juraran en manos del presidente guardar el mas profundo secreto en todo lo relativo á la causa de la pesquisa reservada, de modo que por ningun motivo ni pretexto dejaran traslucir el objeto de sus actuaciones, ni nada de lo que tuviese relacion con ellas, pues miraria toda contravencion en este asunto como un delito de Estado de parte de personas en quienes habia depositado toda su confianza. Esto explica el profundo secreto y misteriosa reserva con que desde el principio hasta el fin fué conducido y manejado este negocio.

Por último evacuó el Consejo extraordinario y elevó á la Majestad de Carlos III su célebre consulta de 29 de enero de 1767, proponiendo la extincion, extrañamiento y ocupacion de las temporalidades de todos los jesuitas así del reino como de las posesiones ultramarinas de la corona de España. Para que diese su dictámen sobre esta consulta nombró el rey una junta compuesta de los consejeros de Estado duque de Alba y don Jaime Masonés de Lima, de Fr. Joaquin Eleta, su confesor, y de los ministros Grimaldi, Muzquiz, Muniaín y Roda, la cual se adhirió completamente á lo informado por el Extraordinario (20 de febrero), aconsejando al rey que se conformara con su sentencia y parecer, pues no podia dudarse de la solemnidad, justificacion y arreglo en el procedimiento y sustanciacion de la causa, é introduciendo algunas modificaciones acerca de la ejecucion, como la de intervenir la autoridad eclesiástica en la ocupacion de las temporalidades, la de comprender en la expulsion á los legos profesos, la de atenuar la pena de reos de lesa-majestad á los que se correspondieran con los expulsos, y algunas otras por este orden (2). Todavía

(2) *Junta mandada formar por Carlos III sobre la expulsion de los jesuitas.*

Señor.—La junta mandada formar por V. M. ha visto y reconocido atentamente la consulta, sentencia y plan de ejecucion para la providencia de extrañamiento y ocupacion de temporalidades de los jesuitas de estos reinos, y de las Indias, por via de la potestad económica, que en Vuestra Majestad reside como soberano, y como padre comun de todos sus vasallos para el sosiego y quietud de los pueblos y seguridad del Estado.

Despues de haber reflexionado este grave asunto con la serenidad y circunspeccion que por su naturaleza merece, y con el espíritu de amor y celo que anima el corazon de todos y cada uno de los individuos de esta junta al servicio de V. M., á la seguridad de su sagrada persona y augusta familia, y á la paz y tranquilidad de sus vastos dominios; estima la junta que en virtud de los muchos y diferentes hechos que se refieren en dicha consulta y de los poderosos fundamentos y urgentes motivos con que afianzan su dictámen los ministros del Consejo extraordinario nombrados por V. M. para la pesquisa reservada, y para averiguar con ella el origen y causa del tumulto de Madrid y alteraciones del reino sucedidas el año antecedente; y en la justa satisfaccion y confianza que la junta debe tener de la integridad práctica y literatura de dichos ministros para no poder dudar de la solemnidad, justificacion y arreglo en el procedimiento y sustanciacion de esta causa; puede y debe V. M. conformarse con su sentencia y parecer; y le persuade á la urgencia y necesidad de esta providencia sobre las razones de justicia, la consideracion del tiempo y circunstancias de no haberse hasta ahora dado satisfaccion alguna al decoro de la majestad y á la vindicta pública por las graves y execrables ofensas cometidas en los insultos pasados.

En cuanto al plan de la ejecucion, igualmente considera muy justas y oportunas las providencias que se proponen, y solo algunos puntos particulares, por la insinuacion que ha hecho en nombre de V. M. á la junta don Manuel de Roda, ha reparado y le ha parecido sobre el contenido de dicho plan hacer las advertencias siguientes:

La primera es relativa á la extension del decreto que debe publicarse, en cuyo asunto se conforma la junta con el dictámen del Consejo extraordinario en cuanto á que se diga que V. M. reserva en su real ánimo los motivos de esta providencia sin introducirse en el juicio ó exámen del instituto de la Compañía ni de las costumbres y máximas de los jesuitas. Y aunque tambien cree que se salva con la expresion de la consulta la justificacion que debe suponerse de dichos motivos, entiende la junta que puede insinuarse con mas viveza haber sido estos no solo justos y urgentes, sino tales que han obligado y necesitado sin arbitrio á que se tomase esta providencia, y esto con las voces ó frases que parezcan mas correspondientes al contexto del decreto, para cuya formacion el Consejo extraordinario solo apunta lo que parece conveniente sin prescribir la fórmula para su extension.

La 2.<sup>a</sup> es tambien relativa al mismo decreto. Cree la junta por muy

(1) Decreto de 19 de octubre de 1766.



el rey quiso oír el parecer de otros varones autorizados y doctos, y muy principalmente del arzobispo de Manila, del obispo de Avila y del religioso agustino Fr. Manuel Pinillos, los cuales informaron también en conformidad con los anteriores dictámenes.

Fortalecido Carlos III con tan uniformes consultas y respuestas, resolvióse á expedir la célebre Pragmática-Sancion de 27 de febrero de 1767 para la expulsión y extrañamiento de todos los jesuitas de sus dominios, en los términos que conocen ya nuestros lectores. Encomendó su ejecucion al presidente del Consejo conde de Aranda, revistiéndole al efecto de amplias facultades, y encargando á todas las autoridades del

conveniente que se dé á entender haber procedido V. M. con acuerdo, exámen y consejo. Pero en cuanto á la formal expresion con que esto debe explicarse discurre la junta seria la mas propia decir: *que ha precedido el mas maduro exámen, conocimiento y consulta de ministros de mi Consejo, y otros sujetos del mas elevado carácter.* Y cuando V. M. no estimase suficiente esta expresion de ministros en general, podria decirse á *consulta de mi Consejo Real en Consejo extraordinario.* La razon que la junta tiene para elegir estas voces, es porque si se nombrase el Consejo sin otra restriccion, se entenderia el todo del Consejo de Castilla, se daria lugar á críticas, y tal vez serian los primeros que la hiciesen los demás ministros que no han sido nombrados por V. M. para la formacion del Consejo extraordinario, justamente dispuesto para el preciso secreto de tan grave negocio. Mayormente que no teniendo V. M. obligacion de dar cuenta al público del medio que ha elegido para la seguridad del acierto en la Pesquisa, basta cualquiera anunciativa, y conviene que esta sea de tal la calidad que corresponda á la sinceridad que V. M. acostumbra y de que es tan amante.

La 3.<sup>a</sup> es sobre el modo de ejecutar la ocupacion de temporalidades y el inventario, secuestro de bienes, papeles, alhajas de sacristia y demás efectos sagrados y profanos, pues á fin de evitar cualquiera escrúpulo, nota ó queja de infraccion de la inmunidad eclesiástica, convendrá prevenirse que se practiquen estas diligencias con la intervencion y auxilio del eclesiástico en lo que fuere necesario conforme á la práctica y leyes de estos reinos.

La 4.<sup>a</sup> es por lo que mira á los legos profesos, pues no parece conveniente se les deje en libertad de poderse quedar en estos reinos, sino que deban seguir el destino de los demás religiosos de su orden, á que están obligados con el vínculo de sus votos. Y al mismo tiempo parece muy propio de la benignidad con que debe tratarse á todos, que también se les consignen alimentos, y que estos sean de noventa pesos por cada uno. Así se manifiesta que se atiende á todos los individuos de esta religion vasallos de V. M. para que no sean gravosos en el dominio del papa, y con la pequeña diferencia de los diez pesos se distingue el estado laical con honor del de los coadjutores espirituales ó sacerdotes.

En el punto de novicios de cualquiera clase que sean, se conforma la junta en que no se les precise á la salida, sino que se les permita usar de la libertad que conservan antes de la profesion para elegir ó no la permanencia en su destino, y por consiguiente, que en caso de seguir á los demás de su orden, por nacer este acto de su espontánea voluntad, no se les debe considerar alimentos algunos.

La 5.<sup>a</sup> que aunque es muy justo, conveniente y preciso se prohiba á los vasallos de V. M. mantener correspondencia con los jesuitas por los perjuicios que pudieran resultar de lo contrario, parece demasiado fuerte la pena de tratar á los que incurran en esta prohibida correspondencia con el rigor de reos de lesa Majestad, y así convendria hacer distincion del género de comunicacion, que tal vez pueda ser meramente familiar para saber recíprocamente los parientes de su respectiva salud y estado. Por lo que puede decirse solo en la Pragmática respecto á este punto que se les castigará con las penas proporcionadas, las cuales despues quedan en arbitrio y justificacion del Consejo extraordinario, y segun la calidad y circunstancias de la correspondencia en que se incurra.

La 6.<sup>a</sup> es, que se añada entre las obras pías á que deben destinarse los efectos y rentas de la Compañía, la de la congrua manutencion de las parroquias pobres.

La 7.<sup>a</sup> es general sobre que parece á la junta que no pudiéndose dar regla fija y comun para la ejecucion de esta providencia en todos los países de España ó Indias, debe dejarse al arbitrio y prudencia del Presidente del Consejo, como encargado principal y comisario de V. M. para esta ejecucion, el variar los medios de las providencias y el arreglo de las instrucciones particulares conforme á las circunstancias y casos que puedan ocurrir en ellos.

En todo lo demás se conforma la junta con lo que la consulta propone. Y sobre todo V. M. resolverá lo que fuere de su mayor agrado y su alta penetracion le dictase. Pardo, 20 de febrero de 1767.—Duque de Alba, don Jaime Mases, el marqués de Grimaldi, el P. Confesor, don Miguel Muzquiz, don Juan Gregorio Muniain, don Manuel de Roda.—Como parece, y así lo he resuelto.—La rúbrica de S. M.—Archivo del ministerio de Estado.

reino que obedeciesen con exactitud sus órdenes. El de Aranda, que fué el que fijó, y luego adelantó el día en que habia de darse el golpe, preparó las cosas con una habilidad y con una reserva admirables. A dos dependientes suyos de quienes se valió para extender las órdenes les hizo jurar que guardarían el mas impenetrable secreto. A los que habian de ponerlas en letra de molde en la imprenta Real los aisló é incomunicó con todos, y los hizo trabajar á puerta cerrada. Teniendo que dictarse providencias por el ministerio de Marina para que estuviesen preparados y provistos los buques que habrian de trasportar los expulsos, hizolo de modo, so color de servicio de guerra, que ni el mismo ministro de Marina se apercibió del verdadero objeto de la medida para la cual dió sus órdenes. Mas el nuncio Pallavicini habia llegado á entrever algo de lo que se trataba, y como tuviese relaciones de parentesco con el ministro Grimaldi, dirigióse á él privada y confidencialmente para que le manifestase si se proyectaba algo contra los jesuitas. El ministro su primo le contestó que no, y el nuncio lo escribió así á la corte de Roma. Esto era el 31 de marzo. Precisamente aquella noche se verificó la expulsion de los de Madrid: á la mañana siguiente, cuando lo supo Pallavicini, se sorprendió y afectó tanto, que de sus resultas enfermó y estuvo á las puertas de la muerte. ¡Tan impenetrable reserva se impusieron, y tan inviolablemente la guardaron todos los que intervinieron en este singular negocio!

El mismo día 31 de marzo comunicó Carlos III al papa Clemente XIII su resolucion en los términos siguientes: «SANTÍSIMO PADRE.—No ignora V. Sd. que la principal obligacion de un soberano es vivir velando sobre la conservacion y tranquilidad de su Estado, decoro y paz interior de sus vasallos. Para cumplir yo, pues, con ella, me he visto en la urgente necesidad de resolver la pronta expulsion de todos mis reinos y dominios de todos los jesuitas que se hallaban en ellos establecidos, y enviarlos al Estado de la Iglesia bajo la inmediata, sabia y santa direccion de V. Sd., dignísimo Padre y maestro de todos los fieles. Caeria en la inconsideracion de gravar la Cámara Apostólica, obligándola á consumirse para el mantenimiento de los padres jesuitas que tuviesen la suerte de nacer vasallos míos, si no hubiese dado, conforme lo he hecho, prévia disposicion para que se dé á cada uno durante su vida la consignacion suficiente. En este supuesto, ruego á V. Sd. que mire esta mi resolucion sencillamente como una indispensable providencia económica, tomada con prévio maduro exámen y profundísima meditacion, que haciéndome V. Sd. justicia, echará sin dudá (como se lo suplico) sobre ella, y sobre todas las acciones dirigidas del mismo modo al mayor honor y gloria de Dios, su santa y apostólica bendicion.»

Acaso ni Carlos ni sus ministros esperaban que el pontífice contestara á esta carta tan severamente como lo hizo en la respuesta que con el título de Breve le dirigió con fecha 16 del inmediato abril, y decia así: «Entre todos los dolorosos infortunios que se han derramado sobre nosotros en estos nueve infelicitísimos años de pontificado, el mas sensible para nuestro paternal corazon es ciertamente el que nos anuncia la última carta de V. M., en la cual nos hace saber la resolucion tomada de desterrar de sus dilatados reinos y estados á los religiosos de la Compañía. *¿También vos, hijo mío?* ¡El rey católico Carlos III, que nos es tan amado, viene ahora á colmar el cáliz de nuestras aflicciones, á sumergir nuestra vejez en un mar de lágrimas y derribarla al sepulcro? ¡El religiosísimo, el piadosísimo rey de las Españas, es por fin aquel que debiendo emplear su brazo, aquel brazo poderoso que le ha dado Dios para proteger y ensanchar su culto, el honor de la Santa Iglesia y la salvacion de las almas, le presta por el contrario á los enemigos de Dios y la Iglesia para arrancar de raíz un instituto tan útil y tan adicto á la misma Iglesia? ¡Querrá por ventura privar para siempre sus reinos y pueblos de tantos auxilios espirituales que felizmente han sacado de los insinuados religiosos de dos siglos á esta parte, ya en el culto, ya en cuanto contribuye á la perfeccion de tales auxilios, con sermones, catecismos, ejercicios, instrucciones de piedad y letras á la juventud? Señor: ¡hé aquí que nos hallamos á la vista de un tan gran desastre exhaustos de fuerzas! Pero lo que nos penetra todavía mas profundamente, es el considerar que el sabio,



el clementísimo Carlos III, cuya conciencia es tan delicada y tan puras las intenciones, que temia comprometer su salvacion eterna permitiendo el menor daño al mas infimo de sus vasallos, ahora, sin examinar su causa; sin guardar la forma de las leyes para la seguridad de lo perteneciente á todo ciudadano, sin tomarles declaracion, sin oirlos, sin darles tiempo para defenderse, el mismo monarca haya creido poder exterminar absolutamente un cuerpo de eclesiásticos dedicados por voto al servicio de Dios y del pueblo, privándole de su reputacion, de la patria y de los bienes que tenian, cuya posesion no es menos legítima que la adquisicion. Este, señor, es un procedimiento muy prematuro. Si no puede hallarse justificado para con Dios, juez supremo de todas las criaturas, ¿de qué servirán las aprobaciones de los que fueron consultados, de cuantos han concurrido á la ejecucion, el silencio de todos los otros vasallos, la resignacion de los mismos que han sufrido golpe tan terrible? Por lo que á Nos toca, aunque experimentamos un dolor inexplicable por este suceso, confesamos que tememos y temblamos por la salvacion del alma de V. M. que tanto amamos.

»Dice V. M. que se ha visto obligado á tomar esta resolucion por la necesidad de mantener la paz y tranquilidad en sus Estados. V. M. acaso pretende hacernos creer que algunas turbulencias acaecidas en el gobierno de sus pueblos han sido movidas ó fomentadas por algunos individuos de la Compañía. Cuando esto así fuese, señor, ¿por qué no castigar los culpados, sin hacer caer tambien la pena sobre los inocentes? Nos lo protestamos ante Dios y los hombres. El cuerpo, el instituto, el espíritu de la Compañía de Jesus es del todo inocente; no solo inocente, sino tambien pio, útil y santo, en su objeto, en sus leyes, en sus máximas. Por mas esfuerzos que hayan hecho sus enemigos para probar lo contrario, no lo han conseguido para con las personas desprecupadas y no apasionadas en despreciar y detestar las mentiras y contradicciones con que han procurado apoyar una pretension tan falsa..... Mas la cosa está ya hecha, dirán los políticos, tomada la resolucion y publicada la real orden: ¿qué diria el mundo si viese revocar ó suspender la ejecucion? ¿Y por qué no se ha de exclamationar mas bien: «¿qué dirá el cielo?» Pero en suma, ¿qué dirá este mundo? Dirá lo que dice sin cesar hace tantos siglos del monarca mas poderoso del Oriente. Movido Asuero de los ruegos y lágrimas de Estér, revocó el decreto subrepticio de quitar la vida á todos los hebreos de sus dominios, y se granjeó la estimacion del principe justo y victorioso de sí mismo. ¡Ah, señor, qué ocasion es esta para cubrirse de la misma gloria! Nos le presentamos, no los ruegos de la reina su esposa, la cual desde lo alto de los cielos le recuerda quizá la memoria de su afecto á la Compañía, sino los de la sagrada esposa de Cristo, los de la Santa Iglesia, la cual no puede ver sin lágrimas la total ruina que amenaza á un instituto del que ha sacado tan señalados servicios. Nos, señor, juntamos á aquellos nuestros ruegos especiales y los de la Iglesia romana..... Por tanto rogamus á V. M. en el dulce nombre de Jesus..... y por la Bienaventurada Virgen Maria..... le rogamus por nuestra vejez, quiera ceder y dignarse revocar, ó por lo menos suspender la ejecucion de tan suprema resolucion. Háganse discutir en tela de juicio los motivos y causas; dése lugar á la justicia y verdad para disipar las sombras de preocupaciones y sospechas; oíganse los consejos y amonestaciones de los principes de Israel, obispos, religiosos, en un negocio en que interesa el Estado, el honor de la Iglesia, la salud de las almas y la conciencia de V. M. Estamos seguros de que V. M. vendrá fácilmente á conocer que la ruina de todo el cuerpo no es justa ni proporcionada á la culpa (si es que la hay) de un corto número de particulares.»

La misiva era en efecto severa y fuerte, y propia para detener á un soberano menos firme que Carlos III en sostener las resoluciones una vez adoptadas, y á ministros menos empeñados en el negocio que los suyos. Por conducto del de Gracia y Justicia don Manuel de Roda fué pasado el Breve al Consejo extraordinario para que consultara á S. M. lo que debia contestarse al pontífice. En veinticuatro horas despachó el Consejo la famosa consulta de 30 de abril (1767), en que despues de expresar «que carecia de aquella cortesanía de espíritu y mo-

deracion que se deben á un rey como el de España é Indias..... ornamento de su patria y de su siglo,» añadia que debería haberse negado la admision del Breve, «porque siendo temporal la causa de que se trata, no hay potestad en la tierra que pueda pedir cuenta á V. M. de sus decisiones, cuando Vuestra Majestad por un acto de respeto dió noticia á S. S. de la providencia que habia tomado como rey en términos concisos, exactos y atentos.» Y despues de ir recitando uno por uno los fundamentos que se alegaban en el documento pontificio, y de hacer varios cargos graves á los religiosos de la Compañía, decia el Consejo: «El admitir un órden regular, mantenerle en el reino, ó expulsarle de él, es un acto providencial, y meramente de gobierno; porque ningun órden regular es indispensablemente necesario en la Iglesia, al modo que lo es el clero secular de los obispos y párrocos: pues si lo fuese, lo hubiera establecido Jesucristo como cabeza y fundador de la universal Iglesia. Antes como materia variable de disciplina, las órdenes regulares se suprimen como la de los templarios, y claustrales en España, ó se reforman como la de los calzados, ó varían en las constituciones, que nada tienen de comun con el dogma, ni con el moral, y se reducen á unos establecimientos pios con objeto de esta naturaleza, útiles mientras se cumplen, y perjudiciales cuando degeneran.

»Si uno ú otro jesuita (añadía) estuviese únicamente culpado en la encadenada serie de bullicios y conspiraciones pasadas, no sería justo y legal el extrañamiento, no hubiera habido una general conformidad de votos para la expulsion y ocupacion de temporalidades y prohibiciones de su restablecimiento. Bastaria castigar á los culpados, como se está haciendo con los cómplices, y se ha ido continuando por las autoridades ordinarias del Consejo..... El particular de la Compañía nada puede, todo es del gobierno, y esta es la masa corrompida de la cual dependen todas las acciones de los individuos, máquinas indefectibles de la voluntad de los superiores.

»El punto de audiencia ya lo toca el Consejo extraordinario en su consulta de 29 de enero, afirmando que en tales causas no tiene lugar, porque se procede, no con jurisdiccion contenciosa, sino por la tuitiva y económica, con la cual se hacen tales extrañamientos y ocupacion de temporalidades, sin ofender en un ápice á la humanidad, aun en el concepto mas escrupuloso, conforme á nuestras leyes.»

Uno de los párrafos mas notables de la consulta es el último de ella: «No solo (dice) la complicidad en el motin de Madrid es la causa de su extrañamiento, como el Breve lo da á entender: es el espíritu de fanatismo y de sedicion, la falsa doctrina y el intolerable orgullo que se ha apoderado de este cuerpo. Este orgullo especialmente, nocivo al reino y á su prosperidad, contribuye al engrandecimiento del ministerio de Roma; y así se ve la parcialidad que tiene en toda su correspondencia secreta y reservada al cardenal Torrigiani para sostener á la Compañía contra el poder de los reyes. El soberano que se opusiese sería la víctima de esta, á pesar de las mayores pretensiones de la curia romana. Por todo lo que, señor, es el unánime parecer del Consejo, con los fiscales, que V. M. se digne mandar concebir su respuesta al Breve de S. S. en términos muy sucintos, sin entrar en modo alguno en lo principal de la causa, ni en contestaciones, ni admitir negociacion, ni dar oídos á nuevas instancias, pues se obraría en semejante conducta contra la ley del silencio decretado en la Pragmática-Sancion de 2 de este mes, una vez que se adoptasen discusiones sofisticas, fundadas en ponderaciones y generalidades, cuales contiene el Breve, pues solo se hacen recomendables por venir puestas en nombre de S. S. A este efecto acompaña el Consejo extraordinario con esta consulta la minuta..... etc.»

En efecto, lejos de ceder Carlos III en esta cuestion, contestó al pontífice, al tenor de la minuta del Consejo, en los términos siguientes: «Beatísimo Padre: mi corazon se ha llenado de amargura y de dolor al leer la carta de V. Sd. en respuesta á mi aviso de la expulsion de mis dominios mandada ejecutar en los regulares de la Compañía. ¿Qué hijo no se enternece al ver sumergido en las lágrimas de la afliccion al padre que ama y que respeta? Yo amo la persona de V. Sd. por sus virtudes ejemplares: yo venero en ella al vicario de Jesucristo: considere, pues, V. Sd. hasta dónde me habrá penetrado su



afición! Tanto mas descubriendo que esta nace de la poca confianza de que yo no haya tenido para lo que he determinado pruebas suficientes é indestructibles. Las he tenido sobreabundantes, Beatísimo Padre, para expeler para siempre de los dominios de las Españas el cuerpo de dichos regulares, y no contener mi procedimiento á algunos solos individuos.... Ha permitido la divina voluntad que nunca haya perdido de vista en este asunto la rigurosa cuenta que debo darle algun día del gobierno de mis pueblos, de los cuales estoy obligado á defender, no solo los bienes temporales, sino tambien los espirituales: así.... he atendido con exacto esmero á que ningun socorro espiritual les falte, aun en los países mas remotos. Quede, pues, tranquilo V. Sd. sobre este objeto, ya que parece ser el que mas le afecta, y dígnese animarme de continuo con su paternal afecto y apostólica bendición. El Señor conserve la persona de V. Sd. para el bueno y próspero gobierno de la Iglesia universal.—Aranjuez 2 de mayo de 1767 (1).»

Prosigamos ahora la relacion de lo que se hizo con los jesuitas.

Reunidos que fueron los de las diferentes provincias ó distritos en los depósitos ó cajas respectivas que se fundaron en los puertos de mar designados en la Instrucción, fueron embarcados en los buques prontos ya tambien al efecto, y transportados á los Estados de la Iglesia. Mas sucedió que el papa Clemente, ofendido de la medida de la expulsion y de la firmeza y teson del rey Carlos, negóse á admitir en sus Estados á los religiosos expulsos, ya por los inconvenientes que pudiera ocasionar en ellos, estrechos y cortos como son, el aumento repentino de tantos moradores extranjeros, ya tambien acaso por poner al monarca español en apuro y conflicto grave, y que su providencia produjera escándalo á los ojos de los príncipes católicos de Europa. Así lo habia anunciado ya el auditor del nuncio pontificio en España al ministro Grimaldi, y al decir del célebre marqués de Tanucci habíase dado orden al gobernador de Civitavecchia para hacer fuego de cañon á los buques españoles, si intentaban el desembarco (2); cuya medida se atribuyó á instigacion del general de la Compañía el P. Lorenzo Ricci, y á consejo del ministro del papa, cardenal Torrigiani. En vista de semejante resolucion y actitud entabló Carlos III negociaciones con los genoveses para que los expulsos jesuitas fuesen colocados en Córcega, decidido á que no volvieran á entrar en ninguno de sus dominios. Consintieron en ello los de Génova, y en su virtud fueron admitidos y alojados en la isla de Córcega los jesuitas españoles, siendo cierto que, aunque no mucho tiempo, estuvieron en el mar hasta que les fué franqueado este albergue; bien que no tardó tampoco el papa, no viendo ya otro remedio, en permitir que se establecieran en sus legaciones de Ferrara y de Bolonia (3).

Tambien es verdad innegable que al decretar Carlos III el extrañamiento de los hijos de Loyola, estableciendo por ley y regla general que jamás y bajo ningun pretexto ni colorido pudiera volver á su reino ni individuo alguno particular de la Compañía, ni menos en cuerpo de comunidad, prohibió general y absolutamente toda correspondencia y comunicacion

(1) De propósito hemos insertado el texto literal, ó íntegro, ó en su parte mas esencial, de todas estas providencias ó comunicaciones, á pesar de su número y su extension, porque versando principalmente sobre estos datos y documentos las cuestiones y polémicas que desde aquel tiempo hasta estos mismos dias se vienen incesantemente sosteniendo sobre el hecho, la forma y las circunstancias de la expulsion y extrañamiento de los jesuitas españoles, hemos querido que nuestros lectores tengan el mas cabal conocimiento que en una historia general podemos darles en la materia, para que puedan formar su juicio propio, y apreciar los de los escritores de las diferentes escuelas y doctrinas que nos han precedido, y el que á su tiempo nosotros mismos habremos de emitir.

Los datos que presentamos son oficiales é irrecusables, y están sacados, ya de la Coleccion impresa en la imprenta Real, ya de manuscritos de la Real Academia de la Historia, Papeles de jesuitas, desde el N. 9 hasta el N. 33, ya de los que se conservan en el Archivo del ministerio de Estado, de los que existian en el de Gracia y Justicia, general de Simancas, etc.

(2) Cartas de Tanucci al príncipe de la Cattolica y al conde Losada.

(3) Despacho del marqués de Grimaldi al nuncio, 5 de mayo, 1767.—Cartas de Tanucci á Carlos III, y á Losada, 26 de mayo.—Comunicacion del Consejo extraordinario, 15 de agosto.

con los jesuitas; como prohibió tambien hablar, cuestionar, escribir, y mucho mas imprimir y expender papeles, ni en pro ni en contra de aquella providencia, sin especial licencia ó permiso del gobierno, so pena á los contraventores de ser tratados y juzgados como reos de lesa majestad (4). Toda esta severidad empleó con los expulsos, y con las familias de ellos un monarca á quien por otra parte ni entonces ni despues ha negado nadie la condicion y el título de piadoso.

Mas si bien al principio, obedeciendo á este forzado silencio, le guardaron profundo los mas amigos y apasionados de los jesuitas, no pudieron contenerse mucho tiempo los mas impacientes ó los mas parciales, señaladamente los directores de algunos conventos de religiosas, á quienes fanatizaron en términos que se dieron á publicar supuestas profecías y revelaciones sobre el pronto regreso á España de los hijos de San Ignacio: lo cual obligó al Consejo extraordinario á expedir una circular (23 de octubre, 1767) á todos los prelados diocesanos y á los superiores de las órdenes regulares, haciéndoles estrecho encargo de que vigilaran para desterrar de los claustros de las religiosas tan fanáticas y perniciosas doctrinas, y para que en lugar de pastores vigilantes no hubiera lobos que disiparan el rebaño; invitándolos á remover las personas sospechosas, colocando en su lugar otras que aseguraran el respeto á ambas Majestades, y purificando los claustros de todo fermento de inquietud (5).

Sobre aviso siempre, y siempre atentos así el Consejo como el monarca á impedir con todo el lleno del rigor que volviera

(4) Real Pragmática de 2 de abril de 1767, fecha en el Pardo.

Es de suma importancia conocer algunas prescripciones de esta pragmática, no menos célebre y notable que la de la expulsion, por ejemplo las siguientes:

VI. Declaro que si algun jesuita saliere del Estado eclesiástico (á donde se remiten todos), ó diere justo resentimiento á la corte con sus operaciones ó escritos, le cesará desde luego la pension que va asignada. Y aunque no debo presumir que el cuerpo de la Compañía, faltando á las mas estrechas y superiores obligaciones, intente ó permita, que alguno de sus individuos escriba contra el respeto y sumision debida á mi resolucion, con título ó pretexto de apologías ó defensorios, dirigidos á perturbar la paz de mis reinos, ó por medio de emisarios secretos conspire al mismo fin, en tal caso, no esperado, cesará la pension á todos ellos.

IX. Prohibo por ley y regla general, que jamás pueda volver á admitirse en todos mis reinos en particular á ningun individuo de la Compañía, ni en cuerpo de comunidad, con ningun pretexto ni colorido que sea; ni sobre ello admitirá el mi Consejo, ni otro tribunal instancia alguna; antes bien tomarán á prevencion las justicias las mas severas providencias contra los infractores, auxiliadores, y cooperantes de semejante intento, castigándolos como perturbadores del sosiego público.

XIII. Ningun vasallo mio, aunque sea eclesiástico secular ó regular, podrá pedir carta de hermandad al general de la Compañía, ni á otro en su nombre; pena de que se le tratará como reo de Estado y valdrán contra él igualmente las pruebas privilegiadas.

XIV. Todos aquellos, que las tuvieran al presente, deberán entregarlas al presidente de mi Consejo, ó á los corregidores y justicias del reino para que se las remitan y archiven, y no se use en adelante de ellas; sin que les sirva de óbice el haberlas tenido en lo pasado, con tal que puntualmente cumplan con dicha entrega, y las justicias mantendrán en reserva los nombres de las personas que las entregaren para que de este modo no les cause nota.

XV. Todo el que mantuviere correspondencia con los jesuitas, por prohibirse general y absolutamente, será castigado á proporcion de su culpa.

XVI. Prohibo expresamente, que nadie pueda escribir, declamar ó conmovier con pretexto de estas providencias en pro ni en contra de ellas; antes impongo silencio en esta materia á todos mis vasallos, y mando que á los contraventores se les castigue como reos de lesa majestad.

XVII. Para apartar altercaciones, ó malas inteligencias entre los particulares, á quienes no incumbe juzgar, ni interpretar las órdenes del soberano, mando expresamente, que nadie escriba, imprima, ni expendia papeles ú obras concernientes á la expulsion de los jesuitas de mis dominios, no teniendo especial licencia del gobierno; é inhibo al juez de imprentas, á sus subdelegados y á todas las justicias de mis reinos, de conceder tales permisos ó licencias; por deber correr todo esto bajo de las órdenes del presidente y ministro de mi Consejo, con noticia de mi fiscal.

(5) «Esta profanacion (decia entre otras cosas la circular) no solo perturba la tranquilidad de las mismas religiosas, dividiéndolas en partidos y mezclándolas en negocios de gobierno del todo impropios de la debilidad de su sexo, y del retiro de la profesion monástica, sino que es un medio astuto para divulgar en el público ideas contrarias á la tranquilidad, etc.»



á España ni un solo individuo de los expulsados, y como se averiguase haberse introducido algunos de ellos en Cataluña por la parte de Gerona y Barcelona, á propuesta del Consejo expidió el rey una real cédula (18 de octubre, 1767), en cuya parte dispositiva se leen estas duras y severísimas palabras: «Quiero y ordeno, que cualquiera regular de la Compañía de Jesus, que en contravencion de la Real Pragmática-Sancion de 2 de abril de este año volviere á estos mis reinos, sin preceder mandato ó permiso mio, aunque sea con el pretexto de estar dimitido y libre de los votos de su profesion, como proscribo incurra en pena de muerte, siendo lego; y siendo ordenado *in sacris*, se destine á perpetua reclusion á arbitrio de los ordinarios, y las demás penas que correspondan; y los auxilios y cooperantes sufrirán las penas establecidas en dicha real pragmática, estimándose por tales cooperantes todas aquellas personas, de cualquier estado, clase ó dignidad que sean, que sabiendo el arribo de alguno ó algunos de los expresados regulares de la Compañía, no los delatase á la justicia inmediata, á fin de que con su aviso pueda proceder al arresto ó detencion, ocupacion de papeles, toma de declaracion y demás justificaciones conducentes. Y con arreglo á esta mi real deliberacion os mando procedais en las causas y casos que ocurran, etc.»

Las demás providencias fueron una serie de medidas, las mas de carácter económico, otras de carácter literario. La primera de aquel género fué declarar todos los frutos que produjeran las fincas ocupadas á los jesuitas, sujetos á pagar en adelante con integridad y sin disminucion alguna los diezmos y primicias á aquellos á quienes de derecho tocara su percibo, no obstante cualquiera exencion, concordia ó privilegio en cuya virtud se hubieran eximido hasta entonces (1). Pero sin duda la medida mas grave, mas importante y mas radical, fué la que se tomó un año mas tarde con respecto á la subrogacion que habia de hacerse, aplicacion y destino que habia de darse á los bienes y fincas, así rústicas como urbanas, que habian pertenecido á los regulares de la extinguida Compañía, y que ciertamente constituian una riqueza territorial inmensa.

A consulta del Consejo, y con arreglo á un largo y erudito informe de los dos ilustrados fiscales, don Pedro Rodriguez Campomanes y don José Moñino, dispuso el rey que los edificios de jesuitas que fuesen á propósito para ello, se destinaran á ereccion de seminarios conciliares en las capitales y pueblos numerosos, conforme á lo prevenido en el Santo Concilio de Trento, aplicando además á su sostenimiento ciertas rentas que se señalaban en varios párrafos de la real cédula (2). De aquí una de las grandes creaciones del reinado de Carlos III, la de los seminarios conciliares, que hasta aquella fecha, desde la del Concilio de Trento, no se habian establecido, «sin duda, como dice el párrafo 2.º de la real cédula, por no poder desembolsarse las crecidas cantidades que son precisas para la construccion de este género de obras públicas.» Consiguiente al patronato y proteccion inmediata que como á soberano le pertenecia, en esta clase de establecimientos de enseñanza eclesiástica, dispuso que se colocaran en ellos en lugar preeminente las armas reales, sin perjuicio de que los prelados que contribuyeran á su ereccion pudieran poner las suyas en inferior lugar.—Otros edificios de la extinguida Compañía destinó á casas correccionales para clérigos criminales ó discolos, de las cuales mandó establecer una en cada provincia eclesiástica. Aplicados fueron otros para seminarios de misiones de Indias; en los dos grandes colegios de Loyola y Villagarcía se establecieron los centros de las misiones, en el primero para la América Meridional, en el segundo para la Septentrional y Filipinas, con estudio de lenguas y todo lo necesario á su especial objeto é instituto.—Erigiéronse igualmente á costa de aquellos bienes casas de pension para niños y de enseñanza

para niñas, dando la preferencia á las hijas de los labradores y artesanos. Lo demás se aplicó á ereccion y dotacion de hospicios, hospitales é inclusas, para crianza, socorro, manutencion y asistencia de enfermos, desvalidos, huérfanos y expósitos, y para todo aquello que es propio de establecimientos que tienen por objeto la beneficencia pública, facultando al Consejo extraordinario para vender todos aquellos bienes y fincas que por su estado fuera difícil ó gravoso conservar, y subrogarlos con otros que pudieran ser mas útiles.

Por último, cerca de un año mas adelante (27 de marzo de 1769), á consulta del extraordinario se expidió otra real cédula creando juntas provinciales y municipales, para entender en la venta de los bienes ocupados á los regulares de la Compañía, y prescribiendo minuciosamente las reglas que con uniformidad se habian de observar, incluso los dominios ultramarinos de Indias é islas Filipinas (3).

Como la doctrina de los jesuitas era sin duda uno de los fundamentos que habian entrado por mas en la mente de Carlos III y de sus consejeros para la medida de exclaustacion y expatriacion de aquellos regulares, mandóse reunir en el Consejo todos los expedientes relativos á la supresion de cátedras y escuelas; y vistos, con acuerdo de aquella corporacion, mandó S. M. (12 de agosto, 1768) que se suprimieran en todas las universidades y estudios del reino las cátedras de la escuela llamada *Jesuitica*, prohibiendo usar de los autores de ella para la enseñanza (4). Pareció esto poco, y á consecuencia de una representacion que hicieron mas adelante los cinco prelados que tenian entonces asiento y voto en el Consejo, no solo se reprodujo la real cédula anterior, sino que se mandó que al tiempo de recibirse cualquiera grado en teología se habia de prestar juramento de observar y cumplir fielmente lo en ella prescrito, y lo mismo habian de jurar los maestros, lectores ó catedráticos al tiempo de entrar á enseñar en las universidades, y aun en estudios privados (5).

Tales fueron, leal y sencillamente expuestas, y en el orden mas claro y metódico que nos ha sido posible presentarlas, las disposiciones principales que precedieron, acompañaron y subsiguieron á la célebre y ruidosa providencia de la expulsion y extrañamiento de los regulares de la Compañía de Jesus de España y de todos los dominios de la corona de Castilla decretada por el rey Carlos III de Borbon.

## CAPÍTULO VII

### Antecedentes y causas de la expulsion

Ideas y actos de Carlos III de Borbon cuando era rey de Nápoles sobre poder y jurisdiccion espiritual y temporal.—El marqués de Tanucci, su primer ministro en Nápoles.—Predispocion de Carlos respecto á los jesuitas cuando vino á España.—La eleccion de confesor, de ministros y consejeros.—Suceso ruidoso del destierro del inquisidor general y sus causas.—Conducta del rey, del Consejo, del inquisidor y del nuncio en este negocio.—Famosa pragmática del *Regium exequatur*.—Real cédula sobre prohibicion de libros.—Suceso memorable del obispo de Cuenca.—Célebre expediente que se le formó.—Comparecencia del prelado ante el Consejo pleno á oír su reprehension.—Notable severidad del rey.—Voces esparcidas contra el monarca y su gobierno.—A quiénes se atribuian.—Ideas del siglo XVIII.—Escritos contra los jesuitas.—Son arrojados de Portugal.—Son expulsados de Francia.—Bula de Clemente XIII en su favor.—Cómo fué recibida en España.—Cúlpase á los jesuitas de motores ó instigadores del motin de Madrid.—Expediente de pesquisa.—Causas á que atribuyeron los parciales de los jesuitas su expulsion.—Cartas apócrifas.—Fundamento de esta opinion.—Exposicion de los excesos que les fueron atribuidos.

Desde que Carlos fué gran duque de Toscana, y principalmente desde los primeros años de su reinado en Nápoles, habíase mostrado dispuesto siempre á disminuir el gran poder y la inmensa influencia que con sus riquezas y su número habia llegado á ejercer el clero, y especialmente algunas comunidades religiosas en aquellos Estados. Cuando el abate Genovesi le representó la opulencia de los bienes que se ha-

(1) Real Provision de 19 de julio de 1767.

(2) Real cédula de 14 de agosto de 1768, dada en San Ildefonso. Consta de 52 reglas, párrafos ó cláusulas, todas importantes, y que merecen ser conocidas y consultadas, como tambien el luminoso informe que las precede. Es documento que anda impreso, y demasiado extenso para poder nosotros transcribirle íntegro.

(3) Consta de 45 artículos, y está tambien impresa.

(4) Real cédula, dada en San Ildefonso con la fecha arriba citada.

(5) Real cédula de 4 de diciembre de 1772, en Madrid.



llaban en lo que ya entonces se decía manos muertas, esto es, en manos de eclesiásticos seculares y regulares, y la conveniencia de unir al patrimonio de su corona y emplear en beneficio del Estado los que de aquellos pareciesen superfluos, Carlos no solo hizo examinar en su Consejo aquella proposición, sino que fué enviado monseñor Galliani á Roma á solicitar de S. S. el derecho de conferir el monarca los obispados y beneficios de su reino, que señalase el número determinado de religiosos de ambos sexos que hubiera de haber, que los nuncios de S. S. no ejercieran en lo sucesivo jurisdicción alguna sobre los eclesiásticos del reino, y que las herencias que por abuso pasaban á conventos y cabildos se pudieran confiscar en beneficio del real erario: demandas todas que el Vaticano no estaba acostumbrado á oír, que fueron sostenidas con entereza, y que produjeron juntas de cardenales y consultores. Al propio tiempo las ciudades de Nápoles unidas en cuerpo pedían que para aumentar las rentas sin gravar mas á los súbditos pagaran los bienes eclesiásticos un diezmo como en Toscana, y que la plata sobrante para el uso y decoro de las iglesias se acuñara á fin de aumentar la circulación de la riqueza pública. Remitiéronse al negociador Galliani títulos y documentos que se encontraron en los archivos, para probar que el rey Carlos no pretendía sino lo que antiguamente se había concedido á sus predecesores (1).

Es excusado, y no nos incumbe ahora referir lo que sobre estos puntos y sobre la reforma de las órdenes monásticas trabajó Carlos de Borbon, siendo rey de las Dos Sicilias, en unión con sus Consejos y con sus hombres de Estado. Anunciábase ya en aquella época el espíritu de reforma, y el marqués de Tanucci, su primer ministro, á quien mantuvo en el ministerio por espacio de veinticinco años, el hombre de su mayor confianza, y con quien despues de venir á España sostuvo una correspondencia confidencial y política nunca interrumpida, era uno de aquellos hombres ilustrados que marchan al frente de las ideas de un siglo, gran sostenedor de las regalías de la corona y del poder de los reyes en asuntos temporales, y de aquellos á quienes los enemigos de las regalías llamaron despues *filósofos* de la escuela francesa. No era el marqués de Tanucci afecto á la institución de los jesuitas, y no lo era ya tampoco Carlos III á nuestro juicio, cuando vino á reinar á España. Al dejar á su hijo tercero la corona de las Dos Sicilias ya cuidó de no darle confesor que perteneciese á la orden de Loyola. Si aun mantuvo á los regulares de la Compañía en el confesonario de los otros hijos, fué por complacer á la reina madre Isabel Farnesio y á su esposa María Amalia de Sajonia que les eran adictas. De otro modo obró ya luego que la muerte de aquellas dos reinas le desembarazó y libertó de aquella consideración y respeto á los sentimientos de la esposa y de la madre.

Desde su venida á España pudo notarse que, á pesar de algunas demostraciones ostensibles de consideración á la Compañía (que á algunos escritores han inducido á creer que le era afecto), no eran los hijos de San Ignacio y sus parciales los que le merecían la preferencia para los puestos honrosos y los cargos de importancia. Por adictos á ellos eran tenidos los colegiales mayores, que hasta entonces eran considerados como el plantel de donde salían los que iban á vestir la toga en las chancillerías y consejos, las mucetas de la dignidad eclesiástica y los capisayos episcopales. Carlos III comenzó á cortar aquella especie de monopolio de los colegios mayores, atendiendo preferentemente para estos empleos á abogados aventajados salidos de las universidades, y á eclesiásticos que no profesaban las máximas y doctrinas que se atribuían á los jesuitas. A su confesonario llevó á Fr. Joaquín Eleta, religioso gilito (llamado comunmente el P. Osma, por el pueblo de su naturaleza), hombre ni de gran erudición ni de gran crítica, pero menos amigo de los religiosos de la Compañía. Por anti-jesuita pasaba también el célebre y sabio don Pedro Rodríguez Campomanes, á quien nombró fiscal del Consejo de Castilla; y la elevación al ministerio de Gracia y Justicia de don Manuel de Roda, regalista al modo de Macanaz y de tantos otros de su tiempo, y de aquellos á quienes despues dieron algunos

en llamar filósofos y enciclopedistas, persuadió á aquellos regulares de que los amenazaba una desgracia próxima (2).

Dos famosos casos ocurrieron en los primeros años del reinado de Carlos III en España, en los cuales dió á conocer este príncipe las ideas sobre materias de jurisdicción eclesiástica y temporal, y la inflexibilidad de su carácter para sostenerlas. El primero fué la célebre cuestión del inquisidor general don Manuel Quintano Bonifaz, el segundo el memorable expediente del obispo de Cuenca, don Isidro Carvajal y Lancaster. Ambos casos requieren de necesidad ser conocidos, porque constituyen preciosos antecedentes para el asunto que tratamos.

Fué el primero como sigue:

El abad Mesenghi, sabio doctor de la Sorbona, había publicado una obra titulada: *Exposición de la doctrina, ó Instrucción sobre las principales verdades de la religión*. Obra, que despues de haber circulado con éxito y de haberse hecho de ella diferentes versiones en Nápoles y en Roma, sometida al cabo de algunos años á examen de la congregación del Santo Oficio, fuese por instigación, como se creyó, del P. Ricci, general de los jesuitas (3), ó por otras influencias, sin oír las reclamaciones, quejas y protestas del virtuoso y octogenario autor, por motivos y razones que respetamos y que no es ahora de nuestro propósito examinar; es lo cierto que el papa Clemente XIII condenó esta obra por Breve de 14 de junio de 1761. A poco tiempo recibió este Breve pontificio por mano del Nuncio de S. S. el inquisidor general de España don Manuel Quintano Bonifaz, arzobispo de Farsalia, el cual, sin dar cuenta á S. M. y con solo el dictámen del Consejo de Inquisición, procedió á expedir el edicto condenatorio y á repartirle por las comunidades y parroquias, y á enviarle á los tribunales. Súpolo el rey por los ejemplares que de él le presentó su confesor Fr. Joaquín Eleta, enviados por el mismo inquisidor, é inmediatamente desde la Granja, donde acababa de llegar (8 de agosto, 1761), despachó un correo expreso con carta del ministro de Estado don Ricardo Wal, mandando al inquisidor suspender la publicación del edicto y recoger todos los ejemplares que se hubieran distribuido, hasta que él diera su real consentimiento.

Respondió el inquisidor aquella misma tarde, exponiendo que él no había hecho sino lo que era estilo y práctica del Santo Oficio en España; que no era ya posible suspender la publicación y recoger los ejemplares, porque desde aquella mañana se habían repartido en la corte y remitido á provincias por el correo; y que de intentarlo se seguiría un gravísimo escándalo, y redundaría en deshonor del Santo Oficio, y por no poder ejecutar lo que S. M. ordenaba, quedaba, decía, con el mayor dolor y desconsuelo (4).

Parecieron al rey intolerables algunas proposiciones de la carta del inquisidor, y determinado á hacerle experimentar su indignación, le desterró á doce leguas de la corte, comunicándolo al Consejo para que lo hiciese ejecutar (10 de agosto de 1761), y previniéndole le consultara cuanto se le ofreciera y pareciera sobre este asunto. El inquisidor fué á cumplir su destierro al monasterio de Sopetrán, trece leguas de la corte: mas no tardó en dirigir al rey una sumisa carta, suplicándole se dignara indultarle (31 de agosto), haciendo mil protestas de respeto y lealtad, y asegurando con todas las veras de su corazón, que si en algo le había faltado, había sido por ignorancia ó inadvertencia. Carlos, en vista de esta humilde carta, hizo participar al Consejo (2 de setiembre), que había indultado y alzado el destierro al inquisidor general, pero que no obstante esto, insistía en que le consultara sobre el caso como se lo tenía ordenado, pues su objeto era que no se repitiese

(2) Confíesalo así el P. Fr. Fernando Cevallos en su *Memoria* sobre la extinción y extrañamiento. «Desde este instante se resolvió el *Delenda est Carthago*:» son sus palabras, al hablar de la elevación de Roda al ministerio.

(3) Persuadido de esto estaba Carlos III cuando escribía: *No sé qué hacen los jesuitas con ir moviendo tales historias, pues con esto siempre se desacreditan mas, y creo que tienen muy sobrado con lo que ya tienen.* Carta á Tanucci de 17 de marzo, 1761.

(4) Hállase toda esta correspondencia en un tomo MS. de la biblioteca de la Real Academia de la Historia titulado: *Varios de Historia eclesiástica*, señalado E. 1761.

(1) Beccatini, Vida de Carlos III, lib. II.



para lo futuro un ejemplar tan perjudicial á la autoridad soberana. El Consejo de Inquisicion se apresuró á representar á S. M. dándole las gracias (5 de setiembre) por la generosidad usada con el inquisidor general (1).

El mismo nuncio de S. S., léjos de reclamar contra el destierro del inquisidor, al ver la actitud firme del monarca, se fué personalmente á San Ildefonso, y se presentó al ministro de Estado á explicar su conducta y ver de disipar el enojo del rey, y no solamente lo hizo de palabra, sino por escrito y extensamente en una Memoria, que el rey pasó con todos los demás antecedentes al Consejo Real de Castilla (2).

Dos consultas evacuó esta corporacion, porque no satisfizo completamente á Carlos la primera. De buena gana trascribiéramos estos dos documentos; pero de su espíritu se penetrarán nuestros lectores por el siguiente memorable decreto á que dieron fundamento. «Ha sido muy de mi gusto (decia Su Majestad) la atencion con que el Consejo ha mirado este negocio. Y visto su parecer, el de su gobernador, el de los ocho ministros unidos en voto particular (3), y el que añade don Pedro Benitez Cantos, pues todos se encaminan á un mismo justo y conveniente fin:—He determinado que de ahora en adelante todo breve, bula, rescripto ó carta pontificia, dirigida á cualquier tribunal, junta ó magistrado, ó á los arzobispos y obispos en general, ó á algunos en particular, trate la materia que tratase, sin excepcion, como toque á establecer ley, regla ú observancia general, y aunque sea una pura comun amonestacion, no se haya de publicar y obedecer sin que conste haberla Yo visto y examinado, y que el nuncio apostólico, si viniese por su mano, la haya pasado á las mias por la vía reservada de Estado, como corresponde.—Que todos los breves ó bulas de negocios entre partes, ó personas particulares, sean de gracia ó de justicia, se presenten al Consejo por primer paso en España; y que examine este, antes de volverlas para su efecto, si de él puede resultar lesion del Concordato, daño á la regalía, buenos usos, legítimas costumbres, quietud del reino, ó perjuicio de tercero; añadiendo esta precaucion á la de los recursos de fuerza, ó retencion de estilo, aunque deberán ser muchos menos.—Y exceptúo de esta presentacion general tan solo los breves y dispensaciones que para el fuero interior de la conciencia se expiden por la Sacra Penitenciaría, á que no bastan las facultades apostólicas que tiene para dispensar semejantes puntos el comisario general de Cruzada, pues para los que las tiene se ha de recurrir á él.—Que el inquisidor general no publique edicto alguno dimanado de bula ó breve apostólico sin que se le pase de mi orden para este fin; supuesto que todos los ha de entregar el nuncio á mi persona, ó á mi secretario del despacho de Estado. Y que si perteneciesen á prohibicion de libros, observe la forma que se prescribe en el Auto acordado, 14, tit. 7.º lib. I, haciéndolos examinar de nuevo, y prohibiéndolos, si lo mereciesen, por propia potestad, y sin insertar el Breve.—Que tampoco publique el inquisidor general edicto alguno, índice general ó expurgatorio, en la corte ni fuera de ella, sin darme parte por el secretario del despacho de Gracia y Justicia, ó en su falta, cerca de mi Persona, por el de Estado, y que se le responda que Yo consiento.—Y finalmente, que antes de condenar la Inquisicion los libros, oiga la defensa que quisieren hacer los interesados, citándolos para ello, conforme á la regla prescrita á la Inquisicion de Roma por el insigne papa Benedicto XIV en la Constitucion Apostólica que empieza: *Sollicita*

*ac provida*.—Obedecerá el Consejo esta resolucion, disponiendo las cédulas y despachos que resultan con la conveniente separacion, y añadiendo penas proporcionadas á los contraventores.—Y advierto al nuncio y al inquisidor general lo que les toca, contentándome con las precedentes demostraciones de mi desagrado sobre el suceso en que tuvo su origen mi presente determinacion. Dada en Buen Retiro, á 17 de noviembre de 1761.» A este decreto siguió la publicacion de la Real Pragmática del *Exequatur* en 18 de enero de 1762.

Asegurado parecia con esta resolucion el triunfo del mas puro regalismo; mas no pararon los enemigos de esta doctrina y los lastimados con la Pragmática del *Regium Exequatur* hasta introducir escrúpulos en la conciencia del confesor, que, como hemos dicho, no se distinguia ni por largo en instruccion ni por firme en sus opiniones, y lograronlo de tal modo, que al año y medio de publicada la Pragmática se presentó un dia al rey provisto de cartas de Roma, y á consecuencia de lo que en aquella entrevista platicaron vióse con admiracion universal expedirse una real provision declarando en suspenso la Pragmática (1763). Hizose sin intervencion del ministro de Estado don Ricardo Wal, y valiéndose para este caso del oficial mayor de su secretaria don Agustin del Llano, cuya conducta influyó sin duda grandemente en el empeño que desde entonces formó Wal en hacer dimision del ministerio, al tenor de lo que en otro capítulo dejamos ya indicado (4). Como triunfo celebraron los anti-regalistas la suspension de la Pragmática y la retirada del ministro Wal, mas no tardó en ofrecerse otra ocasion no menos solemne de conocer que ni Carlos III renunciaba á aquellas ideas, ni le faltaban consejeros y ministros que las sostuvieran y apoyaran con una firmeza inquebrantable. Esta ocasion la deparó el célebre expediente del obispo de Cuenca, que es el segundo caso de que hablamos al principio (5).

Don Isidro Carvajal y Lancaster, obispo de Cuenca, y hermano del antiguo ministro de Fernando VI don José de Carvajal, escribió en 15 de abril de 1766 á Fr. Joaquín Eleta, confesor del rey, una notable carta, en que entre otras cosas, le decia, que *ya sus pronósticos habian empezado á cumplirse, que la España corria á su ruina, que el reino estaba perdido sin remedio humano, y que todo esto procedia de la persecucion que sufría la Iglesia, saqueada en sus bienes, ultrajada en sus ministros, atropellada en sus inmunidades, etc.*, con reflexiones, consejos y lamentos, todos en este mismo sentido. El P. Osma, que así era llamado comunmente el confesor, creyó deber suyo dar cuenta de tan singular misiva á S. M. El rey tuvo por oportuno escribir al prelado en carta firmada de su real mano, estimulándole afectuosamente á que explicara con ingenua y santa libertad en qué consistia la persecucion de la Iglesia, el saqueo en sus bienes, el ultraje de sus ministros, y todos los demás males que lamentaba. «Me precio, le decia, de hijo primogénito de tan santa y buena madre: de ningun timbre hago mas gloria que del de católico: estoy pronto á derramar la sangre de mis venas para mantenerle. Pero ya que decís que no ha llegado á mis ojos la luz... podeis explicar con vuestra recta intencion y santa ingenuidad libremente todo lo mucho que decís que pedia esta grave materia para desentrañarla bien, y cumplir yo con la debida obligacion en que Dios me ha puesto. Espero del amor que me teneis, y del celo que os mueve que me direis en particular los agravios, las faltas de piedad y religion, y los perjuicios que haya causado á la Iglesia mi gobierno.»

Respondió, en efecto, á S. M. el buen prelado (23 de mayo de 1766), repitiendo sus proposiciones, explanándolas prolijamente, y esforzándose en probar sus asertos. Hizolo en verdad con mejor deseo que exactitud, y con mas candidez que moderacion y seguridad. Grave, cada vez mas, se hacia el negocio y el rey pasó los dos documentos al Consejo (10 de junio),

(1) El rey contestó á esta representacion del Consejo de la Suprema con las siguientes lacónicas y significativas palabras: «Me ha pedido el inquisidor general perdon, y se lo he concedido. Ahora admito las gracias del tribunal, y siempre le protegeré: pero que no olvide este amago de mi enojo, en sonando inobediencia.» 8 de setiembre de 1761.—Tomo de Varios de Historia eclesiástica, MS. pág. 103.

(2) Puede verse tambien copia de esta Memoria en la misma coleccion de documentos antes citada.—Hállanse tambien varios de estos entre los papeles de jesuitas de la propia corporacion, señalados N. 6, N. 7 y siguientes.

(3) Estos ocho ministros fueron: el conde de Villanueva, don Manuel Ventura Figueroa, don Isidro Gil de Jus, don Miguel de Nava, don Pedro de Cantos, don Pedro Martinez Treigo, don Francisco de Salazar y don Pedro Ric.

(4) Véase el cap. III.—Cartas de Tanucci al abate Centomani, agosto y setiembre de 1763.

(5) Otra relacion del destierro del inquisidor general don Manuel Quintano Bonifaz, con sus causas y consecuencias, se encuentra en otro tomo en folio de papeles varios de Estado, de la biblioteca de la Real Academia de la Historia, el XIII de la coleccion, señalado B. 131.



mandando que para la mayor seguridad de su conciencia y mejor gobierno de sus vasallos eclesiásticos y seglares examinara con toda detencion y madurez lo que pudiera haber de cierto en los gravísimos cargos y acusaciones que hacia el obispo y le consultase despues lo que se le ofreciese y pareciese. El Consejo, buscando el acierto y la verdad, pidió informes, datos, documentos y justificaciones, al mismo prelado, á la comisaria de Cruzada, á todos los tribunales y oficinas sobre los hechos denunciados por el representante. Reunidas que fueron todas las noticias, en lo cual se invirtieron bastantes meses, é instruido el expediente por completo, los dos fiscales, de lo civil y lo criminal, Moñino y Campomanes, en sus dos alegaciones de 12 de abril y 18 de julio (1767) fueron rebatiendo minuciosamente y cargo por cargo todos los que el obispo hacia en sus escritos. Poco trabajo les costó refutar los mas de ellos, los unos por inexactos, por infundados los otros, y otros por levisimos, y además injustos; tales como el de sujetar á quintas los acólitos, sacristanes y alguaciles de vara, el de haber obligado á los eclesiásticos á prestar tambien sus carros y caballerías para el transporte de granos á San Clemente en tiempo de Esquilache, el de sujetar á tributos los bienes adquiridos por manos muertas desde el Concordato de 1737, y otros semejantes. De todo resultaba que, ó eran infundados los hechos, ó estaban alterados, ó habia sido la ofendida y atropellada, no la inmunidad eclesiástica, sino la jurisdiccion real.

En su vista el Consejo pleno, en conformidad con los fiscales, consultó á S. M. (18 de setiembre, 1767), que el reverendo obispo debia comparecer ante el Consejo para ser reprendido y amonestado, como se habia hecho con otros prelados en casos de menor consideracion, y que en el acto se le entregara Acordada desaprobando su conducta y mal uso que habia hecho de su ministerio, y de que de la misma se enviara copia á todos los arzobispos y obispos del reino para que les constara la desaprobacion de S. M. y les sirviera para que representaran con verdad, moderacion y respeto. El rey se conformó en un todo con el Consejo (26 de setiembre), y en su virtud le fué intimado al obispo de Cuenca que se presentase luego en la corte para fines del real servicio, dando noticia de su llegada al presidente del Consejo, conde de Aranda. Respondió el prelado que estaba pronto á obedecer, y que así lo ejecutaria tan luego como su salud se lo permitiese, pues á la sazón se hallaba postrado en cama (2 de octubre, 1767). Segunda vez escribió á los nueve dias, exponiendo que en cumplimiento de su deber estaria ya en camino, si no le imposibilitaran sus accidentes y enfermedades, que se le habian agravado, como le acontecia siempre en la estacion del otoño. Los padecimientos eran ciertos, y sin embargo, el Consejo previno al corregidor de Cuenca que estuviere á la vista y le diese aviso de la época en que el prelado pudiera venir á la corte, y entre tanto hacia circular la Acordada á todos los prelados del reino, y apuraba al de Cuenca por la presentacion, no obstante que él una vez y otra vez protestaba estar dispuesto á cumplir lo que se le ordenaba en el momento que sintiera alivio en sus males, de que el médico certificaba con verdad, y eran además notorios. Ni los ruegos del marqués de Casa-Sarriá, hermano del procesado obispo, ni la instancia de los cinco prelados que habia en el Consejo extraordinario para que se le dispensara de la comparecencia, bastaron á doblar la entereza del monarca y del Consejo, los cuales es imposible dejar de reconocer que pecaron de excesivamente duros á fuerza de huir de parecer débiles (1).

Mejoró al fin la salud del anciano prelado, en términos de poder emprender su viaje en junio de 1768, y en 12 del mismo avisó al presidente del Consejo hallarse en el convento de Dominicos de Valverde, á legua y media de Madrid, deseoso

(1) *Memorial ajustado, hecho de orden del Consejo pleno, á instancia de los señores fiscales del expediente consultivo, visto por remision de S. M. á él: sobre el contenido y expresiones de diferentes cartas del reverendo obispo de Cuenca don Isidro de Carvajal y Lancaster.*

En este memorial, que se imprimió en 1768, y forma un tomo en folio de 348 páginas, se encuentran todos los documentos oficiales que nos sirven para esta relacion.

de cumplir las órdenes de S. M., y que haria su comparecencia en el dia, hora y lugar que le fuese señalado. Señalósele el 14 á las nueve de la mañana en la posada del presidente. En efecto, á aquella hora, reunido el Consejo pleno, entró el prelado, ocupó el banco que se le tenia preparado frente á la presidencia: puesto despues en pié, escuchó las siguientes palabras que le dirigió el presidente: «Ilmo. señor: comparece V. S. I. delante del Consejo para entender el real desagrado por los motivos que han precedido, y no repito, por no ignorarlos V. S. I. El escribano de cámara y gobierno del Consejo entregará á V. S. I. una Acordada, á la que contestará desde su residencia, luego que haya regresado á ella.» El prelado contestó que habia sentido un gran dolor en haber incurrido en el desagrado de S. M., que así lo habia manifestado ya en diferentes ocasiones y en representacion dirigida al mismo Consejo, y que en lo sucesivo procuraria arreglar su conducta á lo que se le prescribia en la Acordada. Con lo que, haciendo una reverencia, salió, tomó el carruaje para regresar á su obispado, levantóse el Consejo, y dióse por terminado este ruidoso expediente (2).

En aquellos dias en que tan inexorables, y aun tan desapiadados se mostraban el monarca y el Consejo con el obispo de Cuenca, sin que le bastaran sus protestas de arrepentimiento para que le ahorraran aquella humillacion, se restablecia la pragmática del *Exequatur* (16 de junio, 1768), suspensa en 1763 por la causa que atrás dejamos apuntada, excusándose ahora aquella suspension so color de que algunas cláusulas en la material extension del documento podian recibir un sentido equivoco y prestarse á siniestras interpretaciones. Renovóse, pues, redactada en otra forma, aunque manteniéndose la misma en la esencia (3). En el mismo dia se expidió tambien una real cédula en declaracion de lo dispuesto en la de 18 de enero de 1762, relativamente á lo que debia observar el tribunal de la Inquisicion en la formacion de edictos ó índices prohibitivos de libros (4).

Con estas ideas, de muchos años atrás profesadas por Cár-

(2) Testimonio del acto, librado por el fiscal Campomanes, MS.—Archivo de Simancas, leg. 582 de Gracia y Justicia.

(3) De once artículos consta esta pragmática: hé aquí el texto de los dos primeros, que son de los mas esenciales: «I. Que se presenten en el Consejo antes de su publicacion y uso todas las bulas, breves, rescriptos y despachos de la curia romana que contuviesen ley, regla ú observancia general, para su conocimiento, dándoseles el pase para su ejecucion en cuanto no se opongan á las regalías, concordatos, costumbres, leyes y derechos de la nacion, ó no introduzcan en ella novedades perjudiciales, gravámen público ó de tercero.—II. Que tambien se presenten cualesquiera bulas, breves ó rescriptos, aunque sean de particulares, que contuvieren derogacion directa ó indirecta del Santo Concilio de Trento, disciplina recibida en el reino, y concordatos con la corte de Roma, los notariatos, grados, títulos de honor ó los que pudieren oponerse á los privilegios y regalías de la corona, patronato de legos y demás puntos contenidos en la ley 25, tít. 3, lib. I de la Recopilacion.» A este tenor los demás.—Sanchez, Coleccion de pragmáticas, cédulas, etc.

(4) Merece ser conocido todo el contenido de esta real cédula: «I. Que el tribunal de la Inquisicion oiga á los autores católicos, conocidos por sus letras y fama, antes de prohibir sus obras, y no siendo nacionales ó habiendo fallecido, nombre defensor que sea persona pública y de conocida ciencia, arreglándose al espíritu de la constitucion *Sollicita ac provida* del SSmo. Padre Benedicto XIV y á lo que dicta la equidad.

»II. Por la misma razon no embarazará el curso de los libros, obras y papeles á título de *interim* se califican. Conviene tambien se determine, en los que han de expurgar, desde luego los pasajes ó folios, porque de este modo queda su lectura corriente, y lo censurado puede expurgarse por el mismo dueño del libro, advirtiéndose así en el edicto, como cuando la Inquisicion condena proposiciones determinadas.

»III. Que las prohibiciones del Santo Oficio se dirijan á los objetos de desarraigar los errores y supersticiones contra el dogma, al buen uso de la religion, y á las opiniones laxas que pervierten la moral cristiana.

»IV. Que antes de publicarse el edicto se presente á S. M. la minuta por medio del secretario del despacho de Gracia y Justicia, y en su falta por el de Estado, como se previno en la citada real cédula de 18 de enero de 1761, suspendiendo la publicacion hasta que se devuelva.

»V. Y que ningun breve ó despacho de la corte romana tocante á la Inquisicion, aunque sea de prohibicion de libros, se ponga en ejecucion sin noticia de S. M. y sin haber obtenido el pase del Consejo, como requisito preliminar é indispensable.»—Coleccion de Reales cédulas de 1726 á 1777.—Sanchez, Coleccion de pragmáticas, cédulas, etc.



los III y sus principales consejeros y ministros, y con tales actos y providencias, encaminadas á robustecer las prerogativas y derechos de la autoridad real contra la preponderancia de Roma, del clero y de la Inquisición en negocios temporales ó que no tocaban al dogma ó al gobierno espiritual de la Iglesia, no nos maravilla que los parciales del poder pontificio, entre los cuales se contaban como primeros sostenedores y atletas los jesuitas, y los partidarios del predominio eclesiástico, miraran con desfavorable prevención el sistema de Carlos y de su gobierno, ya iniciado desde Nápoles; y que propagaran especies y vertieran voces propias para desacreditar la religiosidad del monarca, y sembraran calumnias, y forjaran siniestros y misteriosos augurios sobre la duración de su vida y de su reino. De pláticas y aun de papeles que en este sentido se difundían, y que se denunciaban al gobierno, había muchos que suponían autores ó instigadores á los regulares de la Compañía de Jesús. Con esto Carlos, que desde las Dos Sicilias venía poco dispuesto en su favor, mirábalos cada día mas de reojo: no faltaba quien glosando la doctrina expuesta por el P. Juan de Mariana acerca del tiranicidio, y deduciendo de ella que era máxima de la Compañía tener por lícito el regicidio, como si fuese una misma cosa, representaba como sospechosas y peligrosas las intenciones de aquellos regulares. Y de este modo, y mediando esta recíproca desconfianza entre el soberano y la institución, no era difícil prever que hubiera de sobrevenir un conflicto en que quedara sacrificada la parte menos previsora ó menos fuerte.

Ya la institución de San Ignacio no gozaba de aquel prestigio que en anteriores tiempos había alcanzado; germinaban en el siglo XVIII otras ideas: años hacía que se estaban publicando folletos y libros en descrédito de la Compañía; en 1759 se dió á la estampa en el Haya uno titulado: *Los jesuitas, mercaderes, usureros, usurpadores*: en Francia y Alemania habían salido á luz otros muchos con títulos no mas decorosos (1): en unos y otros se les atribuían máximas y hechos capaces de lastimar la institución mas santa.

A mediados del siglo un hombre de la reputación científica de Pascal había tomado de su cuenta desacreditar en las célebres *Cartas provinciales* las doctrinas y las costumbres jesuíticas, tratando las cuestiones de *gracia eficaz*, de *probabilismo*, de *restricciones mentales*, etc., acaso con menos solidez de razones que causticidad de estilo y aire burlesco, y sentando proposiciones tan aventuradas y tan ofensivas como estas: «Los jesuitas en su catecismo no enseñan tanto la fe como la calumnia.....—Pretenden que no se peca, si no hay quien advierta la malicia del pecado, por lo cual han sido condenados por las facultades de París y de Lovaina.....—La corrupción de su moral los ha hecho mas odiosos que todas las pretendidas calumnias de sus enemigos..... Ellos introducen en las costumbres una licencia escandalosa.....—Su ley soberana es la utilidad de la sociedad.....—Conceder á los hombres lo que desean, y dar á Dios solo palabras y apariencias..... etc.» Por mas que el epigrama y el sarcasmo ocuparan mas lugar en esta obra que el razonamiento, es lo cierto que la pluma elocuente, y el estilo ameno y seductor del escritor de Port-Royal hizo mucho daño á los jesuitas, y acostumbró al público á oír las mas acres censuras de ellos.

Pero la guerra no se reducía solo á escritos: actos bien duros se habían ejecutado ya con ellos. De Portugal habían sido lanzados los jesuitas en 1759; de Francia lo fueron cinco años mas tarde, en 1764. En el primero de aquellos reinos el ministro Pombal, que dominaba el ánimo del débil monarca José I, después de hacerles una cruda persecución, intentado y solicitado su reforma, hecho ruidosas prisiones de religiosos y de personas distinguidas del reino, difundido por todas partes un libelo que escribió contra ellos, acusándolos de proyectos

de apoderarse de todo el Brasil, de usurpar la libertad, la propiedad, el gobierno temporal, y el comercio marítimo y terrestre de los indios, de abrigar planes horribles contra la vida y la corona del soberano, y de hacerles autores del conato de regicidio cometido la noche del 3 de setiembre de 1768 volviendo el rey en carroza del palacio de Tavora al real alcázar, y de haber hecho con este motivo correr la sangre en los cadalsos, consiguió al fin que decretara la total expulsión de los jesuitas del reino y de los dominios portugueses de Ultramar, en una forma semejante, pero todavía con mas rigor del que se empleó después en España, y tratándolos el monarca portugués en la real cédula de expulsión de la manera mas terrible y con los mas ultrajantes dictérios que pudieran hallarse en el idioma (2).

En Francia fué el Parlamento el que lo hizo. Allí no se acusó á los jesuitas de delitos penales, sino que se juzgó el instituto en general como opuesto al buen gobierno del reino y perjudicial al Estado. Así el decreto de expulsión de 22 de febrero de 1764 no fué absoluto, sino condicional: púsoles en la alternativa, ó de salir del reino, ó de prestar el juramento siguiente: «De no vivir en adelante ni en comunidad ni separadamente bajo el imperio del instituto y de las constituciones de la que antes se llamó Compañía de Jesús; de no conservar correspondencia alguna, directa ó indirecta, por cartas, ó por medio de otras personas, ni de modo alguno con el general, el gobierno y los superiores de la que antes se llamó tal sociedad, ni con otras personas por ellos elegidas, ni con alguno

(2) El escrito de Pombal se titulaba: *Relacion compendiada de la república que los religiosos jesuitas de España y de Portugal han establecido en los dominios de Ultramar de las dos monarquías, y de la guerra que allí han sostenido contra los ejércitos españoles y portugueses; sacada de los registros de la secretaría de los dos principales comisarios y plenipotenciarios, y de otros documentos auténticos*.

En la ley de la expulsión, después de lamentar el monarca la inutilidad de sus esfuerzos por reducir los regulares de la Compañía á la observancia de su santo instituto, invalidados, dice, por tantos, tan extraños y tan inauditos atentados, y de asegurar que subsistía en su reino un intensísimo plan para la última ruina de su real persona por parte de los jesuitas, y que después de haber errado el sacrilego golpe intentado contra su vida la noche del 3 de setiembre del año último, conspiraban á cara descubierta contra su fama, maquinando imposturas en union con sus socios de otras religiones de Europa, pasa á la parte dispositiva de la ley, y dice: «Declaro que los sobredichos regulares de la referida reforma, corrompida deplorablemente, enajenados de su instituto, y manifestamente indispuestos con tantos y tan abominables vicios para volver á la observancia de él, por notorios rebeldes, traidores, adversarios y agresores que han sido y lo son naturalmente contra mi real persona y Estados, y contra la paz pública de mi reino y dominios, y contra el bien comun de mis fieles vasallos; ordeno que como á tales sean habidos, tenidos y reputados, y los tengo desde luego por efecto de esta presente ley por desnaturalizados, proscritos y exterminados, mandando que efectivamente sean expulsos de todos mis reinos y dominios para no poder jamás entrar en ellos, y estableciendo debajo de pena de muerte natural é irremisible, y de confiscación de todos los bienes para mi fisco y cámara real, que ninguna persona, de cualquiera estado y condicion que sea, dé en mis reinos y dominios entrada á los sobredichos regulares, ó cualesquiera de ellos, ó que con ellos junta ó separadamente tenga cualquier correspondencia verbal ó por escrito, aunque hayan salido de la referida sociedad, y que sean recibidos y profesos en cualesquiera otras provincias de fuera de mis reinos y dominios, á menos que las personas que los admitieren ó practicaren no tengan para eso inmediata y especial licencia mia, etc.» —Copia de la ley de 3 de setiembre de 1759, publicada en Lisboa: MS. Papeles de jesuitas de la Real Academia de la Historia.

Nosotros no juzgamos ahora de la justicia ó injusticia de la expulsión de los jesuitas de Portugal: hacemos el oficio de simples narradores, y la citamos solo como un antecedente histórico de lo que había acontecido en otras partes antes del extrañamiento de los de España. Tampoco nos incumbe ni hacer una relación minuciosa, ni desentrañar ahora las causas de aquel suceso, ni deslindar y calificar la conducta respectiva que en el asunto observaron el rey José, el ministro Pombal, los papas Benedicto XIV y Clemente XIII, los cardenales Passionéi y Saldanha, y los demás que en él intervinieron. Documentos importantes tenemos á la vista que nos sirven para formar nuestro juicio. Respecto al orden cronológico de todo lo que aconteció en Portugal hasta la expulsión puede consultarse á Crétineau-Joly, que consagra á esta materia todo el capítulo 3.º del tomo V de su *Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesús*, bien que con aquel apasionamiento en favor de la Compañía que es conocido y que no oculta nunca este escritor.

(1) Por ejemplo el titulado: *Memorias históricas sobre los negocios de los jesuitas*, por el abate Platel.—*Problema histórico sobre quién ha hecho mas daño á la Iglesia cristiana, si los jesuitas ó Lutero y Calvino*. Utrecht, 1763.—*Annales de la société soi disant jesuites*; París, 1764.—*Extractos de las aseveraciones peligrosas y perniciosas en todo lo que los llamados jesuitas han sostenido*, etc. París, 1762.—*Anatomía jesuítica*..... y otros escritos que sería largo enumerar, contra los cuales ellos se veían obligados á escribir sus defensas.



de sus individuos que residen en países extranjeros; y de tener por impía la doctrina que contiene la recopilación de las Aserciones que se enderezan á poner en riesgo la persona sagrada de los reyes.» El juramento era demasiado fuerte para que hombres que se estimaran en algo no prefirieran mil veces la expatriación, para que dudaran siquiera entre la apostasia y el destierro. Salieron, pues, también de Francia los jesuitas, expulsados de este modo, después de largos debates y cuestiones sostenidas por espacio de algunos años (1).

Viendo esta persecución el papa Clemente XIII, que, como hemos visto, era apasionado de la institución de Loyola, siendo su ministro el cardenal Torrigiani, y general de la Compañía el P. Lorenzo Ricci, su deudo, paisano y amigo, salió á su sostenimiento y defensa, publicando la bula *Apostolicum pasce* (7 de enero, 1765), que se tradujo á todos los idiomas, y cuyo objeto era ensalzar la santidad y proclamar la inocencia de los jesuitas. La bula produjo en muchas partes el efecto contrario de exacerbar las pasiones y multiplicar las acusaciones contra los religiosos de San Ignacio. En España, donde antes el rey había hecho quemar el libelo del marqués de Pombal, y donde se había dado asilo á los jesuitas franceses emigrados (2), fué recibida la Constitución pontificia como inoportuna y dañosa, según el testimonio del mismo nuncio Pallavicini (3), y se miró como una adulación injustificada á la Compañía de Jesús.

Sucedió á poco tiempo de esto el motin de Madrid contra Esquilache, y los alborotos de las provincias. Dióse en culpar á los jesuitas de ser los instigadores y promovedores ocultos de aquellos movimientos, y los autores de los papeles sediciosos que se publicaban y difundían; se habló de incógnitos y de gente disfrazada que sembraba la cizaña en el pueblo, dirigía y organizaba el motin, y pagaba los gastos hechos por los tumultuados. De haberse intentado dar al levantamiento popular cierto carácter y tinte religioso, de haber sido proclamado por los disidentes el marqués de la Ensenada que pasaba por muy parcial de los jesuitas, y aun de haberse oído en el tumulto algunos vivas á estos regulares, se deducían pruebas que parecía confirmar el juicio de los que suponían este cuerpo el motor de la máquina de los sediciosos, y no faltó quien refiriera como seguro el horrible plan de cometer un atentado sacrilego contra el rey y la real familia en el templo de Santa María la tarde del Jueves Santo (4). Todas estas

(1) La misma razón que para lo de Portugal tenemos para no referir aquí todo lo que pasó en Francia antes de la suspensión y extrañamiento de la Compañía de Jesús: las imputaciones que se le hacían, el atentado de Damiens á la vida de Luis XV, las especulaciones mercantiles del padre Lavalette en la Dominica y el proceso que se le formó, la conducta del duque de Choiseul, de Luis XV, y del Parlamento, la consulta de los obispos de Francia y su respuesta, los escritos contra la sociedad, el extracto de las aserciones, la expulsión de los colegios, la asamblea extraordinaria del clero de Francia, el decreto del Parlamento de París, la confiscación de los bienes de la Compañía, etc.—Crétineau-Joly dedica á esto el capítulo 4.º del tomo V de su Historia, sobre cuya obra repetimos la advertencia de antes. Puede verse también la obra del P. Ravignan, titulada: *Clemente XIII y Clemente XIV*, cap. III que lleva por epígrafe: *Clemente XIII y la Francia*.

(2) Dictámenes de los fiscales del Consejo, Campomanes y Sierra (17 de julio, 1764), proponiendo la admisión en España de los jesuitas expulsos de Francia: MS. de la Real Academia de la Historia, Papeles de jesuitas.

(3) En carta al cardenal Torrigiani, de 19 de marzo de 1765.

(4) Sobre esta especie, que á nosotros nos parece inverosímil, escribía el embajador de España en París, conde de Fuentes, al marqués de Grimaldi: «Pero aun ha sido mayor la consternación que ha producido (en París) una carta del marqués de Ossun. Escribe este embajador al duque de Choiseul que el rey N. S. le había hablado de la necesidad y motivos que le habían precisado á tomar esta sensible resolución para la seguridad de su persona y tranquilidad de sus pueblos, que el desgraciado suceso del domingo de Ramos felizmente se anticipó al día señalado, que era el Jueves Santo, con el execrable proyecto que horroriza solo en presentarse á la imaginación, y por la precisión en que me hallo de dar cuenta á V. E. pongo en cifra las precisas palabras, para que no se vean escritas, aunque aquí se hayan publicado. *Que el proyecto era de exterminar la misma persona y toda la real familia* (esto es lo que en el despacho venía en cifra). Dice también el embajador que se habían visto los jesuitas disfrazados de capa y sombrero redondo con los del tumulto, animándolos y conduciéndolos; que S. M. le había dicho que todos le ha-

especies sirvieron de fundamento al monarca para mandar instruir el expediente secreto de pesquisa en averiguación de la causa de los motines, y la creación del Consejo extraordinario y de la junta consultiva, y lo demás que por el anterior capítulo conocen nuestros lectores.

De aquella información secreta, y de las consultas elevadas en su consecuencia al rey por el Consejo extraordinario, nació la real resolución de expulsar y extrañar todos los individuos de la Compañía de Jesús de España y todos sus dominios de ambos mundos, en la forma y términos que dejamos referidos. Por más que Carlos III dijera repetidamente que conservaba en su real ánimo las causas urgentes, justas y necesarias que le habían movido á tomar tan grave y seria providencia, harto claramente se deducía, ya de sus mismas palabras: «por la conservación y tranquilidad de su Estado, decoro y paz interior de sus vasallos:» ya de los antecedentes del proceso instruido en averiguación de las causas del motin, ya de las frases de las consultas, que la expulsión se fundaba principalmente en la persuasión del rey de que resultaban los jesuitas autores ó instigadores de los pasados disturbios que tanto habían humillado la majestad, y tan en peligro habían puesto el trono y el reino. Convencido estaba Carlos de que la institución se había convertido en un gran foco de sediciones, y de que conservarla era consentir una conspiración latente contra su persona y Estado.

Nada afectos ya de suyo á la Sociedad, así los individuos del tribunal de pesquisa, como los fiscales y consejeros del Extraordinario y como los miembros de la junta consultiva, y los de las cámaras de Justicia y de Conciencia (que ciertamente no cayó la elección en quien pudiera sospecharse parcialidad hacia la Compañía), naturalmente acumularían en el proceso todos aquellos cargos y acusaciones de que habían sido ya objeto los jesuitas dentro y fuera de España. Como enemigos de los tronos y del sosiego de los pueblos habían sido representados y perseguidos en Portugal y en Francia, y como avaros de dominación y aspirantes á usurpar la soberanía de varios Estados de América. Resucitaron los consejeros españoles la antigua cuestión del Paraguay, en que se les imputaba haber sublevado los indios de aquellas colonias, y haber abrigado el designio de poner allí un rey suyo propio. Su resistencia y obstáculos á la canonización del venerable Palafox, obispo de La Puebla, en que tan interesado se hallaba Carlos III, y la quema que habían hecho de los libros de aquel ilustre y sabio prelado. La violenta persecución que se decía habían hecho á otros obispos de Indias, como el de Paraguay y el de Manila. Su conducta en las misiones de la China, las perpetuas controversias y altercados que habían tenido con las universidades, con los prelados y con otros institutos religiosos. Las máximas contrarias al derecho canónico y al derecho real; su escuela del probabilismo y de la ciencia media, y sobre todo la doctrina que había dado en atribuirseles de defender como lícito en ciertas circunstancias el regicidio desde que el P. Mariana escribió lo del tiranicidio en su obra *De Rege et Regis institutione* (5).

bían aconsejado la precisión de tomar esta providencia, aun los que eran apasionados á los mismos jesuitas...» El conde de Fuentes al marqués de Grimaldi; París, 8 de mayo de 1767.—Archivo del Ministerio de Estado.

(5) En una larga serie de artículos, publicados en este mismo año de 1857 en el diario monárquico titulado *La Esperanza* contra el mas moderno historiador del reinado de Carlos III señor Ferrer del Río, en todo lo que ha estampado relativo á los jesuitas, uno de los puntos principales de su polémica versa sobre las causas en que el Consejo extraordinario apoyó la consulta de su expulsión y extrañamiento. *La Esperanza* sostiene que en la consulta de 30 de abril de 1767 expresó el extraordinario todos los motivos que tuvo para aconsejar y que produjeron la providencia, y las reduce á diez. El señor Ferrer del Río afirma y protesta que la referida consulta no contiene las causas de la ruidosa medida. —Creemos que ambos contendientes tienen razón en parte, y que en parte van errados también. La tiene el historiador en decir que aquella consulta no es una exposición de causas, y en añadir que no tenía para qué serlo. En efecto, el objeto de la consulta no era este; era proponer al rey la contestación que había de dar al breve que el papa Clemente XIII le había dirigido desaprobando la medida y excitándole á que la revocara; y como el papa en aquel documento encomiaba la Compañía y citaba hechos y casos en su elogio, el Consejo para apoyar su consulta fué reba-



Los apasionados y parciales de los jesuitas niegan absolutamente la existencia y la verdad de estas causas, y atribuyen la providencia de Carlos III (á quien suponen muy adicto á los jesuitas) exclusivamente á una trama urdida entre el duque de Choiseul, ministro de Luis XV, y los españoles duque de Alba, ministro que fué de Fernando VI, y el conde de Aranda, que hacían, dicen, causa común con los enciclopedistas franceses. La intriga, según ellos, consistió en fingir cartas de algunos superiores de la orden, en que se revelaban conspiraciones contra el monarca y el gobierno español, y especialmente una que se figuraba escrita por el P. Ricci, general de la Compañía, existente en Roma, al provincial de España, en la cual anunciaba había logrado reunir documentos que probaban incontestablemente que Carlos III era hijo adulterino. Este estigma de bastardía lanzado sobre su real escudo, este borron arrojado sobre la honra de una madre adorada que nadie hasta entonces había sido osado á mancillar, hirió de tal manera á Carlos en su amor filial, y de tal modo le exaltó, que de amigo que era de los jesuitas se trocó de repente en irreconciliable enemigo, arrancando por este medio los fabricantes de la intriga el decreto de expulsión.

Para hacer verosímil invención tan absurda (son sus mismas expresiones), érales preciso robustecerla con la declaración de los mismos inventores; y esto hicieron suponiendo que el duque de Alba al tiempo de morir había confesado al inquisidor general que él había sido el autor del motin de las capas y sombreros; que le había fraguado en odio á los jesuitas y con el objeto de imputársele; que también había inventado la fábula del emperador Nicolás I (el que se decía intentaban los jesuitas proclamar en el Paraguay); y lo que es mas, que él había escrito «en gran parte» la carta apócrifa atribuida al general de la Compañía Ricci contra el rey de España, y que esta misma declaración había hecho á Carlos III, cuya noticia daba el Diario del protestante Cristóbal de Murr. Y á este tenor citan cómo se descubrió la falsedad de otras cartas que se fingieron (1).

tiendo uno por uno los motivos de alabanza que encontraba el pontífice. No era pues el objeto de aquel escrito, hecho solo para gobierno de Su Majestad, enterarle de las causas del extrañamiento, pues sobradamente las sabía el rey; y en esto damos la razón al historiador citado, y creemos que carece de ella *La Esperanza*. Pero sin duda alguna los consejeros, sin proponérselo, *ex abundantia cordis* dejaron traslucir en los considerandos de la consulta las causas principales que los habían movido á proponer la célebre providencia; y en este sentido no deja de asistir fundamento á los que en el citado diario impugnan al historiador.—Para comprender esto no hay sino leer íntegro el texto literal de la consulta, que ambos habrán tenido presente como nosotros.—Algo de apasionamiento en opuesto sentido ha podido conducir de buena fe á divergencias que en nuestro concepto han podido evitarse, al menos sobre la inteligencia de la consulta de que tratamos.

(1) No deja de ser notable y curioso que los escritores protestantes, alemanes, ingleses y franceses hayan sido los que mas fuertemente han censurado la providencia de Carlos III como anticatólica, los que mas han defendido la inculpabilidad de los jesuitas, y los que han atribuido su expulsión á intrigas de malos católicos y á las causas últimas que acabamos de exponer. Y no es menos notable que escritores consagrados á la defensa de los jesuitas hayan ido á buscar su apoyo exclusivamente en los escritos de los protestantes William Coxe, Leopoldo Ranke, Schöll, Adan, Juan Muller y Sismondi.

Esto es lo que hace, y estos escritores son los que cita con preferencia el P. Ravignan en su obra *Clemente XIII y Clemente XIV*; y estos mismos los que cita también con predilección el mas acérrimo panegirista del instituto de Loyola, Crétineau-Joly, en el cap. IV del tomo V de la Historia de la Compañía.

A propósito de este escritor, y para que pueda juzgarse de la fe que en lo relativo á España deba dársele, no podemos dejar de advertir algunas inexactitudes en que incurre. Dice Joly seriamente que los padres de la Compañía fueron los que sosegaron el motin de Madrid con una asombrosa facilidad en medio de la mayor irritación. Que Carlos III fué siempre y hasta que se recibió la carta apócrifa del padre Ricci afecto y apasionado de los jesuitas. Que el movimiento fué preparado por el duque de Choiseul, de acuerdo con el conde de Aranda, ambos enemigos de la religión católica y de los reyes. Que Esquilache fué reemplazado en el ministerio por Aranda. Y después de otras especies tan inexactas como estas inserta una carta del rey al conde de Aranda (que ni nos dice, ni sabemos de dónde puede haberla sacado), la cual concluye: «Si después del embarque quedase un solo jesuita, aun enfermo ó moribundo, en

Nosotros, simples narradores ahora del hecho y de las causas á que por unos y otros fué atribuido, y de todo lo cual juzgaremos mas adelante, según nuestro sistema, vamos á exponer lealmente lo que por resultado de prolijas investigaciones hemos encontrado de mas averiguado y cierto sobre las causas que movieron al monarca español á dictar la célebre providencia de la expulsión y extrañamiento de los jesuitas.

A no dudar, estas causas debieron constar mas determinada, explícita y auténticamente que en otra parte alguna, en el expediente de pesquisa que al efecto se mandó formar, y que produjo las consultas del Consejo extraordinario y la resolución del rey. Pero confesamos que á pesar de la diligencia que en ello hemos puesto, no nos ha sido posible encontrar este proceso famoso, y dudamos mucho que otro pueda tener la fortuna de hallar documento tan importante (2). Mucho no obstante puede suplirle otro, que es el sétimo de los que remitió el ministerio de Estado y obran en su archivo, á saber, la copia de la exposición sumaria de los excesos cometidos por los jesuitas, que se remitió á Roma para entregar al papa. La importancia que siempre ha tenido, y mas la que recientemente se ha dado á esta cuestión, nos obliga á insertar íntegro este interesante documento, que no sabemos haya dado á conocer alguno antes que nosotros. Dice así:

«Desde la gloriosa exaltación del rey al trono de España y de las Indias manifestaron los jesuitas una aversión decidida á la sagrada persona de S. M. y su feliz gobierno.

»Acostumbrados estos regulares al despotismo que habían ejercido en estos reinos por medio del confesonario del monarca, y de las innumerables hechas que pusieron en los mayores empleos de la corona, no podían ver sin despecho que la ilustración y entereza de S. M. y su inalterable justicia de que ya tenían bastante conocimiento en su reinado de las Dos Sicilias, ni se había de dejar sorprender de los jesuitas y sus fautores para que continuase la intolerable autoridad de que habían abusado por tantos tiempos, ni podría menos de prestarse á oír las quejas de sus vasallos agraviados contra la Compañía.

»Entre los varios clamores que sucesivamente fueron llegando á los reales oídos, vinieron luego que S. M. entró en estos reinos dos recursos, cuyo movimiento hirió vivamente al cuerpo de la Compañía y su régimen.

»Las iglesias de Indias se quejaron de la usurpación de sus diezmos y de la inaudita violencia con que los jesuitas las despojaron de ellos, destruyendo las determinaciones mas solemnes dadas á favor de las mismas iglesias, y oprimieron á sus apoderados con persecuciones para impedirles el uso de sus defensas.

vuestro departamento, sufriréis la pena de muerte.»—Todo esto está tan en contradicción con los documentos oficiales, que no hay para qué detenerse á refutarlo.

(2) El fundamento que para decir esto tenemos es el siguiente.

Cuando en 1815 se trató del restablecimiento de la Compañía de Jesús en España, como en efecto se realizó, se pidieron de real orden á los ministerios de Estado y Justicia todos los papeles que obraban en uno y otro archivo relativos á la expulsión y extrañamiento de los jesuitas por Carlos III; hízose la remisión y fueron después devueltos. Hemos visto y examinado estos papeles, que son en su mayor parte documentos oficiales, y que con otros nos han servido para la narración que de estos sucesos hacemos. Mas no se encuentra entre ellos expediente de pesquisa; por el contrario, nos ha llamado sobremanera la atención que el primero de los remitidos por Gracia y Justicia (compuesto de 21 fojas útiles) empieza con esta cláusula: «Supuesto lo referido, pasa el Consejo extraordinario á exponer su dictamen sobre la ejecución del extrañamiento de los jesuitas, y demás providencias consiguientes, para que tenga debido y arreglado orden y cumplimiento en todas sus partes...»

Sigue lo que el Consejo extraordinario de 29 de enero de 1767 expuso á S. M. en vista de la pesquisa reservada, la resolución del rey, todo á la letra, la consulta de la junta del Pardo, con la aprobación de S. M. al márgen, etc.

La cláusula: *Supuesto lo referido*, indica evidentemente que existió ó debió existir el documento que sirvió de fundamento al dictamen del Consejo y á la real resolución, el cual no podía ser otro que el proceso de la pesquisa reservada. Este sin embargo no existe; nosotros ignoramos la causa de este vacío, sobre la cual podrán discurrir nuestros lectores según su juicio.



»Los postuladores de la causa de beatificación del venerable obispo don Juan de Palafox llevaron también á los pies del trono sus amargas quejas contra los jesuitas, porque aprovechando la especie de interregno que causó la dilatada enfermedad del señor Fernando VI lograron artificiosamente dar á la nación el escandaloso espectáculo de quemar algunas obras de aquel docto y venerable prelado que despues se aprobaron en la Congregacion de Ritos.

»El primero de estos recursos descubria los fraudes de los jesuitas en los diezmos, sus enormes adquisiciones en Indias, sus intrigas en el ministerio y otros excesos.

»El segundo se encaminaba á reparar la reputacion de un hombre grande, cuyas verdades ha mirado la Compañía como la mas terrible, mas sincera y mas autorizada acusacion de su gobierno y de sus ideas ambiciosas.

»Ambos recursos chocaban derechamente con el interés y la gloria de la Compañía, que han sido los ídolos de este cuerpo formidable, y así las providencias á que el rey se vió obligado para examinar las quejas, y hacer justicia á los agraviados, causaron en su régimen una gran fermentacion.

»Al mismo tiempo se empezó á descubrir con evidencia por una feliz casualidad la soberanía que los jesuitas tenian usurpada en el Paraguay, su rebelion é ingratitud, sin que pudiesen estorbar, por mas que lo intentaron, que llegasen al ministerio del rey los documentos originales y auténticos que ponian en claro la usurpacion y los excesos que por cerca de siglo y medio habian sido un problema, ó un misterio impenetrable á todo el mundo.

»Como por la muerte del P. Francisco Rábago inquisidor de la suprema Inquisicion, hubiese provisto S. M. esta plaza en su confesor actual, miró la Compañía este golpe como un despojo de sus honores y de los medios de hacerse respetable y temible, y por otra parte fué conociendo cuán léjos estaba de reponerse algun dia en el confesonario y en su despotismo.

»El cuidado con que la penetracion de S. M. procedia para templar y reducir á lo justo el formidable partido que se habia erigido la Compañía en las clases principales del Estado, llegaba al alma de los jesuitas, acostumbrados á no ver en las elecciones para todos los ministerios y jerarquías espirituales y temporales mas que hechuras suyas educadas á su devocion, y deferentes con ceguedad á sus máximas.

»Tan distante se hallaba de abrigar en su real y magnánimo corazon resentimientos personales hácia los jesuitas, que al mismo tiempo que detenía por medios paternales y prudentes el torrente impetuoso de la Compañía que podria destruir al reino, y precipitar á ella misma, tenia confiada la enseñanza de sus amados hijos á individuos de este cuerpo, á quienes ha distinguido y honrado hasta el momento mismo de su expulsion.

»Pero la Compañía, á quien nada podia contentar, segun el sistema de su relajado gobierno, que no fuese restituirse al grado de poder arbitrario en que se habia visto, trazó para lograrlo el plan de conmover toda la monarquía, debiéndose á una singular proteccion y providencia del Omnipotente que se haya libertado el reino de los horrores de una guerra civil y de sus funestísimas consecuencias de que se vió amenazado.

»Empezó aquel plan por el medio astuto, aunque practicado, de desacreditar muy de antemano la real persona de S. M. y su ministerio. Como en la nacion española se distingue tan justamente su celo por la religion católica, tomaron los jesuitas desde la venida del rey el inicuo partido de sembrar las calumnias é indignas voces de que el rey y sus ministros eran herejes, que estaba decadente la religion, y que dentro de pocos años se mudaria esta en España.

»Circularon estas y otras horribles calumnias por todo el reino, vertidas al principio en conversaciones privadas, y despues en los ejercicios y sermones de los jesuitas, declamando ya con descaro por sí y por medio de sus devotos contra el gobierno del rey y sus providencias.

»A esta perversa máxima agregaron la de difundir misteriosas predicciones contra la duracion del reinado de S. M. y de su preciosa vida: y así desde el año de 1760 esparcieron que el rey moriria antes de seis años, de que se dieron avisos

al ministerio con mucha anticipacion por personas de fidelidad inviolable.

»Juntaron luego á estas predicciones otras de motines y desgracias desde los pulpitos, abusando del ministerio de la predicacion y de la sinceridad de los pueblos.

»Tradujeron al idioma español innumerables papeles y libelos contra su expulsion de Portugal y Francia, imprimiéndolos clandestinamente, y expendiéndolos por toda España, con acuerdo de su régimen, en que combatian la religion de los ministros y magistrados de aquellos reinos, y preparaban el odio y la sospecha contra el ministerio del rey que no les fuese afecto.

»Introdujeron la desconfianza y el disgusto en cuerpos y personas respetables de la nacion, tratando de formar una coligacion reservada y peligrosa á todos.

»Preparados así los ánimos por largo tiempo tuvieron los jesuitas mas principales é intrigantes sus juntas secretas hasta en la misma corte de S. M. que se hallaba en el real sitio del Pardo, por los meses de febrero y marzo de 1766, y de resultas prorumpió esta cábala en el horrible motin de Madrid, principiando en la tarde del 23 del mismo mes de marzo; en que roto el freno de la subordinacion y del respeto debido á la majestad, se vió convertida la corte del soberano en un teatro de desórdenes, homicidios crueles, impiedades hasta con los cadáveres, y blasfemias contra la sagrada persona del monarca.

»Aunque la primera voz con que se armó este lazo al pueblo sencillo fué la odiosidad contra el ministro de Hacienda, marqués de Squilace, y contra las providencias de policía dadas para preservar la corte de los excesos á que daban causa los disfraces y embozos, se vió luego que el alma de esta conspiracion tenia otras miras mas altas y que se buscó efectivamente aquel pretexto para conmover al pueblo.

»Se volvió á sembrar la especie entre los amotinados de que la religion estaba decadente. Para dar mas cuerpo á esta voz tomaron los incógnitos directores del motin el nombre de *Soldados de la Fe*, inspirando que se habia de sacar el estandarte que con el mismo nombre *de la Fe* cree el vulgo existir en las casas de un grande de estos reinos.

»Por este medio y por el de esparcir que eran lícitos, y aun meritorios estos bullicios, se apoderó de muchos ánimos el fanatismo y la obstinacion, llegando al extremo de no querer confesarse algunos de los amotinados heridos gravemente, á decir que morian mártires, y á negarse los que se encerraron en el real Hospicio de San Fernando á hacer oracion por la salud del rey.

»Por mas que sean notorias las virtudes de que Dios ha dotado al rey, en que todos distinguen su casto corazon, se difundió por Madrid y por el reino una grosera y torpe calumnia contra S. M.: se fingieron disgustos con el príncipe, y se procuró dar vigor á los sediciosos con la especie de que tenian apoyo en la reina madre.

»En fin, no se perdió medio, por mas indigno y calumnioso que fuese, para dar odio y fuerzas á la plebe contra la persona y gobierno de S. M., con el objeto de reducir al monarca á la vergonzosa humillacion de poner el ministerio en un personaje adicto enteramente á los jesuitas y gobernado por ellos y aun mantenido: y depositar su real conciencia en confesor de la misma ropa, ó tal que les abriese el camino para restituirse al poder á que anhelaban.

»Este fué el objeto de los jesuitas; pero aunque pudieron inspirar á los sediciosos que, entre otras cosas, pidiesen para sosegar la colocacion de aquel personaje en el ministerio y la remocion del confesor, como la multitud no veia su felicidad en estos puntos, dejó de insistir en ellos, quedando frustrado el proyecto y depositado en el corazon de los directores de la obra.

»Para repararla tomaron los jesuitas diferentes medios. Era preciso apartar el horror que la fidelidad española debia concebir contra una conmocion tan abominable, y extinguir en el corazon de los mas fieles vasallos el sentimiento de que pudiese haberse manchado aquel inviolable respeto y amor á su rey, que ha hecho siempre la fama y la gloria de la nacion.

»Sin esta precaucion era imposible que los españoles ad-



vertidos de su error pudiesen sumergirse de nuevo en el mayor de los males.

» Los jesuitas en sus correspondencias de palabra y por escrito procuraron no solo disculpar los excesos de la plebe, sino darle el aspecto de un *movimiento heróico*.

» Enviaron ellos mismos la relacion del motin al gacetero de Holanda, en que referian con aplauso lo ocurrido, para que circulando así la noticia por todas las naciones, se alentase la española al ver elogiado el peor y mas detestable delito.

» Otro medio fué encender el fuego de la sedicion por todo el reino, continuando las calumnias y detracciones, y dando vigor con ellas, con predicciones y otras especies malignas á los espíritus turbulentos.

» Escribieron echando la voz de que venian diputados de Lóndres al pueblo de Madrid: esparcieron por muchas partes en conversaciones y cartas que esto no se hallaba seguro: sembraron falsedades y ponderaciones en sus correspondencias de unas provincias á otras del continente de España y de las Indias, y de aquellas regiones á estas exagerando disgustos para ponerlo todo en combustion.

» Anunciaron en Barbastro en sus misiones la mutacion del cetro de la augusta casa de Borbon por los pecados que suponian. Predijeron en Gerona la muerte del rey con motivo del cometa que se vió por aquel tiempo: y renovaron en Madrid, Valladolid y otras partes las susurraciones entre sus devotos y devotas contra la religion del rey y de sus ministros.

» Salió de esta escuela del fanatismo y de las máximas del regicidio y tiranicidio vertidas y apoyadas por los jesuitas en aquellos tiempos el monstruoso capricho de un hombre alborotado y criminoso de quitar la preciosa vida de S. M., con expresiones tan violentas y soeces en sus palabras y escritos que se le aprehendieron, que fué condenado al último suplicio. Por la justicia ejecutada en este hombre, que constó ser discípulo y protegido de los jesuitas, manifestaron estos gran resentimiento en sus correspondencias, como tambien por la prision de otras personas que les eran adictas.

» Viéronse por consecuencia de todo conmovidas las provincias y casi todos los pueblos llenos ó amenazados de sediciones y alborotos, resultando en los principales mezclado el nombre ó las artes de los jesuitas.

» Puesta así la monarquía en un estado vacilante, se acosó á todas las personas visibles de la corte y del ministerio con infinitos papeles anónimos, amenazando por una parte, ya con motines, y ya con diferentes excesos personales; y estrechando por otra á la remocion del confesor y de otros ministros, y á restablecer el partido jesuítico: siendo este el último medio de que se valió para intimidar y sacar el fruto que se habia malogrado hasta entonces.

» Para infundir y esforzar este temor, intentaron los jesuitas por medio de los superiores de sus casas y colegios en Madrid sorprender el ánimo del mismo presidente del Consejo, conde de Aranda, á quien se presentaron anunciándole nuevo motin para los principios de noviembre del citado año de 1766, señalándole varias medidas que habian tomado los sediciosos, que se justificó completamente ser inciertas.

» Siguiéron esparciendo estos temores en sus correspondencias de España y de las Indias; y manifestando su desafecto á las providencias del gobierno.

» Pero luego que llegaron á transpirar, ó presumir las averiguaciones que se hacian para justificar los autores de tantos escándalos y conmociones, fué notable la inquietud de los jesuitas. Se avisaron para cortar sus correspondencias y quemar sus papeles, y se valieron del inícuo artificio de calumniar á personas y cuerpos inocentes para desviar de sí y de sus adictos el objeto de las pesquisas.

» Al tiempo que se tocaba esta fermentacion general en España, venian y se aumentaban las noticias de sus desórdenes intolerables en los reinos de Indias.

» Hubo valor en los jesuitas para avisarse decisivamente en una de sus correspondencias á aquellos dominios que, ó se mudaria de rey, ó seria secretario del despacho universal de Indias cierto personaje de su faccion.

» En sus misiones del Paraguay se deseubrió enteramente por sus mismos documentos la monarquía absoluta que ha-

bian establecido: ó por hablar mas propiamente, un despotismo increíble, contrario á todas las leyes divinas y humanas.

» Se vió con la última demostracion que los jesuitas y su régimen habian sido los autores de la rebelion atribuida á aquellos indios contra las cortes de España y Portugal, resultando otros excesos, y hasta el de romper el sagrado sello de la confesion.

» Resultó en Chile por sus mismas relaciones la connivencia con los ritos gentílicos llamados *Muchitun*: y en todas sus misiones de ambas Américas se comprobó una soberanía sin límites en lo espiritual y temporal.

» Ponderaron en sus correspondencias los bullicios de Quito, donde predicaron contra el gobierno manifestando deseo de que los hubiese en otras partes, y haciendo circular especies malignas.

» En Nueva España se han visto las conmociones como resultados del poder jesuítico, habiéndolas anunciado y divulgado estos regulares mucho antes de su expulsion.

» De Filipinas constaron sus predicaciones, no solo contra el gobierno, sino las inteligencias ilícitas de su provincial con el general inglés durante la ocupacion de Manila.

» Finalmente, para no detenerse en cosas menores, se halló que intentaban someter á una potencia extranjera cierta porcion de la América Septentrional, habiéndose conseguido aprehender al jesuita conductor de esta negociacion con todos sus papeles que lo comprobaron.

» En tan general consternacion de estos reinos y los de Indias, y en los riesgos inminentes en que se veian, se tocó con la mayor evidencia ser absolutamente imposible hallar remedio á tanta cadena de males que no fuese arrojar del seno de la nacion á los crueles enemigos de su quietud y felicidad.

» Bien hubiera podido el rey imponer el merecido castigo á tantos delincuentes con las formalidades de un proceso; pero su clemencia paternal por una parte, y por otra el discernimiento de que el daño estaba en las máximas adoptadas por este cuerpo, inclinaron á S. M. á preferir los medios económicos de una defensa necesaria contra los perturbadores de la tranquilidad pública. Así el rey no ha tratado de castigar delitos personales, sino de defenderse de una invasion general con que estaba devastando la monarquía el cuerpo de estos regulares.

» Se observó que no solo era enteramente inútil, sino sumamente peligroso pensar en reforma. Porque si este cuerpo incorregible, acabando de experimentar su expulsion de los dominios de Francia y Portugal, no solo no se humilló ni enmendó, sino que se precipitó en mayores delitos, ¿qué esperanza podia haber ya de reformarle?

» La reforma principiada en Portugal á instancia del rey Fidelísimo produjo el enorme atentado contra su persona, que es notorio al mundo. ¿Qué ministro amante de su rey podria aconsejarle sin delito que arriesgase su preciosa vida durante la reforma? ¿Ni qué monarca, mientras se efectuaba esta podria abandonar al capricho y al furor de los jesuitas su propia seguridad y la de sus reinos puestos ya en una terrible fermentacion y movimiento?

» Tampoco podria obrar la reforma en un cuerpo generalmente corrompido sin destruirle. Entre los jesuitas no se puede ni debe distinguir entre inocentes y culpados. No es decir esto que todos sus individuos se hallen en el secreto de sus conspiraciones. Por el contrario, muchos, ó los mas, obran de buena fe; pero estos mismos son los mas temibles enemigos de la quietud de las monarquías en casos semejantes.

» Arraigada en los jesuitas desde su tierna edad la íntima persuasion que se les procura imprimir de la bondad de su régimen, y de lo lícito y aun meritorio de sus máximas hácia el interés y la gloria de la Compañía, reciben con facilidad todas las especies que se procuran sembrar despues en sus ánimos contra los que reputan enemigos de la felicidad de su cuerpo.

» De aquí dimana ser los jesuitas llamados inocentes ó de buena fe los que con mas fuerza obran y declaman contra las personas y gobierno, contra quienes se les ha infundido el horror y el odio. Persuadidos interiormente á que son verdades las imposturas, ó á que es lícito usar de los medios que



apoyan sus escritores y su régimen, carecen de mucha parte del estímulo de la propia conciencia, y obran con la constancia de fanáticos.

»Quien conociere á los jesuitas radicalmente y hubiese tocado las funestas experiencias de su conducta uniforme, oirá con desprecio la vulgar objecion de que no se distinguen los inocentes de los culpados, y de que se castigue á todos.

»En todos ha sido igual el lenguaje, la aversion y la conducta para encender las sediciones, siendo los que se pueden llamar inocentes los instrumentos mas efectivos del proyecto abominable. Seria una estupidez sin ejemplo dejar el movimiento y el uso de las manos á un furioso, solo porque hiere sin advertencia del delito.

»No hay, pues, que esperar la reforma de la Compañía, ni pueden los soberanos sosegarla mientras subsista. Arrojadlos de Francia, tuvieron valor en sus correspondencias para afirmar que seria conveniente que la Inglaterra abatiese aquella corona para que mejorasen los negocios de los jesuitas. Tuvieron tambien valor para dar preferencia á los principes protestantes respecto de los católicos, diciendo que los primeros no perseguian á la Compañía.

»¿Qué no dirán ni meditarán ahora contra la España? ¿Y qué no se deberá recelar de quienes tienen tales deseos, si hallan alguna oportunidad de efectuarlos?

»Ni llegaria el caso de fenecerse esta memoria si se hubiese de entrar en el pormenor de muchos excesos de los jesuitas y en las innumerables especies que se han ido descubriendo y van comprobando cada dia.

»Seria tambien inútil recordar al instruido pontífice, que dignamente ocupa la cátedra de San Pedro, la antigüedad de los desórdenes de la Compañía desde que se empezó á corromper su gobierno: las conmociones y escándalos de que ha sido causa en casi todos los reinos de la cristiandad: las expulsiones que ha padecido de los mas de ellos: y sus opiniones regidas y laxas destructoras de la subordinacion, de la sana moral y de la perfeccion del cristianismo.

»Todo consta muy bien al padre comun de los fieles, y aun le consta más. Dentro de Roma y de sus archivos tiene S. S. las pruebas de la obstinacion de los jesuitas y de sus inobediencias á la Santa Sede cuando no se ha conformado esta con sus opiniones y designios. Allí están las noticias auténticas de los ritos gentílicos, y de sus artes para sostenerlos, engañar al mundo é indisponer á los monarcas con el vicario de Cristo. En los mismos archivos constan las resoluciones tomadas ya por un santo pontífice para empezar á extinguir este cuerpo obstinado y rebelde.

»Si esta sociedad fué conveniente, si fué útil en sus principios á la edificacion cristiana, ya está visto que ha degenerado y que solo camina á la destruccion. Los protestantes censuran el disimulo y la tolerancia con los perturbadores de los Estados; y vendrán mas fácilmente á la reunion, apartada la repugnancia á un cuerpo, cuyos desórdenes han creído falsamente estar apoyados en las máximas del catolicismo. La religion y la Iglesia anhelan por su quietud y por la paz. Y el rey como protector é hijo el mas reverente de la misma Iglesia no podrá menos de clamar incesantemente hasta que el sucesor de San Pedro consuele á la cristiandad con el dia sereno de la extincion de las inquietudes y turbaciones, que parece haberse reservado para su tiempo, y gloria inmortal de su pontificado.»

Es para nosotros indudable que en este documento están sumariamente contenidas las causas que el Consejo y el soberano tuvieron, el uno para aconsejar, el otro para decretar la expulsion y el extrañamiento, como lo es tambien que estas mismas fueron sobre las que se formó el expediente de pesquisa, en que hubieron de resultar mas ó menos legalmente probadas. Nosotros no nos proponemos ahora juzgar de la verdad ni de la justificacion de las causas que se alegaron: y bien que anticipemos que muchas de ellas ni aparecen bastante probadas ni nos parecen verosímiles, al presente no nos cumple sino narrar y exponer, como lo hemos hecho, sin apasionamiento y con imparcialidad, los antecedentes y las causas que prepararon y motivaron, con justicia ó sin ella, la durísima medida del extrañamiento de los jesuitas españoles.

## CAPITULO VIII

### Extincion de la Compañía de Jesus por la Santa Sede

DE 1767 Á 1775

Expulsion y extrañamiento de los jesuitas de Nápoles.—El Monitorio de Parma.—Alarma de las cortes borbónicas.—Son echados de Parma los jesuitas.—Piden los Borbones la revocacion del Monitorio.—Apodéransese de Aviñon y Benevento.—Union de los Borbones y de Portugal para pedir la total extincion de la Compañía de Jesus.—Muerte inesperada del papa Clemente XIII.—Trabajos é intrigas para la eleccion de papa.—Esfuerzos de los cardenales y embajadores de las cortes borbónicas.—Condiciones que Carlos III exigia del que hubiera de ser electo pontífice.—Dificultades en el Conclave.—Cómo fué proclamado papa Fr. Lorenzo Ganganelli.—Celebran su elevacion los Borbones.—Cómo se fué conduciendo Clemente XIV en la famosa cuestion de los jesuitas.—El breve *Celestium*.—Memorias de los embajadores de las coronas contra el breve.—Informe de todos los prelados españoles.—Compromiso que adquiere el pontífice.—Notable carta de Carlos III al papa.—Irresolucion y vacilaciones de Clemente XIV.—Esperanzas de los jesuitas, y su fundamento.—Muerte del ministro Choiseul.—Reemplaza á Azpuru en Roma don José Moñino.—Sobresalto del papa y temor grande de los jesuitas.—Talento, vigor y energía de Moñino.—Domina en Roma.—Apura y estrecha al pontífice.—Lucha diplomática entre el pontífice y el ministro de España.—Plan de Moñino.—Resuélvese Clemente XIV á extinguir los jesuitas en toda la cristiandad.—Memorable breve de abolicion.—Ejecútase en Roma.—Cómo se cumplió en todas las naciones.—Resistencia que encontró en algunas.—Representacion del arzobispo de Paris contra el breve de extincion.—Siniestras predicciones que se difundieron sobre la enfermedad y muerte de Clemente XIV.—Invenciones y fábulas de los amigos y de los enemigos de los jesuitas para desacreditarse mutuamente.—Muerte natural del pontífice.—Sucédele Pio VI.

Tan convencido estaba Carlos III de la conveniencia de la expulsion y extrañamiento de los jesuitas, tan persuadido estaba de que la existencia del Instituto de San Ignacio era peligrosa á los Estados y á los tronos, que no contento con haberlos lanzado de sus dominios, y lejos de dejarse ablandar ni por los sentidos lamentos ni por las excitaciones y ruegos del pontífice, propúsose hacer que fueran tambien arrojados de aquellos Estados á que alcanzaba mas su influencia. Ejercíala poderosa sobre el joven rey de Nápoles, Fernando IV su hijo: completamente de acuerdo estaba en estas materias con el marqués de Tanucci, primer ministro que habia sido suyo, y lo era á la sazón del monarca napolitano; no necesitó Carlos sino escribirle manifestándole su voluntad, para que los jesuitas fueran extrañados de Nápoles por decreto de 3 de noviembre de 1767, en la misma forma que lo habian sido de España: lo propio que aquí el conde de Aranda, hizo allí el marqués de Campo Florido, y los expulsados á la media noche navegaban al amanecer con rumbo hácia Terracina.

Faltaba completar la obra en otro Estado regido tambien por un Borbon, á saber, el ducado de Parma, cuyo soberano era otro joven Fernando, sobrino de Carlos III. Pero allí, cuando á indicacion del monarca español lo tenia todo prevenido el ministro Du Tillot, marqués de Felino, paralizóse algun tiempo el golpe con motivo de un breve (conocido y célebre en la historia con el título de *Monitorio contra Parma*), que el pontífice Clemente XIII publicó (30 de enero, 1768) contra varios decretos dados por el gran duque sujetando al plácito régio las bulas y breves pontificios, limitando las adquisiciones de manos muertas, y mandando que los beneficios eclesiásticos se diesen á naturales y no á extranjeros. En el Monitorio hablaba el papa como si los ducados de Parma y de Plasencia continuaran siendo feudo de la Santa Sede, y apoyado en la bula *In Cæna Domini*, fulminaba excomunion contra los que hubieran intervenido en los decretos ó los obedeciesen en adelante (1).

Alarmó este documento á todos los principes y á todas las

(1) La corte de Roma, dice á este propósito el conde de Fernan Nuñez, exasperada entonces contra los principes de la casa de Borbon por la expulsion de los jesuitas, halló una ocasion de descargar sus iras contra la corte de Parma, á quien, como la mas débil, tocó la suerte ordinaria de las que lo son, la de pagar por los otros. Compendio histórico, capítulo 2.º



cortes borbónicas, lo mismo que al rey de Portugal. Tomóse como obra de los jesuitas, y como un reto á todas aquellas coronas. El ministro de Francia Choiseul lo miró como un atentado al Pacto de Familia. Interpretóse tambien como una intimidación que queria hacerseles, principalmente á Carlos III de España, cuya piedad y religiosidad por todos reconocida se intentaba amedrentar con la amenaza de excomunion, esperando que con ella se le reduciría á revocar lo ejecutado en su reino, y á impedir que su sobrino el de Parma cayera en el mismo escollo en que se iba precipitando. Mas sucedió tan al revés, que en el inmediato febrero (1768) salió expulsada de Parma la Compañía de Jesus, y dos meses despues (abril de 1768), de órden del rey de Nápoles, impulsado por los de Francia y España, eran desterrados de la isla de Malta los hijos de Loyola por decreto del gran maestre de aquella órden de caballería. Los Borbones hacían recoger á mano armada el Monitorio en sus respectivos Estados, y sus embajadores en Roma, el marqués de Aubeterre, el auditor Azpuru, el cardenal Orsini, á los cuales se agregó luego el de Venecia, solicitaban cada uno de por sí del pontífice la revocación del breve. Como el Santo Padre se mantuviese firme en la negativa, la Francia, puesta ya en vias de hostilidad, se apoderó de Avignon, y Nápoles tomó posesion de Benevento y de Ponte-Corvo, de donde expulsaron los jesuitas confiscando sus bienes. Los embajadores rehusaron tratar con el cardenal Torrigiani, y consiguieron que les fuera designado Negroni; y Carlos III reproducía, como apuntamos en otro lugar, la pragmática del *Exequatur* dada en 1762.

En impugnación del célebre Monitorio de Clemente XIII escribieron en España los fiscales del Consejo de Castilla, Campomanes y Moñino, otro documento que con justicia goza tambien de gran celebridad en la historia de las cuestiones que se han suscitado en el mundo sobre los derechos de las potestades espiritual y temporal, y las relaciones entre el sacerdocio y el imperio. *Juicio imparcial*, nombraron aquel memorable escrito, *sobre las letras en forma de Breve que ha publicado la curia romana, en que se intenta derogar ciertos edictos del serenísimo señor infante duque de Parma, y disputarle la soberanía temporal con este pretexto*. En este, que un escritor de nuestros días llama con razon «monumento perenne del verdadero espíritu de aquel reinado,» despues de consideraciones llenas de erudición en defensa de las atribuciones y derechos de la potestad civil en asuntos que no fuesen espirituales; despues de probar el ningún derecho que tenia la Santa Sede á la soberanía de Parma; despues de analizar los decretos del gran duque anatematizados en el Monitorio, y de demostrar que versaban sobre asuntos puramente temporales y no sujetos á la jurisdicción pontificia, hacían ver los magistrados españoles que las censuras con que el breve pontificio terminaba eran nulas, como fundadas en la Bula *In Cena Domini*, nunca admitida en España ni en otros Estados católicos en lo que perjudicaba á la autoridad independiente de los soberanos en lo temporal, y á la jurisdicción de los tribunales y magistrados reales, y turbaba la tranquilidad de los imperios. Y por último terminaban diciendo: «No obstante que el Monitorio de Parma es de la clase que por todos caminos se ha manifestado, esperamos por la misma razon que la curia de Roma llegue á conocer la flaqueza de su eleccion, y que no precise á los soberanos, heridos en lo mas precioso de su carácter, á continuar en el uso de su legitima é inculpable defensa. No dudamos que mejore sus juicios de un modo que el público quede edificado y que las virtuosas prendas de Clemente XIII, libre de las impresiones que le cercan, hagan calmar el ruido y escándalo que han causado sus letras de 30 de enero (1).»

Y en tanto que esto acontecia, el gobierno portugués enviaba

(1) En 11 secciones se dividió el *Juicio Imparcial*. En la 1.<sup>a</sup> se trata de la sujeción de los eclesiásticos á los reyes y á las autoridades civiles en todo lo temporal; en la 2.<sup>a</sup> de la soberanía temporal del papa en los Estados llamados de la Iglesia, pero no en los ducados de Parma; en la 3.<sup>a</sup> y siguientes se prueba que los decretos del gran duque se referían á negocios temporales: trata la 10.<sup>a</sup> del abuso de las censuras en cuanto pueden lastimar los derechos de los príncipes y la obediencia de los vasallos; y por último la 11.<sup>a</sup> demuestra la legitima resistencia de los sobe-

ra al español una Memoria que tenia por objeto gestionar y procurar la absoluta abolicion de la Compañía de Jesus, que aun estaba, decia, ejerciendo un predominio sobre el pontífice y un despotismo sobre la curia romana, teniendo al Santo Padre en oscuridad y cautiverio, los tronos y las personas reales en peligro, y las naciones en intranquilidad y desasosiego. Carlos III la pasó al Consejo extraordinario, y redactada por el marqués de Grimaldi la respuesta al gabinete de Lisboa con arreglo á la consulta de aquel cuerpo, habíase acordado, con dictámen del mismo, que los fundamentos para solicitar la absoluta extincion de la Compañía se dividieran en dos partes, comprendiendo en la primera la doctrina moral y teológica del instituto, y en la segunda los crímenes contra la potestad de los reyes de que se acusaba á sus individuos.

Pero á todo esto se anticipó, dándole otro rumbo, la union de los cuatro soberanos Borbones para pedir al Santo Padre, juntos y cada uno de por sí, no solo la revocación del Monitorio contra Parma, sino la extincion total del Instituto de Loyola. Don Tomás Azpuru, ministro de España en Roma, el cardenal Orsini, de Nápoles, y el marqués de Aubeterre, de Francia, fueron presentando al pontífice sucesivamente y con intervalo de pocos días (16, 20 y 26 de enero, 1769) sus Memorias en este sentido. La de España, consultada por el Consejo extraordinario, sancionada por el rey, y remitida por Grimaldi, presentaba como fundamentos de la demanda los desórdenes de los regulares de la Compañía en los dominios españoles y sus excesos contra la autoridad legitima; la corrupcion en que habia caído su moral especulativa y práctica; la relajación de su gobierno desde que se habia desviado del fin propuesto por su santo fundador; que era un foco continuo de inquietudes para los reyes y para los pueblos; que enseñaban máximas opuestas á la doctrina de Jesucristo; que habia perseguido prelados virtuosos, y que ni la Santa Sede se habia visto libre de sus calumnias y amenazas; que era inútil, y aun perjudicial en los países católicos donde aun existia, como perturbadora de los Estados (2).

Unió Portugal su instancia á las de las cuatro cortes de la casa de Borbon. Empeño tan tenaz y de tantas potencias combinadas para obtener una resolución que tanto repugnaba la piedad del anciano Clemente XIII, uno de los pontífices mas adictos á los jesuitas y de los mas sometidos á sus influencias, no podían menos de traerle congojoso y atribulado; y así no extrañamos que aun demostrando una gran firmeza de espíritu, sea cierto que le encontrara alguna vez el embajador de España deshecho en llanto y prosternado ante un crucifijo, y que contestara al de Francia entre sollozos: «Harán lo que quieran de mí, porque no tengo ejércitos ni cañones, pero no está en el poder de los hombres hacerme obrar contra mi conciencia.» Mas pronto le sacó Dios de aquella tortura en que tenia su corazón, pues á los pocos días puso fin á la existencia del achacoso y venerable pontífice (2 de febrero, 1769), con no poca sorpresa de los que, á pesar de su edad octogenaria, no

ranos á tales censuras, por nulas y por perturbativas de su dominio y soberanía.—Imprimióse este documento en 1768, en la oficina de Ibarra.

Además, en la circular que se pasó, vista en Consejo pleno, para que se recogiesen los ejemplares del Monitorio, se probaba detenidamente que la bula *In cena Domini* en que se fundaban aquellas censuras nunca habia sido admitida ni reconocida en España, antes bien habia sido constantemente protestada y rechazada desde el emperador Carlos V que comenzó en 1551 por castigar al impresor que habia intentado imprimirla en Zaragoza, y despues su hijo Felipe II, y tras él sus sucesores de la casa de Austria, y lo mismo los dos primeros Borbones, todos habian tenido ocasion de protestar contra dicha bula (citando las fechas y los casos), como atentatoria á la autoridad independiente de los soberanos en lo temporal.—Sanchez, Colección de pragmáticas, reales cédulas, etc.—En otra ocasion hemos dicho que todo lo relativo á la famosa bula de la Cena puede verse en la Historia legal de ella que escribió y publicó don Juan Luis Lopez, y que corre impresa.

(2) El texto de esta Memoria nos confirma en la opinion que en el anterior capítulo emitimos acerca de las causas en que nosotros creemos fundó el Consejo la necesidad y la conveniencia de la expulsion de los jesuitas en España, puesto que al pedir la extincion absoluta de la Compañía era la ocasion de alegar todas las causas y razones que para ello encontrase y tuviese, y no vemos que se presentaran otras que las que antes nosotros hemos enumerado.



habían observado síntomas que les hicieran esperar tan pronto su muerte, y dejando pendiente y expuesta á nuevas complicaciones la gran controversia entre los enemigos y los parciales de los jesuitas (1).

Unos y otros esperaban el desenlace de la cuestion y cifraban sus respectivas esperanzas en la eleccion del futuro jefe de la Iglesia. Era entonces el negocio que llamaba mas la atencion en el mundo cristiano. Las cinco potencias pronunciadas ya por la completa abolicion del instituto de Loyola emplearon sus influencias y redoblaron sus esfuerzos en la vacante de la tiara á fin de que ocupara la silla de San Pedro un pontífice que participara de sus ideas, ó se amoldara á sus deseos. La corte de Viena mas parecia inclinarse á las pretensiones de los Borbones que dispuesta á favorecer á los jesuitas, y la causa de estos á la sazón apenas encontraba apoyo sino en Roma, y tal cual adhesión en la de Cerdeña. En el colegio mismo de los cardenales, desde el primer día que se abrió el Conclave (15 de febrero, 1769) se designaron dos bandos ó partidos, uno de los llamados *Zelanti*, que eran los mas celosos defensores de las prerogativas de la Santa Sede, y otro denominado *de las Coronas*, compuesto de los afiliados á los planes de los Borbones; á los cuales se podia añadir otro de *indiferentes*. Poco faltó para que los *zelanti*, que sin duda eran los mas, eligieran desde el primer día pontífice á uno de sus miembros mas decididos, pero la ausencia de los cardenales franceses y españoles dió ocasion á tales y tan fuertes reclamaciones de parte de los representantes de las coronas, que al fin hubo de convenirse en que se suspendiera la eleccion hasta la llegada de aquellos purpurados.

Entre tanto cruzábanse de una á otra parte las que sin escrúpulo podemos llamar intrigas. Los soberanos de la alianza borbónica daban instrucciones á sus embajadores y á sus cardenales: los franceses Bernis y Luynes las recibían del duque de Choiseul al partir para Roma. Las condiciones que exigía el gabinete de Versalles en su instruccion eran: 1.<sup>a</sup> revocacion del breve de 30 de enero y del Monitorio de 1.<sup>o</sup> de febrero contra los edictos de Parma; 2.<sup>a</sup> reconocimiento de la soberanía independiente del infante de Parma; 3.<sup>a</sup> que Aviñón y el condado venesino quedaran de Francia, y Benevento y Pontecorvo de las Dos Sicilias; 4.<sup>a</sup> destierro de Roma del cardenal Torrigiani; 5.<sup>a</sup> extincion total de la Compañía de Jesus, y destierro de su general el P. Ricci.

Los españoles La Cerda y Solís, las llevaban del rey para los franceses y napolitanos. Entre las que se dieron al eminensísimo Solís, arzobispo de Sevilla, como mas antiguo, es la mas notable la de que se pretendiera que el que hubiese de ceñir la tiara se obligara en papel firmado de su letra á decretar la extincion del instituto de San Ignacio. Y aun corrió por entonces una Memoria impresa, en que se planteaba la cuestion de si, creyéndose útil al bien de la Iglesia la extincion de los jesuitas, se podia exigir del que fuese electo papa la promesa de ejecutarla sin incurrir en simonía, y la cuestion en el escrito se resolvía afirmativamente. Al propio tiempo corrían listas de los cardenales con la designacion del partido á que pertenecían. En la que de España se remitió á don Tomás Azpuru figuraban veinte cardenales como seguros ó favorables, veinte como contrarios, y seis como dudosos (2). Esto, sin em-

bargo, no pasaba de ser un cálculo inseguro. Lentos y pesados anduvieron en verdad los cardenales españoles, pues no arribaron á Roma hasta últimos de abril, pero es cierto tambien que desde luego comenzaron á hacer, especialmente el de Solís, confidente de Carlos III, el papel mas importante, así en las juntas y conferencias como en el Conclave, oscureciendo el que hasta entonces habia hecho el de Bernis, como representante de la política de Francia.

Con todo, en la reunion de cardenales españoles, franceses y napolitanos que se celebró el 3 de mayo á excitacion de Solís, la idea de pretender del electo el compromiso escrito de extinguir los jesuitas fué tan fuertemente combatida por los franceses Bernis y Luynes como simoníaca y repugnante á sus conciencias, y ademas como ineficaz para el objeto, que los prelados españoles hubieron de desistir de ella, dando al negocio electoral otro rumbo. Adoptóse por los de uno y otro bando el sistema de exclusion recíproca de aquellos que eran conocidos como cabezas de cada partido, y fuéronse excluyendo otros, ó por achacosos y ancianos, ó por otras consideraciones. Habia entre los cardenales un franciscano, único fraile en todo el Sacro Colegio, que bajo la apariencia de indiferente y ajeno á la lucha de los partidos, y casi siempre retirado en su celda, no habia soltado sino expresiones ambiguas y de incierta significacion, de naturaleza de ser interpretadas favorablemente por cada una de las dos parcialidades. Su conducta anterior parecia abonar tambien su independencia y su imparcialidad. De virtuoso sin mancilla gozaba reputacion entre todos. Así cada cual esperaba poderle contar por suyo, y aun entre los mismos representantes de las dos coronas habia quien le tenia por decidido anti-jesuita y quien le sospechaba de jesuita acérrimo, porque habia dicho, hablando de los Borbones, no se sabia si en sentido de adhesión ó de crítica: *Sus brazos son tan largos que pasan por encima de los Alpes y de los Pirineos*. Los habia tambien que por sus opiniones medias le miraban como el único que podria ser el pacificador entre la Iglesia y los tronos. Este cardenal á quien con tanta variedad se juzgaba era Fr. Lorenzo Ganganelli, que por otra parte no habia dado muestras de ambicionar el pontificado.

Sin duda mejor que todos le sondeó el metropolitano de Sevilla Solís, ilustrado por don Tomás Azpuru que habia tenido con él una larga conferencia. Afirmase que el purpurado español obtuvo del italiano un billete en que decia al rey de España, «que reconocia en el soberano pontífice el derecho de extinguir en conciencia la Compañía de Jesus sin faltar á las reglas canónicas (3).» Y añádesse que verbalmente manifestó la esperanza de conciliar el sacerdocio y el imperio. Bien que ni unas ni otras palabras envolvieran compromiso, ni fueran sino muy conformes á un principio reconocido de derecho, el cardenal Solís tuvo por bastante para satisfacer á la corte de España proponiendo con empeño la candidatura de Ganganelli á los del partido *de las coronas*, que, con mas ó menos repugnancia de algunos, aceptaron. Propúsola despues al jefe

este conclave además de lo que leemos en la Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesus, y en la de Clemente XIV y los Jesuitas, de Crétineau-Joly, en la Historia del pontificado de Clemente XIV de Theiner, en la titulada: Clemente XIII y Clemente XIV del padre Ravignan, y en las demás impresas, teniendo presente el espíritu de los autores, y cotejándolas con los documentos que para nosotros tienen el carácter de auténticos.

(3) Crétineau-Joly afirma además, que despues de las expresiones citadas expresaba Ganganelli «su deseo de que el futuro papa se esforzara cuanto estuviera á su alcance por realizar lo que pedían las coronas.» Para cuya asercion se refiere á la carta ó billete, que supone vió Saint-Priest el año 1844, y que dice pudo tomar de los archivos de España, donde por sus relaciones diplomáticas pudo introducirse. Y apurado por el P. Agustin Theiner, que no cree en la existencia de este documento, dice que si la corte romana conviene en que se dé latitud á este debate, con su anuencia no le será imposible completar las revelaciones que indica podria hacer sobre este asunto. El señor Ferrer del Río niega, á pesar de esta protesta, que semejante documento, que constituya pacto entre Carlos III y Ganganelli, exista ni haya existido en los archivos españoles. Por nuestra parte confesamos no haberle podido encontrar, á pesar de las investigaciones que para ello hemos practicado. Pronto estamos á convencernos del aserto del escritor francés, si de las revelaciones que pueda hacer resultase prueba auténtica de lo que asegura. Entre tanto nos limitamos á lo que decimos en el texto.

(1) Ravignan, *Clemente XIII y Clemente XIV*, cap. 6.<sup>o</sup>—Novaes, *Historia de los romanos pontífices*.

(2) En una segunda lista enviada de España se hacia la siguiente curiosa clasificacion:

*Cardenales que pueden ser electos*: Sersale, Malvezzi, Cavalchini, Nerio Corsini, Conti, Ganganelli, Parelli, Branciforte, Negroni, Caraccioli, Andrés Corsini.—Subsidiario, Stoppani.

*Indiferentes*.—Pallavicini, Canali, Guglielmi, Yorck, Pamphili.

*Vitandos*.—Oddi, de Rossi, Pozzobonelli, Serbelloni, Durini, Lante, Calini, Veterani, Molino, Priuli, delle Lanze, Spinola, Borromeo, Marco Antonio Colonna.

*Que conviene excluir*.—Torrighiani, Boschi, Castelli, Buonacorsi, Chigi, Fantuzzi, Buffalini, Rezzonico, Alejandro Albani, F. F. Albani.

Estas noticias que damos, y otros muchos pormenores que por parecerse menos interesantes omitimos, se encuentran en la correspondencia diplomática y despachos oficiales de los ministros de cada corte á sus embajadores, en los billetes y cartas de los mismos cardenales, y en otros documentos del archivo de Simancas, donde se hallan muchos relativos á



de los *zelanti*; y Rezzonico, después de haberlo pensado y madurado, le respondió que él y los de su parcialidad estaban también resueltos á votar á Ganganelli (1). Tan repentina fué la concordancia de pareceres, después de tan largas y ruidosas disidencias, que el mundo cristiano se sorprendió al saber que la mañana del 19 de mayo (1769) anunciaban las campanas de la ciudad eterna la elevación al pontificado de Fr. Lorenzo Ganganelli con el nombre de Clemente XIV por votación unánime del Sacro Colegio (2).

Es lo cierto que las cortes borbónicas, y señaladamente la de España, celebraron con júbilo el advenimiento de Ganganelli á la silla pontificia, cifrando en él la esperanza de ver restablecida á su gusto la concordia entre las coronas régias y la Santa Sede. Hombre de expedición el nuevo pontífice, gustaba de despacharlo todo por sí mismo, prescindiendo hasta de la colaboración del secretario de Estado Pallavicino. No mostraba rehuir la cuestión jesuítica, antes él mismo hablaba á los cardenales y ministros de los príncipes con palabras y frases en que dejaba entrever sus favorables disposiciones, mas su tardanza en resolverla iba ya mortificando la impaciencia de los soberanos. Trocóse esta en disgusto al verle publicar el breve *Cœlestium munerum thesaurus* (12 de julio de 1769), en el cual otorgaba las acostumbradas indulgencias á los misioneros jesuitas, «por el grande ardor, decía, con que saben procurar la salud de las almas, por su viva caridad hacía Dios y hacía el prójimo, y por su infatigado celo por el bien de la religion.» Juntáronse entonces los ministros de los soberanos, y á nombre de todos presentó Bernis (que había reemplazado á Aubeterre en aquel cargo) una enérgica Memoria contra aquel breve, que al pontífice pareció prematura, y á la cual contestó con palabras que por un lado eran una reconvención á la importunidad con que le angustiaban, y por otro indicaban su resolución de abatir el orgullo con que los jesuitas hacían alarde y se mostraban arrogantes por el breve concedido á sus misioneros.

(1) Constan estas y otras circunstancias de lo que pasó durante el conclave de la correspondencia de Azpuru con el ministro Grimaldi, de los billetes pasados por el cardenal Solís al auditor español, de las cartas de don Nicolás Azara al ministro Roda, de las del cardenal Bernis á Choiseul, de las de Aubeterre al mismo ministro, etc.

(2) Ganganelli nació en San-Arcángelo en octubre de 1705; entró joven en la orden religiosa de San Francisco en la que pasó largos años dedicado al estudio y al ejercicio de las virtudes sacerdotales. Era ingenioso, amable, literato y artista: bajo su sayal ocultaba una de aquellas almas cándidas de que se puede fácilmente abusar haciéndolas entrever al fin de sus concesiones la ventaja de la Iglesia y la felicidad del mundo. Por uno de aquellos presentimientos que á veces se apoderan con tanta viveza de las imaginaciones romanas, le había mas de una vez acariciado en la soledad del convento de los Doce Apóstoles la idea de que había de ser llamado á renovar la historia de Sixto V. Pobre como él, franciscano como él, se imaginó que la tiara había de ceñir sus sienes. Este pensamiento secreto le guió en los principales actos de su vida; intentaba olvidarle, y cada paso que daba le volvía á llevar sin advertirlo á este último móvil de sus pensamientos.

Crétineau-Joly, que hace de él este retrato, cuenta, que siendo Ganganelli profesor en el convento de San Buenaventura de Roma, defendiendo unas conclusiones teológicas (que según otro historiador dedicó al padre Retz, general de los jesuitas), dirigiéndose á los padres de la Compañía, y después de citar los sabios que el instituto había producido en cada ciencia, exclamó: «Do quiera que vuelva la vista, cualquier ramo de las ciencias que recorra, encuentro padres de la Compañía que se han hecho célebres en ellas.» Añade que debió la púrpura á las recomendaciones de los jesuitas, principalmente del general Ricci.

«Ganganelli, dice el moderno historiador de Carlos III, rehusó dos veces el generalato de su orden religiosa. Profundo en la sabiduría, sin afectación en la modestia, puro en las costumbres, festivo y obsequioso en el trato, conciliador por naturaleza, ilustraba á las congregaciones cardenalcias de que era individuo, exponía mansamente sus ideas para persuadir y no exasperar al contrario, gozaba una reputación sin mancha, era querido y admirado por los personajes ilustres que solían visitar su celda...»—Ferrer del Río, Reinado de Carlos III, lib. III, cap. 2.º—Con estas prendas no eran incompatibles sus anteriores ideas, ni las aspiraciones que el otro historiador le atribuye, y que este no niega, sin otra diferencia que la de indicar este último habérselas despertado ciertos vaticinios de varones que vivieron en olor de santidad.

Sobre su carácter y antecedentes pueden consultarse Novaes, Saint-Priest, Artaud de Montor y otros.

Lástima y dolor grande causa al que abrigue sentimientos verdaderamente católicos la lucha terrible en que observa envuelto á Clemente XIV desde el principio de su pontificado, ya entre sus propias ideas é inclinaciones, ya con las testas coronadas y sus representantes, ya con los miembros y los parciales del amenazado instituto de San Ignacio. En vano para complacer, ó mas bien para entretener á las cortes, suspendía los efectos del Monitorio dado por su antecesor contra el duque de Parma, restablecía las interrumpidas relaciones entre Portugal y la Santa Sede, rehusaba recibir en audiencia al general de los jesuitas, prohibía á estos religiosos predicar en ninguna de las iglesias durante el próximo jubileo, y suprimía la publicación anual de la Bula de la Cena: no extinguía los jesuitas y las cortes le apretaban. Carlos III, que hizo recoger á mano real el Breve *Cœlestium*, y daba órdenes á Azpuru para que reprodujera la solicitud de expulsión, no era ya el que mas ardientemente apuraba al papa: era el ministro de Francia Choiseul, que en un despacho al cardenal Bernis le decía: «Yo creo con el rey de España que el papa es débil ó falso: débil, vacilando en hacer lo que su espíritu, su corazón y sus promesas exigen; falso, entreteniendo las coronas con engañosas esperanzas. En ambos casos las consideraciones son inútiles....» con otras frases no menos fuertes que estas, y encargándole hiciese entender á S. S. que si dentro de seis semanas, ó á lo sumo dos meses, no tomaba una resolución, los ministros del rey su amo se retirarían de la corte de Roma (3). El ministro de España le ofrecía aproximar cuatro ó seis mil hombres por la parte de Nápoles, si lo creía necesario para obrar con libertad; oferta que el papa rehusó, diciendo que contaba con la protección de los monarcas, y sobre todo con la ayuda de Dios, para vencer las dificultades que le pudieran ocurrir.

Tiempo pedía el papa que le dejaran para meditar, y datos y razones en que apoyar la expulsión. Para lo primero, esto es, para ganar tiempo, y para que no le hostigaran tanto los príncipes, ofreció aprobar motu proprio lo ejecutado con los jesuitas en Francia, España, Nápoles y Parma; para lo segundo proponía le enviaran una memoria comprensiva de todos los motivos generales para el extrañamiento de los religiosos de aquella orden. Con una declaración sencilla manifestó contentarse la corte de España, no con una aprobación expresa, y como necesaria para aquietar las conciencias. Y en cuanto á los motivos del extrañamiento, el gobierno español, en muestra de aceptarlo, pidió sobre ello dictámen, así como sobre la necesidad de la extinción, á todos los arzobispos y obispos del reino, excitándolos á que emitieran con libertad y sinceridad su opinión, pero no sin anticipar el ministro la suya y sin indicar el deseo de S. M. Evacuaron los prelados sus informes, resultando de ellos que catorce, entre arzobispos y obispos, opinaron por la no necesidad de la extinción, pues los vicios de que pudiera adolecer la sociedad se podrían á su juicio corregir con la reforma (4): treinta y cuatro aprobaron el extrañamiento, y se mostraron favorables á la extinción total de los jesuitas (5). Entre los dos dictámenes opuestos se

(3) Crétineau-Joly inserta dos largos trozos de este despacho en el capítulo V del tomo V de la Historia de los Jesuitas.

(4) Fueron estos los arzobispos de *Tarragona y Granada*, don Juan Lario y don Pedro Antonio Barroeta; y los obispos, de *Málaga*, don José Laso de Castilla; de *Cádiz*, Fr. Tomás del Valle; de *Guadix*, don Francisco Alejandro Bocanegra; de *Ciudad-Rodrigo*, don Cayetano Cuadrillero; de *Oviedo*, don Agustín González Pisador; de *Santander*, don Francisco Laso Santos; de *Cuenca*, don Isidro Carvajal y Lancaster; de *Coria*, don Juan José García Alvaro; de *Teruel*, don Francisco Rodríguez Chico; de *Huesca*, don Antonio Sánchez Sardinero; de *Lérida*, don Manuel Macías Pedrejón; de *Urgel*, don Francisco Fernández de Jativa.

(5) Fueron estos, el arzobispo de *Toledo*, don Luis de Córdoba; el de *Sevilla*, don Francisco Solís de Cardona; el de *Burgos*, don José Javier Ramírez de Arellano; el de *Santiago*, don Bartolomé Rajón y Losada; el de *Zaragoza*, don Juan Saenz de Burnaga; el patriarca de las *Indias*, don Ventura La Cerda y San Carlos; y los obispos de *Tebas*, Fr. Joaquín Elea, confesor del rey; de *Barcelona*, don José Climent; de *Segovia*, don José Martínez Escalzo; de *Zamora*, don Antonio Jorge y Galvan; de *Valadolid*, don Manuel Rubin de Celis; de *Mondónedo*, don José Losada y Quiroga; de *Sigüenza*, don Francisco Delgado; de *Calahorra*, don Juan Luermo Pinto; de *Jaca*, don Pascual López; de *Lugo*, Fr. Francisco Ar-



señalaron por un lado, el obispo de Murcia, antiguo gobernador del Consejo, reprobando explícitamente, así el extrañamiento verificado como la idea de la total expulsión: por otro el de Barcelona, el eruditísimo y sabio Climent, que avanzaba á decir, que aparte de los motivos reservados que pudiera tener el rey, eran sobradas causas para su extrañamiento la notoria mala doctrina de aquellos regulares, su conducta y la evidencia de ser incorregibles: el de Mondoñedo, que daba mil veces las gracias al soberano por lo hecho, pues tenía las ideas y la política de los expulsos por incompatibles con la tranquilidad de los pueblos y con la pureza de la fe y de la religión: el de Segovia, que resumiendo todo lo malo que se había achacado á los jesuitas, los designaba como perturbadores de los pueblos, enemigos de los obispos, maestros de una moral perversa, caudillos de conspiraciones, codiciosos de caudales, defraudadores de la real hacienda, y por último como pestilente contagio de la Iglesia católica; y así otros que fuera prolijo enumerar.

Pero antes que los informes del episcopado español fueran enviados á Roma, ya el pontífice se había visto estrechado á dar en la cuestión un paso de gran compromiso, no obstante su estudiada indecisión y su calculado retraimiento. Habiéndose quejado Carlos III á la corte de Versalles de la lentitud y flojedad de su embajador en Roma el cardenal Bernis (que en efecto por egoísmo personal no se conducía en conformidad á las instrucciones que había recibido), exigiendo que se le retirara la embajada, el diplomático cardenal francés, á quien agradaba mucho el puesto y la vida de embajador, á fin de no perder su posición indujo al atribulado pontífice á que desenojara al rey de España escribiéndole una carta, en que le pedía tiempo para decretar la supresión total de la Compañía, comprometiéndose ya en términos explícitos á hacerlo, añadiendo que lo reconocía indispensable, «porque los miembros del Instituto habían merecido su ruina por la inquietud de su espíritu y la osadía de su conducta.» Apresuróse Carlos III á recoger esta prenda, respondiendo á su carta con la siguiente: «Muy Santo Padre: Me deja lleno de consuelo la venerada carta de V. B. de 30 del pasado, en que se digna darme las seguridades mas firmes del ánimo en que se halla de atender á las súplicas que le hemos hecho los reyes, mi primo, mi hijo y yo, y doy á V. S. las mas rendidas gracias por el trabajo que personalmente ha querido tomarse en la reunión y examen de los documentos de que se ha de valer para la expedición del motu propio aceptado, y la formación del plan tocante á la absoluta abolición de la Compañía, que ofrece V. S. comunicarme. Si la paz y la concordia es el mayor bien de la Iglesia, y el que yo la deseo y solicito con las veras mas íntimas, á V. S. deberemos con esta abolición el restablecimiento de una felicidad que ya no se gozaba. Mi confianza en V. S. es tan grande, que ya miro como logrado este bien desde el punto que V. B. me lo anuncia.—Viva V. S. asegurado de mi reconocimiento; oiga benignamente lo que don Tomás Azpuru le signifique en mi nombre, y pidiéndole nuevamente su apostólica bendición para mí y toda mi familia, ruego á Dios guarde á V. B. muchos años etc. Madrid 26 de diciembre de 1769.»

A pesar del compromiso en que aquella promesa explícita envolvía ya al papa Clemente, y del aliento que podía darle para marchar resueltamente por aquel camino el resultado general del informe de los prelados españoles, y no obstante que en los principios del año siguiente (1770) continuaba el pontífice asegurando que estaba ya corregido y corriente el

Motu propio para el saneamiento de lo ejecutado con los jesuitas, y que no se haría esperar mucho el de la absoluta abolición, y que escribía á Carlos III rogándole que no desconfiara de su sinceridad, y que elogiaría su proceder cuando supiera los motivos por que retardaba el cumplimiento de su oferta (1), con todo eso la resolución no salía. Por mucha firmeza de ánimo que aparentaba el pontífice, traslucíase demasiado que su espíritu se hallaba atormentado de inquietudes y zozobras. A la irresolución de su carácter, á su genial retraimiento, que le indujo á vivir casi aislado como cuando moraba en la celda de los Doce Apóstoles (2), eran debidas aquellas vacilaciones, mas que á apego que tuviese á los jesuitas, que de no tenerle estaban convencidos ellos mismos. Sin embargo, en este estado vino á reanimar sus esperanzas la caída de uno de sus mayores enemigos, el duque de Choiseul (diciembre, de 1770), ministro de Luis XV, y su reemplazo por el duque de Aiguillon, que siempre había sido muy querido de los jesuitas, y que teniendo venganzas que tomar de su antecesor, disolvió la corte judicial como él había disuelto la Compañía de Jesús, y trató sin piedad á los magistrados que se habían mostrado mas inexorables con los hijos de San Ignacio. Con esto coincidió la caída del ministro de Parma, marqués de Felino, con la circunstancia de enviar la corte de Madrid á residenciarle á don Pedro Cevallos, el protector de los jesuitas en Buenos Aires. Cobraron con esto bríos los regulares de la Compañía, y creyeron mudado para ellos el viento de la fortuna.

A mayor abundamiento, el ministro de España Azpuru había enfermado gravemente; después de haber estado al borde del sepulcro, quedó tan achacoso, que ó bien con el ansia de alargar algo la vida salía á respirar aires mas puros fuera de Roma, ó aunque estuviese en la ciudad santa no se hallaba en estado de asistir á las audiencias pontificias. Nombrado arzobispo de Valencia, no pensaba ya en otra cosa que en no morir sin el capelo, que el pontífice le había varias veces prometido, y el que antes había sido el mas activo negociador de la expulsión de los jesuitas, ya no cuidaba sino de asir la púrpura, aun con aquella mano trémula que apenas tenía fuerza para firmar los despachos. Y al fin, despechado de ver pasar consistorios sin cumplirse las promesas, cuando en cada uno que se celebraba creía segura su promoción, hizo renuncia de su cargo. A reemplazarle interinamente y á seguir gestionando la cuestión jesuítica fué enviado el conde de Lavaña, mariscal de campo, hombre honrado, prudente, capaz é instruido, pero extraño por su carrera á esta clase de negocios. No se pudo experimentar cómo desempeñaría su nuevo cargo, porque en su viaje á Roma murió en Turin, su patria, de un ataque de apoplejía fulminante.

Todo pues parecía presentarse, si no propicio á la causa de los jesuitas, por lo menos en camino de dilatarse el golpe que tan de cerca los había amenazado, entibiándose el ardor con que las potencias habían seguido hasta entonces aquella negociación. Ni era extraño que todas estas circunstancias hicieran revivir las esperanzas, ya casi del todo muertas, de los jesuitas, y mas viendo pasarse todo el año de 1771 sin las vigorosas acometidas de los anteriores, y al papa como gozando de cierto reposo, si bien no dejando de entretener á las cortes borbónicas repitiéndoles de tiempo en tiempo que perseveraba en el propósito de cumplir su promesa, y aun halagando á los soberanos de Francia y España con una idea que en diversas ocasiones les había anunciado, á saber: el proyecto de hacer un viaje á los dos reinos y conferenciar con los dos monarcas,

maña; de *Badajoz*, don Manuel Perez Minayo; de *Segorbe*, Fr. Blas Arganda; de *Córdoba*, don Martín Barrios; de *Osmá*, don Bernardo Calderón; de *Tortosa*, don Bernardo Velarde; de *Plasencia*, don José Gonzalez Laso; de *Vich*, Fr. Bartolomé Sarmentero; de *Astorga*, don Juan Merino y Lumbreras; de *Gerona*, don Manuel Antonio Palmero; de *Orense*, Fr. Francisco Galiano; de *Salamanca*, don Felipe Beltrán; de *Tarazona*, don José Laplana; de *Orihuela*, don José Thormo; de *Albarracín*, don José Molina; de *Solsona*, Fr. José de Mezquía; de *Ceuta*, don Antonio Gomez de la Torre; de *Valencia*, el obispo auxiliar; de *Mallorca*, don Francisco Garrido de la Vega; de *Canarias*, Fr. Juan Bautista Servera.—No se recibieron los informes de los de *Avila y Leon*, don Miguel Fernando Merino y don Pascual de los Herreros.

(1) Carta de S. S. al monarca español, de 28 de junio de 1770.—A ella contestó el rey en 17 de julio, que nunca había desconfiado de su sinceridad y constancia, y que continuaba fiando en su oferta, si bien el público extrañaba ya la dilación, y hacía sobre ello juicios y comentarios diversos, por lo cual le volvía á suplicar procurara desengañarle á la mayor brevedad que le fuese posible.

(2) «Los jesuitas saben que se solicita su abolición, escribía de Roma el P. Garnier; pero el papa guarda un secreto impenetrable. No ve mas que á sus enemigos. Ni cardenales ni prelados son llamados á su palacio, ni se acercan á él sino para las funciones públicas.»—Y todos convienen en que sus dos únicos confidentes eran el P. Buontempi y el P. Francisco, ambos religiosos del convento de los Doce Apóstoles.



lisonjeándose de que pocas pláticas bastarían para quedar todos acordes en la manera de conciliar los intereses de ambas potestades, de poner en armonía las coronas y la tiara, y de restituir por completo la tranquilidad y el reposo á la Iglesia y á las naciones.

Mas no tardaron en irse desvaneciendo de nuevo las ilusiones de los regulares de Loyola y de sus parciales é interesados en su conservacion, los cuales no habian contado con dos cosas, con la perseverancia inquebrantable de Carlos III en sus propósitos, y con la política que habria de seguir el nuevo ministro de Francia, duque de Aiguillon, en cuya antigua adhesion tanto confiaban. No correspondió en verdad á sus antecedentes el ministro de Luis XV. El poder le deslumbró y le cambió. Dispuesto á complacer á Carlos III de España, y sabedor de que este acusaba al embajador francés Bernis de tibio en sus gestiones para con el papa, quiso darle una prueba de su devocion entregando al conde de Fuentes, embajador de España en Paris, los despachos del embajador de Francia en Roma. Los jesuitas vieron en esto una especie de apostasía en Aiguillon. Y en cuanto á Carlos III, no quedó ya duda de su decision al verle enviar á Roma (mayo, 1772) en reemplazo de Azpuru, al fiscal del Consejo de Castilla y del Extraordinario, don José Moñino, autor del *Juicio imparcial* sobre el Monitorio contra Parma, *buen regalista*, como decia el mismo rey, *prudente, y de buen trato y modo, pero firme al mismo tiempo y muy persuadido de la necesidad de la extincion de los jesuitas, pues como todo ha pasado por sus manos ha visto cuán perjudiciales son, y cuán indispensable es el que se haga* (1).

Con razon sobresaltó al papa Clemente el envío de un plenipotenciario como Moñino, de quien temia le habria de hacer salir de aquella estudiada y sistemática indecision, y no nos maravilla que exclamara, como dicen, al saberlo: *¡Dios se lo pague al rey católico!* Porque don José Moñino (tan célebre despues con el título de conde de Floridablanca), en el vigor de su edad, hombre de carácter y teson, de instruccion y talento, consagrado enteramente al soberano que le habia elevado, á realizar sus terminantes instrucciones, y á acabar con las contemporizaciones del cardenal de Bernis, con facultades que para ello llevaba tambien del ministro de Francia Aiguillon, intimidó á los jesuitas y asustó en cierto modo al mismo pontífice, que previó el giro abierto y desembozado que el ministro español habria de dar á la negociacion, y que no habia de ser posible apelar á moratorias y mantener las oscilaciones en que se iban pasando años. Así fué que desde la primera entrevista (13 de julio, 1772), si bien en el principio afectuosa por parte de ambos, como el papa contestase á las vigorosas insinuaciones del ministro español que estaba resuelto, pero que el negocio requería *tiempo, secreto y confianza*, replicóle Moñino entre otras cosas, que «el rey su amo, al mismo tiempo que era un príncipe religiosísimo, que veneraba á S. S. como padre y pastor, y le amaba tiernamente por su persona, era un monarca dotado de una gran fortaleza en todas las cosas que emprendia despues de haberlas examinado maduramente, como sucedia en el negocio actual; que era igualmente sincero y tan amante de la verdad y buena fe como enemigo de la doblez y del engaño; que mientras no tenia motivo de desconfiar, se prestaba con una efusion y blandura de corazon inimitables, y que por el contrario, si una vez llegaba á entrar en desconfianza porque se le diese materia para ello, todo estaba perdido (2).»

En aquella misma conferencia, pidiendo Moñino á S. S. le señalase audiencia en dia fijo, como lo acostumbraba con los ministros de Francia y de Nápoles, respondióle el pontífice que lo haria tan pronto como tomase unos baños que necesitaba para curarse una erupcion cutánea que le habia salido, y añade el ministro embajador que en muestra de ello tuvo el pontífice la bondad de enseñarle los brazos desnudos. De aquella accion de Clemente, que pudo acaso ser sencilla, han deducido los enemigos de Carlos III y de su representante

en Roma, que queriendo el papa ablandar la dureza de Moñino por compasion á su salud, y viéndole en una desesperante incredulidad, tuvo que apelar el desgraciado Ganganelli para convencerle á mostrarle sus brazos desnudos, cubiertos de una erupcion herpética. «Tales eran, exclaman, los medios empleados por el papa para ablandar al agente de Carlos III. Así es como le pedia gracia de la vida (3).»

Lo que no puede negarse es, que acostumbrado el papa á tratar con Azpuru, á quien siempre logró entretener con efugios, con Bernis, que se señaló por sus contemporizaciones, y con los ministros de Portugal y de Nápoles, que no eran dechados de sutileza, sufria mucho experimentando desde el principio que se las habia ahora con un hombre de tanto ingenio como resolucion, que no admitia escapes ni dilatorias, y que se proponia arrancar un desengaño, ó llegar por la via mas breve á su propósito y objeto. Ingenióse Moñino y se manejó de modo que obtuvo la confianza del cardenal Macedonio, secretario de memoriales, por quien se inpuso del verdadero carácter del pontífice: hizo al cardenal de Bernis renunciar á su conducta ambigua y acomodaticia, y convenir con él en la necesidad de instar al papa á que se explicara sin ambages: al embajador de Nápoles, cardenal Orsini, y al agente de Portugal, Almada de Mendoza, antes poco discretos en su conducta, á guiarse por él y no apartarse de sus consejos. En una palabra, el ministro mas moderno de las cortes en Roma se atrajo á todos, los dominó á todos con su decision y su inteligencia, y dió unidad de accion á los representantes de las coronas, aunando los esfuerzos de todos para activar é imprimir energía á la negociacion. Por último, logró tener conferencias secretas con el P. Buontempi, el único hombre, al decir unánime de los escritores, de la confianza de Clemente XIV, y que ejercia en él influencia, por quien supo muchas circunstancias que le servian de gobierno, y á quien apretó para que el papa le diese la segunda audiencia que andaba esquivando.

Interesantísima es, á la par que curiosa desde esta época, la correspondencia oficial y confidencial del embajador Moñino; porque en ella se ve gráficamente retratada una lucha diplomática entre él y el jefe de la Iglesia, sostenida por ambas partes con talento, ingenio, constancia y disimulo, del uno para arrancar una resolucion sin que pareciese violenta, del otro para eludirla sin que pareciese negarla. Hé aquí en qué términos da cuenta Moñino de aquella segunda audiencia en despacho de 27 de agosto (1772): «Pasó S. S. á hablarme de los *corvinos* (así llama á los jesuitas), y me dijo, con igual encargo del secreto, que iba á quitarles las facultades de recibir novicios, y á cortarles los subsidios que recibian de la cámara apostólica por varios medios..... Inmediatamente dije que los remedios paliativos siempre producian iguales consecuencias, y que mientras no se resolviese esta cura radical que habian propuesto los soberanos, se vendria á parar en las mismas debilidades.—Me respondió el Santo Padre, que si él pudiera hacer lo que los reyes, que los habian arrojado de sus dominios, tendria el caso menos dificultades; pero que habiéndose de quedar con ellos dentro, era de considerar y temer el gran partido que tenian, sus amenazas, asechanzas, venenos y otras cosas.—Le contesté que todo se debía temer hasta que diese el último golpe; pero que una vez dado, inmediatamente experimentaria que debian cesar los temores, así porque faltaba la causa ó el agente que daba impulso á toda la má-

(3) De esta manera lo interpreta Saint-Priest en su Historia de la caida de los jesuitas, y de él lo tomó Crétineau-Joly en la suya de la Compañía de Jesus. Lo que nos induce á creer que el hecho no tuvo tal significacion es la manera sencilla como lo cuenta Moñino en su despacho, único documento que citan estos mismos escritores.

Bien que Crétineau se muestra tan apasionado, que á poco de referir este hecho á su manera no tiene reparo en añadir, que «Floridablanca (así le llama ya) parecia aplastar al papa con toda su fuerza física: que implacable como la fatalidad, perseguia á su víctima hurtándole todas las vueltas, y no concediéndole ningun reposo. Leyendo, prosigue, esta persecucion inaudita, estudiándola en sus detalles mas minuciosos, no hay que buscar quién fué el asesino de Clemente XIV, si le hubo. Ganganelli no murió con el veneno de los jesuitas; le mataron las violencias de Floridablanca.»—No sabemos cómo pueda un escritor descubrir mas su apasionamiento.

(1) Carta de Carlos III á Tanucci, de 24 de marzo de 1772.

(2) Primer despacho de Moñino al ministro Grimaldi, 16 de julio de 1772.



quina, como porque la impresion del mismo golpe sorprendia y aturdia, como se habia experimentado en España con la expulsion.—A todo esto añadí que tenia prontos de parte de S. M. todos los auxilios que necesitase para hacerse respetar: á cuya promesa me respondió, que estaba pronto á la muerte y á todo; que estas cosas eran como las labores de mosaico, que se componian de muchas piezas y requerian tiempo para ajustarse todas; que le dejase hacer y que veria las resultas....—Con la mayor sagacidad que pude signifiqué á S. S. que todo estaba bien como no hubiera pasado tanto tiempo, el cual necesariamente habia de introducir la desconfianza en las cortes, como en efecto amenazaba cada dia mas este momento.... (1).»

En otras audiencias sucesivas el punto de la cuestion era siempre intentar el pontífice convencer á Moñino de que para hacer la extincion en regla, para concertar bien las piezas de tan complicado mosaico, era menester tiempo: esforzabase Moñino para persuadir al papa de que lo que convenia era apresurar el golpe, y que el mal estaba en la dilacion: «Si llegan, decia el pontífice, á extinguirse sin bastante precaucion (los jesuitas), habrá que temerlos como despechados, mientras que fluctuando entre el temor y la esperanza se estarán quietos.—Nada menos que eso, Santo Padre (le replicaba Moñino), porque sacada la raíz de la muela se acaba el dolor (2).»

Este era, con cortas variaciones, el tema perpetuo de sus tratos y de sus controversias. A veces el pontífice disculpaba su tardanza con la repugnancia de María Teresa de Austria á la expulsion, y con que en Módena, Toscana y Venecia no se prestarian á despojar á los jesuitas de sus casas y colegios: á veces con que era menester preparar la abolicion tomando antes medidas parciales, tales como la de cerrarles el seminario romano, prohibir la admision de novicios, y otras que predispondrian á dar el último golpe, al cual continuaba asegurando estar resuelto. A su vez el embajador de España le salia siempre al encuentro representándole la ventaja de una medida pronta y definitiva sobre todas las parciales y dilatorias, y para convencerle apelaba á veces á la necesidad de restablecer pronto el sosiego y la armonía entre la Iglesia y los príncipes, á veces le halagaba con la gloria y con la fama que iba á ganar en ello, y tambien le tentó con la seductora indicacion de que le serian restituidos Aviñon y Benevento. A esta última insinuacion contestó el papa con enérgica dignidad y entereza: *Un papa gobierna las almas, no trafica con sus resoluciones*. Unica ocasion, dice un escritor jesuítico, en que el desventurado pontífice recobró un resto de energía en esta negociacion.

Trascurrían todavia meses en estas alternativas y oscilaciones. Murmurábase ya de que en este punto el calor nacia mas del ministro que del rey mismo; y tanto por esto como porque Moñino tuvo momentos de desconfiar ya del éxito de su mision y tentaciones de retirarse, dejando que las cortes tomaran el partido que bien les pareciera, solicitó del monarca que escribiera de nuevo al pontífice, así para estrecharle á tomar una resolucion, como para desmentir y acallar aquellas murmuraciones. Escribió pues Carlos III otra vez al papa Clemente (13 de octubre, 1772), diciéndole á propósito de los

jesuitas: «Conociendo V. B. los males de la existencia de la Compañía, ha prometido remediarlos con su extincion, y yo espero que V. S. lo ponga en práctica con la brevedad que están pidiendo la quietud pública y la paz de la Iglesia: don José Moñino excitará á V. B. en mi nombre sobre este asunto. Dígnese V. S. atender á lo que exponga y á las súplicas que le haga, sin dar oídos á los rumores que vierten las personas mal intencionadas de España y Roma, que ocultamente procuran lo contrario....» Moñino enseñó esta carta á los cardenales y á los representantes de las otras cortes, y despues la presentó al papa (8 de noviembre, 1772), cuando regresó á Roma de su jornada ó expedicion de verano (*villeggiatura*).

A consecuencia de ella y de las reflexiones que en aquella entrevista le hizo el representante español, «me dijo el Santo Padre (cuenta Moñino en su despacho de 12 de noviembre) que me entregaria una minuta de su plan, constitucion ó bula de extincion, para que yo la remitiera al rey, y pudiera S. M. ponerse de acuerdo con las cortes, y allanar las dificultades que ocurriesen con Viena, Venecia, Toscana, Génova y Módena, y que la publicaria en tal caso *ex communi principum consensu*, estas fueron sus palabras.—Protesto á V. E. que no sé cómo me pude contener con esta explicacion, pues ya tuve casi en la boca la reconvenccion de que tambien debia añadir que se obtuviese el consentimiento del gran turco, del rey de Congo y otros príncipes y bajáes de Asia y Africa, de la emperatriz de Rusia, el rey de Prusia, los Cantones suizos, los Estados generales y otros infinitos potentados y repúblicas de esta laya, supuesto que casi todos tenian jesuitas en sus dominios. Repito á V. E. que me contuve porque Dios me ayudó, pues luego que le hubiese hecho esta reconvenccion le habria añadido redondamente que el negocio estaba concluido, y que no volviera á hablar otra palabra sobre él. Sin embargo, en aquel acto instantáneo pude reflexionar que convenia manifestar una gran serenidad y confianza para ver si podemos coger la tal minuta de extincion, cuya prenda nunca podia sernos importuna....» Continúa dando cuenta de lo que se trató en aquella entrevista, que duró mas de doce horas, y concluye manifestando al ministro Grimaldi sus sospechas de que el papa se halle ligado con alguna promesa, tal vez escrita, á no decretar la extincion de los jesuitas, y de que el general de la Compañía y los de su consejo sean depositarios de algun gran secreto. Y en verdad la contestacion que esta vez dió el pontífice á la carta del monarca español (11 de noviembre, 1772) no bastaba á disipar aquellos recelos.

Pero llegando el mes de diciembre, sin que se viera la causa que pudo producir una mudanza tan súbita en el ánimo del papa Clemente, sorprendió el Santo Padre á Moñino, anunciándole que iba á poner término á sus desconfianzas, que tenia resuelta la providencia de extincion, y que podia escribir al rey en el correo próximo participándole que para la primera dominica de Adviento se habria salido ya de todo (3). Para que se entendiera con el ministro español pensó el pontífice nombrar primeramente al cardenal Negroni; despues discurrió que seria mas á propósito, de mas confianza, discrecion y sagacidad el prelado Zelada, que quedó definitivamente nombrado. Habia llevado don José Moñino á Roma un plan ó proyecto ya formulado para la extincion de los jesuitas. Las primeras veces que habló de él al pontífice, esquivó Clemente oírle, y rehusó enterarse de su contenido. Poco á poco fué accediendo á informarse del plan, condescendió mas adelante en recibir la minuta, y concluyó ahora por encargar á Zelada que acordase sobre ella con don José Moñino. La minuta contenia el proyecto de una bula formal; Zelada la vió y examinó; colmó de elogios á su autor; púsole solamente algunos leves reparos; añadióle algunas cláusulas que el Santo Padre le indicó para dar mas vigor y facilidad á la ejecucion, y quedó encargado de extender la bula con todas las fórmulas de estilo (diciembre, 1772). Tan eficaz anduvo el prelado romano que á los pocos dias (4 de enero, 1773) presentó ya al despacho la minuta de la bula, con asombro de Moñino y con admiracion del mismo pontífice (4).

(1) Además escribia reservadamente al ministro Grimaldi, quejándose del papel que allí se veia precisado á hacer, «parecido al de los gatueños que limpian las bolsas; tentar para conocer si los sienten.» «¡Terrible trabajo, añadia, para un hombre de bien!»—Carta confidencial de la propia fecha.

(2) Al dar cuenta Crétineau-Joly de esta conferencia dice, que habiendo conjurado el representante español al pontífice que no pusiera al rey su amo en el caso de aprobar el proyecto de otras cortes de suprimir todas las órdenes religiosas, le contestó el papa: «¡Ah, ya lo veo hace tiempo! á eso se quiere venir. Se pretende mas todavía; la ruina de la religion católica, el cisma, la herejía acaso; hé aquí el pensamiento secreto de los príncipes.»—Ni tal contestacion se infiere del despacho de Moñino, ni es absolutamente verosímil, porque Moñino, que á la menor expresion del papa que indicara disposicion á contrariar su objeto amenazaba con retirarse á encomendar la solucion del negocio á su soberano y á los demás monarcas, de seguro no habria sufrido frases que tan directamente lastimaban, y aun calumniaban sus sentimientos católicos.

(3) Despacho de Moñino á Grimaldi de 3 de diciembre, 1772.

(4) De una parte de ella pudo don José Moñino sacar copia y enviar



Al poner término á tan grave y largo negocio asaltaron al papa Clemente XIV algunos temores de que su resolucíon pudiera atribuirse á algun pacto hecho en el conclave; recelos que Zelada procuró desvanecerle, añadiendo que lo único de que pudiera tal vez arrepentirse era la dilación en resolverse. Y como dudase despues el pontífice con qué formalidades convendría expedir la bula, inclinóle Moñino á que la publicara por letras *in forma Brevis*. Así quedó acordado, y la minuta fué enviada al monarca español (11 de febrero, 1773), el cual hizo sacar copias, que dirigió con cartas autógrafas á los soberanos de Austria, Francia, Nápoles y Portugal. Natural era que los monarcas de estos tres últimos reinos contestaran á Carlos III, como lo hicieron (marzo y abril, 1773), aprobando la minuta y congratulándose con la próxima solucíon de aquel importantísimo negocio, en que algunos de ellos habian estado antes que él interesados. La respuesta de la emperatriz María Teresa de Austria estuvo tambien lejos de ser tan desfavorable al intento de Carlos III como se hubiera podido temer, y tan favorable á los jesuitas como ellos habian siempre esperado. Pues se reducía á decir, que si bien habia estimado constantemente á la Compañía, por su celo religioso y por la conducta que en sus dominios habian observado, si el Santo Padre creía su extincíon útil y conveniente á la Iglesia, no le opondría entorpecimiento ni embarazo: la única cláusula á que no accedía era á concederle el derecho de disponer de sus bienes (1).

Enviadas á Roma las respuestas de las cortes, dió Su Santidad la órden al cardenal Negroni, secretario de Breves, para que extendiera el de la extincíon, con los demás que para su ejecucíon hubieran de dirigirse á los nuncios, pero suprimiendo las cláusulas que se referían á la ocupacíon de las temporalidades de la Compañía, al tenor de la condicíon de la corte de Viena, á excepci3n de los príncipes que habian hecho la expulsíon (2). Ya no faltaba otra cosa que la material escritura de las condiciones, que requería algun tiempo, porque era menester encomendarla á pocas manos y muy de confianza, y la impresíon del breve, que se encargó al ministro español. Solo ocurri3 ya una dificultad, á saber, el punto relativo á la restitucíon de Aviñ3n y Benevento á la Santa Sede. Porque conformes las cortes en la restitucíon, incluidas las que ocupaban aquellos estados, tratábase de salvar el decoro del papa y el decoro de los príncipes, á fin de que si se restituían antes de la bula de extincíon no apareciera que se habia hecho para obligar á S. S. y si se difería para despues no se dijera que el Santo Padre lo habia hecho para recobrarlos. Pero el pontífice no insistió sobre este punto, conduciéndose con una abnegacíon y un desinterés que no pudieron menos de aplaudir todas las cortes. Quiso Clemente XIV ocupar antes, como lo hizo, los papeles y efectos de los colegios de Ferrara, Urbino, Sini-

la á Madrid para que se enterara S. M., y del resto envió un extracto por no haber tenido tiempo para mas.—Despacho de Moñino al ministro Grimaldi, de 7 de enero, 1773.

(1) Hé aquí cómo explica el panegirista de la Compañía de Jesus, Crétineau-Joly, esta respuesta de la soberana de Austria. «De todos los príncipes católicos (dice) que entonces tenian una preponderancia real en Europa, María Teresa de Austria era la única que se oponía eficazmente á los deseos de Carlos III y al voto mas ansiado de los enciclopedistas. El rey de Cerdeña, la Polonia, los electores de Baviera, de Tréveris, de Colonia, de Maguncia, el elector Palatino, los Cantones Suizos, Venecia y la república de Génova se unían á la corte de Viena para oponerse á la destrucción de la Compañía. Carlos III se hizo cerca de María Teresa el intérprete de sus tormentos, y la suplicó le concediese esta satisfacci3n. El emperador José II, hijo de esta princesa, no tenía á los jesuitas ni aficíon ni odio, pero apetecía sus riquezas. Prometió pues decidir á su madre si le aseguraban la propiedad de los bienes de la órden. Los Borbones ratificaron este mercado, y la emperatriz cedió llorando á las ávidas importunidades de su hijo.»—Historia de la Compañía de Jesus, tom. V, cap. 5.

El abate Gregoire, en su Historia de los confesores de los reyes, da un origen bien distinto á esta decisíon de María Teresa, y es el mismo que se lee en el Catechismo dei Gesuiti.

(2) Habiéndole faltado, dice el historiador apasionado de los jesuitas, el apoyo de María Teresa, que se creyó resistiría mas tiempo, «Clemente XIV no tenía ya sino bajar la cabeza, se resignó á la iniquidad.» Tales son las atrevidas frases de escritores que deberían dar ejemplo de templanza en el lenguaje, ya que en los sentimientos no la tuvieran.

gaglia y Fermo, y nombró una congregaci3n de cardenales, á que agregó algunos prelados, con facultades superiores al mismo Santo Oficio, para que entendiera en todo lo relativo á la ejecucíon y al procedimiento contra los contraventores, si los hubiese.

Finalmente, el 21 de julio (1773) firmó la santidad de Clemente XIV el Breve *Dominus ac Redemptor Noster*, por el cual quedaba suprimida la Compañía de Jesus en todo el orbe cristiano (3). Sin embargo no se publicó hasta el 16 de agosto, en que fué notificado á los jesuitas de Roma, y luego se remitió directamente á los nuncios para que lo comunicaran á los reyes, sin perjuicio de enviarle tambien á sus respectivas cortes los ministros que allí estaban.

En este memorable breve, despues de hacer el pontífice una sucinta historia de la órden de la Compañía desde su institucíon; despues de citar ejemplares de supresiones de órdenes religiosas, hechas por otros papas en uso de la plenitud de su potestad, y sin seguir un proceso por los trámites judiciales; despues de referir las quejas que ya en el siglo XIV se habian dado contra los regulares de San Ignacio, y que movieron á Felipe II de España á pedir una visita apostólica, que concedió el papa Sixto V y no se realizó por su muerte; despues de mencionar la nueva confirmaci3n de la Compañía hecha por Gregorio XIV, y el clamoreo que habia seguido contra su doctrina, no obstante la prohibici3n que prescribió aquel papa de impugnar directa ni indirectamente el instituto y sus constituciones; despues de manifestar que las bulas de varios pontífices desde Urbano VIII hasta Benedicto XIV condenando el afán de los regulares de la Compañía de adquirir bienes temporales y mezclarse en los negocios del siglo, habian sido insuficientes é ineficaces; despues de mencionar los tumultos y desórdenes que en mas reciente tiempo les habian sido atribuidos, y que habian movido á los soberanos de Francia, Portugal, España y Nápoles á expulsarlos de sus Estados y á solicitar de su antecesor Clemente XIII su total extincíon, que quedó en suspenso, y se habia renovado con instancia en sus días; despues de ponderar cuánto tiempo y con cuán maduro exámen habia reflexionado el punto de la extincíon, pidiendo en sus oraciones luces y auxilio al cielo para proceder con acierto en tan delicada materia, á fin de afirmar el sosiego en la Iglesia y en los Estados; despues de asegurar su convencimiento de que la Compañía de Jesus no podía ya producir los frutos saludables para que fué instituida y de que su supresíon era necesaria para el restablecimiento de la paz y concordia entre la Iglesia y los tronos, habia resuelto, con maduro acuerdo y ciencia cierta, y con la plenitud de sus facultades apostólicas suprimir y extinguir la citada Compañía de Jesus, en cuya virtud anulaba todos sus oficios, empleos, ministerios, constituciones, usos y costumbres; dictaba las providencias conducentes á fijar la suerte de los religiosos suprimidos, segun sus clases; prohibía so pena de excomuni3n mayor suspender la ejecucíon de la providencia bajo cualquier color ó pretexto que fuese, y escribir en pro ó en contra de la medida; y exhortaba á todos los príncipes á su exacto cumplimiento, y á los fieles á que, guiados por el espíritu de la caridad evangélica, depusieran toda enemistad, discordia y asechanza, etc. (4).

«Así se extinguió la gran Compañía de Jesus, exclama aquí un moderno historiador extranjero, que formaba entonces cuarenta y una provincias, en las seis *asistencias* de que se componía. Estas *asistencias* eran las de Italia, Portugal, España, Francia, Alemania y Polonia. Contábanse en ella 24 casas profesas, 669 colegios, 61 noviciados, 340 residencias, 171 seminarios y 273 casas. Existían 22,589 jesuitas, de los cuales 11,293 sacerdotes. Sin reposo y sin recompensa alguna se consagraban á la salud de las almas, y celebraban los Santos Misterios en las 1,542 iglesias que poseían. Así acabó esta Com-

(3) Cuenta Crétineau, que aquella mañana comenzaba en Gesu la novena en celebraci3n de la fiesta de San Ignacio; que oyendo el pontífice tocar las campanas á vuelo, preguntó el motivo, y como le informasen de lo que era, dice que replicó en tono triste: «¡Ah! os equivocais; no es por los santos por lo que se toca en Gesu, sino por los muertos.» No podemos responder de la exactitud de la anécdota.

(4) Continuaci3n del Bulario Romano, 1841, tom. III.



pañía, aprobada y confirmada por diez y nueve pontífices, unánimemente alabada por los treinta papas que desde su nacimiento presidieron á los trabajos de la Santa Sede, comprendiendo entre estos papas el mismo que destruyó el instituto; honrada con las alabanzas de los mas célebres cardenales, alentada y tiernamente amada por los santos que vivieron en su tiempo.... Vivió, como había nacido en 1540, época en que fué aprobada por Paulo III, en medio de las perpetuas calumnias de los herejes, entre las contradicciones constantes de los católicos de mala conducta; tuvo por recompensa el amor y la cordialidad de los hombres de bien en el transcurso de doscientos treinta y tres años. Durante este tiempo dió nueve santos á los altares.... al mundo un número infinito de hombres de letras, que han enriquecido las bibliotecas con obras inmortales (1).» Este escritor es como el eco de todos los adictos á la institución.

Tal fué el famoso breve de Clemente XIV, por unos calificado como «modelo de argumentación vigorosa y de santa doctrina», por otros como «dechado de meditada iniquidad (2)», según la opuesta y enconada manera de ver cada uno esta ruidosa cuestión. La providencia se ejecutó en Roma por los delegados pontificios, que fueron los cardenales Corsini, Caraffa, Marefoschi, Zelada y Casales, á los cuales fueron agregados Alfani y Macedonio. El general de los jesuitas, Ricci, con sus asistentes y algunos otros padres fueron llevados primeramente al colegio de los ingleses y á otros establecimientos, y conducidos mas tarde al castillo de Sant-Angelo, para estar á las declaraciones que se les tomaran. En todas partes se dió cumplimiento al breve: siendo de notar que solo le desobedecieran, declarándose protectores de los jesuitas, dos soberanos, el uno cismático y el otro protestante, Catalina de Rusia y Federico II de Prusia: con alguna repugnancia lo hicieron Polonia y los viejos Cantones suizos; y en Lucerna, Friburgo, Polonia y Soleure les permitieron permanecer en sus colegios, aunque secularizados. Las potencias católicas le obedecieron todas; las que habían solicitado la supresión la celebraron como un triunfo, fueron devueltos á la Santa Sede Benevento y Aviñon, y Carlos III de España premió á don José Moñino con el título de conde de Floridablanca (3).

Ni se puede, ni hay para qué negar que una buena parte del clero recibió con repugnancia el breve de extinción, y alguna se negó á admitirle, mientras otros obispos le aplaudían y recomendaban su observancia en sus pastorales. En el número de estos últimos se contaron muchos prelados españoles de uno y otro hemisferio. En el de los primeros figura principalmente el clero francés y el arzobispo de París. Este prelado dirigió al pontífice una carta (24 de abril, 1774), escrita en

términos bastante fuertes, en que después de manifestarle haber conferenciado con su clero y meditado maduramente el negocio, declaraba no poder admitir el breve, y que no se atrevería á proponerlo á su clero. Daba para ello dos principales razones; la una, que le consideraba como el juicio privado y personal del pontífice; la otra, que le miraba como contrario á las prerogativas, inmunidades, privilegios y libertades de la Iglesia galicana (4).

Desde antes de la publicación del breve, pero mucho mas después, comenzaron á fingir profecías y vaticinios, y fatídicos agüeros sobre la muerte súbita y terrible que había de tener Clemente XIV y sobre la que aguardaba á los reyes de España y Portugal. Una de estas fanáticas pitonisas, llamada Bernardina Renzi, fué cogida y reducida á prisión; y dos jesuitas, los PP. Coltraro y Venissa, que con su confesor eran los que propalaban las siniestras predicciones de la monja de Valentano, fueron también encerrados en el castillo de Sant-Angelo.

Esparecieron igualmente especies terroríficas sobre los remordimientos que se decía agitaban al pontífice, y alteraban lastimosamente su salud: que al firmar el breve había exclamado: *Questa suppressione mi daró la morte!*: que después se le oía gritar en su cámara: *Compulsus feci, compulsus feci!*: que andaba y vivía como desatentado: que á veces se le oía pronunciar entre sollozos: *No hay remedio, estoy condenado, el infierno es mi morada!* Y hay quien ha escrito muy seriamente: *El papa moria loco* (5). Y todo esto cuando se sabe de un modo auténtico, y casi por días, todo lo que hizo Clemente XIV desde aquella fecha, todo en contradicción con semejantes especies; que á fines de 1773 su salud era buena, y nada melancólico su humor; que á principios de 1774 iba á su antiguo convento de los Santos Apóstoles á entonar el *Te Deum* en acción de gracias de haberle devuelto Nápoles y Francia Benevento y Aviñon; que al día siguiente llevaba dentro de su carruaje á los dos cardenales ministros de aquellos reinos, en tanto que seguía guardando en Sant-Angelo al general de la extinguida Compañía y sus asistentes, señales poco significativas de zozobra ni de arrepentimiento; que en la primavera del mismo año continuaba dando audiencias confidenciales á Floridablanca, celebrando el sacrificio de la misa diariamente, haciendo las funciones de Semana Santa, y marchando á caballo en la cabalgata de la Anunciata, sufriendo un fuerte aguacero que sobrevino, sin querer ni entrar en el coche ni retirarse, por mas que lo hiciesen varios prelados de los que le acompañaban: pruebas inequívocas de ser entonces su salud robusta: y por último, que en junio (1774) mostró gran regocijo por el acto de la entrega de Aviñon (6).

Solo en agosto comenzó á notarse que su salud decaía visi-

(1) Artaud de Montor, Historia de los soberanos pontífices, tom. VII.

(2) Es lo singular que el fogoso defensor de los jesuitas Crétineau-Joly, después de haber llamado *iniquidad* á este acto de Clemente XIV dos veces en una misma página (tomo V, pág. 353), á las pocas páginas (en la 376 del mismo tomo y capítulo) dice muy seriamente: «Llenos de respeto hacia la autoridad pontificia, nos abstenemos de juzgar un acto emanado de la silla apostólica.»

(3) No comprendemos en qué pueda fundarse Crétineau-Joly para decir que el rey de España miró como insuficiente el breve, siendo así que comprendía todo lo que su ministro había solicitado en su nombre, y que se había hecho á gusto suyo y con su entero conocimiento.—Bien que este escritor á cada paso parece olvidarse en la línea siguiente de lo que acaba de estampar en la anterior. Dice, por ejemplo: «El decreto pontifical no satisfacía ni las amistades ni los odios católicos» (Tom. V, página 391.) Y en la línea siguiente prosigue: «El papa tuvo la desgracia de ser alabado por Pombal y por los filósofos, y de hacerse un grande hombre para los calvinistas de Holanda y los jansenistas de Utrecht, que batieron una medalla en su honor, y que al saber Ganganelli la alegría de los enemigos de la religión comprendió toda la extensión de su error.» Pues si lo celebraron los enemigos de la religión, los jansenistas, los calvinistas y los filósofos, ¿cómo no satisfizo el breve los odios católicos?—Acaba de estampar que los jesuitas no poseían riquezas, y á renglón seguido dice: «José II de Austria se apoderó de los cincuenta millones de bienes que poseían los jesuitas en aquel Estado.» (Página 390.)—Solo puede comprenderse esto en un escritor que al tiempo que dice que los calvinistas se regocijaron con el breve, apela para censurar el breve al testimonio del protestante Schœl.

(4) *Illud aperte dicere debemus; Nos nunquam adductum iri ut hic Decretum admittamus; quod judicamus ejus esse naturæ, ut Ecclesiæ Gallicanæ prerogativas, immunitates, privilegia, libertatem evertat. Ad me quod attinet, certe non audeam Clerum hortari eique auctor esse ut illud admitteret... Præterquam quod, Beatissime Pater, Breve istud diligenter perpendentes, in eo non quidem veræ Apostolicæ Constitutionis superius oraculum agnoscimus, sed tantum singulare quoddam privatumque judicium, in quo Sanctæ Sedi minime sunt honori rationes et causæ à quibus hujusmodi Breve profectum est...*

No podemos dejar de observar, que Crétineau-Joly, defensor acérrimo de los jesuitas, copia (traducida) casi toda esta carta del arzobispo de París, contraria al breve, pero no dice una sola palabra de los escritos de otros prelados que le recomendaban y encomiaban. Ferrer del Río, defensor acérrimo de las medidas de Carlos III y de Clemente XIV contra los jesuitas, copia párrafos de las pastorales de los obispos de Lugo y de Córdoba de Tucuman en que aplaudían la extinción de aquellos religiosos, y no menciona siquiera esta notable carta del arzobispo de París tan contraria á aquel decreto, y que no dudamos conociera, á juzgar por las largas y exquisitas investigaciones que muestra haber hecho sobre esta materia.

(5) Crétineau-Joly, que en su fogoso apasionamiento estampa en la misma página (339 del tom. V): «El embajador español fué el verdugo del hombre; el remordimiento acabó al pontífice.» No hay nada comparable á esta audacia de escribir.

(6) Consta todo esto de cartas y despachos de Floridablanca á Grimaldi, de Bernis á Aiguillon, de Azara á Roda, y de otros muchos documentos.



blemente, y desde entonces se fueron agravando sus males, bien que con cortos intervalos de alivio ó mejoría, en los cuales aun recibía despachos y dictaba providencias, hasta el 10 de setiembre, en que dando su paseo de costumbre en Villa-Patrici sintióse tan indispuerto que hubo de retirarse de prisa á su palacio. Continuó agravándose hasta el 21, en que recibió con ejemplar religiosidad los sacramentos de la Iglesia, y la mañana del 22 (setiembre, 1774) pasó á mejor vida á los 69 años de edad, y á los cinco de un pontificado inquieto y afañoso (1).

A su vez los enemigos de los jesuitas supusieron para acabar de desacreditar á estos religiosos, que la muerte de este pontífice había sido producida por el envenenamiento de que no vacilaron en hacerlos autores. Estamos convencidos de que semejante imputacion fué una de las invenciones á que desgraciadamente suele apelar con frecuencia el espíritu de partido, y no dudamos en calificar la especie de maliciosa fábula fraguada por los anti-jesuitas, como lo fueron á nuestro juicio las que los amigos y apasionados de estos fabricaron sobre los remordimientos de que le supusieron atormentado, y los delirios que dicen le producian. El testimonio de los médicos, uno de ellos del palacio apostólico, que certificaron sobre las causas de su muerte, no deja duda de que esta fué natural, y disipa toda sospecha de envenenamiento. El cardenal de Bernis, uno de los que con su habitual ligereza contribuyeron mas á propagar este rumor, confesó despues no haberlo creído él mismo (2). Y el P. Marzoni, general de los franciscanos, que no se separó del pontífice durante su larga agonía, y á quien dijo haber confiado el moribundo que creía morir emponzoñado, hizo una declaracion escrita y jurada, afirmando no haberle hecho Clemente XIV semejante confianza.

Influyó en que algunos dieran fe á aquella fábula ó á aquella sospecha la circunstancia de la rápida putrefaccion que sufrió el cadáver del pontífice, en términos de no haber podido tenerle expuesto los tres dias de costumbre. Pero tambien convienen todos en que hacia en aquellos dias en Roma un calor abrasador, y que soplabá un viento meridional que allí es sabido hace tal impresion que disuelve los cadáveres aun embalsamados.

Lo que creemos mas cierto, es que aquellos proféticos y lúgubres vaticinios sobre su salud y sobre la proximidad de su muerte, hechos y divulgados con la intencion y fin de atormentar su espíritu, las cartas, escritos y libelos que con tal propósito se esparcian, no dejaron de influir en su imaginacion, y de inspirarle temores y aprensiones, temores que procuraban desvanecerle las personas que le rodeaban, aconsejándole mirase con absoluto desprecio semejantes ardidés,

(1) Los mismos que le pintan como loco y fuera de sí desde que firmó el breve, confiesan que vivió y murió ejemplarmente. «En aquel momento supremo, dice uno de ellos, recobró la plenitud de su inteligencia, y espiró santamente, como siempre habria vivido, si no hubiera puesto un deseo de iniquidad entre su ambicion y el trono.»

Pero este escritor atribuye tan cristiana muerte á un hecho cuya apreciacion dejamos al buen juicio de nuestros lectores. Dice que consta en el proceso de canonizacion de San Alfonso Ligorio, que hallándose este obispo en Arienzo, le acometió el 21 de setiembre una especie de ataque de epilepsia, de cuyas resultas estuvo dos dias inmóvil y como en profundo sueño, y cuando despertó preguntó á sus sirvientes: «¿Qué hay de nuevo?» Y ellos le contestaron: «Lo que hay, señor, es que hace dos dias que ni habláis, ni comeis, ni habeis dado hasta ahora señales de vida.»—A lo que él repuso: «Pues sabed que no he estado dormido, sino que he ido á asistir en sus últimos momentos al papa, que ya ha muerto á estas horas.» Es decir que Dios envió el espíritu de San Alfonso Ligorio, mientras su cuerpo permanecía inmóvil en Arienzo, para que fuera á dar una buena muerte á Clemente XIV.—«Semejantes especies, dice á este propósito, con razon, un historiador de nuestros dias, no caben dentro de la historia.»

(2) Así lo afirma Beccatini en su *Storia di Pio VI*.—Camellieri, en la *Storia de solemni possessi dei Summi Pontifice*, confirma lo que decimos de haber sido la muerte natural.—El conde de Gorani en las *Memorias secretas y críticas de las cortes y de los gobiernos de Italia*, desecha tambien con desden la especie del envenenamiento.

Lo mismo hace Artaud de Montor, citando los testimonios del facultativo Nannoni, y de los arcedianos Salicci y Adinolfi, que asistieron al reconocimiento del cadáver.

puestos en juego por sus enemigos con el siniestro designio de mortificarle (3).

El 15 de febrero de 1775 era elevado á la silla pontificia el cardenal Angel Braschi con el nombre de Pio VI.

## CAPÍTULO IX

Estado de Europa.—Islas Maluinas.—Marruecos.—Argel.—Portugal

DE 1774 Á 1777

Situacion de la Italia, favorable á los Borbones.—Engrandecimiento de Rusia.—Suecia, Dinamarca, Holanda.—Austria y Prusia.—Memorable repartimiento de la desgraciada Polonia.—Estado interior y exterior de la Francia.—Agitaciones en Inglaterra.—Desacuerdo entre el gobierno británico y los Borbones.—Cuestion de la Luisiana.—Ocupacion de Córcega por los franceses.—Incorporacion de la isla á la corona de Francia.—Origen de la famosa cuestion sobre las islas Maluinas.—Arrojan de ellas los españoles á los ingleses.—Indignacion en la Gran Bretaña.—Temores de guerra.—Opina por ella el conde de Aranda.—Extraño giro que se da á este asunto.—Negociaciones.—Conducta de los ministros español, inglés y francés.—Debilidad de Carlos III.—Vigorosa entereza del conde de Aranda.—Novedad en la corte de Versalles.—Caida de Choiseul.—Desenlace inopinado de la cuestion de las Maluinas.—Mal comportamiento de Luis XV con Carlos III.—Carta del emperador de Marruecos al rey de España, y guerra que ocasiona.—Sitio de Melilla.—Se restablece la paz á petición del marroquí.—Desgraciada y funesta expedicion enviada contra Argel.—Injustificable ligereza del conde de O'Reilly.—Derrota y desastres del ejército español.—Indignacion pública contra O'Reilly.—Disgusto general contra el ministro Grimaldi.—Completo abandono y aislamiento en que se ve.—Sostiénle el monarca contra el torrente de la opinion.—Nuevos disgustos obligan á Grimaldi á hacer resueltamente renuncia del ministerio.—Admítela el rey.—Es enviado á Roma.—Floridablanca ministro de Estado.—Caida de Tanucci en Nápoles, y de Pombal en Lisboa.—Disputa y guerra entre Portugal y España sobre las colonias de América.—Triunfos de los españoles en las costas del Brasil.—Muerte de José I de Portugal.—Cambio de política.—Paz entre Portugal y España.—Tratado de límites.—Estrecha alianza entre ambas cortes.

Pasemos ahora una rápida revista á la situacion en que se encontraban á este tiempo los diferentes Estados de Europa, y veamos algunos sucesos exteriores que ocuparon la atencion, la política y las fuerzas de España en el antiguo y en el nuevo mundo, para venir otra vez á las importantes reformas administrativas que en este periodo se habian realizado en lo interior del reino.

La situacion general de Europa era mas propia para halagar y favorecer las esperanzas y los planes de los Borbones que para contrariarlos. Los Estados grandes y pequeños de Italia estaban directa ó indirectamente dominados por ellos; Roma, ó humillada ó en continuo conflicto bajo la influencia de su poder; y Cerdeña, árbitra de Italia en otro tiempo, circundada ahora de Estados pertenecientes á los Borbones, encadenada con alianzas y reducida á la nulidad. Alemania y las potencias del Norte viendo á Rusia engrandecerse con Catalina II y esperando con ansiedad el resultado de su guerra con la Puerta Otomana, en que ya demostró sus codiciosas miras sobre Constantinopla. Suecia, devorada por las facciones de los *gorros* y de los *sombreros*, que produjeron al fin la revolucion de 1772, y la guerra de Gustavo III con la Rusia. Dinamarca y Holanda demasiado débiles entonces para ser temidas ni tomar parte en las grandes cuestiones europeas. Austria y Prusia, si bien divididas por su rivalidad política, meditando ya obrar de concierto entre sí y con el imperio moscovita para consumir entre los tres la nefanda reparticion de la desgraciada Polonia, víctima de sus discordias intestinas, y ejemplo triste que recordará perpetuamente á los pueblos la verdad de aquella sentencia terrible: *Omne regnum in se divisum*..... Honra será siempre de Carlos III de España el haber vituperado con palabras explicitas, ya que otra cosa no pudo hacer entonces, aquel crimen político de tres naciones poderosas,

(3) Poseemos multitud de interesantes documentos relativos así á la expulsion de la Compañía de los reinos de Portugal, Francia y España, como á la historia de su total extincion por la Santa Sede, con cuya insercion no hemos querido sobrecargar estos capítulos, ya de por sí harto extensos. Sin embargo, acaso demos á conocer algunos de ellos mas adelante.



contra el cual se sublevan todavía la conciencia, el derecho y la justicia humana.

«La ambición y la usurpación (dijo Carlos con tono violento, extraño en su carácter sosegado), no me sorprende por parte del rey de Prusia y de la emperatriz Catalina, pero no esperaba tanta falsedad y perfidia por parte de la emperatriz reina.» «Si otras potencias, dice un historiador extranjero, hubieran tenido los mismos sentimientos, habría ciertamente España abrazado la causa de los polacos; pero en una ocasión tan solemne vió que los planes de Francia estaban cubiertos con la misma oscuridad que cubría los proyectos que ella meditaba.... (1).»

Acerca de la situación de la Francia hace un historiador la siguiente pintura, que no carece de verdad. «Francia, dice, ofrecía una mezcla singular de zozobra, flaqueza, malestar y miseria interior, de agresión y provocación exterior. El rey, entregado única y exclusivamente á sus goces, cuidaba poco del honor nacional; todo era para él indiferente, con tal que le dejaran gozar tranquilamente de los placeres voluptuosos. Una nueva favorita (2), salida de las sentinas del vicio y de la relajación, se ocupaba ya en urdir tramas á fin de ostentar su poder con la misma magnificencia y publicidad que sus antecesoras. Ayudábale un enjambre de parientes y agentes de poca valía que la tenían asediada, y agitaban la corte con intrigas criminales. Esta turba cedía al influjo de una clase mas elevada de intrigantes que se valían de la influencia naciente de la nueva manceba á fin de suplantarlo al ministro que se oponía á sus proyectos y perjudicaba sus intereses. La nación agobiada de deudas, se hallaba sin hombres ni dinero, y el envilecimiento vergonzoso en que habia caído la desalentaba tanto como sus últimos reveses. La antigua nobleza, que en todos tiempos se vanagloriaba de ser el apoyo del trono, se apartaba del soberano renunciando voluntariamente á la corte y al poder. Los parlamentos estaban en abierta guerra con la autoridad real.... El ministro Choiseul, cuyo espíritu turbulento se gozaba en sembrar la discordia en todas las cortes, continuaba aferrado á sus planes con indecible obstinación, sin pensar en las consecuencias que podrían traer. Consideraba las guerras y conmociones como único medio de conservar su vacilante poder, que asediaban cohortes de enemigos. Hizo cuanto le fué posible por empeñar á su nación en empresas superiores á sus fuerzas. Acorde en todo con el ministro español, preparaba en silencio, pero con mucha destreza y habilidad, los medios de declarar de nuevo la guerra á Inglaterra, se sometía al ejército á un sistema nuevo de disciplina.... etc. (3).»

(1) William Coxe, España bajo el reinado de los Borbones, cap. 66.—El 2 de setiembre de 1772 publicó el ministro de Rusia la resolución adoptada por las tres potencias, y la repartición se verificó el 18 de setiembre de 1773. Tocaron á Austria 1,280 millas cuadradas, 681 á Prusia, y 1,950 á Rusia.—Los desgraciados polacos, que á tanta costa abrieron entonces los ojos, reconociendo la inmensidad de las faltas que sus disensiones les habían hecho cometer, quisieron recobrar su independencia bajo las promesas de Federico Guillermo, que les ofreció ayudarlos y establecer una nueva constitución. Y en efecto, la Prusia aprobó la ley constitucional de 1791. Pero rechazada por la Rusia (18 de mayo, 1791), tuvo la Prusia la vergonzosa debilidad de renunciar al papel de protector de la república, so pretexto de haberse dado una constitución sin el consentimiento del gabinete de Berlín, y este bochornoso abandono produjo el segundo repartimiento de la Polonia (1792), en que tocaron á Rusia 4,533 millas cuadradas, con 3,000,000 de habitantes, y á Prusia 1,060 millas con 1,136,000 hombres de población. Y por último, después de los heroicos y desesperados esfuerzos de Kosciusko por volver la independencia á su patria (1794), aquella desventurada nación acabó de sucumbir bajo el peso de las tres grandes potencias usurpadoras, y en octubre de 1795 hicieron su última partición, siendo el resultado que á costa de Polonia recibió Rusia un aumento de 4,600,000 habitantes en 8,500 millas cuadradas, Prusia agregó á su territorio 2,700 millas con 2,355,000 almas, y Austria 2,100 millas cuadradas con 5,500,000 de habitantes. «La infortunada Polonia, dice un ilustrado escritor, así destrozada, no debiendo sino á leyes extranjeras y á instituciones de una política sombría la conservación del orden y de la tranquilidad interior, durmió como en una tumba hasta el mes de noviembre de 1806.» Sabidos son los sucesos posteriores de aquel desventurado país.

(2) La Dubarry.

(3) William Coxe, España bajo los Borbones; cap. 66.

Inglaterra, la única nación que parecía interesada y celosa de la marcha de las cortes de Madrid y de Versalles, se hallaba también agitada por convulsiones interiores, cuales no se habían sentido en aquel país hacia cerca de un siglo. Los cambios frecuentes de la administración, que habia pasado sucesivamente de las manos de lord Bute á las de Grenville, á las de Rokingham, segunda vez á las de Pitt, y de las de este al duque de Grafton, los impuestos odiosos que habia dejado tras sí cada uno de estos gobiernos, las cuestiones relativas á garantías generales, y otros motivos de turbaciones y de alarmas, habian desvirtuado la fuerza del gobierno; el ejército y la marina estaban desatendidos, reinaba un monstruoso desorden, y no se adoptaba sistema constante y fijo de política ni en lo interior ni en lo exterior. De este estado se aprovecharon los ministros de Francia y España para terminar entre sí el arreglo de una cuestión, que debia evitar en lo sucesivo todo desacuerdo entre ambas cortes, á saber: la cesión de la Luisiana hecha por Francia á la nación española, y que se notificó formalmente (21 de abril, 1764) á los habitantes de aquella colonia.

No dejó de ofrecer todavía dilaciones y dificultades este negocio, por la resistencia de los naturales á pasar de una á otra dominación, y á reconocer al gobernador don Antonio Ulloa que fué enviado de España. Pero la insistencia del gobierno francés en que se realizase la cesión, su respuesta en este sentido á los diputados que fueron á representarle el profundo pesar que les causaba verse separados de Francia, el envío de cinco mil soldados españoles desde la Habana, mandados por el general O'Reilly, y la mediación y amonestaciones del gobernador y magistrados franceses, pusieron término á una resistencia que ya habia estallado en insurrección: murieron sus jefes, unos á manos del verdugo y otros en los calabozos, y los españoles tomaron posesión de la Luisiana, bien que con ella, como observa un escritor, no hicieron sino agregar un desierto á su imperio.

Otro hecho acabó de llenar de indignación al pueblo inglés, mas aun que á su gobierno, contra las dos cortes borbónicas, y principalmente contra Francia, á saber: la ocupación y apropiación que de la isla de Córcega hicieron los franceses. El ministro Choiseul, que deseaba sacar partido de la lucha en que se hallaban empeñados aquellos isleños con los genoveses sus antiguos señores, lucha de independencia y de heroísmo sostenida por el célebre y valeroso patriota Pascual Paoli, aprovechó de la debilidad de ambos pueblos contendientes para apoderarse de Córcega, alegando haberle sido cedida á la Francia en 1768. Como una usurpación manifiesta se miró esta ocupación en la Gran Bretaña, donde la presencia del patriota Paoli que allí se refugió acabó de irritar al pueblo británico contra la Francia. A reclamar la evacuación de la isla pasó el ministro Rochefort á París; pero Choiseul se mantuvo firme, faltóle vigor y resolución al gobierno inglés, y dejando entibiar el entusiasmo popular, poco á poco fué contemporizando, y el resultado fué quedar desde entonces la isla de Córcega incorporada al territorio de la Francia (4).

Pero tercióse otra cuestión, que puso todavía mas en peligro la paz siempre amenazada entre las tres naciones desde el Pacto de Familia. En 1764 el célebre navegante francés Bougainville tomó posesión de la parte mas oriental de las islas Maluinas, llamadas por los ingleses Falkland, como á cien leguas de Costa-Firme y otras tantas de la embocadura del estrecho de Magallanes, y formó allí una colonia con el título de Puerto-Luis, en memoria del rey de Francia. Los ingleses pretendían tener derecho á aquellas islas como primeros descubridores, por haber llegado á ellas algunos de sus marinos antes que los de otros países, y en 1766 establecieron en su parte occidental una colonia con el nombre de Puerto Egmont en honra del primer lord del Almirantazgo. España, que las consideraba suyas como próximas al continente cuyo derecho nadie le disputaba, quejóse formalmente al gobierno francés de la ocupación de aquel territorio, pidiendo su eva-

(4) El 15 de agosto de 1769 nació allí Napoleon, quien por aquella circunstancia y por tan reciente incorporación, siendo corso nació ya francés.



evacuación, y el gabinete de Versalles estimó justa la demanda, en cuya virtud partió Bougainville á hacer entrega de las islas al gobernador nombrado por el monarca español, que tomó posesión de ellas á nombre de su soberano (1.º de abril, 1767), cambiándose la denominación de Puerto-Luis en la de Puerto-Soledad.

El gobernador inglés de Puerto-Egmont, que lo era el capitán Hunt de Tamar, intimó al español, Ruiz Puente, la evacuación de la isla en el término de seis meses como propiedad de la Gran Bretaña. Contestó el español dignamente que esperaba instrucciones de su soberano, defendiendo entre tanto los derechos de su nación. Las instrucciones le fueron dadas al poco tiempo al capitán general de Buenos-Aires don Francisco Buccarelli, reducidas á que lanzara por la fuerza á los ingleses de los establecimientos que tuviesen en las islas, si no bastaban para ello las amonestaciones arregladas á las leyes (febrero, 1768). En efecto, no bastaron las amonestaciones que hizo en todo aquel año el gobernador Ruiz Puente. Así fué que en el inmediato (1770) salió de Buenos-Aires el capitán Madariaga con tropa y artillería suficiente, y presentándose uno de sus barcos á la vista de Puerto-Egmont, intimó la evacuación de la isla á los ingleses. No tenían estos á la sazón las fuerzas suficientes para resistir á las españolas, en cuya consecuencia hicieron la devolución y entrega de la colonia, deteniendo el español los buques británicos en el puerto por mas de veinte días; á fin de que ni á Inglaterra ni á otra parte alguna pudiera llegar la noticia de este golpe de mano antes que á España. De este modo consiguió que el gobierno inglés nada supiese hasta que se lo comunicó por medio de una nota el embajador español príncipe de Masserano (1).

Unido este suceso á la prohibición absoluta y bajo severísimas penas que hizo Carlos III por pragmática de 24 de junio de 1770 de la introducción y consumo de las muselinas en España, de que tanto lucro sacaba el comercio inglés (2), irritó á la nación británica contra el monarca, y publicóse allí un grosero libelo, principalmente contra él, pero también contra los demás soberanos de su familia. Parecía que la consecuencia inmediata de todo esto habria de ser la declaración de guerra, tanto mas, cuanto que habiendo convocado el rey Jorge III el parlamento (noviembre, 1770), en su discurso apenas habló de otra cosa que de sus diferencias con motivo de las islas de Falkland, y de las medidas que habia tomado para obtener pronta y cumplida satisfacción, en cuya virtud ambas cámaras le votaron subsidios y le dirigieron mensajes aprobando la conducta del gobierno.

Por la guerra se pronunció en España el conde de Aranda al evacuar una consulta que sobre todos aquellos incidentes se le hizo: y en su informe no solamente alegaba multitud de razones que aconsejaban su conveniencia y oportunidad, sino que desenvolvía un extenso plan de agresión, juntamente con un sistema de defensa y seguridad interior del reino, señalando los puntos á que habian de enviarse las fuerzas navales de España para perjudicar á Inglaterra, mas en sus intereses mercantiles que en sus armas y dominios, las plazas que convenia reforzar y los lugares en que deberian distribuirse las tropas de tierra: informe ciertamente mas propio de general práctico

(1) Dice William Coxe muy seriamente, que es probable que los ingleses hubieran abandonado voluntariamente la colonia, por estéril, si la viveza de los ministros de Francia y España les hubiera dejado tiempo para reflexionar. Es posible que no todos los lectores se conformen con este juicio del historiador inglés.

(2) «Habiendo experimentado (decía la pragmática) los graves perjuicios que la introducción y consumo de las muselinas ha causado, así á las fábricas de estos reinos como á los reales haberes en las continuas entradas fraudulentas, y tambien en la extracción de caudales que es consiguiente se haga, se prohibe absolutamente la entrada, así por mar como por tierra, de las muselinas, bajo la pena de comiso el género, carruajes y bestias, y además cincuenta reales por vara de las que se aprehendieren, con declaración de que se queme el género; etc.»

Y en 28 del mismo mes se publicó otra pragmática, prohibiendo el uso de otros mantos y mantillas, «que los de solo seda ó lana, que es el que era y ha sido de muchos años á esta parte el traje propio de la nación:» y aun en estas mismas se prohibía toda clase de encajes, puntas, bordados y demás adornos de mero gusto y lujo.

y entendido que de presidente del Consejo de Castilla, que todo lo era á la vez el conde de Aranda (3).

Vióse no obstante con extrañeza que por parte de la Gran Bretaña, en vez del rompimiento que pedía el clamor popular, y que sin duda en tiempo del ministro Pitt se hubiera inmediatamente realizado, se apeló á la negociación y á las reclamaciones: y es que lord North temia empeñarse en una guerra que podia ser muy costosa al reino si Francia se unia á España, y á estorbar esta union se aplicó el ministerio (4). Fué pues enviado á Paris lord Rochefort, representante de Londres en España, quedando aquí su secretario el caballero Harris, mas tarde conde de Malmesbury, que á la edad de veinticuatro años comenzó en este delicado negocio á acreditar su gran talento diplomático. A este encomendó el gobierno inglés la reclamación de que el español desaprobaba la conducta de Buccarelli en el asunto de las Maluinas, y que repusiera las cosas en el estado que tenían antes de la ocupación.

Si extrañeza causó el sesgo que se dió á la cuestión por parte de Inglaterra, no fué menos extraño el rumbo que tomó por parte de España. El ministro Grimaldi, léjos de obrar conforme al dictámen de Aranda, y haciendo continuas protestas de sus pacíficas intenciones, contestó al representante inglés que se remitía á las instrucciones que sobre el asunto tenia ya el embajador español en Londres, príncipe de Masserano. Y entre tanto, bien que sin dejar de hacerse en una y otra nación algunos preparativos de guerra, esforzábese por hacer valer con el gabinete de Versalles el Pacto de Familia, á que mas que nadie habia cooperado, siquiera para rehusar la satisfacción que pedía la Inglaterra. Las instrucciones que tenia el de Masserano abrazaban tres proyectos de contestación á la reclamación de los ingleses, en los cuales se iba gradualmente cediendo á su exigencia, pero reconociendo en todos que aquellos habian sido arrojados con violencia de las Maluinas. Esta débil confesión anunciaba ya bastante el término que podria tener este negocio. Llegóse á hacer la proposición de ceder las islas, pero salvando los derechos del rey de España á ellas, y permitiendo que se reinstalaran allí los ingleses con su consentimiento. Pero el gabinete británico persistia en que se desaprobaba á secas la conducta de Buccarelli, y en que se restituyera la isla sin condiciones. Harto vió aquel general la debilidad del gobierno español, y ya pudo calcular que seria víctima de ella, cuando recibió una orden en que se le prevenia que no manifestara la que se le habia dado en 25 de febrero para expulsar los ingleses de las islas.

Con vigoroso espíritu expuso en vista de todo esto el marqués de Caraccioli, ministro de Nápoles en Londres, que era indispensable declarar la guerra á los ingleses antes que la empezasen ellos, proponiendo además una expedición contra Jamaica, entonces totalmente desprovista. Pero con mucha mas vehemencia y con mucho mas fuego se explicó el conde de Aranda, de nuevo consultado sobre el asunto. Despues de reprobar la cláusula en que se reconocia haber sido *expulsados con violencia* los ingleses, «porque semejante confesión propia (decía) vigoriza la queja é intento de que se les satisfaga lisa y llanamente,» «violencia sí que llamaria yo (añadía) á su establecimiento y á las amenazas que hicieron al gobernador de la Soledad, Ruiz Puente, para que abandonase el que legítimamente poseía. Esta violencia debia haberse vociferado, y no graduado nosotros mismos de tal la que no hicimos.... Permitame, señor, V. M. que le haga presente que dos especies menos correspondientes, como confesar el haber procedido con violencia y desaprobación su orden propia, no podian haberse discurrido; contrarias al mismo tiempo para persuadir y aparentar su razón, infructuosas para sacar partido, denigrativas del honor de V. M., é indicantes de una debilidad que se prestaría á cualquier ley que se le impusiese....»—Y despues de reproducir mucho de lo que aconsejando la guerra habia expuesto ya en su dictámen de 13 de setiembre, con-

(3) Ferrer del Rio, en su Historia de Carlos III, lib. IV, cap. 2.º, hace un minucioso análisis de este informe del conde de Aranda.

(4) «Se asegura, dice á este propósito un historiador extranjero, que la Dubarry, entonces omnipotente, se habia vendido á Jorge III, y que las guineas inglesas habian pagado la destitución de Choiseul, y allanado el camino del ministerio á su inepto sucesor.»



cluía: «Floten las escuadras inglesas la anchura de los mares; empléense en los convoyes de su comercio; desde luego aquellas padecen y consumen, y las naves mercantiles no pueden frecuentar los viajes sueltos, que son los que utilizan con la repetición. Vayan armadores á la América; beneficiense totalmente de las presas; interrúmpanse sus importaciones y exportaciones; dure la guerra; aniquíense sus fondos, y compren caro el alivio de una paz, renunciando á las prepotencias y ventajas con que actualmente comercian, moderándose igualmente en la vanidad del dominio de las aguas (1).»

Por la guerra estaba también el general O'Reilly, que acababa de llegar de la Habana. Y ya con estos pareceres, ya con la confianza que Grimaldi tenía en que Choiseul haría que los ejércitos franceses se movieran en unión y de acuerdo con los españoles, desplegóse la mayor actividad en el equipo de las escuadras, en la preparación y distribución de las tropas, y otras medidas, que todas anunciaban la proximidad de un rompimiento, y el triunfo del sistema de Aranda. Llegó el caso de mandar el gobierno inglés al caballero Harris que se retirara de Madrid, como lo cumplió, aunque quedándose á corta distancia por motivos personales suyos, y á su vez el príncipe de Masserano recibió órdenes de España para que saliera de Londres, bien que autorizándole á proceder según le indicara Choiseul. Y cuando ya Carlos III no aguardaba para declarar formalmente la guerra sino la noticia de que Luis XV estaba pronto á obrar de concierto con él, recibióse en Madrid la de la caída y destierro del ministro Choiseul y su reemplazo por el duque de Aiguillon, obra de la cortesana Dubarry, y á cuya intriga se supuso no haber sido extraña la Inglaterra.

Hé aquí la pintura que el embajador español en París, conde de Fuentes, hacia del estado de aquella corte: «La debilidad é insensibilidad de este soberano ha crecido hasta el mas alto punto, no haciéndole fuerza sino lo que sugiere su *metresa* (sic), ni oyendo á nadie sino á ella, y á los que ella consiente que se acerquen á su persona: ella y los que la rodean piensan bajamente y sin sombra de principios de honor.... Ella es quien ha forzado al rey, después de seis meses de repugnancia, á nombrar para el ministerio de Negocios extranjeros á un hombre de tan perdida, ó al menos de tan dudosa reputación en el reino como el duque de Eguillon (sic).... Mad. Du Barry es por fin quien influye generalmente, como dueña absoluta del ánimo del rey, en todos los negocios, y quien influye cada día mas, creciendo como crecerá la indolencia y debilidad del rey, y la insolencia de esta mujer.... Ha llegado á tal extremo el abandono del rey, que no falta quien tema que si cae con la edad en el extremo de la devoción, tome el partido de casarse con ella antes que abandonarla, y ya empieza á decirse que el matrimonio con Mr. Du Barry es nulo: he oído con dolor de mi corazón la especie de la posibilidad de este caso escandaloso, y citar el casamiento de madama de Searron con Luis XIV. Antes de pasar adelante creo deber decir á V. E. que aunque hasta ahora no tenemos certidumbre de que los ingleses hayan corrompido con dinero á Mad. Du Barry, hay muy fundadas sospechas de que podrán ejecutarlo siempre que convenga.... Los ministros que hay y habrá en esta corte mientras el rey viva serán elegidos por Mad. Du Barry; lo mismo es de creer suceda con los generales, si por desgracia sobreviene una guerra.... etc.» Y sigue haciendo una detenida descripción de todos los personajes de la corte (2).

Todo, pues, cambió de aspecto con esta novedad. La paz con Inglaterra había sido la condición con que el nuevo ministro de Francia había sido elevado al poder, y Luis XV anunció á Carlos III este cambio en carta escrita de su puño con estas lacónicas y significativas palabras: *Mi ministro quería la guerra, yo no la quiero* (3). Pero el monarca francés olvidó en aquel momento que ni él ni su ministro estaban en liber-

tad de querer la paz ó la guerra, cualquiera que fuese su particular opinión ó deseo, sino en obligación de cumplir la cláusula 12.<sup>a</sup> del Pacto de Familia, por la cual al solo requerimiento de una de las partes contratantes estaba la otra en el deber de suministrarle los auxilios á que se había comprometido, *sin que bajo pretexto alguno pudiera eludir la mas pronta y perfecta ejecución del empeño*. Puede fácilmente calcularse la impresión que haría en el ánimo de Carlos III, tan cumplidor de sus compromisos y tan consecuente en sus palabras, semejante declaración, y tan extraño é injustificable proceder, así como la sensación que produciría en el ministro Grimaldi ver de aquella manera burlada su confianza. Era evidente que España ni podía ni debía empeñarse ella sola en una lucha con la Gran Bretaña, y así la negociación sobre el asunto de las Maluinas tomó de repente otro rumbo, ó por mejor decir, marchó hacia el desenlace que se había podido pronosticar de la primera debilidad.

En 22 de enero de 1771 hacia el embajador español en Londres ante el gabinete británico la vergonzosa declaración, «de que el comandante y los súbditos ingleses de la isla Falkland habían sido lanzados por la fuerza de Puerto-Egmont; que este acto de violencia había sido del desagrado de S. M. Católica; que deseando remediar todo lo que pudiera alterar la paz y buena inteligencia entre ambas naciones, S. M. desaprobaba dicha empresa violenta, y se obligaba á dar órdenes prontas y terminantes para que en el citado Puerto-Egmont de la Gran Maluina volvieran las cosas al ser y estado que tenían antes del 10 de junio de 1770, si bien la restitución de aquel puerto á S. M. Británica no debía ni podía afectar á la cuestión del derecho anterior de soberanía sobre las islas Maluinas.» Por su parte el rey Jorge III se dió con esta declaración por satisfecho, como no podía menos de suceder, de la injuria que había sufrido su corona. Dadas estas satisfacciones, se suspendieron los armamentos y se licenciaron las tropas por ambas partes. Lord Grantham fué nombrado embajador en Madrid; y Harris, que había regresado ya á la corte, recibió el carácter de ministro plenipotenciario, en cuyo concepto salió luego de Madrid á dar, dice un historiador de su nación, muestras de capacidad diplomática en Berlín, San Petersburgo y la Haya (4).

Tal fué el término y desenlace del ruidoso asunto de las Maluinas. Puerto-Egmont fué restituido á los ingleses, bien que mas tarde le abandonaron por costoso é inútil, no mereciendo ciertamente ser un motivo constante de descontento y disgusto por parte de España. El capitán general Buccarelli, el hombre cuya conducta fué desaprobada por el rey, después de no haber hecho otra cosa que cumplir sus órdenes, fué nombrado gentil-hombre de cámara con ejercicio, como en desagravio, si este desagravio era posible, de habersele hecho la víctima sacrificada á una mala política. El desenlace de la cuestión no fué popular ni en España ni en Inglaterra, y el convenio estuvo muy lejos de acallar los celos y resentimientos que hacia tiempo existían entre ambas naciones. Francia faltó abiertamente á los compromisos del Pacto de Familia y públicamente se censuraba su conducta; y Grimaldi, el principal autor de aquel pacto, y el mas burlado en este desdichado negocio, fué también el que mas padeció en la opinión de los españoles, nunca muy satisfechos de él, ya por sus actos, ya por su calidad de extranjero.

Mas no obstante el mal éxito de este negocio, y á pesar de la impopularidad de Grimaldi, y de sus desavenencias con el conde de Aranda, ya por la diferencia de sus genios y caracteres, ya por su diversa manera de entender y tratar las cuestiones, el marqués de Grimaldi, hombre de voluntad mas flexible y de índole mas acomodaticia que el impetuoso, porfiado é independiente Aranda, supo conservarse mas tiempo en gracia de su soberano, parando aquellas desavenencias en triunfar el ministro de Estado del presidente del Consejo, y en alejarse Aranda de España dejando la presidencia de Castilla y pasando á desempeñar la embajada de París; de cuyo suceso y sus causas solo podemos hablar ahora incidentalmente, y

(1) Informe del conde de Aranda de 16 de diciembre de 1770.

(2) Despacho del conde de Fuentes al marqués de Grimaldi, en 24 de junio de 1771. Archivo del ministerio de Estado.—La comunicación es interesante y sumamente curiosa, pero tan extensa que con sentimiento tenemos que renunciar á insertarla íntegra.

(3) Lord Rochefort á lord Grantham.

(4) Correspondencia de lord Malmesbury, lord Grantham y lord Rochefort.



como dato necesario para enlazar los demás acontecimientos exteriores que nos propusimos abarcar en este capítulo, y en que intervino Grimaldi como ministro de Estado.

Manteníase en este puesto y en la confianza del rey, cuando, trascurridos mas de otros dos años, hallóse Carlos III inesperadamente con una carta del emperador de Marruecos (19 de setiembre, 1773), en que le manifestaba que marroquíes y argelinos estaban acordes en no permitir que hubiese establecimientos cristianos en la costa africana desde Oran á Ceuta, y en su consecuencia estaban resueltos á atacar los que allí tenían los españoles, lo cual entendían que no era contrario á la paz de 1736, no obstante que en el primer artículo de aquel tratado se estipuló que la habria perpetua por mar y tierra entre ambos monarcas. Sobre ser extemporánea é injustificable la amenaza, y fuera de razon la interpretacion que el marroquí quería dar al tratado, pretendiendo que la paz se referia solo á los mares y no á las posesiones españolas del litoral, pasaron los moros á algunos actos de hostilidad contra Ceuta. A tales desacatos no quedaba al monarca español otra contestacion decorosa que dar que una formal declaracion de guerra, y esta se hizo al año siguiente (1774).

Entre las operaciones que los moros emprendieron fué notable el sitio y ataque de Melilla, dirigido por el mismo emperador, y con asistencia de dos de sus hijos, en cuyo nombre se presentó un bajá delante de la plaza pidiendo arrogante su rendicion (diciembre, 1774). Contestóle con firmeza el mariscal de campo don Juan Sherlock, comandante general de la plaza, y con esto comenzaron los mahometanos á bombardearla, trabajando al propio tiempo sus minadores. A auxiliar la guarnicion de Melilla fué enviado con una flota el capitan de navío de la real armada don Francisco Hidalgo Cisneros, que en efecto le prestó servicios importantes, obrando desde la ensenada de acuerdo y en combinacion con Sherlock. Los certeros tiros de los cristianos iban diezmando el ejército infiel, y obligaron al emperador á retirar á bastante distancia su tienda; y si bien las bombas de los moros (que hasta nueve mil se hace subir el número de las que arrojaron) hicieron tambien estrago en la guarnicion, el sitio se prolongaba sin ventaja mucho mas de los cuarenta dias en que el africano se habia propuesto rendir la plaza. Irritado con tal resistencia, anunció á sus tropas para el 12 de febrero (1775) un asalto general, que se propuso realizar con la estratagema de enviar por delante cinco mil vacas con ciertas divisas que engañaran á los cristianos, y detrás un cuerpo de mil judíos que sufrieran los primeros los riesgos del ataque. Aun así pareció temeraria la empresa á los jefes musulmanes reunidos la víspera bajo la tienda imperial, y no se realizó.

No fueron de mas efecto los ataques intentados tambien por los berberiscos contra Alhucemas y el Peñon de Velez, oportunamente socorridos ambos puntos por naves españolas á cargo de los jefes Moreno, Riquelme y Barceló. Al fin, convencidos los moros de la inutilidad de sus tentativas, alzaron banderas de paz, presentándose un enviado del emperador al gobernador de Melilla con carta para el ministro de Estado (marzo, 1775), en que proponia se arreglaran amistosamente aquellas cuestiones entre ambos soberanos, y sintiendo el marroquí que se le acusara de infractor del tratado de paz. Secamente respondió el ministro Grimaldi, que su soberano no admitia avenencia en tanto que no se le dieran las mas completas seguridades para lo futuro. Por último se enviaron comisionados de una y otra parte para tratar de la paz, confesóse el emperador africano infractor de ella, y se ratificó de nuevo al tenor de los tratados existentes (1).

(1) Suplemento á la Gaceta de Madrid de 24 de enero de 1775.—Gacetas de febrero y marzo.—Suplemento á la de 4 de abril, en que se publicaron la carta del comisionado moro Hamet-Elgatel y la respuesta de Grimaldi. Al final de la suya decia el ministro español: «No volverá Su Majestad á envainar la espada sin que preceda la completa satisfaccion que exigen el decoro de su soberanía y el honor de las armas españolas; y finalmente que tampoco pudiera jamás el rey dar oídos á proposicion alguna sin que previa y formalmente se estableciesen tales seguridades que dejasen afianzadas para siempre al dominio español las estipulaciones sucesivas, precaviendo en términos solemnes toda infraccion ó interpretacion arbitraria...»—Aranjuez á 31 de marzo de 1775.—B. L. M. de

La imparcialidad histórica nos obliga á confesar que fué el primero el gobierno español el que quebrantó muy pronto esta última estipulacion solemne, proyectando y preparando una expedicion considerable contra Argel, bien que con el laudable fin de acabar con los piratas que tenían su principal albergue en aquella plaza, centro de los Estados berberiscos, y tambien con objeto de vengar los pasados insultos de los moros. Como empresa fácil la pintó un religioso que habia residido allí muchos años; á cargo de Grimaldi corrió el prepararla, y el general O'Reilly se brindó á ejecutarla con veinte mil hombres de desembarco. Veintidos mil se le dieron; en el puerto de Cartagena se armó una escuadra de cuarenta y seis buques, entre ellos ocho navíos y otras tantas fragatas, al mando de don Pedro Gonzalez Castejon. Personajes de la primera nobleza se incorporaron á aquella expedicion, que parecia ofrecer las mas lisonjeras esperanzas de buen éxito. Zarpó la escuadra el 23 de junio (1775), y el 1.º de julio fondeó en la gran bahía de Argel.

O'Reilly habia cifrado el buen suceso de su empresa en el sigilo de la expedicion y en coger desprevenidos á los moros. Error injustificable, de que debió convencerse al encontrar coronado de campamentos berberiscos el espacio de cinco leguas que media desde la plaza hasta el cabo de Metafuz. Y decimos injustificable, porque lo era fiar el éxito de su plan exclusivamente en el secreto de una expedicion que no podia dejar de ser ruidosa. Así fué que los moros tuvieron noticias anticipadas de ella por la via de Marsella y por la de Marruecos, y tiempo sobrado para prevenirse. La prudencia aconsejaba al general español retirarse al ver frustrado su plan de cogerlos desapercibidos; pero O'Reilly, despues de una semana de vacilaciones y perplejidades, resolvió llevar adelante la empresa, y dispuso el desembarco de la primera division de ocho mil hombres (8 de julio) á legua y media de Argel, entre la plaza y el rio Jarache. Sobre la dificultad inmensa de mover y conducir la artillería por una playa sumamente arenosa, cometieron las tropas españolas la indiscrecion de avanzar á las colinas que cubrian los moros, llenas de matorrales, cortaduras y caseríos. Dejaronlos estos aproximarse á las faldas, y entonces los unos desde sus parapetos, los otros desembocando por las cortaduras, cargaron sobre los españoles y los arrollaron, haciéndolos retroceder en desórden y con no poca matanza á la orilla del mar. Allí, protegidos por la segunda division de otros ocho mil hombres que acababan de hacer su desembarco, y defendidos por trincheras de arena que de pronto pudieron levantar, resistieron algun tiempo á los enemigos; pero agobiados de cansancio y de calor nuestros soldados, sufriendo de todas partes un fuego horroroso y mortífero, entradas las trincheras por los alárabes, segadas al filo de sus alfanjes centenares de cabezas, algunas tan preciosas como la del marqués de la Romana, ambas divisiones se retiraron huyendo de mayor destrozo, del cual solo se libertó la caballería que no habia salido de las naves.

Fortuna fué que los moros se equivocaron, creyendo que las barcas que iban y venian á la playa á recoger los fugitivos y los heridos lo hacian para descargar mas artillería y mas gente; que á haberse apercibido del verdadero objeto, con pocos jinetes que hubieran cruzado sable en mano la playa, orilla del mar por cada lado de la trinchera, habrian completado el estrago, y como dice un escritor, testigo ocular del desastre, «no hubiera quedado sino la memoria de nuestra desgracia (2).» Murieron en la desastrosa jornada sobre mil quinientos hombres, y los buques recogieron cerca de tres mil soldados gravemente heridos. Algunos buques de guerra quedaron en la bahía de Argel para contener los cruceros enemigos; el resto de la escuadra volvió á las costas de España; la mayor parte de los bajeles arribaron á Cartagena y Alicante (15 de julio, 1775), siendo ellos mismos los portadores de la noticia de tan funesta derrota (3).

usted su mayor servidor.—El marqués de Grimaldi.—Señor Hamet-Elgatel.»

(2) Fernan Nuñez, Compendio, p. II.

(3) Gacetas de Madrid de 18 y de 25 de julio de 1775.—Mercurio histórico del mismo año.—Escribiéronse además varias relaciones, y hay un diario de la expedicion.



Este infortunio, que recordaba la desastrosa jornada de Carlos V á Argel en 1541, y las calamidades y estragos de nuestro ejército en aquellas mismas costas africanas, no podía disculparse como aquel con las borrascas y huracanes que hicieron malograr la empresa, ni ahora como entonces la contrariedad inevitable de los elementos podía inspirar ni consuelo ni resignación. Debida fué esta desgracia á una serie de impremeditaciones ó de ligerezas del general que se brindó á ejecutar la expedición. En Madrid y en las provincias produjo la infausta nueva una indignación general contra O'Reilly; y el parte oficial que este hizo insertar en la *Gaceta*, y en que intentaba atribuir la desventura del suceso al imprudente ardor y fogosidad de oficiales y soldados que no pudieron ser contenidos en el avance á las alturas moriscas, causó tal indignación á los oficiales de todas graduaciones, que para volver por su honor vulnerado, y para probar que no habían hecho sino obedecer á órdenes verbales y escritas de su jefe, emplearon tan fuertes razones y medios, que dejaron al general malparado, confuso y en completo desprestigio (1). Desataronse contra O'Reilly los escritores de folletos, sátiras, poesías y papeles volantes, y por lo mismo que algunas de ellas no carecían de ingenio y de gracejo, eran otros tantos dardos que destruían la reputación del general, cuyas operaciones se desmenuzaban y ridiculizaban en los tales escritos (2). Todo esto movió á Carlos III á tomar la providencia de alejar por algún tiempo á O'Reilly de España, enviándole á reconocer las islas Chafarinas, si bien mas tarde, y pasadas estas impresiones, le confió el mando de Andalucía.

No menos abiertamente se pronunció la opinión pública contra el marqués de Grimaldi, pues propenso el pueblo, tiempo hacia ya, á culpar al ministro extranjero de las desgracias de la nación, no podía dejar de atribuirle ahora la catástrofe de Argel, acaso mas que al mismo general que habia mandado las armas. De aquella disposición de los ánimos se prevaleció el partido llamado aragonés, que desde Paris seguía capitaneando el conde de Aranda, para enardecer mas contra él las voluntades. Todos los papeles que salían contra la expedición iban á parar á sus manos, dirigíanle anónimos, aparecían diariamente pasquines, y mortificábanle de mil maneras. Dentro del gabinete contaba con poco ó ningun apoyo de sus compañeros: Muzquiz, sucesor de Esquilache, no podia ser partidario suyo por las circunstancias y significación de su entrada en el ministerio: Roda era aragonés, y como tal mas afiliado á aquel partido que al llamado de los golillas, aunque él lo era de profesion: el conde de Riela, que habia sucedido en el ministerio de la Guerra á don Juan Bautista Muniain (3), era hechura de Aranda; y los ministros de Indias y de Marina, don José de Galvez y el marqués de Castejon, que entraron á suceder al baillío Arriaga (4), tampoco tenían motivos para

ponerse al lado de Grimaldi. Éranle adversos hasta el príncipe y princesa de Asturias, á los cuales instigaba en este sentido don Ramon de Pignatelli, canónigo de Zaragoza, é hijo del conde de Fuentes, del partido aragonés, como lo era don José Nicolás de Azara, y como lo eran otros varios personajes de mas ó menos influencia y valía.

Faltábale igualmente en el gabinete francés el grande apoyo que en otro tiempo tuvo en el duque de Choiseul, á cuyo influjo debió su elevación y el valimiento con el rey. Grandes novedades habian ocurrido recientemente en aquella corte. Luis XV habia muerto el 10 de marzo de 1774 sucediéndole en el trono su nieto el joven Luis XVI. Creyóse al principio, y así lo esperó Grimaldi, en la reposición de su amigo y protector Choiseul en el ministerio por influjo de la nueva reina, que era austriaca, y Choiseul habia sido el autor de la alianza del Austria. Mas todos estos cálculos se vieron pronto desvanecidos. El joven monarca buscó para ministros personas que profesaban principios anti-austriacos, no obstante el afecto que profesaba á la reina, y sacó del destierro para ponerle al frente del gobierno al anciano Maurepas, víctima de la Pompadour, y confió el ministerio de Estado al conde de Vergennes, enemigo personal de Choiseul. Con decir que se conservaba en la embajada de Paris el conde de Aranda, antagonista de Grimaldi, harto claro se ve que carecía este de todo apoyo en la corte de Versalles, mientras en la de Madrid sus compañeros no le eran adictos, el pueblo le era contrario, y solo le sostenía el favor del rey, hallándose ya en el caso que en otro tiempo el marqués de Esquilache.

Las novedades de Francia anunciaban un cambio en el horizonte político. Luis XVI, si bien joven é inexperto, y sin la capacidad y energía necesarias para remediar inveterados abusos y efectuar una mudanza importante en el gobierno y la constitución del país, mostraba las mas sanas intenciones y deseos, y de contado parecia haber acabado los reinados de las cortesanas y mancebas. Tampoco parecia fundar, como su antecesor, el interés de la política exterior en el Pacto de Familia, que habia sido la base del encumbramiento de Grimaldi. De estas circunstancias se aprovechaba Portugal, para suscitar cuestiones á España, oyendo las instigaciones de Inglaterra, y á que daban fácilmente ocasion las eternas disputas sobre límites de sus respectivas colonias de la América del Sur. Acusábanse mutuamente ambos gobiernos de agresiones en sus territorios y posesiones, y los actos hostiles de este género entre los gobernadores de Buenos-Aires y del Brasil avivaron la ojeriza con que el marqués de Pombal habia de antiguo mirado al de Grimaldi. De modo que ni en la corte de España ni en las extranjeras veía ya este ministro sino personas dispuestas á contribuir á su caída, ó cuando menos á congratularse de ella.

Convencido estaba él mismo de que no podia ya permanecer mucho tiempo en el ministerio, y si bien en el principio aparentó recibir con cierta serenidad tantas contrariedades, fué de día en día perdiendo vigor y cayendo de ánimo; en términos que era ya él mismo el mas resuelto á retirarse, y solo por condescendencia á los deseos de su soberano permanecía al frente de los negocios, no sin renovar á menudo las instancias para que le relevase de un cargo que se le hacia ya harto penoso, y ciertamente con fundamento; porque hasta el príncipe de Asturias, que habia debido á Grimaldi el que su padre le diera entrada en los consejos de gabinete (en verdad con la esperanza de parte del ministro de disminuir por este medio su responsabilidad y el odio con que el pueblo le miraba), en todas las deliberaciones se mostraba opuesto á Grimaldi, contribuyendo así á su mayor daño una medida que calculó le habia de ser de gran provecho. Por último; una cuestión nacida en una corporación al parecer de suyo inofensiva y ajena á la política, fué la que apresuró la caída del antiguo ministro de Carlos III. Vacante la secretaría de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, proveyóla Grimaldi como ministro de Estado y protector de la Academia, sin propuesta de la corporación; dióse esta por ofendida y vulnerada en sus derechos, no obstante haber recaído el nombramiento en persona tan ilustrada y digna como don Antonio Ponz, y surgieron de aquí contestaciones desagradables entre

(1) Cuéntase que una noche en el teatro de Alicante, como en el patio se pidiera á gritos, por unos que bailara una de las damas, por otros que cantara, oyóse entre el tumulto la voz de uno de los oficiales concurrentes que gritó: *Que se lea el capítulo de Madrid inserto en la Gaceta*. Esta chanzoneta produjo una hilaridad general en el público, y como la alusión era conocida acabó de poner de manifiesto la impopularidad de O'Reilly.

(2) El historiador de Carlos III señor Ferrer del Río, nuestro contemporáneo, manifiesta poseer una colección de los papeles que en este sentido circularon en aquel tiempo. Cita los títulos y hace el extracto del contenido de algunos de ellos, y copia las siguientes estrofas de una de las letrillas:

Que por fin todo se errase,  
Que la función se perdiese,  
Que la gente pereciese,  
Porque Dios lo quiso así,  
Eso sí.  
Pero querer persuadirnos  
En cada error un acierto,  
Que no han muerto los que han muerto,  
Y que miente quien lo vió,  
Eso no.

(3) Falleció Muniain el 14 de enero de 1772, á la edad de 72 años.

(4) Había muerto fray don Julian de Arriaga el 26 de enero de 1775, también á los 75 años cumplidos: él y Muniain habian nacido con el siglo. Los negocios de este antiguo ministro de Marina se repartieron entre Galvez y Castejon, formando dos ministerios como otras veces.



el ministro y la Academia, de que se aprovecharon muchos personajes para atizar la discordia poniéndose del lado de la Academia en odio al ministro. Y este disgusto, que Grimaldi hubiera sobrellevado y vencido fácilmente en tiempos de mas vigor, le afectó tanto en el estado de abatimiento en que se encontraba, que redoblando resueltamente sus anteriores instancias al rey, logró al fin que Carlos le admitiera la renuncia, si bien consignando en ella lo muy satisfecho que quedaba de sus servicios, y nombrándole, para honrarle, su embajador en Roma (1).

Tuvo además Grimaldi en su caída la satisfaccion de burlar las esperanzas de sus adversarios, logrando que le reemplazara en el ministerio uno de sus mas protegidos y amigos, á saber, el conde de Floridablanca, que al efecto dejaba la embajada de Roma que él iba á desempeñar. Quiso tambien el rey que continuara el ministro dimisionario al frente de los negocios de Estado hasta la llegada de su sucesor, que por cierto se difirió todavía bastantes meses, á causa de haberse detenido en la corte de Nápoles. Luego que llegó Floridablanca, y despues de haberle acompañado Grimaldi al primer consejo de gabinete, despidióse de una corte en que habia hecho por diez y siete años el papel de primer ministro: el rey le despidió con nuevas demostraciones de estimacion y aprecio, y por último, despues de haber salido recompensó su mérito y sus servicios otorgándole la grandeza de España con título de duque para sí y sus herederos, cuya noticia le fué enviada por un correo extraordinario que le alcanzó en Medina del Campo, donde habia ido á pasar unos dias con su antiguo amigo el marqués de la Ensenada, que como hemos dicho en otro lugar, vivia allí retirado.

Con la salida de Grimaldi se verificó lo que hacia mas de veintidos años que no se veia en España, y por lo tanto se miró como una cosa extraña y singular, á saber, que todos los ministros que quedaron eran españoles: rara vez habia sucedido desde el principio del siglo.

Epoca fué esta de mudanzas notables en el personal de los gobiernos que estaban mas en relacion y contacto. Acabamos de ver las que hubo en los gabinetes de Francia y España. En Nápoles los desarreglos y desórdenes de aquel palacio, la dissipacion y los caprichos de aquellos reyes, los paseos nocturnos con innobles disfraces desdorosos de la majestad, los bailes, juegos y cabalgatas, los enredos de criados inferiores y gente baladí, las influencias de damas disolutas, y otras fealdades que obligaron á Carlos III á reprender muchas veces al rey su hijo, y á María Teresa de Austria á reconvenir á la reina su hija, ocasionaron grandes amarguras al marqués de Tanucci, y produjeron la salida de aquel antiguo ministro (1776), que lo habia sido ya de Carlos III, cuando fué rey de las Dos Sicilias, que cuando vino á España le transmitió como su herencia á su hijo Fernando, y á quien ahora, aun despues de caido, continuó dispensándole la misma confianza de siempre y consultándole en los negocios y casos mas importantes y difíciles (2).

Al propio tiempo poco mas ó menos ocurrió en Portugal haber sido acometido el rey José I del ataque de apoplejía que le dejó sin habla y concluyó por llevarle al sepulcro (4 de febrero, 1777). La reina María Ana Victoria su esposa, hermana de Carlos III de España y señora de muy altas prendas, y que durante la enfermedad del rey gobernaba el reino, aprovechó aquella ocasion para deshacerse del célebre ministro Pombal, el cual no tardó en salir como desterrado para sus posesiones, llevando tras sí el odio del pueblo y la execracion de la nobleza portuguesa, contra la cual se habia cruelmente ensangrentado, y que no sin razon le miró por largos años como su desapiadado verdugo. Sobraba tambien justicia á la reina para aborrecer á Pombal, porque este ministro, además de las cualidades personales que le hacian odioso, concibió el proyecto de excluir las hembras de la sucesion á la corona, logró el consentimiento del rey, y tenia ya preparada el acta de renuncia de la princesa su hija que habia de transmitir la

herencia del trono al príncipe del Brasil su nieto. Pero descubierta á tiempo el secreto, y declarando Carlos III de España su resolucion de sostener con la fuerza los derechos de su sobrina, conjuróse la trama, y á la muerte de José heredó la princesa sin oposicion el trono.

Diremos algo, en beneficio del orden y de la claridad histórica, y como complemento de los acontecimientos exteriores, objeto de la narracion de este capítulo, de cómo influyó la caída de Pombal en el arreglo de la grave cuestion pendiente entre Portugal y España. Empeñado aquel ministro en extender los límites portugueses en las colonias del Nuevo Mundo, asunto de inveterada disputa entre las dos naciones, habia, sin declaracion de guerra, enviado una escuadra con nueve regimientos y gran tren de artillería á Río Grande, la cual derrotó una division española de Buenos-Aires y se apoderó de varios fuertes. España por su parte acercó tropas á la frontera de Portugal, envió refuerzos á América, y notificó á Francia haber llegado el caso de prestarle el apoyo estipulado en el Pacto de Familia. Portugal acudió á Inglaterra; mas en tanto que se discutia este negocio entre las potencias que habian de ser como mediadoras, del puerto de Cádiz se daba á la vela (noviembre, 1776) con direccion á los establecimientos portugueses del Nuevo Mundo una escuadra española de doce buques de guerra á cargo del marqués de Casa-Tilly, con nueve mil hombres de desembarco al mando de don Pedro Ceballos, antiguo gobernador y capitán general de Buenos-Aires. El principal punto de ataque era la isla de Santa Catalina en las costas del Brasil, importante por su proximidad á Río Janeiro. Los portugueses, que hubieran podido defender fácilmente la entrada del puerto, porque tenian para ello naves y fuerzas sobradas, y las costas eran de difícil acceso, abandonaron cobardemente la fortaleza de Santa Cruz, y se retiraron á lo interior del país perseguidos por los españoles, porque su escuadra tambien huyó precipitadamente. El resultado de esta extraña conducta fué quedar todas sus tropas prisioneras de los españoles, apoderarse estos de la isla, dirigirse despues al rio de la Plata, y ocupar la colonia del Sacramento, objeto de las interminables discordias, con otras varias islas y establecimientos portugueses situados en aquellas partes.

Ocurrió en esto la muerte de José I y la destitucion del ministro Pombal, lo cual unido al agradecimiento de la nueva soberana á Carlos III su tío por el apoyo que le habia prestado en el asunto de la sucesion, necesariamente habia de producir un cambio en las relaciones de ambas potencias. En efecto, se convino inmediatamente en una tregua, y se entró en negociaciones bajo los mas favorables auspicios. La corte de Lisboa, desesperanzada de recibir auxilios de Inglaterra, conoció su debilidad; y Carlos III, contento con la recuperacion del territorio que habia sido siempre la manzana de la discordia entre las dos naciones, accedió á celebrar un tratado de límites que sobre aquella base arreglase definitivamente los puntos que motivaban las antiguas desavenencias. Este tratado se firmó en San Ildefonso (1.º de octubre, 1777) por el nuevo ministro de Estado español y el plenipotenciario portugués. Por él cedia Portugal á España la colonia del Sacramento, y con ella la navegacion del rio de la Plata, del Paraguay y Paraná: para el arreglo de límites entre el Brasil y el Paraguay cedia España una parte del territorio en la Laguna Grande y Mairin que antes habia reclamado; y para la designacion de los que se habian de fijar entre el Brasil y el Perú cedió tambien España una vasta porcion de territorio al sudeste del Perú, que formaba la mayor parte del país de las Amazonas, devolvía tambien la isla de Santa Catalina, y Portugal renunciaba al derecho que alegaba tener á las islas Filipinas por la línea divisoria de la famosa bula de Alejandro VI (3). Y por último este tratado fué la base de otra mas estrecha alianza que se estipuló despues (24 de marzo, 1778), y en que no solo se ajustó una union comercial y política entre ambas naciones, sino que se formó otra especie de pacto ó convenio de familia, por el que se declaraba, que tanto en la paz como en la guerra se considerarian Portugal y España

(1) Armona, Noticias privadas de casa, P. III.

(2) Consérvase larga correspondencia sobre esto entre Carlos III, Tanucci y Losada.

(3) Coleccion de Tratados.—Beccatini, Vida de Carlos III.—Silva, Historia de Portugal, tomo III.



como si fueran naciones pertenecientes á un mismo soberano, garantizándose recíprocamente sus territorios respectivos tanto en Europa como en la América del Sur, conforme al tratado de límites de 1777.

Obra fueron estos tratados del nuevo ministro conde de Floridablanca, que inauguró con este tino y esta fortuna su ministerio. Mucho se esperaba de su talento y habilidad, y el conde de Aranda dió una honrosa prueba del alto concepto en que tenía á Moñino, pues con ser el jefe reconocido del partido opuesto, le escribió desde París dándole la enhorabuena por su nombramiento, en términos los mas lisonjeros y afectuosos, felicitándole de corazón y diciéndole entre otras cosas, «que las historias le harían justicia inmortalizándole (2).»

## CAPITULO X

### Colonizacion de Sierra-Morena

DE 1766 Á 1778

Orígen de las nuevas poblaciones de Andalucía.—Proposición del alemán Thurriegel para traer colonos extranjeros.—Condiciones de la contrata ajustadas con Campomanes.—Real cédula, con la instrucción del régimen y administración de las futuras colonias.—Nombramiento de Olavide para director y superintendente de ellas.—Antecedentes é ideas de Olavide.—Fundación de poblaciones.—Aspecto risueño de la comarca.—Quejas sobre abusos.—Visita que se manda girar.—Informes.—Defiéndose Olavide, y es repuesto en la superintendencia.—Halagüeños resultados de la colonización.—Nueva persecución contra Olavide.—Es delatado á la Inquisición por hereje.—Proceso que se le forma.—Sentencia y autillo de fe.—Va á cumplir su penitencia á un convento.—Sale con licencia á baños y se fuga á Francia.—Vicisitudes de su vida.—Se convierte.—Escribe el *Evangelio en triunfo*.—Cómo logró volver á España.—Su muerte.

Uno de los caracteres que mas distinguen y que mas honran el reinado de Carlos III de Borbon es el impulso y fomento que recibieron todos los ramos que constituyen ó la riqueza, ó el bienestar, ó el buen orden administrativo, ó la cultura y civilización de un pueblo; bienes todos que marchan comunemente aunados por la íntima cohesión que tienen entre sí, y á cuyo mejoramiento consagró sus desvelos aquel monarca con una solicitud digna de encarecimiento y elogio. Desde los reyes Católicos Fernando é Isabel, no hallamos una época ó período histórico de nuestra nación en que vuelva á verse, como se vió entonces, la mano benéfica y protectora del soberano en todas y en cada una de las materias cuyo conjunto forma la buena y concertada administración de un país, hasta el reinado de Carlos III. Pragmáticas, cédulas, provisiones, decretos, órdenes y autos acordados encuentra el historiador en abundancia, en tiempo del tercer Carlos como en el de la primera Isabel, para el fomento ó mejora de todo lo que pudiera contribuir á la pública prosperidad.

De las principales medidas y providencias de esta índole expedidas en los primeros años de este reinado hicimos ya mérito en los primeros capítulos de este libro. Al enlazar ahora aquellas con las que siguieron siendo objeto de la solicitud del monarca y de sus ministros y consejeros en el período que acabamos de consagrar á la narración de sucesos de otra naturaleza, preséntase en primer término, en orden y en importancia, el célebre establecimiento de las poblaciones de Sierra-Morena y de Andalucía. Y es ciertamente notable y digno de reparo, que al mismo tiempo que Carlos III despoblaba en una sola noche centenares de conventos españoles, y enviaba los religiosos que los habitaban á acabar sus días en islas y tierras extrañas, hacia venir á España y traía de apartadas regiones seis mil labradores y artesanos extranjeros á colonizar, poblar y cultivar los incultos, enmarañados y peligrosos desiertos de Sierra-Morena, y á convertir en fértiles y amenas campiñas aquellos agrestes y vastos matorrales, guarida de bandoleros y terror de pacíficos transeúntes y de trajinantes afanosos.

(0) Carta de Aranda á Floridablanca, de París 26 de noviembre de 1776.—Floridablanca contestó á Aranda desde Roma en 18 de diciembre, y desde Madrid en 24 de febrero de 1777.

No era nuevo el pensamiento de traer colonos extranjeros á España, al modo que los ingleses los empleaban en la Nueva Escocia, y la emperatriz-reina María Teresa en sus plantaciones de Hungría. Proyecto de ello había tenido en 1749 el marqués del Puerto, ministro de España en la Haya, y comunicaciones habían mediado con el marqués de la Ensenada sobre el particular: mas la idea no llegó á realizarse. Reprodújola bajo otra forma en 1766 un oficial bávaro Juan Gaspar Thurriegel, que después de haber servido á las órdenes del rey de Prusia vino á España á establecer una fábrica de espadas. Este aventurero proyectista hizo la proposición de traer á España seis mil colonos católicos, alemanes y flamencos. El rey le dió bastante importancia para hacerla examinar en junta de ministros y pasarla en consulta al Consejo de Castilla, sobre cuyo dictamen (26 de febrero, 1767) se dispuso que el fiscal Campomanes arreglara con Thurriegel las condiciones de la contrata, siendo una de ellas la de que la colonia se había de establecer en Sierra-Morena, punto en efecto á propósito para el objeto, por su situación para las comunicaciones, por la naturaleza de su suelo, y hasta por sus recuerdos históricos ó tradicionales. Convenidas entre Campomanes y Thurriegel las bases del ajuste, aprobadas por el Consejo con ligeras modificaciones, y elevadas en su virtud á contrato (30 de marzo, 1769), partió el empresario para Alemania, á ponerlas en ejecución por su parte, muy agradecido á la buena acogida que había encontrado en la corte española.

A los pocos meses se publicaba la real cédula en que se prescribía todo lo que había de observarse concerniente al establecimiento, régimen, administración y gobierno de las nuevas colonias, sobre la base de seis mil colonos que habían de venir, por mitad labradores y artesanos de ambos sexos, con determinación del número que había de corresponder á cada edad. Consta aquella provision de setenta y nueve capítulos, de los cuales es indispensable conocer los mas esenciales. Después de prescribir que el primer cuidado había de consistir en que los sitios fuesen sanos, bien ventilados y sin aguas estancadas, se prevenía que cada población hubiera de constar de quince, veinte ó treinta casas á lo mas, dándoles la extensión conveniente, é inmediatas á la hacienda de cada poblador, para que la pudiera arar y cultivar sin perder tiempo en ir y venir á las labores.—«A cada vecino poblador (decía el capítulo 8.º) se le dará, en lo que llaman navas ó campos, cincuenta fanegas de tierra de labor, por dotación y repartimiento suyo: bien entendido, que si alguna parte del terreno del respectivo lugar fuese regadío, se repartirá á todos proporcionalmente lo que les cupiere, para que puedan poner en él huertas ú otras industrias proporcionadas á la calidad y exigencia del terreno.—En los collados y laderas (decía el 9.º) se les repartirá además algun terreno para plantíos de árboles y viñas, y les quedará libertad en los valles y montes para aprovechar los pastos con sus vacas, ovejas, cabras, etc.—Del valor de estas tierras ó suertes se tomaría noticia (al tenor del capítulo 10) para imponerles un corto tributo á favor de la corona con todos los pastos enfiteúticos, debiendo permanecer siempre en poder de un solo poblador útil, sin poder empeñarse, cargar censo, vínculo, fianza, tributo ni gravámen alguno sobre estas tierras, casas, pastos y montes.»—Las poblaciones habían de distar entre sí como un cuarto de legua, y cada tres, cuatro ó cinco de ellas formarían feligresía ó concejo con un párroco, un alcalde ó un personero comun para todas y un regidor por cada una (capítulos 13 y 14).—En el centro de ellas, y en paraje oportuno se construiría la iglesia con habitación para el párroco, casa de concejo y cárcel.—El párroco ha de ser por ahora (decía el 18) del idioma de los nuevos pobladores; aplicándoseles, además del situado, las capellanías que quedan vacantes en los colegios que fueron de los jesuitas (capítulo 20).—Se conceptuaban sitios á propósito para la nueva población todos los yermos de Sierra-Morena, señaladamente en los términos de Espiel, Hornachuelos, Fuenteovejuna, Alanís, el Santuario de la Cabeza, la Peñuela, la Aldehuela, la Dehesa de Martinmalo con todos los términos inmediatos (capítulo 25), y generalmente donde quiera que en el ámbito de la Sierra y sus faldas juzgase oportuno el superintendente.

Habían de promoverse los casamientos de los nuevos pobla-



dores con españoles de ambos sexos, para irlos identificando mas pronta y fácilmente con la nacion; «pero no podrá ser por ahora (capítulo 28) con naturales de los reinos de Córdoba, Jaén, Sevilla, y provincia de la Mancha, por no dar ocasion á que se despueblen los lugares comarcanos, en lo cual habrá el mayor rigor de parte del superintendente y sus subalternos.» —Se daba al superintendente la facultad de sacar para estos enlaces los expósitos de los hospicios del reino, así como para colocar y proveer al alimento y crianza de los niños y niñas de tierna edad, interin se construian las viviendas.—Se prevenia cómo habian de suministrarse muebles, granos, aperos y ganados de labor á los artesanos segun su oficio, de ropa de cama, y de vajilla tosca de barro, aplicándoles tambien la que existia en las casas de la extinguida Compañía de Jesus. A cada familia se distribuirian además dos vacas, cinco ovejas, cinco cabras, cinco gallinas, un gallo y una puerca de parir, y se le surtiria de grano y legumbres en el primer año para su subsistencia y para sembrar (capítulos 30 á 45).—Dos años se daban de plazo para que cada vecino pudiera tener corriente su casa, roturado y cultivado el terreno de su repartimiento; y de no hacerlo así, se le reputaria por vago, y se le aplicaria al servicio militar ó de la marina, ó á otro destino conveniente.—En estos dos años no pagarian los colonos pension alguna ni cánón enfiteutico á la real hacienda, con exencion de diezmos por espacio de cuatro años, y de diez para los tributos y cargas concejiles, con obligacion de permanecer en sus respectivos lugares, y no trasladarse á otros domicilios, ni ellos ni sus hijos ó domésticos, ni dividir las suertes aunque fuese entre herederos (capítulos 54 á 61), ni menos enajenarlas en manos muertas, sino pasar íntegras é indivisas de padres á hijos ó pariente mas cercano, «que no tenga otra suerte, para que no se unan dos en una misma persona.»—Obligábase á los pobladores de cada feligresía ó concejo á ayudar á la construccion de iglesias, casas capitulares, cárceles, hornos y molinos, como destinados á la utilidad comun, y cuyos productos quedarian aplicados para propios del concejo (capítulos 70 y 71).

«Todos los niños (decia el capítulo 74) han de ir á las escuelas de primeras letras, debiendo haber una en cada concejo para los lugares de él, situándose cerca de la iglesia para que puedan aprender tambien la doctrina y la lengua española á un tiempo.»—«No habrá estudios de gramática en todas estas nuevas poblaciones, y mucho menos de otras facultades mayores, en observancia de lo dispuesto en la ley del reino, que con razon los prohibe en lugares de esta naturaleza, cuyos moradores deben estar destinados á la labranza, cria de ganados, y á las artes mecánicas, como nervio de la fuerza de un Estado (capítulo 75).»—«Se observará á la letra (capítulo 77) la condicion 45 de millones, pactada en córtes, para no permitir fundacion alguna de convento, comunidad de uno ni otro sexo, aunque sea con el nombre de hospicio, mision, residencia ó granjería, ó con cualquier otro dictado ó colorido que sea, ni á título de hospitalidad, porque todo lo espiritual ha de correr por los párrocos y ordinarios diocesanos, y lo temporal por las justicias y ayuntamientos, inclusa la hospitalidad.»—Se podrian trasladar tambien á estas poblaciones (capítulo 78) algunas de las boticas que existian en los suprimidos colegios de los regulares de la Compañía (1).

Tal era en resúmen la instruccion para el establecimiento y gobierno de las nuevas poblaciones de Sierra-Morena, obra del ilustrado fiscal del Consejo don Pedro Rodriguez de Campomanes. La superintendencia de las colonias, junto con la asistencia de Sevilla, se dió á don Pablo Olavide, con autoridad amplia, y facultad para subdelegar en una ó mas personas, con absoluta inhibicion de todos los intendentes, corregidores, jueces y justicias, y con sujecion únicamente al Consejo en la sala primera de gobierno, y en lo económico á la superintendencia general de la Real Hacienda.

Era Olavide hombre de talento y capacidad. A la edad de veinte años obtuvo plaza de magistrado en la audiencia de Lima, su patria, de donde vino á España llamado por el gobierno de Fernando VI con motivo de quejas y acusaciones que allá le hicieron sus paisanos sobre restitution de cauda-

les (2). Llegado que hubo á Madrid, fué arrestado en su casa, obligósele al pago de varias sumas, y por último se le privó de la toga. Los disgustos, el abatimiento y la falta de ejercicio quebrantaron su salud en términos, que el gobierno hubo de permitirle trasladarse á Leganés á tomar aires. Su talento y sus prendas personales hicieron que se le aficionase allí una opulenta viuda, con quien se unió en matrimonio (3). Cambió con esto enteramente la posicion y hasta la salud de Olavide: viajó por Francia, y de vuelta á Madrid su instruccion literaria llamó la atencion pública: introdujo en el teatro español la representacion de comedias francesas: el conde de Aranda, que le distinguió mucho, porque marchaban acordes en ideas, le encargó la redaccion de un plan de educacion para la juventud: otros muchos magnates frecuentaban su casa, que se hizo el centro de elegantes festines, y donde se representaban piezas dramáticas, ú originales suyas, ó traducidas por él: desahogado á los jesuitas desde su juventud, ayudó á Aranda en sus medidas contra aquellos regulares, despues de cuya expulsion fué nombrado síndico de Madrid: su erudicion y sus viajes á Paris le habian proporcionado entrar en relaciones con los principales filósofos de aquella nacion, y se correspondia con Voltaire, el cual en una de sus cartas le decia: *Seria de desear hubiese en España cuarenta hombres como vos* (4).

Tal era el hombre escogido por Carlos III para dirigir la nueva colonia sobre cuya fundacion habia él mismo instado, y aun escrito una curiosa memoria ó informe con ideas muy luminosas. Trasladado Olavide á Sierra-Morena, con los ingenieros, agrimensores y operarios correspondientes, enviados por el empresario Thurriegel algunos colonos, y ayudado de comisionados ricos que se brindaron á auxiliarle desinteresadamente, dióse principio y se prosiguieron los trabajos de desmonte y construccion con tal ahinco, que muy pronto se vieron formadas once feligresías y trece poblaciones cerca del camino que de la Mancha desemboca en Andalucía, y del que de esta provincia conduce á Valencia, al tenor de la instruccion. Puso Olavide á una de ellas el nombre de *La Carolina*, en honra y memoria de su soberano. Y dando luego mas extension al plan, quiso poblar tambien el desierto de la Parrilla, no menos terrible y peligroso que Sierra-Morena, y fundó las poblaciones de *La Carlota* y *La Luisiana*, aquella entre Córdoba y Ecija, esta entre Ecija y Carmona, con otras ocho aldeas contiguas.

Concluidas unas poblaciones, comenzadas otras, y otras á medio formar, antes del año presentaba ya el país un aspecto risueño, viendo convertidos ásperos jarales en poblaciones regularizadas y heredades divididas por arboledas tiradas á cordel. Y aunque aquello no fuese todavía sino una muestra de lo que podria ser en lo futuro, representábase ya á algunas imaginaciones con todo el ideal de la belleza, de la lozanía y del encanto, y se hacian de ello pinturas y descripciones seductoras, y no faltaban ya elogios para el autor y director de aquella trasformacion. Mas tampoco faltaba quien mirándolo bajo un aspecto diametralmente opuesto, representara al rey (14 de marzo, 1769), que las labores iban mal dirigidas, que las casas se desmoronaban, que los colonos eran maltratados, que carecian de pasto espiritual en varios pueblos, y que las

(2) El origen y fundamento de aquellas acusaciones fué el siguiente: En el gran terremoto de Lima de 1746, que destruyó tantos edificios y derramó la consternacion mas espantosa sobre aquella desgraciada ciudad, el jóven Olavide se distinguió por los importantísimos servicios que con riesgo de su vida hizo á sus conciudadanos en aquella noche aciaga, salvando muchas víctimas, por lo que mereció que se le nombrara para dirigir las excavaciones, haciéndole depositario de todos los caudales que se extrajeran de los escombros. El jóven oidor devolvió con religiosidad todas las cantidades que le fueron reclamadas probando su pertenencia, mas como quedase todavía un remanente considerable, usando de las facultades que se le habian conferido, lo invirtió en la construccion de una iglesia y de un teatro. Esta inversion, que se miró como inconveniente y arbitraria, fué el principio de las acusaciones de sus compatriotas.

(3) Doña Isabel de los Ríos, viuda de dos ricos capitalistas.

(4) Encuéntrase una biografía de Olavide en el Semanario Pintoresco español, segunda serie, tomo IV. Año 1842: y otra hay en el Diccionario francés de la Conversacion, tomo XLI, escrita por Aubert de Vitry, que le conoció y trató, y confirma estas noticias. Fernán Nuñez da tambien bastantes de este personaje.

(1) Real cédula de 5 de julio de 1767: Coleccion de Sanchez.



colonias estaban en desórden, pidiendo que se girara una visita en averiguacion de los abusos que se denunciaban. El autor de esta representacion fué el suizo José Antonio Yanch, que habia traído de su patria á las colonias doce familias, de ciento que habia contratado. La denuncia surtió su efecto; examinada por cuatro consejeros de Castilla, produjo el envío de un visitador á las colonias (1). Noticioso Olavide de este paso, que tanto afectaba á su honra, escribió al ministro de Hacienda Muzquiz, contradiciendo una por una las acusaciones de Yanch, y rogándole encarecidamente que se prohibiera al suizo salir de España hasta que el visitador examinara la conducta de cuantos habian intervenido en la formacion de las colonias; porque si hemos delinquido ú errado, decia, seremos dignos de castigo ó de desprecio; pero si los asertos de Yanch fuesen calumniosos, justo será tambien que se le escarmiente para que aprendan otros á no insultar á los buenos servidores del rey (2). A pesar de esto, la órden de visita se expidió, y lo que se hizo fué encargar tambien al obispo de Jaen, á don Ricardo Wal y al marqués de la Corona, inspeccionasen privada y reservadamente las nuevas poblaciones, é informasen sobre su estado, y sobre los puntos que eran objeto de la acusacion.

Aunque alguno de estos informes no fueron favorables á Olavide, porque la delacion de Yanch no era del todo infundada, volvió aquel, por nueva real órden, en que se elogiaba su actividad y celo (18 de agosto, 1769), á encargarse de la superintendencia. Pues si bien era cierto y grave el cargo de la falta de sacerdotes alemanes, necesitando los colonos de aquella nacion de intérprete hasta en el tribunal de la penitencia, la causa de los demás abusos consistia en que el contratista Thurriegel habia enviado gran parte de gente viciosa, discola y vaga, que hacia necesario el rigor por parte de los comisionados, y esto á su vez producía deserciones y daba ocasion á desórdenes. Llamado mas adelante Olavide á la corte, y oídas sus explicaciones en junta de consejeros, estudiados y cotejados detenidamente todos los datos, noticias y opiniones, queriendo la junta cortar de raiz todos los abusos y quejas, acordó que se redactasen y diesen al superintendente nuevas instrucciones, que aprobadas por el rey (16 de enero, 1770), y sin hacer cuenta del voto particular del marqués de la Corona, se transmitieron á Olavide para su cumplimiento y ejecucion. Del acierto que presidió á estas instrucciones y del buen desempeño del ejecutor certificaron los resultados, pues en el otoño de aquel mismo año pudo probar que la reciente cosecha habia ascendido á ochenta y tres mil setecientas ochenta y seis fanegas de todos granos, dejándola íntegra á los que solo recolectaron lo suficiente para su sustento, y comprando á los que cogieron mas para socorrer á los que carecian de lo necesario: que se habian distribuido mas de tres mil vestidos, y mayor número de camisas: que así las casas de los colonos como los edificios públicos estaban concluidos, si bien los corrales no se habian hecho por el mucho gasto, ni completado todavía el número de ovejas y de vacas que se habia de distribuir á cada colono. En fin, el informe pareció tan satisfactorio al Consejo, que á propuesta del fiscal acordó se dieran las gracias á Olavide por su actividad y celo, exhortándole á que continuara observando la misma conducta, cuya providencia se le comunicó con aprobacion de S. M. (16 de enero de 1771). Hasta el mismo delator Yanch concluyó por traer hasta el completo de las cien familias suizas á que se habia obligado, que fué como una retractacion tácita de sus anteriores acusaciones, ó por lo menos daba á entender que habian cesado los motivos de sus quejas (3).

Mas si de esta persecucion vino á salir triunfante Olavide, no tuvo tan buena fortuna en la que mas adelante le suscitaron, de otro carácter y naturaleza. Cuatro años trascurrieron, durante los cuales marchaban en progreso las nuevas pobla-

ciones, sin que su director hubiera sido de nuevo molestado, y corria ya el de 1775 cuando fué delatado al tribunal del Santo Oficio por hereje, ateo y materialista. Hizo la delacion fray Romualdo de Friburgo, prefecto ó jefe de los padres capuchinos que de Suiza habian sido traídos para que diesen el pasto espiritual á los colonos extranjeros, y á cada uno de los cuales señaló y suministraba el superintendente cinco mil reales anuales para su congrua sustentacion, estipendio muy suficiente, atendido el que por lo comun gozaban otros párrocos en España, y por tal le tuvo y conceptuó el Consejo, aunque de ser escaso se quejasen aquellos religiosos. La delacion no carecia de fundamento, bien que en ella se mezclase parte de fanatismo, parte de encono y venganza personal, impropia de quienes vestian tal hábito y profesaban tan estrecha regla.

El fundamento era, que imbuido Olavide en las máximas y doctrinas de Voltaire y de Rousseau, sus amigos y correspondientes, solia hablar con sus colonos de la manera que aquellos filósofos pudieran hacerlo acerca de las prácticas exteriores del culto católico y de los mandamientos y prescripciones de la Iglesia, tales como el ayuno cuadragesimal, los sufragios por los difuntos, el rosario, la limosna de las misas, los sermones, la administracion de ciertos sacramentos, y otras ceremonias y prácticas cristianas; y como no era teólogo, segun él mismo despues decia, fácilmente en estas conversaciones se le deslizarian sin advertirlo ni conocerlo proposiciones que fuesen verdaderamente heréticas. La ignorancia y el fanatismo estaban en mezclar con estas acusaciones la de que prohibia que las campanas tocaran á nublado, que defendia el movimiento de la tierra, que no consentia enterrar los cadáveres sino en los cementerios, que permitia á los colonos divertirse y bailar en las tardes de los dias festivos, con que perdian de ir á la iglesia, y otras semejantes. Parte tuvo en la delacion la ojeriza y venganza personal, porque entre aquellos capuchinos habia algunos indóciles y discolos que se negaban á obedecer y someterse á la jurisdiccion del vicario, y en vez de aquietar sugerian quejas á los colonos. Con ellos solia tener frecuentes desazones Olavide, y de su conducta hacia tiempo se habia quejado al fiscal del Consejo. Distinguiase entre todos por lo dominante, arrebatado y bilioso el mismo P. Friburgo, de lo cual habian dado aviso al gobierno el vicario y el subdelegado general en Sierra-Morena, y entre el superintendente y él habian mediado frecuentes desazones.

Como quiera que fuese, no podia continuar al frente de la direccion de las colonias el hombre contra quien se habian lanzado cargos tan graves y de tal naturaleza. El rey no pudo negar al Consejo de Inquisicion el permiso para procesarle, y Olavide fué llamado á la corte. Informado del motivo de su comparecencia, dirigió al ministro de Gracia y Justicia una sentidísima carta (7 de febrero, 1776), en que tras repetidas protestas de su catolicismo, y de que por la religion católica derramaria la última gota de su sangre, y de que en sus conversaciones y disputas, aun con el mismo P. Friburgo, nunca habia hablado de los puntos fundamentales de la religion, sino de cosas meramente opinables, dispuesto no obstante á detestar sus errores en el momento que se le hiciera conocerlos, lamentaba profundamente verse denunciado como irreligioso, expuesto á llevar una nota oprobiosa, é imploraba en tan lamentable trance, las luces, el consejo y la proteccion del ministro para conjurar la tempestad que amenazaba sobre su cabeza. Mas ni los buenos deseos del ministro Roda, ni los del mismo inquisidor general don Felipe Beltran, obispo de Salamanca, varon docto y santo, á quien remitió con cierta confianza la persona y el escrito de Olavide, bastaron ya á detener el curso del proceso que habia comenzado, y el acusado fué recluso en las cárceles del Santo Oficio.

Aprovecharon este suceso los enemigos de las colonias, que los habia de varias especies, para propalar la voz de que en el próximo verano iban á ser despedidos todos los extranjeros á peticion de los pueblos comarcanos, entre los cuales se distribuirian las tierras, casas y ganados. Produjo esto el desánimo que era natural en los colonos, y que buscaban sin duda los enemigos del establecimiento: suspendieron sus faenas, y muchos enajenaban y malvendian sus quiñones, ganados y

(1) Fué nombrado al efecto don Pedro Perez Valiente.

(2) Cartas de Campomanes y de Olavide á Muzquiz, marzo y abril de 1769.

(3) El expediente del establecimiento de estas colonias existe en el ministerio de la Gobernacion, donde se pueden ver documentos curiosos sobre la materia.



haber. Con indignación supo el rey que se difundían rumores tan mal intencionados y tan ofensivos á su real persona y palabra, y en una real orden que sin demora se hizo comunicar á los colonos (23 de mayo, 1776), y que se mandó leer por tres días de fiesta consecutivos en todas las iglesias de las nuevas poblaciones al concluir la misa, se amenazaba con terribles castigos á los autores de tan abominables calumnias en el momento que fuesen descubiertos, con lo cual se tranquilizaron algún tanto los pobladores, bien que ya no pudieran remediarse el perjuicio y atrasos que había sufrido la colonización.

Había entre tanto seguido su curso el proceso inquisitorial de Olavide, y concluido que fué, se señaló para su vista la mañana del 24 de noviembre de 1778. El tribunal convidó á aquel *autillo de fe* (que se celebró á puerta cerrada en las salas de la Inquisición) á sesenta personas condecoradas, ministros de los Consejos, grandes de España, superiores de las órdenes religiosas, y otros personajes ilustres, de varios de los cuales había sospecha de que pensaban como el reo, y eran sus amigos; arbitrio disimulado y político que se buscó para que el acto que iban á presenciar les sirviese de una corrección indirecta, y testimonio al propio tiempo de cómo había ido suavizándose la aspereza de aquel tribunal. Salíó Olavide al auto, llevando en la mano la vela verde apagada, pero sin el sambenito y la soga al cuello, porque el inquisidor general le había dispensado de esta humillación. Habíasele acusado hasta de ciento sesenta y seis proposiciones heréticas, y examinado cerca de ochenta testigos, leyóse el extracto de la causa, cuya lectura duró mas de tres horas, y como en ella se dijese que muchos de los capítulos resultaban probados: *Yo nunca he perdido la fe*, exclamó, *aunque lo diga el fiscal*. Al leerle la sentencia, en que se le declaraba por hereje formal, se cayó del banquillo en que por dispensación se hallaba sentado. Se le levantó y socorrió, y pasado que hubo el vahido se arrojó, leyó y firmó su profesión de fe, se le absolvió de la excomunión, y se le retiró á la cárcel. La sentencia le condenaba á reclusión por ocho años en un convento bajo las órdenes de un director espiritual de la confianza del inquisidor decano, para que le instruyera en los dogmas y misterios de la religión y le ocupara en prácticas y ejercicios religiosos cotidianamente; destierro perpetuo de Madrid, sitios reales, Sevilla, Córdoba y Nuevas poblaciones; confiscación de bienes; inhabilitación de obtener empleos y oficios honoríficos, de cabalgar en caballo, llevar en los vestidos oro, plata, perlas, diamantes ni otras joyas, ni vestir seda ó lana fina, ni otra materia que no fuera sayal ó paño burdo (1).

Cumplió el sentenciado su condena escasos dos años, primeramente en el colegio de misioneros de Sahagún, después en el de capuchinos de Murcia (2), donde se le permitió trasladarse por ser país mas templado y conveniente á su constitución. Obtuvo luego licencia para ir á los baños de Busot en Valencia, y después á los de Caldas en Cataluña por tiempo de dos meses (octubre, 1780), sin otra precaución para la seguridad de su persona que su sola palabra; de cuya confianza abusó fugándose á Francia, so pretexto de que los médicos le habían aconsejado aquellas aguas y dando por supuesto el permiso, según desde Girona escribió al inquisidor general (1.º de noviembre, 1780). Fué muy bien recibido en Tolosa por su amigo el barón de Puymaurin, gobernador de aquella provincia; los filósofos franceses llenaron de elogios al refugiado y de injurias al gobierno español, con cuyo motivo reclamó este la entrega de su persona, pero negóse á la extradición el ministro de lo Interior Vergennes. Vuelto á reclamar con insistencia, el gobierno francés tuvo la debilidad de acceder (1781), y Olavide la fortuna de salvarse siete horas antes que fuesen los alguaciles á prenderle, merced á aviso que de ello tuvo Puymaurin por el obispo de Rhodéz M. Colbert. El emigrado

español se refugió en Ginebra, donde vivió algunos años bajo el título supuesto de conde de Pilo.

Muchas fueron las vicisitudes por que pasó en su expatriación este hombre célebre, pero en sus satisfacciones, como en sus amarguras, que fueron mas, tuvo siempre el consuelo de saber que Carlos III y el gobierno español llevaban adelante la grande obra de la colonización de Sierra Morena y la Parrilla en que él había tenido una parte tan principal, y en este concepto, prescindiendo de otros en que se puede considerar á Olavide, la agricultura, la industria y la civilización española le debieron beneficios de que conservará siempre el país gratos recuerdos (3).

(3) Merece ser conocido el resto de la vida del famoso director de las colonias de Andalucía. Desde Ginebra, donde le dejamos en el texto, con motivo de la gran revolución que sobrevino en Francia, pasó á París, y tomó una parte en aquellos acontecimientos, en premio de lo cual la Convención le confirió algunos cargos y le dió el título de *ciudadano adoptivo de la república francesa*. Como aun conservase una buena parte de su fortuna, la empleó en bienes nacionales, y principalmente en una finca perteneciente á los hospitales de Orleans. A pesar de todo, parece que los horribles episodios de aquella revolución sangrienta hicieron gran sensación en su ánimo, y llenaron de terror su alma, cuyas pasiones habían ido ya calmando los años y la experiencia. Huyendo de aquellas terribles y trágicas escenas, se retiró al pueblo de Meung en compañía de su amigo M. Couttelay Dumolay. Cuando allí comenzaba á reconocer sus errores y extravíos, y á hacer un género de vida opuesto á la anterior, vióse preso una noche (del 15 al 16 de abril de 1794) por orden del Comité de salud pública, y conducido á la cárcel de Orleans.

En aquella reclusión, desprovisto de todo consuelo humano, fué donde acabó de arrojarse en brazos de la religión, y donde comenzó á escribir una apología razonada del cristianismo, que concluyó mas adelante en casa de un amigo, en el Blesois, y que tituló *El Evangelio en triunfo*, la cual se publicó en Valencia en 1797. Si bien en el principio se miró esta obra con algún recelo por ser de quien era, y por la energía con que presentaba los argumentos de los incrédulos para contestarles y convencerlos después, indudablemente vertía en ella, á veces con sublimidad, los sentimientos religiosos mas puros, y consiguió excitar las simpatías de sus amigos y desvanecer las prevenciones de muchos de sus enemigos en España. En su virtud solicitó el permiso para volver á su patria, en una representación que dirigió á Carlos IV que ocupaba ya el trono de Castilla. El rey pasó este papel á informe del inquisidor general, arzobispo de Burgos.

Tenemos á la vista copia de este informe (su fecha, 22 de mayo 1798), sacada por nosotros del archivo de Simancas, y de cuyo importante documento, así como de la resolución de S. M. no ha hecho mención ni historiador ni biógrafo alguno que sepamos.—«Bien considero (decía entre otras cosas aquel prelado), que don Pablo de Olavide tiene hoy á su favor el concepto público de arrepentido, y aun de fortalecido en la fe de Jesucristo, como manifiesta la obra anónima del *Evangelio en triunfo*, de que se le cree autor; pero estas voces, por mas generales que sean, ni son un documento positivo, ni prestan mérito legal para destruir las resultas de la causa, tanto menos cuanto mas óbvio y natural se presenta el que habiendo aprovechado en tanto grado en la práctica de las virtudes cristianas, como se dice y es de desear, hubiese tenido la humildad de sujetarse á las pruebas y penitencias que se le habían impuesto por el Santo Oficio, como medio único de satisfacer la obligación anteriormente contraída, mediante la indisputable que todos tenemos de obedecer á las potestades superiores, y por ellas á sus tribunales.»

Giraba pues todo el informe del inquisidor sobre la base de que ni se debía ni se podía perdonar á Olavide, ni menos acceder á su solicitud de volver á España, sin que se comprometiera á estar á las resultas de la causa y á acabar de cumplir la penitencia ó condena que se le había impuesto, hasta que el tribunal se diera por satisfecho de su enmienda. A pesar de este informe, el rey tomó la resolución que se va á ver, y que consta al margen del anterior escrito.—«Ilmo. Sr: He dado cuenta al rey del informe que V. I. me ha dirigido con fecha 26 de mayo sobre la representación dirigida á S. M. en nombre de don Pablo de Olavide, y en contestación debo decir á V. I. de real orden, que S. M. se ha dignado condescender á la solicitud de Olavide para restituirse á España, y encargo particularmente á V. I. trate por sí con dicho sujeto sobre el modo de zanjar las dificultades que ocurran, y poner en ejecución esta gracia con el decoro que permitan las circunstancias.—Dios guarde á V. I. muchos años.—Aranjuez á 1.º de junio de 1798.—Francisco de Saavedra.—Señor arzobispo inquisidor general.»

Autorizado por esta real gracia vino inmediatamente Olavide á España, y se presentó á la corte en la jornada del Escorial. «Yo le ví, dice don Juan Antonio Llorente, en el Escorial, en casa de don Mariano Luis Urquijo, ministro secretario de Estado.» Contaba á la sazón 73 años. Cansado de la vida de la corte, se retiró aquel mismo año á un pueblo de Andalucía, donde acabó sus días á la edad de 78, en compañía de unos parientes suyos, el año 1803. Allí escribió otras dos obras, una titulada *Poemas cristianos*, y otra *Paráfrasis de los Salmos*.

(1) Archivo de Simancas, Gracia y Justicia, leg. 628, donde existen los documentos relativos á este expediente.—Llorente, Historia de la Inquisición, cap. XXVI, art. 3.º

(2) No en un convento de Girona, como dice el señor Ferrer del Río. De Girona no hizo sino escribir al inquisidor general, cuando se fugó de los baños de Caldas. Informe del Inquisidor general á una exposición de Olavide: Archivo de Simancas, leg. 628.



## CAPÍTULO XI

## Reformas y mejoras administrativas

DE 1766 Á 1777

Proteccion á la agricultura.—Repartimiento de tierras baldías y concejiles.—Provision en favor de los renteros.—Medidas sobre comercio de granos, y condiciones impuestas á los fabricantes.—Sobre abastecimiento público.—Introduccion y extraccion.—Licencias y posturas sobre artículos de consumo.—Oficios de hipotecas.—Junta de comercio y moneda.—Sistema mercantil.—Medios de comunicacion.—Hacienda: sobre contribucion única.—Administracion de justicia.—Tendencia á debilitar los fueros militar y eclesiástico.—Pragmática de asonadas, y ley de orden público.—Division de Madrid en ocho cuarteles.—Alcaldes de corte y de barrio.—Facultades y atribuciones de cada uno.—Moralidad pública.—Provision sobre juegos de envite, suerte y azar.—Pragmática sobre vagos.—Levas anuales.—Ordenanza para el reemplazo del ejército.—Exenciones notables.—Su espíritu y objeto.—Ordenanza de caza y pesca.—Reformas en otros ramos de la administracion.

Es admirable la afanosa solicitud con que Carlos III y sus ministros, sin desatender los graves negocios de la política exterior, se consagraban á mejorar la condicion social de los pueblos, cuyo gobierno le tenia la Providencia encomendado, en todo aquello que pudiera conducir al pro-comunal, al desarrollo de la riqueza pública y al buen orden administrativo, sin descuidar ninguna clase, desde la humilde del artesano y el colono hasta la mas elevada del magisterio, del foro y del episcopado. Pragmáticas, cédulas y provisiones se registran con abundancia, hemos dicho ya en el anterior capítulo, sobre todos y cada uno de los ramos de la administracion, que á todos alcanzaba y se extendia el celo de aquel monarca.

Comenzando ahora nosotros este examen por la clase agricultora, nervio, fuerza y sosten de los Estados, y mas de los países que por la naturaleza de su suelo son esencialmente agricolas como la España, no podemos dejar de aplaudir el celo de Carlos III por la proteccion de esta clase productora. A las medidas que en otro lugar dejamos indicadas sobre el libre comercio de granos y alivio en el pago de sus préstamos y de los arrendamientos de tierras, siguieron otras muchas encaminadas á fomentar la produccion, ó á remediar las necesidades ó los abusos segun que se iban reconociendo ó experimentando. Denunció el intendente de Badajoz el que estaban cometiendo los vecinos mas pudientes de los pueblos, aplicándose á si las mejores tierras que se roturaban en las dehesas y baldíos, cuando se dividian por suertes, con exclusion de los mas pobres y necesitados de labranza, ó poniéndolos á precios altos cuando se subastaban, con la seguridad de pedir y obtener tasa, consiguiendo de ambas maneras tener á los menesterosos en una humillante dependencia suya y sujetos á un miserable jornal. En beneficio de estos, y para remediar aquel abuso, ordenó el rey, por auto acordado del Consejo, que todas las tierras labrantias propias de los pueblos, y las baldías ó concejiles que con real permiso se dividieran en suertes, tasadas que fueran por labradores prudentes y justificados, se repartieran entre los vecinos, atendiendo con preferencia á los senareros y braceros que por sí ó á jornal pudieran labrarlas, y despues á los que tuvieran una ó dos yuntas, y así sucesivamente, dando para su ejecucion las providencias oportunas (2 de mayo, 1766). Esta disposicion se amplió despues á todas las provincias de Extremadura, Andalucía y la Mancha, añadiendo que se dejara á los trabajadores en libertad completa para entenderse cada uno en cuanto al precio de los salarios ó jornales con los labradores y dueños de tierras (29 de noviembre, 1767). Y mas adelante se hizo extensiva á todo el reino, con las modificaciones necesarias para remediar los inconvenientes que en la práctica se habian experimentado al ejecutarse las provisiones anteriores (1).

Quejábanse los arrendatarios de tierras y pastos de los subidos precios á que se las ponian los terratenientes, y de los desahucios y despojos arbitrarios que cada dia experimentaban, despues de haber beneficiado los predios con su industria

y aplicacion, y sujetándolos á las mas duras condiciones por no tener cerca otros parajes que cultivar. Para atajar la desmedida ambicion de los propietarios y la ruina de los colonos se providenció que los corregidores y justicias no permitieran se despojara á los renteros de tierras y despoblados de las que llevaban en arrendamiento (2).

Cuando para favorecer á los labradores y cosecheros se abolió la tasa general de los granos, y se dió amplia libertad de venta, compra y transporte, así en años estériles como en los abundantes, previno el rey, á fin de evitar los monopolios y los torpes lucros, que los comerciantes en granos no pudieran formar cofradías, gremios ó compañías con pretexto alguno; que hubieran de tener, al modo de los comerciantes en otros artículos, sus libros bien ordenados de entradas y salidas, que habian de presentar foliados y rubricados al corregidor, y que sus almacenes estuvieran sujetos á socorrer á los pueblos en casos de necesidad con lo preciso para el abasto del pan cocido y para la sementera, pagándoselo á los precios corrientes de mercado; permitia la extraccion de granos del reino siempre que en tres mercados seguidos en los pueblos inmediatos á los puertos y fronteras no excediera de ciertos precios que se señalaban; y se otorgaba la libre introduccion de granos de buena calidad de fuera del reino, pero sin poder pasarlos á las provincias interiores, sino en el caso de que en los tres referidos mercados excedieran los precios á los señalados para la extraccion (3). A estas medidas siguieron otras para que por lo menos en las grandes poblaciones hubiera constantemente repuestos de granos, á fin de que, aun en épocas de escasez no faltaran nunca para el surtido público, pagándose á los precios corrientes, y prescribiendo que el del pan cocido no excediera del que correspondia al de los granos y sus portes. Las justicias, en caso de necesidad, habian de proveer de los correspondientes panaderos, obligándolos á amasar y vender cada uno la porcion diaria que fuese preciso para el abastecimiento público, pagándose convenientemente así á los panaderos como al pósito, alhóndiga ó almacén de donde se tomara para el surtido. Mas á pesar de la pragmática de libre extraccion, hubo ocasiones que fué necesario prohibirla, por el excesivo valor que iban tomando los cereales (4).

Las exacciones indebidas que se hacian y con que se vejaba á los tenderos, mercaderes y trajinantes, con pretexto de licencias, tasas y posturas á los artículos que llevaban á vender á las ciudades y villas, llamaron la atencion del Consejo, el cual, para poner coto á semejante abuso, prohibió tales licencias, posturas y derechos, pena de privacion de oficio á los contraventores, dejando en plena y completa libertad la contratacion y el comercio, y haciéndolo saber por medio de bando público en todos los lugares (5). Mas como al poco tiempo se observase el abuso que de esta libertad hacian los vendedores, elevando escandalosamente el precio de los artículos de primera necesidad y consumo, fué preciso acudir al remedio del nuevo desorden, renovando la postura para la venta al por menor del pan cocido y de las especies que deven-gaban y adeudaban millones, como eran las carnes, vino, vinagre, aceite, caza de pluma y pelo, etc., á que se añadió respecto á Madrid las de legumbres y verduras, bien que prohibiendo exigir bajo ningun pretexto por las posturas y licencias derecho alguno ni adehala, en dinero ni en especie, bajo graves penas y multas, y dejando libre como antes el comercio y las ventas por mayor (6). Pero mas adelante, como el ayuntamiento de Madrid representara al Consejo, con la justificacion correspondiente, el exceso y subida de precios que se habia experimentado en los géneros que quedaron sin postura, aquella celosa corporacion, examinando maduramente el asunto, y teniendo en consideracion el estado de las cosas necesarias á la vida, el coste de los trasportes y demás circunstancias en cada estacion, acordó (11 de mayo, 1772) sujetar de nuevo á postura todos los artículos que lo estaban

(2) Real provision de 20 de diciembre de 1768.

(3) Pragmática de 11 de julio de 1765.

(4) Real cédula de 3 de julio de 1769.

(5) Cédula de 16 de junio de 1767.

(6) Cédulas y provisiones de 9 de agosto y de 2 de diciembre de 1768.

(1) Real provision de 26 de mayo de 1770.



antes de la real cédula de 1767, de forma que los vendedores lograran solo las ganancias proporcionadas para poder continuar con utilidad en el ejercicio de su industria, y dejando en su fuerza y vigor lo dispuesto relativamente á que no se exigieran derechos de ninguna especie por las licencias y posturas (1).

No diremos nosotros que estas y otras semejantes providencias que se tomaron, así para la proteccion y fomento de la agricultura, como para armonizar el posible alivio de las clases consumidoras con el equitativo lucro de las productoras y comerciantes, ni fuesen todas acertadas ni dieran todo el buen resultado que se proponían sus autores. Las citamos como muestra del celo con que el soberano, los ministros y el Consejo de Castilla, parte principalísima en todas estas medidas, atendían incesantemente á todo lo que consideraban útil al bienestar de los pueblos, y conforme á equidad y justicia. Sin embargo, acaso el tiempo y la experiencia han venido á demostrar que ciertas disposiciones en circunstancias dadas pueden conducir mas derechamente al bien público ó á alejar peligros graves en el orden social, que la observancia rigurosa de principios económicos posteriormente admitidos y generalizados.

Prosiguiendo con teson y actividad en la marcha de las reformas, se hicieron tantas en casi todos los ramos, que solo con apuntar algunas de ellas se tendrá idea de lo que se trabajó en el orden administrativo. Se establecieron los oficios de hipotecas para el registro y toma de razon de las escrituras, cuyos libros se habian de guardar en las casas capitulares, con todas las precauciones necesarias para la seguridad de los documentos, y con las instrucciones competentes para el orden y la facilidad de las operaciones (2).—Se declararon y señalaron las atribuciones y cargos que habia de tener la junta de Comercio y Moneda, y con su consulta se mandó extinguir primeramente toda la moneda de vellón del reino, y despues la de oro y plata de todas clases, y se redujo á buena estampa labrándose con nuevos sellos en la real casa de Segovia, cuidando de hacerlo á costa de la Real Hacienda y sin gravámen de los pueblos y particulares (3).—Con aquella declaracion coincidió la prohibicion de la entrada de las muselinas, de que por incidencia hicimos mérito en otro lugar; y poco mas adelante (14 de noviembre, 1771) se prohibió la introduccion de los tejidos de algodón ó mezcla de dominios extranjeros, con pena de comiso del género, carruajes y bestias, con mas veinte reales por vara de las que se aprehendiesen.—Era en general el sistema de la junta y del gobierno abrir la entrada á las primeras materias del extranjero y cerrarla á los artículos manufacturados, quitar trabas al tráfico interior, facilitar la exportacion de los productos de la industria nacional, y hacer casi imposible la de las primeras materias españolas. En Galicia y Asturias se abrieron escuelas para la fabricacion de lienzos imitados á los que venian de Westfalia. El rey mismo se interesó en una empresa de comercio y fomento de fábricas que se formó en Burgos. Premiábase con pensiones, gratificaciones, privilegios ó franquicias á los que sobresalían en la industria, ó inventaban ó introducían máquinas útiles para mejorar la fabricacion. Por estos y otros medios semejantes se procuraba fomentar el comercio y la industria fabril (4).

(1) Real provision y auto acordado de 11 de mayo de 1772.

(2) Pragmática de 31 de enero de 1778.

(3) Cédulas y pragmáticas de 24 de junio de 1770, 5 y 29 de mayo de 1772.

(4) Sanchez, Coleccion de pragmáticas, cédulas, etc.—Cédulas reales desde 1723 á 1777, tom. I.—Campomanes, Apéndice á la educacion popular.

Por real cédula de 6 de abril de 1775, con el fin de promover y fomentar la industria nacional, se declaró libre de todo derecho de entrada el cáñamo y lino extranjero, en rama, rastrillado ó sin rastrillar, y de alcabalas y cientos las ventas por mayor que de estos artículos se hiciesen; tambien se declaró la libre introduccion de los utensilios y máquinas propias para el hilado, torcido y tejido de estas primeras materias: y se impuso solamente el dos y medio por ciento del valor al pié de fábrica por derecho de salida á los géneros manufacturados de estas mismas especies en las fábricas establecidas ó que se establecieren en cualquier provincia de España.

Siendo la vida del comercio las comunicaciones, cuidábase de aumentarlas y facilitarlas, ya estableciendo arbitrios para la construccion de vías públicas, ya creando empresas de canalizacion, como la que se formó para el canal de Manzanares y el de Murcia. Sin frecuente correspondencia no pueden ser activas las transacciones mercantiles; así para estas como para las relaciones políticas y sociales de los pueblos y de las familias se establecieron las postas ó correos periódicos del Estado: pusieron en aquella época dos generales por semana, en vez de uno solo que antes habia, que fué un gran adelanto relativo. Tambien lo fué el establecimiento de los primeros coches-diligencias, cuyo privilegio se dió á una empresa catalana (19 de mayo, 1771), á cuya cabeza estaba don Buenaventura Roca, con cargo de correr en veintium dias las líneas de Barcelona á Madrid y de Madrid á Cádiz, á precio de cuatro reales legua por asiento la primera, y de cinco la segunda. Y esto que hoy nos parecería caminar con lentitud insoponible, entonces eran una rapidez y una comodidad desacomtumbradas: efecto de habernos tocado el periodo de mas maravilloso progreso en la celeridad de las comunicaciones. Expidióse una real cédula para promover en España la fabricacion de coches y otros carruajes, concediendo exenciones y franquicias á los maestros de este oficio que quisieran venir á establecerse en el reino (30 de abril de 1772), y prescribiendo la enseñanza del dibujo á los oficiales y aprendices españoles de este arte. Se dieron oportunísimas instrucciones para la conservacion, entretenimiento y mejora de las carreteras generales (1.º de noviembre, 1772). Se fijó la medida de cada legua en ocho mil varas castellanas de Burgos, y por primera vez se mandó señalar las distancias de legua á legua en pilares altos de piedra, á imitacion de las columnas miliarias de los romanos, arrancando de Madrid, que habia de ser el centro de todas las líneas ó caminos generales del reino (5).

Amante Carlos III del orden y regularidad en la administracion, y amigo de deslindar las atribuciones que correspondian á cada funcionario, con acuerdo del Consejo, como él lo hacia todo, separó los corregimientos de las intendencias (13 de noviembre, 1776), que hasta entonces habian andado unidos, circunscribiendo los primeros á los ramos de justicia y policia, las segundas á los de hacienda y guerra, con sujecion á los tribunales superiores respectivos. En uno y otro se propuso hacer é hizo reformas importantísimas. De algunas en el orden económico hemos hecho ya mencion. De otras la haremos adelante, por no corresponder á este período. Fué sin duda la mas trascendental el real decreto, é instruccion que le acompañaba (4 de julio, 1770), para la extincion de las rentas provinciales y establecimiento de la única contribucion; pensamiento que, como hemos visto atrás, encontró muy adelantado desde el tiempo de su hermano Fernando VI. Sobre los tres ramos, real, industrial y comercial, debia recaer el nuevo y general tributo, para cuyos trabajos de repartimiento y recaudacion se convirtió la sala de Millones en sala de Unica contribucion, á la cual se mandó asistir la diputacion general de los reinos, con voto cada uno de los diputados en lo perteneciente á las provincias ó reinos que representaban.

Veremos adelante el éxito de este pensamiento económico radical.

En las providencias sobre el ramo de administracion de justicia se ve la idea preponderante de Carlos III y sus ministros de dar influencia y robustecer la jurisdiccion ordinaria y el poder civil sobre los otros poderes. De contado ya en 1766 (2 de octubre) se habia declarado abolido todo fuero, de cualquiera clase que fuese, en las incidencias de tumulto, asonada, conmocion popular, ó desacato á los magistrados, sujetándose todos á las justicias ordinarias. Con motivo de diferentes ocurrencias acaecidas en Canarias se declaró por punto general, que todo militar que ejerciera empleo político perdía su fuero en todos los asuntos políticos y gubernativos (1.º de setiembre de 1771). Pero en lo que mas se advierte este espíritu es en la pragmática de Asonadas, que hoy diríamos ley de orden público.—«Se declara, decia el art. 2.º de esta célebre pragmática (17 de abril, 1774), que el conocimiento de causas *toca*

(5) Dióse esta disposicion en 13 de enero de 1779.



*privativamente á los que ejercen la jurisdiccion ordinaria, se inhíbe á otros cualesquiera jueces, sin excepcion de alguno por privilegiado que sea, se prohíbe que puedan formar competencia en su razon, y quiere S. M. que presten todo su auxilio á las justicias ordinarias.*» «Las gentes de guerra, decia el 11.º, se retirarán á sus respectivos cuarteles, y pondrán sobre las armas, para mantener en respeto y *prestar el auxilio que pidiere la justicia ordinaria* al oficial que las tuviese á su mando.» — «Sin pérdida de tiempo, decia el 14.º procederán (*las justicias*), á pedir el auxilio necesario de la tropa y vecinos, y á *prender por sí y demás jueces ordinarios á los bulliciosos inobedientes* que permanezcan en su mal propósito.....» — Por el 16.º y 17.º se encomendaba á los mismos jueces la conduccion de los reos con toda seguridad á las prisiones, y expresamente se ordenaba que las causas se instruyeran por las justicias ordinarias, consultando las sentencias con las salas del crimen ó de corte, ó con el Consejo, si la gravedad lo exigiese (1).

No era solo el brazo y poder militar al que Carlos III no consentia tomar preponderancia sobre el civil en materia de autoridad y jurisdiccion. Igual cuidado tenia respecto al brazo y poder eclesiástico, respetando sus facultades propias en cosas espirituales y en asuntos del fuero interno, pero sujetándole y circunscribiéndole á ellas, y no permitiendo que invadiera las de los tribunales civiles en negocios temporales, ni extendiera mas de lo que correspondia su fuero. Ocasión hemos tenido de notarlo al hablar del *Regium exequatur* que exigía para el pase de las bulas, breves y rescriptos pontificios, y del *placitum* y aprobacion del Consejo para las prohibiciones de libros y otras materias semejantes. En consonancia de este principio continuaban siendo sus providencias en los casos que ocurrian. Aun en las cuestiones y pleitos sobre causas decimales, en la vigilancia sobre las buenas costumbres y máximas cristianas, en lo que tocaba á las visitas de cofradías, hospitales y otros establecimientos piadosos recordaba lo que estaba prevenido en las leyes del reino respecto á la autoridad real, á que no perjudicaban las disposiciones conciliares, prescribia á los párrocos que se limitaran á la amonestacion y correccion en el fuero penitencial, y en caso preciso á las penas espirituales, dejando el castigo en el fuero externo á los jueces civiles; «y así, añadía, los provisores, visitadores y vicarios se arreglen á las leyes, sin confundir lo temporal con lo espiritual, dando cuenta al Consejo de cualquier duda que ocurra (2).» De la misma manera prohibió al tribunal de Cruzada entrometerse, como lo hacia, á conocer de las causas de abintestato, so pretexto de si los bienes de los que así morian debían adjudicarse á los santos fines de Cruzada; declarando que su conocimiento tocaba y pertenecía á las justicias reales: y así en muchos otros casos.

Del celo del rey por el mantenimiento del orden y de la tranquilidad pública bastaria á certificar la pragmática de Asonadas que hemos citado, y en que para escarmentar á los espíritus inquietos y enemigos del sosiego público expresamente se abolía todo fuero y exencion por privilegiada que fuese, prohibiéndose á los culpables alegarla, á los jueces el poder admitirla; y en que se declaraba cómplices de motin á los que expendiesen, copiasen, leyesen ú oyesen leer papeles sediciosos, sin dar prontamente cuenta á las justicias.

Máxima reconocida es en moral y en legislacion que vale mas prevenir que castigar los delitos. Tampoco quisieron merecer la nota de descuidados en el cumplimiento de esta máxima Carlos III y sus consejeros. Ciertamente que el escarmiento ayudó tambien á hacerlos avisados, y como habian experimentado los efectos de los desórdenes y tumultos, á fin de prevenirlos en lo sucesivo, entre otras medidas, se habia tomado, á propuesta del celoso presidente del Consejo de Castilla, conde de Aranda, la de dividir la poblacion de Madrid en ocho cuarteles, á cargo de los ocho alcaldes de corte mas antiguos, con amplia jurisdiccion criminal á cada uno en su

respectivo cuartel y con la dotacion ó asignado de cuatro mil ducados anuales. Otros cuatro alcaldes, los mas modernos, servirían para suplir en ausencias y enfermedades á los ocho. Una instruccion determinaba sus cargos y atribuciones, y á ella habian de arreglar sus providencias. En cada cuartel habria una partida de inválidos, para asegurar la tranquilidad, auxiliar á la autoridad, y custodiar interinamente los presos. Se establecian tambien en cada cuartel ocho alcaldes de barrio, vecinos honrados, elegidos en la misma forma que los comisionados electores de los diputados y personero del comun, con el cargo de matricular los vecinos y los entrantes y salientes, cuidar del alumbrado, limpieza y policia de las calles, de la quietud y orden público, con jurisdiccion pedánea y facultad de instruir las primeras diligencias sumarias en los casos prontos y urgentes, recoger los pobres y los niños abandonados, etc. Para que fuesen conocidos y respetados se les dió por insignia un baston de vara y media de alto con puño de marfil, y se los declaró empleos honoríficos de república (3).

En el auto acordado que se dió para la ejecucion de la anterior cédula se prescribia la eleccion anual de los alcaldes de barrio; se mandaba entregar á cada uno una descripcion expresiva y clara de las calles y manzanas de su demarcacion, y se les imponía la obligacion de matricular á todos los vecinos de ella, con expresion individual de sus nombres, estados, empleos ú oficios, edad y demás circunstancias; la de llevar un asiento exacto de las posadas públicas, y aun mas minucioso de las llamadas secretas, naturaleza y vecindad de los huéspedes, fecha de su llegada y salida, con las demás noticias que supieren de cada sujeto; vigilar los figones, tabernas, casas de juego y botillerías; reconocer las tiendas, y los pesos y medidas de los vendedores, descubrir los vagos y mal entretenidos, los mendigos y los huérfanos pobres, los unos para castigarlos, los otros para socorrerlos; prender y poner en la cárcel á los delincuentes que cogieran in fraganti; precaver los abusos y delitos de los sirvientes, investigar las causas por qué eran despedidos, y hacer cumplir las prevenciones ó condiciones con que habian de ser admitidos á servir en otras casas. — «Con toda esta vigilancia que se comete á los alcaldes de barrio, decia el art. 24, no se les deja facultad para ingerirse en la conducta privada de los vecinos, pues no dando estos ejemplo exterior escandaloso con su manejo, ni ruidos visibles á la vecindad, queda reservado á los alcaldes de barrio del cuartel cualquier exámen de sus circunstancias; y así como se conceden tantas facultades á los alcaldes de barrio para velar sobre la pública tranquilidad y buen orden de los habitantes del suyo, se permite á cualquiera individuo vecino que tenga su recurso abierto al alcalde del cuartel para justificar su razon en queja del alcalde de barrio, debiéndose en todo dirigir los vecinos á dicho alcalde de corte del cuartel para que providencie lo que convenga, y únicamente al señor presidente del Consejo cuando por aquel no se les administre justicia prontamente y sin agravio (4).»

Hízose extensiva en el año siguiente esta disposicion, á propuesta tambien del conde de Aranda, y previos informes de todos los tribunales reales, á las capitales en que habia chancillerías y audiencias, dividiéndose al efecto en tres, cuatro ó cinco cuarteles, segun la mayor ó menor poblacion é importancia de cada ciudad, y dándose á todos instrucciones semejantes á las que ya regían en Madrid, y uniformando en lo posible su régimen, aparte de aquellas pocas modificaciones que hacian precisas las circunstancias especiales y excepcionales de alguna (5).

Siendo los juegos de envite, suerte y azar tan ocasionados á la perturbacion de la paz y sosiego de las familias, tan contrarios á la moral pública, y tan expuestos á desórdenes perjudiciales al buen orden social, propúsose Carlos III extinguir tan pernicioso vicio, resumiendo en una pragmática general todas las cédulas, decretos y disposiciones dadas en anteriores tiempos sobre tan importante materia, añadiendo otras arregladas

(1) «Pragmática-sancion de S. M. en fuerza de ley, por la cual se prescribe el orden con que se ha de proceder contra los que causen bullicios ó conmociones populares.» — 17 de abril, 1774.

(2) Cédula de 19 de noviembre de 1771.

(3) Real cédula de 6 de octubre de 1778.

(4) Auto acordado de 21 de octubre de 1778.

(5) Real cédula de 13 de agosto de 1779.



á las circunstancias, é imponiendo graves penas á los contraventores, aunque fuesen personas colocadas en altos puestos civiles ó militares, y prohibiendo absolutamente todo juego, aun de los permitidos, en tabernas, hosterías, cafés ú otra cualquiera casa pública, á excepcion de los de billar, damas, ajedrez, chaquete y otros que se señalaban (1).

Manantial de vicios y de crímenes la vagancia, propúsose el rey limpiar las poblaciones de la gente ociosa y baldía, carcoma que corroe toda sociedad, y la corrompe y destruye. Ya en el artículo 57 de la Ordenanza general para el reemplazo del ejército (1770) se disponía se hiciesen levas de vagos para aplicarlos al servicio de la marina y de los regimientos que llamaban fijos. Algunos años mas adelante (1775) se regularizaron las levas, haciéndose una ordenanza expresa y especial para el recogimiento de vagabundos y mal entretenidos, en que se refundian y sujetaban á reglas fijas todas las disposiciones anteriores sobre la materia. Todos los años se habian de hacer levas en la capital y grandes poblaciones, incluso los sitios reales. Encomendábase esta operacion exclusivamente á las justicias ordinarias, con exclusion de todo fuero, y sin que otro juez alguno, por privilegiado que fuese, pudiera entrometerse en ella. En la clase de vagos eran comprendidos todos aquellos á quienes no se les conocia oficio ú ocupacion honesta, y carecian de rentas de que vivir, ó andaban mal entretenidos, en tabernas, casas de juego ú otras semejantes. Dábanse reglas para la calificacion de los verdaderamente vagos, para su aprehension y seguridad, y se prescribia un término dentro del cual pudieran justificarse los que hubieran sido equivocada ó injustamente tomados por tales. A los que tenian edad y aptitud para el servicio de las armas se los destinaba á los cuerpos de América ó á los regimientos fijos, á cuyo efecto se formaron cuatro depósitos, en la Coruña, en Zamora, en Cartagena y en Cádiz. Los ineptos para las armas se recogerian en hospicios, casas de misericordia y otras equivalentes (2).

Incidentalmente hemos hablado de la Ordenanza del reemplazo para el ejército, y correspondenos decir algo más de esta importante providencia. Propúsose Carlos III arreglar de un modo permanente y equitativo el contingente anual de la fuerza pública que se habia de imponer á los pueblos, para tener un ejército respetable y en un pié sólido, con el menor vejámen de sus súbditos, y de modo que á este servicio contribuyera cada provincia en justa proporcion de su vecindario. A este fin expidió la célebre ordenanza general (1770), comprensiva de la manera de hacerse el reparto, la edad y calidad de los mozos sorteables, sus exenciones legítimas, modo de justificarlas, solemnidad de los sorteos, asistencias de los quintos, tiempo y duracion del servicio, penas y castigos á los prófugos, etc. (3).

Lo mas reparable y digno de observacion para nosotros en esta ordenanza es la parte relativa á las exenciones. El sistema de Carlos III fué suprimir muchas de las que habia innecesarias ó injustas y en perjuicio de la masa general de los contribuyentes de sangre, y conservar ó establecer las que creyó indispensables para que no faltara un buen ejército con la menor decadencia y detrimento posible de las profesiones y carreras científicas, de la agricultura, de la industria y de las artes, con arreglo á las circunstancias de la nacion. Comenzó por eximir á los hijos-dalgo, en razon á que la mayor parte de los oficiales y cadetes del ejército se componia á la sazón de individuos de esta clase, pero expresando que esperaba se presentarian voluntariamente estimulados de su propio honor, cuando lo requiriera la necesidad del Estado: á los que ejercian en la actualidad oficios y cargos nobles de república; á los administradores, visitantes y empleados principales del resguardo y de correos y postas, para que no padeciesen estos dos importantes servicios. En beneficio de la industria y de la

agricultura exceptuaba á los maestros fabricantes de lanas y sedas, á los solteros cabezas de familia que manejaban labranza, comercio ó fabricacion, y á los hijos únicos de padres pobres y ancianos, ó de viuda, que sustentaban con su trabajo á su padre, madre ó hermanas solteras. Para no privar de sus miembros útiles los tribunales y oficinas, eximía á los magistrados, abogados, relatores, escribanos de cámara, tasadores generales y repartidores de pleitos, notarios de número de los tribunales eclesiásticos, individuos de las oficinas con dotacion fija, escribanos de ayuntamiento, archiveros y oficiales de los archivos reales; pero en punto á amanuenses ó escribientes, por lo general limitaba la excepcion á uno ó dos, lo puramente necesario para no embarazar la marcha del escritorio ú oficina. Para favorecer las carreras literarias declaraba exentos los doctores, maestros y licenciados de las universidades, los bachilleres de algunas que estuvieran continuando sus estudios, y los cursantes de las escuelas reales de cirugía de Cádiz y Barcelona. En beneficio de la carrera eclesiástica gozaban de exencion los tonsurados en quienes concurrían las cualidades prevenidas en el concilio de Trento, y estudiaran con autoridad ó de mandato del obispo en universidades aprobadas ó seminarios conciliares.

Pero se derogaban las exenciones de que antes habian gozado los familiares de la Inquisicion, los hermanos y síndicos de órdenes religiosas, comisarios de la Santa Hermandad, sirvientes de conventos, de curas y de militares, pastores é individuos de la cabaña real de carretería, y otros varios oficios, por los abusos y fraudes á que habia dado lugar, y perjuicios que de ello, otros contribuyentes experimentaban. Pero tres años mas adelante se dieron varias órdenes y cédulas modificando varios puntos de la ordenanza general, muy especialmente en lo relativo á exenciones, ampliando unas y restringiendo otras, segun que la experiencia de los tres años habia aconsejado su conveniencia ó necesidad, ó segun que variaban las condiciones de los diferentes ramos del servicio público. Se incluyó, por ejemplo, en el sorteo á los expósitos, á los milicianos urbanos, pastores de ganados trashumantes, dependientes de hospitales, sangradores, mancebos de boticas, preceptores de gramática que no estuviesen establecidos en ciertos pueblos, cajeros de administraciones y de tesorerías que no recibían sueldo del Estado; y se hizo extensiva la exencion á los directores, contadores, veedores, entibadores y otros operarios de las minas de azogue de Almadén, de las de cobre de Río Tinto, á los aperadores de las de Linares, á los dependientes facultativos y asalariados de las casas de Moneda, á los impresores, fundidores de letras y abridores de punzones y matrices, á los hijos de los fabricantes de lana de Segovia que desde sus tiernos años estuvieran empleados en el ejercicio de aquella manufactura, á los comerciantes por mayor y lonja cerrada matriculados y reconocidos por tales, á los graduados en la universidad de Palma de Mallorca, que continuaran con aprovechamiento sus estudios, á los cursantes de teología y cánones de la de Toledo, aprobados en los cursos que necesitaban para el grado de bachiller, á los de las universidades de Oñate y de Irache, á los cursantes y graduados en artes, y á los cursantes de primer año de teología, cánones, leyes y medicina de la de Valladolid y demás del reino, con ciertas condiciones y prevenciones (4). A este tenor se fueron haciendo en lo sucesivo aclaraciones de nuevos exceptuados, segun lo aconsejaban las circunstancias.

Atentos á todo el monarca y los consejos, así se ve la mano administrativa en las cosas que afectan á los intereses generales, como en asuntos de menos general conveniencia, que á algunos podrían parecer nimios, pero que todos concurren ó á la comodidad de los súbditos, ó al público decoro, ó al buen orden social. La ordenanza sobre el modo de cazar y pescar, época y duracion de las vedas, instrumentos y animales que podían emplearse ó habian de prohibirse, etc., ha sido posteriormente admirada, respetada y reproducida por la justa y acertada combinacion de sus disposiciones (5). Proveyóse lo

(1) Pragmática de 6 de octubre de 1731.

(2) «Ordenanza de S. M. en que se previene y establece el recogimiento de vagos y mal entretenidos por medio de las levas anuales, etc.» De Aranjuez, á 7 de mayo de 1775.

(3) «Real ordenanza en que S. M. establece las reglas que inviolablemente deben observarse para el anual reemplazo del ejército con justa y equitativa distribucion en las provincias.» Dada en San Lorenzo el Real, á 3 de noviembre de 1770.

(4) Real ordenanza adicional de 17 de marzo de 1773, en el Pardo.— Reales cédulas de 6 y 22 de junio, y de 8 de julio de 1773, dadas las primeras en Aranjuez, y la última en Madrid.

(5) Real cédula de 16 de enero de 1772.



conveniente para que no se molestara y vejara á los pueblos con las veredas que se despachaban para comunicarles las órdenes y con los derechos que por ellas se les exigían, exeu-sándolas y economizándolas todo lo posible (1).—Se dieron oportunas providencias sobre los censos perpetuos de las casas y solares de Madrid (2), y hasta se bajó la mano á arreglar la manera cómo el vecindario de la corte se habia de aprovechar del agua de las fuentes, prescribiendo la que correspondia á los aguadores de oficio y á los particulares, para precaver desazones y riñas entre unos y otros (3).—A fin de evitar al público la mala impresion que le producía la expedicion y relato de pronósticos, romances de ciegos y coplas de ajusticiados, muy oportunamente se prohibió que se pudieran imprimir semejantes papeles, de ninguna instruccion ni utilidad (4).—Establecióse lo conveniente para evitar en lo posible los daños que á las familias y al buen orden del Estado se seguían de la frecuencia con que los jóvenes contraían matrimonios desiguales sin el consentimiento paterno, ó de las personas que hicieran para ellos veces y lugar de padres (5).

Ultimamente, y como muestra de cómo iban desapareciendo á impulsos del espíritu reformador de Carlos III y sus ministros ciertas costumbres populares que en las ceremonias y actos exteriores religiosos habia introducido una sincera devoción, adulterado la vanidad, y degenerado en escándalo, de que ya los mismos prelados se quejaban, citaremos, para terminar este capítulo, la real cédula de 20 de febrero de 1777. Mandóse en ella á los corregidores y justicias del reino que no permitieran en las rogativas públicas, procesiones de Semana Santa y otras funciones religiosas, los disciplinantes, empalados y otros espectáculos semejantes, impropios de la gravedad de aquellos actos; «debiendo, decía S. M., los que tuvieran verdadero espíritu de compuncion y penitencia elegir, con consejo de sus confesores, otra manera mas racional y menos expuesta de acreditarle:» que no consintieran las procesiones nocturnas, que tantos abusos y desórdenes estaban produciendo, y que se hicieran de modo que estuvieran concluidas antes de ponerse el sol: que no toleraran los bailes en las iglesias, sus átrios y cementerios, ni delante de las imágenes de los santos, so pretexto de mostrar mayor regocijo en celebridad suya, procurando, decía muy juiciosamente la real cédula, «que se guarde en los templos la reverencia, en los átrios y cementerios el respeto, y delante de las imágenes la veneracion que es debida, conforme á los principios de la religion, á la sana disciplina, y á lo que para su observancia disponen las leyes del reino.» Y concluía con otras prevenciones de la misma índole, encaminadas á corregir otros abusos del propio género (6).

Veremos mas adelante que no se limitó al período aquí comprendido la marcha reformadora de este reinado, bien que en este se hizo notar la celosa actividad y la grande influencia del conde de Aranda, que gobernaba el Consejo de Castilla, en el ánimo del rey y en la gobernacion del reino.

(1) Circular de 25 de mayo de 1773.

(2) Auto-acordado de 5 de abril de 1770.

(3) Bando de 22 de agosto de 1770.

(4) Cédula de 21 de julio de 1767.

(5) Pragmática-sancion y consulta del Consejo, en que se establece lo conveniente para que los hijos de familias, etc. En el Pardo á 23 de marzo de 1771.

(6) Esta provision fué provocada por una muy juiciosa representacion del obispo de Plasencia.

## CAPÍTULO XII

### Instruccion pública.—Sociedades Económicas

DE 1757 A 1788

Arreglo y fomento de la primera enseñanza.—Colegios de educacion y pupillaje.—Honores y privilegios á los profesores.—Creacion y organizacion de Seminarios conciliares.—Objeto y condiciones de estos establecimientos.—Reales Estudios de San Isidro.—Reforma de las universidades.—Creacion de directores.—Censores régios.—Mal estado de la instruccion universitaria.—Plan de Olavide.—Proyecto de un plan general de estudios.—Informes de las universidades.—Oposicion á la reforma.—Resistencia de la de Salamanca.—Mejora sus estudios, y acaba por ponerse al frente del movimiento intelectual.—Colegios mayores.—Abusos y desarreglo en que habian caído.—Su preponderancia sobre las universidades.—Monopolio de los empleos y cargos públicos.—Empréndese su reforma.—Grande agitacion.—Cómo se llevó á cabo la reforma radical de los colegios.—Sociedades Económicas.—Su origen y principio.—El conde de Peñaflorida.—Sociedad vascongada de Amigos del País.—Real y patriótico Seminario de Vergara.—Discurso de Campomanes sobre la industria y la educacion popular.—Creacion de la Sociedad Económica de Madrid.—Su objeto y estatutos.—Sociedades en provincias.—La Junta de damas.—La doctora de Alcalá.—Admision de socias de mérito.—Servicios de la junta.—Utilidad de estas asociaciones.—Mérito de Carlos III y sus ministros.

Un monarca tan amante de la ilustracion como Carlos III, y unos ministros y consejeros tan ilustrados como los que habia sabido agrupar en derredor de su trono, conocedores uno y otros de los adelantos europeos en las ciencias y en los conocimientos humanos, y uno y otros dispuestos á emprender é introducir todas las reformas útiles en su patria, no era posible que dejaran de promover todo lo que condujera al mejoramiento de los estudios, á reformar provechosamente la enseñanza pública, á difundir y propagar las escuelas y ordenarlas y metodizarlas del modo mas conveniente posible á la instruccion de la juventud. Sus antecesores habian hecho esfuerzos plausibles y no infructuosos para desembarazarles el camino, y ellos marcharon por la senda que encontraron ya trazada, con el ardor de reformadores, pero con el pulso que todavia las dificultades de los tiempos exigían.

La primera enseñanza, que como decía el Consejo de Castilla, «es el cimiento y base principal de los demás estudios, que nunca son sobresalientes en los que carecen de estas sólidas nociones,» fué uno de los principales objetos de su atencion y solicitud. La expulsion de los jesuitas les proporcionó ocasion para poner en manos seculares la enseñanza de las primeras letras, de la gramática y retórica, y para aplicar á la dotacion de los maestros y profesores las temporalidades ocupadas á la Compañía (5 de octubre, 1767). Tres importantes reformas se hicieron con aquel motivo: secularizar aquellas enseñanzas, proveer las cátedras por oposicion, y establecer casas ó colegios de educacion y pupillaje para los jóvenes (7). Al decir del Consejo, estos estudios habian decaído en manos de los regulares de la Compañía, y lo mismo sucederia á cualquiera otra orden religiosa, «pues jamás puede competir, decía en la real provision, con los maestros y preceptores seglares que por oficio é instituto se dedican á la enseñanza, y procuran acreditarse para atraer los discípulos, y mantener con el producto de su trabajo á su familia.»

Privilegios, exenciones y preeminencias muy apreciiables habian sido ya anteriormente dispensadas por los monarcas españoles á los profesores y maestros de la primera educacion y de las artes liberales, tales como el de poder gozar los distintivos de los hijosdalgo notorios, el de poder usar de todas armas, y el especialísimo de no poder ser presos por causa que no fuese de muerte, y debiendo servirles en este caso de prision su propia casa (8). Para confirmar Carlos III y su consejo Real tan señalados privilegios á aquellos profesores, expi-

(7) «Real provision de los señores del Consejo, en el extraordinario, á consulta de S. M. para reintegrar á los maestros y preceptores seculares en la enseñanza de primeras letras, gramática y retórica, etc.» En Madrid á 5 de octubre de 1777.

(8) Así se expresa en reales cédulas expedidas en 1.º de setiembre de 1743, y en 13 de julio de 1758.



dió en 1771 una provision en que se designaban los requisitos y circunstancias de que habian de estar asistidos y adornados, exámen que habian de sufrir, etc. (1). Por el exámen no se habian de llevar otros derechos que los del escribano por el testimonio, con tal que no excedieran de veinte reales. Habia ya visitadores y veedores con título. Prohibióse á los maestros y maestras enseñar niños de ambos sexos, y se empezaron á señalar libros de texto para las escuelas, desterrándose «los de fábulas frias, de historias mal formadas, ó devociones indiscretas, sin lenguaje puro ni máximas sólidas, con los que se deprava el gusto de los mismos niños, y se acostumbran á locuciones impropias, á credulidades nocivas y á muchos vicios trascendentales á toda la vida.»

Al propio tiempo que así procuraban el monarca y su Consejo ennoblecer el profesorado y fomentar las escuelas de primera educacion, base de la ilustracion social, daba Carlos III el gran paso de la ereccion de Seminarios conciliares. «Hasta entonces, dice con razon un ilustrado escritor contemporáneo, á pesar de lo mandado en el concilio de Trento, no cumplian los prelados españoles con el deber que les estaba impuesto de establecer casas de educacion para formar un clero ilustrado y de buenas costumbres, haciendo por lo general las veces de seminarios los colegios de jesuitas, las universidades, menores, y los conventos de las diferentes órdenes religiosas. El gobierno de Carlos III, extinguidos que fueron aquellos colegios, y en su intento de reformar las universidades creyó que teniendo el clero tanta influencia en los estudios, no podria hacer cosa mas acertada que interesarle en su proyecto, creando escuelas eclesiásticas, donde con la cooperacion de ilustrados obispos se ensayasen mejores métodos, y adoptasen nuevos textos, facilitándose de esta suerte la misma innovacion en los demás establecimientos. La experiencia acreditó lo conveniente de esta medida (2).

Será en efecto siempre una de las glorias que mas enaltezan á Carlos III la de haber hecho cumplir y ejecutar el sabio decreto del concilio Tridentino, erigiendo seminarios en las capitales de sus dominios y en pueblos numerosos en que pareciera conveniente, para la educacion y enseñanza del clero. Destináronse á este objeto los edificios y templos de la Compañía de Jesus, que acababa de extinguirse, y se aplicaron á su sostenimiento varias rentas, pensiones y memorias de las que habian pertenecido á los mismos regulares, con otros beneficios y dotaciones cuyo pormenor puede verse en la ley (3). Debiendo ser los seminarios escuelas para el clero secular, seculares habian de ser tambien los directores y profesores, sujetos al gobierno de los reverendos obispos bajo la proteccion y patronato régio, siendo regla y condicion fundamental que en ningun tiempo pudieran pasar á la direccion de los regulares. La eleccion de directores se haria por el rey, previo concurso y terna enviada por la cámara con informe del prelado, y las cátedras se habian de dar por oposicion (4).

(1) Real provision de 11 de julio de 1771.—Son notables las palabras que encabezan este documento. «Teniendo presente el Consejo que la educacion de la juventud por los maestros de primeras letras es uno y aun el mas principal ramo de la policia y buen gobierno del Estado, y que para conseguirlo es preciso que recaiga el magisterio en personas aptas que enseñen á los niños, además de las primeras letras, la doctrina cristiana y rudimentos de nuestra religion, para formar en aquella edad dócil (que todo se imprime) las buenas inclinaciones, infundirles el respeto que corresponde á la potestad real, á sus padres y mayores, formando en ellos el espíritu de buenos ciudadanos y á propósito para la sociedad, se manda que en adelante, etc.»

(2) Gil de Zárate, De la instruccion pública en España, tom. I, capítulo 3.º—En 1581 se habia encargado ya al Consejo el cuidado de que los prelados hiciesen seminarios, conforme á lo dispuesto en el Santo Concilio de Trento. Por real cédula de 30 de enero de 1608 se confió á la sala 1.ª del Consejo el cuidado de la creacion de dichos seminarios en los obispados y lugares donde no se habia ejecutado. Y por cédula de 23 de mayo de 1721 se habia encargado á los prelados de estos reinos la ereccion de seminarios prevenida en el Concilio y en las dos citadas leyes.

(3) Libro I, tit. XI, ley 1.ª de la Novísima Recopilacion.—Dada en San Ildefonso, á 14 de agosto de 1768.

(4) Mas adelante, por real cédula de 16 de octubre de 1779 mandó Su Majestad que la eleccion de sujetos para ternas de rectores y directores

«La enseñanza pública de gramática, retórica, geometría y artes (decia la regla 17), como necesaria é indispensable á toda clase de jóvenes, deberá permanecer en las escuelas actuales, á menos que en los mismos colegios destinados á seminarios las haya á propósito; pero con la precisa calidad de darles entrada y salida independiente, permitiendo la comunicacion interior precisa para los seminaristas, lo cual ahorrará á los seminarios el gasto de salarios de maestros, y la mayor concurrencia de discípulos excitará la emulacion entre los de dentro y los de fuera....» El gobierno interior quedaba al cuidado y vigilancia de los obispos, pero debiendo proponer al Consejo todo aquello que hubiere de causar regla general.

En estos nuevos establecimientos se comenzaron á enseñar, en el fondo y en la forma, doctrinas mas ajustadas á los buenos principios de la verdadera filosofia, y algo se reformó tambien el escolasticismo teológico. Algunos seminaristas adquirieron gran celebridad, y de ellos salieron hombres eminentes, y habrian salido mas, á no haberse ido desviando algunos de la buena senda que al principio les habia sido trazada.

Otro plantel literario se creó tambien casi al mismo tiempo, con el título de *Reales Estudios de San Isidro*, mandado establecer en el edificio que habia sido colegio Imperial de los jesuitas de Madrid (5). Hasta quince cátedras se instalaron en él para las enseñanzas de latinidad, poética, retórica, matemáticas, lenguas orientales, lógica, filosofia moral, fisica experimental, derecho natural y de gentes, disciplina eclesiástica, liturgia y ritos sagrados. La circunstancia de empezar la fisica experimental á formar parte integrante de la filosofia, la de asignarse á los profesores dotaciones mas decorosas que las que hasta entonces se acostumbraban, la de sacarse las cátedras á oposicion con advertencias y prescripciones muy oportunas sobre método, libros y modelos de enseñanza, todo revelaba que se iba dando á los estudios un giro mas adecuado á los adelantos modernos. La gran biblioteca que se formó en el mismo establecimiento con las particulares de las casas y colegios que pertenecieron á los jesuitas contribuyó á dar fomento y realce á los nuevos estudios, de los cuales y de los canónigos de la insigne colegiata que sustituyó al colegio Imperial de la Compañía salieron muchos varones ilustres en virtud y en letras.

No podia el espíritu reformador de Carlos y de los hombres ilustrados de su Consejo dejar de extenderse á las universidades, cuyo estado en verdad reclamaba ya con urgencia una reforma. Creaciones de diversas épocas y edades, fundadas y dotadas por monarcas ó por prelados ilustres, y organizadas aisladamente y sin un pensamiento general y un plan concertado, teniendo cada una una existencia propia, sin cohesion entre sí y sin dependencia de un centro comun, sujetas á estatutos inalterables que negaban la entrada á toda innovacion, estancadas en doctrinas y en métodos que un tiempo les dieron fama bien merecida y lustre no escaso, pero que unas y otros adolecian ya de vejez, monopolizada la enseñanza, relajada la disciplina, y divididos en bandos maestros y escolares, la reforma era necesaria, y los consejeros de Carlos III no dejaron de emprenderla, colocándose el gobierno respecto á la instruccion pública y á las escuelas universitarias en una situacion directiva que hasta entonces no habia ocupado. Cierta que pareció haberla emprendido con timidez, al ver que se limitó al principio á ejercer el derecho de inspeccion, con mejoras parciales, y sin adoptar de pronto un plan general y uniforme, que alterara sustancialmente su manera de existir. Pero así lo aconsejaba la prudencia, y por otra parte las medidas que fué tomando llevaban ya un sello y una significacion que dejaba ver la tendencia á preparar la unidad y la uniformidad apetecida.

Fué una de ellas, y el principio fundamental de otras, la creacion de directores para las universidades (1768), habiendo de serlo de cada una de ellas un consejero de Castilla, que no hubiera estudiado en la universidad para que se le nombrase, con facultades y atribuciones para inquirir é informar sobre

res se dejara al arbitrio, juicio y prudencia de los diocesanos, sin la precision del concurso.

(5) Real decreto de 19 de enero de 1770.



todo lo relativo á estatutos, rentas, cátedras, orden de enseñanza, número de alumnos, papeles de su archivo y demás que su celo les sugiriera (1). Harto se veía en esta medida el designio de concentrar la dirección de las escuelas en manos del gobierno supremo del Estado. Antes de un año se expidió otra real cédula (24 de enero, 1770), prescribiendo los estudios, ejercicios literarios y demás requisitos que habian de exigirse en los cursantes para ser admitidos á los grados, para los cuales no serian válidos los cursos hechos fuera de las universidades; bien que esta última disposición se alteró después, concediendo á algunos seminarios y á otros colegios el derecho de incorporacion de los cursos en las universidades mas próximas, bajo ciertas cláusulas y reglas que se ordenaban. En el mismo año, y con motivo de haber sido denunciadas unas conclusiones peligrosas, defendidas por un doctor de la universidad de Valladolid (2), se acordó la creación de censores régios, que lo serian natos los fiscales de las chancillerías y audiencias, los cuales habian de examinar las conclusiones antes de imprimirse, y no permitir que se defendieran ni enseñaran doctrinas contrarias á los derechos de la autoridad real, y á las regalías de la corona (3). La obligación de no enseñar tales doctrinas ni promover tales cuestiones se exigió después á los graduados en cualquiera de las facultades en el juramento que prestaban al tomar la investidura. A estas medidas podemos agregar la que en otro lugar hemos indicado de suprimir en todas las universidades y estudios públicos del reino las cátedras de la escuela llamada jesuítica, y prohibir los autores de ella para la enseñanza.

En medio de esto no dejaba de pensarse en un plan ó reglamento general de estudios, y el mismo monarca lo habia significado así en algunas de sus cédulas. Este pensamiento se dejó ver mas claramente al darse la aprobación (22 de agosto de 1769) al proyecto que presentó el célebre asistente de Sevilla para organizar aquella universidad, al informar, de acuerdo con el arzobispo y la audiencia, que se estableciera la escuela universitaria en la que habia sido casa profesa de los jesuitas de aquella ciudad. El informe de Olavide, después de muy luminosas y muy sabias observaciones sobre la imperfección, los vicios y el mal estado general de los establecimientos literarios, tal como á la sazón se hallaban, se extendia á proponer una reforma radical en la organización, método y materias de las enseñanzas, hasta ponerlas al nivel de lo que exigian ya las necesidades de la época y la ilustración de otros países, y restituir al nuestro la gloria literaria que en otros tiempos habia alcanzado cuando marchaba delante de los demás (4).

Mas aunque el plan tuviera la fortuna de merecer la aprobación superior, ni el mismo Olavide pudo desarrollarle en la universidad de Sevilla, á causa de las persecuciones que le acarreó la superintendencia de las colonias de Sierra-Morena, de que hemos dado cuenta en otra parte, ni el Consejo, por cuya mano corrian entonces todas estas providencias, se atrevió todavía á dictar un plan general y uniforme, arredrado sin duda por los obstáculos y la resistencia que aun le oponian la ignorancia, la añeja rutina, y los intereses individuales y de localidad. Prudente ó contemporizador, se limitó á mandar (28 de noviembre, 1770) que cada universidad, con acuerdo de su respectivo claustro, le propusiera en el término de cuarenta dias, un plan metódico de enseñanza, arreglándose á la mente del fundador, modificando ó añadiendo las asignaturas

que tuviera por conveniente, indicando las de matemáticas, física, filosofía moral y lugares teológicos. Esta débil contemplación del gobierno alentó á las universidades enemigas de la reforma. La mayor resistencia vino de la que habia gozado en otro tiempo mayor celebridad, la de Salamanca. Ya algunos años antes habia dejado ver aquella corporación su espíritu reaccionario, así en un famoso informe del P. Rivera, trinitario calzado y catedrático de teología, en que llamaba enciclopedistas á Heineccio, Rollin y Muratori, como en la oposición que hizo al establecimiento de una academia de matemáticas que proponia el profesor don Diego de Torres. Ahora rechazaba toda idea de innovación; para ella en punto á filosofía era inmejorable el sistema del Peripato; Newton, Gassendo, Descartes, Wolf, no enseñaban nada útil; la física de Muschembroeck tenia el defecto de no poder entenderse sin el estudio de la geometría, era muy preferible Goudin, por ser mas conciso y tener buen latín. Así se explicaba la primera universidad del reino.

Por fortuna otras, y entre ellas la de Alcalá, reconocían la necesidad de algunas reformas, y proponían ellas mismas la supresión de algunas enseñanzas y la creación de otras nuevas, confesando la conveniencia del estudio de las ciencias exactas. Los fiscales del Consejo examinaban cada informe, deshacían los argumentos contrarios á su pensamiento é introducían modificaciones importantes, que produjeron, ya que no un plan general, la mejora de los que regían á varias universidades. El de Granada, que tardó tantos años en variar el suyo, se distinguió ya por mas acomodado á los buenos principios. Bastante posterior todavía el de la de Valencia, se consideró el mas perfecto, como que en él se adoptaban ya las mejoras que con buen éxito se habian ensayado en otras universidades. Y de tal manera fueron correspondiendo los resultados, que en los últimos años del reinado de Carlos III, la misma universidad de Salamanca, tan reaccionaria en un principio, vió ya las cosas tan de otra manera que mejoró notablemente sus estudios, y concluyó por ponerse al frente del movimiento y del progreso intelectual (5).

Pero la reforma mas trascendental que en punto á establecimientos de instrucción pública en este tiempo se hizo, fué la de los colegios mayores. Fundados estos colegios y dotados de pingües rentas por prelados ilustres, con el laudable fin de que los estudiantes pobres, virtuosos, aplicados y sobresalientes pudieran, mediante oposición, obtener en ellos becas, y concluir en la vida colegial con aprovechamiento la carrera universitaria, habian ido sufriendo tales alteraciones en sus primitivos estatutos, que adulterada la voluntad y el fin de sus fundadores, se habian convertido en patrimonio exclusivo de un número de familias nobles y ricas, que con un simulacro y vana fórmula de oposición distribuían las becas entre sus parientes y favorecidos. Esto, que al pronto y en cierto modo produjo un bien, porque hizo que muchos hijos nobles se dedicaran á las carreras científicas con la seguridad de alcanzar altos puestos en la Iglesia y en la magistratura, aumentó luego el mal por exceso de abuso. Excluidos los pobres, por estudiosos que fuesen; facilitada la admisión á la clase y á la alcurnia, aunque ni tuviera méritos ni llevara estudios; seguros los agraciados de que no habian de dejar el bonete de colegial sino para vestir la toga ó la muceta; una vez ocupados los primeros cargos del Estado por los que habian sido colegiales, y distribuyendo estos después á los colegiales sus protegidos los mejores empleos y dignidades en las catedrales, en las audiencias y en los consejos; estableciendo esta especie de monopolio á la vista de las universidades, cuyos cursantes, llamados manteístas, se encontraban desatendidos y desairados y sin participación en los empleos honrosos y pingües, necesariamente las escuelas universitarias habian de decaer, y los colegios mayores, en un principio hijuelas suyas, tomar, como tomaron sobre ellas un predominio opresor y tiránico, con tendencia á devorar sus mismas madres.

Viva y melancólica pintura hace el erudito Perez Bayer de la decadencia á que habia reducido á las universidades la

(1) «Real cédula de S. M. y señores del Consejo, en que están insertos dos autos-acordados, que tratan de la creación de directores de las universidades literarias, y la instrucción de lo que deben promover á beneficio de la enseñanza pública en los estudios generales.» En el Pardo á 14 de marzo de 1769.—El auto del Consejo habia sido en 20 de diciembre de 1769. Los fiscales que informaron fueron Campomanes y Florida-Blanca.

(2) El tema de estas conclusiones habia sido: *De clericorum exemptione á temporali servitio et seculari jurisdictione*.

(3) Real provision de 6 de setiembre de 1770.

(4) Este informe es uno de los documentos mas notables é importantes de aquel tiempo, especialmente por la viva demostración y el cuadro animado y exacto que hacia de los vicios de nuestras escuelas y de su funesta influencia en todas las carreras, como lo observa oportunamente un ilustrado escritor de nuestros dias.

(5) Sempere y Guarinos, Ensayo de una Biblioteca, etc.—Zúrate, De la Instrucción pública en España, cap. 4.º



preponderancia de los colegios mayores (1). Hablando de las principales universidades, que se llamaban también mayores, á saber, Salamanca, Alcalá y Valladolid, decía entre otras cosas: «Ni aspecto siquiera quedaba en la de Salamanca de universidad ó estudio público.... En las facultades de artes, jurisprudencia canónica y civil había sobra de maestros ociosos.... falta absoluta de discípulos y de enseñanza.... A las aulas de teología asistían solo los regulares de Santo Domingo, jesuitas, benedictinos ó franciscanos, cuyos religiosos tienen cátedras fundadas, y á estos solía agregarse uno ú otro escolar manteista.... En Alcalá sucede á proporcion lo mismo que en Salamanca en punto á enseñanza de la jurisprudencia, y si cabe, es aun mayor el abandono.... Ni en Valladolid es mejor el aspecto de aquella escuela por lo que mira á la teórica del derecho romano. Porque además de la opresión de los doctores manteistas por el colegio de Santa Cruz, ayudado de la chancillería, cuyos ministros son por lo regular colegiales, las cátedras se dan, en mas crecido número que al resto de la universidad, á individuos del mismo colegio.... y no entresaca el Consejo para el obtento de ellas á los buenos ni á los medianos, sino que consulta á todos indiferentemente por la mayor antigüedad de beca.... etc.»

No menos lamentable y triste es el cuadro que aquel docto escritor hace de los abusos y desórdenes de los colegios mayores, aumentados con las ambiciones y rivalidades á que daba lugar su régimen semi-republicano, haciéndose la elección de rector por los mismos colegiales, fuente de disturbios y perturbaciones interiores en la comunidad; con la institución de *becas de baño, hospederías, y casas de comensalidad* (2), que acababan de destruir en ellos y en las universidades la poca disciplina que quedaba, y de que se seguía también, como observa el autor de la *Instrucción pública en España*, entre colegiales actuales, huéspedes, y ex-colegiales y todos los demás afiliados á ellos, formaban una vasta asociación, que partiendo del centro del gobierno invadía consejos, cabildos, audiencias y universidades, y ejercía un poder omnímodo y absorbente en el Estado.

Había además de los seis colegios mayores (3) otros muchos menores (á semejanza también de las dos clases de universidades), adheridos y como afiliados á aquellos, que se les asimilaban en el objeto y en la forma, y algunos competían en importancia con los de la primera clase (4). En todos ellos se

(1) El sabio Perez Bayer dejó escritas sobre esta materia dos importantes obras, que se conservan inéditas en nuestra Biblioteca Nacional; la una en dos tomos folio, con el título de: «*Por la libertad de la literatura española*, Memorial al rey N. S. D. Carlos III;» la otra en tres, titulada: *Diario histórico de la reforma de los seis colegios mayores*.» De estas dos preciosas obras ha tomado el señor Gil de Zárate las excelentes noticias que da sobre este asunto en el tomo II *De la instrucción pública en España*, y de ellas nos valemos nosotros para las que aquí apuntamos. Perez Bayer tuvo la ventaja de escribir sobre lo mismo que veía, y en materia en que era tan versado y entendido como sabemos.

(2) Esto de las *hospederías* fué una novedad que se introdujo, y se incorporó luego á las constituciones, y consistía en que los colegiales que terminados los años de estudio no habían obtenido todavía empleo, pasaban á ocupar en concepto de *huéspedes* unas habitaciones que se les destinaban en el mismo colegio, y allí estaban indefinidamente disfrutando las asistencias y la consideración de colegiales, con mas libertad, y muchas veces con mayor autoridad. Esto dió ocasion á muy graves abusos.

Las *becas de baño* eran una especie de títulos de colegial mayor *ad honorem*, que se inventaron para ganar partidarios y protectores á los colegios. Cosa parecida eran también las cartas de *comensalidad*.

(3) Estaban estos unidos á las tres universidades denominadas también mayores, y eran:

En Salamanca, el de *San Bartolomé*, fundado en 1410 por el arzobispo de Sevilla don Diego de Anaya; el de *Cuenca*, en 1509 por el arzobispo de aquella diócesis don Diego Ramirez de Villaescusa; y el de *Oviedo*, por el obispo de esta diócesis don Diego de Muros, y el del *Arzobispo*, por el que lo fué de Santiago y Toledo don Alonso de Fonseca.

En Valladolid, el de *Santa Cruz*, fundado en 1484, por el cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza.

En Alcalá, el de *San Ildefonso*, fundado por el cardenal Jimenez de Cisneros.

(4) Los principales colegios menores eran: los de Fonseca y San Jerónimo, en Santiago; del Sacro Monte, Santa Cruz, San Miguel, San Bartolomé y Santiago, en Granada; Santa Orosia, San Vicente Mártir y Santiago, en Huesca; San Pedro y San Gregorio, en Oviedo; de Maese-

habían introducido los mismos abusos que en los mayores, á los cuales imitaban en lo malo y en lo bueno, y contribuían como ellos á la decadencia de la enseñanza universitaria.

Desde el principio de su reinado se había mostrado Carlos III poco conforme con el espíritu, y aun enemigo de la preponderancia de los colegios mayores, prefiriendo para los empleos y cargos públicos, como antes hemos tenido ya ocasion de observar, á los hombres aprovechados y doctos que aun salían de las universidades, y de ellas procedían y manteistas habían sido Campomanes, Moñino, Roda y otros de los ministros y consejeros de su confianza y predilección. Acordes estaban, pues, el monarca y su gobierno, ya que no en destruir de un golpe, por lo arriesgado y difícil, aquellos establecimientos, en rebajar su predominio, cortando abusos, variando su viciosa organización, y procurando restablecer la forma y espíritu de sus primitivas constituciones. A esto se enderezaba también el plan de reformas que con el título de Memorial escribió el docto don Francisco Perez Bayer, preceptor de los infantes, que con acuerdo del confesor y por conducto del ministro Roda fué presentado al rey. Tal fué el origen de las reales cédulas de 15 y 22 de febrero de 1771, por las cuales se mandó revisar las constituciones de los seis colegios mayores para ver de reducirlos á su primitivo instituto, y se disponía, entre otras cosas, la prohibición de los juegos, la supresión de las hospederías, y que desde aquella fecha no se proveyera beca alguna hasta la publicación de nuevos estatutos.

Grande agitación movieron estos decretos, de satisfacción y regocijo en unos, de incomodidad y desazon en otros. Los manteistas de Salamanca llevaron su entusiasmo hasta solemnizarlos celebrando una procesión fúnebre, que representaba el entierro de los cuatro colegios mayores de aquella ciudad. Por el contrario, estos y sus parciales, que los tenían en todos los Consejos, no perdonaron esfuerzo ni dejaron de tocar resorte para ver de entorpecer y atajar la reforma. Firme se mantenía en su propósito Carlos III. Seis años se pasaron en esta lucha. El último recurso de los colegios y sus patronos fué el de amedrentar al soberano por el lado de la religiosidad y de la conciencia, valiéndose de Fr. Joaquín Eleta su confesor, que antes partidario de la reforma, después seducido por los enemigos de ella, expuso al rey que ambos estaban engañados, pues no podía S. M. en conciencia y sin impetrar antes un breve pontificio reformar unas constituciones apoyadas en bulas apostólicas. Pero Carlos contestó que tenía su conciencia muy bien asegurada, y que sabía lo que en uso de su autoridad podía hacer para reformar los abusos de su reino.

En su virtud se expidieron los decretos (12 de febrero, 1777), llevando á cabo la reforma proyectada. Consistía esta principalmente en exigirse menos condiciones, especialmente de renta, para aspirar á las becas; en darse estas por oposición pública y rigurosa, y por medio de terna elevada al Consejo, prefiriéndose en igualdad de circunstancias á los mas pobres; en limitar la colegiatura á los ocho años precisos; en quedar sometidos los colegiales á los fueros, leyes y estatutos universitarios; en la derogación de todas las demás constituciones, usos y costumbres, aunque se fundaran en breves pontificios, decretos reales ó provisiones del Consejo, salvas las disposiciones bularias que contuvieran gracias espirituales. Y como ya todos ó casi todos los colegiales habían cumplido el tiempo de sus becas, sacáronse estas á oposición, y se proveyeron por el rey bajo la influencia del Consejo. Así se realizó la reforma de los tan célebres colegios mayores, acabando desde entonces su importancia y predominio, en bien y aumento del de las decayidas universidades (5).

Rodrigo, en Sevilla; Santa Catalina, Infantes y San Bernardino, en Toledo; Santo Tomás de Villanueva, Andresiano y Pio V, en Valencia; San Gregorio y San Gabriel, en Valladolid.

(5) Para terminar esta materia, aun cuando lo que vamos á decir es posterior á este período, añadiremos aquí, que como se observase que los nuevos colegiales aspiraban á renovar las envejecidas prácticas de los antiguos, se adoptó el medio de no proveer becas, y dejar que los colegios mayores perecieran por consunción. Mas adelante, por real cédula de 25 de setiembre de 1798 se capitalizó y vendió gran parte de sus bienes. El edificio del de San Ildefonso de Alcalá se dió á la universidad. En 1815 trató Fernando VII de restablecerlos, pero el proyecto se abandonó, y



No fueron solo estas reformas las que se hicieron, ni solo estas providencias las que se dictaron en beneficio de la ilustración pública en este período. «Uno de los sucesos mas notables y gloriosos del reinado de Carlos III, dice un erudito escritor español, es el establecimiento de las Sociedades Económicas. Sin grandes gastos, sin salarios, y sin los demás embarazos y riesgos que suelen ocasionar otros proyectos menos importantes, se encuentra España con un gran número de escuelas utilísimas, y de ministros á quienes poder confiar el exámen y la ejecucion de muchas providencias relativas al fomento de la agricultura, artes, comercio y policía (1).»

Un pensamiento semejante habia tenido ya y aconsejado al rey Felipe V el sabio Macanaz (2). Pero tardó todavía años en hacerse el primer ensayo de esta útil institucion, á cuyo propósito dice el autor que acabamos de citar: «El nombre del marqués de Peñaflorida don Javier Munive é Idiaquez será inmortal en los fastos de la historia de los vascongados, y muy respetable en los de la nacion española, por haber sido el primero que ideó y el que mas contribuyó al establecimiento de la primera sociedad económica del reino.» El origen y circunstancias de esta primera fundacion fueron en verdad bien singulares. Dispuso la villa de Vergara, en Guipúzcoa, unos festejos en celebracion de haber obtenido bula de S. S. fallando en su favor la disputa que sobre pertenecerle un santo mártir sostenia con otra villa inmediata. Para solemnizar mas estas fiestas ocurrióle al marqués de Peñaflorida traducir una ópera cómica francesa, ponerla en música, distribuir y ensayar los papeles entre varios aficionados y amigos suyos del país, y cantarla la noche de los festejos en las salas consistoriales de Vergara, como así se verificó (11 de setiembre, 1764), con éxito brillante y grande aplauso, no habiendo profesor que no se hiciese lenguas del mérito de la ópera y del talento músico del autor. Acabadas las funciones, al despedirse aquellos buenos amigos, sintiendo pena en separarse y necesidad de repetir tan amenas reuniones, convinieron en volverse á juntar, y poco á poco se acordó entre ellos asociarse con un objeto noble, cual era el de mejorar la educacion popular, promover y fomentar la agricultura, las artes y el comercio, á cuya asociacion se daria el titulo de *Sociedad de los Amigos del país*. A los pocos meses (abril, 1765) obtuvo la Sociedad la aprobacion del soberano, y fué nombrado director de ella el marqués de Peñaflorida. Un tomo de Memorias escrito al año siguiente daba ya noticia de la historia, del objeto y de los primeros trabajos de la corporacion (3).

Aunque á la Sociedad Vascongada de Amigos del país se debió, entre otros monumentos científicos y filantrópicos, la creacion del célebre *Real y patriótico Seminario de Vergara* (4), que tanto lustre ha dado á aquella villa, y la creacion

en 1828 se aplicaron sus bienes al sostenimiento de los colegios de humanidades. Decretóse otra vez su restablecimiento en 1830, y aun se obtuvo del pontífice en 1832 la aprobacion de los nuevos estatutos, pero los acontecimientos políticos que despues sobrevinieron dejaron tal proyecto sumido en el olvido, y sin esperanza de que pudieran rehabilitarse nunca tales establecimientos. Las rentas y edificios que quedaban se han aplicado ya, al parecer de un modo permanente, á otros objetos.

(1) Sempere y Guarinos, Ensayo de una Biblioteca española, tom. V.

(2) Representacion dirigida al señor rey don Felipe V desde Lieja.

(3) Ensayo de la Sociedad Vascongada de los Amigos del País, dedicado al rey N. S.; impreso en Vitoria, 1768.—Santibañez, Elogio del conde de Peñaflorida.—En este Elogio, leído en la junta general de 1785, se dan muy curiosas noticias acerca de una especie de tertulia académica que años antes habia habido en la villa de Azcoitia, compuesta de varios caballeros y clérigos aficionados á las ciencias, entre ellos el mismo conde de Peñaflorida, que habia comenzado por reunion de conversacion y de juego, y concluyó por asamblea literaria, en términos que establecido cierto órden y distribucion de tiempo y materias, «las noches de los lunes, dice el documento, se hablaba solamente de matemáticas, los martes de física, los miércoles se leía historia y traducciones de los académicos tertulianos; los jueves una música pequeña, ó un concierto bastante bien ordenado; los viernes geografía; sábado conversacion sobre los asuntos del tiempo; domingo música.» La muerte de dos de los principales concurrentes á aquella tertulia literaria desbarató la reunion, el conde se entristeció mucho, pero prosiguió dedicándose al estudio y la lectura, y pocos años despues aprovechó el suceso que dejamos referido para realzar y aun mejorar su patriótico pensamiento.

(4) «Los nobles españoles, dice á este propósito Sempere y Guarinos,

de la casa de Misericordia de Vitoria (5), que presentaba á los ojos del país un modelo tan digno de ser imitado, todavía trascurrieron algunos años sin que en la nacion se fundaran á su ejemplo otras corporaciones semejantes. Impulso grande vino á dar á la propagacion de tan patriótico y útil pensamiento el *Discurso sobre el fomento de la industria popular* del ilustre don Pedro Rodríguez de Campomanes (1774), en que manifestaba la conveniencia de establecer *Sociedades Económicas* en todas las provincias del reino; discurso que, prohibido por el Consejo de Castilla, fué circulado á todas las intendencias, justicias y ayuntamientos.

Tres vecinos de la corte (6), por sí y á nombre de otros, acudieron al Consejo de Castilla en solicitud de que se les permitiera establecer en la capital una Sociedad Económica de Amigos del País, á ejemplo de las que habia en otras partes y al tenor de las reglas y consejos que daba Campomanes en sus discursos relativos á la industria y á la educacion popular. Otorgado que les fué este permiso, franqueada por el ayuntamiento para la celebracion de las juntas una pieza de las casas consistoriales, y formados los estatutos, expidió Su Majestad una real cédula (9 de noviembre, 1775), autorizando la instalacion de la real Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid, y aprobando sus estatutos, «para que el buen ejemplo de la corte, decia, trascienda al resto del reino, ó instruya á las demás provincias del modo práctico de erigir iguales sociedades económicas (7).» El objeto de la institucion era, como lo expresan sus artículos, fomentar la industria popular, las artes y oficios, la agricultura y cria de ganados, y establecer escuelas patrióticas en todo el reino. A muy poco tiempo de la creacion habia ya en Madrid ochenta y siete socios de las personas mas distinguidas de la corte, por su ilustracion, sus empleos y su fortuna, que en el momento de su organizacion se apresuraron á inscribirse y á contribuir á sus saludables y patrióticos fines.

Siempre el ejemplo de lo que se practica en la corte cunde y trasciende con mas rapidez que lo que en otras poblaciones se ejecuta, y así como pasaron años antes que la Sociedad Vascongada encontrara imitadores en otros lugares, la instalacion de la de Madrid halló muy pronto eco en las provincias, donde á imitacion suya se fueron formando sociedades económicas en gran número. Valencia, Sevilla, Segovia, Mallorca, Zaragoza, Tudela, fueron de las primeras á seguir este patriótico impulso, que no tardó en propagarse á casi todas las poblaciones importantes y numerosas del reino. En todas ellas se discutia sobre las cuestiones y materias propias de su instituto, se daban á conocer las obras mas útiles que se publicaban en otros países, se distribuian y adjudicaban premios anuales á los que mejor resolvian los problemas propuestos por la sociedad, se creaban escuelas gratuitas para niños y jóvenes de ambos sexos, y se escribian y daban á luz Memorias, tratados y discursos para derramar la ilustracion entre las clases que mas la habian menester.

Dió tambien nacimiento la sociedad de Madrid á la Junta de Damas, que con real aprobacion se agregó á la misma, creada para dirigir la educacion y fomentar los conocimientos y la aplicacion á las labores y ramos de industria propias de

que antes solian enviar sus hijos á varios colegios y casas de pension de Francia, con mucho dispendio y con el riesgo irremediable de que se imbuyeran de máximas no españolas, y de que se debilitara en ellos el patriotismo, que es la pasion que mas debe fomentarse en todo noble, los envian ya al Seminario de Vergara, en donde la educacion es excelente, y ciertamente mas propia para infundir en los ánimos de los jóvenes la piedad, la instruccion de que mas necesitan, la modestia, frugalidad, y finalmente el amor á su país.» Observa tambien que con este motivo Vergara fué el primer pueblo de España en que se establecieron cátedras de química y metalurgia.

(5) Un individuo de la sociedad, don Valentin de Foronda, escribió un *Paralelo* entre esta casa y la de San Sulpicio de Paris.

(6) Fueron estos don Vicente de Rivas, don José Faustino de Medina, y don José Almaraz.

(7) Real cédula de S. M. y señores del Consejo, en que se aprueban los estatutos de la real Sociedad Económica de Amigos del País, con los demás que se expresa, etc.—En San Lorenzo á 9 de noviembre de 1775.—El primer director fué don Antonio de la Cuadra, y sub-director le marqués de Valdelirios.



su sexo. En España, observa bien un juicioso escritor, hasta el reinado de Carlos III no se había visto ninguna asociación de mujeres autorizada por el soberano, sino en los monasterios, congregaciones, cofradías y otras reuniones destinadas únicamente á ejercicios de piedad y devoción. Es curioso el origen de esta junta de señoras, que hizo despues tan buenos servicios al país.

A ejemplo de lo que había acontecido en el reinado de Isabel la Católica, y á indicación de Carlos III la universidad de Alcalá había honrado el privilegiado talento y la extraordinaria instrucción de una dama ilustre de público y reconocido mérito literario, confiriéndole, con dispensa del rey para este caso, el grado y título de doctor en filosofía con solemne y desacostumbrada pompa, y además la nombró profesora honoraria de filosofía y consiliaria perpetua en la facultad de artes. A imitación de la universidad la Real Academia de la Historia y la Sociedad Vascongada la admitieron también en su seno y le expidieron título de socia. Esta ilustrada señora era doña María Isidra Guzmán y Lacerda, hija de los condes de Oñate. Hallándose el duque de Osuna de director de la Sociedad Económica Matritense, indicó en junta general que sería del agrado del rey y muy conforme al espíritu de la corporación que la doctora de Alcalá perteneciese á ella para que sirviese de estímulo á otras personas de su sexo: la propuesta fué aceptada por aclamación, y entonces uno de los socios expuso que convendría igualmente se nombrara socia á la esposa del director, condesa de Benavente, que además de su reconocido talento, tenía el mérito de haberse erigido espontáneamente en protectora celosa de la Sociedad, contribuyendo con mano generosa y liberal á los objetos de su instituto. Por aclamación se acordó también la admisión de la condesa de Benavente.

Estos dos casos dieron motivo á que se renovara la cuestión que ya otras veces se había agitado en el cuerpo, de si convendría admitir señoras en las juntas para fomento y dirección de las industrias, ocupaciones y labores propias del sexo. Ocupándose estaba una comisión en dilucidar este punto para resolverle con acierto, cuando vino á apresurar la resolución y á disipar todas las dudas la siguiente comunicación que el conde de Floridablanca dirigió á la Sociedad.

«El rey entiende que la admisión de socias de mérito y honor, que en juntas regulares y separadas traten de los mejores medios de promover la virtud, la aplicación y la industria en su sexo, sería muy conveniente en la corte, y que escogiendo las que por sus circunstancias sean mas acreedoras á esta honrosa distinción, procedan y traten unidas los medios de fomentar la buena educación, mejorar las costumbres con su ejemplo y sus escritos, introducir el amor al trabajo, cortar el lujo, que al paso que destruye las fortunas de los particulares, retrae á muchos del matrimonio, en perjuicio del Estado, y sustituir para sus adornos los generales á los extranjeros y de puro capricho. S. M. se lisonjea que ya que se vieron tantas damas honrar antiguamente su monarquía, con el talento que caracteriza á las españolas, seguirán estos gloriosos ejemplos, y que resultarán de sus juntas tantas ó mayores ventajas, que las que ve, con singular complacencia de su real ánimo paternal, producirse por medio de las juntas económicas de su reino. Lo prevengo á V. S. de orden de S. M. para noticia de la real sociedad, y ruego á Dios guarde su vida muchos años. San Ildefonso 29 de agosto de 1787.—El conde de Floridablanca.—Señor Secretario de la Real Sociedad de Madrid (1).»

En vista de esta comunicación cesaron las dudas y las vacilaciones, quedó acordada la admisión de señoras, las mas principales de la corte mostraron la satisfacción que tendrían en verse inscritas, y á muy poco tiempo expidió la sociedad los títulos de socias de mérito y honor á catorce damas de las mas distinguidas y nobles. La misma princesa de Asturias y las infantas no se desdénaron de admitir el diploma, y el ejemplo de Sus Altezas hizo que otras muchas señoras solicitaran hasta con afán este honor. La junta de damas tomó á su cargo la dirección de las escuelas patrióticas y el fomento de los ramos industriales mas convenientes para dar ocupación útil á las mujeres de todas clases. Sobremanera patriótico y honroso

fué uno de los primeros acuerdos de la junta, á saber, el de obligarse á no gastar en sus vestidos y adornos otros géneros de seda que los fabricados en el reino. Pronto trascendió también á las provincias esta noble emulación de las señoras de la corte, y el gobierno veía con gusto las solicitudes que le dirigían pidiendo autorización para formar asociaciones semejantes (2).

«Torrentes de luz, dice un escritor extranjero, brotaron de estas asambleas patrióticas; todos los hombres ilustrados acudieron á prestar sus luces al gobierno, que hablaba en nombre de la patria por cuya prosperidad se afanaba. Cuando se trataba de una medida general de administración, se podía ya contar con las luces y observaciones prácticas de los ciudadanos mas distinguidos bajo todos aspectos.» Si aquellas instituciones no produjeron todo el bien que hubiera sido de desear, culpa fué de otras causas, no de sus autores, y de todos modos no fueron pequeños los beneficios que de ellas reportó el Estado.

### CAPÍTULO XIII

#### Los Estados-Unidos de América.—Guerra de Francia y España contra Inglaterra

DE 1776 A 1781

Los anglo-americanos.—Causas y principio de su rebelión.—Se declaran en abierta resistencia al gobierno de la metrópoli.—Discordias intestinas en la Gran Bretaña.—Protección de Francia á los sublevados.—Nombran estos general en jefe á Jorge Washington.—Carácter y prendas de este personaje.—Proclámase la independencia de los Estados-Unidos.—Washington dictador.—Sus triunfos contra los ingleses.—Alianza de Francia con la América del Norte.—Combate naval entre ingleses y franceses.—Conducta del monarca y del gobierno español en esta contienda.—Comportamiento de Floridablanca.—Su manejo con las cortes de Londres y París.—Hácese Carlos III mediador para la paz.—Encontradas pretensiones de aquellas dos potencias.—Proposiciones que hace Carlos III.—Deséchalas la Inglaterra.—Retírase el embajador español de Londres.—Declaración de guerra.—Plan del conde de Aranda.—Reunión de las escuadras francesa y española.—Expedición contra Inglaterra.—Fatales resultados de esta malograda tentativa.—Bloqueo de Gibraltar.—Apuro de la plaza.—La escuadra inglesa de Rodney.—Aprisa una flota española.—Sorprende y destruye la escuadra de Lángara.—Heróico aunque desastroso combate naval.—Expedición inglesa y española á las Indias Occidentales: Rodney; Solano.—Suceso de las islas Azores: rica presa de una flota británica.—Campaña de América.—Hazañas y triunfos de don Bernardo de Galvez en la Florida.—De don Matías de Galvez en Honduras.—Pérdidas de los ingleses.—Guerra entre Inglaterra y Holanda.—Famoso combate en el Báltico.—Sucesos de la América del Norte en los años 79, 80 y 81.—Célebre triunfo de Washington en York-Town.—Preludio de la emancipación de los Estados-Unidos.

Volvamos otra vez la vista á los acontecimientos exteriores que por este tiempo traían ocupada la atención y la política del gobierno español; que aunque pasaban allá en extrañas y muy apartadas regiones allende los mares, y aunque parecían cuestiones que debieran ventilarse entre otras potencias por versar sobre dominios que no nos pertenecían, había en verdad gravísimas razones para que el soberano y el gobierno de España no pudieran ser en ella espectadores indiferentes.

Nos referimos ahora á la célebre rebelión de las colonias inglesas de la América del Norte contra su metrópoli, y á la lucha que con este motivo se había empeñado, y que había de concluir por hacerse aquellos Estados independientes, variando con esto de todo punto la faz de aquellas extensas é importantes regiones del Nuevo Mundo. Conocedoras de su importancia y orgullosas de su propia fuerza aquellas provincias, y mas desde la agregación de la Florida y el Canadá; refugio y asilo de los que con motivo de las contiendas religiosas y de las guerras civiles de Inglaterra habían abandonado su patria por vivir libres de persecuciones; ricos y prósperos aquellos pueblos con el producto del trabajo y de la industria; no participando ni de las ventajas ni del esplendor del gobierno monárquico, cuyo brillo no podía alcanzarlos á

(1) Actas y memorias de la Sociedad.

(2) En aquel mismo año llegaban ya á cincuenta y cuatro las que había establecidas en España.





tan larga distancia, y cundiendo cada día entre ellos el espíritu de independencia y el espíritu republicano, pequeñas causas bastaban á disgustar á los que ya sobrellevaban de mal grado su sujeción á la metrópoli. Y estas causas, de cuya justicia ó injusticia no juzgamos ahora, vinieron, primeramente con querer destruirles el comercio de contrabando que hacían con las colonias españolas, después con imponerles algún tributo para el sostenimiento de las cargas públicas del Estado, y principalmente para los gastos de la guerra hecha para su propia seguridad.

Por mas que para no ofender á un pueblo independiente se estableciera el impuesto bajo la delicada forma de derecho de timbre, rechazáronle aquellos americanos, fundándose en no haber sido obtenido su consentimiento conforme á los principios de la constitucion inglesa, y los encargados de su administracion fueron objeto de insultos y malos tratamientos. No sirvió á los débiles ministros que se sucedieron en el gabinete británico ni abolir aquella contribucion y reemplazarla con otras, ni dejarlas reducidas á un simple recargo sobre el té, menos como recurso rentístico que como signo del derecho del parlamento, y como cuestion de dignidad nacional; no se aquietó el espíritu de rebelion de los colonos, antes bien fué en aumento, sostenidos y alentados por fogosos y elocuentes partidarios que su causa tenia en las mismas cámaras inglesas. Oradores como Pitt, Wilkes y Burke abogaban en favor suyo, no les faltaban simpatías en el pueblo, y esto los animó á tomar una actitud de abierta resistencia. El gobierno de la metrópoli envió tropas para hacerse obedecer; la guerra empezó; aquellas vencían en casi todos los reencuentros á los disidentes, como acontece por lo comun en los principios de toda insurreccion; mas por una parte no era fácil sujetar una poblacion numerosa derramada por un vasto territorio para ella conocido, por otra la Francia se aprovechaba de aquella ocasion para debilitar á su rival, y no se contentaba con fomentar secretamente la rebelion, sino que enviaba socorros efectivos á los sublevados. Esta proteccion, la marcha débil é indecisa del gobierno inglés y las discordias intestinas de la Gran Bretaña dieron lugar á que en el curso de la lucha se organizara la insurreccion de los norte-americanos, en términos, que al cabo de algun tiempo celebraron un congreso en Filadelfia (diciembre, 1774), compuesto de diputados de las provincias sublevadas, el cual, si no acabó de romper todos los lazos con la metrópoli, obró ya á modo de un gobierno regular, dictó leyes, creó papel moneda, abolió los impuestos, prohibió el uso de todos los productos ingleses, y confió el mando en jefe de las fuerzas del país á Jorge Washington, ciudadano de Virginia, mayor general de sus milicias, ya acreditado en la guerra anterior, hombre de carácter grave, digno y reservado, que habia de acabar por ser la figura mas grande y mas noble de los tiempos modernos.

Washington toma el mando de un ejército compuesto solo de catorce mil hombres, sin ingenieros ni artilleros, sin pólvora ni bayonetas, soldados enganchados solo por un año y que se desertaban cuando querían. Inglaterra preparaba el envío de nuevas tropas, pero Washington se apodera de Boston, abandonada por William-Howe por falta de víveres; aproximase la escuadra inglesa; el congreso reconoce la urgente necesidad de tomar una resolucion decisiva y proclama la independencia de los Estados Unidos de la América del Norte (14 de octubre, 1776). Este paso no les permitia ya retroceder. Habian pasado el Rubicon, como dice un escritor extranjero. Uno de los primeros actos de soberanía fué enviar agentes diplomáticos á las cortes de Europa, y principalmente á Francia, cuya mision se encomendó á Silas Deane y Arturo Lee, y después al famoso Franklin, agente principal de la revolucion y célebre por sus descubrimientos físicos. El gobierno francés los recibió, protegió y agasajó, aunque no los reconoció públicamente y oficialmente. Formaban entonces la Union once provincias; después se les adhirió otras dos. Algunas no solo rehusaron la adhesion, sino que se unieron al ejército inglés y combatieron contra sus propios paisanos. Inglaterra envió cincuenta mil hombres al mando del general Howe, que derrotó las mal armadas y mal disciplinadas tropas de la Union; el terror se apoderó de los sublevados, que huyeron á los bos-

ques y desiertos; el congreso abandonó á Filadelfia y se refugió á Baltimore; Washington, con solo tres mil infantes medio desnudos y casi desarmados, participó tambien del desánimo, porque la causa parecia desesperada. Pero el congreso le nombra dictador, y aquel hombre intrépido reúne hasta siete mil hombres, sorprende y hace prisionero en Trenton un cuerpo de tropas americanas; renace la esperanza y el valor en los americanos; el congreso vuelve á Filadelfia, y Washington triunfa en Saratoga del general Burgoyne rindiendo á diez mil hombres que mandaba. Reanímase mas los americanos, y prorogan á Washington su dictadura hasta la paz (1).

Ocasion oportuna pareció esta al gobierno francés para abrazar abiertamente la causa de los anglo-americanos, que hasta entonces no habia hecho sino proteger secretamente bajo las formas de una aparente neutralidad. Y cuando la Inglaterra trataba de un arreglo que pudiera conciliar su supremacía con la libertad de las colonias, Francia procedió á celebrar un tratado de union y amistad con los representantes americanos enviados á Paris, por el cual reconoció la independencia de la América del Norte, ofreciendo aquellos en cambio á nombre de las colonias no volver á someterse jamás á la corona de Inglaterra. La notificacion de este ajuste hecha á la Gran Bretaña (13 de marzo, 1778) fué la señal de la guerra. Una escuadra francesa de doce navíos al mando del conde de Estaing fué enviada á América, juntamente con un ministro residente para la nueva república. Otra escuadra de la misma nacion de treinta y dos buques al mando del almirante Orville sostuvo en el mismo año (17 de setiembre) en el canal de la Mancha un reñido combate con la inglesa de treinta y un buques de guerra que mandaba Keppel, en que los franceses proclamaron haber quedado vencedores, pero ambas armadas se retiraron con pérdida casi igual, la una al puerto de Brest, la otra al de Portsmouth. Ambas naciones trataron de encender la guerra en otras regiones del globo, en las cuales llevaron ventaja las fuerzas navales de los ingleses, viéndose los franceses obligados á restituir á Pondichery, único establecimiento que les quedaba en la India, y apoderándose aquellos primeramente de Santa Lucía y la Dominica en América, y después de Gorea y el Senegal en la costa de Africa.

Veamos ahora el papel que fué representando España en esta contienda. El tratado de límites con Portugal en 1777, la paz con aquella nacion, la posesion en que quedó de la colonia del Sacramento y el señorío del Rio de la Plata, y la garantía ofrecida por los portugueses respecto á la seguridad de los dominios españoles en la América Meridional, no solo contra los enemigos exteriores, sino tambien contra las sublevaciones intestinas (2), la habian colocado en situacion desembarazada y ventajosa. Así no es extraño que Francia é Inglaterra solicitaran á porfía su amistad como en los tiempos de Fernando VI; que el gobierno británico, entre otros medios, empleara el de representar al monarca español el peligro de la tranquilidad de sus colonias si veían el funesto ejemplo de triunfar la rebelion en el Norte de América; y que el gabinete francés se esforzara por persuadirle ser interés comun de los Borbones aprovechar aquella ocasion para enflaquecer ó destruir una nacion rival y quitarle su influjo en América y en el continente europeo. Pero Carlos III manifestó al embajador inglés lord Grantham que era completamente

(1) Sobre el levantamiento y la independencia de aquellas colonias, cuyo importantísimo suceso nosotros no podemos hacer sino apuntar como fundamento para explicar la parte que en él tomó después la España, puede verse la obra de M. Guizot titulada: *Washington; Fundacion de la república de los Estados-Unidos de América*; la *Historia de América*, de William Robertson; el *Ensayo histórico y político sobre los anglo-americanos*, y otras obras especiales sobre la materia.

Tampoco nos incumbe hacer la historia de aquella célebre guerra, sino fijar los antecedentes indispensables para juzgar y apreciar la política del gobierno español desde que comenzó á intervenir en aquel importantísimo acontecimiento. La marcha que fué llevando se puede ver en las Gacetas de Madrid de aquellos años, donde se publicaban todas las noticias que se tenían de los sucesos de la guerra, los discursos de las cámaras inglesas, las medidas de los gabinetes de la Gran Bretaña, de Francia, etc.

(2) Véase el cap. 9 de este libro.



extraño al ajuste entre Francia y los Estados Unidos, ni había tenido noticia de él hasta después de hecho; y el ministro Floridablanca declaró que consideraba la independencia de las colonias americanas no menos perjudicial á España que á la misma Inglaterra.

«A pesar de estas seguridades reiteradas y solemnes, dice al llegar aquí un historiador inglés, continuó el ministro español haciendo preparativos de guerra, meditando ya unirse con Francia, á fin de repartirse los despojos de una nación que creían caminaba á su fin. El modo que se empleó para declarar el rompimiento no fué ni franco ni atrevido, sino insidioso, totalmente opuesto al carácter franco de la nación española, y poco honroso para un soberano que se jactaba de ser fiel observador de las reglas de la buena fe y de la justicia. El pretexto ostensible para intervenir en esta querrela fué la trivial proposición de mediación, etc. (1).»

Creemos que el historiador inglés, al suponer esta mala fe en el monarca español y su primer ministro, no estuvo bien informado de lo que había mediado entre los ministros de Francia y España en este negocio, y cúmples á fuer de españoles reponer en su lugar la verdad según nuestros datos. Es cierto que al ver enardecida la guerra del Norte de América, el conde de Floridablanca, como hombre previsor, había propuesto al ministro de Francia Vergennes la conveniencia de que se enviaran algunas fuerzas francesas y españolas á las islas de Santo Domingo y de Cuba, ya como medida de prevención que la prudencia aconsejaba para la seguridad de aquellas colonias, ardiendo tan cerca el fuego de la insurrección y de la guerra, ya porque poniéndose en actitud de ser respetados podría llegar el caso de negociar con utilidad. Pero esto había de hacerse lentamente, y sin ruido ni aparato de agresión: por el contrario, proponíase evitar que la Francia arrastrara nuestra nación á un rompimiento que el rey no quería, al propio tiempo que prevenirse para no verse en la necesidad de recibir la ley de aquella potencia.

Los ministros de Luis XVI se empeñaron en no acceder en manera alguna al envío de refuerzos á las Antillas, y esta falta de concierto produjo cierta frialdad entre las dos cortes, y que cada una diera distinto rumbo á su política en la cuestión americana. Floridablanca no disimulaba su desconfianza del gabinete francés. Y cuando más adelante el conde de Vergennes, por conducto del de Montmorin, embajador en Madrid, se manifestó dispuesto á seguir cualquier plan que se le propusiera de España para batallar con Inglaterra, todavía el ministro español mostró no abrigar semejante designio, y se abstuvo de dar respuesta satisfactoria (2). Tan ajeno estaba el gobierno español de obrar de la manera insidiosa que supone el escritor citado.

Así fué que Francia se presentó sola en la lucha, sin que por eso España dejara de hacer preparativos de guerra, para que los sucesos que pudieran sobrevenir no la cogieran desprevenida. Verdad es que el conde de Aranda, nuestro embajador entonces en París, conforme á su carácter impetuoso y vehemente, opinaba por que se hiciera la guerra á los ingleses en unión con Francia para domar su poder tiránico en los mares, no de un modo insidioso, sino abierta, franca y rápidamente. Pero también lo es que Floridablanca era de contraria opinión, que anhelaba la paz y prefería las negociaciones, porque recelaba siempre que en el caso de unirse á Francia para la lucha, al cabo se hiciese una paz útil á las ideas de aquella nación, y de la cual no sacara España ningún provecho (3). Así fué que España, en demostración de sus buenas intenciones, se ofreció á ser mediadora para la pacificación del Nuevo Mundo, á cuyo efecto se trasladó de Lisboa á Londres el conde de Almodóvar (17 de enero, 1779) por hallarse gravemente enfermo el embajador príncipe de Masserano, dando al propio tiempo una prueba de su neutralidad con no querer negociar con el agen-

te de los Estados Unidos en Madrid. Para facilitar más la negociación se ofreció la corte de España á entablarla la primera, á fin de ahorrar á las otras dos partes la repugnancia de dar los primeros pasos, y que cada gobierno enviara sus proposiciones á Madrid, donde podría abrirse una discusión franca y libre hasta venir á un tratado definitivo (4).

Pero Inglaterra partía del principio de asistirle un derecho incontestable á entenderse sola con sus colonias sin intervención extraña, bien que declarando que se apresuraría á restablecer la buena armonía entre las dos potencias tan luego como Francia retirara su apoyo á los norte-americanos; y Francia pedía como condición preliminar que Inglaterra reconociera la independencia de las colonias. No era fácil negociar sobre bases tan opuestas sin una mediación arbitral, y esta fué la que quiso interponer España, presentando sucesivamente estos tres proyectos: 1.º Una tregua de veinticinco años entre Inglaterra y sus colonias, durante la cual se arreglarían en pacífico debate los puntos en litigio: 2.º Una tregua con Francia y sus colonias: 3.º Una tregua indefinida con las colonias y Francia, á condición de reunirse, avisando con un año de antelación, un congreso en Madrid, compuesto de representantes de las tres partes, y además uno de España. Mas como quiera que en cada uno de estos proyectos viese Inglaterra implícitamente envuelto el pensamiento de que en tanto que se hiciera el ajuste habían de gozar las colonias de la independencia de hecho, los fué desechando todos, declarando por último, que si se la obligaba á asentir á semejantes condiciones, sería más honroso y menos humillante para la nación concederlas directamente á los americanos, que consentirlas mediando Francia, si bien á la negativa acompañaban expresiones de consideración y respeto al monarca español.

Más antes que esta última respuesta llegara á Madrid, ya Carlos III había tomado una resolución; y la resolución fué abandonar el papel de mediador, declararse por la guerra en unión con la Francia y enviar órdenes al embajador de Londres conde de Almodóvar para que se retirara de aquella corte, con instrucciones para cohonestar este paso (junio, 1779). Desde este punto no nos es dado justificar como hasta aquí la política de Carlos III y de su corte, bien que le incomodaran las respuestas ambiguas ó evasivas de la de Londres á sus diferentes planes de acomodamiento, y que se quejara también de falta de atención á su persona. Ciertamente que en una carta que el de Almodóvar escribió al secretario de Estado lord Weymouth, acusaba á Inglaterra de proyectos de ataque contra Cádiz y de una invasión en las islas Filipinas, y que en la declaración que se envió á aquel embajador se acumularon multitud de ofensas é insultos que se decía recibidos de ingleses durante la negociación, tales como haber reconocido, robado y apresado sus navíos nuestros bajeles, haber abierto y despedazado los registros y pliegos de la corte en los mismos paquebotes correos de S. M., haber amenazado los dominios de su corona en América, haber usurpado su soberanía en varias provincias, apoderándose de casas y personas de españoles, y cometido otros muchos excesos y agravios (5). Seguía á esta declaración la orden para cortar toda comunicación, trato ó comercio entre los españoles y los súbditos del rey británico.

(4) En todo esto conviene con nosotros William Coxe, pero insistiendo siempre en interpretar de capciosas y hechas de mala fe estas proposiciones del monarca y del gobierno español.—Ferrer del Río en el capítulo 1.º del libro V de su Historia de Carlos III, combate como nosotros esta acusación del historiador inglés, fundado en las muchas manifestaciones que en contrario sentido hizo entonces y había hecho antes el conde de Floridablanca, no á agente alguno extranjero, lo cual pudiera atribuirse á disimulo, sino al mismo embajador español en París, que no opinaba como él.

(5) Gacetas de Madrid de 25 y 29 de junio de 1779.—La real cédula que pasó al Consejo comenzaba: «A pesar de los vivos deseos que siempre he tenido de conservar para mis fieles y amados vasallos el imponderable bien de la paz, y á pesar también de los extraordinarios esfuerzos que he hecho en todos tiempos, pero especialmente en las actuales críticas circunstancias de Europa, para conseguir objeto tan importante, llevando hasta el extremo mi moderación y sufrimiento, me he visto por último en la dura necesidad de mandar retirar de la corte de Londres á mi embajador el marqués de Almodóvar, etc.»

(1) William Coxe, España bajo el reinado de la casa de Borbon, capítulo 70.

(2) Cartas del conde de Floridablanca al de Vergennes y al de Aranda, de abril, agosto y diciembre de 1777, y junio de 1778.

(3) Correspondencia entre Aranda y Floridablanca, agosto y setiembre de 1778.



Pero no dejaba de parecer extraño que tantas acusaciones y quejas se acumularan de repente, cuando sobre tales y tamañas injurias se había guardado silencio durante ocho meses de negociaciones. Y es tanto más notable la resolución, cuanto que coincidía con un escrito dirigido desde París al ministro español (principios de mayo, 1779) por el embajador conde de Aranda, partidario fogoso de la guerra, en el cual proponía, para el caso en que se agotasen todos los medios de pacificación, un atrevido plan de campaña (1), sobre la base de reunirse las escuadras francesa y española, que entre las dos compondrían una armada de setenta navíos, que podrían transportar ochenta batallones y cuarenta ó cincuenta escuadrones con la correspondiente artillería y pertrechos, los cuales desembarcarían cerca de Londres; y no pudiendo oponer la Inglaterra sino la mitad de las naves y sobre diez mil hombres de tropas veteranas, el terror que había de producir la invasión perturbaría al rey, al gobierno, al parlamento y al pueblo, y no habría condición á que no accedieran, y dentro de Inglaterra sin otros cañones que los de las plumas se conquistarían Menorca y Gibraltar. El plan era tan grandioso y atrevido como todos los del conde de Aranda, y no es aventurado atribuir á influjo de su escrito y de su empeño en la guerra la resolución que se tomó, y que pareció repentina y no conforme á las anteriores manifestaciones de Floridablanca y del rey.

Tenemos pues á Carlos III abandonando otra vez el sistema de neutralidad, con tanta constancia y tanta gloria sostenido por su hermano Fernando VI y de nuevo comprometido en una lucha con Inglaterra, en unión con Francia, bien que ya no en virtud del Pacto de Familia, que aunque formalmente no abolido, tampoco lo encontramos como en otro tiempo invocado, ni aquella estipulación tenía en Floridablanca, aleccionado por sus fatales frutos, el patrono entusiasta que había tenido en Grimaldi. Lo que había hecho, y continuó haciendo Floridablanca, fué prevenirse para todo evento, así en los preparativos interiores para la guerra que podría sobrevenir, como en las alianzas y tratos con otras potencias, antes y después de tomada la resolución de pelear (2). El mensaje del rey de Inglaterra á las cámaras con motivo de la retirada del embajador español y de la declaración de su gobierno, se publicó por suplemento á la «Gaceta de Madrid» (3), con notas marginales, aclarando ó contradiciendo el contexto de aquel documento.

En honor de la verdad no deja de admirarnos el gusto con que se recibió en España esta declaración de guerra á los ingleses, pues á juzgar por los ofrecimientos que prelados, cabildos, pueblos y particulares hicieron de sus intereses para atender á los gastos y sostenimiento de la lucha, aparece haber sido en su principio casi tan popular como la que se hizo á la misma nación en tiempo de Felipe V. La villa de Alcalá de los Gazules, los pueblos del valle de Salazar de Navarra, los de Sanlúcar de Barrameda y Jerez, se ofrecieron á dar gratuitamente las maderas de sus términos para construcción de buques. Cabildos y ayuntamientos brindaban con gruesas sumas de sus rentas ó propios. Sevilla y Granada, en dos representaciones que dirigieron á S. M., ponían á su disposición

sus personas y caudales y los de sus ayuntamientos. El consulado y comercio de Cádiz armaba á sus expensas veinte naves para el corso. El marqués del Vado, vecino de Málaga, ponía á los pies del rey su persona, su familia y todos sus bienes. El marqués de San Manceb de Arás, el coronel don Manuel Centurion, don Juan Antonio de los Heros, diputado de los Cinco Gremios mayores, daban el ejemplo, seguido después por muchos, de aprontar con el mayor desprendimiento, el uno un donativo de centenares de olmos de su hacienda, el otro de cien mil arrobas de vino de su cosecha, con mil reses vacunas, el otro una cantidad de trescientos mil reales, el otro un legado de treinta mil ducados, y así otros á este tenor, todo con destino á los gastos de la guerra. Y hasta las damas gaditanas pedían permiso para armar y mantener á su costa un navío de gran porte para hacer corso contra los enemigos (4). Iguales ó parecidas ofertas siguieron haciéndose en lo sucesivo por ciudades, villas, corporaciones y particulares de todos los estados y clases de la sociedad (5).

Una vez resuelta la guerra, convínose en que se reunirían las escuadras francesa y española para comenzar la campaña. Componíase aquella de treinta y dos navíos de línea, de treinta y cuatro la española, con igual número de fragatas de una y otra parte: no pasaba de treinta y ocho la del almirante inglés Hardy, y no en el mejor estado, diseminados sus buques por todos los mares (6). Pocas eran también las tropas disponibles de Inglaterra, y estas en su mayor parte compuestas de milicias y reclutas, mientras que en las costas de Francia se reunía un ejército de cincuenta mil hombres con suficientes buques de transporte. No era fácil á la Inglaterra poder resistir á las dos naciones aliadas, y el temor de un desembarque traía azorado á todo el pueblo británico, quebrantado también por intestinas discordias. Desde el puerto de Brest se hizo á la vela el almirante francés Orvilliers con sus treinta y dos navíos en dirección á las costas de España. Debía incorporarse en el Ferrol con una flotilla don Luis de Arce, mas el marino español no lo hizo, alegando primero serle contrarios los vientos, y disculpándose mas adelante con ciertas dudas sobre cuestión de preeminencia en el mando. Dirigióse entonces el almirante francés á Cádiz, donde le esperaba el teniente general don Luis de Córdoba con mas de treinta navíos de línea, y bastantes fragatas y buques menores, y por último se le agregó la pequeña escuadra del Ferrol, con lo que partió toda la armada reunida para el canal de la Mancha.

«Jamás, dice un historiador inglés, desde los tiempos de la famosa *Armada Invencible*, se habían visto las islas Británicas amenazadas por una expedición tan formidable, y rara vez estuvieron menos preparadas para sostener una guerra marítima.» Y en efecto, al decir de otro historiador extranjero, el abastecimiento de las plazas marítimas se había descuidado de tal modo, que al aparecerse la escuadra combinada (agosto, 1779) no había en el puerto de Plymouth ni balas de cañón, ni piedras de fusil, ni municiones, «y si hubiera sido cañoneada habría tenido necesariamente que capitular.» Opinión era de los españoles apresurar el desembarque, antes que los ingleses se repusieran del susto, y sin darles tiempo á prepararse á la resistencia. Pero fuese que el almirante francés tuviera el pensamiento de destruir antes la escuadra inglesa, ó que se propusiera solamente entretener las fuerzas de la Gran Bre-

(1) Titulábase este escrito: «Idea para el caso de que la Inglaterra se negase á la mediación de la España, y esta hubiese de tomar otro partido, formada en París á fines de abril de 1779 por el conde de Aranda.»

(2) Excusado es decir que el historiador inglés citado saca argumento de todos estos preparativos y arreglos para fundar su acusación al gobierno español de haber obrado de mala fe en las negociaciones de mediación, suponiéndolo hecho todo con un designio anticipado. Y así atribuye á este solo fin la amistad de España con Prusia, las gestiones para calmar el resentimiento pasajero de la corte de Viena con la de París con motivo de la disputa sobre la sucesión de Baviera, y el odio de la Rusia á la de Austria, el haber ayudado á Francia á sostener la rivalidad mercantil de Holanda con Inglaterra, el tratado de paz con el emperador de Marruecos, y el ajuste amistoso con Portugal. A todo le da una sola significación y un propósito único, aunque algunas de aquellas transacciones fueran completamente ajenas á la cuestión de la América del Norte.—William Coxe, cap. 71 de su historia.—Nosotros podríamos confirmar también con nuevos datos los antecedentes que en impugnación de aserto tan absoluto hemos sentado.

(3) Del 2 de julio de 1779

(4) Gaceta de 17 de agosto de 1779.

(5) En la Gaceta de 3 de setiembre se puede ver los que hicieron las ciudades de Murcia, Alicante, Cuenca y otras, la Real Maestranza de Granada, un inquisidor de Zaragoza, un vecino de Arenas de San Pedro, etc.—La del 17 contiene los ofrecimientos de Burgos, Valencia, Trujillo y Marbella, los del ayuntamiento, vecindario, comerciantes y operarios de Barcelona, los de los marqueses del Castillo de Torrente, de Campo Real, de Sollerich, etc.—Así por este orden las sucesivas.

(6) Leemos en la Gaceta de Madrid de 17 de agosto la siguiente curiosa noticia acerca de las fuerzas marítimas de Francia é Inglaterra: «Cotejado, dice, el estado actual de la marina real británica con la francesa respecto del que tenían entre sí á principios de la última guerra, resulta que entonces (en setiembre de 1775) la inglesa consistía en 243 velas (que eran 140 mas que la enemiga), y ahora al contrario la francesa consta de 135, que son 53 mas que la británica, cuya superioridad se hace formidable, atendida su unión con las fuerzas respetables de España.»



taña para que no pudiera acudir á la guerra de América, el resultado fué que despues de cruzar ostentosamente por delante de Plymouth, los impetuosos vientos de Levante obligaron á los aliados á navegar la vuelta de las Sorlingas, á cuya vista permanecieron sin poder evitar que la escuadra inglesa de Hardy, tan inferior en fuerza, entrara en el estrecho, y sin poder utilizar su superioridad: de modo que cuando quisieron perseguir á Hardy, aun forzando velas no pudieron impedirle ganar el puerto de Spithead y ponerse á salvo. La pérdida de un tiempo tan precioso, el miedo á la proximidad de las tempestades equinocciales, las enfermedades que la mala calidad de los comestibles y el desaseo de los buques produjeron en tripulantes y soldados, en términos de llegar ya á doce mil los enfermos, la cuarta parte españoles, obligaron á unos y otros á regresar á Brest (12 á 14 de setiembre, 1779), en un estado de lamentable deterioro, sin otro trofeo que la captura del navío *Ardiente* de sesenta y cuatro cañones, y eso porque su capitán se metió por equivocacion entre la escuadrilla ligera francesa. Tan deterioradas llegaron las escuadras, que pasaron meses antes que pudieran volver á salir al mar (1).

Desde este revés no pudo ya haber buen acuerdo entre las dos naciones aliadas, y esta falta de armonía, oculta bajo una aparente fraternidad, fué en aumento con motivo de negarse Francia á prestar su apoyo para la recuperacion de Gibraltar, de Menorca, de la Florida, y para la invasion de la Jamaica. Habia en efecto Carlos III, de cuya mente no se apartaba nunca el pensamiento de la reconquista de Gibraltar, dispuesto desde fines de julio el bloqueo por mar y tierra de aquella importantísima plaza. Mandaba las fuerzas navales el veterano y célebre marino don Antonio Barceló; las de tierra, que ascendian á cerca de catorce mil hombres, el teniente general don Martín Alvarez y Sotomayor. Defendia la plaza lord Elliot, conocido por su serenidad imperturbable, con menos de dos mil soldados. En apuro tenian ya los españoles la guarnicion inglesa, y para impedir los socorros que el almirante Rodney se preparaba á llevar á los sitiados, cruzaba el estrecho con once navíos el jefe de escuadra don Juan de Lángara. A mayor abundamiento se convino entre las dos cortes que se destinarian cuarenta navíos de los de Brest, mitad españoles, mitad franceses, á interceptar el paso á la escuadra inglesa de Rodney. A activar este plan y combinar las operaciones pasó á Brest el conde de Aranda desde París. El proyecto estaba bien trazado, y el éxito no habria sido dudoso sin una serie de contratiempos que rápidamente se sucedieron.

Contra los cálculos y datos de Floridablanca, obtenidos por el de Almodóvar del mismo almirantazgo inglés, suministráronse á Rodney mas de veinte navíos en vez de doce que se creia, con los cuales cruzó por delante de Brest antes que la escuadra combinada estuviera lista y en estado de servir para la nueva empresa. En las costas de España encontró y apresó un convoy de quince velas (8 de enero, 1780), que escoltado por un navío de sesenta y cuatro cañones y cuatro fragatas equipadas por la Compañía de Caracas, habia sido expedido de San Sebastian á Cádiz, con gran cantidad de víveres y de provisiones para la marina. Ni uno solo de estos buques pudo salvarse, y aquella importante presa fué el preludio de mayores contratiempos para los españoles.

En tan críticos momentos, cuando la escuadra de bloqueo de don Juan de Lángara, obligada á tomar puerto en Cartagena para repararse de sus averías, pudo volver á su destino, y cuando la de Galicia que mandaba don Luis de Córdoba habia tenido que retirarse á Cádiz despues de padecer mucho en la travesía, soplando furioso el viento y en medio de una cerrada y tenaz llovizna, hallóse Lángara impensadamente sorprendido por la escuadra de Rodney entre Cádiz y el cabo de Santa María, avanzando las naves inglesas como en media

luna para rodear las suyas (16 de enero, 1780). Borrascoso el tiempo, alterado el mar, próxima la noche, y muy superior en fuerzas el enemigo, mandó Lángara volver proas hacia el puerto con acuerdo de los jefes de los demás buques. Adelantáronse y se alejaron los mas veleros; mas siguiéndole Rodney, á quien el viento favorecia, y viendo inevitable el combate, se aprestó á sostener con los pocos que le quedaban una heroica lucha, que heroica fué por cierto. Empezó esta á las cuatro de la tarde, y duró ocho horas en medio de una horrorosa tempestad y de una noche profundamente oscura. En el principio de la accion una llamarada alumbró de pronto el navío *Santo Domingo* de sesenta y cuatro cañones, que habia perdido el palo mayor por un golpe impetuoso de viento: á los pocos instantes el navío desapareció sumergido en las olas. Fuerzas triplicadas inglesas cargaron entonces sobre cada uno de los buques españoles: el *Princesa*, el *Diligente*, y á su ejemplo los demás, se defendieron maravillosamente cada uno contra tres ó cuatro navíos enemigos. Cuatro rodearon y embistieron el *Fénix*, que montaba Lángara, y mas de seis horas se defendió vigorosamente este valeroso marino, hasta que perdido el palo mayor y el de mesana, herido él mismo en la cabeza y en un muslo, perdido el sentido por algunos instantes, hallóse rendido y prisionero. Diez horas resistió á ataques igualmente rudos el *San Julian*, último que se rindió, herido su jefe el marqués de Medina no menos lastimosamente que Lángara.

Pero un incidente extraño hizo que este valeroso capitán hiciera prisioneros á los mismos que le apresaron á él. Los oficiales y marineros ingleses del *Real Jorge* que se apoderaron de su navío, se vieron tan perdidos en aquella noche terrible sin conocimiento de la costa, que tuvieron que apelar al experimentado marino español para que los sacara á salvo de situacion tan apurada. El marqués puso por condicion que se habian de hacer sus prisioneros, á lo cual ellos accedieron á trueque de salvar sus naves y sus propias vidas. De esta manera entraron en Cádiz los navíos *San Julian* y *San Eugenio*, llevando los vencidos prisioneros á sus mismos vencedores. Todos los capitanes, dice el historiador inglés, sostuvieron con denuedo el honor de la bandera nacional, pero nada pudo compararse á la defensa del general en jefe. Rodney y todos sus oficiales colmaron de elogios á Lángara y á la oficialidad española; y Carlos III, á pesar de la derrota, comprendiendo todo el mérito de aquella brillante defensa, ascendió á Lángara al empleo de teniente general, al de jefe de escuadra al brigadier don Vicente Doz, á los demás á los grados inmediatos, y otorgó pensiones vitalicias á las familias de los que perecieron en el *Santo Domingo* (2).

Dueño Rodney del estrecho, socorrió á los sitiados de Gibraltar, malográndose de este modo otra vez el siempre malhadado cerco de aquella fortaleza, envió cuatro navíos con refuerzos y víveres á Menorca, despachó otros á cargar de granos y ganados en Berbería, y reparó todos sus buques, incluso los españoles apresados.

A pesar de lo dolorosa que fué esta desgracia á Carlos III, no por eso desmayó su espíritu, que siempre el monarca español habia hecho ver al mundo, como dice un historiador italiano, que nunca se mostraba mas firme que despues de los infortunios. A reparar las consecuencias de aquel desastre se consagraba él y sus ministros. Lo que hizo fué negarse á cooperar con Francia á otra expedicion contra Inglaterra, y dar orden á su escuadra para que no se apartara de las costas de la Península. Y con razon: porque al modo que á los principios de febrero se presentó ya en las aguas de Cádiz don Miguel Castro con veinte navíos españoles de los de Brest reparados, y con solos cuatro franceses, bien pudieran haber estado dispuestos otros tantos de los de aquella nacion, y juntos habrian podido batir á Rodney, cuando de Gibraltar hizo rumbo para las Indias Occidentales. Allí envió tambien Carlos III para asegurar sus posesiones del Nuevo Mundo al

(1) «Relacion de la campaña de mar del año de 1779, escrita por Mr. Rosch.»—Memoria del conde de Floridablanca.—Adolphus, Historia de Jorge III.—Beccatini, Vida de Carlos III.—Fernán Núñez, Compendio.—Extracto de las ocurrencias diarias en la armada del Excmo. señor don Luis de Córdoba, en la campaña de 1779 contra Inglaterra.—Gaceta extraordinaria de Madrid de 8 de setiembre, y las ordinarias del mismo mes.

(2) Relacion del combate del día 16 de enero de 1780, hecha por el marqués de Medina, comandante del navío *San Julian*.—Parte del almirante Rodney sobre el combate con Lángara.—Beccatini, Vida de Carlos III, libro IV.—Gaceta del 25 de enero de 1780.



jefe de escuadra don José Solano, con doce navíos de línea y ocho fragatas, escoltando un convoy de cuarenta y dos embarcaciones, con el cual se dió á la vela desde Cádiz (28 de abril, 1780). Que ya el ejemplo de las colonias anglo-americanas comenzaba á hacerse sentir en las españolas. Solano logró llegar sin tropiezo burlando la vigilancia de Rodney que intentaba cortar el paso, y allá se incorporó con el almirante francés Guichen cerca de la Dominica.

Dijimos que meditaba el gobierno español cómo reparar las consecuencias del desastre de Lángara, y no tardó en presentarse á Floridablanca una ocasión de vengarse de los ingleses. Con noticia que tuvo por conducto confidencial de que dos flotas con víveres y mercancías para las dos Indias, estaban á punto de salir de Inglaterra escoltadas por una pequeña fuerza, concibió el proyecto de apresarlas al separarse á la altura de las Azores; y como á la sazón desempeñara interinamente el ministerio de Marina, escribió de su propio puño y transmitió por expresos despachados á la ligera órdenes reservadas y apremiantes para que don Luis de Córdoba que cruzaba entonces el Estrecho saliera con su escuadra á darles caza. Partió pues Córdoba á todo trapo con el ansia de agarrar la presa, y la fortuna coronó sus deseos y los del ministro cumplidamente. A la primera hora de la mañana del 9 de agosto (1780), cuando descuidadamente navegaban á la dicha altura del mar las flotas británicas, no sospechando siquiera que pudieran andar por allí naves españolas, encontráronse envueltas y encerradas por diez y seis navíos. Sorprendidas con tan impensada aparición, no tuvieron tiempo para revolverse, y ambos convoyes, compuestos de mas de cincuenta embarcaciones, cayeron enteros en poder de los navíos de España, salvándose solo con trabajo un navío y dos fragatas de la escolta, el *Ramilliers*, la *Tetis* y la *Southampton*. Soldados, tripulaciones, armamentos, vestuarios, víveres y mercancías, todo cayó en poder de los españoles. Calculóse en un millón de duros el valor de lo apresado. «Jamás, dice un escritor inglés, habia entrado tan rica presa en el puerto de Cádiz.» Su importancia subia de punto por el apuro y miseria en que habian de verse los establecimientos ingleses de las Indias á que iba destinada (1).

Con tanta celeridad se comunicaron á América los avisos de haber sido declarada la guerra, que pudieron comenzar allí las hostilidades aun antes que en Europa. En el momento que los franceses y los norte-americanos ocupaban las fuerzas de la Gran Bretaña, el gobernador interino de Campeche don Roberto de Rivas Betancourt destacó desde Bacalar dos expediciones (1779), con objeto de destruir y aniquilar, como lo hicieron, los establecimientos y rancherías de los ingleses en Rio-Hondo y Rio-Nuevo, derribando las casas y teniendo que refugiarse á la Jamaica las familias. El de la Luisiana, don Bernardo de Galvez, invadió con menos de dos mil hombres la Florida Occidental, y después de reconocer la independencia de América subió por el Mississipi, y se apoderó de un fuerte á orillas del Iberbille (7 de setiembre, 1779). Siguiendo el rio hasta Natchez, tomó igualmente, aunque con algun mas trabajo, las fortalezas y las guarniciones de Baton-Rouge y de Paumure. Guarnecidos estos tres puntos, dió la vuelta á Nueva Orleans, con objeto de esperar la buena estación para continuar sus operaciones de concierto con el gobernador de la Habana. Desde allí tuvo maña para saber atraerse hasta diez y siete caciques y cerca de quinientos guerreros de la tribu de los chaetas, la mas numerosa y temible de la Florida Occidental, que oportunamente agasajados por él, dejaron las insignias inglesas por las medallas españolas.

Luego que Galvez pudo contar con los refuerzos de la Habana, embarcó sus tropas en Nueva Orleans, y remontando otra vez el Mississipi (enero, 1780) dirigióse á la bahía de Mo-

bile, cuya ría pudo ganar á duras penas, sufriendo sus buques terribles averías á causa de haber tenido que luchar con fuertes vendavales y tormentas: ochocientos hombres fueron arrojados á las playas de una isla desierta, sin abrigo y sin recursos de ningún género: todo lo sobrellevaron con una firmeza de ánimo maravillosa los españoles. De los despojos de los buques perdidos, mandó hacer el impertérrito Galvez unas escalas para asaltar el fuerte de Mobile. Mas por fortuna le llegaron cuatro buques de socorro de la isla de Cuba, con lo cual pudieron, reanimados todos, emprender en otra forma y con mas confianza el sitio y ataque de la fortaleza (febrero, 1780). A pesar de la vigorosa resistencia que encontraron, tuvo que rendirse Mobile por capitulación (14 de marzo), quedando la guarnición prisionera, y llegando tarde el general inglés Campbell, comandante general de la provincia, que acudía con mas de mil hombres en su socorro.

Trascurrieron algunos meses en refriegas y combates parciales, y en preparar las cosas para otro proyecto que Galvez tenia, á saber, la sumisión de Panzacola, capital de aquel territorio. Al efecto pasó á la Habana, de donde se hizo á la mar con cinco fragatas y siete navíos (octubre, 1780), pero otro temporal deshecho dispersó la flota, perdió sus principales buques, y tuvo que regresar á aquel puerto. En esta situación la llegada de don José Solano, de cuya expedición hablamos arriba, le deparó ocasión y medios de rehacerse para la prosecución de su propósito. De nuevo se hizo á la vela el intrépido Galvez con cinco navíos de línea, otros quince buques que le seguían á alguna distancia, y mil trescientos quince soldados (28 de febrero, 1781), con los cuales á los pocos dias se puso á la embocadura del puerto de Panzacola. Venciendo dificultades emprendió el ataque de la plaza por mar y tierra.

Ibanle refuerzos de Mobile y de Nueva-Orleans; de este último punto hasta diez embarcaciones, con que pudo interceptar toda comunicación entre la plaza y el castillo. Sin embargo, hacíanle las baterías enemigas un fuego terrible: dos heridas recibió el caudillo español, acaecimiento que consternó al pronto sus tropas, pero que él sufrió imperturbable sin abandonar su puesto. Grande alegría experimentaron los sitiadores al ver aparecerse inopinadamente don José Solano con once bajeles y correspondiente dotación de tropa. Con esto aceleró el gobernador de la Luisiana las operaciones del cerco y redobló los ataques. Un obús estalló en los almacenes de pólvora ingleses, causando la muerte á mas de cien hombres de la guarnición. Este accidente bastó á decidir de la suerte del sitio. Aprovecháronse los nuestros de la confusión y aturdimiento que esto produjo en los enemigos, para establecerse en los muros y obras inmediatas, y desde entonces los ingleses no pensaron sino en capitular. La guarnición, compuesta de ochocientos hombres, ingleses, indios y negros, salió con los honores de la guerra, el general Campbell y el almirante Chester quedaron prisioneros, y el 10 de mayo de 1781 tomaron los españoles posesión de la plaza. Con la rendición de Panzacola quedó sometida toda la Florida. El valeroso jefe de esta gloriosa expedición recibió del rey el título y merced de conde de Galvez, y el nombramiento de capitán general de la Florida y la Luisiana (2).

No con menos decisión que don Bernardo de Galvez emprendió las hostilidades contra los ingleses, tan pronto como supo la declaración de guerra, su padre don Matías, presidente de Guatemala, y hermano del ministro de Indias. Como tuviese noticia de que los ingleses se habian apoderado del castillo de San Fernando de Omoa (20 de octubre, 1779) en la bahía de Honduras, marchó á rescatarle con las pocas tropas veteranas y las milicias que pudo reunir, y con algunos negros esclavos y gente condenada á presidio, y empleando alternativamente la estratagema, el valor y la amenaza, no habia acabado noviembre cuando ya estaba en su poder el castillo. Con los socorros que luego recibió de Cuba y de Nueva España dedicóse, no solo á impedir nuevas invasiones de ingleses en las colonias españolas, sino á destruir los establecimientos británicos del golfo de Honduras, que muchos fue-

(1) Parte de don Luis de Córdoba, en la Gaceta de 29 de agosto de 1780.—Memorial del conde de Floridablanca presentado á Carlos III y repetido á Carlos IV.—Beccatini, Vida de Carlos III, lib. IV.—William Coxe, España bajo los Borbones, cap. 71.—En la relación que envió don Luis de Córdoba se expresan los nombres de las fragatas, bergantines y paquebotes apresados, en número de 52, con el cargamento de cada nave, y el número de hombres y mujeres, así de tropa, como de equipaje y pasajeros.

(2) Partes oficiales en las Gacetas de Madrid de 1781.—Reales cédulas de Carlos III.—Beccatini, lib. IV.



ron destrozados por dos destacamentos que envió al intento, ahuyentando de paso á las montañas los indios enemigos de los españoles (abril, 1780). A la provincia de Nicaragua se encaminó despues Galvez apresuradamente, pero á pesar de su celeridad no llegó á tiempo de impedir que se rindiera á los ingleses el castillo de San Juan, que defendia con un puñado de valientes don Juan de Aysa. Lo que hizo fué estorbar á los enemigos el paso al mar del Sur, limpiar de ellos algunos puntos y destruirles algunas rancherías. Doliase mucho ver en poder de ingleses el castillo de San Juan de Nicaragua, y no paró hasta recobrarle (5 de enero, 1781). Y por último al año siguiente (1782) se volvió á Guatemala despues de haber rendido algunas otras fortalezas enemigas, y dejado la bahía de Honduras limpia de ingleses. Virey de Nueva-España le nombró el rey en premio de tan importantes servicios.

Tales fueron las principales operaciones militares en que tomaron parte los españoles en la cuestion anglo-americana, hasta que comenzaron las negociaciones de otro género.

Tampoco en la guerra con sus colonos y con los franceses habia llevado la Inglaterra la mejor parte, bien que los reveses y los triunfos solian alternar como en toda lucha. En 1779 los franceses se apoderaron de las islas de San Vicente y Granada, despues de lo cual se volvió á Francia el almirante Estaing, dejando allá tres flotas mandadas por Grasse, La Motte-Pique y Vandreuil. En cambio el general inglés Mathews devastó completamente la Virginia, incendiando y talando, y no dejando en pos de sí sino ruinas, cenizas y sangre. Washington se mantenía en West-Point, que se consideraba como el baluarte de que dependian los destinos del país. Al año siguiente con la ida del almirante Rodney despues de haber socorrido á Gibraltar, mudó de semblante la guerra de América, mostrándosele propicio á los ingleses. Cayó en poder de sir Enrique Clinton la importante plaza de Charleston con siete mil prisioneros y cuatrocientos cañones, el terror se apoderó del país, y toda la Carolina del Sur se sometió á los ingleses. Lord Cornwallis, que quedó guarneciendo á Charleston, se mostró desapiadadamente cruel con prisioneros y habitantes, haciendo multitud de víctimas en los cadalsos, lo cual acabó de provocar el odio de los americanos, que no dejaban de tomar represalias siempre que encontraban ocasion. Habian estos aflojado en la guerra por un exceso de confianza en los auxilios de Francia y España; entró la indisciplina y la desercion en el ejército de las colonias: la defeccion del general americano Arnold, que tan grandes servicios habia hecho á la causa de la independencia, fué tambien un golpe fatal para Washington, que por otra parte, á pesar de sus esfuerzos, tenia que sufrir las fatales consecuencias de la manera de reclutarse el ejército americano, porque siendo corto el plazo del empeño en el servicio, y no habiendo consideracion capaz á detener á los soldados en las filas, cumplido que fuera aquel, veíase el general en jefe en la necesidad de mandar cada año un ejército nuevo, con todas las desventajas de capitanear siempre soldados bisonos. Al fin su íntimo amigo el general Greene tomó á su cargo reorganizar el indisciplinado y semidesnudo ejército de la Carolina, y un refuerzo de doce mil franceses al mando de Rochambeau llegó oportunamente á realentar á los caudillos de las colonias.

Mucho les favoreció tambien la declaracion de guerra que por aquel tiempo se hizo entre Inglaterra y Holanda; porque eran ya tres potencias europeas las que entretenian en Europa y en América las fuerzas navales de la Gran Bretaña. Resultado de aquella declaracion fué el encarnizado y famoso combate marítimo que se dió entre las escuadras inglesa y holandesa en el mar Báltico á la altura de Dogger-Bank (agosto de 1781), combate espantoso, en que los navíos se acercaron en el mas imponente silencio sin disparar un cañonazo hasta pelear casi cuerpo á cuerpo, y en que unos y otros se separaron con pérdida igual, desmantelados y rotos los navíos que no se sumergieron de ambas naciones. En América tomó Rodney á los holandeses San Eustaquio, pero Grasse le reconquistó para ellos: Washington tuvo que aplacar con su prudencia y con su firmeza y el influjo de su prestigio una sublevacion de americanos en la Pensilvania. Su compañero y amigo Greene volvió las dos Carolinas á la confederacion; y sobre todo,

lo que hizo cambiar el aspecto de la lucha en favor de los anglo-americanos fué el célebre triunfo de Washington sobre el inglés Cornwallis en York-Town (octubre, 1781), en que hizo prisionero al mismo Cornwallis con todos sus oficiales, seis mil hombres de tropas disciplinadas y mil quinientos marinos. Ofreció Washington la espada del general inglés primeramente al conde de Rochambeau, y despues al jóven y ya célebre Lafayette, mas ni uno ni otro la aceptaron, diciendo que le pertenecia á Washington, pues ellos no eran sino simples auxiliares suyos. El triunfo de York-Town fué el que decidió la suerte de la guerra de América, y el preludio de la emancipacion definitiva de los Estados Unidos (1).

## CAPÍTULO XIV

### Negociaciones para la paz.—La neutralidad armada

DE 1779 Á 1781

Origen de estos tratos.—Comunicaciones del comodoro Johnstone al gabinete de Madrid.—Comision dada por Floridablanca al irlandés Hussey.—Pláticas de este con los ministros ingleses.—Venida de Hussey á Madrid, y conferencias con Floridablanca.—Cuestion sobre la base de la devolucion de Gibraltar.—Regreso de Hussey á Lóndres.—Proposiciones del gobierno británico al español.—Dicho célebre de lord Stormond.—Carta de Hussey á Floridablanca.—Respuesta de este ministro.—Venida de Cumberland á Madrid.—Insistencia de Floridablanca en exigir como condicion preliminar la restitution de Gibraltar.—Retirada del agente inglés.—Cesa la negociacion.—Proyecto de un convenio de *Neutralidad armada* entre las naciones europeas.—Causas que le hacian necesario.—Parte principal que en él tuvo el gobierno de España.—Pónese la emperatriz de Rusia al frente de las potencias neutrales.—Declaracion solemne.—Adhesion de España, Francia, Dinamarca, Suecia, Holanda y otras potencias á la *Neutralidad armada*.—Aislamiento de Inglaterra.—Escasos resultados de esta confederacion.—Impavidez heroica de la Gran Bretaña.—Continuacion de la guerra.

En medio de las operaciones de la guerra en uno y otro hemisferio no habia dejado de tratarse de paz en Europa, señaladamente entre los gabinetes de Lóndres y de Madrid. Principio de estos tratos fué una comunicacion que en Madrid se recibió del comodoro Johnstone, que mandaba la estacion inglesa en Lisboa, indicando que el ministerio presidido por lord North no tendria inconveniente en hacer el sacrificio de desprenderse de Gibraltar á trueque de restablecer la amistad con España (octubre, 1779). La proposicion merecia ser tomada en consideracion, y así el conde de Floridablanca, con anuencia de Carlos III, escribió reservadamente al clérigo irlandés Hussey, capellan del monarca español, y de la comitiva del conde de Almodóvar, que se habia quedado en Lóndres, encomendándole insinuara al gobierno inglés que tambien habia igual disposicion por el de España, aun á costa de alguna compensacion por lo de Gibraltar. Trasmitió aquel eclesiástico la propuesta á lord North y á lord Germaine, ministro este último de la Guerra y de los negocios de América, por medio de su secretario particular Cumberland. Propiciamente la oyeron ambos ministros; y como en la situacion desfavorable que á la sazón tenia para ellos la guerra de los Estados Unidos esta negociacion podia producir por lo menos desconfianza entre las cortes de Madrid y de Paris, creyeron conveniente proseguirla, y persuadieron á Hussey á que so pretexto de negocios personales viniese á Madrid á promover el restablecimiento de las buenas relaciones entre ambas potencias, pero prohibiéndole hacer promesa alguna relativa á Gibraltar (2).

Vino en efecto Hussey á Madrid (29 de diciembre, 1779), y celebró varias conferencias con Floridablanca. En ellas mani-

(1) Historias de Inglaterra, de Francia y de Holanda.—Robertson, Historia de América.—Memoria del conde de Floridablanca.—Partes oficiales y noticias insertas en las Gacetas del tiempo.

(2) La carta, especie de credencial, que le entregó lord Germaine, estaba escrita en este sentido, y como suponiendo que aprovechaba la ocasion de venir Hussey á Madrid á asuntos propios para confiarle este negocio, atendidas sus buenas relaciones en esta corte. Insértala William Coxe (cap. 72 de su Historia), que conoció la correspondencia que medió en esta negociacion.



festó el ministro español su desconfianza de la manera impropia como había venido la proposición de Lisboa, y que parecía enderezada á excitar sospechas y desavenencias entre las cortes de Madrid y Versalles: declaró que España no estaba ligada con Francia para hacer la paz, sino que podría entenderse ella sola con Inglaterra y firmarla por sí y sin participación de aquella corte: que la condición indispensable para venir á un ajuste habría de ser la devolución de Gibraltar, pero que desconfiaba mucho de la sinceridad del gabinete inglés en este punto: algo se habló de compensación y de cesiones recíprocas, pero de un modo indeterminado: de sus disposiciones á favor de la paz le habló y aseguró mucho el ministro español, así de palabra como en las instrucciones de la carta que también le entregó á imitación de lord Germaine, con lo cual salió otra vez Hussey de Madrid (9 de enero, 1780).

Tan pronto como regresó á Londres (29 de enero), juntóse el gabinete para tratar de la entablada negociación, y después de consagrar á ella cuatro sesiones y de ponderar la importancia de la plaza de Gibraltar y el interés del honor nacional en conservarla, se acordó que la cesión solo se podría hacer bajo las condiciones siguientes: España cederá á Inglaterra la isla de Puerto-Rico, la fortaleza de Omoa y su territorio, y un puerto y una extensión de terreno suficiente para edificar una fortaleza en la bahía de Oran: — además de comprar por su valor real toda la artillería y pertrechos que existen en Gibraltar, aprontará una suma de dos millones de libras esterlinas (diez millones de pesos), como compensación de los gastos de fortificación que se han hecho: — hará una paz separada con Inglaterra, renunciando á todos sus compromisos con Francia: — se comprometerá á no prestar socorro á las colonias inglesas, y á no admitir, ni agentes, ni buques, ni refugiados que de ellas procedan. El resultado de esta deliberación se comunicó á Hussey delante de lord Stormont, secretario del departamento del Norte, el cual, para significar la importancia que daba á la posesión de Gibraltar, pronunció aquellas célebres palabras, que acompañó con cierta vehemencia de entonación y de gesto: *Si el rey de España me pusiera delante de los ojos el mapa de sus dominios para que buscara un equivalente de Gibraltar, dándome tres semanas para la decisión, no podría en tan largo plazo encontrar entre todas sus posesiones ninguna que bastara á compensar la cesión de aquella plaza* (1).

Declararon también entonces los ministros ingleses que el comodoro Johnstone no había recibido autorización alguna para hacer su primera proposición relativa á Gibraltar, que había obrado en ella de su cuenta y sin poderes de nadie, y que extrañaban que el conde de Floridablanca hubiera dado crédito á proposición tan informal. Todas estas declaraciones causaron profundo disgusto y enojo al mediador Hussey, que no dejó de quejarse agriamente de ello á Cumberland, dándose por engañado, y añadiendo que iba á escribir á Floridablanca rogándole le perdonase, y reconociendo la razón con que había desconfiado de la buena fe del gabinete inglés. Esforzose Cumberland por calmarle, y sobre todo, le hizo en tono serio la reflexión, de que estando resuelto el gobierno británico á hacer declaraciones oficiales y solemnes contrarias á sus aseveraciones, el comprometido á los ojos de España sería él mismo, porque pasaría por un hombre ardiente y ligero, y poco fiel y exacto en el modo de presentar las disposiciones para la negociación. Esta amenaza no solo contuvo á Hussey, sino que trocó su primer calor y vehemencia en tibieza y blandura, y por último limitóse á escribir á Floridablanca la carta siguiente:

«A mi llegada aquí, quince días hace, dí cuenta al gobierno inglés de las instrucciones que V. E. me comunicó. Durante varios días se ha discutido el negocio sin descanso; pero la cesión de Gibraltar como artículo preliminar y como condición *sine qua non* del tratado, pareció al gabinete que no puede aceptarse. Lo único que ofrece Inglaterra es negociar tomando por base el tratado de París, y en este caso podría España entrar en la cuestión dándole el aspecto de cambio de territorio. De este modo entrará en tratos la Gran Bretaña, y el resulta-

do dará á conocer al mundo la sinceridad de sus deseos en lo que se refiere á un arreglo con España. Si piensa V. E. que basta esta declaración para entablar una negociación en forma, nombrará la Gran Bretaña una persona que trate de este negocio secretamente y con celeridad, nombrando también otra España por su parte; y si V. E. me permite que emita mi parecer acerca del estado de los asuntos, creo que se accederá á la cesión de Gibraltar con tal de que convengan las condiciones; aunque no tengo autorización ni verbal ni escrita para declararlo así positivamente. Niega el gobierno inglés que haya dado instrucciones algunas ni encargo á Johnstone para hacer proposiciones á España, añadiendo empero que confía en que la imprudencia del comodoro no sea un obstáculo para que se lleve á cabo la negociación.»

Por mas que la carta del presbítero irlandés fuese poco satisfactoria al ministro español, como en aquel tiempo hubiese ocurrido la derrota fatal de la escuadra de Lángara y el socorro introducido en Gibraltar por Rodney, la corte de España se creyó en la necesidad de continuar los tratos, siquiera no se sacara ya de ellos otra ventaja que excitar la rivalidad entre Francia é Inglaterra. Siguiéronse, pues, en virtud de la respuesta dada por Floridablanca; mas como este ministro se limitara mañosamente á protestar de un modo público sus vehementes deseos de llegar á un resultado ventajoso para ambas partes, resolvió el gobierno inglés enviar á Cumberland á Madrid con el pretexto de restablecer su salud (junio, 1780). También el secretario del ministro inglés tuvo sus conferencias con Floridablanca, en que se trató un proyecto de arreglo; mas como antes de debatirse el punto de Gibraltar llegaran noticias de los alborotos de Londres promovidos por lord Gordon, de cuyas resultas esperaba el ministro español la caída del ministerio británico, y como coincidiera la llegada del almirante francés Estaing á Cádiz con su escuadra ofreciendo una cooperación activa á la guerra y manifestando confianza en la próxima reducción de Gibraltar, al propio tiempo que la nueva de la captura de los dos convoyes ingleses hecha por Córdoba en la altura de las Azores, cambió repentinamente de lenguaje el ministro de Carlos III, é insistió mas en que la restitución de aquella plaza fuese una de las condiciones preliminares de la paz (julio y agosto, 1780).

En una de estas pláticas, viendo al agente británico defender con firmeza sus pretensiones, le dijo: *Gibraltar es un objeto por el cual el rey mi amo rompería el Pacto de Familia ó cualquier otro compromiso que tuviese con Francia.* Y como después le preguntase aquel si conocia las disposiciones del gobierno francés, ó estaba dispuesto á transmitir alguna proposición de su parte, meditando un rato le respondió: «No tenemos proposición ninguna que hacer á nombre de Francia..... Si Inglaterra desea sinceramente la paz, que ceda á las indicaciones de los que apetecen lo mismo, que es lo que tarde ó temprano han de apetecer todos..... Nada pedimos que pueda ofender su dignidad..... así, pues, que no pierda de vista el decoro que se debe á sí misma respecto á Francia, pero que se una á S. M. Católica á fin de terminar una guerra que no puede menos de extenuar á todas las naciones que se hallan empeñadas en ella; y como conoce mejor que nadie lo que á sus intereses conviene, que nos indique las condiciones que aceptaría si las propusiera Francia, y que combine con ellas las condiciones que exige España. Si son justas y racionales por ambos lados, si son tales que pueda aceptarlas España con honra, S. M. Católica firmará la paz separadamente con ella, y empleará el influjo que pueda tener con su aliado para obtener la paz general: unámonos de corazón, y trabajemos de consuno para llegar á un resultado feliz. Por mi parte siempre estaré dispuesto á entenderme con vos francamente y sin subterfugios, y deseo de corazón que no altere ninguna diferencia de opinión nuestras buenas intenciones recíprocas (2).»

Honran ciertamente al ministro de Carlos III tales sentimientos y expresiones transmitidas por el mismo agente diplomático inglés: mas no bastando á hacer que Cumberland

(1) Informe escrito por Cumberland; Papeles de Paoten.

(2) Memorias de Cumberland, citadas por William Coxe, que es quien da noticias mas puntuales sobre esta negociación.



traspasara una linea la letra estricta de sus instrucciones, encomendó de nuevo á Hussey que prosiguiera en Lóndres la gestion de este negocio. El gobierno británico, «convencido, dice un historiador de aquella nacion, de que el gabinete español no se separaria de Francia por sencillas y naturales que fueran las condiciones que se le ofreciesen,» se negó ya á continuar estos tratos, en cuya virtud se dió orden á Cumberland para que se retirara de Madrid, al cabo de ocho meses que llevaba de permanencia en esta corte (1781), sin que por entonces se volviera á hablar mas de convenio. Así, la guerra continuó con mas ardor y encarnizamiento que antes: pero Floridablanca consiguió uno de los fines que diestramente se habia propuesto desde el principio de esta negociacion, á saber, que Francia se adhiriera mas á las miras de España por temor de perder una aliada de que tanta necesidad tenia, y que prestara mas eficaz cooperacion á los ataques que se meditaban contra Gibraltar, Menorca y Jamaica (1).

Otra negociacion de diferente indole se seguia tambien por este tiempo, no ya solo entre las potencias empeñadas en la guerra, sino entre todas las de Europa, en la cual el gabinete español se atribuyó el mérito de la iniciativa, y en que los escritores extranjeros no le niegan haber tenido la principal parte. Hablamos de aquella actitud que con motivo de esta guerra tomaron las potencias europeas, nueva en la historia de las naciones, y á que se dió el nombre de *Neutralidad armada*. El origen, la marcha y el término de este memorable tratado lo explica bien el mismo conde de Floridablanca en su célebre *Memoria*, y esta explicacion, en la esencia del relato, no ha sido desmentida ni contradicha por nadie que sepamos. Hé aquí sus palabras:

«Para desnudar (dice) á nuestros enemigos de todo aliado marítimo que pudiese incomodarnos en el caso de un rompimiento, cultivé de orden de V. M. la corte de Rusia, con la que habia muchos motivos de frialdad y desconfianza, nacidos de las etiquetas de los tratamientos imperiales y de las ceremonias y pretensiones de aquella corte. Entró la Francia en iguales ideas, y se consiguió que la Rusia no solo se aliase con la Inglaterra durante la guerra, sino que nos enviase de propósito dos fragatas de su marina cargadas de efectos navales, en el tiempo que la misma guerra impedía el paso de ellos, para surtimiento de nuestra armada.

»Tambien se consiguió que la emperatriz de Rusia se pusiese á la frente de casi todas las naciones neutrales para sostener los respetos de su pabellon, que es lo que se ha llamado *Neutralidad armada*. Con esto faltaron á la Inglaterra todos los recursos de las potencias marítimas, hasta de la Holanda su antigua aliada. Permítame V. M. recordar aquí el manejo que se llevó para dar este golpe, que aunque atribuido á la Rusia, y sostenido por ella con teson, tuvo su principio en el gabinete político de V. M. y en las máximas que adoptó, y supo conducir sagazmente.

»La regla reconocida en todos los tratados de casi todas las naciones de liberrar el pabellon neutral ó amigo de la confiscacion de los bienes ó mercaderías pertenecientes á enemigos, jamás habia sido observada por la marina inglesa, ó llevada de los principios altivos de su pretendida soberania del mar, ó fundada en las particulares leyes del almirantazgo.

»Cuando se refundió y publicó por V. M. la nueva ordenanza de corso para la última guerra (2), se estableció que las embarcaciones de bandera neutral ó amiga que condujesen efectos de enemigos se detendrian y conducirían á nuestros puertos, para usar con ellas y su carga de la misma ley de que

usasen los ingleses con las que llevasen efectos pertenecientes á españoles ó sus aliados. Por este medio se pensó conseguir una de dos cosas, ó contener la conducta inglesa contra el pabellon neutral, ó compensar por via de represalia la pérdida que en él hiciésemos con la mayor del comercio inglés que harian nuestros enemigos.

»Con la ejecucion de este artículo de la ordenanza, y con la proporcion que nos dió el bloqueo de Gibraltar para detener cuantas embarcaciones condujesen efectos ingleses de las muchas que pasan al Mediterráneo, se levantó un clamor universal de parte de las potencias marítimas neutrales, acometiéndome los ministros de Suecia, Dinamarca, Holanda, Rusia, Prusia, Génova y otros, para que se cortase el perjuicio que padecia su comercio en la detencion de tanto número de embarcaciones.

»A estos clamores y oficios respondí constantemente, que en defendiendo las potencias neutrales su pabellon contra ingleses, cuando estos quisiesen apoderarse bajo de él de efectos españoles, entonces respetaríamos nosotros el mismo pabellon, aunque condujese mercaderías inglesas; porque no estaria ya en manos de la potencia neutral, ni vendría á consentir el abuso del poder que hiciese la Inglaterra. Pero que tolerando, como toleraban, á la marina inglesa la detencion ó confiscacion de efectos nuestros bajo su bandera amiga ó neutral, no debian esperar que la España cediese, ni dejase de hacer lo mismo.

»Preparada así la materia para hacer recaer el odio, como era justo, sobre la conducta inglesa, y disponer los ánimos de las potencias neutrales á la defensa de su pabellon, se presentó la Rusia con una especie de que nos valimos oportunamente. El canciller de aquel imperio nos hizo insinuar lo mucho que conduciría á la quietud y buena correspondencia de las potencias comerciantes la formacion de un código general marítimo, que abrazase los puntos necesarios en la materia para evitar dudas y controversias, y que fuese adoptado de las naciones, en lo que la emperatriz de Rusia empleará con mucho gusto sus oficios y autoridad.

»Conocí al instante el deseo de la Rusia de adquirirse la gloria de dar leyes marítimas á la Europa comerciante, y respondí, que aunque la formacion de un tal código tendria muchas dificultades para ser adoptado, no habria tantas en persuadir á las potencias marítimas neutrales que defendiesen su pabellon contra los beligerantes que quisiesen ofenderlo, estableciendo reglas para ello fundadas en los tratados. A esto añadí, que empezando por este medio la Rusia á mover las potencias neutrales, insultadas y deseosas de sostener la inmundad de su bandera, de que dimanaba la prosperidad de su comercio, durante la guerra vendria insensiblemente á formarse una especie de código marítimo, y la emperatriz, poniéndose á la frente de esta especie de alianza ó principio de neutralidad, se haria el honor de ser protectora de los derechos de las naciones marítimas.

»El difunto rey de Prusia, que deseaba refrenar los abusos del almirantazgo inglés, apoyó y fomentó este pensamiento, y fué por consecuencia bien recibido del ministerio ruso, habiéndole yo asegurado que la España y Francia se acomodarian á estos principios, aunque la Inglaterra los rehusase; y en efecto, emprendió la czarina con el imperio que se ha visto el proyecto de la neutralidad armada, que se ha hecho tan famoso, y que tuvo su primer origen, como llevo dicho, en el gabinete político de V. M.»

Idea muy cumplida nos da esta relacion, hecha por persona que tuvo tan principal parte en el plan, del modo como este se fraguó y realizó. Restábale sin embargo añadir, que todavía estuvo algun tiempo indecisa y vacilante la emperatriz Catalina II, ya por alguna desconfianza que de Francia tenia, ya porque Inglaterra la entretenia y halagaba con la perspectiva de la cesion de Menorca, cuya adquisicion le seria tan conducente para su designio de apoderarse un dia de los Dardanelos. Pero dos incidentes la hicieron decidirse por el plan del gabinete español. El uno fué la detencion de algunos buques holandeses por una escuadra inglesa, buques que conducian tambien efectos é intereses rusos, y que pasaron por la humillacion de ser visitados, de lo cual se ofendió vivamente

(1) Es extraño que Floridablanca no dijese nada de esta negociacion en su Memoria. En su correspondencia con el conde de Aranda es donde se encuentran algunas especies importantes y curiosas sobre estos tratos. Por ejemplo, en carta de 7 de agosto de 1780 le decia que Cumberland le habia traído carta de lord Hillborough, en que afirmaba haberle autorizado el rey de Inglaterra para la negociacion, y se le recomendaba con las expresiones mas eficaces. Y hablando de Francia, le decia: *El rey quisiera tener esa corte en sujecion, no para faltarla, sino para que, recelosa de un ajuste nuestro, no aflojase en las disposiciones de la guerra, ni en ternos consideracion.*—Ferrer del Rio cita estas cartas en el cap. III del libro V de su Historia de Carlos III.

(2) Publicóse esta ordenanza en 1.º de julio de 1779.



la emperatriz. El otro era la oposicion de la escuadra española á que pasasen bajeles rusos por el estrecho de Gibraltar aunque fuesen con mercaderías permitidas, en tanto que otras naciones no hiciesen á los ingleses respetar la bandera neutral. Entonces se decidió á publicar aquel famoso Manifiesto, en que se contenian tres bases que habian de constituir una especie de código marítimo general, á saber:

1.<sup>a</sup> Los buques neutrales podrán navegar libremente por las costas de las naciones que están en guerra, y arribar sin obstáculo á sus puertos.

2.<sup>a</sup> Les será lícito trasportar toda clase de artículos, á excepcion de los que se especifican como de contrabando en los artículos 10 y 11 del tratado de comercio de la Gran Bretaña.

3.<sup>a</sup> Será única excepcion de esta regla el caso en que un puerto esté de tal manera bloqueado por buques de guerra que no sea posible acercarse á él sin peligro.

Terminaba esta declaracion anunciando el armamento de su escuadra, y su resolucion de mantener el honor de la bandera rusa y proteger el comercio de sus vasallos. El gobierno español, que se habia anticipado á modificar su ordenanza de corso (13 de marzo, 1780), para acallar las quejas y reclamaciones de las potencias neutrales, fué el primero que se adhirió en todas sus partes al Manifiesto de la czarina (18 de abril), si bien advirtiéndole que con respecto al bloqueo de Gibraltar existia el peligro de que se hablaba en la excepcion, el cual podrian evitar las potencias neutrales conformándose á las reglas establecidas en la declaracion de S. M. Católica de 13 de marzo último, comunicada por su ministro á la corte de Rusia (1).

Francia se apresuró tambien á dar su adhesion (23 de abril). Inglaterra, sin abandonar los principios de su sistema marítimo, se limitó á manifestar su deseo de evitar la violacion del derecho de gentes, y de ser justa con los que hiciesen un comercio rigurosamente neutral, que interpretaba á su modo. Dinamarca aceptó hasta con entusiasmo la declaracion rusa (8 de julio, 1780). Admitieronla mas tarde Suecia, Holanda, Nápoles y Portugal. El rey de Prusia solicitó formar parte de esta célebre confederacion, y el emperador José de Austria siguió su ejemplo despues de la muerte de la emperatriz reina Maria Teresa; y aunque al decir de un escritor inglés la incorporacion de dos potencias sin marina no hizo sino aumentar el número, no la fuerza de los aliados, sin embargo el viejo Federico de Prusia hizo mucho daño á Inglaterra, ordenando á sus súbditos que retiraran cuanto antes los fondos que tenian en las cajas públicas de aquel reino, fundando la medida en que el gobierno inglés no podia contener la bancarota nacional, y persuadiendo á la emperatriz de Rusia de que en la declaracion de guerra que luego sobrevino entre Inglaterra y Holanda la agresion habia venido de la primera.

Este convenio de tantas potencias en guardar una misma actitud y en observar una misma conducta en los mares durante la lucha de que en estos capítulos hablamos, fué el que constituyó el famoso pacto que se conoce en la historia con el nombre de *Neutralidad armada*. Convendremos en que esta ruidosa medida no produjo tan graves ventajas ni resultados tan decisivos como parecia que eran de esperar, y sin duda el no haber correspondido sus efectos á lo que muchos esperaban fué lo que dió ocasion á que algunos la denominaran burlescamente la *Nulidad armada* (2). Mas no puede negarse que por lo menos produjo el de dejar á Inglaterra sin aliados; y la prueba de lo que le perjudicaba aquella convencion fué el empeño que habia puesto en impedirle, y los esfuerzos que hizo despues para granjearse el afecto de las grandes potencias de Europa.

Lo que en honor de la justicia y de la imparcialidad no

(1) El documento de adhesion está fechado en Aranjuez á 18 de abril de 1780.

(2) William Coxe atribuye á la misma emperatriz de Rusia el haber calificado con este nombre burlesco su propia obra, arrepentida, dice, de haberse empeñado en un momento de resentimiento en una marcha errada. Séanos permitido dudarlo, y no nos parece que el idioma ruso sea el que mas se preste á este juego de voces en que consiste el donaire con que quiso ridiculizarse el convenio, y que en un caso se nos antoja mas propio de las lenguas de Occidente.

puede menos de confesarse, y en ello estamos de acuerdo con la observacion de un historiador contemporáneo (3), es el grande aliento, la impavidez, la constancia y la magnanimidad que en esta ocasion mostró la nacion inglesa, cuando aislada y desprovista de amigos y auxiliares, agobiada por las fuerzas marítimas y terrestres de Francia y España, casi vencida ya por sus colonias de América, hirviendo el reino en discordias intestinas, sublevada la opinion contra el gobierno de Jorge III en Lóndres, en todas las ciudades populosas y comerciantes, en los condados mas apartados de la metrópoli, todavia tuvo arranques para ponerse en lucha con un enemigo mas, declarando la guerra á la Holanda (4), y para proseguir la que años hacia estaba consumiendo sus fuerzas desparamadas por el nuevo y por el antiguo mundo.

## CAPITULO XV

### Menorca.—Gibraltar.—Fin de la guerra

DE 1781 Á 1783

Resuélvese la reconquista de Menorca.—Admirable secreto con que se preparó y condujo la empresa.—Parten de Cádiz las escuadras francesa y española reunidas.—Lleva el mando en jefe el duque de Crillon.—Sobresalto de los ingleses, y regocijo de los naturales.—Bloqueo del castillo de San Felipe.—Conducta heroica de Crillon.—Firmeza y pundonor del gobernador Murray.—Ataque á la plaza con ciento once cañones y treinta y tres morteros.—Rendicion de la plaza y castillo.—Capitulacion honrosa.—Vuelve toda la isla al dominio de España.—Recompensa.—Conviértese en sitio el bloqueo de Gibraltar.—Planes diversos, y extravagantes invenciones para rendirla.—Son desechados.—Se adopta el famoso proyecto de *las baterías flotantes* de M. d'Arzon.—Descripcion de estos navios monstruos.—Ejército de cuarenta mil hombres en el campo de San Roque.—Obras admirables de ataque y defensa.—Curiosidad y ansiedad pública.—Expectacion de toda Europa.—Pónense en juego con soberbio aparato las baterías flotantes.—Horrible estruendo causado por cuatrocientas piezas de grueso calibre disparadas á un tiempo.—Incéndianse las flotantes.—Noche funesta y terrible.—Malógrase la empresa naval.—Continuacion del sitio.—Contratiempo de la escuadra española.—Llegada y maniobras de la escuadra inglesa.—Introduce socorros en la plaza.—Combate, y se salva de las escuadras combinadas.—Proyecto de minar el Peñón.—Nuevas negociaciones para la paz.—Cambio en el ministerio inglés.—Agentes británicos en Paris.—Conducta del gobierno francés.—Condiciones que exigia España.—Modifica sus proposiciones.—Frústranse sus esperanzas de la restitution de Gibraltar.—Prepárase una formidable expedicion contra Jamaica.—Se firman los preliminares para la paz.—Adhesion del gobierno español.—Desapruebalos el parlamento británico.—Ministerio Fox.—Se ajusta el tratado definitivo de paz.—Sus principales capítulos.—Ventajas que reportó España.—Fin de la guerra.—Conducta del ministro Floridablanca.

Sucesos de grande interés para España se realizaron en la campaña que siguió á estas negociaciones. Inglaterra, comprendiendo la desventajosa situacion del aislamiento en que la neutralidad armada la habia colocado, hizo nuevos esfuerzos por granjearse la amistad de la emperatriz de Rusia halagando su pasion marítima y mercantil. En estos tratos, y como precio de su mediacion para la paz volvió á jugar la cesion de la isla de Menorca, tan codiciada de Catalina II como tan conveniente á sus designios. Aunque conducido este proyecto con la posible reserva, no se ocultó á la vigilancia y á la sagacidad del conde de Floridablanca, y desde entonces concibió el pensamiento de apresurar la reconquista de aquella isla, que era al propio tiempo asilo de corsarios, único refugio de los buques ingleses en el Mediterráneo, y peligroso cebo

(3) Ferrer del Río, en el cap. III del libro V de su Historia de Carlos III.

(4) Las causas de este rompimiento fueron, el asilo que los corsarios americanos, especialmente el famoso Pablo Jones, terror del comercio británico, hallaban en los puertos holandeses; el haber eludido la Holanda el cumplimiento de los tratados de 1678 y 1716 con Inglaterra; su adhesion á la *neutralidad armada*; la predileccion que mostraba á los anglo-americanos, y el haber descubierto que estaba ajustando con ellos un tratado de comercio. De los resultados y consecuencias del rompimiento entre estas dos potencias en los mares de la India y en el Báltico, y especialmente del combate de Dogger-Bank entre los almirantes Parker y Zoutman, dimos ya cuenta en el anterior capítulo.



para apartar á Rusia de la amistad de España, y moverla cuando menos á abandonar la neutralidad.

Por muerte del ministro de la Guerra conde de Riela, y aunque encomendado interinamente este ministerio al de Gausa, los negocios de gravedad á él pertenecientes corrian á la sazón á cargo de Floridablanca por disposicion y mandato expreso del rey (1). Esto le facilitó los medios de preparar con todo sigilo su proyectada empresa de apoderarse de Menorca, que el monarca aprobó, resuelto como estaba á no arriesgar mas sus fuerzas marítimas en las costas de Inglaterra. De dos cosas hacia depender aquel hábil ministro el buen éxito de su idea: de hacer los preparativos de la expedicion con tales precauciones y tal disimulo que nadie imaginara su verdadero designio, y de asegurarse de las buenas disposiciones de los naturales de la isla en favor de España, para no contar al tiempo del desembarco mas enemigos que las tropas de la guarnicion. Uno y otro requeria gran discrecion y pulso. Túvole Floridablanca en enviar á la isla para explorar los ánimos de los naturales al marqués de Solerich, persona de grande influencia en ella, el cual desempeñó felizmente su delicada comision, con la satisfaccion de poder asegurar al ministro de Carlos III que aquellos isleños continuaban siendo amigos de España y de su soberano, no pudiendo nunca olvidar que habian sido españoles.

Difficil era guardar secreto en los preparativos. Sin embargo, aunque se veia reunirse naves y tropas en Cádiz, como que estaba pendiente el bloqueo de Gibraltar, todo el mundo atribuia la reunion de aquellas fuerzas al pensamiento de convertir en sitio formal el bloqueo, ó sospechábase cuando mas alguna expedicion á las Indias Occidentales. Nadie se fijaba en Menorca, pues no se observaba movimiento alguno ni en Barcelona, ni en Alicante, ni en Cartagena, puertos fronterizos á aquella; además que Mahon y su castillo eran mirados como inexpugnables. De esta manera consiguió Floridablanca deslumbrar á todos, no estando en el secreto sino el rey, el príncipe de Asturias, y el duque de Crillon, teniente general francés al servicio de España, acreditado en las campañas de Italia, á quien confió el mando de las tropas de la expedicion.

Ni al gobierno francés mismo se dió conocimiento del plan, habiendo de concurrir á su realizacion sus navíos y sus soldados. Hé aquí lo que respecto á este particular nos ha dejado dicho el ministro español en su Memoria: «Aunque la Francia mostró algun resentimiento del secreto que se guardó, se consiguió aplacarla, recordando habersele dicho que veríamos lo que podríamos hacer en el Mediterráneo, lo cual pendia de muchos accidentes que no se podian prever ó adivinar. En efecto, V. M. sabe que no teníamos desconfianza de nuestro aliado, sino de las muchas manos por las cuales debia pasar el secreto si lo comunicábamos. En fin, la Francia no solamente se aquietó con mis oficios practicados con su embajador, sino que nos envió dos mil hombres á Menorca, los cuales servian á lo menos para guardar los puestos que nuestras pocas tropas no podian cubrir.»

Partieron pues de Cádiz las dos escuadras reunidas, francesa y española (23 de julio, 1781), compuestas de cincuenta y dos velas, y escoltadas por dos navíos de línea, dos fragatas y varios otros buques de guerra, llevando á bordo ocho mil hombres de tropa, sin que nadie hubiera penetrado el objeto de aquella expedicion misteriosa. Y aunque los vientos impidieron á Crillon ejecutar de lleno el plan que llevaba meditado, todavía logró saltar á tierra sin obstáculo en la playa de la Mezquita (19 de agosto, 1781), y avanzar con tres mil quinientos hombres sobre Mahon, obligando á los sobrecogidos ingleses á encerrarse en el castillo de San Felipe. El marqués de Peñafiel y don Ventura Caro se apoderaron del fuerte de Fornell y de la ciudadela. Los habitantes mostraron la mayor alegría, apresurándose á prestar el juramento de fidelidad al rey de España, y Crillon á nombre del rey Católico declaraba restablecidos los privilegios de que habian gozado antes aquellos insulares.

Aunque reducidos los ingleses al castillo de San Felipe, la

naturaleza de aquella expedicion habia hecho que faltaran muchas de las cosas mas precisas para ponerle un sitio formal, de modo que se limitó la operacion á un bloqueo por espacio de algunos meses; y en tanto que llegaron artilleria y pertrechos de Cartagena y Barcelona, y los refuerzos que de Tolon envió el rey Luis XVI, eran ya principios de diciembre cuando se comenzó á levantar las baterías. Gala de arrojo hizo el intrépido Crillon subiendo á plantar por su mano la bandera española en la torre de las Señales; y el ejemplo del valeroso general francés no fué perdido para los soldados, pues cuando se trató de crear una compañía denominada de Voluntarios de Crillon para colocarla en el puesto del mayor peligro, todos se disputaban el honor de ser inscritos en ella, y fué menester, para evitar altercados y piques, que el jefe resolviera escogerlos y nombrarlos por sí mismo. Lástima que Crillon empañara el lustre de su heroica conducta en esta empresa con un lunar que desdice de la grandeza de su ánimo. Hablamos del hecho que un historiador afirma, de haber intentado hacer flaquear la fidelidad del general inglés Murray, gobernador del castillo, prometiéndole por la entrega de la plaza una recompensa de quinientos mil pesos, y un alto puesto en el ejército español ó francés, á lo cual dió el pundonoroso general británico la siguiente digna y vigorosa respuesta:

«Cuando vuestro valiente abuelo recibió la órden de su soberano para asesinar al duque de Guisa, dió la respuesta que vos hubierais dado si el rey de España os hubiera encargado asesinar á un hombre cuyo nacimiento es tan ilustre como el vuestro, ó como el del duque de Guisa. Con vos no puedo yo tener tratos sino con las armas en la mano. Si abrigais sentimientos de humanidad, envid vestidos para los miserables prisioneros que tengo en mi poder; que los dejen en un punto apartado, y yo enviaré á buscarlos, porque en lo sucesivo no consentiré mas relaciones con vos que las mas estrictas que imponen los deberes de la guerra.»—Como hombre de honor le contestó Crillon diciendo: «Vuestra carta nos deja á cada uno en su lugar, y fortifica la estimacion con que siempre os he mirado; acepto con gozo vuestra proposicion.»—Veremos luego cómo el general francés desagravió con usura al gobernador británico con su generoso comportamiento de la ofensa que antes le hubiera inferido con una proposicion vituperable entre soldados de honra.

Estrechábase y se apretaba de cada dia mas el cerco, y entre los contratiempos de los sitiados no fué el menor el estrago que comenzó á hacer el escorbuto en la ya poco numerosa tropa de la guarnicion, á causa de la falta de alimentos frescos, y del aire enfermizo de las casamatas. En tal estado el dia 6 de enero (1782) quiso Crillon solemnizar el aniversario del nacimiento del delfin de Francia, haciendo jugar contra el castillo de San Felipe ciento once cañones y treinta y tres morteros, que atronaban la isla y arruinaban las fortificaciones. Por bastantes dias sostuvo todavía la guarnicion una defensa vigorosa, y Murray en medio de la desolacion que le rodeaba conservó su heroica serenidad, alentaba á todos, y se mantuvo á la altura de la reputacion militar de que ya gozaba. Mas llegó á ser tanto el estrago del fuego, de las ruinas y de la epidemia, que faltándole gente hasta para cubrir los puestos ordinarios, y llevada la defensa hasta donde los deberes del honor podian exigir sin rayar en infructuosa y reprehensible temeridad, pidió capitulacion (15 de febrero, 1782), que el duque de Crillon le otorgó con condiciones mas honrosas y mas suaves de lo que le prescribian las instrucciones de la corte de España. Con los honores militares salieron las tropas inglesas del castillo; Murray y los suyos quedaron prisioneros de guerra, con la condicion de ser trasladados á Inglaterra, donde no volverian á tomar las armas hasta el ajuste de la paz ó que se hiciera el canje oportuno. Hallaron los rendidos la mas afectuosa acogida en las tropas francesas y españolas. Veamos cómo se expresó el mismo Murray en su parte oficial (16 de febrero):

«Tal vez no se ha visto jamás (decia) una escena mas noble y al mismo tiempo mas trágica que el desfile de la guarnicion del fuerte de San Felipe por entre los ejércitos francés y español: componíase tan solo de seiscientos veteranos quebranta-

(1) Memoria de Floridablanca.



dos por la edad y las fatigas, doscientos marineros, ciento y veinte artilleros, veinte hijos de Córeega y veinticinco de Grecia, turcos, moros, judíos, etc. Los dos ejércitos estaban formados en dos filas una frente a otra, formando una hilera por donde pasábamos nosotros. Ascendían á catorce mil hombres, que se extendían desde el glacis hasta Jorge Tolón, en donde nuestros batallones entregaron sus armas, declarando que no las entregarían mas que á Dios solo, y con el consuelo de saber que los vencedores no podían estar muy ufanos con la toma de un hospital. Nuestros soldados estaban á tal punto desfigurados y desconocidos, que á muchos soldados españoles y franceses se les escapaban las lágrimas al verlos pasar: esto lo afirman el duque de Crillon y el barón de Talkenhayn; pero aunque yo no lo haya notado, esta compasión me parece natural. Por lo que á mí toca, no tenía en aquella ocasión mas inquietud que la que me daba la enfermedad funesta que nos amenazaba á todos con una muerte inevitable.

»¡Bendito sea el Señor! Ya mis temores no son tan grandes; la humanidad del duque de Crillon, cuyo corazón se ha conmovido al ver las desgracias de hombres tan valientes, ha sobrepuesto mis esperanzas y deseos; porque nada omitió de cuanto pudiera contribuir á nuestro restablecimiento. Los cirujanos franceses y españoles nos prestan sus auxilios en nuestros hospitales, y debemos muchos favores al barón de Talkenhayn que mandó las tropas francesas. También estamos muy agradecidos al duque de Crillon, y ninguno de nosotros podrá olvidar á estos dos generales. Me atrevo á esperar que este último joven, lleno de ardimiento y lealtad, no volverá á mandar ejércitos contra mi soberano, porque la bondad y magnanimidad de su corazón igualan la superioridad de su capacidad militar (1).»

Cuando las tropas vencedoras entraron en la plaza, prorrumpieron los naturales de la isla en alegres vivas al monarca español. En toda España se hicieron vivas demostraciones de regocijo por la recuperación de una isla que desde la gloriosa conquista de don Jaime I de Aragón había pertenecido constantemente á España, que los ingleses nos habían arrebatado durante la funesta guerra de sucesión de Felipe V, que conquistada después por los franceses había vuelto por el tratado de París al dominio de la Gran Bretaña, que suspiraba hacia setenta y cuatro años por volver á la corona de Castilla, y cuya recuperación, así como la de Gibraltar, eran los dos sueños dorados de Carlos III. Este monarca recompensó el gran servicio que le hizo el duque de Crillon nombrándole capitán general, y dándole algo mas tarde la grandeza de España con título de duque de Mahón. También remuneró con mercedes y ascensos á todos los que se habían distinguido en aquella gloriosa empresa. Menorca ha continuado desde entonces formando parte integrante del territorio español.

Faltaba Gibraltar, presa también de ingleses desde aquellas famosas guerras que señalaron el advenimiento del primer Borbón á España; cuya recuperación había sido objeto de tan repetidas como costosas y malhadadas tentativas; perenne motivo de desavenencias, de negociaciones, de promesas nunca cumplidas, de condiciones ó de ofrecimientos nunca aceptados entre Inglaterra y España; una de las empresas en que no había cesado de pensar un instante el patriótico celo del tercer Borbón español; cuya plaza por lo mismo tenía bloqueada hacia tres años, y que defendía con bizarría innegable lord Elliot, pero que en la situación apurada en que llegó á verse se hubiera visto acaso obligado á rendir sin el oportuno socorro del almirante Rodney, como en otro lugar dejamos

referido. Recobrada Menorca, resolvió el monarca español convertir en sitio el bloqueo de Gibraltar, empleando en él las tropas y las naves que acababan de recoger los laureles del triunfo de Mahón, y con unas y otras se aumentó considerablemente así la fuerza naval como el ejército de tierra acantonado en las líneas de San Roque.

Tiempo habían tenido los ingleses para hacer mas fuerte con las obras del arte aquella formidable roca, ya harto fuerte por la naturaleza. Erizada por todas partes de cañones, y defendida á la sazón por siete mil veteranos, con un general de corazón, entendido y experimentado, á su cabeza, no sin fundamento era tenida por inexpugnable. Habíanse apurado los ingenios para inventar y discurrir proyectos, sistemas y planes diversos para ver de rendir y recuperar la terrible fortaleza, y cada cual había presentado el suyo al rey y á los ministros como el mas hacedero y aceptable.

Proponía el conde de Aranda que á la entrada de los fondeaderos se pusieran escollos artificiales, donde tropezaran los buques que iban en socorro de la plaza. El valeroso marino don Antonio Barceló aseguraba que batiendo los muros un día y otro llegaría á rendirla, siempre que se le dieran para ello lanchas cañoneras, cada una con un mortero de á placa. El almirante francés conde de Estaing era de opinión que se debería construir orilla del Mediterráneo y costearlo todo lo posible el Peñón una línea de aproche con baterías de morteros, cuyas bombas pasaran por encima de la montaña y estragarán el puerto y la ciudad, y con esto y un espaldón construido muy al alcance de la plaza, con soltar brulotes contra los navíos y arrojar bombas y balas las barcas cañoneras, no podrían los ingleses resistir acampados al raso y entre peñas. Diferente de todos estos era el sistema del director del real cuerpo de ingenieros don Silvestre Abarca, y también mas complicado, pues consistía por una parte en el incendio y ruina de las casas y almacenes de la ciudad, no habiendo paraje que se viese libre de las bombas y de los rebotes de las balas, y por otra en la destrucción de la escuadra inglesa que viniese en socorro de los sitiados por las fuerzas navales reunidas de España y Francia. Por este orden se habían presentado al gobierno otros proyectos, entre ellos uno que consistía en rellenar las bombas de una materia mefítica, y tal que al reventar asfixiara con su pestilencia á los sitiados, ó los emponzoñara ó ahuyentara por lo menos (2).

Ninguno de estos proyectos había sido aceptado, por parecer todos, cual mas cual menos, ó quiméricos y fantásticos, ó llenos de inconvenientes ó dificultades de ejecución. Y en tanto que menudeaban planes sin ponerse en práctica ninguno, alentado lord Elliot con los refuerzos y socorros que á pesar del bloqueo recibía, se determinó á hacer salidas nocturnas contra las obras mas avanzadas de los españoles, en alguna de las cuales (26 de noviembre, 1781) logró destruir varias baterías enemigas, así como en otras fué vigorosamente rechazado, tal como en la que hizo la noche del 27 de febrero siguiente (3). En este estado se hallaban las cosas cuando sucedió la toma de Menorca, y se resolvió poner formal sitio á Gibraltar.

Para los ataques por tierra se reunieron en el campo de San Roque cerca de cuarenta mil hombres, que incesantemente se ocupaban en construir obras de ataque y defensa, y sostenían diarias refriegas con los de la plaza. General en jefe de todo el ejército sitiador se nombró al duque de Crillon. Para combinar las operaciones de mar con las de tierra se adoptó un nuevo plan, diferente de todos los anteriores proyectos, idea del caballero d'Arzon, ingeniero francés de gran capacidad y renombre, que recomendada de Francia por el rey, el ministro y el conde de Aranda, y prolijada aquí por Carlos III y su

(1) Partes y capitulación del general Murray.—Diarios políticos de Hamburgo, 1782.—Gacetas de Madrid de enero y febrero de 1782.—Diario de Mahón.—Beccatini, Historia de Carlos III, libro IV.—Memorias militares de Crillon.—Noticia de la expedición hecha por España para la toma de la isla de Menorca en el año de 1781.—Memoria de Floridablanca.—En la Gaceta del 19 de febrero se insertó el texto de la primera capitulación propuesta por Murray, la respuesta de Crillon, y los artículos de la capitulación definitiva.—Relación de las gracias que S. M. ha concedido en el ejército del mando del conde de Crillon, de resultados de la rendición de la plaza de San Felipe en la isla de Menorca. Suplemento á la Gaceta del 5 de marzo, 1782.—Noticia de los muertos, heridos, etc. Suplemento á la del 8 de marzo.

(2) Hay una obra, que cita Ferrer del Río, titulada *Sitio de Gibraltar*, en que se hallan todos estos proyectos. Otros cita también Bourgoing, en el tomo III de su *Cuadro de la España moderna*.

(3) En esta pereció el coronel don José Cadalso, tan conocido en la república literaria por sus amenas producciones; «dando una nueva prueba con su ejemplo, dice otro erudito escritor español, de que no son incompatibles el valor y la literatura.» Era comandante de escuadrón del regimiento de Borbón y ayudante de campo del general.—Gaceta de 12 de marzo, 1782.



primer ministro, fué la que prevaleció, y que con el nombre de sistema de las *baterías flotantes* ha adquirido una inmortal celebridad, aunque funesta para España. Consistían las baterías flotantes en unos enormes buques de tal construcción y solidez que fuesen invulnerables á las bombas y á las balas rasas, y que al mismo tiempo que fueran invulnerables no pudieran irse á fondo. Construyéronse diez de estos gigantes buques, y se emplearon en ellos doscientos mil piés cúbicos de madera. Sus costados tenían vara y media de espesor, y estaban defendidos por sacos de lana encajonados entre corcho: la cubierta forrada de planchas de hierro, de modo que rodaran al mar las bombas que sobre ellos cayeran: para preservarlos del incendio de las balas rojas que pudieran entrar por las troneras se hizo un ingenioso aparato de tubos interiores, por los cuales con el auxilio de las bombas circulaba incesantemente el agua, como la sangre por las arterias y venas del cuerpo humano, conservando la madera en un estado permanente de saturación. Entre todas las baterías llevaban doscientos veinte cañones á una sola banda, y á la otra la correspondiente cantidad de plomo para nivelar el peso. No tenía cada una mas que una vela, pero sí bastantes anclas y cables para retirarlas y detenerlas cuando fuese necesario. Todas estas ciudades flotantes, que nos traen á la memoria los navíos monstruos de Amberes, invención del italiano Giambelli en el siglo XVI, habían de vomitar por todas sus bocas balas y metralla á distancia de cuatrocientas varas entre el Muelle Viejo y el Baluarte Real, en tanto que los navíos de línea, y las lanchas cañoneras, y las baterías de tierra arrojarían también una incesante lluvia de balas y bombas contra la plaza, y que el resto detendría á la entrada del Estrecho la expedición que vendría de Inglaterra, y tropas embarcadas en balsas estarían esperando á que se derribara la muralla para dar el asalto. El equipo de las baterías flotantes se hizo en Algeciras con prodigiosa actividad y diligencia.

Entre las obras de tierra que se ejecutaron fué la mas notable un espaldón de doscientas treinta toesas y de nueve piés de altura y diez de espesor, con un millon y seiscientos mil sacos de tierra, que se construyó en una sola noche (14 á 15 de agosto, 1782) y en el espacio de cinco horas, en cuya operación trabajaron diez mil hombres, de forma que cuando á la luz del nuevo día lo vieron los de la plaza se quedaron maravillados y absortos, pareciéndoles obra de encanto. Esfuerzos bélicos, que nos recuerdan los de los Reyes Católicos en el siglo XV al frente de Granada, los de Alejandro Farnesio en el XVI en los Países Bajos (1).

Todo el mundo esperaba con confianza el mas feliz resultado de tan gigantescos aprestos, excepto el duque de Crillon, que varias veces manifestó su desconfianza en las tan ponderadas baterías flotantes (2); pero se resignó á ponerse al frente de los sitiadores. Toda Europa tenía fija la vista en esta formidable lucha empeñada por la posesión de un enorme peñasco. Príncipes y personajes franceses, entre ellos el duque de Borbon y el conde de Artois (después rey con el nombre de Carlos X); magnates españoles de la primera nobleza acudieron á presenciar función tan famosa. Muchedumbre de gentes de todas clases pernoctó en la estación del verano en las poblaciones y campiñas inmediatas para no perder el espectáculo grandioso que había de ofrecer aquel teatro bélico, y el monarca español desde su alcázar, ganando á todos en impaciencia, preguntaba y pedía cada mañana al levantarse noticias de Gibraltar. El momento decisivo se iba acercando, y en los semblantes de los espectadores se retrataba, el orgullo en unos, el temor en otros, en otros la confianza, y en todos una impaciente curiosidad.

La mañana del 8 de setiembre, cuando estaban ya terminadas todas nuestras baterías, el gobernador Elliot rompió el fuego contra ellas, disparando desde la montaña, plaza y Muelle Viejo, balas, bombas, granadas, metralla, balas rojas y carcasas, con que no dejó de experimentarse algun daño. A su vez al amanecer del 9 y á la señal de un cohete mandó el

duque de Crillon comenzar el fuego general de todas nuestras baterías avanzadas y de línea, jugando á un tiempo ciento noventa y tres piezas de todas clases (3). Al cuarto día, 13 de setiembre (4), se puso en movimiento desde Puente-Mayorga el soberbio aparato de las baterías flotantes (5), y antes de las diez se hallaban colocadas á ciento cuarenta toesas de distancia de la plaza. Cinco mil hombres de servicio iban en ellas. El viento era fuerte, y fuerte también la marejada, de modo que ni las lanchas cañoneras y bombarderas de la escuadra podían cooperar convenientemente al ataque. Habíase además renunciado al preservativo de la circulación del agua por los tubos, por temor de que perjudicara tanta humedad á la pólvora, con lo que iban aquellas máquinas sin todos los requisitos que á juicio del inventor las hacía invulnerables. Lord Elliot las vió acercarse admirando el arrojo de los que las guiaban, pues conocía que ellos mismos no podían dejar de conocer la temeridad de su designio.

«Apenas anclaron las embarcaciones, dice un historiador, cuando empezó un fuego nutrido que sostenía toda la artillería, y los morteros de las trincheras en todas direcciones, y sin cesar un solo instante. También la plaza empezó el fuego sin pérdida de tiempo, y es imposible describir el estruendo que causaron tan horribles descargas, porque cuatrocientas piezas de grueso calibre maniobraban á un tiempo, lo cual no se había visto jamás desde la invención de la pólvora.» A muchas leguas de distancia se oía aquel horrísono estruendo que agitaba los mares y hacía retremblar el mismo Peñón. Largas horas llevaba de duración aquel terrible combate, y la noche vino aun á aumentar con sus sombras el horror de la gigantesca contienda, sin que ni el ataque ni la defensa aflojaran, ni se notara de una y otra parte superioridad. «¿De qué són esas máquinas, preguntaba ya lord Elliot asombrado, que no logran destruir las balas rojas?» Pero se aproximaba el fatal momento de su destrucción. Cerrada era ya la noche cuando comenzó á arder una de las monstruosas baterías flotantes que se tenían por incombustibles; logróse sin embargo con las bombas de agua apagar el incendio; mas la falta de preservativo de los tubos arriba dicho, hizo que continuando el diluvio de tiros de bala roja, é internándose estas en el revestimiento de los buques, se apoderara otra vez el fuego de aquella batería para no volverse ya á apagar. Para que no pueda decirse que exageramos el estrago, copiamos solo lo que el parte oficial decía, pálido como todos cuando tienen que anunciar calamidades.

«Bien avanzada ya la noche, volvió á incendiarse con mucha fuerza la flotante del príncipe de Nassau en términos de no poderse cortar, sucediendo de allí á poco lo mismo con la de don Buenaventura Moreno. En este conflicto, y el de no poderse usar de las velas ni del remolque, se trató de extraer la gente, de retirar ó arrojar al mar la pólvora para precaver que se volasen, y dejarlas arder, de modo que el enemigo no pudiese aprovecharse de ellas; en cuyo caso se fueron hallando los demás buques por iguales motivos y circunstancias inevitables; tanto mas, que las baterías enemigas tiraban ya sin riesgo ni contradicción á puntos determinados muy visibles. Informados de esta situación, así el general del ejército duque de Crillon como el de la armada don Luis de Córdoba, dieron las mas oportunas providencias para que pasasen todas las lanchas, faluchos, esquifes y demás pequeñas embarcaciones que hubiese á recoger toda la gente de las flotantes, y auxiliar en cuanto se pudiese ejecutar con ellas; en cuya brillante y arriesgada maniobra se hicieron prodigios de valor, despreciando el intensísimo fuego de metralla que hacían todas las baterías enemigas con el acierto que les permitía la claridad de la noche. Logróse en efecto retirar la mayor parte de la gente de aquellas embarcaciones, poner en algunas el fuego

(3) Parte oficial en la Gaceta de 17 de setiembre.

(4) «La superstición, dice un historiador extranjero, no dejó de augurar mal, á causa del número trece.»

(5) Eran sus nombres: *Pastora*, *Talla-Piedra*, *Paula* 1.<sup>a</sup>, *Rosario*, *San Cristóbal*, *Príncipe Carlos*, *San Juan*, *Paula* III.<sup>a</sup>, *Santa Ana*, y *Dolores*. Guiaba la *Pastora*, de 24 cañones, el jefe de escuadra don Buenaventura Moreno, la *Talla-Piedra*, de 23 cañones, el príncipe de Nassau. —Parte oficial de la Gaceta de 24 de setiembre.

(1) Hay una lámina que representa este trabajo hecho por diez mil hombres en pocas horas de una sola noche.

(2) Memorias de Crillon.



bien extendido para que se consumiesen, y dejar en otras competente repuesto de pólvora para que á su tiempo se volasen. A pesar de toda la actividad y diligencia con que se procedió por nuestra parte, consiguió el enemigo con su fuego echar á pique algunos de estos barcos, bien que mucha gente de ellos se salvó á nado ó fué recogida por otros botes.

»Luego que los ingleses se aseguraron de que ya no podían hacer fuego las flotantes, echaron al agua algunas de sus cañoneras y barcos armados, con los cuales se apoderaron de varios de nuestros yentes y vinientes, haciéndose dueños en los mismos términos de los últimos restos de tropa ó marinearía que quedaban todavía en las flotantes para esperar su turno de ser socorridos: de suerte que por este medio al amanecer del día siguiente hicieron prisioneras trescientas treinta y cinco personas (inclusos varios heridos), á quienes se sabe que el general Elliot trataba con la mayor humanidad y agasajo. Las flotantes se fueron volando de allí á poco, á excepción de tres que quedaron consumidas del todo hasta las planchas de la superficie del agua.»—«De resultas, añadía la Gaceta, del incesante fuego enemigo durante este día y noche, así contra las baterías flotantes y sus tripulaciones, como contra el crecido número de chalupas y otras embarcaciones empleadas en el trasbordo, hubo la pérdida que manifiesta el estado que sigue á esta relación, la que no debemos concluir sin expresar que en los de los citados generales de mar y tierra, en los que da el señor conde de Artois como testigo ocular, y en todas las demás cartas particulares se hacen singularísimos elogios del valor, serenidad é inteligencia con que se han conducido en todos los lances y maniobras ocurridas en todo aquel día y noche, tanto los sujetos distinguidos que mandaban las baterías flotantes, como todos los demás oficiales de mar y tierra de ambos ejércitos y armadas que tuvieron diferentes encargos y comisiones (1).»

Sobradamente se desprendía del contexto del parte toda la intension de aquella gran calamidad. Mustios y apenados se retiraron todos los espectadores que habían acudido á presenciar el solemne y ruidoso combate (2). Sin embargo, los sitiadores no se abatieron tanto como era de temer; por el contrario, prosiguieron con vigor las operaciones del sitio, se construían nuevas obras, y diariamente jugaba la artillería, así de tierra como de las lanchas, y había un fuego casi constantemente sostenido entre la plaza y el campo, haciendo y recibiendo alternativamente daños de consideración, y no dándose apenas momento de reposo ni sitiadores ni sitiados. Así continuaron hasta cerca de mediado octubre (1782), en que se supo que estaba próxima á llegar la escuadra inglesa de socorro, de mas de treinta navíos de línea, con un considerable convoy de trasportes, al mando del almirante lord Howe. A fin de impedirle la entrada, y batirla si se podía, se situó á la boca del puerto la escuadra combinada, mucho mas numerosa que la inglesa en navíos, fragatas, balandras, escampavías y otras embarcaciones destinadas á apresar los trasportes de los enemigos mientras se daba el combate (3). Pero la noche del 10 sobrevino tan recio y espantoso temporal, que el navío *San Miguel* de 70 cañones fué arrojado sobre

la costa enemiga, y encallándose en el paraje llamado Arenas gordas fué apresado por la guarnición. Otras varias desgracias y averías causó la violencia del huracán, y aunque muchos buques se salvaron del conflicto á fuerza de actividad y de trabajo, y se rehabilitaron con la posible presteza, mucho padeció la expedición, y no se pudo evitar que la escuadra inglesa pasara el Estrecho formando dos líneas y haciendo rumbo á las costas de Africa, ni que cuatro buques de carga lograsen entrar en el puerto.

La fuerza del viento y de las corrientes empujó la armada británica engolfándola en el Mediterráneo. En su busca partió la española y francesa mandada por don Luis de Córdoba la tarde del 13 de octubre (1782), al mes justo de la gran catástrofe de las flotantes, y tan pronto como el temporal y la necesaria reparación de los buques se lo permitieron. Queriendo darle caza anduvo bastantes días, luchando otra vez con tiempos borrascosos, que llevaron muchos de nuestros buques menores á la costa de Málaga con no pocas averías y descabros, en tanto que la escuadra enemiga, ó mas afortunada ó mas diestra, evitando el combate, tuvo la habilidad ó la fortuna de embocar otra vez el Estrecho y salir de nuevo al Océano, dejando surtida la plaza de Gibraltar de provisiones de todas clases y reforzada con mil cuatrocientos hombres. Siempre en busca de ella la escuadra de las dos naciones, la avistó la mañana del 20, cuando ya el convoy enemigo estaba en salvamento, y continuando la caza con toda diligencia, en la tarde de aquel día la alcanzó en actitud de esperar el combate, pero aprovechando su ventaja de vela para no ser atacada por todas nuestras fuerzas. En efecto, en la lucha que se empeñó, y en que pelearon vanguardia, retaguardia y centro, solo se encontraron treinta y tres navíos españoles y franceses, entre ellos el *Santísima Trinidad* que montaba el general de la expedición don Luis de Córdoba, contra los treinta y cuatro navíos ingleses, favorecidos de una ventajosa posición accidental. Así fué que despues de algunas horas de combate sin resultado decisivo, la escuadra inglesa quedó fuera de fuego, retirándose con vela desigual segun le convenia para mantener su órden, y el general español, teniendo por infructuoso el perseguirla mas tiempo, por la ninguna esperanza de alcanzarla, y por considerarlo arriesgado no conociendo aun las averías de su línea, determinó ceñir el viento, y aprovechar el primero oportuno para dirigirse con la armada á Cádiz (4).

Por los partes siguientes se supo que la escuadra había sufrido en el combate la pérdida de trescientos ochenta y cinco hombres entre muertos y heridos. Excusado es decir que en el parte de lord Howe y en los periódicos de Londres se pintaron muy de otro modo las circunstancias y resultado de este combate, y ya lo pronosticaba bien don Luis de Córdoba cuando escribía: «La Inglaterra se gloriará de haber esperado con treinta y cuatro navíos á cuarenta y seis; pero quien conozca el oficio sabe que la calidad de tanta ventaja de vela suple el mayor número, en grado que nunca pudieron entrar en fuego trece ó catorce navíos de la retaguardia, en que había dos de tres puentes, y dos de á ochenta, y tres generales comandantes del cuerpo de la armada. Así no podrá decir el almirante inglés que combatió con mas de treinta y dos á treinta y tres navíos, y diremos nosotros que estos batieron á treinta y cuatro navíos con toda la desventaja de una situación accidental, etc. (5).» Pero es lo cierto que ni se pudo impedir el

(1) Gaceta del 24 de setiembre de 1782.—Seguia un estado individual de los muertos, heridos, prisioneros y extraviados, con expresion de los regimientos ó de los buques á que pertenecían.

(2) Añade William Coxe, y repite Ferrer del Río, que los príncipes franceses se retiraron tambien del campamento en cuanto ocurrió la terrible catástrofe, y vinieron á Madrid y al Escorial, donde se les hizo una acogida menos afectuosa que antes, y de donde tomaron la vuelta de su patria. Esto no es exacto, pues por lo menos el conde de Artois no solamente no se movió entonces del campo de Gibraltar, sino que un mes mas adelante anunciaban los partes oficiales haber partido de allí la madrugada del 15 de octubre para Cádiz, igualmente que el conde de Damartin; y el 26 de setiembre se pasó una revista general á todo el ejército sitiador para que lo viera el conde de Artois.

(3) Sin embargo distaba mucho de componerse de 74 navíos de línea y muchas fragatas, como dice el historiador inglés William Coxe, que por otra parte rebaja á solos 30 los de la escuadra inglesa. Evidentemente el escritor inglés pecó de una inexactitud poco justificable, pues segun todos los partes oficiales y muchas relaciones y cartas, la escuadra combinada, si bien superior, constaba de 46 á 50 navíos de línea, que pocas veces se vieron juntos.

(4) Parte de don Luis de Córdoba al marqués de Castejon, á 22 de octubre de 1782, en el navío *Santísima Trinidad*, á la vela, en latitud de 35° 37', y longitud de 2° 30' al O. de Cádiz.—Extracto del Diario de las ocurrencias sustanciales de la navegacion de la Armada combinada de mi mando, desde su salida de Algeciras en 13 de octubre de 1782; por el mismo.

(5) En carta que escribia lord Howe el 21 de octubre á bordo del *Victory* en alta mar á M. Stephens, concluía diciendo: «En tales circunstancias no puedo prudentemente pensar aun mucho tiempo en ir persiguiendo á la escuadra enemiga, que creo navega hacia Cádiz.» De manera que aquí aparecia él el perseguidor: siendo notable que el 22 aun no se había movido hacia Cádiz la escuadra española: y decia Córdoba aquel día: «Cada vez se alejan mas los enemigos, y á las cinco y media se han perdido de vista.»



socorro de Gibraltar, ni menos se realizaron las lisonjeras esperanzas que se habían hecho concebir de la destrucción de la armada inglesa, y que esto unido al desastre de las baterías flotantes trocó en desánimo nacional lo que antes se había esperado con entusiasmo.

Y con todo eso, todavía no se desistió del sitio de Gibraltar. Por el contrario, construyéronse nuevos espaldones, se adelantaron trincheras, se trabajaba con ahínco en otras obras, y se sostenía el fuego. Objeto constante de los mas extraños proyectos aquella plaza, el mismo Crillon que no había juzgado bien de los otros, adoptó ahora uno no menos extraño que cualquiera de ellos, á saber, el de practicar debajo de la enorme roca una mina de grande extension á mas de doscientos piés de profundidad, de cuyos estragos se prometía grandes portentos. En ella se trabajaba con ardor, sobre todo para vencer la gran dificultad de la ventilacion; y el ministro Floridablanca confiaba en dos ó tres ideas que decia habia sobre ella á cual mas útiles. Mas no llegó el caso de experimentar ó el fruto ó el desengaño de este nuevo plan, en razon á haber cesado las hostilidades por las causas que ahora exponremos.

Interés era del gobierno español y cálculo político mantener el sitio de Gibraltar y no desistir de él, siquiera los reveles sufridos hicieran ya improbable y casi imposible la conquista; después de aquellas adversidades se sostenía menos como empresa militar que como medio político para sacar el partido mas ventajoso posible de los tratos de paz que hacia tiempo mediaban ya entre unas y otras potencias. En efecto, Inglaterra se había convencido de que en América, á pesar de sus extraordinarios esfuerzos, no le era posible seguir luchando sola contra los colonos insurrectos y contra las fuerzas auxiliares de los dos Borbones y de Holanda. La sorpresa de Trenton, y sobre todo el triunfo de los franceses y americanos sobre lord Cornwallis habían introducido el desaliento en el ejército inglés y hecho una sensación profunda en la Gran Bretaña. Los de los españoles en la Florida y en el golfo de Honduras, y la facilidad con que se apoderaron de las islas de Bahama, junto con otros contratiempos que experimentaron los ingleses durante el ministerio de lord North, produjeron en el pueblo británico un deseo ardiente de paz. Aquel gabinete tuvo que ceder su puesto á la oposicion coligada que habia clamado contra la guerra. Los nuevos ministros Rockingham y Fox eran bien conocidos por sus opiniones en este sentido, y lord Shelburne tuvo que modificar la suya conforme al sentimiento nacional. Gobierno y parlamento mostraban en sus disposiciones esta misma tendencia, y la medida de mandar regresar á Inglaterra al almirante Rodney y al general del ejército de América sir Enrique Clinton fué harto claramente significativa. Y por último, no confiando bastante en la mediación de Rusia y Austria para la paz con Holanda y con Francia, fué enviado directa y secretamente á Paris sir Tomás Grenville con autorizacion para entrar en relaciones con todas las potencias enemigas, y con encargo de proponer, como base preliminar para la paz, la independencia de los trece Estados Unidos de América, volviendo las cosas á la situacion en que se hallaban al firmarse la paz de Paris.

Exigencias y dificultades de parte de las potencias, y cambios en su virtud ocurridos en el ministerio británico, pero no extinguiéndose por eso el deseo de paz, produjeron el envío á Paris de otro agente, Alejandro Fitzherberz, después lord Santa Elena, en tanto que toda Europa tenia fija su atencion en el sitio de Gibraltar. Entendíase al propio tiempo la Gran Bretaña directamente con los Estados Unidos de América, por medio de emisarios enviados ex-profeso. Los escritores ingleses censuran con bastante acritud el comportamiento de la corte de Francia, especialmente del ministro Vergennes, en estas negociaciones, no ya tanto por sus exigencias, cuanto por su doblez y sus misteriosas intrigas así con Holanda y España como con los anglo-americanos, para inflamar y sostener sus rivalidades con la Gran Bretaña; y pruebas de esta que califican de páfida conducta dicen haber adquirido en comunicaciones interceptadas á Marbois, agente francés en Filadelfia (1). No nos incumbe ser jueces de la exactitud ó

inexactitud de estos fundamentos, ni de la justicia ó injusticia de estas acriminaciones, sino exponer la parte que tuvo y el papel que en estos tratos de paz cumplió desempeñar á España.

Pedia el gobierno español como condicion indispensable para la paz, primeramente y sobre todo la cesion de Gibraltar, y además la conservacion de Menorca, de las Floridas y de las islas de Bahama, con la evacuacion de todos los establecimientos ingleses en el golfo de Méjico y una parte en la pesca de Terranova; y ofrecia en cambio la plaza de Oran con el puerto de Mazalquivir, y favorecer el comercio inglés en España, para lo cual se haria un convenio particular (2). Esta pretension, aunque apoyada por el agente americano Franklin, tuvo que ser modificada á causa del contratiempo de las baterías flotantes, proponiendo compensaciones mas adecuadas á la importancia de la plaza en cuestion. Francia ofrecia indemnizar á Inglaterra con sus posesiones de la Martinica y Guadalupe, dando España á Francia un equivalente en la isla de Santo Domingo. Esta proposicion fué muy bien acogida por lord Shelburne: mas cuando el monarca y el gobierno español esperaban con la llegada del primer correo de Londres anunciar á los pueblos que Gibraltar volvía á formar parte de la nacion española, vieron con tanta indignacion como sorpresa disipadas sus esperanzas, pues lo que trajo el correo (diciembre, 1782) fué la nueva de haber sido el proyecto aplazado, sino abandonado del todo (3), que nada en el mundo era bastante para decidir á los ingleses á la restitution de Gibraltar.

Con tal motivo, al tiempo que el parlamento británico declaraba la necesidad absoluta de reconocer la independencia de la América del Norte, las cortes de Madrid y de Versalles, sin abandonar las negociaciones de paz, resolvieron continuar con mas ardimiento la guerra. Obra del conde de Estaing fué el plan para la nueva campaña; á tratarle con Floridablanca vino á Madrid, y de tal manera satisfizo al ministro español, que en su Memorial al rey le decia: «Este plan, si pudiera publicarse, haria un honor inmortal á V. M., á las dos cortes aliadas que le adoptaron, y al general conde de Estaing que lo trató.» Baste decir, que jamás habían visto las Indias setenta navíos de línea juntos en una expedicion, con cerca de cuarenta mil hombres de desembarco, y con todos los aprestos, municiones de guerra y boca, y demás necesario para dar sin resistencia los golpes que se habían meditado. El golpe principal era una invasion en la Jamaica. General en jefe de las fuerzas combinadas para esta grande expedicion se nombró al mismo conde de Estaing que llevaria por su cuartel-maestre general al marqués de Lafayette, aquel ilustre jóven francés que tantos laureles habia recogido peleando como voluntario en favor de los anglo-americanos; y prontos estaban en Cádiz los cincuenta navíos que habían de reunirse, á mas de otros veinte que esperaban en el Guárico, y corrientes y listas todas las tropas expedicionarias, cuando llegó la noticia de haberse firmado los preliminares para la paz (30 de enero de 1783).

Sustituía en ellos la cesion absoluta de Menorca á la de Gibraltar, pudiendo ser esta última objeto de negociaciones ulteriores. Daba Inglaterra á España la Florida Oriental, aunque nuestro gobierno no habia exigido sino la Occidental conquistada por Galvez; se relevaba á Francia de la recom-

(2) «Oran y su puerto, decia con su acostumbrada vehemencia el embajador de Paris conde de Aranda, son mas que una compensacion, y deberian por consiguiente aceptarse con gratitud. Si quiere Inglaterra la paz, este es el medio de conseguirla, puesto que el rey mi amo, por motivos tanto personales como políticos, está muy decidido á no dar fin á la presente guerra hasta tanto que haya recobrado á Gibraltar, ya sea con las armas, ya por medio de una negociacion.»

(3) Los escritores ingleses culpan de este resultado á la Francia, insistiendo en la doblez de su política, y atribuyéndole la intencion de impedir que Inglaterra y España llegaran á reconciliarse sinceramente. No opinaba así Floridablanca, puesto que hablando de este punto dice en su Memoria: «Por una parte el ministerio inglés exigia nuevas cesiones gravosas á la Francia, y por otra el ministerio francés se halló rodeado de disgustos y dificultades, que excitaban los interesados en los terrenos de la isla de Santo Domingo, los cuales se oponian á nuevas adquisiciones en la isla, que creian ser perjudiciales á sus intereses.»



pensa que habia de dar en sus islas por la plaza de Gibraltar, y á España del equivalente con que habia de indemnizar á Francia en la de Santo Domingo, y se otorgaba á la nacion francesa la facultad de pescar en el banco de Terranova bajo la misma base que en la paz de Utrecht. El gabinete de Paris, que vino á ser el autor de estos preliminares (1), fué tambien el que con sus instancias recabó la adhesion del monarca y del gobierno español, aunque no de buen grado otorgada. No de buen grado, porque Floridablanca insistia en que se llevara á cabo la expedicion, para la cual estaban ya hechos inmensos gastos, como medio de obtener condiciones de paz mas ventajosas y estables, sin destruir las esperanzas de la adquisicion de Gibraltar. «No se hizo así, decia despues lamentándolo, y V. M. se vió obligado á ceder á otras consideraciones *que no es justo decir*, firmándose los preliminares de paz, en que el celo de nuestro plenipotenciario, el conde de Aranda sacó todo el partido posible con arreglo á las instrucciones que V. M. me mandó darle.»

«Las resultas, prosigue, fueron como se temian, porque el partido de oposicion en Lóndres logró desacreditar y hacer retirar á los ministros que tuvieron parte en la paz, y puesto en el ministerio M. Fox nos dió bien en qué entender para venir despues de ocho meses á la extension del tratado definitivo en que consiguió dejar sentada con expresiones equívocas una semilla de nuevas discordias.» En efecto, el parlamento británico desaprobó los preliminares: el ministerio fué derribado por los dos partidos de oposicion representados por North y Fox, y una de las primeras comunicaciones de este último ministro fué una declaracion explícita de que la cesion de Gibraltar no se admitiria en lo sucesivo como punto de discusion. Continuaron no obstante las negociaciones, y el 3 de setiembre (1783) se concluyó en Versalles el tratado definitivo, en que á pesar de los esfuerzos de Fox no pudo Inglaterra dejar de otorgar á las naciones borbónicas casi todo lo que habian obtenido en los preliminares. Solo en lo relativo á España logró el plenipotenciario inglés introducir una frase que dió lugar á que el gobierno británico pretendiera no estar incluído el país de los Mosquitos entre los que los ingleses se obligaban á evacuar, por no hallarse comprendido en el Continente español (frase del tratado). Mas no pasó por la estudiada y capciosa cláusula el gobierno de Carlos III, y menos el sabio ministro que estaba á su cabeza, pues penetrado de que sin la reintegracion del país de los Mosquitos hasta el cabo de Gracias-á-Dios y mas allá, quedaban desvirtuadas las utilidades del tratado en aquella parte, y expuestos los establecimientos españoles á las devastadoras correrías de los indios y á grandes y temibles usurpaciones de los ingleses, encomendó al marqués del Campo nueva negociacion sobre aquel punto, y felizmente se consiguió ampliar las explicaciones del tratado definitivo, el reconocimiento de la soberanía de España sobre el país de Mosquitos como parte de todo aquel continente, y la evacuacion absoluta de todos aquellos establecimientos por los colonos ingleses (2).

«La transaccion mas honorífica y mas ventajosa de cuantas ha ajustado la corona de España desde la paz de San Quintín,» llama un historiador inglés á este tratado. Despues de semejante confesion nadie puede ya extrañar que dijera el conde de Floridablanca con noble y justificada vanidad á su soberano: «Todo el mundo ha hecho justicia á V. M. confesando que de mas de dos siglos á esta parte no se ha concluído un tratado de paz tan ventajoso á la España. La reintegracion de Menorca, la de las dos Floridas, la de toda la gran costa de Honduras y Campeche, son objetos tan grandes y de tales consecuencias que á nadie se pueden ocultar.... Sabe V. M. que desde el principio de la guerra fueron estos y el de Gibraltar los que se propuso su soberana comprension, añadiendo

el de libertar nuestro comercio y la autoridad de V. M. en sus puertos, aduanas y derechos reales de las prisiones en que los habia puesto el poder inglés en los precedentes siglos y tratados. Tambien esto se ha conseguido por el tratado presente, que nos ha abierto una puerta para aquella libertad....»

Así terminó aquella guerra de cinco años tan memorable como obstinada, si bien no sin sacrificios de parte de las naciones empeñadas en ella, pero con la admirable circunstancia, por lo que hace á España, de no haber dejado de pagarse puntualmente la tropa, los empleados públicos y la casa real, y de no haberse hecho una sola quinta extraordinaria. Contribuciones extraordinarias hubo necesidad de imponer; pero esto ni se hizo arbitrariamente, sino con acuerdo de una junta compuesta de todos los diputados del reino, del procurador general, y de muchos ministros y consejeros autorizados, satisfaciéndose en su mayor parte de arbitrios por roturas, cultivos y cerramientos de tierras concedidos á los pueblos, ni se cobraron sino el tiempo preciso que duró la guerra; pues habiéndose firmado el tratado definitivo en setiembre de 1783, el nuevo año siguiente comenzó sin otros impuestos que los ordinarios; merced á la buena administracion, y á los muchos donativos con que pueblos, corporaciones y particulares quisieron á porfía contribuir á los gastos de una lucha que se consideró como de honor nacional.

Mercedes otorgó el rey, como acostumbraba, para galardonar á los que en ella habian prestado mejores servicios y trabajado con mas celo, ya con el consejo y direccion, ya con las armas. Digno de aplauso fué el comportamiento del conde de Floridablanca en esta ocasion, pues habiendo remunerado el rey á propuesta suya á tres de sus compañeros en el ministerio (3), pidió al soberano con mucho empeño una gracia para sí, á saber, la de que le permitiera retirarse del ministerio. Carlos se negó abiertamente á admitirle la dimision (4).

## CAPÍTULO XVI

### La América española.—Estados berberiscos.—Situacion general de Europa

DE 1780 Á 1788

Comociones en la América del Sur.—Causas del descontento de los indios.—Rebelion de Tupac-Amaru en el Perú.—Sangrienta alevosía con que la inauguró.—Cunde el fuego de la insurreccion á otras provincias.—Amenazan los sublevados las ciudades de Cuzco y La Plata.—Trágicas escenas y horribles excesos de los indios en Oruro y otras poblaciones.—Triunfos de Reseguín sobre los rebeldes.—Prisiones y suplicios.—Arrogancia de Tupac-Amaru al frente de sesenta mil indios.—Persíguenle Valle y Areche.—Marcha penosa de los españoles.—Derrota Valle á los sublevados.—Tupac-Amaru prisionero.—Mantienen sus parientes la rebelion.—Son vencidos.—Atroz ejecucion de Tupac-Amaru y su familia en la plaza del Cuzco.—La insurreccion de Buenos-Aires.—Sofócala Reseguín.—Los rebeldes se acogen á indulto.—Nuevas alteraciones.—Prision y castigo de sus autores.—Pacificacion de la América española.—Tratos de Carlos III para ponerse en paz con las regencias berberiscas.—Tratado de amistad y comercio entre España y Turquía.—Regalos del monarca español al Sultan.—Embajador turco en Madrid.—Niéganse los argelinos á hacer amistad con España.—Expediciones contra Argel: bombardeos.—Paz entre España y la regencia argelina.—Paz con la de Trípoli.—Treguas con la de Túnez.—Resultados de la paz de España con las potencias infieles.—Enlaces y alianza con Portugal.—Ingratitud y desarreglo del rey de Nápoles.—Prudente política de Carlos con las potencias europeas.—Sucesos de Holanda.—Francia y Prusia atajan los planes del emperador austriaco.—Reformas imprudentes de José II.—Amargura del papa Pio VI.—Muerte de Federico II de Prusia.—Cambio de la política europea.—Diversa situacion de Inglaterra y de Francia.—Restablecimiento del antiguo gobierno holandés.—Amenaza nueva guerra.—Interviene discretamente y la evita Carlos III.—Convenio entre Francia é Inglaterra.—Convenio entre Inglaterra y España.

Aun estaba lejos de verse el término de la guerra producida por el levantamiento de las colonias inglesas de América,

(1) No pierde ocasion el historiador inglés de hacer resaltar la doble conducta de Francia. «*Aparentó* Francia, dice, que queria entrar en este plan (el de la expedicion)... se nombró á Estaing para mandar las fuerzas combinadas... y pasó á España con el objeto *aparente* de acelerar los preparativos necesarios.»

(2) Coleccion de Tratados de paz.—Memoria de Floridablanca.—Idem del conde de Aranda.—Raynneval, Instituciones, Apéndices.—Bourgoing, Cuadro de la España moderna.

(3) Se dió el título de conde de Gausa con la Gran Cruz de Carlos III á don Miguel de Muzquiz, la misma Gran Cruz á don José de Galvez, ministro de Indias, y plaza efectiva de consejero de Estado al de Marina, marqués de Castejon.

(4) Memoria de Floridablanca.



cuando ya habian ocurrido serios alborotos y graves conmociones en la América española, especialmente en los vireinatos del Perú y Buenos-Aires. Dejando para otra ocasion y lugar la cuestion de si en estas sublevaciones pudo influir el ejemplo de los anglo-americanos, de si fué acierto ó error de la política de Carlos III el haber fomentado mas ó menos indirectamente la insurreccion de los Estados-Unidos, y de si hubo enlace y cohesion entre ambos acontecimientos ó deben considerarse aisladamente y sin trabazon alguna, nos limitaremos aquí á indicar el principio y la terminacion de los lamentables sucesos que ocurrieron en los dos países arriba indicados.

Desde 1780 habian comenzado las turbaciones, revueltas y excesos de los indios, principalmente contra los corregidores, por la opresion y los vejámenes que sufrían de estos funcionarios, y en particular por el abuso que cometían repartiéndoles y haciéndoles tomar artículos inútiles á precios muy caros y subidos. Algunos fueron asesinados, y otros estuvieron en peligro de serlo. El descontento era grande; habia una tendencia manifiesta á la sublevacion, y solo faltaba á los indios un jefe activo y emprendedor que los guiara. Deparóseles este en la persona de José Gabriel Tupac-Amaru (en lenguaje peruano *Tupac-Aymaru*), cacique de Tungaruca en la provincia de Tinta, de la familia llamada Ampuero, que blasonaba de descender, por la línea de las hembras, de los antiguos Incas, y por la varonil, de uno de los compañeros de Pizarro. Los vireyes españoles á su llegada hacían acatamiento público á esta familia, que solía residir en Lima, como en memoria y consideracion á su antigua y esclarecida estirpe; y excusado es decir que en el país era mirada con el respeto de quien representaba todavía un símbolo vivo de sus antiguos soberanos. Superior el José Gabriel á los de su raza, por haber cultivado las letras, habia pasado ya por su cabeza el proyecto de restaurar el trono de sus mayores, y tenía en los indios por el mas capaz de libertarlos del yugo de la dominacion española. Desórdenes producidos so pretexto de intentar el gobierno español imponer un nuevo tributo á los naturales, dieron ocasion á este cacique para alzar la bandera de la rebelion tiñéndola alevosamente en sangre.

Habia el corregidor don Antonio Arriaga preso algunos de los alborotadores, y Tupac-Amaru meditó tomar venganza del corregidor. Convidóle á un banquete en celebridad de los días de Carlos III: Arriaga aceptó el convite; mas no bien habia comenzado el festin, cuando Tupac-Amaru arrojando la máscara le intimó que se diera á prision (4 de noviembre, 1780), y despues de tenerle seis días preso le hizo ahorcar públicamente en la plaza de Tinta; apoderóse de sus bienes, se puso á la cabeza de sus parciales y de un cuerpo de milicias, y se declaró libertador del Perú, y sucesor legítimo de los Incas. Un destacamento de seiscientos hombres que envió contra él el corregidor del Cuzco, despues de haber sufrido varios contratiempos, fué completamente derrotado por el cacique rebelde, que orgulloso con esta primera victoria se dirigió al Cuzco, con ínfulas de ser coronado como Inca, en tanto que la insurreccion se propagaba á las provincias inmediatas. Gracias á la presencia casual del teniente coronel Villalta, y á la decision del obispo y de los eclesiásticos seculares y regulares, se organizó la resistencia y se salvó la ciudad.

Pero el ejemplo y las proclamas de Tupac-Amaru propagaron instantáneamente el fuego de la rebelion á todas las provincias situadas entre el Tucuman y el Cuzco; pocas poblaciones se mantenían por el rey: en Chayanta se renovaron los desórdenes, exacerbándolos, en vez de aplacarlos, la audiencia de Charcas con poco prudentes medidas: la prision de Tomás Catari en la ciudad de La Plata irritó á dos de sus hermanos, que no tardaron en reunir siete mil indios, con los cuales se presentaron amenazadores é insolentes delante de la ciudad pidiendo algunas cabezas, poniéndola en consternacion y obligando á hacer cortaduras en las calles para su defensa. Una partida que tuvo el arrojo de salir á buscar los rebeldes hubiera perecido toda á no protegerla en su retirada varias columnas de la ciudad (16 de febrero, 1781). De cobarde era motejado por los vecinos el comandante general don Ignacio Flores, y de tal manera se vió ya picado en su honra que tuvo que disponer una salida con las milicias y paisanos, en

la cual ahuyentaron á los indios haciendo prisioneros á los Cataris, que murieron en la horca.

Mas la satisfaccion de este pequeño triunfo fué bien pronto turbada con la noticia de los terribles excesos y trágicas escenas ocurridas en la villa de Oruro, donde los indios, excitados por dos hermanos turbulentos, y no obstante los esfuerzos del celoso corregidor Urrutia y de algunos buenos patricios, como tambien de las comunidades religiosas, cometieron horribles asesinatos, habiendo español á quien arrancaron de entre los pliegues del manto de la Virgen de los Dolores para clavarle el puñal. Las alarmas allí se reproducían todas las noches con caracteres tan sangrientos, que los mismos hermanos Rodriguez que habian provocado la sedicion tuvieron que pedir auxilios á los españoles para escarmentar aquellas hordas de forajidos.

Y todavía estos horrores no eran comparables á los que en otros puntos estaban perpetrando los feroces indios. Aquí degollaban dentro de un templo á cien sacerdotes y mil personas mas, sin reparar en edad ni en sexo; allá sacrificaban bárbaramente á un español con su esposa y seis hijos, entre ellos uno apenas salido del seno materno; en otra parte acababan á golpes á un respetable párroco al pié del ara santa y con el Señor Sacramentado en las manos. Los eclesiásticos y los corregidores eran las víctimas que escogían con frecuencia aquellos tigres de raza humana. Cuerpos de tropas fueron enviados de Buenos Aires, que con actividad asombrosa salvaron largas distancias en persecucion de aquellos desalmados rebeldes, por entre asperezas y desfiladeros, distinguiéndose por su decision el teniente coronel de dragones, don José Reseguín, que guiado y auxiliado por algunos celosos párrocos, sorprendió en Tupiza (17 de abril, 1781) al caudillo de los sediciosos y á ciento sesenta mas de los principales de ellos. Sofocó las turbulencias de otros pueblos, condenó al último suplicio á los cabezas de motin, y entró triunfante en La Plata. Servicios semejantes estaba prestando por otro lado la columna mandada por el teniente coronel capitán de granaderos de Saboya don Cristóbal Lopez, y merced á los esfuerzos de tan bizarros jefes iban siendo escarmentadas las salvajes hordas de las provincias de Buenos Aires, aunque les faltaba mucho todavía para volverle el reposo, casi toda ella rebelada y hecha teatro de crímenes horrendos (1).

Era, no obstante, Tupac-Amaru quien acaudillaba en el Perú mas formidable y mejor dirigida hueste, como quien tenia mas representacion por su linaje y aventajaba á todos en despejo. Instantáneamente habia reunido una falange de diez mil hombres, y hay quien afirma que llegaron á agruparse en derredor de su bandera hasta sesenta mil, de ellos una tercera parte armados á la europea. Montaba él un caballo blanco, y vestía un lujoso traje, con ciertas insignias que simbolizaban la soberanía (2).

Era el empeño principal de este caudillo apoderarse del Cuzco, antigua capital de los Incas sus ascendientes. Con arrogancia se presentó delante de ella al frente de millares de indios al comenzar el año 1781. A batirle salieron diferentes veces los poquitos soldados españoles que habia en la ciudad, pero auxiliados por los comerciantes y por los mismos eclesiásticos, que bajo el mando del dean del cabildo se pre-

(1) Relacion compendiosa de los principales hechos acaecidos en la sublevacion del Perú, que principió en mayo de 1780.—Carta del obispo de Cuzco al de la Paz.—Angelis, Coleccion de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna del Rio de la Plata.—Informe del fiscal de la audiencia de Charcas sobre la tragedia ocurrida en la villa de Oruro.—Partes de Reseguín y del gobernador Mestre al virey de Buenos Aires.—Lista de los corregidores que han muerto en las sangrientas manos de los indios sublevados desde la provincia de Tinta, etc.

(2) Ferrer del Rio, que consagra á esta rebelion un capítulo entero, á la cual William Coxe dedica dos solas páginas, describe así el traje del cacique rebelde, tomándolo de una relacion contemporánea: «Traje azul de terciopelo galoneado de oro, y encima la camiseta ó *uneo* de los indios, cabriolé de grana, sombrero de tres picos, y como insignias de la dignidad de sus antepasados, llevaba un galon de oro ceñido á la frente, y del propio metal una cadena al cuello, con un sol al remate. Sus armas eran dos trabucos naranjeros, pistolas y espada.»—Historia de Carlos III, libro V, cap. 5.



sentaron armados en socorro de aquellos pocos valientes, lograron obligar á Tupac-Amaru á replegarse sobre su provincia, y á reconcentrar allí su gente; bien que probablemente le movió mas á ello la noticia de haber salido contra él fuerzas de Lima mandadas por el mariscal de campo don José del Valle, y por el visitador don José Antonio de Areche, los cuales incorporando á las tropas veteranas los muchos indios auxiliares que se les iban presentando llegaron á reunir un cuerpo de diez y siete mil hombres, número admirable, atendiendo á que todas las tropas españolas estaban ocupadas en la guerra con la Gran Bretaña.

Hacia la provincia de Tinta se encaminó el general Valle (9 de marzo, 1781), dividida su gente en seis columnas. Penosa por demás y á prueba de paciencia y sufrimiento fué la marcha: áspero y escabroso el país, cortado por riscos y montañas, de cuyas cumbres y laderas los hostigaban manadas de indios; lluvias, nieves y granizadas; falta de mantenimientos; poblaciones abandonadas y desiertas; refriegas continuas con los enemigos emboscados; no hubo género de trabajos y penalidades que no pasaran, hasta que al fin divisaron el campamento de Tupac-Amaru en una escarpada eminencia, orilla de un río. Logró Valle desalojarlos de allí, trepando valerosamente sus veteranos hasta la cima de la montaña. Al siguiente día batieron y derrotaron los españoles á un cuerpo de mas de diez mil rebeldes, entre los cuales estaba Tupac-Amaru, que merced á la ligereza de su caballo se salvó vadeando el río con no poco riesgo de su persona. Entró Valle con su gente en la ciudad misma de Tinta, de donde habia huido la familia del cacique. Las disposiciones que tomó para perseguirla dieron su fruto. El coronel don Ventura Larda tuvo la fortuna de aprisionar al famoso Tupac-Amaru: su mujer Micaela Bastidas, sus dos hijos Hipólito y Fernando, y algunos parientes suyos cayeron tambien en poder de aquel jefe (6 de abril, 1781).

Gran golpe llevó con esto la rebelion, pero todavía no quedó domada. Mantuviéronla Diego Cristóbal Tupac-Amaru, hermano del José Gabriel, y sus dos sobrinos Andrés Nogueiras y Miguel Bastidas, que mas feroces que aquel, acuchillaban á cuantos no eran de su raza. El valeroso Valle, despues de haber llevado los prisioneros al Cuzco, dejó varias columnas en el Perú para acabar de sosegar aquellas provincias, y él se dirigió á Buenos Aires en busca de Diego Cristóbal Tupac-Amaru, que allí se engrosó con multitud de bandas rebeldes. Mas de doce mil de ellos tenian cercada la villa de Puno, y en apurada y miserable situacion al vecindario. Valle salvó aquellos fieles moradores, y se los llevó consigo, porque no podian subsistir en la poblacion. En cerros y cañadas sostuvo refriegas sangrientas con los sublevados, que se defendian desesperadamente, y preferian despeñarse de los riscos y perecer en los barrancos á caer en manos de los españoles; y despues de una penosísima marcha, siempre en medio de enjambres de enemigos, logró regresar con su mermada columna al Cuzco (5 de julio, 1781), donde halló que durante su expedicion el cacique José Gabriel Tupac-Amaru, Micaela su mujer, sus dos hijos Hipólito y Fernando, su tío Antonio Bastidas, un cuñado y otros varios parientes, todos habian sido ajusticiados en la plaza pública (18 de mayo, 1781), acompañando á aquellos suplicios circunstancias atroces, cuya relacion hace erizar los cabellos, y no puede, ni copiarse sin repugnancia, ni leerse con ánimo sereno y sin estremecerse de horror (1).

(1) Solo como muestra de que no exageramos podemos decidrnos á estampar, haciéndonos violencia, algunas particularidades de estas sangrientas ejecuciones, referidas por testigos oculares. Prescindiendo de la crueldad de haber hecho á un niño de diez años presenciar el suplicio de los autores de sus dias, y pasar por debajo de la horca, al José Gabriel, jefe de aquella desdichada familia y del levantamiento, le hicieron cortar la lengua en medio de la plaza por mano del verdugo, luego tendido en el suelo atáronle piés y manos á las cinchas de cuatro caballos, para que arrancando estos á la carrera partieran su cuerpo en cuatro partes; y como los caballos fuesen débiles y les faltaran fuerzas, para dividirle, descoyuntáronle teniéndole en el aire un buen espacio, hasta que se dispuso cortarle la cabeza. No mencionaremos otros pormenores de esta especie. —Castigos ejecutados en la ciudad del Cuzco: Anónimo.—Otra Relacion histórica de los sucesos de la rebelion de Tupac-Amaru.—Diario de las tropas que salieron del Cuzco, etc.—Oficios del visitador Areche.

De caída iba la rebelion en el vireinato del Perú; manteníanla viva en Buenos Aires los deudos y amigos de los caudillos anteriores (2), los cuales tenian sitiada la ciudad de la Paz con doce mil indios; defendíala á costa de sacrificios y fatigas el obispo de la diócesi, y el valeroso don Sebastian de Seguro; una vez la socorrió el general don Ignacio Flores (julio, 1781); mas como otras atenciones le obligaran á alejarse, la sitiaron los rebeldes de nuevo, y entre otros medios de destruccion que emplearon fué uno el de inundar la poblacion con el agua de las presas y estanques que habian practicado en el río, rompiendo de golpe los diques (3). Pero aun resistian con admirable constancia los de dentro, pasando cerca de cuatro meses en aquella situacion angustiosa, hasta que acudió en su auxilio con cinco mil hombres y logró salvarlos el intrépido Resequin, no obstante hallarse muy quebrantado de salud. Tan postrado le tenían sus padecimientos, que en hombros de sus soldados tuvo que ser llevado al pueblo de las Peñas, donde se habian acogido los sediciosos; y así y todo fueron estos derrotados, cayendo en su poder Tupac-Catari. Y como en aquel intermedio hubieran publicado bandos de indulto los vireyes de las provincias sublevadas, presentáronse allí á gozar de los beneficios del perdón el Miguel Bastidas y siete coroneles, que fué el punto en que la insurreccion comenzó á marchar en visible decadencia (noviembre, 1781).

Tratos y gestiones entabló tambien para acogerse al indulto Diego Cristóbal Tupac-Amaru, hermano del José Gabriel, único cabeza de sedicion de alguna importancia que quedaba ya, manifestando su disposicion á someterse al monarca y á las autoridades españolas, siempre que viera que se ponía coto á las demasías de los corregidores que acumulaban inmensos capitales á costa de los infelices indios, reducidos por ellos á la triste situacion de no tener con qué vestir ni con qué alimentar sus pobres familias, que era, decia, lo que los habia puesto en el caso desesperado de apelar á las armas á falta de justicia. Entendióse para ello con el jefe de la columna don Ramon Arias, é interviniendo el obispo del Cuzco y el mismo general Valle, hizo al fin su sumision solemne aquel caudillo con todos los suyos (27 de enero, 1782) ante los dos últimos personajes en el pueblo de Sicuani. Mas como algun tiempo mas adelante (enero, 1783) se promoviesen nuevas, aunque pasajeras alteraciones en algunas provincias, fácilmente sofocadas por Valle con prision de sus autores, y como se creyera notar en Diego Cristóbal Tupac-Amaru un interés demasiado vivo en favor de los indios, redújosele tambien á prision, y por último murió ahorcado y cruelmente atenaceado en la plaza del Cuzco (19 de julio, 1783), juntamente con los jefes de la última tentativa de insurreccion (4).

De esta manera quedaron apagadas las postreras chispas de la terrible sublevacion de la América meridional española, en que se calcula haber perdido lastimosamente la vida sobre cien mil personas entre rebeldes y leales; provocada sin duda por la sórdida y abominable codicia de los corregidores, y que pudo poner en peligro la dominacion española en aquellas dilatadísimas comarcas. La fortuna fué que no tuvieran los peruanos un jefe del talento, de la capacidad y del valor é inteligencia de un Washington, y que no hubiera una nacion poderosa que fomentara, auxiliara y protegiera la insurreccion del Perú y de Buenos-Aires, como las tuvieron las colonias inglesas del Norte de América; que habria sido una fatalidad de consecuencias incalculables, distraídas como se hallaban á la sazón en otras guerras las fuerzas marítimas y terrestres de España. Menester fué, como medida necesaria para ver de evitar ulteriores conmociones, abolir el fatal derecho del repartimiento que los corregidores tenian y de que tanto habian abusado, y por último se aplicó el mas radical remedio de suprimir la clase de administradores de justicia de aquel título en todos nuestros dominios americanos.

(2) Eran los principales de aquellos Tupac-Catari, Miguel Bastidas, Andrés Nogueiras, y una mujer llamada la Bartolina, esposa ó amante de uno de los rebeldes.

(3) Igual operacion habian ejecutado en el pueblo de Sorata, causando deplorables estragos.

(4) Proceso formado á Diego Cristóbal Tupac-Amaru, Manuscrito en folio, de la biblioteca de la Real Academia de la Historia.



Aun no se habían apagado del todo estas turbulencias, ni ultimado la paz con la Gran Bretaña, cuando ya Carlos III estaba tratando de ponerse en buenas y amistosas relaciones con las regencias berberiscas, á fin de poder consagrarse con quietud y desembarazo á promover los intereses y el bienestar de los españoles. Firmada la paz con Inglaterra y sosegadas las turbaciones de allende el Atlántico, pudo ya el ministro Floridablanca emprender abiertas negociaciones en el sentido de aquel pensamiento con los Estados de Africa, y principalmente con la regencia de Argel, que era la que con sus piraterías estaba causando mas daño á nuestro comercio y á la navegacion del Mediterráneo. Mas como los argelinos se negasen á entrar en arreglos sin previo consentimiento del Gran Señor, jefe del imperio Otomano, dirigióse el ministro español á la corte del Sultan por medio del hábil negociador Bouigny, conocedor del carácter y de las costumbres de las naciones de Levante. Conveniale al sultan Achmet IV hacer alianzas y tener amigos, en ocasion que la disputa entre la Rusia y la Puerta le acababa de costar la cesion de la Crimea al autócrata; y esta circunstancia y el buen manejo de Bouigny contribuyeron á vencer los obstáculos que oponian otras potencias, y especialmente la Francia, por lo mismo que los medios que empleaba para impedir ó entorpecer la negociacion eran mas disimulados y tenebrosos (1).

Concluyóse pues un tratado, que puede decirse de amistad y de comercio, entre el rey de España y el emperador de Turquía, con mas pena que gusto de otras naciones, el cual se firmó en Madrid el 14 de setiembre de 1782, y se ratificó solemnemente en Constantinopla en 25 de abril de 1783. Y no solo terminó entonces la antigua enemistad religiosa y política entre España y la Sublime Puerta, sino que el Sultan se obligó á comunicar esta paz á las regencias de Argel, Túnez y Trípoli, á los efectos que Carlos III apetecia. Envió el monarca español ricos presentes al Gran Turco, entre ellos la magnífica tienda que habia servido á Fernando el Católico en la última campaña contra los moros del reino granadino (2), y por primera vez, de resultas de este convenio, se presentó en Madrid un embajador turco, Achmet Fuad Effendi, que fué recibido con gran ceremonia y con una pompa verdaderamente oriental.

Ni aun despues de ajustado el convenio entre España y Turquía, ni con haber enviado el emperador otomano su firmán á las regencias berberiscas, quiso la de Argel entrar en tratos amistosos con Carlos III, en cuya virtud se acordó recabar por la fuerza lo que no se habia podido conseguir con proposiciones de conciliacion. De la que se habia empleado en el sitio de Gibraltar fué fácil encomendar á don Antonio Barceló una flota de seis navíos de línea, doce fragatas y bastantes buques ligeros, para que fuese á bombardear á Argel y castigar aquel albergue de piratas. Los caballeros de Malta se aprestaron á formar parte de esta expedicion. Con la esperanza, que al fin salió fallida, de un arreglo por mediacion de la Francia que á ello se habia ofrecido, se difirió la partida de la flota, en términos que cuando llegó á la costa africana (julio, 1783), los argelinos habian tenido tiempo de prevenirse á la defensa, de fortificar la plaza, y de preparar una flotilla que impidiera acercarse á la costa. De modo que los nuestros no pudieron hacer otra cosa que limitarse á bombardear de lejos la ciudad, sin otro resultado que la destruccion de unas malas casas ó chozas, habiendo consumido una inmensa cantidad de municiones. Con esto y con el temor á la proximidad del equinoccio, tan peligroso en las costas de Africa, determinó el jefe de la expedicion dar la vuelta con sus naves á los puertos españoles. Lo cual no merecia ciertamente los elogios que consagraron los poetas á Barceló, ni la largueza con que

remuneró el monarca á los jefes y oficiales de la expedicion otorgándoles ascensos y grados (3).

Una segunda expedicion se preparó para el año siguiente (1784), porque fué resolucion formal del monarca y del gobierno español repetirlas anualmente hasta obligar á los argelinos á desear y pedir la paz; pues sobre aprovechar de este modo las bombas y municiones de guerra que habian sobrado del sitio de Gibraltar despues de hecha la paz con los ingleses, se lograba por lo menos librar los mares en las primaveras y veranos de corsarios argelinos. No produjo la segunda expedicion, aunque auxiliada con buques de Portugal, resultado mucho mas decisivo que la primera. Ya estaban muy adelantados los aprestos para la de 1785, cuando se recibieron avisos de que la regencia se mostraba propicia á un ajuste (4). Entonces se envió al jefe de escuadra don José de Mazarredo, de paso que hacia la prueba de dos navíos y dos fragatas nuevas, con instrucciones de lo que habia de practicar. Partió Mazarredo de Cartagena, y fondeó en la rada de Argel (14 de junio, 1785). Ciertos habian sido los avisos sobre la buena disposicion de la regencia, y tanto, que á los dos dias (16 de junio) se ajustó un tratado entre argelinos y españoles, que si bien tropezó todavia con algunas dificultades, llegó á estipularse definitivamente sobre las bases y principios del ajustado antes con la Puerta Otomana, y con las modificaciones convenientes para libertar el comercio y las costas de España de las insolencias de aquellos piratas: medida, dice un escritor extranjero, menos brillante, pero ciertamente mas útil que la toma de Argel por asalto (5).

Menos obstáculos habia ofrecido la negociacion con la regencia de Trípoli. Cooperó á ello eficazmente, con real autorizacion, el conde de Cifuentes, capitan general de las Baleares desde la reconquista de Menorca, valiéndose oportunamente y con buen éxito de la familia de los Soleres, alguno de cuyos individuos residia á la sazón en aquella regencia, y todos de influencia y á propósito para el caso. Así la paz con Trípoli habia sido ya definitivamente firmada el 10 de setiembre de 1784, y los Soleres, recompensados por el rey, cada uno segun le correspondia, en remuneracion de aquel buen servicio (6).

Uno de los Soleres, don Jaime, fué enviado despues á Túnez para ver de arreglar un concierto con el bey de aquella regencia, que habia prometido estar pronto á hacerle tan luego como supiese estar concluida la paz entre España y Argel. Mas no eran las condiciones que exigia el tunecino para ser admitidas por el agente español, y menos la de que se le pagara el ajuste á dinero contante; así fué que las rechazó con dignidad como inadmisibles el representante de España; y como el africano no se acomodase á la paz sin recompensa pecuniaria, en vista de sus comunicaciones la corte de España le ordenó que se retirase de Túnez. Suplieron en parte la falta de un tratado formal de paz unas treguas que con el bey habia ajustado el patron español don Alejandro Basellini, que aprobó el soberano y que fueron revalidadas despues (1786). De este modo se completó el sistema pacífico que se habia propuesto Carlos III para sus fines políticos con las potencias infieles.

(3) «Digno aplauso del Excmo. señor don Antonio Barceló por la expedicion contra Argel en agosto de 1783, proferido en varios metros por don Francisco Mariano Nifo.»—«Endecasílabos que con motivo del bombardeo de Argel, ejecutado en el mes de agosto de este año por el Excelentísimo señor don Antonio Barceló, teniente general de la Real Armada, escribia don Vicente García de la Huerta.»—Lista de las gracias y ascensos concedidos por S. M. á los jefes y oficiales de la expedicion de Argel: Suplemento á la Gaceta del viérnes 26 de setiembre de 1783.

(4) No es por consecuencia exacto lo que asienta William Coxe, á saber, que se suspendieron estas agresiones, porque solo servian para exasperar á un partido sin ser de provecho á otro.—Reinado de Carlos III, capítulo 76.—Las agresiones sirvieron al objeto, como se puede ver en la Memoria de Floridablanca, y la tercera se suspendió por la razon que hemos dicho.

(5) Correspondencia y partes de Mazarredo, en las Gacetas de agosto y setiembre de 1785.—Memoria de Floridablanca.

(6) Correspondencia entre los Soleres, Cifuentes y Floridablanca, desde setiembre de 1783 á octubre de 1784.—Real orden de 26 de octubre concediendo mercedes á aquella familia.—Beccatini, Vida de Carlos III.

(1) Floridablanca, en su Memoria, se muestra altamente resentido del comportamiento de la Francia en este negocio, y aunque guarda la consideracion de no nombrarla, de sobra se trasluce que alude á ella cuando habla de falacias, artificios, mentiras y fingimientos.

(2) Bourgoing, Cuadro de la España moderna.—Parece que entre los regalos que se enviaron al Gran Turco fué uno el de veinticinco piezas de paño fino, como muestra del estado de la fabricacion en España.



Así pudo decir un poco mas adelante con fundada satisfaccion el conde de Floridablanca en su célebre Memorial al rey: «Tiene ya V. M. por estos medios libres los mares de enemigos y piratas desde los reinos de Fez y Marruecos en el Océano hasta los últimos dominios del emperador turco en el fin del Mediterráneo. La bandera española se ve con frecuencia en todo el Levante, donde jamás habia sido conocida, y las mismas naciones comerciantes que la habian perseguido indirectamente la prefieren ahora con aumento del comercio y marina de V. M. y de la pericia de sus equipajes, y con respeto y esplendor de la España y de su augusto soberano.

»Se acabó en estos tiempos la esclavitud continua de tantos millares de personas infelices, y el abandono de sus desgraciadas familias, de que se seguian indecibles perjuicios á la religion y al Estado, cesando ahora la extracción continua de enormes sumas de dinero, que al tiempo que nos empobrecian pasaban á enriquecer á nuestros enemigos, y á facilitar sus armamentos para ofendernos. En fin, se van poblando y cultivando con indecible celeridad cerca de trescientas leguas de terrenos los mas fértiles del mundo en las costas del Mediterráneo, que el terror de los piratas habia dejado desamparados y eriales. Pueblos enteros acaban de formarse con puertos capaces para dar salida á los frutos y manufacturas que proporcionan la paz y la proteccion de V. M. De todas estas cosas vienen avisos continuos, que V. M. recibe, y no cabe la relacion de ellas en este papel.»

«Asegurada la paz externa (continuaba Floridablanca), pensó V. M. en darle, si es posible, mayor seguridad con los enlaces que adoptó entre su real familia y la de Portugal.»

Comprendiendo, en efecto, Carlos III la conveniencia de estar en estrecha amistad y alianza con una nacion tan vecina, como que forma parte de la península ibérica, destinada á ser hermana de la española, ya que no fuesen las dos, como en otro tiempo, una misma, dedicóse á estrechar con nuevos lazos las relaciones de parentesco que unian ya las familias que ocupaban ambos tronos. Y así, con el sigilo con que acostumbraba á tratar estas cosas, negoció y llevó á cabo el doble enlace de su tercer hijo el infante don Gabriel con la infanta de Portugal doña María Ana Victoria, y el de la infanta doña Carlota, primogénita del príncipe de Asturias, con el infante don Juan de Portugal, hijo segundo de aquellos monarcas. Las dobles bodas se celebraron en Lisboa y en Madrid (marzo y abril, 1785) con general alegría de ambos pueblos, y no sin alguna envidia de otras naciones, que no dejaban de conocer las ventajas de la union política de los dos reinos peninsulares. El gusto con que Carlos III hizo estos matrimonios le mostró bien en la generosidad y largueza con que remuneró á todos los que habian intervenido en los tratos (1).

No dejó de agriar el contento de estas bodas la muerte del infante don Luis, hermano del rey, que sobrevino á los pocos meses en el pueblo de Arenas (7 de agosto, 1785). Este príncipe, á quien Carlos amaba mucho, y á quien frecuentemente llevaba consigo en las expediciones de caza, vivia retirado desde que contrajo matrimonio desigual, ó de conciencia, bien que con el permiso del rey su hermano, con doña Teresa Vallabriga, dama aragonesa de una ilustre familia de aquel reino, de la cual dejaba tres hijos, que Carlos III tomó bajo su proteccion, y prometió recomendar á la del que le sucediera en

(1) «A nuestro embajador en Portugal, conde de Fernan Nuñez, se le dió plaza con sueldo en el Consejo de Estado; al marqués de Lourizal, embajador en Madrid, se le dió el Toison; á don José de Galvez, que leyó y firmó las capitulaciones, el título de marqués de la Sonora, libre de lanzas y anatas; al marqués de Llanos, que pasó á las entregas, plaza tambien efectiva en el Consejo de Estado; al duque de Almodovar el empleo de mayordomo mayor y caballerizo de la infanta portuguesa; se ofreció encomienda para su hermano el Patriarca que hizo los matrimonios; y en fin, hasta los capellanes de Honor de la jornada obtuvieron pensiones, y otros particulares algunas gracias de la munificencia de V. M.»—Floridablanca, Memoria.—Fernan Nuñez, Compendio.

«Quiso el marqués de Lourizal, añade aquel ministro, persuadirme que correspondia concederme el Toison, como gracia que se habia hecho á varios ministros de Estado mis antecesores, y aun al marqués de la Ensenada sin serlo... Repugnó y contradije á Lourizal... diciendo que mi premio consistia en la satisfaccion que resultaba á V. M. de mis tales cuales servicios, sin intriga ni maniobra para mis adelantamientos, etc.»

el trono, fiando desde luego su educacion al arzobispo de Toledo don Francisco Lorenzana (2). Carlos dió muestras de haber sentido mucho la muerte de su hermano menor.

De otro género eran los disgustos con que seguia mortificándole su hijo el rey de Nápoles. En otra parte hemos hablado ya del desorden de aquella corte y de los escándalos de aquel palacio, producidos por los desarreglos del rey, y por las ligerezas y falta de recato de la reina, tan contrario á la severidad de costumbres de Carlos, y al orden y moralidad que se advertia en todo lo que le rodeaba. Cuantos esfuerzos habia hecho el monarca español para apartar de tan mal camino á sus hijos los reyes de las Dos Sicilias y para moralizar aquel palacio y aquella corte que no podia menos de mirar con interés, habian sido infructuosos; y tanto, que tomó el partido prudente, aunque doloroso, de no comunicarse con su propio hijo. Solo cuando le vió totalmente extraviado en política como lo estaba en la vida privada, y que amenazaba una ruptura escandalosa por la imprudente conducta de Fernando á consecuencia de los matrimonios de los infantes é infantas españolas y portuguesas, creyó de su deber aconsejarle que separase al ministro que así le precipitaba, lo cual bastó para que se le imputara que queria influir y aun mandar en Nápoles. Amargamente y como un padre justamente resentido se quejaba Carlos de la ingratitude de su hijo, y de su comportamiento con el padre á quien debia el trono, y con los ministros españoles y todo lo que pertenecia á España (3).

Era en verdad la única corte que á la sazón causaba disgustos á Carlos III. Con las demás estaba bien, y fué el período en que pudo entregarse con mas sosiego á las mejoras de la administracion interior, que fueron muchas, como luego habremos de ver, restándonos ahora dar una idea de la política del gobierno español para con las demás potencias, despues de las anteriores guerras y de las recientes paces y alianzas que acababa de celebrar.

Confiesan los historiadores extranjeros, y en esto hacen justicia á Carlos, que en esta época no solo procuró evitar que España se viese comprometida en nuevos conflictos á causa de las animosidades que habia dejado la guerra anterior, sino que empleó, y no sin fruto, su intervencion con otras naciones á fin de mantener y asegurar la tranquilidad pública. De contado los enlaces de los príncipes españoles y portugueses sirvieron para hacer que Portugal entrara en el sistema político de los Borbones, y aun consiguió que hiciera alianza con Francia, y que esta nacion participara de las ventajas mercantiles de que hasta entonces solo habian disfrutado los ingleses. Como mediador se presentó tambien mas adelante entre aquellas dos naciones, arreglando las disputas que se suscitaban sobre el comercio de Africa.

Inglaterra era sin duda la que habia quedado mas quebrantada y mas sentida de la última guerra, y como no faltaba quien explotara el descontento y aun la exasperacion pública, y quien agitara y concitara los ánimos del pueblo contra el gobierno y el desacuerdo entre el gobierno y el reino, temíase que las cosas llegaran al extremo en aquella nacion. Mas por fortuna la administracion del jóven Pitt, que gozaba al mismo tiempo del favor popular y de la confianza del soberano, cambió admirablemente la situacion de la Gran Bretaña, mejoró la hacienda hasta un punto que parecia increíble, y que sobrepusó los cálculos y las esperanzas de todos, afianzó la paz

(2) Este infante don Luis, último hijo de Felipe V y de Isabel Farnesio, es el que obtuvo el capelo de cardenal á la edad de diez años; mas no teniendo temperamento á propósito para el celibato, ni carácter para acomodarse á la severidad y pureza de costumbres que aquel estado, y mas en el que ocupa altas dignidades, requiere, renunció la mas elevada de la Iglesia española, solicitando le autorizase el rey su hermano para poderse casar con la dama que fuese mas de su agrado. Alcanzado el real permiso, casó el infante don Luis (junio de 1776) con doña Teresa de Vallabriga, bien que sometiéndose á la privacion de los títulos y honores á que le sujetaba la reciente pragmática real de 23 de marzo de 1776 sobre matrimonios desiguales.—Los tres hijos que dejó el infante don Luis fueron, el que luego veremos cardenal de Borbon y arzobispo de Toledo, la condesa de Chinchon, y la duquesa de San Fernando.

(3) Instruccion del rey al embajador de Viena.—Correspondencia entre Aranda y Floridablanca.



interior, é hizo que en lo exterior recobrara aquella potencia su anterior energía.

Orgullosa Francia con el resultado de la guerra de América tan funesto á su rival, no reparaba en su flaqueza interior. El hábil ministro Vergennes en medio de los quebrantos del reino supo mantener el ascendiente que acababa de cobrar en las cortes de Europa, impedir el engrandecimiento de Austria conservando mañosamente su amistad, y estrechar con destreza la union con Prusia para estorbar los designios de la corte de Viena, y dividir y debilitar el imperio germánico. Y sobre todo, halagando y excitando al partido republicano de Holanda, le puso en actitud de cometer los excesos que produjeron la caída del Estatuder y el establecimiento de una nueva constitucion, principio de otros nuevos acontecimientos.

El emperador José II de Austria habia defraudado completamente las esperanzas que su capacidad habia hecho concebir de su gobierno despues del sosiego y prosperidad que el imperio habia alcanzado en los últimos años de su madre Maria Teresa. Su política exterior, propia de su genio ambicioso é inquieto, puso á riesgo de turbarse de nuevo la tranquilidad europea; pero sus locos proyectos y pretensiones respecto á los Países Bajos se estrellaron en la oposicion abierta y decidida de Prusia, y en la diestra intervencion y secreto influjo que hemos indicado de la Francia. En la gobernacion interior habia emprendido un sistema de reformas precipitado é imprudente, en que no respetó, no solamente las preocupaciones y los usos populares, sino ni las instituciones morales y políticas que forman la base de todo Estado, dando lugar á que el descontento estallara en movimientos que hacian temer sobreviniera una disolucion social. Fueron sin duda las mas notables de estas reformas las innovaciones relativas á materias eclesiásticas, que obraron un repentino y completo cambio en el gobierno y disciplina de la Iglesia del imperio. Todas las órdenes religiosas dedicadas á la vida contemplativa fueron suprimidas, y á las demás las relevó de la dependencia de Roma, poniéndolas bajo la sola jurisdiccion de los ordinarios: con el solo recurso á estos podian secularizarse los frailes, y dejar las monjas los conventos cuando quisieran, y volverse á sus casas, disfrutando una módica pensión: quitó á Roma la provision de los obispados de Milan; autorizó la enseñanza de las doctrinas protestantes en las universidades, y mejoró la condicion de los judíos; dió libertad á la imprenta, y mandó que circularan libremente todos los libros prohibidos, á excepcion de los que prohibiera el soberano.

Estas y otras semejantes reformas, comprendidas en las llamadas leyes Josefinas, llenaron de amargura el corazon del pontífice Pio VI que viendo el ningun fruto que sacaba con los Breves apostólicos que dirigió al emperador reformista, determinó, no obstante su avanzada edad y su quebrantada salud, hacer un viaje á la corte imperial á exhortarle y suplicarle personalmente que revocara unos decretos que tanta perturbacion ocasionaban en la cristiandad. Tampoco con el viaje consiguió nada el virtuoso pontífice; mostróse obstinado é incorregible el emperador: en vez de ablandarle los ruegos del venerable peregrino, mas tarde hizo el mismo José una visita á la ciudad santa, y á su regreso de Roma suprimió un gran número de comunidades (1).

La muerte de Federico II de Prusia (17 de agosto, 1786), de aquel soberano á quien la admiracion de Europa y el reconocimiento de su país dieron el título de Grande, produjo un cambio en la política general de Europa, y mas inmediatamente en las relaciones y en los proyectos de la Francia, que debia á la alianza con la corte de Berlin la preponderancia que en Alemania habia adquirido. Porque Federico Guillermo, sobrino y sucesor del monarca prusiano, sin los compromisos de su tío con Francia y sin sus prevenciones contra Inglaterra, inclinóse del lado de esta nacion, y favoreció en Holanda al Estatuder y los de su partido, y fué causa de que se restableciera el antiguo régimen derrocado por la influencia francesa.

Aquí fué donde se vió la política prudente y conciliadora de Carlos III de España, tanto para huir de envolverse en compromisos como los anteriores, cuanto para evitar que se turbara de nuevo la tranquilidad europea. Si bien no podia ver con pasiva indiferencia la preponderancia que la reciente revolucion de Holanda hacia perder á los Borbones, y manifestó su resolucion de no consentir la humillacion de la familia, haciendo preparativos de guerra y ofreciendo á Francia asistirle con fuerzas de mar y tierra si la Inglaterra la atacase, tampoco desconocia los fundados motivos de resentimiento que tenia la Gran Bretaña, y no dejaba de exhortar al gabinete inglés á que no exasperara á la Francia con exageradas demostraciones de alborozo por su reciente triunfo en los negocios de Holanda, sino que usara de él con templanza y moderacion.

No fué sordo el gobierno británico á las prudentes exhortaciones del monarca español. Declaró que su propósito se limitaba á defender sus intereses y á intervenir en el restablecimiento del antiguo gobierno holandés; con lo que Carlos no solo se aquietó, sino que aplaudió esta conducta; y con esto y con proteger y apoyar el partido pacífico de Francia, acertó á llevar las cosas á un punto, que además de no estallar la guerra que es de presumir se hubiera encendido de nuevo sin esta prudente y eficaz intervencion, fué admirable que Inglaterra y Francia, tan enemigas y rivales, se entendieran de modo que llegaran á firmar un convenio (17 de octubre, 1787), mediante el cual se obligaban mutuamente á poner en pié de guerra sus fuerzas terrestres y marítimas, y á no intervenir con la fuerza en los negocios de Holanda: resultado de que muy fundadamente pudo vanagloriarse Carlos III (2).

Tambien mediaron negociaciones particulares entre las cortes de Madrid y Lóndres para ver de arreglar definitivamente los puntos que entre estas dos potencias habian quedado indecisos ó pendientes en el tratado de paz. Siempre habia sido Gibraltar el tropiezo para todos los tratos. Si en el ministerio Shelburne habia dejado columbrar el gabinete inglés algunas esperanzas de devolucion, estas habian desaparecido, si por acaso alguna vez se creyó en ellas, con la negativa expresa de Fox. Por otra parte, nunca en este punto aflojaba el interés de Carlos III, ni cedia el empeño del ministro Floridablanca. Era el tema perpetuo de discusion, y á la obstinacion de Inglaterra correspondia la perseverancia no menos tenaz del monarca y del gobierno español. Revivió en la corte española alguna esperanza con el nombramiento de Pitt, que habia formado ya parte del ministerio Shelburne, y pareció ocasion oportuna para renovar la pretension. «Considero á Gibraltar, decia Floridablanca, como una plaza cuya importancia y valor se ponderan tal vez demasiado, pero que es una espina perpetua para España, y un grande obstáculo para que sea cordial y sincera la amistad entre las dos naciones. Durante mucho tiempo he estudiado este negocio bajo todos sus aspectos, reflexionándolo mucho. Mil compensaciones habria equivalentes á los ojos de la cordura nacional, pero en Inglaterra hay preocupaciones que ahogan todos los demás argumentos.» Mas convencido de que no habia compensacion que moviera al gobierno británico á acceder á la cesion de Gibraltar tuvo que dejar de insistir en ella, aunque de mal humor. Conveníale, no obstante, á Inglaterra, y en ello tenia el mayor interés, no enojar á la corte de España ni ponerla en el caso de apoyar otra vez por resentimiento los proyectos de los franceses, y de esta circunstancia se aprovechó el gabinete de Madrid para obtener del de Lóndres concesiones ventajosas en la cuestion relativa á los límites de los establecimientos ingleses en la bahía de Honduras; y no lo fueron poco las cláusulas del convenio, á que se debió el poder atajar el inmenso contrabando que hasta entonces habian estado haciendo los ingleses desde aquellos establecimientos con las vecinas colonias. No faltó quien hiciera una mocion en el parlamento proponiendo la desaprobacion del tratado como desventajoso á la Gran Bretaña, pero interesábale á la sazón al gobierno inglés no irritar

(1) Historia del Imperio.—Vida de José II.—Dini, Diario de la memorable peregrinacion apostólica de Ntro. Smo. P. Pio VI á la corte de Viena.

(2) Siempre es agradable ver á los escritores ingleses hacer en esto justicia al monarca español. Véase William Coxe, España bajo los Borbones, c. 77.



al español, aunque fuese á costa de algun sacrificio, y el convenio fué ratificado con no poca satisfaccion de Carlos III (1).

Tales fueron los principales rasgos y los resultados mas notables de la política exterior de Carlos en los años que iban tocando ya al fin de su reinado: política de que le felicitaba Floridablanca diciendo: «Después de los matrimonios y tratados con Portugal han ocurrido con las potencias extranjeras varios sucesos importantes, que seria largo referir, en que V. M. ha conseguido hacerse respetar y venerar de un modo pocas veces visto de mas de dos siglos á esta parte. Basta por ahora recordar lo que experimentó en el año pasado de 1787 al tiempo que las turbaciones con la Holanda y las desavenencias con este motivo de la Francia con la Inglaterra y Prusia amenazaban un incendio general á la Europa. La voz de V. M. levantada con tanto vigor como prudencia se hizo oír en aquellos y otros gabinetes, y sus disposiciones y preparativos calmaron la tempestad, asegurándose la paz, y aun la mejor armonia con Prusia, y con la misma Inglaterra (2).»

## CAPÍTULO XVII

### Reformas útiles.—Sistema de beneficencia pública

DE 1777 Á 1788

Empeño en desterrar la holganza y en inspirar apego al trabajo.—Ejemplo del rey con los mendigos de los sitios reales.—Asilos de beneficencia.—Hospicio de Madrid.—Providencias para el recogimiento de mendigos.—Junta general y diputaciones de caridad.—Sus deberes y atribuciones.—Distribucion de limosnas.—Medidas contra vagos, ociosos y pretendientes en corte.—Asociacion benéfica de señoras.—Escuelas gratuitas de niños y niñas pobres.—Enseñanza de labores y oficios.—Multiplicacion de hospicios y casas de misericordia en provincias.—Hospitalidad domiciliaria.—Celo caritativo de los prelados españoles.—Fondo Pio Beneficial.—Sistema organizado para desterrar la vagancia y socorrer la verdadera necesidad.—Ideas del ministro Floridablanca sobre este punto.—Escritos y publicaciones sobre el ejercicio discreto de la caridad y de la limosna.—Certámen promovido por la Sociedad Económica de Madrid: premio.—Declara el rey oficios honestos y honrados los que antes se tenían por viles é infamantes.—Provision contra falsos peregrinos, fingidos estudiantes, titiriteros, y buhoneros ambulantes.—Célebre pragmática reduciendo los gitanos á la vida civil y cristiana: resultado que produjo.—Ocupacion de mujeres en fábricas y manufacturas.—Organizacion de socorros públicos en las epidemias.—Ejemplo del rey.—Pragmática para la formacion y construccion de cementerios fuera de las poblaciones.—Firmeza, pulso y discrecion con que se planteaban estas reformas.

Una de las cosas que causan mas admiracion y que al propio tiempo honran á este reinado, es la solicitud y el afan con que el soberano y sus ministros, en medio de tantos, tan graves y complicados negocios como abarcaba su política exterior y sus relaciones con todas las potencias de Europa, se consagraban á mejorar la situacion interior del reino, á establecer el buen orden y concierto en la administracion del Estado, á moralizar y civilizar la sociedad española. Algunos capítulos hemos dedicado ya á dar noticia de las providencias y medidas que en este sentido habian ido sucesivamente dictando el monarca y sus ministros, consejos y tribunales, en los dos primeros periodos de este reinado (3). Cúmplenos ahora continuar la misma tarea desde la época que aquellos abarcaban.

Un rey tan ilustrado, tan celoso y de tan buenos deseos como Carlos III y unos ministros tan instruidos, tan laboriosos y tan eficaces como los que él sabia escoger y llamar y conservar á su lado, no podian tolerar, ni menos ver con indiferencia, sin aplicar la mano al remedio, los males, los desórdenes, los vicios y los crímenes que en toda sociedad ocasiona y produce el desapego al trabajo, la ociosidad y la vagancia. De no poderse citar, por regla general, los naturales de este país como modelo de laboriosidad y de afanoso ahinco al trabajo, no es la primera vez que nos lamentamos en nuestra historia. Causas se reconocen naturales para ello, que por desgracia no está en el poder de los hombres evitar. Pero á modificar estas

en lo posible, y á corregir las que de humano origen proceden debe consagrarse todo gobierno que comprenda que es el trabajo y la ocupacion la verdadera fuente de la moralidad y de la prosperidad de los pueblos. Y el soberano que tanto habia hecho por dar á la corte de España la material decencia y aseo, y el ornato público que tan bien sientan á un pueblo culto, y de que tanto necesitaba en su tiempo, no podia menos de acoger con gusto las medidas que sus ministros le propusieran para limpiar la corte y el reino de la plaga de ociosos, vagos y mendigos voluntarios que le infestaban y corrompian, promoviendo la educacion y aplicacion al trabajo.

El caso era que el mismo monarca, sin advertirlo, habia estado fomentando la holganza con las limosnas que en abundancia mandaba repartir en las jornadas y partidas de caza á las gentes de los pueblos comarcanos á los bosques y sitios reales. Atraídos del aliciente del socorro, siempre que el rey tenia cacería, y tenías con frecuencia, descogábanse de toda la comarca enjambres de hombres, mujeres y niños, abandonando sus casas y labores, seguros de ganar mejor jornal y volver mas alimentados con andar al rededor de la régia comitiva que si invirtieran el día en el cultivo de la tierra ó en la faena de su oficio; y la vuelta á sus hogares, de noche, y mezcladas numerosas cuadrillas de ambos sexos, no favorecia tampoco á la pureza de las costumbres. Tan pronto como Floridablanca le advirtió un día, acompañándole en la jornada al Escorial, los inconvenientes de aquella manera de distribuir limosnas, el modo mejor de socorrer á los verdaderos pobres y necesitados de los pueblos, y la necesidad de corregir el hábito de la mendicidad, Carlos III que siempre acogia con gusto toda idea provechosa que le inspiraran los consejeros de su confianza, Carlos III que habia dado ya la ordenanza de vagos y dispuesto las levas para aplicar al servicio del ejército ó de la marina los ociosos y mal entretenidos, prohió desde luego y sin vacilar el pensamiento de su primer ministro, y de aquí tuvo principio una serie de disposiciones que vinieron á formar un sistema general de beneficencia y de impulso y fomento al trabajo, que es uno de los caracteres que distinguen y enaltecen mas este reinado.

Abrió la marcha en este sentido una real orden (18 de noviembre, 1777), mandando que en cada uno de los sitios reales se estableciese un asilo provisional, en que se recogiera y alimentara á costa del real Erario á todos los que fueran aprehendidos pidiendo limosna, hasta trasladarlos al Hospicio de Madrid, donde se mantendria y educaria á los verdaderamente pobres é impedidos, entregando los demás á las justicias para que se les aplicara la ley de vagos. Se prevenia á los de los pueblos de dos ó tres leguas á la redonda de Madrid y sitios reales que impidiesen la salida de sus vecinos y moradores á pordiosear como acostumbraban, reservándose S. M. socorrer á los verdaderamente necesitados por medio de los párrocos de los mismos lugares y de otras personas de su confianza, y recomendaba al Consejo que con el mayor celo y actividad fomentara la creacion de hospicios para el recogimiento de los mendigos, y muy especialmente de niños y niñas, «no teniendo derecho los padres que abandonan á sus hijos (decia muy sabiamente la real orden), ó que no los educan y mantienen sino en el ocio y en los vicios, á impedir al soberano que tome sobre sí este cuidado paternal (4).

Puesto en este buen camino, Carlos III continuó por él con aquella asiduidad y perseverancia que acostumbraba en todo lo que emprendia, y que formaba uno de los rasgos mas distintivos de su carácter. Propúsose que Madrid, como centro y capital del reino, fuera el modelo de las demás poblaciones en cuanto á los medios de desterrar la vagancia y la mendicidad, excitando al Consejo á que dictara prontas providencias para extinguirla, y ordenando desde luego y haciendo saber por carteles fijados en todos los parajes públicos (5), que en el término de quince días todos los mendigos forasteros se restituyesen á los respectivos pueblos de su naturaleza ó vecindad, donde á su tiempo se proveeria respecto á ellos lo conveniente, y que todos los que, trascurrido dicho plazo, fueran

(1) Comunicaciones de lord Auckland.—Reyden, Observaciones relativas á este convenio.

(2) Memorial de Floridablanca.

(3) Véanse los capítulos 1.º al 4.º y 10.º al 13.º de este libro.

(4) Sanchez, Coleccion de pragmáticas, cédulas, provisiones, etc.

(5) Real orden de 14 de febrero de 1788.



hallados pordioseando se recogieran en los hospicios de Madrid y de San Fernando, donde se daría sustento, educación y trabajo á los niños de ambos sexos y á los verdaderamente impedidos, destinando los demás á los servicios de guerra y marina, remitiéndose listas nominales y semanales de todos los mendigos, con expresion del destino que á cada uno se diese. Con respecto á los pobres llamados vergonzantes, que por su condicion, achaques ó edad no pedían limosna, mandábase formar diputaciones de parroquias, por cuyo medio y el de los alcaldes de barrio se le informara de su número y necesidades para aplicar las oportunas providencias, excitando al propio tiempo á la Sociedad Económica de Amigos del País, al clero secular y regular, y á las personas acomodadas á que proporcionaran ocupacion honesta á las familias de los pobres vergonzantes.

Dió el Consejo de Castilla testimonio de su celo por el cumplimiento de los benéficos y humanitarios fines del soberano, como se vió por los autos acordados de 13 y 30 de marzo de 1778. Por el primero se ponía en ejecucion lo ordenado respecto al recogimiento de mendigos, haciendo cooperar á tan laudable obra á los alcaldes de casa y corte, á los de cuartel, al corregidor y sus tenientes, al colegio de escribanos reales y demás funcionarios y auxiliares de la justicia. Por el segundo se creaban diputaciones de caridad en cada uno de los sesenta y cuatro barrios, comprendidos en los ocho cuarteles en que antes habia distribuido la capital el conde de Aranda. Componían cada diputacion el alcalde del barrio, un eclesiástico nombrado por el párroco, y tres vecinos acomodados y conocidos por su honradez y sus sentimientos de caridad. De este cargo no habia de poder excusarse nadie, y los servicios que en él se prestaran se considerarían como mérito especial para las pretensiones. La junta habia de celebrar sesion por lo menos todos los domingos en locales que se designaban, averiguar la certeza de las necesidades, distribuir convenientemente el fondo de socorros, que se habia de guardar en un arca con tres llaves, proporcionar amos ó maestros á los jóvenes desvalidos, socorrer á los jornaleros desocupados, enfermos ó convalecientes, informar de las cofradías ó fundaciones piadosas cuyos fondos pudieran aplicarse á este objeto, etc. De este auto se remitieron ejemplares á todos los conventos y parroquias, y quedó prohibido pedir limosna en los pórticos y dentro de las iglesias, lo cual, sobre producir indecencia, daba ocasion y lugar á frecuentes robos.

A esta creacion siguió la de la junta general de Caridad, que desde luego se estableció en Madrid, compuesta del gobernador de la Sala de Alcaldes, el corregidor, el vicario y visitador eclesiástico, un regidor del ayuntamiento, un individuo del cabildo de curas y beneficiados, y otro de la Sociedad Económica de Amigos del País, á los cuales se agregó despues (setiembre, 1778) el promotor de obras pías. Para el gobierno y direccion de esta junta formó el Consejo una Instruccion, en la cual se fijaban sus deberes, atribuciones y facultades. Entre estas figuraba la de hacer conmutaciones y aplicaciones de obras pías á favor de las hermandades de caridad; pues, como se estampaba en dicho documento, «si ha caducado el objeto de la fundacion de la obra pía, el destino á socorro de los pobres no es conmutacion, sino justa aplicacion de unos bienes vacantes al ejercicio de la caridad con los pobres:.....—Si la mayor utilidad del Estado, y luces que ha ido adquiriendo la economía política, encuentra inconvenientes en la fundacion, es propio oficio de la jurisdiccion sustituir aquella justa inversion que daría el fundador mejor instruido, y que él no pudo prever, dependiendo el arreglo de la progresion de los tiempos, en la cual no se altera la sustancia de la voluntad, antes se mejora el orden de la distribucion (1).» Encargábase tambien cercenar todo lujo y gastos superfluos en el culto, porque así quedaria mas fondo para el ejercicio de la caridad con los pobres. A medios como estos habia sido debida la ereccion de los hospicios de Granada y de Gerona. Las congregaciones de caridad de cada parroquia dependientes de esta junta habian de pedir á las puertas de

los templos, y una vez cada tres meses por las casas de los vecinos acomodados.

Para que la distribucion pudiera hacerse con toda equidad y justicia, y no se confundieran los verdaderos necesitados con los que fingieran serlo, ó con los que lo eran por holganza, se encargó á los alcaldes de barrio la mayor exactitud y escrupulosidad en las matrículas de vecindad, mudanzas de domicilio, visitas de posadas, y todo lo perteneciente á empadronamientos. Y como hubiese muchos que so color de pretendientes á empleos se venían á la corte y hacían una vida ociosa, se los mandó salir en un término perentorio (7 de setiembre, 1778) á los pueblos de su naturaleza ó vecindad, y se ordenó por la superintendencia general de la real Hacienda á todos los directores de Rentas hiciesen entender á todos que ni se les daría destino, ni se les propondría, en tanto que no se retirasen á sus respectivos domicilios, y dirigiesen desde allí sus instancias ó pretensiones.

Cierto que al principio, ó por la falta de costumbre, ó porque no dejaba de haber quien sostuviera la doctrina de la libertad de pordiosear (que nunca á los añejos abusos faltan sus defensores), no recogieron las diputaciones tantas limosnas como se habia esperado, y fué menester que el real tesoro acudiera con socorros anuales de alguna cuantía á las obligaciones y necesidades que la junta general de Caridad se habia impuesto, al sostenimiento del hospicio general, á personas distinguidas, honradas y vergonzantes, á labradores y artesanos, á huérfanos y viudas de militares, á las cárceles, y á la galera ó casa de reclusion de mujeres públicas, donde por medio del trabajo se consiguió convertir á las que habian sido abominables y desgraciadas ramerías en mujeres laboriosas y morigeradas. Una asociacion de señoras se formó para este fin, autorizada por el rey, con el mas feliz resultado (2).

Entre los frutos de mas utilidad y provecho que produjeron, así las sociedades económicas y patrióticas, de cuya creacion dimos ya cuenta en otro lugar, como estas diputaciones y juntas de beneficencia, debe contarse el establecimiento de multitud de escuelas gratuitas de enseñanza, en que aquellas y estas trabajaron á porfía y con digna y noble emulacion, así para las niñas pobres y abandonadas, como para los niños desamparados, enseñándose á unas y á otros las labores y oficios propios de cada sexo; celebrando exámenes públicos, premiando á los que sobresalían por su aplicacion, y hasta destinando dotes para algunas jóvenes cuando hubieran de tomar estado, para todo lo cual se arbitraban cantidades y recursos extraordinarios. Así se vió en poco tiempo en estas escuelas patrióticas centenares de niñas disfrutar del beneficio de una educacion cristiana, y presentar esmeradas labores de aguja, de cintería, de bordado, de encaje y de flores, y millares de niños, además de la instruccion religiosa y moral, aprender un oficio de que poder vivir honestamente y con que ser útiles á su patria.

Merced al enérgico impulso que dió á estas filantrópicas instituciones el ministro Floridablanca, se multiplicaron rápidamente, á ejemplo de la capital del reino, en las de provincia y otras poblaciones considerables las sociedades económicas, las juntas y diputaciones de caridad, y los hospicios y casas de misericordia, mereciendo particular mencion los establecimientos de esta última clase de Granada, Barcelona, Toledo, Burgos, Gerona, Cádiz, Alicante, Valladolid, Valencia, Ciudad-Real, Écija, Salamanca y Canarias. Siendo lo notable que al mismo tiempo que la humanidad desgraciada encontraba acogida y consuelo en estos asilos públicos de caridad, se ejercía la hospitalidad domiciliaria asistiendo y socorriendo en sus propias casas á los enfermos de familias pobres, ó cuya conduccion á los hospitales podia ser peligrosa, ó que por otras circunstancias exigiesen en su tratamiento el particular esmero y solicitud que no pueden tenerse y dispensarse en parajes en que la aglomeracion y la naturaleza misma del local la dificultan ó hacen imposible.

(2) De la memoria de Floridablanca consta que se consignaron cada año para tan benéficos objetos sumas como la de treinta mil ducados á la junta superior de Caridad, de catorce mil al Hospicio, y así respectivamente.

(1) Coleccion de reales pragmáticas, cédulas, etc., del reinado de Carlos III.]



Sin embargo, el celo del monarca y de sus ministros, por grande que fuese como lo era, no habria bastado á realizar tan nobles, piadosos y humanitarios fines, si á ellos no hubieran coadyuvado tambien las clases mas acomodadas, elevadas y pudientes de la sociedad, como la grandeza del reino, el clero en general, y mas particularmente los dignos prelados de la Iglesia, que con liberalidad merecedora de todo elogio invirtieron y emplearon crecidas sumas en la ereccion, dotacion ó restablecimiento de hospicios, hospitales y casas de caridad para recoger los huérfanos, expósitos, y pobres enfermos y desvalidos. Entre aquellos venerables apóstoles merecen algunos especial y honrosísima mencion. Ejemplo dió á todos el primado de España arzobispo de Toledo, don Francisco Antonio Lorenzana. Este ilustrado sucesor de los Ildefonsos y de los Julianes, que honró la memoria de los antiguos doctores de la Iglesia española publicando á sus expensas bellas ediciones de sus obras, que decoró y ennobleció la capital del antiguo imperio gótico con edificios, monumentos y objetos de utilidad y de ornato, erigió á costa de grandes sumas las dos casas de caridad de Toledo y Ciudad-Real, rehabilitando para la primera de aquellas el casi arruinado alcázar de los reyes. Conducta semejante, y con igual proteccion de S. M., siguió su hermano el obispo de Gerona don Tomás de Lorenzana, á quien se debió la fundacion del hospicio de aquella ciudad y del de Olot, con otras empresas piadosas. Los arzobispos de Burgos, de Valencia, de Granada y de Santiago, dieron insignes muestras de su liberalidad, no solo en la ereccion y dotacion de hospitales y casas de misericordia, de hospicios, escuelas y seminarios, para el amparo, manutencion y educacion de los pobres, sino contribuyendo tambien á la construccion de obras públicas, como caminos, puertos, canales de riego, acueductos y otras materiales mejoras de las poblaciones. El de Tarragona, don Francisco Armañá, coadyuvaba á la habilitacion de aquel puerto y á la continuacion del famoso acueducto romano.

Animados del mismo piadoso espíritu, se consagraron tambien con igual celo y con desprendimiento no menos laudable á erigir y dotar establecimientos de beneficencia varios obispos, como los de Málaga, Plasencia, Sigüenza, Segovia, Cartagena, Astorga, Leon, Orense y otros. «No hago mencion honorífica de todos como merecen, decia el ministro Floridablanca al rey, por lo que toca á los que particularmente se han entendido conmigo para sus empresas, proteccion y auxilios que he promovido, como V. M. sabe. He creido ser justo nombrar aquí con particular y separado objeto al confesor de V. M. don Fr. Francisco Joaquin Eleta, arzobispo de Tebas, quien antes y despues de obtener el obispado de Osma ha hecho en él tales y tantas cosas en obsequio de la religion y del Estado, que merece memoria y lugar distinguido en esta exposicion... Las grandes obras de los dos hospicios de Osma y Aranda, el seminario y el estudio general, el hospital y otras innumerables obras é ideas públicas y de caridad puestas en ejecucion en aquella diócesis, harán en ella amable y perpetua la memoria de V. M. que las ha protegido y auxiliado por mi medio con providencia y abundantes socorros, y la de su confesor, que ha gastado y gasta en aquellos objetos todo su tiempo y cuidados, y cuantas rentas ha tenido y tiene (1).»

Si no todos los cabildos, ni todo el clero secular y regular siguió el buen ejemplo de tan dignos prelados, no faltaron corporaciones é individuos que tomaran á su cargo alimentar, vestir y educar cierto número de niños pobres, huérfanos ó desamparados; y entre las órdenes religiosas se distinguieron con rasgos de caritativo celo los benedictinos, los bernardos y los cartujos, socorriendo las necesidades de manera que se evitara el mal uso que de las limosnas diarias solian hacer los mendigos, convirtiéndose en holgazanes y viciosos.

Con el propio objeto, y á fin de que los fondos destinados á limosnas se distribuyeran convenientemente y con mas discrecion y aprovechamiento que pudiera hacerlo la caridad individual, se estableció á peticion de Carlos III y por breve del papa Pio VI (14 de marzo, 1780), el llamado *Fondo Pio Beneficial*, que consistia en la tercera parte de los productos de

todos los beneficios y piezas eclesiásticas, cuya dotacion excediese de seiscientos ducados en los que pedian residencia, y de trescientos en los que no la exigian, á excepcion de los que tenian anexa la cura de almas, cuyo fondo se destinaba á la ereccion de hospicios y casas de caridad, ó sostenimiento de las ya existentes, ó para atender de cualquier otro modo al socorro de la indigencia. Sin embargo, por circunstancias especiales no se puso en práctica este arbitrio hasta tres años mas adelante (1783), y no se exigió sino á las prebendas ó beneficios que se proveian en las vacantes que iban ocurriendo; aun así, en los ocho años que estuvo encomendada su recaudacion al colector general de espolios y vacantes, produjo esta renta unos diez millones de reales (2). Algunas corporaciones eclesiásticas y algunos individuos del clero quisieron representar contra el establecimiento del Fondo Pio, pero la conformidad de unos obispos y la aprobacion de otros retrajeron á los que habian tenido aquella intencion.

De todo lo dicho se desprende que las disposiciones dictadas para el ejercicio de la caridad con los pobres y menesterosos no eran medidas aisladas y sugeridas por la necesidad de cada caso, sino un sistema general de beneficencia pública que constituia una parte del sistema político de gobierno, y en el cual descollaban dos altos fines: el uno era el de desterrar la vagancia y la mendicidad voluntaria, fuente de vicios y de crímenes, y de emplear los brazos útiles en el trabajo, verdadera base de la virtud, y manantial verdadero de la riqueza y de la paz y prosperidad de los pueblos, ejerciendo al propio tiempo la caridad cristiana para con los verdaderos desvalidos, indigentes é imposibilitados de ganarse y proporeionarse el necesario sustento: el otro era el de evitar los inconvenientes de la caridad individual, muchas veces mal entendida ó empleada, si bien con buena intencion, pero á ciegas y sin el conveniente discernimiento, y nunca tan ventajosa como puede serlo la beneficencia ejercida colectivamente y dirigida con discrecion. El ministro que planteó este sistema nos ha dejado consignadas las razones en que le fundaba: «Puede el particular, decia, acudir á una necesidad ú otra, y esto muchas veces sin posibilidad de ocurrir lo mas conveniente. Puede el particular hacer una fundacion y auxiliarla, pero no podrá conseguir que se hagan todas las necesarias para el bien del Estado y mejoría de las costumbres, ni disminuir generalmente las necesidades. La misma liberalidad de los particulares suele aumentar el ocio y los mendigos, de que tenemos tristes experiencias. Por el contrario, la union de fondos facilita las mayores empresas de caridad y de política, como son las fundaciones y dotaciones de hospicios, hospitales, casas de huérfanos y pobres, donde se educa la niñez y la juventud, se acostumbra á las ideas cristianas y al trabajo, y por medio de este se disminuye la pobreza. Esta disminucion de pobres aumenta los frutos de la agricultura y de la industria, y por consecuencia los diezmos y rentas del clero, el cual con el gravámen del Fondo Pio se puede afirmar que cultiva su heredad, y multiplica sus productos.»

Y sacando argumento y ejemplo de lo mismo que practicaban las órdenes religiosas llamadas mendicantes, decia el conde de Floridablanca: «Todos son pobres, dicen, y no se debe quitar la libertad, á los unos de pedir, á los otros de dar. Por esta regla las órdenes mendicantes, y señaladamente las de San Francisco, por ser pobres que se mantienen de limosna, debian dejar á todos sus individuos religiosos la libertad de salir á pedir, sin señalar cuestores ó limosneros que lo ejecuten. ¿Cuál seria entonces la confusion y el desorden de estos cuerpos religiosos, con abandono de sus trabajos útiles, de su recogimiento, de sus estudios, del confesonario, el púlpito y el coro? Si las órdenes pobres y mendicantes pueden y deben nombrar y emplear sus cuestores ó limosneros para pedir sus limosnas y tener á sus religiosos recogidos y bien ocupados, ¿por qué no podrán y deberán las sociedades civiles, los pueblos y el soberano tener en los hospicios, en las juntas y diputaciones de caridad unos limosneros fijos, que tambien pidan

(1) Memoria de Floridablanca.

(2) Coleccion de Bulas y Breves pontificios. Breve de S. S. Pio VI, de 14 de marzo de 1780.—Real decreto de 27 de noviembre de 1783.—Memoria de Floridablanca.



las limosnas y mantengan ocupados y recogidos los mendigos y pobres? Lo primero es absolutamente necesario para la disciplina y buen orden religioso, y sería dañoso y de mucho escrúpulo hacer lo contrario: ¿por qué no ha de ser lo mismo lo segundo en el orden cristiano, civil y político? De la caridad, señor, ejercitada por medio de los hospicios y diputaciones resultan ventajas tan grandes, que no alcanzo cómo hay personas de buen sentido y timoratas que no las conozcan (1).»

Estas ideas sobre beneficencia pública no eran nuevas. Algunos hombres de talento y dotados de sentimientos humanitarios habían discurrido ya sobre la manera mejor y mas conveniente de socorrer á la humanidad desvalida, y desde el siglo XVI se habían escrito memorias y libros sumamente luminosos y útiles sobre el modo de extirpar la vagancia, desterrar la mendicidad, y amparar y socorrer á los verdaderos pobres y necesitados. El erudito Luis Vives, el ilustrado fray Juan de Medina, el doctor Cristóbal Perez de Herrera y algunos otros varones doctos habían publicado ya obras sobre este importante punto de orden y de moralidad social, en que se recomendaba la creacion de albergues para los pobres de cada poblacion, de seminarios y escuelas, con su administracion y sus juntas de caridad, y se señalaba el destino que se habia de dar á los vagos y holgazanes. Los escritos de Perez de Herrera habían llamado la atencion de las córtés del reino, que llegaron á proponer se adoptara su plan, y aun el Consejo circuló órdenes al efecto; pero poco ó nada se habia puesto en ejecucion. Renováronse estas ideas siendo fiscales del Consejo Campomanes y Moñino (2). El libro sobre la *Educacion popular* de Campomanes contribuyó grandemente al desarrollo de este pensamiento, que despues su compañero don José Moñino, siendo ministro y conde de Floridablanca, redujo á práctica de la manera y por los medios que hemos visto, hallando á Carlos III dispuesto siempre á acoger con gusto y á promover con eficacia cuantas ideas y planes le presentaban y sugerian que pudieran conducir al alivio de las clases menesterosas, al fomento del trabajo y de la aplicacion, y á la extirpacion de la holganza.

Viendo con cuanta solicitud se consagraba el gobierno á dar una buena organizacion á la beneficencia pública, la Sociedad Económica de Madrid propuso en 1781 como principal asunto en su programa de certámenes y premios, la mejor disertacion sobre el ejercicio discreto de la virtud de la caridad en el repartimiento de la limosna. Treinta memorias fueron presentadas al concurso, y de ellas hasta catorce se consideraron dignas de los honores de la publicidad, y se imprimieron mas adelante (1784) formando un volumen, si bien entre todas mereció el primer lauro la de don Juan Sempere y Guarinos, uno de los hombres mas ilustrados del siglo, y autor de muchas obras de jurisprudencia, de literatura y de economía, que mas adelante tendremos ocasion de citar (3). En todos aquellos escritos prevalecia, bajo una ú otra forma, la idea capital que servia de base al gobierno para su sistema general de beneficencia, y sus máximas y doctrinas dieron mas solidez á las juntas y diputaciones de caridad, alentaron al gobierno y á las personas benéficas, y contribuyeron á la propagacion y multiplicacion de los establecimientos de beneficencia en las provincias, que el monarca continuó promoviendo y fomentando (4).

(1) Floridablanca, Memorial á Carlos III.

(2) Respuesta de los fiscales del Consejo, en que proponen la formacion de una Hermandad para el fomento de los reales hospicios de Madrid y San Fernando, etc., 1769.—También el irlandés don Bernardo Ward habia publicado un escrito titulado: *Obra Pia. Medio de remediar la miseria de la gente de España*: 1750.—La obra de Fr. Juan de Medina se titulaba: *La caridad discreta practicada con los mendigos, y utilidades que logra la república en su recogimiento*.—La Memoria de Luis Vives: *De subventione pauperum*; y la del doctor Perez de Herrera: *Del amparo de los legítimos pobres, y reduccion de los fingidos*.

(3) Los nombres de los autores de las otras trece Memorias se pueden ver en el volumen que forma su Coleccion. Ferrer del Rio los cita también en el cap. 2.º del libro VI de su Historia de Carlos III.

(4) Real cédula de 3 de febrero de 1785 sobre formacion de juntas de Caridad en todo el reino con arreglo á las de Madrid.—Circular de 20 de noviembre de 1788, sobre que no se destinen á las casas de caridad personas viciosas, ni aun por via de depósito.

Siendo la tendencia y las miras y el pensamiento fijo de Carlos III y sus ministros el de formar ciudadanos laboriosos, honrados y útiles, desterrando la ociosidad, y promoviendo la aficion al trabajo, compréndese que habian de mirar como una preocupacion funesta y absurda la de considerarse ciertas industrias y oficios mecánicos como bajos, viles, y hasta infamantes; preocupacion que habia llegado á hacerse lugar en las leyes del reino, que así los declaraban, y era una de las principales causas del atraso industrial y mercantil de nuestra nacion. Carlos III declaró que los oficios de curtidor, herrero, sastre, zapatero, carpintero y otros á este modo eran honestos y honrados, que su ejercicio no envilecia la familia ni la persona, ni la inhabilitaba para obtener empleos de república, ni aun para el goce y prerogativas de la hidalguía, anulando y derogando todo lo que en las antiguas leyes y costumbres del reino se oponia á esta declaracion (5). También esta idea civilizadora habia sido ya proclamada y difundida en opúsculos, discursos y disertaciones por varios de los mas ilustrados ingenios de la época (6).

Casi al mismo tiempo, y constantes el rey y sus consejeros y ministros en condenar y castigar todo lo que pudiera servir de pretexto para la vagancia, se expedia otra real cédula (25 de marzo, 1783) contra los que recorrian el reino dando espectáculos de cámaras oscuras ú otros semejantes, ó con marmotas, osos, caballos, perros y otros animales que hacian algunas habilidades, contra los genoveses, piemonteses, malteses y otros extranjeros que andaban de pueblo en pueblo y de caserío en caserío vendiendo fútiles mercancías, contra los estudiantes ó que fingian serlo que corrian las poblaciones so pretexto de demandar limosnas ó auxilios para seguir su carrera, y contra los que hacian el mismo género de vida con achaque de romería ó peregrinacion, mandando que á todos estos se los recogiera y aplicara la ley de vagos, destinando á los extranjeros aptos para las armas á los regimientos de su respectiva lengua que estaban al servicio de la corona, con lo que se ahorraria el gasto de otros tantos reclutas, ó el arrancar otros tantos brazos útiles á la agricultura ó á los talleres (7).

Para limpiar los caminos y las pequeñas poblaciones de las cuadrillas de vagos, contrabandistas y facinerosos que las infestaban de resultados de las anteriores guerras, que no se habian podido exterminar á pesar de la persecucion que se les hacia, y cuyos robos y excesos se atribuian en mucha parte á los llamados *gitanos*, expidió también Carlos III la famosa pragmática (19 de setiembre, 1783) reduciendo á la vida civil y cristiana á los que con la denominacion de gitanos eran conocidos; declarando que los que así se llamaban no lo eran por origen ni por naturaleza, ni provenian de raíz infecta alguna, prohibiendo que se los designara con los nombres de gitanos ó castellanos nuevos, pero mandándoles á ellos que dejaran el género de vida vagante que hacian, su traje y su jerigonza, y se fijaran y domiciliaran en los pueblos en el término de noventa dias, y se ejercitaran en las artes y oficios honestos y útiles, so pena á los que así no lo hicieren de ser tratados como vagos y en los términos en la ordenanza prescritos, y mandando á las justicias y corregidores que pasaran listas mensuales así de los que hubieren obedecido como de los contraventores y reincidentes, conminando con graves penas á cualesquiera auxiliadores ó encubridores (8). Tocáronse los

(5) Real cédula de 18 de marzo de 1783.

(6) Tales como Campomanes, don Antonio Capmany, Arteta de Monteseuro, Perez Lopez y otros.

(7) Sanchez, Coleccion de reales pragmáticas, cédulas, etc.

(8) Consta esta pragmática de 44 disposiciones ó artículos: entre ellos los hay muy notables, y no dejan de serlo los siguientes: «13.º La Sala, en vista de lo que resulte, y de estar verificada la contravencion, mandará inmediatamente sin figura de juicio sellar en las espaldas á los contraventores con un pequeño hierro ardiente, que se tendrá dispuesto en las cabezas de partido, con las armas de Castilla.—15.º Conmuta en esta pena del sello por ahora y por la primera contravencion la de muerte que se me ha consultado, y la de cortar las orejas á esta clase de gentes, que contenian las leyes del reino.»

Ya antes se habian dado varias provisiones sobre gitanos, aunque menos completas, que se encuentran en los Autos acordados y Leyes dispersas de la Recopilacion.



buenos resultados de esta providencia; por las listas que enviaron los corregidores y alcaldes mayores (1784) se vió que habian dejado la vida errante y avecinándose para dedicarse á oficios honestos mas de mil doscientos gitanos, no pasando de noventa los contraventores (1). Sin embargo, tres años mas adelante (1.º de marzo, 1787) hubo que repetir y recomendar el cumplimiento de la pragmática de 19 de setiembre de 1783 contra los que volvian á su antiguo género de vida errante y sospechosa (2).

No era menos conveniente, ni menos útil á la pública moralidad acostumbrar á las mujeres á ocupaciones decorosas y compatibles con las condiciones del sexo, desterrando añejas y perjudiciales preocupaciones que sobre este punto habia en España. Y así, tomando ocasion de una consulta que sobre el caso particular de una fábrica se hizo, declararon el rey y el Consejo por punto general (2 de setiembre, 1784) que las mujeres eran hábiles para trabajar en toda clase de manufacturas que fuesen compatibles con la decencia, fuerzas y disposiciones de su sexo, anulando cualesquiera ordenanzas que lo prohibieran, y habilitando de este modo mayor número de hombres para las faenas mas penosas del campo y otros oficios de fatiga.

Veíase, pues, en todas estas providencias un sistema discretamente combinado y con perseverancia seguido, cuyas dos bases y fundamentos eran el fomento del trabajo y la ocupacion, y el ejercicio de la caridad y de la beneficencia en las verdaderas necesidades públicas y privadas. En los casos de epidemia iban unidos al mismo fin el mandato y el ejemplo del monarca. Repetidas reales órdenes se circularon á los alcaldes, ayuntamientos y párrocos de los pueblos (1785 y 1786), prescribiéndoles la obligacion y la manera de socorrer y asistir, así en los hospitales como en las casas particulares, á los enfermos pobres en la plaga de tercianas que en aquel tiempo affligió muchas provincias del reino (plaga frecuente, y asoladora por demás, hasta el descubrimiento del remedio específico, hoy de nadie ignorado), empleando en tan benéfico objeto los caudales de propios y fondos del comun (3). Y entre tanto enviaba arrobos de quina de la mas selecta á los prelados para que la distribuyeran á los párrocos, y estos la suministraran á los enfermos pobres.

Una epidemia que en el año de 1781 padeció la villa de Passages, provincia de Guipúzcoa, á consecuencia de la infeccion que despedian los muchos cadáveres sepultados en su iglesia parroquial, fué la que llamando la atencion del rey y conmoviendo su piadoso corazon, le sugirió la idea de encargar al Consejo que meditara y le propusiera el medio mas eficaz de prevenir los desgraciados efectos que ya en otras ocasiones se habian experimentado de enterrar los cadáveres dentro de los templos. Consultados fueron sobre este punto, no solo los arzobispos y obispos del reino, sino tambien otras personas ilustradas, y la misma Academia Real de la Historia dió al Consejo un luminoso informe (10 de junio, 1783) sobre la disciplina universal de la Iglesia y la particular de la España acerca del lugar de las sepulturas, y dando noticia de las providencias particulares tomadas en diferentes tiempos sobre el mismo asunto. El rey, para ir desvaneciendo la preocupacion general que existia en esta materia, hizo construir á su costa un cementerio (1785) en el real sitio de San Ildefonso (4). Y mas adelante, vistos ya los informes de los prelados y corporaciones

consultadas, y principalmente el del Consejo, expidióse la real cédula del 3 de abril (1787), mandando proceder á la construccion de cementerios fuera de las poblaciones, comenzando por los lugares en que hubiera habido epidemias ó estuviesen mas expuestos á ellas, siguiendo por los mas populosos y por las parroquias de mayores feligresías, y continuando sucesivamente por los demás; todo con arreglo á disposiciones canónicas, y mandando que se pusieran de acuerdo los corregidores con los prelados eclesiásticos y con los párrocos para la mejor manera de llevar á efecto esta medida y allanar las dificultades que ocurrieren (5).

Por sencillas y naturales que puedan parecernos hoy estas reformas, y por justificadas y provechosas que entonces fuesen, si consideramos la resistencia que toda novedad, por útil que sea, suele encontrar en los inveterados hábitos de un pueblo, si reflexionamos que por mas que no nos separe gran distancia de aquellos tiempos era la primera vez que se atacaban abusos, errores ó preocupaciones populares de muchos siglos, no puede desconocerse ni negarse el mérito de los que tales reformas emprendieron, ni la ilustracion, el tino y la perseverancia que para realizarlas necesitaron. Prueba de ello es que, no obstante la reconocida utilidad de algunas de las instituciones y reformas que entonces se crearon ó plantearon, y de la solicitud y firme voluntad de sus celosos ejecutores, apenas y muy costosamente y con gran trabajo y lentitud han podido ir recibiendo complemento en nuestros dias, si algunas no le esperan todavía en medio de obstáculos y contrariedades. Nada sin embargo acometian Carlos III y sus ministros á la ligera; y si bien marchaban al frente de los adelantos y de la reorganizacion social, preparábase comunmente el camino y la opinion con escritos eruditos y doctos, y aun así por punto general nada se prescribia y ordenaba resolutivamente sin prévia consulta y dictámen de personas y corporaciones ilustradas, y principalmente del Consejo de Castilla, alma entonces del gobierno, de la administracion y de la civilizacion española.

## CAPÍTULO XVIII

### Fomento de la agricultura, de la industria y del comercio

DE 1770 Á 1787

Canales de navegacion y de riego.—El Imperial de Aragon.—El Real de Tauste.—Los pantanos de Lorca.—El canal de Tortosa.—Los de Manzanares y de Guadarrama.—Escuela práctica de agricultura.—Medidas para el fomento de este ramo.—Ejemplo del rey y de los príncipes.—Ideas y providencias sobre vinculaciones.—Escritos sobre economía.—El Tratado de la Regalía de Amortizacion de Campomanes.—Informe sobre la Ley Agraria de Jovellanos.—Industria, artes, ciencias exactas.—Observatorio astronómico.—Museo de ciencias naturales.—Libre ejercicio de las nobles artes.—Fabricacion.—Caminos públicos.—Reglamento de carreteras.—Postas: coches-diligencias.—Auxilios que encontraba el gobierno.—Celo y desinterés de corporaciones y particulares.—Obras públicas de utilidad y de ornato, en Madrid y provincias.—Comercio exterior é interior.—Libre comercio de Indias y su resultado.—La Compañía de Filipinas.—Reforma de aduanas y aranceles.—Aumento de rentas.—Creacion de vales reales.—Descrédito del papel: conflictos.—Ereccion del Banco nacional de San Carlos.—Su objeto, organizacion y gobierno.—Cabarrús.—Impugnaciones que se hicieron al establecimiento y á su fundador.—Primeros efectos de la institucion del Banco.

«V. M. previó desde luego, decia Floridablanca al rey en su célebre Memorial, que no bastaba socorrer los pobres y perseguir los ociosos, si no procuraba ocupaciones y trabajos útiles á los que la necesidad, la virtud ó las providencias de su gobierno hiciesen aplicados. Para lograrlo se ha esmerado Vuestra Majestad en promover la agricultura, las artes, el tráfico

(1) Habia á la sazón en los reinos de Castilla y Aragon, no incluida Cataluña, 10,458 gitanos: de ellos, avecinados antes de la pragmática, 9,150; despues de la pragmática 1,218; contraventores, 90.—Sanchez, Coleccion de reales cédulas, etc.

(2) Perez y Lopez, Teatro de la Legislacion.

(3) Reales órdenes de 11 de noviembre y 9 de diciembre de 1785, de 4 de julio y 13 de agosto de 1786.

(4) «He visto en la última Gaceta (escribia Aranda á Floridablanca en carta de 5 de diciembre de 1788 desde Paris) la providencia del Cementerio de San Ildefonso. Alabo dos cosas; una de que ya se establezcan, otra el modo de introducirlo, pues hecho el ejemplar en una de las residencias reales, es un tapa-bocas para el sinnúmero de ignorantes que gritarian creyendo no ir al cielo sin sepultura á cubierto... etc.»—Archivo de Simancas, Correspondencia familiar entre los condes de Aranda y Floridablanca.

(5) Citábanse en la pragmática las disposiciones canónicas y lo mandado en el Ritual romano acerca de los lugares de enterramiento, así como lo preceptuado en la ley 11, tít. 13, de la Partida primera, que empieza: «Soterrar non deben ninguno en la Iglesia si non á personas ciertas que son nombradas en esta ley, etc.» Pero se conoce que ni uno ni otro se habia observado, y además la pragmática se extendia á mas que la ley de Partida.



interior y el comercio exterior, ayudando mucho á la ejecucion de estas ideas las Sociedades Patrióticas, y otros muchos cuerpos y miembros distinguidos del Estado.»

Y procedia el ministro en aquel importantísimo documento, precioso resumen de la historia administrativa de este reinado, á recordar al monarca lo que en cada uno de los ramos se habia adelantado ó procurado adelantar. Dejó el ilustre conde en aquella Memoria un indicador excelente é inapreciable, que guia al historiador y le facilita y allana el camino para trazar la marcha del gobierno interior del reino, en que él mismo tuvo la parte mas principal en el último tercio del reinado que nos ocupa. Seguimosle pues, añadiendo á sus interesantes noticias las que otras fuentes históricas nos han proporcionado.

País esencialmente agrícola la España, y siendo la agricultura el manantial mas seguro de la riqueza y prosperidad de un pueblo, á su fomento, proteccion y desarrollo consagraron no pocos esfuerzos y desvelos así el celoso monarca como sus sabios y laboriosos ministros. En su lugar hemos dado ya cuenta de varias medidas que á este fin habian sido dictadas. Pero era necesario vencer en lo posible los obstáculos que á la fertilidad general de nuestra península opone frecuentemente el clima ardoroso y seco de muchas de las provincias, y la escasez de las lluvias que esteriliza muchas veces su suelo y burla las esperanzas del labrador y le impide recoger el fruto de sus sudores. A suplir esta contrariedad de la naturaleza con canales de riego, de que mas que otras regiones tiene necesidad la España, se dirigió la solicitud de Carlos III y sus ministros. Por eso pusieron tanto conato en continuar y mejorar las inmortales obras del Canal Imperial de Aragon comenzadas por el emperador Carlos V, y puede decirse que suspensas en los reinados siguientes, no obstante los intentos, proyectos, memorias y planos que para su continuacion se escribieron, levantaron y presentaron en algunos de ellos. Reservada estaba á Carlos III la gloria de adelantar tan grande y útil empresa con esfuerzos y gastos, que nunca para tales obras economizaba ni encontraba excesivos. Idea feliz fué la de confiar la direccion de las nuevas obras, con el título de protector, al aragonés don Ramon de Pignatelli, canónigo de Zaragoza, cuyo talento, inteligencia, laboriosidad y amor al bien público le hacian acreedor á tan señalada honra é inspiraban confianza de buen éxito. Así fué que al través de mil dificultades y obstáculos logró el ilustre Pignatelli á fuerza de ingenio y de constancia llevar el canal hasta Torrero, á la inmediacion de Zaragoza, sujetando el caudaloso Ebro por medio de obras colosales que admiran los inteligentes y harán eterna su memoria (1). Los nuevos terrenos que fertilizó este canal, que lo es al propio tiempo de navegacion y de riego, los plantíos, molinos y otros artefactos que se construyeron, fueron otros tantos beneficios de aquellos que los pueblos agradecen siempre y no olvidan nunca (2).

Incorporóse entonces al canal imperial de Aragon la antigua acequia, ó sea real canal de Tauste, que corriendo paralelo al Ebro por espacio de ocho leguas riega y fertiliza varios pueblos y comarcas de los confines de Navarra y Aragon; bien que la agregacion al canal imperial no dejó de producir graves altercados y aun asonadas en Tauste, considerándose lastimados en sus derechos los pueblos que habian contribui-

do con sacrificios grandes á su construccion, derechos que por fin han reivindicado hace algunos años (3).

Para regar los fertilísimos campos de Lorca, tan fértiles que suelen dar la admirable produccion de ciento por uno, pero que desgraciadamente esteriliza con demasiada frecuencia la falta de lluvias, se ideó y emprendió la obra de los dos célebres pantanos, inmensos diques para recogimiento y depósito de aguas, de ciento cincuenta varas de espesor, revestidos de sillería y abrazados con gruesísimas barras de hierro, y que á la altura de treinta y cinco varas, mitad solamente de la que se pensaba darles, llegaron á embalsar cerca de veinticuatro millones de varas cúbicas de agua. A muchos millones ascendieron los productos que estas magníficas obras proporcionaron á la agricultura y al Estado, y no es fácil calcular los beneficios que habrian reportado sin el infortunio que á los pocos años sobrevino (4). Para la cómoda salida de los frutos del país se ejecutó un magnífico camino al puerto de San Juan de las Aguilas, haciendo tambien conducir á aquella nueva poblacion aguas abundantes de algunas leguas de distancia por medio de un gran acueducto. Fué prodigiosa la brevedad con que se pobló aquel nuevo lugar, contándose ya en él mas de cuatrocientos vecinos en los últimos años de Carlos III (5).

Utilísimo fué tambien el canal de Tortosa, que lo era igualmente de navegacion y de riego para muchas tierras que antes eran eriales, emprendido para facilitar la comunicacion del Ebro desde las inmediaciones de Amposta hasta el puerto de los Alfaques, evitando el rodeo y los peligros que habia para salir al mar por aquel rio. Fué el puerto de los Alfaques uno de los objetos que promovió con mas solicitud é interés el conde de Floridablanca (6), y así progresó con tan admirable rapidez la nueva poblacion de San Carlos de la Rápita, fundada en aquella costa, y en cuya construccion se consumieron grandes sumas, como que se pretendia hacer una gran ciudad, que sin duda lo habria sido á no ocurrir la muerte del soberano, y despues la separacion de Floridablanca. El pensamiento de aquel ministro era abrir comunicacion al Océano desde Tudela.

Promovianse en varias otras partes canales de regadío para fomento de la agricultura y del tráfico. Se continuaban los de Manzanares y Guadarrama: se proseguia el de Castilla; se proyectaba uno en los campos de Urgel, y se trataba de aprovechamiento de terrenos pantanosos y de desecacion de lagunas en varias provincias, en que se estaban perdiendo lastimosamente tierras que podian ser de labrantío. Fundábase y se construia con calles alineadas la poblacion de Almuradiel á la entrada del puerto de Despeñaperros y camino real de Andalucía, con que al propio tiempo que hallaban amparo los caminantes contra los peligros de los salteadores, se lograba ver cultivado por la mano del hombre y cubierto de plantíos y frutos de todas clases lo que antes eran solo infructíferas y espantosas selvas. Creóse además una especie de escuela práctica de agricultura y ganaderia en el real sitio de Aranjuez, destinando las tierras al cultivo de aquellas producciones que eran mas acomodadas á su calidad, y haciendo venir semillas de todas partes. Pronto se conocieron y experimentaron los efectos de tan útil institucion, plantándose y cultivándose á la vez el olivo y la vid, la morera y el roble, el trigo y el maíz, el cáñamo y el lino, y todo género de frutas y hortalizas, enseñándose tambien los mejores métodos que se co-

(1) Lástima fué que este hombre insigne cometiera el inconcebible descuido de hacer sin el debido exámen geológico del terreno las hermosas obras comprendidas desde la almenara de San Antonio hasta mas abajo de las paradas; error que pagó muy caro, pues al ver que, echadas las aguas, el terreno en unas partes se rasgaba en profundas simas arrastrando tras sí lo fabricado en algunos puntos, y en otras se abria en anchuras grietas, y no acertando á remediar este mal con los ensayos que hizo, alteróse su salud, y vino á sucumbir víctima de su pundonor y delicadeza.

(2) En el Diccionario geográfico de Madoz, artículo *Aragon*, se dan curiosas y prolijas noticias de los proyectos y planos de ingenieros extranjeros y nacionales, obras que se ejecutaron en diferentes épocas, coste de cada una de ellas, alteraciones que hubo en la direccion y administracion, pueblos y terrenos beneficiados, derechos y productos de la navegacion, y finalmente de todas las vicisitudes de esta obra inmortal desde su principio hasta el estado en que se encuentra en nuestros dias.

(3) En el Diccionario antes citado, artículo *Canal de Tauste*, se puede ver un resumen de su historia desde la concesion hecha por el rey de Navarra don Teobaldo I á las villas de Cabanillas y Fustiñana en 1252, hasta el Real decreto de 1848, por el que se devolvió la acequia á los pueblos de Tauste, Cabanillas, Fustiñana y Buñuel que la construyeron.

(4) En el año 1802 reventó el famoso pantano de Lorca por el centro de su muro, causando infinitos estragos en la poblacion y en la comarca, en la circunferencia de muchas leguas.

(5) El pensamiento de esta nueva poblacion, en el sitio en que se cree estuvo la antigua Urá de los Bastetanos, fué del conde de Aranda, en el tiempo que tuvo el cargo de capitán general de los reinos de Valencia y Murcia. Hoy cuenta mas de 1,260 vecinos.

(6) Así se lo escribia al de Aranda en carta de 3 de setiembre de 1785.



nocian de criar, conservar y mejorar toda especie de ganados (1).

Varias otras providencias se dictaron encaminadas á proteger la clase agrícola. Cuando se trató del arreglo de las rentas provinciales, no se permitió hacer novedad en los arrendamientos de las tierras hasta tanto que aquel se pusiese en ejecución, evitando así los abusos que intentaban los propietarios (2). Y la facultad que á consulta del Consejo se dió mas adelante (3) á los dueños de tierras para plantar en sus posesiones lo que quisiesen, y para cercarlas ó cerrarlas del modo que tuvieran por conveniente, sin necesidad de solicitar concesiones especiales como hasta entonces se habia hecho, alentó sobremanera á los terratenientes, y preparó un aumento considerable de frutos y riquezas á los labradores.

El ejemplo del rey, que parecia aspirar al título de primer agricultor de España, fué imitado y seguido por el príncipe de Asturias, y por los infantes don Gabriel y don Antonio, los cuales convirtieron en fecundas huertas y deliciosos jardines terrenos antes incultos, así en los sitios reales, como en las encomiendas y prioratos que á cada uno pertenecian, «trabajando con sus propias manos (decia el ministro autor de la Memoria que seguimos), ennobleciendo el arado y el azadon, y enseñando con su ejemplo á los poderosos cuál debe ser el objeto, la aplicacion y el aprecio del labrador y sus trabajos.»

Tres puntos recordaba el conde de Floridablanca al rey como de urgente resolucion para el aumento y prosperidad de la agricultura, entre los muchos que comprendia su *Instrucción reservada para la direccion de la Junta de Estado*, obra del mismo ministro (4). Estos tres puntos eran: 1.º declarar á todo poseedor de bienes vinculados el derecho de deducir las mejoras de plantaciones, roturaciones ó regadíos hechos en sus predios con autoridad judicial, derogando cualesquiera leyes en contrario, lo cual serviria de poderoso estímulo á los poseedores para mejorar sus bienes: 2.º permitir la enajenacion de todo solar ó terreno erial abandonado, previa tasacion, aunque perteneciera á mayorazgo, patronato ó capellanía, depositando su importe á beneficio del dueño, para que pudiera imponerle en juros, censos, acciones del banco, etc.: 3.º prohibir que las mejoras en tercio y quinto se pudieran vincular perpetuamente, así como otras especies de bienes sin real autorizacion. El mal no estaba en las mejoras, que podian ser muy justas y muy útiles, sino en el empeño de vincularlas, aunque fuesen en cantidades cortísimas; resultando de aquí que ni los pobres las podian cultivar, ni venderlas á los ricos que pudieran beneficiarlas. Y respecto á otras vinculaciones, decia el ministro: «Haya mayorazgos y fundaciones perpetuas, pero todas sujetas á la facultad real... y véase si la calidad del fundador, de la renta que se destina es tal, que el Estado pueda sacar provecho de dotar perpetuamente una familia, y aumentar en ella el número de los buenos servidores del rey y de la patria. Mayorazgo ó vinculacion que no llegase á cuatro mil ducados de renta, y esta situada principalmente en réditos civiles, no deberia permitirse en estos tiempos (5).»

Sucedia en estas materias lo que en tantas otras que eran objeto de las reformas y mejoras administrativas; que si bien el monarca y el gobierno alcanzaban estas ideas y las reducian á práctica y ejecución, otros hombres ilustrados los ayudaban y abrian camino difundiendo en escritos y publicaciones sembradas de máximas útiles y de doctrinas económicas, preparando la opinion para recibirlas. Sobre agricultura y los medios de fomentarla, sobre economía política y otros ramos análogos habian escrito algunos años antes

Romá y Rossell, Valcárcel, Arriquibar, Calvo y Julian, Cicilia y algunos otros (6). Campomanes habia publicado su célebre *Tratado de la regalía de Amortizacion*, y dilucidado importantes cuestiones económicas, principalmente sobre bienes eclesiásticos, y sobre mayorazgos y vinculaciones. A petición de este mismo docto magistrado pasó á la Sociedad Económica Matritense el expediente de Ley Agraria que se habia mandado formar, y que produjo despues el famoso y tan justamente celebrado *Informe sobre la Ley Agraria* de don Gaspar Melchor de Jovellanos, en que despues de examinar el estado progresivo de nuestra agricultura, y la proteccion que las leyes debian dispensarla, señalaba los obstáculos políticos, morales y físicos que convenia remover para su fomento y desarrollo, exhortando al Consejo á que corrigiera aquellos errores de la legislacion y aquellos abusos que condenaban á esterilidad perpetua tantas tierras comunes: escrito que inmortalizó á su autor, que extendió su reputacion por Europa, y cuyas doctrinas económicas fueron una semilla fecunda que aun no ha acabado de producir todos sus frutos.

A la par que la agricultura, se fomentaba la industria y las artes. Hacíanse traer de fuera del reino artífices y constructores, máquinas, modelos y otros útiles para la fabricacion, y crecido número de personas fueron enviadas á otros países con pensiones y ayudas de costa, para que viendo, observando y estudiando los adelantos que en ellos se hubiesen hecho en las ciencias naturales y exactas, en la mecánica y en la industria, los trajesen y planteasen en España. Debióse á esto la creacion de un establecimiento provisional para los estudios de química y botánica, y la formacion de un jardin de plantas para estos últimos. Desde el reinado de Fernando VI se habia tratado de establecer un gabinete de historia natural bajo la direccion de don Guillermo Bowles, pero con mas extensas miras Carlos III determinó construir un magnífico palacio á las ciencias, que constara de Observatorio astronómico, de Jardin Botánico, y de Museo, con gabinetes minerales y zoológicos y sus cátedras correspondientes. Principió pues, y al través de muchas dificultades se logró dar cima en su parte principal al suntuoso y elegante edificio del Museo del Prado, para cuyo enriquecimiento se adquirieron á gran costa colecciones de cuantas preciosidades y objetos se pudieron recoger dentro y fuera de la Península (7). Pero la muerte de aquel monarca y los trastornos que sobrevinieron impidieron su conclusion, y deteriorada la obra, mas por fortuna reparada y acabada despues, se destinó, si bien á un objeto distinto de su instituto, á otro no menos noble y digno, y que honra igualmente á la nacion.

Una real cédula (1.º de mayo, 1785) autorizó el libre ejercicio de las artes del dibujo, pintura, escultura, arquitectura y grabado, así á nacionales como á extranjeros, sin estorbo ni contribucion alguna; cuya prescripcion indica las trabas á que todavia se hallaba sujeta la profesion de estas nobles artes, no obstante la consideracion, la importancia y el impulso que les habia dado la creacion de la Real Academia de San Fernando.

Habia ya en las casas de la Florida pertenecientes al príncipe Pío una fábrica de máquinas á cargo de hábiles profesores extranjeros, y se estaba formando en otro local una coleccion, depósito ó conservatorio de los mejores modelos que se conocian en los países mas industriales de Europa. Con el mas laudable celo se dedicaba al fomento de la industria fabril el ministro de Hacienda don Pedro de Lerena, y mucho contribuyeron sus esfuerzos al impulso y adelantos que muchos artefactos recibieron, tales como la fabricacion de paños y otras telas de algodón en Avila, la de los excelentes curtidos á la inglesa en Sevilla, la de espejos de mayores dimensiones aun que los celebrados de Venecia en la fábrica

(1) Memoria de Floridablanca.

(2) Circular de 6 de diciembre de 1785.

(3) Real cédula de 15 de junio de 1788.

(4) Titulábase este célebre documento: *Instrucción reservada que la Junta de Estado, creada formalmente por mi decreto de este día* (8 de julio de 1787), *deberá observar en todos los puntos y ramos encargados á su conocimiento y examen*. Poseía original este manuscrito el sucesor del conde de Floridablanca, marqués de Miraflores, el cual proporcionó copia de él á don Andrés Muriel, que le dió á la estampa con una Introduccion. Es un tomo en 8.º de 470 páginas.

(5) Floridablanca, Memorial al rey.

(6) Valcárcel, Agricultura general, y gobierno de la Casa de Campo. — Calvo y Julian, Discurso político, rústico y legal sobre las labores, ganados y plantíos.

(7) Cuando Floridablanca escribia su Memoria, estaba todavia en construccion este edificio, y decia de él: «En cuya obra empieza ya á descubrir que competirán la generosidad con la solidez, y la utilidad con la elegancia y hermosura: mas de 770 piés de línea ocupa este soberbio edificio, que se halla muy adelantado... etc.»



de cristales de la Granja, las de loza, quincalla, relojería, encajería, cintería, abanicos, y otros artículos de gran consumo, en Madrid y en otras capitales, que hasta entonces habían estado extrayendo grandes sumas á otros países de donde había necesidad de importarlos.

Para que esta protección á la agricultura y á la industria no fuera ineficaz y diera los resultados que se buscaban, era preciso facilitar los medios de comunicacion y de transporte, proporcionar salida á los frutos y artefactos de cada provincia, fomentar el mutuo cambio, el tráfico y el comercio interior y exterior, lo cual no se consigue sin buenas vías públicas, que son como las arterias de circulacion del cuerpo del Estado. Desde 1760 se había impuesto un arbitrio sobre la sal con destino á la construccion de carreteras; mas sobre haberse hecho solamente algunos trozos de pocas leguas en diferentes direcciones, aun los principales arrecifes abiertos en el reinado anterior se hallaban tan deteriorados que habían llegado á ponerse casi intransitables. No puede negarse el grande impulso que estas obras recibieron desde que la superintendencia general de caminos se puso á cargo del conde de Floridablanca. Así pudo él con justificada satisfaccion decir al soberano: «En los nueve años que S. M. se ha servido poner á mi cuidado la superintendencia general de caminos se han reedificado y renovado todos los destruidos y deteriorados, ensanchándolos y mejorándolos con nuevos puentes, pretilles, alcantarillas de desagüe y otras cosas de que carecian. Además ha visto V. M. por el plan ó resumen que he presentado pocos dias há, que sin comprender algunas obras, ni gran parte de lo trabajado en este año, se han construido mas de 195 leguas, y habilitado en todas las provincias mas de 200 de á 8,000 varas, teniendo cada legua cerca de una cuarta parte mas de las comunes. Se han fabricado tambien 322 puentes nuevos, y habilitado 45, y se han ejecutado 1,049 alcantarillas, habilitando otras. Fuera de estas obras y otras que se especifican en el plan, se han ejecutado otras muchas que se citan en sus notas, de aberturas y desmontes, de puertos, murallones de sostenimiento, arrecifes, malecones, fuentes, pozos, lavaderos, plantíos y viveros de árboles, y otras cosas que seria largo y molesto referir.»

Hicieron ya reglamentos formales para la conservacion de los caminos, se crearon celadores facultativos, vigilantes y peones camineros, se construyeron de trecho en trecho casas que servian al propio tiempo de albergue á los vigilantes y de consuelo y recurso á los viajeros: se establecieron fondas y posadas, casas y paradas de posta y de administracion para los portazgos. Corria ya una silla de posta de Madrid á Cádiz, las dos poblaciones á la sazón mas importantes del reino: otra partia de Vitoria á Bayona, y en toda la carrera de Francia se cruzaban ya coches de diligencia que hacian sus expediciones periódicas, para lo que se habilitaron cómodas posadas que faltaban en el centro de Castilla. El gasto de todas estas obras no llegó á noventa millones de reales en los nueve años que desempeñó Floridablanca la superintendencia general de caminos, y como en ese tiempo el impuesto sobre la sal no hubiera producido sino veintisiete (1), resulta que mas de sesenta salieron de los recursos que para ello arbitró aquel ministro, «sin que saliera dinero alguno de la tesorería general de S. M. ni de los caudales puestos á cargo del ministerio de Hacienda.» Los principales consistieron en el sobrante de la renta de correos, y en el producto de los bienes mostrencos que antes se perdian ó menospreciaban, desde que se pusieron á cargo de las justicias ordinarias; aparte de lo que auxiliaron los pueblos, las sociedades patrióticas, los prelados y muchos particulares celosos y desprendidos, que acreditaron un laudable desinterés por el bien público.

A este desprendimiento, y á la probidad y desinteresado manejo, así de los directores generales, como de los magistrados y de otros personajes que en cada provincia tomaron sobre sí espontáneamente y con gusto la comision de dirigir ó de impulsar estas obras, abandonando sus negocios y el regalo y

(1) Nueve millones dice, sin duda equivocadamente, Ferrer del Rio. Veintisiete dice la Memoria de Floridablanca que tenemos á la vista, y esto debe ser lo exacto.

comodidad de sus casas, y sufriendo las fatigas y rigores de las estaciones para vigilar los trabajos y la buena inversion de los fondos, se debió en mucha parte la admirable economía con que se hicieron; pues regulándose en otro tiempo en un millon de reales el coste de cada legua de camino, apenas llegó durante esta administracion á la tercera ó cuarta parte de aquella cantidad (2). Y acerca de los que criticaban que no se aplicasen estos fondos al pago de las deudas de la corona, decia el ministro: «¡Oh! y ¡cómo olvidan las necesidades y los trabajos de los infelices vasallos atascados en esos caminos antiguos, ahogados en los rios y torrentes, volcados y destruidos sus carruajes, con pérdida de sus vidas ó las de sus bestias de carga! ¡Cómo se olvida la escasez á que la misma corte y capitales se veian sujetas en los inviernos de nieves y lluviosos, hallándose cerrados los pasos, y faltando hasta el pan en Madrid y sitios reales, como ha sucedido mas de una vez!»

Otras muchas obras, además de los caminos, se construian al mismo tiempo para utilidad, comodidad ú ornato de las poblaciones. Empedrábanse y se mejoraban las calles de la corte; hacíanse cómodos y desahogados paseos; se levantaba la gran puerta de Alcalá, la de Atocha, el magnífico puente de Segovia, el arrecife ó ronda que comunica estas puertas con la de Toledo, un lavadero cubierto en que mas de quinientas mujeres hallaban alivio al rigor de las estaciones en su humilde y penosa faena, y otras obras que redundaban en beneficio del vecindario. Reparábanse y se decoraban con estatuas los antiguos y hermosos puentes de Toledo, ejecutábanse grandes murallones de sostenimiento, y se mejoraban los paseos y las salidas de la poblacion. Enviábanse á Burgos estatuas de los mas antiguos y célebres soberanos de Castilla. Se construia en Zaragoza un pretil para preservar la poblacion de las avenidas de los rios. Hacíase la limpia del puerto de Málaga, y se ejecutaba el desareno del Guadalmedina para libertar la ciudad de las inundaciones y desgracias que había sufrido. Sevilla, Barcelona, Pamplona, Murcia, Valladolid, Palencia, Zamora, Toro y otras poblaciones de diferentes provincias experimentaban los saludables efectos del sistema de policía general que el gobierno había adoptado, y al tiempo que las ciudades ganaban en ensanche, comodidad y ornato, se empleaban multitud de brazos, y se daba ocupacion, y se habituaba al trabajo y se proporcionaba sustento á la clase pobre y jornalera.

No podia ser desatendido por Carlos III y sus activos y celosos ministros el comercio exterior, uno de los mas fecundos manantiales de la riqueza de las naciones cuando está bien dirigido y organizado. Novedades grandes se hicieron en esta materia, en que tomaron parte con Floridablanca otros ministros, y la tuvo muy principal el marqués de la Sonora. Fué una de las mayores la declaracion del libre comercio de Indias, que triplicó el de España con sus colonias, y duplicó el producto de las aduanas. Reducido antes el comercio de Indias á la sola y estrecha garganta de Cádiz, acostumbrados los comerciantes de esta plaza al monopolio y á la exorbitante ganancia de un ciento ó un doscientos por ciento, y á tener esclavizados á los indios con precios insoportables, lo cual no podia menos de dar ocasion y provocar al contrabando extranjero, no dejaron de clamar y alzar el grito contra esta medida: pero sus clamores se estrellaron ante la firmeza y energía de los ministros, y ante el resultado de la baratura de los géneros de Europa y su abundancia en las Indias, y ante el crecimiento y desarrollo de los mercados de ambos mundos, el aumento considerable de las rentas del Estado, el

(2) El conde de Floridablanca, con una franqueza y una lealtad que le honra sobremanera, hace expresa y nominal mencion de los que mas principalmente le ayudaron en esta grande empresa, recomendando al rey su patriotismo y sus servicios; tales como los dos directores generales de caminos don Vicente Carrasco y don Joaquín de Itúrbide, los presidentes de las chancillerías de Valladolid y Granada don Pedro Burriel y don Juan Mariño, en Córdoba el marqués de Cabriñana, en Valencia el de Valeros, en Santander el Prior y los cónsules, en Navarra sus diputados, en Antequera el conde de la Camorra, en Málaga el coronel don Diego de Córdoba, en Murcia el regidor perpetuo don José Moñino, en Palencia, don Cristóbal Ramirez, etc., etc.



fomento de la marina, de la agricultura y de la industria española (1).

Impulso grande dió tambien al comercio de Indias el establecimiento de la Compañía de Filipinas, creado á costa de trabajo y de vencer contrariedades, especialmente de parte de Holanda, interesada en impedir la navegacion directa de España por el cabo de Buena Esperanza á las Indias Orientales y nuestro tráfico con ellas. Otras naciones que tambien parecían dispuestas á oponerse á aquella creacion, guardaron silencio, acaso á consecuencia de una memoria que escribió Floridablanca combatiendo las ideas y las pretensiones de los holandeses. Otros españoles la defendieron tambien con valentía y entusiasmo (2). El rey, los príncipes é infantes, corporaciones y capitalistas particulares se interesaron en ella adquiriendo acciones; mas de veinte millones de reales comprometió en sus operaciones el Banco (de cuya creacion hablaremos luego), exponiendo tal vez su propia existencia; y esto, y el ser una empresa demasiado colosal son los defectos que algunos le han hallado. Veinte años fué el plazo que en el privilegio se fijó á sus especulaciones.

A la creacion de aquellos establecimientos hubieron de preceder y seguir muchas providencias encaminadas á proteger el comercio y la industria nacional, ahogada con la introduccion de géneros, mercancías y artefactos extranjeros. Para facilitar la concurrencia de los artículos manufacturados en el reino, y que alcanzasen la preferencia, si posible fuese, y para poder prohibir la entrada de efectos innecesarios y que solo servian para privar del trabajo á nuestros operarios y menestrales y convertirlos en mendigos, fué preciso hacer un arreglo en el sistema de aduanas, y modificar los aranceles, cortando abusos y derogando derechos inconvenientes y gracias excesivas que se habian concedido á varias naciones, para lo cual fué menester gran teson y fortaleza de parte del rey y de sus ministros. Tuviéronla en efecto así Floridablanca como Lerena, y aquel hizo justicia á este, ensalzando el valor y el esfuerzo que habia necesitado para reformar la aduana de Cádiz y las demás del reino. De contado se uniformaron y nivelaron todas, igualándolas en derechos sin distincion de provincias; beneficio que refundió mas directamente en el principado de Cataluña, donde los derechos para las mercancías extranjeras eran antes mas bajos que en Castilla y Aragon, y con esta reforma progresó, como era natural, la fabricacion del país, y se aumentaron los productos de su industria (3).

(1) Ordenanzas para el libre comercio con las colonias: 1778.—Real cédula extendiendo el comercio libre á Buenos-Aires, y puertos del Perú y Chile.—Sevilla, Cartagena, Alicante, Barcelona, Santander, la Coruña y Gijón, quedaron autorizadas á comerciar directamente con las islas de Barlovento, Cuba, Santo Domingo y Puerto-Rico, como asimismo con Yucatan, Campeche y la Luisiana, sin sujecion á las añejas fórmulas, y con solo tomar una guía en las aduanas y pagar el seis por ciento de derechos del valor de las mercancías á su salida de España. Extendióse mas tarde la misma autorizacion á otros cinco puertos de la Península. Por fin, todas las provincias de España pudieron disfrutar de las ventajas del comercio libre con América, á excepcion de las provincias Vascongadas, que prefirieron la conservacion de sus fueros á las utilidades de aquella libertad.—Campomanes, Apéndice á la Educacion popular.—De lo que don José de Galvez, marqués de la Sonora, habia hecho en favor del comercio entre las Américas españolas y la metrópoli, dijimos ya algo en el capítulo 3.º de este libro.

(2) Foronda, Utilidad de la Compañía de Filipinas.

(3) Ya antes se habia abolido en Cataluña el gravosísimo derecho de la *bolla*. Era la *bolla* un tributo semejante al de la alcabala en Castilla, pero mucho mas pesado y cruel, pues en Castilla no pasaba del seis á siete por ciento, y en Cataluña subía al quince. Cada fabricante al empezar, por ejemplo, el tejido de una tela tenia que avisar al recaudador del derecho para que pusiese un plomo, y al concluirla estaba obligado á dar nuevo aviso para que pusiese otro. Además cada vez que el comerciante ó fabricante vendía una parte de la pieza, aunque fuese de un palmo, estaba obligado á avisar al bollero para que acudiese á poner un sello de cera, que era lo que llamaban *bolla*, y cobrar el quince por ciento de la venta. Fácilmente puede calcularse lo que tan monstruoso derecho entorpecía la prosperidad del comercio y la fabricacion, y la favorable mudanza que produciría su extincion, y mas cuando fué subrogada con el aumento de derechos á los géneros extranjeros, y la igualacion de las aduanas del Principado con las demás del reino.

Procuróse en el nuevo arancel universal de entradas, como aconsejaban los buenos y mas incuestionables principios económicos, ó eximir ó aliviar de derechos las primeras materias, los simples, las máquinas y demás artículos que pudieran ser útiles al fomento de nuestra industria, y gravar ó recargar prudentemente los géneros, efectos ó artefactos que pudieran arruinarla ó perjudicarla, ó dañar de cualquier modo á la agricultura, á la fabricacion ó al comercio nacional. Además, segun iba aconsejando la conveniencia se dictaban disposiciones parciales, ya prohibiendo la introduccion de ciertos ó determinados artículos, ya alterando la tarifa de los derechos (4). Sin que nosotros defendamos que presidiera siempre el mejor acierto en tales providencias, no hay duda que de su conjunto y del comercio libre de Indias resultó que en pocos años la renta de aduanas dió al erario el aumento de mas de un duplo, pues de sesenta millones escasos que antes producian subieron á mas de ciento treinta, segun arrojaban los estados que anualmente presentaba el ministro de Hacienda (5).

Otra de las creaciones que influyeron mas en la vida mercantil de nuestra nacion en esta época fué la del Banco nacional de San Carlos que indicamos poco há. Nació este pensamiento de la necesidad de sostener la guerra de 1779 á 1783, sin tener que enajenar rentas de la corona, ni imponer nuevos y onerosos gravámenes, y sin desatender al servicio público. En la precision de buscar quien anticipara crecidas sumas de dinero á un interés módico, se acudió á los Cinco Gremios mayores, con los cuales en efecto se contrató un empréstito de sesenta millones distribuidos en seis mensualidades. Mas pronto se vió aquella corporacion en la imposibilidad de cumplir su empeño sin faltar á las obligaciones de su instituto, y como no encontrase entre los comerciantes de Génova y Holanda, á quienes se dirigió, el auxilio que solicitaba para llenar sus compromisos, faltáronle fondos para continuar los pagos. Apeló entonces el gobierno á un empréstito de diez millones de pesos, que le ofrecieron varias casas españolas y extranjeras, á reembolsar en billetes, que entonces se denominaban vales reales, con el interés de cuatro por ciento, los cuales habian de correr en el mercado y admitirse en el comercio como si fuese moneda metálica. Hízose pues la primera emision de vales de á seiscientos pesos cada uno (6).

Mas como se viese que no bastaba esta operacion á cubrir las necesidades ordinarias del servicio y las extraordinarias de la guerra, tomáronse á préstamo otros cinco millones de pesos, emitiendo para su pago vales de á trescientos, llamados medios vales por representar cada uno la mitad de la cantidad de los anteriores, lo cual se hizo para facilitar su circulacion y empleo en los pequeños pagos, que era el inconveniente de los de á seiscientos. En vano representó Floridablanca que este aumento de papel moneda envilecería su valor y arruinaría el crédito, en tanto que á los tenedores no se les facilitase su reduccion á metálico siempre que les conviniera ó quisieran, para lo cual proponia la creacion de una caja interina de reduccion ó descuento, que podia constituirse con los fondos que se habian negociado y hecho venir de Portugal. Mas con sorpresa suya, y cuando ya tenia redactadas en minuta las órdenes en este sentido, en una junta celebrada en las casas del gobernador del Consejo acordóse la nueva creacion de vales, sin adoptarse la de la caja interina de descuentos, y expidióse en su virtud el real decreto (20 de marzo, 1781), emitiendo los nuevos vales de á trescientos pesos, con el mismo interés de cuatro por ciento que los anteriores, y empezando

(4) De estas podríamos citar muchas que se encuentran en la Coleccion de pragmáticas, cédulas, reales órdenes, etc., del reinado de Carlos III, así como acerca de la prohibicion de extraer algunas producciones del reino, como el esparto, la libertad de extraccion de otros productos nacionales, la exencion de toda especie de derecho ó gabela á los pescados de las pesquerías del reino, las medidas acerca de la introduccion de libros extranjeros, y otras que seria largo enumerar.

(5) En 1787 subieron á mas de 171 millones, segun los estados insertos en el Diccionario de Hacienda de Canga-Argüelles, artículo de Aduanas.

(6) Real decreto de 30 de agosto, y real cédula de 20 de setiembre de 1780.



su numeracion desde el número 16,501 en que aquellos concluian (1).

Sucedio lo que aquel sabio y previsor ministro habia pronosticado. El papel comenzó á caer en descrédito, y el dinero á esconderse y disminuir. El gobierno mismo buscaba la moneda en especie para pagar al ejército, los empleados y la casa real, y los capitalistas lo regateaban ponderando los riesgos de los vales. Los mismos tenedores del papel andaban en busca del oro y la plata para hacer sus pagos en cantidades menores de los trescientos pesos, y aun ofrecian ya premio por el cambio. De esta manera, de depreciacion en depreciacion llegó á perder el papel mas de un veintidos por ciento, y hasta se formaban pleitos para no admitir pagos en vales á pesar de la ley, ó para que se abonase el premio del cambio corriente. En tal situacion ocurrió al ministro de Estado la idea de la formacion de un Banco, al modo de los que ya existian en Inglaterra y Holanda, que facilitara las operaciones mercantiles y evitara ó contuviera la ruina de nuestro crédito. Habló al efecto con el francés don Francisco Cabarrús, activo y hábil negociante, hombre de muy claro ingenio, que ya le habia sido recomendado por don Miguel de Muzquiz para tratar de la creacion de los primeros vales. Este fué el que extendió la exposicion y proyecto del Banco, que examinado en junta de ministros y de otras personas escogidas que se reunieron en casa del gobernador del Consejo don Manuel Ventura Figueroa, y que se amplió despues con el concurso de individuos de la nobleza, diputados del reino, de los Cinco Gremios mayores, de los Consejos, del ayuntamiento, y del comercio de Madrid y Cádiz, y aprobado el plan con modificaciones, dió por resultado la real cédula de 2 de junio de 1782, por la cual se erigió el Banco nacional de San Carlos (2).

Trescientos millones de reales constituian su fondo en ciento cincuenta mil acciones. Expresábanse en la real cédula los objetos de su instituto, que eran, formar una caja general de pagos y reducciones para satisfacer, anticipar y reducir á dinero efectivo todas las letras de cambio, vales de tesorería, y pagarés que voluntariamente se llevasen á él; administrar ó tomar á su cargo los asientos del ejército y marina dentro y fuera del reino, y pagar todas las obligaciones del giro en los países extranjeros con la comision de uno por ciento (3). Adversarios é impugnadores tuvo el Banco desde su principio, así en el extranjero como en España. Combatiéronle los extractores de moneda, los cambistas usureros, y todos aquellos que resultaban perjudicados en sus intereses, para lo cual hacian valer los crecientes apuros de la guerra y las circunstancias nada propicias para poderse desenvolver y atender á todo un establecimiento nuevo. Dañábale tambien el nombre de Cabarrús, ya por emulacion de unos á su talento, ya por envidia de otros á su posicion, ya porque se observara que no se descuidaba en hacer su propio negocio (4).

Quien trabajó principalmente por desacreditar el Banco de España, la creacion de vales y la compañía de Filipinas, fué el francés Mirabeau, que tanta celebridad adquirió despues en la revolucion francesa. De propósito escribió una obra contra

el establecimiento y contra su promovedor Cabarrús (5), obra cuya introduccion se creyó oportuno prohibir bajo las penas mas rigurosas (6). Acerca de ella decia el conde de Floridablanca al de Aranda: «En lo respectivo á Banco, nos ha hecho un buen servicio el extravagante, ridículo, falsario y venal Mirabeau, porque desacreditando las acciones de este ventajoso establecimiento, pone á los franceses, que las han negociado caras, en la necesidad de venderlas baratas, con lo que podrán comprarlas mejor nuestros nacionales. Sin embargo, como los pueblos, comunidades, mayorazgos, y obras pias del reino tienen tomadas ciento y un mil y aun mas acciones, que no pueden pasar al extranjero, y de las restantes hasta ciento cincuenta mil se han negociado veinticinco mil á precios crecidos á su creacion entre nacionales, que no pueden venderlas por igual precio, puede V. E. colegir cuán poco debemos cuidarnos de lo que escribe, habla y ejecuta la ligereza galicana. En efecto, á no ser porque no corriesen impunemente las falsedades y equivocaciones del libro de Mirabeau, lo hubiésemos dejado correr; pero por decoro, y porque no se cause perjuicio á algunas casas acreditadas de Francia que empezaron á dar ejemplo, tomando acciones para que otros las buscasen, ha parecido prohibir la tal obra, y practicar otros medios prudentes que atajen aquel daño de tercero: bien que dentro de poco tiempo se tocarán los sofismas de esos economastros franceses, y que el Banco es otra cosa que el sistema de Law. Por esto no queremos que se escriba ni responda á tales folletos (7).»

Sin que nosotros neguemos que la organizacion del Banco fuera defectuosa, que la dependencia del gobierno le fuera perjudicial, que sus directores ni fueran todo lo prudentes que debieran en las operaciones que emprendieron, ni correspondieran perfectamente á las esperanzas que del establecimiento se hicieron concebir, no puede á pesar de todo desconocerse que con la reduccion de los vales á dinero y el descuento de letras se aquietaron los tenedores, recobró su crédito el papel hasta el punto de ganar ya un premio, y la corona y la nacion entera se libertaron de una quiebra vergonzosa. Y si bien escritores extranjeros posteriores á Mirabeau suponen que un gobierno tan honrado como el de Carlos III habria hallado dinero fácilmente sin los riesgos del Banco, convienen en que sirvió poderosamente á la causa del comercio, y afirman que Cabarrús hizo un gran bien, despertando á los españoles y fijando su atencion en las teorías del crédito y en las ciencias económicas (8).

## CAPÍTULO XIX

### Administracion económica y civil.—Instruccion para la Junta de Estado

DE 1769 Á 1787

Los ministros Muzquiz y Lerena.—Influencia de Floridablanca.—Rebaja en los derechos de alcabalas y cientos.—Establecimiento de la contribucion de frutos civiles.—Simplificacion de los impuestos.—Reglas para la provision de obispos y prebendas.—Pensamientos sobre el arreglo del clero.—Administracion de justicia.—Reglamento para la promocion de corregidores y jueces letrados.—Consejos y cámaras.—Censo de poblacion.—La Junta de Estado.—Su origen y objetos.—Su utilidad.—Célebre Instruccion reservada para gobierno de la Junta.—Máximas y principios que contenia para todos los ramos de la administracion pública.—Plan general de gobierno.—Política exterior.—Fíjanse las relaciones que convenia tuviese España con cada una de las potencias extranjeras.—La Santa Sede.—La Italia.—Francia.—Cambio notable de política respecto al Pacto de Familia.—Inglaterra.—Desconfianza de aquel gobierno.—Gibraltar.—Alemania.—Portugal.—Proyectos de Rusia y de Alemania sobre Turquía.—Prevision admirable de Carlos III sobre estos planes.—Conducta que convenia observar con la Puerta Otomana.—Ideas sobre los Estados-Unidos de América.—El Asia y la India Oriental.—Merecido elogio de esta célebre Instruccion.—Idem de su autor el conde de Floridablanca.

Notables fueron tambien las reformas administrativas que

(5) De la Banque d'Espagne, dite de St. Charles, par le comte de Mirabeau.

(6) Provision de 9 de julio de 1785.

(7) Carta de Floridablanca á Aranda, 18 de julio de 1785.

(8) William Coxe, España bajo los Borbones, Parte adicional, cap. 7.º



se hicieron en materias económicas, y en todo lo relativo á impuestos y contribuciones, á sueldos y gastos públicos, así en el tiempo que el ministerio de Hacienda estuvo á cargo de don Miguel de Muzquiz, conde de Gausa, como en el de su sucesor don Pedro de Lerena. Aunque el conde de Floridablanca no desempeñó este ministerio ni en una ni en otra época, en la una y en la otra tuvo una influencia directa y grande en todas las medidas trascendentales de hacienda y solía ser el autor de los proyectos y el que evacuaba las consultas y dictámenes. Nació esto de tres principales causas: el poderoso ascendiente que le daban su gran talento y sus conocimientos generales; la confianza que le dispensaba el monarca y con que solía acoger sus pensamientos y planes, y el carácter y las circunstancias de aquellos dos ministros, ambos deferentes á sus consejos é insinuaciones. Hombre capaz, experimentado, celoso y probo el de Gausa, pero un tanto pusilánime, ó por lo menos sin aquella energía y resolución que se necesitaba para arrostrar y vencer las dificultades y conflictos en que mas de una vez tuvo que verse, solo salía de ellos á fuerza de animarle y alentarle su compañero el de Floridablanca: y aun así sufrió mil congojas y angustias durante el difícil período que produjo la necesidad de la creación de vales y de la erección del Banco (1). Y su sucesor don Pedro Lopez de Lerena, hombre también de muy claro talento, debía toda su carrera y su elevación á la protección de Floridablanca, desde amanuense suyo que había sido hasta hacerle su compañero de ministerio (2). Con estos antecedentes no parecerá extraño á nadie la intervención activa que tuvo Floridablanca en las reformas rentísticas que se hicieron durante las administraciones de aquellos dos ministros.

Siempre pensando en el alivio de las cargas públicas y en su mas equitativa distribución, hasta donde permitieran las atenciones indispensables del servicio, se eximió á los fabricantes del enorme derecho de alcabala y cientos para todos los que vendiesen al pié de fábrica, y rebajó y redujo á un dos por ciento el de lo que llevarán á vender á otras partes. En general la rebaja que se hizo en los derechos de alcabala y cientos en las especies sujetas á la contribución de millones, fué, desde el catorce por ciento que antes rigurosamente se exigía, hasta el ocho en los pueblos de las Andalucías, y hasta el cinco en los de Castilla; y aun hubo pensamiento y se manifestó deseo, aunque no pudo realizarse, de extinguir del todo aquella odiosa contribución. El alivio sin embargo fué grande, especialmente para las clases pobres, á las cuales se disminuyó además notablemente el derecho de millones en las especies de carnes, vino, vinagre, aceite, y se las relevó enteramente del de la venta de pan en grano, innovando en esto la ley.

En equivalencia de tantas bajas y de tan notables alivios, y para llenar en parte el vacío que el erario experimentaba, se estableció la contribución llamada *frutos civiles* (1785), que consistía en un cinco por ciento sobre los frutos, réditos ó rentas civiles; impuesto que no dejó de ser, aunque importante, criticado y censurado por algunos, ó como nuevo, ó como gravoso. Ni lo uno ni lo otro era: pues, como decía el ministro de Estado al monarca: «Si en las demás especies, frutos é industrias, de que provienen los arrendamientos, imposiciones ó frutos llamados civiles, dejan de contribuir los fabricantes, artesanos, labradores y mercaderes el todo ó la mayor parte por la enorme rebaja de un doce, un once, ó un diez por cien-

to, hasta el dos, ó tres, ó cuatro á que ha reducido V. M. la alcabala desde el catorce, ¿será rigor que por equivalente contribuya el propietario con un cinco de su renta, ya que esta precisamente ha de recibir aumento con el alivio del colono, fabricante, artesano ó mercader, y que el mismo propietario ha de gozar de este alivio en las compras que haga de estos para su consumo? ¿Será contribución nueva que en lugar de un catorce por ciento de alcabala que pudiera exigir Vuestra Majestad, cobre solamente un siete, un ocho, un nueve ó un diez, distribuyendo este derecho entre propietarios verdaderos, y consumidores pobres y ricos, con proporción á sus haberes y posibilidades? Pues á esto se reduce todo el grito sobre que es nueva contribución la de los frutos civiles: de modo que unidos el cinco por ciento de ellos al dos, al tres, al cuatro, al cinco, y aun al siete que se recarga en las pocas ventas que se hacen de heredades y yerbas, nunca llega al catorce que V. M. podía exigir de todos, y queda en la mayor parte de frutos é industrias reducida esta contribución, si se reúne á su total, y se prorratea, á un seis, ó cuando mas á un siete, dividido entre propietarios y colonos, ricos y pobres, aunque con mas alivio de estos, como es razón, porque carecen de bienes, y ponen todo el trabajo (3).»

Y en la célebre Instrucción reservada para la Junta de Estado (1787), que indicamos en otro lugar, se decía en boca del rey: «No hago á la Junta particular encargo sobre lo que hasta ahora se ha denominado *única contribución*, porque con los reglamentos vigentes y las enmiendas hechas, y otras que mostrará la experiencia, vendrán poco á poco á simplificarse los tributos, de modo que se reduzcan á un método sencillo de contribuir, único y universal en las provincias de Castilla, que es á lo mas que se puede aspirar en esta materia (4).» En efecto, después de muchos ensayos y no pocos gastos se abandonó el proyecto de la única contribución, y se creyó que se podrían simplificar los impuestos y reducirlos á una equitativa proporción, dividiendo los contribuyentes en seis clases, á saber: 1.<sup>a</sup> propietarios de todo género de bienes raíces; que pagarían un cinco por ciento de las rentas por frutos civiles: 2.<sup>a</sup> colonos ó arrendadores de bienes raíces; á quienes se impondría un dos ó tres sobre la cuota de su arrendamiento, considerado como regla del producto que sacaban del efecto arrendado, librándolos de alcabalas por los de sus cosechas: 3.<sup>a</sup> fabricantes y artesanos; á quienes no convendría gravar con otros tributos que los cargados á los consumos y ventas de efectos en los puestos públicos: 4.<sup>a</sup> comerciantes; á estos se les exigiría un seis ú ocho por ciento, en vez de la alcabala, á la entrada de los géneros en los pueblos de su residencia: 5.<sup>a</sup> empleados, abogados, escribanos, médicos, etc.; tampoco se les gravaría sino con los derechos de consumos, como á los fabricantes y artesanos: 6.<sup>a</sup> exentos. De todos modos, era un sistema, por cuyo medio ú otro semejante se discurría la manera de simplificar las contribuciones en todas las clases del Estado, y formar para cada una un método claro, sencillo y uniforme (5).

Por el ministerio de Gracia y Justicia se dictaron y tomaron también importantísimas providencias para el arreglo y organización de los dos grandes ramos pertenecientes á aquel departamento, el clero y los tribunales civiles. El real decreto (24 de setiembre de 1784) sobre el modo de proveer los obispos, prebendas y demás beneficios eclesiásticos, á fin de que se atendiera siempre y se diera la justa preferencia á los eclesiásticos mas doctos y virtuosos, y á los párrocos mas celosos é instruidos, mas ancianos y experimentados, y que hubieran hecho mas servicios á la Iglesia y á los pueblos, fué una de aquellas medidas que honran mas un reinado, y que bien observadas hubieran podido dar mas fruto espiritual y temporal al reino. Cuidóse muy principalmente de exigir condiciones y cualidades legales y científicas á los que hubieran de ejercer jurisdicción externa y contenciosa. Había sido antes práctica abusiva que los obispos nombraran los jueces, proveedores y vicarios generales, sin la aprobación del rey, y aun sin

—Sin embargo, es menester que se sepa que Cabarrús no fué el verdadero creador del Banco, sino el ejecutor del pensamiento de otros.—En carta confidencial de Floridablanca á Aranda fecha 3 de setiembre de 1785, se lee lo siguiente: *La han tomado con Cabarrús, que no ha sido mas que un instrumento activo de lo que pensamos otros, y trazamos en testa de fierro.*

(1) Murió el conde de Gausa en 25 de enero de 1785, muy sentido y muy llorado del rey y de todo el pueblo, que conocían y estimaban en lo justo su talento, sus virtudes y sus servicios eminentes al Estado.—Cabarrús, Elogio del conde de Gausa.—Correspondencia entre Gausa y Floridablanca.

(2) A pesar de tan humildes principios había ya Lerena, merced á su propio mérito y al favor de su padrino, desempeñado con inteligencia los cargos de contador de rentas de Cuenca, de superintendente del canal de Murcia, de comisario ordenador de guerra, y asistente de Sevilla.

(3) Floridablanca, Memorial á Carlos III.

(4) Gobierno del señor rey don Carlos III, número 268.

(5) Ibid, números 278 á 287.



su conocimiento. Carlos III en uso de su derecho de patronato sobre todas las iglesias de España, no solo prescribió los requisitos que hubieran de adornar á los que obtuviesen tales empleos, sino que exigió se le diese noticia por medio de la Cámara para su aprobacion, á fin de evitar que fuesen nombrados ó los que careciesen de la ciencia necesaria, ó los que profesaran máximas contrarias á las regalías de la corona, ó por otras circunstancias fuesen inconvenientes ó peligrosos.

La division de obispados en territorios menos extensos que los que comprendian, para que pudiera administrarse mejor el pasto espiritual; promover la ilustracion del clero, hasta premiando con pensiones á los que sobresalieran en las ciencias, para que él á su vez pudiera instruir al pueblo, y hacerse amar y respetar; tener inquisidores instruidos que contribuyeran á desterrar las supersticiones en vez de fomentarlas, pero cuidando de que no usurparan las regalías de la corona, y de que con pretexto de religion no se turbara la tranquilidad pública; ir impidiendo suave y paulatinamente la amortizacion eclesiástica, y reformar la disciplina de los regulares de un modo mas conforme á su instituto primitivo, eran las máximas que sobre estos puntos se recomendaban é inculcaban en la célebre Memoria ó instruccion para la Junta de Estado, y las que esta corporacion se proponia practicar (1).

Hízose un reglamento para el método y escala en el nombramiento y promocion de corregidores y demás jueces letrados (2); y para el mejor acierto en las elecciones y debido conocimiento del personal, se dispuso tomar tres informes reservados de otras tantas personas las mas condecoradas de la provincia en que hubiera servido el corregidor ó alcalde mayor, cuyos informes se asentaban y conservaban, con las demás noticias que se tuviesen de sus méritos y conducta, en un libro secreto, y estos datos se consultaban y servian para adelantarlos ó atrasarlos en su carrera. Pensóse tambien en la mas oportuna division de territorios judiciales, como en la de diócesis, para la mas rápida administracion de justicia, y con el menor vejámen y molestia de los contendientes. Prescribióse á las chancillerías, audiencias y juzgados que remitiesen mensualmente relaciones de las causas criminales que en ellos existiesen, con la correspondiente clasificacion, y distinguiendo las que continuaban en los juzgados ordinarios de las remitidas á los tribunales superiores por consulta ó apelacion, todo con arreglo á un formulario que se les pasó para la mayor facilidad y uniformidad de la operacion. No habia de tenerse en cuenta para la provision de las varas y togas ni el linaje, ni la grandeza, ni la carrera militar, ni otras cualidades que no fuesen la ciencia, la moralidad, y la experiencia y práctica del derecho. La Instruccion de Corregidores fué una de las obras que mas esclarecieron y que mas honran este reinado.

Arregláronse igualmente los juzgados de la Mesta; se regularizó la distribucion de los negocios en las salas de Corte, en los Consejos y Cámaras de Castilla y de Indias; se establecieron reglas para dirimir en lo posible las competencias de jurisdiccion; se trató de acomodar á los tiempos presentes las ordenanzas con que se regian los Consejos, y que al principio de cada año se pronunciara un discurso, alternando en esta tarea los ministros de cada tribunal, exhortando al trabajo y á la estricta y desinteresada aplicacion de las leyes; suprimieronse privilegios y fueros perjudiciales á la igualdad de la justicia; se cortaron abusos en el ejercicio de los oficios de escribano y otros; y finalmente no se omitia medio para conseguir la pronta sustanciacion y fallo de las causas, para que ni padeciese la inocencia, ni se malograra con la dilacion el saludable fruto que produce el pronto castigo de los criminales y delincuentes.

Ni la administracion económica, ni la civil, ni la eclesiástica, ni la de ningún ramo del Estado puede organizarse convenientemente sin una estadística de poblacion y de riqueza, lo mas aproximada que posible sea á la exactitud y á la verdad. Carlos III mandó hacer este importantísimo trabajo, casi de todo punto abandonado desde los apreciables aunque imper-

fectos datos que se reunieron en tiempo de Felipe II. «Para saber, decia Floridablanca en su Memoria, el número y calidad de los pueblos de esta gran monarquía, cosa que vergonzosamente se ignoraba con la debida exactitud y certidumbre, ha dispuesto V. M. la formacion de un Diccionario, que se está imprimiendo, en que por el orden de alfabeto se averigua puntualmente la calidad y situacion de cada pueblo, y hasta la de la menor aldea ó caserío, del partido y la provincia á que pertenece, si es realengo, de señorío, de abadengo ó de órdenes, y todo lo demás que conduce para que el gobierno de Vuestra Majestad pueda cuidar del mas infeliz y retirado vasallo, como pudiera hacerlo de los habitantes de la metrópoli y mas inmediatos á su real persona.» De resultas, pues, del censo de poblacion que se formó en 1787, se averiguó con satisfaccion haber aumentado la poblacion en su tiempo en los dominios españoles cerca de millon y medio de individuos. De los mismos datos resultó constar á la sazón la poblacion de España de diez millones doscientos setenta y nueve mil ciento cincuenta habitantes, de los cuales se averiguó tambien ser contribuyentes algunos millares mas que los que hasta entonces se habian conocido.

Una de las creaciones de mas utilidad é importancia, y de mas trascendencia para el sistema general de una buena gobernacion que se debieron al genio de Floridablanca, fué sin disputa la de la Junta de Estado, y que por lo mismo no sin razon se la denominó despues *Gobierno del señor rey don Carlos III*. Tuvo este gran pensamiento el origen siguiente.

Solian juntarse antes los ministros, aunque sin regla ni formalidades, para tratar las cosas de gobierno. Esta costumbre fué cayendo en desuso despues de la guerra con la Gran Bretaña. Mas cuando sucedió don Antonio Valdés al marqués de Castejon en el ministerio de Marina, hallóse embarazado con desavenencias ó desacuerdos que ocurrian entre aquel ministerio y el de Indias, y aun con algunas otras secretarías, sobre diferentes materias, por efecto de despachar cada una separadamente negocios que se rozaban con intereses de otras. Hablólo Valdés con Floridablanca, y hecho cargo este ministro de las fundadas observaciones del de Marina, discurrió excitar á sus compañeros á congregarse mas frecuentemente y tratar y acordar los asuntos en lo que hoy llamaríamos Consejo de ministros, y aun expuso al rey la conveniencia de formalizar la Junta de Estado con ciertas solemnidades, y aun de redactar una instruccion circunstanciada para gobierno de los respectivos departamentos de Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Hacienda, Marina é Indias. Aprobó S. M. la propuesta, y encargóse el conde de Floridablanca de extender la instruccion, que comprendia 443 números. Asistió el rey á su lectura, que se hacia en los despachos despues de la de los negocios ordinarios. En esta operacion, que duró cerca de tres meses, enmendó y modificó Su Majestad todo lo que le pareció conveniente, y aprobada de aquella manera, se expidió en 8 de julio de 1787 el real decreto de la creacion de la Junta de Estado (3).

«Dos son los objetos principales, decia el mismo ministro, de la Junta de Estado, á saber: tratarse de los negocios de que puede resultar regla general, ya sea estableciéndola, ó ya revocándola ó enmendándola, y examinarse las competencias entre los secretarios del despacho, ó de los tribunales superiores, cuando no se hubiesen estas decidido en junta de competencias, ó que por su gravedad, urgencia ú otros motivos conviniese abreviar su resolucion.» A estos dos objetos principales añadió despues el rey el de las propuestas para los mandos superiores, políticos, militares ó de hacienda, que habria de hacerse por el secretario respectivo de cada ramo, pero el nombramiento habia de llevar la aprobacion de la Junta.

Aunque esta creacion y los fines de ella parecian ser de una utilidad evidente, no faltaron extranjeros, y aun naturales, que censuraran con palpable malignidad esta medida, lo cual obligó al ministro, principal autor de ella, á exponer de nuevo á la consideracion del monarca sus ventajas y utilidades, confirmandolas con ejemplos prácticos. Ciertamente no se nece-

(1) Ibid. números 15 á 30.

(2) Real cédula de 21 de abril de 1783.

(3) Memorial de Floridablanca.—Gobierno de Carlos III por Muriel, Nociones preliminares.



sitaba de grande esfuerzo para hacer comprender la conveniencia de tratar previamente en junta de ministros muchos asuntos que por su naturaleza tienen relacion con las atribuciones, con los intereses, con la competencia de dos ó mas ministerios; la de evitar de esta manera providencias contradictorias que podrian tomarse por diferentes departamentos con menoscabo del gobierno y del servicio público; la de la mayor concurrencia de luces para la conveniente ilustracion de los negocios; la de la continuacion de los proyectos útiles prohiados por la Junta, aun en el caso de salir el ministro que los hubiera presentado; la de la mas fácil y expedita solución de las competencias, que de otro modo podrian ser embarazosas ó interminables; la del mayor acierto en la nominacion de los altos funcionarios del Estado, y mas seguridad y garantía de sus cualidades y condiciones; y por último, la de la indispensable armonia y concierto en las providencias generales que constituyen la índole, el espíritu, el sistema y la fisonomía de un gobierno regular.

Estas consideraciones, y estas conveniencias que en el sistema de hoy nos parecen tan obvias como incuestionables, fueron sin embargo entonces ó desconocidas ó maligna y siniestramente interpretadas por los enemigos personales del ministro, suponiendo que en la creacion de la Junta se habia llevado de un immoderado deseo de mandar, concentrando todos los negocios del reino en un cuerpo presidido por él. Y esta acusacion no se hizo solo de palabra, sino tambien en escritos, especialmente en un anónimo que encerraba un catálogo de imputaciones, y á cuyos cargos tuvo que contestar el ministro en un opúsculo titulado *Observaciones al Anónimo*.

Lo admirable de esta Instruccion reservada es que ella forma un conjunto, coleccion ó compendio de sabias reglas y saludables máximas y principios de gobierno en todos los ramos de la administracion pública, y en todos los negocios que puedan tener una importancia general, aunque pertenezcan á diferentes departamentos, apuntando la solución que mas convenia dar á cada uno, para que todos juntos concurrieran con el debido concierto á establecer una prudente y provechosa gobernacion en el Estado. Contenidas estaban en ella, y habian recibido ya complemento y ejecucion muchas de las reformas de que en el discurso de nuestra historia llevamos hecho mérito, así en lo perteneciente á la política y la moral, como en lo relativo á la administracion de justicia y á la de la hacienda, á la instruccion pública, á la marina y comercio, á la milicia, y mejor arreglo y organizacion de todas las clases y de todos los intereses sociales. Pero habia además en ella multitud de pensamientos útiles y de proyectos, aprobados ya por el soberano, aunque pendientes de ejecucion, que sin duda la habrian tenido, á no sobrevenir los gravísimos acontecimientos que coincidieron con el término de su reinado y de su vida, y de que á su tiempo daremos cuenta.

Interesante toda ella, lo es con especialidad bajo el punto de vista histórico la parte última, consagrada á la política exterior (1), y en la cual se desenvuelve todo el sistema político de Carlos III y sus ministros en sus relaciones con todas y cada una de las potencias extranjeras, comenzando por la corte pontificia y acabando por el Asia y la India Oriental. En la imposibilidad de dar á conocer en una historia general aquellos planes en toda su extension, nos ceñiremos á lo que se desprende de sus mas interesantes epígrafes, que por sí solos dan idea de lo que mas importa saber.

Conocida nos es ya su política en las relaciones con la Santa Sede. Sin embargo, en la Instruccion, despues de reconocer como la primera de las obligaciones del soberano el cuidado de la religion católica y de las buenas costumbres, y la obediencia á la silla apostólica en las materias espirituales, se recomendaba la defensa del patronato y regalías de la corona con prudencia y decoro, la utilidad de hacer concordatos sin perjuicio de aquellas, la de mantener el crédito nacional en Roma con cardenales, prelados y nobleza, la de procurar que los papas fuesen afectos á la corona, y que no se opusieran á las providencias que se dictaran para impedir la amortizacion

de bienes, interviniendo además la autoridad real en la eleccion y nombramiento de los superiores regulares.

La Italia en general debia merecer una atencion preferente de parte de España, sobre todo para procurar que ninguna potencia invadiera y subyugara los principados y repúblicas de aquella hermosa porcion de Europa. «Deberá guardarse buena armonia con la corte de Turin, y con las repúblicas de Venecia y Génova. — La corte de Nápoles es corte de familia.... Se ha de vigilar el mantenimiento de la independencia de las Dos Sicilias, pues no conviene que las posea el emperador, ni ninguna otra potencia poderosa. — Igual política se deberá seguir por lo respectivo á Toscana. — Conviene proteger á las otras pequeñas repúblicas de Italia, y á los Cantones suizos, que nos proveen de muchos individuos industriales, y será bueno tener ministro permanente en Lucerna y Berna.»

Viniendo á Francia, «nuestra quietud interior y exterior, decia, depende en gran parte de nuestra union y amistad con esta potencia, pero debe obrarse con gran cautela y precaucion para que no nos arrastre á sus guerras, mirándonos como potencia subalterna.» — «Para ser sus verdaderos amigos necesitamos ser enteramente libres é independientes, porque la amistad no es compatible con la dominacion.» — La mudanza que habian sufrido ya las ideas de Carlos III. relativamente al malhadado *Pacto de Familia* se ve por las siguientes máximas de la Instruccion. «El Pacto de Familia, prescindiendo de este nombre, que solo mira á denotar la union, parentesco y memoria de la augusta casa de Borbon, no es otra cosa que un tratado de alianza ofensiva y defensiva semejante á otros muchos que se han hecho y subsisten entre varias potencias de Europa.» Y luego determina las circunstancias que han de concurrir para que se verifique el *casus fœderis*; aconsejando además que el ejemplo de lo pasado nos sirva de leccion para no comprometernos por su alianza, ni en la guerra que podria suscitarse entre rusos y turcos, ni en sus asuntos con la Alemania, y con todo el Norte. «Se ha de cuidar, añadia, de que la Francia no impida los progresos y adelantamientos de la España en su comercio, navegacion é industria; pues aunque la Francia no nos quiere ver arruinados por otra potencia, nos quiere sujetos y dependientes de ella misma.» Y concluia con esta importantísima máxima: *La Francia es el mejor vecino y aliado de España, pero puede ser tambien su mas grande, mas temible y mas peligroso enemigo.*

Pasando á Inglaterra, comenzaba con estas notables palabras: «Mientras la nacion inglesa no tenga otra constitucion ó sistema de gobierno que el actual, no podemos fiarnos de tratado alguno, ni de cualesquiera seguridades que nos dé el ministerio británico, por mas que sus individuos y el soberano estén llenos de probidad y otras virtudes.» — «De aquí nace, continuaba, la necesidad de vivir siempre atentos, vigilantes y desconfiados de la Inglaterra, para no contraer empeños con ella que no sean muy necesarios y sin consecuencia.» Hablábale del recobro de la plaza de Gibraltar, punto en que estaba constantemente fijo el pensamiento de Carlos III, y se indicaban los medios posibles de recuperar la plaza, ó por la fuerza ó por la negociacion. «En Europa, decia, no nos interesa adquirir de la Inglaterra mas que Gibraltar. En América todo lo que podemos desear es la Jamaica, y limpiar de ingleses la costa de Campeche y Honduras. En Asia y en Africa no pensamos en adquirir nada.» En punto á las relaciones mercantiles, «si nos vemos precisados, decia, á hacer el tratado de comercio en virtud del de paz de 1783, convendrá que los reglamentos sean de comercio recíproco, las concesiones iguales y recíprocas para los derechos de entrada y salida de los géneros, prohibicion ó libertad de introducirlos, etc.» Aun en la reciprocidad creia el rey salir ganancioso, por la diferencia entre el trato que hasta entonces habian acostumbrado á dar ingleses y franceses á los extranjeros en sus puertos y aduanas, y el que ellos recibian de los españoles.

«Con los príncipes de Alemania, decia la Instruccion, y aun con el emperador, basta tener buena correspondencia, sin comprometerse en los asuntos particulares del cuerpo germánico.» Con arreglo á esta política se estableció un ministro español cerca del rey de Prusia; se reconocia la conveniencia

(1) Comprende desde el número 288 hasta el 395.



de poner otro en Munich, y conservar el que habia en Dresde. Se procuraria, ó desunir, ó por lo menos entibiar la amistad entre las cortes de San Petersburgo y Viena, y sobre todo separar á la Rusia de la Inglaterra, y para esto conducia sostener los principios de la neutralidad armada, dándose reglas de cómo habia de ponerse en práctica este principio. En cuanto á Suecia y Dinamarca, era conveniente tambien una buena correspondencia, y fomentar su independencia de Rusia.

«Mientras Portugal, decia, no se incorpore á los dominios de España por los derechos de sucesion, conviene que la política le procure unir por los vínculos de la amistad y del parentesco. He dicho en otra parte que las condescendencias con las potencias pequeñas no traen las consecuencias, sujeciones y peligros que con las grandes. Así, pues, cierto buen trato, el disimulo de algunas pequeñeces, hijas del orgullo y vanidad portuguesa, y varias condescendencias de poca monta, nos son y serán mas útiles é importantes con la corte de Lisboa que cuantas tengamos con las demás de Europa.» Consiguientemente á este sistema, su máxima era no hacer alianza con Portugal, pero sí tener con él neutralidad y amistosa correspondencia, y procurar matrimonios recíprocos entre príncipes é infantes de ambos reinos.

Ya entonces conocia el gobierno español los proyectos ambiciosos de la Rusia y del emperador de Alemania sobre Turquía; y si bien Carlos III no quería una alianza formal con la Puerta Otomana, creía muy conveniente estar en paz con los turcos para contener á las regencias de Africa y hacerlas cumplir los tratados. Es admirable la prevision del monarca español respecto al medio de enfrenar la ambicion y los designios del ruso y del alemán sobre el imperio turco: *Si la Gran Bretaña, decia, quisiera unirse con España y Francia, una declaracion de las tres potencias hecha en Viena y Petersburgo detendria á los emperadores de Rusia y de Alemania, aseguraria la paz general, y cortaria las revoluciones de Levante ahora y en lo sucesivo.*—En todo caso, decia despues, *si el imperio turco es arruinado en la gran revolucion que amenaza á todo el Levante, sin que lo podamos remediar, debemos entonces pensar en adquirir la costa de Africa, que hace frente á la de España en el Mediterráneo, antes que otros lo hagan, y nos incomoden en este mar estrecho, con perjuicio de nuestra quietud y de nuestra navegacion y comercio. Este es un punto inseparable de nuestros intereses, que se debe tener muy á la vista.* Y solas estas dos máximas, añadimos nosotros, bastarian para acreditar á los ojos de la posteridad y del mundo la sabia y previsora política de Carlos III y sus ministros. Sucesos posteriores, acaecidos en nuestros dias, han venido á confirmar lo que aquellos hombres con su clarísimo talento veian ya venir, cuando desgraciadamente España no se ha hallado en aptitud ni posibilidad de desempeñar el importante papel que entonces le hubiera correspondido en las cuestiones de Levante, ni de restablecer nuestra antigua dominacion en la costa africana, ni de impedir que otros con mas resolucion y mas fortuna hayan ejecutado lo que ya en aquel tiempo se temia, y que mas que á otra nacion competia á la española, por su posicion, por su historia, y por sus antiguos derechos.

Con menos acierto discurría el monarca en la citada Instruccion acerca de los Estados-Unidos de América, insistiendo siempre en la fatal idea de que las discordias que reinaban en aquellos Estados por la inquietud y amor de sus habitantes á la independencia, que tanto habia fomentado y á que tanto habia contribuido España, nos habian de ser favorables, y serian siempre causa de su debilidad.—Por último, se ratificaba en no mezclarse en las cuestiones que las naciones francesa, inglesa, holandesa ó cualquiera otra de Europa suscitaban en el Asia y en la India Oriental. Es sin embargo notable la prevencion que hacia respecto de la Compañía de Filipinas. «Por mas progresos que hagan, decia, la Compañía de Filipinas y su comercio, debe abstenerse de formar establecimientos, y de imitar á la compañía inglesa, excusando usurpaciones, y dar celos á las naciones asiáticas: *en una palabra, ha de ser compañía de comercio, y no de dominacion y conquististas.*»

Sobre el mérito del importantísimo documento que acabamos

de analizar ligeramente, nos limitamos, y no es menester mas, á transcribir el juicio que hace de él el primero que le dió á la estampa. «Si fuese necesario, dice, dar pruebas todavia de la rectitud y patrióticas intenciones del gobierno de Carlos III, ninguna podria hallarse mas concluyente y demostrativa que este documento. La circunstancia de *reservado* que tiene la Instruccion transmitida á la Junta de Estado la realza en gran manera, porque no puede caber en ella la sospecha de que haya sido disfrazada la verdad por torcidos fines, como sucede á veces con otros documentos ó manifiestos publicados por los gobiernos, para consolar ó contentar á los pueblos, encubriendo las desgracias que padecen, ú ocultándoles los desaciertos de los que los rigen. En la Instruccion no hay ni puede haber sino verdad, expuesta con candor y buena fe. Allí el soberano, como cabeza que es de la gran familia que se llama Estado, presenta á su Consejo la verdadera situacion en que se hallan los negocios, y le trasmite sus mas íntimos pensamientos acerca de ellos, sin estudiados adornos, y sin mas artificios retóricos que el deseo de acierto que es de suyo tan elocuente..... Los que acostumbrados á ver á la ambicion ataviarse con engañosos oropeles de patriotismo ó de virtud se muestren severos ó desconfiados en punto al mérito de los ministros de los reyes, confesarán tambien que el primer ministro de Carlos III, que fué el que escribió esta Instruccion, es no menos digno de alabanza que el monarca á quien servia; y cuyas rectas y patrióticas intenciones ejecutaba (1).»

## CAPITULO XX

### Disgustos de Floridablanca.—Muerte del rey. —Su carácter

DE 1787 A 1788

Intrigas contra el primer ministro.—Pretextos para desacreditarle con el rey.—Manejos del conde de Aranda.—El decreto sobre tratamientos. Sátiras y otros escritos contra Floridablanca.—Sospechas acerca de sus autores.—Destierros políticos.—Escribe y presenta el ministro de Estado al rey su célebre Memorial en propia defensa.—Mantiene el rey en su gracia y valimiento.—Situacion de la Europa en ocasion que esto sucedia.—Enfermedad de Carlos III.—Tranquilidad y entereza de espíritu con que se prepara á la muerte.—Bendice y exhorta á sus hijos.—Religiosa y edificante muerte del rey.—Su testamento.—Sentimiento general.—Fisonomía, carácter y costumbres de Carlos.—Regularidad inalterable en su método de vida.—Su aficion á la caza.—Su intachable conducta como esposo y como padre.—Inquebrantable veracidad de Carlos.—Su constancia en el cariño.—Piedad, devocion, amor á la justicia y otras virtudes de este príncipe.—Sus cualidades intelectuales.

A pesar de la evidente conveniencia de la creacion de la Junta de Estado, del mérito indisputable de la Instruccion reservada para su gobierno, y del que á los ojos de los sabios y de los políticos contrajo el autor de este documento memorable, esta misma obra dió ocasion y sirvió de pretexto á los enemigos de Floridablanca, como antes hemos indicado, para tratar de indisponer al monarca con su primer ministro, representándosela como una invencion para influir en los negocios de todos los departamentos á costa de rebajar la autoridad soberana; cuando en realidad de verdad, y como lo exponia el mismo conde al rey, lo que con esto disminuía era la arbitrariedad ministerial, puesto que cada secretario del despacho sometia los asuntos de su ramo al juicio de los otros, y todos juntos se sujetaban á las reglas y principios consignados en la Instruccion, modificados y aprobados por el monarca, que por otra parte quedaba en libertad de conformarse ó no con lo que le propusiera la junta de ministros.

Por otra parte, sus reformas administrativas, en cuya mayor parte se veia la tendencia á favorecer á las clases pobres y á mejorar la condicion de los hombres laboriosos, así en las profesiones literarias como en las industriales, y á reducir los privilegios de la nobleza y de las clases exentas, le habian suscitado enemigos entre estas últimas, que hablaban con cierta ironía y menosprecio de su modesta alcurnia, y de cierta familiaridad y franqueza en sus modales que conservaba á pesar

(1) Muriel, Gobierno del señor Rey don Carlos III, Introduccion.



de los muchos años de poder ministerial, que hubieran podido enorgullecer á cualquiera otro, y de lo cual hacian objeto de sarcasmo, en vez de hacerle de merecimiento, no pocos de los que pertenecian á la antigua grandeza española.

Entre los grandes vino á ser su mas temible enemigo el conde de Aranda, que aunque le habia felicitado por su elevacion al ministerio, y reconocia su mérito y capacidad, y le elogiaba con frecuencia como político y administrador, y le trataba exteriormente con urbanidad y cortesania, sus opuestos caracteres nunca en el fondo habian podido armonizarse y avenirse. Floridablanca jurisconsulto y nacido en el estado llano, Aranda militar y aristócrata de cuna, aun mas que de costumbres; ingenuo este de sobra y terco en demasía, acostumbrado á hacer prevalecer sus dictámenes y propenso á irritarse cuando no eran seguidos, ó hallaban alguna oposicion; aquel reservado y mas flexible, aunque no muy paciente para sufrir censuras hechas con aspereza ó con aire de superioridad; ya en su larga y frecuente correspondencia, así oficial como confidencial, en concepto de ministro de Estado el uno y de embajador el otro, habianse cruzado muchas veces entre los dos palabras y frases, ya en tono serio, ya en lenguaje semi-festivo, bien irónicas, bien agrias, ó bien á las veces hasta cáusticas, que por mas que la política y la cortesania acudieran á endulzarlas con algun correctivo, expuesto en son de franqueza, que modificara su acritud, es de admirar que entre dos personajes de tal calidad, y ambos puntillosos, no pararan en rompimiento (1).

Habiendo enviudado el de Aranda, y casado de segundas nupcias ya en edad proveecta con doña Teresa de Silva (1784), no probando bien á su nueva y agraciada esposa el clima de Paris, por cuya razon hubo de enviarla á España, y no llevando él sino con mucho disgusto esta separacion, solicitó en 1787 ser relevado de la embajada de Francia, á lo cual accedió el rey, y en su virtud regresó el de Aranda á Madrid (octubre de 1787), tan pronto como pudo dejar instalado en aquella embajada al conde de Fernan Nuñez, que habia sido nombrado para sucederle (2). No mostró el de Aranda al de Floridablanca personalmente en Madrid mas simpatías que las que por escrito le habia mostrado cuando era embajador en el vecino reino. Tampoco era amigo del primer ministro el general conde de O'Reilly, que habia sido relevado á instancia suya del mando de Andalucía, pero que no acertaba á vivir en la corte sin el favor y las atenciones que en otro tiempo habia gozado, y de cuya diferencia culpaba ahora al ministro predilecto de Carlos III. Y como eran dos condes los que mas se significaban por su poca adhesion al que lo era de Floridablanca, consignó un escritor de aquel tiempo la frase de un político que dijo: «Tres condes hay en Madrid que no pueden caber juntos en un saco:» prediciendo que no tardarian en estallar desavenencias, como en efecto se verificó.

Tomaron los primeros ocasion para indisponer al segundo con el monarca que tanto le favorecia de un real decreto que se publicó (16 de mayo, 1788), designando las personas á quienes se habia de dar el tratamiento de *Excelencia* (3). Lo que sirvió de asidero á Aranda para representar inmediata y

vivamente al rey contra el decreto (25 de mayo) fué la última parte, en que se declaraba iguales en honores militares á todos los que tenian el tratamiento entero de *Excelentísimos*; y como viese que trascurrian dos meses sin que recayera resolucion, dirigió otra representacion al ministro de la Guerra para que se revocara el decreto (25 de julio), exponiendo los repetidos lances que iban á sobrevenir entre los jefes militares de provincia y los nuevamente condecorados.

Al propio tiempo comenzó á circular profusamente una amarga sátira contra Floridablanca, y de rechazo tambien contra Campomanes, cuyo título era: *Conversacion que tuvieron los condes de Floridablanca y de Campomanes el 20 de junio de 1788*. Este escrito, que empezaba censurando el decreto de honores militares, pero en que despues se derramaban y hacinaban las calumnias contra aquellos dos insignes magistrados, alcanzó bastante boga en la alta clase de la sociedad, y señaladamente entre los militares, no siendo tampoco las damas de la corte las que menos ayudaron y contribuyeron á la propagacion del libelo, haciéndole sabroso entretenimiento y materia de murmuracion en las tertulias. Asunto y comidilla de gente inclinada á paladearse con todo lo que es zaherir altas reputaciones vino tambien á ser una fábula titulada *El Raposo*, que al poco tiempo se insertó en el *Diario de Madrid* (4 de agosto, 1788), en que pareció haberse querido retratar al primer ministro de Carlos III bajo la alegoría de un orgulloso y astuto raposo, ministro de un poderoso leon, que envanece con su privanza, trataba con menosprecio y aspereza á todos los demás animales, hasta que á favor de una mudanza de fortuna se le atrevieron hasta los mas pequeños, gozando los grandes en martirizarle con arañazos para hacerle sufrir una muerte penosa por lo lenta. De esta fábula se le enviaron á él mismo copias manuscritas á San Ildefonso, en una de las cuales creyó reconocer la letra de una señora de la grandéza, de quien solia recibirlas á menudo (4).

Tenia Floridablanca la debilidad de no saber sobreponerse á estos ataques y de mostrarse sensible á tales pequeñeces. De órden suya se dedicó el superintendente de policía á investigar el origen y los autores de aquellos escritos, y el objeto que sus enemigos se pudieran proponer. Acaso alguno de aquellos papeles no habia sido escrito con la malicia que el público suponía, que le daban las averiguaciones oficiales, y que indudablemente se abulta y crece en proporcion de la importancia que les dan los ofendidos, ó pierden de importancia á medida que se manifiesta indiferencia ó desprecio á ellos. Y como las sospechas se fijaran en los personajes militares que eran conocidos por desafectos al ministro, tambien se hizo sentir sobre ellos el enojo. Para alejar políticamente de España al consejero de Guerra marqués de Rubí, nombrósele para la embajada de Prusia, so pretexto de necesitarse allí un general de sus circunstancias. Comprendiólo él, hizo renuncia, y en las contestaciones que tuvo con el ministro expresóse con bastante destemplanza, y á consecuencia de esto se le envió de cuartel á Pamplona. Dióse el mando de la provincia de Guipúzcoa al inspector general de caballería don Antonio Ricardos. Se confirió al conde de O'Reilly la comision de hacer un reconocimiento en las costas de Galicia. Hízose salir á su cuñado don Luis de las Casas á su gobierno de Orán, y hasta se significó al marqués de Iranda los inconvenientes de recibir en su tertulia personas que sin duda eran tenidas por enemigas del ministro de Estado.

Mas á pesar de estos destierros políticos, y de que antes de ellos habia revocado el rey el decreto sobre honores militares, que parecia haber sido el pretexto de aquellos ataques á su primer ministro, no por eso cesaron todavía las sátiras contra Floridablanca. De ser aquellos, y tal vez algunos otros generales, los que á su juicio habian formado empeño en desacreditarle ó indisponerle con el rey y conspirar para su caída, infiérese harto claramente del escrito de defensa que le obli-

(4) Ferrer del Río dice que seria poco aventurado suponer que esta señora fuese la condesa de Aranda, y que las sospechas de Floridablanca recayeron sobre el conde de aquel título, no como autor de la sátira, sino como alma del propósito de derribarle del ministerio. Pudo ser así, aunque no hemos visto citado en los escritores de aquel tiempo el nombre de la señora.

(1) Podríamos fácilmente citar en comprobacion de esto muchos textos de sus despachos y cartas desde 1778 á 1786.

(2) Fernan Nuñez, Compendio, Introduccion.

(3) Hé aquí el texto de este curioso decreto: «Para evitar la variedad con que se ha procedido por diferentes personas y secretarías en cuanto á tratamientos, despues de vista y examinada la materia en mi Suprema Junta de Estado, he venido en declarar: Que el tratamiento de *Excelencia* se dé enteramente poniendo encima de los escritos *Excelentísimo Señor* á los Grandes, consejeros de Estado, ó que tienen honores de tales, como hasta aquí se ha hecho, al arzobispo de Toledo, como está declarado, á los caballeros del Toison, al Gran Canciller y grandes Cruces de la orden de Carlos III, á los capitanes generales del ejército y armada, á los vireyes en propiedad, que son ó han sido; á los embajadores extranjeros ó nacionales, que son ó han sido; reduciéndose la *Excelencia* de tratamientos, sin poner *Excelentísimo Señor* encima de los escritos, á los demás que no sean de dichas clases, y le gozan segun costumbre. Y tambien declaro, que todos los que han de gozar el tratamiento entero de *Excelencia* sean iguales en los honores militares, pero no se les harán en mi corte, donde no debe haberlos.» Coleccion de pragmáticas, decretos, cédulas, etc.



garon á hacer (1). De todos modos tomó tan á pechos el conde ministro aquella especie de persecucion, que á pesar de continuar el soberano dispensándole el mismo favor y predileccion que antes y manteniéndole en su gracia, quiso responder á todas las acusaciones y diatribas presentando al rey un difuso y concienzudo escrito, que contenia una relacion de todos sus actos ministeriales desde 1777, con el título de *Memorial á Carlos III*, que es el precioso documento que tantas veces hemos tenido ocasion de citar, como una utilísima fuente histórica para los sucesos de aquel tiempo. «Honra su memoria este trabajo, dice un historiador extranjero, como hombre y como ministro, y puede considerarse como la última de sus ocupaciones en el reinado de Carlos III.»

Concluia esta representacion con las sentidas palabras siguientes: «Justo será ya dejar en reposo á V. M., y acabar con la molestia de esta difusa representacion. Solo pido á V. M. que se digne desdoblar la hoja que doblé en otra parte, cuando referí la bondad con que V. M. se dignó ofrecerme algun descanso. Si he trabajado, V. M. lo ha visto, y si mi salud padece, V. M. lo sabe. Sírvasse V. M. atender á mis ruegos y dejarme en un honesto retiro: si en él quiere V. M. emplearme en algunos trabajos propios de mi profesion y experiencia, allí podré hacerlo con mas tranquilidad, mas tiempo y menos riesgo de errar. Pero, señor, libreme V. M. de la inquietud continua de los negocios, de pensar y proponer personas para empleos, dignidades, gracias y honores; de la frecuente ocasion de equivocar el concepto en esta y otras cosas, y del peligro de acabar de perder la salud y la vida en la confusion y atropellamiento que me rodea. Hágalo V. M. por quien es, por los servicios que le he hecho, por el amor que le he tenido y tendré hasta el último instante, y sobre todo por Dios nuestro Señor, que guarde esa preciosa vida los muchos y felices años que le pido de todo mi corazon. Real sitio de San Lorenzo á 10 de octubre de 1788.»

Era esto en ocasion que en Francia se sentia ya aquella agitacion precursora de la gran revolucion que conmovió y estremeció despues al mundo, y en que no influyó poco la parte que habia tomado aquel reino en la insurreccion y en la independencia y libertad de los anglo-americanos. Ya el indeciso Luis XVI experimentaba los conflictos en que le iban poniendo el ardor de libertad que se iba desarrollando en el pueblo francés, el descontento producido por los anteriores desarreglos de la corte, los abusos de autoridad, el déficit permanente de las rentas, los sistemas de Necker, de Calonne y de Brienne, la conducta y actitud del gobierno, del pueblo, del clero, de los nobles y del parlamento; ya habia sido convocada por dos veces la *Asamblea de los Notables*, y ya, en fin, se veia asomar el dia de una terrible explosion política. Por otra parte la Europa entera se hallaba otra vez revuelta. En guerra estaban Rusia y Turquía, como los ministros de Carlos III habian previsto; habian querido obligar á la Czarina á la restitution de la Crimea, pero el emperador de Austria José II se habia armado á favor del imperio moscovita so pretexto de ensanchar las fronteras y proveer á la seguridad de sus propios Estados. Mas los proyectos de las cortes imperiales se vieron embarazados por el emprendedor Gustavo Adolfo de Suecia, que quiso aprovechar aquella ocasion para destruir su poder marítimo en el Báltico, y recuperar las provincias que habian sido suyas en Finlandia. Contra el de Suecia reclamó la emperatriz Catalina los auxilios del de Dinamarca, y un ejército dinamarqués habia penetrado ya en Noruega,

(1) «Puedo asegurar, y sabe V. M. (decia), que apenas hay general de algun mérito y aun oficiales de menos rango, de quien yo no haya sido agente voluntario cerca de V. M. para sus gracias ó adelantamientos, premios y distinciones, por creerlo conveniente al servicio de V. M. y bien de la patria. Acaso no querrán creer y confesar esta verdad algunos que han recibido el efecto ó disfrute de mis oficios; pero consta á Vuestra Majestad y esto me basta. He podido vencer la tentacion que he tenido de formar aquí un catálogo de aquellos oficiales, empezando por los capitanes generales del ejército, por si V. M. se dignaba atestiguar la verdad de mis aserciones con su real declaracion, y me he ceñido á estas generalidades por no excitar el rubor de algunos, que sentirian se dijese que son deudores de algo á un hombre que sin causa han tratado de desacreditar y perseguir.»—*Memorial de Floridablanca*.

cuando, merced á la intervencion de Inglaterra, Prusia y Holanda, se logró hacer convenir á los beligerantes en un armisticio que fué despues, aunque con repugnancia, definitivo arreglo.

Francia, á vista de esta perturbacion exterior y de sus conflictos interiores, volvió otra vez la vista á Carlos III de España, en quien la fijaban ya tambien casi todas las cortes de Europa, como el único cuya experiencia, rectitud y buen sentido podia infundirles confianza de que alcanzara é inspirara los medios de conseguir una pacificacion general. Pero Francia principalmente, que habia formado un proyecto de confederacion con las dos cortes imperiales, intentaba y excitaba á que entrase en esta alianza el monarca español, y para mejor seducirle acompañaba al plan la proposicion de dar á uno de sus hijos ó nietos la soberanía de algunas provincias que se desmembrarian del imperio turco. «En estas circunstancias, dice haciéndole justicia un historiador extraño, se condujo el monarca español con mucha circunspeccion y firmeza.» En efecto, movido Carlos por las consideraciones que se desprenden del sistema de política exterior que hemos visto en su Instruccion para la Junta de Estado, y en conformidad al cambio que habian sufrido sus ideas relativamente al antiguo Pacto de Familia, no solo no se dejó deslumbrar por halagüeños ofrecimientos para no entrar en el proyecto de la nueva cuádruple alianza, no solo se propuso conservar la paz interior de su reino, sino que su deseo era el de atajar las agitaciones que amenazaban trastornar la Europa. Contribuyó sin duda tambien á esta prudente conducta el modo de ver las cosas su ministro Floridablanca, ya porque recelaba que las excitaciones del vecino reino fueran ardides para comprometer á su soberano, ya porque aquel ministro comenzaba á temer para su país el contagio de las ideas políticas que á la sazón se estaban desarrollando en Francia.

De ningun modo habria Carlos III aceptado la dimision que con tanto ahinco solicitaba un ministro á quien tenia un cariño tan arraigado, á pesar de su vivo deseo y de las intrigas que contra él se fraguaban, pero mucho menos en circunstancias tales. Lo peor fué que no quiso la Providencia que alcanzaran á aquel soberano los dias, ni para acabar de oír por completo la célebre representacion de su ministro, ni menos para desenvolver el honroso y saludable sistema político exterior que se proponia (2).

No obstante la avanzada edad que habia alcanzado Carlos III, su complexion era sana; por efecto de su metódica y arreglada conducta habia pasado la vida casi sin enfermedades corporales, y su salud parecia ser todavia robusta. Pero no pudo dejar de resentir lastimosamente su físico una serie de pesadumbres domésticas y de pérdidas lamentables que al cielo plugo enviarle para afligir y atormentar su espíritu. Al dolor que le causaba la ingratitud y la conducta incorregible de su hijo el rey de Nápoles, al sentimiento de ver la posicion comprometida y peligrosa de sus parientes de Francia, á la pena de haber perdido al infante don Luis su hermano, se agregaron en el último tercio del año 1788 otras mas dolorosas. Atacada de viruelas la infanta portuguesa doña María Ana Victoria, esposa de su hijo el infante don Gabriel, cuando acababa de dar á luz su segundogénito, sucumbió de aquella enfermedad (2 de noviembre, 1788), aun no cumplidos los veinte años. Siete dias solamente la sobrevivió el recién nacido, y no muchos mas el infante don Gabriel, que contagiado de las viruelas por no haberse apartado de su lecho á impulsos de la ternura conyugal, fué tambien víctima de aquel mal, entonces tan terrible. Tan repetidas y amargas penas para un padre, que siempre se habia distinguido por su entrañable y frenética pasion á la familia, oprimieron su corazon y quebrantaron su espíritu de modo que el abatimiento le fué consumiendo visiblemente las fuerzas. A instancias y ruegos de sus hijos y de los ministros consintió en venir á Madrid desde el Escorial donde se hallaba (1.º de diciembre), pero ya muy macilento y quebrantado. Todavía sin embargo le sacaron

(2) Gozó sin embargo Floridablanca la satisfaccion de oír de boca del rey, cuando le estaba leyendo el Memorial, que era el Evangelio cuanto contenia.



alguna tarde al campo á distraerle con su recreo favorito de la caza, bien que se conoció que ya su alma se negaba á toda expansion y entretenimiento.

A los pocos dias le atacó una fiebre inflamatoria, y como esta se fuese agravando, indicáronle los médicos la conveniencia de que recibiese los Santos Sacramentos. Con edificante resignacion, con espíritu sereno y apacible semblante, á presencia de los infantes, prelados, ministros, grandes, y altos empleados de palacio recibió de manos del patriarca de las Indias el pan eucarístico. Al preguntarle el patriarca si perdonaba á sus enemigos, respondió con admirable entereza: *¡Pues habia de aguardar á este trance para perdonarlos? Todos fueron perdonados en el acto de la ofensa.* El mismo pidió que le administraran la Extrema-Uncion, encargando no lo dilatasen para cuando no supiera lo que recibia. Lleváronle aquella tarde al régio aposento con solemnísimá procesion el cuerpo de San Isidro, las reliquias de Santa María de la Cabeza y el de San Diego de Alcalá. Como al adorarlas le exhortase el confesor á que pidiese á Dios por la intercesion de aquellos santos la salud corporal, *la que deseo y pido*, respondió, *es la espiritual, que la del cuerpo y todo lo de este mundo me importa poco.* Con la misma devocion y serenidad recibió el último sacramento (1).

Habia otorgado aquel mismo dia testamento cerrado ante el conde de Floridablanca su ministro de Estado, como notario mayor del reino, y ante el correspondiente número de testigos (2). El que siempre habia sido tan amante de su familia, quiso tenerla á su derredor en el lecho de muerte, y echar sobre todos con trémula mano su bendicion paternal. Dirigiéndose particularmente al príncipe de Asturias, le exhortó á que cuidara de la religion cristiana, de todos sus vasallos, especialmente de los pobres, de todos sus hermanos, y en particular de la infanta María Josefa, y concluyó por recomendarle que conservara á su lado al conde de Floridablanca como á consejero fiel y ministro hábil y prudente, á quien debia el reino las mejoras mas importantes. Finalmente á las doce y cuarenta minutos de la madrugada del 14 de diciembre (1788) exhaló su último aliento en medio de las lágrimas de cuantos le rodeaban aquel insigne monarca que con tanta gloria habia regido la España durante veintinueve años. Faltábanle pocos dias para cumplir los setenta y tres de su edad.

Abierto con toda ceremonia y solemnidad el testamento, y resultando por él instituido heredero de la corona el príncipe de Asturias don Carlos (3), expidiéronse inmediatamente las

(1) Hay una minuciosa descripcion que tenemos á la vista, hecha, se conoce, por testigo ocular, de todas las ceremonias que se practicaron desde que se dispuso administrar al rey el Santo Viático hasta que se concluyó el entierro.—Dánse tambien algunas curiosas noticias y pormenores de lo que ocurrió en aquellos instantes solemnes, en los muchos sermones pláticas y panegíricos que á su muerte se predicaron, pero ningunas tienen el sello de autenticidad que se advierte en las de la citada relacion.

(2) Fueron estos los marqueses de Valdecarzana, Santa Cruz y Villena, jefes de palacio, el patriarca de las Indias, y los ministros de Hacienda, Guerra, y Gracia y Justicia.

(3) No tienen mucho de notable las disposiciones testamentarias de Carlos III. Además de lo que indicamos en el texto, declaraba los hijos que habia tenido de su única esposa, y ordenaba que le enterrasen al lado de ella.—Los hijos que tuvo fueron:

Don Felipe Pascual, que nació en 1747; excluido de la sucesion por su imbecilidad: murió en 1777

Don Carlos, príncipe de Asturias, que heredó el trono: nació en 1748.

Don Fernando, rey de Nápoles y de Sicilia: nació en 1750.

Don Gabriel, que nació en 1752, casó con doña María Ana de Portugal, y murieron ambos pocas semanas antes que su padre.

Don Pedro, don Antonio y don Francisco Javier, que tambien le precedieron á la tumba.

Doña María Josefa, que nació en 1744: era contrahecha y no fué casada.

Doña María Luisa, que nació en 1745, y casó con el archiduque Leopoldo, primeramente gran duque de Toscana, y despues emperador.

Tuvo además otros cuatro hijos que murieron niños, habiendo sido entre todos trece.

Incorporaba á la corona los bienes adquiridos durante su reinado por conquista, compra, sucesion ó herencia. Mandaba decir por su alma, y las de sus padres y esposa, veinte mil misas, que se habian de distribuir en todo el reino, sirviendo como de socorro á eclesiásticos y comunidades

órdenes correspondientes á los jefes de palacio, ministros y tribunales del reino, y entre otras dirigió el nuevo monarca al real Consejo de Castilla por conducto de su decano y gobernador interino el conde de Campomanes el decreto siguiente: «A la una menos cuarto de la mañana de hoy ha sido Dios servido de llevarse para sí el alma de mi amado padre y señor (que santa gloria haya); y lo participo al Consejo con todo el dolor que corresponde á la ternura de mi natural sentimiento, tan lleno de motivos de quebranto por todas circunstancias, para que se tomen las providencias que en semejantes casos se acostumbra. En Palacio á 14 de diciembre de 1788.» El decreto se vió en Consejo pleno el mismo dia, acordóse su cumplimiento, y se expidió una real provision para que en todo el reino fuese obedecido; y para que no se retardase en manera alguna nada de lo que perteneciese á la administracion de justicia, se mandó desde luego que al papel sellado de aquel año se añadiese el timbre: *Valga para el reinado de S. M. el señor don Carlos IV.*

Excusado podia ser decir que la muerte de tan gran rey fué universalmente sentida y llorada por todo el pueblo. En todos los templos se celebraron con la mayor pompa y majestad posible las exequias fúnebres: pronunciáronse multitud de oraciones y sermones panegíricos, algunos de ellos notables; y en las corporaciones científicas y patrióticas hombres altamente reputados por su notoria y vasta ilustracion leyeron en sesiones solemnes *Elogios* por fortuna bien merecidos: justo tributo pagado á la memoria de tan gran príncipe, y que tanto se habia desvelado por el bien de sus pueblos (4).

Era Carlos III hombre de mediana estatura, no obeso, pero fuerte de complexion; formaba contraste, dicen las personas que estaban á su servicio, la blancura natural de su cuerpo con el color tostado y curtido de rostro y manos, como expuestos siempre á la intemperie por el ejercicio diario de la caza; caracterizaban su fisonomía la larga nariz y largas pestañas, pero el conjunto de sus facciones daba á su semblante una expresion agradable, que unida á su natural afabilidad le hacia simpático, é inspiraba un afectuoso respeto. Enemigo de la sujecion y de la etiqueta en el vestir, aunque tenia magníficos trajes de gala para los actos de ceremonia, despojábase de ellos tan pronto como esta concluía, y gozaba en volver á quedarse en su sencillo y desahogado vestido ordinario, parte del cual constituía el indispensable calzon negro, que no dejaba nunca, ni en la vida interior y doméstica, ni en los actos de corte, ni en el campo. Chupa y guantes de ante ó gamuza, casaca de paño de Segovia, chorrera de encaje en la camisa, pañuelo de batista al cuello, sombrero de ala ancha, medias de lana ó hilo, completaba su traje ordinario. Desfiguraban los

pobres. La suma sobrante de las consignaciones para sus gastos mandábala repartir, en las cantidades que designaba, entre hospitales, hospicios, criados de su casa, cámara, caballeriza, etc., los cuales además dejaba recomendados á su hijo y sucesor. Señalaba las alhajas que se habian de distribuir entre los príncipes, incorporando las demás á la corona. Y para el remanente de todos sus bienes, derechos y acciones que no fuesen del patrimonio de la corona, instituíla por únicos y universales herederos á sus hijos don Carlos, don Antonio y doña María Josefa, y á su nieto el infante don Pedro, hijo de don Gabriel.—Su cadáver fué conducido con gran ceremonia al tercero dia de su muerte al panteon del Escorial.—Existe el testamento en el archivo del Real Palacio.

(4) Entre los primeros podemos citar, porque se imprimieron, y los tenemos á la vista, la Oracion fúnebre de Fr. Manuel de Espinosa en las exequias celebradas por el ayuntamiento de Madrid en Santo Domingo el Real; la del doctor don Lorenzo de Irisarri, en las que dispuso la Real Sociedad Económica de esta corte en la iglesia de Trinitarios calzados; la de don Antonio José Navarro, en las que celebró la ciudad de Baza; la del P. Mtro. Fray Isidoro Alonso, en la universidad de Salamanca; la del doctor don Juan Ruiz de Cabañas, en la catedral de Burgos; la de fray Miguel Antonio del Rincon, en San Felipe y Santiago de la universidad de Alcalá; la del doctor don Antonio de Medina, en los Carmelitas calzados de esta corte; la de fray Antonio María Irola, en el convento de la Victoria de Málaga; la del doctor don Joaquín Carrillo, en la catedral de Lérida; la de fray Nicolás Porrero, en el monasterio de San Lorenzo; y facilísimo nos seria aumentar largamente este catálogo.

Entre los segundos merecen citarse los *Elogios* de Cabarrús y Jovellanos, leídos en la Sociedad Económica de Madrid; el de don Nicolás de Azara, pronunciado en la iglesia de Santiago de Roma; y el Histórico de Honorato Gaetani.



que impropriadamente le han retratado con armadura de guerrero (1).

Sabida es, aun de los mas peregrinos en la historia, la afición de este monarca á la mas estricta é invariable regularidad en su método de vida. Esclavo voluntario de la costumbre, era para él una especie de agradable manía la de sujetarse á la mas rigurosa exactitud y puntualidad de época, de día, de hora, y hasta de minuto, así en sus ocupaciones de soberano, como en sus distracciones y recreos, como en los mas naturales y necesarios actos de la vida humana. Constantemente se acostaba y levantaba á la misma hora, y á la misma hora invariablemente hacia su desayuno, su comida y su cena. El mismo tiempo dedicaba cada día y cada noche al sueño, al despacho de los negocios, á la recepcion de ministros, diplomáticos y personas de jerarquía, á la oracion, á la caza y á la tertulia de familia. De tal manera y con tan regular precision distribuía su residencia en Madrid y los cuatro reales sitios de Aranjuez, el Pardo, San Ildefonso y San Lorenzo, que en un mismo día de cada año se trasladaba á cada uno de ellos, en ninguno acortaba ni prolongaba su estancia mas que el año anterior, y su regreso á Madrid no habia de ser ni mas tarde ni mas temprano un año que otro (2). Quien á tal extremo llevaba el sistema de la puntualidad en todo, no es extraño que tuviera el fácil mérito, que tanto sin embargo se aprecia y se agradece en los reyes, de ser puntual con todos y de no hacerse nunca esperar de nadie.

Conocida es tambien la afición de Carlos III al recreo y ejercicio de la caza, su pasatiempo diario y su distraccion predilecta. No diremos nosotros que le dominara esta pasion hasta el punto de desatender por ella y en tratándose de alguna cacería los negocios mas importantes del Estado, como escritores extranjeros afirman, guiados por relaciones tal vez exageradas de viajeros, y aun de algunos diplomáticos. Pero creemos tambien que no pasa de ser un laudable esfuerzo que hace el último historiador de este reinado cuando intenta persuadir que solo como medio higiénico y como ejercicio propio para conservar la salud dedicaba Carlos III algunas horas cada día á la caza. Sin duda que á veces no se divertiria en ella, como dice este escritor, lo cual suele acontecer con todo entretenimiento que se hace diario, y llega á carecer del atractivo de la novedad. Sin duda que no dejaria arruinarse el reino por correr tras los osos, venados ó jabalies; sin duda habrá exageracion en las anécdotas que á propósito de esta pasion se refieren. Pero es para nosotros indudable que llegó este pasatiempo á constituir en aquel monarca una especie de vicio, y que invertia en él mas horas y con mas dispendios de lo que estaba bien á un príncipe que por otra parte tanto se afanaba por hacer á sus súbditos laboriosos y aplicados, y por desterrar la ociosidad de su reino.

Por lo demás, de pureza en sus costumbres era Carlos III modelo á sus vasallos, y en siglos enteros no se habia sentado en el trono español un soberano de mas intachable conducta en aquello en que habia sido mas comun la flaqueza. Ni exento de las que son propias de la humanidad, ni viejo todavía cuando enviudó, rehusó constantemente pasar á segundas nupcias, queriendo pagar este tributo de amor á la virtuosa esposa que habia perdido; y en veintiocho años de viudez ni aun la malignidad cortesana, tan propensa á escudriñar é interpretar las acciones y los movimientos de los reyes, encontró

(1) Fernan Nuñez, Muriel, Gaetani, y otros que le conocieron dejaron escritos estos y otros pormenores, por ejemplo, que en los bolsillos de la casaca llevaba siempre algunos juguetes de su infancia, como tambien ciertos útiles de caza, que su ayuda de cámara cuidaba mucho de trasladar siempre que el rey se mudaba de traje.

«Su fisonomía, dice Fernan Nuñez, ofreció casi en un momento dos efectos y aun sorpresas opuestas. La magnitud de su nariz presentaba á la primera vista un rostro muy feo, pero pasada esta impresion, sucedia á la primera otra mayor, que era la de hallar en el mismo semblante que quiso espantarnos una bondad, un atractivo y una gracia que inspiraban amor y confianza.»

(2) En Aranjuez estaba despues de la Pascua de Resurreccion hasta fin de junio; venia á Madrid y estaba hasta el 17 ó 1 de julio; aquel día iba á cazar, comer y dormir al Escorial; al día siguiente se iba á la Granja, donde pasaba hasta el 7 de octubre. Volvia al Escorial, y estaba hasta diciembre; el resto hasta la época de volver á Aranjuez en Madrid.

nunca ni aun apariencias que pudieran darle pretexto á críticas que empañaran ni deslustraran en lo mas leve su reputacion de irrepreensible en esta materia. Por lo mismo no extrañaremos sea verdad que alguna vez se vanagloriara entre personas de su confianza de haber acertado á conservar una virtud, ciertamente no comun en sus antecesores (3).

Enemigo de la ficcion y mucho mas de la falsedad; hombre de buena fe, y cumplidor de su palabra, profesaba la máxima de que si la buena fe desapareciera del mundo deberia encontrarse en los palacios de los reyes; preciábase de no haber faltado nunca á la verdad, y tanto en lo que aseverara como en lo que ofreciera se podia descansar y fiar como *en palabra de rey*. — Consecuente en sus propósitos como en sus afecciones, á veces llevaba hasta el extremo de una dañosa inflexibilidad, así el apego á las personas en quienes depositaba su confianza y su cariño, como el apego á las resoluciones que una vez tomara. Mezcla de males y de bienes resultó de esta firmeza de carácter. Pero si bien hubiera convenido que fuese mas flexible para salir mejor de los compromisos en que le pusieron algunos errores políticos, por punto general su perseverancia y su inquebrantable entereza fueron las que mantuvieron en una respetable altura la dignidad de la nacion y la dignidad del trono. Y su repugnancia á los cambios de personas en el gobierno, si bien produjo cierta especie de despotismo ministerial, tambien la seguridad, y la estabilidad y la duracion en los ministerios de las personas á quienes lo confiaba, y en cuya eleccion mostró un tacto y tino especialísimo, fué la causa de que ellos tuvieran estímulo y tiempo para concebir, madurar y ejecutar tantas y tan importantes y útiles reformas como en este reinado se realizaron, y que no hubieran salido nunca de la esfera de proyectos con la inestabilidad y las continuas mudanzas que en tiempos posteriores hemos tenido ocasion y justicia para lamentar.

Piadoso y devoto este monarca, tan consecuente como era en todo, lo era tambien en los ejercicios y prácticas religiosas, en las oraciones, en los días de recibir los sacramentos, en la hora de asistir á la misa, en los actos y funciones públicas ó privadas que consagraba á los santos, á los misterios, á las reliquias ú objetos sagrados á que habia cobrado especial devoción. Nimio, y hasta un tanto supersticioso parecia á veces en esta materia, como en lo de llevar siempre consigo un librito de oraciones escrito por el hermano Sebastian de Jesus, lego franciscano, á quien por sus virtudes habia estimado muy particularmente en Sevilla, que murió el mismo año en que Carlos se coronó rey de Nápoles, á quien desde entonces tomó por su intercesor y medianero en sus oraciones privadas, y por cuya beatificacion trabajó con grande empeño. Y sin embargo, con este género de devoción y de piedad conciliaba él aquella despreocupacion y aquella entereza con que en las altas cuestiones y en las grandes contiendas sobre potestad espiritual y temporal, y sobre jurisdiccion eclesiástica y civil, y sobre autoridad para reformar y extinguir corporaciones religiosas, otorgar ó negar la admision á los rescriptos pontificios, y otros graves asuntos de esta índole, sostenia los derechos y prerogativas de la corona, á riesgo de que la pasion ó la malicia tildaran de poco religioso al que tanto y tan sinceramente lo era en su vida y costumbres.

De su acendrado amor á la justicia certifican y deponen unánimemente cuantos han dejado escrito algo de este monarca. Muchos son los que expresamente le han atribuido esta virtud; no sabemos de ninguno que se la haya negado. Y no solo era amante de esa justicia que se aplica en los tribunales, sino de esa otra, acaso mas difícil de aplicar, que consiste en la distribucion equitativa de los premios y remuneraciones, de las mercedes y empleos, de los medros ó recompensas, que

(3) Cuenta Fernan Nuñez que en uno de estos momentos de expansion le decia el rey al prior del Escorial: «Gracias á Dios, padre mio, no he conocido nunca mas mujer que la que Dios me dió: á esta la amé y estimé como dada por Dios, y despues que ella murió, me parece que no he faltado á la castidad, aun en cosa leve, con pleno conocimiento.» Compendio de la vida de Carlos III, cap. último — Bourgoing, Cuadro de la España moderna. — En casi todos los elogios y discursos que hemos citado antes se hace mérito de esta virtud de Carlos III.



deben otorgarse y graduarse con arreglo á los merecimientos y servicios de cada ciudadano, sin acepción de personas. Nunca á sabiendas faltaba Carlos III en este punto á los principios de la justicia distributiva y á las reglas establecidas de la administración. A tal extremo llevaba su severidad en esta materia, que nunca se empeñó con los ministros ni aun en favor de las personas mas predilectas de su servidumbre, por temor de perjudicar con su recomendación á otros mas meritorios, en menoscabo de la justicia y detrimento del servicio público. Refiérese á este propósito, entre otros muchos casos, el siguiente. Propúsole un día el ministro para un empleo á una de las personas que el rey estimaba mas. Preguntó Carlos al ministro si creía que realmente aquel sujeto estaba dotado de la aptitud y de las cualidades que el empleo requería, y como contestase afirmativamente, añadió el rey: «Mucho os agradezco que hayais pensado en este ascenso, pues aunque yo lo deseaba, por mi parte jamás me hubiera atrevido á solicitarlo (1).»

(1) El conde de Fernán Nuñez, que fué gentil-hombre de cámara de Carlos III, y después embajador en varias cortes, dedica todo el capítulo último del Compendio que escribió de la vida de aquel monarca á la descripción de las cualidades y vida interior del rey Carlos. Así es que cuenta, como quien lo veía diariamente, varias anécdotas y multitud de curiosos pormenores é individualidades, así del carácter como del sistema de vida de este monarca, que no carecen de cierto interés, por su singularidad. Después de describir su afabilidad hasta con las gentes mas humildes, su genio jovial y hasta chancero, su propensión á remedar á otros, que hacia con gracia, su manera de vestir de diario, de gala y de campo, su modo de hablar con los gentiles-hombres, mayordomos y hasta los criados inferiores, las diversiones á que tenía mas afición, etc., dice hablando de su inalterable y rutinario método de vida:

Su distribución diaria era esta todo el año. A las seis entraba á despertarle su ayuda de cámara favorito don Alverico Pini, hombre honrado, que dormía en la pieza inmediata á la suya. Se vestía, rezaba un cuarto de hora, y estaba solo ocupado en su cuarto interior hasta las siete menos diez minutos, que entraba el sumiller duque de Losada. A las siete en punto, que era la hora que daba para vestirse, salía á la cámara, donde le esperaban los dos gentiles-hombres de guardia y media guardia y los ayudas de cámara. Se lavaba y tomaba chocolate, y cuando habia acabado la espuma, entraba en puntillas con la chocolatera su repostero antiguo llamado Silvestre, que habia traído de Nápoles, y como si viniera á hacer algun contrabando le llenaba de nuevo la jicara, y siempre hablaba S. M. algo con este criado antiguo. Al tiempo de vestirse y del chocolate, asistían los médicos, cirujano y boticario, segun costumbre, con los cuales tenía conversacion. Oía la misa, pasaba á ver á sus hijos, y á las ocho estaba ya de vuelta, y se encerraba á trabajar solo hasta las once el día que no habia despacho. A esta hora venían á su cuarto sus hijos, pasaba con ellos un rato, y luego otro con su confesor y el presidente conde de Aranda, mientras lo fué, y á veces con algun ministro.—Salía después á la cámara, donde estaban esperando los embajadores de Francia y Nápoles, y después de hablarles un rato hacia una seña al general de cámara, que mandaba al ujier llamase á los cardenales y embajadores, que se unían á los de familia, y quedaba con todos un rato. Pasaba á comer en público, hablando á unos y á otros durante la mesa. Concluida esta, se hacían las presentaciones de los extranjeros, y besaban la mano los del país, que tenían motivo de hacerlo por gracia, llegada ó despedida. Volvía á entrar en la cámara, donde estaban los embajadores y cardenales que antes, y además de estos los ministros residentes y demás miembros del cuerpo diplomático, con quienes pasaba á veces media hora en cerco. He oído decir á todos y lo he confirmado yo mismo en mis viajes, que ningún soberano de Europa tenía mejor el cerco, con mas amenidad, majestad y agrado, lo cual es tanto mas difícil, que siendo diario parece no tenía que decirles...—Después de comer dormía la siesta, en verano, pero no en invierno, y salía luego á caza hasta la noche, primero con su hermano el infante don Luis, y después con el príncipe de Asturias su hijo. Al volver del campo le esperaba la princesa y toda la familia real. Se contaba y repartía la caza, hablaba de lo que cada infante habia hecho por su lado, y despedidos los hijos, daba el santo y el orden para el otro día, y pasaba al cuarto de sus nietos. Después venía al despacho, y si entre este y la cena, que era á las nueve y media, quedaba algun rato, jugaba al revesino para ocuparle... Cenaba siempre una misma cosa, su sopa, un pedazo de asado, que regularmente era de ternera, un huevo fresco, ensalada con agua, azúcar y vinagre, y una copa de vino de Canarias, dulce, en que mojaba dos pedacitos de miga de pan tostado, y bebía el resto. Le ponían siempre un gran plato de rosquillas cubiertas de azúcar, y un plato de frutas verdes de las que habia, pero á la mitad de la cena venían los perros de caza como tantas furias... etc.»

Después de detenerse en pormenores de esta especie, continúa el biógrafo: «Después de la cena rezaba otro cuarto de hora ó veinte minutos antes de recogerse, y luego salía á la cámara, se desnudaba, daba la hora

Si bien se reconoce igualmente el amor de este monarca á sus pueblos, y su celo por todo lo que creía conveniente al bien y á la prosperidad pública, que es sin disputa la primera y mas relevante cualidad del jefe de un Estado; si no hay tampoco quien desconozca su tacto y buen sentido para la elección de ministros y consejeros, así como su constancia y firmeza en mantener á su lado aquellos en quienes una vez habia depositado su confianza, condicion también de las mas excelentes, y en verdad, no comun en los príncipes; si todos sueñan acordes en punto á elogiar su afabilidad y su jovial y bondadoso carácter, no lo están tanto en lo que respecta á graduar la capacidad, el talento y la ilustración de aquel soberano. Sin embargo, estudiando su conducta y su manejo de rey, aun mas que sus acciones de hombre, es imposible explicar bien aquella sin reconocerle por lo menos una buena dosis de inteligencia clara, de recto sentido, de buena penetración, y aun la bastante instrucción para poder valorar las razones de aquellos á quienes pedía consejo. Así le juzgan también los que mejor pudieron conocerle. «Sus cualidades intelectuales y morales eran excelentes», dice un escritor extranjero, pero que le trató y conoció muy de cerca. «Aun cuando Carlos III, dice otro historiador de otra nación, no haya dejado memoria de un talento muy superior, se le concede generalmente sana razón y mucha bondad.... No carecía ni de tacto ni de experiencia para el despacho de los negocios....» Su mente clara ensalza todos los historiadores españoles del pasado y del presente siglo (2).

Nosotros nos afirmamos en el juicio que anticipamos en nuestro Discurso Preliminar. «Si el talento de Carlos, dijimos entonces, no rayó en el mas alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razón clara, sano juicio, intención recta, desinterés loable, ciego amor á la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones. Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, el tino de haber encomendado á los varones mas esclarecidos y á las mas altas capacidades de su tiempo, y puesto en las mas hábiles manos la administración y el gobierno de la monarquía.»

Dadas estas noticias del carácter y prendas personales de Carlos III, pasaremos á bosquejar el estado social de la nación española en su célebre reinado.

## CAPITULO XXI

### España en el reinado de Carlos III

#### I

Que la nación española recobró gran parte de la consideración é importancia que habia tenido en el mundo, que progresó admirablemente en civilización y en cultura, que mejoró de un modo prodigioso su régimen administrativo en el reinado de Carlos III de Borbon, cosa es universalmente reconocida y por nadie negada. Por merecedor del título de Grande, es generalmente reputado este príncipe, y de glorioso para España califican su reinado aun los que no son españoles, y nosotros no hemos ocultado desde la introducción á esta historia que formábamos coro con sus encomiadores. Y sin embargo no nos proponemos ser sus panegiristas: sus virtudes y sus defectos, los aciertos y los errores de su gobierno y de su política, las prosperidades ó los infortunios que produjeron, los hechos brillantes, como los que carecieran de gloria en su reinado, todos serán juzgados con la severa imparcialidad que creemos llevar de muy atrás acreditada, y que no abandonaremos, antes haremos especial estudio en mantenerla y guardarla en las épocas en que es mas necesaria y mas difícil, en las que se van aproximando ya á la nuestra.

al gentil-hombre para las siete del día siguiente, se retiraba con el sumiller y se metía en la cama. Esta era conocidamente la vida de este santo monarca... etc.»—Nos creemos dispensados de copiar otros muchos pormenores en que se extiende este ilustre y agradecido servidor.

(2) Beccatini, Fernán Nuñez, William Coxe, Muriel, Azara, Cabarrús, Jovellanos, Gaetani, Ferrer del Río, y cuantos de él en su tiempo y en los posteriores han escrito,



Cárlos III no encontró la España en la abyección deplorable en que la halló Isabel I de Castilla, ni en el lastimoso abatimiento en que yacía cuando vino á ocupar el trono su padre Felipe V. Prendas y dotes tenía Cárlos III para haber sacado la nación de aquella situación miserable, si tal hubiera sido; pero tuvo la fortuna de encontrarla ya en la vía de la regeneración y del engrandecimiento, en que su padre y su hermano la habían colocado según al final del libro VII tuvimos cuidado de advertir. Cuando Cárlos heredó el trono español, no era tampoco un joven inexperto como Isabel la Católica ó como el nieto de Luis XIV, sino un príncipe de edad madura, hecho á llevar corona y acostumbrado á manejar el cetro por espacio de muchos años en Parma y en las Dos Sicilias. No había quien le disputara la herencia, ni tenía que temer guerra de sucesión, como después de la muerte de Enrique IV de Castilla y de Cárlos II de Austria. Circunstancias eran todas estas que colocaban á Cárlos III en favorable aptitud y ventajosa posición para consagrarse desde el principio á labrar la prosperidad de sus reinos. No es esto rebajar el merecimiento de sus actos, es definir una situación, para eslabonarla con la que le sucedió, y poder valorar convenientemente la una por la otra.

En este como en todos los períodos históricos la condición de un pueblo depende del sistema político de los que rigen el Estado, así en lo exterior como en lo interior, cuyas dos políticas á veces marchan en acorde consonancia, á las veces puede ser tan acertada y provechosa la una como errada y funesta la otra, á las veces también prevalece en ambas un laudable acierto sin estar exentas de errores. El reinado de Cárlos III es uno de aquellos en que cabe bien considerar separadamente las dos políticas, no obstante la natural cohesión que tienen siempre entre sí. Primeramente nos haremos cargo de la situación en que colocó á España relativamente á las demás potencias su sistema de política exterior, con lo cual podremos después juzgar mas desembarazadamente del estado interior de la monarquía, parte principal y la mas gloriosa de este reinado.

Trece años llevaba España reposando digna, majestuosa y tranquilamente de sus pasadas luchas seculares, respetada y considerada fuera, reponiéndose y prosperando dentro, manteniendo noblemente su independencia, sin mezclarse en contiendas extrañas, merced al juicioso y discreto sistema de neutralidad, tan hábil y constantemente seguido por Fernando VI, cuando vino el tercer Cárlos de Borbon á regir la nación española, tal como se la transmitieron su padre y su hermano. Al año y medio de su venida la nación que descansaba como una matrona de todos acariciada y hasta envidiada, vuelve á armarse de casco y escudo como la diosa de la guerra, y trueca las dulzuras de la tranquilidad por la amarga agitación de las luchas armadas, y los hombres, y las naves, y la sangre y las riquezas de España son sacrificadas otra vez en el antiguo y en el nuevo mundo á un sentimiento de corazón, á un afecto de familia, á un arranque de inveterado enojo, y á un error de cálculo. Las primeras consecuencias de esta belicosa resolución no debieron ciertamente ni lisonjear á Cárlos III ni envanecer al ministro que negoció el Pacto de Familia, origen y causa de la guerra. ¿Qué significaban, ni cómo podían halagar el orgullo de una nación grande, la invasión de Portugal, los fáciles triunfos de las armas españolas en el pequeño reino lusitano, la toma de Almeida, el espanto de Lisboa, y aun la conquista de la colonia portuguesa del Sacramento, si entre tanto los ingleses nos arrebataban las dos joyas de nuestras posesiones de allende los mares, los dos inapreciables emporios de las Antillas y de las Filipinas? Y si á los dos años, por la paz de París, nos fueron restituidas la Habana y Manila, como nosotros tuvimos que restituir la colonia del Sacramento, ya no pudo remediarse la pérdida de muchos hombres, de no pocos navíos y riquísimas fragatas, el gasto de doce millones de duros, la cesión de la Florida, los daños de nuestro comercio, la importancia marítima que cobró Inglaterra, y los compromisos ulteriores en que, no obstante la paz de París, nos dejaba envueltos aquel pacto.

Si impolítico é inconveniente fué apartarse del sistema de neutralidad de Fernando VI, cuando ningún peligro había en

mantenerle, y si muchos en abandonarle, lo fué mucho mas por la manera como se hizo el desdichado convenio, que en el hecho de llamarse *de familia* llevaba inoculado en sí un vicio de origen, que como todos los de esta especie encerraba el germen de peligrosas derivaciones. Lo fué por haber ligado impremeditadamente la suerte de la nación española á la de otra potencia en lo exterior amenazada y en lo interior decaída; cuando España era mas fuerte, y no necesitaba de Francia, ni tenía por qué temer á Inglaterra, y cuando Francia temía á Inglaterra, y necesitaba de España. Así no es de extrañar que el ministro Choiseul dijera envanecido, que este tratado era el mas honroso de su ministerio; ni es tampoco extraño que el rey de España premiara con el toison de oro al negociador francés, puesto que creía haber logrado una transacción ventajosa.

¿Qué fué lo que alucinó á Cárlos III para empeñarse en tan lastimoso compromiso? Para nosotros (en otra parte lo hemos indicado ya), ni todo fué sentimiento de corazón y afecto de familia, ni todo afán de vengar una humillación recibida de Inglaterra: hubo, sí, de uno y de otro; pero también le impulsó el noble y patriótico designio de quebrantar la pujanza y abatir la soberbia de la nación que había arrancado á España y se negaba á restituirla las dos mas fuertes é importantes plazas marítimas, Gibraltar y Mahón. No se habían apagado todavía en Cárlos los fuegos de la juventud, y el que había ganado las coronas de Nápoles y de Sicilia con los triunfos militares de Bitonto y de Velletri, se dejó llevar mas de los halagüeños recuerdos de aquellas victorias que del ejemplo de la apacible respetabilidad de su hermano, y no haciendo la conveniente diferencia de épocas y situaciones, el ardor bélico, que fué plausible y heroico cuando era duque de Parma y legítimo aspirante al trono de las Dos Sicilias, fué imprudente y funesto cuando era soberano pacífico de las Españas.

Gérmes de largas y peligrosas derivaciones hemos apellidado aquel convenio. Y éralo tanto mas, cuanto que uno de los contratantes era un cumplidor esclavo de sus palabras y de sus compromisos, cualidad que distinguía á Cárlos III, mientras que de otro lado estaba lejos de poder contarse con la misma escrupulosidad, que no era esta la virtud que caracterizaba á Luis XV y á su ministro, cuando se atravesaba el interés particular de la Francia. Pronto se vió resaltar esta diferencia en la cuestión de las islas Maluinas. Si el monarca y el gobierno francés, que tan firmes y tan vigorosos se mostraron en no soltar la isla de Córcega de que acababan de apoderarse, hubieran estado igualmente enérgicos en ayudar á los españoles á conservar las de Falkland de que habían arrojado á los ingleses, ni estos las habrían recobrado, ni el embajador español en Londres hubiera tenido que hacer ante el gabinete británico la vergonzosa desaprobación de la conducta del general que conquistó las Maluinas de orden y á nombre de Cárlos III. La conciencia de Cárlos, debió sublevarse, como se sublevó la altivez española, cuando Luis XV le dijo: *Mi ministro quiere la guerra, yo no la quiero*. Pues qué, ¿bastaba no quererla cuando le obligaba el Pacto de Familia, siempre que fuese requerido, «sin que bajo pretexto alguno pudiera eludir la mas pronta y perfecta ejecución del empeño?» De bueno se pasó en esta ocasión Cárlos de España: con razón censuró el pueblo su excesiva condescendencia y debilidad, y lo peor fué que su pasión de familia fué mas fuerte que la lección de este escarmiento, y que olvidado de ella, y no considerándose, como debió, desligado de los compromisos del Pacto, envolvióse mas adelante en ellos, arrojando todas sus consecuencias.

Sensible nos es no poder absolver á Cárlos III de las que debió calcular que podría producir á España la parte activa que tomó en la emancipación de las colonias inglesas de la América del Norte; y sentimos igualmente no poder dejar de reconocer en la nueva guerra con la Gran Bretaña otra funesta derivación del Pacto de Familia, por mas que un moderno historiador de este reinado, llevado del buen deseo de sincerar á Cárlos de este cargo, haga esfuerzos de ingenio para persuadir de que si otra vez fueron á pelear juntos españoles y franceses, no era ya en virtud de aquel pacto, que se podía tener por caducado, aun cuando no se hubiese roto,



Cierto es que había tomado ya gran cuerpo y se ostentaba imponente la insurrección de los norte-americanos contra el gobierno de su metrópoli; que Francia la fomentaba abiertamente; que Luis XVI protegía la emancipación de los Estados Unidos; que el embajador francés en Madrid trabajaba con ardor por arrastrar á España á que luchase con Francia contra Inglaterra y en favor de la independencia de las colonias, invocando el Pacto de Familia, y que todavía Carlos III rechazaba la idea de un rompimiento con la Gran Bretaña, y que el ministro Floridablanca desaprobaba el pensamiento de la corte de Versalles y resistía á las excitaciones de Vergennes, y que rehuyó cuanto pudo ligar otra vez la suerte de una nación libre á la de una nación comprometida, y que pugnó por hacer prevalecer el prudentísimo plan de enviar fuerzas de mar y tierra á nuestras colonias para asegurarlas de todo peligro ó insulto, y ponernos en aptitud de sacar el mejor partido posible de cualquier negociación. Verdad es también que al principio se presentó Francia sola en la lucha como protectora abierta de la emancipación de los Estados Unidos, y que Carlos III de España se limitó por algún tiempo á desempeñar el honroso y noble papel de mediador entre las dos potencias rivales, nuevamente solicitada y acariciada la corte española por ingleses y franceses como en los buenos días de Fernando VI.

Pero al fin cambia otra vez Carlos III la oliva por la espada, y el conciliador se trueca en guerrero, y otra vez se unen los ejércitos y las escuadras de los dos Borbones contra la única potencia marítima que podía poner en peligro las inmensas posesiones de España en el Nuevo Mundo, ¿para qué? para favorecer la rebelión y promover la independencia de ajenas colonias, sin mirar que no podía recoger frutos de obediencia y sumisión en propias pertenencias quien sembraba y cultivaba la insurrección en las extrañas. ¿Fueron las desabridas respuestas del gabinete de Londres á las proposiciones de acomodamiento, y los insultos de sus marinos al pabellón español los que lanzaron á Carlos á correr los azares de otra guerra, ó fueron sus encarnadas afecciones de familia, y su antiguo y no satisfecho ni apagado encono contra la Gran Bretaña, sobreexcitado con los magníficos planes de guerra sugeridos por la ardiente imaginación del impetuoso conde de Aranda, representándole como fácil un golpe súbito de invasión, y como infalible la conquista de Inglaterra con otra armada mas invencible todavía que la tan célebre como desafortunada de Felipe II?

Era la segunda vez que el de Aranda aconsejaba con el natural ardimiento de su carácter la guerra contra aquella potencia. Pero hombre al propio tiempo de talento clarísimo, español y patriota como pocos, y muy previsor en política, había de ser también el primero que comprendiera las consecuencias graves que había de traer á España su no bien meditado consejo y la resolución precipitada del rey, y el primero que con arrepentimiento había de predecir al monarca la desmembración de las colonias españolas en un plazo mas ó menos lejano, á imitación y ejemplo de la que se había fomentado en las inglesas. Confesamos que la guerra fué popular en España, y que pueblos é individuos, clero, grandeza, corporaciones y particulares, hicieron espontáneamente esfuerzos y sacrificios infinitos para sostenerla. Comprendemos estos arranques patrióticos de entusiasmo nacional, y aun los aplaudimos, siquiera nazcan de esperanzas quiméricas ó de equivocados fundamentos. Culpamos de estos errores solamente á los hombres de Estado, á quienes cumple prever las consecuencias de los compromisos, y dirigir convenientemente la opinión y los sentimientos de los pueblos.

No se hizo esperar mucho el desengaño de aquellas ilusiones. Desde el puerto de Brest vió con sus propios ojos el conde de Aranda disiparse como una nube de humo el gran proyecto de desembarque, y de invasión y ocupación de Inglaterra. Las escuadras combinadas que habían partido ostentando omnipotencia volvieron moviendo á compasión, y al cabo de dos siglos se vió reproducido el desastre de la Inevitable. Sin tiempo para consolarse de este infortunio recibe Carlos III la nueva y funesta catástrofe de nuestra escuadra en las aguas de Gibraltar: gloriosa por el herois-

mo con que se defendieron nuestros marinos y que asombró al vencedor Rodney; funesta por la lastimosa destrucción de nuestras naves. En ambos casos, mas que las fuerzas británicas pelearon contra nosotros los elementos, y mas que el poder naval de Inglaterra nos dañó la vacilación ó el descuido, dado que otro nombre no mereciera, de la Francia. Si Orvilliers se hubiera conducido delante de Plymouth con la resolución de Lángara en el cabo Trafalgar, y si los navíos franceses de Brest se hubieran unido oportunamente, como debían, á los españoles en el Estrecho, ni allí Hardy ni aquí Rodney habrían gozado, el uno con la desastrosa retirada de las escuadras borbónicas, el otro con la destrucción de la flota de España. Carlos III vió en estos dos contratiempos lo bastante para no fiarse tanto de Francia y no asentir á su empeño de intentar otro desembarco en Inglaterra, pero no sospechaba que pudieran ser avisos providenciales para que meditara en las consecuencias de la nueva lucha en que se había comprometido.

Mucho le consoló en su pesadumbre la noticia de la gran presa que hizo don Luis de Córdoba á los ingleses en las Azores, y las que de las Indias Occidentales iban llegando de los triunfos que en Honduras y la Florida alcanzaban los dos Galvez, padre é hijo, presidente de Goatemala el uno, gobernador de la Luisiana el otro: que allá en el Nuevo Mundo favorecía la suerte de las armas y sopló mejor fortuna á los españoles en sus empresas que en Europa, bien que no sin que con los laureles y las conquistas se mezclaran calamidades, desastres é infortunios, de aquellos que suelen ser inseparables de las operaciones militares y de las empresas marítimas en climas malsanos, y que no alcanza á evitar ninguna previsión ni precaución humana. No puede negarse que la sumisión de la Florida y la expulsión de los ingleses del golfo de Honduras fueron gloriosas para aquellos intrépidos españoles.

Digna fué también de todo elogio la conducta que acá observó el gobierno español en las negociaciones que se entablaron para la paz. Habilísimo estuvo Floridablanca, y con mañosísima destreza supo sortear las capeiosas insinuaciones de la diplomacia inglesa. Ni las lisonjeras cartas de Hillborough le fascinaron, ni las artificiosas insinuaciones de lord North al presbítero Hussey y al secretario Cumberland le sorprendieron, y el gabinete británico pudo convencerse de que negociaba con quien le comprendía. Honra será siempre de Carlos III y de su primer ministro la insistencia en exigir como condición precisa para todo ajuste la restitución de Gibraltar. No hacemos cargo alguno á Inglaterra por su tenacidad en no querer soltar aquella plaza: aconsejábaselo así su interés, y tenía razón en lo que decía á ese propósito lord Stormont; censuramos solamente la estudiada ambigüedad de sus proposiciones. Aunque se frustraron estos tratos, logró Floridablanca uno de sus principales fines, el de obligar á la Francia, por temor de quedarse sola, á salir de su tibieza y á cooperar eficazmente á los planes de España, y especialmente á la expedición contra la Jamaica que se había proyectado.

¿Y cómo no reconocer el mérito del ministro español por la principalísima parte que tuvo en el célebre sistema europeo de la *Neutralidad armada*? Dado que este sistema no diera los resultados que el nombre y el ruido hicieran esperar, ¿fué poco lauro para Carlos III y para Floridablanca haber ganado por la mano á Inglaterra en atraerse la disputada amistad de Rusia, haber influido en la promulgación del código marítimo de Catalina II, en la adhesión de Suecia, Dinamarca, Prusia, Francia, Nápoles, Venecia y Holanda al Manifiesto de la zarina, y en el aislamiento político y mercantil de Inglaterra de todas las potencias de Europa? Dos naciones se elevaron y engrandecieron con el principio de neutralidad, España é Inglaterra, las dos por opuestas vías; España influyendo en la política general de Europa y promoviendo una gran confederación como en los tiempos de su mayor pujanza y poderío; Inglaterra dando al mundo un testimonio de su grande aliento, cuando aislada de todas las naciones, exteriormente desairada y sola, interiormente devorada por los partidos, teniendo que derramar sus fuerzas por ambos hemisferios, casi expulsada de las Indias Occidentales y poco menos que ven-



cida por sus colonias, tuvo empuje para declarar la guerra á Holanda y brios para pelear sola en todas partes. Hay que hacer justicia al espíritu, á la perseverancia, á la imperturbable impavidez de la nacion británica.

La reclamamos tambien para nuestra nacion en la reconquista de Menorca, el fruto mayor que sacó España de estas guerras. La concepcion del plan, su desarrollo, el secreto con que se condujo, la marcha, el ataque, todo fué admirablemente combinado y ejecutado. El rey, el primer ministro, el enviado á explorar los ánimos de los isleños, el general en jefe de la expedicion, capitanes, marinos y soldados, españoles y franceses, y hasta el general inglés que gobernaba á Mahon y quedó vencido, todos llenaron su deber en esta gloriosa empresa. Crillon y Murray compitieron en valor y galantería. Aquellos isleños enloquecian de encontrarse otra vez españoles al cabo de setenta y cuatro años de estar sujetos á hombres que no hablaban su lengua. Fundado y justo fué el regocijo de toda España, y Carlos III vió cumplido uno de los dos objetos en que tenia constantemente clavado y fijo su pensamiento, en que cifraba su mas ardiente deseo y su mas vehemente afán.

No plugo á la Providencia complacerle en lo que anhelaba todavía con mas vehemencia y ardor, en la recuperacion de Gibraltar. A la Providencia decimos, porque solo acudiendo á sus altos inescrutables fines puede el humano entendimiento resignarse á no poder explicar ni comprender cómo ochenta años de continuados esfuerzos y de gigantescos sacrificios no bastaron á España á reparar la pérdida de una hora desgraciada. La de un mundo entero nos ha sido menos costosa y menos funesta que la de esa enorme y descarnada roca enclavada en nuestro propio suelo, para ser torcedor y mortificacion de un pueblo bizarro, altivo y pundonoroso, desde el momento fatal que pasó á extraño dominio, Dios sabe hasta cuándo. Manejos diplomáticos hábilmente conducidos, promesas solemnes con frecuencia arrancadas, tratados y convenios sobre la base de la restitution cimentados, cambios y equivalencias ofrecidas, largos y costosos bloqueos con perseverancia sostenidos, sitios y ataques dirigidos con inteligencia y dados con asombroso valor, caudales con profusion empleados y sin cortedad consumidos, escuadras poderosas, y numerosos y aguerridos ejércitos de tierra regidos por generales de fama y por almirantes renombrados, famosas batallas campales y combates navales maravillosamente heroicos, hasta el último y mas prodigioso esfuerzo del ingenio del hombre y del poder de una nacion, el de las baterías flotantes, todos los medios que esta nacion, señora de dos mundos, empleó por cerca de ochenta años, diplomacia, ofertas, conciertos, cambios, bloqueos, sitios, caudales, ejércitos, escuadras, artificios, inventos, combates, todo se estrelló contra ese fatídico Peñon, cuyo circuito marítimo y terrestre parecia destinado para sepulcro de hombres y naves españolas. El mismo conquistador de Mahon vió palidecer ante Gibraltar las hojas del laurel de su recién ganada corona, y Carlos III tuvo que resignarse á aceptar la paz sin la devolucion de su ansiada plaza: cedióle varios territorios en el Nuevo Mundo, y no pudo recobrar una peña en su propio reino. No le inculpamos ni por su obstinado empeño, ni por el resultado infausto que tuvo: el empeño era patriótico y honroso; del resultado ¿quién podia responder? Gibraltar permaneció, como permanece, en poder de ingleses. Repetimos aquí lo que hemos dicho en otra parte. «Si todavía partes integrantes de la península ibérica continúan como destacadas de este recinto geográfico, cosa es que si debe apenarnos, no debe hacernos desesperar. Aun no se ha cumplido el destino de esta nacion; si no puede ser condicion de su vida propia y especial ser dominadora de naciones, tampoco puede serlo de otras dominar dentro de las cordilleras y de los mares que ciñen su suelo. Tenemos fe, ya que no podamos tener evidencia de este principio histórico.»

Cuando hemos calificado de poco acertada la política de Carlos, y de precipitada su resolucion de envolverse en nuevas guerras con la nacion británica y de ayudar á Francia contra ella, favoreciendo de este modo la insurreccion y la independencia de las colonias norte-americanas, no hemos

querido significar ni que aquellas luchas no fueran sostenidas con honra, ni que de la paz dejara de salir aventajada España. Con honra grande, si bien con dolorosos sacrificios, con gloria no escasa, si bien con harto gravámen del erario y sensible aumento de la deuda pública, fueron sostenidas aquellas guerras. Y en cuanto á las condiciones de la paz, ¿para qué ponderarlas nosotros cuando los extranjeros la han llamado «la mas honorífica y ventajosa transaccion diplomática de cuantas habia ajustado la corona de España desde la de San Quintín?» Y en verdad, aparte de la restitution ó de la reconquista de Gibraltar, única condicion que faltó para que todo fuese completo, ¿á qué mas habria podido aspirarse por fruto de la paz ó de la guerra, que á revocar el ignominioso tratado de Paris de 1763, á asegurar la posesion de Menorca, á salvar nuestras colonias de América, á adquirir el dominio de las dos Floridas, y á enseñorear todo el seno mejicano?

Pero á vueltas de todas estas ventajas, surge otra cuestion de mayor trascendencia, que es á la que nos hemos referido antes. ¿Fué acertada la política de Carlos III, fué conveniente al porvenir de una nacion que tenia tantas y tan vastas colonias en América, fomentar mas ó menos directamente la insurreccion y la emancipacion de los Estados Unidos, debilitando las fuerzas de Inglaterra y combatiendo al lado de la Francia? ¿Pudo influir este ejemplo en el levantamiento y en la independencia de las colonias españolas del Nuevo Mundo que al cabo de algunos años sobrevino?

## II

Un moderno historiador del reinado de Carlos III á quien no puede negarse ni recto ni claro juicio, ni buenos y profundos estudios sobre este período, se aparta en este punto del comun sentir de los historiadores y de la opinion general de los políticos, y asevera de plano que no hubo enlace alguno entre la independencia de las colonias españolas y la guerra que produjo la emancipacion de los Estados Unidos, y que ni un solo día se hubiera dilatado aquella aun cuando Carlos III presenciara inactivo esta lucha (1). Sentimos no poder estar de acuerdo con tan entendido y respetable historiador, pero sin que nosotros pretendamos que la independencia de nuestras colonias fuera una consecuencia precisa de la del Norte de América, sin que queramos suponer que necesariamente habia de venir la una en pos de la otra, nos es imposible dejar de admitir la influencia lógica y natural del ejemplo. ¿Era cuerdo, y podia ser prudente en quien poseia tantos y tan vastos y extensos dominios en el Nuevo Mundo, algunos de ellos vecinos y limítrofes á las colonias sublevadas, proteger la resistencia de estas á la metrópoli y favorecer su emancipacion, á riesgo de dar tentacion á las que esto veian, y se hallaban en situacion análoga, de imitar en ocasion oportuna y con igual esperanza la conducta de aquellas? ¿Y era verosímil, era siquiera posible, que ejemplo tan solemne fuera mirado con indiferencia ó pasara desapercibido de los americanos españoles?

¿Y qué fueron ya en aquellos mismos días las turbaciones del Perú y de Buenos Aires, qué fué la sangrienta rebelion de Tupac-Amaru, de los Cataris y los Bastidas, qué fueron las horribles catástrofes de Tinta y de Oruro, del Cuzco y del Santuario de las Peñas, qué fueron las trágicas escenas de aquella mortífera lucha, felizmente aunque no sin trabajo vencida y sofocada, sino chispas que, si no anunciaban, podian por lo menos presagiar otro mas voraz incendio? ¿Qué proclamaba el descendiente de los Incas, sino la emancipacion del dominio de España, y á quiénes hicieron los rudos indios víctimas de su encono sino á los corregidores, y al clero, y á los gobernadores, y á otras autoridades españolas?

Ni negamos que la independencia y la libertad de los Estados Unidos, como la de las otras grandes familias y regiones de América, ha sido ó pueda ser, bien que pasando por mas ó menos largas y penosas crisis, útil y provechosa á la humanidad en general; ni desconocemos que el destino de todas las grandes colonias, y en especial de las que están á inmensa

(1) Ferrer del Rio, en el capítulo 4.º del lib. V de la Historia del reinado de Carlos III.



distancia de su metrópoli, es emanciparse y vivir vida propia al modo de los individuos cuando llegan á mayor edad. Pero fuerza es reconocer también que el interés y la conveniencia especial de los soberanos es el de conservar cuanto puedan el dominio de las regiones que poseen, como es su deber regirlas en justicia y dispensarles los beneficios de la civilización; que no puede ser político excitarlas con el ejemplo á la independencia, ni menos exponerlas á los horrores de la anarquía. Lo que la prudencia y el interés aconsejan es hacerlas amigas y hermanas cuando no se puede mantenerlas súbditas, y hacerlas agradecidas cuando no se pueda tenerlas dependientes. Aun confesando que para sacudir su dependencia las colonias españolas de América fué menester que la península se encontrara en la crítica y lamentable situación en que la puso el coloso de Europa á principios de este siglo, y que á ello contribuyeron las doctrinas que santificaban las insurrecciones contra el gran dominador, todavía no podemos considerar prudente la política de Carlos III en apoyar y fomentar una emancipación que un día podría servir de modelo para la de sus propios dominios.

«Hubo un español, dijimos en nuestro Discurso Preliminar, que vaticinó con maravillosa exactitud todo lo que después había de sobrevenir, y lo que es más, lo expuso á su monarca con desembarazo y lealtad.» Este español fué el conde de Aranda, el mismo que antes había abogado con tanto ardor por la guerra: en el escrito que dirigió al rey después de hecha la paz, le decía: «La independencia de las colonias inglesas queda reconocida, y este es para mí un motivo de dolor y temor. Francia tiene pocas posesiones en América, pero ha debido considerar que España, su íntima aliada, tiene muchas, y que desde hoy se halla expuesta á las más terribles conmociones.....» Y más adelante: «Jamás han podido conservarse por mucho tiempo posesiones tan vastas colocadas á tan gran distancia de la metrópoli. A esta causa, general á todas las colonias, hay que agregar otras especiales á las españolas, á saber: la dificultad de enviar los socorros necesarios; las vejaciones de algunos gobernadores para con sus desgraciados habitantes; la distancia que los separa de la autoridad suprema, lo cual es causa de que á veces trascurren años sin que se atienda á sus reclamaciones..... los medios que los vireyes y gobernadores, como españoles, no pueden dejar de tener para obtener manifestaciones favorables á España; circunstancias que reunidas todas no pueden menos de descontentar á los habitantes de América, moviéndolos á hacer esfuerzos á fin de conseguir la independencia tan luego como la ocasión les sea propicia.» Y hablando de la nueva nación: «Esta república federal nació pigmea, por decirlo así, y ha necesitado del apoyo y fuerza de dos Estados tan poderosos como España y Francia para conseguir su independencia. Llegará un día en que crezca y se torne gigante, y aun coloso temible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y solo pensará en su engrandecimiento... El primer paso de esta potencia será apoderarse de las Floridas á fin de dominar el golfo de Méjico. Después de molestarnos así en nuestras relaciones con la Nueva España, aspirará á la conquista de este vasto imperio, que no podremos defender contra una potencia formidable establecida en el mismo continente y vecina suya.»

Discurriendo luego este hombre de Estado sobre los medios que convendría emplear para evitar las grandes pérdidas que preveía, proponía al rey el establecimiento de tres infantes españoles en los dominios de América como reyes tributarios, uno en Méjico, otro en el Perú, y otro en Costa-Firme, tomando el de España el título de emperador, y conservando para sí solamente las islas de Cuba y Puerto-Rico en la parte septentrional, y alguna otra que conviniera en la meridional. Los nuevos soberanos y sus hijos deberían casarse siempre con infantes de España ó de su familia, y los príncipes españoles se enlazarían también con princesas de los reinos de Ultramar. «De este modo, decía, se establecería una unión íntima entre las cuatro coronas, y antes de sentarse en el trono cualquiera de estos príncipes debería jurar solemnemente que cumpliría con estas condiciones.» Entre las ventajas que resultarían de este plan contaba la de la contribución de los tres reinos (que

habían de ser, una en oro, otra en plata, y otra en géneros coloniales), la de cesar la continua emigración á América, la de impedir el engrandecimiento de las colonias, ó de cualquiera otra potencia que quisiera establecerse en aquella parte del mundo, el aumento de nuestra marina mercante y militar, y añadía: «Las islas que arriba he citado, administrándolas bien y poniéndolas en buen estado de defensa, nos bastarían para nuestro comercio, sin necesidad de otras posesiones, y finalmente disfrutaríamos de todas las ventajas que nos da la posesión de América sin ninguno de sus inconvenientes (1).»

También el ilustrado historiador de Carlos III á quien antes hemos aludido, tiene por inverosímil de todo punto que hiciera el conde de Aranda esta representación que se le atribuye, y funda su opinión principalmente en dos razones: la primera es no hallarse ni mencionarse este documento en la correspondencia oficial ni en la confidencial entre Aranda y Floridablanca; es la segunda lo difícil que se le hace creer que un personaje de tanta gravedad y fijeza de opiniones como Aranda, y que años antes había sido partidario ardiente de la guerra, pudiera después estampar frases é ideas tan en contradicción con su anterior pensamiento como las que hemos copiado. Pero la primera se desvanece con la reflexión que el mismo autor hace de seguida, á saber, que la representación fué escrita en Madrid y presentada á la mano, circunstancia que explica por sí sola lo de no encontrarse entre la correspondencia de aquellos dos personajes: á lo cual añadimos nosotros, que habiendo sido el duque de San Fernando ministro de Estado, nada más verosímil y natural que el que conservara entre sus manuscritos un documento como este (2).

Respecto á la segunda razón, que á primera vista parece ser más fuerte y más profunda, nosotros, sin pretensión de fallar sobre la autenticidad del documento y responder de ella, la tenemos por muy posible, y creemos poder explicar sin violencia la variación en el modo de pensar de aquel insigne hombre de Estado. Lo que á nuestro juicio hubo fué, que el conde de Aranda, hombre de imaginación fogosa, que deseaba abatir el poder marítimo de Inglaterra, y que creyó ver una ocasión oportuna y haber ideado un plan infalible para anonadarle, aconsejó y excitó á la guerra con su natural impetuosidad y ardor. Mas luego que se firmó la paz, en que se estipulaba el reconocimiento de la independencia de los Estados-Unidos, previsor como buen estadista, y español de corazón, comprendió la trascendencia del resultado de la lucha para el porvenir de España en el Nuevo Mundo, se asustó de su propia obra, y discurriendo sobre el peligro que podrían correr las colonias españolas con el ejemplo de lo que acababan de presenciar en el Norte de América, y previendo su futura desmembración, quiso ocurrir al remedio proponiendo el plan contenido en su citada representación ó memoria.

Que Aranda pronosticó y tuvo por seguro que al cabo de un tiempo no muy lejano, pero que no podía determinar, habíamos de perder el continente americano, cosa es para nosotros incuestionable. A la vista tenemos dos cartas suyas, escritas al conde de Floridablanca, en que se ve cuán fija tenía

(1) Esta Memoria ó representación, sacada de la Colección de manuscritos del duque de San Fernando, fué publicada por don Andrés Murriel en el cap. 3.º adicional á la *España bajo el reinado de la casa de Borbon* de William Coxe.

(2) De haberse dado al duque de San Fernando copias de muchos papeles pertenecientes á la correspondencia de nuestros embajadores del pasado siglo, se encuentran noticias en el archivo de Simancas. El archivero señor Gonzalez era amigo particular del duque.

Decir que «los gérmenes de emancipación de los dominios de América brotaron casi de improviso y que hay que buscarlos muy fuera de la época de Carlos III.» no solo se opone á los datos que hemos presentado, sino á otros que muy recientemente hemos encontrado en el mencionado archivo, referentes á los manejos del italiano don Luis Vidalle y del capitán don Francisco Miranda para sublevar la América Meridional (de 1783 á 1785). Constan sus viajes á los Estados Unidos y á Londres á solicitar auxilios para hacer la sublevación: entre los papeles de Vidalle se encontró la «Historia del motin de la provincia de Maracaibo y reino de Santa Fe que empezó por mayo de 1781.» Consta toda la historia de estos dos sujetos, y sus gestiones en el sentido expresado. Vidalle fué arrestado en Francia, y enfermó en Olmedo cuando era traído preso á Madrid —Correspondencia de embajadores con la corte.



esta idea, y cuánto le mortificaba. En la primera (1), con aquel desenfado y aquella llaneza que acostumbraba en las cartas de confianza, le decía: «Nuestros verdaderos intereses son que la España europea se refuerce con poblacion, cultivo, artes y comercio; porque la del otro lado del charco Océano la hemos de mirar como precaria, años de diferencia: y así, mientras la tengamos, hagamos uso de lo que nos pueda ayudar para que tomemos sustancia, pues en llegándola á perder, nos faltaria ese pedazo de tocino para el caldo gordo.... Dirá V. E. de botones adentro que yo soy un visionario; yo lo celebraria de todo mi corazon, pero por el estado del mundo así se clavó en la testa aragonesa, dura.... segun dicen los castellanos....»

En la segunda (2) apuntaba y desenvolvía un nuevo pensamiento sobre las Américas españolas; ó porque el primero no hubiera encontrado acogida, ó posibilidad de realizacion, ó porque él mismo encontrara el segundo mas conveniente ó mas factible; cuyas vacilaciones nada tienen de extraño en cuestion tan difícil, y tan oscura en aquel tiempo. «Ya sabe V. E., decía, cómo pienso sobre nuestra América. Si nos aborrecen, no me admira segun los hemos tratado, si no la bondad de los soberanos, las sanguijuelas que han ido sin número.... y no entiendo que haya otro medio de retardar el estampido que el de tratar mejor á los de allá y á los que vinieren acá.» Y despues de exponer la necesidad de enviar mejores empleados y de dividir los negocios de un modo conveniente á su mejor expedicion, pasaba á manifestar su nuevo plan, y decía: «Mi tema es que no podemos sostener el total de nuestra América, ni por su extension, ni por la disposicion de algunas partes de ella, como Perú y Chile, tan distantes de nuestras fuerzas, ni por las tentativas que potencias de Europa pueden emplear para llevársenos algun giron ó solevarlo. Vaya, pues, de sueño. Portugal es lo que mas nos convendria, y solo él nos seria mas útil que todo el continente de América, exceptuando las islas. Yo soñaria el adquirir Portugal con el Perú, que por sus espaldas se uniese con el Brasil, tomando por límites desde la embocadura del rio de las Amazonas, siempre rio arriba, hasta donde se pudiese tirar una línea que fuese á caer á Paíta, y aun en necesidad, mas arriba á Guayaquil. Estableceria un infante en Buenos-Aires, dándole tambien el Chile; si solo dependiese en agregar este al Perú para hacer declinar la balanza á gusto del Portugal en favor de la idea, se lo diera igualmente, reduciendo el infante á Buenos-Aires y dependencias.

»No hablo de retener Buenos-Aires para España, porque quedando cortado por ambos mares por el Brasil y el Perú, mas nos serviria de enredo que de provecho, y el vecino por la misma razon se tentaria á agregárselo. No prefiero tampoco el agregar al Brasil toda aquella extension hasta el cabo de Hornos, ó retener el Perú, ó destinar este al infante, porque la posicion de un príncipe de la misma casa de España, cogiendo en medio al dueño del Brasil y Perú, serviria para contener á este por dos lados.

»Quedaría á la España desde el Quito, comprendida hasta sus posesiones del Norte, y las islas que posee al golfo de Méjico, cuya parte llenaria bastante los objetos de la corona, y podria esta dar por bien empleada la desmembracion de la parte meridional, por haber incorporado con otra solidez el reino de Portugal. ¿Pero y el señor de los fidalgos querria buenamente prestarse? ¿Pero cabria, aun queriendo, que se hiciese de golpe y zumbido? ¿Pero y otras potencias de Europa dejarían de influir ú obrar en contrario? ¿Pero, y cien pechos? Y yo diré: soñaba el ciego que veia, y soñaba lo que queria: y ese soy yo, porque me he llenado la cabeza de que la América Meridional se nos irá de las manos, y ya que hubiese de suceder, mejor era un cambio que nada. No me hago proyectista ni profeta, pero esto segundo no es descabellado, porque la naturaleza de las cosas lo traerá consigo, y la diferencia no consistirá sino en años antes ó despues. Si fuera portugués, aceptaria el cambio, porque allá gran señor y sin

los riesgos de lo de acá, tambien un día ú otro seria mas sólido y grande que el rincon de la Lusitania; y siendo lo que soy, buen vasallo de la corona, prefiero y preferiré el reunir el Portugal, aunque parece que se les daría un gran mundo.»

A estos párrafos de la carta del conde embajador contestaba el ministro Floridablanca (3): «El remedio de la América por los medios que V. E. dice sueña es mas para deseado que para conseguido. Por mas que chillen los indios y los que han estado allá, crea V. E. que nuestras Indias están mejor ahora que nunca, y que sus grandes desórdenes son tan añejos, arraigados y universales, que no pueden evitarse en un siglo de buen gobierno, ni la gran distancia permitirá jamás el remedio radical. La especie del cambio es graciosa. ¡*Utinam!*» Como se ve, lo del cambio lo consideraba ventajoso, pero le parecia irrealizable.

Así pensaban entonces acerca del presente y del porvenir de nuestra América aquellos dos insignes hombres de Estado.

### III

Si otras potencias hubieran seguido los sentimientos y la política de Carlos III respecto á la desmembracion de la desgraciada Polonia, es mas que probable que no se hubiera consumado aquel inicuo repartimiento, y las tres naciones que se la adjudicaron fueran hoy menos poderosas, y serian otras las bases del equilibrio europeo, y diferente acaso tambien la fisonomía política que desde entonces han venido presentando los Estados del Norte y del Mediodía y del Occidente de Europa.

No encontramos igual motivo de aplauso en su resolucion de la reconquista de Argel; y no porque no obrara impulsado de un laudable propósito, de un fin justo, de un sentimiento nacional, religioso y humanitario, aparte de la mira política, sino porque al cabo, por primera y única vez vemos al cumplidor escrupuloso de los pactos abandonar la actitud que le prescribia una estipulacion reciente. La empresa fué desastrosa por mal dirigida. Pendia del secreto como la de Menorea, pero O'Reilly distaba mucho de ser un Crillon, y el ejemplo de este no bastó á hacer cauto á aquel. España perdió una armada y un ejército; O'Reilly su reputacion de general; el ministro Grimaldi la poca consideracion que ya le tenia el pueblo, y á pesar del favor del rey la malhadada expedicion le colocó en una pendiente en que se hizo ya inevitable su caida. Desde los tiempos de Carlos V y de Felipe II era constantemente desastroso y funesto todo lo que se emprendia contra una potencia europea y contra una regencia africana, Inglaterra y Argel. Parecian estos dos puntos de fatidico agüero para España. ¿Cuántos hombres y cuántas naves españolas han quedado sepultados en aquellas costas y en aquellos mares!

Y sin embargo, estamos léjos de calificar, como lo hace un ilustrado historiador extranjero (4), de lastimosa manía y aberracion el deseo de nuestros monarcas de dominar en el litoral africano, y la aspiracion de Carlos III á adquirir otro punto de apoyo en la costa de Berbería, teniendo por mucho mas útil que las sumas gastadas en aquellas expediciones y en aquellos presidios se hubieran destinado al sostenimiento de fuerzas marítimas en el Estrecho para proteger el comercio contra los berberiscos. En otra parte hemos consignado ya nuestros principios sobre esta materia, del todo opuestos á los del historiador citado. «¡Ojalá (decíamos hablando de la recuperacion de Oran por Felipe V), ojalá se hubiera emprendido la reconquista de Argel!» Y como no somos empíricos, ni juzgamos de la bondad de los principios por el resultado eventual y fortuito de los sucesos, el éxito desgraciado de una expedicion malograda por causas conocidas y que pudieron remediarse no ha de impedirnos repetir aquí lo que dijimos entonces: «Se han gastado constantemente las fuerzas de España en conquistas europeas á que nuestra posicion excéntrica no nos llamaba, y se ha desatendido la parte del mundo á que nos convidaban nuestra situacion, nuestra fe y nuestras tradiciones.» La enseña de Cisneros (que nos señalaba la costa africana como un vasto teatro que se abria á nuestras glorias)

(1) Fecha en Paris, á 21 de julio de 1785.—Archivo de Simancas, Correspondencia entre Aranda y Floridablanca.

(2) Fecha en Paris á 12 de marzo de 1786.—Archivo de Simancas, ubi sup.

(3) Desde el Pardo, á 6 de abril de 1786.

(4) Coxe, Parte adicional, cap. 3.º



no ha sido seguida; la política se ha invertido: se ha dado lugar «á que una nacion vecina, sin los títulos, y sin la base, y sin los elementos que la española, haya buscado y encontrado su engrandecimiento donde nosotros pudimos y debimos tener nuestra grandeza (1).»

Tanto envalentonó aquella malograda empresa á los argelinos, que cuando la política aconsejó á Carlos III ponerse bien con las regencias berberiscas, halló en la de Argel una resistencia tan tenaz, que ni las proposiciones del gobierno español, ni el ejemplo de la Sublime Puerta que acababa de ajustar un tratado de paz, amistad y comercio con el rey católico, ni los consejos y las excitaciones del Gran Sultán bastaron á domar la soberbia de aquella potencia corsaria; y fué menester un bloqueo sistemático y un bombardeo periódico de tres años para hacer doblar la cerviz á aquella madriguera de piratas, y obligarla á aceptar, aun de mal grado, un convenio que pusiera el comercio español al abrigo de las insolencias de aquellos salteadores de los mares. Trípoli y Túnez se prestaron con menos obstinacion y pusieron menos repugnancia, las negociaciones fueron bien conducidas, y merced á esta prudente y hábil política, la bandera mercante española tremoló con una seguridad, en siglos no alcanzada, de uno á otro extremo del Mediterráneo, cesó la esclavitud de millares de familias que costaban muchas lágrimas y muchas sumas de oro, aumentóse la contratacion, creció la marina, y se pobló y cultivó una extension inmensa de nuestro litoral, antes inculto y desierto por inseguro.

Inconveniente y errada fué en un principio la política de Carlos para con el vecino reino de Portugal, tanto como la hallamos acertada y discreta despues. Algo dijimos ya de la invasion del reino lusitano, una de las primeras consecuencias del Pacto de Familia; los fáciles é infructuosos triunfos allí conseguidos no podian menos de renovar antiguos odios, que hubiera convenido mas extinguir, entre dos pueblos que debian por mutua conveniencia ser siempre hermanos y amigos. Manteniasse viva aquella rivalidad con la perenne contienda, origen de tantas guerras, y en que se consumieron tan crecidas sumas, sobre la posesion de la colonia del Sacramento, á que se dió una inmerecida y excesiva importancia. Fué necesario que cayera el ministro portugués Pombal y que se pusiera á la cabeza del gobierno español el hábil Florida-Blanca, para que se diera un rumbo mas conveniente á las relaciones entre las dos naciones vecinas. El tratado de límites de 1777 fué un acto que dió alta idea del talento político de don José Moñino, y un acontecimiento feliz, como término de antiguas desavenencias y luchas, y como base de la estrecha alianza que le subsiguio en 1778. Dobles enlaces entre príncipes y princesas de las dos familias reinantes acabaron de estrechar despues aquella alianza; que si bien fué tambien de familia, cuando en estos pactos no entra como elemento exclusivo la razon de deudo, sino que concurren en acorde consonancia la razon de Estado, el afecto de la sangre, la conveniencia política, la justa proteccion de una parte y la gratitud de otra, que fué el caso de Carlos III de España con su sobrina la reina de Portugal despues de la muerte de José I, entonces estos pactos, léjos de encerrar un germen de funestas derivaciones, le llevan de mutuas, legítimas y saludables consecuencias.

Alternativamente ventajosos y funestos los pactos, alianzas y confederaciones de Carlos III con otras potencias en los dos primeros tercios de su reinado; alternativamente cuerda y desacertada su política en sus relaciones exteriores y en sus empresas en el antiguo y en el nuevo mundo; alternativamente propicios y adversos los sucesos militares, las expediciones marítimas, y los resultados de las guerras y de las paces, pero haciendo siempre gran figura en su tiempo la nacion española, en la próspera como en la contraria fortuna, creemos que el rumbo que en el último tercio del reinado supo dar á la política exterior puede y debe satisfacer cumplidamente al español mas amante del buen nombre de sus monarcas y de la dignidad y de la gloria nacional. Si siempre es noble y digna la actitud de un soberano que se constituye en reconcilia-

dor de otros soberanos y en pacificador de naciones, es doblemente honrosa y lisonjera cuando su voz es escuchada, respetado su nombre, poderoso su influjo, y eficaz su intervencion. Grandes títulos habia adquirido sin duda Carlos al respeto y consideracion de otras potencias, cuando su mediacion bastó á reconciliar por dos veces á Portugal con Francia, cuando logró evitar un nuevo rompimiento entre Francia é Inglaterra, cuando con sus prudentes exhortaciones llegó á alcanzar que estas dos potencias que parecian irreconciliables se entendieran hasta el punto de firmar un convenio, obligándose á no intervenir con la fuerza en los negocios de Holanda, y cuando en el arreglo definitivo entre las cortes de Madrid y Londres de los puntos que habian quedado pendientes en el tratado de paz, obtuvo de la Gran Bretaña concesiones que eran para ella verdaderos sacrificios, aun á costa de excitar murmuraciones en el pueblo y en el parlamento.

No puede leerse sin respetuosa admiracion el cuadro en que se desenvuelve el sistema general de política exterior de Carlos III, tal como se contiene en la última parte de la célebre Instruccion reservada para la Junta de Estado. Hay que retroceder mas de dos siglos para encontrar otro documento de la misma índole con que poder cotejarle, que es la Instruccion de Carlos V á su hijo Felipe II al hacer en él la abdicacion de sus vastísimos dominios; pero aventaja sin duda en mérito la del tercer Carlos de Borbon á la del primer Carlos de Austria. Aunque la supongamos obra de su primer ministro, el rey la hizo suya aceptándola, y no la aceptó sin examen, sino despues de largas conferencias y de muy detenida meditacion. No se sabe qué admirar mas, si el profundo conocimiento que el soberano y el ministro mostraban tener de la situacion, de los intereses, de las pretensiones y designios de todas y cada una de las potencias y estados del mundo, si la circunspeccion y cordura con que sobre este conocimiento acordaron conducirse y manejarse con las cortes extranjeras, influyendo en todas las cuestiones europeas, y haciendo pesar en la balanza del mundo la política española, en el sentido mas favorable á la paz de los pueblos, y sin ligar ni comprometer los intereses, ni el porvenir y la suerte de España á los de otra potencia alguna, ni por amiga ni por poderosa que fuese.

En las grandes perturbaciones que de nuevo amenazaban á Europa, Carlos III, sin consentir que se lastimase ni rebajase en nada la importancia y el poder de las naciones borbónicas, supo tambien conservar la independencia y la dignidad de su reino, negándose á formar parte de la cuádruple alianza que se proyectaba entre las dos cortes imperiales, Francia y España, sin dejarse seducir por las excitaciones ni deslumbrar por los ofrecimientos, y sin ofender á los que le buscaban ni dar recelos á los que le temian. Las lecciones de lo pasado le habian hecho cauto y prevenido, y aunque algo mas tarde de lo que fuera de desear, todavia comprendió á tiempo de evitar grandes males y de hacer no pocos bienes lo que debió haber sido siempre el Pacto de Familia. Asombra el exacto conocimiento que manifestaba tener de la índole y carácter de la política inglesa, de las miras y aspiraciones de la Francia, de los designios ambiciosos de Rusia sobre Turquía, y su prevision sobre los medios de enfrenar las pretensiones de los imperios del Norte; y aparte de la cuestion de los Estados Unidos de América, en que le encontramos siempre un tanto obcecado, es á nuestro juicio maravilloso el acierto con que discurria acerca del espíritu y tendencias de cada nacion, y de la política que con cada una de ellas convenia seguir á España.

Por último, gloria será siempre, y siempre honrará la memoria de Carlos III el haber acertado con esta política á colocarse en situacion de ser el único soberano de Europa á quien todas las naciones volvieron la vista como al solo monarca que podia conjurar las nuevas turbaciones de que se veia amenazada, y el haberlo logrado, siquiera fuese por pocos años, que tampoco alcanzaron á mas los de su vida. En el caso de que la Providencia hubiera querido diferir algun tiempo su muerte, no sabemos, ni es fácil adivinar cuánto y en qué sentido hubiera podido influir en los grandes acontecimientos que en Francia y en Europa sobrevinieron á poco de descender Carlos III á la tumba.

(1) Parte III, lib. VII de nuestra Historia.



IV

Como una de las materias que mas influyeron en el órden político y social fuera y dentro de España, creemos correspondiente al método que nos hemos propuesto en nuestras observaciones considerar en este sitio la fisonomía que imprimió al reinado de Carlos III la doctrina del regalismo que él y sus hombres de Estado profesaban, y el hecho ruidoso de la supresion, en España y en otros Estados de la cristiandad, de un célebre instituto religioso, y de la expulsion y dispersion de sus individuos; puntos que constituyen uno de los caracteres que distinguen mas la política del reinado cuya historia acabamos de hacer, y que nosotros conceptuamos como íntimamente enlazados.

La doctrina exagerada que en los siglos medios sostuvieron algunos pontífices sobre la universal é ilimitada potestad de la Iglesia y su jurisdiccion y supremacía sobre todos los poderes humanos, así en lo temporal y civil como en lo eclesiástico y espiritual, y la facultad que se arrogaron de disponer de las coronas de los príncipes y de relajar á su voluntad el juramento de fidelidad de los súbditos á sus soberanos, reyes ó emperadores, produjo, como acontece siempre con todas las doctrinas extremas, una reaccion, que suele ser extrema tambien, en favor del principio opuesto. A este extremo lamentable llevó la célebre Reforma del siglo XVI naciones enteras de la cristiandad con daño inmenso de la unidad católica, naciendo la escuela del protestantismo, pronto dividida en multitud de sectas, separándose algunos Estados del centro comun de la Iglesia y desconociendo la autoridad de su cabeza visible, instituida por el mismo Dios, é infiltrándose la doctrina herética de la reforma en las mismas naciones en que por fortuna se conservó la pureza del dogma y que no llegó á romperse el principio de la unidad. Aun en estas mismas, y fuera ya de los errores de la reforma, siguió agitándose entre teólogos y canonistas la cuestion del poder y de la infalibilidad del papa, distinguiéndose en esta controversia, y sosteniéndola con furor, y aun con encarnizamiento, de un lado el profesor de Lovaina y obispo de Iprés Cornelio Jansenio y los defensores de su doctrina, de otro lado los teólogos de la Compañía de Jesus, defensores natos por su instituto de la infalibilidad y de la ilimitada autoridad de los pontífices.

Aun dentro de los principios del catolicismo, y sin mezcla ya de heterodoxia, suscitóse otra cuestion grave, que preocupó los ánimos de todos durante el siglo XVII y continuó debatiéndose en el XVIII, á saber, la del verdadero y difícil deslinde de la jurisdiccion, autoridad y facultades propias de los dos poderes, espiritual y temporal, á fin de fijar las que por su naturaleza correspondian á cada uno, para establecer la conveniente y saludable concordia entre el sacerdocio y el imperio, evitar invasiones peligrosas de una y otra parte, y conjurar en lo posible funestas colisiones entre el jefe de la Iglesia universal y los soberanos temporales de los Estados. Estas controversias dieron origen y fueron ocasion á que se formaran dos escuelas, á una de las cuales pertenecian los defensores de ciertos derechos de los príncipes seculares, que dieron en llamar *regalías* de las coronas, ya por considerarlos inherentes á la potestad temporal, ya porque les perteneciesen como protectores y patronos de sus iglesias, ya porque procediesen de concesiones hechas por los mismos pontífices: pertenecian á la segunda los sostenedores de la supremacía de los papas y de las inmunidades de la Iglesia. A los primeros se denominó *regalistas*, á los segundos *papistas* y *ultramontanos* (1). Aunque la doctrina de las *regalías* no era ya sino una cosa inconexa y muy diferente del *jansenismo*, naturalmente los jansenistas habian de propender mas á ella que á la de la escuela opuesta; y esto bastaba para que los *jesuitas*, acalorados y fogosos papistas por su misma institucion, y antagonistas declarados de la doctrina de las regalías, apellidaran *jansenistas* á todos los defensores de los derechos temporales de los reyes.

(1) Este último nombre, *ultra montes*, se dió para designar á los que vivian del otro lado de los Alpes, ó como si quisieran decir, en Roma, y defendian las máximas y los intereses de la corte romana.

Por desgracia no hubo en esta, como no suele haber en otras disputas de escuela, toda la templanza que hubiera sido de desear en los contendientes, y que hubiera convenido para determinar á la luz de una pacífica discusion las respectivas facultades de ambas potestades, sin menoscabo ni mengua de ninguna, y para venir á los términos de una verdadera concordia. Entre otras consecuencias de estas disputas lo fué, y de las mas notables, la declaracion del clero francés á últimos del siglo XVII, conocida con el nombre de *Libertades de la Iglesia Galicana*. Ya á principios del mismo siglo doctos españoles profesaban y sostenian las doctrinas regalistas, de que fué expresion el célebre Memorial presentado á nombre del rey Felipe IV al papa Urbano VIII por los dignos representantes de la corte de España en Roma, Chumacero y Pimentel. Fogoso é incansable sostenedor del principio de las regalías fué despues el sabio juriseconsulto Macanaz. En los reinados de Felipe V y Fernando VI tomó cuerpo y se difundió en España esta doctrina, si bien combatida siempre por la escuela contraria; y la necesidad de dirimir las discordias producidas por estas controversias, y la conveniencia mutua de los pontífices y de los reyes, de la Iglesia y de los Estados, produjo aquellas transacciones y avenencias entre las potestades espiritual y temporal, entre la Santa Sede y los monarcas, á que se dió el nombre de Concordias, como la de Fachenetti, ó de Concordatos, como los de 1737 y 1753.

Aunque en estas convenciones se arreglaron puntos esenciales de los que habian sido objeto de disputa entre ambos poderes, quedaron todavía otros de suma importancia que definir. El rey Carlos III, que siempre se mostró sostenedor celoso, así de la autoridad y jurisdiccion que como á rey en lo temporal le pertenecia contra las invasiones ó usurpaciones que por la corte romana pudieran intentarse, como de las regalías que de antiguos tiempos habia disfrutado la corona de España en virtud del régio patronato sobre todas las iglesias de los dominios á ella sujetos, llamó en derredor de sí y confió el gobierno de la monarquía, y puso al frente de los ministerios, de los consejos y de las embajadas á hombres de gran saber y de vasta erudicion, políticos y letrados, pero conocidamente afiliados á la escuela regalista, cuyos principios dominaban entonces entre los hombres de ciencia. Tales eran Roda, Azara, Azpuru, Aranda, Moñino, Campomanes y otros que hemos tenido ocasion de mencionar en la historia. De aquí la entereza de Carlos III en sostener, contra cualesquiera pretensiones de la corte romana, sus reales prerogativas, ó sea las regalías de la corona, como soberano temporal y como patrono de todas las iglesias de los dominios españoles; sus derechos á la provision de obispados, á la percepcion de ciertas rentas eclesiásticas, á dar ó negar el pase ó *exequatur* á las bulas y breves pontificios que pudieran turbar la paz del reino ó perjudicar las facultades de los poderes civiles, á poner condiciones y trabas á la prohibicion de libros, á hacer los eclesiásticos súbditos de la autoridad real como los demás españoles en todo lo que no fuese puramente eclesiástico y espiritual; y de aquí la inquebrantable dureza del rey y de sus ministros y consejeros en las cuestiones y casos de competencia de jurisdiccion, como se vió en los célebres procesos del inquisidor general Quintano y del obispo de Cuenca Carvajal y Lancaster.

Como los mas naturales y mas decididos adversarios de la escuela regalista fueron mirados siempre los jesuitas, lo cual ni ellos ocultaban, ni lo podrian aunque lo hubieran querido, porque era una consecuencia precisa é indispensable de su constitucion misma, una de las bases esenciales de la institucion. Creada la Compañía para defender la supremacía del poder pontificio, organizada semi-militarmente bajo la disciplina de una obediencia ciega á sus superiores y de estos al papa como jefe de todos, el instituto de Loyola era una especie de milicia pontifical reglamentada y difundida por todo el orbe cristiano. Toda escuela, toda doctrina, todo principio que tendiera á cercenar en algo, siquiera fuese en lo temporal y político, la omnimoda autoridad que se habian arrogado en algun tiempo los pontífices; todo lo que propendiera á robustecer las potestades civiles y á investir las de las atribuciones y derechos que en concepto de tales les correspondieran, bien que reconociendo y respetando la supremacía de los papas en



lo religioso y espiritual; todo lo que fuera querer deslindar las facultades propias de cada poder; todo lo que se encaminara á colocar los príncipes y los tronos en cierta independencia de la corte de Roma relativamente al gobierno temporal de los Estados, era mirado ó traducido por los jesuitas como atentatorio á la dignidad y á la omnipotencia pontificia, como dirigido á rebajar, á deprimir, á esclavizar la Iglesia, como encaminado á convertir la tiara en sierva de las coronas. De aquí el antagonismo entre los regalistas y los jesuitas, entre la escuela regalista y la escuela ultramontana.

En este antagonismo, unos y otros propendían á acusarse con la exageración propia de los partidos. Dijimos ya que los jesuitas habían dado en llamar jansenistas á todos los que defendían las regalías ó derechos de los príncipes. Del mismo modo cuando en el siglo XVIII nació la filosofía sensualista de Locke y de Condillac, cuando como consecuencia suya se desarrolló y propagó en Francia la nueva escuela filosófica dirigida por Voltaire, D'Alembert y Diderot, á cuyos adeptos se denominó antonomásticamente *los Filósofos*, como si antes de aquel tiempo no hubiera habido filosofía, y también el de *Enciclopedistas*, por la obra en que principalmente se desenvolvió aquella doctrina, los religiosos de la Compañía de Jesús y todos los que pertenecían á la escuela ultramontana, bautizaron de propósito con el nombre de *filósofos ó enciclopedistas*, como antes con el de *jansenistas*, para confundirlos con ellos y desacreditarlos, á los que profesaban la doctrina del regalismo, como si todo fuese una misma cosa; y para comprenderlos en un mismo anatema, bien que reconocieran que era muy diferente en la intención y en el fondo el pensamiento de unos y otros, supusieron que todos habían formado una especie de mancomunidad para subyugar la Iglesia á una dependencia del poder civil, y para ello destruir ó rebajar la autoridad personificada en su jefe supremo, y acabar con sus defensores natos, los religiosos de la Compañía. La verdad era que siendo la escuela jesuítica como la antítesis y el polo opuesto de la de los nuevos filósofos, naturalmente habían estos de acoger mas benévolamente el regalismo, por mas distancia que entre este y el filosofismo hubiera, sin que por eso mediase concierto entre unos y otros; achaque comun de todas las escuelas y partidos, ser mas indulgentes con los que distan menos, y encontrarse, sin prévia avenencia, concurriendo á combatir á los que militan en otro partido extremo.

A su vez los regalistas acusaban á los jesuitas de querer subyugar las coronas de los príncipes á la tiara; representábanlos á ellos mismos como avaros de influencia y de dominación temporal, y como codiciosos de materiales bienes y de intereses mundanos; como peligrosos á la seguridad de los tronos y á la tranquilidad de los Estados; como fautores de revueltas y promovedores de sediciones. Atribuíanles el intento de fundar en la India una especie de soberanía independiente y solo sujeta á su dirección en lo espiritual y temporal. Calificaban su escuela de laxa, contraria á la buena moral, y destructora de la subordinación, y culpábanlos no solo de profesar la doctrina del regicidio, sino de haberla practicado en mas de una ocasión. Suponíanlos capaces de santificar los mas criminales hechos ó designios con tal que redundaran en provecho de la Sociedad; y por este orden acumulaban sobre ellos largo capítulo de acusaciones, sobre la general de haberse adulterado y corrompido la institución desviándose de los santos fines que su ilustre fundador se había propuesto al crearla. Y en comprobación de ello, no solo citaban una serie de hechos mas ó menos auténticos ó desfigurados, sino que alegaban el testimonio de algunos de los ilustres hijos de Loyola, tal como el respetable Juan de Mariana, que en su *Discurso de las cosas de la Compañía*, señalaba y deploraba los abusos, desórdenes y vicios que en ella se habían introducido y la corrompían, ya por defecto de su organización y gobierno, excesivamente monárquico (1), ya por faltas, extravíos y excesos de los individuos.

(1) «Llegado hemos, decía Mariana en el cap. X de su *Discurso*, á la fuente de nuestros desórdenes y de los disgustos que experimentamos... Esta monarquía, á mi ver, nos atierra, no por ser monarquía sino por no estar bien templada. Es una fiera que lo destroza todo, y á menos de atarla no esperamos sosiego.»

Dado que hubiera parte de verdad en las acusaciones, no se acreditaban los acusadores de desapasionados é imparciales, en no poner al lado de los vicios ó excesos generales ó individuales de la Compañía los servicios inmensos que en los primeros tiempos de su institución había prestado á la causa del catolicismo, combatiendo sin tregua el protestantismo y la herejía, y sosteniendo y robusteciendo la autoridad entonces rudamente atacada y vacilante del jefe supremo de la Iglesia; ni los beneficios incalculables que posteriormente había hecho á la causa de la civilización y de la humanidad en la India y en el Nuevo Mundo, donde los misioneros de la Compañía, á fuerza de abnegación, de virtud, de trabajo y de perseverancia, de prudencia y de privaciones, y arrojando con santo heroísmo todo linaje de peligros y de persecuciones, el martirio y la muerte, lograron civilizar vastas é incultas regiones, multitud de pueblos salvajes, sacándolos del estado de rudeza y de grosera idolatría en que se hallaban, y enseñándoles á conocer y adorar al verdadero Dios, dulcificando sus costumbres, y poniéndolos en el camino de la civilización. Tampoco se acreditaban de imparciales los acusadores en no poner al lado de los vicios de la Compañía los virtuosos y santos varones que de ella habían salido y la Iglesia había canonizado, ni los muchos sabios y doctos escritores que había producido, ni el fruto que la juventud estudiosa había reportado del magisterio de aquellos religiosos, consagrados por su instituto á la enseñanza, de que en cierto modo habían llegado á apoderarse, así en los establecimientos públicos, como en la educación doméstica y privada.

Mas esto mismo, unido al ascendiente que les daba su posición al lado de los príncipes y de los soberanos, como directores de su conciencia que llegaron á ser por largo tiempo, sucediéndose unos á otros en el confesonario de los reyes, así como los altos cargos de consejeros é inquisidores que les fueron confiados, los puso en aptitud y en tentación y peligro de inmiscuirse mas de lo que les competía en negocios políticos y temporales, y de engreirse por la altura misma de su posición, de su influjo y de su poder, excitando no sin fundamento los celos de otras clases, y dando ocasión á sus adversarios para acusarlos hasta de prevalerse para los manejos políticos de lo que bajo el sagrado del sigilo sabían. Pábulo daban también á la envidia y á la crítica las riquezas que la Compañía había llegado á acumular, y mas que todo, el ejemplo funesto de algunos de sus individuos que las adquirieron pingües dedicándose al comercio y la especulación; y no les dañó poco en este sentido el ruidoso proceso formado al P. Lavalette, cuyos cargos por desgracia resultaron probados (2); y sabida es la propensión de la humanidad á hacer refluir en detrimento de una clase ó corporación los excesos públicos de algunos de sus individuos. Todo ello cooperaba á persuadir á muchos de que la sociedad jesuítica se había ido apartando del santo objeto de su primitivo instituto. Sus disputas de escuela, no solo con las universidades, sino también, y acaso mas principalmente, con otras órdenes y corporaciones religiosas, disputas sostenidas con encarnizado ardor, y causa muchas veces de conflictos y perturbaciones graves, contribuyeron también á que los institutos religiosos y los regulares de otra ropa que hubieran podido ser sus auxiliares en materias y doctrinas tocantes á religión, fuesen sus declarados, y á las veces sus mas crudos enemigos. Y el empeño en sustraerse de la jurisdicción episcopal, y no sujetarse sino á la inmediata y exclusiva del pontífice, les enajenó igualmente el afecto de no pocos prelados.

Resultó de este conjunto de circunstancias, y de otras análogas que fuera prolijo enumerar, algunas de las cuales quedan apuntadas en nuestra historia, que cuando en los siglos XVII y XVIII se comenzaron á publicar y difundir obras, folletos, sátiras y escritos de todo género, atacando, ó la institución, ó la doctrina, ó los planes, ó las costumbres, ó las prevenciones de la Compañía ó de sus individuos, estos ataques, impugnaciones y diatribas, estas acusaciones y cargos,

(2) Con ocasión de este proceso se calculó la riqueza efectiva que á la sazón poseían los jesuitas de Francia en cincuenta y ocho millones de francos, no contando el capital que tenían en las colonias francesas.



tal vez fundados ó verosímiles algunos, acaso inexactos ó exagerados los mas, encontraron en los ánimos de muchos cierta predisposición á dar crédito á especies que hubieran sido rechazadas con indignación, ó por lo menos oídas con incredulidad desdeñosa en los buenos tiempos de la Compañía. Y aunque no faltaron á los jesuitas defensores ardientes, y doctos impugnadores de los escritos de sus adversarios, aunque tenían la protección abierta de la Santa Sede, aunque contaban con el apoyo de varios príncipes y de la mayoría del episcopado y aun del clero, y no se había extinguido su prestigio en las clases populares, es indudable para nosotros, y confesando los jesuitas de mas reputación, que se había formado una atmósfera de opinión contra ellos, en cuya atmósfera descollaban como los principales sostenedores de esta opinión la mayor parte de los hombres políticos, de los hombres de Estado, de los ministros y consejeros de los reyes, de los magistrados, de los jurisconsultos y de los publicistas (1). Y bien puede añadirse con seguridad, puesto que así se vió, que esta opinión había cundido hasta entre los prelados de la Iglesia, y hasta entre los cardenales del Sacro Colegio.

En tal estado, no debió ser difícil prever que una de las dos escuelas que de antiguo venían luchando había de acabar por sobreponerse á la otra y triunfar de ella; tan pronto como las circunstancias y los sucesos favorecieran mas y dieran preponderancia y poderío á la una para vencer á la otra. Los hechos en este caso no son el desarrollo, sino la manifestación del triunfo de una idea en una época dada; sin que por eso este triunfo sea siempre definitivo, porque acontece á veces que la idea vencida vuelve á germinar, toma nuevo incremento, y modificada por las circunstancias y por la razón suele en otra época crearse bastante fuerte para entrar otra vez en lucha con la idea vencedora, acaso modificada ya tambien; que hay principios que pugnan por espacio de siglos antes de poderse contar entre las verdades absolutas. La supresión del instituto de Loyola en casi todos los Estados de Europa á mediados del siglo XVIII fué la manifestación del triunfo de la escuela regalista sobre el principio de la escuela ultramontana, y el acto de convertirse en hecho visible la preponderancia de la idea.

## V

Solo de esta manera puede á nuestro juicio explicarse razonablemente la coincidencia de hallarse á un mismo tiempo al frente de los gobiernos y al lado de muchos soberanos de Europa, como sus primeros ministros y principales consejeros, hombres que profesaban los principios de la escuela regalista, y por consecuencia desafectos al instituto de Loyola. En Portugal el marqués de Pombal, en Francia el duque de Choiseul, en Nápoles el marqués de Tanucci, en Parma el marqués de Felino, en España Roda, Aranda y Campomanes, y hasta en Alemania Van Swieten y Febronio. Solo así puede explicarse que todos aquellos príncipes encontraran en el cuerpo episcopal de sus respectivos reinos prelados y cardenales de las mismas ideas que enviar á Roma como representantes suyos cerca de la Santa Sede para gestionar con eficacia la supresión de la Compañía. Solo así puede explicarse el espíritu que dominaba en el Parlamento de Francia y en el Consejo de Castilla, y que llegara á infiltrarse este mismo espíritu hasta en el Sacro Colegio. Y por último solo así puede explicarse que la expulsión de los regulares de la Compañía, aunque hecha en la forma mas ruda, y en algunas partes hasta de un modo inhumano, se realizara sin resistencia popular y sin producir perturbaciones ni conflictos en ninguno de los Estados en que se verificó, como acaso los hubiera producido en otro tiempo.

(1) El padre Ravignan lo dice así en el cap. 1.º de su obra titulada: *Clemente XIII y Clemente XIV*: hé aquí sus propias palabras: *Des auxiliaires puissants s'offraient; un grand nombre d'hommes d'Etat, de magistrats, de jurisconsultes, de publicistes prétaient leur concours empressé à cette œuvre destructive, sans renoncer pour la plupart à leur titre de chrétiens.*

Lo mismo dice Dutilleul en su *Historia de las corporaciones religiosas en Francia*. *Ce furent les magistrats qui préparèrent, sans pouvoir toujours l'atteindre, la sécularisation définitive de l'Etat, etc.*

El ministro portugués Pombal, el primero que abiertamente se declaró perseguidor implacable de los jesuitas, no era hombre que gozara del favor popular, ni menos del de la nobleza lusitana, de que fué tambien perseguidor encarnizado, sacrificando una parte respetable de esta en los calabozos y en los patíbulos. Sus cualidades personales, sus costumbres, sus tiranías, la miserable esclavitud en que tenía al rey José I, su política arbitraria y despótica, era para hacerle mas odioso que bienquisto del pueblo portugués. En sus célebres escritos contra los regulares de la Compañía, en las acusaciones que en ellos les lanzaba, de traficantes, negociadores y mercaderes, de explotadores de minas, de usurpadores y revoltosos en las colonias portuguesas y españolas de América, de acaudilladores de ejércitos en las reducciones de Paraguay, y de aspirantes á la fundación de un imperio jesuítico, fué, aun en su mismo tiempo, mirado como un libelista y un impostor, y sus folletos mandados quemar en la misma España. Y sin embargo, este ministro desatentado y sin crédito obtuvo del papa Benedicto XIV un breve de visita para la reforma de los jesuitas de su reino, porque rodeaban á aquel anciano pontífice en Roma cardenales anti-jesuitas, como Passionei y Spinelli, y halló en su propio reino prelados, como el cardenal de Saldanha y el patriarca de Lisboa, que se prestaran á practicar la visita y hacer la reforma. Y este desacreditado ministro, que culpando á los jesuitas de haber atentado á la vida del rey, comenzó á descargar sobre ellos su desapiadado furor, encarcelando á unos, desterrando á otros, y por último expulsándolos á todos del reino de la manera mas ignominiosa y cruel, y denigrándolos con las frases mas vilipendiosas que se podían discurrir, consumó sin embargo su obra sin que se alterase el reino, y se mantuvo aun muchos años en el poder. Ni lo uno ni lo otro hubiera acontecido, si la opinión pública, aun reconociendo las exageradas calumnias de Pombal, hubiera sido como en otro tiempo favorable á los religiosos de la Compañía.

La proscripción del instituto de San Ignacio en Francia no pudo sorprender á nadie que conociera la historia, porque allí casi desde su misma creación había sufrido embates y contradicciones por parte del parlamento, de la universidad de París, y principalmente de la facultad de teología. Sostenidos y protegidos despues los jesuitas por algunos príncipes y soberanos, pero acusados mas adelante de conspiradores contra la vida del rey Enrique IV, herido por el puñal de Juan Chatel, los mandó á fines del siglo XIV (1594) evacuar el reino en el término de quince dias, so pena de ser tratados sin forma de proceso como reos de lesa Majestad, imponiendo la misma pena á todo el que los recibiese ó amparase. Pero diez años mas tarde, á ruegos del papa, el mismo monarca los volvió á admitir en el reino, primero con prohibición de enseñar á la juventud, despues alzándoles esta prohibición. La muerte de Enrique IV por el puñal de Ravallac encendió nuevamente el odio del parlamento contra los jesuitas y mandó quemar sus libros. Sostúvolos sin embargo la reina Maria de Médicis; los protegió Luis XIII, y aun á su muerte les legó sus restos mortales. Renovóse la persecución bajo Luis XIV, y el P. Heureau fué acusado de enseñar públicamente que era permitido deponer los reyes, con cuyo motivo mandó el rey que se le recluyera en el colegio de Clermont hasta nueva orden suya. Aparecieron entonces las *Cartas Provinciales* de Pascal, escritas expresamente contra ellos; á las cartas de Pascal opusieron ellos la *Apología de sus casuistas*; guerra literaria no poco ruidosa. A pesar de todo los jesuitas prosperaron en tiempo de Luis XIV, que tomó para sí un confesor de la Compañía, el P. La Chaise. Vino el jansenismo á reforzar los enemigos de aquella institución. La lucha continuó en el reinado de Luis XV, y cuando este príncipe fué herido por Damiens, el parlamento y los jesuitas se achacaron el crimen recíprocamente, pero nada se probó por una parte ni por otra.

Hemos indicado arriba lo que perjudicó al instituto de San Ignacio el proceso que luego se formó al P. Lavalette, superior de los jesuitas en las islas del Viento, sobre sus negocios mercantiles. En el curso de esta causa se pidió el exámen de las constituciones de la Compañía y de su doctrina, y despues de largos debates el parlamento falló contra la supuesta doc-



trina del regicidio, ordenó la destrucción de los libros, y prohibió á los padres toda enseñanza pública. El rey quiso consultar el cuerpo episcopal de la Francia, y de cincuenta y un prelados los cuarenta se pronunciaron en favor de los jesuitas, el resto solamente en contra. Se trató entonces de reformar la Compañía, se pidió al papa Clemente XIII el nombramiento de un vicario general de los jesuitas para Francia, y entonces fué tambien cuando el papa y el padre general Ricci contestaron negativamente pronunciando aquellas célebres palabras: *Sint ut sunt, aut non sint: ó sean como son, ó que dejen de ser*. El parlamento optó por el segundo extremo, y en la famosa sesion de 6 de agosto de 1762 pronunció por unanimidad el fallo de que el instituto de la Compañía de Jesus era inadmisibile, contrario al derecho natural, atentatorio á toda autoridad, y que tendia á introducir en la Iglesia y en los Estados, bajo el especioso velo de instituto religioso, no una orden que aspirase á la verdadera perfeccion religiosa y evangélica, sino un cuerpo político, cuya esencia consistia en una actividad continua para llegar por toda especie de medios, directos ó indirectos, manifestos ú ocultos, á una independencia absoluta, y sucesivamente á la usurpacion de toda autoridad. A pesar de esto la sentencia no fué tan severa como la del tiempo de Enrique IV, puesto que se limitó á la disolucion de la sociedad, y á cerrar sus casas y colegios, pero sin ensañarse con los individuos, á quienes se pensionaba ó colocaba con tal que se sometieran á prestar cierto humillante juramento de que en otra parte hemos hablado. El rey sancionó la decision del parlamento de París. Y por último, esta misma corporacion decretó mas adelante la expulsion del reino en término de quince dias de todos los jesuitas que no hubieran prestado el juramento prescrito.

Pero no fué la proscripcion de los jesuitas de Portugal, ni de los de Francia la que sorprendió y causó sensacion en el mundo cristiano. Porque del ministro portugués Carvalho no extrañaba nadie cualquier medida, por violenta que fuese; y en Francia, donde la Compañía de Jesus habia sufrido tantos embates y vicisitudes, donde tenia su asiento principal la nueva filosofia, donde se respiraba el aire de la corte disipada de Luis XV, y donde compartian el poder el ministro Choiseul y madama Pompadour, pudo aquella resolucion atribuirse por los perseguidos y por sus adictos, y hasta por los indiferentes y por los desapasionados, á influencias bastardas y á fines poco nobles. Por eso la que produjo verdadera y profunda impresion en el mundo fué la expulsion de los jesuitas españoles: porque España era una nacion eminentemente católica, Carlos III un rey piadoso y ejemplar en sus costumbres, grave y severa su corte, hombres de saber, de seso y de probidad sus consejeros y ministros, y aquí no habia entonces ni validos funestos, ni cortesanas seductoras. Por eso se calculó que causas gravísimas y motivos muy serios serian los que habian impulsado al monarca español á dictar una providencia tan fuerte y á hacerla ejecutar con un rigor tan inexorable.

Qué causas y motivos fuesen aquellos, consignado lo dejamos ya en la historia; que aunque el rey dijese en un principio al sumo pontífice que los reservaba en su real ánimo, harto los manifestó despues su gobierno en documentos á que hemos dado publicidad. ¿Eran fundados aquellos motivos? ¿Eran ciertos los hechos, fueron probados los crímenes, se justificaron legal y competentemente las acusaciones y los cargos que se hacian á los regulares de la Compañía? ¿Fué merecida, fué justa la providencia que con ellos se tomó? ¿Tuvo derecho el monarca para suprimir la institucion y para expulsar á todos sus individuos de los dominios de su corona? ¿Se guardó la posible consideracion y templanza en la ejecucion de la medida, ó hubo exceso de rigor y de dureza en la forma? ¿Pudieron conjurarse los peligros que de aquella sociedad se temieran para la tranquilidad del Estado con el castigo individual de los que resultaran culpables, ó no era posible evitarlos sin comprender en la pena todo el cuerpo colectivo? ¿Fué provechosa y útil la determinacion, ó fué perjudicial y dañosa al reino bajo el punto de vista de la religion, de la moral, de la política, de la civilizacion, del orden y de la tranquilidad pública?

Cuestiones son todas estas que por punto general ha resuel-

to cada uno, mas que por la fria razon y por un desapasionado criterio, por sus ideas propias ó por la aversion ó simpatía que una de las dos partes y de las dos escuelas les haya inspirado. Evidentemente ha habido pasion en muchos; imparcialidad, á nuestro juicio, en los menos de los que han juzgado este hecho ruidoso del pasado siglo. Sin desconocer nosotros que algunas de estas cuestiones serán perpetuamente problemas entre los hombres, y que la oscuridad en que han venido y en que andarán siempre envueltas dará lugar á controversias interminables, no faltaremos á nuestro severo deber de historiadores críticos, emitiendo sobre ellas nuestra opinion, no sabemos si desnuda de todo apasionamiento, pero al menos con la certeza, la seguridad y la conciencia de haberlo procurado.

No impugnaremos nosotros á los que discurren y piensan que aun cuando no hubiera acontecido el motin de Madrid, hubiera sido suprimida, algo mas tarde ó temprano, la institucion de los jesuitas en España. El estado á que habia llegado ya la lucha de las dos escuelas de que antes hemos hecho mérito; el espíritu y la opinion, ya torcida contra ellos, y alimentada con tantos escritos como se publicaban para minar su influencia y su crédito; las noticias mas ó menos exageradas que circulaban y se difundian sobre su conducta y sus aspiraciones y planes en las reducciones de la India; su obstinada oposicion á la beatificacion del venerable Palafox, en que el rey mostraba no menos tenaz empeño; las indiscretas censuras de algunos acerca de la religiosidad del monarca y de sus ministros, y sus imprudentes pronósticos sobre la brevedad de su vida y de su reinado; el ejemplo de la expulsion de Portugal y de Francia; la muerte de las dos reinas que les habian sido adictas y los habian estado sosteniendo; el destierro del ministro Ensenada, partidario de la Compañía, y la subida al ministerio de don Manuel de Roda, campeón decidido de la escuela regalista; la influencia de los duques de Choiseul y de Ossun, ministro de Francia el uno y embajador francés en España el otro, ambos enemigos de los jesuitas, en ocasion en que unian á ambas cortes estrechos lazos de amistad; en auge allá el enciclopedismo, y acá la doctrina de las regalías; todos los antecedentes, todas las circunstancias inducen á creer que el golpe de Estado contra el instituto de Loyola en España estaba indicado y habia de venir con ocasion de algun suceso, que, como pudo haber sido otro, lo fué el motin de Madrid.

Habiendo desaparecido el expediente de la pesquisa reservada que sobre aquel lamentable acontecimiento se mandó formar y se ultimó, y produjo la pragmática de la expulsion, nos falta el dato principal para emitir sobre una base sólida nuestro juicio en cuanto á la prueba y justificacion de los delitos que se les atribuian, y casi nos vemos precisados y reducidos á fundarle en conjeturas. Por una parte se nos hace violento creer que ministros de una religion de paz y de mansedumbre, y hombres ligados con tantos votos á una vida de virtud y de santidad, fuesen los autores y atizadores de los alborotos y perturbaciones de Madrid y de las provincias, en que se humilló y ultrajó la dignidad régia, se puso en peligro la autoridad, y aun la corona del soberano, se desbordaron las turbas, se rompieron los vínculos de la moral pública, se trastornaron los fundamentos del orden social, y se cometieron abominables excesos y crímenes. Por otra parte se nos hace inverosímil y nos repugna creer que un tribunal compuesto de los consejeros mas distinguidos y de los mas ilustres y graves magistrados, que juntas consultivas en que entraban dignos prelados de la Iglesia y otros eclesiásticos venerables, se convinieran todos en lanzar sobre los jesuitas un fallo de culpabilidad en asunto de tanta monta, fundados en meros indicios, ó en ligeros datos ó en hechos no legalmente justificados. Que por mucho que queramos dar á la pasion de partido, al influjo de la idea, y á las simpatías y relaciones que mediaran entre los filósofos franceses y algunos individuos del Consejo extraordinario, tal como el conde de Aranda, ni se hallaban todos en este caso, ni puede presumirse razonablemente que todos faltaran á las severas prescripciones del juez, y que todos fuesen injustos ó prevaricadores, y todos indiferentes á la responsabilidad que contraian ante Dios y ante la historia y la posteridad.



Y si bien tenemos por cierto que entre los papeles que después fueron ocupados á los expulsos no se encontraron pruebas patentes y ostensibles del delito, ó por lo menos no consta que se publicaran para evidenciar la justicia de la expulsión (que es otra de las consideraciones que mas hacen fluctuar el ánimo desapasionado), como indicios pudieron mirarse los muchos documentos referentes al motin que en el escrutinio se hallaron: tales eran las numerosas relaciones del suceso, la multitud de copias manuscritas de los memoriales y representaciones de los tumultuados, epitafios satíricos en prosa y verso al marqués de Esquilache, elogios del de la Ensenada, y aun cartas confidenciales de que claramente se inferia que por lo menos algunos individuos no habian dejado de ver con deleite el alboroto (1). Tampoco negamos la posibilidad de que hubiera mediado y existido correspondencia de mas significacion y de mas compromiso en las materias que habian sido objeto de acusacion, así dentro como fuera de España, y que, como algunos indican, la hubieran hecho desaparecer cautos y recelosos de la desafeccion del rey y de sus ministros, y temerosos de una medida de proscripcion como la que ya habian sufrido los de otros reinos. Pero dado que esto no se evidenció, y en tanto que no se puntualice, queda el discurso sujeto á la inseguridad de los indicios y á la falibilidad de las pruebas incompletas.

Lo que para nosotros no puede cuestionarse es, que el religioso Carlos III obró con la conviccion moral mas íntima, y es de presumir que tambien con el convencimiento legal, de haber sido los jesuitas autores ó cómplices del motin contra Esquilache, y de ser ciertas las demás imputaciones y cargos que se les hacian en el proceso y en los documentos y consultas del Consejo que nuestros lectores conocen ya; y que por consecuencia se persuadió de que la existencia de los regulares de la Compañía de Jesus en sus dominios era peligrosa para la tranquilidad pública, para la integridad de sus reinos, y hasta para la seguridad de su cetro y aun de su persona. Por cualquiera de las dos convicciones que obrase, estaba en el derecho, que nadie puede negar á un soberano, de suprimir en los dominios sujetos á su corona una asociacion religiosa, que solo con el consentimiento y beneplácito del poder temporal ha podido establecerse, y solo puede continuar existiendo en tanto que aquel se lo consienta y permita. Y esto, no solo en la teoria de los gobiernos absolutos, sino cualquiera que sea en su forma y mecanismo el régimen de un Estado. Por la propia razon estuvo dentro de los límites y atribuciones de la jurisdiccion y potestad real al incautarse, á nombre y como jefe del Estado, de los bienes pertenecientes á la Compañía una vez extinguida, y aplicarlos á otros establecimientos y objetos de pública utilidad; porque la nacion hereda y el gobierno administra los bienes de las corporaciones que mueren. Practicóse así en antiguos tiempos con los de los templarios, y lo propio se ha ejecutado en los tiempos modernos con los de otros institutos y comunidades suprimidas, sin que el derecho se haya puesto en tela de litigio sino acaso por los partidarios de una escuela de principios exagerados. Y en este punto, y supuesta la criminalidad, no dejaba de tener razon el Consejo extraordinario cuando decia (en su consulta de 23 de agosto de 1767): «Si el levantamiento de un reino no autoriza al príncipe para echar de él á los que indisponen los

ánimos para tales promociones, flaca y débil seria por cierto la autoridad soberana, é insuficiente á sí misma (2).»

Quejáronse entonces, y se han quejado después los expulsos y sus amigos y parciales de haberse decretado la suspension y el extrañamiento sin darles los medios de defensa, sin admitirlos á audiencia ni oírlos en juicio. Pero nadie que discorra con imparcialidad puede desconocer que en tales causas no es fácil, ni acaso posible, seguir un procedimiento y guardar los trámites de un juicio ordinario, y ya el Consejo mismo declaró no haber procedido con jurisdiccion contenciosa, sino con la económica y tuitiva, como se decia entonces, ó sea política y gubernativamente, como diríamos en el lenguaje moderno; y sabido es que en estos casos se acude al remedio que la alta razon de Estado exige, sin las formalidades, y las trabas y las dilaciones de los juicios comunes.

Sostienen otros que la institucion pudo haber sido reformada en la parte en que se hubiera adulterado y corrompido, sin necesidad de suprimirla, y que á aquello solo, sin llegar á este extremo, pudo y debió limitarse el soberano. Mas sobre el efecto contrario que en Portugal habia producido el proyecto de reforma y el breve pontificio impetrado para ella, ni el santo padre ni el general de la orden habrian consentido en la reformacion, dado que fuese posible, á juzgar por aquellas célebres y laconicas palabras con que contestaron á Luis XV de Francia y al Parlamento de Paris cuando la propusieron y solicitaron: *Sint ut sunt, aut non sint*. Parécenos, pues, que los abogados de la reforma no son justos en hacer cargo al monarca español por no haber hecho ó intentado aquello mismo que el romano pontífice y el general de la Compañía se mostraron dispuestos á resistir.

De mas fundamento nos parece la queja de haber sido castigada toda la orden por el delito ó delitos que hubieran podido cometer individuos de ella, muchos ó pocos, y de haber sido comprendidos en la misma pena sin distincion inocentes y culpables. Confesamos no acabar de convencernos la razon en que el Consejo fundó esta mancomunidad de pena. «Si uno ú otro jesuita, decia, estuviese únicamente culpado en la encadenada serie de bullicios y conspiraciones pasadas, no seria justo ni legal el extrañamiento; no hubiera habido una general conformidad de votos para su expulsion y ocupacion de temporalidades y prohibicion de su restablecimiento. Bastaria castigar los culpables, como se está haciendo con los cómplices, y se ha ido continuando por la autoridad ordinaria del Consejo.....» Y mas abajo daba la razon del castigo de toda la orden, diciendo: «El particular en la Compañía no puede nada: todo es del gobierno, y esta es la masa corrompida, de la cual dependen todas las acciones de los individuos, máquinas indefectibles de la voluntad de los superiores (3).»

Lo que esto manifiesta es que el Consejo se prevaleció de la misma estrechez del principio de unidad que constituía la base de la institucion para derribarla de un solo golpe, y que la organizacion extremadamente disciplinaria de la orden, á que debió su rápido engrandecimiento, dió ocasion á la rapidéz de la caída; y los que profesaban renunciar á la voluntad propia sometiénola en todo á la del superior, fueron tratados en la pena como si en la culpa no hubiera habido sino una sola voluntad. Por lo demás, si la masa estaba corrompida, como decia el Consejo extraordinario, comprendemos que la orden hubiera merecido la supresion, ya que no era posible la reforma, pero no la expatriacion de todos sus individuos. Y en la hipótesis (en la cual nosotros creemos, y es lo mas verosí-

(1) Decimos esto, porque nosotros mismos hemos visto muchos de estos documentos hallados entre los papeles de los jesuitas, hoy pertenecientes al archivo de la Real Academia de la Historia. Y en un carta original del padre Marcos de Gordializa al padre Manuel Brita, residente en Oviedo, en la cual, entre otras cosas, le decia: «Nada hay por acá en punto de noticias de Madrid. El marqués de la Ensenada se está en Medina obsequiado de los caballeros, y él con mucha serenidad y afabilidad; su salida de la corte da mucho en que discurrir, y muchos sienten se le mortifique, acordándose del diferente estado de la monarquía en su tiempo, cotejado con el presente. No sé si habrá llegado allá un papel sério, de una representacion hecha al rey del motin matritense; es cosa grande á juicio de los inteligentes, é instructivo del miserable estado de la España, y motivos justos de los amotinados para la accion, por no hallar otro medio ni camino para que llegasen al rey sus justos clamores: si no le hubiese, avíseme, que yo procuraré remitir una copia... Leon y abril 29 de 1766.»

(2) Ya en la de 30 de abril habia dicho tambien el Consejo: «El admitir un orden regular, mantenerle en el reino ó expelerle de él, es un acto providencial y meramente de gobierno, porque ningún orden regular es indispensablemente necesario en la Iglesia, como lo es el clero secular de obispos y párrocos, pues si lo fuera le habria establecido Jesucristo, cabeza y fundador de la universal Iglesia; antes como materia variable de disciplina las órdenes regulares, se suprimen, como las de los templarios y claustrales en España, ó se reforman como las de los calzados, ó varían en sus constituciones, que nada tienen de comun con el dogma ni con el moral, y se reducen á unos establecimientos pios con objeto de esta naturaleza, útiles mientras los cumplen bien, y perjudiciales cuando degeneran.»

(3) Consulta de 30 de abril de 1767.



mil que sucediese así) de que hubiese culpados, en mas ó menos número, y una masa de inocentes, tal vez instrumentos ciegos é ignorantes de superiores á quienes obedecían por su regla, y de planes ó designios que no conocían, á los primeros debió limitarse el castigo del extrañamiento, legal si del proceso resultaban comprobados los delitos y los delinquentes, gubernativo y precaucional si solo arrojaba convencimiento moral de hechos y de personas: nunca, á nuestro juicio, procedía envolver á todos en el anatema general.

Nuestros lectores habrán podido ya comprender que, aun supuesta la justicia, la conveniencia y la necesidad de la supresion y del extrañamiento de los jesuitas de los dominios de España, nosotros no podríamos, sin hacer violencia á nuestro juicio, ni aplaudir ni aprobar la forma ruda y hasta inhumana con que fué ejecutada la providencia de Carlos III; porque rudeza y hasta inhumanidad nos parece que hubo en la repentina expulsion y expatriacion perpetua de tantos millares de hombres, inocentes y culpables, sacerdotes y legos, ilustres y humildes, jóvenes y ancianos, achacosos y robustos, nacidos y criados en España, ligados con afecciones de parentesco á familias españolas, lanzados de repente á los peligros de los mares y á las molestias de la navegacion, arrojados como á la ventura y acogidos despues como por compasion en tierra extraña, privados para siempre bajo pena de la vida ó de reclusion perpetua de volver al patrio suelo, que algunos habian ilustrado con doctas y eruditas producciones de su ingenio, condenados á no corresponderse ni aun confidencialmente con los hermanos, padres, deudos y amigos que aquí dejaban, y tratados en fin con todo el rigor de que dimos cuenta en otro lugar al referir las circunstancias del suceso. Nosotros no podemos persuadirnos de que, aun siendo ciertos y resultando probados en el expediente los delitos de que se los acusaba, aun siendo peligrosa para la tranquilidad del Estado y para la seguridad del trono la existencia de la Compañía, aun siendo perniciosa la doctrina de sus escuelas, hubiera necesidad de tan brusca y universal proscripcion, y de que no hubiera bastado otra medida menos violenta para castigar los delinquentes, conjurar los peligros y matar la influencia de aquella sociedad en lo que tuviese de dañosa. Maravillanos al mismo tiempo que un monarca que se habia dejado humillar de un populacho amotinado y habia tenido la flaqueza de satisfacer todas sus tumultuosas exigencias, fuese al año siguiente tan inexorable y duro con los que aparecian promovedores de los disturbios pasados.

Por lo que hace al misterioso sigilo con que se preparó y ejecutó el acto de la expulsion, por mucha que fuese la reserva, tenemos fundamentos para creer, y de documentos que poseemos se desprende, que aquellos regulares no estaban del todo desapercibidos, y que si no lograron traslucir el modo, la forma y el momento preciso, hacia mucho tiempo que recelaban un golpe de Estado en España como el que ya habian sufrido en otros reinos, y si no tuvieron fuerza para evitarle, tuvieron por lo menos lugar para prevenirse. Aun el acto mismo de la ocupacion de cada casa y colegio y de la expulsion de cada comunidad, por exquisitas que fuesen las precauciones y el secreto con que se dispuso y se practicó, siendo necesario el concurso de tantos hombres, en tantos puntos á un tiempo, en poblaciones grandes y pequeñas, con cierto indispensable aparato, y atendidas las relaciones sociales y de parentesco que aquellos religiosos tenían, con deudos y amigos dentro de los mismos claustros que estaban encargados de cerrar algunos de los ejecutores, y habida cuenta de la debilidad humana, nos parece inverosímil que por lo menos en algunas localidades fuera absoluta la sorpresa. Ellos sin embargo la recibieron como tal, y sobrellevaron el golpe con religiosa mansedumbre. Mérito grande tuvo si fué virtud; y no careció de él si fué disimulo. Impotentes para la resistencia, tuvieron al menos la política de sufrirla con dignidad, y de demostrar resignacion, siquiera les fuese violenta. Si algunos esperaron que el pueblo se inquietara por la providencia ó intentara poner embarazos á su salida, para lo cual hubo sobrado tiempo desde la clausura hasta el embarque, en la quietud y el silencio popular con que uno y otro se realizó pudieron ver que si tenían y dejaban adictos y parciales, no eran tantos ni tan

decididos que quisieran y pudieran producir conmocion; y el extrañamiento de España, verificado sin perturbacion como el de Francia y Portugal, corrobora el juicio antes emitido, de que el espíritu público, si por ventura lo era, por lo menos no se mostró propicio en aquella época á la conservacion del instituto de Loyola en estas naciones, fuesen las que quisieran las causas.

En resumen, nuestra opinion, expuesta con sincera lealtad, sin pasiones ni odios, sin prevenciones de ninguna índole, sin miras de lisonja ni temores de desagrado, fundada solo en la observacion de los hechos tales como se nos presentan, con claridad unos y con oscuridad otros, alegrándonos del acierto si le hubiésemos logrado, pero no desdenándonos de rectificar el error si le hubiere, se puede resumir en las siguientes palabras: de las dos escuelas, la regalista y la jesuítica, que venian de largo tiempo luchando, una habia de sucumbir cuando la pugna llegara á su madurez; preponderó la primera á mediados del siglo XVIII, porque se afiliaron á ella la mayor parte de los hombres de Estado: los sucesos fueron en el campo de los hechos la traduccion del triunfo en el campo de las ideas. El fin principal de la fundacion del instituto de Loyola habia cesado, y la sociedad no conservaba su primitiva pureza: acaso abusó del gran poder que habia alcanzado, y excitó celos, emulaciones y resentimientos; excesos y extravíos de los individuos perjudicaron á la colectividad social, y su mismo régimen daba márgen á que la responsabilidad se hiciese colectiva. Los monarcas, al extinguir ó disolver una asociacion que creian peligrosa y nociva al Estado, estuvieron en el uso de un derecho incontestable. Si los delitos y los planes que se atribuian á los jesuitas españoles fueron ciertos y resultaron probados, si las pesquisas produjeron por lo menos en el soberano y en el gobierno conviccion moral de su existencia, la supresion fué justa; de otro modo, sin dejar de ser legal, habria sido un acto de injusticia. Nosotros creemos que en la situacion á que habia llegado la disposicion de los ánimos, pudo ser hasta necesaria, ó por lo menos de conveniencia política. Tal vez con su conservacion hubieran sobrevenido, aun sin culpa suya, inquietudes y disturbios, que es lo cierto no haberse repetido despues de la extincion. En cuanto á la expatriacion, no creemos que fuese necesaria; y dado que lo hubiera sido, no podríamos aprobarla, ni en la generalidad que se le dió, que nos parece lujo supérfluo de fuerza y de poder, ni menos en el modo, por demás severo, inconsiderado y rudo. Nosotros, que siendo católicos, hemos desaprobado la expulsion de los judíos, y de los moriscos de España, no podríamos, sin desnaturalizar nuestros sentimientos, aplaudir la de los jesuitas españoles.

Tampoco podemos convenir con los que afirman que la expulsion y la falta de aquellos regulares ocasionara decaimiento en la fe y en la moral religiosa, menoscabo y atraso en la cultura y en la pública instruccion. Suponer lo primero es inferir agravio al cuerpo episcopal, al sacerdocio entero, á los demás institutos religiosos, y al catolicismo del pueblo español, profesado y mantenido en su integridad y pureza despues como antes de aquel suceso. En cuanto á lo segundo, reconociendo los servicios grandes que los sabios de la Compañía habian hecho á las letras, así con sus doctas producciones como con el ejercicio del magisterio, precisamente salieron de España cuando menos podia su falta hacerse sentir, cuando el movimiento intelectual estaba en su mayor auge y desarrollo, cuando las ciencias y las letras habian entrado en un periodo de verdadero progreso, cuando se reformaba y mejoraba la enseñanza universitaria, cuando las obras del ingenio se multiplicaban y difundian maravillosamente, cuando por todas partes lucian y brillaban hombres doctos en todos los ramos del saber, como se demostrará en la reseña que del movimiento literario de aquella época haremos de hacer luego, y cuando el estado de la instruccion, si no reclamaba, por lo menos consentia la emancipacion de la escuela jesuítica, cuyas cátedras pudieron ser suprimidas, y lo fueron sin inconveniente. Esto no nos impide encomiar y agradecer el mérito grande que contrajeron y el utilísimo servicio que prestaron los jesuitas españoles, escribiendo en la expatriacion y en el destierro importantes obras, llenas de erudicion



y de ciencia, en vindicacion de esta misma patria de que habian sido tan rudamente lanzados.

Justo es tambien añadir, que al cabo de algunos años, cuando ya habian sido extinguidos en casi toda la cristiandad, los que mas habian contribuido á su expulsion de España no veian inconveniente en que se les permitiera regresar á ella y en que se les diera colocacion decorosa, y aun lo proponian así, bien que como particulares, y no en forma de comunidad. El mismo conde de Aranda, uno de los consejeros mas adversarios de los jesuitas, y el ejecutor activo de la medida de exclaustracion y extrañamiento, escribia en 1785 desde Paris al de Floridablanca: «Aseguro á V. E. que ya extinto el instituto Loyolista, yo tendria por mejor el dejar volver á los expulsos; que se retirasen á sus familias los que quisiesen; que se quedasen en Italia los que, no teniéndolas, prefiriesen concluir sus dias en aquel clima, ya habituados á él; y que cuantos hubiese de talento, instruccion y mérito, los emplease el rey en la enseñanza, y en escribir sobre buenas letras y ciencias; mas que los hiciese canónigos y deanes, si fuesen dignos... que yo aseguro no pensarian mas en lo que fueron (1).»

## VI

Religioso y devoto Carlos III, pero amante y protector de la ilustracion, defensor celoso de los derechos y prerogativas reales, circundado de ministros y consejeros sabios y partidarios de la doctrina de las regalías, animados uno y otros del espíritu reformador que se habia iniciado y venia desarrollándose en los dos reinados anteriores, todo esto hacia incompatible la antigua rigidez, y casi innecesaria la existencia de otra institucion, que creada por el celo religioso, alimentada por el fanatismo, robustecida por la usurpacion del poder real y civil, habia estado siglos hacia exclavizando los entendimientos y cortando el vuelo á las ideas. Hablamos del tribunal del Santo Oficio: que si ya en el reinado de Fernando VI habia perdido el poder inquisitorial su antigua omnipotencia, y comenzado el pensamiento á conquistar su libertad y á sacudir la tiranía en que habia vivido, cuanto mas crecia, se desarrollaba y fructificaba la ilustracion, tanto mas tenia que amenguar y decrecer el rigor y la autoridad y el influjo de aquella institucion vetusta y sombría.

«Si comparamos, dice muy acertadamente el autor de la Historia de la Inquisicion, el reinado de Carlos III con el de su padre Felipe V, parece haber intermediado siglos enteros.» Y consistió, como el mismo escritor indica, en el rapidísimo progreso de las luces en los reinados de los dos hijos del primer Borbon de España. No porque el número de causas que se incoaban no fuese todavía inmenso, efecto de admitirse todo género de delaciones, como una práctica inveterada y como encarnada en las costumbres, sino porque, quebrantado ya el poder del Consejo de la Suprema, reivindicada en su mayor parte la usurpada jurisdiccion de la corona, escarmentados y humillados en procesos solemnes y ruidosos algunos inquisidores generales, hechos ya mas cautos y obligados á ser mas humanos los magistrados y jueces, contentándose las mas de las veces con audiencias de cargos, método desconocido en los antiguos tiempos, casi todas aquellas causas se sus-

(1) En esta misma carta (que hemos visto y copiado en el archivo de Simancas), añadia el conde de Aranda en el estilo propio de su genialidad y carácter: «Quite el rey de las universidades los nombres de Sentencias, Tomista, Suarista, Escotista... y enseñe cada uno en su nombre propio lo que quisiere sin mas regla que la sujecion al dogma permitido por la Iglesia, y en todo lo demás lo que su talento le dictare, aboliendo los ergotes miserables... En no hablando mas de las sentencias, que nos han corrompido la sangre, las letras, las ciencias el corazon puro, y todo lo que hay que corromper, se verá en dominicos, franciscos, carmelitas, agustinos, escolapios, etc., un ensanche de modo de pensar, y en cada comunidad habrá de todas opiniones sin el encono sectario, y dándose cada imaginacion el sistema de opinion mas connatural á su genio; y no se hablaria mas de opiniones jesuíticas, sino del abate N., hombre instruido, de Fray N., célebre escritor; y censuras rígidas enhorabuena sobre los autores, *sicut caput mortuum*, y sin el embarazo de que salga un regimiento de capillas ó bonetes en su defensa por ser la sentencia de todo el orden, pues en cada una habria su variedad de opinar, y no se altercaria mas por uniformes, ni cohortes, no pretorianas á la verdad, etc.»

pendian al tiempo de resolverse la prision, y se sobreseian sin llegar al estado de sentencia. «Se verificaron de cuando en cuando, dice el citado historiador, algunas tropelías con motivo ligero; pero he visto procesos mandados suspender, con pruebas muy superiores á las que se reputaban suficientes para relajar en el reinado de Felipe II (2).»

Tal era sin embargo el hábito de enjuiciar, y tan contrarias las nuevas ideas al espíritu tradicional de los inquisidores, que todavía no faltaron gentes que preocupadas con las opiniones antiguas delataran al tribunal á los ministros y consejeros, Roda, Aranda, Campomanes y Floridablanca, y aun á los arzobispos y obispos que habian pertenecido al Consejo extraordinario para la expulsion de los jesuitas, como partidarios de la moderna filosofia, como impíos y enemigos de la Iglesia, no obstante la proteccion y estimacion singular que se sabia dispensaba el rey á todos aquellos eminentes varones. Pero esto, que en otro tiempo habria sido bastante, y aun sobrado, para causarles grandes mortificaciones, no produjo resultado alguno ni efecto de trascendencia, merced á la actividad vigorosa que habia tomado el gobierno, contentándose los inquisidores con manifestar que desaprobaban muchas de las proposiciones asentadas en los escritos de aquellos célebres jurisconsultos.

El único proceso formal instruido por el Santo Oficio á persona notable, y que produjo una sentencia de alguna gravedad, fué el que se formó al director de las colonias de Sierra Morena don Pablo Olavide; y este se fundó en causas no livianas, propias de la competencia de aquel tribunal, y de cuya certeza depuso y certificó multitud de testigos. Aun así dudamos mucho, y se puede bien asegurar, que en otros tiempos no se habria limitado la severidad inquisitorial á un castigo á puerta cerrada, y á la pena de inhabilitacion para empleos y cargos honoríficos y de reclusion por ocho años para hacer penitencia en un convento. Y si en otros tiempos hubiera sido, ni el penado habria obtenido aquel permiso para ir á tomar aguas que le deparó la ocasion de fugarse, ni aunque despues arrepentido hubiera escrito obras tan cristianas como *El Evangelio en triunfo*, habria alcanzado una real autorizacion para volver libremente á España, contra el dictámen y no obstante la oposicion del inquisidor general, como la que obtuvo Olavide al cabo de algunos años. Tres célebres procesos inquisitoriales marcan los tres periodos de la decadencia del poder en otro tiempo omnímodo del Santo Oficio; el del P. Froilan Diaz en el reinado de Carlos II, el del P. Feijóo en el de Felipe V, y el de don Pablo Olavide en el de Carlos III.

Ocurre naturalmente preguntar: ¿cómo un monarca y un gobierno de las ideas, de la ilustracion, del poder y de los arranques de Carlos III y sus ministros no tuvieron resolucion para derribar de una vez el tribunal de la Fe, aquel tribunal formidable, sangriento y sañudo, contra cuyo poder invasor y funesto se habian pronunciado los hombres de saber y de consejo de los tres precedentes reinados, y que él encontró quebrantado ya? La respuesta la dió el mismo Carlos á su ministro Roda; y en pocas cosas obró tan política y prudentemente aquel príncipe como en negarse á derruir de un golpe una institucion que llevaba tres siglos de una vida robusta, y cuya súbita supresion habria chocado todavía con los intereses, las preocupaciones y los hábitos tradicionales de una gran parte del clero, y aun de una gran parte del pueblo. Tras la repentina extincion de la Compañía de Jesus hubiera podido ser aventurada la supresion total del Santo Oficio, y puede ser siempre peligrosa á un príncipe la repeticion de los golpes de

(2) Lo confirma, añade, el cortísimo número de autos de fe con variedad de reos, pues no pasan de diez los que yo he leído, y en ellos solo cuatro condenados á las llamas, y cincuenta y seis penitenciados, en veintinueve años de reinado: las demás causas fueron terminadas por medio de autos de fe singulares, sacando al único reo á oír sentencia en alguna iglesia inmediatamente despues de la confirmacion del Consejo de la Suprema, sin esperar á que haya mas reos para disponer autos de fe particular. A veces el autillo se hacia dentro de la sala de audiencia del tribunal, á puerta cerrada, y con asistencia de solos los ministros del Santo Oficio, y un número fijo de personas. «Este medio, añade, era tan benigno, que supuesta primera desgracia, no cabe modificacion mas suave y caritativa.»—Llorente, Historia de la Inquisicion, cap. XLII, art. 3.



Estado. Harto hizo en limitar la jurisdicción de aquel tribunal, en quitarle su acritud y su rudeza, en ablandar sus rigores, en aflojar su tirantez, en hacerle hasta tímido y flexible de inexorable y omnipotente que había sido, y en encomendar al tiempo y á la mayor difusión de las luces y á circunstancias mas favorables su desaparición completa.

Las medidas que principalmente ayudaron á darle aquel carácter fueron: las severas providencias tomadas por el Consejo de Castilla contra los inquisidores generales que se extralimitaron de sus atribuciones con menoscabo y ofensa de la autoridad real; la reivindicación de los derechos de la corona y de la potestad civil que el Consejo de la Suprema había ido invadiendo y usurpando; la circunscripción de la jurisdicción inquisitorial á los delitos de herejía y apostasía, y á las causas puramente de fe, y la prohibición de encarcelar mientras no se probasen evidentemente los delitos; la prescripción de someter al exámen y revisión del rey los procesos que se formaran á grandes de España, ministros, magistrados, y empleados del ejército y de la casa real; la supresión de los regulares de la Compañía; la reforma de los colegios mayores; y sobre todo, el mandamiento de no publicar los breves de Roma prohibiendo y condenando libros, sin consentimiento de la autoridad civil; y mas principalmente todavía el de que no se censurase obra alguna de autor vivo, sin oírle previamente para que pudiera explicar el sentido y significación de sus palabras. Esta limitación puesta á la censura inquisitorial, este ensanche dado á la emisión del pensamiento, hasta entonces tan duramente comprimido, fué una de las reformas mas fecundas en resultados; y los que en tiempos posteriores hemos tenido ocasión de conocer la importancia de esta especie de manumisión de la inteligencia, podemos calcular cuánto influiría aquella medida en el quebrantamiento del poder inquisitorial.

Íntima relación y consonancia guarda con este sistema, y tanto que apenas podría considerarse separadamente, el constante estudio y empeño de emancipar la autoridad real de la especie de vasallaje á que en otros tiempos había querido sujetarla la corte de Roma, y de obrar con independencia en materias de gobierno hasta donde alcanzasen y lo permitiesen los respectivos legítimos derechos de los poderes, espiritual y temporal. En este sentido había tomado Felipe V una vigorosa iniciativa; Fernando VI había recobrado para la corona de España preciosos derechos que se formularon y consignaron en un pacto solemne con la Santa Sede; Carlos III supo recoger el fruto de aquel concordato, y como consecuencias de él y sin necesidad de nuevas estipulaciones dictó una serie de providencias encaminadas á robustecer el libre ejercicio del régio patronato y á precaver las invasiones de la corte romana. La famosa pragmática del *Regium exequatur*, por la que se sujetaba los breves pontificios á la revisión de la cámara de Castilla antes de su admisión y publicación; la protección civil dispensada á los eclesiásticos contra los abusos de autoridad de sus superiores en el orden judicial; la obligación de someter á la aprobación régia los nombramientos de provisorios y otros oficios y dignidades de la Iglesia; la supresión del fuero eclesiástico en causas de sedición y en delitos de conmoción popular; estas y otras semejantes medidas de que hemos dado cuenta en la historia constituyen uno de los mas pronunciados caracteres de la fisonomía de este reinado.

Enlazado iba también con este sistema el principio de la desamortización eclesiástica; que si bien no era una idea nueva, porque en todos tiempos y casi constantemente las cortes de Castilla habían formulado y dirigido peticiones á los soberanos contra la acumulación de bienes en manos muertas, y aun exponiendo los inconvenientes de nuevas adquisiciones, en este reinado tomó el carácter serio de una doctrina, sostenida y explanada con copia de razones y datos por economistas y jurisconsultos de primera reputación y valía, en obras impresas y en informes elevados al rey por los mas respetables cuerpos del Estado. Ciertamente que todavía no se creyó conveniente poner en práctica esta doctrina, y que dentro del mismo Consejo de Castilla tuvo impugnadores como tuvo defensores ardorosos, contentándose los primeros con que los bienes que el clero poseía ó adquiriese contribuyeran como

los demás al sostenimiento de las cargas del Estado con arreglo á la última convención con la Santa Sede, pero el principio de la desamortización eclesiástica, y el del derecho de la potestad civil superior á prescribir condiciones á la adquisición sucesiva de propiedades inmuebles ó raíces por las corporaciones, se puso en aquellos escritos al alcance de todos, y ya se pudo prever que estas cuestiones habían de tomar cuerpo, y acaso resolverse en el sentido de aquellos economistas en la legislación de los tiempos futuros y no muy distantes. De todos modos se hizo ver que no carecía de inconvenientes la mano muerta eclesiástica, y que la desamortización era defendida por muy doctos canonistas y letrados. El principio quedaba virtualmente reconocido, y aun se fué planteando, aunque lenta y paulatinamente.

Ya por razón de los bienes raíces que poseían, ya también en consideración á su excesivo número, pensó igualmente el gobierno de Carlos III en la reducción y reforma de las cofradías; que eran muy cerca de veintiseis mil las que había en el reino, y gastaban doce millones de reales próximamente. Con esto y con ser no poco ocasionadas á abusos, tratóse muy formalmente de reducir su número, refundiendo unas en otras las que guardaban mas analogía, de moralizarlas y emplear sus fondos en objetos verdaderamente útiles, principalmente en socorro y alivio de los pobres, con arreglo á un plan propuesto por el docto Campomanes.

Con mas razón todavía se fijó la atención de los dos ministros de Carlos III en el desproporcionado número de eclesiásticos que á la sazón había, la calidad y naturaleza de los beneficios, y la relajación de la disciplina monástica que se había introducido en las comunidades religiosas de ambos sexos (1). A disminuir el número de los que no tenían cura de almas, á examinar la índole de los beneficios para juzgar de su utilidad ó inconveniencia, y á proponer ó dictar medidas para la reforma de las órdenes de regulares, se consagraron con la mayor solicitud y celo, así el monarca como el Consejo y Cámara de Castilla.

Es difícil dar una idea exacta (á no leerlos íntegros) del mérito de los luminosos escritos que en forma de dictámenes ó consultas elevaron al soberano aquellas ilustradas corporaciones relativamente á estas materias; escritos llenos de erudición histórica, nutridos de doctrina legal, así canónica como civil, sazonados con reflexiones filosóficas, y sembrados de observaciones económicas, políticas y morales. La decorosa dotación de los párrocos, la unión, incorporación ó supresión de las capellanías ó beneficios incongruos, la asignación de las obligaciones y cargas á que habían de sujetarse los que subsistiesen, y su oportuna distribución para el conveniente servicio de las parroquias; la prescripción de edad y de otras condiciones para la toma de hábito y para la profesión en las órdenes claustrales; los medios de evitar la excesiva aglomeración de individuos en los conventos con perjuicio de la población, de la industria y de la agricultura; la manera de corregir los desarreglos y restablecer la antigua disciplina y la severidad de las primitivas constituciones en las comunidades de hombres y de mujeres; las precauciones para prevenir las profesiones violentas, probadas por las numerosas solicitudes y expedientes de secularización; estas y otras semejantes medidas constituían el fondo de las reformas propuestas por aquellos insignes cuerpos del Estado (2).

(1) Del censo de población que se formó en 1768 resultó haber en España:

|                                   |        |
|-----------------------------------|--------|
| Párrocos. . . . .                 | 15,639 |
| Beneficiados. . . . .             | 51,048 |
| Tenientes de Cura. . . . .        |        |
| Ordenados con patrimonio. . . . . | 55,453 |
| Religiosos. . . . .               |        |
| Religiosas. . . . .               | 27,665 |
| Sirvientes de iglesia. . . . .    | 25,248 |
| Sacristanes. . . . .              |        |
| Acólitos. . . . .                 |        |

(2) Entre las varias consultas de este género que hemos leído hay algunas muy notables, tal como la de 15 de octubre de 1775 que se halla en el tomo XIII de Papeles varios de Estado de la Real Academia de la Historia, señalado B. 131.



Merced á varias de estas providencias adoptadas por el rey, del estado comparativo de los dos censos de poblacion practicados en España en los años 1768 y 1787, resulta haber disminuido de una á otra fecha la cifra de beneficiados y ordenados á título de patrimonio, en 8,341 individuos, la de religiosos en 7,938, y la de religiosas en 3,106 (1).

Estas medidas, unidas á las que en la historia hemos mencionado, referentes á las condiciones y reglas que se establecieron para la provision de obispados y de prebendas, especialmente de las llamadas de oficio, y mas particularmente todavia de las que tenian anexa jurisdiccion, puede decirse que constituian un sistema completo en el gobierno de Carlos III por lo tocante al régimen disciplinario exterior de la Iglesia española, en cuyo conjunto y en todas sus partes se ve dominar constantemente un mismo espíritu.

## VII

Lo que en los edificios materiales es la solidez de los cimientos, base en que descansa su grandeza y duracion, lo son en los sistemas políticos de gobierno ciertos principios generales que constituyen el cimiento sólido de un gran edificio social. Nosotros, que tenemos la conviccion profunda de que las verdaderas bases de la prosperidad y de la felicidad de los pueblos son la aplicacion al trabajo y el empleo y ejercicio de la caridad cristiana bien entendida, no podemos dejar de aplaudir de corazon, y hasta con entusiasmo, el afan y la solicitud con que Carlos III y sus ministros cuidaron de moralizar la sociedad española sobre la base de la organizacion de esos dos saludables principios, verdadero y sólido cimiento del bienestar de las naciones.

Confesamos haber visto con singular placer, y consignado con especial fruicion en nuestra historia las muchas providencias dictadas en este reinado á propósito y fin de desterrar la ociosidad y la vagancia, manantiales corrompidos de vicios y de crímenes, y de inspirar apego al trabajo y promover la laboriosidad y la aplicacion, fuentes puras de moralidad y de virtud, y de orden y sosiego público. Y si en todos los países es conveniente, y por desgracia necesaria la aplicacion de este principio de buen gobierno, atendida la humana naturaleza, lo es mas por especiales circunstancias en unos que en otros. Tres son los principales medios que puede emplear un soberano con seguridad de buen éxito para lograr tan plausible fin, y todos los emplearon Carlos III y sus ministros, á saber; el ejemplo personal, el castigo de los ociosos, y el premio á los aplicados. La laboriosidad de aquellos ministros era un espejo en que tenian ocasion continua de mirarse los españoles de su tiempo; y el monarca mismo, aparte de las horas que tenia por costumbre dedicar al ejercicio de la caza y al recreo del campo, era una leccion asidua, que enseñaba la ventaja incalculable del método, y resolvía el problema de la conveniente distribucion del tiempo para que no sufrieran retraso los complicados negocios de la gobernacion de un grande Estado, como en la descripcion de su vida hemos visto. La famosa ordenanza de vagos, las levas, la aplicacion al servicio de las armas de los ociosos y mal entretenidos que eran capaces de llevarlas, la reclusion en cárceles, galeras y hospicios para los hombres y mujeres que no podian ser destinados al servicio militar, eran los castigos que se imponian á los ociosos. Decretábanse al propio tiempo y se conferian premios á los que sobresalian en laboriosidad y aprovechamiento, en las letras ó en las artes y oficios, en las escuelas y en los establecimientos industriales.

De esta manera fué disminuyendo y desapareciendo de la vista el repugnante espectáculo de las turbas de vagos y holgazanes, de pordioseros de oficio, de jugadores y petardistas, de mendigos por aficion, de estafadores industrioses, de fingidos estudiantes y peregrinos, de titereros, charlatanes y saltimbanquis, de supuestos imposibilitados, de juglares y truhanes, de provocadoras ramerías, y de toda esa plaga de gente parásita, gangrena de la sociedad, y tormento y mortifi-

ficacion de los que viven honestamente. No menos vigilancia y rigor se empleaba para descubrir y castigar criminales de otra estofa y cuantía, como eran los ladrones en desierto y en poblado, rateros y bandidos, salteadores y cuatreros. Y la pragmática reduciendo á la vida civil á los gitanos, y la que declaró oficios honrados y honestos los que la preocupacion y la ignorancia habian considerado hasta entonces como infamantes y viles, fueron dos providencias civilizadoras y moralizadoras que honrarán siempre la memoria de Carlos III.

Imperfectas sin embargo habrian sido estas medidas é incompleto su beneficio, si al propio tiempo no se hubiera cuidado de remediar de la manera mas conveniente y posible las necesidades inculpables, y de acudir al socorro y alivio de los verdaderos menesterosos y desvalidos, de los enfermos pobres, de los ancianos é imposibilitados, de los huérfanos sin apoyo, de las doncellas virtuosas y desamparadas, de las clases, en fin, que sin culpa suya gimen en la miseria y en el padecimiento, y necesitan y demandan el auxilio de una mano caritativa y protectora. Cumplidamente llenaron en este punto Carlos y sus ministros el sagrado deber que pesa sobre el supremo gobierno de un Estado, estableciendo un sistema general de beneficencia pública, discretamente organizado y celosamente dirigido. Al impulso vivificador del piadoso monarca y de sus sabios consejeros se ve formarse como por encanto diputaciones y juntas parroquiales y generales de Caridad, encargadas de distribuir oportunamente limosnas y socorros á los desgraciados, crearse y erigirse asilos benéficos, hospicios, hospitales, casas de Misericordia, seminarios y escuelas gratuitas, asociaciones filantrópicas, y toda clase de establecimientos piadosos, en que encontraba socorro la indigencia, el desvalimiento amparo, alivio el sufrimiento, ayuda la orfandad, la ancianidad sustento y reposo, ocupacion la holganza, escudo contra los peligros del mundo la juventud, todos educacion é instruccion religiosa y moral. Especie de laboratorios eran aquellos establecimientos, en que, á manera de los hornos de fundicion en que entran los minerales en bruto y mezclados con sustancias extrañas, y salen purificados y limpios, se convertian los desventurados que habrian sido escoria y escándalo de la sociedad en operarios útiles, en laboriosos industriales, en honrados artesanos; y las mujeres que habrian hecho comercio vil de sus cuerpos se trasmutaban en decorosas manufactureras, en habilidosas ejecutoras y aun maestras de labores, y aun en ejemplares madres de familia.

Con no menor celo se organizó la hospitalidad domiciliaria, y multitud de familias distinguidas que la veleidad de la fortuna habia llevado desde una situacion ventajosa y desahogada á un estado lastimoso y mísero recibian sin ruido y sin bochorno el alivio y el consuelo de una mano benéfica y providencial, que iba á buscarlas al lecho del dolor escondido en el rincón oscuro de una humilde vivienda. Damas ilustres y señoras de las clases mas elevadas y opulentas se asociaban para emplearse en este caritativo ejercicio. Organizóse tambien un sistema de socorros para los casos de epidemias y calamidades públicas. Y como la mano del rey era siempre la primera que se abria, y nunca los buenos ejemplos de los soberanos son estériles, y como á las benéficas miras del monarca cooperaban sus hombres de Estado con eficaces providencias, los hombres doctos con escritos luminosos encaminados á inspirar sentimientos humanitarios y basados sobre máximas de una piedad ilustrada, cristiana y filosófica, todas estas excitaciones dieron saludable fruto; y prelados de la Iglesia, clero, comunidades religiosas, corporaciones civiles, magnates, altos funcionarios, propietarios particulares, señoras, llegaron á hacer gala y como alarde de fomentar los dos grandes elementos de la moral y de la prosperidad pública, el trabajo y la caridad.

Cuando en la cabeza del gobierno se ve un sistema beneficioso, concebido con talento y seguido con perseverancia, la parte mas influyente de la sociedad presta siempre gustosa su cooperacion, y aun se afana por contribuir á la realizacion de aquel pensamiento. Vióse esto muy señaladamente en la solicitud con que todos los hombres de posicion, de valer y de fortuna, se apresuraron á inscribirse en aquellas otras asociaciones patrióticas, llamadas Sociedades Económicas de Amigos

(1) Censo español ejecutado de orden del rey por el conde de Floridablanca, primer secretario de Estado y del Despacho, en el año 1787. Un volumen folio impreso.



del País, creacion feliz y concepcion fecunda, que se hizo pronto un auxiliar poderoso de la política administrativa, y que multiplicándose con maravillosa rapidez dió vida á multitud de corporaciones, que fueron otros tantos focos de instruccion, de beneficencia y de laboriosidad, de fomento y desarrollo de la industria, de las artes, de la agricultura y del comercio, y hasta palenque pacífico de útiles discusiones y certámenes en puntos y materias económicas y políticas. Mérito grande fuera en Carlos III y sus ministros el solo hecho de permitir sin estorbo, cuanto mas el de favorecer y fomentar con empeño, unas corporaciones populares, cuya existencia habria mirado con recelosa desconfianza cualquier otro gobierno absoluto menos ilustrado y menos seguro de sí mismo. Y no solo las fomentaron y favorecieron, sino que lograron interesar diestramente en su aumento y prosperidad el talento, el saber, la fortuna, los sentimientos humanitarios, el amor á la gloria, la emulacion, y hasta la vanidad de las personas de uno y otro sexo que tenian algun influjo en la sociedad (1).

Simultáneamente activos y consultivos estos cuerpos; á un mismo tiempo científicos y manufactureros, académicos é industriales, literarios y agricultores; compuestos de sabios que escribían y de manos que ejecutaban; de damas nobles que enseñaban y dirigian, y de oficiales humildes que cosian y bordaban; de economistas y de comerciantes, de moralistas y de banqueros, así salian de ellos escritos de la importancia de la Ley Agraria, como modelos de arados y máquinas de hilar; así producian delicadas labores de aguja, como reglamentos para los gremios de mercaderes; así se cultivaba el dibujo y la pintura, como se fabricaban telas de seda, de algodón ó de hilo; así se proyectaba la creacion de un Museo de ciencias naturales, como se trazaba el plano de una escuela práctica de agricultura ó de un canal de navegacion y de riego; así se daban premios á las buenas costumbres, como recompensas á los artefactos mejor acabados (2); y unas veces á excitacion del gobierno que les enviaba en consulta y á informe proyectos y planes, y otras veces tomando una eficaz iniciativa sus mismos individuos, debidas fueron á estas patrióticas asociaciones muchas de las medidas que hemos mencionado en nuestra historia, dictadas para el fomento de los intereses generales, que como nacidas ó emanadas de corporaciones de prestigio popular llevaban para su ejecucion y planteamiento la ventaja inmensa del apoyo y el ascendiente de la opinion pública.

No necesitaban otras de este apoyo, que por sí mismas se

(1) «Estos cuerpos, escribia uno de los hombres mas ilustres de aquel reinado, llaman hácia sus operaciones la espectacion general; y todos corren á alistarse en ellos. El clero atraído por la analogía de su objeto con el de un ministerio benéfico y piadoso; la magistratura, despojada por algunos instantes del aparato de su autoridad; la nobleza, olvidada de sus prerogativas; los literatos, los negociantes, los artistas, desnudos de las aficiones de su interés personal, y tocados del deseo del bien comun; todos se reunen, se reconocen ciudadanos, se confiesan miembros de la asociacion general que es de su clase, y se preparan á trabajar por la utilidad de sus hermanos. El celo y la sabiduría juntan sus fuerzas, el patriotismo hierve, y la nacion atónita ve por la primera vez vueltos hácia sí los corazones de sus hijos.» Jovellanos, *Elogio fúnebre de Carlos III* leído en la Real Sociedad Económica de Madrid el 8 de noviembre de 1788.

(2) Por ejemplo, la Sociedad Económica de Valencia destinó y distribuyó las siguientes cantidades para premios, á las cuales añadió el piadoso arzobispo de su cuenta las que se expresan en la segunda columna:

|                                                    | La Sociedad | El Arzobispo |
|----------------------------------------------------|-------------|--------------|
| Ocho premios para las buenas costumbres. . . . .   | 8,000 rs.   | 8 000 rs.    |
| Para fomento de la agricultura. . . . .            | 2,550       | 2,550        |
| Para indemnizar á labradores desgraciados. . . . . | 6,000       | 6,000        |
| Para las fábricas de sedería. . . . .              | 1,200       | 1,200        |
| Para otras de mujeres. . . . .                     | 9,000       |              |
| Para ropa blanca. . . . .                          | 4,000       | 1,200        |
| Para el dibujo. . . . .                            | 9,000       | 9,000        |
| Para industria y comercio. . . . .                 | 2,250       |              |
| Para la pesca. . . . .                             | 3,600       |              |
| Para industria del campo. . . . .                  | 6,000       |              |
|                                                    | 51,600      | 27,950       |

recomendaban, y no podian dejar de ser recibidas con gratitud y hasta con entusiasmo. La abolicion de las trabas que tenian vergonzosamente atadas las manos del fabricante, del mercader, del artista y del agricultor; la supresion de tantos requisitos, gabelas y vejámenes como impedían el ejercicio y comprimian el desarrollo de las mas útiles profesiones; el repartimiento de las tierras baldías y concejiles; la proteccion á los arrendatarios y colonos; la libertad de plantacion y de mejora del cultivo en las heredades propias; la abolicion de la tasa, y la libre circulacion de granos; el derecho de importacion y exportacion; las providencias contra el monopolio; la creacion de alhóndigas y depósitos de cereales para el oportuno abastecimiento en los años de esterilidad y de escasez; el establecimiento de montes de piedad para socorro de los cultivadores; la notable disminucion de la alcabala; la exencion de derechos de las primeras materias para la fabricacion, y la prohibicion de introducir objetos manufacturados que perjudicaran al desarrollo de la industria nacional; el rompimiento de las cadenas que tenian entrabado el tráfico y comercio interior; la apertura de nuevos mercados para el consumo de nuestros productos; el arreglo del sistema de aduanas, y la modificacion y nivelacion de los aranceles; la construccion de arrecifes y vías públicas para facilitar las comunicaciones y abaratar los trasportes; el paso gigantesco de declarar libre el comercio de Indias, que multiplicó tan maravillosamente las transacciones mercantiles entre los Dos Mundos; tantas y tantas reformas dictadas en pro de la agricultura, de la fabricacion, del comercio y de las artes, en beneficio de las clases mas productoras, y de los oficios y profesiones mas necesitadas de proteccion, el ejemplo dado por el monarca y por los príncipes de ser ellos mismos agricultores, convirtiendo en huertas y jardines los terrenos incultos de su patrimonio, eran hechos visibles, que al propio tiempo que contentaban al pueblo y le alentaban á trabajar, estimulaban á los pudientes á ayudar en la grande obra de la regeneracion económica al gobierno y al soberano.

Sin aquel estímulo y sin esta ayuda no habrian podido ni emprender, ni menos llevar á cabo obras del tamaño, de la importancia y de la utilidad de la colonizacion de Sierra-Morena, de la formacion de otras colonias y poblaciones nuevas en los puertos marítimos y secos, los canales, Imperial de Aragon, de Tauste y de Tortosa, y otros de navegacion y riego, los admirables pantanos de Lorca, las grandes roturaciones que trasmutaron los eriales en verjeles, la creacion de escuelas prácticas de agricultura, la formacion de una compañía mercantil como la de Filipinas, la ereccion de un banco como el de San Carlos, la construccion de tantos y tan soberbios monumentos y edificios públicos de utilidad y de ornato, como hoy se ostentan todavía y están siendo gloria de las artes, y dando testimonio perenne de la grandeza de los pensamientos y del celo y laboriosidad incansable de los hombres de aquel reinado, y sirven los unos de albergue y morada á las ciencias, los otros de grandes centros mercantiles ó administrativos, los otros de adorno y embellecimiento de las poblaciones.

Propio era esto último de quien apenas puso el pié en España comenzó á variar el aspecto material, indumental y moral del pueblo, imprimiendo un sello y dando una fisonomía de cultura y de civilizacion á las calles y edificios, á los trajes y á las costumbres. De quien, al tiempo que cuidaba de la comodidad, del aseo y de la salubridad pública, haciendo desaparecer los focos de infeccion, desterrando la oscuridad y las tinieblas, ocasion las unas de enfermedades físicas, las otras de nocturnos crímenes, mandaba alumbrar, empedrar y regularizar las calles, plazas y mercados, hermozeaba el interior y el exterior de las poblaciones con elegantes fuentes, arcos, puentes, estatuas, alamedas y paseos, desterraba de los trajes el sombrío embozo, signo ó apariencia y tentacion de peligrosas aventuras, quitaba por una parte á los espectáculos lo que pudieran tener de ofensivos al decoro social, por otra desvanecía la adusta prevencion que á las mas honestas recreaciones habia impreso en el pueblo la severidad inquisitorial; y por otra prohibía y arrancaba la fatal costumbre de andar los hombres siempre armados como en un estado de perpetua



guerra social, causa de frecuentes pendencias y choques, creaba cuerpos de seguridad y vigilancia pública, organizaba la policía de un modo conveniente para la tranquilidad y reposo de los ciudadanos honrados y pacíficos, y para la debida persecucion y escarmiento de los revoltosos y perturbadores, y cambiaba en fin en lo físico y en lo moral, como en lo económico, el aspecto de la nacion, como cambia el de la oscuridad atmosférica el asomo de la aurora.

No es esto decir que todas las reformas intentadas ó ejecutadas por Carlos III, así en el órden político y civil como en el económico y administrativo, ó fuesen siempre planteadas en el tiempo y en la forma oportuna, ó diesen siempre el fruto y resultado que se buscaba y apetecía. Ni á todas presidió el acierto, ni todas correspondieron á los cálculos. Obligar á un pueblo entero á renunciar de repente á su traje nacional, y pretender que obedeciera mudo y sumiso á la voz de un ministro extranjero, fué un acto de imprudente ligereza y de indiscreta arbitrariedad, que conmovió al pueblo y puso en peligro al trono, y costó quebrantos al uno y humillaciones al otro, y sinsabores y amarguras á ambos. Entre las medidas de fomento y administracion las hubo que, ó se malograron por falta de prevision facultativa como algunas obras del Canal Imperial, la costosísima del pantano de Lorca, y los canales de Manzanares y Guadarrama, ó despues de inmensos gastos de preparacion se vió ser imposibles en la práctica, como el proyecto de la contribucion única, ó á vueltas de no escasos beneficios produjeron algunos males por inexperiencia y mal manejo, como el Banco de San Carlos, ó cayeron en total descrédito y ocasionaron graves conflictos y dieron pié á justas y amargas murmuraciones, como la creacion y multiplicacion de los vales reales (1).

En cambio, otras medidas administrativas, ó fueron tomadas en alivio visible de los pueblos, como la condonacion de atrasos por alcabalas, cientos, millones y servicios, ó fueron el cumplimiento de obligaciones de justicia, como el pago de la deuda de los reinados anteriores, ó fueron sustituciones de unos por otros impuestos para hacerlos mas suaves y equitativos en el fondo y mas llevaderos y menos vejatorios en la forma, como el de los frutos civiles por el de las alcabalas y cientos. Lo cierto es que atendidos los inmensos gastos de las muchas guerras que en uno y otro mundo se sostuvieron, y los de tantas y tan soberbias obras como se erigieron en este reinado, así como los que el aumento de familia exigia en la casa real (2), bien fué necesaria una administracion benéfica y pura, como lo fué, aunque no exenta de los errores de la época (que no era posible ni remediarlos ni aun advertirlos todos á un tiempo), para que al compás que subian y se aumentaban las atenciones y gastos públicos fueran tambien en aumento las rentas de la corona y en crecimiento los ingresos del tesoro.

A la conveniente y justa nivelacion de unos y otros, y á no gastar mas de lo que tenia, aspiraba el juicioso monarca; y así, cuando el prudente ministro de Hacienda, conde de Gau-

(1) Tenemos á la vista una sátira de aquel tiempo contra los vales que no deja de tener algun grácejo y dar idea de su impopularidad. Dice así:

Los que por mal nombre se llamaron *Vales*  
al cabo murieron porque eran mortales:  
único tributo que tal vez pagaron  
desde el mismo instante en que se crearon:  
porque estando vivos los tales señores  
se cuenta que eran malos pagadores:  
huye de esta losa, huye, viajero,  
porque si la tocas, pierdes el dinero;  
y el deber sagrado bien se satisface  
con decir de léjos: *Requiescat in pace*.

El total de los vales creados fué de 94,479.

El importe de sus capitales 548.905,500 rs.

El del gravámen anual del erario por los réditos 21.956,220 rs.

(2) En 1772 se señalaron para alimentos al príncipe de Asturias, 2.000,000 de rs.; á la princesa 547,999; al infante primogénito 1.512,500; á cada infante hermano del rey 1.650,000; al infante duque de Parma, hermano del rey, 785,000; á cada infanta hermana del rey, 549,999.

sa, le expuso la penuria que se iba experimentando (1778), ordenó á cada secretario del Despacho que examinase y viese los gastos que en su respectivo departamento podrian excusarse. De aquí tambien las Juntas llamadas de Medios, que mandó crear para que discurriesen y arbitrasen los recursos que pudieran parecer menos odiosos y mas eficaces para subvenir á las atenciones públicas, Juntas á que fueron llamados los hombres que gozaban de mas reputacion por su talento y sus conocimientos en administracion y economía política (3).

Infinitamente ganó tambien la administracion local con la nueva organizacion que se dió á los ayuntamientos. Aunque en ella no se adoptaron completamente los pensamientos y sistemas apuntados primero por Osorio y despues por Campomanes sobre la participacion que debia darse en el regimiento municipal á todos los hombres de capacidad y de inteligencia, de cualquier clase que fuesen, en reemplazo de las regidurías perpetuas ocupadas ó adquiridas á título de herencia, la sola admision de los diputados y personeros del comun hecha por eleccion anual entre los ciudadanos mas dignos de consideracion y de confianza, fué una innovacion provechosísima, que influyó de un modo admirable en la buena inversion de los fondos de los municipios, en el ornato, decoro y prosperidad de las ciudades populosas, y aun de los pequeños pueblos agrícolas.

Ultimamente, si la estadística de poblacion de un reino no es un signo demasiado falible de su decadencia ó prosperidad, si no es un dato demasiado incierto del bueno ó mal régimen político, civil y económico de un pueblo, si hemos de estar en este punto á la doctrina de los mejores economistas, para juzgar del gobierno interior de Carlos III no hay sino comparar el aumento que en su reinado alcanzó la poblacion de España con la que se contaba á principios del siglo segun el testimonio de los mas autorizados escritores de aquel tiempo. Y no hay necesidad de ir tan atrás; basta cotejar dentro de su mismo reinado el censo de poblacion de 1768 con el de 1787, teniendo en cuenta que este último, como observaba Floridablanca, se hizo «despues de tres años de una epidemia casi general de tercianas y fiebres pútridas, especialmente en las Dos Sicilias, reino de Aragon y principado de Cataluña, de que ha resultado una considerable disminucion de habitantes (4).»

(3) De la primera Junta de Medios que se formó en 1779 fueron vocales: el Secretario del Despacho de Hacienda, el gobernador del Consejo, don Pedro Rodríguez Campomanes, don José Moñino, el abate Pico, don Andrés Barcía, cinco individuos de la Diputacion del Reino, y el procurador general.—En una Junta se propusieron los arbitrios siguientes: 1.º donativos gratuitos en Indias á los hacendados, corporaciones civiles, y artesanos: 2.º establecer loterías al estilo de Holanda en las ciudades principales de Indias: 3.º establecer un fondo de rentas vitalicias en América: 4.º renta de los títulos de Castilla en Indias: 5.º vender en las mismas regiones algunas mercedes de hábitos: 6.º concesion de encomiendas de indios en los lugares en que fuesen bravos: 7.º venta de plazas y empleos en América: 8.º autorizar á los vireyes para establecer las contribuciones que les pareciesen acomodadas á las circunstancias locales: 9.º aumentar la tercera parte al importe de las cuotas de las rentas provinciales de Castilla y Aragon: 10.º aumentar los derechos en el aguardiente y licores.

Fueron vocales de la segunda Junta de 1779: el conde de Floridablanca, don José de Galvez y don Miguel Muzquiz.—Estos propusieron: 1.º traer de Cádiz en pasta y moneda trece millones: 2.º establecer un fondo vitalicio de diez millones: 3.º tomar con calidad de reintegro de los Santos Lugares diez millones: 4.º con igual condicion del fondo de bienes de difuntos diez millones: 5.º con igual calidad de los consulados diez millones: 6.º préstamos sobre los cinco Gremios, al tres y medio por ciento, diez millones: 7.º tomar del fondo de correos lo que pudiera dar.

De la Junta de medios de 1781 fueron vocales: don Miguel de Nava, el conde de Campomanes, y el tesorero general; los cuales propusieron: 1.º un préstamo de cuarenta y ocho millones al seis por ciento, reintegrables en el plazo de seis meses: 2.º negociar cien millones en el extranjero al cinco por ciento de interés y uno de amortizacion: 3.º aplicar al erario los frutos de las prebendas y beneficios eclesiásticos no curados que vacasen: 4.º un ocho por ciento sobre las rentas de los monasterios: 5.º dos por ciento sobre el caudal de reducciones de juros: 6.º abrir un préstamo de ciento veinte millones.—Canga Argüelles, Diccionario de Hacienda.

(4) Censo español ejecutado de órden del rey, etc., en 1787. Advertencia.



## VIII

Seguramente no se nos tachará de parciales por que elogiamos las providencias de Carlos III encaminadas á conseguir uno de los bienes mas positivos que pueden hacerse á la sociedad humana, la recta y pronta administracion de justicia. Arreglo y organizacion de los Consejos y tribunales, regularizada distribucion de los negocios en sus diferentes departamentos ó salas, reglas para dirimir las competencias de jurisdiccion, condiciones legales y personales para el ejercicio de la magistratura, combinacion de méritos y antigüedad para el escalafon de las promociones, sistema de informes para la debida clasificacion, claridad en la prescripcion de obligaciones y rigor para hacerlas cumplir, formularios para la uniformidad y facilidad de las operaciones, extincion de privilegios y fueros, y estricta igualdad ante la ley; tales fueron las bases de las medidas y reformas dictadas por Carlos III en este importantísimo ramo; reformas y medidas muy propias de quien siempre y muy desde el principio se mostró tan amante de la justicia, y tan afecto á los letrados y jurisconsultos, que fueron los personajes mas allegados suyos y en los que depositaba su confianza, prescindiendo para ello de la circunstancia de nacimiento y de linaje, y elevando á los hombres, siquiera fuesen de humilde cuna, solo por su moralidad, su experiencia y sus conocimientos en el derecho. Así logró tener siempre en torno de sí aquellos insignes magistrados que hoy reconocemos y veneramos como honra y prez de la toga española.

La idea de Carlos III era robustecer el poder civil, y darle preponderancia sobre los otros poderes del Estado. Por eso no perdía ocasion de ir aboliendo privilegios y exenciones, disminuyendo en cosas y personas los casos de fuero, y ensanchando la jurisdiccion de los tribunales ordinarios. En toda la legislacion de su reinado se ve dominar este espíritu. Era sin duda un gran progreso hácia la unidad legal, y aquel pensamiento podia servir de signo y como anuncio de que no habia de tardar en nacer en la misma España una escuela que proclamara el principio de que unas mismas leyes y un solo fuero rigieran en toda la monarquía.

Para que aquellos instrumentos en que quedan consignados los derechos de propiedad y contratos legales entre los hombres no pudieran ser adulterados ni padecer extravío, lo cual podria ser un semillero de pleitos y discordias, se establecieron los oficios y contadurías de hipotecas para el registro y toma de razon de las escrituras, siendo de elogiar las precauciones y reglas que en la Pragmática se prescribieron para la custodia y seguridad de aquellos importantes documentos. Utilísima institucion de la legislacion civil, que regularizada despues, fué como el principio de un sistema hipotecario que en los dias en que esto escribimos ha ocupado á los poderes legislativos del Estado, y por una eventualidad no ha acabado de recibir el complemento de una sabia organizacion, que es de esperar habrá de obtener pronto, removidos los obstáculos accidentales que han motivado su lamentable suspension (1).

Tenemos que deplorar lo mismo respecto á otra importantísima reforma en el orden administrativo judicial, que se indicó como necesaria en el reinado de Carlos III, y que al tiempo que esto escribimos ha estado tambien á punto de llevarse á cabo, pero con la desgracia de haberse sufrido una paralización semejante y producida por las mismas causas que la anterior. Hablamos de la reversion á la corona de los oficios de la fe pública, ilegal é indebidamente enajenados á particulares por varios de nuestros monarcas en épocas de necesidades y apuros del tesoro. No tardó en reconocerse el daño de aquellas imprudentes ventas, y otros soberanos, ya en pragmáticas, ya principalmente en sus últimas disposiciones testamentarias, manifestaron su deseo de subsanar el perjuicio con ellas irrogado á la nacion, ó sea al real patrimonio, como entonces se decia; pero estas manifestaciones habian ido quedando sin efecto, y nunca habian sido puestas en ejecucion.

(1) Aludimos al proyecto de ley hipotecaria presentado y discutido en las córtes de 1858, y que quedó pendiente por haberse suspendido la legislatura; lo propio que sucedió por la misma razon al de la ley sobre el notariado, á que nos referimos en el párrafo siguiente.

Como conveniente, necesaria y justa representaron á Carlos III los fiscales del Consejo de Hacienda la reincorporacion á la corona de aquellos oficios en mal hora enajenados, y los mas malbaratados, con detrimento del servicio público, en daño de la justicia y mengua de la dignidad de su ejercicio, en que descansan los derechos de los ciudadanos y la fe y la verdad de las transacciones sociales. Y aunque el Consejo de Castilla á quien el monarca consultó, no se atrevió (con una timidez extraña en aquel respetable cuerpo cuando se trataba de correccion de abusos y de marchar por la vía de las reformas útiles) á aconsejar al monarca la reversion propuesta por los fiscales, harto mostró aquel soberano su voluntad en el hecho de pedir todavia reservadamente á su confesor su parecer sobre la materia. El prelado dió muestras de alcanzar mas en ella, ó de ser mas político, ó mas resuelto, ó mas desapasionado que el Consejo, y es de creer que fortalecido el rey con su opinion habria ejecutado esta reforma, si á la sazón no se hubiera cortado el hilo de su preciosa vida (2).

Como el orden y la tranquilidad de los Estados no se mantiene y conserva solo con buenas leyes y con la recta administracion de justicia, sino que es necesaria además una fuerza pública permanente convenientemente organizada, así para la represion de los excesos y desórdenes y castigo de los turbulentos y criminales, como para hacer respetar de otras potencias la dignidad y la independencia nacional, y sostener su puesto con honra en las grandes contiendas armadas, no podia Carlos III dejar de procurar con interés y eficacia tener un ejército respetable con que atender á aquellas necesidades; tanto mas, cuanto que ni él era indiferente á la gloria militar, ni podia olvidar que á triunfos bélicos habia debido su primera corona, ni era extraño al conocimiento del arte de la guerra, cuyos azares habia corrido personalmente.

Una es la índole y naturaleza, y especial debe ser por lo tanto la organizacion y empleo de la fuerza pública destinada á mantener el orden interior de un Estado, otra y muy diferente la organizacion propia de la fuerza activa destinada á mantener la integridad del territorio y á hacer frente á los peligros exteriores, y á sostener con gloria las guerras que convenga emprender ó que no se puedan evitar. A una y á otra atendió con atinada solicitud Carlos III: á la primera, utilizando el cuerpo de inválidos que halló establecido por su padre, creando las compañías de salvaguardias, instituyendo y agregándole la milicia urbana compuesta de artesanos y menestrales honrados, arreglando convenientemente su servicio, dividiendo las poblaciones en cuarteles, dando la famosa pragmática de asonadas ó ley de orden público, regularizando las levas, y ordenando un sistema discreto de vigilancia: á la segunda, con la célebre ordenanza para el reemplazo del ejército activo, fijando el contingente anual con que habian de contribuir los pueblos, designando la edad y calidades de los mozos sorteables, y haciendo las oportunas exenciones para no dejar las carreras literarias sin los profesores y alumnos necesarios, la agricultura y la industria sin los brazos indispensables, las oficinas del Estado sin las manos útiles para el despacho de los negocios; aumentando el número de regimientos, y dando excelentes ordenanzas para la disciplina; creando escuelas para la formacion é instruccion de los oficiales de todas armas, y haciendo á la nobleza recobrar la aficion á la carrera militar que en los últimos tiempos de la dominacion austriaca habia perdido.

Las escuelas de infantería, caballería y artillería, establecidas en el Puerto de Santa María, Ocaña y Segovia, dirigidas por generales como O'Farril, Ricardos y Gasola, suministraron al ejército oficiales distinguidos. En el colegio de artillería de Segovia se daba á los alumnos una instruccion general y completa sobre todo lo concerniente á aquella arma tan esencial é importante en el sistema militar moderno. Convenientísima fué la instalacion de la escuela práctica de fuegos artificiales

(2) Sobre esta materia ha escrito algunos curiosos é interesantes artículos en el periódico *El Restaurador del Notariado* nuestro amigo don Joaquín José Cervino, hoy entendido director del ramo del Notariado en el Ministerio de Gracia y Justicia, el cual ha tenido una parte principal en la confeccion de las bases del proyecto de ley.



y de ataque y defensa de las plazas, y de aquel célebre establecimiento salieron entonces y han continuado saliendo despues hombres de gran mérito, tanto para la carrera de las armas como para las demás del Estado. La fundicion de cañones, impulsada por el conde de Gasola, si bien desgraciada en los primeros ensayos por haberse empleado en ella, sin la conveniente prevision, el cobre de Méjico, mejoróse y prosperó despues con el uso del de las minas españolas de Rio Tinto, con el de Méjico y el Perú refinados, y con el hierro de Vizcaya y de Asturias. La abundancia de salitre en España permitió establecer muchas fábricas de pólvora; y el gobierno tomó á su cargo la célebre de armas blancas de Toledo, para la cual se levantó á las márgenes del Tajo un edificio bajo la direccion del ingeniero Sabatini.

El monarca que creó la gran Cruz que lleva su nombre para premiar y honrar *la virtud y el mérito*, no podia dejar de ofrecer á los militares el aliciente de la honra representada por un signo exterior, y fué máxima suya no conferir sino á los que se distinguian en aquella noble carrera el hábito de las cuatro órdenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa. La suerte de las familias de los que se consagraban á aquella profesion peligrosa tampoco fué desatendida, ni podia serlo, de un soberano entre cuyas virtudes descollaba la de la beneficencia. La institucion del Monte Pio militar, para subvenir á las viudas de los oficiales con una pension proporcionada á la clase y graduacion de sus maridos, fué una medida que derramó todo el consuelo posible en las familias que experimentaban aquella desgracia, y fomentó considerablemente los casamientos, si bien en algun concepto inconvenientes para los que profesaban el ejercicio de las armas, provechosos en muchos otros conceptos á la sociedad.

Solo á favor de una serie de providencias como estas y otras que enumerar pudiéramos, dirigidas á fomentar el espíritu, la organizacion y la disciplina militar, pudo Cárlos III contar siempre durante su reinado con un pié de ejército respetable para sostener tantas guerras como se ofrecieron, y en que, con éxito mas ó menos favorable, se mantuvo siempre á grande altura la honra y el poder de las armas de España. Verdad es que las principales reformas del ejército habian sido debidas á su padre Felipe V, pero tambien lo es que con los años de paz que se disfrutaron á consecuencia del sistema político de su hermano Fernando VI habíase disminuido notablemente el número y adormecido la actividad y el espíritu de la milicia española, y no podria sin injusticia negarse á Cárlos III el mérito de haberla aumentado, fomentado y mejorado su organizacion, instruccion y disciplina, y de haberla hecho recobrar el antiguo respeto en que habia sido tenida en Europa.

El que dijo por escrito: «Siendo como es, y debe ser, la España potencia marítima por su situacion, por la de sus dominios ultramarinos, y por los intereses generales de sus habitantes y comercio activo y pasivo, nada conviene tanto, y en nada debe ponerse mayor cuidado que en adelantar y mejorar nuestra marina (1):» el que esto dijo no era posible que desatendiera el fomento de un ramo tan importante para la defensa del reino, para la conservacion de sus ricas colonias y para la prosperidad mercantil. No fué ciertamente el ramo que encontró mas descuidado Cárlos III; al contrario, habia el marqués de la Ensenada restaurado en el reinado anterior la marina española de la manera admirable y con el celo y la inteligencia que dejamos manifestado en otro lugar (2). Por eso en esta materia se limitó Cárlos III á lo que le restaba y cumplia hacer, seguir aquel impulso, promover el desarrollo de aquel pensamiento, aumentar las fuerzas navales, mejorar la construccion de buques, arbitrar medios para atender á los crecidos gastos que exigian (3).

(1) Palabras de Cárlos III en la Instruccion reservada para la Junta de Estado.

(2) Parte III, lib. VII, cap. 4.º de esta Historia.

(3) Se calcula que los gastos de la armada en 1772 eran los siguientes:

|                                  |                |
|----------------------------------|----------------|
| Departamento del Ferrol. . . . . | 20.788,403 rs. |
| Idem de Cádiz. . . . .           | 25.476,559     |
| Idem de Cartagena. . . . .       | 25.216,138     |
| Viveres. . . . .                 | 6.554,709      |
| Total . . . . .                  | 78.135,809     |

Queriendo proveerse de constructores hábiles, los pidió á Francia, y el ministro Choiseul le envió al célebre Gauthier, á quien no se extrañó causaran algunos disgustos las rivalidades de los constructores españoles, que los habia muy entendidos, y cuya habilidad, trabajos y servicios se emplearon con éxito admirable. Una de las reformas mas útiles que se consiguieron fué la de dar á las naves, sin menoscabo de su solidez, la velocidad que les faltaba, y que se habia advertido ser la causa de los descalabros que en algunos combates habian sufrido las escuadras españolas.

Habia dicho el marqués de la Ensenada á Fernando VI: «La armada naval de V. M. solo tiene presentemente los diez y ocho navíos y quince embarcaciones menores que menciona la relacion núm. 6, y la Inglaterra los cien navíos y ciento ochenta y ocho embarcaciones de la núm. 7. Yo estoy en el firme concepto de que no se podrá hacer valer V. M.... de la Inglaterra, si no hay la armada de sesenta navíos de linea y sesenta y cinco fragatas y embarcaciones menores que expresa la relacion núm. 8 (4).» Pues bien, el deseo manifestado por Ensenada en 1751 se vió mas que cumplidamente satisfecho á los 23 años de su representacion, puesto que en 1774 contaba la armada española sesenta y cuatro navíos de linea, de los cuales ocho de tres puentes, veintiseis fragatas y treinta y siete buques menores, entre todo ciento cuarenta y dos naves; y cuatro años mas adelante subia á ciento sesenta y tres el total de buques de todas clases (5).

Vicios habia en la organizacion de nuestra armada, de los cuales se lamentaban los hombres entendidos. El que mas resaltaba era sin duda la numerosa oficialidad, que, sobre costosa, excedia en mucho el número de la que se necesitaba para el servicio. Del estado comparativo que en 1786 se hizo entre la marina francesa y española resultaba que la francesa constaba por lo menos de una cuarta parte mas de buques que la nuestra, mientras que la española excedia á la francesa en mas de una cuarta parte de oficiales; de modo que proporcionalmente constaba la dotacion de la armada española de doble oficialidad que la francesa; lo cual movia al conde de Aranda á decir, quejándose de ello, con su natural desenfado: «pero nuestra numerosa oficialidad se queda á comer su racion, y cuando la hacen trabajar se sofoca por no estar zurrada (6).»

Concluiremos esta breve reseña repitiendo con un erudito escritor: «La educacion científica de los marinos en España era muy notable y distinguida en tiempo de Cárlos, siendo los

(4) Informe presentado al señor don Fernando VI por el marqués de la Ensenada proponiendo medios para el adelantamiento de la monarquía y buen gobierno de ella, en 1751.

(5) Hé aquí la gradacion en que se aumentó nuestra marina en el reinado de Cárlos III.

En 1761 habia 37 navíos de linea y sobre 30 fragatas.

En 1770 se contaban ya 51 navíos desde 58 á 112 cañones, 22 fragatas y 29 buques menores.

En 1774, 64 navíos de linea, 26 fragatas y 37 buques menores.

En 1778, 67 navíos de linea, 32 fragatas y 62 buques menores.

Parte adicional de Muriel á la España bajo el reinado de los Borbones, capítulo 6.

(6) Carta de Aranda á Floridablanca, de Paris á 12 de marzo de 1786.

Hé aquí el estado comparativo del servicio de oficialidad de las dos armadas, francesa y española, en aquel año:

#### MARINA DE FRANCIA

(Sacado del *Etat de la Marine, année 1786.*)

|                                           |     |
|-------------------------------------------|-----|
| Mariscal de Francia, ó almirante. . . . . | 1   |
| Vice-almirantes. . . . .                  | 4   |
| Tenientes generales. . . . .              | 19  |
| Jefes de escuadra. . . . .                | 12  |
| Capitanes de navío. . . . . 114           | 123 |
| Idem á tomar antigüedad. . . . . 9        |     |
| Tenientes de navío. . . . . 290           | 297 |
| Idem á tomar antigüedad. . . . . 7        |     |
| Capitanes de brulote. . . . .             | 53  |
| Alféreces de navío. . . . . 321           | 324 |
| Idem á tomar antigüedad. . . . . 3        |     |
| Tenientes de fragata. . . . .             | 160 |
| Total. . . . .                            | 957 |





conocimientos teóricos y las luces de los oficiales de marina muy conocidas en todo el orbe; testimonio de lo cual están dando los viajes científicos de sus individuos, y el depósito de cartas marinas establecido en Madrid.»

### IX

Llegamos á la parte que dió mas esplendor y mas brillo al reinado de Carlos III, al desarrollo del movimiento intelectual, al impulso que recibió la instruccion pública en todos sus ramos, á los rápidos progresos que hicieron las ciencias, las letras y las artes. «Las reformas literarias, ha dicho bien un escritor, empezaron en el reinado de Felipe V, continuaron en el de Fernando VI, y produjeron la brillante época literaria del reinado de Carlos III.» Nosotros dijimos tambien al final del libro VII de esta tercera parte: «Los reinados de Felipe V y de Fernando VI, así en las letras como en la política, así en la economía como en las artes, así en la marina como en la agricultura, en el comercio como en la administración, en la índole del espíritu religioso como en la tendencia de las costumbres públicas, fueron una feliz y provechosa preparación, y sentaron los cimientos y las bases, y desembarazaron y allanaron grandemente el camino para el mas ilustrado y mas próspero reinado de Carlos III.»

Y así fué en verdad. Todos los ramos del saber humano que eran conocidos en aquella época, todos los grados de la enseñanza en su inmensa escala, desde los rudimentos de las primeras letras hasta las altas elucubraciones de la mas elevada filosofía en todo lo que se alcanzaba en aquel tiempo, todos los establecimientos de instruccion, desde las escuelas primarias hasta las cátedras en que las profundas investigaciones del entendimiento humano se detienen ante los misterios impenetrables de lo sobrehumano y divino, todo recibió impulso, fomento, desarrollo, reformas, mejoras y adelantos hasta donde entonces se podia.

Creacion y multiplicacion de escuelas de párvulos, ereccion y dotacion de casas y colegios de educacion y pupilaje para los jóvenes, de seminarios conciliares para instruccion de los que se consagraran al servicio de la Iglesia, de estudios reales para la enseñanza de lenguas sabias, de filosofía y de ciencias exactas, de escuelas especiales de botánica, de historia natural, de agricultura, de náutica, de arte militar y de otras particulares materias, provision de cátedras por oposicion, distinciones y privilegios á los maestros y profesores, eleccion y designacion de buenos libros de texto, reglamentos orgánicos, formacion de bibliotecas, todo indicaba un sistema de fomento y proteccion á los estudios y á las letras, un pensamiento de difundir las luces, de promover la aplicacion, de ennoblecer el profesorado. Lo que contribuyeron las Sociedades Económicas á propagar los conocimientos útiles, y á impulsar este movimiento de inteligencia, como poderosos auxiliares de un gobierno civilizador, excede á todo encarecimiento. Fué una creacion tan atrevida como feliz la de aquellas asociaciones. Un monarca receloso como Felipe II las habria extinguido por peligrosas, si las hubiera encontrado establecidas: Carlos III las creó, y pudo felicitarse de su obra. Aquel

### MARINA DE ESPAÑA

(Sacado del Nuevo Almanaque náutico para el presente año de 1786.)

|                               |       |
|-------------------------------|-------|
| Capitan general. . . . .      | 1     |
| Tenientes generales. . . . .  | 16    |
| Jefes de escuadra. . . . .    | 15    |
| Brigadieres. . . . .          | 43    |
| Coroneles. . . . .            | 110   |
| Capitanes de fragata. . . . . | 143   |
| Tenientes de navío. . . . .   | 221   |
| Idem de fragata. . . . .      | 224   |
| Alféreces de navío. . . . .   | 242   |
| Idem de fragata. . . . .      | 309   |
| Total. . . . .                | 1,292 |

### Resumen de los oficiales de marina:

|                               |       |
|-------------------------------|-------|
| Francia. . . . .              | 957   |
| España. . . . .               | 1,292 |
| Excede la España en . . . . . | 335   |

habria hecho bien en extinguirlas, como este hizo bien en crearlas. Las asambleas populares, siquiera sean pacíficas y de carácter puramente literario y científico, son incompatibles con los gobiernos sombríos y adustos y enemigos de la discusion y de la publicidad; prestan fecunda ayuda á los gobiernos expansivos que aman la luz y gustan de difundir la ilustracion.

Digno de alabanza fué el intento, como lo habria sido el pensamiento solo de reformar, mejorar y reducir á un plan uniforme los estudios universitarios, concentrar su direccion, corregir la anarquía de métodos y estatutos que regian aquellas viejas escuelas, y poner la enseñanza superior de España al nivel de la de las naciones mas cultas en Europa, y de lo que exigia el estado del mundo científico. ¿Extrañaremos que el espíritu tradicional y rutinario, que el monopolio doctrinal y directivo, que la reacia y cómoda inmovilidad en que vivian muchas universidades españolas, opusieran al gobierno de Carlos III resistencia firme y obstáculos fuertes para hacer de una vez la reforma y plantear de un golpe un sistema universitario uniforme y completo? Ni los ministros de Carlos III lo intentaron tampoco: y hartó hicieron, y con harta prudencia y discrecion obraron, en ir venciendo paulatina y gradualmente la oposicion de las escuelas mas reaccionarias y mas enemigas de toda innovacion; en ir las haciendo deponer añejas preocupaciones, acomodarse á métodos mas razonables, admitir nuevas asignaturas y enseñanzas, sujetarse á directores y censores régios, y preparar así el terreno para un plan general en circunstancias y tiempo oportuno. Hartó hicieron en ir quebrantando el escolasticismo, y desterrando el peripatismo, y desautorizando los bandos y disputas de las escuelas tomista, escotista, suarista y otras que lastimosamente las dividian, y desacreditando las cuestiones abstractas de una metafísica erizada de sutilezas, de controversias infecundas, de inútiles paralogismos, y pueriles y fútiles juegos de voces; y en ir introduciendo la verdadera doctrina teológica, el estudio del derecho canónico, público y civil, la enseñanza de una filosofía mas adecuada á los adelantos del siglo, y de ciencias exactas y naturales, ya fuera, ya dentro del recinto de las universidades, cuyas puertas les habian estado cerradas hasta entonces.

La reforma de los colegios mayores, centros de una nobleza monopolizadora de las dignidades y altos puestos del Estado, que habian elevado su predominio á costa del decaimiento de las universidades, en los cuales se conservaban muchos principios de honor y muchos sentimientos del antiguo caballerismo, pero en que habia tomado asiento el privilegio, el favoritismo y la parcialidad, que se habian hecho patrimonio de familia, con abandono de la aplicacion y daño de la ciencia, fué casi un golpe de Estado, para el cual se necesitó poco menos valor que para la expulsion del instituto de Loyola. Bien se conoció en la agitacion que los decretos de reforma produjeron, si bien mezclada con el regocijo y júbilo de los que con ella ganaban, que era toda la juventud estudiosa y de talento, pero que no habia sido mecida en cuna ilustre, y que veia con esto abrirse y franquearse á la capacidad, al aprovechamiento, á la ilustracion, al mérito y á la moralidad, la entrada y acceso á los cargos y empleos de honra y de valer que antes habian estado solamente reservados al nacimiento, á los pergaminos de nobleza y al privilegio de clase.

Una circular expedida por el Consejo á todas las universidades (1), exhortando á sus profesores á que escribieran nuevos cursos académicos de todas facultades, acomodados al gusto y á los adelantamientos del siglo, ofreciendo premios y proteccion á sus autores, dió un buen resultado, puesto que se escribieron varias obras para las distintas carreras, si bien distantes todavía de la perfeccion, pero en que se veian ya otras ideas, otro estilo y otro gusto del que habia dominado antes. En *Teología*, por ejemplo, que es la ciencia que consideraremos primero en el orden de nuestro exámen, escribió el mercenario Fr. Agustin Cabadés, catedrático en la universidad de Valencia, sus *Instituciones*, con una Introduccion dividida en dos partes, tratando en la primera de la naturale-

(1) En 28 de enero de 1778.



za y objeto de la Teología, con una historia abreviada de la misma, y en la segunda de los Lugares teológicos, ó fuentes de donde se deben deducir las pruebas de aquella ciencia. Otro valenciano, del órden de San Agustín, el P. Villaroig, dió tambien unas Instituciones teológicas con las condiciones de método, lenguaje, claridad y extension ajustadas á los deseos del Consejo, y sobre todo enseñando á tratar la ciencia de Dios á la manera que lo habian hecho los Santos Padres, y con ciertas galas de las ciencias humanas, y no con la aridez del estricto escolasticismo que predominaba en las escuelas. Señales eran estas de no ser perdidas las aspiraciones del gobierno á restituir á los estudios eclesiásticos su antigua lozanía. No contribuyó poco á ello el docto P. Seo de San Miguel, de las Escuelas Pías, ya con su traduccion de la Biblia, acompañada de notas críticas, ya con la de *Los seis libros de San Juan Crisóstomo sobre el Sacerdocio*, hechas, como él decia, para utilidad y aprovechamiento espiritual de los eclesiásticos, y para excitarlos al estudio de las lenguas y de las ciencias propias de su estado.

Mayores adelantos alcanzó la *Jurisprudencia*, ciencia especialmente favorecida por Carlos III y ya promovida tambien, como lo hemos visto, en los reinados anteriores. Impulso tenían que darle la obligacion que se impuso á los cursantes de la facultad de estudiar el derecho natural y de gentes, la introduccion de la asignatura del derecho patrio, y los premios destinados á los alumnos mas aprovechados y sobresalientes. Pero mas que todo la ilustraron y enaltecieron las tareas de los doctos juriconsultos, que ya á excitacion del monarca y del ministro Roda, ya llevados del espíritu mismo de la época, consagraron sus desvelos y emplearon sus plumas en ilustrar, esclarecer y mejorar la ciencia de la legislacion. Tantos fueron los que se dedicaron á este noble objeto, que solo podremos mencionar aquí los que á nuestro juicio trabajaron con mas fruto, y nos parece que descollaron mas y ganaron reputacion mas sólida y fundada.

Descaando el gobierno, y principalmente el ministro Roda, efectuar una reforma en la legislacion criminal, dió comision el Consejo y se pasó una real órden al alcalde del crimen don Manuel Lardizabal y Uribe para que formara un extracto de las leyes penales de la Recopilacion, añadiendo los concordantes de todos los demás códigos legislativos españoles. Lardizabal hizo y publicó su trabajo con el título de *Discurso sobre las penas, contraido á las leyes criminales de España, para facilitar su reforma*. En él daba una noticia general de la historia de la legislacion criminal, de la naturaleza de las penas, su origen, objeto y fines, proporcion que deben guardar con los delitos para que sean útiles, etc. El trabajo de Lardizabal fué examinado, y de él decia (con un laudable deseo, pero que no habia de verse realizado tan pronto como se prometia) un erudito escritor de aquel tiempo: «Hay mucho fundamento para esperar que España tendrá dentro de muy poco tiempo un código de leyes criminales de los mas completos y metódicos (1).» Pronuncióse Lardizabal contra la pena del tormento, cuya apologia habia hecho con escándalo de todos los buenos juristas un desacordado canónigo de Sevilla llamado don Pedro de Castro; bien que ya antes habia escrito expresamente contra la inhumana y absurda prueba de la tortura el abogado y anticuario de la Academia de la Historia don Alonso María de Acebedo.

Este mismo Acebedo, hombre de fina critica, de espíritu filosófico y de instruccion vasta, aunque murió todavia jóven, dejó escrita, entre otras obras y tratados de derecho, una titulada *Idea de un cuerpo legal* (2); en que despues de notar los vicios y defectos de que adolecia nuestro código nacional, señalaba lo que faltaba ó sobraba en él y lo que debia añadirsele, en todos los ramos del derecho, así público y de gentes, como canónico y civil, mercantil y político, para que todo constase, y no hubiera competencias de jurisdiccion. Se conoce

que la idea y el convencimiento de la necesidad de una codificacion germinaba en los entendimientos de los hombres de saber; porque tambien don Juan Francisco de Castro habia escrito sus *Discursos críticos sobre las leyes y sus intérpretes*, en que se demuestra la incertidumbre de estos y la necesidad de un nuevo y metódico cuerpo de derecho para la recta administracion de justicia. Y la Academia de Santa Bárbara ofreció una medalla de oro como premio al autor de la mejor disertacion *Sobre la necesidad de un nuevo código legal, y las reglas que podrian adoptarse para su formacion*.

Habia verdadero movimiento, y se trabajaba en el ramo de jurisprudencia. Marín y Mendoza escribia su *Historia del derecho natural y de gentes*: Danvila y Sala hacian nuevas ediciones del Vinio, con las concordantes del Derecho Real de España, y Soler escribia *Observaciones* sobre estas ediciones mismas. La *Ilustracion del derecho real de España* de don Juan Sala ha sido hasta nuestros dias el libro de texto de las universidades. Publicaba Cornejo el *Diccionario histórico y forense* del mismo derecho, y Rubio traducia al español la *Ciencia de la legislacion* de Filangieri. Pero sin disputa los que ilustraron mas la ciencia del derecho en aquella época fueron los dos abogados y doctores amigos don Ignacio de Asso y don Miguel de Manuel, que asociadamente escribieron las *Instituciones del Derecho civil de Castilla*, juntamente con otras obras y discursos histórico-jurídicos que muchas veces en la presente historia hemos tenido ocasion y gusto en citar (3). La *Historia de la legislacion civil de España* es una obra que hace no poco honor al juriconsulto Manuel, uno de los primeros que en España enseñaron á aplicar el estudio de la diplomacia al de la legislacion. Y entre tanto Robles Vives acreditaba su erudicion jurídica y su buen juicio histórico con sus *Memorias*, y su famosa *Representacion contra el pretendido Voto de Santiago*, hecha á nombre del duque de Arcos al rey.

Pero acaso nada prueba tanto el profundo estudio y la vasta instruccion que algunos hombres de aquella época llegaron á adquirir en la ciencia del derecho, como los muchos luminosos escritos de dos insignes fiscales del Consejo de Castilla, Campomanes y Moñino, despues gobernador del Consejo el uno, ministro de Estado el otro. Apenas hay materia importante de jurisprudencia canónica y civil sobre la que aquellos dos sabios y esclarecidos letrados no nos dejaran tratados nutridos de variada erudicion y sólida doctrina, bajo los títulos de *Juicio imparcial*, *Memorial ajustado*, *Alegacion ó Respuesta fiscal*, *Discurso ó Disertacion histórico-legal*, bastantes de ellos suscritos juntamente por los dos como fiscales, otros separadamente por cada uno cuando ya ejercian diferentes cargos (4), pero siempre sosteniendo buenos principios y elevando á grande altura las cuestiones de derecho.

(3) Cuéntanse entre las que salieron con los dos nombres: *El fuero Viejo de Castilla*, con notas históricas y legales. *El Ordenamiento de las cortes de Alcalá*, con notas y un discurso crítico: *Cortes celebradas en los reinados de don Sancho IV y don Fernando IV*, con un prólogo sobre el origen y modo de celebrar cortes en Castilla.

(4) No será de más citar los principales escritos jurídicos de estos dos célebres juriconsultos, tomados de la Biblioteca de Sempere y Guarinos.

De Campomanes: Respuesta en el Expediente que trata de la policía relativa á los gitanos:—Respuesta sobre abolir la tasa y establecer el comercio de granos:—Tratado de la Regalía de Amortizacion:—Memorial ajustado sobre el Consejo de la Mesta:—Alegaciones fiscales sobre reversion á la corona de varias villas y señoríos:—Disertacion sobre el establecimiento de las leyes, etc.—Discurso histórico-legal sobre el derecho á la corona de Portugal.

De Moñino: Juicio imparcial sobre las Letras en forma de Breve contra el duque de Parma:—Carta apologética sobre el Tratado de Amortizacion de Campomanes:—Respuesta fiscal sobre el término para la segunda suplicacion:—Idem sobre los presidios:—Idem sobre el recogimiento de la obra intitulada *Methodica Ars juris*.

Hay además, de los dos juntos, ó de uno de ellos en union con otros fiscales: *La Respuesta en el Expediente del obispo de Cuenca*:—Sobre la libre disposicion, patronato y proteccion inmediata de S. M. en los bienes ocupados á los jesuitas:—Sobre abastos de Madrid, y otros varios escritos de no escaso mérito, aunque sobre asuntos de menos general interés, aparte de los que versaban sobre política, educacion, economía, industria, etc., que no son de este lugar.

(1) Sempere y Guarinos, Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III.

(2) Cítanse de él unas *Reflexiones históricas sobre algunas leyes*, un *Discurso sobre la importante necesidad de abreviar los pleitos*, y algunos otros.



Aunque no tan señalados progresos como la Jurisprudencia, hízolos también no escasos la *Medicina*, que había recibido ya su impulso con la creación de la Sociedad de Sevilla y de la Academia Matritense, y con las obras de Piquer y Rodríguez en los anteriores reinados. Multiplicáronse en el de Carlos III las obras y tratados sobre materias de esta facultad, en las cuales ya se hicieron descubrimientos y adelantos útiles, ya se prescribían ventajosos métodos de enseñanza, ya se ventilaban cuestiones que podían conducir á la averiguación de verdades provechosas, ya se escribían discursos por doctos españoles que ganaban premios en los certámenes abiertos por academias médicas extranjeras. Escobar, Guerrero, Amar, los dos hermanos catalanes Santpons, uno de los cuales mereció que algunos le apellidaran el moderno Hipócrates español, Salvá y Campillo, O'Scalan, Gil, Masdeval y varios otros ganaron fama de entendidos y enriquecieron la Medicina con luminosos escritos y tratados, mas ó menos generales, mas ó menos circunscritos á particulares puntos y determinadas materias (1).

La cuestión de la vacuna preocupaba entonces á los médicos de mas ciencia y renombre. Ya se había ensayado en otras partes con éxito, aunque no sin oposicion y repugnancia, la inoculación de la viruela; en España se comenzó también á recomendar y practicar, y si bien hubo que vencer grandes contrariedades, se fué introduciendo en varias localidades y provincias. Todavía sin embargo, y á pesar de los escritos de los médicos, y de ser los primeros que para alentar y dar ejemplo vacunaban sus propios hijos, no cundió como debiera el sistema de inoculación en el pueblo, que apegado siempre á la rutina y opuesto á las innovaciones, prefería correr los azares de aquella enfermedad contagiosa que diezaba una gran parte de la población. Por fortuna el sistema de Jenner, de este gran bienhechor de la humanidad, vino pronto á deshacer los argumentos de la preocupacion y á extender y hacer popular el método de la inoculación, que á él le valió tantos y tan merecidos honores, y que arrancó á la muerte y economizó á la humanidad tantas víctimas (2).

Cultivábanse con ardor, y con admirable fruto, fuera del recinto de las universidades y en varias poblaciones, la física, la química, la botánica, la mineralogía, la astronomía, las matemáticas, y en general todas las ciencias exactas y naturales. Españoles pensionados para ir á estudiarlas en el extranjero, profesores extranjeros de fama traídos para enseñarlas aquí, hombres estudiosos que se formaban allá y acá, todos contribuyeron á dar á estas ciencias un desarrollo admirable para aquella época. Fernando VI había comenzado á aclimatarlas, creando escuelas, gabinetes y jardines: con la decidida protección de Carlos III tomaron un vuelo maravilloso. A todas alcanzó el fomento, pero por circunstancias favorables hizo especiales y visibles adelantos la botánica.

El Jardín Botánico que existía en la huerta llamada de Migas-Calientes cedida al efecto por Fernando VI, donde había

comenzado la enseñanza bajo la dirección del primer profesor don José Quer en 1757, fué trasladado en tiempo de Carlos III á sitio mas cómodo, y se instaló en 1781 en el Prado, donde había de hacerse uno de los establecimientos mas célebres de los de su clase en Europa (3). Su primer director don Casimiro Gomez Ortega, que había ido antes á examinar los mejores jardines de Francia, Inglaterra, Holanda é Italia, á cuya imitación quiso el gobierno que se hiciese el de Madrid, y á cuya instalación él contribuyó eficazmente, continuó también la *Flora Española* que Quer había comenzado, aumentando así el catálogo de las obras y opúsculos que antes y después de esta época escribió sobre diferentes materias de botánica, ya originales, ya traducidos, que le valieron cumplidos elogios de los diarios extranjeros, principalmente alemanes.

A su lado y como segundo catedrático ganaba también fama de docto en la ciencia el médico catalán don Antonio Palau, que publicó el *Curso elemental de Botánica*, la *Explicación de la Filosofía y fundamentos botánicos de Linneo*, y tradujo y dió á luz el *Specimen plantarum*, «obra, dice un ilustrado profesor de nuestros días, de la cual no debe prescindir quien se dedique á la botánica en España, aun después de los cambios y adelantamientos que esta ciencia ha experimentado.» A los nombres de Quer, Ortega y Palau, podríamos añadir los de otros ilustres botánicos, como los Barnades, Canals, Villanova, Asso, Lorente y otros: entre ellos sobresale y descuella el de don Antonio José Cavanilles, eclesiástico valenciano, que tanta y tan merecida celebridad supo adquirirse, y á quien tanto debe la botánica española, y cuyas excelentes publicaciones, que fueron muchas, dieron á aquel ilustre director del Jardín Botánico una reputación que no pudieron eclipsar ni rebajar sus detractores (4).

Formáronse además jardines botánicos en Cádiz, Sevilla, Cartagena, Valencia, Zaragoza, Pamplona, y en algunos otros puntos de la Península. Fundáronse igualmente en Canarias, Méjico, Lima y otras poblaciones del Nuevo Mundo. Y al mismo tiempo que en España los amantes de la ciencia hacían estudios y descubrimientos utilísimos para la formación de la *Flora española* (5), los que habían sido destinados por el gobierno con igual misión á los dominios de América, hicieron allá trabajos importantísimos y recogieron preciosos materiales para la *Flora peruviana y chilense*, é hicieron famosos aquellos establecimientos (6). Los viajes y expediciones científicas á Nueva Granada, Chile y otros países de América, que comenzaron á hacerse en este tiempo, y se continuaron con mucho fruto en el reinado de Carlos IV, fueron utilísimos á la ciencia, los sabios extranjeros ensalzaron el mérito de aquellos ilustrados y laboriosos investigadores españoles, y algunos de

(3) Púsose entonces á la puerta principal la siguiente inscripción que hoy subsiste.

Carolus III. P. P. Botanices Instaurator  
Civium salutis et oblectamento:  
Anno MDCCLXXXI

(4) Sobre todos estos doctos profesores y sus respectivos trabajos científicos y servicios hechos á la ciencia, pueden verse las interesantes y curiosas noticias que da el ilustrado catedrático del Museo de Ciencias naturales de Madrid don Miguel Colmeiro en dos opúsculos que ha publicado en nuestros días, titulado el uno: *Ensayo histórico sobre los progresos de la Botánica, especialmente en España*; el otro: *La Botánica y los Botánicos de la Península Hispano Lusitana*, premiado este último por la Biblioteca nacional en el concurso de 1858.

(5) «Las herborizaciones de Sanchez y Arjona en el recinto de Cádiz, dice Colmeiro, las de Abat en Sevilla, las de Bacas en los contornos de Cartagena, las de Barrera, Gil, Villanova y Lorente en Valencia, las de Echeandía en las cercanías de Zaragoza, las de Villalobos en Extremadura, las de Camiña en los alrededores de Santiago, y las de Neé en casi toda la península, han suministrado materiales para la formación de su *Flora*, pero no los publicaron los mismos que los recogieron, y fué superior á todos ellos, por haberlo hecho Asso, á quien se deben apreciables escritos sobre las plantas de Aragón, etc.»

(6) «Mutis y su discípulo Zéa, dice el escritor citado, estudiaron las plantas de Santa Fe de Bogotá; Ruiz Pavón, y su discípulo Tafalla las de Perú y Chile; Sessé, Mociño y Cervantes las de Nueva España; Bollo las de la isla de Cuba; Cuellar, las de las islas Filipinas; y viajaron alrededor del mundo Pineda y Neé.»

(1) Citaremos algunos de cada uno de estos autores.

Perez de Escobar: Avisos médicos populares y domésticos. Historia de todos los contagios; preservativos y medios, etc.

Guerrero: La Medicina universal.

Amar: Instrucción curativa de los dolores de costado y pulmonías.

Santpons (don José Ignacio): Disertación Médico-Práctica, en que se trata de las muertes aparentes de los recién-nacidos, etc., y de los medios para revocarlos á la vida.

Santpons (don Francisco): Memoria sobre el problema propuesto por la Real Sociedad de Medicina de París, «indagar las causas de la enfermedad aphtosa, etc.» que obtuvo el premio, el cual consistió en una medalla de cuatrocientas libras tornesas, y le valió el título de individuo correspondiente.

Salvá y Campillo: Proceso de la inoculación presentado al tribunal de los sabios para que lo juzguen.

Rubio: Disertación médico-histórica de la inoculación.

O'Scalan: Práctica moderna de la inoculación.

Gil: Disertación físico-médica, en la cual se prescribe un método seguro para preservar á los pueblos de viruelas.

Masdeval: Relación de las calenturas pútridas y malignas que en estos últimos años se han padecido en el principado de Cataluña, etc., con el método feliz, pronto y seguro de curar semejantes enfermedades.

(2) Valentin, Noticia histórica sobre el doctor Jenner.—Delamaterie, Diario de Física.—Murió Jenner en 1813, y en 1826 se le erigió una estatua de mármol blanco en la catedral de Gloucester.



estos, como don José Celestino Mutis, mereció que el célebre Humboldt le prodigara los mayores elogios.

El gabinete de *Historia natural* que ya en tiempo de Fernando VI se trató de establecer en Madrid, y cuyos objetos y trabajos se confiaron al entendido Bowles (1), recibió considerable incremento en el reinado de Carlos III con la preciosa colección de curiosidades de la naturaleza y del arte que este monarca compró al español don Pedro Franco Dávila, que con gran trabajo la había reunido en París, y al cual nombró director perpetuo del gabinete, que se mandó abrir al público. Con esto, y con la orden que se dió á todos los vireyes, gobernadores y demás autoridades de los dominios españoles de América para que enviaran todas las producciones naturales que se encontraran en sus distritos, el gabinete de Madrid llegó á ser uno de los mas ricos de Europa, especialmente en minerales. Un catálogo científico de él formó el secretario don José Clavijo y Fajardo, que también compuso un diccionario español de Historia Natural, y tradujo al castellano la célebre de Buffon. Dábanse ya algunos pasos en la *Física* y en la *Química*, de cuyas ciencias se abrieron por primera vez cátedras en España por aquel tiempo. De una y de otra publicó algunas obras en París el español don Ignacio María Ruiz Luzuriaga, siendo notable una Memoria sobre el magnetismo, probando la identidad entre las virtudes magnética y eléctrica, y explicando sus fenómenos por la constitución de nuestro globo.

Sucedía una cosa singular con el estudio de las *Matemáticas*: al paso que era rechazado de las universidades, se cultivaba y prosperaba fuera de ellas; en el anterior reinado el insigne don Diego de Torres no había podido establecer una cátedra de aquella ciencia en la universidad de Salamanca, de lo cual se burlaba él con su causticidad festiva, y en el de Carlos III se enseñaba con esmero, y aun con amplitud en porción de academias, colegios y escuelas especiales, en Madrid, Barcelona, Cádiz, Ceuta, Ferrol, Segovia, Avila, Ocaña y Vergara. Profesores de gran mérito, no contentos con la enseñanza oral que daban á sus alumnos, escribían para ellos obras y tratados de matemáticas que merecían los elogios de los literatos y escritores extranjeros. Las *Efemérides* de Roma los hicieron no escasos de las *Instituciones matemáticas* de don Antonio Gregorio Rosell, catedrático de los Estudios de San Isidro de Madrid, el cual había publicado ya antes una *Geometría* para los niños (2). Pero aun fueron mas notables las dos obras que salieron de la pluma de don Benito Bails, director de Matemáticas de la Real Academia de San Fernando, tituladas la una: *Elementos de Matemáticas*, en diez tomos, llamada *El Curso grande*; la otra: *Principios de Matemáticas*, que era un compendio de los Elementos, en tres volúmenes (3). Pareció haber seguido en esto el catalán Bails el ejemplo y sistema del valenciano Tosca á principios de aquel siglo (4). También el brigadier don Vicente Tofiño, director del colegio de Guardias Marinas, se hizo conocer ventajosamente en el mundo científico con su Compendio de la *Geometría elemental y Trigonometría rectilínea*, obra muchas veces reimpresa, así como con sus *Observaciones astronómicas* y su *Atlas de las costas de España*.

Porque naturalmente tenía que suceder, que la *Geografía*,

(1) Este docto naturalista extranjero, uno de los que en aquel tiempo fueron traídos á España, escribió una *Introducción á la Historia Natural y á la Geografía física de España*.

(2) Entre otras cosas decían las *Efemérides*: «Il signor Rosell rende buon conto del nuovo suo método in un buon ragionato prologo, che ci premette á queste sue Istituzioni. La sostanza di questo suo método si é di riunire insieme, siccome diffatti son di loro natura unite, l' Aritmetica é l'Algebra, comprendendo tutte due queste scienze come già fece il Newton, sotto il nome di aritmetica universale; e far conoscere la connessione che ha con tutte due la geometria, e quella che ha la geometria trascendente coll' elementare, etc.»

(3) Había escrito antes, en unión con don Jerónimo Capmany, unos *Tratados de Matemáticas*, y mas adelante, ya en el reinado de Carlos IV, escribió la *Aritmética para comerciantes*, y las *Instituciones de Geometría práctica para el uso de los jóvenes artistas*.

(4) El P. Tosca, de la Congregación de San Felipe Neri, había publicado también un *Curso completo de Matemáticas*, un *Compendio Matemático*, una *Geometría elemental*, unos *Prolegómenos geométricos*, un *Tratado físico-matemático de la Óptica*, otro de *Stática*, y varias otras obras.

la *Astronomía*, la *Náutica*, los estudios de *Artillería* y de *Fortificación* militar, y otros análogos, prosperaran y florecieran al compás de los conocimientos matemáticos, que son, ó su fundamento, ó sus legítimos auxiliares. Así es que varios de estos mismos escritores citados publicaron también tratados sumamente importantes sobre las ciencias que acabamos de mencionar, y que pueden decirse hermanas, por la grande analogía y afinidad que entre sí tienen, y cuyos principios se pueden llamar comunes. Y por último, y como complemento del impulso y adelantos que algunos privilegiados genios de aquella época supieron imprimir á las ciencias físicas, nos limitaremos á reproducir la mención que en otra parte hemos hecho de las *Relaciones de los Viajes científicos*, practicados estos y escritas aquellas por los dos célebres é ilustres marinos españoles don Jorge Juan y don Antonio Ulloa, tan justa y merecidamente encomiados ellos y sus obras por todos los sabios y por todas las corporaciones científicas y literarias de Europa; pues como estos dos esclarecidos genios, honra y prez de la marina española, florecieron ya en el anterior reinado, y tanto ilustraron aquel como este, allí hemos tenido ya ocasión de tributarles el humilde y sincero homenaje de nuestro elogio y de nuestra admiración, y por lo tanto solo en términos generales podemos en este lugar hacer conmemoración de aquellos dos insignes sabios.

No fué en verdad la *Filosofía* la ciencia en que se hicieron mas adelantos en este reinado, bien que era bien difícil su reforma, porque tal vez en ninguna parte se hallaba tan atrasada como en España, ni en parte alguna acaso se pondrían los obstáculos y reparos que aquí pusieron la ignorancia y la preocupación cuando se trató de acomodar su enseñanza á los adelantos filosóficos de otros países. Al recordar que la universidad de Salamanca, excitada por el Consejo de Castilla á reformar sus estudios, contestaba que no se podía apartar del sistema del Peripato, que los de Newton, Gasendo y Descartes no simbolizaban tanto las verdades reveladas como el de Aristóteles, que no se atrevía á ser autora de nuevos métodos, y que juzgaba preferible á todos los libros el Goudin, porque era conciso y tenía buen latín, confesamos que no se hizo poco en introducir algunas reformas en las planes de Estudios para ir sacando del estrecho círculo á que estaba reducida de impertinentes y áridas cuestiones, de argucias y sutilezas, y comentarios de varios libros de Aristóteles, y en ampliarla con algunas nuevas asignaturas haciendo obligatorio su estudio para poder pasar á otras facultades. Lo extraño es que hubiera prelados de órdenes religiosas que en este punto fueran mas allá que ninguno de los institutos seculares y que ninguna de las corporaciones directivas de la enseñanza. Tal fué el general de los Carmelitas Descalzos, que en una circular á sus súbditos sobre método de estudios, después de sentar que las malas enseñanzas son mas dañosas que la ignorancia misma, en materia de Filosofía les recomendaba la lectura de Platon, Aristóteles, Ciceron, Séneca y Plutarco, la de Vives y Bacon, la de Gasendo, Descartes, Newton, Leibnitz, Wolf, Condillac, Locke, el Genuense, etc., bien que con las precauciones convenientes respecto á las doctrinas de algunos de ellos (5).

Obras filosóficas apenas hubo quien escribiese; ni era este el ramo en que hubieran brillado los ingenios españoles, habiendo estado entre nosotros durante siglos estacionaria la filosofía, y siendo como una esclava del escolasticismo. Los esfuerzos gigantescos que durante aquel largo trascurso habían hecho para sentar las bases de la filosofía positiva hombres del talento y del saber de Luis Vives y algun otro, eran excepciones gloriosísimas, pero fueron raras excepciones. Así como también hubo ahora alguno que tratara ciertas cuestiones filosóficas á una altura y bajo un sistema que sin duda sorprendería á los hombres rutinarios de nuestras aulas. Tal fué la obra de don Juan Francisco de Castro titulada: *Dios y la naturaleza*, ó sea, como él añadía, «Compendio histórico, natural y político del Universo, etc. (6).» Explicaba en ella el señor Castro la teoría del hombre, sentaba los principios del

(5) Sempere y Guarinos cita esta notable circular en el tomo III de su *Ensayo de una Biblioteca española*.

(6) Siete tomos en 4.º, Madrid, imprenta de Ibarra, 1780 y 1781.



orden que Dios estableció en la formación del universo, notaba la diferencia entre las leyes de la materia y las del espíritu, las relaciones de estas dos sustancias en el hombre, y por último se proponía delinear por menor las leyes del mundo físico y del mundo moral, según el dogma del catolicismo (1).

Creemos que bastarán estas breves noticias para dar á nuestros lectores una idea del estado en que se encontraba en la época que examinamos el sistema de la enseñanza pública, si sistema podía llamarse, del que tenían las ciencias al advenimiento de Carlos III al trono español, y de las reformas, modificaciones é innovaciones que en uno y otro concepto ó realizaron ó por lo menos dejaron iniciadas los hombres ilustres de este reinado.

## X

Pasando de las Ciencias á la Literatura, se observa un movimiento mas pronunciado hácia el mejoramiento y progreso de esta importantísima parte de la instrucción pública, como que también se había cultivado ya mas, y venia de atrás, empujada con mas marcado impulso. Considerando la primera en el orden de los estudios y conocimientos literarios la *Historia*, viémoslos bien para eslabonar sus adelantos progresivos encontrar algunos hombres que abarcando, por decirlo así, con su vida dos reinados, son como los continuadores de la marcha de dos épocas por la vía literaria. Tal fué el erudito agustiniano Fr. Enrique Florez, que habiendo escrito en el reinado de Fernando VI los quince primeros volúmenes de la *España Sagrada*, la continuó en el de Carlos III hasta el vigésimo nono inclusive, aunque impreso en 1775, dos años después de su fallecimiento. Este doctísimo y laborioso escritor, que abrió una nueva puerta á la historia con su *Clave Histórica*, dió también un nuevo aspecto á la de España con sus *Memorias de las Reinas Católicas*, en que comprendió desde las reinas godas hasta la esposa de Carlos III, enriqueciendo aquellos cuadros con retratos esmeradamente sacados de sepulcros, bajos relieves, sellos y otros monumentos antiguos de los que dan mas garantía de autenticidad.

Fortuna fué que para una obra de la magnitud, del trabajo y del provecho de la *España Sagrada*, muerto el P. Florez, se encontrara dentro de la órden de su mismo hábito un continuador tan docto y tan competente como el P. Risco, bajo cuya pluma, lejos de decaer y de desmerecer aquel monumento literario, acaso ganó en estilo y en crítica, como nacido en época en que se había mejorado el gusto. Honra á Carlos III el haber cometido de real órden este trabajo á aquel religioso, y el haberle pensionado, como lo estaba su antecesor, y haberle otorgado honores y preeminencias como á él; y no nos toca á nosotros medir los grados de gloria que ganan los soberanos con galardonar á los hombres de letras.

Historias particulares de provincias, ciudades y monasterios se dieron entonces á la estampa, así como memorias, viajes, descripciones geográficas, discursos y otros trabajos, que son los auxiliares de la historia, ramo que por fortuna no había sido de los mas descuidados en España en los pasados tiempos, ya que las generales fuesen sobradamente escasas y contadas. Entre las particulares que salieron á luz en el reinado de Carlos III merece bien ser mencionada la de las *Islas de Canaria* que publicó el arcediano de Fuerteventura don José de Viera y Clavijo, la cual contiene la descripción geográfica de todas las islas, da noticia del origen, carácter y costumbres de sus antiguos habitantes, de los descubrimientos y conquistas que sobre ella hicieron los europeos, de su gobierno eclesiástico, político y militar, de sus varones ilustres, de sus producciones, sus fábricas y comercio, y concluye con los principales sucesos de los últimos siglos (2). — Por el mismo tiempo se publicaba la *Historia del Real Monasterio de Sahagun* por el P. Escalona, monje del mismo monasterio, sobre documentos originales existentes en aquel archivo, y con tres

curiosos y apreciables apéndices, y 326 escrituras que empiezas en el año 904 y concluyen en el de 1475 (3). — Don Ignacio Lopez de Ayala, de la Real Academia de la Historia, y catedrático de Poética en los Reales Estudios de San Isidro, acreditaba que era merecedor del primero de estos títulos con su *Historia de Gibraltar*, que las Efemérides Literarias de Roma calificaban de apreciable por su gravedad, juicio, claridad y elegancia. — Y poco tiempo después (1785) el presbítero Gutierrez Coronel daba al público dos libros, el uno con el título de *Historia del origen y soberanía del Condado y reino de Castilla*, etc., el otro con el de *Disertación histórica, cronológica y genealógica sobre los Jueces de Castilla Nuño Rasura y Lain Calvo*, etc., aunque ambos en estilo mas cansado que ameno, no con buena crítica, y mezclando con la prueba de documentos contemporáneos y auténticos el desacreditado testimonio de los falsos cronicones.

Con mas crítica y con otro gusto había escrito ya (1779) don Antonio Capmany, también de la Academia de la Historia, y uno de los españoles mas laboriosos y de mas generales conocimientos de la época, sus *Memorias históricas, sobre la Marina, Comercio y Artes de la ciudad de Barcelona*, enriquecidas con mas de trescientos documentos diplomáticos, de sumo interés los mas. En esta obra, escrita por acuerdo y á expensas de la Junta de Comercio y Consulado de aquella ciudad, y una de las de mas mérito en su género, y cual no la tenían entonces ni la Inglaterra ni la Francia, huye el autor muy discretamente de entrar en superfluas investigaciones sobre los tiempos fabulosos, y da muy cumplida noticia de las primeras navegaciones de los barceloneses desde el siglo XI, de los progresos de su marina, de su táctica naval, del número y calidad de sus buques, de sus gloriosas expediciones, de la extensión de su comercio, puertos que mas frecuentaban, su legislación mercantil, fundación del consulado, origen, progresos y decadencia de las artes en Cataluña, ordenanzas de los gremios, gobierno municipal, etc. (4).

Entre los trabajos que podemos llamar auxiliares de la Historia merece citarse la *Descripción de las islas Pithiusas y Baleares*, precedida de una introducción sobre los principios y progresos de la geografía en España, y debida en la mayor parte á la pluma del laborioso académico Vargas Ponce, conocido antes de ella por el elogio del rey don Alfonso el Sabio, premiado en 1782 por la Real Academia Española. La obra es mas apreciable por las noticias que por el estilo del autor, que adolece de afectado, hinchado y pomposo. Señales daba ya de ser un buen arsenal de noticias y documentos históricos el *Semanario erudito* de Valladares y Sotomayor que comenzaba á publicarse, aunque siempre con la falta de método y órden que ha seguido advirtiéndose después. De conocer la necesidad de la crítica para la historia, y de carecer de ella las que hasta entonces se habían publicado en España daba ya muestras en sus discursos y opúsculos don Juan Pablo Forner.

Apareció precisamente entonces una historia general con todas las pretensiones de crítica, puesto que *Historia Crítica de España* se intitulaba la que comenzó á publicar, primero en italiano, después en español, el abate Masdeu, uno de los doctos jesuitas españoles expulsados de España, de quienes hemos dicho que en la expatriación tuvieron el mérito de escribir obras científicas y eruditas en vindicación de la honra y de la cultura de esta misma patria de que habían sido tan

(1) Como escritas en este mismo sentido cita también Ferrer del Río la *Falsa filosofía* de Fr. Fernando de Ceballos, y el *Nuevo sistema filosófico* de don Antonio Javier Perez y Lopez, impresas, la una en Sevilla en 1775, la otra en Madrid en 1785.

(2) Se imprimió en Madrid de 1778 á 1783.

(3) Es un tomo en folio que lleva por título: «Historia del Real Monasterio de Sahagun, sacada de la que dejó escrita el P. M. Fr. Joaquin Perez, catedrático de Lenguas y de Matemáticas de la universidad de Salamanca, corregida y aumentada con varias observaciones históricas y cronológicas, y con muchas memorias muy conducentes á la Historia general de España.» Madrid, 1782, en la imprenta de Ibarra.

(4) Escribió además Capmany las siguientes obras: Código de las costumbres marítimas de Barcelona:—Ordenanzas de las armadas navales de la corona de Aragón:—Antiguos tratados de paces y alianzas entre algunos reyes de Aragón y varios príncipes infieles del Asia y Africa:—Cuestiones críticas sobre varios puntos de historia económica, política y militar:—Compendio histórico de la Real Academia de la Historia de Madrid (de que fué secretario), y algunas otras, sin contar aquí las obras de literatura, que mencionaremos en otro lugar. Varias de ellas las escribió después del reinado de Carlos III, porque Capmany vivió hasta noviembre de 1813, y fué diputado en las cortes de Cádiz de 1812.



duramente lanzados (1). Pocos fueron los volúmenes que vieron la luz en aquel reinado, y sabido es que aunque llegaron a veinte mas adelante, no se concluyó. Queriendo Masdeu huir de la descarnada y seca narrativa, desnuda totalmente de crítica, de las historias anteriores, cayó acaso en el extremo opuesto. De su obra no nos toca sino repetir lo que dijimos en otro lugar: «Disertador difuso mas que historiador razonado, dejóse Masdeu llevar del afán de lucir su genio crítico, su indisputable erudición, y su dicción generalmente fácil, armoniosa y correcta: y su obra, mas que a historia de España se semeja a una abundante colección de discursos académicos, enderezados a refutar tradiciones recibidas u opiniones generalizadas, y sabido es hasta qué punto se dejó arrastrar del amor a las novedades y de la pasión de la singularidad.»

Habiendo alcanzado al reinado de Carlos III las obras y aun los días del sabio benedictino Feijóo, creador de la *Crítica* en el siglo XVIII, no podía dejar de hacerse sentir la influencia de su doctrina y de su ejemplo. Y aunque es mas fácil conocer y comprender las reglas de una crítica ilustrada que acomodarse en la práctica a ellas, bueno era ya lo primero como paso que preparaba bien a lo segundo. De lleno puede aplicarse esta observación al libro que con el título de *Dolencias de la Crítica* escribió y dedicó al P. Feijóo el jesuita Codorniu. Los vicios ó enfermedades de la Crítica mostró conocerlas bien el jesuita de Gerona, y aun las condiciones y reglas a que convenia sujetarse para ejercerla con lucimiento y con utilidad de las letras. Pero al tiempo que sentaba muy juiciosas máximas y daba muy buenas lecciones, ya para hacer, ya para juzgar justa y razonablemente un libro, hacía él en un estilo a nuestro entender rebuscado, amanerado y de mal gusto.

De otro modo unia ya a los conocimientos teóricos la práctica de la buena crítica el ilustre Jovellanos. Aun antes de ser un hombre tan consumadamente docto como llegó a serlo aquel magistrado y literato insigne, cuando todavía él mismo no tenia confianza en sus propias producciones, en todas ellas, y principalmente en las Memorias y Discursos que leyó, así en la Sociedad Económica como en las tres Reales Academias, Española, de la Historia y de Nobles Artes, de que fué digno miembro, manifestó gusto y erudición, facundia en el decir, limpieza en la dicción, y sana crítica en los juicios. Hé aquí cómo se expresaba en el de su recepción en la Academia de la Historia, exponiendo la falta de una buena Historia Nacional, y excitando a emprender tan necesaria y utilísima obra: «En nuestras crónicas, historias, anales, compendios y memorias apenas se encuentra cosa que contribuya a dar una idea cabal de los tiempos que describen. Se encuentran, sí, guerras, batallas, conmociones, hambres, pestes, desolaciones, portentos, profecías, supersticiones, en fin, cuanto hay de inútil, de absurdo y de nocivo en el país de la verdad y la mentira. ¿Pero dónde está una historia civil, que explique el origen, progresos y alteraciones de nuestra constitución y nuestra jerarquía política y civil, nuestra legislación, nuestras costumbres, nuestras glorias y nuestras miserias? ¿Y es posible que una nación que posee la mas completa colección de monumentos antiguos; una nación donde la crítica ha restablecido el imperio de la verdad y desterrado de él las fábulas mas autorizadas; una nación que tiene en su seno esta Academia, carezca todavía de una obra tan importante y necesaria (2)?»

Ibase haciendo moda emplear la crítica, y hacer uso de la sátira, con mas ó menos templanza y moderación, con mas ó

menos donaire, agudeza y oportunidad, así para la censura y corrección de las costumbres públicas (en lo cual los ingenios vulgares solían traspasar los límites de lo permitido y decoroso), como para corregir el mal gusto literario, la afectada cultura, la hinchazón de estilo, y otros vicios con que la oscuridad de los tiempos habia afeado nuestra literatura. Al cabo de dos siglos el autor del *Ingenioso Hidalgo* encontró imitadores, que a su modo, aunque no con tan feliz inventiva y tan singular gracejo (que ni en lo uno ni en lo otro era fácil igualarle), satirizaron la especie de nuevos caballeros andantes de que se habia plagado la república de las letras.

No dejó de estar oportuno el malogrado coronel Cadalso en su sátira contra la manía de los que habiendo estudiado poco hacían gala de saber mucho, ensartando frases y palabras aprendidas de intento y con propósito de aparentar una grande erudición. Contra estos pseudo-sabios escribió sus *Eruditos a la violeta*, y fué ciertamente una idea feliz la de dar un curso completo de todas las ciencias para aprenderlas en una sola semana, enseñando en cada día de ella toda una facultad, para ridiculizar y hacer ver la superficialidad de semejantes eruditos. En el opúsculo no se libraron de llevar su correspondiente censura varios autores extranjeros que incurrian en los mismos vicios que ellos imputaban a los españoles (3). Menos feliz habia estado en las *Cartas Marruecas*, imitación de las *Cartas Persianas* de Montesquieu, pero tanto en ellas como en las *Noches lúgubres*, aparte de ciertas ideas y pensamientos que en estas últimas vertió, dominado sin duda por el tétrico humor que se las inspirara, y con cuya moral no podemos estar conformes, se revela siempre el talento no vulgar que acreditó tambien en sus poesías; lo cual es tanto mas notable cuanto que pasó lo mejor de su vida en el ejercicio y carrera de las armas, acabando sus días como pun-donoroso y valiente militar en el campo del honor.

Un crítico de bien diferente profesión, puesto que vestía el hábito de San Ignacio de Loyola, y que ya en el anterior reinado habia escrito su célebre Sátira contra los malos predicadores, ó sea contra el depravado gusto que se habia introducido en la Oratoria sagrada, y dado muestras de manejar con talento la ironía en el *Triunfo del Amor y la Lealtad*, ó *Dia grande de Navarra*, continuó ejercitando su festiva pluma contra otros malos escritores con el gracejo propio del autor de la *Historia del famoso predicador Fr. Gerundio* (4), sin que por eso dejara de emplearla tambien en cosas místicas y serias, y en traducciones de tal mérito que ha llegado a cuestionarse si serian obras originales suyas, y hasta sus *Cartas familiares* se creyeron dignas de darse a la estampa (5).

La aparición del *Fr. Gerundio de Campazas* tuvo sin duda una visible y saludable influencia en la reforma de la *Oratoria del púlpito* que se observó en tiempo de Carlos III, mas que otros libros en que se habian denunciado ya los vicios de la predicación, y mas que el ejemplo de algunos buenos predicadores, que aun los habia, pues como confesaba entonces el *Journal étranger*, «en todos tiempos ha habido, y actualmente hay en España predicadores excelentes (6).» El temor de verse ridiculizados con el dictado de *Gerundios* hizo en efecto que muchos dejaran de hacer el papel de bufones que hacían en la cátedra de la verdad, y que abandonando aquel mal camino entraran por la senda de la dignidad en el ejercicio de aquel sagrado ministerio. Verdad es que contribuyeron tambien a esta buena obra otros escritos que en este reinado se publicaron con el fin de desterrar los abusos del púlpito y señalar los medios de su reforma, tales como el ti-

(1) El título primitivo de la obra fué: *Storia critica di Spagna e della cultura spagnuola in ogni genere, preceduta de un Discorso preliminare*. El mismo manifestó el objeto de publicarla en Italia y en italiano diciendo: «Escribo para los italianos, que a diferencia de otras naciones cultas no tienen en su lengua ninguna historia general de la nuestra, ni original ni traducida, y tienen por lo comun mas noticias de la China ó de la Persia que de nuestro país.» Parece sin embargo que la obra fué recibida allí con frialdad, por lo que determinó rehacer los primeros tomos publicados y darla a luz en español, dando principio a su publicación en Madrid en 1783.

(2) En la época que comprende nuestro examen, Jovellanos era ya ventajosamente conocido en la república de las letras; y aunque sus obras principales fueron posteriores, habia ya escrito las dos piezas dramáticas, el *Pelayo* y el *Delincuente honrado*, traducido el libro 1.º del *Paraíso perdido* de Milton, escrito y leído muchos y muy elocuentes dis-

ursos y oraciones en las academias sobre temas muy diversos, manejado la sátira festiva como poeta, y dado informes y consultas muy eruditas y doctas como magistrado.

(3) Publicó esta obra bajo el nombre de don José Vazquez.

(4) Por ejemplo, las *Cartas* de Juan de la Encina.

(5) Las otras producciones del P. Isla son: *Reflexiones cristianas sobre las grandes verdades de la fe*, y sobre los principales misterios de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo:—La traducción del *Compendio de la Historia de España* del P. Duchesne:—la de la *Vida del Gran Teodosio*, de Flechier:—la de la *Historia de Gil Blas de Santillana*, y la del *Año Cristiano*, de Croiset.

(6) Esto decía el citado Diario en abril de 1760.



tulado *El Predicador* de Sanchez Valverde, y el *Aparato de elocuencia para los oradores* de Soler de Cornellá. Se tradujo la Retórica Eclesiástica de fray Luis de Granada, se vertieron también al castellano los mejores sermonarios franceses, y se establecieron conferencias de retórica en los seminarios. Al propio tiempo prelados de muchas y buenas letras, de aquellos que con su singular tino sabían escoger Carlos III, con dignas pastorales y con el ejemplo propio enseñaron y restauraron la verdadera elocuencia, tal como el señor Climent de Barcelona, Lorenzana de Toledo, Bertran de Salamanca, y Bocanegra de Santiago; en términos que pudo ya decir este último en una de sus pastorales: «Hoy está muy reformado en nuestra nación el sagrado ministerio del púlpito:» y el erudito Capmany: «La cátedra sagrada ha recobrado en España sus antiguos derechos, la persuasión evangélica, la sencillez apostólica, etc. (1).»

La misma *Filosofía de la Elocuencia* de Capmany era al propio tiempo un testimonio del progreso y un medio para progresar más en la restauración del buen gusto literario. Las academias no estaban tampoco ociosas, y su sistema de certámenes y premios para las producciones más sobresalientes en la pureza, propiedad y elegancia de lenguaje y de estilo, fueron también estímulo poderoso para estudiar y lucir las galas y primores de la rica y armoniosa lengua castellana (2). Las discusiones de las Sociedades Económicas preparaban en cierto modo a la *Elocuencia política y popular*, que entonces no tenía otro teatro en qué desarrollarse. Y de lo que se había reformado y mejorado el gusto en la *Oratoria del Foro*, viciado también como el de todos los géneros de elocuencia, dan brillante testimonio las vigorosas y bien razonadas alegaciones de los jurisconsultos, y las consultas y dictámenes llenos de profunda doctrina y de variada erudición de los ilustrados fiscales del Consejo de Castilla que tantas veces hemos citado.

Publicando desde Italia Historias de la *Literatura Española* los jesuitas expulsos de España, ya con el título de *Ensayo apologético*, ya con el de *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, ya en forma de cartas y respuestas, volvían los ilustrados abates Lampillas, Andrés y Serrano por la honra literaria de España, vulnerada en los escritos de los italianos Bettinelli y Tiraboschi; y haciendo este importantísimo servicio a su nación, al tiempo que deshacían las calumnias ó los errores de los críticos extranjeros, daban una lección de patriotismo a sus propios compatriotas, y desenojaban al monarca mismo que los había expulsado, el cual, nunca indiferente a tales pruebas de saber y de abnegación, les duplicó las pensiones: que si no fué gran largueza, fué no poco de estimar procediendo de quien había sido siempre tan profundamente desafecto a los regulares de aquel instituto. Con pensiones remuneró también a otros dos religiosos españoles, de la orden de San Francisco de Granada, que con el propio objeto de desagraviar la literatura escribían en aquel tiempo la *Historia literaria de España desde la primera población hasta nuestros días*. Eran estos los padres Mohedanos, fray Gabriel y fray Pedro, lectores jubilados, y académicos de la Historia, que aunque trabajaron con mejor intención que criterio, y con menos fruto para las letras que el que me-

recia su perseverancia, se hicieron altamente recomendables por su celo y esfuerzos, no solo en esta publicación, sino en el impulso y fomento que dieron a los estudios de matemáticas y física, de las lenguas griega, hebrea y arábiga (3).

Con más ó menos tino y acierto en la elección, pero siempre con utilidad para la ilustración pública, se hacían colecciones de las producciones literarias más notables de los anteriores tiempos, especialmente de las poéticas en sus diferentes géneros, para que pudieran servir de modelos a los que se daban a esta clase de literatura, y de testimonio del gusto y adelantos de cada época. Tales fueron las que con los títulos de: *Colección de poesías anteriores al siglo XV*, *Parnaso y Teatro Español*, dieron a luz Sanchez, Lopez Sedano y García de la Huerta. Safortada escribía su *Biblioteca de Traductores*; Viera y Clavijo, y Sempere y Guarinos daban el modesto título de *Ensayo*, el primero a la *Biblioteca de Autores Canarios*, el segundo a la *suya de los mejores escritores del reinado de Carlos III*.

Bien podemos incluir también en el catálogo de los de esta época (aunque las principales de sus muchas é interesantes publicaciones pertenecen al reinado anterior) al ilustre don Luis José Velazquez, marqués de Valdeflores (4), que por desdicha suya, cuando había ganado ya harta fama literaria, y no necesitaba de nuevas producciones para asegurar la que en el mundo de las letras había adquirido, quiso, en mal hora para él, dar todavía suelta a su incansable y fecunda imaginación con opúsculos que no le acarrearón sino disgustos y persecuciones. Tales fueron la colección de varios escritos *relativos al Cortejo*, y el *Ensayo del Escritor Satírico*. El estilo sarcástico que empleó en ellos contra los abusos del poder y las costumbres de su tiempo, en ocasión que acontecía el motín de Madrid de 1766, dieron pie a que se le atribuyeran ciertos folletos anónimos que se encontraron excitando a la rebelión, desterrósele de la corte, y se le encerró, primero en el castillo de Alicante, y después en el de Alhucemas (5).

En este universal movimiento literario no era posible que se quedara rezagada en la marcha de la regeneración la *Poesía*, que es una de las formas en que se refleja más el espíritu, el gusto y la cultura de cada época. Corrompida y estragada en los últimos reinados de la dominación austriaca como su hermana la elocuencia, y reducida como ella a un hinchado y conceptuoso culteranismo del más depravado gusto, cuando no caía en una vulgaridad rastrera, ya en los reinados de los primeros Borbones le habían como detenido en su descarrilamiento la Poética de Luzán, la crítica de Feijóo y los ejercicios y certámenes académicos. Sin embargo las infinitas composiciones en verso con que se celebró la venida de Carlos III a España mostraban bien claramente que solo algún poeta despuntaba entre la multitud de malos, insulsos y extravagantes copleros. Mas como la semilla estaba echada y había ido germinando, y no le faltaba el fomento y el estímulo de la protección, pronto se vió brotar ingenios que la desnudaran de ridículos atavíos y le fueran volviendo la elegante sencillez y naturalidad de que nunca hubiera debido ser despojada, siendo uno de los primeros a obrar esta provechosa transformación don Nicolás Fernández Moratín, que cultivó, aunque unos con éxito más feliz que otros, casi todos los géneros de la poesía, el lírico, el épico, el didáctico y el dramático. *Las Naves de*

(1) Son notables las siguientes frases del arzobispo Lorenzana en sus *Avisos a los predicadores de su arzobispado*: «En los sermones nunca, ó muy rara vez se ha de usar de noticias fabulosas de los dioses... En citar los pasajes de historia eclesiástica ó profana se ha de tener grande cuidado... En referir ejemplos de milagros, de almas condenadas ó salvadas, y de apariciones, han de ser muy cautos los predicadores... Es mejor que el sermón sea breve que largo; porque si son buenos, se oyen con ansia y gusto, y si son malos, molestan y desagradan... Aun en los que se llaman de Mision juzgamos que es imprudencia tardar tanto como acostumbra algunos, sin hacerse cargo de que son hombres y mujeres los oyentes, sujetos a mil achaques, y que no pueden salir fácilmente y sin vergüenza del concurso, y son muchos los accidentes y congojas que padecen... No aprobamos el sacar calaveras, condenados, ni pinturas horrosas, ni aterrar demasiado a los oyentes... los sollozos extremados, las voces lastimeras, las bofetadas no son propias de la gravedad del púlpito, etc.»

(2) De este tiempo son los premios que obtuvieron en la Real Academia Española, Viera y Clavijo, Conde y Oquendo, y Vargas Ponce por los *Elogios de Felipe V* y de *Alfonso el Sabio*.

(3) Una pensión de mil ducados señaló Carlos III a los PP. Mohedanos. Lo que estos dos religiosos trabajaron en favor de las letras españolas puede verse en el *Ensayo de una Biblioteca*, de Sempere y Guarinos.

(4) Puede verse lo que sobre este esclarecido escritor dijimos en el capítulo último del reinado de Fernando VI.

(5) Aunque en 1772 recuperó su libertad, y se le devolvieron todas sus consideraciones y preeminencias, la cruda persecución que sufrió le había afectado tanto, que sucumbió aquel mismo año, el día que cumplía los cincuenta de su edad, en su hacienda del Cruzado, a tres leguas de Málaga. Tenemos a la vista una reseña biográfica de este fecundo escritor, hecha por uno de sus ilustres descendientes, juntamente con una noticia ó catálogo de todas sus obras y colecciones de documentos, que por real orden de 1795 se hicieron venir a la Real Academia de la Historia, donde se conservan, aunque a condición, según afirma su deudo, de que se volverían a su familia los originales luego que la Academia hubiese sacado copias, y de que se le remitiría para su satisfacción un ejemplar de las que se publicaran, expresando el nombre del autor.



*Cortés destruidas*, el poema de *Diana ó arte de la Caza*, *Las fiestas de toros en España*, la comedia *La Petimetra*, y las tragedias *Lucrecia*, *Hormesinda* y *Guzman el Bueno*, aunque no todas de igual mérito, tiénenle sobrado algunas para dar reputación á su autor, y para que no pudiera dudarse de que la poesía castellana entraba ya en el período de su restauración iniciado por Luzán.

Poeta también, no menos que crítico, el autor de *Los Eruditos á la violeta*, de genio expansivo y de carácter simpático, al leer la suavidad apacible que respiran las poesías de don José Cadalso nadie hubiera podido creer que fuesen obra del intrépido oficial que se malogró manejando con el rigor del guerrero los instrumentos de muerte en el sitio de una plaza. No eran ciertamente las pasiones bélicas, sino sentimientos de humanidad y de ternura los que se descubrían en los *Ocios de mi juventud*, en los *Desdenes de Filis*, y menos todavía en su donosa composición *Sobre no querer escribir sátiras* (1).—Ocupó un puesto muy distinguido entre los restauradores de la poesía don Tomás Iriarte, que debía su educación literaria á su tío don Juan, bibliotecario del rey. Traductor de la *Epístola á los Pisones*, de varios libros de la *Eneida*, y de otras obras latinas y francesas, autor del poema *La Música*, y de varias comedias, entre ellas *El Señorito mimado* y *La Señorita mal criada*, hizo principalmente notable por su colección de *Fábulas* originales, y mas especialmente por su calidad de *Literarias*, pues era el primer fabulista de todas las naciones que las aplicaba á ridiculizar los vicios de la literatura, y supo hacerlo con gracia, naturalidad, facilidad y soltura.—Otro fabulista, don Félix Samaniego, lucía también su ingenioso donaire y su atractiva naturalidad en otra colección de *Fábulas morales*, unas de propia invención, otras entresacadas de las mejores de Esopo, Fedro, Lafontaine y Gay.

Dentro del claustro, y vestido con el hábito de San Agustín, pero en contacto amistoso con los literatos del siglo, y querido de todos por la dulzura de su carácter, la bondad de su genio y la amabilidad de su trato, florecía otro de los restauradores del buen gusto en la poesía castellana, que toman-

do por modelos á Horacio y á Fr. Luis de Leon, acertó á unir la ocupación grave del poeta religioso vertiendo al español himnos y salmos sagrados, con el festivo recreo del poeta del siglo celebrando las bellezas humanas en versos castos y puros, y aun empleando la Musa satírica con un gracejo casi inimitable. Solo conociendo por sus biógrafos la vida virtuosa del maestro Fr. Diego Gonzalez, que es el poeta á quien nos referimos, se desvanece todo pensamiento ó juicio desfavorable que pudiera sugerir el ver celebradas por su dulce y graciosa lira dos bellas damas, Mirta y Melisa, la primera de las cuales, que sería la mas favorecida, fué la que le inspiró su célebre *Invectiva contra el Murciélago alevoso*, bastante ella sola para dar fama á un poeta, y que al cabo de cerca de un siglo apenas hay quien no la haya aprendido de memoria, y la pueda repetir casi de coro.

Pero sin duda alguna el verdadero restaurador de la poesía española, el que le restituyó todo su lustre, añadiéndole el que era propio del gusto de aquella época, el primer genio lírico del pasado siglo fué el dulce, el suave, el armonioso don Juan Melendez Valdés, digno de figurar con gloria en las mas altas gradas del Parnaso, con Garcilaso y Herrera, con Villegas y Leon, tan fecundo como delicado y ameno, que en sus *Anacreónticas* é *Idilios* no ha tenido igual, y aun sobrepujó á sus modelos, y que en todas sus composiciones desde la *Egloga en alabanza de la vida del campo*, laureada por la Real Academia Española, hasta la *Cancion á la muerte de su querido amigo el coronel Cadalso*, se ve la suavidad del colorido que sabía dar á las galas, la delicadeza del sentimiento, la gallardía de su imaginación, así en lo sencillez como en lo majestuoso; y como dice un erudito escritor, «en sus admirables versos campeaban juntas la elegancia y la sencillez, el color y la exactitud, la nobleza de los pensamientos con el agrado é interés.» En *Las Bodas de Camacho el Rico*, comedia pastoral que compuso para representar en unas fiestas en el teatro de la Cruz, describió los tiernos é inocentes amores de un pastor y una pastora con una interesante naturalidad que no desmerecía en nada de la del Taso en su *Aminta* (2).

(1) En esta última composición se expresa así, contestando á los que le incitaban á que dejando los asuntos tiernos empleara su pluma en satirizar los vicios y pasiones de los hombres:

Léjos de contentarme,  
prosiguen con mas fuerza en incitarme  
á que deje los huertos y las flores,  
pastoras y pastores,  
viñas, arroyos, prados,  
ecos enamorados,  
la selva, el valle, la espesura, el monte,  
y que no imite al dulce Anacreonte,  
al triste Ovidio, al blando Garcilaso,  
á Cátulo amoroso, á Lope fino,  
ni á Moratin divino,  
que entre estos tiene asiento en el Parnaso;  
sino que la tranquila Musa mía,  
de paloma que fué se vuelva arpía.  
Que los vicios pondere con fiereza,  
que haga gemir á la naturaleza  
bajo los golpes de mi ingrata mano...  
pero así como tiemblan sorprendidos  
los villanos de un pueblo, acostumbrados  
á su quietud, cuando la vez primera  
penetra sus oídos  
la música guerrera,  
cuando llegan soldados  
de rostros fieros y de extraños trajes,  
con estrépito horrendo  
de hombres, y caballos, y equipajes:  
y se dividen con igual estruendo  
por la pequeña plaza en cortos trozos,  
y los viejos refieren á los mozos  
que aquellos monstruos matan á la gente,  
y se comen los niños fieramente;  
y cada madre esconde y encomienda  
á su Dios tutelar la dulce prenda  
del matrimonio santo.  
Pues así yo, con no menor espanto  
ó los nombres y ponderaciones  
de vicios y pasiones, etc.

(2) Hay poco ciertamente que pueda igualar la siguiente cándida pintura que el pastor hace de sus amores:

Pared en medio la enemiga mía  
de mi casa vivía:  
casi á un tiempo nacimos,  
y casi ya en la cuna nos amamos.  
Apenas empezaba  
á hablar aun balbuciente,  
ya con gracia inocente  
decía que me amaba,  
y á mis brazos corría,  
y los suyos me daba y se reía.  
Yo la amaba también, y con mil juegos  
pueriles la alegraba,  
ya travieso saltando  
tras ella en la floresta,  
ya su voz remedando  
con agradable fiesta...  
una la voluntad, uno el deseo,  
una la inclinación, uno el cuidado,  
amar fué nuestro empleo  
sin saber qué era amor; en tanto grado  
que ya por la alquería  
de todos se notaba, y se reía  
nuestra llama inocente....  
¡Ay, qué felices días!  
¡qué sencillas y puras alegrías!  
Si ella se enderezaba hacia un otero,  
yo estaba allí primero;  
y si al valle bajaba,  
en el valle esperándola me hallaba.  
No hubo flor, no hubo rosa de mi mano  
cogida, que en su mano no parase;  
no hubo dulce tonada  
que yo no le cantase;  
ni nido que en su falda no pusiese.  
Mis cabritos saltando la seguían,  
y la sal sus corderas me lamían  
en la palma amorosas.



Al lado de estos mas privilegiados hijos de las musas florecian otros ingenios que cultivaban con acierto y gracia diferentes géneros de poesía; tales fueron los dos eclesiásticos don Francisco Gregorio de Salas y don José Iglesias, autor el uno del *Observatorio Rústico*, donde se hace una descripción de la vida del campo y sus ventajas, el otro de una colección de *Epigramas* y composiciones ligeras, satíricas y burlescas, hechas con donaire y soltura: lo cual no impidió que en ulteriores años se ejercitaran ambos en asuntos mas propios de su sagrado ministerio, escribiendo el uno un *Compendio práctico del Pulpito* para el uso de la predicación apostólica, componiendo el otro un poema didáctico titulado *La Teología*.

Hasta los seudónimos que adoptaban en aquel tiempo los cultivadores y restauradores del Parnaso español eran poéticos tambien; *Batilo* se llamaba Melendez Valdés; por *Delio* era conocido el maestro Gonzalez; á Jovellanos se le nombraba *Jovino*, y así otros, y con estos nombres se correspondían, tratándose entre sí generalmente con una amistad y confianza que constituía una especie de confraternidad. No faltaron, sin embargo, guerras literarias, señaladamente con García de la Huerta, que habiéndose declarado enemigo de la escuela francesa, formada sobre los modelos de los mas célebres autores dramáticos del siglo de Luis XIV, no pudiendo sufrir nada de cuanto viniese del otro lado de los Pirineos, y empeñado por lo tanto en enaltecer y resucitar la antigua escuela clásica española, con cuyo fin coleccionó, no con la elección mas acertada, y publicó el *Teatro Español*, provocó el resentimiento de todos los afiliados en la nueva escuela, que eran los mas; de aquellos rígidos y estrechos preceptistas que blasonaban de ajustarse al sistema de las unidades y demás reglas del arte que se habian hecho moda, con cuyo motivo se cruzaron folletos, escritos, respuestas, réplicas y contra-réplicas, con una acritud que ni puede aplaudirse nunca en contiendas literarias, ni favorece á las letras, ni sienta bien en escritores.

Aunque se hicieron y representaron en este tiempo algunas tragedias y comedias que no carecian de mérito, entre ellas la *Raquel* del mismo Huerta, *Virginia* y *Ataulfo* de Montiano y Luyando, *Lucrecia*, *Hormesinda* y *Guzman el Bueno* de Moratin el Viejo, la *Numancia destruida* de Ayala, el *Sancho de Castilla* de Villaroel, el *Sancho García* de Cadalso, *El Señorito mimado* de Iriarte, *El Delincuente honrado* de Jovellanos, y otras varias, la verdadera restauración y reforma del teatro español, el mejoramiento del arte y del gusto en la poesía y en la escena dramática en España se debió á don Leandro Fernandez Moratin, llamado Moratin el Joven, ó el Mozo, para distinguirlo de su padre don Nicolás. El que entonces no hacia sino apuntar como atinado censor de los vicios introducidos en la poesía dramática por la Musa española diciendo:

Dió á la comedia estilo retumbante,  
hinchado, cespado, figurado y culto,  
de la debida propiedad distante...

Y en vez de corregirse las pasiones,  
en tono alegre y máscara festiva,  
con fábulas y honestas invenciones,

El fuego ardiente del amor se aviva,  
la venganza cruel, el aparente  
pudor se premia, y la maldad nociva.

¿Quién allí formará debidamente  
de la santa virtud sólida idea,  
si el drama que escuchó se la desmiente?

¿Qué es ver saltar entre hacinados muertos,  
haciendo el foro campo de batalla,  
á un capitán enderezando tuertos?...

¿Mas quién podrá sufrir sobre la escena  
tal desarreglo, tal descompostura,  
y tanta impropiedad de que está llena?...

El que esto decia, pronto habia de enseñar con el ejemplo  
cómo un drama puede ser al propio tiempo artificioso y sen-

De esta suerte las horas deliciosas  
pasábamos felices,  
cuando un deseo de saber nos vino  
qué era amor, de manera  
cual si un encanto fuera, etc.

cillo, festivo, honesto y moral, dando al teatro *El Viejo y la Niña*, *El Café*, *La Mojigata*, *El Sí de las Niñas* y *El Barón*, que todavía hoy se ven con placer y se celebran con entusiasmo (1).

Otro género de composición dramática se cultivó tambien en aquel tiempo, á saber, el de ciertas piececitas ligeras y festivas de costumbres populares, conocidas con el nombre de *Sainetes*, y algunas tambien con el de *Zarzuelas* (2). El objeto de los sainetes fué poner en escena las costumbres de las clases ínfimas del pueblo, que no podian tener cabida y lugar ni en la tragedia ni en la comedia, y que no dejaban de ser dignas de estudio y merecedoras de corrección, y podian representarse sin las gracias rústicas y soeces del antiguo entremés (3). Sobresalió en este género, y mostró una admirable fecundidad para él el madrileño don Ramon de la Cruz, que produjo centenares de comedias, zarzuelas, sainetes, loas y tonadillas; si bien solo un número comparativamente pequeño se ha conservado (4). No puede negarse á Cruz que sabia pintar con propiedad las costumbres del pueblo bajo de la corte y dialogar con naturalidad y con chiste, y que tenia fácil inventiva para componer un pequeño plan y un conjunto de escenas sueltas, á propósito para proporcionar á los espectadores un festivo desahogo de veinte ó veinticinco minutos; pero faltábale para combinar una acción de regulares dimensiones, y en sus dramas retrató al vivo, pero creemos no eran á propósito para corregir los vicios de las clases que puso en escena (5).

Mérito, pues, concedemos á quien pintó, como dice un ilustrado historiador moderno, «petimetres almibarados y petimetras casquivanas, majos temerones y jaraneros y majas zumbonas y ariscas, payos pazguatos ó maliciosos y payas pizpiretas ó simples, falsas devotas, abates cortejadores, maridos pacatos y mujeres desperdiciadas, pajes entremetidos..... criadas locuaces y ventaneras, viejas linajudas, niños picoteros, viejos verdes, etc.» pero nos parece demasiado ensalzarle el decir que «es el único poeta dramático verdaderamente nacional y célebre de la época de Carlos III (6).»

Siendo los papeles periódicos uno de los medios mas eficaces para difundir, propagar y generalizar cierta clase de conocimientos, y habiendo tenido ya principio este género de publicaciones en los anteriores reinados (7), era de suponer, y así sucedió, que bajo un gobierno protector de las letras y amante de la ilustración se multiplicaran aquellos escritos y se perfeccionaran bajo mas expertas y mas acreditadas plumas, entre otros despreciables que tambien salían, como suele acontecer siempre, y mas en épocas en que no ha podido pasar todavía de ensayo esta forma de la literatura. Aparece de los mas aficionados á ella, y tambien de los mas laboriosos, don Mariano Nifo, autor de *La Estafeta de Londres*, del *Correo general histórico, literario y económico de Europa*, del *Diario extranjero*, de *El Erudito investigador* y de *El Novelero*

(1) Para juzgar de las obras de todos estos ingenios y de su mérito comparativo, cosa que nosotros no podemos hacer aquí sino ligerísimamente, puede consultarse el Discurso de Quintana sobre la Poesía castellana del siglo XVIII, lo que han dicho otros críticos, y tambien los Prólogos y Discursos que suelen preceder á la edición de las obras de cada uno.

(2) El *Sainete* vino á ser, usando la expresión de un crítico moderno, la ampliación del grosero y chabacano *Entremés* antiguo.—La *Zarzuela*, composición en que se mezcla la recitación con el canto, género que tanto se ha mejorado y tanto se cultiva hoy, tomó el nombre de una casa ó sitio de recreo en que solía pasar algunas temporadas el rey Felipe IV.

(3) Sobre la conversión del entremés en sainete, y sobre la importancia, índole y tendencia de este nuevo género, puede verse el Discurso preliminar de don Agustín Durán á la edición de los Sainetes de don Ramon de la Cruz.

(4) Sempere y Guarinos dió en su Biblioteca un catálogo alfabético de 220 piezas de este autor, notando con signos las que eran traducidas, las originales, y las que se hallaban ya impresas.

(5) Sobre su inclinación á los majos y majas, y su tendencia á pintarlos con mejor colorido que á la gente de casaca y á los usas, como se decia entonces, puede verse el Discurso que sobre sus sainetes ha escrito el erudito y entendido don Juan Eugenio Hartzenbusch.

(6) Ferrer del Rio, Reinado de Carlos III, lib. VIII, cap. 2.º

(7) Recuérdese lo que sobre esto dijimos en el capítulo último del libro precedente.



de los Estrados y Tertulias. Don Nicolás Fernandez Moratin publicaba *El Desengañador del Teatro Español*; don José Miguel de Flores *La Aduana Crítica*; don Joaquín Esquerro el *Memorial Literario*; don Pedro Arans el *Semanario económico*; don José Clavijo y Fajardo *El Pensador*, del cual decía un docto escritor de aquel tiempo: «Esta obra periódica, comparable á la del *Espectador inglés*, y modelo de las de este género, es sin duda la mas bella que se ha ejecutado entre nosotros; ya sea por la propiedad de la lengua y la ligereza del estilo, ya por la importancia de la crítica, la amenidad, la sal, decoro y direccion de los pensamientos.» No menos importante era *El Censor* (uno de cuyos dos redactores se supone era el abogado don Luis Cañuelo) por sus reflexiones sobre la educación y enseñanza, sobre los defectos de las varias ciencias y artes, y particularmente de la jurisprudencia; bien que la entereza de la crítica desagradó á muchos, suscitáronle obstáculos, y tuvo que suspenderse la publicacion.

En otra parte hemos mencionado ya *El Semanario erudito* de Valladares. Publicábase tambien *El Apologista Universal*, y casi al mismo tiempo empezó á salir *El Correo de los Ciegos de Madrid*, cuya idea era reproducir bajo cierto aspecto todo lo que en los papeles de España y del extranjero se encontrase curioso y útil, proyectos, descubrimientos, críticas, sátiras, poesías, disertaciones, etc. El periodismo se extendía ya á las ciudades de provincia: en Valladolid se publicaba el *Diario Pinciano*, histórico, literario, legal, político y económico; en Cartagena el *Semanario literario y curioso*, y así en otras partes. Solo á fines del reinado, con motivo de los recelos que inspiraba el espíritu reformador de Francia y sus tendencias, comenzó el gobierno de Carlos III á encarecer los peligros que podría traer la publicacion de ciertos diarios, y á retirarles la proteccion franca y liberal que les habia dispensado hasta entonces (1).

Tampoco defraudó Carlos III las esperanzas que su fama de Protector y Restaurador de las Nobles Artes en las Dos Sicilias hizo concebir á los españoles al verle venir á ocupar el trono de su padre y hermano. Por fortuna suya le habian precedido tambien sus antecesores en lo de procurar y dictar medidas para el fomento y mejora de las artes liberales, cuyo gusto, como el de las bellas letras, se habia corrompido en los pasados tiempos, y encontró ya establecida la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando. El que habia decorado y enriquecido el reino de Nápoles y su capital con tantas y tan suntuosas obras de arquitectura, bien mostró venir ya animado de igual pensamiento para España en el hecho de traer consigo al célebre palermitano Sabatini, que por cierto no tuvo ociosa su inteligencia artística, y todavía están dando testimonio de sus conocimientos, de su gusto y de su laboriosidad, aparte de otras mejoras de ornato y de decencia pública que le fueron debidas, las Puertas de Alcalá y de San Vicente, los edificios de la Aduana y los Ministerios, el Cuartel de Leganés, y otros monumentos sagrados y profanos por él dirigidos.

Gloria es sin embargo, y no escasa, de un español, nacido en las cercanías de Madrid, que sin haber estado en Roma, ni salido nunca de España, á fuerza de aplicacion y de ingenio, y de estudiar y seguir las trazas de Toledo, Juan de Herrera y otros célebres y antiguos arquitectos españoles, y de observar y delinear y asociarse á los trabajos de Bonavia, de Juvarra, de Sachetti y otros extranjeros de los traídos y empleados por Fernando VI en los planos de los palacios de Aranjuez y de Madrid, sin que la envidia le permitiera apenas concluir ninguna de las grandes obras que le fueron encomendadas, mereció no obstante la honra de ser nombrado individuo de mérito de la Academia de San Luis de Roma, director de arquitectura de la de San Fernando de Madrid, y sobre todo el título que se le dió de *Restaurador de la Arquitectura española*. Este notable ingenio fué don Ventura Rodríguez (2).

(1) En la Biblioteca de Sempere y Guarinos, art. *Papeles Periódicos*, y en otros varios, se pueden ver los títulos de otros que salían á luz, aunque de menos importancia, que nosotros no hemos nombrado.

(2) Había nacido en Cienpuzuelos en 1717. Fueron muchas las obras que trazó y delineó en Madrid y provincias, aunque poquísimas, como

Otro español, natural de Madrid, premiado siendo jóven por la Academia de San Fernando, y pensionado en Roma, vino á ser tambien honra y prez de nuestra arquitectura. La casa llamada de Oficios, la de Infantes y la de los ministerios en el Escorial, la iglesia del Caballero de Gracia, el teatro del Príncipe, la portada del Jardin Botánico, el Observatorio astronómico, y sobre todo la traza del Real Museo del Prado, destinado entonces á academia general y gabinete de ciencias naturales y exactas, y hoy á Museo de Pintura y Escultura, son las obras que principalmente pregonan el mérito artístico de don Juan Villanueva, que no solo gozó de merecidísima reputacion como arquitecto, sino tambien como ingeniero civil é hidráulico, en cuyos conceptos se le encomendó una parte muy principal en la renovacion de los caminos de Aranjuez y la Granja, en las carreteras de Cataluña por Aragon y Valencia, en el canal que se proyectó en los Alfaques, en el Real de Manzanares, y en el desagüe de las lagunas de Villena y Tembleque. Con razon dijimos en nuestro Discurso preliminar que los muchos monumentos sembrados por la superficie de España con la inscripcion: *Carolo III regnante*, certificaban la proteccion y fomento que habia dispensado aquel soberano á los ingenios que sobresalieron en este arte.

Hermano suyo el de la *Escultura*, aunque no siempre marchan y progresan al mismo compás, de los adelantos que á la par hicieron la escuadra y el cincel en los reinados de Fernando VI y Carlos III dan testimonio las obras que hoy están sirviendo de ornamento á la corte y excitan y llaman la atencion pública. Las grandes estatuas de Trajano y Teodosio en el patio del Real Palacio hacen honra á su autor el español don Felipe de Castro, y al monarca que le hizo venir de Roma, donde se hallaba grandemente considerado. Las fuentes del paseo del Prado de Madrid son un recuerdo perenne del talento y habilidad artística de los escultores don Francisco Gutierrez, don Juan Pascual de Mena, don Antonio Primo, autores de las elegantes estatuas que las adornan, y principalmente del mas aventajado discípulo de la Academia, director de ella despues, y escultor de cámara de Carlos III, don Manuel Alvarez, á quien se deben las figuras de las fuentes de Apolo y de las Cuatro Estaciones, las de algunos reyes que constituyen la serie de las que se hicieron para la coronacion del nuevo palacio, la hermosa estatua de piedra de San Norberto en la portada de la Iglesia de los premostratenses, las medallas de mármol de las catedrales de Toledo y Zaragoza, que representan, la una á la Virgen poniendo la casulla á San Ildefonso, la otra el nacimiento, presentacion y desposorios de Nuestra Señora. Llamábanle á este los demás profesores *el Griego*, así por el empeño que tenia en imitar las formas, actitudes y correccion del antiguo, como por la prolijidad con que acababa las obras (3).

Al modo que como arquitecto de fama habia traído Carlos III consigo al palermitano Sabatini, así para mostrar su deseo de proteger y fomentar la *Pintura* trajo al veneciano Tiepolo, que pintó al fresco varias bóvedas del real palacio, esmerándose en la del magnífico salon de Embajadores. Pero la grande adquisicion que el arte de la pintura en España debió á Carlos III fué haber hecho venir al pintor moderno de mas mérito y reputacion en Europa, al bohemio Antonio Rafael Mengs, á quien ya el monarca habia conocido y encargado obras en Nápoles, y á quien señaló para reducirle á que viniese á España un sueldo anual de dos mil doblones, con casa, coche y gastos de pintura. De entre los muchos beneficios que España reportó de las dos largas estancias de este admirable genio, verdadero restaurador del arte (por cierto bien poco afortunado en su vida llena de vicisitudes), no fué el mayor, aunque fué muy grande, el gran número de precio-

hemos dicho, las que logró ver ejecutadas. Entre ellas merece mencion singular la que el rey le encargó de un monumento suntuoso para perpetuar el suceso de Covadonga, en reemplazo del humilde templo que allí habia y que se incendió en 1775. Distinguíronle, además del rey, muchos personajes, entre ellos el infante don Luis, lo que tal vez despertó las envidias de que fué víctima.

(3) La Cibeles del Prado es de Gutierrez, el Apolo y las Cuatro Estaciones de Alvarez, el Neptuno de Mena, los Niños de la fuente de la Alcachofa de Primo.



sos cuadros de su fecundo y delicado pincel que hoy exornan los templos, palacios y sitios reales, y las casas particulares, algunos de ellos de un mérito asombroso (1): el mayor beneficio fué el de los excelentes discípulos que aquí se formaron en la escuela y con las lecciones y la protección de tan insigne maestro. Tales fueron Maella, Bayeu, Ferro, Ramos y otros aventajados artistas, que vinieron á constituir una nueva y brillante generacion de pintores. Gozaba ya tambien de cierta celebridad, aunque fué mayor la que adquirió posteriormente, el original y siempre aplaudido don Francisco Goya.

El pincel y el buril pareció haberse unido en amigable consorcio en una misma familia, puesto que con la hija del célebre Mengs, Ana María, que heredó algo del genio artístico de su padre, y fué académica de honor y mérito de la de San Fernando, casó el distinguido grabador de cámara don Manuel Salvador Carmona, que se habia perfeccionado en París y en Roma en el estudio del *Grabado*, y acreditó luego su aprovechamiento y su maestría en los celebrados cuadros de *La Historia escribiendo los fastos de Carlos III*, de *La Resurreccion del Salvador*, de *Los Borrachos* de Velazquez, y de muchos retratos primorosamente ejecutados. — De su misma edad, puesto que en el mismo año que él habia nacido, era el valenciano don Pascual Pedro Molés, individuo de varias academias extranjeras y nacionales, director de una escuela de dibujo en Barcelona, y cuyo delicado buril ganó merecida celebridad con las láminas de *San Gregorio rehusando la tiara*, de *San Juan Bautista en el Desierto*, de *La pesca del Codrilo*, y con algunas que ejecutó para la magnífica edicion del *Quijote* de Ibarra, ó sea de la Real Academia Española, soberbio monumento de lo que habia progresado el arte tipográfico en España, donde lució tambien la suavidad y pastosidad de su buril don Fernando Selma, admirable artista tambien en este género, y autor de muchos y muy célebres cuadros; sin que por eso desmerecieran los de otros grabadores, como Fabregat, Ballester, Muntaner y Molés.

A la par de estas y otras obras de ejecucion, se escribian y publicaban, y así era natural que sucediese, obras de instruccion sobre las Nobles Artes. Mengs y Carmona escribian, el uno *Lecciones prácticas de Pintura*, el otro *Conversaciones sobre la Escultura*. Traducianse los tratados y libros de Pintura de Leonardo de Vinci y de Bautista Alberti. Se censuraban y ridiculizaban en *Cartas Críticas* las obras defectuosas de arquitectura que aun se ejecutaban en la corte. Se vertian al castellano *Los diez libros de Arquitectura de Vitrubio*; don Antonio Ponz con su *Viaje de España* ilustraba grandemente sobre su parte artística y monumental, y Llaguno y

(1) Entre las obras ejecutadas por Mengs en España, y entre las mas notables de ellas, que fueron muchas, citanse el famoso cuadro del *Descendimiento*, en el cual, al decir de su apologista don José Nicolás de Azara, acertó á reunir la gracia de Apeles, la expresion de Rafael, el claro-oscuro de Correggio y el colorido de Ticiano: el del *Nacimiento*, el de la *Anunciaci6n*, la *Sacra Familia*, la Aparicion de Cristo á la Magdalena, ó *Noli me tangere*, retratos de la real familia y de particulares, los frescos de las bóvedas de palacio, etc.

Amírola coleccionaba sus excelentes *Noticias de los Arquitectos y de la arquitectura de España*.

Al terminar esta ojeada crítica sobre el reinado de Carlos III, parécenos que nada podemos hacer mejor que transcribir algunos párrafos de los que el ilustrado autor extranjero de la *España bajo el reinado de la casa de Borbon* pone por conclusion de la obra.

«Apenas podria existir una situacion mas infeliz para un pueblo, que la en que se veia España en los últimos tiempos de la dinastía austriaca. La sucesion á la corona completamente incierta: los agentes de las naciones de Europa en torno al lecho mortuario de Carlos II pugnando por arrebatarse su herencia: el pueblo español temblando de ver dividida su bella monarquía: sin marina, sin ejército, arruinada la hacienda: un monarca sin fuerzas para sostener las riendas del Estado y un pueblo obedeciendo de mala gana á un gobierno carcomido y débil: la supersticion triunfante, alzando la orgullosa frente é inmolando todo á su furor: la agricultura, la industria y el comercio sumidos en la mas lastimosa decadencia: los españoles conservando solo el recuerdo de su grandeza y civilizaci6n pasada: postrados ante un despotismo ignorante: tal era el triste cuadro que ofrecia la monarquía española en los últimos dias del afeminado Carlos II.

»La escena presenta á fines del reinado de Carlos III un cuadro totalmente diferente. Este mismo pueblo, debilitado, envilecido y desdichado al advenimiento de los príncipes de la casa de Borbon, recupera el lugar distinguido que merece entre las naciones de Europa. Un ejército de mas de cien mil hombres, una marina como nunca habia tenido España, ni en la época de la *Armada Invencible*, compuesta de setenta navíos de línea y un número proporcionado de buques menores: la monarquía, aunque se habia visto empeñada en guerras que comprometian sus posesiones de Ultramar, señora, por un acaso feliz, de todo su territorio despues de la paz de 1773: el soberano gozando de la mas alta consideracion personal con los reyes de Europa, y árbitro de las contiendas de todos, por sus virtudes, por su edad y su probidad: la hacienda en un estado bastante próspero, con medios poderosos para mejorar todos los ramos de la administracion interior: abolidas muchas de las trabas que oprimian la agricultura, la industria y el comercio: la autoridad civil no esclavizada por el poder eclesiástico: los privilegios de la corte romana notablemente modificados: las prerogativas del poder real fijadas y definidas clara y terminantemente: la Inquisicion, tan atroz y cruel en otro tiempo, flexible ya, y hasta amedrentada ante el poder de la corona: las ciencias y las letras honradas, recordando los bellos dias de la literatura del siglo XVI, y ofreciendo en algunas obras que producía un modelo de exquisito gusto, una perfeccion que jamás habian podido alcanzar los mas de los autores antiguos: las artes alentadas con la proteccion de un gobierno bastante ilustrado para conocer cuánto valen: finalmente, una perspectiva de poderio, de paz y felicidad para los pueblos de la Península, á la sombra de un poder paternal y tutelar: tal era el estado floreciente de España en 1789.»







los cuadros de su fecundo y delicado pincel que hoy exornan los templos, palacios y sitios reales, y las casas particulares, algunos de ellos de un mérito asombroso (1). El señor benedictino fue el de los excelentes discípulos que aquí se formaron en la escuela y con las lecciones y la protección de tan insigne maestro. Tales fueron Maella, Bayeu, Ferrá, Ramos y otros aventajados artistas, que vinieron a constituir una nueva y brillante generación de pintores. Gozaba ya también de cierta celebridad, aunque fué mayor la que adquirió posteriormente, el original y siempre aplaudido don Francisco Goya.

El pincel y el buril pareció haberse unido en augusto consorcio en una misma familia, puesto que con la hija del célebre Mengs, Ana María, que heredó algo del genio artístico de su padre, y fue académica de honor a título de la de San Fernando, casó el distinguido grabador de cámara don Manuel Salvador Garmón, que se había perfeccionado en París y en Roma en el estudio del grabado, y acreditó luego su aprovechamiento y su maestría en los celebrados cuadros de *La Historia escribiendo los fastos de Carlos III*, de *La Resurrección del Salvador*, de *Los Borrachos* de Velázquez, y de muchos retratos primeramente ejecutados. — De su misma edad, puesto que en el mismo año que él había nacido, era el valenciano don Pascual Pedro Molés, individuo de varias academias extranjeras y nacionales, director de una escuela de dibujo en Barcelona, y cuyo delicado buril ganó merecida celebridad con las láminas de *San Gregorio reclinando la tiara*, de *San Juan Bautista en el desierto*, de *La caza del Cocodrilo*, y con algunas que ejecutó para la Real Academia de San Fernando, como el *Quixote de Barta*, ósea de la Real Academia Española, sabiendo monumento de lo que había progresado el arte tipográfico en España. Garmón hubo también la singular y posterior honra de grabar en buril algunas de las obras más importantes de la pintura española, como el *Quixote de Barta*, ósea de la Real Academia Española, sabiendo monumento de lo que había progresado el arte tipográfico en España. Garmón hubo también la singular y posterior honra de grabar en buril algunas de las obras más importantes de la pintura española, como el *Quixote de Barta*, ósea de la Real Academia Española, sabiendo monumento de lo que había progresado el arte tipográfico en España.

A la par se veían y se leían en España, y aun se publicaban, y así era natural, las obras de suscripción sobre las Nobles Artes. Mengs y Garmón escribieron el uno *Lecciones prácticas de Pintura*, el otro *Conversaciones sobre la Escultura*. Traducíanse los tratados y libros de Pintura de Leonardo de Vinci y de Bautista Alberti. Se censuraban y ridiculizaban en *Cartas Críticas* las obras defectuosas de arquitectura que aun se ejecutaban en la corte. Se vertían al castellano *Los diez libros de Arquitectura de Vitruvio*, don Antonio Panz con su *Vinje de España*, ilustrada grandemente sobre su parte artística y monumental, y *El quixote* y

(1) Entre las obras grabadas por Mengs en España, y entre las más notables de ellas, que se conservan, están el famoso cuadro del *Desembarco de Colón*, el cual grabó el grabador don José Nicolás de Andía, y el cuadro de *San Gregorio reclinando la tiara*, el cual grabó el grabador don Manuel Salvador Garmón. Entre las obras grabadas por Garmón en España, y entre las más notables de ellas, que se conservan, están el famoso cuadro del *Desembarco de Colón*, el cual grabó el grabador don José Nicolás de Andía, y el cuadro de *San Gregorio reclinando la tiara*, el cual grabó el grabador don Manuel Salvador Garmón.

Amirola coleccionaba sus excelentes *Noticias de los Arquitectos y de la arquitectura de España*.

Al terminar esta ojeada crítica sobre el reinado de Carlos III, parecemos que nada podemos hacer mejor que transcribir algunos párrafos de los que el ilustrado autor extranjero de la *España bajo el reinado de la casa de Borbon* pone por conclusión de la obra.

«Apenas podría existir una situación más infeliz para un pueblo, que la en que se vea España en los últimos tiempos de la dinastía austriaca. La sucesión a la corona completamente incierta: los agentes de las naciones de Europa en torno al lecho mortuario de Carlos II pagando por arrebatarle su herencia: el pueblo español temblando de ver dividida su bella monarquía: sin marina, sin ejército, arruinada la hacienda: un monarca sin fuerzas para sostener las riendas del Estado y un pueblo obedeciendo de mala gana a un gobierno carcomido y débil: la superstición triunfante, alzando la orgullosa frente e inmolando todo a su furor: la agricultura, la industria y el comercio sumidos en la más lastimosa decadencia: los españoles conservando solo el recuerdo de su grandeza y civilización pasada: postrados ante un despotismo ignorante: tal era el triste cuadro que ofrecía la monarquía española en los últimos días del afeminado Carlos II.

»La escena presenta á fines del reinado de Carlos III un cuadro totalmente diferente. Este mismo pueblo, debilitado, entorpecido y desdichado al advenimiento de los príncipes de la casa de Borbon, recupera el lugar distinguido que merece en la historia de Europa. Un ejército de más de cien mil hombres, una marina poderosa, una hacienda abundante, una industria floreciente, una agricultura próspera, una monarquía fuerte y poderosa, una monarquía que se presenta al mundo como la más poderosa y poderosa de Europa, y árbitro de las contiendas de todos, por sus virtudes, por su edad y su prepotencia la hacienda en un estado bastante próspero, con medios poderosos para mejorar todos los ramos de la administración interior: abolidas muchas de las trabas que oprimían la agricultura, la industria y el comercio: la autoridad civil no esclavizada por el poder eclesiástico: los privilegios de la corte romana notablemente modificados: las prerogativas del poder real fijadas y definidas claramente y terminantemente: la Inquisición, tan atroz y cruel en otro tiempo, benigna ya, y hasta atenuada ante el poder de la corona: las ciencias y las letras honradas, recordando los bellos días de la literatura del siglo XVI, y ofreciendo en algunas obras que producía un modelo de exquisito gusto, una perfección que pocas habían podido alcanzar los más de los autores españoles: las artes alentadas con la protección de un gobierno bastante ilustrado para conocer cuánto valen: finalmente, una perspectiva de poderío, de paz y felicidad para los pueblos de la Península, á la sombra de un poder paternal y tutelar, tal era el estado floreciente de España en 1789.»



REYES DE ESPAÑA.



D.<sup>o</sup> CARLOS 4.<sup>o</sup>

Mason. sc.







## LIBRO NOVENO

REINADO DE CARLOS IV

### CAPITULO PRIMERO

#### Ministerio de Floridablanca.—Revolucion francesa

DE 1788 Á 1792

Proclamacion de Carlos IV.—Continúa Floridablanca en el ministerio.—Medidas de desamortizacion.—De fomento del comercio y de la marina.—De orden y de decencia pública.—Córtes de 1789.—Abolicion del Auto acordado de Felipe V sobre la sucesion á la corona.—Razones de no haberse publicado la Pragmática.—Revolucion francesa.—Causas que la habian preparado.—Carácter de Luis XVI.—Sus primeras concesiones.—Los ministros Necker y Calonne.—Asamblea de los notables.—Estados generales.—Asamblea nacional.—Reunion del Juego de pelota.—Siéyes, Bailly, Mirabeau.—Asalto de la Bastilla.—El rey y los revoltosos de Paris.—Lafayette.—Triunfos de la democracia.—Excesos en Paris y provincias.—Armamento general.—Los clubs.—Asamblea Constituyente.—Declaracion de los Derechos del hombre.—Sesion célebre.—El banquete de Versalles.—Tumultuaria invasion de la Asamblea.—Las mujeres en el Palacio Real.—Conflicto y conducta del rey.—Agitacion general.—Emigracion.—Estremecimiento de toda Europa.—Amenaza un rompimiento entre España é Inglaterra.—Protege á España la Asamblea nacional.—La gran fiesta de la Confederacion.—Fuga y prision del rey y de la familia real de Francia.—Acepta el rey la Constitucion.—Partidos en la Asamblea.—Gobierno de los Girondinos.—Actitud de los emigrados y de las cortes extranjeras.—Planes de contra-revolucion.—Exaltacion en Francia.—Situacion de Luis XVI.—Su carta á los soberanos.—Respuestas.—Conducta del gobierno español.—Floridablanca enemigo declarado de la revolucion francesa.—Medidas para preservar á España del contagio revolucionario.—Causas y fundamentos de sus temores.—Su nota á la Asamblea.—Mal efecto que produce.—Su providencia contra los extranjeros, especialmente franceses.—Su obstinacion en considerar á Luis XVI privado de libertad.—Notas imprudentes de aquel ministro.—Compromiso en que pone al rey y á la nacion.—Benevolencia del gobierno francés.—Insistencia de Floridablanca.—Prepárase su caida.—Causas que contribuyeron á ella.—Caida y destierro de Floridablanca.—Proceso que se forma.—Su defensa.—Reemplázale el conde de Aranda en el ministerio.

Hechas que fueron las debidas y acostumbradas honras fúnebres á los restos mortales de Carlos III, y dadas las mas urgentes disposiciones para que sufriera el menor retraso posible el curso y despacho de los negocios públicos, expidióse por el Consejo de Castilla la oportuna provision (23 de diciembre, 1788) para que se levantasen pendones y fuese proclamado con las formalidades de costumbre rey legítimo de España, como inmediato y reconocido heredero de la corona, el príncipe Carlos con el nombre de Carlos IV. El 17 de enero próximo (1789) fué el dia designado para la proclamacion en Madrid, y para hacerla con mas pompa y lucimiento se permitió á la corte vestir de gala, dispensándose los lutos que se llevaban por la muerte del recién finado monarca. Para las fiestas y gastos de la proclamacion en las demás ciudades y villas se facultó á las municipalidades para echar mano de los fondos de propios ú otros cualesquiera que tuviesen, dando cuenta y razon de su inversion y empleo en debida forma. La ceremonia de la entrada pública se difirió hasta el 21 de setiembre, dia en que se verificó con gran solemnidad, y con festejos y regocijos públicos; regocijos en que el pueblo, además de la alegría á que suele entregarse, aunque no siempre con discernimiento, en la coronacion de un nuevo príncipe, demostraba los motivos de satisfaccion que ya tenia y las esperanzas que no sin fundamento abrigaba sobre el lisonjero porvenir y la prosperidad futura del nuevo reinado.

No sin fundamento, decimos, abrigaba el pueblo español esperanzas, y tenia ya motivos de agradecimiento hácia el príncipe que acababa de sentarse en el trono de Castilla. Carlos ciñó la corona á la edad de cuarenta años, edad en que á la madurez del juicio puede y debe acompañar la enseñanza de la experiencia; y no debía carecer del conocimiento y práctica de los negocios de gobierno y de Estado un príncipe educado con esmero, y cuyo padre habia procurado prepararle para la gobernacion de un reino que estaba llamado á regir un dia, haciendo que asistiera á los consejos, cuyas deliberaciones le habian de servir de leccion y de ensayo. Era además Carlos de carácter bondadoso y de corazon recto; y la circunstancia de continuar á su lado de primer ministro por recomendacion de su padre un hombre del talento, del saber, de la experiencia, servicios y mérito del conde de Floridablanca, todo era para augurar que en el régimen del nuevo reinado presidiria igual acierto, y habria de ser por lo menos tan próspero como el anterior.

Motivos de agradecimiento tenia el pueblo, puesto que Carlos IV inauguró su reinado como su padre, condonando débitos al erario por atrasos en el pago de contribuciones, procurando que no se alterara para las clases pobres el precio del pan y demás artículos de primera necesidad que habian subido aquel año á causa de la escasez de la cosecha, haciendo que se supliere por cuenta de la real hacienda el exceso en el de segunda y tercera suerte que se fabricaba para el alimento y surtido de los pobres, y reconociendo las deudas legítimamente contraídas, no solo por su difunto padre, sino tambien por otros monarcas sus predecesores (1). Medidas que aunque de pronto proporcionaban un alivio á los contribuyentes, tenian mas de aparente que de sólido beneficio, toda vez que mientras los gastos no se disminuian, habian de producir mayor gravámen en las cargas para lo sucesivo, pero al fin con el deseo de su alivio se dictaban, y el pueblo que mira mucho á lo presente y no calcula tanto para lo futuro, como un verdadero beneficio las recibia.

Como el espíritu del régimen y administracion del Estado continuaba siendo el mismo, porque era el mismo hombre el que le dirigia, Carlos IV prosiguió poniendo trabas que dificultaban la acumulacion de bienes en manos muertas así eclesiásticas como civiles y facilitando su enajenacion y circulacion, ya prescribiendo las condiciones á que habia de sujetarse la fundacion de mayorazgos, ya disponiendo que las donaciones perpetuas hubieran de hacerse sobre efectos de crédito fijo, como censos, foros, acciones del Banco y otros semejantes, para que quedara libre la circulacion de los bienes inmuebles: de contado no habia de haber mayorazgo que bajase de tres mil ducados de renta, y para esto habian de preceder ciertos informes acerca de la familia del fundador, y real licencia á consulta de la Cámara: porque el objeto principal era poner coto á las pequeñas vinculaciones, que hacian á los poseedores holgazanes y soberbios, y privaban de muchos brazos útiles al ejército ó á la agricultura, al comercio ó á las artes (2).

Una provision dictando reglas para atajar el monopolio del comercio de granos, é imponiendo penas bastante severas para castigar los abusos de los acaparadores y logreros, concediendo la libre introduccion y estableciendo almacenes de granos,

(1) Reales Decretos de 18 diciembre 1788, y 1.º enero 1789.

(2) Real Decreto de 28 de abril y cédula de 14 de mayo de 1789.



francos y abiertos para el surtido público, en que no se pudieran cobrar sino á los precios corrientes en el último mercado, remedió en gran parte las necesidades de aquel año de escasez, y acreditó por lo menos el celo y buen deseo del gobierno (1). Igual celo manifestaba en punto al fomento y mejora de la cría caballar, á la libertad de la fabricacion y del comercio, y á otros ramos de interés y de utilidad pública.

Especial conato y esmero se puso en el aumento y prosperidad de la marina, tan conveniente y necesaria á un reino de tantas costas y poseedor de tan vastas y ricas colonias del otro lado de los mares. Las expediciones marítimas y los viajes científicos que tanta honra habian dado al reinado de Carlos III, continuaban siendo promovidos con empeño por el ministro de Marina, el bailío don Antonio Valdés. El 30 de julio (1789) salieron de Cádiz las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* al mando del capitán de fragata don Alejandro Malaspina, dotadas de hábiles é instruidos oficiales, y provistas de los mejores instrumentos que entonces se conocian de astronomía, de matemáticas y de física, así como de los mejores libros de estas ciencias y de historia natural, con objeto de trabajar por el sistema de don Vicente Tofiño cartas hidrográficas y astronómicas de las costas de la América española desde Buenos Aires por el cabo de Hornos hasta Monterey, y de los grupos de las islas Marianas y Filipinas, descubrir nuevos caminos y derroteros, y transmitir los conocimientos que ellos adquiriesen de la geografía, de la historia natural, clima, producciones y costumbres de aquellas regiones. Y no se omitió medio para habilitar la expedición de todo lo que pudiera necesitar para el logro de tan útil empresa.

A estas primeras providencias sobre objetos de interés público acompañaron otras encaminadas, ya á procurar comodidad y evitar molestias á los habitantes, ya á velar por las buenas costumbres, y á corregir excesos y escándalos. Tales fueron, la prohibición de correr los coches por las calles, bajo la responsabilidad del corregidor, alcaldes y jueces; la supresión ó reduccion de dias feriados, á fin de evitar dilaciones y entorpecimientos en el despacho de los negocios; el bando imponiendo penas, de quince dias á los trabajos públicos si fuesen hombres, ó de reclusion por igual tiempo en el hospicio de San Fernando si fuesen mujeres, á los que profiriesen palabras escandalosas y obscenas, ó hiciesen ademanes ó acciones indecentes; el que prohibía poner en el dia de la Cruz de Mayo altarcitos en las calles, portales y otros sitios profanos, y molestar á los transeúntes presentándoles platillos é importunándolos con petitorios; el que prohibía el uso y ruido desapacible de instrumentos desagradables en las noches llamadas de verbena de San Juan y San Pedro, y las algazaras á cuya sombra se cometían insultos y se provocaban riñas y desórdenes; el que limitaba los bailes y músicas nocturnas del paseo del Prado hasta las doce de la noche, y no hasta el amanecer, como era costumbre, y no permitiendo que en las coplas que se cantaban se usase de palabras deshonestas y de conceptos ofensivos al pudor; y por este orden otras disposiciones dirigidas al mismo fin (2). Tal era el espíritu del gobierno de Carlos IV, así en lo tocante á los intereses materiales como á los morales, en los primeros meses de su reinado, y esto, y el carácter bondadoso del rey, y el ver á su lado de primer ministro al mismo á quien España debía tantos adelantos, era lo que infundía tan lisonjeras esperanzas á los españoles.

Hecha la proclamación, se expidió la convocatoria á cortes (30 de mayo, 1789), señalando el 23 de setiembre para el reconocimiento y jura del nuevo príncipe de Asturias y sucesor de la corona, conforme á las leyes y antigua costumbre de estos reinos. Preveníase en la convocatoria que los diputados trajeran poderes amplos y bastantes para aquel objeto, y también «para tratar, entender, practicar y otorgar y concluir por cortes otros negocios, si se propusiesen y pareciese conveniente resolver, acordar y convenir para los efectos referidos.» Palabras notables, y que debemos tener presentes. La jura se verificó en la iglesia de San Jerónimo con las formalidades

de costumbre, concurriendo como antiguamente los tres brazos, clero, nobleza y procuradores de las ciudades, y asistiendo al acto los reyes, y los infantes don Antonio, doña Maria Amalia, doña Maria Luisa y doña Maria Josefa.

Quería el rey que las cortes le pidiesen la abolición del auto acordado de Felipe V, por el cual se varió la forma y orden de sucesión al trono, como contrario á las antiguas leyes del reino. Y en efecto, previo juramento, que hicieron los procuradores, á propuesta del conde de Campomanes, presidente del Consejo y de las cortes (30 de setiembre, 1789), de no revelar nada de lo que en ellas se tratase hasta ser concluidas, por convenir así al mejor servicio del rey y bien del reino, se hizo la proposición y petición de que se restableciera la inmemorial costumbre, y la disposición de la Ley segunda, Título quinto, Partida segunda, relativa al orden de suceder en la corona de Castilla, por la cual heredan las hembras de mejor línea y grado, sin postergación á los varones mas remotos, y que por consecuencia se derogara el auto acordado de 1713 (3). Puesta á votación, se acordó por unanimidad elevarla á S. M. tal como la habia presentado el presidente. La respuesta del rey fué, que teniendo presente su súplica, «ordenaria á los de su Consejo expedir la pragmática-sancion que en tales casos corresponde y se acostumbra.» Pero fieles las cortes al juramento antes prestado, convinieron unánimemente en guardar secreto respecto á esta resolución, deseosas, dice el Acta, «de que, no solo en la sustancia sino en el modo, se asegure esta providencia y la ley constitucional, hasta que se verifique la publicación de la pragmática en el tiempo que S. M. tuviese por conveniente, segun su alta prevision (4).» Circunstancia que andando el tiempo habia de dar ocasion á formales protestas, y á complicaciones y disturbios graves de que hemos sido testigos pocos años antes de escribir esta historia.

A propuesta del presidente, conde de Campomanes, y en nombre de S. M., trataron también las cortes de otros asuntos, tales como la manera de evitar los perjuicios que se seguian de la reunion de pingües mayorazgos; las reglas y condiciones á que habian de sujetarse los que se fundaran en lo sucesivo; los medios de promover el cultivo de las tierras vinculadas; los arrendamientos de heredades, la conservación de pastos, la seguridad de los plantíos y viñedos, y otros de esta índole, que formulados en peticiones, y otorgadas estas por el monarca, habian de producir otras tantas resoluciones beneficiosas al país.

Cerradas con esto las cortes, y queriendo el rey dar todavía mas solidez á su declaración sobre el asunto de la sucesión á la corona, consultó separadamente por medio del ministro Floridablanca á los prelados que á ellas habian concurrido: y estos, á cuya cabeza se hallaba el cardenal arzobispo de Toledo, contestaron confirmando el acuerdo de las cortes, robusteciéndole con razones nuevas, y terminaban sus discursos diciendo: «Podrá, señor, el fundador de nuevos mayorazgos hacer llamamientos irregulares y de agnación rigurosa, excluyendo siempre á las hembras, porque los bienes sobre que funda son suyos y libres; pero el que hereda un reino, ó mayorazgo de regular sucesión y no de agnación rigurosa, no tiene el arbitrio que el fundador para alterarle en cosa sustancial; y por lo mismo podrá tal vez renunciar por sí y su

(3) Hé aquí los términos en que se hizo la petición: «Señor: Por la ley 2.<sup>a</sup>, título V, Partida II, está dispuesto lo que se ha observado de tiempo inmemorial, y lo que se debe observar en la sucesión de estos reinos, habiendo mostrado la experiencia la grande utilidad que se ha seguido de ello, pues se unieron los reinos de Castilla y Leon y los de la corona de Aragon por el orden de suceder señalado en aquella ley, y de lo contrario se han causado guerras y grandes turbulencias.

»Por lo que suplican las cortes á V. M. que sin embargo de la novedad hecha en el Auto acordado 5.<sup>o</sup>, tít. 7, lib. 5.<sup>o</sup>, se sirva mandar se observe y guarde perpetuamente en la sucesión de la monarquía dicha costumbre inmemorial, atestiguada en la citada ley 2.<sup>a</sup>, tít. 5.<sup>o</sup>, Partida II, como siempre se observó y guardó, y como fué jurada por los reyes antecesores de V. M., publicándose ley y pragmática hecha y firmada en cortes, por la cual conste esta resolución y la derogativa de dicho Auto acordado.»—Colección de cortes de Castilla.

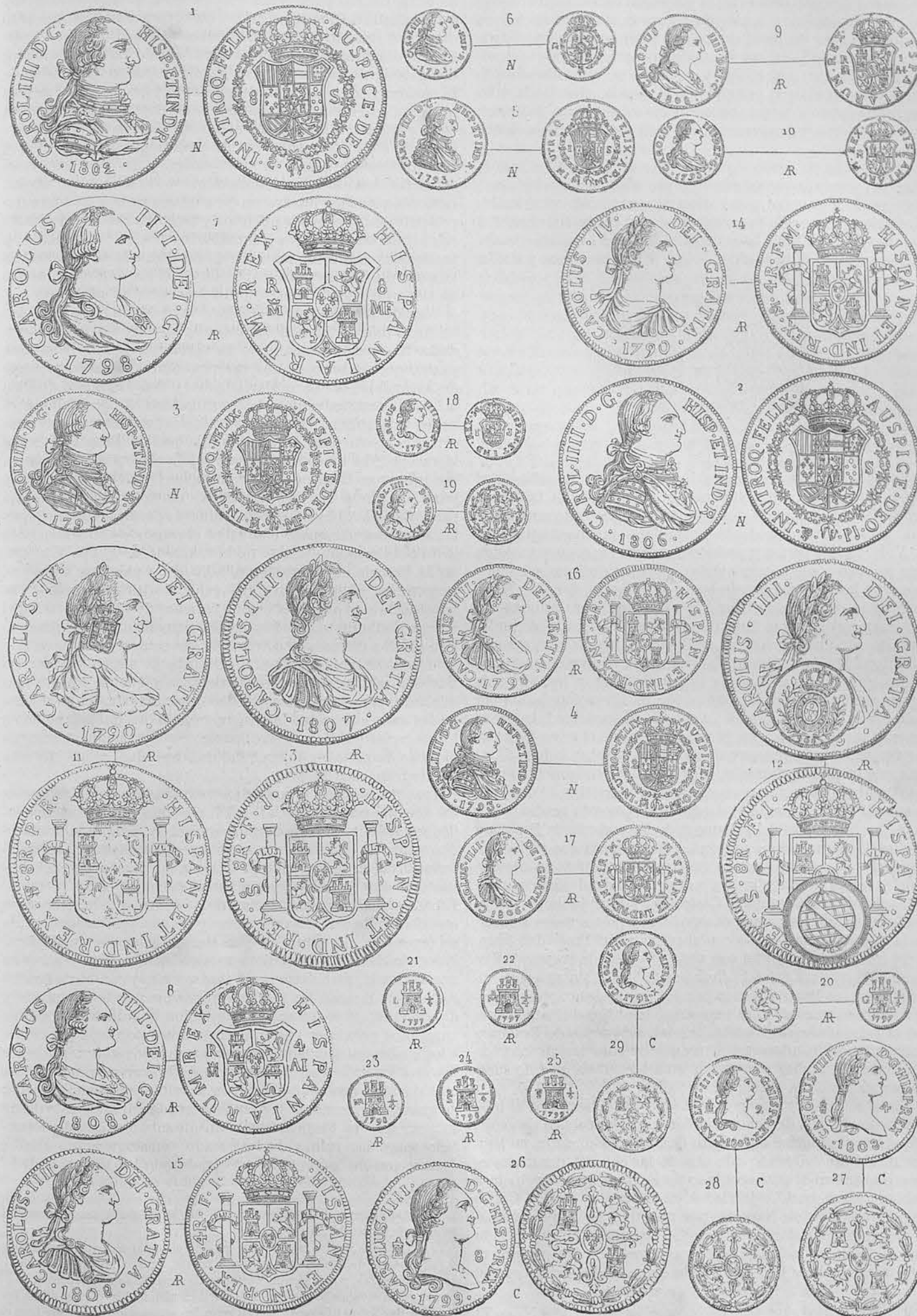
(4) Cuaderno y proceso de las cortes de 1789.

(1) Real provision de 22 de julio de 1789.

(2) Ordenes y bandos de 19 de febrero, 31 de marzo, 2 de mayo, 23 de junio y 11 de agosto de 1789.



CASTILLA

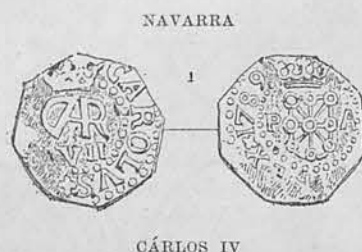


CÁRLOS IV



persona el mayorazgo fundado; pero de ninguna manera perjudicar al derecho de sus hijos y descendientes, á quienes por ley, por fundacion y costumbre inmemorial corresponde el de suceder; por la cual solidísima razon pudo perjudicarse con la renuncia la señora doña María Teresa, pero de ninguna manera el señor don Felipe V su nieto, pues los derechos de sucesion no tuvieron principio de la abuela, sino de la cabeza, fundamento y raíz de sucesion en estos reinos, y despues se transmitieron y pasaron como por su conducto á los demás sucesores.

»Ni estorba en modo alguno el auto acordado 5.º, título 7.º libro 5.º, pues aunque estamos los prelados mas cerciorados y seguros de que no se pidió dictámen para tan considerable alteracion, y que solo se promulgó en las córtes sin el necesario exámen, con todo hacemos á V. M. esta evidente demostracion: ó pudo ó no el señor Felipe V con las córtes y sin los



prelados alterar la costumbre inmemorial de España en el orden de sucesion tan sólidamente establecido en la citada ley de Partida: si pudo destruir todo el derecho antiguo, y aun el orden regular de la naturaleza, mucho mejor puede V. M. con las córtes y prelados restituir las cosas y sucesion á su primitivo ser natural y civil, regular, antiguo establecimiento é inmemorial costumbre; y si no pudo, debe V. M. en conciencia y justicia acceder á la solicitud de sus reinos.»

¿Qué motivos y qué fines impulsaron á Carlos IV á conducirse de este modo y con tal sigilo en el restablecimiento de la antigua ley de sucesion? Varios fueron, y todos de gravedad é importancia suma. Sobre la impopularidad y los vicios de forma con que habia sido arrancada la alteracion hecha por Felipe V (1), lo cual daba á Carlos IV la seguridad de que el espíritu de las córtes y en general el de todo el reino habia de ser favorable á su proyecto de abolicion, y sobre la justicia en que esta medida se fundaba, movíanle dos pensamientos políticos, ambos plausibles, pero el uno mas patriótico, el otro mas personal. Era el primero el de facilitar por este medio, ó por lo menos hacer posible la reunion de las coronas de España y Portugal en una misma persona, pensamiento que ya habian tenido los Reyes Católicos, y que una serie de fatales circunstancias les impidió realizar, y pensamiento y designio que se habian propuesto tambien Carlos III y Floridablanca en el doble enlace de los príncipes españoles y portugueses, á saber, de la infanta doña Carlota con el príncipe del Brasil don Juan, y del infante don Gabriel con doña Mariana de Portugal. Y es indudable que si Carlos IV hubiera fallecido sin sucesion varonil, como se llegó á temer por habersele desgraciado algunos infantes en edad muy temprana, los hijos de la princesa del Brasil, infanta de España, habrian sido reyes de España y Portugal, verificándose así el acontecimiento tan deseado de la reunion de ambas coronas, lo cual no habria podido suceder subsistiendo la llamada Ley Sálica.

Era el segundo y mas personal objeto el de asegurar el mismo Carlos IV sus derechos á la corona que acababa de ceñir, y quitar todo motivo ó pretexto de reclamacion sobre su legitimidad. Pues habiendo sido una de las condiciones de sucesion puestas en el auto acordado de Felipe V que los príncipes habian de ser nacidos y criados en España, y siendo Carlos nacido y criado en Nápoles, por mas que se hubiera cuidado de omitir las palabras de aquella cláusula en la reimpression que de la Recopilacion se hizo, y por mas que Carlos hubiera sido reconocido y jurado en vida de su padre heredero del

trono como príncipe de Asturias, todavia á no abolirse el auto de 1713, habria podido ponerse en duda la legitimidad del que acababa de ocupar el trono. La revocacion de aquel auto cortaba de raíz todas las dificultades. Carlos IV halló las córtes tan dispuestas y unánimes como era de esperar en favor de su designio, porque este habia sido siempre el espíritu de la nacion, y solo en circunstancias especiales y por los medios que empleó Felipe V habia podido obtenerse una resolucion contra la cual, ó explícitamente ó en silencio, se estaba protestando constantemente. Así se explica que Campomanes y Floridablanca tuvieran en esta ocasion y en este punto con tanta facilidad la adhesion unánime de la asamblea; verdad es tambien, como observa un juicioso escritor, que «los cuerpos políticos suelen ser juiciosos y temperados cuando los dirigen hombres sensatos, acreditados por su instruccion y patriotismo, así como les acontece tambien ser desabridos con la autoridad real, y quizá turbulentos, si los conducen los que no tienen concepto ventajoso ó de virtud ó de sensatez.»

Consideraciones muy atendibles tuvo Carlos IV para no publicar la pragmática-sancion sobre la abolicion del Auto acordado. Necesidad urgente no le apremiaba á ello tampoco, puesto que tenia tres hijos varones, don Fernando, príncipe de Asturias, don Carlos María Isidro y don Francisco de Paula, y era entonces remota la eventualidad de que faltara sucesion masculina. Parecióle sin duda prudente en este caso evitar contestaciones con la familia real de Francia que hubieran podido serle disgustosas; y por otra parte, si bien en los primeros tiempos de la revolucion francesa estuvo ya á punto de dar á luz la pragmática, movióle sin duda á suspenderla, y le obligó á ser deferente, la declaracion que aquella Asamblea nacional hizo sobre el punto de sucesion, pues leído públicamente el acto de la renuncia de Felipe V al trono de Francia, la Asamblea añadió estas palabras: «Sin juzgar cosa alguna acerca del valor de las renunciaciones.» Circunstancia que excitó el reconocimiento de Carlos IV á aquel cuerpo deliberante, é influyó en la suspension de la pragmática (2). No diremos nosotros que en esta ocasion y en este asunto tuvieran las córtes de Castilla la activa y eficaz influencia que tuvieron en otros tiempos y que se les dió mas adelante; pero tambien es verdad que, muertas enteramente en los anteriores reinados, revivieron ahora interviniendo en los negocios públicos, y que aparecieron ejerciendo su antiguo derecho de peticion, lo cual fué una novedad, y un síntoma de progreso relativo (3).

Tranquilos, pues, y sosegados parecia que deberian correr los dias del reinado de Carlos IV, puesto que en el interior todos sus súbditos le obedecian sumisos, y ningun síntoma se observaba de que pudieran suscitarse alteraciones, y en el exterior vivia en buena inteligencia con las demás potencias, y hasta en las querellas que algunas naciones entre sí traian, España se hallaba en situacion de no temer que la alcanzasen los efectos de sus desavenencias y de sus pretensiones, y de no tener que intervenir en ellas sino tal vez como mediadora. Pero ofrecíase un gravísimo motivo de temor por parte de una potencia, precisamente la mas vecina, y con cuya familia reinante le ligaban los mas estrechos vínculos de parentesco y de amistad, cuyo estado de agitacion manifiesta y visible anunciaba próximos y grandes trastornos políticos y sociales, á los cuales era facilísimo prever que no podria ser indiferente España. Estalló en efecto muy pronto la gran revolucion francesa de 1789 acompañada de un horrible y brillante séquito de grandes crímenes y de grandes virtudes, apareciendo desde su principio la Francia como un gigante formidable, levantado sobre las ruinas de lo pasado, ensangrentado con la destruccion de lo presente, decorado con las insignias de lo

(2) Así discurre don Andrés Muriel en la Historia manuscrita del reinado de Carlos IV, lib. I.

(3) De todos modos no nos parece justo el juicio de un escritor moderno, cuando dice, hablando de estas córtes, que se las hizo intervenir como autómatas, y que fueron tratadas de una manera indecorosa. Menester es no olvidar lo que habian venido siendo las córtes desde los tiempos de Carlos I, y que pasaron reinados enteros sin llegar siquiera á ser convocadas.

(1) Recuérdese lo que sobre esto dijimos en el cap. 9.º del libro VI de esta tercera parte de nuestra Historia.



futuro, amenazando trastornar y transformar el mundo, para darle, tras larga copia de catástrofes y calamidades, no escasa copia también de bienes. Haremos una sucinta y breve reseña de este grandioso acontecimiento, la precisa solamente para comprender la influencia que ejerció en la situación y en la política de España, y la parte que esta nación se vió precisada á tomar en los sucesos que por consecuencia de aquella revolución agitaron y conmovieron la Europa.

Muchas causas habian contribuido á preparar aquella revolución. El despotismo, ilustrado pero corrompido, de Luis XIV, la corte disipada y dispendiosa de Luis XV, el privilegio vinculado en ciudades, clases, familias é individuos, la licenciada nobleza cargada de joyas y de derechos feudales, pero vegetando en la molición y en el vicio, exhausto el tesoro con la dilapidación y las continuas guerras, dueños el clero y la aristocracia de las dos terceras partes del territorio francés, pesando las cargas públicas sobre el oprimido pueblo, implacable y vejatoria la recaudación, enriqueciendo el reino con su industria é ilustrándole con sus talentos la clase media sin alcanzar ninguna ventaja, atropellada la libertad individual con los mandamientos de prisión, y vendida la justicia por magistrados que habian comprado sus destinos, un siglo entero de abusos llevados al extremo, habia ido predisponiendo á los ofendidos y ultrajados, que eran la inmensa mayoría de la nación, á levantarse un día contra los privilegiados y los opresores, que eran los menos.

Las doctrinas de los filósofos, difundidas y sembradas con profusión; escritos en que se rompía con todas las tradiciones de la sociedad antigua, en que se atacaban y combatían todos los principios de la sociedad existente; ideas de libertad política y civil mezcladas con máximas anti-religiosas y anti-sociales; sublimes y saludables verdades filosóficas al lado de brillantes y funestos delirios; doctrinas salvadoras de la humanidad juntamente con teorías corruptoras, ó con utopías insanas; justas y moralizadoras reformas de envejecidos abusos propuestas y confundidas con elementos inmorales y destructores; todo habia ido labrando en los espíritus del pueblo francés, que con sobrada razón disgustado y ofendido de lo pasado y de lo presente, recibía con gusto y bebía con avidez toda idea que le diera esperanza de mejorar de condición y salir del malestar que le aquejaba. El deseo de innovación era general. Los filósofos habian hecho la revolución en los ánimos; de aquí á la revolución material no habia mas que un paso.

La misma monarquía la precipitó con la parte activa que tomó imprudentemente en favor de la independencia de los Estados Unidos. De aquella guerra, que la Francia emprendió por odio á la Gran Bretaña, y en que consumió sus tesoros y la sangre de su noble juventud, no sacó otra cosa que el honor de haber combatido victoriosamente, la inútil amistad de los anglo-americanos, y haber importado á Francia las ideas republicanas con Lafayette y demás compañeros de Washington. Los que habian peleado en el Nuevo-Mundo en defensa de los principios democráticos volvieron enamorados de ellos, y afanosos por plantearlos en su misma patria. Todo, pues, estaba preparado en Francia para una revolución, los ánimos estaban en efervescencia, y el aire de la innovación se respiraba en la atmósfera.

Luis XVI que habia ocupado el trono á la edad de veinte años, sin dejarse fascinar por la alegría y el entusiasmo popular con que fué saludado su advenimiento, era un príncipe de condición sana, de buena intención, amante de la justicia y del bien público, de regular inteligencia, pero falto de energía, y hasta cierto punto dominado por su esposa, la joven y bella María Antonia de Austria, hija de la emperatriz María Teresa. Unas veces siguiendo el movimiento arrebatado de la opinión pública, otras retrocediendo como asustado, y otras permaneciendo vacilante é inmóvil, el nuevo monarca comenzó por desprenderse de los antiguos ministros, que tal vez habrían podido resistir á su tiempo al torrente revolucionario y sostener la monarquía, y se fué rodeando de los hombres que designaba la opinión popular, pasando del viejo Maurepas á Malesherbes, á Turgot, á Necker, y á Calonne. Dispuesto á renunciar aquellos privilegios y á reformar aquellos abusos

que se reconocían como mas odiosos al pueblo, y aconsejado por el ministro Malesherbes, filósofo de ideas monárquicas, pero reformista, se prestó á abolir los arbitrarios y tiránicos mandamientos de prisión, *lettres de cachet* (1), tan repugnantes á la justicia y á la dignidad del hombre. Otro tanto sucedió con el odioso y abusivo privilegio de la nobleza llamado *arret de surseance*, que era una orden que se expedía para no apremiar á los deudores, quitando á los acreedores el derecho á demandarlos en justicia por un tiempo dado (2).

Para la reforma de la malhadada administración y la mejora de la apuradísima hacienda llamó al célebre Necker, banquero protestante, y verdadero tipo, dice un escritor francés, de la aristocracia del dinero (3), pero que gozaba fama de muy entendido economista. Sin embargo el rey no pudo soportar mucho tiempo el tono pedantesco de su ministro; al clero y la nobleza le asustaron sus teorías administrativas, sus ideas de igualdad, y sus principios sobre la propiedad. Necker perdió pronto el favor de la corte, y fué reemplazado por Calonne, que contando con su genio y su fortuna, sin carecer de expedición, pero no acertando á remediar los apuros del erario, antes viéndolos crear cada día, aconsejó al rey que convocara una *Asamblea de Notables*, con objeto de obligar por este medio á las clases privilegiadas á que estableciesen el repartimiento de la contribución territorial con igualdad proporcional entre todos los propietarios. El pensamiento era muy plausible y muy conforme á justicia, y agradó grandemente al rey. Pero era una ilusión y un error esperar que un cuerpo de privilegiados hubiera de someterse, con perjuicio de sus intereses, á una regla común y uniforme (4). Así fué que la Asamblea negó al ministro Calonne las concesiones que el erario reclamaba, y de que habia hecho concebir al rey una confianza infundada y excesiva. El arzobispo de Tolosa, Brienne, que le sucedió y habia contribuido á su caída, soñando desde su infancia con el ministerio, logró que los Notables le concedieran con afectación el impuesto territorial, el del sello, la abolición de la servidumbre corporal, y las juntas provinciales. Pero dió lugar á que el parlamento se negara á registrar el decreto del sello, afectando defender los intereses generales, fundando su resistencia en que ni el rey ni el parlamento podían acordar nuevos impuestos sin el consentimiento y beneplácito de los Estados generales del reino; lo cual obligó al rey, después de haber intentado inútilmente someter el parlamento desterrando á sus miembros mas exaltados, á convocar los Estados generales, y á llamar otra vez, aunque de mala gana, á Necker, cuyo nombramiento fué recibido con alborozo, porque de él se esperaba el remedio á todos los apuros de la hacienda, y este mismo ministro empujó también al monarca á la convocación de los Estados, llevando ya el pensamiento de que en aquella asamblea pudiera formarse una constitución política para la Francia, semejante á la de la Inglaterra, de que él era muy apasionado. De esta manera, y paso á paso, y

(1) Era este un derecho que tenía el monarca de privar á cualquiera de su libertad, encarcelándole ó desterrándole, solo porque así le placía á un ministro, ó lo reclamaba un personaje ó una familia poderosa, negando al oprimido toda defensa ó protección de los tribunales. Era una cosa parecida á aquellas órdenes clandestinas que en España se expedían por la *via reservada*. El ministro Malesherbes propuso que los mandatos de prisión se sometiesen á un tribunal ó consejo compuesto de magistrados íntegros, con otras condiciones mas fundadas en justicia.

(2) Era también semejante á lo que entre nosotros se llamaba *mora-toria*.

(3) De Balzac.

(4) Componíase la Asamblea de los Notables de los siguientes elementos:

|                                                                                                                      |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Príncipes de la familia real y de la sangre. . . . .                                                                 | 7   |
| Arzobispos y obispos. . . . .                                                                                        | 14  |
| Duques, pares, mariscales, nobles. . . . .                                                                           | 36  |
| Consejeros de Estado ó auditores. . . . .                                                                            | 12  |
| Primeros presidentes, fiscales de audiencia, etc. . . . .                                                            | 38  |
| Diputados de los países de representación, entre los<br>cuales habia 4 eclesiásticos, 6 nobles y 2 plebeyos. . . . . | 12  |
| Oficiales municipales. . . . .                                                                                       | 25  |
| Total. . . . .                                                                                                       | 144 |



de concesion en concesion, y de una en otra reforma parcial, iba Luis XVI marchando hacia la revolucion como por un plano inclinado, en el cual no habia de poder detenerse, porque no habia cuidado de afirmar antes la autoridad soberana y de restablecer sobre una base sólida la alta administracion.

Atemperándose el Consejo del rey á las ideas democráticas ya entonces dominantes, acordó duplicar el número de los representantes del Estado llano, á fin de quitar al clero y la nobleza la preponderancia de otro tiempo. Todo era irse acercando al principio predicado en los escritos de los filósofos, de que la verdadera representacion nacional era la del pueblo. *¿Qué es el Estado llano?* se preguntaba en el famoso escrito del abate Sieyes. Y respondia él mismo: *Nada.* — *¿Y qué debiera ser?* — *Todo.* Pero se olvidó, ó no se cuidó de determinar cómo habian de hacerse las deliberaciones, si separadamente cada cuerpo, ó los tres brazos juntos, como se descuidó tambien la iniciativa en la proposicion de las cuestiones, reformas y puntos que habian de resolverse: falta inexcusable de prevision, fiarlo todo á la discrecion de un cuerpo deliberante numeroso. Así, luego que se reunieron los Estados generales, el Estado llano se apresuró y anticipó á declarar, que á él como representante principal de la nacion francesa pertenecia exclusivamente el examen y revision de los poderes de los tres estamentos. En vano quiso el rey intervenir por medio de tratos en la contienda que esta pretension suscitó entre los populares y los miembros de los otros dos órdenes. Orgulloso de su poder el Estado llano, resolvió denominarse *Asamblea nacional*, título que daba la medida de su actitud arrojada y enérgica, y de sus avanzadas aspiraciones, y que sorprendió y asombró á todos. Lo notable fué que la mayoría del clero (1) sucumbió á que la revision de sus poderes se hiciera por el estamento popular. No así la nobleza, aunque tambien un considerable número de sus individuos acabó por adherirse, acaso por el temor de mayores males.

Cuando asustada la corte quiso hacer un ensayo de energía, impidiendo á los diputados concurrir al salon de las sesiones, ellos se reunieron en el *Juego de Pelota* bajo la presidencia de Bailly, donde declararon que do quiera que se congregasen estaba la Asamblea nacional, y juraron solemnemente no separarse hasta dar una Constitucion á la Francia y asegurarla sobre sólidos cimientos. A los pocos dias, queriendo el rey presidir una sesion de los tres estados (23 de junio, 1789), se presenta en la sala, pronuncia un discurso en que manifiesta estar resuelto á aprobar las reformas de los abusos mas reclamadas por la opinion pública, y creyendo haber hallado la manera mas prudente de dirimir la disputa entre los tres brazos, los arenga, les expone su plan de reformas, les manifiesta sus pensamientos, y lo que se llamó las intenciones del rey; con lo que declarando terminada la sesion, se retira mandándoles que se reunieran otro día para continuar sus sesiones. La nobleza y una parte considerable del clero sale acompañando al rey: una parte de este, y todo el Estado llano permanece inmóvil y silencioso: el marqués de Brezé, maestro de ceremonias, vuelve á la sala, y les dice: *Señores, ya habeis oido las órdenes del rey.* Entonces fué cuando Mirabeau, poniéndose en pié, pronunció aquellas célebres palabras, que revelaron en el deforme y audaz orador, á la Francia un genio, al mundo una revolucion, al rey su futura suerte: *Volved á decir á vuestro amo, que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que de este sitio no se nos arrancará sino con las bayonetas.* Y Sieyes con acento grave y severo: *Somos, dijo, lo que éramos ayer, deliberemos.* Si Luis XVI pudo ya haberlo conocido antes, ahora no debió quedarle género de duda de que habia creado un poder mas fuerte que el suyo. La revolucion francesa quedaba iniciada. Cuando Luis al saberlo dijo: *¿Qué le hemos de hacer? Si no quieren separarse, que no se separen;* estoy decidido á todo género de sacrificios; no quiera Dios que un solo hombre perezca jamás por causa mia:» anunció un alma sublime, pero fué la abdicacion de la soberanía.

Sin embargo, la Asamblea se componia de varones generalmente ilustrados, y monárquicos todavía. Lo peor era la efer-

vescencia de la muchedumbre, que siempre va mas léjos en sus pasiones, y ya instigada por los clubs, habia comenzado á desmandarse. Suceden las escenas de la Abadía, y los tumultos de Metz y de Lyon. Cada dia ocurren nuevos motivos de irritacion entre la corte y el pueblo. El rey por consejo de los príncipes y de los cortesanos prepara un ejército de cuarenta mil hombres á las órdenes del viejo mariscal de Broglie para contener á los revoltosos de Paris, y despide á Necker, único ministro popular. Una y otra medida exalta los ánimos del pueblo de la capital; la muchedumbre se arma, pasea en triunfo por las calles los bustos de Necker y del duque de Orleans, y concibe y ejecuta el atrevido pensamiento de asaltar la Bastilla, fortaleza mirada con odio, por ser la prision en que se encerraba á los reos de Estado y á los que incurrian en el desagrado de la corte. El asalto se verifica con un valor horrible, y la plebe vengá y señala su costoso y sangriento triunfo con asesinatos horribles. La noticia de este suceso lleva la consternacion á la familia real: la plebe se ensoberbece con la victoria: cunde la agitacion por todas partes; la Asamblea pide ya formalmente al rey la separacion de sus ministros: el rey, la reina y los príncipes vacilan, sin saber qué partido tomar: Luis consiente en separar á sus ministros, y presentándose en la Asamblea anuncia haber dado orden para que se alejen las tropas. Determina despues visitar á Paris, con la esperanza de contener á los revoltosos; resolucion magnánima, y extraña en hombre de carácter tan tímido, para la cual sin embargo se preparó confesando y comulgando, y dejando un escrito en que confidencialmente nombraba lugarteniente general del reino á su hermano el conde de Provenza para el caso en que perdiera la vida ó la libertad. Doscientos diputados se encargan de acompañarle: Bailly á la cabeza del ayuntamiento sale á recibirle y le ofrece las llaves de la ciudad: *Son las mismas,* le dice, *que fueron presentadas á Enrique IV: aquel buen rey habia conquistado á su pueblo, hoy es el pueblo quien conquista á su rey.* Al llegar al Hotel de Ville pasa por debajo de una bóveda de espadas cruzadas sobre su cabeza en señal de honor. Algunos vítores que oyó desahogaron su corazon un tanto oprimido. Nombra á Lafayette comandante de la guardia nacional, recibe de manos del maire la cucarda tricolor que coloca en su sombrero, y dejando á Paris en el mismo estado de agitacion regresa á Versalles, donde la reina se arroja á su cuello como si hubiera temido no volver á verle. Todos son triunfos para la democracia, que se envalentona á la vista de un rey sin poder y sin energía.

Excesos y desmanes sangrientos siguieron á aquella fermentacion, que se fué extendiendo á todas las provincias, sin que bastasen á contenerlos y reprimirlos los esfuerzos de Lafayette, del mismo Necker, y de otros de los mas autorizados y juiciosos miembros de la Asamblea. Armóse la poblacion entera del reino, para resistir á cualquier tentativa antipopular de parte de las tropas reales. Instigadores que salian de los clubs de Paris se derramaban por todas partes á concitar á las masas con alarmantes invenciones propias á irritarlas, y á empujarlas por el camino de las violencias y de los crímenes. Suceden los asesinatos de Foulou y de Berthier. Entre tanto la Asamblea, convertida en *Constituyente*, se consagraba con afán á elaborar una constitucion política para la Francia, sirviendo de base á su obra una *Declaracion de los Derechos del hombre*, á imitacion de lo que habian practicado los anglo-americanos en la Constitucion de los Estados-Unidos. Y al mismo tiempo se dedicaba con admirable ardimiento á la reforma de los viejos abusos, á la abolicion de los privilegios odiosos, y al establecimiento de un sistema de igualdad en el repartimiento de las cargas públicas. Asombroso y digno de alabanza eterna fué el fervoroso patriotismo, el ardiente entusiasmo, la abnegacion y el desprendimiento, con que provincias, ciudades, clases, corporaciones é individuos se apresuraron en aquella Asamblea á renunciar espontáneamente sus privilegios, y á hacer el sacrificio voluntario de sus intereses en aras de la patria. Y no asombra menos el número de reformas trascendentales y útiles dictadas por un verdadero espíritu de conveniencia y de justicia, que se llevó á cabo en una sola y fecundísima sesion, no siendo de maravillar que se acordara acuñar una medalla que perpetuara en la memoria de las ge-

(1) Por 139 votos contra 129.



neraciones futuras aquellos rasgos de noble y generoso desprendimiento (1).

El rey aprobó la mayor parte de aquellas reformas, pero modificando algunas, para no lastimar de pronto derechos legítimos, y no trastornar de repente todos los intereses antiguos; lo cual irritó de tal modo á los miembros mas fogosos de la Asamblea, que en una sesion borrascosa declaró por fin que al rey no tocaba sino promulgar los decretos, y que esto y no otra cosa era la sancion. Sabidos son los principios que dominaron entre aquellos legisladores, las cuestiones sobre la formacion de una sola ó de dos cámaras, las doctrinas que prevalecieron sobre el veto absoluto y el suspensivo y sobre el derecho de disolucion, viniendo á resultar de todo una Constitucion democrática, conforme á las ideas que predominaban en aquella época de fervoroso entusiasmo, de pasiones y de inexperiencia. Y bien que todavía se hicieron muchos la ilusion de conciliar los principios democráticos con la existencia del poder real, es lo cierto que este quedaba tan debilitado que venia á ser casi nulo.

Desmandábase de mas en mas el pueblo, que sin la ilustracion de los legisladores, mas ardiente y mas ciego en sus pasiones y en sus odios, orgulloso con oirse llamar soberano, se dispensaba á sí mismo de todo deber y obligacion, y tomaba por libertad el desenfreno. Por su parte la corte tuvo la imprudencia de entregarse á escenas de exagerado realismo, con que parecia haberse propuesto retarle y provocarle (2); las discusiones sobre el *veto* le traian agitado; la noticia del banquete realista de Versalles le irrita; la escasez de subsistencias le enfurece; falta el pan en Paris, y los agitadores de los clubs echan la culpa de todo á la corte y á la voz de: *No hay pan: á las armas!* grupos numerosos, principalmente de mujeres de la ínfima plebe, armadas de picas, hachas, carabinas y cuchillos, invaden furibundos la casa de ayuntamiento, y aquellas terribles furias toman despues el camino de Versalles, capitaneadas por Maillard, uno de los rudos héroes de la Bastilla. La Asamblea tiembla: «Paris viene sobre nosotros: levantad la sesion, le dice al presidente Mounier, é id á avisar á la corte.—¿Paris viene sobre nosotros? replica el presidente: razon mas para que la Asamblea permanezca en su puesto.—Pero nos matarán á todos.—Mejor: si morimos todos, mas pronto estaremos en república.»

Penetra Maillard en el salon con aquel ejército de furias armadas; expone la desesperacion del pueblo por la falta de pan; el presidente Mounier se dirige á la mansion régia con una comision de doce mujeres, mientras las demás permanecen en el salon de sesiones: el rey oye benévolamente, así á las mujeres que le piden pan, como al presidente de la Asamblea que le pide la aceptacion clara y terminante de los derechos del hombre y de los artículos de la Constitucion: las mujeres gritan alborozadas: *¡Viva nuestro buen rey!* Al anunciarse en la Asamblea que el rey ha sancionado los artículos constitucionales, una de ellas que desgredada y macilenta roia un descarnado hueso preguntó: *¿Y con eso tendremos pan?* Entre tanto ocurren en la poblacion choques sangrientos entre las tropas y las turbas tumultuarias: llega Lafayette de Paris con su ejército, y se esfuerza por restablecer el orden, mas no

puede impedir que un grupo de forajidos se lance frenético hasta la estancia de la reina, que se refugia despavorida al cuarto de su esposo, dejando su habitacion salpicada y teñida con la sangre de sus fieles guardias de corps. Los tumultuados piden que el rey vaya á Paris y el monarca lo ofrece: la corte y muchos diputados le suplican que huya y se salve en lugar seguro: «*¡Un rey de Francia fugitivo!* exclama el buen Luis: eso no: además, si salgo de Versalles coronarán al duque de Orleans.» Por último, despues de mil escenas trágicas el rey y la real familia se ponen camino de Paris, y escoltados por una parte de aquella muchedumbre forajida, llegan al palacio de las Tullerías que hacia mas de un siglo no habian habitado los monarcas franceses (octubre, 1789). La Asamblea se traslada tambien á Paris, donde continúa su tarea de derribar el edificio de las antiguas instituciones.

Desde entonces se puede considerar al rey como aprisionado en las Tullerías; Lafayette es el encargado de responder á la nacion de su persona: comienza la emigracion de los nobles á Turin, donde los han precedido los príncipes de la sangre; se suprimen los títulos de nobleza, se venden los bienes del clero, se crea el papel-moneda, principio de los asignados, y los sacerdotes van á reunirse con los nobles emigrados por no obedecer á la constitucion civil. La Asamblea prosigue reorganizando el reino, los clubs deliberando como otras tantas asambleas, y la Francia ardiendo en perturbaciones. El rey acepta la Constitucion, y produce las aclamaciones mas entusiastas de la Asamblea y del pueblo. Los emigrados confian en la sublevacion de los departamentos del Mediodía y en los auxilios de las potencias extranjerias: la reina vuelve los ojos al Austria, y la actitud de los emigrados da pretexto á los clubs y al partido democrático para concitar el odio del pueblo contra el rey y la reina, á quienes suponen en connivencia con los conspiradores emigrados (1790).

Sobresaltados y estremecidos contemplaban ya la revolucion de Francia los soberanos extranjeros, y no es maravilla que los asustara el temor de que el contagio del ejemplo penetrara en sus respectivos pueblos. Al emperador Leopoldo le hicieron concebir la esperanza de castigar á los revolucionarios franceses. Sospechábase que Inglaterra fomentaba secretamente las turbulencias interiores de Francia con propósito de debilitarla. La situacion del gobierno español entonces era especial respecto al gobierno y á la Asamblea francesa. Porque habiéndose suscitado una grave cuestion entre Inglaterra y España con motivo de haberse apoderado los españoles de unos buques mercantes ingleses en la bahía de Nootka, cuestion que produjo largas notas y serias contestaciones entre los dos gabinetes, anuncios y amenazas de guerra, y grandes armamentos navales de parte de ambas naciones, Carlos IV invocó la amistad y la cooperacion de Luis XVI para un caso de rompimiento con la Gran Bretaña, con arreglo al Pacto de Familia. El monarca francés accedió á la reclamacion, pero quiso obtener la aprobacion de la Asamblea nacional, y este cuerpo deliberante no solo reconoció la legalidad y la fuerza de los tratados existentes, sino que, despues de muy discutido el asunto, acordó que en vez de treinta navíos que el rey habia resuelto armar, teniendo presente que los armamentos ingleses eran cada vez mayores, se aprontasen cuarenta y cinco con el competente número de fragatas y buques menores, para socorrer al rey de España (de mayo á agosto, 1790). Por fortuna las negociaciones acabaron pacíficamente, pero España, agradecida á la Asamblea nacional, no podia ni ostensible ni decorosamente obrar en contra del nuevo régimen de la Francia (3).

(3) Nota de los buques que el rey Carlos IV mandó armar para la escuadra que habia de oponerse á la de Inglaterra, incluso los de la de evoluciones, que son los señalados con la letra E.

DEPARTAMENTO DE CADIZ

| Navíos                  | Portes |
|-------------------------|--------|
| Conde de Regla. . . . . | 141    |
| San Carlos. . . . .     | 94     |
| Rayo. . . . .           | 80     |
| Astuto. . . . .         | 64     |

(1) En la sola sesion del 4 de agosto (1789), se propusieron y acordaron las siguientes reformas:

Abolicion de la servidumbre personal, y de la mano muerta, bajo cualquier denominacion.

Supresion de las jurisdicciones señoriales.

Facultad de reembolsar los derechos de señorío.

Abolicion del derecho exclusivo ó privilegio de caza.

Reduccion del diezmo á dinero, y posibilidad de comprar todo diezmo de cualquiera especie.

Abolicion de todos los privilegios ó inmunidades pecuniarias.

Igualdad de contribuciones de toda clase.

Renuncias de los privilegios particulares de provincias y ciudades.

Supresion del derecho de anatas y de pluralidad de beneficios.

Cesacion de las pensiones obtenidas sin justo título.

Abolicion de los gremios.

(2) Alúdese principalmente al famoso banquete dado en Versalles á los Guardias de Corps y á los oficiales del regimiento de Flandes, en que hubo una especie de delirio realista, y llegó á hollarse la escarapela nacional.



Prosiguen en este reino los excesos de los demagogos; celébrase la gran fiesta nacional de la Confederación, en que se pasa revista á sesenta mil confederados armados; se da la Constitución civil del clero; sucede el ataque del castillo de Vincennes, y la conspiración de los *Caballeros del puñal*; progresa la emigración; propónense leyes contra los emigrados; las cuestiones religiosas, el juramento exigido á los eclesiásticos, la actitud de Roma y de una gran parte del clero francés, atormentan la conciencia del timorato Luis XVI, y este príncipe, que ansioso de salir de la opresión en que se le tenía, había pasado todo el invierno de 1790 á 1791 concertando con el célebre Mirabeau, convertido al partido de la corte, cómo fugarse de París y recobrar su libertad poniéndose en lugar seguro, en la noche del 20 de junio (1791), cuando

|                             |    |
|-----------------------------|----|
| San Ramon.. . . .           | 64 |
| Castilla.. . . .            | 64 |
| San Pedro Alcántara.. . . . | 64 |
| Fragatas                    |    |
| E Santa Bárbara.. . . .     | 34 |
| E Santa Dorotea.. . . .     | 34 |
| Mercedes.. . . .            | 34 |
| Bergantines                 |    |
| E Vivo.. . . .              | 14 |
| E Ardilla.. . . .           | 14 |

## DEPARTAMENTO DEL FERROL

|                        |        |
|------------------------|--------|
| Navíos                 | Portes |
| Salvador.. . . .       | 114    |
| San Rafael.. . . .     | 80     |
| Sério.. . . .          | 74     |
| Oriente.. . . .        | 74     |
| Arrogante.. . . .      | 74     |
| San Justo.. . . .      | 74     |
| San Gabriel.. . . .    | 74     |
| San Telmo.. . . .      | 74     |
| E Europa.. . . .       | 74     |
| San Leandro.. . . .    | 64     |
| Fragatas               |        |
| E Juno.. . . .         | 34     |
| Palas.. . . .          | 34     |
| E Santa Teresa.. . . . | 34     |
| Santa Catalina.. . . . | 34     |

## DEPARTAMENTO DE CARTAGENA

|                                               |        |
|-----------------------------------------------|--------|
| Navíos                                        | Portes |
| E San Pablo.. . . .                           | 74     |
| Angel de la Guarda.. . . .                    | 74     |
| San Francisco de Asís.. . . .                 | 74     |
| San Ildefonso.. . . .                         | 74     |
| Firme.. . . .                                 | 74     |
| Atlante.. . . .                               | 74     |
| Glorioso (sustituido por el Terrible).. . . . | 74     |
| Guerrero.. . . .                              | 74     |
| E San Fulgencio.. . . .                       | 64     |
| Fragatas                                      |        |
| Santa Florentina.. . . .                      | 34     |
| E Perla.. . . .                               | 34     |
| E Mahonesa.. . . .                            | 34     |
| Soledad.. . . .                               | 34     |
| Balandras                                     |        |
| E Tártaro.. . . .                             | 48     |

Hé aquí las comunicaciones con que terminó este negocio.

*Declaración del Gobierno español.*—«Habiéndose quejado S. M. Británica del secuestro de ciertos buques pertenecientes á sus vasallos, hecho en el puerto de Nootka, situado en la costa N. O. de América, por un oficial que está al servicio del rey, el infrascrito consejero y primer secretario de Estado de S. M., previa la autorización correspondiente, declara á nombre de S. M. y de su orden, que está pronto á dar satisfacción á S. M. Británica por la injuria de que ha formado queja, persuadido el rey de que la Majestad Británica se conduciría del mismo modo si se hallase en iguales circunstancias. Además ofrece S. M. hacer entregar todos los buques ingleses apresados en Nootka, y resarcir á los interesados en estos navíos las pérdidas que se les hayan ocasionado, inmediatamente

Mirabeau había descendido á la tumba (1), emprende en unión con toda la familia real aquella malhadada fuga que fué causa de su perdición, y cuyas consecuencias ni fué posible entonces, ni lo es hoy todavía medir y calcular. Sucede el fatal reconocimiento y el desastroso arresto de los ilustres viajeros en Varennes, y su forzado regreso á París, acompañados de los comisionados de la Asamblea Latour Maubourg, Barnave y Petion. Por decreto de la Asamblea queda el rey suspendido de sus funciones, puesto bajo la vigilancia de una guardia responsable de su persona, así como la reina y el delfín, sujeto al resultado de una información, y como provisionalmente destronado (2).

Sin embargo, y á pesar de lo que iba cundiendo en los ánimos y en parte de la misma Asamblea la idea de república, á pesar de los esfuerzos de los jacobinos por que se declarase traidor al rey y se le depusiese, no obstante las tumultuosas escenas del Campo de Marte, las imprudentes bravatas de los emigrados, trasladados ya á Coblenza, y la actitud hostil de las potencias de Europa por aquellos provocada, la Asamblea constituyente, que en su mayoría seguía siendo monárquica, se apresuró á terminar la Constitución y á presentarla á la aceptación del rey, con el deseo también de devolverle por este medio la libertad. Luis XVI declaró que aceptaba la Constitución (13 de setiembre, 1791), cuya noticia causó un júbilo extraordinario, y pareció haber reconciliado al rey con su pueblo. El 30 de setiembre dió la Asamblea constituyente por terminadas sus tareas y sesiones, después de haber hecho, para dar un testimonio exagerado de su desinterés y patriotismo, la célebre declaración de que ninguno de sus individuos podría ser reelegido para otra legislatura. Resolución fatal, que fué causa de que en la *Asamblea Legislativa* que la sucedió se viera dominar desde el principio un odio ardiente á la monarquía.

Distinguiéronse desde luego en esta Asamblea los diputados de la Gironda por su fogosa elocuencia, y por la idea fija que les dominaba de convertir la Francia en una república

después que se haya podido saber á lo que ascienden. Entiéndase que no podrá excluir ni impedir de manera alguna la última disposición acerca del derecho que S. M. pueda pretender gozar de formar un establecimiento en el puerto de Nootka.—Y para que conste firme esta declaración, sellada con el sello de mis armas. Madrid 24 de julio de 1790.—*Floridablanca*.

*Contra-declaración.*

«Habiendo declarado S. M. el rey Católico que está pronto á dar satisfacción de la injuria hecha al rey Británico por la captura de ciertos buques pertenecientes á los vasallos de S. M. en el puerto de Nootka, y habiendo firmado el señor conde de Floridablanca á nombre de S. M. C. y de su orden una declaración al intento... el infrascrito embajador extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del rey Católico, previa autorización particular y expresa de su corte, acepta la declaración expresada, y augura que S. M. B. tendrá dicha declaración y el cumplimiento de las promesas que comprende por satisfacción plena y entera de la injuria de que S. M. se ha quejado.—El infrascrito declara al mismo tiempo quedar bien entendido que ni la declaración dicha firmada por el señor conde de Floridablanca, ni la aceptación que el infrascrito acaba de hacer á nombre del rey no debe derogar ni perjudicar en ninguna manera al derecho que S. M. podrá pretender tener á cualquier establecimiento que se haya formado, ó se quisiese formar en adelante en el expresado puerto de Nootka.—Y para que conste firme esta contra-declaración en Madrid á 24 de julio de 1790.—*A. Fitcherbert*.»

A consecuencia de estas declaraciones el 28 de octubre firmaron ambos ministros en Madrid un convenio de ocho artículos, con que se puso fin á la disputa entre las dos cortes.

(1) Este asombroso genio de la revolución, este hombre extraordinario, portento de elocuencia, y que subyugaba con la magia de su voz á aquella asamblea y aquella Francia que escandalizaba con sus vicios, murió el 2 de abril de 1791.

(2) Para la entrada de la prófuga familia real en París se habían fijado varios carteles con este letrero: *El que aplauda al rey será apaleado: el que le insulte será ahorcado*. En efecto, su entrada se verificó en medio de un silencio profundo por parte del pueblo, y sin oírse ni insultos ni aplausos.

Es curiosa é interesante la relación de este regreso y entrada de la familia real en París, y de la actitud de cada uno de los personajes y el trato que recibían, dada por el conde de Fernán Núñez, nuestro embajador en Francia y testigo ocular de todo, al gobierno de Madrid. Muriel copia el despacho casi íntegro.



semejante á las antiguas de Grecia y Roma. Adversarios de los *Girondinos* eran los *Constitucionales*, llamados tambien *Fuldenses*, por el club en que se reunian, á los cuales apoyaba una gran parte de la guardia nacional, amiga del orden. Pero el movimiento revolucionario estaba fuera de la Asamblea, estaba en los clubs, principalmente en el de los *Jacobinos*, donde dominaba Robespierre, y en el de los *Franciscanos*, que dirigia Danton. A estos clubs concurrían todos los que gustaban de la agitacion, de las grandes emociones, de las discusiones borrascosas. Los constitucionales ó fuldenses, que formaban la derecha de la Asamblea, estaban ya en minoría; la mayoría, que ocupaba la izquierda, era de los girondinos; y los mas extremados ó exagerados, que se sentaban en los bancos mas altos del salon, y que fueron por esta razon denominados *la Montaña*, eran los representantes del populacho y de los clubs. Del espíritu de esta Asamblea fué una muestra su primer decreto aboliendo los títulos de *Señor* y *Majestad* que se daban al rey. Niega este su sancion á los decretos contra los emigrados y contra los sacerdotes no juramentados, pero se ve obligado á templar el mal efecto de esta resolucion presentándose á la Asamblea á declarar que estaba decidido á intimar la disolucion á los emigrados, so pena de ser tratados como traidores, y á hacer la guerra á las potencias extranjeras, si no le daban satisfaccion cumplida de sus armamentos y de su actitud hostil. En enero de 1792 decreta la Asamblea encausar á los hermanos del rey y á los nobles acusados de proyectos y planes contra la Francia, y prescribe el secuestro de sus bienes aplicándolos al Estado á título de indemnizacion. El rey se ve precisado á entregar el gobierno á los girondinos, y Luis XVI se rodea de un ministerio republicano, contándose en él el célebre Dumouriez, que comienza por plantarse el gorro encarnado entre los jacobinos.

Mucho tiempo hacia que estaba amenazando un rompimiento entre la Francia y las demás potencias, y especialmente con el imperio: querian la guerra los girondinos; la actitud respectiva del pueblo francés, de su monarca, de los emigrados, y de los soberanos de Europa, la hacian casi inevitable: Dumouriez arranca de aquel vacilante príncipe una resolucion, y el 20 de abril (1792) se presenta Luis XVI á la Asamblea, y no sin turbacion, que bien la revelaba su demudado rostro, propone á la Asamblea nacional la guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia. Un grito de *viva el rey!* resuena en todos los ángulos del salon, y queda declarada por una inmensa mayoría la guerra que habia de asolar toda la Europa y hacer vacilar todos los tronos.

Tiempo es ya de decir algo de la conducta de las potencias europeas en los tres primeros años de la revolucion francesa, y principalmente de la del monarca y el gobierno español en aquellos importantísimos sucesos.

Verdad es que despues de la intentada fuga de Luis XVI y su especie de aprisionamiento en las Tullerías, los soberanos de Europa, ya alarmados desde los primeros sucesos de la revolucion, pero mucho mas sobresaltados con aquel acontecimiento, instigados de continuo por los emigrados franceses de Turin y de Coblenza, que por su parte procedieron con mas calor que discrecion á levantar por sí mismos cuerpos de tropas á nombre del rey para hacer la contra-revolucion que se representaban tan fácil, demandado al propio tiempo su auxilio por el atribulado monarca, pareció tomar una actitud mas amenazadora. Las circunstancias no dejaban tambien de halagar las esperanzas de los enemigos de la revolucion. La paz entre Rusia y Turquía dejaba á la emperatriz Catalina, en otro tiempo protectora de los filósofos, ahora interesada en sofocar el principio revolucionario desarrollado por sus doctrinas, mas desembarazada para obrar de acuerdo y en union de otras potencias; y bien que todavía tuviese que sujetar la Polonia, deseaba auxiliar á Gustavo de Suecia, que se mostraba ansioso de mandar una expedicion contra la Francia, para lo cual se trató de una coalicion con España. Veian unirse en el propio sentido al emperador Leopoldo de Austria, hermano de la esposa de Luis XVI, con el rey de Prusia, con quien antes habia estado en guerra, y concertar tratados y planes de invasion. Contaban por lo menos con la neutralidad de Inglaterra, ya que no con sus trabajos de zapa para fomentar

los disturbios del pueblo francés. Los soberanos de la casa de Borbon no podian menos de interesarse en sostener á su desgraciado pariente en el trono de que amenazaba derrumbarle la demagogia de su reino, y en efecto una declaracion solemne fué firmada por todos los príncipes de la dinastía borbónica (1). Fiaban tambien los emigrados en el espíritu y la disposicion contra-revolucionaria de algunas provincias ó departamentos franceses, en la desorganizacion del ejército, abandonado de casi todos los oficiales, y en el mal estado de las plazas fuertes. Así pues ni dudaban de una próxima invasion general, ni menos dudaban de la seguridad y brevedad del triunfo.

Pero tenian mucho de ilusorias tan halagüeñas esperanzas de los emigrados. Con su precipitada impaciencia formaba contraste la lentitud con que negociaban para concertarse los dos soberanos de Austria y Prusia, temerosos de una resolucion que pudiera hacer mas comprometida y peligrosa la situacion del rey; y la declaracion de Pilnitz y el convenio de Parma debieron convencerlos de que no eran la misma cosa la buena intencion y la facilidad en ofrecer que la ejecucion y la rapidez en cumplir, y en cuanto al estado de la Francia, cuando el ardor del patriotismo se apodera de un pueblo y se convierte en una especie de fiebre, no se sabe hasta dónde pueden llegar los esfuerzos de aquel pueblo; y como dijo despues el célebre Carnot: «¿qué cosa hay imposible para veinti-

(1) Hé aquí los términos de esta declaracion:

«Nos N. rey de España, N. rey de Nápoles, N. infante duque de Parma, unidos con la mejor voluntad á las intenciones tan puras del conde de Artois, á quien pertenece la defensa de la corona de Francia durante la violencia que padece el rey su hermano, como su hermano mayor el conde de Provenza:

«Hemos protestado y protestamos con dicho príncipe, y con los otros príncipes de la sangre unidos con él, contra todos los decretos de la Asamblea que se dice *nacional*, por ser contrarios al mantenimiento de la religion católica, á la doctrina de la Iglesia, á la veneracion que se debe á sus ministros y al libre ejercicio de la autoridad apostólica.

«Protestamos igualmente contra todos aquellos decretos que atacan y destruyen el gobierno monárquico, las distinciones que son necesarias en él, los derechos inalienables de la corona, señaladamente el de hacer la guerra ó la paz, y en general todos cuantos tienen por objeto trastornar los principios fundamentales sobre que están cimentados los tratados, las alianzas y los demás pactos políticos.—Tambien protestamos contra cualesquiera otros decretos que destruyan el derecho público de Francia, y sean directamente contrarios al voto nacional contenido en todas las instrucciones (*cahiers*) dadas á los diputados, especialmente contra los decretos que han abolido la nobleza, aniquilado la magistratura, despojado al clero de sus bienes y violado todo género de propiedad.

«Declaramos, que siguiendo la fe de nuestros mayores, nos oponemos con todas nuestras fuerzas á cuanto pueda alterar su pureza en los Estados cuyo gobierno toca por herencia á nuestra casa, y por consiguiénte á toda innovacion cismática que se proponga privar á los pueblos de sus respectivos pastores, desconocer la mision divina de los obispos, y confundir las leyes de la jerarquía eclesiástica.

«Declaramos, que justamente indignados de los atropellamientos cometidos contra S. M. Cristianísima, no menos que del cautiverio en que está hace diez y ocho meses, de la injusticia con que los príncipes de la sangre, hermanos del rey, son despojados de todas sus prerogativas y distinciones, de la afectacion chocante de haber quitado las armas de nuestra casa de la bandera nacional, y por último de los insultos que los facciosos hacen todos los dias á la reina y á la familia real, no consentiremos que el solio de los Borbones continúe expuesto á los mismos ultrajes por mas tiempo; porque no solamente mancillan la fidelidad de la nacion francesa, sino que son tanto mas intolerables, cuanto que nacen del mismo principio que ha destruido el orden público en el reino, y causado las turbulencias, miserias y males de la anarquía.

«Declaramos, en fin, que si bajo cualquier pretexto se cometiesen de nuevo atentados contra las sagradas personas del rey, la reina, ó contra la familia real, la ciudad que fuese culpable de ellos será castigada ejemplarmente, y que los oficiales municipales, los jefes de los distritos, los comandantes de la guardia nacional, y todos los miembros de la Asamblea que son conocidos por contrarios á la monarquía, los cuales nos responderán con sus cabezas, serán castigados con la última pena.

«Y para que conste firmamos el presente en \_\_\_\_\_ á \_\_\_\_\_ del mes \_\_\_\_\_ de España.—N. rey de Nápoles.—Infante duque de Parma.—N. conde de Artois, príncipe francés, hermano del rey, en representacion de S. M.—N. príncipe de Condé.—N. duque de Borbon.—N. duque de Enghien.»

Atribúyese este proyecto á M. de Calonne, antiguo ministro de Luis XVI, y se firmó en Parma.



cinco millones de hombres?» Así fué que lo que hacían los emigrados con sus nada disimulados y mal concebidos planes era irritar más el ya harto exaltado pueblo, concitar los odios de la acalorada muchedumbre contra la aristocracia y contra el monarca mismo cuya causa se proponían defender, hacerle más sospechoso de complicidad y obligar á tenerle más vigilado, despertar oposiciones en la Asamblea que habrían podido tal vez excusarse ó acallarse, alarmar á todos los interesados en la revolución, hacer que se precipitaran los preparativos y medidas para la defensa de las fronteras, provocar los alistamientos voluntarios, los ofrecimientos espontáneos de ciudadanos y generales á tomar las armas, y en fin á poner la Francia en estado de hacer aquellos maravillosos sacrificios que tanto asombraron después.

Menester es convenir también en que el mismo Luis contribuía á mantener en dañosa perplejidad á los que de fuera pudieran auxiliarle; ya por la contradicción entre las órdenes y la correspondencia pública y secreta que seguía con los conspiradores de Coblenza, ya con la notificación que hizo á todas las cortes de que aceptaba la Constitución con ánimo resuelto de observarla con fidelidad. De modo que era difícil desde lejos saber con seguridad si el rey se daba por libre á sí mismo, aun después de haber advertido á algunos gobiernos que no dieran fe á los documentos oficiales que llevarán su firma, y que los consideraran como arrancados por la violencia. Con esto Austria, Prusia é Inglaterra dieron á la notificación una respuesta pacífica: Holanda, Suiza y los príncipes italianos contestaron satisfactoriamente: España y los electores de Tréveris y Maguncia las dieron evasivas; y solo Suecia y Rusia respondieron que no consideraban libre al rey. Entre tanto la Francia proseguía haciendo sus armamentos y reparando sus plazas fuertes. Colocó en la frontera amenazada tres ejércitos, mandados por Rochambeau, Lafayette y Luckner, y antes de la declaración de guerra que anunciáramos arriba, el ministro Narbonne había hecho presente á la Asamblea haber pasado revista desde Dunkerque hasta Besanzon á una fuerza de doscientos cuarenta batallones y ciento sesenta escuadrones, con la artillería correspondiente á doscientos mil hombres y provisiones para seis meses, encareciendo el patriotismo de los guardias nacionales voluntarios. Había alguna exageración en el anuncio, pero la verdad era que se había armado con una actividad prodigiosa una fuerza formidable.

Más ya es tiempo de que veamos cuál era la situación de España durante estos sucesos, y cuál la intervención que en ellos tomó y en qué sentido.

Seguía al frente del gobierno español, gozando de la confianza de Carlos IV y dirigiendo su política el ilustrado conde de Floridablanca, último ministro de Carlos III, y á cuyos consejos había debido aquel monarca la acertada dirección que supo dar á la política exterior en sus postreros tiempos y la consideración, respeto y preponderancia que llegó á adquirir en todas las cortes y en todos los gabinetes de Europa; pero este hábil y experimentado ministro, que en el anterior reinado había sido el más celoso, activo é incansable reformador, y el más ardiente regalista, imprimiendo á la marcha del gobierno el sello de la moderna civilización, combatiendo y destruyendo abusos, errores y preocupaciones del antiguo régimen, difundiendo y fomentando las nuevas ideas, y liberando el pensamiento de las trabas que le habían tenido por siglos enteros encadenado; este ilustre español, que parecía ser el representante y el propagador del espíritu innovador de su siglo, asustóse de tal modo ante las exageraciones de la demagogia francesa, ante los excesos y las sangrientas escenas de aquella revolución, y ante los peligros de la propaganda democrática, que no viendo en los hechos ni en la tendencia de aquel grande acontecimiento sino lo que podían tener de extremado, y lo que cercenaba los derechos de las monarquías absolutas, de que él era apasionado sostenedor, obróse en su ánimo una verdadera reacción, en términos de mirar con una prevención, ya exagerada también, todos los principios que se proclamaban, todas las reformas que se hacían en el vecino reino, de no pensar sino en libertar á su patria del contagio revolucionario, y en hacer que el monarca español se mostrara ó apareciera como el más interesado en

la suerte de sus parientes los reyes de Francia, y como excediendo á todos los príncipes en el realismo.

Así era que los clubs de París miraban al primer ministro del rey de España como uno de los más declarados enemigos de la revolución: y cuando Floridablanca fué acometido en el palacio de Aranjuez y herido en la espalda por un francés, que mostraba llevar intención de asesinarle (18 de junio de 1790), aunque del proceso no se pudo averiguar la verdadera causa que hubiera impulsado al criminal á cometer el atentado, y el agresor subió al patíbulo sin podersele arrancar revelación alguna, generalmente se supuso ser un emisario de los clubs de París, enemigos jurados de Floridablanca por la averción que este manifestaba á sus doctrinas.

En verdad los temores del conde ministro y las medidas que tomó para ver de impedir que los republicanos franceses introdujeran y propagaran en España por medio de agentes y de libros y papeles sediciosos sus doctrinas democráticas y sus planes de perturbación y de trastorno, no carecían de fundamento. Si otros muchos testimonios de ello no hubiésemos visto, bastarían para creerlo así el siguiente parte de uno de los jefes destinados por el ministro español á vigilar la frontera del vecino reino: «Las noticias de la frontera de estos cuatro últimos correos (le decía) confirman uniformemente los esfuerzos que hacen en toda ella los franceses para introducirnos los papeles sediciosos de que he dado cuenta en mis partes anteriores, habiéndolo conseguido en Aragón con el titulado *Ca ira*, que es uno de los más perversos.—Añaden, que habiendo venido con esta comisión desde París á la frontera de España M. Roberts Pierre, ha estado en los pueblos principales del Pirineo Occidental, de donde llegó á Perpiñan el día 2 de noviembre, alojándose en casa de su antiguo amigo M. Gilis, quien ha descubierto á mi corresponsal bajo de mil misterios que ha visto en poder de aquel letrado de grandes cantidades contra casas de Barcelona y Manresa, y muchas cartas de Zaragoza, Jaca, Pamplona y San Sebastian. Que trae cartas para Madrid y otras ciudades de España de que él no se acuerda, á donde escribe mucho y recibe respuestas bajo de sobres diferentes. Que ha visto en su equipaje los Fueros de Vizcaya, de Navarra y de Aragón, y las Constituciones de Cataluña. Que el tal Roberts es de la familia del famoso Pierre Damiens que intentó asesinar á Luis XV. Que desde que llegó á Perpiñan le cortejan mucho los individuos del gobierno y que fiado en la amistad de M. Gilis se ha alabado, aunque con misterio, que antes de volver á París dejará sembrada la semilla de la discordia en España. A este fin ha dispuesto, luego que ha llegado á Perpiñan, se traduzca la Constitución francesa en catalán, cuya obra han empezado MM. Verdier y Gispert, de que ha visto mi corresponsal un fragmento. Ha anunciado que espera dentro de pocos días á M. Tabau de Saint Etienne, que viene de París á ayudar sus ideas, para lo cual trae grandes fondos.—A vista, pues, de estos esfuerzos, me creo en obligación de dar una prueba de mi reconocimiento por las repetidas honras que me hacen Sus Majestades, y aprovechando la oportunidad de tener que ir yo precisamente á Barcelona á levantar mi casa, recoger mis papeles, etc. etc., pasaré por el resto de la frontera que no he visto para examinar su estado, sus relaciones con los vecinos, las ideas que por allí corren, etc.; y sobre todo dejaré establecidos corresponsales secretos por el mismo término que lo hice en Cataluña, y de cuya visita han resultado tan grandes beneficios y reunión de noticias, pues no dan un solo paso los franceses por aquella parte que yo no lo sepa, y lo mismo espero que sucederá con lo que falta, hecha esta diligencia, que es obra de quince días.—Con este trabajo solo aspiró á que SS. MM. y V. E. se persuadan de mi celo y amor al real servicio en una materia tan delicada, en la que, á no haber sido por la previsión de V. E. desde el principio, estaría todo el reino inundado de papeles y agentes sediciosos, como se sabe que se hallan los demás reinos de Europa, que descuidaron esta precaución, y ahora conociendo su yerro siguen, aunque tarde, el ejemplo de V. E.—Para ejecutar esta diligencia no necesito más auxilio que una orden como la que llevé en Cataluña, de que es copia la adjunta; y por cierto que no llegó el caso de hacer uso de ella, y lo mismo creo me sucederá



ahora.—Suplico á V. E. me haga el favor de hacer esto presente á S. M. para que se halle enterado de lo que pienso hacer, aprovechando la oportunidad de mi viaje, si no me manda lo contrario.—Dios, etc. 14 de diciembre de 1791.—Excelentísimo Sr.—Francisco de Zamora.—Excmo. Sr. conde de Floridablanca (1).»

Fuesen ó no abultadas estas noticias, y mas ó menos fundados los temores, el gobierno español, so pretexto de los muchos malhechores que decia entraban por las fronteras de Cataluña y Aragon á promover desórdenes, mandó acercar tropas y formar un cordon, que impidiese la entrada en el reino á los súbditos franceses que pudieran parecer sospechosos. Con esto, al paso que se evitaba la propaganda revolucionaria, se estaba á la mira y en aptitud de apoyar el ejército de invasion que se preparaba en el Norte, cuando fuera llegado el caso. Trabajaba al propio tiempo Floridablanca por determinar al Gran Turco á que hiciese la paz con la emperatriz Catalina de Rusia, á fin de que la Czarina quedase desembarazada para ayudar á las potencias mas interesadas y mas solícitas en destruir la obra de la revolucion francesa; y este fué el propósito de la mediacion que con acuerdo y beneplácito de otras naciones interpuso Carlos IV de España para la paz entre la Puerta y el imperio moscovita.

Cuando aconteció la fuga de Luis XVI y su arresto en Varennes, Floridablanca, con un celo mas laudable que prudente, se apresuró á dirigir á la Asamblea nacional una carta, ó sea nota, en que despues de exhortar á los franceses á que considerasen la huida de la familia real como un efecto de la necesidad de ponerse á cubierto de los insultos populares que ni la Asamblea ni la municipalidad tenian fuerza para reprimir, y despues de ponderar el interés que á favor de aquel oprimido monarca cumplia tomar al rey Católico como á su mas inmediato pariente y su mas íntimo aliado, vecino y amigo, concluia con unas frases y en un tono en que tras el consejo se dejaba entrever la amenaza. Por mas que el embajador español en Paris conde de Fernan Nuñez, conocedor de aquel terreno, tuvo el buen acuerdo de modificar y templar las expresiones mas duras de aquella nota antes de presentarla á la Asamblea, todavía su lectura produjo una sensacion general desagradable y funesta, siendo recibida por unos con indignacion, por otros con desprecio, y por otros con sarcásticas risas, recayendo por último sobre ella el desdeñoso y despreciativo acuerdo de: «La Asamblea pasa á otro asunto (2).» Así iba comprometiendo Floridablanca al rey y á la nacion española, conduciéndose con el gobierno y la Asamblea francesa, no con el disimulo y la sagacidad del antiguo y experto hombre de Estado, sino á la manera de un diplomático novel que no conociera lo que es herir el orgullo y el amor propio nacional de un gran pueblo en el entusiasmo y en los primeros arranques de un movimiento revolucionario.

No alarmó ni disgustó menos á la Asamblea y al gobierno francés la medida del ministro español de hacer una matricula general de todos los extranjeros residentes en el reino, con distincion de transeuntes y domiciliados, ordenando que todo el que quisiera permanecer en España como avecindado y ejercer una profesion ú oficio, habia de jurar fidelidad á la religion católica, al rey y á las leyes de España, renunciando el privilegio de extranjería, y toda dependencia y sujecion civil al país de su naturaleza, debiendo ser tratado todo el que esto no hiciese como vago peligroso y nocivo (3). Por mas que esta real cédula fuese una reproduccion de pragmáticas

y autos acordados anteriores, no se ocultó al gobierno francés que en aquellas circunstancias el blanco de semejante providencia eran sus súbditos y no otros extranjeros algunos, y aunque se reconocia que el monarca español obraba dentro del círculo de su derecho, considerábase á su ministro como enemigo declarado de la revolucion francesa, y crecia contra él el odio y el encono, principalmente de los partidos mas exaltados.

Aun mas fuerte que la nota de que hemos hecho mérito fué la respuesta de Carlos IV al embajador de Francia al presentarle la carta en que Luis XVI anunciaba á las cortes extranjeras haber aceptado la Constitucion libre y espontáneamente. Mas indignado todavía Carlos IV que el rey de Prusia, que el emperador mismo, y que todos los demás soberanos, del tratamiento que sufría el monarca francés, negaba que tuviera tal libertad, y se resistia á responder á toda comunicacion que se le dirigiese en su nombre, mientras no le constase de un modo auténtico haberla recobrado, y estar en el pleno goce de ella. Floridablanca se atrevió todavía á mas en sus contestaciones con el encargado de negocios de Francia. En una de las notas que le pasó, se propasaba á decirle, entre otras cosas poco menos duras: «La sancion, ó sea la aceptacion régia, se ha verificado en Paris en medio de la Asamblea, rodeado el soberano de gentes sospechosas, y de un pueblo familiarizado con los alborotos y atrocidades contra su rey.—En las aclamaciones y recíprocos testimonios de confianza que se han seguido á la aceptacion, no es posible ver mas que otras tantas pruebas de la victoria alcanzada por los vasallos contra el rey, forzándole, no tan solamente á aceptar la ley que le han impuesto, sino tambien á mostrarse contento, y aun agradecido por ello, á la manera que el esclavo, no siéndole posible romper sus cadenas, besa los hierros que le aprisionan, y procura ganar y apaciguar á su dueño para lograr de él trato menos duro y opresivo..... — Ni la Asamblea misma se puede tampoco tener por libre en Paris, en medio de una poblacion numerosa, inconstante, ilusa, y á veces pervertida por los amañes de hombres perversos, que han de avasallar por necesidad á los miembros de la representacion nacional, porque los atemorizará y expondrá á cada paso á cometer errores ó injusticias á trueque de preservarse de la furia de algunos enemigos del orden.....»

De la matricula que se hizo resultó haber en España el número de extranjeros siguiente:

| AVECINDADOS           |        |
|-----------------------|--------|
| Franceses.. . . .     | 13,332 |
| Alemanes.. . . .      | 1,577  |
| Italianos.. . . .     | 4,790  |
| Ingleses.. . . .      | 140    |
| Sardos.. . . .        | 499    |
| Portugueses.. . . .   | 3,518  |
| Prusianos.. . . .     | 21     |
| Toscanos.. . . .      | 52     |
| Polacos.. . . .       | 4      |
| Irlandeses.. . . .    | 139    |
| Genoveses.. . . .     | 1,970  |
| Venecianos.. . . .    | 76     |
| Holandeses.. . . .    | 21     |
| Malteses.. . . .      | 1,229  |
| Dinamarqueses.. . . . | 5      |
| Suecos.. . . .        | 39     |
| Asirios.. . . .       | 2      |
| Suizos.. . . .        | 63     |
| Americanos.. . . .    | 2      |
| Sajones.. . . .       | 3      |
| Ginebrinos.. . . .    | 4      |
| Griegos.. . . .       | 6      |
| Asiáticos.. . . .     | 1      |
| Turcos.. . . .        | 3      |
| Marroquíes.. . . .    | 15     |
| Tripolinos.. . . .    | 1      |
| Total:                | 27,502 |

*Transeuntes* resultaron 6,512, de los cuales los 4,435 eran franceses.—Ni en una ni en otra clase se comprendieron las mujeres ni los hijos que estaban en compañía de sus padres.

(1) Poseemos original esta comunicacion.

(2) Léanse en la nota, aun despues de modificada, entre otras, estas frases: «Vivan persuadidos (los franceses) de que si la nacion francesa cumple fielmente sus obligaciones, como el rey espera que las cumplirá, hallará en S. M. Católica los mismos sentimientos de amistad y conciliacion que siempre le ha manifestado, los cuales le convienen mejor bajo todos aspectos que cualquier otra determinacion.»

(3) Real cédula de 20 de julio de 1791.—Instruccion de 21 de julio sobre el modo de hacer las matrículas.—Circular de 1.º de agosto resolviendo algunas dudas sobre la materia.—Idem de 3 de agosto sobre el juramento que se habia de exigir á los extranjeros transeuntes.—Cédula de 10 de setiembre prohibiendo la introduccion de cartas y papeles sediciosos, etc.





Pedia que el rey y toda la familia real se situasen en algun pueblo de la frontera, ó en algun punto neutral (no en España, porque no se dijera que se le había engañado aquí), y añan: «Pensar que las potencias extranjeras no deben intervenir en estos asuntos porque son cosas interiores de Francia, es grande error. Las potencias están quejosas de las resoluciones de la Asamblea nacional. Los príncipes del imperio y el emperador que está á su cabeza se muestran ofendidos de que se les haya perjudicado en sus intereses. España alega tambien varias violaciones de tratados y perjuicios hechos á sus súbditos. El papa se ofende con razon, ya de la usurpacion de la autoridad pontificia, ya de la de sus estados temporales de Aviñon, y reclama la proteccion de los demás soberanos. Quéjense tambien las potencias, etc., etc.» Y concluia: «Por último, baste decir, que la guerra contra la Francia, entregada como se halla esta nacion á la anarquía, no es menos conforme al derecho de gentes que la que se hace contra piratas malhechores y rebeldes, que usurpan la autoridad y se apoderan de la propiedad de los particulares, y de poderes que son legítimos en toda suerte de gobiernos.»

Tan áspero lenguaje no podia dejar de resentir al gobierno, á la Asamblea, á todo francés mas ó menos interesado en la revolucion; y si la nota anterior habia indignado á los partidos extremos, esta irritó hasta al partido templado constitucional. Floridablanca no suavizó su lenguaje en los escritos sucesivos. Y dado que hubiese tenido razon en considerar al rey de Francia privado de libertad, que así lo hubiese dicho el mismo Luis XVI en carta confidencial á Carlos IV, como algunos han supuesto, y que la Constitucion no hubiera sido aceptada sino con violencia, fuerza es convenir en que no era discreto retar tan abiertamente á una nacion grande en momentos de exaltacion, á no contar con fuerza material dispuesta y bastante á ahogar el espíritu revolucionario y libertar al monarca que se suponía cautivo. La prudencia parecia aconsejar imitar la conducta del emperador de Alemania, ni menos poderoso ni menos interesado en la suerte de Luis XVI ni menos ligado con él en parentesco que el rey Católico (1). Floridablanca no veia las cosas sino por el prisma de la aversion á las nuevas ideas que dominaban en Francia, y en el ocaso de su edad parecia haberle abandonado su antigua prudencia y prevision, y haber caído en los arrebatos é imprevisiones de la inexperiencia de los pocos años.

Sin embargo, el ministerio francés á quien convenia tener benévola la España, y que aun esperaba salvar la monarquía con la templanza y con los medios constitucionales, continuaba empleando con la familia reinante española aquel lenguaje amistoso y franco á que estaba acostumbrado de antiguo, como si no hubiera tan profundas disidencias entre los dos gabinetes. Pero nada satisfacía al primer ministro español. Exigió de aquel gobierno que pusiera coto á las insinuaciones calumniosas que por medio de la imprenta se vertian contra la corte de España, y aunque la respuesta fué razonable, dejando al reclamante libre el derecho que la ley concedia contra el abuso de escribir, exponiéndole que los tribunales estaban siempre abiertos para hacer justicia, y aun ofreciendo que

(1) De cuán diferente modo se conducia el emperador lo prueba la siguiente circular que pasó su gobierno á los gabinetes:

«S. M. participa á todas las cortes que recibieron su primera circular fecha en Praga á 6 de julio, á las que se agregan ahora Suecia, Dinamarca, Holanda y Portugal, que habiendo variado el estado del rey de Francia, sobre el cual se funda la expresada circular, cree de su deber manifestar á dichas potencias su modo de ver en la actualidad. S. M. es de parecer que se ha de tener al rey por libre, y que son válidos, tanto el juramento que ha prestado á la Constitucion, como los actos que han emanado de él. Espera que el efecto de dicha aceptacion será restablecer el orden público en Francia, y hacer triunfar el partido de las personas moderadas, segun los deseos de S. M. Cristianísima. Mas como las esperanzas del rey podrian desvanecerse, por mas que no haya motivo para creer que así sea, y como los pasados desórdenes y atropellamientos contra el rey pudieran volver á renovarse, S. M. es de opinion que todas las potencias á quienes fué dirigida la circular, no deben desistir de las medidas concertadas entre ellas, sino antes bien estar á la mira y hacer declarar en Paris por sus respectivos ministros que su coaliccion subsiste, y que están prontas á sostener de consuno y en cualquier ocasion los derechos del rey y de la monarquía francesa.»

por lo respectivo á las potencias extranjeras no tenia inconveniente en tratar de que se reformase la legislacion, todavia el ministro español se quejó de que parecia quererse extender la libertad de la imprenta en Francia hasta insultar impunemente á todos los soberanos. En verdad la imprenta francesa, como si tal insistencia la hubiera exacerbado mas, prosiguió con el mismo ó mayor desenfreno, y pocos dias después llegaron á manos de Floridablanca dos impresos titulados, el uno: *Crímenes de los reyes de Francia*; y el otro: *Crímenes de las reinas de Francia* (2).

Otros incidentes ocurrieron que dieron ocasion á recíprocas quejas y desconfianzas entre ambos gobiernos; pero la cuestion capital, la verdadera causa de la desunion, la que comenzaba á producir un serio y formal rompimiento era la insistencia y obstinacion del ministro Floridablanca en considerar á Luis XVI como un hombre privado de libertad, como un prisionero, y por consecuencia como forzada y violenta su adhesion á la Constitucion, y como nulo su juramento y todos sus actos de rey, como de soberano despojado de su autoridad, y con quien no era posible entrar en pactos ni aun mantener correspondencia mientras no recobrase el libre albedrío. Era inútil todo esfuerzo del ministerio francés por persuadir á Carlos IV y su primer ministro de que el rey habia aceptado la Constitucion con plena libertad, y por lograr de ellos que respondiesen á sus cartas á la manera que lo habia hecho el emperador. Para evitar el rompimiento á que parecia estar provocando la inflexibilidad de Floridablanca, se acordó que viniese á Madrid el caballero Bourgoing, ministro de Francia en la Baja Sajonia, persona ya muy conocida, relacionada y apreciada en esta corte por sus buenas prendas, y de cuya prudencia y moderacion se prometia el gobierno francés que venceria la tenacidad del español, ayudándole además el encargado de negocios M. D'Urtubise, como lo hizo oportunamente exhortando á Carlos IV á que no exasperase con su conducta los partidos exaltados y extremos de Francia, á que no disgustase al mismo partido monárquico-constitucional, y á que no pusiera en mayor peligro, no solo el trono de Francia, sino la existencia de otras monarquías de Europa.

La circunstancia de haber caído por este tiempo de la gracia del rey Carlos IV y haber acabado su largo ministerio el conde de Floridablanca, hizo suponer, no sin apariencia de razon, que no habian dejado de intimidar al monarca español las graves declaraciones del representante de Francia. Pero es indudable que otras causas no menos poderosas contribuyeron á preparar la caída del célebre ministro. No faltó quien persuadiese al rey á que consultase sobre su política con personas de quienes se sabia de cierto no serle adictas, y en verdad no necesitaban serle muy desafectos los sujetos consultados para que calificaran la política del ministro de temeraria é imprudente (3). Supónese tambien que trabajó con empeño para su caída la reina María Luisa, cuyas relaciones é intimidades con el célebre don Manuel Godoy habia desaprobado y combatido siempre aquel ministro. Y recuérdese la oposicion que de tiempo atrás habian venido haciendo á Floridablanca, y de que en varias ocasiones hemos hablado, militares de la mas alta graduacion, á cuya cabeza figuraba el conde de Aranda, ya por rivalidades personales, ya por espíritu de profesion y de cuerpo, sentidos de la preponderancia que el ministro habia procurado siempre dar al poder civil, y principalmente á la magistratura, de que él habia salido, sobre el brazo y el poder militar, acostumbrado hasta entonces á influir mas que otro alguno en los negocios.

Cedió pues Carlos IV á las sugerencias de los enemigos de

(2) Entre los libros cuya introduccion y circulacion en España habia ya prohibido Floridablanca podemos citar: *La France libre:—Des Droits et Devoirs de l'Homme*:—Catecismo francés para la gente del campo:—El Diario de Física de Paris, y multitud de hojas y papeles.

(3) Entre estas personas cuenta el príncipe de la Paz en sus Memorias haber sido consultado el conde de Aranda: aunque de los papeles del de Aranda no consta, antes bien se infiere haberle cogido de sorpresa la separacion de aquel ministro, sin embargo, atendida la intimidad del magnate aragonés con el rey, su antigua rivalidad con Floridablanca y la circunstancia de haber reemplazado á este en el ministerio, tenemos por verosímil que fuese uno de los consultados.



su primer ministro, y no contento con separar á Floridablanca (febrero, 1792) de un cargo que habia desempeñado durante un largo período de años con mucha gloria suya y no poco provecho de la nacion, especialmente en el reinado de Carlos III, accedió á mandar que fuese procesado y trasladado en calidad de preso á la ciudadela de Pamplona. Acusósele de abusos de autoridad, de malversacion de caudales públicos, y señaladamente de distraccion de cantidades empleadas en las obras del Canal Imperial de Aragon, encomendándose su causa al conde de la Cañada, íntimo amigo del que era ya privado de la reina, don Manuel Godoy. Los vicios legales que desde el principio se observaron en las actuaciones demostraban bien que la saña y el encono, mas que la imparcialidad y la justicia, movian y guiaban no solo á los acusadores sino al mismo juez que instruía el proceso. Evidentemente habia de parte de algunos interés y empeño en sacrificarle, y uno de los fiscales del Consejo llegó hasta pedir la última pena, que no puede responderse de que tal vez no se hubiese realizado, si otro de los fiscales, el ilustre Canga Argüelles, descubriendo con enérgica firmeza las monstruosas ilegalidades del sumario, no hubiera convertido la accion contra el tesorero del Canal, único responsable de la mala inversion, y á quien no se habia molestado.

Aprovechándose de esta ocasion el marqués de Manca, don Vicente Salucci, don Juan del Turco y don Luis Timoni, contra los cuales habia hecho instruir Floridablanca en los últimos años de su ministerio un proceso ruidoso suponiéndolos autores ó cómplices de un anónimo injurioso que contra él se habia escrito (1), y de cuyas resultas habian aquellos sufrido larga persecucion y destierro por sentencia del Consejo, pidieron y lograron que se abriera de nuevo el juicio y se revisara el proceso desde la primera hasta la última diligencia (marzo, 1792). Con este motivo se presentaron al tribunal escritos muy vehementes haciendo gravísimas acusaciones y cargos al conde de Floridablanca y al superintendente de policía don Mariano Colon, por su parcialidad, injusticia é ilegalidad en los procedimientos de aquella causa. En su virtud y por reclamaciones de aquellos interesados se ocuparon y entregaron al Consejo multitud de papeles que se hallaron en poder del ministro caído, algunos de los cuales parece que no dejaban de comprometerle gravemente, así como al superintendente que habia instruido el proceso. Uno y otro se defendieron, el primero por medio de procurador desde su prision de Pamplona, el segundo por el de su hermano el célebre jurisconsulto don José Joaquín Colon de Larreátegui.

Larga, ruidosa y fecunda en incidentes fué esta causa contra el esclarecido ministro de Carlos III y Carlos IV. Su mejor defensa fueron sus dos representaciones dirigidas á los dos soberanos, haciendo una recopilacion de todos los actos de su largo ministerio; documentos importantísimos y de suma utilidad para la historia, en cuyo concepto los hemos citado varias veces, y serán siempre de grande interés (2).

Floridablanca salió de la ciudadela de Pamplona despues de haber hecho todo lo que su grande ingenio alcanzó á hacer en justificacion de su conducta, é indultado mas adelante por el rey, fijó primeramente su residencia en Hellin, y despues en Murcia, pueblo de su naturaleza. Allí le dejaremos por ahora, para encontrarle mas adelante haciendo todavía un papel distinguido en su edad octogenaria, con ocasion de la especial y comprometida situacion en que llegó á verse la nacion española á consecuencia de los sucesos de la revolucion francesa que tanto habian mortificado su espíritu (3).

Sucedió al conde de Floridablanca en el ministerio el anciano conde de Aranda, á quien nuestros lectores conocen ya por su larga intervencion en los negocios públicos, ya como militar, ya como magistrado, ya como consejero y ya como embajador, durante todo el reinado de Carlos III (4).

ministerio, dejando á salvo el derecho de lo demás que se litigaba entre partes.

Hé aquí la letra de la real orden:

«Excmo. señor: En atencion á las satisfacciones con que se halla el Rey N. S. así por la paz ajustada con Francia, como por los matrimonios de las señoras infantas sus hijas; ha venido S. M. en indultar al conde de Floridablanca de toda la responsabilidad que podia tener por el tiempo que sirvió de primer secretario de Estado, y ha mandado que desde el día en que se le confiscaron sus bienes y suspendieron sus sueldos, se le dé íntegramente y durante su vida el de consejero de Estado, no obstante el real decreto para la rebaja del 4 por 100 y de la que se hace del 25 por 100 á los de su clase; declarando que si en todo este tiempo ha gozado de menor asignacion, se le complete hasta la señalada.

»Permite S. M. á dicho señor conde que viva en el pueblo y provincia que le acomode, pero le prohíbe regresar de modo alguno á Madrid ni sitios reales, y asimismo ha ordenado que se le ponga en libre posesion de todos sus bienes y alhajas que se le hubiesen embargado con motivo de las causas que se le han formado

»Como la que se le sigue por el marqués de Manca y otros asociados es puramente un negocio entre partes, no se puede prescindir de su conclusion en términos jurídicos, mas podrá S. E. valiéndose de la persona ó personas que sean de su agrado, tratar de reconciliacion y composicion con los demandantes para que se den por satisfechos.

»Por lo respectivo á la causa de abuso de autoridad en el tiempo de su ministerio, S. M. le absuelve como queda dicho de toda responsabilidad.

»Asimismo de la disipacion de intereses de la corona, especialmente en el empréstito de cuarenta y dos millones de reales que hizo á don Juan Bautista Condon, pero si este en virtud de los cargos que se le hacen tuviese que repetir personalmente contra dicho señor, podrá ejecutarlo en los expresados términos jurídicos, y S. E. componerse con él por los medios que estime conducentes, bajo el supuesto que en adelante de ningun modo se han de tratar ya estos asuntos como de Estado, sino por los trámites ordinarios de justicia y con arreglo á lo que disponen las leyes.

»Copio hoy la presente real orden al referido señor conde para su gobierno y satisfaccion; la comunico tambien al Ministerio de Hacienda en la parte de sueldos para el abono en lo sucesivo, y lo hago á V. E. á fin de que lo noticie al Consejo y disponga el cumplimiento puntual de lo demás que de ella le pertenece.

»Dios guarde V. E. muchos años.—San Ildefonso, 28 de setiembre de 1795.—El Príncipe de la Paz.—Señor Obispo Gobernador del Consejo.»

Aun la que seguian el marqués de Manca y consortes no llegó á terminarse, por los muchos incidentes forenses que se atravesaron, y que fatigaron y llegaron á enfriar á los dos principales interesados, y tambien porque la fortuna de Salucci llegó á menguar visiblemente. Era Salucci un rico toscano, vecino de Liorna, que vino á España [en seguimiento de un pleito muy ruidoso sobre la presa y embargo de la fragata *Tetis*, hecha por los armadores de Murcia, y en queja de los usurpadores de las riquezas de aquel buque de su pertenencia.

(4) «He determinado (decia el real decreto) se encargue el conde de Aranda ínterinamente, y hasta que Yo ordene otra cosa, de la primera secretaria de Estado y del Despacho, de que he venido en *exhonerar* al conde de Floridablanca. Tendráse entendido en el Consejo de Estado.—Rubricado de la Real mano.—En Aranjuez á 28 de febrero de 1792.—A don Eugenio de Llaguno Amirola.» Gaceta del 2 de marzo.

En cuanto á la separacion de Floridablanca del ministerio, don Manuel Godoy en sus Memorias (cap. 11 y 37) niega con formal empeño haber tenido parte en ella. «Entre la multitud de especies falsas, dice, esparcidas por mis enemigos, una de ellas fué la que hicieron correr, imputándome la caída del conde de Floridablanca en febrero de 1792. Léjos de haber tenido en ella parte alguna, para mí fué un gran motivo de sentimiento, porque además del respeto y estimacion que yo le profesaba, le era deudor de un aprecio particular que me mostró mas de una vez en presencia de Carlos IV... Sabidos fueron los verdaderos motivos de su caída; sabidas las viejas enemistades que le tenian el clero y la nobleza, y el fuerte empuje que le dió para su desgracia su enemigo capital el conde de Aranda, que recogió el fruto de ella sucediéndole en el ministerio. Público fué, en fin, que llegado ya al mando, uno de mis primeros actos fué el de levantar su destierro al conde de Floridablanca, y volverle al pleno goce de sus rentas y honores, etc.»

Todas son recriminaciones mutuas entre Floridablanca, Aranda y Alcadia, lo mismo que entre don Manuel Godoy y don Andrés Muriel, escritor apasionado del conde de Aranda y enemigo declarado del príncipe de la Paz. Esta es una dificultad grande para la historia.

(1) Se habia intentado probar que el infamante libelo habia sido obra del conde de Aranda, ó que por lo menos habia salido de su tertulia. Lo primero lo tenemos por absolutamente inverosímil, entre otras razones por lo soez del escrito y lo tosco del lenguaje: lo segundo pudo tal vez suceder.

(2) Tenemos á la vista un largo y minucioso extracto de esta famosa causa, en dos voluminosos tomos en folio manuscritos, titulados: *Causa de Floridablanca*.

(3) Con motivo y en celebridad de la paz ajustada con Francia en 1795, el rey se sirvió indultar y absolver á Floridablanca de todo cargo y responsabilidad por los abusos que se le atribuian en el desempeño de su



## CAPITULO II

## Aranda y Godoy.—Guerra entre España y la República francesa.—Paz de Basilea

DE 1792 Á 1795

Restablecimiento del Consejo de Estado.—Política del conde de Aranda.—Su conducta con la Asamblea francesa.—Terribles sucesos de junio y agosto de 1792 en París.—Asalto del palacio.—Desenfreno popular.—Sangrientas jornadas de setiembre.—Asesinatos horribles.—Guerra entre Francia, Austria y Prusia. La Convencion. Proceso de Luis XVI.—Sobresalto en España.—Cuestiones que se presentan en el Consejo de Estado.—Resolucion: circular á los embajadores: sistema precaucional: instruccion al ministro español en París.—Situacion de la Francia.—Neutralidad española.—Separacion del conde de Aranda.—Reemplázale en el ministerio don Manuel Godoy, duque de la Alcudia.—Noticias de este personaje, y causas de su rápida elevacion.—Disgusto general.—Arrecia en Francia el furor revolucionario.—Esfuerzos de España para salvar á Luis XVI.—Sentencia y suplicio del desventurado monarca.—Terror en Francia.—Asombro é indignacion en Europa.—Declaracion de guerra entre Francia y España.—Calor y entusiasmo de los españoles.—Ofrecimiento prodigioso de personas y caudales.—Formacion de tres ejércitos.—Campanas de 1793.—Penetra Ricardos en Francia por Cataluña.—Victorias y conquistas del ejército español.—Ricardos vencedor de cuatro generales de la república.—Excelente comportamiento del ejército español en el Pirineo occidental.—Famosa reconquista de Tolon por los republicanos franceses.—Dáse á conocer Napoleon Bonaparte.—Vituperable conducta del almirante inglés.—Generosidad del español.—Estado de la Francia.—Suplicio de la reina María Antonia.—Los terroristas.—El gobierno español resuelve la continuacion de la guerra.—Caida y destierro del conde de Aranda.—Muerte de Ricardos y de O'Reilly.—El conde de la Union.—Campana de 1794.—El ejército español del Pirineo oriental pierde todas las conquistas de la campana anterior.—Es arrojado á España.—Entrega vergonzosa de la plaza de Figueras.—Piérdense por el Occidente Fuenterrabía, Pasajes y San Sebastian.—Amenazan los franceses á Pamplona.—Cambio político en Francia.—Suplicio de Robespierre.—Primeros tratos de paz.—Campana de 1795.—Pérdida de Rosas.—Toman los franceses á Vitoria y Bilbao.—Por Oriente son arrojados de ambas Cerdañas.—Nuevas proposiciones de paz.—Fírmase en Basilea el tratado de paz entre Francia y España.—Don Manuel Godoy, príncipe de la Paz.

Al nombramiento del conde de Aranda para el ministerio de Estado (28 de febrero, 1792) no habia sido extraño el joven militar cuyo influjo se iba haciendo ya sentir en todo por la confianza de que gozaba con la reina, don Manuel Godoy. Así por lo menos lo declaró el mismo conde en una representacion que mas adelante dirigió al rey, refiriendo las circunstancias de su elevacion al ministerio (1). Dos condiciones suplicó Aranda para aceptar este puesto, y ambas le fueron concedidas: la una, la de no tomarle en propiedad, sino interinamente, para no separarse de su carrera y carácter militar; la otra, que se restableciese el Consejo de Estado, en reemplazo de aquella Junta suprema de Estado creada por Floridablanca en 1787. Ambos decretos se expidieron simultáneamente. El referente á la cesacion de Floridablanca llevaba la cláusula de *exoneracion*. En el relativo al Consejo de Estado se prescribia que los Secretarios de Estado y del Despacho serian tambien consejeros ordinarios: que el título de decano no se daría precisamente al mas antiguo, sino á aquel á quien S. M. considerase con mejores cualidades para ello; y concluía nombrando decano del Consejo al conde de Aranda (2). No tardó en experimentar á su costa este magnate que la nueva planta del Consejo no estaba exenta de influencias, aun mas perniciosas que las que él y otros habian censurado en la antigua Junta de Estado.

Hombre de larga experiencia el de Aranda, conocido y reputado en toda Europa, veterano en los consejos como en la milicia, estimado y respetado en España por sus muchos y grandes servicios en diferentes carreras, relacionado con los

hombres eminentes de otros países, conocedor del espíritu, de las ideas, de los sucesos y de los principales actores de la revolucion francesa (asunto que llamaba y preocupaba entonces la atencion de todos), españoles y franceses esperaban de la política y de la prudencia del nuevo ministro una solucion de las graves cuestiones pendientes entre los gobiernos de ambos reinos, aceptable á los ojos de todos los hombres sensatos. Pues si bien algunos consideraban al de Aranda adicto y como identificado á las ideas revolucionarias de la Francia, atendidas las relaciones de amistad que habia tenido con algunos de los mas notables filósofos de aquella nacion, equivocábanse los que no le creyeran sinceramente adicto al rey y á los principios monárquicos. Lo que habia era que no le dominaba, como á Floridablanca, la recelosa y casi maniática prevencion hasta contra el partido reformador constitucional francés.

Coincidieron con su elevacion al ministerio dos sucesos de mucha importancia en Europa: la muerte casi repentina del emperador Leopoldo, hermano de la reina de Francia, y en quien cifraban sus mayores esperanzas los interesados en la contra-revolucion: y el asesinato alevoso del rey Gustavo Adolfo de Suecia en un baile de máscaras (3). Ignorábase la conducta que seguiria en los asuntos de Francia el emperador Francisco, sucesor de Leopoldo, pues aunque se calculaba que continuaria la política de su padre, la situacion exigía resoluciones prontas, y érale menester tiempo para entenderse con la Prusia, la aliada entonces mas íntima del Imperio.

En cuanto á España, no tardó el de Aranda en manifestar su intencion y propósito de ir disipando suavemente las peligrosas desconfianzas creadas por su antecesor entre los dos gobiernos, procurando no agriar al francés, sin separarse por eso abiertamente de los convenios anteriores con las demás potencias. De contado se admitió y reconoció á M. de Bourgoing como representante de la Asamblea nacional cerca de Su Majestad Católica, retirándose el antiguo embajador del rey de Francia, que nuestra corte hasta entonces habia estado tratando como tal. La Asamblea por su parte, como que no le convenia romper con España, amenazada como estaba por la Prusia y el Imperio, se mostró dispuesta á atenuar la conducta semi-hostil del gobierno español, calificándola, mas que de otra cosa, de error ó preocupacion. Pareció pues haber cesado la anterior animosidad entre ambas naciones; permitiase á los franceses entrar en España con la escarapela tricolor, que antes suscitaba tanto sobresalto, y los síntomas que se veían eran de reinar buena armonía entre ambos países.

Ocurrieron en esto, y se sucedieron con asombrosa rapidez los terribles acontecimientos de 1792 en París: la jornada tumultuaria del 20 de junio, en que el palacio de las Tullerías y la régia cámara se vieron asaltados por una multitud frenética, obligado el rey á ponerse el gorro colorado, forzada la reina á ponerle tambien en la cabeza del tierno príncipe, y toda la familia real atribulada: la llegada de los marseleses á París y los sangrientos sucesos de los Campos Elíseos: la terrible insurreccion del 10 de agosto, el asalto y las matanzas de palacio, el estampido del cañon y de la fusilería retumbando en el salon de la Asamblea, el rey asistiendo desde la tribuna de un periodista á la ruina de su trono, oyendo la suspension de su autoridad, y escuchando el decreto por el que se convocaba una Convencion nacional. Sucede el destrozo de los muebles de palacio, el saqueo, el incendio, las calles sembradas de cadáveres, y el estupor y la desolacion extendiéndose por todos los ángulos de la poblacion: el terrible Danton es ministro de la Justicia: establécese un tribunal extraordinario para los traidores del 10 de agosto, que así llamaban á

(1) Representacion de Aranda á Carlos IV en 1794, con ocasion de su destierro. En ella da cuenta de una carta que Godoy le habia escrito cuatro dias antes de la caida de Floridablanca para que se presentase en Aranjuez á los reyes, lo cual verificó, y en aquella entrevista fué cuando Sus Majestades le anunciaron su resolucion de conferirle aquel cargo.

(2) Gaceta del 2 de marzo de 1792.

(3) Atendido el carácter de la enfermedad de Leopoldo, y la exaltacion en que se hallaban las pasiones, no nos maravilla que su muerte se atribuyera á envenenamiento, culpándose del crimen los partidos extremos; y tampoco faltó quien la achacara á algun exceso propio de su vida sensual.

Sobre las circunstancias del asesinato de Gustavo de Suecia en el salon de la Opera se publicaron muchos pormenores. Consideramos exacta la relacion que de aquellas hace M. de Capeti, en «La Europa durante la revolucion,» tomo I, página 100 y siguientes.



los defensores del rey: el ayuntamiento se constituye en una especie de Asamblea, crea una comision de vigilancia, y hace numerosas prisiones: Marat, Robespierre y los jacobinos excitan al desenfreno y á las venganzas: Lafayette se ve forzado á abandonar el ejército y la Francia, y le hacen preso los austriacos: Dumouriez manda al ejército francés, y comienza activamente la guerra entre Francia, Austria y Prusia. El ayuntamiento de Paris toma una serie de medidas revolucionarias, son arrestados los sospechosos, y por último suceden los horribles asesinatos de las prisiones en los dias 2 al 6 de setiembre, escenas monstruosas, cuya relacion escandalizará siempre y hará estremecer de horror á la humanidad.

Síguense nuevos asesinatos de presos en Versalles, como si nunca se hartara de sangre el ciego y arrebatado populacho. Hácense en tal estado las elecciones de diputados para la *Convencion*; se abre la nueva asamblea (20 de setiembre, 1792), decreta la abolicion de la monarquía, y se establece en Francia la república. Comienzan las luchas entre girondinos y montañeses: se hacen las primeras proposiciones para procesar á Luis XVI: la familia real es encerrada en la torre del Temple; decreta la Convencion que el rey será sentenciado por ella, y agravan la triste situacion del desgraciado monarca los papeles encontrados en el armario de hierro. Sepáranle de su familia; es llamado á la barra; sufre el primer interrogatorio ante la Convencion, y se le señala un plazo para su defensa, apenas suficiente para comprobar los numerosos documentos en que habia de apoyarla. Aglomerábanse los sucesos dentro y fuera de la nacion (1).

Aun antes de consumarse tantos y tales y tan grandes acontecimientos, bastaron los ocurridos en junio y agosto para llenar de horror, de sobresalto y de indignacion, no solo al rey Carlos IV y á todos los españoles amantes del principio monárquico y del orden público, sino al mismo conde de Aranda, que si bien era adicto á las ideas de libertad en tanto que estas no pasaran los límites de lo razonable, amaba la monarquía, condenaba los excesos y los crímenes de las facciones exaltadas, se interesaba por la suerte de Luis XVI, y temia el influjo y las consecuencias de aquellos desmanes para la nacion española. Dominado de este sentimiento, preocupado de estos temores, y calculando no ser posible vivir por mas tiempo en buena amistad con una nacion en que se cometian impunemente actos de tan ciego frenesí, reunió el Consejo de Estado, y propuso en él (24 de agosto, 1792) las cuestiones siguientes:

1.<sup>a</sup> ¿Estamos ya en el caso de tomar un partido contra la revolucion francesa para reponer á aquel soberano en los justos derechos de su soberanía, y libertar á su familia de las vejaciones que está sufriendo?

2.<sup>a</sup> ¿No deberíamos unir nuestras armas con las de los soberanos de Austria, Prusia y Cerdeña, presentándose una ocasion tan favorable para acosar á la nacion francesa y reducirla á la razon, oprimiéndola como merece, y haciéndola conocer que la destruccion de su país es inevitable, siendo acometido á la vez por todas partes con ejércitos numerosos?

3.<sup>a</sup> ¿Seria de temer por ventura que la Inglaterra, que hasta ahora se mantiene neutral, se aprovechase de nuestra declaracion de guerra contra Francia, y que viéndonos ocupados en este grave empeño acometiese alguna de las posesiones de Ultramar?

4.<sup>a</sup> En el caso que se restableciese el gobierno francés en tal manera que fuese posible amistad y alianza recíprocamente defensiva entre Francia y España, ¿no seria mas conveniente entregarnos á esta esperanza y ganarnos la voluntad de un pueblo que fuese en lo sucesivo nuestro apoyo?

5.<sup>a</sup> Por el contrario, ¿no seria indecoroso que España se mostrase indiferente al riesgo en que está de verse privada del derecho de sucesion á la herencia de aquella monarquía, y no

fuera del todo inexcusable su apatía, cuando las principales potencias de Europa hacen, aunque por otros motivos, lo que no practicarían en ninguna ocasion por dicho objeto, por mas que nuestro gobierno se lo rogase?

6.<sup>a</sup> ¿No será posible presentarnos armados en la contienda ofreciendo nuestra mediacion?

7.<sup>a</sup> En el caso de resolvernos á tomar las armas, ¿no será muy conducente comunicarlo desde luego á las cortes de Viena, Berlin, Petersburgo y Stockholm, que tienen hechas gestiones con España para que se resuelva á entrar en guerra contra la Francia, á fin de animarlas en su empeño, persuadiéndoles de que la inaccion que nos echaban en cara provenia únicamente de no haberse presentado todavía ocasion favorable para declararnos? ¿No deberíamos tambien dar parte al rey de Inglaterra de nuestra resolucion, solicitando al mismo tiempo nuestro soberano la proteccion de las armas inglesas para defender á Luis XVI, que no puede pedirla, pues toca á Su Majestad Católica, como pariente tan inmediato del rey Cristianísimo, mover el ánimo de S. M. Británica en favor de aquel desventurado monarca?

8.<sup>a</sup> Resuelta la guerra, queda aun por resolver otro punto, es á saber: si convendría anunciarla públicamente, ó si valdrá mas ir tomando las medidas necesarias para ella, dándoles el nombre de *precauciones* que exige el estado de la nacion vecina. Lo segundo parece mas acertado que lo primero, porque las tropas han de estar en la frontera antes de que se publique la declaracion, lo cual pide tiempo. Además quedaria al punto interrumpido el comercio y comunicacion entre los dos reinos, habrian tambien de retirarse los agentes diplomáticos y consulares, y quedaríamos por consiguiente sin medios de saber los acontecimientos y accidentes que pudiesen sobrevenir. Mejor seria, pues, aguardar algun tiempo á declararnos, sin perjuicio de ir tomando todas las disposiciones para la guerra, pues ¿quién sabe lo que puede sobrevenir de un instante á otro, visto los excesos cometidos últimamente? Aparentando con estudio que nuestros armamentos no son otra cosa que medidas de prudencia, se contendrian quizá aquellos espíritus, y no romperian los primeros.

Estas y otras consideraciones hacia el conde de Aranda con su buen juicio antes de saber las primeras ventajas conseguidas por los ejércitos prusiano y austriaco contra la Francia. Bastaron aquellas reflexiones, y la noticia de los ultrajes cometidos en la persona de Luis XVI para que se mirara como caso de honra tomar parte en la coalicion, y para que en el Consejo de Estado quedara resuelta la guerra. En su virtud pasó el primer ministro una circular á los embajadores y ministros españoles en las cortes extranjerías (2), participándoles aquella resolucion, los motivos en que se fundaba, las causas de no haberse tomado antes, y la determinacion de acercar tropas á las fronteras, añadiendo: «S. M. no propone ni adopta plan determinado de operaciones, porque no habria facilidad ni tiempo para concertarle, ni en realidad lo necesita, pues le bastará observar lo que practicaren los ejércitos aliados. El mismo vasto espacio que se interpone entre ellos y nuestra frontera no permitiria la inteligencia exacta que seria de desear. Además en tales circunstancias basta conformarse con el fin é idea á que se va; dirigiéndose todos á un mismo objeto, conviene mas que cada uno prefiera y aun mude las vías, segun que las ocasiones se presentaren, con tal que se venga al cumplimiento de lo convenido.»

Y en la exposicion ó informe que á los tres dias siguientes dirigió al rey (3), explicándole las razones y el plan de tan atrevida resolucion, le decia: «Trátase de que España, como una de tantas potencias, obligue á Francia á someterse á su legítimo soberano, como debe, sin mezclarse mas que en sujetar á los espíritus revoltosos que causan el desorden que es notorio; y como no es adquisicion de plazas ni provincias lo que interesa España para sí, parece que sus operaciones han de dirigirse al fin expresado.—La naturaleza, pues, del motivo exigiria una acometida activa y rápida, pero con fuerzas respetables, ya por decoro propio, ya por no aventurar el éxi-

(1) Como observarán nuestros lectores, ni hacemos ni nos compete hacer otra cosa que ligerísimas indicaciones sobre la marcha de los ruidosos sucesos de la revolucion francesa, lo preciso no mas para enlazar con ellos la conducta que fué siguiendo la corte de España. Sobre ser aquellos muy conocidos, el que desee noticias mas amplias, las hallará abundantes en las muchas historias de aquella revolucion, y principalmente en la moderna de M. Thiers.

(2) Fecha en el Páulter, á 4 de setiembre de 1792.

(3) En San Ildefonso, á 7 de setiembre.



to, ya también por abreviar la consecución, y ya por dispensarse de los gastos considerables que trae consigo la guerra cuando es larga.—Dos entradas pueden hacerse en Francia con el grueso de un ejército. Una por Cataluña, penetrando en sus provincias meridionales del Rosellon, Languedoc, Provenza y las inmediatas, hacia la izquierda del centro. Otra por Navarra y Guipúzcoa, que se dan la mano por su proximidad, y por poderse reunir en un mismo punto hacia la parte septentrional de Bayona y todo el Garona.—Por Cataluña la invasión sería más fácil, estuvieran más pronto los aprestos, y se podría caer desde luego sobre las cabezas más señaladas de las provincias francesas. Si la Asamblea pensase en retirarse arrastrando consigo al rey hacia aquellas partes, sería darle más cuidado, como fuera también esta llamada más ventajosa á los otros ejércitos que se inclinaban hacia París, ó invadiesen otros puntos. En tal caso crecería el ahogo de la Asamblea, porque el rey de Cerdeña se presentaría por la Saboya, y la oposición sería todavía más fuerte si abocase sus fuerzas al condado de Niza, por su proximidad á Marsella: operación tanto más conveniente por allí, cuanto que por la Saboya no cabe obrar en invierno por la barrera de los Alpes.»

Prosigue haciendo reflexiones sobre los mejores puntos para la invasión, sobre la manera de disimular el verdadero fin del envío y aproximación de estas tropas, que ostensiblemente no había de ser sino *precaucional*, sobre el nombramiento y condiciones de los oficiales, provision de trenes, etc., y concluye: «Al terminar este escrito me parece oportuno recordar á V. M. que el medio principal, ó por mejor decir, único de mantener las apariencias de precaución es ocultar al público el nombramiento de generales y estado mayor del ejército, para dar á entender con esto que las tropas reunidas dependerán tan solo de los comandantes de provincia. Esparcida esta voz entre los ministros extranjeros que residen en esta corte, podrá comunicarse á Francia, como opinión general, sin que pueda tener para las cortes ninguna mala consecuencia, estando ya advertidas por las cartas que se les han enviado.»

Más no tardó el conde de Aranda en comprender lo arriesgado y comprometido del paso en que acababa de meterse por un sentimiento, arrebatado si se quiere, pero muy justificable, de su celo monárquico, de su horror á los crímenes, y de su interés por la libertad y la vida de Luis XVI: pues por una parte, por mucho que quisiera disfrazar el objeto de los preparativos militares, no dejaron estos de alarmar al partido exaltado que tenía dominada la Francia, y de producir reclamaciones, quejas y amenazas de guerra en los clubs y en los diarios de los jacobinos: por otra, las matanzas horribles de las cárceles de París en los primeros días de setiembre; el prodigioso alistamiento voluntario y casi universal de los franceses para reforzar los ejércitos de las fronteras, los triunfos de estos sobre los coligados; la fuga de Lafayette, y la retirada del duque de Brunswick con el ejército prusiano; la delicada y peligrosa situación de Luis XVI esperando en una cárcel el fallo de su proceso entablado ante la Convención; el natural temor de Carlos IV de comprometer más la vida de su augusto pariente, irritando con una determinación hostil la facción más revolucionaria, á la sazón tan poderosa y ciega de orgullo con sus triunfos, todo esto hizo al de Aranda meditar en el mal paso en que se había empeñado. Retrocedió pues inmediatamente, y reconociendo que lo menos peligroso y lo más conveniente era procurar mantener un estado de neutralidad entre ambas naciones, procuró con ahínco desvanecer toda idea de hostilidad que hubieran hecho concebir los preparativos militares y la aproximación de tropas españolas á las fronteras.

En este sentido fueron las instrucciones que comunicó al cónsul general de España en París don José Ocariz, único agente diplomático que había quedado (1). La fortuna era, que si bien el partido que tiranizaba la Francia, ofendido de aquellas medidas y soberbio con los triunfos sobre los prusianos, habría de buena gana respondido con la guerra á las prevenciones hostiles mezcladas con las protestas de paz del

ministro español, no desconocía el gobierno francés que contar por enemigas tantas potencias y tener que pelear al mismo tiempo en los Pirineos y en el Rhin, era abarcar demasiado y comprometer y aventurar el triunfo de la revolución. Así el ministro de Negocios extranjeros, Lebrun, no tuvo inconveniente en acceder á la propuesta de neutralidad hecha por Aranda y Ocariz, puesto que á la Francia no le convenía romper con España, mas no sin instar vivamente al gobierno español á que reconociese la república francesa. Gran compromiso para Carlos IV, para quien esto equivalía á dar por legítimo el destronamiento de un príncipe Borbon y el desheredamiento de su familia. Y no era esto solo, sino que tampoco se concordaban los ministros de ambas naciones en las condiciones y forma como habían de retirarse al interior las tropas que se había hecho aproximar á las respectivas provincias fronterizas.

Por lo que hacía al reconocimiento del gobierno republicano, en vano exponía el de Aranda al representante de la república en Madrid, M. de Bourgoing, que era demasiada violencia exigir tal sacrificio de un monarca el más allegado pariente del rey de Francia y el más perjudicado en sus derechos, cuando otros que no se hallaban en este caso no habían reconocido todavía los actos de la revolución, y que esto sería faltar, por parte de su soberano, á lo que debía á su propio decoro, por parte de la Francia á las conveniencias y respetos que tanto blasonaba siempre de guardar. En estas conferencias y debates, en que Bourgoing y Aranda se hicieron recíprocamente acriminaciones y descargos sobre los términos en que España había ofrecido unirse á otras potencias para invadir la Francia, el representante de aquella nación, en un lenguaje altanero, desacostumbrado y extraño en su carácter, llegó á emplear cierto tono de amenaza, que como tal al menos podía traducirse, al hablar de los millones de habitantes y de los cientos de miles de bayonetas que la Francia contaba, y de la posibilidad de que su población y su fuerza la hicieran no poder contenerse dentro de sus límites. Picaron vivamente tales palabras al pundonoroso veterano español, y en uno de aquellos vigorosos arranques de su impetuoso genio que los muchos años no habían alcanzado á entibiar, llegó á decirle que si ese caso sobreviniese, él, aunque el primer oficial general del ejército de su soberano, le pediría, no el mando, sino un tambor para reclutar gente que le siguiera, y que entonces se vería cómo se atropellaban los hogares patrios, los cuerpos y los corazones de una nación valiente, bastante numerosa para hacer frente en su suelo á la más atrevida y poblada (2).

Así las cosas, y cuando en tal estado se hallaban las negociaciones, fué llamado una noche el conde de Aranda á palacio, y con expresiones lisonjeras le significaron SS. MM. su voluntad de que en atención á su edad avanzada se retirara á descansar de los negocios públicos. A poco rato fué enviado don Antonio Valdés á su casa á comunicarle de oficio que había cesado en el desempeño interino del ministerio de Estado (15 de noviembre, 1792), bien que conservándole todos sus honores y el sueldo de decano del Consejo.

La separación del de Aranda en circunstancias tales, y cuando estaba siguiendo una política tan diferente de la que pudo producir la caída de Floridablanca, no pudo menos de causar grande extrañeza, tanto más, cuanto que no aparecía motivo para poderla atribuir ni á su sistema de gobierno, ni á abusos en el ejercicio del poder. Pero aumentóse la sorpresa, y notóse universal disgusto al saberse que el llamado á reemplazar al antiguo, experimentado y respetable hombre de Estado en la primera secretaría del despacho, en la situación por demás delicada, crítica y difícil en que se encontraba España, había sido el joven don Manuel Godoy, duque ya de la Alcudia, pero extraño hasta entonces al manejo de los negocios públicos, y solo conocido por la improvisada y rápida acumulación de honores y títulos de que se sabía era deudor al favor y á la confianza con que le distinguía la reina María Luisa. Al llegar á este punto, en que vemos á Carlos IV desprenderse de los antiguos y respetables ministros de su buen

(1) Despachos de Aranda á Ocariz, de 18 y 25 de octubre de 1792.

(2) Carta del conde de Aranda á Ocariz, á 8 de noviembre de 1792.



padre, de aquellos varones eminentes que tanto esplendor habian dado al reinado del gran Carlos III, para fiar el timon del gobierno de una gran nacion á manos inexpertas, cuando mas podia necesitar de diestros, experimentados y prudentes pilotos, y antes de dar cuenta de los actos del nuevo ministro, de quien dependió despues por tantos años la suerte de esta monarquía, que tanta celebridad adquirió, y á quien tan amarga y duramente han tratado las plumas de los escritores nacionales y extranjeros, atribuyéndole todas las calamidades que desde aquella época ha sufrido la España, no será inoportuno dar algunas noticias, así de la vida y antecedentes, como del origen y causa del rápido encumbramiento de este personaje.

Nació don Manuel Godoy en Badajoz en 12 de mayo de 1767. Sus padres don José Godoy y doña María Antonia Alvarez de Faria, descendian ambos de familias nobles, si bien reducidos á vivir de una modesta fortuna, en su mayor parte herencia y patrimonio de su casa solariega. Genealogistas aduladores inventaron despues, cuando le vieron poderoso, otros mas esclarecidos abolorios y hasta ridiculos entronques, de que ciertamente no necesitaba para decirse bien nacido, y de cuya torpe adulacion confesó él mismo que unas veces se reia y otras se indignaba. Aunque su educacion no habia sido brillante, habian no obstante procurado sus honrados padres darle en los primeros años aquella á que entonces alcanzaban la posibilidad y los medios de un noble de provincia, á saber, la equitacion y la esgrima, el estudio del latin y humanidades, algo de matemáticas, y lo que en aquel tiempo se llamaba filosofía (1). A la edad de diez y siete años entró á servir en el cuerpo de guardias de la real persona, ó sea guardias de Corps, en el que le habia precedido y servia tambien su hermano mayor don Luis. Mozo de agraciada y gentil presencia, de buen trato y amena conversacion el jóven guardia, no tardó en advertirse en la corte que habia llegado á obtener la confianza y la predileccion de la reina María Luisa (2), la cual no habia tenido la habilidad ó la fortuna de hacer que el pueblo español, acostumbrado al ejemplar recato y á la severa moralidad de las esposas de sus últimos soberanos, mirase como inocentes otras relaciones anteriores de la que habia sucedido en el trono á aquellas virtuosas princesas: ni ella por su parte habia cuidado todo lo que debia de poner á cubierto de la suspicacia y de la censura acciones que en su sexo pueden ser ocasionadas á desfavorables interpretaciones.

Dió cuerpo y boga á los malos juicios la rapidez con que se vió ir acumulando en la persona de don Manuel Godoy ascensos, gracias, honores y distinciones, para los cuales no se descubrian especiales merecimientos. Viósele sucesivamente y en pocos años caballero comendador de la orden de Santiago, ayudante de su compañía, exento de guardias, ayudante general del cuerpo, brigadier de los reales ejércitos, mariscal de campo, gentil-hombre de cámara de S. M. con ejercicio, sargento mayor del real cuerpo de Guardias de Corps, caballero Gran Cruz de la real y distinguida orden de Carlos III, grande de España con el título de duque de la Alcudia, consejero de Estado (de 1784 á 1791), superintendente general de correos y caminos, etc. A medida que el favorecido de la reina era

(1) Por consecuencia no es exacto que apenas supiese leer y escribir, como han afirmado algunos de sus biógrafos, por el afán de deprimirle. Godoy en sus Memorias apela al testimonio de sus maestros ó profesores, cuyos nombres cita, y habla de la afición particular que le habian inspirado á los clásicos latinos.

(2) Es lo mas verosímil que á estas dotes naturales debiese Godoy el lugar que empezó á hacerse en el corazon de la reina, y que conservó constantemente despues. Muchos han escrito, tomándolo unos de otros, que lo debió al primor con que cantaba, y á la mayor habilidad con que tañía la guitarra, ó punteaba la vihuela, como entonces se decia, añadiendo que durante un año vivió de prestado en su primera casa-posada, ó por mejor decir, que solo pagó á su huésped con coplas. Otros le han supuesto tambien gran tocador de flauta. En sus Memorias desmiente él con justa indignacion ambas especies. «Véase en esto, dice, lo que es hablar sin informarse y recoger mentiras... para escribir la historia, pues jamás *ni he cantado, ni he tocado, ni conozco la música, lo cual tengo por desgracia*. La envidia sabe mucho para inventar, mas de esta vez fué poco astuta, suponiéndome por herirme un talento y un arte que ninguno me ha conocido.»—Tomo I, cap. 2.<sup>o</sup>

colmado de empleos y honores, afluan los pretendientes en torno al hombre que en el hecho de ser el que absorbía las liberalidades del trono se comprendia ser tambien el dispensador de las gracias, y el conducto y canal por donde descendian y refluan á otros: crecia con esto su influjo, pero perdía en proporcion el concepto público de que hubiera debido ser mas celosa y guardadora la reina, y no ganaba nada con su absoluta condescendencia, y su omnimoda conformidad á todo, el crédito y prestigio del rey.

Que el pensamiento y propósito de María Luisa fué desde el principio de sus intimidades poner un día, y lo mas pronto posible, las riendas del Estado en las manos de su recién favorecido, manifiéstase por el arte con que procuró que fuese tomando cierto tinte de la ciencia diplomática y ciertos conocimientos de gobierno, logrando que asistiera á las sesiones y conferencias que sobre negocios públicos se tenian con el primer secretario del Despacho en la régia cámara, y que todo se tratase delante de él sin reserva (3). Faltóle tambien espera á la reina, y pecó en esto de impaciente como en la dispensacion de las mercedes anteriores. Sirvióle de pretexto la avanzada edad del de Aranda, contaba con la débil y habitual complacencia del rey, y no parece que necesitó de grandes esfuerzos para reducirle á que reemplazara al octogenario conde en el primer puesto del Estado, en la borrasca que entonces estaban corriendo las naciones y los tronos, con un jóven de veinticinco años sin práctica ni experiencia de gobernar.

No fué precisamente la poca edad del nuevo ministro lo que produjo en el pueblo español la pesadumbre por su encumbramiento. Jóvenes eran varios ministros del gabinete de la Gran Bretaña, y especialmente Pitt, que de menos años que Godoy habia comenzado á ser admirado y respetado por las cortes de Europa. Tampoco la falta de talento y de instruccion en la ciencia de gobernar era la causa principal de aquel disgusto, porque del uno no era tan escaso como le han pintado sus enemigos, y la otra podia suplirse mucho con la prudencia y el buen consejo. Lo que sobrellevaban peor los españoles era el origen y la causa de su elevacion, porque en todos tiempos habian sido mal tolerados y no poco aborrecidos en España los favoritos de los reyes, y mas aquellos cuya privanza derivara de las reinas y naciera de la causa á que esta era generalmente atribuida. Veremos cómo fué llevando el nuevo ministro el peso del difícilísimo cargo que habia echado sobre sus juveniles hombros.

Las circunstancias eran fatales y de prueba. La revolucion francesa llevaba ya gastados dos célebres ministros que habian seguido dos sistemas diferentes. Convenido estaba, es verdad, entre Aranda y Bourgoing el tratado de neutralidad. Pero en la Convencion arreciaba el furor de los jacobinos: los sanguinarios montañeses, queriendo asustar y estremecer la Europa con un golpe de terror, trabajaban por precipitar el proceso de Luis XVI; querian dar al mundo el espectáculo de un rey acabando en un patíbulo por el fallo de una asamblea popular; «la última prueba de sacrificio, habia dicho el sombrío Robespierre, que debe darse á la patria es sofocar todo afecto de sensibilidad.» La apelacion al pueblo, último recurso propuesto por los débiles girondinos, no encontraba eco en la furibunda mayoría de la Convencion. Urgia ver de salvar la vida del ilustre procesado cuya sangre se deseaba verter, y con este buen propósito el bondadoso Carlos IV aceptó con gusto el medio que su primer ministro el duque de la Alcudia le propuso de ofrecer á la Francia, no solo la neutralidad acordada con M. de Bourgoing, sino tambien su intercesion con las potencias beligerantes en favor de la paz, aun consintiendo, si era menester como último remedio, en la abdicacion de Luis XVI, respondiendo de la conducta ulterior, y dando rehenes en garantía de la buena fe de aquel príncipe desgraciado. Y escribióse al ministro inglés Pitt, excitándole á practicar iguales oficios por parte de Inglaterra.

Tratóse al propio tiempo de ganar con larguezas algunos votos en la Convencion, á cuyo fin se abrió un crédito en can-

(3) Así lo afirma el mismo conde de Aranda en representacion hecha en 1794 desde su destierro.



tidad indefinida á nuestro agente en aquella corte, para que gastase cuanto fuese necesario con tal que lograse salvar la vida del rey (1), lo cual, atendido el espíritu y exaltación de los ánimos y lo adelantado del proceso, no podía conseguirse ya sino intentando que se admitiese la apelación al pueblo. Acaso este expediente habría tenido algún éxito si Ocariz se hubiera dirigido al club de los jacobinos, de donde partía el impulso al sistema sanguinario, y donde se suponía que hubiera hombres venales, no inaccesibles al atractivo del oro. Dirigiéndose á los de la Convención, solo halló estafadores que abrieran la mano para recibir dinero, ofrecer su voto y desbaratar después y aun denunciar el plan (2). Las instrucciones que el nuevo ministro de Estado de España comunicó al encargado de negocios para el objeto de la mediación constan de la carta que en 28 de diciembre (1792) transmitió á la Convención aquel agente diplomático.

No estaban los ánimos de los convencionales para ser heridos en la cuerda de los sentimientos humanitarios y generosos. Danton se indignó contra la que llamaba osadía del gobierno español. «Declaremos, decía otro miembro de la Convención, que los agentes franceses no pueden tratar sino con los que hayan reconocido formalmente la república.»—«De aquí en adelante, exclamaba otro, no trataremos con los reyes, sino con los pueblos.» Y la Asamblea pasó á la orden del día, aun antes de acabarse de leer la carta. Y sin embargo, todavía el ministro español no renunció á hacer los últimos esfuerzos por salvar la vida del desgraciado monarca.

Se aproximaba ya el momento crítico y terrible de fallar el proceso de Luis XVI. Procédese sucesivamente en la Convención á resolver por votación nominal las tres cuestiones que se habían fijado (de 15 á 17 de enero, 1793). La mayoría declara, que *Luis Capeto es reo de conspiración contra las libertades nacionales, y de atentados contra la seguridad general del Estado.*—Acuerda en segunda votación, que *la sentencia, sea cual fuere, no debe remitirse á la sanción del pueblo.* En la aciaga noche del 17 de enero, terminada ya la tercera votación sobre la pena que se había de imponer al procesado, y en tanto que se hacía el escrutinio de los votos, el ministro español Ocariz renueva á nombre del rey de España las proposiciones de intercesión y mediación, accediendo á cualesquiera condiciones honrosas que la Convención quiera exigir, con tal que se salve la vida del monarca francés. ¡Inútiles esfuerzos! La parte furibunda de la Asamblea se opone á la lectura de la carta: Danton propone que se declare la guerra á España en aquel acto, y una nueva *orden del día* es la respuesta á aquella postrera tentativa de la compasión. Se acaba el escrutinio, y el presidente Vergniaud declara con el acento del dolor en nombre de la Convención que *la pena pronunciada contra Luis Capeto es la de muerte* (3).

Suceden las patéticas escenas de familia que siguieron á la sentencia y precedieron á la ejecución del desventurado monarca. El 21 de enero, en medio del silencio y del asombro universal de la población de París, marcha hacia el cadalso el carruaje que conducía al que había sido su rey: el ministro del Altísimo pronuncia aquellas memorables palabras: *Hijo de San Luis, subid al cielo:* el verdugo cumple la sangrienta misión de su oficio, y Luis XVI deja de existir. La sangre real que enrojece el patíbulo produce una alegría brutal en unos pocos furiosos, aterra y consterna la Francia, indigna y asom-

bra la Europa. Es el cartel de guerra con que la Convención ha provocado las naciones y los tronos: la revolución no puede ya retroceder: la lucha está empeñada: tiene que derrotar la liga ó perecer á sus manos. Envíase la propaganda á revolver otros pueblos: establécese dentro el reinado del terror: se crea primero el *Tribunal criminal extraordinario*, después la *Junta de Salvación pública*: la exaltación y el encono de los partidos llegan á su colmo: dominan los terroristas, y perecen los hombres á centenares en los cadalsos.

Grande fué el dolor y la irritación que causó en España el suplicio de Luis XVI. ¿Era posible mantener todavía entre España y Francia el sistema de neutralidad? Todo el mundo miraba como inevitable la guerra, atendida la gravedad y la significación de aquel suceso, la situación especial y los sentimientos de Carlos IV, y la exasperación de los ánimos en el pueblo mismo, contra los autores de aquella horrible ejecución. El ministro Godoy, que había anticipado el pronóstico de que si sucedía la catástrofe habría una guerra general, después que se realizó no se retraía de decir: «El tratado de paz con la república francesa ahora sería una infamia; manteniéndole habría complicidad de nuestra parte en el crimen que acaba de escandalizar á España y á todos los demás reinos.» No pensaba del mismo modo su antecesor el conde de Aranda. Este antiguo diplomático y anciano general seguía sosteniendo, aun después del trágico fin de Luis XVI, la conveniencia de la neutralidad que había propuesto y negociado durante su ministerio; y en una extensa representación que dirigió al rey (23 de febrero, 1793) exponía prolijamente los fundamentos y razones de su sistema.

Eran las principales: la ninguna compensación que podía prometerse España de los inmensos gastos de una guerra, aun en el caso de salir victoriosa, si no fuese la satisfacción de reponer á la familia Borbon en el trono de que había sido arrojada, mientras que otras naciones tenían ventajas materiales á qué aspirar en recompensa y como resultado del triunfo; el peligro de que nuestro ejército se contagiara de las ideas revolucionarias; la poca ó ninguna confianza que debía inspirar la alianza con Inglaterra, y al contrario, la conveniencia de dejar que las dos naciones, británica y francesa, se enflaquecieran mutuamente luchando entre sí. En cambio le pintaba con vivos y halagüeños colores las grandes ventajas que la neutralidad armada le habría de reportar para la tranquilidad interior y para la conservación y seguridad de los dominios de América (4).

Fuesen ó no justas ó atendibles las razones del conde de

(4) Hé aquí una muestra de las cuentas que Aranda se hacía: «Si pudiésemos mantener una neutralidad armada, los resultados serían infaliblemente las siguientes: Los franceses habrían de ser ó felices ó desgraciados en la contienda. Si eran felices, no se habrían agriado con nosotros, y siéndoles necesario el descanso después de tanta agitación, ó cuando menos vivir en lo sucesivo en buena inteligencia con algunos Estados, fuera muy natural que teniendo interés tan verdadero en vivir bien con nosotros, lo hiciesen... Si los franceses eran desgraciados, entonces sí que la inacción armada sería ventajosa, porque desplegaríamos nuestras fuerzas, y cargando sobre los franceses, ya flacos y turbados con sus reveses por otras partes, daríamos un golpe decisivo y seríamos vencedores sin mucho riesgo. Entonces podría V. M., como tan interesado en restablecer los derechos de su familia, presentarse á reclamar la reposición de ella en el trono de Francia.

»La neutralidad armada no solo es conveniente con respecto á la contienda de Europa, sino que nos conviene también para nuestros Estados de América. No hay que hacernos ilusiones en cuanto á esto. No se piensa que nuestra América está tan inocente como en los siglos pasados, ni tan despoblada, ni se crea que faltan gentes instruidas que ven que aquellos habitantes están olvidados en su propio suelo, que son tratados con rigor, y que les chupan la sustancia los nacidos en la matriz, ni ignoran tampoco que en varias partes de aquel continente ha habido fuertes conmociones, y costado gentes y caudales al sosegarlas; para lo cual ha sido necesario que fuesen fuerzas de Europa. No se les oculta nada de lo que por aquí pasa, tienen libros que los instruyan de las nuevas máximas de libertad, y no faltarán propagandistas que irán á persuadirles si llega el caso. La parte del mar del Sur está ya contagiada; la del mar del Norte tiene, no solo el ejemplo, sino también el influjo de las colonias inglesas, que estando próximas pueden dar auxilios. Rodéanla también muchas islas de varias naciones, que en caso de levantamientos se mirarían como americanas... etc.»

(1) M. Pradt en sus *Memorias* fija en tres millones la suma que nuestra corte autorizó á don José Ocariz á gastar con este objeto. A doce millones la hacen subir otros. El príncipe de la Paz en sus *Memorias* afirma haberle dado carta blanca, sin tasa ni limitación alguna.

(2) *Memorias* de Senart, secretario del Comité de seguridad pública. Cítase entre aquellos desleales que abusaron de la buena fe de Ocariz al famoso ex-capuchino Chabot.

(3) El escrutinio de aquella votación famosa dió el resultado siguiente:—Constaba la Asamblea de 749 individuos: 15 faltaban por comisión: 8 por enfermedad; 5 no habían querido votar. Quedaba reducido el número á 721 votantes; mayoría absoluta, 361. Votaron por la detención ó destierro con varias condiciones, 286: por la prisión, 2: por la muerte con sobrelamiento, 46: por la muerte, pero solicitando se examinase si convendría sobreseer en la ejecución, 26: por la muerte sin condición alguna, 361; la mayoría precisa.



Aranda y de los que pudieran opinar como él, la neutralidad que aconsejaba era insostenible en el estado á que habian llegado las cosas, porque se habia hecho ya incompatible con las pretensiones mismas del gobierno francés, que al siguiente día del suplicio del rey habia prevenido á sus agentes diplomáticos que declarasen la guerra á toda nacion que no diese una respuesta categórica y satisfactoria. Prueba de ello es que en la conferencia que aun tuvo el duque de la Alcudia con el ciudadano Bourgoing, todavía el ministro español se avenia á entrar en nuevo ajuste con Francia con solas dos condiciones: la primera, que se tratase sobre la suerte de los augustos y desgraciados presos que aun gemian sin consuelo alguno en el Temple; la segunda, que el gobierno de la república revocara los decretos concernientes al sistema de propaganda y de subversion de los demás pueblos, reprimiendo tambien la anarquía de las facciones, dejándola por lo demás gobernarse interiormente como quisiera, con tal que ella no inquietara las demás naciones. A lo cual respondió Bourgoing, no sin manifestar gran pena, que no se atrevia á proponer condiciones tan razonables y justas, porque las instrucciones de su gobierno eran terminantes, que no permitia mas partido que la neutralidad y el desarme recíproco, pero reservándose la Francia el derecho de mantener guarniciones suficientes en sus puertos inmediatos á la frontera. «La guerra, añadió, es infalible si la España no desarma.—Pues bien, replicó Godoy, la España está justificada.» Y se terminó la conferencia, y Bourgoing pidió sus pasaportes para Francia.

Así fué que la primera declaracion de guerra partió de la Convencion (7 de marzo, 1793). Fundábala ó en frívolos pretextos ó en supuestos ó exagerados agravios, contando entre estos, «que el rey de España habia mostrado adhesión á Luis XVI y dejado traslucir un designio formal de sostenerle,» como si de esto pudiera hacerse un cargo, y menos un crimen (1). Del espíritu de aquel documento, redactado por el célebre Barrere, pueden dar idea los siguientes breves párrafos de su principio y de su conclusion: «Las intrigas de la corte de San James, decia el primero, han triunfado en Madrid, y el nuncio del papa ha afilado los puñales del fanatismo en los Estados del rey Católico.» «Se necesita obrar, decia el último, y que los Borbones desaparezcan de un trono que usurparon con los brazos y tesoros de nuestros padres. Sea llevada la libertad al clima mas bello y al pueblo mas magnánimo de la Europa.»

El manifiesto con que el gobierno español contestó á aquella declaracion de guerra fué mas mesurado en el lenguaje, sin dejar de ser mas fuerte y mas justo en las razones y en las quejas. «Mis principales miras, decia el rey despues de un corto y sentido preámbulo, se reducian á descubrir si sería dable reducir á los franceses á un partido racional, que detuviese su desmesurada ambicion, evitando una guerra general en Europa, y á procurar conseguir á lo menos la libertad del rey Cristianísimo Luis XVI y de su augusta familia, presos en una torre y expuestos diariamente á los mayores insultos y peligros. Para conseguir estos fines tan útiles á la quietud universal, tan conformes á las leyes de la humanidad, tan correspondientes á las obligaciones que imponen los vínculos de la sangre, y tan debidos al mantenimiento del lustre de la corona, cedí á las reiteradas instancias del ministerio francés, haciendo extender dos notas en que se estipulaba la neutra-

lidad y el retiro recíproco de tropas. Cuando parecia consiguiente á lo que se habia tratado las admitiesen ambas, mudaron la del retiro de tropas, proponiendo dejar parte de las suyas en las cercanías de Bayona, con el especioso pretexto de temer alguna invasion de los ingleses, pero en realidad para sacar el partido que les conviniese, manteniéndose en un estado temible y dispendioso para nosotros.... Habia mandado yo que al presentar en Paris las notas extendidas aquí, se hiciesen los mas eficaces oficios en favor del rey Luis XVI y de su desgraciada familia; y si no mandé fuese condicion precisa de la neutralidad y desarme el mejorar la suerte de aquellos principes, fué temiendo empeorar así la causa en cuyo feliz éxito tomaba tan vivo y tan debido interés.... Su mala fe (la del ministerio francés) se manifestó desde luego, pues al paso que se desentendia de la recomendacion é interposicion de un soberano que está al frente de una nacion grande y generosa, instaba para que se admitiesen las notas alteradas, acompañando cada instancia con amagos de que, si no se admitian, se retiraria de aquí la persona encargada de tratar sus negocios. Mientras continuaban estas instancias, mezcladas con amenazas, estaban cometiendo el cruel é inaudito asesinato de su soberano.... Finalmente, el día 7 del corriente nos declararon la guerra que ya nos estaban haciendo (aunque sin haberla publicado) por lo menos desde el 26 de febrero, pues esta es la fecha de la patente de corso contra nuestras naves de guerra y comercio.... En consecuencia de tal conducta, y de las hostilidades empezadas por parte de la Francia, aun antes de declararnos la guerra, he expedido todas las órdenes convenientes á fin de detener, rechazar ó acometer al enemigo por mar ó por tierra.... y he resuelto y mando que desde luego se publique en esta corte la guerra contra la Francia, etc. En Aranjuez á 23 de marzo de 1793 (2).»

Menester es decir, en honor de la verdad, que tambien el rey, antes de la declaracion de guerra por parte de la Francia, habia mandado salir de sus dominios en el término de tres dias á todos los franceses no domiciliados en ellos, con prevenciones harto rigurosas y fuertes para la ejecucion de esta medida (3). Por lo demás, es para nosotros indudable que esta guerra contra la Francia, fuese ó no conveniente (de lo cual juzgaremos despues), era entonces popularísima en España. Desde antes de la declaracion, desde el mes de febrero, viéndola ya venir, y todo aquel año y el siguiente, las Gacetas salian llenas y atestadas de ofertas y donativos voluntarios para la guerra. Y no solo se puso en pié un ejército respetable compuesto todo de gente voluntaria, sin necesidad de hacer ningun sorteo, sino que dinero, armas, vestuario, municiones, caballos, provisiones, efectos y útiles de todas clases, cuanto podia necesitarse para sostener una larga campaña, todo salió de estas donaciones gratuitas que á competencia se apresuraban á ofrecer los españoles de todos los estados y categorias. Prelados y títulos, corporaciones eclesiásticas y civiles, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, viudas y doncellas, todos sin distincion, segun sus fortunas, su estado, sus condiciones y sus fuerzas, rivalizaron en desprendimiento y patriotismo, llevando al altar de la patria la ofrenda de su capital ó de su persona, del fruto de sus tierras ó de la habilidad de sus manos: «Todas las bolsas fueron abiertas, todos los brazos se ofrecieron, dice un escritor francés (por cierto nada amigo del ministro español). La nacion española superó á cuanto en las demás épocas de la historia moderna se ha contado en materia de ofrendas hechas por el patriotismo de los pueblos á los gobiernos que han buscado su apoyo (4).»

Formáronse inmediatamente tres cuerpos de ejército, uno

(1) Reducíanse los demás á lo siguiente: Que España habia ultrajado la soberanía del pueblo francés, dando constantemente á Luis XVI el título de soberano:—Que los franceses residentes en España habian sufrido multiplicadas vejaciones:—Que los españoles habian favorecido la rebelion de los negros de Santo Domingo:—Que el gobierno español despues del 10 de agosto de 92 mandó retirar á su embajador de Paris, no queriendo reconocer el Consejo ejecutivo provisional:—Que España habia hecho armamentos de mar y tierra, dando á entender con esto que entraba en la coalicion de las potencias enemigas de la Francia:—Que enviaba tropas á la frontera, y amparaba á los emigrados:—Que recibida la noticia del suplicio de Luis XVI, el rey de España habia inferido agravio á la república suspendiendo sus comunicaciones con el embajador:—Que el gobierno español se habia aliado íntimamente con el gabinete inglés, al cual la república habia declarado guerra, etc.—Monitor del 8 de marzo, 1793.

(2) Este documento se publicó en la Gaceta de 29 de marzo.

(3) Real provision de 4 de marzo á los señores del Consejo.

(4) El abad de Pradt, arzobispo de Malinas, en sus *Memorias históricas sobre la revolucion de España*.

Los extranjeros, dice otro escritor español (tampoco amigo del duque de la Alcudia), se admiraron del patriotismo de los españoles en los donativos hechos al rey para los gastos de la guerra contra Francia. Ninguna otra nacion mostró tanta generosidad y ardor en aquel tiempo.—Don Andrés Muriel, Historia MS. del reinado de Carlos IV.



en la frontera de Guipúzcoa y Navarra, al mando de don Ventura Caro; otro en la de Aragón, á las órdenes del príncipe de Castelfranco; y el tercero en las de Cataluña, que se confió al bizarro general don Antonio Ricardos. Los dos primeros habían de estar á la defensiva. El último era el que había de penetrar por el Rosellon; plan atrevido, por lo mismo que era la parte que tenían mas defendida los franceses, protegidos por la plaza de Bellegarde, por el castillo de los Baños, Collioure y Portvendres, y por la línea del Tech. Pero por la propia razón convenia prevenir una invasion francesa en España por aquella parte; era tambien mas fácil sorprender al enemigo, que no podia esperar verse acometido por aquel lado, y ofrecia además esta empresa la ventaja de dar la mano á la expedición naval que se proyectaba enviar al Mediterráneo para impulsar y aprovechar las disposiciones hostiles de las poblaciones marítimas francesas contra los excesos de la república.

Cualesquiera que fuesen las dificultades de este plan, admiró á todos la inteligencia y bizarría con que supo vencerlas todas el general Ricardos, realizando lo que se consideraba una peligrosa osadía, y hasta una temeridad. Con poco mas de tres mil hombres invadió el Rosellon, donde la república tenia repartidos diez y seis mil: en poco tiempo se apoderó de las primeras líneas de defensa de los Pirineos Orientales; tomó á Ceret, ocupó á San Lorenzo de Cerdá, abrió un camino en el Coll de Portell para el transporte de la artillería, arrojó á los enemigos de Arlés, y reforzado con algunos cuerpos, hasta el número de diez y ocho mil hombres, ganó en Mas d'Eu la primera batalla campal contra superiores fuerzas francesas mandadas por el general Deflers (18 de mayo, 1793), causando con este triunfo tal turbación en Perpiñan, que las baterías de la ciudad hicieron fuego contra las mismas tropas que se retiraban á la plaza creyendo ser españolas, y las autoridades se refugiaron con los archivos á Narbona. Dueño con esto Ricardos de la mayor parte de la corriente del Tech, puso sitio á Bellegarde, se apoderó del fuerte de los Baños (3 de junio, 1793), del de la Guardie, y por último se le rindió por capitulación Bellegarde (24 de junio); con lo cual pudo ya Ricardos avanzar mas terreno sobre el Thuir, establecer dos campos, y no obstante los refuerzos que del interior llegaban cada dia al enemigo, imponerle de modo que no se atrevió á darle la batalla con que los franceses querian celebrar el 14 de julio, y para la cual habían hecho grandes y ruidosos preparativos. Nuevos y parciales triunfos le hicieron dueño de los llanos del Rosellon hasta el Tet, no quedando á los franceses sino los campos inmediatos á Perpiñan.

Victoriosamente proseguia Ricardos esta campaña. Arrojó, aunque á costa de sangre, al enemigo de los puestos de Urles y Cabestany, haciendo prisionero al general Fregeville. Todavía mas costosa y sangrienta fué la ocupación de Peyrestortes (8 de setiembre, 1793), en que para decidir la victoria fué menester que un batallón de Navarra y algunas compañías de provinciales se arrojaran á la bayoneta sobre las baterías enemigas, despreciando la lluvia de metralla que vomitaban. Al dia siguiente, reforzados los franceses con las tropas de Salces, recobraron á Peyrestortes, teniendo los nuestros que replegarse á sus dos campos, mas no sin costar la vida á los generales de la Convención Jonye y Vidal-Saint-Urbain. Aquel dia el valiente general español Courten peleó y se sostuvo por espacio de diez y siete horas contra cuádruples fuerzas enemigas, consiguiendo sacar á salvo su división. Ordenes y amenazas de la Convención obligan al general francés Dagobert á dar una batalla que pueda volver la honra á las armas de la república, para lo cual le envía un refuerzo de diez batallones de tropas veteranas, y los convencionales Cassagne y Favre vienen á presenciar las operaciones y á animar los combates. Ricardos la acepta: Dagobert se propone envolver nuestro ejército, cortar la retirada á la frontera, y terminar la campaña por medio de un gran golpe; y el 22 de setiembre (1793) se da la famosa batalla de Truillas, así llamada del sitio en que el ejército español tenia su centro. Los franceses pelean como desesperados; Dagobert da nuevas muestras de valor y de pericia militar; pero los soldados españoles luchan como fieras; entre los jefes se señalan el conde de la Union, el duque de Osuna, Courten, Crespo, el baron de Kesel y el brigadier Go-

doy, hermano del duque de la Alcudia; Ricardos sobre todos gana en esta jornada lauro imperecedero: los viejos regimientos franceses y los guardias nacionales de dos departamentos perecen en su mayor parte; rebosa de cadáveres enemigos el Thuir; mas de seis mil son sus muertos y heridos; nuestra pérdida una tercera parte (1).

Reforzados los franceses con quince mil hombres la noche siguiente á su desastre de Truillas, fué forzoso á Ricardos trasladar su campamento á Boulou, donde estuvo veinticuatro dias sosteniendo ataques continuados, ya generales, ya parciales, sin descansar nuestras tropas de dia ni de noche. «Es imposible, dice con razón un escritor español, alabar bastantemente la pericia, la sangre fría y el acierto de Ricardos en aquella rara prueba en que fué puesto su valor y su talento, y seria escribir un tomo entero referir las hazañas de nuestro ejército en aquella gran defensa.» Y despues de contar algunas de las mas notables, y de mencionar varias nuevas victorias, en una de las cuales murió peleando el convencional Favre, y que los republicanos para atenuar el deshonor de tantos desastres atribuyeron infundadamente á traición (2), concluye así la reseña de aquella gloriosa campaña: «Treinta mil hombres (franceses) distribuidos, una parte en las cumbres coronadas de baterías que parecían inexpugnables, y otra parte en los llanos atacando nuestros flancos, defendían palmo á palmo el suelo de su patria. Todo empero fué superado, y todo fué vencido en dias contados. La postrer batalla fué dada sobre la derecha y centro del ejército enemigo; y completando sus derrotas en el campo que les quedaba atrincherado cerca de los lugares de Treseres y de Bañuls-les-Aspres..... El producto de estas acciones poderosas fueron por lo menos doce mil prisioneros, diez y seis banderas, todo el parque y los almacenes de San Genis, la mayor parte de las piezas de veinte y tantas baterías que cayeron en nuestras manos, intactas las mas de ellas, multitud de carros y de bestias de tiro y de carga, el arsenal de Collioure, ochenta y ocho piezas que guarnecían sus fuertes, sus ricos almacenes, treinta buques cargados de harinas y forrajes, un gran surtido de ropaje, provisiones cuantiosas para el servicio de los hospitales, y toda suerte de pertrechos para el servicio de un ejército. Este golpe de mano que nos valió á San Telmo, á Portvendres, al Puig del Oriol y á Collioure, el mejor puerto de aquel lado, fué la obra de diez y nueve horas de afanes militares. Despues de estos sucesos, nuestras tropas, asentados y seguros sus cuarteles de invierno en la tierra extranjera, cual ninguna otra potencia tuvo la suerte de lograrlos, se entregaron al descanso, bien ganado (3).»

No es el apasionamiento el que dictó estas frases al ministro español. Los historiadores franceses hablan en el mismo sentido de esta campaña, que frustró los esfuerzos y gastó el prestigio de cuatro de sus acreditados generales, Deflers, Dagobert, Turreau, Doppet. «El ejército, dice entre otras cosas el ilustrado y mas reciente autor de *La Revolución francesa*, estaba desorganizado, se batió flojamente en las inmediaciones de Ceret, se perdió el campamento de Saint-Ferreol, y Ricardos se vió de esta manera libre del peligro de su situación.

(1) Los sucesos de esta campaña, con los pormenores de cada una de las acciones, constan extensamente en las Gacetas de aquel tiempo. Los diarios y relaciones de la república no ocultaron nuestras ventajas; y Thiers, en su *Historia de la Revolución* (tomo I, y c. 1.º 8.º), aunque poco extenso en la relación de la campaña de los Pirineos Orientales, está en ella conforme con la que acabamos de hacer.—Carlos IV, que se hallaba en el Escorial, mandó cantar el Te-Deum por el triunfo de Truillas, no solo en la iglesia del monasterio, sino en todas las de la corte, y en su real capilla. Mas adelante dió el título de condesa de Truillas á la viuda de Ricardos.

(2) «Escuchad ahora con valor (dijo un dia el secretario Barrere dando cuenta á la Convención de los sucesos militares) los reveses y las pérdidas que la traición os ha hecho sufrir por el lado de Perpiñan que amenazan los españoles, hechos dueños del castillo de San Telmo, de Bañuls, Portvendres y Collioure. Los castillos se abandonaron, y nuestro ejército está deshecho y totalmente derrotado: mas la Junta de salud pública ha tomado ya á esta hora medidas vigorosas, etc.»—Para honor de Francia y de España se probó hasta la evidencia que no habia habido semejante traición, ni esta por lo tanto habia podido ser la causa de tales derrotas.

(3) Memorias del príncipe de la Paz, tomo I, cap. 16.



Presto supo él vengarse con mas habilidad del peligro en que se habia hallado, pues cayendo el 7 de noviembre (17 de brumario) sobre una columna francesa compuesta de diez mil hombres, que estaba acorralada en Villalonga á la orilla derecha del Tech, entre el rio, el mar y los Pirineos, la deshizo y la puso en tal desórden, que no pudo reunirse hasta llegar á Arjelez. Ricardos hizo atacar poco despues á la division de Delatre en Collioure, se apoderó de esta plaza, de Portvendres y de San Telmo, y nos lanzó enteramente al otro lado del Tech, terminándose la campaña en los últimos dias de diciembre. Los españoles se acuartelaron en las orillas del Tech; los franceses se acamparon alrededor de Perpiñan y en las riberas del Tech; y aunque nosotros habíamos perdido algun terreno, no era tanto como debia temerse despues de tales desastres. Por lo demás, *era la única frontera en que no se habia concluido la campaña gloriosamente para las armas de la república* (1).»

Aunque por el lado de los Pirineos Occidentales la guerra habia sido menos activa, porque en general se redujo á mantener la defensiva por ambas partes, ni faltaron porfiados ataques y frecuentes acometidas y reencuentros, ni careció de gloria para las armas de nuestra patria. Mandaba en jefe aquel ejército el bizarro general don Ventura Caro, que hizo el gran servicio, no solo de mantener la integridad del territorio español, rechazando siempre con fortuna cuantas agresiones intentaron los franceses, sino de ocupar puestos en suelo francés mas allá del Bidasoa de que no pudo ser arrojado. Hubo algunas acciones brillantes, tal como el ataque y toma de Castillo-Piñon por el lado de Navarra, posicion que se miraba casi como inexpugnable, y cuya conquista por lo mismo arrancó á un escritor militar francés grandes elogios al arrojo de los españoles, y á la intrepidez del general Caro, que atormentado de la gota se hizo conducir en unas parihuelas hasta el pié de las trincheras enemigas; «la jornada de 9 de junio, añade aquel escritor, pasará á la posteridad como uno de los monumentos auténticos que atestiguan el valor de las tropas españolas (2).»

Menos afortunada fué la expedicion marítima que al mando del teniente general don Juan de Lángara habia sido enviada primeramente á las costas del Rosellon con objeto de auxiliar las operaciones del ejército de Ricardos, y despues fué destinada á Tolon. Esta ciudad, lo mismo que Lyon y Marsella, se habia declarado en abierta hostilidad al gobierno de la Convencion, en odio á los excesos de los montañeses y jacobinos, y al reinado de terror y sangre que tiranizaba la Francia. Los toloneses, antes que someterse á los comisarios convencionales que los acosaban con un cuerpo de tropas precedidos de la horrosa guillotina, prefirieron entregar su puerto y ciudad á las potencias aliadas, concertándose con el almirante inglés Hood que bloqueaba el puerto, y pactando restablecer en la ciudad la monarquía proclamando á Luis XVII. Como auxiliar de la escuadra británica, y por reclamacion de su almirante, le fué enviada la flota española de Lángara, en union con la que habia llevado de Cartagena don Federico Gravina, componiéndose así la escuadra española de diez y seis navíos de línea, cinco fragatas y algunos bergantines. Ricardos envió tambien cuatro batallones del ejército del Rosellon, los navíos franceses fueron desarmados, y el gobierno de Tolon quedó en poder de los jefes aliados. Fuerzas napolitanas y sardas habian acudido tambien, componiendo en todas una guarnicion de diez y seis mil hombres.

Nada sin embargo aterró á los fogosos republicanos. En guerra por el Norte con las grandes potencias de Europa; viva y ardiente la terrible y sangrienta lucha de la Vendée; ocupada por un ejército español parte de su territorio del

lado del Pirineo; insurreccionado el Mediodía de la Francia, y rebeladas poblaciones y países de la importancia de Lyon, Marsella, Tolon y Burdeos, á todo supo acudir el gobierno de la Convencion: con aquel alistamiento en masa, y aquellas gigantescas medidas, y aquellos esfuerzos heroicos que fueron entonces y serán perpetuamente objeto de admiracion, presentando en campaña un millon de hombres á la vez, derrota á los ingleses en Hondtschoote, vence en Watignies á los alemanes, arroja á austriacos y prusianos de las líneas de Wissemburg, lanza á los piemonteses mas allá de los Alpes, destruye dos veces á los vendeanos, sitia y toma á Lyon, aterrando al mundo con aquellos terribles decretos de fuego y sangre (3), y un ejército republicano es destinado á atacar y someter á Tolon.

Dificilmente habrian podido las tropas de la república recobrar por entonces aquella plaza, si dos circunstancias que no eran de calcular no les hubieran favorecido. Una fué la desacertada política del almirante inglés, que entre otros errores cometió el de negarse á que el conde de Provenza viniera á Tolon en calidad de regente, como los toloneses y los españoles lo reclamaban y pedian, y el de arrogarse una superioridad odiosa y hasta sospechosa á sus aliados. Otra fué la del plan de ataque de un jóven oficial de la artillería francesa, que con aquella idea feliz, adoptada y llevada á ejecucion, comenzó á acreditar el gran talento que habia de darle fama inmortal en el mundo: este jóven oficial era Napoleon Bonaparte, natural de Córcega, isla recientemente agregada al territorio de la Francia. No nos incumben los pormenores del sitio, ataques y reconquista de Tolon por las armas de la república, pero cumple á la honra de España que conste el diferente comportamiento de ingleses y españoles en la desastrosa evacuacion de aquella plaza. Para que no pueda tachársenos de parciales dejemos hablar á un historiador francés.

«Antes de retirarse (los ingleses), resolvieron quemar el arsenal, los astilleros y los navíos que no podian llevarse, y el 18 y el 19 (diciembre 1793), *sin decir una palabra al almirante español*, sin advertir siquiera á la poblacion comprometida que la iban á entregar á los vencedores montañeses, dieron orden para evacuarla..... Hicieron con tal celeridad la evacuacion, *que dos mil españoles avisados muy tarde, y que se hallaron fuera de los muros, solo se salvaron por milagro*. Al fin se dió orden de incendiar el arsenal, y de repente se vieron veinte navíos ó fragatas ardiendo en medio de la rada, llenando de desesperacion á los infelices habitantes, y de indignacion á los republicanos, que veian abrasarse la escuadra sin poder salvarla. Mas de veinte mil personas, entre hombres, mujeres, ancianos y niños, cargados con lo mas precioso que tenian, se presentaron inmediatamente en el muelle tendiendo los brazos hácia las escuadras, é implorando favor para librarse del ejército victorioso..... Ni una sola chalupa se presentaba en el mar para socorrer á estos imprudentes franceses que habian depositado su confianza en extranjeros, entregándoles el primer puerto de su patria. Sin embargo, *el almirante Lángara, mas humano, mandó echar al mar las lanchas y recibir en la escuadra española á todos los refugiados que cupiesen en ella*. Entonces el almirante Hood, no atreviéndose á despreciar este ejemplar ni á ser insensible á las imprecaciones que contra él se lanzaban, ordenó despues, aunque muy tarde, recibir á los toloneses. Precipitáronse furiosos en las lanchas aquellos infelices, y en medio de la confusion cayeron algunos al mar, y otros quedaron separados de sus familias. Allí habia madres que buscaban á sus hijos, esposos ó padres, andando por el muelle al resplandor del incendio..... etc. (4).»

Cúmplenos tambien añadir, que queriendo los castellanos

(1) Thiers, Revolucion francesa, t. III, cap. 8.

(2) M. de Marcillac, Histoire de la guerre entre la France et l'Espagne en 1793, 1794, etc.

Cuéntase que la esposa del general, no queriendo perderle de vista en los combates, se situaba en una batería con el antejo en la mano observando todos sus movimientos, expuesta á verle perecer á cada instante, sin que el fuego de los cañones, ni el estampido de las bombas que solian reventar cerca de ella, la perturbaran ni distrajeran, ni hicieran temblar siquiera el antejo en sus manos.—Muriel, lib. II.

(3) Tomada Lyon, se dió un decreto, entre cuyos artículos se leian los siguientes:—«La ciudad de Lyon será destruida:—Dejará de llamarse Lyon, y se llamará *Ciudad independiente*:—Sobre las ruinas de Lyon se erigirá un monumento en el cual se grabarán estas palabras: *Lyon hizo la guerra á la libertad; Lyon ya no existe*.» Las ejecuciones fueron horribles; los comisarios convencionales hicieron disparar cañonazos á metralla sobre todos los que tenian por enemigos del gobierno ó sospechosos: hombres, mujeres, niños, á nadie perdonaban aquellos hombres sanguinarios.

(4) Thiers, Revolucion francesa, tom. III, cap. 8.



dar una lección de fortaleza á los ingleses, acordaron formar en retaguardia para salir los últimos del puerto, sin abandonar ni un enfermo ni un herido. Los regimientos de Córdoba y Mallorca fueron los postreros que se embarcaron, y el mayor general don José Ago lo hizo cuando ya no quedaba ni un soldado en tierra.

El ejército republicano cometió en Tolon los mismos horrores que en Lyon y en la Vendée. La escuadra de Lángara se dirigió á Cartagena, de donde pasó á Mallorca para desembarcar los toloneses en ella refugiados. Tal fué la campaña de 1793, gloriosa para las armas españolas, aun en la parte que tuvo de desgraciada. El único fruto que de haber dominado en Tolon sacaron los ingleses fué la quema de la escuadra francesa, con que lograron dejar á Francia sin fuerza marítima en el Mediterráneo.

Todo aquel invierno hasta la primavera le pasó la Europa preparándose para la campaña de 1794. La mas empeñada de todas las potencias y la que ahora empujaba mas á la nueva lucha era la Inglaterra, y su ministro Pitt el mas activo de los enemigos de la Francia. El incendio de la escuadra de Tolon la hacia dueña del Mediterráneo, y aun podia sacar de sus puertos cien navíos de línea. Contaba con la ayuda de las dos potencias marítimas, España y Holanda. Sus naves dominaban tambien en el Océano y en los mares Indicos. Inglaterra tuvo que estimular á las potencias del Norte, que debilitadas por las campañas de 92 y 93, y teniendo otros intereses á que atender, anduvieron mas remisas y mas tibias; y el Austria, habiendo ya visto perecer en el cadalso á la hija de la emperatriz María Teresa, á la desgraciada esposa de Luis XVI, la altiva y firme María Antonia (16 de octubre, 1793), y temiendo menos que otros países el contagio de la revolucion, distraídas tambien muchas de sus fuerzas en Polonia, animábase aun menos que la Prusia. Sin embargo, casi todas las potencias, á excepcion de Suecia y Dinamarca, se decidieron por la continuacion de la guerra. Las tropas de los coligados eran y estaban distribuidas de la manera siguiente: ciento cincuenta mil hombres, austriacos, alemanes, holandeses é ingleses, en los Países Bajos; veinticinco mil austriacos en Luxemburgo; sesenta mil prusianos y sajones en las inmediaciones de Maguncia; cincuenta mil austriacos, con algunos emigrados, costeaban el Rhin desde Manheim á Basilea; el ejército piemontés constaba de cuarenta mil hombres, con siete ú ocho mil austriacos auxiliares.

La situacion interior de Francia no habia variado, sino en el sentido de arreciar mas cada dia el terrorismo. Ya no eran solo cabezas de aristócratas las que rodaban diariamente en los cadalsos: el furor de los terroristas que lo dominaban todo, y parecia haber adoptado por principio de gobierno el exterminio de todos los que no participaran de su rabioso frenesí, iba descargando sobre los mismos que hasta entonces habian empujado mas la revolucion, entregando al verdugo como sospechosos á cuantos no se mostraban sedientos todavia de sangre. La misma Convencion era sospechosa, y se trató de degollar en las cárceles á los enemigos «que contemplaba la Convencion corrompida.» No es de nuestro propósito detenernos á describir los nuevos actos de barbarie con que los furibundos montañeses hicieron estremecer la Europa.

En cuanto á España, mandó el rey venir á la corte (febrero, 1794) á los generales en jefe de los tres ejércitos para tratar sobre la continuacion de la guerra y sobre el plan que convendría adoptar en la siguiente campaña, y quiso que asistieran á las sesiones que con este objeto se celebraron en el Consejo de Estado. En una de ellas (la del 14 de marzo), que se hizo ruidosa y célebre por sus consecuencias, se leyó un papel del anciano conde de Aranda, decano del Consejo, en que renovando su anterior opinion contraria á la guerra con Francia, se pronunciaba ahora fuertemente contra la continuacion de ella, fundándose en consideraciones políticas y militares, y esforzándose por probar que sobre ser injusta é impolítica, era superior á nuestras fuerzas y ruinosa para nuestra monarquía. Impugnóle el duque de la Alcudia, ya capitán general de los ejércitos españoles desde mayo del año anterior (1); nombra-

miento que habia sido muy censurado por carecer el de la Alcudia de merecimientos militares para tal recompensa, por muchos que como ministro pudiera haber adquirido y tener á los ojos del rey. Afirmaba el duque que él tambien queria la paz, pero que no la tenia á la sazón por conveniente, ni podia pedirse con honra, y así debia esperarse á ocasion mas oportuna.

Algunas frases del discurso del viejo decano del Consejo hubieron de resentir al jóven ministro de Estado, y este á su vez con expresiones duras hirió y excitó la natural irritabilidad del conde, originándose de aquí un disgustoso altercado, en que tuvieron que interponerse y mediar los consejeros para aplacar y serenar á los dos contendientes; el rey ofendido del tono de despecho con que se expresó el de Aranda, cuyo carácter excesivamente franco y un tanto áspero y brusco nos es conocido (y mas al verse replicado en asunto de tanta monta y en cuestion en que se creia el voto de mas peso y autoridad por un jóven recién encumbrado), manifestó harto claramente su real enojo, en términos que el Consejo comprendió bien la suerte que al de Aranda podia esperar. Acordóse que el desagradable incidente entre el de Aranda y Alcudia quedara reservado en el Consejo. Resolvióse la continuacion de la guerra. Mas no hubo quien no mirara como consecuencia del acalorado debate de aquel dia el destierro que inmediatamente se siguió del conde de Aranda á Jaén, la ocupacion de todos sus papeles, la formacion de un proceso criminal, y su traslacion y reclusion en la Alhambra de Granada (2).

cunstancias del duque de la Alcudia, á los importantes y particulares servicios que ha contraído, y actualmente contrae en las presentes ocurrencias, y á lo satisfecho que me hallo del acierto con que desempeña el empleo de mi primer secretario de Estado, y los demás encargos que tiene á su cuidado, he venido en promoverle á capitán general de mis ejércitos. Tendréislo entendido, etc., en Aranjuez á 23 de mayo de 1793.»—Gaceta del 28 de mayo.

(2) La relacion de este incidente, que por sus consecuencias hizo gran ruido en España, y aun en Europa, ha sido hecha de una manera, no solo diferente sino contradictoria, en especial por los dos que mas largamente de él han escrito, á saber, el abate Muriel y el príncipe de la Paz.

Hé aquí cómo la cuenta Muriel (Historia MS. de Carlos IV, tom. II). Dice que concluida la lectura del discurso de Aranda, se volvió el de la Alcudia al rey y le dijo: *Señor, este es un papel que merece castigo, y al autor de él se le debe formar causa, y nombrar jueces que le condenen, así á él como á varias otras personas que forman sociedades y adoptan ideas contrarias al servicio de V. M., lo cual es un escándalo...* El de Aranda, no menos sorprendido que indignado de agresion tan inesperada, respondió: *El respeto á la persona del rey moderará mis palabras; que á no hallarse aquí S. M. yo sabría cómo contestar á semejantes expresiones.* Y levantó la mano derecha con el puño cerrado en ademán que anunciaba intencion de combate personal: *Expongaseme, añadió, los errores que tiene ese sentir, ya políticos, ya militares, y procuraré dar mis razones, ó retractaré mis asertos cuando oyere otras que estén mejor fundadas que las mías.* Replicó el de la Alcudia con varias expresiones alusivas á que el conde de Aranda estaba contagiado de los principios modernos, y era partidario de la revolucion francesa. El conde respondió: *Señor duque, es muy de extrañar por cierto que ignore V. E. los servicios militares que tengo hechos á la corona, en los cuales he derramado varias veces mi sangre por mis reyes; y enumeró otros servicios y añadió: Es de extrañar que sin atender á mi edad, tres veces mayor que la de V. E., no tenga mas comedimiento en hablar delante de S. M. y demás personas que aquí se hallan.* E inclinando la cabeza al rey con sumision, terminó diciendo: *Señor, el respeto que debo á V. M. me contiene.*—A lo que contestó el de la Alcudia: *Es verdad que tengo veintiseis años no mas; pero trabajo catorce horas cada dia, cosa que nadie ha hecho; duermo cuatro, y fuera de las de comer no dejo de atender á cuanto ocurre.*

Don Jerónimo Caballero dijo al rey: *Señor, convendría que lo que acaba de pasar quedase sepultado dentro del Consejo, guardando todos el secreto á que estamos obligados.* Sigue Muriel refiriendo algunas circunstancias de esta polémica, y dice que como el duque de la Alcudia volviese á repetir lo del proceso, el de Aranda encarándose á él le dijo: *Señor duque, sabría yo someterme á todo proceso con serenidad. Fuera de este procedimiento judicial (presentando el puño como anteriormente, y llevándolo primero á la frente y despues al corazon), todavía tengo, aunque viejo, corazon, cabeza y puños para lo que pueda ofrecerse.*—Cuenta lo que brevemente expusieron varios consejeros sobre el objeto de la sesion, que el rey se levantó, que la sesion acabó á las doce y media, y que á la hora ya se intimó al conde de Aranda la orden del rey para su destierro á Jaén, para lo cual estaba ya preparado y esperándole un carruaje.

Por su parte don Manuel Godoy, que dedica cuatro capítulos del tomo I

(1) «En consideracion, decia el real decreto, á las distinguidas cir-



Bajo malos auspicios parecía que iba á inaugurarse la próxima campaña. Apenas habian comenzado las deliberaciones sobre la direccion que convendria darle, hubo la desgracia de que falleciera el bravo, entendido y digno general Ricardos (13 de marzo, 1794), causando su muerte universal sentimiento, como que era gran pérdida para las armas españolas. El conde O'Reilly que fué nombrado en su reemplazo murió tambien camino de Cataluña, cuando iba á tomar el mando del ejército (23 de marzo, 1794). Por último, fué conferido aquel cargo al conde de la Union, que en la primera campaña habia ganado fama de bizarro y excelente oficial, pero que no era tan bueno para general en jefe. El ejército español, repartido en la ancha faja de los Pirineos Orientales y Occidentales, apenas llegaba á sesenta mil hombres, mucha parte de ellos recién reclutados, y por tanto nada diestros en el manejo de las armas. Por otra parte contaban los franceses con el ejército de Tolon, mandado por un general victorioso y de la reputacion de Dugommier, de modo que todo anunciaba que la

campaña que se iba á emprender no habia de sernos favorable. Y así aconteció.

Ocupaba el conde de la Union el campamento de Boulou. Dugommier, que podia colocar treinta y cinco mil hombres en línea, comenzó sus operaciones á últimos de abril (1794), haciendo una llamada falsa á Ceret. El de la Union por atender allí dejó mal custodiados los cerros que dominan el Boulou: interpúsose el francés entre este campamento y el Tech, y destacó parte de sus fuerzas á apoderarse de las alturas; tomadas estas, la posicion no era ya sostenible; el ejército español tenia que retirarse por la calzada de Bellegarde, pero la halló ocupada por Dugommier, que solo habia dejado una estrecha garganta por donde aquel se podia retirar: allí se perdió la artillería, que quedó en poder del enemigo con unos mil prisioneros, y multitud de acémilas cargadas con efectos de guerra para veinte mil hombres (primeros de mayo, 1794). El ejército español repasó el Pirineo y se situó delante de Figueras. Dugommier bloqueó en seguida á San Telmo, Portvendres y Collioure: todas estas plazas fueron valerosamente defendidas, pero al fin, aunque á costa de mucha sangre francesa, fueron sucesivamente cayendo en poder del general republicano. En los dos meses siguientes no hubo sino ataques parciales, tomando y perdiendo mutuamente puestos españoles y franceses, logrando los nuestros algunas ventajas. En agosto dispuso el de la Union un ataque general á todas las líneas enemigas en la larga distancia que media desde Camprodon hasta el mar. Esta operacion, que asombró á los franceses y nos dió por algunas horas la victoria, se malogró por haber recibido aquellos oportunamente un buen refuerzo, y no haber podido llegar á tiempo una de nuestras columnas. Pereció sin embargo en ella el general republicano Mirabel, salieron heridos Lemoine, Suaret y el valiente y famoso Augereau. Algun tiempo despues, queriendo el conde de la Union socorrer el castillo de Bellegarde sitiado por los franceses, unas partidas que se habian adelantado y avanzaban sin orden por unas ásperas eminencias, sobrecogidas por la descarga de un batallon francés huyeron atropelladamente abandonando los fusiles, comunicaron el pánico á la columna de ataque, y costó trabajo restablecer el orden en la retirada que esta emprendió, bien que por fortuna el enemigo creyó fingido el desorden para atraerle, y él tambien huyó á su vez (1).

Desde el mes de junio tenia Dugommier bloqueada la fortaleza de Bellegarde, de tal manera que se hallaba completamente interrumpida y cortada toda comunicacion y correspondencia entre la plaza y nuestro ejército. Los valientes que la guarnecian, al mando del gobernador marqués de Valdesantoro, sufrieron con admirable perseverancia todo género de penalidades, incluso el hambre, que fué tal que no quedó animal inmundo que no se apurara: hasta que al fin, sin socorro, y sin noticia siquiera alguna de nuestro campamento, al cabo de tres meses tuvieron que capitular y entregarse (18 de setiembre, 1794). La Convencion francesa dió tanta importancia á la toma de Bellegarde, que decretó una fiesta nacional. No es extraño; era la última plaza que ocupaban los extranjeros en territorio de la república (2). Pero no fué esta

de sus Memorias á sincerarse de los cargos que se le hicieron con motivo de este suceso, lo cuenta de la siguiente manera: «Fué el caso que así el rey como muchos de los miembros que asistian al Consejo, cuando fundaba yo mi voto y explicaba las intenciones del gobierno, dieron muestras de aprobacion... Carlos IV en su paz ordinaria, con semblante apacible, sin mostrar ningun ceño, cuando terminé mi discurso, dirigió la vista al conde como en ademán de aguardar que replicase. Entre los consejeros no hubo nadie que no mirase aquel momento como una bella coyuntura para corregir la acerbidad que habia mostrado en sus ideas y su lenguaje. Pero sucedió lo contrario, pues con un tono de despecho que no estaba bien con su edad ni con la augusta dignidad del monarca, dijo, cuanto puedo acordarme, estas palabras: *Yo, señor, no hallo nada que añadir ni qué quitar á lo que tengo expuesto por escrito y de palabra. Me sería muy fácil responder á las razones, no tan sólidas como agradables, que han sido presentadas en favor de la guerra: mas ¿qué fin? Cuanto añadiese sería inútil: V. M. ha dado señales nada equívocas de aprobar cuanto ha dicho su ministro, ¿quién se atreverá á desagradar á V. M. discuriendo en contrario?* Un consejero quiso hablar, y sin duda fué su intencion contener aquel lance desesperado; pero el rey alzó el consejo diciendo: *Basta ya por hoy: se levantó, y con paso acelerado se dirigió á su cuarto por en medio de nosotros. Al pasar junto al conde, probó este á decir alguna cosa; yo no la comprendí; hubo de ser alguna excusa. La respuesta de Carlos IV la oímos todos y fué esta: Con mi padre fuiste terco y atrevido, pero no llegaste á insultarle en su Consejo.*

El príncipe de la Paz inserta íntegro en el capítulo 49, el discurso que dice haber pronunciado en aquella ocasion, que es muy extenso, y solo hace un extracto del papel del conde de Aranda. Muriel, al contrario, da casi entero el largo discurso del conde, y dice que el del duque de la Alcudia fué forjado posteriormente, mientras Godoy afirma ser apócrifo el que en boca del conde de Aranda pone Muriel. Bien podríamos nosotros decir aquí: *Non nostrum est tantas componere lites*. Dedúcese no obstante, del cotejo de las dos relaciones, y de los datos que tenemos por mas auténticos, que las encontradas opiniones de los dos magnates sobre la continuacion de la guerra, y las agrias contestaciones que entre los dos mediaron en aquella sesion del Consejo, fueron la causa de la caída, destierro y proceso del conde de Aranda; que el conde y el duque se maltrataron de palabra; que el rey, mas amigo del duque, y mas conforme con su dictamen, se ofendió y enojó de las asperezas del conde, que siempre fuerte y duro en el decir, lo estaría mas en el despecho de verse de aquella manera tratado por el jóven ministro y favorito, y naturalmente descargaron sobre él las iras reales.

Salió pues el conde de Aranda á su destierro de Jaen, desde donde dirigió al rey la representacion de que algunas veces hemos hecho ya mérito, implorando ó reclamando, no solo su justicia, sino tambien la de la reina. A Jaen fué enviado el ministro del Consejo de las Ordenes don Antonio Vargas Laguna á tomarle las declaraciones sobre los cargos que en el proceso se le hacian. Tambien intentó procesarle el Santo Oficio, pero no se rechazó la acusacion por calumniosa, y afirma haber sido él quien impidió que la Inquisicion le encausara. Concluido el interrogatorio de Laguna, fué trasladado el conde á la Alhambra de Granada. Pendiente todavía de fallo el proceso, con motivo de la boda del príncipe de Asturias y de la paz de 1795 celebrada con Francia, se indultó al conde mandando archivar la causa, y se le permitió vivir en Epila, uno de sus estados de Aragon, donde quiso fijar su residencia, y donde murió á los tres años (7 de enero de 1798), á los setenta y ocho y algunos meses de su edad.

Tales fueron los últimos tiempos de la vida del célebre y esclarecido conde de Aranda, á quien como militar, como consejero, como ministro de la corona, como embajador, como administrador y político, hemos tenido mas de una ocasion, y tendremos todavía otras de juzgar.

(1) Indignado el conde de la Union contra los cobardes fugitivos que habian causado el desorden, mandó primeramente que se diezmasen para ser pasados por las armas, y que los restantes, despues de pasearlos por el campo con ruecas, fuesen destinados á presidio. Debió ser motejada esta medida de excesivamente rigurosa, puesto que moderó despues la severidad del castigo, reduciéndole á privar de uniforme á los fugitivos y á hacerlos formar separadamente en el ejército, hasta que volvieran por la honra perdida. Así lo hicieron, dando tales muestras de valor, que tardaron poco en hacerse dignos de llevar otra vez el honroso uniforme, y aun algunos se hicieron acreedores á especiales premios.

Gacetas de Madrid, de abril á setiembre de 1794.—Los Monitores de Francia de la misma época.—Historias y Memorias de la Revolucion.—Idem del príncipe de la Paz.—Todos estos documentos y datos están conformes en la esencia de los hechos.

(2) «Este honor cupo al menos á la España (observa á este propósito un escritor de nuestra nacion) en la mala fortuna de aquel tiempo: Landrecy se rindió á los quince dias de sitio; Quesnoy cedió á los veinticuatro; Valenciennes á los nueve; Condé á los tres dias tan solamente; Bellegarde á los tres meses, con menos esperanza de socorro en tanto tiempo



sola, ni tampoco la mas terrible de las pérdidas que experimentamos en el resto de aquel año en la parte oriental del Pirineo. Ufano estaba el conde de la Union con una prolongada y extensa línea de fortificaciones que había hecho construir desde San Lorenzo de Muga hasta el mar, sobre un frente de ocho á nueve leguas, sin prever ó calcular que tanto como aumentaba el número de reductos derramaba sus fuerzas. No se ocultó esta falta al general francés, que contando con un ejército superior en número resolvió acometer todos los reductos á un tiempo (17 de noviembre, 1794), fingiendo atacar el centro y derecha, pero dirigiendo el ataque verdadero á la izquierda de la línea, cuyos puestos tomó el intrépido Augereau. Los combates sin embargo fueron reñidos y encarnizados, y duraron mas de tres dias. El general de la república Dugommier murió en un sitio nombrado la *Montaña Negra* de un casco de granada arrojada con singular acierto por el capitán de artillería don Benito Ulloa. También pereció peleando como el mas bravo de los soldados el general de las tropas españolas conde de la Union, atravesado de dos balas de fusil. Reemplazó á este como jefe mas antiguo el marqués de las Amarillas: al general francés substituyó Perignon, que completó la derrota de los nuestros. Las tropas españolas se retiraron y reunieron en Bascara, posicion intermedia entre Figueras y Gerona.

Otra desgracia, mas sensible todavía que todas estas, ocurrió en aquellos mismos dias. La fuertísima plaza de Figueras, principal apoyo con que contaban los nuestros, cuyos muros coronaban doscientas piezas de grueso calibre, guarnecida por diez mil hombres, provista de diez mil quintales de pólvora, de agua en abundancia, y provisiones sin cuento de toda especie, que por primera vez veia delante tropas enemigas, se entregó con general sorpresa y universal escándalo al general Perignon, sin que hubiera precedido ningun género de ataque. Algo mas que un aturdimiento é indisculpable cobardía debió haber en la inesperada entrega de esta plaza, cuando el consejo de guerra mandado formar por el rey para fallar sobre la conducta de sus miserables defensores la declaró criminal é infame (1), y condenó á cuatro de los jefes á la pena de muerte, precedida de la degradacion. Y si bien mas adelante el rey, pareciendo usar de clemencia, la conmutó en destierro, lo hizo con circunstancias y condiciones mil veces mas infamantes que la muerte (2).

Por el Pirineo occidental no habíamos sido mas felices: al

que ninguna otra plaza de la Europa. España en fin fué la postrera, entre todos los aliados, que soltó presa al enemigo.»

(1) El consejo se reunió en Barcelona: la sentencia fué dada en 8 de abril de 1796.

(2) Hé aquí los términos del decreto: «Apruebo la sentencia del consejo de generales que mandé formar en Barcelona para examinar la conducta del gobernador y demás sujetos que concurrieron á la indecorosa y vil entrega de la plaza de San Fernando de Figueras. Y no obstante que la justicia clama por que se lleve á efecto la pena de sangre, precedida de la degradacion, que muy justamente les impone el consejo á los cuatro reos principales, Torres, Keating, Allende y Ortuzar, en uso de mi real clemencia, y sin que de modo alguno pueda servir, ni citarse por ejemplar en causas de tan ignominiosa criminalidad, perdono la vida á los dichos cuatro reos, Torres, Keating, Allende y Ortuzar, quienes desde luego por este mi real decreto quedan despojados del uniforme militar, fuero, y demás preeminencias, y cualquiera otra distincion á él anexa, recogiendo todos mis reales despachos, y borrados los nombres de estos delincuentes en todos los estados y cualesquiera apuntamientos del ejército en que hubiesen sido escritos ó anotados. Mando que á las dos horas de habérseles leído esta mi real sentencia, en los términos y con las formalidades que prescriben las ordenanzas generales del ejército, salgan desterrados por toda su vida con total extrañamiento de todos mis dominios; y si por desgracia fueren aprehendidos, sufrirán la pena que les impuso el consejo, sin ser oídos. Prohibo que en ningun paraje de mis dominios se les dé por persona alguna, de cualquier condicion y clase que fuese, acogida ni auxilio, sino el que exige la humanidad para con un pasajero de forzoso tránsito, bajo la pena de mi real indignacion, procediéndose al castigo que mereciese el contraventor ó contraventores; y prohibo bajo la misma pena que persona alguna me pida ó hable en favor de estos desgraciados hombres. Mando que se publique inmediatamente este mi real decreto, sacándose cuantas copias fueren menester para la notoriedad pública con que debe constar en todos mis dominios de Europa, América, Asia y Africa.»

contrario, habíamos perdido mas plazas y mas territorio. Reforzado por aquella parte el ejército republicano hasta el número de sesenta mil hombres, porque el objeto de la Convencion era obligar á España á pedir la paz para atender despues mas desahogadamente á Italia y al Norte; dueño Moncey de los Alduides y de la entrada del Bastan; habiendo intentado inútilmente don Ventura Caro desalojarle de aquellas posiciones (junio, 1794), propuso este general abandonar el valle del Bastan y limitarse á defender los puntos de Vera é Irun: la corte no aprobó su pensamiento: Caro hizo dimision, y en su lugar fué nombrado el conde de Colomera. Algunas semanas despues Moncey era dueño de Vera, de Irun, de San Marcial, de Fuenterrabía y de Pasages (julio y agosto, 1794), no sin pagar los franceses muy caro su triunfo en las gargantas de Arizcun y en el peñon de Comissary defendido por el valeroso Cagigal. Siguió á estas conquistas la torpe y deplorable entrega de San Sebastian, que produjo una sentencia del consejo de guerra imponiendo la pena de suspension á varios jefes y oficiales, y no parece que estuvieron exentos de culpa el alcalde y algunos de los mas notables vecinos (3). Colomera llegó á Tolosa con solos cuatro mil hombres, que vejaron á los naturales con todo género de desmanes y tropelías, lo cual obligó á la diputacion de Guipúzcoa á imponer la pena de muerte á todo soldado que cometiera tales excesos.

No tuvieron que emplear los franceses mucho tiempo ni mucho trabajo para apoderarse de Tolosa de Guipúzcoa, desde donde hicieron algunas correrías por aquellos contornos. Parte de su objeto habia conseguido la Convencion, puesto que se comenzó por parte de España á dar pasos para entablar negociaciones de paz. Sin embargo, los comisarios de aquella asamblea que acompañaban al ejército se empeñaron en que Moncey hubiese de ocupar la Navarra, tomar á Pamplona y acampar sobre el Ebro. Mucha sangre costó á los franceses este plan. Aunque inferior en número nuestro ejército, que ocupaba una bien trazada línea desde el valle del Bastan hasta el Deva, en los ataques que contra el frente y los flancos emprendieron los enemigos (16 y 17 de octubre, 1794), con objeto de cortar la mitad de nuestro ejército y arrojarle sobre Pamplona, la sangre francesa corrió en abundancia, derrotada su derecha, sin otro fruto que ocupar algunos dias las cañadas de Roncesvalles, y el placer de derrocar un viejo monumento que recordaba la célebre derrota de Cárlo-Magno en aquellos desfiladeros. Pamplona se salvó. Los franceses establecieron sus cuarteles de invierno en la parte que habian conquistado de Guipúzcoa, en el Bastan y en San Juan de Pié-de-Puerto. Nuestras tropas ocuparon sus antiguas posiciones (29 de no-

(3) «El general en jefe, dice Muriel, se mostró quejoso de los habitantes de Guipúzcoa y de su diputacion, suponiendo que su espíritu no era bueno, que en la rendicion de las plazas de Fuenterrabía y San Sebastian habian influido los alcaldes y vecinos de dichas plazas, y que la diputacion tenia contra sí los indicios de haber retirado sus habitantes armados, y de no suministrar la menor noticia de los movimientos del enemigo.»

El príncipe de la Paz, en sus Memorias, dice que el alcalde Michelena y otros vecinos principales, seducidos por las ofertas del convencional Píner, que los habia halagado con la promesa de hacer aquella provincia una república independiente, promovieron la entrega de la plaza; que despues, cuando ellos reclamaron el cumplimiento de la oferta, el feroz procónsul los hizo arrestar, y que algunos de ellos fueron ajusticiados; añade que luego los guipuzcoanos de los pueblos que ocupaban los franceses salian en pelotones á unirse contra ellos á los valientes de Vizcaya y de Navarra.

La corte participó de la sospecha de aquella deslealtad. El gobierno, si lo creyó así, tuvo por lo menos la prudencia de ocultarlo. Pudo muy bien bastar el terror para infundir desaliento en los ánimos de aquellos habitantes, y ser consecuencia de él la entrega. Mediaron despues comunicaciones entre la diputacion de Guipúzcoa y el gobierno de S. M. (de 4 á 11 de agosto, 1794), sobre la necesidad en que aquella se veia de tratar con los generales franceses acerca de suspender toda hostilidad y acordar los medios de mantener la tranquilidad y el orden, resolviendo por último ajustar una tregua. El gobierno, para impedir que este espíritu de sumision se comunicase á otros pueblos de las Provincias Vascongadas, hizo por medios ocultos que algunos de ellos dirigiesen representaciones al rey asegurando estar prontos á sacrificarse en defensa del país, al modo del reino de Navarra que habia ordenado levantar cuatro mil hombres mas para incorporarlos á los batallones.



viembre, 1794), apoyando la derecha en los Alduides, Orbaiceta y Eugui, el centro sobre Ulzama por la parte del Norte, y la izquierda en Lecumberri y Arnaiz (1).

Mas si á España fué desfavorable la campaña de 1794, mucho mas funesta y desastrosa habia sido á las potencias aliadas en Italia y en el Norte. Sobre haber sido los españoles los que mas tiempo conservaron plantada su bandera en suelo francés y los últimos que fueron expulsados, ninguno de nuestros reveses fué comparable á los que los confederados sufrieron, ni nuestros desastres tuvieron cotejo con la terrible derrota de Turcoing, con la pérdida de Iprés, con la célebre batalla de Fleurus, que dió otra vez la Bélgica á la Francia, y afirmó la república, con la reconquista de Landreecy, con la rendicion de Condé, de Valenciennes y de Quesnoy, con la toma de Utrecht y Amsterdam, con la entrega de Juliers y de Crevecoeur, y con tantos otros triunfos y conquistas de los franceses sobre los ejércitos, plazas y dominios de las grandes potencias aliadas. Tantos y tales fueron aquellos, que el soberano de Prusia, el primero en promover la guerra, fué tambien el primero á desear y negociar la paz, que al fin se ajustó en Basilea. Apetecíanla tambien y la buscaban los principes alemanes, y el Austria veía que no podia conservar ya los Países Bajos y se disponia á abandonarlos.

El cambio que se estaba experimentando en la situacion interior de la Francia permitia ya á las potencias tratar con ella de paz sin faltar á la dignidad y al decoro. Los célebres sucesos del 8 y 9 de termidor, y principalmente el arresto y suplicio de Robespierre, el dictador del régimen terrorista que tenia tiranizada y consternada la Francia y aterrado el mundo, juntamente con el de los mas sanguinarios miembros de la Convencion y de la Junta de salvacion pública, señalaron el punto de partida en que comenzó á aflojar la ruda tirantez de aquel sistema horrible de persecucion y de sangre, y á obrarse una saludable reaccion en favor de los principios de templanza y de orden. «¡Catilina no existe, la república se ha salvado!» era la exclamacion de todos los hombres pacíficos y amantes de la justicia. Los presos políticos, sobre cuyas cabezas estaba continuamente amenazando la guillotina, comenzaron á respirar: los hombres de bien que no se atrevian á abrir los labios por temor de incurrir en las caprichosas iras de aquellos déspotas populares, y á una voz suya ser arrastrados al patíbulo, bendecian la desaparicion de aquellos verdugos que proclamando los derechos del hombre sacrificaban los hombres á su antojo. El gobierno se fué modificando. Y por otra parte la Francia, orgullosa de haber vencido á la Europa entera en medio de sus convulsiones intestinas, estaba en condiciones ventajosas para aceptar tratos de paz, y veníale esta bien para reposar y reponerse de tantos sacrificios y quebrantos.

No fué sin embargo España la que se apresuró á abandonar la coalicion, y el gobierno de Carlos IV quiso sufrir una tercera campaña antes que precipitar la paz. El ejército francés de los Pirineos Occidentales habia menguado casi una mitad por las enormes bajas que diariamente producía en él la epidemia, y Moncey, en vez de adelantar, se daba por contento de poder conservar libre el camino del Bidasoa.

En algunos ataques que se resolvió á dar en los primeros meses de 1795, salieron siempre derrotadas sus tropas, y en junio ocupaba nuestro ejército las mismas posiciones que al principio de la campaña. No fueron mas felices por espacio de algunos meses las armas de la república en el Pirineo Oriental.

Después de muchos combates inútiles, ora de ataque, ora de defensa, en que los españoles y franceses recíprocamente perdían y recobraban puestos, y en que aprendieron á respetarse por su valor ambas naciones, Perignon no pudo adelantar un paso, y en vez de acampar á las márgenes del Ebro, como le habian ordenado los comisarios de la Convencion, tuvo que limitarse á ocupar las orillas del Fluvíá. La única

pérdida que por aquella parte tuvimos en esta tercera campaña fué la de la plaza de Rosas, que por espacio de dos meses tuvo sitiada Perignon con veinte mil hombres. Y no porque la guarnicion, mandada por el valiente general Izquierdo, no hiciera una defensa que los franceses mismos llamaron heroica, sino porque los temporales impidieron muchas veces á la escuadra auxiliar nuestras tropas, favoreciendo esto mismo en gran parte á las francesas. Aquellas, sin embargo, en número de cinco mil hombres, se salvaron en las naves, y sirvieron para reforzar nuestro campamento (2).

A pesar de todo, ni la situacion de nuestros ejércitos en ambos Pirineos era tan lisonjera, ni tan envidiable la armonía que reinara entre sus jefes y entre estos y el gobierno, ni tan halagüeño el estado del tesoro para sufragar los gastos de la guerra, que el duque de la Alcudia no conociera la necesidad de activar las negociaciones de paz en que ya se estaba con la república desde la primavera de 1795. Y aunque España la deseaba mucho, no dudamos que esta vez las proposiciones partieron de Francia, porque interesaba á la república separar esta potencia de la coalicion, en ocasion que Inglaterra la ponía en cuidado con la expedicion que preparaba á las costas del Oeste, y siempre estuvo persuadida de que la lucha de los Pirineos se habia emprendido contra el interés de ambas naciones (3). Así fué que el encargado de negociarla en la frontera, M. de Bourgoing, escribió al ministro español participándole que ya la Francia habia dado á prevencion instrucciones amplias al ciudadano Barthelemy, y excitándole á que por su parte nombrara cuanto antes plenipotenciario con quien aquel pudiera entenderse. Entonces fué cuando don Manuel Godoy nombró representante de la corte de España para ajustar las condiciones de paz (2 de julio, 1795) al antiguo y acreditado ministro don Domingo Iriarte, que acababa de ser nuestro embajador en Polonia, y á quien se encontró á la sazón en Venecia.

Pero aconteció lo que comunmente acontece en tales casos, que nunca se ven mas preparativos de guerra que cuando se está tratando de paz. Los ejércitos franceses de ambos Pirineos fueron reforzados; tambien por parte de España se enviaron refuerzos á nuestras tropas: Cataluña, Valencia, Aragon y Navarra dieron contingentes respetables; de Castilla la Vieja se destinó un cuerpo de reserva á cubrir el Ebro; y dos escuadras se aparejaron y partieron, la una para las costas de Cataluña, la otra para las de Cantabria. En la parte del Principado sostuvieron gloriosísimos combates nuestras armas; el general don José Urrutia habia sustituido en el mando en jefe de aquel ejército al conde de la Union; el francés Perignon habia sido reemplazado por Scherer, que distaba de igualarle en mérito.

El 24 de junio (1795) dió y ganó Urrutia la reñidísima y célebre batalla de Pontós, alcanzada sobre una hueste de veinticinco mil hombres (4). En las acciones parciales que se

(2) Durante el sitio arrojaron los franceses sobre la plaza cuarenta mil proyectiles, balas, granadas y bombas. La plaza tiró sobre el enemigo trece mil seiscientos treinta y tres balas, tres mil seiscientos dos bombas, y mil doscientas noventa y siete granadas. Las chalupas cañoneras tiraron cuatro mil setecientas sesenta y tres balas, dos mil setecientas treinta y seis bombas, y dos mil cuatrocientas noventa y tres granadas.

En las Gacetas de aquel tiempo se insertaron multitud de partes de las operaciones de uno y otro ejército, con noticias circunstanciadas y difusas de cada combate, y con curiosos pormenores de hechos notables de valor y otros incidentes, cuya lectura exige y ocupa mucho, pero cuyos resultados en definitiva fueron los que hemos expuesto con la brevedad indispensable en una historia general.

(3) Creemos por lo mismo ser cierto lo que sobre este punto afirma el príncipe de la Paz en sus Memorias, á saber, que la paz fué ofrecida. Los mismos historiadores franceses lo confirman. «El favorito que gobernaba la corte, dice M. Thiers (Revolucion, tomo IV, c. 10), después de no haber querido al principio oír las proposiciones de paz que al empezar la campaña hizo el gobierno... se decidió á negociar... etc.»

(4) En el parte oficial de esta accion, que llena catorce páginas de la Gaceta de 3 de julio de 95, decia Urrutia entre otras cosas: «Es imposible mencionar la multitud de oficiales particulares é individuos de otras clases que tienen derecho á que se recompense el mérito que contrajeron; pues tal vez no habrá uno que deje de estar en el caso: sin embargo, haré presente al rey el servicio particular que cada uno haya hecho, aunque

(1) Este último triunfo se debió en gran parte al valor y á la pericia del teniente general duque de Osuna. De él hay un parte en la Gaceta de Madrid de 28 de octubre, refiriendo la accion.



siguieron, que fueron muchas y casi diarias, nuestras tropas avanzaban ganando siempre algun terreno. Consideráronse bastante fuertes para intentar la recuperacion de Rosas, que bloqueada por nuestra escuadra y bombardeada por tierra, tenía no poca dificultad en sostenerse. Puigcerdá cayó en poder del mariscal de campo don Gregorio de la Cuesta, que hizo prisionera su guarnicion, con dos generales y siete piezas de artillería (julio, 1795). Belver capituló al dia siguiente, los enemigos fueron arrojados de ambas Cerdañas, y Cuesta se preparaba á atacar á Mont-Luis (1).

A la parte de Guipúzcoa, la division mandada por el general Crespo, atacada con fuerzas superiores por Moncey, se habia visto obligada á ceder sus posiciones retirándose á la segunda linea. Noticioso de ello el principe de Castelfranco, acudió á proteger á Pamplona, cuya conquista era el blanco de los afanes de Moncey y del gobierno de la república. Crespo y Filangieri concurren tambien á impedirlo con hábiles maniobras, consiguiendo frustrar el empeño del general francés (2). Pero esto mismo fué causa de que quedando libres al enemigo los países de Vizcaya y de Alava, se apoderara de Bilbao y de Vitoria, y llegara por esta parte á Miranda de Ebro, bien que con la fortuna de ser á las pocas horas arrojados de esta posicion por los valientes castellanos (24 de julio de 1795), haciéndoles buen número de prisioneros, y quedando entre los muertos el esforzado Mourás, que mandaba los cazadores de montaña (3).

En tal estado se hallaban las operaciones de la guerra en uno y otro campo, cuando llegó á ellos la noticia de haberse firmado en Basilea (22 de julio, 1795) la paz entre Francia y España. Las bases y condiciones para este concierto no habian sido ajustadas sin previas pretensiones, reparos y cesiones mutuas, como acontece casi siempre en tales tratos. Pretendia la Francia conservar hasta las paces generales las plazas que habia conquistado en España. Rechazó el gobierno español esta propuesta, y por su parte á la condicion de sacar á salvo la absoluta integridad del territorio invadido, sin ceder ni una sola aldea, añadió la de que el gobierno francés habia de mostrarse justo y generoso con los dos huérfanos y desgraciados príncipes que aun gemian en las prisiones del Temple, y que habian de ser entregados á España. Mostróse irritado de esta respuesta el gobierno de la república; mas como quiera que la paz entraba en el interés de ambas naciones, vino sin gran dificultad á un comun acuerdo, tanto mas, cuanto que la Francia accedió á restituir todas las plazas y países conquistados en territorio español durante la guerra, pidiendo por única indemnizacion la parte española de la isla de Santo Domingo, á lo cual, habida consideracion al estado de anarquía en que dicha isla se encontraba, siéndole por lo tanto á la España mas gravosa que útil, ni el rey, ni el ministro, ni el consejo tuvieron dificultad alguna en condescender, y sobre estas dos principales bases se procedió al ajuste definitivo de la paz (4).

Ciertamente ninguna potencia de las que en aquel tiempo, antes ó despues de este ajuste, concertaron paces con la república francesa, lograron hacerlo con menos sacrificio y con condiciones menos gravosas que España; porque sacrificio no podia llamarse la cesion de la parte española de la isla de Santo Domingo, que estaba siendo una carga para la nacion,

deba á un incidente la fortuna de haberle contraído, y los recomiendo todos la piedad de S. M., á quien V. E. puede asegurar que la pérdida de dos mil quinientos á tres mil hombres que se ha causado al enemigo es ventaja de poco momento comparada con la confianza y energía que ha dado esta victoria al ejército que tengo la honra de mandar.»

(1) Gacetas del 4 y 7 de agosto, 1795.

(2) Dícese que los dos generales españoles ofrecieron en sus operaciones y movimientos un admirable juego de ajedrez, defendiendo á un tiempo las avenidas de Pamplona y las fronteras de Castilla; que muchas veces intentó Moncey envolverlos, y que mas de una vez estuvo él á punto de que le envolviesen. Y sin embargo, Crespo fué reemplazado por Morla, y se mandó á Castelfranco hacerle cargos. A poco tiempo murió aquel general en Burgos, segun unos de enfermedad, segun otros de pesadumbre.

(3) Partes de Irigoyen desde Pancorvo, Gaceta de 28 de julio, 1795.

(4) Véase en el Apéndice el texto literal de este tratado.

y de hecho se podia ya considerar como abandonada por los principales colonos; y esto á cambio de la evacuacion completa del territorio de la Península, con la devolucion hasta de los cañones y pertrechos de guerra que existian en las plazas que habian de restituirse, al tiempo de firmarse el tratado. No hallamos por lo mismo la razon en que pudieron fundarse los que calificaron esta paz de *vergonzosa* para España. No la consideran así los historiadores franceses de mas nota. «La Francia, dice uno de ellos, concedia mucho, por una ventaja ilusoria, porque Santo Domingo ya no pertenecia á nadie: pero estas condiciones las dictaba la mas profunda política (5).» «Fué recibida la noticia de esta paz, añade el mismo escritor, con el mayor regocijo por cuantos amaban la Francia y la república.»

El rey Carlos IV, en recompensa de este servicio, confirió á su primer ministro don Manuel Godoy, duque de la Alcudia, el título de *Príncipe de la Paz* (6): cuya elevacion é inusitada merced provocó nuevas y mas agrias murmuraciones y críticas de parte de los que odiaban, que eran muchos, al que llamaban favorito de la reina y valido del rey (7).

### CAPÍTULO III

#### Medidas de gobierno interior

DE 1789 Á 1796

Falta de un sistema de administracion uniforme, y sus causas.—Fomento de intereses materiales.—Providencia contra los acaparadores y monopolistas de granos.—Arreglo y gobierno de Pósitos.—Aprovechamiento de las dehesas de Extremadura.—Comercio y marina mercante.—Muselinas y tejidos de algodón.—Libertad de fabricacion y de industria.—Abolicion de privilegios gremiales.—Minas de carbon de piedra.—Fomento de la cria caballar.—Estado de la hacienda.—Gastos é ingresos: déficit.—Arbitrios y recursos.—Empréstitos: vales.—Medios para su extincion y amortizacion.—Memoria del ministro de Hacienda.—Ideas notables.—Alivio de cargas públicas.—Medidas contra la vagancia.—Escuelas.—Plausible providencia sobre niños expósitos.—Policia y orden público.—Disposiciones sobre fondas y cafés.—Sobre teatros y casas de baile.—Vigilancia sobre la moralidad.—Celo por la comodidad pública.—Estado de la opinion en política.

Aunque la paz de Basilea no dió á España el reposo que necesitaba, ni por el tiempo que habria sido de desear, como veremos despues, justo es que nosotros hagamos un alto en este periodo para volver la vista, hasta ahora distraida con los acontecimientos de fuera, hácia el estado interior del reino, para observar la marcha que el gobierno seguia, y el giro que daba á sus resoluciones administrativas, y el espíritu que en ellas dominaba.

Fuera en vano querer descubrir en estas medidas un sistema uniforme y constante, un plan regular de gobierno, al cual aquellas se ajustaran y subordinaran como las partes de un todo. Por un lado no le consentia la diferencia de ideas y de carácter de los tres personajes que en este primer período del reinado de Carlos IV se sucedieron en la primera secretaria de Estado. Floridablanca, Aranda y Alcudia no podian tener, ni un mismo pensamiento político, ni un mismo pensamiento económico, como no tenian ni las mismas aspiraciones ni las mismas condiciones personales.

Por otro lado eran circunstancias demasiado borrascosas, preocupaban demasiado á los hombres de gobierno los grandes sacudimientos y vaivenes políticos, y las gravísimas cues-

(5) Thiers, Historia de la Revolucion, IV, c. 10.—Véanse tambien Lacretelle, Marcillac, y la obra titulada: *Victoires, conquêtes, désastres, etc., des Français, de 1792 á 1815*.

(6) Gaceta del 11 de setiembre de 1795, donde se insertan todas las gracias y mercedes que el rey otorgó con motivo de la paz, que en verdad fueron dispensadas con admirable profusion.

(7) Acerca de la conveniencia é inconveniencia de esta paz, y de las ventajas ó daños que resultaran á la nacion, así como de la guerra que la habia precedido, juzgaremos mas adelante, cuando hayamos de emitir nuestro juicio sobre la política exterior é interior de este reinado.



tiones de compromiso y aun de existencia nacional, para que pudieran consagrarse á combinar y ejecutar un sistema ordenado de administracion interior. Y era además difícil que hubiese fijeza de ideas en hombres que tenian que luchar entre el temor y el deseo, entre los inconvenientes del progreso y del retroceso, y los peligros de la actividad y de la inaccion, del estancamiento y de las innovaciones.

Y sin embargo, á pesar de la falta de unidad y coherencia, y á veces hasta de la contradiccion entre unas y otras medidas, consiguiente á la fluctuacion y vacilacion de las ideas, y á la incertidumbre de los ánimos, todavía no se paralizó, como se cree comunmente, el espíritu de las reformas que venia de atrás iniciado, ni se dejó de atender al fomento de los intereses materiales y morales del país, con providencias, ya generales, ya parciales, sobre los diferentes objetos y ramos á que se extiende la administracion pública. En el primer capítulo de este libro mencionamos ya algunas de estas disposiciones, encaminadas ó al alivio de las cargas que pesaban sobre los pueblos, ó á la proteccion de sus intereses, ó á la comodidad, decoro y decencia social, ó á la correccion de inmorales y repugnantes costumbres.

Las reglas que en los primeros meses del reinado dictó el Consejo para la observancia de la pragmática del libre comercio de granos, no habian sido observadas, ó por mejor decir, habian sido eludidas por los acaparadores y monopolistas, con gran daño de los labradores y del público. Para poner coto á estos abusos se expidió una real cédula (16 de julio de 1790), haciendo severas prescripciones, y estableciendo graves penas, principalmente contra los prestamistas usureros que se alzaban con los granos y frutos de los cosecheros y labradores: y aun se recomendó mas adelante á los intendentes (16 de octubre, 1790) el mayor rigor contra los infractores de aquella providencia.—Teniéndose los Pósitos por uno de los establecimientos mas útiles y mas beneficiosos, y por uno de los auxilios mas necesarios para el socorro de los labradores, fomento de la agricultura, y sostenimiento del tráfico y comercio, dictáronse providencias, así para su buen gobierno y exacta y puntual cuenta y razon de sus fondos en especie y en metálico, como para que ni faltasen los precisos para las necesidades de cada provincia, ni excediesen en términos que fuesen una carga para los pueblos, y los constituyeran en mayor miseria en vez de remediarla (1).—Una provision sobre aprovechamiento de las dehesas y montes de Extremadura fué un excelente principio de las reformas que se fueron haciendo en este importante ramo de la riqueza agrícola, y como la terminacion del largo expediente incoado en 1783 á consecuencia de las quejas de aquella provincia contra los privilegios de la ganadería de la Mesta (2).

Para el fomento del comercio y de la marina mercante se concedieron exenciones y premios á los constructores de buques menores, declarando libre de derechos la introduccion de las maderas extranjeras y de los cáñamos en rama que para ello fuesen necesarios, así como la extraccion de los géneros, frutos y producciones españolas para otros países por los puertos de la Península (3). Pero con poca fijeza de ideas sobre la conveniencia y utilidad de uno ú otro sistema de comercio, ya se permitia la libre introduccion en el reino de las muselinas, levantando la prohibicion, antes decretada, para la proteccion de las fábricas nacionales, é indultando á los contrabandistas con tal que se sometieran á pagar los derechos de las que hubiesen introducido (4), ya admitiéndolas á comercio solamente cuando su precio en el puerto no bajase de treinta reales vellon vara (5), ya concediendo á la Compañía de Filipinas el privilegio exclusivo de conducir, introducir y expender por mayor, así las muselinas, como otros tejidos y géneros de algodón traídos del Asia en buques propios de la Compañía (6).

Con mas decision se procuró ir librando la industria manufacturera de los privilegios que la tenian entabada. Se vió los perjuicios que á los adelantos de la fabricacion causaban las ordenanzas gremiales, y se concedió á los fabricantes de tejidos inventar, imitar y variar sus artefactos segun tuviesen por conveniente, y sin sujecion á aquellas ordenanzas, cesando el uso del sello de fábrica libre, y no exigiéndose tampoco á los artifices ó fabricantes las pruebas de inteligencia y aptitud que para obtener la licencia ó patente necesitaban antes (7). Debióse esta reforma á la Junta general de Comercio y Moneda. Algunos meses mas adelante, con ocasion de reclamar un tornero se le permitiese trabajar en su oficio sin la obligacion de examinarse de él, se mandó á la sala de Casa y Corte mantuviese á todo artesano de reconocida habilidad en el libre ejercicio de su profesion, no obstante cualquiera oposicion de los veedores del gremio (8). Tres años despues se extinguieron todos los gremios de los torcedores de seda (9). Y de este modo, bien que lenta y parcialmente y sin la suficiente resolucio para adoptar una medida general, iba desapareciendo el privilegio gremial, y reconociéndose el principio de la utilidad y ventaja del libre ejercicio de las artes, de la industria, y de la fabricacion.

Al fomento del laboreo y beneficio de las minas, especialmente de carbon de piedra, y mas señaladamente del de Asturias, se dedicó el gobierno con cierta solicitud, lo mismo en uno que en otro ministerio; ya declarándolas pertenencias de los propietarios de los terrenos, ó de los descubridores, si aquellos no usasen del derecho de propiedad, y no del real patrimonio, como declaraban otras minas las anteriores ordenanzas; ya concediendo libertad de hacer calas y catas, adjudicando la mina al descubridor, con una módica indemnizacion al dueño de la finca por razon de daños ó de los edificios que en ella se levantaren; ya facilitando el transporte y comercio de los carbones, abriendo carreteras, habilitando la navegacion de los rios, y eximiéndolos de los derechos así reales como municipales, por exceptuados que fuesen; ya promoviendo el establecimiento en Asturias de una escuela de matemáticas, náutica y ciencias naturales, para facilitar los conocimientos necesarios al laboreo de las minas y á la formacion de buenos pilotos; ya declarando que el usufructo y aprovechamiento de aquellas pertenece al concejo, lugar ó particular, lo mismo y sin diferencia alguna que otro cualquier producto del terreno en que se hallan, y que la corona, aunque conserve la suprema regalía de la incorporacion, no hará uso de ella sino en caso de necesidad, y satisfaciendo su justo valor al dueño; ya con otras medidas encaminadas á proteger el útilísimo ramo de la industria carbonera (10).

Mucho se necesitaba, y mucho convenia el fomento de la cria caballar de raza; en el reinado anterior se habia reconocido así, habia sido objeto de providencias muy especiales, y Carlos III dejó recomendado al supremo Consejo de la Guerra el estudio de las reformas y mejoras que convendria hacer. En el principio de este reinado, oida aquella corporacion y el dictámen de los oficiales generales que fueron consultados, se ordenó y ejecutó cuanto se creyó útil á su fomento. Una sola de las disposiciones bastará á mostrar el interés y la importancia que mereció este asunto. Al que tuviera cierto número de yeguas ó caballos propios para la cria, se le dió el privilegio de no poder ser preso por deudas, y se le declaró libre y exento de huéspedes, alojamientos y bagajes, y á sus hijos exceptuados tambien de levás, quintas y sorteos para el servicio y reemplazo del ejército y milicias (11).

(7) Real cédula de 11 de octubre de 1789.

(8) Real orden de 26 de mayo de 1790.

(9) Cédula de 29 de enero de 1793.

(10) Reales cédulas de 26 de diciembre de 1789, 25 setiembre de 1790, 24 de agosto de 1792, y 5 de agosto de 1793.

(11) «El criador (decia el artículo 3.º de la real cédula de 8 de setiembre de 1789), que tenga doce ó mas yeguas de vientre propias, ó tres caballos padres aprobados para monta por tiempo de tres años continuos, no se le prenderá por deudas, á menos que no sean por rentas ó derechos pertenecientes á mi Real Hacienda, y será libre de huéspedes, alojamiento (que no sea de mi familia ó casa real), repartimiento de trigo, paja,

(1) Real cédula de 2 de julio de 1792, y circular de 29 de octubre.

(2) Real cédula de 24 de mayo de 1793.

(3) Id. de 13 de abril de 1790.

(4) Pragmática de 9 de setiembre de 1789.

(5) Provision de 21 de febrero de 1791.

(6) Pragmática de 22 de setiembre de 1793.



El estado de la hacienda pública no podía ser lisonjero, y menos habiendo tenido que sostener una guerra costosa de tres años, con tres ejércitos en pie; cuyos gastos no era posible sufragar con los donativos voluntarios, por muchos que fuesen, como lo fueron en realidad hasta un punto prodigioso, según dijimos en otra parte. Así es que los gastos subieron gradual y progresivamente en aquellos tres años, resultando entre ellos y los ingresos un déficit de muchos centenares de millones (1). Para cubrir este gran déficit se adoptaron durante la misma guerra los arbitrios siguientes:—un empréstito de seis millones de florines en Holanda, que produjo líquidos algo más de cuarenta y ocho millones de reales:—se subió el precio del papel sellado, y se prescribió hacer extensivo su uso á los tribunales eclesiásticos, incluso los de Inquisición y otros cualesquiera (2), por cuyo medio se obtuvieron más de siete millones y medio de reales:—se recargaron los impuestos de la sal y de los tabacos:—se hicieron descuentos en los sueldos de los empleados:—se impuso un tanto por ciento sobre las encomiendas de San Juan, órdenes militares y pensiones de Carlos III:—se decretó un subsidio extraordinario de treinta y seis millones de reales por una vez sobre las rentas eclesiásticas de España, aunque no se hizo efectiva toda la cantidad:—se facultó para tomar á censo redimible de tres por ciento, señalando por hipoteca las rentas del tabaco, los depósitos públicos que había con destino á imponerse á beneficio de mayorazgos, vínculos, patronatos, memorias y obras pías (3):—se abrió un empréstito para el recogimiento de los créditos del reinado de Felipe V (4):—se expidió una circular á los obispos y cabildos para que remitiesen á las casas de moneda la plata y oro sobrantes de sus iglesias, lo cual produjo más de un millón de reales:—se abrió un préstamo de doscientos cuarenta millones al rédito de cinco por ciento, aunque no llegó á imponerse sino menos de la mitad.—Y por último se hicieron tres creaciones de vales; una de diez y seis millones de pesos, otra de diez y ocho, y otra de treinta, cuyas partidas reunidas sumaban cerca de novecientos sesenta y cuatro millones de reales (5).

Para la extinción y amortización de estos vales y aquellos empréstitos, se impuso el diez por ciento sobre el producto

cebada ú otros bastimentos, carros y bagajes para el servicio de mi ejército, aunque sea de mi real casa, ó sus proveedores, tutela, curaduría, mayordomía de pósito, propios y cobranza de bulas, levass, quintas y sorteos para el servicio y reemplazo de mi ejército, ó de las milicias. El que tenga cuatro yeguas, ó dos caballos padres, será libre de alojamiento y huéspedes, levass, quintas y sorteos para la tropa y milicias; y el que tuviere tres yeguas, ó un caballo padre, será libre de alojamiento y huéspedes y podrá, como los anteriores, usar de pistolas de arzon cuando montare á caballo, etc.»

(1) Los gastos subieron en los tres años, según la Memoria presentada en 1796 al rey por el ministro de Hacienda don Pedro Varela, en la proporción siguiente:

|                  |                 |
|------------------|-----------------|
| En 1793. . . . . | 708.807,327 rs. |
| En 1794. . . . . | 946.481,585     |
| En 1795. . . . . | 1.029.709,136   |

Los ingresos habían producido:

|                  |             |
|------------------|-------------|
| En 1793. . . . . | 602.602,171 |
| En 1794. . . . . | 584.161,680 |
| En 1795. . . . . | 607.279,693 |

Y suponiendo el ministro que los gastos y los ingresos de 1796 fuesen iguales á los del año anterior, resultaba:

|                                                     |               |
|-----------------------------------------------------|---------------|
| Productos de las rentas en los cuatro años. . . . . | 2,445.018,749 |
| Gastos en los mismos. . . . .                       | 3,714.706,136 |
| Déficit. . . . .                                    | 1,269.687,386 |

(2) Cédulas de 20 de julio de 1794, y 20 de enero de 1795.

(3) Cédula de 9 de octubre de 1793.

(4) Real decreto de 10 de diciembre de 1794.

(5) La primera creación se hizo en 16 de enero de 1794, la segunda en 8 de setiembre del mismo, y la tercera en 4 de marzo de 1795.

anual de los fondos de propios y arbitrios;—se aplicaron los derechos de indulto sobre la extracción exclusiva de pesos, de antiguo concedida al Banco de San Carlos;—un aumento al subsidio eclesiástico en virtud de breve pontificio obtenido al efecto;—una contribución extraordinaria y temporal sobre las rentas procedentes de arrendamientos de tierras, fincas, censos, derechos reales, jurisdiccionales etc.;—el producto de las vacantes de todas las dignidades y beneficios eclesiásticos por el tiempo que fuese necesario;—un quince por ciento de todos los bienes raíces y derechos reales que por cualquier título adquirieran las manos muertas;—otro quince por ciento sobre los bienes que se destinasen á vinculaciones, aunque fuese por vía de agregación ó mejora de tercio y quinto (6). Los vales reales y las cédulas del Banco se admitían por todo su valor en las tesorerías, y los réditos se pagaban con puntualidad.

El ministro de Hacienda que expuso al rey el estado del tesoro, le proponía además para llenar el déficit varios otros arbitrios y recursos, tales como los siguientes: que los militares y los eclesiásticos como los empleados de hacienda pagaran la renta de medio año del destino que se les confiriera; el pago de algunos derechos por los títulos firmados de real estampilla; una contribución sobre los bienes raíces, caudales y alhajas que se heredaran por fallecimiento; un impuesto sobre los objetos de lujo, como carruajes, caballos de regalo, mesas de truchos, teatros, casas de diversion, etc., y sobre los bosques vedados de comunidades y particulares; una imposición á las personas de ambos sexos que abrazaran el estado religioso, y clérigos que se ordenaran á título de patrimonio; la rifa de algunos títulos de Castilla; la supresión de varias piezas y prebendas eclesiásticas de las encomiendas de las cuatro órdenes militares, tomando la hacienda sobre sí el satisfacer las provistas y á los pensionados sobre ellas, y formando con sus productos un fondo para premios á los hombres beneméritos en todas las carreras. Y como prueba de las ideas que en aquel tiempo habían ya cundido, y de que el ministro de Hacienda participaba, diremos por fin que entre los arbitrios que proponía era uno la admisión en España del pueblo hebreo «que según la opinión general, decía, posee las mayores riquezas de la Europa y del Asia.»

Son muy de notar las palabras con que apoyaba su propuesta: «Las preocupaciones antiguas, decía, ya pasaron: el ejemplo de todas las naciones de Europa, y aun de la misma silla de la religión, nos autoriza; y finalmente la doctrina del apóstol San Pablo á favor de este pueblo proscrito puede convencer á los teólogos más obstinados en sus opiniones y á las conciencias más timoratas, de que su admisión en el reino es más conforme á las máximas de la religión que lo fué su expulsión; y que la política del presente siglo no puede dejar de ver en este proyecto el socorro del Estado con el fomento del comercio y de la industria, que jamás por otros medios llegarán á equilibrarse con el extranjero, pues ni la actividad ni la economía son prendas de la mayor parte de los españoles.—Yo creo, señor, que los comerciantes de aquella nación activa se encargarán de la reducción de los vales, haciéndola á dinero efectivo, y les darian circulación en Europa y fuera de ella. Ellos nos facilitarían el comercio de Levante, etc. (7).»—Pero es lo cierto también, que á poco de terminada la guerra con Francia, causa principal del aumento y del desnivel de los gastos, se pensó en aliviar y minorar las cargas de los pueblos. Por de pronto se extinguió enteramente y para siempre la contribución conocida con el nombre de *servicio ordinario y extraordinario, y su quince al millar*, que pesaba principalmente sobre la clase agrícola (8). Y poco tiempo después se alzó el descuento temporal y extraordinario que sufrían los empleados; se perdonaron varios atrasos á los pueblos que habían sufrido más el azote de la guerra, y aun algunos de ellos fueron socorridos.

Proseguía el empeño y sistema de los hombres de Carlos III

(6) El príncipe de la Paz en sus Memorias (cap. 39) aduce muchas observaciones para probar las condiciones ventajosas con que se hicieron todas las operaciones de crédito enunciadas.

(7) Memoria de don Pedro Varela al señor rey Carlos IV.

(8) Real cédula de 20 de noviembre de 1795.



de desterrar la vagancia y desahogar de gente ociosa los grandes centros de poblacion. Floridablanca hizo reproducir los anteriores decretos y bandos para que salieran de la corte los no domiciliados en ella, incluso los pretendientes de empleos civiles, á quienes se comprendió en lo que ya estaba prevenido sobre los eclesiásticos, y encargando mucho al presidente del Consejo hiciera volver á sus casas á aquellos «que con pocas letras y menos entendimiento pretendian con mucha importunidad, negociacion y favor (1).» Y poco mas adelante (25 de abril, 1790) se volvió á ordenar que los mendigos forasteros fueran enviados á los pueblos de su naturaleza, ó capitales de su obispado, y que los naturales ó domiciliados en la corte se recogiesen en el hospicio y casas de misericordia, con otras providencias dirigidas á moralizar y mejorar las costumbres de los verdaderos pobres con la aplicacion al trabajo, y á libertar al vecindario de la importunidad y la molestia de los mendigos. A este propósito, y como uno de los medios mas eficaces para corregir la vagancia é inspirar aficion al trabajo y á la instruccion, se previno á todos los corregidores y alcaldes mayores vigilaran el cumplimiento de lo prevenido relativamente á las escuelas de primeras letras de niños y niñas en todos los pueblos en que fuera posible establecerlas, á la obligacion de los padres de hacer concurrir á sus hijos, á la aptitud, celo y buen desempeño de los maestros, al auxilio que los párrocos debian prestarles, y á todo lo que debiera contribuir á inspirar á la infancia una moral sana y una instruccion regular, á fin de prevenir los escándalos que dimanaban de la ociosidad y de la relajacion de costumbres (2).

Respecto al interés que merecieron al gobierno los verdaderos desvalidos, y principalmente la clase desgraciada de niños expósitos, hallamos una providencia que no puede dejar de arrancar sincero aplauso de todos los amantes de la humanidad, la cual no fué ya del tiempo de Floridablanca, el creador y protector de los asilos de beneficencia, sino de la época en que estaba al frente del gobierno el duque de la Alcudia. Despues de lamentarse el rey del modo inhumano con que eran conducidas á los asilos y tratadas en ellos aquellas infelices criaturas, y de ofrecer que se proveeria lo conveniente para que fuesen decentemente cuidadas y atendidas, prohibiendo que fuesen tratadas con vilipendio, y que se les aplicasen nombres ó epítetos depresivos ó bochornosos, mandaba que todos los expósitos de ambos sexos, hijos de padres desconocidos, se tuviesen por legitimados por su real autoridad para todos los efectos civiles sin excepcion. «Todos los expósitos actuales y futuros, decia, quedan y han de quedar, mientras no consten sus verdaderos padres, en la clase de hombres buenos del estado llano general, gozando los propios honores, y llevando las cargas de los demás vasallos honrados de la misma clase.... Y mando que las justicias de estos mismos reinos y los de Indias castiguen como injuria y ofensa á cualquiera persona que intitularse y llamare á expósito alguno con los nombres de borde, ilegítimo, bastardo, espúreo, incestuoso ó adulterino, y que además de hacerle retractar judicialmente, le impongan la multa pecuniaria que fuere proporcionada á sus circunstancias, etc. (3).»

Sabia, liberal y humanitaria providencia, reparadora en lo posible de la desgracia de la infancia inocente, y propia para consolar en la edad adulta á los que harta desventura tienen cuando llegan á reconocer el abandono paterno y lo ignorado de su origen.

Medidas de policia y de orden, provisiones encaminadas á

procurar el ornato y la comodidad de los pueblos y á evitar escándalos ofensivos del decoro social y á mejorar las costumbres públicas, encontramos varias dignas de elogio, que si no constituyen un sistema completo, al menos dan testimonio de la solicitud y buena intencion del gobierno, y de que se continuaba marchando en este punto por la senda trazada en el reinado anterior. Pertenece á la primera clase la instruccion ú ordenanza expedida para ocurrir á los incendios que eran tan frecuentes en Madrid, evitar la confusion y el desorden, prevenir las desgracias y los robos que á favor de él solian experimentarse y cometerse, prescribir las obligaciones que cada cual habia de desempeñar en tales casos, regularizar este importante servicio, y señalar la responsabilidad y las penas que por cualquier omision habian de imponerse á cada uno (4). Fijáronse mas adelante las reglas á que habian de sujetarse los arquitectos y propietarios en la construccion de fogones, hornos, chimeneas, ventanas y tragaluces; minuciosos deberes á los inquilinos, con graves penas en caso de infraccion, para precaver los fuegos; prescripciones á los comerciantes y mercaderes sobre establecimientos, almacenes y depósitos de materias inflamables y combustibles; advertencias, en fin, y obligaciones á todos los habitantes, tales y con tal prevision ordenadas, que no ha podido alcanzarse mucho que adicionar en los tiempos posteriores (5).

Publicáronse ordenamientos, edictos é instrucciones á que habian de sujetarse los dueños de fondas, cafés, casas de billar, tabernas y posadas públicas, para su buen orden y gobierno, decente servicio y comodidad de los concurrentes, honesto y decoroso tratamiento, con oportunas prevenciones para evitar riñas y discordias y lances desagradables, y prohibicion de piezas reservadas ú ocultas cuyo destino pudiera creerse sospechoso ú ocasionado al abuso, y otras disposiciones cuya puntual observancia hubiera agradecido entonces y agradeciera hoy el orden y la moral social (6). — Con igual celo y solicitud se providenció lo conducente á que se guardara en los teatros y coliseos la mayor compostura, arreglo y circunspeccion en acciones y palabras, á que no se hicieran pesadas las funciones ni molesto el espectáculo, á que se observaran las buenas formas de una sociedad culta, y á prohibir exigencias que pudieran ocasionar disgustos ó producir desorden (7). Y como en las casas particulares no podia haber autoridad que vigilara, como se prescribia para los teatros, prohibióse representar en ellas comedias, dar bailes, hacer sombras chinecas y tener otras diversiones cobrando dinero por la entrada y con el carácter de públicas: y á tal extremo se llevaba, al menos exteriormente, el celo por el decoro social, que no se permitia á los maestros de baile recibir en sus casas, con pretexto de academias, personas de ambos sexos á unas mismas horas; habian de concurrir á horas diferentes, y nunca de noche las mujeres (8). Y hasta se descendia á los lavaderos del Manzanares para impedir que se profiriesen palabras escandalosas y obscenas, y mucho mas cualquiera accion que pudiera causar perturbacion ó desorden, con penas de privacion de oficio, y destino á las obras públicas si fuesen hombres, ó de reclusion, si fuesen mujeres, en la casa-hospicio de San Fernando.

Consultando á la comodidad y á la seguridad que debe procurarse al público, y á fin de evitar atropellos y desgracias, así en los caminos como en las poblaciones, se renovaron con mas rigor las prevenciones relativas á la manera de conducir los carruajes, al orden que habian de guardar en los paseos públicos, y mas especialmente á prevenir los peligros de llevarlos al trote ó al galope por las calles. Con fuertes y severas penas se castigaba la infraccion de este mandato, y mucho mas, como era natural, en el caso de atropello de alguna persona, segun el daño que causare (9). — Repitiéronse algu-

(1) Bando de 24 de diciembre de 1789.

(2) Circular de 6 de mayo de 1790.

(3) Real cédula de 20 de enero de 1794. — En 11 de diciembre de 1796 se expidió otra real cédula, á que acompañaba el reglamento formado para el gobierno y policia de las casas de expósitos: consta de 30 artículos, y es notable la solicitud y minuciosidad con que se procura atender al cuidado físico y á la educacion moral de esta clase infortunada. La real cédula comienza: «Mis vivos deseos de sacar del abatimiento y desprecio en que la indiscreta preocupacion del vulgo tenia á una clase tan numerosa como digna por su inocencia y desamparo de mis paternales desvelos, y cuya conservacion y acertada educacion puede producir tan grandes bienes al Estado... etc.»

(4) Ordenanza de 20 de noviembre de 1789.

(5) Bando de 8 de noviembre de 1790.

(6) Edicto de 6 de abril de 1791. — Instruccion de 6 marzo de 1795.

(7) Bando de 7 de noviembre de 1791.

(8) Bando de 24 de diciembre de 1791.

(9) «Que á los cocheros (decia uno de los artículos del bando de 19 de mayo de 1791, repetido en 6 de setiembre de 1792) que con los coches de rua corrieren, galopasen ó trotasen apresuradamente por las calles de la



nas órdenes sobre trajes, sombreros, gorros, capas, embozos, libreas, etc. (1).

Es cierto que ni este conjunto de medidas, en el orden económico, político y moral, constituye un sistema coherente y completo de administración, como observamos al principio, ni fueron tantas ni en tal número las providencias en un período de seis años que demuestren gran actividad administrativa. Pero tan incompletas, aisladas y parciales como puedan parecer, si nos trasladamos á la época en que se dictaron, y reflexionamos en los grandes acontecimientos europeos que tenían entonces embargados todos los espíritus, en las influencias poderosas que paralizaban ó contrariaban las innovaciones, y en el natural temor que á los mas amigos de reformas infundía el espectáculo y el ejemplo de las peligrosas exageraciones de la nación vecina, no nos parecerán tan mezquinas ni escasas; se ve por lo menos que no se descuidaban los intereses materiales ni los morales, que se hacían operaciones de crédito, no desventajosas atendidas las circunstancias; que en medio de las grandes atenciones se bajaba la mano á la corrección de aquellos abusos y á proporcionar aquellas comodidades que mas inmediatamente afectan á los ciudadanos, y en algunas de ellas se descubría un espíritu liberal que por un lado puede considerarse como la reminiscencia del sistema reformador del reinado precedente, por otro revelaba las influencias de los buenos principios cuyo desarrollo habia de regenerar la sociedad española mas adelante.

Aun no faltaban ya en España cabezas ardientes que aceptarían sin modificación y con entusiasmo las doctrinas de la revolución francesa. A pesar de las rigurosas medidas que en repetidas ocasiones se tomaron con los franceses domiciliados y transeúntes, y de las repetidas prohibiciones de sus escritos, la propaganda habia hecho aquí sus prosélitos; habia quienes mantenían correspondencia con los revoltosos, y aparte de los países fronterizos en que habia cundido el contagio, aun en el interior se tramaron algunas conspiraciones para derribar la monarquía y formar una república española, á cuyo efecto se creaba una junta suprema legislativa y ejecutiva. Proyectos descabellados é irrealizables, pero que ocupaban al gobierno, y le hacían estar vigilante y en guardia. La conjuración que parecia contar con alguna mas gente osada, aunque escasísima siempre, fué descubierta, formóse proceso, y se condenó á los conjurados á ser arrastrados y ahorcados, y confiscados sus bienes (2). Pero mas adelante, el rey, usando de piedad, conmutó la pena de muerte en la de reclusión perpetua en los castillos de Portobelo, Puerto-Cabello y Panamá (3).

corte, paseos y sitios señalados, se les imponga por la primera vez la pena de quince dias de trabajo en calidad de forzados en las obras públicas del Prado y diez ducados de multa; un mes y veinte ducados de multa por la segunda; y por la tercera la pena de vergüenza pública, y seis meses en el mismo destino.»

En el caso de atropello esta última pena era la menor; crecía despues segun el daño, y de todos modos, si dentro del coche iba el dueño, perdía el coche y las mulas, con aplicacion de su valor á la parte ofendida.

(1) A propósito de trajes, creemos que nuestros lectores hallarán curioso el *Retrato de un español segun la moda*, que se hace en el siguiente Soneto que hemos hallado entre los papeles de aquel tiempo.

Mucha hebilla, poquísimos zapatos,  
Media blanca bruñida, y sin calceta,  
Calzon que con rigor el muslo aprieta,  
Vestido verde inglés, mas no barato:  
Magníficos botones de retrato,  
Chupa blanca bordada á cadeneta,  
Bien rizado erizon, poca coleta,  
Talle estrecho á las corvas inmediato.  
Con esto y vueltas de Antolas muy finas,  
Felpudo sombreron, y una corbata  
Que cubra el cuello, mucha muselina,  
Aguas de olor, rapé, capa de grana,  
Trampa adelante, y bolsa no mezquina,  
Es petimetre quien le da la gana.

(2) Eran estos, Juan Picornel, José Lax, Sebastian Andrés, Manuel Cortés, Bernardo Garasa, y Juan Pons Izquierdo

(3) Decreto de 25 de julio de 1796.

## CAPÍTULO IV

Alianza entre España y la República.—Guerra con la Gran Bretaña.—Paz de Campo-Formio

DE 1795 Á 1797

Estado de la Francia despues del 9 de thermidor.—Insurreccion del 12 de germinal.—Terribles sucesos del 1.º de pradiel.—Espanto en la Asamblea invadida por los forajidos.—Combates sangrientos en el salon.—Desarme de los patriotas.—Prisiones, destierros y suplicios de los terroristas.—Esperanzas y atrevimiento de los realistas y reaccionarios.—Nueva Constitucion francesa.—Consejos de los Quinientos y de los Ancianos.—El Directorio ejecutivo.—Oposicion á los decretos de 5 y 13 de fructidor.—Reunion del nuevo Cuerpo legislativo.—Famosa rebelion de las secciones y de los partidos extremos contra la Convencion.—Barrás jefe de las fuerzas de la Asamblea.—Nombra su segundo á Bonaparte.—Actividad y acertadas disposiciones de Napoleon.—Ametralla los batallones insurrectos, espasme el terror y la muerte, y tranquiliza á Paris.—Incorporacion de Bélgica á Francia.—La Convencion nacional termina sus sesiones.—Quejas del príncipe de la Paz contra el gabinete inglés.—Consulta al Consejo sobre la alianza con la república francesa.—Opinion del Consejo.—Tratado de alianza ofensiva y defensiva entre España y Francia.—Declaracion de guerra á la Gran Bretaña.—Manifiesto del rey.—Proposiciones de Inglaterra para la paz, no admitidas.—Situacion de las potencias de Europa.—Triunfos y conquistas de Napoleon en Italia.—Muerte de la emperatriz de Rusia.—Conducta de Prusia y de Austria.—Escuadra española en Italia.—Combate naval de españoles é ingleses en el cabo de San Vicente.—Derrota de nuestra escuadra.—Castigo del general Córdoba.—Nombramiento de Mazarredo.—Reorganizacion de la armada.—Bombardeo de Cádiz por el almirante Nelson.—Es rechazado y ahuyentado.—Recobra su honor la marina española.—Apodéranse los ingleses de la isla de la Trinidad.—Frustrada tentativa contra Puerto Rico.—Descalabro de Nelson en Tenerife.—Negociaciones entre España y Francia sobre indemnizacion al duque de Parma.—Conferencias para la paz en Udina y Lille.—Plenipotenciarios españoles.—Pretensiones de España desatendidas.—Escuadra francesa, española y holandesa en Brest.—Tratado entre Francia y Portugal.—Ruidosa revolucion del 18 fructidor en Paris.—Ultimatum del Directorio á los ingleses.—Terminacion de las conferencias de Lille.—Tratos en Udina entre Francia y el Imperio.—Rasgo de energía de Bonaparte.—Paz de Campo-Formio.—Solemne ovacion de Bonaparte en Paris.

La revolucion francesa, cuyas oscilaciones y vicisitudes tanto influian en la política y en el porvenir de España, así como en el de todas las naciones de Europa, habia indudablemente entrado desde los sucesos del 9 de thermidor en un período de reaccion hácia el gobierno de orden y de humanidad, y sus consecuencias dentro y fuera de la Francia fueron inmensas, sin dejar por eso de sentirse todavía las convulsiones y sacudimientos naturales en un pueblo violentamente conmovido años hacia, en guerra abierta y viva con muchas potencias á un tiempo, y sosteniendo los partidos interiores entre sí una lucha á muerte. Aunque abolido en aquel memorable dia el sistema del terror, todavía la Convencion se vió en gravísimos conflictos y sufrió rudísimos combates de los partidos extremos. Eran estos, de un lado los jacobinos, montañeses antiguos y alborotadores populares, aunque ya sin sus principales jefes; de otro los realistas, los emigrados, el clero, y la juventud dorada, que en diaria agitacion, y formando opuestos grupos, alborotaban gritando, los unos: ¡Vivan los jacobinos! ¡muieran los aristócratas! los otros: ¡Viva la Convencion! ¡muieran los terroristas! y cantando los unos la *Marsellesa*, los otros el *Despertamiento del pueblo*.

Despues de varias tentativas de insurreccion de parte de los primeros, estalla al fin la de 12 de germinal (1.º de abril de 1795), en que, so pretexto de la falta de subsistencias, y al grito de ¡Pan! ¡Constitucion del 93! oleadas de frenéticas turbas de mujeres, muchachos y hombres beodos, con las armas que han podido haber, arrollan la guardia de la Convencion, invaden el salon de sesiones, é introducen el desorden y el espanto en la Asamblea. Por fortuna, despues de mil escenas de terror y de escándalo, semejantes á las del 20 de junio de 92 en el palacio del rey, llegan los batallones de las comisiones de gobierno, y lanzan del salon á las turbas tumultuadas. La Convencion sigue deliberando, decreta el castigo de los autores del atentado, la prision de algunos diputados de la Montaña, y el destierro de los corifeos de los terroristas



que se hallaban presos. El resto del día se emplea en deshacer á cañonazos los grupos de los facciosos.

En vez de templarse la violencia de los partidos con el desenlace de los sucesos del 12 de germinal, se recrudecen sus odios. Los revolucionarios, los terroristas y los llamados patriotas, se exasperan con la persecucion. Los realistas, los que á favor de la tolerancia habian vuelto de la emigracion, se envalentonan con los decretos contra los patriotas, y todos conspiran contra los thermidorianos y republicanos sinceros y de órden. Los revolucionarios exaltados preparan un plan para consumir el proyecto, del cual el 12 de germinal habia sido solo un amago. Los realistas fomentan astutamente aquella conspiracion horrible; además organizan compañías de asesinos; algunas de estas, las denominadas *del Sol y de Jesus*, penetran en las cárceles de Lyon, degüellan setenta ú ochenta presos tenidos por terroristas, y arrojan sus cadáveres al Ródano. La Convencion se ve obligada á renovar las leyes contra los emigrados, contra los escritores realistas y contra los clérigos perturbadores que habian vuelto de la emigracion.

Por último, el plan de sublevacion urdido por las juntas revolucionarias, instigadas y ayudadas clandestinamente por los realistas, y de que habia sido precursor el 12 de germinal, estalla el 1.º de pradiel (20 de mayo, 1795), tocando las campanas á rebato, y marchando pelotones inmensos de mujeres furiosas, de borrachos y bandidos armados de hachas, sables y picas camino de las Tullerías: fuerzan é inundan la sala de la Convencion, gritando unos y ostentando otros en los sombreros el lema de *pan y Constitucion de 93*: las mujeres amenazan con el puño á los diputados, ó se rien á carcajadas del apuro en que los ven. Se oyen fuertes golpes y crujen los goznes de la puerta que da á la presidencia, y por último cae esta hecha pedazos. Los diputados se suben á los bancos superiores, y los gendarmes forman delante de ellos una línea para protegerlos. Armase dentro del salon una pelea entre la tropa y el populacho. Los unos hacen fuego y los otros calan bayoneta: los diputados se levantan gritando: *¡Viva la república!* Se enfurece el combate, se redobra el tiroteo, se carga á la bayoneta, se confunden y se acuchillan. El diputado Fereaud, que acaba de llegar del ejército del Rhin, al ver un nuevo grupo invadir la Asamblea: *Matadme*, exclama descubriendo su pecho: *no entrareis aquí sino pasando por encima de mi cuerpo*. En efecto los forajidos pasan por encima de él, y se dirigen á la mesa; las mujeres se sientan en los bancos inferiores de los diputados. El valiente Fereaud se levanta, va á cubrir con su cuerpo al presidente que ve amenazado, y cae herido de un pistoletazo en el hombro; le pisotean, y sacan su cadáver para entregarle al populacho. El presidente, Boissy-d'Anglás, permanece sereno é imperturbable en medio de aquella espantosa escena, rodeada su cabeza de bayonetas y de picas.

Comienza entonces una confusion que seria imposible describir: todos gritan, todos vocean, todos se esfuerzan por hablar, y á nadie se oye; se da un redoble de tambores para que se guarde silencio, pero la multitud brinca de regocijo, y alborota mas, gozando de ver el desórden en que se halla la Asamblea. La confusion, el espanto y el horror suben de punto al ver traer al salon una cabeza en la punta de una bayoneta, y pasearla en medio de los frenéticos alaridos de la multitud. Todos la miraban queriendo reconocerla; era la del valeroso y patriota diputado Fereaud. Se renueva el furor contra el presidente; centenares de fusiles y de picas le vuelven á rodear; parece amenazarle por mil partes la muerte; todos los representantes temen ser degollados; sin embargo, conociendo los mismos tumultuados la necesidad de arrancar algunos decretos, hacen á los diputados descender de los bancos que ocupaban, los reunen como un rebaño en medio del salon para obligarlos á deliberar, haciendo ellos circulo con sus picas, y empiezan á proponer lo que ha de decretarse. A las ocho de la noche ocupa Vernier la presidencia en que ha permanecido el impertérrito Boissy-d'Anglás durante seis mortales horas de continuo é inminente peligro.

Así cercados, los obligan á poner á votacion los siguientes decretos: que se dé libertad á los patriotas presos; que se re-

ponga á los diputados arrestados el 12 de germinal; que se suspendan las comisiones del gobierno, y se nombre una extraordinaria general, compuesta de los cuatro diputados montañeses que ellos designan. Estos decretos son arrancados en aclamacion tumultuaria, levantando ellos los sombreros y gritando: *¡Adoptado, adoptado!* Pero al fin llegan las tropas protectoras de la Convencion; entran en el salon á bayoneta calada; nuevo y horrible combate dentro de aquel recinto; los revoltosos son acuchillados; muchos se salvan por las ventanas; algunos diputados quedan heridos. Eran las doce de la noche. La Convencion, libre de la canalla, continúa deliberando. Se declaran nulos los decretos arrancados por los forajidos; se acuerdan medidas rigurosas contra todos sus fautores; se designa con sus nombres á todos los diputados de la montaña que se han expresado en favor de los insurrectos, se los llama asesinos, se los hace bajar á la barra, y se los saca presos entre gendarmes. Se decreta por fin el desarme de los terroristas, los asesinos, los bebedores de sangre, ladrones y agentes de la tiranía anterior al 9 de thermidor. Eran las tres de la mañana. Las comisiones anuncian que Paris está tranquilo, y se suspende la sesion hasta las diez. El atentado del 1.º de pradiel fué el mas terrible de cuantos habia producido la revolucion.

Y todavía los terroristas no se dieron por vencidos. Al día siguiente tres batallones escogidos, compuestos de gente intrépida y robusta, se dirigen de nuevo á acometer el palacio nacional: protégienle las secciones armadas de la Convencion; pero unos y otros temen el combate; se acuerda entenderse; una comision de doce es admitida á la Asamblea; pide á nombre de los insurrectos la Constitucion de 93 y la libertad de los patriotas; la Convencion ofrece examinar sus proposiciones; lo avanzado de la hora, la fatiga, el cansancio y otras circunstancias mueven á los sublevados á retirarse, pero es para concentrar á otro día todas las fuerzas de los patriotas en el arrabal de San Antonio. Allí van á batirlas las de la Convencion, confiadas á tres representantes. El batallon de la Juventud dorada se ve por su temeraria intrepidez en peligro de ser todo deshecho: felizmente llega el grueso de la fuerza á tiempo de salvarle: el general Menou hace rendir las armas á los sublevados, y vuelve triunfante con los cañones del arrabal. Desde este momento la Convencion no tiene que temer ya á los terroristas: la comision militar procede contra los culpables; se prende á los mas señalados; se empieza el desarme de los patriotas, y las secciones trabajan permanentemente hasta dar por terminada la operacion.

Al propio tiempo habian ocurrido en Tolon sucesos semejantes á los de Paris, lo cual acabó de irritar á la Convencion contra los montañeses y patriotas. Multiplicáronse las prisiones, los procesos, los destierros y los suplicios; no se perdonaba á ninguno de los jefes del terrorismo, fuesen ó no diputados: corrió, pues, otra vez la sangre á torrentes, porque, como observa un historiador de aquella nacion, ningun partido político es prudente en su venganza, ni aun el que lleva por divisa la humanidad. Algunos de los sentenciados se suicidaron en la prision con admirable y espantoso heroismo, pasándose unos á otros el puñal de mano en mano. Los que por no poderlo ejecutar subieron al patíbulo, sufrieron la muerte con una serenidad tambien rudamente heroica. La consecuencia de estos hechos fué quedar destruido todo el partido montañés. «Así en aquella larga sucesion de ideas, añade el citado historiador, todos tuvieron sus víctimas; hasta las ideas de clemencia, humanidad y reconciliacion sufrieron sus sacrificios, porque en las revoluciones ninguna se halla sin mancha de sangre humana.» Con los hombres del terror cayeron tambien algunas instituciones revolucionarias; el célebre tribunal de aquel nombre quedó abolido; se suprimió hasta la palabra revolucionario, aplicada á las instituciones y á los establecimientos; se reorganizó bajo el antiguo pié la guardia nacional; se excluyó de ella á los jornaleros, á los sirvientes, y en general á las clases poco acomodadas, y se confió la tranquilidad pública á los que tenian mas interés en conservarla.

Cuando se persigue á un partido político, se alienta el contrario por abatido y desesperado que parezca estar. Tan al extremo querian ya llevar las secciones de Paris la persecucion



de los patriotas, acusando á la Convencion misma de moderada y tibia en las venganzas, que sin advertirlo estaban sirviendo á la causa de los realistas; estos lo comprendieron, y aprovechando sus agentes y directores el espíritu de reaccion que se advertía en las secciones, en los escritores, en los propietarios, y en la clase media en general, fomentaban diestramente aquellas tendencias, y la consigna que daban á los suyos era que adoptaran el lenguaje de las secciones, que pidieran lo mismo que ellas, que promovieran todo lo que pudiera producir choques con la Convencion, disturbios y asonadas, que se escribieran folletos y artículos exagerados para alarmar y mantener la agitacion, que atizaran mañosamente la discordia haciendo sospechosos entre sí á los partidos republicanos, pues de las continuas turbulencias esperaban ellos el descrédito de la revolucion, el cansancio general, y el triunfo del realismo en su día. Pero la Convencion, que se habia trazado ya una senda por entre los partidos extremos, por una parte suspendió los indultos y coartó la entrada de los emigrados, por otra tomó medidas sobre el modo cómo habian de ser juzgados los patriotas presos y los diputados comprometidos en los sucesos anteriores. Y por otra tambien, procuró apresurar la obra que habia comenzado de hacer una Constitucion mas acomodada á las nuevas circunstancias y al espíritu á la sazón dominante en Francia.

Decretóse al fin esta nueva Constitucion, cuyas principales bases eran: un Consejo llamado *de los Quinientos*, por componerse de este número de individuos, de edad de treinta años por lo menos, que habian de renovarse anualmente por terceras partes: á estos correspondia proponer las leyes: otro Consejo denominado *de los Ancianos*, en razon á exigirse la edad de cuarenta años por lo menos, compuesto de la mitad de individuos que el anterior, renovables tambien por terceras partes, todos viudos ó casados; se encomendaba á estos la sancion de las leyes: un *Directorio ejecutivo* de cinco individuos que se renovarían cada año por quintas partes, con ministros responsables para promulgar y hacer ejecutar las leyes, teniendo á su disposicion las fuerzas de mar y tierra, la facultad de rechazar las primeras hostilidades, pero no la de hacer la guerra sin el consentimiento del poder legislativo, á cuya ratificacion se habian de someter tambien los tratados que se negociaran. — Los dos Consejos serian elegidos en juntas electorales, nombradas por asambleas primarias, y aquellos despues nombrarían el Directorio. — Seguía luego la manera cómo habia de constituirse el poder judicial, la administracion municipal, la libertad de imprenta, la de cultos, etc.

La nueva Constitucion fué aceptada por toda la Francia, y con entusiasmo por los ejércitos, á los cuales se dió voto electoral, convirtiéndose los campamentos en asambleas primarias. No así los decretos de 5 y 13 de fructidor (22 y 30 de agosto de 1795), por los cuales se disponia que el nuevo Cuerpo legislativo se compondría en sus dos terceras partes de individuos de la Convencion, designados por las juntas electorales. Estos dos decretos suscitaron una vivísima oposicion en Paris de parte de los realistas y de los revolucionarios fogosos. Sin embargo, en todo el resto de la Francia fueron aceptados los decretos por una inmensa mayoría; la Constitucion casi por unanimidad. Publicóse el resultado de la votacion en medio de estrepitosos aplausos (23 de setiembre, 1795), y la Convencion decretó que el nuevo Cuerpo legislativo se reuniría el 15 de brumario (6 de noviembre).

Pero los emigrados, los realistas, los jóvenes ambiciosos, los patriotas furibundos, todos los que deseaban heredar el poder de la Convencion, las secciones de Paris, que todas, á excepcion de una, habian rechazado los decretos de 5 y 13 de fructidor, instigadas por la seccion Lepelletier, siempre la mas acalorada de todas, y el foco y centro de las insurrecciones; los periodistas de la contra-revolucion, los generales descontentos ó desairados, los intrigantes, en fin, de todos los partidos, preparan otra sublevacion para acabar con lo que llaman *los dos tercios*; se arman, seducen á los ciudadanos pacíficos de Paris, obligan á una gran parte de la guardia nacional á unirseles, se declaran en abierta rebelion, y tocan generala en todos los barrios. El general Menou, elegido como antes por la Conven-

cion para batir á los rebeldes, tiene esta vez la debilidad de capitular con ellos y se retira, dejándolos, si no victoriosos, haciendo alarde de ser temidos. Entonces la Convencion nombra general en jefe del ejército del interior al representante Barrás; á propuesta de este se da el nombramiento de segundo jefe á un joven oficial de artillería, que por su valor y su talento habia llegado á general de brigada, pero que depuesto por el reaccionario Aubry, se hallaba en Paris cesante y reducido casi á la indigencia. Este joven general era Napoleon Bonaparte. Barrás, que conoce su gran pericia y su arrojo, le confia la direccion de la fuerza, y Bonaparte toma sus disposiciones militares con asombrosa actividad.

Todas las fuerzas de la Convencion, contando la gendarmería y policia, no llegaban á ocho mil hombres; las secciones sublevadas disponian de cuarenta mil, con generales intrépidos que habian mandado los ejércitos republicanos. Bonaparte traza y combina su plan, proponiéndose principalmente proteger á la Convencion, á la cual envia ochocientos fusiles con que se arman los diputados para defender en un caso el recinto interior de la Asamblea. Bonaparte toma sus disposiciones; coloca convenientemente la artillería, infantería y caballería; á las cuatro y media de la tarde (13 de vendimiario) monta á caballo acompañado de Barrás, y recorre los puestos. Conociendo lo que valen los primeros golpes, manda avanzar sus piezas y hacer la primera descarga, y aunque los rebeldes le contestan con un vivísimo fuego graneado, una lluvia de metralla los obliga á replegarse y á huir en desórden. Pasa á otro puesto, y los ametralla y desaloja tambien. Lleva sus cañones al Puente Real y al pretil de las Tullerías; deja que se acerquen los batallones insurrectos que en columna cerrada y en número de diez ó doce mil hombres desembocan del arrabal de San German; manda hacer fuego; esparré la muerte y el terror en las filas de los sublevados; deshace sus columnas y los ahuyenta; á las seis de la tarde el combate estaba concluido. Hace disparar los cañones con pólvora sola para acabar de asustar á los rebeldes; toma algunas barricadas; durante la noche los desaloja de sus últimos atrincheramientos; la tranquilidad queda restablecida, y la Convencion puede dedicarse sosegadamente á plantear las nuevas instituciones.

Barrás y Bonaparte comparten la gloria de haber salvado la Convencion y el orden público; las secciones rebeldes son desarmadas; se disuelven las compañías de granaderos y cazadores de la guardia nacional, y el resto se pone á las órdenes del general del interior: la Convencion nombra una comision de cinco individuos encargada de proponer medidas eficaces para hacer sin disturbios la transicion de una forma de gobierno á otra; se decreta la incorporacion de la Bélgica á la Francia y su division en departamentos; la abolicion de la pena de muerte desde la paz general; el cambio de nombre de la *plaza de la Revolucion* en el de *plaza de la Concordia*; amnistía general para todos los hechos de la revolucion, á excepcion de los del 13 de vendimiario; libertad á los presos de todos los partidos políticos, excepto Lemaitre, el jefe de los conspiradores de aquel día; y por último en la tarde del 4 de brumario (26 de octubre, 1795) el presidente de la Convencion pronuncia estas solemnes palabras: *La Convencion nacional declara que su mision está cumplida, y terminadas sus sesiones*. Repetidos gritos de *¡viva la república!* acompañan la declaracion del presidente (1).

Cuando se verificaba este cambio en las ideas y en el gobierno del pueblo francés, se ajustó el tratado de paz entre Francia y España, de que dimos cuenta en otro capítulo. Era natural, y así debió preverlo el gobierno español, que la Inglaterra viese con disgusto aquel concierto, tanto por la razon de segregarse de la coalicion una potencia respetable, cuanto por la posicion especial de la Gran Bretaña para con aquellas dos naciones, posicion especial que explicaban bien los hechos de la historia antigua y reciente de los tres Estados. Dos problemas de difícil solucion tenia que resolver el gobierno de Cár-

(1) Hemos hecho esta rapidísima reseña de los sucesos interiores de Francia, así para proseguir en nuestro propósito de dar idea de la marcha que fué llevando la revolucion, como de las circunstancias en que se hizo la paz con Francia.



los IV asentada la paz con la república. Era el uno, si después de aquella paz debería y podría, á pesar del enojo de la Inglaterra, mantenerse neutral en la guerra que sostenían las naciones británica y francesa. Era el otro, en el caso de no poder conservar aquella neutralidad, qué alianza le sería preferible y mas ventajosa, aun á riesgo de tener que entrar en guerra con la potencia que quedaria pospuesta y resentida.

El príncipe de la Paz, por razones que á él debieron parecerle poderosas, y que expresaremos después, comenzó muy pronto á mostrarse inclinado á la alianza y amistad con la Francia, y en este sentido escribió al negociador de la paz don Domingo Iriarte antes que saliese de Basilea, representándola como necesaria y urgente, y ordenándole á nombre del rey, que pasara inmediatamente á Paris en calidad de embajador, recomendándole la conveniencia de que estuviera hecho el tratado antes que llegara el caso de declararse la guerra, caso que decía prever por noticias que tenía de que Inglaterra pensaba oponerse á la entrega de Santo Domingo y abrigaba otras intenciones hostiles á España (1). Y seis semanas mas adelante (22 de octubre, 1795) le envió ya los tratados de alianza y de comercio en la forma que al rey habían parecido mas convenientes, después de examinados los que el gobierno francés habia presentado, previniéndole é inculcándole sobre los esfuerzos de Inglaterra para desunirnos con Francia. Sin embargo, Iriarte no pudo pasar á Paris á poner por obra la negociacion de alianza: el mal estado de su salud le obligó á venir á España, y á poco tiempo este digno ministro falleció en Girona entre los brazos del prelado de aquella diócesis (22 de octubre, 1795). Para reemplazarle en la embajada de Paris fué nombrado el marqués del Campo, que desempeñaba la de Londres, bien que por particulares causas no pudo presentar sus credenciales hasta marzo de 1796.

Entre tanto, libre ya el rey Carlos IV de los temores y de las atenciones de la guerra con Francia, determinó cumplir el voto que la reina habia hecho de visitar el cuerpo del santo rey don Fernando, si recobraba su salud el príncipe de Asturias (2). Salió pues la familia real de Madrid el 4 de enero de 1796, y llegó felizmente el 18 á Badajoz, donde tuvieron una entrevista con los príncipes del Brasil, y pasaron unos días dándose banquetes y haciéndose mutuos agasajos. En aquella ciudad, y en la casa del mismo Godoy, donde se aposentaron los reyes, permanecieron hasta el 15 de febrero, con no poca satisfaccion del ministro, que sin duda tuvo gran parte en la direccion de una jornada que le proporcionaba lo que podia halagar mas su amor propio, el placer de presentarse á sus paisanos con todo el esplendor de su encumbramiento, y de que fueran testigos de la predileccion y la confianza que le dispensaron los reyes. De allí pasaron á Sevilla, y cumplido su voto, y después de visitar la ciudad y puerto de Cádiz, regresaron á Aranjuez por la Mancha (22 de marzo, 1796), habiendo recibido testimonios de respetuoso homenaje en todos los pueblos del tránsito (3).

(1) Carta del príncipe de la Paz á don Domingo Iriarte, de San Ildefonso, á 11 de setiembre de 1795.

(2) «Habiendo sido siempre (decía la real orden) el ánimo del Rey y Reina nuestros Señores, cumplir cuanto antes fuese posible el voto que hicieron por la salud del príncipe nuestro Señor, de visitar el cuerpo de San Fernando su glorioso abuelo, han resuelto ejecutarlo ahora, poniéndose en marcha desde este sitio para Sevilla el día 4 de enero próximo de 1796, pasando por Badajoz, y llevando en su compañía al mismo príncipe nuestro Señor, á la señora infanta doña María Amalia, señor infante don Antonio Pascual, señora infanta doña María Luisa, y al señor príncipe de Parma su esposo, reduciendo la familia y oficios que han de ir sirviendo á SS. MM. y AA. á lo absolutamente mas preciso.

»Igualmente ha resuelto S. M. que los señores infantes don Carlos, don Francisco Antonio, doña María Isabel, y doña María Josefa, se trasladen desde este sitio al de Aranjuez el 29 del mes corriente, donde residirán mientras se hallen ausentes SS. MM. Lo que participo á V. E. etc., San Lorenzo, 13 de diciembre de 1795.»

(3) Cuenta el P. Villanueva en su Vida literaria, que por este tiempo estuvo don Manuel Godoy muy en peligro de caer del favor y de la gracia de la reina, á causa, dice, de las veleidades y caprichos de esta señora. Y refiere que en uno de esos períodos de enojo ó de resentimiento que suelen tener las damas, y en que andaba buscando cómo desprenderse de la privanza de Godoy, dos damas de la reina, la Matallana y la Pizarro,

Ni este viaje, ni otros asuntos interiores impidieron al príncipe de la Paz proseguir sus negociaciones de alianza con la república y buscar medios de hacérsela propicia. Uno de ellos fué parar el golpe que la amenazaba por parte de Suecia, cuando esta nacion estaba ya casi determinada á declararse contra la Francia á instigacion de la emperatriz Catalina de Rusia, á la cual por otra parte halagaba el gabinete inglés con un proyecto de expedicion anglo-rusa á Portugal, para obligar á España á entrar de nuevo en la coalicion, ofreciendo en retribucion á la zarina algun punto favorable de escala en el Mediterráneo. Este era uno, pero ni el solo ni el mas grave de los cargos que al gobierno de la Gran Bretaña hacia el príncipe de la Paz, para justificar su empeño y persuadir la necesidad de aliarse con Francia, siquiera nos trajese la guerra con aquella nacion. El ministro español acumulaba un largo catálogo de quejas sobre la conducta del gobierno británico para con la España antes y después de Basilea. Enumeraremos rápidamente las mas principales.

Siendo todavia aliadas las dos naciones, ocurrió el abominable comportamiento de la escuadra inglesa con la española en el incendio del puerto de Tolon.—Siendo todavia aliadas, los ingleses estipularon con los Estados Unidos de América el tratado de 24 de noviembre de 1794, sin contar para nada con nosotros, ni tener en cuenta nuestros intereses, ni darnos siquiera conocimiento de él. En desquite ajustó el príncipe de la Paz en 27 de octubre de 1795, sin dar noticia á los ingleses, el tratado de amistad, límites y navegacion entre el rey de España y los Estados Unidos de América (4).—Siendo todavia aliadas, los buques españoles eran vejados por los ingleses y confiscados sus efectos navales, ya so pretexto de tener parte en sus intereses con negociantes de Francia, ya bajo el de ser conducidos en naves holandesas; y nuestras costas de España y de América se veían infestadas de contrabandistas ingleses.—Siendo todavia aliadas, negóse la Inglaterra á la excitacion que se le hizo para sacarnos del conflicto de la tercera campaña con Francia.—Después de la paz de Basilea, el ministro español en Londres informaba con frecuencia á nuestra corte de proyectos hostiles del gobierno británico y de la necesidad urgente de tomar medidas de defensa.—Enviaba grandes expediciones y armamentos á las Antillas con objeto de impedir la entrega de Santo Domingo á la Francia:—sus navíos exploraban las costas de los dominios españoles de América, organizaban el fraude, y corrompian á los naturales para ultteriores designios:—citábanse repetidos insultos hechos á la bandera española, no solo en los mares de la India, sino tambien en el Mediterráneo, y hasta dentro de las ensenadas de la costa de Cataluña; atentados y violaciones de territorio cometidos por bergantines de la marina real inglesa en las costas de Alicante y de Galicia, y otras injurias y agravios por este orden.

Por mucho que de la realidad de estas ofensas por parte de la Gran Bretaña quiera rebajarse, atribuyéndolo á prevenciones ó antipatías del ministro español, y á su interés en justi-

discurrieron é intentaron que le suplantara en el favor el célebre marino Malaspina, que acababa de volver de dar la vuelta al mundo: que apercibido de ello el príncipe de la Paz por sospechas que le inspiró una expresion impremeditada de la reina, estrechó á la Pizarro hasta hacerla revelar el secreto: que la Matallana que se habia negado constantemente á descubrirle el plan, fué presa y desterrada de la corte; que Malaspina fué igualmente arrestado en el cuartel de Guardias de Corps, y de allí conducido al castillo de San Anton de la Coruña: y que en esta desgracia fué tambien envuelto el P. Gil, clérigo menor de Sevilla, residente entonces en Madrid y muy amigo de Malaspina, el cual fué destinado á la casa de correccion de los Toribios de Sevilla.

Si esta anécdota, que copió don Andrés Murriel en la historia manuscrita de Carlos IV, sucedió de la manera que se refiere, la intriga surtió sin duda un efecto contrario al que se proponian sus autores, puesto que ellos fueron escarmentados, y lejos de menguar el favor de Godoy, se le ve llevar á los soberanos al pueblo de su naturaleza, aposentarlos en su propia casa, y poder hacer así ostentacion pública de su valimiento.

(4) Este tratado, que consta de 22 artículos, tardó mucho en publicarse y ser conocido: se halla íntegro, y forma el Apéndice II en el t. I de las Memorias del príncipe de la Paz, y es el mismo que se publicó en la Gaceta de Madrid.



ficar la alianza que negociaba con la república, no pueden suponerse tan destituidas de fundamento como algunos pretenden, las quejas, cuando el rey, mas adelante y con ocasion del manifiesto de declaracion de guerra, se atrevió á emitirlas solemnemente y á enumerarlas, citando particulares y determinados casos de insultos y violaciones (1). Quiso no obstante el príncipe de la Paz, antes de tomar resolucíon, fortalecerse con el dictámen del Consejo, al cual consultó presentándole los informes y relaciones de nuestros ministros de Francia é Inglaterra, y las gestiones diplomáticas practicadas por el gabinete antes y despues de la paz de Basilea. Pero cuidó de presentar las cuestiones bajo la siguiente forma: 1.<sup>a</sup> La situacion de la Europa y la conducta de la Francia para con España despues del 22 de julio del año pasado en que fué ajustada la paz, ¿han ofrecido algun motivo para desistir de las ideas pacíficas adoptadas con la república francesa?—2.<sup>a</sup> ¿El temor de una guerra marítima de que la monarquía española se encuentra amenazada por la Inglaterra, podría ser una razon que obligase á la España á declarar la guerra nuevamente á la república?—3.<sup>a</sup> En suposicion de que la guerra con la Gran Bretaña se hiciese inevitable, ¿deberá adoptarse la alianza con la república francesa?—4.<sup>a</sup> A propósito de alianza, ¿en qué términos convendrá que se ajuste con la Francia? ¿Deberá limitarse á un tratado puro y simple de alianza ofensiva y defensiva contra la Inglaterra, ó deberá renovarse entre las dos naciones la sustancia del antiguo Pacto de Familia?

El Consejo fué resolviendo cada cuestion en el sentido que el ministro deseaba, si bien no faltaron algunos individuos que opinaran y sostuvieran que lo mas conveniente seria el sistema de la neutralidad armada, sin diferencia alguna frente á las dos naciones; medio cierto, decían, de satisfacer á la Inglaterra, si en realidad estaba recelosa de nuestra amistad con Francia, y á esta, si á su vez se encontraba temerosa de nuestra paz con la Inglaterra; porque en tal actitud comprenderian una y otra nuestra firme resolucíon de mantenernos imparciales é independientes de ambas. Sistema que combatió fuertemente Godoy como irrealizable é insostenible, pues aparte de las razones en que podia apoyar la impugnacion, la verdad era que ya habia cuidado de presentar la consulta en el supuesto de ser inevitable la disyuntiva de la guerra con la una ó con la otra de las dos naciones, y que seducido por los halagos y promesas de la Francia, interesada y solícita en atraerse la España para sostener con su auxilio la guerra marítima con Inglaterra, é interesado tambien y apretado por el embajador de la república Perignon, su ánimo estaba ya decidido, y lo que buscaba era el apoyo del Consejo. Así pues, inmediatamente entregó al ciudadano Perignon el *ultimatum* de las bases y condiciones de alianza.

Una dificultad quedaba ya solamente. El Directorio pretendia que el tratado fuese como una reproduccion sustancial del antiguo Pacto de Familia, por lo menos en los artículos patentes, bien que accediendo á que en una adicíon reservada se comprometiera el gobierno de la república á no poder exigir de la nacion española su asistencia contra las potencias que estaban en paz con España, y de las cuales no habian recibido agravios. El ministro español por su parte insistia en que esta restriccion se comprendiese entre los artículos públicos, pues de otro modo se haria aparecer á S. M. Católica como en actitud hostil con aquellas potencias, no pudiendo contestar á estas lo que en secreto se estipulase. En este punto persistió con empeño el príncipe de la Paz, consintiendo, á cambio de esta sola concesion, en que el tratado contuviese en sustancia todos los demás artículos del antiguo Pacto de Familia. Accedió al fin á ello el representante Perignon á nombre del Directorio, y redactóse el artículo en cuestion en los términos siguientes: «Siendo la Inglaterra la única potencia de quien la España ha recibido agravios directos, la presente alianza solo tendrá efecto contra ella en la guerra actual, y la España permanecerá neutral con respecto á las demás potencias que están en guerra con la república.» Orillada esta dificultad, se convino fácilmente en los demás artículos del tratado, que firmado por el príncipe de la Paz y el ministro

de la república Perignon (27 de junio, 1796), fué enviado á nuestro embajador en Paris marqués del Campo.

Todavía quiso el gobierno español, y lo propuso al Directorio, que antes de romper con Inglaterra se fijase un plazo de cuatro meses para ver de traer á la razon al gabinete inglés, y en el caso de que no se consiguiese, serviría este tiempo para prevenirse mas y mas, y tomar nuevas precauciones y medidas para la defensa de nuestras vastas y remotas posesiones de América. Estas y otras razones que expresó nuestro embajador fueron combatidas por el Directorio, diciendo que semejante plazo seria tiempo perdido para España, y aprovechado solo para Inglaterra, á quien convenia sobre todo ganar por la mano dando golpes rápidos y decisivos (2). En vista de esta respuesta se desistió de aquella pretension, y se ratificó definitivamente el tratado de alianza ofensiva y defensiva entre España y la república francesa en San Ildefonso á 18 de agosto de 1796. Hé aquí el texto de aquella célebre estipulacion, que conviene conocer íntegro.

«*Tratado.* S. M. Católica el rey de España y el Directorio ejecutivo de la República francesa, animados del deseo de estrechar los lazos de la amistad y buena inteligencia que restableció felizmente el tratado de paz concluido en Basilea el 22 de julio de 1795 (4 de thermidor, año III de la república), han resuelto hacer un tratado de alianza ofensiva y defensiva, comprensivo de todo lo que interesa á las ventajas y defensa comun de las dos naciones; y han encargado esta negociacion importante, y dado sus plenos poderes para ella, á saber: S. M. Católica el rey de España, al excelentísimo señor don Manuel de Godoy y Alvarez de Faria, Rios, Sanchez, Zarzosa, príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del Soto de Roma, y del estado de Albalá, grande de España de primera clase, regidor perpetuo de la villa de Madrid, y de las ciudades de Santiago, Cádiz, Málaga y Écija, y veinticuatro de la de Sevilla, caballero de la insigne orden del Toison de oro, gran cruz de la real y distinguida española de Carlos III, comendador de Valencia de Ventoso, Rivera y Aceuchal en la de Santiago, caballero gran cruz de la real orden de Cristo y de la religion de San Juan, consejero de Estado, primer secretario de Estado y del Despacho, secretario de la reina, superintendente general de correos y caminos, protector de la real academia de las Nobles Artes y de los reales gabinetes de Historia natural, Jardín Botánico, Laboratorio químico y Observatorio astronómico, gentil hombre de cámara con ejercicio, capitán general de los reales ejércitos, inspector y sargento mayor del real cuerpo de guardias de corps, etc.; y el Directorio ejecutivo de la República francesa, al ciudadano Domingo Catalina Perignon, general de division de los ejércitos de la misma república, y su embajador cerca de S. M. Católica el rey de España: los cuales despues de la comunicacion y cambio respectivo de sus plenos poderes, de que se inserta copia al fin del presente tratado, han convenido en los artículos siguientes:

I. Habrá perpetuamente una alianza ofensiva y defensiva entre S. M. Católica el rey de España y la República francesa.

II. Las dos potencias contratantes se garantizarán mutuamente sin reserva ni excepcion alguna, y en la forma mas auténtica y absoluta, todos los territorios, islas y plazas que poseen y poseerán respectivamente; y si una de las dos se viese en lo sucesivo amenazada ó atacada bajo cualquier pretexto que sea, la otra promete, se empeña y obliga á auxiliarla con sus buenos oficios, y á socorrerla luego que sea requerida, segun se estipulará en los artículos siguientes.

III. En el término de tres meses contados desde el momento de la requisicion, la potencia requerida tendrá prontos, y á la disposicion de la potencia demandante, quince navíos de línea, tres de ellos de tres puentes ó de ochenta cañones, y doce de setenta á setenta y dos, seis fragatas de una fuerza correspondiente, y cuatro corbetas ó buques ligeros, todos equipados, armados, provistos de víveres para seis meses, y de aparejos para un año. La potencia requerida reunirá estas fuerzas navales en el puerto de sus dominios y que hubiere señalado la potencia demandante.

(1) Manifiesto de Carlos IV de 7 de octubre de 1796.

(2) Despacho del marqués del Campo al príncipe de la Paz, 8 de julio de 1796.



IV. En el caso de que para principiar las hostilidades juzgase á propósito la potencia demandante exigir solo la mitad del socorro que debe dársele en virtud del artículo anterior, podrá la misma potencia en todas las épocas de la campaña pedir la otra mitad de dicho socorro, que se suministrará del modo y dentro del plazo señalado; y este plazo se entenderá contando desde la nueva requisición.

V. La potencia requerida aprontará igualmente en virtud de la requisición de la potencia demandante, en el mismo término de tres meses contados desde el momento de dicha requisición, diez y ocho mil hombres de infantería, y seis mil de caballería, con un tren de artillería proporcionado; cuyas fuerzas se emplearán únicamente en Europa, ó en defensa de las colonias que poseen las partes contratantes en el golfo de Méjico.

VI. La potencia demandante tendrá facultad de enviar uno ó mas comisarios, á fin de asegurarse si la potencia requerida con arreglo á los artículos antecedentes se ha puesto en estado de entrar en campaña en el día señalado con las fuerzas de mar y tierra estipuladas en los mismos artículos.

VII. Estos socorros se pondrán enteramente á la disposición de la potencia demandante, bien para que los reserve en los puertos ó en el territorio de la potencia requerida, bien para que los emplee en las expediciones que le parezca conveniente emprender, sin que esté obligada á dar cuenta de los motivos que la determinan á ellas.

VIII. La requisición que haga una de las potencias de los socorros estipulados en los artículos anteriores, bastará para probar la necesidad que tiene de ellos, y para imponer á la otra potencia la obligación de aprontarlos, sin que sea preciso entrar en discusión alguna de si la guerra que se propone hacer es ofensiva ó defensiva, ó sin que se pueda pedir ningun género de explicación dirigida á eludir el mas pronto y mas exacto cumplimiento de lo estipulado.

IX. Las tropas y navíos que pida la potencia demandante quedarán á su disposición mientras dure la guerra, sin que en ningun caso puedan serle gravosas. La potencia requerida deberá cuidar de su manutención en todos los parajes donde su aliada las hiciese servir, como si las emplease directamente por sí misma. Y solo se ha convenido que durante todo el tiempo que dichas tropas ó navíos permaneciesen dentro del territorio ó en los puertos de la potencia demandante, deberá esta franquear de sus almacenes ó arsenales todo lo que necesiten, del mismo modo y á los mismos precios que si fuesen sus propias tropas y navíos.

X. La potencia requerida reemplazará al instante los navíos de su contingente que pereciesen por los accidentes de la guerra, ó del mar; y reparará tambien las pérdidas que sufriesen las tropas que hubiere suministrado.

XI. Si fuesen ó llegasen á ser insuficientes dichos socorros, las dos potencias contratantes pondrán en movimiento las mayores fuerzas que les sea posible, así de mar como de tierra, contra el enemigo de la potencia atacada, la cual usará de dichas fuerzas, bien combinándolas, bien haciéndolas obrar separadamente, pero todo conforme á un plan concertado entre ambas.

XII. Los socorros estipulados en los artículos antecedentes se suministrarán en todas las guerras que las potencias contratantes se viesen obligadas á sostener: aun en aquellas en que la parte requerida no tuviere interés directo, y solo obrare como puramente auxiliar.

XIII. Cuando las dos partes llegaren á declarar la guerra de comun acuerdo á una ó mas potencias, porque las causas de las hostilidades fuesen perjudiciales á ambas, no tendrán efecto las limitaciones prescritas en los artículos anteriores, y las dos potencias contratantes deberán emplear contra el enemigo comun todas sus fuerzas de mar y tierra, y concertar sus planes para dirigirlas hácia los puntos mas convenientes, bien separándolas ó bien uniéndolas. Igualmente se obligan en el caso expresado en el presente artículo, á no tratar de paz sino de comun acuerdo, y de manera que cada una de ellas obtenga la satisfacción debida.

XIV. En el caso de que una de las dos potencias no obrase sino como auxiliar, la potencia solamente atacada podrá tra-

tar por sí de paz; pero de modo que de esto no resulte perjuicio alguno á la auxiliar, y que antes bien redunde en lo posible en beneficio directo suyo; á cuyo fin se enterará á la potencia auxiliar del modo y tiempo convenido para abrir y seguir las negociaciones.

XV. Se ajustará muy en breve un tratado de comercio fundado en principios de equidad y utilidad recíproca á las dos naciones, que asegure á cada una de ellas en el país de su aliada una preferencia especial á los productos de su suelo, y á sus manufacturas, ó á lo menos ventajas iguales á las que gozan en los Estados respectivos las naciones mas favorecidas. Las dos potencias se obligan desde ahora á hacer causa comun, así para reprimir y destruir las máximas adoptadas por cualquier país que sea, que se opongan á sus principios actuales, y violen la seguridad del pabellon neutral, y respeto que se le debe, como para restablecer y poner el sistema colonial de España sobre el pié en que ha estado ó debido estar segun los tratados.

XVI. Se arreglará y decidirá al mismo tiempo el carácter y jurisdicción de los cónsules por medio de una convención particular; y las anteriores al presente tratado se ejecutarán interinamente.

XVII. A fin de evitar todo motivo de contestación entre las dos potencias, han convenido que tratarán inmediatamente y sin dilación, de explicar y aclarar el artículo VII del tratado de Basilea, relativo á los límites de sus fronteras, segun las instrucciones, planes y memorias que se comunicarán por medio de los mismos plenipotenciarios que negocian el presente tratado.

XVIII. Siendo la Inglaterra la única potencia de quien la España ha recibido agravios directos, *la presente alianza solo tendrá efecto contra ella en la guerra actual, y la España permanecerá neutral respecto á las demás potencias que están en guerra con la república.*

XIX. El canje de las ratificaciones del presente tratado se hará en el término de un mes contado desde el día en que se firme.

Hecho en San Ildefonso á 18 de agosto de 1796.—(L. S.) EL PRÍNCIPE DE LA PAZ.—(L. S.) PÉRIGNON.

(*Siguen las ratificaciones, plenipotencias y canjes.*)

«Publicado en el mi Consejo el citado real decreto acordó su cumplimiento, y expedir esta mi cédula. Por la cual os mando á todos y á cada uno de vos en vuestros respectivos distritos, lugares y jurisdicciones, veais el tratado de alianza ofensiva y defensiva que queda inserto, concluido y ratificado entre mi real persona y la república francesa, y le guardéis, cumplais y ejecuteis inviolablemente; y hagais guardar, cumplir y ejecutar en todo y por todo como en sus artículos se contiene, sin contravenirle, ni permitir que se contravenga en manera alguna, antes bien en los casos que ocurran dareis las órdenes y providencias que convengan para su puntual observancia, etc.»

Tal fué el famoso tratado de San Ildefonso, por el cual se hicieron entonces y despues gravísimos cargos al principe de la Paz, diciendo que era la reproduccion del malhadado pacto de Carlos III, apellidándole el segundo Pacto de Familia, y haciendo aquella estipulación origen y manantial de todos los males y de todas las desventuras que despues sobrevinieron á España. Sin perjuicio de juzgar mas adelante del tratado, seamos imparciales y justos. No era ciertamente el mismo Pacto de Familia, como supusieron los enemigos del principe de la Paz, y no hay sino cotejar los artículos de una y otra convención para encontrar fácilmente las diferencias. Pero es tambien cierto que habia entre ambos una manifiesta analogía, que de todos modos el convenio de San Ildefonso estaba preñado de compromisos para España, y que sus ventajas, atendida la diferente situación interior y exterior de las dos naciones contratantes, eran conocidamente para la Francia, y no estamos léjos de convenir en que aquella alianza fué el yerro capital del gobierno de Carlos IV, como el Pacto de Familia habia sido el yerro capital de Carlos III.

Oculto todavía el designio de hacer la guerra á la Gran Bretaña, el gobierno español tuvo cuidado de ganar tiempo



para prevenir, así á los vireyes y gobernadores de Indias, como á los comandantes de los buques que cruzaban los mares, á fin de que tomasen las precauciones convenientes. Hecho esto, publicó el rey el manifiesto de la declaracion de guerra, concebido en los siguientes términos:

### MANIFIESTO CONTRA LA INGLATERRA

CÉDULA DE 7 OCTUBRE DE 1796

«Don Carlos, etc., sabed: que con fecha 5 de este mes he dirigido al mi Consejo el real decreto siguiente:

*Real decreto.* Uno de los principales motivos que me determinaron á concluir la paz con la república francesa luego que su gobierno empezó á tomar una forma regular y sólida, fué la conducta que la Inglaterra habia observado conmigo durante todo el tiempo de la guerra, y la justa desconfianza que debia inspirarme para lo sucesivo la experiencia de su mala fe. Esta se manifestó desde el momento mas critico de la primera campaña en el modo con que el almirante Hood trató á mi escuadra en Tolon, donde solo atendió á destruir cuanto no podia llevar consigo; y en la ocupacion que hizo poco despues de la Córcega, cuya expedicion ocultó el mismo almirante con la mayor reserva á don Juan de Lángara cuando estuvieron juntos en Tolon. La demostró luego el ministerio inglés con su silencio en todas las negociaciones con otras potencias, especialmente en el tratado que firmó en 24 de noviembre de 1794 con los Estados Unidos de América, sin respeto ó consideracion alguna á mis derechos, que le eran bien conocidos. La noté tambien en su repugnancia á adoptar los planes é ideas que podian acelerar el fin de la guerra, y en la respuesta vaga que dió milord Grenville á mi embajador marqués del Campo, cuando le pidió socorros para continuarla. Acabó de confirmarme en el mismo concepto la injusticia con que se apropió el rico cargamento de la represa del navio español el *Santiago*, ó *Aquiles*, que debia haber restituido, segun lo convenido entre mi primer secretario de Estado y del despacho príncipe de la Paz, y el lord Saint-Helens, embajador de S. M. Británica; y la detencion de los efectos navales que venian para los departamentos de mi marina á bordo de buques holandeses, difiriendo siempre su remesa con nuevos pretextos y dificultades. Y finalmente, no me dejaron duda de la mala fe con que procedia la Inglaterra, las frecuentes y fingidas arribadas de buques ingleses á las costas del Perú y Chile, para hacer el contrabando y reconocer aquellos terrenos bajo la apariencia de la pesca de la ballena, cuyo privilegio alegaban por el convenio de Nootka. Tales fueron los procederes del ministerio inglés para acreditar la amistad, buena correspondencia, é íntima confianza que habia ofrecido á la España en todas las operaciones de la guerra, por el convenio de 25 de mayo de 1793. Despues de ajustada la paz con la república francesa, no solo he tenido los mas fundados motivos para suponer á la Inglaterra intenciones de atacar mis posesiones de América, sino que he recibido agravios directos que me han confirmado la resolucion formada por aquel ministerio de obligarme á adoptar un partido contrario al bien de la humanidad, destrozada con la sangrienta guerra que aniquila la Europa, y opuesto á los sinceros deseos que le he manifestado en repetidas ocasiones de que terminase sus estragos por medio de la paz, ofreciéndole mis oficios para acelerar su conclusion. Con efecto, ha patentizado la Inglaterra sus miras en las grandes expediciones y armamentos enviados á las Antillas, destinados en parte contra Santo Domingo á fin de impedir su entrega á la Francia, como demuestran las proclamaciones de los generales ingleses en aquella isla: en los establecimientos de sus compañías de comercio, formados en la América Septentrional á la orilla del rio Misuri, con ánimo de penetrar por aquellas regiones hasta el mar del Sur. Y últimamente en la conquista que acaba de hacer en el continente de la América Meridional de la colonia y rio Demerari perteneciente á los holandeses, cuya ventajosa situacion les proporciona la ocupacion de otros importantes puntos. Pero son aun mas hostiles y claras las que ha manifestado en los repetidos insultos á mi bandera, y en las violencias cometidas en el Mediterráneo por sus fragatas de guerra, extrayendo de

varios buques españoles los reclutas de mis ejércitos que venian de Génova á Barcelona; en las piraterías y vejaciones con que los corsarios corsos y anglo-corsos, protegidos por el gobierno inglés de la isla, destruyen el comercio español en el Mediterráneo hasta dentro de las ensenadas de la costa de Cataluña; y en las detenciones de varios buques españoles cargados de propiedades españolas, conducidos á los puertos de Inglaterra, bajo los mas frívolos pretextos, con especialidad en el embargo del rico cargamento de la fragata española la *Minerva*, ejecutado con ultraje del pabellon español, y detenido aun á pesar de haberse presentado en tribunal competente los documentos auténticos que demuestran ser dicho cargamento propiedad española. No ha sido menos grave el atentado hecho al carácter de mi embajador don Simon de las Casas por uno de los tribunales de Londres, que decretó su arresto, fundado en la demanda de una cantidad muy corta que reclamaba un patron de barco. Y por último han llegado á ser intolerables las violaciones enormes del territorio español en las costas de Alicante y Galicia por los bergantines de la marina real inglesa el *Camaleon* y el *Kingeroo*; y aun mas escandalosa é insolente la ocurrida en la isla de la Trinidad de Barlovento, donde el capitan de la fragata de guerra *Alarma*, don Jorge Vaughan, desembarcó con bandera desplegada y tambor batiente á la cabeza de toda su tripulacion armada para atacar á los franceses y vengarse de la injuria que decia haber sufrido, turbando con un proceder tan ofensivo de mi soberanía la tranquilidad de los habitantes de aquella isla. Con tan reiterados é inauditos insultos ha repetido al mundo aquella nacion ambiciosa los ejemplos de que no reconoce mas ley que la del engrandecimiento de su comercio por medio de un despotismo universal en la mar, ha apurado los límites de mi moderacion y sufrimiento, y me obliga para sostener el decoro de mi corona, y atender á la proteccion que debo á mis vasallos, á declarar la guerra al rey de Inglaterra, á sus reinos y súbditos, y á mandar que se comuniquen á todas las partes de mis dominios las providencias y órdenes que correspondan y conduzcan á la defensa de ellos, y de mis amados vasallos, y á la ofensa del enemigo. Tendráse entendido en el Consejo para su cumplimiento en la parte que le toca. En San Lorenzo, á 5 de octubre de 1796.—Al obispo gobernador del Consejo.

«Publicado este real decreto en el Consejo pleno del 6 del mismo mes, acordó su cumplimiento, y para ello expedir esta mi cédula. Por la cual os mando á todos y á cada uno de vos en vuestros lugares, distritos ó jurisdicciones, que luego que la recibais, veais mi real deliberacion contenida en el decreto que va inserto, y la guardéis, cumplais y ejecuteis, y hagais guardar, cumplir y ejecutar en todo y por todo, como en ella se contiene, dando las órdenes y providencias correspondientes, á fin de que conste á todos mis vasallos, y se corte toda comunicacion, trato ó comercio entre ellos y la Inglaterra y sus posesiones y habitantes, etc.»

Pareció no obstante en el principio que la guerra habria de ser de corta duracion, puesto que á muy poco tiempo (22 de octubre, 1796) se presentó en Paris como ministro plenipotenciario lord Malmesbury (el caballero Harris) á hacer al Directorio proposiciones de paz. Los motivos que obligaban á Inglaterra á dar este paso eran: los brillantes triunfos de los ejércitos franceses en Alemania y en Italia, y sobre todo en este último país, hecho el teatro sangriento en que se desplegaba el mayor genio militar de los tiempos modernos, el genio de Napoleon Bonaparte; invadida la Toscana por este victorioso general, y forzados los ingleses á evacuar la Córcega y Porto-Ferrajo; Nápoles y Cerdeña obligadas á pedir la paz; la Holanda convertida en república; amenazado del contagio el Hannover: la Gran Bretaña agobiada con los enormes gastos de una guerra de la cual no recogia las ventajas que se le habian ofrecido, y el descontento público del pueblo inglés cada dia mas pronunciado contra el gobierno de Jorge III. Pero las proposiciones hechas por el embajador británico al ministro francés de La-Croix parecieron tan irritantes, que desde luego se vió ser imposible toda conciliacion. Pedia Malmesbury la restitucion mutua de las conquistas: ofrecia volver las colonias francesas de la India Oriental y de las Antillas, á condi-



ción de que restituyeran los franceses la Italia, la Bélgica, los Países Bajos austriacos, etc. Así fué que el Directorio le respondió que el honor de la república no consentía aceptar la paz con tales condiciones, y que si la Inglaterra la quería, la última nota del gobierno francés podría servir de base al tratado. En su virtud recibió lord Malmesbury orden del Directorio (19 de diciembre, 1796) de dejar á Paris en el término de dos días.

Cuando el príncipe de la Paz supo la llegada del negociador inglés á Paris, envió sus instrucciones al marqués del Campo á fin de que, en el caso de un concierto entre Inglaterra y Francia, procurara se tuviesen presentes los intereses españoles. El plenipotenciario inglés manifestó no tener inconveniente alguno en comprender en la negociacion al rey Católico y en mantener la paz con España, sin compensacion de ninguna especie, aparte de la cesion de la isla de Santo Domingo á la Francia, en la cual no consentia por considerarla contraria al tratado de Utrecht, al menos sin un equivalente para Inglaterra, tal como la Martinica ó Santa Lucía. Aunque esta era ya una dificultad, hubiera sin embargo podido arreglarse la paz con España sin grande esfuerzo. Mayores eran las que se ofrecían para incluir en el tratado á la Holanda; pero á todo puso término la ruptura entre Malmesbury y el ministro de La-Croix. En este estado, y cuando la república trabajaba por abrir negociaciones con la corte de Viena, ocurrió el fallecimiento repentino de la emperatriz Catalina II de Rusia, cuando se preparaba á poner en campaña un ejército de sesenta mil hombres contra la Francia. Su hijo y sucesor Pablo I no se encontró dispuesto á seguir la política de su madre, y suspendió el contingente de ciento treinta mil hombres que aquella habia pedido á las provincias del imperio. Con esto la Prusia quedaba libre, para seguir su sistema de neutralidad, y el Austria se veía sola y sin apoyo en el continente. A pesar de eso el emperador Francisco, estrechamente unido á la Inglaterra por tratados solemnes, se mantuvo fiel á la alianza con aquella potencia, y no tuvieron efecto las proposiciones del Directorio.

Frustrada la tentativa de negociacion del gabinete inglés en Paris, y en tanto que los ejércitos franceses triunfaban de los austriacos en Alemania, y los príncipes italianos iban sometiéndose todos á la victoriosa espada de Bonaparte, una escuadra española al mando de don Juan de Lángara, anticipándose á la reclamacion de la república, aunque combatida por contrarios vientos, recorría las costas de Italia. También reclamó del gobierno español el Directorio el envío de un cuerpo auxiliar de cuatro ó cinco mil hombres á aquellos países; bien que esta pretension la pudo eludir por entonces nuestra corte. Sobre el mal estado de nuestra armada y el peligro que corría de que sufriese descabros en los encuentros con las fuerzas inglesas, si no se acudía pronto á su remedio, escribió al ministro de Marina haciendo enérgicas reflexiones el teniente general don José de Mazarredo. Costáronle sus representaciones ser separado del mando de la escuadra del Mediterráneo, y enviado de cuartel al Ferrol, sin que por eso dejara de insistir en exponer las necesidades de la marina, desafiando á que le probaran lo contrario. No tardó el tiempo en justificar la verdad de sus aserciones.

Con motivo de haber pasado del ministerio de Marina al de Hacienda don Pedro Varela, fué llamado á Madrid para que se encargase de aquella secretaría don Juan de Lángara que se hallaba en Tolon. Don José de Córdoba que quedó mandando su escuadra vino con ella á España. Componíase de veinticinco navíos, uno de ellos el *Santísima Trinidad*, que pasaba por el de mayores dimensiones entre todos los de Europa, de 130 cañones; seis de 112, á saber: el *Mejicano*, *Príncipe de Asturias*, *Concepcion*, *Conde de Regla*, *Salvador del Mundo* y *San José*; el *San Nicolás* de 84, y de 74 los restantes. El 14 de febrero (1797) se encontró en el cabo de San Vicente con la escuadra inglesa mandada por el almirante Jervis, de solos quince navíos (1). Aunque se habia dotado la española

de considerable número de artilleros, ni eran tantos ni tan prácticos que pudieran competir con los ágiles y entendidos marinos ingleses. Así fué que desde los primeros choques comenzaron aquellos á llevar la peor parte, y si bien hicieron esfuerzos por socorrer á los seis navíos que corrían mas peligro, y Nelson que mandaba la retaguardia inglesa estuvo en grande apuro, expuesto al fuego de la capitana española *Santísima Trinidad* y de otros de 74, el resultado fué que cuando al ponerse el sol cesó el combate, nos habian apresado los ingleses cuatro de nuestros navíos de los que se habian batido con mas constancia y ardor, quedando absolutamente desmantelado el *Trinidad* (2).

No se volvió á empeñar el combate en los días siguientes, aunque al decir de los ingleses quedaban todavía al general español fuerzas mas que suficientes para luchar con ventaja. El general Córdoba fundó en otras causas la inaccion de aquellos dos días, como habia explicado á su modo la causa de la derrota (3). Dijo que habia preguntado por señales á los buques sobre su situacion para batirse de nuevo; que tres habian contestado no hallarse en aptitud de segundo combate, y cuatro que podían batirse: que perplejo y vacilante en su opinion, volvió á preguntar por la tarde si convendría atacar al enemigo, y que de ellos nueve contestaron que no, cuatro que convenia retardar la funcion, y solo dos respondieron que era conveniente el ataque. Mas no debieron satisfacer tales razones, ni al gobierno, ni al consejo de guerra que se mandó formar, presidido por el capitán general de la armada don Antonio Valdés, para examinar y juzgar su conducta, cuando este tribunal declaró haber manifestado Córdoba insuficiencia y desacierto en las disposiciones y maniobras del ataque, y en consecuencia se le condenó á privacion de empleo, á no poder obtener mando militar en tiempo alguno, ni residir en Madrid ni en las capitales de los departamentos de marina; y otros jefes de la escuadra fueron tambien castigados por inaccion ó por ineptitud. En cambio el almirante Jervis fué premiado por el gobierno inglés nombrándole par de Inglaterra, baron de Jervis y conde de San Vicente.

Reconocieron entonces el rey y su primer ministro la verdad que encerraban las enérgicas representaciones de Mazarredo, y volviendo á él los ojos como al único hombre capaz por su instruccion y conocimientos de reparar el desastre del cabo de San Vicente y de enfrenar los ímpetus de la orgullosa marina inglesa, confirieron al desterrado del Ferrol el mando en jefe de todas las fuerzas navales del Océano, y diéronle orden (marzo, 1797) de que pasase á Cádiz á encargarse del apresto y armamento de cuantos navíos pudiera reunir, con facultad de emplear cuantos medios creyera oportuno, de disponer de la tropa que necesitase, y de nombrar los comandantes y oficiales de estado mayor que fuesen mas de su gusto y confianza. El gobierno á petición suya le dió, para que le ayudasen á poner por obra sus pensamientos, los acreditados marinos don Antonio Escaño, don Cosme Churrua, don José

(2) Los navíos apresados fueron el *San José*, de 112 cañones, el *Salvador*, y el *San Isidoro*, de 74, y el *San Nicolás*, de 84.

(3) «Cruzando los ingleses en las aguas donde fué la accion (decia en el parte al gobierno), era natural que navegasen en un orden de mas fácil traslacion á la línea del combate que aquel en que podia ejecutarlo nuestra escuadra sobre líneas de convoy con vientos largos; y de aquí es que apenas se descubrieron, cuando ya estaban en formacion de batalla, y en tanta inmediatecion á nosotros que esto me obligó á mandar formar una pronta línea sin sujecion á puestos, no obstante la mala distribucion que debia necesariamente resultar en las fuerzas y en los jefes. A todo lo cual se agrega que los navíos *Pelayo* y *San Pedro* estaban separados por comision; que el *San Fermín* y *Oriente* quedaron á sotavento de ambas líneas; que el *Príncipe* y *Regla*, no obstante la diligencia y acierto de sus maniobras, no pudieron entrar en formacion hasta la tarde, y que tampoco pudo verificarlo el *Firme* por hallarse sin mastelero de velacho. De suerte que solo pudieron proporcionarse á formar en batalla diez y siete navíos de mi escuadra, incluso entre estos el *Santo Domingo*, cargado de azogues y de muy poca fuerza —Entre los diez y siete expresados algunos se batieron por intervalos, y muchos no llegaron á romper el fuego; resultando de todo que la línea enemiga se empleó toda únicamente contra seis navíos españoles, cuya resistencia es mas digna de elogio en cuanto todos carecian de la gente necesaria para manejarse... etc.» —Gaceta del 10 de marzo de 1797.

(1) Eran sus nombres: *Victory*, *Britannia*, *Barflem*, *Prince*, *Blenheim*, *Namur*, *Captain*, *Goliath*, *Excellent*, *Orion*, *Colossus*, *Egmont*, *Culloder*, *Irresistible* y *Diademe*.



de Espinosa y Tello, y don Francisco de Moyna y Mazarredo.

El 18 de abril llegó don José de Mazarredo á la isla de Leon; y con tanto desvelo y con actividad tan prodigiosa trabajó en la organizacion de la escuadra, y principalmente en la preparacion de lanchas cañoneras, previendo el gran servicio que habian de prestar, que no obstante estar dominando el enemigo las aguas de Cádiz, en junio tenia ya en estado de pelear veintitres navíos y veinticuatro lanchas, con mas algunas fragatas de á 12 y de á 18. Pronto llegó la ocasion de ver la utilidad de estas medidas. En el mes de julio resolvieron los ingleses bombardear á Cádiz. Nelson, que era entonces comodoro, dirigió el ataque, que se repitió varios dias. Nuestros navíos hicieron un fuego muy vivo y acertado, pero lo que contribuyó muy particularmente á frustrar las porfiadas tentativas de los ingleses fué el oportuno empleo de las fuerzas sutiles organizadas por Mazarredo, y sus ligeras y hábiles maniobras. Las noches del 3 y 5 de julio (1797) fueron terribles y gloriosas; los combates de nuestras lanchas obstinados y sangrientos: Nelson estaba admirado del valor de nuestros marinos. La mañana del 10 se intentó otro ataque, que fué tan inútil como los anteriores. Los ingleses se convencieron de que les era imposible apoderarse del puerto ni de la escuadra, y se retiraron; así se reparó el honor de la marina española lastimado en el cabo de San Vicente. Los generales don José Mazarredo, don Federico Gravina, don Antonio Escaño, y otros jefes y capitanes adquirieron justos títulos al reconocimiento de la patria. La poblacion de Cádiz en general, su consulado, el obispo, y otros particulares y corporaciones, dieron señaladas pruebas de patriotismo, alentando á las tropas y ayudando á la defensa de la plaza con donativos cuantiosos, con fuerzas levantadas á su costa, y con premios á nuestros marinos (1).

Otro contratiempo mayor que el del cabo de San Vicente sufrimos en las costas de América. A los dos dias de aquel desgraciado combate (16 de febrero, 1797), y casi no terminado todavía, una flota inglesa al mando del almirante Harvey se apoderó de la isla de la Trinidad, una de las mas importantes posesiones de España en aquellos dominios. Gobernaba la isla don José María Chacon, y tenia para su defensa tres batallones de gente veterana, sin contar las milicias: y en el puerto de Chaguaramas se hallaba con cuatro navíos, una fragata y varios buques menores el jefe de escuadra don Sebastian Ruiz de Apodaca, hombre que gozaba de crédito entre nuestros marinos. Pero Chacon, que habia dispensado toda clase de beneficios y consideraciones á aquellos colonos, en su gran mayoría emigrados extranjeros, no acertó á inspirarles el espíritu de nacionalidad, le fueron ingratos, y seducidos ó intimidados muchos de ellos por los ingleses, le franquearon la isla. En vista de tal defeccion le faltó á Chacon la serenidad, y no hizo la defensa que hubiera podido. Apodaca incendió la flota por que no cayera en poder del enemigo. Tomaron pues los ingleses posesion de aquella floreciente isla, resueltos á no cederla ya jamás. El gobernador Chacon fué destituido, y condenado á destierro perpetuo de los dominios españoles. Tambien don Sebastian de Apodaca y otros jefes y oficiales fueron privados de sus empleos (2).

Envanecido el almirante Harvey con la conquista de la Trinidad, y creyendo sin duda que le seria igualmente fácil apoderarse de otras colonias españolas, movió su escuadra, y trasportando en ella las tropas del general Albercomby, se presentó el 17 de abril (1797) delante de Puerto-Rico. Era co-

mandante de la isla el valeroso brigadier don Ramon de Castro. La division inglesa desembarcó en la playa de Cangrejos, construyó baterías y comenzó á atacar la ciudad. Mas no tardó en conocer el general británico que se las habia con defensas esforzadas, y que no era empresa fácil la que habia acometido. Quince dias de continuas refriegas y combates por mar y tierra, y las bajas que en cada uno de estos encuentros advertia en sus filas, le convencieron de lo irrealizable de su empeño, y cuando los nuestros se disponian á dar un ataque general á su campo no hallaron en él sino silencio y soledad: los enemigos se habian reembarcado (1.º de mayo, 1797), dejando clavada su artillería, y menguada la division en cerca de dos mil hombres entre muertos y prisioneros. Castro y sus oficiales y soldados rivalizaron todos en arrojo y decision en aquella defensa.

Dos meses mas adelante, discurriendo el gobierno inglés cómo hacer daño á España, y sugerido por personas que le representaban fáciles ciertas conquistas, apenas frustrada la tentativa del bombardeo de Cádiz, envió al contralmirante Nelson con cuatro navíos de línea y otras tantas fragatas contra Santa Cruz de Tenerife, donde soñaba encontrar gloria y tesoros. Nelson despues de hacer diversos movimientos con sus buques para ocultar su proyecto verdadero de ataque, embarcóse en la noche del 24 de julio (1797) en las lanchas cañoneras con mil hombres escogidos en ánimo de sorprender la ciudad. Pero descubiertos á tiro de cañon del muelle, las campanas tocaron á rebato, las baterías comenzaron á hacer un fuego nutrido, dos botes enemigos fueron echados á pique sin que se salvara un solo hombre de la tripulacion; sin embargo, algunas lanchas habian podido ganar el muelle, y mientras Nelson arrostrando el fuego de cañon y de fusil acometia por el frente la ciudad, otra columna logró penetrar hasta la plaza mayor, desde donde pugnó en vano por embestir la ciudadela: viendo los ingleses frustrado el golpe que tan fácil habian creído, propusieron capitulacion. El honrado y valiente general español don Antonio Gutierrez negóse á oír toda proposicion que no fuese el reembolso y la partida de la escuadra, con promesa que le hizo Nelson de no volver á inquietar ni aquella isla ni ninguna de las Canarias, y así quedó convenido, y así se ejecutó. En esta expedicion perdió Nelson un brazo, herido de bala de cañon: el generoso Gutierrez, tan humano con los vencidos como valiente en la pelea, le suministró todo lo necesario para su curacion, encargó que se asistiese con el mayor esmero á los heridos que quedaban en los hospitales, y permitió á las tripulaciones surtirse de bastimentos para el reembarque; conducta que encarecieron, haciendo justicia, los ingleses (3).

La reina María Luisa, afecta, aunque no tan apasionada como Isabel Farnesio, á su familia, pensaba sacar partido de la alianza francesa y de las modificaciones que á consecuencia de las conquistas de Bonaparte en Italia estaban sufriendo aquellos Estados, para ensanchar los dominios de su hermano el duque de Parma. A su vez la república francesa quiso sacar provecho de esta aspiracion de la reina de España haciendo la combinacion siguiente: ceder al rey de Cerdeña el Mantuano que acababa de ser conquistado por la Francia, á condicion de que el monarca sardo uniera un cuerpo de tropas piemontesas al ejército republicano de Italia, y de que pusiera la isla de Cerdeña á disposicion del gobierno francés: este la cederia al monarca español para que colocase en ella al infante duque de Parma, siempre que Carlos IV diese á la república la Luisiana y la Florida, so pretexto del peligro que amenazaba á estas colonias y de ser una gran parte de la poblacion france-

(1) Gacetas del 21 y 25 de julio de 1797.—En Cádiz cantaba el pueblo coplas como la siguiente:

¿De qué sirve á los ingleses  
tener fragatas ligeras,  
si saben que Mazarredo  
tiene lanchas cañoneras?

(2) Mas adelante, por real orden de 7 de junio de 1809, con acuerdo del supremo tribunal de Marina, siendo ministro de este ramo el ilustre general Escaño, fué repuesto Apodaca en su empleo de jefe de escuadra, con declaraciones muy honrosas sobre su conducta, que mereció la aprobacion de un consejo de generales de mar y tierra.

(3) En el parte que dió el comandante general don Antonio Gutierrez, y se insertó en la Gaceta de 25 de agosto (1797), decia: «Los ingleses tuvieron una considerable pérdida; pues malogrado el objeto de tan costosa expedicion mandada por oficiales del mayor crédito, su almirante Nelson perdió un brazo, su segundo Andrews fué herido, igualmente que varios oficiales; murió el capitán Bowen y muchos soldados, siendo tambien considerable entre estos el número de heridos, y nuestra pérdida de corta consideracion. Hago esta relacion muy de prisa, etc.»

Parece que Nelson habia perdido ya un ojo en años anteriores en la toma de Calvi (isla de Córcega).



sa. La respuesta que dió el príncipe de la Paz al proyecto de convenio que en este sentido le presentó el embajador de la república Perignon, fué cual correspondía á una proposición fundada en bases eventuales é hipotéticas, diciendo por conclusión de su nota (11 de mayo, 1797), que ni las circunstancias de España permitían tal compensación, ni la conducta de un rey que estaba haciendo tantos sacrificios por la causa de las dos naciones, ni el buen comportamiento del duque de Parma su pariente, con quien la república había hecho una paz tan ventajosa, merecían la suerte que se intentaba depurarles en el plan propuesto por el Directorio.

Afortunadamente no se dió mas paso en el proyecto por no haberse verificado la ratificación del tratado con el rey de Cerdeña, que había de ser su base. Fué no obstante la alianza propuesta entre Cerdeña y la república una de las causas que movieron al emperador de Austria á entrar en tratos de paz con el gobierno francés, en ocasión que la capital del imperio se veía amenazada por un ejército de ochenta mil hombres mandados por Bonaparte, vencedor del archiduque Carlos, en quien el consejo áulico y el emperador habían cifrado todas sus esperanzas, y cuando se veía solo, abandonado por la Prusia, desamparado de Rusia, y mal socorrido de Inglaterra; disponiéndose por otra parte á entrar en Alemania los ejércitos franceses del Rhin y del Sambre y Mosa, en número de ciento cuarenta mil hombres para darse la mano con el de Bonaparte. Firmáronse pues (17 de abril, 1797) los preliminares de la paz entre el emperador y el Directorio en Leoben (1). Designóse para tratar de la paz definitiva la ciudad de Berna, y la de Rastadt para el congreso que había de arreglar la del imperio germánico.

Tan pronto como el príncipe de la Paz tuvo noticia de este suceso, apresuróse á nombrar los plenipotenciarios españoles que habían de asistir á las conferencias de Berna, que fueron el marqués del Campo, embajador en París, y el conde de Cabarrús: este último llegó á París en los primeros días de junio. Mas ni uno ni otro pudieron asistir, porque ni el congreso de Berna se verificó, ni á Udina, donde se siguieron los tratos, concurrieron embajadores de otras potencias; habían convenido las dos naciones interesadas en tratar solas, para obviar dificultades, entorpecimientos y dilaciones. Sobrevinieron no obstante, y no pequeñas, nacidas de haberse repuesto el emperador de su primer aturdimiento; de haber meditado sobre las costosas compensaciones y sacrificios que iba á hacer; de verse alentado por el levantamiento en masa que tirolese y venecianos hicieron entonces contra los franceses, y con los célebres degüellos de Verona; y de esperar mucho de las inquietudes interiores de la Francia, donde el Directorio, rudamente combatido por los partidos extremos, y dividido en sí mismo, se veía apurado para poder mantener la obra de la revolución, y conveniale al emperador dar lugar á los tratos de paz, esperando el resultado de estos sucesos.

Inglaterra no se hallaba en situación mas ventajosa que el Austria. Al contrario, después de los preliminares de paz entre el imperio y la república, se quedaba sola en lucha con Francia, España y Holanda: en el puerto de Brest había una escuadra francesa, á la cual debía incorporarse la española reunida en Cádiz tan pronto como el tiempo la favoreciese; diez y siete mil holandeses se preparaban á unirse á la armada de Brest, en cuyas inmediaciones había cuarenta mil franceses, y con otros cuarenta mil contaba el general Hoche, detenido acci-

dentalmente en Francfort, pero impaciente por realizar su proyecto del año anterior de caer sobre Irlanda. Trabajaban España y Francia por desmembrar á Portugal de su antigua alianza con Inglaterra. La situación rentística de esta nación era angustiosa, y Pitt y Grenville reconocían acordes la necesidad de la paz, y decidieron al gabinete á proponerla á la Francia. La república aceptó esta vez con gusto la proposición, y de comun acuerdo se designó para los tratos la ciudad de Lila (Lille), donde acudió como representante de Inglaterra el anciano diplomático lord Malmesbury, con deseos sinceros de hacer efectiva la paz. Con no menos sinceridad la deseaba la mayoría del Directorio, porque las elecciones del año V le habían sido contrarias, los Consejos se llenaron de diputados contra-revolucionarios ó realistas, nombrados ó en odio al terror ó por amor que renacía al trono, y alentados por el famoso club de Clichy, mostrábanse en hostilidad abierta con el poder directorial, en cuyo seno mismo se habían ingerido dos enemigos de la revolución, y entre los otros tres que constituían la mayoría no reinaba tampoco el mas perfecto acuerdo. Temíase de un momento á otro una catástrofe en París. Solo el ejército se conservaba en su inmensa mayoría republicano, y de él esperaba la del Directorio el remedio al mal que le amenazaba; así se previó desde que se supo que el general Augereau, republicano ardiente, se dirigía con sus tropas á París.

Abriéronse entre tanto en Lila las conferencias entre los plenipotenciarios ingleses y franceses, reinando en ellas, con no poca extrañeza, mas buena fe que en las de Udina, donde las estudiadas demoras y las nuevas pretensiones de los representantes austriacos irritaron de tal manera á Bonaparte, que después de una enérgica contestación estuvo tentado á reunir otra vez sus divisiones y adelantarse con ellas contra Viena á exigir condiciones no tan moderadas como las de Leoben, y solo se contuvo en consideración al estado interior de la Francia y á las conferencias de Lila, contentándose con hacer extender una vigorosa nota. Tampoco los plenipotenciarios españoles fueron admitidos á las pláticas de Lila, porque quisieron las partes contratantes ventilar solas sus cuestiones y sin la concurrencia de los aliados, para obrar mas expeditamente en el curso de la negociación. Poco hubiera importado esto, si el Directorio ejecutivo hubiese cuidado, como ofrecía, de abogar por los intereses de España con arreglo á la obligación que la alianza le imponía. Verdad es que las pretensiones del gobierno español eran mas patrióticas que asequibles, atendidas las circunstancias, puesto que pedía:—que Inglaterra nos restituyera la plaza de Gibraltar:—que evacuara el territorio de que se había apoderado en la bahía de Nootka:—que facilitara á España el medio de formar establecimientos en el banco de Terranova para la pesca del bacalao:—que se derogaran los tratados contrarios al derecho de terminar la España misma sus relaciones de industria y de comercio:—que la Jamaica fuera objeto de compensación ó trueque entre las dos naciones.

No era por lo tanto de esperar que la Inglaterra se sometiera á unas condiciones que no había aceptado en tiempo del mayor poder de Carlos III, ni que la república tomase tanto interés por nosotros que se esforzara por hacerlas prevalecer. Tan lejos estuvo de ello, que no se hizo mención de ellas en la negociación: solo pidieron los ministros franceses que se devolviesen á España y Holanda las colonias que Inglaterra les había arrebatado; pero esta declaró su intención de retener para sí la isla de la Trinidad perteneciente á España como el Cabo de Buena Esperanza y Trinquemale, que habían sido de los holandeses, sin que sirvieran ni el empeño del príncipe de la Paz, ni la insistencia del marqués del Campo, ni el viaje del conde de Cabarrús á Holanda pasando por Lila; si bien no faltó en el Directorio quien mirara como una mengua el sacrificar la España, arrastrada á una lucha que, por decirlo así, le era extraña, y á Holanda, á quien se había precipitado en la carrera de la revolución (2). Francia pedía para sí la restitución de las colonias, la de los navíos tomados en Tolon, y que el rey de Inglaterra dejara el título de rey de Francia que por

(1) Los artículos en que convinieron los plenipotenciarios fueron los siguientes: 1.º El Austria renuncia á sus derechos sobre las provincias Béticas reunidas á la Francia, y reconoce por fronteras francesas las que se hallan determinadas por las leyes constitucionales: 2.º Deberá celebrarse un congreso para tratar de la paz con el imperio de Alemania, sentando por primera base su integridad: 3.º El Austria renuncia á sus posesiones de esta parte del Oglio, y á ella se le cede en compensación la parte de los Estados venecianos comprendida entre dicho río, el Pó y el mar Adriático, y también la Dalmacia veneciana y la Istria: 4.º Serán cedidas igualmente al Austria, después de la ratificación del tratado definitivo, las fortalezas de Palma Nova, Mantua y Pesquera: 5.º La Romanía, Bolonia y Ferrara servirán para indemnizar á la república de Venecia: 6.º El Austria reconoce el nuevo gobierno de la república Cisalpina, formada con las provincias que antes le pertenecían.

(2) Así se explicó Larevelliere.



vanidad seguía usando. Algunas de estas condiciones parecían demasiado fuertes al lord Malmesbury.

Pero una ocurrencia imprevista vino á hacer mas desventajosa la posición de los negociadores ingleses. Además de la reunión de las escuadras francesa, española y holandesa en Brest, que estaba amenazando á Irlanda, vióse Inglaterra abandonada por el Portugal. El gobierno portugués, atemorizado por Francia y España, tuvo necesidad de ajustar un tratado con Francia obligándose á no recibir á un tiempo mas de seis naves armadas pertenecientes á las potencias beligerantes, con lo que perdía Inglaterra su mejor apostadero en el Tajo, y el gobierno español se vió libre del padrastrero de tener un enemigo tan inmediato, en el caso de desentenderse la república de nuestra alianza, y quedar sola España en la contienda con los ingleses. Este suceso alegró mucho al príncipe de la Paz, que había trabajado por obtener este resultado.

Así las cosas, sobrevino el grande acontecimiento que se estaba anunciando y temiendo en París, y que fué otra de las fases mas notables por que pasó la memorable revolución francesa. La actitud hostil entre los Consejos y el Directorio, la escisión entre la mayoría y la minoría de los miembros del mismo poder ejecutivo, la asidua conspiración del club de Clichy, la disposición de los generales y de las tropas republicanas que rodeaban á París, los cambios de personas en el Directorio y en el ministerio, las cuestiones sobre los tratos de paz con Inglaterra y con Austria, el calor en fin de los partidos, republicano, constitucional y realista, amenazando cada día venir á las manos, produjo la ruidosa revolución del 18 de fructidor (4 de setiembre, 1797). A la una de la mañana de aquel día, doce mil hombres mandados por el general Augereau, favorable, como dijimos, á la mayoría de los tres directores republicanos, Barrás, Rewbell y Larevelliere, llamados el triunvirato, se apostaron frente y en derredor del palacio nacional. «Comandante Ramel, dijo Augereau al que mandaba la guardia de granaderos del edificio: ¿me reconocéis por jefe de la décimaséptima división militar?—Sí, contestó Ramel.—Pues bien, en calidad de superior vuestro os mando que vayais arrestado.» Y fué conducido al Temple. El estruendo del cañon y el asalto del palacio despertaron á los habitantes de París. Eran las cinco de la mañana. Los individuos de las comisiones acudieron á sus puestos y fueron entrando en el salon: la tropa tenía orden de dejar entrar, pero no salir, á los que se presentaban con la medalla de diputado. Pichegrú y Willot fueron despojados de sus espadas por Augereau, y enviados al Temple. De los dos directores disidentes, Barthelemy fué arrestado en su casa, y Carnot logró fugarse por la puerta del jardin. Algunos diputados fueron presos hallándose reunidos en casa del presidente, tratando con gran estrépito de hacer una protesta. Los amigos del Directorio se reunieron á deliberar, los del Consejo de los Quinientos en el Odeon, los del de los Ancianos en la escuela de Medicina, donde acordaron nombrar una comision de cinco que llevara al Directorio un mensaje con las proposiciones de antemano acordadas. Eran las principales de estas la anulacion de las operaciones electorales de cuarenta y ocho departamentos, la separacion de todos los empleados de los mismos, la deportacion de cuarenta y un miembros de los Quinientos y de once de los Ancianos, de los directores Carnot y Barthelemy, y de varios agentes realistas. También se condenó á destierro á los propietarios, editores y redactores de cuarenta y dos periódicos. Estas y otras semejantes medidas fueron acordadas aquel día por ambos Consejos y sancionadas por el Directorio.

Con el violento golpe del 18 de fructidor la mayoría del Directorio, y con ella el partido republicano, quedaron vencedores, los realistas abatidos, y con él se evitó indudablemente una guerra civil. Todo se hizo con una tranquilidad admirable por parte de la población, y solo algunos grupos se reunían á gritar: *¡Viva la república! ¡Viva el Directorio! ¡Viva Barrás!* Nombráronse dos directores de confianza en reemplazo de los deportados, y se tomaron otras providencias para afianzar el gobierno de la república, el cual volvió á adquirir toda su energía revolucionaria.

De diferente manera influyó el suceso de 18 de fructidor en las negociaciones de paz que se seguían en Lila y en Udina.

Mas seguro ya y mas firme el Directorio, se mostró también mas exigente con los ingleses, y en su *ultimatum* les hizo notificar como condicion precisa para la paz la devolución de todas las conquistas hechas por la Inglaterra, no solo á la Francia, sino también á sus aliadas España y Holanda. Durísimas parecieron á lord Malmesbury estas condiciones, y vencido de la inutilidad de los esfuerzos que hizo al intento de mejorarlas, pidió y le fueron dados sus pasaportes, partió y no volvió mas. Así terminaron las conferencias de Lila, cuando parecía estarse tocando ya un resultado pacífico.

No menos exigente se mostró el Directorio con el Austria, cuyas negociaciones se seguían en Udina, puesto que pretendía obligar al emperador á que renunciase enteramente á la Italia, contentándose con la secularización de algunos estados eclesiásticos en Alemania; y mucho disgustó á Bonaparte este *ultimatum*, porque en su gran talento, mas conocedor y mejor apreciador de las circunstancias que el Directorio, le veía inadmisibles. Por esto, y por sospechar que inspiraba desconfianza, pidió, fundado en la falta de salud, que se le relevara del cargo de negociador y de organizador de las repúblicas italianas (1). Pero el gobierno le tranquilizó sin responder acerca de su dimision. Bien sabía Bonaparte que era necesario. Y este general, que apetecía añadir á los títulos de vencedor, legislador y árbitro de los pueblos italianos, el de negociador y pacificador, prosiguió él solo enérgicamente los tratos pendientes con el imperio. Con tal energía se condujo, que en una de las conferencias, habiéndose expresado con cierta arrogancia el nuevo representante y negociador austriaco M. de Cobentzel, en cuya quinta se celebraban aquel día (2), Bonaparte le dejó concluir aparentando serenidad; pero dirigiéndose despues á un velador en que había una bandeja de porcelana, que el ministro austriaco tenía en gran estimación por ser regalo de la emperatriz Catalina de Rusia, y arrojándola al suelo: *Está declarada la guerra*, exclamó; *pero acordaos de que antes de tres meses habré deshecho vuestra monarquía, como deshago ahora esta porcelana*. Y haciendo una cortesía se salió, subió inmediatamente á un coche, y mandó á un oficial que fuese á anunciar al archiduque Carlos que dentro de veinticuatro horas se renovarían las hostilidades.

Todos se quedaron absortos con aquel arranque del guerrero francés. Al día siguiente envió Cobentzel firmado el ultimatum para la paz al general Bonaparte á su casa de Passeriano, y al otro día, 26 de vendimiario (17 de octubre, 1797), se firmó en aquel sitio, si bien la fecha se puso en un pequeño pueblo situado entre los ejércitos llamado *Campo-Formio*, al cual no pudieron ir, pero del que tomó el nombre el tratado, primero que se concluía entre la república francesa y el emperador, y que ponía término á una guerra de cinco años (3). El tratado era tan ventajoso, y fué tan glorioso para la Francia, que no obstante haberle hecho Bonaparte contraviniendo

(1) Sabido es que Napoleon trasformó en república las provincias de Italia que él había conquistado y emancipado. Hacia tiempo que había erigido en república *Cispadana* el ducado de Módena y las Legaciones de Bolonia y Ferrara. Despues, por razones políticas y militares que sería largo explicar, formó de la Lombardía, de los ducados de Módena y de Reggio, de las Legaciones de Bolonia y Ferrara, y de la Romanía, Bergamasco, Bresciano y Mantuano, un Estado que se prolongaba hasta el Adige, de una población de tres millones y seiscientos mil habitantes, con hermoso suelo, excelentes plazas, rios, canales y puertos, que organizó en república con el nombre de *Cisalpina*, á la cual dió la misma constitucion que tenía la Francia, nombrando él por primera vez los directores y los individuos de los dos Consejos.

(2) Las reuniones se tenían alternativamente en casa de Cobentzel, y en Passeriano, hermosa casa de campo cerca de Udina, que había tomado Bonaparte.

(3) Por aquel tratado se convenia el emperador, como soberano de los Países Bajos y miembro del imperio, en cederlos á la Francia reconociendo por límite de los dominios franceses el Rhin; en desprenderse de Maguncia y de las islas Jónicas; en abandonar la Cisalpina, con los límites del Adige y Mantua; en dar el Brisgaw al duque de Módena en cambio de su ducado, y en interponer su influjo para que el Estatúder obtuviese una indemnización en Alemania por la pérdida de Holanda, y otra indemnización al rey de Prusia por la del pequeño territorio que en la izquierda del Rhin había cedido á los franceses. En cambio de sus cesiones recibía el Friul, la Istria, la Dalmacia y las Bocas del Cattaro.



y desobedeciendo las expresas instrucciones del Directorio, el gobierno de la república no se pudo negar á ratificarle, ni se atrevió á dar con su desaprobación una lección severa al atrevido jóven que habia infringido sus órdenes terminantes, porque necesitando de él no podia desairarle ni enojarle, y porque hubiera sido apagar las esperanzas y acibarar la alegría y el entusiasmo general que con razon habia excitado y producido en el pueblo francés.

Quedaban con esto disponibles las fuerzas del ejército de Bonaparte para lanzarlas sobre Inglaterra, y en el mismo día que se publicó el tratado nombró el Directorio jefe superior de esta expedición al héroe de Italia. Antes de salir Bonaparte de los países en que habia ganado tantas glorias, dejó arreglada la nueva república, se despidió de los italianos con una proclama notable como todas las suyas, pasó á Rastadt, donde conferenció con los príncipes y negociadores alemanes, atravesó de incógnito la Francia, llegó á París el 5 de diciembre de 1797, y se alojó en una sencilla casa que habia comprado en la calle de Chantereine. Pronto le descubrieron y pronto le sacaron de aquel modesto retiro los personajes de la Francia, la ansiedad pública, el brillo que siempre rodea á los héroes, y el ministro de Negocios extranjeros Talleyrand le presentó al Directorio, que no obstante el resentimiento de su desobediencia le recibió cordialmente, y dispuso una gran fiesta triunfal para la entrega del tratado de Campo-Formio.

## CAPÍTULO V

Sucesos exteriores.—Portugal, Parma, Roma.—Retirada del príncipe de la Paz

DE 1797 Á 1798

Pensamiento de Napoleon y causa de no haber invadido la Inglaterra.—Niégase Portugal á ratificar el tratado con Francia.—Oficios de Carlos IV para evitar un rompimiento entre Francia y Portugal.—Solicitud de Carlos IV para mejorar la suerte de su hermano el duque de Parma.—Carácter y comportamiento de este príncipe.—Estériles protestas del gobierno francés.—Ofrecimiento del título de Gran Maestro de Malta al príncipe de la Paz, y motivo para no aceptarle.—Revolución democrática en Roma.—Conducta del embajador francés José Bonaparte.—Idem del embajador español don José Nicolás de Azara.—Activa intervención de este ministro.—Roma invadida por un ejército francés.—Proclamación de la república romana.—Conflicto del papa Pío VI.—Consuelos y auxilios que le presta el ministro español.—Es trasportado el pontífice á Toscana.—Insurrección en el barrio de Transtevere.—Horribles excesos, saqueos y rapiña de los generales y jefes franceses en Roma.—Sublevación del ejército francés contra el vandalismo de sus jefes.—Sale Azara de Roma y visita al pontífice en Siena.—Mediación intentada por Carlos IV con el Directorio en favor del papa.—Envíale socorros y personas que le acompañen.—Proposición y dificultades para traer al pontífice á España.—Causas que prepararon la caída del príncipe de la Paz.—Dónde se ha pretendido encontrarlas.—Motivos políticos que la produjeron.—Desconfianza y prevención del Directorio contra el ministro español.—Quejas del príncipe contra el gobierno francés por los asuntos de Parma, Roma y Portugal.—Síntomas de manifiesto desacuerdo.—El Directorio se niega á reconocer como embajador de España al conde de Cabarrús.—Es nombrado Azara.—Consejos de Cabarrús al príncipe de la Paz.—Venida á Madrid del embajador Truguet.—Sus trabajos para la separación del príncipe.—Ayúdanle los enemigos personales del ministro.—Dimisión del príncipe de la Paz.—Decreto honroso de su relevo.—Reemplázale don Francisco Saavedra.

La paz de Campo-Formio, y la diferente situación en que con ella quedaban las principales potencias de Europa, necesariamente habia de influir en la suerte de las que, como España, se hallaban empeñadas y comprometidas en aquella gran lucha.

Ciertamente si Bonaparte al frente del grande ejército francés que ya se denominaba *ejército de Inglaterra*, hubiera realizado el proyecto del Directorio, en cuya ejecución todo el mundo pensaba, de hacer un desembarco en aquella nación protegido por las escuadras francesa, holandesa y española, Inglaterra se habria visto en grande aprieto, y habria sido un beneficio inmenso para España en su lucha con aquella potencia. Pero el vencedor de Italia, sin renunciar ostensiblemente á aquel pensamiento, sobre el que estaban fijas las mi-

radas de todos, meditaba y preparaba en silencio otro muy distinto, no menos grandioso que aquel, y que por lo original é inesperado habia de sorprender al mundo, á saber, el de la célebre expedición á Egipto, que con tanto asombro de las naciones y tanta gloria suya llevó á cabo despues. En su virtud encontró razones y medios para diferir y suspender la invasión de Inglaterra, que segun su propósito, y no obstante todas las apariencias, no se verificó.

Ocurrió en este tiempo una cuestión que pudo haber traído graves consecuencias, y en cuya solución cupo una parte muy principal al gobierno español. La corte de Portugal, que, como dijimos, habia ajustado un convenio con Francia despues de los preliminares de Leoben; aquella corte, que debia al tierno interés de Carlos IV por sus hijos y á la generosa intervención de España el que no hubiera sido invadido y ocupado el reino por los ejércitos españoles y franceses combinados, como el Directorio queria, en castigo de su alianza con Inglaterra; aquella corte, que debia á la mediación de España (llevando acaso el rey su afecto de familia mas allá de donde convenia á los intereses nacionales), no solo el haberse libertado de una conquista que tal vez habria convertido el reino lusitano en una provincia española, sino tambien el haber arreglado con la Francia un tratado con condiciones harto mas ventajosas de las que la república constantemente habia exigido (1); aquella corte se negaba obstinadamente á ratificar el convenio hecho con Francia, con intervención de los ministros españoles. En vano el príncipe de la Paz detuvo en Madrid el correo que llevaba á París la nota del gobierno portugués; en vano hizo presente al ministro Pinto el riesgo que con esta conducta corria de que viniera sobre Portugal atravesando por España un ejército francés, que en efecto se hallaba reunido en Perpiñan. Desagradecido el portugués á este servicio, volvió á expedir otro correo á París con la misma negativa, ó por lo menos proponiendo nuevas condiciones inadmisibles y contrarias al tratado, tal como la de que se permitiera fondear en los puertos de Portugal hasta veintidos navíos ingleses, en vez de los seis en que antes se habia convenido, lo cual equivalia á permitir constantemente una armada enemiga dentro de la Península.

Al fin, merced á los manejos de toda especie empleados por el gobierno y el embajador español cerca del Directorio ejecutivo, altamente enojado con semejante proceder (2), pudo recabarse, aunque con trabajo, del gobierno de la república que consintiera en que se ajustase un nuevo tratado en Madrid; á cuyo beneficio ya no pudo ser indiferente la corte de Lisboa, y en agradecimiento dió al príncipe de la Paz el título de conde de Evora-Monte, suponiendo que esta distinción seria grata á su soberano (3). Urgia hacer este arreglo, si se habia de parar el golpe que amenazaba al reino portugués segun las alarmantes

(1) Diferentes veces habia ya tratado la república de enviar contra Portugal un cuerpo de treinta ó cuarenta mil franceses, y siempre Carlos IV trabajó por disipar la tormenta que amenazaba al vecino reino, hasta que consiguió que se ajustara el tratado de que llevamos hecho mérito.—Correspondencia del marqués del Campo, embajador en París, con el príncipe de la Paz.—Cartas del general Perignon, embajador de la república en Madrid.

(2) Manejos de toda especie decimos, y en efecto, los hubo de tal índole que produjeron resultados funestos, y aun pudieron serlo mucho mas. Parece que entre otros medios se apeló al de intentar el soborno de algunos directores y ministros, de los cuales se cita á Barrás y Talleyrand; mas no se guardó tanta reserva que no se apercibiese de ello el Directorio, el cual justamente irritado hizo prender al enviado portugués Araujo de Acebedo, á quien no reconocia ya carácter alguno diplomático, y encerrarle en la prisión del Temple, sin consideración á hallarse enfermo en cama. Se trató de formarle un proceso criminal, pero al fin se logró evitar este ruidoso procedimiento, del cual no habria salido bien librado, si es cierto que entre los papeles que se le ocuparon se hallaron pruebas de su delito.—Carta de Cabarrús al príncipe de la Paz, de París á 16 de enero de 1798, citada por Muriel, Historia MS. del reinado de Carlos IV, libro IV.

(3) «Quizá tambien contribuiria para esta distinción (añade Muriel), el parentesco que el favorito de Carlos IV acababa de contraer entonces con la familia real de España y Portugal por su casamiento con la hija mayor del infante don Luis, motivo suficiente para que el príncipe regente le concediese esta honra.»



comunicaciones y noticias que se recibían del conde de Cabarrús. Así Carlos IV no perdonó momento ni medio para ver de llevarle á cabo, logrando que se renovase el tratado anterior, con algun aumento de dinero, á cuyo fin se pusieron en Paris dos millones de libras. Pero el Directorio se negó ahora á la ratificación, como antes se habia negado el gobierno portugués.

No menos oficioso y solícito se mostró Carlos IV por mejorar la suerte de su hermano, el juicioso, el modesto y desinteresado duque de Parma, cuya prudente conducta durante la guerra de Italia habia elogiado muchas veces Bonaparte, el cual en varias ocasiones le habia felicitado por ella y recomendado al Directorio. Pero las mudanzas y trastornos de los Estados de Italia, y el peligro continuo en que ponía á los de aquel príncipe su contigüidad á la república Cisalpina, hicieron pensar en darle por vía de indemnización otros Estados mas tranquilos y seguros, y mas apartados de aquel foco de inquietud y de alarma, designándose mas especialmente las islas de Cerdeña y de Córcega. Largas negociaciones mediaron sobre este asunto entre el gobierno de la república y el de Carlos IV. Mas por una parte el modesto príncipe se negaba á todo cambio, siquiera fuese ventajoso, á trueque de no separarse de sus amados vasallos, ni abandonar sus dominios patrimoniales, en lo cual se mostraba inflexible, aunque le costase renunciar á toda autoridad y reducirse á la vida privada (1). Por otra parte la negativa del gobierno español á ceder la Luisiana y la Florida que el de la república pedía como recompensa de aquella indemnización, y la política poco desinteresada y franca del Directorio ejecutivo, de que con razon se quejaba ya el príncipe de la Paz (2), vinieron á frustrar aquellas negociaciones.

Sucesos posteriores hicieron mas triste la situación de aquel buen príncipe. Sus Estados se vieron bruscamente invadidos por las tropas de la república Cisalpina, que plantaron en ellos el árbol de la libertad, y llevaron su audacia hasta arrancar de los parajes públicos las armas é insignias de la soberanía, haciendo poner á aquellos habitantes la escarapela tricolor, y tratándolos en todo como si fuesen ya súbditos de la nueva república. La intervención de Carlos IV y sus reclamaciones á la Francia sobre agresión tan innmerceda é injusta no produjeron sino una respuesta tibia del ministro Talleyrand. Ya el infante de Parma, por no sufrir semejantes insultos y atropellos, deponiendo su anterior inflexibilidad, se allanaba á admitir la compensación propuesta. Pero la oportunidad habia pasado: un cuerpo de tropas francesas entró en sus dominios exigiendo ser mantenido á su costa. Todos los esfuerzos de Carlos IV por sacar á su hermano de tan embarazosa situación, y sus instancias y recomendaciones al gobierno francés

no dieron otro resultado que protestas estériles de amistad, y ofrecimientos que no podían traducirse de ingenuos.

Otro tanto, poco mas ó menos, aconteció con el negocio de la isla de Malta que se trató tambien con España por algun tiempo. Halagada la imaginación de Bonaparte con su proyectada expedición á Egipto, y fijo su pensamiento en ella, conveníale para su fin hacerse dueño de Malta, acabar de dominar el Mediterráneo y ejecutar mas expeditamente su proyecto, teniendo allí una base de operaciones. Mas ni la Francia podía alegar un pretexto honroso para romper con los caballeros de la orden, que habian socorrido muchas veces á sus marinos, ni la situación de su tesoro le permitía hacer los sacrificios que tal empresa exigía. Discurrió, pues, el Directorio excitar á Carlos IV á que la hiciera de su cuenta, suponiendo que el proyecto halagaría al príncipe de la Paz, de quien decía el ministro de Relaciones extranjerías de La-Croix que hacia tiempo le constaba deseaba ser gran maestre de la orden de Malta; así se lo propuso por medio del embajador de la república Perignon, y aun envió á Madrid con la misma misión y propuesta al conde de Cabarrús, diciendo que brindaba ocasión oportuna la circunstancia de hallarse moribundo el gran maestre don Frey Manuel de Rohan, y que convendría mucho que el sucesor fuese un español, y no un alemán, como se pretendía.

Pero el príncipe de la Paz, sospechando sin duda que la intención del Directorio fuese la de separarle con este pretexto de la dirección de los negocios en España (3), respondió entre otras cosas, que ni su estado, ni sus obligaciones á los reyes, ni la corteidad de sus talentos para manejar los negocios desde aquel punto le permitían aceptar el título de gran maestre, á menos que sin separarse de su destino, sin contraer un voto solemne de castidad renunciando al matrimonio, y sin que los objetos del establecimiento variasen, pudieran conciliarse las ideas de la república con las de S. M., que eran las mismas; y que no era el tratamiento ni los intereses los que le movían á obrar así, puesto que no habia admitido otras condecoraciones de mas consideración que le proporcionaba el rey su amo (4). Entonces no era conocido todavía en España el proyecto de Bonaparte sobre Egipto. Mas la idea del gran maestrazgo, junto con la indicación de Godoy de alterar la constitución de la orden en el punto esencial del celibato, y la circunstancia de haber precedido esto algunos meses solamente al matrimonio del príncipe de la Paz con la hija del infante don Luis (setiembre, 1797), han hecho sospechar á algunos que el designio de Carlos IV fué el de hacer compatible el estado conyugal de su favorito con la alta dignidad á que le destinaban (5). Fuese de esto lo que quisiera, otros obstáculos concurrieron tambien á impedir que se realizara la conquista de Malta por España, y por consecuencia la investidura del maestrazgo de la orden para el príncipe de la Paz.

A poco tiempo de esto ocurrió otro suceso de mucha mas trascendencia, uno de los mas ruidosos que produjo la revolución francesa, de los mas graves que podría presenciar el mundo, y en que el gobierno español interpuso una mediación noble, aunque menos eficaz y fructuosa de lo que hubiera deseado.

Tras la descomposición y el trastorno general que acababan de sufrir los Estados italianos, vencidos los ejércitos imperiales por los de la república, y entabada la acción de Austria

(1) «Si se recurre á la fuerza para desposeerme de mis Estados (decía al embajador español en Paris marqués del Campo, despues de asegurarle que si para aumentar sus dominios era menester renunciar á los que tenia, no quería nada), estoy resuelto á dejar la autoridad y fijarme en donde Dios me dé á entender. El mundo me tendrá entonces por desgraciado, mas lo seré tan solo en la apariencia, quedando en mi corazón el consuelo inefable de tener despues de mi muerte la recompensa que un Dios justo no puede menos de conceder á quien lo ha abandonado todo por cumplir con sus obligaciones. Tal es mi resolución invariable, la cual no nace de fines ocultos, ni del hábito de vivir en el país de mi nacimiento, puesto que estoy pronto á abandonarlo todo, cierto de la aprobación de Dios y de los hombres; mucho mas de lo que lo estuviera si trabajase por adquirir, y adquiriese con efecto, el imperio del mundo.»

(2) Respondiendo el ministro español á una nota del embajador francés Perignon, le decía entre otras cosas, aludiendo á la reserva que observaba de parte de su gobierno respecto á sus planes sobre los Estados italianos: «Nada ha ignorado la Francia de la España, y nada ha sabido la España de la Francia. Hasta ahora no ha recibido aquella ventaja alguna de su alianza, y la Francia no ha proyectado especulación á que España no haya concurrido... S. M. Católica no cederá aquellas provincias (la Luisiana y la Florida), mientras no asegure su reino y resarza á sus vasallos. Su honor se compromete, y yo seria un débil ministro, si no me interesase en darle todo el lustre de que es merecedor. El señor Infante se contentará con sus Estados si no pueden extenderse. Todo viene á quedar como se estaba, menos la España que se halla despojada de una posesión la mas esencial de sus Américas (la Trinidad). Dia vendrá en que la recobre, y el gobierno francés pudiera adelantarle esta feliz época, si fuese menos reservado con las cortes que son sus amigos.»

(3) Así lo manifiesta él en nota al cap. 10 del tomo III de sus Memorias.

(4) Muriel inserta esta contestación en el lib. IV de su Historia MS., de este reinado.

(5) Don Andrés Muriel afirma haber oído de boca del mismo don Manuel Godoy que el rey le dijo con este motivo las siguientes palabras: «Yo haré que puedas presentarte con honra á desempeñar la alta dignidad á que te destinan.» Cuyas palabras se referían al pensamiento de enlazarle con su propia familia.—Lo que parece inferirse mas de la contestación del ministro es que el enlace estaba ya acordado antes de la propuesta de la dignidad.

Añade el mismo escritor: «Pero tenemos por muy verosímil que, aun sin que hubiese habido tal proyecto de soberanía, la reina hubiera pensado en elevar á su amante, y habria promovido este enlace.» Esto, que confirma nuestro juicio, no parece estar muy en armonía con el que dos líneas antes ha emitido el citado historiador.



en Italia por la paz de Campo-Formio, la vista menos perspicaz alcanzaba á ver el peligro inminente que amenazaba al gobierno pontificio, y la dificultad de sostenerse en medio de los sacudimientos revolucionarios que á su vecindad acababan de verificarse. La Marca de Ancona se habia sublevado ya á sugestion de la república Cisalpina, y constituidose ella misma en república Anconitana. Por el tratado de Tolentino Roma habia tenido que desprenderse de sus mas preciosas alhajas para pagar las contribuciones que le fueron impuestas, lo cual habia producido no poco descontento en el pueblo romano. Anciano y achacoso el papa Pio VI, el gobierno participaba de la debilidad personal del pontífice. En la capital del orbe cristiano se habian infiltrado como en todas partes las ideas republicanas, y aunque todavia se habian apoderado de pocas cabezas, habian contagiado las de una buena parte de la juventud aristocrática, ligera de suyo, amiga de la novedad y dada á la imitacion, y las de una parte del pueblo ignorante que columbraba vagamente y se dejaba fácilmente inspirar esperanzas de medro con cualquier trastorno; lo bastante para constituir dentro de la misma Roma un fermento revolucionario. El poder espiritual y temporal reunido en la Santa Sede formaba una especie de antagonismo con el principio democrático y de libertad religiosa, política y civil, que simbolizaba la revolucion, y que profesaba el Directorio ejecutivo de Francia, singularmente el director Larevelliere-Lepaux, fundador de la secta religiosa de los *Teophilantropos* (adoradores de Dios y amigos de los hombres).

Hallábase de embajador de la república en Roma José Bonaparte, hermano de Napoleon, el gran trastornador de Italia; y aunque este general, casi omnipotente en aquellos países, parece haberse mostrado en el principio contrario al pensamiento de establecer un gobierno representativo en los Estados del papa, mudó despues de opinion, puesto que escribia á su hermano: «Si el papa muriese, harás cuanto sea posible por que no se nombre otro, y para que haya una revolucion.» Y el Directorio decia al victorioso general (21 de octubre, 1797): «Por lo que hace á Roma, el Directorio aprueba las instrucciones que habeis dado á vuestro hermano el embajador José Bonaparte sobre que impida que se nombre un sucesor de Pio VI. La coyuntura no puede ser mas oportuna para fomentar el establecimiento de un gobierno representativo en Roma, y para sacar á Europa del yugo de la supremacia papal.» Con estos elementos fácil es calcular los pocos con que el pontífice contaba para resistir una invasion. Sin embargo, José Bonaparte no solo no fomentaba los intentos revolucionarios en que querian comprometerle á él mismo los acalorados jóvenes de Roma, instigados tambien por los artistas franceses que allí residian, sino que procuraba contenerlos, diciéndoles que no tenian fuerza para un movimiento decisivo, y que se perderian y comprometerian la Francia, que los dejaria abandonados á las consecuencias de su imprudencia. Y por otra parte el gobierno pontificio, saliendo algo de su habitual indolencia, tomó algunas medidas de seguridad, dobló las patrullas de noche, y puso los esbirros en campaña: providencias ineficaces y tibias, que dieron á los conspiradores idea de que eran temidos, y los hicieron mas osados.

Acabó de alentarlos la llegada del general francés Duphot, prometido de la señorita Desirée, hermana de la esposa del embajador, y republicano ardiente, que acababa de promover una explosion revolucionaria en Génova en los pocos dias que allí se habia detenido. Con esto, el 28 de diciembre (1797) un grupo de aquellos se dirigió al palacio Corsini que habitaba Bonaparte, á intimarle que se uniese á ellos para destronar al papa y dar la libertad al pueblo romano. Despidiéndoles el embajador reprendiéndoles su temeridad; y como al volver tropezasen con patrullas que el gobierno habia hecho ya salir, retrocedieron muchos de ellos á refugiarse y esconderse en el palacio de la embajada. Creyendo despues que habia en Roma un levantamiento popular en favor suyo, salieron los mismos escondidos gritando furiosamente libertad, los unos desde los balcones de palacio, los otros por las calles, capitaneados por el abate Piranesi, que habia trocado el traje clerical por el uniforme de cónsul de Suecia en Ancona. Los dragones del papa hicieron fuego contra los anconitanos de los arcos y del

zaguan de la casa del embajador, mataron algunos é hirieron muchos mas. Al estruendo de la descarga se asomó Bonaparte, vió la tropa formada frente del palacio, y él agitando el sombrero y con cuantas señales podia, y Duphot desde abajo dirigiéndose á los dragones con espada en mano, ambos los intimaban que se retirasen. Ellos continuaron el fuego, y Duphot cayó atravesado de dos ó tres balazos. El embajador se salvó milagrosamente. Las demás tropas pontificias que ocupaban otros puestos, tiraban sin saber á quién, acaso solo por aturdimiento, pero hicieron víctimas inocentes, achaque comun en lances tales.

Tan pronto como el ministro de España en Roma, don José Nicolás de Azara, tuvo noticia del alboroto, tomó apresuradamente su carruaje, y entrada ya la noche, corriendo mil peligros él y sus postillones, y haciendo rodeos, logró llegar al Vaticano con objeto de ofrecer sus servicios á Su Santidad. El palacio estaba rodeado de tropa y defendido por la guardia suiza. En las habitaciones encontró los cuatro cardenales ministros en completa inaccion, y sin saber siquiera lo que pasaba fuera del aposento (1). Les advirtió de la situacion en que se hallaba el embajador francés y de las consecuencias que podrian seguirse si no se obraba con actividad, y pasó, no sin correr nuevos riesgos, al palacio Corsini, cuyos arcos, zaguan y escalera encontró salpicados de sangre, los cadáveres todavía por allí tendidos, el embajador y su familia consternados, la joven Desirée (2) trastornada, el ministro de Toscana acompañando ya á Bonaparte, y este resuelto á partir aquella misma noche, para lo cual tenia ya escrito al ministro de Estado pidiéndole pasaportes y caballos de posta. Tanto el ministro español como el toscano (el caballero Angiolini) procuraron templarle y persuadirle de la inconveniencia de tan precipitada resolucion, por lo menos hasta que recibiera instrucciones del Directorio. Azara añadió que estaba cierto de que ni el papa ni sus ministros responsables habian tenido culpa, ni siquiera conocimiento de la muerte de Duphot y de los demás atentados, y tomó sobre sí la seguridad del compromiso de que el pontífice y su gobierno darian á la Francia la satisfaccion que correspondiese.

Aquietóse con esto un tanto el embajador francés, y rasgó la carta en que pedia los caballos de posta. Azara se volvió al Vaticano con Angiolini. Ambos instruyeron de todo al ministro de Estado cardenal Doria, el cual, así como el papa, á quien se despertó para informarle de lo que ocurría, se prestaron á dar cuantas satisfacciones se creyesen necesarias y les fuesen pedidas. Mas cuando Azara se habia puesto á dictar, por encargo de Pio VI, los despachos correspondientes para el embajador de la Santa Sede en Paris en el indicado sentido, llegaron uno en pos de otro dos avisos de Bonaparte manifestando que habia vuelto irrevocablemente á su resolucion de partir aquella misma noche, dejando recomendados al embajador español el palacio de la legacion francesa, los negocios pendientes, sus criados y efectos, los franceses residentes en Roma, y hasta el cadáver del general Duphot. Y en efecto, aquella misma noche salió camino de Toscana. El buen Pio VI queria que aun se hiciera un esfuerzo para alcanzarle y detenerle, pero todo era ya inútil, y así se lo demostró Azara.

Era de suponer la sensacion que causaria en Paris la noticia del insulto y atentado cometido en Roma contra la persona y el palacio de la embajada de la república, abultada y des-

(1) Las noticias que damos de este acontecimiento las tomamos de la relacion que de él escribió el mismo Azara, que como testigo presencial, y mediador que fué entre unos y otros durante el curso de estos sucesos, estuvo en mejor aptitud que nadie para referirlos, como lo hizo, con exacta y minuciosa puntualidad. Se ve en su relacion el conocimiento que tuvo de sus pormenores. En ella cita nominalmente las personas que movieron principalmente la insurreccion y hace el retrato de algunas. Inculpa á ciertas corporaciones de haberla fomentado ó preparado; censura de débil y apático al gobierno pontificio, y hace de él otras calificaciones mas fuertes, con el desenfado y en conformidad á las ideas que siempre manifestó este agente diplomático español. En cuanto á los hechos, le tenemos por exacto y verídico, y su relacion está conforme con otras que hemos visto de escritores italianos y franceses.

(2) La que despues fué reina de Suecia.



figurada como llegan siempre estas noticias en los primeros momentos. De contado el embajador pontificio Massiri fué arrestado y ocupados sus papeles. Los demócratas exaltados, los directores y ministros, entre los cuales los había declarados enemigos del gobierno romano, proclamaron el castigo severo de Roma, y así lo sancionó un decreto del Directorio. Dióse al general Berthier la misión de ejecutarle. Su ejército de Italia pedía á gritos marchar contra Roma, y los patriotas de la república Cisalpina no ansiaban sino el momento de derribar la autoridad y el gobierno pontificio. El 10 de febrero (1798) llegó el terrible Berthier con su ejército á la vista de la capital del mundo cristiano.

Berthier tenía antiguas relaciones de amistad con el ministro español Azara (1); y como este le hubiese escrito desde Tívoli donde se había retirado, recomendándole que hiciese respetar á sus tropas el barrio de Roma nombrado *la Plaza de España*, fué llamado por él al cuartel general para concertar algunas providencias relativas al objeto de su expedición. Azara acudió al llamamiento despues de algunas vacilaciones (2). Informó á Berthier de la verdad de los hechos: le aseguró que la muerte de Duphot y el insulto hecho al palacio de la embajada había sido una imprudencia de la tropa, en que ni el gobierno ni los habitantes de Roma habían tenido parte alguna; que las intenciones del papa eran enteramente pacíficas, y aceptaría las condiciones y la satisfacción que el Directorio le exigiese. En su virtud autorizó el general francés á Azara para que dijese al pontífice que la intención del Directorio era solamente castigar á los culpados en la muerte de Duphot, imponer una contribución moderada para gratificar al ejército á quien se debía cinco meses de pagas, y cumplido este, respetar la autoridad pontificia, la religión, las personas y las propiedades de los habitantes de Roma. Azara desempeñó su comisión; el papa no mostró repugnancia á ninguna de las condiciones, porque su situación no le permitía otra cosa; el ministro español volvió al cuartel general, y convenido todo, hizo su entrada el ejército francés en la ciudad, al parecer pacífica y amistosamente, pues hasta las guardias y patrullas se componían por mitad de soldados franceses y romanos.

Poco duró esta aparente armonía y moderación. Al día siguiente se exigió á nombre del Directorio un aumento en la contribución, una requisa de caballos para la remonta del ejército, el castigo de los asesinos de Duphot, que se erigiera una pirámide con una inscripción que recordara el suceso y la venganza, y que una embajada solemne fuera enviada á París á pedir públicamente perdón del atentado. Odiosas como eran estas condiciones, se puso al papa y al ministro Doria en la dura necesidad de aceptarlas y firmarlas, y al pueblo entero en la de recibirlas con aparente y forzada resignación. Mas no paró en esto. Era menester destruir el poder pontificio, y destruirle por medio de un simulacro de revolución que se sabía estar preparado, apareciendo así que lo hacía el mismo pueblo de Roma.

(1) Había estado también en Madrid como negociador en el asunto de las compensaciones al infante duque de Parma.

(2) Hé aquí cómo pinta el mismo Azara su situación, y los pasos que se vio obligado á dar:

«Este convite, dice, me puso en gran perplejidad, porque el aceptarlo ó rehusarlo me era igualmente embarazoso en mis circunstancias. Adelantarme á recibir un general que venía amenazando una ciudad, era lo mismo que hacerme cómplice en su exterminio, y el negarme á salir me comprometía con mi aliado, y me privaba de la proporción de poder disminuir los males con mi mediación. Veía destruido mi propósito de abstenerme de toda negociación, en lo que consistía mi quietud y felicidad, y me exponía á la censura de mis émulos, á las intrigas de Nápoles, y á los sucesos pasados. Todo bien considerado, me resolví salir al encuentro de Berthier, para interceder con él á favor de Roma como simple particular, y sin hacer poco ni mucho uso de mi carácter de ministro. Esta reserva me era tanto mas necesaria, cuanto que desde que sucedió la muerte de Duphot había la reina de Nápoles enviado á Roma á Belmonte con el carácter de embajador extraordinario... etc.»

Y prosigue contando minuciosamente la entrevista, conferencias y resultados, de que damos compendiosa noticia en el texto.

Esta relación ha sido publicada en 1847, con el título de *Memorias originales*, por su sobrino don Agustín de Azara, marqués de Nibbiano.

En efecto al día siguiente, aniversario de la coronación de Pío VI, unos cuantos conjurados, gente despreciable, pero conducidos por unos pocos ambiciosos de algún valer, se reunieron en el antiguo Foro romano, hoy Campo Vaccino. El ejército francés formó allí en batalla con gran aparato de artillería. Era la hora en que los cardenales y prelados concurrían á la iglesia de San Pedro. Un hombre que llevaba al hombro un madero le plantó en tierra, llamándole *el árbol de la libertad*. El abogado Riganti de pie sobre una mesa, gritó: *Pueblo romano, ¡quieres sacudir el yugo que te oprime y recobrar tu antigua libertad y forma de gobierno?—Queremos ser libres*, respondían los conjurados.—*¿Queréis*, prosiguió el orador, *restablecer vuestros antiguos cónsules romanos?—Queremos*, respondieron. Y se procedió inmediatamente al nombramiento de cinco cónsules y á la creación de dos Consejos á imitación de los de Francia. Una muchedumbre inmensa, esa muchedumbre dispuesta siempre á aplaudir toda novedad ruidosa, gritaba: *¡Libertad! ¡viva la república romana! ¡vivan los franceses!* Este clamoreo llegó á oídos de los cardenales en ocasión que cantaban el *Te-Deum* por la exaltación del papa, y fué tal su consternación que cada uno se escapó y escondió donde pudo. Berthier fué llamado por el nuevo gobierno romano, que le esperaba en la plaza del Capitolio, y le recibió con aclamaciones, y le puso en la cabeza una corona de encina. Otro general pasó al Vaticano á notificar al papa que el pueblo, en uso de su derecho, le había despojado de la soberanía y constituido en república. En pos de él entró el famoso Haller, administrador general de las contribuciones de Italia, con su séquito de comisarios, secuestrando cuantos muebles, alhajas y enseres había en las habitaciones del palacio pontificio (3). El ministro de España envió inmediatamente su secretario á ofrecer al pontífice cuanto pudiera necesitar, mientras los generales y oficiales franceses se alojaban en las principales casas de Roma, y se regalaban en ellas, y tomaban los carruajes de los nobles y de los cardenales, y paseaban en ellos las calles y paseos públicos insultando á sus dueños.

Ordenó además Haller la confiscación de toda la plata de las iglesias, que se ejecutó, como dice el autor de la relación que seguimos, martillo y saco en mano, sin dejar en cada templo mas que el peor cáliz para decir la misa. Impuso una contribución de varios millones, pagadera en el término de veinticuatro horas. Mandó fabricar cédulas de banco hasta la suma de doce millones de escudos, que hizo tuviesen curso como moneda corriente. Dióse orden para destruir todos los escudos de armas, inscripciones ó insignias de las casas, costando trabajo al embajador español detener la piqueta ya preparada para deshacer el magnífico escudo de mármol que decoraba la puerta de su palacio. Se pusieron en venta los bienes de la cámara pontificia, y los de los cabildos y comunidades religiosas, á las cuales se arrojaba de sus casas. Se prendía á los eclesiásticos mas condecorados y respetables, no sin indicarles que aprontando alguna suma de dinero podrían conseguir su libertad. En cuanto á los caballos y coches de particulares, así los franceses como los nuevos republicanos de Roma se los apropiaban con el menor pretexto y con el mayor descaro.

Pero entraba ya en las miras del gobierno francés sacar de Roma al papa y á los que formaban su corte, como entraba en las del nuevo gobierno romano alejarle de Italia, temiendo con su presencia por la seguridad de la revolución. En su virtud se acercaron los cónsules al embajador español, é hicieronle la propuesta de enviar á España al pontífice. Azara contestó que carecía de instrucciones de su gobierno para poder responder á proposición tan inesperada. Con esto se trató de enviarle á Portugal, y por último se resolvió trasladarle á Toscana. Así se verificó, sacando en una noche oscura al en-

(3) Hasta el breviario y la caja del tabaco, que no valía un zequin, dice Azara, le fueron quitados al papa; y un canastillo de bizcochos que había sobre la mesa tuvo la misma suerte; «de modo, añade, que Su Santidad en un instante quedó despojado de cuanto poseía, á excepción del solo vestido que tenía á cuestas, pero sin arbitrio para mudarse de camisa.»



fermo y anciano Pío VI de su palacio, haciéndole entrar en un coche con su camarero y su médico, y trasportándole con escolta de dragones franceses hasta Siena, donde se alojó por opción suya en el convento de Agustinos calzados. Gran disgusto produjo esta medida en la población romana. Una noche se insurreccionaron los transteverinos, dándose á degollar los franceses que andaban por aquellos barrios, que por fortuna suya no eran muchos. Pero la tropa francesa que estaba sobre las armas y se apoderó de los puentes, y la guardia nacional que acababa de formarse, apagaron, aunque á costá de bastante sangre, la sublevación, lo cual tal vez no habrían logrado, si hubieran llegado á tiempo los habitantes de la campiña y de las vecinas ciudades que en número de doce mil hombres acudían ya á unirse con los conjurados, y los cuales fueron al día siguiente dispersados por los escuadrones de Murat (1).

Los excesos, los saqueos y las rapiñas de los franceses en Roma continuaron en mayor escala y con mayor escándalo que antes, por la circunstancia de haber tomado Berthier el mando del ejército de Italia, cuyo centro estaba en Milan, y haber quedado al frente del de Roma el general Massena. Este guerrero, que había salvado á la Francia en Zurich, fué el que dió en Roma el funesto ejemplo de empezar á saquear los palacios, los conventos y las ricas colecciones; ejemplo que siguieron los jefes de mayor graduación, vendiendo á bajo precio á los judíos que iban detrás los magníficos objetos que les entregaban los saqueadores. «La malversación, dice un ilustre historiador francés, fué escandalosa. Es preciso decirlo: no eran los oficiales subalternos ni los soldados los que se entregaban á semejantes desórdenes, sino los jefes superiores (2).» Este escándalo produjo uno de los acontecimientos mas notables y mas nuevos en la historia. Los oficiales subalternos y los soldados se amotinaron contra sus jefes, llamándolos *monstruos graduados, administradores corrompidos, pícaros ladrones*, y otros epítetos semejantes, diciendo que sería deshonorar el nombre francés el tolerar tanta infamia, y negándose á servir bajo las órdenes de Massena (3). Todos los jefes, de coronel arriba, se vieron obligados á salir de Roma, á excepcion del general Dalemagne, hombre moderado y probo, á quien los sublevados dieron provisionalmente el mando superior. Al día siguiente se publicó un edicto invitando á los habitantes de Roma á que fuesen á declarar en lo que cada cual había sido estafado, fuese dinero, alhajas, caballos, ú otras prendas ó efectos. Enviaron además una diputación al Directorio, con una memoria en que se explicaba todo lo que había pasado, pidiendo con instancia el castigo de los culpables. El Directorio destituyó á Massena, y envió á Roma una comisión de cuatro personajes íntegros é ilustrados, con el encargo de organizar la nueva república (4).

(1) Si toda la población no se levantó, al menos no es exacto lo que dice un historiador francés, que el pueblo de Roma no parecía echar de menos á aquel soberano que había sin embargo reinado mas de veinte años. Estaba demasiado oprimida la población para que pudiera ayudar á los de los barrios de Transtevere y Monti.

(2) Thiers, Revolución francesa, tom. V, cap. 12.—Es extraño que este historiador haya dedicado tan pocas páginas á la relación de los importantísimos sucesos de la revolución de Roma; aunque por otra parte no deja de comprenderse la causa.

(3) Azara, que presencié esta sublevación, y pasó mil apuros por haberse encontrado casualmente y sin pensarlo en medio de ella, refiere varias y curiosas anécdotas de este singular episodio. Tal es, entre otras, la siguiente: El que iba á la cabeza de la diputación que los sublevados enviaron á Massena, le dijo con mucha serenidad: *General, habéis perdido la confianza del ejército, y así es preciso que os vayáis de Roma*. Massena encolerizado preguntó al orador si le conocía.—*Sí, general*, le respondió, *te conocemos por el mayor pícaro del mundo*. Viendo Massena que la cosa iba demasiado seria, se subió sobre una silla, y comenzó á perorar á los soldados; mas como estos se mostrasen duros é inflexibles, pidió una espada para suicidarse. *Dádsela*, dijo el orador, *que no lo hará, yo le conozco*. Los soldados se retiraron, y Massena quedó solo pensando el partido que habría de tomar.

(4) Léanse en las Memorias de Azara otros muchos pormenores de aquella insurrección honrosa de los soldados franceses, así como los muchos peligros en que se vió, por haber tenido que hacer forzosamente el papel de mediador entre los insurrectos y los generales perseguidos, presos ó amenazados.

El embajador español, deseoso ya de verse libre de aquella situación embarazosísima para él, y tomadas sus disposiciones para el despacho de los negocios mas urgentes que tenía á su cargo, dada también orden para que salieran de la ciudad todos los españoles residentes en ella, determinó abandonar aquella perturbada mansión en que había residido mas de treinta años, dejando allí su inmenso mobiliario, su copiosa librería, y sus ricas colecciones de preciosos cuadros y de bustos de mármol (5). Partió, pues, Azara de Roma, y llegó, no sin nuevos riesgos, á Siena, donde consoló cuanto pudo al atribulado Pío VI, le informó de cuanto había pasado después de su salida del Vaticano, y conferenció y arregló con el anciano y enfermo pontífice la manera cómo en la dispersión y en la situación especial en que se hallaban, así Su Santidad como el colegio de cardenales, convendría proveer á la sucesión legítima de la Silla apostólica, cuando llegara el caso de pasar á mejor vida el que la estaba ocupando, aunque fuera de su natural asiento. De este modo, y por medio de una bula, que Azara recogió original y logró que fueran firmando casi todos los cardenales, se evitó á la muerte de Pío VI un cisma que hubiera sido fatal al catolicismo. Azara fué luego nombrado embajador del Rey Católico en París (marzo, 1798), cuyo nombramiento recibió en Florencia, cuando se disponía á regresar á España y había anunciado al gobierno el itinerario que se proponía traer.

No es exacto lo que á propósito del destronamiento y del infortunio del papa dice un historiador francés, á saber: que España, cuya religiosidad era temible, nada dijo sin embargo, acaso porque se hallaba bajo la influencia francesa (6). España no abandonó en esta ocasión á Pío VI, como nunca había abandonado á los pontífices en sus conflictos y tribulaciones. Carlos IV, que supo con dolor los atropellamientos y las amarguras del jefe supremo de la Iglesia, intentó mover al Directorio, traerle á sentimientos de moderación, y obtener de él la libertad y la seguridad de la persona del papa. Lo que hubo fué que el embajador español cerca de la república, conociendo bien la disposición de los ánimos de los directores, no se atrevió á presentar, y lo creyó de todo punto inútil, los despachos en que aquello se reclamaba (7). El embajador Azara, su sobrino don Eusebio Bardají, el cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, el diplomático don Pedro Labrador, todos estos distinguidos españoles prestaron cuantos auxilios pudieron, y acompañaron algunos de ellos al desgraciado pontífice hasta recoger su último suspiro, y le suministraron de orden del rey lo necesario para su persona y familia, privado de todo socorro por la Francia, aun para los viajes que le obligó á hacer.

Verdad es que cuando el gobierno de la república, temiendo todavía la presencia del provecto pontífice en territorio de Italia ó del Imperio, propuso á Carlos IV que le diese acogida y residencia en sus dominios, el monarca español repugnó y puso dificultades á esta proposición; mas no por falta de veneración, de afecto y de interés hacia el desventurado papa, sino por los visibles inconvenientes y compromisos que en aquellas circunstancias traería á su reino un hospedaje que en otra ocasión él mismo habría ofrecido y aun solicitado. Y sin embargo, todavía por evitar algun nuevo desacato ó ultraje que parecía amenazar al augusto desterrado, consentía en que fuese traído á Mallorca, acompañándole solamente el cardenal de Lorenzana y las personas de su servidumbre, encargándose él de los gastos que ocasionara su residencia, bien que pidiendo al Directorio, en compensación de esta condes-

(5) La magnífica colección de bustos en mármol, dice el anotador de las Memorias de Azara, la legó á su muerte al rey de España, y es hoy una de las principales riquezas que posee S. M. en su Real Museo de pinturas y esculturas en el palacio del Prado de Madrid que lleva aquel nombre. De la colección de pinturas se perdieron muchas en las turbulencias políticas de Roma que ocurrieron después de la salida de Azara, pero aun se conservan porción de preciosos cuadros originales, que posee hoy su heredero el actual marqués de Nibbiano. La librería constaba de veinte mil volúmenes.

(6) Thiers, Revolución, tomo V, cap. 12.

(7) Carta del embajador marqués del Campo al príncipe de la Paz, en 31 de marzo, 1798.



cendencia y sacrificio, que ratificara el tratado con Portugal y que indemnizara al infante español duque de Parma, cuya suerte era el objeto de la mas viva solicitud de Carlos IV y de María Luisa. La muerte del desventurado y perseguido pontífice puso fin, como veremos despues, á estas negociaciones y evitó los compromisos que de ellas hubieran podido seguirse á España (1).

Por este tiempo habia ocurrido en el gobierno español una novedad grande por lo inesperada y por la calidad de la persona en quien se habia verificado, á saber: la separacion del príncipe de la Paz de la primera secretaria de Estado, y por consecuencia, de la direccion de los negocios públicos (28 de marzo, 1798). Aunque en el real decreto expresaba el soberano que no hacia sino acceder á las reiteradas instancias del ministro, y la admision de su renuncia se hacia en los términos mas lisonjeros para él, y tales como rara ó ninguna vez en semejantes documentos se emplean (2), y por lo mismo que se sospechaba que el favorito no habia caído de la gracia del rey, entonces y despues se discurrió mucho sobre las causas de su salida. Pero los mismos que las buscaban, y tal vez habrian querido encontrarlas en alguna alteracion que hubieran sufrido sus relaciones particulares con la reina, vienen á reconocer que léjos de influir en este suceso, ninguna nueva amistad, ninguna rivalidad disminuyó el ascendiente y poderío de don Manuel Godoy (3). Al contrario, estos mismos dan á entender que la reina no solo sostenia al ministro favorito contra toda tentativa de sus enemigos ó de sus rivales, sino que la ligaban á proceder así compromisos á que no hubiera podido faltar sin grave y evidente peligro de su honra y aun de su persona (4).

No hay, pues, necesidad de recurrir á causas de esta índole, toda vez que habia motivos políticos suficientes, y aun sobra-

(1) Los franceses, en su deseo de sacarle cuanto antes de Italia, donde tanto temian su presencia, resolvieron llevarle á Francia, trasladándole primero á Briançon, despues á Grenoble, y por último dieron orden para que fuese llevado á Dijon. Ya habia partido de Grenoble, mas habiéndose detenido en Valence del Delfinado, donde le alcanzó la orden conseguida por Azara de suspender el viaje, la edad, los disgustos, los molestias y malos tratos hicieron sucumbir en aquella ciudad al atribulado Pio VI. —Memorias de Azara.—Correspondencia diplomática de Francia y de Italia: Archivo del ministerio de Estado.—Artaud, Vidas de los soberanos pontífices.

(2) «Atendiendo (decia) á las reiteradas súplicas que me habeis hecho, así de palabra como por escrito, para que os eximiese de los empleos de secretario de Estado y de sargento mayor de mis Reales Guardias de Corps, he venido en acceder á vuestras reiteradas instancias eximiéndolos de dichos dos empleos, nombrando interinamente á don Francisco de Saavedra para el primero, y para el segundo al marqués de Ruchena, á los que podreis entregar lo que á cada uno corresponda, quedando vos con todos los honores, sueldos, emolumentos y entradas que en el día teneis, asegurándoos que estoy sumamente satisfecho del celo, amor y acierto con que habeis desempeñado todo lo que ha corrido bajo vuestro mando: y que os estaré sumamente agradecido mientras viva, y que en todas ocasiones os daré pruebas nada equívocas de mi gratitud á vuestros singulares servicios. Aranjuez y marzo 28 de 1798.—Carlos.—Al príncipe de la Paz.»

(3) Nos referimos aquí á los juicios que en la corte se hacian sobre la particular estimacion que la reina María Luisa parecia tener en aquel tiempo hácia otro guardia de Corps llamado Mallo, que entre otras distinciones obtuvo la de ser nombrado mayordomo de semana, y que con motivo de ostentar cierto lujo y boato en su porte dió ocasion á las murmuraciones de los cortesanos, y aun á dichos agudos del mismo príncipe de la Paz en conversaciones confidenciales con el rey. Don Andrés Murriel, que en su historia manuscrita de este reinado no pierde ocasion de dar cabida en ella á todas las noticias y anécdotas de esta especie, sin velo ni disfraz, siquiera fuese transparente, cuenta tambien lo que se juzgaba y decia de aquel trato. Nosotros, que nos hemos propuesto no hacer históricos los actos de la vida privada de los reyes sino cuando á ello nos obliga la influencia que ejercieran en la marcha de la cosa pública, procuramos cuanto podemos indicarlos solo ligeramente, en cuanto baste para significar que no nos son desconocidos, pero que no hacen al objeto y á la índole de nuestra historia.

(4) Explican este compromiso por una carta imprudente que dicen haberle escrito en momentos en que el apasionamiento no da lugar á la reflexion ni á la prevision, y que el favorecido guardaba como una arma de segura defensa para cualquier evento, bien de inconsecuencia, bien de enojo, y era como su áncora de salvacion en las borrascas. Pero el mismo escritor que revela el indiscreto contenido de esta carta, concluye por dudar de la certeza del fatal documento.

dos, para explicar la retirada del príncipe de la Paz. El Directorio francés, que no olvidaba haber sido este ministro el autor de la declaracion de guerra contra la Convencion, y comprendia que solo por necesidad y no por afecto á la república, habia hecho alianza con la Francia, meditaba ya cómo alejarle de los negocios públicos, á la manera que lo habia hecho con el ministro del emperador, baron de Thugut. Tampoco ignoraba el Directorio que entre los príncipes franceses emigrados y su pariente Carlos IV mediaba y se sostenia una correspondencia activa y afectuosa, como hasta la muerte de Luis XVI habia mediado entre los dos monarcas, y entre las dos reinas María Antonia y María Luisa (5). Y harto conocia tambien que, fiel Carlos IV de corazon á los desgraciados príncipes de su familia, á quienes solo por la necesidad de conservar su propio trono habia en apariencia abandonado, los protegeria de buena gana el día que pudiera hacerlo con esperanza de buen éxito y sin riesgo de su corona. No podia, pues, considerar la alianza del gabinete de Madrid como cordial y sincera.

El príncipe de la Paz por su parte tampoco estaba satisfecho de la conducta del gobierno francés, principalmente por lo que tocaba á la solucion de los asuntos de Parma, Roma y Portugal, en que el rey tenia grandísimo empeño. «Portugal, Parma y Roma, le decia al embajador marqués del Campo, han sido tres puntos de vista que no ha separado de su consideracion el rey nuestro señor. La paz con Portugal, que pagada debia creerse efectiva, parece se hace mas distante. La satisfaccion que debia prometerse S. M. para su hermano despues de la agregacion cisalpina, no tiene efecto. De la existencia de Roma se trata con dificultades.... ¿En qué piensa, pues, el Directorio? ¿No ha de contar con su aliada para la distribucion de los Estados de Italia, ni sus oficios han de tener valor alguno para que la paz con Portugal se ratifique? Es tiempo pues de no dejar dormidas las ideas....» Y concluía: «Estas cosas que se responden prontamente cuando hay confianza, no deben empachar al Directorio para satisfacerlas, y antes bien conviene no ignorarlas, para formar desde luego los planes que interesan á cada soberano (6).»

Mal efecto produjo en el Directorio el contenido, y el tono independiente, con sus reticencias semi-hostiles, de este despacho. El agente francés en Madrid se explicó á su vez con bastante acrimonia, y so pretexto del mal tratamiento que suponía se daba á los franceses en España, preguntaba al ministro de Estado si Francia y España estaban todavía en guerra, y añadía: «Príncipe, es preciso que cese tal escándalo.» La proteccion que el rey de España dispensaba al de Portugal, y el empeño de su primer ministro en evitar que Francia hiciese la guerra á aquel reino, era uno de los mayores motivos de disgusto que con el príncipe de la Paz tenia el gobierno de la república.

Para prevenir ó neutralizar las consecuencias de este desvío determinó Godoy reemplazar al marqués del Campo en la embajada de Paris con el conde de Cabarrús, hombre muy despierto, de reconocida capacidad y larga experiencia, y muy de su confianza. Esperaba que su cualidad de francés, aunque naturalizado muchos años hacia en España, le favoreceria para ser bien recibido del Directorio; y fiaba además en la influencia de la hija del conde, madama Tallien, la bella Teresa Cabarrús, tan célebre en la revolucion francesa, y que á la sazón se hallaba en relaciones íntimas con el director Barrás (7).

(5) En el archivo del ministerio de Estado existe y hemos visto original gran parte de esta correspondencia, de una y otra época, frecuente y casi nunca interrumpida.

(6) Carta del príncipe de la Paz al marqués del Campo, de Aranjuez á 15 de enero de 1798.

(7) Esta dama, nacida en España, que tanta celebridad adquirió durante la revolucion francesa, así por su hermosura como por algunos actos notables de su vida y por los personajes con quienes estuvo unida, casó sucesivamente con M. Tentenay, consejero del parlamento de Burdeos, con el famoso thermidoriano Tallien, y con el príncipe de Chimay, por haberse divorciado de los dos primeros. En los días del terror estuvo presa en la Force y en vísperas de ser llevada al patíbulo, en cuyo estado escribió y tuvo ardid para hacer llegar una enérgica carta á Tallien, excitándole á deshacerse de Robespierre, lo cual parece contribuyó en



Mas sucedió todo lo contrario. La circunstancia de ser nacido Cabarrús en Francia, no obstante la naturalización española que habia obtenido, y haber sido antes aceptado sin inconveniente como plenipotenciario de España para las conferencias de Berna y de Lille, sirvió de fundamento al Directorio para negarse á admitirle como embajador, diciendo que en ningun caso podia un francés representar á un soberano extranjero cerca del gobierno de su propio país. Todas las razones y todos los esfuerzos del príncipe de la Paz y de Cabarrús fueron infructuosos é ineficaces para convencer al Directorio, lo cual obligó al ministro español á nombrar embajador cerca de la república francesa á don José Nicolás de Azara, que acababa de desempeñar el importante papel que hemos visto en Roma. A su vez el Directorio envió de embajador á la corte de España al ciudadano Truguet, ministro que habia sido de Marina, con instrucciones de trabajar por la separacion de Godoy de los negocios de Estado (1).

Cabarrús, conocedor de la situación política de la Francia en aquel tiempo, y del mal espíritu que animaba á algunos de los directores respecto al gobierno español, habia informado de todo al príncipe de la Paz, aconsejándole la conducta que creia mas conveniente para no provocar en aquel gobierno una resolución que pudiera ser funesta á España, y exponiéndole principalmente la inconveniencia del empeño en evitar la guerra contra Portugal; pues sobre haber hecho ya en favor de la mediación cuantos oficios la lealtad y la amistad mas acendrada á aquel rey pudiera exigir, y sobre los peligros á que la continuación de tal política nos estaba exponiendo, la guerra podria ser útil á España, puesto que el pensamiento del gobierno francés era proponer al español la cesion de la Luisiana, y obligar á Portugal á indemnizar á España con las islas de Madera y Santa Catalina, y acaso podria arribarse á la recuperación de Gibraltar como precio de la paz general (2). Consejos parecidos le daba respecto á aceptar la compensación que el gobierno francés meditaba dar al duque de Parma. Y en carta posterior (23 de enero, 1798) le habia manifestado la persuasión perniciosa en que los directores estaban de que habia en Madrid un partido inglés, que decia mantener inteligencias con la corte de Londres, compuesto de personas de mucho influjo, y á cuya cabeza se suponía estaba el mismo príncipe de la Paz: voces que sin duda se esparcieron allá por el deseo de apartarle de la dirección de los negocios (3).

parte á la caída y suplicio de aquel gran terrorista, á que debió ella su salvación. Tuvo también amistad con madama Beauharnais, después emperatriz de los franceses. Hecha la restauración de los Borbones, vivió retirada en París.

(1) Archivo del ministerio de Estado, leg. 49, números 1, 6 y 8.

(2) «Parece, decía Cabarrús, que la prudencia aconseja que moderando los pasos de mediación ya interesados, no nos comprometamos á no tomar parte en la guerra, si esta fuese inevitable; pues si Portugal hubiese de ser conquistado no es dudable que seria muy conveniente que esta conquista se hiciese para nosotros, y por nosotros, y este sistema de manifestarnos prontos á seguir contra Portugal las miras de Francia, tiene á mis ojos la inapreciable ventaja de cohonestar el aumento muy considerable que sin perder un instante conviene hacer en el ejército, mejorando al mismo tiempo la organización en términos de hacernos respetables. No porque yo crea que el designio verdadero de estas gentes es hacer á Portugal una guerra que les seria demasiado gravosa sin nuestra cooperación, sino que quieren precisarnos á apoyar sus amenazas para conseguir mejores condiciones y á pagar nuestra mediación; y segun he podido inferir, Truguet va encargado de proponer á V. E. la cesion de la Luisiana, de la cual deberia la corte de Lisboa indemnizar á la España cediéndole la isla de Madera y de Santa Catalina, ú otro equivalente, que importa poco á este gobierno, pues su objeto principal es conseguir la Luisiana ahora, y sacar este partido de las desavenencias de Portugal: y como esta cesion de la Luisiana, cuando S. M. se determine á ella, debe ser el precio de la paz general y si puede ser de Gibraltar, la sagacidad de V. E. comprenderá que el juego actual es, parece, no tan solo moderar el interés á favor de la paz de Portugal, sino entrar en las intenciones amenazadoras de la Francia contra aquella potencia, pues cuanto mas se acalore la mediación, mas se empeñará este gobierno en que le costeemos con el sacrificio que exige.»—Cabarrús al príncipe de la Paz, París, enero de 1798.

(3) La desconfianza entre ambos gabinetes, y sobre todo la prevención del Directorio contra el príncipe de la Paz, se manifestó también con otro hecho muy significativo. El director del gabinete de Historia

A fin de desvanecer tales sospechas y rumores y con noticia que tuvo el príncipe de la Paz de una parte de las instrucciones que se habian dado al nuevo embajador, se apresuró á satisfacer los deseos del Directorio, anticipándose á ordenar que la escuadra española de Cádiz al mando del general Mazarredo, de cuya inacción murmuraban los franceses, saliese inmediatamente á buscar y batir la flota inglesa compuesta de solo ocho navíos, que cruzaban delante de la bahía, formando una especie de bloqueo. Constaba la nuestra de veintiun navíos de línea, entre ellos cinco de tres puentes, y los acompañaba la fragata francesa *La Vestal*, para observar sus movimientos y dar cuenta de las operaciones. Pero sucedió lo que Mazarredo habia previsto. Apenas salió y se divisó la escuadra española (7 de febrero, 1798), alejóse la inglesa metiéndose en alta mar; y como el almirante inglés, lord San Vicente, se hallase en Lisboa con mayores fuerzas, muy preparado para cualquier evento, en menos de doce horas se dió á la vela con todos los buques de que podia disponer, y Mazarredo volvió á entrar en la bahía antes que las escuadras británicas pudiesen reunirse para atacarle. Este movimiento, aconsejado sin duda por la prudencia, fué interpretado y denunciado por el capitán de *La Vestal* como una demostración aparente, sin verdadera intención de hostilizar las fuerzas enemigas, ni menos de hacer francamente y con vigor la guerra á los ingleses (4).

Cuando el nuevo embajador de la república, Truguet, se presentó á Carlos IV en Aranjuez (11 de febrero de 1798), en el discurso que pronunció al entregar sus credenciales empleó cierto lenguaje mas arrogante que comedido, que no agradó al rey ni á la corte (5), y no disgustó menos la manera de retirarse, poco conforme á la acostumbrada etiqueta (6). Una de las exigencias que indicaba ya en su discurso, y que esforzó después, fué la de que se hiciera salir de España á los emigrados franceses. El príncipe de la Paz, que conocia no haber satisfecho al Directorio con la salida y la retirada de la escuadra de Cádiz, comprendia la necesidad de complacer al embajador en todo lo que pidiese para ver de alejar prevenciones que contra él traía, consintió en la expulsión de aquellos desgraciados (7). Mas como se les diese un plazo en que pudieran inscribirse en los registros de matrícula de los consulados, y con este motivo fuesen muchos los que se habilitaron para permanecer en España, la medida no satisfizo al embajador, que pretendia la extradición de todos los que él señalara.

Redobló pues Truguet sus esfuerzos por la separación del príncipe de la Paz, y aun entregó al rey en propia mano una carta de su gobierno en que mas ó menos directamente se significaba este deseo. No ignoraban estos manejos los enemigos de Godoy, los cuales, como era natural, aprovechaban la buena ocasión que se les presentaba de ayudar por su parte á la caída del privado. Pudo contribuir también, como él mismo lo indicó después en sus Memorias, algun desacuerdo en que por aquellos dias se puso con sus propios compañeros, y con el monarca mismo, sobre ciertas medidas económicas y militares. Tampoco extrañaríamos que, prevenido ya el ánimo del rey por los adversarios del príncipe, le desagradaran y pare-

natural de Madrid, don Eugenio Izquierdo, habia pasado á París con la misión ostensible de visitar y estudiar los establecimientos científicos. Pero el gobierno francés, receloso ya sin duda de la amistad de Izquierdo con el primer ministro de España y sospechando que su viaje tuviera otro objeto, le interceptó la correspondencia, y parece haber descubierto en algunas cartas que la ciencia y las relaciones de Izquierdo con los sabios franceses habian sido buscadas y empleadas como un buen medio para explorar la política y el espíritu del gobierno de la república, por lo cual fué reducido á prisión, y este hecho produjo después reclamaciones de parte de nuestra corte.—Muriel, lib. IV, Correspondencia de Azara.

(4) Algunos años mas adelante, con motivo de un suceso grave para él, tuvo ocasión Mazarredo de demostrar la injusticia de aquella inculpación, explicando todas las razones de su conducta, confirmadas por los marinos, y por otros testigos de vista. Hay una representación suya, en que consta todo esto, la cual se imprimió en 1810.

(5) Se halla en la Gaceta de 16 de febrero, 1798.

(6) Parece que se retiró volviendo la espalda al rey, y no dando pasos hacia atrás como era costumbre, lo cual disculpó él, diciendo que eran modales republicanos.

(7) Real decreto de 23 de marzo, 1798.



cieran sospechosas ciertas palabras de una carta confidencial de este á su amigo Jovellanos cuando le llamó al ministerio de Gracia y Justicia, que hicieron llegar á oídos del soberano un tanto desfiguradas (1).

Todo pues creemos contribuyó á que Carlos IV se decidiese á relevar á su ministro favorito de la primera secretaría de Estado (28 de marzo, 1798), y á apartarle de la dirección de los negocios públicos, nombrando en su lugar al ministro de Hacienda don Francisco Saavedra, si bien haciéndolo en los términos honrosos y lisonjeros que atrás hemos visto, y apareciendo en el real decreto que lo hacia accediendo á las reiteradas súplicas que de palabra y por escrito le tenia hechas el príncipe de la Paz (2). El embajador Truguet despachó al punto un correo á su corte, anunciando el triunfo que acababa de conseguir, en la confianza de que la noticia iba á causar gran satisfacción y contento al Directorio.

Conveniente y justo nos parece, antes de manifestar á nuestros lectores el rumbo que tomó la política española á consecuencia de la caída del príncipe de la Paz, dar una idea y hacer una breve reseña de los actos de su gobierno en cuanto á la administración interior del Estado, anudándola con la que dejamos pendiente en el tercer capítulo.

## CAPITULO VI

### Administración y gobierno

DE 1795 Á 1798

Sistema de empréstitos.—Condiciones y reglas con que se hacían.—Memoria del ministro Gardoqui sobre el estado de la hacienda.—Recursos y arbitrios que propuso para cubrir las obligaciones.—Memoria del ministro Varela.—Medios que este proponía.—Déficit que encontró el ministro Saavedra, y medidas que arbitró para llenarle.—Falta de fijeza en el sistema económico.—Tendencia de unos y otros ministros á la desvinculación civil y eclesiástica y á la abolición de privilegio.—Medidas de desamortización.—Impuestos al clero.—Temporalidades de jesuitas.—Lucha entre las ideas antiguas y modernas.—Diferencia entre los gobiernos de Floridablanca, Aranda y Godoy.—Disminuye el príncipe de la Paz el poder de la Inquisición.—Su conducta con los que le delataron al Santo Oficio.—Ensanche que se da á la libertad del pensamiento.—Mejoramiento en los estudios, y extensión de enseñanzas.—Causas que influyeron en este adelanto.—Latitud protectora á la publicación de obras económicas, industriales y mercantiles.—Diarios y semanarios de agricultura, industria y artes.—Creación de cuerpos facultativos.—Ingenieros cosmógrafos.—Real colegio de medicina.—Escuela de veterinaria.—Enseñanza de oficios mecánicos.—Talleres industriales.—Fábricas y artefactos.—Nobles artes: alarde de protección.—Bellas letras.—Movimiento intelectual.—Poesía.—Elocuencia.—Historia sagrada.—Lenguas sabias y vivas.—Gramáticas y diccionarios.—Obras de arte militar.—Idem de marina.—Jurisprudencia.—Historia sagrada y profana.—Educación, costumbres, novelas, crítica.—Hombres ilustres.—Académicos de la Historia.

Habiendo examinado antes los actos de administración del gobierno de Carlos IV en los primeros años de su reinado, ya

(1) A indicación y por consejo de Cabarrús, cuando este volvió de París rechazado como embajador por aquel gobierno, había el príncipe de la Paz obtenido del rey que llamase á los ministerios de Hacienda y Gracia y Justicia á don Francisco Saavedra y don Melchor Gaspar de Jovellanos. Cuenta Godoy en sus Memorias que en la carta á este último, le llamaba con la siguiente frase de confianza: *Venga V., pues, amigo mío, á componer nuestro Directorio monárquico.*—Que Jovellanos hubo de enseñar esta carta á algún amigo imprudente, y que divulgada la especie, se la hizo llegar á noticia del rey, tergiversada y vertida de este modo: *Venga usted pues, á componer nuestro Directorio ejecutivo.* Que sobre esta frase mediaron explicaciones entre él y el soberano, y que aunque le mostró la copia de su carta, le pareció que Carlos IV no quedó del todo satisfecho.—Godoy, Memorias, cap. 47.

(2) Extender un decreto terrible de proscripción contra Godoy el cual entregó á Saavedra, pero que tratado el caso con Jovellanos se logró modificarle por razones de política.—Cea Bermúdez, en sus Memorias para la vida de Jovellanos, dice que era grande el descontento del rey, y el horror con que miraba á Godoy, que en la opinión de algunos era la ocasión de acabar con él; pero que Saavedra y Jovellanos se opusieron al trágico fin del valido haciendo que se redujese el decreto á lo que después se vió.—Todo lo contrario asegura el príncipe de la Paz en sus Memorias, al referir el trabajo que le costó arrancar del rey que le admitiese

en el período que aquel estuvo confiado á los antiguos y expertos ministros de Carlos III, ya después de haber sido estos reemplazados por el joven don Manuel Godoy, en las providencias y medidas concernientes á los intereses materiales y morales del reino, proseguiéremos esta reseña administrativa del gobierno del príncipe de la Paz desde la época en que la suspendimos hasta que hizo dimisión de la primera secretaría del Despacho.

Tampoco en esta, como en la anterior reseña, hallaremos un plan coherente de administración, subordinado á un pensamiento dominante y á un orden sistemático. Adviértese no obstante, así en lo económico como en lo político, y mas en lo intelectual, cierta tendencia y espíritu que revela el que animaba al hombre en cuyas manos estaba el timón de la monarquía.

Los gastos extraordinarios que seguía ocasionando la guerra, y el deseo constante de Carlos IV de evitar nuevos recargos é imposiciones á los pueblos, así como el de dar mayor estimación y aprecio á los vales reales, produjeron también la continuación del sistema de empréstitos que en los años anteriores se había adoptado. El de 240.000,000 de reales mandado abrir por real cédula de 13 de agosto de 1795 no se había realizado sino en la mitad; con cuyo motivo se expidió nueva cédula (7 de julio, 1796), creando acciones de 10,000 reales cada una, hasta levantar los 120.000,000 restantes, aplicándose al fondo de amortización para la extinción de vales reales, y prescribiendo para su entrega, reintegro y pago de intereses las mismas condiciones y medidas que para el anterior. Bajo las propias reglas se abrió en 1797 (15 de julio) otro préstamo de 100.000,000, si bien este se distribuyó en veinticinco mil acciones de á 4,000 reales, para interesar hasta á las pequeñas fortunas, devengando un interés de 5 por 100 anual, y concediendo además á los accionistas por una vez el premio de 3 por 100 de todo el capital, é hipotecando á su garantía la venta del papel sellado. La concurrencia de accionistas para llenar este empréstito fué tal, que algunos meses mas adelante (29 de noviembre, 1797) se amplió á otros sesenta millones, debiendo dar principio la extinción de estas quince mil acciones en julio de 1820, que era el año inmediato al en que finalizaba la de las anteriores veinticinco mil.

Era no obstante muy difícil resolver el problema de cubrir el déficit anual de las rentas públicas, los gastos de la corona que en pocos años habían acrecido en mas de cien millones los intereses de los nuevos vales que importaban sesenta y cuatro millones de pesos, y corrían con la considerable pérdida de 20 por 100, y por último atender á las necesidades de una guerra con arbitrios y recursos proporcionados, conciliando el que no fuesen gravosos á las clases industriales y productoras. Los medios que para lograr en lo posible este propósito se habían ido arbitrando, los dejamos ya indicados en otro lugar (3). Los que en el período que examinamos ahora se siguieron discurriendo, están contenidos en las dos Memorias que sucesivamente presentaron al rey los dos ministros de Hacienda don Diego Gardoqui y don Pedro Varela.

Propúsole el primero (12 de octubre, 1796) un aumento en el derecho de la alcabala, en las ventas y reventas de los géneros y efectos extranjeros, subiéndole al 14 por 100 prescrito en las antiguas leyes de millones, en lugar del 10 que se exigía:—en los tres reinos de la antigua corona de Aragón, donde no se hallaba establecida la alcabala, un aumento proporcional en la contribución llamada equivalente, de tres millones en Aragón, seis en Valencia, y nueve en Cataluña; debiendo contribuir al repartimiento los bienes patrimoniales y decimales, y las fincas de los eclesiásticos, impetrándose para ello breve pontificio, no recargando en Cataluña la contribución personal, por recaer en las clases mas pobres del pueblo:—en las provincias de Castilla y Leon el recargo por

la dimisión que tenía solicitada, y cuenta que el 28 de marzo, preguntándole á qué fin retardaba tanto tiempo su descanso, puesto que sabía tenía ya firmado el decreto, le sacó el rey del bolsillo con los ojos enternecidos, le alargó la mano en señal de amistad, le dió el decreto, y se retiró á su aposento sin hablar mas palabra.

(3) Véase el cap. 3.º de este libro.



un año de los artículos de consumo en las capitales y grandes poblaciones, eximiendo de él los pueblos de corto vecindario, y la igualación de la alcabala en las provincias de Andalucía y Castilla:—la supresión ó revocación de toda especie de privilegios y exenciones en el pago de diezmos y tributos; y como esta medida afectaba principalmente al clero y á las clases opulentas, para no hacerla tan odiosa á aquel se le dejaba la renta del escusado, que era de difícil y costosa recaudación:—el restablecimiento de un recargo sobre la sal:—el auxilio que podrían prestar al gobierno, como en otras ocasiones, el Banco y los Cinco Gremios mayores:—la venta de los bienes de las fundaciones y obras pías de peregrinos, y otras semejantes.—Tales fueron los arbitrios que don Diego Gardoqui propuso al rey para atender á todas las obligaciones.

Medio año mas adelante (22 de marzo, 1797), el ministro que le sucedió en el departamento de Hacienda, despues de presentar á S. M. un cuadro luminoso, en que le trazaba la historia rentística de los últimos años, el déficit ascendente del tesoro, la creación sucesiva de los vales, los recursos empleados para cubrir aquel y autorizar estos, el resultado de todo y la proporción en que en la actualidad se hallaban los gastos y los ingresos, así como las dificultades que se ofrecían para la imposición de ciertos arbitrios, procedía á proponerle los que él conceptuaba mas equitativos y mas realizables, como menos gravosos á los vasallos pobres, y eran los siguientes:

Hacer extensiva á los militares y á los eclesiásticos la obligación que ya se habia impuesto á los empleados políticos y civiles, de pagar la renta de medio año del destino que se les conferia, exigiéndose igualmente á los que solo obtenían los honores de un empleo la media anualidad de lo que aquel valdria si fuese efectivo:—un derecho sobre los títulos firmados de real estampilla, proponiendo que en adelante todos los que se despacharan llevasen este requisito:—una contribución de la cuarta parte del producto anual sobre todos los bienes raíces, y sobre los caudales y alhajas que resultasen por fallecimiento de cualquier poseedor sin herederos hasta el segundo grado inclusive:—un impuesto sobre los objetos de lujo, sobre toda clase de espectáculos públicos, sobre casas, bosques y sotos de recreo (este se habia de subrogar al descuento gradual del sueldo de los empleados, que el ministro hallaba odioso y violento):—el pago por una vez de la mitad ó tercera parte del alquiler de un año á los que vivieran en casas que rentaran de tres á ocho mil reales:—una imposición sobre todas las personas de ambos sexos que abrazaran el estado religioso, y sobre los eclesiásticos que se ordenaran á título de patrimonio:—la rifa de algunos títulos de Castilla entre personas que tuvieran las condiciones que exigen nuestras leyes:—un privilegio exclusivo por tiempo de seis ú ocho años á los comerciantes de Cádiz, Sevilla y Málaga para el comercio en los vireinatos de Méjico y Lima, á cambio de un servicio pecuniario, ó de anticipar el todo ó la mitad de los derechos que en dicho tiempo pudiesen adeudar.

Con estos recursos se prometia el ministro tener lo suficiente para llenar las obligaciones del año. Mas como se estaba expuesto á que estas aumentasen en el siguiente, queria prevenirse para esta eventualidad, y al efecto proponia que se destinasen á cubrir el déficit ó las atenciones que pudieran sobrevenir:—el producto de las casas y sitios reales que S. M. no habitaba ni disfrutaba inmediatamente, tales como las posesiones de Valladolid, San Fernando, Sevilla, Valencia y otros terrenos del patrimonio:—la supresión de varias piezas eclesiásticas, tales como los arcedianatos y otras prebendas menos necesarias á su juicio en las iglesias catedrales, obteniendo para ello la anuencia de los respectivos obispos y cabildos; y calculaba que solo la iglesia de Toledo podia servir á la causa pública con doscientos mil ducados anuales, quedando suficientemente dotadas las prebendas:—recoger los vales pertenecientes á depósitos, obras pías, vinculaciones y manos muertas, de los cuales no hacían sus dueños otro uso que cobrar los réditos, dando en su lugar á los interesados un resguardo con la obligación de pagarles los intereses respectivos mientras no necesitasen del capital para otros empleos:—la venta de las encomiendas de las cuatro órdenes milita-

res, encargándose la hacienda de satisfacer á los caballeros pensionados, y formando para lo futuro un fondo que se subrogase en lugar del que constituían las encomiendas para premiar á hombres beneméritos en todas las carreras con pensiones de diversas clases:—abrir la entrada en España á los comerciantes y capitalistas de la nación hebrea, dejándoles entrever la esperanza de que podria seguirse la de toda la nación (1).

Algunas de las medidas propuestas se pusieron en planta, y otras muy importantes en el propio sentido se realizaron despues, tales como la venta en pública subasta de todas las fincas urbanas pertenecientes á los propios y arbitrios del reino (21 de febrero, 1798), imponiendo sus productos sobre la renta del tabaco al interés de 3 por 100 á favor de aquellos fondos comunales; que fué una gran novedad y una medida avanzada en el camino de la desamortización civil (2). Y como complemento de las medidas para sostener y afianzar el crédito, consolidar las deudas del Estado, así de los reinados anteriores como del presente, y atender al pago puntual de los intereses y al reintegro progresivo del capital de los vales reales, se expidió, pocos días antes de dejar el ministerio el príncipe de la Paz, la real cédula de 9 de marzo (1798), creando la Caja de amortización, en la cual habian de entrar precisamente todos los fondos hasta entonces destinados á la extinción de vales (3), á cargo de un director particular, conduciéndose de las provincias á Madrid por cuenta del Banco de San Carlos los productos de sus arbitrios y asignaciones sin rebaja alguna, ni otra condicion que la de haber de mediar siempre cuarenta y cinco días entre el cobro de cada cantidad y su entrega á la órden de la dirección de la caja misma (4).

No obstante los esfuerzos y las esperanzas de todos los ministros, el que de nuevo se encargó del ministerio de Hacienda, don Francisco Saavedra, encontró á fines de 1797 un déficit tan considerable, que asombrado de él, y calculando que tal vez no bajaria de 800.000.000 lo que en arbitrios extraordinarios habia que proporcionar para cubrir las mas urgentes necesidades, propuso al rey la creación de una junta de hacienda (4 de mayo, 1798), que con toda actividad y solicitud arbitrase recursos y viese los medios de consolidar el crédito público, y el particular del Banco, de los Gremios y de la Compañía de Filipinas, que eran los cuerpos que solían auxiliar al gobierno en sus apuros. Esta junta (5), despues de ponderar

(1) Memorias de los ministros de Hacienda don Diego Gardoqui y don Pedro Varela, San Lorenzo, 12 de octubre de 1796, y Aranjuez 27 de marzo de 1797.

En conformidad al espíritu de la última idea indicada por Varela, se dió una real órden (8 de setiembre, 1797), notable para aquellos tiempos, permitiendo venir y establecerse en España artistas y fabricantes extranjeros, aunque no fuesen católicos, sin mas condicion que la de sujetarse á las leyes civiles, y mandando á la Inquisición que no los molestara por sus opiniones religiosas con tal que respetaran las costumbres públicas.—Sanchez, Colección de pragmáticas, cédulas etc., del reinado de Carlos IV.—También se menciona en la Novísima Recopilación.

(2) «Por esto (decia la real cédula), y porque á lo general de la nación y aumento de los pueblos conviene que no se mantengan reunidas en una muchas casas, y que entren en la circulación del comercio las que al presente están fuera de él, etc.»

(3) Constituían estos fondos: el importe de un diez por ciento sobre el producto anual de todos los propios y arbitrios del reino; el producto total del derecho de indulto de la extracción de la plata; el de la contribución extraordinaria temporal sobre frutos civiles; el aumento extraordinario de siete millones anuales al subsidio eclesiástico; el producto de las vacantes de todas las dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos; el del derecho de quince por ciento sobre las vinculaciones; el de otro quince por ciento sobre el valor de los bienes que se adquirieran por manos muertas; la asignación anual de cuatro millones sobre la renta de salinas, y el producto del indulto cuadragesimal en Indias. Además el producto de los derechos de la aduana de Cádiz, el del papel sellado, etc., especialmente hipotecados al reintegro de los empréstitos recientes.

(4) Ya en 1794 se habia establecido un fondo de amortización bajo la intervención del Consejo de Castilla. La creación pues de la caja no era medida nueva, sino una confirmación y ampliación de la primera, con otra extensión, otra separación y otras formalidades.

(5) Componíanla los sujetos siguientes: el marqués de Irlanda, el conde de Cabarrús, don Felipe Canga-Argüelles, don Miguel Cayetano Soler, don Felipe Gonzalez Vallejo, don Manuel Sixto Espinosa, don Martín Huici y don Ramon de Angulo.



en su Memoria la necesidad de corregir el agio y de sacar la mayor suma de dinero posible, donde quiera que lo hubiese, sin coaccion ni violencia si pudiera ser, propuso al monarca, y este aprobó, los arbitrios siguientes:—un préstamo patriótico en España é Indias, sin interés, por acciones de 1,000 reales, reintegrable en veinticinco años despues de la paz:—traer inmediatamente á España todos los caudales que se pudieran reunir en América, enviando al efecto algunos navíos y las fragatas mas veleras que hubiese:—facilitar algunas gracias de nobleza á vecinos honrados á precio de cuarenta mil reales, y algunas mercedes de hábitos de las órdenes militares por tres mil pesos en España y cuatro en América:—ejecutar desde luego la venta de los bienes de la corona, fuera de los sitios reales que habitaba S. M., y acabar de resolver la de los hospitales, hermandades, patronatos y obras pías, é imponiendo su importe sobre la renta del tabaco, como se habia hecho con las fincas de propios, ya subrogando estas imposiciones á tres por ciento en lugar del cinco que se pagaba por los empréstitos de acciones, ó del cuatro en los vales reales:—imponer un derecho de sello para las letras de cambio y pagarés de comercio, con proporcion á su valor, como se practicaba en Francia y otras naciones de Europa (1).

Por toda esta serie de medidas económico-administrativas se ve que en los apuros siempre crecientes y en el déficit progresivo del tesoro, el principal estudio y conato del gobierno se cifraba en buscar arbitrios sin recurrir á imponer directamente á los pueblos ni nuevos tributos ni recargos en las contribuciones establecidas, que era todo el empeño de Carlos IV; como se ve tambien que de los arbitrios propuestos los unos no se planteaban, los otros no producian lo que sus autores se habian imaginado, y que la guerra con la Gran Bretaña seguia consumiendo las rentas públicas, é imposibilitando y alejando cada dia mas la nivelacion de los gastos con los ingresos.

En lo demás, y por lo que hace al sistema proteccionista ó al de libertad comercial, al privilegio ó á la exencion, á la tasa ó á la libre venta, no se advierte que hubiese mas fijeza de ideas que antes. Y mientras por una parte se concedia á los Cinco Gremios mayores de Madrid privilegio exclusivo por ocho años para trasportar á estos reinos de los puertos de Marruecos los granos y demás frutos de aquel país (2), se mandaba que todos los tejidos y manufacturas del reino se pudieran vender sin sujecion alguna á tasa ó regulacion de las justicias (3), se prohibia la extraccion de granos y aceite, y se franqueaba la entrada en el reino á cuantos artistas extranjeros quisieran venir á establecerse en él, hasta con el goce de la mayor de las libertades, la libertad religiosa (4).

Lo que se advierte, sí, es el espíritu y la tendencia de aquel gobierno á la desamortizacion civil, así como tambien á la eclesiástica en cuanto lo permitia la condicion de los tiempos, y á derogar, ó por lo menos disminuir los privilegios y exenciones de las comunidades, corporaciones y particulares, ya del pago del diezmo, ya de los impuestos y contribuciones públicas, como los demás propietarios del Estado. No habia ministro que no adoptara ó no propusiera alguna medida en este sentido. Intento manifiesto de ir practicando la desvinculacion civil demuestra la disposicion de sacar á la venta las fincas de los propios, y la propuesta de enajenar hasta algunos y determinados bienes del patrimonio de la corona. En todas las Memorias de los diferentes ministros de Hacienda que se sucedieron en el breve período que examinamos, se proponia la enajenacion y aplicacion de sus productos á la extincion de la deuda pública, ya de las encomiendas de las órdenes militares, ya de los bienes de hospitales, cofradías y otros de manos muertas, ya la supresion de ciertas prebendas y dignidades eclesiásticas, ya uno ú otro aumento en el subsidio del

clero, ya un impuesto personal á los que obtenian beneficios ó profesaban en alguna orden ó religion monástica. El breve impetrado de Su Santidad para la revocacion de las exenciones de pagar diezmos (8 de enero, 1796), produjo varias disposiciones para ser llevado en todas sus partes á rigurosa ejecucion (5).

A fines de 1797 (17 de diciembre), siendo ya ministro de Gracia y Justicia don Gaspar Melchor de Jovellanos, se creó en su ministerio una superintendencia general de Temporalidades de España, Indias é Islas Filipinas, y una direccion general del ramo bajo su dependencia, con el objeto principal de establecer orden, economía y actividad en la administracion, recaudacion é inversion de los bienes que habian sido de los extinguidos jesuitas. Y sin embargo el príncipe de la Paz, pocos dias antes de salir del ministerio, quiso dejar consignada una prueba de tolerancia, desusada hasta entonces, para con los expulsos religiosos de la Compañía, permitiendo á todos los ex-jesuitas españoles que pudieran volver libremente al reino, ó bien á las casas de sus parientes si los tuviesen, ó bien á conventos, con tal que no fuese en la corte ni en los sitios reales (6).

Sentianse entonces los efectos naturales de la lucha de las ideas antiguas y nuevas, principalmente en materias de religion, de moral, de política y de filosofía. Por una parte se habian desarrollado mucho en el reinado de Carlos IV los gérmenes de la crítica sembrados en el de Felipe V, crecientes en el de Fernando VI, y multiplicados en el de Carlos III, propagados por los ministros mismos de este monarca. Alguno de ellos, como Floridablanca, se asustó despues con las doctrinas anti-cristianas y anti-monárquicas de los filósofos y de los revolucionarios franceses, y asombrado y estremecido de sus progresos, receloso del contagio, y abultándole su imaginacion los peligros para España, llevó al extremo que ya antes hemos visto los medios de precaucion y de represion, prohibiendo rigurosamente la introduccion y circulacion de libros, suprimiendo enseñanzas en las universidades, y dando ensanche á los inquisidores para redoblar su vigilancia, lo cual dió ocasion á que se formaran sumarios por sospechas de impiedad, de jansenismo, ó de adhesion á la nueva filosofía, á personas de elevada posicion, de gran ciencia, y de reconocidas virtudes (7). Aranda, que le sucedió, y que conservaba sus conocidas ideas de antes, y no participaba tanto de los temores de Floridablanca, modificó aquel sistema y cortó algunas de estas causas en el breve tiempo de su ministerio. Y el príncipe de la Paz, que sin ser afecto á las máximas de la revolucion francesa, no era tampoco fanático, ni enemigo de la ilustracion; el príncipe de la Paz, que siendo ya primer ministro habia sido denunciado tres veces á la Inquisicion, por sospechoso de ateismo, por delito de bigamia, y por su privada conducta moral, y por tanto conocia por experiencia lo que eran delaciones inquisitoriales (8), por un lado templaba el poder del Santo Oficio cercenándole atribuciones, por otro no dejaba de vigilar para impedir la circulacion y lectura de los libros prohibidos que sin cesar se introducian de Francia, y traducian ya tambien y reimprimian en España en daño del Estado (9).

Menester es hacer justicia al generoso comportamiento con que el príncipe de la Paz se condujo con ocasion de aquellas denuncias. El arzobispo de Seleucia y confesor de la reina don

(5) Reales cédulas de 22 de mayo y 27 de octubre de 1797.

(6) Real orden comunicada por el príncipe de la Paz al Consejo en 11 de marzo de 1798, y circular de 14 del mismo.

(7) Tales fueron don José Nicolás de Azara, embajador en Roma, el obispo Tavira, que lo fué de Canarias, Osma y Salamanca, los prebendados de Santiago, Murcia y Cuenca, el de Barbastro don Agustin Abad y Lasierra, hermano del que fué despues inquisidor general, la condesa de Montijo, el maestro de los infantes don Gabriel y don Antonio, y varios ilustres prebendados y religiosos de relevante mérito.

(8) «Los tres delatores eran frailes, dice Llorente; y hay motivos de presumir que lo hicieron inducidos por los que manejaban una terrible intriga de corte contra el príncipe para despojarle del casi omnipotente favor que le dispensaban los reyes.—Historia de la Inquisicion, c. XLIII, artículo 3.º

(9) Circular de 20 de enero de 1798 á las chancillerías y audiencias sobre libros prohibidos.

(1) Como esto se hizo al mes poco mas de la salida del príncipe de la Paz del ministerio, lo hemos aducido para demostrar el giro que llevó la administracion y el estado en que quedaba la hacienda pública, cuando ocurrió aquel suceso.

(2) Real cédula de 8 de noviembre de 1796.

(3) Circular de 20 de diciembre de 1796.

(4) Reales órdenes de 8 y 22 de setiembre de 1797.



Rafael de Muzquiz, y el arzobispo de Sevilla don Antonio Despuig, no pudieron conseguir que el inquisidor general, que lo era á la sazón el arzobispo de Toledo cardenal Lorenzana, decretase la prisión del príncipe, que esperaban poderla hacer con asentimiento del rey, ni siquiera que examinase testigos, ni aun á los mismos delatores. En vista de esto, se acordó que el de Sevilla escribiese á su amigo el cardenal Vincenti, que habia sido nuncio en Madrid, excitándole á que hiciese que el papa Pío VI reconviniere al inquisidor general Lorenzana por su inacción ó indolencia en proceder contra el ministro. Vincenti consiguió en efecto que el pontífice escribiera al cardenal inquisidor, pero esta carta, juntamente con la que el cardenal romano dirigia al metropolitano de Sevilla, fueron interceptadas en Génova por el general de la república francesa Napoleón Bonaparte. Y como á este le conviniese entonces congratarse al ministro español, reciente como estaba la alianza y amistad entre España y la república francesa, transmitió las cartas al general Perignon, á la sazón embajador de Francia en Madrid, para que este informase en su nombre al príncipe de la Paz de la intriga que contra él se urdía.

Tal vez otro en la posición del príncipe, hecha una revelación semejante, se habria ensañado contra los que de tal manera y por tales medios intentaban derribarle del poder y presentarle ante el juicio público, no solo como hombre de vida licenciosa, sino como irreligioso y semi-ateísta. Godoy limitó su venganza y el castigo de los que así buscaban perderle á alejarlos de la corte y del reino, y aun esto lo hizo bajo un pretexto decoroso, y honroso para ellos mismos, á saber, el de enviarlos á visitar en nombre de Carlos IV y consolar y acompañar al papa, afligido entonces y agobiado de pesadumbres, con motivo de la entrada y de los excesos de los ejércitos franceses en Roma; que este fin se propuso en la orden que comunicó (14 de marzo, 1797) al inquisidor general Lorenzana, y á los arzobispos de Sevilla y de Seleucia, y esta la causa del viaje de los tres prelados de que hemos hablado ya en otro lugar (1).

Indudablemente la política y las ideas de Godoy influyeron de un modo visible en que la Inquisición tomara en aquel tiempo un carácter de templanza, tanto mas extraño cuanto que pocas veces y en pocas épocas se habia presentado á los tribunales del Santo Oficio tan buena ocasión para recobrar su antigua fiera y renovar sus rigores, como aquella en que las doctrinas anti-cristianas, ó por lo menos peligrosas de la revolución francesa, y los libros y escritos que de allá continuamente venian, habian contaminado á españoles de no escaso entendimiento y de significación é influencia social, infiltrándose en alguna de nuestras universidades y escuelas, y en otro tiempo habrian suministrado pasto abundante á los pesquisadores, delatores y jueces. Sin el espíritu de tolerancia que distinguía al gobierno de Carlos IV no habria podido el célebre procesado por la Inquisición en tiempo de Carlos III y prófugo en Francia, don Pablo Olavide, volver á su patria y vivir honrada, tranquila y holgadamente en ella (2). Mucho que-

brantó también el príncipe de la Paz el poder de la Inquisición con haber hecho que la causa formada al profesor de la universidad de Salamanca, don Ramon de Salas, fuese sacada del tribunal del Santo Oficio y avocada al Consejo de Castilla, medida que hacia siglos no se habia atrevido á acometer ningún ministro. Hizo todavía mas, que fué conseguir una real orden, mandando que aquel tribunal no pudiera prender á nadie, de ningún estado, alto ó bajo, sin previo beneplácito y consentimiento del rey; orden que estuvo firmada, pero que por nuevas intrigas dejó de tener efecto (3).

Cualquiera que fuese la conducta del príncipe de la Paz dentro y fuera del régio palacio, cualesquiera que fuesen sus ideas políticas, y cualquiera que hubiese sido su educación en la infancia y su instrucción cuando empezó á tener manejo en los negocios públicos, no puede dejar de reconocerse que no solamente no fué enemigo de las luces, de las ciencias, de las letras, y de los estudios en general, sino que los protegió y fomentó notablemente dando cierta holgura á la enseñanza en vez del encogimiento y la estrechez en que los exagerados temores de Floridablanca en sus últimos años la habian puesto; permitiendo á la imprenta desenvolverse en campo mas ancho, sin dejar de ser severo con lo que se creía deber estar prohibido; alzando el entredicho que respecto á algunos estudios se habia puesto á los colegios y universidades; introduciendo nuevos libros y nuevos métodos hasta en los establecimientos eclesiásticos; premiando con togas, mitras ó prebendas á los que se distinguían en las aulas; permitiendo cierto vuelo á las ideas, impulsando los institutos, academias y asociaciones literarias y artísticas; ayudando á la fundación de escuelas especiales; mostrando gustar del trato y amistad de los literatos y doctos; pidiendo informes á los hombres de ciencia sobre el modo de mejorar la enseñanza pública, y creando juntas para que examinasen y perfeccionasen los planes de estudios.

No suponemos nosotros, ni nuestra imparcialidad nos lo podría consentir, ni la razón y la historia nos lo persuaden, que haya de mirarse como obra exclusiva de aquel ministro el movimiento intelectual que ciertamente se advirtió ya en su primer ministerio, ni que las mejoras que los diferentes ramos de los conocimientos humanos, en mas ó menos escala, recibiesen, fueran producto del celo y esfuerzos del que dirigía entonces la nave del Estado. Menester seria para esto olvidarse de los naturales frutos que necesariamente habia de producir la abundante semilla en los anteriores reinados arrojada; desconocer el saludable influjo que habian de ejercer hombres de la ciencia y de la reputación de Campomanes, Saavedra, Jovellanos y otros insignes y doctos varones que dirigían las academias y ocupaban plaza en los ministerios; y no reparar en los destellos de civilización y de luz, que aunque envueltos en la niebla de doctrinas perniciosas, enviaba incesantemente la nación vecina, y mas con el contacto y la continua comunicación que permitía nuestra alianza con ella. Pero el empeño y ahínco que puso el príncipe de la Paz, al intentar la justificación de sus actos de gobierno en los tiempos de su infortunio, en demostrar que habia sido el protector de la ilustración y de las letras de su patria, prueba que al menos aspiró á este glorioso título, y que abrigó el deseo de merecerle, lo cual es siempre laudable en el hombre de Estado (4).

Y en efecto, mérito tuvo en el desembarazo con que dejó obrar, sin temerlas ni recelar de su influjo, las Sociedades Económicas, creación fecunda del anterior reinado, en procurar su aumento y multiplicación, extendiéndolas hasta á poblacio-

(1) Al referir don Andrés Murriel este suceso en su Historia manuscrita del reinado de Carlos IV, con mostrarse siempre tan declarado enemigo del príncipe de la Paz, reconoce y confiesa que en este caso el comportamiento del primer ministro con aquellos prelados fué no solo indulgente, sino hasta generoso y noble.—Villanueva, Vida literaria.

(2) Es notable y digna de ser conocida la segunda real orden, despues de la que permitió á Olavide volver á España, expedida por el ministro interino de Estado don Mariano Luis de Urquijo, y es como sigue:

«Habiéndose dignado el rey de *restituir á su gracia* á don Pablo de Olavide, por hallarse S. M. satisfecho del arrepentimiento y ejemplar conducta de este sujeto durante el tiempo de su expatriación, compadecido de sus infortunios, y no perdiendo S. M. de vista los señalados buenos servicios que hizo este ministro en el reinado de su augusto padre, se ha dignado también de *reintegrarle en sus honores*, concediéndole para su cómoda subsistencia *noventa mil reales anuales, que disfrutará donde quiera fijar su residencia*.—Lo participo á V. S. I. de orden de S. M., etc.—San Lorenzo el Real, 14 de noviembre de 1798.—Por indisposición del señor don Francisco de Saavedra, Mariano Luis de Urquijo.—Señor Arzobispo Inquisidor general.»

Con esto completamos la historia que de este personaje y de su célebre proceso hicimos ya en el cap. 10, lib. VIII de nuestra obra. El documento que aquí insertamos no le conocíamos entonces; le hemos encontrado posteriormente en el archivo general de Simancas.

(3) Llorente, Historia de la Inquisición, cap. 43, art. 5.º—Memorias del príncipe de la Paz, cap. 41.

(4) Ciento sesenta páginas del tomo II de sus Memorias dedica el príncipe de la Paz á trazar el cuadro de los adelantos científicos, literarios y artísticos que se hicieron en España en su primer ministerio; acaso nada describe con tanta prolijidad en su obra; y la gala y alarde que hace de la protección é impulso que dió á los estudios y á la enseñanza pública en sus diferentes ramos, sin negar la parte que tuvieron y la cooperación que le prestaron los hombres doctos y eruditos de su tiempo, manifiesta al menos el noble anhelo de haber querido cifrar en ello su gloria.



nes cortas y muy subalternas (1), en hacer que estas reuniones populares (cuya existencia pública y legal acaso impidió la formación de otras clandestinas que hubieran podido ser muy dañosas) produjesen trabajos, programas, discursos y memorias luminosas y útiles, en que se ejercitaban los talentos, con que se iban formando colecciones y bibliotecas, y se invertía con provecho un tiempo que de otro modo se habría tal vez empleado en fraguar planes peligrosos para la patria. La impresión del informe de la Ley Agraria de Jovellanos, presentado al Consejo de Castilla por la Sociedad Económica Matritense, fué debida á empeño del príncipe de la Paz, teniendo que vencer no pocas resistencias. Consiguiente al desarrollo de aquellas asociaciones populares fué el de las escuelas de enseñanza primaria, que fomentó también el gobierno con ordenanzas y provisiones encaminadas al propio fin, y á excitar el celo y la emulación de los pueblos y hasta de los particulares al propósito de no carecer en sus respectivas localidades de estos primeros establecimientos que constituyen la base y el principio de toda cultura.

A este tenor y á la sombra de aquella latitud protectora crecían las escuelas y enseñanzas de los conocimientos económico-políticos, industriales, de comercio y de agricultura; se traducían y publicaban las mejores obras extranjeras que se conocían (2); y se escribían también originales sobre las propias materias (3). Ayudaban á su propagación publicaciones periódicas, redactadas por capacidades especiales de primera nota, tal como el *Semanario de Agricultura y Artes*, que dirigió el sabio don Juan Melon, y de cuya fundación se envanece el príncipe de la Paz como de pensamiento enteramente suyo. Otros periódicos que se publicaban, con una libertad que Floridablanca no habría consentido, en la capital del reino y en las de provincias, llevaban también las luces y extendían y difundían los conocimientos de esta índole entre las clases industriales y trabajadoras del pueblo (4).

Obsérvase en este tiempo una marcada tendencia á crear establecimientos en que se enseñaran las ciencias exactas, físicas y naturales. Al del Instituto Asturiano de Gijón, que con tanta gloria dirigió el ilustre Jovellanos, siguióse la creación del cuerpo de *Ingenieros Cosmógrafos de Estado*, cuya fundación tuvo por objeto el estudio de la astronomía teórica y práctica en todos sus ramos, el de las ciencias matemáticas aplicadas á la navegación, la geografía, la agricultura, la estadística y otros usos de la vida social (5). Las ordenanzas para este cuerpo se dieron en 19 de agosto de 1796. Y en el Museo Hidrográfico, creación de 1797, se logró reunir una preciosa colección de mapas, planos, diseños, instrumentos, manuscritos y libros raros y apreciables, siguiéndose una constante correspondencia con los establecimientos análogos que existían en otros países, y haciendo con ellos recíprocos cambios.

Por aquel mismo tiempo se dió á los estudios de medicina y farmacia, y á sus auxiliares la química, la física experimental y la botánica, una amplitud y un impulso, y se les consagró una atención especial que no fué infecunda en resultados. Fundóse el Real Colegio de Medicina en Madrid, cuya direc-

ción y cuyas escuelas fueron encomendadas á profesores que han dejado un nombre ilustre y un recuerdo honroso en la historia de la ciencia. Y casi simultáneamente se estableció y planteó en el hospital general el *estudio de la medicina práctica*, destinado para los bachilleres de las universidades y cirujanos latinos del colegio de San Carlos que desearan terminar su carrera como médicos. Mejoras tanto mas recomendables, cuanto que á la imperfección, estrechez, y casi abandono en que había caído esta carrera, hasta el punto de verse el gobierno en apuros para dotar el ejército y la armada de los facultativos indispensables, se agregaban las ideas extrañas y mezquinas, y hasta extravagantes y ridículas, que de la medicina tenían en aquel tiempo hombres á quienes se reputaba ilustrados, y á quienes se consultaba sobre la materia (6). Se estimuló la publicación de obras de medicina, farmacia y ciencias físicas, la traducción de las mejores de otros países, y la adquisición de buenos libros, y se formó una decente y utilísima biblioteca (7).

Creación de la misma época, debida igualmente al impulso del que estaba entonces á la cabeza del gobierno, fué la escuela de Veterinaria que se estableció en Madrid al lado de la puerta de Recoletos. Que aunque ya Carlos III, reconociendo el vacío y la necesidad de esta enseñanza, había nombrado y pensionado personas inteligentes que hiciesen en el extranjero estudios y trajesen á su patria los conocimientos, libros, instrumentos, y cuanto hallasen mas adelantado en el ramo (8), pero á las excitaciones hechas por don Manuel Godoy á Carlos IV se debió sin duda la construcción del edificio y la instalación de la escuela, cuya dirección encargó á los mismos que habían hecho aquel viaje de observación y de estudio. Pronto se conoció la utilidad de este establecimiento para la milicia, para la agricultura y ganadería, y mas habiéndose impuesto como cargo y obligación de la Escuela ilustrar á los pueblos y prestarles cuantos auxilios fuesen necesarios para curar las enfermedades epidémicas y endémicas de los ganados, donde quiera que se padeciesen, y se reclamase su asistencia.

Es de notar la minuciosa solicitud de aquel gobierno en todo lo relativo á la instrucción popular, desde los trajes de los profesores y alumnos de las universidades hasta la enseñanza de los oficios mas mecánicos. Respecto á lo primero, se hallaba ya mandado que los estudiantes asistiesen á las aulas de manteo y sotana (que de esto se denominaron manteístas); que desde el principio del curso vistiesen todos precisamente en invierno de paño de las fábricas nacionales, de color honesto hasta la segunda suerte, pudiendo usar en el verano telas de seda lisas, también de las mismas fábricas, y no de otras: que solo los doctores, maestros y licenciados pudieran llevar libremente todo el año vestidos de seda, mas no camisolas

(6) Cuenta el príncipe de la Paz que uno de los sujetos á quienes se consultó y cuyo nombre calla por respeto á las circunstancias, dijo en su informe entre otras cosas lo siguiente: «Consultemos ante todas cosas la salud de las almas; esta importa mas que no aquella de los cuerpos. Polvo y ceniza somos en que debemos convertirnos; poco vale, pues que debe llegar, que esto sea mas pronto ó mas tarde. Fuera de que, nuestros días están contados, y ningún facultativo, cuando fuera el mismo Hipócrates, les podrá añadir un instante sobre los prefijados *ab aeterno*. La salud de las almas y la salud del Estado requieren poner freno á la impiedad que se propaga bajo el disfraz de medicina. Materialista ó médico moderno son un mismo predicamento. Apartemos de entre nosotros esta nueva máscara.»

(7) De entre las principales obras que se publicaron en el período de 1793 á 1798, podemos citar las siguientes:—Traducción completa de la *Medicina práctica* de Cullen, y de su *Materia médica*:—id. de la *Medicina y cirugía forense* de Plenck; y de su *Farmacología quirúrgica*:—idem de los *Elementos de farmacia* de Baume:—id. de los *Elementos de química* de Chaptal:—id. del *Diccionario de física* de Brisson:—del *Tratado elemental de medicina* de Boerhaave: y entre las originales, el *Tratado de las enfermedades agudas y crónicas del pecho* de Corbella:—el *Patológico de Vidal*:—la *Cirugía forense* de Fernandez del Valle:—los *Anales del real laboratorio de química de Segovia* de Proust:—el *Tratado completo sobre las enfermedades de la infancia* de Iberti:—los *Elementos de farmacia* de Carbonell:—el *Curso elemental de meteorología* de Garriga, etc.

(8) Fueron enviados con este objeto, primeramente don Bernardo Rodríguez, y despues don Sigismundo Malast y don Hipólito Estevez: estos dos fueron los primeros directores de la Escuela.

(1) Llegaron á tener su Sociedad Económica, pueblos de tan escaso vecindario é importancia en este concepto, como Chinchón, Benavente, La Bañeza, Alaejos, Requena, Tordesillas y otros semejantes.

(2) Tales como las de Economía política de Adam Smith y David Hume, el Diccionario de Agricultura de Rozier, etc.

(3) Como las *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del reino de Valencia*, de don Antonio José Cavanillas; la *Historia de la Economía política de Aragón*, de don Ignacio de Asso; los *Pensamientos políticos y económicos en favor de la agricultura y demás ramos de industria en España*, de don Miguel Perez Quintero, y otras semejantes.

(4) De este género eran el *Semanario de Zaragoza*, el *Semanario económico y erudito de Granada*, el *Correo literario de Murcia*, los *Anales de literatura, ciencias y artes*, etc.

(5) Las cátedras ó asignaturas que para ello se establecieron fueron las siguientes: Aritmética, análisis finita y geometría:—Cálculo infinitesimal y mecánica sublime:—Trigonometría plana y esférica:—Óptica en todas sus partes:—Astronomía sintética:—Astronomía práctica:—Formación de cartas geográficas y geométricas:—Meteorología y sus aplicaciones:—Hidroestática é hidráulica:—Astronomía física:—Diseño y formación de planos.





EL LACHABREPEO O VENDEDOR DE VAJILLA

(COPIA DE UN CUADRO DE GOYA)



nes cortas y muy subalternas (1), ya basta que estas reuniones populares (cuya existencia pública y legal acaso impidió la formación de otras clandestinas que habrían podido ser muy dañosas) produjesen trabajos, discursos y memorias luminosas y útiles, y que se establecieran los talentos, con que se iban formando escuelas y bibliotecas, y se invertía con provecho en cosas que de otro modo se habría tal vez empleado en frivolas pasiones peligrosas para la patria. La impresión del interés de la Ley Agraria de Jovellanos, presentado al Consejo de Castilla por la Sociedad Económica Matritense, fue del todo el empuje del principio de la Paz, teniendo que vencer muchas resistencias. Consiguientemente al desarrollo de estas asociaciones populares fue el de las escuelas de enseñanza popular, que fomentó también el gobierno con ordenanzas y providencias encaminadas al propio fin, y á excitar el celo y la emulación de los pueblos y hasta de los particulares al propósito de no caer en sus respectivas localidades de ser los primeros establecimientos que constituyen la base y el principio de toda cultura.

A este tenor y á la sombra de aquella latitud protectora crecían las escuelas y enseñanzas de los conocimientos económico-políticos, industriales, de comercio y de agricultura; se traducían y publicaban las mejores obras extranjeras que se conocían (2); y se escribían también originales sobre las propias materias (3). Ayudaban á su propagación publicaciones periódicas, redactadas por capacidades especiales de cada una, tal como el *Elementario de Agricultura y Artes*, que dirigió el doctor don Juan Pérez de Guebara, y el *Elementario de Comercio y Artes*, que dirigió el doctor don Juan Pérez de Guebara, y el *Elementario de Agricultura y Artes*, que dirigió el doctor don Juan Pérez de Guebara, y el *Elementario de Comercio y Artes*, que dirigió el doctor don Juan Pérez de Guebara.

En este tiempo, una tendencia constante á crear establecimientos en que se enseñaran las ciencias exactas, físicas y naturales. Al del Instituto Agrario de Jovellanos, que con tanta gloria dirigió el ilustre Jovellanos, siguió la creación del cuerpo de *Ingenieros Cosmógrafos de Estado*, cuya fundación tuvo por objeto el estudio de la astronomía teórica y práctica en todos sus ramos, el de las ciencias matemáticas aplicadas á la navegación, la geografía, la agricultura, la estadística y otros usos de la vida social (5). Las ordenanzas para este cuerpo se dieron en 19 de agosto de 1799. Y en el Museo Hidrográfico, creación de 1797, se logró reunir una preciosa colección de mapas, planos, diseños, instrumentos, manuscritos y libros raros y apreciables, siguiéndose una constante correspondencia con los establecimientos análogos que existían en otros países, y haciendo con ellos recíprocos cambios.

Por aquel mismo tiempo se dio á los estudios de medicina y farmacia, y á sus auxiliares la química, la física experimental y la botánica, una amplitud y un impulso, y se les consagró una atención especial que no fue infructuosa en resultados. Fundóse el Real Colegio de Medicina en Madrid, cuya direc-

ción y cuyas escuelas fueron encomendadas á profesores que han dejado un nombre ilustre y un recuerdo honroso en la historia de la ciencia. Y casi simultáneamente se estableció y planteó en el hospital general el *estudio de la medicina práctica*, destinado para los bachilleres de las universidades y cirujanos latinos del colegio de San Carlos que desearan terminar su carrera como médicos. Mejoras tanto mas recomendables, cuanto que á la imperfección, estrechez, y casi abandono en que había caído esta carrera, hasta el punto de verse el gobierno en apuros para dotar el ejército y la armada de los facultativos indispensables, se agregaban las ideas extrañas y mezquinas, y hasta extravagantes y ridículas, que de la medicina tenían en aquel tiempo hombres á quienes se reputaba ilustrados, y á quienes se consultaba sobre la materia (6). Se estimuló la publicación de obras de medicina, farmacia y ciencias físicas, la traducción de las mejores de otros países, y la adquisición de buenos libros, y se formó una decente y utilísima biblioteca (7).

Creación de la misma época, debida igualmente al impulso del que estaba entonces á la cabeza del gobierno, fué la escuela de Veterinaria que se estableció en Madrid al lado de la puerta de Recoletos. Que aunque ya Carlos III, reconociendo el vacío y la necesidad de esta enseñanza, había nombrado y pensionado personas inteligentes que hiciesen en el extranjero estudios y trajeran á su patria los conocimientos, libros, instrumentos, y cuanto hallasen mas adelantado en el ramo, el punto á las excitaciones hechas por don Manuel Godoy y Carlos IV se debió sin duda la construcción del edificio y la institución de la escuela, cuya dirección encargó á los mismos que habían hecho aquel viaje de observación y de estudio. Pronto se conoció la utilidad de este establecimiento para la milicia, para la agricultura y ganadería, y mas habiéndose impuesto como cargo y obligación de la Escuela ilustrar á los pueblos y prestarles cuantos auxilios fuesen necesarios para curar las enfermedades epidémicas y endémicas de los ganados, donde quiera que se padeciesen, y se reclamase su asistencia.

Es de notar la minuciosa solicitud de aquel gobierno en todo lo relativo á la instrucción popular, desde los trajes de los profesores y alumnos de las universidades hasta la enseñanza de los oficios mas mecánicos. Respecto á lo primero, se hallaba ya mandado que los estudiantes asistiesen á las aulas de mateo y sotana (que de esto se denominaron manteistas); que desde el principio del curso vistiesen todos precisamente en invierno de paño de las fábricas nacionales, de color honesto hasta la segunda suerte, pudiendo usar en el verano telas de seda lisas, también de las mismas fábricas, y no de otras; que solo los doctores, maestros y licenciados pudieran llevar libremente todo el año vestidos de seda, mas no camisolas

(6) Cuenta el príncipe de la Paz que uno de los sujetos á quienes se consultó y cuyo nombre caía por respeto á las circunstancias, dijo en su informe entre otras cosas lo siguiente: «Consultemos ante todas cosas la salud de los almas; esta importa mas que no aquella de los cuerpos. Polvo y ceniza somos en que debemos convertirnos; poco vale, pues que debe llegar, que esto sea mas pronto ó mas tarde. Fuera de que, nuestros días están contados, y ningún facultativo, cuando fuera el mismo Hipócrates, los podrá agotar un instante sobre los preñados *ab eterno*. La salud de las almas y la salud del Estado requieren poner freno á la impiedad que se promueve bajo el disfraz de medicina. Materialista ó médico moderno no es un mismo predicamento. Apartemos de entre nosotros esta nueva impiedad».

(7) Entre las principales obras que se publicaron en el período de 1790 á 1800, podemos citar las siguientes: Traducción completa de la *filosofía metafísica* de Wallen, y de su *Materia médica*;—id. de la *Medicina y cirugía* de Plenk; y de su *Farmacología quirúrgica*;—idem de los *Elementos de farmacia* de Baume;—id. de los *Elementos de química* de Lavoisier;—id. del *Diccionario de física* de Brisson;—del *Tratado elemental de medicina* de Boerhaave; y entre las originales, el *Tratado de las enfermedades agudas y crónicas del pecho* de Corbella;—el *Patológico de Vitis*;—la *Geografía física* de Fernandez del Valle;—los *Anales del real laboratorio de química de Segovia* de Proust;—el *Tratado completo sobre las enfermedades de la infancia* de Iberti;—los *Elementos de farmacia* de Corbelli;—el *Curso elemental de meteorología* de Garriga, etc.

(8) Fueron enviados con este objeto, primeramente don Bernardo Rodríguez, y después don Sigismundo Malast y don Hipólito Estevez; estos dos fueron los primeros directores de la Escuela.

(1) Llegaron á tener su Sociedad Económica, pueblos de tan escaso vecindario é importancia en este concepto, como Clondón, Benavente, La Bañosa, Alcañices, Requena, Tordesillas y otros semejantes.

(2) Tales como las de Economía política de Adam Smith y David Hume, el *Diccionario de Agricultura* de Rozier, etc.

(3) Como las *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del reino de Valencia*, de don Antonio José Cavanilles; la *Historia de la Economía política de Aragón*, de don Ignacio de Asso; los *Pensamientos políticos y económicos en favor de la agricultura y demás ramos de industria en España*, de don Miguel Perez Quinto, y otras semejantes.

(4) De este género eran el *Semanario de Zaragoza*, el *Semanario económico y erudito de Granada*, el *Correo literario de Murcia*, los *Anales de literatura, ciencias y artes*, etc.

(5) Las cátedras ó asignaturas que para ello se establecieron fueron las siguientes: Aritmética, análisis finita y geometría;—Cálculo infinitesimal y mecánica sublime;—Trigonometría plana y esférica;—Óptica en todas sus partes;—Astronomía sinética;—Astronomía práctica;—Formación de cartas geográficas y geométricas;—Meteorología y sus aplicaciones;—Hidroestática ó hidráulica;—Astronomía física;—Diseño y fortificación de planos.





EL CACHARRERO Ó VENDEDOR DE VAJILLA

(COPIA DE UN CUADRO DE GOYA)







con encajes ó bordados; y que ninguno cuando fuese de hábitos llevase cofia ó redecilla, ni género alguno de peinado. Mas como se hubiese ido adulterando este traje, el gobierno de Carlos IV acudió á su remedio con una circular (16 de febrero, 1797), en que decía: «Informado ahora S. M. del desórden que hay en las universidades mayores en el porte y traje de los estudiantes, poniendo algunos mas atencion en usarlos extravagantes y ridículos que en el estudio de la profesion á que van destinados, presentándose con botas, pantalones, lazos en los zapatos, corbata en lugar de cuello, el pelo con coletas, las aberturas de la sotana hasta las pantorrillas, para que se vean los calzones de color, los chalecos y las bandas; deseoso S. M. de evitar los males que se siguen del uso de dichos trajes, trascendentales á la moral, indecorosos á las universidades y á los que las dirigen y gobiernan, se sirvió comunicar al Consejo la real resolucion que tuvo por conveniente.....» Y en la parte dispositiva se mandaba fijar edictos al principio de cada curso, prescribiendo los trajes, é imponiendo á los contraventores la pérdida del curso, y aun la expulsion de las aulas, encargando á los profesores que diesen ejemplo á los discípulos, bajo la pena de suspension de su cargo, y ordenando que de haberlo cumplido así se diese cuenta cada dos meses al Consejo, así como de cualquier contravencion que se advirtiese.

Respecto á lo segundo, á saber, á la enseñanza de artes y oficios, nótese en aquel gobierno un sistema plausible, que consistia en no reducir la práctica de un arte, oficio ó profesion mecánica al aprendizaje y al ejercicio rutinario, sino en poner al lado de los talleres escuelas en que se enseñaran los principios necesarios para ejercer con conocimiento y con habilidad, y aun poder enseñar á otros los fundamentos de aquel arte. Así, junto al taller de instrumentos astronómicos y físicos que se agregó al real Observatorio en el Buen Retiro, se puso una escuela de geometría mecánica, astronómica y física para los jóvenes que hubieran de dedicarse á la construccion de aquellos instrumentos, y de este modo no tener necesidad de seguir importándolos de fuera, y no ser siempre nuestra nacion tributaria de otras. Bajo igual sistema se plantearon otras fábricas y artefactos, tales como el del grabado en metales y piedras duras (1); la de maquinaria para construir y tornear objetos de concha, marfil, maderas finas, bronce y otros metales (2); la aplaudida y célebre de relojería dirigida por los hermanos Charost (3); la de máquinas de cilindro de Roberto Dale (4); la suntuosa de papeles pintados de Giroud de Villete (5); la tan celebrada de platería que todavía existe hoy con el nombre de Martinez (6), y otras á este tenor. Y se formaron y publicaron catálogos y descripciones de las máquinas de mas utilidad ó mas aplicables á nuestra industria, de que se encargó don Juan Lopez de Peñalver, en union con otros entendidos artistas, que como él habian viajado por Europa á expensas del gobierno.

Consecuencia de este sistema y de la publicacion de los mejores métodos, y de las facilidades que para adquirirlos se proporcionaban, fueron los adelantos y mejoras que se hicieron en las fábricas de hilados y tejidos de sedas, algodones, paños, lanas, papel, cáñamos y lienzos, establecidas en Valencia y Cataluña, en Segovia, Granada, Guadalajara, Brihuega, Cádiz y Galicia, en que se ocupaban millares de brazos; algunas, como las de Valencia y Cataluña, anunciaban ya por sus progresos lo que habrian de ser; el gobierno hizo tambien para algunas de ellas adelantos de sumas no despreciables. Pero ya hemos indicado la parte de mérito y de gloria que en el fomento y en los adelantos de la industria fabril cupo

tambien á las Sociedades Económicas, gloria de que igualmente participaron las asociaciones de señoras de las clases alta y media, que en la capital del reino y en las de algunas provincias se habian suscrito á aquellos cuerpos patrióticos, inclusa la reina misma, que siguiendo aquel noble impulso quiso costear una escuela dedicada á la enseñanza de ciertas delicadas labores (7).

El título de protector de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando que se dió al príncipe de la Paz, prueba por lo menos la grande estimacion que de este cuerpo hacia, cuando en su elevada posicion social quiso honrarse y creyó enaltecerse mas con este título: «Mi título de protector de la Real Academia, dice él en sus Memorias, no fué una vanidad, sino un cargo que acepté con la ambicion y el ansia de llenarle.» Aun cuando solo por vanidad le hubiera tomado, honroso es siempre para las artes y para las letras que los hombres que han llegado á la cumbre del poder aspiren, como quien reconoce el verdadero valor de ciertos dictados, á llamarse, con mas ó menos merecimientos, protectores de los cuerpos científicos. Cuanto mas que no se puede decir que fuese aquel ministro protector de la Academia solo en el nombre. En medio de la situacion turbulenta de Europa y de los apuros y escasos medios del erario español, algo fué haber dotado su biblioteca de libros, estampas, dibujos y modelos, y haber emprendido ó continuado publicaciones pendientes tan importantes y útiles como las colecciones de retratos de los reyes, de los varones ilustres de España, de los trajes de las provincias y de las naciones modernas, la de estampas de la Biblia, de los mejores cuadros de los palacios reales, de modelos arquitectónicos y otras de este género, dándolas á precios cómodos para mas difundirlas y excitar el gusto y el estudio del dibujo y del grabado. Por lo menos en estos dos ramos, ya que en el primero no se formó escuela que pudiera competir con la antigua, sobresalieron artistas tan distinguidos como Goya, Selma, los Carmonas, Enguidanos, Bayeu, Carnicero y Maella, los unos que mantuvieron con sus obras la reputacion que ya antes habian alcanzado, los otros que en este reinado ganaron merecido nombre y fama.

La providencia de no permitir que se construyesen obras sin sujetarlas previamente á la inspeccion de la Academia y sin la direccion facultativa de arquitecto titulado, sobre ser un justo tributo pagado á los que habian consumido un capital de tiempo y de dinero en el estudio del arte, puso coto á la inconveniente y abusiva libertad de construir, remedió en mucha parte las irregularidades monstruosas, natural producto de aquella, ganaron en gusto y regularidad los edificios públicos, y la arquitectura y escultura pudieron seguir en la vía de la restauracion en que Carlos III las habia puesto. Ayudó á ello bastante el empeño del príncipe de la Paz, y sus excitaciones á que escribieran ó imprimieran obras clásicas de artes, ú originales ó traducidas, que era una de las cualidades de aquel ministro. Y así se publicaron en aquel tiempo escritos y libros de escultura y arquitectura, como de pintura y de música, ó reimpresos por haberse hecho raros, ó nuevos, ó traducidos, algunos por encargo especial, y costeados tambien algunos por el gobierno (8).

Pasando de las nobles artes á las bellas letras, aunque de-

(7) La escuela de labores de adorno, como flores artificiales, bordados de pluma, airones, garzotas, etc.

(8) Publicáronse, entre otras, las obras siguientes: los *Diez libros de arquitectura de Alberti*, puestos en castellano:—los cuatro libros que faltaban de la *Arquitectura civil* de Paladio, que tradujo y comentó el bibliotecario Ortiz y Sanz:—el *Diccionario de las nobles artes* de Rejon:—los *Comentarios de la pintura encaústica del pincel*, de García de la Huerfina:—los *Comentarios de pintura*, de Guevara:—*Del origen y de las reglas de la música con la historia de sus progresos, etc.*, obra escrita en italiano por el abate español Eximeno, y traducida al castellano por Gutierrez; y algunos mas que se podrian citar.

«Por aquel mismo tiempo, dice Godoy en sus Memorias, don Gabriel Gomez, librero del rey, auxiliado por el gobierno, abrió una industria nueva entre nosotros, estableciendo una imprenta para grabar todo género de música sobre planchas de estaño, al estilo de Inglaterra. Los resultados de ella se encontraron superiores, á lo menos por entonces, á los del grabado de Francia y Alemania.»

(1) Dirigió esta enseñanza don Enrique Simon, grabador que habia sido del rey Luis XVI.

(2) Púsose esta á cargo del excelente maquinista don Jorge Isure.

(3) Se estableció en 1795 en la calle del Barquillo.

(4) En la calle de Jesus y María.

(5) Al lado de las Comendadoras de Santiago.

(6) «Obra de este artífice (dice el príncipe de la Paz en sus Memorias) fué mi rica vajilla, donde con ingeniosa mano habia trazado al vivo las mejores producciones de los dos reinos vegetal y animal que se sirven en nuestras mesas.»



jando para ocasion mas oportuna el juicio del movimiento intelectual de este reinado, cúmplenos solo apuntar ahora ligeramente que los hombres del gobierno en el periodo de que estamos dando cuenta, en medio de sus graves atenciones políticas, no solamente no dejaron amortiguar el espíritu literario á que habian dado calor los reinados anteriores, sino que dejando á las veces libre y desembarazado campo á las musas, á las veces acariciándolas ellos mismos, la amena literatura seguía desenvolviéndose sin trabas, algunos ingenios fueron especialmente favorecidos, la poesía prosiguió, ya sosteniendo, ya remontando su vuelo, las obras clásicas de la antigüedad, griegas y latinas, pudieron saborearse en el idioma castellano, y la lengua patria, cultivada y manejada con talento y con habilidad, ganó en claridad, en precision, en elegancia y en soltura, llevando además muchas de las obras y producciones de aquel tiempo el sello de la grandiosidad de ideas y de sentimientos propio del desarrollo de la cultura y de la filosofía. Tal debía suceder cuando la poesía, en todos sus géneros, era cultivada por ingenios como el de Moratin, el hijo predilecto de Talía: como el de Melendez Valdés, tan tierno, sensible y delicado, como melancólico, majestuoso y sublime; cuando departían con las musas el gran Jovellanos, el ardiente Cienfuegos, el festivo Iglesias, el nervioso y varonil Quintana.

Hermana de la poesía la elocuencia, ni esta se rezagó en la vía del progreso, ni el gobierno dejó de atender y alentar, así á los que producian escritos elocuentes como á los que publicaban los libros en que se enseñan las reglas de este ramo de la bella literatura. El gobierno mismo dió el ejemplo de su estimacion á los oradores clásicos de la antigüedad, mandando hacer en la Imprenta Real la excelente edicion en catorce volúmenes de las obras completas de Ciceron (1). Traducíanse del francés y del inglés el *Curso razonado de bellas letras* de Bateux, y las *Lecciones de retórica* de Blair, una y otra con aplicaciones á nuestra lengua. Los padres de la Escuela Pía publicaban el *Arte y la Retórica* de Horneros. Capmany habia ganado ya no poca reputacion con su *Filosofía de la Elocuencia*, que afianzó y aumentó con su *Teatro histórico y crítico de la elocuencia castellana*; y la Academia Española habia laureado al erudito Vargas Ponce por su elegante *Elogio del rey don Alonso el Sabio*. Y en cuanto á la oratoria sagrada, levantada ya en el anterior reinado de su vergonzosa decadencia, y sostenida en este por prelados de la erudicion de un Tavira, y un Amat, de un Armañá y de un Posada, y por religiosos tan ilustrados como los padres Santander, Salvador, Traggia y Vejarano, mereció tambien una proteccion especial del gobierno, que en 1796 quiso hacer una coleccion de los sermones mas escogidos, así para honrar á sus autores, como para que sirviesen de estímulo y de modelo á los que se dedicaban al ministerio del púlpito.

Dábanse á luz gramáticas y diccionarios de lenguas sabias y vivas, algunos de ellos ó de real orden ó por encargo especial del primer ministro; de la misma manera que se escribian y publicaban, por comision tambien del gobierno, obras ideológicas, históricas y morales (2). Igual impulso recibian las

pertenecientes á otras carreras y estudios. Obsérvese que las relativas al arte militar y á las materias de guerra eran la mayor parte traducciones (3), y solo algunos ingenios como Valdenebro, Peñalosa y Palacios Rubios escribian tratados originales: mientras las que versaban sobre marina y navegacion eran mas comunmente produccion de autores españoles, entre los cuales se cuentan Mendoza de los Rios, Alcalá Galiano, Ciscar, Solano y Mazarredo. La ciencia jurídica, civil y canónica, ya de tiempos atrás mas cultivada en España, y en que habian sobresalido tan eminentes juriscultosos, tuvo tambien algunos excelentes continuadores, y la eclesiástica especialmente se enriqueció con las traducciones de Berardi, Van-Espen y Cavalario. La historia española, sagrada y profana, contó en aquel tiempo varones tan ilustrados y doctos como el padre Risco, sabio continuador de la grande obra de Florez, como el abate Masdeu, que en 1797 llevaba ya escritos diez y ocho volúmenes de la Historia crítica de España, como Ortiz y Sanz, autor del Compendio cronológico, y críticos y bibliógrafos como Pellicer y Valladares. Las obras de ingenio, las de educacion y de costumbres, la novela, eran igualmente cultivadas por eruditos como Cañaveras, Montengon, Peñalver, Gutierrez, García Malo y otros, autores ó traductores de planes de educacion en todo género de estudios preparatorios, de novelas como Eusebio, Antenor, Eudoxia y Clara Harlowe, de libros de costumbres como el de Blanchard.

Propio era este movimiento literario de una época en que florecian Campomanes, Jovellanos, Muñoz, Sempere y Guarinos, Llorente, Martinez Marina, Lardizabal, Cabarrús, Sotelo, Forner, Conde, Asso, Amat, Castro y otros muchos esclarecidos varones, y cuando solo la Academia de la Historia contaba en su seno hombres tan ilustrados y talentos de tan merecida reputacion como Campomanes, Llaguno y Amírola, Sanchez, Gomez Ortega, Capmany, Cerdá y Rico, el geógrafo Lopez, Jovellanos, Manuel, Varela y Ulloa, Cornide, Banqueri, Vargas Ponce, el cosmógrafo Muñoz, Traggia, Pellicer, Martinez Marina, y como supernumerarios y honorarios contaba á los ilustres Trigueros, Saez, Gonzalez Arnao, Lopez, Carbonell, Bails, Abad y Lasierra, Mayans, Fernandez Vallejo, Lorenzana y Tavira (4).

Fomentábanse las bibliotecas públicas, y se remuneraba á los encargados de estos depósitos literarios con una anchurosidad á que no se ha llegado en tiempos posteriores, y tanto mas extraña y laudable cuanto era entonces mas ahogada la situacion del tesoro (5). Nótase tambien que no dejaba de atenderse al mejoramiento de las profesiones científicas ó facultativas, puesto que para su ejercicio se exigian condiciones y títulos que dieran garantia de aptitud, de instruccion y de responsabilidad (6). Pero al propio tiempo que se veia cierto buen deseo de proteger y facilitar las carreras literarias obsérvese el errado é inconveniente sistema que se seguia, y cuyo abuso llegó en parte hasta tiempos que nosotros mismos hemos alcanzado, en materia de dispensacion de edad, de cursos y grados académicos, y de conmutacion de estudios de unas á otras facultades ó profesiones, sujetando la concesion de estas gracias á un arancel en que se determinaba la cantidad que se habia de pagar por cada una de ellas; como si el dinero diera ciencia, y la mayor contribucion fuera la pauta de la mayor

(1) Se dió el encargo de ella al distinguido literato don Juan Melon, contra el cual los enemigos de las luces habian hecho fulminar un proceso sobre opiniones de escuela, por cuyo motivo estuvo á punto de ser encerrado en un convento. El príncipe de la Paz se preciaba de haberle salvado, como á otros sabios y literatos de su tiempo.

(2) Por ejemplo, la *Coleccion de las obras gramaticales de Dumarsois*, que se encargó á don José Miguel Alea: la traduccion de la *Lógica de César Baldinotti*, que se encomendó á don Santos Diez Gonzalez y don Manuel Balbuena: la de la *Dialéctica de Eximeno*, que se publicó en 1796, etc. A la Academia de la Historia encargó el duque de la Alcudia que le informase si podrian coleccionarse y publicarse todas las obras del rey don Alfonso el Sabio, pensamiento que ocupa hoy todavía y tiene ya en vías de ejecucion este ilustrado cuerpo; así como le envió tambien el *Plan de un viaje literario para reconocer archivos y bibliotecas, y todos los monumentos útiles á la Historia de España*, presentado por don Manuel Abella.—Memorias de la Real Academia de la Historia, tomo I.—Así se publicó tambien la *Defensa de la religion cristiana*, por el doctor Heydeck, las *Condiciones de las obras de Dios en el orden natural*, por el aleman Strum, el *Preservativo contra el ateismo*, por Forner, la *Historia eclesiástica* de Amat y otras semejantes.

(3) Por ejemplo, las de las obras de Montecuculli, Quincy, Leblond y otros.

(4) Todos estos eran académicos el año 1796.—Lo era tambien de la clase de honorarios el príncipe de la Paz.

(5) Por ejemplo, en 1802 importaban los sueldos de los empleados en la Biblioteca Real (hoy Nacional) la cantidad de trescientos dos mil quinientos reales.—En 1859, en que esto escribimos, suman doscientos sesenta y cuatro mil ciento cuarenta y cinco.—Calculando que el número de volúmenes de este establecimiento sea hoy el duplo del que entonces le constituia, fácil es deducir la diferencia proporcional de la remuneracion.

(6) Provision de 5 de enero, 1801, prescribiendo los requisitos que han de concurrir en los arquitectos y maestros de obras, y los que han de preceder á la aprobacion de los diseños y planos para obras públicas.—Cédula de 28 de setiembre sobre Proto-Medicato y Junta superior gubernativa de Farmacia.—Circular de 10 de diciembre prohibiendo el ejercicio de la facultad de Cirugía á los que carecieran de las circunstancias prevenidas por las leyes.



suma de conocimientos humanos. En la tarifa de los derechos que habian de pagarse por cada una de las dispensaciones de ley ó gracias al sacar, aprobada por real cédula, previo informe de los Consejos (13 de mayo, 1801), se señalaba lo que habia de exigirse y cobrarse por la dispensa ó conmutacion de cada curso para grados mayores y menores, por cada año de edad, por cada habilitacion para regentar cátedras ó hacer oposicion á ellas, por cada condicion ó cualidad que se dispensase para el ejercicio de una profesion (1). No tardó en reconocerse lo absurdo de este sistema, especialmente en la parte literaria, y en aquel mismo año se acudió de algun modo á su remedio, comunicándose al Consejo por vía de aclaracion la siguiente real orden: «No queriendo el rey que se reputen gracias al sacar las que se expresan en la nota adjunta (2), rubricada por mí, y se comprenden en la tarifa inserta en la real cédula de 13 de mayo de este año, porque con ella se da lugar al desórden y relajacion de las leyes académicas, tan necesarias para que florezca la instruccion pública, como lo exige el bien del Estado, lo participo á V. E. de orden de S. M. para que se tenga entendido en el Consejo para su cumplimiento.»

No hemos hecho ahora sino presentar una ligera muestra del movimiento intelectual de aquel tiempo, indicar la variedad de estudios que se cultivaban, y mencionar una parte de los hombres ilustres que enriquecian con sus producciones y escritos la república de las letras, reservándonos dar en otro lugar mayor extension á este exámen; puesto que al presente solo nos proponíamos demostrar que aquel gobierno, en medio de las atenciones de la guerra, de la situacion turbulenta y agitada de Europa, y del natural desasosiego de los ánimos en España, si cometió errores políticos, ni dejó de impulsar la industria y las artes, ni descuidó el desarrollo y mejoramiento de los estudios públicos, ni trató con indiferencia á los erudi-

(1) Hé aquí una muestra de esta curiosa tarifa:

|                                                                                                                    |           |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| Por la dispensa de cursos para grados mayores, por cada año. . . . .                                               | 1,500 rs. |
| Por la dispensa del cuarto año para grados menores en claustro ordinario. . . . .                                  | 1,100     |
| Por la conmutacion de cursos de una facultad mayor por otra, por cada año. . . . .                                 | 300       |
| Por la habilitacion del curso de Filosofia ganado fuera de universidad ó estudio habilitado, por cada año. . . . . | 100       |
| Por el título de las cátedras mayores en universidades mayores. . . . .                                            | 300       |
| En las demás del reino. . . . .                                                                                    | 200       |
| Por la habilitacion para hacer oposicion á cátedras por falta de tiempo, por cada año. . . . .                     | 100       |
| Por la dispensa de cualidad para haberse de graduar en universidad. . . . .                                        | 150       |
| Por la dispensa que el Consejo cede de cuatro meses para poder recibirse de abogado, por cada mes. . . . .         | 60        |

Hemos dicho «una muestra de esta curiosa tarifa,» porque á este símil se regulaba el precio de las demás gracias: por ejemplo, en las pertenecientes al ramo de administracion de justicia se decia:

|                                                                                                                 |       |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| Por la orden y providencia de que un pleito se vea en las Audiencias y Chancillerías con la sala plena. . . . . | 60    |
| Por que sea con asistencia precisa del regente. . . . .                                                         | 80    |
| Por que se vea con dos salas ordinarias. . . . .                                                                | 200   |
| Por que se vea con las dos salas plenas. . . . .                                                                | 300   |
| Por que se vea en el Consejo con dos salas plenas. . . . .                                                      | 450   |
| Por que se vea con tres. . . . .                                                                                | 1,100 |
| Y con la calidad que sean completas. . . . .                                                                    | 2,200 |
| Por que se vea en Consejo pleno. . . . .                                                                        | 6,000 |

(2) La nota especificaba los casos siguientes:

Dispensa de cursos para grados mayores.  
Dispensa del cuarto año para grados menores en claustro ordinario.  
Conmutacion de cursos de una facultad mayor por otra.

« Dispensa para grados en facultad mayor á los regulares, habilitándoles los cursos ganados en sus casas religiosas.

Habilitacion del curso de filosofia ganado fuera de universidades ó estudios habilitados.

Si por circunstancias particulares se habilitasen alguna vez cursos en facultades mayores ganados fuera de universidades ó estudios habilitados.

Habilitacion para hacer oposicion á cátedras por falta de tiempo.

tos y sabios, ni fué corto en proteger los ingenios, ni escatimó á la emision del pensamiento una libertad y un ensanche de que antes habia carecido, ni fué escaso en promover y auxiliar multitud de publicaciones en casi todos los ramos de los conocimientos humanos, que sin este auxilio no habrian podido ver la luz ni derramarla á su vez en el pueblo.

## CAPITULO VII

### España y la República francesa hasta el Consulado

DE 1798 Á 1799

El ministro Saavedra sumiso á la voluntad del Directorio.—Providencias contra los emigrados franceses.—Azara embajador en Paris.—Renuda la negociacion de la paz con Portugal.—Cómo y por qué causas se frustró.—Fuga de Paris del ministro portugués.—Célebre expedicion de Bonaparte á Egipto.—Conquista de Malta.—Gloriosos triunfos de Bonaparte.—Alejandría, el Gran Cairo, las Pirámides.—Política singular de aquel guerrero.—Memorable derrota de la escuadra francesa en Abukir.—El almirante Nelson.—El Gran Turco declara la guerra á Francia.—Segunda coalicion de las potencias.—Esfuerzos de España para el mantenimiento de la paz.—Los ingleses nos toman á Menorca.—Malograda insurreccion en Irlanda.—Invasion de Roma por el rey de Nápoles.—Ovaciones que recibe.—El general francés Championnet derrota el ejército austro-apolitano.—Apodérase de Nápoles.—Funda la república Parthenopea.—Abdicacion del rey del Piemonte.—Reclama Carlos IV su derecho á la corona de las Dos Sicilias.—Desden con que oye el Directorio su reclamacion.—Desavenencias entre el ministro Urquijo y el embajador Azara.—No logra el emperador de Rusia hacer entrar á España en la coalicion.—Campañas del Danubio y de Italia.—Triunfos de Suwarow.—Derrota de ejércitos franceses.—Pierden la Italia.—Agitacion en Paris.—El 30 de prairial.—Representacion del embajador español.—Medidas revolucionarias del nuevo Directorio.—Guerra de Italia.—Batalla de Novi, desastrosa para los franceses.—Irritacion de los ánimos en Paris.—Los patriotas, la imprenta, los clubs, los Consejos, el Directorio.—Buscábase quien pudiera salvar la Francia.—Memorable victoria de Massena en Zurich, derrota y retirada de los ejércitos rusos.—Regresa Bonaparte de Egipto.—Desembarca en Frejus: pasa á Paris: entusiasmo y conmocion general.—Situacion de la Francia.—Presentimiento general de una gran revolucion.—Destruccion de la Constitucion del año III.—El consulado provisional: Bonaparte cónsul.—Relaciones entre España y Francia en este tiempo.—Escuadras españolas al servicio de la república.—Sus movimientos y destino.—Sumision del gobierno español al francés.—Humillante carta de Carlos IV al Directorio.—Es relevado Azara de la embajada de Paris.—Sus relaciones con Bonaparte.—Se retira á Barcelona.—Declaracion de guerra entre Rusia y España y sus causas.—Situacion de las cosas á fines de 1799.

Retirado del ministerio el príncipe de la Paz (28 de marzo de 1798), y habiendo tenido tanta parte en este suceso las gestiones y las instancias del Directorio francés, el gobierno español mostrósese tan afanoso de acreditar su adhesion á la república, y tan dócil y obsecuente á las exigencias del embajador Truguet, que inmediatamente dió orden para que fuesen expulsados del reino los emigrados franceses, sin exceptuar los mas distinguidos personajes de la nobleza de Francia, ni al mismo duque de Havré, con tener el carácter de grande de España, y con ser el encargado por el conde de Provenza (después Luis XVIII) de comunicarse y entenderse con la corte y con la familia real de España. Ejecutóse la orden con tal rigor, que hasta se enviaban alguaciles á las casas donde se sospechaba haber emigrados, y se empleaban espías para descubrir desertores. Se prohibió mas estrechamente la introduccion y venta de mercancías inglesas; y para que la república no dudara de la completa sumision del gobierno español, se previno á los predicadores que se abstuvieran, segun les estaba ya ordenado, de hablar en el púlpito de materias políticas, y sobre todo de proferir expresiones que pudieran ofender al gobierno de la nacion vecina, ó dañar ó lastimar de algun modo la buena union y amistad de ambas potencias (3).

(3) Fué esto á consecuencia de una queja dada por el embajador francés sobre el modo como se habia expresado en el púlpito de la catedral de Santander un fraile franciscano, como tambien otros dos religiosos predicando en Chinchon y en Yepes.—Archivo del ministerio de Estado, legajo 49, núm. 20.—Reclamaciones y quejas de esta especie se repetian con frecuencia por parte del embajador de la república, porque eran tambien frecuentes estos hechos.



Como otra prueba del vivo deseo de complacer al Directorio y vivir con él en la mejor armonía le presentó el ministro Saavedra el nombramiento que hizo en don José Nicolás de Azara, ya antes propuesto por el príncipe de la Paz, para embajador de España cerca de la república. Era, en efecto, el antiguo embajador de Roma agradable al Directorio por sus relaciones y su comportamiento con los generales franceses en los acontecimientos de Italia. Y ciertamente, en su discurso ó arenga á los directores al presentar sus credenciales (29 de mayo, 1798), no solamente pudieron aquellos quedar muy satisfechos de las palabras afectuosas de Azara, sino que este ministro se expresó en términos tal vez excesivamente lisonjeros para la república y de exagerada adhesión por parte de la nación española y de su soberano, puesto que entre otras frases emitió las siguientes: *«El rey mi amo es vuestro primer aliado, el amigo mas leal, y aun el mas útil de la república francesa..... El carácter moral del soberano, á quien tengo la honra de representar aquí, afianza toda la exactitud deseable para cumplir sus empeños, y su probidad os asegura una amistad franca, leal y sin sospecha. La nación á quien gobierna está reconocida por su delicado pundonor; es vuestra amiga sin rivalidad cerca de un siglo hace; y las mudanzas acaecidas en vuestro gobierno, en vez de debilitar dicha union, no pueden servir sino á consolidarla cada dia mas, porque de ella depende nuestro interés y nuestra existencia comun..... (1).»*

Así fué que los directores se mostraron altamente satisfechos de las manifestaciones del nuevo embajador, y en su respuesta le expresaron tambien en nombre de la república su agradecimiento por el interés que en la suerte de los franceses habia tomado en tiempos y circunstancias espinosas. Tales testimonios de estrecha adhesión por parte de España daban lugar á creer que ni la Francia seria moderada en exigir, ni el gobierno español escaso en condescender.

Uno de los graves negocios que Azara encontró pendientes de solución fué el de la paz con Portugal, negocio en que Carlos IV habia mostrado el mayor interés y el mas decidido empeño, con el buen deseo de librar á sus hijos los príncipes regentes de aquel reino de las calamidades de la guerra con que la Francia le estaba continua y obstinadamente amenazando; pero negocio que, sobre haberse malogrado muchas veces, habia tomado, como antes hemos visto, un repugnante aspecto, por los inmundos cohechos, sobornos y verdaderas estafas que en la negociacion se habian empleado, de que no salió sin tacha de impureza la reputacion de los mismos directores, y que habia producido la prision en el Temple del negociador portugués como si fuese el criminal mas miserable y abyecto. Azara recibió de la corte española la misión de rehabilitar en París el tratado, poniendo para ello á su disposición la suma de ocho millones de reales, y mas si fuese menester, que así se acostumbraba á tratar con el corrompido gobierno del Directorio. Propúsose Azara no solo reanudar la negociacion sin que costara un real al tesoro de España, sino tambien investigar el paradero de los dos millones que se suponian dados á uno de los directores. Ambos objetos logró, descubriendo respecto al segundo las manos entre las cuales aquella cantidad habia desaparecido, y alcanzando, relativamente á lo primero, que se volviera á entrar en negociacion, si bien exigiendo el Directorio algun sacrificio mas á la nación portuguesa, y que el tratado le hubiera de firmar Azara solo, como plenipotenciario de Portugal, cuyas credenciales de tal le habia enviado ya aquella corte.

Hizo ver el ministro español la conveniencia y aun la necesidad de que autorizara con él el tratado otro plenipotenciario portugués, pues miraria aquella nación como un desdoro que un extranjero firmara su paz, como si no hubiese en todo el reino persona capaz de negociarla. Accedió á ello el Directorio, no sin repugnancia, y á condicion de que el ministro portugués que fuese nombrado llevara poderes ilimitados para firmar sin nuevo exámen lo que con Azara se habia convenido.

(1) Gaceta de Madrid de 22 de junio, 1798.—Tambien se insertaron estas arengas en los diarios franceses.

Nombró en efecto la corte de Portugal á don Diego Noronha, embajador que habia sido en Roma y en España, el cual partió inmediatamente para Madrid. Mas como entrase en el ánimo del ministro Pinto entorpecer la conclusion de la paz, porque así lo exigian el interés de Inglaterra y la política de Pitt á que él estaba adherido, expidióle los poderes sin la cláusula de ilimitacion que el Directorio habia puesto como condicion precisa; y por mas que Azara despachó varios correos á Madrid advirtiéndole que no se presentara si carecia de aquella circunstancia su plenipotencia, Noronha se presentó en París sin llevar en sus poderes aquel requisito.

Gran sorpresa y disgusto causó esta noticia á Azara; grande era en verdad su compromiso, y no fué pequeño su apuro para participarlo al Directorio. Y por mas arte que empleó para templar el enojo que habia de producir la primera impresion, y para evitar despues un golpe brusco y una resolucion funesta, al fin no le fué posible aplacar la indignacion de los directores; y como supiese un dia que estaba ya extendido el decreto ordenando á la policía que encerrase á Noronha en las prisiones del Temple, apresuróse, como único remedio que veia para evitar aquel nuevo escándalo, á prevenir á Noronha que aquella misma noche antes de amanecer partiese para España, si bien haciendo jornadas cortas so pretexto de falta de salud, como así lo verificó. Azara despachó un correo á su corte noticiando todo lo acaecido, y con la contestacion de aquella se dió orden al plenipotenciario portugués para que no se acercara á Madrid ni sitios reales, y prosiguiera en direchura á Lisboa. A los dos meses de este suceso propuso el ministro portugués Pinto al Directorio la ratificacion de la paz con las ventajas que la Francia pedia, y aun con algunas mas, á condicion de que se excluyera de la mediacion á España. Manejos y ardides de Pinto y de Pitt para ganar tiempo y frustrar el tratado, pero que comprendió bien el Directorio, no haciendo caso de la propuesta. Así acabó otra vez aquella infeliz negociacion, por intriga de los gobiernos de Inglaterra y Portugal (2).

Realizó por este tiempo Bonaparte aquella atrevida empresa con que sorprendió y asombró á la Europa y al mundo, aquel gran pensamiento que por muchos meses habia sabido tener oculto y preparar con impenetrable misterio, aquel plan que su ardiente y viva imaginacion le representaba como una cosecha segura y abundante de gloria propia, de laureles para su ejército, de engrandecimiento y prosperidad para la Francia, de ruina y destrucción para Inglaterra, la famosa expedicion á Egipto. Dominar para siempre el Mediterráneo, convirtiéndole en un lago francés, afirmar la existencia del imperio turco ó tomar la mejor parte en sus despojos, hacer el Egipto una colonia de la Francia y el emporio de su comercio, ó destruir desde allí las posesiones inglesas de la India y arruinar la Gran Bretaña para caer despues con mas seguridad y en tiempo mas oportuno sobre aquel reino y acabar de anonadarle, estas y otras ventajas se proponia Bonaparte en aquel gran proyecto, para el cual tuvo que vencer hasta la repugnancia del Directorio, único á quien habia confiado su secreto (3).

No habia en verdad razon que justificara la invasion; y el solo pretexto que se alegaba para cohonestarla era la opresion en que tenian al Egipto los beyes, con lo cual se hacian ó apa-

(2) Memorias de Azara, p. III, cap. 1.º y 2.º—Correspondencia entre Azara, Talleyrand, Saavedra y Urquijo.

(3) Dos grandes genios habian pensado ya en el Egipto, Alburquerque y Leibnitz. El primero habia concebido la gigantesca idea de torcer la corriente del Nilo, precipitarle en el mar Rojo, y asegurar para siempre á los portugueses el comercio de la India: el segundo habia dicho al gran Luis XIV: «En el Egipto encontrareis el verdadero camino del comercio de la India, privareis de él á los holandeses, afanzareis para siempre la dominacion de la Francia en el Levante, regocijareis á toda la cristiandad, y llenareis al mundo de admiracion y asombro; la Europa os aplaudirá entonces, en vez de coligarse contra vos.»—Posteriormente alguna vez se habia pensado en el Egipto, y por último el cónsul francés en el Cairo, M. Magallon, habia dirigido varias memorias al gobierno sobre la tiranía de los mamelucos y las vejaciones que causaban al comercio francés.—Todos estos datos habian contribuido á sugerir á Napoleon su plan, junto con la máxima que profesaba de que los nombres gloriosos se forman solo en Oriente.



rentaban hacerse la ilusion de que la Puerta Otomana no solo no resistiria la agresion del Egipto por los franceses, sino que lo miraria como un servicio, puesto que era el medio de impedir que Austria y Rusia pudieran realizar sus planes de agresion contra Turquía. El ministro Talleyrand se encargaba de ir á Constantinopla á recabar de la Puerta que aprobara la expedicion. Pero la verdad era que ante la perspectiva de la utilidad se pensaba poco en la justicia ó injusticia de la empresa. Y por otra parte no le pesaba al Directorio tener ocasion de alejar de Francia á un general cuya popularidad, cuyo genio ambicioso y emprendedor, y cuya aptitud para los negocios así políticos como militares, le traia inquieto y zozobroso, y no sin razon, porque ya se dejaba vislumbrar el pensamiento de arrojar un día del palacio de Luxemburgo á los que él llamaba los *Abogados*.

Arengó Bonaparte al ejército expedicionario, el ruido de las salvas anunció la salida de la escuadra del puerto de Tolon, y todavia se ignoraba á dónde se dirigia aquella poderosa armada que siempre se habia creido estarse aprestando contra Inglaterra. Los trasportes reunidos en Tolon, Génova, Ajaccio y Civitavecchia ascendian á cuatrocientos: entre navíos de línea, fragatas y corbetas componian otros ciento; de modo que surcaban á la vez el Mediterráneo quinientas velas, conduciendo á bordo cerca de cuarenta mil hombres de todas armas y diez mil marinos. Llevaba Bonaparte consigo ingenieros, sabios, artistas, dibujantes, geógrafos, impresores, hasta el número de cien individuos, con una coleccion completa de instrumentos físicos y matemáticos, y con imprentas de caracteres griegos y arábigos que habia tomado en Roma. Entre los sabios que le acompañaban, queriendo participar de la gloria y la fortuna del joven general, se contaban los célebres Monge, Bertholet, Fourier, Dolomieu y otros hombres distinguidos. Grande honra para él y prueba grande tambien de la confianza que inspiraban sus empresas.

La primera operacion de Bonaparte fué apoderarse de la isla de Malta (10 de junio, 1798), para lo cual lo tenia todo de antemano preparado, ganando á algunos de los caballeros y contando con la debilidad del gran maestro, pues de otro modo no habria tenido ni tiempo ni medios para la conquista de una plaza que se conceptuaba inexpugnable, y mucho mas sabiendo que iba ya en alcance suyo el intrépido Nelson con la escuadra inglesa. *«Fortuna ha sido, dijo admirando las fortificaciones uno de los jefes de la expedicion, hallar en la plaza quien nos abriese las puertas.»* Arregladas las condiciones con que los caballeros habian de dejar á la Francia la soberanía de Malta é islas dependientes, tomó Bonaparte posesion del primer puerto del Mediterráneo y uno de los mejores del mundo, dejó en él á Vaubois con tres mil hombres de guarnicion, organizó la administracion civil y municipal de la isla, y á los diez dias se dió á la vela para la costa de Egipto (1).

El 1.º de julio (1798), al mes y medio de haber salido de Tolon, llegó la expedicion francesa á la vista de Alejandria, con la fortuna de no haberla encontrado Nelson que con la escuadra inglesa la buscaba solícito por aquellos mares, y la habria alcanzado en Malta si la rendicion de esta plaza no hubiera sido tan pronta. Muy pronto cayó tambien en poder de Bonaparte la ciudad fundada por Alejandro, en otro tiempo

tan célebre. El hábil general prometió conservar las autoridades del país, respetar las propiedades y las ceremonias religiosas, y no privar de su dominio al Gran Señor, declarando que solo iba á libertar el país de la dominacion de los mamelucos y á vengar los ultrajes hechos por estos á la Francia. Ejecutado esto, y dejando en Alejandria, como lo hizo en Malta, tres mil hombres de guarnicion al mando de Kléber, y dadas al almirante Brueys las órdenes oportunas para que pusiese al abrigo la escuadra, emprendió la conquista del Cairo, cuyas torres descubrió con indecible alegría el ejército francés (21 de julio, 1798), despues de penosas marchas por desiertos y movedizos arenales sin agua y sin sombra, bajo la influencia de un sol abrasador, que hacia desesperar á jefes y soldados, y de cuya fatiga solo pudieron consolarse y aliviarse cuando llegaron al Nilo y se precipitaron á refrescarse y bañarse en sus olas. *«Pensad, les decia Bonaparte á sus soldados al divisar á su derecha las gigantescas pirámides del desierto doradas por los rayos del sol, pensad que desde lo alto de esos monumentos cuarenta siglos os contemplan.»*

No nos incumbe á nosotros, historiadores de España, describir la famosa batalla y triunfo de las Pirámides, la derrota de Murad-Bey con sus numerosas legiones de ligeros mamelucos, y la entrada de Bonaparte y su victorioso ejército en el Cairo. Cúmplenos, sin embargo, observar y admirar la hábil, astuta y singular política del general conquistador para captarse, no solo la benevolencia, sino hasta el afecto del pueblo conquistado: su respeto al culto y á las costumbres de los naturales, la conservacion de sus cadíes ó jueces propios, el establecimiento de un divan compuesto de los principales jeques y de los habitantes mas distinguidos, las esperanzas de mejorar la suerte de los coptos para atraerlos á su devocion, la proteccion á las caravanas y á los peregrinos que iban á la Meca, su ostentacion y su lenguaje oriental, su asistencia á la gran solemnidad con que se celebraba la subida del Nilo, su presencia en la gran mezquita, sentándose como los musulmanes, y rezando con ellos las letanias del Profeta, hasta el punto de que los grandes jeques (scheiks) obligaron ellos mismos á los egipcios á someterse al enviado de Dios que respetaba al Profeta, y venia á vengar á sus hijos de la tiranía de los mamelucos. Ni es menos de admirar y aplaudir que al tiempo que de esta manera halagaba las preocupaciones populares, trabajara por derramar la civilizacion y la ciencia en el país, creando el célebre Instituto del Cairo, en que reunió á todos los sabios y artistas que habia llevado consigo, y cuyo primer presidente fué el ilustre Monge, y el segundo el mismo Bonaparte.

Pero en este tiempo y al lado de estas glorias sobrevino al victorioso general, y con él á toda la Francia, uno de los mas desastrosos infortunios que experimentó en todo el periodo de la revolucion. Milagro parecia, y fortuna rara habia sido, sin negar por eso la parte de habilidad que en ello hubiese, que la escuadra francesa hubiera arribado á Egipto sin tropezar con la británica que desde su salida de Tolon andaba recorriendo puertos y mares en su busca y seguimiento. Nelson, que se habia perdido en conjeturas acerca del rumbo y del destino de la expedicion francesa, y la habia buscado en Tolon, en las costas de Toscana, en Nápoles, en Sicilia, en Alejandria, yendo y volviendo y vagando por el Archipiélago y el Adriático, hallóla por fin anclada en la bahía de Abukir (1.º de agosto, 1798), formando una línea arqueada paralela á la costa, de tal modo que el almirante Brueys la creia inexpugnable, no sospechando que pudiera ser atacada por retaguardia, en la creencia de que no podia pasar un navío por entre la línea y un islote en que se apoyaba. Pero el intrépido Nelson ejecutó esta operacion por medio de una atrevida maniobra y á pesar del riesgo de los bajos, con gran sorpresa de Brueys, y empeñóse aquel terrible combate naval que tan funesto fué á los franceses, no obstante los prodigios de valor que estos hicieron. El resultado de aquella célebre batalla, que los franceses llaman de Abukir, y los ingleses del Nilo, fué la completa destruccion de la escuadra francesa: el almirante Brueys murió, como él decia que debia morir un almirante, *dando órdenes*, y Nelson fué herido en la cabeza de un casco de bomba, en términos que se temió al pronto por su

(1) En compensacion de la entrega prometió Bonaparte intervenir en el congreso de Rastadt para que se diese un principado en Alemania al gran maestro, y en el caso de no ser posible le aseguraba una pension vitalicia de trescientos mil francos, y una indemnizacion de seiscientos mil al contado.—Concedió además á cada caballero de la lengua francesa setecientos francos de pension, y mil á los sexagenarios.—Cuando se supo en Rusia la rendicion de Malta, causó tan general indignacion en los caballeros de aquel imperio, que al punto declararon destituido de su dignidad al último gran maestro, Fernando de Hompech, rompieron toda relacion con los de Malta, á quienes llamaban miembros inficionados y corrompidos, y se echaron en brazos del emperador Pablo I, que el año anterior habia admitido el título de Protector de la Orden, é intentó, aunque en vano, elevarla todavia al mayor grado de esplendor entre las instituciones militares de Europa. La Orden se puede decir que quedó desde entonces disuelta.—Miege, Hist. de Malte.—Vertot, Hist. des Chevaliers de Malte.



vida, mas luego se declaró la herida no peligrosa con gran regocijo de oficiales y soldados. Al saber Bonaparte el infortunio de Abukir, exclamó con heroica serenidad: *Pues bien, es preciso morir aquí, ó salir con tanta gloria como los antiguos* (1).

Falta le hacia aquella grandeza de alma: porque si bien el jóven general republicano tenia absorto al mundo con tan atrevida empresa y con el modo maravilloso de ejecutarla, al cabo despues del desastre de Abukir se encontraba encerrado en el Egipto con solos treinta mil hombres, amenazado de una nueva confederacion de las potencias europeas contra la Francia. En efecto, era de esperar que Inglaterra no quisiera perder tan buena ocasion para alarinar y concitar á otras naciones, comenzando por Turquía, que inquieta ya desde la toma de Malta, pero mucho mas con la ocupacion de Alejandria y del Gran Cairo por los franceses, temia con razon la pérdida del Egipto, y aun sospechaba en Bonaparte otros mas gigantescos proyectos, hasta el de arrojarse despues sobre Constantinopla ó la India.

Así fué que antes que Talleyrand saliera de París á dar satisfaccion á la Sublime Puerta, el Gran Señor se mostró altamente indignado de la injustificada agresion de uno de sus mas importantes dominios, sin haber por su parte ofendido en nada á la república y estando en buenas relaciones con ella. En su primer enojo habria encerrado en el castillo de las Siete Torres al embajador de la república, el ciudadano Ruffin, á no haber mediado el ministro de Holanda, y mas especialmente el de España, don José de Boulogny, que á nombre de su soberano procuró templar al Sultan, y persuadirle de que la Francia no abrigaba intenciones hostiles contra la Puerta, y solo se habia propuesto castigar á los beyes de Egipto, ó enemigos tambien ó poco afectos al Gran Señor. Mas ni las razones del ministro de España bastaron á convencerle, ni su intervencion alcanzó á evitar que declarara solemnemente la guerra á Francia (4 de setiembre, 1798) ordenando la reunion de un ejército para la reconquista del Egipto (2).

Al mismo tiempo Nápoles, donde Nelson habia ido á carenar su victoriosa aunque malparada escuadra, Nápoles, á pesar de los tratados que le unian con la república y del parentesco de su soberano con el español, abria todos sus puertos y astilleros al almirante inglés, el rey y la reina le recibian como á libertador del Mediterráneo, y mostraban abiertamente sus tendencias á hostilizar la Francia y á provocar un levantamiento general contra ella, excitando principalmente la Toscana y el Piamonte. El emperador Pablo I de Rusia acogió fácilmente las sugerencias de Inglaterra, y exaltada su imaginacion con el protectorado de la órden de Malta y con la idea de hacerse el caudillo de la nobleza europea, ofreció la cooperacion de sus ejércitos contra la república, en union con potencias que antes parecian enemigas irreconciliables. Mas remisa, y no tan pronta á decidirse la corte de Viena, como quien habia experimentado los efectos de la anterior lucha, y andaba todavia en negociaciones con Francia sobre indemnizaciones, no se resolvía hasta ver si Prusia salia de su neutralidad y entraba en la nueva confederacion; pero veíase ya su propension á unirse con las demás potencias. De todo esto previno y advirtió con tiempo al Directorio francés el embaja-

dor español Azara; pero á pesar de los datos en que fundaba sus noticias y del buen concepto en que tenia aquel gobierno al ministro español, ni le dieron crédito, ni los hizo despertar de la confianza en que su orgullo les hacia dormir (3).

Luego se verá cómo se cumplieron las predicciones y los avisos de Azara, tan descreidos y menospreciados por el Directorio. En honor de la verdad, en esta ocasion el gobierno español, temiendo por una parte los progresos del sistema republicano, recelando por otra que en el caso de una nueva guerra europea habia de sufrir y expiar su amistad con la república, hizo laudables esfuerzos en favor del mantenimiento de la paz, por medio de sus representantes, y en este sentido trabajaron Onís en San Petersburgo, Campo Alange en Viena, y Azara en París. Ellos dieron margen á discusiones sobre arreglo, produjeron alguna demora de parte de algunos gabinetes, pero no alcanzaron á evitar la guerra, y España experimentó en efecto muy pronto sus consecuencias.

En tanto que una escuadra de la Gran Bretaña, reforzada despues con una flota portuguesa, bloqueaba á Malta poniendo en grande aprieto la guarnicion, otra expedicion de seis á siete mil ingleses partia de Gibraltar para acometer á Menorca. Descuidadas ó no muy atendidas las fortificaciones de la plaza desde los tiempos de Crillon, tampoco las tropas españolas que la guarnecian hicieron la resistencia que les imponia su deber, y que la nacion tenia derecho á esperar, y Menorca pasó otra vez á poder de los ingleses, mediante una capitulacion (10 de noviembre, 1798), en que se estipuló que la guarnicion española seria trasportada á un puerto de la Península. Entrega lamentable, tan dolorosa para España como deshonorosa para los jefes militares á quienes la conservacion y defensa de aquella importante posesion estaba confiada (4).

(3) Hé aquí lo que escribia Azara sobre este particular: «Les informé de todo (á los directores), para que vieses que la corte de Viena estaba resuelta á la guerra, su determinacion de no dar oídos á mediaciones, los medios que le suministraba la Rusia, y el fuego que soplabá Nápoles, sin que fuera posible contar de parte de Prusia mas que con una neutralidad inútil ó interesada. Dije tambien que los turcos iban á declararse á instigacion de los ingleses y rusos, pues habian ya intimado al encargado de Francia que quitase de su casa la bandera de tres colores, que no se presentase en público, y el modo atento, pero firme, con que habian respondido á los oficios de nuestro Boulogny.

»Nada de esto les hizo gran fuerza, y despues de agradecer mucho mis noticias y celo, me quisieron persuadir que á pesar de tantas apariencias la corte de Viena ni los turcos declararían ni harían la guerra, y lo que es mas, que si el proyecto de la paz del imperio y de la mediacion cuádruple proyectada surtía efecto, darian la ley al emperador y á la Europa. Me confiaron las cartas que acababan de recibir de Berlin en que el embajador Sieyes no dice nada que sea consolante, y envia la última declaracion que le ha enviado aquel ministerio, reducida á ofrecer sus buenos oficios con la corte de Viena, y á renunciar á sus Estados de la parte izquierda del Rhin sin exigir compensacion, con tal que el emperador no la exija tampoco en Alemania.

»Viendo la ilusion en que está este gobierno, me pareció necesario hablarle con la claridad y firmeza propias de un hombre de bien y buen aliado. Les dije, pues, que yo estaba lejos de tener la confianza que ellos tenían, y que juzgo del estado de las cosas de muy diverso modo; que tenía por infalible la guerra con el emperador, con la Rusia y con los turcos; que no se lisonjasen de lo contrario, porque á mi ver era una ilusion. Prosiguiendo en hablar con la claridad que me es natural, y ellos me toleran, les he repetido que veo todavía ventaja de parte de los enemigos; que la Italia les será mas contraria que favorable, y que comprendo en esto á sus nuevas repúblicas, por el rigor y crueldad con que han sido tratadas por los generales y comisarios; que la devastacion de Roma y de la Suiza habian salvado á Inglaterra, reuniendo al partido de la oposicion con el de la corte; que la expedicion de Bonaparte era una verdadera novela, y que yo nunca creeré posible que llegue á la India; que sin embargo, ha hecho el peor efecto posible, favoreciendo á nuestros enemigos, pues ya vemos que los turcos cierran sus puertos á los franceses y los abren á los ingleses y rusos; que por consiguiente Nelson será dueño absoluto del Mediterráneo con su escuadra, y dará un fuerte impulso á la guerra de Italia, donde los ultrajes hechos á la religion por los franceses les habian suscitado mas enemigos de los que ellos creían; y en fin, que así como yo tenía por imposible que los ejércitos aliados penetrasen en Francia, así tambien me parecia verosímil que los franceses serian vencidos fuera de su territorio.—No dieron muestras de quedar convencidos de mis razones, pero creo que les harían alguna fuerza.»

(4) Así se declaró en consejo de oficiales generales que el rey mandó formar, segun frecuentemente entonces se practicaba, para examinar la

(1) Perdieron los franceses en aquella batalla once de sus trece navíos de línea, nueve rendidos y dos quemados, cuatro fragatas quemadas, mil cincuenta y seis cañones, ocho mil novecientos treinta hombres, quemados, ahogados y prisioneros. Los ingleses tuvieron dos mil ciento ochenta muertos y seis mil seiscientos setenta y siete heridos.—Nelson fué elevado por el rey de la Gran Bretaña á la dignidad de par de Inglaterra con el título de baron del Nilo.

(2) «El gobierno actual de Francia (empezaba el manifiesto), mostrando profundo olvido del derecho de gentes, adopta como principio acometer á todas las potencias, amigas y enemigas indistintamente, y sembrar por todas partes la confusion y el desórden, ya por las armas, ya por medio de la sedicion. En virtud de este principio habia preparado con secreto el modo de trastornar el Egipto, provincia la mas preciosa entre todas las de este vasto imperio, y que es la entrada de las dos santas ciudades de Meca y Medina.—En vano se le hizo saber de oficio y con anticipacion que si emprendia tal proyecto habria una guerra sangrienta entre todos los pueblos musulmanes y la Francia, etc.»



Tampoco la Francia anduvo ni solícita ni cuerda para aprovechar las ocasiones que se le presentaban de dañar á la Inglaterra su enemiga, principalmente la que le ofrecían los descontentos de Irlanda, que ansiosos de sacudir la dominación inglesa, prontos á alzarse contra ella, y ansiando y pidiendo el auxilio de Francia, y aun de España, por la antigua simpatía que hacía esta nación y su gobierno conservaban los católicos irlandeses, una invasión oportuna en aquel país habría puesto en mayor aprieto y conflicto la Gran Bretaña. Pero el Directorio, preocupado con la expedición de Egipto, dejó pasar la oportunidad, y en vez de emancipar á los irlandeses fué causa de que se apretaran mas los hierros de su servidumbre. Fiados aquellos patriotas en el socorro que de continuo les ofrecía la república, siempre al parecer preparadas las expediciones en los puertos de Francia, se insurreccionaron al fin; pero solos, sin auxilio, y mal armados y organizados, despues de varios combates, gloriosos algunos, y desgraciados los mas, vencidos y derrotados por los ingleses, el levantamiento no produjo sino víctimas y castigos ejemplares. Entonces fué cuando el Directorio ordenó que se diesen á la vela dos divisiones navales con destino á desembarcar en Irlanda: pero la mayor, que habia de partir de Brest, no pudo salir del puerto por falta de fondos para pagar las tropas, y solo se embarcó la de Rochefort al mando del general Humbert con mil quinientos hombres, sin otro apoyo, y en la peor ocasion para los pocos insurgentes que habian quedado. Así fué que solo pudo sostenerse Humbert en Irlanda un mes justo, siendo el resultado quedar él batido y prisionero por el general Cornwallis (22 de setiembre, 1798), y descubiertos y deshechos todos los planes de la Union Irlandesa (1).

De todos los soberanos á quienes el gobierno inglés se habia dirigido excitándolos á la segunda coalicion contra Francia, el mas dispuesto, el primero y el que con mas resolucion se decidió á hacer armas contra la república francesa fué el rey de Nápoles Fernando IV, que alarmado y altamente resentido de las pretensiones y aun de los insultos de la república romana su vecina, y despreciando los consejos de su hermano el rey de España, y sin esperar los auxilios de Austria y de Rusia, se precipitó á la guerra (2). Siguiendo opuestos partidos los dos Borbones hermanos de España y Nápoles, no solo habia ya frialdad entre las dos familias, sino que daba Carlos IV por desposeido á su hermano de los reinos de Nápoles y de Sicilia en el caso de empeñarse este en una guerra contra la Francia, y habiéndole insinuado el embajador español en Paris don José Nicolás de Azara que no debería malograr aquella ocasion para colocar en Sicilia al infante duque de Parma con título de rey, alegando que aquel reino habia pertenecido á España y no habia podido nunca renunciarse, la idea no solo halagó á Carlos IV sino que le inspiró el pensamiento de aspirar á coronar allí al infante don Carlos, su hijo segundo, manteniendo al de Parma en sus Estados. El embajador y el rey padecian en esto, el uno ilusion, el otro ceguera, pues nada estaba mas distante de las intenciones del Directorio que permitir, ni menos proteger el acrecentamiento del poder español con nuevos dominios; y si habia estimulado á Carlos IV á llevar la guerra á Portugal con el aliciente de apropiarse algunas provincias de aquel reino, hacía solo como medio de perjudicar á Inglaterra.

conducta del gobernador y demás que intervinieron en aquella rendicion desdolorosa, fallando que habian tenido medios y gente suficiente para la defensa.

(1) Los historiadores franceses, en general, tratan de estos sucesos con poca detencion, y acaso con estudiada parsimonia. Esto no obstante, y á pesar de la apología que dió á luz el Directorio, atribuyendo á fatalidad el mal éxito de las expediciones á Irlanda, difícilmente podrán lograr que no se califique de tardío, así el socorro llevado por Humbert, como el de la expedición que luego salió de Brest, y que cayó tambien casi toda ella en poder de los ingleses.

(2) En la proclama que dió el gobierno de las Dos Sicilias se expresaba con la arrogancia que muestran las frases siguientes: «Los napolitanos mandados y llevados al triunfo por el general Mack, de lo alto del Capitolio tocarán rebato y muerte sobre el enemigo universal: nosotros anunciaremos á la Europa que es llegada ya la hora de que todos despierten. Desventurados piamonteses, agitada vuestras espadas, y herido con ellas á nuestros opresores.»

Resuelto pues el rey de Nápoles á emprender la lucha, empujado por la reina (3), por la famosa lady Hamilton, y por su primer ministro y favorito Acton (4), fiado en su alianza con Austria y en la proteccion de la escuadra de Nelson, á quien miraba como á un dios tutelar, haciendo tomar las armas á la quinta parte de la poblacion, hechas rogativas y novenas á todos los santos, incitados el Piamonte y la Toscana á sublevarse, nombrando general en jefe del ejército al general austriaco Mack, y decretados imprudentemente de antemano ciertos honores triunfales, emprendió Fernando su marcha sobre Roma, y franqueó la frontera (4 de noviembre, 1798) á la cabeza de cincuenta mil napolitanos. El general Championnet que mandaba las escasas y diseminadas tropas de la república francesa, concentró las que tenian Macdonald, Rey y Lemoine, y dejando guarnecido el castillo de Sant'Angelo salió de Roma, replegándose sobre Ancona y Civita- Castellana. Con esto entraron sin obstáculo en Roma (29 de noviembre, 1798) Fernando de Nápoles y el austriaco Mack, excitando el entusiasmo popular, y siendo objeto de locas ovaciones, en tanto que sus soldados saqueaban la ciudad, ultrajaban á los tenidos por revolucionarios, y exhumaban y escarnecian los restos del desgraciado Duphot.

Por muy cortos y breves dias gozó el monarca napolitano de su efimero triunfo. Empleando Championnet hábiles recursos y diestras maniobras, tomó muy pronto la ofensiva, y derrotada la vanguardia de Mack en Terni por las tropas de Lemoine, batido otro cuerpo napolitano en Fermo, deshecha por Macdonald la division de Colli en Civita-Castellana (4 de noviembre, 1798), rendidos á Championnet otros cinco mil napo-

(3) Observa á este propósito un historiador francés que parecia ser destino de los Borbones de aquella época ser arrastrados á una inevitable ruina por el influjo de sus mujeres, aunque cada cual por distinto rumbo, y cita en comprobacion de ello los casos de Luis XVI de Francia, de Fernando IV de Nápoles, y de Carlos IV de España.

(4) Son dignos de notarse los personajes de la corte de Nápoles que influían y dominaban en el ánimo del rey Fernando. En primer lugar la reina. Esta señora, antes la archiduquesa Carolina, se habia propuesto por modelo á la emperatriz Catalina II de Rusia, cuyas pasiones dominantes fueron el amor y la gloria; pero sin su talento y sin sus medios, el deseo de figurar en el mundo la hizo olvidarse de su estado y de los intereses de su familia.—El ministro Acton, irlandés de origen, aunque nacido en Francia, y que habia estado al servicio del gran duque de Toscana, fué despues pedido á este por el rey de Nápoles. El de Toscana se le envió, pero advirtiéndole que si bien era un sujeto muy entendido, era tambien frecuentemente travieso, y por consecuencia muy peligroso. La conducta de Acton no desmintió este informe; él llegó á ser una especie de ministro universal, favorito del rey, y mas especialmente de la reina.—Lady Hamilton, esposa del embajador inglés de este nombre en Nápoles: mujer tan célebre por su hermosura como por sus escándalos. Nacida en Inglaterra, de humildísima cuna y de padre desconocido, niñera, cocinera y doncella de labor en sus primeros años, entregada despues á la prostitucion en Londres, recogida luego por un médico charlatan llamado Graham, que se decia inventor de un elixir de amor, para exponerla al público, dándole el nombre de diosa de la salud, cubierta solo con una gasa muy diáfana, en una de esas exhibiciones apasionóse de tan bello modelo Carlos Greville, sobrino del embajador de Nápoles William Hamilton, el cual la sacó del poder del medicastro su protector, la llevó en su compañía, y tuvo de ella tres hijos. Los apuros metálicos de este prodigio jóven le inspiraron el pensamiento de enviar su Emma (que este era su nombre) á su tío Hamilton, con la esperanza de hacerla objeto de especulacion y vergonzoso mercado. Hamilton en efecto se prendó de la querida de su sobrino en términos, que no solo se prestó á satisfacerle, todas sus deudas á trueque de una accion ignominiosa, sino que se enlazó en legítimo matrimonio con Emma con gran escándalo de la aristocracia de Nápoles, cuya corrompida corte aceptó sin embargo á lady Hamilton cuando el embajador se la presentó oficialmente. La misma reina Carolina hizo su amiga y confidente á la antigua prostituta, y tanto que por medio de la reina sabia lady Hamilton todo lo que pasaba entre las cortes de España y Nápoles y lo comunicaba á Inglaterra.—Ella fué la causa de que los ingleses apresaran los navíos españoles antes de la declaracion de la guerra. Aun no pararon en esto las aventuras de la famosa Emma. En las frecuentes excursiones de Nelson en las aguas de Nápoles tuvo ocasion de entrar en relaciones con lady Hamilton, y se hizo públicamente su amante. Juntos se refugiaron en Palermo, cuando Nelson trasportó en su escuadra los reyes y la corte de Nápoles, y cuando al año siguiente volvieron á aquella capital, lady Hamilton representó un papel horrible, en union con la reina y con Nelson, en los suplicios de los patriotas, como en adelante tendremos ocasion de ver.



litanos en las cercanías de Calvi, y entregadas las armas por otros cuatro mil en la Storta, solo un general de los de Nápoles, Roger de Damas, emigrado francés, logró, aunque á costa de sangre, ganar á Civita-Vecchia. Con esto volvió á penetrar Championnet en Roma (13 de diciembre), de donde huyó secretamente el rey de Nápoles embarcándose para Sicilia. El general Mack, después de haber intentado sostenerse entre Capua y Caserta, hizo dimision de su mando y tomó el camino de Austria. El efecto que produjo en Nápoles la retirada y el regreso del rey formaba verdadero contraste con el júbilo que habia embriagado al pueblo á su salida. Ahora generales, ministros, todos eran traidores á sus ojos, y gritaba y pedia armas para degollarlos, así como á los sospechosos de adictos á los franceses. Dióselas el rey, y encomendó la defensa de la capital á los *lazzaroni*, únicos que no participaban de la cobardía del ejército, de los nobles, de los ministros y del mismo soberano. Por último, no contemplándose este seguro en su propia corte, embarcóse con la reina y con Acton en la escuadra de Nelson (31 de diciembre, 1798), refugiándose en Palermo, llevándose las alhajas de la corona y los tesoros de los palacios de Caserta y de Nápoles, dejando incendiados los arsenales y encargado de la autoridad régia al príncipe Pignatelli, pero en realidad entregada la poblacion á merced de aquella famosa plebe de Nápoles llamada *lazzaroni*.

Entre tanto Championnet que habia salido de Roma avanzaba por el territorio napolitano. Estipulado á orillas del Volturno un armisticio con el austriaco Mack (11 de enero, 1799), de cuyas resultas estuvo este á punto de ser degollado por sus soldados, y se amparó en el campamento francés hasta poder fugarse á tierras del imperio, se adelantaba Championnet hácia Nápoles, donde los *lazzaroni*, exasperados y amotinados con la noticia del armisticio, cometieron tales excesos que obligaron al mismo Pignatelli á abandonar la ciudad, y eligiendo por jefe al príncipe Moliterni se prepararon á hacer una defensa desesperada. Con la inmediacion del peligro crecieron los desmanes de aquella desenfrenada turba. Moliterni los abandonó, y se erigieron en jefes dos de la plebe llamados Paggio y Miguel el Loco. Todos los habitantes deseaban ya la entrada de los franceses, á trueque de librarse de los furiosos del populacho. Al fin determinó Championnet asaltar la ciudad: porfiada y heroica fué la resistencia de los *lazzaroni*; pero sacrificados algunos millares de ellos, prisionero uno de sus jefes, y bajo la promesa que se le hizo de respetar á San Gennaro, él mismo se comprometió á hacer deponer las armas á los suyos. Entró pues Championnet en Nápoles (23 de enero de 1799), restableció la tranquilidad, y erigió el reino de Nápoles en república con el nombre de *República Parthenopea*, constituyendo un Directorio al modo del de Francia. Tal fué el resultado de las locuras de la corte de Nápoles, así se transformó en el espacio de dos meses aquel reino; en esto pararon las ilusiones del monarca napolitano, y esta breve, pero gloriosa campaña valió á Championnet una grande y merecida reputacion militar.

Mientras esto pasaba en Nápoles, otro trastorno de gran trascendencia se habia consumado en el Piamonte. Estorbaba á los franceses aquel monarca y aquella monarquía, y dueños de la ciudadela de Turin, que ocupaba el general Joubert, apoyando á los republicanos y ayudándolos á apoderarse de las principales plazas de aquel reino, obligaron al monarca piamontés Carlos Manuel á abdicar su corona (9 de octubre, 1798), dejándole solo la isla de Cerdeña, y no erigieron allí república, contentándose con administrar interinamente el Piamonte, considerando sus provincias como departamentos de Francia, hasta ver el resultado de la guerra. Con esto, como observa un historiador ilustre, los dos mas poderosos príncipes de Italia, el de Nápoles y el del Piamonte, quedaron reducidos á la posesion de una isla de cada uno de aquellos Estados, Sicilia y Cerdeña. Y la Francia, que á principios de 1798 tenia solo tres repúblicas fundadas por ella, la bávara, la cisalpina y la liguriana, contaba en principios de 1799 con otras tres mas, la helvética, la romana y la parthenopea (1).

(1) La índole de nuestra historia no nos permite detenernos á referir

Sin que estos dos ejemplares, unidos á tantos otros anteriores, sirvieran de aviso á Carlos IV para comprender que el designio y el afán de la república francesa su aliada era destruir tronos y democratizar cuantos Estados pudiera, fiando todavía en la amistad del Directorio, sin escarmentar con pasados desengaños, y haciendo mérito para con él de haber desaprobado el proceder del rey de Nápoles y su ciega pasion por la Inglaterra, hasta el punto de haber desaparecido toda confianza entre las dos cortes y entre los dos monarcas hermanos, empeñábase en reclamar del Directorio el reconocimiento de sus derechos al trono vacante de las Dos Sicilias, alegando no haber podido su padre privarle de ellos renunciando aquella corona en favor de un hijo menor, y procurando lisonjear á la Francia con la idea de lo mucho que le convendría contar en aquellos países con un aliado fiel, como lo seria un infante de España. Excusado es decir que el Directorio recibió con desden una reclamacion tan contraria á sus miras políticas, y gracias si oyó la proposicion *con aire risueño y festivo*, como decia nuestro embajador en Paris, y sin mostrar escandalizarse de ella.

Así seguian las relaciones entre España y la vecina república durante el ministerio de Saavedra y el de Urquijo, que por enfermedad de aquel le reemplazó interinamente en el de Estado (2). Sin embargo, ni el carácter ni las ideas de Urquijo se avenian bien con las ideas y el carácter del embajador Azara, y como este se habia captado el aprecio y la confianza del Directorio, é interesaba mucho al gobierno francés tener á la cabeza del de España persona que se encontrara en aquel caso, propasóse el Directorio á escribir á Carlos IV indicándole estar poco satisfecho de Urquijo, é insinuándole lo conveniente que podria ser á ambas naciones el que fuese reemplazado por sujeto que reuniese ciertas cualidades y condiciones, encargando además á su embajador Guilmardet que al entregar la carta al rey le manifestase el gusto con que veria que confiase á Azara la secretaría de Estado. Era ya un paso mas de lo que antes habia hecho con el príncipe de la Paz. Aunque Azara protestó no haber tenido conocimiento de aquella carta hasta después de dirigida, y de ello avisó á Urquijo, con todo, resentido este ministro, y fundado en el principio innegable de que ningun gobierno tiene derecho á entrometerse en las cosas interiores de otro Estado, pero incurriendo él á su vez en lo mismo que con razon censuraba, hizo que el rey escribiera al Directorio, no solo acriminando el paso atrevido del embajador Guilmardet, de quien suponía haber fraguado un papel que no podia ser auténtico, porque estaba seguro de que los directores respetaban el derecho y la libertad de todo soberano de elegir sus ministros, sino pidiendo su inmediata separacion, por el agravio que á unos y á otros con su indiscrecion y ligereza habia hecho (3).

todos los medios insidiosos y nada hidalgos que así el Directorio ejecutivo como los generales de la república francesa emplearon por largo tiempo para poner al rey de Cerdeña en el duro trance y necesidad de hacer su abdicacion, no obstante la lealtad con que se habia conducido siempre para con la Francia aquel apocado príncipe. No estuvieron mas generosos con él cuando después de la abdicacion se refugió en Parma y en Florencia. La manera como los franceses arrojaron del trono al príncipe de Saboya hace que se extrañe menos el dolo y los amaños que mas adelante pusieron en juego para destronar al monarca español, entonces tan amigo suyo, pues fueron como una copia de los que habian empleado en el Piamonte.

(2) Don Mariano Luis de Urquijo, oficial mayor de la secretaría de Estado, habia estado supliendo á don Francisco Saavedra, sucesor del príncipe de la Paz, en el despacho de los negocios desde 17 de agosto de 1798. Restablecido un tanto Saavedra, fué nombrado Urquijo embajador cerca de la república bávara, mas como aquel hubiese vuelto á empeorar, continuó Urquijo en España haciendo el mismo servicio hasta el 21 de febrero de 1799, en que habiendo sido relevado Saavedra del cargo de primer ministro, fué nombrado Urquijo para desempeñarle, pero todavía en calidad de interino.

Don Andrés Muriel, que no perdona ocasion de sacar á plaza las flaquezas y debilidades, ciertas ó exageradas, de la reina, se expresa así á propósito de aquel nombramiento: «Díjose entonces que la presencia gallarda del oficial mayor de Estado contribuyó eficazmente á que lograrse el despacho interino del ministerio, si bien parece que la veleidad de la augusta protectora fué pasajera, por motivos bien fundados al parecer.» — Dejámosle la responsabilidad de sus indicaciones y de sus juicios.

(3) Hé aquí algunos párrafos de esta notable carta: «Yo os pido que



La carta hirió vivamente á los directores, y hubiera tal vez bastado á producir un rompimiento, á no haber procurado el mismo Azara conjurar la tormenta, calmando á aquellos, y logrando que respondiesen en términos mas templados de lo que era de temer y de lo que acostumbraba aquel gobierno en casos tales, considerando como no sucedido todo lo que habia pasado, diciendo al rey que esperaban que su ministro se condujera del modo que convenia á la amistad de las dos naciones, y ofreciendo por su parte prevenir á Guilmardet que procediese tambien de manera que se hiciese agradable á S. M. (1). Con esto continuaron los dos en sus empleos, y Azara en su embajada de Paris, en mas intimidad todavia que antes con el Directorio, y en buena armonia, aunque menos verdadera que aparente, con Urquijo, pues no podia haberla muy sincera, atendida, como ya hemos indicado, las ideas y las relaciones de cada uno, afiliado el de Paris al partido que podia llamarse mas moderado del Directorio, y en amistad el de Madrid con hombres que pertenecian al bando de los mas exaltados (2).

Habíase en este tiempo realizado aquella gran cruzada contra la Francia que se llamó la segunda coalicion europea. No obstante las negociaciones de Rastadt, las conferencias de Seltz, la embajada de Sieyes en Berlin, y la de Reduin en Viena, las advertencias del embajador español en Paris, y todo lo que podia conducir á crear alguna esperanza en el mantenimiento de la paz, el emperador Pablo I de Rusia, el iniciador y el campeon de aquella cruzada, habia ya estipulado y firmado sus tratados con las cortes de Austria, de Nápoles, de Turquía y de Inglaterra (3), y concertado entre otras cosas con el emperador Francisco que pondria inmediatamente en marcha para el Danubio sesenta mil rusos. Ni Francia ni Rusia pudieron sacar de su sistema de neutralidad á la corte de Berlin, por mas que una y otra solicitaban su alianza, y no obstante la promesa del Czar de asistirle con otros cuarenta y cinco mil hombres, cuyo sueldo correria de cuenta de la Gran Bretaña. Mucho trabajó tambien para hacer que España se separara de la alianza con la república y entrara á formar parte de la coalicion, en cuyo triunfo tan vivamente se interesaba. Ofrecimientos de hombres, de navios, de dinero, de tratados ventajosos con Inglaterra, halagos de toda especie, amenazas en caso contrario, todo lo empleó el Czar para ver de conseguir

le perdoneis (al embajador) el agravio que os ha hecho en suponeros autores de las ideas del papel. La moderacion, la libertad á todo gobierno de establecer agentes á su placer respetando sus elecciones; la fidelidad en el cumplimiento de las promesas; la inviolabilidad con que las habeis ejecutar; hé aquí vuestro carácter. Repetidas pruebas habeis dado de ello para que yo no lo recuerde, á fin de que me deis una mas, separando á este embajador Guilmardet, que ha querido manchar vuestras opiniones. Confío en que lo hareis al instante por vosotros mismos, y que vivireis seguros de que cuando yo elija á un vasallo mio para un empleo, sea el que quiera el rango de su persona, es porque le juzgo á todos títulos acreedor y digno de él; y que ellos le han ganado la confianza de mis vasallos. En este número entra Urquijo...» Menciona algunos de sus servicios, y añade: «No presentará un solo testimonio de lo contrario el ciudadano Guilmardet, y se atreve sin embargo á desaprobare una eleccion mia, y pedir que yo coloque en los puestos y empleos á los sujetos que merezcan solo su opinion personal, y finalmente á intentar prescribir reglas de la manera con que me debo conducir... etc. De este mi Real Sitio de Aranjuez, 22 de febrero de 1799.—Vuestro buen amigo Carlos.» Expediente reservado, formado con motivo de la nota que pasó el embajador Guilmardet, cuando fué exonerado del ministerio el señor Saavedra y nombrado Urquijo. Carta del rey al Directorio y contestacion de este. — Archivo del ministerio de Estado, leg. 49, núm. 45.

(1) De todo esto dió cuenta Azara en carta que mas adelante (26 de noviembre, 1799) y con este motivo escribió desde Barcelona al príncipe de la Paz.

(2) Urquijo habia sido uno de los jóvenes designados por Floridablanca para destinarlos á la diplomacia, y como tal le protegió Aranda haciéndole nombrar oficial de la primera secretaría de Estado, cuyo favor movió al Santo Oficio á aflojar en el proceso que se le habia formado por su Discurso preliminar á la traduccion de la tragedia de Voltaire titulada *La Muerte de César*. A pesar de eso, todavia en la sentencia le declaró algo sospechoso de participar de los errores de los modernos filósofos. Ocasiones tendremos de juzgar á Urquijo, así por los actos de su administracion en esta época, como por el papel que hizo despues de la invasion de España por los ejércitos de Napoleon.

(3) Todos estos tratados se hicieron en fines de 1798.

que Carlos IV renunciara á su amistad con la república; pero todo fué inútil, y lo que hizo el monarca español fué ponerlo en noticia del Directorio, protestando nuevamente de su adhesion y de sus sinceros deseos de conducirse en todo como un aliado fiel y constante.

Bien necesitaba Carlos IV de estas protestas y de estas pruebas para acallar las insaciables exigencias y las incesantes reclamaciones del gobierno y del embajador de la república, que acostumbrados á las docilidades de nuestra corte, y como si temiesen ahora que nuestra alianza se les fuera de entre las manos, apenas dejaban pasar dia sin emitir quejas, ó reclamar nuevos servicios, ó exigir mas seguridades de union entre las dos naciones, pareciéndoles pocos cuantos sacrificios en favor de nuestra aliada se hacian (4).

Y sin embargo, la iniciativa de la guerra partió de la Francia, cuyo gobierno, llevado de su afan revolucionario, y envaneido con los triunfos de las anteriores campañas, quiso anticiparse á tomar en todas partes la ofensiva. Mas ni la eleccion de generales fué acertada, ni el número de sus tropas disponibles correspondia á las fuerzas que presentaban los aliados, ni su distribucion se hizo de la manera mas conveniente. Conocemos las causas de todo esto, que nacen de sus discordias interiores y de reciprocas quejas y ofensas entre directores y generales, que mutuamente se achacaban cohechos, malversaciones y agiotajes escandalosos. Lo cierto es que por motivos de esta especie los mejores generales, como Joubert, Championnet y Moreau, ó habian hecho dimision, ó habian sido separados, ó estaban tenidos en una postergacion injusta, y los otros se hallaban en Egipto con Bonaparte, y hubo que confiar el mando de los ejércitos que habian de operar en el Danubio, en la Helvecia, en Holanda, en el Rhin, y en Italia, á Jourdan, á Massena, á Bernadotte, á Scherer y á Macdonald. Todas las fuerzas de la Francia para cubrir la extensa linea desde el Tegel hasta el golfo de Tarento se reducian á ciento setenta mil hombres, hasta que pudieran ser aumentados con la nueva conscripcion; mientras que sola el Austria podia presentar en batalla mas de doscientos veinte mil hombres efectivos, Rusia habia aprontado setenta mil, mandados por el célebre Suwarow, y se acercaban á trescientos mil los de los coligados, sin contar los reclutas, á mas de anunciarse otros dos contingentes rusos combinados con tropas inglesas, con destino el uno á Nápoles y el otro á Holanda.

Así fué que la campaña comenzó bajo los auspicios mas desfavorables á los franceses. Jourdan, que se habia situado entre el lago de Constanza y el Danubio, á pesar de su valor y del de sus tropas fué derrotado en Stokach por el archiduque Carlos, y obligado á retroceder (25 de marzo, 1799). Massena en los altos Alpes habia sufrido pérdidas y obtenido algunos triunfos. Peor todavia iban las cosas en Italia para los franceses. Allí perdió Scherer la célebre batalla de Magnano (5 de abril), con que acabó de perder tambien el escaso crédito que entre sus soldados tenia, y retiróse al Oglio, y despues al Adda, ignorándose hasta dónde iria en su retroceso. De modo que al mes y medio de campaña los ejércitos franceses de Alemania y de Italia, aun antes que llegaran los rusos con Suwarow, volvian batidos á las fronteras, y solo en Suiza se mantenía Massena, merced á la tenacidad de su carácter. Al disgusto de estos primeros contratiempos de la guerra se agregó el del atentado horrible que á los pocos dias se perpetró contra los plenipotenciarios franceses de Rastadt. Considerándose como terminado el congreso, aquellos ministros determinaron partir para Strasburgo, dispuestos á volver á las negociaciones si fuese menester. Realizaronlo la noche del 28 de abril, pero á poca distancia de la poblacion viéronse acometidos por una partida de húsares austriacos, que deteniendo los carruajes, informán-

(4) Nota de Talleyrand á Azara, dándole quejas del gobierno español. Archivo del ministerio de Estado, leg. 49, núm. 26.—Idem del embajador francés sobre infracciones del Tratado de Basilea que dice haberse cometido con perjuicio de la Francia: Ibid, núm. 35.—Del mismo remitiendo un estado de todas las reclamaciones que ha hecho, y á las que dice no haber recibido contestaciones categóricas: Ibid, núm. 52.—Del mismo, oponiéndose á la embajada del duque del Parque á Rusia: núm. 66.—Del mismo, suponiendo haber salido de nuestros puertos un buque en busca del almirante Nelson: núm. 74, etc., etc.



dose de los nombres de los viajeros, y sacándolos violentamente de los coches, acuchillaron á dos de ellos á presencia de sus desgraciadas familias, dejando al otro tambien por muerto (1), registraron en seguida los carruajes y se llevaron los papeles, sin molestar al resto de la comitiva. Aunque el Austria no pudo librarse de la sospecha por lo menos de complicidad en tan bárbaro crimen, cuya nueva cundió rápidamente por toda Europa, no se vió el castigo de los perpetradores, y el suceso quedó envuelto en las tinieblas del misterio (2).

Si bien todas estas adversidades ocasionaron graves disgustos al Directorio francés, porque con ellas se exaltaron las pasiones de los partidos políticos extremos y de oposicion, y las culpas de todos los reveses y desgracias se achacaban, como acontece por lo comun, á los hombres del gobierno, con razon algunas y sin justicia otras, causando la agitacion hasta variaciones personales en el Directorio, con todo no dejó de hacer esfuerzos para reparar los descalabros sufridos en el principio de la campaña. Enviáronse á la frontera todos los batallones de veteranos que habia en el interior; se activó el equipo y organizacion de los conscriptos: Jourdan se quedó en París para entrar en el Cuerpo legislativo, y se dió á Massena el mando de los dos ejércitos, el del Danubio y el de Suiza. Massena distribuyó y situó tan acertadamente sus tropas en la línea del Limmat y de Zurich, que con ser su ejército en dos terceras partes menor que el de Austria, sostuvo algunos ataques ventajosos, y se preparó á recibir denodadamente al archiduque (abril y mayo, 1799), aunque en verdad su mayor fortuna era que, sujeto este á las órdenes del consejo áulico, ni era dueño de sus movimientos, ni mandaba á los otros generales como hubiera exigido la unidad y concierto de las operaciones.

Peor andaban las cosas en Italia. El terrible general ruso Suwarow, llamado *el Invencible* por sus triunfos en las campañas contra los turcos, y temible por los recuerdos de sus crueldades en Polonia, tomó el mando en jefe del ejército austro-ruso de Italia, que ascendia á unos noventa mil hombres. El general francés Scherer, sin fortuna y sin prestigio entre los suyos, habia entregado la direccion del ejército á Moreau (27 de abril, 1799), que la merecia y debió haberla tenido desde el principio. Pero era ya demasiado tarde. Separado de las otras divisiones, y atacado al dia siguiente en tan mala posicion por muy superiores fuerzas, él y sus soldados hicieron prodigios de valor, mas no les fué posible rechazar al enemigo; y no hizo poco Moreau ni mereció poca alabanza por la serenidad con que despues de la fatal jornada de Cassano que redujo su ejército á veinte mil hombres, logró retirarse ordenadamente á Milan, atravesar el Pó, ocupar la vertiente de las montañas de Génova, llegar á Turin, enviar á Francia el tren de guerra, armar la ciudadela, y situarse convenientemente en Alejandria, donde podia esperar tranquilo á Macdonald. Sublevado despues á su espalda el Piamonte, tuvo el mérito de trasportar íntegro su ejército á las montañas y riberas de Génova, abriendo paso á la artillería por el Apenino, y situándose en su cumbre. Menos acertado, y tambien menos libre Suwarow en sus movimientos, no aprovechó su superioridad para perseguir al ejército francés y obligarle á abandonar enteramente la Italia. Esto y las miras interesadas de Austria, que detenian los ímpetus de Suwarow, salvaron el ejército de la república.

(1) De los tres que eran, murieron Bonnier y Robejeot: Juan Debry fué el que quedó con vida, aunque los asesinos le tuvieron por muerto tambien. Este fué el que, cubierto de sangre y medio arrastrando, pudo volver á Rastadt, cuyos habitantes le prodigaron con la mas exquisita solicitud todo género de auxilios, causando una indignacion general tan inaudito y espantoso crimen, de que se escandalizó y contra el que protestó la honradez y lealtad alemana.

(2) Honra fué para España que nuestro embajador en París fuese la persona á quien el Directorio encomendó con instancia la redaccion de un Manifiesto en que el cuerpo diplomático habia de publicar á la faz de Europa su indignacion por tan horrible atentado. Azara le compuso, y todos le fueron firmando. Carlos IV, á quien se le remitió, hizo de él grandes elogios — Cuando Juan Debry fué á París, comió al lado de Azara en casa de Talleyrand: «de manera que puedo decir, escribia Azara, que casi toda la conversacion fué conmigo, y me contó menudísimamente todo el hecho del asesinato.» Memorias, parte III, c. 8.

No fué tan afortunado el que mandaba Macdonald, aunque mas numeroso, y cuya reunion tanto deseaba y con tanto afan procuraba Moreau. Despues de haber abandonado aquel general á Nápoles, dejando la ciudad entregada á una de las reacciones realistas mas violentas y mas horribles que registran las historias (3); despues de haber sostenido en Toscana empeñados y gloriosos combates con los ejércitos de los aliados, hallóse en el Trebbia con las tropas austriacas y rusas mandadas por Suwarow, y dióse allí una reñidísima y sangrienta batalla (19 de junio, 1799), en que uno y otro ejército quedaron despedazados, perdiendo cada uno cerca de doce mil hombres, y saliendo heridos la mayor parte de los generales. Pero su situacion era muy diferente: Suwarow recibia diariamente refuerzos y ganaba en la prolongacion de la lucha; mientras Macdonald habia agotado todos sus recursos y perdía en ella. Así, pues, le fué preciso retirarse al Nura para ganar á Génova por detrás del Apenino, lo cual ejecutó admirablemente, aunque llevando catorce ó quince mil hombres de menos, logrando así reunirse á Moreau, bien que tarde ya, y cuando la reunion no produjo sino contestaciones agrias, que el tiempo aun no ha aclarado, entre los dos generales franceses.

De modo que á los tres meses de abierta la campaña, en todas partes, á excepcion de Suiza, donde Massena se mantenía firme á lo largo de la cordillera del Albis, habian experimentado los franceses desastres, reveses é infortunios. La batalla de Stokach les costó la pérdida de Alemania; las de Magnano y Trebbia los privó de la Italia. Y gracias que no acabó de ser de todo punto aniquilado aquel ejército, merced á la pericia y á la serenidad de Moreau, y á algunos errores de Suwarow.

Como de los reveses y contratiempos de una guerra se culpa siempre á los hombres que tienen la desgracia de gobernar en aquellos momentos, todos los enemigos y todos los descontentos del Directorio tomaron pretexto de aquellos males para conjurarse contra el gobierno existente y derribarle. Jacobinos ó terroristas, realistas, constitucionales, todos se coligaron contra él; los unos con la esperanza de heredar el poder, los otros con la de restablecer el régimen monárquico, los otros porque mal hallados con todo gobierno de orden querian volver á la anarquía y al reinado del terror. Los medios que empleó esta monstruosa liga fueron los mismos que emplean siempre las oposiciones, promover la agitacion en los espíritus, mantenerlos en inquietud, multiplicar cargos al gobierno, suscitar cuestiones embarazosas, soltar amenazas de acusacion, impedir en una palabra el gobernar. Los tiros iban principalmente contra la mayoría del Directorio, que eran Merlin, Larevelliere y Treilhard, siendo lo singular del caso que se agrupasen los conspiradores en torno á los otros dos, que eran Sieyes, miembro reciente del poder, el mas sabio, pero el de menos condiciones para jefe de partido, y Barrás, el mas anti-

(3) Pocas reacciones habrán experimentado los pueblos tan bárbaras y sangrientas como esta de Nápoles. En vano el cardenal Ruffo, jefe de las feroces bandas calabresas que invadieron la ciudad despues de la salida de los franceses, firmó un convenio con los comprometidos por la república y les dió un salvo-conduto para salir del territorio napolitano y librarlos del furor popular. Nelson, instigado por su querida lady Hamilton, y esta por la reina Carolina su amiga, violando la capitulacion, envió buques en seguimiento de los fugitivos, y llevándolos á la ciudad los entregó á los verdugos: borron grande é indeleble de la historia por otra parte tan gloriosa del almirante inglés. El obispo de Carpi, el almirante Caraccioli, patriota sincero, guerrero ilustre, rival de Nelson en el mar, muchos otros personajes distinguidos, perecieron á consecuencia de esto en los cadalsos, teniendo la indignidad de presenciar los suplicios el almirante inglés en compañía de su impúdica manceba. El pueblo soez creia ver en cada una de estas ejecuciones una aprobacion de los feroces desmanes que cometia, y con eso se entregó á todos los furores de su instintiva crueldad, sacrificando con bárbaro frenesí á cuantos se le antojaba designar como afectos á los republicanos, y regando con su sangre la capital y las provincias. Tal fué el término de la república parthenopea. Acabó igualmente á poco tiempo la república romana, apresurándose la escasa guarnicion francesa que habia quedado en Roma á capitular con un comodoro inglés antes que llegaran las tropas napolitanas, para no exponerse ella y la ciudad á ser víctimas del furor de las bandas de asesinos que acompañaban aquellas.



guo y el mas acomodaticio, pero tambien el mas corrompido y el mas desacreditado de los directores. Estos procuraron buscar su apoyo en un general jóven y que gozase de reputacion, y al efecto hicieron nombrar á Joubert comandante general de la 17.<sup>a</sup> division militar, que era la de Paris. Consejos y Directorio, todos se declararon en sesion permanente, aquellos esperando, este para dictar resolucion á mensajes y proposiciones alarmantes y peligrosas. Logróse bajo un especioso pretexto la separacion del director Treillard, y su reemplazo por el abogado Gohier, el escogido en otro tiempo por el partido sanguinario para hacer en la Convencion la mocion de sacrificar á Luis XVI. Mucho mas trabajo costó hacer renunciar á Merlin y Larevelliere, pero al fin se consiguió, sustituyéndolos con Moulin y Roger Ducós, acalorado patriota el uno (1), y antiguo girondino y amigo de Sieyes el otro. Tal fué el resultado de la revolucion del 20 de prairial (18 de junio de 1799).

Resucitaron al calor de estas agitaciones los antiguos clubs, incluso el de los jacobinos, dirigido como antes por los demagogos del Consejo de los Quinientos, y queriendo dictar la ley al Directorio ejecutivo. Oíanse en las tribunas las mociones mas incendiarias: desencadenábase la imprenta, y aturidian por las calles los gritos de los que vendian papeles sediciosos. Aparecia como uno de los jefes de conspiracion Luciano Bonaparte, hermano menor del general que mandaba el ejército de Egipto. Otros abrigaban proyectos de mudanza en la Constitucion y el gobierno en diversos y opuestos sentidos, como Sieyes y Joubert (2). Y como á poco de esto circulara por todas

(1) Hablando de este Moulin dice Azara: «Envíele la especie humana ver elevado á magistrado supremo de una nacion un hombre como este. Su principio fué de mozo de fábrica de cerveza de Santerre, y cuando este tabernero fué elevado por la faccion jacobina al grado de general y de comandante de Paris, nombró su ayudante á este Moulin, el cual el dia tremendo 21 de enero fué quien hizo sonar todos los tambores para que el pueblo no oyese las últimas palabras que el infeliz Luis XVI se esforzó á pronunciar desde el patíbulo. Este mérito le valió el grado de general de division, que equivale al nuestro de teniente general, sin haber nunca servido en la tropa ni visto un ejército... etc.»

(2) Entre los planes que entonces se concibieron para variar la forma de gobierno de la Francia, es el mas notable para nosotros, por haberse concertado con un español y referirse á príncipes españoles, el siguiente de que nos da noticia nuestro embajador Azara.

Refiere este diplomático, que el general Joubert, poniendo en él una confianza completa y absoluta, le reveló un dia el proyecto que en union con otros generales tenia formado para deshacerse de una vez de un gobierno que era insoportable á todo buen francés, intolerable á la Europa y á todo el género humano y con cuyo sistema era imposible gozar nunca de paz. El plan era establecer una monarquía constitucional, siempre que para ello tuviera una garantía anticipada en España, única nacion que podia darla, contentándose con que el embajador la diera en su nombre. Porque ninguno de los príncipes franceses proscritos, ni el de Provenza, ni el de Artois, cada uno por sus especiales condiciones y compromisos, podia ser admitido sin grandes inconvenientes. «Si la España, añadió, nos diera uno de sus príncipes, le coronáramos con mil amores; y aun nos conformaremos con que nos den al príncipe heredero de Parma; y en el último recurso tomaremos uno de la casa de Orleans; bien entendido, que cualquiera que sea elegido ha de capitular con nosotros por medio de V.»

Que en seguida pasó á manifestarle los medios que habian de emplearse para llevar á cabo aquel pensamiento, en el cual estaban de acuerdo los tres generales que iban á mandar los tres ejércitos, de Italia, de Holanda y del Rhin, los cuales, cansados de derramar su sangre para satisfacer la ambicion de los demagogos de Paris, que no hacian mas que perturbar y asolar las provincias abusando del fruto de sus victorias, estaban resueltos á acabar con tan monstruoso gobierno y á dar la paz á la Europa. Que ganada la primera batalla á los austriacos, propondrian la paz al emperador, y aceptada esta, vendrian los tres ejércitos en combinacion á Paris, y en una proclama anunciarian la forma de gobierno en que habrian convenido para la Francia. Y por último que, dados otros pormenores acerca de la ejecucion de la empresa, concluyó con decirle que necesitaban de él, que fiaban en su prudencia, y que él seria el encargado de negociar con el príncipe su venida, y lo que con ellos habia de concertar.

Que Azara pidió algun tiempo para responder á tan importante y extraña proposicion, que pasó dias muy intranquillos pensando en ello, y que repasando la lista de los príncipes y sus circunstancias, y no encontrando ninguno de los de España que por su edad, por su educacion, y por su carácter fuese á propósito para ponerle sin gravísimo riesgo á la cabeza

partes la noticia de la derrota del Trebbia, creció la general inquietud, y era menester pensar con urgencia en los medios de salvar la república. Se dió libertad al vencedor de Roma y de Nápoles Championnet, que injustamente habia sido puesto en prision por discordias con el anterior Directorio, y se le confirió el mando de un nuevo ejército que se habia de formar en los altos Alpes. Se nombró á Joubert general del ejército de Italia, dando á Moreau, que á pesar de sus importantes servicios y de su gran mérito no era del agrado de los patriotas, el mando de un proyectado ejército del Rhin. Se hizo á Bernadotte ministro de la Guerra, y fueron mudados y reemplazados otros ministros, entre ellos el de Negocios extranjeros Talleyrand. Esto último, unido á ciertas especies que en los clubs se habian soltado relativamente á España, produjeron una enérgica nota del embajador español al presidente Sieyes, que por su contenido y por las circunstancias de su presentacion merece ser conocida.

El dia de la fiesta solemne de la república, reunidos en el salon de la escuela militar del campo de Marte el Directorio, el ministerio, el cuerpo diplomático, y todos los generales de Paris en medio del mas suntuoso aparato, se dirigió Azara al director Sieyes y entregándole la nota le dijo: *Ciudadano presidente, es necesario que veais y comuniquéis á vuestros compañeros el contenido de este papel antes de salir de aquí, y que se me dé una respuesta.*—Tomó Sieyes la nota, se retiró á leerla á sus compañeros, y volviendo le dijo á Azara: *Señor embajador, la funcion no se puede detener, porque el pueblo espera, pero en acabando os dará su respuesta el Directorio.* Quedáronse todos los circunstantes sorprendidos de aquella accion, y llenos de curiosidad. Terminada la funcion, llamó el Directorio á Azara, y por boca del presidente le manifestó, que estaba bien persuadido de la solidez de sus razones, pero que bien veia la opresion en que le tenia la prepotencia de los Consejos, que indicase el partido que deberia tomar, y que se ponia en sus manos. Entonces Azara les hizo ver que el partido jacobino á que parecian entregados habia de causar su ruina; que era menester que cerraran á mano armada el club del Picadero (*du Manege*); que disolviesen la permanencia de los Consejos, y otras medidas por este orden, todas las cuales ejecutó el Directorio, y por lo cual dice el embajador que todos los amantes del orden le manifestaron su reconocimiento, ó escribiéndole las gracias, ó yendo muchos á dárselas en persona.

La nota de Azara decia así:

«Ciudadano presidente: Se dice de público que el ciudadano Talleyrand va á ser separado del ministerio de Negocios extranjeros. El embajador de España sabe muy bien que no debe mezclarse en las determinaciones de la república, ni en su régimen interior; mas cree que no puede prescindir de hacer presentes al Directorio ejecutivo las resultas de esta mudanza de ministro, y del giro que va tomando este gobierno, segun se advierte.—Al Directorio le consta que de acuerdo con el ciudadano Talleyrand he trazado el plan de la campaña marítima que va á abrirse contra el enemigo comun, y para efectuarle, todas las fuerzas navales de España van á llegar á

de una nacion como la francesa, en la complicada y difícilísima situacion en que se hallaba entonces, respondió á Joubert, que entraba en el proyecto, y que podia contar con él, pero que con respecto al príncipe que convendría aclamar, era punto que se podria decidir mas adelante, pensándolo bien, para resolver con mas acierto y seguridad. Que Joubert convino en ello, y con esto partió muy contento, primero á celebrar su boda en Borgoña, y despues al teatro de la guerra, donde su inesperada muerte, acaecida en la batalla de Novi, acabó con todas sus ilusiones de triunfos, y con todos sus proyectos de trasformacion del gobierno francés.

El sello de sinceridad que se advierte en la relacion de Azara parece no dejar duda acerca de la existencia del proyecto y de todos los pormenores de que nos informa en sus Memorias (cap. 12). Por lo mismo no sabemos cómo conciliar estos sentimientos y estos planes de Joubert con las ideas que el historiador Thiers le atribuye, tan contrarias al designio de cambiar el gobierno republicano en monarquía, puesto que le supone unido en todo con los directores demagogos Gohier y Moulin, y como el general destinado para el partido que intentaba volver las cosas á la situacion de 1793.—Thiers, Hist. de la Revolucion, tom. VI, cap. 5. Y mas adelante dice que siguió siendo amigo de los patriotas.



Brest, para obrar de consuno con las de la república contra Inglaterra, por donde se ve manifestamente la confianza sin límites que el rey mi amo tiene en la honradez de sus aliados, puesto que le entrega sus armadas, sus tropas, y todo cuanto sirve para defender sus Estados de Europa é Indias.—Fundábase esta confianza, así en el convencimiento de que el poder ejecutivo era una autoridad libre é independiente, con la cual ya los amigos de la república y ya sus enemigos podían tratar, y descansaba también en los principios reconocidos por los ministros de quienes se servía.—Si el nuevo orden de cosas produjese los efectos que son de suponer, si se formase en la república un cuerpo, legal ó no, que pudiese impedir ó embazarar las operaciones del poder ejecutivo, la confianza del aliado, ó se disminuiría, ó se acabaría del todo. Los planes concertados no podrían ser puestos por obra.

»No pretendo, ciudadano presidente, entrometerme en manera ninguna en vuestro régimen interior, como dejo ya dicho; respeto la forma de gobierno que plazca á los franceses establecer, y la respetaré en todo tiempo; pero tengo derecho y necesidad de saber cuáles sean los poderes de los que representen al pueblo: para tratar sin desconfianza ni reserva se necesita estar muy seguro de ello. Se han de considerar las naciones como individuos particulares, entre los cuales no puede haber contrato ninguno legítimo sin plena libertad é igualdad de contratar. Importa poco á los franceses que el rey mi amo se valga en sus relaciones con la república de tal ó cual cuerpo, de tal ó cual individuo, con tal que su voluntad sea transmitida por medio de su ministro competentemente autorizado, porque se puede contar en tal caso con la inviolabilidad de sus promesas. Del mismo modo, á S. M. le son indiferentes la forma y el modo en que la república arregle sus deliberaciones; pero debe asegurarse de la solidez del canal por donde se entiende con él, y de que ninguna fuerza ya interior, ya exterior, ha tenido poder para variarles.

»Supongamos que la escuadra española haya llegado á Brest equipada y pronta á moverse según el plan acordado con el Directorio ejecutivo, y que el Cuerpo legislativo, ó cualquiera otra sociedad popular quiera meterse en las operaciones de la guerra; demos caso, para suponer aun lo imposible, que intenten cometer algún atropellamiento contra los españoles, no habría nadie que no acusase á mi amo de imprudencia si no lo hubiese precavido; y yo, que soy su embajador, debería ser tenido con razón por el más estúpido de los negociadores, si no pudiese justificar mi conducta á los ojos de mi rey y de mi nación. He supuesto el caso posible de un atropello contra la armada española en el puerto de Brest, no porque semejante insulto, tan contrario al carácter y á la lealtad de los franceses, se me pase siquiera por la imaginación; pero hay locos y traidores por todas partes, y como nuestros enemigos saben muy bien valerse de bandoleros y asesinos, que bajo las apariencias del republicanismo más exaltado trabajan por engañar y pervertir á las gentes más honradas, es menester vivir con precaución. En una sociedad de estos falsos patriotas se hizo antes de ayer la propuesta siguiente: «Es preciso que España ayude á la república; es menester tratar de los medios que se podrán adoptar para hacer allí grandes mudanzas, y proclamar la *República Hispánica*, hallándose destruidas ya las de Italia, y no quedando en Francia otra riqueza más que la de España.» Estas máximas, aunque atroces é infernales, que nadie diría sin execración, fueron allí muy aplaudidas. Si tales monstruos deben tener pues el influjo más mínimo en las operaciones del gabinete, ¿qué seguridad habrían de tener los aliados de la república, siendo así que al mismo tiempo que se les tiende la mano en señal de amistad, se les clava el puñal con la otra?

»Suplicoos, ciudadano presidente, que comuniquéis estas noticias al Directorio ejecutivo, rogándole que se sirva entrar conmigo en algunas explicaciones para tranquilizar á mi soberano y á mi patria; y saber si puedo confiarme en las fuerzas del Directorio, y en la buena fe del ministro de Relaciones exteriores que vais á nombrar por dimisión del ciudadano Talleyrand, con quien he tratado hasta ahora todos los negocios con la franqueza que el Directorio sabe.—Dios, etc. París, 24 de junio de 1799.»

Muy bienquisto debía estar Azara con el gobierno francés, cuando á una nota tan enérgica le dió el Directorio en aquellas circunstancias una respuesta tan suave, y cuando se prestó á tomar aquellas medidas fuertes que él le aconsejó, siendo como eran en contra de los patriotas, á la sazón tan envalentonados y con ínfulas de volver á dominar la Francia. Menos acepto se hizo con tal conducta al ministro de España Urquijo, con cuyas ideas nunca se mostró acorde, y de quien nunca logró merecer confianza. Quejábase de que su correspondencia, ó era interceptada y comunicada al embajador francés ó á la corte de Portugal, ó no era leída al rey sino truncada y torciéndole el sentido. Así fué que atribuyó sin vacilar á enemiga personal de aquel ministro el haber sido separado un poco más adelante de la embajada de Francia, como veremos luego.

Las providencias que adoptó el nuevo Directorio para volver á Francia su energía y salvarla con otra campaña, fueron todas de carácter revolucionario. En lugar de los doscientos mil conscriptos, se facultó al Directorio para hacer una leva de todas las clases. Se decretó un empréstito forzoso y progresivo de cien millones de francos, que era una verdadera contribución á los ricos. Se hizo la famosa ley de los rehenes (1). Se dió libertad absoluta á la imprenta y se dictaron otras medidas análogas. En cuanto á la guerra, hicieron planes que no aprobaron los que los habían de ejecutar. Joubert, nombrado general en jefe del ejército de Italia, detúvose más de un mes en Borgoña con motivo de la celebración de sus bodas. Este bizarro general se despidió de su joven esposa diciéndole: «Me volverás á ver muerto ó victorioso.» Reunió Joubert en Italia un ejército de cuarenta mil hombres bien organizados y aguerridos, pero había dado tiempo á Suwarow para rendir las plazas de Mantua y Alejandría en cuyo sitio había estado hasta entonces entretenido, y para presentar en batalla una fuerza de sesenta mil rusos y austriacos. En su vista Joubert y sus generales hubieran querido ya volverse al Apenino, pero atajados por Suwarow vieron forzados á aceptar la batalla en las cercanías de Novi (15 de agosto, 1799). Recorriendo á galope las filas el intrépido y valeroso Joubert para acudir al sitio de mayor peligro, un balazo que recibió cerca del corazón le derribó al suelo, acabando á un tiempo con su vida, con sus sueños de triunfo, con sus proyectos políticos y con las esperanzas que en él cifraba la Francia. Perdieron los franceses la reñida y sangrienta batalla de Novi, no obstante su denodado arrojo y los heroicos esfuerzos del valiente Moreau, á quien siempre tocaba la desgracia de tomar en los casos ya desesperados el mando en jefe que por tantos títulos merecía. La llanura de Novi quedó cubierta de cadáveres austro-rusos, pero los franceses, siendo una tercera parte menos que los aliados, habían perdido más de diez mil hombres, al general en jefe, cuatro generales de división y treinta y siete piezas de artillería. Perdióse también para ellos definitivamente la Italia, y no hizo poco Moreau en conservar el Apenino.

Massena era quien manteniéndose firme en Suiza, sin querer tomar la ofensiva, y en una inacción que ya todo el mundo le censuraba, supo al fin, prolongando su derecha hasta San Gothard, y recobrando los Grisones, hacer un gran servicio á la Francia, volviéndole los grandes Alpes, é incomunicando los ejércitos enemigos que operaban en Alemania con los de Italia. Mas por otro lado alumbraba también funesta estrella á los franceses. Verificóse la anunciada expedición anglo-rusa contra Holanda, desembarcando en aquel país á fines de agosto (1799) treinta y siete mil ingleses y diez y siete mil rusos. El general Brune, que mandaba el ejército franco-bátavo, después de un obstinado combate en el terrible pantano de Zip, ocupado por diez y siete mil ingleses (8 de setiembre, 1799), se vió obligado á retirarse á Amsterdam. El almirante inglés

(1) Consistía esta célebre ley en lo siguiente: cuando ocurría algún desorden en alguna población ó comun, se tomaba en rehenes á los antiguos nobles, y á los parientes de los emigrados, y se los hacía responsables de los delitos que se cometieran. Las administraciones centrales designaban las personas que habían de servir de rehenes, y se las ponía en casas dispuestas al efecto, donde debían vivir á sus expensas; se las encerraba mientras duraban los desórdenes; si se cometía algún asesinato, se desterraba á cuatro rehenes por cada homicidio. Fué mucho lo que entonces mismo se dijo de esta ley revolucionaria y bárbara.



Mitchell se apoderó de toda la marina holandesa, ganada de antemano por los emisarios del príncipe de Orange.

Indecible era la irritación que en París se iba apoderando de los ánimos, según que iban llegando las noticias de estos nuevos desastres. Los patriotas pedían la adopción de los grandes medios revolucionarios, como en 1793. La imprenta, con la libertad absoluta que se le había permitido, prodigaba injurias á gobernantes y generales, y difundía el terror. En el Consejo mismo de los Quinientos había doscientos jacobinos, entre ellos el frenético Augereau. En el Directorio estaban Gohier y Moulin. Aproximábase á aquel partido el ministro de la Guerra Bernadotte; éralo el gobernador de la plaza de París; no inspiraba confianza el ministro de la Policía Bourguignon, y los periódicos y los clubs atizaban el fuego en las regiones del poder y en las masas populares. Tenía no obstante mayoría en el Directorio el partido constitucional y templado, representado en Sieyes, que contaba con Roger Ducós, y á quien después de mucha vacilación se adhirió Barrás, que veía en él mas porvenir que en el partido patriota. Conociendo estos hombres la necesidad de ser enérgicos para defender la Francia y defenderse á sí mismos del furor de los jacobinos, separaron al ministro de la Policía, nombrando en su lugar á Fouché, con cuyo auxilio cerraron el club del Picadero, y después el salón de la calle de Bac, donde se habían trasladado los demagogos (1); destituyeron al gobernador de París Marbot; expidieron auto de prisión contra los directores de once periódicos embargando sus prensas; supusieron haber hecho Bernadotte dimisión del ministerio de la Guerra y se la admitieron. Todo lo cual produjo alborotos y gritos de parte de los patriotas ardientes, que exclamaban: ¡violencia, dictadura, tiranía! Jourdan hizo la proposición de que se declarara la patria en peligro, la cual no fué aprobada.

Nada podemos ni debemos nosotros añadir á la pintura que hace de la situación de la Francia un historiador de aquella nación en el siguiente animado cuadro. «Era completa, dice, la desorganización bajo todos aspectos, y la república, batida en lo exterior por la liga y casi trastornada interiormente por los partidos, parecía amenazada de inminente ruina, y era preciso que se levantara un poder en cualquiera parte, bien fuese para reprimir á las facciones, bien para resistir á los extranjeros; mas no podía esperarse ya ese poder de ningún partido vencedor, porque todos se hallaban igualmente aniquilados y desacreditados; solo podía buscarse en el centro de los ejércitos donde reside la fuerza, y fuerza silenciosa, regular y gloriosa, como conviene á una nación cansada de la violencia de tantas luchas, y de la confusión de pasiones tan diversas. En medio de tan completa disolución, todas las miradas se dirigían á los hombres que se habían distinguido durante la revolución, pareciendo buscar un caudillo. *Basta de charlatanes*, exclamó Sieyes, *lo que aquí se necesita es una cabeza y una espada*. Cabeza ya la tenían en el Directorio, y se pensaba en la espada. Hoche había muerto; Joubert, tan recomendable para todos los amigos de la república por su juventud, sus buenos deseos y su heroísmo, acababa de espirar en Novi; Moreau, reputado por el mayor guerrero de los generales que quedaron en Europa, dejó cierta impresión de un carácter frío, indeciso, poco emprendedor, y no muy inclinado á tomar sobre sí un cargo de gran responsabilidad. Massena, uno de nuestros mas célebres generales, no había conseguido aun la gloria de ser nuestro salvador, ni tampoco se advertía en él mas cualidad que la de guerrero. Augereau era un hombre turbulento; Bernadotte inconstante; y ninguno tenía bastante celebridad.

»Un personaje grandioso había, que reunía todas las glorias; que además de cien victorias había conseguido una dichosa paz; que levantó la Francia á la mayor grandeza en Campo-

Formio, y que al alejarse parecía haber llevado consigo la fortuna. Este hombre era Bonaparte; pero se hallaba en lejanos países, y su nombre resonaba en los ángulos del Oriente. El solo seguía siendo vencedor, y fulminaba en las orillas del Nilo y del Jordán los rayos con que en otro tiempo había amedrentado á la Europa en el Adige. No bastaba que fuese glorioso, sino que se le quería interesante, y se le pintaba desterrado por una autoridad desconfiada y celosa. Mientras se labraba como aventurero un nombre tan grande como su imaginación, se le creía un ciudadano sumiso que pagaba con victorias el destierro á que le condenaron. «¿Dónde está Bonaparte? decían. Su vida ya aniquilada se está consumiendo en un clima abrasador, mientras que si se hallase entre nosotros, no se vería amenazada la república de tan inevitable ruina. La Europa y las facciones le respetarían á un mismo tiempo.» Corrían acerca de él voces siniestras.... atribuíanle gigantescos planes.... etc.»

Pero Bonaparte, de quien nadie sabía nada en Francia; Bonaparte, que después de la declaración de guerra de la Turquía había continuado en Egipto y en Siria combatiendo gloriosamente contra turcos, árabes é ingleses, en aquella serie de memorables batallas que le hicieron tan célebre y tan temible en Africa y en Asia, como le habían hecho sus anteriores triunfos en Europa; el conquistador de Alejandría y del Cairo, el vencedor de las Pirámides, el Arisch, de Jaffa y del monte Tabor, el sitiador de San Juan de Acre, el que acababa de deshacer y aniquilar el segundo ejército turco en Abukir, allí donde un año antes había perecido la escuadra francesa; el que con aquella maravillosa victoria asombró á sus propios generales, mereciendo que el valeroso Kleber se arrojara á abrazarle exclamando: *General, sois tan grande como el mundo*: Bonaparte, que por una casualidad supo en un día los sucesos de Europa que durante medio año había completamente ignorado (2); ardiendo en deseos de volver á su patria, se había embarcado silenciosamente con solos algunos de sus queridos generales, y cuando en Francia preguntaban todos con ansiosa inquietud: *¿qué hace? ¿dónde está? ¿cuándo viene?* el héroe de Egipto surcaba ya los mares por enmedio de las escuadras inglesas, tan sereno en su buque á la vista de las naves enemigas como lo había estado siempre en las batallas.

Era esto en ocasión que otro genio militar salvaba la Francia en lo exterior con uno de los triunfos mas maravillosos que se registran en la historia militar de los modernos siglos. Massena, que mandaba los ejércitos de la Helvecia y del Danubio en número de setenta y cinco mil soldados, la fuerza mas considerable que el Directorio había confiado jamás á un solo hombre, pero cuya inacción había sido tan censurada, acababa de ganar la célebre y memorable batalla de Zurich, uno de los milagros del genio y del valor (26 de setiembre de 1799), en que destruyó los dos ejércitos rusos de Korsakoff y de Suwarow, que componían mas de ochenta mil hombres. El consejo áulico de Viena, sacando al archiduque Carlos de Suiza y llevándole al Rhin, disponiendo que Suwarow dejase la Italia y se trasladase á Suiza so pretexto de la conveniencia de la reunión de los dos ejércitos rusos, había sacrificado al interés político del Austria, su aliada, la Rusia, la única potencia que había entrado desinteresadamente en esta coali-

(2) La casualidad fué la siguiente. En su anhelo de saber algo de Europa, y principalmente de Francia, no habiéndolo podido lograr por ningún medio, discurrió enviar un parlamento á la escuadra turca con pretexto de ajustar un canje de prisioneros, dando especial encargo al parlamentario de que procurase adquirir algunas noticias. Presentóse aquel al jefe de la escuadra, el almirante inglés Sidney-Smith, y como este infiriese de la conversacion que Bonaparte ignoraba absolutamente los acontecimientos de Europa y los desastres de la Francia, con el maligno propósito de mortificarle hizo que le llevase un gran paquete de periódicos que tenía. Bonaparte los recibió, los devoró con ansia, invirtiendo toda una noche en su lectura, supo por este medio de una sola vez mas de lo que hubiera podido averiguar en mucho tiempo, y al punto formó la resolución de acudir á salvar su patria, intentando la travesía aun con el conocimiento del peligro continuo en que iba á verse de ser apresado por cualquiera de los muchos buques ingleses que surcaban aquellos mares.

(1) Estas medidas, y principalmente la clausura de la reunión del Picadero, que el embajador español atribuía, como hemos visto, á consejo suyo, fueron tomadas, al decir de uno de los mas autorizados historiadores franceses, á consecuencia de un informe del diputado del consejo de los Ancianos Courtois, el mismo que había dado el informe sobre el 9 de thermidor, y con acuerdo de la comisión de inspectores aprobado por el mismo consejo.



ción y en esta lucha. Massena, por una serie de sabias combinaciones que han sido la admiración de todos los entendidos en el arte de la guerra, supo impedir oportunamente la reunión y derrotar ambos ejércitos uno tras otro, quitándoles la Suiza y rechazándolos á Alemania. Aquella gigantesca victoria salvó la Francia, Massena adquirió un renombre inmortal, y puede decirse que se disolvió la liga, porque el terrible Suwarow, justamente irritado contra los austriacos, no quería ya servir con ellos (1).

Mas si bien con la brillante evolución de Massena la Francia respiraba y se reponía en algun modo de sus desgracias exteriores, la perturbación interior, la desorganización de los partidos, el desprestigio del gobierno, los desórdenes, la especie de disolución social que amenazaba, hacían que todos apetezieran y buscaran con avidez un hombre, un genio superior capaz de sacar la nación de la anarquía y del laberinto en que se agitaba. En tal situación desembarcó Bonaparte en Frejus (9 de octubre, 1799). En su marcha desde Frejus á Paris, las ciudades y todas las poblaciones del tránsito le aclamaban con frenético delirio. Cuando á las dos horas de su llegada á Paris se encaminaba al Directorio, ¡Viva Bonaparte! gritó la guardia al reconocerle. Pronto su casa de Chantier se hizo el centro á que acudían diariamente á felicitarle y como á rendirle homenaje directores, ministros y ex-ministros, diputados de ambos Consejos, generales, magistrados, jefes y ayudantes de la guardia nacional, todas las personas distinguidas, de todas las clases y opiniones. Además de los generales Lannes, Murat y Berthier que había llevado consigo, le rodeaban Jourdan, Augereau, Macdonald, Beurnonville, Moreau, Lefebvre, Leclerc, y Marbot, pertenecientes, como los directores y diputados, á todos los partidos políticos. Y todos le halagaban, esperando unos y temiendo otros de aquel hombre extraordinario (2). Bonaparte oía y observaba á todos, estudiaba la situación de la Francia, la tendencia de cada partido y el carácter de sus corifeos; guardaba una prudente reserva, y sin franquearse con nadie calculaba á quién le convendría unirse. Ya se fué advirtiendo que se inclinaba á los políticos, que era en efecto el partido mas sensato y el mas numeroso de la Francia. Sucesivamente fué desairando á Barrás, á Gohier y á Moulin, á quienes solo alguna contestación desabrida de Bonaparte bastó para considerarse perdidos. Sus simpatías de opinión y de mérito le unieron al fin con Sieyes haciendo desaparecer ciertas antipatías personales. El genio político y el genio militar se acercaron y se entendieron para preparar un gran golpe de Estado. Murat, Lannes y Berthier le ganaban diariamente los jefes del ejército, logrando la

(1) Fué tanto mas sensible á Suwarow este contratiempo y esta conducta del Austria, cuanto que acababa el emperador de conferirle el título de *Príncipe Itálico*, declarando con singular entusiasmo que era el mas grande entre todos los generales pasados, presentes y futuros. Mucho sufrieron este aguerrido general y sus soldados en su traslación de Italia á Suiza, y principalmente en las marchas y contramarchas por las montañas, gargantas y desfiladeros de la Helvecia, sosteniendo diariamente recios y desesperados combates, hasta que unido con Korsakoff se retiró á Baviera, maldiciendo de los austriacos. Al cabo de algun tiempo se volvieron ambos generales á Rusia con la mitad de la gente que de allí habían sacado.

(2) Los principales partidos políticos entonces eran: los jacobinos ó patriotas exaltados; los verdaderos republicanos, pero enemigos del terror; los moderados ó políticos, que deseaban una constitución menos libre, con tal que les diera mas paz, y el llamado de los *corrompidos ó podridos*, compuesto de gente de todas las fracciones, que solo habían buscado siempre el ser gobierno á cualquiera costa, hacer fortuna y conservar sus destinos y su dinero. En el Directorio Barrás era el representante de estos últimos; Gohier y Moulin de los primeros; Sieyes y Roger-Ducós representaban los políticos ó moderados.—Los jacobinos ó patriotas desconfiaban de Bonaparte, pero deseaban que destruyera lo existente, dejando para luego lo que despues hubieran de hacer. Los republicanos templados recelaban que fuese poco afecto á la república, y le hubieran querido en las fronteras ganando lauros militares, ó cuando mas le habrían dado una plaza en el Directorio. Los realistas no podían esperar nada de él, porque comprendían que un hombre como Bonaparte no había de trabajar por colocar á otro en un trono. Solo los moderados ó políticos deseaban sinceramente un cambio en la constitución y en el gobierno á la sombra de un hombre poderoso, con prestigio y con fuerza para acabar con las facciones turbulentas.

adhesión importante de Moreau. Los hermanos de Bonaparte, Luciano y José, le hacían prosélitos en ambos Consejos. Adoptóse ya un plan en junta secreta, y se acordó la forma de gobierno que se había de establecer. Por todas partes circulaba el rumor de que iba á efectuarse un gran acontecimiento que nadie sabía determinar.

Así las cosas, y preparado todo con la reserva, el tino y la previsión de hombres de tan gran talento, advirtiéndose en la mañana del 18 de brumario un movimiento imprevisto. Todos los generales y oficiales que había en Paris acudían de gran gala á la calle de Chantier, donde vivía Bonaparte. Sieyes y Roger-Ducós marchaban á caballo en dirección de las Tullerías. Reuníanse los Consejos de los Ancianos y de los Quinientos. Nada sabían Gohier, Moulin y Barrás. En el de los Ancianos se presenta una proposición para que el Cuerpo legislativo se traslade á Saint-Cloud: la minoría se conmueve, la mayoría la aprueba, y se da el decreto. Se nombra á Bonaparte general en jefe de todas las tropas de Paris, de la guardia del Cuerpo legislativo, de la del Directorio, y de la guardia nacional. Se envía un mensajero á Bonaparte para que acuda á la barra, reciba el decreto y jure en manos del presidente. Bonaparte arenga á toda la oficialidad, le dice que la Francia está en peligro, y que cuenta con ella para salvarla. El general Lefebvre se muestra irritado. «Y bien, Lefebvre, le dice Bonaparte, ¿dejaréis perecer la patria en manos de esos abogados? Uníos á mí para salvarla: tomad ese sable; es el que yo llevaba en las Pirámides.—Pues bien, replicó Lefebvre conmovido; echemos de cabeza al río á los abogados.» Monta en seguida á caballo, va al Consejo, llevando como ayudantes á Moreau, Macdonald, Berthier, Lefebvre, Murat, Lannes, Leclerc y casi todos los generales de la república; se presenta en la barra, y dice: «Ciudadanos representantes: la república iba á perecer, y con vuestro decreto se ha salvado. ¡Desgraciados los que quisieran oponerse á su ejecución! Auxiliado por todos mis compañeros de armas que veis reunidos alrededor de mí, sabré reprimir sus tentativas.... Queremos la república cimentada en la verdadera libertad y en el sistema representativo.... Y juro en mi nombre y en el de mis compañeros de armas que lo conseguiremos.—Lo juramos todos.» repitieron los generales. Pasa al jardín de Tullerías, arenga á los soldados, les dice que va á hacer una grande y gloriosa revolución, y todos gritan ¡Viva Bonaparte!

Su hermano Luciano, que presidía el Consejo de los Quinientos, hace leer el decreto del de los Ancianos, levántanse desaforados gritos, pero Luciano les impone silencio, y los hace obedecer y disolverse. Faltaba obligar á los directores á renunciar: Sieyes y Roger-Ducós, de acuerdo con Bonaparte, presentan su dimisión: Talleyrand y Bruix se encargan de comprometer á Barrás á que presente la suya; Gohier y Moulin que estaban en el Luxemburgo como bloqueados por Moreau, y que se resistían con entereza á dejar sus cargos, piden una entrevista con Bonaparte, y sostienen con él fuertes y ágríos altercados; pero de hecho el gobierno directorial estaba disuelto.

Conviénese por la noche en lo que se había de hacer al día siguiente en la reunión de los dos Consejos en Saint-Cloud, y se acuerda el nombramiento de tres cónsules, Bonaparte, Sieyes y Ducós, y la suspensión de los Consejos hasta el 1.º de ventoso. Pero al día siguiente todo presenta un aspecto sombrío para Bonaparte, y todo parece conjurarse para deshacer sus proyectos. A las dos de la tarde se abre la sesión de ambos Consejos en Saint-Cloud. Bonaparte está á caballo al frente de las tropas; Sieyes, Ducós y otros personajes, con sillas de posta preparadas para emprender la fuga en caso de malograrse el golpe de Estado: Jourdan, Augereau y Bernadotte, esperando que una decisión legislativa les diera derecho á atraerse las tropas y acuchillar á los revolucionarios. Un diputado de los Quinientos hace una proposición favorable á aquellos planes, y estalla en la Asamblea un espantoso tumulto, prorumpiendo en desaforados gritos de ¡Fuera dictadores! ¡Fuera tiranos! ¡Viva la Constitución del año III! Los sucesos, pues, tomaban un giro peligroso, y encontrando Augereau á Bonaparte le dice en tono burlesco: ¡Amigo, estás en una buena situación!—Peor iban las cosas en Arcole



le respondió aquel: y encaminándose al frente de su estado mayor á la barra de los Ancianos, y tomando conmovido la palabra, pronuncia con voz trémula un discurso, cuyas últimas frases, dichas ya con enérgico y robusto acento, reanimaron á los suyos é intimidaron á los contrarios: *No olvideis, les dijo, que yo marché acompañado de la fortuna y del dios de la guerra.*

Desde allí pasa al de los Quinientos, mas al llegar al medio del salon le atruenan los gritos de: *¡Muera el dictador! ¡Muera el tirano!* Multitud de diputados se abalanzan á él y le rodean, insultándole y amenazándole; acuden los granaderos que habia dejado á la puerta, y le libran arrancándole fuera del salon. Continuó la tempestad dentro de la asamblea: pedíase á grandes voces que se pusiera al dictador fuera de la ley: entonces fué cuando el presidente Luciano, quitándose la toga y el bonete, exclamó: *¡Miserables! ¡Quereis que ponga fuera de la ley á mi propio hermano! Renuncio la presidencia, y voy á la barra á defender al acusado.* Bonaparte que lo oía desde fuera envia diez granaderos á que saquen de allí á su hermano. Juntos ya los dos, montan á caballo y recorren la línea de las tropas. *El Consejo de los Quinientos está disuelto*, les dice Luciano; *lo declaro yo, que soy el presidente. Se han introducido asesinos en el salon de sesiones y violado la mayoría, por lo tanto os mando que marcheis á salvarla.* Un batallon de granaderos se presenta á la puerta del salon: *Granaderos, marchen*, gritan los oficiales: penetran los granaderos, y dispersan á los diputados, que salen huyendo, unos por los pasillos y otros por las ventanas, con sus togas senatoriales. Bonaparte ha vencido, y queda dueño de la situacion. Aquella noche se revistió de todo el poder ejecutivo á Bonaparte, Sieyes y Ducós, con el nombre de cónsules; se suspendieron los Consejos hasta el 1.º de ventoso; de ellos se sacaron dos comisiones de á veinticinco, que en union con los cónsules quedaron encargadas de redactar otra Constitucion. Tal fué la revolucion del 18 y 19 de brumario, que cambió enteramente la forma de la república y el gobierno de la Francia (1).

En todo este tiempo España habia continuado siendo y conduciéndose como aliada, no solo fiel, sino hasta sumisa, de la república. El rey y los ministros lo sacrificaban todo al mantenimiento de esta alianza. Nuestras escuadras se movian segun los avisos ó segun las órdenes que se comunicaban de Paris, siquiera nos ocultasen el objeto de los movimientos que iban á ejecutar. La escuadra de Mazarredo salia de Cádiz ó se mantenía allí bloqueada por la inglesa, segun que lo disponia el Directorio. El ministro de Marina, Lángara, daba cuenta al gobierno francés, cuando este lo pedía, del número y estado de los buques que teníamos en Cádiz, en el Ferrol y en Cartagena, y gracias si antes de llegar sus oportunas é incontestables observaciones al Directorio desistió de llevarlos á Tolon, donde hubieran sin duda perecido á manos de Nelson, como la escuadra francesa en Abukir. Es admirable la docilidad con que nuestro gobierno acogia los planes de expediciones marítimas que despues le iba proponiendo el Directorio: expedicion á Brest para el desembarco en Irlanda; expedicion á Santo Domingo para intentar desde allí la reconquista de la Jamaica; expedicion al Mediterráneo para socorrer á Malta; para las cuales, si bien no se verificaron, se hicieron preparativos. Solo resistió Carlos IV con noble firmeza á una pretension ya injuriosa de la Francia; la de que los navíos de Cartagena que no tuviesen la dotacion correspondiente fuesen llevados á Tolon para tripularlos con marinería suya y ponerlos al mando de

oficiales franceses. «Mientras que un navío lleve el nombre español, respondió el ministro Urquijo, no consentiré S. M. que le tripule marinería extranjera, ni le mande ningun oficial que no sea de la marina real: si la Francia quiere comprarlos, se le venderán, á cuyo fin se presentará una nota con el precio de ellos.» Se hizo en efecto la valuacion y se le envió al Directorio, pero no los compró. En cambio obtuvo permiso para construir buques de guerra en el puerto español de Pasajes.

Quiso despues que se reuniesen para salir juntas al mar las escuadras española y francesa, de Cádiz y de Brest, mandada aquella por Mazarredo, esta por el almirante Bruix, viniendo Bruix á Cádiz á buscar la española (2). El general francés dejaba entender que el objeto de la reunion de las fuerzas navales aliadas era la reconquista de Mahon, que tanto interesaba y en que tanto empeño tenia Carlos IV. Nuestro embajador en Paris estaba creyendo que se proponian hacer el desembarco de tropas en Irlanda. Una feliz casualidad le descubrió con sorpresa que el verdadero plan era llevarlas á Egipto ó á Siria para auxiliar las operaciones de Bonaparte. Inmediatamente pasó al Directorio, quejóse enérgicamente de su proceder con el monarca español su amo; expuso los peligros inminentes de la ida de las escuadras á Egipto, y tuvo la fortuna de convencer al Directorio y de lograr la suspension del fatal proyecto (3). Cuando esto supo el gabinete de Madrid por conducto del mismo Azara, le contestó encargándole disuadiese de nuevo á los directores de todo proyecto sobre envío de las escuadras á Egipto, recomendando otra vez la idea de pensar con preferencia en Irlanda, y sobre todo en Menorca, pero concluyendo con decir que S. M., como aliado fiel de la república, no se apartaria de los designios de la Francia, y en prueba de ello la escuadra del Ferrol llegaria pronto á Rochefort, segun aquella lo habia pedido.

Al tiempo de partir para Rochefort el general de marina Melgarejo con cinco navíos, dos fragatas y un bergantin de guerra, y con tres mil hombres de desembarco mandados por don Gonzalo O'Farrill, siempre en la suposicion de ser destinados á Irlanda, salió de Brest la escuadra francesa al mando del almirante Bruix (mayo, 1799), y á los pocos dias entró en el puerto de Tolon, habiéndola impedido un fuerte temporal reunirse con la de Mazarredo en Cádiz. Inmediatamente se movió la escuadra inglesa que bloqueaba á Cádiz en seguimiento de aquella, y Mazarredo se situó con la suya en el Estrecho para interceptar cualesquiera navíos que intentaran pasar á reforzar al almirante inglés: pero habiéndole mandado el gobierno internarse en el Mediterráneo, no solo se frustró el atinado plan de Mazarredo, dando lugar á que pasaran dos flotas inglesas que hubieran podido caer en su poder, sino que una tormenta horrible le obligó á entrar en Cartagena con sus navíos tan lastimados que en muchos dias no era posible salir con ellos al mar (4). Con esto, y con el arribo de la escuadra

(2) Archivo del Ministerio de Estado, leg. 50, núms. 9, 47, 81 y otros. —Leg. 51, Correspondencia de Mazarredo y de Gravina, núms. 1 y 2.

(3) Hé aquí la manera casual y curiosa como lo supo Azara, segun lo refiere él mismo. Una mañana se le anunció y presentó una jóven de buen porte y bastante agraciada, que habia mostrado mucho deseo de hablarle: recibíola, no sin alguna sospecha del objeto con que suelen hacerse en Paris tales visitas. Mas luego le manifestó ser la prometida de un oficial francés del ejército de Egipto, y le suplicaba que, pues iba á partir para aquel país la escuadra española, le hiciera el obsequio de dirigir con toda seguridad una carta para dicho oficial. Díjole Azara que estaba en una equivocacion, pues la escuadra española llevaba rumbo y destino muy diferente. Insistió la jóven en que iba á Egipto, y dió tales pruebas de saberlo con certeza, designando la persona que la habia informado, que Azara comenzó por vacilar y acabó por inclinarse á creerla. Ofreció enviar la carta, y apenas despidió á la jóven, pasó á ver á su amigo Talleyrand, con quien, usando de la confianza que tenia, descargó todo su enojo de verse juguete de *los abogados*, y juntos fueron en seguida al Directorio.

(4) Componian la escuadra de Mazarredo los buques armados siguientes:

*Navíos*

|                                 |              |
|---------------------------------|--------------|
| Purísima Concepcion de. . . . . | 112 cañones. |
| Príncipe de Asturias. . . . .   | 112          |
| Santa Ana. . . . .              | 112          |

(1) Con la relacion de este suceso termina Thiers su Historia de la Revolucion francesa, en la cual no dejamos de extrañar que, siendo España la única monarquía aliada de la república, siendo la que le prestaba mas auxilios contra Inglaterra, siendo sus escuadras y sus tropas las únicas con que contaba para ir reparando los descalabros de su marina, defender sus puertos, ó acometer cualquiera empresa naval, y siendo su embajador en Paris tan considerado del Directorio y tan influyente en las resoluciones mismas del gobierno, apenas mencione á España en su Historia sino someramente y como por incidencia, y omite de todo punto servicios importantes que esta nacion prestó á la república en el período de que tratamos, y la parte que tuvo en las operaciones y combinaciones de las guerras que se hacian ó se intentaban.



francesa de Brest á Tolon que hizo calcular á Carlos IV haberse abandonado el pensamiento de la expedicion contra Irlanda, pidió con insistencia al Directorio el regreso de la flota de Melgarejo desde Rochefort al Ferrol, donde podia hacer falta para la defensa del reino. El Directorio, acostumbrado á no ser contrariado en sus disposiciones, tomó de ello tanto enojo que Azara temió un rompimiento y expidió un correo á Madrid manifestando estos temores.

De tal modo asustó al rey y á los ministros la idea de haber enojado al Directorio, y sobre todo la del peligro de perder la alianza de la república, cosa que miraban como el mayor de los males, que por consejo de aquellos escribió el monarca á los directores una larga y humillante carta, dándoles explicaciones y satisfacciones cumplidas, y sometiéndose en todo á su voluntad, como se deja ver por los párrafos siguientes:

«Vosotros, grandes amigos, habeis creído que estas consideraciones no contrabalanceaban la utilidad que se seguiria de hacer pasar dicha escuadra á Brest.... Y me pedís que mande esta traslacion. Nada mas conforme á mis deseos que el complaceros, y así expido las órdenes para verificarlo. Pospongo á ellos toda consideracion, y es tan fuerte para mí la de la alianza, y la idea en que estoy de que sea conocida de todas las potencias, y particularmente del enemigo comun, que basta á determinarme para obrar así.... Es inútil hablar ya de lo pasado, ciudadanos directores. Yo me lisonjeo que por todos títulos soy digno de vuestra amistad y confianza. Me habeis visto siempre pronto á obrar con ella. Mis escuadras han estado paralizadas, y servidoos de este modo en daño mio y del bloqueo de mis puertos, porque me manifestasteis en dos ocasiones que os convenia.... Vivo con la mayor confianza y seguridad de vuestra inalterable buena fe. Contad siempre con mi amistad, y creed que las victorias vuestras, que miro como mías, no podrán aumentarla, como ni los reveses entibiárla. Ellos, al contrario, me ligarian mas, si es posible, á vosotros, y nada habrá que me separe de tales principios. He mandado á cuantos agentes tengo en las diversas naciones que miren vuestros negocios con el mismo ó mayor interés que si fuesen míos, y os protesto que recompensaré á los que observen esta conducta como si me hiciesen el mejor servicio. Sea desde hoy, pues, nuestra amistad, no solo sólida como hasta aquí, sino pura, franca, y sin la menor reserva. Consigamos felices triunfos para obtener con ellos una ventajosa paz, y el universo conozca que ya no hay Pirineos que nos separen cuando se intente insultar á cualquiera de los dos. Tales son mis votos, grandes amigos, y ruego á Dios os guarde muchos y felices años.—De Aranjuez á 11 de junio de 1799.—Vuestro buen amigo, Carlos.—Mariano Luis de Urquijo.»

Reuniéronse al fin en Cartagena, segun lo deseaba el Directorio, las escuadras francesa y española, no sin haber corrido

|                                 |              |
|---------------------------------|--------------|
| Conde de Regla. . . . .         | 112 cañones. |
| Mejicano. . . . .               | 112          |
| Neptuno. . . . .                | 80           |
| Oriente. . . . .                | 80           |
| Pelayo. . . . .                 | 80           |
| San Telmo. . . . .              | 74           |
| Soberano. . . . .               | 74           |
| San Francisco de Asis. . . . .  | 74           |
| San Pablo. . . . .              | 74           |
| Nepomuceno. . . . .             | 74           |
| Bahama. . . . .                 | 74           |
| Conquistador. . . . .           | 74           |
| San Joaquin. . . . .            | 74           |
| San Francisco de Paula. . . . . | 74           |

#### Fragatas

|                      |    |
|----------------------|----|
| Alacha, de . . . . . | 36 |
| Perla. . . . .       | 36 |
| Cármén. . . . .      | 36 |
| Matilde. . . . .     | 36 |

#### Bergantines

|                           |    |
|---------------------------|----|
| Descubridor, de . . . . . | 18 |
| Vigilante. . . . .        | 18 |
| Vivo. . . . .             | 18 |
| Corbeta Colon. . . . .    | 24 |

la de Bruix el riesgo de tropezar en la costa de Génova con la inglesa de lord San Vicente, y reparada ya la de Mazarredo y reforzada con otro navío de ciento doce cañones, el *María Luisa*. Aunque entre las dos presentaban la considerable fuerza de cuarenta navíos de línea, era sin embargo inferior en una tercera parte á la escuadra británica, que constaba de sesenta y un navíos, y era temible, no solo por la superioridad numérica, sino por la actividad y la rapidez de sus movimientos y evoluciones. No habia conformidad de pareceres entre Bruix y Mazarredo sobre las operaciones que convendria emprender. Bruix proponia hacer excursiones, salir al encuentro de alguna de las divisiones enemigas, y batida que fuese, pasar á Rochefort y á Brest, y recoger los navíos que allí hubieran: Mazarredo opinaba por ir á Cádiz: el gobierno español insistia en su pensamiento favorito de la reconquista de Mahon; mas al fin, por complacer al Directorio, hubo de desistir de la empresa de Menorca, comunicósele así á Mazarredo, y con acuerdo de los dos gobiernos de Francia y de España pasaron las escuadras aliadas á Cádiz (julio, 1799). La de Melgarejo continuaba en Rochefort bloqueada por los ingleses, pero las tropas que mandaba O'Farrill tuvieron orden de ir por tierra á Brest.

Allí era donde el Directorio queria tener reunidas todas las fuerzas navales combinadas, con preferencia á Cádiz; y como, aparte de las razones y de la conveniencia que en ello hubiese, y no obstante las reflexiones que Mazarredo hacia á Bruix en contra de sus planes, habia de concluirse por hacer lo que querian los franceses, ordenó el ministro Urquijo á Mazarredo á nombre del rey que saliera de Cádiz con su escuadra y acompañara la del almirante Bruix á Brest, donde arribaron felizmente (8 de agosto, 1799), anunciándolo al punto el telégrafo al Directorio de Paris. En cuanto á la flota de Melgarejo bloqueada en Rochefort, no pudo incorporarse con las de Brest, pero logró, burlando la vigilancia de los vigías de la costa, salir de aquel puerto, y ya que no pudo tomar el rumbo que intentaba, se volvió al Ferrol (11 de setiembre, 1799).

Tan pronto como se supo el arribo de las dos escuadras á Brest, fueron llamados por telégrafo los dos generales Bruix y Mazarredo á Paris, encargándoles llevasen consigo otros generales, los que consideraran mas capaces, con objeto de celebrar un consejo de guerra. Llegaron aquellos dos célebres marinos (1), mas cuando el embajador Azara lo estaba preparando todo para el consejo, llegó un correo de Madrid, portador de un decreto exonerándole de la embajada, nombrando en su lugar á don Ignacio Muzquiz, que desempeñaba la de Viena, y reemplazando á este con el general O'Farrill (2). Además de la falta de acuerdo que habia mediado siempre entre el embajador Azara y el ministro Urquijo, nunca este perdonó á aquel su conducta en el 30 de prairial, su influencia en el Directorio y su comportamiento con los amigos que Urquijo tenia en Paris, y así no podia sorprender á nadie este resultado (3). Los directores y ministros, y especialmente Sieyes y Talleyrand, rogaban á Azara que no saliese, y le ofrecian enviar un embajador extraordinario á Carlos IV pidiéndole revocara el decreto de su remocion, pero Azara no lo consintió en manera alguna, satisfecho con tener aquella ocasion de retirarse á la vida privada á descansar del trabajo de cuarenta años de servicios públicos; antes bien influyó en que su sucesor Muzquiz fuese bien recibido. A los pocos dias nombró tambien el gobierno de Madrid al general Mazarredo embajador cerca de la república simultáneamente con Muzquiz, conservándole el mando de la escuadra española de Brest, que, como decia Azara, continuaba allí pudriéndose y costándonos mucho.

Cuando Bonaparte regresó de Egipto á Paris (octubre, 1799),

(1) Mazarredo fué recibido con la mayor distincion por el Directorio, y en muestra de consideracion y de aprecio le fué regalada á nombre de la nacion una armadura completa de la manufactura de Versailles.

(2) «Teniendo presente el rey (decia el decreto) la instancia que V. E. habia hecho de dejar esa embajada, he venido en exonerar á V. E. de ella, y nombrar para que le suceda, etc.»

(3) Cruzáronse con este motivo entre el ministro y el embajador cartas bastante picantes, que Azara nos ha dado á conocer en el cap. 16 de sus Memorias póstumas.



encontró todavía en aquella capital á su amigo Azara, con quien conversó á solas en su gabinete por espacio de tres horas, informándole de sus campañas de Egipto y de Siria, y preguntándole los motivos de su remoción y el estado en que se hallaban los negocios de España. «Me mostró aun mayor deseo, escribe el mismo Azara, de saber mi opinion acerca del propio gobierno francés, y yo no le disimulé su monstruosidad, y que me parecía imposible que pudiera subsistir. Le conté la historia de todos los sucesos ocurridos durante su ausencia, que él ignoraba por la interrupcion de correspondencia con Francia. Por la misma razon no conocia el carácter y cualidades de los principales actores del actual gobierno, y quiso que yo se los dijese y descubriese. En fin, me pidió que con la ingenuidad que me conocia le dijese el remedio que yo creia poderse aplicar. Yo le manifesté con franqueza mi parecer, y los sucesos ocurridos pocos dias despues de mi salida de Paris justificaron que mi conversacion no fué perdida. Volví no obstante, antes de partir, á ver á Bonaparte, y me hizo las mayores instancias para que me detuviese, con varias proposiciones que no es del acto referir, pero yo no me adherí á ellas, y partí (1).» En efecto, partió Azara de Paris, y se retiró á Barcelona (noviembre, 1799), desde donde escribió al príncipe de la Paz una carta, de que antes hemos hecho mérito.

Réstanos solamente añadir, para acabar de trazar el cuadro de la situacion de España en sus relaciones con otras potencias al terminar el año 1799, que entre los compromisos que nos trajo la alianza con la república francesa lo fué tambien la guerra que nos declaró la Rusia. Habia ya resentido y enojado al czar Pablo I la resistencia que encontró en el gobierno español y su obstinada negativa á las proposiciones, ofrecimientos y halagos que empleó para ver de reducir á Carlos IV á que rompiese ó abandonase la alianza con la república. Engreido despues el soberano moscovita con el título de protector y gran maestro de la órden de San Juan en Jerusalem con que los caballeros de su imperio le habian investido á consecuencia de la conquista de Malta por Bonaparte, tuvo la pretension de que los monarcas católicos reconocieran su gran maestrazgo, y aun la de crear un protectorado para unir todas las comuniones cristianas. La justa y razonable oposicion de un monarca que habia heredado de sus mayores por una larga y no interrumpida serie de siglos el glorioso dictado de Católico á la extraña pretension de un soberano que estaba fuera de la comunión romana, acabó de agriarle con Carlos IV y declaró la guerra á España (15 de julio, 1799), si bien fundándola solo en causas y consideraciones políticas.

A esta declaracion respondió Carlos IV con un real decreto que decia así:

«La religiosa escrupulosidad con que he procurado y procuraré mantener la alianza que contraté con la república francesa, y los vínculos de amistad y buena inteligencia que subsisten felizmente entre los dos países, y se hallan cimentados por la analogía evidente de sus mutuos intereses políticos, han excitado los celos de algunas potencias, particularmente desde que se ha celebrado la nueva coalicion, cuyo objeto, mas que el quimérico y aparente de restablecer el órden, es el de turbarle, despotizando á las naciones que no se prestan á sus miras ambiciosas. Entre ellas ha querido señalarse particularmente conmigo la Rusia, cuyo emperador, no contento con arrogarse títulos que de ningun modo pueden corresponderle (2), y de manifestar en ellos sus objetos, tal vez por no haber hallado la condescendencia que esperaba de mi parte, acaba de expedir el decreto de declaracion de guerra, cuya publicacion sola basta para conocer el fondo de su falta de justicia.» (Se inserta el manifiesto del emperador, y continúa:—«He visto sin sorpresa esta declaracion, porque la conducta observada con mi encargado de negocios, y otros procedimientos no menos extraños de aquel soberano, hacia tiempo me anunciaban que llegaria este tiempo. Así, en haber

ordenado al encargado de Rusia, el consejero Buttzow, la salida de mi corte y estados, tuvo mucha menor parte el resentimiento que las consideraciones de mi dignidad. Conforme á estos principios, me hallo muy distante de querer rebatir las incoherencias del manifiesto ruso, bien patentes á primera vista, y lo que hay en él de ofensivo para mí y para todas las potencias soberanas de Europa; y como que conozco la naturaleza del influjo que tiene la Inglaterra sobre el Czar actual, creeria humillarme si respondiese al expresado manifiesto, no teniendo á quien dar cuenta de mis enlaces políticos sino al Todopoderoso, con cuyo auxilio espero rechazar cualquiera agresion injusta, que la presuncion y un sistema de falsas combinaciones intenten contra mí y contra mis vasallos, para cuya proteccion y seguridad he tomado y tomo aun las mas eficaces providencias, y noticiándoles esta declaracion de guerra les autorizo á que obren hostilmente contra la Rusia, sus posesiones y habitantes. Tendráse entendido en mi Consejo para su cumplimiento en la parte que le toca. En San Ildefonso á 9 de setiembre de 1799.—A don Gregorio de la Cuesta (3).»

Por fortuna si los ejércitos rusos consiguieron triunfos señalados en Italia, sus descalabros y derrotas en Holanda, Suiza y Alemania, libraron por entonces á España de los peligros en que hubiera podido ponerla esta guerra.

Tal era la situacion del gobierno y de la nacion española relativamente á otras potencias en los últimos años de la república francesa hasta la revolucion del 18 de brumario y proclamacion del consulado.

## CAPÍTULO VIII

Interior.—Ministerio de Saavedra, Jovellanos, Soler, Urquijo y Caballero

DE 1798 Á 1799

Comportamiento de Saavedra y Jovellanos con el príncipe de la Paz.—Intenta Jovellanos la reforma de los estudios públicos.—Válese para ello del sabio obispo Tavira.—Proyecto sujetar la Inquisicion á las reglas de los demás tribunales.—Es exonerado del ministerio y enviado á Asturias.—Reemplázale Caballero: carácter de este ministro.—Extraña enfermedad de Saavedra.—Urquijo y Soler, ministros interinos de Estado y Hacienda.—Estado lastimoso del tesoro.—Informe desconsolador de la Junta de Hacienda.—Arbitrios y recursos.—Empréstitos, donativos, venta de alhajas, enajenacion de bienes vinculados, eclesiásticos y civiles.—Nuevos préstamos.—Fondos de pósitos.—Emision de vales.—Cajas de descuentos.—Igualacion forzosa del papel con el metálico.—Impuesto sobre los objetos de lujo.—Junta eclesiástica de vales reales.—Sus planes económicos.—Espantoso déficit en las rentas.—Situacion angustiosa.—Crédito ilimitado para socorrer al papa.—Breves pontificios otorgados en agradecimiento al rey de España.—Muerte del papa Pio VI.—Novedad en la disciplina eclesiástica española.—Guerra de escuelas con este motivo.—El ministro Urquijo apoya á los reformadores.—Sus ideas respecto á la Inquisicion.—Proclamacion del papa Pio VII.—España le reconoce.—Escasísimos adelantos en la administracion de justicia en este tiempo.—Pruebas de poca cultura y civilidad.—Groseras costumbres populares.

Habia llevado el príncipe de la Paz al gobierno, pocos meses antes de su caida, si no enteramente por inspiracion propia, aceptando con gusto la indicacion que alguno de sus amigos le hizo, dos hombres ilustres, á quienes el rey por su consejo encomendó los ministerios de Hacienda y Gracia y Justicia, don Francisco Saavedra y don Gaspar Melchor de Jovellanos. Mereció sin duda alabanza entonces y ahora el príncipe de la Paz por haberse asociado en el gobierno personas tan capaces y tan dignas. Especialmente Jovellanos, propuesto por su amigo el conde de Cabarrús, llevaba ya una gran reputacion como sabio jurisconsulto y magistrado integérrimo, como político y economista, como hombre de una erudicion tan brillante como profunda; que de todo habia dado públicas é inequívocas pruebas, ya en el desempeño de sus cargos, ya principalmente en las muchas obras que su fecundo ingenio habia ya producido. Sacando el príncipe de la Paz á este hombre ilustre del rincon de Asturias á que le habian hacia años relegado, nombrándole primero embajador de Rusia y

(1) Memorias póstumas, publicadas por el marqués de Nibbiano, capítulo último.

(2) Aludia evidentemente al título de protector y gran maestro de la órden de San Juan.

(3) Gaceta de Madrid de 13 de setiembre de 1799



casi acto continuo ministro de la corona en España, dió un testimonio de aprecio y consideracion al mérito, que toda la nacion vió con placer; si bien se discurría y sospechaba que no podrían concertarse y avenirse las ideas y las costumbres del ministro favorito con las costumbres y las ideas de los dos nuevos miembros que había llevado al gabinete.

Mas aunque todo el mundo presumió que Saavedra y Jovellanos se alegraron, como entonces se alegró el pueblo, de la exoneracion del príncipe de la Paz (28 de marzo, 1798), es lo cierto que aquellos dos ilustres amigos, teniendo presente la gratitud que le debían por haberlos elevado al ministerio, no solo no quisieron cooperar, sino que se opusieron al empeño que muchos mostraron y con que los excitaban á acabar de perder al valido, añadiéndose á esta honrosa consideracion el justo miramiento á las personas del rey y de la reina, á quienes de cierto habrían ocasionado graves disgustos en diversos sentidos los medios que para perseguir al príncipe de la Paz les proponían algunos de sus mas rencorosos enemigos; y así se contentaron con que le apartaran de los negocios públicos.

Correspondiendo Jovellanos á lo que de su ilustracion y de su amor á las ciencias y las letras se esperaba, y guiado por aquella máxima que consignó en su informe á Carlos IV: «Ya no es un problema, es una verdad generalmente reconocida, que la instruccion es la medida comun de la prosperidad de las naciones, y que así son ellas poderosas ó débiles, felices ó desgraciadas, segun son ilustradas ó ignorantes:» emprendió la reforma de los estudios, comenzando por los de la universidad de Salamanca, la primera en consideracion por su fama tradicional, y cuyas enseñanzas hemos dicho ya en otra parte hasta qué punto se habían viciado. Para realizar tan noble y útil pensamiento puso los ojos en uno de sus mayores amigos, docto y virtuoso prelado, conocido ya en todo el reino por su vasta erudicion y por sus prendas apostólicas, á saber, el esclarecido don Antonio Távira, obispo de Osma. No podía hacerse eleccion mas acertada para objeto tan importante y delicado. Al efecto propuso al rey la conveniencia de su traslacion á la mitra de Salamanca, donde podría dedicarse con quietud y reposo al desempeño de la honrosa comision que se le iba á confiar. El rey accedió á ello (6 de julio, 1798), y así lo expresó en el real decreto de su nombramiento (1).

(1) «Atendiendo S. M. (decía el decreto) á la urgente necesidad que hay de mejorar los estudios de Salamanca, para que sirvan de norma á los demás del reino, y á las dotes de virtud, prudencia y doctrina que requiere este encargo, y que concurren en el Ilmo. Señor D. Antonio Távira, obispo de Osma, ha venido en nombrarle para el obispado de Salamanca, que se halla vacante por la promocion del Excmo. Señor don Felipe Fernandez Vallejo al arzobispado de Santiago, á fin de que, trasladado al expresado obispado de Salamanca, pueda desempeñar mas fácilmente las órdenes que se le comunicarán acerca de tan importante objeto.»

El obispo Távira, natural de Iznatoraf, provincia de Jaen, fué uno de los mas ilustres, sabios y virtuosos prelados que cuenta la Iglesia española. Doctor y catedrático de la universidad de Salamanca, filósofo, teólogo, versado en lenguas sabias de las cuales poseía el griego, el hebreo, el caldeo, el siríaco y el árabe, despues capellan de honor, predicador de Su Majestad, de quien decía Carlos III: *Távira predica la verdad, y quiero que la oigan mis hijos*: despues del fallecimiento de aquel monarca se le denunciaron á Carlos IV como sospechoso en sus creencias y respondió el rey: *Se conoce que no habeis oido sus pláticas é instrucciones*. Amigo de Jovellanos, de Cabarrús, de Melendez Valdés, de Lardizabal y de otros eruditos de este último reinado, como lo había sido de don Manuel de Roda, de Campomanes y de otros sabios del de Carlos III, miembro de las Reales Academias, y escritor modesto, ejerció por muchos años en la corte una especie de magistratura en la epública de las letras. Nombrado prior trienal de la casa de Uclés, arregló aquel rico archivo, é ilustró con eruditas notas sus preciosos códices, al propio tiempo que hacía cultivar y fertilizar vastos terrenos hasta entonces incultos, y convertía campos eriales en jardines y alamedas. Empezó á su costa las célebres excavaciones de Cabeza del Griego, en que tan apreciables monumentos de la antigüedad se descubrieron. Sacado de allí para sentarle en la silla episcopal de Canarias sin que le sirviera la insistencia con que lo rehusó, dejó en aquellas islas tal fama de virtud y de caridad apostólica, que hasta en la tribuna nacional de Francia resonaron los elogios del prelado español. Traslado por causas de salud á la iglesia de Osma, tuvo la dulce satisfaccion y agradable sorpresa de encontrar los estudios de aquella universidad en brillante estado, merced al plan formado para

No era solo la reforma de los estudios y de las universidades lo que se proponía Jovellanos: proyectaba tambien, si no suprimir la Inquisicion, al menos obligar al Santo Oficio á que sustentase los procesos y fallase por las reglas comunes del derecho, que atendida la indole de aquel tribunal equivalía á su abolicion, y era lo mismo que había intentado el ex-obispo de Astorga, arzobispo de Selimbria é inquisidor general, don Manuel Abad y Lasierra, con tan desgraciado éxito que le costó ser condenado á reclusion en el monasterio de Sopetrán. Algo templó los rigores inquisitoriales el príncipe de la Paz, pero contrariedades que no pudo ó no supo vencer hicieron que dejaran de realizarse medidas ya acordadas que habrían quebrantado mas su poder. Sabedor Jovellanos de que el canónigo y secretario de la Inquisicion de corte don Juan Antonio Llorente había trabajado por orden del mismo Abad y Lasierra, un plan completo de reforma para corregir la arbitrariedad y el misterio de los procedimientos del Santo Oficio, con el título de *Discursos sobre el orden de proceder en los tribunales de la Inquisicion*, pensó seriamente en poner en ejecucion este plan.

Pero así su proyectada reforma de los estudios como de la Inquisicion se quedaron sin realizar, por haber sido Jovellanos exonerado del ministerio de Gracia y Justicia (24 de agosto, 1798), reemplazándole don José Antonio Caballero, fiscal togado del Consejo supremo de la Guerra. Dióse á Jovellanos plaza efectiva en el de Estado con el sueldo correspondiente, pero se le mandó volver á Asturias para que siguiera desempeñando las comisiones que había tenido á su cargo antes de ser ministro, en cuya virtud, llegado que hubo á Gijón, consagróse al fomento y prosperidad de su querido Instituto Asturiano, creacion de que justamente se envanecía. La circunstancia de haber sido encomendada pocos dias antes (13 de agosto) interinamente la secretaria de Estado al oficial mayor de ella don Mariano Luis de Urquijo por enfermedad del ministro don Francisco Saavedra, y de haber padecido en aquellos dias Jovellanos ciertos cólicos que no había experimentado nunca y que le obligaron á tomar las aguas de Trillo, indujo á algunos á pensar que un agente vil y una mano oculta habían intervenido en la alteracion de la salud de uno y otro ministro (2). Tanto estas separaciones, como la persecucion que despues sufrieron, y muy especialmente la de Jovellanos, de que daremos cuenta á su tiempo, han sido generalmente atribuidas á intrigas y manejos de la reina y del príncipe de la Paz, á quienes abochornaba y ofendía el saber, la moralidad y el aprecio público de aquellos dos ministros. Esfuérase el príncipe de la Paz en justificarse de esta imputacion, achacando toda la culpa al siniestro influjo del nuevo ministro Caballero, hombre en verdad nada recomendable, á propósito solo para hacer papel en una corte corrompida, para prestarse á servir de instrumento á los mas torcidos fines, y para ejecutar los servicios mas afrentosos (3). Pero en este,

ella por su buen amigo el ilustre conde de Campomanes. Ocupado estaba el buen Távira en fomentarlos mas, y en erigir una casa de educacion para niños expósitos y otros análogos establecimientos, cuando le fué ordenado trasladarse á la iglesia de Salamanca con el objeto que antes hemos manifestado.

La separacion de Jovellanos del ministerio de Gracia y Justicia á que nos referimos en el texto, paralizó el gran pensamiento que el ministro había concebido, y el prelado iba á ejecutar. Consagróse pues Távira á los ejercicios pastorales del apostolado, siendo un vivo y asiduo ejemplo de caridad y de virtud, pero sin que esto le libertara de ser censurado por los fanáticos de jansenista, nombre que la ignorancia ó la mala fe aplicaba á todo el que tendía á corregir abusos ó disipar errores de viejas doctrinas, y este eco resonó en los salones de la Inquisicion. En el concilio nacional de Francia celebrado en aquella época se leyó una notable pastoral del prelado Salmantino, y se le dieron justas alabanzas. Algunos años despues murió este ornamento de la Iglesia española en una honrosa pobreza.—Villanueva, Vida Literaria.—Muriel, Reinado de Carlos IV.

(2) Así piensa don Andrés Muriel, tomo IV de su historia inédita de este reinado.

(3) Así le califica el mismo Muriel.—La justificacion que de sí mismo hace el príncipe de la Paz sobre este hecho, puede verse en el capítulo 48 de sus Memorias.—Don Juan Antonio Llorente, en el capítulo 43, art. 3.º de su Historia de la Inquisicion, atribuye la caída de Jo-



como en otros puntos, olvidóse el príncipe de la Paz, al intentar su justificación, de lo que en sus correspondencias confidenciales había dejado escrito bajo su firma y que el tiempo podría revelar. Así hemos podido nosotros adquirir la certeza de que si en este hecho criminal y concreto que aquí apuntamos, si acaso existió, pudo no tener parte el valido de los reyes, la tuvo sin duda, y no pequeña, en la persecución que algo más adelante se movió á aquel ilustre patricio (1).

En cuanto á las dos principales reformas intentadas por Jovellanos, corrieron bien diversa suerte después de su separación. La de los estudios de Salamanca hízola el ministro Caballero su sucesor, pero hízola de acuerdo con algunos rancios profesores de la antigua escuela, en opuesto sentido al que Jovellanos y el sabio Tavira se proponían, y mas que reforma fué una verdadera reacción en favor de la viciosa enseñanza que se estaba dando. No sucedió así con la reforma inquisitorial. El ministro Urquijo era amigo de los reformadores franceses, y adicto á sus doctrinas; y como al año siguiente ocurrieran varios casos, de ellos uno en Barcelona y otro en Alicante, allí con el cónsul francés y aquí con el de la república holandesa, en que la Inquisición se excedió en la ocupación y registro de sus papeles so color de ser anti-religiosos, aprovechó Urquijo aquella ocasión para enfrenar al tribunal de la Fe é impedirle el ejercicio de ciertas atribuciones que se arrogaba, y aun habría propuesto al rey su entera supresión si hubiera durado mas su ministerio.

La parte mas aflictiva de la situación interior del reino en este período era el estado lastimoso del tesoro público, y la falta de un sistema administrativo acertado y prudente, que pudiera, ya que no remediar del todo aquel mal, por lo menos aliviarle. Interrumpidas nuestras comunicaciones con los dominios de América, precisados á mantener en pié de guerra un ejército y una fuerza naval considerable por espacio ya de muchos años, paralizado el comercio interior y exterior, nuestra alianza con la república francesa y los compromisos y los gastos que de ella se derivaban nos empobrecían cada día mas, y las medidas económicas que se dictaban para cubrir enormes atenciones, ó eran inoportunas, ó ineficaces, ó irrealizables, y por huir de aumentar los impuestos iba creciendo cada año el déficit, y al compás del déficit anual crecían también anualmente las dificultades. En otro capítulo expusimos cuál había sido la marcha económica del gobierno hasta la retirada del príncipe de la Paz de la dirección del Estado, y cuál el informe de la Junta de Hacienda creada por el ministro don Francisco Saavedra para que propusiera los medios y arbitrios de aumentar las rentas públicas y ocurrir á las necesidades ordinarias y extraordinarias del servicio.

Terminaba esta junta su informe con las notables palabras

vellanos á su proyecto de reforma inquisitorial y haber sido delatado como filósofo anti-cristiano y enemigo del Santo Oficio.—Cean Bermúdez, en sus Memorias para la vida de Jovellanos, solo dice que en su indisposición «se halló un pretexto, que manejado por la calumnia con todas las artes y recursos que dictaban la envidia y el temor, produjo el decreto de exoneración.» Pero también había indicado antes cuáles podían ser los motivos de este temor y de esta envidia, y son los que nosotros creemos, á saber: que la reina había observado desde la entrada de aquellos dos ministros, que en la exposición que al rey hacían de los males de la nación, causa á que los atribuían, y remedios que le proponían aplicar, comprendió que tendían á la ruina del favorito, y cuando comprendió que comenzaba á advertir el monarca la diferencia de unos á otros nombres y los peligros en que Godoy le ponía, meditó los medios de deshacerse de ellos.

(1) En carta confidencial de Godoy á la reina, 5 de febrero de 1801, hallándose los reyes en el Sitio y el príncipe en Madrid, le decía entre otras cosas: «Sé, señora, que los enemigos de VV. MM. y míos aprovechan la ausencia y se hacen corrillos de continuo; pienso que este mal debe cortarse ahora mismo: Jovellanos y Urquijo son los titulares de la comunidad, sus secuaces son pocos, pero mejor es no exista ninguno. Yo iría al Sitio el domingo ó lunes, pero desearía aprovechar el viaje para saber la decisión de Portugal, desvanecer ese complot que rodea á Vuestas Majestades y volverme sin dudas sobre cosas de tanta magnitud. Cornel es uno de los que deben no existir... algunas otras personas de las que están mas inmediatas, y otras que hay en Madrid deben tener también parte en el plan, para quedar seguros por ahora de los enemigos inmediatos...»—Archivo del ministerio de Estado: Correspondencia de Godoy con los reyes.

siguientes: «Señor: La junta siente sobremanera haber tenido que afligir el corazón paternal de V. M.; pero se trata de su corona, de su persona, de las de sus hijos, y sobre todo de esta familia inmensa que le ama y que la Providencia confía á su cuidado; se trata de los intereses mas sagrados de la humanidad, del orden social, de la moral y de la religión, que se sobresaltan con los amagos de las convulsiones, de la anarquía, compañera inseparable de la disolución de los Estados. Todavía es tiempo de salvarlo todo. V. M. hallaría el premio de los sacrificios personales que hiciere, en su conciencia, en las bendiciones de los pueblos y en la justicia de la posteridad.» Harto manifiesta este cuadro la gravedad del mal y la necesidad de los sacrificios que la junta proponía. La corte se asustó, temerosa de aumentar, con algunas de las medidas, que las había enérgicas y radicales, el descontento público, que era ya muy general contra ella, y aun se ofendió de la entereza y de la libertad con que hablaba la junta. El ministro de Hacienda Saavedra, que había pasado á serlo también de Estado, aun antes de la enfermedad en que luego cayó, había suplicado al rey le diese una persona de celo y de inteligencia que le ayudara á desempeñar el cúmulo de negocios á cuyo examen él no podía dedicarse teniendo que atender á las dos secretarías. El monarca nombró entonces (18 de mayo, 1798) superintendente general de la real Hacienda, con la dirección de la secretaría del despacho del ramo, á don Miguel Cayetano Soler, consejero que era de Hacienda, y honorario de Castilla, el cual desde entonces, y mucho mas desde que Saavedra enfermó, fué el verdadero ministro de Hacienda, como Urquijo lo era de Estado, aun cuando Saavedra conservara ambas secretarías.

La primera medida que por el nuevo ministerio se tomó para remediar las escaseces del erario y acudir á los gastos siempre crecientes de la guerra, fué hacer un llamamiento patriótico á los españoles, proponiendo dos suscripciones en España y en las Indias (27 de mayo, 1798), la primera de un donativo voluntario en dinero ó en alhajas de oro ó plata, la segunda de un préstamo sin interés, igualmente voluntario, á reintegrarse por el gobierno en diez plazos al fin de cada uno de los diez años siguientes á los dos primeros de la paz, cuando esta se hiciese. El rey y la reina quisieron alentar el espíritu nacional, siendo los primeros á dar ejemplo de desprendimiento, cediendo la mitad de las asignaciones que se hacían á la tesorería mayor para sus bolsillos secretos (5 de junio de 1798), y enviando á la casa de moneda todas las alhajas de plata de la real casa y capilla menos precisas para el servicio de sus personas y del culto divino (2). La lealtad española no dejó de responder á la voz y al ejemplo de sus soberanos, habiendo quien á falta de metálico ofrecía su propiedad inmueble, y mayorazgos que proponían la venta de sus bienes vinculados si se les permitía disponer de ellos para el préstamo; pero así y todo el recurso era demasiado ténue para tan grandes y tan urgentes necesidades.

En su vista se dictó en solos dos días (24 y 25 de setiembre de 1798) una serie de reales cédulas prescribiendo las disposiciones y arbitrando los recursos siguientes: 1.<sup>a</sup> Dando á los poseedores de mayorazgos, vínculos y patronatos de legos facultad de enajenar sus fincas, imponiendo sus valores en la caja de amortización al interés de 3 por 100 pagadero desde el día mismo de la entrada del dinero en caja: 2.<sup>a</sup> Prohibiendo hacer depósitos judiciales, y trasladando todos los que hubiere á las tablas numularias del reino ó á la misma caja de amortización: 3.<sup>a</sup> Mandando trasladar á la misma y con el propio interés todos los caudales secuestrados por quiebras: 4.<sup>a</sup> Disponiendo que entraran en la mencionada caja y devengando el mismo rédito los fondos y rentas de los colegios mayores de Salamanca, Valladolid y Alcalá, corriendo su recaudación á cargo del superintendente general de la real Hacienda: 5.<sup>a</sup> Agregando é incorporando á esta los bienes que quedaban de las temporalidades de los jesuitas, y que la superintendencia de ellas, antes creada, pasase al ministerio: 6.<sup>a</sup> Estableciendo una contribución sobre los legados y herencias en las sucesiones trasversales: 7.<sup>a</sup> Ordenando la enajena-

(2) Suplemento á la Gaceta de Madrid del martes 19 de junio 1798.



ción, á beneficio de la caja, de todos los bienes pertenecientes á hospitales, hospicios, casas de misericordia, de reclusion y de expósitos, cofradías, memorias, obras pías y patronatos de legos, é invitando á los obispos á que promoviesen con igual fin y con las mismas condiciones la enajenación de los bienes correspondientes á capellanías colativas, y cualesquiera otras fundaciones análogas que tocasen á su fuero (1).

Muchas ilusiones se hacia el nuevo ministro sobre el resultado de tan considerable número de arbitrios, y mucha confianza tenia en restablecer con ellos el crédito español á los ojos de Europa, y así se lo escribía al embajador Azara (2). Pero la prueba de lo pronto que vió desvanecerse aquellas ilusiones fué la cédula de 17 de octubre (1798), abriendo un préstamo de 400.000,000 de reales, distribuidos en 160,000 acciones de á 2,500 reales cada una, señalando los plazos para su reembolso, que se anticiparon á los pocos días para inspirar mas confianza. Mas esta no venia, por mas que menudeaban y se sucedían unas á otras las órdenes é instrucciones para la mas pronta y ventajosa ejecución de todas las providencias enumeradas, inclusa la de conceder á los poseedores de vínculos ó mayorazgos la facultad de reservar para sí la octava parte del valor de los bienes que vendieran, con tal que impusieran en la caja el resto de su producto, é inclusa también la pena de suspensión á las justicias que descuidaban el cumplimiento de lo ordenado respecto á depósitos judiciales. Menester fué nombrar otra Junta suprema de Hacienda (11 de enero, 1799), para dirigir las enajenaciones, con jurisdicción y facultades propias, é independientes de todos los consejos, chancillerías, audiencias y demás tribunales del reino, autorizada para resolver de plano y sin forma de juicio (3).

No bastaron los esfuerzos de la nueva Junta, ni el haber mandado poner en la caja de amortización la quinta parte neta de los fondos, así en dinero como en granos, de los pósitos del reino, con la obligación de pagarlo todo en metálico, así lo que tuviesen en efectivo, como lo que conservaran en especie, siendo de su cuenta darlo por vendido al precio corriente. A muy poco tiempo se hizo otra nueva creación de vales (8 de abril, 1799) por valor de 53.000,000 de pesos, con el rédito de 4 por 100, destinando al pago de los intereses no solo las antiguas hipotecas, sino otras nuevas, que parecieron bastantes para hacer frente al rédito anual de la deuda, que era de cerca de 88.000,000. Mas como esta creación fuese hecha para realizar los pagos y negociaciones de la real hacienda dando á los vales igual valor que al metálico, en un tiempo en que estaba ya en tan gran descrédito el papel moneda, acrecentóse mas y mas la desconfianza, y aquella medida produjo una consternación general.

Vióse que con la creación y con las medidas de la Junta Suprema de Amortización, en vez de remediarse ó menguar, se aumentaban y crecían los apuros del tesoro y el descrédito de los vales, y se acordó mudar de mano, se suprimió la junta de 11 de enero (6 de julio, 1799), restableciendo la caja de amortización al ser y estado que tenia cuando se erigió por real decreto de 12 de enero de 1794. Pero un genio fatídico y siniestro parecía inspirar entonces á los encargados de dirigir la administración. Motivo daría para pensar así la real cédula que á consulta del Consejo Real se expidió (17 de julio, 1799), mandando que se reconociesen los vales como moneda verdadera, salvo un 6 por 100 de baja de su primitivo valor, cuya diferencia se prometía extinguir hasta igualar enteramente el papel con el metálico, y no permitiendo que en los pagos se hiciese distinción alguna entre el oro, la plata y los vales. Se mandó además establecer en las plazas principales ciertos bancos ó cajas de reducción para los casos urgentes ó apurados. El que denunciara haberse hecho una operación en que no se admitiese el papel como moneda, recibiría en premio la

mitad de los valores denunciados. Providencia fatal que llevó la desconfianza, el descrédito, la confusión y el desorden al mayor extremo imaginable.

Para auxiliar y fomentar aquellas cajas ó bancos, que el gobierno miraba como áncora de salvación, para mantener el crédito de la deuda pública y sostener el del comercio, el Consejo de Hacienda mandó suspender la incorporación á la corona de los oficios enajenados, imponiendo á sus poseedores el servicio de la tercera parte de su valor que pagaría en la caja (9 de noviembre, 1799): aplicar á las mismas un servicio anual que se impuso á todo el reino (10 de noviembre) sobre criados y criadas, caballos y mulas, fondas, hosterías, confiterías, almacenes, tabernas, casas de juego, tiendas de todas clases, y sobre una multitud de objetos, principalmente los de lujo (4): la mitad de los caudales que vinieran de América; un subsidio de 300.000,000 de reales por repartimiento entre los pueblos, con proporción á su riqueza, y dejando á los mismos la facultad de buscar arbitrios que, sin ser gravosos á los pobres, produjeran la expresada suma (12 de noviembre): el

(4) Hé aquí la tarifa de este impuesto:

*Criados*

|                                                             |        |         |
|-------------------------------------------------------------|--------|---------|
| Por un criado. . . . .                                      | 40 rs. |         |
| Por el segundo. . . . .                                     | 60     |         |
| Por el tercero. . . . .                                     | 90     |         |
| Por cada uno desde el 4.º hasta el 10.º. .                  | 135    |         |
| Por cada uno desde el 10.º hasta el 20.º exclusive. . . . . | 202    | 17 mrs. |
| Por cada uno desde el 20.º á los demás. .                   | 803    | 8       |

*Criadas*

|                                                        |     |    |
|--------------------------------------------------------|-----|----|
| Por una. . . . .                                       | 20  |    |
| Por la segunda. . . . .                                | 30  |    |
| Por la tercera. . . . .                                | 45  |    |
| Por cada una desde la 4.ª á la 10.ª exclusive. . . . . | 67  | 17 |
| Por cada una desde la 10.ª á las demás. .              | 101 | 8  |

*Mulas y caballos*

|                                                            |     |    |
|------------------------------------------------------------|-----|----|
| Por una mula. . . . .                                      | 50  |    |
| Por la segunda. . . . .                                    | 75  |    |
| Por la tercera. . . . .                                    | 112 | 17 |
| Por la cuarta. . . . .                                     | 168 | 25 |
| Por cada una desde la 5.ª hasta la 10.ª exclusive. . . . . | 253 | 3  |
| Por cada una desde la 10.ª á las demás. .                  | 379 | 21 |

La cuota de los caballos era de una mitad, eximiendo de la contribución las mulas y caballos de la labranza y trajino de frutos y géneros, los que se empleaban en fábricas y artefactos, y los caballos padres registrados.

*Coches*

|                                          |         |
|------------------------------------------|---------|
| Por uno. . . . .                         | 120 rs. |
| Por el segundo. . . . .                  | 180     |
| Por el tercero. . . . .                  | 270     |
| Por cada uno desde el 4.º á los demás. . | 400     |

Este servicio se entendía con todo coche, berlina, cupé, silla ú otro carruaje de igual clase, de ciudad ó de camino, que estuviera en ejercicio por la persona del dueño ó sus dependientes, exceptuando solo los carros, galeras y carretas de conducción de frutos y géneros. Los calesines y otros carruajes de dos ruedas pagaban la mitad.

*Fondas, tiendas, etc.*

|                                                                 |         |
|-----------------------------------------------------------------|---------|
| Por cada fonda. . . . .                                         | 800 rs. |
| Por cada tienda de géneros ultramarinos. .                      | 600     |
| Por cada hostería, botillería ó confitería. .                   | 400     |
| Por cada taberna. . . . .                                       | 100     |
| Por cada tienda de vinos generosos, licores ó perfumes. . . . . | 200     |
| Por cada casa de juego permitida. . . . .                       | 600     |
| Por cada tienda de abacería. . . . .                            | 100     |
| Por cada tienda de telas pintadas de algodón ó lino. . . . .    | 300     |
| Por cada una de sedas ó paños. . . . .                          | 500     |
| Por cada una de quincalla. . . . .                              | 380     |
| Por cada lonja cerrada. . . . .                                 | 600     |
| Por cada posada pública. . . . .                                | 100     |
| Por cada posada secreta. . . . .                                | 150     |

(1) Colección de pragmáticas, cédulas, etc., del reinado de Carlos IV.

(2) En carta de 23 de setiembre de 1798.

(3) Compusieron esta junta, el arzobispo de Sevilla don Antonio Despuig, dos consejeros reales, Vilches y Codina, uno de Indias, Gutierrez de Piñeres, otro de Hacienda, don Manuel Sixto de Espinosa, y dos secretarios sin voto, contadores de las temporalidades de los jesuitas.



producto de una gran rifa que se concedió á las cajas (1.º de diciembre, 1799), con variedad de suertes, y en premios pagaderos ó por una vez ó en rentas vitalicias (1): varios otros arbitrios sobre los fondos de pósitos. Y además se dieron muchas instrucciones y se estrecharon las órdenes (27 de diciembre) á fin de activar las ventas de los bienes vinculados, obras pías y memorias, y para la mas pronta ejecucion de los siete reales decretos de 19 de setiembre.

Sin duda los hombres del gobierno y de la administracion fiaron muy poco en la eficacia de todas estas medidas, no obstante la aparente confianza del ministro, ó fiaban menos en su ciencia, ó en la inteligencia y probidad de los empleados civiles, cuando discurrieron apelar al apoyo del clero para levantar el crédito del papel moneda é ir extinguiendo los vales. Formóse en efecto una junta compuesta de catorce prebendados, sacados la mitad de las siete iglesias metropolitanas, la otra mitad de las sufragáneas, nombrándose comisario régio de esta junta al intendente de Guadalajara don Santiago Romero. Llamóse *Junta eclesiástica de vales reales*, y fueron individuos de ella dos ilustrados canónigos, el uno de Calahorra, don Juan Antonio Llorente, autor de la *Historia de la Inquisicion*, el otro magistral de Tarragona, despues arzobispo de Palmira, don Félix Amat, autor de la *Historia eclesiástica*, los cuales nos han dado noticia de los planes y proyectos que en ella se formaron, como que cada uno de los dos hizo el suyo. Llorente, que fué el secretario de la junta, decia en su proyecto que las rentas eclesiásticas debian valer al tesoro 150.000,000 de reales al año, pues si no producian mas que sesenta, consistia en el modo como se administraban. Se encargaria el clero de la administracion de los vales, teniendo á sus órdenes las oficinas y empleados. Para pagar los intereses y verificar sucesivamente la amortizacion se le dejarian todas las contribuciones que pagaba (2), y además las rentas de correos, cruzada, etc. Al efecto se estableceria en Madrid una junta de seis prebendados, á cuyo cargo correria la direccion de todas las operaciones (3). El proyecto de Amat se diferenciaba de este, aunque convenia en el fondo (4).

(1) Las condiciones, circunstancias y pormenores de esta célebre rifa pueden verse en la real cédula citada. Es principalmente curioso todo lo relativo á las diez y seis mil acciones de rentas vitalicias, y á sus premios, que se habian de sacar de setenta y cinco sorteos. De ello puede ser una muestra el siguiente artículo, que es el IX: «El valor específico de cada accion ó suerte se determinará por el modo con que á voluntad de los interesados hayan de disfrutarse las rentas vitalicias, y segun las edades de las personas sobre cuyas vidas hayan de imponerse, á saber:

Si la renta se constituye sobre una sola vida para haber de gozarla desde el mismo dia de la imposicion, se asignará:

|                                          |           |
|------------------------------------------|-----------|
| Desde un año hasta 20 cumplidos. . . . . | 900 rs.   |
| Desde 21 á 30. . . . .                   | 990       |
| Desde 31 á 40. . . . .                   | 1080      |
| Desde 41 á 50. . . . .                   | 1260      |
| Desde 51 á 55. . . . .                   | 1600 etc. |

Seguia luego un estado, en cuyas casillas se comprendia lo siguiente: Edades actuales:—Valor de la renta despues de 20 años:—Idem despues de 25... etc.

El último artículo, que era el XXVII, decia: «Declaro por mí y á nombre de mis sucesores, que las referidas rentas vitalicias, como subrogadas con beneficio público en lugar de una porcion de los vales reales, son una deuda contraida por el bien del Estado, y en todos tiempos queda el Estado mismo obligado á su puntual satisfaccion, sin que jamás pueda admitirse duda ó controversia.»

(2) Contribuciones que pagaba el clero de España.

|                                             |            |
|---------------------------------------------|------------|
| Subsidios, antiguo y moderno. . . . .       | 11.000,000 |
| Excusado, ó casa mayor diezmera y novales.. | 17.000,000 |
| Diezmos de tercias reales. . . . .          | 12.000,000 |
| Mesas maestras de órdenes militares. . . .  | 4.000,000  |
| Encomiendas unidas á la real hacienda. . .  | 4.000,000  |
| Monte pío benefical.. . . .                 | 2.000,000  |
| Pensiones sobre mitras.. . . .              | 4.000,000  |
| Medias annatas y mesadas. . . . .           | 1.000,000  |
| Vacantes de prebendas. . . . .              | 1.000,000  |
| Pensiones á la órden de Carlos III.. . . .  | 1.500,000  |
| Total.. . . .                               | 57.500,000 |

(3) Noticia biográfica de don Juan Antonio Llorente.

(4) Hé aquí el plan de Amat: «El clero cargue con el pago de intere-

Aunque al decir de los autores de estos planes, y de algun historiador contemporáneo, al solo rumor de que S. M. aprobaba el plan eclesiástico, bajaron un 13 por 100 en pocos dias los descuentos de los vales, y aunque se imprimieron y dirigieron á los prelados y cabildos circulares reservadas, y se obtuvo la adhesion de casi todos, bien que no sin gran repugnancia de parte de muchos, y aunque el rey manifestó á la junta estar muy satisfecho de su amor á la real persona y al bien de sus vasallos, el plan quedó sin efecto, tal vez porque se consideró demasiado favorable al clero, y porque no faltó quien persuadiera al rey de que tales concesiones al estado eclesiástico equivalian á poner la suerte del reino en sus manos (5).

Resultado de todos estos arbitrios y recursos, de todas estas juntas civiles y eclesiásticas, de todas estas emisiones de valores, de todas estas cajas de reduccion, de todos estos esfuerzos de los hombres y de todos estos sacrificios impuestos al pueblo, fué un déficit de aquel año para el inmediato de mas de trescientos millones, que unido á los que de tres años atrás venian pesando sobre el tesoro, constituia el asombroso déficit de mas de mil doscientos millones (6). Pero se comprende bien y deja de asombrar este resultado, si se considera que además del funesto sistema económico que se seguia, además de los cuantiosos dispendios de la guerra, no pasando los productos de las rentas de unos seiscientos veinte millones, poco mas ó menos, mas de ciento los consumia solamente la casa real (7).

ses de los vales usados hasta ahora, y con el cuidado de su extincion. Se le consigna á este fin todo lo que el clero paga al Estado, como excusado, subsidios antiguo y moderno, vacantes, etc., etc. Además se le consigna el producto líquido de otras muchas rentas, que administrará, como antes las reales oficinas. De estos fondos se pagarán: 1.º los intereses de los vales: 2.º los intereses de los préstamos que últimamente hicieron las iglesias: 3.º una duodécima parte cada año del capital de estos préstamos: 4.º se extinguirán los vales. Si falta para llenar estos objetos, la tesorería añadirá, y si sobra, lo recibirá. En Madrid habrá una Junta de Direccion general compuesta de seis prebendados, y en cada diócesis el cabildo administrará los ramos á ella pertenecientes. Los cabildos administrarán á coste y costas, esto es, sin exigir nada por derecho de administracion. El clero hará el nuevo servicio de pagar por el espacio de veinte años duplicado el subsidio antiguo. La Junta de Direccion general consultará á S. M. los medios de temperar el decreto sobre vacantes, de modo que ni falte el servicio de las iglesias, ni quede el erario privado de los recursos que este decreto le facilita. Determinará tambien cuáles fincas eclesiásticas deben venderse, y cuáles no; uno y otro recibiendo informes de los respectivos prelados y cabildos. Los actuales administradores de las rentas consignadas al clero á fines de diciembre le entregarán todas las existencias en dinero y frutos de este año, y el clero comenzará desde entonces su administracion y los pagos en la renovacion de vales de febrero.»—Apéndice á la vida de Amat, escrita por su sobrino don Félix Torres Amat, obispo de Astorga, nota 42.

(5) Esto es lo que dan á entender así Llorente como Amat, en sus respectivas obras citadas.—En este punto como en casi todos, están completamente desacordes don Andrés Muriel y el príncipe de la Paz, considerando el uno como una desgracia que se hubiera malogrado aquella ocasion de amortizar los vales y elevar el crédito, cosa que dice hubiera hecho el clero muy fácil y sencillamente, y achacando á intriga y manejo del príncipe de la Paz el haberse frustrado, y alegando el otro que por este medio habria logrado el clero tener en su mano la suerte del país, influir en los negocios políticos y tener al gobierno sujeto á sus miras ó antojos.—Muriel, *Historia MS. de Carlos IV.*—Godoy, *Memorias*.

(6) Exposicion del ministro de Hacienda, don Miguel Cayetano Soler al rey en 1799.—Es extraño que en esta Exposicion ó Memoria, en que el ministro hace la historia de los apuros que venia experimentando el tesoro y de los medios que se empleaban ó discurrían para remediarlos, no haga siquiera mencion de la creacion de la Junta eclesiástica, y por consecuencia tampoco de sus proyectos.

(7) De un estado de aquel tiempo que tenemos á la vista resulta que en el año 1799 se hicieron por cada ministerio los gastos siguientes:

|                                   |                 |         |
|-----------------------------------|-----------------|---------|
| Casa Real.. . . .                 | 105.180,774 rs. | 21 mrs. |
| Ministerio de Estado.. . . .      | 46.483,729      | 20      |
| Idem de Gracia y Justicia.. . . . | 7.962,367       | 10      |
| Idem de la Guerra.. . . .         | 935.602,926     | 10      |
| Idem de Hacienda.. . . .          | 428.368,513     | 10      |
| Idem de Marina.. . . .            | 300.146,056     | 24      |
| Total.. . . .                     | 1,823.544,368   | 16      |

En el propio año decia el ministro de Hacienda Soler en su Memoria:



Y sin embargo, en esta situación angustiosa y en medio de esta penuria se activaban y se repetían las expediciones navales para sostener la guerra con la Gran Bretaña, y teníamos valor para declarar la guerra á la Rusia. Y en medio de estas escaseces y apuros el rey Carlos IV mandaba abrir un crédito ilimitado para socorrer y asistir al desgraciado pontífice Pío VI, de modo que no le faltase nada en sus forzosas peregrinaciones y penalidades; rasgo de bondadosa generosidad propio de un monarca católico, sinceramente afecto al padre común de los fieles, en tanto que otros soberanos se contentaban, siendo católicos como él, con demostrar hacia el desventurado pontífice una compasión estéril: conducta que honra los piadosos sentimientos y la innata liberalidad de Carlos IV, y que le atrajo las constantes bendiciones de Su Santidad hasta que exhaló el último suspiro, pero con la cual acrecia las estrecheces que se estaban padeciendo en su propio reino. Verdad es que en premio de tan tierno interés y solicitud obtuvo el gobierno de Carlos IV del achacoso y perseguido papa varios breves otorgando subsidios eclesiásticos y otras gracias no menos importantes, que á nombre del rey impetró el ministro español don Pedro Labrador que le acompañaba en su peregrinación y destierro.

Fueron estos breves los siguientes: uno para la imposición de un subsidio de sesenta y seis millones de reales sobre el clero de España é Indias, en la misma forma que el del año 1795: otro para aplicar al erario las rentas de todas las encomiendas de las órdenes militares con facultad de vender los capitales de ellas para darles igual aplicación: otro aprobando el real decreto de enajenación de los bienes de hospitales, cofradías, patronatos y obras pías, á fin de imponer su producto en la caja de amortización al interés de 3 por 100; exhortando á los prelados á que hiciesen lo mismo en lo respectivo á los bienes de capellanías, beneficios y otros de su jurisdicción: y finalmente, otro prorogando la Bula de la Cruzada por veinte años, y por todo el tiempo que hubiese dificultad de acudir á Roma, si bien no accedió á la perpetuidad con que el ministro pretendía la concesión; como tampoco se atrevió á condescender en la aplicación al erario de la tercera parte íntegra de la renta de los obispos y arzobispos de España. Igual éxito tuvo la pretensión que por encargo del ministro Urquijo hizo don Pedro Labrador de que consintiese Su Santidad en que se restituyera á los obispos sus facultades primitivas, restableciéndose en todo su vigor la antigua disciplina de la Iglesia en este punto. El atribulado papa contestó á esto, que hallándose solo, sin la asistencia del colegio de cardenales, y por lo tanto privado de su consejo, no se consideraba en situación de poder resolver sobre materia de tanta importancia, ni de hacer una novedad de tal trascendencia.

Murió al fin, después de tantos achaques, trabajos y padecimientos de toda especie, el pontífice Pío VI de la manera que en otro lugar hemos dicho, el 29 de agosto de 1799 (1), á los ochenta y un años y ocho meses de edad, habiendo regido la Iglesia por espacio de más de veinticuatro años y medio, faltando poco para que su largo pontificado desmintiera la profecía universalmente recibida de que ningún papa ha de gobernar la Iglesia por espacio de veinticinco años como San Pedro. El rey manifestó pública y oficialmente el dolor que le había causado su fallecimiento; pero el ministro Urquijo tomó de él ocasión para hacer una variación esencial en el régimen de la Iglesia española; y en la misma *Gaceta* (de 10 de setiembre, 1799) en que se anunciaba la dolorosa muerte del pontífice, se publicó un real decreto devolviendo á los arzobispos y obispos toda la plenitud de facultades que habían tenido por la antigua disciplina de la Iglesia para las dispensas matrimoniales y otros asuntos, sin necesidad de acudir á Roma, hasta que el rey les comunicara el nombramiento de nuevo papa (2).

«Las obligaciones del Real Erario desde el 1.º de setiembre hasta fin de diciembre del año presente ascienden á 555.507,378 rs. Las rentas públicas producirán en dicho tiempo 204.148,714 rs. resultando un déficit total de 376.889,106 rs.»—Desconsuela ver en esta Memoria el cuadro lastimoso de nuestra hacienda.

(1) El 21 dice equivocadamente Muriel.

(2) «La divina Providencia (decía este documento) se ha servido lle-

Esta providencia no fué del mismo modo recibida y ejecutada por todos los prelados; pues no todos pensaban de la misma manera acerca de las atribuciones inherentes á la dignidad y jurisdicción episcopal, ó á su delegación de la Santa Sede, y así unos hicieron uso, y otros no, de la autorización de dispensar por sí en los impedimentos matrimoniales, pero sin que esta diversidad de opiniones turbara la paz entre los prelados.

No guardaron la misma medida otras personas. El decreto avivó la mal apagada lucha de escuelas: resucitaron las denominaciones de *jansenistas*, *jesuitas* y *molinistas*, aplicadas recíprocamente por los ciegamente adictos á la curia romana y por los afectos á las reformas eclesiásticas. Distinguiase la Inquisición, apoyada por el nuncio, en designar con epítetos injuriosos á sujetos muy respetables, los más señalados por su saber y su virtud, y el fanatismo los quería presentar como sospechosos de herejía solo porque sostenían las doctrinas en que se fundaba el real decreto (3). Declamábase en los púlpitos, y se abusaba de la influencia del confesonario; y aun se hubiera enardecido más la lucha con la publicación de folletos y opúsculos en los dos opuestos sentidos, si ya desde el principio del año no hubiera el gobierno con laudable previsión puesto coto á la libertad de imprimir escritos en que se trataban materias de esta clase con todo el apasionamiento de escuela, y mandado recoger todos los ejemplares de los que se habían publicado con los títulos de: *Liga de la Teología moderna con la Filosofía*, y *El pájaro en la Liga*, impugnación satírica este del primero (4). El gobierno anduvo también muy prudente en prohibir la circulación de otras obras que estaban ya preparadas, y que habrían hecho mucho daño en el estado de calor y de pasión en que los ánimos se encontraban (5). Pero así como los enemigos de toda reforma encontraban favor en la Inquisición, así los que lo eran del influjo de la curia romana contaban con el apoyo del ministro Urquijo, que estaba resuelto á reponer la Iglesia de España en sus facultades primitivas, y á plantear todas las consecuencias que en este sentido se desprendían del real decreto.

En cuanto á la elección de nuevo pontífice, indicamos ya en esta parte cómo se debió al consejo y á la diligencia del embajador español Azara que hallándose el anciano Pío VI prófugo en Siena, expidiera una bula determinando cómo había de congregarse el cónclave para la elección del que hu-

varse ante sí en 29 de agosto último el alma de nuestro Santísimo Padre Pío VI; y no pudiendo esperar de las circunstancias actuales de Europa, y de las turbulencias que la agitan, que la elección de un sucesor al pontificado se haga con aquella tranquilidad y paz tan debidas, ni acaso tan pronto como necesitaria la Iglesia; á fin de que entre tanto mis vasallos de todos mis dominios no carezcan de los auxilios precisos de la religión, he resuelto que hasta que Yo les dé á conocer el nuevo nombramiento de Papa, los arzobispos y obispos usen de toda la plenitud de sus facultades para las dispensas matrimoniales y demás que les competen, y que el tribunal de la Inquisición siga como hasta aquí ejerciendo sus funciones, y el de la Rota sentencie las causas que hasta ahora le estaban cometidas en virtud de comisión de los papas, y que Yo quiero ahora que continúe por sí. En los demás puntos de consagración de obispos y arzobispos, ú otros cualesquiera más graves que puedan ocurrir, me consultará la cámara, cuando se verifique alguno, por mano de mi primer secretario de Estado y del Despacho, y entonces, con el parecer de las personas á quien tuviera á bien pedirle, determinaré lo conveniente, siendo aquel supremo tribunal el que me lo represente, y á quien acudirán todos los prelados de mis dominios hasta nueva orden mía..... Tendráse entendido en mi Consejo y Cámara, y expedirá esta las órdenes correspondientes á los referidos prelados eclesiásticos para su cumplimiento.—En San Ildefonso á 5 de setiembre de 1799.

(3) Tales eran, el sabio obispo Tavera, el de Cuenca don Antonio Palafox, el arcediano de Avila, maestro del infante don Antonio, y otros ilustres varones, que solían reunirse en casa de la condesa de Montijo.

(4) *La Liga de la Teología*, obra del italiano Bónola, había sido traducida é impresa en castellano. La chistosa impugnación, titulada *El pájaro en la Liga*, se atribuyó al P. Fernandez, agustiniano.

(5) Como las traducciones de la *Tentativa Teológica* del portugués Pereira, del *Espritu de la jurisdicción eclesiástica* del abate italiano Césari, del *Obispado*, y *Dei diritti dell' Uomo*, publicada en Roma. El sabio Amat, á quien se consultó también sobre estas obras, se lamentaba del ardor con que luchaban en todos los terrenos los fanáticos de los dos partidos.—Vida de Amat, pág. 86.



biera de sucederle en la silla de San Pedro despues de su muerte, á fin de evitar un cisma en el estado de perturbacion y desquiciamiento en que se hallaban la Iglesia y las naciones de Europa, y cómo el mismo Azara trabajó para recoger las firmas de los cardenales que andaban dispersos. Así dispuesto todo con esta prevision, á la muerte de Pio VI se reunió en Venecia el cónclave (1.º de diciembre, 1799), compuesto de veinticinco cardenales. No hace á nuestro propósito referir las dificultades que sobrevinieron en los tres meses largos que duró aquella reunion. Al fin fué proclamado el cardenal Chiaramonte, el cual tomó el nombre pontifical de Pio VII. Contra la opinion y el deseo de Bonaparte y del gobierno francés, el monarca y el gobierno español reconocieron y aceptaron como legítimo el nombramiento, y Carlos IV mandó celebrar con Te-Deum y luminarias la exaltacion del nuevo padre comun de los fieles. Pero ya pertenece esto al período que habremos de examinar mas adelante, y veamos ahora lo demás que en lo tocante al gobierno interior de España se habia hecho.

En verdad se conoce que embargada la atencion y preocupados los ánimos de los gobernantes, en lo exterior con los preparativos, movimientos y sucesos de la guerra, en lo interior con las estrecheces, la penuria y los ahogos del tesoro, apenas en las colecciones y en la crónica oficial de este tiempo se registran actos de gobierno y providencias administrativas que no se refieran á los medios de levantar el crédito, de satisfacer los intereses de la deuda pública, de crear cajas de reduccion, de buscar arbitrios, de inventar recursos, de apelar á empréstitos, de promover ventas, de impetrar subsidios, de solicitar donativos, de arbitrar maneras cómo cubrir necesidades urgentes y atenciones perentorias, y cómo salir de los apuros y conflictos de cada dia, de cada hora y de cada momento. Pero pocas medidas encaminadas al desarrollo de la riqueza, providencias dirigidas al aumento de la produccion, ni disposiciones enderezadas á acrecer la materia imponible. Aquel movimiento de proteccion á la agricultura, á la industria, á la fabricacion, al comercio y á las artes, que iniciado en los reinados anteriores duraba en los primeros años del de Carlos IV, se veia languidecer en los últimos del siglo XVIII; pues solo se observan aisladas provisiones en favor de los industriales ó artistas, y esto solamente cuando ellos acudian en queja y reclamaban contra la violacion de franquicias ó derechos otorgados.

Ni en la administracion de justicia se ve que se efectuase, ni aun se intentase reforma alguna esencial. El aumento de alguna sala en tal cual audiencia y de algunos jueces en el tribunal de la Rota, reclamado por el número de los procesos y negocios; un real decreto declarando corresponder á los consejeros de Estado la precedencia de asiento ó lugar en las reuniones y solemnidades sobre todos los de los otros consejos y tribunales del reino; y una real cédula prescribiendo reglas para la provision, dotacion, promociones y ascensos de los corregidores y alcaldes mayores, duracion del servicio en cada clase, inamovilidad en sus empleos, y causas por qué podrian ser removidos y castigados (1), fué lo principal, ó mejor dicho, lo único que en esta materia se hizo en los dos años del último siglo que comprende este nuestro exámen, si bien es para nosotros indudable que se habrian efectuado otras mejoras si hubiera sido menos efimera la duracion del ilustre y sabio Jovellanos en el ministerio de Gracia y Justicia. Sin embargo, una providencia dictó el ministro Caballero, laudable en cuanto se dirigia á corregir el abuso, ocasionado á la in-

(1) Por esta real cédula se abolia el juicio de residencia á los corregidores, por gravoso á los pueblos y á los mismos residenciados, por inútil, y por ocasionado á corrupcion de parte de los jueces, y se sustituia el sistema de informes.—Se derogaba la gracia concedida á los abogados del colegio de Madrid y á los de las chancillerías y audiencias, para entrar á servir corregimientos de ascenso y de término.—El tiempo de servicio en cada corregimiento era seis años, cumplido el cual, la cámara debia consultarlos para otros de igual clase, ó de ascenso, segun sus méritos: ninguno habia de pasar á tercera clase, sin haber servido en la primera y segunda.—Ningun corregimiento de entrada habia de estar dotado con menos de mil ducados, etc.—Real cédula de 7 de noviembre de 1799.

moralidad, de venir á Madrid las mujeres ó hijas de los empleados de la carrera judicial á promover las pretensiones de sus maridos ó padres. El ministro mandó que no se admitiese ninguna solicitud hecha de este modo, ni se ascendiera ni mejorara á los empleados mientras no constase que aquellas se habian restituido á su compañía (6 de mayo, 1799). Y encargaba á los jefes que en sus informes expresaran siempre si se hallaban ó no reunidos con su familia, y las noticias que tuviesen de esta en el caso de estar separada ó ausente.

Tampoco fueron muchos los bandos de policía y buen gobierno que para el régimen de la capital publicaron en este tiempo los alcaldes de casa y corte, y los pocos que expidieron no dan ciertamente una idea aventajada de la civilidad y la cultura, ni de la moralidad del pueblo, como si en esto tambien se hubiera paralizado el impulso que Carlos III habia dado y la solicitud con que atendia á todo lo que fuera aseo y decoro público, como signo exterior y visible que es de la civilizacion de un país. Infiérese cómo se viviria en Madrid cuando hubo necesidad de mandar á los dueños ó administradores de las casas que hicieran poner en ellas puertas, en el término de un mes, y que estas fuesen seguras, de buena calidad y con llave, y que tuviesen luz desde el anochecer hasta las doce en que mandaban cerrar, «para evitar, decia el bando, los insultos y torpezas que se cometen en los portales» (21 de enero, 1799). Por bando de 8 de abril de 1798 se imponian penas de trabajos públicos y de destierro á los que sonrojaban, insultaban, y silbaban, y aun atropellaban y escarnecian á las señoras que en Semana Santa se presentaban en la calle con vestidos ó basquiñas moradas ó de otros colores. Y se ve que no solo fué ineficaz la providencia, sino que tuvo que ceder la autoridad á los groseros instintos del pueblo, puesto que al año siguiente por otro bando (16 de marzo, 1799) se ordenaba, «que para corregir algunos excesos que se han advertido en el uso de trajes menos decentes y modestos.... ninguna persona de cualquiera clase ó condicion, por privilegiada que sea, pueda en tiempo alguno usar basquiña que no sea negra, ni en esta fleco de color ó con oro ó plata, pena á la que contraviniese de ser castigada con todo rigor segun la calidad de su persona, además de ponerlo en noticia de S. M.»

Así se iba advirtiendo la decadencia interior, en riqueza pública como en ilustracion, en administracion como en cultura.

## CAPITULO IX

### España y la república.—El Consulado hasta la paz de Luneville

DE 1800 Á 1801

Francia y Europa despues del 18 de brumario.—Bonaparte primer cónsul.—Medidas políticas y administrativas.—Ofrece la paz á Europa.—No la admiten Inglaterra y Austria, y se apresta á la guerra.—Peligra, pero se restablece la amistad con España.—Guerra contra Inglaterra y Austria.—Campana de 1800.—Paso maravilloso de los Alpes.—Bonaparte en Milan.—Célebre sitio de Génova.—Massena.—Famosa batalla de Marengo.—Armisticio de Alejandría.—Bonaparte dueño de Italia.—Regresa á Paris.—Ovaciones: fiesta nacional.—Proposiciones de paz.—Congreso de Luneville.—Política de Bonaparte con el emperador de Rusia.—Liga de las potencias neutrales del Norte contra Inglaterra.—Conducta del primer cónsul con los reyes de España y con el príncipe de la Paz.—Mutuos regalos.—Berthier embajador en Madrid.—Propone hacer de la Toscana un reino para el infante español duque de Parma.—Alegría de Carlos IV.—Ajústase el tratado en San Ildefonso.—Interés de Bonaparte en disponer de la escuadra española de Brest.—Resistencia y firmeza de Mazarredo.—Contestaciones del primer cónsul con el gobierno español.—Venida del embajador Luciano Bonaparte.—Caída del ministro Urquijo.—Interviene en ella el pontífice.—Parte que tuvo el príncipe de la Paz.—Ceballos ministro de Estado.—Separacion de Mazarredo.—Paz de Luneville.

No era en verdad mas lisonjera la situacion de la Francia despues del 18 de brumario, y muchos y grandes esfuerzos tuvo que hacer el consulado provisional para ir poniendo algun orden en todos los ramos de administracion y de gobierno. El tesoro exhausto; las rentas en un déficit permanente; el ejército desnudo ó andrajoso; los soldados pidiendo limosna por los caminos; los realistas de la Vendée alborotados de nuevo;



los demagogos y revolucionarios agitándose en París y en las ciudades del Mediodía; el Austria dueña de Italia; Inglaterra, Rusia y la Puerta Otomana enemigas; Prusia tibia en su neutralidad, y España disgustada de una amistad que la arruinaba á fuerza de sacrificios. Dos cosas solamente tenía la Francia en su favor en este nuevo período de su vida, la reacción hacia las ideas de orden, y la esperanza en el superior talento de Sieyes, y en el genio privilegiado de Bonaparte, en quien el instinto público descubría dotes sobresalientes, no solo de aventajado guerrero, sino también de político profundo y de prudente administrador. Una serie de medidas sabias, juiciosas y reparadoras fueron acreditando que el pueblo francés no se había engañado en sus cálculos y en sus esperanzas; que la república, tras un período de terror y de sangre, y tras una época de desorden y de anarquía entraba en un sistema de reorganización, de orden y de reparación; que el Consulado cicatrizaría muchas de las heridas abiertas por la Convención, por el Comité de salud pública y por el Directorio ejecutivo.

Sin diferencia señalada de categoría ni de atribuciones entre los tres cónsules provisionales, la opinión se las designaba; sus mismas condiciones personales las estaban indicando; la misión natural de Sieyes era preparar la nueva constitución; confiése á Bonaparte el cargo de gobernar: y en cuanto á la categoría, tal era el prestigio, tan alta la idea que se tenía de la superioridad del joven guerrero, que la primera vez que se reunieron los tres cónsules en el Luxemburgo, con ser dos de ellos antiguos miembros del Directorio, le dijo Roger Ducós á Bonaparte: *Ocupad el sillón de la presidencia y deliberemos*. El sabio y anciano Sieyes tuvo la abnegación y el mérito innegable de deferir sin repugnancia ni disgusto al genio extraordinario y á la capacidad asombrosa del mas joven de sus compañeros. Desde entonces se reconoció que el gobierno y el destino de la Francia estaban puestos en las manos de Bonaparte. Sieyes había dicho: *Tenemos un maestro que sabe, puede y quiere hacerlo todo*. El primer cuidado de los tres cónsules fué la formación de un buen ministerio, llamando á él los primeros hombres del país, los personajes mas distinguidos, dando en esto la primera prueba de su buen deseo y de su tino (1). Igual acierto mostró Bonaparte en el nombramiento de representantes cerca de las pocas cortes extranjeras con quienes estaba en paz la Francia, y mayor todavía, aunque esto era menos extraño, en la distribución de los mandos militares, entre los que fueron notables y grandemente políticos el de Moreau para los ejércitos del Rin y de la Helvecia, y el de Massena para el de Italia.

Dos medidas, una económica y otra política, que tomó el nuevo gobierno, inspiraron gran confianza en el país, á saber: la supresión del odioso empréstito forzoso progresivo, y la abolición de la tiránica ley de los rehenes, dos grandes errores del Directorio. El desarreglo de la Hacienda se fué reparando en términos que antes de un mes se pudo enviar al ejército un socorro, aunque pequeño, y se regularizó un sistema de recaudación, que no tardó en dar cierto desahogo al tesoro. Y respecto á la política, los hombres de los partidos extremos se asombraban de la tolerancia de Bonaparte para con los unos y los otros, pues así abría los templos al culto católico y daba libertad y seguridad á los sacerdotes juramentados y no juramentados, y abría á los emigrados las puertas de la patria, como alzaba el destierro á los deportados del 18 de fructidor, y rompía con sus propias manos las cadenas de los que se hallaban presos en el Temple. Todo esto daba una grande idea de la fuerza y al mismo tiempo de la templanza del gobierno consular, así como de la confianza que tenía en sí mismo el general ilustre que se hallaba á su cabeza.

Sieyes por su parte concluyó la grande obra política de que se había encargado, y presentó aquella célebre, complicada y artificiosa Constitución, con sus listas de notabilidades, comunal, departamental y nacional, con su Senado conservador, su Consejo de Estado, su Tribunalado, su Cuerpo legislativo mudo,

y su Gran Elector, cuyo cargo se convirtió, por complacer á Bonaparte, en el de primer cónsul por diez años, asociado de otros dos cónsules, para disimular algo la especie de omnipotencia que se dejaba al primero, puesto que se le confiaba el nombramiento de todo el personal administrativo, civil y militar, la dirección diplomática y la de la guerra: autoridad inmensa, que casi equivalía á la de un monarca, y que en ciertas manos podía llegar hasta el despotismo. Solo en aquellas circunstancias, y para nadie mas que para Bonaparte habría permitido la Francia la creación de tan elevada y peligrosa magistratura. Esta Constitución tan artificiosamente combinada, que sorprendió y hasta cierto punto cautivó los ánimos por la novedad, sancionada por el voto nacional, empezó á regir en nivoso del año VIII, 1.º de enero de 1800 (2).

Constituido definitivamente el gobierno consular, y revestido Bonaparte del gran poder que le daba la primera magistratura, dictó, con su extraordinaria actividad y su profunda política, multitud de providencias reparadoras, propias para hacer olvidar antiguos enconos, atraerse los partidos, restablecer el orden interior, é inspirar confianza á las potencias de Europa. Mandó que se hiciesen solemnes honras fúnebres, y que se levantase un monumento al pontífice Pio VI. Suprimió del catálogo de las fiestas nacionales la del aniversario del suplicio de Luis XVI. Abolió el juramento á la Constitución, sustituyéndole con la *promesa de obediencia*. Mostró que sabía sobreponerse á las pasiones de los partidos y que no temía á ninguno, regalando un sable á Saint-Cyr y nombrando al fogoso demócrata y enemigo suyo Augereau comandante del ejército de Holanda. Halagó al rey de Prusia pidiéndole un busto del Gran Federico para colocarle en un salón de las Tullerías. Envío de embajador á España al ingenioso é instruido Alquier, con encargo de asegurar de su amistad á los reyes, y de entregar al príncipe de la Paz, aunque no era ministro, un regalo de bellísimas armas fabricadas en Versalles. Dirigió dos cartas, firmadas por él, una al rey de Inglaterra, otra al emperador de Austria, convidándolos con la paz, á las cuales recibió del monarca británico una negativa abierta, del austriaco una respuesta negativa, aunque mas dulce. Presentó al Cuerpo legislativo importantes proyectos de ley de administración y organización. Dedicóse á sofocar la perenne insurrección de

(2) El organismo principal de esta célebre Constitución, llamada del año VIII, era el siguiente: se hacían listas de notabilidad comunal, departamental y nacional, todas tres por el método indirecto, resultando un individuo electo por cada diez electores. De la lista de notabilidad comunal, que constaba de quinientos á seiscientos mil ciudadanos, habían de salir los empleados de las administraciones municipales, consejos de distrito, maires, jueces, subprefectos, etc.: de la departamental, compuesta de cincuenta á sesenta mil individuos, los consejos de departamentos, los prefectos, y otros empleados de igual categoría: de la nacional, que formaban cinco ó seis mil individuos, saldrían el Cuerpo legislativo, Consejo de Estado, ministros, etc.—El Consejo de Estado redactaba los proyectos de ley, los presentaba al Cuerpo legislativo, y enviaba á él tres de sus individuos para discutirlos con otros tres enviados por el Tribunalado. Este era un cuerpo de cien individuos, encargados de representar el espíritu liberal é innovador, y decidía si los proyectos pasarian al Legislativo. Componíase el Cuerpo legislativo de trescientos individuos, que no discutían las leyes, las oían discutir á los oradores del Tribunalado y del Consejo, y las votaban silenciosamente. El Senado compuesto de cien miembros, todos de edad madura, no hacía tampoco leyes, su encargo era anular toda ley ó acto del gobierno que le pareciese inconstitucional: llamábase por eso Senado conservador. El Senado elegía por sí propio los individuos de su seno, sacados de la lista de notabilidad nacional, y nombraba además, de entre la misma lista, el Cuerpo legislativo, el Tribunalado, y el Tribunal de Casación.—Sieyes creaba además un magistrado supremo con el título de *Gran Elector*, que nombraría dos cónsules, uno de paz y otro de guerra.—Las condiciones del *Gran Elector* no agradaron á Bonaparte, que quería para sí otro papel de mas actividad y de mas eficaz influencia. Esta discordia ocasionó una escisión peligrosa entre Bonaparte y Sieyes: sus comunes amigos tuvieron que trabajar mucho para avenirlos, y por último se acordó sustituir al Gran Elector y los dos cónsules de paz y de guerra, con primero, segundo y tercer cónsul, poniendo en manos del primero el nombramiento de toda la administración general de la república, ministros, consejeros de Estado, embajadores, oficiales de mar y tierra, en una palabra confiándole el poder ejecutivo, con quinientos mil francos de sueldo, guardia consular, y habitación, con los otros dos cónsules, en el palacio de las Tullerías. A los otros dos cónsules se los dotó con ciento cincuenta mil francos anuales cada uno

(1) Los ministros nombrados fueron: Cambaceres de Justicia: Talleyrand de Relaciones extranjeras: Fouché de la Policía: Berthier de la Guerra: La Place de lo Interior: Fortait de Marina: Goudin de Hacienda.



la Vendée, llevando allí un ejército formidable, y logró la sujeción completa de aquellos tenaces realistas por la capitulación de Montfaucon (18 de enero, 1800). Suprimió gran número de periódicos, de cuyos apasionados y violentos ataques se quejaban los gabinetes extranjeros. Dispuso que se celebrara una gran solemnidad cívico-religiosa y que se llevaran diez días de luto nacional por la muerte del gran Washington; y después de aquel magnífico homenaje tributado al libertador de la América del Norte, tan propio para halagar las ardientes imaginaciones de los republicanos franceses, y acompañado del espectáculo de mil banderas conquistadas en Europa por la Francia republicana, hizo Bonaparte con no menos brillante y suntuosa pompa su traslación del palacio de Luxemburgo al de las Tullerías (febrero, 1800); y entonces fué cuando dijo á su secretario aquellas célebres palabras: «¡Hémos ya en el palacio de las Tullerías!... Ahora solo nos falta permanecer en él.»

Habia, como hemos dicho, desechado Inglaterra la proposición de paz hecha por Bonaparte. Austria la había rehusado también, aunque con mas templanza en las formas. Bonaparte, después de haberse mostrado á los ojos de Europa como hombre que deseaba la paz, se aprestó también á la guerra como quien no la temía. El emperador Pablo de Rusia, resentido de la anterior conducta del Austria, se hallaba ahora retraído y como apartado de la coalición. El rey de Prusia, antes tan tibio, aunque neutral, con la Francia, veía con cierto gusto el gobierno templado y reparador del primer cónsul. Carlos IV de España, acostumbrado á ceder á todas las exigencias del Directorio, prefería las que pudiera hacerle el gobierno consular, en el cual le pareció ver un paso hácia la monarquía, y acaso imaginó que podía conducir al restablecimiento de los Borbones: así protestó de nuevo de su inviolable fidelidad á la Francia. Sin embargo, cuando Bonaparte solicitó de él que enviara algunas tropas en socorro de la guarnición francesa de Malta bloqueada y estrechada por los ingleses, y algunos buques de guerra con soldados, armas y municiones á Egipto, el gobierno español repugló prestarse á uno y otro envío, exponiéndole el peligro de que aquellas fuerzas cayeran en poder de los ingleses, dueños del Mediterráneo, y el de que lo primero le trajera un rompimiento con el emperador de Alemania, y lo segundo con el de Turquía, que fácilmente podría vengarse en sus posesiones de Africa.

Disgustó y agrió al primer cónsul esta inesperada indocilidad del gabinete de Madrid, que así él como el ministro Talleyrand no dejaron de atribuir á influencia del ministro Urquijo, contra el cual se hallaban poco favorablemente prevenidos por Azara, especialmente por las relaciones que, según este les había informado, sostenía el ministro con algunos terroristas de París. Además de las sentidas quejas que sobre esto dió el gobierno consular al embajador Muzquiz, fué separado de su empleo de cónsul general de España don José Lugo, íntimo amigo y hechura de Urquijo. Apresuróse este á conjurar la tempestad que contra él veía formarse, accediendo á los deseos manifestados por el primer cónsul de que se aprontaran en Cádiz dos bergantines españoles para conducir tropas francesas y provisiones á Egipto, y abriendo al gobierno francés un crédito de millon y medio de pesos en la América española. Hizo mas por desenojarle, que fué nombrar ministro plenipotenciario cerca de la Sublime Puerta al caballero don Ignacio María del Corral, que lo había sido en las cortes de Suecia y de Holanda, con encargo é instrucciones de emplear todos los medios posibles á fin de inclinar y persuadir al gobierno del Gran Turco á que hiciese la paz con la república francesa, recordándole principalmente los designios de Catalina II sobre el imperio otomano, sus proyectos de hacer de Constantinopla la capital del imperio moscovita, su inscripción sobre el arco de triunfo levantado en su último viaje á Crimea: *Camino de Bizancio*, y representándole lo mucho que debía temer la preponderancia de la Rusia y la aproximación de sus fuerzas á los Estados musulmanes (1). El gobierno con-

sular á quien se dió parte de este nombramiento, y del propósito y fines con que se hacia, dió orden para que se facilitase al diplomático español todo lo que pudiera conducir al logro de ellos, y de esta manera se fué estableciendo entre los gobiernos de Francia y España la buena armonía que tan en peligro había estado de turbarse.

Todo estaba ya preparado para la célebre campaña de 1800; y aunque Bonaparte no había dejado de cuidar de enviar algun socorro á Malta y á Egipto, su principal afán había sido disponer las cosas para la guerra de Europa con Inglaterra y con Austria. Tenía el emperador un ejército de cincuenta mil hombres en Suabia al mando del baron de Kray, y otro de ciento veinte mil en Lombardía, que mandaba el de Melas, y contaba además el Austria con las escuadras inglesas que cruzaban el Mediterráneo, y con un cuerpo auxiliar de veinte mil hombres, ingleses y emigrados, reunidos en Mahon, que esperaban un alzamiento realista en la Provenza, y principalmente en Marsella. El ejército francés de Alemania, compuesto de los del Rin y la Helvecia juntos, mandados por Moreau, constaba de ciento treinta mil hombres: el de Liguria, á las órdenes de Massena, llegaba apenas á cuarenta mil. El modo como Bonaparte improvisó un tercer ejército de reserva, y cómo halló medio de enviar socorros á los de Italia y Alemania, que se hallaban hambrientos y desnudos, fué cosa que admiró á la misma Francia, acostumbrada á ver y á ejecutar esfuerzos extraordinarios. Pero lo que llenó de asombro á la Europa y al mundo, porque excedió en lo maravilloso y atrevido á cuanto se habría podido imaginar en el arte de la guerra, fué la concepción del plan de campaña, las dificultades que tuvo que vencer para su ejecución, y el éxito prodigioso que de él obtuvo.

No nos incumbe especificar, ni las instrucciones que dió á los generales en jefe de Alemania y de Italia, ni las operaciones de la guerra en uno y otro teatro en los meses de abril y mayo (1800), ni la constancia admirable de Massena sitiado y estrechado en Génova, después de heróicos combates, por las fuerzas inmensamente superiores de Melas, ni las incertidumbres de Moreau, ni su paso del Rin, ni las batallas de Eugen y de Moeskirch, ni la retirada de los austriacos sobre el Danubio, ni cómo encerró á Kray en Ulm, tomando una fuerte posición delante de Augsburgo. ¿Mas cómo podríamos guardar silencio, aun dado que el suceso fuese del todo extraño á nuestra historia, y siquiera sea como un tributo irresistible de admiración, sobre la marcha y travesía de Bonaparte y de su ejército por el monte de San Bernardo, su prodigiosa aparición en las llanuras del Piamonte, y el éxito glorioso de aquella expedición atrevida, que necesitó ser ejecutada para que entonces y siempre no fuera tenida por imposible?

Todo es asombroso en este episodio de la vida militar de Bonaparte; ya se le contemple la víspera de salir de París tendido sobre el mapa señalando con el lápiz las posiciones respectivas de los ejércitos franceses y austriacos, adivinando sus movimientos, y designando como por una especie de visión profética el punto preciso donde había de encontrar y batir al enemigo: ya se le siga á Dijon engañando á Europa con aquel movimiento, y pasando revista á aquel pobre ejército de conscriptos de que todo el mundo se había burlado: ya se le vea conducir al pie de los Alpes una masa de cuarenta mil hombres, levantados y reunidos como por encanto, con su parque de artillería, municiones, provisiones y bagajes: ya se le considere en Martigny en una casa religiosa dirigiendo y presenciando la atrevidísima operación de franquear sus tropas con todo el material de guerra el grande y el pequeño San Bernardo, sin caminos abiertos, al través de las rocas y de los ventisqueros, en la época mas peligrosa y temible del año, y por angostas gargantas y precipicios, sobre los cuales se des-

mas viva solicitud facilitar al sultan la oportunidad de salir de sus presentes apuros, y de conjurar las consecuencias infaustas que habrán de seguirse infaliblemente á la Sublime Puerta, si el diván no vuelve sin pérdida de tiempo á aquellos principios de prudencia y sabiduría que ha seguido por una larga serie de años.—En dictámen del rey estos medios se han de buscar principalmente en una paz pronta y sincera con Francia. Para ello está el rey pronto á interponer sus buenos oficios, y ofrece otra vez su mediación.»

(1) «El caballero Corral, decían entre otras cosas las instrucciones, hará entender al mismo tiempo al ministerio del Gran Señor, que puede haber remedio contra los males que le amenazan. El rey desea con la



plomaban enormes aludes desprendidas con los rayos del sol desde las cumbres de las montañas; ya se fijó la imaginación en aquellos intrépidos generales y aquellos valientes soldados trepando y descendiendo por despeñaderos por espacio de leguas y días, cargados de víveres y municiones, llevando unos de las bridas los caballos, otros las acémilas, sobre las cuales se habían cargado las cajas y cureñas de los cañones, todos cantando en medio de tan horribles peligros, llenos de fe y de confianza en el primer cónsul, ansiosos de la gloria que los esperaba en aquella Italia donde tantos lauros había ganado en otro tiempo Bonaparte....

Por último, superadas por el arroyo de las tropas tan inauditas dificultades, se encuentra el ejército francés con toda su artillería en el valle de Aosta, del otro lado de la gran cordillera; síguele entonces Bonaparte: moderno Aníbal, ha vencido en el paso de los Alpes obstáculos que tal vez habrían arredrado y detenido al guerrero cartaginés (1): tropiezan los franceses con el formidable fuerte de Bard vomitando mortífero fuego sobre la estrecha senda que puede servir de único paso á las tropas: nuevos esfuerzos y prodigios de valor: otra vez es transportada la artillería á brazo por entre riscos y despeñaderos: desplégase el ejército francés en las llanuras del Piamonte antes que los austriacos se aperciban de su existencia: Bonaparte avanza á Lombardía y se sitúa en Milan (2 de junio, 1800), donde aguarda las tropas que ha llamado de Alemania, en tanto que Lannes se apodera de Pavía. Sorprende y desconcierta esta aparición al anciano Melas, que ve convertido en ejército conquistador lo que hasta entonces había estado creyendo y despreciando como un miserable peloton de conscriptos. Pero entre tanto el ejército francés de Liguria era sacrificado. El gran Massena encerrado en Génova, sufriendo todos los horrores del hambre mas espantosa, hasta verse muertos de inanición por las calles hombres, mujeres, oficiales y soldados, llevaba el heroísmo de la constancia y de la impasibilidad hasta donde ha podido llevarle otro algún guerrero en el mundo. Una capitulación honrosa (4 de junio de 1800) fué el premio de tan admirable perseverancia (2).

Ganada Génova, se reconcentran los austriacos en el Piamonte. Bonaparte pasa algunos días observando sus movimientos, reuniendo su ejército, dando algún descanso á sus tropas, y meditando cómo envolver á Melas. Encuétranse al fin austriacos y franceses en las llanuras de la aldea de Marengo, donde se da la famosa batalla de este nombre, perdida primero y ganada después por los franceses (14 de junio, 1800), batalla cruel y sangrientamente disputada, y cuya obstinación correspondió á la inmensa influencia que había de ejercer en los destinos de la Francia, y aun del mundo (3). Muy pronto

(1) Bonaparte subió el monte de San Bernardo montado en un mulo con el gaban gris que llevaba siempre, guiado por un montañés, con quien conversaba de cuando en cuando, así como con los oficiales, que aun encontraba diseminados por aquellas breñas.

(2) Por muchas circunstancias se ha hecho memorable aquel sitio, además de las horrorosas escenas á que dió lugar la extremidad del hambre. Componiéndose el ejército sitiado de quince mil hombres, había destruido mas de diez y ocho mil austriacos. Pero durante el sitio, de los quince mil combatientes murieron tres mil, y otros cuatro mil fueron gravemente heridos. Soult, después de haber recibido un balazo en una pierna, quedó prisionero. De los tres generales de división, uno fué herido gravemente, y otro murió de epidemia. De los seis generales de brigada, cuatro salieron heridos. De doce ayudantes generales, hubo seis heridos, un muerto y un prisionero; y de diez y siete coroneles quedaron once fuera de combate. Massena se vió reducido á comer como los soldados la ración de dos onzas del horrible pan de avena y habas: «antes de rendirse, decían los soldados, nos dará á comer sus mismas botas». Aquellos hacían las guardias sentados, por no poder ya sostenerse en pie.

En la capitulación consiguió salir con armas y bagajes y banderas desplegadas, y con facultad de volver á pelear cuando hubiera pasado la línea de los sitiadores, y fué á reunirse con Suchet.

(3) Dícese que al ver Bonaparte perdida la primera batalla, escribió á su mujer diciendo: *Por la primera vez de mi vida mando tropas cobardes*. No tardó en ver que por aquella vez se había equivocado.—Además de lo que en aquel triunfo se debió á su extraordinario talento, prevision y serenidad, y á sus profundas combinaciones, contribuyeron á él eficazmente, Massena deteniendo una gran parte del ejército austriaco en su gloriosa defensa de Génova; Dessaix acudiendo espontáneamente de Egipto y pereciendo en el combate para dar á costa de su vida la victo-

se empezaron á sentir sus resultados. El valeroso y anciano general de los austriacos, aturrido con el éxito inopinado de la pelea, se apresura á entablar negociaciones con el primer cónsul francés; Bonaparte dicta las condiciones, Melas accede á todas ellas, y se firma en Alejandría (15 de junio, 1800) el célebre armisticio y convenio, por el que se estipula la retirada de los austriacos detrás del Mincio, y la cesión á los franceses de las ciudadelas y castillos de Tortona, Alejandría, Milan, Turin, Arona, Plasencia, Ceva y Savona, con las plazas de Coni, Génova y Urbino, y con la artillería de las fundiciones italianas, es decir, la restitución de la alta Italia, que había de traer consigo la de la Italia entera: convenio que indignó al ejército austriaco, asustó á la corte de Viena, asombró á Europa, y difundió una alegría frenética en la Francia. Bonaparte escribió desde el campo de batalla una larga carta al emperador, haciéndole reflexiones y convidándole todavía con la paz, y despachó un correo á los cónsules dándoles cuenta de aquel paso (4).

Tres días después de la batalla regresa á Milan, donde le aguarda y recibe un pueblo loco de júbilo, sembrando de flores las calles por donde había de pasar y arrojándolas sobre su carruaje. Detiéndose allí los días precisos para establecer un gobierno provisional, en tanto que se reorganiza la república Cisalpina: atiende á los asuntos generales de Italia; confía á Massena, que acababa de incorporarse, el mando del ejército, premio merecido de su heroico comportamiento en Génova, y dadas otras disposiciones, propias de su prevision, sale de Milan (24 de junio), se detiene algunas horas en Turin, atraviesa el Monte Cenís, entra en Lyon por debajo de arcos triunfales, y llega á Paris la noche del 2 al 3 de julio (1800). La ciudad se ilumina; el pueblo se atropella por verle y aclamarle: Senado, Cuerpo legislativo, Tribunado, Consejo, autoridades militares y civiles, corporaciones científicas, todos se presentan á la mañana siguiente á cumplimentar y felicitar al vencedor de Marengo, al salvador de la Francia, y todos le hablan con aquel lenguaje que en otro tiempo hubieran usado con los reyes. Y como á esta sazón llegasen á Paris noticias de los triunfos de Moreau en el Danubio, de la conquista de toda la Baviera hasta el Inn, y del armisticio de Alemania, celebróse con extraordinario regocijo en el cuartel de los Inválidos la fiesta del 14 de julio, una de las dos fiestas nacionales que había conservado la nueva Constitución, depositándose en aquel templo las banderas recién ganadas en Italia. La Francia rebosaba de júbilo.

El ministro austriaco Thugut escribió á Talleyrand (11 de agosto, 1800), proponiendo en nombre del emperador al primer cónsul la apertura inmediata de un congreso, al cual estaba también la Inglaterra dispuesta á enviar un plenipotenciario, para ver de volver la paz al mundo. Trabajo costó á Talleyrand templar el enojo que causó á Bonaparte esta nueva proposición del Austria. Prudente, sin embargo, y político el primer cónsul, accedió á la reunión de un congreso en Luneville, mas no sin negociar con Inglaterra un armisticio naval, que á él le era muy ventajoso; y para obligar al Austria ó á pedir ella misma este armisticio ó á hacer por sí sola la paz antes del invierno, la amenazó con mandar á sus ejércitos del Rhin y del Danubio romper de nuevo las hostilidades. El resultado de esta actitud del primer cónsul fué arrancar del Austria la entrega de las plazas de Philipsburgo, Ulm é Ingolstadt al ejército francés, como condicion para la prórroga del armisticio continental; noticia que llegó á Paris

ria; Lannes, el que iba siempre á la vanguardia, con su admirable firmeza en la llanura de Marengo, y Kellerman con una brillante carga de caballería. Cuando á Bonaparte le dijo su secretario: *¡Qué magnífica jornada!* contestó el primer cónsul: *Si, muy magnífica, si hubiera podido abrazar á Dessaix en el campo de batalla! Iba á nombrarle ministro de la Guerra, y aun le habría hecho príncipe, si hubiera estado en mi mano.*

(4) «En medio del campo de batalla (decía en la carta al emperador), oyendo las agonías de multitud de heridos, y rodeado de quince mil cadáveres, suplico á V. M. que escuche la voz de la humanidad, y no permita que se degüellen dos naciones valientes por intereses á que son ajenas. A mí me corresponde instar á V. M. porque me hallo mas cerca del teatro de la guerra. Vuestro corazón no puede estar tan afligido como el mio...»



en ocasión de estarse celebrando la segunda fiesta nacional de las dos que había dejado la nueva Constitución (23 de septiembre, 1800).

Veamos ya la hábil política del hombre de genio y de fortuna de la Francia para con todas las potencias, contrarias, amigas y neutrales, y el papel que en el tráfico de sus planes y manejos con todas las naciones le cupo desempeñar á España.

Conocedor del carácter impetuoso y apasionado, al propio tiempo que veleidoso, del joven emperador Pablo I de Rusia, y explotando con atinado cálculo su resentimiento con el gabinete de Viena desde la confederación y campaña austro-rusa, empleó para atraerle un medio ingenioso, propio para conmover los sentimientos caballerescos de aquel príncipe. Había en Francia seis ó siete mil prisioneros rusos, y Rusia no tenía ningún prisionero francés. Bonaparte determinó restituírseles todos, no solo sin condición alguna, sino con todos sus oficiales, armas y banderas, y uniformándolos con los colores de su nación, diciéndole, que pues la Inglaterra y el Austria no canjeaban por prisioneros franceses los valientes soldados de Rusia aprisionados por servir á su causa, él se los devolvía sin condición como un testimonio de aprecio al ejército ruso. Al mismo tiempo le hizo cesión de la isla de Malta bloqueada por los ingleses, para que pudiera restablecer aquella institución religiosa y caballeresca, de que se había declarado Gran Maestre y restaurador. No era posible herir en cuerda mas viva el corazón de Pablo I. Entusiasmado con aquel rasgo de generosidad del primer cónsul, á quien ya admiraba, de iniciador y protagonista que había sido de la segunda confederación contra la Francia, cambiósese en el mas entusiasta amigo de Bonaparte, en enemigo furioso de Austria y de Inglaterra, y en mediador activo para con los príncipes que eran sus aliados (1).

La fortuna y el genio se ayudaron mutuamente en el plan de Bonaparte de convertir las potencias neutrales del Norte en enemigas de Inglaterra, proporcionándole auxiliares en el elemento en que esta nación era mas fuerte. Violencias cometidas en los mares por los ingleses con buques de bandera neutral, so pretexto del derecho de visita, y perjuicios irrogados con este motivo al comercio general de América y de Europa, todo por impedir el que se hacia con Francia y España, y mas principalmente el de España con sus colonias del Nuevo Mundo, produjeron quejas y reclamaciones de las potencias perjudicadas y ofendidas, las cuales sostenian, por el principio de que *el pabellón cubre la mercancía*, su derecho de navegar y comerciar libremente y de arribar hasta á los puertos de las naciones beligerantes, á excepcion de los que estuvieran realmente bloqueados, y á condición tambien de no trasportar útiles y efectos de guerra. Esta cuestion, junto con algunos actos de piratería, y señaladamente uno cometido por los ingleses, forzando al capitán de una galeota sueca á ayudarles á apresar con ella dos fragatas españolas ancladas en la rada de Barcelona, produjo gran indignación, no solo en Suecia, sino en todas las potencias del Norte, algunas de las cuales habían sufrido ya ultrajes del mismo género. Agrióse la disputa y se irritaron mas los gabinetes de Dinamarca, Suecia, Prusia y Rusia con la aparición de una escuadra inglesa en el Báltico. Aquellas cuatro potencias, firmantes del tratado de la neutralidad armada de 1780, creyeron llegado el caso de preparar otra nueva liga contra la tiranía marítima de los ingleses. Y como esto fuese en ocasión que el czar de Rusia se hallaba hábilmente prevenido por Bonaparte contra Inglaterra, no hizo menos que expedir un decreto mandando secuestrar los capitales pertenecientes á ingleses, hasta tanto que las intenciones del gobierno británico fuesen bien conocidas. Aunque la cuestion se aplazó por algun tiempo, los ánimos de

las cortes del Norte quedaban vivamente resentidos contra Inglaterra, y todo favorecia los designios del primer cónsul de Francia.

En cuanto á España, la aliada mas constante y mas fiel de la república, y aun mas adictos sus reyes desde que vieron concentrada la autoridad en un guerrero ilustre y afortunado en quien columbraban alguna esperanza del restablecimiento de la monarquía, no podia ocultarse al clarísimo talento del primer cónsul cómo había de manejarse con los monarcas, el gobierno y la corte española para hacerlos servir á sus fines, y para conseguir de ellos lo que el Directorio no había podido lograr. Con aquel presente de magníficas armas que dijimos haber enviado al príncipe de la Paz, no solo halagó la vanidad de aquel personaje, que entonces, por confesión propia, seguía, aunque apartado del ministerio, gozando la confianza de sus reyes y siendo consultado en los asuntos graves, sino que excitó en Carlos IV el deseo de adquirir otras armas iguales á las que poseía el valido. Súpolo Bonaparte y se apresuró á enviárselas, juntamente con algunos preciosos y elegantes adornos de que su esposa quiso hacer un presente de dama á la reina María Luisa.

Sabedor además Bonaparte del entrañable y ciego amor de la reina á su hermano el infante de Parma, y á su hija, casada con el heredero del duque reinante, y de su constante afán por proporcionar á aquellos príncipes un engrandecimiento á su pequeño Estado en Italia, afán que solo podía compararse al que en otro tiempo había tenido Isabel Farnesio, meditó sacar partido de aquella pasión para alcanzar lo que ya en el anterior gobierno de la república había sido varias veces objeto de frustradas negociaciones. Al efecto envió á Madrid su leal amigo y camarada el general Berthier. Lenguas se hacia este embajador extraordinario, en las cartas que escribía á Francia, del afectuoso recibimiento que á competencia le habían hecho Carlos IV y María Luisa, de la adhesión que manifestaron á la república y de la gratitud con que decían estar obligados al interés que Bonaparte mostraba por la suerte del infante duque. Queriendo el rey corresponder á tanta fineza, y no ser menos galante y menos espléndido que el primer cónsul, escogió por sí mismo diez y seis de los mejores y mas arrogantes caballos de sus yeguas, y se los envió á París con criados y palafreneros vestidos de ricas libreas (2). Y al propio tiempo encargó al pintor francés David, que entonces gozaba de celebridad, dos retratos del ilustre guerrero, en precio de cuarenta y ocho mil francos, para tener á la vista la imagen de tan generoso aliado y amigo. Bonaparte enseñaba con orgullo los caballos españoles, para que se viese la consideración y amistad con que distinguía al jefe de la república un nieto de Luis XIV, un soberano de la casa de Borbon.

Manifestó, pues, Berthier al ministro Urquijo el objeto de su misión, reducido á ofrecer al infante-duque de Parma un aumento de territorio, que podría ser la Toscana ó las Legaciones romanas, donde viviese de un modo mas conforme á su dignidad, y estableciéndole con título, prerogativas y consideraciones de rey; pidiendo en cambio la retrocesión de la Luisiana á la Francia, diez navíos de guerra de la armada española aparejados y artillados para ser tripulados por franceses, y que España obligara á Portugal á hacer la paz con la república y á romper con Inglaterra, enviando, si era menester, un ejército español á aquel reino para forzar á ello á la corte de Lisboa. Inexplicable júbilo embargó á Carlos IV al comunicarle la proposición (3). Propicio el ministro Urquijo á aceptar el ofrecimiento y las peticiones del primer cónsul, solo exigió algunas condiciones de seguridad para el establecimiento del infante, y la rebaja á seis de los diez navíos que la Francia pedía, pero en cambio, respecto á Portugal, aseguró al embajador estar ya dadas las órdenes para juntar un ejér-

(1) Dicen algunos que además de estos nobles y políticos medios empleados por Bonaparte para granjearse la amistad del autócrata, puso en juego otros de muy diversa índole, cual fué el de ganar á los dos ministros que tenían con él mas valimiento, por conducto é influjo de dos damas francesas, una de ellas la actriz madama Chevalier, que supieron halagar las inclinaciones ó las pasiones de cada uno. Es posible que así fue, e, aun cuando de esto nada dicen historiadores graves.

(2) Constan los nombres, pelo, alzada, edad y raza de cada caballo.—El expediente relativo á este asunto se halla en el ministerio de Estado, leg. 52, núm. 2.

(3) «¿Cuál fué la alegría, dice el príncipe de la Paz en sus Memorias, que vi lucir en los ojos de Carlos IV y de su esposa cuando llamado con tres luegos para comunicarme aquel contento, me pidieron albricias del brillante rasgo por donde comenzaba Bonaparte sus relaciones con España!»—Memorias, part. II, cap. I.



cito de mas de cincuenta mil hombres, fuerzas suficientes para castigar la terquedad de los portugueses si las negociaciones ya entabladas no bastasen á determinarlos á satisfacer la justa exigencia de las dos naciones aliadas.

Con tales disposiciones no fué difícil á los negociadores ajustar un convenio, que con el título de tratado preliminar y secreto se firmó en San Ildefonso en 1.º de octubre (1800), y cuyos artículos fueron:

1.º La república francesa se obliga á procurar á S. A. R. el señor infante duque de Parma un aumento de territorio en Italia, que haga ascender sus Estados á una poblacion de un millon á un millon y doscientos mil habitantes, con el título de rey, y con todos los derechos, prerogativas y preeminencias correspondientes á la dignidad real, y la república francesa se obliga á obtener á este efecto el consentimiento de S. M. el emperador y rey, y el de los demás Estados interesados, de modo que S. A. el señor infante duque de Parma pueda sin contestacion ser puesto en posesion de dicho territorio cuando se efectúe la paz entre la república francesa y S. M. Imperial.

2.º El aumento de territorio que se debe dar á S. A. R. el señor duque de Parma podrá consistir en la Toscana, en caso que las actuales negociaciones del gobierno francés con S. M. I. le permitan disponer de ella. Podrá consistir igualmente en las tres Legaciones romanas, ó en cualquiera otra provincia continental de Italia que forme un Estado por sí sola.

3.º S. M. C. promete y se obliga por su parte á devolver á la república francesa, seis meses despues de la total ejecucion de las condiciones y estipulaciones arriba dichas, relativas á S. A. R. el señor duque de Parma, la colonia ó provincia de la Luisiana con la misma extension que tiene actualmente bajo el dominio de España, y que tenía cuando la Francia la poseia, y tal cual debe estar segun los tratados pasados sucesivamente entre España y los demás Estados.

4.º S. M. C. dará las órdenes oportunas para que la Luisiana sea ocupada por la Francia al momento en que los Estados que deban formar el aumento de territorio del señor duque de Parma sean entregados á S. A. R. La república francesa podrá diferir la toma de posesion segun le convenga. Cuando esta deba efectuarse, los Estados directa ó indirectamente interesados convendrán en las condiciones ulteriores que puedan exigir los intereses comunes, ó el de los habitantes respectivos.

5.º S. M. C. se obliga á entregar á la república francesa en los puertos europeos de España, un mes despues de la ejecucion de lo estipulado relativamente al señor duque de Parma, seis navíos de guerra en buen estado, aspilleros para setenta y cuatro piezas de cañon, armados y equipados y prontos á recibir municiones y provisiones francesas.

6.º No teniendo las estipulaciones del presente tratado ninguna que pueda perjudicar, y debiendo dejar intactos los derechos de cada uno, no es de temer que ninguna potencia se muestre resentida. Sin embargo, si así no sucediese, y los dos Estados se viesen atacados ó amenazados en virtud de su ejecucion, las dos potencias se obligan á hacer causa comun para rechazar la agresion, como tambien para tomar las medidas conciliatorias que sean oportunas para mantener la paz con todos sus vecinos.

7.º Las obligaciones contenidas en el presente tratado no derogan en nada las enunciadas en el tratado de alianza firmado en San Ildefonso el 18 de agosto de 1796. Antes por el contrario unen de nuevo los intereses de las dos potencias, y aseguran la garantía estipulada en el tratado de alianza en todos los casos en que deban ser aplicadas.

8.º Las ratificaciones de los presentes artículos preliminares serán transmitidas en el término de un mes, ó antes si fuese posible, contando desde el día en que se firme el presente tratado.

Como se ve, nada se dijo en él de Portugal, pero quedaron convenidos en que continuarian los armamentos para obligar al príncipe regente de aquel reino á separarse de la alianza con Inglaterra. Berthier se volvió á Francia satisfecho de su obra, de las simpatías que habia encontrado en el palacio y en la corte de Madrid, de la union que se habia estrechado entre las dos potencias, y de haber devuelto á la Francia una impor-

tante colonia en América cerca de la de Santo Domingo, á cambio de un pequeño territorio que acababa de conquistar en Italia.

Entre tanto las principales fuerzas navales de España se hallaban tiempo hacia estacionadas en Brest en union con la escuadra francesa, con la sola ventaja de tener ocupados cuarenta y dos navíos ingleses, pero ocasionando no pocos gastos al tesoro y no escasos perjuicios á los intereses españoles. Sobre el destino que conviniera y debiera darse á las dos escuadras aliadas estaban siempre en desacuerdo el primer cónsul de Francia y el general Mazarredo, jefe de la fuerza naval española. No podian convenir en los planes, porque eran muy diferentes sus designios, y nada conformes sus intereses. Proponia Mazarredo emplearlas en la reconquista de Menorca, y presentaba un plan bien meditado que parecia asegurar el éxito de la empresa. Proponíase Bonaparte servirse de ellas para el socorro de Malta y de Egipto, ó para cualquiera otra grande empresa que interesara á la Francia, y para todo evento le convenia mantenerlas en Brest. Ordenaba expresamente Mazarredo á su segundo Gravina que de ningun modo consintiera en que nuestras naves salieran á expediciones lejanas que pudieran comprometer á nuestra nacion. Esforzábale Bonaparte por vencer la resistencia del rígido y entendido marino español. Exponia Mazarredo al primer cónsul que Brest no era el verdadero punto estratégico para las mismas operaciones que aquel proyectaba, y haciale ver que convenia se situasen en Cádiz, recogiendo los navíos del Ferrol, y desde aquel punto podria partir la escuadra francesa al socorro de Malta, adelantándose á los cruceros ingleses; y cuando de no aprobarse su plan amenazaba ir personalmente á Brest, y salir con nuestros quince navíos para las costas de España, el primer cónsul le llamaba, le rogaba que se detuviese y procuraba ingeniosamente entretenerle discurriendo proyectos que pudieran halagarle.

Durante estos debates, con insistencia por uno y otro sostenidos, una flota inglesa con diez mil hombres á bordo se apareció en la costa de Galicia, hizo un desembarco en Doniño, é intentó acometer el Ferrol y apoderarse de los navíos que allí teníamos. Por fortuna la vigilancia y los esfuerzos combinados de los generales Negrete y Donadío, y del comandante general de la escuadra, Melgarejo, salvaron aquel departamento haciendo reembarcar á los ingleses y retirarse. Pero esta tentativa, el peligro de que pudiera repetirse, y los tratos que ya andaban, y de que hemos hecho mérito, para la guerra de Portugal, movieron á Mazarredo en Paris á insistir con mas empeño y á instar nuevamente á Bonaparte para que se trasladaran á Cádiz las dos armadas, manifestándole en caso contrario su resolucion de volver solo con la suya á España. Conocedor el primer cónsul y apreciador de los conocimientos del marino español, y no queriendo desprenderse de él ni que se separara de su lado, todavía apeló á nuevos recursos para detenerle, exponiéndole, entre otras razones, la sospecha que su salida de Paris daria á los ingleses de haberse turbado la buena armonia entre Francia y España, y lo que esto le perjudicaria en los momentos en que se trataba de la paz con Austria y con Inglaterra.

A este tiempo cayó al fin la isla de Malta en poder de los ingleses despues de un largo y penoso asedio. Entonces no estuvieron léjos de reconocer, así Bonaparte como Talleyrand, el error de no haber seguido los consejos y ejecutado los planes marítimos que mas de una vez les propusiera el acreditado Mazarredo. Y como este volviera á insistir con mas ahinco en su regreso á España, supuso el primer cónsul que tal tenacidad no podia provenir sino de órdenes apremiantes que recibiera de su gobierno, y culpando de ello al ministro Urquijo, hácia el cual no habia tenido nunca simpatías, propúsose influir con nuestros reyes en que fuera separado del ministerio de Estado. No carecia de fundamento el discurso de Bonaparte; pues si bien á Mazarredo le impacientaba ya en demasía la inútil y costosa permanencia de la escuadra española en Brest, por su parte el gabinete de Madrid, cansado tambien de los continuos pretextos con que el primer cónsul la estaba reteniendo indefinidamente con gravísimo perjuicio y peligro de nuestra nacion, ordenó resueltamente y con un



vigor desacomostumbrado á Mazarredo que partiese de Paris, y encargándose del mando de la escuadra la condujese inmediatamente á Cádiz. «V. E. puede decir á ese gobierno (le decia entre otras cosas Urquijo), que no puede sufrir ya mas detencion; que el rey su amo no se halla en disposicion de hacer mas gastos en un país extranjero; que los ingleses le amenazan é invaden sus costas; que las tiene sin escuadras en el mayor peligro; que en Portugal se hallan muchos navíos con tropas de desembarco, sin que se sepa á dónde ni cómo irán; que la epidemia se ha llevado en Cádiz la tripulacion entera de los buques que allí habia para su defensa provisional; en fin, que aun para el rompimiento con la corte de Lisboa la escuadra nos es precisa, indispensable, si se verifica, y que de todos modos V. E. tiene que venirse. Tal vez pondrán á V. E. nuevos planes, ó esperanzas lisonjeras con que entretenerle; pero V. E. sabrá rechazarlas con modo. En suma, el viaje de V. E. se ha de verificar, viniendo V. E. mismo con la escuadra hasta Cádiz, á no ser que la Inglaterra tratase seriamente de paz al momento de recibir V. E. esta orden, lo que no es probable, y que el embajador lo supiese sin quedarle duda, y que ambos estuviesen VV. EE. persuadidos de que esta venida podria perjudicarnos. V. E. amontonará las razones de gastos insostenibles, de la inutilidad de la permanencia en Brest, de la imposibilidad de sostener allí la escuadra este invierno, y de la urgente necesidad que hay de ella aquí; en fin, cuanto haya que decir para dulcificar esta resolucion, que siempre les ha de ser amarga, á pesar de que por tanto tiempo nos han hecho su víctima.»

Mucho sorprendió, y mucho disgustó á Bonaparte resolucion tan firme y lenguaje tan altivo de parte de un gobierno habitualmente sumiso á los designios de la Francia. En su propósito de derribar al ministro que de aquel modo procedia y hablaba, contando con la adhesion de los reyes y del príncipe de la Paz, de quienes tan afectuosas demostraciones acababa de recibir, y fiando en que el interés de Carlos IV y Maria Luisa en la realizacion del convenio relativo al duque de Parma no podia menos de hacerlos dóciles y tenerlos dispuestos á condescender con todo lo que les exigiese ó pidiese, determinó enviar á Madrid un embajador extraordinario y muy especial por sus personales condiciones, cual era su mismo hermano Luciano Bonaparte, ministro de lo Interior en Francia, á quien al propio tiempo le convenia separar de su lado, por disgustos que con él habia tenido, y por los compromisos en que sus opiniones y su conducta le ponian, uno de los cuales estaba muy reciente (1). Para dos objetos dió el primer cónsul á su hermano instrucciones especiales, para procurar la caída del ministro Urquijo, valiéndose para ello de la influencia del príncipe de la Paz con los reyes, y para fomentar y activar la guerra con Portugal.

Urquijo se creia bastante fuerte para poder conjurar el peligro que pudiera amenazarle, y así, por instigacion tambien de Godoy, escribió al embajador español en Francia marqués de Muzquiz (18 de noviembre, 1800), encargándole que en nombre de S. M. pidiese una conferencia al primer cónsul y al ministro de Relaciones extranjeras, y les expusiese sus quejas de haber faltado el gobierno francés en esta ocasion á las atenciones que se acostumbra tener con gobiernos amigos en casos semejantes, previniéndoles de antemano, así como los temores que le inspiraba la venida de un embajador de tal carácter, y con un secretario (M. Desportes) conocido por sus tendencias y sus antecedentes revolucionarios, asegurando

que S. M. los admitiria por respetos al primer cónsul, y por no dar un escándalo á la Europa, y concluyendo por pedirles que enviaran en su lugar otros dos sujetos, en cuya eleccion S. M. no se mezclaba. Decimos, «por instigacion tambien de Godoy,» lo primero, porque no era propio de las ideas de Urquijo hablar de aquella manera de los revolucionarios franceses; la segunda, y es la razon principal, porque el despacho fué de 18 de noviembre, y el 17 habia escrito Godoy á la reina en carta privada lo siguiente:

«Si Bonaparte obrase con sencillez enviando á su hermano para librarse de él, deberia explicar sus ideas al rey..... si el fin es el solo que dicen, me parece chocante que á la España se le manden las fieras y perturbadores de la tranquilidad, como si fuese un país inculto; las resultas serian fatales, ya por las relaciones de ese hombre, y ya por el fanatismo de cuatro prostitutas y otros iguales bribones que atacan el pudor y la autoridad..... Sin perder tiempo me parece que pudiera despacharse un correo diciendo al embajador que el nombramiento de este sujeto no dejaba de causar novedad en VV. MM., pues no habiendo precedido causa manifiesta, y estando tan de acuerdo S. M. con el gobierno francés, no podia menos de resentirse la sinceridad, ni de quejarse la confianza; que en el sujeto nombrado, además de no reunirse las cualidades que por notoriedad exige su empleo, solo tiene la particular y apreciable de ser hermano del señor cónsul: circunstancia tanto mas nociva cuanto por ella vendria á tener aceptacion en muchas casas de Madrid, y á trastornar por este medio la tranquilidad pública; que el rey, no habiendo querido alterar las cosas en Francia mientras duraban las quimeras y partidos, posponiendo tal vez su mejor servicio al particular de la república, no debiera esperar ahora una tal correspondencia: pero que sin embargo de ser persona que no admitirá S. M. con gusto, variará sus ideas en esta parte si fuese el objeto de grave importancia al gobierno, y precediesen las explicaciones que exige la confianza.—Creo es, señora, lo que haria sin mezclarme en mas; la cosa es difícil, pero el daño está conocido fácilmente, y temo que los ingleses nos ganen por allí, temo que las Américas son el objeto de la codicia de las dos rivales, y llegará día en que disputándose la preferencia quieran despojar al propietario; ejército y economía, señora, reduccion de marina y bien organizada, son los puntos esenciales; cúidenlos VV. MM. pues les importa, y conserven sus preciosas vidas, como ruega á Dios su mas leal vasallo.—Manuel.» Y en P. D.—«Tanto me teme Urquijo como los franceses; VV. MM. verán cuál es el resultado de aquellos y de este..... (2).»

Se ve, pues, ejecutar al día siguiente lo que la víspera habia propuesto Godoy confidencialmente á la reina; y Urquijo, acaso no meditando bien las consecuencias de este paso, por prevenir su caída procurando evitar la venida del nuevo embajador, la precipitaba mas. Porque era de suponer el desagrado y aun enojo con que un hombre del temple de Bonaparte recibiria las agrias quejas, y mas las conminaciones del ministro español. Así fué que, dando aviso de ello á su hermano, que se acercaba ya á la frontera de España, precipitó este su venida, y dejando su comitiva en Vitoria presentóse de improviso á caballo y acompañado de un solo criado en el real sitio de San Lorenzo. A poco tiempo de su llegada, Urquijo, exonerado del ministerio interino de Estado, marchaba camino de la ciudadela de Pamplona, punto á que solian ser destinados los ministros caidos. En vano desde el pequeño pueblo de Las Rozas escribió al príncipe de la Paz invocando su proteccion; era tarde para congraciarse con el favorito, que

(1) Habíase publicado un folleto con el título de: *Paralelo entre César, Cromwell, Monck y Bonaparte*, cuyo escrito causó una impresion general y penosa en la Francia y produjo grande agitacion en los ánimos. El primer cónsul se vió obligado á desaprobar públicamente el folleto porque no se le creyera partícipe de las ideas y planes que en él parecia atribuírsele, y habiendo preguntado en público al ministro de la Policía M. Fouché cómo dejaba circular escritos semejantes, y cómo no habia encerrado en Vincennes al autor, si sabia quién era, respondió el ministro: «Conozco al autor, pero no me he atrevido á hacer lo que decís, por ser vuestro mismo hermano Luciano.» Al oír esto, dicen, quejóse amargamente el primer cónsul de aquel hermano que le habia comprometido mas de una vez, y por consejo del segundo cónsul Cambaceres determinó separarle políticamente dándole la embajada de España.

(2) Carta original de 17 de noviembre de 1801.—Archivo del ministerio de Estado; Correspondencia de Godoy con los reyes.

En consonancia con esta está otra, tambien confidencial, de 4 de diciembre de 1800, en que ya decia acerca del embajador que se anunciaba lo siguiente: «Mal, mal me parece la pintura del nuevo embajador; y mucho peor las equivocaciones en que creo estén VV. MM., pues no viene aborrecido del hermano, y sí con grandes proyectos, que solo se atajarían por medio de negociaciones con las potencias que tratan de paz sin conocimiento de VV. MM. En fin, señora, el francés siempre es francés, y en el día no se guarda palabra cuando las cosas varían, etc.»



ni había sido extraño á su caída, ni le pesaba de ella, y tuvo que proseguir camino de su destierro.

Mas en la separacion de Urquijo no influyó solo el resentimiento y el empeño del gobierno consular. Preparada estaba ya por otras influencias, si no tanto, poco menos poderosas que la del primer cónsul de Francia. Las ideas de Urquijo en materias de disciplina eclesiástica, y especialmente el famoso decreto de 5 de setiembre de 1799 expedido al fallecimiento del papa Pio VI restableciendo las antiguas facultades apostólicas de los obispos en punto á dispensas matrimoniales, produjeron los efectos de que dimos ya cuenta en otro lugar. Elevado despues Pio VII á la silla apostólica, dióse otro decreto (29 de marzo, 1800) restableciendo las antiguas relaciones de España con la Santa Sede, y tratando de asegurar la buena armonía y concierto entre ambas cortes. Urquijo, con arreglo á sus opiniones en materia de gobierno eclesiástico, á las de su amigo el canónigo Espiga y otros que como ellos pensaban, entabló sus relaciones con el nuevo pontífice pretendiendo el restablecimiento de la disciplina antigua en cuanto á la confirmacion de los obispos, y otras semejantes reformas, pidiendo al propio tiempo al papa, en atencion á las calamitosas circunstancias del reino, la concesion de un noveno mas á la corona sobre los frutos decimales. Luego que Pio VII fijó su asiento en Roma, apresuróse á congraciarse con Carlos IV, dirigióle palabras muy afectuosas, y le otorgó la gracia del noveno (3 de octubre, 1800). Pero tambien escribió al rey lamentándose del espíritu de innovacion que animaba á algunos de sus consejeros, de que profesaban y dejaban esparcir doctrinas depresivas ó contrarias á la jurisdiccion de la corte romana, de que algunos obispos las favorecian tambien, y concluia exhortándole á que apartara de su lado aquellos hombres que llevaban á la piadosa España por un camino de perdicion.

Tales palabras é indicaciones hechas por el padre de los fieles á un monarca tan religioso como Carlos IV, esforzadas por el nuncio, y apoyadas por un ministro tan enemigo de toda reforma y de ideas tan opuestas á las de Urquijo como lo era Caballero, hicieron profunda impresion en el ánimo de aquel buen rey, que en su deseo de reconciliarse cuanto antes con la Santa Sede llamó al príncipe de la Paz para que le aconsejara sobre el modo de salir de aquel conflicto y de descargarse del grave peso que sobre sí sentia. A instancia suya se encargó el príncipe de concertar y componer aquel negocio con el nuncio de S. S. Pretendia Caballero, no solo la separacion del ministro Urquijo y la de todos los seglares que se hubieran mostrado afectos á aquellas doctrinas, sino que los obispos y otros eclesiásticos que en el mismo sentido hubieran tomado parte en la disputa, y que él llamaba jansenistas, fueran enviados á Roma para que diesen satisfaccion al Santo Padre.

Disuadióle el príncipe de la Paz de una resolucion tan violenta y dura, y todo se remitió á lo que él acordara con el delegado del pontífice.

No atinaba el nuncio ni discurría medio de reconciliar la corte de España con Roma sino el de la sumision de una parte y el rigor de la otra. Sacóle Godoy de aquella perplejidad, indicándole que la manera decorosa y suave de hacerlo seria la recepcion en España de la bula *Auctorem fidei* de Pio VI, cuyo pase había sido negado hacia años, si bien salvando las regalías de la corona y todo lo concordado antes entre España y la Santa Sede. Aceptó el nuncio la idea como una inspiracion feliz, y abrazó rebosando de alegría al autor de tan oportuno pensamiento. Aprobóla el rey, y en su virtud se expidió un real decreto (1.º de diciembre, 1800), en que el ministro Caballero, aprovechando la ocasion de dar suelta á sus opiniones ultramontanas, omitiendo las limitaciones acostumbradas en tales casos relativas á dejar indemnes las regalías, derechos y prerogativas de la corona y las leyes del reino, usó de un lenguaje duro y aun amenazador, hasta con los obispos, cosa que disgustó á todos, hasta al nuncio mismo, pudiendo decirse con verdad que en esta ocasion el ministro español estuvo mas papista que el papa. El triunfo de la curia romana fué completo, y el pontífice escribió al príncipe de la Paz una carta laudatoria y de gracias por la parte tan principal que

había tomado en aquel asunto, llamándole en ella *columna de la fe* (1).

En reemplazo de Urquijo se nombró ministro de Estado (13 de diciembre, 1800) á don Pedro Cevallos, casado con una prima del príncipe de la Paz. Los enemigos del ministro deserrado intentaron abrir formal proceso contra él, acusándole de malversador de los caudales públicos, y de haber satisfecho la codicia de los agentes del gobierno francés para el arreglo del tratado sobre la Toscana. Luciano Bonaparte avisó de ello á su hermano el primer cónsul, y este por conducto del general Berthier le envió instrucciones para que á todo trance hiciera por detener un procedimiento, que de seguro habria de dejar harto en descubierto y nada bien parados á los negociadores franceses, acostumbrados en aquel tiempo á sacar provecho personal de esta clase de tratos (2).

A la caída de Urquijo siguió pronto la separacion del ilustre marino Mazarredo del mando de la escuadra española de Brest. Cansado el primer cónsul de la oposicion que en aquel insigne jefe hallaba siempre á sus planes y designios sobre el uso de las fuerzas navales combinadas, y prevaleiéndose de su ascendiente en la corte de Madrid y de la docilidad de que acababa de darle dos grandes pruebas, pidió tambien y logró que Mazarredo cesara en sus dos cargos de embajador en Paris y general en jefe de la escuadra, quedando esta al mando de don Federico Gravina, y volviendo aquel á encargarse de su departamento de Cádiz, donde veremos que tampoco permaneció mucho tiempo, por disgustos que le obligaron á pedir su traslacion y retiro á Bilbao. Ibale mucho á Bonaparte en tener unidas las fuerzas marítimas de Francia y España, y en que todas obedeciesen sus órdenes y cooperasen juntas á los designios que tenia sobre Inglaterra.

Pero en este tiempo la célebre paz de Luneville entre Austria y Francia vino á colocar en una situacion nueva todas las potencias de Europa. Los negociadores de Luneville fueron, por parte del emperador el acreditado Cobentzel, por la del primer cónsul su hermano José. Comprometida el Austria á no hacer la paz sin la intervencion y la anuencia de Inglaterra, el plenipotenciario del emperador sostuvo el compromiso con una firmeza admirable, y llevó hasta donde era posible llevar la entereza y la resistencia á las pretensiones y exigencias de la Francia. Pero terminado el armisticio y durante las conferencias Bonaparte había puesto en campaña cinco grandes ejércitos; las armas francesas ganaban nuevos y repetidos triunfos en Alemania y en Italia, en el Danubio, en el Inn, en los grandes Alpes, en el Mincio y en el Adige; y la famosa victoria de Moreau en Hohenlinden, una de las mas brillantes y decisivas de los anales de las batallas, acabó de quebrantar al

(1) El príncipe de la Paz, en sus Memorias, despues de referir lo que sobre este asunto le pasó y lo que conferenció con el rey y con el nuncio de S. S., protesta no haber tenido parte alguna, ni conocimiento siquiera del texto del decreto de 10 de diciembre, el cual dice haberle hecho el ministro Caballero á espaldas suyas, si bien los que sabian sus oficios con el nuncio se imaginaron haberse hecho con su acuerdo y anuencia. Se queja amargamente de la conducta de aquel ministro reaccionario, intolerante y perseguidor. Cuenta cómo halló al rey prevenido por Caballero contra magistrados tan dignos como Jovellanos y Melendez, y contra prelados y eclesiásticos tan sabios y tan virtuosos como Tavira, Palafox, los Cuestas, Llorente y otros á quienes llamaba jansenistas y representaba como muy sospechosos en la fe, y cómo el príncipe los defendió y justificó ante el soberano. Inserta el texto del real decreto haciendo notar las palabras y frases inconvenientes que en él había, y una parte de la carta que le escribió el pontífice fecha 23 de enero de 1801.

(2) «Los agentes franceses (dice á este propósito un escritor español de aquel tiempo) que manipulaban en este asunto conocieron muy luego el vivo empeño de la reina María Luisa por mejorar la suerte de su hermano, y se propusieron sacar ellos mismos provecho de esto. Ofreciendo su cooperacion eficaz para el logro de las intenciones del rey Católico, intimaron que era menester dar gratificaciones cuantiosas en caso de que el negocio se llevase á cabo.... A la vista tenemos testimonios auténticos y circunstanciados de los manejos que hubo en esta negociacion. Nos abstenemos de publicarlos, no tanto por miramiento á los personajes que tuvieron parte en ellos, como por la dignidad de la historia.... «Confieso de buena fe, decia el ministro Urquijo á don José Martinez de Hervás, que aunque sé mucho de corrupcion de mundo, no deja de sorprenderme la excesiva que veo, pero como es menester jugar con las cartas que haya... etc.»



Austria y puso al ejército republicano en aptitud de marchar sobre Viena. Por otra parte el czar Pablo I de Rusia había reclamado de Inglaterra la isla de Malta: la negativa de aquella potencia le encolerizó, llamó á San Petersburgo al rey de Suecia, se atrajo á Dinamarca y Prusia, y por último, renovando las potencias del Norte la liga de 1780, se habían declarado todas abiertamente contra Inglaterra, y Francia y Rusia se habían reconciliado públicamente. No quedaba al Austria mas apoyo ni defensa que la obstinacion de su negociador en Luneville.

Vióse al fin obligado Cobentzel á tratar separadamente y sin intervencion de Inglaterra, y á firmar, despues de muchas y muy vigorosamente sostenidas discusiones, el célebre tratado de paz de Luneville (9 de febrero, 1801), que puso término á la guerra de la segunda coalicion, que por segunda vez dió por límite á la Francia la orilla izquierda del Rhin, que la hizo casi dueña de Italia, quedando el Austria del otro lado del Adige, que dejó garantida la independencia de las repúblicas bávara, helvética, liguriana y cisalpina, abarcando esta el Milanesado, el Mantuano, el Modenés y las Legaciones, que estableció la secularizacion de los principados hereditarios de Alemania, y que dejaba á Nápoles, Roma y el Piamonte dependientes de la buena voluntad de la Francia.

## CAPÍTULO X

### Guerra de España con Portugal.—La paz de Amiens

DE 1801 Á 1802

Negociaciones relativas á Parma y Toscana.—Artículo del tratado de Luneville.—Convenio de Madrid.—Azara es vuelto á nombrar embajador cerca de la república.—Ida á Paris de los infantes españoles nuevos reyes de Toscana.—Toman posesion del reino de Etruria.—Compromiso del gobierno español con Bonaparte sobre el empleo de la fuerza naval española.—La corte de Madrid se obliga á hacer la guerra á Portugal para separarle de la alianza inglesa.—Cuerpo auxiliar francés.—El príncipe de la Paz generalísimo.—Guerra de Portugal, llamada vulgarmente *de las naranjas*.—Paz de Badajoz, entre España y Portugal.—Tratado de Badajoz entre Portugal y Francia.—Recházale indignado Napoleon y por qué.—Amenaza de rompimiento con España.—Cómo se fué templando Bonaparte.—Nuevo tratado en Madrid.—Muerte de Pablo I de Rusia.—Mudanza que produce en la política de Europa.—Paz entre España y Rusia.—Deshácese la liga de las potencias neutrales.—Cambio del ministerio inglés.—Negociaciones de paz entre Inglaterra y Francia.—Preliminares de Londres.—Tratados de paz entre varias potencias.—Sentidas quejas de España sacrificada en los preliminares.—Congreso de Amiens.—Azara plenipotenciario.—LA PAZ DE AMIENS.—Suerte que en ella cupo á España.—Expedicion franco-española á la isla de Santo Domingo.

«Yo no sé, mi querido hermano (escribia la reina María Luisa de España á su hermano el duque de Parma en 28 de febrero de 1801), si por mas que son ventajosas las condiciones del tratado entre el emperador y la Francia en lo relativo á nuestra familia, podremos tener identidad en nuestros pareceres; pero la cosa es hecha, y tú estarás en clase de rey si quieres pasar á Toscana. Hemos hecho algunos sacrificios para adquirir estas ventajas, y no creo, ni él tampoco, que puedas mirarlas con indiferencia; pero aunque el tratado está hecho y se espera la ratificacion, nos queda un punto que ventilar, y debes responderme. Hace tiempo que manifiestas tus deseos de no dejar á Parma; tu quietud nos interesa y tratamos de hacerla compatible, pero ignorando si en el tratado secreto se ha dispuesto ya de esos Estados, no puedo asegurarte la permanencia, mas en caso de conseguirla y acomodarte, pasarán tu hijo y mi hija con nuestro nieto á recibirse por tales reyes, renunciando á la propiedad que tendrían sobre los Estados de Parma; y entonces los gozarías tú tranquilamente por tus dias; pero si tú quieres venir á Florencia desde luego, renunciando á Parma, puedes hacerlo, y conservarás tu casa reunida como hasta aquí en tus anteriores Estados.

»Todo esto es preventivo, pues no sabemos si aun por los dias de tu vida podemos contar con que se te conserve el Estado que disfrutas, ignorando las cláusulas del tratado secreto entre el emperador y la Francia, á donde se pregunta hoy por

correo extraordinario; pero bueno es que tú me respondas categóricamente si quieres ó no ir á Toscana (1).»

En efecto, por el artículo 5.º del tratado de Luneville se convino en que el gran duque de Toscana renunciase sus Estados, recibiendo una indemnizacion en Alemania, y que Toscana se diese en soberanía al infante español duque de Parma, renunciando este á su vez su antiguo Estado, conforme al tratado secreto entre Carlos IV y Bonaparte firmado en San Ildefonso en 1.º de octubre de 1800. A los cuarenta dias de ajustada la paz de Luneville se amplió y especificó el artículo concerniente á la Toscana en un nuevo convenio que se celebró en Madrid (21 de marzo, 1801) entre Luciano Bonaparte y el príncipe de la Paz, por el cual se estipuló que á cambio de la parte que aquel ducado tenia en la isla de Elba y que se cedía á Francia, esta cedería á su vez el principado de Piombino para agregarlo al reino de Toscana. Y por otro artículo, que fué el sexto, se ajustó lo siguiente:

«Siendo de la familia real de España la casa que va á ser establecida en la Toscana, será considerado este Estado como propiedad de la España, y deberá reinar en él perpetuamente un infante de la familia de sus reyes. En el caso de faltar la sucesion del príncipe que va á ser coronado, será esta reemplazada por otro de los hijos de la casa reinante de España.» Empeño grande formó Carlos IV en que el infante duque conservara sus Estados de Parma, por lo menos durante su vida, pero á esta pretension no accedió en manera alguna el primer cónsul. Lo que propuso Bonaparte, y mostró de ello gran deseo, fué que los príncipes hubieran de pasar por Paris cuando fueran á tomar posesion de su nuevo reino, pues tendria mucho gusto en agasajarlos, así como á los españoles que les acompañaran, para que viera la Europa la íntima union que habia entre las dos cortes (2).

Don José Nicolás de Azara, que retirado en la aldea de Barbuñales (Aragon) habia sido llamado á Madrid por el príncipe de la Paz para conferirle de nuevo la embajada de Paris que antes habia desempeñado; Azara, que durante su corta permanencia en Madrid y en Aranjuez habia sido objeto de las mas distinguidas consideraciones de parte de los soberanos y del favorito, y que á su llegada á Paris (abril, 1801) fué recibido con las demostraciones mas afectuosas por Bonaparte y Talleyrand sus antiguos amigos, escribia á su gobierno dándole noticia de los preparativos que el primer cónsul habia mandado hacer para el recibimiento de los infantes españoles que iban á ser reyes de Toscana y de los festejos con que habian de ser obsequiados, siendo sus prevenciones tan minuciosas que formaban un verdadero ceremonial de visitas, banquetes, asistencia á teatros, etc. Llegaron los nuevos reyes á Paris (25 de mayo, 1801), y comenzaron los agasajos y las fiestas segun el programa acordado. El primer cónsul, su esposa madama Josefina, el ministro Talleyrand, el de lo Interior, los demás cónsules y ministros, todos se esmeraron, todos rivalizaron en la suntuosidad de las fiestas que cada cual dedicó á los príncipes Borbones, distinguiéndose no obstante algunas de ellas por su magnificencia, brillantez y buen gusto (3). De manos de Bonaparte y de Josefina recibieron los dos

(1) La carta terminaba con las siguientes frases familiares: «Sigo aliviada de mi desazon, aunque no tan buena como podia esperar; estas cosas me trastornan, y hasta verlas arregladas no descansaré.—El rey ha padecido de reuma en un brazo, de suerte que no ha podido salir al campo; va mejor.—Los chicos siguen bien; consérvate tú, querido hermano, como desea tu hermana—*Luisa*.»

Esta carta fué indudablemente dictada por el príncipe de la Paz, pues á la minuta acompañaba una papeleta de su letra que decia: «Señora.—No puede reducirse mas, ni decirse menos en el caso presente.

»Deseo haber acertado.—*Manuel*.»

(2) Expediente relativo al viaje de los reyes de Toscana.—Archivo del ministerio de Estado, leg. 53, núm. 2.

(3) Por ejemplo la que les dió Talleyrand en Neuilly, de la cual hace la siguiente descripcion un escritor contemporáneo: «Los jardines fueron adornados con soberbias decoraciones de pensamientos varios relativos todos al objeto. Una de ellas representaba la gran plaza de Florencia, el palacio Pitti con sus dos magnificas fachadas, y la entrada de los nuevos príncipes. Una multitud de transparentes repartidos en vistosas galerías ofrecian emblemas repartidos de mil modos, de la amistad y alianza que unia las dos naciones. Descollaban de trecho en trecho bustos y estatuas



esposos regalos exquisitos, entre ellos un cuadro de retratos de la familia real de España. Por espacio de mas de un mes que duró su permanencia, no hubo día que no se consagrara á los ilustres huéspedes algun festejo público ó privado, desplegándose en unos y otros festines lujo y cordialidad al mismo tiempo.

No desconocían los hombres pensadores algunos de los fines que podia proponerse Bonaparte, así en la proteccion abierta que dispensaba á estos dos principes españoles, como en la ostentacion y alarde que hacia ante la Francia y la Europa de agasajar y festejar tan esmerada y espléndidamente á dos individuos de la dinastía proscrita de los Borbones. ¿Quería acreditar que lejos de temer á esta familia la habia puesto en el caso de necesitar y solicitar su proteccion? ¿Quería probar si los republicanos veían sin escándalo aquellas pompas reales? ¿Quería tranquilizar á los soberanos de Europa mostrando sus tendencias á reconstruir la sociedad sobre cimientos monárquicos, ó atemorizarlos viendo que empezaba á ser repartidor de coronas? ¿Querria ensayar en otros el efecto de lo que meditara para sí mismo? Todo se discurría, y eso que se ignoraba entonces, y aun muchos han ignorado despues, que ya andaba por su mente el pensamiento de contraer mas estrechos y mas personales vínculos con la familia real á que pertenecían aquellos principes, por quienes tanto interés, tanta ternura y tanta solicitud mostraba (1).

Salieron de Paris en el coche del primer cónsul (1.º de julio, 1801), y de su órden los acompañó el general Grouchy hasta ponerlos en posesion de su nuevo reino, al cual se denominó reino de Etruria (2). Murat habia preparado su recibimiento. Fuéronles reconociendo las cortes de Europa y enviando sus ministros: la última en cumplir esta atencion fué la de Nápoles, con ser de la familia, y no obstante haberse visto ya obligada por Bonaparte á cerrar sus puertos á los ingleses, á ceder á la Francia Portolongone y su distrito, tres fragatas armadas y puestas en Ancona, y á mantener á su costa un cuerpo de quince mil franceses en el golfo de Tarento (3). En cuanto á los reyes de Etruria, dicho estaba que su gobierno y su política habian de estar sometidas á la voluntad del primer cónsul; y en cuanto á los monarcas españoles, fuera candidez pensar que no pagasen con usuras las extremadas atenciones de Bonaparte con ellos y con sus hijos.

A la separacion de Urquijo y de Mazarredo siguió inmediatamente el convenio celebrado en Aranjuez (13 de febrero de 1801) entre Luciano Bonaparte como embajador de la república y el príncipe de la Paz como generalísimo de los ejércitos españoles, por el que lograba el primer cónsul su tan deseado objeto de comprometer las fuerzas navales de España á obrar en union con las de Francia en todas las empresas que aquel hubiera de acometer, como quien pretendia pertenecerle la direccion de la guerra marítima contra Inglater-

de los grandes hombres de la España, y en un gran fondo refulgente, cuajado todo en derredor de estrellas y luceros, veíanse las imágenes de España, Italia y Francia asidas de las manos sobre trofeos de guerra y en medio de blasones de las ciencias y las artes. Los colores de las tres naciones estaban repartidos en festones y en zonas luminosas, todo esto en movimiento y formando celajes nuevos á cada instante. Los nombres de los reyes de España y de sus hijos se ostentaban en hermosas laureolas. Los fuegos de artificio presentaron variedad de cuadros alusivos á las glorias de la España y de la Francia. Hubo gran concierto, baile y cena de cinco salsas, renovada tres veces.»

La del ministro de lo Interior fué de otro género, pero no menos brillante en suntuosidad y en elegancia.

(1) Aludimos al proyecto de su enlace con la infanta María Isabel de España, de que poco mas adelante tendremos ocasion de hablar.

No eran ciertamente las prendas personales las que habian enamorado á Bonaparte, porque de la princesa hablaba muy desfavorablemente, y del príncipe no formó un juicio mas lisonjero. «Es un triste rey, decia; no es posible formarse idea de su indolencia. Mientras ha permanecido aquí no he podido conseguir que diese atencion á sus negocios, ni que tomase una pluma. No piensa sino en diversiones, en el teatro, en el baile. El buen Azara, que es un hombre de mérito, hace cuanto puede, pero pierde el tiempo: el príncipe le trata con altivez. Todos estos principes se asemejan... etc.»—Muriel, Hist. MS. de Carlos IV, lib. 6.

(2) Nombre que tenia en la antigua geografia romana.

(3) Tratado de 18 de marzo, 1801, en Florencia.

ra (4). Aunque las expediciones de que hablaba el convenio no se realizaron, no por eso dejaba el primer cónsul de exigir á cada paso la cooperacion de nuestros navíos, no solo de la escuadra de Brest, sino tambien de los de nuestros departamentos de Cádiz, Ferrol y Cartagena, y no ya para la reconquista de las posesiones españolas, como se decia en la convencion de Aranjuez, sino para otros designios de Bonaparte, de los cuales era el principal, y el que nunca perdía de vista, el socorro de Egipto. Llamó á Gravina á Paris como antes habia llamado á Mazarredo, para conferenciar sobre sus planes; pero aunque el distinguido marino español le convenció de que con la escuadra de Brest no se podia acometer empresa importante hasta que el equinoccio de otoño alejara de la costa los buques ingleses, no se mostró tan indócil é inflexible como Mazarredo á la voluntad del primer cónsul. Solo hubo en este tiempo un combate naval entre la escuadra inglesa de Gibraltar y la franco-española que estaba en Cádiz y en Algeciras (12 de julio, 1801), en el cual sufrimos un descalabro sensible de hombres y de navíos.

Nuestra escuadra, compuesta de cinco navíos y una fragata, iba de Cádiz en socorro de la francesa atacada en la ensenada de Algeciras. El navío inglés el *Soberbio*, al pasar por entre el *San Carlos* y el *San Hermenegildo*, hizo una descarga de ambos costados. Prendióse fuego al *San Carlos*; así y todo mandó su comandante descargar la batería del costado por donde habia sido ofendido, y las balas fueron á herir al *San Hermenegildo*, que en la oscuridad abordó al que creia su contrario, empuñándose entre ambos navíos españoles un horrible y lastimoso combate: comunicáronse uno á otro el fuego, y ambos se volaron con estruendo espantoso, presenciando ambas escuadras esta catástrofe, sin saber si los que se combatían eran amigos ó enemigos. De dos mil hombres que componían las tripulaciones solo se salvaron como unos doscientos. El navío *San Antonio* se habia rendido. La luz del día descubrió el desastre de aquella noche fatal.

Cualquier pérdida era entonces lamentable, porque el tesoro estaba exhausto; á los marinos del Ferrol se les debían las pagas de diez y ocho meses; caudales de América apenas venían; costaba mucho trabajo mantener la escuadra de Brest, á la cual por honra nacional se asistía con preferencia, y cada día eran mayores los conflictos por los armamentos que sin consideracion nos exigía Bonaparte, de lo cual se lamentaba

(4) Los artículos de este convenio fueron los siguientes:

1.º Cinco navíos españoles que están en Brest se reunirán á cinco navíos franceses y á cinco bánavos, y partirán al instante para el Brasil y la India. Esta division la mandará un general español.

2.º Los otros diez navíos españoles que están en Brest, con diez navíos franceses y diez bánavos, estarán prontos para amenazar á la Irlanda, ó si llega el caso, para obrar segun los planes hostiles de las potencias del Norte contra Inglaterra. Esta division la mandará un general francés.

3.º Cinco navíos del Ferrol y dos mil hombres de desembarco estarán prontos para partir hácia últimos de ventoso (mediados de marzo), y el primer cónsul reunirá á esta dos escuadras de igual fuerza, la una francesa y la otra bátava. Esta flota partirá para reconquistar, primero la Trinidad bajo el mando de un general español, y luego Surinam bajo el mando de un general francés ó bátao, conviniendo despues entre sí para que los cruceros se hagan oportunamente.

4.º El resto de las fuerzas marítimas de S. M. C. que está hoy día en disposicion de hacerse á la vela, se unirá á la escuadra francesa en el Mediterráneo, á fin de combinar sus movimientos si se puede con la escuadra rusa, y forzar á los ingleses á tener en el Mediterráneo el mayor número de navíos que sea posible. Se dispondrá sobre el mando de estas fuerzas cuando estén reunidas.

5.º Si la falta de pertrechos impide que la escuadra española de Brest entre en campaña, el primer cónsul se obliga á proveerla de ellos en forma de empréstito.

6.º El primer cónsul formará para últimos de ventoso cinco ejércitos para apoyar segun lo pidan los sucesos, las fuerzas combinadas. Cuatro de estos ejércitos se reunirán en Brest, en Batavia, en Marsella y en Córcega; el quinto se reunirá sobre las fronteras de España, para servir de segunda línea auxiliar contra Portugal.

7.º Las ratificaciones respectivas de la presente convencion serán cambiadas en el término de quince días.

En Aranjuez á 24 pluvioso, año VIII de la república francesa: 13 de febrero de 1801.



el ministro Cevallos, y daba sentidas quejas al embajador Azara (1).

Otro de los grandes compromisos en que nos empeñó la conducta de Bonaparte, y al que ni la Convención ni el Directorio habían logrado nunca traer á Carlos IV, fué el de llevar la guerra á Portugal contra sus propios hijos para hacerles renunciar á la alianza inglesa y firmar la paz con Francia. Esta resolución, que nadie le había podido arrancar, fué tomada por convenio solemne celebrado en Madrid (29 de enero, 1801), y firmado por el ministro Cevallos y Luciano Bonaparte (2). Al ratificar el primer cónsul este tratado escribió que daba orden para que inmediatamente se pusieran en marcha veinte mil hombres hácia Burdeos y Bayona, que estarían á disposición del monarca español. En su virtud, hecha la intimación á la corte de Lisboa, y transcurrido el plazo de los quince días que se le señalaron, dióse el manifiesto y decreto de declaración de guerra (27 de febrero, 1801), expresando en él, según se acostumbra en estos documentos, los anteceden-

(1) «Esa potencia (le escribía en 12 de mayo desde Aranjuez) léjos de reconocer debidamente los favores que ha merecido á España en los tiempos en que mas los ha necesitado, saca partido de nuestra debilidad, elevando demasidamente sus pretensiones, á medida que nosotros nos mostramos mas propensos á favorecerles, con atropellamiento de tratados, arreglos, pactos y toda suerte de combinaciones.»

(2) Conviene conocer el texto íntegro de esta estipulación.

Artículo 1.º S. M. C. expondrá por última vez sus intenciones pacíficas á la reina Fidelísima, y le fijará el término de quince días para que se determine. Pasado este término, si S. M. F. se niega á hacer la paz con Francia, se tendrá la guerra por declarada.

2.º En el caso que S. M. F. quiera hacer paces con Francia, se obligará: 1.º á separarse totalmente de la alianza de Inglaterra; 2.º á abrir todos sus puertos á los navíos franceses y españoles, prohibiendo que entren en ellos los de la Gran Bretaña; 3.º á entregar á S. M. C. una ó mas provincias, correspondientes á la cuarta parte de la población de sus Estados de Europa, como prenda de la restitución de la isla de la Trinidad, Malta y Mahon, ó á resarcir los daños y perjuicios sufridos por los vasallos de S. M. C. y á fijar los límites de los términos que proponga el plenipotenciario de esta potencia al tiempo de las negociaciones.

3.º Si la paz no se realizase, el primer cónsul auxiliará á S. M. C. con 15,000 hombres de infantería, con sus trenes de campaña correspondientes, y un cuerpo facultativo para el servicio de estos, bien armados, equipados y mantenidos completamente por la Francia, la cual deberá reemplazarlos lo mas pronto que sea posible según lo exijan los acontecimientos.

4.º Como el enunciado número de franceses no sea el mismo que se halla estipulado en el tratado de alianza, el primer cónsul le aumentará hasta el que determina dicho tratado, si así lo pidiese la necesidad. Su Majestad no creyendo necesario por ahora el número de tropas que está estipulado, se limita provisionalmente al socorro que queda dicho, sin derogar por esto el tratado, haciéndose cargo de las dificultades, y que la guerra contra el emperador no podrá menos de favorecer á la Francia.

5.º Hecha que sea la conquista de Portugal, S. M. C. quedará obligada á ejecutar el tratado que la Francia propone al presente á la reina Fidelísima, y para que sea cumplido en todas sus partes el primer cónsul se prestará, ó á diferir su ejecución por dos años, y si este término no bastase, á que S. M. C. perciba de la parte de aquel reino que haya de ser unida á sus Estados las sumas convenidas, las cuales S. M. C. podrá quizá suplir con las que saque de otras provincias, ó á tratar amistosamente acerca del modo de ejecutar las expresadas condiciones.

6.º Si la conquista no abrazase todo el reino, y si solo una parte suficiente para resarcir los perjuicios, en tal caso S. M. C. no pagará nada á la Francia, ni esta podrá reclamar el pago de los gastos de la campaña, puesto que está obligada á mantener sus tropas en concepto de potencia auxiliar y aliada.

7.º Este socorro será considerado del mismo modo, si después de haberse principiado las hostilidades S. M. F. viniese á hacer la paz, y en este caso el primer cónsul verá cómo ha de reintegrar á S. M. los gastos de la guerra por otro medio ó en otros países, siendo cierto que esta guerra no podrá menos de tener influjo inmediato en las negociaciones en general, y acrecentará al mismo tiempo las fuerzas de la Francia.

8.º Las tropas francesas obrarán desde su entrada en España conforme á los planes del general español, comandante en jefe de todos los ejércitos, sin que los generales franceses alteren sus ideas. S. M. espera, conociendo la sabiduría y experiencia del primer cónsul, que dará el mando de dichas tropas á sujetos que sepan acomodarse á los usos de los pueblos por donde pasan, hacerse amar, y contribuir así al mantenimiento de la paz; pero si ocurriese algun disgusto (lo que Dios no quiera), ocasionado por uno ó por muchos individuos del ejército francés, el comandante francés les hará regresar á Francia al punto que el general español le haya declarado ser conveniente, sin discusión ni contestación,

tes y las causas que habían movido así al gobierno francés como al español á adoptar esta resolución extrema, apurados ya infructuosamente todos los buenos oficios y todos los esfuerzos que por espacio de años había estado empleando y podía emplear un padre para evitar el verse en el doloroso trance de hacer la guerra á sus propios hijos, para forzarlos á cumplir los compromisos á que se habían obligado por tratados solemnes con una potencia amiga (3).

Diéronse pues las órdenes oportunas para la formación de un ejército en las fronteras de Portugal. De Francia vino un cuerpo auxiliar de quince mil hombres al mando de Leclerc, cuñado del primer cónsul, que se situó en Ciudad-Rodrigo. De la fuerza española, que subía á sesenta mil hombres, se formaron tres ejércitos, uno de veinte mil en Galicia sobre el Miño, otro de diez mil en Andalucía sobre los Algarbes, y otro de treinta mil en Extremadura sobre el Alentejo. El mando en jefe de todos, incluidas las tropas francesas, se dió al príncipe de la Paz con el título de Generalísimo, cosa que excitó la crítica y las diatribas de los enemigos de aquel personaje (4), el cual se trasladó á principios de mayo á Badajoz, centro principal de las operaciones, donde dió á las tropas una pomposa proclama (14 de mayo, 1801). A su vez el príncipe regente de Portugal había publicado su Manifiesto (26 de abril), convocado las milicias, organizado las ordenanzas, y formado un ejército de escasos cuarenta mil hombres, cuyo mando confirió al duque de Lafoens. Inglaterra, fingiéndose resentida de que el gobierno portugués, obrando con pundonor, rechazara la condición de que un general inglés mandara las tropas, no le envió ningun socorro. La guerra no podía ser larga, ni el resultado dudoso, siendo tan desigual el poder de una y otra nación, y estando las plazas fronterizas de Portugal escasamente guarnecidas y pobremente artilladas.

Así fué que en el día mismo que comenzaron las operaciones, penetrando nuestras tropas en territorio portugués (20 de mayo), se rindieron Olivenza y Jurumena, y se encerraron en los castillos las guarniciones de Yelves y Campomayor, llegando nuestros soldados hasta los jardines del foso. De esta

que se deben tener por ociosas, puesto que el buen acuerdo es la base del bienestar que se anhela por ambas partes.

9.º Si S. M. C. creyese no tener necesidad del auxilio de las tropas francesas, ya sea que las hostilidades hayan comenzado, ó que deban ser determinadas por la conquista, ó por la conclusión de la paz, en tal caso el primer cónsul conviene en que las tropas vuelvan á Francia sin aguardar sus órdenes, luego que S. M. C. lo juzgue conveniente, y advierta de ello á los generales.

10. Siendo de tan grande interés la guerra de que se trata, y de muy mas grande todavía para Francia que para España, puesto que ha de tener la paz de la primera, y que la balanza política se inclinará de su lado, no se aguardará al término que fija el tratado de alianza para enviar las tropas, sino que se pondrán en marcha, pues el término señalado á Portugal es solamente de quince días.

11. Las ratificaciones de este tratado se verificarán en el término de un mes contado desde la firma, etc.—Madrid 29 de enero de 1801.—Pedro Cevallos.—Luciano Bonaparte.

(3) «Apurados, decía entre otras cosas el Manifiesto, todos los medios de suavidad; satisfechos enteramente los deberes de la sangre y de mi afecto por los príncipes de Portugal, convencido de la inutilidad de mis esfuerzos, y viendo que el príncipe regente sacrificaba el sagrado de su real palabra dada en varias ocasiones acerca de la paz, y comprometía mis promesas consiguientes con respecto á la Francia por complacer á mi enemiga la Inglaterra; he creído que una tolerancia mas prolongada de mi parte seria en perjuicio de lo que debo á la felicidad de mis pueblos y vasallos, ofendidos en sus propiedades por un injusto agresor; un olvido de la dignidad de mi decoro desatendida por un hijo que ha querido romper los vínculos respetables que le unían á mi persona; una falta de correspondencia á mi fiel aliada la república francesa, que por complacerme suspendía su venganza á tantos agravios; y en fin una contradicción á los principios de la sana política que dirige mis operaciones como soberano... etc.»—Todo el Manifiesto es importante, pero demasiado extenso para que podamos darle aquí íntegro.—Gaceta de 3 de marzo de 1801.

(4) Dice este en sus Memorias que varios generales, invitados á tomar la dirección y el mando en esta guerra, se excusaron, y entre ellos cita á don Gregorio de la Cuesta, á don José Urrutia y al marqués de Castelfranco.—Los enemigos del príncipe dijeron que lo habían hecho así por no servir bajo sus órdenes: Godoy afirma que el nombramiento suyo fué posterior.



última circunstancia hizo mérito el príncipe de la Paz en el primer parte que dirigió al rey, diciendo: «Las tropas, que atacaron al momento de oír mi voz, luego que llegué á la vanguardia, me han regalado de los jardines de Yelves dos ramos de naranjas, que yo presento á la reina (1).» Esta expresión, unida á la poca duracion de la guerra, dió ocasion á que el vulgo llamara á esta guerra de Portugal *la guerra de las naranjas*. En efecto, despues de una accion, que no merece el nombre de batalla, en Arronches, y rendida Castelvide y algunas otras fortalezas, capitularon Campomayor y Oguella (6 de junio, 1801), no quedando en todo el Alentejo sino Yelves que no dominaran nuestras tropas; y pronto ya el ejército á pasar el Tajo, fué pedida la paz por los portugueses (2).

Fácilmente accedió á ello el generalísimo español, y fácil les fué á los representantes de las dos cortes de la Península ponerse de acuerdo sobre las condiciones del tratado. Convino el príncipe regente de Portugal en cerrar sus puertos á los navios y al comercio de Inglaterra, que era lo esencial de la estipulacion; en que Olivenza y su distrito quedaran perpetuamente reunidos á la corona de Castilla; en no permitir depósitos de contrabando á lo largo de las fronteras de España; en el pago de los gastos de las tropas portuguesas durante las guerras de los Pirineos, que estaban por satisfacer; y á cambio de estas condiciones, la España devolvía á Portugal las plazas y pueblos conquistados en esta guerra, y S. M. C. se obligaba á garantizar al príncipe regente la conservacion íntegra de sus Estados y dominios sin la menor excepcion ó reserva. Firmaron este tratado, el príncipe de la Paz á nombre del monarca español, y Luis Pinto de Sousa como ministro de Portugal (3). Carlos IV le ratificó el 6 de julio (1801). Hizose al mismo tiempo otro relativo á la paz entre el reino lusitano y la república francesa, con reciproca garantía de las dos cortes aliadas, el cual firmó el embajador de la república Luciano Bonaparte; pero este convenio, que desagradó al primer cónsul, produjo, como luego veremos, muy serias y aun muy agrias contestaciones entre los dos gobiernos, español y francés (4).

Quisieron los reyes felicitar en persona á su querido príncipe por los fáciles triunfos de aquella brevísima campaña, cuya pronta y feliz terminacion atribuian al valor y capacidad del Generalísimo, y con este objeto partieron para Badajoz, donde llegaron el 28 de junio. Hubo plácemes y fiestas, pasáronse revistas, y se celebraron simulacros solemnes. Tomaron Sus Majestades posesion de la plaza de Olivenza, y al cabo de algunos dias de placenteros obsequios, regresaron gozosos á Madrid (20 de julio, 1801). A poco tiempo, y por medio de un decreto muy pomposo, en que se ensalzaban hasta las nubes el talento, la pericia, la actividad y el celo del príncipe generalísimo, le encomendó Carlos IV la formacion de un plan general de organizacion de todo el ramo militar de mar y de tierra, de un sistema de reparacion, construccion ó abandono de plazas fuertes para la defensa del reino, de fábricas y fundiciones de armas, de educacion para la milicia, de tácticas y reglamentos, de todo en fin lo perteneciente al ejército y á la marina (6 de agosto, 1801).

Halló el primer cónsul defectuoso y manco el tratado de Badajoz en lo concerniente á Francia; disgustóle sobremanera no encontrar en él la indemnizacion de gastos de guerra, ni la cesion de una ó mas provincias que pudieran servir de prenda para obtener mejores condiciones de paz con la Gran Bretaña, ó para la restitution de las islas mencionadas en el

tratado de Madrid, y negóse á ratificarle. Agrióse mas cuando supo que Carlos IV se habia apresurado á darle su ratificacion. Esta actitud del primer cónsul produjo graves disidencias, y hasta amenazas y peligros de rompimiento entre las dos cortes aliadas. En medio de las quejas que expuso y de los esfuerzos que hizo el general francés Saint-Cyr que se hallaba en España, para ver de torcer el ánimo del rey y moverle á mejorar el tratado en el sentido que el primer cónsul deseaba, significó que seria doloroso que por favorecer á un enemigo, disimulado ó abierto, como era Portugal, se aflojasen ó se rompiesen los lazos de amistad y concordia que tan dichosamente unian á Francia y España. Estas y otras semejantes expresiones ofendieron al príncipe de la Paz, el cual á su vez pasó una enérgica y vigorosa nota á Luciano Bonaparte (26 de julio de 1801), en que despues de justificar con copia de razones el tratado de Badajoz, y despues de manifestar que S. M. miraria como una violacion de territorio el que viniesen nuevas tropas francesas á España, antes bien era tiempo de que los quince mil hombres, satisfecho el objeto de la guerra, volvieran á sus destinos, pedia que viniese la escuadra de Brest, se quejaba de que la alianza con la república nos hubiera puesto mal con todas las potencias, y dejaba entrever cierta amenaza de hacer la paz con Inglaterra.

Ya antes de esto habia tenido nuestro embajador Azara que trabajar con esfuerzo para templar el enojo y reprimir los ímpetus del primer cónsul: con este y otros semejantes documentos que se cruzaron irritóse mas Bonaparte, que interpretándolo como una especie de reto que se le hacia, preguntaba á Azara si los reyes sus amos estaban cansados de reinar para exponer así su trono provocándole á una guerra. Por su parte el ministro Cevallos, de acuerdo indudablemente con el príncipe de la Paz, prevenia á Azara con no menos arrogante tono (19 de agosto, 1801), «que si el primer cónsul fuese tan osado que repitiera lo del peligro y poca duracion del trono español, le contestase con la dignidad y energía correspondiente, que Dios dispone de la suerte de los imperios, y que mas fácilmente dejará de existir un gobierno naciente que un rey anciano y ungido.» Durante estas y otras semejantes contestaciones que parecia amenazar una ruptura, iban entrando nuevos cuerpos de tropas francesas en España sin miramiento ni consideracion á los tratados, lo cual no podia dejar de infundir recelos de ocultas y siniestras intenciones respecto á la España misma. Al fin las enérgicas reclamaciones del gobierno de Madrid y las prudentes reflexiones de Azara (5), fueron labrando en el ánimo irritado del primer cónsul, hasta el punto que, templadas sus iras, autorizó de nuevo á su hermano para hacer las paces con Portugal (6).

Ajustóse, en efecto, en Madrid un nuevo tratado (29 de octubre, 1801) entre Luciano Bonaparte como representante de la Francia, y Cipriano Ribeyro Freyre, plenipotenciario de Su Majestad Fidelísima, en que solamente se añadió á lo estipulado en Badajoz un artículo relativo á la demarcacion de las dos Guayanas, francesa y portuguesa, y otro concerniente al comercio de las dos naciones. Mas lo notable de este ajuste fué otro tratado secreto, por el que se obligó Portugal á pagar

(5) En las notas á la *Historia de la Vida civil y política del caballero Azara*, escrita por Castellanos, se da noticia de varios de los documentos y notas que con este motivo mediaron entre ambas cortes, así como de las muchas conferencias y diálogos que pasaron entre Bonaparte, Talleyrand y el embajador español, el cual escribía á Cevallos en 6 de setiembre: «No me acusa la conciencia de haber omitido diligencia ni razon para conjurar estos pesares, hasta exponerme en mis representaciones al cónsul... etc.»—Papeles hallados en casa de Azara á su fallecimiento.

(6) Esta inoportuna é injustificable entrada de tropas francesas, su permanencia y su salida, fueron ocasion y objeto de muy graves disgustos y de muy desagradables contestaciones. Sus equipajes eran reconocidos y registrados con escrupulosidad, como que no inspiraban confianza. En algunas provincias ocurrieron choques y lances serios entre ellas y los naturales del país. Se pidió con insistencia y con energía al gobierno francés su pronta retirada: hubo en esto firmeza de parte del ministerio español, y merced á ella, y con mucho trabajo y continuo riesgo de rompimiento, se logró hacerlas evacuar, aunque perezosamente, nuestro territorio.—Archivo del ministerio de Estado, leg. 53, números 44, 48 y otros: leg. 54, números 1 y 2, donde hay un expediente sobre esto y una importante nota pasada por el príncipe de la Paz.

(1) Gaceta extraordinaria del 24 de mayo, 1801.

(2) Gacetas extraordinarias del 11, 14, 15, 17 y 18 de junio.

Hemos visto además todas las comunicaciones originales que mediaron durante esta guerra: son muy numerosas, y las hay diarias del príncipe de la Paz. Mas como quiera que los resultados esenciales se redujeran á los que brevemente apuntamos en el texto, nos ha parecido deber omitir los pormenores que aquellas expresan.

(3) Consta de diez artículos, cuya parte esencial se reduce á lo que expresamos en el texto.

(4) Muchos escritores, y entre ellos el mismo don Andrés Muriel, confunden ambos tratados suponiéndole uno solo, y así atribuyen al de España la negativa del primer cónsul á ratificar el que se referia á las condiciones de la paz entre Portugal y Francia.



á Francia veinticinco millones de francos, con mas el valor de los diamantes de la princesa del Brasil, que fué el premio del negociador. Asegúrase que el general Leclerc, cuñado de Bonaparte, sacó tambien provecho de este negocio, y que diez millones de francos fueron destinados á la caja particular del primer cónsul, habiendo sido esta la causa principal de hacerle flexible para el tratado (1). Hecha esta paz, dióse orden en Paris (21 de noviembre, 1801) para que saliesen las tropas francesas de España, y á principios de diciembre inmediato empezaron á evacuar la Península en columnas sucesivas.

Fuera de Inglaterra, no quedaba en Europa potencia alguna que no estuviese en paz con España sino Rusia. Y si bien la distancia que separa las dos naciones y la reconciliacion del emperador Pablo I con la Francia no dieron lugar á que se rompieran las hostilidades, la declaracion oficial de guerra subsistia, y era conveniente revocarla. Facilitó este paso la muerte desastrosa del czar (2), y la elevacion al trono moscovita de su hijo Alejandro. De carácter apacible y bondadoso el jóven príncipe, notóse desde luego en la política de Europa un cambio favorable y un espíritu de mas tendencia á la paz. De contado, como respecto á España no habia habido motivo sério para la guerra de parte de Rusia, y como el nuevo emperador, si bien por justas razones políticas queria salvar la honra de su padre en lo de haberse hecho Gran Maestre de la orden de San Juan de Jerusalem, era bastante discreto para conocer que aquello no habia pasado de ser una de sus manías extravagantes, y no una razon justa de rompimiento, desde luego demostró su deseo de reconciliacion con el monarca español dándole parte de su elevacion al trono, y no tardó su embajador en Paris en tratar de paz con nuestro representante Azara. Tampoco les fué difícil ponerse de acuerdo á los dos ministros, y en su virtud, y competentemente autorizados por sus respectivos soberanos, se ajustó y firmó en Paris (4 de octubre, 1801) la paz entre Rusia y España, reducida á restablecer sus buenas inteligencias, á enviarse recíprocamente ministros

(1) Memorias de Fouché, tom. I, p. 242.—«En fin, dice en ellas este ministro de Francia, el abandono de los diamantes de la princesa del Brasil, y el haber enviado al primer cónsul diez millones de francos para su bolsillo particular, taparon su rigor, y el tratado definitivo pudo concluirse en Madrid.»

El príncipe de la Paz, despues de rechazar la calumnia esparcida por algunos de haberle tocado mas ó menos cantidad de este vergonzoso comercio diplomático, añade: «En cuanto á premios para mí, los procuré apartar, satisfecho y contento de haber hecho una cosa que respondiese de algun modo á las multiplicadas gracias y favores con que desde un principio me ví honrado. Carlos IV quiso darme el territorio de Olivenza y erigírmelo en ducado; yo rogué á S. M. y conseguí que desistiese de este intento. Admiti dos banderas que por su real decreto de 1.º de julio me mandó vincular en mi familia y añadirlas á los blasones de mis armas. Demás de esto tuve un sable que de su propia mano me puso Carlos IV, bella alhaja que yo tenia en grande estima, y perdí en Aranjuez en el despojo de mis bienes...» Dice tambien en nota que el ministro Cevallos dirigió la construccion de aquel sable, donde con brillantes engastados se puso este mote: *Lusitanorum inclyto debellatori Emmanueli Godoy*.

(2) Con razon hizo gran ruido y eco en Europa el trágico fin del emperador Pablo de Rusia, así por sus circunstancias como por sus consecuencias. Aquel caprichoso, caballeresco é impetuoso príncipe, de imaginación viva y ardiente, mezcla extraña de debilidad y de violencia, de noble generosidad y de crueldad refinada, extremado en todos sus sentimientos de amor y de odio, arrebatado para las buenas como para las malas acciones, habia con sus caprichos, que unos eran insoportables rarezas y ridiculeces, otros desapiadadas crueldades, exasperado la aristocracia rusa, que cansada de sufrir sus extravagancias y locuras tramó una horrible conjuracion contra su vida. El proyecto de los conspiradores, despues de mil notables incidentes, se realizó la noche del 23 de marzo de 1801, acometiendo el palacio y la cámara imperial; Pablo se esconde, los conjurados le encuentran, le presentan á la firma el acta de abdicacion que llevaban preparada, procura defenderse, en medio del altermcado cae al suelo y se apaga la lámpara que alumbraba aquella horrorosa escena, uno de los asesinos le hunde el cráneo con el pomo de su espada, otro le ahoga apretándole con una banda para hacer que su muerte aparezca natural, y le corta el aliento al pedirles que le dieran tiempo para encomendarse á Dios. En medio de los ayes y lamentos de toda la familia imperial noticiosa de la catástrofe, es proclamado emperador el gran duque Alejandro.—Se han escrito muchas relaciones circunstanciadas de este célebre asesinato.

representantes, y á que los súbditos de ambas naciones se miraran y trataran amistosamente (3).

Indicamos antes que la muerte de Pablo I de Rusia habia producido en la política general de Europa un cambio favorable á la paz. En efecto, Inglaterra se veia libre de uno de sus mas terribles enemigos. El carácter conciliador de Alejandro I, la victoria naval de los ingleses en las aguas de Copenhague, aunque á punto de convertirse en derrota si no se hubiera apresurado el armisticio con Dinamarca, la adhesion de esta potencia á la nueva política de Rusia, su cansancio mismo, todo cooperó á que se rompiese la liga marítima de las potencias neutrales promovida por Pablo I. Entendiéronse las cortes de Lóndres y de San Petersburgo. Alzóse el embargo puesto á los buques ingleses en los puertos de Rusia: arreglóse el derecho de visita en términos razonables, limitándole á los navíos de guerra, y modificándole respecto á los buques mercantes con disposiciones equitativas y de modo que se evitasen disputas en lo sucesivo. Inglaterra, pues, veia disipada la tormenta que por tanto tiempo la habia amenazado por el Norte, y deseaba ardientemente la paz; el pueblo inglés entero suspiraba por ella, y quiso aprovechar aquella ocasion que su buena estrella le deparaba para negociarla con decoro, y á Francia no le convenia menos en el estado á que habian llegado las cosas, y mas cuando por una serie de sucesos que no nos toca referir, se veia precisado el ejército francés á abandonar el Egipto.

Vino á facilitar el cumplimiento de este deseo comun el cambio del gabinete británico, reemplazando al belicoso Pitt el pacífico Addington, porque el rey Jorge III, muy enemigo de la revolucion francesa, no lo era del sistema contra-revolucionario de Bonaparte. Con estas disposiciones accedió con gusto el primer cónsul á la proposicion hecha por el ministro inglés lord Hawkesbury al ciudadano Otto para tratar de paz, y envió los poderes para ello, encargándole que negociase con la mayor reserva. Expuestas las pretensiones de una y otra parte, y rechazadas algunas, como siempre acontece, íbase viniendo ya á un comun acuerdo. Sucedió entre tanto la guerra de España con Portugal, é irritado el primer cónsul con los tratados de Badajoz, á propuesta del ministro Talleyrand, vengóse del príncipe de la Paz y de los españoles con poner fin á la negociacion, consintiendo en que los ingleses siguieran poseyendo como por derecho propio nuestra isla de la Trinidad (4). Y como ambas naciones y ambos negociadores desea-

(3) En las notas á la vida de Azara se encuentran tambien importantes documentos oficiales relativos á esta negociacion, especialmente en el punto del Gran Maestrazgo de la orden de Malta. El emperador Alejandro, por respeto á la memoria de su padre y porque no se le tuviera por loco, convocó á capítulo general para la eleccion de nuevo gran maestre, dando por vacante esta dignidad con la muerte de Pablo I; pero sometiéndose á lo que el capítulo hiciera, aunque el electo fuese el mismo gran maestre destituido por su padre, Hompesch. Con respecto á España, á cuyos priores se convocaba tambien para este capítulo, pero á lo cual no era posible que accediese el rey, estas contestaciones prepararon la solucion que se dió al principio del año inmediato siguiente, de incorporar á la corona las lenguas y asambleas de San Juan, declarándose Carlos IV gran maestre de la Orden en España, en los términos que diremos en su lugar.

La ratificacion de Carlos IV al tratado con Rusia fué enviada á Azara en 5 de diciembre de 1801.

(4) La carta que á este propósito escribió Talleyrand, desde los baños donde se hallaba, al primer cónsul, es curiosísima, y conviene que nuestros lectores la conozcan.

«GENERAL: Acabo de leer muy detenidamente las cartas concernientes á España, y creo que en caso de controversia siempre estará la razon de nuestra parte, aunque no sea mas que recurriendo á la letra de los tres ó cuatro tratados que con dicha potencia hemos hecho este año; pero esto no seria mas que un alegato, y lo que conviene saber es si ha llegado el momento de adoptar un plan definitivo de conducta con ese triste aliado.

»Para ello voy á partir de los datos siguientes: España, valiéndome de una expresion suya, ha hecho con hipocresia la guerra contra Portugal, y ahora quiere hacer la paz definitivamente. El príncipe de la Paz, segun nos dice, y creo sin dificultad alguna, anda en ajustes con Inglaterra, y el Directorio creia era un hombre vendido á esta potencia. El rey y la reina dependen del príncipe; no era mas que favorito, y vedle ya convertido para ellos en hombre de Estado y gran guerrero. Luciano se encuen-



ban vivamente poner término á la agitacion y á la ansiedad en que hacia diez años se hallaba el mundo; convinieron en dejar á un lado para un arreglo ulterior ciertas dificultades que ocurrian, y fijaron al fin y firmaron en Lóndres los preliminares para la paz general (1.º de octubre, 1801).

Los principales artículos de este célebre convenio fueron: que Inglaterra restituiria á Francia y á sus aliadas España y Holanda todas las conquistas marítimas que habia hecho, á excepcion de la isla española de la Trinidad y las posesiones holandesas de Ceylan, que se reservaba S. M. B.: que el cabo de Buena Esperanza se abriria al comercio y navegacion de las dos naciones contratantes: que Malta volveria á la órden de San Juan de Jerusalem, y se pondria bajo la proteccion de una tercera potencia que se designara en el tratado definitivo: que el Egipto se restituiria á la Sublime Puerta: que el territorio y posesiones de S. M. Fidelísima se mantendrian en su integridad: que las tropas francesas evacuarían el reino de Nápoles y el Estado Romano, y las inglesas á Porto-Ferrajo y demás que ocupaban en el Mediterráneo y en el Adriático: que se canjearian los prisioneros respectivos, etc.: que se ratificarían los preliminares en el término de quince dias, y que en un congreso que se celebraria en Amiens, y al que concurrirían los plenipotenciarios de las potencias contratantes y de sus respectivas aliadas, se ajustaria el tratado definitivo (1).

Se anunció y celebró este tratado de Paris con salvas de artillería y con un regocijo universal á que hacia muchos años no habia podido entregarse el pueblo francés. Apresuróse á ratificarle el primer cónsul, y despachó á Lóndres con la ratificacion á su ayudante Lauriston. El júbilo del pueblo inglés rayó en delirio. La multitud desenganchó los caballos del carruaje en que iban Otto y Lauriston, y los llevó tirando á brazo á casa de lord Hawkesbury. Era una especie de alegría convulsiva. Los carruajes públicos llevaban escrito con greda y en letras muy grandes: PAZ CON LA FRANCIA. Por las calles de Lóndres gritaba la gente: *¡Viva Bonaparte!* y en los banquetes se brindaba por el primer cónsul, y por la felicidad de la república francesa!

Habiendo de hacerse el tratado definitivo en el congreso de

tra en una situacion embarazosa de que sin remedio es preciso sacarle. El príncipe emplea con bastante habilidad en sus notas esta frase: *El rey se ha decidido á hacer la guerra á sus hijos*; palabra que influirá algo en la opinion. Un rompimiento con España es una amenaza que nada vale teniendo como tenemos sus buques en Brest, y hallándose como se hallan nuestras tropas en el centro del reino. Creo que esta es nuestra situacion con respecto á España: ¿qué es, pues, lo que debemos hacer?

»Empero ahora advierto que hace dos años que no estoy acostumbrado á pensar solo; cuando no os veo anda mi imaginacion á ciegas, y así probablemente escribiré cosas muy pobres; pero yo no tengo la culpa, pues faltándome vos, me falta hasta la facultad de discurrir.

»Me parece que España, que siempre que se ha tratado de hacer la paz ha embarazado la marcha del gabinete de Versalles con sus desmedidas pretensiones, nos ha facilitado el camino en la actualidad, trazándonos la conducta que debemos observar: de consiguiente podemos hacer con Inglaterra lo que ella con Portugal, pues sacrificar los intereses de su aliado es poner á nuestra disposicion la isla de la Trinidad en las estipulaciones con Inglaterra. Si adoptais esta opinion, será preciso apresurar algun tanto las estipulaciones y entretener á la diplomacia, ó por mejor decir, los sofismas de la corte de Madrid, sin salir de los límites de una discusion pacífica, dando amistosas explicaciones, tranquilizando al gobierno español acerca de la suerte del rey de Toscana, hablando únicamente de lo que interesa sostener la alianza, etc., etc. En una palabra, perder tiempo en Madrid, y precipitar las cosas en Lóndres.

»Mudar de embajador en estas circunstancias seria dar un escándalo, y es preciso evitarlo, si es que adoptais el sistema de contemporizacion que propongo. ¿Por qué no permitís á Luciano que vaya á Cádiz á ver los arsenales y que recorra los puertos? Durante su viaje proseguirían su curso los asuntos pendientes con Inglaterra, no dejarais que esta nacion estipulase en favor de Portugal, y volveria á Madrid para tratar definitivamente de nuestra paz con la corte de Lisboa.

»Mucho temo, mi general, no os huelga mi opinion al agua mineral en que me estoy bañando, pero dentro de diez y siete dias valdré mas, renovándome entre tanto la seguridad de mi cariño y respeto.—CÁRLOS MAURICIO TALLEYRAND.»

(1) Constan los preliminares de quince artículos, que firmaron el ciudadano Otto y lord Hawkesbury, como plenipotenciarios, el uno de la república francesa, el otro de S. M. B.

Amiens, fueron desde luego nombrados plenipotenciarios, por parte de la Gran Bretaña lord Cornwallis, por la del primer cónsul su hermano José. Apresuróse el jefe de la república francesa á reconciliarse con las demás potencias de Europa, y en brevísimo tiempo se hizo una serie sucesiva de paces que maravilla por la rapidez con que se efectuaron. El 8 de octubre (1801) se celebró en Paris la de la república con el emperador de Rusia, que firmaron Talleyrand y el conde de Marcoff. Al dia siguiente la firma de Talleyrand al lado de la de Esseyd-Aly-Effendi anunciaba el ajuste estipulado entre la república y la Sublime Puerta. Con las regencias de Túnez y de Argel se celebraron iguales convenios, y un tratado con Baviera restablecia las relaciones de alianza de este Estado con la vieja monarquía francesa. De este modo fué el primer cónsul obviando dificultades con todas las cortes, y como aturdiendo y embriagando la Francia á fuerza de resultados extraordinarios y prósperos.

Pero una potencia, la mas amiga de la Francia, habia sido sacrificada en los preliminares de Lóndres. Esta potencia era la España, á la cual se arrancaba, sin consentimiento ni aun conocimiento suyo, la isla de la Trinidad. Por eso se habia ocultado la negociacion al gobierno español, aunque no sin que el celoso Azara lo trasluciese, denunciase y reclamase oportunamente, pero sin fruto, porque la resolucion estaba formada. Cuando la noticia de estar ajustados los preliminares llegó á Madrid, el primer impulso fué de no reconocerlos, mas el temer de prolongar una guerra tan costosa decidió al rey á facultar á su embajador para que los firmase, si bien protestando enérgicamente contra el sacrificio de la isla de la Trinidad que se le obligaba á hacer. Enérgica fué ciertamente la nota que en su virtud pasó el caballero Azara al ministro Talleyrand (23 de octubre, 1801). «S. M. no ha podido ver, decia, sin profundo dolor, que una aliada por la que ha despreciado sus mas caros intereses, y aun el bienestar de sus súbditos, la haya sacrificado en el momento decisivo en que debia recoger el fruto de sus servicios y padecimientos.—Desde el momento en que mi rey se alió con la república ha dado á esta constantemente pruebas de su amistad y lealtad, empleando toda su marina en servicio de la república, someténdola á sus planes, pagándola, alimentándola y aumentándola mucho mas de lo que tenia obligacion y se habia convenido en los tratados....» Sigue enumerando los servicios de España, y añade: «El rey mi señor, ciudadano ministro, no puede recordar sin el mas profundo dolor que tantos sacrificios, tanta constancia y tanta lealtad, se hayan olvidado en el crítico momento en que la república habia podido manifestarle su reconocimiento, declarando que miraba los intereses de España como propios de la nacion francesa, y no haber sacrificado, por el contrario, una colonia tan interesante para la España, á fin de obtener por este medio una paz mas útil á sus intereses....»

Las excusas con que Bonaparte contestó á esta sentida y vigorosa nota fueron sus consabidas quejas de la conducta de España en la guerra de Portugal y en los tratados de Badajoz (2), y aconsejar á Azara que expusiese su reclamacion en

(2) Por la siguiente carta del primer cónsul al general Saint-Cyr, que habia reemplazado en la embajada de España á Luciano Bonaparte, se ve hasta qué punto estaba aquel irritado con la corte de Madrid, y principalmente con el príncipe de la Paz.

«Al ciudadano Saint-Cyr, embajador en Madrid. — 10 de frimario, año X (1.º de diciembre, 1801).

»Por mas que hago, ciudadano embajador, no puedo comprender la conducta del gabinete de Madrid, y así os encargo especialmente que deis todos los pasos oportunos para que adopte una marcha regular y conveniente, lo cual es tan importante que he creído deber escribiros yo mismo.—Cuando S. M. tuvo á bien ratificar el tratado de Badajoz, reinaba la union mas íntima entre Francia y España; pero el príncipe de la Paz pasó á nuestro embajador una nota, cuya copia he dispuesto se os envíe, en la que habia injurias tan groseras que ni quise ni debia hacer caso de ellas. Pocos dias despues entregó á nuestro embajador en Madrid otra nota, de que igualmente se os enviará copia, en la cual declaraba que S. M. C. iba á celebrar un tratado particular con Inglaterra, siendo entonces cuando conocí lo poco que podia contar con los esfuerzos de una potencia cuyo ministro se expresaba con tan poco miramiento y mostraba una conducta tan poco cuerda.



el congreso de Amiens, donde le ofreció apoyarla. Fué en efecto nombrado Azara plenipotenciario de la nacion española en aquel Congreso, pues si bien antes lo habia sido el conde de Campo-Alange, tanto por haberse este excusado como por el empeño que hizo el primer cónsul con la corte de Madrid para que fuese Azara el firmante de la paz, enviáronsele los poderes, y en su virtud partió de Paris en enero de 1802. Las instrucciones que se le dieron (7 de febrero, 1802) fueron principalmente, que procurase el recobro de la isla de la Trinidad, la anulacion de algunos tratados desventajosos que teníamos con Inglaterra, el reconocimiento del rey de Etruria, la libre navegacion por el Cabo de Buena Esperanza, y que la isla de Malta se pusiera bajo la garantia del rey de Nápoles. Por el lord Cornwallis, cuya confianza supo captarse desde luego, supo que los franceses tendian á establecerse en nuestras islas de Juan Fernandez, é hizo el buen servicio de conjurar, de acuerdo con el plenipotenciario inglés, este pensamiento (1). Por lo demás, se adhirió á los preliminares de Lóndres para entrar en la negociación del tratado definitivo. Azara gozó de gran consideracion en aquel congreso; por su mediacion se dejó al infante español don Fernando en posesion pacífica de sus Estados de Parma durante su vida, á pesar de lo estipulado el año anterior en el tratado de Aranjuez; y la firma del plenipotenciario español ocupó, como veremos luego, un lugar preferente en el de Amiens.

Cuestiones surgieron todavía entre Inglaterra y Francia que tal vez habrian producido una ruptura sin la prudencia y el carácter conciliador de sus dos representantes: arregláronse al fin del modo que expresa el texto del tratado. Tócanos á nosotros solamente añadir, respecto á la gran cuestion española de la isla de la Trinidad, que Bonaparte cumplió el ofrecimiento hecho á Azara de trabajar por que no se cediera aquella isla á los ingleses, hasta el punto de resistirse á firmar la paz si no se derogaba aquel artículo de los preliminares. Pero Azara, que habia conseguido otras condiciones ventajosas para su nacion, ya por evitar nuevos conflictos que acaso retardaran ó imposibilitaran la paz, ya por saber que el gobierno español, contento con la restitucion de Menorca y la adquisicion de Olivenza, no tenia empeño en disputar la posesion de aquella isla americana, sin esperar la contestacion del primer cónsul declaró en el congreso que accedia á aquella cesion en bien de la pacificacion general (2).

»Como conocia plenamente la voluntad del rey, me hubiera dirigido á él para manifestarle lo mal que se está portando su ministro, á no haberse interpuesto la enfermedad de S. M.—Varias veces he prevenido á la corte de España que con negarse á cumplir el convenio celebrado en Madrid, es decir, á ocupar la cuarta parte del territorio portugués, iba á perder la isla de la Trinidad, pero no ha hecho caso de estas observaciones.—En las negociaciones entabladas en Lóndres, Francia defendió los intereses de España como pudiera haberlo hecho ella misma; pero Su Majestad Británica no quiso desistir del intento que abrigaba de poseer la Trinidad, y no pude oponerme á ello, con tanto mayor motivo cuanto que España amenazaba á Francia por medio de una nota oficial, con que trataría particularmente con Inglaterra, lo cual probaba que no podíamos contar con su cooperación y auxilios para proseguir la guerra.

»El congreso de Amiens está ya reunido, y pronto se firmará la paz definitiva, sin que á todo esto haya publicado S. M. C. el tratado preliminar, ni dado á conocer los términos en que se proponia negociar con la Gran Bretaña.—Sin embargo, por su propio decoro, mirando por los intereses de su corona, es una cosa esencial para ella que tome al instante un partido, porque sino se firmará la paz definitiva sin contar con ella para nada.

»Segun me han dicho, quiere el gabinete de Madrid no realizar la cesion de la Luisiana, pero debe tener entendido que Francia no ha faltado á ningún tratado celebrado con España, y que no permitirá que ninguna potencia le falte hasta tal punto. El rey de Toscana se halla en posesion de sus Estados, y S. M. C. conoce demasiado lo que vale un empeño contraído, para que se niegue por mas tiempo á ponernos en posesion de la Luisiana.—Deseo manifesteis á Sus Majestades que estoy sumamente descontento de la conducta injusta é inconsecuente que está observando el príncipe de la Paz.—Durante el mes que acaba de trascurrir ha hecho ese ministro cuanto le era dado hacer contra Francia, pasando notas insultantes y dando pasos aventurados, por lo cual podeis decir con osadía á la reina y al príncipe de la Paz, que si sigue en su sistema, al fin vendrá á estallar el rayo.»

(1) Nota de mano de Azara hallada entre sus papeles.

(2) Esto dice en sus Memorias (tomo III, cap. 9.º) el príncipe de la

Ajustóse por fin la tan deseada paz de Amiens (23 de marzo, 1802), y traducido el tratado en los cuatro idiomas de las cuatro naciones contratantes, se firmó por todos los plenipotenciarios (27 de marzo), reunidos en un gran salon, donde á cierta hora se permitió entrar al pueblo, para que presenciara el tierno é imponente espectáculo de aquella gran reconciliacion. La noticia se recibió en Paris y en Lóndres con iguales demostraciones de alegría, nada extrañas por cierto, puesto que, como dice un distinguido escritor, despues de diez años de la mas grande y mas encarnizada lucha que habian presenciado las naciones, quedaban depuestas las armas y se cerraba el templo de Jano (3).

Paz, no sospechoso de parcialidad en tratando de hacer justicia á Bonaparte, y esto mismo indicó el primer cónsul en la relacion que hizo al Senado, al Tribunalado y al Cuerpo Legislativo. El autor de la vida de Azara adopta tambien esta explicacion.—Sin embargo, en la larga nota que aquel embajador dirigió al ministro Cevallos desde Amiens á los cuatro dias de firmada la paz (27 de marzo, 1802), dándole cuenta de todos sus actos en el congreso, solo dice respecto á lo de la Trinidad lo siguiente:—«A mi llegada á Amiens informé á V. E. del plan que me proponia seguir para sacar el partido posible de una situacion tan critica como la nuestra, y de una complicacion tan embarazosa de intereses que parecian un abismo de confusion. Mi primera abertura fué conforme á las instrucciones de V. E. solicitando la restitucion de la Trinidad, y aunque yo internamente estaba mas que convencido de la inutilidad de mi demanda, la hice sin embargo con toda la eficacia de que soy capaz, lo que me valió aquella viva altercacion que tuve con el segundo agente inglés Merry, que es quien tiene la confianza de su ministerio. En fin, para no dejar cosa sin tentar, obligué á milord Cornwallis á darme por escrito la declaracion formal de que le estaba prohibido por su amo entrar en la mas mínima conversacion conmigo sobre este punto. Entonces fué cuando dicho milord me manifestó la órden que tenia de su corte para declarar que la Inglaterra se consideraba en guerra con la España, y las órdenes que iban á darse á las escuadras inglesas para obrar hostilmente contra nosotros, con el pretexto de no haber ejecutado puntualmente y á tiempo los preliminares, y de haber tardado á concurrir á este congreso nuestro plenipotenciario.»—Y dicho esto, pasa á la explicacion de los demás asuntos.

(3) Tratado de Amiens: texto español:

Artículo 1.º Habrá paz y amistad entre el rey de España y sus sucesores, la república francesa y la bátava de una parte, y de otra el rey de Inglaterra y sus sucesores.

2.º Se restituirán, sin rescate, los prisioneros mutuamente.

3.º S. M. B. restituye al rey de España y república francesa y bátava las colonias que en esta guerra hayan ocupado sus fuerzas, á excepcion de la isla de la Trinidad y las posesiones holandesas en Ceylan.

4.º S. M. C. cede la isla de la Trinidad en toda propiedad.

5.º La república bátava cede sus posesiones de Ceylan en toda propiedad.

6.º El Cabo de Buena Esperanza queda á la república bátava en toda soberanía: los buques de las potencias contratantes podrán aportar á él sin pagar mas derechos que los buques holandeses.

7.º Los territorios y posesiones de S. M. F. quedarán en su integridad, bien que en cuanto á sus fronteras en Europa se ejecutará lo estipulado en el tratado de Badajoz. Los límites entre las Guayanas francesa y portuguesa seguirán el rio Arawari, cuya navegacion será comun á las dos naciones.

8.º Los territorios y posesiones de la Puerta Otomana deben quedar en su integridad como estaban antes.

9.º Queda reconocida la república de las Siete Islas.

10. Las islas de Malta, Gozzo y Comino serán restituidas á la órden de San Juan de Jerusalem, en la que no habrá en adelante lengua francesa ni inglesa. Las fuerzas británicas evacuarán la isla y sus dependencias dentro de los tres meses siguientes, ó antes si es posible. La España, Francia, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia protegerán la independencia de Malta, Gozzo y Comino. Sus puertos estarán abiertos al comercio de todas las naciones, excepto las berberiscas.

11. Los franceses evacuarán el reino de Nápoles y el Estado Romano, y los ingleses á Puerto Ferrajo, y los puertos é islas que ocupen en el Mediterráneo y el Adriático.

12. Las cesiones y restituciones se harán en Europa dentro de un mes, en América y Africa dentro de tres y en Asia dentro de seis.

13. Las fortificaciones se entregarán en el estado que estaban al tiempo de firmarse los preliminares.

14. Los secuestros de los bienes pertenecientes á las respectivas potencias ó súbditos de las potencias contratantes, se alzarán luego que se firme este tratado.

15. Las pesquerías de Terranova, islas adyacentes y golfo de San Lorenzo, se pondrán en el pié en que estaban antes de la guerra.

16. Los buques y efectos que se hayan tomado pasados doce dias



Réstanos decir, para terminar este capítulo, que apenas firmados los preliminares de Londres, y sin aguardar á que se formalizara el tratado definitivo, aprovechando Bonaparte el armisticio con Inglaterra, y contando ya ó con su aquiescencia ó con su consentimiento en el plan que meditaba, preparó una grande expedicion naval destinada á someter y volver á la Francia la isla de Santo Domingo, la mas importante de las Antillas, regida con una especie de independencia desde la famosa insurreccion negrera dirigida por el negro Toussaint. Conveniale apresurar las cosas, aceleró los armamentos, destinó principalmente á esta empresa la escuadra de Brest, dió el mando de las tropas á su cuñado el general Leclerc, y el de la armada al almirante Villaret-Joyeuse, y pidió, como de costumbre, la cooperacion de España. Los seis mil hombres de tropa, que era una parte de su pedido, no se los facilitó el gobierno español, manifestándole que necesitaba tener su ejército completo en tanto que no se hiciese la paz con Inglaterra. Tampoco se mostró muy dispuesto á auxiliarle con sus navés, puesto que siempre habia esquivado que se emplease la escuadra española de Brest en empresas lejanas en que no teníamos interés. Mas acostumbrado aquel hombre á hablar con tono imperioso al gobierno de Madrid, hizole entender que si el embajador Azara no daba las órdenes para que cinco navíos españoles de los de Brest se unieran á los del almirante Villaret, él mismo mandaria apoderarse de ellos y servirse como le pareciese, y aun impediria que saliesen de Brest los demás navíos que allí habia.

Faltó valor en el gobierno español para negar la concurrencia de las naves, y no lo extrañamos, porque casi le faltaba la posibilidad de resistir á la empeñada y amenazadora demanda de quien al cabo tenia nuestra mejor fuerza naval como apisionada en uno de sus puertos. Diéronsele pues para la expedicion cinco navíos españoles, una fragata y un bergantin (1). Mas como el general español Gravina que habia de mandar nuestra flota fuese mas antiguo en grado que el almirante Villaret, y no pudiera ir como subalterno á sus órdenes, discurrióse que Gravina mandaria la division española con el título de *escuadra de observacion*, y así se hizo. De este modo, aun en los tiempos en que menos dócil y mas entero se mostró el gobierno de Madrid con el de la república, aun á la víspera de la paz y publicados ya los preliminares de ella, cuando estaba ya casi disuelto el compromiso de la alianza, cuando mas quejoso se mostraba el primer cónsul de la falta de atencion y deferencia del gobierno español, todavia entonces le forzaba á ser sumiso y le obligaba á prestarle sus fuerzas marítimas para empresas y expediciones lejanas en que solo la Francia tenia interés. Así aconteció desde el principio hasta el fin de la alianza.

despues del canje de los preliminares en el canal de la Mancha y mares del Norte, se restituirán de una y otra parte: este término será de un mes en el Mediterráneo y Océano hasta las Canarias y el Ecuador, y de cinco en las demás partes del mundo.

17. Los embajadores, ministros y agentes de las potencias contratantes gozarán de los privilegios que gozaban antes en dichas potencias.

18. A la casa de Nassau, que se halla establecida en Holanda, se la procurará alguna compensacion.

19. Este tratado comprende á la Sublime Puerta, aliada de S. M. B.

20. Se entregarán recíprocamente por las partes contratantes, siendo requeridas, las personas acusadas de homicidio, falsificacion ó bancarota fraudulenta, cuando el delito esté bien averiguado.

21. Las partes contratantes ofrecen observar de buena fe estos artículos.

22. El presente tratado se ratificará dentro de treinta dias, ó antes si es posible.—José Nicolás de Azara.—José Bonaparte.—Schimmelpennick.—Cornwallis.

Azara en su carta de 27 de marzo á Cevallos da muy curiosas explicaciones sobre las conferencias y tratos que mediaron entre los cuatro representantes hasta venir á este resultado.

Milord Cornwallis (decia Azara el 27) va á partir para Londres, José Bonaparte para París, y yo le seguiré mañana, dejando todas mis gentes aquí para que recojan los equipajes, y vengan despues como mejor puedan.

(1) Los navíos fueron *Neptuno*, *Guerrero*, *San Francisco de Paula*, *San Pablo*, *San Francisco de Asís*; la fragata *Soledad*, y el bergantin *Vigilante*.

## CAPITULO XI

### Gobierno interior.—Segundo ministerio del príncipe de la Paz

DE 1800 Á 1802

Opuestas ideas y caracteres de los ministros Caballero y Urquijo.—Causas interiores que contribuyeron á la caída de este.—Sistema reaccionario de Caballero.—Segundo ministerio del príncipe de la Paz.—Cómo volvió á la gracia de los reyes.—Es nombrado generalísimo de los ejércitos de mar y tierra.—Encomiéndasele la reorganizacion del ejército y marina.—Graves disturbios en el reino de Valencia.—Sus causas.—Proyectos de rigor del ministro Caballero contra los sublevados.—Facilidad con que sosegó las turbulencias el príncipe de la Paz.—Juicio del medio que empleó.—Breve, aunque peligrosa enfermedad del rey.—Proyecto de regencia que se atribuyó á la reina y á Godoy.—Negociacion matrimonial del príncipe de Asturias con una princesa de Sajonia.—No se realiza.—Pensamiento de Bonaparte de casarse con una infanta española.—Es rechazado.—Bodas del príncipe Fernando y de la infanta Isabel con el príncipe y princesa de Nápoles.—Incorporacion á la corona de las asambleas y encomiendas de la Orden de San Juan.—Constitúyese el rey Gran Maestre de la Orden.

Cuando la marcha de una nacion está subordinada y como sujeta á las combinaciones políticas que surgen de sus relaciones y sus compromisos con otras potencias, ó aliadas ó enemigas, casi todo lo importante que en aquella nacion acontece recibe el impulso y el sello de la política exterior, y es difícil considerar los sucesos de la vida interna separadamente de los que produce la accion de las complicaciones internacionales: á no ser cuando un pueblo se halla en uno de esos períodos de regeneracion social, en que todo se cambia, muda y organiza de nuevo dentro de sí mismo, como acontecia en aquellos tiempos á la Francia. Hay sin embargo siempre algunos hechos, que ó tienen su derivacion mas inmediata en el carácter y condiciones propias de los que rigen un Estado, ó son consecuencias de su especial organizacion, ó afectan principal y á veces exclusivamente su particular modo de ser: y esto es lo que, siguiendo nuestro sistema, vamos á considerar ahora respecto á nuestra España en ese brevísimo período, tan fecundo como hemos visto en acontecimientos de interés general europeo.

Una mudanza en el personal del gabinete produce siempre alguna alteracion en el gobierno de un país. Merced al carácter débil de Carlos IV y á los propósitos personales de la reina María Luisa, habia simultáneamente en el ministerio dos hombres de tan opuestas ideas como Urquijo y Caballero, amigo de los mas extremados reformistas franceses el uno, enemigo declarado el otro de toda reforma, y reaccionario furibundo. Aun cuando Urquijo no hubiera incomodado tanto como incomodó al primer cónsul de Francia con su justo y patriótico empeño de arrancar de su poder y devolver á España la escuadra española de Brest; aun cuando no hubiera disgustado tanto como disgustó al papa Pio VII queriendo hacer la Iglesia de España tan independiente de la corte de Roma como lo habia sido en otros tiempos, y aun mas que lo era la francesa con sus libertades; la verdad es que la opinion del pueblo español no estaba preparada á recibir las reformas eclesiásticas en que se empeñaba Urquijo, y que sobre pugnar con los hábitos del país, daban ocasion á disputas peligrosas, y á que tales doctrinas y sus autores ó defensores fueran representados á los ojos del piadoso monarca como contrarias ellas y enemigos ellos de la religion y de la unidad católica, y de la supremacia de la Santa Sede. Aprovechó bien esta oportunidad el ministro Caballero, hombre, al decir de casi todos nuestros escritores, artero y mal intencionado, y enemigo declarado de las luces del siglo y de los hombres de saber (2),

(2) El príncipe de la Paz, en muchos lugares de sus Memorias, hace el retrato mas repugnante y mas odioso que puede idearse del ministro Caballero. «Hombre, dice en una parte, dado al vino, de figura innoble, cuerpo breve y craso, de ingenio muy mas breve y mas espeso, color ceitrino, mal gesto, sin luz su rostro como su espíritu, ciego de un ojo y del otro medio ciego, tuvo la fortuna de entrar en la magistratura por influjo de un tio suyo... El portillo que él buscó para su entrada fué uno de aquellos que para tormento de los reyes no se cierran nunca entera-



para presentar á Urquijo y sus amigos como irreligiosos, janse-nistas y revolucionarios, trabajar para derribarlos, y perseguirlos despues.

Por eso, si bien ayudó mucho á la caida de Urquijo la impulsión de Paris y de Roma, en el seno mismo del gabinete español habia quien explotando el indiscreto afán con que el ministro se precipitaba por la peligrosa senda de la reforma eclesiástica, y abusando de la piadosa y tímida devoción del rey, labraba su ruina y preparaba un sistema de reaccion y de oscurantismo. Triunfante por segunda vez Caballero, al modo que á la caida de Jovellanos destruyó cuantos planes, proyectos y mejoras habia planteado aquel esclarecido ingenio en beneficio de la ilustración y de los adelantos y progresos de la enseñanza y de las ciencias, haciéndolos retroceder al estado en que se hallaban en los tiempos mas menguados, así á la caida de Urquijo desplegó su odio perseguidor contra las mayores ilustraciones literarias, bien fuesen prelados sabios y virtuosos como los de Salamanca y Cuenca, bien fuesen integros y distinguidos magistrados como Melendez Valdés, el digno y grande amigo de Jovellanos. Resucitó los procesos de la Inquisición, y acumulando documentos, verdaderos ó apócrifos, en que se hacia aparecer que todas aquellas ilustres personas eran ó jefes ó afiliados á una secta enemiga de la silla apostólica y de la monarquía, incitaba á Carlos IV á dictar medidas é imponer penas rigurosas, prisiones, destierros y autos de fe.

Mucho detuvo al rey en este mal camino á que le empujaba Caballero la influencia y las reflexiones y consejos del príncipe de la Paz, á quien ciertamente nadie supone con instintos de perseguidor en aquel sentido, y el cual, además de haber reemplazado su primo político Cevallos á Urquijo en el ministerio de Estado, volvió él mismo á ser llamado y puesto al frente del gobierno, aunque sin encargarse especialmente de ninguna de las secretarías, siendo lo que llamaríamos hoy presidente del gabinete y ministro sin cartera. Y no es de extrañar que á nosotros nos parezca anómalo y raro que habiendo tanta discordancia, y al parecer hasta antipatía, de ideas, de miras y de fines entre Caballero y Godoy, continuara aquel en el ministerio despues de la segunda elevación de este. Decimos que no es maravilla nos parezca á nosotros cosa extraña,

mente en los palacios, el portillo del espionaje, el torno de los chismes, el zaguante de la escucha...»—«Poco amigo del clero, dice en otra parte, pícaro mas bien que no devoto, le apreció tan solo como instrumento y como ayuda para ejercer su enemistad contra las ciencias y las letras, y miró con enojo declarado todos los grandes hombres que en mi tiempo fueron colocados por su saber y sus talentos en las dignidades y en los primeros puestos de la Iglesia... Para aprovechar el poder de la Inquisición sin que sospechase el rey que sometía de nuevo al tribunal las regalías de la corona, lo combinó con el palacio é hizo de él una especie de oficina mista del poder real y del poder eclesiástico... etc.»

Convinendo en que este retrato pueda ser mirado como sospechoso de apasionado y parcial, atendida la enemistad que hubo siempre entre Caballero y Godoy, es de reparar que don Andrés Muriel, por cierto nada amigo del príncipe de la Paz, al hablar de Caballero en varios pasajes de su historia manuscrita, le pinta siempre como el enemigo de la ilustración y del progreso, como perseguidor vengativo de los iniciadores ó de los amantes de las reformas, como hombre diestro y activo en las artes de la intriga, y como el instrumento escogido por la reina para sus enredos y particulares travesuras.

Alcalá Galiano, en su traducción y continuación de la Historia de Dunham, le juzga de este modo: «De talento, si no grande, tampoco corto, aunque mal empleado, y acreditado en pequeneces y arterías; de instrucción indigesta y mala, de depravadísimos corazón, bajo adulador, y á veces rebelde á aquel á quien lisonjeaba y servía, si bien usando para derribarle mas la traición que la resistencia, no obstante que tambien á esta última recurría con cálculo y tino para su provecho propio; perseguidor de la ilustración del siglo; hombre en suma que en una corte de mala fama pasaba por el peor entre los malos, en ella tan comunes.»

Y aun uno de nuestros mas ilustrados contemporáneos (el señor Cavada), en un bosquejo inédito del Estado político, económico é intelectual del reinado de Carlos IV, siendo como es este escritor habitualmente templado y comedido, dice al nombrar al ministro Caballero: «envilecido fanático que aborrece todo linaje de progreso, y teme y combate los buenos estudios.»

Así otros escritores, como el ilustrado don Antonio Benavides, cuyas palabras y juicios sobre aquel ministro seria prolijo copiar.

puesto que el mismo príncipe de la Paz se lamenta muchas veces en sus Memorias de que, á pesar de la omnipotencia que se supone haber ejercido siempre en el ánimo del rey, no pudo nunca vencerle á que separara de su lado al ministro Caballero (1).

Ocasión es esta de decir algo acerca de la influencia y valimiento que conservara ó no Godoy para con los reyes durante su caida, ó sea en el período de su separación oficial de la primera secretaría de Estado. Al decir de muchos escritores, la caida y retirada del privado no fué sino aparente y simulada, un acto exterior para satisfacer la exigencia del gobierno de la república, pero conservando en realidad el mismo favor y gozando de la misma intimidad que antes, siendo privadamente consultado en todo, é influyendo en los consejos, en las deliberaciones y en la política de sus soberanos poco mas ó menos que cuando ejercía ostensiblemente el poder. Nosotros, que hemos leído la correspondencia privada y confidencial del príncipe de la Paz con los reyes (que forma varios y muy voluminosos legajos de cartas originales); esa correspondencia en que se vierten los sentimientos del ánimo y se descubre el corazón como en el seno de la confianza, no retenido por el temor á las consecuencias de una publicidad que entonces ó no se prevé ó no se imagina, creemos descubrir bien en ella el apartamiento verdadero en que el príncipe se vió, aunque por breve tiempo, y cómo á favor de aquel fondo de inclinación reciproca no apagada que suele quedar entre los que se han profesado íntimo afecto y entrañable cariño, fué recordando su anterior intimidad, y aun acreciéndola con la fuerza de reaccion de que participan tambien las pasiones en sus accidentales vicisitudes.

Para nosotros es cierto que en el primer período de su caida, lejos de ejercer la misma influencia que antes, sufrió los efectos del triunfo de sus enemigos, experimentó desvíos, y se vió en cierto aislamiento á que le era difícil resignarse, y por tanto á fin de ir recuperando su antigua posición procuraba interesar á la reina evocando recuerdos y tocando la cuerda de los sentimientos que pudieran vibrar mas en su corazón. De entre las muchas cartas que revelan la gradación de las situaciones por que iba pasando, solo citaremos algunas, muy pocas, pero que bastarán á dibujarlas. En 26 de setiembre de 1798 escribía á la reina:

«SEÑORA: Un hombre perseguido por la envidia y aborrecido de los injustos no puede reposar en donde sus tiros puedan herirle; yo sé lo que piensan y hablan de mí los mismos que me han obedecido y temido, sé el grado de autoridad á que han llegado; ¿será pues indiscreta mi pretension? Yo estoy bien en todas partes; la soledad y los muros destruidos harán mi placer; nada quiero con violencia, ni que nadie se incomode por mí; y así, si V. M. conoce lo que debo hacer y aun tiene sentimientos de benevolencia hacia mí, dígamelo y la obedeceré; otra cosa no hará Manuel; Manuel, aquel hombre que ha dado tantos ratos de placer á VV. MM. no quiere incomodarlos ya ni un momento, pero siempre será el mismo fiel y leal y agradecido vasallo de VV. MM.—Manuel (2).»

Como quien á consecuencia de esto habia comenzado ya á recibir otra vez algunas pruebas de benevolencia de sus soberanos, escribía al rey en 29 de octubre de aquel mismo año de la siguiente manera, propia para irse haciendo mas lugar en su ánimo y en su estimación:

«Gracias, SEÑOR: V. M. se acuerda de este pobre vasallo y le honra. ¡Ah, señor, qué recompensa le asegura la alta mano por su virtuosa consideración! Sí, sí, Dios dará el premio á V. M.

(1) «Nunca, dice, me fué posible disuadir á Carlos IV de conservar aquel ministro. Mas que por mi interés, por el del reino, probé muchas veces á separarle del gobierno, hasta por medios honoríficos que á él le fuesen ventajosos sin dañar á nadie; mas no pude; siendo tal la injusticia de mis detractores y enemigos, que cuanto malo hizo, es decir, todo aquello en que puso mano libremente, unos me lo han atribuido con malicia, y otros me lo han cargado, suponiendo que obraba con mi acuerdo, y que á haber yo querido pudiera haberle separado. Estimábanme omnipotente cerca de Carlos IV. Muchas veces he dicho ya que no lo era, y vuelvo á repetirlo.»—Tomo III, c. 8.º

(2) En P. D. decia: «Repáre V. M. por Dios, ese mal á la garganta, cuidado no sea como el fuerte del Escorial.»



así como me dispensa á mí el alimento para conservarme fiel é inalterable en amarle.... Vivo, señor, vivo, para VV. MM., pero la reflexion me hace una tenaz guerra; nacemos todos para hacer el bien y aliviar al prójimo; yo estoy privado de uno y otro: las reflexiones políticas hacen que mi mano sea menos pródiga de lo que quiere ser; la virtud se convierte en vicio para los ojos enturbiados por la envidia; de modo, señor, que constituido en una vida privada, mirándome á mí propio como inútil, resisto hasta las satisfacciones que mis interiores obras me producen, escrupulizo, en fin, hasta los manjares con que me alimento, pues reflexiono el ningún trabajo que me cuestan; esta horrorosa fantasía me persigue, y hubiera ya renunciado á todo si mi estado no lo embarazase. Pero, señor, basta de desahogo á un alma que es de VV. MM., y se contenta con que lo conozcan; consúmanse en su pecho las especies de su imaginación, devórelas la dificultad de expresarlas, y convierta en esperanzas lisonjeras fundadas en el poder y discreción de VV. MM., los efectos de su temor: ¡ojalá y no lleguen tarde los remedios, señor! No nos ocupe enteramente el giro político exterior, pues en él no entra la conveniencia de los países, sino el aspecto de la grandeza: vuelva la España á ser como en tiempo de los Reyes Católicos: no perdamos de vista los resortes que tocaron los Felipes para conducirla á la ruina; acordémonos del último golpe que recibió por la inacción de Carlos II; y vamos á trabajar en el interior; la guerra no se opone á la erección de los establecimientos útiles; siga el sistema de agricultura que yo empecé, eríjanse las academias y colegios militares, que son urgentes para contener la insubordinación y hacer guerreros; restablézcanse las fábricas y entonces el comercio tomará su acción, nada necesitamos del extranjero, y todo lo que nos trae es nocivo; redúzcase el clero al pié moderado de su instituto; sepárense las clases para que las jerarquías no se confundan; renuévese la ley suntuario; castíguense los vicios con rigor; quítese la vara de la justicia de manos viciadas y venales; redúzcanse los jueces; en fin, señor, salgamos del letargo, para que se inmortalice su nombre; nada hacemos si solo se mira á la superficie; nada importan las guerras, si mientras ellas duran fundamos sólidamente la defensa en el interior, produzca la tierra, y nutranse los corazones de los buenos principios de religión: entonces sí que no hay enemigos que vencer, etc.»

A pesar de tan buenas máximas, emitidas sin duda para interesar al bondadoso y bien intencionado Carlos IV y reconquistar su favor con tan halagüeño programa de gobierno, todavía cerca de un año después se le ve pugnando por acabar de recobrar la gracia de la reina apelando á la filosofía del corazón, como la del rey con el prospecto de una política muy moral y muy española, puesto que en 2 de agosto de 99 decía á la reina:

«SEÑORA: Dios bendiga á V. M., como se lo pido ahora mismo que, dado á la soledad, miro de un lado las fantasmas de la ambición abatidas por su poderoso brazo, y de otro las delicadas pompas de la gratitud, tributándola el debido homenaje; el libro de la vida, señora, la historia del mundo, las memorias de nuestros mayores hacen la ocupación de Manuel, rodeado de libros en que recuerdo la existencia de hombres útiles á la patria, cuyas doctrinas me enseñan á vivir mas gravosos mis días dados á la molición, viéndome inútil y reprendido por mi mismo corazón. ¡Ah, señora, qué inútil soy! Nada puedo hacer, y nada deseo mas de lo que tengo, pero tengo lo que no merezco: ¡oh juicios eternos! Dios lo ha querido; obedezco, señora, con resignación; pero mi alma no se hermana con los miserables miembros de este cuerpo; ellos aman el descanso y la independencia, cuando aquella les impone ejercicios de obligación; el espíritu se resiste, señora, y ya no piensa Manuel en su existencia: los ojos se me bañan expresándome con una amiga en el lenguaje de la realidad: ahora sí, ahora sí, señora, que se ven las cosas á ojos claros; ahora ya se moderó el calor de mi buen celo, es ya otro mi lenguaje, y convencido de no haber sabido ejercer bien los dones que me dispensó la naturaleza, ansío, señora, por el perdón.... dénneme VV. MM. su perdón, impónganse como buenos reyes la obligación de reparar los males, acudan á ellos, y absuélvanme de los descuidos que pude haber tenido, etc.»

Misteriosas como puedan parecer algunas frases de esta correspondencia, sin duda para los que se entendían eran las mas á propósito para herir la cuerda sensible de cada uno de los régios consortes, toda vez que continuando en esta manera de comunicarse, á los pocos meses, si bien aun no había sido sacado de lo que él llamaba *su rincón*, faltábale ya muy poco para recobrar toda la antigua confianza, y la opinión pública le atribuía ya el mismo influjo que antes, como él mismo lo significaba en la siguiente carta:

«SEÑORA: He visto á VV. MM., y mi consuelo será completo si el viaje ha sido tan feliz como lo prometían sus semblantes... Las Osunas... han sido mi visita, y también el embajador de Francia, aquellas hablando de sus cosas, y este de negocios y deseos. Mi persona parece que le interesa, y á pesar de mi modestia y retracción contestando solo *sí* y *no*, me ha hecho un extenso plan de todo: creo que VV. MM. no saben bien lo que pasa, y menos creerán que los agentes aquí no hacen la confianza de aquel gobierno; temen, según dicen, la ruina de España, y creen, dicen, que el remedio le tengo yo (¡pobre de mí que todo lo ignoro!). Espera por fin que mi hijo tendrá mas tratamiento que el padre, y el padre ha procurado con toda razón y verdad desimpresionarle de tales ideas. Esto, señora, para que VV. MM. sepan lo que ha pasado, y no ignoren lo que hace Manuel. Su rincón es el mejor don con que VV. MM. pueden favorecerle: desea que se conserven sus preciosas vidas y se ofrece á S. R. P.—Manuel.»

A poco de esto era ya tal otra vez la confianza entre el favorito y los soberanos, cual puede inferirse de billetes como los siguientes que el rey le pasaba:

«Amigo Manuel: Al levantarme de la siesta me ha leído la reina todos tus papeles; gracias y mas gracias por todo lo que haces por nosotros, y Dios bendecirá tus trabajos, y no pueden estar mejor, y á Dios.—Carlos.»

«Amigo Manuel: Se me olvidaba decirte en el asunto de la orden de Espíritu-Santo, que cuando murió el pobre rey de Francia me escribió mi hermano qué pensaba yo hacer con la tal Orden, y yo le respondí que pensaba declararme jefe de ella; por si te parece hacer uso de esta especie, á la noche nos dirás lo que te ha parecido escribir, pues no te quiero incomodar, y quedo siempre el mismo.—Carlos.»

Así, no es extraño que, considerándose triunfante de todos sus enemigos, y muy seguro ya del favor de la reina, le dijera en carta de 11 de setiembre de 1800, hablando de las gentes que aun chismeaban, entre otras cosas, frases como la siguiente: «Digo esto por las consecuencias, por si algun día se me ofrece darles con el bastón, único castigo que siendo de mi mano pudiera estarles bien.» Y que volviera en las cartas de confianza á tratarlos con aquel estilo jovial y de familiaridad que solo se usa y suele permitirse entre iguales (1). Volvió, pues, el príncipe á la gracia de sus reyes, con mas intimidad, si era posible, y de todos modos con mas solidez que antes.

Por lo mismo aparece tanto mas irregular la conducta del

(1) Por ejemplo lo que escribía en 9 de setiembre de 1800 á la reina.

«Señora: Cuando yo leía latin, me ocupaba mucho con las cartas de San Jerónimo, y el carácter de aquel viejo me embelesaba, pues su firmeza hasta con Dios probaba bien su recta razón y reconocimiento: ¡quién sabe si el santo habrá pedido que mi chiquillo se le parezca? Mañana es, y espero que mañana salgamos de todo, pues ayer nada hubo, y hoy hace el año del mal parto. En fin, señora, yo avisaré y repito gracias sencillas por cuanto tengan la bondad de hacer. ¡Pero me pondré el uniforme grande el día del baptizo? ¡Bastará el de suizos? Sí creo; pues vamos claros; las cosas ¡por qué se han de celebrar antes de conocerlas? ¡es verdad? Conténtese pues con un poquito de exceso, y después si fuese acreedor, se le tendrán galas y galones: esto pienso, señora, pero aguardo la resolución de V. M. para no errar... Trato de comprar la huerta, aunque las onzas me pesan mucho; pero ya se va á ajustar, pues he propuesto nueva valuación, y iré á verla.—Consérvese V. M. como desea su mas leal vasallo.—Manuel.»

Y en P. D. «Luis pide una carta de gracia por el ministerio... aprobación, señora, pues San Jerónimo así lo hacía.»

Y en otra carta á la reina: «La chiquilla sigue bien; y vaya una aprensión de padre y viejo; me parece que se rie cuando la acaricio; ello es que no llora: ¡cómo se reirán VV. MM.? ¡es verdad?—Muchas otras podríamos citar por este estilo.



monarca con el ministro Caballero, que no era amigo suyo, cuanto que esta segunda vez revistió al príncipe de la Paz de un título y un poder tan extraordinario y de tanta confianza como el de generalísimo de los ejércitos (marzo, 1801). Hasta qué punto estaba Carlos IV enamorado de las relevantes y especialísimas dotes que á su juicio adornaban á su querido Manuel, pruébanlo los términos de otro real decreto que á los seis meses de aquel nombramiento le pasó, y que merecen ser conocidos.

«Cuando os nombré (le decía) generalísimo de mis ejércitos seis meses há, fué en la persuasión de que *solos vuestros talentos, actividad, celo por mi servicio y amor á mi persona* eran capaces de conducir en tan críticas y estrechas circunstancias los negocios militares y políticos á un fin feliz, conservando el decoro de mis armas; *vuestro saber obrar, energía y prudencia* han excedido la expectacion de todos, y hasta vuestros émulo han callado (1). Por mi parte pongo el sello á la íntima confianza que vuestros continuados y altos servicios os han granjeado, y os aseguro de que *será inmutable igualmente que mi estimacion y amor que tan merecido teneis*. Por vuestra recomendacion y por sus servicios de que estoy muy satisfecho, atenderé y recompensaré en tiempo y ocasion, sin los inconvenientes que envuelve una promocion general, á los generales y oficiales, y aun tropa, que han servido á vuestras órdenes, y han contribuido al dichoso éxito de una guerra tan breve como feliz... etc. (2).»—Y mas adelante, en otro decreto (10 de octubre, 1801), le decía: «Persuadido que para la uniformidad necesaria en las providencias que exigen el gobierno de mis ejércitos y armada y su regeneracion, es menester que todas partan de un mismo centro; *y teniendo la mayor confianza en vuestra extensa capacidad y celo por mi servicio*, como os manifesté en mi decreto de 6 de agosto de este año; he venido en ampliarlo, declarándoos, como os declaro, *Generalísimo de mis armas de mar y tierra*, que os deben reconocer por jefe superior, y dirigiros todos sus recursos, pues de vos deben depender los sistemas de direccion y economía de todos los cuerpos, los cuales es mi real voluntad os hagan, sin excepcion alguna, aunque estén en la corte ó sean de mi Casa Real, los honores que os corresponden como tal jefe; y para que seais distinguido por este superior carácter, usareis de faja color azul, en lugar de la roja de los generales... etc.»

Recibió, pues, el príncipe de la Paz por estos decretos la honrosísima, pero tambien difícilísima mision de reorganizar todo el ramo militar de mar y tierra, de formar nuevas constituciones, de atender á la educacion é instruccion de la nobleza que habia de servir en una ú otra milicia, de arreglar la marina y el ejército en proporcion á los recursos del tesoro y al censo de poblacion, de organizar los cuerpos facultativos de artillería é ingenieros, y señalar la relacion proporcional en que habian de estar estas armas con las de infantería y caballería, de establecer sólidamente su instruccion y disciplina, adoptando una táctica análoga á los adelantos y á la naturaleza de los nuevos armamentos, de multiplicar y perfeccionar las fábricas y fundiciones, de mejorar los arsenales y fomentar la construccion de buques de guerra, de atender á la fortificacion y defensa de las plazas fuertes que conviniera conservar, y designar las que por inútiles hubieran de abandonarse, de formar buenos estados mayores, en una palabra, de todo lo que pudiera conducir á la creacion de un buen ejército y de una respetable marina. Ya antes habia el príncipe de la Paz mandado que se estudiase y enseñase la táctica moderna y establecido ciertos campos llamados de instruccion, en que se ejercitaron algunos cuerpos; reforma á que dice haberse opuesto el ministro Caballero, así como á la de las escuelas militares que se pusieron despues, turnando ciertos cuadros para la enseñanza. Resultó de aquí que en la guerra de Portugal, y principalmente en los simulacros que á presencia del rey se hicieron en el campo de Santa Engracia,

se observó la anomalía de maniobrar unos cuerpos conforme á la antigua táctica y otros con arreglo á la moderna; que fué lo que indujo al rey, con instigacion y consejo del príncipe de la Paz, á expedir los decretos mencionados.

Las turbulencias que ocurrieron en aquel mismo año (1801) en el reino de Valencia, y que indicamos en el anterior capítulo ofreciendo explanarlas en el presente, tuvieron el siguiente origen y desenlace. El ministro de la Guerra don Antonio Cornel, que habia sido comandante general de aquel reino, quiso levantar en él seis cuerpos de milicias provinciales al modo de los regimientos con que servian al rey las provincias de Castilla. Entre los fueros que Valencia habia logrado todavia conservar, como los otros reinos de la antigua corona de Aragon, era uno la exencion de este servicio. Cornel, sin embargo, durante el tiempo de su comandancia habia ganado la voluntad de algunos magnates y personas acomodadas para que le admitiesen, halagados acaso con la idea de que de ellos habian de salir los coroneles y oficiales, abriéndoseles así una nueva y honrosa carrera, y un medio mas de figurar y tener ascendiente entre los suyos. Contó demasiado con que se prestarian del mismo modo las masas del pueblo, y encargado del ministerio de la Guerra y obtenido el consentimiento del rey, comenzó á plantear su pensamiento, dando las órdenes para la formacion de los seis cuerpos de milicias, uno de ellos en la capital. Los coroneles y oficiales que se nombraron fiaban tambien mucho en su influjo y ascendiente sobre las masas, sin que los informes de algunas autoridades sobre el disgusto que se advertia en los ánimos pareciesen en Madrid bastante fundados para infundir temor. La inquietud sin embargo iba creciendo: en la retreta, que ya se daba con banda de música y tambores, el pueblo manifestaba todas las noches su desaprobacion con silbidos y otras semejantes demostraciones. En una de ellas el desórden de la muchedumbre fué mayor, y un tiro de fusil que se disparó sin saber de dónde y quitó la vida á un hombre del pueblo, acabó de irritar á aquellos naturalmente fogosos y mal sufridos naturales.

De dia en dia se aumentaba el despecho, estalló el descontento en gran número de pueblos, la autoridad quiso obrar con energía, el incendio se propagó, la insurreccion se hizo general, se emplearon las armas, y corrió en abundancia la sangre de ambas partes. Las relaciones de los fugitivos de Valencia que venian á Madrid, entre ellos el conde de Cervellon y otros sujetos no vulgares, consternaron la corte, porque pintaban aquella rebelion tan imponente que no se podría sujetar sino marchando sobre cadáveres y haciendo correr rios de sangre. Segun ellos la poblacion se armaba en masa; la cuestion de las milicias era ya un pretexto, y sus designios se encaminaban nada menos que á la recuperacion de sus antiguos fueros, para lo cual procuraban agitar é interesar en su demanda á sus hermanos de Aragon y Cataluña. Exagerados ó nó estos informes, la insurreccion habia tomado un carácter grave, y las autoridades se habian visto precisadas á suspender el sorteo y retirar los anuncios fijados ya en los sitios de costumbre. Medidas de rigor aconsejaban al rey sus ministros, entre ellas la de enviar un cuerpo de doce mil hombres para sujetar los rebeldes, con un comisario régio para hacer castigos ejemplares. En este conflicto, Carlos IV, cuyo benigno corazon repugnaba dictar providencias sangui-narias para con sus súbditos, pidió consejo al príncipe de la Paz.

Contrario de todo punto al parecer de los otros ministros fué el del príncipe, al cual se adhirió su primo Cevallos. Temiendo los resultados de una lucha empeñada con un pueblo levantado y puesto en armas en reclamacion de uno de sus mas apreciables fueros, y recelando que se agriara mas la contienda, y que se propagara la insurreccion á las provincias antiguamente hermanas de Aragon y Cataluña, aconsejó al rey que se emplearan medios suaves y de conciliacion para sosegar aquellos disturbios. Parecióle bien á Carlos IV, y le confió y puso en sus manos la manera y forma de apagar el terrible incendio. Expuso pues el príncipe generalísimo al rey en una representacion su plan, que consistia en suponer que los informes y noticias recibidas del levantamiento eran exa-

(1) Decreto de 6 de agosto, 1801, inserto en la Gaceta de 11 del mismo.

(2) Decíale esto á consecuencia de la terminacion de la guerra de Portugal.



gerados y faltos de verdad en gran parte; que la rebelion no podia ser efecto sino de alguna mala inteligencia, pues no podia creerse en los valencianos voluntad deliberada de desobedecer á un soberano tan justo y tan bueno. «Valencia, señor (proseguia), completó el ejército en la guerra pasada; formó un numeroso cuerpo de voluntarios honrados, é hizo con actividad y esmero cuanto se le insinuó en servicio de sus soberanos: la calidad de sus naturales les da preferencia para el servicio de tropas ligeras, como lo prueba la bondad de las que existen en el ejército. En el mismo caso se hallan Aragon, Cataluña, Navarra y Vizcaya, provincias todas que por su local y usos son oportunas para formar y completar esta arma tan necesaria en la guerra, singularmente de países montuosos y cortados como los nuestros. Pensaba pues en formar varios cuerpos de esta clase, y algunos batallones de tropas de línea con referencia á la poblacion de estas provincias con las de Castilla, Andalucía, Galicia y Extremadura; de modo que cada una reemplazase las faltas del número de combatientes con que deberá contribuir al servicio de V. M. En este plan no entran milicias de ninguna especie, ni creo que por la variedad de trabajos en la agricultura convengan tampoco en los países en que no existen, y en esta está mas adelantada.»

Y despues de manifestar que juzgaba preferible al servicio de milicias que las provincias mantuvieran, completaran y aumentarán en tiempo de guerra las tropas que se considerase podia cada una mantener, decia: «Si V. M. aprueba este plan ó idea, desaprobará desde luego cuanto por informes siniestros se ha practicado en Valencia, y hará saber que en ninguna manera piensa en el establecimiento de milicias en aquel ni en otro reino. Esta declaracion de V. M. será recibida con general aplauso por aquellos vasallos á quienes solo ha irritado el doble modo de proceder de algunos magistrados, pero no por eso han dejado de mirar á V. M. con toda la ternura y respeto debidos á un benigno y justo soberano.... (1).» —Publicóse de intento esta representacion en *Gaceta* extraordinaria, y al pié de ella se leia la siguiente real resolucion:— «No tan solo apruebo cuanto me proponeis en vuestra representacion del 3 de este mes, sino que, persuadido de los fundamentos de razon y justicia en que apoyais vuestro parecer, os autorizo á obrar en cuanto tiene relacion con las cosas de Valencia; y sosegado mi espíritu con la demostracion que me haceis tan justa de las causas que alteraron la tranquilidad de aquellos mis vasallos, quiero que les asegureis de mi paternal amor, de que les doy la mayor prueba en esta resolucion (2).»

Sosegáronse, en efecto, por este medio las alteraciones de Valencia. Con razon dice el príncipe de la Paz, que «todo se calmó como por encanto; y que un pliego de papel le bastó para hacer caer las armas de las manos de millares de individuos, donde se llegó á creer que á duras penas bastaria para conseguirlo un ejército numeroso.» Ciertamente que la tranquilidad de todo un reino alterado se restableció con una prontitud inesperada y con una facilidad asombrosa. Pero cesa el asombro y desaparece el encanto, si se observa que en aquel pliego de papel se concedia á los sublevados la exencion que pedian y por cuyo sostenimiento se habian alzado y armado. Con esto, y con la amarga censura que se hacia de las autoridades que en aquel negocio habian intervenido, dejamos á nuestros lectores que juzguen hasta qué punto quedaba ileso ó lastimado y quebrantado el principio de gobierno.

No fué cruel el príncipe de la Paz, y esto era lo consiguiénte, ni en las pesquisas, ni en los procedimientos, ni en los castigos de los culpados en aquella rebelion. No hubo ni comisiones militares, ni otro tribunal de excepcion; la justicia ordinaria conoció solamente en los procesos que se formaron, y esto con encargo de que la pena de muerte se aplicase á solos aquellos que se hubiesen señalado por crímenes atroces. Así se ejecutó, y cayendo sobre los mas delincuentes el rigor de la ley, no hubo mas víctimas que las necesarias para salvar los fueros de la justicia. Y aun á los dos meses, tomando ocasion de los preliminares de la paz con Inglaterra y del resta-

blecimiento de la salud del rey que acababa de salir de una enfermedad peligrosa, propuso el príncipe de la Paz al soberano que en celebridad de aquellos dos faustos sucesos otorgase un indulto que borrara las huellas de lo pasado y enjugara las lágrimas de las familias afligidas. El indulto fué concedido (12 de noviembre, 1801), y un consejero real fué nombrado para darle cumplimiento (3).

El restablecimiento del rey no era tan reciente, puesto que ya en 14 de setiembre (1801) se habia mandado celebrar en toda la nacion, dando por ello gracias públicas al Todopoderoso. La enfermedad, aunque de corta duracion, parece haber sido grave; y muy grave es tambien una especie que hablando de ella enuncia un escritor de aquel tiempo (4), á saber: que tan pronto como se supo en Madrid la dolencia del rey, don Bernardo Iriarte, consejero de Hacienda, escribió á su íntimo amigo el embajador en Paris don José Nicolás de Azara, y por medio de nombres supuestos concertados entre ellos de antemano para su correspondencia, le anunciaba que el rey estaba en el mayor peligro, que habia hecho testamento, por el cual nombraba regentes del reino á la reina y al príncipe de la Paz, hasta que su hijo Fernando, que tenia entonces diez y siete años, se hallase en estado de gobernar la monarquía, pues hasta entonces no habia descubierto la capacidad necesaria para desempeñar cargo tan importante, y que se daba por cierto que este testamento le habian escrito y aun aconsejado la reina y el príncipe de la Paz. Que Azara, nada afecto á Godoy, sabedor de que el primer cónsul miraba tambien al favorito de mal ojo, creyó que era llegado el momento oportuno de derribarle. Que la carta original fué puesta en sus manos, y enterado de ella empezó á tratar con Azara de los medios de estorbar la regencia de la reina y del príncipe de la Paz. Que preguntó quién era el ayo del príncipe de Asturias, y habiéndole respondido que lo era el duque de San Carlos, amigo suyo de confianza, le dijo: «Escribale V., yo enviaré la carta á mi embajador, y dígame que dentro de muy poco tiempo habrá en el Mediodía de la Francia un ejército de cincuenta mil hombres para sostener los derechos del príncipe Fernando, y que si fuese menester se aumentará hasta cien mil, y que se entienda con mi embajador, á quien se envian instrucciones.» Que Azara escribió su carta en los términos indicados, y se la llevó al dia siguiente; pero en aquel momento llegaba otro correo de Madrid con la noticia de estar el rey fuera de peligro.—«Las cosas mudan ya de aspecto,»—dijo el primer cónsul. Y la carta no se envió á San Carlos, pero la conservó Azara.

Los datos que para estampar esta noticia tuviese este escritor, los expone él mismo, diciendo primeramente que la funda «en el testimonio de persona fidedigna.» Añade despues, «que no es posible saber el grado de certeza que en esto hubiese.» Y por último, que la carta del duque de San Carlos fué hallada en uno de los secretos del escritorio de Azara, cuando á la muerte de este hizo el escrutinio y reconocimiento de sus papeles, y que el arcediano de Avila don Antonio de la Cuesta la entregó al duque en 1808, no sin haberse quedado con copia de ella. Ni desconocemos la posibilidad de todo esto, ni tenemos derecho á contradecir la exactitud del hecho que se atribuye á la reina y al favorito. Cúmplenos sin embargo observar

(3) «Mandé castigar, decia el decreto, con la fuerza de justicia al delinciente y atrevido que sin respeto á las leyes ni amor al prójimo trataba solo de saciar su codicia á pretexto de esforzar su celo, cuando equivocadamente entendieron en mi reino de Valencia la creacion de cuerpos de milicias... Así lo ha hecho (mi consejero de Estado, generalísimo de mis ejércitos y armada) á mi entera satisfaccion, dando término á varios y complicados expedientes que se han ofrecido hasta ayer, que, noticiándome las sentencias ejecutadas por aquella sala de justicia, me expone de nuevo el estado del reino, la aplicacion de sus naturales, la esperanza en mi benignidad, y los graves motivos de alegría que como apoyo á sus ruegos, no puede dejar de representarme: el restablecimiento de mi aguada enfermedad y la conclusion de la guerra, la paz general en fin, son sus dos auxiliares en la súplica para que perdone á todos los que no hayan sido cabeza de motin, ó agentes principales de las conmociones. Mi corazon paternal y mi ternura no pueden desentenderse del objeto ni de la causa; y conformándome con lo que me representa, vengo en indultar á todos cuantos no sean comprendidos en aquella clase, etc.

»En San Lorenzo á 12 de noviembre de 1801.—Al príncipe de la Paz.»

(4) Muriel, Historia inédita del reinado de Carlos IV, lib. VI.

(1) Firmaba esta exposicion con su solo nombre: *Manuel de Godoy*.—San Ildefonso, 3 de setiembre de 1801.

(2) *Gaceta* extraordinaria de 5 de setiembre de 1801.



que entre los papeles que el autor de la vida civil y política de Azara dice haberse hallado en el exámen que de ellos hizo su sobrino don Dionisio y de que dió cuenta á don Félix, su hermano, no se hace mencion de esta carta, ni de correspondencia alguna con don Bernardo Iriarte (1). Y por otra parte, los que se suponen autores del testamento habrian necesitado para la confeccion del documento de una premura, que aunque posible, no parece tan verosímil que deba fácilmente y sin comprobantes serios acogerse; puesto que la enfermedad del rey, si bien parece haberse presentado con un carácter de gravedad, fué tan breve, que habiéndose empezado á sentir fatigado de la tos en la noche del 8 al 9 de setiembre (1801), la noche del mismo 9 sintió ya un alivio notable, y comenzó á desaparecer el riesgo, en términos que el día 10 se dió ya por desvanecido el peligro, y pasó una noche tranquila, y progresó sucesivamente hasta poderse levantar el 12 por la mañana (2). Si hubo, pues, aquella disposicion testamentaria, al menos ni la duracion ni la naturaleza del mal parece que permitieron gran proporcion y lugar para que le fuese arrancada por sorpresa.

Tratábase entonces, y habíase tratado ya muchos meses antes, de la boda del príncipe de Asturias don Fernando. Primeramente se pensó en casarle con una princesa de Sajonia, hija del elector, dama de excelentes prendas y muy rica de patrimonio. Este enlace no solamente era del agrado del rey, sino tambien del primer cónsul de Francia, que le consideraba muy conveniente á las miras políticas de los dos gobiernos. El caballero Azara, que cuando salió para su embajada de Paris empenó ya su palabra á la reina de negociar con todo interés y solicitud este matrimonio, excitado despues por el ministro Cevallos, y contando con el beneplácito de Bonaparte, hizo cuanto pudo para llevar á feliz término la negociacion, interesó al príncipe Javier, tío de la princesa, y por último logró que el elector su padre conviniera en dar la mano de su hija al príncipe español luego que se hiciese la paz de Amiens que se estaba tratando (3). Dificultades que sobrevinieron, nacidas de la situacion política de los príncipes de Sajonia respecto á Bonaparte, y que este no se prestó á acabar de resolver, dejaron en suspenso el ya tan adelantado proyecto matrimonial. Tampoco pudo efectuarse el enlace que tambien se intentó de la infanta doña Isabel con el príncipe de Baviera, por compromisos que este habia contraído ya con el emperador de Alemania.

Otro muy diferente pensamiento bullia ya entonces en la cabeza de Bonaparte. Su posicion, sus designios para lo futuro, le inspiraron la idea de buscar lazos que le unieran con las testas coronadas, siquiera sacrificase á este deseo á su esposa Josefina apelando al recurso del divorcio. Y sin que le detuviesen los odios no apagados de las facciones de Francia contra la desgraciada familia de los Borbones, pensó en una de ellas y fijóse en la infanta doña María Isabel, hija de los reyes de España. Hecha la paz entre Francia y Portugal, Luciano Bonaparte, embajador todavia entonces en Madrid, comenzó á indicar con mucha maña y delicadeza al príncipe de la Paz aquel pensamiento de su hermano. Hablando de enlaces matrimoniales y discurriendo disimuladamente sobre las familias reinantes en Europa, «esa infanta, le decia, que aun le queda á España sin colocacion, podia sobrepujar á sus hermanas en brillo y en fortuna.»—«La princesa María Isabel, se atrevió á decirle despues, que es todavia una niña, podria ser un lazo mas entre Francia y España. Mi hermano por sí solo es ya una gran potencia; día podrá venir en que sea rogado de otras partes, pero su política mirará á España en todo tiempo como la compañera de la Francia..... En cuanto á dificultades de un orden subalterno, no habrá motivo de arredrarse; lo divino y lo humano se dispensa todo por el bien de los pueblos; la po-

lítica hace bueno cuanto es grande y provechoso sin dañar á nadie, y la gloria le pone luego la techumbre de laureles.»

Sorprendió y embarazó tan extraña indicacion al príncipe de la Paz. Comprendió entonces el fin que podian haber llevado las extremadas finezas de Bonaparte con los infantes españoles á quienes hizo reyes de Toscana, y eso que ignoraba todavia que con ocasion de la estancia de aquellos príncipes en Paris habia dicho ya el primer cónsul al embajador Azara cosas semejantes á estas: «Se desconfia de mí, porque ejerzo un gran poder sobre la suerte de Europa, como si yo no distinguiera entre amigos y enemigos. El poder de la Francia es poder y fuerza para España. Nuestra union ilimitada en todos puntos nos haria señores exclusivos de la política europea... ¡Oh! si España supiera, si pudiera yo decirle los proyectos que por su bien y el de la Francia están rodando en mi cabeza.» El príncipe de la Paz eludió lo mejor que pudo la conversacion, y sobre todo la respuesta á una proposicion tan peregrina (4).

Mas como quiera que este pensamiento fuera del mayor desagrado para el príncipe de la Paz y pareciera á Carlos IV un escándalo á que no podia prestarse sin ignominia, apresuráronse á salvar el compromiso buscando en otra parte colocacion conveniente para el príncipe y la infanta. Fijóse Carlos en la familia real de Nápoles, cuya política tanto habia antes reprobado, pero en cuya union veia ahora la ventaja de hermanar y hacer fuertes las tres casas borbónicas de Nápoles, Etruria y España. El enlace de la infanta María Isabel con el príncipe real de Nápoles fué sin vacilacion aprobado por el ministro favorito. El del príncipe Fernando con la princesa María Antonia, hermana de aquel, parecióle á Godoy que debia diferirse hasta que se completara la educacion del príncipe de Asturias, en su concepto bastante atrasada, opinando que la mejor manera de perfeccionarla y de instruirle seria enviarle á viajar y á estudiar en el gran libro del mundo por espacio de tres ó cuatro años, y así se atrevió á aconsejarlo al rey (5). No agradó al monarca la indicacion, puso fin al coloquio y la boda fué resuelta. Desde entonces no se pensó sino en los medios de llevar á cabo el doble enlace (6). Mas aunque las negociaciones se precipitaron cuanto fué posible, por temor de que Bonaparte volviese á insistir en su proyecto, los reales desposorios no pudieron ajustarse hasta entrado el año próximo (14 de abril, 1802). Hízose esto en Aranjuez. Las bodas se celebraron por poderes á principios de julio. Dispúsose la venida de los desposados á Barcelona, donde fueron á recibirlos los reyes, y los matrimonios se ratificaron el 4 de octubre (7).

Siguiendo nuestro propósito de examinar lo que en España habia acontecido en este periodo, y mas particularmente lo que se puede considerar como consecuencia de las complicaciones de la política europea, preséntansenos como una novedad de importancia la providencia que se tomó relativamente á la orden de San Juan de Jerusalem por lo que tocaba á nuestro reino, como resultado del desenlace que en la paz de

(4) En el cap. 7.º del tomo III de sus Memorias refiere minuciosamente los diálogos que sobre este asunto tuvo con Luciano Bonaparte.—Don Andrés Murriel habla tambien de este proyecto y de las indicaciones hechas en este sentido, que él creia ser una cosa que sabian pocos.

(5) Este consejo del príncipe de la Paz, por mas protestas que en sus Memorias haga de las rectas intenciones y miras que á darle le animaron, no podia menos de ser interpretado por los que le consideraban ya poco afecto y aun enemigo del príncipe Fernando, como un medio y un pretexto para alejarle de la corte y del lado de sus padres, quedando así él desembarazado de quien suponian que miraba como un estorbo á sus fines.

(6) A propósito de esto escribia Azara con aquel estilo propio del carácter aragonés, que nos recuerda el del conde de Aranda: «Desde aquel punto en España han perdido la cabeza, y no saben qué hacer para gastar en estas bodas. Las enemistades mas inveteradas se han convertido en ternezas. Las órdenes y fajas llueven, y los cordones de San Genaro valen á huevo en Madrid.»

(7) Azara á quien no hacian gran ilusion estas bodas, decia: «Las doce tribus del Vesubio van á inundar á España. La princesa de Sajonia, que se ha despreciado despues de solicitada, es la mejor educada de su clase que se conoce, y tiene setenta millones de pesos de dote en materia efectiva.»

(1) Castellanos. Vida civil y política del caballero Azara, tom. II, página 248.

(2) Gaceta extraordinaria del lunes 14 de setiembre de 1801, dedicada exclusivamente á dar noticia de la enfermedad del rey desde su principio hasta su completa terminacion.

(3) Correspondencia diplomática entre Cevallos, Azara, el príncipe Javier, el conde Marcolini, etc., de abril á julio de 1801.



Amiens se había dado á la ruidosa cuestion de la isla de Malta, manzana de discordia para varias potencias, y señaladamente para Inglaterra y Francia. El estado á que se había reducido aquella orden, en otro tiempo tan esplendente y tan útil á la cristiandad, las medidas que respecto á ella habían ya tomado algunas naciones, y el deseo de alejar nuevos compromisos y ocasiones de disgustos y querellas con otros Estados, persuadieron al gobierno de Carlos IV de la conveniencia política y del interés económico que reportaría el reino de incorporar á la corona las lenguas y asambleas de España de aquella orden militar, al modo que lo habían sido y lo estaban ya de antiguo los maestrazgos de las de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa, declarándose el rey Gran Maestre de la misma en sus dominios. Determinado á ello, expidió la competente real cédula (20 de enero, 1802), exponiendo las razones que le habían impulsado á tomar tan grave medida (1), y cerca de dos meses después (13 de abril), la comunicó é hizo publicar en Consejo extraordinario para que la diese cumplimiento, sin permitir contravención alguna.

Tal fué el destino que en España se dió á las asambleas y encomiendas de aquella ínclita orden cuyos servicios á los pueblos cristianos habían dado á sus caballeros tanto lustre, y granjeado á la institucion los favores y gracias que profusamente le habían dispensado la Iglesia y los soberanos. No agradó esta disposicion á Bonaparte, que protestando haber sido su intencion que el Gran Maestrazgo recayese en un individuo de las lenguas españolas, y que andando el tiempo y disuelta la orden volviese Malta á ser parte de nuestra monarquía, como lo era cuando la cedió Carlos V á los caballeros, pretendió por medio de su embajador que el monarca revocara el real decreto. Mantúvose firme Carlos IV, el decreto fué cumplido, y Bonaparte, con quien no se había contado para expedirle, añadió este capítulo mas á las quejas que ya tenía del gobierno español.

(1) «Este estado de la Orden (decía entre otras cosas la real cédula) debió hacer pensar á los príncipes en cuyos dominios tenía encomiendas, en hacer de modo que estas rentas, sin salir de su destino, fuesen mas útiles á los pueblos que las producían; y esta fué sin duda la mira del elector de Baviera, que tomó á su disposicion las encomiendas de la Orden en sus Estados. A mí estas mismas causas me inspiraron tambien el designio de poner orden en que los bien dotados prioratos y encomiendas de España no rindiesen en adelante tributo á potencia ni corporacion extranjera, teniendo presente que si ya este tributo era muy crecido cuando toda la Europa acudia con él á Malta, no podia menos de agravarse en proporcion de los pueblos que al mismo se habían sustraído, y hacerse á países extranjeros mucha mayor extraccion de la riqueza nacional con grave perjuicio de mis vasallos; cuando estos fondos que salían de España, sin esperanza de que volvían á refluir en su suelo, pueden tener dentro de ella una utilísima aplicacion, destinándose á objetos muy análogos, ó por mejor decir idénticos con los que fueron el blanco de la fundacion de esta misma orden, como es la dotacion de colegios militares, hospitales, hospicios, casas de expósitos y otros piadosos establecimientos... Llevando pues á efecto esta medida en uso de la autoridad que indudablemente me compete sobre los bienes que hacen en mis dominios la dotacion de la Orden de San Juan... vengo en incorporar é incorporo perpétuamente á mi real corona... etc.»

## CAPITULO XII

### Consulado é imperio.—Neutralidad española.

DE 1802 Á 1805

Conságrase Bonaparte á la organizacion interior de la república.—Leyes notables.—El concordato.—Amnistía general.—La Legion de Honor.—Bonaparte cónsul perpétuo.—Efecto de la elevacion de Bonaparte en las diferentes cortes de Europa.—Nueva actitud de Inglaterra.—Relaciones entre Francia y España.—Suntuosas bodas de príncipes en Barcelona.—Cuestion del ducado de Parma.—Sobre tratado de comercio entre España y la república.—Situacion de Europa.—Alemania.—Rusia.—Inglaterra.—Cuestion de Malta.—Acres contestaciones entre los gobiernos inglés y francés.—Venta de la Luisiana por Napoleon.—Rompimiento de la paz de Amiens.—Declaracion de guerra entre la Francia y la Gran Bretaña.—Inmensos y prodigiosos aprestos de mar y tierra que hace Napoleon.—Disposicion de las potencias de Europa.—Pretensiones y exigencias de Bonaparte con el gobierno español.—Neutralidad española.—Peligro de ruptura entre las dos naciones.—Imperioso y altivo lenguaje de Napoleon.—Conducta del príncipe de la Paz y del embajador Azara.—Irritacion de Bonaparte: amenazas.—Ajústase el tratado de subsidio.—Humillacion de España.—Azara relevado de la embajada de Paris.—Célebre conjuracion contra el primer cónsul.—Jorge, Pichegrú, Moreau, los hermanos Polignac, los chouanes.—Ruidoso suplicio del duque de Enghien.—Espanto y alarma en toda Europa.—Francia proclama emperador á Napoleon Bonaparte.—Sus primeros actos como emperador.—Proyecta ser consagrado en Paris por el pontífice.—Resuélvese el Santo Padre á hacer su viaje á Paris.—Solemne ceremonia de la consagracion y coronacion.—Causas de haberse aplazado la expedicion contra Inglaterra.—Cambio en el gabinete británico.—Caida de Addington, y nuevo ministerio Pitt.—Guerra inminente.—Situacion de cada potencia.—Estado lastimoso de España.—Cargos y medios que emplea Inglaterra contra España para hacerla salir de su neutralidad.—Atentado contra buques españoles.—Manifiesto de Carlos IV declarando la guerra á la Gran Bretaña.—Alocucion del príncipe de la Paz.—Convenio en Paris por el contingente y distribucion de las fuerzas aliadas.

El hombre que con la fuerza de su espada y con la profundidad de su talento político había recogido tan abundante cosecha de laureles en los campos de batalla, dado después sosiego y tranquilidad á la Europa, y hecho la Francia una nacion tan poderosa y grande, no podía menos de ser mirado con entusiasmo por unos, con respeto ó temor por otros, por todos con admiracion. Bonaparte, después de la paz de Amiens, quiso añadir á la gloria del vencedor y al título de gran capitán el de organizador de un Estado. Digna empresa era de su genio y de su inmenso ascendiente la de organizar la Francia después de tantos años de agitacion, de trastornos y de convulsiones. Al efecto se apresuró á convocar los cuerpos del Estado por una legislatura extraordinaria.

Congregados aquellos (5 de abril, 1802), fué sometiendo el primer cónsul á su aprobacion los importantes proyectos de ley que tenía preparados. De entre ellos dió la preferencia al concordato celebrado entre el papa y el gobierno consular el 15 de julio de 1801. Era ciertamente el mas importante, aunque tambien el mas difícil, á causa de las radicales innovaciones religiosas introducidas por la revolucion; éralo por la ley que la acompañaba relativa al arreglo de la policia de los cultos, conocida en los códigos franceses con el título de *artículos orgánicos*, y tambien por las dificultades que con fingida blandura ponía el cardenal Caprara, que llenaba de incógnito las funciones de legado *á latere*. Todas sin embargo las fué venciendo, y merced á su energía logró ver pronto convertidos en ley ambos proyectos, y que los días solemnes de Semana Santa y Pascua de Resurreccion se consagraran al restablecimiento del culto y á la publicacion del Concordato, que se hizo con pomposa y brillante ceremonia, celebrándose una solemnísimas fiesta religiosa en el templo de Nuestra Señora de Paris.

Novedades eran estas las mas trascendentales y que mas podían variar la fisonomía de la sociedad francesa, reparando la primera de sus necesidades morales, y volviendo al pueblo las costumbres y los consuelos de la religion después de los ridículos espectáculos y de los sangrientos escándalos y profanaciones de trece años. El segundo proyecto reparador de Bonaparte, poco menos difícil que el primero, era el de abrir



las puertas de la patria y devolver los bienes á la multitud de emigrados que la revolucion habia lanzado al extranjero, y á quienes la pobreza ó el resentimiento forzaban á ser conspiradores eternos contra todo gobierno que no fuese el antiguo. Necesitábase toda la fuerza de voluntad y todo el prestigio de Bonaparte para hacer adoptar tan arriesgada medida. Pero la confianza que inspiraba el primer cónsul, unida á las garantías que se dieron á los poseedores de bienes nacionales, hizo que el Consejo de Estado y el Senado diesen su aprobacion á aquel acto atrevido de política y á aquel arranque valeroso de clemencia, siendo recibido sin grandes inquietudes por las masas, y con gran contentamiento del numeroso partido realista, que se mostraba agradecido al favor que se le dispensaba, á excepcion de algunos orgullosos aristócratas, que hablaban con desden de la amnistia y murmuraban del mismo que les tendia una mano generosa.

Guiado por el principio de que, así como es necesario un culto externo para inspirar sentimientos religiosos, así tambien realzan las distinciones y los honores el noble entusiasmo de la gloria, ideó Bonaparte la creacion de una órden que sustituyendo á las *armas de honor* pudiera concederse lo mismo al soldado que al general, lo mismo al hombre benéfico que al magistrado íntegro, al sabio pacífico y modesto que al guerrero orgulloso, y pudiera servir á todos de noble estímulo para hechos heroicos, para acciones de acrisolada virtud, para servicios importantes á la patria, en todas las clases y en todos los estados de la sociedad. Creó, pues, la *Legion de Honor*, destinada á servir de recompensa honorífica al mérito sobresaliente en todas las carreras y profesiones, así en la milicia como en el gobierno, así en la administracion como en las ciencias y las artes.—La instruccion pública le mereció tambien una atencion preferente, y con un conocimiento que no era de suponer ni esperar en el hombre que habia pasado la flor de su vida en las campañas, propuso un plan de enseñanza general en todos los ramos y para todas las edades y todas las clases sociales.—Ambos proyectos fueron presentados á un tiempo á los cuerpos legisladores. El de la Legion de Honor fué mas combatido que el de la Instruccion pública, pero ambos fueron al fin aprobados; y con esto y con dar fuerza de ley al tratado de paz de Amiens, bien puede calificarse de fecunda y bien aprovechada aquella legislatura extraordinaria que solo duró mes y medio (de 5 de abril á 20 de mayo, 1802).

La Francia por su parte quiso dar un testimonio de gratitud nacional al hombre que le habia hecho y le hacia tan inmensos y tan señalados beneficios. Este sentimiento era universal; la duda podia estar en la recompensa que conviniera darle. Por mas que él lo ocultara con sagacidad y con talento, adivinaba todo el mundo, y su familia lo disimulaba poco, que lo que mas halagaba su ambicion era el supremo poder. Reconociase que le tenia sobradamente merecido; pero quedaban las dificultades de forma; si habia de ser perpetuo, si habia de ser hereditario; si habia de llevar el título de cónsul, de rey, de protector ú otro; dificultades naturales en un pueblo republicano. Bonaparte no revelaba sus deseos, ni aun al ministro Cambaceres, su colega, el mas adicto suyo, y el que contaba con mas partido para hacerlos triunfar en el Consejo y en el Senado. Menos se explicaba todavia con los senadores que se acercaban á inquirir de él qué era lo que queria. Nadie le hacia salir de su reserva, y á todos respondia que no ambicionaba mas gloria que el afecto y amor de sus conciudadanos. Mas cuando ya se determinó la recompensa que habia de dársele, y cuando llegó el caso de anunciarle por medio de un mensaje que los cuerpos legislativos habian decretado prorogarle el poder consular por diez años, los comisionados que creian llevarle una noticia satisfactoria pudieron comprender por su respuesta que no era aquello lo que esperaba, pues les contestó que solo aceptaria la resolucion del Senado, en el caso de que el pueblo francés se lo ordenara.

Comprendiendo el segundo cónsul Cambaceres que no era aquello lo que satisfacía los deseos de Bonaparte, tomó el asunto de su cuenta, convocó inmediatamente el Consejo de Estado, y propuso en él que se hiciera un llamamiento á la soberanía nacional y se preguntara al pueblo francés: *¿El primer cónsul será cónsul perpetuo?* Nadie se opuso á esta pro-

posicion; antes bien el consejero Rœderer propuso que á esta pregunta se añadiera otra, á saber: *¿Tendrá el primer cónsul facultad para designar su sucesor?* Lo que equivalia á hacer el consulado hereditario. Ambas preguntas fueron aprobadas. Mas cuando esta resolucion fué transmitida á Bonaparte, opúsose á que se hiciera la segunda pregunta, por motivos que no manifestó, pero supúsose que lo hacia por temor á las rivalidades de familia, pues no teniendo hijos, preveia y queria evitar discordias entre sus hermanos y sobrinos. Eliminóse pues la segunda pregunta, y se expidió el decreto para que el pueblo francés deliberara sobre esta: *¿Será Napoleon Bonaparte cónsul perpetuo?* Someter esta cuestion al sufragio popular era darla por resuelta en sentido favorable y sin oposicion, que tal era la disposicion general de los ánimos. Desde luego el Cuerpo legislativo y el Tribunado se anticiparon á dar ejemplo de su adhesion, pasando á las Tullerías á votar en cuerpo en manos del primer cónsul. Dióse al pueblo el plazo de tres semanas para depositar sus votos en las mairies y en los notariados. El resultado fué el que se habia previsto. Verificado el escrutinio, se vió que de tres millones quinientos setenta y ocho mil ochocientos ochenta y cinco ciudadanos, solo la minoría imperceptible de ocho mil trescientos sesenta y cuatro habian votado en contra. Comprobado el registro, se acordó un senado-consulta concebido en estos términos: 1.º *El pueblo francés nombra y el Senado proclama primer cónsul perpetuo á Napoleon Bonaparte.*—2.º Se construirá una estatua que represente la Paz, teniendo en una mano el laurel de la victoria y en la otra el decreto del Senado, para testificar á la posteridad el reconocimiento de la nacion.—3.º El Senado manifestará al primer cónsul la confianza, amor y admiracion del pueblo francés.

Acto continuo de ser oficialmente comunicado este acuerdo por el Senado al primer cónsul (2 de agosto, 1802), los ministros de todas las potencias le hicieron los honores que su nueva posicion parecia exigir. Desde entonces comenzó tambien á figurar en los documentos públicos el nombre de *Napoleon* unido al apellido de familia, como quien se acercaba ya á la soberanía. En ella quiso dar participacion á sus colegas, Cambaceres y Lebrun, haciendo que fueran nombrados tambien cónsules perpetuos. Sus hermanos, á pesar de que los colocó en los puestos mas altos y de mas honor, no quedaron completamente satisfechos, especialmente Luciano, á quien era difícil satisfacer. Siguiéronse inmediatamente varios cambios en el personal del gobierno.

Habíanse hecho tambien en aquella legislatura extraordinaria algunas modificaciones en la constitucion, si bien las variaciones que se introdujeron, aunque esenciales algunas, no alteraban la índole y la fisonomía aristocrática de la obra constitucional de Sieyes, acomodada, como dice un escritor de aquella nacion, para retroceder á la aristocracia ó al despotismo, segun la mano que la dirigiese, pero que en aquellos momentos se encaminaba hácia el poder absoluto, merced al impulso que le daba el general Bonaparte. Comenzóse ya á celebrar el aniversario del nacimiento del primer cónsul (15 de agosto), como se hace en las monarquías; y á los pocos dias tomó posesion de los que habian sido sitios reales. Quedó pues organizada la nacion francesa despues de la paz de Amiens por la influencia de Bonaparte como una especie de monarquía con formas republicanas (1).

Por eso mismo todos ó casi todos los gobiernos de Europa miraron, ó con satisfaccion ó sin disgusto, la elevacion de Bonaparte al supremo poder de por vida. Veian en él una garantía de órden para la Francia y una prenda de reposo para todos los Estados. Prusia, que habia hecho antes una paz con la Convencion, se envanecía ahora de sus buenas relaciones con un poder reparador, y aun insinuaba que veria con gusto convertida de una vez en soberanía hereditaria aquella dictadura vitalicia. Rusia felicitaba en los términos mas afables al hombre que concentrando la autoridad habia sido puesto en

(1) Omitimos muchas circunstancias relativas á estos sucesos, no porque carezcan de grande interés, sino por limitarnos á lo puramente necesario para comprender y explicar los acontecimientos de España, todos enlazados con la historia de aquel país.



condiciones y reunía cualidades para sostenerla y emplearla en general beneficio. Austria, la que mas había sentido los efectos de la revolución, miraba al menos con cierta benevolencia al hombre enérgico que reprimía y sabía contener el espíritu revolucionario. La misma Inglaterra y su devoto rey Jorge III, sin dejar de temer la ambición de Bonaparte, se mostraban benévolos hacia el que había ordenado el restablecimiento de los altares y permitido la vuelta de los emigrados. Hasta la enemiga mortal de la Francia y de la revolución, la reina Carolina de Nápoles, encargaba al embajador francés die-se la enhorabuena al nuevo jefe de la república, pues no obstante el gran daño que de él había recibido, reconocía su gran genio, y que podía ser modelo de príncipes en lo de saber sostener su autoridad. El Santo Padre, que después del Concordato celebrado con el primer cónsul, le vió restablecer solemnemente el culto católico, manifestaba su paternal cariño al que se mostraba como restaurador de la religión contra la incredulidad y los excesos irreligiosos del siglo. Los ministros de las potencias empleaban con él las mismas respetuosas formas que usaban con los reyes. Y él por su parte se conducía entonces de modo que no daba lugar á que se entreviera la grande ambición que abrigaba (1).

Mas no tardaron en irse presentando nuevas nubes en el horizonte europeo que parecía tan despejado y apacible. Inglaterra, ó por lo menos muchas clases del reino, no palpaban todas las ventajas que habían esperado de la paz. Aunque Addington, como autor de ella, trabajaba por ajustar un tratado comercial con Francia, no se hallaba medio de conciliar los intereses de las dos naciones. Por otra parte, no podía Inglaterra ver con entera conformidad y sin sobresalto ó recelo, que Francia dominara hasta el Rhin, que hubiera agregado á su territorio el Piamonte, que el primer cónsul presidiera la república italiana, que las tropas francesas ocuparan la Suiza, y que Holanda estuviera sometida á su influjo. Con todo, la paz se hubiera conservado si el mismo Addington no se viera combatido por los amigos del ministro Pitt, que aunque fuera del gabinete y guardando un estudiado silencio, conservaba un gran partido y le tenía poderoso en el parlamento. La antigua oposicion de los whigs daba fuerza á la de los torys, sin estar de acuerdo con ella, y una indiscrecion de aquellos proporcionó un triunfo al ministro caído. Los diarios ingleses comenzaron á declamar contra la Francia, y á no hablar bien del primer cónsul. Algo mas tarde los mismos diarios fueron dando cabida en sus columnas á cuantas injurias y ultrajes inspiraba el encono y dictaba la desesperacion á los emigrados franceses, y muy especialmente al famoso Georges, y al exaltado obispo de Arrás, que con otros once prelados llenaban los periódicos de escritos, y publicaban además folletos injuriosos y destemplados contra la Francia y su gobierno.

A su vez los diarios franceses contestaban con artículos tanto ó mas destemplados, moviéndose así una guerra de papeles que hacía temer los resultados mas desagradables para ambas naciones (2). Napoleon, dándose por mas agraviado y

(1) Sin embargo, nuestro embajador Azara, con el conocimiento que tenía de la Francia, y del hombre que tanto se iba elevando, decía ya en una de sus comunicaciones al gobierno español: «Hecho esto, no parece que habrá obstáculo para que siga adelante el proyecto de pedir la facultad de nombrar el sucesor, y aun de mudar el título tomando el de emperador ó cosa equivalente.»

(2) Como muestra de esta odiosa polémica bastará citar el artículo que salió en el *Monitor* de París del 8 de agosto, que entre otras cosas decía lo siguiente: «La gaceta de Londres intitulada el *Times*, que dicen está bajo la inspeccion del ministerio, exhala invectivas contra la Francia. Todos los dias emplea cuatro de sus eternas páginas en acreditar calumnias insulsas, y atribuye al gobierno francés todo cuanto se puede imaginar de bajo, maligno y miserable. ¿Qué objeto se propone? ¿Quién paga? ¿Contra quién se dirige?—Un diario francés, redactado por miserables emigrados, la hez mas impura, desecho vil, sin patria, sin honor, manchado con todas las maldades que no puede lavar ningun indulto pasa todavía mas adelante que el *Times*. Once prelados presididos por el atroz obispo de Arrás, rebeldes á la patria y á la Iglesia, se juntan en Londres, imprimen libelos contra los obispos del clero francés, é injurian al gobierno y al Papa, porque han restablecido la paz del Evangelio entre cuarenta millones de cristianos. La isla de Jersey está llena de bandidos que los tribunales han sentenciado á muerte por delitos cometidos después de la paz, por asesinatos, fuerzas é incendios... ¿Qué fruto puede esperar el go-

mas sentido de lo que debiera de esta clase de injurias, pidió al gobierno inglés su reparacion, y la expulsion de los emigrados difamadores. El ministro Addington, sin negar precisamente lo que pedía, le indicó lo que con respecto á agravios inferidos por la imprenta disponían las leyes inglesas. Bonaparte no comprendió las razones alegadas, irritóse mas, y trató de un modo altivo á aquella potencia hasta intentar humillarla en sus mensajes á los cuerpos del Estado, y los diarios franceses se propasaron á su vez á atacar la casa reinante de Inglaterra. Por entonces no produjo esto un rompimiento entre los dos pueblos, porque ambos gabinetes estaban interesados en la conservacion de la paz, pero le preparó.

Las relaciones entre Francia y España entonces no eran íntimas ni cordiales, por las causas que antes hemos indicado, pero se cubrían las formas de la amistad. Por este tiempo habían hecho los reyes y príncipes españoles su viaje á Barcelona para celebrar las bodas de estos con el príncipe y la princesa de Nápoles (3). Allí concurrieron sus hijos los reyes de Etruria, además de los príncipes napolitanos (4). Los matrimonios se realizaron el 4 de octubre (1802). Los festejos de todas clases con que se solemnizaron, el lujo y la esplendidez que en ellos se desplegó, y las gracias y mercedes que en celebridad del suceso se prodigaron, exceden á todo encarecimiento y contrastaban grandemente con la miseria del país (5). A pesar de haberse ajustado estas bodas con disgusto del primer cónsul de Francia, los reyes le dieron parte de ellas como á un soberano amigo, y él contestó en términos muy corteses, y al parecer cordiales. Los príncipes de Nápoles se reembarcaron para aquel reino (12 de octubre, 1802).

Duraban aun los plácemes y los regocijos por aquellas bodas, cuando vino á turbarlos la noticia del fallecimiento del infante español Fernando, duque de Parma (9 de octubre), padre de los reyes de Etruria. Los monarcas españoles, y en su nombre el embajador de París Azara, al comunicar esta nueva al primer cónsul, manifestáronle de nuevo sus deseos de que el ducado de Parma pasase en herencia al rey de Etruria, hijo del difunto, no obstante lo convenido el año anterior en el tratado de Aranjuez. A nombre de Napoleon contestó el primer ministro Talleyrand que aquellos Estados habían recaído en Francia, y en su virtud daba orden para que fuesen inmediatamente ocupados por tropas francesas; añadiendo, que si el rey de España quería conservarlos para el de Etruria, había de ceder á Francia la colonia de la Florida con su puerto de Panzacola, proposicion que oyó nuestro embajador con señales de disgusto y aun de escándalo, pero teniendo que contentarse con protestar contra la ocupacion de Parma por tropas francesas (6). La verdad era que Napoleon

bierno inglés aumentando las disensiones de la Iglesia, dando acogida y enviando á nuestro territorio los bandidos de nuestras costas del Norte y del Morbihan, teñidos con la sangre de los habitantes mas ricos y principales de estos departamentos? ¿Qué se propone con esparcir por cuantos medios puede todas las calumnias en que hierven los escritos ingleses ó los franceses impresos en Londres, cuando debía refrenarlos y reprimirlas severamente? ¿No saben que el gobierno francés está en el día mas sólidamente establecido que el inglés? ¿Creen que le sería difícil al primero usar de las mismas armas...?»

Este artículo se publicó en la Gaceta de Madrid de 31 de agosto, 1802.

(3) Salieron de Madrid el 12 de agosto y llegaron á Barcelona el 11 de setiembre. Deteníanse en las poblaciones de alguna importancia á disfrutar de las fiestas con que eran agasajados.

(4) La reina de Etruria, que venia embarazada, dió felizmente á luz una infanta (2 de octubre) á bordo del navío *Reina Luisa*.

(5) Tenemos á la vista el catálogo nominal de los agraciados, que es extensísimo. Fué una verdadera lluvia de gracias. Grandezas de España, grandes cruces y bandas de damas nobles, llaves de gentiles-hombres, mayordomías de semana, honores de todas clases, promociones sin cuento en el ejército y armada de la Península y de América. Como muestra de prodigalidad bastará decir que en España fueron promovidos á tenientes generales veintiseis mariscales de campo; á mariscales de campo cincuenta y siete brigadieres; á brigadieres, coroneles y demás grados de la milicia muchos centenares. En igual proporcion fueron las promociones en el ejército de América. Lo mismo la marina. Catorce jefes de escuadra fueron ascendidos á tenientes generales, treinta y cinco capitanes de navío á brigadieres; los nombres de los ascendidos á empleos inferiores á estos ocupaban muchas columnas en las gacetas.

(6) Notas á la Vida de Azara.



se proponía conservar aquel ducado como en depósito, para entretener, así á la antigua dinastía del Piamonte como al papa, con una esperanza de indemnización.

Y en tanto que, renovadas las fiestas, se entretenían nuestros reyes en expediciones de placer, en presenciar ascensiones aerostáticas, en concurrir á lucidos simulacros de mar y tierra, en solemnizar la erección de monumentos y columnas que perpetuaran la memoria del fausto suceso, en brillantes mascaradas, fuegos de artificio, y otros mil variados y lucidos espectáculos en que siempre se ha distinguido por su esplendidez la capital de aquel principado, el embajador francés nuevamente nombrado por el primer cónsul, M. de Beurnonville, que desde Berlín había pasado á Barcelona y asistía á las fiestas, pensaba mas que en aquello, y procuraba aprovechar aquella coyuntura para mejorar por medio de un tratado de comercio las relaciones mercantiles entre ambas naciones. Todo el empeño, todo el afán del gobierno francés cifrábase en ver de conseguir la libre introducción en España de sus manufacturas, principalmente de algodón y de seda. Cuatro años por lo menos hacia que sus embajadores y cónsules, so pretexto de haberse infringido por la administración de la Hacienda española la letra y espíritu de los tratados de Basilea, no cesaban de dirigir quejas y reclamaciones sobre la prohibición que en las aduanas se ponía á la entrada de sus brocados, de sus gorros, de sus pañuelos Chollet-Laval, de sus muselinas, de sus medias de color y blancas, de algodón y seda, y otros semejantes artículos (1). Estas asiduas é incesantes reclamaciones fueron esforzadas por el nuevo embajador Beurnonville. A pesar de esto, pudo mas en el ánimo de Carlos IV el deseo de proteger y el temor de perjudicar la reciente industria manufacturera de Cataluña, y en 6 de noviembre de aquel año (1802) expidió una real cédula basada en el sistema prohibitivo, y quedando por lo tanto absolutamente prohibida la introducción de todo género de algodón de fábrica extranjera (2). Compréndese lo poco satisfechos que quedarían el gobierno y el embajador francés del resultado de sus esfuerzos en la negociación mercantil en que tanto interés mostraban.

Los reyes permanecieron en Barcelona hasta el 8 de noviembre, y regresando por Valencia, Cartagena y Murcia, deteniéndose en todas partes á recibir y disfrutar de los festejos con que los obsequiaban á porfía las poblaciones que visitaban, no llegaron á Aranjuez hasta el 8 de enero del año inmediato (1803), habiendo invertido en esta expedición desde su salida de Madrid muy cerca de cinco meses.

Entre tanto el primer cónsul y su gobierno se habían ocupado en el arreglo de las cosas de Italia, en estrechar sus relaciones, breve y pasajeramente alteradas con la Santa Sede, en intervenir en los desórdenes y turbaciones de Suiza, y principalmente en la grave, complicada y difícil cuestión de las secularizaciones de los Estados eclesiásticos de Alemania acordadas en el tratado de Luneville. Estas secularizaciones, que traían consigo la necesidad de indemnizar á los poseedo-

res de los Estados suprimidos, y la de introducir grandes cambios en la constitución germánica, por fuerza había de producir disputas y dificultades nacidas de los encontrados intereses y de las aspiraciones y pretensiones mas ó menos codiciosas de los príncipes alemanes de primer orden. Napoleón intervino en estas disputas, y optando por la alianza de Prusia y después de hecho un proyecto de indemnización con esta potencia y con los príncipes alemanes de segundo orden, consiguió que el emperador Alejandro de Rusia aceptara con él el papel de mediador, y juntos presentaron á la Dieta de Ratisbona el proyecto de indemnización concertado en París. No nos toca referir ni explicar los obstáculos que se ofrecieron por parte de Austria y de Prusia, ni los choques entre unas y otras potencias á que aquellos dieron lugar, ni los empeñados debates de la Dieta, ni las negociaciones parciales que entre unas y otras cortes se seguían, ni los efectos que en cada uno produjo la actitud amenazadora del primer cónsul. No teniendo estos sucesos, aunque gravísimos en sí, relación directa con la historia de nuestra nación, cumplenos solamente apuntarlos, y solo añadiremos que al fin la corte de Viena tuvo que adherirse al *conclusum* de la Dieta, y que la deliberación de febrero de 1803 puso término á la espinosa cuestión del arreglo de los asuntos germánicos.

Otros sucesos habían de ser de mas influencia y de mas compromiso para el gobierno español. Sentíanse ya amagos y observábanse síntomas de ruptura de la tan celebrada paz de Amiens. Inglaterra no podía ver con ojos serenos el engrandecimiento de la Francia en Europa y en América, su prosperidad interior, la importancia y el ascendiente de su eficaz intervención en los asuntos de Alemania y de la Helvecia, el viaje de un general francés á Oriente, al parecer con miras de nuevo sospechosas sobre Egipto. Continuaban las polémicas destempladas y mutuamente ofensivas entre los diarios ingleses y franceses, la pueril irritación de Napoleón por los improperios de los emigrados de Londres y sus exigencias exageradas al gobierno inglés para su expulsión y castigo, y las contestaciones del gabinete británico escudándose en las leyes de imprenta, y quejándose á su vez de los artículos injuriosos de un periódico conocidamente oficial como el *Monitor*. Aquel gobierno abogaba en favor de la independencia suiza, y el primer cónsul obraba al revés enviando al general Ney con grande ejército á la Helvecia y ordenándole que procediera con celeridad y resolución hasta subyugarla. El alto comercio inglés no estaba por la paz; en el parlamento había un poderoso partido contra ella, y el ministro Addington que la había celebrado y quería conservarla, no se atrevía á romper, ni lo permitía su situación política, con los partidarios de la guerra. La Inglaterra no evacuaba á Malta, como estaba convenido en el tratado de Amiens, porque pedía que antes se cumpliera otra de las estipulaciones del tratado, á saber, que Austria, Prusia, Rusia y España salieran garantes del nuevo orden de cosas establecido en Malta, y hasta tanto se creía autorizada para diferir la evacuación. Esta cuestión fué la que mas predispuso al rompimiento.

Íbanse acalorando mas y mas las contestaciones. En un despacho de Talleyrand á M. Otto, embajador de la república en Londres, le decía al final de la instrucción: «Aunque estallara de nuevo la guerra del continente, poco nos importa, pues Inglaterra será la que nos haya obligado á conquistar la Europa. El primer cónsul solo tiene treinta y tres años, y hasta ahora únicamente ha destruido Estados de segundo orden. ¿Quién sabe el tiempo que necesitará, si le obligan á ello, para volver á trastornar la faz de Europa, y resucitar el imperio de Occidente!» Mientras en el parlamento británico se pronunciaban elocuentes y fogosos discursos sobre la conducta de Francia, sobre el cumplimiento de los tratados y sobre la política del ministerio, Napoleón constituía la Suiza, con la serenidad de quien parecía no alterarse por aquellos desahogos; mas cuando llamó á las Tullerías al embajador inglés lord Withworth, después de exponerle el cuadro de la conducta pasada y presente del gobierno británico: «Cada viento, le dijo con calor, que se levanta en Inglaterra llega á mí preñado de odio y de ultraje. Ahora nos encontramos en una situación de la cual es preciso salir á toda costa. ¿Quereis cumplir el tratado

(1) Hemos visto originales multitud de estas quejas y reclamaciones en la correspondencia oficial de estos años que se conserva en el archivo del ministerio de Estado, y de ellas están llenos los legajos 49 al 55.

(2) Decía el art. 9.º de la real cédula: «Continuará con el mayor rigor la prohibición de la entrada en todos los dominios de S. M. en España é islas adyacentes, y de las Américas, de todas las manufacturas de algodón de fábrica extranjera, sea la que se quiera su denominación.»

Y el 10.º «Para evitar todo motivo de dudas se declaran comprendidos en la prohibición los lienzos blancos pintados ó estampados, con mezcla de algodón, lino y seda; las cotonadas, blabets, biones en blanco ó azul, las muselinas y estopillas, los gorros, guantes, medias, mitones, fajas y chalecos hechos á la aguja ó al telar; los flecos, galones, cintas, felpillas, borlas, alamares, flanelas de algodón y lana, y otros cualesquiera géneros semejantes.»

El príncipe de la Paz, en sus Memorias, explica la opinión que tuvo en este negocio, favorable al libre comercio, con la cual no se conformó el rey, después de haber oído al ministro Cevallos y á gran número de consejeros, y dice que lo que acabó de decidir á Carlos IV fué la siguiente reflexión que uno de ellos le hizo: «Si la concurrencia libre de los géneros franceses llegase á malparar algunas fábricas entre nosotros, son de temer el descontento y los motines de la parte de los obreros.»—Carlos IV se horripilaba á la sola idea de un alboroto popular.



de Amiens? ¿sí, ó no?» Y concluyó con estas terribles palabras: «Debeis tener entendido, que mas quiero que os apodereis de las alturas de Montmartre (faubourg de Paris) que no veros en Malta.» — «¿No es verdad, milord, le dijo en otra ocasion, que es una temeridad hacer un desembarco en Inglaterra...? Pues bien, milord, como me obligueis á ello, estoy resuelto á intentar esta temeridad.... He pasado los Alpes en invierno, y sé cómo se hace posible lo que parece imposible á la generalidad de los hombres; y como llegue á conseguir mi intento, vuestros descendientes llorarán con lágrimas de sangre que me hayais obligado á tomar esta resolucion...»

Semejante lenguaje alejaba ya, si no toda posibilidad, por lo menos toda esperanza de paz. El mensaje del rey Jorge III al parlamento británico (8 de marzo, 1803) acabó de irritar al primer cónsul, y se preparó activamente á la guerra. Para proporcionarse fondos, no queriendo apelar á empréstitos, discurrió lo que nadie habria podido imaginar, á saber: vender la Luisiana á los Estados-Unidos por una cantidad de dinero, que ajustó en ochenta millones, de los cuales veinte servirian para indemnizar al comercio americano por las presas que ilegalmente se le habian hecho en la última guerra, y sesenta quedarian á favor del tesoro de Francia. Con esta singular venta quebrantaba Bonaparte el artículo de un tratado solemne hecho con España, en el que, al tiempo de ceder á la Francia aquella colonia, se habia estampado la cláusula de que en el caso de no convenirle en algun tiempo poseerla no habia de poder traspasarla á potencia alguna, sino á la misma España. Violábase pues de un modo desdorado el pacto de retroversion, y con esto comenzaban para España nuevos compromisos antes de declararse la guerra (1).

Esta declaracion no podia ya hacerse esperar mucho. Sin embargo, cruzáronse todavía proposiciones de una y otra parte. Pedia Inglaterra la ocupacion de Malta por diez años, la isla de Lampedusa, que Francia evacuara inmediatamente á Suiza y Holanda, y que fijara una indemnizacion al Piamonte, ofreciendo la Gran Bretaña en recompensa el reconocimiento de los Estados italianos. Si el gobierno francés no admitia estas condiciones, el embajador pediria sus pasaportes. Dábase para la resolucion el plazo de siete dias (25 abril á 2 de mayo 1803). Francia ofreció todavía entregar á Malta en depósito al emperador de Rusia hasta que se zanjaran aquellas diferencias, y logró que aquel soberano y el de Prusia se prestasen á ser mediadores. Mas ni esta proposicion, ni la de dejar á los ingleses la posesion de Malta por tiempo indeterminado, con tal que los franceses ocuparan por el mismo tiempo el golfo de Tarento, fueron admitidas por lord Withworth, que manifestó no serle dado diferir mas su marcha si Francia no se adheria formalmente á lo que pedia su gobierno. En su virtud se expidieron al embajador sus pasaportes; tomó los suyos en Londres el embajador francés, general Andreossy (12 de mayo, 1803), y de este modo quedó rota la paz de Amiens á poco mas de un año de celebrada. La marina real inglesa comenzó á perseguir el comercio francés y á apresar buques mercantes. Irritado con este acto el primer cónsul, entregándose á todo el ardor de su carácter, mandó considerar como prisioneros de guerra todos los ingleses que viajaran por Francia en el instante del rompimiento. La guerra sin embargo no se declaró públicamente hasta el 22 de mayo.

(1) Contra esta venta reclamó inmediatamente el gobierno español, encargando á Azara en despacho de 22 de mayo (1803), que protestase solemnemente contra ella, enviándole todos los antecedentes necesarios. Hízolo así el embajador (5 de junio), y al propio tiempo exigia que el primer cónsul mandara evacuar la Toscana de las tropas francesas, y la inmediata consignacion de los Estados de Parma y Plasencia al rey de Etruria, como posesiones que le pertenecian por legítima sucesion.—El ministro de la república contestó (10 de junio), queriendo justificar la venta por el retraso con que decia haberse entregado á Francia aquella colonia despues del tratado, y que no hallándose la Luisiana en la misma situacion que en la época en que España consintió en la cesion, no podia el gobierno francés, en la marcha que tenia que seguir, perder de vista los importantes cambios sufridos bajo su administracion en un tiempo en que el estado actual de las colonias y de los negocios de Europa se complicaban extraordinariamente. El lector comprenderá la fuerza que podian tener semejantes razones.

Los preparativos para esta guerra aterraron al mundo, principalmente los marítimos; y no era para menos, pues se trataba de lanzar sobre Inglaterra ciento cincuenta mil hombres, doce ó quince mil caballos, y trescientas á cuatrocientas piezas de artillería. Asustaba pensar en el número de buques necesario para este inmenso transporte, pero causaba mas asombro ver trabajar en todos los puertos y arsenales de Francia en la construccion de mil doscientas á mil quinientas lanchas y botes cañoneros, canoas y peniches, capaces de llevar tres mil bocas de fuego de gran calibre, sin contar las piezas de menores dimensiones; pensamiento asombroso, y problema que parecia de imposible resolucion (2). Por último se hizo ascender la escuadra de guerra de mil doscientos á mil trescientos buques, y la escuadrilla de transporte á novecientos ó mil; «¡conjunto naval prodigioso, exclama con razon un historiador, sin ejemplo en los tiempos pasados, y probablemente tambien en los futuros!» De los cuatrocientos ochenta mil soldados disponibles, distribuidos en las colonias, en Hannover, Holanda, Suiza, Italia y Francia, se formaron seis grandes campamentos; de ellos trescientos mil veteranos aguerridos estaban en disposicion de entrar inmediatamente en campaña. Los recursos con que contaba Napoleon para mantener este pié formidable de guerra eran los siguientes: el precio de la venta de la Luisiana:—Nápoles, Holanda y Hannover mantendrian sesenta mil hombres: España, Parma, Liguria y la república italiana pagarian un subsidio regular: los inmensos donativos voluntarios de los departamentos y ciudades, y un aumento en los productos de la renta pública. A pesar de tan inmensos armamentos, la lucha iba á ser gigantesca y podia ser dudosa, porque si Francia era poderosa en el continente, Inglaterra habia conquistado el imperio del mar, é iba á desplegar su imponente pabellon en ambos hemisferios.

El primer cónsul, acompañado de su esposa, corrió todas las costas, activando los preparativos para la gran expedicion, ostentando una pompa régia, y recibiendo homenajes como los que se tributan á los reyes. Ensanchóse el puerto de Boulogne, donde se creó como por encanto un inmenso establecimiento marítimo, y reuniéronse en el canal de la Mancha todas las divisiones de la escuadrilla, donde se ejercitaban en maniobras y combates brillantes las lanchas cañoneras contra los bergantines y fragatas, en tanto que los cuerpos de tropas, distribuidos á lo largo del mar, hacian tambien sus ejercicios militares. Todo parecia estar pronto para la grande empresa en el invierno de 1803, y esperábase con confianza verla en breve realizada.

Supónese que las demás potencias no habian de mirar con gusto la gran lucha que nuevamente iba á abrirse, y si bien las mas culpaban de ella á la Gran Bretaña, y no sufrían la preponderancia que aquella nacion queria ejercer sobre todas en los mares, tambien temian la dominacion que la Francia amenazaba ejercer sobre Europa, y mas por quien al cabo era el producto de la revolucion francesa, por mas que parecia comprimir los excesos de la anarquía. Austria no tenia ningun interés marítimo que defender. Prusia, mas interesada, intentó hacer un arreglo que conviniera á las dos naciones que se estaban amenazando. Rusia, á quien ocupaban á la sazón otros cuidados, y que por lo mismo sentia doblemente el rompimiento, ofreció su mediacion al primer cónsul, el cual se apresuró á aceptarla, pero era calculando que, rehusada ó recibida con frialdad aquella mediacion por Inglaterra, habia esta de darle pretexto para justificar la guerra á todo trance que pensaba hacerla. Y por último, viendo ó aparentando ver en las proposiciones de Rusia extremos poco aceptables para Francia, declaró al emperador que agradecia sus buenos oficios, pero que atendida la inutilidad de sus esfuerzos debia creer que el des-

(2) Es curiosa la descripcion de la forma y condiciones de cada una de las tres especies de barcas que se inventaron, segun el servicio y el género de maniobras á que eran destinadas. Calculaba el ministro Dercés que á costa de cien barcas y diez mil hombres se podria aventurar con probabilidad de buen éxito el encuentro con una escuadra enemiga y atravesar el Estrecho; á lo cual contestó el primer cónsul: «Eso se sacrifica todos los dias en una batalla; ¡y qué batalla ha ofrecido nunca los resultados de un desembarco en Inglaterra?»



tino traía la guerra, y que la haría, no doblando la cerviz ante una nación orgullosa acostumbrada por espacio de veinte años á hacerla doblar á todas las potencias. Veamos la grave cuestión que se suscitó con respecto á España, y el partido que tomó nuestro gobierno.

Pero antes de explicar lo que medió sobre este asunto conviene advertir, que ya en diciembre de 1802 habia el embajador francés Beurnonville indicado al príncipe de la Paz la idea de que nadie como el rey Carlos IV podía hacer un importante servicio á la Francia y á sus parientes los príncipes proscritos de la familia de Borbon, insinuándoles la conveniencia de que renunciaran á sus derechos al trono francés, dejando ya de servir su nombre á locas conspiraciones, que no podían producir otra cosa que inútiles perturbaciones y dar que hacer á las autoridades y á los verdugos; á cambio de lo cual el primer cónsul estaba dispuesto á resarcirles sus bienes de la manera posible, y á formar á cada uno un patrimonio correspondiente á su alta clase y alcurnia. Contestóle el ministro español que el pensamiento del primer cónsul seria muy generoso, pero que él no se atrevería ni aun á proponérselo cuanto mas á aconsejárselo á su soberano, pues sobre no poderse suponer que aquellos príncipes accedieran á la renuncia de una corona cuya esperanza, por ilusoria que fuese, era su único consuelo en el destierro (en cuyo caso el desaire á un pariente tan inmediato le seria muy penoso), este paso podría estar bien en cualquiera otro á quien no ligaran los vínculos que unían á Carlos IV con aquellos príncipes desgraciados. Despues de alguna réplica preguntóle el embajador si le autorizaba á transmitir su respuesta al primer cónsul; contestóle el de la Paz que no tenia reparo en ello, con tal que lo hiciese siendo eco fiel de la templanza con que él se habia producido. En su virtud participó Beurnonville al primer cónsul el resultado de aquella conferencia (1).

Otra de las pretensiones de Beurnonville fué que no se permitiera estampar en los papeles del gobierno, ó sea en las *Gacetas de Madrid*, lo que en los diarios ingleses se escribía contra la Francia ó contra su jefe, de lo cual se quejó amargamente el embajador como de cosa impropia de un gobierno aliado y amigo. A esto respondió el príncipe de la Paz, que ya á la *Gaceta* y al *Mercurio* les estaba prohibido insertar los libelos que se publicaban contra la república ó su primer magistrado, pero que no veía razon para que se pretendiera prohibir del mismo modo la insercion de los artículos de los diarios ingleses y franceses, y principalmente de los discursos y debates del parlamento británico, como se copiaban los discursos, proclamas y noticias oficiales del *Monitor*. Por mas que esforzó su queja é insistió en su reclamacion Beurnonville, no pudo conseguir mas, sino que se pusiese al pié de cada artículo tomado de los diarios de Londres: *Extracto del Times: Extracto del Morning-Chronicle*, etc.

Tales contestaciones, unidas á los resentimientos que venían ya de atrás, señaladamente desde el tratado de Badajoz, aumentados con el de los matrimonios de los príncipes de España y Nápoles, y con las cuestiones producidas por la herencia del ducado de Parma y la venta de la Luisiana, constituían un catálogo de quejas y cargos que mutuamente se hacían el primer cónsul y el príncipe de la Paz, los cuales se miraban no solo con recíproca desconfianza, sino con abierta ó muy poco disimulada enemistad personal. Napoleon llegó á sospechar, y aun no se recataba de decir, que el príncipe de la Paz hacia traición á su alianza, que mantenía íntimas relaciones con los ingleses, y aun estaba vendido á ellos, y en su virtud estableció uno de los seis grandes campamentos en Bayona, como amenazando ya á España.

En esta mala disposicion de los ánimos habia sobrevenido la declaracion de guerra. El gobierno español se habia pro-

puesto esta vez ser neutral, y por mas que se diga que á Napoleon le era indiferente tener á esta nacion por amiga ó por enemiga, porque de todos modos en su estado de impotencia le habia de ser inútil (2), es lo cierto que quiso obligarla á explicarse pronto, quejándose de que continuaran recibiendo-se buques ingleses en los puertos de la Península, y exigiendo ya que siguiera un sistema mas pronunciado en favor de la Francia (3). Procuró nuestro embajador persuadir al primer cónsul de que la neutralidad era una necesidad imperiosa para España, y de ningun modo falta de afecto á la república y á su jefe. Aparentando entonces generosidad el primer cónsul, manifestó que aunque con arreglo al tratado de San Ildefonso de 1796 tenia derecho á exigir de España que le auxiliase con veinticuatro mil hombres, quince navíos de línea, seis fragatas y cuatro corbetas, queriendo dar á su aliada una prueba de su amistad, consentiria en que se mantuviese neutral con tal que reemplazase aquel auxilio con un subsidio en metálico y la libertad del comercio francés, poniendo grandes trabas al de Inglaterra, y que se dieran amplios poderes á Azara para ajustar un convenio en este sentido.

Trasmitida por Azara esta proposicion á Madrid (4 de julio de 1803), pidiendo instrucciones precisas y no arbitrales, y significando su deseo de que esta plenipotencia se confiriese á otro, contestóle el ministro Cevallos, pasando una nota en igual sentido al embajador francés, que el rey se hallaba pronto á cumplir el tratado de alianza, pero que amante de la paz de los españoles, interpondria sus buenos oficios con Inglaterra, en union con las potencias garantes del tratado de Amiens, á fin de reducirla á medidas mas conformes al interés de la humanidad. Esta respuesta no podia satisfacer á Bonaparte; y como al propio tiempo supiese las disputas que con su embajador en Madrid sostenia el príncipe de la Paz sobre la inteligencia de las obligaciones del tratado de San Ildefonso para esta guerra, y que su principio era no dejar de ser amigo de Francia pero no chocar con Inglaterra, lo cual le confirmaba mas y mas en sus sospechas de que se estaba entendiendo con aquella nacion, hizo pasar una enérgica nota (27 de julio), que contenia: quejas amargas de la conducta del ministro español; necesidad de que declarara franca y sencillamente si el rey queria ó no cumplir lo estipulado en el tratado de alianza; en qué época y de qué manera; la alternativa de una completa cooperacion á la guerra marítima, ó la prestacion de un subsidio de seis millones mensuales, y de veinticuatro por los cuatro meses ya trascurridos; y que de estas condiciones no se separaría un ápice el primer cónsul. Azara la trasmitió á su gobierno llamando la atencion sobre lo exorbitante de la suma, é indicando que semejante neutralidad no podia ser mas que aparente, y que no podia libranos de romper con Inglaterra.

(2) M. Thiers es el que se explica así, hablando de España con el mas desdeñoso desprecio. Despues que la Francia habia explotado su amistad, exigiéndole los continuos sacrificios que la habian quebrantado, si no agotado sus fuerzas, dice: «Del mismo modo impotente, ya se la considerase como amiga ó como enemiga, no se sabia qué hacer de ella, ni en la guerra ni en la paz. El primer cónsul decia, y con razon, que lanzar á la España en la guerra seria tan inútil á la Francia como á ella misma, que no figuraría nunca de una manera brillante...» Y esto lo dice el historiador francés de una nacion cuya alianza habia sido tan solicitada, que habia sido la mas fiel en ella, cuya escuadra habia retenido años enteros á su servicio, que habia salvado sus navíos de no pocos peligros en Brest y en Cádiz, que habia hecho la guerra á Portugal para obligar á este reino á separarse de la alianza inglesa, y de la cual habia dicho Luciano Bonaparte al indicar la conveniencia del ideado enlace de su hermano con una princesa española: «Nuestra union ilimitada en todos puntos nos haria señores exclusivos de la política europea.»

No era ciertamente lisonjero entonces el estado de nuestra nacion, ni su gobierno para ser elogiado, pero al cabo ni aquellos hechos dejaban de estar recientes, ni eran antiguas aquellas palabras, para que el ilustre historiador del Consulado y el Imperio tratara con tal menosprecio á una nacion que el mismo primer cónsul habia adulado poco tiempo hacia, y cuyos servicios no le habian sido inútiles.

(3) Comunicacion de Talleyrand á Azara; 25 de junio, 1803.—En efecto, una escuadra inglesa se hallaba refugiada en la Coruña so pretexto de cuarentena, y además en las aguas de Cádiz y Algeciras habian sido apresados varios buques franceses por los ingleses, á la vista y sin oposicion de los españoles.

(1) El príncipe de la Paz la refiere circunstanciadamente en sus Memorias. Sin embargo, algunos no quieren atribuir el mérito de esta contestacion al ministro, y la suponen dada por el rey. Lo notable es que estos mismos son los que representan al ministro como el oráculo del soberano.

La propuesta de abdicacion se la hizo despues el rey de Prusia. La contestacion del conde de Provenza fué tan entera y tan digna como era de esperar.



No se hizo esperar mucho otra nota todavía mas apremiante (16 de agosto, 1803), puesto que en ella se decía que la medida de las ofensas recibidas de España estaba á punto de colmarse; que el primer cónsul se complacía en creer que no era S. M., sino consejeros pérfidos á Inglaterra, la causa de aquellos ultrajes. Y procediendo á exigir satisfacciones, pedía: el valor de unos buques apresados en Algeciras por los ingleses, tasados en tres millones: que el oficial que mandaba en Algeciras y no lo había impedido, fuera juzgado y sentenciado por un consejo de guerra: que se destituyera inmediatamente al gobernador de Cádiz por haber querido hacer entrar en una leva de milicias algunos franceses: que se hiciera lo mismo con el de Málaga, donde se decía que otros franceses habían sido maltratados: que se declarara responsables á los comandantes de mar y tierra de la Coruña de la seguridad de cuatro buques franceses surtos en el Ferrol que no habían sido socorridos: que se revocara la orden que se había dado de poner cien mil hombres sobre las armas: que las tropas enviadas á Cataluña, Navarra, Vizcaya, Asturias, Valladolid y Burgos se dirigieran á Gibraltar y la Coruña, y que se aumentaran las fuerzas marítimas para ayudar á la Francia en su honrosa empresa. Y concluía diciendo, que era ya tiempo de que los hombres que aconsejaban á S. M. y habían insultado la Francia se desengañaran, pues el primer cónsul estaba decidido á hacer ver que una alianza sellada con la sangre de los dos pueblos no se había hecho para ser el juguete de las intrigas ó de la ciega política de unos pocos individuos.

El tono imperioso de Bonaparte, el lenguaje altivo y amenazador de Beurnonville con el príncipe de la Paz, la respuesta evasiva de este, diciendo que Azara estaba encargado de entenderse en París con Talleyrand, la audiencia que de sus resultas tuvo el embajador francés con el rey, y lo no muy satisfecho que salió de la entrevista, le movieron á no comunicarse por entonces mas con los ministros. Sin embargo, era cierto que á Azara se le habían enviado instrucciones (5 de setiembre, 1803), para que ofreciera á nombre de su soberano hacer causa comun con la república, tan luego como recibiera contestacion del monarca inglés á la intimacion que le había hecho en correo extraordinario del 3, si bien pidiendo á su vez explicaciones al primer cónsul sobre la significacion del campamento establecido en Bayona. Azara, no obstante haber pedido que se le relevara de su cargo, temeroso de hacer un mal papel en esta negociacion, solicitó y obtuvo una larga entrevista con el primer cónsul, en que procuró desvanecer los errores ó calumnias con que se había tratado de malquistar al gobierno español, conducir las cosas á términos amigables, y hacer que Portugal entrara con las mismas condiciones que España en lo que se pactase, á fin de evitar que un caso de guerra con aquel reino diera pretexto á introducir en España tropas francesas. Oyóle Bonaparte con la consideracion que guardaba siempre á su antiguo amigo, pero en cuanto á la neutralidad española manifestó con el tono mas severo que tenía dadas órdenes á su embajador en Madrid para que pidiese la inmediata declaracion de guerra á la Gran Bretaña y la expulsion de su ministro, asistiendo á Francia con el contingente á que era obligada, ó de lo contrario haría él la guerra á España, para lo cual tendría en pocos dias prontos dos ejércitos (1).

No satisfecho con esto Napoleon, envió á Madrid al secretario de la embajada Hermann con instrucciones para hacer que el príncipe de la Paz, ó se sometiera á las condiciones que llevaba escritas, ó se resignara á una caída inmediata por los medios que obraban tambien en su cartera. Estos medios eran una carta del primer cónsul á Carlos IV, en la cual le ponía en la disyuntiva, ó de franquear la entrada inmediata á un ejército francés, ó de retirar su confianza al favorito, á

cuyo fin le denunciaba las desgracias y deshonra de su corona, bien que solo hasta el punto de despertarle el sentimiento de su dignidad. Esta carta, en caso necesario, la entregaría Beurnonville al rey en audiencia solemne, y si á las veinte horas el príncipe no había caído, el embajador se retiraría, y daría á Augereau la orden de pasar con su ejército la frontera (2). Hizo Hermann la imperiosa intimacion de que venia encargado; faltó valor al príncipe de la Paz para resistir á la amenaza, si bien intentó alejarla de sobre su cabeza remitiéndose á las instrucciones que se habían enviado ya al caballero Azara con poderes para acceder á cuanto pidiese el primer cónsul (3).

Trasmitida esta respuesta á Beurnonville, como este tenía orden de no admitir ya mas referencias á París, se creyó en el caso de poner en manos del rey la carta del primer cónsul. Apuro grande era este para la reina y para el príncipe de la Paz: mas no siendo posible negarle la audiencia que solicitó, discurrieron salir del conflicto aconsejando al rey que recibiese la carta, con lo cual se evitaba la orden de invasion á las tropas francesas, pero que no la abriese, por si contenía expresiones ofensivas y que pudieran mortificarle, con lo cual salvaría su dignidad. Así lo ejecutó el cándido monarca, diciendo al embajador: «He recibido la carta del primer cónsul, porque no hay otro remedio, pero os la devolveré muy pronto sin haberla abierto. Dentro de pocos dias sabreis que este paso ha sido inútil, porque el señor Azara tiene encargo de terminarlo todo en París. Yo estimo al primer cónsul; quiero ser su fiel aliado y proporcionarle todos los recursos de que mi corona puede disponer.» Habíanse dado en efecto instruc-

(2) Las instrucciones y condiciones eran las siguientes:

El príncipe de la Paz se obliga:

1.º «A destituir en el término de veinticuatro horas á los gobernadores de Cádiz, Málaga, y comandante de Algeciras. Estas destituciones se harán con todo aparato y publicidad por medio de un mandato real, cuya copia se entregará al ciudadano Hermann.

2.º «A pagar el valor de los buques de Marsella apresados por los ingleses en Algeciras, con una indemnizacion para cada uno de los marineros prisioneros en estos buques.

3.º «A dar la orden para que se despidan las milicias y cese el armamento extraordinario.

4.º «A hacer entrar en el muelle del Ferrol los buques franceses, facilitarles sus armamentos y proveer sus tripulaciones de cuanto necesiten.

5.º «A poner el Ferrol en buen estado de defensa, y levantar las inútiles guarniciones de Burgos y Valladolid, para que vayan á preservar el Ferrol de un ataque del enemigo.

6.º «A convenir que en el término de una semana se determinará definitivamente sobre que la España haga la guerra á la Inglaterra, ó dar á la Francia un subsidio en compensacion de sus empeños en el tratado de alianza. En el primer caso, dos cuerpos del ejército francés entrarán en España, el uno de 18,000 hombres, para atacar á Portugal, se dirigirá á Valladolid, y el otro de 10,000, para atacar á Gibraltar, se dirigirá al Campo de San Roque, en cuyos puntos hallarán dos ejércitos españoles para obrar de concierto con todos los medios necesarios para el sitio. Pero si se decide la España por un subsidio, puede convenirse con el general Beurnonville en las condiciones siguientes:

1.ª «La España contribuirá con seis millones cada mes, desde el prairial hasta el fin de la guerra, para llenar sus deberes con respecto á la Francia.

2.ª «De los expresados seis millones solo pagará cuatro la España, reteniendo dos en depósito para la adquisicion de lo que se liquide á su favor por los adelantos hechos á la Francia, sea en la Habana ó en otras partes; en la inteligencia de que los gastos hechos por Francia en Brest ó en otras partes con relacion á España se tomarán en cuenta.

«El ciudadano Hermann es portador de una carta del primer cónsul al rey de España, y de un oficio que el general Beurnonville debe entregar al ministro Cevallos. Al ciudadano Hermann corresponde juzgar si debe entregar esta carta y nota, pudiendo reservarlas ó remitirlas á su destino, segun la disposicion del príncipe á suscribir ó no sus cláusulas expresadas en la presente instruccion firmada.—Ch. Mau. Talleyrand.»

(3) Al márgen del papel que contenía las anteriores condiciones puso:

«El rey mi amo me autoriza á suscribir las condiciones contenidas en este papel, exceptuando los artículos del tratado que S. M. ha confiado á su embajador en París, segun el pleno poder que le ha despachado á este fin por correo de hoy; reservándose al mismo tiempo S. M. la accion de aclarar al primer cónsul sobre errores de hecho á los que noticias equivocadas han podido inclinarlo.—El príncipe de la Paz.»

(1) Carta de Azara al ministro Cevallos.—Thiers dice que Azara había recibido la comunicacion mas extraña, mas indecorosa y mas desagradable que hubiera podido confiársele. No hemos hallado esta comunicacion, que parecia deberia encontrarse entre los documentos que forman los apéndices á la historia de su vida, puestos precisamente con el objeto de justificar su conducta en esta y en otras negociaciones.



ciones á Azara, pero se puso á este diplomático en el mayor de los compromisos.

Fué el caso, que despues de suscrito el proyecto de tratado de Hermann y enviado á Paris, presentó Beurnonville otro mas extenso, y aumentado con cláusulas inadmisibles que contenian exigencias humillantes. El príncipe de la Paz resistió cuanto pudo, pero la necesidad y el temor le obligaron á aceptarle tambien, con la esperanza, él y el ministro Cevallos, de que Azara encontraria medio de anular este último, acelerando en Paris, antes que este llegara, la aprobacion del primero. En este sentido le despachó dos correos (4 y 7 de octubre, 1803) el ministro de Estado (1). Azara comprendió la delicadísima y difícil posicion en que se le colocaba, y mas conociendo el genio y la inflexibilidad del primer cónsul. Preparóse no obstante á hacer un esfuerzo y á tentar fortuna. Habló primeramente con Talleyrand, sin que de sus extensas reflexiones sacara otra respuesta sino que el segundo tratado estaba perfectamente concluido, puesto que habia sido admitido por el príncipe de la Paz, autorizado para ello por el rey. Atrevióse sin embargo á acudir al primer cónsul; mas al oír Bonaparte que Carlos IV intentaba eludir el tratado presentado por Beurnonville y consentido por el príncipe de la Paz, irritóse de modo que su primer impulso fué mandar publicar la guerra á España (2). Templóle el embajador, recordándole su antigua amistad y sus servicios personales hechos á la Francia, en términos que le permitió leerle una breve memoria que llevaba escrita sobre el asunto en cuestion (3). El resultado final de este negocio fué el convenio que se firmó en Paris el 22 de octubre (1803), y cuyo texto es el siguiente:

#### TRATADO DE NEUTRALIDAD

Artículo 1.º S. M. el rey de España dará órdenes para que los gobernadores de Málaga y de Cádiz y el comandante de Algeciras, que se han hecho culpables en el ejercicio de sus funciones contra el gobierno francés, sean destituidos de sus empleos.

2.º S. M. el rey de España se obliga á proveer á la seguridad de las embarcaciones de la república que han conducido los sucesos del mar actualmente y puedan conducir en lo sucesivo á los puertos del Ferrol, de la Coruña y de Cádiz. Dará sus órdenes para que se adelante cuanto sea necesario para la reparacion y armamento de estos buques, y subsistencias de sus tripulaciones, proveyéndolo todo en sus almacenes por cuenta de la república francesa.

3.º El primer cónsul consiente en que las obligaciones impuestas á España por los tratados que unen á ambos Estados, se conviertan en un subsidio pecuniario de seis millones cada mes, que se darán por España á su aliada, contándose desde la renovacion de las hostilidades hasta el fin de la presente guerra.

4.º El subsidio de seis millones que S. M. C. se obliga á dar en compensacion de sus empeños se entregará de mes en mes, á saber: en especies desde que empezó la guerra y en el mes corriente, y despues en doce obligaciones sucesivas pagaderas al fin de cada mes, y las cuales se adelantarán por el tesoro público de Francia á sus ejércitos en cada uno de los años que dure la presente guerra. Tambien se han convenido que sobre los seis millones por mes que forman el subsidio de España, retendrá S. M. C. todos los meses dos millones, que conservará en depósito para el pago de las sumas que se podrán reconocer en la liquidacion general de los adelantos

(1) «Ahora lo que importa, le decia en la segunda comunicacion, es cortar este daño, y ya que la fuerza nos obliga á recibir la ley, no sea tal nuestra desgracia que por obedecerles lleguemos á extinguirnos. Este es el tratado presentado, esta la nota de aceptacion..... en todo caso se desea sea nulo... Nosotros convenimos en un tratado que no podemos cumplir; carecemos de dinero... pero la amenaza de tropas es cruel, y V. E. puede arreglarse segun lo admitan las circunstancias para impedir la bancarota tan al momento de contratar obligaciones.»

(2) Carta de Azara á Cevallos de 16 de octubre de 1803, en que le cuenta extensamente todos sus pasos y gestiones y el resultado de ellos.

(3) Puso por título á este papel: *Cortas reflexiones del embajador de España sobre los tratados presentados en Madrid.*

hechos por España á favor de la Francia en los puertos de Europa y de las Colonias.

5.º En consecuencia de lo que se acaba de convenir, la parte del subsidio vencido que debe pagarse en especie en todo el próximo brumario, comprendiendo los meses de prairial, messidor, termidor y fructidor, subirá á la suma de diez y seis millones que se entregarán á la Francia. Los otros ocho millones quedarán en depósito en manos de S. M. el rey de España para responder del objeto expuesto en el artículo precedente. Y por consecuencia del mismo arreglo, las obligaciones sucesivas de mes en mes se proveerán por adelantado á saber: por el año XIII, quince dias despues de la ratificacion de este convenio, y por cada uno de los años que seguirán, en messidor del año precedente, solo llevarán la suma de cuatro millones por mes, quedando en el depósito los otros dos millones del subsidio en cada mes para el uso indicado. Entiéndase que el subsidio efectivo de cuatro millones pagaderos cada mes, no podrán entrar en balanza alguna de compensacion por ninguna especie de gasto, debiéndose entregar siempre al tesoro en dinero, á vista de las obligaciones libradas.

6.º En consideracion á las cláusulas estipuladas, y en tanto se cumplan, la Francia reconocerá la neutralidad de España, y promete no oponerse á ninguna de las medidas que podrán tomarse con respecto á las naciones beligerantes en virtud de los principios generales y de las leyes de la neutralidad.

7.º S. M. C., deseando prevenir todas las dificultades que podrian suscitarse con motivo de la neutralidad de su territorio, en caso de una guerra entre la república francesa y el Portugal, se obliga á hacer dar á esta potencia, y en virtud de un convenio secreto que se hará, la suma de un millon por mes, en los términos y modo especificados en los artículos 4.º y 5.º del presente convenio, y por medio de este subsidio se consentirá la neutralidad de Portugal por parte de la Francia.

8.º S. M. C. concede el paso, libre de derechos, á los paños y manufacturas francesas que se expidan á Portugal. Y por lo que respecta á las reclamaciones de la Francia, relativas á los intereses y derechos de su comercio en España, se ha convenido en hacer, en el trascurso del año XIII, un convenio especial que tendrá por objeto facilitar y alentar respectivamente el comercio de ambas naciones.

Las ratificaciones del presente convenio se canjearán en Paris, diez y ocho dias despues de firmarse. Paris, 26 vendimario, año XIII de la república francesa (9 de octubre de 1803). —José Nicolás de Azara.—Ch. Mau. Talleyrand.

A precio pues de una serie de humillaciones y de un sacrificio pecuniario insoportable en aquella situacion compró esta vez la España una neutralidad que no podia ser mas que nominal; porque llamarse neutral y ayudar con un cuantioso subsidio á una de las potencias beligerantes, era quedar expuesta á todo el resentimiento de la otra, ó contar con una credulidad de su parte de todo punto inverosímil. El embajador Azara, á quien tanto comprometió la corte en este negocio (4), y á cuyos esfuerzos se debió el que no parara en abierto rompimiento, habia rogado ya varias veces que se le relevara de aquel cargo alegando falta de salud y de fuerzas para seguir desempeñándole, renovó despues de hecho el convenio sus instancias hasta el punto de dirigirse particularmente al rey exponiéndole respetuosamente que si sus razones no le hacian fuerza, faltaria por la primera vez de su vida á la sumision que le debia, retirándose sin su consentimiento, lo cual le valió una amistosa reconvencion del ministro Cevallos á quien el rey enseñó la carta. Pero mas duramente le reconvino por otra que escribió al príncipe de la Paz, en que con estilo algo sarcástico y excesivamente franco le advertia que en Paris se

(4) El príncipe de la Paz se condujo á nuestro juicio en esta negociacion con evidente debilidad, y su sinceridad fué por lo menos problemática. Así es que en la justificacion que intenta hacer en el capítulo XIV del tomo III de sus Memorias, como queriendo eludir la responsabilidad del tratado y hacerla recaer sobre Azara, se detiene lo menos que puede en las explicaciones de este suceso importante, hace caso omiso de muchas de sus circunstancias, y es uno de los puntos de su defensa en que le hallamos mas flojo.



murmuraba de que no dejase obrar con entera libertad á Carlos IV, y que si no disimulaba algo su desmedido favor se exponía á que Bonaparte, ya prevenido contra él y de carácter violento, se empeñara en derribarle de su altura. A nombre del rey le hizo Cevallos una severa advertencia, y desde entonces no volvió Azara á comunicarse con el príncipe de la Paz (1). Por último, en 19 de noviembre (1803) comunicó Carlos IV á Napoleon con toda solemnidad que accediendo á las repetidas instancias de don José Nicolás de Azara, á su avanzada edad y habituales achaques, había condescendido en relevarle de su cargo de embajador, esperando que en su despedida le dispensaría las mismas honras y las mismas muestras de bondad con que siempre le había distinguido (2).

No solamente Napoleon y su primer ministro Talleyrand continuaron dispensando al caballero Azara esas señaladas honras que les recomendaba y mostraba desear el monarca español y que eran propias de la antigua amistad que había mediado entre ellos (3), sino que el ministro Cevallos y el mismo príncipe de la Paz, no obstante las contestaciones desagradables que se habían cruzado, el uno le manifestó su sentimiento de verle fuera de los negocios, el otro le ofreció influir con sus soberanos para que recompensasen debidamente sus largos servicios. En efecto, aunque aquel antiguo servidor del Estado respondió dando muestras de desinterés y abnegación (diciembre, 1803), una real orden fué expedida (1.º de enero de 1804) para que se le conservara su plaza efectiva en el Consejo de Estado, y que pudiera disfrutar de todos los sueldos, regalías y emolumentos en el punto en que quisiera situarse. Poco disfrutó ya el benemérito Azara de esta última consideración de su soberano, pues antes de terminarse aquel mes acabaron con él sus padecimientos (26 de enero), sintiendo su muerte todos los franceses ilustrados, y teniendo, momentos antes de espirar, la honra de alargar su mano moribunda á la de Napoleon que fué en persona á estrechársela, y salió de su alcoba silencioso y conmovido (4).

Lo extraño no es que á Napoleon le irritaran algunas contrariedades ó reparos que en España se ponían todavía á las indicaciones de su voluntad: lo que podemos extrañar es que no le llevara mas adelante algun arranque de su impetuosidad y de la cólera de que estaba en aquel tiempo poseído, porque era precisamente cuando le tenía furioso y ciego de enojo la célebre conjuración realista, tramada contra su poder y contra su vida por los príncipes de Borbon emigrados en Londres;

(1) «El rey ha visto con disgusto (le decía) una carta sarcástica, en la que valiéndose del favor que debe V. E. al generalísimo príncipe de la Paz, ha dirigido V. E. á S. A., y le encarga que le trate V. E. con mas respeto en lo sucesivo, aplicándose á sí V. E. las citas intempestivas que hace de Séneca; en la inteligencia de que el príncipe es reputado por S. M. por su mejor, mas celoso y fiel vasallo.»—A lo cual contestó Azara: «Siento que las chanzas y franquezas de la amistad se hayan convertido en mi daño: diga V. E. al rey que acato su orden, y la obedeceré como tengo de costumbre.»—Apéndices á la Vida de Azara.

(2) «Don Carlos, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Leon, etc., al ciudadano Bonaparte, presidente de la república, etc.—Grande y bien amado amigo: las repetidas instancias que nos ha hecho don José Nicolás de Azara, nuestro leal y fiel vasallo y nuestro consejero de Estado, etc., para que le exoneremos del ministerio que le hemos confiado cerca de vuestra persona, á causa de su avanzada edad y habituales achaques, nos han movido á condescender con sus deseos, y en su consecuencia hemos resuelto relevarle de este encargo. Esperamos que en su despedida recibirá las mismas muestras de bondad y las honras que le habeis dispensado durante el tiempo de su residencia en ese país. También con este motivo le hemos encargado muy particularmente que os asegure del constante deseo que tenemos de cultivar vuestra amistad y buena correspondencia.—San Lorenzo, 19 de noviembre de 1803.—Vuestro buen amigo, Carlos.—Pedro Cevallos.»

(3) Talleyrand le escribió desde los baños una afectuosísima carta, á cuyo final le decía: «Adios, mi querido amigo: cuidad de vuestra salud... En cuanto al primer cónsul, que en todos tiempos os ha dado pruebas de la mayor estimación y amistad, ya sabeis de qué consecuencia son los sentimientos que le inspirais y hasta qué punto son inmutables.»

(4) Bourgoing da bastantes noticias sobre los últimos tiempos de la vida de Azara, y principalmente Castellanos en la Vida civil y política de este ilustre diplomático, así como sobre su enterramiento, su traslación á la iglesia de Balbuñales, su sepulcro, testamento, papeles que dejó, é inscripciones que se hicieron y dedicaron á su memoria.

aquella famosa conjuración, en que entraron el temible Jorge Cadoudal, aquel terrible vendeano, único que había rehusado someterse á Bonaparte cuando acabó la guerra y subyugó la Vendée; el general Pichegrú, en otro tiempo vencedor de Holanda; los Polignac, Lajollais y otros conspiradores, que habían pasado y estaban ocultos en París, procurando entenderse y concertarse con Moreau, el jefe glorioso de los ejércitos republicanos, el émulo de Bonaparte en Hohenlinden, y el segundo personaje de la república; aquella conjuración tenía por objeto atacar el terrible Jorge con una cuadrilla de chouanes la guardia consular de Napoleon en el camino de la Malmaison y quitar la vida á Bonaparte para restablecer en el trono de Francia á los Borbones; aquella conjuración que por espacio de muchos meses se atribuyó á invención de la policía para tener un pretexto de vengarse de los realistas, pero cuya realidad patentizaron despues el descubrimiento y las prisiones sucesivas de Moreau, de Pichegrú, de Polignac, de muchos de los chouanes que habían de ejecutar el atentado, y por último la del mismo Jorge, y las declaraciones por unos y otros prestadas (últimos meses de 1803 y primeros de 1804).

Exasperado y ardiendo en ira tenía ya al primer cónsul el origen de esta conspiración, la importancia de los conjurados, las dificultades que para descubrirlos y aprehenderlos había encontrado la policía; pero acabaron de exasperarle y ponerle fuera de sí las declaraciones contestes de los presos de que un príncipe francés había de desembarcar en la costa de Biville é introducirse en París para ponerse á la cabeza de los conjurados. Su alma entonces rebosa de furor, no ya contra los conspiradores como en 1800 cuando se salvó de la máquina infernal, siendo obra también aquella de los realistas; ahora se enfurece contra estos, á quienes en efecto acababa de favorecer con inesperada generosidad. En esta ocasión se propone ser inexorable. Envía un coronel de su confianza á vigilar la costa de Biville, pero trascurren días y el príncipe anunciado no se presenta. Discurriendo entonces por qué otra parte podría venir alguno de aquellos príncipes, se acuerda de que el duque de Enghien se encuentra en Ettenheim, cerca del Rhin; envía un oficial de gendarmes disfrazado á tomar informes; una combinación fatal de equivocaciones y de apariencias hace que aquel joven y valiente príncipe sea tomado por el jefe que se aguardaba: la cólera de Napoleon no conoce ya límites ni freno; se propone hacer un escarmiento ruidoso y ejemplar; resuelve apoderarse del príncipe, siquiera tenga que arrancarle de territorio germánico; no repara en tratados ni en fronteras, ni oye las reflexiones de sus compañeros de consulado; un coronel con trescientos dragones y algunas brigadas de gendarmería penetra hasta Ettenheim, arrebatada al príncipe, le conduce á París, y una orden consular manda que sea entregado á una comisión militar (20 de marzo, 1804). Al día siguiente la comisión da su terrible fallo: las leyes de la república son terminantes para los que han hecho armas contra la Francia, y el duque de Enghien es fusilado en el foso de Vincennes (5).

La noticia de haber sido arrestado y ejecutado un príncipe de la sangre real produce general consternación y sensación de profundo desagrado en París, y arranca lágrimas á la esposa misma del primer cónsul; los realistas se llenan de indignación, pero el terror los ahoga y reprime: nótase una reacción repentina en los hombres honrados, que ven con desconsuelo al hombre grande, restaurador del orden social, hasta entonces indulgente y generoso, cometer actos propios de los tiempos del furor de la república, y reproducirse, aunque con menos solemnidad, el drama sangriento del suplicio de Luis XVI. Los mas amigos del primer cónsul sienten que el ciego afán de aterrar á los Borbones para que no vuelvan á conspirar, que su principio de que la sangre real no ha de ser privilegiada para el crimen, sino igual ante la ley á la de los demás ciudadanos, que su idea de demostrar á la Europa que es poderoso y no teme nada, le haya fascinado y obcecado hasta el punto de empañar su gloria manchando con sangre real el

(5) A Pichegrú, que había sido arrestado el 28 de febrero, se le encontró el 6 de abril muerto en la prisión, ahorcado ó estrangulado con su propia corbata.



manto de que pensaba revestirse para tomar plaza entre los reyes.

Y sin embargo, aquellos momentos de general espanto, de ansiedad dentro y de agitacion fuera, aun no enjuta la sangre derramada de un príncipe, el gran Moreau en vísperas de comparecer ante un tribunal, la Europa en actitud amenazante, é Inglaterra enemiga, aquellos momentos críticos fueron los que con maravillosa audacia quiso aprovechar Napoleon para precipitar su marcha atrevida, franquear el último escalon que le faltaba para subir á un trono, y desafiar de una vez la fortuna resolviendo todas las dificultades, y haciendo olvidar el duque de Enghien á la Francia á fuerza de gloria, á los reyes á fuerza de poder. En verdad el espíritu público favorecía sus designios. Aquella misma conjuracion y sus sangrientas consecuencias afirmaban mas y mas á los amantes del orden y del reposo, que eran ya la gran mayoría, en la necesidad de poner á la Francia al abrigo de nuevas maquinaciones, inquietudes y trastornos, y de asegurar el poder del hombre que le había dado gloria, engrandecimiento y tranquilidad. Si el primer cónsul moría, ¿quién empuñaría con bastante fuerza las riendas del Estado para no volver á caer en la anarquía? La idea del poder hereditario volvió á resucitar; y, como dice un moderno político de aquella nacion: «La Francia no veía mas que una cosa, la monarquía; un hombre, Napoleon; un principio, el orden; una esperanza, el reposo con el poder.»

Napoleon no necesitaba que le animaran para aspirar al trono; pero le alentaban sus apasionados y casi iban delante de sus deseos; si ahora no le ayudaba Cambaceres, el activo negociador del consulado vitalicio, en cambio le allanaba Fouché el camino con una eficacia prodigiosa. Los colegios electorales entonces reunidos comienzan á dirigirle exposiciones: pronto recibe un mensaje del Cuerpo legislativo ofreciéndole lo mismo que él tanto deseaba; pero pide un plazo para reflexionar y resolver. En esta calculada tregua Napoleon quiere asegurarse del voto y adhesion del ejército y de la aquiescencia de las cortes extranjeras. Manéjase tan activamente con estas, que obtiene en pocos dias la aprobacion de Prusia, el reconocimiento de Austria con una condicion que no le era ni violenta ni sensible; de España no podía dudar. El ejército intenta adelantarse á proclamarle emperador. Con esto Bonaparte contesta al Senado que puede explicar ya abiertamente todo su pensamiento. Hácese en el Senado la proposicion de declarar emperador al primer cónsul y de hacer la sucesion al trono hereditaria en su familia: ninguna voz se levanta para combatirla. El 18 de mayo (1804) se lee y aprueba el senado-consulta proclamando á Napoleon emperador de los franceses. Trasládase el Senado en cuerpo á Saint-Cloud á llevar este mensaje á Bonaparte y su esposa: á la arenga del presidente contesta Bonaparte que acepta el nuevo título para la gloria de la nacion, y que somete á la sancion del pueblo la ley sobre el derecho hereditario. Al dia siguiente aparece Napoleon I con todo su brillante cortejo de príncipes, condestables, mariscales y grandes dignatarios del imperio (1). Los votos de

(1) Con respecto al derecho hereditario, se habia establecido la sucesion de varon en varon, conforme á la ley Sálica; y como Napoleon no tenia hijos, ni estaba al parecer destinado á tenerlos, se le dió facultad de nombrar sucesor, y á falta de descendencia adoptiva, de transmitir la corona á su línea colateral. Pero no á todos sus hermanos se concedió el derecho hereditario, sino á solos José y Luis, no á Luciano y Jerónimo, por las bodas que habian hecho. Todos los hermanos y hermanas recibieron el dictado de príncipes y princesas, con su asignacion correspondiente. Rodeóse el nuevo trono de altos dignatarios para darle el esplendor de las monarquías, y tomando el nombre de algunas dignidades del imperio germánico, se creó un gran elector, un archi-canciller del imperio, un archi-canciller de Estado, un archi-tesorero, un condestable y un almirante; títulos mas de honor que de autoridad, bien que componian el gran Consejo del Imperio, y sustituían al emperador en casos de ausencia en el Senado ó los Consejos. Designóse para ellos á los personajes mas inmediatos al emperador, los dos cónsules Cambaceres y Lebrun, Eugenio de Beauharnais, hijo adoptivo de Bonaparte, su cuñado Murat, su compañero de armas Berthier, y su primer ministro Talleyrand. Se crearon tambien altos cargos en la milicia, y se acordó que hubiese diez y seis mariscales del imperio y cuatro honorarios; y se hicieron en la Constitucion las modificaciones necesarias para darle la índole monárquica que el nuevo régimen exigía.

tres millones y medio de ciudadanos sancionan este acto: el clero le celebra en los templos, y los magistrados exclamaron: *Dios creó á Bonaparte y descansó*. Solo resonaron dos voces de protesta, la de Carnot en el Tribunado á nombre de la revolucion, y la de Luis XVIII en Varsovia á nombre de la legitimidad.

Desde el momento de su elevacion al imperio concibió Napoleon un pensamiento tan nuevo como atrevido, y le concibió con aquella resolucion irrevocable que solia seguir á sus proyectos, á saber: la de hacer que el pontífice Pio VII se trasladara en persona á Paris para consagrar su coronacion, cosa desusada en los anales de los imperios, así modernos como antiguos, pues era costumbre constante que los emperadores fuesen á consagrarse á Roma: él se propuso conseguirlo ó por la persuasion ó por la intimidacion, y entabló inmediatamente la negociacion con los cardenales Fesch y Caprara. Mas como esta gran solemnidad no hubiera de hacerse hasta la entrada del invierno, dedicóse entre tanto á las cosas del gobierno y de la guerra. Sus primeros actos son el restablecimiento del ministerio de Policía que devuelve á M. Fouché; activar el fallo del proceso de los conjurados, de que resultó el destierro de Moreau á los Estados Unidos, el perdon de Polignac y el suplicio de Jorge y doce de los suyos; la institucion de un ministerio de Negocios eclesiásticos que confió á Portalis; la reorganizacion de la escuela Politécnica, de la de puentes y calzadas y de las de derecho, y dar el nombre de *Código de Napoleon* al código civil que acababa de publicarse y es una de sus mayores glorias; atender despues á las cosas de la guerra, preparar la escuadra, ir á Boulogne, visitar uno por uno los buques de la escuadrilla, dar una solemne y misteriosa funcion á bordo del *Océano*, distribuir las condecoraciones de la Legion de Honor, y diferido el desembarco para el invierno, ir á las orillas del Rhin y donde quiera que sus atenciones le llamaban.

Trabajo le costó, y dificultades grandes tuvo que vencer, para que el jefe de la Iglesia se decidiera á dejar la ciudad santa para ir á la capital de aquella Francia revolucionaria á ungir con sus sagradas manos la frente de quien no era considerado como soberano legítimo y como monarca de derecho divino. Y cuando despues de muchas consultas, dudas y vacilaciones, fundadas en la dignidad de la Santa Sede, en las murmuraciones y en la censura que aquel paso podría producir en las cortes de Europa, y en los conflictos y peligros personales que pudiera correr y en las humillaciones que pudiera sufrir; cuando despues de recibir nuevas instancias de Napoleon, y de pensar que era el restaurador del culto católico, y de meditar en el bien que podría reportar la religion, y en la esperanza de recuperar por este medio la Santa Sede las Legaciones, se inclinaba á dar gusto al hombre de quien podía recibir tanto bien y tanto mal; retraíale el verse llamado por los enemigos de aquel proyecto *el capellan del emperador*; affigíanle los términos de algunas cartas que recibía de Bonaparte, y sufría su espíritu, y su físico se resintió y debilitó notablemente. Por último, despues de muchas negociaciones, incertidumbres y alternativas, resolvióse el venerable pontífice á hacer el solicitado viaje. Despidióse de Roma con los ojos bañados en lágrimas; alentáronle las demostraciones inesperadas de respeto con que le saludaban y aclamaban todas las poblaciones de aquella Francia que le tenia asustado con la fama de irreligiosa y de impía, y acabó de fortificarse su espíritu al ver el recibimiento que le hizo Napoleon, disipándose al parecer todos los sombríos recelos que le habian hecho concebir.

Verificóse pues (2 de diciembre, 1804) con la mas suntuosa pompa y solemnidad en la iglesia de Nuestra Señora de Paris la ceremonia de la consagracion del nuevo Cárlo-Magno, ungiéndole la frente y bendiciendo el cetro y la espada el pontífice Pio VII. El mismo Napoleon tomó con su mano la corona y la colocó en sus sienes, poniendo otra en la cabeza de la emperatriz, queriendo significar con aquel acto que debía la corona imperial, no al pontífice, sino á Dios y á su brazo, y dando con esto satisfaccion á los que murmuraban que la recibiera de la tiara. Las bóvedas del templo resonaron con el grito de *¡Viva el emperador!* pronunciado por todos los gran-



des cuerpos y todos los altos dignatarios de la Francia. Quedaron con esto colmados los deseos de Bonaparte de ofrecer á los ojos de Europa el espectáculo grandioso, la gran victoria moral, de hacer al sucesor de San Pedro dejar la ciudad eterna para venir á ungir con su mano al hijo de la revolucion, y legitimar con aquella sublime ceremonia su elevacion al trono.

Ocupado Napoleon con asuntos tan graves, la expedicion contra Inglaterra se habia ido suspendiendo y aplazando, pero sin descuidar los aprestos, que habian ido haciéndose cada dia en mayor escala. Por otra parte, léjos de haber esperanzas de paz, todas las que pudieran concebirse habian desaparecido con el cambio del gabinete británico, habiendo caido el ministerio Addington por consecuencia de la coalicion de Fox y de Pitt, y vuelto á entrar este último en el ministerio. Abierto partidario de la guerra el ministro Pitt, comenzó desde luego á dar pasos para inclinar á las potencias del continente á formar una tercera coalicion, logrando arrastrar á su alianza la Suecia, la que mas se irritó con el atentado de Ettenheim y de Vincennes. Ya dijimos el efecto que en otras cortes habia hecho la elevacion de Bonaparte al trono imperial. Austria, ó escarmentada ó prudente, era la que se conducia con mas circunspeccion; y bien que excitada por Rusia, y no obstante la violencia y los despojos que ejercia en otros Estados de Alemania, guardaba respetos al nuevo emperador, y el ministro de Viena le presentaba sus credenciales en Aix-la-Chapelle. En cambio el joven y arrebatado Alejandro de Rusia, constituyéndose en vengador de la violacion del territorio germánico por la Francia, como si hubiera sido él el ofendido, habia pasado tan acaloradas notas así á la Dieta como al gobierno francés, que le valieron muy duras contestaciones de Napoleon, dando por resultado la recíproca retirada de los embajadores de uno y otro imperio. Adherida pues Rusia á Inglaterra, aunque sin formal tratado, y en manifiesta hostilidad con Francia, aunque todavía sin formal rompimiento, trabajaba por robustecerse con la adhesion de la Alemania y del imperio Otomano. Napoleon se preparaba á todo, y sin dejar de atender al continente, tenia su vista fija en la gran expedicion marítima contra la Inglaterra, y habia dado el mando de la inmensa escuadra al almirante Villeneuve, por muerte de Latouche-Treville á quien antes le habia confiado.

¿Podria España, en este estado de cosas, mantener su no bien definida neutralidad?

Dejemos para otra ocasion la melancólica pintura que podríamos hacer de la situacion interior de nuestra España en este tiempo, sufriendo una carestía verdadera por efecto de las malas cosechas de aquellos años, y otra mayor carestía facticia producida por los acaparadores para especular con las necesidades públicas; alborotos y disturbios, y sobre todo el horno de discordias y de intrigas que ardia ya en el régio alcázar entre el príncipe de la Paz y los príncipes de Asturias y su ayo el canónigo Escoiquiz, que anunciaban ya dias muy tormentosos para España y para la misma real familia, pero cuya triste relacion no haremos en este lugar, limitándonos ahora á la actitud que se nos forzó á tomar para la gran lucha que hacia año y medio estaba amenazando al mundo.

Aunque la neutralidad española, con la obligacion de dar un subsidio á una de las potencias enemigas, hubiera podido parecer á la otra por lo menos un poco problemática, habia sido no obstante respetada por ambas hasta la caida del ministro inglés Addington y su reemplazo por Pitt. En el afán de este ministro por provocar una nueva coalicion europea contra la Francia, y cuando para ello trabajaba con todas las naciones del continente, de esperar era que no omitiese medio de comprometer á España, tomando pié de aquel mismo subsidio, ya pidiendo para sí una compensacion equivalente, ya sobre esta negativa dando quejas y haciendo cargos, ya traduciendo á proyectos de hostilidad el que se reforzaran nuestros cruceros de América, que se armaran algunos navíos franceses en el Ferrol, ó que se tomaran precauciones en defensa propia. Decia que estábamos suministrando á Francia un subsidio mayor que el que se habia pactado, cuando lo que en realidad habia era que no cumplíamos, porque no podíamos cumplir aquella obligacion, que solo se libraban algunos

pagarés á largos plazos, y que gracias á las operaciones de crédito que se hacian con el célebre M. Ouvrard, percibia aquella nacion algun metálico (1). En cuanto al armamento del Ferrol, el gobierno de Madrid accedió á suspenderle, y el de Francia convino en ello, á fin de quitar pretextos de rompimiento al gabinete británico. Mas no tardó este en exigir mas, á saber, que Carlos IV saliera garante de toda tentativa de Francia contra Portugal; exigencia exorbitante é inadmisibles, como que traspasaba los límites de la neutralidad en que él mismo pretendia se encerrase.

Por último, pendientes todavía estos tratos, tales como fuesen, comunicó órdenes secretas á sus cruceros para que acometieran los buques españoles en todos los mares, y echaran á pique aquellos cuyo porte no excediera de cien toneladas. A consecuencia de esta orden, que la imprenta británica censuró con tanta acritud como pudiera hacerlo la nuestra, cuatro fragatas españolas que venian de Lima y Buenos Aires conduciendo cuatro millones de pesos, fueron sorprendidas y asaltadas por un crucero inglés en el cabo de Santa María (5 de octubre, 1804). Los marinos españoles, aunque tan inesperadamente sorprendidos, se defendieron heroicamente; pero incendiada y volada la fragata *Mercedes* con los trescientos hombres que llevaba á bordo, rindiéronse las otras tres, que con el dinero que traian fueron conducidas á los puertos de la Gran Bretaña, Portsmouth y Plymouth, so pretexto de detencion hasta que España diera explicaciones satisfactorias sobre sus armamentos y seguridades de guardar la mas estricta neutralidad (2).

Semejante atentado, consentido, y aun autorizado por el gobierno inglés, hacia ya insostenible todo esfuerzo de disimulo, toda apariencia de neutralidad entre las dos naciones. No tardaron los dos gobiernos en mandar á sus respectivos representantes que se retirasen de Madrid y de Londres. Colmóse la medida de la paciencia de Carlos IV, y en un manifiesto que dirigió á todos los Consejos (12 de diciembre, 1804) declaró la guerra á la Gran Bretaña, mandando al propio tiempo el arresto de todos los ingleses que se hallasen en la Península y el secuestro de sus propiedades para garantía de los comerciantes españoles. A los ocho dias de esto el príncipe de la Paz, como primer ministro y generalísimo, publicaba una proclama á la nacion española y al ejército (3). Al primero de estos documentos contestó el gabinete inglés con otra declaracion de guerra (11 de enero, 1805), y á los pocos dias aprobaban las cámaras el mensaje que el rey les presentó en este sentido.

Una vez declarada la guerra, cesaba la obligacion del subsidio que España se habia comprometido á pagar á su aliada: eran menester ya otros tratos y convenios, determinar las fuerzas que á cada parte correspondia poner para el sostenimiento de la guerra marítima, y lo que cada una se obligaba á hacer en pro de la otra como prenda de sus respectivos esfuerzos. Tratóse esto en Paris con el embajador español Gravina, á quien Napoleon mostraba dispensar particular aprecio y amistad, y el 4 de enero (1805) apareció firmado por el mi-

(1) Los historiadores franceses dicen, que de los cuarenta y cuatro millones que debia España en floreal por once meses vencidos, solo habia entregado en distintas partidas unos veintidos, esto es, la mitad, pues las rentas de este desgraciado país estaban mas empeñadas que nunca.—El príncipe de la Paz en sus Memorias dice que «un mes despues del alevo- so rompimiento que cometió el gobierno inglés contra nosotros, ni un solo maravedí se habia pagado del subsidio convenido, y que M. Ouvrard se hallaba entonces en Madrid estrechando de parte de la Francia por los caidos de año y medio, y luchando con el gobierno, que no encontraba medios de hacerlos efectivos.»—De cualquier modo resulta completamente infundado el cargo del gobierno inglés, puesto que ni el subsidio convenido podia pagar la España, cuanto mas excederse de él.

(2) Gaceta de Londres del 19.—Estado general de los caudales y efectos que conducen las fragatas de guerra de la division del mando de don José de Bustamante, jefe de escuadra de la Real Armada: por Diego de Alvear y Ponce, dado en la fragata *Medea* al ancla en el puerto de Plymouth á 20 de octubre de 1804.—Despacho de don José Anduaga de 20 de noviembre.—Parte de don Miguel de Zapiain, comandante de la *Fama* desde Gosport.

(3) Proclama á la nacion y al ejército: Memorias del príncipe de la Paz.



nistro de Marina Decrés y el embajador Gravina el siguiente convenio:

Artículo 1.º Su Majestad el emperador, habiendo reunido en el Texel, en los diferentes puertos de la Mancha, en Brest, en Rochefort y Tolon los armamentos cuyos pormenores siguen; esto es:

En el Texel un ejército de treinta mil hombres con los buques de guerra y de transporte necesarios para embarcar sus tropas:

En Ostende, Dunkerque, Calais, Boulogne y el Havre, escuadrillas de guerra y de transporte, propias á embarcar ciento y veinte mil hombres y veintium mil caballos:

En Brest una escuadra compuesta de veintium navios, varias fragatas y trasportes dispuestos para embarcar veinticinco mil hombres de tropas destinadas al campo frente á Brest:

En Rochefort una escuadra de seis navios, cuatro fragatas armadas y fondeadas en la isla de Ais, y teniendo á bordo nueve mil hombres de tropas expedicionarias:

Estos armamentos serán sostenidos y serán destinados á operaciones respecto á las cuales Su Majestad el emperador se reserva explicarse directamente en el término de un mes con Su Majestad Católica ó con el general encargado de los poderes de Su Majestad.

Art. 2.º Su Majestad Católica hará armar inmediatamente en el puerto del Ferrol, y abastecer con seis meses de víveres y cuatro de agua, ocho de sus navios de línea, siete á lo menos, y cuatro fragatas destinadas á combinar sus operaciones con los cinco navios y las dos fragatas que Su Majestad Imperial tiene en aquel puerto.

Dos mil hombres de infantería española, doscientos hombres de artillería con diez piezas de campaña, con el repuesto de trescientos tiros por pieza y doscientos cartuchos por hombre, serán reunidos á las órdenes de un mariscal de campo, con el objeto de embarcarse en los buques de Su Majestad Católica que componen esta escuadra.

Este armamento estará listo y en el estado de salir á la mar antes del 31 ventoso (20 de marzo próximo), ó á mas tardar para el 10 germinal (30 de marzo).

Art. 3.º Su Majestad Católica hará armar en el puerto de Cádiz, tripular y aprovisionar con seis meses de víveres y cuatro de agua, de modo que estén listos á salir á la mar á la misma época 10 germinal (30 de marzo), quince navios de línea, ó doce á lo menos, en los cuales se embarcarán veinticinco mil hombres, de los cuales,

Dos mil de infantería española, ciento de artillería, cuatrocientos de caballería sin los caballos, con diez piezas de campaña, con una dotacion de trescientos tiros por pieza y doscientos cartuchos por hombre.

Art. 4.º Su Majestad Católica hará armar, tripular y provisionar como se ha dicho anteriormente, y para la misma época, seis navios de línea en el puerto de Cartagena.

Art. 5.º Su Majestad el emperador y Su Majestad Católica se comprometen y obligan á aumentar sucesivamente sus armamentos con todos los navios y fragatas que podrán en lo sucesivo construir, habilitar y armar en los puertos respectivos.

Art. 6.º En consideracion á que los armamentos de Su Majestad Católica estipulados en los artículos 2.º, 3.º y 4.º estarán prontos y listos á salir á la mar para la época fija de 30 de ventoso (20 de marzo), ó á mas tardar para el 10 germinal (30 de marzo), Su Majestad el emperador garantiza á Su Majestad Católica la integridad de su territorio de España y la restitution de las colonias que pudiesen serle tomadas en la guerra actual; y si la suerte de las armas, á una con la justicia de la causa que defienden las dos altas potencias contratantes, procura resultados de importancia á sus fuerzas de tierra y de mar, Su Majestad el emperador promete emplear su influjo para que sea restituida á Su Majestad Católica la isla de la Trinidad, y tambien los caudales apresados por el enemigo con las fragatas españolas de que se apoderó antes de declarar la guerra.

Art. 7.º Su Majestad el emperador y Su Majestad Católica se obligan á no hacer la paz separadamente con la Inglaterra.

Art. 8.º El presente convenio será ratificado y las ratificaciones canjeadas en el término de un mes, ó antes si es posible. Hecho en Paris 14 de nivoso año XIII (4 de enero, 1805).—Firmado.—D. Decrés.—Firmado.—Federico Gravina.

*Nota.* El embajador cree de su obligacion y de su sinceridad añadir la nota siguiente:

Los treinta navios que se pide podrán estar listos para la época designada; mas creo que no será posible reunir las tripulaciones necesarias para el dicho armamento, y que será todavía mas difícil fabricar los seis millones de raciones que son necesarias para seis meses de campaña, y así lo he demostrado con mayor amplitud en mi nota y en todas mis conferencias. Paris 5 de enero de 1805.—Firmado.—Gravina.

*Ratificacion de Su Majestad Católica escrita de puño y letra del príncipe de la Paz y firmada por el rey.*

Ratifico este convenio, y haré, además de lo que se halla estipulado, todo cuanto la situacion de mi reino me permita para vengar la ofensa hecha á mi honor y al de mis vasallos por los súbditos de la Inglaterra. Aranjuez 18 de enero de 1805.—Firmado.—Yo el Rey.

Tal fué el célebre convenio de 4 de enero, que juzgaremos mas adelante, y tal era el estado de las cosas cuando apuntaba el año fatal de 1805.

### CAPITULO XIII

Ulma.—Trafalgar—Austerlitz.—Paz de Presburgo

1805

Ofrece Napoleon la paz á Inglaterra.—Respuesta negativa.—Napoleon se corona y titula rey de Italia.—Sus planes marítimos.—Reunion de las escuadras francesa y española.—Expedicion de Villeneuve y Gravina á la Martinica.—Napoleon en Italia.—Tercera coalicion europea.—Grandes aspiraciones y proyectos del emperador de Rusia.—Proyecto de una reparticion general de Europa.—Recelo y conducta de Napoleon.—Su plan de desembarco en Inglaterra.—Manda volver la escuadra de Villeneuve.—Armada, flotilla y ejército de Boulogne.—Combate entre la escuadra franco-española y la inglesa en Finisterre.—Fatal irresolucion y timidez del almirante francés: valor y resolucion del español Gravina.—Guia Villeneuve la escuadra á Cádiz en lugar de llevarla á Brest.—Imponente actitud de las potencias coligadas.—Atrevida y magnánima resolucion de Bonaparte.—Sorpresa general.—El ejército grande.—Admirable maniobra.—Hace prisionero el ejército austriaco en Ulma.—Memorable combate naval de Trafalgar.—Arrojo temerario del antes tímido y cobarde Villeneuve.—Males inmensos que causó.—Relacion de la batalla.—Malogrado heroismo de los españoles.—Nelson, Collingwood, Villeneuve, Gravina, Alava, Magon, Valdés, Galiano, Churrua, etc.: suerte que cupo á cada uno de estos ilustres marinos.—Efecto moral que produjo la noticia del desastre de Trafalgar.—Prosigue Napoleon su campaña contra los rusos.—Tratado secreto de Postdam entre Prusia, Austria y Rusia.—Prodigiosa combinacion de movimientos y operaciones del grande ejército francés.—Ocupan los franceses á Viena.—Los emperadores de Austria y Rusia en Olmutz.—Famosa batalla de Austerlitz.—Derrota Napoleon el ejército austro-ruso.—El emperador de Austria en la tienda de Napoleon.—Negociaciones para la paz.—Tratado de Viena entre Francia y Prusia.—Paz de Presburgo entre Francia y Austria.—Condiciones ventajosas para el imperio francés.—Amenaza de Napoleon á la reina de Nápoles.—Dispone regresar á Francia.—Su entrada y recibimiento en Paris.—Regocijo del pueblo francés.—Felicitation del príncipe de la Paz.

Fecundo en acontecimientos grandes se esperaba que fuese el año 1805, segun anunciaban los inmensos preparativos de guerra que las dos mas enemigas y poderosas naciones habian ido por espacio de año y medio acumulando, y segun la actitud que iba tomando cada una de las demás potencias. Grandes y extraordinarios y asombrosos fueron en efecto los sucesos, si bien se desarrollaban de diferente manera de la que se habia podido calcular: que no habia imaginacion humana, por privilegiada que fuese, capaz de prever todas las circunstancias y eventualidades que en un teatro tan vasto como el de toda Europa y de los mares de ambos mundos podrian sobrevenir.

Sin renunciar Napoleon á la guerra marítima, para la cual habia hecho aquellos inmensos é inauditos preparativos, quiso



señalar su elevación al imperio con un paso semejante al que dió cuando fué investido con el consulado. Escribió al rey de Inglaterra proponiéndole la paz (enero, 1805). Si á nadie sorprendió la negativa del gobierno inglés en aquellas circunstancias, también con la convicción y la seguridad de que no podía ser otra la respuesta hizo él la proposición; pero esta era su política. Y como su gran proyecto de expedición contra la Gran Bretaña se hubiera suspendido á causa de no haber podido operar las escuadras francesas en el invierno de 1804, sin dejar de pensar en él se dedicó al arreglo de otros importantes asuntos, de los muchos cuya resolución tenía en expectativa á la Europa. Uno de ellos fué la organización de la república italiana, que todo el mundo suponía habría de ser modificada acomodándola á la nueva forma de gobierno que acababa de darse la nación francesa, puesto que uno mismo era el jefe de ambas.

En efecto, desde luego pensó Napoleón en transformar la república italiana en una monarquía feudataria del imperio francés. Los italianos mostraron aceptar sin violencia lo que había de ser de todos modos. La corona del nuevo reino le fué ofrecida á su hermano José, que con extrañeza general y del mismo Napoleón se negó á aceptarla, siendo tal vez su razón principal la de no sujetarse á la condición que se ponía de separar las dos coronas, y no querer él renunciar de este modo al trono de Francia, al cual tenía derechos eventuales. En su vista determinó Napoleón ceñirse á sí mismo la corona de hierro de Lombardía, y añadir al título de emperador de los franceses el de rey de Italia. De contado adoptó al hijo de la emperatriz Josefina, Eugenio Beauharnais, y le confirió el virreinato. Quiso también solemnizar aquella coronación haciéndose consagrar, según costumbre, por el arzobispo de Milan, que lo era entonces el anciano cardenal Caprara. Verificóse esta religiosa ceremonia y se ciñó la corona lombarda (26 de mayo, 1805), con tanta pompa y esplendor como la que seis meses antes se había celebrado en París, con asistencia de los ministros de Europa y de los diputados de Italia, y al parecer con gran contento y regocijo de los italianos, cuyo gobierno se detuvo á organizar.

Como Napoleón no perdía un solo momento de vista su proyectado desembarco en Inglaterra, de cuyo pensamiento estaba enamorado; y como le conviniese distraer la atención y las fuerzas de los ingleses á otra parte, por un lado no le pesaba permanecer en Italia aparentando haber renunciado á aquella idea, mucho más cuando allí aprovechaba también útilmente el tiempo; y por otro había discurrido un plan tan ingenioso como atrevido para llevar las escuadras inglesas á las Indias, y después á hurto de estas reunir de improviso todas sus fuerzas navales en el canal de la Mancha para hacer su ansiado desembarco. El almirante Villeneuve saldría de Tolon con una escuadra francesa, pasaría á Cádiz, donde se le incorporaría la flota española que mandaba el general Gravina, y juntos se dirigirían á la Martinica, donde acaso se les reuniría el almirante Missiessy que por allí andaba; allá iría luego otro mayor refuerzo, aprovechando el primer viento favorable, á saber, la escuadra de Brest mandada por Gantheaume, la cual recogería á su paso las naves francesas y españolas del Ferrol. Una vez reunida allí la enorme fuerza de cincuenta á sesenta navíos, y suponiendo que los ingleses cuando se apercibieran de esta evolución acudirían á aquellas partes, las escuadras aliadas darían repentinamente la vuelta á Europa, y procurando evitar todo encuentro, cosa fácil en la extensión de los mares, regresarían á la Mancha, y entonces se podría hacer desahogadamente el desembarco en Inglaterra, para lo cual se trasladaría rápidamente Napoleón desde Italia á Boulogne.

Este plan dispuesto tan en secreto que ni siquiera le traslucieron los españoles (1), comenzó á cumplirse por parte de

Villeneuve y de Gravina, que reunidos en Cádiz tomaron rumbo á la Martinica (abril, 1805). No así por parte de Gantheaume, que por un fenómeno de la estación, cual no le recordaba igual la memoria de los hombres, no tuvo en los meses de marzo, abril y mayo un solo día de viento que obligara á alejarse la escuadra inglesa del bloqueo y le permitiera salir de Brest, lo cual le tenía desesperado. Con este motivo faltaron á Villeneuve, Gravina y Missiessy en las Antillas los refuerzos de las escuadras de Brest y del Ferrol, y faltó también á Napoleón uno de los más esenciales elementos de su plan, por lo cual tuvo que modificarle de la manera que después veremos. Pero de todos modos consiguió distraer una parte de las fuerzas británicas, y apartar la atención de Inglaterra y de Europa del proyecto de desembarco, hasta el punto que se iban mirando ya los grandes armamentos de Boulogne como una ficción inventada para mantener en continua alarma á Inglaterra y hacerla consumir inútilmente sus fuerzas navales.

Más en tanto que Napoleón acariciaba estos proyectos, como una de sus concepciones más felices; en tanto que en Milan, rodeado de una espléndida corte, aunque con sencillísimo atavío en su persona, trocaba con los ministros extranjeros el cordón de la Legión de Honor por las más nobles y antiguas insignias de Europa, como el Águila Negra de Prusia, el Toison de Oro de España y la Orden de Cristo de Portugal; en tanto que entusiasmaba los italianos, y accediendo á sus súplicas visitaba sus principales ciudades ofreciendo á cada una algún beneficio del nuevo reinado; en tanto que una indiscreción de la imprudente Carolina de Nápoles, enviando un negociador torpe á Milan á protestar contra el título de rey de Italia, irritaba la altivez de Napoleón, y le sugería la idea de vengarse convirtiendo también el reino de Nápoles en un reino de familia; en tanto que incorporaba al imperio la república de Génova, y daba á su hermana mayor la princesa Elisa el pequeño Estado de Luca, en forma de principado hereditario dependiente del imperio francés; y finalmente, en tanto que con su permanencia en Italia y con la expedición marítima franco-española á las Antillas confiaba en que los ingleses se adormecerían en la creencia de que el proyecto de desembarco había sido un ardid, las cortes de Europa estaban á su vez fraguando contra él el gran plan que con el nombre de tercera coalición había de poner de nuevo á prueba la grandeza de su genio, y después de crearle grandes conflictos levantar á una inmensa elevación su gloria.

Alarmadas todas las potencias en diversos sentidos, amenazada é insegura Inglaterra, Rusia ofendida y manifestamente hostil, Austria recelosa y disgustada de lo que estaba haciendo en Italia, Prusia vacilante y combatida por opuestas influencias á cual más temibles, necesitábase solamente, y no podía faltar, quien diera impulso á tan preparados elementos. El primer móvil de este impulso, aparte de los trabajos que ya había empleado el ministro inglés Pitt, fué el joven Alejandro de Rusia, que inducido por tres de sus consejeros también jóvenes, y principalmente por el abate Piátoli, aventurero italiano que no carecía de imaginación, tomó á su cargo hacer que aquellas potencias entraran en un plan, que bajo el título modesto de *Liga de intervención para pacificar la Europa*, y so color de arreglar entre ellas los litigios de Francia é Inglaterra, había de parar en constituir una verdadera coalición contra la Francia. Tratábase nada menos que de una reorganización general de toda Europa. Para hacer aceptar esta gran combinación, en que se designaban los límites, las relaciones, las condiciones todas en que había de quedar cada nación y cada Estado, se formarían entre los confederados tres grandes masas de fuerzas, en el Mediodía, en el Oriente y en el Norte, determinando el campo y círculo en que había de obrar cada una. Tomábanse por base para fijar la suerte de Francia los tratados de Luneville y de Amiens, explicados

(1) Fué un secreto hasta para el príncipe de la Paz. Este ministro da á entender en sus Memorias que él lo sabía, y que el sigilo que ayudó á guardar fué la causa de que Nelson anduviera después como desatinado por espacio de cinco meses sin poder dar con las escuadras. Pero de una carta de Napoleón al ministro Decrès, escrita en Verona (16 de junio de 1805), se deduce que el príncipe de la Paz no estaba en el secreto.

«No hay más que yo (le decía), vos y Gourdon que le sepa... Miraría mi expedición como fallida si en España se tuviera conocimiento de ella.... No tenéis que decir al príncipe de la Paz más que dos palabras, etc.» — Dumas, Compendio de acontecimientos militares, tom. XI.



por la Europa. A Inglaterra se imponía la evacuación de Malta y la restitución de las colonias. Prusia y Austria se separarían del cuerpo germánico, y entre ellas y Francia se interpondrían tres grandes confederaciones independientes, la germánica, la helvética y la itálica. Si Francia no se conformaba y era vencida, le quitarían la Italia, la Bélgica y las provincias del Rin. España y Portugal formarían un lazo federal que las pusiera al abrigo de la opuesta influencia de Inglaterra y de Francia.

Cualquiera que fuese esta grandiosa combinación de que solo hemos apuntado algunas bases, cualquiera que fuese el propósito y la buena fe de algunos de los autores ó promovedores de este general repartimiento de Estados, con sus límites, sus adherencias, segregaciones y compensaciones, naturalmente había de encontrar dificultades y obstáculos de parte de algunas potencias, ó sufrir tales modificaciones que adularían enteramente el pensamiento primitivo. Y así lo experimentaron pronto los negociadores rusos que fueron á Londres, y vinieron á España (1). El ministro Pitt se alegró mucho de que se le propusiera un plan que le proporcionaba la facilidad de convertir lo que se presentaba con el carácter y visos de una grande y generosa mediación en una tercera coalición contra la Francia. Hizo, pues, Pitt tales modificaciones en el proyecto ruso, que volvió despojado de todo lo que tenía de noble, aunque poco practicable. En cuanto á España, nada pudo obtener Strogonoff, porque Inglaterra no se extendía á mas que á devolverle sus galeras, y esto á condición de que declarase la guerra á la Francia. Pitt eludió por su parte la cuestión de Malta, y el gran proyecto salió de allí reducido á un terrible plan de destrucción contra el imperio francés. Los noveles negociadores fueron envueltos por el veterano diplomático. Así fué que á poco tiempo firmaba el gabinete ruso con lord Gower el tratado de la tercera coalición.

Faltábales comprometer á Prusia y Austria, esta escarmetada y temerosa de la guerra con Francia, aquella ambigua en su política, vacilante, y cuidadosa de no aparecer enemiga de Napoleón. Austria, mas propensa, hizo luego un tratado secreto con Rusia, y cuando Napoleón tomó el título de rey de Italia, dió principio á los armamentos que antes por disimular había retardado. En cuanto á Prusia, resolvieron hacerla salir de su ambigüedad, haciendo Inglaterra y Rusia causa común contra toda potencia que manteniendo relaciones con Francia fuera obstáculo á los planes de los coligados. El objeto era la evacuación del Hannover, del norte de Alemania, y de toda la Italia, la independencia de Holanda y Suiza, la reconstitución del Piamonte, la consolidación del reino de Nápoles, y por último, el establecimiento en Europa de un orden que asegurase todos los Estados contra las usurpaciones de Francia. Los aliados habían de reunir quinientos mil hombres, de los cuales daría el Austria doscientos cincuenta mil; el resto entre Rusia, Suecia, Hannover, Inglaterra y Nápoles. El plan militar, atacar con las tres masas; por el Mediodía los rusos de Corfú, napolitanos é ingleses, que habían de reunirse en Lombardía con cien mil austriacos; por Oriente, el gran ejército austro-ruso, que operaría sobre el Danubio; por el Norte, los suecos, hannoverianos y rusos, que bajarían hacia el Rin. El plan diplomático, intervenir en nombre de la liga de mediación, proponiendo un arreglo antes de emprender la lucha; y si esta era necesaria, colocar á Napoleón en situación tal que no pudiera dar un paso sin encontrar, do quiera que se dirigiese, toda Europa sobre las armas.

Nombrado estaba ya por Rusia para hacer proposiciones al nuevo emperador de los franceses el mismo negociador que había estado en Londres, en unión ahora con el abate Piátoli. Napoleón, que se hallaba entonces en Italia entregado á muy diferentes proyectos, accedió á recibir á los enviados rusos en París para el mes de julio (1805), pero protestando que si aquellos pronunciaban alguna palabra que indicara tratados hipotéticos con Inglaterra, y cualquiera que fuese la unión

entre otras potencias, él usaría de sus derechos y se valdría de sus recursos.

En medio de esto, y en tanto que desde el fondo de Italia se lisonjeara de que los ingleses no creerían ya en su proyecto de desembarco, él meditaba cómo asegurar su ejecución para el próximo estío. Su nuevo plan era el siguiente. Ya que el almirante Gantheaume no había podido salir de Brest con su escuadra, Villeneuve y Gravina habían de volver inmediatamente con las suyas á Europa, hacer levantar el bloqueo que los ingleses tenían puesto al Ferrol, donde se incorporarían á cinco navíos franceses y siete españoles, dirigirse luego á Brest para abrir salida á Gantheaume, y juntándose así una armada de cincuenta y seis navíos, cual no se había visto mayor en aquellos mares, entrar en el canal de la Mancha, y hacer su apetecido desembarco en Inglaterra. Con la actividad que acostumbraba luego que concebía un proyecto despachó fragatas y bergantines por distintos rumbos y con órdenes por duplicado para Villeneuve, Gravina, y aun Missiessy: visitó otras ciudades de Italia, dejó allí la emperatriz, y fingiendo que iba á pasar revista en Turin, tomó la posta y regresó á Fontainebleau (11 de julio, 1805).

Pero la agregación de Génova y la creación del Estado de Luca acabaron de decidir á las potencias á formar la coalición. Austria firmó su adhesión al tratado. Rusia cortó sus diferencias con Inglaterra sobre la evacuación de Malta, y se convino el plan de campaña (16 de julio, 1805), acordándose entre otras cosas que los ingleses desembarcarían en los puntos mas accesibles del imperio francés luego que Napoleón tuviera que destinar el ejército de las costas para atender á la guerra del continente. Bonaparte columbraba lo que se estaba preparando, á pesar del estudiado disimulo del Austria; cargábase de nubes el horizonte, y tenía que tomar un partido en los pocos días de su permanencia en Fontainebleau y Saint-Cloud. Pero enamorado con su plan marítimo, confiando en que podría ejecutarle antes que la Europa se moviera seriamente, y contando con que un golpe sobre Inglaterra era destruir en pocos días la coalición, decidióse por aquel partido; y diciendo al archi-canciller Cambacères que no opinaba como él: «Confíad en mi actividad y ya vereis cómo sorprenderé al mundo;» y ofreciendo á Prusia la posesión de Hannover á condición de que se aliara explícitamente con la Francia, y dadas las disposiciones para defender la Italia y las fronteras del Rin, partió para Boulogne, donde llegó el 3 de agosto (1805). Allí pasó revista á los cien mil hombres de infantería formados á lo largo de la playa, y escribía entusiasmado al ministro Decrès: «No saben los ingleses lo que les espera: si llegamos á hacernos dueños de la travesía por doce horas, Inglaterra ha muerto.»

Escuadra, flotilla de transporte, ejército, distribución de tropas, todo aquel formidable aparato de naves y de hombres, cual al decir del mismo Napoleón no le había visto el mundo desde los tiempos de César, estaba completo y magníficamente preparado. Solo aguardaba impaciente el arribo de la escuadra de Villeneuve y de Gravina para poder salir de Brest. Pero estos dos almirantes no parecían. Habían hecho con toda felicidad y sin tropiezo alguno su expedición á la Martinica; sus operaciones en aquellas islas habían podido ser mas felices si el almirante francés Villeneuve, hombre por otra parte de valor personal, no se hubiera preocupado con la idea tan errada como funesta de tener su gente y sus naves por tan débiles que no era posible batirse con la escuadra inglesa, aunque fuese menor en hombres y navíos. Esta fatal obcecación le hacía decir delante de sus mismos oficiales que no quisiera verse en el caso de tener que combatir con veinte navíos franceses y españoles contra catorce ingleses. Aunque el almirante británico Nelson que había salido en su persecución no le había podido encontrar, aunque le aseguraban que Nelson no podía llevar mas de doce ó catorce navíos, con los cuales podía batirse en el caso de un encuentro la escuadra franco-española compuesta de veinte navíos y siete fragatas, á la fascinada imaginación de Villeneuve se representaba siempre Nelson como un poder formidable, como un peligro de que á toda costa era necesario huir. En vano se esforzaba por despreocuparle y alentarle el general francés Lauriston,

(1) A Londres fué enviado Nowosiltzoff, que era el mas diestro de ellos; á Madrid Strogonoff, primo del ministro de este nombre, el cual había de pasar antes por Londres.



colocado por el mismo emperador á su lado con este objeto. No bastaba á fortalecerle ver al español Gravina, sereno y enérgico, dispuesto á combatir y á arrostrar cuantos riesgos se presentasen; ni le servía ver á oficiales, soldados y marineros confiar en su propio valor y desear encontrarse con el enemigo. Este fatal pavor, este caimiento de ánimo que se apoderó de Villeneuve había de ser causa, como vamos á ver, de frustrarse el mas grandioso proyecto de Napoleon, y habíalo de ser tambien de inmensos desastres é infortunios para España.

Cuando llegó el contra-almirante Magon con sus dos navíos de Rochefort y con la noticia del nuevo plan del emperador, Villeneuve no pensó mas que en dar la vuelta á Europa, sin que le animara haber apresado á la vista de la Antigua un convoy de géneros coloniales de valor de diez millones de francos. Aturdido con saber que Nelson había llegado á la Barbada, bien que con solos once navíos, ni siquiera se atrevió á acercarse á las Antillas francesas para dejar allí las tropas que había tomado, que allí eran necesarias y á él no podían servirle sino de estorbo, y solo se resolvió á trasbordar á la Martinica las que cabían en las cuatro mejores fragatas, quedándose él todavía con cuatro ó cinco mil hombres, que eran una carga harto embarazosa. Siguió pues su rumbo hacia las costas de España (junio, 1805); á las sesenta leguas de tierra comenzaron á soplar de pronto los nordestes, obligando á los buques á capear por algunos dias: esta detencion ocasionó enfermedades en las tropas y en las tripulaciones, fué causa de que el almirantazgo inglés se apercibiera de su marcha, y así cuando la escuadra franco-española remontaba hacia el Ferrol, encontróse con la inglesa del almirante Calder (22 de julio 1805), reforzada con cinco navíos que de Portsmouth le había llevado Stirling, entre todo quince navíos y veintiuna velas.

El combate era inevitable, y Villeneuve tenía necesidad de aceptarle tambien, porque las instrucciones de Napoleon eran terminantes. Pero Villeneuve perdió un tiempo precioso antes de colocarse en orden de batalla, malogrando la mejor parte del dia, por mas que el general Lauriston le excitaba sin cesar. Al fin comenzó el combate entre tres y cuatro de la tarde. El español Gravina que mandaba la vanguardia, sin esperar la señal del general en jefe, viró favorecido de una densa niebla sin ser visto del enemigo, mas luego que observó haber descubierto este su maniobra, arremetió con ímpetu á Calder forzando de vela, y escarmentó á un navío de tres puentes que se adelantaba á sostener el de su estrechado almirante; mas con la energía del marino español contrastaba la indecisión del almirante francés.

El fin principal de las maniobras de los ingleses era envolver la retaguardia de los aliados entre dos fuegos, formando una especie de ángulo muy abierto y reforzado para presentar siempre mayor fuerza en cada punto dado: combatíase en medio de una espesa niebla; dos navíos españoles, el *Firme* y el *San Rafael*, fueron arrojados por el viento á la línea enemiga; Villeneuve no hizo lo que debiera para salvarlos, y despues de una defensa heroica, cayeron en poder de los ingleses. Villeneuve prefirió aquella pérdida al peligro de volver á comprometer la accion, que á pesar de todo hubiera podido ser una victoria, porque *los españoles*, como dijo el mismo Napoleon, *se batieron en Finisterre como leones*, y Gravina, como dice un historiador de aquella nación, ejecutó sus movimientos con suma energía, y se distinguió por su intrepidez á la cabeza de su escuadra (1).

Quejábanse en alta voz las tripulaciones y murmuraban sin rebozo de la irresolucion ó de la impericia de Villeneuve, que malogrando la superioridad de su escuadra y el esfuerzo y va-

lor de su gente, sacó pérdidas de donde debió haber sacado triunfos. Los rumores de estas censuras llegaban á sus oídos; temía por otra parte las reconvenciones de Napoleon, y abrumado de disgusto, y viéndose con heridos y con enfermos, determinó ir á buscar recursos y descanso en el puerto de Vigo. A los pocos dias, dejando allí tres navíos, subió á la altura del Ferrol (2 de agosto, 1805): allí le comunicaron los agentes consulares las instrucciones del emperador y sus órdenes apremiantes para que sin detenerse un momento en el Ferrol se trasladase á Brest, batiese la escuadra de Cornwallis, y vencedor ó vencido proporcionase la salida de Ganteau, objeto de su ardiente anhelo, y clave de sus magníficos planes. Pero aquel hombre no veía en todas partes sino peligros que le abultaba su ofuscada imaginacion. Temía á ocho navíos ingleses que había sobre la costa, y les veía multiplicarse como por encanto (2); ni siquiera tuvo valor para llegarse otra vez á Vigo, donde habría de encontrar al capitán Lallemand con cinco navíos y muchas fragatas, que hubieran aumentado considerablemente sus fuerzas; temiendo sin duda encontrar en el camino á Nelson, contentóse con escribir á Lallemand que se dirigiera á Brest: al general Lauriston le dijo que él tambien tomaba el mismo rumbo, y así se lo escribía aquel á Napoleon; pero al mismo tiempo en un despacho al ministro Decrès, revelándole las agitaciones de su alma, dejaba entrever que acaso se dirigiera á Cádiz. En medio de estas ansias perdió Villeneuve de vista la tierra alejándose de la Coruña (14 de agosto, 1805), dejando á Lallemand comprometido; Y á este hombre iba subordinada la escuadra española! Y lo que es mas extraño, á este hombre seguía confiando el imperio sus fuerzas navales!

Del 15 al 20 de agosto estuvo Napoleon aguardando en Boulogne con la mayor impaciencia la llegada de la escuadra franco-española. En los parajes mas elevados de la costa se habían puesto señales para avisar el momento en que se la divisara. El 22 llegó el despacho de Lauriston, en que anunciaba que Villeneuve salía para Brest. Loco de contento el emperador, escribió á Ganteau que estuviera preparado para no perder un solo dia; y á Villeneuve diciéndole: «Señor vice-almirante: creo que habreis llegado á Brest: partid, no perdais un solo momento, y entrad en la Mancha con mis escuadras reunidas. *La Inglaterra es nuestra*. Estamos dispuestos, y todo embarcado. Presentaos, y en veinticuatro horas estamos fuera del paso.—Campo imperial de Boulogne, 22 de agosto.» Pero al propio tiempo recibió el ministro la carta de Villeneuve, en que le hablaba muy problemáticamente de su direccion á Brest. Noticiado este despacho á Napoleon, desatóse en denuestos contra el desobediente almirante: «Vuestro Villeneuve, decía, no es capaz de mandar una fragata:» y le llamaba cobarde, y aun traidor, y quiso dar orden para que de Cádiz, si había ido allí, fuese llevado por fuerza á la Mancha.

Nuevos proyectos y nuevos planes se agitaron y trataron aquel dia entre Napoleon y Decrès, porque las noticias de la guerra continental eran cada momento mas alarmantes. El 23 escribía Napoleon á Talleyrand. «Estoy resuelto; mis flotas se han perdido de vista desde la alturas del cabo Ortegal el 14; si entran en la Mancha..... voy á desatar en Londres el nudo de todas las coaliciones. Si, por el contrario, mis almirantes no tienen teson ó maniobran mal, levanto mis campamentos de las orillas del Océano, entro con doscientos mil hombres en Alemania, y no paro hasta fondear en Viena, arrebatando al Austria Venecia y todo lo que conserva en Italia, y arrojar á los Borbones de Nápoles. Impediré la union de los austriacos con los rusos, derrotándolos antes que llegue este caso, y por último, luego que haya pacificado el continente, volveré al Océano

(1) Para esta sucinta relacion del combate de Finisterre, no tan importante por lo que fué en sí como por sus consecuencias, hemos tenido á la vista el parte del general Gravina al príncipe de la Paz; el del almirante Villeneuve al ministro de Marina Decrès; Thiers, Historia del Consulado y del Imperio; Mathieu Dumas, *Précis des événements militaires*; Jurien de la Graviere, Estudios sobre la última guerra marítima; Carlos Dupin, De las fuerzas navales de Inglaterra, y otros varios documentos.

(2) «Voy á salir (escribía á su amigo el ministro Decrès), pero no sé lo que haré, porque hay ocho navíos á la vista de la costa y á ocho leguas de distancia, que nos seguirán, yo no podré hacerlos frente, y se irán á reunir á las escuadras de Brest ó de Cádiz, segun el rumbo que yo tome á cualquiera de estos dos puntos. Mucho falta para que, saliendo de aquí con veintinueve navíos pueda considerarme bastante fuerte para luchar contra un número siquiera aproximado; tanto que, no temo decirlo á tí, sentiré mucho encontrarme con veinte navíos enemigos.»



para trabajar de nuevo en la paz marítima.» Y acto continuo, con aquella actividad y rapidez que no tenía ejemplo, comenzó á dictar multitud de órdenes y disposiciones para la guerra continental. «En el arrebató de un furor (dice un testigo de vista), que á otros hombres no les permitiera conservar su buen juicio, tomó una de aquellas resoluciones mas atrevidas, y dictó uno de los planes de campaña mas admirables que conquistador alguno haya podido formar con sosiego y sangre fría: sin titubear y sin detenerse dictó por entero todo el plan de la campaña de Austerlitz (1).»

Vinole bien á Napoleon aquella nueva actitud de las potencias coligadas, pues le abrian un vasto campo en que desarrollar toda la grandeza de su genio; que de otro modo, y sin este motivo, suspendida por tercera vez por la sola falta de Villeneuve la tan anunciada y de tan largo tiempo preparada expedición á Inglaterra, habria aparecido á los ojos de Europa como un impotente jactancioso. Obligado, pues, y resuelto á sustituir un plan por otro, concibió aquel maravilloso pensamiento de trasportar su grande ejército desde las playas del Océano á las márgenes del Danubio, de tal modo y con tal celeridad que cayera sobre los austriacos antes que pudieran reunírseles los rusos, envolver á aquellos, y batir despues á estos cuando no tuvieran mas apoyo que la reserva austriaca. El secreto era el alma y la garantía de sus planes: la sorpresa el principal medio, y para desorientar á todos pasó todavía unos dias en Boulogne. «Jamás, dice un historiador francés, ha habido un capitán, ni en los antiguos ni en los modernos tiempos, que haya concebido ó ejecutado planes en una escala tan vasta.»

Tomadas, pues, las disposiciones para la conservacion y seguridad de la escuadrilla, disposiciones admirables, pero que no podemos detenernos á enumerar; y despues de haber presenciado la salida de las divisiones de aquel entusiasmado ejército, que tan largas, rápidas y gloriosas jornadas iba á hacer, partió tambien Napoleon camino de Paris, y llegó á la Malmaison (3 de setiembre, 1805), sin que nadie supiese lo que habia resuelto. El público que lo ignoraba, pero que sabia los apuros del tesoro, y conocia el compromiso en que habia puesto á Francia su coronacion como rey de Italia, la agregacion de Génova al imperio y el establecimiento de la princesa Elisa en Luca, manifestó por primera vez cierta desconfianza y frialdad hácia el emperador. Aumentóse el disgusto al verle pedir nuevos sacrificios de hombres y de dinero. Napoleon lo comprendió bien, pero fiando en que pronto habria de convertir en entusiasmo aquella frialdad de los franceses, partió de Paris el 24 de setiembre, llegando el 26 á Strasburgo, donde con asombro de Europa y como por encanto habian aparecido las grandes columnas que hacia pocos dias estaban acampadas á lo largo del Océano. El *Ejército Grande* (que este fué el nombre que le dió Napoleon y con que ha pasado á la historia) fué dividido por él en siete cuerpos, que presentaban una masa de ciento ochenta y seis mil combatientes, con treinta y ocho mil caballos y trescientas cuarenta piezas de artillería; y contando las tropas de Italia y de Baviera, reunia doscientos cincuenta mil franceses con mas de treinta mil alemanes, dejando en Francia una reserva de ciento cincuenta mil conscritos. Los aliados contaban con quinientos mil hombres, de ellos la mitad austriacos, doscientos mil rusos, y cincuenta mil ingleses, suecos y napolitanos.

Ordena Napoleon cuándo, dónde y cómo habia de moverse cada uno de los cuerpos del Ejército Grande, pasa él mismo el Rhin con su guardia imperial: el 5 de octubre se encuentran

los seis cuerpos al otro lado de los Alpes de Suabia, y antes que el general austriaco Mack que se hallaba acampado en Ulma se apercebiera de los intentos de Napoleon, se halla con él á su espalda, interpuesto entre los austriacos y los rusos que habian de ir á incorporárseles, que fué su propósito desde Boulogne. Lannes, Murat, Bernadotte, Ney, Marmont, Soult, Davout, Dupont, todos los generales ejecutan los movimientos y ocupan los puntos que el emperador les señala. Dispone Napoleon sus maniobras, arenga á todos, prometiéndoles una victoria no menos gloriosa que la de Marengo, suceden varios combates parciales, y por último, bloqueada y atacada la plaza de Ulma, dado y cumplido un plazo para rendirse como prisionero de guerra Mack con su ejército, el memorable dia 20 de octubre (1805), colocado Napoleon frente de Ulma junto á una gran fogata encendida por los franceses, en el declive de una colina, presencia el desfile de las columnas austriacas que van á dejar las armas, siendo el primero el general Mack, que al entregarle la espada le dice: «Aquí teneis al desgraciado Mack.» El resultado de este famoso triunfo le dice, mejor que todas las relaciones, la proclama que al dia siguiente dirigió Napoleon á su ejército en el cuartel general imperial de Elehingen.

«Soldados del Grande Ejército: En quince dias hemos llevado á cabo una campaña, en que hemos realizado lo que nos proponiamos. Hemos arrojado de Baviera las tropas de la casa de Austria, restableciendo á un aliado nuestro en la soberanía de sus Estados. El ejército que con tanto orgullo como imprudencia habia llegado hasta nuestras fronteras no existe ya...

»Cien mil hombres componian ese ejército, y sesenta mil han caido prisioneros, estando destinados á reemplazar á nuestros conscritos en las labores agrícolas. Doscientas piezas de artillería, noventa banderas, todos los generales se hallan en nuestro poder, y no llegan á quince mil hombres los que han logrado escapar. Soldados, os habia dicho que ibais á dar una gran batalla; pero gracias á las malas combinaciones del enemigo, he alcanzado un triunfo igual al que esperaba, sin correr ningun riesgo, y lo que no se conoce en la historia de las naciones, sin que tan gran resultado nos haya costado arriba de mil quinientos hombres...

»Pero no se limitará á esto vuestro ardimiento: estais impacientes por empezar una segunda campaña, y vamos á hacer que ese ejército ruso que el oro de Inglaterra ha traído del otro extremo del mundo tenga la misma suerte que el que acabamos de destruir. La nueva lucha en que vamos á entrar pertenece mas especialmente á la infantería; esta es la que va á decidir por segunda vez la cuestion que ya hemos decidido en Suiza y Holanda, de si la infantería francesa es la primera ó la segunda de Europa...

El triunfo de Ulma dejó atónitas todas las potencias enemigas.

Pero al propio tiempo y en los mismos dias que tanta y tan brillante gloria recogian las armas francesas en el corazon del continente, sus fuerzas marítimas sufrían un terrible desastre en los mares occidentales de Europa; desastre que por desgracia fué tan funesto como innecesario para España. Ya se entenderá que nos referimos al memorable y eternamente doloroso combate de Trafalgar.

El 20 de agosto (1805) anclaba en la bahía de Cádiz la escuadra franco-española mandada por el almirante Villeneuve procedente del Ferrol. Aquel tímido, irresoluto y siempre zozobroso jefe, que con su apocamiento y pusilanimidad habia frustrado el mas gigantesco de los proyectos marítimos de Napoleon; aquel desgraciado marino, á quien ni Lauriston, ni Gravina, ni el emperador mismo habian logrado infundir aliento, y que en sus perplejidades solo habia mostrado una cobarde terquedad en no cumplir las órdenes de su gobierno, aun á riesgo de concitar el enojo imperial, comenzó en Cádiz su nueva série de desaciertos desaprovechando la ocasion de apresarse el pequeño crucero inglés que allí á la sazón habia; antes se manejó de modo que se jactase luego Collingwood de haberse salvado de tan superiores fuerzas. Lo que apenas se comprende en el genio impetuoso y vivo de Napoleon es que no se apresurara mas á separar del mando de la escuadra

(1) Darú, en Cárlos Dupin, *De las fuerzas navales de Inglaterra*, t. I, libro VI.—Darú era intendente general del ejército ó primer comisario de guerra. Cuenta que una mañana le llamó el emperador, que le encontró en su gabinete paseando silencioso y taciturno, á ratos dejándose arrebatarse de la ira, y que en uno de estos momentos exclamó: «¡Qué marina...! ¡qué almirante!... ¡cuántos sacrificios malogrados! ¡todas mis esperanzas desvanecidas! Ese Villeneuve... ¡en vez de hallarse en la Mancha, ha fondeado en el Ferrol...! Se acabó... allí le bloquearán... Darú, ponéos ahí... escuchadme... escribid...»

Otro dia le llamó y le dijo: «¿Sabeis dónde está Villeneuve?... ¡En Cádiz!!» Y se desató en diatribas sobre su debilidad é ineptitud, deplorando ver frustrado el mas hermoso plan que habia concebido en su vida.



combinada al hombre que había inutilizado sus vastas combinaciones, al hombre á quien en su cólera calificaba de inepto, de cobarde, y hasta de traidor. Y solo puede explicarse por la conducta del ministro Decrès, que, compañero y amigo de Villeneuve, ni al emperador le descubría lo que podría irritarle mas, ni al almirante le revelaba sino á medias las palabras acres y los términos duros con que el emperador censuraba su conducta. De modo que en la permanencia de Villeneuve al frente de la escuadra, y en los desastres que de ello se siguieron, toca sin duda una gran parte de responsabilidad al ministro de Marina Decrès.

Aun quería Napoleon, ya que su plan favorito se había malogrado, que la escuadra aliada de Cádiz, uniéndose á la de Cartagena que mandaba el entendido español Salcedo, y que podía dominar por algun tiempo el Mediterráneo, se trasladase á Tarento, se apoderase de los cruceros ingleses que se hallaban en el apostadero de Nápoles, y socorriese con cuatro mil soldados al general Saint-Cyr. Pero otro día, volviéndose á Decrès: «Probablemente, le dijo, será tan cobarde vuestro amigo Villeneuve que no saldrá de Cádiz, y así disponed que el almirante Rosilly tome el mando de la escuadra si cuando llegue no ha salido aun, y que Villeneuve venga á Paris á darme cuenta de su conducta.» Todavía despues de esto se contentó Decrès con anunciar á su amigo la salida de Rosilly, pero sin atreverse á revelarle toda su desgracia, en la esperanza de que saldria de todos modos antes que aquel llegase. Mas no era Villeneuve tan escaso de comprension que no adivinara todo lo que en las cartas del ministro se dejaba traslucir, y con esto y con saber que Rosilly se hallaba ya en Madrid, el hombre indeciso, el hombre apocado, el hombre temeroso, sintiéndose de repente animado del valor de la desesperacion, y pasando al extremo de la temeridad irreflexiva, se propuso lavar su nota de cobarde entregándose á un acto de arrojo, siquiera le aguardara una catástrofe cierta. Hé aquí explicada la verdadera causa de la anterior indisculpable flojedad de Villeneuve, y de la imperdonable y temeraria audacia que tan funesta fué despues á las dos naciones, y á España mas principalmente puesto que de su desatentado manejo ninguna culpa alcanzó á los españoles (1).

(1) Necesitamos dar la razon de estas palabras, cuya verdad veremos justificada en el resto de la narracion.

Mr. Thiers en su Historia del Consulado y del Imperio, no siempre justo con el gobierno y la nacion española y nunca indulgente con ella en sus censuras, á quien por lo mismo hemos tenido que rectificar ya en mas de una ocasion, ha estado evidentemente apasionado é injusto en el modo de calificar el estado de nuestra armada y la conducta de nuestros marinos desde el momento que se incorporó la escuadra española á la francesa hasta que terminó el famoso combate de Trafalgar, atribuyéndoles todas las faltas, todos los errores y todos los reveses que se cometieron y se sufrieron, así en la expedicion y regreso de la Martinica, como en las aguas de Finisterre, en la bahía de Cádiz y en la sangrienta pelea que despues sostuvo y nos fué tan fatal.

Al decir de este historiador, si Villeneuve no hizo lo que debió y pudo en los mares de las Antillas, si el miedo se apoderó del ánimo de aquel desdichado almirante, si no se atrevió nunca á medir las fuerzas superiores de que disponia con las muy inferiores de los ingleses, si él mismo confesaba el pavor que le infundian los nombres de Nelson, de Calder ó de Cornwallis, si en Finisterre malogró la ocasion de una victoria, y dejó apresar dos navíos españoles que pudo facilísimamente recobrar, si dejó á Lallemand abandonado en Vigo, si desobedeció por cobardía las órdenes de Napoleon y frustró sus grandes proyectos, si el miedo le llevó á Cádiz en lugar de ir á Brest, si le faltó resolucion para apoderarse del crucero inglés, si la desesperacion le hizo cometer despues una temeridad, si por último y por resultado de su indecision, de su apocamiento, de su timidez, ó de la fascinacion de su espíritu, ó de su insuficiencia é ineptitud, se dió por su culpa, y por su culpa se perdió la gran batalla naval que tan funesta fué á Francia y España, todo consistió, si se cree á Thiers en el mal aparejo y provision de los navíos españoles, en la inexperiencia de sus marinos y de sus jefes, en que las inmensas máquinas de guerra de España eran como los navíos turcos, magníficos en apariencia, pero inútiles en el peligro.

En vano otros historiadores de Francia, en vano los primeros marinos ingleses y franceses, en vano Napoleon mismo habia ponderado el valor y comportamiento de la escuadra española en los encuentros que tuvo en aquella ocasion, en vano hablan los hechos heroicos de los españoles en Trafalgar; para M. Thiers la culpa de los desastres fué de ellos, y no del desdichado Villeneuve, cuya pusilanimidad, cuya obcecacion, cuyos

Decidido pues Villeneuve á desafiar la fortuna y á ver si en un día recobraba el crédito perdido en muchos meses, preparó la escuadra y tomó todas sus disposiciones para un combate. Componiase la fuerza aliada de treinta y tres navíos, cinco fragatas y dos briks. De ella hizo una escuadra de batalla, dividida en tres secciones ó cuerpos de á siete navíos cada uno, mandando el de vanguardia el español Alava, el de retaguardia Dumanoir, y quedándose él con el mando del centro: y otra al mando de Gravina, compuesta de doce navíos, repartidos en dos divisiones, de las cuales confió la segunda al contra-almirante Magon. Constaba la escuadra de Nelson poco mas ó menos de igual número de buques, pero mas adiestrados, y con las ventajas que entonces llevaba á todas la marina inglesa: y si bien el almirante inglés calculó que era menor la fuerza naval enemiga, tomó tales disposiciones que asombraron despues, cuando se vió la precision de sus maniobras. Espoleado pues Villeneuve, como hemos dicho, con la noticia de hallarse ya en Madrid el almirante Rosilly nombrado para sustituirle, se arrojó á aventurar la batalla, por cierto no con la aprobacion de los jefes españoles, que consultados en el consejo manifestaron su dictámen contrario á la salida de la escuadra, dando las razones y mostrando los inconvenientes que en ello veian (2).

A pesar de todo, el 19 de octubre dió orden Villeneuve para hacerse á la vela. El 20 descubrió la escuadra aliada á la enemiga, que creyó tambien inferior en fuerzas, porque una de las mas acertadas precauciones de Nelson habia sido ocultar cuidadosamente el número de sus navíos. Dispuso Villeneuve aquella noche el orden de batalla para el siguiente día. La escuadra de reserva á las órdenes de Gravina marchaba independiente de la principal para poder acudir donde mas conviniere; posicion hábil, escogida por el inteligente Gravina, como la mas á propósito para maniobrar con ventaja: así lo reconocia el entendido contra-almirante Magon. Pero Villeneuve, contra el dictámen y con repugnancia de los dos ilustres marinos, ordenó que la reserva se pusiera inmediatamente en línea; falta grave, contra la cual protestaron aquellos en alta voz, y que vino á ser una de las causas principales del desastre (3). La escuadra inglesa, en dos columnas, avanzaba á toda vela y viento en popa, amenazando la retaguardia y centro de los aliados. Villeneuve quiso socorrer la retaguardia, donde primero se empeñó la lucha, mandando que todos los buques virasen de consuno, dando cada uno la vuelta sobre sí mismo, para que la línea continuase siendo larga y recta; mas como no fuese fácil variar de repente de posicion, sin que resultaran irregularidades en las distancias, por precisos que fueran los movimientos, la línea quedó mal formada, y ya se empezó á conocer el desacierto de no haber dejado independiente la escuadra de reserva.

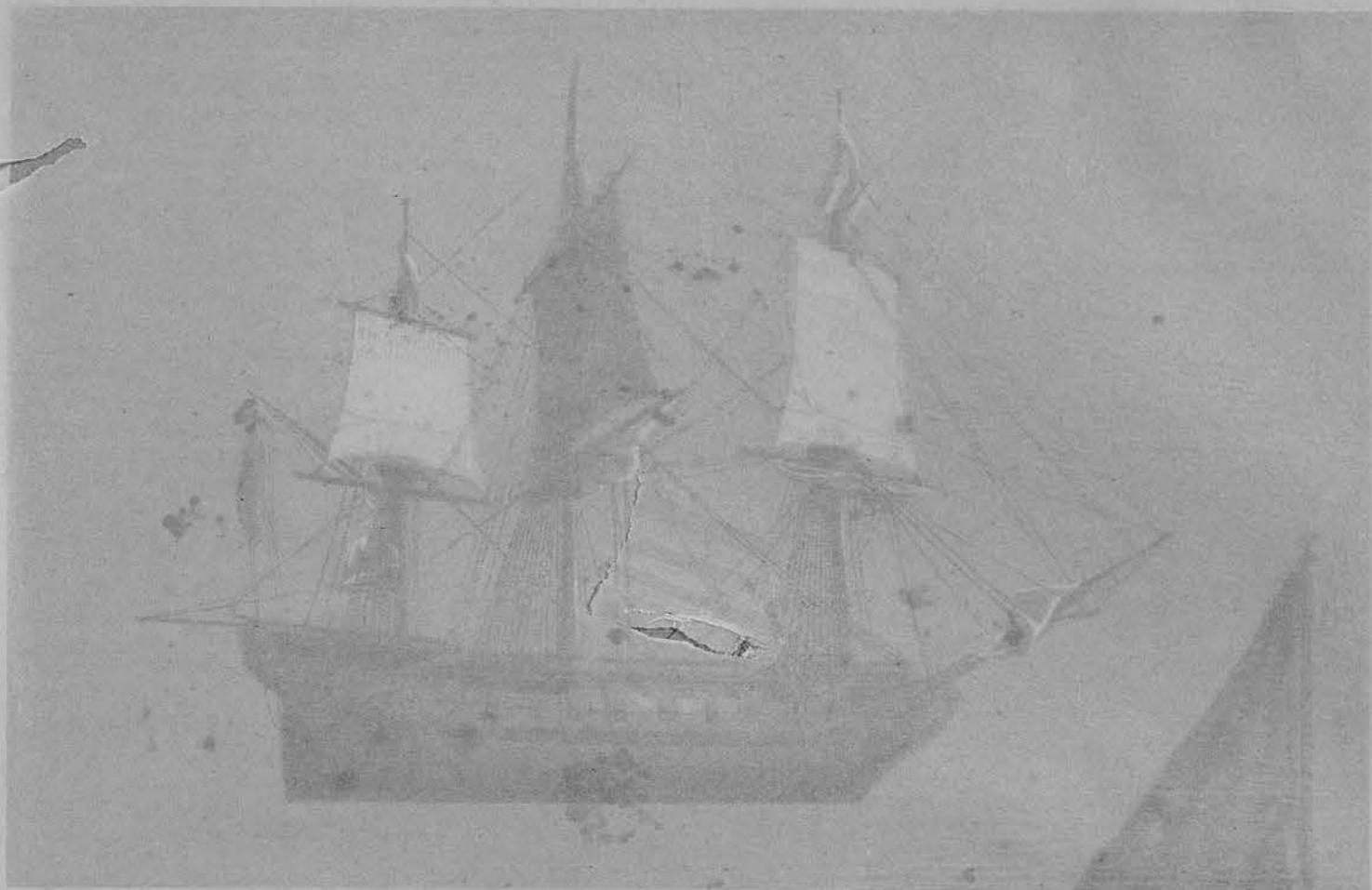
Sigamos en la relacion del combate al escritor que ha hecho mas estudio y reunido mas datos para conocerle. «Al medio día emprendieron los ingleses el movimiento con arreglo á las

errores y cuya impericia reconoce por otra parte, que es lo mas extraño. No se puede leer con serenidad la relacion de Thiers en este punto. Por fortuna hubo, cuando se publicó su Historia, un español amante de la honra y del decoro de su patria, que tomó á su cargo la noble tarea de deshacer con datos y documentos irrecusables las injustas aserciones de Thiers. Don Manuel Marliani, ex-senador del reino, que es el español á que aludimos, mereció que el ministro de Marina, que lo era á la sazón el ilustre marqués de Molins, le invitara á que reimprimiera su escrito en los idiomas español y francés, por cuenta del Estado. En su virtud el señor Marliani publicó en 1850 un libro con el título de: COMBATE DE TRAFALGAR. *Vindicacion de la Armada española contra las aserciones injuriosas vertidas por Mr. Thiers en su Historia del Consulado y del Imperio*: muy nutrido de documentos oficiales, y en que rebata victoriosamente aquellas aserciones, con una minuciosidad que nosotros no podemos emplear, pero que nos suministra datos preciosos para lo que sobre estos sucesos nos cumple decir en una historia general.

(2) Hubo con este motivo una discusion viva y fuerte entre el contra-almirante Magon y el brigadier español Galiano: mediaron tambien contestaciones entre Villeneuve y Gravina; pero quien hizo mas abierta oposicion fué el ilustrado y valiente brigadier Churrua, cuyas enérgicas palabras nos han sido conservadas.—Marliani, Combate de Trafalgar.

(3) Esto lo reconoce y confiesa el mismo Thiers, haciendo en esto justicia al talento de Gravina.





MARTÍN Y VIGAR, de

# RECUERDO DE TRAFALGAR.

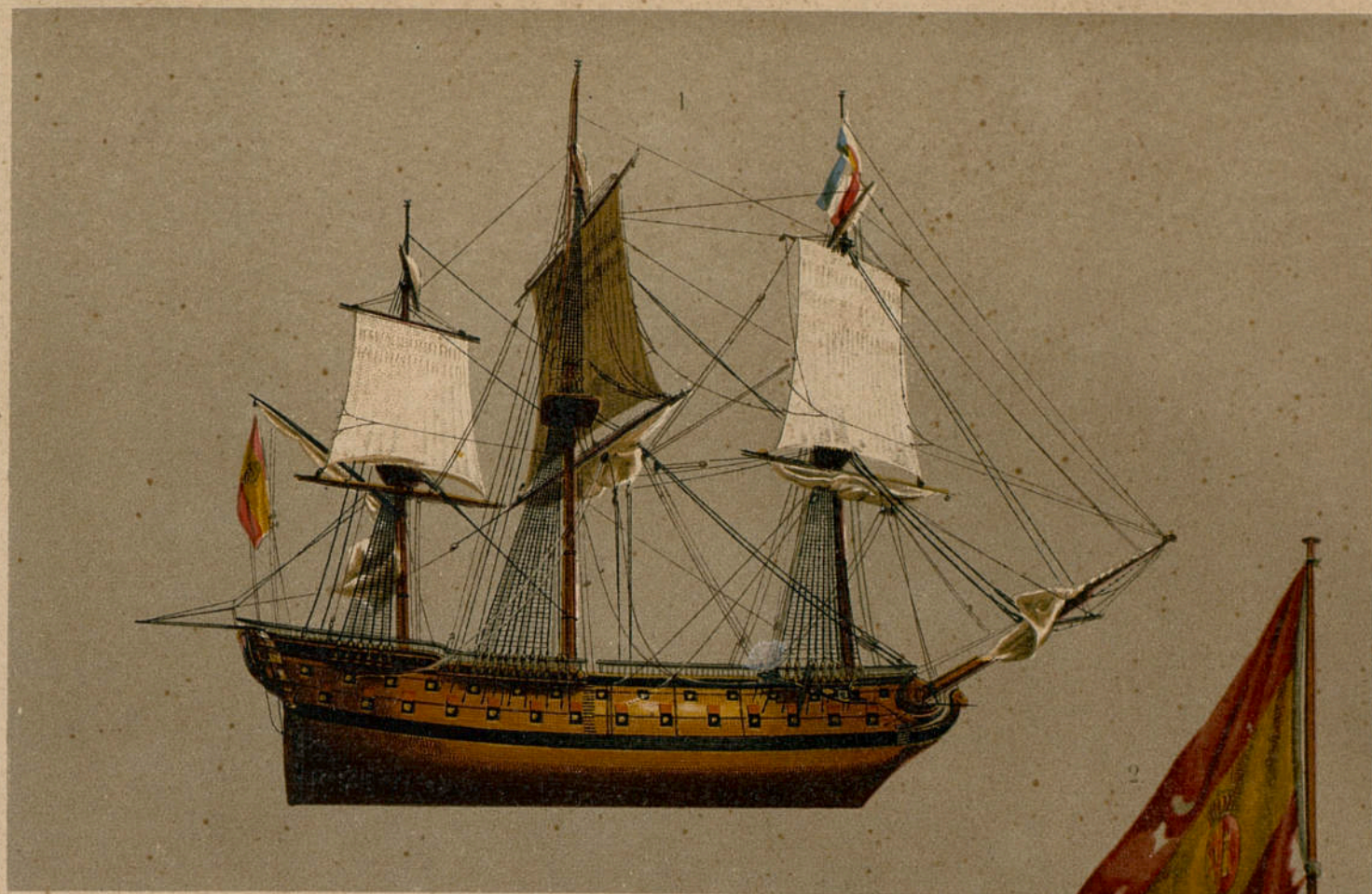
KAD - Bandera inglesa que llevaba el General BELLINGHAM - Comandante del navio FURULE DE ASTURIAS - J. NAVIO SANTA ANA

(Copias sacadas en el Museo Naval.)









M. Puigados. Lit.

Montaner y Simon. Edit.

# RECUERDO DE TRAFALGAR.

1. Navio RAYO - 2. Bandera insignia que llevaba el General Gravina á bordo del Navio PRINCIPE DE ASTURIAS. - 3. Navio SANTA ANA.

(Copias sacadas en el Museo Naval.)







instrucciones del general en jefe. La primera columna la regia en persona Nelson.... La segunda, al mando del almirante Collingwood, se adelantaba formando cabeza el *Royal Sovereign*.... «Corte V., le dijo Nelson, la retaguardia por el undécimo navio.» Y luego recogióse un poco, mandó hacer aquella célebre señal, que electrizó la escuadra, y se hizo después tan famosa: *La Inglaterra espera que cada uno hará su deber*. La hora suprema había llegado. Conforme á su plan de ataque se adelanta Nelson para cortar la línea por la popa del *Santísima Trinidad* y la proa del *Bucentaure*. Pero el general Cisneros mandó meter en facha las gaviotas del *Trinidad*, y se estrechó de tal modo con el *Bucentaure*, que Nelson desistió de su empeño, habiendo perdido mucha gente y quedando muy maltratado el *Victory* por el terrible fuego que tuvo que sufrir. Mas luego atacaron á un tiempo el *Victory* y el *Téméraire*, ambos de tres puentes, al *Redoutable*, el cual tuvo que dejar paso al enemigo por la popa del *Bucentaure*, por donde penetró la mitad de la escuadra que mandaba Nelson y atacó á los navios del centro: la otra mitad, amenazando la vanguardia y figurando maniobrar para que la tuviesen en respeto, cayó luego sobre el centro mismo.... El *Trinidad* y el *Bucentaure* recibieron intrépidamente la terrible arremetida de los ingleses; allí se trabó encarnizada pelea, batiéndose aquellos dos navios contra fuerzas muy superiores. En esta lucha una bala del *Redoutable* alcanzó á Nelson en el hombro izquierdo, le atravesó el pecho y se fijó en la espina dorsal.... Una tregua siguió á este suceso que privaba á Inglaterra de su primer almirante.... mas luego volvió á trabarse el combate con mayor furia.... En socorro del *Trinidad* acudió el brigadier comandante del *Neptuno*, don Cayetano Valdés; y también acudieron á este punto de la línea el *San Agustín*, y los franceses *Héros* é *Intrépide*; pero el *Trinidad* tiene que sucumbir tras del *Bucentaure*, que arria bandera, después de una defensa gloriosa.»

Describe luego de este modo el escritor á quien seguimos el combate que sostenían el *Santa Ana*, el *Fougueux* y el *Monarca* con la columna de Collingwood que montaba el *Royal Sovereign*, navio de tres puentes sumamente velero (1). «Entonces se trabó entre el *Royal Sovereign* y el *Santa Ana* la mas horrible lucha, barloados los dos navios uno á otro tan cerca que las velas bajas se tocaban. El general Alava, que conocia que Collingwood queria pasar á sotavento, puso toda su gente á estribor, y tal era el estrago que hacia la artillería del *Santa Ana* y el peso de sus proyectiles, que su primera andanada hizo escorar el *Royal Sovereign* sobre la banda opuesta hasta descubrir dos tabloncillos. De esta refriega salieron los dos navios enteramente destrozados. El *Santa Ana* sostuvo el combate del modo mas valiente, esperando ser socorrido. La lucha con el *Royal Sovereign* es desesperada; cae gravemente herido el general Alava; cae Gardoqui, su digno capitán de bandera; la arboladura del *Santa Ana* está destrozada; diezmada su tripulación; en esa lucha cuerpo á cuerpo queda el navio inglés tan maltratado como su contrario; inmóvil y sin poder ya gobernar Collingwood, tiene que abandonar su hermoso navio desmantelado, y sostenido por su división se ve precisado á pasar á la fragata *Euryalus* en medio del combate.»

Pinta la terrible pelea que en otro punto sostenia el *Príncipe de Asturias* guiado por Gravina por espacio de cuatro horas contra tres ó cuatro navios enemigos, y continúa: «En ese círculo de fuego y de humo, en medio de estragos espantosos, cuando la muerte acaba con la mayor parte de la tripulación, cae el general Gravina gravemente herido de un casco de metralla en el brazo izquierdo; cae su digno mayor general

(1) Del carácter y de la serenidad de este almirante da una idea lo siguiente, que se lee en sus Memorias y lo refiere también Marliani. La mañana del combate se vistió con mucho esmero, y le dijo al oficial de su predilección: «Clavell, quítate V. las botas; es mucho mejor llevar medias de seda como yo, pues si recibimos alguna herida en las piernas, daremos menos que hacer á los cirujanos.» Luego visitó todos los puestos, corrió las baterías, animó su gente dirigiéndoles la palabra para que cada uno cumpliera con su deber, y reuniendo todos sus oficiales: «Señores, les dijo, ahora es preciso que hoy hagamos algo de que el mundo pueda hablar mucho tiempo.»

Escaño, mas no cae su insignia. Allá ondea para que los buques españoles sepan que el general en jefe español no ha tenido la mala suerte del almirante Villeneuve, y que hay un centro español á donde reunirse. Mas el *San Ildefonso*, destrozado, ha tenido que arriar su bandera, herido su bizarro comandante Vargas; y el *Príncipe de Asturias*, que un momento antes en un claro había visto al *Argonauta* sin bandera, había maniobrado para socorrerle; viéndole solo contra tantas fuerzas, orzó para ponerle en salvo; acuden en su apoyo el *San Justo*, *Neptuno* y otros; lo remolca la fragata *Themis*, francesa. Un poco libre, y viendo la batalla perdida, en lo que le queda de arboladura pone la señal de retirada, y se le unen el *Pluton*, el *Neptuno*, el *Argonauta*, el *Indomptable*, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Montañés*, y todos, bien seguros de haber cumplido con heroismo los deberes del honor, se retiran hacia Cádiz. El *Bahama* y el *San Juan*, menos afortunados, quedaban en manos del enemigo; mas su gloria era igual, y mayores sus sacrificios. ¡Allí morían Galiano y Churrua, como habían muerto Alcedo y tantos mas!»

El navio francés *Achille* había peleado también heroicamente al lado del *Príncipe de Asturias*. Hecho presa de las llamas, muerto su valiente comandante Newport y la mayor parte de sus oficiales, hasta recaer el mando del navio en un alférez, los pocos que quedaban no quisieron embarcarse, y se volaron con el navio. La escuadra francesa había perdido ya sus mas valerosos jefes, el contra-almirante Magon, y los primeros capitanes de navio. «Villeneuve había sido en el combate un modelo de serenidad y de valor; todos los buques de su escuadra habían imitado el denuesto de su almirante. Solo la división de vanguardia, á las órdenes del contra-almirante Dumanoir, proyectaba una sombra sobre ese cuadro glorioso... Los cinco navios que gobernaron sobre el *Bucentaure* tomaron una derrota mas corta que la indicada por el *Formidable*, y llegaron á tiempo de mezclar su sangre con la de los valientes en cuyo socorro iban, aunque tarde para salvarlos. El *Neptuno*, que mandaba el intrépido don Cayetano Valdés, se separó muy luego de los cuatro navios franceses para acudir al fuego.... Allí trabó Valdés una terrible lucha contra cuatro navios ingleses que se dirigian á doblar el *Trinidad* y el *Bucentaure*. Tanto heroismo no salvó al *Neptuno*: acibillado, desarbolado, el impertérrito Valdés, gravemente herido, hubo de saber que su navio había arriado bandera; el temporal que sobrevino salvó al *Neptuno* de manos de sus enemigos, mas fué para estrellarse en las peñas del castillo de Santa Catalina en la costa del Puerto de Santa María.

«En el turbión de esa horrible lucha, entre los ayes de tantas nobles víctimas, yacia también Nelson espirante en su lecho de agonía: de minuto en minuto se le daba cuenta del combate. «Soy hombre muerto, decia al capitán Hardy: la vida se me acaba....» Y este grande hombre, en ese momento supremo, tuvo la debilidad de recomendar que, muerto, se le cortase un rizo de su pelo para la indigna mujer mengua de su gloria. ¡Deplorable contradicción del corazón humano (2)!»

(2) Con razón exclama así el escritor español de quien tomamos estas noticias; pues al entrar en el combate había escrito el célebre marino inglés en su diario la invocación siguiente: «Quiera el Dios Todopoderoso que adoro, otorgar á la Inglaterra, para la salvación de la Europa, una completa y gloriosa victoria. Quiera no permitir que ningún acto de debilidad individual empañe su lustre, y haga que después del combate no haya un inglés que se olvide de los deberes sagrados de la humanidad.— En cuanto á mí, mi vida pertenece al que me la dió; que bendiga mis fuerzas mientras combata por mi patria. Pongo en sus manos mi persona y la justa causa cuya defensa se me ha confiado.»—Y al propio tiempo que tan devoto se mostraba, en un codicilo que añadió á su testamento «tuvo la increíble debilidad de recomendar á la gratitud de la Inglaterra la detestable mujer que queria ciegamente y la hija adulterina que de ella tenia. La Inglaterra repudió ese inmoral legado.» En otra parte hemos hablado ya nosotros de la célebre prostituta Emma, que acertó á tener cautivado muchos años á Nelson.

Hé aquí cómo describe el señor Marliani los últimos momentos del insigne almirante. «Cesado el fuego, el capitán Hardy llega hasta el lecho del moribundo; este respiraba. Pudo oír el anuncio que le traía su fiel capitán; pudo dar algunas órdenes; y ya yerta la mitad de su cuerpo se incorporó un poco: «¡Bendito sea Dios! dijo: he cumplido con mi deber.» Cayó sobre el lecho, y un cuarto de hora después espiró. «La Inglaterra



Tal fué el memorable combate de Trafalgar, una de las luchas navales mas sangrientas y terribles de que habla la historia; pocas veces se vieron escenas de mas horror en los mares, pero pocas tambien se dió ejemplo de mas heroicos sacrificios. Emprendido contra el dictámen de los españoles por la imprudencia de un almirante extranjero, tan temerario y arrojado en la pelea como antes habia sido tímido y pusilánime (1), España perdió sus mas ilustres y distinguidos marinos y sus mejores navios, pagó con noble y preciosa sangre los desaciertos de otros, pero el pabellon de Castilla, aunque ensangrentado, salió cubierto de gloria; portáronse tambien los franceses con arrojo y denuedo: *¡gloria para todos los combatientes!* Si el monarca español recompensó entonces á los valientes que sobrevivieron á aquel combate y á las familias de los que perecieron, y el emperador de los franceses dejó sin premio á los de su nacion que con justicia le habian merecido, no fué culpa de España.—Todavía en este mismo año de 1859, al tiempo que esto escribimos, las córtes españolas á que el autor de esta historia tiene la honra de pertenecer como diputado, han hecho, á propuesta del gobierno, y principalmente del digno ministro de Marina, general Mac-Crohon, una nueva ley de recompensa nacional á los valientes individuos que aun sobreviven y pelearon en aquel gloriosísimo aunque desgraciado combate (2).

La noticia del desastre de Trafalgar apesadumbró á Napoleon y le acibaró el placer de que por sus recientes triunfos estaba gozando.—Disimuló no obstante su dolor cuanto pudo,

agradecida, continúa, premió con mano dadivosa los servicios de su mas ilustre marino, muerto por la patria. El parlamento otorgó, á petición del ministerio, una renta vitalicia de doscientos mil reales á la viuda de lord Nelson, y una renta perpetua de quinientos mil reales en favor de los herederos del condado de Nelson, que pasó á su hermano mayor. Una suma de diez millones de reales fué empleada en la adquisicion de fincas para formar el mayorazgo que debia dar mayor lustre al nuevo título. Las dos hermanas del ilustre guerrero recibieron cada una la suma de un millon y quinientos mil reales. El conjunto de la donacion fué de veinticuatro millones de reales.»

(1) Todos convienen en que Villeneuve desplegó un admirable valor personal en el combate. No fué castigado por la derrota, pero se castigó él á sí mismo, pues devorado de pesadumbre se suicidó en Rennes.

(2) Esta ley, sancionada por la corona, se ha publicado en la Gaceta de 6 de noviembre de 1859.

El español Marliani, además de deshacer las equivocaciones, si no se las quiere llamar imposturas de M. Thiers, principalmente contra las condiciones y la conducta de la escuadra y de los marinos españoles, probado todo con los testimonios de historiadores ingleses y franceses, con los partes auténticos de Collingwood y de Gravina y Escaño, con las palabras del mismo Napoleon y sus instrucciones á Villeneuve, y con las confesiones que en varias páginas se le escapan al propio Thiers, inserta en su libro porcion de utilísimos documentos, tales como el plano de la batalla, la formacion de unas y otras escuadras, con los nombres de todos los buques, así ingleses como franceses y españoles, y de los capitanes que los mandaban; una relacion de los oficiales y guardias marinas de la escuadra española muertos y heridos en el combate, otra de los que existian cuando él escribió (1850), y por último las biografías de Gravina, Alava, Escaño, Cisneros, Mac-Donell, Vargas, Uriarte, Galiano, Churrua, Valdés, Cagigal, Argumosa, Gardoqui, Alcedo, Flores, Pareja, Quevedo y Cheza, y Gaston, que fueron, cada uno en su línea y segun su graduacion, los héroes españoles de aquel combate.

*Estado de los muertos y heridos que tuvo la escuadra española*

| BUQUES                | Muertos | Heridos | Total |
|-----------------------|---------|---------|-------|
| Príncipe.. . . .      | 52      | 110     | 162   |
| Santa Ana.. . . .     | 97      | 141     | 238   |
| Trinidad.. . . .      | 205     | 108     | 313   |
| Rayo.. . . .          | 4       | 14      | 18    |
| San Ildefonso.. . . . | 34      | 126     | 160   |
| San Agustin.. . . .   | 180     | 200     | 380   |
| San Juan.. . . .      | 100     | 150     | 250   |
| Neptuno.. . . .       | 42      | 47      | 89    |
| Monarca.. . . .       | 100     | 150     | 250   |
| Montañés.. . . .      | 20      | 29      | 49    |
| San Justo.. . . .     |         | 7       | 7     |
| Asís.. . . .          | 5       | 12      | 17    |
| Leandro.. . . .       | 8       | 22      | 30    |
| Bahama.. . . .        | 75      | 67      | 142   |
| Argonauta.. . . .     | 100     | 200     | 300   |
|                       | 1022    | 1383    | 2405  |

y procuró deslumbrar á la Francia con el brillante resplandor de Ulma, para que no reparara tanto en la sombría tragedia de Trafalgar; hizo que los diarios franceses hablaran poco de aquel suceso, y sacrificó al disimulo la justicia, no premiando ni castigando como acostumbraba, como quien no le daba importancia ni gran trascendencia. Por otra parte esperaba quebrantar á Inglaterra, derrotando á sus aliados del continente como habia empezado, y en efecto, el ruido que aquel hombre siguió haciendo en la tierra amortiguó hasta cierto punto el fatal estruendo que habia estremecido el mar.

Tambien es verdad que por mas precauciones que se tomaran para disimular ó atenuar el desastre, unido este á la apurada situacion de la Hacienda en Francia, y á la crisis rentística, á la emision excesiva de billetes de banco y á las varias quiebras que produjo, á la desaparicion del metálico, y á la situacion, en fin, angustiosa y alarmante que ocasionaron las célebres operaciones de M. Ouvrard, aquella nacion se habria conmovido mucho mas á no alentarla la confianza que tenia en el genio de Napoleon, y la esperanza en nuevos triunfos de aquel insigne guerrero. Así todos los pensamientos y todas las miradas se fijaban en el Danubio, de donde se suponía habria de venir el remedio á todos los males.

Una nueva faz amenazaba tomar allí la coalicion, despues de la maravillosa victoria de Napoleon en Ulma. La corte de Prusia, siempre vacilante, siempre ambigua, con mas puntas de hipócrita que de franca, y no dotada del don de la oportunidad en sus resoluciones, alegando que las tropas francesas habian violado su territorio pasando por la provincia de Anspach, y que los rusos reclamaban á su vez permitiese el paso de sus ejércitos por Silesia; acosada por las exigencias opuestas de Francia y Rusia; halagada por los dos emperadores; mostrándose amiga de Napoleon por temor á la guerra, y queriendo aparentar lo contrario con Alejandro por temor de ofenderle; deslumbrado el monarca prusiano con la visita del Czar; hallando gracia el joven y galante autócrata en la hermosa reina de Prusia y sabiendo explotar sus inclinaciones; alucinado Federico Guillermo con un proyecto de intervencion para la paz, que era entonces el velo con que se encubrian las coaliciones, paró al fin en firmar un tratado secreto de coalicion con el emperador Alejandro de Rusia, que no otra cosa fué el tratado de Postdam (3 de noviembre, 1805), puesto que en él se faltaba á convenios y garantías reciprocas antes estipuladas con Francia, y puesto que ambos emperadores juraron bajo las bóvedas de un templo y ante las cenizas de Federico el Grande que no se separarian jamás ni su causa ni sus destinos.

Orientado, aunque á medias, Napoleon de esta evolucion de la Prusia, y no obstante que conocia que la hostilidad de aquella potencia podia trastornar sus planes, con aquella resolucion que solo cabe en pechos como el suyo, siguió adelante con su proyecto de destruir á los rusos como habia destruido á los austriacos, y se propuso contestar á Prusia como habia contestado á Austria, con una victoria, y arreglar desde Viena los negocios de Berlin. Entonces fué cuando distribuyendo su grande ejército de la manera admirable de que él solo era capaz, y prescribiendo á cada general y á cada cuerpo su marcha y su destino, y dándole sus instrucciones para todas las eventualidades, y atendiendo simultáneamente á la Italia, la Holanda y la Alemania, emprendió aquella serie de combinaciones y operaciones prodigiosas, en los Alpes, en el Tirol, en el Adige, en el Danubio, en el Inn, en el Traun, en el Ens, hasta Linz, señalada con el famoso triunfo de Massena en Caldiero, con la ocupacion de Viena por las tropas francesas, con el sangriento combate de Hollabrunn, con la prision de cuerpos enteros del ejército austro-ruso, para terminar con la memorable batalla de Austerlitz. No nos incumbe trazar el sistema de precauciones, en que compitieron la actividad y la prevision, para impedir, en un campo de operaciones tan inmensamente vasto y dilatado, la reunion de los austriacos con los rusos, y prevenir lo que pudieran hacer ó intentar los prusianos, y disponer él sus cuerpos de ejército de manera que á tan largas distancias pudieran en todo evento darse la mano unos á otros, á pesar de las montañas, de los desfiladeros y de los rios. Nunca nadie acertó á cumplir mejor su célebre



máxima: *La guerra es el arte de dividirse para no perecer, y de reconcentrarse para pelear.*

Mientras Austria escarmentada reconocía la necesidad de la paz, y la proponía, si bien sometiéndose á las condiciones que quisiera poner la Rusia, el joven emperador Alejandro deseaba medir sus armas con las de Francia; como autor de esta tercera coalición, aspiraba á ser el campeón de la Europa y á darle la ley; instigábanle á ello los cortesanos y consejeros que formaban su camarilla; fogueábanle, aunque lo necesitaba poco, los acalorados jóvenes que constituían su estado mayor; según ellos, la derrota de los austriacos había consistido ó en falta de pericia ó en falta de valor; era menester que los rusos enseñaran á los austriacos cómo se vencía á los franceses; sería un error y una insigne debilidad no darles una batalla decisiva. Esto se decía, estando los dos emperadores, Francisco y Alejandro, en Olmutz. Napoleón, que lo deseaba también, y que con su extraordinaria penetración adivinaba los designios y planes del enemigo, tuvo la habilidad de atraerle á las posiciones por él escogidas entre Brunn y Austerlitz en Moravia, donde se preparó convenientemente para el ataque que esperaba y que supo provocar, con unos setenta mil hombres contra noventa mil rusos y austriacos, mandados por Kutusof.

¡Coincidencia singular! El día 2 de diciembre (1805), aniversario de la coronación de Napoleón, dióse en aquel sitio la famosa batalla llamada de *Austerlitz*, y por los soldados la batalla *de los tres emperadores*, que había de afirmar en las sienes de Napoleón la corona imperial, como afirmó en sus hombros el manto de cónsul la de Marengo, tan terrible esta para los rusos como había sido aquella para los austriacos, en que tan duro escarmiento recibió la presuntuosa juventud moscovita, en que perdió Alejandro las ilusiones que había alimentado de ser el repartidor de Europa, y cuyos resultados eran, por lo inmensos, incalculables.—«Soldados, les dijo Napoleón á sus tropas al siguiente día con aquella elocuencia militar que le era tan natural y tan fácil: estoy satisfecho de vosotros, porque en el día de ayer habeis justificado cuanto yo esperaba de vuestra intrepidez, y cubierto vuestras águilas de una gloria inmortal. Un ejército de cien mil hombres, mandado por los emperadores de Rusia y Austria, ha sido cortado ó dispersado en menos de cuatro horas, y los que se han libertado de vuestros aceros han muerto en los pantanos.—Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, ciento veinte piezas de artillería, veinte generales, y mas de treinta mil prisioneros, son el resultado de esta jornada eternamente célebre (1). Esa infantería tan alabada y superior en número, no ha podido resistir á vuestro ímpetu, y de hoy mas ya no teneis rivales que temer....—Soldados: luego que hayamos realizado todo lo necesario para asegurar la dicha y prosperidad de nuestra patria, os conduciré á Francia, y allí miraré por vosotros con paternal cariño. En cuanto á mi pueblo, os volverá á ver con júbilo; y solo con que digais: *Estuve en la batalla de Austerlitz*: dirán: *Ese es un valiente.*—NAPOLEÓN.»

Los dos emperadores vencidos convinieron en la necesidad de pedir una tregua como preludio de la paz, y Francisco José se dirigió al campamento de Napoleón para tener con él una entrevista y una conferencia. Napoleón, que se hallaba delante de una hoguera que sus soldados habían hecho, se adelantó á recibir á su adversario, á quien dió un abrazo al bajar del coche.—Allí conferenciaron ambos emperadores en presencia de sus oficiales: Napoleón aconsejó y excitó á Francisco á que no confundiera su causa con la de Alejandro, que no podía hacer sino comprometerle; la tregua quedó acordada, siendo una de sus condiciones que los rusos se habían de retirar á largas jornadas, y la otra que la corte de Austria enviara negociadores á Brunn para tratar la paz separadamente con Francia. Con esto se separaron con mutuas muestras de cor-

dialidad ambos emperadores, acompañando Bonaparte á Francisco hasta su carruaje y montando en seguida á caballo para volverse á Austerlitz, y de allí á Brunn.

A esta última ciudad hizo ir á su primer ministro Talleyrand para que tratase de las bases y condiciones con Giulay y el príncipe Juan de Lichtenstein. No era este negocio fácil, puesto que el mismo Napoleón veía las cosas de diferente modo que su ministro. En tanto que Talleyrand disputaba en Brunn con los plenipotenciarios austriacos, Napoleón pasó á Viena para ver de arreglar lo relativo á Prusia, lo cual era urgente, porque las tropas prusianas se reunían en Sajonia y Franconia, los archiduques de Austria se acercaban con cien mil hombres á Presburgo, y los anglo-rusos avanzaban hacia Hannover, de modo que amenazaba gran peligro de tener que luchar todavía con la Europa coligada. Con suma destreza se manejó Napoleón con el hábil diplomático Haugwitz para ir venciendo su resistencia hasta lograr todo lo que se proponía. Ajustóse, pues, en Viena y se firmó en Schönbrunn (15 de diciembre, 1805) un tratado, por el cual Francia cedía á Prusia el Hannover, como si fuese conquista suya; á su vez Prusia cedía á Baviera el marquesado de Anspach, y á Francia el principado de Neuchâtel y el ducado de Cleves: garantizábanse una y otra potencia todas sus posesiones, y venían á formar así un verdadero tratado de alianza ofensiva y defensiva, cuyo mérito por parte de Napoleón estaba en hacer retractarse á la Prusia del compromiso reciente que con Austria y Rusia había adquirido en el tratado de Postdam.

Separada así Prusia de la coalición, ya era mas fácil obtener de Austria las condiciones ventajosas á que aspiraba Napoleón. Las conferencias se trasladaron á Presburgo. Allí, recibidas nuevas instrucciones del emperador Francisco, afectado con la desmembración de Prusia, con el abatimiento del emperador Alejandro y con la proximidad de doscientos mil franceses, Austria se resignó á abandonar á Francia el Estado de Venecia con las provincias de Tierra-Firme, dejándola así dueña de toda Italia, si bien renovando la condición de que se separarían las dos coronas de Italia y Francia, pero en términos que cabía diferirlo hasta la muerte de Napoleón, ó por lo menos hasta la paz general. Cedió también el Tirol á Baviera, recibiendo en cambio los principados que se dieron al archiduque Fernando en 1803. Reconoció la soberanía de los Electores de Baviera, Wurtemberg y Baden. La contribución de cien millones que se exigía para indemnización de gastos de guerra, atendida la penuria del Austria se accedió á reducirla á la mitad, y todavía Talleyrand bajo su responsabilidad la rebajó á solos cuarenta millones. Tal fué el famoso tratado de paz de Presburgo (26 de diciembre, 1805), uno de los mas gloriosos y mejor concebidos que hizo Napoleón, y que con la nueva amistad de Rusia fué un premio correspondiente á la magnitud y al éxito prodigioso de aquella gran campaña.

La insensata corte de Nápoles, que habiendo visto el desastre de Trafalgar, el compromiso de Prusia en Postdam, y los franceses metidos entre los ejércitos aliados casi á las fronteras de la antigua Polonia, creyó á Napoleón perdido; aquella corte, que guiada por la imprudente Carolina y alumbrada por el ardor fosfórico de los emigrados, había roto, en mal hora para ella, la neutralidad estipulada, y llamado á los rusos y los ingleses para sublevar la Italia, provocó contra sí las iras de Napoleón y olvidando la terrible comunicación que de este había recibido en el principio de aquel año, le brindó con la ocasión que deseaba para hacerla pagar sus locuras, y para resolver castigarla á su tiempo con la pérdida de un trono en que calculó estaría bien sentado un miembro de la familia Bonaparte. En efecto, al principio de aquel año (2 de enero, 1805), escribiendo Napoleón á la reina de Nápoles, le había dicho, entre otras cosas, con el aire de superioridad y el tono de amenaza que se verá, las terribles frases siguientes: «Señora... tengo en mi mano muchas cartas de V. M. que no me dejan duda sobre vuestras verdaderas intenciones secretas... Ya una vez ha perdido V. M. su reino. Dos veces ha sido causa de una guerra que ha estado á punto de derruir por los cimientos su casa paternal: ¿quiere todavía ser causa de la tercera?... Que V. M. escuche esta profecía; que la escuche sin impaciencia; á la primer guerra de que V. M. sea causa, V. M. y su posteridad

(1) En aquel momento aun no sabía con exactitud la verdadera pérdida de los enemigos. Esta consistió en quince mil hombres, entre muertos, ahogados y heridos, cerca de veinte mil prisioneros, ocho generales, diez coroneles, ciento ochenta cañones, y un gran tren de artillería, bagajes y caballos. Los franceses perdieron unos siete mil hombres entre muertos y heridos.





*habrán dejado de reinar: vuestros hijos errantes mendigarán el socorro de sus parientes por las diferentes comarcas de Europa.* Sentiria, no obstante, que tomarais esta mi franqueza por amenaza; no... yo quiero la paz con Nápoles, con la Europa entera, con Inglaterra misma; pero no temo la guerra con nadie; me hallo en aptitud de hacerla á cualquiera que me provoque, y de castigar la corte de Nápoles sin temer el resentimiento de quien quiera que sea.... Paris el 12 nivoso, año XIII (1).»

Los plenipotenciarios de Austria bien quisieron, y ya intentaron que en el tratado de Presburgo se insertara algun artículo que salvara la corte y el reino de Nápoles. Pero Napoleon prescribió expresamente á Talleyrand que cerrara de todo punto los oídos á semejante proposición. «Seria, le dijo, una cobardía sufrir los insultos de esa miserable corte de Nápoles. Ya sabéis cuán generoso he sido con ella; pero ya no hay remedio; la reina Carolina dejará de reinar en Italia. Suceda lo que quiera, no la mencioneis en el tratado, porque tal es mi voluntad.» En el tratado de Presburgo no se habló una palabra de Nápoles.

Hecho todo esto, dispúsose Napoleon para regresar á Francia: arregló la marcha de sus tropas, bajo la dirección del general Berthier, y él partió para Munich, donde celebró el casamiento de su querido Eugenio de Beauharnais, hijo de la emperatriz, con la princesa de Baviera, cuya erección en reino y cuyo matrimonio habían sido dos objetos predilectos de sus negociaciones despues del triunfo de Austerlitz. Y luego tomó el camino de Paris, cuya población le esperaba llena de impaciencia y de entusiasmo. Así fué su recibimiento (26 de enero, 1806), y así sus demostraciones y su regocijo en los días siguientes á su llegada. «Y efectivamente, dice á este propósito un historiador francés, ¿de qué habia de alegrarse aquel pueblo si no se alegraba de estas cosas? Cuatrocientos mil, entre rusos, suecos, ingleses y austriacos, habian salido de todos los puntos del horizonte contra Francia, en la esperanza de que se les unirían doscientos mil prusianos; pero de pronto parten de las orillas del Océano ciento cincuenta mil franceses, atraviesan en dos meses una gran parte del continente europeo, se apoderan sin pelear del primer ejército que se presenta á disputarles el paso, derrotan á los demás en repetidos encuentros, entran en la capital del antiguo imperio germánico, dejan atrás á Viena, y van á las fronteras de Polonia á romper en una gran batalla el lazo que unia las naciones coligadas. De esto resultó que, reunidos los rusos, tuvieron que volverse á sus heladas llanuras, que, desconcertados los austriacos, no se atrevieron á abandonar sus fronteras; que en tres meses cesaron las angustias de una guerra que se creyó seria larga; que la paz del continente se restableció de pronto... que se abrió á Francia una perspectiva inmensa, y por último que nuestra nacion se puso al frente de todas las demás naciones. ¿No era esto para enloquecer de gozo al pueblo francés?»

¿Y qué extraño es que los franceses mostraran de todos los modos posibles su regocijo, cuando el príncipe de la Paz, el jefe del gabinete español, y la representación viva de nuestros reyes, habia enviado á Napoleon un altisonante pláceme, que comenzaba así: «Señor.—Los sucesos que asombran hoy al mundo no aumentan la idea que yo tenia formada de las concepciones guerreras de V. M. Imperial y Real. Sus enemigos, ¿qué digo? los enemigos del continente han desaparecido; potencias formidables ya no existen: mis votos se han cumplido: las hazañas de Alejandro, de César, de Carlo-Magno se han convertido en sucesos históricos comunes; la historia no dirá nada tan grande como los altos hechos de V. M. No me queda ya que desear sino el aniquilamiento del poder inglés; V. M. I. y R. no tiene mas que quererlo, y sucederá, porque veo que todo está sujeto á vuestro poderío.—A pesar, señor, de mis deseos de hallar una ocasión de felicitar á V. M. I. y R. por sus victorias, no me hubiera atrevido hasta el regreso á Paris de la persona conocida de V. M.... etc. (2).»

(1) Archivo del ministerio de Estado: Correspondencia entre Napoleon y el príncipe de la Paz.

(2) Carta de 4 de diciembre de 1805.—Archivo de Estado: Correspondencia entre Napoleon y el príncipe de la Paz.

¿Era todo admiración sincera, ó impulsaba al favorito de los reyes españoles algun motivo secreto para dirigir al victorioso emperador, con quien habia estado poco tiempo hacia en casi abierta enemistad, tan tierna, expresiva y lisonjera felicitación? El designio que á ello le movia revelábase en el resto de esta carta confidencial, que á su tiempo daremos á conocer, porque se refiere ya á hechos de la vida interior del palacio de nuestros reyes, á aquellas intrigas que en aquel tiempo se cernian ya dentro del régio alcázar, y que al fin estallaron en explosiones y acontecimientos ruidosos, de que habremos de dar cuenta en otro lugar.

## CAPÍTULO XIV

Jena.—Friedland.—Paz de Tilsit.—Proyectos de Napoleon sobre España y Portugal

DE 1805 Á 1807

Humillacion de Prusia.—Tratos de avenencia entre Napoleon y el ministro inglés Fox.—Cuestion de Hannover.—Destronamiento de los reyes de Nápoles por Napoleon.—Coloca en aquel trono á su hermano José.—Proyecto Bonaparte la formación de un imperio de Occidente.—Repartición de reinos y principados.—Luis, rey de Holanda.—Destruye Bonaparte la Confederación Germánica.—Forma la Confederación del Rin.—Frústranse los tratos de paz con Rusia é Inglaterra.—Reacción del espíritu público en Prusia.—Exaltación nacional contra Francia.—Proclamación de guerra.—La acepta Napoleon, y marcha á Prusia al frente del ejército grande.—Célebres triunfos de Jena y Auerstaedt.—Napoleon en Berlin.—Famoso decreto del bloqueo continental.—Marcha á Polonia en busca de los rusos.—Napoleon en Varsovia.—Sangrienta batalla de Eylau.—Levanta Napoleon un ejército de seiscientos mil hombres.—Memorable triunfo de Friedland.—Entrevista de Napoleon con el emperador de Rusia y el rey de Prusia.—Conferencias de los emperadores Napoleon y Alejandro en Tilsit.—Estrecha amistad que hacen.—Paz de Tilsit.—Regreso de Napoleon á Paris.—Guerra entre España é Inglaterra en este tiempo.—Expediciones inglesas contra las colonias españolas.—Gloriosa defensa de Buenos-Aires.—Heroísmo de don Santiago Liniers.—Relaciones entre Francia y España.—Tratos entre ambos gobiernos sobre Portugal.—Negociaciones entre Napoleon, Godoy, Talleyrand é Izquierdo sobre la invasión y repartición del reino lusitano.—Explicación de la conducta recíproca de Napoleon y el príncipe de la Paz.—Felicitación de este al emperador.—Móvil que le impulsó á dar este paso.—Amistad y condescendencia de Godoy con Napoleon.—Cambio repentino en la política de Godoy.—Su proclama llamando á las armas á los españoles.—Se arrepiente de esta ligereza y procura enmendarla.—Disimulo de Napoleon.—Conducta de Godoy en el asunto del destronamiento del rey de Nápoles.—Cuerpo auxiliar de tropas españolas pedido por Napoleon y enviado al Norte.—Vuelve Napoleon á sus proyectos sobre España y Portugal.—Resuelve la invasión y partición del reino lusitano.—Destina los Algarbes al príncipe de la Paz.—Famoso tratado de Fontainebleau.—Orden de avanzar las tropas francesas á Portugal por España.

Acontecimientos de tal magnitud, alteraciones tan radicales y de tanta consecuencia hechas en los grandes Estados de Europa, condiciones y ajustes arrancados á naciones poderosas por la fuerza mandada y dirigida por un hombre dotado de prodigioso genio y de maravillosa fortuna, no podian quedar definitivamente terminados por un tratado escrito y firmado por dos emperadores, y por un concierto de mala gana hecho y no de buena fe suscrito entre otros dos soberanos, y no podian menos de dejar en pos de sí el germen de ulteriores disidencias, y de complicaciones y sucesos ni menos graves ni menos fecundos en trastornos que los anteriores: que ni es cosa fácil variar de un golpe y de un modo estable y perenne Estados antiguos, ni puede esperarse resignación y conformidad duradera de parte de los que han sido siglos enteros poderosos, y en circunstancias azarosas han tenido que ceder á la necesidad y someterse á la ley de un triunfador afortunado.

Todavía resonaban en Paris los cantos de júbilo; aun duraba la impresión de las fiestas celebradas para la colocación de las banderas cogidas á la Europa coligada; pensábase en los monumentos triunfales mandados erigir por el senado al vencedor de Austerlitz; dedicábase Napoleon con su infatigable actividad al arreglo de la mal parada hacienda y al restablecimiento del crédito de la Francia, con medidas que afectaban directamente al tesoro español, como tendremos ocasión de observar; aun estaba dictando el victorioso emperador sus



órdenes para que el ejército grande se reuniese en París á recibir las ovaciones que le preparaba el pueblo, cuando ya la corte de Prusia, abochornada del afrentoso tratado de Schoenbrunn, miserable y vergonzosa contradicción del de Postdam, comenzó á sentir el remordimiento del patriotismo ultrajado; remordimiento que en el ejército produjo indignación; dolor en el rey y en el pueblo; en la reina, en el príncipe Luis y en su camarilla la ira del amor propio humillado. El negociador Haugwitz había sido mal recibido por todos, y en torno suyo oía zumbir las murmuraciones y los gritos de queja. Convocado un consejo de los principales personajes del reino, se acordó no admitir el tratado sino con ciertas modificaciones que allí se propusieron. ¡Vano é inútil ensayo de energía y de dignidad! Llevadas á París estas modificaciones por el mismo Haugwitz, Napoleon, cada vez mas penetrado de la flaqueza de Prusia, despues de mostrarse pesaroso de lo mucho que decia haberse concedido en Schoenbrunn, impuso al plenipotenciario prusiano condiciones mas onerosas, suprimiendo algunas de las anteriores, y obligándole á firmar otro tratado, en que no solo garantizaba Prusia la integridad del imperio francés tal como se habia constituido por la paz de Presburgo, sino tambien el resultado de la guerra de Nápoles, aunque trajera el destronamiento de los Borbones y la elevacion de un Bonaparte al trono de las Dos Sicilias (15 de febrero, 1806): condicion repugnante, que colocaba al monarca prusiano en la mas falsa posición con el emperador de Rusia, protector de los Borbones napolitanos, y que sin embargo tuvo que aceptar la corte de Berlin con la frente cubierta de rubor. Con esta crueldad humillaba Napoleon á los soberanos débiles, aunque todavia de gran poder, y así expiaba la corte de Berlin su conducta vacilante, veleidosa y falsa, y la infracción del célebre juramento hecho en Postdam ante la tumba de Federico el Grande.

Y todavia, siguiendo su malhadado sistema de hipocresía, y no escarmentada de lo caras que iba pagando sus consecuencias, dotada en aquel tiempo de una especie de don de errar, trató de disculparse y entenderse con Rusia y con Inglaterra, para recibir de cada una en respuesta un nuevo bochorno. El emperador Alejandro, no obstante que culpaba á sus jóvenes y presuntuosos militares de haberle comprometido á dar la batalla antes de contar con el socorro de los prusianos, se abstuvo bien de aprobar la conducta y los actos de la corte de Berlin, y le pronosticó lo que le habia de suceder. La Gran Bretaña fué mas cruel con ella. Su gabinete contestó con un manifesto, llenando de dieterios á la corte de Prusia, declarando que se habia echado miserablemente en brazos de Napoleon, y que, despreciable por su codicia y por su servilismo, era indigna de ser oida.

Debia ser tanto mas sensible para Prusia este aislamiento en que por sus veleidades iba quedando, cuanto que en este tiempo estaban mediando entre las dos potencias esencialmente rivales y enemigas, Inglaterra y Francia, relaciones é inteligencias tales que indicaban la posibilidad de avenirse y concertarse entre sí. Púsolas en este camino, en primer lugar la muerte del ministro inglés Pitt (23 de enero, 1806). Este célebre ministro, que á la edad de cuarenta y siete años contaba veinticinco de honrosas luchas parlamentarias y veinte de gobernar con talento una nacion tan grande como la inglesa en medio de las agitaciones de Europa y enfrente de la revolucion y del imperio francés, murió entre fatigas, pesares y disgustos, acusado con pasión en el último período de su vida por sus compatriotas. Sucedióle en el ministerio su digno y antiguo antagonista M. Fox. Sobre ser este honrado ministro contrario á la política belicosa de Pitt, una feliz casualidad le puso en vías de entablar decorosamente relaciones de amistad con el emperador de los franceses. Un dia se introdujo en su casa un hombre que se ofreció á asesinar á Napoleon. Fox indignado entregó aquel miserable á la policía inglesa, y escribió á Talleyrand noticiándole el hecho, y poniendo á su disposición los medios de perseguir al criminal si lo creia conveniente ó necesario.

Agradecido Napoleon á tan generoso comportamiento, hizo que su ministro le diera las gracias en su nombre, con expresiones que indicaban el feliz presagio que le hacia concebir

tan noble accion. Contestóle el ministro inglés en términos los mas cordiales, ofreciendo francamente la paz en beneficio de la humanidad y del reposo de Europa. Enamoró tan expansivo lenguaje á Napoleon, que tambien deseaba, para los fines que luego veremos, reconciliarse con la Gran Bretaña. Disentían sin embargo en el modo como habian de entenderse. Uno de los principios diplomáticos de Napoleon era tratar separadamente con cada potencia, porque así sacaba mejor partido y deshacia mejor las coaliciones. Pretendia Inglaterra que se hiciese con la intervencion de Rusia, así por obligarla á ello las condiciones de un tratado, como por ser su sistema no aislarse nunca del continente. Continuáronse estos tratos por medio de un personaje inglés, lord Yarmouth, que habia estado prisionero en Francia, y habia sido devuelto con otros á petición de Fox. Afortunadamente para ambas naciones su primera diferencia desaparecia en virtud de haber manifestado tambien el emperador de Rusia disposiciones á entrar en tratos de paz con Francia, disgustado de una lucha á que le habian comprometido ligeramente sus jóvenes consejeros.

Ibanse aproximando tambien los negociadores inglés y francés en cuanto á las estipulaciones. Porque Napoleon, no guardando ya miramiento ni consideracion alguna á la Prusia, restituía á Inglaterra el Hannover, si bien indemnizando á aquella con un equivalente en Alemania. Y como la devolución de aquel reino era lo que mas importaba á los ingleses, no habia dificultad grave en lo demás, puesto que Francia reconocia ya á Inglaterra la posesion de sus dos principales conquistas, Malta y el Cabo de Buena Esperanza, é Inglaterra no disputaba ya á Francia la dilatacion de su territorio hasta los Alpes y el Rhin, su protectorado de los principados alemanes, y toda la Italia, incluso el reino de Nápoles; de modo que la única dificultad sería que quedaba era si se habia de comprender ó no la Sicilia, todavia no conquistada entonces por las armas francesas.

Porque es de advertir, que en tanto que estas negociaciones se agitaban, Napoleon, llevando adelante su amenaza hecha en Viena de hacer que dejara de reinar en Nápoles la reina Carolina cuyas locuras le tenian irritado, envió á aquel reino un ejército de cuarenta mil hombres, el cual en poco tiempo se apoderó de las principales plazas napolitanas, en términos que los reyes Fernando y Carolina, viendo que no podian conjurar aquella tempestad, abandonaron á Nápoles y se refugiaron en Palermo, llevando, como ya lo habian hecho otra vez en tiempo de la república, todo el dinero de las cajas del tesoro. En su virtud entró José Bonaparte en Nápoles (15 de febrero, 1806), escoltado por el cuerpo de Massena, donde por entonces tomó José solo el título de lugarteniente de Napoleon, pero pasando á los ojos y en el concepto de todos por el rey designado para aquel reino. Déjase comprender la sensacion que causaria en la corte de España, y principalmente en el ánimo del buen Carlos IV, hasta entonces el mas fiel y tambien el mas antiguo aliado de la Francia y de Napoleon, el destronamiento de uno de los Borbones, tan inmediato deudo suyo. Despues veremos el efecto y resultados que esto fué produciendo en las relaciones del gobierno español con el gran dominador de Europa, y vamos ahora á conocer todo el pensamiento que precisamente á la sazón comenzó á desarrollar ostensiblemente el hombre embriagado con los triunfos de Marengo y de Austerlitz.

Era el pensamiento de Napoleon nada menos que la formacion de un grande imperio de Occidente, ó sea la resurreccion del que antiguamente habia formado Carlo-Magno, pero con porción de reinos tributarios, y de otros Estados de segunda y tercera jerarquía, todos feudatarios y dependientes del imperio francés, y distribuidos entre los miembros de su familia y entre sus mas adictos y mejores servidores, los cuales serian otros tantos grandes dignatarios del imperio, con los títulos de gran elector, condestable, archi-canciller, etc. A esta idea, producto de una inmensa ambicion personal, iba asociado un laudable afecto de familia y un sentimiento noble de recompensa y de premio á los que le habian ayudado en sus grandes empresas. El repartimiento que proyectaba y que comenzó á hacer, fué el siguiente. Su hijo adoptivo Eugenio de Beauharnais era ya virey de Italia, cuyo Estado acababa de



acrecer grandemente con la agregación de Venecia. José, su hermano mayor, era el designado para rey de Nápoles, con la Sicilia cuando acabara de ser conquistada. Destinó la Holanda á su hermano Luis, convirtiéndola en reino, porque era menester que todo tomase ahora la forma monárquica, como antes todo se habia asimilado á la república madre. Los Estados alemanes y hasta los pontificios, aun á costa de indisponerse con el papa, y so color de que él era el Cárlo-Magno de la Iglesia romana, puesto que la habia restablecido, tuvieron que contribuir con su contingente para formar territorios en que dominaran los hermanos y los servidores de Bonaparte. Así Murat fué proclamado gran duque de Cleves y de Berg (15 de marzo, 1806): José, rey de Nápoles y de Sicilia (30 de marzo): Luis, rey de Holanda (5 de junio): Paulina Borghese, duquesa de Guastalla: Elisa lo era ya de Luca: Berthier, príncipe de Neufchatel: Talleyrand, príncipe de Benevento, y Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo.

Por este orden repartía tronos, coronas y principados un soldado de genio y de fortuna. ¡Y aun aquella dilatada y favorecida familia no se daba todavía por satisfecha! Quejábanse amargamente los hermanos para quienes aun no habian vacado ó no habian sido adjudicados tronos. Hasta la madre del emperador, con ser la mas modesta de todos, significaba apetecer mas honores y distinciones: que hay pocas ambiciones mas difíciles de satisfacer que las de una familia de repente encumbrada de la nada.

¿Se contentaría el que habia destronado á Fernando de Nápoles con lanzar del solio á este solo Borbon? ¿No pensaría ya entonces en España, en Portugal y en Etruria? El nuevo Cárlo-Magno, el que aspiraba al título de emperador de Occidente, el creador de reinos tributarios, ¿no tendría ya entonces ideado que la familia Bonaparte reemplazara á la vieja dinastía de los Borbones en las dos penínsulas, italiana y española, como la habia reemplazado ya en Francia? Etruria era una creación suya, que desharía con solo querer. Portugal le habia sido siempre hostil. De la amistad de España andaba ya desconfiado. Pero estaba en tratos de paz con Inglaterra, y no era todavía la sazón de romper. Hoy escribimos despues de conocidos los sucesos; pero entonces mismo debió ser fácil su prevision.

Hubiérase comprendido que quisiera sujetar á un solo cetro los pueblos de Occidente y Mediodía de Europa, los pueblos de la raza latina, semejantes en civilización, en idioma y en costumbres; que hubiera querido sustituir el imperio francés al imperio germánico. Pero la circunstancia de haber comenzado este último á descomponerse por la serie de acontecimientos que hemos visto sucederse, le inspiró la idea de acabar de desmoronarle, formando una nueva confederación con los Estados del Mediodía de la Alemania, ramas que él mismo acababa de desgajar del árbol secular del imperio germánico, y reclamaban su protección; y colocando príncipes franceses en Alemania, y uniendo así los germanos á los franceses, sujetar los pueblos del Norte á los del Mediodía, y constituir de este modo una especie de monarquía universal, al modo de la que hubieran podido soñar Carlos V, Felipe II y Luis XIV. La intervención anterior en la secularización de los principados eclesiásticos de Alemania y en las indemnizaciones que se siguieron; la desmembración reciente que habia hecho de Baviera, Wurtemberg y Baden; su alianza con estos principados de la Alemania Meridional, y las instancias de estos mismos á que los tomara bajo su protectorado; el título de Cárlo-Magno con que le apellidaba el mismo príncipe archi-canciller; los consejos de Talleyrand; su deseo de acabar de disolver el antiguo imperio germánico, todo le movió á formar una nueva confederación de que él habia de ser protector, con el título de *Confederación del Rhin* (1). Este trata-

do (12 de julio, 1806), que destruía un imperio de mas de mil años de antigüedad, dió á conocer todo el sistema europeo de Napoleon, tener el Mediodía de Europa bajo su soberanía con reyes de su familia, los príncipes del Rhin bajo su protectorado.

Lo admirable y lo singular de aquel genio privilegiado es, que al tiempo que desenvolvía y ejecutaba tan vastos planes, estuviera reorganizando en lo militar, en lo civil, en lo político y en lo administrativo la Francia. Puso el ejército grande bajo un pie formidable, dispuesto á caer donde fuese necesario; hizo terminar los canales, caminos y puentes comenzados, y proyectó otros de mayor importancia; se construyeron unos y se idearon otros de los grandes monumentos de la capital, tales como la famosa columna de la plaza Vendome, el magnífico arco de la Estrella; las principales y mas bellas fuentes, el arco triunfal del Carrousel y la conclusión del palacio del Louvre: mandó restaurar á San Dionisio, y acabar el Panteón: se publicó el código criminal, y se dió una organización mas perfecta al Consejo de Estado; creó la universidad, y aumentó considerablemente el número de escuelas públicas. Y por último reorganizó el Banco de Francia, liquidó los atrasos rentísticos, completó un sistema de impuestos y dictó medidas económicas dignas de estudio.

De propósito, y para darse tiempo á arreglar lo del Rhin, habia ido difiriendo las conferencias con Rusia é Inglaterra, con las cuales prosiguió luego negociando. En verdad el representante de Rusia se mostró menos exigente que el de la Gran Bretaña. Aquel se concretó á salvar el decoro de su nación, conservándole el carácter de potencia influyente y mediadora, y los compromisos que tenia con sus protegidos los reyes del Piamonte y de Nápoles. La cuestión estaba en conservar para este último siquiera la Sicilia, á lo cual se negaba absolutamente Napoleon, que la quería para su hermano José. En cambio discurrió dar las islas Baleares al príncipe real de Nápoles, con una pensión pecuniaria á los reyes destronados. ¿Qué importaba á Napoleon que las Baleares fuesen de España, la nación que hacia tantos años se estaba sacrificando á su amistad? Así disponía de los Estados, sin mirar de quién fuesen, como árbitro supremo de todos; contando además con que aun le quedaba en Italia un rincón de que disponer, y que haría servir de indemnización á España, distase ó no de ser equivalente. Ello es que así logró ajustar la paz con Rusia, estipulándose lo de la pensión en metálico á los destronados reyes de Nápoles, y la cesión de las Baleares al príncipe real, en los artículos secretos del tratado, que firmaron (20 de julio, 1806) los plenipotenciarios de Francia y Rusia, Talleyrand y Oubril.

Mas no hubo igual docilidad de parte de Inglaterra. Al contrario, sus representantes, primero lord Yarmouth, despues lord Lauderdale, insistieron en no transigir mientras no se dejase la Sicilia al rey de Nápoles, dando además las Baleares al del Piamonte. Fiaba Napoleon en que el tratado con Rusia obligaría á la Gran Bretaña á desistir de aquella exigencia y á conformarse con lo mismo á que se habia acomodado el plenipotenciario del imperio moscovita, y aguardaba con cierta confianza la ratificación del gabinete de San Petersburgo. Fué sin embargo una de las pocas ocasiones en que se equivocó en sus cálculos Napoleon. El emperador Alejandro, instigado por Inglaterra, no obstante su deseo de paz, negóse á ratificar el tratado suscrito por Oubril (agosto, 1806); cosa que sorprendió é incomodó á Napoleon, tanto mas cuanto que llegó á Paris esta respuesta en ocasión en que dos graves sucesos alejaban las bellas esperanzas de paz que se habian concebido y que habian estado tan próximas á realizarse.

Uno de estos acontecimientos era la muerte del ministro inglés M. Fox, de aquel hombre tan propenso á todo lo que fuera aliviar de males á la humanidad, y en cuyas pacíficas

(1) La Confederación del Rhin se compuso por entonces, de los reyes de Baviera y Wurtemberg, del príncipe archi-canciller arzobispo de Ratisbona, de los grandes duques de Baden, Berg, y Hesse-Darmstadt, de los duques de Nassau-Usingen y Nassau-Weilbourg, de los príncipes de Hohenzollern-Sigmaringen, de Salm-Salm, Salm-Kirbourg, Issembourg, Aremberg, Lichtenstein y la Leyen.—Se hizo una circunscripción geográfica, y todo príncipe comprendido en ella que no hubiera sido incluido en el acta constitutiva, perdía la cualidad de príncipe soberano.—

Los confederados se declaraban separados por siempre del imperio germánico, y habian de estar en perpetua alianza ofensiva y defensiva con Francia: esta habia de suministrar un contingente de doscientos mil hombres, y la Confederación el suyo de sesenta y tres mil, de los cuales treinta mil correspondían á Baviera, etc. Todas las casas alemanas podían adherirse á este tratado.



tendencias cifraba el mundo su reposo: verificándose así que en un mismo año faltaran á Inglaterra aquellos dos hombres, rivales siempre y opuestos en política, pero grandes ambos y ambos excelentes ministros dentro de su sistema, Pitt y Fox. El otro acontecimiento era la actitud belicosa que de repente había tomado la Prusia. Esta nación, tan censurada hasta entonces por aquellas ambigüedades, por aquellas debilidades é inconsecuencias á favor de las cuales se había mantenido diez años en una extraña y casi inconcebible neutralidad; al verse tratada con indiferencia por Rusia, con frialdad por Austria, con dureza por Inglaterra, con menosprecio por Francia, y con no mucho interés por la España misma (1); al verse como abandonada por todas; que sin contar con ella se había formado la nueva confederación con Estados germánicos; que sin darle parte trataban Francia é Inglaterra de volverle á quitar el Hannover; alarmada con voces y noticias, ciertas algunas, inventadas ó exageradas las mas; sospechando ya traición en todas partes, pasó rápida y sucesivamente del desaliento á la tristeza, de la tristeza á la desesperación, y de la desesperación á una especie de furor y de arrebato ó delirio patriótico, que estalló de repente y se difundió en el pueblo, en el ejército, en la nobleza, en el palacio, y de que el rey mismo se sintió poseído y como embriagado.

El entusiasmo popular, mucho mas difícil de excitarse en los pueblos gobernados por reyes absolutos que en los pueblos libres, se pronunció allí de un modo violento á la idea del orgullo nacional humillado y ultrajado: por todas partes resonaban canciones patrióticas é himnos de guerra: las tropas la demandaban; el pueblo la pedía tumultuariamente. Napoleón que no había pensado entonces acometer á Prusia, y estaba dispuesto á retirar sus tropas de Suabia y de Franconia y hacerlas repasar el Rhin si Prusia desarmaba las suyas, pero que á vista de aquel extraño vértigo receló si existiría contra él una nueva coalición europea, dispúsose á responder con la guerra. Desde aquel momento fué fácil augurar nuevas y no menos terribles calamidades para Europa.

Laudable como era el entusiasmo patriótico de los prusianos, la provocación á la guerra por su parte no podía ser ni mas imprudente ni menos oportuna, aislada entonces la Prusia de las demás potencias, cuando había malogrado las mejores ocasiones de pelear en unión con Austria y Rusia, y hallándose todavía el grande ejército francés, victorioso de Austerlitz, en el centro de Alemania. El reto era arrogante, y propio de quienes decían que si Napoleón había vencido á los austriacos y á los rusos, consistía en la debilidad y en la degradación de aquellos y en la ignorancia de estos, pero que ahora tenía que habérselas con los soldados y con los discípulos del Gran Federico. Pero á Napoleón no le pusieron en cuidado aquellas bravatas, porque conocía que le sobraban elementos para batir y vencer á sus nuevos enemigos. Lo que no comprendía, á pesar de su gran talento, era que aquella inesperada osadía pudiera ser hija de un mero arrebato del pueblo y de la corte prusiana; no concebía aquella temeridad sino mirándola como la primera explosión de una nueva conjuración europea sordamente tramada contra él, y así las precauciones y medidas que tomó fueron como si hubiera de pelear con la Europa entera, y se preparó para llegar, si era necesario, á las extremidades del continente. Dió sus órdenes é instrucciones para la defensa de Holanda, de Italia, de Nápoles, de los Estados de la Confederación, de las costas y puertos de Francia, dispuso la movilización y distribución de mas de cuatrocientos mil hombres, para ocurrir donde quiera que fuese menester en aquel vastísimo círculo, destinó el ejército grande á obrar contra Prusia, y arreglado uno de los planes de campaña mas admirables que ha podido concebir jamás guerrero alguno, salió de París (24 de setiembre, 1806) para ponerse al frente de su ejército. El 3 de octubre se hallaba ya en Wurtzburgo.

(1) Por mas que despues el príncipe de la Paz haya querido justificar en sus Memorias la conducta del rey y del gobierno prusiano en sus transacciones, el general Pardo que estaba entonces de embajador en Berlin, no se recataba de decir públicamente que no merecía Prusia que por ella se prolongasen un solo dia los males de Europa.

A las ventajas que daban al ejército francés sus continuados triunfos, su práctica en los combates, la superioridad del genio de Napoleón y su actividad prodigiosa, se agregaba la unidad de pensamiento y de plan, y por consecuencia el concierto en los movimientos y en las operaciones, pues todo obedecía á la voluntad y á la autoridad indisputada de un solo hombre; mientras que en la corte, en el campamento y en el estado mayor prusiano había una lamentable divergencia de pareceres. El 7 de octubre dirigió Napoleón á sus tropas una enérgica y vigorosa proclama. El 8 mandó á todo su ejército que pasara en tres cuerpos la frontera de Sajonia: el 9 se dió el primer combate, en que la caballería del terrible Murat acuchilló y dió una muestra de superioridad á la tan celebrada caballería prusiana: á la refriega de Schleitz siguió al otro dia (10 de octubre) la de Saafeld, en que murió el príncipe Luis de Prusia, uno de los autores de la guerra. Napoleón con su rapidez siempre maravillosa ocupa los desfiladeros del Saale, y en un mismo dia (14 de octubre, 1806) se dan las dos memorables batallas de Jena y Auerstaed, la primera mandada por el mismo Napoleón, la segunda por el valiente mariscal Davout, en que quedaron completamente derrotados y desorganizados los dos grandes cuerpos del ejército prusiano. Jena y Auerstaed fueron en un dia lo que con intermedio de años habían sido Marengo y Austerlitz. El cuerpo de reserva del príncipe de Wurtemberg es sorprendido. Atúrdense y se retiran precipitadamente Weimar, Blücher, Hohenlohe y Kalckreuth. Napoleón avanza victoriosamente; ocupa á Leipsick, Wittenberg y Nassau, franquea el Elba, hace poner sitio á Magdeburgo, entra en Potsdam, visita su biblioteca, manda que le enseñen las obras de Federico el Grande, pasa á la iglesia, contempla el modesto mausoleo de aquel grande hombre, recoge la espada, el cinturón y el cordón del águila negra que solía llevar el monarca filósofo y guerrero, preciosas reliquias que destina para los inválidos de París, y entra triunfalmente en Berlin (28 de octubre, 1806), con el orgullo de quien ha destruido un ejército que pasaba por invencible, y de quien en el espacio de un año ha ocupado como vencedor las capitales de dos grandes naciones enemigas, Viena y Berlin.

Importábale acabar con los restos del ejército prusiano, que huían en el estado mas lastimoso y sin tiempo ni serenidad para reorganizarse, y ordena á sus generales, Murat, Ney, Lannes, Davout, Bernadotte, Soult y Augereau, apoderarse apresuradamente de la línea del Oder. Estos movimientos son ejecutados con la celeridad que acostumbraban los generales franceses: y el mismo 28 de octubre, un año despues de la gran catástrofe del general austriaco Mack, Hohenlohe se encuentra en la situación de aquel mismo á quien él tanto había censurado, y se ve forzado á rendirse con diez y seis mil hombres. La plaza de Stettin se entrega con sus seis mil defensores al general Lannes. Vagando andaban todavía con unos veinte mil prusianos los generales Blücher y Weimar, hasta que al fin, despues de perder seis mil en Lubeck, tuvieron que capitular y rendirse con los catorce mil restantes; y por último la gran plaza de Magdeburgo, sitiada por Ney, se entregaba con su vasto material y sus veintidos mil hombres de guarnición.

Jamás se vió una campaña ni mas fecunda en resultados ni llevada á cabo con mas habilidad, con mas fortuna y con mas rapidez. En un mes justo, del 8 de octubre al 8 de noviembre, quedó destruido, casi sin que escapase un hombre, aquel famoso ejército prusiano, última esperanza de la Europa enemiga de la Francia; un mes bastó á Napoleón para hacerse dueño de casi toda la monarquía de Federico el Grande, pues solo quedaban al desventurado Federico Guillermo algunas plazas en la Silesia, y la Prusia Oriental protegida por la distancia y por la proximidad del imperio moscovita. La batalla de Jena y la ocupación de Berlin asustaron al mundo aun mas que el triunfo de Ulma y la posesión pasajera de Viena.

Sigamos el hombre extraordinario en su asombrosa carrera: que aunque aparezca que nos separamos de la Historia de España que estamos haciendo, contando lo que tan lejos de nuestro país acaecía, es indispensable dar á conocer al poderoso conquistador de quien éramos entonces los únicos amigos, y que pronto había de volverse enemigo nuestro, si se ha de



comprender el valor, la importancia y la significación de lo que aconteció después en nuestra patria, y la influencia que tuvo en el resto de Europa, como lo que ahora narramos había de influir en la suerte de nuestra nación.

Pasión mas noble la de la gloria, ambición mas disculpable la del poder que la de la riqueza, si difícil es al avaro dar por satisfecha su codicia aunque llegue á hacerse opulento, es mas difícil todavía al hombre ávido de poder y de gloria contenerse en los límites de la moderación y de la sobriedad, cuando se siente con genio y con vigor para ensanchar mas y mas su poderío, y cuando está acostumbrado á no encontrar diques que le contengan ni obstáculos que se le resistan. Solo Dios ha podido enfrenar la soberbia de los mares trazándoles límites que no les consiente traspasar nunca.

Dueño Napoleon de todos los Estados de la península italiana, de Holanda, de la Alemania Meridional, vencidas y humilladas en tres batallas las tres grandes potencias del continente europeo, Austria en Ulma, Rusia en Austerlitz, Prusia en Jena, con un ejército victorioso y hasta ahora invencible en el corazón de Europa, hecho á derribar tronos y á repartir coronas, ¿se detendrá á sí mismo, ó habrá quien le pare en su carrera de dominación? Hay una potencia marítima que todavía no ha podido sujetar, nación poderosa que domina los mares que la separan del continente, antigua y terrible enemiga de la Francia, lazo de todas las coaliciones, y sin cuyo consentimiento en vano querrá Napoleon volver la paz al mundo, aunque el resto del mundo llegara á subyugar. Esta nación es la Inglaterra. Ya que la tercera coalición le estorbó realizar su gran proyecto de desembarco en la Gran Bretaña, concibe ahora el singular pensamiento de vencerla dominando el continente, de obligarla por tierra á volver á Francia, Holanda y España las colonias que les había arrebatado, de matarla privándola del comercio que es su vida, de cerrarle todos los puertos y todos los ríos, de dominar el mar por la tierra; y desde Berlin, donde se hallaba, da Napoleon el terrible y original decreto del *bloqueo continental* (21 de noviembre, 1806), por el que prohibía del modo mas absoluto todo género de comercio con Inglaterra, mandando confiscar toda mercancía procedente de sus fábricas, aun las que estuviesen ya almacenadas y depositadas, declarar de buena presa todo buque que hubiera tocado en puerto de la Gran Bretaña ó de sus colonias, considerar como prisionero de guerra todo inglés que se cogiera en Francia ó en los Estados sometidos al imperio, detener é inutilizar toda correspondencia por escrito con los ingleses.

Tiránico y monstruoso decreto, que no bastaba á justificar la tiranía que á su vez hubiera ejercido la Inglaterra en los mares; que espantó á Europa cuando parecia que no podría haber ya nada que la asombrase, y que mirado por unos como una extravagante medida de odioso despotismo, por otros como un presuntuoso y pueril alarde de poder, por otros como una concepción feliz de profunda política, y por otros, en fin, como una admirable locura, correspondía á lo gigantesco de todos los planes de aquel hombre. Inmediatamente expidió correos extraordinarios á los gobiernos de España, Italia y Holanda para que le diesen cumplimiento.

Mas para aislar á Inglaterra necesitaba todavía ampliar su dominación, y llevar mas allá sus armas, hasta que no quedara, como él decia, en el continente quien en diez años pudiera ser enemigo suyo. Al efecto, y como el rey de Prusia aun no se diera á partido confiando en el auxilio de los rusos, determinó avanzar hacia el Norte, quitar á Prusia la Silesia, marchar al Vístula, reconstituir, si era menester, el reino de Polonia para quebrantar así á las tres grandes potencias que se le habían repartido, batir, si era necesario, á los rusos en su propia tierra, y llegar hasta el Niemen, donde no se había atrevido á penetrar ningún guerrero. No conviniéndole dejar enemigos á la espalda, como podría serlo el Austria aunque abatida, trató de ganarla ofreciéndole devolverle la Silesia á cambio de la Gallitzia. Mas como Francisco José contestara de un modo evasivo so pretexto de que su misma debilidad no le permitía comprometerse con unos ni con otros en aquella lucha, limitóse Napoleon á quitarle todo pretexto de intervenir en la guerra, y á no emprender nada que pudiera atentar

á sus derechos, respetando la Polonia austriaca, y ocupando y sublevando solo las Polonias prusiana y rusa. Para entretener á los rusos que amenazaban la Turquía, ofreció Napoleon al sultan Selim por medio del general Sebastiani una alianza ofensiva y defensiva y el auxilio de un ejército francés. Puso en pié de guerra el ejército de Italia; tomó destacamentos de los depósitos; de Italia y de Prusia sacó muchos miles de caballos con que formó un numeroso y respetable cuerpo de caballería, propio para maniobrar en las llanuras que se proponía recorrer; con los soldados de Francia, y con los contingentes de Italia, de Holanda, y de los Estados confederados del Rin reunió cerca de seiscientos mil hombres, que distribuyó y escalonó por el ámbito de mas de la mitad de Europa; de los Estados sometidos sacó recursos para el mantenimiento de todos; hizo que la Sajonia se adhiriera á la Confederación del Rin, y la constituyó en reino; y dadas estas y otras no menos gigantescas disposiciones, ordenó á los cuerpos de Davout, Augereau, Murat y Lannes, que eran los mas descansados, que avanzasen á Polonia, donde él los había de seguir pronto, con los cuerpos de Ney, Soult y Bernadotte, la guardia y la reserva.

No tardaron en ocupar, Davout á Posen, Murat á Varsovia, cuyas ciudades recibieron con entusiasmo á los franceses mirándolos como á sus libertadores; porque los desgraciados y oprimidos polacos, víctimas de la ambición de las tres grandes potencias sus vecinas, habían aplaudido los anteriores triunfos de los soldados de la Francia, como quienes vislumbraban en ellos una esperanza de salvación, y cuando los vieron allí los saludaban con los gritos de «¡Viva Napoleon! ¡Vivan los franceses!» Pero Napoleon, si pensó seriamente en la restauración de la Polonia, exigía como condición para reconstituirla que todos los polacos se levantaran en masa, le ayudaran á conseguir nuevos triunfos, se mostraran dignos de ser independientes, y solo así proclamaría su libertad y la sostenría. Algunos, especialmente los habitantes de las ciudades, y mas señaladamente los de Posen, la población mas ardiente y entusiasta, prometieron hacer cuantos sacrificios se les exigieran para sacudir el yugo alemán que les era odioso é insostenible, y tomaban las armas y formaban batallones y escuadrones de voluntarios. No era igual el espíritu en todas las poblaciones rurales. La nobleza de Varsovia, y en general la nobleza polaca, escarmentada del éxito desgraciado de otras insurrecciones, sin dejar de alegrarse de ver á los franceses, temía arrojarle en brazos de Napoleon para recobrar una nacionalidad precaria y efímera, expuesta á desaparecer cuando el ejército francés se alejara, enclavado el país entre las tres grandes potencias dominadoras. Pero el voto mas general era sin duda el de emanciparse echándose en brazos de Napoleon, y que este les diera un rey de su familia. Sin embargo, firme en su principio de no proclamar la restauración de Polonia y darle la independencia á que aspiraba, sin que antes los polacos hicieran unánimes y heroicos esfuerzos para merecerla, desde Posen donde se había trasladado siguió obrando con una cautela que á unos pudo parecer prudencia, y á otros falta de valor ó escasa voluntad de realizar la emancipación de aquel desventurado pueblo.

Un ejército de cien mil rusos había acudido á las márgenes del Vístula, pero ocupada por los franceses la orilla izquierda desde Varsovia á Thorn, tuvo aquel que retirarse al Narew, y uniéndose á los restos del ejército prusiano. De mas de quinientos mil hombres que la Francia tenía en pié, apenas había en Polonia pocos mas de cien mil prontos á entrar en acción. Unos y otros tenían que maniobrar en medio de las lluvias y nieves del invierno, en planicies alternadas de arenas y lagos, de ríos, bosques, pantanos y lodazales. Napoleon combina las operaciones y movimientos de sus tropas; comienzan los combates, y se da la batalla de Pultusk, en que Lannes con escasos veinte mil hombres rechaza á mas de cuarenta mil rusos hasta mas allá del Narew (26 de diciembre, 1806). Situado Napoleon delante del Vístula, ordena á Lefebvre que ponga sitio á la importantísima plaza de Dantzick. Sabe Ney que el general ruso Benningsen marcha con todo su ejército hacia los cantones franceses siguiendo el litoral del Báltico, da la voz de alarma á todos los cuerpos, Napoleon proyecta arro-



jarlos hacia la mar, los persigue á todo trance, pero, informados ellos de este movimiento por un pliego interceptado, se detienen en Eylau, y allí se da la sangrienta batalla de este nombre.

Era ya el 8 de febrero (1807). Sobre un campo llano blanqueado por la nieve se descubría el ejército ruso, compuesto de mas de setenta mil hombres, con mas de cuatrocientas piezas de artillería, formado en orden de batalla. Eran los franceses menos de setenta mil hombres, con doscientas piezas. De cuando en cuando se desprendían espesos copos de nieve, que aumentaban el triste aspecto de aquel campo blanquecino, que muy pronto iba á enrojecerse con raudales de sangre y á sombreadse con los cuerpos de los muertos y de los heridos. Napoleon se situó con la guardia imperial en el cementerio que estaba á la derecha de la iglesia de Eylau, para presenciar y dirigir desde allí la batalla, como si se hubiese propuesto familiarizarse en aquel melancólico recinto con la idea de la muerte. Todas las armas de guerra jugaban á un tiempo, y todos los cuerpos y todos los hombres se movían y peleaban, á excepcion del emperador, que permanecía inmóvil en el cementerio sin dejar tampoco moverse á su guardia, pasando los proyectiles por encima de su cabeza y desgajando las ramas de los árboles bajo los cuales se hallaba. Una ráfaga de viento y aire cegó al mariscal Augereau, que con calentura había montado á caballo, y no viendo dos de sus divisiones una batería de setenta piezas enemigas que tenían enfrente, en menos de un cuarto de hora de siete mil hombres que eran quedaron mas de cuatro mil tendidos por la metralla, heridos los generales Augereau y Heudelet, y fuera de combate ambos estados mayores.

¿Dejarás, dijo entonces Napoleon á Murat, que nos trague esa gente? A estas palabras el terrible jefe de la caballería marcha al galope; reúne la formidable masa de ochenta escuadrones; cargan los primeros los dragones de Grouchy y alejan la caballería rusa; preséntase Hautpoul con veinticuatro escuadrones de coraceros, seguidos de todos los dragones en masa; precipítase sobre la infantería rusa; rechazado una vez, se lanza con mas violencia, y abriendo una ancha brecha en las filas, penetran en masa dragones y coraceros; acuchillan acá y allá á los obstinados peones; en esta confusion una batería rusa vomita metralla contra amigos y enemigos; Hautpoul es herido de muerte: Lepic con los granaderos de á caballo de la guardia se lanza en auxilio de Murat, y carga impetuosamente á los grupos en todas direcciones: cuatro mil granaderos rusos son empujados á la iglesia de Eylau y amenazan al cementerio; entonces sale á recibirlos la guardia imperial que había permanecido inmóvil, y los desgraciados granaderos rusos, cogidos entre las bayonetas de la guardia de infantería y los sables de los cazadores de á caballo, casi todos perecen ó caen prisioneros á los pocos pasos y á la vista de Napoleon. Jamás se había visto una accion de caballería ni mas terrible, ni mas sangrienta, ni mas decisiva. Jamás el ejército de Napoleon había encontrado tan obstinada resistencia. Todos estaban fatigados; la noche se acercaba y amenazaba ser espantosa. Al día siguiente se vió todo lo horroroso de la jornada. *Este espectáculo*, exclamó Napoleon conmovido, *es el mas á propósito para inspirar á los príncipes amor á la paz y horror á la guerra.* ¡Ojalá tales desastres hubieran hecho en su mismo ánimo impresiones mas duraderas en este sentido!

Aunque la batalla de Eylau había sido para él una verdadera, y en verdad bien sangrienta victoria, la circunstancia de haberle sido mas costosa que ninguna y menos decisiva que las de Ulma, Austerlitz y Jena, llenó de orgullo al presuntuoso general ruso Benningsen, que en los boletines de San Petersburgo se proclamaba casi vencedor, y para persuadirlo hizo ciertos alardes y movimientos, que pagó hartos caros. En el resto de Europa, y en Paris mismo, corrieron voces desfavorables y rumores siniestros, que Napoleon procuró desvanecer. Pero de todos modos asaltó por primera vez á los hombres la idea de que podia no ser invencible, y él mismo conoció y confesó que si le era fácil destruir á los rusos fuera de su país, en su tierra y con los obstáculos naturales y los elementos para él desventajosos de aquellos climas había de necesitar

para vencerlos de mas tiempo, de mas trabajo y de mas precauciones.

Prodigio de actividad aquel hombre y dotado de un don de atencion universal, activaba las conquistas de las plazas de la Silesia, y principalmente el sitio de Dantzick, auxiliaba la defensa de Constantinopla contra rusos é ingleses, daba consejos de administracion á los reyes de Holanda y de Nápoles, enviaba instrucciones á la emperatriz, á Cambaceres y Lebrun, para el gobierno interior de la Francia, fomentaba la hacienda, el comercio y la industria resentidas de su ausencia, despachaba los negocios de todos los ministerios cuyas carteras se hacia conducir todas las semanas, leía los diarios políticos, y hasta las sesiones de la Academia francesa, organizaba la policía, cuidaba de los colegios y de los institutos religiosos, y hasta dirimía desde allí las reyertas intestinas de los teatros. Estaba en Polonia y parecia que estaba en Francia.

Conoció lo conveniente que le seria la alianza con alguna de las tres naciones del Norte, é hizo proposiciones halagüeñas al Austria. Pero aquella corte, que ocultaba un odio profundo á la Francia, aparentando deseos de paz en medio de sus preparativos militares, solo se ofreció á ser mediadora para con las otras potencias. Napoleon aceptó esta intervencion, aunque con mucha sospecha y desconfianza del objeto que podia envolver, y sin dejar de prevenirse para la guerra. Y de tal manera se previno, que tomando la atrevida y peligrosísima resolucion de pedir á la Francia la conscripcion de 1808, cuando hacia solos cinco meses que había sacado la de 1807; llamando las tropas de Boulogne, las de los depósitos, y hasta la guardia municipal de Paris; haciendo concurrir cuerpos de ejército de Holanda, de Italia, de Suiza, de España, de Baviera, de Wurtemberg y de otros Estados alemanes, y contando con veinte regimientos de polacos, llegó á poner en pié una fuerza de seiscientos cincuenta mil hombres, teniendo cuatrocientos mil desde el Rhin al Vístula, masa formidable de guerreros, cual no se había visto en parte alguna sujeta á la voluntad de un solo hombre siglos hacia.

Felicitísimamente comenzó la primavera de 1807 para Napoleon y los franceses con la rendicion de la importante y rica plaza de Dantzick (26 de mayo). Diez y ocho mil prusianos guarnecían la plaza, reducidos á poco mas de siete mil cuando se hizo la capitulacion, despues de haber resistido casi dos meses de brecha abierta. Además de su importancia militar, sacó de ella Napoleon, como que era el gran depósito del comercio del Norte, recursos inmensos para su ejército, entre ellos trescientos mil quintales de grano y botellas de vinos superiores, que llevaron la abundancia y la alegría á los soldados. Al mariscal Lefebvre, el mas valiente, aunque el mas rudo de los guerreros franceses, le valió aquella conquista el título de duque de Dantzick, y la donacion de unas tierras con su castillo que le producían cien mil libras de renta anual. Napoleon quiso visitar la plaza; la dejó guarnecida, y tan pronto como regresó á su morada de Finkensteen se dispuso á volver á emprender la campaña para principios de junio.

Llegado este tiempo, y dirigiéndose el general ruso por el largo del Alla, al intentar pasar este rio para socorrer la plaza de Königsberg amenazada por los franceses, vióse sorprendido por Napoleon la mañana del 14 en Friedland. Empeñóse allí una de las mas famosas y memorables batallas de las guerras del imperio. Llevaba Lannes mas de siete horas defendiéndose hábil y heroicamente contra triples fuerzas rusas, cuando sus ayudantes de campo, enviados á pedir socorro á Napoleon, encontraron al emperador corriendo á galope hacia Friedland, y diciendo á cuantos encontraba: *Hoy es 14 de junio, aniversario de la batalla de Marengo, día afortunado para nosotros.*—*Daos prisa, señor*, le dice el valiente Oudinot, presentándose con el uniforme y el caballo cubiertos de sangre, *porque mis granaderos no pueden ya mas; pero con un refuerzo que me proporcioneis, arrojaré todos los rusos al rio.* Napoleon, rodeado de sus lugartenientes, pasea su anteojo por aquella llanura, y da á todos sus órdenes tan enérgicas como sucintas. El general ruso se sorprende al ver desplegarse tantas fuerzas; conoce que tiene encima todo el ejército francés, cosa que no esperaba, y vacila; la accion, sin embargo, se hace general, viva y empeñada: infantería, caballería y ar-



tillería, todo se pone á un tiempo en movimiento, y la lucha que comenzó entre dos y tres de la mañana se prolonga hasta mas de las diez de la noche: los rusos acosados y estrechados, antes que entregarse, prefieren arrojarse al Alla y ahogarse; entre ahogados, heridos y muertos iban ya veinticinco mil: ochenta cañones habian caído en poder de los franceses: en toda la línea se pronunció por estos la victoria, y los rusos se dieron á huir bajando precipitadamente por las dos márgenes del Alla.

Mientras ochenta mil franceses dirigidos por Napoleon triunfaban en Friedland, otros setenta mil mandados por Murat, Soult y Davout se apoderaban de Königsberg. La corte de Prusia se retiraba á la ciudad fronteriza de Memel, la última de aquel reino. Napoleon perseguía sin descanso al fugitivo ejército ruso hasta arrojarle detrás del Niemen, á cuyas orillas pasó el desgraciado Federico Guillermo á reunirse con el emperador Alejandro, á quien encontró tan abatido despues de Friedland como despues de Austerlitz, y sentido y quejoso de las jactancias del general Benningsen. El ejército ruso pedía la paz á voz en grito, y rusos y prusianos prorumpían acordes en denuestos contra el gobierno británico y los ingleses, motores de la guerra, y cuyos auxilios tantas veces ofrecidos no parecían, ocupados solo en expediciones contra las colonias españolas. En esta disposicion de los ánimos comenzó por una proposicion de tregua hecha por el general ruso: Napoleon la recibió bien, contestó en términos amistosos, y firmada por dos generales de ambas partes (22 de junio, 1807), fué ratificada por ambos emperadores. Dióse principio á las negociaciones de paz, y trasladado Napoleon á Tilsit con la mayor parte de sus mariscales, llamó allí á Talleyrand, cuyo parecer solía oír en estos casos.

Interesados, aun mas que Napoleon, los dos monarcas vendidos en hacer la paz, el emperador de Rusia hizo indicar al de los franceses su deseo de conferenciar con él y de explicarse de un modo franco y cordial con el hombre á quien admiraba. A ello accedió gustoso Napoleon, porque tambien deseaba conocer al joven soberano de quien tanto habia oído hablar, y esperar que habria de salir ganancioso de la entrevista. En medio del Niemen y á igual distancia de ambas orillas se colocó una gran balsa con un pabellon al lado. A la una del día 25 de junio, formados los dos ejércitos á lo largo de ambas márgenes del rio, los dos emperadores, cada uno con su brillante comitiva de príncipes y generales, llegan á un mismo tiempo á la balsa, se abrazan á la vista y en medio de los aplausos mas estrepitosos de las tropas, entran en el pabellon, y conferencian por mas de una hora. La suerte del mundo estaba pendiente de lo que en medio de un rio y bajo una tienda departieran y acordaran entre sí dos solos hombres. La historia conoce ya por documentos auténticos que se han conservado lo que pasó en aquella célebre entrevista, y lo que en las conferencias que despues tuvieron en Tilsit, hablaron y concertaron los dos poderosos monarcas que acababan de hacerse tan cruda guerra y pasaron de repente á tratarse con franca intimidad. Encontráronse acordes en culpar á Inglaterra y en achacar á su codicia y su orgullo el haberlos envuelto en una sangrienta lucha sin haberse los dos ofendido, y sin tener por qué disputar. Y explotando hábilmente Napoleon las quejas del joven Alejandro sobre la ineficacia de unos y el abandono de otros de sus aliados, persuadióle con maña del error y la inconveniencia de patrocinar intereses de amigos tan inútiles y tan envidiosos como los alemanes, y tan codiciosos como los ingleses. Respetando no obstante los compromisos de Alejandro para con el rey de Prusia, accedió á que el honrado y modesto Federico Guillermo asistiera con ellos al día siguiente á otra entrevista en el propio pabellon. Presentóle Alejandro: explicó el monarca prusiano su conducta para con Napoleon, y este á su vez, haciendo recaer toda la responsabilidad de sus desgracias sobre las intrigas de Inglaterra, hizo alarde de generosidad con aquel humillado príncipe, ofreciéndole que no sacaría las últimas consecuencias de sus triunfos; lo cual significaba que no haría borrar del mapa de Europa la monarquía prusiana.

Trasladado luego Alejandro á Tilsit, residencia de Napoleon, comiendo y paseando juntos; tratándose con la mayor

familiaridad; encerrándose á veces solos en un gabinete, con los mapas del globo desplegados sobre la mesa y en los lienzos de la habitacion; en aquellas conferencias que con razon se hicieron célebres, valiéndose Napoleon de la superioridad de su genio, y de las ventajas que su posicion le daba; llamando la atencion del joven Alejandro hacia el imperio de Oriente y halagando su juvenil imaginacion con el fácil engrandecimiento de Rusia por aquella parte obrando de acuerdo con Francia, cuyas dos naciones se podian compartir el decaído y quebrantado imperio turco; persuadiéndole de la facilidad con que entre los dos, obrando como leales aliados, podrian enfrenar la soberbia de la Gran Bretaña, que aspiraba á enseñorear y monopolizar el dominio de los mares, que pertenecian á todos; señalándole el modo cómo despues se podian repartir el continente con recíprocas ventajas, logró seducir al joven Czar, y moverle á constituirse en mediador armado de la paz con Inglaterra, bajo las condiciones que le propuso y que le parecieron equitativas, haciendo Napoleon por Alejandro lo mismo respecto á la Puerta; y si la mediacion ó las condiciones no eran aceptadas, comprometerian entre los dos á todo el continente contra la nacion que fuese discolá, y no habria nada ni nadie que pudiera resistirles. El voluble y caballeresco Alejandro llegó á enamorarse de tal modo de Napoleon y de sus planes, que con frecuencia exclamaba: «¿Qué hombre tan grande! ¿Por qué no le habria conocido yo antes? ¡Cuántas faltas no me hubiera ahorrado, y qué cosas tan gigantescas no hubiéramos hecho los dos unidos!»

Por último, despues de haber invitado Alejandro á la hermosa é infortunada reina de Prusia á que pasase á Tilsit; despues de haber recibido y tratado Napoleon á la bella princesa con la mayor consideracion y galantería, pero sin alterar un punto sus planes de distribucion, convinieron los dos emperadores, y firmaron sus respectivos plenipotenciarios (8 de julio, 1807) las célebres estipulaciones, extendidas de puño y letra del mismo Napoleon, conocidas con el nombre de Tratado de Tilsit. Varias fueron aquellas; públicas unas, secretas otras. El tratado público entre Francia, Rusia y Prusia contenia:—Que se devolveria al rey de Prusia, *por consideracion al emperador de Rusia*, la Prusia antigua, Pomerania, Brandeburgo y las dos Silesias:—Que quedarian á Francia las provincias situadas á la izquierda del Elba, para formar con ellas y el ducado de Hesse un reino llamado Westfalia, para el príncipe Jerónimo, hermano menor del emperador:—Que las provincias de Posen y Varsovia quedarian tambien de Francia, para darlas al rey de Sajonia con título de gran duque de Varsovia:—Que Rusia y Prusia reconocieran á Luis Bonaparte por rey de Holanda, á José por rey de Nápoles y á Jerónimo por rey de Westfalia, igualmente que la Confederacion del Rhin y demás Estados creados por Napoleon:—Que Rusia interpondria su mediacion para la paz con Inglaterra, y Francia la suya para la paz entre Rusia y Turquía.

En los artículos secretos se estipuló: Que se darian á los franceses las bocas del Cattaro y las Siete islas:—Que José, reconocido ya por rey de Nápoles, lo seria tambien de las Dos Sicilias, cuando los Borbones de Nápoles hubiesen sido indemnizados con las islas Baleares ó la de Candia:—Que si el Hanover se reunia á la Westfalia, se daria al rey de Prusia á la izquierda del Elba un territorio que contuviese trescientos ó cuatrocientos mil habitantes:—y por último, una alianza ofensiva y defensiva entre Francia y Rusia, comprometiéndose á guerrear contra Inglaterra y contra la Puerta, si no aceptaban las condiciones convenidas, y á intimar mancomunadamente á Suecia, Dinamarca, Austria y Portugal á concurrir á sus proyectos, y á cerrar sus puertos á Inglaterra (1). No po-

(1) Dió por primera vez el ilustre historiador M. Thiers conocimiento y noticia exacta, así de las conversaciones habidas entre los emperadores Alejandro y Napoleon, como de las verdaderas estipulaciones públicas y secretas de Tilsit, de cuyas escenas y documentos se habian hecho versiones y publicaciones inexactas y adulteradas. Asegura deber esta adquisicion á documentos auténticos y oficiales que ha podido consultar y que no eran conocidos, y muy principalmente á la correspondencia de Savary y Caulaincourt con Napoleon y de este con ellos, y tambien á unos despachos muy curiosos en que se contiene lo que la rei-



dian ligarse mas intimamente los dos soberanos. Canjeadas las ratificaciones (9 de julio), despidiéronse tierna y solemnemente los dos emperadores en presencia de las guardias imperiales, abrazáronse de nuevo á las orillas del Niemen, y Napoleon llegó á la mañana siguiente á Königsberg. Convino en aquella ciudad con el rey de Prusia en que las tropas francesas evacuarían el 21 de julio (1807) las orillas del Niemen, el 25 las del Pregel, el 20 de agosto las del Passarge, el 5 de setiembre las del Vístula, las del Oder el 1.º de octubre, y el 1.º de noviembre las del Elba. Dadas estas y otras disposiciones, el emperador tomó la vuelta de Francia, y llegó la mañana del 27 de julio á París rodeado de mas brillo que nunca, como quien se consideraba y era considerado como el dominador directo ó indirecto de casi todo el continente. Tal fué el resultado inmediato de la cuarta coalicion de las potencias de Europa contra la Francia.

¿Qué era entre tanto de España? preguntarán ya no sin razon nuestros lectores. ¿Qué era de la aliada de la república y del imperio francés? — Uno de los efectos de esta alianza fué la necesidad de defender sus colonias del Nuevo Mundo contra los ambiciosos proyectos y las expediciones marítimas de Inglaterra, envidiosa de nuestro poder en aquellas regiones. Inglaterra, que en Trafalgar destruyó nuestra mejor escuadra y nuestros mas ilustres marinos; Inglaterra, que durante la cuarta coalicion contra el imperio francés por ella promovida burló á sus aliados del Norte no enviándoles los auxilios de hombres y dinero que les habia ofrecido, vengábase de España, ya intentando promover la rebelion de sus colonias de América contra la metrópoli, ya enviando expediciones armadas para arrebatarnos aquellos dominios. Para lo primero valiése del aventurero Miranda, hijo de Caracas, revolucionario de oficio y agitador de todas las rebeliones del Nuevo Mundo, á quien suministró dinero en abundancia y una pequeña flota, con lo cual creia el infiel y venal caudillo tener bastante para alzar en masa toda la Colombia, á cuyo fin se acercó á las costas de aquel vireinato, y comenzó á introducir en el país y á inundarle de escritos y proclamas revolucionarias (abril de 1806). La lealtad de aquellos naturales le respondió con un sentimiento unánime, no solo de desden, sino de reprobacion, y los oficiales y soldados que á favor de las tinieblas de la noche se atrevieron á desembarcar quedaron todos prisioneros. Refugiado el aventurero en la Trinidad, y provisto de mayor fuerza naval por los ingleses, tentó por dos veces apoderarse de la Margarita, y ambas veces fué rechazado. Se atrevió á aventurar un golpe en Cozo y logró echar en tierra unos seiscientos hombres, pero acudiendo algunas tropas, destrozáronle doscientos, y él se vió obligado á reembarcarse precipitadamente y á dar de mano á sus temerarios designios.

De mas gravedad y de mas sensibles resultados pudo haber sido la expedicion militar que por aquel mismo tiempo enviaron los ingleses contra Buenos-Aires. Con una diestra manobra de la escuadra lograron engañar al virey, que creyó mucho mas numerosas aquellas fuerzas, y apoderarse de la ciudad (28 de junio, 1806), de que se hicieron dueños por algun tiempo. Pero hubo un intrépido y valeroso marino, oriundo de Francia, pero español de corazon, y consagrado al servicio de España desde sus primeros años, que penetrado del buen espíritu de aquellos naturales, lleno su corazon de fuego patriótico, se presentó al virey en Córdoba, se ofreció á librar la ciudad, con solos seiscientos hombres que le diese, y con los artilleros y marineros que él mandaba. Este denodado marino era don Santiago Liniers, capitán de navío, y comandante general de las fuerzas sutiles de Montevideo (1). Liniers cumplió su ofrecimiento: con aquellos seiscientos hombres, y cien mas que reunió de milicias del país, y ayudándole con su escuadrilla

el capitán don Juan Gutierrez de la Concha, se acercó á la ciudad, intimó la rendicion al comandante inglés Beresford, que la rechazó con arrogancia. Liniers avanzó, arrojó los ingleses del Retiro, y penetró en la ciudad derramando en ella la muerte. Refugiado en el fuerte Beresford, el pueblo en masa agrupado en derredor de Liniers quiso acometer la fortaleza gritando: ¡al asalto! Temeroso el inglés de la actitud de aquellas furiosas turbas, enarboló banderas blancas, y arrojó su espada desde las almenas. ¡La bandera española! gritaban no satisfechos nuestros americanos, y Beresford tuvo que izar la insignia castellana, y entregarse á discrecion con los mil doscientos hombres que tenia. Liniers le concedió una capitulacion honrosa (12 de agosto, 1806), en consideracion á no haber hecho fuego á las masas del pueblo. Ascendió el botín á mas de tres millones de pesos fuertes.

Resuelto el gobierno inglés á vengar la afrentosa humillacion sufrida en Buenos-Aires, envió mas adelante una nueva y mas respetable expedicion á las provincias del Rio de la Plata al mando del almirante Murray, fuerte de quince mil hombres de desembarco. Ocupada la colonia del Sacramento, y bloqueada por espacio de cuatro meses Montevideo, resistió esta ciudad dos porfiados asaltos de los ingleses, pero al tercero tuvo que sucumbir (febrero, 1807). Aun tardaron otros cuatro meses en preparar el ataque contra Buenos-Aires, objeto principal de la expedicion. Aprecebido estaba el valeroso Liniers y animado á resistir aunque fuese á triples fuerzas. Armado el vecindario y lleno de entusiasmo con tan digno jefe, dejóle este encomendada la defensa de la ciudad, y él salió con un cuerpo de ocho mil hombres á esperar á los ingleses en un punto por donde creyó habrian necesariamente de pasar, y con la esperanza y casi seguridad de envolver al enemigo si aceptaba la batalla. Pero el general inglés cambió de direccion, hizo á sus tropas vadear el rio, y obligado Liniers á combatir fuera de las posiciones escogidas no fué tan dichoso como esperaba en la pelea. Una noche horrible de truenos y lluvias separó á los combatientes: no se encontraba á Liniers, y creyósele muerto ó prisionero. El coronel Velasco reunió las tropas y las colocó en los puntos convenientes para la defensa de la ciudad. Liniers, separado de ellas en un momento de confusion, pasó la noche solo en el campo, á caballo, huyendo de las patrullas enemigas, hasta que, mas despejado el horizonte, al apuntar el dia pudo incorporarse á los suyos con indecible júbilo de todos.

Al fin, á la primera hora de la mañana del 5 de julio (1807), fué acometida la ciudad por todas las fuerzas inglesas; pero tropa y vecindario, compitiendo en decision y en patriotismo, recibieron á los invasores con tal lluvia de fusileria y de metralla que hacia espantoso estrago en sus columnas. «Los regimientos mandados por el mayor general Lumley (decia el general inglés Whitelock en su parte) tuvieron que sufrir desde un principio un fuego vivo y sostenido de fusileria de los tejados y ventanas de las casas. Las puertas estaban barradas de tal suerte que era casi imposible derribarlas ó romperlas: las calles cortadas por fosos profundos, y en su interior cañones que llovian metralla sobre las columnas que avanzaban... Abrasados por todos lados los cuatro escuadrones de carabineros, abandonaron el temerario empeño en que se hallaban... El resultado de la accion de este dia me habia dejado en posesion de la Plaza de toros..... y de la Residencia..... pero estas únicas ventajas habian costado ya dos mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros. El fuego que habian sufrido las tropas fué violento en extremo. Metralla en las esquinas de todas las calles, fusileria, granadas de mano, ladrillos, losas y cantos de piedra tirados desde los tejados, y cuanto el furor y la defensa halló bueno para ofendernos, otro tanto habian tenido que sufrir nuestras hileras donde quiera que dirigian sus pasos. Cada propietario con sus negros defendia su habitacion: tantas casas como habia eran otras tantas fortalezas, sin que sea ponderacion afirmar que no habia en Buenos-Aires un hombre que no estuviese empleado en la defensa..... (2).»

na de Prusia dijo, por via de desahogo, cuando regresó de Tilsit, á un antiguo diplomático digno de su confianza y amistad.—El Consulado y el Imperio, tom. VII, cap. 27.

(1) Habia nacido Liniers en Niort en 1753, y habia entrado al servicio de España y continuado constantemente en él desde 1775, en que sentó plaza de guardia marina, y se habia hallado en todas las expediciones de su tiempo hasta 1788, que siendo capitán de fragata se le destinó como tal á la armadilla de Montevideo.

(2) Parte del general inglés John Whitelock.—En el mismo sentido escribió el almirante Murray al secretario del almirantazgo.— Todo con-



Aterrado con tanto estrago el general inglés, y convencido de la imposibilidad de dominar una población por tales tropas y tales habitantes y con tal denuedo defendida, vióse forzado á capitular con Liniers, firmando un tratado en que se estipuló: la cesación de hostilidades en ambas bandas del Río de la Plata:—que los ingleses conservarían tan solo por el plazo de dos meses la fortaleza y plaza de Montevideo, pasados los cuales la entregarían en el mismo estado, y con la misma artillería, armas y pertrechos que tenía cuando hicieron la conquista:—término de diez días para el reembarco total de las tropas de S. M. Británica á la banda del norte del Río de la Plata:—mutuo canje de prisioneros, etc. (7 de julio de 1807). El general Whitelock regaló una preciosa espada al general Liniers por su caballeroso comportamiento, y el español le correspondió con cuatro cajas de preciosidades para el Museo Británico, con una hermosa perspectiva de la ciudad de Buenos-Aires. Este nuevo escarmiento arrancó á algunos diarios ingleses sentidas lamentaciones (1), en tanto que en las poblaciones de ambos hemisferios se celebraba con fiestas y regocijos públicos, y nuestros poetas cantaban á porfía las glorias de Buenos-Aires. A su heroico defensor don Santiago Liniers se le confirió el mando de todo el vireinato con el empleo de mariscal de campo, y se dió á la ciudad el bien merecido dictado de *muy noble y muy leal*. Los ingleses evacuaron á Montevideo el 13 de setiembre (1807), y no volvieron á inquietar por entonces nuestras colonias (2). Napoleon dió solemnemente el parabien á Carlos IV.

¿Sería ingenua y sincera esta felicitación? ¿Era todavía Napoleon en aquel tiempo verdadero aliado y amigo de Carlos IV y de la España, ó abrigaba ya sobre ella los pensamientos ambiciosos y hostiles que á poco tiempo de estos sucesos descubrió? ¿Cuál había sido la conducta recíproca entre el emperador de los franceses y el gobierno español desde Trafalgar á Buenos-Aires, desde la paz de Presburgo á la de Tilsit? Punto ha sido este para nosotros de difícil averiguación, no tanto en verdad por la poca conformidad que notamos en los documentos históricos, como por la falta de fijeza y la mucha variación en los pensamientos de los principales actores en este drama, causa sin duda del desacuerdo ostensible que observamos en los mismos documentos oficiales. Acaso el estudio profundo que hemos necesitado hacer nos haya conducido al descubrimiento de lo cierto en medio de estas aparentes contradicciones, bien que con la pena de separarnos en esto del testimonio de dos ilustres personajes, francés el uno y español el otro, que por su respectiva posición y especiales circunstancias parecen ser los que tenían motivos para estar mejor informados de los acontecimientos á que nos referimos, á saber, M. Thiers y el príncipe de la Paz.

Con gran aire de confianza anuncia M. Thiers, al acercarse el suceso de la invasión de España por Napoleon, que «provisito de los únicos documentos auténticos que existen, los cuales son muy numerosos, con frecuencia contradictorios, y solamente conciliables por medio de grandes esfuerzos de crítica, cree poder revelar el secreto, todavía desconocido, de los desgraciados acontecimientos de aquella época.» Y después

cuerda con el parte de Liniers al gobierno español, inserto en la Gaceta extraordinaria de Madrid del jueves 26 de noviembre de 1807. Tenemos á la vista un estado detallado de todas las fuerzas inglesas y españolas, así navales como terrestres, y de las pérdidas que tuvimos.

(1) «Cada casa, según las expresiones de la Gaceta (decía el *Daily Advertiser* de 14 de setiembre hablando del suceso de Buenos-Aires) era un castillo, y cada calle un atrincheramiento. Un pueblo decidido de esta suerte es invencible. Los españoles estaban tan animosos, que cada ciudadano era un soldado, y cada soldado un héroe. Buenos-Aires se perdió para siempre; y no es esto solo, sino que la América española es inexpugnable para lo sucesivo. El ejemplo dará valor en todas partes, y el orgullo español y el odio al nombre inglés nos cerrarán todas las costas de aquel rico continente.»

(2) En el tomo IV de la *Revista militar* se publicó un largo é interesante artículo biográfico de don Santiago Liniers, escrito por el entendido jefe de marina don Francisco de Paula Pavía, en que se dan curiosas noticias de aquel ilustre marino, así como interesantes pormenores de aquel glorioso suceso que la naturaleza de nuestra obra no nos consiente referir.

de manifestar que va á corregir á todos los historiadores que de ellos han hablado, porque ninguno ha podido conocer el secreto de las resoluciones que se adoptaban en París, «todo lo cual, dice, se halla en los papeles particulares de Napoleon depositados en el Louvre, los cuales contienen simultáneamente los documentos franceses y españoles cogidos en Madrid,» declara solemnemente que todos los historiadores que hacen remontar hasta Tilsit los proyectos de Napoleon sobre la España, *se han equivocado*. Y pasa á referir por primera vez cómo empezó Napoleon á intimar á los embajadores de España que era menester apoyara esta nación á Francia para exigir á Portugal una adhesión inmediata y completa al sistema continental, seguida de una declaración explícita de guerra á la Gran Bretaña, y que si Portugal no accedía desde luego, España previniese sus tropas para invadir aquel reino en unión con las imperiales que estaban ya preparadas (3).

En primer lugar, el ilustre historiador y ex-ministro de la Francia, que declara equivocados á todos los que hacen remontar los proyectos de Napoleon sobre la España hasta Tilsit, se olvida de que él mismo los había hecho remontar, no hasta la paz de Tilsit (julio de 1807), sino hasta la paz de Presburgo (diciembre de 1805). «Álgunas veces, había dicho M. Thiers refiriéndose á aquel tiempo (4), cuando extendía mas aun el sueño de su grandeza, pensaba en España y Portugal, en la primera de las cuales veía signos de una hostilidad oculta, y en la segunda de una hostilidad manifiesta: pero esto distaba mucho todavía del vasto horizonte de su pensamiento, y era preciso que la Europa le obligase á dar otro golpe como el de Austerlitz para expulsar completamente á la casa de Borbon. Sin embargo, es cierto que dicha expulsión empezaba á convertirse para él en idea sistemática, y que desde que se decidió á proclamar el destronamiento de los Borbones de Nápoles consideraba á la familia Bonaparte como destinada á reemplazar la casa de Borbon en todos los tronos del Mediodía de Europa.»—Y en otro lugar mas adelante (5): «Que Napoleon concibió *desde luego* la idea sistemática de destronar á los Borbones en toda Europa, es incontestable: pero aquella idea no comenzó á fijarse en su ánimo *hasta* 1806, después de la traición de la corte de Nápoles (6) y el destronamiento de aquellos reyes acordado al día siguiente de la batalla de Austerlitz.»

En segundo lugar, confiamos demostrar pronto al erudito historiador francés, no con nuestro juicio privado, sino con documentos auténticos que existen, no en los archivos del Louvre sino en los de la primera secretaría de Estado de España, que el plan de Napoleon de exigir de España la invasión de Portugal, en unión con las tropas francesas, para obligar á aquel reino á adherirse al sistema continental y á declarar la guerra á la Gran Bretaña, databa ya y estuvo muy madurado por lo menos desde la primavera de 1806, y que si entonces quedó en suspenso no debió ser otra la causa que las grandes guerras que por otro lado llamaron la atención de Napoleon.

Y estos mismos documentos nos servirán también para rectificar las inexactitudes que haciendo su propia defensa comete el príncipe de la Paz, cuando, por querer sincerarse del cargo de aspirar á ser ensalzado por Napoleon á otro mas eminente puesto del que entonces obtenía, niega resueltamente y con gran desenfado que antes de octubre de 1807 se hubiera tratado de elevarle al señorío ó soberanía de los Algarbes, ni que en la primavera de 1806 hubiera todavía imaginado Napoleon semejante proyecto, que dice no haber sido discurrido hasta mas de un año después (7).

(3) Thiers, Historia del Imperio, libro XXVIII.

(4) Historia del Imperio, lib. XXIV.

(5) En su extensa nota adicional al cap. XXIX.

(6) Que fué antes de la paz de Tilsit.

(7) Hé aquí cómo apostrofa contestando al conde de Toreno: «¿A qué puesto? ¡hombre falaz! ¡á qué altura ó á qué eminencia ansiaba yo subir por aquel medio? ¡Fué al señorío de los Algarbes, donde *pasado mas de un año* concibió Napoleon por un momento la idea de desterrarme y de quitar un grande estorbo á sus designios? ¿Qué antecedente, qué suceso ó qué motivo había en la primavera de 1806, ni aun para imaginar aquella grande intriga que el emperador de los franceses discurrió en octubre de 1807...?»—Memorias del príncipe de la Paz, cap. XXIV.



Nosotros podemos asegurar á Thiers y á Godoy, sin temor de que se nos pueda desmentir, que ya en la época que hemos designado no solo se trataba entre Bonaparte y el gobierno español de que penetraran en Portugal tropas españolas y francesas con los fines enunciados, sino que llegó casi á convenirse el modo y la forma en que se había de ejecutar la invasión: que fué objeto de acuerdo lo que había de hacerse de aquellos reyes y de aquel reino, y que una de las bases del plan era la partición de Portugal en dos mitades, una de las cuales había de darse en soberanía al príncipe de la Paz con título de rey. Cuál fuese el designio secreto de Napoleon en este plan con respecto á la suerte de España, no nos consta, ni hace ahora para este caso á nuestro propósito. Siguiéronse aquellas negociaciones por espacio de meses entre Napoleon y el príncipe de la Paz, sirviendo de intermediarios por parte del primero el ministro Talleyrand y el mariscal de palacio Duroc, y por parte del segundo don Eugenio Izquierdo, hechura y protegido del príncipe de la Paz, á quien este puso y tuvo muchos años en París, para que le sirviera de agente diplomático de confianza, aunque sin carácter oficial de ministro ni embajador: hombre instruido, hábil, mañoso y activo, bien relacionado en aquella corte (1), y modelo de fidelidad á su *venerado protector*, con cuyo título le saludaba infaliblemente en todas sus comunicaciones. Durante esta delicada negociacion, de que creemos no tuvieron conocimiento ni nuestro embajador en París príncipe de Masserano, ni el embajador francés en España Beauharnais, vino varias veces Izquierdo á Madrid llamado por el príncipe de la Paz para tratar verbalmente de un asunto, el cual esquivaban cuanto podían fiar á la pluma. Fuéles no obstante irremediable escribirse con frecuencia. Multitud de estas comunicaciones *originales* hemos tenido en nuestras manos y examinado por nuestros ojos; hemos visto el principio y progreso que llevó este negocio, pero de ellas daremos á conocer solamente aquellas que manifiestan lo adelantado que llegó á estar. Tales son los dos despachos siguientes, que bastarán para nuestro propósito.

*Izquierdo al príncipe de la Paz*

Paris, 7 de junio de 1806.

«Mi venerado protector: el 2 á las 5 de la mañana llegó el correo de Araujo con el pliego de V. E. de 26 de mayo. Como los celos del embajador inquietan todos mis pasos y el mariscal Duroc estaba en el sitio de Saint-Cloud, suspendí el verle hasta el 3 por la noche. Llevé traducidos y recopilados los artículos fijados por V. E., ejecuté cuanto me estaba prevenido, informé de nuestro miserable estado actual. Omito la conversacion, porque seis pliegos no bastarian para narrarla. El mariscal Duroc no es novicio en negociaciones: tenia bien estudiado el punto, y bien meditadas las instrucciones del emperador. El resultado hará ver á V. E. que he tenido presente lo que ahora se ha servido comunicarme y lo que me ha dicho desde que confió á mi lealtad tan grave negocio.

(1) Izquierdo había sido director del Gabinete de Historia natural. Por su talento y sus conocimientos, especialmente en ciencias naturales, había adquirido relaciones y estimacion entre los literatos y sabios de varias cortes extranjeras y en la alta sociedad de París. Tenia además una disposicion aventajada para los negocios políticos, y como era bastante sagaz, y no le ataban las formas y la etiqueta diplomática, introducíase en todas partes y tenia facilidad para saberlo todo, y para manejarse con cierto desembarazo que no hubiera estado bien á un embajador. Era á propósito para los fines del príncipe de la Paz, y lo admirable fué que Napoleon y sus ministros se entendían con él como si fuese el verdadero representante de España.

Es curioso el retrato que hacia Izquierdo del carácter de Napoleon. «El carácter del que por sí se ha elevado al trono (decía en 1804 al príncipe de la Paz), que treinta millones de almas rodean, del que ha hollado la gran nacion y deshecho la república, no se ha manifestado aun enteramente. Le desplegarán los eventos. Miras extensas, ideas profundas, concepciones políticas fuera de lo comun ocupan su mente. Su corazon desea todo con vehemencia. Aguila, leon, zorra á la vez, cuanto se opone á su voluntad es ó arrollado ó con arteria conseguido. Sospecha con facilidad, desprecia al hombre, no sacrifica á la amistad ó al amor, le es desconocida la complacencia. Es espantadizo; la menor contradiccion, la mas mínima separacion de sus ideas le irrita, le alborota; ó rompe ó disimula, nada olvida y se venga.»

Vistas mis réplicas y observaciones, dijo el mariscal necesitaba informar de ellas al emperador, y quedamos en que me comunicaria la resolucion de S. M.

El 5 recibí el adjunto papel núm. 1.º, concurri á la cita, la conferencia fué larga, y lo ventilado, como lo consentido, como lo repugnado, lo que sigue:

1.º Irán veinte mil hombres, diez mil por los Pirineos Orientales, diez mil por los Occidentales.....

2.º Afianza el emperador que ni ruso ni inglés desembarcarán en España ni en Portugal; pero si acaeciese, lo que mira como imposible, se obliga á enviar para recibirlos (se sabrá con tiempo), ó para mejor echarlos, cuantas tropas sean necesarias, y esto á su costa en un todo; pues da su garantía la mas formal de que tal invasion no costará un maravedí al erario español.

3.º Cuarenta y cinco mil españoles y los veinte mil franceses, bastarán para conquistar Portugal, que no está como en otros tiempos, y carece hoy de regimientos ingleses, de emigrados, etc.

4.º Que si las tropas de Etruria nos hacen falta, podremos llevarlas.

5.º Que el general que irá con los veinte mil franceses, no ha de estar sino á las órdenes del príncipe de la Paz.

6.º Que el emperador pagará los sueldos de estas tropas hasta que entren en Portugal, y el rey de España las mantendrá con raciones de paja, cebada, vinagre, etc., como al tiempo de firmar el artículo se individualizará.

7.º Que en entrando en Portugal, sueldos, manutencion y coste saldrán de las contribuciones que se levanten en el país.

8.º Que sean para el emperador los navíos de guerra portugueses que se encuentren en los puertos de Portugal.

9.º Que de las mercaderías de propiedad inglesa que se tomen en Portugal se dé á las tropas francesas la prorata á proporcion de su número con respecto al del ejército español.

10.º Que de empezada la guerra hasta la entera conquista de Portugal no pueda hacerse la paz.

11.º Hecha la conquista, las tropas francesas evacuarán Portugal; se les dará al salir por vía de recompensa seis meses de paga.

12.º Conquistado Portugal, la soberanía pertenecerá indivisiblemente á España; pero se dividirá en dos partes para dos príncipes reinantes, el príncipe de la Paz y el rey de Etruria, quien está en Italia aislado, y rodeado de Estados, cuyo gobierno y leyes son enteramente diferentes.

13.º Que la casa actual de Portugal sea enviada á las posesiones del Brasil.

14.º Nada quiere el emperador de las colonias portuguesas. Dice, que para apoderarse de ellas necesita de quince mil hombres, y que si tal ejército suyo pudiese ir al otro lado del mar, preferiria invadir y tomar una posesion inglesa.

15.º Desea el emperador un rincón en Guipúzcoa, el puerto de Pasages, para que la línea de límites, dice, divida mas bien los dos Estados.

»Preguntado si podia firmar estos artículos, he dicho que no, que ni tenia ni podia tener instruccion alguna concerniente á lo de Etruria y Guipúzcoa; que estos dos puntos acongojarían á nuestro gobierno; que habiendo asegurado Su Majestad Imperial nada queria para sí de las conquistas de Portugal, hacer ahora de ella una compensacion del reino de Etruria, seria manifestar miras de antemano premeditadas, y que esto seria muy sensible para nuestra corte. He añadido que á la Francia seria útil la isla de Madera, las posesiones portuguesas de la costa de Africa; me he negado absolutamente á la cesion de la mas mínima cosa nuestra; he pedido por gracia que alejen de mí tal deshonor; he suplicado que dejen tranquila á la tan digna como tan poco afortunada reina de Etruria; he expuesto, á mi parecer, cuanto convenia; se me ha respondido que mas vasallos que en Toscana tendria el rey de Etruria en las provincias Entre-Duero-y-Miño, Tras-los-Montes y Beira, dejando las de Extremadura, Alentejo y reino de Algarbe para el príncipe de la Paz; pero mi honor y mi celo me han obligado á oponerme al cambio de Etruria por las provincias mencionadas; y para que la negociacion tome otra



direccion, he dicho que las provincias de Beira y Tras-los-Montes podrian darse á la casa actual de Portugal con el título de príncipes de España ó con otro título equivalente, considerándolos como de nuestra casa real, como príncipes, ó infantes hijos de nuestros reyes, olvidando lo hecho por la casa de Braganza en 1640 y reduciéndola á lo que entonces era; que la provincia Entre-Duero-y-Miño, á causa de la costa, para defenderla de los ingleses, podria destinarse para uno de nuestros infantes, etc. Que el emperador podria disponer de las colonias portuguesas, y enviar á ellas la casa de Portugal tenia sus inconvenientes, pues ayudada, podria formar un imperio, fatal á España y dañoso á la misma Francia....

»Habiendo noticiado al mariscal Duroc que partiria un correo con motivo del rey de Holanda, me escribió ayer el papel número 2.º (el nuevamente nombrado es su suegro Hervás). Pasé á ver al mariscal Duroc, me notició que S. M. I. apreciando mis observaciones admitia las colonias portuguesas; que la línea divisoria se tiraria como España pidiese; que convendria, antes ó al tiempo de invadir Portugal, enviar al Brasil una escuadra; que el emperador tiene cinco navíos en Cádiz, que nosotros tenemos algunos, y siete ú ocho en Cartagena, y que hay la escuadra de Rochefort, navíos en Tolon y Brest, y tropas en las costas del Océano y Mediterráneo, etc....

»Si V. E. por disposicion de SS. MM. á quienes de la negociacion llevada á feliz término por V. E. resulta la conservacion de sus Estados y la gloria de reunir bajo su imperio todas las Españas, me hubiese dado instrucciones para que el rey nuestro señor tomase el título de emperador, V. E. el de rey ó príncipe de la Lusitania Meridional ó de la Extremadura Portuguesa ó de Algarbe, etc., tal vez hubiese yo conseguido todo esto....»

EUGENIO IZQUIERDO.

*Izquierdo al príncipe de la Paz*

Paris, 15 de junio de 1806.

«M. de Talleyrand, á nombre del emperador propone, para que eternamente haya alianza y union entre ambas coronas:

1.º Que el rey N. S. se declare, si gusta, emperador de las Españas y de las Indias.

2.º Que quede eternamente reunido el Portugal á España, constituyéndose el sistema federativo, al simil de Francia.

3.º Que se reparta el Portugal en dos porciones.

4.º Que una se dé al rey de Etruria con título de rey.

5.º Que se dé otra al príncipe de la Paz con título de rey igualmente.

6.º Que las provincias Entre-Duero-y-Miño, Beira y Tras-los-Montes, sean para el rey de Etruria.

7.º Que las de Extremadura portuguesa, Alentejo y los Algarbes, sean para el príncipe de la Paz.

8.º O si no, que los Algarbes, una parte de la provincia de Alentejo y otra de la Extremadura portuguesa hasta el Tajo, tirando una línea de Oriente á Poniente que rematará en Aldea Gallega, sean la suerte del príncipe de la Paz; la parte de Alentejo y de Extremadura de Portugal, que forma una faja hasta Lisboa, la guarde el rey inmediatamente á causa de esta ciudad, y que Duero-y-Miño, Beira y Tras-los-Montes, sean la suerte del rey de Etruria, quien nunca debe poseer á Lisboa.

9.º Que el reparto se haga como ahí mas convenga; pero dejando siempre al príncipe de la Paz un buen Estado que pueda gobernar por sí, aunque enlazado en el sistema federativo del imperio de las Españas.

10.º Y hecha por mí la reflexion de que, dado que España condescendiese con los deseos del emperador, el miserable socorro de veinte mil hombres cómo podria mirarse como equivalente compensacion.... ha convenido el ministro en que el emperador ayudará con cuantas fuerzas se pidan, el todo á costa, etc.

11.º Tambien ha asegurado la garantía de S. M. para todas nuestras posesiones y para Portugal.

12.º Me ha dicho de órden del emperador que la actual familia de Portugal debe ir al Brasil, y que los límites de la América Meridional se han de arreglar como España pide.

13.º En fin, me ha encargado informe prontamente de todo á SS. MM. y á V. E. para que sin pérdida de tiempo tenga este negocio una conclusion tan ventajosa á todos. Ha finalizado su discurso con este apóstrofe: «V. ama á su rey, á su patria, la defiende bien, mira por ella; V. ama al príncipe de la Paz; proporciona á su amigo una corona, á su rey y á su patria un imperio duradero, ¿qué mas puede desear? ¿significa algo la Toscana? A ello....» Así concluyó nuestro coloquio.»

La negociacion se paralizó cuando parecia tan próxima á tocar á su término, porque los tratos con Inglaterra y Rusia y la guerra de Prusia llamaron á otra parte y con mas urgencia la atencion y aun la persona del emperador de los franceses; de lo cual se lamentaba Izquierdo en sus comunicaciones ulteriores, como quien veia malogrado un negocio de tanto interés en las visperas de ser llevado á feliz remate (1). Y esto puede explicarnos el resentimiento y enojo del favorito de Cárlos IV con Napoleon, de quien antes se mostraba tan apasionado como hemos visto por su felicitacion de diciembre de 1805, y el cambio que en aquel tiempo se observó en su política, intentando que España entrara en la coalicion de Prusia y Rusia contra la Francia, y procurando hacer la paz con Inglaterra. Esto puede explicar la famosa proclama de 6 de octubre (1806), con que el príncipe de la Paz sorprendió á todo el mundo, y que nadie entonces comprendia, llamando á todos los españoles á las armas y hablándoles en son de guerra inminente contra un enemigo que no nombraba, que nadie veia, aunque se transparentaba entre la sombra del misterio.

La ruidosa proclama de 6 de octubre decia:

ESPAÑOLES:

«En circunstancias menos arriesgadas que las presentes han procurado los vasallos leales auxiliar á sus soberanos con dones y recursos anticipados á las necesidades; pero en esta prevision tiene el mejor lugar la generosa accion de súbdito hácia su señor. El reino de Andalucía privilegiado por la naturaleza en la produccion de caballos de guerra ligeros; la provincia de Extremadura que tantos servicios de esta clase hizo al señor Felipe V, ¿verán con paciencia que la caballería del rey de España esté reducida é incompleta por falta de caballos? No, no lo creo; antes sí espero que del mismo modo que los abuelos gloriosos de la generacion presente sirvieron al abuelo de nuestro rey con hombres y caballos, asistan ahora los nietos de nuestro suelo con regimientos ó compañías de hombres diestros en el manejo del caballo, para que sirvan y defiendan á su patria todo el tiempo que duren las urgencias actuales, volviendo despues llenos de gloria y con mejor suerte al descanso entre su familia.... Venid, pues, amados compatriotas; venid á jurar bajo las banderas del mas benéfico de los soberanos; venid, y yo os cubriré con el manto de la gratitud, cumpliéndooos cuanto desde ahora os ofrezco, si el Dios de las victorias nos concede una paz tan feliz y duradera cual le rogamus. No, no os detendrá el temor, no la perfidia: vuestros pechos no abriga tales vicios, ni dan lugar á la torpe seducccion. Venid, pues, y si las cosas llegasen á punto de no enlazarse las armas con las de nuestros enemigos, no incurrireis en la nota de sospechosos, ni os tildareis con un dictado impropio de vuestra lealtad y pundonor por haber sido omisos á mi llamamiento.

»Pero si mi voz no alcanzase á despertar vuestro anhelo de gloria, sea la de vuestros inmediatos tutores ó padres del pueblo á quienes me dirijo, la que os haga entender lo que debeis á vuestra obligacion, á vuestro honor, y á la sagrada religion que profesais.—EL PRÍNCIPE DE LA PAZ.»

*Circular á las autoridades sobre el mismo asunto.*

Muy Sr. mio:

«El rey me manda decir á V. que en las circunstancias presentes espera una gran prueba de su lealtad y eficacia en el im-

(1) Archivo del ministerio de Estado: Correspondencia entre Izquierdo y el príncipe de la Paz: Año 1806.—Hay varias cartas en este sentido.



portante asunto que se le encomienda relativo al sorteo y alistamiento general para el aumento del ejército. S. M. no se dará por contento de los esfuerzos de V. mientras no pasen de la línea ordinaria que se acostumbra seguir en tales casos, ni yo podré disimular la menor tardanza ó flojedad en el cumplimiento de este importantísimo servicio. Se necesitan medios y caminos extraordinarios para conseguir sus buenos efectos. Convendrá, entre otros muchos, significar á los curas párrocos en nombre del rey, que S. M. cuenta muy especialmente con su cooperacion para levantar el espíritu nacional, y que los señores obispos los sostendrán en los oficios que practicare al intento, procurando tambien excitar á los ricos para que ayuden y se presten á los sacrificios necesarios que exigirá la guerra, una vez llegada á realizarse. De la misma manera convendrá que V. se entienda oportunamente con la nobleza para excitar su aliento generoso, sin dejar de hacerle presentir que se trata en el día de la conservacion de su estado y de sus ventajas sociales, no menos que del interés de la corona y de la guarda de la monarquía.....»

Diremos mas. No nos arrogamos gran mérito porque creamos haber hallado la clave con que se explican las alteraciones y mudanzas que se advierten á menudo en las relaciones entre Napoleon y Godoy, encontrándolos, ora amigos al parecer íntimos y estrechos, ora mutuamente recelosos, ora desviados ó tibios, ora en fin enojados, y á veces prontos á romper como enemigos, á veces fáciles á reconciliarse de nuevo. Porque la clave es sencilla. Redúcese á que, necesitándose mutuamente para sus fines el emperador francés y el ministro español, no obstante el poder infinitamente superior del primero, en tanto que se encontraban recíprocamente complacientes mostrábanse amigos galantes: la menor exigencia ó antojo de Napoleon no satisfecho por Godoy le volvía receloso y desconfiado: si Bonaparte, como mas poderoso, le significaba su disgusto, dejaba entrever enojo, ó prorumpía en abierta amenaza, el príncipe de la Paz tornaba á su sistema de complacencias, hasta degenerar á veces en sumision, y volvían á darse señales ostensibles de amistad. La política seguía el rumbo de estas evoluciones, y en los escritos se ve impreso el sello de estas mudanzas, que parecen contradicciones incomprensibles si no se estudia la ocasion en que fueron dictados, pero que dejan de serlo distinguiendo los tiempos y sondeando las causas.

En 4 de diciembre de 1805, recientes los triunfos de Napoleon en Ulma y Austerlitz, el príncipe de la Paz felicitaba al victorioso emperador de la manera hiperbólica que antes hemos visto. ¿Qué movía al príncipe de la Paz á congratular de este modo á Napoleon? El resto de la carta lo descubre. «A pesar de mis deseos de hallar, señor, una ocasion de dar á V. M. I. y R. el parabien por sus victorias, no me hubiera atrevido hasta el regreso á Paris de la persona conocida de V. M. (1), y esto por el intermediario de quien ella se ha valido hasta ahora: pero un suceso de la mayor importancia, y que me es imposible ocultar á V. M., porque tiene ó puede tener relacion con otros que son objeto de sus miras, me impone el deber de presentarle mis respetuosas felicitaciones y mis homenajes.» Y procedía á denunciarle una trama de la mayor gravedad que decia haberse estado urdiendo entre la reina de Nápoles y la princesa de Asturias su hija, trama que ponía diariamente en peligro la vida de sus soberanos y la suya propia, pero que felizmente habia sido descubierta por la sagacidad de la reina. Y concluía diciendo que no confiaría el secreto sino á una sola persona en el mundo, al Gran Napoleon, que le habia prometido defenderle contra todos sus enemigos exteriores é interiores.

No juzgamos ahora de la verdad ó inexactitud del hecho

(1) Esta persona no podia ser otra que Izquierdo, que habia sido llamado á Madrid por el príncipe, segun el siguiente párrafo de una carta escrita en 14 de julio de 1805, en que le decia lo siguiente: «Para esto convenia nuestra entrevista; calcule V. si es posible, y propóngala con solicitud de algunas luces que puedan orientarme mas de lo que expresa la pluma...—Devuélvame V. esta carta, pues no debe existir en noticia de otros, y por supuesto no dejo copia.»—Archivo del ministerio de Estado —Año 1805: Correspondencia diplomática.

gravísimo que denunciaba en esta carta el valido de los reyes: ya nos vendrá pronto la ingrata tarea de dar cuenta de las ruidosas intrigas que por este tiempo se agitaban dentro del Real Palacio: ahora solo le citamos como uno de los que pueden explicar las causas que movían al ministro de Carlos IV á dirigir tan exagerados plácemes á Napoleon, como de quien esperaba proteccion contra sus enemigos internos y externos. Napoleon aprovechaba este protectorado y las lisonjeras demostraciones de adhesion del ministro español para sacar de la empobrecida España auxilios de dinero, como antes habia sacado auxilios de naves. Y cuando quiso restablecer la quiebra del Banco de Francia y su arruinado tesoro, aunque ya con el rompimiento entre Inglaterra y España habia cesado la obligacion del subsidio al imperio francés que nuestro gobierno habia contraído, todavia sacaba un crédito contra España, segun unos de sesenta millones, segun otros de setenta y dos millones de francos, procedente de atrasos y del abastecimiento de granos hecho por el imperio para suplir á la escasez de nuestras cosechas. La reclamacion de tan gruesa suma al gobierno español produjo largas contestaciones entre ambos gabinetes (2). Al fin, aparentando Napoleon respetar la penuria del tesoro español, privado por los ingleses del recurso de las flotas de Indias, y agotado por los gastos de la guerra y por la desgraciada administracion interior, hizo virtud de la necesidad, conformándose, en obsequio á la amistad que le unia con su buen aliado Carlos IV, con percibir la módica cantidad de veinticuatro millones de francos de la caja de Consolidacion de Madrid, y así se efectuó, segun convenio celebrado en Paris con Izquierdo (10 de mayo, 1806) de acuerdo y con autorizacion del príncipe de la Paz. Suma en verdad relativamente pequeña, si se compara con los sacrificios pecuniarios que Napoleon exigía á las naciones que conquistaba ó que vencía; pero enorme é insoportable en el estado miserable en que nuestra nacion y sus rentas públicas se encontraban entonces.

Hacemos justicia á Godoy y á Izquierdo, reconociendo haberse conducido como buenos españoles en lo de rechazar la cesion del puerto de Pasajes, que Napoleon, so pretexto de intentar atacarle los ingleses, exigía ó demandaba á cambio de otras concesiones. Pero es lo cierto que esta plausible negativa no fué la causa de que no se consumase aquella negociacion, puesto que el gobierno francés se hizo sin duda cargo de la injusticia y de la ofensa que envolvía aquella demanda, y vistas las contestaciones de Godoy en Madrid y de Izquierdo en Paris, confiesa el mismo príncipe de la Paz que «no se volvió á hablar mas del puerto de Pasajes.»

Repentinamente y de improviso se ve, á muy poco de esto, cambiar de todo punto la política del ministro favorito de Carlos IV para con la Francia. El que dirigió aquella gratulatoria al vencedor de Austerlitz, el que le confiaba sus cuitas como á protector de quien esperaba el remedio, se convierte de pronto en enemigo de Bonaparte, quiere que España entre con Rusia y Prusia en la cuarta coalicion contra el imperio francés, entabla tratos para esto con el ministro ruso baron de Strogonoff, discurre cómo obrar de concierto con Inglaterra sin que esta union suene en notas diplomáticas, calcula que confederándose de este modo el Occidente con el Norte, resentida el Austria, descontenta Nápoles y enemiga la Suecia, Napoleon no podrá resistir al peso de tantas fuerzas reunidas, confía en que á un llamamiento suyo se levantarán los españoles en masa para guerrear contra el gran dominador de Europa, y antes que el temor haga á Carlos IV desechar definitivamente el proyecto de su ministro, apresúrase este á publicar, casi sin el régio beneplácito, la famosa proclama de 6 de octubre (1806).

La proclama causó universal sorpresa, llamando desde luego la atencion que no estuviese firmada por el rey, y sí solo por el príncipe de la Paz. Sin embargo, en esta circunstancia y en la de no nombrar en ella al enemigo mostró Godoy al-

(2) La marcha de este negocio, que aquí no hacemos sino apuntar, se contiene en varios legajos de correspondencia oficial y privada, que existen y hemos visto y leído, en el Archivo del ministerio de Estado, el mas rico depósito que conocemos de documentos de aquella época.



guna prevision, pues en el caso de salir fallido el golpe, la una podía salvar al soberano, la otra permitía señalar el enemigo que mas conviniera para desenojar á Napoleon, como así hubo necesidad de hacerlo. La ocasion no pudo ser mas inoportuna ni mas fatal. La proclama llegó á manos de Bonaparte precisamente cuando acababa de destruir el ejército prusiano y de hacer rodar por los campos de Jena la corona de Federico Guillermo (14 de octubre), principal base y esperanza de la nueva política de Godoy. Leyó Napoleon con desdenosa sonrisa el documento de España, reservándose responder en su día, de la manera que él acostumbraba hacerlo, al reto imprudente que se le hacia del extremo occidental de Europa. Y como al propio tiempo llegase á España la noticia del triunfo de Jena, aterróse el autor de aquella malhadada obra, comprendió todo el compromiso en que su ligereza le ponía, y apresuróse á hacer que los agentes españoles en las cortes extranjeras publicaran en los diarios oficiales que aquel llamamiento y aquellas prevenciones eran motivadas por la presencia de una escuadra inglesa en las aguas del Tajo con tropas de desembarco en actitud de amenazar á España. Noticioso tambien del mal efecto que habia causado en los altos círculos de París, mandó á su agente Izquierdo que inmediatamente partiera á Alemania, y no parara hasta encontrar á Napoleon y hablarle personalmente y persuadirle en su nombre de aquello mismo. Fingió el agraviado creer en esta interpretacion; pero eran demasiado terribles sus iras para que esto bastara á tranquilizar al tímido Carlos IV, y así para desenojarle no solo desmandó la guerra, sino que despachó un embajador extraordinario á felicitar á Napoleon por sus nuevos triunfos, y á disculpar el paso temerario del 6 de octubre. Todo fué otra vez sumision y humildes condescendencias. Se obedeció el célebre decreto del bloqueo continental expedido en Berlin, y se reconoció á José Bonaparte como rey de Nápoles.

¿Qué fué lo que indujo al príncipe de la Paz á ese cambio tan súbito como completo de su política respecto á Napoleon, cambio que se simboliza en la felicitacion de 4 de diciembre de 1805 y la proclama de 6 de octubre de 1806? Al decir del príncipe en sus Memorias, la causa principal de sus desavenencias con Napoleon fué la resistencia que aquel opuso á aprobar el destronamiento del rey de Nápoles, hermano de Carlos IV, y á reconocer como rey á José, hermano de Napoleon, sobre lo cual cuenta las empeñadas polémicas que sostuvo con el embajador francés Beauharnais (1). El príncipe de la Paz, á quien hasta ahora hemos hecho justicia en cosas en que otros se la han negado, nos permitirá que en este punto dudemos un poco de la sinceridad de su relato. Decémoslo, porque cuando él dirigió á Napoleon la felicitacion de 4 de diciembre, ya sabia que el destronamiento de los reyes de Nápoles era una cosa resuelta por el emperador de los franceses, y bien reciente estaba aquella sentencia pronunciada en Viena: *No hay remedio; la reina Carolina dejará de reinar en Italia*. Es mas: cerca de tres años hacia que entre Napoleon y Godoy habia completa conformidad en el odio á aquella reina y en mirarla como enemiga. Cuando en 2 de enero de 1805 escribió el emperador á la reina de Nápoles aquella célebre y amenazadora carta, en que le decia que á la primera guerra que por su causa se moviese, ella y su posteridad cesarian de reinar, y sus hijos vagarian por Europa mendigando el sustento por las casas de sus parientes, Napoleon mandó trasmitir copia de ella al príncipe de la Paz, advirtiéndole en la nota que se le pasó, que era para él solo, y para que viese por ella cuán bien conocia aquella reina, y lo predispueto que contra ella estaba (2).

(1) Memorias, cap. XXIV.

(2) «Que la reine de Naples (decia la nota) ayant écrit l'Empereur, en a reçu la reponse ci-jointe, qui est pour le Prince de la Paix seul, qui y verra combien l'Empereur est indisposé contre cette princesse, et combien il la connoit...» Archivo del ministerio de Estado: Correspondencia entre Napoleon y el príncipe de la Paz.

En esta misma nota es en la que le decia, entre otras muchas cosas de importancia política, que si por parte de España se ejecutaba lo que él proponia, el príncipe podía contar siempre con su estimacion y con su apoyo contra sus enemigos interiores y exteriores.—«Enfin, que l'Empereur a lieu d'espérer beaucoup de son zèle; et que dans ces trois mois le prince de la Paix peut s'acquérir un appui et une protection puissante et une grande estime de la part de l'Empereur, ou se perdre entièrement dans son esprit; qu'il faut qu'il ait de matelots et qu'ils soient soldés; qu'alors dans tous les temps le prince aura appui contre ses ennemis intérieurs et extérieurs.»

En junio de aquel mismo año le avisaban de París que poseian copia de una carta de la princesa de Asturias á su madre la reina de Nápoles, en que se revelaban los proyectos de las dos contra el príncipe de la Paz (3). El 28 del mismo mes, en una nota desde Plasencia, decia Napoleon: «Independiente de los negocios de Portugal, ¿no seria posible reparar la tontería que se ha hecho de dejar llevar una princesa de Nápoles á España, que, á lo que parece, gobernará un día arbitrariamente aquel reino (4)?» Y á su vez el príncipe de la Paz contestaba á Izquierdo, que era el conducto de esta correspondencia: «Está bien expresada la confianza con que respondí al emperador sobre la enemistad de la princesa; todo está segun deseaba, y cual me prometia del talento de V.... (5).»

¿Cómo, pues, con estos antecedentes, pudo sentir el príncipe de la Paz el destronamiento de los reyes de Nápoles, y sentirlo hasta el punto de hacerlo causa de rompimiento con el emperador de los franceses, con quien además negociaba al poco tiempo la adquisicion de una soberanía?

Comprendemos que opusiera al reconocimiento del rey José aquella resistencia ostensible que bastara á salvar legal y oficialmente el decoro y la dignidad del trono y del monarca español, siendo su hermano el despojado de la corona de Nápoles, y que el ministro cubriera las formas que á su cargo y á su gratitud y obligaciones para con el rey cumplian. Lo demás pugna con la verosimilitud. Otra pues debió ser la causa natural del súbito cambio de la política del ministro español, y esta causa no pudo ser sino haberse frustrado por entonces la negociacion, ya tan adelantada, sobre invasion y particion del reino lusitano.

Oidas, y al parecer aceptadas por Napoleon las explicaciones sobre aquella proclama y aquel armamento, valiéndose hábilmente del nuevo acto de sumision de la corte española para diversos fines que á la sazón le convenian. Y como se hallase entonces en Polonia preparándose para la nueva campaña que pensaba emprender contra Rusia en la primavera de 1807, á cuyo efecto habia determinado reunir en el Elba un ejército de sesenta mil hombres alemanes, holandeses é italianos, pidió tambien al gobierno español un cuerpo auxiliar de quince mil hombres, con lo cual, al tiempo que ponía á prueba su lealtad dándose aire de agradecido, desmembraba aquella fuerza de España para lo que en lo sucesivo le pudiera convenir, y aumentaba con ella el contingente de su ejército de observacion de entre el Rhin y el Vístula. ¿Qué le podia negar entonces el gobierno español? Inmediatamente se dió orden para que pasaran los Pirineos diez mil hombres de nuestras mejores tropas, que unidos á los cinco mil que de antes teníamos, de acuerdo con Napoleon, guarneciendo la Toscana, componian los quince mil hombres pedidos, y desde luego fueron todos llevados á las márgenes del Elba. Mandaba la division española el marqués de la Romana. De este modo el príncipe de la Paz que dos meses antes habia tenido la audacia de desafiar, aunque embozadamente, á Napoleon, y de unirse con Rusia y Prusia para hacerle la guerra, enviaba al norte de Europa tropas españolas que ayudaran á Napoleon á derrotar los rusos y prusianos.

Un error lleva á otro error, y una flaqueza arrastra á otra flaqueza. Entre las cláusulas del célebre tratado de Tilsit estipuladas por los emperadores de Francia y Rusia, era una el reconocimiento de José Bonaparte como rey de las Dos Sici-

te et une grande estime de la part de l'Empereur, ou se perdre entièrement dans son esprit; qu'il faut qu'il ait de matelots et qu'ils soient soldés; qu'alors dans tous les temps le prince aura appui contre ses ennemis intérieurs et extérieurs.»

(3) «On previent le prince de la Paix qu'on a la copie d'une lettre de la princesse des Asturies à sa mere la reine de Naples. Elle lui écrit, à l'occasion de la dernière maladie du roy d'Espagne, que dans la demieure qui suivrait la mort du roy le prince de la Paix serait arrêté; qu'elle et son mari sont résolus à cette démarche.»—Ibid.

(4) «Independamment des affaires de Portugal, ¿ne serait-il pas possible de reparer la sottise qu'on a faite de laisser mettre une princesse de Naples en Espagne, qu'à ce qui paraît, gouvernera un jour arbitrairement l'Espagne?»—Plaisance le 9 messidor an 13.

(5) Original del príncipe de la Paz, 14 de julio, 1805.—Archivo del ministerio de Estado: Correspondencia entre Izquierdo y Godoy.



lias, cuando á los Borbones de Nápoles se los indemnizara con las islas Baleares, pertenecientes á la corona de España. Así se comenzaba ya á disponer de las posesiones españolas, sin que al gobierno español le quedara aliento para protestar y reclamar contra semejante atentado de usurpacion. Al contrario, hecha la paz de Tilsit, recelosos Carlos IV y su ministro favorito de no haber hecho todavía lo bastante para desenojar á Napoleon, quisieron felicitarle solemnemente por sus últimos triunfos; y como si para esto no bastasen ni el embajador acreditado príncipe de Masserano, ni el agente diplomático del príncipe de la Paz don Eugenio Izquierdo, ni los dos juntos, enviaron con gran aparato y con carácter de embajador extraordinario al duque de Frias. Mas no tardó en significar á todos tres, que lo que importaba y convenia mas que las enhorabuenas era llevar á efecto el bloqueo continental, intimidar á la Gran Bretaña con un concurso enérgico de esfuerzos, y sobre todo obligar á Portugal á separarse de la alianza inglesa, á cerrar enteramente el comercio británico y á expulsar á los ingleses de Lisboa y de Oporto, ó de lo contrario apoderarse de aquel reino, para lo cual era menester que España preparase sus tropas, como él tenia ya prevenidas las suyas; y en este concepto hizo tambien su intimacion al señor de Lima, embajador de Portugal, diciéndole que esperaba una respuesta categórica de su corte. A todo esto siguieron pronto órdenes para la reunion de un ejército de veinticinco mil hombres en Bayona, cuyo mando confirió al general Junot, que ya conocia el Portugal, como embajador que habia sido en Lisboa.

Vése pues á Napoleon en el otoño de 1807 volver á los pensamientos y proyectos que sobre Portugal y España habia ya concebido y tratado en la primavera de 1806. Suspendidos entonces por las causas que hemos apuntado, otros nuevos sucesos, en el Norte tambien de Europa, le inducen ahora á tomar una resolucion definitiva respecto del Mediodía. Inglaterra, que ha desoido las proposiciones de paz hechas por el emperador de Rusia con arreglo al convenio de Tilsit, ha desafiado al continente enviando una expedicion naval al Báltico, ha intimado á los daneses la entrega de su escuadra, bombardeado por espacio de tres dias y tres noches á Copenhague, y causado horribles destrozos en la ciudad. El inaudito atentado de los ingleses contra la inocente Dinamarca excita una indignacion general en Europa. La corte de Rusia estrecha su alianza con Napoleon, el cual le anima á apoderarse de la Finlandia y le alimenta la esperanza de obtener las provincias del Danubio. Decidido ya Napoleon á continuar la guerra contra la Gran Bretaña, concluye un arreglo con Austria, reorganiza la escuadrilla de Boulogne, prepara una expedicion sobre Sicilia, y resuelve acelerar la invasion de Portugal. Al efecto forma otro cuerpo de ejército que denomina segundo cuerpo de observacion de la Girona, para apoyar al que en Bayona habia puesto ya al mando del general Junot, destinado á invadir el reino lusitano. Los designios que Napoleon abrigara entonces sobre España podrían ser objeto de conjeturas mas ó menos verosímiles, de cálculos mas ó menos fundados, pero eran todavía desconocidos, y á nadie los habia él revelado, si por acaso los tenia formados ya. Cualquiera que fuese su ulterior pensamiento, España aparecia entonces una potencia aliada del imperio, y que de acuerdo con el emperador enviaba sus fuerzas unidas á las de Francia para obligar á Portugal á cerrar su comercio á Inglaterra y á expulsar á todos los ingleses de Lisboa y de Oporto, y en caso de resistencia apoderarse de consuno del reino, para entenderse despues Napoleon y Carlos IV. En este sentido, y queriendo Napoleon proporcionar en Portugal un Estado que sirviera de indemnizacion á los reyes de Etruria hijos de Carlos IV, porque le convenia no dejar en Italia ningun Borbon, y que no quedara allí Estado que no perteneciese al imperio, volvió otra vez al antiguo proyecto de la particion de Portugal, tratado antes y casi convenido con el príncipe de la Paz y con Izquierdo. Y llamado este diplomático al palacio de Fontainebleau, donde Napoleon se hallaba, y con arreglo á las instrucciones que habia recibido de Godoy, convínose y se firmó el 27 de octubre (1807) el famoso *Tratado de Fontainebleau*, que contenia las estipulaciones siguientes:

1.<sup>a</sup> La provincia de Entre-Duero-y-Miño con la ciudad de Oporto se dará en toda propiedad y soberanía á S. M. el rey de Etruria con el título de rey de la Lusitania Septentrional.

2.<sup>a</sup> La provincia del Alentejo y el reino de los Algarbes se darán en toda propiedad y soberanía al príncipe de la Paz, para que las disfrute con el título de príncipe de los Algarbes.

3.<sup>a</sup> Las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa quedarán en depósito hasta la paz general, para disponer de ellas segun las circunstancias y conforme á lo que se convenga entre las dos altas partes contratantes.

4.<sup>a</sup> El reino de la Lusitania Septentrional será poseido por los descendientes de S. M. el rey de Etruria hereditariamente, y siguiendo las leyes que están en uso en la familia reinante de S. M. el rey de España.

5.<sup>a</sup> El principado de los Algarbes será poseido por los descendientes del príncipe de la Paz hereditariamente, siguiendo las reglas del artículo anterior.

6.<sup>a</sup> En defecto de descendientes ó herederos legítimos del rey de la Lusitania Septentrional, ó del príncipe de los Algarbes, estos países se darán por investidura por S. M. el rey de España, sin que jamás puedan ser reunidos bajo una misma cabeza, ó á la corona de España.

7.<sup>a</sup> El reino de la Lusitania Septentrional y el principado de los Algarbes reconocerán por protector á S. M. el rey de España, y en ningun caso los soberanos de estos países podrán hacer ni la paz ni la guerra sin su consentimiento.

8.<sup>a</sup> En el caso de que las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa tenidas en secuestro, fuesen devueltas á la paz general á la casa de Braganza en cambio de Gibraltar, la Trinidad y otras colonias que los ingleses han conquistado sobre la España y sus aliados, el nuevo soberano de estas provincias tendria con respecto á S. M. el rey de España los mismos vínculos que el rey de la Lusitania Septentrional y el príncipe de los Algarbes, y serán poseidas por aquel bajo las mismas condiciones.

9.<sup>a</sup> S. M. el rey de Etruria cede en toda propiedad y soberanía el reino de Etruria á S. M. el emperador de los franceses.

10.<sup>a</sup> Cuando se efectúe la ocupacion definitiva de las provincias de Portugal los diferentes príncipes que deben poseerlas nombrarán de acuerdo comisarios para fijar sus límites naturales.

11.<sup>a</sup> S. M. el emperador de los franceses sale garante á Su Majestad el rey de España de la posesion de sus Estados del continente de Europa situados al Mediodía de los Pirineos.

12.<sup>a</sup> S. M. el emperador de los franceses se obliga á reconocer á S. M. el rey de España como emperador de las dos Américas, cuando todo esté preparado para que S. M. pueda tomar este título, lo que podrá ser, ó bien á la paz general, ó á mas tardar dentro de tres años.

13.<sup>a</sup> Las dos altas partes contratantes se entenderán para hacer un repartimiento igual de las islas, colonias y otras propiedades ultramarinas de Portugal.

14.<sup>a</sup> El presente tratado quedará secreto, será ratificado, y las ratificaciones serán canjeadas en Madrid veinte dias á mas tardar despues del dia en que se ha firmado.

Fecho en Fontainebleau á 27 de octubre de 1807.—DUROC.—IZQUIERDO.

Como se ve, el tratado de Fontainebleau de 27 de octubre era una modificacion del que quedó en suspenso en junio de 1806 (1). Inmediatamente se dió orden á Junot para que avanzase sobre Portugal.

(1) Otra vez insiste Thiers en su tema (dedicando á esto solo un largo apéndice de su obra) de que, único poseedor de los documentos históricos de esta época relativos á España, está en el caso de corregir y rectificar á todos los escritores que le han precedido; de que él solo ha podido conocer la verdad de los hechos, y esto, dice, á fuerza de indagaciones, de estudio, de fortuna, y de años enteros de meditacion. Y nos cuenta las perplejidades y vacilaciones que por espacio de tres años le han atormentado, hasta que á costa de desvelos, de cavilaciones, de coitejos, de discursos y de esfuerzos de crítica ha logrado descubrir la verdad. Y esta verdad peregrina se reduce á que Napoleon no pensó en España y Portugal hasta despues de la paz de Tilsit, que antes de los sucesos de Copenhague solo pensó en cerrar los puertos de Portugal á la



Pero hemos llegado al gran suceso de la invasion de nuestra Península, que pronto se complicó con los ruidosos acontecimientos del Escorial y de Aranjuez. Hacemos pues aquí alto, porque antes de entrar en la narracion de estos importantísimos hechos tenemos que considerar cuál habia sido la marcha y cuál era la situacion interior del reino en tanto que tales cosas habian acontecido fuera, y cuando á otras tan sorprendentes y trascendentales estábamos abocados.

## CAPITULO XV

### Gobierno del príncipe de la Paz.—Situacion económica del reino

DE 1800 Á 1807

Enorme deuda ocasionada por las guerras anteriores.—Nuevas causas de nuestra penuria.—Calamidades públicas: epidemias; siniestros: años estériles.—Respiro que deja la paz marítima.—Deuda que se fué amortizando.—Medidas económicas.—Oficinas de Fomento.—Sus trabajos extraordinarios.—Aumento de pagas al ejército y marina.—Obras públicas.—Provisiones en favor de los labradores, cosecheros y panaderos.—Introduccion de granos extranjeros en España.—La compañía de asentistas.—Célebre contrato con M. Ouvrard.—Surtido de nuestros mercados, y destruccion de acaparadores y logreros.—Nueva guerra con la Gran Bretaña, y nuevos apuros del tesoro.—Enajenacion de la séptima parte de los bienes del clero.—Loterías extraordinarias.—Nuevas contribuciones.—Falta de provisiones para nuestras escuadras.—Quejas y exigencias del gobierno francés.—Larguezas del español.—Empréstitos de Holanda.—Historia y vicisitudes de las liquidaciones de estos contratos.—Total de la deuda de España en aquel tiempo.—Estado de la agricultura, del comercio y de la industria.—Idem de nuestra marina.—Causas de su decadencia.—Vindicacion de España, é impugnacion de los errados asertos é injustos cargos de un historiador francés.

Prosiguiendo la historia de la marcha administrativa de este reinado, tal como la fuimos ya haciendo en varios de los capítulos anteriores, y la cual dejamos suspensa en el VIII, al apuntar el siglo XIX y al ponerse por segunda vez al frente de la gobernacion del Estado como primer ministro el príncipe de la Paz, completaremos ahora la reseña económica que allí y desde aquella fecha dejamos pendiente. Aunque la responsabilidad de la buena ó mala administracion de la hacienda pública toca mas directamente á los que tienen á su inmediato cargo la direccion de este ramo, y el príncipe de la Paz cuida de advertir en diferentes lugares de sus Memorias que él no tenia parte en el manejo de estos negocios, y no eran ciertamente en los que mas se hacia sentir su iniciativa, sin embargo, ni era ajeno á ellos, ni dejó de manifestar muchas veces pensamientos ó ideas que podian ser provechosas ó nocivas, ni la marcha política de un Estado puede dejar de influir grandemente en su situacion económica, ni puede menos de alcanzar una parte no pequeña de alabanza ó de censura de los aciertos ó errores en todos los ramos de la gobernacion al que por su especial posicion y su mayor influjo da movimiento é imprime una direccion á la máquina del gobierno.

Vimos ya en el último de aquellos capítulos cuál era el estado fatal de nuestra hacienda al terminar el año 1799, á que alcanzaba nuestro exámen; estado que confirmaban las Memo-

Gran Bretaña, que despues ideó partir el Portugal con la España, que los sucesos del Escorial le tentaron á mezclarse á viva fuerza en los negocios de la Península, que no confió absolutamente á nadie sus pensamientos, que fluctuó mucho en lo que habia de hacer de los Borbones españoles, y que poco á poco se fué decidiendo por el destronamiento.

Hay aquí dos cuestiones que no deben confundirse: una, la del destronamiento de los Borbones y la traslacion de su hermano José al trono de España; otra, que es anterior, la de la invasion de Portugal en union con España y la reparticion de aquel reino. Una y otra las supone Thiers posteriores á la paz de Tilsit, de donde las hace arrancar. Respecto á la segunda podrá, como ya hemos indicado, tener razon, aunque nos reservamos nuestro juicio para cuando tratemos el asunto. Respecto á la primera, hemos demostrado con documentos auténticos que se trató antes, mucho tiempo antes de la paz de Tilsit; que esto lo hemos averiguado sin el trabajo de tres años de meditacion y sin poseer los papeles del Louvre; y que si se dudase todavía de ello, en lugar de dos solos documentos auténticos que hemos presentado, no tenemos dificultad en comprometerlos á presentar gran número de ellos igualmente autógrafos.

rias de los ministros del ramo. En el resumen de la que dos años despues presentó al rey una persona, conocedora ya entonces de la materia, y que mas adelante se vió en posicion de acreditarlo mas, á continuacion del cuadro demostrativo de los gastos, ingresos, existencias y déficit de los años anteriores, se decia: «Pero no bien se habia salido de las calamidades de la guerra continental, cuando se emprendió la marítima contra Inglaterra, la cual disminuyó enormemente los ingresos de las rentas por la interrupcion del comercio, y por lo que impide la venida de los caudales de las Américas.—Así, habiendo ascendido en dicho año (1795) las entradas en la tesorería á 675.057,881 reales, y en cada uno de los sucesivos á solos 478 157,208; y los gastos desde 1,117.255,589 reales á 1,442.690,423, ha resultado un déficit anual de 820.000,000, que hasta 1801 importó 4,000.000,000; cantidad en que se puede valuar el coste de la guerra, sin contar los enormes desembolsos que la pérdida del papel moneda ha ocasionado, originada del atraso de pago en los réditos, y de la suspension de las extinciones.

»Por manera, que trayendo á un punto todas las partidas referidas, la guerra de nueve años ha costado al erario mas de siete mil millones de reales; y si bien hasta el año 1795 se hallaron recursos capaces de satisfacer los gastos de la corona, crecieron en los sucesivos las dificultades por la responsabilidad y peso de las deudas anteriores, por la pobreza de todas las clases, por la heroica resistencia de V. M. á aumentar contribuciones, y por la ruina del crédito; de modo, que á pesar de las mas activas diligencias, y de las reformas mas severas en los gastos de administracion; á pesar de las negociaciones emprendidas con casas extranjeras sobre los fondos de las colonias, de los recargos que dictó la necesidad, y que la prudencia hizo que recayesen sobre los pudientes, y de las medidas eficaces para consolidar la extincion del papel moneda, conteniendo su demérito; nos hallamos en el día con una deuda consolidada de mas de 4,108.520,721 reales en la Península, con otra acaso igual en las Américas, y con un descubierto en partidas corrientes de 720.000,000 de reales, á las cuales son acreedores las clases mas privilegiadas del Estado, las mas dignas de atencion, las que han sacrificado su quietud y su sangre en servicio de V. M., las que han aprontado sus caudales para alivio del erario, las que viven de sueldo, y que no teniendo mas arbitrio para sostenerse que sus empleos, perecen en la miseria por falta de consignaciones; y aumentando créditos sobre créditos y deudas sobre deudas, embarazan el tesoro público para la paga, y hacen llegar hasta los individuos mas miserables del Estado los efectos de la penuria y del descrédito.»—Y al terminar su Memoria decia: «Aunque los ingresos del erario puedan ser mayores en lo sucesivo por lo que proporcionarán el comercio y la abundancia consiguiente á la paz, y por los mayores productos de las colonias, nunca pueden ser tan grandes que basten á cubrir todas las necesidades; y mucho menos en los años primeros: porque los pueblos agotados con las calamidades pasadas necesitan tiempo para reponerse, y para animar la reproduccion de las riquezas, con utilidad del tesoro (1).»

En efecto, á las calamidades de la guerra se agregaron las de la peste, que comenzó azotando y diezmando la rica y comerciante ciudad de Cádiz, arrebatando en poco tiempo la muerte siete mil trescientas ochenta y siete personas, con la circunstancia notable de que las cinco mil ochocientas diez fueron varones (2). Al tiempo que aquella epidemia se exten-

(1) Don José Canga Argüelles, oficial que era entonces de la Secretaría de Hacienda, ministro del ramo que fué despues.—*Memorias sobre nivelar en tiempo de paz los ingresos y los gastos del erario español*, escrita de orden superior.

Por esta misma Memoria se ve que el gasto de la Real Casa correspondia, con respecto á los ingresos, á 18 por ciento; el del ministerio de Estado á 2; el de Hacienda á 29; y el de Guerra y Marina á 47.

(2) Por suplemento á la Gaceta de Madrid del martes 28 de octubre de 1800 se publicó una *Descripcion de la enfermedad epidémica que tuvo principio en la ciudad de Cádiz, su origen y propagacion*, etc.

Precisamente en aquella dolorosa y aflictiva situacion fué cuando el almirante inglés Keith y el general Albercomby se acercaron á la plaza con poderosa escuadra, pidiendo la entrega de las naves de la Carraca y



dia por el litoral del Mediodía, otra de diferente índole affigia las provincias interiores de las Castillas; en términos de tener que suspenderse el curso académico en algunas universidades, como las de Salamanca y Alcalá, para evitar los peligros de la aflicción de los jóvenes; y en los pueblos de la Carlota y la Carolina se estableció un cordon sanitario riguroso para impedir bajo las mas graves penas toda comunicacion con la Andalucía Baja, no permitiendo entrar ni salir á persona alguna (1). Y no fueron de este solo género las calamidades. En 30 de abril de 1802, reventó el famoso pantano de Lorca llamado de *Puentes*, obra costosísima del reinado anterior, asolando y destruyendo la parte baja de la ciudad llamada Puerta de San Ginés y casi todo el arrabal de San Cristóbal, haciendo estragos dolorosos y horribles en personas, animales, casas, sembrados y plantíos, cuyos daños, fuera de los personales, se calcularon en 24 á 30 millones. Unidas las pérdidas de esta catástrofe á los gastos de la guerra de Portugal, aunque corta, á la escasez de las cosechas de algunos de aquellos años, y á las calamidades públicas, no bastaban á remediar tantos infortunios ni las bondades del rey que con mano liberal distribuía auxilios de subsistencias y aun de medicamentos á los pueblos mas affigidos, ni las suscripciones á que generosamente se prestaban los particulares, ni los esfuerzos de la junta de socorros, que en verdad los hizo grandes para enjugar las lágrimas de tantos affigidos.

Y sin embargo, la paz marítima con la Gran Bretaña después de una guerra costosísima de seis años, aunque de mas breve duracion aquella de lo que hubiera sido de desear, dió un respiro á la nacion, y se le proporcionó tambien al gobierno para hacer frente en lo posible á tantos quebrantos. Sobre venir con mas facilidad, merced á esta feliz coyuntura, las flotas de América, fué muy acertado poner al Consejo á la cabeza de la comision gubernativa de consolidacion de vales reales y demás negocios de la deuda del Estado, y muy oportuna la providencia de aquel de suprimir las cajas de descuento y satisfacer sus acciones á los prestamistas, con que llegó á tomar el papel en el mercado un valor hasta entonces desconocido. Ello es que en diciembre de 1802 resultaba amortizada la suma de 200.000.000 de reales, pequeña en cotejo de la enorme deuda del tesoro, pero grande, atendido el corto tiempo trascurrido y el estado tan miserable de la hacienda, y que algo atenuó la afflicción pública.

A este resultado cooperaron diversas otras medidas que se tomaron en este tiempo, tales como el reglamento para la redencion de los censos perpetuos, la entrega de todos los fondos de pósitos á disposicion de la Direccion de provisiones, el arancel de los servicios pecuniarios que habian de hacerse por las gracias al sacar que se concedieran con destino á la consolidacion de vales, las reglas para la coleccion y administracion de una anualidad de las dignidades y beneficios vacantes destinada á la extincion de los mismos, el recurso de las loterías, de los depósitos judiciales, de quiebras y concursos aplicados al propio objeto, y otras semejantes provisiones (2). Fué una novedad, notable para aquel tiempo, y novedad útil, la

la de la isla y ciudad de Cádiz, á cuya intimacion dió el capitan general y gobernador don Tomás Morla, convaliente él mismo de la epidemia, aquellas dignas y vigorosas respuestas, de las cuales fué la última la siguiente, que movió al almirante británico á volver proas á Gibraltar: «Señores generales de tierra y mar de S. M. B.: escribiendo á VV. EE. la triste situacion de este vecindario, á fin de excitar su humanidad para separarlo del estrépito de las armas, no me pude imaginar que jamás se creyera flaqueza y debilidad semejante procedimiento; mas por desgracia veo que VV. EE. han interpretado muy mal mis expresiones, haciéndome en consecuencia una proposicion, que al mismo tiempo que ofende al que se le dirige, no hace honor al que la profiere. Estén Vuecencias entendidos de que si intentan lo que proponen, tendrán ocasion de escribirme con mas decoro, pues estoy que las tropas que tengo el honor de mandar harán los mas terribles esfuerzos para granjearse el aprecio de VV. EE., de quienes queda su mas atento y afecto servidor. —Cádiz 6 de octubre de 1800.»

(1) «Pues se debe mirar á los contraventores, decia la real cédula (28 de octubre, 1800), como asesinos del género humano y enemigos de toda sociedad.»

(2) Coleccion de pragmáticas, reales cédulas, etc., del reinado de Carlos IV: años 1801 y 1802.

creacion de *Oficinas de Fomento*, las cuales, entre otras cosas, entendieron en la estadística que se mandó formar en 1801, y se publicó en 1802, de los bautismos, matrimonios y defunciones, con expresion de sexo, edad, naturaleza, oficio ó profesion, enfermedad y otras circunstancias, que se contenian en nueve estados ó formularios á que habian de arreglarse en las tablas que se remitieron, á fin de conocer en todo tiempo el estado de la poblacion y las causas que contribuian á aumentarla ó disminuirla (3). De mayor utilidad aun pudo ser la estadística de frutos y manufacturas que tambien se mandó formar, primera de esta clase en la Península, y que si bien imperfecta, como tenia que ser en el principio, demuestra el valor que se empezaba á dar á los datos estadísticos, y que continuada habria podido conducir á establecer la equidad en los impuestos, y producir otras ventajas y resultados de reconocida utilidad (4).

Si bien en 1803 se amortizó menor suma de vales relativamente al año anterior, pues solo se cancelaron unos 250.000.000, consistió mucho, ya en el aumento de pagos que por las nuevas ordenanzas se estableció para el ejército y marina, ya por la escasez de las cosechas, y ya principalmente por el subsidio en metálico á Francia en sustitucion del contingente de navíos armados que reclamaba Bonaparte, como medio de mantener nuestra neutralidad entre Francia é Inglaterra. Lo extraño es que en medio de las nuevas angustias que las calamidades y los compromisos de una política que ahora no calificaremos nos creaban, hubiera todavía aliento para emprender, á favor de una paz precaria, y puede decirse que problemática, algunas obras públicas de caminos y puertos (5), bajo la direccion de un cuerpo de ingenieros, aunque incompleto y á estrechos límites reducido, que se formó y se puso á cargo de don Agustín de Betancourt, y que puede considerarse como el anuncio y principio del que con otros elementos y sobre mas ancha y sólida base habiamos de ver mas adelante establecido.

Para ver de alentar el comercio y la industria nacional en medio de tantas escaseces, se acordó eximir de toda clase de derechos y declarar libre el tráfico y circulacion de los productos y manufacturas de los dominios españoles de Europa, Asia y América, y dar facilidad á la introduccion de materias extranjeras de que careciamos y eran necesarias para fomentar la fabricacion en nuestro suelo, al mismo tiempo que se prohibia absolutamente la entrada de artefactos extranjeros de algodón, seda, lino, y otras semejantes materias, siquiera disgustasen estas disposiciones á la potencia que el gobierno mostraba mas interés en mantener contenta y amiga, y siquiera los resultados no respondiesen ni á los buenos deseos ni á los ventajosos fines que de ellas con arreglo á las ideas mercantiles de aquel tiempo esperaban y se prometian (6).

No puede dudarse del celo y afan con que procuraba el gobierno remediar en lo posible la escasez de cereales que affigia á los pueblos, no ya solo por la falta ó cortedad de las cosechas, sino por los manejos de los monopolistas y acaparadores, plaga que por lo comun suele venir tras la esterilidad, y ser no menos duro azote que ella. A extinguir unas y otras se encaminaban multitud de providencias que registramos, dictadas en el sentido propio del sistema económico de la época y con la rudeza de la forma de los gobiernos absolutos. Comenzóse por obligar á los cosecheros y cualesquiera otros tenedores de granos á vender al precio corriente á cualesquiera que lo solicitasen todo lo que no necesitaran para la siembra ó para el sustento de su familia, bajo la pena de perdimiento de todo lo que tuviesen (7). Continuóse por mandar que en todos los pueblos del reino sin distincion, en que se temiese que, ó por la escasez de la cosecha ó por la subida de los precios, faltasen

(3) Reales órdenes de 17 de mayo y 27 de setiembre de 1801.

(4) Los trabajos de aquella dependencia estaban ya muy adelantados cuando sobrevino la invasion francesa, que les impidió ver la luz, é inutilizó el fruto que de ellos hubiera podido recogerse.

(5) De este número fueron, la continuacion de las obras del canal imperial de Aragon, de los puertos del Ferrol y Tarragona, de las calzadas á Leon, Burgos, Torquemada y Trillo, y otras de igual género.

(6) Real cédula de 6 de noviembre de 1802, cuyas prescripciones hemos tenido ya ocasion de dar á conocer.

(7) Real cédula de 11 de noviembre de 1802.



granos para la sementera ó para el abasto de pan de cada vecindario, se retuviera la parte necesaria de los que se hubieren pagado ó se debiesen pagar por diezmos, fuesen eclesiásticos ó laicales (1). Y como se elevasen representaciones, quejas y consultas por parte de varios personajes, y se dudase si estaban comprendidos los granos procedentes de tercias reales, de noveno, excusado, encomiendas, etc., á todo contestó el rey con estas lacónicas palabras: «Ninguna clase de diezmos he querido exceptuar de mi resolución, comprendida en la cédula de 8 de setiembre, y así lo he mandado.»

Prohibióse rigurosamente la exportacion, y se abrieron nuestros puertos á la introduccion de granos extranjeros, que fué de lo que provino una de las mas enormes deudas que contrajimos con la Francia, la cual se encargó del abastecimiento de granos á nuestra Península, y añadió ese crédito mas al del subsidio estipulado en el tratado de neutralidad. Para surtir á cada pueblo segun sus necesidades formóse además con real aprobacion en Madrid una compañía de capitalistas y casas de giro, de la cual habian de recibir los ayuntamientos el grano que pidiesen, á los precios establecidos, por coste y costas, á pagar en el acto ó en un corto plazo; y se prescribían reglas sobre el modo como los pueblos habian de hacer los pedidos, verificarse la entrega, realizarse los pagos, las operaciones de conduccion y distribucion, etc. (2).—En armonía con estas medidas, y atendida la influencia que tienen siempre los precios del grano y del pan con los de los demás artículos de consumo, diéronse varias providencias sobre la tasa de comestibles, y se expidieron diferentes órdenes con penas y multas para que las personas acaudaladas, y los dueños de fondas, hosterías y otros establecimientos no pudieran pagarlos sobre el precio establecido, para evitar los perjuicios que de ello habrian de resultar al público (3). Y por otro lado tambien se discurrían y se mandaban plantear medios y recursos para el mantenimiento de los jornaleros en la temporada rigurosa del invierno, ya excitando la caridad y la filantropía de los prelados, cabildos y otras corporaciones y personas pudientes, ya mandando á las justicias que promovieran obras públicas para alimentar, ocupar y entretener tantos brazos ociosos y necesitados (4). Esfuerzos todos que demuestran el buen deseo de los gobernantes, pero ineficaces para el remedio de la penuria y miseria que aquejaba los pueblos, y que nacia de mas hondas raices, y no provenia solamente de causas naturales sino tambien de causas políticas y administrativas, irremediables unas, no exentas de culpa y error otras.

Entre ellas debe sin duda contarse los pingües, los enormes sueldos y emolumentos que de atrás venían disfrutando los ministros, consejeros y otros altos funcionarios del Estado, acumulando además cargos y empleos, y percibiendo las retribuciones y los gajes señalados á todos y á cada uno de ellos. De 15 á 24,000 pesos era la dotacion de las secretarías del despacho, 6,000 pesos el sueldo de cada consejero, que con los gajes (5), los cuales en cantidad determinada se aplicaban como parte de sueldo, ascendía el de cada consejero á 134,776 reales. Había de este modo quien reunía por sus cargos 20,000 y hasta mas de 40,000 pesos de haber; cantidades que hoy nos parecerían exorbitantes y desproporcionadas, pero que lo eran infinitamente mas en aquellos tiempos, atendida la diferencia de las condiciones económicas de la vida (6).

(1) Real cédula de 8 de octubre de 1803.

(2) Circulares de 11 de julio y 6 de agosto de 1804.

(3) Edictos de 20 de diciembre de 1803, 26 de enero y 31 de marzo de 1804.

(4) Circulares de 7 de octubre de 1803, y 17 de setiembre de 1804.—Fundóse tambien en este tiempo, bajo los auspicios de Carlos IV, el hospital de mujeres incurables denominado de Jesus Nazareno, y á este tenor otros establecimientos de beneficencia y caridad, en Madrid, Barcelona y otros puntos.

(5) Los gajes consistían en lo que se daba por *casa de aposento*, y eran 8,000 rs., y para *luminarias y cera de la Candelaria*, á saber, 5,976, y sumaban 14,776.

(6) En 18 de agosto de 1793 se pidió de real orden al Consejo una noticia de los sueldos que percibían por la tesorería mayor los señores consejeros, y se formó á consecuencia el siguiente estado:

Ello es que no habiéndose acertado á remediar la carestía, continuando los logreros y atravesadores, á pesar de todas las mencionadas providencias, en su sistema de ocultacion de granos, y esperando forzar de este modo á la subida de los pre-

|                                                                                                                                       | Rvn.    | Mrs. | Rvn.    | Mrs. |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|------|---------|------|
| El señor conde de Aranda, decano de este Consejo, por sueldo y emolumentos correspondientes á esta plaza. . . . .                     | 134,776 | »    | 254,776 | »    |
| Idem como capitán general de los reales ejércitos empleado. . . . .                                                                   | 120,000 | »    |         |      |
| El señor duque de la Alcudia como consejero, por sueldo y emolumentos. . . . .                                                        | 134,776 | »    | 803,176 | »    |
| Idem como primer secretario de Estado y del Despacho. . . . .                                                                         | 480,000 | »    |         |      |
| Idem como capitán general de los reales ejércitos. . . . .                                                                            | 120,000 | »    |         |      |
| Idem como sargento mayor de guardias el sueldo de capitán. . . . .                                                                    | 60,000  | »    |         |      |
| Idem por franquicia. . . . .                                                                                                          | 8,400   | »    | 444,776 | »    |
| El señor don Antonio Valdés como secretario de Estado y del despacho de Marina. . . . .                                               | 400,000 | »    |         |      |
| Idem por emolumentos de la plaza de consejero de Estado. . . . .                                                                      | 44,776  | »    | 324,776 | »    |
| El señor don Jerónimo Caballero por emolumentos de consejero idem. . . . .                                                            | 14,776  | »    |         |      |
| Idem como decano del Consejo de Guerra, con el sueldo que gozó de secretario de Estado y del despacho de la Guerra. . . . .           | 310,000 | »    | 339,305 | »    |
| El señor conde de la Cañada por sueldo y emolumentos de consejero. . . . .                                                            | 134,776 | »    |         |      |
| Idem como gobernador del Consejo de Castilla, incluso el sueldo de la plaza de camarista. . . . .                                     | 204,529 | »    | 333,305 | 14   |
| Idem el señor marqués de Bajamar por el sueldo y emolumentos de consejero de Estado. . . . .                                          | 134,776 | »    |         |      |
| Idem como gobernador del Consejo de Indias. . . . .                                                                                   | 198,529 | 14   | 224,776 | »    |
| El señor don Manuel Antonio Florez por sueldo y emolumentos de consejero de Estado. . . . .                                           | 134,776 | »    |         |      |
| Idem como teniente general empleado. . . . .                                                                                          | 90,000  | »    | 224,776 | »    |
| El señor conde del Asalto idem en todo como el antecedente. . . . .                                                                   |         |      |         |      |
| El señor conde de Campomanes el sueldo que gozó como gobernador del Consejo de Castilla, incluso el de ministro de la cámara. . . . . | 264,529 | »    | 279,305 | »    |
| Idem por gajes y emolumentos de tal consejero de Estado. . . . .                                                                      | 14,776  | »    |         |      |
| El señor conde de Altamira por gajes y emolumentos de consejero de Estado. . . . .                                                    |         |      | 202,276 | »    |
| El señor duque de Almodovar por sueldos y emolumentos de consejero idem. . . . .                                                      | 134,776 | »    |         |      |
| Idem como mayordomo mayor que fué de la señora doña María Ana Victoria. . . . .                                                       | 67,500  | »    | 134,776 | »    |
| El señor conde de Colomera por sueldo y emolumentos de consejero idem. . . . .                                                        |         |      |         |      |
| El señor marqués del Socorro idem en todo. . . . .                                                                                    |         |      | 136,096 | »    |
| El señor don Eugenio Llaguno Amirola, secretario de este Consejo, con honores, sueldo y emolumentos de consejero idem. . . . .        | 134,776 | »    |         |      |
| Idem como ministro consejero primer rey de armas del orden del Toison. . . . .                                                        | 1,320   | »    |         |      |

Madrid 19 de agosto de 1793.

Y se añadía:

*Comisiones y sueldos del señor Galvez.*

|                                                         |         |
|---------------------------------------------------------|---------|
| Secretaría, sueldo y mesa. . . . .                      | 400,000 |
| Gobierno del Consejo de Indias, 18,000 ducados. . . . . | 198,000 |
| Presidente de la compañía de Filipinas. . . . .         | »       |
| Superintendente de Almaden. . . . .                     | »       |
| Superintendente de la Real hacienda de Indias. . . . .  | »       |
| La parte de comisos legítimos. . . . .                  | »       |

*Señor Grimaldi.*

|                                                                                  |         |
|----------------------------------------------------------------------------------|---------|
| Sueldo, 12,000 escudos. . . . .                                                  | 120,000 |
| Gratificación para mesa, 18,000 escudos. . . . .                                 | 180,000 |
| Idem para que se pudiese mantener con mas decencia otros 18,000 escudos. . . . . | 180,000 |
| Papeles del conde de Montarco. . . . .                                           |         |



cios (propio manejo de los que en tales casos acostumbraban á especular con la miseria pública), detentadas y sin circulación las existencias, diestros aquellos en quitar de las manos lo que venía en cargamentos extranjeros para esconderlo en sus paneras, y no muy celosos ni activos muchos ayuntamientos para proveerse de los depósitos establecidos por la compañía de negociantes, y voces maliciosas que con fundamento ó sin él se esparcen siempre contra esta clase de empresas, todo contribuía á aumentar la penuria, á predisponer al pueblo, con la idea horrible del hambre, contra los ministros y contra el Consejo, de quien procedían inmediatamente las providencias, y á prepararle á las sublevaciones y los tumultos, bien que incluyendo también en sus quejas, así á la empresa de provisiones de Madrid y sus sucursales en las provincias, como á los logreros y acaparadores, cuya participación en el mal nadie desconocía (1). La aplicación del producto de las ventas de memorias y obras pías al surtido de las cillas, la retención de la quinta parte de todos los diezmos, la reducción del voto de Santiago por aquel año á una mitad, y otras medidas de esta índole, excitaban el disgusto y la murmuración de los partícipes en diezmos, y principalmente del clero; contra los autores de ellas, representándolos como los causantes de todos los males, y más señaladamente al príncipe de la Paz, contra quien estaba ya prevenido, así porque el cargo y la responsabilidad de los males públicos recaen siempre en primer término sobre el que en primer término se halla al frente del gobierno del Estado, como porque la memoria indeleble de su rápida elevación y la odiosidad que en España sigue siempre á las privanzas y á los validos, abría fácil entrada á la irritación y al encono contra el personaje en cuyo descrédito se trabajaba. Los enemigos que tenía dentro y fuera de palacio explotaban también aquella versión para representarle el culpable del hambre que amenazaba, y hacerle más odioso y acabar de excitar contra él las pasiones populares.

Y sin embargo no quiso el gobierno adoptar las medidas de rigor que aconsejaba y proponía al rey el gobernador del Consejo, conde de Montarco, para averiguar las existencias, inquirir quiénes fuesen los detentadores de los granos, castigarlos ejemplarmente, y residenciar al propio tiempo á las justicias, enviando para ello comisarios régios revestidos de especial jurisdicción y amplias facultades. Lo que se hizo fué apelar al medio siguiente.

Hallábase en Madrid el famoso M. Ouvrard, el director de la compañía francesa titulada: *Reunion de comerciantes*, que era la que entonces hacía con el gobierno de la república todos los negocios y operaciones del tesoro (2), el hombre acaso más notable que se ha conocido por su genio fecundo, emprendedor y especial en materia de recursos y de grandes especulaciones, en vastas operaciones de crédito, y en abarcar para sus combinaciones todos los grandes mercados del mundo. Era ya el gran provisionista de la Francia, el abastecedor de su ejército y marina, y el que había sacado ya de grandes apuros á su gobierno. A este hombre singular, que tanta celebridad ha adquirido en la historia económica, acudió el príncipe de la Paz para salir del que entonces afligía la España. Prestóse pronta y fácilmente Ouvrard á celebrar un contrato con los ministros, el Consejo y la junta de provisiones, por el cual se obligaba á surtir el reino de cereales, hasta la cantidad de dos millones de quintales, mayormente de trigo de buena calidad, á precio de 88 reales quintal, que con el derecho de extracción impuesto por la Francia subía á 104 reales, poniéndolo en nuestros puertos y trasportándolo á los mercados del interior, facilitando los pueblos de su cuenta los bagajes. A cambio de este servicio se dió al gran asentista el privilegio de extraer los pesos duros de nuestras colonias americanas al precio de 3 francos 75 céntimos, que en España,

Francia y Holanda valían cuando menos 5 francos; ganancia exorbitante, pero ciertamente bien merecida, si Ouvrard tenía la fortuna de traer del nuevo al antiguo mundo aquellos metales burlando la vigilancia de los cruceros ingleses; y España renunciaba de buen grado á la cuarta parte de su riqueza de América á trueque de realizar y asegurar las tres cuartas partes, y remediar al propio tiempo la miseria que padecía el reino (3).

Este último objeto se consiguió cuanto era posible; pues tan pronto como se tuvo noticia del contrato, y antes que llegaran á nuestras costas los cargamentos hechos por cuenta de monsieur Ouvrard, ya comenzaron los mercados del interior á verse surtidos de grano, los almacenes se fueron abriendo á competencia, las paneras se franqueaban, y los precios fueron descendiendo sucesivamente en dos terceras partes (4). Se vió pues manifestamente que la escasez había sido menos real que facticia, y muchos especuladores, en vez de las enormes ganancias que se habían prometido, sufrieron grandes pérdidas, y algunos se arruinaron.

Mas estos eran remedios parciales y momentáneos, y sobre los atrasos que de antes venía padeciendo el tesoro, la guerra que de nuevo nos declaró la Gran Bretaña (5) vino á ponernos en mayores apuros y más invencibles conflictos. Pues si bien cesó la obligación del subsidio que nos habíamos comprometido á satisfacer á Francia durante la neutralidad, y de que aun estábamos en descubierto, en cambio hubo necesidad de mantener en pie de guerra fuerzas considerables marítimas y terrestres; fué menester armar y proveer hasta cuatro escuadras, y multitud de barcos ligeros y fuerzas sutiles, para atender á la guarda y defensa del litoral de la Península y de las dilatadas é inmensas costas de ambas Indias. A estas atenciones hubo que destinar los fondos que habían de servir para seguir amortizando los vales reales, teniendo que sostener el crédito con aumento de hipotecas y con nuevos valores. Se obtuvo del papa la facultad de enajenar la séptima parte de las fincas de la Iglesia, con las mismas condiciones que la venta de los bienes de memorias y obras pías, dando en equivalencia al clero inscripciones ó láminas con el interés de tres por ciento anual, que fué un gran paso en el sistema de desamortización eclesiástica iniciado en el reinado anterior y proseguido en este. Pasados algunos meses se abrió un empréstito de 100 millones de reales (29 de junio, 1805), repartidos en cincuenta mil acciones con el interés anual de cinco y medio por ciento, reembolsable todo en ocho años. Se empleó el medio, entonces muy en uso, de las loterías extraordinarias. Se arbitró la subvención temporal de uno y medio por ciento del valor de los géneros y frutos que se extrajesen ó se importasen de países extranjeros, así en los puertos de España como en los de Amé-

(3) La combinación que el gran provisionista discurrió para hacer llegar á Europa los pesos de Méjico á pesar de las escuadras inglesas, era ciertamente ingeniosa y propia de su gran cabeza. Habiendo, como había, capitalistas holandeses que tenían al mismo tiempo casas de giro en Holanda y en Inglaterra, concibió la idea de interesarlas de modo que conviniera al ministro Pitt dejar venir cierta cantidad de plata, asegurando todavía á su compañía una ganancia de consideración. También contrató con los americanos libres, para que á favor de su neutralidad fueran ellos mismos á buscar pesos á las colonias españolas para traerlos á Europa. Mas á pesar de su actividad y de sus ingeniosas combinaciones, los apuros del tesoro francés, del español, y de la Reunion de comerciantes, á que tenía que atender simultáneamente, eran tan apremiantes, que no consentían esperar el resultado de especulaciones tan lejanas. Los pesos no llegaron en tanta cantidad ni tan á tiempo como aquellas necesidades exigían, y de aquí los compromisos en que por largo tiempo se vieron, así los gobiernos francés y español, como Ouvrard y su compañía. Y como Napoleon veía que continuaban los apuros del tesoro, y él acostumbraba entonces á liquidar *more turquesco*, después de muy vivas contestaciones con Ouvrard y su compañía, acabó un día por arrestarle en Vincennes, y más tarde le llevó á Santa Pelagia, donde pasó cinco años como deudor del tesoro. Pero más adelante tuvo que ponerle en libertad, y concluyó por valerse de él para que le proporcionara recursos.

(4) Llegó á ponerse la fanega de trigo á sesenta reales, á cuarenta la de centeno, y la de maíz á treinta.

(5) La brutal declaración de guerra á España, la llama, no sin razón, un historiador extranjero.

(1) En muchos puntos llegó á faltar el surtido hasta para el panadero diario, y en otros subió el valor del trigo al asombroso precio de 400 reales fanega.

(2) Formaban esta compañía Ouvrard, Desprez y Vaulemberghe. Desprez era el encargado del descuento de los valores del tesoro; Vaulemberghe del suministro de víveres; Ouvrard se había reservado para sí las grandes especulaciones.



rica. Se autorizó á la caja de Consolidacion para admitir al rédito anual de tres por ciento las cantidades que libremente se quisieran imponer en ella, recibiendo por capital efectivo una tercera parte de su importe, y las otras dos en créditos liquidados y corrientes contra la tesorería mayor, prescribiendo reglas así para el reembolso de los capitales como para la negociación de los créditos. Y á pesar de la repugnancia de Carlos IV á establecer nuevas contribuciones, se impuso: 1.º un tres y un tercio por ciento sobre los frutos que no pagaban diezmo: 2.º media anualidad de los productos de capellanías laicales en cada nuevo nombramiento que se hiciese: 3.º un tres y un tercio por ciento sobre los productos de las donaciones de la corona á manos muertas: 4.º un arbitrio de cuatro maravedís en cada cuartillo de vino que se consumiese en el reino (1).

Y á pesar de tan extraordinarios esfuerzos, ni el ejército podía estar vestido, pagado y alimentado como correspondía, ni las escuadras provistas de las dotaciones y de los víveres que habian menester, que la guerra hacia necesarios, y que el gobierno aliado de la Francia no recomendaba solamente, sino que porfiadamente exigía. Diarias eran sus quejas sobre la falta ó escasez de provisiones de nuestras naves, y sobre lo incompleto y tardío de sus aprestos para las combinaciones en que á ella le convenia emplearlas, y para los movimientos y operaciones que su gobierno ordenaba y disponia, sujetos nuestros marinos por el tratado de París á obedecer las órdenes del emperador ó del ministro de Marina del imperio. Verdad es que Francia solia anticipar y suministrar fondos para la provision, armamento y equipo de nuestras naves; pero esto mismo iba formando un crédito, que unido al de los cargamentos de trigo, y al del subsidio por la neutralidad aun no satisfecho, aumentaba enormemente la deuda de España, y dió lugar y pie á prolijas é incesantes reclamaciones de parte del emperador y del gobierno francés, á veces tan apremiantes, que ponian en desesperados aprietos y apuros á los ministros españoles, no encontrando ya medio cómo terminar la liquidacion de un modo que fuese por lo menos soportable.

Mas espléndido el gobierno de aquel tiempo, y mas dado á la largueza que lo que los empeños del tesoro consentian, al modo que habia desplegado una costosa magnificencia en las bodas de los príncipes, y que subvenia al proscrito pontifice Pio VI con una liberalidad que habria sido muy laudable si no hubiera tenido tantas y tan urgentes necesidades interiores que satisfacer, así tambien despues del lastimoso desastre de Trafalgar quiso ser tan pródigo en recompensas y premios con los valientes que habian sobrevivido y con las familias de los que perecieron en aquel glorioso y funesto combate, como si el erario se hallara en el mayor desahogo. El fin y la intencion eran dignos de alabanza, mas sobre recargarse el tesoro con ascensos y pensiones que no podia soportar, hubo que recurrir á suscripciones patrióticas, que ciertamente produjeron un resultado honroso al civismo de los pueblos y de las corporaciones, y de las mismas tropas que tambien escotaron de sus escasos haberes para el socorro de las familias de aquellos beneméritos marinos, pero que no disminuian las nuevas obligaciones que contraia el Estado. Con haber quedado tan reducida nuestra armada, al fin de aquel mismo año (1805) era deplorable su situacion respecto á administracion y asistencias: y es desconsolada la pintura que del estado del departamento del Ferrol hacia en diciembre del mismo, en comunicacion confidencial al príncipe de la Paz, un hombre que demostraba conocer á fondo el personal y la administracion de aquel departamento (2).

(1) Afirma el príncipe de la Paz que él se opuso cuanto pudo á que se estableciera este último arbitrio, que ciertamente era tan gravoso como odioso á los españoles, pero que se empeñó en ello el ministro Caballero.—Memorias, tom. IV, cap. 23.

(2) «Yo que conozco el Ferrol (decia el consejero Izquierdo al príncipe de la Paz en carta de 22 de diciembre), que no soy un visionario, que sé lo que falta, y el modo de imprimir movimiento enérgico á lo que nos resta y podemos adquirir, voy en honradez á proponerlo, y caiga el que caiga, aunque sea mi hermano, y sálvese la patria y el honor... Cuanto dinero se envíe al Ferrol, regido como está, es perdido... La provision de víveres es una cueva en donde se entierran caudales crecidos del erario,

En medio de todo, fuerza es reconocer que no desatendia el gobierno, en cuanto era posible, el ramo de obras públicas, ni descuidó, como muchos han supuesto, la industria y la fabricacion. Las oficinas de Fomento, para las cuales por primera vez se exigieron condiciones de estudios y pruebas de conocimientos á los que habian de ser empleados en ellas, habian trabajado con utilidad en los objetos de su instituto, que eran, entre otros muchos, recoger de los libros, memorias y archivos, y extractar y ordenar cuantos datos y noticias pudiesen reunir sobre agricultura, industria, comercio, hacienda, navegacion, medidas, pesos, monedas, impuestos, poblacion, etc., para formar un censo el mas completo y exacto posible en todos los ramos de estadística, como que habian de presentar al gobierno al fin de cada año una memoria ó estado comparativo de la situacion económica del reino, con un informe sobre las causas del atraso ó del progreso, del movimiento ó de la estancacion, y sobre los medios de fomentar y desarrollar los elementos que constituyen la riqueza de un país, y las medidas que pueden conducir al mejor orden económico, y al mas sencillo y equitativo sistema de impuestos.

Estos trabajos, que habian de arrojar el producto verdadero de las rentas del Estado, y el conocimiento de los gastos indispensables de cada ministerio; que podian ser la base para fijar los presupuestos anuales; que se esperaba sirviesen para poder establecer la contribucion única á que por un error económico de la época aspiraban como una perfeccion tiempo hacia los gobiernos de España, y que de todos modos eran unas apreciables tablas estadísticas, que contenian datos y documentos utilísimos para las reformas que se deseaban en el sistema rentístico; estos trabajos llegaron á estar, como indicamos atrás, muy adelantados; pero los trastornos que despues sobrevinieron fueron causa de que unos se perdieran ó inutilizaran, y de que otros cayeran acaso en manos que hayan sabido utilizarlos en trabajos posteriores.

Pero las circunstancias eran superiores á todos aquellos esfuerzos, y no bastaban cuantos arbitrios se discurrieran para cubrir las inmensas atenciones, los enormes atrasos, los nuevos compromisos y las necesidades crecientes de cada día (3).

ó por malversion, ó impericia, ó por descuidos tolerados...—No ponemos toda la comunicacion, porque mucha parte de ella se refiere á nombres propios, que no hay necesidad de estampar aquí.—Archivo del ministerio de Estado.

(3) En el Diccionario de Hacienda de Canga Argüelles, artículo *Arbitrios*, se encuentran todos los recursos que se emplearon durante todo el reinado de Carlos IV para atender á toda clase de obligaciones, los cuales hace subir á la cifra de 114. Pero en este número comprende, así los recursos permanentes como los eventuales y temporales, los nuevos y los antiguos impuestos, las reformas económicas, los donativos voluntarios, y algunos de muy dudoso ó muy mezquino producto.

Hé aquí su catálogo.

1. Reformas de la real casa.
2. Id. en el número de los empleados de hacienda.
3. Id. en el manejo de las tercias reales.
4. Id. en la mesa de los secretarios de Estado.
5. Id. en los sueldos dobles.
6. Id. en las pensiones.
7. Id. en las exenciones de pagar contribuciones.
8. Id. de varias prebendas eclesiásticas, aplicándolas al erario.
9. Id. Préstamos negociados en Holanda y Francia.
10. Id. en la nacion.
11. Id. con el Banco nacional, las temporalidades y gremios.
12. Id. con las santas iglesias á reintegrar por el excusado.
13. Id. sobre los consulados.
14. Id. Creacion nueva de vales reales.
15. Préstamo patriótico.
16. Id. de las órdenes religiosas al 3 por ciento.
17. Id. sobre los capitalistas de España, á reintegrar en América.
18. Id. nacional de 400.000,000 de reales en papel á reintegrar en América.
19. Id. de 100.000,000 de reales sobre el comercio de Cádiz.
20. Id. de 15.000,000 de reales sobre el comercio de Madrid.
21. Id. de 100.000,000 de reales sobre las iglesias, á reintegrar por el noveno y por el subsidio de 300.000,000.
22. Se pidió un donativo á toda la nacion.
23. Id. otro con el nombre de patriótico.
24. Id. otro al clero.



Una de las mayores era sin duda la de tener constantemente habilitadas y en continuo movimiento todas las escuadras y flotillas que se necesitaban para guardar y defender las dilatadísimas costas de nuestras posesiones de ambos mundos contra las expediciones marítimas y los ataques de la poderosa Inglaterra. Fuerza es confesar que no se hizo poco en mantener la integridad del territorio español y en conservar las colonias, rechazando las invasiones inglesas, y oponiendo á sus acometidas defensas tan heroicas como la de Buenos-Aires (1806 y 1807). Pero esto mismo hacia acrecer prodigiosamente los ahogos de la hacienda; al compás de los apuros apremiaban las exigencias de la Francia; Napoleon no era hombre de espera para las liquidaciones y los pagos, y fué menester, á propuesta de un personaje de aquella misma nacion, contratar un empréstito de 30 millones de florines con la casa de Hoppe y compañía de Holanda, cuya comision se dió á don Eugenio Izquierdo, sobre el de 10 millones de florines que

25. Se aplicó á tesorería general el sobrante de los propios de los pueblos.
26. Id. de los pósitos.
27. Id. el fondo destinado á la extincion de los vales reales.
28. Id. el tesoro de la Inquisicion.
29. Id. los depósitos judiciales.
30. Id. el tesoro de las órdenes militares.
31. Id. los economatos eclesiásticos.
32. Id. los secuestros.
33. Se aumentó el precio del papel sellado.
34. Se extendió el uso del mismo.
35. Se aumentaron los derechos sobre la saca de lanas.
36. Id. de la regalía de acuñacion de moneda.
37. Id. la cuota de las contribuciones de Aragon.
38. Id. el 2 por ciento en las alcabalas de Indias.
39. Id. la limosna de la bula de la Cruzada.
40. Id. el precio de la pólvora.
41. Id. el de la sal.
42. Id. el del tabaco.
43. Id. la cuota de las rentas provinciales.
44. Id. la de las rentillas.
45. Id. la del aguardiente.
46. Id. la de las lanzas.
47. Id. la de las gracias al sacar.
48. Id. los sorteos de las loterías.
49. Id. los derechos del aguardiente y en los de las aduanas.

*Contribuciones nuevamente establecidas*

50. Media anata en los empleados de rentas.
51. Un 3 por ciento sobre los propios.
52. El 10 por ciento sobre las rentas que los extranjeros poseian en España.
53. El 50 por ciento sobre las pensiones que estos gozaban.
54. Una manda forzosa en todos los testamentos.
55. El 8 por ciento de frutos civiles.
56. El 4 por ciento sobre los sueldos.
57. El 12 por ciento sobre las encomiendas de las órdenes militares.
58. Una capitacion.
59. El 14 por ciento de alcabala sobre los géneros extranjeros.
60. El 12 por ciento sobre las pensiones.
61. Cobró los millones, segun los términos de su concesion.
62. El 15 por ciento sobre todas las nuevas circulaciones.
63. Media anata á los empleados militares, y á los provistos en beneficios eclesiásticos por los obispos, cabildos ó patronatos legos.
64. Exigir derechos por la estampilla de S. M.
65. Contribucion sobre la venta de los bienes, caudales y alhajas de los que murieron sin herederos hasta el segundo grado; regulándola en la cuarta parte por una vez en los bienes y censos, y el tres por ciento en el dinero y alhajas.
66. Id. sobre coches, caballos de regalo, mulas, cafés, botillerías, fondas, hosterías, tiendas de modas, comedias, óperas, volatines, toros y novillos.
67. Id. sobre los alquileres de casas.
68. Id. sobre las personas de ambos sexos que entraren en religion, y los que se ordenaren á título de patrimonio.
69. Un servicio extraordinario por dos años, del 10 por ciento sobre los sueldos, las rentas eclesiásticas, los réditos personales, los productos de las tierras, casas, imposiciones de caudales, y ganancias del comercio, y renta del dinero.
70. Subsidio de 300.000,000 de reales sobre los pudientes.
71. Contribucion sobre los legados y herencias en las sucesiones trasversales.

en 1805 se habia negociado con Ouvrard al rédito de cinco y medio por ciento (1).

72. Id. del valimiento sobre los oficios públicos enajenados de la corona.
73. 165.000,000 de reales con destino á las cajas de descuento.
74. Contribucion sobre el vino que se consumiere en el reino.
75. Id. sobre los bienes de la corona regalados á particulares.

*Recargo sobre las rentas eclesiásticas.*

76. Subsidio de 7.000,000 de reales cada año.
  77. Otro de 36.000,000 por una vez.
  78. Se tomó la plata de las iglesias.
  79. El 25 por ciento sobre los espolios.
  80. Anata en los obispados de Indias.
  81. Otra sobre los agraciados con pensiones eclesiásticas.
  82. Media anata de los frutos de los bienes de la corona donados á las iglesias, cobrada cada quince años.
  83. Los frutos de las vacantes eclesiásticas.
  84. El 15 por ciento de los bienes que adquirieren las iglesias.
  85. El noveno de todos los diezmos.
  86. La mitad del diezmo de los novales.
  87. Media anata de las pensiones de la órden de Carlos III.
  88. Id. de las encomiendas de las órdenes militares.
  89. Ventas y enajenaciones de bosques reales.
  90. Id. de los bienes de maestrazgos.
  91. Id. de obras pías que no estuvieren en uso.
  92. Id. de las encomiendas de las órdenes militares.
  93. Id. de nobleza y de mercedes de hábitos.
  94. Id. de las fincas de la corona.
  95. Id. de los bienes de obras pías, capellanías y memorias.
  96. Id. de los bienes de los jesuitas.
  97. Id. de los colegios mayores.
  98. Id. de los bienes vinculados.
  99. Id. de la séptima parte de los bienes del clero, de las catedrales y colegiatas.
  100. Id. de las fincas de propios y de los baldíos.
  101. Se establecieron loterías de títulos de Castilla.
  102. Id. de rentas vitalicias.
  103. Se admitieron á redencion las lanzas.
  104. Negociaciones de dinero por medio del giro con el Banco.
  105. Recoger, al tiempo de la renovacion, los vales de las iglesias y monasterios, de los cuales no hacen mas uso que cobrar los réditos.
  107. Permiso á los comerciantes de Cádiz, Málaga y Sevilla para hacer el comercio en Méjico y el Perú, mediante un servicio de dinero.
  108. Permiso para hacer el comercio con géneros ultramarinos prohibidos, mediante servicios pecuniarios.
  109. Habilitacion á comercio de la seda en rama y aceite, con pago de derechos.
  110. Se activaron los juicios de reversion á la corona.
  111. Id. el deslinde de las fincas y derechos del patrimonio de Valencia.
  112. Conducir caudales de América en cortas cantidades, y en buques muy veleros.
  113. Se redimieron los censos de poblacion de Granada.
  114. Se establecieron rentas vitalicias.
- (1) De esta negociacion quedaba debiendo el gobierno en 1808, cuando el levantamiento nacional, treinta y dos millones de reales.
- Acerca de esta última de los treinta millones de florines dice el príncipe de la Paz en sus Memorias: «La emision de la renta fué al ochenta y ocho: de los doce restantes cobró siete la casa Hoppe; los otros cinco fueron puestos en destino reservado. Izquierdo fué inducido á hacerlo así por el sujeto mismo que interpuso sus respetos, una mitad en favor de esta, la otra mitad en beneficio mio: aun todavía me cuesta pena el referirlo. Bueno lo hecho en cuanto fué preciso para el logro del empréstito, deseché aquella parte que se quiso reservar en favor mio, y escribí á Izquierdo al márgen de su carta: «Yo no admito regalos; sirvo al rey; S. M. me recompensa suficientemente: quede esa parte mas á beneficio del erario.» Instó en seguida Izquierdo, y escribíome que recibida ya su parte por el alto personaje que medió en aquel asunto, se podría tener por humillado y ofendido si no aceptaba yo la mia del mismo modo. «Usted sabe, me decia, cuál puede ser su influjo, en bien ó en mal, en las presentes circunstancias.» Mi respuesta era fácil, y escribíle: «No hay ninguna necesidad de que él lo sepa; bástame á mí que no lo ignore el rey. Su discrecion de V. sea la que lo dirija del modo conveniente; despues dará V. cuenta, y dispondrá S. M. lo que fuere de su agrado.»
- Izquierdo puso aparte aquellos intereses, y convenido con la casa Hoppe hizo de ellos un depósito legal en el oficio del notario holandés M. Seneth. Cuando despues me vió en Bayona, díjome estas palabras: «Todo se lo han quitado á V.; pero aun existen disponibles las dos mil acciones del empréstito de Holanda que se hallan sin destino.» Ciertamente en circunstancias tales como en las que yo me encontraba la ten-



Larga y por demás prolija tarea sería la de hacer la historia de estos y otros contratos que las necesidades y los compromisos políticos obligaron al gobierno de aquel tiempo á celebrar con aquellos y otros negociantes, y mas larga todavía, y mas complicada la de las reclamaciones, cargos, liquidaciones, reparos, protestas y gestiones de todas clases, que desde entonces se entablaron y han continuado hasta estos mismos dias, entre los gobiernos español y francés, entre el tesoro de Francia, la caja de Consolidacion de España, los contratistas Vaulenberghe y Ouvrard, las casas de Hoppe y compañía de Holanda, Desprez, Hogguer, David, Parich, y todos los que como negociantes, asociados ó agentes en América y Europa en tales contratos intervinieron, y cuyas embrolladas liquidaciones han producido transacciones y convenios internacionales, leyes de córtés y reales decretos, elevando, ó convirtiendo, ó determinando obligaciones que aun no se pueden dar por terminadas. De onerosas para España han sido calificadas las condiciones, especialmente de algunos de aquellos contratos, pero la nacion por un concurso de causas anteriores y de actualidad no se hallaba en disposicion de imponerlas mas ven-

tajosas á los que pudieran suministrarle fondos para sus urgentes necesidades (1).

Así fué que á pesar de los cuantiosos fondos que en este reinado se aplicaron á la amortizacion de la deuda, solo pudieron extinguirse unos 400.000,000 de reales, del inmenso capital de 1,760.000,000 á que próximamente ascendia el importe de los doscientos cuarenta y tres mil doscientos cincuenta y cinco vales que en diferentes épocas se emitieron, y al tiempo de la abdicacion de Carlos IV la nacion se halló con una deuda en vales representada por la suma de cerca de 1,900.000,000, que gravaban al erario con 75.000,000 de rédito anual (2). Y no obstante los arbitrios y las trazas de los cinco ministros que estuvieron encargados de la hacienda, trazas á que los obligaba tambien el empeño sistemático de Carlos IV de no imponer nuevos tributos, el total de la deuda de España ascendió á 7,204.256,831 reales, y su rédito anual subia á 207.913,473 reales (3).

tacion era muy fuerte. Me negué sin embargo á aprovechar aquellos intereses, y se quedaron, como estaban, en depósito.»

Continúa refiriendo lo que hizo despues que murió Izquierdo, y lo que en 1830 escribió al embajador de España conde de Ofalia, cuando supo que el gobierno trataba de hacer una conversion de la deuda de Holanda, á fin de que no se perdiesen aquellos intereses, y la respuesta favorable que le fué dada á nombre del rey, agradeciendo aquel servicio.—Memorias, cap. 27.

A pesar de tan explícita asercion, se ha intentado exigir la responsabilidad á Godoy, Izquierdo, y los herederos de uno y otro, no solo de estas dos mil acciones y del doce por ciento del capital de los treinta millones del empréstito de Holanda, sino de otras muchas operaciones y contratos hechos en este reinado. Don José Prats, que con un empeño y una insistencia admirables, y con un celo, sin duda patriótico, y por tanto plausible, tomó á su cargo liquidar los créditos de la nacion procedentes de aquella época, sacaba, por sus cuentas, en favor del Estado, débitos por la suma asombrosa de cinco mil millones de reales, que habia derecho á exigir del gobierno francés, de los negociantes Desprez, Vaulenberghe y Ouvrard, de las casas de Hoppe y compañía y otras, del príncipe de la Paz y don Eugenio Izquierdo ó sus herederos. Por espacio de muchos años estaba Prats haciendo esta reclamacion ante las córtés españolas en casi todas las legislaturas, como quien habia descubierto un tesoro de riqueza nacional, cuyos datos, documentos y comprobantes aseguraba poseer. Las córtés constituyentes de 1854 á 56 tomaron al fin en consideracion las porfiadas reclamaciones de Prats, y nombraron una comision que examinara detenida y concienzudamente este negocio, y diera dictámen sobre él. La comision lo hizo así, y al cabo de algun tiempo, en 28 de junio de 1856, presentó á las córtés un extenso y razonado dictámen, escrito por el secretario de ella don Camilo Labrador y Vicuña, apreciableísimo trabajo, que revela el detenido y profundo estudio que la comision hizo sobre todas las operaciones de crédito que se efectuaron en aquel reinado, y sobre la historia de todas sus consecuencias, derivaciones y vicisitudes hasta los presentes dias.

En este luminoso dictámen demostraba la comision las graves equivocaciones y errores en que á Prats habia hecho incurrir su exceso de celo, y las ilusiones que por la misma causa padecia: que ignoraba las resoluciones que habian ya recaído sobre las liquidaciones de muchos de aquellos contratos, ya por convenios solemnes entre los gobiernos en ellas interesados, ya por decretos de los reyes, ya por leyes hechas en córtés, y la situacion en que por estas declaraciones se hallaban los ministros, los negociantes, las casas de comercio, los banqueros, y los agentes de unos y otros que en aquellos negocios habian intervenido.

Y viniendo á la última parte de la reclamacion de Prats, denunciado á su vez ante los tribunales por la condesa de Chinchon, hija de Godoy, la comision, despues de una reseña histórica de la confiscacion de los bienes del príncipe de la Paz, de la instancia de este para que le fuesen devueltos, de los procedimientos que habia llevado este asunto, de las consultas del Consejo Real y otras corporaciones, hasta el alzamiento del secuestro y hasta los reales decretos para su devolucion, procedió á examinar lo relativo á las dos mil acciones del último empréstito de Holanda, y á los bienes de Godoy; expuso sobre estos puntos veintisiete considerandos. En el 8.º decia: «Que aun cuando por el contrato para levantar el empréstito de 30.000,000 de florines en Holanda por la misma casa de Hoppe y compañía se estipuló, en una de las condiciones secretas, la prima ó comision de 4 por 100 para agasajos en Paris, para cuya realizacion libró don Eugenio Izquierdo á su orden y cargo de Hoppe y compañía, florines 1.660,000, que dichos señores cargaron en la cuenta de la Corona de España, este giro se empleó en la adquisicion de 2,000 acciones de á 1,000 florines, las cuales, habiendo sido depositadas en la casa de Se-

neth de Amsterdam, desde donde pasaron á la casa de Hoppe y compañía, en cuyo poder existen segun sus comunicaciones, nunca fueron llamadas á la conversion por haber sido anuladas por las córtés de 1820, todo lo cual patentiza que don Eugenio Izquierdo, que falleció en 1810, no utilizó estos valores, ni tampoco sus herederos, en cuyo concepto, aun excediéndose como se excedió al estipular condicion tan onerosa, no podian estar sus herederos obligados al pago de lo que aquel no habia recibido.»

Y en el 27.º: «Y considerando, en fin, que segun la opinion del tribunal supremo de Justicia, este negocio (el del secuestro) no puede ser resuelto en lo principal ni en sus incidencias por los tribunales de justicia, ni aplicarse á él las reglas, sustanciacion ni trámites propios de los juicios civiles y criminales, y por lo tanto solamente las córtés pueden dar la solucion equitativa y conveniente, la comision, despues de un detenido exámen, y de haber oido á los señores ministros de Hacienda y Gracia y Justicia, tiene el honor de proponer á la ilustracion y sabiduria de las córtés el siguiente

#### Proyecto de ley

«Art. 1.º El gobierno no reconocerá crédito alguno procedente de las negociaciones de la extinguida caja de Consolidacion con Vaulenberghe y Ouvrard, quedando nulas y de ningun valor ni efecto todas las libranzas, tratos y aceptaciones de la misma por consecuencia de dichas negociaciones ó por garantías de otros empréstitos.

«Art. 2.º Queda facultado el gobierno para obrar segun lo creyere conveniente, en cuanto á las reclamaciones que pudieran intentarse por él mismo, por consecuencia de los contratos y operaciones de fondos hechos por la caja de Consolidacion con varias casas extranjeras.

«Art. 3.º Se revocan las reales órdenes de 30 de abril de 1844 y de 21 del mismo mes de 1853, y el real decreto de 25 febrero de este mismo año.

«Art. 4.º Se alza el secuestro de los bienes adquiridos á título oneroso por don Manuel Godoy, y que poseia en 19 de marzo de 1808.

«El gobierno propondrá las demandas de reversion que procediesen en justicia, por consecuencia de las donaciones hechas por los reyes á don Manuel Godoy.

«Art. 5.º No tendrán derecho los sucesores de don Manuel Godoy para pedir cantidad alguna por razon de los productos del secuestro, ni por intereses durante el embargo hasta el dia de la publicacion de esta ley.

«Art. 6.º El gobierno reclamará de quien corresponda el saldo que resultare á favor de la extinguida Consolidacion por sus anticipos para la compra del palacio de Buena Vista.

«Palacio de las Córtés, 28 de junio de 1856.—Miguel Moreno y Barre-ra, presidente.—Fernando Madoz.—Eugenio García Ruiz.—Manuel Leon Moncasi.—Manuel Gatell.—Camilo Labrador, secretario.»

(1) Hemos leído multitud de documentos originales, relativos á contrataciones de aquella época y á las contestaciones interminables que la liquidacion de cada una de ellas ha producido; pero no hemos hallado mejor resumen de la historia de tan confusos negocios que el que hizo la ya citada comision de las córtés constituyentes en su luminoso y meditado dictámen de 28 de junio de 1856.

(2) Canga Argüelles, Diccionario de Hacienda, art. *Vales Reales*.—«A pesar, dice este economista, de los pingües fondos aplicados á sostener el crédito, de haberse satisfecho religiosamente los intereses y extinguirse en el reinado referido vales por la suma de 403.563,470 reales vellon, su misma abundancia, unida á las circunstancias de las guerras, les hizo perder, en el cambio libre por el metálico, desde 2 á 60 por ciento.»—Y fija la deuda que restaba en 1808 en la suma que hemos dicho.

(3) *Deuda del reinado de Carlos IV antes de establecerse la Caja de amortizacion.*

|                                     |             |
|-------------------------------------|-------------|
| Vales reales. . . . .               | 963.767,711 |
| Empréstito de 160 millones. . . . . | 51.224,003  |
| Censos á particulares. . . . .      | 91.677,055  |



Pero hay que tener en cuenta que no toda esta masa de deuda había sido contraída en este reinado, sino que una buena parte de ella procedía de los anteriores, y que haciendo rebaja de los juros, de los créditos de Felipe V admitidos en los empréstitos, y de la creacion de vales del tiempo de Carlos III, resulta una disminucion en la deuda de este reinado de mas de 2,600.000,000 (1); y que los gastos de una guerra de quince años, casi continua ó con breves interrupciones, fueron inmensos, y tantos, que agregadas las pérdidas, no es fácil, aunque algunos lo han intentado, poderlos calcular.

Que de este estado casi puramente de guerra, que de los gastos enormes que á esta atencion habia que consagrar, que de las calamidades y siniestros que se padecieron, que de los apuros y estrecheces del erario, que de los errores políticos y hasta de la agitacion é inquietud en que se vivia, habian de resentirse la agricultura, el comercio, las artes todas, que solo prosperan y florecen á la sombra del sosiego público, de la paz y de la economía, es cosa que ni puede ni debe sorprender, porque no deben sorprender las consecuencias naturales y que lógicamente nacen de sus causas. Mas no por eso deja de ser tambien exagerada la pintura que historiadores nacionales y extranjeros han hecho hasta ahora de la completa ruina que habian sufrido, del absoluto abandono en que, segun ellos, tuvieron los ministros de este reinado aquellos elementos de riqueza y de prosperidad. La primera obligacion del his-

toriador es ser imparcial y justo. Nosotros, deplorando como el que mas la decadencia que por desaciertos ó errores políticos y económicos aquellos ramos padecieran, no podemos dejar de reconocer los esfuerzos que al intento de protegerlos y fomentarlos hicieron, con mas ó menos acierto, y con mas ó menos ventura, los gobernantes de aquella época.

Ya en el capítulo VI enumeramos varias providencias encaminadas á este buen fin. El modo indirecto de poner coto á la estancacion de la propiedad inmueble con el quince por ciento sobre todos los bienes raíces que adquirieran las manos muertas, y otro quince por ciento á favor de la Caja de amortizacion sobre los bienes, derechos y acciones que se vincularan en lo sucesivo á consulta de la cámara y con real licencia; la enajenacion de los edificios pertenecientes á los propios; la venta con autorizacion pontificia de las fincas y predios pertenecientes á obras pías, memorias, cofradías y patronatos laicales, con destino á la extincion de la deuda pública; la supresion de la carga del servicio extraordinario y su quince al millar que pesaba sobre la agricultura; la reproduccion de la casi olvidada real cédula de 1770 para el repartimiento de tierras concejiles y la concesion á censo de las realengas; la obtencion del breve pontificio para la disminucion y reforma de las órdenes religiosas; la admision en España de artistas y artesanos extranjeros que viniesen á ejercer ó enseñar alguna profesion ú oficio, sin que les sirviera de impedimento su religion ó creencia; la supresion de algunos gremios, y la libertad de aprendizaje y ejercicio de ciertos oficios mecánicos; la abolicion de la marca y peso á que se habia sujetado á los fabricantes, y de las trabas impuestas á la manufactura y venta de sus telas y tejidos; la introduccion en el reino, libre de derechos, de las herramientas, instrumentos, útiles y primeras materias necesarias á la fabricacion; la mejor organizacion de los pósitos; el establecimiento de montes píos y bancos de socorro para agricultores é industriales; las providencias dirigidas á promover la reedificacion de solares y casas yermas, y otras á este tenor.

Tambien en el presente capítulo hemos apuntado algunas providencias dirigidas al mismo fin. Habilitáronse además nuevos puertos para el comercio y se derogaron restricciones puestas de antes al transporte de géneros y frutos. Se aumentaron y mejoraron los consulados, y se abolió la marca para los árboles destinados á la marina. Invirtiéronse sumas no despreciables, que se hallan en las cuentas de la tesorería, para el fomento del jardín botánico, del gabinete de historia natural, del de máquinas, del laboratorio de química, para telégrafos, caminos, canales de Aragon y Castilla, para las fábricas de paños, de algodones, de cristales, y de china. Medidas todas, si se quiere, incompletas, incoherentes, aisladas, inferiores á lo que reclamaban las necesidades, y no sujetas á un sistema como la mayor parte de los trabajos de aquel tiempo, pero que al menos prueban no haber habido ese total descuido y abandono que generalmente se supone; y aparecen aun menos insignificantes si se considera el estado casi continuo de guerra en que se vivió, la penuria consiguiente del tesoro, las influencias que contrariaban las reformas, y lo no muy adelantados que entonces se hallaban todavía los estudios económicos.

Del estado de nuestra marina al tiempo de la invasion francesa y de los sucesos que produjeron la abdicacion de Carlos IV traza un historiador francés el cuadro mas lastimoso y desconsolador, comenzando por decir que, compuesta en tiempo de Carlos III de setenta y seis navíos y cincuenta y una fragatas, solo constaba de treinta y tres navíos y treinta fragatas en el reinado de Carlos IV. Con gran fruicion (como que la manifiesta siempre y en cuantas ocasiones se le presentan de deprimir la nacion española) se detiene luego en hacer la pintura mas triste del estado de deterioro de casi todos estos buques y de sus tripulaciones, reduciendo solo á seis navíos los que estaban en aptitud de hacer servicio (2).

(2) «De los treinta y tres navíos, dice, habia que deshacer ocho inmediatamente, porque no valian lo que tenia que gastarse en su reparacion. Quedaban veinticinco; cinco de tres puentes, muy hermosos y bien contruidos; once de 74 cañones, medianos y malos, y nueve de 64 y 54,

*Despues de establecida la Caja*

|                                                                                            |               |
|--------------------------------------------------------------------------------------------|---------------|
| Empréstito de Holanda y Francia, del comercio de España, de los pósitos y propios. . . . . | 366.750,000   |
| Vales reales. . . . .                                                                      | 790.763,576   |
| Ventas de fincas de obras pías, etc. . . . .                                               | 1,653.376,402 |
| Fianzas. . . . .                                                                           | 3.703,172     |
| Temporalidades. . . . .                                                                    | 30.537,605    |
| Cinco gremios. . . . .                                                                     | 43.272,730    |
| Banco nacional. . . . .                                                                    | 125.653,391   |
| Atrasos de Tesorería general. . . . .                                                      | 1,019.927,739 |
| Id. de Consolidacion. . . . .                                                              | 290.000,000   |

*Baja*

|                                |               |
|--------------------------------|---------------|
| Por vales amortizados. . . . . | 309.849,400   |
| Total de la deuda. . . . .     | 7,204.256,831 |

*Réditos anuales*

|                                                   |             |
|---------------------------------------------------|-------------|
| De los juros. . . . .                             | 17.152,733  |
| De los vales. . . . .                             | 75.341,000  |
| De los capitales de rentas de obras pías. . . . . | 50.131,056  |
| De los empréstitos de Holanda. . . . .            | 15.250,000  |
| De los de Francia. . . . .                        | 1.894,000   |
| De los del comercio de España. . . . .            | 1.920,000   |
| De los Cinco gremios. . . . .                     | 2.163,637   |
| Del Banco nacional. . . . .                       | 21.543,738  |
| De los censos sobre el tabaco. . . . .            | 6.024,701   |
| De los particulares. . . . .                      | 2.750,311   |
| De las fianzas. . . . .                           | 111,095     |
| De las temporalidades. . . . .                    | 919,128     |
| De los vitalicios al 7 y 8 por 100. . . . .       | 5.362,674   |
| Id. al 9 y 10 por 100. . . . .                    | 8.415,000   |
| Del préstamo de 160 millones. . . . .             | 8.915,400   |
| Importe anual de los réditos. . . . .             | 207.913,473 |

Canga Argüelles, Diccionario, art. *Deuda de España*.

(1) Labrador y Vicuña, en su libro: *Exámen del proyecto de arreglo de la deuda de Estado*, hace el cálculo siguiente:

|                                   |           |
|-----------------------------------|-----------|
| Deuda (números redondos). . . . . | 7.205,000 |
|-----------------------------------|-----------|

A rebajar:

|                                                                                                   |           |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| Por juros. . . . .                                                                                | 1.260,000 |
| Créditos de Felipe V admitidos en los empréstitos, creacion de vales y censos vitalicios. . . . . | 900,000   |
| Vales, creacion de Carlos III. . . . .                                                            | 533,000   |
|                                                                                                   | 2.693,000 |

|                                        |           |
|----------------------------------------|-----------|
| Baja. . . . .                          | 2.693,000 |
| Suma de la deuda de Carlos IV. . . . . | 4.512,000 |



Y exclama despues: «¡Hé aquí á lo que habia llegado la marina de una de las naciones del globo mas naturalmente destinadas al mar, de una nacion casi tan insular como la Inglaterra!... Cuando se preguntaba á la administracion española cuántos navíos habia armados y equipados, no podia decirlo. Si se le preguntaba en qué época se hallaria tal division en disposicion de levar el áncora, se veia mas embarazada para contestar. Todo lo que el gobierno sabia era que la marina se encontraba desatendida; esto lo sabia muy bien, y aun lo queria...»

No diremos nosotros que nuestra marina se hallara en aquel tiempo en un estado próspero y brillante: de no estar tan atendida como debiera, y de la mala administracion de los departamentos, nos hemos quejado algunas veces: los descabros que habia sufrido en tantos años de lucha con la potencia naval mas poderosa eran muchos y la tenian muy quebrantada. Mas sobre ser de todo punto inverosímil que el gobierno mismo lo quisiera, que fuera tal su ignorancia que no supiera cuántos navíos tenia, y cuáles estaban armados, nosotros demostraremos al referido historiador, primero, que el gobierno no lo ignoraba, y segundo que el número de navíos y fragatas no era tan reducido como él con su acostumbrada confianza da por seguro y sentado. De los datos oficiales que obran en el archivo de nuestro ministerio de Marina consta que habia en aquel tiempo, no treinta y tres navíos y veinte fragatas como asegura Thiers, sino cuarenta y dos navíos de sesenta á ciento catorce cañones, y treinta fragatas de veintiseis á cuarenta y cuatro, veinte corbetas de diez y seis á treinta y dos, sin contar un buen número de buques menores (1).

la mayor parte viejos y muy pequeños con respecto á las nuevas dimensiones adoptadas en la construccion naval. Las veinte fragatas se dividian en diez armadas ó propias para serlo, y diez malas ó que necesitaban reparos. En todo este material naval solo habia seis navíos prontos para hacerse á la vela, apenas tenian víveres para tres meses, sus tripulaciones estaban incompletas, y su carena en muy mal estado. Estos seis navíos eran de Cartagena, armados y tripulados tres años hacia, pero que jamás habian levantado el áncora mas que para salir á la embocadura del puerto y volver á entrar en él inmediatamente. Ni en Cádiz ni en el Ferrol se encontraba un buque capaz de hacerse á la mar.... Así es que toda la marina española en estado de actividad se reducía á seis navíos armados y tripulados en Cartagena (estos sin una fragata), y á otros seis armados en Cádiz, pero sin tripular. De las veinte fragatas solo habia cuatro armadas, y seis en estado de serlo. El porvenir era tan triste como el presente, porque en toda España no habia mas que dos navíos en construccion, y colocados en astillero tanto tiempo hacia que se creia no verlos jamás concluidos. En Cartagena, el Ferrol y Cádiz faltaba madera, hierro, cobre y cáñamo, etc.»—Thiers, *Historia del Imperio*, libro XXVIII.

(1) *Buques de que constaba nuestra marina de guerra, segun los datos que existen en el ministerio*

|                               |            |
|-------------------------------|------------|
| Navíos de 60 á 114 cañones..  | 42         |
| Fragatas de 26 á 44 cañones.. | 30         |
| Corbetas de 16 á 32 cañones.. | 20         |
| Jabeques..                    | 4          |
| Urcas..                       | 15         |
| Bergantines..                 | 50         |
| Paquebotes..                  | 4          |
| Balandras..                   | 10         |
| Goletas..                     | 38         |
| Lugres..                      | 1          |
| Balahúses (a)..               | 3          |
| Místicos..                    | 2          |
| Galeras..                     | 2          |
| Esquifes..                    | 2          |
| Lanchas..                     | 4          |
| Galeota..                     | 1          |
| <b>Total de buques..</b>      | <b>228</b> |

De nuevo vuelve M. Thiers á su tema de que el gobierno español no sabia nada ó casi nada del estado de su propia marina; que Napoleon era el único que le conocia, ya por sus agentes, ya por una inspeccion que se mandó hacer en los puertos, ya por los trabajos del ingeniero Muñoz; y que estos papeles están en el Louvre, merced á los cuales y á su estudio ha podido, dice, trazar un cuadro completo y exacto del esta-

(a) Balahú: era una especie de goleta americana comun en las Antillas.—Buque pequeño que se usaba en las costas de Vizcaya.

Confesamos que un buen número de estos buques necesitaban de gran reparacion, que las tripulaciones de algunos eran incompletas, y que otros carecian del material necesario. Diremos mas, siquiera nos sea doloroso reconocerlo, y de ello haremos un grave cargo al gobierno de aquella época. El personal de nuestra armada era tan excesivo, tan desproporcionado el número de jefes, capitanes, oficiales, ingenieros, y pilotos, que sus sueldos absorbían un presupuesto exorbitante; y que si ya en el reinado de Carlos III se quejaba con razon el conde de Aranda de la desproporcion del personal de nuestra armada y de su excesivo coste en cotejo y relacion con la francesa, en el de Carlos IV subió de punto aquel mal á un extremo inexcusable (2).

do de nuestra marina, de nuestro ejército y de nuestra hacienda. Ya podrá haber visto el ex-ministro de Francia que aquí, sin los papeles del Louvre, arsenal de sus datos, hemos tenido medio, y no nos han faltado documentos auténticos para conocer el verdadero estado de aquellos ramos, hasta en sus pormenores, creemos que con alguna exactitud.

(2) *Personal de la armada española en 1807 y 1808.*

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| El Generalísimo ó Gran Almirante.. | 1   |
| Capitanes generales..              | 3   |
| Tenientes generales..              | 25  |
| Jefes de escuadra..                | 28  |
| Brigadieres..                      | 34  |
| Capitanes de navío..               | 86  |
| Capitanes de fragata..             | 131 |
| Id. id. graduados..                | 5   |
| Tenientes de navío..               | 269 |
| Id. id. graduados..                | 1   |
| Tenientes de fragata..             | 183 |
| Alféreces de navío..               | 195 |
| Alféreces de fragata..             | 289 |
| Id. id. graduados..                | 3   |

#### *Cuerpo de ingenieros*

|                                                               |    |
|---------------------------------------------------------------|----|
| Ingeniero general..                                           | 1  |
| Ingenieros directores..                                       | 5  |
| Ingenieros en jefe, capitanes de navío..                      | 7  |
| Ingenieros en segundo, capitanes de fragata..                 | 10 |
| Ingenieros ordinarios, capitanes de navío..                   | 14 |
| Ingenieros ordinarios..                                       | 20 |
| Ayudantes de ingenieros..                                     | 13 |
| Empleados en este ramo, con graduacion de teniente de navío.. | 1  |
| Id. id. con la de teniente de fragata..                       | 2  |
| Id. id. con la de alférez de navío..                          | 8  |
| Id. id. con la de alférez de fragata..                        | 15 |

#### *Compañías de guardias marinas*

Eran tres, cuyo número total de guardias marinas se redujo en dicho año á.. 120

#### *Infantería de marina*

Esta fuerza se componia de doce mil noventa y seis plazas; sus jefes y oficiales pertenecian al cuerpo general.

#### *Estado mayor de artillería*

|                                                 |       |
|-------------------------------------------------|-------|
| Capitanes de bombard..                          | 10    |
| Capitanes de brulot..                           | 8     |
| Id. id. graduado..                              | 1     |
| Tenientes de bombard..                          | 12    |
| Tenientes de brulot..                           | 15    |
| Condestables graduados de tenientes de brulot.. | 6     |
| Individuos de tropa..                           | 2,433 |
| Inválidos..                                     | 198   |

#### *Cuerpo de pilotos*

|                                                 |    |
|-------------------------------------------------|----|
| Primeros pilotos, alféreces de navío..          | 28 |
| Id. id. alféreces de fragata..                  | 80 |
| Id. id. sin graduacion..                        | 2  |
| Id. id. sin carácter oficial..                  | 3  |
| Id. id. fuera de reglamento..                   | 1  |
| Id. id. honorarios..                            | 5  |
| Segundos pilotos..                              | 69 |
| Id. supernumerarios..                           | 22 |
| Pilotos particulares al servicio de la armada.. | 6  |



Mas dado caso que fuese exacto en todas sus partes (lo cual solo en hipótesis podemos conceder) el cuadro lastimoso y triste que del estado de nuestra marina en aquella época ha trazado el historiador á que nos referimos, parécenos que á nadie menos que á un historiador francés correspondia complacerse en recargarle de tan negras tintas y hacer por ello

|                                                                                                                                 |    |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Primeros pilotos prácticos, uno de las costas del mar del Sur; otro de las del Río de la Plata, y otro de las de Nueva Galicia. |    |
| Terceros pilotos.                                                                                                               | 83 |
| Pilotos prácticos de costa.                                                                                                     | 13 |
| Prácticos de número.                                                                                                            | 11 |
| Id. supernumerarios.                                                                                                            | 10 |

*Cuerpo de oficiales de marinería*

Constaba de 400 plazas.

Maestranza, oficiales de mar, marinería, peones, rondines, etc., empleados en el servicio de los arsenales.

El número total de estas clases se elevaba á la cifra de.. 11,878 individuos.

*Tercios navales*

Al servicio de este ramo habia:

|                                                                                              |        |
|----------------------------------------------------------------------------------------------|--------|
| Brigadieres.                                                                                 | 6      |
| Capitanes de navío.                                                                          | 15     |
| Id. id. graduados.                                                                           | 1      |
| Capitanes de fragata.                                                                        | 22     |
| Id. id. retirados.                                                                           | 1      |
| Id. id. graduados y reformados.                                                              | 2      |
| Tenientes de navío.                                                                          | 37     |
| Id. id. reformados.                                                                          | 7      |
| Id. id. graduados y reformados.                                                              | 2      |
| Tenientes de fragata.                                                                        | 15     |
| Id. id. graduados.                                                                           | 2      |
| Id. id. reformados.                                                                          | 3      |
| Id. id. graduados y reformados.                                                              | 1      |
| Alféreces de navío.                                                                          | 11     |
| Id. id. graduados.                                                                           | 3      |
| Id. id. reformados.                                                                          | 1      |
| Alféreces de fragata.                                                                        | 12     |
| Id. id. graduados.                                                                           | 15     |
| Id. id. reformados.                                                                          | 5      |
| Id. id. graduados y retirados.                                                               | 1      |
| Total de gente de mar en los tres departamentos, sin comprender 8,293 hombres de maestranza. | 49,138 |
| Total de embarcaciones matriculadas.                                                         | 11,798 |

*Cuerpo del ministerio de Marina*

|                         |     |
|-------------------------|-----|
| Intendentes.            | 3   |
| Veedores.               | 3   |
| Intendentes graduados.  | 2   |
| Id. sin ejercicio.      | 1   |
| Contadores principales. | 3   |
| Tesoreros.              | 6   |
| Comisarios de guerra.   | 32  |
| Oficiales primeros.     | 92  |
| Id. segundos.           | 111 |
| Id. terceros.           | 67  |
| Id. cuartos.            | 62  |
| Id. quintos.            | 69  |
| Meritorios.             | 58  |

Agregados á este cuerpo para ser colocados en el mismo ó en otros destinos

|                            |    |
|----------------------------|----|
| Comisarios de provincia.   | 3  |
| Oficiales primeros.        | 1  |
| Id. segundos.              | 1  |
| Contadores de navío.       | 4  |
| Id. de fragata.            | 4  |
| Oficiales supernumerarios. | 18 |
| Meritorios.                | 17 |

*Cuerpo de médicos-cirujanos*

|                                          |    |
|------------------------------------------|----|
| Director.                                | 1  |
| Vice-director.                           | 1  |
| Ayudantes directores.                    | 4  |
| Ayudantes de embarco.                    | 3  |
| Médicos de hospital.                     | 6  |
| Primeros profesores médico-cirujanos.    | 68 |
| Segundos id. id.                         | 96 |
| Profesores con destinos fijos en tierra. | 15 |

tan severos cargos al gobierno español, siquiera fuese en consideracion á haber estado tantos y tantos años la marina española (en cumplimiento fiel de una alianza mas ó menos prudente ó indiscreta, mas ó menos conveniente ó nociva á nuestra nacion) consagrada al servicio de la Francia y á las órdenes del gobierno francés, casi siempre anclada en sus puertos y protegiendo sus costas, combatiendo constantemente al lado y en union, y á vanguardia muchas veces de las escuadras francesas contra las fuerzas navales de la Gran Bretaña, nuestra comun enemiga entonces: siquiera en consideracion á que los descalabros que sufrió la marina española en combates gloriosos, aunque desgraciados, le vinieron, ó por acudir á salvar de una destruccion próxima y casi segura una flota francesa, como en Cádiz, ó por torpeza y pusilanimidad del almirante en jefe francés, como en Finisterre y Trafalgar; siquiera en consideracion á que el mismo Napoleon en ocasiones solemnes hizo cumplida justicia y público elogio del valor de los marinos españoles sus aliados, y á que el almirante francés Villeneuve tuvo que oír sin replicar de boca del español Gravina palabras como las siguientes: «Señor almirante; siempre que los españoles han operado con escuadras combinadas han sido los primeros á entrar en fuego.»

CAPÍTULO XVI

Movimiento intelectual.—Estado de las ciencias y las letras

DE 1800 A 1807

Juicio de dos eruditos escritores contemporáneos sobre esta materia.— Multiplicacion de escuelas y proteccion de maestros.—Adopcion del sistema del célebre Pestalozzi.—Nuevos establecimientos de enseñanza.—Seminario de caballeros pajes.—Regularizacion de carreras facultativas.—Fomento especial de la botánica.—Sistema de escuelas de agricultura práctica.—Estado de la imprenta y librería.—Publicaciones notables.—Providencia sobre las obras por suscripcion y por entregas.—Medidas para enriquecer y dotar la Biblioteca Real.—Se hace á la Academia de la Historia inspectora y guardadora de todas las antigüedades y monumentos históricos del reino.—Escritores ilustres, y noticia de algunas de sus producciones.—Carácter de aquella literatura.—Reformas, correccion de abusos perjudiciales á la civilizacion y á la cultura.—Prohibicion de enterrar en los templos, y construccion de campos santos.—Abolicion de las corridas de toros y novillos de muerte.—Reforma y reglamento general de teatros.—Proyecto de reformation de las órdenes religiosas.—Hombres eminentes que se formaron en este reinado.

«A otros corresponde examinar y apreciar los actos políticos del célebre valido (el príncipe de la Paz): pero el historiador de la Instruccion pública en España no podrá menos de considerarle como uno de los hombres que mas han hecho en este país por derramar en él los conocimientos útiles.»

Esto dice uno de los escritores de nuestros dias mas entendidos y versados en la historia de las letras españolas, y tambien de los que mas han contribuido al desarrollo y mejoramiento de nuestros estudios públicos. Y como fundamento de aquellas palabras añade: «En testimonio de esta verdad, pueden citarse las muchas escuelas primarias que se crearon en su tiempo; el Instituto pestalozziano, las enseñanzas de ma-

*Cuerpo eclesiástico*

|                                                                         |     |
|-------------------------------------------------------------------------|-----|
| Vicario general.                                                        | 1   |
| Tenientes vicarios.                                                     | 3   |
| Curas castrenses de las iglesias, de los hospitales, de parroquia, etc. | 12  |
| Capellanes de los hospitales, y de los cuerpos militares, etc.          | 17  |
| Sacristanes mayores y ordinarios.                                       | 4   |
| Sochantre.                                                              | 1   |
| Capellanes de número.                                                   | 114 |
| Id. supernumerarios.                                                    | 4   |
| Id. provisionales empleados en el servicio de la armada.                | 30  |

Se ve en el citado capítulo de Thiers que este historiador, á pesar de los celebrados documentos del Louvre, no conoció el personal de que constaba nuestra marina. Nosotros hemos tenido la suerte de poderle conocer minuciosamente sin aquellos documentos.



temáticas, comercio y economía política que se erigieron en las principales poblaciones del reino; la reforma de los colegios de cirugía de Madrid, Barcelona y Cádiz, y la creación de los de Santiago y Burgos, con las clínicas para el estudio práctico, y las cátedras de física, química y botánica aplicadas á la medicina; la escuela de veterinaria; la de ingenieros cosmógrafos del Estado; la de ingenieros de caminos y canales; la de caballeros pajes; la de sordo mudos; la enseñanza de la taquigrafía; la escuela y taller de instrumentos astronómicos y físicos; los establecimientos de igual clase para el arte de torner y para la maquinaria, la relojería, el papel pintado, el grabado en piedra y otras varias industrias, costeados ó protegidos por el gobierno; el real gabinete de instrumentos y máquinas del Buen Retiro; el jardín de aclimatación de Sanlúcar de Barrameda, y las enseñanzas de agricultura que empezaron á plantearse; la protección concedida á la real Academia de Nobles Artes, y los muchos trabajos en pintura, arquitectura y grabado mandados ejecutar; las expediciones marítimas para objetos científicos, y la publicación de sus resultados; la de Malaspina al rededor del mundo; la de Balmis para la propagación de la vacuna; las enviadas al Nuevo Mundo para diferentes objetos de historia natural; los viajes por el reino para la adquisición de noticias, documentos y antigüedades; la publicación del viaje pintoresco por España; la de infinidad de obras sobre todas las facultades, ciencias y artes, unas traducidas y otras originales; el envío al extranjero de numerosos pensionados para traer á la Península todos los conocimientos útiles; y finalmente, los premios, estímulos y protección concedidos á los escritores, y cuantas personas sobresalían en letras, ciencias y artes. Estas fueron muchas, gozando las mas de justa celebridad, y aunque casi todas empezaron á formarse en el reinado anterior, alcanzaron su mayor gloria durante el de Carlos IV, dejando una nueva generación, que al estallar la guerra de la Independencia, prometía ya las mas brillantes esperanzas. El porvenir de España se mostraba lisonjero en el campo de la civilización y de la cultura, cuando tristes acontecimientos vinieron á interrumpir la marcha emprendida, y á retrasar por muchos años el feliz término á que tantos esfuerzos aspiraban (1).»

Otro de nuestros mas eruditos contemporáneos y de nuestros mas juiciosos pensadores, traza tambien en excelentes cuadros el impulso y fomento que en este reinado recibió de parte del gobierno la ciencia y la literatura. «Auxiliábanla, dice, como á porfía las disposiciones del gobierno, tolerante y confiado, los intereses de la época y los esfuerzos de los particulares. Mas variada y general, mas libre y expansiva, sin someterse al espíritu de escuela y á los métodos exclusivos y rutinarios, no la encadenaban muchas de las trabas que hasta entonces la habian comprimido.» Menciona los varios establecimientos literarios que de nuevo se crearon, indica las distinciones, los altos puestos con que se premió á los hombres eminentes y amigos de las reformas, observa cómo el gobierno iba muchas veces delante de la opinion y la guiaba, arrojando la animadversión de los enemigos del progreso, y continúa: «No los halagaba ciertamente quien permitía á la imprenta descubrir las miserias y combatir las de frente. Donde se publicaban y encarecían el Tratado de la Regalía de Amortización, el proyecto de la Ley Agraria, el Ensayo sobre la antigua legislación de Castilla, las Cartas de Foronda, las doctrinas económicas de Cabarrús, las obras de Asso y de Manuel, de Sempere y Villamil, de Salas y Mendoza, de Garriga y Camino; las traducciones de Domat y de Watel, de Filangieri y Pastoret, de Smith y Canard, Millot y Mably, Berardi y Cavalario, no se aherrojaba ciertamente el pensamiento, ni se pretendía imponerle silencio ó reducirle á estrechos límites (2).»

(1) Gil de Zárate: *De la Instrucción pública en España*, tom. I, c. 4.

(2) Caveda, *Estado político, económico é intelectual del reinado de Carlos IV*.—Es un capítulo que forma parte de una obra, la cual aun no ha sido dada á luz: por lo mismo y porque el autor ha tenido la bondad de confiarnosla privadamente, no copiamos mas cuadros de los que pudieran hacer á nuestro propósito, á fin de no desvirtuar sus ideas propias y sus luminosas observaciones antes que él las entregue á la consideración y al juicio público.

Plácenos ver el juicio de personas tan competentes en completo acuerdo y perfecta conformidad con el que nosotros dejamos ya consignado en el cap. VI del presente libro acerca del movimiento y progreso intelectual en este reinado. El examen que allí hicimos comprendía solamente el período del primer ministerio del príncipe de la Paz. Cúmplenos ahora examinar el segundo, en que lejos de paralizarse ó suspenderse aquel movimiento, se le ve recibir nuevo y aun mas eficaz impulso.

Comenzando por las escuelas públicas de primeras letras, fundamento y base de la instrucción y de la moralidad social, se aumentan y multiplican, se exigen condiciones á los maestros, se los sujeta á examen y concurso, se les imponen deberes, pero se les dan tambien consideraciones de que carecían, y se uniforma y retribuye la enseñanza todo lo que permitían entonces las circunstancias y el estado del reino (3). De aplaudir es el empeño que formó el príncipe de la Paz en establecer y aclimatar en España el método y sistema del célebre Pestalozzi para enseñar la religion, la moral, la historia, las leyes patrias, la economía política y los principios higiénicos, para lo cual consultó á una junta ó comision de hombres sabios y celosos, hizo traducir varias de las obras del profesor suizo, y logró ver creados institutos pestalozzianos en las primeras capitales, fundar el central y normal de Madrid (4), introducir el sistema dentro del Real Palacio, y que se celebraran exámenes que permitieron ya ver los adelantos de los alumnos educados por el método del ilustre institutor de Stantz y de Iverdun (5).

A los establecimientos científicos de que dimos cuenta en el citado capítulo siguieron otros, dedicados principalmente al estudio y cultivo de las ciencias exactas y de las nobles artes. Santander funda una escuela de matemáticas, arquitectura y dibujo. Otra corporación científica se crea en Granada en 1802; al año siguiente erigen en Cádiz el canónigo Blanco y el literato Lista una academia y una cátedra de humanidades; Barcelona, Alicante, Sevilla, la Coruña y Valladolid establecen enseñanzas de matemáticas que dan saludables frutos. Del Seminario de Caballeros pajes empiezan á salir jóvenes que van á lucir en el ejército sus conocimientos. En el pueblo de Comillas se institúa de real orden un colegio, aunque á propuesta y á expensas de un generoso particular, modelado por el Seminario de Nobles de Madrid y ajustado á sus mismas constituciones. Y en Casarrubios del Monte costea el arzobispo de Toledo don Luis de Borbon la fábrica de otro colegio fundado para niños nobles.

Las carreras y profesiones facultativas recibieron cierta regularidad que hasta entonces no habian tenido. Al modo que se determinaron circunstancias y requisitos para obtener el título y el ejercicio legal de la arquitectura, segun en otra parte indicamos, y se prescribieron las reglas que habian de preceder á la aprobación de los planos y diseños de las obras públicas (6), poniendo remedio al anterior desorden, así tam-

(3) Provisiones de 11 de febrero y 19 de marzo de 1804.

(4) El instituto normal de Madrid se abrió con gran solemnidad en las Casas consistoriales el 4 de noviembre de 1806.

(5) Los exámenes se celebraron en noviembre de 1807, época ya bastante turbada para España.

«Toda enseñanza era verbal (dice Raymond de Vericourt, hablando del método Pestalozzi), apenas se encontraba un libro en la institución de Iverdun. Las matemáticas eran tratadas menos como ciencia que como instrumentos propios para desenvolver y fortificar el espíritu. Los niños marchaban con paso seguro, aunque abandonados, en general, á sí mismos; seguían todos los grados intermedios que se suprimen en la enseñanza ordinaria; así el entendimiento se extendía en profundidad mas que en superficie, y el método de Pestalozzi merece ser considerado bajo este concepto, como un método de invención, de construcción de ciencias. Añadid á esto una educación física y moral admirable. Su principio era dejar marchar, dejar hacer, mostrar, ó mejor dicho, dejar parecer al niño tal como es; verle venir para mejor conocer sus inclinaciones, y no oponerse á sus disposiciones naturales sino cuando se las viera tomar una dirección falsa ó viciosa; no impedir el mal sino cuando se anuncia, en lugar de provocarle, como se hace muchas veces en la educación ordinaria, por los esfuerzos mismos indiscretos y peligrosos, destinados á prevenirle; principios fecundos en resultados, que han bajado á la tumba con su creador.»

(6) Real provision de 5 de enero de 1807.



bien se restableció el proto-medicato; se confirmó la junta superior gubernativa de Farmacia, se prohibió rigurosamente el ejercicio de la cirugía á los que careciesen de las condiciones prevenidas por las leyes (1); se prescribieron los años de estudio que se habian de exigir para la licenciatura en jurisprudencia y en derecho canónico, aumentándolos hasta diez, así para asegurar mejor la buena administracion de justicia, como para dificultar la carrera, y disminuir (lo cual es notable) el excesivo número de abogados que habia ya entonces (2); diéronse unas ordenanzas para el régimen y gobierno de la facultad de Farmacia (3), y otras para el régimen escolástico y económico de los colegios de Cirugía (4), y se otorgaban, ya gracias y exenciones á los alumnos, ya privilegios de fuero militar á los profesores de ciertos colegios y facultades (5). Si la reforma general de los estudios públicos, y principalmente de los universitarios, no correspondió á lo que demandaba ya el progreso de las ideas, ni á lo que habia intentado el gran Jovellanos al apuntar el presente siglo, ya en otro lugar señalamos la causa, á saber, el elemento de reaccion que en el seno del gabinete de Carlos IV existia constantemente representado en el ministerio Caballero.

Y sin embargo, el plan general de estudios de 1807 fué mejor que todos los anteriores; pues sobre ser general para todo el reino, sobre dar mas regularidad y uniformidad á los estudios, mejor orden al de las facultades, y mas importancia á las ciencias naturales y exactas, sobre añadir enseñanzas nuevas, como el derecho público y la economía política, y sobre establecer en todo mejores métodos, hacia la gran reforma de reducir á la mitad el número de las universidades, suprimiendo la mayor parte de las que se nombraban menores, agregándolas á las que quedaban segun su localidad ó proporcion (6). La circunstancia de mandarse en este plan que «la norma de todas en lo científico, y cuanto á esto pertenezca, y en todo lo demás que aquí se expresare,» fuese la de Salamanca, induce á creer que deberá ser cierto lo que se cuenta, á saber, que el ministro Caballero, instado porfiadamente por los profesores de Salamanca sus amigos, á que pusiera los estudios mas en consonancia con los adelantos que las ciencias habian hecho en Europa, les dijo no pudiendo resistir ya mas á sus excitaciones: «Pues bien; haced vosotros lo mejor sin comprometerme.» Y que á esto se debió el arrancar de Caballero un plan mas razonable, y el que para él fuesen tomados los estudios de la de Salamanca por modelo. Pero tal como fuese el plan de Estudios de 12 de julio de 1807, no hubo tiempo para poder recoger su fruto ni verse sus resultados, puesto que á poco sobrevinieron los acontecimientos que cambiaron la faz de la nacion (7).

Una de las ciencias que cultivada ya con solicitud en tiem-

po de Carlos III siguió recibiendo señalado fomento en el de Carlos IV fué la Botánica. Además de la escuela especial establecida en el jardin de Madrid para educar maestros que difundieran los conocimientos de este ramo por las provincias, fué un notable y honroso testimonio de celo y de progreso en esta materia el jardin de aclimatacion que se formó en Sanlúcar de Barrameda, y que puesto bajo la inmediata inspeccion de la Sociedad patriótica dió admirables frutos, á que contribuyó la liberalidad de las corporaciones y particulares del país, consiguiendo ver prevalecer en aquel bello establecimiento árboles, arbustos y plantas de las cuatro partes del mundo. Proyectada estuvo y aun decretada la creacion de veinticuatro escuelas ó institutos de agricultura práctica en los dominios españoles (8), pero su planteamiento y realizacion exigia medios y recursos que no tuvo ni tiempo ni facilidad de desenvolver el príncipe de la Paz, que acarició este pensamiento y meditaba hacer servir para él las granjas de las comunidades religiosas sin mas costo que el de los profesores. Y por último, los sabios botánicos que habian florecido y tanta reputacion habian ganado ya en el reinado anterior, continuaron en este, brillando ellos y difundiendo la ciencia en uno y otro hemisferio, protegidos por el monarca. Corria ya el año 1804 cuando la muerte arrebató al fecundo Cavanilles al tiempo que tenia en prensa el primer volumen de su *Hortus regius Matritensis*, y cuando acababa de aumentar el número de sus obras con los *Anales de Historia natural*, y se habia dado á luz por orden del gobierno la *Descripcion de las plantas*, precedida de los Elementos de botánica. Todavía cuatro años mas adelante falleció en Santa Fe de Bogotá (14 de setiembre, 1808) el laborioso Mutis, cuando daba la última mano á su obra favorita de la Historia de los árboles de la quina, que nadie ha conocido como él, despues de dejar multitud de manuscritos sobre las plantas, sobre la meteorología y sobre minas, un herbario de veinte mil plantas con mas de cinco mil láminas de ellas, y otras ricas colecciones, testimonio á un tiempo de su laboriosidad y de su ciencia, y de la munificencia y generosidad de los monarcas españoles.

Respecto á publicaciones de otra índole, esto es, á las que versaban sobre materias ó doctrinas filosóficas, políticas ó morales, obsérvanse disposiciones contradictorias, unas de represion, otras de libertad, natural consecuencia del antagonismo que estaba representado, dentro del mismo ministerio, de un lado por Caballero, opuesto en todo al espíritu de reforma, y de otro por el príncipe de la Paz, dado á permitir mas ensanche y latitud á las ideas, afecto á los hombres que simbolizaban los adelantos y las luces, y que hacia gala de fomentar la imprenta y la libreria, y de dejar á este elemento de ilustracion desenvolverse en una esfera mas ancha. Caballero renovó y mandó observar con todo rigor y bajo las mas graves y se-

(1) Circulares de 28 de setiembre de 1801.

(2) «El rey, decia la circular, no ha podido menos de reparar que la multitud de abogados en sus dominios es uno de los mayores males. La pobreza, inseparable de una profesion que no puede socorrer á todos, inventa las discordias entre las familias en vez de conciliar sus derechos; se sujetan, cuando no á vilezas, á acciones indecorosas que los degradan de la estimacion pública, y por último se hace venal el dictámen, la defensa de la justicia, y en vez de la imparcialidad y rectitud de corazon, solo se encuentran medios y ardidés que eternizan los pleitos, aniquilan ó empobrecen las casas.»—Circular de 14 de setiembre de 1802.

(3) Real cédula de 5 de febrero de 1809.

(4) Cédula de 6 de mayo, 1804.

(5) Circulares de 31 de julio de 1801, y 20 de diciembre de 1804.

(6) Se suprimieron las de Toledo, Osma, Oñate, Orihuela, Avila, Irache, Baeza, Osuna, Almagro, Gandía y Sigüenza.—Quedaban las de Salamanca, Alcalá, Valladolid, Sevilla, Granada, Valencia, Zaragoza, Huesca, Cervera, Santiago y Oviedo.

(7) El conde de Toreno, en su Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, refiriéndose en dos ocasiones á este plan, hace cargos por él así á Caballero como al príncipe de la Paz, atribuyéndoles haberse propuesto establecer un sistema de opresion en los estudios y contener el vuelo del pensamiento. El autor de la Historia de la Instruccion pública en España, Gil de Zárate, declara abiertamente que no puede convenir en este juicio con el noble conde, y que no encuentra justo el cargo. La lectura de aquel plan, que tenemos á la vista, nos inspira á nosotros un juicio mas conforme al del autor de la Historia de la Instruccion pública, que al del autor de la del Levantamiento, guerra y revolucion de España.

(8) «Deseoso el rey, decia el diario oficial, de contribuir con toda eficacia al bien de sus amados vasallos y á la prosperidad del Estado, y persuadido de que en una monarquía tan favorecida de la naturaleza nada puede ser mas ventajoso que la introduccion de preciosas producciones en la agricultura y en el comercio, y la propagacion de los conocimientos agronómicos y botánicos, para lo cual no solamente se necesitaba ofrecer á la juventud una nueva y gloriosa carrera, sino proporcionar por medio de varios establecimientos combinados que se difundiera igualmente por todas partes la accion de la enseñanza y del ejemplo, se ha dignado expedir una real orden, comunicada por el Excmo. señor don Pedro Cevallos, primer secretario de Estado y del despacho, á don Francisco Antonio Zea, jefe y primer profesor del real jardin Botánico de Madrid, la que, entre otras disposiciones importantes, contiene en resumen las siguientes:

1.<sup>a</sup> «Se fundarán veinticuatro establecimientos botánicos en los dominios europeos y ultramarinos de S. M. luego que las obligaciones imprescindibles de la corona permitan dotarlos convenientemente, comenzando por los de la Península.

2.<sup>a</sup> «El principal objeto de estos establecimientos será la enseñanza práctica de la agricultura, dirigida por la botánica, y apoyada en la observacion y en la experiencia.

3.<sup>a</sup> «Reuniránse en ellos todas las producciones útiles del país, sujetando al cultivo las que fueren silvestres, indagando sus diversos sexos, y promoviendo su introduccion en la agricultura y en el comercio. Servirán tambien para aclimatar en unas provincias las producciones de otras ó de ajenos países, pero bajo ciertos principios de economía pública que se fijarán, etc.»—Gaceta del 14 de marzo de 1806.



veras penas (1) una provision del tiempo de Carlos III, por la que se prohibia la introduccion y venta de libros extranjeros, en cualquier idioma y de cualquier materia que fuesen, sin que primero se presentara un ejemplar al real Consejo, y visto y examinado por él se expidiera el permiso de introduccion, y aun para esto y para todas las introducciones sucesivas de la obra se habia de confrontar aquel ejemplar en la aduana con los que se intentara introducir, para ver si eran de la misma edicion ó se habia añadido ó alterado algo. Y como en esto se daba intervencion á los ministros del Santo Oficio, cada dia ocurrían conflictos, quejas, reclamaciones y altercados entre los inquisidores y los embajadores y cónsules extranjeros, por retenciones y comisos que sufrían de los libros que traían en sus equipajes. No satisfecho Caballero de la tolerancia de aquel respetabilísimo tribunal, y pareciéndole demasiado laxo, no descansó hasta quitar del Consejo la inspeccion de los libros y la censura de la imprenta (1805), prometiéndose que un juez especial de imprentas de su eleccion y confianza reprimiria mas á satisfaccion suya á los autores, impresores y libreros. Debíose al príncipe de la Paz el remedio del mal que á las letras y á las luces con esta medida amenazaba, aconsejando al rey que el nombramiento de juez de imprentas recayera en un hombre tan ilustrado como don Juan Antonio Melon, tan tolerante como docto, y que ejerció aquella magistratura con una templanza que hubiera merecido elogios aun en tiempos mas avanzados.

Solo á favor de la libertad que aquella templaza permitia pudieron publicarse en aquel mismo año escritos como la Memoria de don Joaquin Antonio del Camino, que forma parte del tomo IV de las de la Academia de la Historia, demostrando la falsedad histórica del privilegio que habia servido de fundamento al llamado Voto de Santiago, y como los de los abogados del colegio de Madrid, Ledesma y Vinuesa, sobre la injusticia de aquel tributo y sobre el origen de los diezmos en España. Solo así pudieron ver la luz pública sin inconveniente otras obras de las que antes hemos citado; así circulaban sin grandes trabas diarios ingleses y franceses cuyas ideas habrían asustado algunos años atrás, y así pudieron formarse los varones ilustres, de que hablaremos despues, y que poco mas adelante tuvieron ocasion de sorprender y asombrar con su erudicion y con el atrevimiento de sus doctrinas y teorías en materias políticas.

A propósito de impresiones y publicaciones, no podemos dejar de notar una medida que demuestra hasta dónde se llevó entonces el celo y la vigilancia en esta materia. En aquel tiempo, como en el presente, solían abusar los autores ó traductores de obras, dándolas por suscripcion en entregas ó cuadernos sueltos, y á veces dejándolas incompletas, á veces extendiéndolas desproporcionadamente para sacar de los suscritores ya comprometidos en su adquisicion sumas que excedían del valor de la obra. El Consejo quiso poner remedio á este abuso, y expidió una circular, en que despues de exponer los perjuicios que el público podia sufrir, ya por las contingencias de quedar las obras incompletas é inútiles, ya por el peligro de que la codicia del lucro moviera á los autores á alargarlas y extenderlas á mas volúmenes de los necesarios, decia: «Para evitar la continuacion de estos perjuicios ha hecho presentes al rey las providencias que estimó convenientes, y habiéndose servido S. M. aprobarlas, ha acordado que no se publique suscripcion alguna sin que presentada la obra ó parte de ella á este Supremo Tribunal y el prospecto con que se intente anunciar al público, se conceda por el mismo la licencia correspondiente; que á los autores de suscripciones pendientes y atrasadas se les señale un término competente para el cumplimiento del empeño que contrajeron con el público, y no verificándolo, se les obligue á devolver á los suscritores el dinero que respectivamente hubieren entregado; y que no se publique ni venda en adelante ningun libro por cuadernos (2).»

Para enriquecer la Biblioteca Real (establecimiento que, como en otra parte indicamos de paso, estaba provisto de mas

personal y mejor dotado que al presente), se ordenó y exigió la puntual ejecucion de las disposiciones que estaban de antes dadas y mal cumplidas, para que de todas las obras, libros, papeles, mapas y estampas que se imprimieran, reimprimieran ó estamparan en el reino, por pequeños que fuesen, se entregara precisamente un ejemplar encuadernado á la Real Biblioteca, de que daría recibo el bibliotecario mayor, sin cuyo requisito no se podria vender, ni aun anunciar obra, impreso ni estampa alguna. Y que asimismo los libreros y tasadores de librerías que quedaren por muerte de sus dueños ó por otros motivos, estuvieran obligados á dar cuenta al bibliotecario de la tasacion que hicieren, con copia firmada del catálogo de impresos y manuscritos y sus precios, con prohibicion de venderlos hasta que el bibliotecario mayor determinara adquirirlos ó no para la Real Biblioteca, ó por ajuste con sus dueños, ó por el tanto que ofrecieren otros compradores, previniendo tambien de esta resolucion á las chancillerías, audiencias y juez de imprentas (3).

No fué menos considerada y favorecida la Real Academia de la Historia, á la cual se confirió la inspeccion general de todas las antigüedades del reino, á fin de poner á cubierto de la destruccion y de la ignorancia los infinitos y preciosos monumentos históricos que nuestra nacion encierra, encargando estrechamente á todas las autoridades y corporaciones eclesiásticas y civiles que le prestaran todos los auxilios que á aquel fin pudiera necesitar y reclamar. «La instruccion que al efecto y de real orden formó la Academia fué aprobada y mandada poner en ejecucion (4), declarándose, con arreglo á su art. 1.º, lo que debia entenderse por monumentos antiguos, á saber: las estatuas, bustos y bajos relieves, de cualesquiera materias que fuesen, templos, sepulcros, teatros, anfiteatros, circos, naumaquias, palestras, baños, calzadas, caminos, acueductos, lápidas ó inscripciones, mosaicos, monedas, camafeos, trozos de arquitectura, columnas miliarias, instrumentos músicos, como crótales, sistros, liras; sagrados, como preferículos, simpulos, lítuos, cuchillos sacrificadores, segures, aspersorios, vasos, tripodes; armas de todas especies, como arcos, flechas, glandes, carcajes, escudos; civiles, como balanzas y sus pesas, romanas, relojes solares ó maquinales, armilas, collares, coronas, anillos, sellos; toda suerte de utensilios, instrumentos de artes liberales ó mecánicas; y finalmente, cualesquiera cosas, aun desconocidas, reputadas por antiguas, ya sean púnicas, romanas, cristianas, ya godas, árabes y de la baja edad.

Continuando pues este fomento, esta proteccion á las letras hasta los últimos años de este segundo período, tal vez mas pronunciado aun que en el primero, al catálogo de obras científicas y literarias que en aquel salieron á luz y de que dimos en el citado capítulo VI una ligera muestra, podríamos añadir ahora otro mas largo y numeroso de las que en los primeros siete años de este siglo se dieron á la estampa, sobre los diversos ramos del saber humano, si nuestra mision fuera hacer la historia literaria de aquella época, y no la de apuntar solamente lo que baste para conocer su espíritu. En este concepto cumpíenos indicar, que la geografía, las matemáticas, la astronomía y otras ciencias análogas se ilustraron con las producciones de hombres tan doctos como Antillon, Giannini, Lopez, Chaix, Rodriguez Gilman, y Padilla. La historia de la marina española y de sus varones ilustres ocupó la fecunda pluma de Vargas Ponce, y los estudios elementales de aquel ramo fueron tratados con maestría por don Gabriel Ciscar, ilustre marino y uno de los sabios que concurrieron á Paris á establecer el tipo universal de los pesos y medidas, sobre lo cual escribió tambien una Memoria fundada en el sistema decimal. Escolar, La Ruga, y Llaguna, publicaban obras sobre economía política, y sobre materias de comercio, aranceles, fabricacion y minas. Daba Mazarredo de los Rios un tratado de navegacion, las tablas logarítmicas y los métodos para calcular las longitudes; y escribían sobre estas y otras parecidas materias Alcalá Galiano, Lopez Royo y Macarte. La química, la botánica, la farmacia y la medicina tuvieron cultivadores como Pigui-lon, los hermanos Boutelou, Lacaba, Isaura, Garnerio, Galvez,

(1) Cédula de 8 de junio de 1802.

(2) Circular de 30 de noviembre de 1804.

(3) Circular de 28 de noviembre de 1802.

(4) Real cédula de 6 de julio de 1803.



Pabon, Rojas Clemente, Lagasca, y otros, además de los ya mencionados y célebres Mutis y Cavanilles, que enriquecieron estas ciencias con obras, ya originales, ya traducidas.

Este mismo movimiento, esta misma actividad se observa, con éxito mas ó menos feliz, en otros ramos del saber. Bosarte comenzaba la publicacion de su Viaje artístico á varios pueblos de España, y Villanueva llegaba ya al tercer tomo de su Viaje literario á las iglesias del reino. Carlos Andrés iba ya en el noveno de la traduccion del Origen, progresos y estado de toda la literatura de su hermano el abate Juan Andrés. La filología y la ideología eran tratadas por hombres tan entendidos como don Ramon de Campos y don Lorenzo Hervás, y se completaba el Teatro histórico y crítico de la elocuencia española. Al mismo tiempo que se hacian colecciones de Pláticas dogmático-morales, y se traducian las Conferencias eclesiásticas de Angers, y el Catecismo de Pouget, publicaba Pellicer un Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España, y García de Villanueva escribía sobre el Origen, épocas y progresos del teatro español. Excusado es ponderar lo que en elegancia y buen gusto, en brio y robustez mejoró la poesía en aquella época, estando, como están, tan presentes y tan grabados en la memoria de nuestros contemporáneos así los nombres como las bellas y envidiables producciones de Melendez, de Jovellanos, de Moratin, de Cienfuegos, de Arriaza, de Sanchez, de Maury, de Reinoso, de Trigueros, de Mor de Fuentes, de Arjona, de Gallego, de Lista y de Quintana, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros, y aun hemos tenido la fortuna de poderlos contar entre nuestros amigos. Escritores no menos ilustres tenia la ciencia del derecho, de algunos de los cuales hemos hecho mérito en el principio de este capítulo, y la literatura histórica nos dejó en herencia investigadores laboriosos y entendidos, y criticos de gran valía que tambien hemos tenido ocasion de mencionar.

No queremos fatigar mas á nuestros lectores, ni faltar á nuestro propósito de concretarnos á trazar un sucinto bosquejo, tal como pudiera bastar para formar juicio sobre el movimiento intelectual de este reinado (1). Debemos, sí, observar que hasta cierto punto no deja de ser exacto el juicio de uno de los ilustrados académicos que citamos al principio, cuando dice: «No se verá ya en los escritos de estos nuevos políticos ni el mal gusto literario, ni la vulgar y empalagosa erudicion, ni las cansadas divagaciones, ni el apego á los detalles minuciosos y de poco valer que todavía deslustraban muchos de la misma clase publicados en el anterior reinado. Habia en aquel mas erudicion que filosofia, mas paciencia para reunir los hechos que sagacidad para apreciarlos, y deducir de su examen consecuencias generales; antes la constancia del compilador que el espíritu analítico del crítico, y primero el detenimiento en los pormenores que las apreciaciones generales y el buen ordenamiento del conjunto. Ahora encontramos otra importancia en las miras, la intencion filosófica que las dirige, mejor eleccion en las tareas; las apreciaciones útiles que antes desaparecian en la balumba de las citas y de las controversias fatigosas, y de la erudicion prodigada sin tasa ni medida, para sacar del olvido hechos sin consecuencia, ó dar cierto valor á cosas fútiles y baladíes (2).» Habría no obstante, si en este examen entrásemos, que hacer no pocas y muy honrosas excepciones en favor de escritores muy profundos y filosóficos del reinado anterior, á quienes esta crítica no podría ser aplicada. Hay, sí, que reconocer que si este movimiento literario puede parecernos hoy reducido é incompleto, relativamente al que en nuestros dias se ha desenvuelto y hemos alcanzado,

(1) Por lo mismo deberá dispensársenos si hemos omitido otros nombres tan dignos como los que hemos citado, puesto que hemos mencionado solo los que nos han venido mas fácilmente á la memoria sin ánimo ni intencion de privar á otros del lugar que por su mérito les corresponde en la galería literaria de aquella época.—Tampoco hemos citado sino algunas obras que al paso nos han ocurrido, pues fuera prolija tarea, y no muy propia de la índole de nuestro trabajo, enumerar las muchas de mas ó menos interés, mérito y utilidad que en los diversos y múltiples ramos del saber aquellos y otros ingenios produjeron.

(2) Caveda, Estado político, económico é intelectual del reinado de Carlos IV.

fué el mas cumplido que entonces el estado de las luces permitia, y admirable atendida la situacion económica y política del reino.

Con este progreso intelectual guardaban consonancia ciertas reformas que se emprendieron, y ciertas medidas que se tomaron para corregir abusos ó costumbres perjudiciales, y que prueban se marchaba en la vía de la civilizacion y la cultura. Carlos III, á pesar de lo mandado en su real cédula de 3 de abril de 1787, no habia logrado desterrar la nociva costumbre de sepultar los cadáveres dentro de los templos. Abriundo aquel mismo deseo los hombres del gobierno de Carlos IV supieron aprovechar la consternacion y el espanto de los pueblos producido por las epidemias y la mortandad de los primeros años del siglo, para persuadirles de la conveniencia de construir cementerios ó campos santos en los sitios ventilados fuera de las poblaciones, inclinarlos á adoptar esta reforma saludable, é ir deponiendo la añeja preocupacion, sostenida por un fondo de mal entendida piedad, de mirar como una profanacion el enterrar fuera de las iglesias. Así fué que las reales órdenes é instrucciones de 26 de abril y 28 de junio de 1804, mandando proceder á la construccion de cementerios en despoblado, sin exceptuar las aldeas mas pequeñas, fueron generalmente recibidas con menos repugnancia que antes. Las instrucciones para promover y llevar á cabo la medida fueron bien meditadas (3). Sin embargo no dejó de suscitar la murmuracion y la crítica de los fanáticos, provocada ó sostenida por una parte del clero; y como el príncipe de la Paz era el que aparecia en primer término como autor de toda innovacion ó reforma, sobre él recaia principalmente el cargo y la censura de irreligioso, contribuyendo á concitar contra él la odiosidad popular la coincidencia, que se explotaba grandemente, de haber mandado vender los bienes de obras pías, memorias, cofradías y otros de la misma índole. A pesar de todo la reforma se llevó á cabo, y llenas están las gacetas de aquellos años de comunicaciones de las autoridades dando parte de estarse construyendo, ó de haberse concluido la construccion de cementerios en multitud de poblaciones grandes y pequeñas de España.

Otra de las reformas que hizo el príncipe de la Paz en materia de costumbres públicas, llevado del deseo de que desapareciera un espectáculo que tiene mucho de feroz y de sangriento, fué la abolicion de las corridas de toros y de novillos de muerte (1805). Providencia, si bien laudable en cuanto revelaba el propósito ó la tendencia á modificar la rudeza de hábitos que la familiaridad con ciertas escenas engendra en el pueblo, y á inspirarle inclinaciones mas cultas y suaves, chocaba de frente con una de las mas antiguas y arraigadas aficiones del pueblo español, y por tanto no podia menos de aumentar la impopularidad que ya contra el reformador, por otras causas y mucho tiempo hacia, se abrigaba en el corazon de las masas populares, sin mirar que la medida no habia sido obra exclusiva del ministro favorito, sino discutida y acordada en el Consejo de Castilla (4). De otra naturaleza y menos

(3) «Se deben construir los cementerios, decia la regla 2.<sup>a</sup> de la circular de 28 de junio, fuera de las poblaciones y á la distancia conveniente de estas, en parajes bien ventilados, y cuyo terreno por su calidad sea el mas á propósito para absorber los miasmas pútridos, y facilitar la pronta consuncion ó desecacion de los cadáveres, evitando aun el mas remoto riesgo de filtracion ó comunicacion con las aguas potables del vecindario; y como el examen de estas circunstancias pende de conocimientos científicos, deberá preceder un reconocimiento exacto del terreno ó terrenos que parezcan proporcionados, practicado por profesor ó profesores de medicina acreditados.»

Seguían las condiciones de construccion, la designacion de fondos y arbitrios para las obras, etc.

(4) «Han sido repetidas, decia entre otras cosas la real cédula, las reales órdenes en que he manifestado mis deseos de la mas puntual observancia de dicha disposicion: pero á pesar de ellos, se han obtenido licencias con aparentes títulos de piedad pública, y se han hecho así continuos los recursos de esta clase. Con ocasion de algunos de ellos, que remití á informe del gobernador del mi Consejo, conde de Montarco, me manifestó con el celo que acostumbra los males políticos y morales que resultan de estos espectáculos. Y habiendo remitido este informe á consulta del Consejo pleno, me hizo presente en 20 de setiembre último lo resultante del voluminoso expediente formado en él desde el año 1761, y



ocasionada á producir odiosidades, fué la reforma del teatro. Poco á poco se habia ido dando ó volviendo á esta escuela pública de costumbres el decoro, la decencia y el buen gusto que la cultura y la moralidad social exigen, y en épocas anteriores parecia haberse desterrado ó como eclipsado por las libertades que en la composicion y en la escena se habian ido permitiendo y haciéndose familiares. Un censor real (1), y otro eclesiástico fueron creados para revisar, así las obras dramáticas nuevas como las que se refundieran del teatro antiguo; acordáronse premios á los autores originales, y á los que conservando las bellezas y expurgando los defectos de las antiguas tragedias y comedias presentaran obras dignas del público; y si el reglamento general de teatros de 1807 no llenó cumplidamente el objeto, tal como habria sido de apetecer, contribuyó, acaso tanto como era posible entonces, á su mejoramiento (2).

lo propuesto por mis fiscales, exponiéndome la importancia de que me sirviese abolir unos espectáculos, que al paso que son poco favorables á la humanidad que caracteriza á los españoles, causan un conocido perjuicio á la agricultura por el escollo que oponen al fomento de la ganadería vacuna y caballar, y el atraso de la industria por el lastimoso desperdicio de tiempo que ocasionan en días que deben ocupar los artesanos en sus labores.»—Conformándose pues con la consulta del Consejo, prohibió absolutamente estos espectáculos en todo el reino, mandando no se admitiera recurso ni representacion sobre este particular.—En Aranjuez á 20 de febrero de 1805.

(1) Que lo era el ilustrado don Manuel José Quintana.

(2) Este Reglamento, aprobado por real orden de 17 de diciembre de 1806, fué mandado observar por otra de 16 de marzo de 1807.—No le hemos visto impreso, pero le hay manuscrito en la Biblioteca Nacional, seguido de un largo Apéndice de varias órdenes y documentos que en él se citan.—Daremos una muestra de algunas de sus principales disposiciones.

## CAPITULO VII

### *De las piezas, de los autores, y su recompensa*

La Junta de direccion, con el doble objeto de excitar á los ingenios españoles á la composicion de dramas arreglados, y de aumentar el caudal de piezas antiguas con la correccion y refundicion de muchas de ellas, ofrece los premios siguientes:

Art. 1.º Toda tragedia ó comedia nueva original, de regular duracion, rendirá á su autor, mientras viva, un ocho por ciento de su producto total en las representaciones que se hagan de ella en los teatros de Madrid y en los de las provincias.

2.º Toda pieza nueva original, de aquellas á que particularmente se ha dado el nombre de dramas ó comedias sentimentales, rendirá á su autor, mientras viva, un cinco por ciento de su producto total en los teatros del reino.

3.º Las piezas traducidas, como estén en verso, rendirán á sus autores el tres por ciento de su producto total en los teatros del reino por el tiempo de diez años.

4.º El mismo premio se dará por toda pieza antigua refundida, y con esta denominacion se designan aquellas que el refundidor, valiéndose del argumento y muchas escenas y versos del original, varia el plan de la fábula, y pone nuevos incidentes y escenas de invencion propia suya.

5.º Las óperas, oratorios y zarzuelas, originales en su música y en la letra, que tengan la extension suficiente para ser el objeto principal de una funcion, rendirán el ocho por ciento de su producto, repartido entre el músico y el poeta, á razon de cinco al primero y tres al segundo, mientras vivan. Si la letra fuese traducida, entonces el poeta no percibirá mas que el tres por ciento por diez años asignado á los traductores.

6.º Las traducciones en prosa, las piezas antiguas que no estén mas que corregidas, las tonadillas, sainetes y toda clase de intermedios, se pagarán alzadamente por una vez.

7.º Con la traduccion, refundicion ó correccion de cualquiera pieza se ha de acompañar el original.

8.º El contador del teatro llevará la cuenta del interés correspondiente á los autores, y estos le cobrarán en la tesorería como cualquiera otro acreedor de ella...

9.º Las piezas, de cualquiera clase que fuesen, se dirigirán á la Junta de Direccion por medio del secretario de ella, con nota de la compañía á que el autor las destina, y aprobadas por el señor vicario eclesiástico de Madrid se pasarán despues al cómico que haga de director de escena, y este dirá si ofrecen algun inconveniente en su ejecucion teatral: luego se llevarán al censor, quien extenderá su informe civil y literario: y en su vista procederá la Junta á admitirlas ó desecharlas. En caso de discordia ó de reclamacion de parte del autor, la Junta remitirá la obra á algun otro literato distinguido á fin de que dé su dictámen, y procurarse por este medio mas luces para decidir sobre el caso.

Mas peligrosa y de mas compromiso, como todas las que se refieren á cosas ó personas eclesiásticas, fué la reforma que el príncipe de la Paz intentó de las órdenes ó comunidades religiosas, para la cual habia impetrado ya y obtenido del papa un breve de visita, cometiendo su ejecucion al arzobispo de Toledo, con facultad de delegar á los demás obispos. No eran las órdenes monásticas, ó sea las comunidades de monjes que vivian de rentas propias á las que se dirigian los proyectos de reforma de Godoy, bien que tambien entrase en su pensamiento hacer servir sus granjas, ó recurrir al sobrante de sus rentas para costear las escuelas de agricultura práctica, de que antes hemos hablado. Eran principalmente las órdenes mendicantes á las que se enderezaban su planes de reformation; estas eran las que le parecian perjudiciales en su organizacion y modo de vivir, encontrando irregular y nocivo que los que dirigian las conciencias de los fieles hubieran de sostenerse de la piedad de estos mismos fieles, de sus limosnas y donaciones. Su intento era abolir las cuestaciones y suprimir la vida comun y conventual de los de esta clase, formando con una parte de ellos colegiatas parroquiales, sujetas á los prelados y mantenidas con los diezmos, dedicando otros á la direccion y servicio de los hospitales, presidios y casas correccionales y penitenciales, y destinando los demás á las misiones de América y de Asia. Aunque esta reforma no se realizara, conocido el pensamiento y la intencion, compréndese que los que habian de sufrirla, que eran muchos y ejercian no poca influencia en las familias, no habian de ser afectos al ministro reformador, y no serian los que menos alimentaran las prevenciones que ya contra él el pueblo tuviese.

Por último, y volviendo al estado que las ciencias, la instruccion y las luces alcanzaran en este reinado, y al espíritu reformador de que vemos participaba como consecuencia de aquellas la persona que estaba en mas inmediato contacto con el trono, hay un testimonio irrecusable, que demuestra por sí solo cuánto se adelantó á favor de la proteccion y mejora de los estudios y de las letras, y cómo á la sombra de una tolerancia razonable habian traspasado las fronteras de nuestra nacion y difundidos entre los hombres doctos de España las doctrinas de derecho público y las teorías políticas de la escuela francesa del siglo XVIII, en general depuradas de sus mas extremadas exageraciones. Este testimonio le ofreció la reunion de ilustres y eminentes varones que á muy poco de terminar el reinado y á consecuencia del gran sacudimiento nacional se congregaron en el recinto de Cádiz á trabajar en la obra de la regeneracion política española, que ahora no calificaremos, pero en cuyas detenidas y profundas discusiones acerca de todos los principios que constituyen el fundamento y gobierno de las sociedades y de los Estados, mostraron el caudal de ciencia y de conocimientos que habian ido atesorando. Y como la ciencia ni se improvisa ni se adquiere por ensalmo, es evidente que así aquellos ilustres patricios, como los que en diarios políticos ventilaban las cuestiones mas importantes de alta administracion, se hubieron formado en el

10.º La impresion de las obras queda por cuenta y cargo de los autores, que harán en ello lo que les convenga.

11.º La Junta procurará adquirir originales las tragedias, comedias, dramas, intermedios y óperas mejores de los teatros extranjeros, y comisionará para su traduccion á los escritores que sean mas á propósito para esta clase de trabajo, premiándolos de la manera que va expuesta.

En el cap. 12, que consta de trece artículos, consagrados todos á prescribir reglas de buena policía, decencia y compostura de los teatros, hay algunos notables, tales como estos:

6.º No se fumará en parte alguna del teatro, no solo públicamente y á la vista del concurso sino tampoco debajo de las gradas, ni corredores de aposentos, ni escaleras de las casas.

7.º No se gritará á persona alguna, ni á aposento determinado, ni á cómico, aunque se equivocase; porque no es correspondiente á la decencia del público, ni lícito agraviar á quien hace lo que puede, y sale con deseo de agradar, y esperanza de disculpa.

10.º En los aposentos de todos pisos, y sin excepcion de alguno, no se permitirá sombrero puesto, gorro ni red al pelo, pero sí capa ó capote para su comodidad, etc., etc.

Los relativos á la organizacion, direccion y obligaciones de las compañías, órden de las funciones, administracion de todos los fondos é intereses, etc., estaban bastante bien discurridos y meditados.



## CAPITULO XVII

### Intrigas políticas.—La familia real y don Manuel Godoy

reinado cuya historia hacemos. Lo que había era que aquellos conocimientos estaban concentrados en determinado y no muy extenso número de ingenios, no era muy vasto el círculo de las personas en que la ilustración se había difundido, y en ellos mismos no estaba todavía la experiencia al nivel de las teorías, causa de la inestabilidad del primer ensayo de regeneración, pero fuente y manantial fecundo de que han emanado las saludables reformas que con elementos de estabilidad han podido plantearse después (1).

(1) Estamos por lo tanto muy lejos de poder convenir ni conformarnos con el juicio que del estado de la ilustración y de las letras en el reinado de Carlos IV hace el anglo-americano Tiknor en el cap. 7.º del tomo IV de su Historia de la Literatura española.

«No fué, dice, el reinado de Carlos IV de aquellos en que las contiendas literarias suelen producir provechosos resultados, pues faltaba la libertad, elemento indispensable de todo progreso intelectual. Su corrompido favorito, el príncipe de la Paz, durante el largo período de su administración, ejerció una influencia casi tan perniciosa y nociva para todo aquello que patrocinaba, como para lo que era objeto de su animadversión.»—Y luego: «La Inquisición que se había convertido en instrumento dócil y máquina política en manos del gobierno, aunque sin renunciar por eso á sus antiguas pretensiones religiosas, publicó su último Índice expurgatorio, para servir de dique y barrera contra el desbordamiento de las opiniones y el filosofismo de la Francia. De este modo, y siguiendo las órdenes del poder político, admitió contra los literatos, y especialmente contra aquellos que tenían relaciones con las universidades, infinitas denuncias, que si bien rara vez llegaron á producir castigos personales, fueron sin embargo lo bastante para encadenar el pensamiento é impedir la emisión pública de ciertas opiniones, que hubieran infaliblemente atraído sobre sus autores inminentes riesgos. Dejéase ver en todas partes, y bajo sus formas mas horribles, el despotismo civil y religioso, desplegando por do quiera nueva y portentosa energía. No había nadie á quien no alcanzase su perniciosa influencia... etc.»

Diffícilmente pudiera este escritor haber dicho mas, si se hubiera propuesto probar lo poco que conocia la época que juzgaba. Decir que en este reinado la Inquisición, convertida en instrumento dócil y máquina política del gobierno, y que el despotismo civil y religioso, desplegando por do quiera nueva y portentosa energía, se dejaban ver en todas partes bajo sus formas mas horribles, es desconocer de todo punto la época en que se alzó la condena y se abrieron las puertas de la patria á Olavide, y se le permitió vivir tranquilo y anchurosamente pensionado; la época en que se acabaron los verdaderos autos de fe, y se cercenó la jurisdicción inquisitorial, y se vió reducido el Santo Oficio á tentativas de impotentes esfuerzos; la época en que se permitió venir á España á los artistas industriales extranjeros, de cualquiera religion ó creencia que fuesen, prohibiendo á la Inquisición molestarlos, siempre que no perturbaran el orden social y obedecieran las leyes civiles del reino: la época en que el rey mismo por su Consejo volvió á la Iglesia española su antigua disciplina, colocándola en cierta independencia de la Santa Sede, reforma que en tiempos posteriores y mas libres nadie se ha atrevido á intentar; la época en que se enajenaban los bienes de capellanías, memorias, obras pías y patronatos laicales, y que se proponía al rey la venta de los de su mismo real patrimonio; la época en que los reformadores, en que los propagadores de doctrinas que pocos años antes asustaban, eran encumbrados á los mas altos puestos del Estado.

Decir que en el reinado de Carlos IV las contiendas literarias no produjeron resultados provechosos, porque faltaba libertad y estaba encadenado el pensamiento, es desconocer completamente la época en que se permitía impugnar tradiciones como la del Voto de Santiago, y en que las mismas Reales Academias patrocinaban y daban á luz estos escritos; la época en que se imprimían y publicaban sin obstáculo las obras de política, de legislación y de derecho público, nacionales y extranjeras, originales y traducidas, que hemos mencionado en este nuestro capítulo; la época en que al mismo valido le dirigían con toda impunidad escritos en que se demostraban los inconvenientes del gobierno absoluto, y en que se indicaba ya como fundamento de la ley la expresión de la voluntad nacional.

No le negaremos la perniciosa influencia que en política pudiera ejercer el corrompido favorito; pero respecto á las letras, si por desgracia algunos sabios, como Jovellanos, fueron por él injustamente maltratados y perseguidos, no como sabios sino como políticos, pudo también tener presente el autor de la Historia de la Literatura española (que por cierto apenas da sino ligeros apuntes sobre la historia literaria de los reinados de los Borbones, concretándose en los últimos exclusivamente á la poesía lírica y dramática), tener presente, decimos, que aun en este ramo él ilustre y liberal Quintana era censor régio de los teatros, y Moratin, colocado y protegido por el príncipe de la Paz, tuvo la satisfacción de ver puestas en escena desde 1803 á 1806 tres de sus mejores comedias, *El Baron*, *La Mojigata*, y *El sí de las Niñas*, y que cuando una producción como *La Mojigata* se representaba libremente y con aplauso, no estaba muy encadenado el pensamiento, ni ejercía gran rigor la Inquisición, ni

Principio y motivos de la aversión popular á don Manuel Godoy.—Causas que la alimentaron.—Ceguedad de los reyes y fascinación del favorito.—Crítica situación de España y de Europa al encargarse este del gobierno.—Culpa de todos los males.—Resentimientos de todas las clases del Estado.—Es no obstante objeto continuo de bajas adulaciones.—Mérito que tuvo en haber llevado al ministerio á Jovellanos y Saavedra.—Caída de Godoy.—Si influyeron en ella los dos ministros.—Recobra su valimiento el príncipe de la Paz.—Destierro, prision y largos padecimientos del ilustre Jovellanos.—Qué parte tuvo en ellos Godoy.—Lo que este suceso aumentó contra él el disgusto público.—Principio de las desavenencias entre la real familia.—El canónigo Escoiquiz es nombrado preceptor del príncipe de Asturias.—Carácter y designios de aquel eclesiástico.—Se apodera del corazón del joven alumno.—Conspira contra el príncipe de la Paz.—Disgusta á Carlos IV y es desterrado á Toledo.—Sigue correspondencia secreta con Fernando y le visita clandestinamente.—Mutua desconfianza entre los reyes y su hijo primogénito.—Enlace de este con la princesa de Nápoles.—Consejo de Godoy al tratarse esta boda, y significación que se le dió.—Formación de un partido Fernandista contra el príncipe de la Paz.—Odio que se profesan los dos partidos.—Inicuos proyectos que recíprocamente se atribuyen.—Dirige Escoiquiz el partido de Fernando.—Conspira la princesa de Asturias contra la política de Godoy.—Correspondencia secreta de María Antonia con su madre la reina de Nápoles.—La descubre Napoleon y la denuncia á Godoy.—Muerte de la princesa de Asturias, y calumnia que sobre ella se difundió.—Cambian de política los dos partidos de la corte.—Godoy se adhiere á Inglaterra; Fernando y sus parciales se declaran por Francia.—Triunfos de Napoleon.—Esfuerzos del príncipe de la Paz por desenojarle.—Proyectan casar al príncipe de Asturias con la cuñada de Godoy.—Accede al pronto Fernando, y lo resiste después.—Es nombrado Godoy Gran Almirante con tratamiento de Alteza.—Indignación que produce.—Ambos partidos se prosternan ante Bonaparte, y buscan con afán su protección.—Relaciones de Godoy con el príncipe Murat.—Los parciales de Fernando se conciertan con el embajador francés.—Conferencia secreta de Escoiquiz y Beauharnais en el Buen Retiro.—Acuerdan que Fernando pida á Napoleon por esposa una princesa de su familia.—Humillantes cartas del príncipe heredero á Beauharnais y á Napoleon.—Son enviadas á Paris.—Sucesos que entre tanto habían acontecido.—Cómo unos y otros pudieron influir en los proyectos de Napoleon.—Anúncianse las tristes escenas del Escorial.

Con verdadera amargura en nuestro corazón llegamos á la parte mas desagradable y mas lastimosa de la historia de este reinado, y bien puede haberse traslucido en el escritor la pereza de bosquejar un cuadro en que no pueden emplearse tintas agradables, y que sin poderlo evitar tiene que salir sombreado de flaquezas y miserias, semejantes á aquellas negras nubes que hacen presagiar tormentas, siniestros y calamidades, inmediatas unas, en lontananza otras. Ingrata será de hoy mas nuestra tarea, puesto que á cambio de algun suceso grande, honroso, gloriosísimo para nuestra patria, tendremos necesidad de referir larga cadena de cosas y larga serie de hechos que así atormentarán nuestro espíritu como afligian á la nación que los presenciaba y sufría.

Es evidente que la rápida é injustificada elevación de don Manuel Godoy produjo tanto disgusto como sorpresa en el pueblo español; que la acumulación repentina de honores, de cargos, de empleos, de riquezas y de poder en su persona, causó asombro y escándalo. Lo que menos se perdonaba era el origen de tal encumbramiento y de tamaño favor; juventud, inexperiencia, falta de merecimientos, escasez de luces para regir un Estado en circunstancias tan difíciles como aquellas, lo habria disimulado mas, porque mucho podia suplir, como mucho en verdad suplió, el deseo, el esfuerzo y el ejercicio: pero enemigo siempre el pueblo español de privados y validos, nunca muy indulgente con ellos, lo es menos cuando se levanta el valimiento y la privanza sobre un cimiento que pueda lastimar ó afectar la moralidad social. No era la discreción dote especial de la reina, ni siquiera la cautela y disimulo: pasábase de bondadoso el rey; y aunque no escaso de comprensión, y mas expedito que torpe para el despacho cuando en él por acaso alguna vez se empleaba, dominábale

desplegaban tanta energía y bajo tan horribles formas el despotismo civil y religioso.



la indolencia, y á trueque de no privarse de sus distracciones y recreos, principalmente del ejercicio de la caza, á que era ciegamente aficionado, y en que invertía cuantas horas podía aprovechar, felicitábase de haber encontrado un hombre que le parecía acreedor á toda su confianza y cariño, en quien descargar los cuidados de la gobernación y el peso de la monarquía. Eran Carlos IV y el duque de la Alcudia el trasunto de Felipe III y el duque de Lerma.

Comprendemos hasta qué punto puede fascinar á un joven, que se encontrara en la modesta posición de Godoy, verse repentina é impensadamente siendo el objeto de la predilección, del cariño, de los favores de una reina, y al propio tiempo el del afecto, de la intimidad, de la privanza del soberano. Alcánzase cuánto puede embriagar al hombre así favorecido ver á sus monarcas dispensarle á competencia honores, distinciones, grados y títulos, derramar sobre él dones y larguezas, hacerle opulento, conferirle los mas elevados cargos, constituirle en distribuidor de las mercedes de la corona, y confiarle por último el gobierno, la dirección y la suerte del Estado. Y así como en otra parte insinuamos que no es del todo justo culpar mas al que tiene la flaqueza de recibir y aceptar inmerecidos dones que al que tiene la fragilidad de otorgarlos, así ahora decimos que, atendida la condición humana, no nos maravilla que ofuscado Godoy con el humo de tanto favor, no advirtiera que al compás que se elevaba en alas de tan loca fortuna, subía la animadversión en unos, la envidia en otros, la censura y la crítica aun en los mas comedidos. Tampoco extrañamos sea verdad lo que él mismo en varios lugares de sus Memorias afirma; que pasado el primer torrente de gracias, satisfecha mas que cumplidamente la ambición, y cuando á la perturbación producida por tan súbito y no imaginado engrandecimiento sucedió la reflexión y la serenidad, abochornábase él mismo de verse investido con nuevos cargos, honras y mercedes, que algunas procuraba esquivar, pero que nunca en los oídos de sus soberanos encontraba eco excusa de ningún género. Pudo esto, decimos, suceder muy bien, porque observamos que andaban aun mas preocupados y ciegos los favorecedores que el favorecido.

Mucho en verdad necesitaban estarlo, los unos para tener la candidez de imaginar, el otro para abrigar la arrogancia de presumir que pudieran las manos de tan inexperto piloto regir con acierto el timón del Estado, cabalmente en circunstancias tan espinosas y difíciles como aquellas, cuando el torrente revolucionario de la nación vecina lo arrollaba todo, cuando no había ni potencia que no se resintiera ni trono que no retemblara á la violencia de aquel gran sacudimiento, cuando al desbordamiento de la revolución sucedió el hombre extraordinario que derrumbaba solios, deshacía naciones y desmoronaba imperios, cuando ante el genio portentoso de Francia se ofuscaban y aturdiaban los mas eminentes y acreditados políticos de Europa, cuando en la España misma se había visto amedrentarse, vacilar, andar como desorientados los primeros ministros de Carlos IV, que habían sido los grandes hombres de Carlos III. En esta difícilísima situación fué obcecación lastimosa la de los reyes, fué presunción casi heroica por lo temeraria la de Godoy, confiarle aquellos y tomar este sobre sus hombros el gobierno de la monarquía. No sabemos lo que habría sido de esta nación, gobernada por otros hombres, rugiendo tan á nuestras puertas el proceloso mar de la revolución: atendida la suerte que corrieron otras mas poderosas, y á cuya cabeza se hallaban experimentados y eminentes políticos, difícil, si no imposible, hubiera sido que España no sintiera los quebrantos, primero, de la deshecha borrasca que á sus fronteras corría, despues, de los irresistibles golpes del gran trastornador y dominador de Europa. Mas por lo mismo que era fácil presagiar desdichas, y no era dable imaginar venturas, debió comprender Godoy que á él, mas especialmente que á otro cualquiera que fuese el gobernante, había de culpar el pueblo, presente siempre á sus ojos el abominable origen de su improvisada elevación, de todos los males que sobre el reino vinieran, de todas las desgracias que se experimentaran.

Aun suponiendo, como debemos suponer, que le guiara el deseo del bien público, porque creemos que los hombres que

suben al poder, si no son por demás depravados, aspiran siempre á la gloria, y por consecuencia al acierto; aunque la práctica del mando fuera supliendo en mucho la falta de experiencia y de conocimientos con que á él llegara, sucedió, como era de calcular, que la guerra y la paz hechas por él eran igualmente censuradas, cualquiera que fuese el resultado de aquella, cualesquiera que fuesen las condiciones con que esta se ajustase: que las alianzas como las desavenencias, que la neutralidad como la ruptura con una de dos potencias rivales, ambas mas poderosas que España, sufrían igual crítica; porque como de todos modos venían compromisos que consumían la vitalidad de la nación, el mal se atribuía á la torpeza del favorito; crecían los apuros del tesoro y las necesidades de los pueblos, y de aquellos y de estas se culpaba al privado; vendíanse bienes y exigíanse sacrificios al clero, y crecía la animadversión del clero contra el valido. El opulento improvisado daba en ojos á los medianos y humildes que veían menguar cada día sus fortunas: los grandes y aristócratas ofendíanse de ver decorado con el título de príncipe á quien poco antes habían visto escoltar á los príncipes con la bandolera de simple guardia de corps; ¿y cómo la milicia había de llevar con gusto tener por generalísimo á quien no había peleado nunca?

El Consejo de Castilla por su parte llegó á verse ultrajado, y puede decirse vilipendiado y hasta insultado por el rey, que á tanto equivalía el tratarle explícitamente en una real orden de ignorante, interesado, injusto y venal, y mandar que en adelante ninguna sentencia fuese ejecutada sin que antes se remitiese á la aprobación de su secretario de Estado y del despacho, y que este declarase si estaba ó no fundada en derecho. Semejante real orden y en tan duro y ofensivo lenguaje concebida, produjo de parte del Consejo Supremo una contestación no menos áspera, irrespetuosa y violenta, así en los términos como en el fondo, en que, ya por vía de queja, ya de reclamación, ya llamándose á sí mismo soberano, ya reconociéndose sujeto á la soberanía real (desigualdad de juicio por cierto bien extraña), decía al rey cosas muy fuertes y muy graves, y se ensañaba contra la *vil pluma* (aludiendo al príncipe de la Paz) que suponía haber escrito ó dictado la real orden. El rey hizo sentir sus iras al Consejo que de aquella manera se expresaba, y semejantes contestaciones no podían menos de producir serias disidencias entre los mas altos poderes del Estado, que todas refluían en el mayor odio al príncipe de la Paz, á quien se miraba como el móvil y el causador de tales disturbios (1).

(1) Son tan notables y tan extraños estos dos documentos, que creemos nos agradecerán nuestros lectores que los insertemos á continuación.

#### Real orden

Llega á el mas alto punto la desazon que turba mi paternal corazón, cuando considero el gran descuido con que procede el mi Consejo en los asuntos de la mayor importancia, tanto para conmigo como para mis amados vasallos. El notorio perjuicio é injusta sentencia que acaba de sufrir uno de estos en el pleito visto por el mi Consejo pleno, en 3 de octubre, es para mí una prueba nada equívoca del poco pulso, y ninguna premeditación con que procede el mi Consejo en todas sus decisiones: he creído tener un Consejo que fuera el apoyo de mi corona, compuesto de individuos tales que me pudieran aconsejar, y dirigir en los asuntos mas graves y de la mayor entidad: he creído tener en mi Consejo ministros sabios, celosos, é infatigables para la causa de la nación: he creído que estos ministros tan dignos en tiempo de mi augusto padre (que de gloria haya) eran incapaces de torcer la vara para nadie: he creído que el supremo tribunal de la nación, era el santuario mas sagrado de The mis: he creído en fin, que el mi Consejo evitara cuantos disgustos y desazones pudieran turbar mi sosiego y tranquilidad: veo frustradas mis esperanzas. Las continuas instancias, y repetidas delaciones justas de muchos de mis amados vasallos ante mi trono, y las sospechas no infundadas de algunos de los que me cercan, me parece ser causa bastante legítima ya para confirmar en un todo el poco peso que debe darse á sus resoluciones; tengo motivos superabundantes para respirar indignación contra el mi Consejo.

Si el pleito votado en 3 del corriente, es decir, su injusta sentencia, ha desazonado mi paternal corazón en gran manera, solo cuatro de sus ministros han sabido mantener el justo equilibrio de la balanza de mi justicia en varias ocasiones: cuando mi soberano corazón está mas agobiado con los males que amenazan á mis amados reinos: cuando el mi Consejo



Y como la base fatal de tan monstruosa carrera no se olvidaba, porque nuevas imprudencias la recordaban cada día por falta de recato y de circunspección, no es extraño que se vieran y juzgaran por el prisma de aquellas ingratas impresiones todos los actos de gobierno de Godoy, de los cuales, si desacertados y funestos muchos, no eran tan dignos de reprobación otros; y sobre los que, no ahora, sino en otra ocasión y

podía aliviarme y darme consuelo, pues le necesito mas que nunca, es cuando mas procura por todo estilo acrecentar mi dolor. El interés, la ignorancia y las pasiones se han entronizado, digámoslo así, en medio de mi Consejo, y captado la voluntad de muchos de mis ministros que lo componen.

En atención á esto, quiero, ordeno, y mando, que en lo sucesivo toda sentencia dada por mi sala de Mil y quinientas, y en las causas decisivas y contenciosas, no se proceda á la ejecución, sin que antes se remita á mi secretario de Estado, y declare este, ó quien yo determine, si está fundada en derecho ó no; dándole á esta mi real resolución el debido cumplimiento.

#### *Contestacion del Consejo*

Señor: leida que fué la real orden de V. M. en Consejo pleno, con asistencia de todos los fiscales, no pudieron menos los ministros que le componen de prorumpir en continuo llanto. Meditada que fué la expresada real orden con atención y prolijo exámen en la posada del conde de Montarco su gobernador, acordó el Consejo pleno debía contestar á V. M. en términos sucintos y análogos, manteniendo el Consejo aquella dignidad y soberanía que no ignora V. M. tiene por su primera constitución. Cuando el Consejo pensaba, señor, tener un apoyo, asilo, y refugio, que es necesario contra el inmenso torrente de contradicciones, tiene el desconsuelo y amargura de verse abatido y ultrajado por su mismo soberano; pero no cree el Consejo que en el heroico corazón de V. M. quepa ultraje tal. No ignora el Consejo cuál haya sido la vil pluma, que usurpando el sagrado nombre de V. M. haya escrito, ó dictado tal real orden.

La sentencia en el pleito visto en 3 del corriente, de que hace mención V. M. es justísima por todos estilos, y el Consejo es capaz de hacerlo palpable á V. M. por cuantos códigos de jurisprudencia existen en la nación. El que á V. M. ha pretendido hacer ver lo contrario, es un vil seductor, que fuera mejor para el bien comun se le hubiera confinado días há en el último rincón del universo; pero dejemos esto, que bien conoce el Consejo no es sazón oportuna para internarse en materias tales.

Dice V. M. en su real orden hallarse agobiado en gran manera el paternal corazón de V. M. con los continuos males que amenazan, señor, y males quizá, que llegarán hasta el augusto trono de V. M. ¿Desde cuándo, señor, nuestra amada patria se halla en un estado tan deplorable? Desde que V. M. ha cortado las facultades soberanas que deben residir en el Consejo: sí, gran señor; desde que el Consejo se halla desposeído de aquel poder legislativo que tiene por su primera creación; desde aquella época ha ido decayendo mas y mas nuestra sabia monarquía. Camina, señor, nuestra España á su propia total ruina. El Consejo ve con harto dolor de su corazón ante sus propios ojos la destrucción de los reinos, y lo que es mas (tiembla, señor, el Consejo al proferirlo), la execrable aniquilación del trono.

Recorra V. M., si gusta, la historia de los emperadores romanos, y entre ellos encontrará V. M. á un Julio César cosido á puñaladas en medio del senado por dos viles asesinos, á quienes mas habia colmado de beneficios el heroico corazón de aquel soberano. Despierte V. M. del profundo letargo en que yace sumergido tanto tiempo há: ya es hora que la España mire por su causa propia: deseché V. M. (suplica el Consejo) esos viles seductores que le rodean: restitúyasele al Consejo su antiguo poder y dignidad, y de lo contrario la experiencia, fiador seguro del crédito de las pasiones encontradas, acreditará el comun sentir del Consejo; esto es, la destrucción de estos reinos, y el total exterminio de su corona. No puede prescindir el Consejo de hablar á V. M. con tanta claridad, sopena de gravar enteramente la conciencia de los mismos que lo componen.

Si V. M. no interpone toda su autoridad y poder para atajar estos males; si V. M. no deja obrar á su Consejo, como á tribunal soberano que lo es de la nación, bien pronto, señor, tendremos los españoles el desconsuelo de vernos nosotros, nuestras mujeres é hijos, hechos esclavos de nuestros vecinos y comarcanos.

En cuanto á lo que expresa V. M. en su real orden, que todas las sentencias dadas por la sala de Mil y quinientas, antes de su ejecución se remitan á V. M. para ser anotadas por su secretario de Estado y del despacho universal, ha acordado el Consejo pleno: que mientras subsista tal, no puede permitir ser residenciado por un particular. El Consejo, señor, es un soberano por su constitución nacional, y como tal, no deben ser sus decretos juzgados por un vasallo.

Es cuanto le parece al Consejo debe contestar á V. M. en respuesta á su real orden; V. M. dé las leyes, que el alto y supremo Consejo hará lo que le pareciere; pues siempre el Consejo ha salvado el real y acertado proceder de V. M.

lugar emitiremos nuestro juicio con la lealtad que acostumbramos.

Pero desde luego podemos decir, aunque con pena, que á pesar del aborrecimiento con que todas esas clases pudieran mirar al favorito, no es maravilla que él, harto deslumbrado con el favor, se creyera bienquisto y hasta popular, al ver la multitud de personas de todas las profesiones y categorías que le rodeaban de continuo, disputándose la honra de hacerle la corte, de adularle y de agasajarle á porfía. Si esto no lo supiéramos con certeza por la numerosa correspondencia auténtica que hemos examinado, nos lo diría el mismo príncipe Fernando, que en su célebre representación al rey su padre, de que mas adelante habremos de hablar, se explicaba así: «Todas las clases del Estado, todos los cuerpos, todos los tribunales, á porfía se esmeran en obedecerle (á Godoy), en obsequiarle y aplaudirle. Los grandes, los militares de mas alta graduación, los togados, los eclesiásticos mas condecorados disputan á sus inferiores el vergonzoso honor de ocupar por muchas horas, no solo sus antecámaras, sus escaleras y hasta sus caballerizas para lograr una mirada suya, una palabra, un gesto risueño, teniéndose por feliz el que lo consigue... Las ciudades, las provincias llenan cada día las Gacetas de las mas viles y fastidiosas lisonjas, y la nación entera pasmada de semejantes bajezas, y casi acostumbrada á la esclavitud, pronostica á boca llena que el día menos pensado dará este tirano los pocos pasos que le quedan que andar para derribar nuestra familia del trono y sentarse en él.»

En haber llevado al ministerio hombres como Saavedra y como Jovellanos dijimos ya que merecía alabanza; y ahora añadimos, que este acto fué tanto mas plausible, cuanto que Godoy ni debía servicios á Jovellanos ni le conocía sino por la fama de su saber y de su integridad. Y si bien el consejo fué del conde de Cabarrús su amigo, también fué mérito grande en el príncipe de la Paz el empeño con que lo tomó, puesto que tuvo que contrariar en esto la opinión y vencer la voluntad de la reina, á quien no agradaba la elevación de Jovellanos, y por lo mismo era la mayor prueba de decisión que podía dar el valido. A poco tiempo de la entrada de Jovellanos en el ministerio salió de él el príncipe de la Paz. Apuntadas quedan en otra parte las causas ostensibles que produjeron la caída y el alejamiento temporal del favorito (1). ¿Pero contribuirían también á ello secretamente Jovellanos y sus amigos y compañeros? Sospéchase fundadamente que tal habia sido desde el principio el designio y el plan de Cabarrús, y así lo realizaron, proponiéndose en ello hacer un gran servicio á su patria. Indícalo también bastante explícitamente el mas reciente biógrafo de Jovellanos, que al frente de una edición de las obras de este sabio español, ha escrito un elocuente discurso basado sobre lo que ha encontrado de mas auténtico acerca de la vida del autor cuyas obras se propuso compilar é ilustrar (2).

La poca duración de Jovellanos en el ministerio, y la circunstancia de haber subido nuevamente al poder el príncipe de la Paz, no ya solo recobrando su antiguo influjo, sino adquiriendo, si era posible, mayor valimiento que antes, dieron ocasión á que se atribuyera la caída de aquel á ocultos manejos de este. Dado que fuese así, con tal que á esto y no mas se hubiera limitado, cabia considerarlo como una reciprocidad, que aunque funesta á la nación, á la cual privaba de un ministro ilustrado y probo, aunque desfavorable al valido, por la significación de venganza que en sí envolvía, podía no obstante tomarse como la satisfacción de una de esas pasiones de

(1) Cap. V del presente libro.

(2) «Consiguiendo ganar la voluntad del monarca (dice, hablando de su resolución de aceptar el ministerio), aficionándole á los negocios, podía enterarle del mal estado del reino, interesarle en acudir al remedio y reorganizar la administración pública; acaso lograria alejarlo poco á poco del privado, y ¡quién sabe! separar á este de la corte con alguna comisión en que fuese útil á su soberano y á su patria.»

Y despues: «A poco tiempo de subir al ministerio salió del gobierno el príncipe de la Paz, quedando en él Jovellanos, lo cual prueba que no fracasaron, antes bien comenzaron á lograrse los proyectos de tan insigne varón.»—Nocedal, Discurso preliminar á las obras de Jovellanos, t. I, que es el XLVI de la Biblioteca de Autores Españoles.





que por desgracia difícilmente suele desprenderse la miserable humanidad. Pero culpósele además, por lo menos en gran parte, de la larga y tenaz persecucion que á poco tiempo empezó á sufrir el ilustre Jovellanos.

Sabido es que en 1801, hallándose este insigne patricio en Gijón dedicado al fomento de su Instituto Asturiano, fué una noche sorprendido en su cama, preso y conducido con escolta á Leon, Burgos, Zaragoza y Barcelona; trasportado á Mallorca, y encerrado en la Cartuja de Jesus Nazareno de Valdemuza, á tres leguas de Palma, con orden de no permitirle comunicar sino con los monjes. Que el motivo de tan brusco atropellamiento se supuso ser la denuncia ó sospecha de que tuviese participacion en esparcirse por Asturias ejemplares de una traduccion del *Contrato social* de Rousseau, cuyo traductor le dispensaba en una nota grandes elogios. Que todos sus papeles fueron ocupados, reconocidos y sellados. Que desde su reclusion de la Cartuja dirigió inmediatamente y reprodujo despues una elocuente y enérgica, aunque muy reverente representacion al rey, pidiendo ser juzgado por los tribunales y con arreglo á las leyes, á fin de acreditar su inocencia y disipar cualquier nota que aquella tropelia pudiera inferir á su reputacion y buen nombre. Que el eclesiástico encargado de poner esta representacion en manos del rey fué detenido y encerrado por espacio de siete meses en la cárcel de Corona. Que cuando un sujeto caritativo encontró medio y tuvo arrojo para hacer llegar una copia de aquel documento á las reales manos, aquella noble compasion excitó mas las iras de los ministros y produjo la orden para que el ilustre preso de la Cartuja fuese trasladado con escolta de dragones al castillo de Bellver, á media legua de Mallorca, donde no habia de comunicar sino con su criado, teniendo constantemente dos centinelas de vista, y no permitiendo que se le facilitase lápiz, papel ni tintero. Que para poder confesarse fué menester consultarlo al gobierno, el cual previno al sacerdote que solo hablara con él de asuntos de conciencia, y se abstuviese de entregarle papel alguno. Que habiéndole acometido un principio de catarata, y pedido el mismo capitan general que se le permitiera bañarse en el mar, le fué concedido con odiosas prevenciones, y siempre vigilado por los dos centinelas. Que al fin, merced á la intervencion de un buen religioso, le fué otorgado el poder leer y escribir en la cárcel; y por último, que en aquel duro encierro fué tenido el gran Jovellanos, hasta que á consecuencia del motin de Aranjuez, de la caida estrepitosa del principe de la Paz, de la abdicacion de Carlos IV y la proclamacion de Fernando VII, por real decreto de 22 de marzo de 1808 le fué restituida la libertad, para figurar todavía como uno de los mas insignes y esclarecidos patricios en el gran suceso de la revolucion y de la independencia española (1).

(1) Como no hacemos, ni nos incumbe hacer la biografía de Jovellanos, sino apuntar su rudo atropello y su injusta y tenaz persecucion, tampoco hemos podido detenernos á describir su cristiana resignacion en los padecimientos, la vida ejemplarmente religiosa que hizo en el convento de Valdemuza; cómo cautivados con sus virtudes, con sus obras, con su ameno é instructivo trato aquellos buenos monjes, le prodigaron á porfía todo género de consuelos y le proporcionaron cuantas comodidades permitia aquella solitaria casa; los paseos de estudio que juntos daban por aquellos montes y valles, y el Tratado de Botánica que sobre sus observaciones entre todos escribieron; el dolor con que le vieron partir para el castillo de Bellver, el modo con que el único religioso que tuvo entrada en esta prision le deparó dos antiguos códices, que le sirvieron para traducir la Geometría de Raimundo Lulio y comentar el Discurso de Juan Herrera sobre la figura cúbica; la descripcion que hizo de la propia fortaleza que le sirvió de cárcel; los escritos sobre antigüedades de la isla, y sobre otros objetos útiles, así como las interesantes epístolas que escribió á algunos de sus amigos, y sobre todo su Tratado sobre Educacion pública con aplicacion á las escuelas y colegios de niños. Ni nos toca explicar cómo pudo burlar la vigilancia que el gobierno mandaba ejercer sobre él para enriquecer las letras con aquellas utilísimas producciones, y cómo el sabio y virtuoso varon pudo consagrarse á tales tareas en la prision en que yacia.

Mucho se ha escrito sobre la vida de Jovellanos, pero generalmente todo está basado sobre las Memorias de Cean Bermúdez, que por encargo de la Real Academia de la Historia recogió todas las noticias relativas á su vida y sus obras. Lo último que conocemos es el citado Discurso de Nocedal, que precede á la nueva y reciente edicion de sus obras.

Atribuida á Godoy la larga y tenaz persecucion de Jovellanos, tanto como resaltaban con el infortunio las virtudes de este, crecia la impopularidad de aquel. Esfuerzos ha hecho en sus Memorias para sincerarse de este cargo, declinando la responsabilidad, y haciendo recaer la culpa en el ministro Caballero (2). No salvaremos nosotros á este funesto personaje, para quien era objeto de aversion y de odio todo el que descollara en ilustracion y en saber. Al cabo por él iban suscritas las órdenes de destierro y de prision, y su firma llevaba la que permitia como una gracia al cautivo de Bellver el poder confesarse, pero con rigurosas prevenciones al sacerdote, y mandando incomunicar en lo sucesivo al penitente hasta con su mismo criado. Su firma llevaba la que otorgando al preso permiso para bañarse en el mar, imponia la condicion, irrealizable por lo bochornosa, de que hubiera de hacerlo en paraje público, cercano al paseo y vigilado por los dos centinelas. Bien que tambien refrendó con su firma la que en 1808 se expidió volviendo su libertad al ilustre cautivo; que no era Caballero hombre á quien mortificaran escrúpulos de inconsecuencia, ni á quien fuera violento seguir los aires que corrian. Mas si así se condujo con Jovellanos el que le sucedió en el ministerio de Gracia y Justicia, tampoco nos es dable dejar de hacer participe en la persecucion al valido que antes le habia elevado al ministerio. En otra parte indicamos ya la razon y la prueba que para pensar así teníamos. Y si bien es de presumir que la animadversion principal contra aquel varon inocente, que la dureza con que fué tratado, y la insistencia en tenerle en largo y penoso cautiverio procedia de la régia persona que desde el principio repugnó su elevacion, no hay manera de absolver al privado que una vez tuvo entereza para vencer aquella repugnancia, y despues con mas ascendiente, apareció, aun mas que como débil como partícipe y consentidor, como vengador implacable de una ofensa recibida.

Inclinámonos, sin embargo, á creer, que otras persecuciones que en aquel tiempo se movieron, y los procesos que por el Santo Oficio se formaron contra los mas doctos y esclarecidos varones, prelados, ministros, magistrados y hombres de letras, acusándolos, ya de jansenistas, ya de sospechosos de impiedad y de propagadores de doctrinas perniciosas en materias políticas ó morales, fueron debidas al ministro Caballero, que ni toleraba la menor idea de reforma, ni podia sufrir á los que con su ciencia y sus escritos disipaban las tinieblas de la ignorancia y las preocupaciones, y contrariaban su sistema reaccionario: no á Godoy, que si él no se distinguia por la instruccion, hacia gala de fomentar las letras, y de atender y de elevar á los hombres ilustrados, y lejos de señalarse por fanático, habia sido él mismo denunciado por opuestas tendencias á la Inquisicion. Pero la odiosa privanza de que gozaba y la omnipotencia que se le suponía ejercer, bastaba para que se le acusase cuando menos de connivencia, no pudiendo nadie persuadirse de que si estuviera en desacuerdo con otro ministro no le pudiera fácilmente arrancar del lado y del consejo de unos reyes á quienes parecia dominar, y de cuya voluntad y albedrío se le hacia poseedor.

Que tal privanza y de tal género habia de excitar celos, resentimiento y enojo en el principe de Asturias, segun con los años y la razon pudiera irse apercibiendo de ella, era cosa esperada por lo natural, y mas si habia, que no podia faltar tampoco, quien ó por interés ó por amor al bien público se la hiciera reparar, buscándole al propio tiempo como elemento de oposicion al privado, y como bandera legítima de un partido nacional, que podia ser de gran porvenir como todo partido que se agrupa en derredor del heredero de un trono. Pero entre los muchos que hubieran podido predisponer en este sentido al principe Fernando, porque eran muchos los enemigos de la persona y del gobierno de Godoy, cúpole la suerte de ser su mas inmediato y su mas influyente director á un eclesiástico, á quien el mismo Godoy, por equivocacion, eligió é

(2) Fué tambien quien separó de la plaza de fiscal de la Sala de Alcaldes al grande y noble amigo de Jovellanos, Melendez Valdés, primero so pretexto de comisiones que le encargaba fuera de la corte, despues jubilándole con la mitad del sueldo.



hizo nombrar preceptor del príncipe, prefiriéndole á todos los aspirantes á tan honroso cargo, porque era uno de los que mas frecuentaban sus salones, y ya le habia hecho canciller de cortina del rey, no imaginando que su favorecido hubiera de ser su enemigo mas perseverante y el principal causador de su caída y de su ruina. Y decimos por equivocacion, porque el mismo príncipe de la Paz confiesa haberle seducido el continente dulce y grave al mismo tiempo de aquel sacerdote, su aire al parecer modesto y candoroso, su apacible semblante, unido á cierta reputacion que tenia de hombre instruido, como traductor de algunos libros ingleses, autor él mismo de un poema original, aunque malo, y sobre todo de varios opúsculos propios para la enseñanza elemental de los jóvenes, algunos de los cuales habia dedicado al duque de la Alcudia, á quien llamaba su protector. Tal era don Juan Escoiquiz, canónigo de Zaragoza, cuando fué nombrado ayo y preceptor del príncipe de Asturias, á la edad en que este necesitaba cultivar las bellas letras (1).

Desde esta época comienzan á advertirse sensiblemente las discordias de palacio, que poco á poco se fueron haciendo escándalos lamentables, para venir á parar en ruidosas escisiones. Daba ocasion á ellas la conducta de la reina y del valido; atizábalas trabajando á la zapa el canónigo Escoiquiz, de quien se dice, y así pareció haberlo acreditado los sucesos, que tan pronto como le fué encomendada la educacion del jóven príncipe se imaginó llegar á ser un Richelieu ó un Cisneros, y apoderándose del corazon de su tierno alumno, y cuidando mas de dirigirle en la política que de instruirle en las matemáticas y en las bellas letras, prepararse un porvenir halagüeño con el hijo, y al efecto influir de presente con los padres y minar con disimulo la influencia del privado. Favorecia á su plan el propósito que se atribuia á Godoy de entibiar el cariño de los reyes hácia su hijo primogénito, pintándosele como de carácter avieso, desagradecido, y poco apto para recibir la instruccion necesaria á los que han de regir un Estado, con el designio de irle inhabilitando para subir al trono que un dia habria de heredar, y hasta el cual se suponía que llegaban los sueños ambiciosos del favorito. Pero este á su vez culpaba á Escoiquiz de haber hecho á su régio discípulo receloso y desconfiado de sus padres, persuadiéndole de que era aborrecido de ellos, y principalmente de la reina, por instigacion del príncipe de la Paz, á quien por lo mismo era menester apartar del lado de los soberanos, y aun le atribuia haber inspirado é imbuido al jóven heredero una ambicion impaciente que podia llegar á ser criminal.

Sin embargo los trabajos de Escoiquiz para derribar al valido fueron solapados y encubiertos hasta la caída de Godoy en 1798. Entonces, creyendo definitiva su desgracia, presentó al rey un escrito titulado: *Memoria sobre el interés del Estado en la eleccion de buenos ministros*; en cuya primera parte trazaba el retrato de un mal ministro, con tales rasgos que no podia desconocerse haber querido retratar al príncipe de la Paz; en la segunda enumeraba las prendas que debian adornar á un buen ministro, y bien se traslucía la intencion del autor de dibujarse á sí propio. Dedicó despues al rey su desdichado poema de *Méjico conquistado*, y como Carlos IV aceptara con su acostumbrada benevolencia la dedicatoria, engrióse el canónigo, creyóse ya en favor con el soberano, y avanzó á proponerle, como un pensamiento feliz de su alumno, el

(1) Antes habian estado encargados de su educacion moral el docto padre Scio, traductor de la Biblia, y el sabio y virtuoso prelado don Francisco Javier Cabrera.

Las obras de Escoiquiz fueron: las traducciones en verso español de las *Noches de Young* y de *El Paraíso perdido* de Milton, el poema original *Méjico conquistado*, la Impugnacion de una Memoria contra la Inquisicion, un Tratado de las Obligaciones del hombre, una traduccion de *El amigo de los niños* de Sabatier, y otra de los *Elementos de Historia natural* de Cotte. Mas adelante escribió la *Idea sencilla de las razones que motivaron el viaje del rey Fernando VII á Bayona en abril de 1808*, y *Los famosos traidores refugiados en Francia*.—Menos mal prosista que poeta Escoiquiz, nunca han sido consideradas sus producciones por los hombres de letras, ni aun en el primero de aquellos conceptos, como obras de un ingenio de primer orden, ni su reputacion de literato pasó nunca de la que alcanzan las medianías.

deseo de irse instruyendo en el arte de gobernar y el permiso para asistir á los consejos de gabinete. El buen Carlos, que en edad mas madura no habia logrado igual gracia de su padre, no dejó de calar el designio que semejante pretension envolvia, y comprendiendo bien su procedencia, el carácter que el instigador de ella iba descubriendo, y la discordia que iba sembrando en el seno de la real familia, apartóle del lado de su hijo, y le desterró políticamente á Toledo, confiriéndole la dignidad de arcediano de Alcaráz de aquella iglesia primada.

El remedio fué un poco tardío. El canónigo se habia apoderado ya del corazon juvenil del real discípulo, halagando su ambicion y sus pasiones, y así quedó en correspondencia secreta con él, entendiéndose por medio de cierta clave, y además pasaba muchas veces disfrazado á la corte á visitarle personalmente, cosa no difícil en el género de vida que los príncipes hacian. Y como él atribuyó su destierro á influjo de Godoy (que por cierto nunca estuvo en menos favor con los reyes ni mas alejado de palacio que entonces, segun por la correspondencia privada hemos visto), inspiró á Fernando un odio profundo al de la Paz, representándosele como un rival que aspiraba á arrebatarle la corona, y, como medio para llegar á este fin, hacerle aborrecible á sus padres. De aquí el aire taciturno, tétrico y reservado que los reyes advertian en su hijo primogénito, y la falta de expansion, y ciertos síntomas de recíproca desconfianza que se advertian entre los padres y el hijo.

Vuelto á la privanza el príncipe de la Paz, y cuando Carlos IV, huyendo del compromiso de casar la infanta María Isabel con Napoleon (segun la idea indicada por su hermano Luciano), apresuró la negociacion de las dobles bodas de sus hijos con los de su hermano el rey de Nápoles, hemos visto que, consultado sobre ellas Godoy, si bien aprobó la de la infanta Isabel con el príncipe napolitano, no así la del príncipe de Asturias con la infanta María Antonia de Nápoles, y que so pretexto de que convendria, antes de casarle, completar su atrasada educacion, le aconsejó que para perfeccionarle en la escuela práctica del mundo seria bien que viajara dos ó tres años por Europa. No agradó al monarca el pensamiento, y por esta vez no complació al valido; trató el asunto con otros ministros, y principalmente con Caballero, las bodas se realizaron. La proposicion de Godoy de enviar al príncipe á viajar por reinos extraños fué atribuida á designios siniestros de separarle de sus padres, acabar de enfriar su cariño, y remover un obstáculo á sus planes para lo futuro; y la prevencion de Fernando y del canónigo Escoiquiz contra el favorito se convirtió en odio manifesto é implacable. A poco tiempo de esto, hablando el príncipe con el rey sobre la manera mejor de conservar nuestras Américas, siempre amenazadas por los ingleses, propúsole la idea de enviar allá á los infantes de España en calidad de príncipes regentes. Cualquiera que fuese en esto la intencion del de la Paz, y por mas que la idea se asemejase á la que ya en otro tiempo habia indicado á Carlos III el conde de Aranda, emanada de Godoy se tradujo á propósito de dispersar la real familia, y dejar el camino desembarazado para los fines que se le suponian. Y como á esto se unia el estar él enlazado con la misma familia real por su matrimonio con la hija del infante don Luis, no obstante sus íntimas y conocidas relaciones con doña Josefa Tudó, con quien unos entendian mediar solo amorosos tratos, otros suponian estar ligado en matrimonio, todo conspiraba á excitar los recelos de que en su loca ambicion cupiera el pensamiento de llegar un dia á escalar el trono.

Ibase formando así un partido contra el príncipe de la Paz, compuesto de los que aborrecian su administracion, de los que sentian ver empañado con su privanza el decoro y la dignidad del trono, de los quejosos y descontentos, que siempre son muchos, de los lastimados con las reformas, de las gentes del pueblo, propensas á creer cuanto desfavorable se sabia ó se inventaba del valido, de los que lamentaban los males de la patria y esperaban de un cambio el remedio, y de los que de buena fe ó por interés propio creian ó aparentaban creer que este remedio no podia venir sino del jóven príncipe de Asturias. Este partido, que podemos llamar *Fernandino*, era grande y popular. A su cabeza estaba Escoiquiz, que no per-



donaba medio para desacreditar á Godoy y para concitar contra él la animadversión pública, ya explotando los motivos verdaderos que para aquella odiosidad por desgracia hubiese, ya exagerando estos mismos ó inventando otros nuevos, siquiera se sacasen á plaza escenas que encendieran de rubor los rostros, y que manchaban de deshonor y de ignominia el régio alcázar (1).

Vino á añadir fuego á la hoguera de aquellas discordias la esposa de Fernando, la princesa María Antonia de Nápoles, jóven como él, pero de genio vivo, de carácter orgulloso y dominante, instruida en idiomas y en historia. Sobre ser cosa muy natural que la princesa de Asturias se afiliará en el partido de su esposo y del canónigo su maestro y director, lo cual solo bastaba para que aborreciese al privado de los reyes padres, agregábanse los motivos políticos y las instrucciones que de allá traía para trabajar por derribarle. Hija de la reina Carlota, la enemiga irreconciliable de Napoleon y de la Francia, apasionada y comprometida por la causa de Inglaterra, y estando entonces en estrecha alianza los gobiernos francés y español, traía especial encargo de su madre de sondear los secretos y penetrar las intenciones del gabinete de Madrid y de comunicarle cuanto supiera, y de emplear además su influjo en minar el poder del príncipe de la Paz. Secreta y casi diariamente se correspondían la madre y la hija, y lo que la de Asturias participaba desde acá lo trasmitía allá la de Nápoles al embajador inglés en su corte, y este á su vez lo ponía en conocimiento de su gobierno. Algunas de estas cartas fueron interceptadas por Napoleon, y de ellas y de su contenido daba aviso al príncipe de la Paz.

Llegaron en este tiempo las discordias del palacio y de la familia real al extremo mas lamentable. Los dos partidos se hacían recíprocamente las inculpaciones mas horribles. Era acusado Godoy por los partidarios del príncipe de Asturias del propósito sistemático de hacer á este sospechoso y aborrecido á sus padres, suponiéndole el designio y pintándole aguijado de la impaciencia de heredar prematuramente el trono, á cuyo fin procuraba tenerle apartado del trato íntimo y familiar con los monarcas, aislado en su cuarto, y como quien meditaba algun proyecto contra los autores de sus días: y todo

esto con la intencion de hacerle digno de ser desheredado, y con la ciega y loca aspiracion á escalar él mismo un día las gradas de aquel trono que envilecía, y de ocupar el aula régia que estaba manciando. Estos y otros abominables proyectos eran atribuidos al príncipe de la Paz, alcanzándole cierta participacion á la reina, de cuyas intimidades con el favorito se hacían derivar todas las injusticias, todos los males, las calamidades todas que sufría el reino y que los hombres de bien lamentaban. Pintábanse con vivos colores los desórdenes y la inmoralidad de que retrataban rodeado el régio solio. El pueblo acogía con avidez todo lo que se propalaba en descrédito del hombre cuyo valimiento aborrecía. La venta de los bienes eclesiásticos y otros de manos muertas, y las reformas en este sentido ejecutadas ó proyectadas, le habían enajenado el clero, poderoso entonces todavía. Y mirándose á Fernando como un príncipe religioso, como la única esperanza de salvacion para una nacion católica que marchaba hácia su ruina, y como víctima inocente de las intrigas de un privado, acrecentábase diariamente el partido Fernandino, robustecido por todos los enemigos de la alianza francesa, y por los que, ó por patriotismo, ó por despecho, ó con miras de venganza, se inclinaban á la amistad con la Gran Bretaña.

A su vez el de la Paz denunciaba proyectos criminales del príncipe y la princesa de Asturias y de sus parciales, no solo contra su persona, sino, lo que era mas terrible, contra los mismos soberanos; proyectos que decia haber descubierto y frustrado por fortuna el talento y la sagacidad de la reina María Luisa. Y en confirmacion de ello alegaba los avisos que de Paris recibía acerca de la correspondencia de la princesa María Antonia con su madre la reina de Nápoles, apelando Godoy para conjurar tales peligros á la proteccion de Napoleon. De tal estado de cosas no podía pronosticarse sino conflictos para el desgraciado Carlos IV, ni augurarse sino desastres mas ó menos inmediatos para España.

Tuvo que llorar Fernando la temprana muerte de su esposa María Antonia de Nápoles (21 de mayo, 1806), y aunque la jóven princesa bajó al sepulcro á consecuencia de una maligna tisis, no por eso dejó la maledicencia de encontrar ocasion para propalar la maliciosa especie de que una mano alevé hubiera precipitado el fin de sus días, y excusado es decir sobre quién se haría recaer una sospecha que hoy se tiene por destituida de todo fundamento. Aquella señora murió lamentándose de no haber tenido tiempo para formar el corazón de su querido Fernando. Su falta privaba á los ingleses de un auxiliar útil y poderoso en la corte de Madrid. Mas como á poco tiempo de este suceso, y de resultados de haber fallado, ó al menos de haber quedado sin ejecucion los planes de Godoy sobre Portugal, cambió este de política, queriendo adherirse á Inglaterra y á la coalicion de las potencias del Norte contra la Francia, su íntima aliada de muchos años, el partido del príncipe de Asturias, capitaneado por Escoiquiz, varió tambien el rumbo de su política solo por contrariar la del privado; y libre ya con la muerte de la princesa de los compromisos que le ligaban con Nápoles, buscó con empeño la amistad de Napoleon, á quien tanto había denigrado hasta entonces. Trocáronse, pues, los papeles de los dos partidos: ni el uno ni el otro obraban por conviccion; á ambos los guiaba solo la ambicion y el resentimiento, y Napoleon no vió sin sorpresa tan repentina mudanza. Y mientras el príncipe de la Paz enviaba con sigilo á Inglaterra al jóven don Agustin de Argüelles con la mision secreta de hacer paz y negociar alianza con aquella nacion, y de público daba la famosa y misteriosa proclama de 6 de octubre, el partido de Fernando y de Escoiquiz trabajaba tambien, ya tenebrosa, ya ostensiblemente, con Carlos IV y Bonaparte por desconcepcionar con uno y otro al valido.

Como los triunfos de Napoleon en Prusia hicieron á Godoy arrepentirse muy pronto de su proclama y de sus proyectos de coalicion contra la Francia y su emperador, y temiendo las iras de este se postraron él y el monarca ante el vencedor de Jena, é hicieron las gestiones mas humillantes para congraciarse de nuevo con él; y como por otra parte les conviniese mucho neutralizar el partido que con Bonaparte hubieran podido hacerse los parciales de Fernando, intentó atraerse al

(1) Uno de los asuntos que mas cebo daban á la maledicencia pública contra Godoy era su conducta privada, si privada puede llamarse nunca la del que por su posicion está siendo blanco constante de las miradas y de las censuras de todos, y no hay acto de su vida que no se investigue, y que por lo tanto pueda ser indiferente. De este género eran sus relaciones amorosas con la reina y con la Tudó, y las de aquel y de estas con otras y otros, que entonces y despues lenguas y plumas sin miramiento ni reserva alguna han vociferado. Y ya fuese que el mismo valido en su desvanecimiento cuidara poco del recato, ya que sus enemigos abultaran sus flaquezas ó exageraran sus excesos, ya que la prevencion que contra él había predispusiera á ver grandes crímenes en lo que solo fuesen debilidades y pasiones comunes, y á acoger fácilmente todo lo que la malignidad ó inventara ó ponderara, es lo cierto que, de viva voz entonces, y por medio de la imprenta despues, no hubo delito ni abominacion que no le fuera imputado; siendo lo mas grave y lastimoso que en los depravados y criminales designios que se le suponían no solo hicieran participante y cómplice á la reina, sino que envolvieran tambien al mismo monarca, al bondadoso Carlos IV.

Horroriza y repugna leer lo que por ejemplo estampó el padre maestro Salmon, del orden de San Agustin, en su obra titulada: *Resumen histórico de la revolucion de España*, impresa en Cádiz en la imprenta Real el año 1812, en que se habla descaradamente de reales adulterios, de incestos, de bigamias, de envenenamientos y de planes de regicidio, y otras abominaciones de esta índole, cuyas palabras y calificaciones nos abstengamos de copiar. En otras obras y escritos impresos se consignaron las mismas especies, en términos mas ó menos explícitos. Y si esto se publicaba por la imprenta, calcúlese lo que por aquel tiempo las lenguas pregonarian. Y como en estas materias nuestro sistema es no afirmar sino lo que justificar podemos, y como ni hemos hallado pruebas, ni las hemos visto aducir á otros de tales crímenes, dejamos á esos autores la responsabilidad de sus asertos; y sin negar la posibilidad de su exactitud, y reconociendo que la funesta conducta de aquellos personajes daba pié y ocasion á suponer, sobre lo que pasaba á la vista, todo lo demás que pudiera imaginar la suspicacia, nos limitamos á hacer estas indicaciones para que se comprenda cuán irritado debería estar el pueblo con los que tales escándalos daban, y cuya política consideraba como la mas propia para arrastrar la nacion hácia su ruina.



príncipe heredero, ó dominarle por medio de otra influencia, ó conservarla con el hijo, el día que el padre faltase, á cuyo fin propuso á Carlos IV casar á su hijo en segundas nupcias con la cuñada de Godoy, María Luisa de Borbon, hija segunda del infante don Luis. Niega el príncipe de la Paz en sus Memorias haberle pasado por las mientes este desdichado proyecto, y si bien confiesa que un día hablando Carlos con su hijo le hizo una indicación de esta boda, y le dijo que pensara á sus solas en ella, aunque no era asunto que corriera prisa, afirma que de esta ocurrencia no le volvió á hablar el rey, ni á él se le dijo nunca cosa alguna (1). Falta en esto á la exactitud el príncipe de la Paz, ó estaba muy desmemoriado cuando lo escribió. Nosotros, que con él como con todos procuramos siempre ser sobrios en hacer cargos cuando nos faltan datos auténticos con qué comprobarlos, somos en cambio tan severos como la justicia y la verdad histórica exigen, cuando podemos apoyarnos en comprobantes seguros. Y decimos que estaba sin duda muy desmemoriado, puesto que no recordaba que en carta de 11 de diciembre de 1806 había dicho á su confidente y negociador en París, don Eugenio Izquierdo: *Pienso, y está tratado con SS. MM. y el príncipe el enlace de mi cuñada con Su Alteza*. A lo cual le contestaba Izquierdo con fecha 24: «Há años que este enlace me ha parecido útil á España y el mas adecuado. Me atreví á insinuarlo una vez, creo en Aranjuez. Conviene, señor, por todas razones. Me atrevo á augurar que si V. E. me lo permite, yo obtendré el consentimiento del emperador, y que lo celebrará (2).»

La verdad es que Fernando, si bien al principio aceptó este matrimonio, despues, ó por reflexion y voluntad propia, ó por instigación de Escoiquiz y de sus amigos, repugnó y resistió este enlace, y que en su virtud y por efecto de las circunstancias que iban sobreviniendo, desistió el príncipe de la Paz de aquel propósito, y buscando cómo reconciliarse con Bonaparte á quien tenía enojado, procedió á proponerle el casamiento de Fernando con una sobrina de Murat, ó con una hija de Luciano. Por consecuencia, no es tampoco cierto lo que afirma

(1) Hé aquí las palabras textuales del príncipe de la Paz. «Aun con mas necesidad todavía que malicia (dice) pretendieron esparcir mis enemigos, que para afirmarme yo en el mando y poder conservar en adelante mi influencia cuando faltase Carlos IV había inspirado á S. M. el proyecto de unir en matrimonio al príncipe de Asturias con la segunda hija del infante don Luis, hermana mia política. A cualquiera que tenga buen sentido, querré yo preguntarle, si habría sido de creer ó de esperar que por llegar á ser el príncipe con cuñado mio se trocaría su voluntad, y de enemigo capital se volvería mi amigo. Lo que sus propios padres no alcanzaron, mal podría haberlo conseguido como esposa una señora á quien no amaba y con la cual se hubiera unido mal su grado. Aun prescindiendo de esto, ¿qué son las relaciones de cuñados para quitar odios ó aplacarlos, cuando ellas al contrario los engendran con frecuencia? Ni por la idea me pasó nunca este desdichado proyecto. Un día, en verdad, hablando Carlos IV con el príncipe Fernando de la necesidad de ir ya pensando en nuevas bodas, y haciendo una reseña de las familias reales de la Europa donde podría encontrarse una princesa digna de su mano, topó con el reparo que ofrecían las circunstancias de aquel tiempo, debiéndose evitar el aliarse con familias enemigas ó quejasas de la Francia, y excusar también el otro extremo de intimarse con las que se encontraban bajo la entera dependencia del emperador de los franceses: tan ajeno se hallaba Carlos IV en su política de emparentar con Bonaparte. Por incidencia de esto hubo de ser decir S. M. al príncipe Fernando, ó preguntarle que si querría casarse con aquella niña, sangre pura suya, especie á que Fernando respondió no tendría en ello repugnancia. «Piénsalo tú á tus solas, dijo el rey entonces; no es necesario darnos grande prisa; yo no deseo sino dos cosas, tu dicha, y nuestra paz en estos malos tiempos en que no puede darse un paso sin algun nuevo compromiso.» De esta ocurrencia de un momento no volvió á hablarle Carlos IV, ni á mí me dijo nunca cosa alguna. Fué menester un buen esfuerzo de memoria para que recordase el rey aquella especie cuando encontró, por los papeles que se hallaron, tantos consejos y advertencias que se daban á su hijo para que resistiese aquel enlace. Bastaba, sin embargo, para Escoiquiz que pudiera suscitarse nuevamente aquella idea, y desgraciarse su proyecto, tanto mas cuando era cosa fácil presumir que el rey no querría nunca someter la libertad ni la suerte de su hijo y de la España á la influencia poderosa que adquiriría la Francia por un enlace de familia, cual meditaba aquel canónigo.»—Memorias, tomo V, cap. 30, Nota.

(2) Correspondencia entre Izquierdo y el príncipe de la Paz.—Archivo del ministerio de Estado.

Godoy de que estuviese tan ajeno Carlos IV de imaginar siquiera el pensamiento de emparentar con Napoleon. Hé aquí cómo escribía el príncipe de la Paz á su agente de París: «Dije á V. en mi anterior del 11 lo que podría tal vez verificarse dando estado al príncipe; pero segun las últimas ocurrencias en Prusia y otras noticias que yo tengo, creo antipolítico todo paso á este respecto: dicen que el príncipe Murat tiene una sobrina: Luciano me ha hecho entrever alguna otra idea....» A lo cual contestaba Izquierdo: «Señor, yo puedo equivocarme, pero vea V. E. mis ideas. Creo político el paso de informar al emperador de los deseos del príncipe de casarse con su prima y de que esto agradaría á SS. MM. y sería satisfactorio para V. E. La respuesta nos daría luces para una multitud de otras ulteriores combinaciones políticas. Creo que no debe pensarse en la sobrina del príncipe Murat. El emperador nada quiere por faldas: se parece á quien yo sé; se avergonzaría de influir en España por medio de una mujer semi-parienta.—Ignoro lo de Luciano; pero jamás se fie V. E. de este señor. Nunca acomodará al emperador cosa que cuadre á este; y año que esto sucederá aun cuando se reunan, y ceda Luciano, le hagan príncipe, y le casen, y le den algun reino: en cosas domésticas jamás pensarán del mismo modo.»—Y como Godoy le hubiese dicho: «No debemos hacer proposición que aparente desvío en nuestras relaciones con el emperador;» le respondía: «La máxima es cierta; pero casar al príncipe antes que el emperador haya tenido y manifestado ideas acerca de este enlace, no puede ser imputado á desvío. El emperador es muy casamentero; pero en los casamientos no ve cosas políticas, sino domésticas. Y estoy seguro que si se le pregunta si la futura reina de España conviene ó no que entre en el despacho, aunque fuese su hermana, dirá que no. Vuelvo á repetir que tal vez soy un alucinado en esta ocasion; pero me parece que si al emperador se dice que conviene el casamiento del príncipe con la cuñada de V. E. para que una mujer extranjera no vaya á revolver la España, ha de decir que se tiene razon (3).»

No concertado todavía este negocio, y cuando mas trabajaban los enemigos de Godoy para derribarle, mas ambicioso él de engrandecimiento y mas ciego Carlos IV con el favorito, le concedió con la dignidad de almirante de España y de las Indias (13 de enero de 1807), título que solo habían tenido en España, primero el gran descubridor del Nuevo Mundo, y despues los hijos naturales de Carlos V y de Felipe IV y el infante don Felipe, suegro y tío de Carlos IV, dándole además el tratamiento de Alteza Serenísima; no conociendo el desvanecido privado que cuanto mas inconsideradamente se encumbraba, mas fuego añadía al horno del aborrecimiento que contra él se había ido encendiendo (4). Cuéntase que la noche que se celebró con una serenata su nueva elevación, oyéndola el príncipe Fernando exclamó con amargura: «¡Así se usurpa un vasallo mio el amor y el entusiasmo de los pueblos! Yo nada soy en el Estado, y él es omnipotente; esto es insufrible.» Y que escuchándolo su hermano Carlos, le consoló diciendo: «No te incomodes; cuanto mas le den, mas tendrás muy pronto que quitarle.» Palabras á que despues se quiso dar cierto valor de profecía. El haber dado á Godoy la casa-palacio del almirantazgo fué una ocasion y motivo mas para poder persuadir fácilmente al pueblo de que en tanto que él gemía en la pobreza, toda la riqueza del país se acumulaba en el favorito, cuya casa se suponía atestada de oro y plata.

En esta lastimosa escisión de la corte y del palacio de

(3) Carta de Izquierdo al príncipe de la Paz, de París á 24 de diciembre de 1806.

(4) El cargo no obstante no era absoluto, puesto que se nombró un Consejo de almirantazgo, compuesto de las personas de capacidad y reputación de la armada: tales eran los tenientes generales, don Ignacio María de Alava, don Antonio Escaño y don José Salcedo; don Luis María de Salazar, intendente general; el jefe de escuadra don José de Espinosa Tello, secretario; el capitán de navío don Martín Fernandez Navarrete, contador, y don Manuel Sixto de Espinosa, tesorero.—En realidad no era grande el poder que al príncipe de la Paz le añadía el título y cargo de almirante, siendo como era ya generalísimo: la dignidad y el tratamiento fué lo que irritó mas, y el haberle sido conferido en aquellas circunstancias.



nuestros reyes, cada uno de los dos partidos buscaba el apoyo de Napoleon para vencer y derribar á su adversario; y en este punto, siquiera sea doloroso decirlo, los documentos nos convencen de que no tenían que acriminarse uno á otro, y de que ambos se conducían con miserable baja. El príncipe de la Paz, cuyos verdaderos propósitos y ambiciosos fines descubriremos después, se esforzaba por desenojar y congraciarse á Napoleon, no solo con las propuestas de enlace para el príncipe de Asturias que mas le pudieran lisonjear, sino enviándole embajadores extraordinarios que le felicitaran por sus triunfos en Prusia y Rusia y por la paz de Tilsit. Godoy contaba con la amistad de Murat, ya príncipe y gran duque de Berg, que como cuñado del emperador y como uno de los generales mas acreditados del imperio, era tambien uno de los personajes mas importantes y mas influyentes de la Francia. Murat habia tenido siempre ó aparentado tener una grande idea de Godoy: desde 1805 habian seguido una correspondencia frecuente, amistosa y hasta íntima; se habian hecho muchos regalos y finezas, y seguían correspondiéndose con confianza y al parecer con cariño (1).—Por otro lado el partido Fernandista, dirigido por Escoiquiz y sostenido ya por personajes como el duque de San Carlos, el del Infantado, y hasta por el infante don Antonio Pascual, que con ser un varón tan pacífico se habia alistado en las banderas de su sobrino, afanabase tambien por atraerse la amistad de Napoleon para derribar á Godoy. Uno de los medios que ideó para lograrlo el canónigo de Toledo fué persuadir al príncipe de Asturias que pidiera á Bonaparte por esposa una princesa de su familia. Fernando, aunque tenia instintos naturales de aversión á todo lo extranjero, accedió á ello, porque no se separaba de los consejos de su antiguo preceptor, en quien tenia la mayor confianza. Acordaron los hombres de este partido tantear al nuevo embajador de Francia Beauharnais, hermano del primer marido de la emperatriz Josefina, que habia reemplazado al general Beurnonville; hombre de mediano talento, y menos diestro que afectado, amena conversacion y finos modales, y que tenia para ellos la ventaja de no ser amigo del príncipe de la Paz. Y siendo el canónigo Escoiquiz el que pasaba por mas ilustrado entre los de aquel bando, encomendósele entrar en relaciones con el embajador, á cuyo fin fué presentado en su casa con pretexto de ofrecerle un ejemplar de su poema de Méjico. De las buenas disposiciones del embajador habian informado ya don Juan Manuel de Villena, gentil-hombre del príncipe de Asturias, y don Pedro Giraldo, su maestro de matemáticas; mas sin embargo no se dió aquel paso sin que Beauharnais se asegurase por medio de una seña convenida con el príncipe de Asturias en el acto de presentar sus respetos á la corte en el Escorial de que Escoiquiz y sus agentes obraban en nombre del príncipe (2).

(1) Hemos visto cuándo y cómo empezaron estas relaciones, y pudiéramos, si no temiésemos hacernos fatigosos, informar á nuestros lectores de todo el curso que siguieron, porque hemos leído muchas cartas originales del ministro español al príncipe francés y de este á aquel. Comenzó Murat en una larga conferencia que tuvo con don Eugenio Izquierdo en su casa de campo de Neuilly en junio de 1805, por ensalzar las prendas y hacer grandes elogios del príncipe de la Paz, buscar analogías entre la elevación de ambos, indicar que, á ejemplo del emperador mismo, debían no detenerse en su carrera, manifestar la estimación en que le tenia y el deseo de servirle en todo. Esta conversacion se la transmitió Izquierdo á Godoy (en carta de 3 de julio de 1805), excitándole á que se diera por entendido para con Murat del buen concepto en que le tenia y á que le enviara con toda la delicadeza posible, algun presente digno de su persona. Hemos visto la primera carta que escribió Godoy á Murat por conducto de Izquierdo á quien la dirigió, por si hallaba conveniente ó por si le parecia deber modificarla. Desde entonces se entendieron ya los dos diariamente, tratándose en las cartas como dos amigos, si bien se comprende el respectivo interés que á cada uno moviera á cultivar y mantener esta amistad.

M. Thiers, que, como siempre, cree ser el único poseedor de los documentos de esta época relativos á España, dice que existen en el Louvre trozos de esta correspondencia, que Napoleon pudo proporcionarse, é inserta una carta del príncipe de la Paz al gran duque de Berg, escrita en 26 de diciembre de 1807.—Historia del Imperio, lib. XXVIII.—Nosotros podríamos llenar bastantes páginas con cartas que entre uno y otro personaje se cruzaron en cerca de dos años.

(2) El conde de Toreno y otros escritores españoles suponen haber

Una vez entabladas relaciones confidenciales entre M. de Beauharnais y el canónigo Escoiquiz, conviniéronse los dos en tener una entrevista solos y en sitio donde no pudieran ser notados. Al efecto, y para poder explicarse tan á sus anchas como fuera menester, escogieron el Buen Retiro, la hora la de las dos de la tarde, y día uno de los mas ardientes del mes de julio. Allí, bajo la impresion de un sol abrasador, después de pintar Escoiquiz las prendas del joven príncipe, su opresión, su aislamiento, sus peligros, en tanto que para humillarle se ensalzaba á un vasallo suyo hasta hacerle casi igual á los reyes, dejóse caer sobre la conveniencia de enlazar á Fernando con una princesa de la familia del emperador, cuya protección deseaba, como la única que podía salvarle de los riesgos que estaba corriendo, y asegurar su sucesión, uniendo mas y mas los lazos y los intereses de ambas naciones. Convino Beauharnais en las ventajas de aquella union y halagó la idea del enlace, y mas habiéndole acaso indicado que la solicitada seria su prima Estefanía Tascher de la Pagerie. Puso el embajador la conversacion y las relaciones en que estaba con el príncipe en conocimiento del emperador, pero acerca del proyecto escribía tan vaga y embozadamente que hubo de decirle el ministro Champagny que fuera mas explícito y descifrara tales enigmas y misterios. El por su parte pidió por escrito á Escoiquiz (30 de setiembre, 1807) pruebas ó seguridades de lo convenido, porque no bastaban dichos y ofertas habladas que se lleva fácilmente el viento. Entonces fué cuando Escoiquiz aconsejó á Fernando y él accedió á escribir, sin reparar en sus deberes de hijo y de súbdito español, las dos célebres y malhadadas cartas, una á M. de Beauharnais, y otra al emperador mismo, que decían así:

A Beauharnais: «Permitidme, señor embajador, que os manifieste mi reconocimiento por las pruebas de estimación y de afecto que me habeis dado en la correspondencia secreta é indirecta que hemos tenido hasta ahora por medio de la persona que sabeis y que merece toda mi confianza. Debo, en fin, á vuestras bondades, lo que jamás olvidaré, la dicha de poder expresar directamente y sin riesgo al grande emperador vuestro amo los sentimientos tan largo tiempo retenidos en mi corazón. Aprovecho, pues, este feliz momento para dirigir por vuestra mano á S. M. I. y R. la carta adjunta, y temeroso de importunarle con una extensión desusada, no explico mas que á medias la estimación y el respeto que me inspira su persona: os suplico, señor embajador, que suplais este defecto en las que tendreis el honor de escribirle.

»Me hareis tambien el favor de añadir á S. M. I. y R. que le ruego se sirva dispensarme las faltas de estilo y otras que encontrará en mi referida carta, tanto por mi cualidad de extranjero, como en consideración á la zozobra y dificultad con que me he visto obligado á escribirla, estando, como sabeis, rodeado hasta en mi misma habitación de espías que me observan, aprovechando para ello los cortos instantes que puedo ocultarme á sus malignas miradas. Como me lisonjeo de obtener en este asunto la protección de S. M. I. y R., y por consecuencia serian necesarias comunicaciones mas frecuentes, he encargado á la susodicha persona, que ha tenido esta comisión hasta ahora, el que adopte con vos las medidas conducentes al mejor éxito: y como hasta la presente no ha tenido mas garantía para dicha comisión que los signos convenidos, hallándome completamente persuadido de su lealtad,

venido ya Beauharnais con instrucciones de Napoleon para observar el partido del príncipe de Asturias y atraerle á las miras de la Francia. Los historiadores franceses afirman que la iniciativa de la negociación á que nos referimos nació de los amigos y partidarios de aquel príncipe. Nosotros, sin negar que el embajador viniera para observar los bandos que desgraciadamente dividían la corte y el palacio de España y explotar aquellas lamentables discordias para sus ulteriores fines, nos inclinamos á creer que la idea de solicitar una princesa de Francia para el heredero del trono español y de atraer por este medio la protección imperial, fué pensamiento de los amigos de Fernando, y principalmente de Escoiquiz, y que ellos fueron los que buscaron las relaciones y la amistad del embajador. Nos induce á pensar así el contexto de los despachos que mediaron entre este y el ministro de Francia, y además la época en que vino Beauharnais, época en que todavía Napoleon no habia fijado el giro que habia de dar á sus proyectos sobre España.



discrecion y prudencia, le confiero por esta carta mis plenos y absolutos poderes para tratar de este negocio hasta su conclusion, y ratifico todo lo que en este punto diga ó haga en mi nombre, como si yo mismo lo hubiese dicho ó hecho; lo cual tendreis la bondad de hacer que llegue á conocimiento de S. M. I. con la expresion mas sincera de mi agradecimiento.

»Tendreis tambien la bondad de decirle, que si por ventura S. M. I. juzga en cualquier tiempo útil que yo envíe á su corte con el secreto conveniente alguna persona de mi confianza, para que pueda dar acerca de mi situacion noticias mas extensas que las que pueden comunicarse por escrito, ó para cualquiera otro objeto que su sabiduría juzgue necesario, S. M. I. no tiene mas que mandarlo para ser obedecido en el momento, como lo será en todo lo que dependa de mí.

»Os renuevo, señor, las seguridades de mi estimacion y de mi gratitud; os ruego conserveis esta carta como un testimonio eterno de mis sentimientos, y pido á Dios os conserve en su santa guarda.

»Escrito y firmado de mi propia mano, y sellado con mi sello. Escorial, 11 de octubre de 1807.—*Fernando.*»

A Napoleon.—«Señor: el temor de incomodar á V. M. I. en medio de sus hazañas y grandes negocios que le ocupan sin cesar, me ha privado hasta ahora de satisfacer directamente mis deseos eficaces de manifestar á lo menos por escrito los sentimientos de respeto, estimacion y afecto que tengo al héroe mayor que cuantos le han precedido, enviado por la Providencia para salvar la Europa del trastorno total que la amenazaba, para consolidar los tronos vacilantes, y para dar á las naciones la paz y la felicidad.

»Las virtudes de V. M. I., su moderacion, su bondad aun con sus mas injustos é implacables enemigos, todo, en fin, me hacia esperar que la expresion de estos sentimientos seria recibida como efusion de un corazon lleno de admiracion y de la amistad mas sincera.

»El estado en que me hallo de mucho tiempo á esta parte incapaz de ocultarse á la gran penetracion de V. M., ha sido hasta hoy segundo obstáculo que ha contenido mi pluma, preparada siempre á manifestar mis deseos. Pero lleno de esperanzas de hallar en la magnanimidad de V. M. I. la proteccion mas poderosa, me determino no solamente á testificar los sentimientos de mi corazon para con su augusta persona, sino á depositar los secretos mas íntimos en el pecho de V. M. como en el de un tierno padre.

»Yo soy bien infeliz de hallarme precisado por circunstancias particulares, á ocultar, como si fuera crimen, una accion tan justa y tan loable; pero tales suelen ser las consecuencias funestas de un exceso de bondad, aun en los mejores reyes.

»Lleno de respeto y de amor filial para con mi padre (cuyo corazon es el mas recto y generoso), no me atreveria á decir á V. M. sino aquello que V. M. conoce mejor que yo; esto es, que estas mismas calidades suelen con frecuencia servir de instrumento á las personas astutas y malignas para confundir la verdad á los ojos del soberano, por mas propia que sea esta virtud de caracteres semejantes al de mi respetable padre.

»Si los hombres que le rodean aquí le dejasen conocer á fondo el carácter de V. M. I. como yo le conozco, ¡con qué ansias procuraria mi padre estrechar los nudos que deben unir nuestras dos naciones! ¡Y habrá medio mas proporcionado que rogar á V. M. I. el honor de que me concediera por esposa una princesa de su augusta familia? Este es el deseo unánime de todos los vasallos de mi padre, y no dudo que tambien el suyo mismo (á pesar de los esfuerzos de un corto número de malévolos), así que sepa las intenciones de V. M. I. Esto es cuanto mi corazon apetece; pero no sucediendo así á los egoistas pérfidos que rodean á mi padre, y que pueden sorprenderle por un momento, estoy lleno de temores en este punto.

»Solo el respeto de V. M. I. pudiera desconcertar sus planes abriendo los ojos á mis buenos y amados padres, y haciéndolos felices al mismo tiempo que á la nacion española y á mí mismo. El mundo entero admirará cada dia mas la bondad de V. M. I., quien tendrá en mi persona el hijo mas reconocido y afecto.

»Imploro, pues, con la mayor confianza la proteccion paternal de V. M., á fin de que no solamente se digne concederme el honor de darme por esposa una princesa de su familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que puedan oponerse en este único objeto de mis deseos.

»Este esfuerzo de bondad de parte de V. M. I. es tanto mas necesario para mí, cuanto yo no puedo hacer ninguno de mi parte, mediante á que se interpretaria insulto á la autoridad paternal, estando, como estoy, reducido á solo el arbitrio de resistir (y lo haré con invencible constancia) mi casamiento con otra persona, sea la que fuere, sin el consentimiento y aprobacion de V. M., de quien yo espero únicamente la eleccion de esposa para mí.

»Esta es la felicidad que confio conseguir de V. M. I. rogando á Dios que guarde su preciosa vida muchos años. Escrito y firmado de mi propia mano y sellado con mi sello, en el Escorial, á 11 de octubre de 1807.—De V. M. I. y R. su mas afecto servidor y hermano.—*Fernando* (1).»

Estas cartas, de que por entonces no se tuvo acá conocimiento, no fueron enviadas á Paris hasta el 20 de octubre, por haber esperado el embajador á proporcionarse un conducto seguro, y así no llegaron á manos de Napoleon hasta el 27 ó 28. Y como en el intermedio de los tratos que produjeron estas cartas habian ocurrido ya las negociaciones del príncipe de la Paz y de Izquierdo con Bonaparte sobre las bodas del mismo príncipe Fernando, y como habia sucedido ya lo del pedido de tropas españolas hecho por Napoleon y su marcha al Norte al mando del marqués de la Romana; la felicitacion de Bonaparte á Carlos IV por la gloriosa defensa de Buenos-Aires y la de Carlos IV á Napoleon por la paz de Tilsit; los planes de invasion de Portugal por las tropas francesas y españolas; el proyecto de reparticion de aquel reino; el tratado de Fontainebleau; y por último la entrada de los ejércitos franceses en España y los demás sucesos de que dejamos dada cuenta en otro lugar; muy sobre aviso ya Napoleon sobre las lamentables escisiones de la corte y de la familia real de España, cualesquiera que sobre ella fuesen sus designios futuros, en nuestro entender aun no formulados en la solucion definitiva que hubiera de darles, las pruebas que recibia de la humillante actitud y de la baja sumision del príncipe Fernando y sus parciales, unidas á las que ya tenia de la no menos humilde actitud de Carlos IV y del príncipe de la Paz, todos adulándole y solicitando á porfía su proteccion, ó le inspiraron ó le confirmaron en la idea de lo fácil que le seria enseñorearse de ambos partidos, y aun de acabar con la dinastía de los Borbones de España.

Y por si algo faltaba al triste cuadro que el estado de nuestra corte presentaba por aquellos dias, y por si pudiera necesitar Napoleon de mas estímulo para ensanchar sus ambiciosos designios sobre nuestra Península, coincidió con estas debilidades y misterios uno de los acontecimientos mas deplorables y de mas gravedad de que puede ser teatro una residencia régia. Nos referimos á los tristes sucesos y á la famosa causa del Escorial, en cuya relacion nos ocuparemos luego, y no de seguida, porque antes convendrá dar á conocer hechos anteriores del personaje que figuró mas en todos los sucesos de aquel tiempo.

(1) Inserta en el Monitor de 5 de febrero de 1810, y traducida por Llorente en sus Memorias.



## CAPITULO XVIII

## Ambiciosos proyectos del príncipe de la Paz

Aspiraciones que le fueron atribuidas.—Verdadero pensamiento que tuvo y en que mas se fijó.—Silencio de los historiadores sobre este punto.—Principio de sus inteligencias con Napoleon para el logro de su proyecto.—Curso que fué llevando la negociacion.—Correspondencia entre Izquierdo y el príncipe de la Paz.—Notas de Bonaparte.—Explica Godoy sus deseos.—Pretensiones del emperador.—Intervencion de Talleyrand y de Duroc en este negocio.—Interrupcion que sufrió, y sus causas.—Sentimiento de Godoy y de Izquierdo.—Importante comunicacion de este negocio diplomático.—Cambia de política el príncipe de la Paz.—Enoja á Napoleon.—Se arrepiente, y se esfuerza por recobrar su amistad.—Activas gestiones de Izquierdo.—Se reanuda la negociacion interrumpida.—Da por resultado el tratado de Fontainebleau.—Si obró ó no de buena fe Bonaparte en este convenio.—Sospechas de Godoy.—No puede retroceder.—Napoleon buscado por los dos partidos que dividian el palacio real de España.—Pábulo que se presenta á su ambicion, y principio de las grandes calamidades que se preparan.

Muchos pensamientos, muchos planes, muchas aspiraciones ambiciosas le fueron atribuidas al hombre que gozó de la privanza de los monarcas en este reinado; con fundamento sin duda algunas, por sospecha solamente otras, algunas confirmadas por datos, otras solo en apariencias y suposiciones apoyadas. Todas ellas fueron como las piezas del gran proceso de culpas y cargos que le formó la opinion pública, y de todas hemos ido haciendo mérito en nuestra historia, presentándolas y apreciándolas en el grado de certeza, de verosimilitud ó de duda á que sujetaban nuestro juicio los documentos que han estado á nuestro alcance, y en tanto que no se descubran otros que nos le hagan variar: que ni sobre este ni sobre otro algun personaje histórico tenemos por costumbre lanzar cargos ó censuras sino cuando nos asisten datos ó razones que por lo menos formen en nosotros conviccion. Y así como nuestros lectores habrán visto demostrado por nuestra historia que no es exacta la vulgar creencia de que Godoy hubiese estado siempre humillado y sumiso á la influencia y á la voluntad de Napoleon, antes bien hubo épocas y ocasiones en que mostró con él entereza y fuerza de voluntad, algunas en que, no obstante la alianza, provocó su enojo y arrojó con firmeza sus iras, y otras en que realmente se le vió doblegarse hasta una humillante obediencia y una vergonzosa sumision, así lo hemos hecho tambien en cuanto á los pensamientos y planes que la ambicion en unos ú otros tiempos ú ocasiones sugiriera al personaje á que aludimos.

Pero hubo uno, que es de suma importancia conocer, porque fué en el que se fijó mas tiempo, el que siguió con mas perseverancia, el que se trató con mas formalidad, el que duró hasta los sucesos que produjeron su estrepitosa caída y el grande y glorioso sacudimiento nacional, y que si bien es conocido en su última forma, y nosotros mismos le hemos transcrito en el capítulo XV, ignórase generalmente cómo y cuándo nació, de qué manera fué conducido, qué vicisitudes sufrió, con otras circunstancias dignas de saberse: sobre lo cual diremos algo nuevo, toda vez que no hemos hallado estas noticias en escritor alguno, y nada diremos que no esté basado en documentos auténticos y originales. Hablamos del propósito de Godoy de formarse una soberanía como la que despues le fué destinada en los Algarbes.

En 1805, con motivo de la segunda alianza con el imperio francés, y á consecuencia del convenio celebrado en Paris (5 de enero) y firmado por Decrés y Gravina, y de las expediciones marítimas de las armadas combinadas francesa y española, Napoleon le dijo al príncipe de la Paz que si daba pruebas de celo y energía, procurando recursos y medios para la eficaz cooperacion de España en aquellas empresas y operaciones contra Inglaterra, aseguraria para siempre su estimacion, y tendria en él un apoyo y un protector contra todos sus enemigos interiores y exteriores (1). Esto inspiró al de la Paz gran confianza en la proteccion de Bonaparte; y como uno de los enemigos interiores de Godoy fuese la princesa de Asturias,

(1) «Qu'alors (decia) dans tous les temps le prince aura appui contre ses ennemis intérieurs et extérieurs.»

que lo era al propio tiempo de Napoleon, y como el agente diplomático del príncipe de la Paz en Paris, don Eugenio Izquierdo, le participase que el deseo del emperador era impedir que la princesa de Asturias, ó sea su esposo Fernando, heredase el trono de España (2), hablóse entre los dos por escrito acerca de esta sucesion, si bien reconociendo Godoy la dificultad del negocio, y que era propio para tratarlo de palabra, encargándole propusiese, si le parecia, su venida á Madrid para tener una entrevista y que trajese algunas mas bases que pudieran orientarle sobre el particular (3). Ocurrió entre tanto la denuncia que hizo Napoleon de poseer copia de una carta de la princesa de Asturias á su madre, en que le participaba los proyectos hostiles que acá tenían ella y su marido contra el príncipe de la Paz. Al comunicárselo á este Izquierdo, le decia: «¿La carta será cierta? Se tiene la copia. ¿Y quién la tiene? Quien no puede haberla fingido. ¿Se debe reservar? ¿Deben tomarse precauciones? ¿Se debe acudir de antemano, y servirse de este motivo para afianzar la palabra dada de sostener contra todo enemigo, tanto exterior como interior? ¿Deben tomarse otras medidas? ¿Cuáles?—Todos estos puntos me atreveria yo á tratar verbalmente llevado de mi lealtad.... añadiré; prevenir es querer resguardar, y quien quiere el fin quiere los medios de conseguirle. Ha llegado la hora en que bendiga el día que se pensó enviarme á Paris: hoy hace un año cabal, etc. (4).»

Al fin Izquierdo, á consecuencia de otra nota que le pasó el emperador desde Saint-Cloud (17 de setiembre, 1805), pidió permiso para venir á España á conferenciar con el príncipe de la Paz: se le dió, y vino. Es evidente que en esta entrevista trataron los dos de la manera de frustrar los proyectos del príncipe de Asturias contra Godoy. A juzgar por los antecedentes, pensaron tambien en el modo de impedir la sucesion de aquellos al trono, de acuerdo con Napoleon. De esto sin duda se traslució algo, y de aquí los síntomas de discordia que en la familia real se advertian, y las sospechas de que el príncipe de la Paz aspirara á suplantar un día al heredero de la corona. Lo que sobre esto hubiera de verdad ó de invencion, ni nos consta ni podemos afirmarlo: cosas fueron que se trataron entre los dos verbalmente, y no las hemos hallado escritas, ni visto pruebas que confirmen de un modo legal, ó por lo menos claro, las inculpaciones y cargos que en este sentido se hicieron al príncipe de la Paz.

Lo que nos consta es que, si tal pensamiento tuvo entonces, no perseveró en él, pues á poco tiempo le vemos fijarse en otro diferente, que fué el que le ocupó hasta su catástrofe, y todo lo que sobre él vamos á decir está comprobado por documentos auténticos de que podemos responder. En enero de 1806 estaba ya Izquierdo de vuelta en Paris, con instrucciones de estar á las órdenes del emperador y de hacer en todo su voluntad (5). Escribióle allí Godoy (16 de enero, 1806), que el príncipe de Portugal estaba demente; que las dos princesas que querian disputarle la regencia eran enemigas de España,

(2) Cartas de Izquierdo al príncipe de la Paz de 3 y 22 de junio, y notas del emperador en Milan y en Plasencia de 28 de mayo y 28 de junio de 1805.

(3) «Otro párrafo (decia Godoy á Izquierdo en carta de 14 de julio) es la subcesion al trono de España: las circunstancias deben decidir este problema, que no es fácil á nuestro cálculo... para esto convendria nuestra entrevista; calcule V. si es posible, y propóngala con solicitud de algunas luces que puedan orientarme mas de lo que expresa la pluma.»

Hemos visto esta carta original, que le fué devuelta de Paris, segun él lo encargaba, pues decia: *Devuélvame V. esta carta, pues no debe existir en noticia de otros, y por supuesto no dejo copia.*

Le enviaba algunas bandas para que el emperador las distribuyera á quien le pareciese, lo mismo que habia hecho antes con los toisones, y le decia: «Va la respuesta con las bandas á disposicion de S. M. I., y si tuviese ocasion de saber si la de la reina nuestra señora seria apreciable á la emperatriz, diga V. que S. M. se la enviaria con el mayor gusto.»

(4) Carta de Izquierdo al príncipe de la Paz: Archivo del ministerio de Estado.

(5) Nota de 1.º de febrero, traducida, que se encuentra en la correspondencia de Izquierdo, en el Archivo del ministerio de Estado, y dice: «El consejero Izquierdo ha vuelto del viaje que hizo de orden del príncipe de la Paz y con aprobacion de S. M. I. y R., y sin mas objeto que estar á las órdenes de S. M. I. y depender absolutamente de su voluntad.»



y que si S. M. I. quería, él se encargaría de la regencia (1). Trasmitido esto á Napoleon, contestó que apoyaría con toda su influencia, y si era menester con sus armas, todo lo que el príncipe de la Paz quisiera hacer relativamente á Portugal; que estaba dispuesto á tomar y firmar todos los compromisos que aquel juzgase necesarios para dicho objeto (2). Animado con esta respuesta, y disgustado por otra parte Godoy con la guerra que acá sus enemigos le hacían, en 20 de febrero desde Aranjuez escribió á su agente diplomático en París lo que ahora verán nuestros lectores, é hizo que el rey y la reina dirigiesen al mismo tiempo á Napoleon cartas sumamente cariñosas, lisonjeras y humildes, y apoyando las indicaciones que en nombre de su ministro le serían hechas por Izquierdo.

«Mi reconocimiento hácia S. M. I. y R. (le decía entre otras cosas Godoy) es ilimitado. El héroe que hace la gloria y la felicidad de la Francia desea darme pruebas del interés con que me honra. Mi seguridad está en su proteccion; yo puedo experimentar una desgracia, la muerte de nuestros soberanos; me veo obligado, antes que llegue este terrible momento, á procurar un medio de vivir al abrigo de toda tentativa.—La direccion que he dado á nuestras relaciones políticas, mi solicitud en todos los ramos de la administracion, han expuesto mi persona, y debo tratar, ó de dejar mis funciones ministeriales tan pronto como se firme la paz general, terminar mi vida política sin mancha y sin remordimientos, procurarme un retiro, poner mi persona bajo la salvaguardia de S. M. I. y R., gozar en él del bienestar que la tranquilidad de espíritu, la vuelta á los hábitos de mi infancia, y la armonía de los trabajos del campo vendrán á ofrecerme, ó bien continuar mi vida política (pero con independencia), si la paz del continente ú otras razones exigen esta medida.—Así estoy dispuesto á hacerme objeto de las bondades de S. M. I. y R., la obra de su benevolencia, y si conviene á sus miras, uno de los elementos del gran sistema político que debe, volviendo la paz á la Europa, afirmar la libertad de los mares al mundo.—Todo lo que S. M. I. y R. proponga, será acogido por SS. MM. nuestros soberanos.»

Mucho dieron qué discurrir y qué cavilar estas comunicaciones á Izquierdo, y mas la ambigüedad con que se explicaba el príncipe; grande era su apuro, porque conocía bien el carácter de Napoleon (3). Temía perder con él en un día el terreno que había ganado en años. Al fin se resolvió á entregarle las cartas (1.º de marzo, 1806). Las de los reyes las recibió muy bien, y en la apertura de las sesiones del Cuerpo legislativo habló de ellas con elogio, y de España con interés. Pero el día 11 aun no había dado respuesta á Izquierdo, y escribía este lleno de cuidado y de zozobra:

«S. M. no ha contestado aun ni á las notas ni á la carta de V. E.... Yo estoy sin sosiego hasta ver la primera nota de S. M. I.»

Y luego se explicaba de este modo:

«El rey nuestro señor (Q. D. G.) desea que V. E. no abandone los negocios: que sea premiado como ya tiene merecido: que de su lado no se aparte, y si se aleja, pueda estar pronto cerca de su persona: asegura que desea que el emperador le franquee lo que quiere hacer en favor de V. E. para concurrir á ello. La reina nuestra señora dice ó da á entender lo mismo. V. E. desea, ó separacion de los negocios, seguridad sucesiva y tranquilidad, ó continuacion de vida política con independencia. Pues yo creo que todo pueda combinarse, dado que Su Majestad Imperial no se explique antes, proponiendo á Su Majestad que el no haber tomado una resolucion y comunicá-

dola, en vista de la clara, terminante, categórica oferta del mas poderoso de los hombres, como del mas enérgico y mantenedor de lo que dice, ha sido por deferir á cuanto S. M. I. dispusiese; pero que conociendo por el silencio que ha guardado ser su mente que le pidan la asistencia para cuanto pueda contribuir al bienestar del sujeto á quien ha prometido su favor, las miras eran: 1.º Quitar á los ingleses el medio de dañarnos, señoreados como están de Portugal. 2.º Impedir que la regencia de este reino recaiga en quien dañe á la España. 3.º Asegurar la existencia de V. E. 4.º Premiarla. 5.º Hacer que V. E. sea útil á España y á la causa comun.

»Y para ello pedir: Que S. M. I. apoye que V. E. sea declarado en Portugal como el príncipe José en Nápoles; que á V. E. se declare infante, como al príncipe Murat, Piombino y Borghese, príncipes franceses, porque V. E. está casado con una prima carnal de ambas majestades, etc., y esto último no es del agrado de V. E. ni de SS. MM., que se omita, porque para elevar á V. E. á la Alteza sus grandes servicios bastan.—También podría el emperador apoyar la regencia de España, si Su Majestad juzga que dada esta á V. E. seria todo conforme á lo que conviene al Estado.—Tenga V. E. todo esto por no dicho, y díguese de quemarlo si le parece mal. Solo suplico instrucciones, dado que el emperador no conteste, para saber cómo debo manejarle.... Escribo esta carta muy de prisa, nada me queda de cuanto escribo, etc. (4).»

A los dos dias de escribir así Izquierdo salió de la ansiedad en que la falta de contestacion le tenía, recibiendo la siguiente nota del emperador:

«Se han recibido las notas de 1.º de marzo: no se puede responder ni á la tercera, ni á las cartas del rey ni de la reina. Todo esto no está claro; es menester que el príncipe de la Paz diga qué es lo que desea. París á 13 de marzo de 1806 (5).»

En su consecuencia, se apresuró Izquierdo á decir al príncipe de la Paz lo que ahora verán nuestros lectores, y que vamos á trascribir íntegro, porque es todo muy importante.

«Exemo. Sr. — Mi venerado protector: despacho un correo con la adjunta nota, para que V. E. salga del estado de incertidumbre en que mis cartas del 11 de este mes han debido ponerle.—Dirigi aquel día copia de las tres notas que el 1.º de marzo había elevado á S. M. I. y R. No puede mi celo dejar de exponer mi opinion sobre lo que V. E. había escrito, y la justicia de V. E. debe persuadirse ahora de que conozco estas gentes y estas cosas; pues que ignorando, como debía ignorar, el día 11 la mente del emperador, quien con nadie comunica de antemano sus resoluciones, preví lo que podría pensar Su Majestad Imperial y acerté, como se ve por su nota del día 13.

»El día 11 estuve escribiendo y copiando las notas del 1.º durante ocho horas seguidas. Acabé á las dos de la mañana; no me quedó borrador ninguno, porque no los hago, y tal vez con la precipitacion (estaba el correo esperando mi pliego para partir) en mis cartas pudo haber falta de concision, de claridad en mis ideas, ó alguna demasía, producto de mi imaginacion y de mi celo. Esta es una correspondencia interior; V. E. quiere absoluta franqueza y confianza: siendo el corazon sano, y recta la intencion, en lo demás, señor, cabe disimulo é indulgencia.—No puede mi ardiente celo, mi veracidad y mi conviccion íntima, dejar de reiterar á V. E. en esta tan grave, tan crítica, tan delicada como ardua circunstancia, que, como siempre, soy de opinion:

»1.º De que si S. M. I. ha podido tener en algun tiempo, por informes, siniestros y creidos precipitadamente, opinion errónea de V. E., de su carácter, prendas, servicios, y disposicion para todo, en el día, y por propia conviccion, conoce que V. E. es hombre superior, capaz de cosas grandes, y una de las personas extraordinarias de este siglo.

»2.º Que el emperador, desengañado de sus primeras ideas, entablada una correspondencia íntima y directa, experimen-

(1) Nota de 6 de febrero.

(2) «L'Empereur appuyera de toute son influence, et, s'il le faut, de ses armes, tout ce que le prince de la Paix voudra faire relativement au Portugal; il est prêt á signer et á prendre tous les engagements que le prince jugera nécessaires pour cet objet.»—Enviada por Izquierdo, que certifica haber visto la firma del emperador.

(3) «Conozco, decía, este terreno, estas personas, estos caracteres, y sobre todo el principal; sé que no le cuadran medios términos, que aborrece los rodeos, que siempre busca resultados, que el arrojo le desagrada, y mucho mas la irresolucion; y en fin, que en todo busca amigos serios, moderados, fuertes, serenos, y tan distantes de la intrepidez como de la inaccion y apatía.»

(4) Correspondencia entre Izquierdo y el príncipe de la Paz: Archivo del ministerio de Estado: carta del 11 de marzo de 1806.

(5) Al remitir Izquierdo copia de esta nota decía: «Certifico haber visto y leído esta nota firmada por S. M. el emperador.—París 14 de marzo de 1806.»



tada la consecuencia del carácter de V. E., su fortaleza, su energía, la seguridad de sus palabras, el religioso cumplimiento de cuanto anuncia, y su grande influencia en su país (establecida por la opinión general, y afianzada en el feliz éxito de sus providencias gubernativas), debía dar á V. E. un testimonio del aprecio que hace de su persona, y formarse un allegado útil y correspondiente á su actual grandeza.

»3.º Que el emperador jamás ha tenido el pensamiento de comprometer á V. E.; que al principio creyó que su influencia en España era precaria y temporal; que tal vez pensó, en vez de procurar ganarla (felicitando á V. E.), destruirla aniquilándole; pero que tomado el partido de acercarse á V. E. y entablada la correspondencia, todas sus ideas se han encaminado á que V. E. le sea útil, y á ser S. M. útil á V. E.

»4.º Que es la realidad que sin embargo de que desde el momento en que empezó el enlace directo, los destinos, la situación, los eventos han variado tanto, que puede tenerse por prodigio la continuacion del enlace cuando nadie ha conservado con el emperador las relaciones que tenia con el primer cónsul, mucho menos las personales, S. M. I. y R. ha dado en todo los primeros pasos; y que V. E. ha sido siempre remiso, y como debía ser, precavido. S. M. I. aseguró á V. E. que le defendería contra sus enemigos interiores y exteriores.—V. E. habló de la guerra de Portugal; al punto convino en enviar tropas.—Confió á V. E. la carta á la reina de Nápoles.—Confió que su vice-almirante le habia disgustado.—Le he confiado el motivo de haber desgraciado á su ministro del Tesoro público.—Habla V. E. de la necesidad de la regencia de Portugal; del mal que puede ocasionar si cae en manos desafectas; indica que puede encargarse de ella, y al punto contestó: «En cuanto á Portugal, cuanto el príncipe de la Paz quiera tanto apoyaré, primero con mi influencia, segundo con mis armas, si fuese necesario,» que es la última influencia, el primero y mas eficaz empeño de los potentados. No propuso la guerra, dijo, sí, que influiría en cuanto dispusiera V. E., aunque le costase una guerra.—Confió, en fin, á V. E. cuánto le disgustaba la existencia en España de la princesa de Asturias, y que se opondría á su elevacion al trono. V. E. en nada hasta aquí se ha comprometido, y las notas de su agente, sobre todo la tercera de que en la que va hoy habla el emperador, no carecen ni de circunspección ni de cordura.

»5.º Que el emperador tiene en su mente sacar á V. E. del estado dependiente; que desea modo de establecer á V. E. que se combine con sus ideas, pero que no queriendo proponer nada por sí, porque la colocacion de V. E. no está dentro del plan federativo concebido para el arreglo de este imperio (en lo que nos trata con todo el decoro y amistad posible), y si sujeto á otro de potencia aliada, su amiga y vecina, para dar á entender que no es su voluntad influir en la formacion de este sistema, dice, sin embargo, de las insinuaciones del rey, del interés de SS. MM.: «Todo esto no está bien claro; el príncipe de la Paz, ó quiere retiro con seguridad de su persona, ó vida política independiente; pues explíquese. Estoy pronto á interesarme en su suerte; lo he prometido solemnemente; mi palabra es eficaz, irresistible: es un particular; con todo, le he dicho que firmaré, que contraeré los empeños que quiera, y soy el hombre mas poderoso de la tierra.... ¿qué mas puede desear?»

»Pues señor, con todo el debido respeto, mi honradez, mi pasión, mi amor á mi patria, á mis soberanos, dicen á V. E. que está ya en la palestra, á la orilla del Rubicon, como César; ó pasarle y salir del estado actual, ó separarse de todo. No proponiendo nada de fijo al emperador, no respondiendo categóricamente á su concisa, enérgica y perentoria pregunta, toda negociacion ulterior queda rota: el emperador no repite dos veces la misma cosa; no da un paso que no haya de tener un resultado; quita y da soberanías; nadie influye en su opinion; todas las mutaciones que vemos, todos los arreglos, son partos de su mente, y su ministro Talleyrand, su hermano el príncipe José, sus generales y edecanos, sus continuos, su misma esposa, ignoran, como el vulgo, el preñado, hasta que se publica el alumbramiento.

»Pudiera V. E. ser declarado infante, príncipe, rey, sin que nadie tuviese un antecedente, si el emperador pensase en ha-

cerlo, pero veo que para servir á V. E., ya que le tiene prometido interesarse en su suerte, quiere tenga V. E. la debida confianza para decirle: *esto deseo, esto conviene, esto me parece*; y luego modificar, segun sus combinaciones, los deseos, los intereses de V. E. y adaptarlo todo á algun sistema que tenga meditado.... Así, pues, si V. E. combina con SS. MM. que la regencia de Portugal es conveniente, sea el título cual fuere, si V. E. cree que un principado entre Portugal y España, capital Olivenza ú otra ciudad, y hasta la mar, etc., una multitud de combinaciones geográficamente políticas, que á mí no me ocurren y pueden ocurrir á las superiores concepciones de V. E., dígnese V. E. declararlo como lo tenga por conveniente, para que en el modo y en la sustancia pueda yo no salir un punto de lo que me prescriba....

»Señor, meditacion; prever todo antes de responder.... El cielo conserve la preciosa vida de V. E. dilatados años. Paris 15 de marzo de 1806.—Excmo. Sr.—De V. E. siempre rendido.—*Eugenio Izquierdo* (1).»

Parecieron bien al príncipe de la Paz estas indicaciones de su agente diplomático, y en su virtud, y despues de haberlo meditado y consultado con los reyes, en 1.º de abril le transmitió sus ideas relativamente á Portugal para que las sometiera á la aprobacion de Napoleon. Decíale, que su objeto era alejar para siempre de aquel reino el despotismo inglés que hacia tan largo tiempo pesaba sobre él con gran detrimento de los intereses de España y de Francia. Pedíale su proteccion para ir á apoderarse de aquel país, en cuyo caso le podria dejar bajo su regencia; ó bien dividirlo en dos partes, una de las cuales, la del Norte que confina con Galicia, podria darse al infante don Francisco, hijo tercero del rey, y la otra, la del Sur, á aquel cuyo reconocimiento corresponderá siempre á las bondades de S. M. I. y R. Podria tambien el Portugal, añadiéndole una parte del reino de Galicia, dividirse en cuatro porciones, una para el infante don Carlos, hijo segundo del rey, otra para el infante don Francisco, otra para el príncipe actual de Portugal, y la cuarta para aquel que por la benevolencia de S. M. I. y R. y por la de SS. MM. Católicas sería elevado á este rango. Estos cuatro príncipes podrian depender de la corona de España como de un centro. Pero conociendo que cada una de estas cuatro partes seria demasiado pequeña, convendría mas ó dividirlo en dos solas, ó no hacer particion ninguna. Que S. M. I. y R. arreglaria todo lo concerniente á las colonias portuguesas. De estas una parte podria darse al príncipe del Brasil, si no se le dejaba nada en Europa, y si la idea era enviarle á América: otra parte, ó el todo quedaria á la disposicion de S. M. I. y R. (2).

(1) Aun hemos omitido varios párrafos del documento, no porque no sean interesantes, sino por estar basados sobre el mismo pensamiento, y por aligerar cuanto nos es posible la historia de esta importante negociacion.

(2) Copia de la nota pasada por Izquierdo al emperador en 15 de abril de 1806.—Archivo del ministerio de Estado.

Es en verdad admirable, y casi incomprensible la seriedad y el aplomo con que el príncipe de la Paz niega todo esto en sus Memorias, y la confianza con que dice cosas como las siguientes: «Básteles solo el buen sentido natural á los que juzguen estas cosas, para que reconozcan... que no cabia en ninguna idea pedir yo un trono ni imponer condiciones al que sin mí podia cuanto quisiese entonces... ¡Oh! que si alguna grande gloria de mi vida me ha quedado sin que ninguno pueda arrebátarmela, es no haberle pedido nunca nada, ni antes, ni al tiempo, ni despues de la catástrofe de nuestra corte... Ni Izquierdo recibió jamás encargo mio de pedir cosa alguna á Bonaparte; ni él de su propia idea se adelantó á pedirle nada en mi provecho, ni se ocupó en Paris de objeto alguno que no fuese en beneficio de la patria. Quien diga alguna cosa en contra de esto, de probarlo tiene, ó le diré que es un villano. Lo dije ya otra vez, y me conviene repetirlo: despues de tanto tiempo ¡qué archivo se ha escapado á los registros de los historiadores, ó qué se ha escondido á la codicia de los cronistas de la Europa? Declare en contra mia, si pudiese encontrarse algun testigo, ó rastrear un documento que desmienta lo que digo...» Memorias, tom. V, cap. 29.

Y no es menos admirable, ni mas comprensible la arrogancia con que Izquierdo escribia á don Pedro Cevallos en 1808 lo siguiente: *En presencia del Todopoderoso y á la faz de todo el universo declaro*, que durante mi mision diplomática en Paris, jamás me ha sido inspirada, ni comunicada por el señor príncipe de la Paz, hasta el dia de hoy, idea alguna opuesta al bien general del Estado, ni al de la real familia, ni idea diri-



Así entablada la negociacion, y encargado por Napoleon el mariscal de palacio Duroc de entenderse con Izquierdo, á escondidas del embajador acreditado de España en Paris, príncipe de Masserano, el proyecto halló algunos reparos en aquella corte, sobre los cuales continuaba Izquierdo consultando al príncipe de la Paz, cuyas contestaciones trasmitia aquel al mariscal Duroc, y este á su vez al emperador. De este modo proseguia tratándose este negocio, hasta que á consecuencia de un despacho del príncipe de la Paz de 26 de mayo (1806), y de convenir ya Napoleon en la particion del Portugal, destinando una parte para el príncipe de la Paz, pero queriendo que se diese la otra al rey de Etruria, é indicando deseos de quedarse con el puerto de Pasajes en Guipúzcoa, y de obtener la libre introduccion en España de los algodones y paños franceses, se vió Izquierdo en el caso de escribir á Godoy con fecha 7 de junio lo que hemos copiado y nuestros lectores habrán visto en el capítulo XV del presente libro. Al margen de aquella comunicacion escribió el príncipe de la Paz de su puño, en Aranjuez, lo siguiente:

«Pero el todo del despacho se reduce á que si la casa de Etruria pasa al Portugal, dividiéndole en dos, mitad para el rey y mitad para mí, el enlace de mi hija con el rey, cuya edad es igual, podria hacer que este país vuelva á un pié mas respetable, etc. Que la casa de Portugal pase á Etruria, y en este caso la princesa casará con nuestro príncipe. SS. MM. están muy contentos de este plan, de que no queda mas noticia, pues no copio mi carta.»

Estos nuevos planes y proposiciones de Godoy, que constituian el fondo y sustancia de su contestacion á Izquierdo, segun la nota marginal de su letra, llegaron á Paris cuando ya Napoleon, por medio del ministro Talleyrand, habia hecho notificar al consejero Izquierdo cuál era la solucion que él queria y pensaba dar á este negocio, con encargo de que lo propusiera á los reyes de España y al príncipe de la Paz, á fin de que sin pérdida de tiempo pudiera terminarse definitivamente, que fué lo que en despacho de 15 de junio trasmitió Izquierdo á Godoy, formulado en trece artículos, cuyo texto dimos tambien á conocer en nuestro capítulo XV (1).

Indicamos allí que las novedades ocurridas en aquel tiempo en las relaciones de Francia con otras potencias de Europa paralizaron y dejaron en suspenso esta negociacion, cuando á los actores españoles en ella interesados les parecia estar llegando á su término y creian tocar ya el fruto de sus trabajos. Mas aunque Napoleon guardó desde aquella fecha un silencio y manifestó un desvío y un desden muy significativos, todavía el de la Paz é Izquierdo continuaron sus gestiones con singular esfuerzo, segun que las nuevas circunstancias permitian, y de la manera que nos reservamos decir en este lugar para completar la historia de este curioso asunto. Las instrucciones que el príncipe de la Paz siguió dando en los dos meses de julio y agosto á su agente íntimo en Paris, fueron extractadas por este, y colocadas en orden numérico para ir contestando á todas sucesivamente. De ellas solo mencionaremos las que iban mas derechamente encaminadas al mismo propósito.

«Interesa á nuestra tranquilidad la pronta conclusion del negocio de Portugal (núm. 2).—Observar, inquirir, indagar, y decirme cosas positivas; porque veo que van á dejar á V. con los paños puestos, y á decirle: ese es el tratado, firmele V., y

*gida á utilidad suya, actual ó futura.* Mi mision ha sido para que ambos gobiernos se comunicasen por un conducto fiel, seguro, secreto, y de tal lealtad, *jamás intereses ó pensamientos suyos personales con los del Estado*, como han hecho casi todos los embajadores de ambas potencias en estos últimos tiempos, con graves é incalculables perjuicios de nuestra patria.»—Carta de don Eugenio Izquierdo á don Pedro Cevallos en 10 de abril de 1808.—Coleccion de Llorente.

Confesamos que al leer esto, sospechamos al pronto si habríamos soñado la correspondencia *original* que en el texto citamos y á que nos hemos referido. Mas despues hemos adquirido la evidencia de haberla visto despiertos, de la misma manera que la que en este capítulo nos resta todavía citar.

(1) Aquellos dos documentos, unidos á los que en el presente capítulo insertamos, ó á la letra ó en extracto, forman la historia correlativa y completa de esta interesante y curiosa negociacion. El lector que no tenga presentes aquellos, los podrá recordar fácilmente.

sino no hay nada (núm. 8).—Hacer las observaciones debidas para que M. de Talleyrand responda si, en el caso de hacerse la paz con Inglaterra, tendrá efecto lo de Portugal sin faltar á ella (núm. 9).—El príncipe Murat no es de grande apoyo (número 17).—Apurar los medios hasta saber cosas ciertas sobre si, muerto el príncipe Luis, que está para poca vida, se pensaria en que el nuestro se casase con su viuda (núm. 18).—Hicieron á V. que faltase á la amistad de Lacedepe: perdimos injusta é impolíticamente la llave maestra de nuestras negociaciones; se burlaron de V. Duroc y Talleyrand, ocultando este lo que se trataba, disculpándose con no tener noticias de lo que pensaba el emperador, ni menos sus órdenes para presentarle escritos, diciendo fuese V. á Lacedepe, pues que su conducto era el mas seguro. Y bien: ¿qué prueba esta conducta? La mala fe entre los hombres. Perdimos pues los canales de comunicacion: Ouvrard mismo hubiera sido un recurso, pero faltó, y con mucho daño nuestro. Llegó Michel, y para conservar la correspondencia del príncipe Murat, única relacion que nos queda, aceptaré lo propuesto por aquel, si hay utilidad y ventajas que exijan este sacrificio. La mediacion del príncipe Murat, sus relaciones, segun manifiesta su correspondencia, no son indiferentes ni estériles (núm. 25).

»Verificada la paz, debe V. regresar á España, *trayéndose hasta el mas mínimo papel de nuestra correspondencia, y si pudiese readquirir la pasada al emperador, seria aun mas de mi satisfaccion.* Debe venir para recibir nuevas instrucciones, debe pasar antes una nota despidiéndose del emperador y tomando su vénia, asegurando en mi nombre que jamás serán otras mis ideas, ni variarán mis principios, etc., etc.—Valiéndose de toda su prudencia en los últimos momentos, nada hable, nada diga, ni despliegue sus labios hasta venir á mi presencia: esto es lo que mas interesa á nuestra reputacion (números 27 y 28).—Aun no ha llegado la carta del emperador para S. M., y esta ocurrencia extraordinaria limita mis explicaciones, pues me cierra el campo á la combinacion; pero repito lo dicho en cuanto á la reina de Etruria y á mi persona. Mas si el príncipe de Portugal está loco, ¿cómo ha de gobernar en ningun país? ¿La regencia en su mano, convendrá á los intereses de España? ¿La familia ha de subsistir en aquel punto, estableciéndose en él otra regencia?... Por lo que pueda convenir, incluyo las cartas de la princesa del Brasil á sus padres, y otras, y otras, para que tome idea de los negocios, así políticos como domésticos, de Portugal (núm. 29).—Llegó la carta del emperador. En ella se dan ideas de empezarse las negociaciones, y se añade que el rey puede enviar á Paris persona de su confianza con instrucciones y poderes. ¿Querrá excluir á V?... En tal caso, ¿en dónde están las esperanzas? S. M. nombra dos sujetos, al embajador y á V. Si en observancia de las órdenes con que V. se halla autorizado anteriormente, hubiese firmado el tratado, S. M. lo aprueba y deja sin valor el último poder. Así, segun están las cosas, entregará V. ó retendrá la carta que con los poderes se le dirige para el embajador (núm. 30).—Incluyo tambien la carta para el príncipe de Benevento. Reflexionar todo; reasumir cuanto he escrito sobre tan difíciles negocios, y fijándose en el punto que conviene, proceder enérgica y categóricamente.... (núm. 31).—*V. me devolverá las cartas que incluyo.* Encargo reserva y prudencia. Los enojos se ponen á un lado, cuando importa mas que su satisfaccion la armonía de que se trata. Instrúyame V. de todo, de todo. *Cuidado el uso que se hace de las cartas; devuélvamelas V. al punto; pues traslucida esta confianza que hago en V., se perderia el mérito del secreto, y aun ¿quién sabe las resultas?* (núm. 33).—La residencia de V. en Paris no es tampoco necesaria. Terminados estos negocios, vuélvase V. en la forma que le previne en mis anteriores (núm. 35).

»La novedad que V. me comunica deja inútiles las anteriores instrucciones. Si continúa la guerra, pues que será preciso atacar á Portugal, S. M. admitirá las proposiciones segun el plan que trasladé á V. relativo á la posicion de Etruria; bien que seria mejor conservar uno y otro, y no hacer pacto de transacciones, sino del establecimiento de una regencia en Portugal, la cual deberia proponerse al pueblo como recurso ó medio de su salvacion en las presentes circunstancias. La regencia y el cetro se me ofrecerian por la Inglaterra, siem-



pre que quisiera unirme á la coalicion; pero ni esta inconsecuencia está en mi carácter, ni dejo de conocer los reveses de la suerte é ingratitud de los que componen los gabinetes. Usted ha visto desaparecer de mis manos un reino en el momento que le decian pudiese poderes para firmar la transaccion, y ha podido observar que los instrumentos mas activos á la ejecucion del proyecto son los primeros que han esterilizado nuestros trabajos. Sepamos, pues, lo que se hace, y no convengamos en nada que no firme el emperador. Hable V. con claridad, reconvenga con las inconsecuencias que hemos probado, y sosténgase en su carácter, bien que sin chocar. Dignidad, silencio, decision, esto impone á V. por ley (número 36).—*Manuel* (1).

A cada uno de estos capítulos é instrucciones fué respondiéndole Izquierdo, contándole además los pasos que habia dado con Talleyrand, con Duroc, con Lacedepede, y con el mismo emperador, y las conversaciones que con cada uno habia tenido, segun el grado de confianza que con cada cual podia tomarse, y segun las relaciones de aquellos entre sí. Que despues, en vista del estado de las negociaciones que allí se trataban sobre la paz ó la guerra, se habia reducido unos dias al papel de espectador, reprimiendo su genial viveza, y conduciéndose con la calma, la serenidad y la prudencia que tanto le recomendaba. Que sin embargo, habia resistido por sí solo las dos demandas del emperador, de introducir libremente los algodones en España, y de quedarse con una parte de Guipúzcoa. Que no extrañaba quisieran excluirle de la negociacion, si las intenciones de allí no eran puras; pero que de la carta del emperador no podia deducirse que fuese ese su ánimo, porque sabia que era quien gozaba exclusivamente de la confianza del príncipe, y por consecuencia, del gobierno español.

Contestando luego al núm. 4 le decia:

«Lord Yarmouth, cuando iba á dejar á Paris, me cogió una tarde, y muy en secreto me propuso si queria, separadamente de la Francia, hacer una paz entre Inglaterra y España. Estaba muy de acuerdo en sus negociaciones con M. de Talleyrand, y era muy del agrado del emperador. La tal proposicion podia ser una trampa que de acuerdo con este gobierno me armaba, un medio de sondear nuestras intenciones é ideas. Respondí en tono de chanza: ¿V. viene á burlarse de mí, ahora que se va? ¿Qué español puede fiarse de los ingleses? Si fuese yo rey de España, hasta que me volviesen las fragatas tomadas en sana paz, la Trinidad y Gibraltar, no entablaria con ellos negociacion alguna.—¡Oh! y á qué precio tan subido, respondió, quiere V. vender la paz! ¿Qué ministro inglés se atreveria á firmar la cesion de Gibraltar? Yo no quiero morir apedreado en las calles de Lóndres, y no seré yo quien á tales condiciones firme la paz con España.»

Pero aun mas grave que esto, y de mas interés y cuidado para el príncipe de la Paz, y mas todavía para los monarcas y para todo el reino si lo hubieran sabido, era lo que respondia al núm. 15.

«Todos los amigos de Luciano, decia, suponen que dentro de un año será rey de España. Dicen unos que esta corona va por ahora á darse á V. E., para por este medio echar del trono á los Borbones, y que luego se le despojará de ella para colocar en el trono español á Luciano. *Sapé*, secretario y confidente de Luciano en Madrid, ahora tribuno y lleno de ambicion, ha revelado este secreto á un íntimo suyo, dándole esperanzas de mejor fortuna antes de mucho tiempo. El ministro de la Policía, Fouché, en otro tiempo gran revolucionario, ha dado grandes esperanzas á varios, confiándoles las mismas intenciones. Dicen otros, que el proyecto por ahora se limita á formar para el mismo Luciano un reino de Iberia, tomando las faldas españolas de los Pirineos, etc., y dando á Castilla el Portugal. Algunos, con mucha reserva, comunican que la destruccion total de los Borbones está resuelta; pero suspendida para tiempo mas oportuno. Ha habido quien ha venido á mi casa y me ha dicho: Mire V. que me consta que aquí quieren en-

(1) Si el príncipe de la Paz pudiera leer ahora esta su correspondencia, creemos que borraría de muy buena gana, si pudiera tambien, lo que dijo en sus Memorias, y que hemos copiado en la nota pág. 420.

gañarle; no porque sean mas hábiles que V., porque tengan mas sagacidad esperan conseguirlo, sino porque son mas fuertes y malos. Le ofrecen el reino de los Algarbes para su príncipe de la Paz; pero nada le darán, y la mira de estos secuaces de Maquiavelo con estas esperanzas que le dan á V., es atraerse el príncipe de la Paz, y valiéndose de él, apoderarse de España (2). Considere V. E. cuán agitado, cuán receloso, cuán vigilante deben tenerme tales avisos, pero seria imprudentísimo darse por entendido de ello con los individuos del gobierno. En nada pongo tanto estudio y cuidado como en aparentar perenne seguridad y completa confianza en disimular que les sospecho: quien manifiesta desconfianza, como quien llega á pedir celos, es perdido.»

Seguia dándole cuenta del estado de los negocios generales de Europa, de lo que pasaba y se trataba con el embajador de Portugal, á quien consideraba solo como un espía puesto allí por los ingleses, de las noticias que iban llegando de Rusia, etc., y volviendo á su asunto favorito decia:

«M. de Talleyrand, en varias conversaciones de estos últimos dias, me ha dicho positivamente que nos apoderaremos de Portugal, hágase la paz ó la guerra; que la cosa puede tardar algo, porque el emperador aun está ansioso de la paz, aunque mas difícil en las condiciones desde la negativa de los rusos; pero que la toma de Portugal por nosotros es segura. Y en una casa de campo, en Meudon, en donde estuvimos solos para tratar de las condiciones del préstamo de Holanda, me dijo el viérnes 5: «Comunique V. con prontitud esta segura noticia al señor príncipe de la Paz;» y añadió: «La carta que me ha escrito es sumamente aguda, discreta, y manifiesta ser parto de un gran entendimiento. Cuente V. con que seré siempre de su Alteza, y afirmele tambien que he sido siempre de opinion de que el tratado se hiciese aunque fuese eventual; que hoy la negociacion debe comenzar, porque, segun va, toda esperanza de paz está desvanecida.»—M. de Talleyrand desearia el toisón, y que al mismo tiempo se diese al príncipe Alejandro Berthier... Estoy pronto á marcharme luego que mi presencia no sea absolutamente necesaria en Paris. Algun dia sabrá V. E. mi penosa vida de aquí.—Llevaré todos los papeles; conservo hasta los sobrescritos. Nada importan las notas pasadas. Ejecutaré lo prevenido en los números 27 y 35. Devuelvo todas las cartas, quedo enterado de cuanto contienen; en tiempo oportuno haré de todo ello el uso conveniente... etc. (3).»

A poco tiempo le envió copia del tratado entre Francia y Rusia, llamándole la atencion sobre los artículos secretos, en que se estipulaba dar nuestras islas Baleares al príncipe real de Nápoles, sin contar para ello con España y disponiendo como de cosa propia, confesando que por su parte lo habia ignorado todo, y que Talleyrand se lo habia ocultado completamente (4). Y como todas estas cosas fuesen poniendo de mal humor al príncipe de la Paz, é induciéndole sospechas de que no habia sinceridad por parte del emperador, de que este y sus intermediarios estaban entreteniéndolo y engañando á Izquierdo, de que las negociaciones sobre Portugal y sobre su soberanía en aquel reino llevaban camino de no realizarse, ó por mala fe de Napoleón, ó por timidez, credulidad ó falta de energía de su agente diplomático, vertia Godoy este mal humor y estas sospechas en sus comunicaciones (setiembre, 1806); hacia reconvenciones agrias á Izquierdo, y daba señales de retirar su confianza al que habia sido siempre su mas íntimo, su mas leal, su mas apasionado confidente, como si fuese el culpable de ver frustrados sus personales proyec-

(2) Recomendamos todas estas noticias á M. Thiers, el que con tanta ceguedad afirma no haberse pensado en España hasta el otoño de 1807. La forma no estaria resuelta, pero el pensamiento era tan conocido como se ve por estas comunicaciones.

(3) Carta de Izquierdo al príncipe de la Paz, de Paris á 9 de setiembre de 1806.—Archivo del ministerio de Estado.—Su carta consta de muchos pliegos, y de ella solo hemos extractado lo que hacia mas al objeto de este capítulo.

(4) «V. E. sabrá, añadia, si la Francia lo ha hecho saber á España por otro conducto, y tambien deducirá las consecuencias que se presentan al entendimiento de hecho tan singular, en el caso que no haya dado aviso de ello.»



tos. Protestaba Izquierdo no haber pecado ni de flojo, ni de tímido, ni de iluso, de haber sido siempre y estar resuelto á ser eternamente leal á su venerado protector, hasta sacrificar por él su vida, y hacíalo á veces con admirable energía, y mostrando el mayor desinterés y la mas vigorosa entereza (1). Explicábale no obstante las causas de haberse malogrado el negocio en que tenía tanto empeño, y entre otras cosas, todas importantes, le decia lo siguiente:

«En cuanto á las negociaciones que directamente miran á la persona de V. E., el emperador no se ha pronunciado abiertamente sobre la situacion futura destinada á la recompensa merecida, ni en las cartas escritas á los reyes, ni cuando ha escrito á V. E. En las notas se ha manifestado con menos reserva; pero no cabe duda que en las conversaciones entabladas, así con el mariscal Duroc como con M. de Talleyrand, no ha habido oscuridad ninguna. El mariscal Duroc vino á buscarme por mandato de S. M. El emperador le autorizó para firmar conmigo el tratado de Portugal; se expidieron las órdenes para el envío de tropas á las fronteras de España; M. de Talleyrand se introdujo en esta negociacion del modo que tengo referido en mis cartas á V. E.: mezcló el cambio de Etruria, la demanda de la porcion de Guipúzcoa; he leído su informe original al emperador acerca de estos puntos, que estaba en poder del mariscal Duroc. En todas las conversaciones se ha tratado de V. E., se ha ventilado la porcion de dominios que debía tener; he visto escritas por el mismo mariscal Duroc, y segun este, dictadas por el mismo emperador, las cláusulas de la minuta del tratado, en que se estipulaba que vucencia habia de ser príncipe, etc., etc., etc. Ocurrieron las negociaciones inglesas; *todo ha quedado sin concluir; las disposiciones tomadas inútiles, y las esperanzas que habíamos concebido desvanecidas*. El emperador ni siquiera, como hacia antes, ha comunicado directamente ni intencion ni resolucion suya ninguna acerca de tan grave negocio; lo que nos deja y ha debido dejar en las mayores dudas y consternacion, aumentar nuestros prudentes celos, nuestras incertidumbres y desconfianzas. — Estos son los hechos; y en todo ello, ¿cuál es, ni cuál puede ser mi culpa? ¿En qué he faltado? Supongo que en todo lo acaecido haya habido perfidia: ¿soy yo cómplice? Supongo que hayan intentado engañarme: ¿lo han conseguido? Yo no he comprometido jamás ni á V. E. ni á mis soberanos. Me propusieron un tratado; circunstancias ocurridas estorban su conclusion; lo dicen así; no soy tan necio que manifieste mi credulidad, ni tan incauto que deje traslucir mi desconfianza: esto es lo que toca hacer á la prudencia, y dejar al tiempo y á los eventos lo demás. ¿De dónde nace pues que vucencia diga al que mas le ama, á quien abomina de la carrera política, y solo es diplomático porque esto interesa personalmente á V. E.:—¿Yo reprenderé la conducta de V. si aun no se atreve á mostrarse enérgico, claro y lacónico?—¿Seria, señor, prudente, seria ventajoso pasar una nota quejándome de que

(1) Tal como en las siguientes sentidas frases: «Voy á comunicar á V. E. lo que me pasa con V. E. mismo. V. E. me ha asegurado siempre que á nadie confiaria lo que á mí: ¿y ahora quiere valerse de pluma ajena para escribir al que mas ama? ¿al que le ha entregado toda su existencia?—Aborrezco los empleos y las dignidades; en saliendo de Paris ya puede volver al rey la gracia de consejero honorario de Estado; para nada la necesito, y ya aborrezco á Madrid al considerar que no he acertado en conservar la buena opinion que V. E. debería tener de mis conocimientos y luces.—No tengo carácter ninguno público para permanecer cerca del emperador y de este gobierno: hasta aquí he hecho lo que he podido, lo que se me ha mandado: si ahora quiere V. E. que mi correspondencia sea oficial, ¿qué cualidad he de tener para con V. E. mismo y para este gobierno? O todo uno, señor, ó todo otro; y como no pretendo ser embajador, ni lo seria aunque V. E. me lo mandase, se sigue que mi separacion de aquí es necesaria.—Siempre me he considerado como un allegado de V. E., como un íntimo suyo, que V. E. habia presentado al rey para estos eventos; desde que dí á V. E. mi palabra de servirle, renuncié en mi corazon á todo empleo público de la monarquía; así no hubiera aceptado jamás ningun ministerio, y creí acabar mis dias únicamente al lado de V. E.—Me queda, señor, una satisfaccion. De mi lealtad y de mi celo no ha de poder jamás quejarse V. E. Yo en nada he faltado: hubiera dado la vida por V. E., pero soy tan pundonoroso, que afirmo ante V. E. que renuncio á todas nuestras relaciones, porque confianza á medias no es compatible con mi honor... etc.»

no se haya concluido el tratado, cuando se me ha dicho que en tiempo oportuno se firmará? ¿Cuándo, aunque se firme, no puede cumplirse lo ofrecido por este gobierno, interin no se aclare lo de Alemania y Prusia? ¿No dirian que pedir en la actualidad la ejecucion de la promesa era para obligar á realizarla, ó para desertar de la alianza en caso de rehusarla?... (2).»

Mas cuando llegó esta carta, ó por mejor decir, cuando se escribia, ya el príncipe de la Paz, creyéndose burlado por Napoleon, no teniendo resignacion para ver escapársele la soberanía que tanto codiciaba, halagado por la Inglaterra y viendo la nueva coalicion formada contra la Francia, habia variado repentinamente de política y publicado la famosa proclama de declaracion de guerra que hemos dado á conocer en otra parte. Arrepentido luego, por las causas allí expresadas, de su imprudente precipitacion, apeló de nuevo á Izquierdo, no obstante las anteriores reconvenciones, como al único capaz de sacarle del mal paso en que su ligereza le habia metido, para que viera de desenojar á Napoleon y al gobierno francés, dando la mejor version posible á aquella indiscreta medida. ¿Y cómo no habia de hacerlo así, cuando el mismo Izquierdo le decia lo que sigue?

«No puede mi lealtad ocultar á V. E. que aquí todo Paris está alarmado con la proclamacion de V. E. y con la carta á los corregidores. No hay, señor, ministro, ni empleado, no hay sujeto de luces que no mire como una declaracion de guerra á la Francia tales escritos. Yo he desengañado á cuantos me han hablado: todos me dicen que tengo razon, y ninguno queda persuadido. Hasta M. de Lacépède me ha hablado con la mayor cordialidad y franqueza, diciéndome temia malas resultas de las ideas que podrian concebir de los escritos publicados de orden de V. E.... El prefecto de policía de Paris, amigo íntimo mio, quien comunica directamente al emperador cuanto se dice en Paris, me ha preguntado también qué habia en esto.... Me ha asegurado que el general Moreau está en Lisboa, y así se lo comunicó ayer al emperador.... y hay quien añade que V. E. está de acuerdo con él y con los ingleses, y que tiene enviado un correo á Londres. — Ya ve V. E. cuán absurdas son todas estas voces (3); pero en este país corren como la materia eléctrica, y pueden producir graves males. Con este motivo se han renovado las voces de que Luciano ha de reinar en España, etc. (4).»

Reconcilióse pues con Izquierdo, lo cual mostró este agradecerle con toda la vehemencia de quien se habia identificado con él hasta el punto de consagrarle enteramente su persona y su vida (5). En su obsequio pasó Izquierdo á Alemania, estuvo en Maguncia con objeto de disculpar para con los ministros del emperador la proclama de Godoy, dispuesto, si este paso no alcanzaba, á ir á buscar á Napoleon en su mismo cuartel general para ver de desenfadarle. Entonces fué también cuando el príncipe de la Paz, afanoso por volver á la gracia de Napoleon, quiso felicitarle por sus triunfos, le pidió una princesa de su familia para esposa del heredero del trono de España, y puso en juego los demás medios de que antes hemos hablado. Lo que hasta ahora no hemos dicho es que Godoy proyectó hacer un viaje á Paris para tener una entre-

(2) Carta de Izquierdo al príncipe de la Paz, de Paris á 10 de octubre de 1806.—Archivo del ministerio de Estado.—Toda esta carta es interesantísima, y sentimos mucho el no poder insertarla íntegra por demasiado extensa. En materia de documentos de este reinado no conocemos nada tan importante como la correspondencia entre el príncipe de la Paz é Izquierdo, pues sobre dar una idea cabal del estado de los negocios generales de Europa, se revelan los pensamientos íntimos de los que manejaban los asuntos de España, y se descubren todas sus miras y designios. Es tambien tanto mas importante cuanto es menos conocida, pues no sabemos de escritor alguno que dé muestras de haberla examinado.

(3) Por la historia hemos visto que las voces, léjos de ser absurdas, eran ciertas, porque entonces fué la mision de Argüelles á Lisboa y á Londres.

(4) Carta de noviembre de 1806 —Archivo del ministerio de Estado.

(5) «Gracias, señor, le decia, por tanta bondad... No tendré en mi vida pensamiento que le ofenda, ni haré accion que le disguste; en una palabra, soy todo de V. E. y no deseo ser de otro. Dígame V. E. cuanto guste, pero que no lo sepa ningun nacido. Mi pena fué excesiva, el consuelo mayor; acabóse todo, no se hable mas de mi persona.»



vista con el emperador y tratar con él de un gran pensamiento que decía tener, y que no conocemos.

«Un plan mas vasto me ocupa, le decía á Izquierdo, y es tal que exigiria mi entrevista con el emperador; pero no tratemos de esto, y solo en el caso de arreglarse las cosas, y permitir la salud de V. un viaje para dar las ideas de él, pudiera equivalerse mi pequeña presentacion.»

A lo cual contesta Izquierdo:

«La entrevista con el emperador no puede (sea cual fuere el plazo) dejar de producir ventajosísimos efectos para los reyes nuestros señores, para toda la real familia, para V. E. personalmente, y para toda la nacion. Tengo la casa de Hervás (hotel del Infantado); si V. E. piensa en que pueda venir, es propio para que en él se aloje. Dígame V. E. si le alquilaré ó no.... La presentacion de V. E. no es tan difícil. Nadie extrañaria en Europa que V. E. viniese á ver á este hombre singular: á él (yo creo) le lisonjearia sobremanera la visita (1).»

Lo que en justicia y en verdad debemos decir tambien es que, cualesquiera que fuesen ó hubiesen sido los proyectos y aspiraciones personales del príncipe de la Paz, y su humillacion al hombre poderoso de la Francia para conseguirlos, nunca tuvo ánimo de sacrificar parte alguna del territorio español como muchos creen, y entonces mismo sus enemigos le atribuyeron; por el contrario, tantó él como Izquierdo estuvieron siempre acordes en reclamar y resistir toda pretension del emperador en este sentido.

«Podrá convenir, decía el de la Paz en una de sus comunicaciones, la subsistencia de Portugal, pues si en compensacion ha de dejar el rey algunas provincias mas allá del Ebro, mas cuenta le tiene conservarse cual está.»

A que contestaba Izquierdo:

«Ciertamente, señor, tendrá mas cuenta. La integridad de nuestro país es lo primero. Hasta aquí son voces vagas las que han esparcido los malévolos sobre Cataluña, Aragon, Navarra y Guipúzcoa.»

Sobre este particular toda la correspondencia que hemos visto está dictada en el mismo espíritu.

Llegó el año 1807. Volvió Napoleon á París victorioso de las potencias del Norte, cargado de laureles y trofeos, y mas poderoso que nunca. Desembarazado de aquellas atenciones, que habian hecho suspender las negociaciones sobre Portugal un año antes entabladas con el ministro español, y al parecer próximas á reducirse á tratado, volvió él tambien á pensar en aquel reino, y en una nota que pasó á España invitaba á nuestra corte á que interpusiera sus relaciones y su influencia con la casa de Braganza para que renunciase á la alianza inglesa, ó bien á que uniera sus armas con las del imperio para obligarla, en el caso de que el gobierno portugués desoyera la excitacion amistosa de las dos naciones. Era resucitar el mismo emperador el antiguo proyecto, antes iniciado por el príncipe de la Paz, proseguido con ahinco, y suspenso con harta pena y desazon suya. Faltaba conocer el giro que ahora queria darle Napoleon: ignorábanse sus designios, ó por lo menos nadie podia blasonar de haberlos penetrado. ¿Debia sospechar que el emperador abrigara alguna idea siniestra sobre el trono y sobre la familia reinante de España? ¿Y podia el de la Paz, aun dado que tal sospechase, resistir á la voluntad del hombre entonces mas poderoso de la tierra, á quien se estaba esforzando por desenojar y tener propicio, y cuando sabia que al mismo tiempo sus enemigos, los parciales del príncipe de Asturias, estaban tambien solicitando la proteccion imperial con el objeto de derribarle?

Godoy, empujado por un pensamiento de medro personal, y fascinado por un ofrecimiento del emperador, desde principio de 1805, se habia ido deslizado por una pendiente de que no podia retroceder, y una vez que lo intentó, fué para arrepentirse muy pronto y precipitarse mas por ella. Pasó, pues, la nota al gobierno lusitano en el sentido que Napoleon proponia. Aquella corte malogró primero un tiempo precioso que Napoleon supo aprovechar, y anduvo despues poco hábil para

sortear sus pretensiones. Estrechada luego para declararse dentro de un breve plazo y de contados dias (2), creyendo, equivocadamente, conjurar la tempestad con satisfacer á medias las exigencias de la Francia, cumplido un tercer plazo irrevocable que le fué otorgado, durante el cual Napoleon preparaba y reunia un ejército en la Girona, en la respuesta y en la conducta del gobierno portugués halló el emperador sobrado pretexto para mostrarse irritado y para hacer la declaracion de guerra que buscaba y apetecia. Faltaba convenir y arreglar el modo y forma cómo esta guerra habia de hacerse por las dos potencias aliadas, Francia y España, y decidir sobre la suerte de Portugal, y cómo habia de repartirse este reino de manera que pareciese que ambas naciones, ó por lo menos que ambos contratantes salian aventajados, y esto fué lo que se hizo en el tratado de Fontainebleau (24 de octubre, 1807), que conocen ya nuestros lectores (3).

Indicamos ya que este tratado habia sido una consecuencia y una modificacion del que mucho antes se habia negociado y dejado en suspenso, y ahora lo hemos demostrado de una manera incontrovertible, haciendo ver la ilacion y el curso de este negocio de su principio hasta su término (4). Como

(2) Díósele para ello lo que mediaba desde el 12 de agosto al 1.º de setiembre de 1807.

(3) Al texto de aquel tratado, que transcribimos al final del capitulo XV, debemos añadir ahora la aprobacion que á los dos dias le dió Napoleon, así como los artículos que con nombre de convencion se le agregaron.

«Hemos aprobado y aprobamos el presente tratado en todos y cada uno de los artículos en él contenidos: declaramos que está aceptado, ratificado y confirmado y prometemos que será observado inviolablemente. En fe de lo cual hemos dado la presente, firmada de nuestra mano, refrendada y sellada con nuestro sello imperial en Fontainebleau á 29 de octubre de 1807.—Napoleon.—El ministro de Relaciones exteriores.—Champagny.

*Convencion aneja al tratado anterior, aprobada y ratificada de igual modo*

Napoleon por la gracia de Dios, etc.—Habiendo visto y examinado la convencion concluida, etc., etc.

Art. 1.º Un cuerpo de tropas imperiales francesas de veinticinco mil hombres de infantería y de tres mil de caballería entrará en España y marchará en derechura á Lisboa. Se reunirá á este cuerpo otro de ocho mil hombres de infantería y de tres mil de caballería de tropas españolas, con treinta piezas de artillería.

Art. 2.º Al mismo tiempo una division de tropas españolas de diez mil hombres tomará posesion de la provincia Entre Duero y Miño y de la ciudad de Oporto; y otra division de seis mil hombres, compuesta igualmente de tropas españolas, tomará posesion de la provincia de Alentejo y del reino de los Algarbes.

Art. 3.º Las tropas francesas serán alimentadas y mantenidas por la España, y sus sueldos pagados por la Francia, durante todo el tiempo de su tránsito por España.

Art. 4.º Desde el momento en que las tropas combinadas hayan entrado en Portugal, las provincias de Beira, Tras-los-Montes, y la Extremadura portuguesa (que deben quedar secuestradas) serán administradas y gobernadas por el general comandante de las tropas francesas, y las contribuciones que se impongan quedarán á beneficio de la Francia. Las provincias que deban formar el reino de la Lusitania Septentrional, y el principado de los Algarbes, serán administradas y gobernadas por los generales comandantes de las divisiones españolas, que entrarán en ellas, y las contribuciones que se impongan quedarán á beneficio de la España.

Art. 5.º El cuerpo del centro estará bajo las órdenes de los comandantes de las tropas francesas, y á él estarán sujetas las tropas españolas que se reunan á aquellas. Sin embargo, si el rey de España ó el príncipe de la Paz juzgaran conveniente trasladarse á este cuerpo de ejército, el general comandante de las tropas francesas, y estas mismas, estarán bajo sus órdenes.

Art. 6.º Un nuevo cuerpo de cuarenta mil hombres de tropas francesas se reunirá en Bayona, á mas tardar en 20 de noviembre próximo, para estar pronto á entrar en España y trasferirse á Portugal en el caso que los ingleses enviasen refuerzos y amenazasen atacarle. Este nuevo cuerpo no entrará sin embargo en España, hasta que las dos altas potencias contratantes se hayan puesto de acuerdo á este efecto.

Art. 7.º La presente convencion será ratificada, y el canje de las ratificaciones se hará al mismo tiempo que el del tratado de este dia.

Fecho en Fontainebleau á 27 de octubre de 1807.—Firmado: DUROC.—IZQUIERDO.

(4) Volvemos á rectificar aquí al príncipe de la Paz, que despues de referir la conversacion que pasó entre Napoleon é Izquierdo d'as antes

(1) Cartas del príncipe de la Paz de octubre y noviembre, y respuesta de Izquierdo de 24 de diciembre de 1806.—Archivo del ministerio de Estado.



## CAPÍTULO XIX

### El proceso del Escorial

1807

después se vió la conducta abominable de Napoleon en los asuntos de España, se ha cuestionado y cuestiona si hizo todavía de buena fe el tratado de Fontainebleau, ó si ya entonces habia entrado en su plan el destronamiento de la familia real española, y adoptado como medio para llegar á él la guerra de Portugal. De no obrar ya entonces con sinceridad Bonaparte dió una prueba en el hecho de haber mandado entrar sus tropas en España, pendiente aun el tratado, y nueve dias antes de firmarse (1), sin variar de resolucion por mas notas y reclamaciones que le dirigió Izquierdo. Por lo que hace al pensamiento de destronar los Borbones de España, si entonces bullia acaso ya en su mente, por lo menos no le confió á nadie, ni él lo confesó nunca después: y aun creemos que, si bien una idea semejante habia entrado mucho tiempo hacia en su sistema, ni la época, ni los medios, ni el modo eran todavía cosas resueltas. Porque Napoleon, hombre de expedicion y de resoluciones prontas, daba á sus empresas el giro que las circunstancias y los sucesos, mas bien que los proyectos preconcebidos, le sugerian. Lo que hay para nosotros de mas cierto es, que comprometido ya con él el príncipe de la Paz, solicitada por otra parte su proteccion por el príncipe Fernando, asido aquel por un tratado, este por la célebre carta, que llegó precisamente á su poder cuando el convenio se firmaba, viendo postrados á sus piés los dos personajes y los dos partidos que representaban, patentes á sus ojos las miserias de nuestra corte y la debilidad consiguiente de nuestro reino, que á competencia parecia serle franqueado por los que mas debian guardarle, andada ya la mayor parte del camino de su ambicion, cualquier empresa debió antojársele fácil; y por si algo faltaba que pudiera brindarle á ella, vinieron á proporcionárselo las deplorables escenas del Escorial, de que pasaremos ahora á dar cuenta á nuestros lectores (2).

de ajustarse el tratado de Fontainebleau, dice: *Hé aquí todo el origen de la ruidosa y decantada soberanía de los Algarbes.*

Hemos probado hasta la evidencia que no fué este todo el origen, y que el origen venia de muy atrás.—Es sorprendente el tono de seguridad con que Godoy en sus Memorias niega que hubiera pretendido antes aquella soberanía, ni que hubiera pensado en ella siquiera; y mas sorprendente todavía el que se atreviera á desafiar de la manera que lo hizo á que le presentaran un solo documento que pudiera comprobarlo, cuando nosotros hemos aducido tantos y tan auténticos y tan explícitos, y aun podríamos añadir otros mas si quisiéramos. Solo puede explicarse este tono aseverativo por la confianza que sin duda le inspiraba el haber visto que después de tanto y tanto como contra él se habia escrito por espacio de treinta años, hasta por hombres de Estado españoles y franceses, nadie habia dado muestras de conocer estos documentos de aquella larga negociacion, y es de inferir supuso que habrian desaparecido, y nadie por consiguiente podria descubrirlos ya. Al menos á nosotros no se nos alcanza otra explicacion.

(1) El tratado se firmó el 27 de octubre, y el ejército francés empezó á entrar en España el 18.

(2) Es en verdad extraño que el conde de Toreno, al hacer la historia especial del Levantamiento, guerra y revolucion de España, entrara tan de improviso en la narracion de aquellos sucesos, y que apenas haya dado una ligerísima é imperceptible idea de los antecedentes que los habian ido preparando, y de las causas que existian de atrás.—El mismo vacío notamos en la relacion de los sucesos del Escorial, que en la obra de Toreno ocupa brevísimas páginas, y no da al lector sino un conocimiento muy incompleto de lo que allí ocurrió, y mas todavía del origen y principio de aquella trama.

Relaciones y ocupaciones del príncipe de Asturias.—Misteriosa denuncia que de él se hizo á los reyes.—Sorpréndele Carlos IV en su habitacion y le ocupa sus papeles.—Cartas y documentos que le fueron hallados.—Formacion de causa, y arresto del príncipe y de sus cómplices.—Manifiesto de Carlos IV denunciando á la nacion la criminalidad de su hijo.—Carta del rey á Napoleon.—Pide Fernando perdon á sus padres.—Decreto de perdon, y segundo manifiesto del rey.—Papel que en estos sucesos hizo el príncipe de la Paz.—Conducta del ministro Cabañero.—Prosigue la causa contra los demás procesados.—Acusacion fiscal.—Sentencia absolutoria.—Extrañeza que causó, y por qué.—Juicio que se ha formado de este fallo.—Causas que pudieron influir en el ánimo de los jueces.—Irrítase fuertemente Napoleon al ver mezclado el nombre de su embajador en estos sucesos.—Muéstrase colérico contra la corte de Madrid.—Instrucciones que dejó antes de partir á Italia.—Prohibe que en el proceso del Escorial se publique cosa alguna que aluda á su persona ó á la de su embajador.—Otras amenazas.—Aturdimiento que producen en la corte y en los jueces.—Juicio que el pueblo formaba de la causa del Escorial.—Atribúyela á intriga de Godoy.—Popularidad del príncipe de Asturias.—Espera que Bonaparte vendrá en favor suyo y contra el príncipe de la Paz.—Intenta este retirarse, y no lo consienten ni Carlos ni Fernando.—Otra carta de Carlos IV á Napoleon procurando desagraviarle.—Respuesta de Bonaparte desde Milan.—Doble que se advierte en la conducta del emperador.—Cálculos que se hacian sobre sus intenciones y planes.

Que tales manejos como los que hemos referido, que tales intrigas y discordias en el seno de la real familia y entre las personas que con mas intimidad la rodeaban, habian de producir resultados funestos y frutos amargos para España, era cosa que todo el mundo presentia y de que nadie auguraba sino desastres; y eso que las causas y móviles de lo que se veia suceder eran todavía algunas ignoradas de muchos, otras un secreto para la generalidad. Para mayor desdicha, cuando las tropas francesas habian pisado ya nuestro territorio y deramádose por lo interior del reino, siendo para unos objeto de halagüeñas esperanzas, para otros de recelos y temores, para todos de cálculos y discursos varios, en aquellas criticas circunstancias vinieron á aumentar nuestros conflictos y á hacer mas patentes nuestras miserias las lastimosas escenas que se representaron en el real monasterio del Escorial.

El príncipe Fernando, jóven entonces de veintitres años, educado por el canónigo Escoiquiz, y enteramente sometido á sus inspiraciones, en todo obraba por sus instigaciones y consejos. Los planes y tramas que entre los dos habian urdido, y que provocaron las escenas que vamos á describir, se descubrieron del modo siguiente.

Aficionado el antiguo maestro del príncipe á ganar lauros literarios, aunque á la aficion no igualaban las dotes, quiso que su régio alumno participara tambien de esta gloria, que habria de contribuir á su popularidad; Fernando tradujo en secreto algun tomo de las *Revoluciones romanas* de Vertot, y cuando le tuvo impreso, previo el parecer del abate Melon, juez de imprentas entonces, y con las iniciales de su nombre, parecióle que daría un golpe de buen efecto sorprendiendo á sus augustos padres presentándoles un trabajo literario que ellos no esperaban y de que no tenian noticia. La reina, en efecto, se sobrecogió al pronto agradablemente, mas como reparase luego en el título del libro, y el nombre de revolucion fuera una palabra que asustaba entonces en el real alcázar, reconvino á su hijo por no haber elegido para traducir una de tantas obras de otro género. El rey se ofendió tambien de que hubiera hecho aquel trabajo sin su conocimiento y anuencia; y haciéndole observar que un príncipe destinado á ceñir corona no debe escribir para el público sino cuando esté seguro de que sus producciones han de resistir bien á la critica, pues lo contrario cede en menoscabo y desprestigio de su dignidad y de su nombre, díjole que conservara depositada la edicion hasta que él se informara si era tal su mérito que debiera circular; y además le aconsejó que, una vez que mostraba aficion á tales ocupaciones, vertiese al español el *Curso de Estudios* que Condillac habia escrito para su tío el príncipe de Parma:



con lo cual se conformó Fernando, y el anciano monarca quedó al parecer muy satisfecho de la afición literaria de su hijo y de la manera útil como entretenía el tiempo.

Así, aunque á poco de esto una dama de la reina, la marquesa de Perijaa, dió noticia á sus soberanos de que el príncipe pasaba las noches en vela escribiendo hasta la madrugada, no lo extrañaron aquellos, suponiendo que el objeto de tales tareas sería la traducción que le había recomendado su padre. Lo que sí los alarmó fué un pliego, con tres *luegos*, que Carlos IV encontró un día sobre su pupitre: era un anónimo en que le denunciaban que en el cuarto del príncipe heredero se tramaba una conjuración y se preparaba un movimiento, en que peligraba la corona, y la reina corría riesgo de ser sacrificada (1). Unido este misterioso aviso al anterior, y como además se observase que los criados del cuarto del príncipe hablaban con cierta desenvoltura, hasta de cartas que aquel recibía en secreto, entraron los reyes en gran cuidado, y aunque Carlos en su interior no creía á su hijo capaz de cometer el crimen que se le atribuía, estimulado por la reina, determinó visitar su habitación y recogerle los papeles que encontrase. So pretexto, pues, de regalarle una colección encuadrada de las poesías que se habían compuesto en loor de los triunfos de nuestras armas en Buenos Aires, entró Carlos IV en el aposento de su hijo. La turbación de este, y su mirada inquieta y zozobrosa, infundieron nuevas sospechas al anciano monarca, el cual recogió los papeles, que halló sin dificultad, y salió, dando orden á Fernando de que permaneciese en su habitación sin recibir á persona alguna (28 de octubre, 1807). Sucedió esto en el Escorial, y como Godoy se hallase enfermo en Madrid, llamaron los reyes al ministro de Gracia y Justicia, marqués de Caballero, para leer y examinar los papeles ocupados (28 de octubre).

Los papeles encontrados y recogidos fueron:

1.º Una exposición al rey de mas de doce hojas, dictada por Escoiquiz y copiada por el mismo príncipe Fernando, en que, después de pintar con los colores mas vivos y exagerados la conducta, costumbres y excesos de todo género de Godoy, y de acusarle de graves delitos, se le atribuían intentos de querer subir al trono, y de acabar con el rey y toda la real familia (2). Para convencer á su padre de la verdad de los mal-

(1) El anónimo decía: «El príncipe Fernando prepara un movimiento en el palacio: la corona de V. M. peligrá: la reina María Luisa corre riesgo de morir envenenada: urge impedir tales intentos sin dejar perder los instantes: el vasallo fiel que da este aviso no se encuentra en posición ni en circunstancias para poder cumplir de otra manera sus deberes.»

(2) «Ese hombre perverso, decía la representación, es el que, desechado ya todo respeto, aspira claramente á despojarnos del trono, y acabar con todos nosotros.»

Este documento, tan difuso que ocupa mas de cuarenta páginas en cuarto de impresión, estaba groseramente redactado. Fuerza es dar alguna muestra de él, siquiera por la celebridad que tuvo. Hé aquí el cuadro que el joven príncipe, por instigación del canónigo, hacía á su padre de las costumbres relajadas del ministro. «No solo ha hecho con su autoridad, con su poder y con sus sobornos, que se le haya prostituido la flor de las mujeres de España, desde las mas altas á las mas bajas, sino que su casa con motivo de audiencias privadas, y la secretaría misma de Estado, mientras que la gobernó, fueron unas ferias públicas y abiertas de prostituciones, estupro, y adulterios, á trueque de pensiones, empleos y dignidades, haciendo servir así la autoridad de V. M. para recompensar la vil condescendencia á su desenfrenada lascivia, á los torpes vicios de su corrompido corazón. Estos excesos, á poco que entró ese hombre sin vergüenza en el ministerio llegaron á tal grado de notoriedad, que supo todo el mundo que el camino único y seguro para acomodarse ó para ascender era el de sacrificar á su insaciable y brutal lujuria el honor de la hija, de la hermana ó de la mujer. Así todas las carreras están llenas de empleados que deben su fortuna á esta indigna condescendencia, al paso que los hombres honrados que no se valían de tan infames medios solicitaban en vano largo tiempo el menor destino, y si lo conseguían al fin, era á fuerza de pasos y de paciencia. ¡Qué mas señor! Basta un solo hecho, actual, constante y público que voy á decir, para hacer ver á V. M. de qué es capaz ese hombre dejado de la mano de Dios. Antes de casarse con la hija del infante don Luis, nuestra parienta, estaba públicamente amancebado con una llamada doña Josefa Tudó, de quien ya V. M. tiene alguna noticia, aunque no bajo de este concepto. Ha seguido este amancebamiento sin interrupción, teniendo en ella en el intervalo varios hijos, y continúa en el día haciendo vida maridable con ella, aun con mas publicidad que con su misma mujer,

vados designios que le denunciaba, le proponía salir á una partida de caza al Pardo ó la Casa de Campo, donde podría examinar y oír los testigos que quisiese, con tal que no estuvieran presentes ni la reina ni Godoy, previniéndole no diera oídos á persona alguna, sino en presencia del mismo Fernando. Pedíale facultad para prender al acusado y enviarle á un castillo, así como á sus criados, á la Tudó y otros, y para el embargo de sus bienes, todo con arreglo á decretos que el mismo príncipe presentaría á la aprobación de su padre; pero sin formarle causa, ni someter la averiguación de los delitos á pruebas judiciales «por el deshonor que resultaría á nuestra casa de la publicación jurídica de los delitos de este hombre unido á ella con afinidad tan estrecha. Una vez preso Godoy, es absolutamente preciso, decía, que V. M. me permita que no me separe yo un instante de su lado, de manera que mi madre no pueda hablarle á solas, y que los primeros ímpetus de su sentimiento descarguen sobre mí.» Y concluía suplicándole que, de no acceder á su petición, quedara este peligroso secreto sepultado en su pecho.

2.º Una instrucción, de cinco hojas y media, obra también de Escoiquiz, en que proponía otro medio de tentar la caída de don Manuel Godoy por medio de la misma reina, interesándola el hijo como mujer, como reina y como madre, arrodillándose en su presencia, y revelándole los crímenes y las monstruosidades del valido. Había de empezar manifestando su repugnancia invencible á la boda propuesta con la cuñada de Godoy. Se prevenían todos los casos y situaciones á que este paso pudiera dar lugar: se discurrían las preguntas, observaciones y reparos que podría hacer la reina, y se ponía en boca del príncipe la contestación ó la réplica que á cada una había de dar. Y si por estos caminos no se alcanzaba el resultado, se apelaría á otros recursos mas seguros. La instrucción se suponía dada por un fraile á su primo, y todos los nombres de los que en ella figuraban eran supuestos; pero con tan poco arte disfrazados, que el mas lego traslucía al instante, y sin el menor esfuerzo del discurso, los personajes verdaderos. El rey era don Diego, doña Felipa la reina, don Agustín el príncipe, Godoy don Nuño, y doña Petra su cuñada. Con razón dice un ilustrado historiador que en el concebir de tan desvariada intriga despuntaba aquella sencilla credulidad y ambicioso desasosiego de que nos dará desgraciadamente en esta historia sobradas pruebas el canónigo Escoiquiz (3). Al final

teniéndola día y noche en su casa, ó yendo á la suya, llevándola cuando se le antoja en su coche, á vista, ciencia y paciencia de todo el pueblo, presentándose con ella y con sus hijos, y acariciando á estos como tales delante de todo el mundo y de su esposa misma, llegando eso á tales términos, que ha dado motivo á la voz de que estaba casado con la Tudó antes de casarse con nuestra parienta, y por consiguiente tiene dos mujeres: todo esto sin perjuicio de proseguir escandalizando al mundo con cuantas sin este título se proporcionan á su voraz torpeza; pero, eso sí, teniendo buen cuidado de pagar siempre su prostitución á costa de Vuestra Majestad y de la nación con acomodos ó pensiones, y nunca ó rarísima vez á costa de su bolsillo. ¡Pero qué mas! Ha tenido maña y osadía para hacer que V. M., ignorando estas abominaciones, tenga alojada en una casa real suya, cual lo es el Retiro, á la Tudó, no sé si diga su mancha ó su primera mujer, para que la haya dado la interinidad de la intendencia de dicha real casa, y la propiedad al mayor de sus hijos adulterinos, poniendo el sello á esta temeraria desvergüenza con hacer que los criados que sirven á estos usen públicamente del sombrero y la escarapela de la real caballeriza...»

Nos habríamos abstenido de copiar este repugnante cuadro, si la representación no corriera impresa, con las licencias necesarias, por el mismo abogado defensor de don Juan Escoiquiz, don Juan de Madrid Dávila.

En toda ella empleó el autor este mismo estilo, lo mismo cuando acusa al príncipe de la Paz de codicioso y de acumulador de riquezas, que cuando increpa su conducta política.

(3) También daremos una muestra de lo que era este papel, que no es fácil hayan visto nuestros lectores, porque no sabemos que se haya publicado. Nosotros le hemos tomado de la copia de la causa del Escorial, que se conserva en el archivo del Ministerio de Gracia y Justicia.

«Veamos, pues, cómo se podría lograr esto. Ya he demostrado que en el apuro en que está don Agustín en el día, el menos mal partido que puede tomar es el de negarse absolutamente al casamiento con doña Petra, si le aprietan para que le contraiga. Supongo, pues, que le vuelven á instar, que pide tiempo y que lo va dilatando. Al cabo que ya le ponen en la precisión de decir sí ó no. Dice que no. Vélo aquí en el riesgo ya



se hacian indicaciones nada disimuladas sobre lo que se estaba tratando con el embajador francés acerca del enlace del heredero del trono español con una princesa de la familia de Bonaparte. Se conoce que este escrito fué hecho antes que la representacion al rey.

3.º La cifra y clave de la correspondencia secreta entre Fernando y Escoiquiz, que era la misma que habia servido para comunicarse su difunta esposa María Antonia con su madre la reina Carolina de Nápoles.

4.º Una carta en forma de nota, de letra de Fernando, fecha de aquel dia, ya cerrada, pero sin sobrescrito, firma ni nombre; en que decia, que bien pensado el asunto, habia preferido el medio de elevar á su padre la exposicion, y que buscaria un religioso que la pusiera en sus reales manos. En ella parece indicaba que se habia penetrado bien de la gloriosa vida de San Hermenegildo, y que guiado por el ejemplo de aquel santo mártir estaba dispuesto á pelear por la justicia; mas no teniendo vocacion al martirio, deseaba se asegurasen bien todas las medidas, y que todos se hallaran prontos á sostenerle con firmeza; que estuvieran preparadas las proclamas, y que si llegaba á estallar el movimiento, cayese la tempestad solamente sobre *Sisberto y Goswinda* (Godoy y la reina María Luisa), y que á *Leovigildo* (Cárlos IV) procuraran atraerle con vivas y aplausos (1).

mencionado. Pues supuesto este riesgo, ¿qué va á perder en abrirse con *doña Felipa* en cosas que es imposible que esta ignore, y en tirar con el cariño á ganar su confianza y corazon?... Por mal que salga, es evidente que sin aumentarse el peligro de *don Agustín*, se logrará saber á lo menos por la contestacion de *doña Felipa* que nada hay que esperar de ella, y que es preciso recurrir á otros medios para evitarlo, y esta es ya una gran ventaja para no perder tiempo en adoptarlos.

»Mi dictámen es, pues, que cuando *doña Felipa* vuelva á instar con seriedad á *don Agustín* sobre la boda, la hable con el mayor cariño en estos términos, que voy á poner en forma de diálogo para mayor claridad.

»*Don Agustín*.—Madre mia, antes de confirmar mi consentimiento á esa boda, necesito hablar largamente con V. y abrirle mi corazon, para lo cual la suplico me proporcione hora en que pueda hacerlo con espacio: sin esto no puedo resolver.

»Es regular que *doña Felipa* no se niegue á tan justa súplica; y si se negase, era menester repetirla en lo posible; y si no la concedia, negarse rotundamente y con irrevocable firmeza á consentir en la boda. Supuesto pues que la conceda y llegue esta hora, lo primero que debe hacer *don Agustín* es arrojarse en su presencia, besarla la mano con la mayor ternura, y con semblante lleno de cariño y de respeto decirle:

»*Don Agustín*.—Madre mia, creo que V., sin decirle yo nada, lee en mi corazon... etc.

»*Doña Felipa*.—Sí, hijo mío, dí cuanto quieras, y está seguro que te hablaré con la misma confianza...»

Pone el canónigo, autor del escrito, un diálogo á su gusto sobre el casamiento con *doña Petra*, y suponiendo que la reina insiste, dice que debe hablar así el príncipe:

»*Don Agustín*.—Quedo desengañado, madre mia, de que V. quiere sacrificar á este pobre hijo y toda su familia á *don Nuño* (Godoy): él la dará á V. el pago: yo pereceré á manos de ese monstruo, porque, como hijo obediente, mediando mis padres, no puedo ni debó usar de otros arbitrios para evitar mi suerte que de ruegos y súplicas; pero V. tendrá que dar cuenta de mi desgracia á aquel Dios que antes de mucho nos ha de juzgar. En cuanto al casamiento con *doña Petra*, suceda lo que sucediere, revoco mi inconsiderada palabra, y jamás consentiré en él, porque no debo hacerlo en conciencia, pues será consentir en mi ruina, en la de mis siempre venerados y amados padres, y en la de toda mi familia y casa.

»Si *doña Felipa* insiste en que todos estos temores son disparates, y en disculpar á *don Nuño*, dígala:»

»*Don Agustín*.—Se cansa V. en vano, madre: sé todo cuanto hay que saber de ese hombre, y que V. lo sabe mejor que yo: con que es inútil insistir sobre esto.

»Siempre que *doña Felipa* le pregunte quién sabe las cosas que ha dicho, ya de *don Nuño*, ya de ella, cite con muertos, y entre ellos con su difunta mujer, y con criados que ya estén en la otra vida, cuyos nombres debe tener presentes para el caso, pues es el modo de no comprometer á los vivos. Este es el lenguaje que debe usar *don Agustín* en dicha conferencia... etc.»

(1) No hemos visto este documento, que citan el príncipe de la Paz en sus Memorias, el autor anónimo de la Historia de la vida y reinado de Fernando VII, y otros, y que no figuró en la causa, dicen que por haberle recogido é inutilizado la reina para que no agravara la criminalidad del proceso. No podemos por tanto certificar de su existencia y autenti-

Dejase comprender la sensacion que causaria en el ánimo de los monarcas la lectura de tales papeles. Era preciso, no obstante, tomar una resolucio con la urgencia que el caso requeria; pero luchábase entre el temor de que fuese cierto el movimiento que se habia anunciado como inminente, el de excitar las sospechas de los conjurados, si existian, y el de irritar á los numerosos partidarios de un príncipe que gozaba de popularidad en España. Despues de vacilar mucho sobre la medida que seria mejor y menos peligroso adoptar, resolvióse, al fin, por consejo de Caballero, informar á la nacion de lo que pasaba por medio de un manifiesto, mandar instruir la correspondiente sumaria en averiguacion del crimen y de los delinquentes, y estar al resultado de los procedimientos judiciales, comenzando por un interrogatorio al mismo Fernando, con asistencia de los ministros y del gobernador interino del Consejo, don Arias Mon Velarde. Interrogóle el mismo rey, y las respuestas del príncipe estuvieron léjos de satisfacer al monarca, el cual en su virtud le condujo y acompañó hasta su cuarto, con los ministros, el gobernador del Consejo y el zaguanete, le mandó entregar la espada (2) y lo dejó allí arrestado con centinelas de vista. Al dia siguiente se publicó el Manifiesto á la nacion, que decia así:

«Dios, que vela sobre sus criaturas, no permite la ejecucion de los hechos atroces cuando las victimas son inocentes. Mi pueblo, mis vasallos todos conocen mi cristiandad y mis costumbres arregladas; todos me aman, y de todos recibo pruebas de veneracion, cual exige el respeto de un padre amante de sus hijos. Vivía yo persuadido de esta verdad, cuando una mano desconocida me enseña y descubre el mas enorme y temerario plan que se trazaba en mi mismo palacio contra mi persona. La vida mia, que tantas veces ha estado en riesgo, era ya una carga pesada para mi sucesor, que preocupado, obcecado, y enajenado de los principios de cristiandad que le enseñó mi paternal cuidado y amor, habia admitido un plan para destronarme. Entonces yo quise indagar por mí mismo la verdad del hecho, y sorprendiéndole en su mismo cuarto, hallé en su poder la cifra de inteligencia y de instrucciones que recibia de los malvados. Convoqué al exámen á mi gobernador interino del Consejo, para que asociado con otros ministros practicasen las diligencias de indagacion. Todo se hizo, y de ella resultan varios reos cuya prision he decretado, así como el arresto de mi hijo en su habitacion. Esta pena quedaba á las muchas que me afligen; pero así como es la mas dolorosa, es tambien la mas importante de purgar, é interin mando publicar el resultado, no quiero dejar de manifestar á mis vasallos mi disgusto, que será menor con las muestras de su lealtad. Tendréislo entendido para que circule en la forma conveniente. En San Lorenzo, á 30 de octubre de 1807.—Al gobernador interino del Consejo (3).»

ciudad: pero no extrañamos que existiera tambien este papel, atendida la indiscrecion de los que habian manejado este negocio.

(2) El príncipe de la Paz en sus Memorias niega que se le hubiera recogido la espada. «*Lo de la espada*, dice, *no es verdad tampoco*, si bien estaba en regla que S. M. la hubiese recogido: *empero no lo hizo*.»

Aunque es una circunstancia pequeña, nos conviene rectificar al príncipe de la Paz, que parece anduvo en esto desmemoriado, siquiera para que se vea que lo que nosotros decimos es lo que consta de la causa. «En acto continuo, dice, el rey N. S. llevó á su cuarto á dicho Sermo. señor príncipe de Asturias, y mandándole entregar la espada, lo dejó arrestado con centinelas de vista y guardias dobles, y encargada su persona á don Melchor Calatayud, ayudante del real cuerpo de Guardias de Corps, y al gentil-hombre don Manuel de Andrade, haciendo retirar toda su servidumbre, mandándole le arrestase sin comunicacion, ocupando sus papeles. San Lorenzo, 29 de octubre de 1807.—Firmado.—Marqués Caballero.»

(3) Este documento fué redactado por el príncipe de la Paz, no obstante hallarse todavía en cama con fiebre. Cuenta que habiéndole el rey enviado el Manifiesto extendido por Caballero, para que le diese con urgencia su dictámen y reformase lo que creyera necesario, encontró aquel escrito tan recargado de citas de derecho, tan áspero y duro en la frase, que mas parecia acusacion de un hombre irritado que desahogo de un padre condolido: y que despues de borrar, enmendar y sustituir palabras, concluyó por trazar un borrador nuevo, que fué el que adoptó el rey y el que se publicó. Conociendo el carácter y el estilo de Caballero, no extrañamos sea verdad lo que de su proyecto de manifiesto dice Godoy.



Al propio tiempo, ó mejor dicho, con fecha del día anterior, había escrito Carlos IV á Napoleon la siguiente carta:

«Hermano mio: En el momento en que me ocupaba en los medios de cooperar á la destruccion de nuestro enemigo comun (1), cuando creia que todas las tramas de la ex-reina de Nápoles se habian roto con la muerte de su hija, veo con horror que hasta en mi palacio ha penetrado el espíritu de la mas negra intriga. ¡Ah! mi corazon se despedaza al tener que referir tan monstruoso atentado. Mi hijo primogénito, el heredero presuntivo de mi trono habia formado el horrible desigmo de destronarme, y habia llegado al extremo de atentar contra los dias de su madre. Crimen tan atroz debe ser castigado con el rigor de las leyes. La que le llama á sucederme debe ser revocada; uno de sus hermanos será mas digno de reemplazarle en mi corazon y en el trono. Ahora procuro indagar sus cómplices para buscar el hilo de tan increíble maldad, y no quiero perder un solo instante en instruir á V. M. I. y R. suplicándole me ayude con sus luces y consejos. Sobre lo que ruego etc.—Carlos.—En San Lorenzo á 29 de octubre de 1807.»

Pero el mismo día 30, á la una de la tarde, luego que el príncipe supo que el rey habia salido á caza, pasó recado á la reina rogándole se dignase pasar á su cuarto, ó escucharle en el suyo, pues tenia que hacerle revelaciones importantes. La reina se negó á uno y á otro, pero envió al ministro Caballero para que oyese cuanto le quisiera decir. Declaró entonces espontáneamente el príncipe, que, instigado por pérfidos consejeros (que así los llamó, denunciando sus nombres), los cuales le habian hecho creer que Godoy aspiraba á apoderarse del trono, para conjurar la tormenta habia escrito en 11 de octubre una carta al emperador de los franceses, solicitando por esposa una princesa de su familia: que habia expedido un decreto en favor del duque del Infantado, con fecha en blanco y sello negro, dándole el mando de todas las tropas de Castilla la Nueva para cuando su padre falleciese: que los papeles que se le habian encontrado, copiados de su puño, eran obra del canónigo Escoiquiz: que habia estado en correspondencia con el embajador de Francia Beauharnais desde un día que en la corte se hicieron una seña convenida, y que hacia tiempo habia estado luchando con las seducciones de sus malvados consejeros, á las cuales habia cedido en un momento de debilidad.

A consecuencia de estas gravísimas declaraciones, el rey escribió de nuevo al príncipe de la Paz pidiéndole consejo, y este, tan luego como se lo permitió el estado de su salud, pasó al Escorial. El asunto no podia ya ahogarse dentro de las paredes de palacio despues de la ruidosa publicacion que le habia dado el manifiesto del rey, y su carta á Napoleon. La circunstancia de haber escrito tambien Fernando á Bonaparte implorando su proteccion y amistad, y la de andar mezclado en el negocio el nombre del embajador francés, junto con la de hallarse las tropas francesas en el corazon de Castilla, y no saberse todavía la ratificacion del tratado de Fontainebleau, hizo temer á Godoy que el emperador quisiera intervenir en esta discordia de familia, y que acaso, como el príncipe de Asturias habia indicado tambien, mandara aproximar sus tropas á la corte. Y como por otra parte no desconocia el gran partido que en el pueblo tenia Fernando, quiso dar el corte posible á tan enojoso suceso. Fernando se habia mostrado arrepentido, y no faltaba mas sino que él mismo solicitara el perdón para poder sobreseer en la causa, con lo cual se prometia el de la Paz patentizar la debilidad del príncipe, justificar el manifiesto del rey, y dar al asunto el giro que le podia ser mas favorable. Encargóse él mismo de esta empresa, y se presentó á Fernando, que, al decir de Godoy en sus Memorias, le recibió llorando y con los brazos abiertos. No es imposible que pasara algo parecido á la escena que aquel describe, puesto que le halló dispuesto á aceptarle por medianero entre él y sus padres, y toda vez que para desenojarlos se prestó á dirigirles las dos cartas, que ahora daremos á conocer, en que se confesaba reo y les pedia humildemente perdón, ya fuese que les escribiera él de inspiracion propia, como Godoy afirma, ya

fuese que este se las dictara, como aseguran otros, y que de cualquier modo demuestran la misma flaqueza en el que las suscribió (2).

Entonces redactó el príncipe de la Paz un decreto de perdón, que aprobado por el rey y por el ministro Caballero se publicó en 5 de noviembre, y decia así:

«La voz de la naturaleza desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negarse á ello un padre amoroso. Mi hijo ha declarado ya los autores del plan horrible que le habian hecho concebir unos malvados: todo lo ha manifestado en forma de derecho, y todo consta con la escrupulosidad que exige la ley en tales pruebas; su arrepentimiento y asombro le han dictado las representaciones que me ha dirigido y siguen:

«Señor:

»Papá mio: he delinquido, he faltado á V. M. como rey y como padre; pero me arrepiento, y ofrezco á V. M. la obediencia mas humilde. Nada debia hacer sin noticia de V. M., pero fui sorprendido. He delatado á los culpables, y pido á V. M. me perdone por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus reales piés á su reconocido hijo.—FERNANDO.

«Señora:

»Mamá mia: estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad le pido á V. M. se digne interceder con papá, para que permita ir á besar sus reales piés á su reconocido hijo.—FERNANDO (3).»

»En vista de ellas, y á ruegos de la reina mi amada esposa, perdono á mi hijo, y le vuelvo á mi gracia cuando con su conducta me dé pruebas de una verdadera reforma en su frágil manejo; y mando que los mismos jueces que han entendido en la causa desde su principio, la sigan, permitiéndoles asociados si los necesitasen, y que, concluida, me consulten la sentencia, ajustada á la ley, segun fuesen la gravedad de los delitos y las personas en quienes recaigan: teniendo por principio para la formacion de cargos las respuestas dadas por el príncipe á las demandas que se le han hecho, pues todas están rubricadas y firmadas de mi puño, así como los papeles aprehendidos en sus mesas, escritos por su mano; y esta providencia se comunique á mis consejos y tribunales, circulándola á mis pueblos, para que reconozcan en ella mi piedad y

(2) En efecto, así los autores de la *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, escrita de orden de Fernando VII, como el conde de Toreno en la suya del *Levantamiento, guerra y revolucion de España*, afirman que el príncipe de la Paz llevaba ya los borradores ó minutas de las dos cartas, y persuadió á Fernando á que las firmase, á fin, dice Toreno, «de presentarle ante la Europa entera como príncipe débil y culpado, desacreditarle en la opinion general y perderle en el ánimo de sus parciales, poner á salvo al embajador francés, y separar de todos los incidentes de la causa á su gobierno.»

El príncipe de la Paz, protestando haber sido ambas cartas produccion del mismo Fernando, combate fuertemente á los que lo contrario aseguran, diciendo, entre otras razones: «Caso de haberlo yo hecho, habria sido muy necio no articulando en ellas los delitos cometidos, y componiendo unas minutas tan desprovistas de sentido... Si yo hubiese querido deshonrarle ó humillarle, pronto se me mostró para trazar en ellas un resumen de las revelaciones que habia hecho al ministro Caballero; mas yo le aconsejé que no lo hiciese: aconsejéle su provecho para daño mio; porque si hubiera escrito aquel resumen que se brindó á estampar de sus declaraciones anteriores, el pueblo que no vió ninguna cosa del proceso, hubiera visto cuanto habia, y esto contado por Fernando y autorizado con su firma. No habria quedado de aquel modo ancho campo á las calumnias que se levantaron contra el rey, contra la reina, y mayormente en contra mia, diciendo y propalando mis contrarios que aquel proceso fué una intriga que preparé en lo oscuro para arruinar al inocente príncipe... etc.»

Como cualquiera de estas dos versiones es verosímil atendido el aturdimiento y la inexperiencia de Fernando, y de cualquier modo tuvo la debilidad ó de escribir las cartas ó de firmarlas, no nos hemos fatigado en investigar cuál fué de esto lo mas cierto. El estilo parece mas de un joven asustado de su situacion, que de un hombre avezado á manejar la pluma y á conducir intrigas.

(3) Las cartas fueran escritas el día 3; mas como no llevaban fecha, les pusieron despues la misma del 5 en que se publicó el decreto.

(1) Quería con esto significar á los ingleses.



justicia, y alivien la aflicción y cuidado en que les puso mi primer decreto, cuando por él vieron el riesgo de su soberano y padre, que como á hijos los ama, y así le corresponden. Tendréislo entendido para su cumplimiento.—San Lorenzo, 5 de noviembre de 1807.»

De esta manera terminó el arresto del príncipe de Asturias, vuelto con el perdón á la gracia de sus padres, y debiendo continuar solamente el proceso contra los cómplices por él denunciados. Del perdón de su hijo dió conocimiento el rey á Napoleon por conducto del embajador príncipe de Masserano, y Godoy dió noticia á su confidente Izquierdo. Despues diremos el efecto que dichas comunicaciones produjeron en la corte imperial de Francia. Sigamos ahora el hilo de lo que pasó en el real monasterio de San Lorenzo.

Al siguiente día del segundo manifiesto nombró el rey (6 de noviembre) para la prosecucion de la causa contra los demás procesados una junta, compuesta de don Arias Mon, gobernador interino del Consejo, don Sebastian de Torres y don Domingo Campomanes, consejeros, designando para secretario de ella al alcalde de corte don Benito Arias de Prada. El mismo ministro Caballero, que antes habia dicho á los reyes que sin su real clemencia el príncipe merecería por siete capítulos la pena capital, fué el que ahora arregló el modo de seguir la causa, descartando de ella cuantos documentos pudieran comprometer al príncipe y al embajador francés (1). Dióse el cargo de fiscal á don Simon de Viegas, y para el fallo de su causa fueron agregados á la junta otros ocho consejeros (2). Terrible y dura fué la acusación fiscal: pedíase en ella la pena capital que la ley de Partida impone á los traidores al rey y al Estado, contra don Juan Escoiquiz y el duque del Infantado, y otras extraordinarias contra el conde de Orgaz, y el marqués de Ayerbe, don José Manrique, Pedro Collado y otros de la servidumbre del príncipe (28 de diciembre, 1807), no pidiendo nada contra el conde de Bornos y don Pedro Giral, «por no arriesgarse á introducir en la cuestion lo que S. M. manda que absolutamente no se trate (3).» El abogado defensor del canónigo Escoiquiz, don Francisco de Madrid Dávila, no negó, antes bien confesó que eran obra de su defendido los papeles encontrados al príncipe, incluso el decreto á nombre de Fernando VII, como si fuese ya rey, nombrando al duque del Infantado capitán general de Castilla la Nueva; pero alegaba que lejos de deber considerarse tales documentos como cuerpo de delito, eran pruebas acendradas de celosa lealtad al príncipe, y actos meritorios de parte de quien habia sido su maestro, atendida la peligrosa situación en que aquel se hallaba (4).

Los procedimientos continuaron hasta el 25 de enero de 1808, día en que los jueces fallaron la causa, absolviendo completamente á los perseguidos como reos, y declarando que la prisión sufrida no perjudicaría en tiempo alguno á la buena opinión y fama de que gozaban (5). Sin embargo el rey, gubernativamente confinó, á unos á destierro, á otros á conventos, á Escoiquiz, á los duques del Infantado y de San Carlos, y á varios otros de los procesados.

Si entonces causó la sentencia absolutoria grande extrañeza y sorpresa, especialmente á los que sabían los antecedentes y méritos de la causa, y no podían haber olvidado las revela-

ciones hechas por el príncipe de Asturias y las declaraciones y confesiones de algunos de los acusados, los escritores posteriores de mas nota, aun los mas abiertamente enemigos del príncipe de la Paz, y que por su posición han podido estar mejor informados, no se han retraído de censurar el fallo de los jueces.

«Mas si la política, dice uno de nuestros mas autorizados historiadores, descubre la causa de tan extraordinario modo de proceder, no por eso queda intacta y pura la austera imparcialidad de los magistrados: un proceso despues de comenzarse no puede amoldarse al antojo de un tribunal, ni descartarse á su arbitrio los documentos ó pruebas mas importantes. Entre los jueces habia respetables varones, cuya integridad habia permanecido sin mancha en el largo espacio de una honrosa carrera, si bien hasta entonces negocios de tal cuantía no se habian puesto en el crisol de su severa equidad. Fuese equivocación en su juicio, ó fuese mas bien por razón de Estado, lo cierto es que en la prosecución y término de la causa se apartaron de la justicia legal, y la ofrecieron al público manca y no cumplidamente formada ni llevada á cabo (6).»

Este mismo ilustrado escritor apunta las causas que pudieron influir en semejante proceder de los jueces; pero contentándose con indicar que el nombre de Napoleon y los temores de la nube que se levantaba en el Pirineo pesaron en la flexible balanza de la justicia, se abstiene de contar lo que en este sentido pasó; omisión ciertamente extraña, siendo aquella tan importante y digna de saberse. Cúmplenos dar siquiera una idea de lo que tanto puede aclarar aquel suceso, y explicar otros posteriores.

Cuando por las declaraciones de Fernando se supo lo de su carta á Napoleon, y la parte que en aquel plan habia tenido

(6) Toreno, Historia de la Revolución, lib. I.—Despojado el proceso, dice otro, de los principales documentos por el amor materno y la influencia extranjera, deslumbrados los magistrados con el poder del que se habia declarado protector de Fernando, y con el brillo de la corona que ya veían relucir en la cabeza del reo, cerraron los ojos á la ley, y pensaron en sus intereses privados. Pero detrás de los jueces, y mas poderosa que Napoleon y sus ejércitos, estaba la posteridad, que volviendo á reunir las piezas de la causa, las somete al fallo de los pueblos.—Historia de la vida y reinado de Fernando VII, impresa en 1842.

El ilustrado don Antonio Benavides, nuestro digno co-académico en la de la Historia, y en la de Ciencias morales y políticas, en el único capítulo que hemos visto impreso de su Historia inédita de la *Revolución de España*, hace la vigorosa censura siguiente de aquel fallo del Consejo: «Si el Consejo de Castilla absolvió á los reos de la causa del Escorial, porque el rey, usando de su poder absoluto, habia sustraído de ella á su hijo, primer culpable, merecen grande elogio, y nosotros se lo tributamos con sinceridad; y decimos mas, que solo de esta suerte los absolvemos de un manifiesto prevaricato, y de una atroz y notoria injusticia. La absolución en otro sentido tanto equivale como á decir: que es lícito á cualquier súbdito representar al rey en contra de su ministro, tomando por base de su animosidad el favor mismo ó la privanza que disfruta, mezclar las injurias y las calumnias á ideas subversivas y revolucionarias del orden de cosas asentado... hacer alusiones transparentes poco honrosas á la conducta de la reina... aquella absolución equivalía á decir, que el príncipe heredero en una monarquía tenia el derecho de obligar á su padre á hacer en las cosas del gobierno su voluntad, y no la natural y legítima del sumo imperante; que este mismo príncipe podía concertar sus bodas con un príncipe extranjero, y llamándolo cuando á bien tuviese á invadir el reino..... Si esto queria decir la absolución, confesamos claramente que pocas iniquidades semejantes hemos visto cometidas tan á mansalva en los anales jurídicos de las naciones cultas.... Permítase á los hijos rebelarse contra la autoridad de los padres, á los herederos contra el derecho de los poseedores, y entonces ni habrá quietud en las familias, ni orden en el Estado, ni sociedad siquiera, etc.»

Y sin embargo, para M. Thiers, á quien sentimos tener que citar cuando habla de las cosas de España, la trama en que se habia comprometido el príncipe de Asturias era «poco criminal», y sus comunicaciones con el embajador francés «eran el menor de los cargos.» No se comprenden tales juicios en hombre de tan gran talento.—Ciertamente no pensaba así Napoleon cuando escribía al mismo príncipe Fernando: «Vuestra alteza real no está exento de faltas: basta para prueba la carta que me escribió, y que siempre he querido olvidar. Siendo rey sabrá cuán sagrados son los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extranjero es criminal.»—De Bayona, á 16 de abril de 1808.—En Escoiquiz, Idea sencilla.

(1) «Rasgo propio de su ruin condición,» exclama Toreno al referir este hecho.

(2) Fueron estos, don Gonzalo José de Vilches, don Antonio de Villanueva, don Antonio Gonzalez Yebra, el marqués de Casa-García, don Andrés Lasauca, don Antonio Alvarez de Contreras, don Miguel Alfonso Villagomez, consejeros de Castilla, y don Eugenio Alvarez Caballero, del de Ordenes.

(3) Esta acusación fiscal se imprimió en 1809, con lo que impropia-mente se llamó la causa del Escorial, no siendo sino una parte mínima de ella.

(4) También se imprimió esta defensa, como que quien hizo la publicación fué el mismo Madrid Dávila.

(5) La sentencia se mandó imprimir y circular, cuando subió Fernando al trono, con una relación preliminar de la causa, pero muy incompleta y mutilada, pues no se hacía mérito en ella ni de las declaraciones espontáneas del príncipe, ni de su carta á Napoleon, ni de las conferencias secretas con el embajador francés.



el embajador Beauharnais, Carlos IV escribió al emperador participándole el suceso, y hubo de hacerlo mostrándose sentido y quejoso de las negociaciones subrepticias del embajador imperial; así como Godoy lo puso también en conocimiento de su confidente Izquierdo. La carta del rey fué presentada á Bonaparte por el príncipe de Masserano, que seguía representando á España en París. Al leerla, prorumpió Napoleon en arrebatos de cólera, ó verdadera ó fingida, y en amenazas y denuestos, negando haber recibido carta alguna del príncipe español (cuando algún tiempo mas adelante fué él quien la hizo publicar y la dió á conocer), ni que su embajador hubiera podido mezclarse en aquel plan, el cual sería sin duda una intriga de la corte de España ó una maquinación de la Inglaterra, y añadiendo, que complicar en aquella calumnia su propio nombre, era un agravio que exigía la reparación debida al decoro del imperio (11 de noviembre). Quiso también conocer lo que el príncipe de la Paz decía á Izquierdo, y le hizo llamar. Pero antes tuvo este varias conferencias y explicaciones con el mariscal Duroc, con el príncipe Murat, con el de Benevento y con el ministro Champagny, los cuales todos le informaban de lo enojado y colérico que había puesto al emperador la carta de Carlos IV y de su inquietud por el giro que podrían tomar los sucesos de España, y la suerte que podría correr el príncipe de Asturias. Izquierdo no tuvo dificultad en enseñar su despacho, con lo cual pareció templarse un poco las iras de Napoleon.

Llegó en esto á París (15 de noviembre) el pliego que llevaba la noticia del perdón del príncipe de Asturias, juntamente con la ratificación del tratado de Fontainebleau. Hallábase Napoleon en vísperas de partir á Italia, como en efecto lo verificó el día siguiente, dirigiéndose á Milan. Perplejo todavía entonces sobre la política que le convendría seguir en los asuntos de España, no viendo aun claro el desenlace que podría tener el drama del Escorial, inclinado en favor de Fernando, pero no fiándose en la debilidad de su carácter, dudando si le estaría mejor tener un aliado sumiso dándole la esposa de su familia que él solicitaba, si dejaría que siguieran reinando Carlos IV y María Luisa, ó si sería llegado el caso de extinguir la dinastía de los Borbones; en estas incertidumbres, y calculando que con el perdón del de Asturias daban alguna espera los resultados del proceso del Escorial, determinó su viaje á Italia, dejando á su ministro de Negocios extranjeros, Champagny, las instrucciones convenientes para que las comunicase á Izquierdo, previniendo además al general Dupont lo tuviese todo dispuesto para entrar á fines de noviembre en España con el segundo cuerpo de la Girona, llegando solo hasta Valladolid, y enviando á su gentil-hombre M. Tournon á Madrid para que indagase qué partido tenía en el pueblo el príncipe Fernando, y qué partidarios contaban todavía Carlos IV y el príncipe de la Paz.

Las instrucciones de Napoleon, transmitidas por Champagny á Izquierdo, fueron: 1.º Que el emperador pedía que por ningún motivo ni razón se hablara ni publicara en el proceso del Escorial cosa que pudiera aludir á su persona ni á la de su embajador, ni que infundiera sospecha de que ellos habían intentado intervenir en los negocios interiores de España: 2.º Que lo contrario lo miraría como una ofensa que exigía venganza, y que la tomaría: 3.º Que declaraba que nunca se había mezclado ni se mezclaría jamás en las cosas interiores de este reino; ni había sido su pensamiento que el príncipe de Asturias se enlazase con una princesa de Francia, ni menos con mademoiselle Tascher de la Pagerie, sobrina de la emperatriz, prometida hacia mucho tiempo al duque de Aremberg, ni se oponía á que el rey de España casara su hijo con quien quisiera: 4.º Que M. de Beauharnais tampoco se entrometería en los asuntos de España, pero que no le retiraría ni permitiría que se escribiese cosa alguna contra él: 5.º Que se llevarán á pronta ejecución los convenios de 27 de octubre; que no dejarán de enviarse á Portugal las tropas prometidas, y que si faltaran, lo miraría como una infracción del convenio ajustado (1).

(1) Llorente, Colección de documentos para la Historia de la Revolución de España, tom. III, número 120.

Semejantes instrucciones, con las cuales se proponía, sin duda, intimidar y ganar el tiempo necesario para arreglar los negocios de Italia, y en las que se pudo traslucir ya, dado que del todo no se descubriera, la doblez y la falsía con que comenzaba y con que había de proseguir el emperador interviniendo en las discordias de la familia real de España, llenaron de sobresalto la corte, é influyeron visiblemente en el ánimo de los jueces que habían de dar su fallo en la causa del Escorial. Así se explica que ni en la sentencia ni en la relación se hiciera mérito, ni de algunas de las declaraciones espontáneas del príncipe, ni de su carta á Napoleon, ni de las conferencias con el embajador francés; y así se explica también que siendo el fiscal y varios de los jueces amigos y favorecidos del privado, pesara mas en su balanza el miedo á aquellas insinuaciones que la antigua amistad con el valido. Y como al propio tiempo se veía ir penetrando nuevas divisiones francesas en territorio español, sin conocimiento siquiera del soberano, según explicaremos después, y ciertas evoluciones sospechosas en las que acá existían, aquellas intimaciones adquirían un carácter mas imponente y temible.

Pero no era esto solo lo que hacía inclinar á un lado el fiel de aquella balanza. El príncipe de Asturias, no obstante las flaquezas en que desde el principio del proceso había incurrido, seguía siendo objeto del cariño general del pueblo español, que en su antigua prevención contra el favorito, y esperando solo del príncipe heredero el remedio de todos los escándalos de la corte y de todos los males de la nación, ignorante de lo que la causa arrojaba, y dispuesto á verlo todo por el prisma de sus odios y de sus afecciones, atribuía lo que pasaba en el Escorial á trama urdida por Godoy con el fin de acabar de enajenar el amor de sus padres y de representarle á los ojos de estos como un hijo desnaturalizado y criminal, ansioso de anticipar la herencia del trono, al cual suponían aspiraba el mismo príncipe de la Paz. Los que se tenían por menos apasionados, propendían cuando menos á disculpar la conducta de Fernando por la opresión y el aislamiento en que se le tenía, ó hallaban en su edad excusa á los compromisos en que sus parciales le habían involucrado. Hasta la petición de una princesa de Francia para esposa, cuando llegó á ser conocida, era interpretada por muchos como un paso conveniente y que podía ser salvador; y aun los que sospechaban del proceder y de las explicaciones y disposiciones misteriosas de Napoleon, se complacían en creer que su intervención sería en el sentido que halagaba sus deseos, á saber, en el de proteger á Fernando y derribar al favorito, cuya creencia contribuía á alimentar el embajador Beauharnais. Pocos eran los hombres previsores que vislumbraban pudiese entrar en el pensamiento del omnipotente emperador de los franceses hacer en España una segunda edición de lo de Nápoles; y aun de estos, los que apetecían una regeneración radical en la monarquía, si entonces lo disimulaban, no lo veían con malos ojos.

Observábase que cuando salía de palacio la familia real, el pueblo permanecía silencioso, y solo hacía demostraciones de contento cuando se presentaba el príncipe Fernando. Cualquier acción de la reina y de Godoy se interpretaba como signo de haber estrechado mas sus intimidades, y el acto mas inocente y mas sencillo de Carlos IV, como el de apoyarse en el brazo de su ministro, se tomaba como un insulto al pueblo, y como una ignominiosa degradación de la majestad. El público acogía con avidez todas las nuevas que se recibían de París desfavorables al valido, y los vetos que allí se ponían relativamente á la causa que se seguía. Todo anunciaba que Fernando sería el astro que no tardaría en brillar á gusto del pueblo, y todo ejercía cierta presión de que acaso los encargados de fallar el proceso no tuvieron el valor suficiente para desembarazarse. Por tanto, no extrañamos haya dicho un respetable historiador, que con dificultad se resguardarán de la severa censura de la posteridad los que en él tomaron parte, los que le promovieron y los que le fallaron, en una palabra, los acusadores, los acusados, y los mismos jueces.

En cuanto al príncipe de la Paz, la noticia dada por Masserano, acaso con una exageración hija de su aturdimiento, de los arrebatos de ira de Napoleon el 11 de noviembre al leer



la carta de Carlos IV, y las instrucciones del emperador á Champagny, transmitidas por Izquierdo, junto con las voces alarmantes que este le decia circulaban por Paris, arredraron de tal modo á Godoy, que el primer efecto de aquella pavorosa impresion fué suplicar al rey que le permitiera retirarse del ministerio, y llamara al gobierno hombres nuevos y ajenos á las discordias que habia en palacio, y contra quienes no tuvieran prevenciones ni el emperador ni el embajador francés. Cuenta él mismo haberle aconsejado la íntima union de toda la real familia, como único medio de resistir con firmeza los peligros que amenazaban por Francia; que el rey se pusiera al frente de los ejércitos franceses y españoles, como podia hacerlo con arreglo al tratado, y que su hijo mandara una parte de las tropas bajo sus reales órdenes; que su retirada convendría para tranquilizar y dar confianza á Fernando, quitar pretextos á sus parciales é instigadores, y quitárselos tambien al mismo Bonaparte; que el rey llamó á su hijo, y que ambos le manifestaron los deseos y le propusieron las indicaciones que acababa de hacer el de la Paz; pero que Fernando, haciendo á este las mayores demostraciones de agradecimiento por haberle salvado del precipicio á que malos consejeros le habian ido arrastrando, suplicó á su padre no le permitiera retirarse y abandonarlos en tales circunstancias; y que habiendo rechazado con empeño así el monarca como el príncipe su propuesta de retiro, le fué forzoso resignarse á continuar en el ministerio para sufrir el tropel de amarguras que le esperaban. De la certeza ó inexactitud de este incidente, que con prolija y minuciosa extension refiere el príncipe de la Paz en sus Memorias, no nos es dado á nosotros responder, porque no lo hemos visto ni contradicho por otros, ni confirmado; pero en el estado de aturdimiento y de trastorno en que á la sazón se hallaban todos, no negaremos la posibilidad de lo que en otro caso nos parecería á todas luces inverosímil.

Faltábales resolver esta cuestion: ¿habia el rey de satisfacer á las quejas del orgulloso emperador? Y en tal caso, ¿en qué forma habia de contestar á las amenazadoras instrucciones de 18 de noviembre? Resolvióse, al fin, que el desagravio fuese de la misma índole que habia sido la que se tomó por ofensa, á saber, otra carta de su puño á Napoleon. En esta carta, uno de tantos documentos de aquella época que hacen padecer al historiador, deciale Carlos IV que al denunciarle la conducta irregular del embajador Beauharnais en sus relaciones clandestinas con el príncipe heredero, no habia sido su intencion atribuirle ni suponerle la mas pequeña connivencia con aquel ministro; que una de las razones por que habia sentido mas semejante proceder, era porque de él pudiera deducir el emperador que el monarca español era poco amigo suyo y de la Francia; que á haber sabido que su hijo deseaba enlazarse con una princesa de la familia imperial, de ningun modo se hubiera opuesto á sus deseos; que si aun persistiese en ellos, no solo le daria el mas pleno asentimiento, sino que tendria la mayor complacencia en que el emperador por su parte se hallara igualmente dispuesto á aprobar aquellas bodas; y que por lo demás estuviera seguro de que no solo cumpliría fielmente los tratados, sino que como aliado y amigo antiguo y leal, de tan largo tiempo probado, jamás ni acontecimiento, ni queja, ni motivo alguno le haria quebrantar ni apartarse de tan buena amistad y alianza (1).

Recibió Napoleon esta carta en Milan. A ella contestó en términos muy corteses, si bien negando otra vez haber recibido carta alguna del príncipe de Asturias (2); y en cuanto á las bodas, aunque en la contestacion se limitó á un cumplimiento

en que indicaba no repugnarlas, es lo cierto que por entonces no solo aceptaba el pensamiento, sino que algun tiempo despues escribió él mismo á Carlos IV quejándose amigablemente de que no hubiera vuelto á insinuarle nada acerca del enlace de las dos familias, que tanta union y fuerza podia dar á ambos imperios. Y eso que en Mantua habia propuesto formalmente á su hermano Luciano el casamiento del príncipe de Asturias con su hija, ofreciéndole, además, el trono de Portugal. Luciano, cuyo carácter especial hemos tenido ya ocasion de conocer, esquivó el cetro que se le ofrecia, mas no negó la mano de su hija para el heredero de la corona de España. Ella era la que lo repugnaba de un modo al parecer invencible, mas no sabemos si queriendo Napoleon se hubiera á pesar de todo realizado, á no haber dado á sus planes tan diferente sesgo como el que luego veremos.

Mas al tiempo que así sostenia Napoleon una apariencia de amistad con la corte española, no habia manera de conseguir de él que se publicara el tratado de Fontainebleau; empeñábase en mantenerle secreto por mas instancias que en demanda de la publicacion le hacia Carlos IV y el príncipe de la Paz, como única prenda para ellos y único compromiso para él de no abrigar otros designios contrarios á aquel convenio. Eran igualmente desatendidas y con el mismo desden contestadas las reclamaciones para que mudara al embajador Beauharnais, uno de los principales fabricantes de la trama del Escorial, y visible apoyo de los procesados y sus parciales. Masserano é Izquierdo en Paris recibian cada dia desaires, de que se lamentaban y quejaban al monarca español y á su ministro. Todo esto, junto con el proceder y las operaciones de los generales y de las tropas francesas que ocupaban la Península, traia inquietos y sobresaltados por demás á los reyes padres y al mismo favorito, alentados y animosos á los acusados del Escorial, á todos los parciales y amigos del príncipe de Asturias, y á las masas del pueblo que le eran adictas, contando con la esperanza (porque seguridad no podian tenerla) de que cualesquiera que fuesen los planes de Napoleon, habian de ser favorables al príncipe heredero, y traerian la caída del valido. Sin embargo, sus verdaderas intenciones eran todavia desconocidas; pero los sucesos llegaban á un punto en que no podia tardar en descorrerse el misterioso velo que las ocultaba. Esto será lo que explicaremos en el siguiente capítulo (3).

(3) Para las noticias que hemos dado relativas al ruidoso proceso del Escorial, además de los documentos que hemos citado, hemos tenido principalmente á la vista la copia testimoniada de la causa expedida por don Bartolomé Muñoz, escribano de Cámara del Consejo de Castilla, que se conserva manuscrita en el Archivo del ministerio de Gracia y Justicia.

Consta de doce piezas. Encabeza con una real orden dada por el marqués Caballero, dirigida al decano del Consejo, previniéndole sustancie esta causa como cualquiera otra criminal, acompañado de los ministros don Sebastian de Torres y don Domingo Fernandez Campomanes, haciendo de secretario el alcalde de corte don Benito Arias de Prada.

Está la comparecencia del príncipe en 29 octubre ante SS. MM., los ministros Cevallos, Caballero, Soler y Gil, y el decano gobernador interino del Consejo, con las preguntas que se le hicieron y las respuestas que dió.

Están igualmente las declaraciones que hizo despues al ministro Caballero.—El auto de cumplimiento en el que manda se forme pieza de las declaraciones recibidas por Campomanes y el alcalde de corte á don Andrés Romero, á Ayerbe, Orgaz, Villena, Casaña, etc.—Consulta de la junta de ministros sobre la sustanciacion.—Acusacion de Viegas.—Real orden al decano para que diga por sí solo qué pena se les ha de imponer, etc.—Los presos fueron, en el Escorial, el marqués de Ayerbe, don Juan Manuel de Villena, el conde de Orgaz, don Juan Escoiquiz, el duque del Infantado, don Pedro Giraldo, el conde de Bornos: en la cárcel del Sitio, Andrés Casaña, Pedro Collado, don José Manrique, Fernando Selgas: en Madrid, Manuel Collero, don Bernardino Vazquez: en el castillo de San Sebastian, don Manuel Gonzalez; estos tres sueltos en virtud de real orden.

La causa impresa, que creemos sea la que han conocido los que hasta ahora han escrito de estos sucesos, es sumamente manca, y por consecuencia da una idea muy imperfecta de lo que sucedió.

(1) Esta es la carta en que se supone pedia Carlos IV una esposa de la familia imperial para su hijo. La verdad es que no la pedia directamente y por sí, sino del modo que dejamos dicho.

(2) «Disimulo en la ocasion léito y aun atento:» dice Toreno á este propósito. Dudamos mucho que lo juzguen todos así.



# APÉNDICES

## I

Año 1598

PARECER DEL SEÑOR GARCÍA DE LOAYSA Y DE LOS PADRES FRAY DIEGO DE YEPES Y FRAY GASPAR DE CÓRDOBA, SOBRE LA PROHIBICION DE LAS COMEDIAS, EN VISTA DE REPRESENTACIONES DEL CONSEJO DE CASTILLA Á INSTANCIA DE DON PEDRO DE CASTRO, ARZOBISPO DE GRANADA Y DESPUES DE SEVILLA.

(Archivo general de Simancas, Negociado Gracia y Justicia, Legajo número 993.)

Habemos visto los papeles tocantes á las comedias y la consulta del Consejo, y decimos, segun la dóctrina de los santos doctores intérpretes de la Sagrada Escritura y luz de la Iglesia, que V. M. debe desterrar destos reinos las comedias que agora se representan, por los muchos inconvenientes que de ellas se siguen y grandes daños que hacen á la república, los quales es mejor que los digan los mismos santos que nosotros. El glorioso obispo y mártir Sanct Cipriano dice: «Verás en los Theatros cosas que te causen dolor y vergüenza, porque en ellos se recitan y representan al vivo los parricidios é incestos, para que no haya olvido de las maldades que en algun tiempo se cometieron, y entiendan los hombres que se pueda hacer lo que se hizo, y nunca la maldad se acabe con el tiempo ni se entierre en el olvido, antes sea exemplo lo que dexó de ser pecado y gusten de oyr lo que se hizo para imitallo. Allí se aprende el adulterio, las traças y marañas y cautelas con que han de engañar al marido, cómo se han de aprovechar del tiempo y criados de casa, y lo peor es que la matrona ó doncella que por ventura vino á la comedia honesta ó movida de la suavidad de conceptos y ternura de palabras, vuelve deshonestas; allí se estragan las buenas costumbres, recibe daño la virtud, foméntanse los vicios, crecen y aumentanse las maldades. ¿Qué otra cosa (dice Lactancio) enseñan los ademanes y meneos de los representantes sino torpezas? ¿qué hará la juventud sino inflamarse en torpe concupiscencia viendo que se representan semejantes cosas sin empacho y vergüenza, y son vistas de gente grave con aplauso y alegría, y no solo los moços, pero aun los viejos caen en semejantes desconciertos? Y así San Juan Chrisostomo abominando de las comedias llama en diferentes lugares á estas representaciones cáthedra de pestilencia, obrador de luxuria, escuela de incontinenia, horno de Babilonia, fiestas é invencion del demonio para destruir el género humano, fuente y manantial de todos los males. ¿Qué hay en los teatros sino risa, torpezas, pompa infernal, derramamiento de coraçones, empleo de dias sin provecho, y apercebimiento para la maldad? Allí se conciben los adulterios, se enseñan los amores deshonestos, porque es escuela de destemplanza y incentivo de lascivia; porque dice, si en las iglesias donde se cantan psalmos y predica la palabra de Dios, y están los hombres con recogimiento y reverencia, muchas veces les saltea el ladrón de la concupiscencia y mal deseo, ¿cómo es posible que en la comedia, donde sin recato no se ve otra cosa sino mugeres ataviadas y descompuestas, y no se oyen sino palabras torpes, suavidad de voces y instrumentos músicos que ablandan y pervierten los coraçones, se pueden escapar de tan domésticos y peligrosos enemigos? Añade Sanct Clemente Alexandrino: ¿Qué torpes dichos no se representan en estos theatros? ¿Qué cosa hay tan fea que en ella no se represente? ¿Qué palabras tan desvergonzadas que no las digan por mover á risa á los que las oyen? Tertuliano llama á los theatros sagrarios de Venus, consisto-

rio de deshonestidad, adonde no se tiene por bueno sino lo que en otras partes se tiene por malo. Sanct Agustin llama á los theatros pública profesion de maldades. Salviano obispo de Marsella, que floreció mas há de mil y cient años y fué llamado maestro por sus grandes letras y santidad, dice hablando de los theatros: son tales las cosas que allí se hacen que no puede nadie decillas ni acordarse dellas sin gran lástima: los otros pecados comunmente infiernan uno de los propios sentidos ó potencias: como los feos pensamientos el ánima, la vista impúdica los ojos, las palabras deshonestas los oidos; pero en las comedias ninguna destas partes está libre de culpa, porque el ánima arde con el mal deseo, los oidos se ensucian con lo que oyen, los ojos con lo que ven, y son tan perniciosas las cosas que no se pueden declarar sin vergüenza; porque ¿quién podrá contar sin cubrirse el rostro los fingimientos torpísimos, los ademanes, meneos y movimientos descompuestos y abominables, que son tales que nos obligan á callarlos? Otros pecados hay que aunque graves se pueden representar sin menoscabo de la honestidad, pero las torpezas de las comedias son tales que no se pueden tomar en la boca sin daño del que las vitupera; y refiriendo Salviano las maldades que habia en su tiempo por las quales castigó Dios gravísimamente al mundo y se perdió el imperio romano, pone los espectáculos y comedias, y dice en otro lugar que antiguamente se preguntaba á los que baptizaban si renunciaban á Satanás, sus pompas y espectáculos, poniendo por obra el demonio las representaciones como cosa inventada por él.

Destas representaciones y comedias se sigue gravísimo daño, y es que la gente se da al ocio, deleyte y regalo, y se divierte de la milicia, y con los bailes deshonestos que cada día inventan estos faranduleros, y con las fiestas, banquetes y comidas se hace la gente de España muelle y afeminada é inhábil para las cosas del trabajo y guerra.

Y á juicio de personas prudentes si el turco, ó xarife, ó rey de Inglaterra quisieran buscar una invencion eficaz para arruinarnos y destruirnos, no la hallaran mejor que la de estos faranduleros, pues á guisa de unos mañosos ladrones abrazando matan y atosigan con el sabor y gusto de los que representan, y hacen mugeriles y flojos los coraçones de nuestros españoles para que no sigan la guerra ó sean inútiles para los trabajos y execucion dellos.

Pues siendo así que los sanctos doctores las abominan, que las repúblicas de los gentiles y sus emperadores las destierran, que las leyes civiles las prohiben y dan á sus ministros por infames, los cánones y concilios sagrados los excomulgan, y últimamente faltándoles las cosas que sancto Tomas dice deben concurrir en las comedias para que sean lícitas, como ahora faltan, de ninguna manera las podemos aprobar, antes decimos ser la corrupcion de la república y cebo con que se sustentan los vicios y pecados, y que cualquier príncipe christiano debe desterrarlas de su reino y no dar lugar á que por ley y sentencia suya se qualifique lo que los sanctos con tanto fundamento desterraron, dando ocasion tan inmediata y manifiesta de tantos daños de almas y cuerpos y haciendas.

Y no se justifica el uso de las comedias con decir que se quitaron los excesos, porque es moralmente imposible, y así no se puede esperar reformation, sino es quitándolas del todo, y no se puede entender que la obra sea justificada haciendo ella misma infames á los que la exercitan; quanto mas que ninguna reformation se puede esperar en gente perdida que nunca trató ni supo sino cosas torpes y deshonestas.

Por tanto supplicamos á V. M. se sirva de considerar el es-



tado presente de la Santa Iglesia, y en particular el destos sus reinos, y los trabajos que han padecido y padecen, los quales no podemos negar sino que nos vienen de la mano de Dios por nuestros pecados, y para aplacalle debemos cortar las raíces y occasiones dellos.—Fr. Diego de Yepes.—Fr. Gaspar de Córdova.—García de Loaysa.

En virtud de esta consulta mandó S. M. el rey don Phelippe Segundo, nuestro Señor, que sea en gloria, quitar las comedias por la provision siguiente:

Don Phelippe, por la gracia de Dios etc. A vos el nuestro corregidor de la ciudad de Granada, sepades que Nos fuimos informados que en nuestros reinos hay muchos hombres y mujeres que andan en compañía y tienen por oficio representar comedias y no tienen otro alguno de qué sustentarse, de que se siguen inconvenientes de consideracion; y visto por los del nuestro Consejo, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razon. E Nos tuvimos lo por bien. Por lo qual vos mandamos que por ahora no consintais ni deis lugar á que en essa ciudad ni su tierra las dichas compañías representen en los lugares públicos destinados para ello, ni en casas particulares, ni en otra parte alguna, y no fagades ende al, sopena de la nuestra merced.

Dada en la villa de Madrid á 2 de mayo de 1598.—El licenciado R.º Vazquez de Arce.—El licenciado Nuñez de Bohorques.—El licenciado Texada.—El licenciado don Juan de Acuña.—El doctor Alonso de Anaya Pereyra.

## II

Año 1672

PARECER DE LA JUNTA FORMADA DE ORDEN DE V. M. CON QUE SE SIRVIÓ DE ACOMPAÑAR UNA CONSULTA HECHA SOBRE SI SE DEBE Ó NO PERMITIR EL USO DE LA COMEDIA, HECHA POR EL PRESIDENTE DEL CONSEJO, FECHA 15 DE ABRIL DE 1672.

(Archivo general de Simancas, Negociado Gracia y Justicia, Legajo núm. 993.)

Señora:

En decreto de 5 de este mes se sirve V. M. de decir al presidente del Consejo lo que sigue:

Habiendo visto lo que me representais en la consulta inclusa sobre el uso de las comedias, he resuelto se forme en vuestra posada una junta, en que concurren vos, el presidente del Consejo, don Francisco Ramos del Manzano, don García de Medrano, don Antonio de Monsalve, don Lorenzo Santos de San Pedro, el Maestro Fr. Pedro Alvarez de Montenegro, confesor del rey mi hijo, el Maestro Fr. Francisco de Archos, de la orden de la Santísima Trinidad, y Gaspar de Rivadeneyra, de la compañía de Jesus, y que reconociendo esta consulta, las antecedentes que hubiere del Consejo en la misma materia y demás papeles tocantes á ella, que se tubiere por conveniente, y considerándose si es lícito permitir las comedias, se me diga luego lo que en este punto se ofreciere y pareciere, y así se executará para que yo tome resolucion.

La junta para hacer dictámen en esta materia reconoce quán justos son los motivos políticos de divertir con algunas fiestas ó entretenimientos al público, aliviándole por este medio prudentemente el peso de los ahogos y la melancolía de sus discursos, y que á este fin en todas las repúblicas bien ordenadas se introduxeron fiestas, juegos y regocijos públicos, que siendo con templanza y decencia, no los ha condenado nunca ni la censura mas estrecha y rigurosa.

Reconoce tambien que el uso de las comedias, considerado especulativamente, contenido solo en los términos de una representacion honesta y abstraído de las circunstancias con que se practican en España, le tiene por lícito ó indiferente el sentir comun de los autores, así theólogos como juristas. Pero que excediendo ó en las palabras ó en el modo, por el tiempo, por el lugar ó por las personas, se hace ilícito y toca á la obligacion del buen gobierno su prohibicion.

Sobre estos dos supuestos igualmente recibidos de todos, así de los que accusan, como de los que defienden el uso de las comedias, se hace lugar la consideracion de las circunstan-

cias con que se practican en esta corte, y en las demás ciudades del reino. Es cierto que el sujeto de que oy se componen las comedias son narraciones y fábulas amatorias, que el estilo y palabras son escogidas para mover efectos al mismo fin, que los hombres y mujeres que las representan se visten y atavian con vestidos y galas costosas, inventando cada dia novedades de dañoso exemplo en la profanidad y en los gastos, que las costumbres de las personas que viven en este exercicio con las ocasiones y licencia que él da son las mas estragadas de el pueblo, que son tropiezo de la juventud, aun de la primera clase, y los pecados que de esto resultan los del mayor escándalo, por la publicidad de los galanteos, de las assistencias y de los gastos.

Es tambien cierto que los entremeses, bayles, danças, y canciones que se mezclan en las comedias, están llenos de palabras, acciones y representaciones que ofenden la pureza de las buenas costumbres, y que por lograr en ellos la viveza del buen dicho, ó la representacion agradable al pueblo, se desprecian todas las atenciones de decencia y modestia, que debieran tener primer lugar, y con el compuesto de todo esto se introducen en los oyentes blandamente los vicios, siendo los theatros de las comedias escuela pública, donde se aprenden, y desde donde autorizados con la tolerancia de los que gobiernan y ayudados del halago que traen naturalmente consigo, se hacen lugar aun en lo mas recatado y de mas estrechas obligaciones.

En España comenzaron las comedias ó en los años últimos de los reyes cathólicos ó poco despues en tiempo del señor emperador Carlos V, tomaron entera forma en el del señor rey don Phelippe II.

.....Hace la reseña histórica, que nosotros hemos copiado en el texto y prosigue:

Señora:

El discurso de este hecho y la variedad de resoluciones que ha havido cerca de la prohibicion ó permission de las comedias manifiesta quán poco aprovecharán, para excusar los daños que ocasionan, las prevenciones de reformacion que se pudieren hacer, y aunque no se duda que se podrán discurrir algunas que especulativamente dexen este divertimento en los términos de una representacion honesta, que pueda ser permitida, moralmente tiene la junta por imposible la práctica, y la experiencia del hecho que se ha referido lo califica así, pues habiéndose tantas veces intentado lo mismo, no se ha conseguido nunca, y siempre se han necesitado las consideraciones del buen gobierno á la total prohibicion de las comedias para ataxar los inconvenientes que han resultado de su mal uso.

Esto en la postura del Estado presente debe atenderse mas que en otro alguno, no solo porque la relaxacion y desahogo ha crecido y necesita de remedios mas fuertes, sino tambien porque en los tiernos años del rey nuestro señor, que Dios guarde, conviene apartarle la vista de divertimientos tan peligrosos, y ocasion de que pueda haverle quedado algo pegada á ellos la inclinacion quando llegue á la edad madura.

Estas consideraciones no juzga la junta pueden dexarse vencer de otras algunas, que así aora como en otros tiempos se han hecho en defensa del uso de las comedias, porque todas la parece pesan mucho menos. No la que se hace de que este mal se puede tolerar por excusar otros mayores, porque no discurre la junta que los que pueden excusar lo sean respecto de qué nunca podrán ser con la publicidad y escándalo, y muchedumbres de malas resultas que en este se experimentan: no el que se faltará al socorro de los hospitales y á la celebracion de la festividad de el Corpus; porque tiene entendido la junta que los hospitales que se socorren de las entradas de las comedias, son solos el de la corte y el de Anton Martin, y estos en cantidad solamente de tres quentos de maravedís poco mas ó menos, que la podrá suplir fácilmente la villa con lo que excusará de los gastos de Corpus, á cuya celebracion no puede nunca hacer falta divertimento tan lleno de escándalos públicos y de ofensas de Dios, cuyo mayor culto se hará mas lugar en aquellos dias desocupado el pueblo



de estos entretenimientos profanos. Y últimamente no tiene la junta por inconveniente el que se considera de quitar esta diversion al pueblo; porque antes juzga será de grande conveniencia pública que apartándole de esta que tanto se opone á las buenas costumbres y es tan ocasionada á estragar y afeminar la juventud, se le incline á otras y se le soliciten que sean mas conformes á las antiguas costumbres de la nacion española, y le habiliten para los exercicios de la guerra.

Por cuyos motivos es uniformemente de parecer la junta que conviene y se debe prohibir absolutamente el uso de las comedias, assi en esta corte como en lo demás del reino, y que todas las razones de buen gobierno christiano y político necesitan esta resolucion, y tolerar estas representaciones á la vista de los inconvenientes que quedan ponderados, se opone igualmente á los dictámenes de buena conciencia y á los políticos de buen gobierno. V. M. mandará lo que sea mas del real servicio.

Madrid y abril 15 de 1672.—Hay ocho rúbricas.

### III

Año 1651

PARECER DEL OBISPO INQUISIDOR GENERAL DE S. M. SOBRE LOS LIBROS PEDIDOS POR EL REY DE MARRUECOS. FECHA 22 DE ABRIL 1651.

(Archivo general de Simancas, Estado, Leg. núm. 2671)

Señor:

En esta junta se ha visto un decreto de V. M. del tenor siguiente:

Juntándose con vos el inquisidor general fray Juan Martinez mi confesor, se verán las consultas inclusas del consejo de Estado, sobre la instancia que hace el rey de Marruecos cerca de que se le den los libros que están en San Lorenzo el Real, que dice fueron de su padre; y cerca de lo que contienen se me consultará en el punto de conciencia lo que se ofreciere y pareciere.

Estos libros, segun la relacion que hace el prior de San Lorenzo, parece tratan de muchas materias varias y diversas: pero para lo presente todas se reducen á dos géneros. El primero, que trata de materias contrarias á nuestra santa religion, como serán todos los libros de Alcorán y secta mahometana, con todas sus glosas, é interpretaciones, y observancia de ritos. Nada de lo qual se puede volver á entregar con segura conciencia. Porque seria cooperar virtualmente en la observancia de su ley: pues los libros deste género enseñan y persuaden no una ni dos veces ni para una ó dos personas, sino continua y perpetuamente para todos con pública enseñanza desta mala secta, y aun parece se recibirian estos tales libros en Marruecos con mayor aprobacion y veneracion de los ordinarios que allá corren, sabiéndose que fueron tenidos en tanta estimacion de los reyes passados de Marruecos; y que V. M. y su santo padre los han tenido colocados en su real casa en pieça mas separada, donde están guardados con mas singularidad otros muchos manuscritos de santos. Y habiéndose hecho por lo passado tan grande aprecio dellos que se pidió en trueco la libertad de todos los cautivos christianos que tenia aquel reino, como refiere el prior de San Lorenzo en su carta, y ha sido continua quexa la que han tenido aquellos reyes por la toma de esta librería, como refiere el padre fray Mathías de San Francisco en la relacion que imprimió del viaje que hizo á Marruecos con el santo padre fray Juan de Prado, que padeció ilustre martirio á manos del rey Muley, hermano del que aora reina, donde en el capítulo 7.º fojas 37 dice:

«Estando presos en la cárcel nos embió el rey mil sustos y persecuciones, con mil recados y amenazas, diziéndonos que el rey de España tenia en su poder una librería que era de su padre el rey Muley Zidan, y historia de su Alcoran y de su santo profeta Mahoma, que llevó hurtada un francés pirata, y la armada de nuestro rey de España se la quitó en la mar y que si no se la traíamos haviamos de perecer allí.»

Parecen todas circunstancias que darán mayor venera-

cion á libros tan deseados y sobre que se han hecho por largos años tan continuadas instancias. A que se allega, que siendo los moros por su natural inclinacion tan dados á la supersticion y vana observancia, hallarán en la possession destos libros mucho motivo para su mayor engaño y falsa creencia. Causas todas muy contrarias á lo que enseña nuestra sagrada religion, y muy agena del santo y cathólico zelo de V. M. que por tantos caminos desea la total destruccion de aquella falsa secta, como lo hicieron los señores reyes católicos, que habiendo ganado el reyno de Granada, dizen los historiadores que juntaron cinco mil cuerpos de libros de Alcoran y secta de Mahoma, y los mandaron quemar públicamente en la plaza de aquella ciudad. Y en conformidad de accion tan santa y digna de perpétua memoria no parece consiguiente volver al rey de Marruecos los libros deste primer género.

Otros muchos libros hay en dicha librería que no pertenecen á enseñanza de sectas, ni de religion, como son los políticos, los de astrología, cirugía y medicina, y de las matemáticas y historias de sus antepasados, y demás causas naturales ó militares. Todos los quales podria V. M. mandar entregar con seguridad de su real conciencia, si en el Consejo de Estado no se hallare otro reparo que el de la conciencia. Y en caso que Vuestra Majestad fuese servido mandar entregar algunos libros deste segundo género, se podria servir V. M. de mandar que todos los demás que quedasen, se sacasen de la pieça donde ahora están puestos y se retirasen á la librería secreta que está sobre la real librería de aquella santa casa, donde están y se guardan otros muchos libros prohibidos y condenados. Con que se quitaria de la vista y de la memoria la noticia de los libros que quedaren, y cessarán las instancias que se pueden hacer por ellos. Demas que no conviene que libros tan malditos estén en la misma pieça, y debaxo de una misma llave guardados con los libros de los sagrados doctores San Agustin, Santo Thomás de Aquino, y otros manuscritos que justamente tenemos por reliquias, como lo es el libro escrito por la Santa Madre Theresa de Jesús. Sobre todo mandará Vuestra Majestad lo que mas fuere de su real servicio.

Madrid á 22 de abril de 1651.—Hay dos rúbricas.

### IV

Año 1651

PARECER DEL CONSEJO DE ESTADO, CONCURRIENDO EL MARQUÉS DE LEGANÉS, EL DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES, DON FRANCISCO DE MELLO, LOS MARQUESES DE VALPARAÍSO Y VELADA, SOBRE LAS CONSULTAS INCLUSAS EN RAZON DE LOS LIBROS QUE PIDE EL REY DE MARRUECOS, FECHA 7 DE MAYO DE 1651 (1).

(Archivo general de Simancas, Estado, Leg. núm. 2671.)

Señor:

En cumplimiento de lo que V. M. se sirvió de resolver en la consulta inclusa que este Consejo hizo á V. M. en 10 de Enero de este año sobre la pretension que el Rey de Marruecos tiene de que se le vuelvan los libros Arábigos que dice eran de su padre y se conservan en el convento de San Lorenzo el Real, se ha visto la que la acompaña de la Junta, que para esta materia se formó, del inquisidor general y confesor de V. M., y habiéndose discurrido sobre el negocio con la atencion que pide se votó como se sigue.

El marqués de Leganés, que estos libros ha muchos años que están en España, y aunque es así que los pide el rey de Marruecos, á su modo de entender tiene inconveniente grande el de venir en dalle ninguno dellos, porque si se le entregassen los que tratan de la medicina y no los de su Alcoran, vendria á estar muy quejoso, y se podria tomar forma de darle alguna disculpa, y por escusar mas esta demanda y los embarazos que puedan seguirse della, es su parecer que todos se quemen sin resservar ninguno, pero que esto se haga de manera que con effecto y sin ruido se execute.

(1) *Al margen de letra del Rey dice:* Hágase como parece al de Velada.



El duque de Medina de las Torres se conforma con el marqués de Leganés por las mismas razones que representa don Francisco Mello, que lo que conviene es quitar el cuerpo y nombre de la librería, y que al religioso que trata desto se le podría decir que hay razones justas y de conveniencia para no entregar ningunos libros della, y que habiendo de volver á Marruecos lo disculpe como mejor le pareciere, y que esta misma noticia se dé al duque de Medinaceli.

El marqués de Valparaíso, que es de parecer que no se entreguen ningunos de estos libros y que se quemen los que hubiese del Alcoran.

El marqués de Velada: que conviene no se restituya nada de esta librería, y que los vedados se retiren y pongan en la forma que se dice en la consulta de la Inquisición general y padre confesor, y que al duque de Medinaceli se escriba que la propuesta que ha hecho el religioso pidiendo esta librería para el rey de Marruecos no parece viene bien fundada: que el duque procure informarse, en la forma que le pareciere mejor, y se remite á su prudencia lo cierto de lo que en estouviere, y que si el rey de Marruecos vendrá en permitir Iglesia allí y lo avise, V. M. mandará lo que fuese servido. En Madrid á 7 de mayo 1651.—Hay tres rúbricas.

## V

COPIA DE CONSULTA ORIGINAL DEL CONSEJO EXTRAORDINARIO  
FECHA Á 30 DE ABRIL DE 1767, EXPONIENDO SU DICTÁMEN  
SOBRE EL BREVE PONTIFICIO, INTERESÁNDOSE SU SANTIDAD  
POR LOS REGULARES DE LA COMPAÑÍA.

(Archivo general de Simancas, Negociado Gracia y Justicia,  
legajo núm. 667.)

*Al margen tiene los nombres siguientes:*

El conde de Aranda, presidente; don Pedro Colon de Larriátegui, don Miguel María de Nava, don Pedro Ric y Exea, don Andrés de Maraver y Vera, don Luis del Valle Salazar y don Bernardo Caballero.

Señor:

Con papel de don Manuel de Roda al conde de Aranda, presidente del Consejo, del día de ayer, 29 de este mes, se digna Vuestra Majestad remitir al Extraordinario el Breve de Su Santidad, de 16 del corriente, en que se interesa á favor de los regulares de la Compañía del nombre de Jesus, á fin de que se revoque el real decreto de su extrañamiento, ó que al menos se suspenda la ejecucion, reduciendo á términos contenciosos esta materia: cuyo Breve manda Vuestra Majestad se vea por los ministros que componen el Consejo extraordinario para acordar la respuesta que debe darse á Su Santidad.

Habiendo sido convocados en este día con asistencia de los fiscales de Vuestra Majestad en la posada del conde de Aranda, se leyó con la real orden el citado Breve, que estaba á mayor abundamiento traducido para la completa inteligencia de todos.

Los fiscales expusieron de palabra cuanto estimaron en este asunto, y con unanimidad de dictámen ha procedido el Consejo, sin que por la brevedad se tuviese por necesario que los fiscales extendiesen por escrito su respuesta por ser idéntica con el dictámen del Consejo.

En primer lugar, se ha advertido que las expresiones de este Breve carecen de aquella cortesanía de espíritu y moderación que se deben á un rey como el de España y de las Indias, y á un príncipe de las altas calidades que admira el universo en Vuestra Majestad, y hacen el ornamento de nuestra patria y de nuestro siglo.

Merecería este Breve que se hubiese denegado la admisión reconociéndose antes su copia, porque siendo temporal la causa de que se trata, no hay potestad en la tierra que pueda pedir cuenta á Vuestra Majestad de sus decisiones, cuando Vuestra Majestad por un acto de respeto dió, con fecha de 30 de marzo, noticia á Su Santidad de la providencia que habia tomado como rey, en términos concisos, exactos y atentos.

Bien se hace cargo el Consejo que por ser la primera que

se recibe del papa en este asunto, ha sido cordura admitir la carta, ó sea Breve, para apartar en esta providencia cuanto sea posible todo pretexto de resentimiento á la corte romana.

Contienen las cláusulas de la carta de Su Santidad muchas personalidades para captar la benevolencia de Vuestra Majestad, y disimuladamente se mezclan otras expresiones con que el ministro de Roma, en boca de Su Santidad, quiere censurar una providencia, cuyos antecedentes ignora, é ingerirse en una causa impropia de su conocimiento, y de que Vuestra Majestad prudentemente ha dado á Su Santidad aquella noticia de urbanidad y atención que correspondía.

El contestar sobre los méritos de la causa, sería caer en el inconveniente gravosísimo de comprometer la soberanía de Vuestra Majestad, que solo á Dios es responsable de sus acciones.

No extraña el Consejo que el papa, noticioso de la determinación tomada en España contra los regulares de la Compañía, pasase su intercesión á su favor, ya porque se sabe la gran mano y poder de estos regulares en la curia romana, y la declarada protección del cardenal Torregiani, secretario de Estado de Su Santidad, íntimo confidente y paisano del general de la Compañía, Lorenzo Ricci, su confesor y director; pero es muy reparable el tono que se toma en esta carta, nada propio de la mansedumbre apostólica.

Preténdese con exclamaciones ponderar el mérito de la Compañía, y haber debido su fundación en especial á San Ignacio y San Francisco Javier, no obstante que este último no profesó en ella.

Pero al mismo tiempo se omite el gran número de españoles virtuosos y doctos, como el obispo don Fray Melchor Cano, el arzobispo de Toledo, don Juan Siliceo, el obispo de Albarracín Lanuza, el célebre Benito Arias Montano, y otros insignes sujetos de aquellos tiempos que se opusieron constantemente al establecimiento de este cuerpo, con presagios nada favorables á él, y entre ellos se debe contar á San Francisco de Borja, su tercer general, que empezó á discernir en el espíritu de la Compañía, y en el orgullo que le daban sus inmodicos privilegios, consecuencias muy perniciosas para lo sucesivo; y en verdad que este es un testimonio irreprochable y doméstico.

Su sucesor, el general Claudio Aquaviva, redujo á un total despotismo el gobierno, y con pretexto de método de estudios abrió la puerta á la relajación de las doctrinas morales, ó lo que se llama probabilismo: relajación que tomó tanta fuerza, que ya á mediados del siglo anterior no la pudo remediar el padre Tirso Gonzalez.

El padre Luis de Molina alteró la doctrina teológica, apartándose de San Agustín y Santo Tomás, de que se han seguido escándalos notables.

El padre Juan Harduino llevó el escepticismo hasta dudar de las Escrituras Sagradas, cuyo sistema propagó su discípulo el padre Isaac Berruguer, estableciendo la doctrina antitrinitaria del Arrianismo.

En la China y en el Malabar han hecho compatible á Dios y Belial, sosteniendo los ritos gentílicos, y rehusando la obediencia á las decisiones pontificias.

En el Japon y en las Indias han perseguido á los mismos obispos y á las otras órdenes religiosas con un escándalo que no se podrá borrar de la memoria de los hombres, y en Europa han sido el centro y punto de reunión de los tumultos, rebeliones y regicidios.

Estos hechos notorios al orbe no se ven atendidos en el Breve pontificio, ni las calificaciones de los tribunales mas solemnes de todos los reinos que los han declarado cómplices en ellos.

El mismo padre Juan de Mariana escribió un tratado en que manifestó la corrupción de la Compañía desde que se adoptó el sistema del general Aquaviva, y se opuso á él con los padres Sanchez, Acosta y otros célebres españoles, pero sin otro fruto que hacerse víctima de la verdad.

De lo dicho se infiere, por mas que se prodiguen en la carta escrita á nombre de Su Santidad las alabanzas del instituto que nada hay mas distante de los verdaderos hechos, que es imposible disimular por ser tan públicos, ni creer que todo el



orbe se engaña y todas las edades, que solo los jesuitas tienen razon hablando en causa propia.

Prelados, cabildos, órdenes regulares, universidades y otros cuerpos se han mantenido en estos reinos en perpetuas alteraciones nacidas de la conducta y doctrinas de los jesuitas: no habiendo orden alguno que se haya distinguido tanto en sostener estas oposiciones haciendo causa comun entre sí para predominar los demás cuerpos ó dividirlos en faccion.

Así se dió á conocer la Compañía desde que se fundó, y así se hallaba cuando Vuestra Majestad se sirvió por su real decreto de 27 de febrero de este año mandar extrañarla de sus dominios.

Por mas exageracion que haya á favor de su instituto los árboles se deben conocer por su fruto, y el que una oposicion tan abierta mas es espíritu anti-evangélico de faccion que regla ajustada de vivir.

No obstante que el Consejo extraordinario podia examinando las máximas del instituto probar la contrariedad de muchas al derecho natural, como es la privacion de defensa á los súbditos, y la esclavitud de su entendimiento: al derecho divino, cual es estar privada entre los regulares la correccion fraterna y la revelacion del secreto de la penitencia á los superiores; al derecho canónico, como es la elevacion de los superiores, por capricho del general canónicamente como el Concilio lo manda; las exenciones exorbitantes de la jurisdiccion episcopal con perturbacion de los mismos párrocos; al derecho real, en estar impedidos los súbditos de los recursos de proteccion contra sus superiores, y en la ereccion de congregaciones ocultas y perjudiciales, con otras muchas cosas á este modo; sin embargo se abstuvo de entrar en esta materia para evitar que la corte romana tomase de ahí pretexto de queja.

No se advierte igual moderacion en las expresiones del Breve tan extendidamente favorables á los jesuitas, que nadie puede dudar la influencia del Padre Lazari Giacomelli y otros aficionados á estos Padres, que han hecho poner en boca de Su Santidad las expresiones que se leen en el Breve, y están superabundantemente rebatidas por los tribunales y escritores de Francia y Portugal, sin que sea necesario añadir razones ni tomar como actos infalibles los estatutos que las congregaciones de los jesuitas sin noticia de los reyes han adoptado á provecho suyo: pues se debe mirar como hecho de un tercero que no puede perjudicar á los derechos de la regalía, á los de los obispos, ni á los de otros ningunos interesados, porque este cuerpo no tiene la legislacion de las naciones á su cuidado.

Prosigue el Breve Pontificio ponderando la falta de estos operarios y sus méritos, especialmente en las Misiones de infieles. Por fortuna uno ni otro puede merecer cuidado á Su Santidad.

No faltan operarios, pues como Vuestra Majestad manifestó en la Real Pragmática-sancion de 2 de este mes, los hay abundantes en el clero secular y regular de estos reinos: reinando la mayor armonía y uniformidad, y un esmero á porfía en atender al bien espiritual de las almas, como se está experimentando en el mes que ha corrido desde la intimacion de la providencia, sin que su falta se eche menos para los ministerios espirituales; hallándose por otro lado el gobierno civil libre ya de aquellas zozobras, rumores é inquietudes que ocasionaba el espíritu de faccion de estos regulares.

Menos se puede decir que harán falta en las misiones para convertir infieles, cuando en Chile consta les toleran la supersticion del Machitum, en Filipinas rebelan á los indios, y en todas las Indias como el Paraguay, Moxos, Mainas, Orinoco, California, Cinaloa, Sonora, Piniera, Nayari, Tarahumari y otras naciones de Indias se han apoderado de la soberanía, tratan como enemigos á los españoles privándoles de todo comercio, y enseñándoles especies horribles contra el servicio de Vuestra Majestad.

Todo esto ignora el Pontífice, porque con su artificio han hallado medios de desfigurar la verdad, que ni aun podian haber percibido los ministros del Consejo extraordinario á no hallar la evidencia en los mismos documentos de los jesuitas.

El abandono espiritual de sus misiones lo confiesan ellos mismos en su íntima correspondencia, la profanacion del sigilo de la confesion y la codicia con que se alzan con los bienes. En fin, por sus mismos papeles resulta que en el Uruguay salieron á campaña con ejércitos formados á oponerse á los de la corona, y ahora intentaban en España mudar todo el gobierno á su modo enseñando y poniendo en práctica las doctrinas mas horribles.

Abundando en estos reinos tanto número de clérigos doctos, fieles y timoratos, se conoce que los jesuitas tienen fascinada la corte romana, figurándose solos y únicos para la conversion de infieles y salud de las almas contra lo mismo que se está tocando.

Si fuesen útiles é indispensables, ¿qué gobierno habria tan insensato que los expeliese? Pero si por el contrario, ni son necesarios ni convenientes, antes notoriamente nocivos, ¿quién los puede tolerar sin exponer á ruina total y cierta el Estado? No son tan reparables en el Breve las ilaciones cuanto los antecedentes voluntarios de que se deducen. Esto mismo prueba que Su Santidad se halla preocupado de su ministro en quien tiene librado su gobierno agobiado de los años y de sus achaques.

La misma experiencia desengañará á Su Santidad y tranquilizará su animo: lo que en el dia no se logrará con razones por la grande influencia del Cardenal Ministro, y del Nepote, adictos á la Compañía. Entrar pues en discusiones, sobre que producen encuentros, ningun efecto favorable produciria á este negocio.

Insensiblemente el Breve prepara dos medios de defensa á los jesuitas, fundando el uno en que el delito de pocos no debe dañar á su orden en comun, y el otro se fija en la indefension por no haber sido oidos. En el primero funda la revocacion del decreto de extrañamiento, y en la indefension la subsidiaria de que se suspenda la ejecucion y admitan defensas, comparando el decreto de Vuestra Majestad al de el rey Asuero contra los israelitas. Esta es en resúmen toda la substancia del Breve Pontificio.

Cuando se discurre con generalidad de las materias y disimulan sus particulares circunstancias, no es difícil traerlas al aspecto que se desea. No así cuando sin prevencion se busca la verdad.

El admitir un orden regular, mantenerle en el reino ó expelerle de él es un acto providencial, y meramente de gobierno, porque ningun orden regular es indispensablemente necesario en la Iglesia, al modo que lo es el clero secular de obispos y párrocos, pues si lo fuera, le habria establecido Jesucristo, cabeza y fundador de la universal Iglesia; antes como materia variable de disciplina las órdenes regulares se suprimen como las de templarios y claustrales en España, ó se reforman como las de los calzados, ó varian en sus constituciones que nada tienen de comun con el dogma, ni con la moral, y se reducen á unos establecimientos píos con objetos de esta naturaleza, útiles mientras le cumplen bien, y perjudiciales cuando degeneran.

Si uno ú otro jesuita estuviese únicamente culpado en la encadenada serie de bullicios y conspiraciones pasadas, no seria justo ni legal el extrañamiento: no hubiera habido una general conformidad de votos para su expulsion y ocupacion de temporalidades y prohibicion de su restablecimiento. Bastaria castigar los culpables como se está haciendo con los cómplices y se ha ido continuando por la autoridad ordinaria del Consejo. Al papa no manifiesta su ministerio la depravacion de este cuerpo en España: ¿qué sabemos si algunos de aquel ministerio consienten en las novedades mismas á vista de tan abierta proteccion? Con que no es cierto el supuesto de que por el delito de pocos se expele al comun. El particular en la Compañía no puede nada: todo es del gobierno, y esta es la masa corrompida de la cual dependen todas las acciones de los individuos, máquinas indefectibles de la voluntad de los superiores.

El punto de audiencia, ya le tocó el Consejo extraordinario en su consulta de 29 de enero, afirmando que en tales causas no tiene lugar, porque se procede no con jurisdiccion contenciosa sino por la tuitiva y económica, con la cual se hacen



tales extrañamientos y ocupacion de temporalidades, sin ofender en un ápice la inmunidad aun en el concepto mas escrupuloso conforme á nuestras leyes.

En este Breve se declama por la audiencia: en Francia se negó á los parlamentarios por la corte romana la jurisdiccion y aun eso alude el Breve buscando por jueces, obispos y religiosos en quienes influir aquel ministerio á su arbitrio y exponer el reino á combustión.

El arzobispo de Manila, el obispo de Avila y el padre Pini- llos obispos son y religiosos: todos han convenido en la auto- ridad real para tomar esta providencia, y aun en la necesidad de ella, sin haber visto mas que las obras anónimas impresas clandestinamente. ¿Qué dirian actuados de tanto cúmulo sis- temático de excesos en la Compañía?

¿Qué seguridad tendrá Vuestra Majestad ni príncipe algu- no católico, si las causas de influencia en los eclesiásticos exentos dependiesen de la corte romana en contradiccion con el gobierno político, ó del juicio de obispos y religiosos ha- ciéndoles jueces en causa propia? Con estas máximas pe- reció la monarquía de los godos en España y el Imperio de Oriente.

Antonio Perez en sus Advertencias políticas previene ha- blando de los regulares «que jamás han dejado de tener muy gran parte en las conjuraciones y rebeliones que siempre cu- bren con nombres falsos de religion,» y así avisa el gran cui- dado que se debe de tener con ello.

Y porque Vuestra Majestad se persuada que aun los reli- giosos mismos y eclesiásticos piensan así, fray Juan Marquez dice que nada mas debe temer un soberano que á las comu- nidades poderosas. ¿Cuál ha llegado á tan alto grado de po- der como la Compañía, ni que haya abusado de él tan abier- tamente, combatiendo los monarcas, los obispos y los papas á rostro firme?

No es sola la complicidad en el motin de Madrid la causa de su extrañamiento como el Breve lo da á conocer; es el es- píritu de fanatismo y de seducción, la falsa doctrina, y el in- tolerable orgullo que se ha apoderado de este cuerpo. Este orgullo esencialmente nocivo al reino y su prosperidad con- tribuye al engrandecimiento del ministerio de Roma, y así se ve la parcialidad que tiene en toda su correspondencia reser- vada el cardenal Torregiani para sostener á la Compañía contra el poder de los reyes. El soberano que sucumbiese, seria la víctima de esta, á pesar de las mayores protestas de la curia romana.

Por todo lo cual, Señor, es de unánime parecer con los fis- cales el Consejo extraordinario de que Vuestra Majestad se digne mandar concebir su respuesta al Breve de Su Santidad en términos muy sucintos, sin entrar de modo alguno en lo principal de la causa ni en contestaciones, ni en admitir ne- gociaciones, ni en dar oídos á nuevas instancias, pues se obraria en semejante conducta contra la ley del silencio de- cretado en la Pragmática-sancion del 2 de este mes, una vez que se adoptasen discusiones sofisticas fundadas en pondera- ciones y generalidades cuales contiene el Breve, pues solo se hacen recomendables por venir puestas á nombre de Su San- tidad. A este efecto acompaña el Consejo extraordinario con esta consulta la minuta para que se forme la idea cabal del concepto.

Entiende asimismo el Consejo que el ministro de Vuestra Majestad residente en Roma se debe enterar de las reflexio- nes contenidas en esta consulta con una copia literal del Breve, el cual no se le habrá comunicado por el cardenal se- cretario de Estado para su particular inteligencia á fin de que se halle instruido de las mismas máximas de la corte para no dar oídos á negociacion alguna, y que haga conocer indirectamente usando de prudencia, disimulo y firmeza, ser el presente asunto únicamente dependiente de la autoridad real y que el negocio está terminado para siempre.

Vuestra Majestad resolverá como siempre lo que sea mas de su real servicio.—Madrid y abril 30 de 1767.—Hay siete rúbricas.

## VI

COPIA DE LA CONSULTA DEL CONSEJO EXTRAORDINARIO DE 23 DE AGOSTO DE 1767, DANDO SU DICTÁMEN SOBRE LO QUE CONVENDRIA HACERSE CON MOTIVO DE UN PAPEL INTITULADO: *Extracto de la Gaceta de Lóndres*.

Con papel de don Manuel de Roda de 27 de julio se sirvió Vuestra Majestad remitir al Consejo extraordinario el papel manuscrito divulgado en Italia con el título de *Extracto de las Gacetas de Lóndres*, de 6 de mayo de este año, y carta di- rigida al impresor de las mismas, por ser su contenido tan sedicioso, perjudicial y maligno, á fin de que lo tuviese pre- sente para los efectos que conviniese.

Este papel contenido en un pliego, se divide en siete nú- meros, disputando en el primero el título que debe darse á la Pragmática-sancion, y en el segundo se queja de la no au- diencia de los regulares de la Compañía para su expulsion.

Dice en el tercero que es todo efecto del poder arbitrario contrario á toda justicia, restitution y humanidad: añadiendo en el cuarto que la autoridad no está instituida sino para lo justo; comparando en el quinto estas providencias como á las de mandar á la nacion adoptar la ley mahometana ó extrañar á todas las órdenes regulares por un puro capricho.

En el sexto disputa la autoridad á la soberanía para la le- gislacion y atribuye á los pueblos el derecho de oponerse á ellas, y concluye en el sétimo con una exhortacion á los pa- dres, hermanos y parientes de los expulsos para excitarle con- tra la Pragmática, y en fin, tiene la avilantez de decir con pa- labras enfáticas, que la nacion española, desde que empezó á reinar el augusto padre de Vuestra Majestad, se redujo de libre á la esclavitud mas sensible.

Este es el resumen del anónimo divulgado en Italia á favor de la Compañía, y pasado al fiscal de Vuestra Majestad don Pedro Rodriguez Campomanes, dice que este papel está divi- dido en siete números.

En el primero se tacha el título de Pragmática-sancion á la ley establecida respecto á los regulares de la Compañía, que- riendo el autor variar el orden de la legislacion española, ma- nifestándose ignorante de ella, y aun de las leyes del código en que todas las reglas generales se llaman constitucionales ó sanciones Pragmáticas.

En el segundo capítulo reclama sobre no haber sido oídos estos regulares, aunque fuesen ateistas, traidores é infectos. No distingue el autor de este folleto cuáles son las providen- cias canónicas y cuáles las sentencias personales.

En las primeras, en que solo se trata de separar del cuerpo político una comunidad de personas perjudiciales á él, proce- dia el gobierno *informata consciencia*, como sucedió con la expulsion de los judíos de los dominios de España en 1492 y contra los moriscos en 1613, sin que nadie dijese haber sido preciso oír á todos en cuerpo, porque estando dispersos en todo el ámbito de la monarquía, y siendo el motivo de su ex- pulsion el procurar la seguridad de ella para evitar sus coli- gaciones, se hubiera mirado como locura formar un proceso ordinario para venir á semejante determinacion: haciendo re- unir dentro del Estado en cuerpo para su defensa aquellas mismas personas cuya union sistemática era perjudicial al Estado, porque aunque afectaban ser cristianos católicos, en el fondo eran infieles y rebeldes enemigos del Estado.

Diráse que estos eran peores porque no deben compararse con unos religiosos cuales son los regulares de la Compañía. Esto que parecia hacer alguna fuerza probaba todo lo contra- rio. Pues si los judíos y moriscos reprobados por su raza en España eran tan funestos y peligrosos, cuánto mas se debian considerar los que con exterioridad farisáica tenian introduc- cion con las gentes principales y abusaban de la credulidad del pueblo, inspirándole en conversaciones, sermones, confe- sonarios, sátiras y escritos las doctrinas mas horribles, y con- trarias á la humana sociedad y aun á la ley de Dios que manda, pena de pecado, respetar al rey y sus gobiernos.

Contra los gitanos se han dado órdenes generales, hasta su prision, y aun para salir del reino dentro de cierto término los que no cumpliesen con las prevenciones contenidas en las



Pragmáticas. A nadie ha venido á la imaginación que el gobierno haya debido oír al cuerpo de gitanos en vía ordinaria antes de publicar la ley del extrañamiento á los refractarios; basta que el gobierno se halle enterado de la malicia de esta clase de personas para establecer lo que exige la seguridad del Estado sin turbarle con una extravagante audiencia, en que no se procede á penas corporales sino á reglamentos saludables y trata á la clase expelida con toda aquella humanidad que cabe en las circunstancias.

Seria risible el que consultase al médico antes de expeler las superfluidades que el cuerpo arroja para conservar la salud, ó arrojar las que ocasionan su enfermedad. Esta expulsión la dicta la naturaleza sin recurso al médico para conservar la especie humana, y hasta en los animales hay el mismo instinto y la elasticidad conveniente en sus máquinas corpóreas para procurarse la conservación, introduciendo lo que les conviene y expeliendo lo que les es dañoso.

Nadie puede matar á otro de autoridad privada, y con todo, el conflicto de la defensa propia autoriza al particular para alejar de su adversario cuando recela de él la muerte y destrucción y aun para matar en propia y natural defensa.

¿Pues qué, el cuerpo de un Estado no debe tener la misma elasticidad y fuerza para introducir dentro de él una clase de personas convenientes ó arrojar la clase dañosa atendiendo á su propia conservación y defensa? ¿No ha admitido en el concepto de útil el orden de los regulares de la Compañía voluntariamente y sin figura de juicio, porque á la verdad, nadie podía obligar al Estado á su admisión? Con que faltando la utilidad y sobreviniendo el daño de la permanencia, la expulsión no solo era necesaria, sino una consecuencia del concepto con que los regulares de la Compañía fueron admitidos en el reino.

Los templarios fueron presos en España en 1308, y la autoridad civil se creyó en la necesidad en todas partes de contener la ambición de aquella orden orgullosa; y el mismo Clemente V que la extinguió en 1312, dijo que este asunto no se podía tratar por trámites de un juicio ordinario, huyendo de los inconvenientes é imposibilidades de la audiencia, y movido del descrédito general de aquella orden, procedió á su extinción económica y provisionalmente en lo eclesiástico, así como los reyes lo habían hecho en lo temporal.

Los claustrales fueron echados de España por muy menores motivos en tiempo del gran cardenal don Francisco Jiménez de Cisneros, y nadie hasta ahora ha motejado el defecto de audiencia y de un juicio ordinario en semejante providencia económica.

San Pio V, en 9 de febrero de 1571, extinguió la orden de los humillados, publicando sobre ello una constitución general, que es la 119 en el orden del Bulario de Laerico Cherubini, consistiendo su principal delito en que algunos individuos de la orden habían querido asesinar á San Carlos Borromeo su reformador, y tratado secretamente de esta conspiración, que no era universal del reino, Estado ó provincia; no era atentatoria de la vida de los reyes, ni los humillados habían propagado la doctrina del regicidio y tiranicidio, corrompido la moral, ni turbado el orden político del orbe, como los regulares de la Compañía.

Paulo V extinguió la orden de los jesuitas, y otros pontífices han obrado en la misma forma, sin que jamás para proceder á estas providencias haya habido ejemplar de una audiencia ordinaria, que eso seria levantar facciones y cismas en lugar de remediarlas; porque á ningún cuerpo faltan valedores y fanáticos, á pesar de las mayores pruebas de su corrupción, y versan por otro lado intereses políticos y encontrados con que paliar y detener.

Queda, pues, en claro que las providencias contra un cuerpo en general peligroso al Estado, conforme al derecho público recibido de todas las gentes así en lo civil como en lo eclesiástico, no admiten audiencia ordinaria y se procede por pura disposición económica, providencial y breve; y por haber tomado otra vía en Portugal publicando la reforma que á instancia de aquel soberano decretó Benedicto XIV, se siguió en el día 3 de diciembre de 1758 el intentado parricidio que será la vergüenza perpetua de estos regulares y el ejemplo

mas decisivo de la inutilidad de las reformas en los cuerpos corrompidos, y del riesgo que trae consigo la pretensa audiencia ordinaria.

En el tercero se supone que es efecto de un poder arbitrario el procedimiento contenido en la Real Pragmática de 2 de abril de este año, solo porque S. M. ha querido.

Bien se ve el paralogismo de una semejante insinuación dirigida á conturbar los ánimos é infundir horror al gobierno, no pudiendo por solo este concepto dudarse la fragua jesuítica en que se forjó este oscuro é infeliz papel.

Bien notorias y escandalosas han sido las conmociones del año pasado de 1766, y que por su concierto en medio del desorden no eran efecto de la casualidad, sino de la trama y de la conjuración. Diciendo, pues, la Pragmática que la necesidad de la propia defensa y la seguridad del Estado obligaban á tomar las providencias económicas que contiene respecto á los regulares de la Compañía, es lo mismo que hacer modestamente notoria al público la urgentísima causa de su expulsión. Si el levantamiento de un reino no autoriza al príncipe para echar de él á los que indisponen los ánimos para tales promociones, flaca y débil seria por cierto la autoridad soberana é insuficiente á sí misma.

En Francia, donde fueron citados los regulares de la Compañía en razón de la perversidad de su régimen y doctrina, rehusaron comparecer temerosos de ser convencidos delante de unos magistrados rectos é iluminados, que les emplazaron varias veces para escuchar sus defensas; y en lugar de ellas llenaron la Francia de libelos famosos é injurias contra aquellos tribunales, cuyos libelos tradujeron en todos los idiomas principales de Europa, y dominios de Indias, para hacer sospechosa la fe y conducta de los parlamentos, y aun del ministerio francés, estampando estas obras y circulándolas clandestinamente, lo que ha hecho perjudicialísimos efectos en España é Indias.

No contentos con esto, movieron á los obispos de Francia para poner en boca suya las defensas del Instituto, con el nombre de Pastorales del arzobispo de Paris y del de Auch y de los obispos de Sarlat, Saint-Pons y otros, que tambien se tradujeron al español y divulgaron furtivamente, en cuyas obras, como producción de los jesuitas, se aniquila la autoridad real, se infunden máximas contradictorias á los principios mas sanos del gobierno civil, respecto á los eclesiásticos, intentando hacer despreciable con estos el poder de los reyes y de sus magistrados.

En Portugal, dimanando la reforma de la autoridad pontificia, esparcieron mil calumnias contra Benedicto XIV suponiéndole lelo cuando dió el Breve de reforma, levantaron al rey de Portugal y su ministerio las mas horribles calumnias que produjeron en aquel reino las funestas resultas que se han tocado, y los jesuitas españoles haciendo la causa suya, han compuesto, traducido y divulgado grandísimo número de obras impresas y manuscritas para conmover contra aquel gobierno.

En España hubieran deseado algunos de estos flancos para poder valerse de sus terciarios, y poner en uso las cartas de Hermandad y profesiones en voto. Previno todo esto el gobierno; informóse de la verdad y destruyó á estos molestos huéspedes con toda la humanidad posible y la mayor que tal vez tendrá ejemplo en los fastos públicos, proveyendo á la congrua sustentación de cada individuo en particular y sin molestar á ninguno en su persona, como lo califican las instrucciones y órdenes consiguientes á la Real Pragmática.

¿En qué funda, pues, el autor del oscuro folleto italiano que la humanidad está herida en estas providencias?

¿Es faltar á la rectitud echar del Estado una porción de hombres que está en contradicción con la tranquilidad de él y de que está convenido su régimen por mil maneras? ¿Es faltar á la justicia el hacer examinar por ministros del Consejo Supremo de la nación la conducta de estos regulares antes de establecer cosa alguna respecto á ellos, y aun buscar el consejo de las personas mas notables, experimentadas y circunspectas antes de conformarse con la consulta de los ministros de justicia?

Las leyes del reino ponen á los eclesiásticos que hablan mal del rey y del gobierno á la merced y disposición del rey.



Se hicieron cargo los legisladores que las establecieron á petición de las cortes generales que causas de esta naturaleza cuando no se viene á pena ordinaria ó de último suplicio, tienen mucho riesgo de propalarse por algunos miramientos ó reparos que solo puede discernir el gobierno, y quien mas gana en que no se corra la cortina á los motivos de la expulsion es la Compañía, como lo verá en su tiempo.

Siguese de todo que no es el capricho y el trastorno de las leyes lo que ha dictado la pauta por donde se ha regulado la pragmática sancion de 2 de abril, sino por el espíritu de las leyes del reino, y práctica del juzgar, pues los tribunales superiores, usando de la potestad económica, toman semejante providencia con vista de procesos de nudo hecho, y por lo que resulta.

En el cuarto se supone que ninguna potestad es absoluta y que todas están instituidas á hacer la justicia y amar la misericordia, y eso es cierto, y solo peca en la aplicacion que se hace al número siguiente.

Nadie podrá negar que sea justo echar del reino al que sea perjudicial dentro de él. Si el gobierno reputa por prueba que solo persuaden claramente ser perjudicial la subsistencia de los regulares de la Compañía por su doctrina y el uso que se hace de ella, en este caso no solo es justa sino necesaria la expulsion, y seria injusto un gobierno que la dilatase, porque falta á la justicia y á las leyes, entre las cuales tiene el primer lugar la que mira y atiende á la conservacion del Estado por la conocida máxima de que *salus populi suprema lex esto*.

En estas causas de Estado es el bien público el que se atiende para purgarle de cuanto le daña con la mayor brevedad, actividad, orden y eficacia que sea posible, antes que el mal llegue á hacerse irremediable y coja fuerza con la indolencia y disimulo. En las providencias tomadas lo de menos es la causa de los regulares de la Compañía, y lo principal y primario sentar y asegurar la tranquilidad pública, y esto era lo que pedia la razon y la justicia.

Es tambien muy cierto que se debe usar misericordia, pero esta sin justicia se llama fatuidad, dictado que no haria honor al gobierno, y dejaria un campo bien ancho á los que quisiesen perturbarle, sabiendo que la impunidad absoluta se habia levantado con el concepto de una misericordia falsa. La verdadera misericordia consiste en tratar á las personas culpadas con toda aquella compasion que exige la humanidad y permite la justicia ó exigencia de las cosas.

Segun estos dos conceptos, la Compañía era insoportable en España y sus dominios, la justicia dictaba echar sus individuos cuanto antes de entre la masa del resto de la nacion española como miembros opuestos á su bien general.

La misericordia dictaba que esta expulsion se hiciese con decoro y con humanidad; díganlo los mismos extrañados y cotéjese esta conducta con cuantas se hayan visto hasta aquí, y se reconocerá sobresalir la clemencia y generosidad de Vuestra Majestad.

Echados del reino, debian proveerse por sí mismos de asilo, y Vuestra Majestad se encargaba de buscársele en el Estado pontificio, donde le tienen los franceses y portugueses de este instituto, y en vez de agradecer el gobierno romano de la Compañía que con costosos convoyes fuesen llevados allí los individuos españoles, lograba por su ascendiente en el ministerio pontificio hacer esta odiosa distinción á un príncipe tan humano y generoso.

No retrocede de sus pios y caritativos impulsos y entra en negociaciones hasta fijar asilo á los expulsos; y era bien notable que el gobierno de la Compañía, que hacia circular este miserable folleto en toda Italia tachase la piadosa conducta de Vuestra Majestad á vista de la suya, tan maquiavélica y vergonzosa, guiada por fines mundanos, para poner en embarazos á la corte de España, atreviéndose á este mal paso porque estaban muy bien enterados los gobernantes de la Compañía y sus fautores que en Vuestra Majestad preponderaba la misericordia y la humanidad para no dejar abandonados los expulsos.

¿Quién creeria que en personas religiosas revestidas del carácter sacerdotal, que afectan una exterioridad farisaica y una distincion particular de las demás órdenes religiosas, se sacri-

ficase el interés y bienestar de sus propios compañeros, solo por poner en embarazos á nuestro gobierno? Esta conducta notoria debe convencerles á todos ellos de la perversidad de su régimen que olvida hasta la caridad y humanidad con sí mismos sacrificándolo todo á sus políticas y fines.

En el quinto habia una horrible aplicacion á Vuestra Majestad, comparando las providencias de la Pragmática con la de mandar á sus vasallos que se hiciesen mahometanos, ó como si destruyese todos los cuerpos civiles y religiosos del reino.

Que no pudiendo dudarse la oficina de semejante sátira, se deducian algunas obvias reflexiones.

La primera, que este cuerpo de orden no respetaba autoridad alguna sino cuando le tenia cuenta, y esta era la tacha que desde el principio de su fundacion pusieron los varones píos y doctos á la forma de gobierno y á los desmoderados privilegios de la Compañía que la enseñaron á ser insolente y desmedida.

Luego cuando Benedicto XIV puso la ley del silencio en Francia para cortar el cisma que allí levantaron estos regulares, llenaron de injurias á uno de los mas dignos sucesores de San Pedro.

Que iguales bullicios levantaron en España en el reinado anterior para dejar sin efecto sus providencias sobre quitar del índice las doctas obras del cardenal de Noris, en que estaba descubierto su pelagianismo.

Que en Portugal sufrieron igual suerte las providencias del mismo papa en punto á la revelacion del cómplice en la confesion sacramental, prescindiendo de las injurias vertidas sobre la bula de reforma.

Que no habia quedado exento el Papa reinante de iguales apóstrofes con motivo de la condenacion de las obras ateas y antitrinitarias de los padres Juan Haudivier é Isaac Berruyer, y mayores fueron aun las sátiras contra el mismo pontífice Clemente XIII luego que aprobó las obras del venerable don Juan de Palafox, obispo de la Puebla y de Osma, en las cuales demostraba la corrupcion de este cuerpo en su doctrina teológica, en su moral, en sus costumbres y en sus máximas funestas á toda la Iglesia y el Estado.

Que seria desmentirse á sí mismos estos regulares, si en la ocasion presente guardasen moderacion y silencio, y así por ser consiguientes, no solo atacan á la Pragmática-sancion de 2 de abril titulándola extraña é inaudita, sino que tambien ponian su boca contra Vuestra Majestad, olvidados de lo que aconsejaban las divinas Escrituras. Su máxima constante habia sido y era sostener un delito con otro, acreditarse de indóciles á toda autoridad é incorregibles á pesar de tantos desengaños, amonestaciones y providencias á que habian dado lugar en todos tiempos y naciones.

Otra reflexion era que el espíritu de la Compañía en todas partes se manifestaba el mismo, prescindiendo de reyes, de tribunales, de naciones, de papas, de obispos, de las demás órdenes, y lo que era mas, de los dogmas católicos de la moral cristiana, y de la hombría de bien, marchando intrépidamente á sus fines por todo género de medios.

Que no obstante que los jesuitas españoles expulsos se hubiesen hallado fuera de estado de escribir y formar este libelo, el régimen de Italia toma la causa por suya y le esparce por todos los ángulos de aquella region.

Que se olvidaba del capítulo de la Pragmática que mancomuna al cuerpo, sabida la unidad de su modo de obrar en la responsabilidad de estas sátiras, pero todo lo arriesgaba esta Compañía tenaz cuando se trataba de venganzas, sin reparar en especie alguna de insultos.

Por eso dedujeron bien todas las personas y tribunales ilustrados, que en la Compañía, á diferencia de otras órdenes y cuerpos, aquellos delitos jamás eran la obra del particular, sino del espíritu y coligacion facciosa de toda la sociedad empeñada en precipitarse por sí misma y en estimular á todas las potestades legítimas para que liberten al orbe de un monstruo semejante, que debelado en la mayor parte del orbe católico, intenta como una hidra reproducirse en su misma ruina.

Que no era menos digno de atencion el sentimiento de la pena de lesa majestad impuesto en la Pragmática á los que



quebrantasen el silencio. Todos los tribunales del reino, las ciudades de voto en cortes, con la diputacion general, todos los arzobispos, obispos, prelados, inferiores, tenian aceptada esta Pragmática y puesta en ejecucion. Todos los vasallos la habian recibido con el respeto debido á las leyes de Vuestra Majestad: á nadie le era molesto este silencio, porque todos reposaban en la equidad y justicia del gobierno, y con todo, en aquella sátira dirigida al gacetero de Lóndres, se sentia mucho esta ley. ¿Quién podia ser sino un escritor de la Compañía el autor de tal resentimiento?

Que se diria tal vez, podria ser algun individuo de otra órden religiosa por el recelo de experimentar los efectos de una semejante providencia llamando por este medio á las demás órdenes para hacer causa comun: pues sin embargo de haber sido los enemigos mas infensos de ellas los regulares de la Compañía, como se veia en el *Gemitus columbæ* de Belarmino y en la historia de Fr. Gerundio del padre Isla, habian procurado unirse cuando les habia venido á conveniencia propia, y lo acababan de hacer en Filipinas para sostener las pláticas predicadas contra el gobierno inductivas de sedicion por el padre Puig.

Pero seria injuria manifiesta y calumnia contra las demás órdenes que habian dado en estas ocurrencias de obra, de palabra, y en sus circulares impresas las pruebas mas demostrativas de su subordinacion y respecto al gobierno, y de su tierro amor á nuestro augusto monarca y á toda su real familia, y si uno ú otro se habia apartado de tan sanos principios, que habia sido rarísimo, á la menor insinuacion se habia remediado por los mismos superiores condignamente. En vano, pues, este autor oscuro excitaba las demás órdenes, cuya moral y doctrina distaba mucho de caer en excesos que les atrajesen una providencia general de esta especie.

Que no parecia muy fundado el otro principio de disputar contra la Pragmática-sancion de 2 de abril, que el autor del folleto queria dejar libre y expedito, porque si un príncipe dejaba libertad á sus súbditos de disputar á su arbitrio y capricho contra las leyes públicas, seria lo mismo que autorizar al particular, para despreciar las leyes, ó admitirlas ó repelerlas á su antojo.

Por monstruoso que pareciese este sistema, se hallaba adoptado en los moralistas de la Compañía que defienden no ser obligatorias en el fuero interno las leyes civiles, que era uno de los horrores de que habia convertido su doctrina moral fray Vicente Mas, dominicano, en la obra intitulada: *Incomodidad probabilismi*.

De lo antecedente se descubria con evidencia que la doctrina y máximas del folleto son originarias de la Compañía, y ahora debia advertirse de paso el principio constante de su gobierno de prescindir de toda nacion y de toda potestad que la de su general.

Que se hacian visibles estos miserables individuos del género humano que solo hablan de leyes, de justicia y de equidad para alterarles el sentido cuando sus instituciones esclavizan no solo sus cuerpos, sino sus entendimientos y acciones, y eran unos instrumentos indefectibles tanto para las virtuosas como para las ruines y pecaminosas, siendo ley única la voluntad del que manda, que todo lo puede respecto al súbdito, y este nada respecto del superior.

En el sexto se hace un apóstrofe á los ingleses para hacerlos conocer que la España en su gobierno originario era Gothica, esto es: el poder supremo se templaba por las cortes generales, y no se alcanzaba á qué trajese el jesuita italiano aquella especie á la memoria, sabiendo la equidad, la justicia y el celo patriótico que animaban el gobierno español, que tal vez hoy era uno de los mas paternos y atentos al bien público.

El recordar aquel origen no podia ser sino un acto que conspiraba á sediciones y mutaciones, y así era una prueba demostrativa de que el espíritu de sedicion observado en España el año pasado, en cuyos escritos se hablaba algo de coneilios nacionales, y otras cosas que aunque buenas eran intempestivas y muy perjudiciales á la sazon, no era peculiar inspiracion de uno ú otro de los jesuitas españoles, sino máxima general infundida por todo el cuerpo y régimen de la

Compañía para mover al pueblo á cosas nuevas, y aprovecharse de la confusion que aquello traeria.

Prosiguiendo el papelon que Felipe V, augusto padre de Vuestra Majestad fué preferido á la sucesion del trono con dos calidades, de procurar el bien público de la nacion y conservar íntegros los dominios de la monarquía.

Que aquello apelaba á hacer condicional la sucesion del trono, y no derivaba de un derecho legítimo y hereditario que la hacia constante, y era el mayor bien que podia tener una monarquía para evitar las catástrofes y males que traia la eleccion gothica de Polonia, ó la sucesion arbitraria de Prusia.

De modo que, segun aquel oscuro escritor, faltando las dos condiciones cesaba el otro de reinar y la obligacion de obedecer.

Que en el tumulto se suponía tiranía en el gobierno, y el derecho del pueblo, no solo para no obedecer, sino la doctrina del regicidio y tiranicidio para matar, deponer ó exterminar á los que gobernaban, inclusa la suprema cabeza del Estado.

Que se quejaba el obispo de Cuenca de la pérdida de los desiertos de la Florida, y á aquello apelaba la segunda condicion de conservar enteros los dominios españoles; de suerte que si por revés de la fortuna, cobardía ó impericia de un general, ó turbacion en una menor edad, se perdiese alguna plaza ó provincia, cesaba en la augusta casa el derecho de reinar y en los españoles la obligacion de obedecer.

¿Quién habia oido tan horribles doctrinas y máximas? ¿Es menester apurar el discurso para conocer los delitos y el espíritu de rebelion de la Compañía en España? Bastaba y aun sobraba para demostracion evidente de su modo de pensar aquel país, que aunque oscuro, apoyándose en la constitucion fundamental de España, tiraba á conmover los pueblos para trasformarla pintándoles como esclavos, suponiendo que desde Felipe V acá se habian trasformado en tales, siendo antes pueblos libres.

Que las palabras con que finalizaba este sexto número decian á la letra lo siguiente: *Tenian estos pueblos* (habla de las provincias de la monarquía española) *un verdadero y reconocido derecho ó juez de pensar y gobernar por sí mismos, pero ahora se les dice que no toca á ellos hacer juicio é interpretación sobre los mandatos del soberano, lo cual es reducir á estos pueblos á la condicion de los esclavos mas miserables*.

Que poca interpretacion era menester para inferir que el libelo dirigido al gacetero de Lóndres se encaminaba á inspirar á aquella nacion estas especies sediciosas, y halagüeñas al vulgacho en tiempos turbados para hacerle odioso al gobierno de la real y augusta casa de Borbon, y autorizar á los particulares para que se levantasen contra el gobierno, fingiendo tocarles el derecho de legislacion, cuando este habia sido siempre propio de los soberanos á representacion de las cortes, ó del Consejo cuando han estado disueltas.

Que no era cierto que la augusta casa de Vuestra Majestad hubiese abolido este derecho, pues Felipe V las juntó en el año de 1713 para establecer la Pragmática sancion que trata del orden de suceder en la corona, prescindiendo de la convocacion para la jura; pero la mira de los que sembraban estas voces no se detenía en la exactitud de los hechos y se encaminaba á los fines de perturbar y conmover.

Que concluía finalmente el anónimo, conmoviendo á los padres, hermanos y parientes de los expulsos para excitarlos á romper la ley del silencio y hacerles tomar interés en la causa. Quieren alucinar, sin hacerse cargo que estos regulares murieron para el mundo con la profesion, y que á sus parientes les era indiferente la suerte de la Compañía, así como esta no solo se burlaba de la parentela apoderándose de los bienes del que profesaba, sino tambien de todos los jesuitas españoles; procurando el general y sus compañeros impresionar al papa para que impidiesen á los jesuitas españoles desembarcar en el Estado pontificio, obligándoles á vagar en el mar hasta su desembarque en Córcega en el mes próximo de julio.

Que no era de admirar tampoco se valiesen del gacetero de Lóndres para propagar estas especies sediciosas, pues tambien se valieron del de Amsterdam para pintar á su modo el tumulto de Madrid, cuyo papel original tenia á la vista el consejo en la forma mas auténtica.



## VII

Que cuando expelían los superiores de la Compañía á un individuo aunque fuese sacerdote, le enviaban incongruo, y suponían no estar obligados á dar causa ni asignarle cantidad alguna para sus alimentos. Vuestra Majestad dice en su Pragmática y al Consejo constaban las gravísimas causas, tenerlas urgentísimas para su providencia, y además asignaba una pensión alimentaria á todos, viese ahora el impostor que había forjado el escrito si Vuestra Majestad y el ministerio eran mas equitativos que el gobierno de su decantada Compañía, que hecha á mandar despótica las personas que la componen quiere ejercer el mismo despotismo en las naciones.

Que en el papel de remisión se advertía no constar que en las Gacetas de Londres se tocasen tales especies, y esto probaba la malicia y artificio con que el régimen de la Compañía había divulgado en Italia esta sátira para impresionar los ánimos en aquella region.

Que en estos términos entendía el fiscal de Vuestra Majestad que, con arreglo á las especies que iban indicadas, convenía formar una respuesta anónima en italiano, que impresa se hiciese correr y circular para desengañar á los incautos y desvanecer las falsas ideas que se pudiesen tomar por los que no estaban bien en los hechos, con sola la advertencia que en el número sexto se tocasen las especies superficialmente porque no todos entendiesen la malicia del folleto, y no era útil abrir los ojos á los que estén ignorantes, pero á la verdad eran fundamentalmente dignas de tenerse en la memoria estas expresiones que coincidían con las oídas en el tumulto de 23 de marzo del año pasado, y no dejaban duda en la unidad de pensar del general, y la Compañía en cuerpo con los individuos de ella en España, y debía reencargarse mucho á los ministros de Vuestra Majestad en las cortes de Italia estén alerta para recoger los papeles que salgan impresos y manuscritos para que bajo de mano se vayan haciendo patentes sus imposturas: en el supuesto cierto de que esta orden no cesaría de turbar hasta que sea extinguida del todo, como el fiscal de Vuestra Majestad lo tenía manifestado en sus respuestas, y lo manifestaría mas ampliamente en la que estaba formando con motivo del oficio pasado de orden de la corte de Francia á Vuestra Majestad.

El Consejo extraordinario, señor, se conforma en todo con cuanto propone el fiscal de Vuestra Majestad, y sin retardar la extension de la Apología que propone, es de parecer se pregunte al príncipe de Maserano si en las Gacetas que se citan de Londres de 6 de mayo, ó en otras, se halla algo de lo que contiene este papel; á cuyo fin acompaña copia, que convenirá no se divulgue por ahora en Inglaterra, hasta que salga nuestra Apología anónima en italiano; dignándose mandar Vuestra Majestad avisar al Consejo de lo que responda el embajador.

Vuestra Majestad resolverá lo que sea de su real servicio.—Madrid 23 de agosto de 1767.—Hay cinco rúbricas que segun resulta en el margen de este documento son del conde de Aranda, presidente, don Pedro Colon y Larreátegui, don Miguel María Nava, don Andrés Maraver y Vera, y don Luis de Valle Salazar.—Es copia.

*Oficio ó real orden del marqués Grimaldi á don Manuel de Roda*

Vuelvo á V. S. la adjunta consulta del Consejo extraordinario sobre el folleto satírico esparcido en Roma con el título de *Extracto de la Gaceta de Londres*, habiendo escrito al príncipe de Maserano lo que en su vista y con la orden de Sa Majestad acordamos V. S. y yo cuando me las entregó, é igualmente se repetirá á los ministros de Italia el encargo que previene el fiscal.

Dios guarde á V. S. muchos años como deseo.—San Ildefonso 6 de setiembre de 1767.—El marqués de Grimaldi.—Señor don Manuel de Roda.

COPIA DE CONSULTA ORIGINAL DEL CONSEJO EXTRAORDINARIO DE 26 DE SETIEMBRE DE 1767 SOBRE LA ABOLICION DE LAS CONGREGACIONES Y HERMANDADES EN TODAS LAS CASAS Y COLEGIOS DE LOS JESUITAS EN LOS DOMINIOS DEL REINO.

(Archivo de Simancas, Negociado de Gracia y Justicia, Leg. núm. 667.)

El conde de Aranda, presidente; don Pedro Colon de Larreátegui, don Andrés Maraver y Vera, don Luis de Valle Salazar, don Pedro Leon y Escandon, don Bernardo Caballero y el marqués de San Juan de Tasó.

Señor:

En representacion de 20 de este mes hizo presente al Consejo el vizconde de Palazuelos, gobernador de la villa de Ocaña, subdelegado para la ocupacion de las temporalidades del colegio que en ella tenían los regulares de la Compañía del nombre de Jesus, la instancia que hacia la hermandad de Nuestra Señora de la Asuncion, erigida en el mismo colegio, pretendiendo la entrega de diferentes pinturas y muebles que tenían en su capilla, y los regulares pusieron en el claustro y otras oficinas, y otros comisionados han representado en varias incidencias tocantes á dichas congregaciones. Pasada al fiscal de Vuestra Majestad, don Pedro Rodriguez Campomanes, dicha representacion, con su vista, expuso en respuesta de 25 de este mes: Que las congregaciones establecidas en las casas y colegios de la Compañía dimanaban de su instituto y carecen de aprobacion real, requerida pro forma en la ley 3, título 14, lib. 8 de la Recopilacion, y les falta tambien por lo comun la licencia del ordinario, careciendo por lo mismo de existencia política en el reino.

Que los individuos de estas congregaciones eran en gran parte gentes dominadas por estos regulares, y no pocas de ellas ilusas y fanáticas, habiendo en todas partes ejemplo de lo pernicioso de estas congregaciones domésticas, como sucedió en Génova en tiempo de Paulo V.

Que la existencia de estas congregaciones mantenía una especie de jesuitas externos de ambos sexos, y de todas profesiones, y debían quedar abolidas conforme al espíritu de la Pragmática-sancion de 2 de abril para disipar de todo punto una especie de juntas ilícitas y clandestinas sospechosas al gobierno y contrarias á las leyes del reino.

Que además de estos defectos tenían el de no ser necesarias, y el de no poderse dirigir segun el espíritu de los prefectos que les daban toda su esencia y vigor ejerciendo en ellas un absoluto despotismo.

Que por otro lado algunas de ellas habrán sido miradas como supersticiosas, y no había nada que las recomendase faltando sus directores, que en su union fundaban mas bien ideas políticas que religiosas.

Que finalmente á los fieles les quedaban sus parroquias y otras iglesias y cofradías en que alistarse, y así procedía que el Consejo consultase á Vuestra Majestad por punto general la absoluta abolicion de todas las congregaciones establecidas en las casas de los regulares de la Compañía, con prohibicion á los congregantes de volverse á juntar en cuerpo de tales, debiendo acudir á sus parroquias á los ejercicios de religion y alistarse los que quisiesen en otras cofradías aprobadas, librándose en su consecuencia la provision circular conveniente.

El Consejo extraordinario, señor, se hace cargo de los graves fundamentos expuestos por el fiscal de Vuestra Majestad, conoce que todas estas congregaciones y hermandades fundadas en las casas y colegios de los regulares de la Compañía del nombre de Jesus, no solo están erigidas en expresa contravencion de la ley 3, tít. 14, libro 8 de la Recopilacion, y por lo mismo les falta la aprobacion real; sino es que carecen asimismo muchas de ellas de la licencia del ordinario eclesiástico, y aun contra algunas y su objeto se hallan decisiones formales de la santidad de Benedicto XIV y otros papas celosos.

Las personas que las componen, pueden, aunque no universalmente, conceptuarse como una especie de jesuitas externos de ambos sexos, y de todas profesiones y clases, en especial mujeres adictas ciegamente á los regulares de la Compañía, cuyas máximas y espíritu seguían indiscretamente sin eleccion





ni discernimiento, de que no hay pocos ejemplares en las pesquisas reservadas y otras noticias de todos tiempos, y por otro lado semejantes congregaciones no son necesarias, ni puede expelida la Compañía continuar su existencia política en el reino y sus dominios ultramarinos.

Por estos fundamentos y demás que expone el fiscal de Vuestra Majestad, con cuyo parecer se conforma en todo el Consejo; es de dictámen se proceda, conforme al espíritu de la Pragmática-sancion de 2 de abril de este año, á la absoluta abolición de todas las referidas congregaciones y hermandades fundadas en las casas de los regulares de la Compañía, tanto de estos reinos como de los de Indias é islas adyacentes, prohibiendo á los congregantes el que vuelvan á tener juntas en cuerpo de tales, debiendo acudir á sus parroquias á los ejercicios de piedad y devocion, y alistarse los que quisieren en otras cofradías aprobadas; y que para la ejecucion uniforme en todo el reino, se expida la provision circular conveniente, no impidiendo esto el que si entre tantas se hallase alguna erigida con permiso real, cuyas circunstancias especiales la hagan acreedora de continuar, la atienda el Consejo con conocimiento formal de causa, y trasladándose á otra iglesia segun estime útil, debiendo siempre ser catedral, colegiata ó parroquial precisamente.

Vuestra Majestad resolverá lo que sea mas de su real servicio.—Madrid 26 de setiembre de 1767.—Hay siete rúbricas.

## VIII

CARTA DEL EMBAJADOR ESPAÑOL EN PARIS AL MARQUÉS DE GRIMALDI. PARIS 3 DE OCTUBRE DE 1772

(Del Archivo del ministerio de Estado.)

Muy señor mio. Aprovecho de la ocasion que me presenta la partida del principe de Maserano para escribir á V. E. esta carta con libertad. En el mismo dia en que recibí el correo Villa que me trujo la expedicion de V. E. de 21 de setiembre, envié al duque d'Aiguillon la carta que el rey escribia al Rey Cristianísimo relativa al negocio de la extincion de los jesuitas, y conformándome con lo que me prevenia V. E. en uno de sus despachos de aquella fecha, le escribí un billete en que le decia únicamente que me habia llegado un correo extraordinario y con él aquella carta, y otra de la princesa de Asturias para el Rey Cristianísimo, y que le suplicaba que pusiese una y otra en manos de S. M., á que me respondió haberlo ejecutado puntualmente.

Al dia siguiente, luego que lo ví en Versailles, me dijo que habia leído el rey la carta en su presencia, y que habia quedado algo sorprendido al ver el asunto, como quien no la esperaba, preguntándole inmediatamente si no se habian dado ya las órdenes bien precisas al cardenal de Bernis para que acompañase nuestro ministro en Roma en cuantos pasos fuese necesario dar para llevar adelante la instancia de la extincion, á lo que él habia respondido, que se le habian dado y repetido con toda claridad, y que por lo demás, no sabia qué motivo podia ahora tener el rey para escribir de nuevo á S. M., que yo le habia enviado simplemente dicha carta sin decirle otra cosa sino que la pusiese en sus manos.

Como yo dijese al duque que V. E. me decia haberse el rey nuestro señor prestado con gusto á escribir dicha carta, luego que habia sabido la deseaba el duque, segun habia manifestado al señor conde de Fuentes, y creyendo por otra parte muy conveniente el medio de repetir las instancias á este soberano, me respondió que seguramente lo era; pero que se hubiera él alegrado que hubiese sido algo mas fuerte, y que el rey nuestro señor hubiera pedido en ella al rey su primo, que no solamente le acompañase en la solicitud de la extincion, sino que la pidiese tambien por sí solo al papa, de manera que se quitase aquí y en Roma á los parciales de los jesuitas el motivo de decir que la Francia no estaba tan empeñada como parecia en la extincion de la órden, y que solo obraba por acompañar á la España; á lo que respondí al duque, que este era un razonamiento falso de parte de los referidos parciales, pues prescindiendo de si seria mejor el que la Francia pidiese por sí sola la extincion como empeño propio, á mas del de acompañar á la España en una causa comun, parecia que no podian

ignorar aquí ni en Roma, que el Rey Cristianísimo deseaba muy de veras la extincion, no solo como quien ayudaba á la instancia del rey su primo, sino tambien por sí mismo, y que de cualquiera manera que se considerase el asunto, el empeño era comun á las cortes de la augusta casa, aunque el rey nuestro señor fuese el principal actor.

Por el discurso de la conversacion me pareció tambien que hubiera deseado el duque d'Aiguillon no se le hubiese dicho en la carta, que el rey no solo no queria mal á los particulares de la Compañía, sino que se alegraria de contribuir á su bienestar, pues en sustancia, me añadió este ministro, el cuerpo de la Compañía se compone de los particulares, y si hace en general la apología de estos, aunque sea como de particulares, no queda contra quién decir mal; á esto le repliqué que aquello no queria decir otra cosa sino que habia varios jesuitas en la órden que seguramente no eran culpados, y á quienes no habia motivo para no desearles bien como á particulares; pero lo que no se podia aprobar ni dejar existir, era el instituto y el órden entero, y que esta distincion se habia hecho en todos tiempos y era aplicable á todos los cuerpos. De todo esto inferirá V. E. que este ministro desea de veras que el negocio de la extincion se concluya felizmente, para triunfar de esta suerte de sus enemigos, que en el dia son los parciales de los jesuitas. No falta quien lo crea, aun en su interior, algo apasionado de ellos por sola la razon de no haberse manifestado contrario antes de su ministerio, ni cuando estaba en su comandancia de Bretaña, igualmente que por su enemistad con el duque de Choiseul, que siempre pasó por muy contrario á los jesuitas, pero sea lo que fuese del antiguo modo de pensar del duque d'Aiguillon, hoy no se puede razonablemente atribuirle inclinacion á jesuitas, ni dudar que sus deseos en cuanto á la extincion de la órden no sean enteramente sinceros: lo que yo creo firmemente es, que en los tiempos pasados no tuvo aficion ni oposicion particular á los jesuitas; pero que despues que es ministro, les es muy opuesto por interés propio; que se alegraria mucho de ver extinguida la órden, y que contribuiria á ello en cuanto esté de su parte.

Me pidió muy particularmente este ministro que no hablase de la carta del rey, ni de cosa que tuviese conexion con ella por el correo ordinario, á que le respondí que estuviese bien asegurado de ello, tanto de mi parte y de la de V. E., y que lo estuviese tambien de que se tendria siempre el mayor cuidado de no comprometerlo aquí ni en Roma con motivo de las especies que nos confiase.

Habiéndome dicho el embajador de Nápoles que le habia hablado el duque de la carta del rey, le pedí no escribiese nada á Nápoles por el correo ordinario, pues me habia encargado muy particularmente no hablase del asunto ni de cosa que pudiese tener conexion con él sino con ocasion extraordinaria.

Creo deber repetir á V. E. lo que le dije en una de mis cartas de 18 de setiembre núm. 257, esto es, que el duque d'Aiguillon está siempre en el recelo (en que sin duda lo han puesto las cartas de Roma) de que pensáramos en algun proyecto de reforma de la Compañía, ó de reduccion á congregacion, en vez del de absoluta extincion. Le he vuelto á asegurar con toda firmeza que no lo creia, pidiéndole que no diese crédito á semejante especie, y repitiéndole las mismas reflexiones que le tenia hechas; pero he conocido que sin embargo de todo, no se ha aquietado enteramente este ministro; y como me he imaginado que su inquietud nacia del aviso que habrá podido darle el cardenal Bernis acerca del papel de apuntes que quiso dar al papa el señor Moñino en su última audiencia de que habla este ministro á V. E. en su despacho de 3 de setiembre, y de que tambien me informa V. E. en carta de 21 del mismo, me ha parecido decirle que me figuraba de qué dimanaban sus recelos, y que sin duda seria de un papel de apuntes que habia querido entregar á Su Santidad nuestro ministro: y que V. E. me decia no saber el contenido de este papel, pues Moñino no habia enviado copia de él, pero que por lo mismo no se debia estar con la mas mínima inquietud, y que solo se debia pensar que como en calidad de letrado y de fiscal del Consejo estaba menudamente instruido de nuestros negocios pendientes con Roma, tal vez habria querido dar al papa algunas especies que pudieran animar su genio



pusilánime y servirle para facilitar los medios de hacer lo que se desea; á lo que me pareció añadirle que como el mismo Moñino estaba instruido del destino que se habia dado en España á los bienes y fundaciones de los jesuitas, quizás si habia previsto en el papa algunos embarazos sobre este punto capaces de retardar la resolucion principal, habia creido conveniente sugerirle algunos medios para ayudar á salir de ellos en este punto: que por lo demás V. E. me añade que si Moñino enviaba alguna mayor explicacion acerca del referido papel de apuntaciones, me instruiria de ella V. E. para que se lo hiciese saber. Con este motivo se extendió bastante el duque d'Aiguillon sobre lo muy perjudicial que seria pensar en moderacion ni en reforma, y por fin en proyecto ninguno que no fuese la extincion total y absoluta de la órden, pues si se reducía á congregacion ó reforma bajo cualquier título que fuese, siempre conservaria en su interior el antiguo instituto; iria ganando terreno con el tiempo, y al cabo de años, y esperando circunstancias favorables, volveria á renacer la Compañía de la misma manera y con el mismo espíritu que habia existido: le respondí que yo pensaba enteramente como él; y le repetí estuviese seguro de que lo que se solicitaba y debia solicitar, era la extincion total de la órden, y que el rey y nuestra corte eran incapaces de variar en el sistema establecido, sobre todo sin ponerse antes de acuerdo con el rey su primo.

Me habló despues de las amenazas con que escribian de Roma se queria intimidar al papa por nuestra parte, si no cumplia lo que habia prometido, añadiéndome que no sabiendo á qué se reducían, le habia preguntado el rey qué significaban estas amenazas, porque él no queria entrar en un cisma, á lo que el duque habia respondido que creía ser relativas dichas amenazas á varios puntos de jurisdiccion, de reformas de órdenes religiosas, ó de nunciatura, cosas que no tenían que ver con la religion; yo le dije que me parecia habia respondido muy bien, que no sabia se hubiese hasta ahora amenazado al papa, pero que no ignoraba que en España, mas que en parte ninguna, habia aun mil abusos que se consentian por pura tolerancia á la corte de Roma, los cuales, si se reformaban como se debiera, cercenarian mucho la jurisdiccion de la curia, y disminuirían sus intereses, que por eso nadie estaba mas que nosotros en el caso de poder amenazar á Roma siempre que quisiésemos con asuntos que interesaban mucho á aquella corte, y que eran enteramente independientes de la religion.

Concluí la conversacion con este ministro, diciéndole le informaria de la correspondencia del señor Moñino, que V. E. me habia enviado, y que esperaba que con ella quedaria no solamente tranquilo, sino contento del vigor y del acierto con que se conducía aquel ministro nuestro. Le añadí que segun habia visto en sus cartas y en las que V. E. me escribia, lo estábamos y lo debíamos estar de nuestra parte de la conducta actual del cardenal de Bernis.

En otra carta digo á V. E. del modo con que he dado cuenta al duque d'Aiguillon de la referida correspondencia.—Dios guarde, etc.

P. D. Creo deber decir á V. E., que dos personas me han hablado ya de la carta que el rey ha escrito al Rey Cristianísimo. Que se sabe el asunto, y que Su Majestad mismo lo ha dicho á algunos de su confianza. No creo haya en esto inconveniente alguno, pues siempre producirá buen efecto el que se sepa por este soberano el empeño del rey su primo, y por consiguiente el suyo. No será extraño que el mismo duque d'Aiguillon lo haya tambien dicho á sus amigos, á fin de que se sepa no puede excusarse de escribir con todo vigor al cardenal de Bernis.

## IX

CONFIDENCIAL DEL CONDE DE FLORIDABLANCA AL SEÑOR MARQUÉS DE GRIMALDI. ROMA 13 DE ENERO DE 1774

(Del Archivo del Ministerio de Estado.)

Exemo. Sr. y mi venerado dueño. Llegó el correo pasado como todos los antecedentes, despues de la salida del extraordinario de Nápoles. Dudo que el de esta semana llegue á tiempo de responder á las cartas, y así me anticipo á decir á V. E. lo que ocurre, con la extension que piden las circunstancias actuales.

El agente imperial que acaba de llegar de Viena, despues de algunos meses que pasó con licencia á aquella corte, me ha buscado para hablarme con reserva de las intrigas jesuíticas; he colegido que tenia insinuacion de algunos ministros de la emperatriz, para verme y tomar luces y darme otras relativas á los extinguidos. Segun el contexto de la conversacion, el confesor de aquella soberana, el secretario de Estado Kaunitz, el baron de Binder y otros piensan bien; pero Migazzi se ha hecho cabeza de partido, y quiere en alguna manera resucitar los difuntos. Eurico Kereus ex-jesuita, obispo de Ruremunda, y electo ahora de Neustadt, es el genio intrigante á quien temen todos. Fué el director del establecimiento del colegio Teresiano: ha sido nombrado consejero íntimo, y con su talento y artes, despues de haberse insinuado en el ánimo de los príncipes, se da el aire de candidato para el primer ministerio ó para el confesonario. Como es grande el partido de damas y señores de la corte por el fanatismo y laxismo jesuítico, quieren los ministros ser iluminados para destruir las cábalas. He procurado dar al agente algunos hechos, y en general le he podido decir, que aquí entre los papeles del abate Ricci se encontraron correspondencias en Viena, que acreditaban el poco secreto y fidelidad de algunas personas que rodeaban á Su Majestad Cesárea; pero no he dicho mas, porque no lo sé, ni el papa quiere encender fuego, ni persecuciones. El mismo juez de los procesos que se hacen aquí, monseñor Alfani, es quien me lo ha revelado en confianza, y con la misma lo digo á V. E. sin haber citado el sujeto al agente. Bueno será que V. E. instruya reservadamente á Mahoni de lo que contienen mis cartas de oficio sobre estampas, libros y cartas del vicario apostólico de Breslau y sobre la del Elector de Maguncia, de que dí cuenta á V. E. con fecha de 2 de diciembre del año próximo, para que sin darse por entendido de mi conversacion con el agente, ilumine aquel ministerio de las artes, cismas y enredos que fragua el cuerpo jesuítico, y de los inicuos medios de que se vale para turbacion de la Iglesia, de las conciencias y de los Estados.

Por la misma carta del Elector de Maguncia, y la que le acompañaba escrita en francés, aunque con data de Roma de las que le remití copia á V. E. con la referida fecha de 2 de diciembre, habrá visto el cisma que preparaban los autores con los príncipes de Germania. Cuando en dicha carta francesa ví que los jesuitas prometían al Elector la union de mas de cien obispos, recelé que fuesen de Francia, por algunos desahogos que vinieron aquí en otras cartas particulares; pero despues he visto copia de una que me mostró el cardenal de Zelada de un obispo de Francia, bien que venia suprimido el nombre, en que se ve claramente que aquel clero medita en la Asamblea próxima alterar la quietud de la Iglesia, de la Santa Sede y del reino, haciendo apelar á la decision pontificia ó resucitando una especie de cuerpo jesuítico en los dominios del Rey Cristianísimo. Tengo otros fundamentos fuertes tomados de otras cartas de un ex-jesuita, que estimulado de la conciencia va revelando algunas cosas importantes; y empiezo á temer que si Su Majestad Cristianísima no tiene una gran firmeza, arriesgará su propia quietud, la de las conciencias de sus vasallos y mucha parte de la que empieza á gozar la Iglesia. Cuando aquel monarca ha extinguido gloriosamente el formidable poder de los parlamentos antiguos, no debe sufrir otro mas terrible que quiere levantarse sobre aquellas ruinas, uniendo el clero con el jesuitismo y sus terciarios. Este seria tanto mas peligroso, cuanto ahora falta una fuerza opuesta como la de aquellos parlamentos que ponía en equilibrio la máquina, y recibirá el soberano, ó se opondrá á recibir la ley de unos hombres que con la máscara de la religion y la piedad quieren fascinar á los príncipes y gentes honradas y de candor para llevar su ambicion al mas alto punto. Perdona V. E. que me dilate sobre una materia que cubre mi corazon de terror al considerar las consecuencias que puede producir en el floridísimo reino de Francia, nuestro aliado y amigo, y las amargas resultas que pueden tener si no se precaven. Una ley de silencio impuesta al clero y á todos, y una constancia régia para hacerla observar, dará la quietud que se busca; como la misma Francia ha experimentado con igual silencio en otras materias mas críticas y escrupulosas.



Quieren impugnar el Breve del papa, segun las cartas que he citado, con varias razones y pretextos que mendigan los espíritus inquietos; y que siempre han hallado los genios turbulentos para combatir las decisiones y aun los dogmas recibidos universalmente. Quieren que el papa haya carecido de libertad, habiéndose tomado cinco años y mas de tiempo para resolver esta materia, y examinádola desde los principios que tuvo dos siglos há en los tiempos de Paulo IV, y Pio V y Sixto V. Un papa que ha visto las resoluciones tomadas por Inocencio XI, cuya beatificacion se trata: Inocencio XIII y Benedicto XIV el Grande; todas las cuales quisieron aniquilar este cuerpo rebelde á la Iglesia, á los papas y á los príncipes, y aunque comenzaron dejaron de fenecer la obra por el poder desmesurado de que gozaban los extinguidos; un papa, digo, que ha visto todo esto, lo ha citado con piedad, y ha callado por la misma los gravísimos desórdenes y pruebas instrumentales que ha hallado en los últimos tiempos: un papa, repito, que ha examinado tantos hechos, no ha procedido sin libertad, y los príncipes que han estimulado al exámen y á la resolucion, jamás se la han quitado. V. E. ha visto en toda mi correspondencia que desde el primer dia que hablé á Su Santidad le hallé impuesto tan menudamente de los daños jesuíticos, que me admiré y extrañé su detencion, y aun la acusé como peligrosa en conciencia y justicia. He visto, sin embargo, que Su Santidad queria arreglar la pacífica exencion, para que al arrancar el árbol de las discordias, no causase algun estrago al tiempo de su caída.

Hay valor en algunas cartas para decir, si el papa ha sido llevado del interés de las restitutiones de Aviñon y Benevento; pero protesto delante de Dios ser cierto cuanto V. E. ha visto en mi correspondencia: á saber, que el Santo Padre siempre ha tenido el lenguaje constante de no querer hacer pactos ni tráficos en este ni otro asunto. Si algunas gentes de la curia han sido capaces de pensar de otro modo, el Santo Padre ha estado muy distante de tan bajas ideas.

Se dice que no se publican los delitos y causas de la extincion, abusando de la piedad del padre comun de los cristianos que por la paz y caridad calla; pero dice lo bastante para que todos vean su equidad y justicia. Los malos católicos que no creen al vicario de Cristo que asegura tener causas gravísimas y refiere las que tuvieron sus mas santos y doctos predecesores, ¿le creerán por ventura cuando las especifique? ¿Han creído ó mostrado creer los atentados de Portugal, aunque publicados por aquel soberano? ¿Confesaron los de Inglaterra publicados por Jacobo I y hallados originalmente ahora en el noviciado romano? ¿Creyeron á tantos papas sobre los ritos de China y Malabar, y sobre las opiniones laxas destructivas de la moral cristiana y de la sociedad de los hombres? Sin duda quieren que el papa hable para armar un pleito sobre cada hecho, y á fuerza de voces y disputas confundir la razon con el rumor y turbar la paz y conciencia de los fieles ignorantes.

El papa, añaden, no ha oído á los cardenales, como si la autoridad pontificia dependiese del clero de Roma. Pero Su Beatitud ha oído cardenales privadamente; ha oído á los de la congregacion, no obstante que la mayor parte de ella era jesuítica, ha oído muchos obispos de la cristiandad y muchas personas santas y doctas, y ha oído á sus santos antecesores, y visto los secretos de sus archivos. ¿Qué dirían los grandes obispos antiguos de Francia y los de toda la cristiandad si oyesen esta objecion? ¿Acaso en los concilios se oyen otras personas que las que ha oído el papa? Obispos, cardenales pocos, muchos príncipes y naciones.

Finalmente se cavila sobre si el Breve basta, ó debió ser bula, como si tantas órdenes suprimidas por Breves no fuesen un argumento indubitable de la autoridad pontificia apoyada con las decisiones de los concilios generales de Letran y de Leon.

Aseguro á V. E. que me lastima ver lo que puede el espíritu de partido en personas que deberían no tenerle. Los obispos, y señaladamente los de Francia, han pretendido siempre que las exenciones de los regulares y su union en cuerpo perjudica sus derechos ordinarios. El papa restituyó á estos mismos ordinarios en su nativa autoridad respecto de los jesuitas; desata el nudo de un orden mendicante fundado contra las

prohibiciones del concilio general de Leon celebrado en medio de Francia; deja arbitrio para valerse de los que sean buenos, y quita las facultades de confesar y predicar á los que quieren conservarse unidos, arreglándose Su Santidad á expresa disposicion del mismo concilio general, que podremos llamar francés; y con todo los prelados de Francia quieren sonar la caja y levantar bandera contra el papa, contra el concilio, contra su propio interés ó el de su jurisdiccion, contra el decoro de su príncipe que ha solicitado la abolicion, y contra la paz de los fieles y la salvacion de las almas.

Supongamos que en la asamblea del clero se trata la materia y que prevalezca el dictámen de resistir al Breve y unir otra vez los jesuitas. ¿Dejarán de estar excomulgados los que lo acuerden, á lo menos en el fuero interno, conforme al párrafo *Vetamus* del mismo Breve? ¿Dejarán de estar igualmente excomulgados los que apoyasen y sostuviesen este impedimento? ¿Los fieles que se confiesen con jesuitas unidos quedarán absueltos de sus pecados, estándoles quitada la facultad por el Breve y por el concilio general de Leon? ¿A lo menos no se introducirá la duda, la turbacion y el escrúpulo en las conciencias con el riesgo de la salvacion? Otras personas mas timoratas que opinen á favor del pontífice, ¿no entrarán en discordia y en el temor de tratar á los inobedientes y cismáticos? ¿No vendrá de aquí el desorden y la inquietud á la Iglesia y al Estado? ¿Y todo por qué? por no oír el clero la voz del primer pastor: por sostener un partido, y por afectar falta de operarios, pudiendo conservar los mismos y criar otros mas útiles.

No es justo molestar mas á V. E. con reflexiones que debe hacer mas que yo. Dos cosas solas añadiré: una, que un clero que no ha tenido escrúpulo de callar tantos años despues que los parlamentos apoyados del príncipe en alguna parte disolvieron el cuerpo jesuítico de Francia, haga un empeño de conciencia de hablar ahora contra la voz del supremo oráculo y del sucesor de San Pedro. Otra, que el clero de Francia sea el único que en cuerpo dé señales de unirse á las ideas de potencias, una protestante y otra cismática. ¿Qué juicio se debe formar del calor de tales espíritus, y de los inocentes instrumentos de que se valgan? Repito, excelentísimo, que una ley de silencio y un rigor varonil para hacerla observar, es el remedio necesario para la quietud del Rey Cristianísimo y de sus vasallos; y para evitar la vergüenza y el deshonor de todos. No se hable mas de jesuitas si hemos de tener paz; y cuide cada uno de su alma, y los obispos de sus rebaños, etc.»

## X

## TRATADO DE PAZ DE BASILEA

Su Majestad Católica y la república francesa, animados igualmente del deseo de que cesen las calamidades de la guerra que los divide, convencidos íntimamente de que existen entre las dos naciones intereses respectivos que piden se restablezca la amistad y buena inteligencia; y queriendo por medio de una paz sólida y durable se renueve la buena armonía que tanto tiempo ha sido basa de la correspondencia de ambos países, han encargado esta importante negociacion, á saber:

Su Majestad Católica, á su ministro plenipotenciario y enviado extraordinario cerca del rey y la república de Polonia, don Domingo de Iriarte, caballero de la real orden de Carlos III; y la república francesa, al ciudadano Francisco Barthélemy, su embajador en Suiza, los cuales, despues de haber cambiado sus plenos poderes, han estipulado los artículos siguientes:

I. Habrá paz, amistad y buena inteligencia entre el rey de España y la república francesa.

II. En consecuencia cesarán todas las hostilidades entre las dos potencias contratantes, contando desde el cambio de las ratificaciones del presente tratado, y desde la misma época no podrá suministrar una contra otra, en cualquier calidad ó á cualquier título que sea, socorro ni auxilio alguno de hombres, caballos, víveres, dinero, municiones de guerra, navíos ni otra cosa.

III. Ninguna de las partes contratantes podrá conceder paso por su territorio á tropas enemigas de la otra.

IV. La república francesa restituye al rey de España todas



las conquistas que ha hecho en sus Estados durante la guerra actual. Las plazas y países conquistados se evacuarán por las tropas francesas en los quince días siguientes al cambio de las ratificaciones del presente tratado.

V. Las plazas fuertes citadas en el artículo antecedente se restituirán á España con los cañones, municiones de guerra y enseres del servicio de aquellas plazas, que existan al momento de firmarse este tratado.

VI. Las contribuciones, entregas, provisiones ó cualquiera estipulación de este género que se hubiese pactado durante la guerra, cesarán quince días despues de firmarse este tratado. Todos los caídos ó atrasos que se deban en aquella época, como tambien los billetes dados, ó las promesas hechas en cuanto á esto, serán de ningun valor. Lo que se haya tomado ó percibido despues de dicha época se devolverá gratuitamente ó se pagará en dinero contante.

VII. Se nombrarán inmediatamente, por ambas partes, comisarios que entablen un tratado de límites entre las dos potencias. Tomarán estos en cuanto sea posible por basa de él, respecto á los terrenos contenciosos antes de la guerra actual, la cima de las montañas que forman las vertientes de las aguas de España y Francia.

VIII. Ninguna de las potencias contratantes podrá, un mes despues del cambio de las ratificaciones del presente tratado, mantener en sus respectivas fronteras mas que el número de tropas que se acostumbraba tener en ellas antes de la guerra actual.

IX. En cambio de la restitution de que se trata en el artículo IV, el rey de España, por sí y por sus sucesores, cede y abandona en toda propiedad á la república francesa toda la parte española de la isla de Santo Domingo en las Antillas.

Un mes despues de saberse en aquella isla la ratificación del presente tratado, las tropas españolas estarán prontas á evacuar las plazas, puertos y establecimientos que allí ocupan, para entregarlos á las tropas francesas cuando se presenten á tomar posesion de ella.

Las plazas, puertos y establecimientos referidos se darán á la república francesa con los cañones, municiones de guerra y efectos necesarios á su defensa que existan en ellos cuando tenga noticia de este tratado en Santo Domingo.

Los habitantes de la parte española de Santo Domingo que por sus intereses ú otros motivos prefieran transferirse con sus bienes á las posesiones de Su Majestad Católica, podrán hacerlo en el espacio de un año contado desde la fecha de este tratado.

Los generales y comandantes respectivos de las dos naciones se pondrán de acuerdo en cuanto á las medidas que se hayan de tomar para la ejecucion del presente artículo.

X. Se restituirán respectivamente á los individuos de las dos naciones los efectos, rentas y bienes de cualquier género que se hayan detenido, tomado ó confiscado á causa de la guerra que ha existido entre Su Majestad Católica y la república francesa, y se administrará tambien pronta justicia por lo que mira á todos los créditos particulares que dichos individuos puedan tener en los Estados de las dos potencias contratantes.

XI. Todas las comunicaciones y correspondencias comerciales se restablecerán entre España y Francia en el pié en que estaban antes de la presente guerra hasta que se haga un nuevo tratado de comercio.

Podrán todos los negociantes españoles volver á tomar y pasar á Francia sus establecimientos de comercio, y formar otros nuevos segun les convenga, sometiéndose como cualquier otro individuo á las leyes y usos del país.

Los negociantes franceses gozarán de la misma facultad en España bajo las propias condiciones.

XII. Todos los prisioneros hechos respectivamente desde el principio de la guerra, sin consideracion á la diferencia del número y de grados, comprendidos los marinos ó marineros tomados en navíos españoles y franceses, ó en otros de cualquiera nacion, como tambien todos los que se hayan detenido por ambas partes con motivo de la guerra, se restituirán en el término de dos meses á mas tardar despues del cambio de las ratificaciones del presente tratado, sin pretension alguna

de una y otra parte, pero pagando las deudas particulares que puedan haber contraído durante su cautiverio. Se procederá del mismo modo por lo que mira á los enfermos y heridos despues de su curacion.

Desde luego se nombrarán comisarios por ambas partes para el cumplimiento de este artículo.

XIII. Los prisioneros portugueses que forman parte de las tropas de Portugal, y que han servido en los ejércitos y marina de Su Majestad Católica, serán igualmente comprendidos en el dicho canje.

Se observará la recíproca con los franceses apresados por las tropas portuguesas de que se trata.

XIV. La misma paz, amistad y buena inteligencia estipulada en el presente tratado entre el rey de España y la Francia, reinarán entre el rey de España y la república de las Provincias Unidas, aliada de la francesa.

XV. La república francesa, queriendo dar un testimonio de amistad á Su Majestad Católica, acepta su mediacion en favor de la reina de Portugal, de los reyes de Nápoles y Cerdeña, del infante duque de Parma y de los demás Estados de Italia, para que se restablezca la paz entre la república francesa y cada uno de aquellos príncipes y Estados.

XVI. Conociendo la república francesa el interés que toma Su Majestad Católica en la pacificación general de la Europa, admitirá igualmente sus buenos oficios en favor de las demás potencias beligerantes que se dirijan á él para entrar en negociacion con el gobierno francés.

XVII. El presente tratado no tendrá efecto hasta que las partes contratantes le hayan ratificado, y las ratificaciones se cambiarán en el término de un mes ó antes, si es posible, contando desde este día.

En fe de lo cual nosotros los infrascritos plenipotenciarios de Su Majestad Católica y de la república francesa hemos firmado en virtud de nuestros plenos poderes el presente tratado de paz y de amistad, y le hemos puesto nuestros sellos respectivos.

Hecho en Basilea en 22 de julio de 1795, 4 de termidor, año tercero de la república francesa. (L. S.) Domingo de Iriarte. (L. S.) Francisco Barthelemy.

Al tratado público se añadieron estos tres artículos secretos:

1.º Por cinco años consecutivos desde la ratificación del presente tratado, la república francesa podrá hacer extraer de España yeguas y caballos padres de Andalucía, y ovejas y carneros de ganado merino, en número de cincuenta caballos padres, ciento cincuenta yeguas, mil ovejas y cien carneros por año.

2.º Considerando la república francesa el interés que el rey de España le ha mostrado por la suerte de la hija de Luis XVI, consiente en entregársela, si la corte de Viena no aceptase la proposicion que el gobierno francés le tiene hecha de entregar esta niña al emperador.

En caso de que al tiempo de la ratificación del presente tratado la corte de Viena no se hubiese explicado acerca del canje que la Francia le ha propuesto, Su Majestad Católica preguntará al emperador si tiene intencion ó no de aceptar la propuesta, y si la respuesta es negativa, la república francesa hará entregar dicha niña á Su Majestad Católica.

3.º La cláusula del artículo 15 del presente tratado: *y otros Estados de Italia*, no tendrá aplicacion mas que á los Estados del Papa, para el caso en que este príncipe no fuese considerado como estando actualmente en paz con la república francesa, y tuviese que entrar en negociacion con ella para restablecer la buena inteligencia entre ambos Estados.

Firmado ya el convenio, la Junta de salvacion pública echó de menos un artículo que tranquilizara á los habitantes de las Provincias Vascongadas que se habian manifestado adictos á la república, y dió orden á Barthelemy para que viera de llenar este vacío. Objeto fué este de largas conferencias y debates entre los dos negociadores, Iriarte y Barthelemy. Pero les puso término un despacho del príncipe de la Paz al ministro español, en que prevenia no haber necesidad ni convenir que se adicionase el tratado con ningun artículo relativo á los vascongados, puesto que el gobierno de S. M. estaba resuelto á no perseguir ni molestar á nadie por hechos políticos, ni por opiniones manifestadas en años anteriores: y así lo cumplió.



# ÍNDICE

DE LA PARTE NUMISMÁTICA COMPRENDIDA EN ESTE TOMO

## CASTILLA

## LUIS I

|                                               | Págs. |
|-----------------------------------------------|-------|
| Número 1. Onza ú 8 escudos. . . . .           | 32    |
| Idem 2. Media onza. . . . .                   | 32    |
| Idem 3. Cuarto de onza ó do-<br>blon. . . . . | 32    |
| Idem 4. Duro ú 8 reales.. . . .               | 32    |
| Idem 5. Medio duro. . . . .                   | 32    |
| Números 6 á 8. Pesetas ó 2 reales.            | 32    |

## FERNANDO VI

|                                                      |    |
|------------------------------------------------------|----|
| Números 1, 2. Onzas ú 8 escudos.                     | 77 |
| Idem 3, 4, 6. Medias onzas.                          | 77 |
| Número 8. Cuarto de onza ó do-<br>blon.              | 77 |
| Números 7, 9, 10. Escudo ó $\frac{1}{8}$ de<br>onza. | 77 |
| Idem 11, 12. Medios escudos.                         | 77 |
| Idem 13, 19, 24. Duros ú 8 rs.                       | 77 |
| Idem 14, 15, 20, 25. Medios du-<br>ros.              | 77 |
| Idem 16, 21, 26. Dos rs. plata.                      | 77 |
| Idem 17, 22, 27. Reales de plata                     | 77 |
| Idem 18, 23, 28. Medios reales<br>plata.             | 77 |
| Número 29. Maravedis.                                | 77 |

## CÁRLOS III

|                                           |     |
|-------------------------------------------|-----|
| Números 1, 6, 11, 17. Onzas ú 8 es-       |     |
| cudos. . . . .                            | 125 |
| Idem 2, 7, 12. Medias onzas. .            | 125 |
| Idem 3, 8, 13. Doblon ó $1\frac{1}{4}$ de |     |
| onza. . . . .                             | 125 |

|                                                     | Págs. |
|-----------------------------------------------------|-------|
| Números 4, 9, 14. Escudos . . . . .                 | 125   |
| Idem 5, 10, 15, 16. Medios es-<br>cudos. . . . .    | 125   |
| Idem 18, 24, 28. Duros ú 8 rs. . . . .              | 125   |
| Idem 19, 23. Medios duros. . . . .                  | 125   |
| Número 20. Dos reales de plata. . . . .             | 125   |
| Idem 21. Real de plata. . . . .                     | 125   |
| Idem 22. Medio real de plata. . . . .               | 125   |
| Números 25, 30, 36. Dos reales de<br>plata. . . . . | 126   |
| Idem 26, 31, 37. Real de plata.. . . .              | 126   |
| Idem 27, 32, 38. Medio real de<br>plata. . . . .    | 126   |
| Idem 29, 35. Medios duros. . . . .                  | 126   |
| Idem 33, 34. Duros ú 8 reales. . . . .              | 126   |
| Número 39. Ocho maravedises ó<br>2 cuartos. . . . . | 126   |
| Idem 40. Cuatro maravedises ó<br>1 cuarto.. . . .   | 126   |
| Idem 41. Dos maravedises ú<br>ochavo. . . . .       | 126   |
| Idem 42. Maravedis. . . . .                         | 126   |

## CÁRLOS IV

|                                                |     |
|------------------------------------------------|-----|
| Números 1, 2. Onzas ú 8 escudos.               | 267 |
| Número 3. Media onza. . . . .                  | 267 |
| Idem 4. Doblon ó $\frac{1}{4}$ de onza .       | 267 |
| Idem 5. Escudo. . . . .                        | 267 |
| Idem 6. Medio escudo. . . . .                  | 267 |
| Números 7, 11, 12, 13. Duros ú 8 reales.       | 267 |
| Idem 8, 14, 15. Medios duros.                  | 267 |
| Idem 9, 17. Real de plata. . .                 | 267 |
| Número 10. Medio real de plata. .              | 267 |
| Idem 16. Peseta ó dos reales de plata. . . . . | 267 |

|                                                                          | Págs. |
|--------------------------------------------------------------------------|-------|
| Números 18 á 25. Cuartillas ó $\frac{1}{4}$ de<br>real de plata. . . . . | 267   |
| Número 26. Ocho maravedises ó<br>2 cuartos. . . . .                      | 267   |
| Idem 27. Cuatro maravedises ó<br>1 cuarto. . . . .                       | 267   |
| Idem 28. Dos maravedises ú<br>ochavo. . . . .                            | 267   |
| Idem 29. Maravedís. . . . .                                              | 267   |

## CATALUÑA

## FERNANDO VI

|                                |    |
|--------------------------------|----|
| Números 1, 2. Ardites. . . . . | 78 |
|--------------------------------|----|

## MALLORCA

## LUIS I

|                                 |    |
|---------------------------------|----|
| Números 1, 2. Tresetas. . . . . | 32 |
|---------------------------------|----|

## NAVARRA

## FERNANDO VI

|                                  |    |
|----------------------------------|----|
| Números 1, 2. Cuatro maravedises | 78 |
| Número 3. Maravedís. . . . .     | 78 |

## CÁRLOS III

|        |                          |     |
|--------|--------------------------|-----|
| Número | 1. Cuatro maravedises. . | 127 |
| Idem.  | 2. Maravedís. . . . .    | 127 |

## CÁRLOS IV

Número 1. Cuatro maravedises . 268



# ÍNDICE

## DE LOS LIBROS Y CAPÍTULOS DEL TOMO CUARTO

### PARTE TERCERA.—EDAD MODERNA

#### DOMINACION DE LA CASA DE BORBON

#### LIBRO VI

##### Reinado de Felipe V

(Continuacion)

##### CAPITULO X

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.—ALBERONI

De 1714 á 1718

PAGS.

Muerte de la reina de Inglaterra.—Advenimiento de Jorge I.—Muerte de la reina de España.—Sentimiento público.—Afliccion del rey.—Confianza y proteccion que sigue dispensando á la princesa de los Ursinos.—Mudanzas en el gobierno por influjo de la princesa.—Entorpece la conclusion de los tratados y por qué.—Tratado de paz entre España y Holanda.—Disidencias con Roma: Macanaz.—Resuelve Felipe pasar á segundas nupcias.—Parte que en ello tuvieron la de los Ursinos y Alberoni.—Venida de la nueva reina Isabel Farnesio.—Brusca y violenta despedida de la princesa de los Ursinos.—Cómo pasó el resto de su vida.—Nuevas influencias en la corte.—El cardenal Giudice.—Variacion en el gobierno.—Tratado de paz entre España y Portugal.—Muerte de Luis XIV.—Advenimiento de Luis XV.—Regencia del duque de Orleans.—Conducta de Felipe V con motivo de este suceso.—Carácter de Isabel Farnesio de Parma.—Historia y retrato de su confidente Alberoni.—Su autoridad y manejo en los negocios públicos.—Aspira á la púrpura de cardenal.—Su artificiosa conducta con el pontífice para alcanzarlo.—Obtiene el capelo.—Entretiene mañosamente á todas las potencias.—Envia una expedicion contra Cerdeña, y se apoderan los españoles de aquella isla.—Hace nuevos armamentos en España.—Resentimiento del pontífice contra Alberoni, y sus consecuencias.—Recelos y temores de las grandes potencias por los preparativos de España.—Ministros de Inglaterra y Francia en Madrid.—Astuta política del cardenal.—Alianza entre Inglaterra, Francia y el Imperio.—Armada inglesa contra España.—Firme resolucion de Alberoni.—Sorprende y asombra á toda Europa haciendo salir del puerto de Barcelona una poderosa escuadra española con grande ejército. . . . .

1

##### CAPITULO XI

EXPEDICION NAVAL Á SICILIA.—LA CUÁDRUPLE ALIANZA.—CAIDA DE ALBERONI

De 1718 á 1720

Progresos de la expedicion.—Fáciles conquistas de los españoles en Sicilia.—Aparécese la escuadra inglesa.—Acomete y derrota la española.—Alianza entre Francia, Austria é Inglaterra.—Proposicion que hacen á España.—Recházala bruscamente Alberoni.—Quejas y reconvenciones de España á Inglaterra por el suceso de las escuadras.—Represalias.—Declaran la guerra á los ingleses.—Intrigas de Alberoni contra Inglaterra.—Conjuracion contra el regente de Francia.—Cómo se descubrió.—Medidas del regente.—Prisiones.—Manifiesto de Felipe V.—Francia declara tambien la guerra á España.—Campana de Sicilia.—Combate de Melazzo.—Los imperiales.—El duque de Saboya.—Cuádruple alianza.—España sola contra las cuatro potencias.—Desastre de la armada destinada por Alberoni contra Escocia.

PAGS.

—Pasa un ejército francés el Pirineo.—Sale Felipe V á campaña.—Apodéranse los franceses de Fuenterrabía y San Sebastian.—Frustradas esperanzas de Felipe.—Vuelve apesadumbrado á Madrid.—Invasion de franceses por Cataluña.—Toman á Urgel.—Sitio de Rosas.—Contratiempo de los españoles en Sicilia.—Admirable valor de nuestras tropas.—Armada inglesa en Galicia.—Los holandeses se adhieren á la cuádruple alianza.—Decae Alberoni de la gracia del rey.—Esfuerzos que hace por sostenerse.—Conjúranse todas las potencias para derribarle.—Pónenlo como condicion para la paz.—Decreto de Felipe expulsando á Alberoni de España.—Salida del cardenal.—Ocupanse sus papeles.—Breve reseña de la vida de Alberoni desde su salida de España. . . . .

9

##### CAPITULO XII

EL CONGRESO DE CAMBRAY.—ABDICACION DE FELIPE V

De 1720 á 1724

Da Felipe su adhesion al tratado de la cuádruple alianza.—Artículos concernientes á España y al Imperio.—Evacuacion de Sicilia y de Cerdeña por las tropas españolas.—Pasa el ejército español á Africa.—Combates y triunfos contra los moros.—Esquiva la corte de Viena el cumplimiento del tratado de la cuádruple alianza.—Union de España con Inglaterra y Francia.—Reclamaciones y tratos sobre la restitution de Gibraltar á la corona de Castilla.—Enlaces recíprocos entre príncipes y princesas de España y Francia.—El congreso de Cambray.—Plenipotenciarios.—Dificultades por parte del emperador.—Cuestion de la sucesion española á los ducados de Parma y Toscana.—Vida retirada y estado melancólico de Felipe V.—Intrigas del duque de Orleans en la corte de Madrid.—Muerte súbita del padre Daubenton, confesor del rey don Felipe.—Muerte repentina del duque de Orleans.—El duque de Borbon, primer ministro de Luis XV.—Instrucciones apremiantes á los plenipotenciarios franceses en Cambray.—Despacha el emperador las Cartas eventuales sobre los ducados de Parma y Toscana.—No satisfacen al rey don Felipe.—Transaccion de las potencias.—Ruidosa y sorprendente abdicacion de Felipe V en su hijo Luis.—Causas á que se atribuyó, y juicios que acerca de esta resolucion se formaron.—Retíranse Felipe y la reina al palacio de la Granja.—Proclamacion de Luis I. . . . .

16

##### CAPITULO XIII

DISIDENCIAS ENTRE ESPAÑA Y ROMA

De 1709 á 1720

Causa y principio de las desavenencias.—Reconoce el pontífice al archiduque Carlos de Austria como rey de España.—Protesta de los embajadores españoles.—Extrañamiento del nuncio.—Se cierra el tribunal de la nunciatura.—Se prohíbe todo comercio con Roma.—Circular á las iglesias y prelados.—Relacion impresa de orden del rey.—Oposicion de algunos obispos.—Son reconvencidos y amonestados.—Breve del papa condenando las medidas del rey.—Enérgica y vigorosa respuesta del rey don Felipe á Su Santidad.—Instrucciones al auditor de España en Roma.—Cuestion de las dispensas matrimoniales.—Dictámen del Consejo de Castilla.—Firmeza del rey en este asunto.—Procedimientos en Roma contra los agentes de España.—Indignacion y decreto terrible del rey.—Fuerte consulta del Consejo de Estado sobre los agravios recibidos de Roma.—Desapruebase un ajuste hecho por el auditor Molines.—Invoca el pontífice la mediacion de Luis XIV de Francia.—Conferencias en Paris



para el arreglo de las discordias entre España y Roma.—Amenazante actitud de la corte romana.—Consulta del rey al Consejo de Castilla.—Célebre respuesta del fiscal don Melchor de Macanaz.—Condena el inquisidor general cardenal Giudice desde París el pedimento fiscal.—Manda el rey que se recoja el edicto del inquisidor y llama al cardenal á Madrid.—Falla el Consejo de Castilla contra el inquisidor, y se le prohíbe la entrada en España.—Nuevo giro que toma este asunto por influencia de Alberoni.—Vuelve Giudice á Madrid y retírase Macanaz á Francia.—Proyectos y maniobras de Alberoni.—Edicto del inquisidor contra Macanaz, y conducta de este.—Alberoni se deshace del cardenal Giudice, y le obliga á salir de España.—Negocia Alberoni el ajuste con Roma á trueque de alcanzar el capelo.—Concordia entre España y la Santa Sede.—Quejase el papa por haber sido engañado por Alberoni, y le niega las bulas del arzobispado de Sevilla.—Nuevo rompimiento entre las cortes de España y Roma.—Revoca el pontífice las gracias apostólicas.—Conducta de los obispos españoles en el asunto de la suspension de la bula de la Cruzada.—Témlanse los resentimientos.—Devuelve Roma las gracias.—Se admite al nuncio, y se restablece el tribunal de la nunciatura en Madrid. . .

22

## CAPITULO XIV

## BREVE REINADO DE LUIS I

1724

Cualidades del joven rey.—Su consejo de gabinete.—Sigue gobernando el rey don Felipe desde su retiro.—Mision importante del mariscal Tessé.—Respuesta que le dieron ambas cortes.—Tratos sobre anular el matrimonio de Luis XV con la infanta de España.—Cartas de Luis I á favor de su hermano el infante don Carlos.—Trátase de enviarle á Italia.—Cómo lo toman las potencias mediadoras.—Conferencias en el congreso de Cambray.—Diversas pretensiones: dificultades: irresolucion.—Partidos en España en favor de uno y otro rey.—Ligerezas y extravíos de la joven reina.—La manda recluir el rey su esposo.—Su arrepentimiento y libertad.—Travesuras pueriles del mismo monarca.—Muerte prematura del rey Luis.—Duda Felipe si volverá á ocupar el trono.—Consultas al Consejo de Castilla y á una junta de teólogos.—Diferentes dictámenes.—Resuelve Felipe V ceñir segunda vez la corona que habia renunciado. . .

30

## CAPITULO XV

## Segundo reinado de Felipe V

## PAZ ENTRE ESPAÑA Y EL IMPERIO

De 1724 á 1726

Mudanzas en el personal del gobierno.—Córtes de Madrid.—Jura del príncipe don Fernando.—Impaciencia de la reina por la colocacion de su hijo Carlos.—Pónese en relaciones directas con el emperador.—Intervencion del baron de Riperdá.—Noticias y antecedentes de este personaje.—Es enviado á Viena.—Entra en negociaciones con el emperador.—Disgusto de la corte de Francia.—Deshácese los matrimonios de Luis XV con la infanta de España y del infante don Carlos con la princesa de Francia.—Vuelven ambas princesas á sus respectivos reinos.—Temores de guerra entre Francia y España.—Ajusta Riperdá un tratado de paz entre España y el Imperio.—Otros tratados.—Condiciones desventajosas para España.—Quejas y reclamaciones de Holanda, de Inglaterra y de Francia.—Armamentos en Inglaterra.—Jactancias imprudentes de Riperdá.—Vuelve á Madrid.—Su recibimiento.—Es investido de la autoridad de primer ministro. . .

## CAPITULO XVI

## GOBIERNO Y CAIDA DE RIPERDÁ

1726

Pomposos proyectos de reformas.—Dificultades de ejecucion.—Compromisos con el embajador austriaco.—Disgusto público.—Jactanciosos dichos del ministro.—Apuro en que le ponen los embajadores inglés y holandés.—Imprudencia y ligereza notable de Riperdá.—Descúbrenle el tratado secreto con el Imperio.—Graves consecuencias de esta indiscrecion.—Locos proyectos que concibe.—Cómo se prepara su caída.—Busca un asilo en la

embajada inglesa.—Prision ruidosa de Riperdá.—Restablecimiento del anterior gobierno.—Juicio de aquel personaje. . .

38

## CAPITULO XVII

## SEGUNDO SITIO DE GIBRALTAR.—ACTA DEL PARDO

De 1726 á 1728

Consecuencias de los tratados de Viena.—Nuevas alianzas.—Escuadras inglesas en las Indias y en las costas de España.—Serias contestaciones entre las cortes de Londres y Madrid.—Novedades en el gobierno español.—Caída del marqués de Grimaldo.—Separacion del confesor del rey.—Plan de separar á Francia de Inglaterra.—El cardenal Fleury.—El abad de Montgon.—Proyectos de España sobre Gibraltar.—Ruidosa presa de un navío inglés en las Indias.—Sitio de Gibraltar.—Quejas de los generales.—Terquedad del conde de las Torres.—Sentimientos de las potencias en favor de la paz.—Interés en la conservacion del equilibrio europeo.—Negociaciones para evitar la guerra general.—Preliminares para la paz.—Firmanse en Viena y en París.—Dificultades por parte de España.—Conferencias diplomáticas.—Son admitidos los preliminares.—Muerte de Jorge I de Inglaterra, y coronacion de Jorge II.—Repugnancia del gobierno español á ratificar los preliminares.—Nuevas negociaciones.—Fírmase la ratificacion.—Acta del Pardo.—Levántase el bloqueo de Gibraltar. . .

40

## CAPITULO XVIII

## TRATADO DE SEVILLA.—EL INFANTE DON CARLOS EN ITALIA

De 1728 á 1732

Congreso de Soissons.—Plenipotenciarios que asistieron.—Pretensiones de España desatendidas.—Proposicion del cardenal Fleury.—Languidez y esterilidad de las sesiones y conferencias.—Disuélvese sin resolver definitivamente ninguna cuestion.—Intenta Felipe V hacer segunda abdicacion de la corona.—Cómo se frustró su designio.—Melancolía y enfermedad del rey.—Influjo y poder de la reina.—Dobles matrimonios de príncipes y princesas de España y Portugal.—Viaje de los reyes á Extremadura y Andalucía.—Planes y proyectos de la reina: nuevas negociaciones.—Célebre tratado de Sevilla entre Inglaterra, Francia y España.—Artículo concerniente al envío de tropas españolas á Italia.—Quejas del emperador.—Armamentos navales en Barcelona.—Inaccion de las potencias signatarias del tratado de Sevilla.—Esfuerzos de la reina Isabel.—El cardenal Fleury.—Ultimatum al emperador.—Respuestas y notas.—Impaciencia de los monarcas españoles.—Ocupacion de Italia por ochenta mil imperiales.—Situacion alarmante de Europa.—Mediacion del rey de Inglaterra.—La acepta la reina Isabel.—Tratado de Viena entre el emperador y el rey de la Gran Bretaña.—Declaracion de los reyes de España é Inglaterra.—Se concierta la ida de tropas españolas y del infante don Carlos á Parma.—Convenio con el gran duque de Toscana.—Expedicion de la escuadra anglo-española.—Viaje de don Carlos á Toscana y Parma.—Toma posesion de aquellos ducados.—Protesta del pontífice. . .

45

## CAPITULO XIX

## RECONQUISTA DE ORAN.—DON CARLOS REY DE NÁPOLES Y DE SICILIA

De 1732 á 1737

Grandes y misteriosos armamentos en los puertos y costas de España.—Expectacion y alarma pública.—Sale de Alicante una poderosa armada.—Manifiesto del rey declarando el objeto de la expedicion.—Gloriosa reconquista de Oran.—El conde de Montemar vuelve á Sevilla.—Combates en Africa para mantener las plazas de Oran y Ceuta.—Otros proyectos de la corte de España.—Quejas y reclamaciones del Imperio y de la corte de Roma sobre la conducta de Carlos en Parma y Toscana.—Oficios de Inglaterra para evitar un rompimiento.—Muerte del rey de Polonia.—Ruidosa cuestion de sucesion á aquel trono.—Anuncios de nuevos y grandes disturbios en toda Europa.—Regresa la corte de Sevilla á Madrid.—Alianza de Francia, España y Cerdeña contra Alemania y Rusia.—Neutralidad de Inglaterra y Holanda.—Ejército ruso en Varsovia.—Eleccion de dos reyes.—Ejércitos franceses, sardos y españoles, en el Rhin, en

34



PAGS.

Lombardía y en Toscana.—Expedición española á Nápoles.—El conde de Montemar.—Generalísimo el infante don Carlos.—Entrada de Carlos en Nápoles.—Es proclamado rey.—Gloriosa acción de Bitonto.—Rendición de Gaeta.—Recuperación de Sicilia.—El duque de Montemar.—Carlos de España rey de Nápoles y de Sicilia.—Guerra sangrienta en Lombardía y en el Rhin.—Disgusto y conducta de las potencias marítimas.—Tratos de paz entre Francia y el Imperio.—Ajuste de preliminares en Viena: artículos.—Suspensión de hostilidades.—Resistencia y reparos de la corte de España.—Sentimiento de los toscanos.—Accede por último Felipe V al tratado de Viena.—Distribución de reinos.—Contestaciones entre Carlos y el pontífice sobre el feudo de Nápoles y Sicilia.—Regreso de Montemar á España. . . . .

51

# CAPITULO XX

GUERRA MARÍTIMA ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA

De 1736 á 1741

Nuevas disidencias entre España y Roma.—Sus causas.—Salida de embajadores y de nuncios de ambas cortes.—Término de estas discordias.—Muerte del ministro español Patiño.—Sus excelentes prendas.—Grandes beneficios que debió España á su administración.—Cómo y entre quiénes se distribuyeron sus ministerios.—Muerte del gran duque de Toscana y sucesión del de Lorena.—Cuestiones mercantiles entre Inglaterra y España.—Espíritu de ambos gobiernos y de ambos pueblos.—El de las Cámaras de Inglaterra.—Negociaciones.—Convención del Pardo.—Ofenden á Felipe V las peticiones del parlamento británico.—Mutuas exigencias rechazadas por ambas cortes.—Declaración de guerra.—Escuadra inglesa en Gibraltar.—Presas que hacen los armadores españoles.—Lleva la Gran Bretaña la guerra á las posesiones españolas del Nuevo Mundo.—Grande escuadra del almirante Vernon.—Esperanzas de los ingleses.—Prevenciones de los españoles.—El comodoro Anson.—Atacan los ingleses á Cartagena de Indias.—Retíranse derrotados.—Frústranse otras empresas contra la América española.—Ataca Vernon la isla de Cuba, y se retira en deplorable estado.—Tristeza, descontento é indignación en Inglaterra.—Pérdidas que sufrió en esta guerra la Gran Bretaña. . . . .

57

# CAPITULO XXI

EJÉRCITOS DE LOS TRES BORBONES EN ITALIA.—LOS HERMANOS CARLOS Y FELIPE

De 1738 á 1745

Matrimonio de Carlos de Nápoles.—Recibe la investidura del papa.—Matrimonio del infante don Felipe.—Muerte del emperador Carlos IV de Alemania.—Cuestión de sucesión.—Pretendientes á la corona imperial.—Derechos que alegaba España.—Alianzas de potencias.—Guerras de sucesión al Imperio.—María Teresa.—Designios y planes de los monarcas españoles.—Expedición española á Italia.—El duque de Montemar.—El ministro Campillo.—Va otra escuadra española á Italia.—Causas de malograrse la empresa.—Guerra de Austria.—Viaje del infante de España don Felipe.—Causas de su detención en Francia.—El cardenal Fleury.—Triste situación del ejército de Montemar.—En Bolonia, en Bendenó, en Rímíni, en Foligno.—Escuadra inglesa en Nápoles.—El rey Carlos es forzado á guardar neutralidad.—Retirada de las tropas napolitanas.—Separación y destierro de los generales Montemar y Castelar.—El conde de Gages.—Batalla de Campo-Santo.—Alianza de Austria, Inglaterra y Cerdeña contra Francia y España.—Alianza de Fontainebleau entre España y Francia.—Muerte de Fleury.—Actitud resuelta del gobierno francés.—Expedición marítima contra Inglaterra.—Se malogra.—Gran combate naval entre la escuadra inglesa, la francesa y española reunidas.—Rompe el rey de Nápoles la neutralidad.—Los ejércitos de los tres Borbones pelean en el mediodía y en el norte de Italia.—Los dos príncipes españoles, Carlos y Felipe, cada uno al frente de un ejército.—Apuro de Carlos en Veletri.—Vuelve triunfante á Nápoles.—Cruza Felipe los Alpes y penetra en el Piamonte.—Conflicto en que pone al rey de Cerdeña.—Sitio de Coni.—Vuelve á franquear los Alpes cubiertos de nieve, y se retira al Delfinado. . . . .

61

# CAPITULO XXII

CÉLEBRES CAMPAÑAS DE ITALIA.—MUERTE DE FELIPE V

De 1745 á 1746

Nuevo plan de campaña.—Situación de las potencias de Europa.—Adhesión de Génova al partido de los Borbones.—Reunión de tropas españolas y francesas en Génova.—Atrevida y penosa

Tomo IV

PAGS.

marcha del conde de Gages para incorporarse al infante don Felipe.—El francés Maillebois.—El alemán Schulenburg.—Impepetuosa entrada de españoles en el Monferrato.—Avanzan á Alejandría.—Conquistas del ejército franco-hispano-genovés.—Posesión de Parma á nombre de Isabel Farnesio.—Derrota del rey de Cerdeña.—El infante don Felipe en Milan.—Tratos y negociaciones entre Francia y Cerdeña.—Doble y falsa conducta de Carlos Manuel.—Fírmense los preliminares para la paz.—Rechaza España el tratado.—Rompe el rey de Cerdeña su compromiso.—Cambio de situación en las potencias del Norte.—Gran refuerzo de austriacos en Italia.—Nueva campaña.—Ventajas de los austro-sardos.—Abandona don Felipe á Milan.—Van perdiendo los españoles sus anteriores conquistas.—Gran batalla de Trebia.—Son derrotados los españoles y franceses.—La corte de Versalles temple el enojo de la de Madrid.—Modifican los reyes de España sus pretensiones.—Muerte de Felipe V. . . . .

66

# CAPITULO XXIII

GOBIERNO Y ADMINISTRACION.—MOVIMIENTO INTELECTUAL

Carácter de Felipe V.—Sus virtudes y defectos.—Medidas de gobierno interior.—Aumento, reforma y organización que dió al ejército.—Brillante estado en que puso la fuerza naval.—Impulso que recibió la marina mercante.—Comercio colonial.—Sevilla; Cádiz; Compañía de Guipúzcoa.—Industria naval.—Leyes suntuarias.—Fabricación: manufacturas españolas.—Sistema proteccionista.—Aduanas.—Agricultura.—Privilegios á los labradores.—Contribuciones.—Arbitrios extraordinarios.—Corrección de abusos en la administración.—Provincias Vascongadas: aduanas y tabacos.—Rentas públicas: gastos é ingresos anuales.—Aumento del gasto de la casa real.—Pasión del rey á la magnificencia.—Construcción del palacio y jardines de San Ildefonso.—Palacio Real de Madrid.—Real Seminario de nobles.—Protección á las ciencias y á las letras.—Creación de academias y escuelas.—Real Academia Española.—Universidad de Cervera.—Biblioteca Real de Madrid.—Real Academia de la Historia.—Idem de Medicina y Cirugía.—Afición á las reuniones literarias.—El Diario de los Literatos.—Sabios y eruditos españoles.—Feijóo.—Macanaz.—Médicos: Martín Martínez.—Fr. Antonio Rodríguez.—Historiadores: Ferreras; Miñana; Belando; San Felipe.—Mayans y Ciscar.—El dean Martí.—Poesía.—Luzán: su Poética.—Aurora de la regeneración intelectual. . . . .

69

# LIBRO VII

Reinado de Fernando VI

# CAPITULO PRIMERO

LA PAZ DE AQUISGRAN

De 1746 á 1749

Carácter y primeros actos del nuevo monarca.—Su generosidad con la reina viuda.—Estado en que encontró la guerra de Italia.—Encomienda su dirección al marqués de la Mina.—Retíranse los españoles á Génova y á Provenza.—Síguelos el ejército francés, y abandona también la Italia.—Entran en Génova los austriacos.—Pasa el ejército austro-sardo á Provenza.—Insurrección de los genoveses.—Arrojan á los austriacos.—Toman de nuevo la ofensiva los ejércitos de los Borbones.—Entran otra vez en Italia.—Negociaciones diplomáticas para la paz.—Tratos secretos entre España é Inglaterra.—Situación de Francia y de Holanda.—Proposiciones del gabinete francés.—Plenipotenciarios y conferencias en Breda.—Trasládanse á Aquisgran.—Ajústanse los preliminares.—Armisticio.—Tratado definitivo de paz.—Cédense al infante don Felipe de España los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla.—Reflexiones sobre este tratado.—Convenio particular entre España é Inglaterra.—Vuelven á España las tropas de Italia. . . . .

76

# CAPITULO II

LOS REYES Y SUS MINISTROS.—EL MÚSICO FARINELLI

De 1749 á 1753

Cualidades de Fernando VI.—Carácter é inclinaciones de la reina.—Discreto sistema de neutralidad adoptado por los dos.—El ministro Carvajal.—Su sencillez, integridad y rectitud.—Su política.—Su amor á la independencia española.—El ministro

57



Ensenada.—Sus antecedentes y servicios.—Su talento.—Su pasión á la magnificencia y al lujo.—Opuestos caracteres y encontrada política de los dos ministros.—El confesor Rábago.—Su influencia con el rey.—El músico Farinelli.—Triunfos artísticos de este célebre cantor.—Cómo y por qué fué traído al palacio de los reyes de España.—Causas de su grande influencia con los soberanos.—Solicitan su favor hasta los embajadores y príncipes.—Modestia, honradez y justificación de Farinelli.—Desunion y rivalidad entre Inglaterra y Francia.—Resentimiento de Fernando con Luis XV.—El embajador francés Duras.—Sus ligerezas é indiscreciones.—Paralelo entre el francés Duras y el inglés Keene.—Trabajos políticos de Carvajal y Ensenada en opuesto sentido.—Tratado de Aranjuez.—Alianza entre España, Austria, Toscana y Cerdeña.—Solicita Inglaterra su adhesión, y no se la admite.—Sistema y palabras notables del ministro Carvajal.—Disgustos de Fernando con sus dos hermanos Carlos y Felipe.—Alianza comercial de Nápoles con Inglaterra.—Política sagaz del gabinete de San James con el de Madrid con motivo de aquel tratado.—Entusiasmo de Carvajal, y agradecimiento de los reyes.—Empeño de Francia en que sea separado el ministro español en Londres, don Ricardo Wal.—No lo consigue.—Es llamado Wal á Madrid, y vuelve á Londres mas honrado. . . . .

## CAPITULO III

## EL CONCORDATO

1753

Antiguas disputas entre las cortes de España y Roma.—Concordia Fachenetti.—Disidencias en tiempo de Felipe V.—Bula *Apostolici ministerii*.—Concordato de 1737.—Cuestion del Régio Patronato.—Nuevas controversias.—Concordato de 1753.—Objeto y principales artículos de esta transacción.—Ventajas que de él resultaron al reino.—Observaciones de un docto jurisconsulto español. . . . .

## CAPITULO IV

## CARVAJAL Y ENSENADA

De 1753 á 1755

Síntomas y anuncios de rompimiento entre Francia é Inglaterra.—Sus causas.—Procuran ambas cortes atraer la de España á su partido.—Proposición de un pacto de familia entre los Borbones.—Recházale muy políticamente el ministro Carvajal.—Instancias del embajador inglés.—Resístelas Carvajal.—Integridad y pureza de este ministro.—Su muerte.—Partidos inglés y francés en Madrid.—Sistema de neutralidad de los reyes.—El marqués de la Ensenada: el duque de Huescar: el conde de Valparaíso.—Notable abnegación y desinterés de algunos de estos personajes.—El ministro Wal.—Cómo se preparó la caída de Ensenada.—El tratado de las colonias con Portugal.—Protesta del rey de Nápoles por instigación de Ensenada.—Negociación Ensenada secretamente una alianza indisoluble entre los Borbones.—Plan de ataque de los enemigos de aquel ministro.—Logran su caída.—Prisión y destierro de Ensenada.—Ensanñanse contra él sus adversarios.—Le amparan la reina y Farinelli.—Sátiras y papeles contra el ministro caído.—Cargos que le hacían.—Reseña de los actos de su ministerio.—Proyectos y medidas útiles de administración.—Lo que fomentó las ciencias, la industria y las artes.—Obras y establecimientos literarios.—Protección á la agricultura.—Caminos.—Canales.—Restauración, aumento y prosperidad de la marina española.—Sistema político de Ensenada.—Capacidad, talento y actividad de este ministro, confesada por sus mismos adversarios. . . . .

## CAPITULO V

## OFRECIMIENTOS DE FRANCIA Á INGLATERRA.—NEUTRALIDAD ESPAÑOLA

De 1755 á 1758

Estado de la corte despues de la caída de Ensenada.—Prudente política de los reyes.—Carácter y conducta de cada ministro.—Empeño y esfuerzos de franceses é ingleses para atraer á su partido la corte de España.—Gestiones del embajador francés Duras.—Artificios de la duquesa, esposa del embajador.—Digna respuesta de la reina.—Proposición por parte de Francia de un pacto de familia.—Enojo del rey.—Retirada del embajador.—Aliento que toma el ministro inglés.—Caída del confesor Rábago.—Rompimiento entre Francia é Inglaterra.—Confederación de varias potencias de Europa en favor de una ú otra

de aquellas dos naciones.—Conquistán los franceses á Menorca.—Indignación en Inglaterra.—Cambio de ministerio.—Pitt.—Ofrecen los franceses la plaza de Menorca á España á condicion de ser ayudados en la guerra contra los ingleses.—Entereza é inflexibilidad de los monarcas españoles.—Conflicto en que los ponen los sucesos.—Firmeza de Fernando en su sistema de neutralidad.—Ofrecimiento de Gibraltar hecho por Inglaterra á España.—Otros halagos de los ingleses.—Condiciones que exigen.—Célebre nota del ministro Pitt al embajador Keene sobre este asunto.—Infructuosos esfuerzos del embajador británico.—Disposición de los reyes de España á no faltar á su sistema.—Enérgicas contestaciones del ministro Wal.—Enfermedad y muerte del embajador Keene.—Reemplázale Bristol.—Renuncia de Wal no admitida. . . . .

91

## CAPITULO VI

## MUERTE DE LA REINA DOÑA BÁRBARA.—MUERTE DE FERNANDO VI.—SU GOBIERNO Y ADMINISTRACION

De 1758 á 1759

Presentimiento de la reina doña María Bárbara.—Su enfermedad: su fallecimiento.—Profundo dolor del rey.—Retirase á Villaviciosa.—Enferma de melancolía.—Circunstancias notables de su enfermedad.—Su muerte.—Carácter y virtudes de Fernando VI.—Cómo socorria la miseria pública.—Medidas económicas.—Los pósitos, y su administración.—Moralidad de los empleados públicos.—Estado de la hacienda y de las rentas reales.—Giro de letras.—Caudales de Indias.—Arbitrios.—Pago de deudas atrasadas.—Fábricas y manufacturas.—Ejército y marina.—Proyecto de la única contribucion directa.—Memoria de Ensenada sobre todos estos puntos.—Sobrante que dejó Fernando VI en las arcas públicas.—Cédulas y pragmáticas reales sobre varias materias de moral y costumbres sociales.—Movimiento intelectual en este reinado.—Academia de Nobles Artes.—Otras academias.—Viajes científicos.—Comisiones para el reconocimiento de los archivos del reino.—Fruto y resultados de esta medida.—Curiosa correspondencia del P. Burriel.—Proyecto sobre archivos judiciales.—Otras comisiones literarias.—Desarrollo de la cultura intelectual.—Agradable memoria que dejó á los españoles este monarca. . . . .

95

España en los reinados de los dos primeros Borbones. . . . . 101

## LIBRO VIII

## Reinado de Carlos III

## CAPITULO PRIMERO

## CÁRLOS III EN MADRID.—CÓRTEES.—PRIMERAS MEDIDAS DE GOBIERNO

De 1759 á 1761

Antes de venir á España establece el orden de sucesion en el trono de Nápoles.—Sentimiento general que su despedida produce en el pueblo napolitano.—Beneficios que le debía aquel reino.—Se embarca, y llega á Barcelona.—Fiestas y agasajos públicos.—Mercedes que dispensa á los catalanes.—Corresponde con beneficios al amor que le muestran los aragoneses.—Llega Carlos á Madrid.—Alegría pública.—Tierna entrevista con la reina madre.—Elección de ministros, y provision de otros empleos.—Levanta el destierro á Ensenada.—Distinciones con que honra á Macanaz y á Feijóo.—Murmuraciones de los fanáticos.—Medidas en alivio de los pueblos.—Pago de deudas atrasadas.—Providencia sobre los bienes del clero.—Reforma de costumbres públicas.—Hace su entrada solemne en la corte.—Fiestas populares.—Córtes de 1760.—Nótanse algunas particularidades de estas córtes.—Se proclama la Inmaculada Concepcion patrona de España.—Jura solemne del rey y del príncipe don Carlos.—Muerte de la reina María Amalia.—Virtudes y carácter de esta reina.—Amargura del rey.—Resolucion de no volver á casarse.—Prescribe cómo han de ser los lutos por las personas reales.—Medidas de seguridad pública.—Pragmática prohibiendo el uso de armas blancas y de fuego.—Providencias sobre ornato público.—Empedrado, limpieza y alumbrado de las calles de Madrid.—Organización del cuerpo de Inválidos.—Creación de salvaguardias para la vigilancia pública.—Formación de una milicia urbana.—Su reglamento, servicio y obligaciones. . . . .

121

## CAPITULO II

## EL PACTO DE FAMILIA.—GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA

De 1760 á 1763

Estado de la guerra general.—Situación de cada potencia.—Congreso de Augsburgo.—Cuestion de Francia é Inglaterra.—Cómo



empezó á mezclarse en ella el monarca español.—Antecedentes y causas de la política de Carlos III.—Los ministros Choiseul y Grimaldi.—El Pacto de familia.—Artículos y cláusulas del tratado.—Quejas y reclamaciones de Inglaterra.—Contestaciones entre Pitt, Bristol y Wal.—Retirada del embajador inglés.—Declárase la guerra.—Intentan Francia y España comprometer en su causa á Portugal.—Respuesta del monarca lusitano.—Invaden tropas españolas aquel reino.—Manifiesto de Carlos III de España.—Conquistas de los españoles.—Toman á Almeida.—Deja el mando del ejército el marqués de Sarriá, y le toma el conde de Aranda.—Retírase á cuarteles de invierno.—Lucha entre Inglaterra y las naciones borbónicas en América.—Ataque de los ingleses á la Habana.—Célebre sitio.—El almirante Pocock: el capitán general Prado: el comandante Velasco.—Medios de defensa.—Se apoderan los ingleses de la Cabaña.—El castillo del Morro.—Resistencia heroica de Velasco.—Estallido de una mina.—Asalto del fuerte.—Muerte gloriosa de Velasco.—Ondea el pendon británico en el Morro.—Ataque á la plaza.—Intimacion y capitulacion.—Los ingleses dueños de la Habana.—Apodéranse tambien de Manila.—Toman los españoles la colonia del Sacramento.—Tratos de paz.—Deseos de Francia y España.—Disposicion del ministro inglés Butte.—Preliminares.—Tratado de paz de Paris.—Condiciones á que se sujetó cada una de las potencias. . . . . 128

CAPITULO III

CONSECUENCIAS DE LA GUERRA Y DE LA PAZ.—LA AMÉRICA ESPAÑOLA

De 1763 á 1766

Devolucion de la Habana á los españoles.—Retírase del ministerio don Ricardo Wal.—Ardid que empleó para que se le admitiera la renuncia.—Honosres que le dispensó el rey.—Grimaldi ministro de Estado.—Su adhesion á Francia.—Quejas del embajador inglés.—Dificultades para la restitution de la colonia del Sacramento á los portugueses, y de Manila á los españoles.—Graves contestaciones sobre la cuestion de Honduras.—Cómo se arreglaron estas diferencias en las cortes de Londres y Madrid.—Enlaces de familia entre los Borbones y la casa de Austria.—Fiestas en Madrid.—Mercedes reales.—Fija el gobierno español su atencion en las posesiones ultramarinas.—Viejos y graves abusos que habia en las colonias de América.—Trátase de remediarlos.—Fortificacion de plazas.—Reformas administrativas.—Establecimiento de correos.—Nombramiento de un visitador general para la América española.—Prendas de don José Galvez, y facultades de que fué investido.—Su conducta en Nueva España.—Aumento en las rentas.—Nuevo sistema de impuestos.—Visita y reformas en el Perú.—Reversion del oficio de correo mayor de Indias á la corona.—Algunos alborotos en Méjico y el Perú.—Son sofocados. . . . . 135

CAPITULO IV

MOTIN EN MADRID

1766

Condicion y carácter de los dos ministros, Esquilache y Grimaldi.—Providencias y reformas administrativas debidas al de Esquilache.—La abolicion de la tasa de granos y semillas: importacion de trigos extranjeros.—Cómo fué recibida.—Fama de codicioso que tenia el ministro.—Cómo era mirado del clero.—Carestía en los víveres.—Célebre bando sobre las capas y sombreros.—Imprudencia en la ejecucion.—Disgusto público.—Principio del motin.—Sucesos del domingo de Ramos.—Es invadida por los amotinados la casa de Esquilache.—Carácter del alboroto el lunes.—Escenas sangrientas.—Gran consejo en palacio.—Anécdota curiosa del padre Cuenca.—El rey desde un balcon de palacio accede á las demandas de los sediciosos.—Alegría tumultuaria.—Rosario y procesion de palmas la noche del lunes.—Fuga nocturna del rey y de la real familia á Aranjuez.—Indignacion del pueblo.—Sucesos del martes.—El obispo Rojas.—Representacion al rey.—Conducta de los amotinados.—Respuesta del monarca.—Sosiégase el tumulto el miércoles santo.—Destierro de Esquilache.—Nuevos ministros.—El conde de Aranda presidente del Consejo.—Bando y contra-bando.—Nuevas excitaciones.—Castigos.—Destierro de Ensenada. . . . . 139

CAPITULO V

MOTINES EN PROVINCIAS.—PRUDENCIA DEL CONDE DE ARANDA

1766

Tumulto grave en Zaragoza.—Peticiones del pueblo.—Conducta de las autoridades.—Excesos.—Noble comportamiento de algunos vecinos honrados.—Término de los desórdenes.—Castigos.

—Indulto real.—Motin de Cuenca.—Debilidad del corregidor.—Rebaja en el precio de los comestibles.—Perturbacion en Palencia.—Satisfaccion á los tumultuados.—Actos sediciosos en Andalucía, Aragon y Navarra.—Síntomas de rebelion en Barcelona.—Firmeza y prudencia del capitán general.—Excelente porte de los jefes de gremios.—Se previene la sedicion.—Escenas tumultuarias en Guipúzcoa.—Movimientos de los rebeldes de Azcoitia.—Resistencia que encuentran en Vergara y San Sebastian.—Disuélvense las partidas de amotinados.—Carácter del conde de Aranda y su popularidad.—Sus providencias para afianzar el sosiego en Madrid.—Modificacion del régimen municipal en el reino.—Sistema de intervencion en los abastos públicos.—Auto acordado del Consejo.—Abolicion de las rebajas hechas y de los indultos concedidos en las provincias.—Permanencia del rey en Aranjuez.—Disgusto y murmuracion de la corte.—Medio excogitado por el de Aranda para reconciliar al rey con su pueblo.—Buenos efectos que produce.—Nuevas precauciones del de Aranda.—Inopinada traslacion del monarca á San Ildefonso.—Habilidad del presidente del Consejo para hacer cambiar el traje español.—Cómo lo consigue.—Regreso de Carlos III á la corte.—Aclamaciones populares.—Diversiones públicas.—Aniversario del motin contra Esquilache.—Tranquilidad general. . . . . 145

CAPITULO VI

EXPULSION Y EXTRAÑAMIENTO DE LOS JESUITAS

1767

Misterioso sigilo y pavoroso aparato con que se ejecutó la expulsion en Madrid.—Circunstancias del suceso.—Los jesuitas de Madrid son trasportados á Getafe, y de allí á Cartagena.—Cómo se hizo simultáneamente la expulsion de todas las casas y colegios del reino.—Pliego cerrado á los alcaldes.—Real decreto de expulsion y extrañamiento.—Cajas de depósitos, y puntos de embarque.—Principal inculpacion que se hacia á los jesuitas.—Expediente de pesquisa.—Consejo extraordinario.—Célebre consulta de 29 de enero de 1767.—Resolucion del rey.—Comision del conde de Aranda.—Carta de Carlos III al papa sobre la expulsion de los jesuitas.—Notable respuesta del pontífice.—Célebre consulta del Consejo sobre el breve pontificio.—Contestacion del rey al papa y tenor de la consulta.—Son embarcados y trasportados los jesuitas á los Estados Pontificios.—Niégase Clemente XIII á admitirlos en sus Estados.—A instancia de Carlos III los reciben los genoveses en la isla de Córcega.—Consíentelos luego el papa en sus dominios.—Severidad que empleó el rey con los expulsos.—Severísimas penas contra los que volvieran á España.—Otras disposiciones sobre jesuitas.—Aplicacion y destino que se dió á los bienes de la Compañía.—Creacion de seminarios conciliares.—Casas de correccion para clérigos.—Idem de pension y ensenanza para niños y niñas.—Hospitales, hospicios é inclusas.—Reales cédulas sobre supresion de cátedras de la escuela jesuítica. . . . . 149

CAPITULO VII

ANTECEDENTES Y CAUSAS DE LA EXPULSION

Ideas y actos de Carlos III de Borbon cuando era rey de Nápoles sobre poder y jurisdiccion espiritual y temporal.—El marqués de Tanucci, su primer ministro en Nápoles.—Predisposicion de Carlos respecto á los jesuitas cuando vino á España.—La eleccion de confesor, de ministros y consejeros.—Suceso ruidoso del destierro del inquisidor general y sus causas.—Conducta del rey, del Consejo, del inquisidor y del nuncio en este negocio.—Famosa pragmática del *Regium exequatur*.—Real cédula sobre prohibicion de libros.—Suceso memorable del obispo de Cuenca.—Célebre expediente que se le formó.—Comparecencia del prelado ante el Consejo pleno á oír su reprension.—Notable severidad del rey.—Voces esparcidas contra el monarca y su gobierno.—A quiénes se atribuian.—Ideas del siglo XVIII.—Escritos contra los jesuitas.—Son arrojados de Portugal.—Son expulsados de Francia.—Bula de Clemente XIII en su favor.—Cómo fué recibida en España.—Cúlpase á los jesuitas de motores ó instigadores del motin de Madrid.—Expediente de pesquisa.—Causas á que atribuyeron los parciales de los jesuitas su expulsion.—Cartas apócrifas.—Fundamento de esta opinion.—Exposicion de los excesos que les fueron atribuidos. . . . . 157

CAPITULO VIII

EXTINCION DE LA COMPAÑIA DE JESUS POR LA SANTA SEDE

De 1767 á 1775

Expulsion y extrañamiento de los jesuitas de Nápoles.—El Moni-



torio de Parma.—Alarma de las cortes borbónicas.—Son echados de Parma los jesuitas.—Piden los Borbones la revocacion del Monitorio.—Apoderanse de Aviñon y Benevento.—Union de los Borbones y de Portugal para pedir la total extincion de la Compañia de Jesus.—Muerte inesperada del papa Clemente XIII.—Trabajos é intrigas para la eleccion de papa.—Esfuerzos de los cardenales y embajadores de las cortes borbónicas.—Condiciones que Carlos III exigia del que hubiera de ser electo pontífice.—Dificultades en el Conclave.—Cómo fué proclamado papa Fr. Lorenzo Ganganelli.—Celebran su elevacion los Borbones.—Cómo se fué conduciendo Clemente XIV en la famosa cuestion de los jesuitas.—El breve *Coelestium*.—Memorias de los embajadores de las coronas contra el breve.—Informe de todos los prelados españoles.—Compromiso que adquiere el pontífice.—Notable carta de Carlos III al papa.—Irresolucion y vacilaciones de Clemente XIV.—Esperanzas de los jesuitas, y su fundamento.—Muerte del ministro Choiseul.—Reemplaza á Azpuru en Roma don José Moñino.—Sobresalto del papa y temor grande de los jesuitas.—Talento, vigor y energía de Moñino.—Domina en Roma.—Apura y estrecha al pontífice.—Lucha diplomática entre el pontífice y el ministro de España.—Plan de Moñino.—Resuélvese Clemente XIV á extinguir los jesuitas en toda la cristiandad.—Memorable breve de abolicion.—Ejecútase en Roma.—Cómo se cumplió en todas las naciones.—Resistencia que encontró en algunas.—Representacion del arzobispo de Paris contra el breve de extincion.—Sinistras predicciones que se difundieron sobre la enfermedad y muerte de Clemente XIV.—Invenciones y fábulas de los amigos y de los enemigos de los jesuitas para desacreditarse mutuamente.—Muerte natural del pontífice.—Sucédele Pio VI. . . . .

166

## CAPITULO IX

ESTADO DE EUROPA.—ISLAS MALUINAS.—MARRUECOS.—ARGEL.—PORTUGAL

De 1774 á 1777

Situacion de la Italia, favorable á los Borbones.—Engrandecimiento de Rusia.—Suecia, Dinamarca, Holanda.—Austria y Prusia.—Memorable repartimiento de la desgraciada Polonia.—Estado interior y exterior de la Francia.—Agitaciones en Inglaterra.—Desacuerdo entre el gobierno británico y los Borbones.—Cuestion de la Luisiana.—Ocupacion de Córcega por los franceses.—Incorporacion de la isla á la corona de Francia.—Origen de la famosa cuestion sobre las islas Maluinas.—Arrojan de ellas los españoles á los ingleses.—Indignacion en la Gran Bretaña.—Temores de guerra.—Opina por ella el conde de Aranda.—Extraño giro que se da á este asunto.—Negociaciones.—Conducta de los ministros español, inglés y francés.—Debilidad de Carlos III.—Vigorosa entereza del conde de Aranda.—Novedad en la corte de Versalles.—Caida de Choiseul.—Desenlace inopinado de la cuestion de las Maluinas.—Mal comportamiento de Luis XV con Carlos III.—Carta del emperador de Marruecos al rey de España, y guerra que ocasiona.—Sitio de Melilla.—Se restablece la paz á peticion del marroquí.—Desgraciada y funesta expedicion enviada contra Argel.—Injustificable ligereza del conde de O'Reilly.—Derrota y desastres del ejército español.—Indignacion pública contra O'Reilly.—Disgusto general contra el ministro Grimaldi.—Completo abandono y aislamiento en que se ve.—Sostiénle el monarca contra el torrente de la opinion.—Nuevos disgustos obligan á Grimaldi á hacer resueltamente renuncia del ministerio.—Admítela el rey.—Es enviado á Roma.—Floridablanca ministro de Estado.—Caida de Tanucci en Nápoles, y de Pombal en Lisboa.—Disputa y guerra entre Portugal y España sobre las colonias de América.—Triunfos de los españoles en las costas del Brasil.—Muerte de José I de Portugal.—Cambio de política.—Paz entre Portugal y España.—Tratado de límites.—Estrecha alianza entre ambas cortes. . . . .

175

## CAPITULO X

COLONIZACION DE SIERRA-MORENA

De 1766 á 1778

Origen de las nuevas poblaciones de Andalucía.—Proposicion del alemán Thuriel para traer colonos extranjeros.—Condiciones de la contrata ajustada con Campomanes.—Real cédula, con la instruccion del régimen y administracion de las futuras colonias.—Nombramiento de Olavide para director y superintendente de ellas.—Antecedentes é ideas de Olavide.—Fundacion de poblaciones.—Aspecto risueño de la comarca.—Quejas sobre abusos.—Visita que se manda girar.—Informes.—Defiéndese Olavide, y es repuesto en la superintendencia.—Halagüeños re-

sultados de la colonizacion.—Nueva persecucion contra Olavide.—Es delatado á la Inquisicion por hereje.—Proceso que se le forma.—Sentencia y autillo de fe.—Va á cumplir su penitencia á un convento.—Sale con licencia á baños y se fuga á Francia.—Vicisitudes de su vida.—Se convierte.—Escribe el *Evangelio en triunfo*.—Cómo logró volver á España.—Su muerte. . . . .

182

## CAPITULO XI

REFORMAS Y MEJORAS ADMINISTRATIVAS

De 1766 á 1777

Proteccion á la agricultura.—Repartimiento de tierras baldías y concejiles.—Provision en favor de los renteros.—Medidas sobre comercio de granos, y condiciones impuestas á los fabricantes.—Sobre abastecimiento público.—Introduccion y extraccion.—Licencias y posturas sobre artículos de consumo.—Oficios de hipotecas.—Junta de comercio y moneda.—Sistema mercantil.—Medios de comunicacion.—Hacienda: sobre contribucion única.—Administracion de justicia.—Tendencia á debilitar los fueros militar y eclesiástico.—Pragmática de asonadas, y ley de orden público.—Division de Madrid en ocho cuarteles.—Alcaldes de corte y de barrio.—Facultades y atribuciones de cada uno.—Moralidad pública.—Provision sobre juegos de envite, suerte y azar.—Pragmática sobre vagos.—Levas anuales.—Ordenanza para el reemplazo del ejército.—Exenciones notables.—Su espíritu y objeto.—Ordenanza de caza y pesca.—Reformas en otros ramos de la administracion. . . . .

186

## CAPITULO XII

INSTRUCCION PÚBLICA.—SOCIEDADES ECONÓMICAS

De 1767 á 1768

Arreglo y fomento de la primera enseñanza.—Colegios de educacion y pupilage.—Honores y privilegios á los profesores.—Creacion y organizacion de Seminarios conciliares.—Objeto y condiciones de estos establecimientos.—Reales Estudios de San Isidro.—Reforma de las universidades.—Creacion de directores.—Censores régios.—Mal estado de la instruccion universitaria.—Plan de Olavide.—Proyecto de un plan general de estudios.—Informes de las universidades.—Oposicion á la reforma.—Resistencia de la de Salamanca.—Mejora sus estudios, y acaba por ponerse al frente del movimiento intelectual.—Colegios mayores.—Abusos y desarreglo en que habian caido.—Su preponderancia sobre las universidades.—Monopolio de los empleos y cargos públicos.—Empréndese su reforma.—Grande agitacion.—Cómo se llevó á cabo la reforma radical de los colegios.—Sociedades Económicas.—Su origen y principio.—El conde de Peñaflorida.—Sociedad vascongada de Amigos del País.—Real y patriótico Seminario de Vergara.—Discurso de Campomanes sobre la industria y la educacion popular.—Creacion de la Sociedad Económica de Madrid.—Su objeto y estatutos.—Sociedades en provincias.—La Junta de damas.—La doctora de Alcalá.—Admision de socias de mérito.—Servicios de la junta.—Utilidad de estas asociaciones.—Mérito de Carlos III y sus ministros. . . . .

190

## CAPITULO XIII

LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.—GUERRA DE FRANCIA Y ESPAÑA CONTRA INGLATERRA

De 1776 á 1781

Los anglo-americanos.—Causas y principio de su rebelion.—Se declaran en abierta resistencia al gobierno de la metrópoli.—Discordias intestinas en la Gran Bretaña.—Proteccion de Francia á los sublevados.—Nombran estos general en jefe á Jorge Washington.—Carácter y prendas de este personaje.—Proclámase la independencia de los Estados- Unidos.—Washington dictador.—Sus triunfos contra los ingleses.—Alianza de Francia con la América del Norte.—Combate naval entre ingleses y franceses.—Conducta del monarca y del gobierno español en esta contienda.—Comportamiento de Floridablanca.—Su manejo con las cortes de Londres y Paris.—Hácese Carlos III mediador para la paz.—Encontradas pretensiones de aquellas dos potencias.—Proposiciones que hace Carlos III.—Deséchalas la Inglaterra.—Retírase el embajador español de Londres.—Declaracion de guerra.—Plan del conde de Aranda.—Reunion de las escuadras francesa y española.—Expedicion contra Inglaterra.—Fatales resultados de esta malograda tentativa.—Bloqueo de Gibraltar.—Apuro de la plaza.—La escuadra inglesa de Rodney.—Aprisa una flota española.—Sorprende y destruye la escuadra de Lángara.—Heróico aunque desastroso combate naval.—Expedicion inglesa y española á las Islas Occidentales: Rodney;



Solano.—Suceso de las islas Azores: rica presa de una flota británica.—Campana de América.—Hazañas y triunfos de don Bernardo de Galvez en la Florida.—De don Matías de Galvez en Honduras.—Pérdidas de los ingleses.—Guerra entre Inglaterra y Holanda.—Famoso combate en el Báltico.—Sucesos de la América del Norte en los años 79, 80 y 81.—Célebre triunfo de Washington en York-Town.—Preludio de la emancipación de los Estados-Unidos. . . . . 195

# CAPITULO XIV

NEGOCIACIONES PARA LA PAZ.—LA NEUTRALIDAD ARMADA

De 1779 á 1781

Origen de estos tratos.—Comunicaciones del comodoro Johnstone al gabinete de Madrid.—Comision dada por Floridablanca al irlandés Hussey.—Pláticas de este con los ministros ingleses.—Venida de Hussey á Madrid, y conferencias con Floridablanca.—Cuestion sobre la base de la devolucion de Gibraltar.—Regreso de Hussey á Londres.—Proposiciones del gobierno británico al español.—Dicho célebre de lord Stormond.—Carta de Hussey á Floridablanca.—Respuesta de este ministro.—Venida de Cumberland á Madrid.—Insistencia de Floridablanca en exigir como condicion preliminar la restitution de Gibraltar.—Retirada del agente inglés.—Cesa la negociacion.—Proyecto de un convenio de *Neutralidad armada* entre las naciones europeas.—Causas que le hacian necesario.—Parte principal que en él tuvo el gobierno de España.—Pónese la emperatriz de Rusia al frente de las potencias neutrales.—Declaracion solemne.—Adhesion de España, Francia, Dinamarca, Suecia, Holanda y otras potencias á la *Neutralidad armada*.—Aislamiento de Inglaterra.—Escasos resultados de esta confederacion.—Impavidez heroica de la Gran Bretaña.—Continuacion de la guerra. . . . . 201

# CAPITULO XV

MENORCA.—GIBRAITAR.—FIN DE LA GUERRA

De 1781 á 1783

Resuélvese la reconquista de Menorca.—Admirable secreto con que se preparó y condujo la empresa.—Parten de Cádiz las escuadras francesa y española reunidas.—Lleva el mando en jefe el duque de Crillon.—Sobresalto de los ingleses, y regocijo de los naturales.—Bloqueo del castillo de San Felipe.—Conducta heroica de Crillon.—Firmeza y pundonor del gobernador Murray.—Ataque á la plaza con ciento once cañones y treinta y tres morteros.—Rendicion de la plaza y castillo.—Capitulacion honrosa.—Vuelve toda la isla al dominio de España.—Recompensa.—Convíertese en sitio el bloqueo de Gibraltar.—Planes diversos, y extravagantes invenciones para rendirla.—Son desechados.—Se adopta el famoso proyecto de *las baterías flotantes* de M. d'Arzon.—Descripcion de estos navíos monstruos.—Ejército de cuarenta mil hombres en el campo de San Roque.—Obras admirables de ataque y defensa.—Curiosidad y ansiedad pública.—Expectacion de toda Europa.—Pónense en juego con soberbio aparato las baterías flotantes.—Horrible estruendo causado por cuatrocientas piezas de grueso calibre disparadas á un tiempo.—Incéndianse las flotantes.—Noche funesta y terrible.—Malógrase la empresa naval.—Continuacion del sitio.—Contratiempo de la escuadra española.—Llegada y maniobras de la escuadra inglesa.—Introduce socorros en la plaza.—Combate, y se salva de las escuadras combinadas.—Proyecto de minar el Peñon.—Nuevas negociaciones para la paz.—Cambio en el ministerio inglés.—Agentes británicos en Paris.—Conducta del gobierno francés.—Condiciones que exigia España.—Modifica sus proposiciones.—Frústranse sus esperanzas de la restitution de Gibraltar.—Prepárase una formidable expedicion contra Jamaica.—Se firman los preliminares para la paz.—Adhesion del gobierno español.—Desapruebalos el parlamento británico.—Ministerio Fox.—Se ajusta el tratado definitivo de paz.—Sus principales capítulos.—Ventajas que reportó España.—Fin de la guerra.—Conducta del ministro Floridablanca. . . . . 204

# CAPITULO XVI

LA AMÉRICA ESPAÑOLA.—ESTADOS BERBERISCOS.—SITUACION GENERAL DE EUROPA

De 1780 á 1788

Comociones en la América del Sur.—Causas del descontento de los indios.—Rebelion de Tupac-Amaru en el Perú.—Sangrienta alevosía con que la inauguró.—Cunde el fuego de la insurrec-

ción á otras provincias.—Amenazan los sublevados las ciudades de Cuzco y La Plata.—Trágicas escenas y horribles excesos de los indios en Oruro y otras poblaciones.—Triunfos de Resequin sobre los rebeldes.—Prisiones y suplicios.—Arrogancia de Tupac-Amaru al frente de sesenta mil indios.—Persiguen Valle y Areche.—Marcha penosa de los españoles.—Derrota Valle á los sublevados.—Tupac-Amaru prisionero.—Mantienen sus parientes la rebelion.—Son vencidos.—Atroz ejecucion de Tupac-Amaru y su familia en la plaza del Cuzco.—La insurreccion de Buenos-Aires.—Sofócala Resequin.—Los rebeldes se acogen á indulto.—Nuevas alteraciones.—Prision y castigo de sus autores.—Pacificacion de la América española.—Tratos de Carlos III para ponerse en paz con las regencias berberiscas.—Tratado de amistad y comercio entre España y Turquía.—Regalos del monarca español al Sultan.—Embajador turco en Madrid.—Niéganse los argelinos á hacer amistad con España.—Expediciones contra Argel: bombardeos.—Paz entre España y la regencia argelina.—Paz con la de Trípoli.—Treguas con la de Túnez.—Resultados de la paz de España con las potencias infieles.—Enlaces y alianza con Portugal.—Ingratitud y desarreglo del rey de Nápoles.—Prudente política de Carlos con las potencias europeas.—Sucesos de Holanda.—Francia y Prusia atajan los planes del emperador austriaco.—Reformas imprudentes de José II.—Amargura del papa Pio VI.—Muerte de Federico II de Prusia.—Cambio de la política europea.—Diversa situacion de Inglaterra y de Francia.—Restablecimiento del antiguo gobierno holandés.—Amenaza nueva guerra.—Interviene discretamente y la evita Carlos III.—Convenio entre Francia é Inglaterra.—Convenio entre Inglaterra y España. . . . . 210

# CAPITULO XVII

REFORMAS ÚTILES.—SISTEMA DE BENEFICENCIA PÚBLICA

De 1777 á 1788

Empeño en desterrar la holganza y en inspirar apego al trabajo.—Ejemplo del rey con los mendigos de los sitios reales.—Asilos de beneficencia.—Hospicio de Madrid.—Providencias para el recogimiento de mendigos.—Junta general y diputaciones de caridad.—Sus deberes y atribuciones.—Distribucion de limosnas.—Medidas contra vagos, ociosos y pretendientes en corte.—Asociacion benéfica de señoras.—Escuelas gratuitas de niños y niñas pobres.—Enseñanza de labores y oficios.—Multiplicacion de hospicios y casas de misericordia en provincias.—Hospitalidad domiciliaria.—Celo caritativo de los prelados españoles.—Fondo Pio Beneficial.—Sistema organizado para desterrar la vagancia y socorrer la verdadera necesidad.—Ideas del ministro Floridablanca sobre este punto.—Escritos y publicaciones sobre el ejercicio discreto de la caridad y de la limosna.—Certámen promovido por la Sociedad Económica de Madrid: premio.—Declara el rey oficios honestos y honrados los que antes se tenian por viles é infamantes.—Provision contra falsos peregrinos, fingidos estudiantes, titiriteros, y buhoneros ambulantes.—Célebre pragmática reduciendo los gitanos á la vida civil y cristiana: resultado que produjo.—Ocupacion de mujeres en fábricas y manufacturas.—Organizacion de socorros públicos en las epidemias.—Ejemplo del rey.—Pragmática para la formacion y construccion de cementerios fuera de las poblaciones.—Firmeza, pulso y discrecion con que se planteaban estas reformas. . . . . 216

# CAPITULO XVIII

FOMENTO DE LA AGRICULTURA, DE LA INDUSTRIA Y DEL COMERCIO

De 1770 á 1787

Canales de navegacion y de riego.—El Imperial de Aragon.—El Real de Tauste.—Los pantanos de Lorca.—El canal de Tortosa.—Los de Manzanares y de Guadarrama.—Escuela práctica de agricultura.—Medidas para el fomento de este ramo.—Ejemplo del rey y de los príncipes.—Ideas y providencias sobre vinculaciones.—Escritos sobre economía.—El Tratado de la Regalía de Amortizacion de Campomanes.—Informe sobre la Ley Agraria de Jovellanos.—Industria, artes, ciencias exactas.—Observatorio astronómico.—Museo de ciencias naturales.—Libre ejercicio de las nobles artes.—Fabricacion.—Caminos públicos.—Reglamento de carreteras.—Postas, coches-diligencias.—Auxilios que encontraba el gobierno.—Celo y desinterés de corporaciones y particulares.—Obras públicas de utilidad y de ornato, en Madrid y provincias.—Comercio exterior é interior.—Libre comercio de Indias y su resultado.—La Compañía de Filipinas.—Reforma de aduanas y aranceles.—Aumento de



rentas.—Creacion de vales reales.—Descrédito del papel: conflictos.—Ereccion del Banco nacional de San Carlos.—Su objeto, organizacion y gobierno.—Cabarrús.—Impugnaciones que se hicieron al establecimiento y á su fundador.—Primeros efectos de la institucion del Banco. . . . . 220

## CAPITULO XIX

ADMINISTRACION ECONOMICA Y CIVIL.—INSTRUCCION PARA LA JUNTA DE ESTADO

De 1769 á 1787

Los ministros Muzquiz y Lerena.—Influencia de Floridablanca.—Rebaja en los derechos de alcabalas y cientos.—Establecimiento de la contribucion de frutos civiles.—Simplificacion de los impuestos.—Reglas para la provision de obispos y prebendas.—Pensamientos sobre el arreglo del clero.—Administracion de justicia.—Reglamento para la promocion de corregidores y jueces letrados.—Consejos y cámaras.—Censo de poblacion.—La Junta de Estado.—Su origen y objetos.—Su utilidad.—Célebre instruccion reservada para gobierno de la Junta.—Máximas y principios que contenia para todos los ramos de la administracion pública.—Plan general de gobierno.—Política exterior.—Fíjanse las relaciones que convenia tuviese España con cada una de las potencias extranjeras.—La Santa Sede.—La Italia.—Francia.—Cambio notable de política respecto al Pacto de Familia.—Inglaterra.—Desconfianza de aquel gobierno.—Gibraltar.—Alemania.—Portugal.—Proyectos de Rusia y de Alemania sobre Turquía.—Prevision admirable de Carlos III sobre estos planes.—Conducta que convenia observar con la Puerta Otomana.—Ideas sobre los Estados-Unidos de América.—El Asia y la India Oriental.—Merecido elogio de esta célebre Instruccion.—Idem de su autor el conde de Floridablanca. . . . . 225

## CAPITULO XX

DISGUSTOS DE FLORIDABLANCA.—MUERTE DEL REY.—SU CARÁCTER

De 1787 á 1788

Intrigas contra el primer ministro.—Pretextos para desacreditarle con el rey.—Manejos del conde de Aranda.—El decreto sobre tratamientos.—Sátiras y otros escritos contra Floridablanca.—Sospechas acerca de sus autores.—Destierros políticos.—Escribe y presenta el ministro de Estado al rey su célebre Memorial en propia defensa.—Mantiénele el rey en su gracia y valimiento.—Situacion de la Europa en ocasion que esto sucedia.—Enfermedad de Carlos III.—Tranquilidad y entereza de espíritu con que se prepara á la muerte.—Bendice y exhorta á sus hijos.—Religiosa y edificante muerte del rey.—Su testamento.—Sentimiento general.—Fisonomía, carácter y costumbres de Carlos.—Regularidad inalterable en su método de vida.—Su aficion á la caza.—Su intachable conducta como esposo y como padre.—Inquebrantable veracidad de Carlos.—Su constancia en el cariño.—Piedad, devocion, amor á la justicia y otras virtudes de este príncipe.—Sus cualidades intelectuales. . . . . 229

## CAPITULO XXI

ESPAÑA EN EL REINADO DE CARLOS III. . . . . 234

## LIBRO IX

Reinado de Carlos IV

## CAPITULO PRIMERO

MINISTERIO DE FLORIDABLANCA.—REVOLUCION FRANCESA

De 1788 á 1792

Proclamacion de Carlos IV.—Continúa Floridablanca en el ministerio.—Medidas de desamortizacion.—De fomento del comercio y de la marina.—De orden y de decencia pública.—Córtes de 1789.—Abolicion del Auto acordado de Felipe V sobre la sucesion á la corona.—Razones de no haberse publicado la Pragmática.—Revolucion francesa.—Causas que la habian preparado.—Carácter de Luis XVI.—Sus primeras concesiones.—Los ministros Necker y Calonne.—Asamblea de los notables.—Estados generales.—Asamblea nacional.—Reunion del Juego de pelota.—Siéyes, Bailly, Mirabeau.—Asalto de la Bastilla.—El rey y los revoltosos en Paris.—Lafayette.—Triunfos de la democracia.—Excesos en Paris y provincias.—Armamento gene-

ral.—Los clubs.—Asamblea Constituyente.—Declaracion de los Derechos del hombre.—Sesion célebre.—El banquete de Versailles.—Tumultuaria invasion de la Asamblea.—Las mujeres en el Palacio Real.—Conflicto y conducta del rey.—Agitacion general.—Emigracion.—Estremecimiento de toda Europa.—Amenaza un rompimiento entre España é Inglaterra.—Protege á España la Asamblea nacional.—La gran fiesta de la Confederacion.—Fuga y prision del rey y de la familia real de Francia.—Acepta el rey la Constitucion.—Partidos en la Asamblea.—Gobierno de los Girondinos.—Actitud de los emigrados y de las cortes extranjeras.—Planes de contrarevolucion.—Exaltacion en Francia.—Situacion de Luis XVI.—Su carta á los soberanos.—Respuestas.—Conducta del gobierno español.—Floridablanca enemigo declarado de la revolucion francesa.—Medidas para preservar á España del contagio revolucionario.—Causas y fundamentos de sus temores.—Su nota á la Asamblea.—Mal efecto que produce.—Su providencia contra los extranjeros, especialmente franceses.—Su obstinacion en considerar á Luis XVI privado de libertad.—Notas imprudentes de aquel ministro.—Compromiso en que pone al rey y á la nacion.—Benevolencia del gobierno francés.—Insistencia de Floridablanca.—Prepárase su caida.—Causas que contribuyeron á ella.—Caida y destierro de Floridablanca.—Proceso que se forma.—Su defensa.—Reemplázale el conde de Aranda en el ministerio. . . . . 265

## CAPITULO II

ARANDA Y GODOY.—GUERRA ENTRE ESPAÑA Y LA REPÚBLICA FRANCESA.—PAZ DE BASILEA

De 1792 á 1795

Restablecimiento del Consejo de Estado.—Política del conde de Aranda.—Su conducta con la Asamblea francesa.—Terribles sucesos de junio y agosto de 1792 en Paris.—Asalto del palacio.—Desenfreno popular.—Sangrientas jornadas de setiembre.—Asesinatos horribles.—Guerra entre Francia, Austria y Prusia.—La Convencion.—Proceso de Luis XVI.—Sobresalto en España.—Cuestiones que se presentan en el Consejo de Estado.—Resolucion: circular á los embajadores: sistema precaucional: instruccion al ministro español en Paris.—Situacion de la Francia.—Neutralidad española.—Separacion del conde de Aranda.—Reemplázale en el ministerio don Manuel Godoy, duque de la Alcudia.—Noticias de este personaje, y causas de su rápida elevacion.—Disgusto general.—Arrecia en Francia el furor revolucionario.—Esfuerzos de España para salvar á Luis XVI.—Sentencia y suplicio del desventurado monarca.—Terror en Francia.—Asombro é indignacion en Europa.—Declaracion de guerra entre Francia y España.—Calor y entusiasmo de los españoles.—Ofrecimiento prodigioso de personas y caudales.—Formacion de tres ejércitos.—Campañas de 1793.—Penetra Ricardos en Francia por Cataluña.—Victorias y conquistas del ejército español.—Ricardos vencedor de cuatro generales de la república.—Excelente comportamiento del ejército español en el Pirineo occidental.—Famosa reconquista de Tolon por los republicanos franceses.—Dáse á conocer Napoleon Bonaparte.—Vituperable conducta del almirante inglés.—Generosidad del español.—Estado de la Francia.—Suplicio de la reina María Antonia.—Los terroristas.—El gobierno español resuelve la continuacion de la guerra.—Caida y destierro del conde de Aranda.—Muerte de Ricardos y de O'Reilly.—El conde de la Union.—Campaña de 1794.—El ejército español del Pirineo oriental pierde todas las conquistas de la campaña anterior.—Es arrojado á España.—Entrega vergonzosa de la plaza de Figueras.—Piérdense por el Occidente Fuenterrabía, Pasajes y San Sebastian.—Amenazan los franceses á Pamplona.—Cambio político en Francia.—Suplicio de Robespierre.—Primeros tratos de paz.—Campaña de 1795.—Pérdida de Rosas.—Toman los franceses á Vitoria y Bilbao.—Por Oriente son arrojados de ambas Cerdañas.—Nuevas proposiciones de paz.—Fírmase en Basilea el tratado de paz entre Francia y España.—Don Manuel Godoy, príncipe de la Paz. . . . . 278

## CAPITULO III

MEDIDAS DE GOBIERNO INTERIOR

De 1789 á 1796

Falta de un sistema de administracion uniforme, y sus causas.—Fomento de intereses materiales.—Providencia contra los acaparadores y monopolistas de granos.—Arreglo y gobierno de Pósitos.—Aprovechamiento de las dehesas de Extremadura.—Comercio y marina mercante.—Muselinas y tejidos de algodón.



—Libertad de fabricacion y de industria.—Abolicion de privilegios gremiales.—Minas de carbón de piedra.—Fomento de la cria caballar.—Estado de la hacienda.—Gastos é ingresos: déficit.—Arbitrios y recursos.—Empréstitos: vales.—Medios para su extincion y amortizacion.—Memoria del ministro de Hacienda.—Ideas notables.—Alivio de cargas públicas.—Medidas contra la vagancia.—Escuelas.—Plausible providencia sobre niños expósitos.—Policía y orden público.—Disposiciones sobre fondas y cafés.—Sobre teatros y casas de baile.—Vigilancia sobre la moralidad.—Celo por la comodidad pública.—Estado de la opinion en política. . . . . 290

CAPITULO IV

ALIANZA ENTRE ESPAÑA Y LA REPÚBLICA — GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA.—PAZ DE CAMPO-FORMIO

De 1795 á 1797

Estado de la Francia despues del 9 de thermidor.—Insurreccion del 12 de germinal.—Terribles sucesos del 1.º de pradiel.—Espanto en la Asamblea invadida por los forajidos.—Combates sangrientos en el salon.—Desarme de los patriotas.—Prisiones, destierros y suplicios de los terroristas.—Esperanzas y atrevimiento de los realistas y reaccionarios.—Nueva Constitucion francesa.—Consejos de los Quinientos y de los Ancianos.—El Directorio ejecutivo.—Oposicion á los decretos de 5 y 13 de fructidor.—Reunion del nuevo Cuerpo legislativo.—Famosa rebelion de las secciones y de los partidos extremos contra la Convencion.—Barrás jefe de las fuerzas de la Asamblea.—Nombrasu segundo á Bonaparte.—Actividad y acertadas disposiciones de Napoleon.—Ametralla los batallones insurrectos, esparce el terror y la muerte, y tranquiliza á Paris.—Incorporacion de Bélgica á Francia.—La Convencion nacional termina sus sesiones.—Quejas del príncipe de la Paz contra el gabinete inglés.—Consulta al Consejo sobre la alianza con la república francesa.—Opinion del Consejo.—Tratado de alianza ofensiva y defensiva entre España y Francia.—Declaracion de guerra á la Gran Bretaña.—Manifiesto del rey.—Proposiciones de Inglaterra para la paz, no admitidas.—Situacion de las potencias de Europa.—Triunfos y conquistas de Napoleon en Italia.—Muerte de la emperatriz de Rusia.—Conducta de Prusia y de Austria.—Escuadra española en Italia.—Combate naval de españoles é ingleses en el cabo de San Vicente.—Derrota de nuestra escuadra.—Castigo del general Córdoba.—Nombramiento de Mazarredo.—Reorganizacion de la armada.—Bombardeo de Cádiz por el almirante Nelson.—Es rechazado y ahuyentado.—Recobra su honor la marina española.—Apodéranse los ingleses de la isla de la Trinidad.—Frustrada tentativa contra Puerto Rico.—Descalabro de Nelson en Tenerife.—Negociaciones entre España y Francia sobre indemnizacion al duque de Parma.—Conferencias para la paz en Udina y Lille.—Plenipotenciarios españoles.—Pretensiones de España desatendidas.—Escuadra francesa, española y holandesa en Brest.—Tratado entre Francia y Portugal.—Ruidosa revolucion del 18 de fructidor en Paris.—Ultimatum del Directorio á los ingleses.—Terminacion de las conferencias de Lille.—Tratos en Udina entre Francia y el Imperio.—Rasgo de energía de Bonaparte.—Paz de Campo-Formio.—Solemne ovacion de Bonaparte en Paris. . . . . 294

CAPITULO V

SUCESOS EXTERIORES.—PORTUGAL, PARMA, ROMA.—RETIRADA DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ

De 1797 á 1798

Pensamiento de Napoleon y causa de no haber invadido la Inglaterra.—Niégase Portugal á ratificar el tratado con Francia.—Oficios de Carlos IV para evitar un rompimiento entre Francia y Portugal.—Solicitud de Carlos IV para mejorar la suerte de su hermano el duque de Parma.—Carácter y comportamiento de este príncipe.—Estériles protestas del gobierno francés.—Ofrecimiento del título de Gran Maestre de Malta al príncipe de la Paz, y motivo para no aceptarle.—Revolucion democrática en Roma.—Conducta del embajador francés José Bonaparte.—Idem del embajador español don José Nicolás de Azara.—Activa intervencion de este ministro.—Roma invadida por un ejército francés.—Proclamacion de la república romana.—Conflicto del papa Pio VI.—Consuelos y auxilios que le presta el ministro español.—Es trasportado el pontífice á Toscana.—Insurreccion en el barrio de Transtevere.—Horribles excesos, saqueos y rapiña de los generales y jefes franceses en Roma.—Sublevacion del ejército francés contra el vandalismo de sus

jefes.—Sale Azara de Roma y visita al pontífice en Siena.—Mediacion intentada por Carlos IV con el Directorio en favor del papa.—Envíale socorros y personas que le acompañen.—Proposicion y dificultades para traer al pontífice á España.—Causas que prepararon la caida del príncipe de la Paz.—Dónde se ha pretendido encontrarlas.—Motivos políticos que la produjeron.—Desconfianza y prevencion del Directorio contra el ministro español.—Quejas del príncipe contra el gobierno francés por los asuntos de Parma, Roma y Portugal.—Síntomas de manifiesto desacuerdo.—El Directorio se niega á reconocer como embajador de España al conde de Cabarrús.—Es nombrado Azara.—Consejos de Cabarrús al príncipe de la Paz.—Venida á Madrid del embajador Truguet.—Sus trabajos para la separacion del príncipe.—Ayúdalle los enemigos personales del ministro.—Dimision del príncipe de la Paz.—Decreto honroso de su relevo.—Reemplázale don Francisco Saavedra. . . . . 305

CAPITULO VI

ADMINISTRACION Y GOBIERNO

De 1795 á 1798

Sistema de empréstitos.—Condiciones y reglas con que se hacian.—Memoria del ministro Gardoqui sobre el estado de la hacienda.—Recursos y arbitrios que propuso para cubrir las obligaciones.—Memoria del ministro Varella.—Medios que este proponia.—Déficit que encontró el ministro Saavedra, y medidas que arbitró para llenarle.—Falta de fijeza en el sistema económico.—Tendencia de unos y otros ministros á la desvinculacion civil y eclesiástica y á la abolicion de privilegio.—Medidas de desamortizacion.—Impuestos al clero.—Temporalidades de jesuitas.—Lucha entre las ideas antiguas y modernas.—Diferencia entre los gobiernos de Floridablanca, Aranda y Godoy.—Disminuye el príncipe de la Paz el poder de la Inquisicion.—Su conducta con los que le delataron al Santo Oficio.—Ensanche que se da á la libertad del pensamiento.—Mejoramiento en los estudios, y extension de enseñanzas.—Causas que influyeron en este adelanto.—Latitud protectora á la publicacion de obras económicas, industriales y mercantiles.—Diarios y semanarios de agricultura, industria y artes.—Creacion de cuerpos facultativos.—Ingenieros cosmógrafos.—Real colegio de medicina.—Escuela de veterinaria.—Enseñanza de oficios mecánicos.—Talleres industriales.—Fábricas y artefactos.—Nobles artes: alarde de proteccion.—Bellas letras.—Movimiento intelectual.—Poesía.—Elocuencia.—Historia sagrada.—Lenguas sabias y vivas.—Gramáticas y diccionarios.—Obras de arte militar.—Idem de marina.—Jurisprudencia.—Historia sagrada y profana.—Educacion, costumbres, novelas, crítica.—Hombres ilustres.—Académicos de la Historia. . . . . 312

CAPITULO VII

ESPAÑA Y LA REPÚBLICA FRANCESA HASTA EL CONSULADO

De 1798 á 1799

El ministro Saavedra sumiso á la voluntad del Directorio.—Providencias contra los emigrados franceses.—Azara embajador en Paris.—Reanuda la negociacion de la paz con Portugal.—Cómo y por qué causas se frustró.—Fuga de Paris del ministro portugués.—Célebre expedicion de Bonaparte á Egipto.—Conquista de Malta.—Gloriosos triunfos de Bonaparte.—Alejandria, el Gran Cairo, las Pirámides.—Política singular de aquel guerrero.—Memorable derrota de la escuadra francesa en Abukir.—El almirante Nelson.—El Gran Turco declara la guerra á Francia.—Segunda coalicion de las potencias.—Esfuerzos de España para el mantenimiento de la paz.—Los ingleses nos toman á Menorca.—Malograda insurreccion en Irlanda.—Invasion de Roma por el rey de Nápoles.—Ovaciones que recibe.—El general francés Championnet derrota el ejército austro-napolitano.—Apodérase de Nápoles.—Funda la república Parthenopea.—Abdicacion del rey del Piamonte.—Reclama Carlos IV su derecho á la corona de las Dos Sicilias.—Desden con que oye el Directorio su reclamacion.—Desavenencias entre el ministro Urquijo y el embajador Azara.—No logra el emperador de Rusia hacer entrar á España en la coalicion.—Campanas del Danubio y de Italia.—Triunfos de Suwarow.—Derrota de ejércitos franceses.—Pierden la Italia.—Agitacion en Paris.—El 30 de prairial.—Representacion del embajador español.—Medidas revolucionarias del nuevo Directorio.—Guerra de Italia.—Batalla de Novi, desastrosa para los franceses.—Irritacion de los ánimos en Paris.—Los patriotas, la imprenta, los clubs, los Consejos, el Directorio.—Buscábase quien pudiera salvar la Fran-



cia.—Memorable victoria de Massena en Zurich, derrota y retirada de los ejércitos rusos.—Regresa Bonaparte de Egipto.—Desembarca en Frejus: pasa á París: entusiasmo y conmoción general.—Situación de la Francia.—Presentimiento general de una gran revolución.—Destrucción de la Constitución del año III.—El consulado provisional: Bonaparte cónsul.—Relaciones entre España y Francia en este tiempo.—Escuadras españolas al servicio de la república.—Sus movimientos y destino.—Sumisión del gobierno español al francés.—Humillante carta de Carlos IV al Directorio.—Es relevado Azara de la embajada de París.—Sus relaciones con Bonaparte.—Se retira á Barcelona.—Declaración de guerra entre Rusia y España y sus causas.—Situación de las cosas á fines de 1799. . . . . 319

## CAPITULO VIII

INTERIOR.—MINISTERIO DE SAAVEDRA, JOVELLANOS, SOLER, URQUIJO Y CABALLERO

De 1798 á 1799

Comportamiento de Saavedra y Jovellanos con el príncipe de la Paz.—Intenta Jovellanos la reforma de los estudios públicos.—Válese para ello del sabio obispo Tavera.—Proyecta sujetar la Inquisición á las reglas de los demás tribunales.—Es exonerado del ministerio y enviado á Asturias.—Reemplázale Caballero: carácter de este ministro.—Extraña enfermedad de Saavedra.—Urquijo y Soler, ministros interinos de Estado y Hacienda.—Estado lastimoso del tesoro.—Informe desconsolador de la Junta de Hacienda.—Arbitrios y recursos.—Empréstitos, donativos, venta de alhajas, enajenación de bienes vinculados, eclesiásticos y civiles.—Nuevos préstamos.—Fondos de pósitos.—Emisión de vales.—Cajas de descuentos.—Igualación forzosa del papel con el metálico.—Impuesto sobre los objetos de lujo.—Junta eclesiástica de vales reales.—Sus planes económicos.—Espantoso déficit en las rentas.—Situación angustiosa.—Crédito ilimitado para socorrer al papa.—Breves pontificios otorgados en agradecimiento al rey de España.—Muerte del papa Pio VI.—Novedad en la disciplina eclesiástica española.—Guerra de escuelas con este motivo.—El ministro Urquijo apoya á los reformadores.—Sus ideas respecto á la Inquisición.—Proclamación del papa Pio VII.—España le reconoce.—Escasísimos adelantos en la administración de justicia en este tiempo.—Pruebas de poca cultura y civilidad.—Groseras costumbres populares. . . . . 333

## CAPITULO IX

ESPAÑA Y LA REPÚBLICA.—EL CONSULADO HASTA LA PAZ DE LUNEVILLE

De 1800 á 1801

Francia y Europa despues del 18 de brumario.—Bonaparte primer cónsul.—Medidas políticas y administrativas.—Ofrece la paz á Europa.—No la admiten Inglaterra y Austria, y se apresata á la guerra.—Peligro, pero se restablece la amistad con España.—Guerra contra Inglaterra y Austria.—Campana de 1800.—Paso maravilloso de los Alpes.—Bonaparte en Milan.—Célebre sitio de Génova.—Massena.—Famosa batalla de Marengo.—Armisticio de Alejandría.—Bonaparte dueño de Italia.—Regresa á París.—Ovaciones: fiesta nacional.—Proposiciones de paz.—Congreso de Luneville.—Política de Bonaparte con el emperador de Rusia.—Liga de las potencias neutrales del Norte contra Inglaterra.—Conducta del primer cónsul con los reyes de España y con el príncipe de la Paz.—Mutuos regalos.—Berthier embajador en Madrid.—Propone hacer de la Toscana un reino para el infante español duque de Parma.—Alegría de Carlos IV.—Ajustase el tratado en San Ildefonso.—Interés de Bonaparte en disponer de la escuadra española de Brest.—Resistencia y firmeza de Mazarredo.—Contestaciones del primer cónsul con el gobierno español.—Venida del embajador Luciano Bonaparte.—Caída del ministro Urquijo.—Interviene en ella el pontífice.—Parte que tuvo el príncipe de la Paz.—Ceballos ministro de Estado.—Separación de Mazarredo.—Paz de Luneville. . . . . 339

## CAPITULO X

GUERRA DE ESPAÑA CON PORTUGAL.—LA PAZ DE AMIENS

De 1801 á 1802

Negociaciones relativas á Parma y Toscana.—Artículo del tratado de Luneville.—Convenio de Madrid.—Azara es vuelto á nombrar embajador cerca de la república.—Ida á París de los

infantes españoles nuevos reyes de Toscana.—Toman posesión del reino de Etruria.—Compromiso del gobierno español con Bonaparte sobre el empleo de la fuerza naval española.—La corte de Madrid se obliga á hacer la guerra á Portugal para separarle de la alianza inglesa.—Cuerpo auxiliar francés.—El príncipe de la Paz generalísimo.—Guerra de Portugal, llamada vulgarmente *de las naranjas*.—Paz de Badajoz, entre España y Portugal.—Tratado de Badajoz, entre Portugal y Francia.—Recházale indignado Napoleon y por qué.—Amenaza de rompimiento con España.—Cómo se fué templando Bonaparte.—Nuevo tratado en Madrid.—Muerte de Pablo I de Rusia.—Mudanza que produce en la política de Europa.—Paz entre España y Rusia.—Deshácese la liga de las potencias neutrales.—Cambio del ministerio inglés.—Negociaciones de paz entre Inglaterra y Francia.—Preliminares de Londres.—Tratados de paz entre varias potencias.—Sentidas quejas de España sacrificada en los preliminares.—Congreso de Amiens.—Azara plenipotenciario.—LA PAZ DE AMIENS.—Suerte que en ella cupo á España.—Expedición franco-española á la isla de Santo Domingo. . . . . 347

## CAPITULO XI

GOBIERNO INTERIOR.—SEGUNDO MINISTERIO DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ

De 1800 á 1802

Opuestas ideas y caracteres de los ministros Caballero y Urquijo.—Causas interiores que contribuyeron á la caída de este.—Sistema reaccionario de Caballero.—Segundo ministerio del príncipe de la Paz.—Cómo volvió á la gracia de los reyes.—Es nombrado generalísimo de los ejércitos de mar y tierra.—Encomiéndasele la reorganización del ejército y marina.—Graves disturbios en el reino de Valencia.—Sus causas.—Proyectos de rigor del ministro Caballero contra los sublevados.—Facilidad con que sosegó las turbulencias el príncipe de la Paz.—Juicio del medio que empleó.—Breve, aunque peligrosa enfermedad del rey.—Proyecto de regencia que se atribuyó á la reina y á Godoy.—Negociación matrimonial del príncipe de Asturias con una princesa de Sajonia.—No se realiza.—Pensamiento de Bonaparte de casarse con una infanta española.—Es rechazado.—Bodas del príncipe Fernando y de la infanta Isabel con el príncipe y princesa de Nápoles.—Incorporación á la corona de las asambleas y encomiendas de la Orden de San Juan.—Constitúyese el rey Gran Maestre de la Orden. . . . . 354

## CAPITULO XII

CONSULADO É IMPERIO.—NEUTRALIDAD ESPAÑOLA

De 1802 á 1805

Conságrase Bonaparte á la organización interior de la república.—Leyes notables.—El concordato.—Amnistía general.—La Legión de Honor.—Bonaparte cónsul perpetuo.—Efecto de la elevación de Bonaparte en las diferentes cortes de Europa.—Nueva actitud de Inglaterra.—Relaciones entre Francia y España.—Suntuosas bodas de príncipes en Barcelona.—Cuestión del ducado de Parma.—Sobre tratado de comercio entre España y la república.—Situación de Europa.—Alemania.—Rusia.—Inglaterra.—Cuestión de Malta.—Acres contestaciones entre los gobiernos inglés y francés.—Venta de la Luisiana por Napoleon.—Rompimiento de la paz de Amiens.—Declaración de guerra entre la Francia y la Gran Bretaña.—Inmensos y prodigiosos aprestos de mar y tierra que hace Napoleon.—Disposición de las potencias de Europa.—Pretensiones y exigencias de Bonaparte con el gobierno español.—Neutralidad española.—Peligro de ruptura entre las dos naciones.—Imperioso y altivo lenguaje de Napoleon.—Conducta del príncipe de la Paz y del embajador Azara.—Irritación de Bonaparte: amenazas.—Ajustase el tratado de subsidio.—Humillación de España.—Azara relevado de la embajada de París.—Célebre conjuración contra el primer cónsul.—Jorge, Pichegrú, Moreau, los hermanos Polignac, los chouanes.—Ruidoso suplicio del duque de Enghien.—Espanto y alarma en toda Europa.—Francia proclama emperador á Napoleon Bonaparte.—Sus primeros actos como emperador.—Proyecta ser consagrado en París por el pontífice.—Resuélvese el Santo Padre á hacer su viaje á París.—Solemne ceremonia de la consagración y coronación.—Causas de haberse aplazado la expedición contra Inglaterra.—Cambio en el gabinete británico.—Caída de Addington, y nuevo ministerio Pitt.—Guerra inminente.—Situación de cada potencia.—Estado lastimoso de España.—Cargos y medios que emplea Inglaterra contra España para hacerla salir de su neutralidad.—Atentado



contra buques españoles.—Manifiesto de Carlos IV declarando la guerra á la Gran Bretaña.—Alocucion del príncipe de la Paz.—Convenio en París por el contingente y distribucion de las fuerzas aliadas. . . . . 360

CAPITULO XIII

ULMA.—TRAFALGAR.—AUSTERLITZ.—PAZ DE PRESBURGO

1805

Ofrece Napoleon la paz á Inglaterra.—Respuesta negativa.—Napoleon se corona y titula rey de Italia.—Sus planes marítimos.—Reunion de las escuadras francesa y española.—Expedicion de Villeneuve y Gravina á la Martinica.—Napoleon en Italia.—Tercera coalicion europea.—Grandes aspiraciones y proyectos del emperador de Rusia.—Proyecto de una reparticion general de Europa.—Recelo y conducta de Napoleon.—Su plan de desembarco en Inglaterra.—Manda volver la escuadra de Villeneuve.—Armada, flotilla y ejército de Boulogne.—Combate entre la escuadra franco-española y la inglesa en Finisterre.—Fatal irresolucion y timidez del almirante francés: valor y resolucion del español Gravina.—Guia Villeneuve la escuadra á Cádiz en lugar de llevarla á Brest.—Imponente actitud de las potencias coligadas.—Atrevida y magnánima resolucion de Bonaparte.—Sorpresa general.—El ejército grande.—Admirable manobra.—Hace prisionero el ejército austriaco en Ulma.—Memorable combate naval de Trafalgar.—Arrojo temerario del antes tímido y cobarde Villeneuve.—Males inmensos que causó.—Relacion de la batalla.—Malogrado heroismo de los españoles.—Nelson, Collingwood, Villeneuve, Gravina, Alava, Magon, Valdés, Galiano, Churrua, etc.: suerte que cupo á cada uno de estos ilustres marinos.—Efecto moral que produjo la noticia del desastre de Trafalgar.—Prosigue Napoleon su campaña contra los rusos.—Tratado secreto de Postdam entre Prusia, Austria y Rusia.—Prodigiosa combinacion de movimientos y operaciones del grande ejército francés.—Ocupan los franceses á Viena.—Los emperadores de Austria y Rusia en Olmutz.—Famosa batalla de Austerlitz.—Derrota Napoleon el ejército austro-ruso.—El emperador de Austria en la tienda de Napoleon.—Negociaciones para la paz.—Tratado de Viena entre Francia y Prusia.—Paz de Presburgo entre Francia y Austria.—Condiciones ventajosas para el imperio francés.—Amenaza de Napoleon á la reina de Nápoles.—Dispone regresar á Francia.—Su entrada y recibimiento en París.—Regocijo del pueblo francés.—Felicitacion del príncipe de la Paz. . . . . 371

CAPITULO XIV

JENA.—FRIEDLAND.—PAZ DE TILSIT.—PROYECTOS DE NAPOLEON SOBRE ESPAÑA Y PORTUGAL

De 1805 á 1807

Humillacion de Prusia.—Tratos de avenencia entre Napoleon y el ministro inglés Fox.—Cuestion de Hannover.—Destronamiento de los reyes de Nápoles por Napoleon.—Coloca en aquel trono á su hermano José.—Proyecta Bonaparte la formacion de un imperio de Occidente.—Reparticion de reinos y principados.—Luis, rey de Holanda.—Destruye Bonaparte la Confederacion Germánica.—Forma la Confederacion del Rin.—Frústranse los tratos de paz con Rusia é Inglaterra.—Reaccion del espíritu público en Prusia.—Exaltacion nacional contra Francia.—Proclamacion de guerra.—La acepta Napoleon y marcha á Prusia al frente del ejército grande.—Célebres triunfos de Jena y Auerstaed.—Napoleon en Berlin.—Famoso decreto del bloqueo continental.—Marcha á Polonia en busca de los rusos.—Napoleon en Varsovia.—Sangrienta batalla de Eylau.—Levanta Napoleon un ejército de seiscientos mil hombres.—Memorable triunfo de Friedland.—Entrevista de Napoleon con el emperador de Rusia y el rey de Prusia.—Conferencias de los emperadores Napoleon y Alejandro en Tilsit.—Estrecha amistad que hacen.—Paz de Tilsit.—Regreso de Napoleon á París.—Guerra entre España é Inglaterra en este tiempo.—Expediciones inglesas contra las colonias españolas.—Gloriosa defensa de Buenos Aires.—Heroismo de don Santiago Liniers.—Relaciones entre Francia y España.—Tratos entre ambos gobiernos sobre Portugal.—Negociaciones entre Napoleon, Godoy, Talleyrand é Izquierdo sobre la invasion y reparticion del reino lusitano.—Explicacion de la conducta recíproca de Napoleon y el príncipe de la Paz.—Felicitacion de este al emperador.—Móvil que le impulsó á dar este paso.—Amistad y condescendencia de Godoy con Napoleon.—Cambio repentino en la política de Godoy.—Su proclama llamando á las armas á los españoles.—Se arrepiente de esta ligereza y procura enmendarla.—Disimulo de Na-

poleon.—Conducta de Godoy en el asunto del destronamiento del rey de Nápoles.—Cuerpo auxiliar de tropas españolas pedido por Napoleon y enviado al Norte.—Vuelve Napoleon á sus proyectos sobre España y Portugal.—Resuelve la invasion y particion del reino lusitano.—Destina los Algarbes al príncipe de la Paz.—Famoso tratado de Fontainebleau.—Orden de avanzar las tropas francesas á Portugal por España. . . . . 380

CAPITULO XV

GOBIERNO DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ.—SITUACION ECONOMICA DEL REINO

De 1800 á 1807

Enorme deuda ocasionada por las guerras anteriores.—Nuevas causas de nuestra penuria.—Calamidades públicas: epidemias: siniestros: años estériles.—Respiro que deja la paz marítima.—Deuda que se fué amortizando.—Medidas económicas.—Oficinas de Fomento.—Sus trabajos extraordinarios.—Aumento de pagas al ejército y marina.—Obras públicas.—Provisiones en favor de los labradores, cosecheros y panaderos.—Introduccion de granos extranjeros en España.—La compañía de asentistas.—Célebre contrato con M. Ouvrard.—Surtido de nuestros mercados, y destruccion de acaparadores y logreros.—Nueva guerra con la Gran Bretaña, y nuevos apuros del tesoro.—Enajenacion de la séptima parte de los bienes del clero.—Loterías extraordinarias.—Nuevas contribuciones.—Falta de provisiones para nuestras escuadras.—Quejas y exigencias del gobierno francés.—Larguezas del español.—Empréstitos de Holanda.—Historia y vicisitudes de las liquidaciones de estos contratos.—Total de la deuda de España en aquel tiempo.—Estado de la agricultura, del comercio y de la industria.—Idem de nuestra marina.—Causas de su decadencia.—Vindicacion de España, é impugnacion de los errados asertos é injustos cargos de un historiador francés. . . . . 394

CAPITULO XVI

MOVIMIENTO INTELECTUAL.—ESTADO DE LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS

De 1800 á 1807

Juicio de dos eruditos escritores contemporáneos sobre esta materia.—Multiplicacion de escuelas y proteccion de maestros.—Adopcion del sistema del célebre Pestalozzi.—Nuevos establecimientos de enseñanza.—Seminario de caballeros pajes.—Regularizacion de carreras facultativas.—Fomento especial de la botánica.—Sistema de escuelas de agricultura práctica.—Estado de la imprenta y librería.—Publicaciones notables.—Providencia sobre las obras por suscripcion y por entregas.—Medidas para enriquecer y dotar la Biblioteca Real.—Se hace á la Academia de la Historia inspectora y guardadora de todas las antigüedades y monumentos históricos del reino.—Escritores ilustres, y noticia de algunas de sus producciones.—Carácter de aquella literatura.—Reformas, correccion de abusos perjudiciales á la civilizacion y á la cultura.—Prohibicion de enterrar en los templos, y construccion de campos-santos.—Abolicion de las corridas de toros y novillos de muerte.—Reforma y reglamento general de teatros.—Proyecto de reformation de las órdenes religiosas.—Hombres eminentes que se formaron en este reinado. . . . . 403

CAPITULO XVII

INTRIGAS POLÍTICAS.—LA FAMILIA REAL Y DON MANUEL GODOY

Principio y motivos de la aversion popular á don Manuel Godoy.—Causas que la alimentaron.—Ceguedad de los reyes y fascinacion del favorito.—Crítica situacion de España y de Europa al encargarse este del gobierno.—Cúlpanle de todos los males.—Resentimientos de todas las clases del Estado.—Es no obstante objeto continuo de bajas adulaciones.—Mérito que tuvo en haber llevado al ministerio á Jovellanos y Saavedra.—Caida de Godoy.—Si influyeron en ella los dos ministros.—Recobra su valimiento el príncipe de la Paz.—Destierro, prision y largos padecimientos del ilustre Jovellanos.—Qué parte tuvo en ellos Godoy.—Lo que este suceso aumentó contra él el disgusto público.—Principio de las desavenencias entre la real familia.—El canónigo Escoiquiz es nombrado preceptor del príncipe de Asturias.—Carácter y designios de aquel eclesiástico.—Se apodera del corazón del joven alumno.—Conspira contra el príncipe de la Paz.—Disgusta á Carlos IV y es desterrado á Toledo.—Sigue correspondencia secreta con Fernando y le visita clan-



destinamente.—Mutua desconfianza entre los reyes y su hijo primogénito.—Enlace de este con la princesa de Nápoles.—Consejo de Godoy al tratarse esta boda, y significación que se le dió.—Formación de un partido Fernandista contra el príncipe de la Paz.—Odio que se profesan los dos partidos.—Inicuos proyectos que recíprocamente se atribuyen.—Dirige Escoiquiz el partido de Fernando.—Conspira la princesa de Asturias contra la política de Godoy.—Correspondencia secreta de María Antonia con su madre la reina de Nápoles.—La descubre Napoleón y la denuncia á Godoy.—Muerte de la princesa de Asturias, y calumnia que sobre ella se difundió.—Cambian de política los dos partidos de la corte.—Godoy se adhiere á Inglaterra; Fernando y sus parciales se declaran por Francia.—Triunfos de Napoleón.—Esfuerzos del príncipe de la Paz por desenojarle.—Proyectan casar al príncipe de Asturias con la cuñada de Godoy.—Accede al pronto Fernando, y lo resiste despues.—Es nombrado Godoy Gran Almirante con tratamiento de Alteza.—Indignación que produce.—Ambos partidos se prosternan ante Bonaparte, y buscan con afán su protección.—Relaciones de Godoy con el príncipe Murat.—Los parciales de Fernando se conciertan con el embajador francés.—Conferencia secreta de Escoiquiz y Beauharnais en el Buen Retiro.—Acuerdan que Fernando pida á Napoleón por esposa una princesa de su familia.—Humillantes cartas del príncipe heredero á Beauharnais y á Napoleón.—Son enviadas á París.—Sucesos que entre tanto habian acontecido.—Cómo unos y otros pudieron influir en los proyectos de Napoleón.—Anúncianse las tristes escenas del Escorial. . . . .

## CAPITULO XVIII

## AMBICIOSOS PROYECTOS DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ

Aspiraciones que le fueron atribuidas.—Verdadero pensamiento que tuvo y en que mas se fijó.—Silencio de los historiadores sobre este punto.—Principio de sus inteligencias con Napoleón para el logro de su proyecto.—Curso que fué llevando la negociación.—Correspondencia entre Izquierdo y el príncipe de la Paz.—Notas de Bonaparte.—Explica Godoy sus deseos.—Pre tensiones del emperador.—Intervención de Talleyrand y de Duroc en este negocio.—Interrupción que sufrió, y sus causas.—Sentimiento de Godoy y de Izquierdo.—Importante comunicación de este negocio diplomático.—Cambia de política el

409

príncipe de la Paz.—Enoja á Napoleón.—Se arrepiente, y se esfuerza por recobrar su amistad.—Activas gestiones de Izquierdo.—Se reanuda la negociación interrumpida.—Da por resultado el tratado de Fontainebleau.—Si obró ó no de buena fe Bonaparte en este convenio.—Sospechas de Godoy.—No puede retroceder.—Napoleón buscado por los dos partidos que dividian el palacio real de España.—Pábulo que se presenta á su ambición, y principio de las grandes calamidades que se preparan. . . . .

418

## CAPITULO XIX

## EL PROCESO DEL ESCORIAL

1807

Relaciones y ocupaciones del príncipe de Asturias.—Misteriosa denuncia que de él se hizo á los reyes.—Sorpréndele Carlos IV en su habitación y le ocupa sus papeles.—Cartas y documentos que le fueron hallados.—Formación de causa, y arresto del príncipe y de sus cómplices.—Manifiesto de Carlos IV denunciando á la nación la criminalidad de su hijo.—Carta del rey á Napoleón.—Pide Fernando perdón á sus padres.—Decreto de perdón, y segundo manifiesto del rey.—Papel que en estos sucesos hizo el príncipe de la Paz.—Conducta del ministro Cabello.—Prosigue la causa contra los demás procesados.—Acusación fiscal.—Sentencia absolutoria.—Extrañeza que causó, y por qué.—Juicio que se ha formado de este fallo.—Causas que pudieron influir en el ánimo de los jueces.—Irrítase fuertemente Napoleón al ver mezclado el nombre de su embajador en estos sucesos.—Muéstrase colérico contra la corte de Madrid.—Instrucciones que dejó antes de partir á Italia.—Prohibe que en el proceso del Escorial se publique cosa alguna que aluda á su persona ó á la de su embajador.—Otras amenazas.—Aturdimiento que producen en la corte y en los jueces.—Juicio que el pueblo formaba de la causa del Escorial.—Atribúyela á intriga de Godoy.—Popularidad del príncipe de Asturias.—Espera que Bonaparte vendrá en favor suyo y contra el príncipe de la Paz.—Intenta este retirarse, y no lo consienten ni Carlos ni Fernando.—Otra carta de Carlos IV á Napoleón procurando desagraviarle.—Respuesta de Bonaparte desde Milan.—Doble que se advierte en la conducta del emperador.—Cálculos que se hacian sobre sus intenciones y planes. . . . .

425

Apéndices. . . . . 432





# PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO CUARTO

|                                                            | PÁGINAS |
|------------------------------------------------------------|---------|
| Don Felipe V. . . . .                                      | 1       |
| Don Luis I. . . . .                                        | 30      |
| Armas del siglo XVIII. . . . .                             | 70      |
| Silla de manos de Felipe V. . . . .                        | 72      |
| Don Fernando VI. . . . .                                   | 76      |
| Don Carlos III. . . . .                                    | 120     |
| Don Carlos IV. . . . .                                     | 264     |
| <i>El Cacharrero</i> , copia de un cuadro de Goya. . . . . | 316     |
| Recuerdo de Trafalgar. . . . .                             | 376     |





PAUTA

LIBRO DE CUENTA DE LOS REYES CATOLICOS





















1103533930